OBRAS COMPLETAS



DE

VICTOR HUGO

71644449
DR 1001.2

OBRAS COMPLETAS

DE VÍCTOR HUGO.

OBRAS COMPLETAS

DE

VÍCTOR HUGO

VERTIDAS AL CASTELLANO

POR

DON JACINTO LABAILA.

Magnífica edicion espléndidamente ilustrada con bellísimas cromo-litografías.

TOMO III.

Fondo bibliográfico
Dionisio Aldruejo
Biblioteca Pública de Soria
10116

VALENCIA 1887:
TERRAZA, ALIENA Y COMPAÑÍA, EDITORES,
Embajador Vich, núm. 19.

Es propiedad de los Editores.

Imprenta de Juan Guix, calle de Miñana, núms. 7 y 9.

EL NOVENTA Y TRES.

PRIMERA PARTE

EN EL MAR.

LIBRO PRIMERO

El bosque de la Sandraie.

En los últimos dias de Mayo de 1793, uno de los batallones parisienses que envió Santerre á la Bretaña registraba el temible bosque de la Sandraie, en Astillé. Constaba el batallon solo de trescientas plazas, porque habia sido diezmado en aquella ruda guerra. Era la época en que despues de las batallas de Argonne, de Jemmapes y de Valmy, el primer batallon de Paris, que constaba de seiscientos voluntarios, quedó reducido á veintisiete hombres, el segundo á veintitres y el tercero á cincuenta y siete. Tiempo fué aquel de luchas épicas.

Los batallones enviados desde Paris á la Vendée constaban de novecientos doce hombres; cada batallon llevaba tres piezas de artillería y fueron rápidamente organizados. Siendo Gohier ministro de Justicia y Bouchette de la Guerra, el 25 de Abril la seccion del Buen-Consejo propuso enviar batallones de voluntarios á la Vendée; Lubin, miembro de la Municipalidad, dictaminó sobre este asunto; y el 1.° de Mayo tenia preparados ya, en pié de guerra, doce mil soldados, treinta piezas de campaña y un batallon de artilleros. Aunque organizó con prontitud estos batallones, los organizó tan bien que sirven hoy de modelo; y con arreglo á él se formaron más tarde las compañías de línea, cambiando solo la antigua proporcion entre el nú-

mero de soldados y el de cabos y sargentos.

El 28 de Abril la Municipalidad de Paris dió esta consigna á los voluntarios de Santerre: *No hay perdon ni cuartel*; á fines de Mayo, de los doce mil hombres que salieron de Paris habian muerto ocho mil.

El batallon que se internó en el bosque de la Sandraie marchaba con gran precaucion, lentamente, mirando á derecha é izquierda, adelante y atrás. Kleber dijo: *El soldado debe tener un ojo en la espalda.* Largo tiempo caminaba: ¿qué hora seria? Era difícil saberlo, porque reina siempre una especie de crepúsculo en las silvestres espesuras y el dia nunca es claro en semejantes bosques. El de la Sandraie era trágico; en él, en 1792 comenzaron los crímenes de la guerra civil; Mosqueton, el cojo feroz, salió de aquellas espesuras funestas, y el número de asesinatos cometidos en ellas hace erizar los cabellos. Era aquel bosque espantoso y los soldados se internaban en él con gran cautela. Todo cubierto de flores, ofrecia alrededor del que le atravesaba temblorosa muralla de ramas, por las que penetraba la deliciosa frescura de las hojas; los rayos del sol agujereaban aquí y allá aquellas tinieblas verdes, y en tierra la correhuela, el junco de los pantanos, el narciso de los prados y la margarita, que anuncian la primavera, bordaban y festoneaban profunda alfombra de vejetacion, en la que hormigueaban todas las formas del musgo, desde la que se asemeja á la oruga hasta la que se parece á una estrella. Los soldados avanzaban paso á paso y en silencio, apartando suavemente la maleza; los pájaros gorjeaban encima de las bayonetas.

La Sandraie era uno de esos matorrales en los que, en tiempos antiguos y tranquilos, se cazaban pájaros durante la noche; entonces solo se cazaban hombres.

La espesura se componia de abedules, hayas y encinas; el suelo era llano; el musgo y la yerba espesa amortiguaban el ruido de los pasos; no habia ningun sendero, ó por mejor decir, los senderos se borraban en seguida; los robles, los citrinos, la maleza y las zarzas impedian ver á un hombre á diez pasos de distancia. De vez en cuando pasaba por entre el ramaje una ardilla ó una gallineta de agua, indicando la proximidad de un pantano. Los soldados caminaban á la ventura, inquietos y temerosos de encontrar lo que buscaban.

A veces encontraban señales de campamentos, sitios quemados, yerbas pisadas, palos en cruz, ramas ensangrentadas; en un sitio se conocia que habian hecho rancho, en otro que dijeron misa y en otro que habian curado á los heridos, pero los que pasaron por allí habian desaparecido. Dónde estarian? Quizás lejos ó quizás cerca, y ocultos con el trabuco en la mano. El bosque parecia estar desierto, pero el batallon redoblaba la prudencia, porque la soledad le inspiraba desconfianza; no ver á nadie, teniendo el bosque mala fama, era una razon para creer que hubiese en él alguna emboscada.

Mandados por un sargento, treinta granaderos exploradores iban delante, á gran distancia del grueso de la fuerza; la cantinera del batallon los acompañaba. Las cantineras se agregan con gusto á las vanguardias, porque en ellas se corre peligro, pero se vá á ver algo, y la curiosidad es una de las formas de la bravura femenina. De repente los soldados del destacamento de vanguardia experimentaron la emocion que en los cazadores indica la proximidad de la caza. Oyeron como una respiracion en el centro de la espesura y les pareció ver que se movian las hojas. Los soldados se miraron intencionadamente unos á otros.

En el espionaje confiado á los exploradores, los oficiales no tienen necesidad de intervenir; lo que debe hacerse se hace por sí mismo.

En seguida cercaron el punto que vieron que se movia y le rodeó un círculo de fusiles apuntados; de todas partes y á la vez se inclinaron las bocas de fuego hácia el centro oscuro de la maleza, y los soldados, con el dedo sobre el gatillo y con la vista fija en el sitio sospechoso, solo esperaban para ametrallarlo la voz de mando del sargento.

Entre tanto la cantinera se habia atrevido á mirar al través de la maleza, y en el instante en que el sargento iba á dar la voz de: Fuego! gritó: Alto! Volviéndose despues hácia los soldados, les dijo:

—No dispareis, compañeros; y se internó en la espesura seguida de los exploradores.

En efecto, en aquel punto habia álguien: en lo más intrincado de los matorrales, en una de las pequeñas esplanadas que forman en los bosques los

hornos de carbon quemando las raices de los árboles y en un agujero de ramas, especie de cueva de follaje, estaba sentada sobre el musgo una mujer, que daba el pecho á un niño y sosteniendo con las rodillas dos cabezas rubias de otros dos niños dormidos. Esta emboscada encontraron.

—Qué haceis aquí? la preguntó la cantinera.

La mujer levantó la cabeza y la cantinera añadió furiosa:

—Estais loca para permanecer aquí!... Pues os fusilamos si no os vemos tan pronto.

Despues se dirigió á los soldados y les dijo:

—Es una mujer.

—Pardiez! ya lo vemos, contestó un granadero.

—Vaya una idea bestial! ¡venir á este bosque para exponerse á que os asesinen!...

La mujer, estupefacta y petrificada, miraba á su alrededor, como al través de un sueño, los fusiles, los sables, las bayonetas y aquellas caras feroces.

Los dos niños se despertaron llorando y gritando.

—Yo tengo hambre, dijo uno.

—Yo tengo miedo, dijo el otro.

El más pequeño continuaba mamando; la cantinera le dirigió la palabra, diciéndole:

—Tú tienes razon.

La madre estaba muda de espanto: el sargento tomó la palabra, dirigiéndose á ella:

—No tengas miedo; somos del batallon del Gorro-Rojo.

La mujer tembló de piés á cabeza. Miró al sargento de rostro rudo: solo se le veian las cejas, las pestañas, los bigotes y las dos brasas de sus ojos.

—El batallon de la antigua Cruz Roja, añadió la cantinera.

El sargento preguntó á la desconocida:

—Quién eres?

La mujer le contemplaba aterrada. Era delgada, jóven, pálida y andrajosamente vestida; llevaba el grosero capuchon de las campesinas bretonas y la manta de lana, sujeta al cuello con un bramante. Dejaba ver el seno desnudo con la indiferencia de la nodriza; iba sin medias ni zapatos y sus piés chorreaban sangre.

—Es una pobre, dijo el sargento.

La cantinera la interrogó:

—Cómo te llamas?

La mujer contestó tartamudeando con voz casi incomprensible:

—Micaela Flechard.

La cantinera, mientras acariciaba con sus toscas manos la cabecita del niño de pechos,

—Cuánto tiempo tiene este muñeco? preguntó.

Como la mujer no contestaba, la cantinera volvió á preguntar:

—Qué edad tiene?

—Diez y ocho meses, respondió la madre.

—Ya es viejo y no debe mamar ya; será preciso destetarlo; le daremos rancho.

La desconocida empezaba á tranquilizarse, y los niños, despiertos, parecian más curiosos que asustados, y admiraban los plumeros de la tropa.

—Estos pobrecillos tienen hambre y yo ya no tengo leche.

—Les daremos de comer, dijo el sargento, y á tí tambien... Pero antes dime: qué ideas políticas profesas?

La mujer miró al sargento y no le comprendió.

—Entiendes lo que te pregunto?

—Me encerraron en un convento siendo muy jóven, pero no soy religiosa, soy casada. Las madres me enseñaron á hablar francés. Mi aldea fué incendiada, y nos salimos de ella tan á escape, que no tuve tiempo ni para ponerme los zapatos.

—Te pregunto qué opiniones políticas tienes.

—No entiendo lo que decís.

—Es que puedes ser espía, y á los espías se les fusila. Vamos, habla; no pareces gitana: cuál es tu patria?

—No lo sé.

—Cómo! no sabes de qué pais eres?

—Ah!... eso sí.

—Pues dílo.

—Soy de la alquería de Siscoignard, en la parroquia de Azé.

El sargento se quedó estupefacto á su vez; despues de quedar un momento pensativo, exclamó:

—De dónde has dicho?

—De Siscoignard.

—Eso es una patria.

—Ese es mi pais.

La mujer, despues de reflexionar un instante, añadió:

—Comprendo: vos sois de Francia y yo soy de Bretaña.

—Y qué?

—Que no somos del mismo pais.

—Pero es la misma patria, gritó el sargento.

—Soy de Siscoignard.

—Bien, repuso el sargento. ¿Es de allí tu familia?

—Sí.

—En qué se ocupa?

—Ha muerto; no tengo ya á nadie en el mundo.

El sargento, que era pregunton, continuó el interrogatorio:

—Qué diablo! parientes siempre se tienen ó se han tenido. Dime quién eres.

La mujer escuchó aturdida el se *tienen ó se han tenido*, que más parecia grito de fiera que palabras humanas.

La cantinera comprendió que debia intervenir. Volvió á acariciar al niño de pechos y dió golpecitos en las mejillas de los otros pequeños.

—¿Cómo se llama la niña que está tetando? porque veo que es niña.

—Georgina, respondió la madre.

—Y el mayor? porque es varon el tunantuelo.

—Renato Juan.

—Y el menor, que es tan mofletudo?

—Alan, contestó la pobre.

El sargento volvió á insistir:

—Habla, pues. Tendrás casa?

—Una tenia.

—Dónde?

—En Azé.

—Por qué no estás en tu casa?

—Porque me la han incendiado.

—Quién?

—No lo sé. Hubo una batalla.

—De dónde vienes?

—De allí.

—Y adónde vas?

—No lo sé.

—Pero no sabes lo que eres?

—Somos fugitivos.

—A qué partido perteneces?

—No lo sé.

—Eres de los azules ó de los blancos? con quiénes estás?

—Estoy con mis hijos.

Hubo una pausa; la cantinera repuso despues:

—Yo no he tenido hijos ni tiempo para eso.

El sargento prosiguió:

—Pero y tus padres? Ponme al corriente de lo que son tus padres. Yo me llamo Radoub, soy sargento, nacido en la calle de Cherche-Midi, y de allí eran tambien mi padre y mi madre; hablemos ahora de los tuyos. Dime lo que eran.

—Eran los Flechard y nada más.

—Sí, los Flechard son los Flechard, como los Radoub son los Radoub; pero cada cual tiene su profesion ú oficio. Cuál era el de tus padres? Qué hacian? Qué hacen?

—Eran labradores. Mi padre estaba enfermo y no podia trabajar por causa de los palos que el señor, nuestro amo, le mandó dar, usando con él de esta bondad, porque mi padre habia cogido un conejo, y por esto le condenaron á muerte; pero el señor le perdonó la vida y dijo:—"Dadle nada más que cien palos„ y mi padre quedó estropeado.

—Y qué más?

—Mi abuelo era hugonote y el señor cura le hizo enviar á galeras. Yo era muy pequeña.

—Qué más?

—El padre de mi marido se dedicaba al contrabando de la sal y el rey le mandó ahorcar.

—Y tu marido?

—Se batia hace poco.

—Por quién?

—Por el rey.

—Y qué más?

—Se batia por su señor.

—Y qué más?

—Y se batia por el señor cura.

—¡Voto al diablo, cuántas barbaridades! gritó un granadero.

La cantinera se asustó y se sobresaltó.

—Ya ves, somos de Paris, repuso sonriendo la cantinera.

La mujer juntó las manos, exclamando:

—Oh, Dios mio! Dios mio!...

—No tengas supersticiones, gritó el sargento.

La cantinera se sentó al lado de Micaela y puso en sus rodillas al mayor de los niños, que se dejó colocar allí. Los niños se tranquilizan y se asustan sin saber por qué.

—Buena mujer, son graciosos estos niños y adivino la edad que tienen: el mayor cuatro años, su hermanito tres y la niña ya me lo dijiste. No temas, buena mujer; deberias entrar en el batallon, como yo entré. Me llamo la Húsar, este es el mote que me han puesto. Soy la cantinera, esto es, la que dá de beber á los hombres cuando se ametrallan y se asesinan. Tenemos el mismo tamaño de piés, y te daré zapatos mios. Estaba en Paris el 10 de Agosto y dí de beber á Westermann, y todo iba bien. Ví guillotinar á Luis XVI, quiero decir, á Luis Capeto y ¡diablo! se resistia á ello. ¡El 13



EL SARGENTO SACÓ UN PEDAZO DE PAN Y LE OFRECIÓ A LA MADRE.

de Enero aun hacia cocer castañas y reia con su familia! Cuando le echaron con fuerza sobre la báscula, como la llaman, no llevaba ya ni casaca ni zapatos, estaba en mangas de camisa, con chupa de piqué, calzones de paño gris y medias de seda grises. Yo lo ví. El coche que le llevó á la guillotina estaba pintado de verde.—Conque vente con nosotros y yo te enseñaré el oficio; serás la cantinera número 2. Es oficio sencillo; no hay más que tomar la cubeta y la campanilla y acudir donde hay ruido, donde se hace fuego en peloton, donde se disparan cañonazos, y gritar:—"¿Quién quiere beber un trago?„ A esto se reduce todo. Doy de beber á todo el mundo, á los blancos y á los azules, aunque yo soy azul, pero los heridos tienen sed y se mueren sin distincion de opiniones; los que espiran debian antes estrecharse las manos. ¡Qué estúpido es batirse unos con otros! Ven con el batallon y si me matan serás mi heredera. Mi aspecto no es muy agradable, pero sí mi carácter, y soy valiente como un hombre.

Cuando concluyó de hablar la cantinera, la mujer murmuró:

—Nuestra vecina se llamaba María Juana y nuestra criada María Claudio.

Entre tanto el sargento Radoub reñia al granadero.

—Cállate, que asustas á esa mujer! No se jura delante de señoras!

—Es que, mi sargento, es que me subleva, replicó el granadero, ver que haya iroqueses de la China, como estos, que despues de que el señor inutilizó al suegro, despues que el cura condenó á galeras al abuelo y despues de que el rey ahorcó al padre, vayan despues á sublevarse, á batirse y á dejarse descuartizar por el señor, por el cura y por el rey.

El sargento le gritó:

—Silencio en las filas!

—Callo, mi sargento, pero dá lástima pensar que una linda jóven se exponga á que le rompan el cráneo por afecto al solideo.

—Granadero, le contestó el sargento, aquí no estamos en el Club. Basta de elocuencia.

Volvióse hácia la mujer y la preguntó:

—Qué fué de tu marido?

—Ha muerto.

—Dónde?

—En el seto.

—Cuándo?

—Hace tres dias.

—Quién le ha matado?

—No lo sé.

—No lo sabes?

—No.

—Era azul ó blanco?

—Fué un tiro.

—Hace tres dias?

—Sí.

—¿Hácia qué parte le sucedió esa desgracia?

—Hácia Ernée; allí cayó muerto.

—Qué haces tú desde entonces?

—Cuidar á los niños.

—Adónde los llevas?

—Conmigo.

—Pero... dónde duermes?

—En el suelo.

—Y qué comes?

—Nada.

El sargento estiró los labios hasta tocar con los bigotes en las narices.

—Nada! exclamó.

—Endrinas, zarzamoras y hojitas tiernas de helecho.

—Bien dices que nada.

El mayor de los niños, que sin duda comprendia lo que estaban hablando, exclamó:

—Tengo hambre!

El sargento sacó del morral un pedazo de pan de municion y se lo ofreció á la madre; ésta lo partió en dos porciones y se las dió á los niños, que las devoraron.

—Nada deja para ella, murmuró el sargento.

—No tendrá hambre, dijo un soldado.

—Tendrá hambre, pero es madre, replicó el sargento.

Los dos niños interrumpieron este diálogo.

—Agua, pidió uno.

—Agua, repitió el otro.

—¡No hay ningun arroyo en este endiablado bosque! exclamó el sargento.

La cantinera cogió el vaso de cobre que llevaba pendiente de la cintura, al lado de la campanilla; dió vuelta al grifo de la cubeta, que suspendia de la banderola; vertió algunas gotas en el vaso y lo aplicó á los labios de los niños; el primero de éstos bebió é hizo un gesto, y el segundo bebió y escupió.

—Pues, sin embargo, es bueno, objetó la cantinera.

—Es peñascaró? preguntó el sargento.

—Y del mejor, pero los campesinos no lo conocen.

En seguida empujó el vaso.

—Segun comprendo vas huyendo?

—Es preciso; unas veces ando, otras corro y otras caigo.

—Pobre mujer! exclamó la cantinera.

—Por todas partes hay batallas y por todas partes oigo ruido de tiros, continuó diciendo Micaela; no comprendo por qué sucede esto; lo único que puedo comprender es que han muerto á mi marido.

El sargento dió un golpe en tierra con la culata del fusil, gritando:

—Qué barbarie de guerra!...

—La última noche nos hemos acostado en el hueco de un árbol.

—Los cuatro?

—Los cuatro.

—Pues os habreis acostado de pié.

Volviéndose hácia los soldados, les dijo su jefe:

—Camaradas, estos salvajes llaman acostarse á meterse dentro del tronco de un árbol grande y viejo. Cómo ha de ser! No todos pueden ser hijos de Paris.

—¡Acostarse en el hueco de un árbol y con tres niños! exclamó la cantinera.

—Cuando los niños lloraran, añadió el sargento, seria gracioso para los transeuntes oir á un árbol gritar: Papá! mamá!...

—Por fortuna estamos en verano, repuso suspirando la madre, bajando con resignacion al suelo los ojos, que aun conservaban el asombro que produjeron en ellos las catástrofes.

Los soldados, silenciosos, formaban círculo alrededor de aquel grupo de la miseria, compuesto de una viuda y de tres huérfanos, obligados á la fuga, al abandono y á la soledad, oyendo resonar la guerra por todo el horizonte, víctimas del hambre y de la sed, sin tener otra habitacion que la techumbre del cielo.

El sargento se acercó á la mujer y fijó la vista en la niña, que aun estaba tetando; ésta dejó el seno de la madre, volvió suavemente la cabeza, miró con sus hermosas pupilas azules el espantoso y velludo rostro que se inclinaba sobre ella, y se sonrió.

Enderezóse el sargento, y una lágrima rodó por su mejilla, deteniéndose como una perla en el extremo del bigote. Levantó la voz y dijo:

—De todo esto deduzco que el batallon vá á ser padre. Os parece bien? Adoptamos á estos tres niños?

—Viva la República! exclamaron los granaderos.

—Está dicho, añadió el sargento, y extendiendo las dos manos sobre las cabezas de la madre y de los niños, dijo:

—De hoy en adelante estos serán los hijos del batallon del Gorro-Rojo.

La cantinera dió un salto de alegría.

—Tres cabezas en un gorro! gritó. Despues, llorando de gozo, abrazó cariñosamente á la infeliz viuda y la dijo:

—¡Qué aire tan picarillo tiene ya la niña!...

—Viva la República! repitieron los soldados.

El sargento dijo á la madre:

—Ven, ciudadana.

LIBRO SEGUNDO

La corbeta «Claymore».

I.

Inglaterra y Francia barajadas.

En la primavera de 1793, mientras la Francia era atacada á un tiempo y en todas sus fronteras, y se proporcionaba la patética distraccion de la caida de los girondinos, en el archipiélago de la Mancha sucedia lo que vamos á referir.

La tarde del primero de Junio, en Jersey, en la pequeña bahía de Bonnenuit, una hora antes de ponerse el sol, con tiempo brumoso, cómodo para huir, pero peligroso para navegar, se hacia á la vela una corbeta. Este buque, aunque su tripulacion era francesa, formaba parte de la flotilla inglesa, situada en estacion y como de centinela en la punta oriental de la isla. El príncipe de la Tour-d' Auvergne, de la casa de Bouillon, mandaba la escuadrilla inglesa, de la que se destacó esta corbeta por órden suya para prestar un servicio urgente y especial.

La corbeta, matriculada en la Trinity-Housse con el nombre de *The Claymore*, tenia la apariencia de una corbeta mercante, pero era de guerra. Tenia la marcha pacífica y pesada de un barco de transporte, pero no habia que fiarse de eso. Se construyó con dos objetos, con el de la astucia y con el de la fuerza; para engañar, si esto era posible, y para combatir cuando esto fuese necesario. Para el servicio que habia de prestar aquella noche reemplazaron al cargamento en el entrepuente treinta carronadas de grueso calibre. Estas treinta carronadas, ya por prever una tempes-

tad, ya con la idea de dar al buque aspecto pacífico, estaban á la amarra, esto es, fuertemente amarradas en lo interior por tres cadenas cada una, apoyando el tiro en las escotillas, que iban tapadas.

Esto no se veia por el exterior, porque las portas estaban cegadas y cerradas las escotillas, como si hubieran puesto una máscara á la corbeta. Los buques de esta clase, construidos con arreglo á ordenanza, no llevan cañones más que sobre el puente; pero esta corbeta, construida para sorpresas y para emboscadas, aunque estaba desarmada en el puente, ocultaba una batería en el entrepuente. La *Claymore* era maciza y corpulenta, pero buena andadora; su casco era el más sólido de la marina inglesa, y en el combate valia casi tanto como una fragata, aunque solo tenia por palo de mesana un arbolillo con una sola cangreja. Su timon, de forma rara pero científica, tenia una membradura curva, casi única, que costó cincuenta libras esterlina en los talleres de Southampton.

Toda la tripulacion era francesa, como acabamos de decir, y se componia de oficiales emigrados y de marineros desertores; hombres escogidos, no habia ni uno solo que no fuese ó buen marino, ó buen soldado, ó buen realista, y estaban dotados del triple fanatismo del mar, de la espada y de la monarquía.

Iba agregado á la tripulacion medio batallon de infantería de marina, que en caso necesario podia efectuar un desembarque.

El capitan del buque era el conde de Boisberthelot, caballero de la órden de San Luis, uno de los mejores oficiales de la antigua marina real; el teniente era el caballero La Vienville, que habia mandado en el regimiento de Guardias franceses la compañía de la que Hoche fué sargento. El piloto, Felipe de Gacquoil, era el patron más sagaz de Jersey.

Se adivinaba que esta corbeta se destinaba á ejecutar alguna empresa extraordinaria: en efecto, acababa de embarcarse en ella un hombre que parecia que iba á realizar una aventura. Era un anciano alto, tieso y robusto, de rostro severo, cuya edad era difícil de comprender, porque tenia aspecto de viejo y de jóven; era uno de esos hombres que conservan las fuerzas á pesar de los años, de cabellos canos, pero de miradas relampagueantes, que tienen cuarenta años si se les juzga por su vigor y ochenta si se les juzga por su autoridad. En el momento de entrar en la corbeta se entreabrió su capa de mar y pudo verse que vestia anchos calzones, que se llamaban en lengua bretona *bragon-bras*; botas altas y jubon de piel de cabra, mostrando por encima el cuero bordado de seda y por debajo el pelo erizado y natural; este es el traje completo del aldeano breton. Estos coletos bretones antiguos tenian dos usos; para los dias de fiesta y para los dias de trabajo: se volvian del revés, ofreciendo á la vista, segun se queria, la cara velluda ó la cara bordada. El que usaba el anciano, para darle la deseada verosimilitud, estaba gastado por las rodillas y por los codos, aparentando haber prestado servicio mucho tiempo, y la capa de mar, de tela gruesa, parecia un capote viejo de pescador. Llevaba, además, dicho anciano en la cabeza el sombrero redondo de la época, de forma alta y de anchas alas, que bajándolas le daban apariencias de campesino, y levantándolas por un lado, por medio de una escarapela, podian darle aspecto militar; en estos momentos las llevaba caidas, sin presilla ni escarapela.

Lord Balcarras, gobernador de la isla, y el príncipe de la Tour-d' Auvergne, le condujeron personalmente y le instalaron á bordo. Gelambre, agente secreto de los príncipes y antiguo guardia de Corps del conde de Artois, vigiló el arreglo de su cámara con tanto cuidado y respeto, á pesar de ser gentil-hombre, que hasta le llevaba la maleta detrás de él. Al despedirse del anciano para ir á tierra le dirigió profundo saludo; lord Balcarras se despidió de él diciéndole: *Buena suerte, mi general*, y el príncipe de la Tour-d' Auvergne le dijo: *Hasta la vista, primo mio.*

Las gentes de la tripulacion le llamaban el *paisano* cuando dialogaban brevemente unos con otros; pero sin estar enterados de quién era, comprendian que aquel hombre era tan paisano como corbeta mercante su corbeta de guerra.

Soplaba el viento con suavidad. La *Claymore* salió de Bonnenuit, pasó por delante de Boulay-Bay, estuvo algun tiempo á la vista, corriendo bordadas, y despues se vió disminuir de tamaño hasta borrarse en el horizonte á medida que avanzaba la noche.

Una hora despues Gelambre, de regreso á su casa de Saint-Helier, envió por el exprés de Southampton al conde de Artois, en el cuartel general del

duque de York, las líneas siguientes:

"Monseñor: Acaba de verificarse la partida. Exito seguro. Dentro de ocho dias arderá toda la costa desde Granville á Saint-Malo.„

Cuatro dias antes, por un emisario secreto, el representante del Marne, Prieur, comisionado cerca del ejército de las costas de Cherbourg, que residia momentáneamente en Granville, recibió, escrito por la misma mano que escribió el despacho precedente, el mensaje que sigue:

"Ciudadano representante: El 1.° de Junio, á la hora de la marea, la corbeta de guerra la *Claymore*, con batería oculta, aparejará para desembarcar en la costa de Francia á un hombre, cuyas señas son las siguientes: estatura alta, viejo, cabellos blancos, vestido de aldeano, manos aristocráticas. Os enviaré mañana más pormenores. Desembarcará el 2 á la madrugada. Advertid al crucero, capturad la corbeta y que guillotinen al hombre.„

II.

La noche del buque y del viajero.

La corbeta, en vez de navegar hácia el Sur y de dirigirse hácia Sainte-Catherine, puso la proa hácia el Norte, despues se volvió al Oeste y se internó resueltamente entre Serk y Jersey, en el brazo de mar llamado el Paso de la Deronte. No habia entonces faro en ningun punto de esas dos costas.

La noche era más oscura que lo son ordinariamente las noches del estío; habia luna, pero la ocultaban grandes nubes, más del equinoccio que del solsticio, y segun todas las apariencias no seria visible hasta que tocase en el horizonte en el momento de ocultarse. Algunas nubes llegaban hasta el mar y le cubrian de bruma.

Esta oscuridad era favorable para la intencion del piloto Gacquoil, que era dejar á Guernesey á la derecha y llegar, por medio de atrevida marcha, á una bahía cualquiera del litoral de Saint-Malo; camino más largo que el de los Minquiers, pero más seguro, porque el crucero francés tenia por consigna habitual vigilar sobre todo la costa entre Saint-Helier y Granville.

Si el viento era favorable y no se presentaba obstáculo extraordinario, cubriendo la corbeta de trapo, esperaba Gacquoil tocar costa de Francia al romper el dia.

Todo iba bien; la corbeta acababa de dejar atrás á Gros-Nez; hácia las nueve de la noche el tiempo pareció querer torcerse, como dicen los marinos, y se movieron el viento y el mar, pero el viento era próspero y el mar, aunque fuerte, no era violento; sin embargo, algunas oleadas hacian buzar la corbeta de vez en cuando.

El *paisano*, á quien lord Balcarras llamó *general* y el príncipe de la Tour-d' Auvergne *primo*, estaba acostumbrado á andar por los buques y se paseaba con gravedad tranquila por el puente de la corbeta, sin hacer caso de las fuertes sacudidas del mar. De vez en cuando sacaba del bolsillo del jubon una pastilla de chocolate, que rompia y mascaba un pedazo: sus cabellos blancos no impedian que tuviese completa la dentadura.

No hablaba con nadie; solo por breves momentos y en voz baja decia algo al capitan, que le escuchaba con deferencia y parecia considerar al pasajero con mayor mando que él.

La *Claymore*, hábilmente dirigida por el piloto, costeó sin ser vista, entre la bruma, la escarpada costa del Norte de Jersey, navegando cerca de ella, por evitar el temible escollo llamado Pierres-de-Leeq, que está en medio del brazo de mar situado entre Jersey y Serk. Gacquoil, de pié, junto al timon, señalando sucesivamente á la punta de Leeq, á Gros-Nez y á Plemont, hacia deslizar la corbeta por entre estos arrecifes, á tientas, digámoslo así, pero con seguridad, como hombre experto que conocia los caminos del Océano. La corbeta no llevaba luces por temor á denunciar su paso por aquellos vigilados mares. Al llegar á la Grande-Etape la bruma era tan espesa, que apenas dejaba distinguir la alta silueta del Pinacle. Oyéronse dar las diez en el campanario de Saint-Ouen, que es señal de que el viento lo tenian de popa. La corbeta llevaba marcha feliz; el mar estaba más agitado cuanto más se aproximaban á la Corbiere.

Poco despues de las diez, el conde de Boisberthelot y el caballero de La Vienville condujeron al hombre vestido de aldeano hasta su cámara, que era la del capitan del buque. En el momento de entrar en ella les dijo, bajando la voz:

—Sabeis ya, señores, que importa mucho guardar el secreto; silencio, pues,

hasta el momento de la explosion; sois los únicos que sabeis quién soy yo.

—Llevaremos con nosotros el secreto á la tumba, respondió Boisberthelot.

—Por mi parte, repuso el anciano, aunque estuviese delante de la muerte no lo declararia.

Diciendo esto entró en su cámara.

III.

Mezcla de nobles y de plebeyos.

El comandante y el segundo volvieron á subir sobre cubierta y se pusieron á pasear, hablando uno al lado del otro.

La conversacion recayó sobre el pasajero, como verá el lector por el siguiente diálogo que entablaron. Boisberthelot murmuró á media voz al oido de La Vienville:

—Veremos si es un verdadero jefe.

—Por de pronto es un príncipe, respondió La Vienville.

—Casi, casi.

—Gentil-hombre en Francia, pero príncipe de Bretaña.

—Como los La Tremouille y como los Rohan.

—Que son sus aliados.

—En Francia y en las carrozas del rey es marqués, como yo soy conde y vos sois caballero.

—Las carrozas están ahora muy lejos; ahora solo se usan carretas, exclamó La Vienville.

Hubo una pausa. Despues dijo Boisberthelot:

—A falta de un príncipe francés, nos contentamos con un príncipe breton.

—A falta de un águila... tomamos un cuervo.

—Preferiria un buitre, contestó Boisberthelot.

—Cierto; con buen pico y buenas garras.

—Veremos lo que sale.

—Ya era hora de poder contar con un jefe, repuso La Vienville. Soy del parecer de Tintenial; necesitamos jefe y pólvora. Oid, comandante; conozco á casi todos los jefes posibles é imposibles, los de ayer, los de hoy y los de mañana; pero ninguno tiene las cualidades de guerra que necesita el que nos hace falta. En la endiablada Vendée es preciso que el general sea al mismo tiempo verdadero procurador; es preciso cansar al enemigo, disputarle el molino, el seto, el foso, los guijarros, suscitarle obstáculos por todas partes, sacar partido de todo, vigilar siempre, matar mucho, hacer escarmientos, no tener sueño ni compasion. Hasta hoy en ese ejército de paisanos hay héroes, pero no hay capitanes. D' Elbée es nulo, Lescure está enfermo, Bouchamps es bueno y compasivo, pero es bestia; La Rochejaquelein solo es un magnífico subteniente; Silz es solo un oficial de filas, pero no sirve para la guerra de sorpresas; Cathelineau es un carretero inocente; Stoffet es un guardamontes astuto, Berard es inepto, Boulainvillers es ridículo, Charette es horrible. No hablo del barbero Gaston, porque, vive Dios! ¿de qué sirve declamar tanto contra la revolucion para no haber diferencia entre nosotros y los republicanos, ya que nosotros tambien damos á los plebeyos el mando de los nobles?

—Es que esa endiablada revolucion se ha infiltrado tambien en nosotros.

—Es una sarna que le ha salido á la Francia.

—La sarna del tercer estado, añadió Boisberthelot. Solo la Inglaterra nos la puede curar.

—Nos la curará, no lo dudeis, capitan.

—Entre tanto nos pica.

—Cierto; dominan los villanos en todas partes: el general en jefe de la monarquía, Stoffet, es el guarda de monte del señor de Maulevrier, y nada tiene que envidiar á la República, cuyo ministro es Pache, hijo del portero del duque de Castries. Están frente á frente en la guerra de la Vendée, por una parte Santerre el cervecero y por la otra el peluquero Gaston.

—Pues debo deciros que Gaston cumple con su deber. No se portó mal en Gueménée, pues supo arcabucear á trescientos azules, despues que les hizo cavar sus sepulturas.

—Eso cualquiera lo hubiera hecho como él.

—Verdad es...

—Los grandes actos de la guerra, repuso La Vienville, requieren nobleza en quien los ejecuta; son más propios de caballeros que de peluqueros.

—Hay, sin embargo, en ese tercer estado, replicó Boisberthelot, hombres dignos de estimacion. Por ejemplo, el relojero Joly, que fué sargento del regimiento de Flandes. Ahora es vendeano y manda una partida en la costa; pues su hijo, que era republicano, servia en las filas de los azules, mientras su padre militaba en las de los blancos. En el

encuentro de una batalla, el padre hace prisionero al hijo y le salta la tapa de los sesos.

—Eso es heróico.

—No es un Bruto realista?

—Eso no impide que sea insoportable el ver que nos mandan un Loquereau, un Jean-Jean, un Molins, un Focart, un Bonfú, un Chouppes.

—Pues de eso tambien puede quejarse el partido contrario. En él están dirigidos por plebeyos y en el nuestro por nobles. ¿Creeis que los descamisados están contentos de verse á las órdenes del conde de Cauclaus, del vizconde de Miranda, del vizconde de Beauharnais, del conde de Valence, del marqués de Custine y del duque de Biron?

—Vaya un potaje!...

—Y del duque de Chartres?

—El hijo de Igualdad... ¿cuándo será rey?

—Nunca.

—Para subir al trono le pueden servir sus crímenes.

—Y perjudicar sus vicios, contestó Boisberthelot.

—Trató, sin embargo, de reconciliarse con el monarca; fué á Versalles á ver al rey, estando yo allí, y ví cómo le escupieron en las espaldas.

—¿Desde lo alto de la escalera principal?

—Sí.

—Hicieron bien.

—Le llamábamos Borbon el Cenagoso.

—Está lleno de pústulas, es calvo y regicida.

—Estuve con él en Ouessant, repuso La Vienville.

—En Saint-Esprit?

—Sí.

—Si hubiera obedecido la señal de mantenerse contra el viento, que le hacia el almirante D'Orvilliers, hubiera impedido el paso á los ingleses.

—Ciertamente. ¿Es verdad que se escondió en la bodega?

—No; pero bueno es que se diga.

La Vienville soltó una carcajada. Boisberthelot añadió:

—Hay muchos imbéciles. Ese mismo Boulainvilliers, de que hace poco me hablábais, le conocí y le ví de cerca. Al principio los paisanos se armaron con picas y se le metió en la cabeza hacerlos alabarderos; les enseñó el ejercicio de la alabarda, soñando en transformar á aquellos salvajes en soldados de línea. Pretendia que aprendiesen á forzar y á formar el cuadro por batallones. Les arengaba en lenguaje militar, que ellos no entendian, y para decir jefe de escuadra les decia cabo de escuadra, que era como se llamaban los cabos en tiempo de Luis XIV. Se obstinaba en crear un regimiento compuesto de cazadores furtivos; dispuso compañías regulares, cuyos sargentos formaban corro todas las tardes para recibir santo y seña del sargento de la coronela; éste se los decia en voz baja al sargento de la tenencia coronela, que los trasmitia al inmediato, y éste á su vecino, y así, de oido en oido, llegaba hasta el último sargento; en fin, ya veis lo que ha sucedido: aquel bruto no quiso comprender que los aldeanos quieren ser gobernados á su manera y que no se hacen hombres de cuartel de los hombres de los bosques. Conocí en seguida quién era Boulainvilliers.

Dieron algunos pasos, meditando cada uno para sí, y despues reanudaron la conversacion.

—A propósito, preguntó Boisberthelot, ¿se confirma la noticia de la muerte de Dampierre?

—Sí, mi comandante.

—Delante de Condé?

—Murió en el campo de Pamars, de una bala de cañon.

—El conde de Dampierre! Otro de los nuestros que era de los suyos.

—Buen viaje! contestó La Vienville.

—Y su familia dónde está?

—En Trieste.

—Todavía?

—Sí.

—¡Ah, cuántos estragos causa esta maldita República!... exclamó Vienville; ¡cuando pienso que esta revolucion la ha producido el déficit de algunos millones!...

—Hay que desconfiar de las causas pequeñas.

—Todo vá mal.

—Sí, La Ronarie ha muerto y Du Dresnay está idiota. ¡Qué desdichados agitadores son esos obispos!... ¡Coucy, obispo de la Rochela; Beaupoil Saint-Aulaire, de Poitiers; Mercy, de Luçon, el amante de madame de L' Eschasserie!...

—Que se llama Servanteau, como sabeis, comandante, porque L' Eschasserie es el nombre de una de sus tierras.

—¿Y ese obispo de Agra, que es cura de no sé dónde?...

—De Dol. Se llama Guillot de Folle-

ville; es muy valiente y se bate como un héroe.

—¡Sacerdotes cuando se necesitan soldados!... obispos que no son obispos!... generales que no son generales!...

—Comandante, ¿teneis el *Moniteur* en vuestra cámara?...

—Sí.

—¿Qué obra representan ahora en Paris?

—*Adela y Paulino* y *La Caverna.*

—Quisiera verlas.

—Las vereis; creo que estaremos en Paris dentro de un mes.

Boisberthelot reflexionó un momento y añadió:

—Quizás antes, porque así se lo ha dicho Windham á milord Hood.

—Pues entonces, comandante, todo no vá mal.

—Todo iria bien si supiesen dirigir la guerra de la Bretaña.

La Vienville movió la cabeza.

—Comandante, preguntó, ¿desembarcaremos la infantería de marina?

—La desembarcaremos si la costa nos es adicta, pero no si nos es hostil. Algunas veces la guerra necesita forzar las puertas para entrar, pero otras es conveniente que se introduzca furtivamente. La guerra civil debe llevar siempre en el bolsillo una llave falsa. Haremos lo que se pueda, pero lo importante es la llave.

Boisberthelot añadió:

—¿Qué os parece el caballero de Dienzie?

—El jóven?

—Sí.

—Para mandar?

—Sí.

—Que es un buen oficial de filas y de batalla; pero los bosques solo los conocen los montañeses.

—Si eso creeis, dad de baja al general Stoffet y al general Cathelineau.

La Vienville meditó un momento y dijo:

—Nos hace falta un príncipe, un príncipe de Francia, un príncipe de la sangre.

—Para qué? Quien dice príncipe...

—Dice cobarde, ya lo sé, comandante, pero yo le quiero para que haga entusiasmar á esos papamoscas.

—Los príncipes no quieren ponerse á la cabeza.

—Nos pasaremos sin ellos.

Boisberthelot hizo el movimiento maquinal que consiste en apretarse la frente con la mano, como para hacer salir una idea, y dijo:

—En fin, veremos lo que dá de sí este general.

—Es un noble importante.

—Creeis que esto basta?

—Con tal que sea bueno...

—Es decir, que sea feroz, replicó Boisberthelot.

El conde y el caballero se miraron.

—Sí, habeis encontrado la palabra precisa. Lo que nos hace falta es la guerra sin misericordia. Esta es la época de los sanguinarios. Los regicidas han cortado la cabeza á Luis XVI, nosotros debemos descuartizar á los regicidas y nuestro general debe ser inexorable. En Anjon y en el alto Poiton los jefes son magnánimos, hay entre ellos puja de generosidad y por eso todo marcha mal allí; por el contrario, en el Marais y en el territorio de Retz, los jefes son atroces y allí todo marcha bien. Porque Charette es feroz puede hacer frente á Parrein; son una hiena contra otra hiena.

Boisberthelot no tuvo tiempo para responder á La Vienville, porque antes de que éste acabase de hablar, fué interrumpido bruscamente por un grito desesperado. Al mismo tiempo se oyó un ruido, que no se parecia á ninguno de los ruidos ordinarios; aquel grito y aquel ruido salian del interior del buque.

El capitan y el teniente se precipitaron hasta el entrepuente, pero no pudieron penetrar en él; todos los artilleros subian asustados.

Acababa de suceder una cosa espantosa.

IV.

Tormentum belli.

Una de las carronadas de la batería, pieza de á veinticuatro, se habia desprendido de sus amarras.

Este es quizás el más terrible acontecimiento que puede ocurrir en el mar; nada tan terrible puede suceder á un buque de guerra en alta mar y en plena marcha.

El cañon que rompe sus amarras se convierte bruscamente en una especie de bestia sobrenatural; es una máquina que se transforma en mónstruo; es una masa que corre sobre sus ruedas, que tiene movimiento de bola de billar, que se inclina al rodar, que se sumerje al chocar, que vá, viene, se detiene, parece

que medita, recobra su carrera, atraviesa como una flecha el buque de un extremo al otro, salta, huye, se encabrita, choca, rompe, mata, extermina. Es un ariete que bate á su antojo la muralla, con la diferencia de que el ariete es de hierro y la muralla de madera. Es la entrada en la libertad de la materia, y parece que ese esclavo eterno quiera vengarse; parece que la maldad que posean lo que llamamos objetos inertes, se subleva y estalla de pronto; parece que pierda la paciencia y tome extraña revancha. Es inexorable la cólera de lo inanimado. Ese pedazo de hierro forjado dá los saltos de la pantera, tiene la pesadez del elefante, la agilidad del raton, la terquedad del hacha, lo inesperado de las oleadas, la rapidez del rayo y la sordera del sepulcro. Su peso es enorme y salta como una pelota ó tuerce bruscamente, cortando en ángulo recto la línea que antes trazó. ¿Qué hacer? Cómo dominar á ese mónstruo? La tempestad cesa, el ciclon pasa, el viento se apacigua, el mástil roto puede reemplazarse, la vía de agua se tapa, el incendio se extingue; ¿pero qué hacer con ese enorme bruto de bronce? ¿de qué medios valerse? Se puede hacer entrar en razon á un perro de presa, espantar á un toro, dar miedo á un tigre, fascinar á una boa, enternecer á un leon, pero no hay ningun recurso contra ese mónstruo que se llama cañon desamarrado. No le podeis matar, porque está muerto; sin embargo, vive, vive con vida siniestra, que le hace adquirir el infinito. Tiene bajo de él el piso que le balancea y le hace mover el navío, al que mueve el mar, cuando al mar le mueve el viento. Este exterminador no es más que un juguete del buque, de las olas y de los vientos; de todo esto, enlazado, nace su espantosa vida. ¿Cómo librarse de semejante máquina? ¿Cómo maniobrar en ese mecanismo monstruoso del naufragio? ¿Cómo es posible prever sus idas y venidas, sus vueltas y sus choques? ¿Cómo adivinar cada uno de sus golpes, que puede hundir el buque? ¿Cómo evitar un proyectil que cambia de direccion, que se mueve, avanza, retrocede, choca á la derecha y á la izquierda, huye, pasa, desconcierta la prevision, atropella el obstáculo y aplasta á los hombres? Lo terrorífico de la situacion proviene de la movilidad del suelo; no es posible combatir un plano inclinado que tiene caprichos. El barco lleva, por decirlo así, dentro del vientre el rayo prisionero que trata de escaparse, una especie de trueno que rueda sobre un temblor de tierra.

En un instante se puso en pié toda la tripulacion; la falta la cometió el cabo de cañon al olvidarse de echar el clavo de la cadena de amarra, y ató mal las cuatro ruedas de la carronada, lo que hizo mover la plantilla y el bastidor y concluyó por dislocar la braga. Rompió el tiro, de modo que el cañon no quedó ya firme en el afuste. La braga fija, que impide el retroceso, no estaba en uso en aquella época. Un golpe dado en la porta de la batería habia hecho que la carronada, mal amarrada, retrocediese y rompiera su cadena, empezando á rodar de un modo formidable por el entrepuente. En el momento en que se rompió la amarra, los artilleros estaban en la batería, unos agrupados y otros esparcidos, ocupados en los trabajos del mar que ejecutan los marineros en la prevision del zafarrancho de combate. La carronada, lanzada por el cabeceo del buque, penetró en uno de los grupos y aplastó á cuatro hombres del primer golpe: despues, empujada por el balanceo, partió por el medio á otro infeliz y fué á chocar en el muro de babor con una pieza de la batería y la desmontó. Esto produjo el grito de angustia que acabamos de oir. Toda la tripulacion corrió á la escalera é instantáneamente la batería quedó vacía de gente.

La enorme pieza quedó sola, entregada á sí misma, y podia hacer lo que quisiera: era dueña de la corbeta. La tripulacion, acostumbrada á reir durante las batallas, temblaba llena de espanto.

El capitan Boisberthelot y el teniente La Vienville, que eran dos valientes, se detuvieron en lo alto de la escalera, y mudos, pálidos y vacilantes, miraban hácia el entrepuente. Un hombre los apartó con el codo y bajó; era el pasajero, el paisano, de quien se estaban ocupando momentos antes. Este, al llegar al pié de la escalera, se paró.

V.

Vis et vir.

El cañon iba y venia por el entrepuente, como si fuese el carro viviente del Apocalipsis; el farol, oscilando bajo la roda de la batería, añadia á esta vision vertiginoso balanceo de sombra y de luz. La forma del cañon desaparecia en la violencia de la carrera, y ya se le

veia negro en la claridad, ya reflejando blancura vaga en la oscuridad.

Continuaba causando averías en la corbeta: habia ya roto otras cuatro piezas y abierto en los costados del buque dos hendiduras que, por fortuna, caian sobre la línea de flotacion, pero por las que entraria agua si sobreviniese una borrasca. Chocaba con frenesí contra los costados del barco, resistia la madera, pero la hacia chasquear aquella masa desmesurada, que golpeaba con una especie de ubicuidad inaudita por todas partes á la vez. Un grano de plomo sacudido en una botella no tiene percusion tan incesante ni tan rápida. Las cuatro ruedas pasaban y volvian á pasar sobre los hombres muertos, los aplastaban, los cortaban y los despedazaban, y de los cinco cadáveres habian hecho veinticinco pedazos, que rodaban al través de la batería, y arroyos de sangre corrian por el suelo. Los costados averiados del buque se entreabrian en muchos sitios y en todo él reinaba un espanto monstruoso.

El capitan recuperó al momento la serenidad y mandó arrojar al entrepuente todo lo que podia amortiguar é impedir la carrera desenfrenada del cañon, los colchones, las hamacas, los repuestos de velas, los rollos de cuerdas, los sacos de equipaje y los paquetes de asignados falsificados, de los que la corbeta llevaba todo un cargamento, porque esta infamia inglesa se consideraba como un ardid de la guerra.

Nada evitaron todos esos trapos, porque nadie se atrevió á bajar y á organizarlos convenientemente; en pocos minutos quedaron convertidos en hilas.

El mar estaba bastante alborotado para que este funesto accidente fuese lo más completo posible. Si hubiera sobrevenido una tempestad, ésta tal vez derribara al cañon sobre su caña, y estando en el aire las cuatro ruedas, se hubiera podido dominar el peligro. Esto no sucedió y el estrago continuaba; veíanse desolladuras y hasta fracturas en los mástiles que, empotrados en la madera de la quilla, atraviesan los pisos de los buques, y que desempeñan el papel de grandes pilares redondos. Los golpes convulsivos del cañon habian agrietado el palo de mesana; el palo mayor tambien habia sufrido mucho; la batería se dislocaba. De treinta piezas, diez estaban fuera de combate; las brechas se multiplicaban y la corbeta empezaba á hacer agua.

El pasajero anciano, que habia bajado al entrepuente, parecia un hombre de piedra colocado bajo la escalera que dirigia la mirada serena á aquella escena de devastacion; estaba inmóvil.

Cada movimiento de la carronada libre hacia prever el hundimiento del buque; si continuaban los estragos el naufragio era inevitable; era preciso ya, ó contener el desastre ó morir, tomar un partido; pero cuál?... ¿Cómo apoderarse de aquel combatiente? Se trataba de contener á un loco furioso, de amarrar un rayo, de derribar á un mónstruo.

Boisberthelot dijo á La Vienville:

—Creeis en Dios?

—Sí y no; algunas veces.

—Creeis en Dios en la tempestad?

—Sí, y en momentos como éste.

—Haceis bien, contestó Boisberthelot, porque solo Dios puede salvarnos ahora.

Todos callaban presenciando el peligro. Por el exterior las olas batian al buque, respondiendo á los golpes del cañon con golpes de mar, produciendo el efecto de dos martillos alternativos.

De repente, en aquella especie de circo inabordable, en el que saltaba el cañon, se vió aparecer á un hombre con una barra de hierro en la mano. Era el autor de la catástrofe, el culpable de la negligencia y causa del accidente, el cabo de cañon encargado de la carronada. Causó el daño y queria repararlo: llevaba una barra en una mano y una cuerda con nudo corredizo en la otra; armado de ese modo saltó al entrepuente.

En seguida comenzó un espectáculo titánico y feroz; el combate del cañon contra el artillero; la batalla entre la materia y la inteligencia; el duelo de la cosa contra el hombre.

El hombre se apostó en un ángulo, con la barra y la cuerda en las manos, firme sobre sus piernas, que parecian dos pilares de acero, y lívido, tranquilo y trágico, esperaba, como si estuviese arraigado en el suelo. Esperaba que la carronada pasase cerca de él. El artillero conocia su cañon y creia que éste le conoceria tambien, viviendo con él mucho tiempo; le habia metido muchas veces la mano en la boca, era un mónstruo familiar, y se puso á hablarle como á un perro.

—Ven, le decia.

Deseaba que se dirigiese á donde él estaba, pero esto era echarse sobre él y perderse; porque, ¿cómo habia de evitar ser aplastado? Todos los hombres del

buque contemplaban aterrados aquel espectáculo: nadie respiraba con libertad, escepto quizás el viejo, que estaba solo en el entrepuente como testigo siniestro de aquel combate, al alcance de la pieza de artillería, que podia triturarlo muy bien. Sin embargo, no se movia. Debajo de dichos hombres las olas movedizas dirigian el combate.

En el momento en que aceptando el espantoso desafío llegó el artillero á provocar al cañon, una de las casualidades de los balanceamientos del mar hizo que la carronada permaneciera un instante inmóvil y como estupefacta.

—Ven aquí! le decia el hombre, y ella parecia escucharle.

Súbitamente cayó sobre el artillero, que esquivó el choque. Se empeñó entonces la lucha inaudita del frágil atacando al invulnerable, del combatiente de carne atacando á la bestia de bronce; la fuerza está de parte de ésta y la inteligencia de parte del otro.

Esto sucedia en la penumbra; era como la vision confusa de un prodigio.

Parecia que el cañon tambien tenia alma, pero alma llena de ódio y de rabia; parecia estar dotado de ojos aquel mónstruo, que cualquiera hubiera dicho que espiaba al hombre; habia cierta astucia al parecer en aquella masa, porque escogia sus momentos de ataque; era una especie de insecto jigantesco de hierro que parecia tener endemoniada voluntad. Habia momentos en los que aquella langosta colosal botaba hasta el techo bajo la batería y despues caia sobre sus cuatro ruedas, como un tigre sobre sus cuatro garras, y luego corria hácia el hombre; éste, flexible, ágil y diestro, se retorcia como una culebra, esquivando los movimientos de aquel rayo: evitaba los encuentros, pero los golpes que él evitaba los recibia el buque, y continuaba demoliéndose.

El extremo de una cadena rota habia quedado adherido á la carronada; esta cadena estaba rollada, sin saber cómo, en el tornillo del boton de la culata, y un extremo de ella se habia fijado en el afuste, mientras el otro, libre, daba vueltas alrededor del cañon, cuyos saltos exageraba. El tornillo la apretaba como una mano cerrada, y la cadena multiplicaba los golpes del ariete con los suyos propios, formando un molinete terrible en torno del cañon: látigo de hierro manejado por puño de bronce, que complicaba el combate.

Sin embargo, el hombre seguia luchando, y algunas veces hasta atacaba al cañon, arrastrándose á lo largo del costado del buque con la barra y la cuerda en las manos, y el cañon huia, como si comprendiese que aquellos movimientos los hacia el artillero para tenderle un lazo. Entonces éste le perseguia.

Pero esta lucha no podia durar mucho tiempo. El cañon pareció que se decia á sí mismo: "Concluyamos de una vez„, y se paró. Los espectadores comprendieron que se acercaba el desenlace. El cañon parecia dotado de feroz premeditacion. Bruscamente se precipitó sobre el artillero, pero éste le dejó pasar dándole un quiebro y le gritó sonriendo: "A la otra!...„ El cañon, furioso, rompió una carronada de babor. Despues se lanzó á estribor sobre el hombre, que evitó otra vez el golpe. Rompió tres carronadas más. La pieza de artillería, ciega y no sabiendo ya lo que se hacia, dió la espalda al artillero, rodó de atrás á delante y fué á abrir una brecha en el muro de proa. El hombre se habia refugiado al pié de la escalera, á pocos pasos del anciano, conservando siempre en las manos la barra y la cuerda. El cañon pareció verle, y sin tomarse el trabajo de volverse de frente, retrocedió sobre el hombre con la prontitud de un hachazo. La tripulacion creyó que el hombre estaba perdido y lanzó un grito.

El anciano pasajero, hasta entonces inmóvil, se lanzó con salvaje rapidez á asir un gran paquete de asignados falsos, y corriendo el riesgo de ser aplastado, logró arrojarlo entre las ruedas de la carronada; este movimiento peligroso y decisivo lo ejecutó con tanta exactitud y con tanta precision, como si fuese hombre práctico en todos los ejercicios descritos en la obra de Darosel sobre la *maniobra del cañon de marina.*

El paquete hizo el efecto de un tapon. Un guijarro detiene una rueda, una rama de árbol desvia una avalancha. La carronada tropezó; el artillero, aprovechándose de aquella terrible coyuntura, metió la barra de hierro entre los rayos de una de las ruedas traseras y el cañon se paró.

Estaba inclinado, y el hombre, con el movimiento de palanca que imprimió á la barra, le derribó; la pesada masa cayó, produciendo el ruido de una campana que se desploma, y el hombre, echándose sobre ella, inundado de sudor, pasó el nudo corredizo al cuello de bronce del mónstruo, tendido en el suelo.

Así terminó el combate, quedando vencedor el hombre.

La hormiga triunfó del mastodonte, el pigmeo hizo prisionero al jigante.

Los soldados y los marineros aplaudieron: toda la tripulacion se precipitó con cables y cadenas sobre el cañon y en un instante le amarraron en su sitio.

El artillero saludó al anciano.

—Señor, le dijo, me habeis salvado la vida.

El anciano, que habia ya recobrado su actitud impasible, no le respondió.

VI.

Los dos platillos de la balanza.

Venció el hombre, pero pudo decirse que tambien habia vencido el cañon. Se evitó el naufragio inmediato, pero no estaba salvada la corbeta. Los desperfectos del buque parecian irremediables: el bordaje tenia cinco brechas, una de ellas muy grande; de las treinta carronadas, veinte quedaron inútiles; la que produjo tal desastre, que colocaron, encadenándola, en su sitio, estaba tambien inservible; tenia forzado el tornillo del boton de culata y la puntería era imposible; quedaba, pues, la batería reducida á nueve piezas. La bodega hacia agua y fué preciso acudir en seguida á reparar las averías y á hacer funcionar las bombas.

El entrepuente presentaba un espectáculo desconsolador; el interior de la jaula de un elefante furioso no está más desmantelado.

Por mucha necesidad que tuviese la corbeta de ocultarse de la vista de los cruceros, tenia más imperiosa necesidad aun de ver si podia salvarse. Tuvieron que encender algunos faroles diseminados aquí y allá en el bordaje.

Durante el tiempo que duró la referida escena trágica, absorta la tripulacion en un caso para ella de vida ó muerte, no se habia cuidado de saber lo que sucedia fuera de la corbeta. La niebla se hizo muy espesa, habia cambiado el tiempo, y el viento se llevó al buque por donde quiso; la corbeta estaba fuera de rumbo en el descubierto de Jersey y de Guernesey, más hácia el Sur de lo que debia estar, y las oleadas eran amenazadoras; la brisa se convirtió en huracan y empezaba quizás á insinuarse una borrasca. La noche estaba oscurísima.

Mientras los hombres de la tripulacion reparaban á toda prisa los estragos causados en el entrepuente, cegaban las vías de agua y aseguraban en la batería las piezas que se libraron del desastre, el anciano pasajero volvió á subir sobre cubierta, y estaba recostado contra el palo mayor, indiferente al movimiento febril que se efectuaba en el buque. El caballero La Vienville mandó formar en batalla á los dos lados del palo mayor á los soldades de infantería de marina, y despues, al oir un silbido del contramaestre, los marineros ocupados en la maniobra se pusieron en pié sobre las vergas.

El conde de Boisberthelot se adelantó hácia el anciano; detrás del capitan iba un hombre de rostro pálido, jadeante, con el traje en desórden y el rostro satisfecho.

Era el cabo de cañon, que acababa de manifestarse oportuno domador de mónstruos, y que logró hacer entrar en razon al suyo.

El conde hizo el saludo militar al anciano vestido de paisano y le dijo:

—Mi general, este hombre fué.

El artillero permaneció de pié, con la vista baja en la actitud de ordenanza: el conde de Boisberthelot añadió:

—En vista del proceder de este artillero, ¿creeis que deben hacer algo por él sus jefes?

—Lo creo, respondió el anciano.

—Pues tened la bondad de comunicarnos vuestras órdenes.

—Vos debeis darlas, que sois el capitan.

—Y vos sois el general, respondió Boisberthelot.

El anciano miró al artillero y le dijo:

—Acércate.

El artillero dió un paso.

El anciano se volvió hácia el conde de Boisberthelot, desprendió la cruz de San Luis del pecho de éste y la prendió en la chaqueta del artillero.

—Hurra! gritaron todos sus compañeros.

Los soldados de marina presentaron las armas.

El anciano pasajero, señalando con el dedo al deslumbrado artillero, añadio;

—Ahora que fusilen á este hombre.

La aclamacion se convirtió en estupor.

El paisano, en medio de sepulcral silencio, levantó la voz y habló así:

—Su negligencia ha comprometido el buque, que á la sazon está quizás perdido. Estar en el mar es estar delante del enemigo. El buque que hace una travesía es un ejército que dá una bata-

lla. La tempestad se oculta, pero no se ausenta; el mar entero es una emboscada, y toda falta que se comete en presencia del enemigo merece la pena de muerte. En estos casos no hay falta reparable. El valor debe recompensarse, pero debe castigarse la negligencia.

Las palabras del anciano cayeron una tras otra lenta, gravemente, con una especie de medida inexorable, como golpes de hacha sobre una encina.

El anciano, mirando á los soldados, añadió:

—Que se cumplan mis órdenes.

El hombre, en cuya chaqueta brillaba la cruz de San Fernando, inclinó la cabeza.

A una señal que hizo el conde de Boisberthelot, dos marineros bajaron al entrepuente y volvieron despues, trayendo la hamaca-sudario; el capellan del buque, que estaba orando en la cámara de los oficiales, acompañaba á los dos marineros. Un sargento sacó de la línea de batalla doce soldados, que hizo formar en dos filas; el artillero, silencioso, se colocó entre ellas, y el capellan, con el crucifijo en la mano, se adelantó y se puso al lado del sentenciado.

—Marchen! dijo el sargento.

El peloton se dirigió con pasos lentos al sitio de la ejecucion, seguido de los dos marineros que llevaban el sudario. Triste silencio reinaba en la corbeta; el huracan silbaba á lo lejos. Momentos despues se oyó en la oscuridad una detonacion, pasó un relámpago; luego todo quedó en silencio: solo se oyó el ruido de un cuerpo al caer en el mar.

El paisano, recostado sobre el palo mayor, meditaba cruzado de brazos.

Boisberthelot, señalándoselo á La Vienville, le dijo al oido:

—La Vendée ya tiene jefe.

VII.

El que se dá á la vela juega á la lotería.

Qué iba á ser de la corbeta?...

Las nubes, que durante la noche se habian inclinado muchas veces hasta las olas, concluyeron por bajar de tal modo, que borraron el horizonte y el mar apareció como bajo de una capa. Solo se veia niebla por todas partes, situacion peligrosa para cualquier buque en buen estado. Al peligro de la bruma se unia el del oleaje.

Aprovechando el tiempo, la tripulacion aligeró la corbeta, arrojando al mar todo lo que quedó inservible, todo lo destrozado, como cañones desmontados, afustes rotos, trozos de madera torcidos ó desclavados, piezas de hierro rotas; abrieron las portas y por ellas hicieron deslizar sobre tablas hácia el mar los cadáveres y los restos humanos, envueltos en sus sudarios.

El mar empezaba á ser temible, no porque fuese inminente la tempestad, pues, por el contrario, se oia decrecer el huracan y que sus ráfagas, bramando, se alejaban hácia el Norte; pero las olas eran jigantescas, indicando un mal fondo de mar. Como la corbeta habia quedado muy débil, prestaba poca resistencia contra las sacudidas y eran funestas para ella las jigantescas olas.

Gacquoil seguia junto al timon, pensativo; hacer buena cara al mal tiempo es la máxima de los jefes marítimos. La Vienville, que era de carácter alegre ante el peligro, se acercó á Gacquoil y le dijo:

—Me parece, piloto, que el huracan mengua; creo que no habrá tempestad; tendremos viento y nada más.

—Quien tiene viento tiene mar, respondió gravemente Gacquoil.

Esta respuesta era poco tranquilizadora, pues para el buque que hace agua, *tener mar* es llenarse de ella rápidamente. Gacquoil marcó este pronóstico con vago fruncimiento de cejas. Quizás despues de la catástrofe del cañon y del artillero hablaba demasiado pronto y con ligereza La Vienville, y comprendiéndolo ahora así, veia la necesidad de estar grave, y preguntó:

—Dónde estamos, piloto?

—Estamos á la voluntad de Dios, contestó aquel.

El piloto es el dueño y hay que dejarle hacer, y muchas veces dejarle decir; además, esta clase de hombres hablan poco. La Vienville se alejó del timon, pero el horizonte se encargó de responder en seguida á su interrogacion.

El mar se descubrió de repente; rasgáronse las brumas que se arrastraban sobre las olas, su oscuro desórden se presentó á la vista á la claridad crepuscular y ofreció el siguiente espectáculo:

El cielo estaba cubierto de nubes, pero las nubes ya no tocaban en el mar; al Oriente se veia una luz blanca que anunciaba el amanecer; al Oeste veíase otro resplandor blanco azulado, que indicaba el punto por donde la luna habia desaparecido. Estas dos blancuras for-

maban en el horizonte, frente una de otra, dos bandas extrañas de resplandor pálido, entre el mar oscuro y el cielo tenebroso. Sobre las dos claridades se dibujaban rectas é inmóviles siluetas negras.

Al Occidente, en el cielo que alumbraba la luna, se destacaban tres altas rocas de pié, como poulvens célticos. Al Oriente, en el horizonte pálido de la mañana, se levantaban ocho velas formadas en órden y separadas simétricamente unas de otras. Las tres rocas eran un escollo y las ocho velas eran una escuadra.

La corbeta tenia, pues, detrás de ella los *Minquiers*, roca peligrosa, y delante el crucero francés, al Oriente el abismo, al Occidente la matanza; estaba amenazada de un naufragio y de un combate.

Para afrontar el escollo, la corbeta solo podia contar con su casco agujereado y dislocado y con la arboladura conmovida por sus raices, y para hacer frente á la batalla, con la artillería, de la que veintiun cañones de los treinta estaban desmontados, y cuyos mejores artilleros habian muerto.

Era muy débil aun la claridad del dia y reinaba la oscuridad en torno del buque; esta oscuridad podia prolongarse mucho tiempo, porque casi la constituian las nubes altas y espesas, que presentaban el aspecto sólido de una bóveda. El viento, que disipó las nieblas bajas, empujaba la corbeta hácia los Minquiers.

Por el exceso de la fatiga que el estrago causó en la corbeta no obedecia ya casi al timon, y en vez de bogar era arrastrada y abofeteada por las olas.

El escollo trágico de los Minquiers era más áspero y más terrible en aquel tiempo que hoy: el incesante golpeteo del mar arrasó muchas torres de aquella ciudadela del abismo; la configuracion de los escollos cambia; las olas y las mareas hacen el oficio de sierras ó de cuchillos. En la época de esta historia, tocar en los Minquiers era sinónimo de naufragar.

El crucero lo componia la escuadra de Cancale, que más tarde se hizo célebre bajo el mando del capitan Duchesne, al que Lognimio llamaba el Padre Duchesne.

La situacion era crítica: la corbeta, durante el desencadenamiento de la carronada, se desvió de su rumbo, dirigiéndose más hácia Granville que hácia Saint-Malo; pero aunque hubiese podido navegar con fuerza de vela, los Minquiers le hubieran cerrado siempre la vuelta hácia Jersey y el crucero le hubiera impedido llegar á las costas de Francia.

La tempestad habia cesado, pero, como dijo el piloto, habia mar, y mar bravo y salvaje. El mar no dice de una vez todo lo que quiere; de todo hay en el abismo, hasta trampas. Podria decirse que el mar usa este procedimiento; adelanta y retrocede, propone y se desdice; preludia una borrasca y renuncia á ella; promete el abismo y no lo presenta; amenaza en el Norte y dá en el Sur. Durante toda la noche la corbeta *Claymore* tuvo encima la niebla y estuvo temiendo la tormenta: el mar se desmentia en estos momentos de un modo feroz; bosquejó la tempestad y realizó el escollo; pero bajo una y otra forma, el resultado siempre era el naufragio.

El choque contra el escollo se agravaba con el exterminio por medio del combate.

Un enemigo completaba al otro.

La Vienville exclamó, acentuando sus palabras con su risa irónica:

—Naufragio aquí y batalla allá; por ambas partes tendremos diversion.

VIII.

9=380.

La corbeta iba inutilizándose con rapidez.

En la azulada claridad esparcida alrededor del buque, en la lobreguez de las nubes, en la movilidad confusa del horizonte, en el plegado misterioso de las olas, reinaba solemnidad sepulcral. Todo callaba, á excepcion del viento, que soplaba con violencia hostil; la catástrofe surgia del abismo con majestad, pareciendo más una aparicion que un ataque. Nada se movia ni en las rocas ni en los barcos. Dominábalo todo colosal silencio. ¿Los tripulantes de la corbeta tenian que luchar con algo real ó con un sueño que pasaba por el mar?... En las leyendas se encuentran esta clase de visiones; la corbeta estaba, en cierto modo, entre el escollo demonio y la escuadra fantasma.

El conde de Boisberthelot dió á media voz órdenes á La Vienville, el que bajó á la batería; despues el capitan tomó el anteojo y fué á situarse á proa, al lado del piloto.

Los esfuerzos de Gacquoil se dirigian

á mantener la corbeta á flote, porque si la tomasen de costado el viento y el mar se hundiria inevitablemente.

—Piloto, dijo el capitan, ¿dónde estamos?

—Cerca de los Minquiers.

—Por qué parte?

—Por la parte mala.

—Qué fondo tenemos?

—Roca pelada.

—Se puede acoderar?

—Siempre se puede morir, contestó el piloto.

El capitan dirigió el anteojo de larga vista hácia el Oeste y examinó los Minquiers; despues lo volvió hácia el Este y contempló las velas que estaban á la vista.

El piloto continuó como hablando consigo mismo:

—Son los Minquiers, que sirven de punto de descanso á la gaviota risueña cuando se vá de Holanda y al gran cuervo marino de manto negro.

Entre tanto el capitan contaba las velas y veia distintamente ocho buques formados levantando sobre el agua su perfil de guerra; en el centro de ellos se destacaba la alta estatura de un navío de tres puentes.

El capitan preguntó al piloto:

—Conoceis esas velas?

—Sí, son las de la escuadra.

—De Francia?

—Del diablo.

Medió un momento de silencio. Despues añadió el capitan:

—Todo el crucero está ahí?

—No todo.

En efecto, el 2 de Abril, Valacé anunció á la Convencion que diez fragatas y seis navíos de línea cruzaban el Canal de la Mancha. Este recuerdo vino entonces á la memoria del capitan.

—Es verdad, contestó; la escuadra se compone de diez y seis buques y aquí no hay más que ocho.

—Los otros, dijo Gacquoil, se arrastran por allá bajo sobre la costa y espian.

El capitan, mirando con el anteojo, murmuró:

—Hay un navío de tres puentes, dos fragatas de primer órden y cinco de segundo: son buenos buques; he mandado en algunos de ellos.

—Yo, dijo Gacquoil, los he visto todos de cerca y los conozco á todos.

El capitan pasó el anteojo al piloto.

—¿Distinguís bien el buque de alto bordo?

—Sí, mi comandante; es el navío *La Costa de Oro*.

—Que han desbautizado, replicó el capitan; antes se llamaba *Los Estados de Borgoña*. Es un navío nuevo, de ciento veintiocho cañones.

Sacó del bolsillo una cartera y un lápiz y escribió en una página el número 128. Despues prosiguió:

—Piloto, qué barco es ese de babor?

—La *Experimentada*, fragata de primer órden, con cincuenta y dos cañones. Estaba armándose en Brest hace dos meses.

El capitan apuntó en la cartera el número 52.

—Piloto, ¿cuál es la segunda vela de babor?

—La *Driada*.

—Fragata de primer órden; de cuarenta cañones de á diez y ocho. Ha estado en la India y tiene buena hoja de servicios.

Escribió debajo del número 52 el 40; despues, levantando la cabeza, dijo:

—Pasemos á estribor.

—Mi comandante, están allí todas las fragatas de segundo órden y hay cinco.

—¿Cuál es la primera contando desde el navío?

—La *Resuelta*.

—Treinta y dos piezas de á diez y ocho. Y la segunda?

—La *Richemont*, que lleva la misma fuerza.

—Cuál sigue despues?

—La *Atea*. (1)

—Inoportuno nombre para navegar! Y luego?

—La *Aprehensora*.

—Cinco fragatas de treinta y dos piezas cada.

El capitan escribió debajo de los primeros números el 160.

—Las conoceis bien, piloto?

—Como vos, le contestó Gacquoil.

—Conocerlas desde aquí es algo, pero vale más conocerlas á fondo.

El capitan, con la vista fija en la cartera, la examinaba, murmurando entre dientes:

—Ciento veintiocho, cincuenta y dos, cuarenta y ciento sesenta.

La Vienville subió sobre cubierta en aquel instante.

—Estamos á la vista de trescientas ochenta piezas de artillería, le dijo el capitan.

---

(1) *Archivos de la Marina*, estado de la armada de Francia en Marzo de 1793.

—Qué le vamos á hacer? contestó La Vienville.

—¿Cuántas piezas nos quedan definitivamente en estado de hacer fuego.

—Nueve.

—Qué le vamos á hacer! contestó á su vez Boisberthelot.

Tomó el anteojo de manos del piloto y miró al horizonte.

Los ocho buques, silenciosos y negros, parecian inmóviles, pero aumentaban gradualmente de tamaño; se iban aproximando poco á poco.

La Vienville, despues de saludar militarmente, dijo:

—Comandante, voy á haceros mi relacion. Desconfié siempre de esta corbeta *Claymore*; es triste embarcarse bruscamente en un navío que no os conoce ó que no os quiere. El buque inglés es traidor á los franceses; la perra de la carronada nos lo probó: inspeccioné el barco; tiene buenas anclas, buen hierro, forjado todo, con barras soldadas al martinete; solidez en las cadenas, cables excelentes, fáciles de largar y con la longitud de ordenanza, de ciento veinte brazas, bastantes municiones y... seis artilleros muertos. Pueden dispararse setenta y un tiros por pieza.

—Pero no hay más que nueve piezas.

Continuaba la lenta aproximacion de la escuadra.

Las carronadas tienen la ventaja de que tres hombres bastan para maniobrar con ellas, pero tienen el inconveniente de que su alcance es menor y menos certero que el de los cañones; era, pues, preciso, dejar que la escuadra se acercase á tiro de carronada.

El capitan dió sus órdenes en voz baja y el silencio se estableció en el buque. No se tocó á zafarrancho, pero se ejecutó. La corbeta estaba tan inútil para luchar contra los hombres como para luchar contra las olas; sacaron, sin embargo, todo el partido posible de aquel resto de buque de guerra; se acumularon cerca de los guardines, sobre el pasamano, todos los calabrotes de repuesto y todo lo que pudiera afirmar la arboladura en caso de necesidad. Se ordenó el sitio preparado para los heridos; se formaron bastiones de estopa sobre el puente (como garantía contra las balas de fusil, pero no contra las de cañon); se llevaron pasabalas, aunque era un poco tarde para examinar los calibres, pero no se pudieron prever tantos incidentes. Cada marino recibió una cartuchera y se puso en la cintura un par de pistoletes y un puñal. Apuntaron la artillería, prepararon la fusilería, se dispusieron convenientemente las hachas y los garfios de abordaje; se prepararon los cartuchos de cañon y de fusil; se abrió el depósito de la pólvora; cada hombre ocupó su puesto, y toda la tripulacion quedó muda como si estuviese en el cuarto de un moribundo. Aquella operacion fué rápida y lúgubre.

Despues acoderaron la corbeta. Tenia seis anclas, como una fragata; se echaron al mar las seis; el áncora de vigilancia delante, el áncora de remolque detrás, el áncora del flujo del lado del mar, el áncora del reflujo del lado del escollo, el áncora de horquilla á estribor y el áncora maestra á babor. Las nueve carronadas que quedaron útiles se pusieron en batería, todas á un lado del buque, al lado del enemigo.

La escuadra, no menos silenciosa, tambien habia completado su maniobra. Los ocho buques formaban ya un semicírculo, cuya cuerda constituian los Minquiers. La *Claymore*, encerrada en este semicírculo, agarrotada además por sus propias áncoras, tenia delante al enemigo y detrás el escollo, es decir, el naufragio.

Parecia esperar una parte y otra el ataque del enemigo.

Los artilleros de la *Claymore* estaban en sus puestos.

Boisberthelot dijo á La Vienville:

—Quisiera yo romper el fuego.

—Placer de coqueta, le contestó La Vienville.

IX.

Alguno se escapa.

El *paisano*, que no habia abandonado el puente, lo observaba todo con impasibilidad.

Boisberthelot se acercó á él y le dijo:

—Señor, está todo preparado; estamos agarrados á la tumba y no es fácil que la soltemos ya. Caeremos prisioneros ó de la escuadra ó del escollo; tendremos que rendirnos al enemigo ó que naufragar en las rompientes; esta es nuestra alternativa; no tenemos otro recurso que morir. Combatir es preferible á naufragar: prefiero que me mate la metralla á perecer ahogado, prefiero el fuego al agua. Pero á vos no os corresponde morir; sois el hombre escogido por los príncipes y pesa sobre vos la mision de dirigir la guerra de la Vendée: si pereceis, la monarquía se pierde; debeis, pues, vivir. Nuestro honor consiste en permanecer

aquí y el vuestro en alejaros de este sitio. Vais, pues, mi general, á dejar el buque; os daré un hombre y un bote, que os conducirá á la costa por medio de un rodeo. Aun no es de dia; las olas son altas, el mar está oscuro y podeis salvaros. Hay situaciones en las que huir es vencer.

El anciano inclinó gravemente la severa cabeza en señal de asentimiento.

El conde de Boisberthelot, levantando la voz, dijo:

—Soldados y marineros!...

Todos prestaron atencion y de todos los puntos del buque las caras se volvieron hácia el capitan.

Este prosiguió:

—Este hombre, que está entre nosotros, representa al rey. Nos le han confiado y debemos conservarle, porque es necesario para restablecer el trono en Francia; á falta de un príncipe, él debe ser el jefe de la Vendée. Es un gran militar, que debia abordar las costas de Francia con nosotros, y es preciso que llegue á ellas de cualquier modo. Salvar su cabeza es salvar á la patria.

—Sí, sí, gritaron todos los de la tripulacion.

El capitan continuó:

—Tambien vá á correr sérios peligros, porque no ganará la costa fácilmente. Necesitaria un buque de gran cabida para arrostrar las grandes oleadas, y es preciso que se vaya en un barco pequeño para burlar la vigilancia del crucero. Tomará tierra en cualquier punto seguro, y necesita un marinero robusto que sea buen remero y buen nadador, hijo del pais y que conozca estos mares. Reina aun bastante oscuridad para que el bote pueda alejarse de la corbeta sin que le vean; además, haremos aquí mucho humo para que le oculte por completo. La pequeñez del bote le ayudará á librarle de los escollos, porque donde la pantera queda presa, la comadreja escapa. No hay salida para nosotros, pero la hay para él. El bote se alejará de aquí á fuerza de remos; los buques enemigos no le verán, porque además de la oscuridad, estaremos proporcionándoles un divertimiento. No digo bien?

—Sí, sí, gritó la tripulacion.

—No debemos perder ni un minuto, repuso el capitan. ¿Hay en la corbeta un hombre de buena voluntad?

Un marinero salió de entre las filas y dijo:

—Yo.

X.

Se escapará?

Momentos despues uno de esos botes que se llaman *yon-yons*, que están especialmente al servicio de los capitanes, se alejaba de la corbeta. Llevaba á dos hombres, al anciano pasajero, que se sentó á la popa, y al marinero de *buena voluntad*, que ocupó la proa.

La noche era aun muy oscura. El marinero, obedeciendo á las indicaciones del capitan, remaba vigorosamente en direccion á los Minquiers, que era su único punto de escape en aquellas circunstancias.

Habian depositado en el fondo del bote algunas provisiones, un saco de galleta, una lengua de vaca ahumada y un barril de agua.

Cuando partia el yon-yons, La Vienville, bromeando ante el peligro, se inclinó sobre el codaste del timon de la corbeta y dirigió al bote este saludo burlesco:

—Es excelente para huir, pero es mejor aun para ahogarse.

—Basta de bromas inoportunas, le dijo el piloto.

El bote se separó de la corbeta y en breve se le vió muy distante; el viento y el mar estaban de acuerdo con el remero, y la frágil embarcacion huia rápidamente ondulando, oculta por el crepúsculo y por los inmensos pliegues de las olas.

Reinaban en el mar momentos de sombría calma, y de repente en el vasto y tumultuoso silencio del Océano se oyó una voz que, aumentada por el porta-voz como por la máscara de bronce de la tragedia antigua, parecia sobrehumana; era la del capitan Boisberthelot, que, tomando la palabra, gritó:

—Marinos del rey, clavad el pabellon blanco en el palo mayor, que vamos á ver brillar el último sol.

Al decir esto un cañonazo salió de la corbeta.

—Viva el rey! gritó la tripulacion.

Al extremo del horizonte se oyó otro grito inmenso, lejano, confuso, que decia:

—Viva la República!

Estrépito semejante al estruendo que debian producir trescientos rayos, estalló en las profundidades del Océano.

Principió el combate.

El mar se cubrió de humo y de fuego y los chorros de espuma que forman

las balas de cañon al caer en el agua picaron las olas por todas partes.

La *Claymore* escupia fuego sobre los ocho buques, y al mismo tiempo la escuadra, formada en semicírculo alrededor de la corbeta, vomitaba llamas por todas sus baterías. Se incendió el horizonte. Parecia que un volcan salia del mar. El viento retorcia la inmensa púrpura de la batalla, entre la que los buques aparecian y desaparecian como espectros. En primer término se dibujaba el esqueleto negro de la corbeta sobre fondo rojo. Distinguíase en la punta del palo mayor el pabellon sembrado de flores de lis.

Los dos hombres que iban en el bote guardaban silencio. El bajo-fondo triangular de los Minquiers, especie de Trinacrio submarino, es mayor que la isla entera de Jersey; el mar le cubre y tiene por punto culminante una meseta que sobresale hasta en las más altas mareas, y desde el que se destacan al Norte seis poderosas rocas formadas en línea recta, que causan el efecto de una gran muralla derruida aquí y allá. El estrecho entre la meseta y los seis escollos solo es practicable para los barcos de poquísimo calado; más allá está ya la alta mar.

El marinero que se encargó de salvar el bote y al pasajero metió la embarcacion por entre dichas rocas, interponiendo así los Minquiers entre la batalla y el bote. Remó despues con destreza por el estrecho canal, evitando los arrecifes, tanto á babor como á estribor, y entonces las rocas le ocultaban la batatalla. El resplandor del horizonte y el estrépito furioso del cañoneo comenzaban á decrecer á causa de la distancia, que cada vez era mayor; pero á juzgar por lo contínuo de las detonaciones, podia comprenderse que la corbeta se sostenia y que estaba dispuesta á agotar hasta la última de sus noventa y una andanadas.

Muy pronto el bote se encontró en agua libre, fuera del escollo, fuera de la batalla y fuera tambiem del alcance de los proyectiles.

Poco á poco el mar era menos oscuro; íbanse ensanchando los puntos luminosos, la espuma se rompia aquí y allá en chorros de luz y brillantes blancuras flotaban sobre la superficie de las olas. Por fin apareció el dia.

El bote estaba ya fuera del alcance del enemigo; pero le restaba por vencer la mayor dificultad: se libró de la metralla, pero no estaba libre del naufragio. Con casco pequeño, imperceptible, sin puente, sin vela, sin mástil, sin brújula, sin más recurso que el remo, se encontraba en alta mar y á merced del huracan; era un átomo en poder de dos colosos.

En momentos tan críticos, en aquella inmensidad, en aquella soledad, el hombre que iba á proa, levantando la cara, que la luz matinal hacia palidecer, miró fijamente al hombre que iba á popa y le dijo:

—Soy el hermano del artillero que hicísteis fusilar.

LIBRO TERCERO

Halmalo.

I.

La palabra es el verbo.

El anciano levantó lentamente la cabeza.

El hombre que le dirigió la palabra podria frisar en los treinta años; tenia la frente tostada por el aire del mar; sus ojos eran extraños, lanzaban la mirada sagaz del marinero, de las pupilas cándidas del aldeano.

Empuñaba con brío los remos y su aspecto era agradable; en la cintura llevaba un puñal, dos pistolas y un rosario.

—Quién eres? le preguntó el anciano.

—Acabo de decíroslo.

—Qué quieres de mí?

—El hombre soltó los remos, cruzó los brazos y respondió:

—Mataros.

—Como gustes, dijo el anciano.

—Preparaos, pues.

—A qué?

—A morir.

—Por qué? preguntó el *paisano*.

Hubo un momento de silencio. El marinero pareció cortado por esta pregunta. Despues insistió:

—Os digo que quiero mataros.

—Y yo te pregunto por qué.

Los ojos del marinero despidieron un relámpago.

—Porque habeis hecho matar á mi hermano.

—Principié por salvarle la vida.

—Es verdad, primero le salvásteis, pero le matásteis despues.

—No soy yo quien le ha muerto.

—Pues entonces, quién?

—Su falta.

El marinero contempló al anciano con la boca abierta, pero despues sus cejas recobraron su fruncimiento feroz.

—Cómo te llamas? le preguntó el anciano.

—Me llamo Halmalo, pero no necesitais saber mi nombre para que os mate.

En aquel momento apareció el sol en el horizonte; un rayo de su luz dió al marinero en el semblante é iluminó con viveza su rostro salvaje. El viejo le contemplaba con fijeza.

El cañoneo se prolongaba aun, pero con interrupciones y sacudidas de agonía; grandes nubes de humo se esparcian por el horizonte, y el bote, abandonado por el remero, iba á merced de las olas.

Halmalo asió con la mano derecha una de las pistolas que llevaba en el cinturon y tomó con la izquierda el rosario.

El anciano se puso en pié.

—Crees en Dios? le preguntó.

—Es nuestro Padre que está en los cielos, le respondió el marinero, é hizo la señal de la cruz.

—Tienes madre?

—Sí.

Se persignó por segunda vez. Despues añadió:

—Estoy resuelto: os concedo un minuto, señor.

Armó la pistola.

—Por qué me llamas señor?

—Porque lo sois; eso se comprende.

—Tú tienes señor?

—Sí, y grande. ¿Hay alguno que no lo tenga?

—Dónde está tu señor?

—No lo sé, salió del pais; se llama el señor marqués de Lantenac, vizconde de Fontenay, es príncipe en Bretaña y señor de las siete Florestas; aunque jamás le he visto, eso no impide que sea mi señor.

—Si le vieses le obedecerias?

—Desde luego; seria un pagano si no le obedeciese. Se debe obedecer á Dios en primer lugar, despues al rey, que es como Dios, y luego al Señor, que es como el rey. Pero no se trata ahora de eso: habeis muerto á mi hermano y debo mataros.

—En primer lugar te contesto que matando á tu hermano he obrado bien.

El marinero apretó la pistola con la mano.

—Preparaos ya.

—Sea, contestó el anciano. ¿Dónde está el sacerdote? preguntó con serenidad.

—El sacerdote? exclamó mirándole Halmalo.

—Sí; yo le proporcioné uno á tu hermano; debes tambien proporcionármele.

—No lo tengo á mi disposicion. ¿Acaso hay sacerdotes en alta mar?

Entre tanto se oian detonaciones convulsivas, cada vez más lejanas.

—Los que mueren en aquella batalla reciben la absolucion.

—Eso es verdad, murmuró el marinero.

El anciano prosiguió:

—Vas á perder mi alma y eso es muy grave.

Pensativo el marinero, inclinó la cabeza.

—Al perder mi alma, continuó diciendo el anciano, pierdes la tuya. Escucha: te tengo lástima. Pórtate conmigo como quieras; yo cumplí mi deber salvando primero la vida de tu hermano y quitándosela despues por castigo. Ahora tambien cumplo mi deber tratando de salvar tu alma. Reflexiona, porque lo que te voy á decir te importa mucho. ¿Oyes en este instante los cañonazos? Pues allí hay hombres que perecen, desesperados que agonizan, esposos que no volverán á ver á sus esposas, padres que no volverán á ver á sus hijos, hermanos que no verán nunca á sus hermanos. Por culpa de quién? por culpa de tu hermano. Sé que crees en Dios y tú sabes que Dios sufre en este momento. Dios sufre por su hijo cristianísimo el rey de Francia, que es un niño, como el niño Jesús, y que está preso en la Torre del Temple; Dios sufre por su Iglesia de Bretaña; Dios sufre por sus catedrales insultadas, por sus evangelios destrozados, por sus casas de oracion violadas; Dios sufre por sus sacerdotes asesinados. ¿Qué idea nos condujo á ese buque, que quizá sucumbe en estos momentos? Ir en auxilio de Dios. Si tu hermano, como buen servidor, hubiese cumplido fielmente su oficio de hombre prudente y útil, no nos hubiera sobrevenido la desgracia de la carronada, no se hubiera inutilizado la corbeta, y no extraviándose de su rumbo, no hubiera caido en el poder de esa escuadra de perdicion, y á estas horas todos estaríamos desembarcando en Francia como hombres de guerra y como marinos, sable en mano y con la bandera desplegada, á ayudar á los valientes aldeanos de la Vendée á salvar la Fran-

cia, á salvar al rey, á salvar la causa de Dios. Eso veníamos á hacer, y lo hubiéramos hecho; eso es lo que yo solo podria hacer aun todavía. Pero tú te opones, y en este combate de los impíos contra los sacerdotes, de los regicidas contra el rey, de Satanás contra Dios, tú estás por Satanás. Tu hermano fué el primer auxiliar del demonio, tú eres el segundo; él comenzó la obra y tú la acabas. Te decides por los regicidas y contra el trono, por los impíos contra la Iglesia, y privas á la causa de Dios del último recurso. Porque no estando yo en la Vendée, yo, que represento al rey, las aldeas continuarán ardiendo, las familias llorando, los sacerdotes muriendo, la Bretaña perdida, el rey en la cárcel y Jesucristo en la afliccion. ¿Quién tendrá la culpa de todo esto? Tú. Adelante, pues; concluye tu obra. Contaba contigo para que sirvieras mi causa, me equivoqué; pero tú tienes razon, porque hice matar á tu hermano. Tu hermano era valiente y le recompensé; tu hermano fué culpable y le hice castigar; faltó á su deber, yo no falté al mio. Como me porté me volveria á portar; en casos semejantes, como mandé fusilar á tu hermano hubiera mandado fusilar á mi hijo. Ahora aquí tú eres el señor y mandas, pero te compadezco, porque mentiste á tu capitan. Eres cristiano y careces de fé, eres breton y careces de honor, fuí confiado á tu lealtad y aceptado por tu traicion, y vas á matar al que prometiste salvar la vida. Sabes qué vas á perder? Pues vas á perderte á tí mismo. Quitándome la vida, que pertenece al rey, entregas tu eternidad al demonio. Comete el crímen, no te detengas, malogra tu parte de paraiso; ¡gracias á tí vencerá el diablo, gracias á tí las iglesias caerán, los paganos continuarán fundiendo las campanas para convertirlas en cañones y ametrallarán á los hombres con el metal que salvaba las almas. En este momento en que te hablo, quizás la campana que sonó en tu bautizo mata tal vez á tu madre. Prosigue, ayuda al demonio; no te detengas. Condené á tu hermano, pero es menester que pienses que fuí el instrumento de Dios. Mira lo que vas á hacer; ¿sabes siquiera si me encuentro en estado de gracia? No lo sabes, pero obra como quieras; eres libre para enviarme al infierno y arrojarte en él conmigo. La condenacion de ambos está en tus manos; tú eres el responsable de ella ante Dios. Estamos solos frente á frente del abismo; continúa, termina, acaba. Soy anciano y eres jóven, estoy desarmado y tú con armas; mátame.

Mientras que el anciano, en pié, con poderosa voz, que dominaba el ruido del mar, decia el anterior monólogo, las ondulaciones de las olas le hacian aparecer ya en la oscuridad, ya en la luz; el marinero estaba lívido; gruesas gotas de sudor le caian de la frente, temblaba como la hoja en el árbol, besaba de vez en cuando el rosario, y cuando el anciano acabó de hablar, arrojó la pistola y cayó de rodillas:

—Perdon, señor, exclamó; hablais como hablaria Dios. No tenia yo razon; mi hermano era culpable. Haré cuanto pueda por reparar mi crímen. Disponed de mí. Mandad, que yo obedeceré.

—Te perdono, le dijo el anciano.

II.

Memoria de campesino equivale á ciencia de capitan.

Las provisiones que llevaban en el bote no fueron inútiles, porque los dos fugitivos se vieron obligados á hacer muchos rodeos y gastaron treinta y seis horas en llegar á la costa. Pasaron una noche en el mar, una noche tranquila, que alumbraba demasiado la luna á gente que queria ocultarse. Tuvieron desde luego que alejarse de Francia y tomar el largo hácia Jersey.

Oyeron el último y supremo cañoneo de la corbeta vencida, como se oye el último rugido del leon muerto por los cazadores en el bosque. Despues se restableció el silencio en el mar.

La corbeta la *Claymore* murió del mismo modo que *El Vengador*, pero la gloria no lo supo. Nadie es héroe contra su patria.

Halmalo era sorprendente marinero: hizo milagros de destreza y de inteligencia, y la improvisacion de un itinerario al través de los escollos, de las olas y de la vigilancia del enemigo, fué una obra maestra. El viento habia disminuido y la mar era ya manejable.

Halmalo evitó las rocas de los Minquiers, costeó *La Calzada de los Bueyes*, abrigándose en ella para descansar algunas horas en la pequeña ensenada que se forma allí con la pequeña marea; descendiendo luego al Sur, halló medio de pasar entre Granville y las islas Chausey, sin que le viesen ni el vigía de Chausey ni la atalaya de Granville. Internóse despues en la bahía de San Miguel, que fué una verdadera audacia,

por la vecindad de ésta á Cancale, fondeadero habitual del crucero.

La tarde del segundo dia, una hora antes de ponerse el sol, dejó detrás de ellos el monte de San Miguel y fué á tomar tierra en una playa que está siempre desierta, porque es peligrosa y expuesta á naufragios. Por fortuna la marea estaba alta.

Halmalo empujó el bote lo más adentro que pudo; tanteó la arena, la encontró sólida, hizo varar la embarcacion y saltó á tierra. El anciano hizo lo mismo despues y examinó el horizonte.

—Señor, dijo el marinero, estamos en la embocadura del Conesnon. A estribor tenemos á Beauvoir y á babor á Huisnes. El campanario que está enfrente de nosotros es el de Ardevon.

El anciano se inclinó hácia el bote, tomó galletas, que se metió en el bolsillo, y dijo á Halmalo:

—Quédate con lo demás.

El marinero metió en el saco la comida y las galletas que quedaban y se cargó el saco á las espaldas, diciendo:

—Señor, ¿quereis que os guie ó que os siga?

—Ni lo uno ni lo otro.

Halmalo, estupefacto, miró al anciano; éste continuó:

—Vamos á separarnos. Ser dos no sirve de nada; es preciso ser mil ó estar solos.

Despues de dicho lo anterior, sacó del bolsillo un lazo de seda verde, bastante parecido á una escarapela, en cuyo centro habia bordadas flores de lis de oro, y añadió:

—Sabes leer?

—No.

—Me parece bien; el hombre que lee sirve de estorbo. Tienes buena memoria?

—Sí.

—Perfectamente. Escucha, Halmalo; vas á irte por la derecha, mientras yo me iré por la izquierda; yo voy hácia Fougéres y tú te dirigirás hácia Bazouges. Conserva el morral, que te dá apariencia de aldeano; oculta las armas, corta un palo en cualquier llanura, evita el encuentro de los transeuntes, evita tambien los puentes y los caminos; no entres en Pontorson... Ah!... tendrás que atravesar el Conesnon: cómo le pasarás?

—A nado.

—Bien; además, hay un vado. ¿Sabes dónde está?

—Entre Ancey y Vieux-Viel.

—Muy bien; veo que conoces verdaderamente el pais.

—Pero se acerca la noche... ¿El señor dónde se acostará?

—Yo me encargo de eso; y tú, ¿dónde pasarás la noche?

—Sobre el césped, en cualquier parte; he sido campesino antes de ser marinero.

—Quítate el sombrero, que podria excitar sospechas; en cualquier parte encontrarás una caperuza.

—Una montera se encuentra en cualquier parte; el primer pescador que encuentre me venderá la suya.

—Está bien... dime... ¿Conoces los bosques?

—Todos.

—De todo el pais?

—Desde Noirmontier hasta Laval.

—Y sus nombres?

—Tambien.

—Olvidarás algo de lo que voy á decirte?

—Nada olvidaré.

—Pues préstame atencion. ¿Cuántas leguas puedes andar cada dia?

—Diez, quince, diez y ocho, veinte si es necesario. (1)

—Será preciso. No pierdas ni una palabra de las que voy á decirte: irás al bosque de Saint-Aubin.

—Cerca de Lamballe?

—Sí. A la orilla del barranco que hay entre Saint-Rieul y Pledeliac crece un gran castaño; te pararás allí. No verás á nadie.

—Lo que no impedirá que haya allí álguien. Ya lo sé.

—Harás la señal. Sabes hacer la señal?

Halmalo hinchó los carrillos, se volvió hácia el mar y se oyó entonces un grito de mochuelo; cualquiera hubiera creido que aquel grito salia de las profundidades nocturnas; era parecido al del pájaro y siniestro como él.

—Bien, le contestó el anciano; está bien.

Presentó al marinero el lazo de seda verde y le dijo:

—Este es el lazo de mando; tómale. Importa que nadie sepa aun mi nombre, pero este lazo te basta. Esta flor de lis la bordó la princesa real en la prision del Temple.

Halmalo hincó en tierra una rodilla; recibió temblando el lazo de la flor de lis y le acercó á los labios; despues, como asustado de su atrevimiento, preguntó:

—Puedo besarlo?

—Sí, porque tambien besas el crucifijo.

---

(1) La legua francesa no tiene más que cuatro kilómetros.

Halmalo besó la flor de lis.

—Levántate, le dijo el anciano.

El marinero se levantó y escondió el lazo en el pecho.

El anciano prosiguió:

—Atiende bien. La consigna es esta: *Insurreccionaos; guerra sin cuartel.* Irás, pues, al extremo del bosque de Saint-Aubin y harás la señal tres veces; á la tercera verás salir de tierra un hombre.

—De un hueco practicado debajo de los árboles; lo sé.

—Ese hombre será Planchenault, alias Corazon de Rey. Le enseñarás ese lazo y te comprenderá. Despues irás por senderos al bosque de Astillé, y allí encontrarás á un hombre patizambo, llamado por mote Mosqueton, y que no se compadece de nadie; le dirás que le aprecio y que ponga en movimiento sus parroquias. Irás en seguida al bosque de Conesbon, que está á una legua de Ploermel; harás allí la señal del mochuelo y saldrá un hombre de un agujero. Será éste Thuault, senescal de Ploermel, que perteneció á lo que llaman Asamblea Constituyente, pero era de los buenos de esa reunion. Le dirás que arme el castillo de Conesbon, que pertenece al marqués de Guer, que está emigrado. Encontrarás allí barrancos, bosquecillos, terreno desigual, todo á propósito para nuestro objeto, y á Thuault, que es hombre recto y de ingenio. Irás despues á Saint-Onez-les-Toits y hablarás á Juan Chouan, que á mis ojos es el verdadero jefe. Pasarás al bosque de Ville-Anglose, en el que te encontrarás con Gritter y le advertirás que vigile á Courmesnil, que es yerno de Goupil de Prefelm y jefe del jacobinismo de Argentan. Retén todo cuanto llevo dicho en la memoria, porque no me conviene escribir nada. Despues te presentarás en el bosque de Rongefen, en el que está Mielette, que salta los barrancos con la ayuda de un palo largo.

—Con una pértiga.

—Sabes servirte de ella?

—No seria breton ni campesino si no lo supiera. La pértiga es amiga nuestra y nos alarga los brazos y las piernas; en una ocasion ella me defendió de tres aduaneros que llevaban sables.

—Cuándo?

—Hace diez años.

—En tiempo del rey?

—Por supuesto.

—Te batias en la época del rey?

—Sí, señor.

—Con quién?

—Puede decirse que no lo sé; era contrabandista de sal.

—Está bien.

—A mi oficio le llamábamos pelear contra las gabelas. ¿Por ventura las gabelas son la misma cosa que el rey?...

—Sí y no; pero no necesitas ahora comprender eso.

—Pídoos perdon por haberos dirigido esa pregunta.

—Continuemos: conoces á Tourgue?

—Que si la conozco? Soy de ese pais.

—Cómo?

—Sí, pues soy de Parigné.

—En efecto, la Tourgue está inmediata á Parigné.

—En la Tourgue hay un castillo grande y redondo, que es el castillo de la familia de mis señores. Una gran puerta de hierro separa el edificio nuevo del antiguo, y no es posible echarla abajo ni con un cañon. Hay un paso subterráneo que yo conozco, y que quizás nadie conoce.

—Qué paso subterráneo? No lo sé.

—Se abrió en otros tiempos, cuando sitiaron á la Tourgue; las gentes que estaban dentro pudieron salir por un pasadizo que hay bajo de tierra y desemboca en el bosque.

—Pasos subterráneos de ese género los hay en el castillo de la Jupelliere, en el de la Hunaudaye y en la torre de Campeon, pero no lo hay en la Tourgue.

—Sí, señor. No conozco los pasadizos que citais, pero conozco el de la Tourgue por ser hijo del pais, y puedo añadir que nadie lo sabe más que yo. En mi tiempo estaba prohibido hablar de él, porque sirvió de paso cuando las guerras de Mr. de Rohan; mi padre sabia el secreto y me lo enseñó, por eso sé el secreto para entrar y el secreto para salir. Desde el bosque puedo ir á la torre, y desde la torre puedo pasar al bosque sin que me vean, y si los enemigos penetrasen allí, no me encontrarian.

El anciano permaneció un momento silencioso; despues dijo:

—Indudablemente te engañas: si existiese semejante secreto yo lo sabria.

—Estoy seguro que existe... hay allí una piedra que gira...

—Vosotros los campesinos creeis en las piedras que giran, en las piedras que cantan y hasta en las piedras que van á beber por la noche en el arroyo... cuentos, chismes.

—¡Pero si yo mismo he hecho girar esa piedra!...

—Como otros la habrán oido cantar.

La Tourgue es un castillo seguro y fuerte, fácil de defender, pero es candoroso creer que tenga una salida secreta que la pueda librar de un sitio.

—Pero, señor...

El anciano se encogió de hombros y dijo:

—No perdamos el tiempo. Hablemos de lo que importa. Prosigamos. Desde Rongefen irás al bosque, donde está Benedícite, que es el jefe de los Doce; es un buen jefe, que mientras hace arcabucear reza el *Benedicite;* para la guerra sobra la sensibilidad. Desde Montchevrier irás... Se me olvidaba el dinero.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa y una cartera que entregó á Halmalo.

—En esta cartera hay treinta mil francos en asignados, que vendrán á resultar en dinero unas tres libras y diez sueldos. Debo advertirte que los asignados son falsos, pero en cámbio los verdaderos no valen más. En la bolsa tienes cien luises en oro; te doy todo lo que tengo: ahora yo nada necesito, y es mejor que no me encuentren dinero en el bolsillo. Continuemos. Desde Montchevrier irás á Antrain, en donde verás á M. de Frotte; desde Antrain á la Jupelliere, en donde encontrarás á M. de Rochecotte... Te acordarás de todo esto?

—Como del *Padre nuestro.*

—Verás á Dubois-Guy en Saint-Brice en Cogle, á Turpin en Morannes, que es una aldea fortificada, y al príncipe de Talmont en Chateau-Gonthier.

—Y me hablará un príncipe?

—Pues no te hablo yo?...

Halmalo se quitó el sombrero.

—Todos te recibirán al ver en tus manos la flor de lis de la princesa. No olvides de disfrazarte, porque tienes que ir por sitios donde hay campesinos y patanes, y esos republicanos son tan bestias, que con casaca azul, sombrero de tres picos y escarapela tricolor dejan pasar por todas partes. No hay ya ni regimientos, ni uniformes, ni los cuerpos tienen números, cada uno se pone el traje que quiere. En Saint-Mhervé encontrarás á Gaulier, llamado Pedro el Grande. Irás luego al canton de Parné, donde estarán los hombres de rostro ennegrecido, que ponen guijarros en los fusiles y doblan la carga de la pólvora para hacer más ruido. Irás en seguida al campo de la *Vaca Negra*, situado en una altura enmedio del bosque de la Charnie. Irás tambien al Grand-Bordage, que le habita una viuda, de la que es yerno Treton, llamado el Inglés. Visitarás á Epineux-le-chevreuil, á Sille-le-Guillaume, á Parannes y á todos los hombres que estén en los bosques. Te se harán amigos y los enviarás á los extremos del Alto y del Bajo Maine; verás á Juan Treton en la parroquia de Vaisges, á Sans-Regret en Bignon, á Chambord en Bouchamps, á los hermanos Corbin en Madioncellas y á le Petit-Sans-Peur en Saint-Jean-Sur-Erve. Hecho esto y dada la consigna en todas partes de *Insurreccionaos, guerra sin cuartel*, irás á unirte con el gran ejército, ejército católico y real, donde éste se encuentre. A de Elbée, de Lescure, de La Rochejaquelein y á los demás jefes que vivan les enseñas mi lazo de mando, que ellos ya saben lo que quiere decir. Eres un marinero, pero Cathelineau es un carretero nada más. De mi parte les dices á esos jefes que ya es hora de empeñar las dos guerras á la vez, la grande y la pequeña. La grande mueve más ruido, pero la pequeña es más productiva; la de la Vendée es buena, la de la Chuanería es peor, pero en las luchas civiles la peor guerra es la mejor. La bondad de la guerra se juzga por la cantidad de mal que ocasiona.

Hizo el anciano una pausa; despues continuó:

—Halmalo, te comunico todo esto porque aunque no comprendas las palabras, sé que comprendes las ideas. He adquirido confianza en tí viéndote maniobrar en el bote; sin saber geometría haces en el mar movimientos sorprendentes. El que sabe manejar su barco sabe dirigir una insurreccion, y el modo de manejar la intriga del mar me hace deducir que desempeñarás bien mis comisiones. Cuando encuentres ocasion oportuna haz saber á los jefes que prefiero la guerra en los bosques á la guerra en las llanuras. No conviene poner en línea á cien mil paisanos, expuestos á la metralla de los soldados azules y á la artillería de Carnot, y antes de un mes quiero tener quinientos mil matadores emboscados en las selvas. La caza que persigo es el ejército de la República: cazar furtivamente es guerrear, y sé bien la estrategia de los bosques. Que no se dé cuartel á nadie y que se llene todo de emboscadas. Les dirás tambien que los ingleses están con nosotros, y vamos á pillar á la República entre dos fuegos. La Europa nos ayuda á concluir con la revolucion. Me has comprendido?

—Sí, señor, que es preciso llevarlo todo á sangre y fuego.

—Eso es.
—Sin dar cuartel.
—A nadie.
—Llevaré á todas partes esa consigna.
—Ten mucho cuidado, porque en este pais se encuentra la muerte fácilmente.
—No importa... el que dá el primer paso, usa quizás sus últimos zapatos.
—Eres un valiente.
—Y si me preguntan vuestro nombre?
—Todavía no conviene que se sepa. Dirás que no lo sabes, y dirás la verdad.
—Dónde volveré á veros?
—Donde me encuentre.
—Y cómo lo sabré?
—Como lo sabrá todo el mundo. Antes de ocho dias. Haré escarmientos, vengaré al rey y á la religion, y comprenderás que se habla de mí.
—Entiendo.
—No te olvides de nada.
—Quedad tranquilo, señor.
—Ahora parte, y que Dios te guíe.
—Cumpliré todo lo que me encargais, hablaré, obedeceré y mandaré.
—Bien.
—Si salgo victorioso de mi comision...
—Te haré caballero de San Luis.
—Como á mi hermano; y si no salgo bien, me hareis fusilar.
—Como á tu hermano.
—Está dicho, señor.

El anciano inclinó la cabeza y cayó al parecer en profunda meditacion. Cuando levantó la vista ya estaba solo. Halmalo no era ya más que un punto negro que iba desapareciendo en el horizonte.

El sol acababa de ponerse.

Las gaviotas y otras aves acuáticas volvian á sus nidos.

En el espacio reinaba esa especie de inquietud que precede á la noche; las ranas cantaban, las cercetas huian silbando de los estanques, las grullas, los ánades y los vencejos lanzaban sus gritos vespertinos; las aves de la playa se llamaban unas á otras, pero no se oia ningun ruido humano. La soledad era profunda; ni habia una vela en toda la bahía ni un aldeano en el campo; la extension del horizonte que abarcaba la vista estaba desierta. El viento silbaba entre los grandes cardos de las arenas; el cielo blanco del crepúsculo lanzaba en la playa vasta claridad lívida. De lejos los estanques de la llanura sombría parecian placas de estaño puestas de plano sobre el suelo. El viento soplaba por la parte del mar.

LIBRO CUARTO

Tellmarch.

I.

La cumbre de la duna.

El anciano, en cuanto vió desaparecer á Halmalo, se embozó en su capa de mar y se puso en marcha. Caminaba pausadamente y pensativo. Marchaba hácia Huines, mientras que Halmalo se dirigia á Beauvoir.

Detrás de él se erguia el monte de San Miguel, que es al Océano lo que la pirámide Cleops es al desierto; enorme triángulo negro con su tiara de catedral y su coraza de fortaleza, con sus dos gruesas torres de Levante, una redonda y otra cuadrada, que ayudan á la montaña á sostener el peso de la iglesia y de la aldea.

Las arenas movedizas de la bahía del monte de San Miguel hacen que sus dunas cambien de sitio insensiblemente. Habia en aquella época, entre Huines y Ardevon, una duna muy alta, que hoy ha desaparecido; una de las tempestades del equinoccio la niveló, y tenia la rareza de ser antigua y de ostentar en su cumbre una piedra miliaria, erigida en el siglo doce en conmemoracion del Concilio celebrado en Avranches contra los asesinos de Santo Tomás de Cantorbery.

Desde lo alto de dicha duna se descubria todo el pais, y era fácil orientarse de él.

El anciano marchó hácia ella y subió por la pendiente; cuando se encontró en la cima, se acercó á la piedra miliaria, se sentó sobre uno de los lados de su cuadrada base y se dedicó á examinar la especie de mapa geográfico extendido á sus piés. Parecia que buscaba un camino en aquel pais, que le era conocido, porque en el vasto paisaje confuso á causa del crepúsculo, nada se destacaba con claridad más que el horizonte negro sobre el cielo blanco.

Veíanse los grupos de los tejados de once pueblos y aldeas; distinguíanse á muchas leguas de distancia todos los campanarios de la costa, que son muy altos, con la idea de que sirvan de puntos de vista á los que están en el mar.

Al cabo de algunos instantes pareció

que el anciano encontró lo que buscaba en aquel claro-oscuro. Sus ojos se fijaron en un recinto de árboles, de paredes y de tejados, algo visibles en medio de la llanura y de los bosques y que constituian un caserío. Tuvo entonces el movimiento de cabeza de satisfaccion del hombre que se dice mentalmente: "Allí es„, y se puso á trazar con el dedo el bosquejo de un itinerario al través de los vallados y de los sembrados. De vez en cuando se fijaba en un objeto informe y confuso, que se agitaba encima del tejado principal del caserío, y parecia preguntarse á sí mismo qué era aquello. Aquello era incoloro y confuso por haber poca luz en el horizonte; no era una veleta, porque ondeaba, y no habia motivo para que hubiese allí una bandera.

El anciano estaba cansado y por eso permanecia sentado, entregándose á esa especie de olvido vago en que el hombre se sume en los primeros instantes de reposo.

Hay en el dia una hora que podria llamarse la hora de la ausencia del ruido, la hora serena, y esa era la que reinaba en aquel momento. El anciano gozaba de ella, miraba y escuchaba; qué?... nada. La profunda tranquilidad. Los hombres más crueles tienen sus instantes de melancolía. De pronto se turbó esta tranquilidad, ó mejor dicho, la acentuaron voces de transeuntes, voces de mujeres y de niños. Sobrevienen á veces en la oscuridad estos repiques de alegría inesperados. La maleza impedia ver el grupo del que salian las voces, pero se adivinaba que iba caminando al pié de la duna y que se dirigia hácia la llanura y hácia el bosque. Las voces llegaban claras y francas hasta los oidos del anciano, y venian de tan cerca, que no perdió ni una sola palabra de las que pronunciaban.

Una mujer decia:

—Vamos, aprieta el paso. ¿Es por aquí?

—No, es por allí.

El diálogo continuaba entre dos voces, una fuerte y otra tímida.

—¿Cómo se llama la alquería que habitamos ahora?

—La Herbe-en-Pail.

—Estamos todavía lejos?

—A un cuarto de hora largo.

—Apretemos el paso para llegar pronto á comer el rancho.

—Sí, que nos hemos retardado un poco.

—Debíamos correr, pero vuestros muñecos están fatigados. Dos mujeres no podemos llevar á tres chiquillos; tú ya llevas á la Hecharde, que es una niña pesada como el plomo. Despues de destetarla aun la llevas al brazo, y esa es una mala costumbre; hazla que ande un poco. En fin, cuando lleguemos, el rancho ya estará frio.

—Qué buenos zapatos me habeis dado! Parecen hechos para mí.

—Eso vale más que ir descalza.

—Anda más deprisa, Renato.

—Él tiene la culpa de nuestro retardo, porque se empeña en hablar á todas las niñas que encuentra. Parece ya un hombre.

—Vaya! ya vá á cumplir cinco años.

—Dime, Renato, ¿por qué hablaste á aquella chiquilla en la aldea?

—Porque yo la conozco, contestó una voz de muchacho.

—De qué la conoces? volvió á preguntar la mujer.

—La conozco... y es mi novia desde esta mañana.

—Bueno es eso! exclamó la madre; ¡y estamos aquí tres dias!... ¡Este chico, que aun no ha salido del cascaron, dice que tiene novia!...

Las voces se alejaron y se perdieron, restableciéndose el profundo silencio.

II.

Tienen oidos y no oyen.

El anciano permaneció inmóvil, estático; ni siquiera pensaba: á su alrededor todo estaba sereno, aletargado; solo habia silencio y soledad. Escasa claridad bañaba aun la cumbre de la duna, pero era ya casi de noche en la llanura y noche completa en los bosques.

La luna ascendia por Oriente. Algunas estrellas aparecian en el azul pálido del cielo, y aquel hombre, excitado por preocupaciones violentas, se abismaba, sin embargo, en la inefable mansedumbre del infinito. Sentia despuntar en su alma el alba oscura de la esperanza, si la palabra esperanza puede aplicarse á la de las guerras civiles. Desde luego le parecia que al escapar del mar, inexorable para él, y al tocar tierra, habia desaparecido todo su peligro. Nadie sabia su nombre, estaba solo, oculto para sus enemigos, sin dejar huellas detrás de él, porque la superficie del mar no las conserva, y gozaba de una tranquilidad suprema.

Lo que tenia tanto encanto para este

hombre, que era presa de tumultos interiores y exteriores, era el profundo silencio que reinaba en el cielo y en la tierra en aquella hora tranquila que atravesaba.

Solo se oia el viento que venia del mar, pero el viento es un bajo contínuo que casi deja de ser ruido por su misma continuacion.

De repente se levantó el anciano; acababa de despertarse su atencion bruscamente; contempló el horizonte y su mirada adquirió particular fijeza. Lo que miraba era el campanario de Cormeray, que tenia enfrente de sí, al extremo de la llanura, porque, en efecto, algo extraordinario sucedia en aquel campanario. Su silueta se destacaba con claridad, se veia la torre coronada con su pirámide, y entre la torre y la pirámide la caja de la campana, cuadrada, sin reparo contra el viento y expuesta á las miradas por sus cuatro lados, como es costumbre en los campanarios bretones.

Pero aquella caja aparecia alternativamente abierta y cerrada á intervalos iguales. Su alta ventana se dibujaba, ya enteramente blanca, ya completamente negra; unas veces se veia el cielo al través de su abertura, otras veces no se veia.

El anciano tenia delante de él el campanario de Cormeray, pero á la distancia de dos leguas; miró á su derecha á la torre de Baguer-Pican, igualmente erguida que la otra, y la caja de sus campanas se abria y se cerraba tambien como la de Cormeray.

Se volvió á su izquierda á mirar el campanario de Tanis, y la caja de las campanas de éste se abria y se cerraba como la de los otros dos.

Examinó todos los campanarios que tenia á la vista y la caja de todos ellos se presentaba alternativamente negra y blanca.

Qué significaba aquello?

Significaba que todas las campanas tocaban á vuelo. Era necesario, para aparecer y desaparecer así, que fuesen furiosamente sacudidas. Aquello era, pues, sin duda alguna, el toque de somaten. Tocaban á somaten frenéticamente, por todas partes, en los campanarios, en las parroquias, en todos los pueblos, y sin embargo, nada se oia á la distancia en que se encontraba el anciano de las poblaciones. Este fenómeno se debia, no solo á la distancia, sino tambien al viento del mar, que soplaba del lado opuesto y que alejaba del horizonte todos los ruidos de la tierra.

Nada es tan siniestro como aquellas campanas fuertemente agitadas, tocando á rebato por todas partes en medio del silencio de los sitios en que se encontraba el anciano. Éste miraba y escuchaba; no oia el somaten, pero lo veia. Ver el toque de somaten le producia sensacion extraña.

¿Contra quién tocaban aquellas campanas?

III.

Utilidad de las letras grandes.

Ciertamente que el toque de somaten se dirigia contra alguno. ¿Contra quién? Aquel hombre de acero se extremeció durante un momento.

No podia ser contra él. ¿Quién habia de adivinar su llegada? Era imposible que los representantes que tuviesen esta mision estuviesen informados de que acababa de desembarcar. La corbeta debió zozobrar sin que ninguno de los hombres que llevaba pudiera escaparse del naufragio, y en la corbeta solo sabian quién era el capitan Boisberthelot y el teniente La Vienville.

Las campanas continuaban volteando, y él, atento, las contemplaba maquinalmente, y su pensamiento, pasando de una conjetura á otra, adquirió la fluctuacion que produce el paso de una seguridad profunda á una incertidumbre terrible; sin embargo, como el toque de somaten podia tener otros objetos, el anciano acabó por tranquilizarse, repitiéndose á sí mismo que nadie podia estar enterado de su llegada ni saber quién era él.

Hacia pocos instantes que oyó un ligero ruido por encima y por detrás de él, semejante al frotamiento de una hoja agitada en el árbol. Al principio no fijó la atencion en este incidente, pero como el ruido puede decirse que insistia, el anciano volvió la cabeza; lo producia, en efecto, una hoja, pero una hoja de papel. El viento estaba acabando de despegar encima de su cabeza un gran cartel fijado sobre la miliar; estaba recien pegado, pues aun conservaba la humedad, y ofrecia su presa al viento, que se puso á jugar con él y á desprenderle.

El anciano, como ascendió á la cumbre de la duna por el lado opuesto, no pudo ver al llegar dicho cartel.

Subió sobre el escalon de piedra en que estuvo sentado y sujetó con la

mano el extremo del papel que levantaba el viento. En un cielo sereno, en Junio, son largos los crepúsculos: bajo de la duna estaba oscuro, pero arriba claro; una parte del cartel estaba impreso en gruesos caractéres y habia bastante luz para poder leerlos. El anciano leyó, pues, lo siguiente:

"REPÚBLICA FRANCESA, UNA É INDIVISIBLE.

„Nos, Prieur, diputado del Marne, representante del pueblo con mision cerca del ejército de las costas de Cherburgo, mandamos:

„El ex-marqués de Lantenac, ex-vizconde de Fontenay, que dice ser príncipe breton y que ha desembarcado en la costa de Granville, queda declarado fuera de la ley y su cabeza puesta á precio.

„Se pagará á quien lo entregue, muerto ó vivo, la suma de sesenta mil libras. Esta suma no se pagará en asignados, sino en oro.

„Se enviará inmediatamente un batallon del ejército de las costas de Cherburgo en busca y en persecucion del ex-marqués de Lantenac. Las municipalidades prestarán auxilio á dicha fuerza para el desempeño de la comision de que está encargada.

„Dado en las Casas Consistoriales de Granville el 2 de Junio de 1793.—PRIEUR, *del Marne.*„

Debajo de este nombre habia otra firma, pero en caractéres más pequeños y que el anciano no pudo leer por la poca claridad que quedaba.

El desconocido se hundió el sombrero hasta los ojos, se embozó con la capa, tapándose la cara, y bajó de prisa de la duna; era, en efecto, inútil y peligroso detenerse en aquella cumbre, que era el único punto donde aun brillaba el último resto de la luz del dia. Tal vez pensó que habia permanecido allí demasiado tiempo.

Cuando descendió se encontró en la oscuridad y disminuyó la rapidez de su marcha. Siguió el intermedio que se habia trazado hácia el caserío, en el que sin duda creia estar seguro.

El camino estaba desierto, porque era la hora de no haber transeuntes. Se paró detrás de unas matas, se quitó la capa, volvió la casaca por el lado velludo, se ató con una cuerda al cuello la capa, doblándola antes como un rollo, y volvió á ponerse en marcha.

La luna iluminaba el espacio.

Llegó á la encrucijada de dos caminos, en la que se elevaba una cruz de piedra. Sobre el pedestal de la cruz se distinguia un cuadrado blanco, que indudablemente era un cartel igual al que acababa de leer, y aproximóse á reconocerlo.

—Adónde vais? le preguntó una voz.

Volvió la cabeza y vió en el llano á un hombre de alta estatura, viejo como él, con cabello blanco como el suyo, pero más haraposo aun.

Aquel hombre se apoyaba en un palo largo.

—Os pregunto adónde vais, repitió.

—En primer lugar decidme dónde estoy, le dijo el interrogado con altiva tranquilidad.

El otro le respondió:

—Estais en la señoría de Tanis, señoría de la que yo soy el mendigo y vos el señor.

—Yo!

—Sí, vos, señor marqués de Lantenac.

IV.

El Caimand.

El marqués de Lantenac (á quien daremos ya en adelante su verdadero nombre), respondió gravemente:

—Está bien, entrégame á mis enemigos.

—Aquí estamos los dos en nuestra casa, vos en el castillo y yo en el monte, respondió el hombre.

—Acabemos. Entrégame.

—Ibais á la alquería de Herbe-en-Pail, no es verdad?

—Sí.

—Pues no vayais.

—Por qué?

—Porque están allí los azules.

—Desde cuándo?

—Desde hace tres dias.

—¿Se han resistido los habitantes de la alquería y de la aldea?

—No. Han abierto todas las puertas.

—Ah! exclamó el marqués.

El hombre le indicó con el dedo el tejado de la alquería, que se distinguia bastante distante por encima de los árboles.

—Veis el tejado, señor marqués?

—Sí.

—Veis lo que sobre él flota?

—Sí. Es una bandera.

—Tricolor, añadió el mendigo.

Dicho objeto fué el que llamó la aten-

cion del marqués desde lo alto de la duna.

—No tocan á rebato?

—Sí.

—Por qué?

—Vos sois la causa.

—Pero no se oye el toque.

—Porque lo impide el viento. ¿Habeis leido el cartel?

—Sí.

—Os buscan.

Echando una mirada hácia la alquería, repuso:

—Hay allí medio batallon.

—De republicanos?

—De republicanos parisienses.

—Pues bien, dijo el marqués, marchemos.

Dió un paso hácia la alquería; el mendigo le detuvo por el brazo, diciéndole:

—No vayais.

—Adónde he de ir?

—A mi casa.

El marqués miró fijamente al mendigo.

—Escuchad, señor marqués: mi casa es muy pobre, pero segura; es una cabaña más baja que una cueva: tengo por piso un lecho de yerba y por techo otro de ramas y de paja; venid. Si vais á la alquería os fusilarán, y en mi casa dormireis. Estareis cansado; mañana por la mañana los azules se pondrán en marcha y podreis ir donde querais.

El marqués contemplaba silenciosamente al mendigo.

—De qué partido sois? le preguntó; sois republicano? sois realista?

—Soy un pobre.

—Estais en pró ó en contra del rey?

—No tengo tiempo para pensar en eso.

—¿Qué te parece lo que está sucediendo?

—Que no me produce para vivir.

—Sin embargo, venís á socorrerme.

—Porque sé que estais fuera de la ley. Eso no sé lo que significa. ¿Se puede estar fuera de la ley? No lo comprendo. Yo estoy fuera ó dentro de ella? ¿Morirse de hambre es estar fuera de la ley?...

—Desde cuándo os morís de hambre?

—Desde que nací.

—Y me salvais!

—Sí.

—Por qué?

—Porque me he dicho á mí mismo: este es más pobre que yo; yo tengo derecho á respirar y él no.

—Es verdad. Y me salvas?

—Sin duda alguna. Ya somos hermanos, monseñor; yo pido una limosna y vos pedís la vida; somos dos mendigos.

—¿Sabeis que han puesto á precio mi cabeza?

—Sí.

—Cómo lo sabeis?

—Por haber leido el cartel.

—Sabeis leer?

—Sí; sé leer y escribir. ¿Por qué he de ser un bruto?

—Pues si sabes leer y te has enterado del cartel, sabrás que al hombre que me entregue le darán sesenta mil francos.

—Ya lo sé.

—Pero no en asignados.

—Sí, ya lo sé; en oro.

—Pues sesenta mil francos es una fortuna.

—Ya lo creo.

—El que me entregase se enriqueceria.

—Es verdad; y qué?...

—Que haria su fortuna.

—Eso es justamente lo que yo pensé. Al veros dije para mí: el que entregue á este hombre será rico; pues apresurémonos á ocultarle.

El marqués siguió al mendigo. Entraron en una espesura donde estaba la cueva de éste; era una especie de aposento que una vieja encina dejó formar debajo de ella, un aposento abierto bajo sus raices y cubierto con sus ramas; era oscuro, bajo, oculto, invisible, y habia sitio para dos hombres.

—He previsto que podia tener un huésped, dijo el mendigo.

Aquella especie de habitacion subterránea, más comun en Bretaña de lo que se cree, se llama en lengua bretona *carnichot*; este nombre se aplica tambien á las aberturas secretas practicadas en el espesor de las paredes. Tenia por mueblaje algunos pucheros, un camastro de paja lavada y despues seca, un tosco cobertor de lana y algunas velas de sebo, piedra y eslabon para encender fuego.

Encorváronse los dos y arrastrándose un poco penetraron en el aposento, en el que las gruesas raices del árbol formaban extrañas habitaciones, y se sentaron sobre el monton de hojas secas extendidas sobre el camastro. Por el intervalo de dos gruesas raices (por donde entraron), que hacia el oficio de puerta, entraba una débil claridad. Era de noche ya, pero la vista se ajusta á la luz y acaba por hallar generalmente algo de claridad en la oscuridad. El reflejo de la luna blanqueaba vagamente la entrada de la cueva. Habia en un rincon de ella

un cántaro de agua, un pan moreno y castañas.

—Cenemos, dijo el mendigo.

Se repartieron las castañas, el marqués hizo partícipe de las galletas al pobre, comieron pan moreno y bebieron en el cántaro uno despues de otro.

En seguida renovaron la conversacion.

—¿De modo que tanto os importa que tengan un desenlace ú otro los acontecimientos?

—Casi lo mismo; estos asuntos son cosa vuestra, cosa de los señores.

—Pero en fin, lo que pasa...

—Pasa muy alto para mí... pero aun hay algo que pasa más alto, como el sol que aparece, ó como la luna que aumenta ó disminuye, y estas cosas son las que á mí me ocupan.

Bebió un trago de agua del cántaro y exclamó:

—Qué agua tan fresca!

—Cómo te llaman?

—Me llamo Tellmarch, alias el Caimand.

—Sí, Caimand es una palabra bretona.

—Que quiere decir mendigo; tambien me conocen en el pais por el *Viejo*... ya hace cuarenta años que me llaman el Viejo.

—Cuarenta años! Serias entonces muy jóven.

—No he sido jóven nunca, mientras que vos lo sois todavía. Teneis piernas de veinte años, ya que podeis subir á lo alto de la gran duna, al paso que yo comienzo á no poder andar, y al cabo de un cuarto de legua estoy cansado. Somos, sin embargo, de la misma edad, pero los ricos tienen sobre nosotros la ventaja de que comen todos los dias. El comer conserva la salud.

El mendigo, despues de una pausa, continuó:

—Los pobres y los ricos constituyen la cuestion que produce las catástrofes; al menos yo lo creo así. Los pobres quieren ser ricos y los ricos no quieren ser pobres, este es el fondo real de la cuestion. No tomo parte en ella, suceda lo que suceda; ni estoy por el acreedor ni por el deudor: sé que hay una deuda y que la pagan, y nada más. Hubiera preferido que no matasen al rey, pero me seria difícil decir por qué. En apoyo de esa muerte me dicen que en otro tiempo por nada se ahorcaba de los árboles á las personas, y, en efecto, por un tiro mal disparado contra un cervatillo del rey yo he visto ahorcar á un hombre que tenia mujer y siete hijos. Para defender una y otra causa se pueden presentar argumentos.

Volvió á callar el mendigo; despues añadió:

—Ya comprendeis que no estoy al corriente de lo que pasa; los unos van, los otros vienen, y yo no me meto en nada. Soy algo herborista y algo médico; conozco las yerbas y saco partido de las plantas: los aldeanos me van examinando las que ellos creen que no valen nada y me hacen pasar por brujo. Porque medito, creen que sé algo.

—Eres del pais?

—Sí; nunca he salido de aquí.

—Me conoces?

—Sin duda. La última vez que os ví fué cuando pasásteis por aquí, hace dos años, para ir á Inglaterra. Hace poco ví en la cumbre de la duna un hombre de alta estatura; los hombres altos son aquí muy escasos; la Bretaña es pais de hombres bajitos. Os observé, y como acababa de leer el cartel, os conocí á la luz de la luna cuando volvísteis la cabeza.

—Sin embargo, yo no te conocia.

—Me habeis visto, aunque no habeis reparado en mí; pero yo, al contrario.

—Nos hemos encontrado otras veces?

—Muchas, porque yo soy vuestro mendigo. Yo era el pobre que se situaba al fin del camino de vuestro castillo. En algunas ocasiones me habeis dado limosna, pero el que dá no mira y el que recibe examina y observa. Quien dice mendigo dice espía. Tendia la mano; vos no veíais más que la mano, y echábais en ella la limosna que yo necesitaba para no morirme de hambre aquel dia. A veces se pasan veinticuatro horas sin comer y una moneda insignificante dá la vida. Os debo, pues, la vida y os la devuelvo.

—Es cierto, porque me salvas.

—Os salvo, señor marqués... con una condicion, añadió Tellmarch con voz grave.

—Con qué condicion?

—Con la de que no vendreis aquí para hacer mal.

—Vengo aquí para hacer bien, contestó el marqués.

—Durmamos, pues, repuso el mendigo.

Tendiéronse el uno al lado del otro sobre el lecho de hojas y el pobre se quedó inmediatamente dormido. El marqués, aunque estaba fatigado, quedó pensativo

algunos momentos; despues miró al pobre, y al verlo dormido, se volvió del otro lado. Acostarse en aquel lecho era echarse en el suelo; aprovechó, pues, la ocasion de aplicar el oido á tierra y escuchó. Oíase bajo tierra sombrío zumbido, porque sabido es que el sonido se propaga por las profundidades del suelo, y oíase tambien el tañido de las campanas.

Continuaba el somaten.

El marqués se durmió.

V.

Firmado: Gauvain.

Cuando el marqués se despertó ya era de dia.

El mendigo estaba en pié, no en la cueva, porque en ella no era posible estar derechos, sino fuera y en el umbral. Estaba apoyado en un garrote y manifestaba alegre fisonomía.

—Monseñor, le dijo Tellmarch, acaban de dar las cuatro de la madrugada en el reloj de la torre de Tanis. Oí las cuatro campanadas, lo que indica que el viento ha cambiado, y ahora sopla de la tierra. No oigo ningun ruido, de lo que deduzco que ha cesado el toque de somaten. Todo está tranquilo en la alquería y en la aldea de Herbe-en-Pail. Los azules duermen ó se han marchado. Lo más inminente del peligro ha pasado ya y separarnos será lo más prudente. Esta es la hora de hacer mi excursion.

Designando un punto del horizonte, añadió:

—Yo me voy por ahí.

Despues designó el punto opuesto y dijo:

—Vos, señor marqués, os ireis por allí.

El mendigo hizo al marqués un grave saludo con la mano, y señalando los restos de la cena:

—Llevaos las castañas si quereis, añadió.

Un instante despues desapareció entre los árboles.

El marqués se levantó y se puso en marcha en la direccion que le indicó Tellmarch.

Era la hora deliciosa que en la antigua lengua de los aldeanos normandos se llama *el reclamo del dia*. Oíanse piar los pajarillos en los bosques. El marqués siguió el sendero por donde llegó á la cueva el dia anterior; salió de la espesura y se encontró en la encrucijada donde estaba la cruz de piedra. Vió el cartel blanco y como alegre al reflejar el sol saliente. Recordó que habia al pié del anuncio algo escrito que no pudo leer la víspera por la pequeñez de las letras y por la escasa claridad del dia. Acercóse al pedestal de la cruz. El cartel terminaba efectivamente, debajo de la firma de PRIEUR, *del Marne*, con estas dos líneas, impresas en caractéres pequeños:

"Identificada la persona del marqués de Lantenac, será inmediatamente pasado por las armas. Firmado: *El jefe de batallon comandante de la columna expedicionaria*, GAUVAIN.„

—Gauvain! exclamó el marqués.

Se detuvo profundamente pensativo, fijando la mirada en el cartel.

—Gauvain!... repitió.

Se puso despues en marcha, se volvió, miró la cruz, deshizo el camino que habia andado y leyó otra vez el cartel.

Luego se alejó con lentitud. El que estuviese á su lado le hubiera oido murmurar á media voz:

—Gauvain!...

Desde el fondo de la cañada por donde se deslizaba no se veian los tejados de la alquería, que habia dejado á su izquierda. Costeaba una eminencia abrupta cubierta de zarzas en flor, de la especie llamada de larga espina. Formaba la cumbre de dicha eminencia una de esas puntas de tierra que en el pais se llaman "hures„; en su base la vista se perdia entre los árboles. El follaje estaba inundado de luz. Toda la naturaleza sonreia con la alegría profunda de la mañana.

De repente el paisaje presentó aspecto terrible. Una especie de tromba, formada de gritos salvajes y de tiros, cayó sobre aquellos campos y sobre aquellos bosques llenos de luz, y se vió elevarse por la parte de la alquería columnas de humo, cortadas aquí y allá por llamas claras, como si el pueblo y la alquería solo fuesen haces de paja ardiendo. Ese espectáculo fué repentino y lúgubre; fué el paso brusco de la calma á la fúria, fué una explosion de infierno en plena aurora, fué el horror sin transicion. Debian estarse batiendo por la parte de Herbe-en-Pail. El marqués se paró.

En semejantes casos se experimenta una sensacion de curiosidad más poderosa aun que la del peligro; se desea saber lo que es hasta aventurando la vida. El marqués ascendió á la eminencia, por cuya falda pasaba la cañada, para averiguar lo que era, arriesgándose á ser

descubierto. Al llegar á la cumbre miró.

Vió, en efecto, el fuego de la fusilería y un incendio.

Oíanse clamores y la alquería era como el centro de desconocida catástrofe. Qué era aquello? ¿Atacaban la alquería? Quiénes la atacaban? ¿Aquello era un combate ó una ejecucion militar? A los azules les mandaba un decreto revolucionario que castigasen con frecuencia las alquerías y las aldeas refractarias, incendiándolas. A este castigo quedó sometida en los últimos tiempos la parroquia de Bourgon, cerca de Ernée. ¿Se encontraba ahora en este caso la alquería de Herbe-en-Pail? ¿Podria ser el incendio el castigo?

Un bosque, lleno de maleza, rodeaba por todas partes la eminencia, en cuya cumbre se situó el marqués, poniéndose en observacion. Aquella espesura, que se llamaba el bosquecillo de Herbe-en-Pail, pero que tenia las proporciones de un bosque, se extendia hácia la alquería y ocultaba, como muchos sotos bretones, una red de barrancos, senderos y cañadas, en cuyos laberintos se perdian los ejércitos republicanos.

La ejecucion, si aquello fué una ejecucion, debió ser feroz, porque fué corta; como todas las cosas brutales, se consumó en breve tiempo. La atrocidad de las guerras civiles consiente estos atentados salvajes. Mientras el marqués, multiplicando sus conjeturas, titubeaba entre huir ó quedarse escuchando y espiaba, cesó el estrépito de exterminacion, ó por mejor decir, se dispersó. Al marqués le pareció ver, en efecto, desparramarse una multitud furiosa y alegre al mismo tiempo. Oyó espantoso hormigueo bajo los árboles; desde la alquería se arrojaba en el bosque; oia tambores que tocaban paso de ataque. No oia ya tiros; lo que pasaba, más que batalla, le parecia ojeo; creia que buscaban, que perseguian á alguno. El ruido era difuso y profundo; era una confusion de palabras de cólera y de triunfo, un rumor compuesto de clamores, difícil de descifrar. Bruscamente, como lineamiento que se dibuja en el humo, hubo algo articulado y preciso en aquel tumulto; este algo era un nombre que repetian mil voces, y el marqués oyó con claridad estos gritos:

—"Lantenac! Lantenac! ¡El marqués de Lantenac!„

Era él á quien buscaban.

VI.

Peripecias de la guerra civil.

De pronto, alrededor del marqués, y por todas partes á un mismo tiempo, el bosque se llenó de fusiles, de bayonetas y de sables; en la penumbra se dibujó una bandera tricolor; el grito de ¡Lantenac! estalló en sus oidos y aparecieron á sus piés rostros violentos entre las matas y las zarzas.

El marqués estaba solo, de pié sobre la cumbre, y le veian de todos los puntos del bosque, pero él podia ver apenas á los que gritaban su nombre. Si habia mil fusiles en el bosque, podia muy bien servir de blanco á todos ellos.

Se quitó el sombrero, dobló una de sus alas, arrancó una espina seca de una zarza, sacó del bolsillo una escarapela blanca, la fijó con la espina en el ala vuelta, prendiéndola en la copa del sombrero; cubrióse de modo que pudiesen verle bien la cara y la escarapela, y dijo en alta voz, dirigiéndose á aquella multitud:

—Soy el hombre que buscais. Soy el marqués de Lantenac, vizconde de Fontenay, príncipe breton, teniente general de los ejércitos del rey. Acabemos: ¡apunten! fuego!

Apartó con las dos manos su coleto de cabra de piel y enseñó el pecho desnudo.

Bajó la vista buscando con la mirada los fusiles dirigidos contra su pecho y se vió rodeado de hombres arrodillados ante él. Oyó en seguida este inmenso grito:

—"Viva Lantenac! Viva el señor! ¡Viva el general!„

Al mismo tiempo saltaban sombreros por el aire, agitábanse sables en señal de alegría y se levantaban palos coronados por monteras de lana parda. Estaba el marqués rodeado por una partida de vendeanos, que se arrodilló al reconocerle.

Refiere la leyenda que habia en las antiguas selvas turingias séres extraños, raza de jigantes, más ó menos hombres, á los que los romanos consideraban como animales horribles y los germanos como encarnacion divina, y por lo tanto, segun se encontraban con unos ó con otros, estaban expuestos al exterminio ó á la adoracion. El marqués experimentó una sensacion semejante á la que debia sentir uno de esos séres, cuando esperaba ser tratado como mónstruo y bruscamente se veia tratado como Dios.

Aquellos ojos, que destellaban relámpagos terribles, se fijaban en el marqués con una especie de amor salvaje.

Aquella tropa iba armada de fusiles, de hoces, de picas y de palos; aquellos hombres usaban sombreros grandes ó monteras pardas con escarapelas blancas, profusion de rosarios y de amuletos, anchos calzones, abiertos por la rodilla, casaca de piel, botines de cuero; llevaban desnuda la rodilla y los cabellos largos.

Un jóven de agradable aspecto atravesó por entre aquella gente arrodillada y ascendió de prisa hasta la cumbre en donde estaba el marqués. Llevaba como los demás sombrero de ala levantada y escarapela blanca y vestia casaca de piel, pero sus manos eran blancas, su camisa fina y usaba una faja de seda blanca, de la que pendia una espada con puño dorado.

Llegado que hubo al lado del marqués, arrojó el sombrero, se quitó la faja, hincó en tierra la rodilla y presentó á éste la faja y la espada, diciéndole:

—Os buscábamos y gracias á Dios os hemos encontrado. Aquí teneis la espada de mando. Estos hombres os pertenecen y desde ahora son vuestros subordinados. Era yo su comandante, pero desde este momento asciendo á soldado vuestro. Aceptad, monseñor, nuestro homenaje. Dadnos vuestras órdenes como general.

Hizo una señal y unos hombres que llevaban una bandera tricolor salieron del bosque, subieron hasta donde estaba el marqués y depositaron á sus plantas la bandera. Era la que Lantenac acababa de ver al través de los árboles.

—Mi general, dijo el jóven que le habia presentado la espada y la faja, esta bandera acabamos de tomársela á los azules, que estaban en la alquería de Herbe-en-Pail. Yo me llamo Gavard y he servido á las órdenes del marqués de la Rouarie.

—Está bien, contestó el marqués, y grave y tranquilo se ciñó la faja.

Despues sacó la espada y, agitándola por encima de la cabeza, exclamó:

—Ahora todos en pié y ¡viva el rey!

Todos se levantaron, y oyóse en las profundidades del bosque este clamor inmenso y triunfante:

—Viva el rey! viva el marqués! ¡Viva Lantenac!

El marqués, volviéndose hácia Gavard, le preguntó:

—Cuántos somos?

—Siete mil.

El marqués bajó de la eminencia; Gavard le explicó lo sucedido del modo siguiente:

—Monseñor, lo que ha pasado os lo explicaré con pocas palabras. Solo esperábamos que una chispa produjese el incendio. El bando de la República, al revelar vuestra presencia aquí, ha sublevado el pais en favor de su rey. Supimos secretamente vuestra llegada por el maire de Granville, que es de los nuestros. Es el que salvó al padre Olivier. Esta noche se ha tocado á rebato.

—Por quién?

—Por vos.

—Ah! dijo el marqués.

—Y aquí estamos, repuso Gavard.

—Y somos siete mil?

—Hoy siete mil; pero seremos quince mil mañana, que es el cupo que corresponde al pais. Cuando Enrique de La Rochejaquelein salió para ponerse al frente del ejército católico se tocó á somaten, y en una noche reunió diez mil hombres. Creimos que debíais estar en este bosque y venimos á buscaros.

—¿Habeis atacado á los azules en esa alquería?

—El viento les impidió oir el toque de somaten y nada sospechaban, porque fueron recibidos allí muy bien. Esta mañana atacamos la alquería, los azules dormian y hemos despachado en seguida. ¿Os dignais aceptar mi caballo, mi general?

—Sí.

Un paisano acercó un caballo blanco militarmente ensillado y dispuesto. El general, sin hacer uso de la ayuda que le ofrecia Gavard, montó.

—Hurra! gritaron todos.

Gavard hizo el saludo militar y preguntó:

—¿Dónde situais vuestro cuartel general?

—Por ahora en el bosque de Fougéres.

—Es uno de los siete bosques de vuestra propiedad, señor marqués.

—Necesito un cura.

—Llevamos uno.

—Quién es?

—El vicario de la capilla Erbrée.

—Le conozco; estuvo en Jersey.

Un sacerdote salió de las filas y contestó:

—Tres veces hice ese viaje.

—Buenos dias, señor vicario, le dijo el marqués; vais á tener mucho trabajo.

—Tanto mejor.

—Tendreis muchos que confesar... los que quieran... porque no obligaré á nadie.

—Gaston, en Gueménée, obligó á los republicanos á que se confesaran, replicó el clérigo.

—Gaston es un peluquero, contestó el marqués, pero no se debe forzar á nadie.

Gavard, que fué á dar algunas órdenes, volvió y dijo:

—Mi general, qué hacemos? Esperamos vuestras órdenes.

—Desde luego nuestra reunion se verificará en el bosque de Fougéres; que se dispersen y que acudan allí por distintos caminos.

—Ya está dada esa órden.

—¿Me dijísteis que los habitantes de la aldea de Herbe-en-Pail recibieron bien á los azules?

—Sí, mi general.

—Habeis quemado la alquería?

—Sí.

—Y la aldea?

—No.

—Quemadla.

—Los azules trataron de defenderse; pero eran ciento cincuenta y nosotros siete mil.

—A qué batallon pertenecian?

—Eran de los azules de Santerre.

—El que mandó que tocasen los tambores mientras guillotinaban al rey; entonces es un batallon de Paris.

—Medio batallon.

—Cómo se llamaba ese batallon?

—Mi general, su bandera lleva escrito este letrero: "Batallon del Gorro Rojo„.

—De bestias feroces.

—Qué hacemos con los heridos?

—Rematarlos.

—Qué haremos de los prisioneros?

—Fusilarlos.

—Hay cerca de ochenta.

—Fusiladlos á todos.

—Hay entre ellos dos mujeres.

—Fusiladlas tambien.

—Tienen tres niños.

—Traedlos acá y veremos lo que se hace de ellos.

El marqués picó espuelas al caballo.

VII.

Guerra sin perdon (consigna del Municipio).
Guerra sin cuartel (consigna de los príncipes).

Entre tanto que esto sucedia cerca de Tanis, el mendigo se habia dirigido hácia Crollon; se habia hundido en los barrancos bajo la vasta y sorda espesura del follaje, indiferente á los sucesos y atento á una pequeñez; era soñador más que pensador, porque el pensador tiene un objeto y el soñador no lo tiene, y erraba vagabundo, deteniéndose aquí y allá á comer un tallo de mimbre silvestre ó á beber en los manantiales, irguiendo la cabeza algunas veces para escuchar ruidos lejanos, volviendo despues á la fascinacion deslumbradora de la naturaleza, ostentando sus harapos á la luz del sol.

Era viejo y pesado; no podia andar mucho, como dijo al marqués de Lantenac; un cuarto de legua le fatigaba; dió un breve rodeo hácia la Croix-Avranchin, y ya empezaba á anochecer cuando volvió.

Un poco más allá de Macey, el sendero que seguia le condujo á un punto culminante desprovisto de árboles, desde el que se veia á mucha distancia y desde el que se descubria todo el horizonte del Oeste hasta el mar.

Una gran humareda le llamó la atencion.

Nada es tan agradable como la humareda, pero nada es tan espantoso; hay humaredas apacibles y humaredas pérfidas; en la humareda, en el espesor y en el color del humo se diferencian la paz y la guerra, la fraternidad y el ódio, la hospitalidad y el sepulcro, la vida y la muerte. El humo que sube por entre los árboles puede indicar el consuelo del mundo, esto es, el hogar, y lo más horrible de la tierra, esto es, el incendio; la dicha y el infortunio del hombre se simbolizan algunas veces en esa mancha que en el horizonte se esparce á impulsos del viento.

Era alarmante la humareda que contemplaba Tellmarch; era negra y ofrecia resplandores súbitos, como si el foco de donde salia tuviese intermitencias y acabara de extinguirse y se elevara por encima de Herbe-en-Pail.

Tellmarch apresuró el paso y se dirigió hácia la humareda; á pesar de estar rendido, queria saber lo que era.

Llegó á lo alto de un cerrillo, en cuya ladera estaban pegadas la aldea y la alquería. No existian ya ni la una ni la otra; el monton de escombros que quemándose humeaba habia sido hasta entonces la Herbe-en-Pail.

Es más doloroso que ver quemarse un palacio ver arder una cabaña; la devastacion abatiéndose sobre la miseria, el buitre encarnizándose en el gusano, forman un contrasentido que oprime el corazon.

Segun la leyenda bíblica, la vista de un incendio trueca la criatura humana

en estátua: en estátua quedó convertido Tellmarch durante un momento, presenciando inmóvil el espectáculo que se ofrecia ante sus ojos. La destruccion que estaba mirando se consumaba en silencio; no se oia ni un grito, ni un suspiro humano; aquel inmenso horno trabajaba acabando de devorar la aldea, sin que se oyese otro ruido que el que producian el chasquido de las maderas y el chisporroteo de la paja de las techumbres. Algunas veces la nube de humo se desgarraba, y las paredes abiertas dejaban ver el interior de las habitaciones. Tellmarch experimentaba el deslumbramiento siniestro del desastre.

Algunos árboles de un castañar contiguo á las casas se habian encendido y arrojaban llamas.

El mendigo escuchaba atentamente, por ver si podia oir algun clamor, algun grito de socorro; pero nadie se movia, excepto las llamas; todo callaba, excepto el incendio. ¿Habrian huido todos los habitantes? ¿Dónde estaba el grupo vivo y trabajador de Herbe-en-Pail? ¿Qué habia sucedido á aquellos vecinos?

Tellmarch bajó del cerro.

Tenia ante él un enigma fúnebre. Aproximábase al sitio del siniestro sin apresurarse, con la vista fija, avanzando hasta él con lentitud de sombra y considerándose como el fantasma de aquella tumba.

Llegó á lo que fué puerta de la alquería: miró hácia el corral, que entonces ya no tenia paredes y se confundia con el pueblecillo agrupado alrededor. Lo que vió al principio solo era terrible, lo que vió un momento despues era horroroso.

En medio del corral habia un monton negro, vagamente modelado por una parte por las llamas y por la otra por la luna; aquel monton era de hombres, y aquellos hombres eran cadáveres. Alrededor de ellos habia un gran charco que aun humeaba; el incendio se reflejaba en él, aunque no necesitaba el fuego para ser rojo, porque era de sangre.

Tellmarch se acercó y examinó uno tras otro aquellos cuerpos muertos que yacian en tierra. La luna y el incendio los iluminaban.

Los cadáveres eran de soldados, estaban descalzos; les habian quitado los zapatos y las armas, pero conservaban aun los uniformes azules, y aquí y allá se distinguian confundidos con brazos, piernas y cabezas, sombreros agujereados y con escarapelas tricolores. Eran, pues, republicanos, eran los parisienses que el dia anterior estaban allí vivos guarneciendo la granja de Herbe-en-Pail. Aquellos hombres fueron pasados por las armas, como lo indicaba la caida simétrica de los cuerpos; los habian fusilado en su sitio y con cuidado. Todos estaban muertos. Ni un estertor salia del monton. Tellmarch pasó revista á los cadáveres, sin omitir uno solo, y vió que todos estaban acribillados de balas. Los que los ametrallaron tendrian acaso prisa de ir á otra parte y no se tomaron el trabajo de enterrarlos.

Al ir á retirarse, sus ojos se fijaron en una pequeña pared que habia en el corral y vió cuatro piés que salian por detrás del ángulo que aquella formaba; aquellos piés estaban calzados, y eran más pequeños que todos los demás. Tellmarch se acercó á ellos y vió que eran de mujer.

En efecto, habia tendidas dos mujeres, una al lado de la otra, fusiladas detrás de la pared. Tellmarch se inclinó sobre ellas. Una vestia una especie de uniforme, y á su lado vió una cubeta rota y vacía; era una cantinera. Tenia cuatro balazos en la cabeza; estaba muerta.

Tellmarch examinó á la otra. Era una aldeana lívida, con la boca abierta y los ojos cerrados, pero que no habia recibido ninguna herida en la cabeza. Sus vestidos hechos girones, acaso por las marchas y las fatigas, se le habian abierto al caer y enseñaba el torso medio desnudo. Tellmarch los separó más de la carne y vió en un hombro un agujero redondo producido por una bala, que le rompió la clavícula. Miró aquel seno lívido y exclamó:

—Madre y nodriza!

La tocó y vió que no estaba fria; acaso no tenia otra herida que la del hombro. La puso la mano apretada sobre el corazon y sintió débiles latidos. No estaba muerta.

Tellmarch se levantó y gritó con voz terrible:

—No hay nadie aquí?

—Eres tú, Caimand? respondió una voz tan baja que apenas se oia. Al mismo tiempo asomó una cabeza por un agujero de las ruinas. Despues otra cabeza salió de otros escombros. Eran de dos aldeanos que se habian escondido; los únicos que sobrevivieron en la aldea. La voz de Caimand los tranquilizó y los hizo salir del escondite.

Temblando, adelantáronse hasta Tellmarch: éste pudo gritar, pero no podia

hablar: las emociones profundas causan semejantes efectos. Les señaló con el dedo la mujer tendida á sus piés.

—Es que vive todavía? preguntó uno de los aldeanos.

Tellmarch hizo con la cabeza señal afirmativa.

—Y la otra vive tambien? preguntó el otro aldeano.

Tellmarch hizo seña de que no.

El primer aldeano repuso:

—Todos los demás son cadáveres. Lo he presenciado todo desde una cueva, y dí gracias á Dios en aquellos momentos de no haber tenido familia. He visto arder mi casa... todo lo han destruido. Esta mujer tenia tres hijos, los tres pequeñuelos. Los niños gritaban: ¡Madre! La madre gritaba: ¡Hijos mios! Mataron á la madre y se llevaron á sus hijos. ¡Lo he presenciado todo!... ¡Luego se marcharon esos asesinos y se marcharon contentos, llevándose á los hijos despues de matar á la madre!... Pero no ha muerto, no es verdad? Dime, Caimand, ¿crees que podrás salvarla? ¿Quieres que te ayudemos á llevarla á tu covacha?

Tellmarch hizo signo afirmativo.

El bosque estaba contiguo á la alquería: hicieron unas parihuelas con follaje y helechos, colocaron sobre ellas á la mujer, que permanecia inmóvil, y se pusieron en marcha, un aldeano á la cabeza de ella y otro á los piés; Tellmarch sostenia el brazo de la moribunda y la examinaba el pulso.

Por el camino los dos aldeanos hablaban y por encima de la mujer ensangrentada, cuya faz pálida iluminaba la luna, cambiaron las siguientes exclamaciones:

—Han matado á todo el mundo!

—Lo han incendiado todo!

—Qué nos vá á suceder?

—La culpa la tiene aquel hombre alto y viejo que lo mandó.

—Sí, es él el general.

—No estaba presente cuando el fusilamiento.

—No, pero se fusiló por órden suya. Les dijo: "Matad, quemad; no haya cuartel para nadie.„

—Pues es un marqués.

—Cómo se llama?

—El marqués de Lantenac.

Tellmarch levantó los ojos al cielo y murmuró entre dientes:

—Si yo lo hubiera sabido!

SEGUNDA PARTE

EN PARÍS.

LIBRO PRIMERO

Cimourdain.

I.

Las calles de Paris en aquel tiempo.

Se vivia entonces en público, se comia en mesas puestas delante de las puertas; las mujeres hilaban, cantando La Marsellesa, en los pórticos de las iglesias; el parque Monceaux y el del Luxemburgo eran campos de maniobras; habia en todas las encrucijadas talleres de armeros trabajando; se forjaban fusiles á la vista de los transeuntes, que aplaudian, y los vecinos de Paris repetian estas frases: *Hay que tener paciencia, estamos en revolucion*, y sonreian heróicamente. Iban al espectáculo como en Atenas durante la guerra del Peloponeso; los carteles de las esquinas de las calles anunciaban las obras siguientes: *El sitio de Thionville.—La madre de familia salvada del incendio.—El club de los Indolentes.—La mayor de las papisas, Juana.—Los filósofos soldados.—El arte de amar en la aldea*, etc.

Los alemanes estaban á las puertas de Paris; corria el rumor de que el rey de Prusia habia mandado tomar un palco en el teatro de la Opera. Todo era espantoso y nadie se espantaba. La tenebrosa ley de sospechosos, que fué el crímen de Merlin de Donay, hacia visible la guillotina, suspendida sobre todas las cabezas. El procurador Séran, que estaba denunciado, esperaba que fuesen á prenderle de bata y zapatillas y tocando la flauta. Les parecia á todos que les faltaba el tiempo y todos se apresuraban. No habia sombrero sin escarapela. Las mujeres decian: *Estamos hermosas con el gorro colorado.* Parecia que todo Paris cambiaba de habitacion. Los prenderos tenian sus tiendas atestadas de coronas, de mitras, de cetros de madera dorada, de flores de lis, restos de objetos de las casas reales. Era la demolicion de la monarquía que pasaba. Veíanse en las tiendas de trapos y de hierro viejo capas pluviales y roquetes que se vendian por cualquier cosa. En las tabernas de los Porcherons y de Ramponneau, hombres vestidos con sobrepellices y con estolas y montados en burros encaparazonados con casullas, bebian vino de la taberna en los cálices de las catedrales. En la calle de Santiago los empedradores, descalzos, detenian el carreton de un vendedor ambulante de calzado, compraban á escote quince pares de zapatos y los enviaban á la Convencion para que sirviesen á los soldados. Abundaban los bustos de Franklin, de Rousseau, de Bruto y de Marat. En la calle de Cloche-Perce, bajo de uno de estos bustos de Marat, habia en un cuadro de madera negra cubierto con cristal una requisitoria contra Malonet con sus hechos comprobados, y estas dos líneas al márgen: "Me dió estos detalles la querida de Sil-

vano Bailly, buena patriota, que me favorece con sus bondades.—MARAT.„ En el Palais-Royal ocultaban la inscripcion de la fuente: *Quantos effundit in usus*, dos grandes lienzos pintados al temple, que uno de ellos representaba á Cahier de Gerville denunciando á la Asamblea nacional la consigna para reunirse los *harapistas* de Arlés, y el otro lienzo representaba á Luis XVI volviendo de Varennes en su carroza real y debajo de ella una tabla atada con cuerdas, que tenia en cada extremo un granadero con fusil y bayoneta armada. Pocas tiendas grandes estaban abiertas; comercios ambulantes de mercería, de comestibles y de quincalla se establecian sobre carretones que circulaban, arrastrados por mujeres, iluminados con velas de sebo, que se derretia y caia sobre las mercancías. Dirigian tambien tiendas al aire libre ex-monjas con peluca rubia; la zurcidora que remendaba medias en el hueco de una puerta era una condesa; habia costurera que era marquesa; madama de Bouffers habitaba una buhardilla, desde la que veia su antiguo palacio. Corrian los vendedores ofreciendo papelitos nuevos. Se llamaba *escrofulosos* á los que ocultaban la barba en la corbata. Pululaban los cantores ambulantes; la multitud silbaba á Pitou, el cancionero realista, que era un bravo, que fué encarcelado veintidos veces, y le llevaron ante el tribunal revolucionario por haberse dado golpecitos algo más bajo de la cintura al pronunciar la palabra *civismo*. Viendo su cabeza en peligro, exclamó:—*¡Pero si es lo contrario de la cabeza lo que en mí es culpable!...* Esto hizo reir á los jueces y le salvó. Pitou se burlaba de la moda de los nombres griegos y latinos, y su cancion favorita versaba sobre un zapatero de viejo que llamaba *cujus* y á su mujer *cujus-dam*. Bailábase en los claustros arruinados, poniendo lamparillas sobre el altar y colgando de la bóveda dos palos en cruz con cuatro velas, mientras los muertos yacían en sus tumbas bajo los piés de los bailadores. Usaban casacas de color "azul de tirano„ y alfileres de camisa con el "gorro de la libertad„, de piedras blancas, azules y rojas. La calle de Richelieu se llamaba calle de la Ley; al arrabal de San Antonio le pusieron el arrabal de la Gloria; en la plaza de la Bastilla colocaron una estátua de la Naturaleza. Conocia todo el mundo á ciertos transeuntes llamados Chatelet, Didier, Nicolás y Garnier-Delaunay, que vigilaban á la puerta del carpintero Duplay; Voullant no faltaba un dia de guillotina, y seguia á las carretadas de sentenciados diciendo que iba á la misa roja, y Montefiabert, jurado revolucionario y marqués, se hacia llamar *Diez de Agosto*. Iban á ver desfilar los alumnos de la Escuela militar, calificados por los decretos de la Convencion de *aspirantes á la escuela de Marte* y por el pueblo de *pajes de Robespierre*. Leíanse las proclamas de Freron denunciando á los sospechosos del crímen de *negociantismo*. Los "muscadins„, agolpados á las puertas de las mairías, se burlaban de los matrimonios civiles, y al pasar los esposos les saludaban llamándoles "casados *municipaliter*„. En los Inválidos, las estátuas de los santos y de los reyes las cubrian con el gorro frigio. Jugábase á las cartas en los guardacantones de las encrucijadas; los juegos y los naipes estaban tambien en revolucion: los reyes fueron reemplazados por génios, las sotas por las libertades, los caballos por las igualdades y los ases por las leyes. Se trabajaban los jardines públicos, y el arado surcaba los de las Tullerías. Estos grandes trastornos, especialmente en los partidos caidos, producian altivo cansancio de vivir; hubo un hombre que escribió á Fouquier-Tinville: "Tened la bondad de librarme de la vida; á continuacion os envio las señas de mi domicilio.„ Prendieron á Champcenetz porque dijo en voz alta en las galerías del Palais-Royal: "¿Cuándo se mueve revolucion en Turquía? Quisiera ver la República puesta en la Puerta„. Se publicaban muchos periódicos; los oficiales de peluquero rizaban en público pelucas de mujeres, mientras que su maestro leia en alta voz el *Moniteur*; otros comentaban, formando grupos y gesticulando, el periódico *Entendámonos*, de Dubois-Crancé, ó la *Trompeta del tio Bellerose*. Algunos barberos eran choriceros al mismo tiempo, y se veian jamones y salchichones colgados al lado de una muñeca peinada con cabellos de oro. Otros mercaderes vendian en la via pública "vinos de emigrados„; otros publicaban en sus anuncios "vinos de cincuenta y dos clases„; otros iban vendiendo relojes en forma de lira y sofás á la duquesa, y un peluquero escribia en la muestra de su tienda: "Afeito al clero, peino á la nobleza y corto el cabello al estado llano„. Iba el pueblo á que le echase las cartas Martin, que vivia en el núm. 173 de la calle de Anjou, antes de

la Delfina. Faltaba el pan, el carbon y el jabon, y pasaban á bandadas vacas de leche, que llegaban de los departamentos. En la Vallée se vendia el cordero á quince francos libra. Un decreto de la Municipalidad designaba á cada boca una libra de carne por cada década; se atropellaba la gente á la puerta de las tiendas de comestibles, y una de estas *colas* que hacia ha quedado legendaria; llegaba desde la puerta de un especiero de la calle de Petit-Carreau hasta la mitad de la calle de Montorgueil; entonces á *formar cola* se llamó "tener cuerda„, por una cuerda larga, en la que se apoyaban uno detrás de otro los que formaban fila á la puerta de la tienda. Las mujeres, en medio de la miseria general, eran valientes y caritativas. Pasaban las noches esperando turno para entrar en las tahonas.

Los expedientes producian buenos resultados á la revolucion, que salvaba aquella gran miseria con dos medios peligrosos: el *asignado* y el *máximum*, de los que el primero era la palanca y el segundo el punto de apoyo. Aquel empirismo salvó la Francia. El enemigo, así de Coblenza como de Lóndres, especulaba sobre los asignados. Muchachas del pueblo iban y venian ofreciendo agua de Lavanda, ligas y cadenillas y haciendo el ágio de asignados. Habia agiotistas del pórtico de la calle de Vivienne con zapatos rotos, cabellos grasientos, gorro de piel de cola de zorra, y los habia en la calle de Valois, con botas de lustre y sombrero de castor, á los que tuteaban las muchachas. El pueblo los perseguia como á los ladrones, á los que los realistas llamaban "ciudadanos activos„. Pero debemos decir, en honor de la verdad, que los robos entonces eran poco frecuentes, y que se ofrecia á la vista el espectáculo de desnudez salvaje unida á la probidad estóica. Los descalzos y los muertos de hambre pasaban con gravedad y mirando al suelo por los escaparates de las joyerías establecidas en el Palacio-Igualdad. En la visita domiciliaria que hizo la seccion Antoine en casa de Beaumarchais, una mujer cogió en el jardin una flor y el público la dió de bofetadas. El haz de leña costaba cuatrocientos francos en dinero; se veia en la calle gentes que aserraban las tablas de sus camas; en el invierno las fuentes estaban heladas y el agua costaba veinte sueldos cada carga; todo el mundo se hacia aguador. El luis de oro valia tres mil nuevecientos francos; una carrera en coche de alquiler costaba seiscientos francos; despues de un dia de coche se oia este diálogo:—"¿Cochero, cuánto te debo?—Seis mil libras.„—La vendedora de yerba vendia diariamente en valor de veinte mil francos. Un mendigo decia:—*Por caridad, socorredme; me faltan doscientas treinta libras para pagar los zapatos.* A la entrada de los puentes se veian colosos esculpidos y pintados por David, y Mercier los insultaba diciendo que eran *enormes polichinelas de madera*. Esas estátuas colosales representaban el *Federalismo* y la *Coalicion* vencidos. El pueblo no desfallecia; al contrario, manifestaba el sombrío júbilo de haber acabado con los tronos. Los voluntarios afluian ofreciendo sus vidas, y cada calle proporcionaba un batallon. Las banderas de los distritos ostentaban cada una su divisa. La del distrito de los Capuchinos era: *Nadie nos hará la barba.* Otra tenia este lema: *No debe haber nobleza más que en el corazon.* En las paredes de las calles, grandes carteles blancos, verdes, amarillos y rojos, impresos ó manuscritos, decian: *¡Viva la República!* Los niños que apenas sabian hablar balbuceaban la cancion *Ça irá.*

Posteriormente á la ciudad trágica sucedió la ciudad cínica: las calles de Paris presentaron dos aspectos revolucionarios muy distintos uno de otro, antes y despues del 9 Thermidor; el Paris de Saint-Just dejó el sitio al Paris de Tallien; inmediatamente despues de lo sublime apareció lo ridículo. Semejantes accesos de locura se ven alguna vez; uno de ellos se presentó ochenta años antes. Salimos de Luis XIV como salimos de Robespierre, con necesidad de poder respirar, y de aquí nació la Regencia, que abre el siglo, y el Directorio, que lo cierra; dos saturnales despues de dos terrorismos. La Francia se emancipa y sale del claustro puritano, como del claustro monárquico, con el júbilo de una nacion que se escapa del encierro.

Despues del 9 Thermidor Paris quedó alegre, extraviado de alegría. Al frenesí de morir sucedió el frenesí de vivir, que eclipsó toda grandeza. Hubo entonces un Trimalcion que se llamó Grimod de la Reyniere y se publicó tambien el *Almanaque de los glotones*. Comian en los entresuelos del Palais-Royal oyendo orquestas de mujeres que tocaban el tambor y la trompeta; el bastonero con su violin reinaba en todas partes; se cenaba á la *oriental* en casa de Meto, entre pebeteros que despedian perfumes. El

pintor Boze peinaba á sus hijas inocentes y lindas, de diez y seis años, "como guillotinadas„, haciéndolas salir escotadas y con camisas rojas. A las danzas violentas que se bailaban en las iglesias arruinadas, sucedieron los bailes de Buggieri, de Lugnet, de Wenzel, de Manduit y de la Montansier; á las graves ciudadanas que hacian hilas sucedieron las sultanas, las salvajes, las ninfas; á los piés desnudos de los soldados, cubiertos de sangre, de polvo y de lodo, sucedieron los piés desnudos de las mujeres, adornados de diamantes. La falta de probidad apareció al mismo tiempo que la falta de pudor, y hubo asentistas en las altas esferas y usureros al pormenor en las bajas. Un enjambre de rateros invadió á Paris, y todo el mundo tuvo que velar por su *luc*, esto es, por su bolsillo. Uno de los pasatiempos de entonces era ir á ver á la plaza del Palacio de Justicia á las ladronas en el banquillo, á las que era necesario atarlas las faldas. A la salida de los teatros habia muchachos que ofrecian cabriolés, diciendo: "*Ciudadanos y ciudadanas, hay sitio para dos*„. Los vendedores de periódicos no pregonaban ya *El viejo Franciscano*, ni el *Amigo del Pueblo*; pregonaban *La carta de Polichinela* y *La peticion de los galopines*. El marqués de Sade presidia la seccion de las Picas en la plaza de Vendome. La reaccion era jovial y feroz; los *dragones de la libertad del 92* renacian con el título de los *Caballeros del puñal*. Surgió en los teatrillos el tipo de Jocrisse; salieron á luz las "maravillosas„ y despues de éstas las "inconcebibles„; se retrocedió, en fin, desde Mirabeau hasta Bobeche. De este modo Paris vá y viene, siendo el enorme péndulo de la civilizacion, que toca ya en un polo ya en el otro, vá desde las Termópilas hasta Gomorra. Despues del 93 la revolucion atravesó un eclipse singular; el siglo pareció que se olvidaba de concluir lo que habia comenzado; se interpuso una orgía, que ocupó el primer término é hizo retroceder al segundo la espantosa apocalipsis; cubrió con un velo la vision desmesurada, y despues de espantarse lanzó una carcajada. La parodia hizo desaparecer á la tragedia, y una humareda de Carnaval en el fondo del horizonte borró vagamente á Medusa.

Pero en los dias de esta historia, en el Noventa y tres, las calles de Paris presentaban aun el aspecto grandioso y feroz del principio de la revolucion. Tenian sus oradores, como Varlet, que se paseaba en su barraca con ruedas, encima de la que echaba discursos á los transeuntes; tenian héroes, uno de los que se llamaba "el capitan de los garrotes herrados„; tenian sus favoritos, como Guffroy, autor del folleto titulado *Rongiff*. Algunas de estas popularidades eran corruptoras, otras eran beneficiosas; entre otras fué honrada y fatal la de Cimourdain.

II.

Cimourdain.

Cimourdain era una conciencia pura, pero sombría, que tendia á lo absoluto. Habia sido clérigo. El hombre puede tener, como el cielo, negra serenidad, y basta cualquier cosa para producir en él la noche; en calidad de clérigo habia producido la noche en el espíritu de Cimourdain. Lo que hace nacer en nosotros la noche puede tambien dejarnos brillar estrellas. Cimourdain estaba lleno de virtudes y de verdades, pero que brillaban en las tinieblas.

Corta es de referir su historia. Habia sido cura párroco de una aldea y preceptor de una gran casa; despues adquirió una pequeña herencia y se proclamó libre.

Sobre todo era terco; se servia de la meditacion como podria servirse de unas tenazas; no se creia con derecho á abandonar una idea hasta no haber llegado á sus últimas consecuencias; pensaba con encarnizamiento; sabia todas las lenguas de Europa y algunas más de otros paises; estudiaba sin cesar, lo cual le ayudaba á soportar la castidad, pero no hay nada tan peligroso como ir contra la corriente de la naturaleza.

Por orgullo, por casualidad ó por altivez de espíritu habia observado sus votos clericales, pero no pudo conservar la creencia. La ciencia demolió su fé y el dogma se desvaneció en él. Entonces, al examinarse, se encontró como mutilado, y no pudiendo desprenderse de su carácter sacerdotal, trabajó para rehacerse como hombre, pero de un modo austero; como le privaban de tener familia, adoptó á la pátria; como le prohibieron tener esposa, se casó con la humanidad; esta plenitud enorme es un vacío en el fondo.

Sus padres, que eran aldeanos, le destinaron á la Iglesia para hacerle salir del pueblo; pero él volvió á entrar en sus filas, y entró apasionadamente. Le

inspiraban los miserables temible ternura. De sacerdote se convirtió en filósofo y de filósofo en ateo. Viviendo aun Luis XV, ya Cimourdain se consideraba vagamente republicano. ¿De qué república? Acaso de la república de Platon ó acaso de la de Dracon.

Estando privado de amar, se dedicó á odiar, y odiaba la mentira, la monarquía, la teocracia, su traje clerical; detestaba lo presente y llamaba á grandes gritos lo porvenir, que lo presentia y lo entreveia de antemano, adivinándole espantoso y magnífico; comprendia la necesidad de un vengador que fuese al mismo tiempo libertador, para que resolviese el problema de la miseria humana, y adoraba de lejos la catástrofe.

La catástrofe llegó en 1789 y le encontró preparado. Cimourdain se lanzó, pues, en medio de aquella vasta revolucion humana con lógica, esto es, inexorablemente, tratándose de un espíritu de su temple. La lógica no se enternece. Vivió la vida de los grandes años revolucionarios y experimentó el extremecimiento que produjeron todas sus sacudidas; en 1783 la caida de la Bastilla, el fin del suplicio de los pueblos; en 1790 el 4 de Agosto, el fin del feudalismo; en 1791 Varennes, el fin de la monarquía; en 1792 el advenimiento de la República. Vió levantarse la revolucion y no era hombre para temer á aquel jigante; al contrario, tuvo la creencia de que ésta lo vivificaba todo, y aunque casi ya era viejo, creyó en ella. De año en año contempló desarrollarse y crecer los acontecimientos y se engrandeció como ellos. Temió al principio que la revolucion abortase y la seguia paso á paso; como estaban de parte de ella la razon y el derecho, la exigia tambien el triunfo, y á medida que se presentaba más espantosa, él se sentia más tranquilo. Queria que aquella Minerva coronada con las estrellas del porvenir fuese tambien Palas, y tuviese por escudo la máscara rodeada de serpientes. Queria que sus ojos divinos pudiesen en caso necesario lanzar á los demonios resplandor infernal y devolverles terror por terror. Pensando así llegó al Noventa y tres.

El año 1793 significa la guerra de Europa contra Francia y la guerra de Francia contra Paris. ¿Y qué es la revolucion? Es la victoria de Francia contra Europa y de Paris contra Francia; de aquí provino la inmensidad del minuto espantoso que se llamó el Noventa y tres, minuto mayor que todo el tiempo del siglo.

El trágico ataque de la Europa contra Francia y de Francia contra Paris, produjo un drama que participó de la elevacion de la epopeya. Noventa y tres es un año intenso; la tempestad ruge en él con toda su cólera y con toda su grandeza. Cimourdain se encontraba en él en su elemento; aquella atmósfera tempestuosa y expléndida convenia á su constitucion intelectual y moral. Tenia, como el águila de los mares, calma profunda en lo interior y aficion al peligro en lo exterior. Ciertas naturalezas aladas, feroces y tranquilas, están organizadas para los grandes vientos; existen almas tempestuosas.

Sentia, sin embargo: en parte reservaba compasion solo por los miserables, y se sacrificaba ante esa clase de sufrimiento que causa horror. Nada en estos casos le repugnaba, esta era su única bondad; era asquerosa y divinamente caritativo. Buscaba las úlceras para besarlas. Las buenas acciones repugnantes son las más difíciles de practicar, y él las preferia. En una ocasion un enfermo iba á morir en el Hospital ahogado por un tumor en la garganta, por un abceso fétido, horrible, contagioso tal vez, que era preciso vaciar inmediatamente. Cimourdain, que estaba presente, aplicó la boca al tumor, lo chupó, escupiendo á medida que la boca se le llenaba; vació el abceso y salvó al hombre. Como todavía en aquella época vestia el traje clerical, le dijo uno de los asistentes:—"Si hiciérais esta operacion al rey, pronto os nombraria obispo.—Al rey no le haria yo esa operacion„, respondió Cimourdain. Este hecho y esta respuesta le popularizaron en los barrios bajos de Paris.

Observando esta conducta se hacia dueño de los que sufren, lloran y amenazan. En la época de la indignacion pública contra los monopolizadores, en cólera tan fecunda en yerros, Cimourdain, pronunciando muy pocas palabras, impidió el saqueo de un buque cargado de jabon, que estaba en el puerto de San Nicolás, y disipó los grupos furiosos que detenian los carruajes en la barrera de Saint-Lazare.

Cimourdain, dos dias despues del 2 de Agosto, arrastró al pueblo á derribar las estátuas de los reyes, que al caer mataron á varios. En la plaza de Vendome una mujer, llamada Regina Violet, fué aplastada por Luis VX, que al cuello de

dicha estátua ató una cuerda, de la que tiraba. Cien años estuvo en pié la estátua de Luis XV; se erigió en 1692 y la derribaron en 1792. En la plaza de la Concordia, Guinquerlot, que llamó "canallas„ á los demoledores, fué muerto á golpes sobre el pedestal de Luis XV, cuya estátua destrozaron, acuñando monedas de su material. Solo escapó del destrozo el brazo derecho, que tenia extendido en actitud de emperador romano; á instancias de Cimourdain regaló el pueblo aquel brazo á Latude, á quien una comision se lo entregó, por haber permanecido encerrado dicho Latude en la Bastilla durante treinta y siete años. ¡Quién le hubiero dicho á Latude, cuando con la argolla al cuello y la cadena á la cintura se pudria vivo en el fondo de la prision por órden del rey, cuya estátua dominaba á Paris, que la cárcel caeria, que la estátua caeria tambien, que él saldria del sepulcro, que sepultarian á la monarquía, y que él, preso, habia de ser el dueño de aquella mano de metal que firmó la órden de su prision, y que de aquel rey de fango no quedaria más que un brazo de bronce!...

Cimourdain era de los hombres que oyen en su interior una voz y la escuchan; esos hombres, que parecen distraidos, son, por el contrario, observadores. Cimourdain sabia mucho é ignoraba mucho. Sabia lo que se relaciona con la ciencia, pero ignoraba lo que se relaciona con la vida; de esto provenia su rigidez. Llevaba los ojos vendados como la Themis de Homero. Poseia la certidumbre ciega de la flecha que no vé más que el blanco y vá recta á él, y en la revolucion nada es tan terrible como la línea recta. Cimourdain caminaba en esta línea; creia que en los génesis sociales el punto extremo es el terreno sólido, y este es el error propio de las inteligencias que reemplazan la razon por la lógica. El rebasaba la Convencion, iba más allá que el Municipio, iba hasta el Obispado.

La reunion llamada Obispado, porque celebraba sus sesiones en una sala del antiguo palacio episcopal, era una complicacion de hombres más que reunion. Asistian á ella, como al Municipio, espectadores silenciosos y significativos, que llevaban, como dice Garat, "tantas pistolas como bolsillos„. El Obispado lo constituia una confusion extraña de gentes cosmopolitas y parisienses, cosas ambas que no se excluyen, porque Paris es el sitio en que late el corazon de los pueblos. Allí se veia la gran incandescencia plebeya. En comparacion del Obispado, la Convencion era fria y el Municipio tibio. El Obispado era una de esas formaciones revolucionarias, semejantes á las formaciones volcánicas; contenia de todo: ignorancia, brutalidad, probidad, heroismo, cólera y policía. Brunswick tenia allí sus agentes. Habia allí hombres dignos de Esparta y hombres dignos del presidio. La mayoría eran furiosos y honrados. La Gironda, por boca de Isnard, presidente momentáneo de la Convencion, dijo una frase monstruosa:—"*Cuidado, parisienses. No quedará de vuestra ciudad piedra sobre piedra, y las generaciones futuras buscarán un dia el sitio en que estuvo Paris*„. Esta frase creó la reunion del Obispado, porque muchos hombres, y hombres de todas las naciones, sintieron la necesidad de estrecharse alrededor de Paris, y Cimourdain se habia agregado á este grupo.

Este grupo constituia una asociacion de reaccion contra los reaccionarios, nacido de la necesidad pública de violencia, que es la faz temible y misteriosa de las revoluciones. Fuerte el Obispado, adquirió influencia inmediatamente, y en las conmociones de Paris, el Municipio disparaba el cañon y el Obispado tocaba á rebato.

Cimourdain creia con ingenuidad implacable que todo es equitativo cuando se pone al servicio de la verdad, circunstancia que le hacia á propósito para dominar á los partidos extremos. Los pillos le creian honrado y estaban satisfechos de él. Los crímenes se ven lisongeados cuando los preside una virtud; esto les incomoda, pero les halaga. Respetaban á Cimourdain muchos de sus adeptos: Palloy, el arquitecto que explotó la demolicion de la Bastilla, vendiendo en su provecho la piedra de aquella fortaleza, y que encargado de pintarrajear el calabozo de Luis XVI, por esceso de celo cubrió las paredes de barras, de cadenas y de argollas; Gouchon, el orador sospechoso del arrabal de San Antonio; Fournier, el americano que el 17 de Julio disparó contra Lafayette un pistoletazo, que, segun decian, pagó el mismo Lafayette; Henriot, que salia del Hospital de Bicetre y que habia sido lacayo, titiritero, ladron y espía antes de ser general y de apuntar los cañones contra la Convencion; la Beynie, antiguo vicario general de Chartres, que cambió el breviario por el *Padre Duchesne*, y al mismo

tiempo la mayoría del Obispado, compuesta especialmente de hombres violentos, pero honrados, tenian completa fé en Cimourdain y le seguian.

Cimourdain tenia por ayudante edecan, ó como quiera llamársele, á otro clérigo republicano llamado Danjon, que agradaba al pueblo por su alta estatura y que le bautizó con el mote del abate *Seis-Piés*. Cimourdain pudiera arrastrar adonde quisiera al intrépido jefe conocido por *el General la Pica* y al atrevido Truchon, alias el Gran Nicolás, que quiso salvar á madame de Lamballe dándola el brazo y haciéndola atravesar por entre los cadáveres; tentativa que hubiera tenido buen éxito á no intervenir la burla feroz del barbero Charlot.

El Municipio vigilaba á la Convencion y el Obispado vigilaba al Municipio. Cimourdain, hombre recto, á quien la intriga repugnaba, habia roto más de un hilo misterioso en las manos de Pache, á quien Beurnonville llamaba "el hombre negro„. Cimourdain en el Obispado estaba á la altura de todos; le consultaban Dobsent y Momoro. Hablaba en español con Guzman, en italiano con Pio, en inglés con Arthur, en flamenco con Pereyxa, en aleman con el austriaco Proly, bastardo de un príncipe; creaba la inteligencia entre esos hombres discordantes; de aquí nació la situacion oscura, pero sólida, que se creó. Hébert le temia.

Cimourdain gozaba en esa época y entre los grupos trágicos el poder que tienen los hombres inexorables; era impecable y se creia infalible. Nadie le vió llorar. Era una virtud inaccesible y glacial. Era el terrible hombre justo.

No hay término medio para un clérigo en la revolucion. Un clérigo no podia lanzarse á aquella prodigiosa aventura más que por motivos muy altos ó muy bajos; era preciso que fuese infame ó sublime. Cimourdain era sublime, pero en el aislamiento, en lo escarpado, en la soledad inhospitalaria, digámoslo así, sublime en una situacion rodeada de precipicios. Las altas montañas tienen esta virginidad siniestra.

Su aspecto era el del hombre ordinario; vestia como todos y su apariencia era de pobre. Siendo jóven se tonsuró, siendo viejo quedó calvo; los escasos cabellos que le restaban eran grises. En su frente espaciosa podia el observador comprender su gran inteligencia. Su modo de hablar era brusco, apasionado y solemne; su voz breve, su acento perentorio: su boca era triste y amarga, su vista clara y profunda, y el conjunto del rostro estaba dotado de cierto aire de indignacion.

Tal era Cimourdain. Nadie sabe su nombre hoy. En la historia aparecen á veces, como éste, terribles desconocidos.

III.

Un talon no mojado en la Estigia.

Tal hombre era un hombre completo? ¿El servidor del género humano era capaz de sentir afecciones? ¿No era su móvil demasiado absorbente para que dejase latir el corazon? ¿El inmenso abrazo que daba á todos podia reservarlo para alguno? Cimourdain era capaz de amar? Digámoslo de una vez: sí.

Siendo jóven y preceptor de una casa de nobleza casi régia, tuvo un discípulo, hijo del heredero de la casa, y amó á este discípulo. ¡Amar á un niño es tan fácil!... Se le perdona hasta el ser señor, príncipe y rey. La inocencia de la edad hace olvidar los crímenes de la raza; la debilidad del sér hace olvidar la exageracion de la categoría: es tan pequeño que se le perdona el que sea grande; el esclavo le perdona que sea señor, el viejo negro idolatra al niño blanco. Cimourdain se apasionó de su discípulo. La infancia tiene de inefable que se pueden agotar en ella todos los amores. Todo lo que en Cimourdain podia amar se habia abatido, digámoslo así, sobre aquel niño; aquel sér tierno é inocente era una presa para su corazon, condenado á la soledad. Le queria con todas las ternuras juntas; como padre, como hermano, como amigo, como creador. Era su hijo, no el hijo de su carne, sino el de su espíritu. No era su padre, no era obra suya, pero era su preceptor, y bajo este punto de vista era su obra maestra. Del señorito hizo un hombre, ¿y quién sabe si un grande hombre, sin necesidad del permiso de la familia para crear una inteligencia, una voluntad y una rectitud de alma? Habia comunicado al jóven vizconde, su discípulo, todo el progreso que él sentia, inoculándole el vírus temible de su virtud, infundiéndole en las venas su conviccion, su conciencia y su ideal; en su cerebro de aristócrata habia vertido el alma del pueblo.

El espíritu mama, la inteligencia es el pecho de una nodriza, y hay analogía entre la nodriza que dá su leche y el

preceptor que dá su pensamiento: esta profunda paternidad espiritual ligaba Cimourdain á su discípulo. Mirando solo al niño se enternecia.

Además, hay que añadir que éste podia reemplazar al padre, porque su discípulo carecia de él; era huérfano de padre y madre, sin más parientes que una tia ciega y un tio de segundo grado, ausente. La abuela murió algun tiempo despues, y el tio, jefe de la familia, militar y gran señor, que ejercia empleos en la córte, huia de la casa solariega de la familia y vivia en Versalles; iba con el ejército y dejaba al huérfano solitario. El preceptor era, pues, el dueño en toda la acepcion de la palabra.

Hay que añadir tambien que Cimourdain habia visto nacer al niño, que era su alumno; este huérfano sufrió en la tierna infancia una enfermedad grave; estuvo en peligro de muerte, y Cimourdain le veló noche y dia, ya medicinándole como facultativo, ya cuidándole como enfermero, y le salvó la vida. Su discípulo le debia, pues, no solo la instruccion, la educacion y la ciencia, sino tambien la convalecencia y la salud; no solo le era deudor del desarrollo de la facultad de pensar, sino tambien le era deudor de la vida. Adoramos á los que todo nos lo deben; Cimourdain adoraba á ese niño.

Pero debia llegar el momento de separarse de él, y cuando terminó su educacion, Cimourdain debió dejar al niño ya hecho hombre. ¡Con qué fria é inconsciente crueldad se verifican esas separaciones! ¡Con qué tranquilidad las familias despiden al preceptor, que deja su pensamiento en el niño, y á la nodriza, que le deja sus entrañas! Cimourdain, pagado y despedido, salió de la alta sociedad y volvió á entrar en la sociedad humilde; la puerta divisoria que le separaba de los grandes se cerró tras él; el jóven señor, oficial por derecho de nacimiento, y ascendido de repente á capitan, partió para ir á una de las guarniciones; el humilde preceptor, ya clérigo rebelde, se apresuró á descender al oscuro entresuelo de la Iglesia que se llama el bajo clero.

Cimourdain perdió de vista á su discípulo.

Sobrevino la revolucion, y el recuerdo de aquel sér, del que hizo un hombre, continuó latente en él, oculto, pero no extinguido, por lo extraordinario de los públicos acontecimientos.

Es hermoso modelar una estátua y darle vida; pero modelar una inteligencia, infundiendo en ella el álito de la verdad, es más hermoso todavía. Cimourdain era el Pigmalion del alma de su discípulo.

El espíritu puede tener un hijo.

Aquel niño, aquel huérfano, aquel alumno, era el único sér que amaba en el mundo Cimourdain.

Pero en semejante afecto, ¿era este hombre vulnerable? Vamos á verlo.

LIBRO SEGUNDO

La taberna de la calle del Pavo Real.

I.

Minos, Baco y Radamanto.

Habia en la calle del Pavo Real una taberna que se llamaba café, que tenia un aposento reservado, que hoy es ya histórico. Allí se reunian á veces en casi secreta entrevista hombres poderosos y vigilados que se atrevian á hablar en público. Allí se dieron el 23 de Octubre de 1792 el famoso beso la Montaña y la Gironda. Allí fué donde Garat (aunque no lo dice en sus Memorias) recibió noticias durante la noche lúgubre en que, despues de meter á Claviere en un lugar seguro de la calle de Beanne, detuvo su coche en el puente Real para oir el toque de rebato.

El 28 de Junio de 1793 tres hombres estaban reunidos alrededor de una mesa en el aposento reservado. Sentábase cada uno en un lado de la mesa, dejando vacío el cuarto. Eran cerca de las ocho de la tarde y habia aun escasa claridad del dia en la calle, pero era de noche en aquella sala, y un quinqué pendiente del techo, que era lujo en aquella época, iluminaba la mesa.

El primero de los tres hombres era pálido, jóven y grave, de labios delgados y de mirada fria; tenia en las mejillas un tic nervioso que debia incomodarle para sonreir. Llevaba la cabeza empolvada, las manos cubiertas con guantes, la casaca cepillada y abotonada; su casaca, de color azul claro, no le hacia ni un solo pliegue. Llevaba, además, calzones de mahon, medias blancas, corbata alta, guirindola de menudos pliegues y zapatos con hebillas de

plata. De los otros dos, uno era una especie de jigante y el otro una especie de enano. El jigante iba cubierto con una gran casaca de paño de color de escarlata; le holgaba el cuello dentro de una corbata desanudada, cuyas puntas caian más abajo de la guirindola; llevaba botas de campana y tenia el pelo erizado, conservando un resto de peinado y de adorno; su cabellera parecia de crin. Tenia la cara picada de viruelas, una arruga colérica entre las cejas, un pliegue de bondad en los extremos de la boca, los labios gruesos, los dientes largos, la mirada brillante y los puños de mozo de cordel. El enano era un hombre pálido, que sentado parecia deforme; tenia la cabeza inclinada hácia atrás, los ojos inyectados en sangre, manchas lívidas en el rostro, un pañuelo anudado sobre su cabello grasiento y lácio, poca frente y boca enorme y terrible. Llevaba pantalon, zapatos anchos, chaleco, que debió haber sido de satin blanco, y por encima del chaleco un ropon, entre cuyos pliegues una línea dura y recta dejaba adivinar un puñal. El primero de estos hombres se llamaba Robespierre, el segundo Danton y el tercero Marat.

Estaban solos en aquella habitacion. Habia delante de Danton un vaso y una botella de vino cubierta de polvo, que recordaba la botella de cerveza de Lutero; delante de Marat una taza de café, y delante de Robespierre papeles.

Al lado de aquellos papeles habia uno de esos tinteros pesados de plomo, redondos y estriados, que aun recuerdan los que eran estudiantes al principio de este siglo. Al lado del escritorio habia una pluma sobre la mesa y sobre los papeles un grueso sello de cobre, en el que se leia *Palloy fecit*, y que representaba un pequeño modelo de la Bastilla.

Un mapa de Francia estaba extendido en medio de la mesa.

A la puerta de la sala, pero fuera de ella, estaba el perro de presa de Marat, Lorenzo Basse, comisionista del número 18 de la calle de los Franciscanos, que el 13 de Julio, quince dias despues de esta escena, debia descargar un silletazo en la cabeza de una mujer llamada Carlota Corday, que en estos momentos estaba en Caen. Lorenzo Basse era el portador de las pruebas del *Amigo del Pueblo*, y aquella tarde, que le llevó su amo al café de la calle del Pavo Real, tenia la consigna de permanecer á la puerta de la sala en que se reunian Marat, Danton y Robespierre y de no dejar entrar á nadie, á no ser que se presentase algun individuo de la Comision de Salvacion pública del Municipio ó del Obispado.

Robespierre no queria cerrar la puerta á Saint-Just, Danton no queria cerrársela á Pache, ni Marat á Guzman.

Hacia ya largo tiempo que duraba la conferencia, que se referia al contenido de los papeles que estaban sobre la mesa y que habia leido Robespierre. Comenzaban á levantar la voz y la cólera tronaba en el alma de aquellos tres hombres. Desde fuera se oian de vez en cuando algunas frases pronunciadas en voz más alta que las otras. En aquella época la costumbre de las tribunas públicas parecia haber creado el derecho á escuchar; en aquellos tiempos el expedicionario Fabricio Paris miraba por el agujero de la cerradura lo que hacia el Comité de Salvacion pública, lo que, dicho de paso, no fué inútil, porque Paris advirtió á Danton lo que pasaba en la noche del 30 al 31 de Marzo de 1794. Lorenzo Basse aplicó el oido á la puerta de la sala donde estaban reunidos Danton, Marat y Robespierre. Lorenzo Basse servia á Marat, pero pertenecia á la reunion del Obispado.

II.

Magna testantur voce per umbras.

Danton acababa de levantarse, haciendo retroceder la silla con violento impulso.

—Escuchad, exclamó. No hay más que un asunto urgente, el de que la República está en peligro. No veo nada tan importante como librar á la Francia del enemigo. Para eso todos los medios son buenos, todos, todos. Cuando me amenazan toda clase de peligros, me valgo de toda clase de recursos, y cuando todo lo temo, lo arrostro todo. Mi pensamiento es un leon; no entiendo de semimedidas ni de prudencia en la revolucion. Némesis no es la diosa de la gazmoñería; seamos espantosos y útiles. ¿Por ventura el elefante mira dónde pone el pié? Aplastemos al enemigo.

—Estoy de acuerdo, respondió Robespierre con voz suave, y añadió:—La cuestion está en saber dónde está el enemigo.

—Está fuera y yo le he expulsado, dijo Danton.

—Está dentro y yo le vigilo, contestó Robespierre.

—Pues yo lo expulsaré otra vez, añadió Danton.

—No se puede expulsar al enemigo interior.

—Pues qué se hace con él?

—Se le aniquila.

—Convengo en ello, contestó Danton á su vez, y añadió:—Pero os digo que está fuera, Robespierre.

—Danton, yo os digo que está dentro.

—Está en la frontera.

—Está en la Vendée.

—Calmaos, repuso una tercera voz, está en todas partes y estais perdidos.

Marat hablaba así.

Robespierre miró á Marat y continuó hablando tranquilamente:

—Dejémonos de generalidades; yo me refiero á hechos concretos. Hé aquí los hechos.

—Pedante! murmuró entre dientes Marat.

Robespierre señaló los papeles extendidos ante él y continuó hablando:

—Acabo de leeros los despachos de Prieur del Marne y acabo de comunicaros los datos que he recibido de Gelambre. Danton, la guerra extranjera no es nada, la guerra civil lo es todo. La guerra extranjera es una desolladura en el codo y la guerra civil es la úlcera que corroe las entrañas. De lo que acabo de leer resulta que la Vendée, dividida hasta hoy entre muchos jefes, está ya en el momento de concentrarse y vá á tener desde hoy un capitan único.

—Un bandido central, exclamó Danton.

—Este es, prosiguió Robespierre, el hombre que desembarcó cerca de Pontorson el 2 de Junio. Habeis visto de lo que es capaz; observad que ese desembarque coincide con la prision de los representantes en mision, Prieur, de la Costa de oro, y Romme, en Bayeux, por ese distrito traidor de Calvados, el 2 de Junio, es decir, en el mismo dia.

—Y su traslacion al castillo de Caen, dijo Danton.

Robespierre añadió:

—Continuaré reasumiendo los despachos. La guerra de montaña se organiza en vasta escala. Al mismo tiempo se prepara un desembarque inglés: vendeanos é ingleses casi son lo mismo: los hurones de Finisterre hablan la misma lengua que los topinambos del Cornwall. Conocen el texto de la carta interceptada de Pinsaye, en la que se dice que "veinte mil casacas rojas, distribuidas entre los insurrectos, lograrán que se levanten cien mil„. Cuando la insurreccion de los paisanos sea completa, se verificará el desembarque de tropas inglesas. Ved aquí el plano; podeis seguirle en el mapa.

Robespierre puso el dedo en él y prosiguió:

—A los ingleses se les deja la eleccion del punto del desembarque desde Cancale á Paimpol. Craig preferiria la bahía de Saint-Brieuc, Cornwallis la bahía de Saint-Cast. Esto solo es un detalle. Defiende la orilla izquierda del Loire el ejército vendeano rebelde, y han prometido cuarenta parroquias normandas su concurso para ocupar las veintiocho leguas que tenemos al descubierto entre Ancenis y Pontorson. El desembarque se verificará en tres puntos; en Plerin, en Iffiniac y en Pleuneuf; de Plerin pasarán á Saint-Brieuc y de Pleuneuf á Lamballe; el segundo dia llegarán á Dinan, donde existen novecientos prisioneros ingleses, y ocuparán al mismo tiempo á Saint-Jouan y á Saint-Méen, en donde dejarán la caballería. El tercer dia dos columnas se dirigirán, una desde Jouan hasta Bedée y la otra desde Dinan hasta Becherel, que es una fortaleza natural, en la que establecerán dos baterías. Al cuarto dia estarán en Rennes, que es la llave de la Bretaña; una vez tomada Rennes caerán en su poder Chateauneuf y Saint-Malo, y en Rennes hay un millon de cartuchos y cincuenta piezas de artillería de campaña.

—De las que se apoderarán, añadió Danton.

Robespierre continuó:

—Voy á terminar. De Rennes saldrán tres columnas; una irá á Fougéres, otra á Vitré y la tercera á Redon. Estando cortados los puentes, los enemigos se proveerán de pontones y de maderos y de guias que los conducirán por sitios que pueda vadear la caballería. De Fougéres saldrán columnas sobre Arvanches; de Redon sobre Ancenis, y de Vitré sobre Laval. Nantes se rendirá, Brest tambien; Redon les proporcionará la posesion de todo el curso del Vilaine, Fourges la del camino de Normandía y Vitré la del camino de Paris. Dentro de quince dias se reunirá un ejército de bandidos de trescientos mil hombres y toda la Bretaña estará en poder del rey de Francia.

—Es decir, del rey de Inglaterra, replicó Danton.

—No, del rey de Francia, insistió Robespierre; del rey de Francia, que es

peor: bastaron quince dias para expulsar al extranjero, pero se han necesitado mil ochocientos años para eliminar á la monarquía.

Danton, que se volvió á sentar, apoyó los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, quedando pensativo.

—Os he hecho ver el peligro, repuso Robespierre; Vitré dá á los ingleses el camino de Paris.

Danton levantó la cabeza y dejó caer sus gruesas y crispadas manos sobre el mapa.

—Robespierre, dijo, ¿Verdun no entregó tambien el camino de Paris á los prusianos?

—Y qué?...

—Que expulsaremos de Francia á los ingleses como expulsamos á los prusianos.

Danton se puso en pié otra vez. Robespierre dejó caer su mano fria sobre el puño febril de Danton y le dijo:

—La Champaña no estaba en favor de los prusianos y la Bretaña está en favor de los ingleses. Recobrar á Verdun era hacer la guerra al extranjero; recobrar á Vitré será encender la guerra civil. La diferencia es séria. Sentaos, Danton, y estudiad el mapa en vez de darle puñetazos.

Pero Danton, absorto en su pensamiento, exclamó:

—Esto es incomprensible!... ¡Ver la catástrofe en el Oeste cuando está en el Este!... Concedo, Robespierre, que Inglaterra se levanta sobre el Océano; pero la España asoma por los Pirineos, la Italia por los Alpes, la Alemania por el Rhin y el gran oso ruso por el fondo. Robespierre, el peligro es un círculo dentro del que estamos nosotros. En el exterior nos amenaza la coalicion y en el interior la traicion. En el Mediodía, Servant entreabre la puerta de Francia al rey de España; en el Norte, Dumouriez se pasa al enemigo; Nerwinde borra las glorias de Jemmapes y de Valmy. El filósofo Rabant-Saint-Etienne, tan traidor como protestante, está en correspondencia con el cortesano Montesquieu. El ejército está diezmado, sin que ni un solo batallon tenga más de cuatrocientos hombres; el bravo regimiento de Deux-Ponts se vé reducido á ciento cincuenta hombres; el campamento de Pamars se ha entregado; solo le quedan ya á Givet quinientos sacos de harina. Retrocedamos hácia Landeau: Wurmser persigue á Kleber; Maguncia sucumbe con valor, Condé cobardemente y Valenciennes tambien; lo que no impide que Chaucel, defendiendo á Valenciennes y Feraud defendiendo á Condé, sean héroes, como Meunier, que defendió á Maguncia. Pero todos los demás nos hacen traicion. Dharville nos es traidor en Aix-la-Chapelle, Mouton en Bruselas, Valence en Breda, Neuilly en Limborug, Miranda en Maestricht; y son traidores Stengel, Lanone, Ligonnier, Menon y Dillon. Es preciso hacer escarmientos. Las contramarchas de Custine son sospechosas; me parece que Custine prefiere la toma lucrativa de Francfort á la toma útil de Coblenza. Cierto es que Francfort puede pagar cuatro millones de contribucion de guerra; pero ¿qué es eso en comparacion de la ventaja que nos resultaria de aplastar el nido de emigrados? Meunier murió el 13 de Junio; ya se ha quedado solo Kleber, y entre tanto Brunswick aumenta sus fuerzas y avanza, enarbolando la bandera alemana en todas las plazas francesas que toma. El margrave de Brandeburgo es hoy el árbitro de Europa; se mete en el bolsillo nuestras provincias, y ya vereis cómo se adjudica la Bélgica. No parece sino que trabajamos para Berlin; si esto continúa, si no establecemos el órden, la Revolucion francesa se habrá hecho en beneficio de Postdam y habrá producido como único resultado engrandecer los pequeños Estados de Federico II, y habremos guillotinado al rey de Francia en beneficio del rey de Prusia.

Danton terminó arrojando una carcajada terrible.

La risa de éste hizo sonreir á Marat y que tomase la palabra del modo siguiente:

—Cada uno teneis vuestro coco; para vos, Danton, es la Prusia; para vos, Robespierre, es la Vendée; voy yo tambien á precisar mi opinion. No veis el verdadero peligro; el verdadero peligro existe en los cafés y en los garitos. El café de Choiseul es jacobino; el café de Patin es realista; el café de Cita ataca á la Guardia nacional; el café de la Puerta de San Martin le defiende; el café de la Regencia está contra Brissot; el café Carazza está en su favor; el café Procope jura por Diderot; el cafe del teatro Francés jura por Voltaire; en la Rotonda se rasgan los asignados; los cafés del barrio de San Marcelo están furiosos; el café Manouri agita la cuestion de las harinas; en el café de Foy hay mucho estrépito y borracheras, y en el Pórtico zumbidos de

los tunos de la Bolsa. Estos son los peligros sérios.

Danton no reia ya. Marat seguia sonriendo; la sonrisa del enano es peor que la risa del coloso.

—Os burlais, Marat! gritó Danton.

Marat experimentó el movimiento convulsivo de caderas que le hizo célebre, y ya no sonreia.

—¡Siempre sois el mismo, ciudadano Danton! replicó. Sois el que en plena Convencion me llamó "un tal Marat„. Escuchad, y os perdono, porque atravesamos un momento imbécil. ¿Decís que me burlo? En efecto... Quién soy yo?... He denunciado á Chazot, á Petion, á Kersaint, á Moreton, á Dufriche-Velazé, á Ligonnier, á Menou, á Banneville, á Gensonne, á Biron, á Lidon y á Chambon; los denuncié injustamente? Huelo la traicion en el traidor, y creo que es útil denunciar al criminal antes de que ejecute el crímen. Tengo por costumbre decir la víspera lo que vosotros decís al dia siguiente. Propuse á la Asamblea un plan completo de legislacion criminal. Qué hice hasta ahora? Pedir que se instruya á las secciones para disciplinarlas en la doctrina de la revolucion; hice levantar los sellos de treinta y dos expedientes; reclamé los diamantes depositados en manos de Roland; probé que los brisotistas habian entregado á la Comision de Seguridad general autos de prision en blanco; señalé las omisiones del informe de Lindet sobre los crímenes de Capeto; voté por el suplicio del tirano en el término de veinticuatro horas; defendí los batallones llamados el Manconseil y el Republicano; impedí la lectura de la carta de Narbonne y de Malonet; presenté una proposicion en favor de los soldados heridos; hice suprimir la Comision de los Seis; previ en el asunto de Mons la traicion de Dumouriez; pedí que se retuviesen en rehenes cien mil parientes de emigrados en cámbio de los comisarios entregados al enemigo; propuse que se declarase traidor á todo representante que saliera de las barreras de Paris; desenmascaré á la faccion rolandista en los desórdenes de Marsella; insistí en que se pusiese á precio la cabeza de Igualdad, hijo; defendí á Bouchotte; pedí la votacion nominal para arrojar á Isnard de la presidencia; hice declarar que los parisienses han merecido bien de la pátria; por eso Louvet me llama polichinela, por eso Finisterre pide que me expulsen; la ciudad de Londun solicita que me destierren y la de Amiens que me pongan un bozal; por eso Coburgo quiere que me prendan y Lecoietre-Piraveau propone á la Convencion que se me declare loco. ¿Para qué me habeis hecho venir á vuestro conciliábulo, ciudadano Danton, sino para pedirme vuestro parecer? ¿Solicité yo venir aquí? Al contrario, me disgustan las conferencias privadas con gentes contrarevolucionarias como Robespierre y vos. Por otra parte, debia esperar que no me comprendiérais y no me habeis comprendido. No sois hombres de Estado y tendreis que aprender á deletrear el arte de la política. Cuanto hablé significa lo siguiente: que os equivocais los dos; que el peligro no está en Lóndres, como cree Robespierre, ni en Berlin, como cree Danton; está en Paris; está en la falta de unidad, en el derecho que cada uno cree tener para tirar por su lado, empezando por vosotros; en la trituracion de los talentos, en la anarquía de las voluntades.

—La anarquía! interrumpió Danton; quién la produce sino vos?...

Marat continuó sin detenerse:

—Repito que el verdadero peligro está en la multitud de cafés, en la infinidad de garitos y de clubs; en el club de los Negros, en el de los Federados, en el de las Damas, en el de los Imparciales, fundado en tiempos de Clermont-Tonnerre, que fué club monárquico en 1790; círculo Social ideado por el clérigo Claudio Fanchet; en el club de los Gorros de lana, fundado por el gacetista Prudhomme, etc. etc., sin contar vuestro club de los Jacobinos, Robespierre, y vuestro club de los Franciscanos, Danton. El peligro está en el hombre, que hizo que el portasacos Blin colgara de un farol del Ayuntamiento al panadero del mercado Palu, Francisco Denis, y en la justicia que hizo ahorcar al portasacos Blin en revancha. El peligro está en el papel moneda que se desprecia. En la calle del Temple cayó al suelo un asignado de cien francos y un transeunte, hijo del pueblo, al pasar por delante de él, dijo: *No vale la pena de recogerlo.* El peligro está en los agiotistas y monopolizadores. No basta haber enarbolado la bandera negra en el Ayuntamiento, no basta haber preso al baron de Trenck; hay que retorcer el pescuezo á ese viejo intrigante de la prision. ¿Creeis haber hecho lo que se debe con que el presidente de la Convencion ponga una corona cívica en la cabeza de Laberteche, que recibió cuarenta y un sablazos en

Jemmapes y cuya fama pregona Chenier? Comedias y farsas! No veis lo que sucede en Paris, si buscais lejos el peligro, cuando está cerca. Robespierre, ¿de qué os sirve vuestra policía? Porque son espías vuestros, Payan en el Municipio, Coffinhal en el tribunal revolucionario, David en la Junta de Seguridad general, Conthon en la de Salvacion pública. Ya veis que estoy bien informado. Pues escuchad lo que os digo: el peligro está sobre vuestras cabezas, el peligro está bajo vuestros piés; se conspira, se conspira y se conspira; los transeuntes se leen unos á otros los periódicos en las calles y se hacen señas con la cabeza; seis mil hombres, sin carta de naturaleza, emigrados que han regresado, petimetres y tunantes, están ocultos en las cuevas, en los graneros y en las galerías de madera del Palais-Royal; se hace cola en las puertas de las tahonas; las mujeres, en los portales, cruzan las manos y exclaman: Cuándo tendremos paz? En vano os cerrais para estar solo entre los vuestros: en la sala del Consejo ejecutivo se sabe todo lo que allí decís; la prueba, Robespierre, es que ayer por la noche dijísteis á Saint-Just estas palabras: "Barbaroux principia á tener mucha barriga, lo que le molestará mucho en su fuga„. El peligro está en todas partes, pero especialmente en el centro. En Paris, los ex-nobles conspiran; los patriotas van descalzos; los aristócratas, presos el 9 de Marzo, están ya en libertad; los caballos de lujo, que deberian haberse enganchado en la artillería y enviarse á la frontera, nos llenan de lodo por las calles; el pan de cuatro libras vale tres francos y doce sueldos; los teatros representan obras impuras y Robespierre hará guillotinar á Danton.

—Bah! exclamó Danton.

Robespierre miraba atentamente al mapa.

—Lo que necesitamos, gritó bruscamente Marat, es un dictador. Robespierre, ya sabeis que quiero un dictador.

Robespierre levantó la cabeza y dijo:

—Ya lo sé; Marat, vos ó yo.

—Yo ó vos, contestó el aludido.

Danton rumió entre dientes:

—La dictadura! Proclamadla si os atreveis.

Marat vió el fruncimiento de cejas de Danton y dijo:

—Vamos, hagamos el último esfuerzo y pongámonos de acuerdo, que la situacion vale la pena de hacer algun sacrificio. ¿No nos pusimos de acuerdo para los sucesos del 31 de Mayo? La cuestion de unidad de accion es más grave todavía que el girondismo, que es una cuestion secundaria. Hay algo de verdad en lo que decís, pero la verdad entera se encierra en lo que yo digo. Al Sur tenemos el federalismo, al Oeste el realismo; en Paris el duelo entre la Convencion y el Municipio; en las fronteras la retirada de Custine y la traicion de Dumouriez. Qué significa todo eso? La desmembracion. Qué necesitamos? La unidad. En ella está la salvacion, pero apresurémonos; es preciso que Paris tome el gobierno de la revolucion. Si perdemos una hora, los vendeanos pueden estar en Orleans y los prusianos en Paris. Es verdad; os lo concedo, Robespierre, os lo concedo, Danton. Pues bien; de esto se deduce la necesidad de la dictadura. Apoderémonos, pues, de la dictadura; entre los tres representamos la República, somos las tres cabezas del Cervero; de estas tres cabezas, una habla, y sois vos, Robespierre, la otra ruge, y sois vos, Danton.

—Y la otra muerde, dijo Danton, y sois vos, Marat.

—Las tres muerden, replicó Robespierre.

Hubo un instante de silencio; despues prosiguió el diálogo, lleno de sacudidas sombrías.

—Oid, Marat; antes de casarse es necesario conocerse. ¿Cómo supísteis lo que dije ayer á Saint-Just?

—Esa es cuenta mia, Robespierre.

—Marat!

—Mi deber consiste en enterarme de todo lo que pasa.

—Marat!

—Me gusta saber.

—Marat!

—Sé lo que hablais con Saint-Just, como sé lo que Danton habla con Lacroix, como sé lo que pasa en el muelle de los Teatinos, en el hotel de Labrifle, refugio adonde acuden todas las ninfas de la emigracion; como sé lo que sucede en la casa de Thilles, cerca de Gonesse; como sé que está en Valmerange el antiguo administrador de Correos, donde antes iban Maury y Cazales, adonde han ido despues Sieyes y Vergniaud, y adonde ahora van muchos una vez cada semana.

Al pronunciar la palabra *muchos*, Marat miró á Danton: éste exclamó:

—Si poseyera el poder, seria terrible.

Marat prosiguió:

—Sé cuanto decís, Robespierre, como

sé lo que pasaba en la torre del Temple cuando cebaban á Luis XVI, tanto, que solo en el mes de Setiembre, el lobo, la loba y los lobeznos se comieron ochenta y seis cestas de melocotones, mientras el pueblo se moria de hambre. Sé eso, como sé que Roland estuvo oculto en un aposento que daba á un corral de la calle de la Harpe; como sé que seiscientas picas de las del 14 de Julio las fabricó Faure, cerrajero del duque de Orleans; como sé lo que se hace en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery. En los dias de baile, el viejo Sillery en persona frota con greda las baldosas del salon amarillo de la calle de Neuve-des-Maturins; allí comian antes Buzot y Kersaint; allí comió Saladin el 27 con vuestro amigo Lasource, Robespierre.

—Habladurías! murmuró Robespierre; Lasource no es amigo mio. Despues añadió:

—Entre tanto hay en Lóndres diez y ocho fábricas de asignados falsos.

Marat continuó hablando con voz tranquila, pero con ligero temblor, que era espantoso:

—Vosotros sois la faccion de los importantes; lo sé todo, á pesar de lo que Saint-Just llama el *silencio de Estado*.

Marat recalcó estas palabras, mirando á Robespierre, y prosiguió:

—Sé lo que se dice en vuestra mesa los dias que Sebas invita á David á disfrutar de la comida condimentada por su prometida Isabel Duplay, vuestra futura cuñada, Robespierre. Yo soy el ojo inmenso del pueblo y todo lo observo desde la oscuridad de mi cueva. Miro, veo, oigo y sé. Me admira que os satisfagan las cosas pequeñas. Haceis que os contemple madame de Chalabre, hija del marqués de Chalabre, que jugó una partida de whist con Luis XV el dia de la ejecucion de Damiens. Llevais erguida la frente todos vosotros; Saint-Just vive dentro de su corbata; Legendre viste con pulcritud, con levita nueva, chaleco blanco y una guirindola, para que olviden su delantal; Robespierre se imagina que la historia tendrá satisfaccion en saber que llevaba redingote de color de aceituna en la Constituyente y casaca azul en la Convencion. Tiene su retrato en todas las paredes de su cuarto...

Robespierre interrumpió á Marat con voz más tranquila que la de éste:

—Y vos teneis el vuestro, Marat, en todos los lupanares.

Continuaron así una conversacion en la que la lentitud acentuaba la violencia de las réplicas y de las respuestas y añadia algo de ironía á la amenaza.

—Robespierre, habeis llamado *Don Quijotes del género humano* á los que trabajan por la caida de los tronos.

—Y vos, Marat, despues del 4 de Agosto, en el núm. 559 del *Amigo del Pueblo* pedísteis que se devuelvan los títulos á los nobles, diciendo: *El duque siempre será duque*.

—Robespierre, en la sesion del 2 de Diciembre defendísteis á la esposa de Roland contra Viard.

—Como mi hermano os defendió á vos cuando os atacaron los jacobinos. ¿Qué prueba eso? Nada.

—Sabemos, Robespierre, en qué gabinete de las Tullerías dijísteis á Garat: *Estoy cansado de revolucion*.

—Marat, en este mismo café, el 29 de Octubre abrazásteis á Barbaroux.

—Vos, Robespierre, habeis dicho á Buzot: *La República! ¿qué es la República?*

—En este mismo café, Marat, convidásteis á almorzar á tres marselleses por compañía.

—Hicísteis que os escoltara un maton del mercado, armado con un garrote.

—Vos, la víspera del 10 de Agosto, suplicásteis á Buzot que os ayudase á huir á Marsella, disfrazado de jokey.

—Os escondísteis durante las justicias de Setiembre, Robespierre.

—Vos, Marat, os mostrásteis en público.

—Robespierre, arrojásteis al suelo el gorro rojo.

—Sí, cuando se lo puso un traidor; lo que adorna á Dumouriez mancha á Robespierre.

—Durante el desfile de los soldados de Chateauvieux no quisísteis cubrir con un velo la cabeza de Luis XVI.

—Hice más que cubrírsela, se la corté, contestó Robespierre.

Danton intervino en este momento, pero como el aceite interviene en el fuego.

—Robespierre, Marat, calmaos, dijo.

—¿Por qué se mete con nosotros Danton? contestó Marat, que no le gustaba que le nombrasen en segundo lugar y volviéndose bruscamente hácia el interpelado.

Danton dió un salto sobre su asiento.

—Por qué me meto? Porque no debe haber fratricidios, porque no deben combatirse dos hombres que sirven al pue-

blo; basta con la guerra extranjera, basta con la guerra civil, y seria demasiado que se encendiese la guerra doméstica: yo hice la revolucion y no quiero que nadie la deshaga; por eso intervengo en vuestra disputa.

Marat respondió sin levantar la voz:

—Más valdria que rindiéseis vuestras cuentas.

—Mis cuentas! gritó Danton; id á pedirlas á los desfiladeros de la Argonne, á la Champaña libertada, á la Bélgica conquistada, á los ejércitos, en los que fuí cuatro veces á presentar el pecho ante la metralla; id á pedirlas á la plaza de la Revolucion, al patíbulo del 21 de Enero, al trono derribado, á la guillotina, esa viuda...

Marat le interrumpió diciendo:

—La guillotina es vírgen; el que se acuesta con ella no la fecunda.

—Qué sabeis vos! yo la fecundaré, replicó Danton.

—Lo veremos, contestó Marat sonriendo.

Danton vió la sonrisa y gritó:

—Marat, sois el hombre que se esconde, mientras que yo soy el hombre que se manifiesta á la luz del sol y ante todos los vientos. Odio la vida del reptil y no quiero ser cucaracha; vos habitais una cueva, yo vivo en la calle; vos no os comunicais con nadie, yo dejo que me vea todo el que pasa y quiera hablarme.

—Danton, contestó Marat cesando de sonreir; rendid cuentas de los treinta y tres mil escudos en dinero contante que Montmorin os pagó en nombre del rey, bajo el pretexto de indemnizaros de la pérdida de vuestro destino de procurador en el Chatelet.

—Fuí de los del 14 de Julio, contestó Danton con altivez.

—Y el guarda-muebles? ¿y los diamantes de la corona?

—He sido de los del 6 de Octubre.

—¿Y los robos de vuestro *alter ego* Lacroix en Bélgica?

—He sido de los del 20 de Junio.

—¿Y los préstamos hechos á la Montansier?

—Excité al pueblo á la vuelta de Varennes.

—¿Y el teatro de la Opera, que se está edificando con el dinero que suministrais?

—Yo he armado las secciones de Paris.

—¿Y las cien mil libras de fondos secretos del ministerio de Justicia?

—Yo produje el 10 de Agosto.

—¿Y los dos millones de gastos secretos de la Asamblea, cuya cuarta parte os quedásteis vos?

—Paré al enemigo en su marcha y cerré el paso á los reyes coligados.

—Prostituta! exclamó Marat.

Danton se levantó: estaba espantoso.

—Sí, sí, gritó; soy una mujer pública; he vendido mi cuerpo, pero he salvado al mundo.

Robespierre estaba royéndose las uñas; no podia reir ni sonreir; ni poseia la risa relámpago de Danton, ni la sonrisa punzante de Marat.

Danton añadió:

—Soy como el Océano; tengo mi flujo y mi reflujo; en el mar que está bajo se ven mis escollos, en alta mar se ven mis olas.

—Vuestra espuma, contestó Marat.

—Mi tempestad, replicó Danton.

Al mismo tiempo que Danton, se habia levantado Marat, y entonces estalló su cólera; la culebra se convirtió súbitamente en dragon.

—Ah, Robespierre! Ah, Danton! gritó; no quereis oirme! Pues bien, os digo que estais perdidos. Vuestra política os conduce á un callejon sin salida, á la imposibilidad de ir más lejos, á lograr que se os cierren todas las puertas, menos la del sepulcro.

—Esa es nuestra grandeza, dijo Danton alzando los hombros.

Marat continuó:

—Estáte alerta, Danton. Vergniaud tiene tambien la boca grande, los labios gruesos, y frunce el entrecejo; es tan pecoso de viruelas como Mirabeau y como tú, y no pudo impedir las ocurrencias del 31 de Mayo. ¡Ah, te encoges de hombros! Pues hay veces que el encogerse de hombros produce la caida de la cabeza. Danton, te predigo que tu voz de trueno, tu corbata floja, tus botas altas, tus cenas de confianza y tus bolsillos llenos, todo eso será para Luisita.

Luisita era el mote cariñoso que daba Marat á la guillotina.

—En cuanto á tí, Robespierre, prosiguió Marat, eres moderado, pero eso de nada te servirá. Anda, empólvate, acepíllate, haz el faraute, ten muchas camisas, preséntate atildado, planchado y peinado; eso no impedirá que te lleven á la plaza de la Grève. Lee la declaracion de Brunswick, que por eso no dejarán de tratarte como al regicida Damiens.

—Es el eco de Coblenza! dijo entre dientes Robespierre.

—No soy eco de nada y el grito de

todo. Vosotros sois jóvenes aun!... ¿Qué edad tienes, Danton? treinta y cuatro años. Qué edad tienes, Robespierre? treinta y tres años; pues yo he vivido siempre; soy el viejo sufrimiento humano; yo tengo seis mil años.

—Es verdad, replicó Danton; desde hace seis mil años Cain se encerró en su ódio como en la piedra; la piedra se rompe, el sapo salta entre los hombres y se llama Marat.

—Danton! gritó el aludido, y lívido resplandor apareció en sus ojos.

—Y bien, qué? le preguntó Danton.

Así hablaban aquellos tres hombres formidables.

III.

Extremecimiento de fibras profundas.

El diálogo tuvo un momento de reposo y los tres titanes volvieron á ensimismarse cada uno en su pensamiento.

Los leones temen á las hidras; Robespierre se quedó muy pálido y Danton muy colorado; ambos se habian extremecido. El relámpago que animara las pupilas leonadas de Marat se habia extinguido; la calma, la calma imperiosa reinaba ya en la fisonomía de aquel hombre, temido entre los temibles.

Danton se sentia vencido, pero no queria rendirse, y renovando la conversacion dijo:

—Marat habla muy alto de dictadura y de unidad, pero él solo sirve para disolver.

Robespierre, abriendo sus delgados labios, añadió:

—Soy de la opinion de Anacarsis Cloots, que dijo:—Ni Roland ni Marat.

—Y yo, respondió Marat, digo:—Ni Danton ni Robespierre.—Miró á los dos fijamente y añadió:

—Permitidme que os dé un consejo. Danton, ya que estais enamorado y pensais volveros á casar, retiraos de la política y sed prudente.

Retrocedió hácia la puerta para salir y les hizo este saludo siniestro:

—Adios para siempre, señores.

Danton y Robespierre se extremecieron.

En aquel momento se oyó una voz en el fondo de la sala que dijo:

—No tienes razon, Marat.

Los tres volvieron la cabeza. Durante la explosion de Marat, y sin apercibirse de ello, un hombre entró por la puerta del fondo.

—Eres tú, ciudadano Cimourdain? exclamó Marat. Buenos dias.

Era, en efecto, Cimourdain.

—Repito que no tienes razon, Marat.

Marat se puso verde, que era su modo de palidecer.

Cimourdain añadió:

—Tú eres útil, pero Robespierre y Danton son necesarios. ¿Por qué los amenazas? Union, ciudadanos, union, que el pueblo quiere que esteis unidos.

La entrada de este republicano hizo el efecto de un chorro de agua fria y apaciguó, si no el fondo, á lo menos la superficie.

Cimourdain avanzó hasta la mesa. Danton y Robespierre le conocian por haberse significado varias veces en las tribunas públicas de la Convencion como hombre influyente, al que saludaba el pueblo. Robespierre, sin embargo, que era formalista, preguntó:

—Ciudadano, ¿cómo habeis entrado aquí?

—Pertenece al Obispado, respondió Marat, con acento que denotaba cierta sumision.

Marat desafiaba á la Convencion, dirigia el Municipio y temia al Obispado. Tal es la ley histórica. Mirabeau siente removerse á Robespierre en profundidad desconocida; Robespierre siente removerse á Marat; Marat siente bullir bajo sus piés á Hébert; Hébert siente á Babeuf. Mientras las capas subterráneas permanecen tranquilas, el hombre político puede marchar; pero debajo de la capa más revolucionaria hay un subsuelo, y los más osados se detienen perplejos cuando sienten bajo sus piés el movimiento que ellos produjeron antes sobre los de arriba. Saber discernir el movimiento que nace de la codicia del que proviene de los principios, combatir el uno y secundar el otro, constituye el génio y la virtud de los grandes revolucionarios.

Danton vió ceder á Marat y dijo:

—No está aquí de más el ciudadano Cimourdain.

Le tendió la mano y añadió:

—Expliquémosle la situacion, ya que llega oportunamente. Yo represento la Montaña; Robespierre representa la Comision de Salvacion pública; Marat representa al Municipio; Cimourdain representa al Obispado. Cimourdain nos desempatará.

—Bien, contestó Cimourdain con aire grave y sencillo. De qué se trata?

—De la Vendée, respondió Robespierre.

—La Vendée! exclamó Cimourdain, añadiendo: Es nuestra gran amenaza. Si la Revolucion muere, es porque la matará la Vendée, que es más temible que diez Alemanias. Para que la Francia viva es necesario que la Vendée muera.

Estas palabras le hicieron simpatizar con Robespierre, el que le preguntó, sin embargo:

—Habeis sido clérigo?

Su aire clerical no se escapaba á la penetracion de Robespierre.

—Sí, ciudadano, le respondió Cimourdain.

—Eso qué importa? exclamó Danton; los sacerdotes buenos valen más que los otros hombres, y en tiempos de revolucion los clérigos se funden en ciudadanos, como las campanas en moneda y en cañones. Danjou es eclesiástico y Danou tambien; Tomás Lindet es obispo de Evreux, y vos, Robespierre, os sentais en la Convencion codeándoos con Massieu, obispo de Beauvais. El vicario general Vaugeois pertenecia al comité de insurreccion del 10 de Agosto. Chabot es capuchino; el cura Gerle tomó el juramento del Juego de Pelota; el presbítero Andran hizo declarar la Asamblea nacional superior al rey; el padre Goutte pidió á la Asamblea legislativa que se quitase el dosel de encima del sillon de Luis XVI, y el abate Gregoire fué el que promovió la abolicion de la monarquía...

—Apoyado por el histrion Collot-d' Herbois, dijo Marat sonriendo. Entre los dos hicieron una gran obra; el sacerdote derribó el trono y el comediante derribó al rey.

—Volvamos á ocuparnos de la Vendée, repuso Robespierre.

—Pues bien, ¿qué sucede en la Vendée? preguntó Cimourdain.

—Que tiene jefe y que vá á ser temible.

—Quién es ese jefe?

—El ex-marqués de Lantenac, que se titula príncipe breton.

—Le conozco, dijo Cimourdain extremeciéndose ligeramente; fuí sacerdote de su casa... Era mujeriego antes de ser hombre de guerra.

—Como Biron, que fué antes Lauzun, respondió Danton.

Cimourdain, pensativo, añadió:

—Ese antiguo calavera debe ser terrible.

—Espantoso, repuso Robespierre. Quema las aldeas, asesina á los heridos, mata á los prisioneros y fusila á las mujeres.

—A las mujeres!

—Sí, entre otras fusiló á una madre de tres hijos pequeños, cuyo paradero se ignora. A pesar de esto, es un capitan que conoce el arte de la guerra.

—Así es, replicó Cimourdain. Hizo la guerra de Hannover, y los soldados decian: "Es Richelieu por encima y Lantenac por debajo„. Vuestro colega Dusaulx podrá daros informes.

Robespierre quedó un momento pensativo, y despues reanudó el diálogo con Cimourdain.

—Pues bien, ciudadano, ese hombre está en la Vendée.

—Desde cuándo?

—Desde hace tres semanas.

—Es preciso ponerle fuera de la ley.

—Ya lo está.

—Es indispensable poner su cabeza á precio.

—Tambien está.

—Es necesario ofrecer mucho dinero al que le prenda.

—Se ha ofrecido.

—Pero no en asignados.

—Se ha ofrecido oro.

—Es preciso guillotinarle.

—Eso se ha de hacer todavía.

—Quién lo hará?

—Vos.

—Yo!

—Sí; os nombraremos delegado de la Comision de Salvacion pública con ámplios poderes.

—Acepto, contestó Cimourdain.

Robespierre era rápido en sus elecciones; tenia esta cualidad de hombre de Estado. De entre el legajo de papeles sacó un pliego en blanco, en el que estaba escrito este membrete: REPÚBLICA FRANCESA, UNA É INDIVISIBLE; COMISION DE SALVACION PÚBLICA.

—Sí, acepto, dijo insistiendo Cimourdain. Terrible contra terrible. Lantenac es feroz; yo tambien lo seré. Guerra á muerte á ese hombre; ¡libraré de él á la República si Dios quiere! ¿Seré delegado cerca de quién?

—Cerca del comandante de la columna expedicionaria enviada contra Lantenac. Os prevengo que es noble dicho comandante.

—De eso me burlo yo! exclamó Danton. Eso nada importa. Lo que digo del clérigo digo del noble; cuando es bueno es excelente. La nobleza es una preocupacion, pero el hombre no debe tener

preocupacion en ningun sentido, ni en pró ni en contra. ¿Acaso no es noble Saint-Just? Anacarsis Cloots es baron; nuestro amigo Cárlos Hesse, que no perdona una sesion de los Franciscanos, es príncipe y hermano del langrave reinante de Hesse-Rothenburgo, Montant; el íntimo de Marat es marqués.

—Os olvidais, añadió Robespierre, del presidente del Jurado revolucionario, Antonelle.

—Que es marqués de Antonelle, contestó Danton, prosiguiendo: Dampierre, que se hizo matar por la República en Condé, era noble, y tambien lo era Beaurepaire, que se suicidó por no abrir á los prusianos las puertas de Verdun.

—Lo que no se opone, exclamó Marat, á que el dia que Condorcet dijo: *Los Gracos eran nobles*, Danton contestase á Condorcet: *Todos los nobles son traidores, empezando por Mirabeau y acabando por tí.*

La voz grave de Cimourdain dominó á la de Marat, diciendo:

—Ciudadano Danton, ciudadano Robespierre, haceis bien en confiar, pero el pueblo desconfia y tiene tambien razon para abrigar desconfianza: cuando á un clérigo se le encarga que vigile á un noble, es doble su responsabilidad, y este clérigo debe ser inflexible.

—Ciertamente, contestó Robespierre.

—É inexorable, añadió Cimourdain.

—Muy bien dicho, ciudadano Cimourdain. Teneis que tratar con un jóven sobre el que ejercereis ascendiente, porque le doblais la edad. Es preciso dirigirle, pero guardándole consideraciones, porque posee talento militar, como testifican los informes que están unánimes sobre esto. Forma parte de un cuerpo destacado del ejército del Rhin para ir á la Vendée. Vino de la frontera, en donde mostró admirable inteligencia y gran valor. Conduce superiormente la columna expedicionaria, y desde hace quince dias tiene en jaque al viejo marqués de Lantenac. Creo que acabará por hacerle retroceder hasta el mar y lanzarle en él. Lantenac posee la astucia del general viejo y él la audacia del capitan jóven. Se ha creado ya enemigos y envidiosos: uno de estos es el ayudante general Lechelle, que quiere ser él el que derrote á Lantenac. La desdicha de la guerra de la Vendée consiste en esas rivalidades. Nuestros soldados son héroes mal conducidos. Chambon, siempre capitan de húsares, entra en Saumur con un trompeta tocando el *Ça irá*, y toma á Saumur; podria avanzar y apoderarse de Cholet, pero como no tiene órden para ello, no lo efectúa. Es preciso remover á todos los comandantes de la Vendée. Se desparraman los destacamentos, se dispersan las fuerzas, y el ejército disperso es un ejército paralizado; es un terron que se convierte en polvo. Solo hay ya tiendas en el campamento de Paramé. Tenemos entre Tregnier y Dinan cien puestos militares, pequeños é inútiles, con los que podria formarse una division que cubriese todo el litoral. Lechelle, apoyado por Pallein, desguarnece la costa del Norte, so pretexto de protejer la costa del Sur, y abre así á los ingleses las puertas de Francia. El plan de Lantenac consiste en la sublevacion de medio millon de paisanos y en el desembarque de tropas inglesas en nuestro pais. El jóven comandante de la columna expedicionaria estrecha cada vez más á Lantenac y quiere derrotarle sin permiso de Lechelle; pero Lechelle es su jefe y le denuncia. Los informes son contradictorios acerca de ese jóven. Lechelle pide que se le fusile, y Prieur del Marne propone que se le ascienda á ayudante general.

—Parece que ese comandante posea grandes cualidades, dijo Cimourdain.

—Tiene un defecto.

Esta interrupcion fué de Marat.

—Qué defecto?

—La clemencia, contestó Marat, y prosiguió: Es firme en el combate, pero despues no. Concede indultos, perdona, es misericordioso, proteje á las beatas y á las monjas, salva á las mujeres y á las hijas de los aristócratas, dá libertad á los prisioneros y á los curas.

—Grave falta, replicó Cimourdain.

—No es falta, es crímen, repuso Marat.

—Algunas veces, objetó Danton.

—Muchas, replicó Robespierre.

—Casi siempre, insistió Marat.

—Cuando se trata de los enemigos de la patria, siempre, dijo Cimourdain.

Volviéndose Marat hácia éste, le preguntó:

—¿Qué harias tú, Cimourdain, con un jefe republicano que pusiera en libertad á un jefe realista?

—Seria de la opinion de Lechelle; le haria fusilar.

—O guillotinar, dijo Marat.

—A eleccion suya, contestó Cimourdain.

—Lo mismo dá una cosa que otra, exclamó Danton riendo.

—De modo que si un jefe republicano tropezase, le harias cortar la cabeza?

—En el término de veinticuatro horas.

—Pues bien, repuso Marat, soy del parecer de Robespierre; debemos enviar al ciudadano Cimourdain como comisario delegado del Comité de Salvacion pública cerca del comandante de la columna expedicionaria del ejército de las Costas. Cómo se llama ese comandante?

—Es un ex-noble, respondió Robespierre, y se puso á hojear el legajo de papeles.

—Hagamos, pues, que el ex-cura vigile al ex-noble, repuso Danton. Desconfio de ambos cuando están solos, pero cuando están juntos no les temo, porque se espian recíprocamente y van rectos ambos.

Al oir estas palabras se aumentó el fruncimiento natural de las cejas de Cimourdain, lo que probaba su indignacion; pero encontrando la observacion anterior justa en el fondo, sin volverse hácia Danton, dijo:

—Si el comandante republicano que estoy encargado de vigilar dá un mal paso, sufrirá la pena de muerte.

Robespierre terminó de examinar los papeles y tomó la palabra:

—Aquí teneis su nombre, ciudadano Cimourdain; dicho comandante es un ex-vizconde y se llama Gauvain.

Cimourdain palideció.

—Gauvain! exclamó.

A Marat le llamó la atencion la palidez de Cimourdain.

—El vizconde Gauvain! repitió éste.

—Sí, contestó Robespierre.

—Y qué? le preguntó Marat.

Hubo un momento de silencio.

—¿Aceptais la mision de comisario delegado cerca del comandante Gauvain, con las condiciones que vos mismo indicásteis? le interrogó Marat.

—La acepto, respondió Cimourdain, cuya palidez se aumentaba por grados.

Robespierre tomó la pluma que estaba inmediata á él y escribió con su letra tarda y correcta cuatro líneas en la hoja de papel marcada con el membrete *Comision de Salvacion pública*; firmó y pasó la hoja y la pluma á Danton, y Marat, que no apartaba la mirada de la faz lívida de Cimourdain, firmó el último.

Robespierre recogió el papel, le puso la fecha y se lo entregó á Cimourdain, que leyó lo que sigue:

"AÑO II DE LA REPÚBLICA.

„Se conceden plenos poderes al ciudadano Cimourdain, comisario delegado de la Comision de Salvacion pública, cerca del ciudadano Gauvain, comandante de la columna expedicionaria del ejército de las Costas.

„ROBESPIERRE.—DANTON.—MARAT.„

Y debajo de las firmas: "28 de Junio de 1793„.

El calendario revolucionario, llamado calendario civil, no existia aun legalmente en aquella época; la Convencion lo aceptó, aprobando la proposicion de Romme el 5 de Octubre de 1793.

Mientras Cimourdain leia, Marat le miraba, diciendo éste entre dientes, como hablando consigo mismo:

—Será necesario que precise todo eso un decreto de la Convencion ó una órden de la Comision de Salvacion pública. Queda aun algo por hacer.

—Ciudadano Cimourdain, ¿dónde vivís? le preguntó Robespierre.

—En la plaza del Comercio.

—Pues yo tambien, contesto Danton; sois vecino mio.

Robespierre añadió:

—No hay un momento que perder. Mañana recibireis vuestro nombramiento en regla, firmado por todos los individuos de la Comision de Salvacion pública; esta hoja es una confirmacion de la comision que os acreditará especialmente á los ojos de los representantes en mision, Philippeaux, Prieur de la Marne, Lecomtre, Alguier y los demás. Como os conocemos, os damos poderes ilimitados. Teneis facultades para ascender á general á Gauvain ó para enviarle al patíbulo. Mañana á las tres recibireis el nombramiento. Cuándo saldreis de Paris?

—A las cuatro, contestó Cimourdain.

Diciendo esto se separaron.

Marat, al entrar en su casa, previno á Simona Evrard que al dia siguiente iria á la Convencion.

LIBRO TERCERO

La Convencion.

I.

La Convencion.

I.

Nos acercamos á la gran cumbre, á la Convencion.

La mirada se queda fija en presencia de esa cúspide; nunca se presentó nada tan alto en el horizonte de la humanidad.

Hay un Himalaya y hay una Convencion; la Convencion es quizá el punto culminante de la historia.

Cuando vivia la Convencion, porque viven las Asambleas, nadie comprendia lo que era; su grandeza era precisamente lo que no podian comprender sus contemporáneos: para que ésta los deslumbrase estaban demasiado atemorizados. Todo lo que es grande inspira horror sagrado. Es fácil admirar las medianías y las colinas, pero lo que está á inmensa altura, sea génio ó sea montaña, asamblea ú obra magistral, visto de cerca espanta. Toda cima parece una exageracion: subir fatiga; el que sube se sofoca en los sitios escarpados, se escurre en las pendientes, se lastima en las asperezas, que esto no obstante son bellas; los torrentes espumosos le aumentan los precipicios, las nubes le ocultan las cimas; la ascension le aterroriza tanto como el peligro de la caida; por eso la admiracion es mucho menor que el espanto. Se experimenta el sentimiento extraño que puede llamarse aversion á lo grande. Se ven los abismos y no se ven las sublimidades; se vé el mónstruo, pero no se vé el prodigio. Así fué juzgada al principio la Convencion: la miraron míopes y nació para que la contemplaran águilas.

En la actualidad la vemos en perspectiva y dibuja en el cielo profundo, en lontananza serena y trágica, el inmenso perfil de la Revolucion francesa.

II.

El 14 de Julio libertó, el 10 de Agosto fulminó y el 21 de Setiembre fundó. El 21 de Setiembre fué el equinoccio, el equilibrio, *Libra*, la balanza. La República, como observó Romme, se proclamó bajo este signo de la Igualdad y de la Justicia, y la anunció una constelacion.

La Convencion es el primer Avatar del pueblo; por ella se abrió la grande página nueva de la historia y en ella comenzó el porvenir, que hoy es presente.

Toda idea necesita envoltura visible; todo principio sitio donde desarrollarse. Una iglesia representa á Dios entre cuatro paredes, y todo dogma necesita un templo. Cuando nació la Convencion, el primer problema que tuvo que resolver fué el de su alojamiento.

Primero dispuso del Picadero y despues del palacio de las Tullerías. Se pusieron en el Picadero bastidores, adornos, una tribuna cuadrada y bancos simétricos; David pintó la sala de color gris; se levantaron pilastras, paralelas, zócalos parecidos á tajos de cocina, largas rodas rectilíneas, alvéolos rectangulares, donde se agolpaba la multitud y que se llamaban tribunas públicas; un velarium romano, paños griegos, y en aquellas líneas y en aquellos ángulos rectos se instaló la Convencion; en aquella geometría se metió la tempestad. El gorro frigio estaba pintado de gris en la tribuna. Los realistas empezaron por reirse del gorro rojo, que era gris; de aquella sala postiza, de aquel monumento de carton, de aquel santuario de papel machacado, de aquel panteon de cieno y de saliva; pero ¡qué pronto desapareció esa risa!... Las columnas se componian de duelas de toneles, las bóvedas eran de madera, los bajo-relieves de estuco, los entablamentos de pino, las estátuas de yeso, los mármoles pintados, las paredes de tela; pero en ese aposento provisional la Francia produjo lo eterno.

Las paredes de la sala del Picadero, cuando la Convencion se reunió en ella para celebrar sus primeras sesiones, estaban todas llenas de las inscripciones y carteles que habian pululado en Paris en la época de la vuelta de Varennes. Una decia: *El rey vuelve; apalear al que le aplauda y ahorcar al que le insulte.* En otra se leia: *Silencio: no hay que quitarse los sombreros; vá á pasar por delante de sus jueces.* Decia otra inscripcion: *El rey, apuntando á la nacion, hizo fuego mucho tiempo contra ella; á la nacion le toca hacer fuego ahora.* Otra decia nada más: *La ley! La ley!...* Entre dichas cuatro paredes la Convencion juzgó á Luis XVI.

En las Tullerías, en donde se instaló la Convencion en 10 de Mayo de 1793, y que tomó el nombre de Palacio nacional, el salon de sesiones ocupaba todo el espacio que hay desde el pabellon del Reloj, llamado pabellon Unidad, hasta el pabellon Marsan, llamado pabellon Libertad. El de Flora tenia el nombre de pabellon Igualdad. Se subia al salon por la gran escalera de Juan Bullant. El primer piso lo ocupaba la Asamblea, y todo el piso bajo del palacio estaba convertido en una especie de salon de guardias, lleno de armeros y camastros para las tropas de todas armas que vigilaban alrededor de la Convencion. La Asamblea tenia una guardia de honor de "granaderos de la Convencion„.

Una cinta tricolor separaba el palacio donde se reunia la Asamblea del

jardin por donde se paseaba el pueblo.

III.

Acabamos de describir lo que era el salon de sesiones, porque es interesante todo lo que se refiere á tan señalado sitio.

Lo que llamaba primero la atencion al entrar era una elevada estátua de la Libertad, situada entre dos espaciosas ventanas. Cuarenta y dos metros de longitud, diez de anchura y once de altura, eran las dimensiones de lo que fué teatro del rey y se convirtió en teatro de la revolucion. La elegante y magnífica sala construida por Vigarani para los cortesanos desapareció bajo el tosco maderámen que en 1793 debia soportar el peso del pueblo. Dicho maderámen, sobre el que se levantaban las tribunas públicas, tenia por único punto de apoyo un poste, poste de un solo trozo y que contaba diez metros de extension. Pocas cariátides han trabajado tanto como aquel poste; soportó la aclamacion, el entusiasmo, la injuria, el ruido, el tumulto, el inmenso caos de la cólera, el motin, sin doblegarse nunca. Despues de la Convencion sostuvo al Consejo de los Ancianos, hasta que le dió el relevo el 18 Brumario. Percier sustituyó entonces al pilar de madera por columnas de mármol, que duraron menos.

El ideal de los arquitectos es singular algunas veces. El arquitecto de la calle de Rívoli tuvo por ideal la línea trayectoria de una bala de cañon; el arquitecto Carlsruhe se propuso por ideal un abanico; el ideal del arquitecto que construyó el salon de sesiones adonde se trasladó la Convencion el 10 de Mayo de 1793, parece haber sido un jigantesco cajon de cómoda, largo, alto y plano. A uno de los lados mayores del paralelógramo se adosaba un vasto semicírculo, que era el anfiteatro de los bancos de los representantes, sin mesas ni pupitres. Garan-Coulon, que escribia mucho, escribia sobre las rodillas. Enfrente de los bancos estaba la tribuna; delante de ésta el busto de Lepelletier-Saint-Fargeau, y detrás de la tribuna el sillon del presidente. La cabeza del busto sobresalia un poco del borde de la tribuna, por lo que más tarde le quitaron de aquel sitio.

El anfiteatro constaba de diez y nueve bancos semicirculares, colocados en otras tantas filas, con otros más pequeños, que se extendian hasta formar las dos puntas del semicírculo. Abajo, en el hemiciclo del pié de tribuna, estaban los porteros.

A un lado de la tribuna, en un cuadro de madera negra aplicado á la pared, habia un cartel grande, de nueve piés de altura, en el que en dos columnas, separadas por una especie de cetro, se leia la declaracion de los *Derechos del hombre*. Al otro lado habia un sitio vacío, que más tarde lo llenó un cuadro parecido al otro, en el que se estampó la Constitucion del año II, cuyas dos columnas aparecian separadas por una espada. Por encima de la tribuna parlamentaria y de la cabeza del orador salian de una gran tribuna popular, llena de espectadores y dividida en dos compartimientos, tres inmensas bandera tricolores, que ondeaban apoyadas en un altar, sobre el que se leian estas dos palabras: LA LEY. Detrás del altar se levantaba, como centinela de la palabra libre, un enorme haz romano, tan alto como una columna. Estátuas colosales, adosadas á las paredes, daban frente á los representantes. El presidente tenia á Licurgo á su derecha y á su izquierda á Solon. Platon sobresalia por encima de la Montaña.

Estas estátuas tenian simples discos por pedestales, colocados sobre una larga cornisa saliente, que daba la vuelta al salon y separaba al pueblo de la Asamblea. Los espectadores apoyaban los codos en aquella cornisa.

El cuadro de madera negra, que contenia los *Derechos del hombre*, subia hasta la cornisa y tapaba un poco el dibujo del entablamento; esta interrupcion de la línea recta hacia murmurar á Chabot:

—Qué feo es eso! dirigiéndose á Vadier.

En las cabezas de las estátuas alternaban coronas de encina y de laurel. Una colgadura verde, que tenia pintadas de verde más oscuro las mismas coronas, descendia formando grandes pliegues rectos, desde la cornisa que circundaba el salon hasta el piso. Por encima de ella se veia la pared blanca y fria, en la que se abrian, como formados por sacabocados, sin molduras ni follaje, dos órdenes de tribunas públicas, las que eran cuadradas bajo y las que eran redondas arriba, segun las reglas, porque no habia sido destronado aun Vitruvio; las archivoltas estaban superpuestas á los arquitrabes. Habia diez tribunas en cada uno de los lados mayores del salon y dos en cada uno de los extremos, am-

bas desmesuradas, sumando un total de veinticuatro. En ellas se agolpaba y se oprimia la muchedumbre.

Los espectadores de las tribunas inferiores rebasaban las cornisas y se agrupaban sobre todos los relieves de la arquitectura. Una barra larga de hierro, sólidamente asegurada á la altura conveniente, servia de parapeto á las tribunas altas y garantizaba á los espectadores de la presion de la multitud que subia por las escaleras.

Una vez, sin embargo, fué arrojado un hombre hasta la Asamblea y vino á caer casi sobre Massieu, obispo de Reauvais, y no muriendo del golpe, exclamó: —*Calla! Pues un obispo sirve de algo!*

La sala de la Convencion podia contener dos mil personas y en los dias de insurreccion tres mil.

La Convencion celebraba dos sesiones, una de dia y otra de noche.

El respaldo del sillon presidencial era redondo con clavos dorados. Sostenian la mesa cuatro mónstruos alados de un solo pié, que parecian que hubiesen salido del Apocalipsis para asistir á la Revolucion, ó haber sido desenganchados del carro de Ezequiel para arrastrar la carreta de Sanson. Sobre la mesa del presidente descansaban, una campanilla, que casi se pudiera llamar campana; un tintero ancho de cobre y un libro en fólio encuadernado en pergamino, que era el libro de actas. Cabezas cortadas y clavadas en la punta de largas picas gotearon sangre sobre dicha mesa.

Subíase á la tribuna por una escalerilla de nueve escalones, que eran altos, rectos y bastante difíciles: tropezando en ellos al subirlos Gensodné un dia, dijo: —*Esta es la escalera de la horca.—Pues haz el aprendizaje*, le contestó Carrier.

A la derecha é izquierda de la tribuna, sobre los zócalos, se levantaban dos candelabros de doce piés de altura, con cuatro pares de quinqués. En una de las tribunas públicas habia un candelabro como los referidos; en los zócalos tenian círculos esculpidos, que el pueblo los bautizó con el nombre de "collares de guillotina„.

Los bancos de la Asamblea subian casi hasta las cornisas de las tribunas; de modo que los representantes podian sostener diálogos con el pueblo. Los vomitorios de las tribunas desembocaban en un laberinto de corredores, donde se oian á veces ruidos feroces.

La Convencion llenaba el palacio y refluía hasta los hoteles inmediatos, como el de Longueville y el de Coigny. A este último, segun dice una carta de lord Bradford, despues del 10 de Agosto se trasladaron los muebles de la Casa Real. Invirtieron dos meses en vaciar las Tullerías.

Los comités se reunian en las salas inmediatas al salon de sesiones; en el pabellon Igualdad, el de Legislacion, Agricultura y Comercio; en el pabellon Libertad, funcionaban el de Marina, el de Colonias, el de Hacienda, el de Asignados y el de Salvacion pública, y en el pabellon Unidad, el de Guerra.

El Comité de Seguridad general se comunicaba directamente con el de Salvacion pública por un corredor, que un reverbero alumbraba noche y dia, corredor en el que se hablaba en voz muy baja y por el que iban y venian los espías de todos los partidos.

La barra de la Convencion, que cambió muchas veces de sitio, estaba habitualmente á la derecha de la presidencia.

A los dos extremos del salon los dos tabiques verticales, que cerraban á derecha é izquierda los semicírculos concéntricos del anfiteatro, dejaban entre ellos y la pared dos corredores estrechos y largos, en los que se abrian dos puertas cuadradas y oscuras; por ellas se entraba y se salia.

Los representantes entraban directamente en el salon por una puerta que daba al terraplen de los Fuldenses.

El salon, al que de dia daban poca luz las ventanas y que estaba oscuro durante el crepúsculo, ofrecia un no sé qué de aspecto nocturno; su semiclaridad, uniéndose á las tinieblas de la noche, hacia lúgubres las sesiones celebradas á la luz de las lámparas. No se veia claro de un extremo de salon al otro. Los representantes se encontraban muchas veces y no se conocian. Un dia Laignelot, al correr hácia la tribuna, tropezó en el corredor descendente con un representante.—Dispénsame, Robespierre, le dijo. —Por quién me tomas? le preguntó una voz ronca.—Dispénsame, Marat, repuso entonces Laignelot reconociéndole.

Bajo, á derecha é izquierda del presidente, habia dos tribunas reservadas, porque, cosa extraña, habia en la Convencion espectadores privilegiados; dichas tribunas eran las únicas que tenian colgaduras, y en medio del arquitrabe dos bellotas de oro las sostenian levantadas.

El conjunto del salon era violento,

rudo, pero regular. Lo correcto en lo feroz es en cierto modo la revolucion; el salon ofrecia el más completo ejemplar de lo que los artistas han llamado despues "la arquitectura Messidor„. Era macizo y esquinado á la vez. Los constructores de aquel tiempo tomaban por bello lo simétrico. La época del Renacimiento produjo sus últimas obras en tiempo de Luis XV y desde entonces habia sobrevenido una reaccion. Pasadas las orgías deslumbradoras de forma y de color del siglo diez y ocho, el arte se puso á dieta y no se permitia más que la línea recta. Este género de progreso conduce á la fealdad, produciendo el fenómeno de reducir el arte á esqueleto; este es el inconveniente de esa clase de prudencia y de abstinencia; el estilo es tan sóbrio, que se convierte en enjuto.

Si prescindimos de la emocion política y no nos fijamos más que en la arquitectura, la vista de aquel salon producia escalofríos, al recordar confusamente el antiguo teatro, con los palcos adornados de guirnaldas, con el techo de azul y púrpura, con la grande araña de facetas, con las girándolas de reflejos diamantinos, con la tapicería, con la profusion de amores y de ninfas en el telon de boca y en las colgaduras, con todo el idilio régio y galante que llenó con su sonrisa aquel sitio, á la sazon tan severo, en el que por todas partes se veian ángulos duros, rectilíneos frios y cortantes como el acero, que producian en cierto modo el efecto de Boucher guillotinado por David.

IV.

El que se fijaba en la Asamblea no pensaba ya en el salon; el que veia el drama no podia pensar en el teatro. Nada más deforme ni más sublime: grupo de héroes, rebaño de cobardes, fieras en una montaña, reptiles en un pantano, hormigueaban, se provocaban allí, se codeaban, se amenazaban, luchaban y vivian todos aquellos combatientes que hoy ya son fantasmas.

A la derecha de la sala estaba la Gironda, que la componia una legion de pensadores; á la izquierda la Montaña, que era un grupo de atletas. A un lado Brissot, que recibió las llaves de la Bastilla; Barbarox, al que obedecian los marselleses; Kervelagan, que tenia en su favor el batallon de Brest, acuartelado en el arrabal de San Marcelo; Gensonné, que estableció la supremacía de los representantes sobre los generales; el fatal Guadet, á quien una noche en las Tullerías la reina enseñó el delfin dormido, y besó la frente del hijo é hizo caer la cabeza del padre; Salles, el denunciador quimérico de las intimidades de la Montaña con Austria; Sillery, el cojo de la derecha, como Conthon era el jorobado de la izquierda; Lause-Duperret, á quien un periodista trató de *malvado*, y le convidó á comer diciéndole: *Ya sé que malvado quiere decir sencillamente hombre que no piensa como nosotros*; Rabaut-Saint-Etienne, que empezó un almanaque de 1790 por estas palabras: *La Revolucion ha concluido*; Quinette, uno de los que precipitaron á Luis XVI; el jansenista Camus, que redactaba la Constitucion civil del clero, creia en los milagros del diácono Páris y se arrodillaba todas las noches delante de un Cristo de siete piés de altura, colgado en la pared de su cuarto; Fauchet, clérigo, que con Camilo Desmoulins produjo el 14 de Julio; Isnard, que cometió el crímen de decir: *Paris será destruido*, en el mismo momento en que Brunswick decia: *Paris será quemado*; Jacobo Dupont, que fué el primero que gritó: *Yo soy ateo*, y á quien Robespierre respondió: *El ateismo es aristocrático*; Lujuinais, cabeza bretona, dura, sagaz y valiente; Ducos, el Ensíalo de Boyer-Fronde; Rebecqui, el Pílades de Barbaroux y que dimitia su cargo porque todavía no se habia guillotinado á Robespierre; Richaud, que combatia la permanencia de las secciones; Lasource, que sentó este mortífero apotegma: *¡Ay de las naciones agradecidas!* y que al pié del cadalso debia contradecirse, arrojando á los montañeses estas frases: *Nosotros morimos porque el pueblo duerme, y vosotros moriréis porque el pueblo despertará;* Biroteau, que hizo decretar la abolicion de la inviolabilidad parlamentaria, siendo de este modo, sin saberlo, el constructor de la cuchilla y el que se preparó á sí mismo el cadalso; Cárlos Villete, que abrigó su conciencia con esta protesta: *No quiero votar bajo la amenaza de los puñales*; Louvet, autor de *El Baroncito de Foublas*, y que acabó por ser librero del Palais-Royal y por poner en el mostrador á Lodoiska; Mercier, autor del *Cuadro de Paris*, que exclamaba: *Todos los reyes han sentido en las nucas el golpe del 21 de Enero*; Marec, que se preocupaba con "la faccion de los antiguos límites„; el periodista Carra, que al pié del cadalso dijo al verdugo: *Solo siento morir por no ver la continuacion de esto*; Vigée, que se

llamaba granadero del segundo batallon de Mayenne-et-Loire, y que amenazado por las tribunas públicas, gritó: *Pido que al primer murmullo de las tribunas nos retiremos todos y marchemos á Versalles, sable en mano.* Buzot, que estaba destinado á morir de hambre; Valazé, que debia morir del golpe de su propio puñal; Condorcet, que debia perecer en Bourg-la-Reine, pueblo que entonces se llamó Bourg-Igualdad, denunciado por el Horacio que llevaba en el bolsillo; Petion, á quien adoró la muchedumbre en 1792 y devoraron los lobos en 1794; y otros veinte más como Pontecoulant, Marboz, Lidon, Saint-Martin, Dussaux, traductor de Juvenal, que hizo la campaña de Hannover; Boilleaud, Bertrand, Lesterp-Beauvais, Lesage, Gomaire, Gardien, Mainvicille, Duplantier, Lacaze, Antiboul, teniendo al frente de todos ellos un Barnave, que se llamaba Vergniaud.

Al otro lado estaban Antonio Luis Leon Horelle de Saint-Just, pálido, de frente estrecha, de perfil correcto, de mirada misteriosa, de tristeza profunda, de veintitres años; Merlin de Donai, el culpable autor de la ley de sospechosos; Merlin de Thionville, al que los alemanes llamaban Feuer-Teufel, el "Diablo de fuego„; Soubrany, á quien el pueblo de Paris hizo nombrar general en el *primer prairial*; el antiguo cura Lebon, que empuñaba el sable con la mano que habia manejado el hisopo; Billaud-Varennes, que entreveia la magistratura del porvenir con árbitros en vez de jueces; Fabre d' Eglantine, que consiguió una bella invencion, la del calendario republicano, así como Rouget de L' Isle tuvo la sublime inspiracion de la Marsellesa; Manuel, el procurador del Municipio, que dijo: *Un rey muerto no es un hombre menos;* Goujon, que consiguió entrar en Tripstad, en Newstad y en Spira y ver huir al ejército prusiano; Lacroix, que de abogado se convirtió en general, y fué nombrado caballero de San Luis seis dias antes del 10 de Agosto; Freron-Thersite, hijo de Freron-Zoile; Buhl, inexorable registrador del armario de hierro, predestinado al gran suicidio republicano, pues debia matarse el dia en que muriese la República; Fouché, alma de demonio con cara de cadáver; Camboulas, el amigo del padre Duchêne, que decia á Guillotin: *Tú perteneces al club de los Fuldenses, pero tu hija al club de los Jacobinos*; Jagot, que respondia con estas palabras feroces á los que se lamentaban de la desnudez de los presos: *La cárcel es un vestido de piedra*; Javogues, el espantoso desenterrador de los cadáveres del régio panteon de Saint-Denis; Osselin, perseguidor que ocultó en su casa á la proscripta madame Charry; Bentabole, que cuando presidia hacia á las tribunas señal de aplaudir ó de silbar; el periodista Robert, marido de la señorita Keraclio, la cual escribia: *Ni Robespierre ni Marat vienen á mi casa*; *Robespierre vendrá cuando quiera, pero Marat nunca;* Garan-Coulon, que cuando España intervino en el proceso de Luis XVI propuso orgullosamente que la Asamblea no se dignara leer la carta de un rey en favor de otro rey; Gregoire, obispo, digno al principio de la Iglesia primitiva, pero más tarde, en la época del Imperio, cambió el título del republicano Gregoire por el de conde Gregoire; Anar, que decia: *Todo el mundo condena á Luis XVI; ¿á quién, pues, podria apelarse de la sentencia? Solo á los planetas*; Rouyer, que el 21 de Enero se opuso á que disparasen el cañon del Puente Nuevo, diciendo: *La cabeza de un rey no debe hacer más ruido al caer que la de cualquier otro hombre*; Chenier, hermano del célebre poeta Andrés; Vadier, uno de los representantes que dejaba una pistola sobre la tribuna al subir á ella; Tanis, que decia á Momoro: "Quiero que Marat y Robespierre se abracen en mi casa y en mi mesa„.— "Dónde vives? le preguntó Momoro.—En Charenton.—Me admiraria que vivieras en cualquier otra parte„, le contestaba Momoro. Legendre, que fué el carnicero de la Revolucion de Francia, como Pride lo fué de la de Inglaterra; *Ven y te degollaré*, le decia á Lanjuinais, y éste le respondia: *Haz primero decretar que soy buey*; Collot d' Herbois, el lúgubre comediante que llevaba sobre la cara la antigua máscara de dos bocas para decir *sí* y *no*, aprobando una lo que reprobaba la otra, condenando á Carrier en Nantes y deificando á Chalier en Lyon, enviando á Marat al Panteon y á Robespierre al cadalso; Genissieux, que pedia que se aplicase la pena de muerte á todo el que llevara la medalla de *Luis XVI martirizado*; Leonard Bourdon, el maestro de escuela que ofreció su casa al anciano del Monte-Jura; Topsent, marino; Goupilleau, abogado; Laurent-Lecointre, comerciante; Duhem, médico; Sergent, estatuario; David, pintor; José Igualdad, príncipe, y estos otros: Lecointre-Puirareu, que propuso un decreto para declarar á Marat "en

estado de demencia„; Robert Lindet el bullicioso, creador del pólipo, cuya cabeza era la Comision de Seguridad general, y cuyos veintiun mil brazos cubrian la Francia bajo el nombre de Comisiones revolucionarias; Lœbouf, acerca del cual Girey-Dupré, en su *Natividad de los falsos patriotas*, escribió este verso:

Mugió Lebœuf en cuanto vió á Legendre;

Thomás Paine, americano; Anacharsis Cloots, aleman, baron, millonario, ateo, hebertista; el íntegro Lebas, amigo de los Duplay; Rovère, uno de los pocos hombres que son malvados solo por serlo; Charlier, que queria que se hablase de *vos* á los aristócratas; Tallien, elegíaco y feroz, que debia promover más tarde el 9 Thermidor; Cambaceres, procurador destinado á ser príncipe; Casrier, procurador, que debia llegar á ser tigre; Laplanche, que gritó un dia: *Pido prioridad para el cañon de alarma*; Thuviot, que queria que votasen en voz alta los jurados del Tribunal revolucionario; Bourdon de l'Oise, que provocó á duelo á Chambon, que denunció á Paine y que á su vez fué denunciado por Hébert; Fayan, que proponia que se enviase "un ejército incendiario„ á la Vendée; Tavaux, que fué el 13 de Abril casi un mediador entre la Gironda y la Montaña; Vernier, que pedia que los jefes girondinos y los jefes montañeses fuesen al servicio militar como soldados rasos; Bewbell, que se encerró en Maguncia; Bourbotte, á quien mataron el caballo que montaba en la toma de Saumur; Guinbertean, que dirigió el ejército de las costas de Cheburgo; Jard-Panvilliers, que dirigió el ejército de las costas de la Rochelle; Lecarpentier, que mandó la escuadra de Cancale; Roberjot, que esperaba el engaño de Rastadt; Prieur de la Marne, que llevaba á los campos de batalla sus viejas caponas de comandante de escuadron; Levasseur de la Sarthe, con pocas palabras decidió á Serrent, comandante del batallon de Saint-Amand, á hacerse matar, y Roverchon, Maure, Bernardo de Saintes, Cárlos Rochar, Lequinio, y á la cabeza de este grupo un Mirabeau, que se llamaba Danton.

No perteneciendo exclusivamente á ninguno de esos partidos, pero infundiendo respeto á uno y á otro, se erguía un hombre: Robespierre.

V.

En bancos inferiores se encorvaba de espanto, que puede ser noble, y de miedo, que es ruin, bullendo la oscura multitud de los hombres anónimos. El fondo inferior de la Asamblea se llamaba la Llanura. Allí estaba todo lo fluctuante; los que dudan, los que vacilan, los que retroceden, los que aplazaban, temerosos unos de otros. La Montaña se componia de gente selecta. La Gironda tambien; la Llanura de la muchedumbre; esta llanura se resumia y se condensaba en Sieyes.

Sieyes, hombre profundo que llegó á ser hueco, se detuvo en el *tercer estado*, sin haber podido subir hasta el pueblo. Ciertos talentos han nacido para quedarse á la mitad del camino. Sieyes llamaba tigre á Robespierre y éste le llamaba á él topo; era un metafísico que habia ido á parar, no á la sabiduría, sino á la prudencia; era un cortesano, no un servidor de la revolucion. Tomaba una pala é iba con el pueblo á trabajar al Campo de Marte, llevando el carreton con Alejandro Beauharnais; aconsejaba la energía y él carecia de ella. Decia á los girondinos: *Poned los cañones de vuestra parte.* Hay pensadores que son batalladores al mismo tiempo; éstos, como Condorcet, estaban con Vergniaud, ó como Camilo Desmoulins, que estaba con Danton; hay pensadores que solo tratan de vivir, y éstos estaban con Sieyes.

Las cunas del mejor vino tienen heces; debajo de la Llanura estaba el Pantano, estanque asqueroso, en el que se traparentaba el egoismo y en el que tiritaban las esperanzas mudas de los temblones, todos los oprobios y ninguna vergüenza; la cólera latente, la rebelion bajo la máscara de la servidumbre. Cínicamente asustados los pantanistas, tenian todas las clases de valor de la cobardía; preferian la Gironda y votaban con la Montaña; el desenlace dependia de ellos, y se inclinaban al lado de la causa que creian que iba á triunfar; entregaron Luis XV á Vergniaud, Vergniaud á Danton, Danton á Robespierre y Robespierre á Tallien; anatematizaron á Marat vivo y divinizaron á Marat muerto. Todo lo sostenian hasta el momento oportuno de derribarlo todo; poseian el instinto de dar el golpe decisivo á todo lo que vacilaba. Como servian una causa con la condicion de que fuese sólida, si la veian fluctuar creian que les hacia traicion. Constituian el número, la fuerza y el miedo, y por eso tenian la audacia de las infamias. Por eso se rea-

lizaron los sucesos del 31 de Mayo, del 11 Germinal y del 9 Thermidor; tragedias cuyo enredo fué obra de jigantes y cuyo desenlace fué obra de enanos.

VI.

Entre aquellos hombres agitados por las pasiones se mezclaban los hombres atormentados por los sueños; la utopia revestia en ellos todas las formas, desde la belicosa que admitia el cadalso hasta la inocente que abolia la pena de muerte, la que era espectro para los tronos y ángel para los pueblos. Al lado de talentos que combatian, habia talentos que meditaban; á aquellos les preocupaba la guerra, á estos la paz; el cerebro de Carnot producia catorce ejércitos y el de Jean Debry meditaba una federacion democrática universal; en medio del tumulto de elocuencias furiosas, de gritos y de aullidos, se escondian silencios fecundos. Lakanal callaba y combinaba en su pensamiento la educacion pública nacional; Lanthenas callaba y creaba las escuelas de primera enseñanza; Revelliere-Lepeaux callaba y elevaba la filosofía á la dignidad de religion. Otros se ocupaban en resolver cuestiones de detalles menos importantes, pero más prácticas. Huyton-Morveaux estudiaba los medios de sanificar los hospitales; Maire en los medios de abolir las servidumbres reales; Jean-Bon-Saint-André en la supresion de la prision por deudas; Duboe en el mejor arreglo de los archivos; Coren-Fustier en la creacion del gabinete de Anatomía y del Museo de Historia natural; Guyomard en la navegacion fluvial y en las presas del Escalda. El arte tenia tambien sus fanáticos y hasta sus monomaníacos; el 21 de Enero, mientras en la plaza de la Revolucion caia la cabeza de la monarquía, Bezard, representante del Oisse, se fué á ver un cuadro de Rubens, que se encontró en una buhardilla de la calle de San Lázaro. Artistas, oradores, profetas, hombres-colosos como Danton, hombres-niños como Cloots, gladiadores y filósofos, todos se proponian por objeto el progreso, sin que nada les detuviese ni les desconcertase. La grandeza de la Convencion consistió en buscar la cantidad de realidad que existe en lo que los hombres llaman imposible; en una de sus extremidades, Robespierre tenia la vista fija en el derecho, y en el otro extremo, Condorcet tenia la vista fija en el deber.

Condorcet era un hombre de gran imaginacion y de gran claridad; Robespierre era hombre de ejecucion, y algunas veces en las crísis finales de las sociedades viejas, ejecucion significa exterminacion. Las revoluciones tienen dos cuestas, una que hay que subir y otra que hay que bajar, y en ellas están escalonadas todas las estaciones, desde la de los hielos hasta las de la flores; cada zona de estas pendientes produce los hombres que convienen á su clima, desde los que viven al calor del sol hasta los que viven en los incendios del rayo.

VII.

Designábase con curiosidad el rincon del corredor de la izquierda, en el que Robespierre dijo á Garat, amigo de Claviere, estas palabras terribles: *Claviere ha sido conspirador en todas las partes donde ha respirado.* En aquel rincon, cómodo para los apartes y para las disputas á media voz, Fabre D'Eglantine reconvino á Romme, diciéndole que habia desfigurado su calendario con el cambio de *Fervidor* por *Thermidor*. Tambien se enseñaba á los curiosos el ángulo en que se sentaban, tocándose con los codos, los siete representantes del Alto Garona, que fueron los primeros llamados á pronunciar el fallo en el proceso de Luis XVI y que respondieron sucesivamente: Mailhe: la muerte.—Delmas: la muerte.—Projeau: la muerte.—Calés: la muerte.—Ayral: la muerte.—Julien: la muerte.—Desasey: la muerte.—Eterna repercusion, que llena toda la historia y que desde el orígen de la justicia humana hace que resuenen con los ecos del sepulcro las paredes del tribunal. Se señalaba con el dedo, entre la ruidosa confusion de caras, á todos aquellos hombres entre cuyas filas salió el tumulto de los votos trágicos. Paganel, que dijo: *La muerte; un rey solo es útil si muere;* Miland, que dijo: *La muerte; hoy, si no existiese, seria preciso inventarla;* el anciano Raffron du Trouillet, que dijo: *La muerte y pronto;* Goupilleau, que exclamó: *El cadalso inmediatamente, porque la lentitud agrava la muerte;* Thuriot, que al desechar la apelacion al pueblo propuesta por Buzot, dijo: *Cómo! ¡asambleas primarias! ¡Cuarenta y cuatro mil tribunales! seria un proceso interminable; la cabeza de Luis XVI blanquearia antes de caer*; Agustin-Bon-Robespierre, que despues de haber votado su hermano, gritó: *No comprendo esa humanidad que degüella á los pueblos y perdona á los déspotas. ¡La muerte! Pedir un plazo es sustituir á la apelacion*

al pueblo la apelacion á los tiranos; Fonssedoire, que sustituyó á Bernardino de Saint-Pierre y que dijo: *Detesto la efusion de sangre; pero la sangre de un rey no es sangre de un hombre; voto, pues, por la muerte;* Jean-Bon-Saint-André, que dijo: *No hay pueblo libre si no mata al tirano;* Lavicomtere, que proclamó esta fórmula: *Mientras respira el tirano la libertad se asfixia;* Chateauneuf-Randon, que gritó: *La muerte de Luis el Ultimo;* Guyardin, que emitió este voto: *Que se ejecute en la Barrera Derribada* (era la que antes se llamaba Barrera del Trono); Teller, que exclamó: *Que se funda un cañon del calibre de la cabeza de Luis XVI para dispararla contra el enemigo.* Los indulgentes votaron como se verá: Gentil dijo: *Voto por la reclusion; porque hacer un Cárlos I es hacer tambien un Cromwell;* Bancal dijo: *Voto por el destierro; quiero ver al primer rey del universo condenado á trabajar en un oficio para ganarse la vida;* Abonys dijo: *El destierro; que ese espectro vivo vague errante alrededor de los tronos;* Zangiacomo dijo: *Voto por la detencion. Conservemos vivo á Capeto como á espantajo;* Chaillon exclamó: *Que viva! No le matemos para que Roma lo convierta en santo.*

Mientras tales sentencias caian de aquellos labios severos y una tras otra se dispersaban por la historia, en las tribunas, mujeres escotadas y compuestas, contaban los votos con una lista en la mano y picaban con alfileres debajo de cada nombre. Donde se verificó la tragedia quedan siempre el horror y la compasion.

Ver la Convencion en cualquiera de sus períodos es revisar el juicio del último Capeto: la leyenda del 21 de Enero parecia que se inmiscuia en todos sus actos; la temible Asamblea estaba llena de los hálitos fatales que soplaron á la antigua antorcha monárquica, encendida por espacio de diez y ocho siglos y que la habian apagado; el proceso decisivo de todos los reyes en un rey, era como el punto de partida de la guerra declarada á lo pasado; á cualquier sesion de la Convencion á que se asistiese, se veia proyectar en ella la sombra del patíbulo de Luis XVI; los espectadores se referian unos á otros la dimision de Kersaint, la dimision de Roland, el acto de Duchatel, que enfermo se hizo trasladar en su lecho á la Asamblea, y moribundo votó por la vida del rey, lo que hizo sonreir á Marat, y buscaban con la vista al representante, cuyo nombre olvidó la historia, que despues de la sesion célebre de treinta y siete horas, tendido en su banco de cansancio y de sueño, fué despertado por el portero cuando le llegó el turno de votar, y entreabriendo los ojos dijo: *Voto por la muerte;* y se volvió á dormir. Cuando la Convencion condenó á muerte á Luis XVI, quedaban á Robespierre diez y ocho meses de vida, á Danton quince, á Vergniaud nueve, á Marat cinco y tres semanas y á Lepelletier-Saint-Fargeau un dia.

VIII.

El pueblo tenia en la Convencion una ventana abierta, que eran las tribunas públicas, y cuando la ventana no le bastaba, abria la puerta y entraba la calle en la Asamblea. Las invasiones de la multitud en aquel Senado es una de las más sorprendentes visiones de la historia. Habitualmente estas invasiones eran cordiales: la plaza pública fraternizaba con la silla curul; pero es temible la cordialidad de un pueblo que un dia, en tres horas, se apoderó de los cañones de los Inválidos y de cuarenta mil fusiles. A cada instante un desfile interrumpia la sesion, ya de diputaciones admitidas á la barra, ya de comisiones que hacian peticiones, homenajes ú ofrendas. La pica de honor del arrabal de San Antonio entraba y la llevaban mujeres. Una comision de ingleses ofrecia veinte mil zapatos para los soldados descalzos de la República. "El ciudadano Arnoux, decia *El Moniteur*, cura de Aubignan, comandante del batallon del Drome, solicita el permiso para marchar á la frontera, y desea que se le conserve el curato.„ Los delegados de las secciones llegaban, llevando en parihuelas platos, patenas, cálices, relicarios, pedazos de oro, de plata blanca y sobredorada, ofrecidos á la pátria por la multitud haraposa, y pedian en recompensa licencia para bailar la Carmañola delante de la Convencion. Chenard, Narbone y Valliere venian á cantar motetes en honor de la Montaña. La seccion llamada del Monte-Blanco llevaba el busto de Lepelletier, y una mujer ponia un gorro colorado en la cabeza del presidente, el que la abrazaba. "Las ciudadanas de la seccion del Mallo„ arrojaban flores "á los legisladores„; los "alumnos de la patria„ acudian, precedidos de una música, á dar las gracias á la Convencion por haber "preparado la prosperidad del siglo„; las mujeres de la seccion de los Guardias franceses ofrecian rosas; las de la seccion de los Campos Elíseos una

corona de encina; las de la seccion del Temple se presentaban á la barra á jurar *que no se unirian sino á verdaderos republicanos*; la seccion de Moliére presentaba una medalla de Franklin, que decretó la Convencion que se colgase de la corona que ostentaba la estátua de la Libertad; los expósitos, declarados "hijos de la República„, desfilaban vestidos con el uniforme nacional; las jóvenes solteras de la seccion del Noventa y dos llegaban ataviadas con largas faldas blancas, y al dia siguiente el *Moniteur* insertaba estas líneas: "El Presidente recibió un ramillete de las manos inocentes de una jóven beldad.„ Los oradores saludaban todas estas procesiones; á veces las adulaban y decian á la multitud: *Eres infalible, eres irreprensible, eres sublime*. El pueblo tiene su lado de niño y le gustan estas golosinas. Algunas veces el motin atravesaba la Asamblea, entraba furioso y salia apaciguado, como el Ródano, que atraviesa el lago Léman, y que es fango al entrar y transparente al salir. A veces el motin era tumultuoso, y Henriot hacia llevar delante de la puerta de las Tullerías hornillos para preparar balas rojas.

IX.

Esta Asamblea, al mismo tiempo que desprendia revolucion, producia civilizacion; era horno, pero tambien fragua; en aquella caldera bullia el terror, pero fermentaba el progreso. De aquel caos de sombra y de aquella tumultuosa exhalacion de nubes salian inmensos rayos de luz paralelos á las leyes eternas; rayos que han quedado en el horizonte visibles para siempre en el cielo de los pueblos, y que son: uno de ellos la justicia, otro la tolerancia, otro la bondad, otro la razon, otro la verdad y otro el amor. La Convencion promulgaba este magnífico axioma: *La libertad de un ciudadano termina donde comienza la libertad de otro ciudadano*; axioma que reasume en dos líneas toda la sociabilidad humana. La Convencion declaraba sagrada la indigencia, sagrada la enfermedad del ciego y del sordo-mudo, convirtiéndolos en pupilos del Estado; sagrada la maternidad en la soltera madre, á la que consolaba y levantaba despues de la caida; sagrada la infancia en el huérfano, adoptado por la patria; sagrada la inocencia en el acusado absuelto, á quien indemnizaba.

La Convencion execraba el tráfico de negros; abolia la esclavitud; proclamaba la mancomunidad cívica; decretaba la instruccion gratuita; organizaba la educacion nacional por medio de la escuela Normal en Paris, de la escuela Central en la capital de cada distrito y de la escuela primera en cada pueblo; creaba los Conservatorios y los Museos; decretaba la unidad de códigos, de pesos y medidas y de cálculos por el sistema decimal; fundaba la Hacienda en Francia, haciendo suceder el crédito público á la larga bancarrota monárquica; daba á la circulacion el telégrafo, á la vejez hospicios dotados, á la enfermedad hospitales sanos, á la enseñanza la escuela Politécnica, á la ciencia la seccion de longitudes, al espíritu humano el Instituto. Al mismo tiempo que era nacional, era cosmopolita. De los once mil doscientos diez decretos que expidió, la tercera parte tenian un objeto político y las dos terceras partes restantes un objeto humano. Declaró la moral universal base de la sociedad y la conciencia universal base de la ley, y todo esto lo hizo la Convencion llevando en sus entrañas la hidra de la Vendée y á sus espaldas el monton de tigres de los reyes.

X.

La Convencion era una inmensidad, que cobijó á tipos humanos, inhumanos y sobrehumanos; épica amalgama de antagonismos. Allí estaban: Guillotin evitando encontrarse con David, Bazire insultando á Chabot, Guadet burlándose de Saint-Just, Vergniaud despreciando á Danton, Louvet atacando á Robespierre, Buzot denunciando á Igualdad, Chambon vituperando á Pache y todos execrando á Marat. Allí se reunian, además, Armonville, llamado Gorro-rojo porque asistia á las sesiones con gorro frigio, que era amigo de Robespierre y que queria que se le guillotinase despues que á Luis XVI por aficion al equilibrio; Massien, colega de Lamourette, á quien hicieron obispo para que diera nombre á un beso; Lehardy de Morbihan, anatematizador de los clérigos de la Bretaña; Barere, el hombre de las mayorías, que presidia cuando Luis XVI se presentó á la barra; Dubois-Craucé, á cuyo oido hablaba Marat; Julien, que comparaba la Montaña á las Termópilas; Gamon, que queria una tribuna pública reservada para las mujeres; Laloy, que discernió el honor de la sesion al obispo Gobel, porque acudió á la Convencion á deponer la mitra y á cubrirse con el gorro frigio; Lecomte, que exclamaba: *¡Qué*

prisa tiene de desclerizarse! Los dos hermanos Duprat, uno montañés y otro girondino, que se odiaban como los hermanos Chenier.

Se dijeron en aquella tribuna palabras vertiginosas de esas que, sin saberlo el que las pronuncia, tienen el acento fatídico de las revoluciones, tras las que los hechos materiales parece que adquieran bruscamente aire de descontento y de pasion, como si hubiesen tomado á mal lo que acababan de oir, como si lo que sucede se indignara de lo que se dice; sobreviniendo las catástrofes furiosas y exasperadas por las palabras de los hombres. Así una voz en la montaña basta para desprender una avalancha, y una palabra excesiva puede provocar un hundimiento. Si no se hubiera hablado quizás, tal cosa no hubiera sucedido. Diríase algunas veces que los acontecimientos son irascibles. De esta manera, esto es, por la casualidad de una palabra pronunciada por un orador y mal comprendida, cayó la cabeza de la princesa Isabel.

En la Convencion era de derecho la intemperancia en el lenguaje. Las amenazas volaban y se cruzaban en la discusion como las chispas en un incendio.—*Petion*: Robespierre, concretaos al caso.—*Robespierre*: El caso sois vos, Petion, y ya vereis cómo llego á él.—*Una voz*: Muera Marat.—*Marat*: El dia en que muera Marat no existirá Paris, y el dia que Paris deje de existir no habrá República.—*Billaud-Varennes* se levanta y dice: Queremos...—*Barere* le interrumpe de este modo: Hablas como un rey.—*Philippeaux* exclama: Un indivíduo de esta Asamblea ha desenvainado la espada contra mí.—*Andouin*: Presidente, llamad al órden al asesino.—*El Presidente*: Esperad.—*Paris*: Presidente, os llamo al órden.—*Lecointre*: El cura de Chant-de-Bout se queja de su obispo Fauchet porque le prohibe casarse.—*Una voz*: No encuentro por qué razon Fauchet, que tiene queridas, haya de impedir á los demás que tengan esposas.—*Otra voz*: Cura, cásate.

Las tribunas se mezclaban en la conversacion y tuteaban á la Asamblea. Un dia el representante Ruamps subió á la tribuna. Tenia una cadera mucho más gruesa que la otra, y un espectador le gritó:—"Vuélvete hácia la derecha, porque tienes una "mejilla„ á lo David.„ Tales eran las libertades que el pueblo se tomaba con la Convencion; sin embargo, en el tumulto del 11 de Abril de 1793, el Presidente hizo prender á un interruptor de las tribunas.

Un dia (entre los espectadores de la sesion estaba el anciano Buonarotti), Robespierre toma la palabra y habla por espacio de dos horas, mirando á Danton unas veces con fijeza, otras oblícuamente. Su discurso fulminante hiere, por decirlo así, á boca de jarro, y termina con una explosion de cólera llena de frases fúnebres:—"Conocemos á los intrigantes, conocemos á los corruptores y á los corrompidos, conocemos á los traidores; están en esta Asamblea, nos oyen, los vemos y no separamos la vista de ellos. Si miran por encima de sus cabezas verán que las amenaza la espada de la ley; si miran al fondo de su conciencia verán en ella su infamia. Ay de ellos!„ Cuando termina Robespierre, Danton, levantando la cara hácia el techo y con los ojos medio cerrados, con un brazo pendiente del respaldo de su banco y echando el cuerpo hácia atrás, canta á media voz:

Cadet Roussel fait des discours
qui ne son pas longs quand ils sout courts. (1)

Cruzábanse en la Convencion imprecaciones contra imprecaciones. ¡Conspirador! Asesino! Facineroso! Faccioso! ¡Moderado! Denunciábanse unos á otros ante el busto de Bruto, que estaba en el salon. Abundaban los apóstrofes, las injurias, los desafíos, las miradas furiosas, se enseñaban los puños, hacian entrever las pistolas y medio sacaban los puñales de las vainas. Algunos hablaban como si estuviesen recostados sobre la guillotina. Las cabezas ondulaban espantadas y terribles. Aquellos hombres eran un monton de humaredas empujadas en todos los sentidos.

XI.

Espíritus que arrastraba el viento, pero el viento del prodigio.

Ser miembro de la Convencion era ser ola del Océano, y esta comparacion es exacta hasta refiriéndose á los más eminentes: la fuerza de impulsion venia de arriba. Existia en la Convencion una voluntad, que era la de todos y no era la de nadie; esta voluntad era una idea indomable y desmesurada, que soplaba en la oscuridad desde lo alto del cielo. A esa idea la llamamos revolucion. Cuando pasaba abatia á unos y elevaba á otros, levantaba á éste entre espumas

(1) Roussel el menor hace discursos que no son largos cuando son cortos.—(N. del T.)

y destrozaba á aquel contra los escollos; esta idea sabia adónde iba y empujaba el abismo delante de ella. Imputar la revolucion á los hombres es como dar la culpa de las mareas á las olas.

La revolucion es una accion del desconocido, y la podeis llamar buena ó mala, segun aspirais al pasado ó al futuro, pero atribuidla á su autor. Parece la obra comun de los grandes acontecimientos y de los grandes hombres, pero solo es en realidad la resultante de los sucesos; éstos gastan y los hombres pagan. Los acontecimientos dictan y los hombres firman. El 14 de Julio está firmado por Camilo Desmoulins; el 10 de Agosto por Danton; el 2 de Setiembre por Marat; el 21 de Setiembre por Gregoire y el 21 de Enero por Robespierre; pero Desmoulins, Danton, Marat, Gregoire y Robespierre no son más que amanuenses de lo que los sucesos han dictado; el redactor enorme y siniestro de esas grandes páginas tiene un nombre: se llama Dios, y una máscara, que se llama el Destino. Robespierre creia en Dios y hacia bien.

La revolucion es una forma del fenómeno inmanente que nos estrecha por todas partes y que llamamos Necesidad.

Ante esta misteriosa complicacion de beneficios y de sufrimientos se levanta el *por qué?* de la Historia. *Porque sí*: esta, que es la respuesta del que no sabe, es tambien la respuesta del que lo sabe todo.

En presencia de las catástrofes climatéricas que devastan y vivifican la civilizacion, se vacila al juzgar el detalle. Censurar ó elogiar á los hombres, segun el resultado, es casi como alabar ó vituperar los sumandos por la suma total. Lo que debe pasar, pasa; lo que debe soplar, sopla; esos aquilones no turban la serenidad suprema; encima de las revoluciones, la verdad y la justicia permanecen, como el cielo estrellado por encima de las tempestades.

XII.

Tal era la desmesurada Convencion: campo atrincherado del género humano, atacado por todas las sombras á la vez; fuegos nocturnos de un ejército de ideas sitiadas; inmenso vivac de espíritus sobre una pendiente del abismo. No tiene comparacion en la historia aquel grupo, que era á un tiempo Senado y populacho, cónclave y plazuela, Areópago y plaza pública, tribunal y acusado. La Convencion se plegó siempre al impulso del viento dominante, pero aquel viento salia de la boca del pueblo y era el soplo de Dios.

Hoy, despues de transcurridos ochenta años, cada vez que se presenta la Convencion ante el pensamiento del hombre, sea historiador ó sea filósofo, dicho hombre se pára y medita: imposible es no detenerse á contemplar esa gran procesion de sombras.

II.

Marat en los corredores.

Marat, como dijo á Simona Evrad, asistió á la Convencion al dia siguiente de la conferencia de la calle del Pavo-Real.

Pertenecia á la Convencion un marqués maratista, Luis Montant, que más tarde ofreció á aquella un reloj decimal coronado con el busto de Marat. En el momento de entrar éste último, Chabot acababa de acercarse á Montant.

—Hola ex!... le dijo.

—Por qué me llamas ex?...

—Porque lo eres.

—Yo!

—No fuiste marqués?

—Nunca.

—Bah!...

—Mi padre fué soldado y mi abuelo tejedor.

—Qué bromas son esas, Montant?

—No me llamo Montant.

—Pues cómo te llamas?

—Me llamo Maribon.

—En último resultado lo mismo dá, dijo Chabot, añadiendo entre dientes:—Nadie quiere ser ya marqués.

Marat se habia parado en el corredor de la izquierda y miraba á Montant y á Chabot; siempre que llegaba Marat producia rumores, pero lejos de él; á su alrededor todos guardaban silencio. Marat no hacia caso, pues, segun decia, despreciaba "los graznidos del pantano„.

En la semioscuridad de los bancos oscuros más inferiores le señalaban unos á otros con el dedo, diciéndose lo siguiente:

—Calla! Ahí está Marat.

—Pues no estaba enfermo?

—Sí, porque viene de bata.

—De bata?

—Pardiez! Sí.

—Ese hombre todo se lo permite.

—¡Así se atreve á venir á la Convencion!

—Cuando vino un dia con la cabeza

cubierta de laureles, bien puede venir hoy de bata.

—Tiene cara de cobre y dientes de verde-gris.

—La bata parece nueva.

—De qué es?

—De reps.

—Rayada.

—Mirad los forros.

—Son de piel.

—De tigre.

—No, de armiño.

—Falsificado.

—Lleva medias.

—Es extraño.

—Y zapatos con hebillas.

—De plata.

—No se lo perdonarán los zuecos de Camboulas.

En otros bancos afectaban no ver á Marat, y hablaban de otra cosa. Santhonax se acercaba á Dessaulx y le decia:

—Sabeis la noticia?

—Qué noticia?

—Que el ex-conde de Brienne...

—¿El que estaba en la Force con el exduque de Villeroy?

—Sí.

—A los dos conozco; qué ha sucedido?

—Tenian tanto miedo, que saludaban á los gorros rojos de todos los carceleros, y un dia se negaron á jugar á los cientos porque les ofrecieron una baraja con reyes y con reinas.

—Y qué?

—Que ayer los guillotinaron.

—A los dos?

—A los dos.

—Pero cómo se portaban en la prision?

—Con cobardía.

—Y cómo fueron al cadalso?

—Con intrepidez.

Dessaulx hizo entonces esta exclamacion:

—Morir es más fácil que vivir!

Barere estaba leyendo un informe en el que se trataba de la Vendée. Nuevecientos hombres del Morbihan marcharon con piezas de artillería á socorrer á Nantes; los campesinos amenazaban á Redon y atacaban á Paimbœuf; una escuadrilla cruzaba á la altura de Maindim para evitar los desembarcos; toda la orilla izquierda del Loire estaba erizada de baterías realistas; tres mil campesinos se habian apoderado de Pornic al grito de: *Vivan los ingleses!* Una carta que Santerre dirigia á la Convencion, y que leyó Barere, terminaba con estas palabras: "Siete mil campesinos han atacado á Vannes; los hemos rechazado y nos hemos apoderado de cuatro cañones.„

—Y de cuántos prisioneros? interrumpió una voz.

Barere continuó.

—Postdata de la carta: "De presos no hablo, porque ya no hacemos prisioneros„. (1)

Marat continuaba inmóvil, sin escuchar; parecia absorto en preocupaciones severas. Tenia en la mano y arrugaba entre los dedos un papel, en que desdoblado se podian leer las siguientes líneas, escritas por Momoro y que probablemente eran la contestacion dada á una pregunta que le hizo Marat:

—"No es posible oponerse á la omnipotencia de los comisarios delegados, sobre todo de los delegados del Comité de Salvacion pública. A pesar de que dijo Genissieux en la sesion del 6 de Mayo: *Que cada comisario es más que un rey*, sus frases no han producido ningun efecto. Disponen de la vida y de la muerte, y son omnipotentes Massade en Angers, Trullard en Sain-Amand, Nyon cerca del general Marcé, Parrein en el ejército de Sables y Millici en el de Niot. El club de los Jacobinos se atrevió á nombrar general de brigada á Parrein; las circunstancias lo permiten todo, y un delegado del Comité de Salvacion pública tiene en jaque á un general en jefe.„

Marat acabó de arrugar el papel, le metió en el bolsillo y se acercó lentamente á Montant y á Chabot, que continuaban hablando y no le vieron entrar.

Chabot decia:

—Maribon ó Montant, oye: salgo del Comité de Salvacion pública.

—Y qué hacian allí?

—Han encargado á un clérigo que vigile á un noble.

—Ah!...

—A un noble como tú.

—Yo no soy noble, contestó Montant.

—A un sacerdote...

—Como tú.

—Yo no soy sacerdote, contestó Chabot.

Los dos se echaron á reir al mismo tiempo.

—Concreta el hecho, dijo Montant.

—El hecho es este. Han nombrado delegado con plenos poderes cerca de un vizconde llamado Gauvain, que manda la columna expedicionaria del ejército de las Costas, á un cura llamado Cimourdain. Se trata de impedir que el noble

(1) *Moniteur*, tomo XIX, pág. 81.

nos haga alguna trastada y el cura alguna traicion.

—Pues eso es muy sencillo, contestó Montant; basta con mezclar la muerte en esa aventura.

—A eso vengo yo, dijo Marat.

Los dos interlocutores levantaron la cabeza y le vieron.

—Buenos dias, Marat, exclamó Chabot; poco vienes á las sesiones!

—El médico me ha recetado que tome baños, contestó.

—Hay que desconfiar de los baños, repuso Chabot: Séneca murió en un baño.

Marat se sonrió y replicó:

—Chabot, aquí no hay ningun Neron.

—Estás tú, contestó la voz ruda de Danton, que pasaba por allí para subir á su banco.

Marat no se volvió. Metió la cabeza entre las de Montant y Chabot y les dijo:

—Oid. Me trae aquí un asunto grave, y es indispensable que uno de nosotros tres proponga hoy á la Convencion un proyecto de decreto.

—Yo no, contestó Montant; á mí no me hacen caso porque soy marqués.

—A mí tampoco porque soy capuchino.

—Ni á mí porque soy Marat.

Los tres quedaron un rato en silencio. No era fácil interrogar á Marat cuando estaba preocupado; sin embargo, Montant se atrevió á dirigirle esta pregunta:

—Qué decreto deseas que se apruebe?

—Un decreto condenando á muerte á todo jefe militar que deje escapar un rebelde prisionero.

—Ese decreto existe, se votó á fines de Abril, replicó Chabot.

—Pues entonces es como si no existiese, contestó Marat. En todos los puntos de la Vendée dejan escapar á los prisioneros, y los que les dan asilo quedan impunes.

—Eso consiste en que el decreto ha caido en desuso.

—Pues es preciso restablecerle en todo su vigor.

—Sin duda alguna.

—Y para eso proponerlo á la Convencion.

—No es necesaria para esto la Convencion, Marat; basta para este objeto el Comité de Salvacion pública.

—Este fin se consigue, añadió Montant, si el Comité de Salvacion pública manda fijar el decreto en todos los pueblos de la Vendée y hace dos ó tres escarmientos.

—En cabezas altas, repuso Chabot, en cabezas de generales.

—En efecto, eso bastará, murmuró Marat.

—Tú mismo, Marat, puedes ir á decírselo al Comité de Salvacion pública, dijo Chabot.

Marat le miró entre ceja y ceja, lo cual no era agradable ni aun para Chabot.

—Ir á ese Comité es lo mismo que ir á casa de Robespierre, y yo no voy á su casa.

—Yo iré, dijo Montant.

—Bien, contestó Marat.

Al dia siguiente se espidió en todas direcciones una órden del Comité de Salvacion pública mandando fijar en todos los pueblos de la Vendée y ejecutar estrictamente el decreto que imponia la pena de muerte á los cómplices de la fuga y evasion de los insurgentes prisioneros.

Aquel decreto solo era el primer paso; la Convencion debia ir mucho más lejos. Algunos meses despues, el 10 de Brumario, año II (Noviembre de 1793), con motivo de abrir Laval las puertas á los vendeanos fugitivos, decretó dicha Asamblea que toda ciudad que diera asilo á los rebeldes fuese derribada y destruida.

Por la parte contraria, los príncipes de Europa, en el Manifiesto del duque de Brunswick, que inspiraron los emigrados y que redactó el marqués de Linnon, intendente del duque de Orleans, se ordenó que todo francés que se cogiese con armas en la mano fuese fusilado, y que si se tocaba un solo cabello de la cabeza del rey, la ciudad de París seria arrasada.

Salvajismo contra barbarie.

TERCERA PARTE

EN LA VENDÉE.

LIBRO PRIMERO

La Vendée.

I.

Las selvas.

Habia entonces en Bretaña siete selvas horribles. La Vendée fué una rebelion clerical, que tuvo las selvas por auxiliares. Las sombras se auxilian mútuamente.

Las siete Selvas-Negras de Bretaña eran: el bosque de Fougéres, que cierra el paso entre Dol y Avranches; el bosque de Princé, que tiene ocho leguas de circuito; el bosque de Paimpont, lleno de barrancos y de arroyos, casi inaccesible por la parte de Baingnon y con fácil retirada sobre Concornet, que era poblacion realista; el bosque de Rennes, desde el que se oia el toque de somaten de las parroquias republicanas, siempre numerosas cerca de las ciudades y en donde Puysaye perdió á Focard; el bosque de Machecoul, cuya bestia feroz era Charette; el bosque de la Garnache, propiedad de los de La Tremoille, los Gauvain y los Rohan, y el bosque de Broceliande, que pertenecia á las Hadas.

Un gentil-hombre de Bretaña poseia el título de *señor de las Siete-Selvas*, y era el vizconde de Fontenay, príncipe breton. El príncipe breton existia separadamente del príncipe francés. Los Rohanes eran príncipes bretones; Garnier de Saintes, en el informe que presentó á la Convencion el 15 Niboso, año II, califica del modo siguiente al príncipe de Talmont: "Ese Capeto de los facciosos, soberano del Maine y de la Normandía„.

La historia de las selvas bretonas desde 1792 hasta 1800 podria escribirse aparte, y unida á la vasta aventura de la Vendée apareceria como una leyenda.

La historia tiene su verdad y la leyenda tiene la suya. La verdad legendaria es de otra naturaleza que la verdad histórica; es una invencion que dá por resultado la realidad. Por lo demás, la historia y la leyenda se proponen el mismo objeto; pintar en el hombre momentáneo al hombre eterno.

La Vendée no puede explicarse completamente si no viene la leyenda á completar la historia; ambas son necesarias, la historia para el conjunto y la leyenda para el detalle, y la Vendée vale la pena de completarse, porque es un prodigio.

Esa guerra de los ignorantes, tan estúpida y tan expléndida, tan abominable y tan magnífica, desoló y enorgulleció á la Francia. La Vendée fué una llaga gloriosa.

En ciertos momentos históricos la sociedad humana ofrece sus enigmas, enigmas que para los ilustrados se resuelven en luz y para los ignorantes en oscuridad, en violencia y en barbarie. El filósofo no se atreve á acusar; toma en cuenta la turbacion que producen los problemas. Los problemas, como las nu-

bes, no pasan sin arrojar una sombra debajo de ellos.

Si se quiere comprender á la Vendée es preciso figurarse el antagonismo que existia entre la Revolucion francesa y el campesino breton. Frente á frente de los acontecimientos incomparables de la revolucion, de la inmensa amenaza de todos los beneficios á la vez, del acceso de cólera de la civilizacion, del exceso de progreso furibundo, de las mejoras desmesuradas é ininteligibles, es necesario poner al salvaje grave y singular, al hombre de ojos claros y cabellos largos, que vive de leche y de castañas, que se contenta con su techo de paja, con sus valles y con sus fosos; que distingue á cada pueblecillo de sus inmediaciones por el sonido de su campana, que solo usa el agua para beber, que viste coleto de cuero con arabescos de seda, inculto y bordado; que respeta como á su señor á su verdugo, que habla una lengua muerta, lo que obliga al pensamiento á habitar en una tumba; que pica sus bueyes, que aguza sus hoces, que escarda su trigo negro, que amasa su torta, que venera lo primero la reja de su arado y lo segundo á su abuela, que cree en la Santa Vírgen y en la Dama Blanca, que tiene devocion al altar y á la alta piedra misteriosa que se encuentra erguida en medio de la llanura, que es labrador en los valles, pescador en la costa, cazador en el bosque, amante de sus reyes, de sus señores, de sus sacerdotes y de su miseria, y despues de ponerle frente á frente de la revolucion, ya no dudaremos de que este ciego no podia aceptar aquella claridad.

II.

Los hombres.

El campesino breton tiene dos puntos de apoyo; el campo que le alimenta y el bosque que le oculta. Difícil es tener una idea exacta de lo que eran las selvas bretonas; eran ciudades. Nada tan sordo, tan mudo y tan agreste como aquellas intrincadas espesuras de espinos y de ramaje; sus vastas malezas tenian sitios de inmovilidad y de silencio, eran soledades muertas, sepulcrales; pero si de repente se pudiesen cortar de un golpe semejante al del rayo todos los árboles y arbustos, se hubiera visto en la inmensa superficie calva un enjambre de séres humanos.

Pozos redondos y estrechos, cubiertos por fuera con tapaderas de piedra y ramas, primero verticales y despues horizontales, y que se ensanchaban por bajo tierra en forma de embudo y terminaban en habitaciones tenebrosas; pozos como los que Cambises encontró en Egipto, fueron los que Westerman encontró en Bretaña; pero Cambises caminaba por el desierto y Westerman por el bosque, y así como habia muertos en las cuevas de Egipto, habia vivos en las cuevas de Bretaña. Uno de los claros del bosque de Misdon, todo perforado de galerías y de celdas, por donde iba y venia un pueblo misterioso, se llamaba "La gran ciudad„. Otro, tan desierto por encima y tan habitado por debajo, se llamaba "La Plaza Real„.

La vida subterránea era inmemorial en la Bretaña. En todos los tiempos en ella el hombre huia del hombre; por eso abrieron cuevas como para reptiles debajo de los árboles, cuevas cuya apertura se remontaba al tiempo de los druidas, pues algunas de aquellas criptas eran tan antiguas como los dolmens. Habian pasado por aquel pais las larvas de la leyenda y los mónstruos de la historia: Tentates, César, Hoel, Neomenes, Godofredo de Inglaterra, Alan-Guante-de-hierro, Pedro Manclerc, la casa francesa de Blois, la casa inglesa de Montfort, los reyes y los duques, los nueve barones de Bretaña, los jueces de los Grandes dias, los condes de Nantes disputando con los condes de Rennes, los plebeyos, los malandrines, las grandes compañías, Renato II, vizconde de Rohan; los gobernadores del rey, "el buen duque de Chaulnes„, que colgaba de los árboles á los campesinos bajo las ventanas de madame Sevigné; las carnicerías señoriales del siglo quince, las guerras de religion de los siglos diez y seis y diez y siete, los treinta mil perros adiestrados para la caza de hombres en el siglo diez y ocho; bajo aquel pisoteo espantoso, el pueblo habia tomado el partido de desaparecer. Cada cual por turno, los trogloditas para librarse de los celtas, los celtas para librarse de los romanos, los bretones para huir de los normandos, los hugonotes para escaparse de los católicos, los contrabandistas para no caer en manos de los aduaneros, todos se refugiaban, primero en los bosques y despues bajo de tierra; recurso de bestias. A ese recurso les obligaba la tiranía de las naciones. Hacia dos mil años que el despotismo, bajo todas sus formas, la de la conquista, la del feudalismo, la del fanatismo y

la del fisco, perseguia á la miserable y azorada Bretaña, dándola una especie de batida inexorable, que no cesaba en una forma sino para comenzar en otra. Por eso los hombres se escondian bajo tierra.

El espanto, que es una especie de cólera, estaba dispuesto á apoderarse de aquellos campesinos, así como las cuevas estaban dispuestas á recibir la gente en los bosques cuando estalló la República francesa. La Bretaña se sublevó, creyéndose oprimida por aquella libertad que á la fuerza se le concedia, error habitual de los esclavos.

III.

Connivencia de los hombres con las selvas.

Las trágicas selvas bretonas volvieron á desempeñar su antiguo papel, y fueron siervas y cómplices de esta rebelion, como lo habian sido de todas las demás.

El subsuelo de ciertos bosques era una especie de madrépora que perforaba y atravesaba en todos los sentidos un laberinto desconocido de zapas, de celdas y de galerías. Cada una de dichas celdas albergaba á cinco ó seis hombres. La dificultad consistia en poder respirar en ellas. En Ile-et-Vilaine, en el bosque del Pertre, asilo del príncipe de Talmont, no se oia ni el ruido de una sola respiracion, no se veia la menor señal de séres humanos, y sin embargo, habia allí seis mil hombres con Focard. En Morbihan, en la selva de Meulac, tampoco se veia á nadie y habia ocho mil hombres, y esto no obstante, las selvas, el Pertre y Meulac no son las selvas bretonas más grandes. Era terrible caminar por aquellos lugares; aquellas espesuras hipócritas, llenas de combatientes, escondidos en laberintos subyacentes, eran como enormes esponjas, de las que la presion del pié jigantesco de la revolucion hacia brotar la guerra civil.

Batallones invisibles estaban en acecho; ejércitos ignorados serpenteaban bajo las plantas de los ejércitos republicanos; salian de tierra y se escondian en ella; saltaban de improviso en innumerables bandas y desaparecian tambien en un momento, como si estuviesen dotados del don de ubicuidad y del de dispersion, siendo primero avalancha y despues polvo; colosos que podian disminuir su estatura á su antojo; jigantes para combatir, enanos para desaparecer, yaguares que tenian la costumbre de los topos.

Además de las selvas contaban con los matorrales. Así como despues de las ciudades vienen las aldeas, así en la Bretaña á las selvas seguian los matorrales. Las selvas se unian unas á otras por el dédalo de matas esparcidas por todas partes. Los antiguos castillos, que eran fortalezas; los pueblecillos, que eran campos; las granjas, que eran recintos rodeados de emboscadas y de lazos; las alquerías, defendidas por fosos y empalizadas de árboles, eran la malla de aquella red, en la que se enredaron los ejércitos republicanos. Dicho conjunto se llamaba el Bocage.

Existian allí, además, el bosque Misdon, que tenia en el centro un estanque, bosque en el que hacia la guerra Juan Chouan; el bosque de Gennes, donde acampaba Taillefer; el bosque de la Huisserie, donde mandaba Gouge-le-Bruant; el bosque de la Charnie, donde mandaba Courtillé el Bastardo, llamado el Apóstol San Pablo, jefe del campo de la Vache-Noire; el bosque de Burgault, donde dominaba el enigmático señor Santiago; el bosque de Charreau, en el que Pimousse y Petit-Prince, atacados por la guarnicion de Chateauneuf, se arrojaron sobre las filas republicanas, y cogiendo á varios granaderos se los llevaron prisioneros; el bosque de la Heureusarie, testigo de la derrota del destacamento de la Loughe-Faye; el bosque de la Aulne, desde donde espiaban el camino entre Rennes y Laval; el bosque de la Gravelle, ganado por el príncipe de la Tremoille al juego de bolos; el bosque de Lorges en las costas del Norte, donde Cárlos de Boishard reinó despues de Bernardo de Villeneuve; el bosque de Bagnard, cerca de Fontenay, donde Lescure presentó combate á Chalbos; el bosque de la Sandraie, que registró como vimos el batallon de París, y otros muchos bosques más.

No solo habia en ellos aldeas subterráneas agrupadas en torno de la cueva del jefe, sino verdaderos caseríos de cabañas bajas, ocultas bajo los árboles, y tantas, que á veces llenaban todo el bosque, y solo las descubria el humo de sus hogares. Las mujeres vivian en chozas y los hombres en las criptas, utilizando para la guerra las galerías llamadas de las Hadas y las antiguas minas célticas. Les traian la comida á los que estaban escondidos, los que á veces, olvidados, se morian de hambre. Estos escondidos

eran los inhábiles, que no sabian abrirse paso por los pozos; ordinariamente la cubierta de estos, formada de ramaje y de musgo, estaba tan bien disimulada, que no se conocia por fuera y por dentro se abria y se cerraba con facilidad. Estaban muy bien dispuestas aquellas guaridas.

Era muy peligroso volver sin precaucion á aparecer entre los vivos y desenterrarse inoportunamente. Se corria el riesgo de encontrarse de improviso enredados entre una columna en marcha. Temibles eran aquellas selvas, lazos de doble trampa, en las que los azules no se atrevian á entrar y en las que los blancos no se atrevian á salir.

IV.

La vida vendeana bajo tierra.

Los hombres se aburrian en aquellas cavernas de animales. Algunas veces de noche desafiaban el peligro y salian de ellas para bailar en las landas inmediatas, ó rezaban para matar el tiempo. Bourdoiseau cuenta que "Juan Chouan no les permitia dejar el rosario en todo el dia„.

Cuando se celebraba la fiesta llamada de la Gavilla, era casi imposible impedir á los naturales del Bajo-Maine que saliesen de sus escondrijos y que dejasen de asistir á la romería; Denys, alias Corta-Montes, se disfrazaba de mujer, iba á Laval á ver una comedia y luego volvia á esconderse en su agujero. Otras veces salian de repente para arrostrar la muerte, cambiando la cárcel por el sepulcro. Otras levantaban la tapa del pozo y escuchaban el ruido del combate que resonaba á lo lejos, siguiendo sus alternativas con el oido atento. El fuego de los republicanos era regular, el de los realistas graneado y desparramado; por estas señales se guiaban: si el fuego por pelotones cesaba súbitamente, indicaba que los realistas habian perdido la accion; si el fuego desordenado continuaba y se alejaba, era indicio de que estos habian conseguido la victoria. Los blancos perseguian siempre á sus enemigos, los azules nunca, porque el pais era contrario suyo.

Los beligerantes subterráneos se informaban admirablemente de los movimientos de sus contrarios. Eran rápidas y misteriosas sus comunicaciones. Rompian todos los puentes, desmontaban todos los carros y encontraban medio para comunicarse las noticias y para darse avisos y órdenes. Tenian estaciones de emisarios establecidas de bosque en bosque, de aldea en aldea, de granja en granja, de cabaña en cabaña, de matorral en matorral.

Habia aldeano que parecia un estúpido y que pasaba por entre el enemigo llevando partes y comunicaciones en el palo en que se apoyaba, que estaba hueco.

El antiguo constituyente Boctidoux les proporcionaba, para ir y venir de un extremo á otro de la Bretaña, pasaportes republicanos del nuevo modelo con los nombres en blanco, de cuyos documentos aquel traidor tenia muchos legajos. Era imposible sorprenderlos. Puysaye dice (1): *Secretos comunicados á más de cuatrocientos mil individuos se guardaban religiosamente.*

Parecia que el cuadrilátero que formaban al Sur la línea que vá de las Sables á Thonars, al Este la línea de Thonars á Saumur y por el rio al Thoné, al Norte por el Loira y al Oeste por el Océano, tenia el mismo aparato nervioso, y que no podia extremecerse un solo punto de aquel suelo sin que todo él se extremeciese. En un abrir y cerrar de ojos corrian las noticias desde Noirmontier hasta Luzon, y el campo de la Loné sabia al momento lo que pasaba en el campo de la Croix-Mosineau, como si los pájaros se encargasen de pasar los avisos. Hoche escribia el 7 Mesidor, año III: *Parece que tengan telégrafos.*

Estaban divididos en *clans*, como en Escocia; cada parroquia tenia su capitan. Mi padre combatió en aquella guerra, y por eso puedo hablar con conocimiento de causa.

V.

La vida de los vendeanos en la guerra.

Muchos de ellos no tenian más arma que la pica, pero abundaban entre ellos las escopetas de caza. Los cazadores furtivos del Bocage y los contrabandistas del Louroux eran diestros tiradores, terribles é intrépidos. El decreto de la leva de trescientos mil hombres produjo el somaten de seiscientas aldeas, y los chasquidos del incendio se oyeron en todas partes. El Poitu y el Anjou hicieron su explosion el mismo dia, y ya el primer trueno resonó en 1792 el 8 de Julio,

(1) Tomo II, pág. 35.

un mes antes de los sucesos del 10 de Agosto, en la landa de Kerbader. Alan Redeler, hoy desconocido, fué el precursor de La Rochejaquelein y de Juan Chouan. Los realistas obligaron á formar en sus filas á todos los hombres útiles para el servicio de las armas, bajo pena de muerte. En breve tuvo á sus órdenes Sapinant tres mil hombres, Cathelineau diez mil, Stofflet veinte mil y Charette se apoderó de Noirmontier. El vizconde de Sapeaux sublevó el Alto Anjou, el caballero de Dienze levantó el pais entre el Vilaine y el Loira, Tristan el Ermitaño insurreccionó el Bajo Maine, el barbero Gaston tomó á Gueménée y el cura Bermier el resto del territorio.

Para la sublevacion de tanta gente emplearon un medio sencillo y poco costoso. Detrás del retablo del altar, en el que decia la misa un cura juramentado, metian un gato grande y negro, que saltaba bruscamente á la parte de fuera durante la misa.—Es el diablo! gritaban los campesinos, y todo un canton se sublevaba. Los confesionarios soplaban tambien en el fuego de la sublevacion.

Para atacar á los azules y atravesar los barrancos, se servian de un palo de quince piés de longitud, llamado *pértiga*, que era á la vez arma de combate y de retirada. En lo más crudo de la pelea y atacando á los cuadros republicanos, si encontraban en el campo una cruz ó una capilla, se hincaban de rodillas y rezaban sus oraciones sufriendo el fuego de la metralla; cuando concluian de rezar, los que quedaban vivos se lanzaban con fúria contra el enemigo. Eran jigantescos combatientes. Tenian la peculiar habilidad de cargar los fusiles á la carrera. Eran crédulos hasta la imbecilidad; los curas les enseñaban otros sacerdotes á los que enrojecian el cuello con un cordel apretado y les decian:—"Estos son sacerdotes guillotinados que han resucitado entre los muertos„. Sentian tambien accesos de caballerosidad y honraron á Fesque, abanderado republicano, que resistió innumerables sablazos sin soltar nunca la bandera. Al principio les arredraron los cañones, pero concluyeron por echarse encima de ellos y tomarlos á garrotazos. Primero se apoderaron de un buen cañon de bronce, que lo intitularon *El Misionero;* despues cogieron otro que habia servido en las guerras católicas, y tenia grabadas las armas de Richelieu y una imágen de la Vírgen, y le llamaron María-Juana. Cuando perdieron á Fontenay perdieron este cañon, alrededor del que cayeron sin retroceder un paso seiscientos campesinos. Despues recobraron á Fontenay, con el objeto de recuperar á María-Juana, que la llevaron en triunfo bajo la bandera flordelisada, la cubrieron de flores y la daban á besar como reliquia á las mujeres que encontraban. Quisieron luego adquirir más cañones. Stofflet se habia apoderado de María-Juana; celoso Cathelineau, no quiso ser menos, y atacó á Jallais, tomando el tercer cañon. Forest atacó á Saint-Florent y tomó el cuarto. Chouppes y Saint-Pol hicieron más: figuraron cañones con troncos de árboles cortados y artilleros con maniquíes, y con esta falsa artillería hicieron en Marensi retroceder á los azules. Esta fué su época gloriosa. Más tarde, cuando Chabot derrotó á la Marsonniere, huyendo los campesinos dejaron en el campo de batalla deshonrado treinta y dos cañones con las armas de Inglaterra. Inglaterra entonces pagaba pensiones á los príncipes franceses y enviaba fondos al hermano del rey.

Los campesinos se cebaban en el pillaje; aquellos devotos robaban cuanto podian. Puysaye dice en el tomo II, página 187: "He salvado varias veces del saqueo á la aldea de Plelan.„ Más adelante, en la página 434, dice que no quiso entrar en Monfort y dió un rodeo, "para evitar el saqueo de las casas de los jacobinos.„ Saquearon á Cholet y á Challans, y aunque lo intentaron no lo consiguieron en Granville, pero en cámbio se desquitaron en Ville-Dieu. Llamaban *masa jacobina* á los campesinos que se habian pasado á los azules y los exterminaban con más fúria que á los demás. Como soldados eran aficionados á la carnicería en el combate, y fuera de él al asesinato, como salteadores. Les complacia fusilar á los "papanatas„, es decir, á los ciudadanos, y á esto llamaban *descuaresmarse*. En Fontenay el cura Barbotin tendió en tierra de un sablazo á un anciano. En Saint-Germain-sur-Ille, uno de sus capitanes, que era noble, mató de un tiro al síndico del Ayuntamiento y le robó el reloj. En Machecoul decidieron una vez hacer una monda simétrica de cabezas de republicanos, de treinta cada dia, y la monda duró cinco semanas. A cada cadena de treinta cabezas llamaban "el rosario„; bajaban los republicanos á un foso que habian abierto; la cadena se adosaba á una de las paredes y allí los fusilaban á todos. Los fusilados caian en la zanja, algunos de ellos aun vivos, y los enterraban. De

estas barbaries y mayores presentaron muchos ejemplos. A Joubert, presidente del distrito, le serraron los puños. Ponian á los prisioneros azules esposas cortantes, forzadas expresamente para ellos, y los mataban á golpes en las plazas públicas. Charette, que se firmaba: *Fraternidad; el caballero Charette*, y que, como Marat, llevaba un pañuelo atado á la cabeza, incendió la poblacion de Pornic con los habitantes dentro de las casas.

Entre tanto Carrier, por parte de los republicanos, cometia atrocidades espantosas. El terror respondia al terror. El insurgente breton tenia casi la traza del insurgente griego; chaqueta corta, fusil con bandolera, polainas, anchos calzones. Enrique de la Rochejaquelein, á los veintiun años, partia á la guerra armado con un palo y un par de pistolas. El ejército vendeano constaba de ciento cincuenta y cuatro divisiones; establecia verdaderos sitios y tuvo bloqueada á Bressuire durante tres dias. Diez mil campesinos, un dia de Viernes Santo cañonearon con bala roja la ciudad de las Sables. Otra vez en un dia destruyeron catorce acantonamientos republicanos, desde Montigné hasta Courbeveilles. Preferian un cartucho á un luis de oro. Lloraban cuando perdian de vista el campanario de su pueblo. Huir les parecia accion natural, y en ese caso los jefes les decian: "Arrojad los zapatos y conservad los fusiles.„ Cuando les faltaban municiones rezaban el rosario y se lanzaban á apoderarse de las cajas de la artillería republicana; posteriormente Elbée se las pedia á los ingleses. Cuando se acercaba el enemigo, si tenian heridos los escondian entre los trigos ó los helechos, y terminada la accion volvian por ellos. No usaban uniforme; sus trajes se caian á pedazos, y campesinos y nobles se vestian con lo que encontraban á la mano. Roger Mouliniers llevaba un turbante y un dorman, que tomó en el almacen de trajes del teatro de la Fleche; el caballero de Beauvilliers llevaba toga de fiscal y sombrero de mujer encima de un gorro de lana; todos, sin embargo, usaban banda y cinturon blanco, y los grados se conocian por los diferentes lazos. El lazo de Stofflet era encarnado; La Rochejaquelein le llevaba negro; Wimpfen, semigirondino, llevaba el broche de los carabots de Caen.

En sus filas iban mujeres, como madame Lescure, que despues fué madame de La Rochejaquelein; como Teresa de Mollien, querida de La Ronarie, la que quemó la lista de los jefes de la parroquia; como madame La Rochefoucauld, hermosa jóven que, con el sable en la mano, reunia á los campesinos alrededor de la torre del castillo de Puy-Rousseau, y como Antonieta Adams, que la apellidaban el caballero Adams, mujer tan valiente, que hecha prisionera se la fusiló derecha por respeto á su valor. Aquel tiempo épico era cruel; las almas estaban poseidas de furor. Madame de Lescure hacia pasar expresamente su caballo sobre los republicanos que yacían fuera de combate, muertos segun ella decia, heridos no más acaso. Algunas veces los hombres hicieron traicion á su causa, las mujeres nunca: la Fleury, actriz del teatro Francés, se pasó de La Ronarie á Marat, pero por amor.

Los capitanes eran con frecuencia tan ignorantes como los soldados. Sapinaud no sabia ortografía. Los jefes se odiaban mútuamente. Los capitanes del Marais gritaban:—"Abajo los del alto pais!...„ Su caballería era poco numerosa y difícil de allegar. Puysaye dice: *El hombre que me entrega con buena voluntad á sus dos hijos, enfria su entusiasmo si le pido uno de sus caballos.*

Sus armas eran pértigas, horquillas, hoces, guadañas, fusiles nuevos y viejos, cuchillos de monte, hachas y mazas herradas y claveteadas. Algunos llevaban dos huesos de muerto puestos en forma de aspa. Atacaban lanzando grandes gritos; surgian repentinamente de todas partes, de los bosques, de las colinas, de las cuevas, de las cañadas, formando círculo alrededor del enemigo y cayendo sobre él como el rayo, matando, exterminando, y luego se disolvian y desaparecian. Cuando atravesaban una poblacion republicana cortaban el árbol de la libertad, lo quemaban y bailaban alrededor del fuego. Sus expediciones eran nocturnas, porque la regla general del vendeano era presentarse donde no le esperaban. Caminaban en silencio quince leguas sin dejar la menor huella de su paso. Por la noche, despues que los jefes y el Consejo de Guerra fijaban el sitio en que al dia siguiente por la mañana habian de acometer por sorpresa á los destacamentos republicanos, cargaban los fusiles, mascullaban sus oraciones, se quitaban los zapatos y desfilaban formando largas columnas por medio de los bosques, descalzos sobre los brezos y sobre el musgo, sin ruido, sin pronunciar ni una palabra, casi sin respirar.

VI.

El alma de la tierra se trasmite al hombre.

El número de insurrectos de la Vendée puede calcularse de quinientos mil entre hombres, mujeres y niños. Medio millon de combatientes es la cifra que cita Tuffin de la Ronarie.

Los federalistas eran sus auxiliares; la Vendée tuvo por cómplice á la Gironda. La Lozére enviaba al Bocage treinta mil hombres. Ocho departamentos se coligaban, cinco en Bretaña y tres en Normandía. Evreux, que fraternizaba con Caen, estaba representado en la rebelion por su maire Chaumont y por Gardembas, uno de sus notables. Bissot en Molins, Chassan en Lyon, Rabant-Saint-Etienne en Nimes, Meillan y Duchasel en Bretaña, eran otras tantas bocas que soplaban el fuego y atizaban la llama del incendio.

Hubo dos Vendées; la grande, que guerreaba en las selvas, y la pequeña, que hacia la guerra en los matorrales; esta es la diferencia que separa á Charette de Juan Chouan. La Vendée pequeña era cándida, la grande corrompida; la pequeña valia más. Sin embargo, Charette fué nombrado marqués, teniente general de los reales ejércitos y gran cruz de San Luis, mientras que Juan Chouan no pasó de ser Juan Chouan. Charette confinaba con el bandido y Juan Chouan con el paladin.

En cuanto á los jefes magnánimos, Bouchamps, Lescure, La Rochejaquelein, todos se equivocaron. El inmenso ejército católico fué un esfuerzo insensato, que debia dar el desastre por resultado. Figurémonos una tempestad de campesinos atacando á Paris, una coalicion de aldeas sitiando al Panteon, una traílla de villancicos y de oremus ladrando alrededor de la Marsellesa, un enjambre de fanáticos precipitándose sobre la legion de los talentos; ¿qué habia de suceder? Mans y Savenay castigaron aquella locura. Imposible era para la Vendée pasar el Loira; todo lo podia conseguir menos dar ese paso. La guerra civil no conquista; pasar el Rhin completa á César y aumenta á Napoleon, pero pasar el Loira mata á La Rochejaquelein.

La verdadera Vendée es la que se mantiene dentro de su territorio; allí es inconquistable. El vendeano en él es contrabandista, labrador, pastor, cazador furtivo, salteador, cabrero, campanero, campesino, espía, asesino, sacristan y animal selvático. La Rochejaquelein fué un Aquiles, pero Juan Chouan fué un Proteo.

La rebelion de la Vendée abortó; otras rebeliones triunfaron, por ejemplo, la de Suiza. Hay la diferencia entre el insurrecto de la montaña, como el suizo, y el insurrecto de los bosques, como el vendeano, de la influencia fatal del medio en que viven; el uno se bate por un ideal y el otro por una preocupacion; el primero se cierne sobre el suelo y el segundo se arrastra por él; aquel combate por la humanidad y éste por la soledad; uno quiere la libertad y el otro el aislamiento; aquel defiende la comunidad y éste la parroquia. La educacion que proporcionan las alturas no es la misma que la que dan los barrancos. La montaña es una ciudadela y la selva es una emboscada; aquella inspira audacia y ésta enseña á tender lazos. La antigüedad colocaba á los dioses en las cumbres y á los sátiros en las espesuras, y el sátiro es el salvaje semihombre y semibestia. Los paises libres tienen sus Apeninos, sus Alpes, sus Pirineos, su Olimpo; el Parnaso es un monte; el Monte-Blanco era el auxiliar colosal de Guillermo Tell; en el fondo y por encima de las luchas inmensas de los espíritus contra la noche, que llenan los poemas de la India, se vé el Himalaya; la Grecia, la España, la Italia, la Helvecia tienen como figura la montaña; la Cimeria, la Germania y la Bretaña tienen la selva como figura. La selva es bárbara.

La configuracion del suelo aconseja al hombre muchos actos y es cómplice de ellos más de lo que se cree. A la vista de ciertos paisajes feroces nos inclinamos á disculpar al hombre y á culpar á la creacion, porque se comprende la sorda provocacion de la naturaleza; el desierto es nocivo para la conciencia, sobre todo para la conciencia ilustrada, porque la conciencia puede ser jigante como la de Sócrates y la de Jesús, y puede ser enana como la de Atreo y la de Judas. La conciencia pequeña se hace en breve reptil, y es fatal para ella el frecuentar los altos árboles, que arrojan sombra crepuscular, las zarzas, los espinos y los pantanos entre las matas, porque allí se somete á la misteriosa infiltracion de malignas persuasiones. Las ilusiones ópticas, los espejismos inexplicables, el azoramiento que producen la hora ó el sitio, sumerjen al hombre en una especie de pavor semire-

ligioso, semibestial, que en tiempos ordinarios engendra la supersticion y en épocas de violencia la brutalidad. Las alucinaciones encienden la antorcha que alumbra la senda del asesinato.

El fanático está poseido del vértigo. La prodigiosa naturaleza tiene un doble sentido, que deslumbra á los grandes talentos y que ciega á los ignorantes poco civilizados; cuando el hombre es ignorante, cuando el desierto es á propósito para visiones, la oscuridad del aislamiento se agrega á la oscuridad de la inteligencia, y ciertas rocas, ciertos barrancos, ciertos matorrales y la noche al través de los árboles, impulsan al hombre á cometer acciones locas y atroces. Casi podria decirse que hay sitios malvados.

Los vastos horizontes inspiran al alma ideas generales; los horizontes circunscritos engendran ideas parciales, lo que á veces condena á grandes corazones á tener espíritus pequeños; testimonio de esta verdad fué Juan Chouan. El ódio de las ideas parciales á las ideas generales es lo que constituye la lucha del progreso. Pais y patria son dos palabras que resumen toda la guerra de la Vendée, que fué la contienda de la idea local contra la idea universal, la de los campesinos contra los patriotas.

VII.

La Vendée concluyó con la Bretaña.

La Bretaña es una antigua rebelde. Todas las veces que se sublevó en el espacio de dos mil años tuvo razon, menos la última vez. Y sin embargo, en realidad, siempre que la Bretaña hizo la guerra, fué la misma guerra, la del espíritu local contra el espíritu central, lo mismo cuando se sublevó contra la revolucion que cuando se levantó contra la monarquía.

Esas antiguas provincias eran un estanque; correr era repugnante para aquella agua dormida; el viento que soplaba no los vivificaba, los irritaba. En Finisterre concluia la Francia, allí terminaba el campo concedido al hombre; allí se detenia la marcha de las generaciones. ¡Alto! gritaba el Océano á la tierra y la barbarie á la civilizacion. Siempre que el centro, Paris, daba un impulso, ya viniera del trono, ya de la República, ya del despotismo, ya de la libertad, era una novedad, y ante ella se asustaba la Bretaña, exclamando: "Dejadme en paz. Qué quereis de mí?„ El Marais cogia su pértiga y el Bocage su carabina, y todas las tentativas de Francia, su iniciativa en legislacion y en educacion, sus enciclopedias, sus filosofías, sus génios y sus glorias se estrellaban delante del Honroux; el somaten de Bazouges amenaza á la Revoluciou francesa; la landa de Faon se subleva contra las tempestuosas plazas públicas, y la campana del Haut-des-Prés declara la guerra á la Torre del Louvre.

La insurreccion vendeana fué un lúgubre error; fué una escaramuza colosal, una triquiñuela de titanes, una rebelion desmesurada que no dejó en la historia más que un nombre, el de la Vendée, nombre ilustre y sangriento del pais que se suicida por los ausentes, que se sacrifica por egoismo, que pasa el tiempo ofreciendo á la cobardía el homenaje de su inmenso valor, sin estrategia, sin plan, sin objeto, sin jefe, sin responsabilidad, demostrando hasta qué punto la voluntad puede ser la impotencia; pais caballeresco y salvaje, pais que trató de realizar lo absurdo, fabricando contra la luz un parapeto de tinieblas; pais bestial, en el que la ignorancia opuso larga, bestial y magnífica resistencia á la verdad, á la justicia, al derecho, á la razon y á la libertad, que causó el espanto de ocho años, la desolacion de catorce departamentos, la devastacion de los campos y de las cosechas, el incendio de las aldeas, la ruina de las ciudades, el saqueo de las casas, el asesinato de mujeres y de niños; que metió la tea incendiaria en las cabañas y la espada en los corazones, que fué el terror de la civilizacion y la esperanza de Pitt. Eso fué aquella funesta sublevacion, aquel ensayo inconsciente de parricidio.

Despues de todo, la Vendée ha servido á la causa del progreso, al demostrarle la necesidad de perforar en todos sentidos la espesa oscuridad bretona y de atravesar aquellas malezas con todas las flechas de la luz á la vez. Las catástrofes arreglan las cosas de un modo sombrío.

LIBRO SEGUNDO

Los tres niños.

I.

Plus quam civilia bella.

El verano de 1792 fué muy lluvioso, pero el de 1793 fué muy cálido. La guerra civil casi habia destruido los caminos de la Bretaña; viajábase, esto no obstante, por el pais merced al buen tiempo, porque el mejor camino es la tierra seca.

Al anochecer de un dia sereno de Julio, algo despues de la puesta del sol, un hombre á caballo, que venia por el camino de Avranches, se paró á la puerta de la posada de la Cruz Branchard, establecida á la entrada de Pontorson, cuya muestra tenia esta inscripcion: *Buena sidra para desembotellar*. Hizo calor todo el dia, pero al anochecer empezó á soplar la brisa.

El viajero se envolvia en una ancha capa que cubria la grupa del caballo; llevaba sombrero de grandes dimensiones con escarapela tricolor, que era atrevimiento usar en aquel pais, en el que cada escarapela servia de blanco á un fusil. La capa, que ató al cuello, le dejaba los brazos libres, y al entreabrirse permitia ver una faja tricolor y las culatas de dos pistolas que asomaban por ella; por debajo de la capa sobresalia el extremo de un gran sable.

Al oir los pasos del caballo, que se detuvo, se abrió la puerta de la posada y se presentó el posadero con un farol en la mano. Era la hora del crepúsculo, y era de dia en el camino y de noche en la casa.

El posadero se fijó en la escarapela.

—Ciudadano, le dijo, ¿os deteneis aquí?

—No.

—Pues dónde vais?

—Á Dol.

—En ese caso retroceded á Avranches ó quedaos en Pontorson.

—Por qué?

—Porque están batiéndose en Dol.

—Ah!... exclamó el ginete; despues añadió:—Dad un pienso á mi caballo.

El posadero acercó una gamella, echó en ella un saco de avena y quitó la brida al caballo, que resolló y se puso á comer.

Mientras, continuó el diálogo:

—Ciudadano, ¿este caballo es de la requisa?

—No.

—Es vuestro?

—Sí. Lo compré y lo he pagado.

—De dónde venís?

—De Paris.

—No habreis venido directamente?

—No.

—Ya lo creo; están interceptados todos los caminos... Sin embargo, la posta corre todavía.

—Hasta Alençon; allí la dejé yo.

—Al paso que vamos se acabarán las postas en Francia, porque apenas hay caballos. Un caballo que valia trescientos francos, cuesta hoy seiscientos, y los forrajes están carísimos. Yo fuí maestro de postas y hoy me veo precisado á ser bodegonero. De mil trescientos maestros de postas que éramos, doscientos hemos tenido que presentar la dimision. Ciudadano, ¿habeis viajado con arreglo á la última tarifa?

—Sí; la del 1.° de Mayo.

—Veinte sueldos por posta en el coche, doce en el cabriolé y cinco en el furgon. ¿Comprásteis en Alençon este caballo?

—Sí.

—Caminásteis hoy todo el dia?

—Desde el amanecer.

—Y ayer?

—Y anteayer.

—Se conoce; habreis venido por Domfront y por Montain.

—Y por Avranches.

—Creedme, ciudadano; descansad aquí: debeis estar fatigado y el caballo tambien lo está.

—Los caballos tienen derecho al descanso, los hombres no.

El posadero miró fijamente al caminante y observó que su rostro era grave, tranquilo y severo y sus cabellos grises. Dirigió despues la vista al camino, que estaba desierto, y le preguntó:

—Pero viajais solo?

—Llevo escolta.

—Dónde está?

—Aquí; mi escolta son el sable y las pistolas.

El posadero fué á buscar un cubo de agua para que bebiese el caballo, y mientras éste lo hacia así, él examinaba al viajero, diciéndose en su interior:—Tiene traza de sacerdote.

El ginete preguntó:

—Decís que están batiéndose en Dol?

—Sí; deben haber roto el fuego en estos momentos.

—Quiénes son los que se baten?

—Un ex contra otro ex.

—Qué quereis decir?

—Quiero decir, que un ex que defiende la República pelea contra otro ex que defiende al rey.

—Ahora ya no tenemos rey.

—Queda el niño. Lo más raro es que los dos jefes son parientes.

El ginete escuchaba con atencion; el posadero prosiguió:

—El uno es jóven y el otro viejo; el hijo de un sobrino pelea contra el padre de su tio. El tio es realista y el sobrino patriota; el tio manda los blancos y el sobrino los azules; pero no se darán cuartel, porque ésta es una guerra á muerte.

—A muerte?

—Sí, ciudadano. ¿Quereis ver los cumplimientos que se dirigen mútuamente? Pues leed este cartel que el viejo hizo fijar en todas partes, en las casas, en los árboles, y que pegó hasta en mi puerta.

Diciendo esto, el posadero acercó el farol á un cartel pegado á una de las hojas de la puerta; como estaba escrito con letras grandes, el ginete pudo leer, desde el caballo que montaba, lo que sigue:

—"El marqués de Lantenac tiene el honor de enterar á su sobrino, el señor vizconde Gauvain, que si logra la fortuna de cogerle prisionero le mandará arcabucear correctamente.„

—La contestacion, prosiguió el posadero, la teneis aquí.

Volvióse y alumbró con el farol otro cartel fijado paralelamente al primero en la otra hoja de la puerta. El viajero leyó:

—"Gauvain previene á Lantenac que si le hace prisionero le fusilará.„

—Ayer, dijo el posadero, pegaron aquí el primer cartel y hoy han fijado el segundo; la contestacion ha sido muy rápida.

El viajero, casi entre dientes y hablando consigo mismo, pronunció las palabras que siguen y que el posadero oyó, aunque sin comprender su significado:

—Esto, más que la guerra dentro de la patria, es la guerra dentro de la familia. Es necesario y ha de ser. A este precio se obtiene la regeneracion de los pueblos.

El ginete, llevando la mano al sombrero y con la vista fija en el segundo cartel, le saludó.

El posadero dijo:

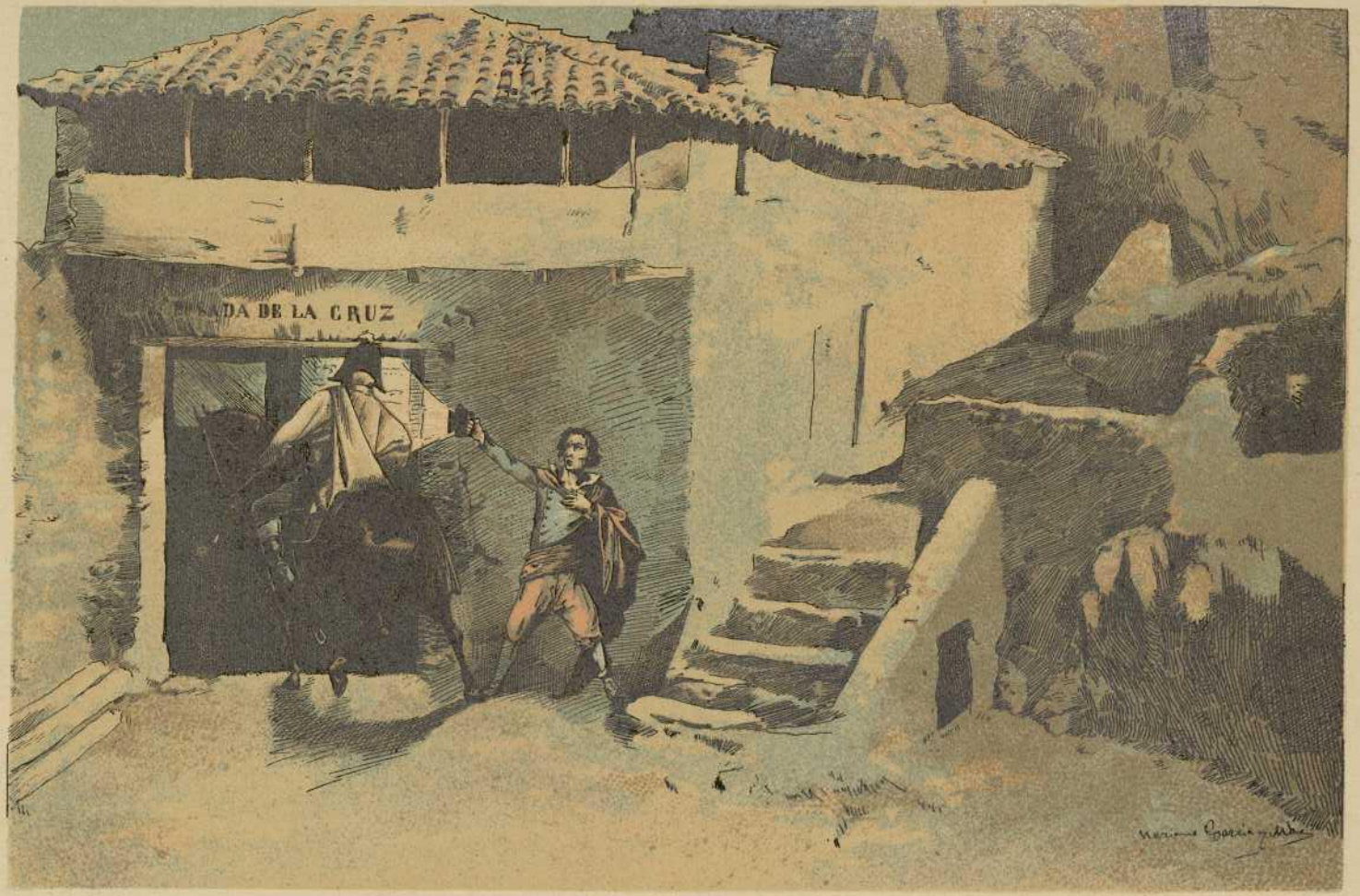
—Ya lo veis, ciudadano; esto es lo que sucede. En las ciudades, en las grandes poblaciones, estamos por la revolucion y en los campos están contra ella, lo que equivale á decir que en las ciudades somos franceses y en los campos son bretones. Esta es guerra de ciudadanos contra campesinos; ellos nos llaman papanatas y nosotros les llamamos palurdos; los nobles y los clérigos son de su partido.

—No todos, contestó el ginete.

—Teneis razon, ciudadano; porque aquí tenemos un vizconde que pelea contra un marqués, replicó el posadero, y añadió para su capote:—Creo además que estoy hablando con un cura.

—¿Cuál de los jefes lleva la ventaja en la pelea?

—Hasta ahora el vizconde, pero le cuesta mucho trabajo; el viejo es duro de pelar. Los dos son de la familia de Gauvain, nobles de este pais; familia que se divide en dos ramas; la mayor, cuyo jefe es el marqués de Lantenac, y la menor, cuyo jefe es el vizconde de Gauvain. Las dos ramas se hacen hoy la guerra; eso no se vé entre los árboles, pero se vé alguna vez entre los hombres. El marqués de Lantenac es omnipotente en Bretaña; para los campesinos es un príncipe; el dia que desembarcó se le unieron en el acto siete mil hombres, y despues, en una semana, se han sublevado trescientas parroquias. Si hubieran podido tomar cualquier punto de la costa, habrian ya desembarcado los ingleses. Por fortuna se encuentra aquí Gauvain para impedirlo, y lo más extraño es que son tio y sobrino. El comandante republicano no deja respirar á su tio. Además, quiso la suerte que en cuanto llegó Lantenac hizo asesinar á un gran número de prisioneros y fusilar á dos mujeres, una de las que tenia tres niños que habia adoptado uno de los batallones de Paris. Esto indignó de tal modo al batallon, que se llama del Gorro Rojo, que los que de él quedan, que son pocos, están furiosos. Se les ha incorporado á la columna del comandante Gauvain y nada les resiste, porque están decididos á vengar á las mujeros y á recobrar á los niños. Como no saben qué ha hecho de ellos Lantenac, están rabiosos los granaderos de Paris. Si no hubiera de por medio dichos niños, la guerra quizás no seria tan sangrienta como es. El vizconde es un jóven de buenos sentimientos y bravo, pero el viejo es un demonio. Los campesinos dicen que esta es la guerra de San



EL VIAGERO LEYÓ

Miguel contra Belcebú; ya sabeis que San Miguel es un ángel del pais, que hay un monte que lleva su nombre, que está situado en medio del mar, en la bahía. Dicen que derribó al diablo y que lo enterró debajo de otro monte que está cerca de aquí, que se llama Tombelaine.

—Sí, contestó el ginete. Tumba Beleni, la tumba de Beleno, de Belo, Belial ó Belcebú.

—Veo que estais enterado.—Sabe latin; ya decia yo que era cura, añadió para sí el posadero. Despues dijo en alta voz:

—Pues bien, ciudadano, para los campesinos esta es la guerra que ahora vuelve á empezar; por supuesto, que para ellos San Miguel es el general realista y Belcebú el comandante republicano; pero si aquí hay algun diablo es sin duda Lantenac, y si hay un ángel es Gauvain. Qué quereis tomar, ciudadano?

—Traigo calabaza y pan... Continuad diciéndome lo que ocurre en Dol.

—Gauvain manda la columna expedicionaria de la costa. El objetivo de Lantenac era sublevar todo el pais, apoyar el movimiento de la Baja Bretaña con el de la Baja Normandía, abrir la puerta á Pitt y cubrir las espaldas del gran ejército vendeano con veinte mil ingleses y doscientos mil campesinos. Gauvain ha desbaratado este plan, dominando la costa é impidiendo desembarcar á los ingleses. Lantenac estaba aquí, y de aquí le desalojó Gauvain; le tomó el Pont-au-Brean, le echó de Avranches y de Ville-Dieu y le ha impedido llegar á Granville. Ahora maniobra para rechazarle hasta el interior de la selva de Fougéres y cercarle dentro de ella. Todo iba bien. Ayer Gauvain estaba aquí con su columna, y de repente se supo que Lantenac, que es astuto, sin saber cómo marchaba sobre Dol. Si toma á Dol y establece una batería en el monte (porque lleva cañones), podrá ofrecer un punto de la costa á los ingleses y todo se ha perdido. Por eso, como urgia aprovechar los momentos, Gauvain, que es muy diestro, sin aconsejarse de nadie y sin esperar órdenes, mandó tocar botasillas y enganchar la artillería, formó su tropa, tiró del sable, y mientras Lantenac se lanzaba sobre Dol, Gauvain se lanzó sobre Lantenac. En Dol van, pues, á chocar una con otra estas dos duras cabezas bretonas, y el choque será furibundo. Ahora deben haberse encontrado ya.

—¿Cuánto tiempo se gasta para llegar á Dol?

—La tropa, que lleva bagajes, necesita lo menos tres horas, pero ya estarán allí.

—Me parece que oigo fuego de cañon.

El posadero se puso á escuchar y despues dijo:

—Sí, ciudadano, y de fusilería. Se bate bien el cobre. Debiérais pasar aquí la noche, porque allí no debeis esperar nada bueno.

—Me es imposible detenerme: debo continuar mi camino.

—Haceis mal; no conozco vuestros asuntos, pero arrostrais gran peligro... á no ser que se trate de lo que más querais en el mundo...

—En efecto, de eso se trata, contestó el ginete.

—De algo como un hijo...

—Casi, casi, repuso el viajero.

El posadero le volvió á examinar y dijo otra vez para sí:

—Sin embargo, este ciudadano me sigue pareciendo cura... pero un cura... tambien puede tener hijos.

—Volved á embridar el caballo. ¿Cuánto debo?

Pagó.

El posadero puso la gamella y el cubo en su sitio, á lo largo de la pared, y volvió á acercarse al viajero.

—Ya que estais decidido á seguir adelante, le dijo, os voy á dar un consejo. Se comprende que os encaminais á Saint-Malo; pues bien, no vayais por Dol. De aquí á Saint-Malo hay dos caminos, el que pasa por Dol y el de la costa, y es tan largo uno como otro. El de la costa vá por Saint-Georges de Brehaigne, por Cherrueix, dejando á Dol al Mediodía y á Cancale al Norte. Al fin de esta calle encontrareis el empalme de los dos caminos; el de Dol es el de la izquierda y el de Saint-Georges de Brehaigne el de la derecha. Mucho cuidado no os equivoqueis, ciudadano; si vais por Dol os encontrareis en medio del fuego; por consiguiente no tomeis el camino de la izquierda, sino el de la derecha.

—Gracias, contestó el viajero, picando espuela.

La oscuridad era ya completa y á los pocos pasos el posadero perdió de vista al ginete: cuando éste llegó al extremo de la calle donde empalmaban los dos caminos, oyó la voz del posadero que le gritaba:

—Tomad el camino de la derecha!

Pero el viajero tomó el de la izquierda.

II.

Dol.

Dol, ciudad española de Francia en Bretaña, como la califican los cartularios, no es realmente una ciudad, es una calle; calle larga, ancha, vieja, gótica y limitada á derecha é izquierda por casas con soportales, no alineadas, sino formando salientes y recodos. El resto de la poblacion solo es una red de callejuelas, que se relacionan con la principal y que desembocan en ella como los arroyos en un rio. La ciudad, sin puertas ni murallas, abierta y dominada por el Monte-Dol, no podria sostener un sitio, pero la calle sí que puede sostenerlo. Los promontorios de casas, que aun existian hace cincuenta años, y los soportales con pilares á un lado y á otro, constituian una defensa bastante sólida y resistente. Cada casa podia convertirse en una fortaleza, y en ciertos casos habia necesidad de tomarlas una á una. La antigua plaza del Mercado estaba situada á la mitad de la calle.

El posadero de Croix-Branchard dijo la verdad. Dol era teatro en aquellos momentos de una lucha furiosa; en dicha ciudad estalló un combate nocturno entre los blancos, que entraron por la mañana, y los azules, que llegaron por la tarde. Las fuerzas eran desiguales; los blancos eran seis mil hombres, los azules solo mil quinientos, pero el encarnizamiento era igual en los dos bandos, y los mil quinientos fueron los que atacaron á los seis mil.

Á una parte militaba la muchedumbre, á la otra una falange; una parte se componia de seis mil campesinos con escapularios del Corazon de Jesus sobre sus chaquetas de cuero, con cintas blancas en los sombreros redondos, con divisas cristianas en los hombros, con rosarios en la cintura, que llevaban más horquillas que sables, carabinas sin bayonetas, arrastrando cañones atados con cuerdas, y mal equipados, mal armados y poco disciplinados, pero frenéticos.

La parte contraria se componia de mil quinientos soldados, que llevaban tricornios con escarapela tricolor, con uniformes de grandes faldones y grandes vivos, con el tahalí cruzado, el sable con puño de cobre, el fusil con larga bayoneta, formados, alineados, dóciles y feroces, sabiendo obedecer como hombres que en su caso sabrian mandar, voluntarios tambien, pero voluntarios de la patria, pero rotos y descalzos. Por la monarquía peleaban campesinos-paladines, por la revolucion héroes-descalzos; cada uno de los bandos tenia su jefe; los realistas un viejo, los republicanos un jóven; aquellos á Lantenac y estos á Gauvain.

La revolucion, al lado de las figuras jóvenes y jigantescas de Danton, Saint-Just y Robespierre, presentó las figuras jóvenes é ideales de Hoche y Marceau: Gauvain era una de estas últimas. Gauvain tenia treinta años, cuello de Hércules, la mirada grave del profeta y la risa del niño. Ni fumaba, ni bebia, ni juraba: llevaba á la guerra su *necesaire* de tocador; se cuidaba mucho las uñas, los dientes y los hermosos cabellos castaños; en los altos, él mismo sacudia su casaca de comandante, agujereada por las balas y cubierta de polvo. Aunque se lanzaba en lo más empeñado de la lucha, nunca recibió ninguna herida. Su voz suave adquiria cuando era conveniente el tono brusco del mando. Era inocente y heróico y con el sable en la mano se transfiguraba. Tenia el aspecto afeminado que es formidable en las batallas. Además era pensador, filósofo, estudioso; Alcíbiades para el que le veia, Sócrates para el que le oia. En la inmensa improvisacion de la Revolucion francesa este jóven fué desde luego jefe de guerra.

La columna que él formó era como una legion romana; una especie de ejército completo en compendio; se componia de infantería, caballería y artillería; tenia exploradores, gastadores, zapadores, pontoneros, y llevaba cañones como catapultas las legiones romanas. Tres piezas bien servidas fortalecian la columna sin privarla de su movilidad.

Lantenac era tambien un verdadero jefe de guerra de la peor especie. Era más reflexivo y más osado al mismo tiempo. Los héroes viejos son más frios que los jóvenes porque están más lejos de la aurora, y son más audaces porque están cerca de la muerte. Por eso Lantenac ejecutaba maniobras temerarias á la par que inteligentes; pero esto no obstante, casi siempre en el duelo entre el viejo y el jóven, éste llevaba la ventaja; efecto acaso de la suerte. Todas las felicidades, hasta esta felicidad terrible, son patrimonio de la juventud. La victoria tiene algo de jóven hermosa.

Lantenac estaba furioso contra Gauvain; en primer lugar porque le derrota-

ba, en segundo lugar porque era pariente suyo, y en tercer lugar porque era jacobino, y exclamaba:—*Si le llego á poner la mano encima, lo mato como á un perro.*

Por su parte la República temia con razon al marqués de Lantenac; en cuanto desembarcó infundió el terror por todas partes; su nombre en la insurreccion vendeana produjo el efecto de un reguero de pólvora, cuya persona fué el centro y el alma de la insurreccion. En una rebelion de esta naturaleza cada jefe tiene celos de los demás y escoge para sí el teatro de sus operaciones: si alguno manifiesta superioridad incontestable sobre los otros, pronto consigue reunirlos á todos bajo sus órdenes. Esto es lo que logró Lantenac, y de cerca ó de lejos todos le obedecian. Solo uno se le separó, el primero que le prestó obediencia, Gavard. Por qué? Porque Gavard era un hombre de confianza. Gavard poseia todos los secretos y habia adoptado los planes del antiguo sistema de guerra civil, que Lantenac iba á cambiar, y los hombres de confianza no se heredan. Gavard, pues, se marchó á reunirse con Bonchamp.

Lantenac, como hombre de guerra, pertenecia á la escuela de Federico II. Pretendia combinar la grande guerra con la pequeña. No queria ni "la masa confusa„ como el numeroso ejército católico y real, destinada á sucumbir aplastada, ni una dispersion por bosques, barrancos y valles, buena solo para hostigar al enemigo, pero impotente para vencerle. Las guerrillas no concluyen con el adversario ó ellas terminan mal; comienzan por atacar una república y acaban por desbalijar una diligencia. Lantenac no estaba por esa guerra bretona; no la queria toda en campo raso, como La Rochejaquelein, ni toda en los bosques, como Juan Chouan; queria la verdadera guerra; servirse del campesino, pero apoyado en el soldado; le gustaban las partidas para la estrategia y los regimientos para la táctica. Consideraba que eran excelentes para el ataque, la emboscada y la sorpresa ejércitos de paisanos, que podian reunirse y dispersarse en un momento; pero les creia tambien demasiado flúidos y demasiado fáciles de escapársele de entre las manos, y deseaba crear un punto sólido en aquella guerra flotante y difusa, añadiendo al ejército salvaje de los bosques tropa regularizada, que sirviera de eje á las maniobras de los campesinos. Si hubiese tenido éxito este pensamiento profundo y terrible, la Vendée hubiera sido inexpugnable.

¿Pero dónde habia de encontrar esos soldados y esos regimientos? En Inglaterra; por eso era la idea fija de Lantenac proporcionar á los ingleses los medios para que desembarcasen. De este modo capitula la conciencia de los partidos; de este modo la escarapela blanca servia en Lantenac de máscara al uniforme colorado; y solo le movia el pensamiento de apoderarse de un punto del litoral y entregárselo á Pitt. Al ver á Dol sin defensa, se arrojó sobre dicha ciudad con el objeto de tener por medio de ella el Monte-Dol y por medio del Monte-Dol la costa.

El sitio estaba bien elegido; el cañon del Monte-Dol barreria por un lado el Fresnois, por el otro á Saint-Brelade; mantendria á mucha distancia al crucero de Cancale y dejaria libre para el desembarque toda la playa desde Raz-sur-Conesnou hasta Saint-Meloir-des-Ondes.

Para la realizacion de esta tentativa decisiva Lantenac llevó consigo seis mil hombres, los más bravos de las partidas de que podia disponer, y toda su artillería, compuesta de diez culebrinas de á diez y seis, una bastarda de á ocho y un pedrero de á cuatro. Queria con dichas piezas establecer una batería en el Monte-Dol, siguiendo el principio de que mil tiros disparados con diez cañones producen más efecto que quinientos tiros disparados con cinco.

El éxito parecia seguro; solo eran de temer Gauvain y sus mil quinientos soldados por la parte de Avranches, y Lechelle con los suyos por la parte de Dinan. Lechelle llevaba veinticinco mil hombres, pero en cambio se encontraba á veinte leguas de allí. Esta distancia tranquilizaba á Lantenac, y á Gauvain no le temia por el corto número de soldados que mandaba con relacion al mayor número de ellos de que podia disponer.

Tenia, pues, Lantenac seguridad completa en el resultado de sus planes. Su entrada en Dol fué brusca y terrible: tenia fama de gran general, y como sabian que era inexorable, no encontró resistencia, y los habitantes, asustados, se encerraron en sus casas. Los seis mil vendeanos se instalaron en la ciudad en confusion campesina, como en un campo de féria, sin furrieles, sin alojamientos marcados, vivaqueando aquí y allá, cociendo

el rancho al aire libre, desparramándose por las iglesias y dejando los fusiles para tomar los rosarios. Lantenac se fué en seguida con algunos oficiales de artillería á reconocer el Monte-Dol, dejando interinamente el mando á Gouge-le-Bruant, que habia hecho jefe de Estado Mayor.

Gouge-le-Bruant dejó de sí una huella vaga en la historia. Tenia dos sobrenombres; *Mata-azules*, por la carnicería que hizo en los patriotas, y el *Imano*, por su aspecto horrible. La palabra *Imano* se deriva de *immanis*, que es una antigua palabra del bajo-normando, que significa fealdad sobrehumana y casi divina por lo espantosa, como la del demonio, la del sátiro ó la del ogro. Los ancianos del Bocage no saben ya hoy quién era Gouge-le-Bruant, ni lo que significaba Mata-azules, pero conservan confusa idea del Imano, que aun figura en las supersticiones locales. En la Vendée los otros jefes eran salvajes, pero Gouge-le-Bruant era bárbaro. Era una especie de cacique con la piel pintada de cruces y flores de lis, y en cuyo rostro brillaba el fulgor repugnante y casi sobrenatural de un alma que no se parecia al alma humana.

Tenia audacia infernal en el combate, y despues de él era atroz; su corazon se inclinaba á todos los sacrificios y era capaz de todos los furores. Razonaba, pero en espiral, como se levantan las serpientes. Hablaba de heroismo para caer en el asesinato; era á propósito para todo lo horriblemente inesperado; poseia épica ferocidad.

El marqués de Lantenac confiaba en su crueldad, porque excedia á la de todos; pero en estrategia y en táctica era menos superior, y quizá el marqués cometió un yerro nombrándole su jefe de Estado Mayor, pero de todos modos quedó autorizado para reemplazarle.

Gouge-le-Bruant, más guerrero que militar, era más á propósito para degollar una tribu que para defender una ciudad. Sin embargo, tomó sus precauciones.

Al anochecer, cuando Lantenac volvia de reconocer el sitio donde proyectaba establecer la batería, le sorprendió el estampido del cañon. Miró hácia Dol y vió que humareda roja se elevaba sobre la calle principal. Indudablemente aquello indicaba sorpresa, irrupcion, ataque, combate en la ciudad.

Aquel, que no se asombraba fácilmente, quedó estupefacto un momento, porque no esperaba semejante cosa. No debia ser Gauvain el que atacaba, porque uno no ataca fácilmente á cuatro. Era improbable que fuese Lechelle y Gauvain era imposible.

Lantenac hizo correr á su caballo. En el camino tropezó con multitud de habitantes que huian; les preguntó; iban atemorizados corriendo y gritando: ¡Los azules! los azules!...

Cuando Lantenac entró en Dol se encontró con lo que no esperaba.

Explicaremos lo que ocurria.

III.

Pequeños ejércitos y grandes batallas.

Al llegar á Dol los campesinos se desparramaron por la ciudad como les pareció, segun dijimos. Resguardaron la artillería con los bagajes bajo los portales del antiguo mercado, bebieron y rezaron el rosario, y cansados se tendieron sin órden por la calle, que obstruian más que guardaban. Al anochecer, la mayor parte de ellos se durmieron, sirviéndose de los morrales como almohadas, al lado de sus mujeres, porque con frecuencia las campesinas seguian á sus maridos: en la Vendée, las mujeres embarazadas servian de espías. Era aquella una noche apacible del mes de Julio; las constelaciones resplandecian en el azul oscuro del cielo, y aquel vivac, que más que campamento de un ejército parecia el rancho de una caravana, se abandonó pacíficamente á las dulzuras del sueño. Repentinamente los que no habian cerrado los ojos aun vieron á la débil claridad del crepúsculo tres piezas de artillería, que enfilaban la entrada de la calle principal.

Eran las de Gauvain, que sorprendió á las guardias de la ciudad y entró en ella, apoderándose con su columna de la entrada de la calle.

Se levantó un campesino gritando: Quién vive! y disparó el fusil. El cañon respondió á ese disparo y despues estalló fuego furioso de fusilería.

Los vendeanos, adormecidos, se levantaron sobresaltados; tremenda fué su sorpresa al verse ametrallados.

El primer momento fué terrible. Nada hay tan trágico como el azoramiento de la muchedumbre bajo una lluvia de balas. Todos acudieron á las armas; gritaban, corrian y caian; los que estaban de faccion no sabian lo que se hacian y se

fusilaban unos á otros. Algunos, aturdidos, salian de las casas, volvian á entrar, y luego á salir otra vez, vagando entre el tumulto sin saber dónde situarse. Los miembros de las familias se llamaban unos á otros; aquel era un combate lúgubre, en el que estaban mezclados mujeres y niños. Las balas silbaban en el viento, el fuego de fusil salia de todas partes; todo era humo y confusion, que aumentaba el entrelazamiento de los furgones y de las carretas y el asombro é inquietud de los caballos. Pisaban los heridos yendo de una parte á otra; oíanse gritos de dolor; los soldados y los oficiales se buscaban, y en medio de aquella Babel se ejecutaban actos de sombría indiferencia. Una mujer daba el pecho á un recien nacido, sentada junto á una pared, contra la que estaba recostado su marido con la pierna rota, y chorreando sangre por la herida, cargaba tranquilamente la carabina y disparaba al acaso en la oscuridad. Algunos, echados en tierra boca abajo, hacian fuego por entre las ruedas de las carretas; de vez en cuando se oian terribles clamores, pero la voz del cañon dominaba todos los ruidos. Era aquel espantoso espectáculo.

Como árboles cortados en un bosque, iban los vendeanos cayendo unos tras otros; Gauvain, parapetado al principio de la calle, ametrallaba sobre seguro á sus enemigos, perdiendo muy poca gente.

Sin embargo, el intrépido desórden de los campesinos concluyó por ponerse á la defensiva; se replegaron éstos bajo las bóvedas del mercado, vasto y oscuro reducto, bosque de pilares de piedra, y allí se hicieron firmes; todo lo que se parecia al bosque les daba confianza. El Imano suplia lo mejor que pudo la ausencia de Lantenac. Los vendeanos tenian cañones, pero con gran asombro de Gauvain no hacian uso de ellos, pero era porque los oficiales de artillería se habian ido con el marqués á reconocer el Monte-Dol; los destinados al servicio de las piezas no sabian qué hacer de las culebrinas y de las bastardas, y se concretaban con acribillar á balazos á los azules que los cañoneaban. Los campesinos respondian con fusilería á la metralla, y consiguieron estar mejor parapetados que sus contrarios, amontonando los carros, las barricas del antiguo mercado é improvisando una barricada alta con aspilleras, por las que sacaban las carabinas. Por aquellos agujeros el fuego de la fusilería era mortífero: al cabo de un cuarto de hora el mercado presentó un frente inexpugnable.

Esto era grave para Gauvain; no esperaba ver transformarse con tanta rapidez el mercado en ciudadela que sirviese de refugio á las masas sólidas y compactas de los campesinos. Con la sorpresa alcanzó buen éxito Gauvain, pero conoció que le era imposible derrotar al enemigo. Echó pié á tierra. Escuchando con atencion, con la espada pendiente del puño y con los brazos cruzados, de pié ante una antorcha que alumbraba su batería, procuraba ver en la oscuridad. Su elevada estatura, que la antorcha iluminaba, le hacia visible á los defensores de la barricada y les servia de blanco para sus tiros, sin pensar en ello. Granizadas de balas caian alrededor de Gauvain, que permanecia pensativo.

Contra las carabinas de los vendeanos tenia él cañones, y éstos siempre concluyen por tener razon. El que tiene artillería obtiene la victoria. Su batería, bien dispuesta, le aseguraba la superioridad.

De repente, del mercado, sumido en las tinieblas, salió un resplandor; oyóse una detonacion como la de un rayo, y una bala de cañon perforó la pared de una casa sobre la cabeza de Gauvain.

La barricada respondia al cañon con el cañon.

Aquello era una novedad en el campo contrario, y en él la artillería funcionaba ya. La segunda bala de cañon se estrelló tambien en la pared, cerca de Gauvain. La tercera le derribó el sombrero.

Aquellas balas eran de grueso calibre; sin duda procedian de una pieza de á diez y seis.

—Sois el blanco del cañon, mi comandante, le dijo un artillero.

Apagaron la antorcha y Gauvain, pensativo, recogió el sombrero.

En efecto, apuntaba á Gauvain el marqués de Lantenac, que por el lado opuesto acababa de llegar á la barricada.

El Imano corrió hácia él.

—Señor, nos han sorprendido.

—Quién?

—No lo sé.

—Está libre el camino de Dinan?

—Creo que sí.

—Pues es preciso empezar la retirada.

—Ya empezó; muchos están ya lejos de aquí y en salvo.

—No deben huir, sino retirarse. ¿Por qué no poneis en juego la artillería?

—Porque se quedaron atontados y no habia aquí oficiales de esa arma.

—Pues aquí estoy yo.

—He enviado á Fougéres los bagajes que he podido y las mujeres, en fin, todo lo inútil. ¿Qué hacemos de los tres prisioneros?

—Ah!... de los niños?

—Sí.

—Son nuestros rehenes: enviadlos á la Tourgne.

Dicho esto, el marqués se dirigió á la barricada. Allí, y al ver al jefe, todo cambió de aspecto. La barricada no era á propósito para artillería; no habia en ella sitio más que para dos cañones. El marqués mandó ensanchar las aspilleras y puso en batería dos piezas de á diez y seis. Al inclinarse sobre una de ellas para observar por la tronera la batería enemiga, divisó á Gauvain.

—Es él! gritó.

Entonces tomó el escobillon y el atacador, cargó la pieza, fijó el fronton de mira, apuntó y disparó.

Tres veces fijó en Gauvain la puntería, y tres veces erró el blanco. Solo consiguió derribarle el sombrero.

—Si doy un poco más bajo, le doy en la cabeza.

Entonces se apagó la antorcha y se quedó sin blanco.

—Ya no puede ser! dijo.

Volviéndose hácia los que servian las piezas, les gritó:

—Fuego de metralla!

Gauvain no estaba menos receloso; su situacion se agravaba al presentar el combate nueva faz, al cañonear la barricada á sus soldados, y al poder tomar el contrario la ofensiva en vez de la defensiva. Gauvain tenia delante de sí, descontando los muertos y los fugitivos, lo menos cinco mil combatientes, y los suyos quedaban reducidos á mil doscientos hombres útiles. ¿Qué seria de ellos si el enemigo se apercibia del corto número de republicanos? Los papeles se trocarian entonces y los acometedores serian acometidos, y era de temer que los de la barricada hiciesen una salida.

No podian los republicanos atacar á aquella de frente, porque un ataque á viva fuerza era quimérico; mil doscientos hombres no arrojan de sus posiciones á cinco mil. Si la acometida brusca era imposible, esperar era funesto. Era preciso concluir de una vez, pero cómo?

Gauvain era del pais, conocia la ciudad y sabia que el antiguo mercado, en el que se fortificaron los vendeanos, tenia á sus espaldas un dédalo de callejuelas estrechas y tortuosas.

Volvióse hácia su segundo, que era el valiente capitan Guechamp, que fué famoso despues porque limpió de insurrectos la selva de Concise, patria de Juan Chouan, y por impedir la toma de Bourgnenf, cerrando á los rebeldes la calzada del estanque de la Chaine.

—Guechamp, le dijo, os entrego el mando; haced todo el fuego que podais, abrid brecha á cañonazos en la barricada y llamad hácia aquí la atencion de los vendeanos.

—Comprendo, contestó Guechamp.

—Formad despues en columna cerrada con las armas cargadas y con la bayoneta calada, y estad preparado para el ataque.

Despues añadió algunas palabras al oido de Guechamp.

—Entendido, contestó éste.

Gauvain repuso:

—Están todos nuestros tambores?

—Sí.

—Tenemos nueve; quedaos con dos, yo me llevo siete.

Los siete tambores formaron silenciosamente delante de Gauvain. Éste gritó:

—Adelante el batallon del Gorro Rojo!

Doce hombres, uno de ellos sargento, salieron de entre las filas.

—He dicho que todo el batallon, exclamó Gauvain.

—Aquí está todo, contestó el sargento.

—No sois más que doce!

—No quedamos más.

—Está bien, dijo Gauvain.

Aquel sargento era el brusco y afectuoso Radoub, que adoptó en nombre del batallon á los tres niños que encontraron en el bosque de la Sandraie.

Recordarán los lectores que medio batallon quedó exterminado en Herbe-en-Pail y Radoub tuvo la suerte de no encontrarse en aquel sitio.

Habia allí inmediato un furgon de forraje, y señalándolo Gauvain al sargento, le dijo:

—Envolved con paja los cañones de los fusiles, para que no hagan ruido si chocan unos con otros.

Un minuto despues se verificó esta disposicion silenciosamente en la oscuridad.

—Ya están, dijo el sargento.

—Soldados, añadió Gauvain, quitaos los zapatos.

—No llevamos, mi comandante, contestó el sargento.

Los soldados y los tambores sumaban diez y nueve hombres, y añadiendo á Gauvain, veinte. Este gritó:

—Seguidme de uno en uno; primero los tambores, despues el batallon. Sargento, vos mandareis el batallon.

Se puso á la cabeza de la diminutiva columna, mientras el cañoneo continuaba por ambas partes: aquellos veinte hombres, que se deslizaban como sombras, se introdujeron por las callejuelas desiertas.

Así marcharon algun tiempo serpenteando á lo largo de las paredes de las casas. Todo parecia muerto en la ciudad; sus habitantes se habian escondido en las cuevas, las puertas estaban atrancadas; ni habia una ventana abierta, ni luz en ninguna parte.

En la calle principal se oia estrépito espantoso, que contrastaba con el silencio de las callejuelas; el combate continuaba; la batería republicana y la barricada realista se escupian rabiosamente la metralla.

Despues de veinte minutos de tortuosa marcha, Gauvain, que á pesar de la oscuridad caminaba con pié seguro, llegó al extremo de una callejuela que desembocaba en la calle Mayor, á espaldas del mercado.

Habia envuelto la posicion. Por aquel lado no habia ningun atrincheramiento, porque esa es la eterna imprudencia de los constructores de barricadas; el mercado estaba abierto y se podia entrar en él por debajo de los pórticos, en donde estaban enganchados varios carros de equipajes dispuestos á marchar. Gauvain y sus diez y nueve hombres tenian ante sí á los cinco mil vendeanos, pero de espaldas.

Gauvain habló en voz baja al sargento; desprendieron la paja de los fusiles; los doce granaderos se apostaron formados en batalla detrás del ángulo de la calle, y los siete tambores esperaron la señal con las baquetas suspendidas sobre el parche.

Las descargas de artillería eran intermitentes. De repente, en un intervalo de dos detonaciones, Gauvain levantó la espada, y con voz que en aquel silencio resonó como el toque de un clarin, gritó:

—Doscientos hombres por la derecha, otros doscientos por la izquierda; los demás por el centro.

Doce tiros salieron de los fusiles y los siete tambores tocaron paso de ataque. Gauvain lanzó en seguida el grito formidable de los azules:

—A la bayoneta, carguen!

El efecto fué inaudito.

El ejército vendeano se creyó cortado por la espalda y perseguido por otro ejército. Al mismo tiempo, al oir el redoble de los tambores, la columna que ocupaba la entrada de la calle Mayor, que mandaba Guechamp, respondió tocando el paso de ataque y arrojándose á la carrera sobre la barricada. Los campesinos se creyeron entre dos fuegos. El pánico aumenta desmesuradamente las proporciones de las cosas: en el pánico, un pistoletazo hace el ruido de un cañon, cualquier clamor es un fantasma y el ladrido de un perro es el rugido de un leon. Añádase á esto que en el campesino prende el temor con tanta facilidad como se prende el fuego en una choza, y así como es fácil que el fuego de ésta se convierta en incendio, tambien es fácil que el pánico en los campesinos se convierta en derrota. La fuga de los vendeanos fué inexpresable.

En pocos momentos quedó vacío el mercado; los combatientes, atemorizados, se fueron cada uno por su parte; los oficiales no podian contener á la gente que se les desbandaba. El Imano mató inútilmente dos ó tres fugitivos; por todas partes se oia el grito de *¡Sálvese el que pueda!* y aquel ejército se dispersó por los campos al través de las calles de la ciudad como al través de los agujeros de una criba y con la rapidez de una nube arrastrada por el huracan.

Unos huyeron hácia Chateauneuf, otros hácia Plerguer y otros hácia Autrain.

El marqués de Lantenac, al ver su derrota, clavó con propia mano los cañones y se retiró el último, lenta y friamente, diciéndose:

—Está visto; los campesinos no sirven; es preciso que vengan los ingleses.

IV.

Por segunda vez.

La victoria fué completa.

Gauvain se volvió hácia los hombres del batallon Rojo y les dijo:

—Sois doce, pero valeis por mil.

Una palabra como ésta del jefe equivalia á la cruz de honor en aquel tiempo.

Gauvain envió á Guechamp fuera de la ciudad en persecucion de los fugitivos, el que hizo muchos prisioneros.

Encendieron antorchas y registraron toda la ciudad; los campesinos que no pudieron evadirse se rindieron. Iluminaron la calle Mayor con cazuelas de sebo

con mechas; dicha calle estaba llena de muertos y de heridos. El fin del combate se retarda siempre un poco; algunos grupos desesperados resistian aun aquí y allá, les cercaron y depusieron las armas.

Gauvain observó en la confusion desenfrenada de la derrota á un hombre intrépido, una especie de fauno ágil y robusto que protegia la fuga de los demás, pero sin querer huir. Dicho campesino se servia magistralmente de la carabina, fusilando con el cañon y aplastando con la culata, de tal modo que la rompió. Entonces tenia una pistola en una mano y un sable en la otra y nadie se atrevia á ponerse á su alcance. De pronto Gauvain vió que vacilaba y que cayó, recostándose en un poste de la calle Mayor; le acababan de herir, pero continuaba empuñando el sable y amenazando con la pistola. Gauvain se puso la espada bajo el brazo y se dirigió á él.

—Ríndete, le dijo.

El hombre le miró con fijeza; la sangre de su herida le empapaba la ropa y caia al suelo, formando un charco á sus piés.

—Eres mi prisionero, repuso Gauvain.

El hombre permaneció mudo.

—Cómo te llamas?

El hombre dijo:

—Me llamo Danza á la Sombra.

—Eres un valiente, le dijo Gauvain, y le tendió la mano.

—Viva el rey! respondió el hombre.

Reuniendo las fuerzas que le quedaban, levantó los dos brazos á la vez, apuntó con la pistola al corazon de Gauvain y disparó, dirigiéndole al mismo tiempo á la cabeza una cuchillada.

Hizo esto con prontitud de tigre; pero hubo otro que fué más ligero que él todavía, un hombre á caballo, que llegó pocos minutos antes sin que nadie le viera; este ginete, al ver al vendeano levantar el sable y la pistola, se arrojó entre él y Gauvain, evitando la muerte segura de éste. El caballo recibió el tiro de la pistola, el ginete recibió la cuchillada, y ambos cayeron en tierra. El vendeano tambien cayó al suelo junto al poste.

El sablazo hirió al hombre en la cara y le hizo caer desmayado. El caballo estaba muerto.

Gauvain se acercó al desconocido y le preguntó:

—Quién eres?

Le examinó: la sangre de la herida le inundaba el rostro, cubriéndole de una máscara roja, y era imposible conocerle. Solo veia sus cabellos grises.

—Este hombre acaba de salvarme la vida, exclamó Gauvain; ¿alguno le conoce?

—Mi comandante, dijo un soldado, este hombre acaba de entrar en la ciudad; le ví llegar y venia por el camino de Pontorson.

El cirujano mayor de la columna llegó con su caja de operaciones. El herido continuaba desmayado. El cirujano le reconoció y dijo:

—Esto no es nada, una sencilla cortadura. Dentro de ocho dias estará bien. Le dieron un buen sablazo.

El herido llevaba capa, faja tricolor, pistolas y sable. Le tendieron en unas parihuelas y le desnudaron. Trajeron un cubo de agua fresca y el cirujano lavó la herida y empezaron á reconocerse las facciones del desconocido. Gauvain le contemplaba con profunda atencion.

—Trae documentos consigo?

El cirujano tánteó el bolsillo del pecho del herido, sacó de él una cartera y se la entregó á Gauvain.

Entre tanto el agua fria reanimó al herido, que volvia en sí y empezaba á mover los párpados.

Gauvain, al registrar la cartera, encontró una hoja de papel en cuatro dobles; la desdobló y leyó lo que sigue:

"Comité de Salvacion pública. El ciudadano Cimourdain...„

Al leer este nombre lanzó un grito:

—Cimourdain!...

Aquel grito hizo abrir los ojos al herido.

Gauvain estaba asombrado.

—Sois vos, Cimourdain? ¡Por segunda vez me salvais la vida!...

Cimourdain miraba con fijeza á Gauvain; inefable resplandor de alegría iluminaba su rostro ensangrentado.

Gauvain cayó de rodillas ante el herido, exclamando:

—Mi preceptor!...

—Tu padre, le contestó Cimourdain.

V.

La gota de agua fria.

No se habian visto en muchos años, pero sus corazones no se separaron jamás, y se reconocieron como si se hubiesen separado el dia anterior.

Se habia improvisado una ambulancia en el hospital de la ciudad de Dol y llevaron allí á Cimourdain, instalándole en

una cama de un gabinete contiguo á la sala general. El cirujano, que reconoció la herida, puso fin á las expansiones de los dos hombres, indicando que era necesario que Cimourdain durmiese. Además, de que otros cuidados reclamaban la presencia de Gauvain. Quedó, pues, solo Cimourdain; pero no podia dormir, porque sufria dos clases de fiebre, la de la herida y la de la alegría.

No dormia y sin embargo creia no estar despierto. Veia realizado su sueño. Cimourdain no creia en la realizacion de sus ilusiones y las veia realizadas. Volvió á encontrar á Gauvain; le dejó niño y le encontraba hombre, y hombre grande, temible, intrépido y triunfante por la causa del pueblo. Gauvain era en la Vendée el punto de apoyo de la revolucion, y él, Cimourdain, era el que proporcionaba á la República aquella fuerte columna; el vencedor era su discípulo: lo que veia irradiar al través de su busto jóven, reservado quizás al Panteon republicano, era su propio pensamiento; su discípulo, el hijo de su espíritu, era ya un héroe, y seria dentro de poco una gloria. Parecíale á Cimourdain que veia su propia alma convertida en génio. Acababa de presenciar cómo hacia la guerra Gauvain; como Chiron vió pelear á Aquiles; relacion misteriosa entre el sacerdote y el centauro, porque el sacerdote solo tiene medio cuerpo de hombre.

Las circunstancias extraordinarias de esta aventura, unidas al insomnio que la herida le ocasionaba, llenaban la mente de Cimourdain de misteriosa embriaguez. Veia elevarse un jóven destino y él tenia plenos poderes sobre ese destino; si conseguia otro triunfo como el que acababa de presenciar, podia Cimourdain con una sola palabra hacer que la República confiase á Gauvain el mando de un ejército. Nada deslumbra como la admiracion de ver que todo sale bien. En aquella época todo el mundo soñaba con las glorias militares; Danton queria nombrar general á Westermann, Marat á Rossignol, Hébert á Rousin y Robespierre quedarse sin ninguno. ¿Por qué no he de conseguir que lo sea Gauvain? decia Cimourdain, y seguia pensando. Se colocó ante lo ilimitado, pasaba de una hipótesis á otra, y todos los obstáculos se desvanecian ante su pensamiento. Puesto ya el pié en esa escala, ya no es posible detenerse y se asciende hasta el infinito; se parte del hombre y se llega á la estrella. El general es el jefe de los ejércitos, pero el gran capitan es al mismo tiempo el jefe de las ideas. Cimourdain veia en el porvenir á Gauvain gran capitan; parecíale ya, porque la imaginacion camina con rapidez, verle en el Océano dando caza á los ingleses, en el Rhin castigando á los reyes del Norte, en los Pirineos rechazando á los españoles, en los Alpes dando á Roma la señal de sublevarse. En Cimourdain habia dos hombres, uno tierno y otro sombrío, y ambos en él estaban satisfechos, porque siendo lo inexorable su ideal, veia á Gauvain magnífico y á la par terrible. Pensaba en todo lo que debia destruirse antes de construir, y decia que no habia llegado aun la hora de enternecerse y de ser sensibles. Figurábase á Gauvain aplastando con el pié las tinieblas, cubierto con una coraza de luz con el resplandor del meteoro en la frente, abriendo las grandes alas ideales de la justicia, de la razon y del progreso, y con la espada en la mano; le veia ángel, pero ángel exterminador.

En el mayor entusiasmo de su ilusion, que era casi un éxtasis, oyó por la puerta entreabierta que hablaban en la gran sala de la ambulancia, contigua á su cuarto, y conoció la voz de Gauvain; aquella voz, á pesar de los años de ausencia, siempre resonaba en sus oidos; la voz del niño siempre se reconoce en la voz del hombre. Escuchó; primero oyó ruido de pasos y despues la voz de un soldado que decia:

—Mi comandante, este hombre es el que disparó contra vos. En la confusion se arrastró por el suelo y se escondió en una cueva, en la que le hemos encontrado.

Cimourdain oyó entonces este diálogo entre Gauvain y aquel hombre:

—Estás herido?

—Estoy bastante bien para que me fusilen.

—Metedle en una cama, que le cuiden y que le curen.

—Quiero morir.

—Yo quiero que vivas. Quisiste matarme en nombre del rey, y yo te perdono en nombre de la República.

Una sombra oscureció la frente de Cimourdain, que experimentó la misma sensacion que si se despertase sobresaltado, y murmuró con abatimiento siniestro:

—Ah! es hombre clemente.

VI.

Pecho curado y corazon herido.

Una cortadura se cura pronto. En otro sitio habia otra persona herida de más gravedad que Cimourdain, y era la mujer fusilada que recogió el mendigo Tellmarch en el charco de sangre de la granja de Herbe-en-Pail.

La herida de Micaela Flechard era más peligrosa de lo que al principio creyó Tellmarch; al agujero que tenia encima del seno correspondia otro agujero en el homoplato; al mismo tiempo que una bala le rompió la clavícula, otra le habia atravesado el hombro; pero como la herida no interesó el pulmon, pudo curarse. Tellmarch era "un filósofo„ que entre los campesinos significa tener algo de médico, de cirujano y de brujo. Cuidó á Micaela en su caverna y en su cama de yerbas, propinándola esos medicamentos que se llaman "simples„, y gracias á sus cuidados vivió. La clavícula se cerró, las heridas del pecho y del hombro se cerraron, y al cabo de algunas semanas la herida entró en convalecencia.

Llegó un dia en que ya pudo salir de la cueva con la ayuda de Tellmarch, y fué á sentarse al sol al pié de un árbol. El mendigo nada sabia respecto á la mujer fusilada; las heridas del pecho requieren mucho silencio, y durante la semiagonía que precedió á la curacion, apenas habia la enferma pronunciado algunas palabras. Tellmarch no la dejaba hablar, pero conoció que se concentraba en su pensamiento fijo y tenaz, y observaba en sus miradas sombrías ida y venida de ideas dolorosas. Aquella mañana Micaela se encontraba fuerte y casi podia andar sola. Al verla curada, Tellmarch la contemplaba con satisfaccion. El pobre viejo se sonreia, diciéndola:

—Muy bien; ya estais de pié, ya están cerradas las heridas.

—Pero no las del corazon, contestó Micaela.

Y añadió:

—Entonces no sabeis dónde están?

—De quién hablais?

—De mis hijos.

Aquel "entonces„ expresaba todo un mundo de pensamientos; significaba: "Pues no me hablais de ellos, pues estais á mi lado tantos dias sin decirme nada de mis hijos y me obligais á callar cada vez que rompo el silencio, es que nada teneis que decirme.„

Contínuamente, mientras le duraba el delirio de la fiebre, llamaba á sus hijos, y vió con claridad, pues hasta durante el delirio hacia ciertas observaciones, á las que el anciano no contestaba.

Era efectivamente porque Tellmarch no sabia qué decirla. No es tan fácil hablar á una madre de sus hijos perdidos, y además ignoraba lo que les habia sucedido á éstos; solo sabia que la habian dejado en la granja creyéndola cadáver, que tenia tres hijos y que el marqués de Lantenac se los habia llevado. Le habian dicho tambien que eran dos niños y una niña apenas destetada, pero nada más. Hacia mil preguntas respecto á ellos, pero los habitantes del pais que interrogaba le contestaban moviendo la cabeza con aire compasivo y no les gustaba ocuparse del marqués de Lantenac.

Nadie en el pais hablaba de buen grado de dicho marqués y nadie tampoco queria hablar con Tellmarch. Los campesinos tienen un género de sospecha que les es peculiar. No querian á Tellmarch porque era un hombre de quien no se fiaban. ¿Por qué aquel mendigo estaba siempre mirando al cielo? ¿Qué hacia y qué pensaba durante sus largas horas de inmovilidad? Era extraña para ellos su clase de vida.

En aquel pais en el que ardia la guerra; que estaba en plena conflagracion, en plena combustion; en donde no se ocupaban de más asunto que del de la devastacion, ni de más trabajo que el de la matanza; donde parecian haber apostado todos á quién incendiaría más casas, degollaria más familias, mataria más centinelas y saquearia más pueblos; aquel mendigo solitario, absorto en la contemplacion de la naturaleza, como sumergido en la paz inmensa de las cosas, recogiendo yerbas y plantas, cuidándose solo de flores, de pájaros y de estrellas, no podia menos de ser peligroso. No tenia completa su razon, porque ni se ocultaba detrás de las matas ni disparaba un fusil contra nadie. Por eso le veian con cierto temor.

—Ese hombre está loco, decian los que pasaban por su lado.

Tellmarch, más que un hombre solitario, era un hombre cuya compañía evitaban. No le preguntaban y muchas veces ni le respondian. No podia por consiguiente adquirir los informes que deseaba. La guerra se habia extendido por otras partes, se habian ido á pelear

más lejos. Lantenac habia desaparecido del horizonte, y en la disposicion de ánimo de Tellmarch, para que advirtiese que habia guerra era necesario que ésta se entablara ante sus ojos.

Al oir la frase *mis hijos*, Tellmarch cesó de sonreir y la madre quedó pensativa: ¿qué pasaba en el interior de su alma? Estaba como en el fondo de un abismo. De pronto miró al mendigo y le dijo otra vez con acento casi colérico:

—Mis hijos!

Tellmarch bajó la cabeza como un criminal.

Pensaba en el marqués de Lantenac, de quien se acordaba, y él en cámbio no sabia que existiese el mendigo, y se explicaba esto diciéndose á sí mismo: "El señor, cuando está en peligro, conoce al pobre, pero cuando sale de él le desconoce„. Y Tellmarch seguíase preguntando: "Entonces, ¿por qué salvé yo á ese señor?„ Y se respondia: "Porque es hombre.„ Despues reflexionó un momento y repitió su amarga frase:—¡Si yo lo hubiera sabido!...

Este acontecimiento le abrumaba, porque en lo que hizo veia una especie de enigma. Meditaba dolorosamente. Una buena accion puede resultar un acto culpable: el que salva al lobo causa la muerte de las ovejas; el que cura las alas del buitre es responsable del mal que causen sus garras. Sentíase culpado y creia que era justa la cólera inconsciente de la madre, y sin embargo, volver á la vida á la madre le consolaba de haber salvado al marqués.

Pero y los niños?

La madre estaba pensando en ellos y los dos pensamientos marchaban á la par y á veces se encontraban, sin decírselo el uno al otro, en la oscuridad de la meditacion. La madre, fijando la mirada tenebrosa en el mendigo, le dijo:

—Sin embargo, esto no puede quedar así.

—Chist! exclamó Tellmarch, poniéndola el dedo en la boca.

—Hicísteis mal en salvarme y no os lo agradezco. Prefiriera haber muerto, que así estoy segura de que les veria; sabria dónde están; ellos no me verian, pero yo estaria á su lado. Muerta, podria protegerlos.

Tellmarch la pulsó.

—Calmaos, dijo; os vá á retentar la calentura.

—Cuándo podré marcharme de aquí? preguntó la madre con aspereza.

—Marcharos?

—Sí, marcharme.

—Nunca, si os exaltais de ese modo; mañana, si teneis juicio.

—A qué llamais tener juicio?

—A tener confianza en Dios.

—¿Dónde se ha llevado Dios á mis hijos?

Parecia que se le extraviaba la razon. Suavizando despues la voz, repuso:

—Comprendereis que no puedo permanecer aquí de este modo. No habeis tenido hijos y yo sí, y no podeis comprender la diferencia que nos separa. No se puede juzgar de una cosa cuando no se sabe lo que es. ¿No es verdad que no habeis tenido hijos?

—No, respondió Tellmarch.

—Pues yo he tenido tres y quisiera que me explicasen por qué no están ahora conmigo. Aquí pasa algo que yo no alcanzo á comprender. Mataron á mi marido, me fusilaron; por qué?

—Vamos, contestó Tellmarch, volveis á tener calentura. No hableis.

Ella le miró y guardó silencio; desde aquel dia ya no habló.

Obedeció al mendigo escrupulosamente. Micaela pasaba horas enteras acurrucada debajo del árbol. Pensaba y callaba. El silencio es una especie de refugio para las almas sencillas que están sumergidas en la profundidad siniestra del dolor. Parecia que renunciaba á comprender su situacion. Cuando la desesperacion llega á cierto grado, es ininteligible para el desesperado.

Tellmarch la examinaba conmovido. Ante aquel sufrimiento, el anciano tenia pensamientos de mujer.

—Sus labios no articulan palabras, se decia á sí mismo, pero sus ojos hablan y dan á entender que la absorbe una idea fija; la de no poderse resignar al dolor de perder á sus hijos. Verdaderamente debe ser delicioso sentir que una boca sonrosada os vá sacando el alma del interior del cuerpo, y que con vuestra vida vá constituyendo la suya.

El mendigo tambien callaba, comprendiendo la impotencia de las palabras para aliviar aquel dolor profundo. Es terrible el silencio de una idea fija, y ¿cómo hacer oir la voz de la razon á la idea fija de una madre? La maternidad no admite escusas; no se puede discutir con ella. Lo que dá sublimidad á la madre, es tener algo de irracional: la madre no es mujer, es hembra. Los hijos son sus cachorros. Por eso en la madre hay algo inferior y algo superior á la razon. La madre posee delicado instinto, la inmensa y tenebrosa

voluntad de la creacion reside en ella é impulsa sus acciones; su ceguera está llena de perspicacia.

Un dia la dijo Tellmarch:

—Desgraciadamente soy viejo y apenas puedo andar; al cabo de un cuarto de hora se agotan mis fuerzas; si pudiera os acompañaria, aunque quizás os seria más útil que beneficiosa mi compañía, porque aunque aquí me toleran, soy sospechoso á los azules por ser campesino, y á los campesinos porque me tienen por hechicero.

El mendigo esperó á que Micaela le contestase, pero ella ni abrió los labios ni levantó la mirada.

Las ideas fijas terminan en la locura ó en el heroismo; pero, ¿de qué heroismo puede ser capaz una pobre campesina? De ninguno: puede ser madre, pero nada más. Cada dia estaba más ensimismada en su pensamiento. Tellmarch la observaba. Trató de proporcionarla ocupacion, y con este objeto la trajo hilo, agujas y dedal, y ella con gran alegría se dedicó á coser. Remendó sus camisas, su ropa y sus zapatos, pero sus ojos continuaban vidriosos y, sin dejar de coser, cantaba á media voz canciones ininteligibles; murmuraba nombres, probablemente los de sus niños, que Tellmarch no podia oir bien; se interrumpia para escuchar el canto de los pájaros, como si éstos pudieran proporcionarla noticias. Se fijaba en el tiempo, movia los labios y hablaba en voz baja. Por fin hizo un saco, lo llenó de castañas, y vió un dia Tellmarch que se ponia en marcha con la vista fija en la profundidad de la selva.

—Dónde vais? la preguntó.

—Voy á buscarlos, le contestó Micaela.

Tellmarch no la detuvo.

VII.

Los dos polos de la verdad.

Despues de algunas semanas transcurridas en las vicisitudes de la guerra civil, solo se ocupaban en el territorio de Fougéres de dos hombres, uno opuesto al otro, y que, sin embargo, se consagraban al mismo objeto; es decir, que peleaban uno al lado del otro en el gran combate revolucionario.

Continuaba el salvaje duelo vendeano; pero la Vendée perdia terreno, sobre todo en el departamento de Ille-et-Vilaine, por los esfuerzos del comandante que en Dol con tanta oportunidad contestó á la audacia de los seis mil realistas con la temeridad de mil quinientos republicanos: la insurreccion estaba, pues, allí, si no extinguida, muy mermada y circunscrita. Al descalabro de Dol sucedieron otros, y estos multiplicados triunfos crearon una nueva situacion, pero sobrevino una complicacion singular.

En dicha parte de la Vendée indudablemente triunfaba la República, pero qué República? En el triunfo que se vislumbraba, dos formas de República se disputaban la preferencia, la República del terror y la República de la clemencia, la que queria vencer aterrando y la que trataba de vencer por medio de la benignidad. Cuál de las dos prevaleceria? Estas dos formas, la conciliadora y la implacable, las representaban dos hombres que tenian influencia y autoridad especial, un jefe militar y un delegado civil. El delegado contaba con firmes puntos de apoyo y llegó al campamento con la amenazadora consigna que el Municipio de París dió á los batallones de Santerre: *No hay perdon ni cuartel*. Para someterlo todo á su autoridad contaba con el decreto de la Convencion, que imponia la pena de muerte al que diera libertad ó protegiese la evasion de un jefe rebelde prisionero, y además tenia plenos poderes del Comité de Salvacion pública y una credencial firmada por *Robespierre*, *Danton* y *Marat*. El otro, el jefe militar, solo tenia en su favor una fuerza; la misericordia; solo podia contar con su brazo, que derrotaba á los enemigos, y con su corazon, que los perdonaba. Al vencer se creia con el derecho de indultar.

De esto provino un conflicto latente, pero profundo, entre aquellos dos hombres, que vivian en atmósferas distintas, que combatian ambos la insurreccion, pero cada uno con armas diferentes, el uno con la victoria y el otro con el terror.

En todo el Bocage se ocupaban de ellos y aumentaba la ansiedad del pais ver que aquellos dos hombres, tan absolutamente opuestos, estaban al mismo tiempo estrechamente unidos. Los dos antagonistas eran amigos íntimos; ligaba sus corazones intensa y profunda simpatía, de tal modo, que el hombre feroz salvó la vida al compasivo, exponiendo la suya, como lo probaba el sablazo que recibió en la cara. Aquellos dos hombres encarnaban la muerte y la vida; el uno representaba el principio terrible, el otro el principio pacífico, y esto no obstante, se querian entrañable-

mente. Figuraos que eran Orestes misericordioso y Pílades clemente. Figuraos que Arimanes es hermano de Oromazes.

Añádase á esto que el que llamaban "cruel„ era al mismo tiempo el más caritativo de los hombres: curaba á los heridos, cuidaba de los enfermos, pasaba los dias y las noches en las ambulancias y en los hospitales, se compadecia de los niños descalzos y todo lo suyo lo daba á los pobres. Cuando se batian iba á las acciones á la cabeza de las columnas, acudiendo siempre á la parte más empeñada del combate, con el sable y dos pistolas, pero en realidad desarmado, porque nadie le veia usar ni el uno ni las otras. Arrostraba los tiros, pero no los devolvia. Decian que habia sido sacerdote.

La amistad unia á Gauvain y á Cimourdain; pero el ódio que se profesaban los dos principios constituia como un alma cortada en dos y partida; Gauvain recibió en efecto la mitad del alma de Cimourdain, pero la mitad tierna. Parecia que Gauvain recibió la parte blanca y que retuvo para sí Cimourdain la parte negra, y de esto provenia el desacorde íntimo; guerra sorda, que al fin tenia que estallar. En efecto, una mañana empezó. Cimourdain preguntó á Gauvain:

—Qué novedades hay?

—Las sabeis tan bien como yo. Dispersé las partidas de Lantenac, dejándole reducido á escaso número de hombres: tuvo que encerrarse en el bosque de Fougéres, y dentro de ocho dias se encontrará allí cercado.

—Y dentro de quince?

—Prisionero.

—Y despues?

—Habeis leido el cartel que he fijado?

—Sí; y qué?

—Que será fusilado.

—Otro rasgo de clemencia; es preciso guillotinarle.

—Estoy por la muerte militar, contestó Gauvain.

—Y yo, replicó Cimourdain, por la muerte revolucionaria.

Miró con fijeza á Gauvain y le preguntó:

—¿Por qué mandaste poner en libertad á las monjas del convento de San Marcos?

—Porque no hago la guerra á las mujeres.

—Esas mujeres aborrecen al pueblo, y el ódio de una mujer equivale al de diez hombres. ¿Por qué te negaste á enviar al tribunal revolucionario aquellos clérigos viejos y fanáticos cogidos en Louvigné?

—Porque tampoco hago la guerra á los viejos.

—El clérigo viejo es peor que el jóven. La rebelion es más peligrosa cuando la predican cabellos blancos; las arrugas inspiran fé. No tengamos perjudicial clemencia, Gauvain; los regicidas son los libertadores; no pierdas de vista la torre del Temple.

—La torre del Temple! Sacaria de ella al delfin, porque yo tampoco hago la guerra á los niños.

Cimourdain, con faz severa, dijo:

—Pues es menester que sepas que es necesario hacer la guerra á la mujer cuando se llama María Antonieta, al viejo cuando se llama Pio VI y al niño cuando se llama Luis Capeto.

—Yo no soy hombre político.

—Pues trata de no ser hombre peligroso. En el ataque del atrincheramiento de Cossé, cuando el rebelde Juan Treton, acorralado y perdido, se lanzó solo sable en mano contra toda la columna, ¿por qué gritaste diciendo: *Abrid las filas, dejadle pasar?*

—Porque no se deben reunir mil quinientos hombres para matar á uno.

—En la Cailleterie d' Astillé, cuando viste que tus soldados iban á rematar al vendeano José Bezier, que estaba herido, arrastrándose por tierra, ¿por qué gritaste: *Seguid adelante; este es asunto mio!* para luego descargar en el aire tu pistola?

—Porque no se debe matar á un hombre moribundo.

—Pues hiciste mal: esos dos hombres son hoy jefes de partidas; José Bezier es el apodado "Bigote„ y Juan Treton es el que llaman "Pierna de plata.„ Salvando á esos hombres has proporcionado dos enemigos á la República.

—Mi intencion no era esa, pues en vez de enemigos deseo darle amigos.

—¿Por qué despues de la victoria de Landeau no mandaste fusilar á los trescientos campesinos que hicísteis prisioneros?

—Porque Bonchamp perdonó la vida á los prisioneros republicanos, y yo quise que se dijera que tambien la República perdonaba á los prisioneros realistas.

—¿Entonces perdonarás á Lantenac si cae en tu poder?

—No.

—¿Pues por qué perdonaste á los trescientos campesinos?

—Los campesinos son ignorantes y Lantenac sabe lo que se hace.

—Pero Lantenac es pariente tuyo.

—Pero es más pariente la Francia.

—Lantenac es un anciano.

—Lantenac es extranjero y no tiene edad; Lantenac quiere entregarnos á los ingleses; Lantenac significa la invasion; Lantenac es el enemigo de la pátria; la lucha entre los dos solo puede terminar con su muerte ó con la mia.

—Gauvain, no olvides esas palabras.

—Están dichas.

Hubo una pausa. Los dos se miraron.

Gauvain exclamó:

—¡Será fecha sangrienta en la historia la del año 93 en que nos encontramos!

—Guárdate bien de acriminarla! dijo Cimourdain. Hay que cumplir terribles deberes y acusas al que no es culpable. ¿Por ventura el médico es responsable de la aparicion de las enfermedades? Ciertamente lo que caracteriza á este año enorme es la crueldad, pero ¿por qué? Porque es el gran año revolucionario, el año que encarna la revolucion. El enemigo de ésta es la sociedad antigua, como el cirujano tiene el enemigo de la gangrena; pues bien, la revolucion es desapiadada como el mundo antiguo, y como el cirujano es implacable con la carne gangrenada. La revolucion extirpa la monarquía en el rey, la aristocracia en el noble, el despotismo en el soldado, la supersticion en el clérigo, la barbarie en el juez, en una palabra, la tiranía completa en todo lo que es tirano. La operacion es espantosa, pero la revolucion la practica con mano segura. En cuanto á la cantidad de carne sana que sacrifica, pregúntale á Boerhaave su opinion. ¿Qué tumor puede cortarse sin que produzca pérdida de sangre? ¿Qué incendio se extingue sin que el fuego saque su parte? Esas necesidades terribles constituyen la condicion misma del buen éxito. El cirujano se asemeja al carnicero; el médico, que cura, puede aparecer verdugo. La revolucion se consagra á su obra fatal. Mutila, pero salva. ¿Quereis que perdone el virus y que sea clemente con lo que es venenoso? Pues no os hará caso; se apoderó de lo pasado y acabará con él. Hace á la civilizacion incision profunda, de la que saldrá la salud del género humano. Padece entre tanto, no lo dudo; ¿pero cuánto durará el padecimiento? El tiempo que tarde en verificarse la operacion; despues vivirá: la revolucion amputa la sociedad, y de esto proviene la hemorragia que se llama 1793.

—El cirujano está tranquilo y sereno y los hombres revolucionarios son violentos, replicó Gauvain.

—La revolucion, contestó Cimourdain, busca para que la ayuden obreros feroces; rechaza las manos que tiemblan y solo tiene fé en los inexorables. Danton personifica lo terrible, Robespierre lo inflexible, Saint-Just lo irreducible y Marat lo implacable. Esos hombres son necesarios; cada uno de sus nombres vale para nosotros tanto como un ejército; causarán el terror de Europa.

—Quizás tambien el del porvenir, añadió Gauvain; despues dijo:

—Creo, sin embargo, que estais en un error. Para mí el verdadero punto de vista de la revolucion es la irresponsabilidad. Nadie es inocente, pero nadie tiene la culpa. Luis XVI es un cordero arrojado á los leones. Quiere huir, quiere salvarse, trata de defenderse, morderia si pudiera, pero para ser leon no basta el desearlo. Su veleidad pasa por crímen. Cuando el cordero irritado enseña los dientes, ¡Traidor! exclaman los leones y se lo comen. Despues se destrozan ellos mútuamente.

—El cordero es un bestia.

—Y qué son los leones?

Esta réplica hizo pensar á Cimourdain. Levantó la cabeza y dijo:

—Esos leones son conciencias; esos leones son ideas; esos leones son principios.

—Esos leones solo producen terror.

—Llegará un dia en el que justifique la revolucion el terror.

—O el terror será la calumnia de la revolucion. Libertad, igualdad y fraternidad son dogmas de paz y de armonía; por qué darles aspecto espantoso? ¿Qué pretendemos? ¿Conquistar la voluntad de los pueblos en favor de la República universal? Pues no debemos infundirles miedo. De qué sirve la intimidacion? Los pueblos, como los pájaros, huyen de los espantajos; no se debe obrar mal para producir el bien. No se debe derribar el trono para dejar en pié el cadalso; que mueran los reyes, pero que vivan las naciones; echemos abajo las coronas, pero dejemos en su sitio la cabeza. La revolucion debe ser la concordia y no el terror. Las ideas generosas están mal servidas por hombres inclementes. La palabra amnistía es para mí la más hermosa de la lengua humana; no quiero verter sangre más que arriesgando la mia. Despues de todo, solo soy un soldado y no sé más que combatir; pero si no se puede perdonar, no vale la pena de

vencer. Seamos durante la batalla enemigos de nuestros enemigos, pero despues de la victoria seamos sus hermanos.

—Reflexiona lo que piensas, exclamó Cimourdain; eres para mí tanto como un hijo, pero... en estos tiempos la misericordia puede ser una de las formas de la traicion.

Al oir hablar á aquellos dos hombres, parecia oirse el diálogo entre la espada y el hacha.

VIII.

Dolorosa.

Entre tanto la madre seguia buscando á sus hijos. Caminaba dia y noche mendigando, comiendo yerbas, durmiendo en el suelo, al aire libre, entre las matas, á la luz de las estrellas, y á veces sufriendo el viento y la lluvia.

Vagaba de aldea en aldea, de granja en granja, preguntando por sus hijos. Parábase al umbral de las puertas; como iba destrozada, unas veces la recibian, otras no. Cuando no podia entrar en las casas se refugiaba en los bosques.

No conocia del pais más que los alrededores de Siscoignard y la parroquia de Azé, y como carecia de itinerario, desandaba unas veces lo andado y otras recorria un camino inútil. Ya seguia la parte empedrada de la calzada, ya se guiaba por los surcos de las ruedas, ya entraba por los senderos de los bosques. Sus correrías no solo habian gastado sus miserables ropas, sino tambien sus zapatos, y andaba descalza, con los piés ensangrentados.

Atravesaba los sitios en donde ardia la guerra; atravesaba por medio de los tiros de fusil sin oir nada, sin ver nada, sin tratar de evitar nada, buscando á sus hijos.

Como todo estaba en revolucion, ni encontró gendarmes ni maires á quienes interrogar; no podia dirigirse más que á los transeuntes que iba encontrando.

Les hablaba y les preguntaba:

—Habeis visto por ahí tres niños?

Los pasajeros se quedaban mirándola.

—Dos niños y una niña, decia. Se llaman Renato, Alan y Georgina. ¿No los habeis visto?

Y proseguia:

—El mayor tiene cuatro años y medio, y la niña veinte meses. ¿Sabeis dónde están? Me los han quitado.

Los pasajeros la miraban y no la respondian, pero ella insistia, diciendo:

—Es que son mios, son mis hijos!

Los pasajeros continuaban su camino. Entonces ella se paraba y se rasgaba el pecho con las uñas.

Un dia un campesino se paró al oirla: el buen hombre se puso á reflexionar.

—Esperad, la dijo; tres niños?

—Sí.

—Dos varones?

—Y una niña.

—Son los que buscais?

—Sí.

—Pues he oido hablar de un señor que llevaba consigo tres niños.

—Dónde está ese hombre? gritó Micaela; dónde están los niños?

—Id á la Tourgne, le contestó el campesino.

—Encontraré allí á mis hijos?

—Creo que sí.

—Y decís que vaya á la...

—A la Tourgne.

—Y qué es la Tourgne?

—Una torre.

—Es aldea, castillo, granja?...

—No he estado nunca allí.

—Está lejos?

—Bastante.

—Hácia qué parte?

—Hácia Fougéres.

—Por dónde se vá?

—Cuando esteis en Vantorles, dijo el campesino, dejais á la izquierda á Ernée y á la derecha á Coxelles, pasais por Lorchamp y atravesais el Leroux.

El campesino, extendiendo la mano hácia el Occidente, añadió:

—Vais todo derecho caminando siempre hácia el sitio donde se pone el sol.

Antes que el campesino bajase el brazo, Micaela estaba en marcha. El campesino la gritó:

—Id con cuidado, que están batiéndose por allá.

Micaela no se volvió para contestarle y tomó el camino que le indicó el campesino.

IX.

Una Bastilla de provincias.

I.

La Tourgne.

El viajero que hace cuarenta años entraba en el bosque de Fougéres por la parte de Laignelet y saliese por la parte de Parigné, tenia un encuentro

siniestro al extremo de la profunda espesura de altos árboles; veia ante sí, como súbita aparicion, la Tourgne.

No la Tourgne viva, sino la Tourgne muerta, agrietada, agujereada, hendida y desmantelada. La ruina es al edificio lo que el fantasma es al hombre. La Tourgne era una lúgubre vision. El viajero tenia á la vista una alta torre redonda y solitaria, situada en un rincon del bosque, como un malhechor. Dicha torre, que se elevaba sobre una roca cortada á pico, tenia casi aspecto romano; tan correcta y sólida era y tanto se confundian en aquella masa robusta la idea del poder y la de la ruina. Algo romana era en efecto por el estilo de su construccion, que se empezó en el siglo nueve y se terminó en el doce, despues de la tercera cruzada. Las impostas de orejones en cada una de sus divisiones declaraban su edad. Al subir por la escarpa se veia una brecha, por la que podia penetrarse en el interior, y el que entraba lo veia vacío. Era como el interior de un clarin de piedra puesto de pié sobre el suelo. De arriba á abajo no tenia ningun diafragma, ni tejado, ni techo, ni suelo; tan solo arranques de chimeneas y de bóvedas; huecos para colocar las antiguas piezas de artillería, que se llamaban falconetes, situados á diversas alturas; cordones de garfios de granito y algunas vigas transversales que marcaban los pisos; las vigas estaban llenas de estiércol de las aves nocturnas; el muro colosal era de quince piés de espesor en la base y de doce en la cima; aquí y allá se veian hendiduras y agujeros que debieron haber sido puertas; por aquellas se veian escaleras abiertas en el interior tenebroso del muro. El viajero que penetraba allí de noche oia chillar á los cuclillos, á los mochuelos y á los buhos; veia á sus piés zarzas, piedras y reptiles, y encima de él, al través de una circunferencia negra, que era lo alto de la torre, el centelleo de las estrellas.

Era tradicion en el pais que en los pisos superiores de aquella torre habia puertas secretas, formadas como las de las antiguas tumbas de los reyes de Judá, de una gran piedra que giraba sobre un eje, que se abrian y que al cerrarse se confundian con las otras piedras del muro, moda arquitectónica que con la ojiva trajeron los cruzados. Estando cerradas dichas puertas era imposible saber dónde estaban, porque se confundian con las paredes. Todavía hoy se ven puertas de esa clase en las misteriosas ciudades del Anti-Líbano, que se salvaron del terremoto que hundió las doce poblaciones en tiempo de Tiberio.

II.

La brecha.

La brecha por donde se entraba en la ruina de la torre era el agujero que hizo una mina. Para el inteligente familiarizado con las obras de Errard, de Sardi y de Pagan, aquella mina se hizo científicamente. El horno, en forma de solideo, tuvo las proporciones que requeria la fortaleza del muro, que estaba destinado á perforar, y podria contener lo menos dos quintales de pólvora. Llegábase á él por una canal serpenteante, que vale más que una canal recta, y el hundimiento que produjo la mina dejaba al descubierto, en la hendidura de la piedra, el salchichon, que tenia el diámetro requerido de un huevo de gallina. La explosion hizo en la muralla una herida profunda, por la que los sitiadores sin duda alguna entrarian. Aquella torre sostuvo en varias épocas verdaderos sitios. Estaba acribillada de señales de metralla, que no eran todas del mismo tiempo, pues cada proyectil tenia su manera de marcarse en el muro, y todos dejaron en él su cicatriz, desde las balas de piedra del siglo catorce hasta las balas de hierro del siglo diez y ocho.

Por la brecha se entraba á lo que debió ser el piso bajo. Enfrente de ella y en la misma pared de la torre se abria el postigo de una cripta tallada en la roca y que se prolongaba por los cimientos de la torre hasta bajo de la sala de aquel piso.

Esta cripta, cegada en sus tres cuartas partes, la descombró en 1855 Augusto le Prevost, anticuario de Bernay.

III.

El calabozo del Olvido.

Aquella cripta era el calabozo del Olvido; todas las torres tenian el suyo. Dicha cripta, como muchos de los subterráneos penales de su época, tenia dos pisos. El primero, al que se entraba por el postigo, era una pieza abovedada bastante capaz. Se veian en la pared de esta pieza dos surcos paralelos y verticales que iban de una pared á otra, pasando por la bóveda, y que daban idea de las rodadas de un carro. Eran roda-

das, en efecto, porque fueron abiertas por dos ruedas. En los tiempos feudales en esta pieza se descuartizaba á los reos por un procedimiento menos ruidoso que el de los cuatro caballos. Habia allí dos ruedas, tan fuertes y tan grandes, que tocaban en las paredes y en la bóveda. Ataban á cada una de estas ruedas un brazo y una pierna del paciente, y dando vueltas á las ruedas en sentido inverso, quedaba el hombre descuartizado. Como se necesitaba hacer para esto gran esfuerzo, marcó surcos en las paredes el roce de las ruedas. Todavía puede verse una pieza de esta clase en Vianden.

Bajo de ese calabozo habia otro, que era el del Olvido. En él no se entraba por puerta alguna, sino por un agujero. Ataban al paciente con una cuerda, que le pasaba por los sobacos, y le bajaban desnudo á aquel calabozo por un hueco practicado en las baldosas de la pieza de arriba. Si se obstinaba en vivir, le echaban el alimento por dicho hueco. Hay un calabozo de esta clase todavía en Bouillon.

Por aquel agujero entraba el aire. La pieza inferior debajo de la sala del piso bajo era, más que una habitacion, un pozo. Estaba en contacto con una via de agua y llena de aire glacial; así, lo que causaba la muerte al preso de abajo daba la vida al de arriba, haciéndole respirable la prision, pues el piso de arriba solo recibia aire por dicho hueco. Por otra parte, el que entraba ó caia en aquel calabozo no volvia á salir.

A esto llamaban nuestros abuelos una "mazmorra„. Habiendo desaparecido ya estos sitios, el nombre carece de sentido para nosotros, que, gracias á la revolucion, oimos pronunciar con indiferencia.

Al exterior de la torre y por encima de la brecha, que hace cuarenta años era su única entrada, veíase un hueco más ancho que el de las demás aspilleras, del que pendia una verja de hierro arrancada y rota.

IV.

El puente del castillejo.

A esta torre se unia, por el lado opuesto á la brecha, un puente de piedra de tres arcos, bastante bien conservado, el que sostuvo en otro tiempo un cuerpo del edificio, del que aun quedaban restos. En este cuerpo del edificio se conocian señales evidentes de un incendio; solo le quedaba el armazon ennegrecido, especie de osamenta, á través de la que pasaba la luz, y se erguia junto á la torre como un esqueleto al lado de un fantasma.

Aquella ruina fué completamente demolida y hoy no queda ya ningun vestigio de ella. Bastaron un dia y un aldeano para destruir la obra de muchos siglos y de muchos reyes.

La *Tourgne*, abreviatura campesina, significa la Tour-Gauvain, lo mismo que la *Jupelle* significa la Jupelliere.

La Tourgne, que hace cuarenta años era una ruina y hoy es una sombra, era en 1793 una fortaleza. Era la antigua Bastilla de los Gauvain, que por el Occidente defendia la entrada del bosque de Fougéres, bosque que ya no existe en la actualidad.

Se construyó esta ciudadela sobre una de las grandes rocas de esquisto que abundan entre Mayena y Dinan, esparcidas entre los setos y los brezos, como si los titanes se hubiesen hecho la guerra y se las hubiesen arrojado los unos á los otros.

La torre era toda la fortaleza: debajo de ella estaban las rocas y al pié de éstas una de esas corrientes de agua que en el mes de Enero se convierten en torrentes y en el mes de Junio se quedan en seco. Simplificada dicha fortaleza hasta el punto que acabamos de decir, era en la Edad Media casi inexpugnable. El puente debilitaba su posicion. Los Gauvain góticos la construyeron sin puente; llegábase á ella por un puente de tabla que puede romperse de un hachazo. Mientras que los Gauvain fueron vizcondes, estaban satisfechos de conservarla así; pero cuando fueron marqueses, al abandonarla para ir á establecerse en la córte, pusieron tres arcos de piedra sobre el torrente y la hicieron accesible por la parte de la llanura, como ellos se hicieron accesibles por parte del rey. Los marqueses del siglo diez y siete y las marquesas del siglo diez y ocho no tenian empeño en ser inexpugnables. El copiar á Versalles reemplazó á seguir las tradiciones de los antepasados.

Enfrente de la torre, por la parte occidental, habia una meseta bastante elevada que terminaba en las llanuras: aquella meseta casi tocaba á la torre; solo la separaba de ella un barranco muy hondo, por cuyo seno corria un riachuelo, que era un afluente del Conesnou. El puente que unia la meseta con

la torre estaba fundado sobre altos pilares y sobre ellos se edificó un edificio, de estilo Mansard, más habitable que la torre. Pero entonces las costumbres eran aun muy groseras y los señores preferian habitar los aposentos de la fortaleza, parecidos á calabozos. En el edificio levantado sobre el puente se construyó un largo pasillo, que servia de entrada y que se llamaba la Sala de Guardias; encima de esta sala, que era una especie de entresuelo, se puso una biblioteca, y encima de la biblioteca un granero. Habia en el edificio altas ventanas con vidrios pequeños de Bohemia, pilastras entre las ventanas, medallones esculpidos en la pared; tres pisos, en el bajo estaban las partesanas y los mosquetes, en el del medio los libros y en el tercero los sacos de avena. Todo esto era algo silvestre, pero propio de los nobles de aquellos tiempos.

La torre del lado era feroz. Dominaba con toda su altura lúgubre aquel castillejo, y desde la plataforma podia destruir el puente.

Los dos edificios, uno abrupto y otro cortesano, parecia que en vez de juntarse se chocaban, por no estar acordes en el estilo. Aunque los dos semicírculos debieron ser idénticos, nada se asemeja menos á una plena cintra romana que una archivolta clásica. Aquella torre, digna de las selvas, era una vecina extraña de aquel puente, digno de Versalles. Su conjunto inspiraba terror; como si viéseis á Alan Barba-Torcida dando el brazo á Luis XIV: de la reunion de las dos majestades resultaba un conjunto feroz.

Insistimos en que bajo el punto de vista militar el puente casi entregaba á la torre; la embellecia, pero la desarmaba, y al ganar en ornamento habia perdido en fuerza. El puente ponia su entrada al nivel de la meseta. Continuando inexpugnable por la parte del bosque, se hizo vulnerable por la parte de la llanura. Antes dominaba á la meseta, pero entonces la meseta la dominaba á ella, y un enemigo instalado en ésta podia ser en breve dueño del puente, y la biblioteca y el granero podian servir de auxiliares al sitiador de la fortaleza. La biblioteca y el granero en semejante lugar se parecen en que los libros y la paja son dos combustibles, y para el sitiador que utiliza el incendio, es lo mismo quemar un saco de paja que quemar á Homero, con tal que ardan. Así se lo probaron los franceses á los alemanes cuando incendiaron la biblioteca de Heidelberg, y los alemanes se lo probaron á los franceses cuando quemaron la biblioteca de Estrasburgo. El puente, añadido á la Tourgne, era, pues, estratégicamente considerado, una falta; pero en el siglo diez y siete, bajo el gobierno de Colbert y de Louvois, no se creian ya sitiables los príncipes Gauvain, lo mismo que los príncipes de Rohan y de la Tremoille. Esto no obstante, los constructores del puente tomaron algunas precauciones. Habian previsto los incendios, y bajo las tres ventanas de la parte resguardada sujetaron transversalmente, por medio de garfios, que todavía se conservaban hace medio siglo, una fuerte escala de salvamento, cuya longitud era igual á la altura de los dos primeros pisos del puente, altura mayor de la que solian tener tres pisos ordinarios. Tambien habian previsto el asalto, y por eso aislaron el puente de la torre por medio de una puerta de hierro, baja y maciza; esta puerta cintrada se cerraba con una gruesa llave, que estaba oculta en un sitio que solo conocia el dueño de la torre, y cuando se cerraba podia resistir el empuje del ariete, y hasta casi el de la bala de cañon, y era preciso pasar por el castillejo del puente para llegar á la puerta y pasar despues por dicha puerta para penetrar en la torre, que no tenia otra entrada.

V.

La puerta de hierro.

El segundo piso del castillejo del puente, muy alto á causa de los pilares, correspondia con el segundo piso de la torre, y á esa altura se puso para mayor seguridad la puerta de hierro.

La puerta de hierro se abria por la parte del puente junto á la biblioteca, y por la parte de la torre junto á una gran sala abovedada, que tenia un pilar en el centro; esta sala era redonda, como la fortaleza, y entraba en ella la luz por largas aspilleras, que daban al campo. Las paredes toscas estaban desnudas; nada tapaba sus piedras, simétricamente ajustadas. Llegábase á ella por una escalera de caracol practicada en el espesor del muro, lo que se comprende recordando que era de quince piés de grueso. En la Edad Media se tomaba una ciudad calle por calle, casa por casa y cuarto por cuarto, y sitiábase tambien una fortaleza piso tras piso; bajo este punto de vista la Tourgne estaba cien-

tíficamente construida y era muy difícil de sitiar. Subíase de uno á otro piso por una escalera espiral de no fácil acceso. Las puertas no daban entrada directa, sino sesgada, y eran más bajas que la estatura ordinaria de un hombre, de modo que era preciso bajar la cabeza para pasar por ellas. Ahora bien, cabeza baja, cabeza perdida, porque el sitiador esperaba al sitiado al umbral de cada puerta.

Bajo de la sala redonda del pilar habia otras dos parecidas, una que formaba el primer piso y otra el interior; encima habia tres más de la misma clase. Sobre estas seis salas superpuestas se cerraba la torre con una especie de tapadera de piedra, que era la azotea ó plataforma, á la que se subia por un estrecho tragaluz.

Los quince piés de espesor del muro, que fué necesario perforar para poner la puerta de hierro que estaba empotrada, la encajaban dentro de una larga bóveda; de modo que esta puerta, cuando estaba cerrada, lo mismo por la parte de la torre que por la del puente, se encontraba bajo un pórtico de seis ó siete piés de anchura, y cuando estaba abierta, las dos partes de la bóveda solo formaban una de quince piés á la entrada.

Bajo el pórtico del castillejo se abria en el espesor de la pared un postigo, que daba á una escalerilla de caracol, que conducia á la sala del primer piso. Esta era otra dificultad para el sitiador, porque el castillejo solo presentaba en su extremo, por la parte de la meseta, un muro elevado y sin entradas y el puente terminaba allí. Un puente levadizo aplicado contra una puerta baja, le ponia en comunicacion con la meseta, y el puente, por causa de la altura de la meseta, formaba plano inclinado y conducia al corredor que se llamaba la Sala de Guardias. Si el sitiador se apoderaba de esta sala, tenia precision de tomar á viva fuerza la escalera de caracol que conducia al segundo piso, para poder llegar á la puerta de hierro.

VI.

La biblioteca.

La biblioteca era una sala oblonga que tenia la misma anchura y longitud que el puente y una sola puerta, la de hierro. Una mampara forrada de paño verde, que se abria y cerraba al menor impulso, cubria por la parte interior la bóveda, que daba paso á la torre. El muro de la biblioteca estaba revestido de armarios de cristales, construidos con el buen gusto de la ebanistería del siglo diez y siete. Seis grandes ventanas, tres á cada lado y una de ellas encima de cada arco, daban luz á la estancia, cuyo interior se veia por ellas desde lo alto de la meseta. En los entrepaños de las ventanas, sobre repisas de roble esculpido, habia seis bustos de mármol, que representaban á Hermolao de Bizancio, á Ateneo, gramático naucrático; á Suidas, á Casanbon, á Clodoveo, rey de Francia, y á su canciller Anachalo, el que entre paréntesis era tan canciller como rey Clodoveo.

En esta biblioteca habia varios libros de poca importancia, pero uno de ellos ha adquirido celebridad: era antiguo, en cuarto, con estampas, y cuyo título en letras grandes decia: *San Bartolomé*, y debajo, en letras más pequeñas, como subtítulo: *Evangelio segun San Bartolomé, precedido de una disertacion de Pantæno, filósofo cristiano, sobre la cuestion suscitada acerca de si este evangelio debe ser tenido por apócrifo y si San Bartolomé es el mismo Nathanael.* Este libro, conservado como ejemplar único, estaba sobre un pupitre en medio de la biblioteca, y en el siglo pasado iban á verle los curiosos.

VII.

El granero.

El granero, que tenia la forma oblonga como la biblioteca, y como ésta toda la extension del puente, era el desvan cubierto por la armazon del techo. Formaba un espacio atestado de heno y de paja, y le entraba la luz por seis ventanas de buhardilla. No tenia otro ornamento que una imágen de San Bernabé esculpida en la puerta, al pié de cuya imágen se leia este verso latino:

Barnabus sanctus falcem jubit ire per herbam.

La Tourgne, pues, era una torre alta y grande, de seis pisos, á la que entraba la luz por varias aspilleras, que tenia por entrada y salida únicas una puerta de hierro que daba á un puente castillejo, cerrado por un puente levadizo; detrás de la torre estaba la selva; delante habia una meseta cubierta de brezos, más alta que el puente y más baja que la torre; bajo el puente, entre la torre y la meseta, se extendia un barranco profundo y estrecho cubierto de maleza, que era torrente en invierno, arroyo en primavera y foso pedregoso en el verano,

Tal era la Torre-Gauvain, conocida por la Tourgne.

X.

Los rehenes.

Se deslizó Julio, vino Agosto, y una corriente heróica y feroz pasó por la atmósfera política de Francia, y dos espectros atravesaron el horizonte; Marat con el puñal clavado en el corazon y Carlota Corday sin cabeza. Cada dia la revolucion presentaba aspecto más formidable. La Vendée, derrotada en su estrategia grande, se refugiaba en la pequeña, que era la más temible, como ya hemos dicho; aquella guerra era ya una inmensa batalla desparramada por los bosques. Comenzaban los grandes desastres del ejército llamado católico y real: un decreto enviaba á la Vendée el ejército de Maguncia; ocho mil vendeanos habian muerto en Aucenis; habian rechazado á sus partidas de Nantes, las arrojaron de los bosques de Montaigu, las expulsaron de Thonars, las echaron de Noirmontier, de Mortagne de Saumur. Además evacuaban á Partsenay, abandonaban á Clison, se retiraban de Chatillon, perdian una bandera en Saint-Hilaire, eran derrotadas en Pornic, en las Sables, en Fontenay, en Doné, en Chateau-d'Eau, en los Ponto-de-Cé; se encontraban amenazadas en Luzon, en retirada en la Chataigneraye y en dispersion en la Roche-sur-Yon; aunque por otra parte amenazaban á la Rochela, y una escuadra inglesa en las aguas de Guernesey, á las órdenes del general Craig, solo esperaba para desembarcar en Francia una señal de Lantenac. Dicho desembarque podia proporcionar la victoria á la insurreccion realista. Pitt era un malhechor de Estado; porque en la política existe la traicion, como en la panoplia el puñal. Pitt daba puñaladas á la Francia y hacia traicion á su pais, porque deshonrarlo es hacerle traicion, y la Inglaterra, durante su gobierno y por su influjo, realizaba la guerra púnica, espiando, cometiendo fraudes y mintiendo; guerra contrabandista y falsaria, en la que nada le repugnaba y en la que descendia hasta las más fútiles minuciosidades del ódio. Procuraba el monopolio del sebo, que costaba á cinco francos la libra, y en Lila tenia un inglés en el bolsillo una carta de Prigent, agente de Pitt en la Vendée, que contenia estas líneas: "Os ruego que no perdoneis gasto alguno. Esperamos que los asesinatos se ejecuten con prudencia; los clérigos disfrazados y las mujeres son las personas más á propósito para esta operacion. Enviad sesenta mil libras á Ruan y cincuenta mil á Caen„. Barere leyó esta carta en la Convencion el dia 1.° de Agosto. A estas perfidias respondian los actos de salvajismo de Parrein y posteriormente respondieron las atrocidades de Carrier. Los republicanos de Metz y los del Mediodía pedian ir á pelear contra los rebeldes. Un decreto ordenó la formacion de veinticuatro compañías de exploradores para incendiar los setos y los vallados del Bocage. La guerra no cesaba en un punto sino para continuar en otro. "No hay cuartel para los prisioneros„ era el grito de los dos partidos. La historia proyectaba sombra terrible.

En el mes de Agosto estaba sitiada la Tourgne. Una tarde, al anochecer, en la calma del crepúsculo canicular, cuando ni una hoja se movia en los bosques ni una yerba se extremecia en las llanuras, el sonido de una trompeta que procedia de lo alto de la torre se oyó en medio del silencio.

A ese sonido respondió un toque de clarin que procedia de abajo.

En lo alto de la torre habia un hombre armado; bajo habia un campamento.

Veíase confusamente en la oscuridad, alrededor de la torre Gauvain, un hormiguero de formas negras; este hormiguero era un vivac, cuyos fuegos comenzaban á encender al pié de los árboles del bosque, entre los brezos de la meseta, y agujereaban aquí y allá con puntos luminosos las tinieblas, como si la tierra quisiera llenarse de estrellas al mismo tiempo que el cielo. ¡Sombrías estrellas de la guerra! El vivac, por la parte de la meseta, se prolongaba hasta la llanura y por la parte de la selva se hundia en los zarzales. La Tourgne estaba bloqueada.

La extension del vivac de los sitiadores indicaba que eran éstos en gran número.

El campamento cerraba estrechamente las avenidas de la fortaleza, llegando por la parte de la torre hasta la roca y por la parte del puente hasta el barranco.

Oyóse un segundo toque de trompeta, que fué contestado por otro de clarin. La trompeta preguntaba y el clarin respondia. La trompeta, en nombre de la

torre, interrogaba al campamento: "¿Quereis que hablemos?„ y el clarin, en nombre del campamento, le contestaba que sí.

En esta época la Convencion no consideraba como beligerantes á los vendeanos, y habiendo prohibido por medio de un decreto cambiar parlamentarios con los "bandidos„ suplian por los medios que podian las comunicaciones, que el derecho de gentes autoriza en las guerras ordinarias y prohibe en las guerras civiles. Por eso cuando el caso lo requeria habia cierta inteligencia entre la trompeta campesina y el clarin militar. El primer toque era una señal preventiva; el segundo toque hacia la siguiente pregunta: "Quereis escucharme?„ Si el clarin no contestaba al segundo toque, su silencio significaba la negativa; si respondia, significaba el consentimiento, y por consecuencia la tregua de algunos instantes.

Como el clarin respondió por segunda vez, el hombre que estaba en lo alto de la torre habló, diciendo lo que sigue:

—"Hombres que escuchais, yo soy Gouge-le-Bruant, alias Mata-azules, porque exterminé muchos de los vuestros y porque aun mataré muchos más; en el ataque de Granville me cortásteis un dedo de un sablazo sobre el cañon del fusil, y en Laval guillotinásteis á mi padre, á mi madre y á mi hermana Jacquelina. Ya sabeis quién soy.

„Os hablo en nombre de monseñor el marqués de Gauvain de Lantenac, vizconde de Fontenay, príncipe breton, señor de las siete Florestas, mi señor.

„Sabed desde luego que monseñor el marqués, antes de encerrarse en esta torre, en la que le teneis bloqueado, distribuyó el mando de las operaciones de la guerra entre seis jefes: dió á Deliere el mando del territorio comprendido entre el camino de Brest y el de Ernée; á Treton el del que se extiende entre la Roe y Laval; á Jacquet, alias Cortahierro, el de los confines del Alto Maine; á Gaulier, alias Pedro el Grande, el de Chateau-Goutier; á Lecomte el del territorio de Graon; á Dubois-Guy el de Fougéres, y todo el de la Mayena al señor de Rochambeau: de modo que con tomar esta fortaleza nada habeis conseguido en definitiva, y aun en el caso extremo de que el marqués muriese, la Vendée, que es de Dios y del rey, no morirá.

„Esto os lo digo para que esteis prevenidos; el señor marqués está á mi lado y por mi boca salen sus palabras. Paso á haceros saber lo que más os importa.

„No olvideis que la guerra que nos haceis es injusta. Somos los habitantes de este pais, combatimos honradamente y somos sencillos y puros por la voluntad de Dios.

„Atacándonos la República vino á turbar la tranquilidad de nuestros campos, á quemar nuestras casas y cosechas y á ametrallar nuestras granjas: nuestras mujeres y nuestros hijos se han visto obligados á huir á los bosques y con los piés descalzos.

„Nos habeis perseguido por las selvas y cercado en esta torre; habeis muerto ó dispersado los que se nos habian unido; teneis cañones, reforzásteis vuestra columna con las guarniciones y destacamentos de Mortain, de Barenton, de Teilleul, de Landivy, de Evran, de Tinteinac y de Vitré, con lo que aumentó vuestro número hasta disponer de cuatro mil quinientos hombres para el ataque, mientras que nosotros solo somos diez y nueve hombres para la defensa. Tenemos, sin embargo, víveres y municiones.

„Lográsteis practicar una mina y volar un trozo de la roca y otro del muro, y por ese medio abrísteis un agujero al pié de la torre, que es una brecha por la que podeis entrar, aunque no está á cielo abierto, y aunque la torre, tan fuerte como antes, forma bóveda sobre ella.

„Ahora os preparais para el asalto.

„Ahora, pues, voy á deciros lo importante.

„Tenemos en nuestro poder tres prisioneros que son tres niños, que fueron adoptados por uno de vuestros batallones y que por lo tanto son vuestros. Os ofrecemos devolvéroslos, pero con una condicion.

„La condicion es que nos dejeis libre la salida de la torre: si no la aceptais, oid bien lo que voy á deciros; no podeis atacarnos más que por dos partes; ó por la brecha del lado del bosque, ó por el puente del lado de la llanura. El edificio que está sobre el puente tiene tres pisos: en el de abajo yo, el Imano, he puesto seis toneles de alquitran y cien faginas de brezos secos, en el de arriba hay paja y en el del medio libros y papeles. La puerta de hierro que comunica el puente con la torre está cerrada y el señor marqués tiene la llave. Hice bajo esa puerta un agujero y por él he pasado una mecha untada con azufre; uno de sus extremos está metido en uno de los toneles de alquitran y el otro estará al alcance de

mi mano en el interior de la torre, para encenderlo cuando á mí me parezca. Si os negais á dejarnos salir, pondremos á los tres niños en el segundo piso del puente, entre el piso donde están la mecha azufrada y el alquitran y el que contiene la paja, y los encerraremos allí. Si nos atacais por el puente, vosotros mismos incendiareis el edificio; si nos atacais por la brecha, lo incendiaremos nosotros; si nos atacais por las dos partes á la vez, prenderemos fuego á la par vosotros y nosotros. En cualquiera de los casos los niños morirán abrasados.

„Ahora aceptad ó rechazad la oferta. Si la aceptais, saldremos; si no la aceptais, morirán los niños. He dicho.„

Cuando terminó de hablar el hombre que ocupaba lo alto de la torre, se oyó al pié de ésta una voz que dijo:

—No aceptamos.

Esta voz era breve y severa; otra menos dura, pero tambien firme, añadió:

—Os concedemos veinticuatro horas para rendiros á discrecion.

Hubo una pausa: despues la misma voz continuó:

—Mañana á estas horas, si no os habeis rendido, daremos el asalto.

La primera voz añadió:

—Y no habrá cuartel.

A esta voz feroz respondió otra desde lo alto de la torre.

Vióse entre dos almenas de la plataforma inclinarse un hombre de alta estatura, y á la luz de las estrellas pudo conocerse que era el marqués de Lantenac. Las miradas de éste se paseaban por la oscuridad como buscando á álguien, y al poco tiempo gritó:

—Calla, es el cura!...

—Sí, traidor, yo soy, respondió la voz ruda de abajo.

XI.

Terrible como los antiguos.

La voz implacable era, en efecto, de Cimourdain, y la más jóven y menos absoluta de Gauvain. El marqués de Lantenac no se equivocó.

Cimourdain en pocas semanas se hizo famoso en aquel pais ensangrentado por la guerra civil, adquiriendo lúgubre renombre. Se decia: Marat en Paris, Chalier en Lyon y Cimourdain en la Vendée. Vituperaban á éste tanto cuanto le habian respetado en otro tiempo, que es lo que les sucede á los clérigos apóstatas, é inspiraba horror. Los hombres crueles son infortunados; los que ven sus actos los condenan, y quizás les absolverian los que vieran sus conciencias. Un Licurgo inexplicable parece un Tiberio. De todos modos, el marqués de Lantenac y Cimourdain pesaban lo mismo en la balanza del ódio comun: las maldiciones que los realistas lanzaban contra Cimourdain, constituian el contrapeso de las execraciones de los republicanos á Lantenac; cada uno de esos dos hombres era para el partido opuesto un mónstruo, hasta el punto de que se observó el fenómeno singular de que mientras Prieur del Marne ofrecia en Granville un premio por la cabeza de Lantenac, Charette en Noirmontier ofrecia otro por la cabeza de Cimourdain.

Los dos hombres, el marqués y el sacerdote, eran hasta cierto punto un mismo hombre. La máscara de bronce de la guerra civil tiene dos perfiles: uno mira hácia el pasado y otro hácia el porvenir, pero los perfiles son trágicos. Lantenac era el primero de ellos y Cimourdain el segundo, pero el aspecto del de Lantenac era oscuro y sombrío; en la frente fatal del de Cimourdain se reflejaba un resplandor de aurora.

La sitiada Tourgne gozaba el beneficio de poder respirar durante un dia; por la intervencion de Gauvain, como acabamos de ver, se pactó una tregua de veinticuatro horas.

El Imano estaba bien enterado, pues por las órdenes y disposiciones de Cimourdain, Gauvain reunió bajo su mando cuatro mil quinientos hombres, entre Guardia nacional y tropa de línea, con los que cercó á Lantenac en la Tourgne y pudo asestar contra la fortaleza doce piezas de artillería, seis por cada lado de la selva, en batería rasante, y seis por el lado del puente, en la meseta y en batería alta. Tambien pudo emplear la mina y abrir la brecha al pié de la torre.

De modo que al espirar el plazo de las veinticuatro horas, la lucha iba á empeñarse en las condiciones siguientes:

En la meseta y en el bosque habia cuatro mil quinientos hombres: en la torre no habia más que diez y nueve. Para mandar los cuatro mil quinientos hombres, que casi componian un ejército, Cimourdain quiso que nombrasen á Gauvain ayudante general, pero éste se negó á aceptar el ascenso, diciendo: "Veremos cuando caiga Lantenac en nuestras manos; hasta ahora no lo he merecido.„ Tener grandes mandos y humildes

graduaciones entraba entonces en las costumbres republicanas. Bonaparte posteriormente fué comandante de escuadron de artillería y general en jefe del ejército de Italia.

Era extraño el destino de la Tourgne: un Gauvain la atacaba y otro la defendia; por eso se notaba cierta reserva en el ataque, pero no en la defensa, porque el marqués de Lantenac era de los hombre que á nada guardan consideraciones, y además, vivió siempre en Versalles y no tenia cariño á la Tourgne, que apenas conocia. Se refugió en ella por no encontrar otro asilo, pero la hubiera demolido sin escrúpulo, si derribarla fuese beneficioso para su causa. Gauvain era más respetuoso.

El puente era el punto débil de la fortaleza, pero en la biblioteca, que caia sobre el puente, estaban los archivos de la familia; si se daba el asalto por allí el incendio seria inevitable, y quemar los archivos era para Gauvain atacar á sus padres en cierto modo. La Tourgne era la casa solariega de los Gauvain; de ella procedian todos sus feudos de la Bretaña; allí estaban los recuerdos domésticos de Gauvain, allí mismo nació, y las vicisitudes tortuosas de la vida le arrastraban en la edad viril á atacar la fortaleza donde pasó la infancia. ¿Seria tan impío que se resolviese á convertirla en ceniza? Quizás estaria aun su cuna en algun rincon del granero ó de la biblioteca.

Hay reflexiones que nos emocionan, y Gauvain, en presencia de la antigua casa de su familia, se sentia conmovido. Por eso evitó el ataque del puente, limitándose á situar frente á él una batería que imposibilitase la salida ó la evasion por aquella parte, y por eso, decidiéndose á atacar por el lado opuesto, tuvo que hacer los trabajos de mina y de zapa al pié de la torre.

Cimourdain se lo consintió, aunque reprochándoselo despues á sí mismo, porque la aspereza de su carácter le hacia fruncir el ceño ante aquellas antiguallas góticas, y era tan poco indulgente con los edificios como con los hombres. Perdonar un castillo era un principio de clemencia, y este era el lado flaco de Gauvain á los ojos de Cimourdain, que lo sabia, le vigilaba y le detenia en aquella pendiente, que, segun su criterio, era funesta. Pero el mismo Cimourdain reconocia y confesaba en su interior, aunque su debilidad le indignaba, que volvió á ver la Tourgne con secreto extremecimiento y que se enterneció ante la sala de estudio que debia encerrar los primeros libros que hizo leer á Gauvain. Cimourdain habia sido cura de la aldea inmediata de Parigné; habitó el último piso del castillejo del puente, en aquella biblioteca tuvo sobre sus rodillas al niño Gauvain, enseñándole el alfabeto, y entre aquellas cuatro paredes vió crecer á su discípulo, al hijo de su alma, crecer corporal y espiritualmente. ¿Iba á destruir y á incendiar aquellas paredes, aquel castillejo y aquella biblioteca?... Por eso las perdonaba, pero... no sin remordimiento.

Dejó, pues, atacar á Gauvain por el lado opuesto. La Tourgne tenia su parte salvaje, que era la torre, y su parte civilizada, que era la biblioteca. Gauvain combatia la fortaleza por el lado salvaje.

Para aquella antigua mansion, que un Gauvain atacaba y otro defendia, volvian los tiempos feudales en plena revolucion francesa. Las guerras entre parientes constituyen casi toda la historia de la Edad Media; los Etéocles y los Polínices son tan góticos como griegos, y Hamlet hace en Elsenor lo que Orestes hizo en Argos.

XII.

Bosquéjase el salvamento.

Los dos bandos pasaron toda la noche haciendo preparativos.

En cuanto terminó el sombrío parlamento, Gauvain llamó á su teniente. Guechamp era un hombre de segunda fila, honrado, intrépido, mediocre, mejor soldado que jefe, perfectamente inteligente en todos sus deberes, hasta el extremo de no enternecerse jamás; inaccesible á la corrupcion de cualquier especie, lo mismo á la venalidad, corruptora de la conciencia, que á la compasion, corruptora de la justicia. Tenia en el alma y en el corazon las dos pantallas que se llaman disciplina y consigna, como un caballo tiene orejeras ante los ojos y marcha de frente por el espacio que le dejan libre. Su paso era recto, pero era estrecho su camino. Era hombre rígido en el mando y exacto en la obediencia.

Gauvain dirigió con viveza la palabra á Guechamp.

—Guechamp, una escalera.

—Mi comandante, no tenemos ninguna.

—Pues la necesito.

—Para escalar?

—No, para salvamento.

Guechamp reflexionó y dijo:

—Comprendo; ¿pero la necesitareis muy larga?...

—Que alcance lo menos tres pisos.

—Esa es la altura poco más ó menos, mi comandante.

—Pues debe ser de mayor altura para tener seguridad del éxito.

—Sin duda.

—Cómo es que no teneis escalas?

—Como no creísteis oportuno atacar á la Tourgne por el lado de la meseta, no por el puente, sino por la torre, solo nos hemos ocupado en las obras de la mina y no hemos traido escalas.

—Mandad hacer una inmediatamente.

—No se improvisa una escala que alcance tres pisos.

—Se atan por los extremos otras más cortas.

—Para eso es preciso tenerlas.

—Buscadlas.

—No es fácil que se encuentren. Los campesinos en todas partes destruyen las escalas, así como desmontan los carros y cortan los puentes.

—Quieren paralizar el movimiento de la República.

—Quieren que no podamos llevar un convoy, ni pasar un rio, ni asaltar un muro.

—Pues necesito una escalera.

—Recuerdo que en Javené, cerca de Fougéres, hay una gran carpintería. Allí podremos adquirir escaleras.

—Pues no hay un instante que perder.

—Para cuándo la quereis?

—Para mañana á estas horas lo más tarde.

—Enviaré á Javené un expreso á galope; llevará la órden de requisa, y como tenemos allí un destacamento de caballería, él proporcionará la escolta; la escalera podrá estar aquí mañana antes de ponerse el sol.

—Basta con que esté á esa hora; despachad.

Diez minutos despues volvió Guechamp y dijo á Gauvain:

—Mi comandante, ya marchó á Javené el ordenanza.

Gauvain subió á la meseta y permaneció largo tiempo con la vista fija en el puente-castillejo construido al través del barranco. El ala del edificio, sin otra entrada que la puerta baja cerrada por el puente levadizo, levantado entonces, daba frente á la escarpa del barranco. Para llegar desde la meseta á los pilares del puente se necesitaba bajar por la escarpadura, lo que era posible asiéndose á las matas. Pero estando ya en el foso, el sitiador se encontraba expuesto á todos los proyectiles que podian lanzarle desde los tres pisos. Gauvain acabó de convencerse de que el ataque seria más ventajoso por la brecha de la torre.

Adoptó, pues, medidas para imposibilitar la fuga de los sitiados; completó el estrecho bloqueo de Tourgne y apretó las mallas de sus batallones, de modo que nadie pudiera pasar por ellas. Gauvain y Cimourdain se repartieron la fuerza para el ataque. El primero se reservó el lado del bosque y dió al segundo el lado de la meseta, conviniendo en que mientras Gauvain condujera el asalto por la brecha, Cimourdain, con la mecha encendida y mandando la batería alta, observaria el puente y el barranco.

XIII.

Lo que hacia el marqués.

Entre tanto que fuera de la torre se preparaba todo para el ataque, dentro se disponia todo para la resistencia.

Hay cierta analogía entre torre y tonel; porque así como se perforan con un punzon las duelas de un tonel, se perforan con una mina los muros de una torre; esto es lo que le sucedió á la Tourgne.

El poderoso golpe de punzon dado por dos ó tres quintales de pólvora agujereó de parte á parte el enorme muro. El boquete partia del pié de la torre, atravesaba la muralla por su mayor grueso y terminaba formando una especie de arco grosero en la sala del piso bajo de la fortaleza. Los sitiadores, desde las baterías, con el objeto de hacer la brecha practicable para el asalto, lo habian modelado y ensanchado á cañonazos.

El piso bajo, hasta el que penetraba la brecha, era una gran sala redonda, desnuda y con un pilar central que sostenia la clave de la bóveda. Aquella sala, la mayor de todo el edificio, tenia sobre cuarenta piés de diámetro. Cada uno de los pisos de la torre tenia una sala semejante, pero menor, con aposentillos en los huecos de las aspilleras; pero la sala del piso bajo carecia de aspilleras y de tragaluces; era oscura y en ella no penetraba el aire.

En esta sala estaban, la puerta de los

calabozos del Olvido y otra puerta de la escalera que conducia á los pisos superiores. A esta sala podian llegar los sitiadores por la brecha, pero despues de tomar aquella les faltaba aun tomar la torre.

En dicha sala no se podia respirar; nadie pudo pasar en ella veinticuatro horas sin morir asfixiado; pero la brecha permitió la entrada del aire exterior y la dotó de condiciones para poder vivir en ella. Por eso los sitiados no cerraron la brecha. Además, ¿para qué habian de cerrarla? El cañon la hubiera abierto otra vez.

Fijaron en el muro una argolla de hierro y en ella una antorcha, y así tuvieron alumbrada la sala del piso bajo; pero cómo defenderse en ella?

Tapar el boquete era fácil, pero inútil; preferible era construir una *retirada*. La retirada es un atrincheramiento de ángulo entrante, una especie de barricada doble, que permite hacer que converjan los fuegos de diversos puntos de los sitiadores y que, dejando abierta la brecha por el exterior, la cierra por dentro. Como no les faltaban materiales, construyeron una retirada con aberturas para los fusiles. El ángulo entrante de este reducto apoyaba el vértice en el pilar central y las dos alas tocaban al muro por las dos partes; despues practicaron en sitios oportunos algunos barrenos para minas.

El marqués lo dirigia todo; era el inspirador, el ordenador, el guía, el maestro, el alma terrible de la torre. Lantenac pertenecia á la raza de los hombres de guerra del siglo diez y ocho que á los ochenta años salvaban ciudades. Se parecia al conde de Alberg, que siendo ya casi centenario, expulsó de Riga al rey de Polonia.

—Valor, amigos! les decia el marqués: al principio de este siglo, en 1713, Cárlos XII, encerrado en Bender en una casa, se sostuvo con trescientos suecos contra veinte mil turcos.

Fortificaron tambien los otros dos pisos, cerraron las habitaciones con barricadas, hicieron aspilleras, atrancaron las puertas con vigas empotradas á fuerza de golpes de mazo, dejando libres solo las escaleras de caracol que comunicaban con los pisos, por necesitarlas para la circulacion, pues dificultarlas para el sitiador hubiera sido dificultarlas tambien para el sitiado. Por eso la defensa de las plazas tuvo siempre un lado débil.

El marqués, infatigable, robusto como un jóven, levantando vigas y llevando piedras, daba el ejemplo, y al mismo tiempo que dictaba órdenes fraternizaba en el trabajo y reia con aquella gente feroz, conservándose, sin embargo, á la altura de su categoría de señor altivo, familiar, elegante y feroz.

No admitia réplica cuando mandaba. Decia á sus subordinados:—*Si la mitad de vosotros se me sublevara, la haria fusilar por la otra mitad y defenderia la torre con los que me quedasen.* Un jefe así hace que le adoren sus soldados.

XIV.

Lo que hacia el Imano.

Mientras el marqués se ocupaba en preparar la defensa de la brecha y la de la torre, el Imano se ocupaba de la del puente. Desde que principió el sitio, la escala de salvamento, suspendida transversalmente por fuera bajo las ventanas del segundo piso, se retiró por órden del marqués y la puso el Imano en la sala de la biblioteca. Esta escala es la que Gauvain quizás queria reemplazar con otra.

Las ventanas del entresuelo, llamado Sala de Guardias, estaban defendidas por una triple armadura de barrotes de hierro fijos en la piedra y no se podia entrar ni salir por ellas. No habia barrotes en las ventanas de la biblioteca, pero estaban muy altas.

El Imano hizo que le acompañasen tres hombres capaces de todo con él y como él resueltos. Eran éstos Hoisnard, alias Rama de Oro, y los dos hermanos Pica-en-bosque. El Imano tomó una linterna sorda, abrió la puerta de hierro y visitó minuciosamente los tres pisos del castillejo del puente. Rama de Oro era tan implacable como el Imano, sobre todo desde que la República mató á un hermano suyo.

El Imano examinó el piso superior, lleno de heno y de paja, y el inferior, en el que hizo poner varias ollas de alquitran, que añadió á los toneles; puso en contacto con éstos un monton de haces de brezo y se aseguró del buen estado de la mecha azufrada, que por un extremo tocaba en los toneles y por el otro en la torre. Derramó por el suelo bajo de aquellos y los haces gran cantidad de alquitran, empapando con él la mecha, y por último trasladó á la sala de la biblioteca las tres cunas, en las que dormian profundamente Renato, Alan y

Georgina, mandando que cuidasen de no despertarlos.

Estas cunas eran sencillos cuévanos de campaña; una especie de canastillas muy bajas, que puestas en el suelo permiten que el niño salga él solo, sin necesitar auxilio ageno. Al lado de cada cuna el Imano puso una escudilla de sopa y en ella una cuchara de madera. La escala de salvamento estaba en el suelo de la biblioteca y apoyada contra la pared. El Imano hizo colocar las cunas, que se tocaban por los extremos, junto á la pared de enfrente de donde estaba la escalera, y despues abrió de par en par las seis ventanas de la biblioteca. La noche era clara y apacible.

Hizo que los hermanos Pica-en-bosque fuesen á abrir las ventanas de los pisos superior é inferior. Observó en la fachada oriental del edificio una hiedra grande y vieja, seca, que creyó podria serle útil, porque cubria todo un lado del puente de arriba á abajo y formaba como un marco en las ventanas de los tres pisos.

Despues de inspeccion minuciosa, salieron los cuatro hombres del castillejo y regresaron á la torre. El Imano cerró otra vez con dos vueltas de llave la pesada puerta de hierro, examinó la cerradura enorme y terrible y el cabo de la mecha azufrada, que pasaba por el agujero que habia él mismo practicado, y que era el único medio de comunicacion que quedaba ya entre la torre y el puente. Aquella mecha partia de la sala redonda, pasaba por bajo de la puerta de hierro, entraba por la bóveda, descendia por la escalera del piso bajo del puente, serpenteaba por la espiral, se arrastraba por el suelo de la Sala de Guardias y terminaba en el charco de alquitran que estaba en contacto con los toneles y con las faginas. El Imano habia calculado que necesitaria un cuarto de hora la mecha encendida en el interior de la torre para comunicar el fuego al alquitran que estaba debajo de la biblioteca. Tomadas estas disposiciones, devolvió la llave de la puerta de hierro al marqués de Lantenac, que se la guardó en el bolsillo.

Importaba vigilar todos los movimientos de los sitiadores. El Imano se situó de centinela, llevando la trompeta al cinto, en la garita de la plataforma de lo alto de la torre; allí observaba por el lado del bosque y por el lado de la meseta, teniendo á su inmediacion un frasco de pólvora, un saco lleno de balas y ejemplares de periódicos, ocupándose toda la noche en hacer cartuchos.

Cuando salió el sol alumbró ocho batallones en el bosque con las fornituras puestas y la bayoneta calada y dispuestos para el asalto; en la meseta dejó ver una batería de cañones con cartuchos y cajas de metralla, preparados tambien para entrar en fuego; habia en la fortaleza diez y nueve hombres cargando trabucos, fusiles, pistolas y escopetas, y en las tres cunas tres niños dormidos.

LIBRO TERCERO

El martirio de San Bartolomé.

I.

Los niños se despertaron; primero se despertó la niña.

Los niños despiertan como se abren las flores, exhalando como un perfume de sus frescas almas.

Georgina, que solo tenia veinte meses, pues aun tetaba en Mayo, levantó la cabecita, se sentó, se miró los piés y se puso á charlar.

Un rayo de la luz de la mañana reflejaba en su cuna y era difícil de decir qué era más rosado, si su pié ó el rayo de la aurora.

Los otros dos niños dormian aun; los varones tienen el sueño más pesado. Georgina, alegre y tranquila, charlaba.

Renato era moreno, Alan tenia el pelo castaño y Georgina era rubia. El color del cabello en la infancia, de acuerdo con la edad, suele cambiar despues. Renato ofrecia el aspecto de un pequeño Hércules y dormia boca abajo con los puños en los ojos. Alan tenia las piernas fuera de la cuna.

Sus vestidos eran andrajosos; eran los que les dió el batallon del Gorro Rojo, pero que ya se habian hecho á pedazos, lo mismo que las camisas; los dos niños casi estaban desnudos; Georgina llevaba un trapo, que fué vestido, pero que ya solo era corpiño. No era fácil saber quién los cuidaba. No tenian madre. Los salvajes y beligerantes campesinos que los arrastraban consigo de bosque en bosque les daban parte de su rancho, y éste era todo el cuidado que tenian de ellos.

Los niños vivian como podian; todos eran amos suyos, pero ninguno era su

padre. Los andrajos no sientan mal á los niños.

Georgina seguia charlando.

Como canta el pájaro, charla el niño; es el mismo himno confuso, balbuceado y profundo. El niño tiene además lo que no tiene el pájaro; el porvenir, el oscuro destino humano ante él. De aquí nace la tristeza de los hombres que oyen, contrapuesta á la alegría del niño que canta. El cántico más sublime que puede oirse en el mundo es el balbuceo del alma humana en los labios de la infancia; ese confuso cuchicheo de un pensamiento, que aun no es más que instinto, contiene no sé qué llamamiento á la justicia eterna; quizá es una protesta que se hace en el umbral de la vida antes de traspasarlo para entrar en ella; protesta humilde y doliente, en la que esa ignorancia, que se sonrie, compromete á toda la creacion en el destino de aquel sér débil y desarmado. Si se apodera de él la desgracia, será por un abuso de confianza.

El murmullo del niño es más y es menos que la palabra: no son notas y es un cántico, no son sílabas y es un lenguaje; principió en el cielo y no terminará en la tierra; existe antes del nacimiento y cuando nace lo sigue, es solo una continuacion; se compone de lo que el niño decia cuando era ángel y de lo que dirá cuando sea hombre; la cuna tiene su *Ayer*, como la tumba tiene su *Mañana*; y este ayer y este mañana amalgaman en ese gorjeo su respectivo secreto, y nada prueba tan bien la existencia de Dios, la de la eternidad y el dualismo del destino, como esa sombra formidable de esa alma de color de rosa.

Lo que Georgina balbuceaba no la entristecia; su hermoso semblante era todo él una sonrisa; sonreian en él los ojos, la boca y hasta los hoyuelos de las mejillas. Desprendíase de su sonrisa la misteriosa aceptacion de la aurora. El alma tiene fé en sus rayos. El cielo estaba azul, hacia calor y un tiempo hermoso; la débil criatura, sin saber, sin conocer, sin comprender nada, muellemente sumergida en el pensamiento que no piensa aun, se creia segura en medio de la tranquilidad de la naturaleza, entre aquellos árboles de sincero verdor, en aquella campiña pura y pacífica, entre los ruidos de los nidos, de las fuentes, de las moscas y de las hojas, sobre los que resplandecia la inmensa inocencia del sol.

Despues de Georgina se despertó Renato, el mayor, que tenia cuatro años cumplidos. Se puso en pié, salió virilmente de la cuna, vió su escudilla, sin extrañar encontrarla á punto, se sentó en el suelo y empezó á comer la sopa.

La charla de Georgina no despertó á Alan, pero el ruido que hacia la cuchara en la escudilla le hizo volverse de repente y abrir los ojos. Alan tenia tres años; vió su escudilla al alcance de la mano, extendió el brazo, la tomó, y sin salir de la cuna, púsosela sobre las rodillas y, como Renato, cogió la cuchara y empezó á comer.

Georgina no los oia; las ondulaciones de su voz parecian modelar los vaivenes de un sueño. Sus grandes ojos abiertos miraban hácia el cielo y eran preciosos.

Cuando Renato acabó de comer la sopa, rebañó con la cuchara el fondo de la escudilla, suspiró y dijo con dignidad: "Ya me he comido la sopa.„ Estas palabras llamaron la atencion de Georgina, que gritó:

—Papa.

Viendo que Renato habia comido y que Alan estaba comiendo aun, tomó la escudilla que tenia á su lado llena de sopa y comió tambien, no sin llevarse la cuchara con más frecuencia á las orejas que á la boca. De vez en cuando comia con los dedos.

Alan, despues de rebañar la escudilla, como su hermano, salió de la cuna y se fué á jugar con él.

II.

De repente se oyó fuera de la torre, por el lado del bosque, la voz del clarin, á la que respondió la voz de la trompeta en la fortaleza. Esta vez el toque de clarin llamaba y el de la trompeta respondia; despues se repitió el doble toque.

Luego se oyó en la entrada del bosque una voz lejana, pero clara, que gritaba:

—Sublevados, oid la intimacion que os dirigimos. Si no os rendís á discrecion, al ponerse el sol os atacaremos.

Otra voz de trueno respondió desde la plataforma de la torre:

—Atacad.

La de abajo añadió:

—Como aviso final, se disparará un cañonazo media hora antes del ataque.

La voz de arriba repitió:

—Atacad.

Los niños no oian estas voces, pero sí el sonido del clarin y de la trompeta. Georgina, cuando oyó el primer toque del clarin, levantó la cabeza y dejó de comer; cuando oyó el toque de la trompeta,

dejó la cuchara en la escudilla; al segundo sonido del clarin levantó el pequeño índice de la mano derecha, y bajándole y levantándole alternativamente, marcó las cadencias del instrumento, que vino á prolongar el segundo toque de la trompeta. Luego, cuando callaron trompeta y clarin, quedó pensativa con el dedo en alto y murmurando á media voz:

—Misica.

Suponemos que queria decir música.

Renato y Alan no fijaron la atencion en el clarin ni en la trompeta; otra cosa les absorbia: una cucaracha que atravesaba la biblioteca.

La vió Alan y gritó:

—Un bicho!

Renato acudió á verle; Alan añadió:

—Ese bicho pica.

—Pues no le hagas mal, le contestó Renato.

Los dos se quedaron mirando cómo andaba la cucaracha.

Cuando Georgina acabó de comer la sopa buscó con la vista á sus hermanos, que estaban en el hueco de la ventana en cuclillas, mirando la cucaracha, graves, atentos, con las frentes juntas, mezclándose los cabellos de uno y otro, conteniendo la respiracion y contemplando maravillados el bicho, que se paró, disgustado, al parecer, de la admiracion de los niños.

Georgina, al ver en esa posicion á sus hermanos, quiso saber qué es lo que miraban; no la era fácil llegar hasta donde estaban, pero lo intentó: habia para ella muchas dificultades en el trayecto, porque habia muchos objetos por el suelo; taburetes patas arriba, montones de papeles, cajones desclavados y vacíos, baules y otros enseres, que eran otros tantos escollos. Georgina empezó por salir de la cuna, que ya para ella era un trabajo; despues serpenteó entre los arrecifes y los estrechos, se arrastró entre dos cofres, pasó por encima de un gran lio de papeles, trepando por un lado y rodando por el otro, y llegó á lo que los marinos llamarian el mar libre, es decir, á un espacio grande del suelo que no estaba obstruido y que no ofrecia peligros. Atravesó á cuatro piés este espacio, que ocupaba todo el diámetro de la sala, con la ligereza de un gato y llegó cerca de la ventana. Allí encontró un obstáculo formidable; la escalera grande puesta horizontalmente junto á la pared, cuyo extremo sobresalia un poco de la esquina que formaba el hueco de la ventana; este extremo constituia entre Georgina y sus hermanos una especie de cabo que era preciso doblar. Se detuvo y meditó; cuando terminó su monólogo interior, tomó su partido. Asió resuelta con sus dedos rosados uno de los peldaños, que por la posicion de la escalera estaban verticales y no horizontales: trató de levantarse sobre los dos piés; la primera vez no lo consiguió, ni la segunda, cayendo al suelo dos veces; pero la tercera vez logró tenerse derecha, y apoyándose sucesivamente en cada uno de los peldaños, echó á andar á lo largo de la escalera; al llegar al último escalon, como le faltó el punto de apoyo, vaciló, pero asiendo con las dos manos el extremo del montante, que era enorme, dobló el promontorio, miró á Renato y á Alan y se echó á reir.

III.

En aquel instante Renato, satisfecho de las observaciones que hacia en la cucaracha, levantaba la cabeza y decia:

—Es hembra.

La risa de Georgina hizo reir á Renato y la de Renato á Alan.

Georgina se juntó con sus hermanos y formaron un pequeño cenáculo sentados en el suelo.

Pero la cucaracha habia desaparecido. Se aprovechó de la risa de Georgina para ocultarse en tierra.

Otros acontecimientos siguieron al de la cucaracha.

En primer lugar pasaron varias golondrinas, que probablemente tendrian sus nidos bajo el alero del tejado. Vinieron á volar cerca de la ventana, recelosas de los niños, describiendo grandes círculos en el aire y lanzando su dulce grito de primavera. Hicieron levantar la vista á los niños, que se olvidaron de la cucaracha.

Georgina señaló con el dedo á las golondrinas y exclamó:

—Paros.

—No se dice paros, sino pájaros, le dijo Renato reconviniéndola.

—Caros, repuso Georgina.

Los tres niños se quedaron mirando á las golondrinas.

Despues entró una abeja. La abeja se asemeja al alma; vá de flor en flor, como el alma de astro en astro, y recibe la miel como el alma la luz.

La abeja hizo ruido al entrar, zumbando en alta voz, como si dijese: "Vengo de ver rosas y ahora vengo á ver niños: ¿qué sucede aquí?„ La abeja es como un ama de casa, riñe cantando.

Mientras la abeja estuvo en la biblioteca, los tres pequeños no apartaron la vista de ella. La abeja exploró todos los rincones de la estancia, revoloteando como si estuviese en su casa, en su colmena, y voló melodiosamente de armario en armario, mirando los títulos de los libros al través de los cristales, como si tuviese inteligencia.

Hecha la visita se marchó.

—Se vá á su casa, dijo Renato.

—Es un bicho, repuso Alan.

—No, es una mosca, replicó Renato.

—Moca, repitió Georgina.

Alan, que encontró en tierra un bramante, cuyo extremo tenia un nudo, le asió por el otro extremo entre el índice y el pulgar, haciendo con él una especie de molinete, que miraba atentamente cómo daba vueltas; Georgina, volviendo á andar á gatas, descubrió un venerable sillon de tapicería, apolillado, cuya crin salia por muchos agujeros: se paró, metió en él los dedos y se entretuvo en sacar la crin. De repente interrumpió su tarea y levantó el dedo, lo que queria decir: Escuchad.

Los dos chicos volvieron la cabeza.

Oíase en el exterior de la torre extrépito vago y lejano; era probablemente que los sitiadores ejecutaban algun movimiento estratégico en el bosque. Relinchaban caballos, redoblaban tambores, rodaban arcones de artillería, chocaban cadenas, cornetas militares llamaban y se respondian. Los niños escuchaban con deleite.

—Es Dios que hace ese ruido, dijo Renato.

El extrépito cesó.

Renato quedó pensativo.

¿Cómo se descomponen y se recomponen las ideas en los cerebros infantiles? ¿Cuál es el movimiento interior y misterioso de su memoria, tan corta y tan oscura? Hízose en aquella tierna y pensativa cabeza una mezcla de ideas de Dios, de oracion, de manos cruzadas, de la sonrisa que en otro tiempo le dedicaban y que despareció, y Renato murmuró á media voz:

—Mamá!

—Mamá! dijo tambien Alan.

—Mamá! repitió Georgina.

Despues Renato se puso á saltar; Alan le imitó, reproduciendo los movimientos y gestos de aquel.

Georgina se quedó sentada, diciendo de vez en cuando alguna palabra. Era pensadora; hablaba por medio de apotegmas; era monosilábica. Al cabo de un rato, seducida por el ejemplo, concluyó por querer imitar á sus hermanos, y los seis piecesitos desnudos se pusieron á bailar, á correr y á tropezar por aquel piso lleno de objetos, bajo las miradas graves de los bustos de mármol, á los que miraba Georgina de vez en cuando, diciendo:

—Homes.

En el lenguaje de Georgina era hombre todo lo que tenia aspecto de serlo. Los séres solo se presentan á la imaginacion de los niños confundidos con los fantasmas. Georgina, oscilando más que andando, seguia á sus hermanos, pero muchos ratos andaba á gatas.

De pronto Renato, que se acercó á una ventana, levantó la cabeza, la bajó luego, y fué á refugiarse en el rincon que formaba el hueco. Acababa de ver á un hombre que le miraba; era un soldado azul del campamento de la meseta, que aprovechándose de la tregua y acaso infringiéndola, se aventuró á llegar hasta el extremo de la escarpa del Torrente, desde el que descubria el interior de la biblioteca. Al ver que Renato se refugiaba, Alan se refugió tambien al lado de su hermano y Georgina se ocultó detrás de ellos. Permanecieron un rato en silencio é inmóviles. Despues que pasaron algunos instantes, Renato se aventuró á sacar la cabeza, pero viendo que el soldado estaba allí todavía, la retiró con presteza, y los tres chicos volvieron á quedar inmóviles largo rato. Al fin Georgina se cansó de tener miedo, recobró su audacia y miró. Pero el soldado habia desaparecido y los tres volvieron á jugar y á correr.

Alan, aunque era imitador y admirador de Renato, poseia la especialidad de los hallazgos. Sus hermanos le vieron de repente que galopaba como un desesperado, tirando de un carrito de cuatro ruedas que habia desenterrado no se sabia de dónde.

Dicho coche de muñecas estaba allí muchísimos años, cubierto de polvo y olvidado, haciendo buena vecindad con los libros y con los bustos. Tal vez seria uno de los juguetes que habrian divertido á Gauvain en su niñez.

Alan hizo de su bramante un látigo, que chasqueaba con orgullo. Así son los inventores: cuando no se descubre la América se descubre un carricoche, pero al inventor siempre le envanece el hallazgo.

Fué preciso que diera participacion á sus hermanos; Renato quiso tirar tambien del carruaje y Georgina subir en él;

ésta se sentó dentro, Renato hizo de caballo y Alan de cochero, pero el cochero no sabia su oficio y el caballo tuvo que enseñárselo.

Renato dijo á Alan.

—Dí ¡arre!

—Arre! repitió Alan.

El coche volcó, haciendo rodar por el suelo á Georgina, que gritó. Despues tuvo ganas de llorar.

—Para ir dentro eres demasiado grande, la dijo Renato.

—Ande, repitió Georgina, y su grandeza la consoló de la caida.

La cornisa del entablamento debajo de las ventanas era muy ancha; el polvo de los campos, que el aire robaba á la meseta, se depositó durante mucho tiempo en dicha cornisa; las lluvias lo convirtieron en tierra vejetal; el viento dejó caer allí semillas, y una zarza aprovechó aquella tierra para germinar. Esa zarza era de la especie llamada *moral de zorra*. Corria el mes de Agosto: la zarza estaba llena de fruto, y una rama, que entraba por la ventana, colgaba casi hasta el suelo.

Alan, despues de descubrir el bramante y el carrito, descubrió la zarza y se acercó á ella. Cogió una zarza-mora y se la comió.

—Tambien quiero yo, dijo Renato.

Georgina, á gatas, llegó tambien hasta la rama.

Entre los tres la despojaron de todas las zarza-moras. No solo se las comieron, sino que se untaron las caras, y aquellos tres serafines, rojos con la púrpura de la zarza, acabaron por parecer tres pequeños faunos, que habrian chocado á Dante y deleitado á Virgilio. Se reian á carcajadas, aunque de vez en cuando les picaban las espinas de la zarza. Georgina enseñó á Renato uno de sus dedos, en el que brotaba una gotita de sangre, y dijo señalando á la zarza:—Pica.

Alan, picado tambien, miró la zarza con desconfianza y repuso:—Es un bicho.

—No, respondió Renato; es un palo con pinchos.

—El palo es cosa mala, añadió Alan.

Georgina tuvo gana de llorar otra vez, pero acabó por echarse á reir.

VI.

Entre tanto, Renato, celoso de los descubrimientos de su hermano menor, concibió un gran proyecto. Hacia algun tiempo que sin dejar de comer zarza-moras ni de pincharse los dedos, volvia la vista con frecuencia al facistol, montado sobre un eje y aislado como un monumento en medio de la biblioteca; colocado y abierto en el facistol estaba el célebre libro de San Bartolomé.

Era un tomo en cuarto, magnífico y memorable, que publicó en Colonia el famoso editor de la Biblia de 1682, Blœw, en latin Cœsins, tirado en prensas de cajas y de correas, impreso, no en papel de Holanda, sino en el hermoso papel árabe, que tanto admiraba Edrisi, que es de seda y de algodon y siempre se conserva blanco. La encuadernacion de dicho libro era de cuero dorado, las abrazaderas de plata y las guardas del pergamino que los pergamineros de París juraban no comprar más que en la sala de Saint-Mathurin, "y no en otra parte„. El volúmen estaba lleno de grabados en madera y en cobre y de cartas geográficas de muchos paises; precedia al texto una protesta de los impresores, papeleros y libreros contra el edicto de 1635, que establecia un impuesto sobre los cueros, las cervezas, sobre los animales de pezuña hendida, sobre el pescado de mar y sobre el papel, y á la vuelta del frontispicio se leia una dedicatoria á los Gryphes, que son en Lyon lo que los Elzévirs son en Amsterdam. De todo esto resultaba un libro casi tan raro como *El Apóstol* de Moscou.

Hermoso era aquel libro; por eso Renato le miraba demasiado quizás. El volúmen estaba abierto precisamente en la página á la que correspondia una gran estampa que representaba á San Bartolomé llevando su piel sobre el brazo, estampa que el niño podia ver estando derecho. Cuando Renato acabó de comer zarza-moras, contempló dicho grabado con cariño terrible, y Georgina, cuyos ojos seguian la direccion de la mirada de su hermano, vió la estampa y exclamó:—Santo.

Esta palabra inspiró una resolucion á Renato, que, con asombro de Alan, hizo una cosa extraordinaria.

En un rincon de la biblioteca habia una silla grande de roble. Renato fué á cogerla y la arrastró hasta el pupitre, se subió en ella y puso las dos manos sobre el libro. Llegando hasta su altura sintió la necesidad de mostrarse magnífico; tomó la imágen por la punta superior y la arrancó con cuidado; el desgarron salió atravesado, aunque no fué esa la intencion de Renato, que dejó en el libro todo el lado izquierdo del santo, con un ojo y con parte de la aureola del viejo evangelista apócrifo, y ofreció á Georgi-

na la otra mitad del santo y toda su piel. Georgina lo tomó y dijo:—Home.

—Yo tambien quiero, gritó Alan.

La primera página que se arranca de un libro es como la primera sangre que se vierte; decide la destruccion.

Renato volvió la hoja; detrás del santo estaba el retrato del comendador Pantænus. Renato dió este retrato á Alan.

Entre tanto Georgina habia roto en dos pedazos su estampa y despues hizo de los dos cuatro; de modo que la historia podria decir que San Bartolomé, despues de ser desollado en Armenia, fué descuartizado en la Bretaña.

V.

Terminado el descuartizamiento, tendiendo Georgina la mano hácia Renato le dijo:—Más.

Al santo y al comentarista seguian retratos más toscos; los de los glosadores. El primero por órden de fechas era Gavantus; le arrancó Renato y se lo entregó á Georgina, y todos los glosadores de San Bartolomé fueron llegando sucesivamente á las manos de la niña.

Dar es una superioridad, y Renato no se reservó para él ninguna estampa; Alan y Georgina le contemplaban y á él le satisfacia la admiracion del público.

Renato, inagotable y magnánimo en sus mercedes, adjudicó á Alan Fabricio Pignatelli y á Georgina el padre Stilting; á Alan Alonso de Madrigal el Tostado, y á Georgina Cornelius á Lapide; al niño, Enrique Hammond, y á la niña, el padre Roberti, acompañado de la vista de Donai, donde éste nació en 1619. Alan obtuvo tambien la protesta de los papeleros y Georgina la dedicatoria á los Gryphes: los mapas fueron distribuidos con igualdad, consiguiendo el niño la Etiopía y la niña la Licaonia. Despues de destrozar el libro le tiró al suelo.

Alan y Georgina contemplaban á Renato, con éxtasis no exento de pavor, fruncir el entrecejo, hacer fuerza con las piernas y empujar fuera del facistol el macizo volúmen. El librote perdió el equilibrio, estuvo pendiente un instante del facistol, se balanceó y cayó despues desencajado, desencuadernado, con las abrazaderas rotas. Por fortuna no cayó sobre los niños, que aturdidos presenciaron su caida.

No todas las aventuras de los conquistadores terminan con tanta suerte; como todas las glorias, ésta hizo mucho ruido y levantó polvareda.

Cuando Renato vió el libro en el suelo bajó de la silla.

Hubo un instante de silencio y de terror; la victoria tambien tiene sus momentos de miedo. Los tres niños, asidos de las manos, se retiraron á cierta distancia, desde la que contemplaron el libro destrozado; despues de un rato de meditacion, Alan se acercó á él y con energía le dió un puntapié.

Como existe el apetito de la destruccion, Renato dió tambien un puntapié al libro, Georgina le dió otro, que le dejó sentada en el suelo, y aprovechando este incidente se arrojó sobre San Bartolomé. Tras ella se precipitó Renato y tras éste Alan, y gozosos, triunfantes é implacables, rasgaron las estampas, cortaron las hojas y arrancaron los registros, arañando la encuadernacion, desencolando el cuero dorado, desclavando las abrazaderas, rompiendo el pergamino, destrozando el texto, trabajando con piés, manos, uñas y dientes, y los tres niños sonrosados, risueños y feroces, como tres ángeles de rapiña, se abatieron sobre el evangelista indefenso.

Aniquilaron la Armenia, la Judea, el Benevento; aniquilaron al papa Gelasio, que declaró apócrifo el evangelio de San Bartolomé Nathanael; aniquilaron todas las figuras, todos los mapas, y la ejecucion del libro antiguo les absorbió de tal modo, que pasó ante ellos un raton sin que le hicieran caso.

Fué aquello un verdadero exterminio; fué despedazar la historia, la leyenda, los milagros, verdaderos ó falsos; el latin de iglesia, las supersticiones, el fanatismo, los misterios; desgarrar una religion de arriba abajo es trabajo para tres jigantes y hasta para tres niños; pasaron horas dedicados á esta tarea, pero una vez terminada, nada quedó ya del libro de San Bartolomé.

Cuando arrancaron la última página y destrozaron la última estampa, Renato se levantó, y al ver el piso lleno de hojas esparcidas empezó á palmotear. Alan hizo lo mismo. Georgina cogió una de las hojas del suelo, se apoyó contra la ventana, que la llegaba á la barba, y empezó á arrojar por ella los pedazos pequeños que iba rasgando.

Renato y Alan que la vieron siguieron su ejemplo. Reunieron hojas, las desgarraron y las arrojaron por las ventanas; despues repitieron varias veces esta operacion y casi todo el libro antiguo voló

arrastrado por el viento. Pensativa Georgina, miraba cómo el enjambre de pequeños papeles blancos se dispersaba por todas partes, exclamando:

—Mariposas.

Terminó la destruccion del libro, disipándose éste en el azul del cielo.

VI.

Tal fué la segunda pena capital que sufrió San Bartolomé, que ya padeció su primer martirio el año 49 de Jesucristo.

Era ya por la tarde y el calor aumentaba en la hora de la siesta; á Georgina se le cerraban los ojos y Renato se dirigió á su cuna, tomó el saco de paja que le servia de colchon, le arrastró hasta la ventana, se tendió en él y dijo:—Durmamos. Alan apoyó la cabeza en el cuerpo de Renato, Georgina en el de Alan, y los tres malhechores se durmieron.

Penetraba el vientecillo tibio por las ventanas abiertas; los perfumes de las flores silvestres que el viento arrebataba de los barrancos y de las colinas volaban mezclados con el hálito de la tarde; el espacio estaba sereno y pacífico; todo irradiaba, todo estaba tranquilo; el sol hacia á la creacion la caricia que se llama luz; por todas partes trasporaba la armonía que se exhala de la benevolencia general de las cosas; habia maternidad en el infinito; la creacion, que es un prodigio en la plenitud de su desarrollo, completa su enormidad con su bondad; parecia que un sér invisible tomara las misteriosas precauciones que en el temible conflicto de los séres protejen á los débiles contra los fuertes. El paisaje, como adormecido, presentaba el viso magnífico que forman en las praderas y en los rios las alternativas de sombra y de claridad; subian las espirales de humo hasta las nubes, como los ensueños ascienden hasta las visiones; los pájaros revoloteaban por encima de la Tourgne; las golondrinas miraban por las ventanas, como si quisieran cerciorarse de que los niños dormian tranquilamente. Estos estaban graciosamente agrupados, inmóviles, medio desnudos, en hermosas actitudes. Eran frescos, eran puros; contaban apenas nueve años entre los tres, y les mecian ensueños de paraiso, que se reflejaban en sus bocas por medio de vagas sonrisas. Dios tal vez les hablaba al oido: pertenecian á los séres que en todas las lenguas humanas se llaman los débiles y los benditos; eran los inocentes dignos de veneracion. Todo callaba á su alrededor, como si el suave aliento que se escapaba de sus pechos fuese el asunto principal del universo y el objeto de la creacion entera; las hojas se rozaban unas con otras; las yerbas no se extremecian; el vasto mundo contenia al parecer la respiracion para no turbar el sueño de los tres durmientes humildes y angélicos: nada hay tan sublime como el inmenso respeto de la naturaleza á tan gran debilidad.

El sol iba á ocultarse y casi tocaba en el extremo del horizonte, cuando de improviso en aquella paz profunda brilló un relámpago, que salió del bosque, y luego se oyó un ruido feroz. Acababan de tirar un cañonazo. Los ecos se apoderaron de aquel ruido y lo convirtieron en extrépito, haciéndole retumbar profundamente de colina en colina.

Georgina se despertó. Alzó un poco la cabeza, levantó el dedo, escuchó un rato y dijo:

—Pum!

Cesó el ruido: todo quedó en silencio otra vez. Georgina reclinó la cabeza sobre Alan y volvió á dormirse.

LIBRO CUARTO

La madre.

I.

La muerta pasa.

Micaela Flechard continuó andando á la ventura todo aquel dia: su ocupacion cotidiana era andar siempre y sin detenerse, porque el sueño á que se entregaba, producido por el cansancio abrumador, no podia llamarse reposo, como tampoco podia llamarse alimento lo que comia, recogido aquí y allá, como los pájaros que picotean lo que encuentran. Comia y dormia lo absolutamente preciso para no caer muerta en medio de un camino.

Pasó la noche anterior en una granja abandonada, que las guerras civiles proporcionan esa clase de posadas. Halló en un campo desierto cuatro paredes, un monton de paja, un pedazo de techo, y se tendió sobre la paja, protegida por el techo, sintiendo al través de aquella bullir los ratones y viendo al través de éste brillar las estrellas. Durmió allí al-

gunas horas, se despertó á media noche y se puso en camino para andar lo más que pudiese antes de que el sol calentase la atmósfera. Para el que viaja á pié en verano es más clemente la media noche que el medio dia.

Seguia como Dios le daba á entender el breve itinerario que le indicó el campesino de Vantorles, dirigiéndose lo posible hácia Poniente. Contínuamente se decia á sí misma:—"La Tourgne„. No pronunciaba otros nombres más que ese y el de sus hijos.

Pensaba sin dejar de caminar en las vicisitudes que habia atravesado, en lo que habia padecido, en los encuentros que tuvo, en las indignidades que con ella habian cometido, en las condiciones que le habian impuesto, ya por un asilo, ya por un pedazo de pan, ya sencillamente porque le enseñasen el camino. La mujer miserable es más desgraciada que el hombre pordiosero, porque es instrumento de placer, pero todo lo sufria la pobre madre con la esperanza de encontrar á sus hijos.

Lo primero que aquel dia se le presentó en el camino fué una aldea, cuando apenas despuntaba el alba, y todo estaba aun oscuro: sin embargo, ya en la calle principal del pueblo se veian algunas puertas entreabiertas y algunas cabezas se asomaban á las ventanas. Reinaba cierta agitacion entre sus habitantes y el pueblo parecia una colmena en conmocion; esto provenia de un ruido de ruedas y de objetos de hierro que sonaban.

En la plaza de la Iglesia un grupo, asustado, levantaba la vista para contemplar algo que desde lo alto de la colina descendia por el camino que conducia á la aldea. Era un carro de cuatro ruedas tirado por cinco caballos uncidos con cadenas. Sobre el carro se distinguia un amontonamiento de vigas largas, en medio de las que iba un objeto informe; aquel conjunto aparecia cubierto por un gran toldo, semejante á un sudario. Diez hombres á caballo marchaban delante del carro y otros diez detrás; llevaban tricornios en la cabeza, y por encima de los hombros les asomaban puntas de acero que parecian sables desnudos. Aquella comitiva, avanzando lentamente, se recortaba en negro sobre el horizonte; la mañana alboreaba detrás de ella.

La comitiva entró en la aldea y se dirigió á la plaza. Durante el descenso del carro acabó de amanecer y pudo verse con más claridad la comitiva, que parecia una procesion de sombras, porque no pronunciaba ni una sola palabra.

Los ginetes eran gendarmes y llevaban, en efecto, sables desenvainados. El toldo del carro era negro.

La infeliz madre errante entró en la aldea y se acercó al grupo de los aldeanos en el momento en que entraban en la plaza el carro y los gendarmes. En dicho grupo varias voces cuchicheaban haciéndose preguntas y respondiéndose.

—Qué es eso?

—Es la guillotina que vá de paso.

—De dónde viene?

—De Fougéres.

—Adónde vá?

—No lo sé; pero se dice que vá hácia un castillo que hay hácia Parigné.

—A Parigné?

—Que vaya donde quiera con tal de que no se detenga aquí.

El carro atravesó la plaza y salió de la aldea, que estaba situada en un hondo y entre dos cerros. Al cabo de un cuarto de hora, los aldeanos, que permanecian allí como petrificados, vieron reaparecer la lúgubre procesion por la cima del cerro, que estaba al Occidente. Los vaches imprimian movimiento irregular á las gruesas ruedas de la carreta; las cadenas del atalaje chocaban unas con otras, produciendo un ruido que el viento de la mañana llevaba lejos; los sables brillaban; salia el sol; descendieron á la otra parte del cerro y todo desapareció á la vista de los aldeanos.

En este momente Georgina, en la sala de la biblioteca, se despertaba al lado de sus hermanos, aun dormidos, y sonriendo se miraba los piés.

II.

La muerta habla.

La madre no comprendió, ni trató de adivinar, la significacion de la comitiva que vió pasar, absorta como estaba en la vision de sus hijos perdidos en las tinieblas.

Salió tambien de la aldea poco despues que la comitiva, y por el mismo camino que ésta, marchando detrás á corta distancia de los gendarmes que cubrian la retaguardia. De pronto le vino á la imaginacion la palabra "guillotina„ que oyó pronunciar. La salvaje Micaela Flechard no sabia lo que era la guillotina, pero su instinto se lo advirtió y experimentó extremecimiento pavoroso sin

saber por qué; parecióle siniestro caminar detrás de ella, y torciendo á la izquierda abandonó el camino y se internó por entre árboles que estaban á la entrada de la selva de Fougéres.

Despues de caminar algun tiempo divisó un campanario y tejados, que eran de una aldea situada en la orilla del bosque, y á ella se dirigió hostigada por el hambre. En dicha aldea los republicanos habian establecido destacamentos militares. Entró y llegó hasta la plaza de la Mairía.

En dicho pueblo tambien habia movimiento y conmocion. Multitud de gente se agolpaba delante de un pórtico de pocos escalones que conducia á la puerta de la Casa Municipal. Sobre el último escalon descollaba un hombre, que soldados escoltaban, y que tenia en la mano un cartel grande y extendido. A su derecha habia un tambor y á su izquierda un mozo, que asía un puchero de engrudo, dentro del que sobresalia una brocha.

En el balcon de encima de la puerta estaba el maire de pié, vestido de aldeano, pero con la banda tricolor.

El hombre del cartel era el pregonero.

Llevaba puesta la bandolera de viaje, de la que pendia un pequeño portapliegos, y esto indicaba que iba de pueblo en pueblo á pregonar en todos ellos.

En el momento de acercarse Micaela Flechard, el pregonero acababa de desplegar el cartel y comenzaba su lectura en voz alta:

—"República francesa, una é indivisible.„

El tambor dió un redoble. Hubo una especie de ondulacion entre la gente agolpada á la puerta; algunos se quitaron los gorros, otros se calaron los sombreros. En aquella época y en aquel pais se conocia la opinion de cada uno por el modo de llevar cubierta la cabeza; los que usaban sombreros eran realistas y los que usaban gorros republicanos.

Cuando cesó el murmullo y la confusion, el pregonero empezó á leer:

—"En virtud de las instrucciones que se me han comunicado y de los poderes que me ha conferido el Comité de Salvacion pública, y en cumplimiento del decreto de la Convencion Nacional, que declara fuera de la ley á los rebeldes aprehendidos con las armas en la mano y condena á pena capital á los que les dieran asilo ó protegiesen su fuga...„

Un campesino preguntó en voz baja á otro que estaba á su lado:

—Qué significa eso de pena capital?

—No lo sé, respondió el preguntado.

—"Quedan declarados fuera de la ley los individuos designados con los nombres y sobrenombres que siguen.„

La multitud redobló la atencion.

—"Lantenac, rebelde...„

—Es el señor, dijo un aldeano.

Entre la multitud se oyó tambien murmurar:—Es el señor.

—"Lantenac, rebelde, ex-marqués. El Imano, rebelde.„

—Es Gouge-le-Bruant.

—Sí, es Mata-azules.

—"Grand-Francœur, rebelde.„

—Es sacerdote.

—Sí, es el abate de Turmean.

—"Boisnouveau, rebelde.—Los dos hermanos Pica-en-bosque, rebeldes.—Houzard, rebelde.—Cesto, rebelde.—Plaza-limpia, rebelde.—Guinoiseau, rebelde.—Chatenay, alias Robi, rebelde.—Hoisnard, rebelde.„

—Es de Riulle, dijo un campesino.

—Sí, es Rama de Oro, contestó otro.

—Atencion, dijo el pregonero, que voy á terminar la lectura de la lista:

"Viña-hermosa, rebelde.—Dulzaina, rebelde.—Acuchillador, rebelde.—Pimpollo de Amor, rebelde.—Canta-en-invierno, rebelde.—El Gato, rebelde.—Tobonze, rebelde.„

El pregonero agitó el cartel y el tambor dió otro redoble para anunciar que iba á leerse la parte más importante del bando:

—"Todos los nombrados, en cualquier parte que fuesen habidos, prévia la identificacion de las personas, sufrirán inmediatamente la pena de muerte. Todo aquel que les prestase asilo ó facilitase su evasion, será sometido al Consejo de Guerra y condenado á muerte. Firmado...„

Aquí reinó en la multitud silencio profundo.

—"Firmado: el delegado del Comité de Salvacion pública: CIMOURDAIN.„

—Es un cura, exclamó un campesino.

—Es el antiguo cura de Parigné, dijo otro.

—Turmeau y Cimourdain, repuso un tercero, son un cura blanco y un cura azul.

—Los dos son negros, replicó un aldeano.

El maire, que estaba aun en el balcon, descubriéndose, gritó:

—Viva la República!

Otro redoble del tambor anunció que el pregonero no habia terminado aun la lectura. Hizo un signo con la mano y dijo:

—Atencion: voy á leer las últimas líneas del bando del gobierno. Están firmadas por el jefe de la columna expedicionaria de las costas del Norte, el comandante Gauvain.

Leyó lo que sigue:

"Bajo pena de muerte y en cumplimiento del bando que aquí se inserta, se prohibe llevar auxilio alguno á los diez y nueve rebeldes ya nombrados, que están en estos momentos cercados y sitiados en la Tourgne.„

—Eh, qué dice? gritó una voz.

Era la voz de Micaela Flechard.

III.

Murmuraciones de los aldeanos.

Micaela Flechard se mezcló en la multitud, sin pensar en escuchar la lectura del pregonero; pero muchas veces sin escuchar se oye, y la palabra Tourgne le hizo levantar la cabeza y exclamar:

—Eh! La Tourgne?

Todos la miraron; al fijarse en sus ojos extraviados y en su vestido desgarrado, hubo voces que murmuraron:—Esta mujer tiene trazas de rebelde.

Otra mujer, que llevaba panes de trigo en una cesta, se la acercó y la dijo en voz baja:—Callad.

Micaela Flechard la contempló con estupor, sin comprender por qué le recomendaba el silencio. La palabra Tourgne pasó como un relámpago por su imaginacion, dejándola en pos de sí en la oscuridad. ¿Acaso no tenia derecho á hacer pesquisas? ¿Por qué los campesinos la miraban de aquel modo?

El tambor dió el último redoble, el mozo del pregonero fijó el cartel, y el maire se entró en la Casa Municipal. El pregonero se dirigió á otro pueblo y los grupos se iban dispersando.

Algunos campesinos permanecieron aun contemplando el cartel que acababan de fijar; Micaela se dirigió á ese grupo, que hacia comentarios acerca de los nombres de los que quedaban declarados fuera de la ley. En el grupo habia blancos y azules.

Un aldeano decia:

—No están en el cartel todos los realistas. Diez y nueve son un número insignificante. No tienen sitiados á Rion, ni á Benjamin Moulino, ni á Goupil el de la parroquia de Andouille.

—Ni á Lorieul de Monjean, dijo un campesino.

Otros del pueblo añadieron:

—Ni á Brice-Denys.

—Ni á Francisco Dudonet.

—Ni á Huet de Lanney-Villiers.

—Ni á Gregis.

—Ni á Pilon.

—Ni á Filleul.

—Ni á Menicent.

—Ni á los tres hermanos Logerais.

—Ni al señor Lechandelier de Pierreville.

—Imbéciles! exclamó un anciano severo y de cabellos blancos; si se apoderan de Lantenac, haceos la cuenta de que ya se han apoderado de todos.

—Todavía no le han cogido, replicó un jóven.

El anciano añadió:

—Cogido Lantenac se apoderan del alma de la insurreccion. La muerte de Lantenac es la muerte de la Vendée.

—Quién es Lantenac? preguntó un aldeano.

—Es un ex-noble, respondió otro, añadiendo: Un hombre de esos que fusilan mujeres.

Micaela Flechard lo oyó y dijo:

—Es verdad.

Los interlocutores se volvieron á mirarla; la madre añadió:

—Es verdad, porque á mí me fusiló.

Hicieron tan singular efecto estas palabras á los que las oian, que miraron á Micaela de reojo y con recelo. Su aspecto era realmente sospechoso; todo la asustaba, todo la extremecia; en su rostro se leia estravío y pavor, que asustaba á los demás. Existe en la desesperacion de la mujer un fondo de debilidad que es terrible; creemos ver en ella un sér suspendido del hilo del destino. Pero los campesinos no raciocinan estas sutilezas y todo lo toman por su lado material: uno de ellos murmuró:—Podia ser una espía.

—Callad y marchaos de aquí, dijo á Micaela la buena mujer que habló antes.

—No hago mal á nadie; busco á mis hijos, respondió la pobre madre.

La buena mujer miró á los que examinaban curiosamente á Micaela, se puso un dedo en la frente y exclamó:

—Es una inocente.

Despues se la llevó aparte y le dió un pan de trigo.

Micaela Flechard, sin darle siquiera

las gracias, mordió el pan con avidez.

—Es verdad, como una bestia es inocente, dijeron los aldeanos.

El grupo se disipó entonces, marchándose cada uno por su lado.

Cuando Micaela sació su hambre, dijo á la aldeana:

—Ahora que ya he comido, decidme: dónde está la Tourgne?

—Ya le repite su manía, exclamó para sí la buena mujer.

—Necesito ir á la Tourgne; decidme por dónde se vá.

—Para qué? Para que os maten? Además, yo tampoco lo sé. ¿Pero estais verdaderamente loca? Escuchad, pobre mujer; parece que estais fatigada; ¿quereis descansar un rato en mi casa?

—No puedo descansar.

—Tiene los piés desollados, murmuró la aldeana.

Micaela Flechard respondió:

—Os digo que me han robado mis hijos, una niña y dos niños pequeños. Vengo de la covacha de Tellmarch el Caimand; él puede enteraros de que os digo la verdad, y tambien el hombre que encontré allá abajo. El Caimand me curó. Me dijo que tenia roto en el cuerpo no sé qué. Todo eso me ha sucedido como os lo digo. Conozco tambien al sargento Radoub. Se le puede preguntar y él lo dirá, que él fué el que nos encontró en el bosque. Mis niños son tres: el mayor se llama Renato, el segundo Alan y la niña, que es la más pequeña, Georgina. Mi marido ha muerto: me lo mataron. Era mediero de una granja de Siscoignard. Teneis el aspecto de ser una buena mujer; pues enseñadme el camino de la Tourgne, que yo estoy loca, pero soy madre. He perdido mis hijos y los busco. Esto es todo. No sé precisamente de dónde vengo: he dormido esta noche sobre un monton de paja en una granja, y voy á la Tourgne. No soy una ladrona, y os digo la verdad. Debieran ayudarme á buscar á mis hijos, ya que no soy de este pais. Me fusilaron no sé dónde.

La aldeana, moviendo la cabeza, la contestó:

—Os voy á dar un consejo; en tiempos de revolucion no se deben decir cosas incomprensibles, porque si las decís podrian prenderos.

—Pero por dónde se vá á la Tourgne? gritó la madre. Por el amor de Jesús y de la Santa Vírgen os ruego, os suplico que me enseñeis el camino.

La aldeana se encolerizó.

—No lo sé, le dijo, y aunque lo supiera no os lo diria; á sitios peligrosos no se debe ir.

—Sin embargo, yo iré, contestó la madre.

Y volvió á ponerse en camino: la aldeana, viendo cómo se alejaba, murmuró:

—Preciso será que la dé algo para que coma.

Corrió tras ella y le puso en la mano otro pan, diciéndola:

—Este para cenar.

Micaela tomó el pan sin responder y sin volver la cabeza y continuó su camino.

En breve se encontró en la salida de la aldea. A la puerta de las últimas casas vió tres niños haraposos y descalzos. Se acercó á ellos y dijo:—Son un niño y dos niñas.

Observó que miraban al pan que llevaba en la mano y se lo dió.

Los niños tomaron el pan y se quedaron asustados.

Micaela siguió por el bosque adentro.

IV.

Un error.

Aquella mañana, una hora antes de que Micaela Flechard, caminando por otra parte de la poblacion, llegase á la primera aldea en la que se encontró con la aparicion sepulcral del carro escoltado por gendarmes, se escondia entre las matas del camino de Janec, en el paso del Conesnou, una multitud de hombres. La maleza les ocultaba completamente. Eran aldeanos y estaban armados, unos con fusiles y otros con hachas; éstos acababan de preparar en un claro del bosque una pira de leña y de ramaje seco, que solo esperaba la mecha para arder. Los que llevaban fusiles estaban agrupados á un lado y otro del camino, como vigilando y esperando. El que hubiera estado cerca de ellos hubiera visto por entre las ramas, por todas partes, fusiles apuntados y dedos descansando suavemente en los gatillos. Aquellos hombres estaban allí de acecho. Todos los fusiles convergian sobre el camino, que empezaba á blanquear con la claridad del alba.

En la oscuridad varias voces hablaban lo siguiente, muy bajo:

—Estás seguro de eso?

—Así me lo han asegurado.

—Y vá á pasar?

—Dicen que está en nuestro territorio.

—Pues no debe salir de él.
—Es preciso quemarla.
—Tres pueblos nos hemos reunido aquí para eso.
—Sí; pero y la escolta?
—Mataremos á los de la escolta.
—Deben pasar por este camino?
—Así se cree.
—Entonces debe venir de Vitré.
—Y por qué no?
—Porque dicen que venia de Fougéres.
—Que venga de Fougéres ó de Vitré, siempre la envia el diablo.
—Eso es verdad.
—Es preciso que vuelva al infierno.
—Sí, sí.
—Se dirige, pues, á Parigné?
—Así parece.
—Pues no llegará.
—No.
—No, no, no.
—Atencion!

Era, en efecto, conveniente callar, porque ya empezaba á clarear el dia.

Bruscamente los hombres emboscados contuvieron la respiracion para oir mejor el ruido de caballos y de ruedas que se acercaba. Miraron al través de las ramas y divisaron confusamente en el camino una carreta cargada y con escolta de caballería.

—Ya viene! dijo el que parecia jefe.
—Sí, contestó uno de los que estaban en acecho, y con escolta.
—Cuántos hombres la componen?
—Doce.
—Y decian que llevaba veinte!...
—Doce ó veinte, que mueran todos.
—Hay que esperar que estén á tiro.

Poco despues entró en el camino, por cerca de donde estaban emboscados aquellos hombres, la carreta con su escolta.

—Viva el rey! gritó el jefe de los aldeanos.

Cien tiros de fusil se oyeron á la vez.

Cuando se disipó el humo que éstos produjeron, la escolta habia desaparecido. Siete ginetes yacian en tierra y los cinco restantes habian huido á escape. Los aldeanos fueron corriendo á donde estaba la carreta.

—Calla! exclamó el jefe; ¡aquí no viene la guillotina, es una escalera!

En efecto, esta era la carga que llevaba la carreta. Los dos caballos habian caido heridos en tierra, y el carretero estaba muerto, aunque los aldeanos no tuvieron intencion de matarle.

—De todos modos, dijo el jefe, es sospechosa una escalera con escolta. Iba hácia Parigné. De seguro habia de servir para escalar la Tourgne.

—Quememos, pues, la escalera, gritaron los aldeanos.

Y la quemaron.

Entre tanto la fúnebre carreta que esperaban seguia otro camino y estaba ya dos leguas más lejos de la aldea por donde la vió pasar Micaela Flechard al amanecer.

V.

Vox in deserto.

Micaela Flechard, al separarse de los tres niños á quienes dió el pan, empezó á caminar por el bosque á la ventura.

Ya que no encontró quien le enseñara el camino, estaba resuelta á buscarlo ella misma. De vez en cuando se sentaba; volvia á levantarse, andaba un rato, y se sentaba otra vez. Experimentaba ese cansancio que se siente primero en los músculos y que pasa luego á los huesos; fatiga de esclavos, que ella era verdaderamente esclava de sus hijos robados: tenia necesidad de encontrarlos; cada minuto que pasaba podia perderlos: el que tiene semejante deber no tiene derecho al descanso, ni debe tomar aliento. Pero estaba tan rendida!... En el agotamiento de sus fuerzas, dar un paso más era un problema: podria darlo? Estaba caminando desde la madrugada sin encontrar ni una aldea ni una alquería. Siguió al principio la senda recta que conducia á la Tourgne, pero despues siguió otra que se alejaba de la fortaleza y acabó por extraviarse. ¿Se acercaba al término de su viaje? ¿Tocaba al fin de su pasion? Se hallaba en la via dolorosa y sentia el abatimiento de llegar á la estacion última. ¿Iba á caer y á espirar en el camino? Llegó un momento en que creyó que le era imposible andar más; el sol declinaba, el bosque estaba oscuro, borraban las yerbas los senderos, y Micaela ya no supo lo que iba á ser de ella; no tenia ya esperanza más que en el auxilio de Dios. Llamó y no la respondió nadie.

Miró alrededor de sí, vió un claro entre las ramas, se dirigió hácia aquel sitio y de repente se vió fuera del bosque.

Presentóse á su vista un valle estrecho como una zanja, por cuyo centro corria entre las piedras un hilo de agua clara,

Sed ardiente la sofocaba: bajó hasta el arroyo, se arrodilló y bebió.

Estando de rodillas rezó sus oraciones.

Despues se levantó y procuró orientarse.

Atravesó el arroyo.

Más allá del valle se prolongaba hasta perderse de vista una vasta llanura poblada de malezas, que partiendo del arroyo, ascendia en plano inclinado y llenaba todo el horizonte; el bosque era una soledad, pero aquella llanura era un desierto. En el bosque, detrás de cada mata podia encontrarse un hombre; en la llanura no se veia á nadie en todo el espacio que alcanzaba la vista. Solo algunos pajarillos, que parecian fugitivos, volaban por entre los brezos.

Entonces, ante aquel inmenso abandono, la pobre madre, desconsolada, sintiendo que se le doblaban las rodillas, azorada, casi loca, lanzó á la soledad este grito extraño:—Hay álguien aquí?

Esperó la respuesta y le respondieron.

Una voz sorda y profunda estalló; aquella voz venia del fondo del horizonte y se repercutió de eco en eco; aquella voz era la del trueno ó la del cañon y parecia responder á la pregunta de la madre, diciéndola: Sí.

Despues todo volvió á quedar en silencio.

La madre se enderezó reanimada; habia álguien en aquella llanura, pareció-le que ya tenia con quien hablar; despues de beber y de rezar, recobró fuerzas y empezó á subir por el plano inclinado de la llanura, dirigiéndose hácia el sitio donde oyó sonar la enorme voz lejana.

De repente vió erguirse en el extremo del horizonte una alta torre, solitaria, dominando el agreste paisaje, y un rayo del sol poniente la teñia de púrpura. Estaba como á una legua de distancia, y detrás de dicha torre se perdia entre la bruma el verdor difuso de un bosque, que era el de Fougéres.

La torre se le aparecia en el mismo punto del horizonte de donde salió el trueno que Micaela tomó por voz que la llamaba. ¿Hicieron en la torre aquel ruido?

Micaela Flechard llegó á la mayor altura de la meseta; solo vió ante sí la llanura árida y se encaminó hácia la torre.

VI.

Situacion.

Llegó por fin el momento. El hombre inexorable tenia en su poder al hombre implacable; Cimourdain tenia al alcance de su mano á Lantenac.

El antiguo realista estaba cogido en su guarida; evidentemente no podia escaparse; Cimourdain pensaba ya en decapitarle en su casa solariega, en sus tierras, en sus dominios, para que en la mansion feudal cayese la cabeza del hombre feudal, sirviendo de ejemplo memorable.

Por eso envió á buscar la guillotina á Fougéres, y ya la vimos en el camino.

Matar á Lantenac era matar á la Vendée, y matar á la Vendée era salvar la Francia. Cimourdain no vacilaba: vivia en la ferocidad del deber como en su propio elemento.

Para él el marqués estaba perdido sin remedio, y por este lado estaba tranquilo, pero por otro lado le asaltaba un recelo. La lucha seria sangrienta; Gauvain debia dirigirla y hasta tomar parte activa en ella, porque el jóven comandante tenia sangre de soldado y se empeñaria en el combate. Podian matar á Gauvain, á su hijo, su único cariño en el mundo. Hasta entonces salió ileso con fortuna de las batallas, pero la fortuna tambien se cansa de proteger á sus favorecidos. Cimourdain temblaba; su extraño destino le habia colocado entre dos Gauvain, entre el que procuraba exterminar por todos los medios y entre aquel cuya vida queria proteger.

El cañonazo que despertó á Georgina en la cuna y llamó á su madre desde el fondo de la soledad, hizo algo más que esto; ya fuese por la casualidad, ya por la puntería del artillero que le disparó, la bala, que solo debió servir de bala de aviso, rompió y casi arrancó la armadura de barrotes de hierro que cubria y cerraba la gran aspillera del primer piso de la torre. Los sitiados no tuvieron tiempo para reparar esta avería.

Los sitiados se habian jactado de poseer abundancia de municiones y en realidad les escaseaban; su situacion era, pues, más crítica de lo que los sitiadores suponian. A tener bastante pólvora hubieran sido capaces de volar la Tourgne, estando ellos y el enemigo dentro; esta era su intencion, pero todas sus reservas estaban agotadas y apenas conservaban

municiones para disparar treinta tiros cada uno de los sitiados. Tenian muchos fusiles y escopetas y pistolas, pero pocos cartuchos. Cargaron todas las armas con la idea de hacer fuego sin interrupcion, pero este fuego podia durar poco rato; era preciso alimentarlo y economizarlo y esto era difícil de conseguir. Por fortuna (fortuna deplorable) la lucha iba á empeñarse principalmente de hombre á hombre y con arma blanca, á sablazos y á puñaladas. Se iba á pelear cuerpo á cuerpo más que á tiros; en vez de fusilarse iban á descuartizarse; tal era su última esperanza.

El interior de la torre parecia inexpugnable. En la sala baja, con la cual comunicaba la brecha que abrió el cañon de los sitiadores, estaba la *retirada*, barricada que construyó científicamente Lantenac y que obstruia completamente la entrada. Detrás de esta barricada pusieron una mesa larga llena de armas cargadas, de trabucos, de carabinas, de mosquetones, de sables, de hachas y de puñales. No pudiendo aprovechar para volar la torre el calabozo del Olvido, el marqués mandó cerrar la trapa de dicho calabozo, que comunicaba con la sala baja. Encima de ésta estaba la sala redonda del primer piso, á la que se subia por una escalera de caracol muy estrecha; aquella sala, como la de abajo, tenia dispuesta otra mesa llena tambien de armas, y le entraba la luz por la gran ventana aspillerada cuyos barrotes acababa de destruir la bala del cañon de aviso. Otra escalera espiral conducia desde allí á la sala del segundo piso, en el que estaba la puerta de hierro que daba al puente-castillejo. No se pueden defender útilmente los pisos superiores, por lo que esta sala era lo que Manesson-Mallet, legislador de las plazas fuertes, llama "la última posicion donde los sitiados capitulan.„ Tratábase, pues, de impedir que los sitiadores llegaran hasta esta sala.

Aunque le entraba la luz por dos grandes aspilleras, brillaba en ella una antorcha; plantándola en un porta-antorchas de hierro, la encendió el Imano, que dejó junto á ella el extremo de la mecha azufrada.

En el fondo de la sala baja, sobre un largo tablado, habia víveres, como en una caverna homérica; comia y bebia allí el que tenia apetito ó sed.

El cañon los puso á todos en guardia; no les quedaba más que media hora de tregua.

El Imano desde lo alto de la torre vigilaba los movimientos de los sitiadores. Lantenac mandó que no hiciesen fuego y que dejasen que se acercaran, diciéndoles:—Son cuatro mil quinientos hombres; con matar á los de fuera nada conseguimos; matad solo á los que entren, y cuando estén ahí dentro se establecerá la igualdad. Y añadió riendo: —La igualdad y la fraternidad.

Estaba convenido que cuando el enemigo comenzase el movimiento de ataque, el Imano avisaria tocando la trompeta.

Todos en silencio, apostados detrás de la *retirada*, ó en los escalones de la escalera de caracol, esperaban con el fusil en una mano y el rosario en la otra.

La situacion de los sitiadores era la siguiente: tenian que acometer una brecha, que forzar una barricada, que asaltar tres salas superpuestas, una despues de otra, y que tomar escalon tras escalon, en medio de una granizada de balas, dos escaleras de espiral. La situacion de los sitiados era la siguiente: morir.

VII.

Preliminares.

Gauvain se ocupaba en los preparativos del ataque. Daba las últimas instrucciones á Cimourdain, que, como recordarán los lectores, debia, sin tomar parte en la accion, cubrir la salida por la meseta, y ordenaba á Guechamp que con el grueso de las fuerzas permaneciese en observacion en el campamento del bosque. Estaba convenido que ni la batería baja de la selva ni la batería alta de la meseta hicieran ningun disparo, á no ser que por una ú otra parte hiciesen alguna salida los sitiados ó tentativa de evasion. Gauvain se reservaba el mando de la columna de asalto, y esto era lo que inquietaba á Cimourdain.

El sol acababa de ocultarse en el horizonte.

Una torre en campo raso se asemeja á un navío en alta mar, y debe atacarse del mismo modo, al abordaje más que al asalto. Los cañones son inútiles en este caso. ¿Qué se saca de cañonear muros de quince piés de espesor? Debe hacerse una brecha en el costado del buque y penetrar por ella, aunque los de adentro la defiendan heróicamente.

Gauvain comprendia que solo así podria apoderarse de la Tourgne. Nada es, sin embargo, tan mortífero como un com-

bate cuerpo á cuerpo cuando los sitiados defienden una fortaleza como la indicada torre palmo á palmo, y Gauvain, que conocia bien el interior de aquel castillo, estaba afectado al comprender que era indispensable hacer allí horrible carnicería.

Entre tanto Guechamp, á pocos pasos de su jefe, examinaba con el anteojo de larga vista el horizonte por la parte de Parigné. Al cabo de un rato de exámen exclamó:

—Al fin ya llega.

—Qué hay, Guechamp?

—Mi comandante, ahí viene la escalera.

—La escalera de salvamento?

—Sí.

—Cómo! No la habian traido aun?...

—No, mi comandante; eso me tenia con cuidado. El expreso que envié á Javené volvió.

—Ya lo sé.

—Dijo que encontró en la carpintería de Javené una escalera de las dimensiones requeridas, que la hizo poner en una carreta y que la habia visto salir hácia Parigné, escoltada por doce caballos. En cuanto desempeñó su comision vino á galope á darme parte.

—Nos dijo eso, añadiendo que llevando la carreta dos buenos caballos y habiéndose puesto en marcha á las dos de la madrugada, estaria aquí mucho antes de anochecer. Todo eso lo sé y... ¿qué más?

—Que el sol se ha puesto ya y la carreta que trae la escalera no ha llegado aun.

—Parece imposible! Pues es preciso atacar ya; espiró el plazo de la tregua: si tardamos en comenzar el ataque, los sitiados creerán que no nos atrevemos á intentarlo.

—Podemos empezar, mi comandante.

—Es que necesito la escalera de salvamento.

—Sin duda.

—Y si no la tenemos...

—La tendremos.

—Qué quereis decir?

—Temiendo que algun obstáculo impidiese su llegada, tomé el anteojo de larga vista y examiné el camino de Parigné á la Tourgne, y ví que la carreta viene; en este momento está bajando la cuesta; podeis verla.

Gauvain tomó el anteojo y miró:

—En efecto, ahí está; no se distingue bien, pero veo la escolta y esto basta; sin embargo, me parece más numerosa de lo que os dijeron, Guechamp.

—Y á mí tambien.

—Están á un cuarto de legua.

—En seguida tendreis aquí la escalera, mi comandante.

—Entonces podemos atacar.

Llegaba una carreta, pero no la que ellos creian. Gauvain, al volverse, se encontró frente á frente con el sargento Radoub, que se cuadró, inclinó la vista y se puso en la actitud de saludo militar.

—Qué se os ofrece, sargento Radoub?

—Ciudadano comandante, los soldados del batallon del Gorro Rojo tenemos que pediros una gracia.

—Qué gracia?

—La de ser los primeros en el asalto.

—Ah! dijo Gauvain.

—Tendreis la bondad de permitirlo?

—Eso segun, contestó Gauvain.

—Mi comandante, desde el ataque de Dol hemos notado que nos posponeis; así es que somos doce todavía.

—Y qué?

—Que esto nos humilla.

—Sois de la reserva.

—Preferimos ser de la vanguardia.

—Pero os necesito para asegurar el éxito al fin de una accion, por eso os conservo.

—Nos conservais demasiado.

—Pero si es igual; perteneceis á la columna y marchais con ella.

—Pero detrás; el derecho de Paris es ir delante.

—Lo pensaré, sargento Radoub.

—Pensadlo hoy, mi comandante, ya que se presta la ocasion. Tendremos buenos golpes que dar y que recibir; el combate será sangriento. La Tourgne quemará los dedos de los que la toquen; pedimos el favor de ser de estos.

El sargento calló un momento, se retorció el bigote y añadió con voz alterada:

—Además, mi comandante, en esa torre están nuestros niños. Tenemos en ella á nuestros hijos, á los tres hijos del batallon. El canalla de Gouge-le-Bruant, á quien llaman Mata-azules, y el Imano, ese facineroso, amenaza á nuestros hijos, mi comandante. Aunque se opongan mil rayos y aunque el cielo se hunda, no queremos que se les haga el menor daño, no lo consentiremos. Hace poco, aprovechándome de la tregua, he subido á la meseta y los he visto por una ventana. Allí están, se les puede ver desde lo alto del barranco; los ví y les

causé miedo. Angelitos! Ahora bien; el batallon dice: "Queremos salvar á los niños ó morir todos; es nuestro deber.„ Mil rayos! salvarlos ó morir todos. He dicho; salud y respeto.

Gauvain tendió la mano á Radoub y dijo:

—Sois unos valientes! Vendreis en la columna de ataque. Seis de vosotros ireis en la vanguardia, para que todos os sigan al combate, y los otros seis ireis en la retaguardia, para que nadie retroceda.

—¿Y seré yo sin duda el que mande á los doce?

—Sí.

—Entonces gracias, mi comandante, porque yo iré en la vanguardia.

Radoub volvió á hacer el saludo militar y se incorporó en las filas.

Gauvain miró su reloj y dijo algunas palabras al oido de Guechamp. La columna de ataque empezó á formarse.

VIII.

La palabra y el rugido.

Entre tanto Cimourdain, que no ocupaba aun su sitio en la meseta, permaneciendo todavía al lado de Gauvain, se acercó á un clarin y le dijo:

—Toca á parlamento.

El clarin sonó, la trompeta respondió. Segundo toque de clarin y segundo de trompeta siguieron á los dos primeros.

—Qué es eso? preguntó Gauvain á Guechamp; qué quiere Cimourdain?

Éste habia avanzado hácia la torre, agitando en la mano un pañuelo blanco. Levantó la voz y gritó:

—Hombres que estais en la torre, ¿me conoceis?

Una voz, la del Imano, respondió desde lo alto:

—Sí.

Las dos voces entablaron el diálogo que sigue:

—Soy el delegado de la República.

—Eres el ex-cura de Parigné.

—Soy el delegado del Comité de Salvacion pública.

—Eres un sacerdote.

—Soy el representante de la ley.

—Eres un renegado.

—Soy el comisario de la Revolucion.

—Eres un apóstata.

—Soy Cimourdain.

—Eres el demonio.

—Me conoceis?

—Te execramos.

—¿Estaríais satisfechos si me tuviéseis en vuestro poder?

—Diez y ocho de los que aquí estamos daríamos nuestras cabezas por apoderarnos de la tuya.

—Pues bien; vengo á ponerme en vuestras manos.

Oyóse en lo alto de la torre una carcajada de risa salvaje, á la que siguió este grito:

—Ven!

En el campamento reinaba profundo silencio, producido por la ansiedad.

—Con una condicion, repuso Cimourdain.

—Qué condicion?

—Escuchadme.

—Habla.

—Me odiais?

—Sí.

—Pues yo os quiero, yo soy vuestro hermano.

—Sí; tú eres Cain.

Cimourdain replicó con inflexion singular de voz altanera y suave á la par:

—Insultadme, pero escuchad, porque os hablo como parlamentario. Sois hermanos mios, pero sois pobres hombres alucinados; por eso soy amigo vuestro. Soy la luz que habla á la ignorancia, y en la luz hay siempre fraternidad. Además, todos somos hijos de una misma madre, de la patria. Pues bien; escuchadme. Con el tiempo sabreis, ó lo sabrán vuestros hijos ó vuestros nietos, que cuanto se está verificando ahora se ejecuta en cumplimiento de leyes superiores y que Dios está en el fondo de la revolucion. Mientras llega el momento en que vean claro todas las conciencias, hasta las vuestras, y en que se disipen todos los fanatismos, incluso el vuestro, mientras llega esa gran claridad que ha de venir, ¿nadie se ha de compadecer de vuestra oscura ceguedad? Por eso yo, pues, vengo hasta aquí á ofreceros mi cabeza; hago más, os tiendo la mano fraternalmente y os pido que me concedais la merced de perderme por el beneficio de salvaros. Tengo plenos poderes y puedo cumplir lo que prometo. Hago el último esfuerzo en este instante supremo. Os habla un ciudadano, investido con el carácter del sacerdote; el ciudadano os combate, pero el sacerdote os suplica. Muchos de vosotros teneis mujeres é hijos; yo me encargo, pues, de la defensa de vuestros hijos y de vuestras mujeres. Los defiendo contra vosotros mismos. Hermanos mios...

—Predica, apóstata, predica!... le interrumpió burlonamente el Imano.

Cimourdain continuó:

—Hermanos mios, no consintais en que suene la hora fatal. Vamos á degollarnos unos á otros. Muchos de los que estamos aquí no verán mañana la luz del sol; muchos de los nuestros perecerán y vosotros todos morireis. Sed clementes con vosotros mismos y evitad que se derrame tanta sangre inútil; no deben morir muchos hombres cuando basta con que mueran dos.

—Dos? preguntó el Imano.

—Sí, dos.

—Quiénes?

—Lantenac y yo.

Cimourdain continuó levantando más la voz:

—Dos hombres sobran en el mundo; Lantenac para nosotros y yo para vosotros. Esto es lo que os propongo y salvareis todos la vida: entregadnos á Lantenac y apoderaos de mí. Lantenac será guillotinado y de mí hareis lo que querais.

—Si te cogiésemos, aulló el Imano, te quemaríamos á fuego lento.

—Consiento en ello, contestó Cimourdain, añadiendo:

—Estais condenados á muerte todos los que defendeis esa torre; pues os prometo que saldreis de ella vivos y libres dentro de una hora. Os traigo la salvacion. ¿La aceptais?

La voz del Imano estalló con furia, exclamando:

—Veo que además de malvado eres loco. Por qué vienes á incomodarnos? Quién te pidió que nos hablases? ¿Nosotros entregarte á monseñor?... ¿Qué es lo que pretendes?

—Su cabeza; en cámbio os ofrezco...

—Tu pellejo, ya lo hemos oido, y si te tuviésemos á mano te desollaríamos como á un perro, cura Cimourdain, pero tu pellejo no equivale á la cabeza del señor marqués de Lantenac. Vete.

—La lucha vá á ser horrible, y por última vez os ruego que reflexioneis.

Iba ya anocheciendo mientras se estaba pronunciando el sombrío diálogo, cuyas voces se oian tanto dentro como fuera de la torre. El marqués de Lantenac guardaba silencio y dejaba hablar. Los jefes tienen á veces siniestros egoismos; este es uno de los derechos de la responsabilidad.

El Imano levantó la voz, dirigiéndose á los sitiadores, y les dijo:

—Os hemos presentado nuestras proposiciones; hechas están y nada tenemos que quitar ni que añadir. Aceptadlas, ó de lo contrario será una desgracia para todos. Si consentís, os entregaremos los tres niños que están aquí y nos dejareis salir libremente á todos.

—A todos, contestó Cimourdain, excepto á uno.

—Excepto á quién?

—Excepto á Lantenac.

—Nunca os entregaremos á monseñor.

—Pues nada podemos tratar sin esa condicion.

—Entonces empezad el ataque.

El Imano, despues de hacer sonar la trompeta como señal para los suyos, bajó de la plataforma; el marqués desnudó la espada, y los diez y nueve sitiados se agruparon en silencio en la sala baja, detrás de la barricada, hincados de rodillas: oian el paso mesurado de la columna de ataque que avanzaba hácia la torre, en medio de la oscuridad; el ruido de sus pasos se aproximaba y llegó el momento en que lo sintieron en la boca misma de la brecha.

Los sitiados se echaron los fusiles á la cara, apoyándolos en las hendiduras de la barricada. Grand-Francœur, cura de Turmeau, se puso en pié, y teniendo el sable desenvainado en la mano derecha y un crucifijo en la izquierda, dijo con voz grave:

—¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

Todos hicieron fuego á la vez y empezó la lucha.

IX.

Titanes contra jigantes.

El choque fué espantoso; aquella lucha cuerpo á cuerpo sobrepujó á todo lo que el pensamiento puede imaginar en semejantes casos; para encontrar algo parecido seria preciso remontarse á los grandes desafíos de los dramas de Esquilo ó á las carnicerías de los antiguos tiempos feudales, á aquellos ataques con *arma corta* que duraron hasta el siglo diez y siete, cuando se penetraba en las plazas fuertes por las falsabragas ó barbacanas, asaltos trágicos de los que, como dice el viejo sargento de la provincia de Alentejo, "produciendo los hornillos su efecto, los sitiadores avanzaron, llevando tablas cubiertas con láminas de hoja de lata, armados con rodelas y manteletes, y provistos de muchas granadas, haciendo abandonar los atrin-

cheramientos ó *retiradas* á los de la plaza y apoderándose de ella con empuje vigoroso contra los sitiados.„

El sitio del combate en la torre era horrible; era una de esas brechas que en el lenguaje técnico se llaman *brechas cubiertas*, esto es, que forman un boqueron que atraviesa el muro de parte á parte. La pólvora produjo el efecto de una barrena, pero tan violento, que la torre quedó hendida de resultas de la explosion hasta más de cuarenta piés sobre la brecha. Sin embargo, solo era una hendidura, y la rotura practicable que daba entrada á la sala baja se parecia más á una lanzada que perfora que á un hachazo que corta.

Era una puncion en el costado de la torre, una fractura extensa y penetrante, algo como un pozo horizontalmente tendido en tierra, un corredor serpenteante y ascendente á manera de intestino al través de un muro de quince piés de espesor, una especie de cilindro informe, atestado de obstáculos, de lazos y explosiones, en el que la frente chocaba con el granito, los piés con garfios y los ojos con la oscuridad.

Los sitiadores tenian ante sí aquella entrada negra, boca de sima, cuyas mandíbulas eran las piedras del muro desencajadas; las fauces del cocodrilo no enseñan dientes tan formidables como los que presentaba aquella espantosa brecha. Sin embargo, era preciso entrar y salir por aquel boqueron.

Dentro aguardaba la metralla á los sitiadores, fuera se levantaba el reducto; fuera quiere decir la sala baja del piso inferior.

Situacion tan feroz solo existe en los encuentros de los zapadores en las galerías cubiertas, cuando la contramina viene á cortar la mina, ó en los combates con arma blanca en los entrepuentes de los buques, que se acometen al abordaje en las batallas navales. Es el último grado de lo horrible pelear en el fondo de un foso, porque es espantoso matarse unos á otros en la oscuridad de un sitio cubierto por todas partes. En el momento de entrar la primera oleada de los sitiadores, la barricada se cubrió de relámpagos, y hubo como un estallido de rayos y de truenos bajo tierra. El trueno sitiador respondió en seguida al trueno parapetado; á las detonaciones de aquellos contestaron las de éstos. Oyóse primero gritar á Gauvain:—"Adelante!„, y luego á Lantenac:—"¡Firmes contra el enemigo!„, y despues al Imano:—"Aquí los valientes del Maine!„ Ultimamente tras las voces se oyeron chocar sables contra sables, pistoletazos y descargas de fusilería espantosas que lo arrollaban todo. La antorcha, fija en la pared, alumbraba vagamente aquella escena horrible, pero nada permitia ver la negrura rojiza del humo, del fuego y de la sangre. Los combatientes andaban sobre cadáveres, aplastando heridos y brazos y piernas rotos; los heridos gritaban furiosos y los moribundos mordian los piés que los pisaban. De vez en cuando habia instantes de silencio más pavoroso que el ruido. La lucha se empeñaba cuerpo á cuerpo; se oia el espantoso resoplido de las bocas, el rechinar de los dientes, luego las imprecaciones y luego la tempestad que estallaba otra vez. Un arroyo de sangre salia de la torre por la brecha y se extendia en la oscuridad, formando charcos sombríos que humeaban entre la yerba, fuera de la fortaleza, como si ésta se desangrara por una herida.

El estrépito de dentro apenas producia ruido en el exterior. La noche era muy oscura, y así en el llano como en la selva reinaba fúnebre paz en torno de la torre atacada. Dentro estaba el infierno, fuera el sepulcro. Aquel choque de hombres exterminándose en las tinieblas, los tiros, los gritos de rabia y de dolor y el inmenso tumulto, espiraban tras el espesor de las bóvedas. Fuera de la torre casi nada se oia: entre tanto dormian los niños.

El encarnizamiento del combate seguia; los defensores del reducto se mantenian firmes, porque es dificilísimo forzar esa clase de barricadas de ángulo entrante; los sitiados tenian en contra suya el número, pero la posicion en pró. La columna de ataque perdia mucha gente: formada en filas fuera de la torre, iba entrando lentamente por la abertura de la brecha, encogiéndose como una culebra cuando entra en la cueva.

Gauvain, que como jefe novel era imprudente, estaba en la sala baja en lo más rudo del combate y entre la granizada de las balas, abrigando la confianza del hombre que nunca fué herido, á pesar de haberse encontrado en cien batallas.

Al volverse para dar una órden conoció á la luz de un fogonazo á su maestro, que estaba cerca de él.

—Cimourdain! exclamó; ¿que venís á hacer aquí?

—Vengo á estar á tu lado.

—Pero no veis que os van á matar?

—Entonces por qué estás tú?

—Porque aquí soy necesario, pero vos no.

—Quiero estar donde tú estés.

—No, no.

—Sí, hijo mio.

Cimourdain continuó al lado de Gauvain.

Los muertos formaban montones en el piso de la sala baja. Aunque no habian forzado aun la retirada, era evidente que no podia resistir al número. Los sitiadores estaban al descubierto; los sitiados tras de la barricada; diez de los primeros caian por cada uno de los segundos, pero los sitiadores se renovaban y el número de los sitiados disminuia.

Los diez y nueve sitiados se parapetaban tras el reducto, que era el punto atacado; entre ellos habia muertos y heridos; quince combatian aun. Uno de los más feroces, Canta-en-invierno, quedó horrorosamente mutilado. Le habian reventado un ojo y roto una mandíbula; pudo andar y se arrastró hasta la escalera de caracol, y subió á la sala del primer piso con la esperanza de poder rezar allí y morir.

Se recostó en la pared, cerca de la aspillera, para respirar el aire puro del exterior.

La matanza junto al reducto era cada vez más horrible. En el intervalo de dos descargas Cimourdain levantó la voz.

—Sitiados, gritó, no os empeñeis en que se derrame más sangre. Estais presos y sin esperanza, rendíos. Pensad que somos cuatro mil quinientos contra diez y nueve, es decir, más de doscientos contra uno. Rendíos.

—Basta de habladurías! contestó Lantenac.

Veinte balas respondieron á Cimourdain.

La retirada no llegaba hasta la bóveda, lo que les permitia á los sitiados tirar por encima de ella, pero en cámbio permitia que los sitiadores la pudiesen asaltar.

—A asaltar la retirada! gritó Gauvain. ¿Hay alguno de buena voluntad que quiera escalar ese reducto?

—Yo, contestó el sargento Radoub.

X.

El sargento Radoub.

Los sitiadores tuvieron un momento de asombro. Radoub entró por la brecha á la cabeza de la columna de ataque con cinco hombres de su batallon de Paris, y de los seis, cuatro habian muerto ya. Luego que dijo ¡yo! se le vió no avanzar, sino retroceder, y bajando la cabeza, encorvando el cuerpo, casi arrastrándose entre las piernas de los combatientes, llegar á la abertura de la brecha y salir por ella. Huia? Semejante hombre no podia huir; ¿qué significaba, pues, aquel movimiento?

Al estar Radoub fuera de la brecha se frotó los ojos, cegados por el humo, para ver más claro, y á la luz de las estrellas examinó la pared de la torre. Momentos despues de este exámen hizo con la cabeza señal de satisfaccion, como diciendo:—"No me habia engañado.„

Observó que la hendidura que produjo la esplosion de la mina subia desde lo alto de la brecha hasta la aspillera del primer piso, cuya armadura de barrotes rompió y dislocó la bala de cañon. La red de barrotes rotos colgaba medio arrancada y podia facilitar el paso por la aspillera, podia pasar por ella un hombre; pero, ¿cómo subir hasta allí? Por la hendidura de la pared era preciso ser gato para subir; esto precisamente era Radoub. Pertenecia á la raza que Píndaro llama de los "atletas ágiles„. Era soldado viejo y hombre jóven; sirvió en la Guardia francesa, pero aun no habia cumplido cuarenta años; era un Hércules ágil.

Dejó el fusil en tierra, se quitó las fornituras, la casaca y la chupa, reservándose nada más las pistolas, que metió en el cinto que le sujetaba el pantalon, y se puso entre los dientes el sable desenvainado. Las culatas de las pistolas le sobresalian del cinturon.

Aligerado de estos impedimentos, empezó á subir por las piedras salientes de la hendidura de la pared como por una escalera. Le sirvió de utilidad no llevar zapatos, porque solo podia trepar por donde trepó con los piés descalzos. Se apoyaba con los dedos de los piés en los huecos de las piedras, se izaba con los puños y se afirmaba con las rodillas. La subida era árdua, como una ascension al través de los dientes de una sierra.

—Por fortuna, pensaba Radoub, no hay nadie en la sala del primer piso, porque si hubiera no me dejarian escalar la pared.

Necesitaba subir cuarenta piés: á medida que subia, algo molestado por las culatas de las pistolas, la hendidura se iba estrechando y la ascension era más

difícil; el riesgo de la caida aumentaba todo lo que se hundia la profundidad del precipicio.

Llegó por fin al reborde de la aspillera; apartó el enrejado roto y desvencijado, y al ver abierto el paso, se irguió, haciendo un esfuerzo poderoso sobre los brazos; apoyó la rodilla en la cornisa del reborde, asió con una mano un barrote de la derecha y con la otra otro de la izquierda y pudo elevar hasta la mitad del cuerpo ante la aspillera, llevando el sable entre los dientes y quedando suspendido de las manos sobre el abismo. Solo le faltaba echar la pierna á la parte de dentro de la aspillera para saltar á la sala del primer piso.

En aquel momento se le apareció una cara en el interior de la aspillera. Radoub vió de repente delante de él un bulto espantoso; un ojo fuera de su órbita, una mandíbula rota, un rostro ensangrentado, que solo tenia una pupila, y le miraba.

El cuerpo á que pertenecia aquella cara tenia dos manos, las que saliendo de la oscuridad se adelantaron hácia Radoub: una le cogió las dos pistolas á la vez y la otra le arrancó el sable de entre los dientes.

Dejó desarmado á Radoub: sus rodillas se deslizaban sobre el plano inclinado de la cornisa; sus manos crispadas en los barrotes de la aspillera bastaban apenas para sostenerle, y bajo de él tenia cuarenta piés de profundidad.

La cara y las manos de que acabamos de hablar pertenecian á Canta-en-invierno. Sofocado éste por el humo que subia de la sala baja, logró entrar en el hueco de la ventana aspillerada, y el aire exterior le habia reanimado; la frescura de la noche detuvo la evacuacion de sangre y le dió algunas fuerzas. De pronto vió que surgia por el exterior de la aspillera el torso de Radoub, el que, con las manos apoyadas en los barrotes, no podia hacer otra cosa que dejarse desarmar ó caer al abismo. Canta-en-invierno, espantoso y sereno, le quitó el sable y las pistolas.

Combate inaudito se trabó allí entre el desarmado y el herido, y parecia que el moribundo habria de ser el vencedor. Una bala era suficiente para lanzar á Radoub en el precipicio.

Por fortuna para Radoub, Canta-en-invierno, que tenia las dos pistolas en una mano, no pudo hacer uso de ellas en seguida y tuvo que servirse del sable, con el que tiró una estocada al hombro del sargento; pero hiriéndole esta estocada, le salvó.

Radoub, sin armas, pero con toda su fuerza, sin hacer caso de la herida, que no le llegó al hueso, dió al cuerpo rápido empuje hácia adelante y saltó por la aspillera hasta el hueco donde se encontraba su enemigo. Canta-en-invierno habia arrojado ya el sable y tenia una pistola en cada mano. Arrodillado como estaba, apuntó á Radoub casi á quemaropa, pero su brazo débil temblaba y no tiró inmediatamente; Radoub se aprovechó de aquella tregua para soltar la carcajada.

—Fenómeno, ¿crees meterme miedo con esa catadura? ¡Diablo, cómo te han desfigurado el *coram-vobis!*

Canta-en-invierno seguia apuntándole con una pistola.

Radoub continuó:

—¡Veo que la metralla se ha divertido contigo! ¡Hizo andrajos de tu fisonomía! Vamos, escupe el tirito, hijo mio.

Salió el tiro, en efecto, y pasó tan cerca de la cabeza de Radoub, que se le llevó la mitad de una oreja. Despues Canta-en-invierno levantó la otra mano armada con la segunda pistola, pero Radoub no le dió tiempo para apuntar.

—Basta con que me hayas dejado sin media oreja; me has herido dos veces, y ahora me toca á mí.

Arrojóse sobre Canta-en-invierno, le desvió el brazo, salió el tiro, que no se sabe dónde dió, y con la otra mano el sargento se apoderó del realista, tirándole con fuerza hercúlea de arriba abajo y de bajo arriba de la mandíbula dislocada.

Canta-en-invierno lanzó un rugido y cayó desmayado en tierra.

Radoub pasó por encima del cuerpo de aquel, dejándole tendido en el hueco de la ventana.

—Ahora que ya sabes mi ultimatum, le dijo, no te muevas; quédate ahí, miserable reptil; ya puedes comprender que no mereces que me detenga á aplastarte. Arrástrate por el suelo ó muérete. Haz lo que puedas y buen viaje.

Despues de dicho lo anterior salió á la sala del primer piso, diciendo entre dientes:

—Está esto muy oscuro.

Canta-en-invierno se agitaba convulsivamente y aullaba agonizando. Radoub se volvió á él, diciéndole:

—Silencio: hazme el favor de callarte, ciudadano inconsciente. Ya ves que no

me meto contigo y que te dejo estar. Tengamos la fiesta en paz.

Con la vista fija en Canta-en-invierno, Radoub continuó hablando:

—¿Qué voy á hacer ahora estando desarmado? Tenia dos tiros que pude aprovechar y tú me los has gastado, animal! ¡Hay aquí un humo infernal que estropea la vista!...

Tocándose la oreja desgarrada, añadió el sargento:

—¿Qué has adelantado, bruto, con haberme privado de media oreja? Es preferible, sin embargo, perder eso á perder otra cosa, que al cabo y al fin la oreja solo sirve de adorno á la cara. Tambien me arañaste un hombro, pero el arañazo es insignificante. Muere en paz, aldeano, que yo te perdono.

Radoub se puso á escuchar: el ruido que salia de la sala baja era espantoso; el combate continuaba cada vez más encarnizado.

—La danza está muy animada por bajo. Cómo aullan ¡viva el rey! Eso sí, revientan noblemente.

Radoub tropezó con el sable que estaba en el suelo. Le recogió y dijo á Canta-en-invierno, que ya no se movia, que quizás estaba muerto:

—Campesino, para lo que queria hacer mi sable y nada todo es uno. Le recobro por afecto que le profeso, pero necesitaba las pistolas: qué hago ya ahora?...

Adelantóse por la sala á tientas, tratando de ver algo y de orientarse. De pronto, en la penumbra, detrás del pilar del centro, tocó una larga mesa y sobre ella algo que despedia vago brillo.

Tentó lo que habia en la mesa y se encontró con que eran trabucos, pistolas, carabinas, una fila de armas de fuego preparadas con órden y esperando las manos que las habian de usar. Era la reserva del combate que dispusieron los sitiados para la segunda etapa del asalto. Era todo un arsenal!

—Esto es un buffet! exclamó el sargento.

Se arrojó con júbilo sobre las armas y se creyó ya fuerte y formidable.

La puerta de la escalera que comunicaba con los pisos superior é inferior estaba abierta de par en par por el lado de la mesa cargada de armas. Radoub dejó caer el sable, tomó en cada mano una pistola de dos cañones y descargó las dos á la vez desde la puerta en la espiral de la escalera; despues cogió una escopeta y disparó; luego se apoderó de un trabuco atestado de balas y le descargó en la escalera tambien. El trabuco, al vomitar quince balas, pareció un tiro de cañon cargado de metralla. Radoub, entonces, recobrando aliento, gritó desde la escalera con voz tonante: ¡Viva Paris!

Apoderándose del segundo trabuco, más grueso que el primero, apuntó á la bóveda tortuosa de la escalera y esperó.

El desórden que los tiros que disparó el sargento introdujo en la sala baja, es indescriptible. Golpes imprevistos como ese desorganizan la más fuerte resistencia.

Hicieron blanco dos de las balas de la triple descarga de Radoub; una mató al mayor de los hermanos Pica-en-bosque y la otra á Houzard.

—Están arriba! gritó Lantenac.

Este grito decidió á retirarse á los defensores de la barricada. En menos tiempo no se dispersa una bandada de pájaros; todos se lanzaron escalera arriba, mientras el marqués animaba á los fugitivos, diciéndoles:

—Pronto, de prisa: el valor consiste ahora en escapar. Subamos al segundo piso y allí volveremos á luchar.

Lantenac abandonó la barricada el último.

Este acto de valor le salvó.

Radoub se ocultó en lo alto del primer piso, y con el dedo sobre el gatillo espiaba el momento en que los fugitivos subiesen por la escalera. Los primeros que aparecieron en una de las vueltas de la espiral recibieron la descarga en el pecho y cayeron como heridos por el rayo. Si el marqués hubiera estado entre ellos tambien hubiese muerto. Antes de que el sargento tuviese tiempo de tomar otra arma pasaron los demás, y Lantenac detrás de todos. Creyendo que la sala del primer piso estaba llena de sitiadores, no se detuvieron en ella, sino que subieron con rapidez á la sala del segundo. Allí estaba la puerta de hierro y la mecha azufrada; allí era preciso capitular ó morir.

Gauvain, tan sorprendido como los sitiados de las detonaciones de la escalera, y sin poder explicarse por dónde le llegaba aquel auxilio, se aprovechó de él. Saltando con los suyos por encima de la barricada, fué persiguiendo á los sitiados hasta el primer piso. Allí encontró á Radoub. El sargento le hizo el saludo militar y le dijo:

—Mi comandante, oidme un momento. Yo soy el autor de esta sorpresa; me acordé de lo que hicísteis en Dol y os he

imitado, pillando al enemigo entre dos fuegos.

—Eres un buen discípulo! exclamó Gauvain sonriendo.

Al pasar algun tiempo en la oscuridad, los ojos se acostumbran á ver en ella, como los de las aves nocturnas. Gauvain observó que Radoub estaba ensangrentado, y le preguntó:

—Estais herido, compañero?...

—No es nada, mi comandante; ¿qué importa tener una oreja más ó menos? Tengo tambien una ligera estocada en un hombro, pero no me dá cuidado. El que rompe un vidrio siempre se corta, pero aquí no hay más sangre que la mia.

Hicieron alto en la sala del primer piso que conquistó Radoub; trajeron un farol; Cimourdain acudió al lado de Gauvain y deliberaron. El caso merecia séria meditacion, porque los sitiadores no estaban en el secreto de los sitiados: por lo tanto ignoraban su carencia de municiones; no sabian que apenas les quedaba pólvora á los defensores de la plaza, y como el segundo piso era su último atrincheramiento, los sitiadores tenian motivo para creer que hubiesen minado la escalera.

Lo que sabian de cierto era que los enemigos no podian escaparse. Los que no habian muerto los tenian allí como bajo llave. Lantenac estaba cogido en la ratonera.

Poseyendo esta certidumbre, valia la pena de tomarse tiempo para buscar á la situacion el mejor desenlace posible, adoptando los medios para perder pocos hombres en el último asalto. Debia ser grande el riesgo de este supremo ataque, porque habia que sostener y sufrir fuego nutrido.

El combate se interrumpió. Los sitiadores, dueños del piso bajo y del primero, esperaban para continuarlo las órdenes del jefe. Gauvain y Cimourdain celebraban consejo y Radoub asistia en silencio á sus deliberaciones.

Al cabo de un rato se aventuró á hacer otro saludo militar y dijo con voz tímida:

—Mi comandante!

—Qué quereis, Radoub?

—¿Tengo derecho á una pequeña recompensa?

—Sí. Pedid lo que querais.

—Pues pido subir el primero.

No era posible negarle la peticion. Por otra parte, él lo hubiera hecho tambien sin permiso.

XI.

Los desesperados.

Mientras deliberaban en el primer piso los sitiadores, se fortificaban los sitiados en el segundo. La victoria es un furor y la derrota es una rabia. Los dos pisos iban á chocar con encarnizamiento.

Tener próximo el triunfo embriaga, y á los sitiadores que estaban en la sala baja les embriagaba esta esperanza, que constituiria la mayor de las fuerzas humanas si no existiera la desesperacion, y la desesperacion se apoderaba de los de arriba, la desesperacion tranquila, fria y siniestra.

Al llegar á la sala de refugio, de su último refugio, el primer cuidado de los sitiados fué obstruir la entrada. Cerrar la puerta era inútil, valia más impedir la subida por la escalera. En estos casos, un obstáculo al través del cual se puede ver y pelear vale más que una puerta cerrada. Alumbraba á los sitiados la antorcha que fijó en la pared el Imano, cerca de la mecha azufrada.

Habia en dicha sala uno de esos baules de encina, gruesos y pesados, que se usaban antes de la invencion de las cómodas; lo arrastraron y lo pusieron de pié á la entrada de la escalera, en la que encajaba sólidamente, tapando el hueco, sin dejar más que un espacio estrecho, cerca de la bóveda, por el que podia pasar un hombre: excelente posicion para ir matando uno á uno á los que intentasen subir. Era, pues, dudoso que hubiese quien se arriesgase á ello.

Despues vieron que los diez y nueve quedaron reducidos á siete, uno de ellos era el Imano; pero excepto éste y Lantenac, los demás estaban heridos; habia cinco heridos, pero aptos aun para el combate; éstos eran Chatenay, alias Robi; Guinoiseau, Hoisnard, alias Rama de Oro; Pimpollo de Amor y Grand-Francœur. Los demás habian muerto.

Agotaron las municiones y las cartucheras estaban casi vacías. Contaron los cartuchos y vieron que no quedaban más que cuatro para los siete.

Conocieron entonces que ya no tenian otro remedio que sucumbir. Estaban acorralados á la orilla del precipicio, abierto y terrible; era imposible estar más cerca de sus bordes.

Entre tanto el ataque iba á comenzar y ya oian los culatazos que los sitiado-

res daban en la escalera, sondeándola escalon por escalon.

Los sitiados no podian huir. Por la biblioteca, seis cañones, colocados en la meseta y enfilados por aquella parte y con la mecha preparada, hacian imposible esa salida. Por las habitaciones superiores tampoco podian salir, porque terminaban en la plataforma y allí solo podian echarse de la torre abajo.

Los siete sobrevivientes de aquella faccion épica se veian inexorablemente encerrados y cogidos dentro de aquel muro espeso, que al par que los protegia, los entregaba á sus enemigos.

El marqués levantó la voz y dijo:

—Amigos mios, todo ha concluido ya para nosotros.

Despues de un momento de silencio añadió:

—Grand-Francœur, vuelve á ser el cura de Turmeau.

Todos se arrodillaron con el rosario en la mano.

El ruido de los culatazos de los sitiadores se iba acercando.

Grand-Francœur, lleno de sangre, que la hacia derramar un balazo que le rozó el cráneo, arrancándole cabello con parte de la piel, levantó con la mano derecha el crucifijo. El marqués, aunque era escéptico en el fondo de su corazon, puso en tierra una rodilla.

—Cada uno que confiese sus pecados, dijo Grand-Francœur. Comenzad, señor marqués.

—Me acuso he haber matado á mis semejantes, respondió Lantenac.

—Yo tambien, dijo Hoisnard.

—Y yo, dijo Guinoiseau.

—Y yo, repuso Pimpollo de Amor.

—Y yo, dijo Chatenay.

—Y yo, añadió el Imano.

Grand-Francœur continuó diciendo:

—Os absuelvo en nombre de la Santísima Trinidad; que vuestras almas vuelvan en paz al seno del Señor.

—Amén, respondieron todos.

El marqués se levantó y dijo:

—Ahora muramos.

—Y matemos, replicó el Imano.

Los culatazos empezaban á romper el cofre que obstruia la puerta.

—Pensad en Dios, dijo el cura; el mundo no existe ya para vosotros.

—Sí, añadió el marqués, vamos á llegar ya á la tumba.

Los realistas inclinaron la cabeza y se dieron golpes de pecho. Solo Lantenac y el sacerdote estaban de pié; los demás arrodillados y con la vista fija en el suelo; el cura rezaba, los campesinos tambien; el marqués meditaba. Martillos golpeaban en el cobre, que sonaba lúgubremente.

En este instante, una voz clara y fuerte gritó detrás de los sitiados:

—Bien os lo decia yo, monseñor!

Todos volviéronse estupefactos.

Acababa de abrirse un agujero en la pared. Una piedra perfectamente enlazada con las otras, pero sin cemento, que tenia un pilon en la parte superior y otro en la inferior, giró sobre sí misma como un torniquete, y al girar abrió el muro. Dicha piedra, al moverse sobre su eje, descubrió dos aberturas, una á cada lado, y ofreció dos pasos, uno á la derecha y otro á la izquierda, estrechos, pero que por ellos podia pasar un hombre. Más allá de la inesperada puerta se distinguian los escalones de una escalera en espiral. Un hombre asomó por una de las aberturas.

El marqués conoció á Halmalo.

XII.

El salvador.

Eres tú, Halmalo?

—Yo soy, señor; ya veis que las piedras giran y que existe la salida de que os hablé. Llego á tiempo, pero daos prisa y dentro de diez minutos os encontrareis en medio del bosque.

—Dios es grande! exclamó el sacerdote.

—Salvaos, señor, gritaron todos.

—Primero vosotros, dijo Lantenac.

—Primero vos, señor, replicó el cura de Turmeau.

—No, yo el último, repitió el marqués, y añadió con voz grave:—No haya aquí lucha de generosidad; no tenemos tiempo para ser magnánimos. Estais heridos y quiero que vivais. Huid con rapidez, aprovechándoos de esta salida. Gracias, Halmalo.

—Vamos á separarnos, señor marqués? preguntó el clérigo.

—Cuando lleguemos bajo, sí; de aquí solo podemos escapar uno á uno.

—Nos designareis punto de reunion?

—Sí. Un claro del bosque que se llama la Piedra-Gauvain. Conoceis este sitio?

—Todos lo conocemos.

—Mañana al medio dia estaré allí; los que puedan que acudan.

—Allí estaremos.

—Comenzaremos otra vez la guerra, repuso el marqués.

Entre tanto, Halmalo, apoyándose sobre la piedra giratoria, observó que no se movia. Era imposible cerrar la abertura.

—Señor, exclamó, apresurémonos, que la piedra se resiste, y aunque pude abrir, no voy á poder cerrar.

La piedra, por causa sin duda de su prolongada inmovilidad, estaba como anquilosada en su charnela y era imposible imprimirla movimiento.

—Monseñor, repuso Halmalo, creia poder cerrar el paso y que cuando entrasen aquí los azules no verian aquí á nadie, y no encontrándoos creerian que os habíais desvanecido como el humo. Pero la piedra no se quiere mover, y el enemigo verá este boquete de salida y os perseguirá por él. No perdamos, pues, un minuto. Pronto, todos á la escalera.

El Imano, poniendo una mano sobre el hombro de Halmalo, le preguntó:

—Camarada, ¿cuánto tiempo se necesita para que los que salgan por ahí estén seguros en el bosque?

—Hay alguno herido de gravedad? preguntó Halmalo á su vez.

—Ninguno, le respondieron.

—Pues entonces basta con un cuarto de hora.

—De modo, repuso el Imano, que si el enemigo no entra aquí hasta despues de un cuarto de hora...

—Podrá perseguirnos, pero ya no nos alcanzará.

—Sí, pero antes de cinco minutos estarán aquí, contestó el marqués; ese cofre viejo no los detendrá mucho tiempo; con pocos culatazos más lo harán añicos. ¿Quién puede detenerlos un cuarto de hora?

—Yo, dijo el Imano.

—Tú?...

—Yo, señor marqués. Cinco de nosotros siete están heridos, pero yo no tengo ni un rasguño.

—Ni yo.

—Pero vos sois el jefe y yo soy el soldado, y eso es muy diferente.

—Ya lo sé; cada uno tenemos diferentes deberes que cumplir.

—Vos y yo, monseñor, tenemos el mismo deber, el de salvaros.

El Imano se volvió hácia sus compañeros y les dijo:

—Se trata, camaradas, de detener al enemigo y de retardar la persecucion todo lo posible. Conservo yo todas mis fuerzas, porque no he perdido ni una sola gota de sangre, y por eso debo durar más tiempo que cualquiera de vosotros. Marchaos todos, dejadme vuestras armas, y quedaré encargado de hacer buen uso de ellas y de detener al enemigo por lo menos media hora. ¿Cuántas pistolas hay cargadas?

—Cuatro.

—Dejadlas en el suelo.

El Imano fué obedecido inmediatamente.

—Pues bien; me quedo aquí, y cuando vengan esos señores, encontrarán quien les reciba. Ahora huid lo más pronto que podais.

En semejantes situaciones se suprimen los agradecimientos. Apenas se estrecharon las manos.

—Hasta luego, dijo Lantenac al Imano.

—No, monseñor, porque probablemente moriré.

Penetraron uno tras otro por la estrecha escalera, empezando por los heridos. Mientras éstos bajaban, el marqués sacó de su cartera el lápiz y escribió un renglon en la piedra, que, como sabemos, no podia girar y dejaba abierta la salida.

—Vamos, monseñor; solo faltais vos, dijo Halmalo. Éste empezó á bajar; el marqués le siguió. El Imano se quedó solo.

XIII.

El verdugo.

De las cuatro pistolas que dejaron sobre las baldosas, porque aquella sala no tenia piso de madera, el Imano tomó dos, una en cada mano, y se adelantó oblícuamente hácia la entrada de la escalera, que tapaba y obstruia el cofre.

Los sitiadores indudablemente temian alguna sorpresa; alguna de esas explosiones finales que constituyen la catástrofe del vencedor al mismo tiempo que la del vencido; por eso su último ataque era lento y prudente, como impetuoso fué el primero. No pudieron ó no quisieron destruir de un golpe el obstáculo del cofre; poco á poco demolieron su fondo á culatazos y agujerearon la tapa con las bayonetas para examinar por los agujeros lo que pasaba en la sala antes de penetrar en ella. El resplandor de los faroles con que alumbraban la escalera pasaba al través de aquellos agujeros.

El Imano observó por uno de ellos los ojos de un soldado que le miraban; apuntóle con una de las pistolas y disparó. El Imano oyó con júbilo un grito horrible que respondió á su detonacion. La bala penetró por el ojo y atravesó la cabeza

del soldado que miraba, y le hizo caer de espaldas en la escalera.

Los sitiadores, al romper el cofre por varias partes, formaron dos especies de aspilleras; el Imano se aprovechó de una de ellas, por la que pasó el brazo y disparó el segundo tiro sobre un monton de sitiadores. La bala sin duda rebotó de uno en otro, porque se oyeron varios gritos, como si tres ó cuatro hubiesen sido muertos ó heridos, y en la escalera se promovió un gran tumulto de hombres en retirada.

El Imano arrojó las dos pistolas que acababa de descargar y tomó las dos restantes. Despues volvió á mirar por los agujeros del cofre.

Se quedó satisfecho del efecto que acababa de producir. Los sitiadores habian evacuado la escalera. Algunos moribundos se retorcian en los escalones. La vuelta de la espiral solo le permitia ver tres ó cuatro de éstos.

El Imano esperó.

—Así se gana tiempo, pensó para sí.

Entonces vió á un hombre que, arrastrándose, subia la escalera, y al mismo tiempo, más abajo, detrás del pilar central de la espiral, observó que un soldado sacaba la cabeza. El Imano apuntó á aquella cabeza y tiró. Resonó un grito, cayó el soldado, y el Imano pasó de la mano izquierda á la derecha la pistola que le quedaba cargada.

En aquel instante sintió espantoso dolor, y él fué el que á su vez lanzó un aullido horrible. Un sable le atravesaba; una mano, la del hombre que subia á gatas, acababa de pasar por una de las brechas del cofre y hundió la hoja del sable en el vientre del Imano.

Le atravesó el vientre de parte á parte.

El Imano no cayó, sin embargo, al primer golpe. Rechinó los dientes y dijo:

—Bien!...

Tambaleándose, retrocedió hasta la antorcha que ardia al lado de la puerta de hierro, dejó en tierra la pistola, empuñó la antorcha, y sosteniéndose con la mano izquierda los intestinos que se le salian, con la derecha bajó la antorcha hasta la mecha azufrada.

El fuego se comunicó en seguida y la mecha alzó llama. El Imano soltó la antorcha, que continuó ardiendo en el suelo; recobró la pistola, y echado ya en tierra, atizó la mecha, soplando con el poco aliento que le quedaba.

La llama corrió, pasó por bajo de la puerta de hierro y entró en el puente-castillejo.

Entonces, al ver realizado su execrable intento, más satisfecho quizás de su crímen que de su virtud, aquel hombre, que acababa de ser un héroe, se convirtió en un asesino; aquel hombre, que iba á morir, se sonrió satisfecho.

—Se acordarán de mí, murmuró. Con la muerte de sus niños vengo á nuestro niño, al rey que está en el Temple.

XIV.

Tambien el Imano se escapa.

En aquel instante resonó gran ruido; el cofre, empujado con violencia, se abrió con extrépito y dió paso á un hombre, que entró en la sala sable en mano.

—Soy yo, Radoub, que estoy aquí para habérmelas con quien quiera; me cansaba de esperar y me arriesgo. Acabo de espachurrar á uno y ahora os ataco á todos. Me es igual que me sigan ó no mis compañeros. Cuántos sois?

Era, en efecto, Radoub, y entraba solo. Despues del destrozo que el Imano hizo en la escalera, temiendo Gauvain que hubieran hecho los sitiados algun barreno, mandó replegar su gente y consultaba con Cimourdain lo que se habia de hacer.

Radoub, con el sable en la mano, dentro de la sala, en la oscuridad, porque la antorcha, casi extinguida, apenas alumbraba, dijo:

—Aquí hay uno; ¿cuántos sois vosotros?

Como nadie respondia, avanzó. Uno de esos resplandores vivos que arrojan durante pocos momentos los focos de luz agonizantes, salió de la antorcha é iluminó toda la sala.

Radoub se acercó á uno de los espejos colgados en la pared, miró su cara ensangrentada y su oreja colgando y exclamó:

—Horrorosa catadura!

Despues se volvió sorprendido al encontrar la sala vacía.

—No hay nadie! gritó. Efectivo, cero.

Entonces vió la piedra giratoria, las dos aberturas y la escalera.

—Ahora me lo explico, dijo; jefes del campamento, venid. ¡Venid, compañeros! Se fugaron! ¡Se han escurrido, se han volatilizado! Esta vieja colmena estaba hendida por una parte; aquí está el boquete por donde se afufó esa canalla. No hay aquí nadie!

Al concluir el sargento su monólogo sonó un pistoletazo, cuya bala pasó rozando el codo de Radoub y fué á estrellarse en la pared.

—Hola! exclamó el sargento; parece que queda alguno. ¿Quién es el que me ha saludado con tanta cortesía?

—Yo, contestó una voz.

Radoub se acercó hácia la voz, y en la penumbra distinguió el bulto del Imano.

—Ah! ya tropecé con uno. Los otros se han escapado, pero tú no te escaparás.

—Lo crees así? le preguntó el Imano.

—¿Quién eres, hombre, que te arrastras por el suelo?

—Uno que está en tierra y que se burla de los que están en pié.

—Qué tienes en esa mano?

—Una pistola.

—Y en la otra?

—Mis tripas.

—Eres mi prisionero.

—Ya lo veremos.

El Imano acercó la cara á la mecha en combustion, atizó el incendio con el último soplo de su vida y espiró.

Algunos instantes despues, Gauvain, Cimourdain y la tropa que les seguia penetraron en la sala. Vieron la abertura que dió paso á los fugitivos, registraron todos los rincones y la escalera, observando que ésta conducia á una salida que daba al barranco. Tomóse acta de la fuga: el Imano estaba muerto. Gauvain, con el farol en la mano, examinó la piedra giratoria, de la que habia oido hablar, pero cuya tradicion tenia por fábula. Observó que habia algo escrito en la piedra; acercó la luz y leyó estas palabras:

—"*Hasta la vista, señor vizconde.*

LANTENAC.„

Guechamp vino á reunirse con Gauvain. Comprendieron que la persecucion seria inútil; la fuga estaba ya consumada, y los prófugos tenian, además, todo el pais en su favor, y las matas, los barrancos y las espesuras. Debian estar ya muy lejos, no habia medio de alcanzarles, y la selva de Fougéres entera era un inmenso escondrijo. ¿Qué iban á hacer? Volver á empezar la lucha. Gauvain y Guechamp se comunicaban mútuamente sus decepciones y sus conjeturas.

Cimourdain les escuchaba con gravedad, sin decir una palabra.

—A propósito, Guechamp, dijo Gauvain, y la escalera?

—Mi comandante, no ha llegado aun.

—¿Pues no vimos venir un carro escoltado por gendarmes?

—Pero no traia la escalera.

—Pues qué traia?

—La guillotina, contestó Cimourdain.

XV.

No deben ponerse en el mismo bolsillo el reloj y la llave.

El marqués de Lantenac no estaba tan lejos como creian los republicanos, pero estaba seguro y fuera de su alcance. Salió de la torre siguiendo á Halmalo.

La escalera por donde bajaron en pos de los demás fugitivos terminaba en un estrecho pasadizo abovedado, cerca del barranco y de los arcos del puente. Aquel pasadizo desembocaba en una grieta profunda del suelo, que por un lado daba al barranco y por el otro á lo espeso del bosque, grieta oculta á todas las miradas y que serpeaba bajo una vejetacion impenetrable. Era imposible coger en ella á nadie; en ella el fugitivo solo tenia que hacer un movimiento de culebra, y era imposible encontrarle. La entrada del pasadizo secreto de la escalera estaba tan obstruida por las zarzas, que sus constructores consideraron inútil cerrarla por otros medios.

El marqués, para alejarse de aquellos sitios, no necesitaba disfraz, porque desde que llegó á Bretaña no se quitó el traje de campesino. Se limitó á quitarse la espada, cuyo cinturon desabrochó y arrojó en tierra.

Cuando Halmalo y Lantenac desembocaron por el pasadizo, los otros cinco fugitivos ya no estaban allí.

—No han tardado en emprender el vuelo, dijo Halmalo.

—Imítalos tú, le contesto el marqués.

—Monseñor quiere que le deje solo?

—Sí, ya te lo dije; de este modo se facilita la fuga, pues por donde uno pasa, muchas veces no pueden pasar dos; juntos llamaríamos la atencion y nos perderíamos mútuamente.

—El señor conoce el pais?

—Sí.

—¿Nos reuniremos en la Piedra-Gauvain?

—Sí, mañana á las doce.

—Allí iré.

Despues Halmalo añadió:

—Recuerdo ahora cuando nos encontramos solos en alta mar, que quise mataros siendo mi señor, que pudísteis

decirme vuestro nombre y que, sin embargo, no me lo dijísteis... ¡Sois un hombre extraordinario!

El marqués, pensativo, exclamó, como hablando consigo mismo:

—La Inglaterra! no nos queda otro recurso. Es preciso que dentro de quince dias estén los ingleses en Francia.

—Tengo muchas cuentas que rendir al señor; he desempeñado sus encargos.

—Mañana hablaremos de todo esto.

—Hasta mañana, señor.

—A propósito; tienes apetito?

—Mucho, pues por llegar á tiempo no he comido nada en todo el dia.

El marqués sacó del bolsillo una tablilla de chocolate, la partió en dos pedazos, dió uno á Halmalo y se puso á comer el otro.

—Señor, á vuestra derecha está el barranco y á vuestra izquierda el bosque.

—Está bien. Déjame: vete.

Halmalo obedeció y se perdió en la oscuridad. Oyóse ruido de ramas removidas y despues nada. Al cabo de algunos segundos hubiera sido imposible seguirle la pista. El terreno de Bocage, tan intrincado y tan frondoso, era el gran auxiliar del fugitivo, que no se podia decir que desaparecia, sino que se disipaba. Esta facilidad de dispersion rápida hacia vacilar á un ejército en la Vendée.

El marqués permaneció inmóvil. Era de los hombres que ponen empeño en ser estóicos; pero no pudo sustraerse á la emocion de respirar el aire libre, despues de haber aspirado el ambiente de la sangre y el de la carnicería. Era motivo más que suficiente para experimentar cierta sacudida nerviosa, hasta para hombres como Lantenac, verse completamente salvados despues de haberse visto completamente perdidos; y aunque habia pasado ya por situaciones semejantes, no pudo impedir que sintiese su alma imperturbable una conmocion durante algunos minutos. Confesóse á sí mismo que estaba satisfecho, pero dominó pronto esta sensacion, parecida á la alegría.

Sacó el reloj de repeticion y le hizo tocar. Queria saber la hora que era.

Con sorpresa supo que no eran más que las diez. Cuando se acaba de pasar por una de esas peripecias de la vida humana en las que todo se aventura, nos extrañamos que instantes tan llenos de acontecimientos no sean más largos que los demás.

Dispararon el cañonazo de aviso un poco antes de la puesta del sol y embistió á la Tourgne la columna de ataque media hora despues, al anochecer, entre las siete y las ocho. Es decir, que el colosal combate, que empezó á las ocho, concluyó á las diez; que toda aquella epopeya solo duró ciento veinte minutos. A veces suceden las catástrofes con la rapidez del rayo. Los acontecimientos tienen estas condensaciones sorprendentes.

Reflexionando sobre esto, se comprende que lo que debia asombrar no era que el combate hubiera durado poco, sino que hubiera durado tanto. La resistencia de dos horas de tan pocos hombres contra tan gran número de combatientes era realmente extraordinaria, y no puede decirse que fué corta la batalla empeñada por diez y nueve contra cuatro mil.

Entre tanto, pensando el marqués que Halmalo debia estar lejos, juzgó que ya era tiempo de abandonar aquel sitio, no teniendo además necesidad de permanecer en él. Volvió á meter el reloj en el bolsillo, pero no en el mismo, porque acababa de fijarse en que estaba en contacto con la llave de hierro que le entregó el Imano, y era fácil que chocase con el cristal y le rompiera. Hecho esto se dispuso á internarse en el bosque, pero al volverse hácia la izquierda le pareció distinguir vaga claridad.

Detúvose, y mirando al través de las matas que se destacaban sobre un fondo rojo, que hacia visibles hasta sus menores detalles, observó gran resplandor en el barranco, del que le separaban pocos pasos. Marchó primero hácia él, pero despues se contuvo, juzgando inconveniente hacerse visible á la luz, que cualquiera que ésta fuese le importaba poco, y tomó la direccion que le indicó Halmalo. Empezó á internarse en el bosque.

De repente, encontrándose profundamente emboscado en la maleza y oculto entre las zarzas, oyó por encima de su cabeza un grito terrible, un grito que parecia salir del reborde mismo de la meseta, sobre el barranco. El marqués se paró y levantó los ojos.

LIBRO QUINTO

In Dæmone Deus.

I.

Hallados, pero perdidos.

Cuando Micaela Flechard vió la torre iluminada por el sol poniente, aun

le faltaba media legua para llegar á ella. Aunque apenas podia andar, emprendió de nuevo el camino al ver próximo ya el término de su viaje. Las mujeres son débiles, pero las madres son fuertes.

El sol se habia ya ocultado. Tras el crepúsculo llegó la oscuridad profunda, y Micaela, sin detener la marcha, oyó sonar á lo lejos, en el reloj de invisible campanario, las ocho primero y despues las nueve de la noche. Aquel campanario seria probablemente el de Parigné. De vez en cuando se paraba Micaela para oir sordas detonaciones, que tomó acaso por vagos ruidos de la noche.

Avanzaba sin cesar, guiada por la débil claridad que despedia la fortaleza lejana, que resaltaba en la oscuridad, dando irradiacion misteriosa á la torre; dicha irradiacion era más viva cuanto más se oian las detonaciones, y despues se amortiguaba.

La vasta meseta por donde Micaela caminaba solo contenia yerba y brezos; no se distinguia en toda ella ni un árbol ni una casa. Lo que en esta ascension sostenia las fuerzas de la madre era tener siempre á la vista la torre, cuya magnitud crecia á medida que se aproximaba á ella.

Las detonaciones sordas y los pálidos resplandores que salian de la torre tenian intermitencias, como acabamos de decir; se interrumpian y volvian á oirse, proponiendo no sé qué doloroso enigma á la desconsolada madre. De repente cesaron y todo se extinguió, ruido y claridad, y reinó allí un momento de absoluto silencio, una especie de tranquilidad lúgubre.

En aquel instante llegaba Micaela al extremo de la meseta; vió á sus piés un barranco, cuyo fondo se perdia en la espesura de las tinieblas; vió á cierta distancia, en lo más elevado de la meseta, una confusion de ruedas, de parapetos y de troneras que constituian una batería, y alumbrado confusamente por las mechas encendidas de los artilleros un enorme edificio, que parecia construido de sombra más negra que la que le rodeaba.

Aquel edificio se componia de un puente, cuyos arcos se hundian en el barranco, y una especie de castillo que se elevaba sobre el puente, y castillo y puente se apoyaban en un altísimo cilindro, que era la torre, hácia la que se dirigia Micaela.

Veia ésta pasar luces en todas las direcciones por las troneras de la torre, y conoció por el rumor que de ella salia que estaba llena de multitud de hombres, de los que le pareció ver algunos contornos en los pisos altos y hasta en la plataforma.

Cerca de la batería habia tropa acampada; Micaela distinguia á los centinelas del campamento, pero éstos no la veian á ella, por impedírselo las malezas y la oscuridad.

Llegó al fin de la meseta y tan cerca del puente, que solo la separaba de él la profundidad del barranco; veia á pesar de la oscuridad los tres pisos del castillejo.

Micaela Flechard permaneció largo rato absorta y muda ante aquel barranco profundo y ante aquel edificio tenebroso. Qué era aquello? ¿Qué sucedia allí? ¿Era efectivamente la torre de Tourgne? Sufria el vértigo de no sé qué incierta espectativa parecida á la de la llegada y á la de la partida, y se preguntaba á sí misma por qué estaba allí.

Miraba y escuchaba.

De pronto ya no vió nada. Un velo de humo subia desplegándose entre ella y la torre; acre picazon la obligó á cerrar los ojos; apenas cerró los párpados, éstos se enrojecieron por efecto de súbita luz que la hizo abrir las pupilas.

Era la claridad del dia y no la oscuridad de la noche lo que tenia ante la vista, pero una claridad funesta, la claridad que procede del fuego. Presenciaba el principio de un incendio.

El humo, negro al principio, adquirió poco á poco el color de escarlata; una gran llama se levantaba en el interior, que aparecia y desaparecia, formando las torsiones feroces propias de los relámpagos y de las serpientes.

La llama salia como una lengua de un boquete que parecia boca y que era una ventana llena de fuego; aquella ventana, cerrada con reja de hierro ya enrojecida, era una de las del piso inferior del castillejo, construido sobre el puente. Del edificio solo se veia la ventana; el humo lo cubria todo, hasta la meseta, y solo se veia el borde del barranco, negro, destacándose sobre llamas rojizas.

Micaela Flechard contemplaba aquella escena con asombro. El humo es nube y la nube es sueño, y ella no tenia conciencia de lo que veia. Debia huir? ¿Debia permanecer allí? Se creia estar fuera del mundo de la realidad.

Una ráfaga de viento pasó rasgando la cortina de humo, y al descorrer aquel

velo apareció la trágica fortaleza descubierta, visible por entero, con la torre, el puente, el castillejo deslumbrante y horrible con la magnífica doradura del incendio, que reverberaba en ella de arriba á abajo. Micaela vió todo esto á la claridad siniestra del fuego.

Ardia el piso inferior del castillejo; encima se distinguian los otros dos pisos aun intactos, pero como si estuviesen colocados en un canastillo de llamas. Desde el reborde de la meseta, que era donde estaba Micaela Flechard, veia vagamente el interior al través del humo y del fuego: todas las ventanas estaban abiertas. Por las del segundo piso, que eran muy grandes, veia la madre á lo largo de las paredes armarios que le parecian llenos de libros, y delante de una de dichas paredes, en el suelo y en la penumbra, un grupo pequeño y confuso, algo que presentaba el aspecto vago y amontonado de un nido ó de una pollada, que de cuando en cuando se rebullia.

Micaela se fijó en el pequeño grupo, sin comprender con claridad lo que era. A veces le ocurria creer que podrian ser formas de séres vivientes. La infeliz madre tenia fiebre, no habia comido desde por la mañana, caminó sin descanso y estaba desfallecida; se apoderaba de ella una especie de alucinacion, de la que instintivamente desconfiaba; pero sin embargo, sus ojos, cada vez más fijos, no podian apartarse de aquel conjunto de objetos, quizás inanimados é inertes en la apariencia, que yacían en el suelo de la sala superpuesta á la del incendio.

En aquel instante, como si el fuego estuviese dotado de voluntad, alargó desde abajo uno de sus brazos hácia la gran hiedra seca que cubria la fachada que contemplaba persistentemente Micaela Flechard. Hubiérase dicho que las llamas acababan de descubrir el enrejado de ramas secas y se precipitaban hácia él; una chispa se apoderó del propicio combustible y subió á lo largo de los sarmientos con la agilidad terrible de los regueros de pólvora. En un santiamén la llama llegó al segundo piso y entonces, por arriba, alumbró el interior del primero. Vivísimo resplandor iluminó súbitamente de relieve á los tres niños dormidos. Hechicero monton compuesto de piernas y de brazos entrelazados, de párpados cerrados, de rubias cabezas y de bocas risueñas.

La madre, al conocer á sus hijos, lanzó un grito espantoso. El grito de inexplicable angustia que solo las madres pueden lanzar. Nada es tan feroz ni tan patético al mismo tiempo. Cuando una mujer arroja ese grito se cree oir el aullido de una loba; cuando le arroja una loba parece que se oye el grito de una mujer. El grito de Micaela fué un aullido. Hécuba aulló, dijo Homero.

El grito de Micaela fué el que oyó el marqués de Lantenac. Dijimos que al oirlo se paró. Se encontraba entre la salida del pasadizo por el que le sacó Halmalo y el barranco. Al mirar al través de las matas enredadas encima de él, vió el puente del castillejo envuelto en llamas y roja la Tourgne, por efecto de la reverberacion del incendio, y vió al otro lado, en el reborde de la meseta y á la viva claridad del fuego, una mujer inclinada sobre el barranco, con el rostro azorado y lastimero.

Esta mujer lanzó aquel grito; no era ya Micaela Flechard, era una górgona. Los miserables son temibles; la aldeana se convirtió en Euménide; la campesina vulgar, ignorante, inconsciente, adquirió en un instante las proporciones épicas de la desesperacion. Los grandes dolores producen dilatacion jigantesca del alma; aquella madre personificaba la maternidad, y como es sobrehumano, todo lo reasume en sí la humanidad; aquella mujer se erguia como una potencia sepulcral al borde del barranco, ante el incendio y frente á aquel crímen, lanzando el grito de fiera y con el aspecto de diosa. Era soberano el resplandor de sus ojos, anegados en lágrimas, y sus miradas despedian rayos sobre el incendio.

El marqués escuchó un rato: los gritos de aquella mujer caian, por decirlo así, sobre su cabeza; oia sonidos inarticulados y desgarradores, que más que palabras le parecian sollozos.

—Dios mio! Mis hijos! Son mis hijos! Socorro! Fuego! Fuego! ¡Sois unos bandidos! ¿No hay nadie que quiera socorrerlos? Mis hijos van á abrasarse vivos! Georgina! Alan! Renato! ¿Quién metió ahí á mis hijos? Están durmiendo! ¡Me vuelvo loca! Eso es imposible! Socorro! Socorro!

Entre tanto, así en la Tourgne como en la meseta, todos se pusieron en movimiento para acudir á sofocar el fuego. Los sitiadores, despues de afrontar la metralla, tenian que afrontar el incendio. Gauvain, Cimourdain y Guechamp tomaban disposiciones para extinguirlo,

pero apenas podian sacar algunos cubos de agua del humilde arroyuelo que corria por el barranco. El reborde de la meseta estaba lleno de rostros asombrados que miraban los progresos del fuego. Era espantoso lo que veian.

Miraban y no lo podian remediar.

La llama, incendiando la hiedra, llegó al segundo piso, y encontrando allí el granero lleno de paja, se precipitó en él. Todo el granero ardia. Las llamas bailaban, y es lúgubre espectáculo el de la alegría de las llamas. Parecia que un soplo perverso atizase aquella gran hoguera, como si el espantoso Imano se hubiera convertido allí en torbellino de chispas, viviendo de la vida mortífera del fuego, cual alma monstruosa formada para vivir en el incendio. El piso de la biblioteca se hallaba aun intacto; la altura de su techo y el espesor de sus paredes retardaban el momento de prender en él el fuego, pero se aproximaba ya al instante fatal, porque ya le lamia el incendio del primer piso y le acariciaba el del tercero, é iba ya á desflorarle el beso horrible de la muerte. Bajo tenia una cueva de llamas, arriba una bóveda de brasas: si se hacia un agujero en el piso, se asolaria entre la ceniza roja; si se hacia un agujero en el techo, se enterraria entre carbones encendidos. Los niños no se habian despertado; dormian el sueño inocente y profundo de la niñez, y al través de los pliegues de llama y de humo, que alternativamente cubrian y descubrian las ventanas, se les distinguia en aquella gruta de fuego, en el centro de un resplandor de meteoro, apacibles, graciosos, inmóviles, como tres Niños Jesús, confiadamente dormidos en el infierno; un tigre lloraria al ver aquellas rosas dentro de un horno, al ver aquellas cunas dentro de aquella tumba.

La madre se retorcia los brazos y gritaba:

—Fuego! Fuego! ¡Están sordos que no acuden á socorrerles! ¡Que se queman mis hijos! Fuego! Socorro! ¡Angeles mios! Qué os han hecho esos inocentes? ¡A mí me han fusilado y á ellos los queman! Quién manda esas atrocidades? Y están durmiendo los desventurados! Renato, Alan, Georgina!... ¡Se llaman así! Soy su madre! ¡Es abominable lo que me sucede! ¿Sois mónstruos que no teneis entrañas y los dejais morir de ese modo? Eso es un horror! ¡Tened compasion de esta pobre madre! ¡Quiero mis hijos! Que me den á mis hijos! Socorro! Asesinos! Bandidos! ¿Quién robó á mis hijos para matármelos así? ¡No quiero que mueran! Socorro! Socorro!...

Al mismo tiempo que las terribles súplicas é imprecaciones de la madre, se oian voces en la meseta y cerca del barranco, que gritaban del modo siguiente:

—Una escalera!

—No tenemos ninguna escalera.

—Agua!

—No tenemos agua.

—Arriba, en la torre, en el segundo piso, hay una puerta que dá á ese edificio.

—Es de hierro.

—Echadla abajo.

—No es posible.

La madre redoblaba sus desesperadas súplicas.

—Fuego! Socorro! ¡Daos prisa, salvad á mis hijos ó matadme! ¡Oh, qué horrible fuego! ¡Que me los echen por la ventana!...

En los intervalos de estos clamores se oian los chasquidos y el tranquilo chisporroteo del incendio.

El marqués de Lantenac se tentó el bolsillo y encontró en él la llave de hierro. Entonces, encorvándose bajo la bóveda por la que se escapó de la torre, volvió á entrar en el pasadizo que antes le facilitara la salida.

II.

De la puerta de piedra á la de hierro.

Todo el ejército estaba azorado buscando el imposible medio de extinguir el incendio; cuatro mil hombres eran impotentes para salvar tres niños.

No tenian ni una escalera; la que enviaron desde Javené no llegó: el fuego se extendia como un cráter que se abre: era ridículo tratar de apagarlo con el arroyuelo del barranco, que apenas tenia agua.

Cimourdain, Guechamp y Radoub bajaron al barranco; Gauvain, entre tanto, subió á la sala del segundo piso de la Tourgne, donde estaba la piedra giratoria, la salida secreta y la puerta de hierro que comunicaba con la biblioteca. Allí estuvo la mecha azufrada que encendió el Imano y de allí comenzó el incendio.

Gauvain llevaba consigo veinte zapadores para intentar el último recurso, que era abrir á viva fuerza la puerta de hierro, que estaba herméticamente cerrada.

Empezaron á descargar hachazos so-

bre ella, pero las hachas se rompieron. Un zapador dijo:

—El acero choca contra este hierro como si fuese vidrio.

La puerta era, en efecto, de hierro fundido y la cubrian dos láminas clavadas con gruesos clavos, cada una de tres pulgadas de espesor.

Echaron mano de barras de hierro para ver si podian desquiciarla, pero las barras de hierro se rompieron tambien.

—Lo mismo que si fuesen astillas, dijo el zapador.

Gauvain, pensativo y triste, repuso:

—Solo una bala de cañon podria abrir esta puerta. ¡Si pudiera subirse aquí una pieza!...

—Quizás aun así no se abriria, respondió el zapador.

Tuvieron un instante de desaliento general: aquellos hombres, mudos, vencidos, consternados, contemplaban la horrible puerta, el obstáculo insuperable. Por debajo transparentaba roja reverberacion, por detrás crecia el incendio.

Allí estaba el espantoso cadáver del Imano, siniestro y victorioso. Quizás dentro de breves instantes se hundiria todo el edificio. Cómo oponerse? No les quedaba ya ninguna esperanza de evitarlo.

Exasperado Gauvain, con la vista fija en la piedra giratoria y en la salida abierta, exclamó:

—¡Sin embargo, el marqués de Lantenac se escapó por aquí!...

—Y por aquí vuelve, contestó una voz.

Por entre el hueco que formaban las piedras de la escalera secreta apareció una cabeza blanca. Era el marqués.

Hacia muchos años que Gauvain no le habia visto tan cerca. Al verle retrocedió un paso.

Los que estaban en la sala se quedaron admirados y petrificados.

Lantenac llevaba una llave en la mano; hizo retirar á los zapadores dirigiéndoles una mirada altiva, encaminóse directamente á la puerta de hierro, se encorvó para penetrar en la bóveda y metió la llave en la cerradura; ésta rechinó y abrióse la puerta, presentándose á la vista de todos un abismo de llamas; en él penetró el marqués con pié firme, sin vacilar y con la cabeza alta.

Todos, conmovidos, le siguieron con la vista. Apenas dió algunos pasos en la sala incendiada, el suelo, minado por el fuego y movido por sus pisadas, se hundió tras él, abriendo entre él y la puerta un precipicio. El marqués, sin volver siquiera la cabeza, continuó adelante y desapareció envuelto por el humo.

Los que presenciaban aquella escena ya no pudieron ver más.

Lantenac pudo llegar más lejos? ¿Se habria abierto bajo sus piés otro abismo de fuego? Habria perecido? No se sabia. Gauvain y sus soldados solo tenian ante ellos una muralla de humo y de llamas; el marqués estaba á la otra parte, vivo ó muerto.

III.

Se despiertan los niños que dormian.

Entre tanto los niños abrieron los ojos.

El incendio, que no habia penetrado aun en la sala de la biblioteca, arrojaba en su techo un reflejo sonrosado. Los niños desconocian esta clase de aurora; Renato y Alan la miraban y Georgina la contemplaba.

Desplegábanse en aquel momento todos los explendores del incendio; la hidra negra y el dragon de escarlata aparecian en el humo informe, sombrío y bermejo. Largas ráfagas volaban á lo lejos, rayando la oscuridad, como si fuesen cometas que combatian, corriendo unos tras otros. El fuego es pródigo: los focos de brasas que forma el incendio son como cofrecillos de joyas que disipan los vientos; por algo el carbon es idéntico al diamante. En la pared del tercer piso se habian hecho grietas, por las que la brasa vertia sobre el barranco cascadas de pedrería; los montones de paja y de avena, que ardian en el granero, comenzaban á salir por las ventanas convertidos en avalanchas de polvos de oro; las avenas parecian amatistas y las pajitas carbunclos.

—Qué bonito! exclamó Georgina.

Los tres niños se incorporaron.

—Ay! gritó la madre. Se despiertan!...

Renato se levantó el primero, despues Alan y Georgina los imitó.

Renato estiró los brazos, se acercó á la ventana y dijo:

—Hace calor.

—Calor! repitió Georgina.

Micaela Flechard les llamó:

—Hijos mios! ¡Renato, Alan, Georgina!...

Los niños miraron á su alrededor. Trataban de comprender lo que sucedia. Lo que inspira terror á los hombres inspira curiosidad á los niños; el que se

admira fácilmente se espanta con dificultad; la ignorancia es intrépida. Los niños, que no tienen derecho al infierno, si le vieran, le admirarían.

La madre les volvió á llamar:

—Renato, Alan, Georgina!...

Renato volvió la cabeza: aquella voz le sacó de su distraccion: los niños tienen poca memoria, pero sus recuerdos son rápidos: todo el pasado es para ellos ayer. Renato vió á su madre, lo que le pareció natural, y como estaba rodeado de personas y de objetos extraños, sentia la vaga necesidad de un apoyo, y gritó:

—Mamá!

—Mamá! dijo Alan.

—Mamá! repitió Georgina, extendiendo los bracitos.

—Hijos mios!... gritó la madre.

Los tres se acercaron á la ventana; por fortuna el incendio no habia llegado por aquella parte aun.

—Tengo mucho calor, dijo Renato, y añadió:—Esto abrasa.

Buscando con la vista á su madre, gritó:

—Ven, mamá!

—Ven, mamá! repitió Georgina.

Micaela, desmelenada, desgarrada, destilando sangre, cayó rodando de mata en mata hasta el barranco, donde estaban Cimourdain, Guechamp y Radoub, tan impotentes allí abajo como Gauvain arriba. El calor era insoportable, pero nadie lo sentia; todos examinaban la escarpa del puente, la altura de los arcos, la elevacion de los pisos, lo inaccesible de las ventanas, y comprendian al mismo tiempo la necesidad de obrar con prontitud. Habia que escalar tres pisos; no habia medio de poderlo efectuar. Radoub, con una herida en el hombro, con una oreja desgarrada, chorreando sangre y bañado en sudor, acudió á sostener á Micaela Flechard.

—Calla! dijo; sois la fusilada. ¿Habeis, pues, resucitado?

—Mis hijos! gritó la madre.

—Verdad es: no es tiempo oportuno ahora para ocuparse de aparecidos.

Dicho esto, el sargento Radoub comenzó á escalar el puente; trabajo inútil: hundiendo las uñas en la piedra pudo elevarse algunos instantes, pero pronto cayó al suelo, porque las piedras eran lisas y no presentaban la menor juntura ni el menor relieve. El incendio continuaba. Veíanse en el hueco de la ventana, sobre fondo rojo, destacar tres cabecitas rubias. Radoub entonces levantó los puños y los ojos al cielo, como si indignado buscase con la vista al culpable de la catástrofe. La madre, de rodillas, abrazada á los pilares del puente, exclamaba:

—Perdon!...

Sordos chasquidos se mezclaban con el chisporroteo del incendio: los vidrios de los armarios de la biblioteca se quebraban y caian con estrépito; la armazon del edificio se conmovia sin duda; no habia fuerzas humanas que pudieran evitarlo. Todos creian ya inmediata la catástrofe final. Oíanse las voces de los niños gritar:—"Mamá! Mamá!„ El espanto general llegó á su paroxismo.

De pronto apareció en la ventana inmediata á la de los niños una figura alta, que se destacaba sobre el fondo de púrpura de las llamas.

Todas las miradas se concentraron entonces en dicha figura. Un hombre entró allí, en la sala de la biblioteca: un hombre estaba dentro de aquel horno. Todos reconocieron en él al marqués de Lantenac.

Desapareció un momento y luego volvió á aparecer. El terrible anciano se asomó á la ventana, manejando enorme escalera, la escalera de salvamento colocada en la biblioteca, que él fué á buscar y que arrastró hasta la ventana. La cogió por un extremo con la agilidad magistral de un atleta y la hizo deslizarse hasta el barranco, apoyándola en el reborde exterior. Radoub desde bajo tendió los brazos, y al recibir el extremo de la escalera gritó:

—Viva la República!

—Viva el rey! respondió el marqués.

—Puedes gritar lo que quieras y decir barbaridades si quieres, que en este momento eres un dios.

Fijada la escalera y establecida la comunicacion entre el incendio y la tierra, acudieron veinte hombres con Radoub al frente, y en un momento se escalonaron de arriba á bajo en todos los peldaños, como los albañiles que bajan y suben piedras: esta operacion produjo sobre la escalera de madera una escalera de hombres. Radoub, en el escalon superior, tocaba á la ventana y volvia la cara hácia el incendio. Los soldados, desparramados entre los brezos y las cuestas, se agruparon en la meseta, en el barranco y hasta en la plataforma de la torre.

El marqués desapareció otra vez y volvió á aparecer con un niño en brazos.

Inmenso aplauso resonó.

El primero que el marqués asió al acaso fué Alan, que gritaba:—¡Tengo miedo!

Lantenac se lo entregó á Radoub, que lo pasó al soldado más inmediato, el que lo puso en manos de otro, mientras Alan, temblando y llorando, llegaba de mano en mano al pié de la escalera. El marqués desapareció un instante y volvió á la ventana con Renato, que tambien se resistia y lloraba, y hasta le pegó á Radoub en el momento en que le recogia de los brazos del anciano.

El marqués entró en la sala, ya llena de llamas, donde habia quedado sola Georgina. Al dirigirse á ella se sonrió la niña, y aquel hombre de granito sintió que se le humedecian los ojos.

—Cómo te llamas? le preguntó á la niña.

—Orgina, dijo ésta.

El marqués la tomó en brazos; Georgina no dejó de sonreir, y en el momento de entregarla á Radoub, aquella conciencia tan altiva y tan oscura experimentó el deslumbramiento que irradia de la inocencia, y aquel anciano dió un beso á la niña.

—Es la muñeca! exclamaron los soldados, y Georgina, á su vez, descendió de brazo en brazo hasta tierra, entre exclamaciones y gritos de adoracion. Todos palmoteaban, todos aplaudian; los granaderos veteranos sollozaban y ella les sonreia.

La madre estaba al pié de la escalera, jadeante, loca, ébria de gozo ante aquella salvacion inesperada, como lanzada sin transicion desde el infierno al paraiso. El exceso de alegría martiriza hasta cierto punto el corazon. Micaela tendió los brazos, recibiendo en ellos, primero á Alan, despues á Renato y últimamente á Georgina; los cubrió de besos indistintamente, se puso á reir y cayó desmayada.

Levantóse en el campamento este inmenso grito:

—Todos se han salvado!

Todos se habian salvado, en efecto, menos el salvador; pero nadie pensaba en él, ni quizás él mismo. Permaneció algunos instantes pensativo asomado á la ventana, como si quisiese dejar que el incendio tomase una resolucion. Despues, sin apresurarse, lentamente, pasó una pierna por la ventana, despues la otra, y sin volverse, recto, erguido, pegado á los escalones, teniendo detrás de él el incendio y delante el precipicio, empezó á bajar por la escalera en silencio y con majestad de fantasma. Los soldados que estaban en la escalera se precipitaron á tierra; todos los circunstantes se extremecieron, retrocediendo con una especie de terror sagrado ante aquel hombre, como ante una vision. Lantenac se hundia entre tanto gravemente en la oscuridad; mientras ellos retrocedian, él se acercaba á ellos: en su palidez de mármol no se veia ningun pliegue; su mirada de espectro no despedia ni un solo rayo; á cada paso que daba hácia los soldados, cuyas pupilas asustadas se fijaban en él en las tinieblas, parecia aumentar de estatura; la escalera temblaba bajo sus piés lúgubres; parecia la estátua del Comendador volviendo á bajar á su sepulcro.

Cuando afirmó un pié en el último escalon y el otro en tierra, una mano le asió por el cuello.

—Te prendo, dijo Cimourdain.

—Haces bien, le contestó Lantenac.

LIBRO SÉPTIMO

Despues de la victoria el combate.

I.

Lantenac preso.

Se apoderaron del marqués.

Abrieron, ante la severa inspeccion de Cimourdain, la cripta del piso bajo de la Tourgne; metieron en ella una lámpara, un cántaro de agua, un pan de municion y un haz de paja, y encerraron allí á Lantenac.

En seguida Cimourdain se fué á conferenciar con Gauvain. En aquel momento el reloj de la lejana iglesia de Parigné daba las once de la noche.

Cimourdain dijo á Gauvain:

—Voy á convocar el Consejo de guerra, pero tú no formarás parte del tribunal por ser pariente de Lantenac, pariente demasiado cercano del reo para que seas su juez, pues creo que Igualdad hizo mal en juzgar á Capeto. El Consejo se compondrá de tres jueces: de un capitan, que será Guechamp; de un sargento, que será Radoub, y de mí, que soy el delegado del Comité de Salvacion pública y que seré el presidente. Esto no es de tu incumbencia. Cumpliremos el decreto de la Convencion, limitándonos á hacer constar la identidad de la persona del ex-



EL ANCIANO DIÓ UN BESO A LA NIÑA

marqués de Lantenac. Mañana celebraremos el Consejo, despues trabajará la guillotina. La Vendée ha muerto.

Gauvain no replicó, y Cimourdain, preocupado en la ocupacion suprema á que iba á entregarse, se separó de su discípulo; tenia además que designar las horas y el sitio del juicio y de la ejecucion. Como Leguinio en Granville, como Tallier en Burdeos, como Chalier en Lyon y como Saint-Just en Estrasburgo, tenia la costumbre, considerada como de buen ejemplo, de asistir en persona á las ejecuciones. El Terror del 93 tomó de los Parlamentos de Francia y de la Inquisicion de España esa costumbre.

Gauvain tambien estaba preocupado.

Frio viento soplaba por la parte del bosque. Gauvain, encargando á Guechamp que diese las órdenes necesarias, se dirigió á su tienda, que se levantaba en un prado á la entrada de la espesura al pié de la Tourgne; tomó su capote de capucha y se embozó. El capote estaba ribeteado con el sencillo galon que, segun la moda republicana, sóbria de ornamentos, era la insignia de jefe superior. Se paseaba por aquel prado sangriento, por el que empezó el asalto. Estaba solo.

El incendio continuaba, pero no hacian ya caso de él: Radoub estaba con los niños y con la madre, mostrándose casi tan tierno como ella; se acababa de quemar el castillejo del puente; los zapadores trataban de limitar la accion del fuego, dejándole consumir lo que no podian salvar; abrian hoyos para enterrar á los muertos; hacian á los heridos las primeras curas; demolian el reducto; desembarazaban de cadáveres las salas y las escaleras; fregaban el sitio del combate, barrian el monton de la basura terrible de la victoria; los soldados se ocupaban, en fin, con su acostumbrada rapidez militar, de lo que puede llamarse la limpieza de la batalla. Gauvain no veia nada de esto. Preocupado, apenas dirigió una mirada al cuerpo de guardia de la brecha, guardia doblada por órden de Cimourdain.

Distinguia esta brecha en la oscuridad á más de doscientos pasos del prado en que se refugió. Veia aquella abertura negra. Por ella comenzó el ataque hacia ya tres horas, por ella penetraron en la torre; en aquel piso bajo estaba el reducto, allí la puerta del calabozo que ahora encerraba á Lantenac; la guardia de la brecha estaba precisamente allí para guardar aquel calabozo. A la par que sus ojos veian la brecha, sus oidos conservaban aun, como se conserva el sonido de una campana, el eco fúnebre de estas palabras: "Mañana se celebrará el Consejo, pasado mañana trabajará la guillotina.„

El incendio que consiguieron aislar, y sobre el que los zapadores arrojaban toda el agua que pudieron proporcionarse, no se extinguia sin resistencia y despedia llamas intermitentes; oíanse á cada momento el chasquido de los pisos y de los techos y el estruendo que producian al derrumbarse uno sobre otro; en esos momentos, torbellinos de chispas volaban como de una antorcha sacudida, claridad de relámpago hacia visible el extremo horizonte, y la sombra que proyectaba la Tourgne, creciendo súbitamente, se prolongaba hasta el mismo bosque.

Gauvain paseaba con pasos lentos por dicha sombra y por delante de la brecha. De vez en cuando cruzaba las manos, que tendia hácia atrás, en la espalda, y llevaba la cabeza cubierta con el capuchon de campaña. Meditaba.

II.

Gauvain pensativo.

Era insondable su meditacion. En ella acababa de verificarse un cambio extraordinario; en ella el marqués de Lantenac se habia transfigurado, y Gauvain fué testigo de esta transfiguracion. Nunca éste imaginó que pudiese dar semejante resultado una complicacion de incidentes de cualquier clase que fuesen; jamás, ni aun en sueños, sospechó semejante desenlace. Lo imprevisto, ese no sé qué altivo y superior que se burla del hombre, se apoderó de Gauvain y le sujetaba. Gauvain veia ante sí la imposibilidad convertida en realidad visible é inevitable.

Qué pensaba Gauvain de lo sucedido? No habia medio alguno de tergiversarlo; era preciso mirar frente á frente y decidirse. Se le presentaba una cuestion y tenia que resolverla. ¿Quién se la presentaba? Los acontecimientos.

No solo los acontecimientos; porque cuando éstos, que son variables, nos proponen una cuestion, la justicia, que es inmutable, nos obliga á resolverla. Detrás de la nube que nos dá su sombra, está la estrella que nos envia su luz, y no podemos evitar ni la luz ni la sombra.

Gauvain sufria un interrogatorio,

comparecia ante un sér abstracto y temible; ante su conciencia.

Todo vacilaba en Gauvain; sus resoluciones más sólidas, sus promesas hechas con el más firme propósito, sus decisiones más irrevocables, todo esto vacilaba en las profundidades de su voluntad. Tambien hay temblores en el alma.

Cuanto más reflexionaba en lo que acababa de ver, más trastornado estaba.

El republicano Gauvain creia estar y estaba en lo absoluto; pero un absoluto superior acababa de revelársele. Por encima de lo absoluto revolucionario vió que estaba lo absoluto humano.

Lo que sucedió no podia eludirse, el caso era grave; Gauvain estaba complicado en él y no podia evadirse de la complicacion, y aunque Cimourdain le dijo: "No tienes nada que ver con esto„, experimentaba una sensacion parecida á la que experimenta el árbol en el momento en que le arrancan la raiz.

Cada hombre tiene una base; cuando siente que ésta se conmueve, sufre turbacion profunda: esto le sucedia á Gauvain.

Se apretaba la cabeza con las manos como para hacer saltar de ella la verdad. Precisar su situacion no es fácil; simplificar lo complejo es difícil: tenia ante sí terribles números que sumar; hacer la suma del destino es vertiginoso. Probaba á sacar esa cuenta, se esforzaba por reunir sus ideas, por disciplinar las resistencias que sentia dentro de él y por recapitular los hechos, que á sí mismo se exponia.

¿A quién no le ha sucedido el caso de tener que exponerse los hechos y de preguntarse á sí propio en circunstancias supremas qué itinerario debia seguir, ya para avanzar, ya para retroceder?

Gauvain acababa de presenciar un prodigio.

A la par que al combate de la tierra, asistió al combate del cielo, al combate del bien contra el mal, que acababa de vencer á un corazon de mármol.

Conociendo la maldad de que está dotado el hombre, su violencia, sus errores, su ceguedad, su terquedad funesta, su orgullo y su egoismo, Gauvain acababa de asistir á la realizacion de un milagro. El de la victoria de la humanidad sobre el hombre.

La humanidad habia vencido al inhumano.

Por qué medio? de qué modo? ¿Cómo derribó al coloso de cólera y de ódio? qué armas empleó? ¿qué máquina de guerra? Una cuna.

Gauvain estaba deslumbrado. En plena guerra social, en plena conflagracion de todas las enemistades y de todas las venganzas, en el momento más terrible y más furioso del tumulto, en la hora en que el crímen lanzaba todas sus llamas y el ódio todas sus tinieblas; en ese instante de las luchas en que todo se convierte en proyectil, en que la confusion del combate es tan fúnebre que no se sabe lo que es justo, honrado y verdadero; en esos instantes, lo desconocido, el monitor misterioso de las almas, acababa de hacer resplandecer bruscamente, por encima de las claridades y de las lobregueces humanas, la gran claridad eterna.

Sobre el sombrío combate entre lo falso y lo relativo en las profundidades, asomó de improviso la faz luminosa de la verdad.

Intervino súbitamente la fuerza de los débiles.

Viéronse triunfantes tres desvalidos séres, apenas nacidos, inconscientes, abandonados, huérfanos, solos, balbucientes, risueños, teniendo en contra suya la guerra civil, la pena del talion, la horrible lógica de las represalias, el asesinato, la matanza, el fratricidio, el ódio y, en fin, todas las górgonas. Abortó el plan de un infame incendio encargado de cometer un crímen; viéronse burladas las atroces premeditaciones; desaparecieron, disipándose, la antigua ferocidad feudal, el antiguo desprecio inexorable, la falsa creencia de las necesidades de la guerra, la razon de Estado y las arrogantes preocupaciones de la vejez cruel, ante la mirada de los ojos azules é inocentes de tres niños.

Espectáculo útil, que fué á la par leccion y consejo.

Los combatientes frenéticos de una guerra sin cuartel vieron elevarse ante ellos un poder omnipotente, el de la inocencia, enfrente de todos los delitos, los atentados y los fanatismos, enfrente del asesinato, de la venganza que atiza las hogueras de la muerte, y llega con la tea en la mano.

La inocencia fué la vencedora.

Para disipar la guerra civil, la barbarie, el ódio y el crímen, para disipar todos esos espectros, basta que brille una aurora; la de la infancia.

En ningun combate fueron tan visibles ni Satanás ni Dios. La arena de aquel combate fué una conciencia, la

conciencia de Lantenac. Y á la sazon comenzaba otra vez con más decision y con más encarnizamiento acaso en otra conciencia, en la de Gauvain.

¡Tremendo campo de batalla es el hombre!...

Está entregado á esos dioses, á esos jigantes, á esos mónstruos, que son sus pensamientos. Con frecuencia esos beligerantes pisotean nuestra alma.

Gauvain meditaba.

El marqués de Lantenac consiguió evitar el peligro y escaparse de la torre, estando cercado, condenado á muerte, oprimido como la fiera en el circo, encerrado en su morada convertida en prision, estrechado por todas partes por un muro de hierro y de fuego. Se evadió, consiguiendo volver á tomar posesion de la selva para atrincherarse otra vez y del pais para continuar la guerra, volviendo á ser el temible guerrillero, el capitan de los invisibles, el jefe de los hombres subterráneos, el dominador de las selvas. Gauvain logró la victoria, pero Lantenac consiguió la libertad. Ni era ya posible prenderle, ni llegar hasta él, ni siquiera saber dónde encontrarle. El leon cayó en el lazo, pero se escapó de él.

Pues bien; despues de su evasion, volvió espontáneamente á prenderse en el mismo lazo.

Abandonó su seguridad para entregarse á la muerte, y voluntariamente se metió en la torre que estaba en poder de los republicanos. Y para qué? Para salvar á tres niños.

Y qué iban á hacer con él?

Guillotinarlo.

Aquel hombre, por salvar á tres niños que no eran sus hijos, ni de su familia, ni de su casta, tres desconocidos desarrapados y descalzos; aquel noble, aquel príncipe, aquel anciano, lo arriesgó todo, lo comprometió todo, lo aventuró todo, y al mismo tiempo que salvó del incendio á los niños, él entregó al enemigo su cabeza, temible hasta entonces y desde entonces augusta.

Y sus enemigos la aceptaban.

El marqués de Lantenac pudo elegir entre la vida agena y la suya, y en esta suprema alternativa eligió su muerte. Y sus enemigos le iban á matar.

Daban esta recompensa á su heroismo. Correspondian á un acto de generosidad con un acto salvaje. ¡Qué vergüenza para la Revolucion! ¡Qué rebajamiento para la República!...

Cuando el hombre que representaba las preocupaciones y la servidumbre se transformaba súbitamente al reconciliarse con los sentimientos de humanidad; ellos, los hombres que representaban la libertad y la emancipacion, continuaban cometiendo las barbaries de la guerra civil y siguiendo en el fratricidio la rutina de la sangre.

Las leyes divinas del perdon, de la redencion y del sacrificio, que reconocian los soldados del error, no las reconocian los soldados de la verdad.

¿Por qué no aceptar esta lucha magnánima? ¿Por qué resignarse, siendo los más fuertes, á la derrota de mostrarse los más débiles? Siendo los vencedores, por qué humillarse á ser verdugos?...

¡Darian el espectáculo de que contemplasen á aquel gran soldado, que robaron en vez de prenderle, al ejecutar una accion sublime, cogiéndole en fragrante virtud, amarrándole, porque él lo consintió, cuando llevaba aun en la frente el sudor del sacrificio, y le harian subir los escalones del cadalso, como si subiese el graderío de su apoteósis! ¡Pondrian bajo el filo de la guillotina aquella cabeza, á cuyo alrededor volarian suplicantes las tres almas de los tres ángeles salvados, y en aquel suplicio, infamante para los verdugos, verian la tranquila sonrisa de aquel hombre que llenaria de rubor la faz de la República!

Esto es lo que iba á ejecutarse en presencia de Gauvain, jefe del ejército republicano.

Pudiendo impedirlo no lo evitaria? ¿Debia satisfacerse con la altanera despedida de Cimourdain? ¿La abdicacion en este caso no era complicidad? ¿No habia de comprender que tratándose de tan enorme accion, el que la consiente es peor que el que la ejecuta, porque es el más cobarde?

Él habia, sin embargo, empeñado la palabra de que moriria Lantenac si caia en sus manos. Él, el hombre clemente, declaró que el marqués constituia la excepcion de su regla de clemencia y que él mismo se lo entregaria á Cimourdain; era una deuda que contrajo y tenia que pagarla.

Pero era esta cabeza la prometida? Hasta entonces Gauvain vió solo en Lantenac el combatiente bárbaro, el fanático de la monarquía y del feudalismo, el fusilador de prisioneros, el hombre sangriento, y no vacilaba en proscribir á aquel proscripto y se proponia ser implacable con aquel hombre, que era implacable tambien. Nada más natural:

tenia trazado el camino sangriento que tenia que seguir, estaba todo previsto: se mataria al matador, siguiendo el horror en línea recta; pero esa línea recta se rompió impensadamente, una curva imprevista revelaba un nuevo horizonte; verificóse una metamórfosis. Un Lantenac inesperado apareció en la escena; el mónstruo se trocó en hombre, en héroe. No era ya el asesino, era el salvador que dejó aterrado á Gauvain, lanzando sobre él una onda de claridad celeste. Lantenac le acababa de herir con un rayo de bondad.

¿Al transfigurarse el marqués no habia de transfigurar á Gauvain? ¿A aquella corriente de luz no responderia otra? ¿El representante del pasado avanzaria y el representante del porvenir iria hácia atrás? ¿El representante de la barbarie y de la supersticion desplegaria súbitamente sus alas de ángel, se cerneria en las alturas, y veria arrastrarse bajo sus piés, en el fango y en la oscuridad, al representante de lo ideal?

Además, la sangre que iba á derramar, porque dejarla verter era derramarla, ¿no era la sangre de su familia, no era la sangre de los Gauvain? Su abuelo habia muerto, pero el hermano de su abuelo vivia y era el marqués de Lantenac. ¿El hermano de éste no se levantaria de la tumba á pedirle cuentas de aquella muerte? ¿No se interponia entre Gauvain y Lantenac la mirada indignada de un espectro?

¿Acaso el objeto de la revolucion era desnaturalizar al hombre? ¿Se efectuó la revolucion para destruir la familia y ahogar los sentimientos de humanidad? Al contrario; para afirmar esas realidades supremas, y no para negarlas, surgió el año 89. Destruir las Bastillas era libertar á la humanidad, abolir el feudalismo era fundar la familia. Siendo el autor el punto de partida de la autoridad, y estando la autoridad incluida en el autor, no hay más autoridad que la paternidad; de esto nace la legitimidad de la abeja-reina, que procrea su pueblo y que, siendo madre, es reina; de aquí nace el absurdo del rey-hombre, que, no siendo padre, no puede ser señor; de aquí nace la supresion del rey, de aquí nace la República. ¿Y qué viene á ser? La familia, la humanidad, la revolucion. La revolucion es el advenimiento del pueblo, y en el fondo el pueblo es el hombre.

La cuestion ahora era saber si cuando Lantenac acababa de volver al seno de la humanidad, Gauvain debia tambien volver al seno de la familia; era saber si el tio y el sobrino debian reunirse en la luz superior, ó si á un progreso del tio tenia que responder un retroceso del sobrino.

La cuestion en el debate patético de Gauvain con su conciencia se presentaba en los términos anteriores, y la consecuencia que de estos se desprendia era la de salvar á Lantenac.

Pero y la Francia?

La Francia peligraba; estaba desmantelada, abierta y entregada á sus enemigos; carecia hasta de fosos, y la Alemania pasaba el Rhin; no tenia murallas, y la Italia atravesaba los Alpes y España los Pirineos; solo la resguardaba el gran abismo del Océano. Tenia ese abismo en su favor; en él podia apoyarse y como un jigante combatir á toda la tierra.

Situacion acaso inexpugnable si podia sostenerla, pero no podia; el Océano no iba á pelear en favor suyo, porque en él estaba la Inglaterra, y aunque Inglaterra no sabia cómo atravesarlo, habia en Francia un hombre empeñado en construirla un puente y en tenderla la mano, diciendo á Pitt, á Craig, á Dundas y á los piratas:—"Venid á apoderaros de Francia„; ese hombre era el marqués de Lantenac.

Ese hombre le tenia preso Gauvain. Despues de tres meses de encarnizada persecucion se le pudo capturar. La mano de la revolucion asió á aquel maldito; la guerra del 93 se apoderó del cuello del matador realista: por uno de esos efectos de la premeditacion misteriosa que desde lo alto interviene en los acontecimientos humanos, aquel parricida esperaba su castigo encerrado en el calabozo de su casa solariega. El hombre feudal yacía en el feudal calabozo del Olvido; las piedras de su castillo se erguian contra él y se cerraban sobre él, y él, que queria entregar á su pais, se vió sepultado en su propia casa. Dios acaso preparó invisiblemente estos acontecimientos. Sonó la hora de la justicia: la revolucion hizo prisionero á su enemigo público, que ya no podia combatir ni causar daño: era la única cabeza de la Vendée que disponia de muchos brazos; concluyendo con él se concluia la guerra civil.

Su prision era el desenlace trágico y feliz despues de tanta carnicería, despues de tantos asesinatos; el hombre que

causó tantas muertes estaba en el calabozo esperando la hora de morir.

Se atreveria alguno á salvarlo?

Cimourdain, esto es, el 93, se apoderó de Lantenac, esto es, de la monarquía; ¿quién se atreveria á arrancar esta presa de aquellas garras de bronce?... El malhechor social estaba muerto, y con él terminaban la rebelion, la lucha fratricida, la guerra salvaje; ¿quién se ha de atrever á resucitarle? ¡Cómo se reiria aquel espectro, diciendo:—"¡Me dejan vivo los imbéciles!„

Volveria á encender la guerra intestina; surgiria otra vez implacable, gozoso y envalentonado; dentro de poco tiempo se verian casas incendiadas, prisioneros pasados á cuchillo, heridos acabándolos de matar, mujeres fusiladas. ¿No exageraba Gauvain el mérito de una accion que le fascinaba?

Tres niños iban á morir abrasados y Lantenac los salvó; pero él antes los expuso á este peligro.

¿Quién habia expuesto aquellas cunas á que las quemara el incendio? El Imano, y el Imano era el teniente del marqués, pero el responsable era el jefe; luego el incendiario y el asesino era Lantenac.

Qué hizo que fuese admirable? No persistir en su primer intento, nada más.

Despues de preparar el crímen, retrocedió ante él horrorizado. El grito de la madre removió en él su fondo de antigua compasion humana, especie de depósito de la vida universal, que existe en todas las almas, hasta en las más depravadas, y deshizo el crímen que habia construido; todo el mérito de su accion estuvo en no haber sido mónstruo hasta el fin.

¿Por lo poco que daba se le habia de devolver todo?... ¿Habia de dársele el espacio, los campos, la llanura, el aire, la luz, los bosques, que aprovecharia para el bandolerismo; la libertad, de la que se valdria para imponer la servidumbre; la vida, que emplearia en proporcionar la muerte?

Tratar de entenderse con él, pactar con aquel hombre altivo, ofrecerle la libertad bajo condiciones, era inútil, pues las despreciaria, contestando:—"Guardaos para vosotros esa bondad y matadme.„

A Lantenac solo era posible darle ó la libertad ó la muerte; estaba siempre dispuesto á remontar el vuelo ó á sacrificarse; era para sí mismo ó águila ó precipicio.

Si se salvaba á Lantenac, habria que empezar otra vez la guerra de la Vendée, que retoñaria como la hidra hasta que la cortasen la última cabeza. En un instante, y con la rapidez del meteoro, la llama que se extingue se encenderia en seguida. Lantenac no descansaria hasta realizar su plan execrable de poner la monarquía con la losa de la tumba sobre la República y á la Inglaterra sobre la Francia. Salvar á Lantenac era sacrificar á la nacion; la vida de Lantenac costaria la muerte de multitud de séres inocentes, hombres, mujeres y niños, que se verian envueltos en la guerra civil: la vida de Lantenac era quizás el desembarque de los ingleses, el retroceso de la revolucion, el saqueo de las ciudades, el destrozo de los pueblos.

Gauvain, en medio de toda clase de resplandores inciertos y de claridades contradictorias, veia vagamente bosquejarse en su imaginacion y establecerse en su pensamiento este problema: Dar libertad al tigre. Le reaparecia la cuestion bajo su primer aspecto: la piedra de Sísifo, que no es más que la lucha del hombre consigo mismo, volveria á caer. Lantenac era verdaderamente tigre?

Acaso lo fué; pero, lo era aun? Gauvain sufria la influencia de esas espirales vertiginosas del espíritu que se vuelve contra sí mismo y que dan al pensamiento la forma de culebra enroscada. Despues de examinar bien todas las circunstancias, ¿podia negarse el sacrificio de Lantenac, su estóica abnegacion y su desinterés sublime? Ante las abiertas fauces de la guerra civil dar un solemne testimonio de humanidad, en el conflicto de verdades inferiores intervenir con una verdad superior; probar que por encima de las monarquías, que por encima de las revoluciones y sobre las cuestiones terrestres, están el inmenso enternecimiento del alma humana, la proteccion que deben los fuertes á los débiles, la salvacion que deben procurar los que están libres á los que están perdidos, la paternidad con que deben mirar los ancianos á todos los niños; probar esas magnificencias entregando la cabeza; ser general y renunciar á la estrategia, á las batallas, al desquite de las derrotas; ser realista, coger una balanza y poner en uno de sus platillos al rey de Francia, á la monarquía de quince siglos y el restablecimiento de las antiguas leyes, y poner en el otro platillo de la balanza tres niños, hijos de cualquier aldeano, y probar que el rey, el trono y

los quince siglos de monarquía pesan menos que aquellos inocentes. No, no era un mónstruo Lantenac, ese hombre que acababa de iluminar con el resplandor de una accion divina el precipicio de las guerras civiles. El porta-espada se ha metamorfoseado en porta-luz. Redimió á Lantenac de todos sus actos de barbarie este acto de sacrificio: perdiéndose materialmente, moralmente se salvó, y recobrando la inocencia firmaba su propio perdon.

Lantenac acababa de ser un hombre extraordinario, ahora le tocaba á Gauvain el turno de serlo.

Gauvain debia encargarse de la réplica.

La lucha de las pasiones buenas con las malas creaba el caos en aquellos momentos; Lantenac, dominando el caos, habia desprendido de él la luz de la humanidad; tocaba ahora á Gauvain desprender la luz de la familia.

Qué iba á hacer? ¿Burlar la confianza de Dios? No. Murmuró diciéndose á sí mismo:—Salvemos á Lantenac.

—Muy bien, corre, sirve á los ingleses, desierta, pásate al enemigo, salva á Lantenac y haz traicion á la Francia.

Al ocurrírsele esta reflexion temblaba.

—Tu solucion no es solucion, eres un soñador.

Gauvain veia en la oscuridad la siniestra sonrisa de la esfinge.

Su situacion moral era una especie de encrucijada terrible, en la que venian á parar las verdades combatientes confrontándose, y en la que se miraban frente á frente las tres ideas superiores del hombre: la humanidad, la familia, la patria.

Cada una de ellas tomaba la palabra á su vez y cada una tenia razon. ¿Cómo decidirse? Cada una por turno parecia haber encontrado el punto de enlace de la prudencia y de la justicia, y le decia: —Haz esto.—Es eso lo que debo hacer?—Sí.—No.—El raciocinio decia una cosa, el sentimiento otra; los dos consejos eran contrarios. El raciocinio no es más que la razon, pero el sentimiento es muchas veces la conciencia; el primero nace del hombre, el segundo proviene de más alto. Por eso el sentimiento tiene más claridad y más poder, sin embargo de estar dotada de gran fuerza la severa razon.

Gauvain vacilaba.

Terrible perplejidad!

Dos abismos se abrian á sus piés. ¿Perderia al marqués ó lo salvaria? Era preciso precipitarse en uno ó en otro. ¿En el fondo de cuál estaba el deber?...

III.

El capuchon del jefe.

Con el deber queria cumplir, con el deber que se presentaba siniestro ante Cimourdain y formidable ante Gauvain, sencillo ante aquel y múltiple, diverso y tortuoso ante éste.

Dieron las doce y luego la una de la madrugada.

Gauvain, sin apercibirse, se acercó poco á poco á la entrada de la brecha.

El incendio solo despedia ya difusa reverberacion; se extinguia.

La meseta de la otra parte de la torre recibia el reflejo de dicha reverberacion y se veia ó se ocultaba, segun que el humo cubria ó no cubria el resplandor del fuego. Gauvain, al través de su meditacion, contemplaba vagamente las alternativas de humo cubriendo el resplandor y las del resplandor disipando el humo. Estas apariciones y desapariciones sucesivas de luz tenian para él analogía con las apariciones y las desapariciones de la verdad en su pensamiento.

De improviso, entre dos torbellinos de humo, una chispa desprendida del foco del incendio voló por el aire, alumbrando con viva claridad lo alto de la meseta y haciendo resaltar la silueta roja de un carro, rodeado de ginetes con tricornios de gendarmes. Gauvain comprendió que debia ser la carreta que divisaron con el anteojo él y Guechamp poco antes de ponerse el sol. Varios hombres se ocupaban en descargarla al parecer; lo que sacaban de ella debia ser pesado, porque de vez en cuando sonaba á hierro; eran maderos para formar andamio. Dos de aquellos hombres bajaron y pusieron en tierra un cajon, que á juzgar por su forma debia contener un objeto triangular. Cuando la chispa se apagó volvió á cubrirlo todo la oscuridad; pero Gauvain permaneció pensativo con la vista fija en la direccion de aquel punto.

Habian encendido faroles y muchos hombres iban y venian por la meseta, pero apenas podian divisarse sus bultos. Oia Gauvain voces de gentes que conversaban, sin poder oir las palabras. Aquí y allá sonaban golpes sobre madera y un rechinamiento metálico como el que produce la hoz cuando se afila.

Dieron las dos.

Gauvain se dirigia lentamente hácia la brecha: al acercarse conoció el centinela en la penumbra el capote y el capuchon galoneado del comandante y se puso el arma al hombro. Gauvain entró en la sala del piso bajo, transformada en cuerpo de guardia. De la bóveda pendia un farol, que solo despedia la escasa luz necesaria para poder atravesar la sala sin pisar á los soldados de la guardia que estaban tendidos sobre paja, la mayor parte de ellos durmiendo.

Allí estaban acostados aquellos hombres que habian peleado pocas horas antes; les incomodaba bastante para dormir la metralla mal barrida que quedó esparcida bajo sus cuerpos en granos de plomo y de hierro, pero estaban tan rendidos que descansaban. Aquella sala fué el teatro horrible de la lucha: allí comenzó el ataque, allí se oyeron rugidos, juramentos, golpes, rechinamiento de dientes y de aceros; allí se mató y se murió; los soldados durmientes ahora vieron sucumbir allí á muchos de sus compañeros, pero la lucha ya terminó; la sangre ya no corria; habian limpiado ya los sables, los muertos estaban ya enterrados y los soldados de guardia reposaban tranquilos.

Al entrar Gauvain, algunos de los que estaban tendidos sobre la paja se levantaron, entre ellos el oficial que mandaba la guardia. Gauvain le designó la puerta del calabozo.

—Abrid, le dijo.

Descorriéronse los cerrojos y se abrió la puerta.

Gauvain entró en el calabozo.

La puerta se cerró tras él.

LIBRO SÉPTIMO

Feudalismo y Revolucion.

I.

El abuelo.

Colocaron una lámpara en las losas de la cripta, al lado del tragaluz cuadrado del pozo del Olvido. El cántaro de agua, el pan de municion y el haz de paja descansaban en tierra.

Estando abierta la cripta en la roca, el preso que le ocurriese prender fuego á la paja hacia un trabajo inútil, porque no tenia peligro de incendiarse la prision y corria peligro de asfixiarse el preso.

Al girar la puerta sobre sus goznes, el marqués se paseaba de un lado al otro del calabozo, vá y viene propio de las fieras enjauladas.

Al ruido que produjo la puerta al abrirse y cerrarse volvió Lantenac la cabeza, y la lámpara que estaba en tierra, entre él y Gauvain, iluminó plenamente el semblante de aquellos dos hombres.

Se miraron, y su mirada fué de tal naturaleza, que los dejó inmóviles.

El marqués exclamó, sonriendo sardónicamente:

—Buenos dias, señor vizconde. Muchos años hace que no tenia la satisfaccion de veros. Gracias os doy porque me dispensais el favor de visitarme. Deseaba tener con quien hablar, porque os confieso que empezaba á aburrirme. Vuestros amigos pierden el tiempo con la identificacion de la persona y con los consejos de guerra; todo eso es largo. Yo terminaria más pronto. Ya que estoy en mi casa, tomaos la molestia de pasar adelante. Qué me decís de todo lo que sucede? Es original, no es cierto? Teníamos rey y reina; el rey era el monarca y la reina la Francia; cortaron la cabeza al rey y casaron á la reina con Robespierre. Este caballero y aquella señora han tenido una hija que se llama guillotina, á la que parece me presentarán mañana. Mucho lo celebraré, como ahora celebro veros. Venís para eso? Habeis ascendido? Seríais ya verdugo? Si es una simple visita de amistad, os la agradezco. Señor vizconde, vos quizás no sabeis ya lo que es un gentil-hombre; pues bien, aquí teneis uno, yo soy; miradlo, que es un objeto curioso y raro. Cree en Dios, en la tradicion, en la familia, en sus abuelos; cree en el ejemplo de su padre, en la fidelidad, en la lealtad, en el deber para con su príncipe, en el respeto á las antiguas leyes, en la virtud y en la justicia. Tened la bondad de sentaros en tierra, porque aquí no hay sillones, pero el que vive en el fango bien puede sentarse en el suelo. No lo digo por ofenderos, sino porque lo que nosotros llamamos lodo, vosotros llamais nacion. Supongo que no vendreis á exigirme que diga á voz en grito libertad, igualdad y fraternidad. Este es un antiguo encierro de mi casa; antes los señores metian aquí á la canalla; ahora la canalla mete aquí á los señores, y esto es lo que se llama revolucion. Parece que me cortarán la cabeza den-

tro de treinta y seis horas; no veo para ello inconveniente, pero paréceme que al menos por cortesía debian haberme enviado mi caja de rapé, que está arriba, en la sala de los espejos, en la que jugásteis muchísimas veces siendo niño y en la que os hice brincar sobre mis rodillas. Os llamais Gauvain, y es lo más extraño que teneis sangre noble en las venas, la misma sangre que yo, y sin embargo, esa sangre que hace de mí un hombre de honor, hace de vos un descamisado. Me direis que eso no es culpa vuestra, pero tampoco es mia. Podemos ser malhechores sin saberlo, y eso consiste en el aire que respiramos. En tiempos como estos nadie es responsable de lo que hace: la revolucion es pícara para todo el mundo, y vuestros grandes criminales solo son grandes inocentes, empezando por vos. Permitidme que os admire, porque admiro á un jóven como vos, que, siendo hombre de calidad, de alta posicion en el Estado, teniendo sangre noble que poner al servicio de las grandes causas, siendo vizconde de Gauvain y príncipe de Bretaña, teniendo derecho á ser duque y par de Francia hereditario, que es casi todo lo que puede ser en el mundo el hombre sensato, se divierte en ser tan poco como ahora sois, esto es, en parecer malvado á sus enemigos é imbécil á sus amigos. A propósito, dad memorias de mi parte al abate Cimourdain.

El marqués hablaba con facilidad, sereno, sin alterarse, sin acentuar nada, con el acento de la buena sociedad, con la mirada clara y tranquila y con las manos en los bolsillos. Hizo una pausa, respiró con fuerza y continuó:

—No ocultaré que hice lo posible por mataros; tres veces dirigí la puntería de mi cañon tomándoos por blanco; proceder descortés, lo confieso, pero es locura imaginar que en la guerra el enemigo os trate con cortesía y procure haceros favores, y estamos en guerra, mi querido sobrino, y la sostenemos á sangre y fuego. Verdad es que nos han asesinado al rey. ¡Bonito siglo!...

Paróse otra vez y luego prosiguió:

—Nada de esto habria sucedido si hubieran ahorcado á Voltaire y echado á galeras á Rousseau. Son una plaga los literatos. Pero veamos; ¿de qué acusais á la monarquía? Es cierto que envió al abad Pucelle á su abadía de Corbigny, dejándole la eleccion del carruaje y dándole el tiempo que quisiera para ir allí; es cierto que se trasladó á vuestro señor Titon del castillo de Vincennes al de Ham, que es detestable; pero Titon fué, con vuestro permiso, hombre licencioso. Tales son los agravios que hizo la monarquía; lo recuerdo, y me quejé de ellos en mi tiempo; fuí tan estúpido como vos... pero no tan perverso. Muchas veces se habla por hablar. Hubo la sedicion de los informes, de los dictámenes y de las reclamaciones; luego vinieron los señores filósofos y se quemaron sus escritos en vez de quemar á los autores, mezclándose en esto las cábalas de la corte; despues vinieron los benditos Turgot, Quesnay, Malesherbes, los fisiócratas, etcétera etc., y comenzó la pelotera, todo por culpa de los escritorzuelos y de los poetastros. La Enciclopedia! Diderot! D'Alembert! Ah, malvados belitres!... ¡Que un hombre tan bien nacido como el rey de Prusia cayese en su lazo! Yo hubiera suprimido á todos los emborronadores de papel. Nosotros éramos justicieros. Aun pueden verse en estas paredas las señales de las ruedas de descuartizar. Nosotros no nos chanceábamos. No hacíamos caso de los escritores. Mientras haya Voltaires habrá Marats; mientras haya botarates que hagan garabatos con la pluma, habrá miserables que asesinen; mientras haya tinta habrá negrura; mientras la mano del hombre maneje la pluma de ganso, las tonterías frívolas engendrarán tonterías atroces. Los libros originan los delitos. La palabra quimera tiene dos sentidos; significa sueño y mónstruo. ¡Qué aficion á palabras huecas! ¿Qué quereis decir con la palabra derechos? Derechos del hombre, derechos del pueblo. Eso es hueco, imaginario y sin sentido. Cuando yo digo: Havoisa, hermana de Conan II, aportó en dote el condado de Bretaña á Hoel, conde de Nantes y de Cornwall, que dejó el trono á Alan Fergant, tio de Berta, la que casó con Alan el Negro, señor de la Roche-sur-Yon, y tuvo de éste á Conan el Menor, abuelo de Guido ó Gauvain de Thonars, nuestro antepasado, digo una cosa clara que establece un derecho. Pero vosotros, perdidos, á qué llamais derechos? Al deicidio y al regicidio. Eso es hediondo y repugnante. Lo siento por vos, señor vizconde, que late en vuestras venas la orgullosa sangre de Bretaña: vos y yo descendemos de nuestro abuelo Gauvain de Thonars; contamos entre nuestros antepasados al gran duque de Montbazon, que fué par de Francia y condecorado con el collar de las Órdenes, que atacó el arrabal de Tours, fué herido en la ba-

talla de Arqués y murió en su casa de Couzieres, á la edad de ochenta y seis años, siendo entonces montero mayor de Francia. Podria citaros tambien al conde de Landonois, á Claudio de Lorena, duque de Chevreuse, á Enrique de Lenoncourt y á Francisco de Laval-Boisdauphin. Pero para qué? El señor vizconde tiene el honor de ser idiota, y prefiere ser igual á mi palafrenero.

Sabed que cuando estábais todavía en mantillas yo ya era viejo, y jugábamos los dos; despues crecísteis y cada uno fué por su lado; yo hácia el lado de la probidad y vos hácia el opuesto. No sé en qué ha de parar todo esto; solo sé que vuestros amigos son altivos miserables. ¡Oh, pero el progreso! El progreso es magnífico, lo confieso; en el ejército se ha suprimido la pinta de agua que se hacia beber tres dias consecutivos al soldado borracho; hemos llegado al máximum del progreso con la Convencion, con el obispo Gobel, con el señor Chaumette y con el señor Hébert; se extermina sin excepcion todo lo pasado, desde la Bastilla hasta el almanaque. Las legumbres sustituyen á los santos. Muy bien, ciudadanos, disponed como amos y señores, no tengais escrúpulo de nada, que no podreis impedir que la religion sea religion, que la monarquía llene quince siglos de nuestra historia y que la antigua nobleza, hasta despues de decapitada, esté más alta que vosotros. Miramos con desprecio vuestras argucias sobre el derecho histórico de las razas régias. Chilperico era un fraile llamado Daniel, y Rainfroy inventó á Chilperico para fastidiar á Cárlos Martel; lo sabemos mejor que vosotros, pero no se trata de eso. La cuestion es la siguiente: ser un gran reino, ser la antigua Francia, ser un pais magníficamente arreglado y regido, en el que primeramente se consideraba la persona sagrada del monarca, señor absoluto del Estado; despues á los príncipes, luego á los dignatarios de la corona en los ejércitos de mar y tierra, en la artillería y en la direccion y superintendencia de la Hacienda. Tras éstos á la justicia soberana y á la subalterna y últimamente á la administracion política del reino, subdividida en tres brazos. Todo esto, que era hermoso y bien ordenado, vosotros lo habeis destruido. Destruísteis, como verdaderos ignorantes, las provincias, sin comprender lo que las provincias valian. El génio de la Francia se componia de todo el génio del continente, y cada una de sus provincias representaba una virtud de Europa. Teníamos la franqueza alemana en Picardía, la generosidad de Suecia en la Champaña, la industria holandesa en la Borgoña, la actividad polaca en el Languedoc, la gravedad española en la Gascuña, la prudencia italiana en la Provenza, la sutileza griega en la Normandía y la fidelidad suiza en el Delfinado. Todo esto lo habeis destruido por ignorancia. No quereis tener nobles? Pues bien, no los tendreis, pero vestíos de luto por su carencia, porque ya no tendreis paladines ni héroes. Despedíos de las grandezas antiguas. Ya no tendreis caballeros de Fontenoy, que saludaban antes de matar; no tendreis combatientes con medias de seda, como en el sitio de Lérida, ni esas grandes batallas en las que los penachos atravesaban el campo como meteoros: como sois un pueblo degradado, tendreis que sufrir la violencia que se llama invasion; si volviese Alarico, no encontraria un Clodoveo que se le opusiera; si volviese Abderramen, no hallaria un Cárlos Martel que le disputara el paso: han acabado para vosotros los dias gloriosos de Agnadel, de Rocroy, de Lens, de Staffarde, de Nerwinde y de Mahon; no tendreis ni otro Marignan ni otro Francisco I. Adelante! Continuad vuestra obra; sed hombres nuevos; empequeñeceos.

Calló el marqués un momento y luego volvió á continuar:

—Pero dejad que nosotros seamos grandes. Matad á los reyes, á los nobles, á los sacerdotes; destruid, arruinad, destrozad las máximas antiguas; pisotead el trono, patead el altar, aplastad á Dios, que ese es vuestro objeto. Sois traidores y cobardes, incapaces de sacrificio ni de abnegacion. He acabado de hablar, señor vizconde; ahora hacedme guillotinar: tengo la honra de ser vuestro servidor. Os dije verdades que os amargan sin duda, pero qué os importa? Yo estoy ya muerto.

—Estais libre, le contestó Gauvain.

Adelantóse hasta Lantenac, se quitó el capote, se lo ciñó al anciano y le bajó el capuchon de modo que le ocultase el rostro por completo. Los dos tenian estatura gigantesca.

—Qué estás haciendo? le preguntó el marqués.

Gauvain, sin responderle, levantó la voz y gritó:

—Teniente, abrid.

La puerta se abrió.

—Tened cuidado, teniente, de volver á cerrar bien cuando yo salga.

Diciendo esto, Gauvain empujó hácia fuera del calabozo al marqués estupefacto.

La sala baja, que se transformó en cuerpo de guardia, como ya dijimos, estaba apenas alumbrada por una luz muy opaca. En aquella semioscuridad, los soldados que no dormian vieron atravesar la sala, dirigiéndose hácia la brecha, á un hombre de elevada estatura con el capote galoneado del jefe: hicieron el saludo militar y el hombre pasó.

Lantenac atravesó con lentitud primero el cuerpo de guardia y despues la brecha, y salió al aire libre. El centinela, creyendo que era su jefe, le presentó las armas.

Cuando salió de allí, hollando sus piés la yerba de los campos, teniendo á doscientos pasos la selva y ante sí el espacio, la noche, la libertad y la vida, se paró y permaneció inmóvil un momento, como el hombre que deja hacer cediendo á la sorpresa y se pregunta si obró bien ó mal, y vacila entre retroceder ó proseguir. Despues de meditar algunos segundos, levantó la mano derecha, hizo chocar el dedo del corazon con el pulgar, dió un castañetazo y exclamó:

—Ya lo creo!

Se alejó de aquel sitio.

La puerta del calabozo se volvió á cerrar, quedando Gauvain dentro.

II.

El Consejo de guerra.

En aquel tiempo en los Consejos de guerra se obraba casi discrecionalmente. Dumas, en la Asamblea legislativa, bosquejó un proyecto de legislacion militar, que más tarde corrigió Talot en el Consejo de los Quinientos; pero Código definitivo para los Consejos de guerra no se redactó hasta la época del Imperio.

En 1793 el presidente de un tribunal militar era casi todo el tribunal: elegia los vocales, clasificaba el órden de los grados, arreglaba la emision de votos y era el que disponia del tribunal siendo al mismo tiempo juez.

Cimourdain destinó para pretorio del Consejo de guerra la misma sala del piso bajo donde estuvo el reducto y que ahora era cuerpo de guardia. Deseaba abreviarlo todo, lo mismo el camino de la prision al tribunal, que el camino del tribunal al patíbulo.

Segun sus órdenes, al medio dia se reunió el Consejo, en cuya sala hizo poner tres sillas de paja, una mesa de pino, dos velas encendidas y un taburete delante de la mesa. Las sillas eran para los vocales del Consejo y el taburete para el acusado. A los extremos de la mesa se colocaron otros dos taburetes, uno para el auditor, que era un furriel, y el otro para el escribano, que era un cabo.

Habia sobre la mesa una barra de lacre rojo, un sello de cobre de la República, varios cuadernillos de papel blanco y dos carteles impresos y extendidos; uno era el bando que ponia á Lantenac y á sus secuaces fuera de la ley y el otro el decreto de la Convencion.

Detrás de la silla del centro de la mesa habia un pabellon de banderas tricolores; en aquella época de ruda sencillez, el aparato de cualquier ceremonia se arreglaba pronto. La silla colocada en medio de la mesa estaba destinada al presidente y daba frente á la puerta del calabozo.

El público lo formaban los soldados.

Dos gendarmes se situaron uno á cada lado del taburete.

Cimourdain se sentó en la silla del medio, teniendo á su derecha al capitan Guechamp, primer juez, y á su izquierda al sargento Radoub, segundo juez.

Cimourdain llevaba en la cabeza sombrero con penacho tricolor, al lado el sable y en el cinturon dos pistolas. La cicatriz que le quedó en la cara era de vivo color rojo y aumentaba la ferocidad de su aspecto.

Radoub, por fin, se dejó curar y tenia liada la cabeza en un pañuelo, sobre el que se iba extendiendo lentamente una mancha de sangre.

A las doce, antes de comenzar el acto, un correo, cuyo caballo piafaba no lejos de allí, esperaba en pié, cerca de la mesa, las órdenes de Cimourdain.

Cimourdain escribia lo siguiente:

"Ciudadanos Presidente é indivíduos del Comité de Salvacion pública:

„Lantenac está preso y se le ejecutará mañana.„

Fechó y firmó, dobló el papel, lo cerró y selló, entregándoselo al correo, que partió en seguida.

Hecho esto, Cimourdain dijo en voz alta:

—Abrid el calabozo.

Los gendarmes descorrieron los cerrojos, abrieron la puerta del calabozo y entraron en él.

Cimourdain levantó la cabeza, cruzó los brazos, miró á la puerta y gritó:

—Traed al preso.

Un hombre apareció entre los dos gendarmes, bajo la cintra de la puerta abierta.

Era Gauvain. Cimourdain se extremeció, exclamando:

—Gauvain!... y repitió: He dicho que venga el preso.

—Soy yo, contestó Gauvain.

—Tú!

—Yo.

—Y Lantenac?

—Está libre.

—Libre!

—Sí.

—Se ha fugado?

—Sí.

Cimourdain murmuró temblando:

—Este castillo fué suyo y conocerá todas sus salidas; el calabozo quizás se comunique con alguna de ellas. Debí haberlo previsto. Encontraria el medio de escaparse sin necesidad y sin auxilio de nadie.

—No, que le han ayudado, respondió Gauvain.

—A fugarse?

—Sí.

—Quién?

—Yo.

—Tú!

—Yo.

—Tú deliras.

—Entré en el calabozo, en el que permanecí algun tiempo hablando con el preso; me desprendí del capote de comandante, lo eché sobre sus hombros, le bajé el capuchon y salió del calabozo en vez de salir yo, que me quedé ocupando su sitio, y aquí estoy.

—Has hecho lo que refieres?

—Sí.

—Es imposible.

—Pues es cierto.

—Que traigan á Lantenac.

—No está ya en la torre. Los soldados, al verle con el capote de comandante, creyeron que era yo y le han dejado pasar. Era de noche todavía.

—Estás loco!

—Digo lo que ha sucedido.

Hubo un momento de silencio: despues Cimourdain tartamudeó:

—Entonces mereces...

—La muerte, respondió Gauvain.

Cimourdain estaba pálido como un cadáver y se quedó inmóvil como el hombre á quien hiere un rayo. No podia respirar y gotas gruesas de sudor aparecieron en su frente.

Afirmando un poco la voz, dijo:

—Gendarmes, haced sentar al acusado.

Gauvain se sentó en el taburete.

Cimourdain añadió:

—Gendarmes, sable en mano.

Era la fórmula usada cuando pesaba sobre los acusados una sentencia capital.

Los gendarmes desenvainaron los sables.

La voz de Cimourdain recobró su acento ordinario.

—Acusado, dijo, levantaos.

Ya no tuteaba á Gauvain.

III.

Los votos.

Gauvain se levantó.

—Cómo os llamais? le preguntó Cimourdain.

—Gauvain.

—Vuestra profesion?

—Comandante, jefe de la columna expedicionaria de las costas del Norte.

—Sois pariente ó aliado del prófugo?

—Sobrino de segundo grado.

—¿Conoceis el decreto de la Convencion?

—Veo el cartel sobre la mesa.

—¿Qué teneis que decir sobre ese decreto?

—Que yo he refrendado su publicacion, que he mandado que se cumplimentase, y que dispuse fijar ese cartel, á cuyo pié está mi nombre.

—Elegid un defensor.

—Me defenderé yo mismo.

—Teneis la palabra.

Cimourdain habia recobrado su impasibilidad, pero ésta se asemejaba menos á la calma del hombre que á la tranquilidad de la roca.

—Gauvain permaneció un instante silencioso y meditabundo.

Cimourdain preguntó:

—¿Qué teneis que decir en vuestra defensa?

Gauvain levantó la cabeza con lentitud y sin mirar á nadie respondió:

—Tengo que decir que un hecho ha borrado de mi pensamiento y de mi corazon otros hechos; una accion magnánima vista de cerca me ha ocultado cien acciones criminales: por una parte un anciano y por la otra unos niños, se han interpuesto entre mi conciencia y mi deber político. Olvidé el incendio de pueblos, la devastacion de campos, los asesinatos de prisioneros y heridos, el fusilamiento de mujeres, el plan de entregar

Francia á Inglaterra, y puse en libertad al asesino de la patria. Soy culpado, y aunque hablando de este modo podria creerse que hablo contra mí, están en un error los que eso crean. Hablo en mi favor; cuando el culpado reconoce su culpa, salva lo único que merece salvarse; el honor.

—¿Eso es todo lo que teneis que alegar en vuestra defensa? volvió á preguntar Cimourdain.

—Añado, que siendo jefe debia dar ejemplo, y vosotros debeis tambien darlo como jueces.

—Qué ejemplo pretendeis que demos?

—El de condenarme á muerte.

—Encontraríais justa esa sentencia?

—Justa y necesaria.

—Sentaos.

El furriel, que desempeñaba el papel de auditor, se levantó y leyó, primero el bando que ponia fuera de la ley á Lantenac, y despues el decreto de la Convencion, que condenaba á pena capital á todo el que favoreciera la evasion de un prisionero rebelde. Este decreto contenia al pié varias líneas impresas prohibiendo prestar ayuda y socorro á los rebeldes bajo pena de muerte, y las firmaba: "*El comandante en jefe de la columna expedicionaria*, GAUVAIN.„

Despues de leer lo que antecede, el auditor se sentó.

Cimourdain cruzó los brazos y dijo:

—Acusado, prestad atencion. Concurrentes, oid, mirad y callad.—A vuestra vista está la ley. Se vá á proceder á la votacion. Cada uno de los vocales dará su voto en alta voz, en presencia del acusado, pues la justicia nada debe ocultar.

Cimourdain, añadió:

—Tiene la palabra el primer vocal, el capitan Guechamp.

Este parecia no ver ni á Cimourdain ni á Gauvain. Sus párpados, casi cerrados, ocultaban sus ojos inmóviles y fijos en el cartel del decreto, que contemplaba como el que contempla un abismo.

Invitado á dar su voto, dijo:

—La ley es terminante. El juez es más y es menos que el hombre; es menos porque no tiene corazon y es más porque blande la espada de la justicia. En el año 414 de la fundacion de Roma, Manlio mandó matar á su hijo por el crímen de haber vencido sin órden suya: la violacion de la disciplina exigia esta expiacion. Aquí ha sido violada la ley, y la ley está más alta que la disciplina. A consecuencia de un exceso de compasion, la patria vuelve á estar en peligro. La compasion puede llegar á adquirir las proporciones del delito. El comandante Gauvain proporcionó la fuga al rebelde Lantenac, el comandante Gauvain es culpado. Voto, pues, por su muerte.

Gauvain levantó la voz y le dijo:

—Capitan Guechamp, habeis votado lo justo y os doy las gracias.

Cimourdain continuó:

—Tiene la palabra el segundo vocal; hablad, sargento Radoub.

Radoub se levantó, se volvió hácia Gauvain y le hizo el saludo militar. Despues habló del modo siguiente:

—Si juzgais de ese modo podeis guillotinarme, porque declaro en nombre de Dios y bajo mi palabra de honor que quisiera haber hecho primero lo que hizo el viejo y despues lo que hizo mi comandante. Cuando ví á aquel indivíduo de más de ochenta años arrojarse al fuego para sacar de él á tres muñecos, dije para mí:—"Buen hombre, eres un valiente„; y al saber que es mi comandante el que ha salvado á ese viejo de la bestial guillotina, digo:—"Mi comandante, yo os concederia la cruz de San Luis y debiérais ser general, porque sois todo un hombre.„ ¿Somos tan imbéciles que para cortarle despues la cabeza nos hayamos tomado el trabajo de ganar la batalla de Valmy, la de Fleurus y la de Wattignies? El comandante Gauvain acosa por todas partes á esos borricos realistas, salva la República á sablazos y á tambor batiente gana la accion de Dol, lo que era dificilísimo, y cuando contais un hombre como éste, ¿quereis deshaceros de él? ¡En vez de nombrarle general, quereis segarle el cuello!... Cosas semejantes son capaces de hacer que uno se tire al Sena desde el Puente Nuevo. Declaro que á vos mismo, ciudadano Gauvain, si en vez de ser mi jefe fuéseis el cabo de mi compañía, os diria que habeis dicho una porcion de tonterías. El viejo hizo bien en salvar á los niños y vos habeis hecho perfectamente en salvar al viejo, y si guillotinamos á las gentes porque hagan buenas acciones, entonces es cuestion de apagar la luz y de echar á correr. ¿Adónde vamos á parar obrando de esa manera? ¿Pero esto es sueño ó realidad? Me pellizco hace media hora para saber si estoy despierto, porque no comprendo lo que sucede... ¿Queríais acaso que el viejo dejase que se quemasen vivos los chiquitines, ó que mi comandante dejara que le cortaran el cuello al viejo por haberlos salvado? En

ese caso guillotinadme á mí, que yo tambien hubiera obrado lo mismo. Supongamos que los niños hubieran muerto abrasados, entonces el batallon del Gorro Rojo quedaba deshonrado. ¿Era eso lo que se queria? Entonces comámonos los unos á los otros. Entiendo tanto de política como cualquiera de vosotros; he pertenecido al club de las Picas y veo que acabaremos por embrutecernos. En resúmen; no me gustan las cosas que tienen el inconveniente de poner al hombre en situacion de no saber dónde está ni lo que hace. ¿Por qué diablos peleamos? ¿Por qué quereis matar á nuestro jefe? Pues yo adoro á mi comandante y le necesito, y hoy le quiero más que ayer todavía. Me haceis reir al pretender guillotinarle. Los demás no lo consentiremos, eso no es posible.

Dicho esto se sentó Radoub, cuya herida se habia abierto y un chorro de sangre, que salia por la venda, le corria á lo largo del cuello desde el sitio donde estuvo la oreja.

Cimourdain, volviéndose hácia el sargento, le preguntó:

—¿Votais por la absolucion del acusado?

—Voto, contestó Radoub, por que se le nombre general.

—Os pregunto si votais por su absolucion.

—Voto por que le eleven al sitio más alto de la República.

—Sargento Radoub, ¿votais por la absolucion del comandante Gauvain, sí ó no?

—Voto por que me corten la cabeza por él.

—Por la absolucion, escribano, le dijo Cimourdain.

El escribano anotó: "Sargento Radoub, absolucion.„ Despues dijo:

—Un voto en favor de la pena capital y otro en favor de la absolucion.

Le tocó el turno de votar á Cimourdain. Levantóse, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa, y su lividez era cadavérica.

Profundo silencio reinó en la sala.

Cimourdain dijo con voz grave, lenta y firme:

—Acusado Gauvain, despues de examinar vuestro proceso, en nombre de la República, el Consejo de guerra, por mayoría de votos, por dos votos contra uno...

Al llegar aquí se detuvo un instante. Todos esperaban el resultado de lo que iba á decir con la mayor ansiedad. Al cabo de un momento terminó, diciendo:

—...Os condena á la pena de muerte.

El semblante de Cimourdain al decir las anteriores palabras expresaba la tortura del triunfo siniestro. Cuando en las tinieblas Jacob hizo que lo bendijera el ángel á quien venció en la lucha, manifestó la sonrisa espantosa que apareció en los labios de Cimourdain. Pero fué un relámpago, y su faz quedó impasible como el mármol. Sentóse, se cubrió y añadió:

—Comandante Gauvain, se os ejecutará mañana al salir el sol.

Gauvain se levantó y dijo:

—Doy las gracias al tribunal.

—Llevaos al reo, dijo Cimourdain á los gendarmes.

Abrieron la puerta del calabozo, entró Gauvain, y la puerta se cerró tras él. Los gendarmes, con los sables desenvainados, se quedaron haciendo centinela al sentenciado á muerte.

A Radoub le sacaron de la sala desmayado.

IV.

Cimourdain juez y poder supremo.

Es un campamento como un enjambre de avispas, sobre todo en épocas de revolucion. El aguijon cívico que reside en el soldado, sale rápida y expontáneamente para picar al jefe con tanta resolucion como tuvo para expulsar al enemigo.

Se oyeron varios zumbidos entre los valientes soldados que entraron al asalto en la Tourgne. El primero fué contra el comandante Gauvain cuando supieron la evasion de Lantenac. Cuando salió del calabozo el comandante en vez del marqués, se produjo en la tropa una conmocion eléctrica, é instantáneamente se supo la noticia en todo el campamento. Entonces estalló el primer murmullo en aquel ejército, que venia á decir: "Van á juzgar á Gauvain, pero ese juicio no será más que una farsa, porque no hay que fiarse de ex-nobles y de solideos. Acabamos de ver un vizconde que salva á un marqués, y ahora veremos á un cura que absuelve á un noble.„ Cuando se supo lo contrario, esto es, la condena de Gauvain, se promovió el segundo murmullo: "¡Vaya una atrocidad! ¡Quieren matar á nuestro jefe, que es un bravo; á nuestro valiente comandante, que es un héroe! Dicen que fué vizconde; pues por eso tiene más mé-

rito en él ser hoy republicano. ¡Y se atreven á condenar á muerte á un hombre que nos lleva de victoria en victoria y que terminará muy pronto la guerra de la Vendée! Y por qué? Por dejar fugarse á un anciano que se arriesgó á salvar á tres niños. ¡Un cura matar á un soldado!„

Así murmuraba la tropa victoriosa y descontenta, envolviendo á Cimourdain en una atmósfera de indignacion sombría. Cuatro mil hombres contra uno parece que debian hacer gran fuerza, y en realidad no representaban ninguna. Aquellos cuatro mil hombres eran una multitud, y Cimourdain era una voluntad; aquellos sabian que éste fruncia el ceño con facilidad, y solo esto necesitaba para que le respetase aquel ejército. En aquella época severa era suficiente ver detrás de un hombre la sombra del Comité de Salvacion pública para que fuese temible aquel hombre y para convertir la imprecacion en murmullo y el murmullo en silencio. Antes y despues de las murmuraciones, Cimourdain era el árbitro del destino de Gauvain, como del de todos los del campamento. Sabian que era inútil pedirle humanidad, porque él solo obedecia á la voz de su conciencia, voz sobrehumana que él solo era capaz de poder oir. Todo dependia de él: podia anular su fallo de juez con sus poderes de delegado civil; solo él podia indultar; un solo signo suyo bastaria para poner en libertad á Gauvain; era el dueño de su vida y de su muerte, era el amo de la guillotina; en aquel momento trágico representaba el poder supremo.

V.

El calabozo.

La sala de justicia volvió á ser cuerpo de guardia, que, como la víspera, ésta era doble: los dos gendarmes custodiaban la puerta del calabozo.

A las doce de la noche un hombre, con un farol en la mano, atravesó el cuerpo de guardia, se dió á conocer y mandó abrir la prision. Era Cimourdain.

Entró, dejando la puerta entreabierta. Cimourdain dió algunos pasos en la oscuridad de aquel encierro, dejó el farol en tierra y se paró. Al oir en la oscuridad la respiracion igual de un hombre dormido, se puso el ex-cura á escuchar.

Gauvain estaba acostado en el fondo del calabozo sobre un monton de paja y dormia profundamente.

Cimourdain se acercó hasta él haciendo el menor ruido posible y se quedó contemplándole. Una madre que velase el sueño de su hijo de pechos, no dirige á éste mirada más tierna ni más inexpresable.

Sin querer quizás Cimourdain se le escapaba esta mirada. Cimourdain, como los niños en ciertos casos, se restregó los ojos con los puños, permaneciendo inmóvil un momento; despues se arrodilló, levantó con suavidad la mano de Gauvain y apoyó en ella los labios.

Gauvain hizo un movimiento. Abrió los ojos con el vago asombro del que se despierta de repente.

A la luz del farol, que alumbraba débilmente la cueva, reconoció á Cimourdain.

—Calla! dijo, sois vos! y añadió: Soñaba que la muerte me besaba la mano.

Cimourdain sintió la sacudida brusca que produce en la mente la invasion de un torrente de pensamientos, torrente tan crecido é impetuoso que á veces amaga anegar el alma. Pero quedó, sin embargo, en el profundo abismo del corazon de Cimourdain, que solo pudo decir:

—Gauvain!

Ambos se miraron atentamente, Cimourdain con los ojos llenos de esas llamas que secan las lágrimas y Gauvain con su más suave sonrisa. Éste se incorporó, apoyándose sobre el codo, y dijo:

—La cicatriz que conservais en el rostro la abrió el sablazo que por mí recibísteis. Ayer tambien quisísteis asistir al combate á mi lado y por mí. Si la Providencia no os hubiera colocado al lado de mi cuna, dónde estaria yo hoy? En las tinieblas, porque si tengo nocion del deber, es porque vos me la habeis enseñado. Nací atado, porque las preocupaciones son ligaduras; me las desatásteis, proporcionando verme libre de ellas; de una momia hicísteis un adolescente, desarrollando en él la conciencia. Sin vos hubiera crecido siendo siempre pequeño; existo, pues, por vos. Era un señor y me convertísteis en ciudadano; en el ciudadano infundísteis una alma, dándome aptitud como hombre para la vida del mundo, y como alma para la vida del cielo. Me dísteis para caminar por los senderos de la realidad humana la clave de la verdad, y para ir más allá la clave de la luz. Os doy las gracias por haberme creado.

Cimourdain se sentó sobre la paja al lado de Gauvain y le dijo:

—Vengo á cenar contigo.

Gauvain partió el pan moreno y se lo presentó. Cimourdain tomó un pedazo. Despues le ofreció el cántaro del agua.

—Bebe tú primero, dijo Cimourdain.

Gauvain bebió y pasó el cántaro á su maestro, que bebió tambien.

En aquella cena el comandante comia y bebia muy poco y el ex-cura bebia mucho y apenas probó el pan, lo que denotaba la tranquilidad del uno y la fiebre del otro.

Terrible serenidad reinaba en el calabozo. Aquellos dos hombres comenzaron un diálogo.

Gauvain decia:

—Veo insinuarse grandes sucesos. Es misterioso lo que hace la Revolucion en estos momentos; detrás de su obra visible hay otra invisible, la primera tapa á la segunda. La obra visible es feroz, la obra invisible sublime. En este instante la distingo con claridad y me parece hermosa. Como fué necesario aprovechar los materiales de lo pasado, ha tenido que venir el extraordinario año 93, en el que, con el andamio de la barbarie, se construye el templo de la civilizacion.

—Sí, respondió Cimourdain. De lo provisional saldrá lo definitivo; lo definitivo, esto es, el paralelismo del derecho y del deber, el impuesto proporcional y progresivo, el servicio militar obligatorio, la nivelacion sin desviaciones, y por encima de todos y de todo esa línea recta que se llama la ley; la República de lo absoluto.

—Yo prefiero, replicó Gauvain, la República de lo ideal.

Se interrumpió un momento y despues continó:

—Entre lo que acabais de decir, ¿dónde colocais la adhesion, el sacrificio, la abnegacion, el entrelazamiento de los afectos benévolos, el amor? Debe establecerse en todo el equilibrio, pero es mejor establecer en todo la armonía. Encima de la balanza debe ponerse la lira... Vuestra República mide, dosifica y regula al hombre; la mia lo levanta hasta el firmamento; separa á una de otra la diferencia que media entre un teorema y un águila.

—Es porque tú te pierdes en las nubes.

—Y vos en el cálculo.

—Hay algo de soñado en la armonía.

—Tambien lo hay en el álgebra.

—Quisiera que el hombre fuese como lo deseaba Euclides.

—Yo lo prefiero como lo imaginaba Homero.

La sonrisa severa de Cimourdain se fijó en Gauvain, como para detener el vuelo de su alma.

—Eso es pura poesía: desconfia de los poetas.

—Conozco esa frase; desconfia de la brisa, del rayo de luz, de los perfumes de las flores, de las constelaciones.

—Nada de eso dá de comer.

—Qué sabeis de eso? La idea es tambien un alimento: pensar es comer.

—Dejémonos de abstracciones. La fórmula de la República es: dos y dos cuatro. En cuanto doy á cada uno lo que le corresponde...

—Os falta dar lo que no le corresponde.

—Qué quereis decir?... ¿qué significa eso?

—La inmensa concesion recíproca que cada uno debe á todos y que todos deben á cada uno, que es en lo que estriba la vida social.

—Fuera del derecho estricto nada debe haber.

—Pues hay mucho.

—No veo más que la justicia.

—Pues yo miro más arriba de ella.

—Qué hay sobre la justicia?

—La equidad.

—Precisa tu pensamiento.

—Lo precisaré. Quereis el servicio militar obligatorio; pero contra quién? contra los demás hombres. Pues bien; yo deseo que no haya servicio militar, yo quiero la paz. Quereis socorrer á los miserables; yo quiero suprimir la miseria. Quereis impuesto proporcional; yo quiero que no haya impuesto, que se reduzcan los gastos comunes á su más simple expresion y que se paguen con el aumento de la produccion social.

—Qué entiendes por eso?

—Voy á explicároslo: desde luego suprimiria toda clase de parásitos, el sacerdote, el juez y el soldado. En seguida sacaria partido de nuestra riqueza: en vez de echar los abonos á los albañales los echaria en los surcos; las tres cuartas partes de nuestro territorio son eriales, las haria productivas; suprimiria las dehesas de pasto inútiles y repartiria las tierras del comun; que cada hombre tenga un pedazo de tierra y que cada pedazo de tierra tenga un hombre, y vereis centuplicarse el producto social. Utilizad la naturaleza, que es una in-

mensa fuerza auxiliar que se ha despreciado hasta ahora; haced trabajar para todos á las ráfagas del viento, á los saltos de agua y á todos los efluvios magnéticos. El globo encierra una red subterránea y venosa y hay en ella circulacion prodigiosa de agua, de aceite, de fuego; picad la vena del globo y haced brotar esa agua para vuestras fuentes, ese aceite para vuestras lámparas y ese fuego para vuestros hogares. Reflexionad en el movimiento de las olas, en el flujo y reflujo, en el vaiven de las mareas; pues el Océano es una enorme fuerza perdida y la tierra es estúpida, porque no sabe sacar partido del Océano.

—Estás ya en plena ilusion.

—Esto es, en plena realidad. ¿Y qué haceis de la mujer? preguntó repentinamente Gauvain á Cimourdain.

—Lo que es. La servidora del hombre.

—Sí, pero con una condicion.

—Cuál?

—Con la condicion de que el hombre sea tambien el servidor de la mujer.

—Eso crees? exclamó Gauvain. El hombre no debe servir jamás. El hombre es el señor, y no admito más señorío que el del hogar. El hombre en su casa es rey.

—Sí, pero con una condicion.

—Cuál?

—Con la condicion de que la mujer sea reina.

—Es decir, que quieres para el hombre y para la mujer...

—La igualdad.

—La igualdad? Estás extraviado. Son diferentes los dos séres.

—Digo que quiero entre ellos la igualdad, pero no la identidad.

Hubo otra pausa, una especie de tregua entre aquellos dos espíritus, que cambiaban mútuamente rayos de luz. Cimourdain la rompió, preguntando:

—Y el hijo, á quién se lo das?

—Primero al padre que lo engendra, despues á la madre que lo cria, luego al preceptor que lo educa, despues á la ciudad que lo viriliza, luego á la pátria, que es su madre suprema, y últimamente á la humanidad, que es su abuela.

—No hablas de Dios.

—Cada uno de esos grados, padre, madre, preceptor, ciudad, pátria y humanidad, es un escalon de la escalera que sube hasta Dios.

Cimourdain callaba; Gauvain prosiguió:

—Cuando se consigue subir á lo alto de la escalera se llega hasta Dios. Dios se abre ante nosotros y entramos en él.

Cimourdain hizo el gesto del hombre que trata de despertar á otro, y dijo:

—Gauvain, baja á la tierra; debemos tratar de realizar solo lo posible.

—Comenzad por no hacer lo imposible.

—Lo posible se realiza siempre.

—No siempre. Si se manosea con fuerza, la utopia lo mata.

—Es preciso, sin embargo, apoderarse de la utopia, imponerla el yugo de lo real y encerrarla en el cuadro de los hechos. La idea abstracta debe transformarse en idea concreta, y así lo que pierde en hermosura lo gana en utilidad; es menor, pero es mejor. El derecho debe encarnarse en la ley; cuando el derecho se convierte en ley, es absoluto.

—Lo posible es algo más que eso.

—Ya vuelves á soñar.

—Lo posible es un pájaro misterioso que se cierne contínuamente por encima del hombre.

—Es preciso, pues, cogerle.

—Sí, pero vivo.

Gauvain continuó:

—Mi pensamiento puede condensarse en estas dos palabras: Siempre adelante! Si Dios hubiera querido que el hombre retrocediese, le hubiera puesto un ojo en la nuca. Miramos siempre hácia el Oriente, hácia lo que se abre, hácia lo que nace. El que cae estimula al que sube: cada siglo tiene su mision, hoy cívica, mañana humana; hoy agitando la cuestion del derecho, mañana la del salario, aunque salario y derecho en el fondo son una misma cosa. El hombre vive para que le paguen; Dios, al dar la vida, contrae una deuda; el derecho es el salario innato, y el salario es el derecho adquirido.

Gauvain hablaba con el acento concentrado del profeta. Cimourdain le escuchaba. Los papeles estaban invertidos; á la sazon el discípulo parecia el maestro.

—Qué de prisa vas! exclamó Cimourdain.

—Es porque tengo poco tiempo que perder, contestó Gauvain sonriéndose.

Despues añadió:

—Entre nuestras dos utopias hay la diferencia de que vos quereis el cuartel obligatorio y yo quiero convertirlo en escuela; quereis que el hombre sea soldado y yo quiero que sea ciudadano; le quereis terrible, yo reflexivo; fundais la República en la espada y yo la fundo...

Se paró y luego dijo:

—Yo fundaria una República de inteligencias.

—Y hasta que llegue?

—Lo que existe.

—Absuelves el momento actual?

—Sí.

—Por qué?

—Porque es una tempestad y la tempestad tiene su razon de ser. Si el rayo destruye alguna encina, en cambio sanifica muchos bosques. La civilizacion sufria una peste y la libra de ella el viento de la tempestad. Quizás no escoge bien las víctimas, porque está encargado de barrer muchísimo; pero viendo los estragos que causan los miasmas, comprendo el furor del huracan: por lo demás, nada importa la tempestad si soy dueño de la brújula, ni los acontecimientos si tengo limpia la conciencia.

Despues, bajando la voz, añadió con cierta solemnidad:

—Hay alguno á quien es preciso dejarle hacer.

—A quién?

Gauvain levantó el dedo índice sobre la cabeza. Cimourdain siguió con la vista la direccion del dedo levantado, y al través de la bóveda del calabozo le pareció ver el cielo tachonado de estrellas.

Volvió á reinar otro momento de silencio.

Cimourdain repuso:

—Que la sociedad sea superior á la naturaleza, te lo repito, es un sueño, no es posible.

—Ese debe ser el objetivo de la sociedad: si ésta no lo tuviese, ¿qué seria de ella? Permaneciendo en el estado de naturaleza seríamos salvajes, y Otaiti seria un paraiso, pero un paraiso en el que no no se piensa, y más vale un infierno inteligente que un paraiso bestial. Pero no hay para nosotros semejante alternativa: somos la sociedad humana, que es superior á la naturaleza; si no la mejoramos, para qué salimos de ella? Para eso nos debia satisfacer el trabajo, como á la hormiga, ó la miel, como á la abeja, y permanecer siendo animales trabajadores y no séres inteligentes. Si añadimos algo á la naturaleza, seremos necesariamente más grandes que ella, porque añadir es aumentar, y aumentar es engrandecerse. La sociedad es la naturaleza sublimada. Quiero conseguir aquello de que carecen los hormigueros y las colmenas; esto es, monumentos, artes, poesía, héroes y génios. Vivir arrastrando cargas contínuamente no es la ley del hombre: basta ya de párias, de esclavos y de forzados. Quiero que cada uno de los atributos del hombre sea un signo de civilizacion y un signo de progreso; quiero la libertad ante el espíritu, la igualdad ante el corazon y la fraternidad ante el alma. Basta de yugos: el hombre fué creado, no para arrastrar cadenas, sino para desplegar las alas. No quiero que existan hombres-reptiles, quiero la transfiguracion de la larva en lepidóptero y la transfiguracion del gusano en flor viva que remonte el vuelo. Quiero...

De pronto Gauvain dejó de hablar y su mirada se animó con desusado brillo; sus labios aun se movian, pero no articulaban ninguna palabra.

La puerta del calabozo quedó entreabierta y por ella penetraban rumores exteriores. Oíase el vago sonido de clarines y cornetas que tocaban diana; ruido de culatas de fusiles que chocaban contra el suelo, anunciando el relevo de los centinelas; y por último, cerca de la torre, movimiento de tablas y de maderos, heridos por los golpes sordos é intermitentes del martillo.

Cimourdain los oia palideciendo. Gauvain no oia nada; su meditacion era cada vez más profunda. Parecia que no respiraba, tan atento estaba á lo que veia por debajo de la bóveda visionaria de su cerebro. Se extremecia suavemente y se aumentaba en sus pupilas por grados la claridad de la aurora que brillaba en ellas.

Así transcurrió un rato. Cimourdain le preguntó:

—En qué piensas?

—En el porvenir, contestó Gauvain.

Volvió despues á absorberse en su meditacion. Cimourdain se levantó del lecho de paja donde los dos estaban sentados y Gauvain no lo advirtió.

Cimourdain, fijando cariñosamente la vista en el jóven pensativo, retrocedió con lentitud hasta la puerta de la prision y salió de allí.

El calabozo volvió á quedar cerrado.

VI.

Entre tanto el sol sale.

No tardó en amanecer.

Al mismo tiempo que se iluminó el horizonte, un objeto extraño, inmóvil, sorprendente y desconocido para los pájaros de aquel clima, apareció en la meseta de la Tourgne, por encima del bosque de Fougéres.

Lo colocaron allí durante la noche. De

lejos, sobre el horizonte, formaba una silueta de líneas rectas y duras, que ofrecian el aspecto de una letra hebráica ó de uno de esos jeroglíficos de Egipto, que formaban parte del alfabeto del antiguo enigma.

La idea que despertaba dicho objeto á primera vista era la de su inutilidad. Estaba colocado entre los brezos en flor y se adivinaba para qué podria servir. Contemplándolo más despacio daba calofríos. Era una especie de tablado, sostenido por cuatro postes. En uno de sus extremos se levantaban dos maderos altos y rectos, unidos en sus vértices por un travesaño, del cual pendia un triángulo, que parecia negro al destacarse sobre el azul del cielo de la mañana. Al otro extremo del tablado habia una escalera, y en la parte inferior, entre los dos maderos, se veia una especie de cepo, compuesto de dos secciones móviles, que ajustándose una á otra, ofrecian á la vista un agujero redondo de las dimensiones del cuello del hombre. La seccion superior corria por una ranura, de modo que podia alzarse ó bajarse. En aquellos instantes las dos medias lunas, que uniéndose formaban un collar, estaban separadas. Al pié de los dos maderos, que como pilares sostenian el triángulo, habia una tabla que podia girar sobre sus charnelas y tenia el aspecto de una báscula; al lado de esta tabla habia un cesto oblongo, y delante, entre los dos postes, otro cesto cuadrado. Todo aquel aparato estaba pintado de rojo y era de madera, menos el triángulo, que era de hierro. Su aspecto era formidable. Aquella construccion deforme era la guillotina.

Frente á ella y á algunos pasos de distancia, en el barranco, habia otro mónstruo, la Tourgne: mónstruo de piedra que formaba *pendant* con el de madera. Cuando el hombre toca la madera ó la piedra, éstas participan algo del hombre. Un edificio es un dogma, una máquina es una idea.

La Tourgne era la resultante fatal de lo pasado, que en Paris se llamaba la Bastilla, en Inglaterra la Torre de Lóndres, en Alemania el Spielberg, en España el Escorial, en Moscow el Kremlin y en Roma el castillo de Sant-Angelo.

En la Tourgne se condensaban quinientos años, la Edad Media, el vasallaje, la gleba, el feudalismo; en la guillotina se condensaba un año, el 93, y sus doce meses formaban el contrapeso de los quince siglos. La Tourgne era la Monarquía: la guillotina era la Revolucion.

Confrontacion trágica.

Por una parte la deuda, por otra el plazo cumplido. Por una parte la intrincada complicacion gótica del siervo, del señor, del esclavo, del dueño, de la plebe, de la nobleza, del código múltiple ramificado en usos y costumbres, del juez y del clérigo coligados, de las ligaduras innumerables del fisco, de las gabelas, de las capitaciones, de las manos muertas, de las prerogativas, de las preocupaciones del fanatismo, del privilegio real, de la bancarrota, del cetro, del trono, de la arbitrariedad, del derecho divino; y por la otra parte ese objeto tan sencillo: una cuchilla afilada. Por una parte el nudo y por la otra el hacha.

La Tourgne estuvo muchísimos años sola en aquel desierto. Allí permanecia con sus almenas, desde las que cayó sobre los sitiadores aceite hirviendo, pez inflamada y plomo derretido; allí estaba con sus calabozos del Olvido, empedrados de huesos humanos; con su sala de descuartizar, con la tragedia enorme á que sirvió de teatro durante largo tiempo. Su figura funesta dominaba aquella selva, á cuya sombra gozó quince siglos de tranquilidad feroz. Fué en el pais el único poder, el único objeto de respeto y de espanto; fué la absoluta representante de la barbarie. De improviso veia levantarse frente á ella y contra ella un mónstruo no menos horrible, la guillotina.

A veces parece que la piedra tenga una especie de vista extraña. Las estátuas observan, las torres vigilan, las fachadas contemplan. La Tourgne parecia que examinaba la guillotina y que se preguntaba á sí misma:

—Qué es eso?

Un objeto que parecia haber salido de la tierra, y en efecto, de ella habia salido. De la tierra, regada con tanto sudor, con tantas lágrimas, con tanta sangre; de la tierra, en que se habian cavado muchas huesas y preparado muchas celadas; de la tierra, en la que se pudrieron toda clase de cadáveres, producidos por todos los géneros de la tiranía; de la tierra, superpuesta á muchos abismos, en los que se enterraron muchos crímenes como espantosas semillas; de tierra profunda salió en dia determinado esa desconocida, esa vengadora, esa feroz máquina porta-espada cuando el 93 dijo al mundo viejo:—Aquí estoy.

La guillotina tenia derecho de decir á la torre:

—Soy tu hija.

La Tourgne ante esta terrible aparicion parecia azorada, como si la tuviese miedo.

La monstruosa mole de granito era majestuosa é infame, pero aquel madero con su triángulo lo era más que ella. La omnipotencia destronada tenia horror á la omnipotencia nueva. La historia criminal contemplaba á la historia justiciera; la violencia de otros tiempos se comparaba con la violencia moderna. El Ayer temblaba ante el Hoy; la antigua ferocidad sufria la sensacion del espanto nuevo; lo que estaba ya hundido en la nada, abria sus ojos fúnebres ante lo que se llamaba el terror, y el fantasma contemplaba al espectro.

La naturaleza es implacable: no consiente en retirar sus flores, sus músicas, sus perfumes y sus rayos ante la abominacion humana: anonada al hombre con el contraste que ofrece la belleza divina al lado de la fealdad social: no le evita ni un ala de mariposa, ni un canto de pájaro, y el hombre tiene que sufrir en pleno homicidio, en plena venganza y en plena barbarie, la mirada que le dirigen las cosas sagradas, sin poder sustraerse al inmenso reproche de la bondad universal, ni á la implacable serenidad del azul del cielo. La deformidad de las leyes humanas tiene que exhibirse desnuda y alumbrada por el resplandor eterno. El hombre rompe, pulveriza, esteriliza y mata, y el estío continúa siendo estío, la azucena siendo azucena y el astro siendo astro.

Aquella mañana era una de las más hermosas del verano; pocas veces la naturaleza se presenta tan risueña. Tibia brisa jugueteaba entre los brezos, los vapores subian suavemente por las ramas, y la selva de Fougéres, penetrada del hálito que exhalan los manantiales, humeaba á la luz del alba. El azul del firmamento, la blancura de las nubecillas, la clara transparencia de las aguas, el verdor de la yerba y del follaje, los grupos fraternales de los árboles, las sábanas de yerba, todo ostentaba la pureza que la naturaleza aconseja al hombre. En medio de esa pureza alardeaba el repugnante impudor humano, representado por la fortaleza y el patíbulo, por la guerra y el suplicio, por las dos figuras, por la de la edad sanguinaria y por la del minuto sangriento, por el buho de la noche del pasado y por el murciélago del crepúsculo del porvenir. Ante la creacion florida, embalsamada, amante y fascinadora, el cielo expléndido, inundando con la luz de su aurora la Tourgne y la guillotina, parecia decir á los hombres: "Ved lo que yo hago y mirad lo que haceis vosotros.„

Aquel espectáculo tenia espectadores.

Los cuatro mil hombres del pequeño ejército expedicionario estaban en la meseta formados en órden de batalla, rodeando la guillotina por tres lados, trazando á su alrededor la figura de una E. La batería colocada en el centro del lado mayor formaba la espiga de la E. La máquina roja estaba como encerrada en estos tres frentes de batalla; el cuarto lado, el lado abierto, era el mismo barranco y miraba hácia la Tourgne.

Los soldados formaban un cuadrilátero, en el centro del que estaba el patíbulo. A medida que subia el sol, decrecia en la yerba la sombra que proyectaba la guillotina.

Los artilleros estaban junto á las piezas con las mechas encendidas.

Nubes de humo azulado subian lentamente del barranco; las producia el incendio del puente que acababa de extinguirse: el humo desvanecia, sin velar por completo, el contorno de la Tourgne, cuya plataforma dominaba todo el horizonte; entre la torre y la guillotina no habia más intermedio que el barranco; era posible hablarse desde la una á la otra.

Transportaron á dicha plataforma la mesa del tribunal y la silla, sobre las que tremolaban las banderas tricolores. El sol, que se elevaba por detrás de la Tourgne, hacia resaltar en negro la mole de la fortaleza. Habia en su parte más alta, sentado en la silla del tribunal y bajo las banderas, un hombre inmóvil y cruzado de brazos; era Cimourdain. Vestia, como el dia anterior, su traje de delegado civil; llevaba á la cabeza el sombrero con penacho tricolor, el sable al costado y las pistolas en el cinto.

Todos guardaban profundo silencio. Los soldados, descansando sobre las armas, tenian fija la vista en tierra, se tocaban algunas veces, pero callaban. Meditaban confusamente sobre aquella guerra en la que tantos triunfos, tantas batallas y tanta gloria, iban tan solo á conducirles á una gran vergüenza. Sombría espectativa angustiaba todos los corazones. Veíase en el tablado de la guillotina al verdugo, que se movia de una parte á otra, mientras la luz clara del

dia llenaba majestuosamente el cielo.

De pronto se oyó el ruido destemplado de los tambores cubiertos de negro crespon; fuése acercando el redoble fúnebre, abriéronse las filas; triste comitiva entró en el cuadro y se dirigió hácia el cadalso.

Primero iban los tambores enlutados, despues una compañía de granaderos con las armas á la funerala, luego un peloton de gendarmes con los sables desenvainados y por último el sentenciado.

Gauvain andaba con desembarazo; no iba ligado de piés ni de manos; vestia uniforme y llevaba ceñida la espada.

Detrás de él cerraba la marcha otro peloton de gendarmes.

La fisonomía de Gauvain expresaba aun la alegría pensativa que la iluminó en el momento en que dijo á Cimourdain: "Pienso en el porvenir.„ Era inefable y sublime su perenne sonrisa.

Al llegar á la meseta, dirigió la primera mirada á lo alto de la torre, desdeñando mirar á la guillotina; comprendia que Cimourdain creeria que era su deber asistir á la ejecucion, le buscó con la vista en la plataforma y lo encontró.

Cimourdain estaba lívido y sombrío; los que tenia á su lado ni le oian respirar; cuando vió á Gauvain no observaron en él el más leve extremecimiento.

Gauvain llegó: avanzaba hácia el patíbulo; marchando miraba á Cimourdain y éste á aquel: cuando el comandante en jefe llegó al pié del cadalso, subió seguido del oficial que mandaba á los granaderos; se desciñó la espada y se la entregó á éste; despues se quitó la corbata y se la dió al verdugo.

Gauvain se asemejaba á una vision; jamás estuvo tan hermoso; flotaban á la merced del viento sus cabellos negros (no era entonces costumbre cortarlos); su blanco cuello recordaba el de la mujer, y su mirada, heróica y soberana, hacia pensar en la del arcángel. Estaba en el patíbulo pensativo. Aquel sitio, que es una cumbre, hacia aparecer á Gauvain de pié, magnífico y sereno. La brillante luz del sol le envolvia como en una aureola de gloria.

Era preciso atar al reo, y para esto se acercó el verdugo con una cuerda en la mano.

Cuando los soldados vieron á su comandante próximo á ser colocado bajo la cuchilla, no pudieron ya contenerse; su corazon estalló con estrépito; se oyó en el campamento el inmenso sollozo de un ejército. Oyóse este clamor general: ¡Perdon! perdon!... Algunos soldados cayeron de rodillas, otros arrojaron los fusiles y levantaron los brazos hácia la plataforma, en la que estaba Cimourdain. Un granadero gritó, señalando á la guillotina: "Se admiten ahí sustitutos? Aquí estoy yo.„ La mayoría repetia frenéticamente: Perdon! perdon! Si los leones hubieran oido aquel grito unánime, se hubieran conmovido ó espantado, porque son terribles las lágrimas de los soldados.

El verdugo se detuvo no sabiendo qué hacer.

Entonces una voz breve y profunda, que todos sin embargo oyeron, tan siniestra era, gritó desde lo alto de la torre:

—Cúmplase la ley!

En el acento inexorable de aquel grito conocieron la voz de Cimourdain. El ejército se estremeció.

El verdugo no vaciló ya y se acercó con la cuerda.

—Esperad, le dijo Gauvain.

Volvióse hácia Cimourdain, le hizo con la mano derecha ademan de despedida y luego se dejó atar.

Cuando estuvo atado, le dijo al verdugo:

—Dispensadme; esperad un momento.

En seguida Gauvain gritó:

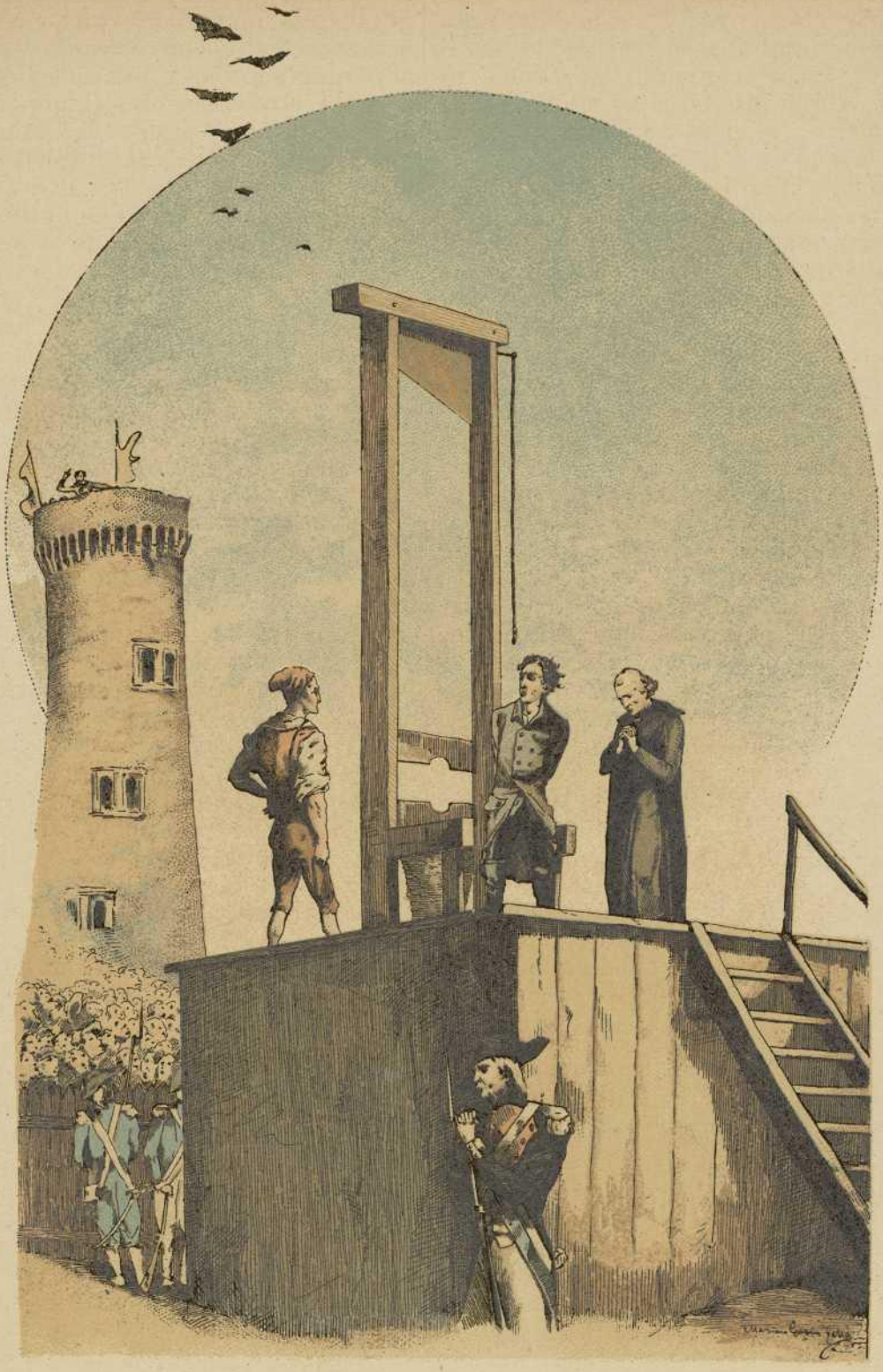
—Viva la República!

Echáronle sobre la báscula. Su cabeza, hermosa y altiva, quedó encajada en el infame collar; el verdugo le levantó suavemente el cabello y despues oprimió el resorte. El triángulo se desprendió, cayendo primero con lentitud, despues con rapidez, y se oyó un golpe repugnante...

A aquel golpe acompañó otro ruido. Al ruido del hacha respondió el del tiro de una pistola. Cimourdain habia cogido una de las que llevaba en el cinto, y en el instante en que la cabeza de Gauvain caia en el cesto, Cimourdain se atravesaba el corazon con una bala. Salió de su boca un torrente de sangre y cayó muerto.

Aquellas dos almas, hermanas trágicas, voláronse juntas, perdiéndose la sombra de la una en el fulgor de la otra.

FIN DE EL NOVENTA Y TRES.



¡VIVA LA REPÚBLICA!

NAPOLEON EL PEQUEÑO.

NAPOLEON EL PEQUEÑO

LIBRO PRIMERO

El hombre.

I.

El 20 de Diciembre de 1848.

El jueves 20 de Diciembre de 1848, estando reunida en sesion la Asamblea Constituyente, rodeada de un inmenso número de fuerza armada, con motivo de una exposicion presentada por el diputado Waldeck-Rousseau, en nombre de la comision encargada de examinar el escrutinio verificado para la eleccion de presidente de la República, en la que se leia esta frase, que resumía toda la idea: "Este es el sello de su inviolable soberanía, que la nacion, por tan admirable ejecucion dada á la ley fundamental, pone á nuestra Constitucion para hacerla santa é inviolable„; el presidente de la Asamblea Constituyente, Armando Marrast, en medio del más profundo silencio de los novecientos constituyentes reunidos en confusion y casi por completo, se levantó y dijo:

"En nombre del pueblo francés;

„Considerando que el ciudadano Cárlos Luis Napoleon Bonaparte, natural de París, reune las condiciones de elegibilidad prescritas por el artículo 44 de la Constitucion;

„Considerando que en el escrutinio verificado en toda la extension del territorio de la República para la eleccion de presidente ha reunido mayoría absoluta de votos,

„En virtud de los artículos 47 y 48 de la Constitucion, la Asamblea nacional le proclama presidente de la República desde el dia de hoy hasta el segundo domingo de Mayo de 1852.„

Dicho esto produjose viva confusion en los bancos y en las tribunas ocupadas por el pueblo. El presidente de la Asamblea Constituyente añadió:

"Para que el decreto se cumpla en todos sus términos, invito al ciudadano presidente de la República á que se sirva subir á la tribuna y preste el juramento debido.„

Los diputados que ocupaban el pasillo de la derecha subieron á sus puestos, dejando franco el paso.

Eran sobre las cuatro de la tarde; comenzaba la noche: el espacioso salon apenas estaba iluminado; las arañas descendian desde el techo, y los ujieres acababan de poner las lámparas en la tribuna. El presidente hizo una indicacion y abrióse la puerta de la derecha.

A poco vióse entrar en el salon y subir rápidamente á la tribuna un hombre jóven todavía, vestido de negro, y ostentando sobre el pecho la placa y el gran cordon de la Legion de Honor.

Todas las miradas se dirigian hácia él. Era de rostro pálido, cuyos ángulos huesosos y flacos hacíalos resaltar aun más la tibia luz de las lámparas; de nariz gruesa y larga; bigotes espesos; frente estrecha, sobre la que caian algunos mechones de pelo rizado; ojos pequeños y sin brillo y de actitud tímida é inquieta. Tal era el ciudadano Cárlos Luis Napoleon Bonaparte, que ninguna semejanza tenia con el emperador.

Durante la especie de rumor que siguió á su presentacion, permaneció algunos instantes con la mano derecha metida en la abertura del frac, de pié é inmóvil en la tribuna, cuyo frontispicio presentaba estas tres fechas: 22, 23, 24 de Febrero, y sobre las cuales se leian estas tres palabras: *Libertad*, *Igualdad*, *Fraternidad*.

Antes de ser elegido presidente de la República, Cárlos Luis Napoleon Bonaparte era diputado. Tenia asiento en el Congreso hacia mucho tiempo, y aunque asistia raras veces á toda una sesion, se le habia visto con frecuencia ocupar el mismo sitio que eligiera en un principio en los bancos superiores de la izquierda, grada quinta, zona conocida comunmente con el nombre de la Montaña, y detrás de su antiguo maestro, el representante Vicillart. Aunque no era desconocido para la Asamblea, su entrada produjo, sin embargo, profunda emocion; porque para todos, lo mismo para amigos que para adversarios, representaba un porvenir, y un porvenir desconocido. En el profundo murmullo que se formó al hablar todos á un mismo tiempo, su nombre corria sujeto á las más extrañas apreciaciones. Sus adversarios hablaban de sus aventuras, de su pericia, de Estrasburgo y Boloña, del águila domesticada y del pedazo de carne puesto en su pequeño sombrero. Sus amigos recordaban su destierro, su proscripcion, su encarcelamiento, su preciosa obra sobre artillería, sus cartas de Ham, en cierto modo dictadas por un espíritu liberal, democrático y socialista, y la madurez de una edad más séria; oponiendo, á los que traian á la memoria sus locuras, la historia de sus desgracias.

El general Cavaignac, que, habiendo sido nombrado presidente, vino á deponer el mando en el seno de la Asamblea, con ese laconismo tranquilo y tan propio de los repúblicos; sentado en su puesto de costumbre, frente al banco de los ministros y á la izquierda de la tribuna, junto al ministro de Justicia, Marie, asistió silencioso y con los brazos cruzados á la proclamacion del nuevo presidente.

Restablecido el silencio, el presidente de la Asamblea dió algunos golpes sobre la mesa con una plegadera, y cuando se apagaron los últimos rumores, dijo:

—Voy á leer la fórmula del juramento.

Este momento revistió un carácter religioso. La Asamblea, más bien que Asamblea, parecia un templo. Contribuia á ello el que, á más de la profunda significacion del juramento, era éste el único que se habia prestado en toda la extension del territorio de la República. Febrero habia abolido, con razon, el juramento político, y la Constitucion, con razon tambien, no habia conservado otro que el de presidente. Tal juramento presentaba el doble carácter de la necesidad y de la grandeza; porque era el Poder ejecutivo, ó sea el poder subordinado, prestando juramento al Poder legislativo, ó sea al poder supremo. Más todavía: era, al revés de la ficcion monárquica, en que el pueblo prestaba juramento al hombre investido con el poder, éste mismo hombre, investido con la soberanía, era el que prestaba juramento al pueblo. El presidente, funcionario y servidor, juraba, pues, fidelidad al pueblo soberano. Inclinado ante la majestad nacional, representada por la Asamblea omnipotente, recibia de ésta la Constitucion, jurando obedecerla. Los representantes eran inviolables, el presidente no. Lo repetimos: era, como ciudadano responsable ante todos los demás, el único hombre en la nacion sujeto al azar. De ahí que tal juramento, único y supremo, revistiera tal solemnidad que exaltaba el corazon. El que escribe estas líneas fué uno de los que tomaron asiento en la Asamblea el dia que se prestó dicho juramento. Es uno de los que, en presencia del mundo civilizado tomado como testigo, le recibió en nombre del pueblo, conservándolo todavía en su poder. Hélo aquí:

"En presencia de Dios y ante el pueblo francés, representado por la Asamblea nacional, juro ser fiel á la República democrática, una é indivisible, y cumplir todos los deberes que me impone la Constitucion."

El presidente de la Asamblea leyó, de pié, ésta sagrada fórmula; despues, entre el más profundo silencio y recogimiento de los asistentes, el ciudadano Cárlos Luis Napoleon Bonaparte extendió la

mano y dijo, con voz clara y resuelta: —Lo juro!

El representante Boulay (de la Meurthe), despues vicepresidente de la República, y que conoció á Cárlos Luis Napoleon Bonaparte desde sus primeros años, exclamó:—*Es un hombre honrado; cumplirá su juramento.*

El presidente de la Asamblea, siempre de pié, contestó, y no citaremos aquí más que las palabras textuales consignadas en el *Monitor*:

"Ponemos á Dios y á los hombres por testigos del juramento que acaba de prestarse. La Asamblea nacional levanta acta, ordena que sea transcrito en el proceso verbal que se insertará en el *Monitor*, y que se publique y anuncie en la forma de los actos legislativos.„

Todo parecia haber terminado; solo se esperaba que el ciudadano Cárlos Luis Napoleon Bonaparte, desde entonces presidente de la República hasta el segundo domingo de Mayo de 1852, bajase á la tribuna. Sin embargo, no bajó; sentia el noble deseo de comprometerse á más todavía, si era posible, y de añadir algo al juramento que la Constitucion le exigia, á fin de hacer ver hasta qué punto su juramento habia sido prestado sin esfuerzo alguno y con espontaneidad: pidió la palabra.—"Concedida„, contestóle el presidente de la Asamblea.

Guardóse mayor atencion y silencio.

El ciudadano Luis Napoleon Bonaparte desplegó un papel y leyó un discurso. En este discurso anunció é instaló el ministerio nombrado por él, y dijo:

"Deseo, como vosotros, ciudadanos representantes, afianzar la sociedad sobre sus cimientos, mantener sólidamente las instituciones democráticas y buscar todos los medios favorables á la extirpacion de los males de este pueblo generoso é inteligente, que acaba de darme el testimonio más noble de su confianza.„ (1)

Dió las gracias á su predecesor en el Poder ejecutivo, el mismo que más tarde pronunció estas frases:—*Yo no he caido del poder, yo he descendido*, ensalzándole de este modo:

"La nueva administracion ha entrado en otras esferas y debe agradecer al que la ha precedido los esfuerzos que ha hecho para trasmitir el poder intacto, para mantener la tranquilidad pública. (2)

(1) Muy bien! muy bien!—(*Monitor.*)

(2) Muestra de adhesion.—(*Monitor.*)

„La conducta del pundonoroso general Cavaignac ha sido digna de la lealtad de su carácter y de esa idea del deber, que es la primera cualidad del jefe del Estado.„ (1)

La Asamblea aplaudió estas frases; pero lo que más conmovió todos los ánimos, lo que más profundamente se grabó en todas las memorias y encontró eco en todas las conciencias leales, fué la siguiente declaracion, llena de espontaneidad, que principia así:

"Los votos de la nacion y el juramento que acabo de prestar aseguran mi conducta futura.

„Mi deber está trazado. Le cumpliré como caballero.

„Consideraré como enemigos de la pátria á todos aquellos que traten de cambiar por las vias ilegales lo que la Francia entera ha establecido.„

Cuando terminó de hablar se levantaron los asistentes y exclamaron á la vez, como si fuera una sola voz: ¡Viva la República!

Luis Napoleon Bonaparte bajó de la tribuna, dirigióse al general Cavaignac y le tendió la mano. El general dudó algunos momentos en aceptarla. Todos los que acababan de oir las palabras de Luis Bonaparte, pronunciadas con acento tan profundo de lealtad, criticaron al general.

La Constitucion á la cual prestó juramento Luis Napoleon Bonaparte el 20 de Diciembre de 1848 "ante Dios y ante los hombres„, contenia, entre otros artículos, los siguientes:

"Art. 36. Los representantes del pueblo son inviolables.

„Art. 37. No podrán ser detenidos por materia criminal, excepto en el caso de flagrante delito, ni perseguidos mientras la Asamblea no haya decretado la persecucion.

„Art. 68. Toda medida por la cual el presidente de la República disuelva la Asamblea nacional, la prorogue ú obstruya el ejercicio de sus funciones, será considerada como crímen de alta traicion.

„Por este solo hecho el presidente será destituido de sus funciones, el ciudadano le negará obediencia y el Poder ejecutivo pasará en pleno derecho á la Asamblea nacional. Los jueces del Tribunal Supremo se reunirán inmediatamente, bajo pena de prevaricacion; convocarán los jurados en el lugar que designasen

(1) Nuevas muestras de asentimiento.—(*Monitor.*)

para proceder á juzgar al presidente y á sus cómplices, y no llenarán las funciones del ministerio público.„

Aun no habian transcurrido tres años desde este memorable dia, cuando en la madrugada del 2 de Diciembre de 1851 pudo leerse en todas las esquinas de las calles de Paris el anuncio siguiente:

"En nombre del pueblo francés,

„El presidente de la República

„DECRETA:

„Artículo 1.° Queda disuelta la Asamblea nacional.

„Art. 2.° Queda restablecido el sufragio universal. La ley de 31 de Mayo abrogada.

„Art. 3.° El pueblo francés queda convocado en los comicios.

„Art. 4.° El estado de sitio se decreta en toda la zona de la primera division militar.

„Art. 5.° Se disuelve el Consejo de Estado.

„Art. 6.° El ministro de lo Interior queda encargado del cumplimiento del siguiente decreto.

„Dado en el Palacio del Elíseo el 2 de Diciembre de 1851.

LUIS NAPOLEON BONAPARTE.„

Al mismo tiempo supo Paris que quince representantes del pueblo inviolables habian sido arrestados en sus mismas casas durante la noche por órden de Luis Napoleon Bonaparte.

II.

Juramento de los representantes.

Los que recibieron en depósito por el pueblo, como representantes del mismo, el juramento del 20 de Diciembre de 1848; aquellos que, sobre todo, investidos con la doble confianza de la nacion, le vieron jurar como constituyentes y violar como legisladores, asumieron, al propio tiempo que la responsabilidad, dos deberes. El primero era levantarse en masa el dia en que el juramento fuese violado; exponer sus pechos sin calcular el número ni la fuerza del enemigo; escudar con sus cuerpos la soberanía del pueblo y apoderarse de todas las armas para combatir y derribar al usurpador, desde la ley grabada en el Código hasta el adoquin que se arranca de las calles. Era el segundo deber resignarse, despues de aceptar el combate con todos sus amagos, á la proscripcion con todos sus sinsabores; levantarse eternamente ante el enemigo con su juramento en la mano; olvidar los íntimos sufrimientos, las dolorosas privaciones, sus familias dispersas y mutiladas, sus fortunas destruidas, sus afecciones quebrantadas, su corazon desgarrado; olvidarse hasta de ellos mismos y no llorar más que una pena, la pena de la Francia; clamar justicia, no dejarse rendir ni humillar, ser implacables, coger al abominable y perjuro coronado, si no con la mano de la ley, al menos con las tenazas de la verdad, y encender en el fuego de la Historia todas las letras de su juramento, imprimiéndolas despues sobre su frente.

El que escribe estas letras es uno de los que no retrocedieron ante peligro alguno. El 2 de Diciembre, cumpliendo el primero de esos dos grandes deberes; publicando este libro cumple el segundo deber.

III.

El precio de la instalacion.

Tiempo es ya de que la humana conciencia despierte.

Despues del 2 de Diciembre de 1851, una asechanza acertada, un crímen odioso, repugnante, infame, inaudito, si se tiene en cuenta el siglo en que ha sido perpetrado, triunfa y domina, se erige en teoría, se ufana á la faz del mundo, dicta leyes, publica decretos, acoge la sociedad, la religion y la familia bajo su proteccion, y tiende la mano á los reyes de Europa, que lo aceptan y le dicen: ¡Hermano mio! ó ¡Primo mio! Este crímen nadie lo niega; ni aquellos que de él se aprovechan y de él viven, ni siquiera el mismo que le cometió: los primeros dicen tan solo que ha sido "necesario„; el segundo, solamente que el criminal ha sido "absuelto„. Es el crímen que encierra todos los crímenes: la traicion en la concepcion; el perjurio en la ejecucion; el homicidio y el asesinato á viva fuerza; el despojo, la estafa y el robo en el triunfo; arrastrando tras sí, como partes integrantes de él mismo, la supresion de las leyes, la violacion de las inviolabilidades constitucionales, la secuestracion arbitraria, la confiscacion de bienes, los asesinatos en la noche, los fusilamientos secretos, la suplantacion de los tribunales por las comisiones, diez mil ciudadanos desterrados, cuarenta mil ciudadanos proscriptos y sesenta mil familias sumidas en la miseria y en la desesperacion. Todo esto es evidente y,

sin embargo, triste es decirlo, nadie pára mientes en el crímen: está aquí, se le vé, se le toca y... todos pasan de largo, indiferentes, para entregarse á sus ocupaciones: las tiendas se abren, la Bolsa juega, el comercio, sentado en un fardo, se frota las manos, llegando hasta el momento de pensar que lo sucedido es la cosa más sencilla. El que mide tela no oye que el metro que tiene en la mano le habla diciendo: "Es falsa esta medida que impera.„ El que pesa un género no oye que la balanza le grita desaforada: "Estas pesas que rigen son falsas.„ ¡Extraño órden, que tiene por base el supremo desórden, la negacion de todo derecho, el equilibrio fundado en la iniquidad!

Añadamos á lo que llevamos dicho, que el autor de tal crímen es un malhechor de la más cínica y más baja condicion.

En la hora presente, todos los que visten una toga, una banda ó un uniforme; todos los que sirven á tal hombre, si se creen agentes de un poder, se equivocan; son los compañeros de un pirata. Desde el 2 de Diciembre no hay en Francia funcionarios; solo hay cómplices. Es hora ya que cada uno se dé cuenta de lo que ha hecho y continúa haciendo. El militar que arresta á los que el héroe de Estrasburgo y Boloña llama "insurrectos„, arresta á los defensores de la Constitucion. El juez que condena á los combatientes de Paris ó de provincias, condena á sentarse en el banco de los acusados á los mantenedores de la ley. El oficial de marina que guarda en el fondo de la sentina á los "penados„, detiene á los defensores de la República y del Estado. El general de Africa que aprisiona en Lambesa á los deportados encorvados bajo los rayos del sol, delirantes por la fiebre y cavando en la abrasada tierra un surco, que tal vez venga á ser su fosa, ese general secuestra, tortura y asesina á los hombres del derecho. Y todos, en fin, generales, oficiales, soldados, jueces, todos están en plena prevaricacion.

Ante ellos tienen algo más que inocentes, héroes! algo más que víctimas, mártires!

¡Ya lo sabeis, pues; daos prisa, y al menos romped las cadenas, arrancad los cerrojos, vaciad los pontones, abrid los calabozos, ya que no tuvísteis el valor de empuñar la espada! ¡Ea, conciencias, alzaos; despertad, que aun es tiempo!

Si la ley, el derecho, el deber, la razon, el buen sentido, la equidad, la justicia no bastasen, pensad en el porvenir. ¡Si los remordimientos callan, hable la responsabilidad!

Y sepan todos los que, sean propietarios, banqueros ó aldeanos, tienden la mano á un magistrado, agasajan á un general ó saludan á un soldado; todos aquellos que no se alejan del palacio del ministro ó de la casa del gobernador como de un lazareto; todos aquellos, en fin, que, simples ciudadanos no funcionarios, asisten á los bailes y á los banquetes de Luis Bonaparte, sin ver que la bandera negra tremola sobre el Elíseo, sepan, digo, que tal género de oprobio es contagioso, y que si se libran de la complicidad material, no se escapan de la complicidad moral.

El crímen del 2 de Diciembre les mancha. La situacion presente, que parece tranquila para el que no piensa, es, sin embargo, violenta; no lo dudeis. Cuando la moralidad pública se eclipsa, el órden social queda envuelto en la más espantosa sombra.

Todas las garantías se pierden; todos los puntos de apoyo se desvanecen. Hoy por hoy, no hay en Francia un tribunal, un consejo ó un juez que pueda hacer justicia ó dictar un fallo acerca de lo que se quiera, contra lo que se quiera ó en nombre de lo que se quiera.

Acusad ante un tribunal á un malhechor cualquiera; el ladron dirá á los jueces:—El jefe del Estado ha robado veinticinco millones al Erario; el falso testigo declarará:—El jefe del Estado hizo un juramento ante Dios y ante los hombres, y ha violado ese juramento; el culpable de secuestracion arbitraria expondrá:—El jefe del Estado ha detenido y encarcelado, contra todas las leyes, á los representantes del pueblo soberano; el estafador manifestará:—El jefe del Estado estafó su cargo, estafó el poder y estafó las Tullerías; el falsario contestará:—El jefe del Estado falsificó un escrutinio; el salteador de caminos indicará:—El jefe del Estado robó la bolsa á los príncipes de Orleans; el asesino confesará:—El jefe del Estado fusiló, ametralló, atravesó y degolló á los indefensos transeuntes; y todos juntos, el ladron, el falso testigo, el secuestrador arbitrario, el estafador, el falsario, el salteador y el asesino añadirán:—Y vosotros, jueces, fuísteis á saludar á este hombre, fuísteis á elogiarle por haber sido perjuro, á cumplimentarle por

haber sido falsario, á ensalzarle por haber estafado, á felicitarle por haber robado y á ¡darle las gracias por haber asesinado! ¿Qué es, pues, lo que quereis de nosotros?

Ciertamente, tal estado de cosas es grave. Dormirse en tal situacion es la mayor de las ignominias.

Hora es ya, volvemos á decir, de que ese monstruoso sueño de las conciencias cese. No falta sino que, despues de este escándalo horrendo, se dé á los hombres otro aun más horrendo: el triunfo del crímen y la indiferencia del mundo civilizado.

Si tal ocurriera, la historia apareceria un dia como el brazo de la venganza, y entonces, á la manera que los leones heridos se esconden en las soledades de los bosques, el hombre justo, cubriendo su rostro ante tal abatimiento universal, iria á refugiarse en la inmensidad del desprecio.

IV.

Ya se despertará!...

Mas no sucederá así; ya se despertará.

Este libro no tiene otro objeto que el de sacudir ese sueño; Francia no debe adherirse á semejante gobierno, ni aun en su letargo, porque á ciertas horas, en ciertos lugares y bajo ciertas sombras dormir es morir.

Añadamos que en el momento actual la Francia (cosa extraña por cierto, pero nada más real) apenas sabe lo que le pasó en el 2 de Diciembre y despues de este dia, ó si lo sabe lo sabe mal, y esto la excusa. Sin embargo, merced á algunas publicaciones valientes y nobles, van conociéndose los hechos.

Este libro vá encaminado á esclarecer algunos de ellos, y si Dios quiere á presentarlos todos bajo su verdadero aspecto. Importa mucho saber quién es el señor Bonaparte. Hoy por hoy, gracias á la supresion de la tribuna, gracias á la supresion de la prensa, gracias á la supresion de la palabra, de la libertad y de la verdad; supresion que ha tenido por resultado permitirlo todo al señor Bonaparte, pero que al mismo tiempo ha puesto el sello de nulidad en todos sus actos sin excepcion, incluso en el incalificable escrutinio del 20 de Diciembre; gracias, decimos, á la privacion de toda luz y á la sofocacion de toda queja, nada tiene hoy, ya sea cosa, hombre ó hecho, su verdadero aspecto y su verdadero nombre; el crímen del señor Bonaparte no es tal crímen, se llama necesidad; la odiosa asechanza del señor Bonaparte no es tal asechanza, se llama defensa del órden; los robos del señor Bonaparte no son tales robos, se llaman medidas de Estado; los asesinatos del señor Bonaparte no son tales asesinatos, se llaman salud pública; los cómplices del señor Bonaparte no son tales cómplices ó malhechores, se llaman magistrados, senadores y consejeros de Estado; los adversarios del señor Bonaparte no son los soldados de la ley y del derecho, se llaman jacobinos, demagogos y comunistas. A los ojos de la Francia, á los ojos de la Europa, el 2 de Diciembre se presenta todavía enmascarado. Este libro no es otra cosa que una mano que se levanta en la sombra y le arranca la careta.

Vamos á exponer el triunfo del órden; vamos á pintar este gobierno vigoroso, potente, sólido, firme, que cuenta con una multitud de hombrecillos con más ambicion que talento, políticos de ocasion y villanos disfrazados de mendigos; sostenido en la Bolsa por el judío Zould y en la Iglesia por el católico Montalembert; estimado de las mujeres que quieren ser doncellas y de los hombres que quieren ser gobernadores; apoyado en la coalicion de las prostituciones; dando saraos, nombrando cardenales, llevando corbata blanca y clac debajo del brazo, guante de color de manteca fresca como Morny, calzado nuevo de charol como Maupas, petimetre como Persigny, rico, elegante, limpio, esplendoroso, aseado, alegre y nadando en un mar de sangre!...

Mas ya se despertará!

Sí, ya se sacudirá esa torpeza, que para tal pueblo es una afrenta! Y cuando Francia despierte, cuando abra los ojos, cuando distinga claramente, cuando observe lo que pasa á su alrededor, retrocederá espantada esa Francia, con extremecimiento terrible, ante ese monstruoso crímen que osó desposarla en las tinieblas y en donde ella compartió su tálamo.

Entonces sonará la hora suprema! Los escépticos sonrien é insisten diciendo:—"No espereis nada. ¿Este régimen, segun vosotros, es la afrenta de la Francia? Sea! pero es la afrenta que se cotiza en la Bolsa. No espereis nada, y si esperais, habrá que compararos con los poetas y los soñadores. Mirad, sino: la tribuna, la prensa, la inteligencia, la



VICTOR HUGO.

NAPOLEON III.

palabra, el pensamiento; todo lo que era libertad, ha desaparecido. Ayer todo esto aun se removia, aun se agitaba, pero hoy todo está petrificado. Hoy todo el mundo está contento, todo se acomoda á esta petrificacion, se verifican los negocios como si tal cosa, se saca partido de ella y sobre ella se vive en la más perfecta tranquilidad. La sociedad sigue adelante y la mayoría de las gentes honradas considera bueno este órden de cosas. ¿Por qué, pues, quereis que esta situacion cambie, por qué quereis que esta situacion acabe? No os hagais ilusiones; esto es sólido, esto es estable, esto es el presente y el porvenir.„

Estamos en Rusia. El Neva está helado; sobre su hielo se fabrican casas; pesados carros ruedan sobre su pavimento. El rio ya no es de agua, es de roca. Los transeuntes van y vienen sobre el mármol que fué en otro tiempo rio. Se improvisa una ciudad, se forman calles, se abren tiendas, se vende, se compra, se bebe, se come, se duerme y se enciende lumbre sobre esta agua. Nada temais, haced cuanto os plazca; reid, bailad, que esto es más sólido que la tierra firme. Y en efecto, truena bajo los piés como bajo el granito. Viva el invierno! viva el hielo! esto es eterno! Pero, mirad el cielo; es de dia ó es de noche? Una luz pálida y temblorosa se arrastra por la nieve; diríase que el sol muere... ¡No, tú no mueres nunca, libertad! Dia vendrá, en el momento que menos se piense, cuando más olvidada te tengan, en que tú te levantarás ¡oh deslumbradora luz! y te verán en todas partes, como astro radiante, salir de la tierra y brillar en el horizonte, arrojando sobre toda esta nieve, sobre todo este hielo, sobre esta llanura dura y blanca, sobre esta agua convertida en roca, sobre todo este infame invierno, tus dardos de oro, tus ardientes y deslumbradores rayos, la luz, el calor, la vida.

Pero escuchad! No oís un sordo ruido? ¿no oís un espantoso y formidable crugido? Es el deshielo que ha llegado! ¡es el Neva que estalla en pedazos! ¡es el rio que vuelve á recobrar su curso! ¡es la onda rápida, mugiente y terrible que arrastra la costra disforme y muerta del hielo, haciéndola en mil pedazos! Los que decian que era de granito, mirad: se rompe como el más frágil vidrio. Os repito que es el deshielo, es decir, la verdad que renace, el progreso que vuelve á su carrera, la humanidad que se vuelve á poner en marcha y que arrastra, arranca, sacude, mezcla, confunde, aplasta y ahoga entre las ondas de su impetuosa corriente, cual miserables muebles de una casucha, no solo el nuevo imperio de Luis Bonaparte, sino todas las construcciones y obras del antiguo y eterno despotismo. Mirad pasar el torbellino; todo desaparece; ya no lo volvereis á ver. Mirad! mirad! ¡aquel libro medio sumergido es el viejo Código de iniquidad; este caballete que se hunde es el trono; aquel otro que desaparece es el cadalso!

¿Y qué se ha necesitado para este inmenso cataclismo, para esta victoria suprema de la vida sobre la muerte? Solo una de tus miradas, oh, sol!, solo uno de tus rayos, oh, libertad!

V.

Biografía.

Cárlos Luis Napoleon Bonaparte nació en Paris el 20 de Abril de 1808. Es hijo de Hortensia de Beauharnais, casada por el emperador con Luis Napoleon, rey de Holanda. En 1831, metido en las insurrecciones de Italia, en donde su hermano mayor perdió la vida, Luis Bonaparte trató de derribar el papado. El 30 de Octubre de 1835 trató tambien de destronar á Luis Felipe. Su plan abortó en Estrasburgo, y perdonado por el rey, se embarcó para América, dejando tras sí sentenciar á sus cómplices. El 11 de Noviembre escribió lo que sigue: "El rey, *en su clemencia*, ha ordenado que fuese conducido á América„; y manifestándose "vivamente conmovido por *la generosidad* del rey„, añadia: "En verdad, todos somos culpables ante el Gobierno por haber tomado las armas contra él; pero *el más culpable soy yo*„, terminando de este modo: "He sido *culpable* ante el gobierno y el gobierno ha sido *generoso* conmigo„. (1)

De América pasó á Suiza, haciéndose nombrar capitan de artillería en Berna y vecino de Saleustein de Turgovia, evitando de este modo, en medio de las complicaciones diplomáticas causadas por su presencia, declararse y confesarse suizo, y limitándose, para tranquilizar al gobierno francés, á afirmar en una carta, escrita el 20 de Agosto de 1838, que vivia "casi solo„ en la casa "en donde su

(1) Carta leida en el Tribunal Supremo por el abogado Parquin, que, despues de haberla leido, exclamó: «Entre el número de faltas de Luis Napoleon no se debe contar la ingratitud.»

madre habia muerto„, y que tenia el firme propósito de "permanecer tranquilo„.

El dia 6 de Agosto de 1840 desembarcó en Boloña, simulando el desembarco en Cannas, cubriendo la cabeza con un pequeño sombrero, (1) llevando una águila dorada en lo alto de una bandera, otra viva en una jaula, muchas proclamas y sesenta criados, cocineros y palafreneros disfrazados de soldados franceses, con uniformes comprados en el Temple y botones del regimiento 42° de línea fabricados en Lóndres. Arroja dinero á los transeuntes de las calles de Boloña, pone su sombrero en la punta de la espada, gritando él mismo: *¡Viva el emperador!* ¡descerraja á un oficial (2) un pistoletazo, que arranca tres dientes á un soldado, y huye. Se le prende, sin embargo, encontrándosele quinientos mil francos en oro y papel moneda. (3) El procurador general Franck-Carré le dijo en plena Cámara de los Pares: "Habeis hecho practicar un reclutamiento ilegítimo y distribuir dinero para comprar la traicion„. Los pares le condenaron á prision perpétua, encerrándole en Ham. Allí pareció replegarse y madurar su reflexion. Escribió y publicó libros, á pesar de su crasa ignorancia con respecto á la Francia y del siglo, de democracia y progreso: *La extincion del pauperismo*, *El análisis de la cuestion de los azúcares*, *Las ideas napoleonianas*, en cuya obra hizo al emperador "humanitario„. En un libro titulado *Fragmentos históricos* decia: "Soy ciudadano antes que Bonaparte„.

Ya en 1832, en su libro de los *Ensueños políticos*, se habia declarado "republicano„. Despues de seis años de prision, escapóse de Ham disfrazado de albañil, refugiándose en Inglaterra. Llegó Febrero y aclamó la República; sentóse como representante del pueblo en la Asamblea Constituyente; subió á la tribuna el 21 de Setiembre de 1848, y dijo: "Toda mi vida será consagrada al mantenimiento de la República„. Publicó un Manifiesto que puede resumirse en dos líneas: "Libertad, progreso, democracia, amnistía, abolicion de los derechos de proscripcion y de destierro.„

Fué elegido presidente por cinco millones quinientos mil votos; juró solemnemente la Constitucion el 20 de Diciembre de 1848, y el 2 de Diciembre de 1851 faltó á dicho juramento. En el intervalo de estas dos fechas destruyó la República romana y restauró en 1849 aquel papado que quiso derribar en 1831.

Tomó no se sabe qué parte en el oscuro negocio llamado Lotería de los rieles de oro: en las semanas que precedieron al golpe de Estado, ese oscuro negocio se transparentó un tanto, apercibiendo una mano que se parecia á la suya. El 2 de Diciembre y en los dias siguientes en que él tenia el poder ejecutivo, atentó al poder legislativo, arrestó á los representantes, dispersó la Asamblea, disolvió el Consejo de Estado, expulsó la Alta Cámara de Justicia, suprimió las leyes, tomó veinticinco millones á la Banca, colmó de oro al ejército, ametralló á Paris y aterrorizó la Francia; luego proscribió á ochenta y cuatro representantes del pueblo; robó á los príncipes de Orleans los bienes de Luis Felipe, su padre, á quien le debia la vida; decretó el despotismo en cincuenta y ocho artículos, bajo el título de Constitucion; agarrotó la República; hizo de la espada de la Francia la mordaza de la libertad; gitaneó en los negocios de los ferro-carriles; vació los bolsillos del pueblo; arregló el presupuesto al estilo del autócrata ruso; deportó á Africa y á Cayena diez mil demócratas; desterró á Bélgica, España, Piamonte, Suiza é Inglaterra cuarenta mil republicanos; llenó de luto todas las almas é imprimió el rubor en todas las frentes.

Luis Bonaparte cree subir á un trono y no vé que sube á un patíbulo.

VI.

Retrato.

Luis Bonaparte es de mediana estatura, frio, pálido, lento, con aire de no estar bastante despierto. Publicó, segun hemos indicado ya, un tratado bastante apreciable sobre artillería, y conoce á fondo la maniobra del cañon. Monta bien á caballo. Su palabra tiene un ligero acento aleman. Lo que hay en él de histrion lo demostró en el torneo de Eglington. Su bigote es espeso, cubriéndole los labios como al duque de Alba, y sus ojos apagados como los de Cárlos IX.

Si se le juzga fuera de lo que él llama "sus actos necesarios„ ó "sus grandes

(1) Cámara de los Pares. Atentado del 6 de Agosto de 1840, página 140; testigo, Geoffroy, granadero.

(2) Al capitan Col-Puygellier, porque le dijo: «Sois un conspirador y un traidor.»

(3) Cámara de los Pares. Testigo Adam, alcalde de Boloña.

actos„, es un hombre vulgar, pueril, afectado y vano. Las personas invitadas á las fiestas que dá en Saint-Cloud reciben, al mismo tiempo que la invitacion, la órden de llevar un traje para el dia y otro para la noche. Le gusta el esplendor, la pomposidad, los penachos, los bordados, las lentejuelas y los galoncitos, las palabras altisonantes, los títulos de relumbron, en una palabra, todo lo que brilla, todas las zarandajas del poder. En su cualidad de pariente de la batalla de Austerlitz, se cala el uniforme de general.

Poco le importa ser despreciado; conténtase con que se le respete en apariencia.

Este hombre empañará el segundo período de la historia así como mancha el primero. Europa se reia del otro continente mirando á Haiti, cuando vió aparecer este Soulaco blanco. Existe hoy en el fondo de todas las inteligencias de Europa, y aun fuera de ella, cierto estupor profundo parecido al sentimiento de una afrenta personal, porque el continente europeo, quiera ó no, es solidario de la Francia, y el que humilla á la Francia humilla á la Europa entera.

Antes del 2 de Diciembre los jefes del partido de la derecha decian sin escrúpulo de Luis Bonaparte:—*Es un idiota*; pero se engañaban. En efecto, su cerebro está turbio y tiene vacíos, pero se puede descifrar en varias de sus regiones cierto órden de ideas suficientemente encadenadas; no es más que un libro su cerebro, del cual se han arrancado varias páginas. Luis Bonaparte tiene una idea fija, y una idea fija no acusa idiotismo. Él sabe lo que quiere y vá derecho á su objeto. Será atropellando la justicia, la ley, la razon, la honradez, la humanidad, sí; pero vá recto hácia lo que anhela.

Y esto no es de ser idiota; es ser un hombre de otro tiempo diferente al nuestro. Parecerá absurdo y loco porque no tiene igual. Transportadle á España en el siglo diez y seis y Felipe II le reconocerá; á Inglaterra, y Enrique VIII le sonreirá; á Italia, y César Borgia se echará en sus brazos para estrecharle. O de otro modo, limitaos á colocarle fuera de la civilizacion europea, transportadle á Janina en 1817, y Alí-Tebeleu le dará la mano.

Es un hombre que tiene algo de la Edad Media y del Bajo Imperio. Lo que él hace pareceria sencillo á Miguel Ducas, á Romano Diógenes, á Nicéforo Botaniato, al eunuco Narsés, al vándalo Stilicon, á Mahomet II, á Alejandro VI, á Ezzelino de Pádua, y por eso le parece tambien sencillo á él.

Pero lo que olvida ó ignora es que en los tiempos que atravesamos sus actos tendrán que pasar por esos grandes efluvios de moralidad humana, formados por nuestros tres siglos de ciencia y de literatura y por la Revolucion francesa, y que esos actos tomarán su verdadera forma y aparecerán tal cual son, repugnantes.

Sus partidarios (que tambien los tiene) le comparan satisfechos con su tio, el primer Bonaparte, diciendo:—"El uno ha hecho el 18 Brumario; el otro ha hecho el 2 de Diciembre; son dos ambiciosos.„ El primer Bonaparte queria reedificar el imperio de Occidente, avasallar la Europa, dominar el continente con su poderío y deslumbrarle con su grandeza; sentarse él en un sillon, dar á los demás reyes taburetes por asiento y hacer exclamar á la historia: "Nemrod, Ciro, Alejandro, Aníbal, César, Carlo-Magno, Napoleon„; queria ser señor del mundo y lo ha sido. Por esto es por lo que hizo el 18 Brumario.

Este otro quiere tener caballos y mujeres, ser llamado monseñor y darse buena vida. Por esto es por lo que hizo el 2 de Diciembre.

En verdad son dos ambiciosos; la comparacion es justa.

Añadamos que, como el primero, éste quiere tambien ser emperador.

Pero lo que destruye algo aquellas comparaciones es que existe alguna diferencia entre conquistar el imperio y usurparle.

Sea lo que fuere, lo que es cierto y nada puede ocultar, ni siquiera el esplendoroso cortinaje de glorias y desgracias, y en el cual se lee: Arcola, Sodi, las Pirámides, Eylau, Friedland, Santa Elena; es lo cierto, decimos, que el 18 Brumario es un crímen, cuya mancha ha ensanchado el 2 de Diciembre sobre la memoria de Napoleon. M. Luis Bonaparte déjase ver satisfecho como socialista, porque conoce que hay en ello una especie de campo abierto y explotable para la ambicion. Ya lo hemos dicho: pasó su tiempo en la prision para crearse una casi reputacion de demócrata. Un hecho le pinta. Cuando publicó estando en Ham su libro sobre la *Extincion del pauperismo*, libro que al parecer tenia por único y exclusivo objeto sondear la llaga de las miserias del pueblo

y de indicar los medios para curarla, envió la obra á uno de sus amigos con esta carta, que hemos tenido ocasion de leer: "Leed este trabajo sobre el pauperismo y decidme si lo creeis á propósito *para hacerme bien quisto*.„

El gran talento de M. Luis Bonaparte consiste en el silencio.

Antes del 2 de Diciembre tenia un Consejo de ministros que imaginaba ser algo siendo responsable. El presidente presidia, y nunca ó casi nunca tomaba parte en las discusiones. Mientras que los señores Odilon Barrot, Passy, Tocqueville, Dufaure ó Faucher hablaban, *él se entretenia con profunda atencion*, nos decia uno de sus ministros, *en fabricar pajaritos de papel ó en dibujar mamarrachos en el respaldo de los legajos*.

Hacerse el muerto es todo su arte. Permanece mudo é inmóvil, mirando de uno á otro lado distraidamente, hasta llegar la hora. Entonces vuelve la cabeza y se arroja sobre su presa. En su política aparece brusco y volviéndose inesperadamente pistola en mano, *como el ladron*. (1) Hasta entonces, el menor movimiento posible. Solo un momento, en los tres años que transcurrieron desde su proclamacion á presidente, se le vió mirar cara á cara á Changarnier, quien tambien por su parte meditaba una empresa. *Ibaut obscuri*, como dijo Virgilio. La Francia observaba con cierta ansiedad á estos dos hombres. ¿Qué hay entre ellos? Sueña el uno en ser un Cromwell? sueña el otro en ser un Monk? Todos se interrogaban con la mirada. En el uno y en el otro la misma actitud misteriosa, la misma táctica de inmovilidad. Bonaparte no decia una palabra; Changarnier no hacia un gesto; el uno no se movia, el otro no respiraba; los dos parecian jugar á quién representaria mejor una estátua.

Sin embargo, este silencio le rompe Luis Bonaparte algunas veces; pero entonces él no habla, miente. Este hombre miente del mismo modo que los otros hombres respiran. Si anuncia una intencion honrada, estad alerta; si afirma, desconfiad; si jura, temblad. Maquiavelo dejó varios hijos; Luis Bonaparte es uno de ellos.

Si anuncia una enormidad contra la que clama todo el mundo, niégala con indignacion, jura por lo más sagrado, declárase hombre honrado, y luego, en el momento que todos se tranquilizan y rien de la enormidad en cuestion, ejecútala. Así lo hizo con el golpe de Estado; así con los decretos de proscripcion; así con el despojo de los príncipes de Orleans; así hará con la invasion de la Bélgica y de la Suiza y con todo lo demás; de ello se sirve porque lo encuentra bueno; ésta es su mira. Él rendirá cuentas á la historia.

Está dentro de su círculo; deja entrever un proyecto, no inmoral (pues no se debe reparar en tanto), pero sí insensato y peligroso, peligroso por sí mismo: se le hacen objeciones; las escucha sin replicar, cede algunas veces por dos ó tres dias, pero despues vuelve á su idea y hace su voluntad.

Tiene en su gabinete del Elíseo una mesa con un cajon entreabierto casi siempre. Saca de él un papel, lo lee á un ministro; es un decreto. El ministro lo acepta ó lo rechaza. Si lo rechaza, Luis Bonaparte tira el papel en el cajon, donde hay otros muchos papeluchos; ilusiones escritas por un hombre omnipotente: cierra el cajon, toma la llave y se marcha sin decir palabra. El ministro saluda y se retira encantado por la deferencia. Pero á la mañana siguiente el decreto aparece publicado en el *Monitor*, y algunas veces con la firma del ministro.

Merced á tal modo de obrar tiene siempre á su favor lo inesperado, que le presta gran apoyo, y no encontrando en su interior el obstáculo que los demás hombres llaman conciencia, pone en planta su designio; no importa á pesar de qué, ya lo hemos dicho, ni de qué modo, pues así consigue lo que desea.

Algunas veces retrocede, no ante el efecto moral de sus actos, sino ante el efecto material. Los decretos de expulsion de los ochenta y cuatro representantes, publicados el 6 de Enero por el *Monitor*, sublevaron el sentimiento público. Por muy obligada que estuviera la Francia, sintió el extremecimiento que le diera. Estaba todavía muy reciente el 2 de Diciembre, y toda conmocion podia tener su peligro. Luis Bonaparte así lo comprendió.

En la mañana del 10 debia aparecer un segundo decreto de expulsion, conteniendo ochocientos nombres. Luis Bonaparte mandó que le presentasen las pruebas del *Monitor*; la lista llenaba catorce columnas del diario oficial: rompió las pruebas, las arrojó al fuego y el decreto no apareció; pero las proscripciones continuaron sin decreto.

(1) *Ut fur*, en el original.—(N. del T.)

Para sus empresas necesita ayudantes y colaboradores: le falta lo que él mismo llama "hombres„. Diógenes los buscaba con una linterna; él los busca con un billete de Banco en la mano y los encuentra. En ciertas partes la naturaleza humana crea una especie de hombres, de los cuales él es su centro natural, que se agrupan necesariamente á su alrededor, segun la misteriosa ley de la gravitacion, que no rige menos al sér moral que al átomo cósmico.

Para emprender el "acto del 2 de Diciembre„, para ejecutarlo y completarlo, le faltaban semejantes hombres y los encontró. Hoy dia le rodean; forman su corte y su séquito, mezclando la gloria de ellos con la suya.

En ciertas épocas de la historia aparecen pléyadas de grandes hombres; en otras, pléyadas de pícaros.

Por tanto, no confundamos la época, el minuto de Luis Bonaparte con el siglo décimonono; el hongo venenoso se alza al pié de la encina, pero no es la encina.

Luis Bonaparte ha acertado. Puede contar en adelante con el dinero, el ágio, la banca, la Bolsa, el contador, el arca y con todos esos hombres que pasan fácilmente de un extremo á otro cuando no se tiene que arrostrar más que la vergüenza. Ha sabido hacer de M. Changarnier un bobalicon, de monsieur Thiers un anzuelo, de M. de Montalembert un cómplice, del poder una caverna y del presupuesto una granjería.

En la Casa de la Moneda se graba una medalla llamada "medalla del 2 de Diciembre„, en conmemoracion y honor de la manera cómo cumple sus juramentos. La fragata *La Constitucion* ha sido desbautizada y se llama la fragata *Elisea*. Puede, cuando quiera, hacerse consagrar por M. Sibour y cambiar la yáciga del Elíseo con el tálamo de las Tullerías; y mientras, durante siete meses, él ha ostentado, ha arengado, triunfado, presidido los banquetes, dado bailes y saraos, ha reinado, ha brillado y hecho la rueda; se arrellana en una butaca de la Opera; se hace llamar príncipe-presidente; distribuye banderas al ejército y cruces de honor á los comisarios de policía.

Cuando se trató de escoger un símbolo para sus armas, se humilló tomando el águila; modestia de gavilan!

VII.

Haciendo coro á los panegíricos.

Sí, ha acertado Luis Bonaparte; resultando que las apoteósis no le faltan y que tiene más panegiristas que los tuvo Trajano. Una cosa me hiere, sin embargo, y es que entre todas las cualidades que se le reconocen despues del 2 de Diciembre, en todos los elogios que se le tributan, no haya más que palabras de esta naturaleza: habilidad, sangre fria, audacia, certero, proyecto admirablemente preparado y conducido, momento oportunamente escogido, secreto bien guardado, medidas bien tomadas y llaves falsas bien hechas. Ahí está todo su talento. Cuando se han dicho estas palabras se ha dicho todo, aparte de alguna que otra frase sobre la *clemencia*... Pues qué! ¿no se ha elogiado la magnanimidad de Mandrino, que á veces no tomaba todo el dinero? ¿y de Juan el *Desollador*, que á veces no mataba á todos los viajeros? Y dotando á M. Bonaparte con doce millones, más cuatro para la conservacion de los reales sitios; el Senado, dotado por M. Bonaparte con un millon, felicita á dicho señor por "haber salvado la sociedad„, como felicitaria un personaje de comedia á otro por haber "salvado la caja„. En cuanto á mí, estoy buscando todavía entre las alabanzas que rinden á M. Bonaparte sus más ardientes apologistas, una á la que no fuesen acreedores Cartouche y Poulailler despues de haber dado un buen golpe, y me avergüenzo muchas veces, por la lengua francesa y por el nombre de Napoleon, de los términos, verdaderamente un poco crudos y bastante poco encubiertos y demasiado apropiados á los hechos, en que la magistratura y el clero felicitan á ese hombre por haber robado el poder infringiendo la Constitucion y haberse evadido tan descaradamente de su juramento.

Luego que todas las infracciones y robos de que se componen los actos de su política han sido efectuados, ha tomado su verdadero nombre, y cada uno ha reconocido que tal hombre era un monseñor. M. Fortoul, (1) digámoslo en su honor, fué el primero que lo echó de ver.

---

(1) El primer informe dirigido á M. Bonaparte, y en el que se le califica de *Monseñor*, está firmado por *Fortoul*.

Cuando se mide al hombre y se le encuentra tan pequeño, y en seguida se mide el resultado y se le encuentra tan enorme, es imposible que el ánimo no experimente sorpresa alguna. Todos se preguntan:—Cómo lo ha hecho? Se examina la aventura y el aventurero, y dejando aparte el partido que saca de su nombre y de ciertos hechos exteriores que le han ayudado en su escalada, no se encuentran en el fondo del hombre y de su procedimiento más que dos cosas; la astucia y el dinero.

La astucia; hemos caracterizado ya esta gran cualidad de Luis Bonaparte, pero es útil insistir en ella.

El 27 de Noviembre de 1848 decia á sus conciudadanos en su Manifiesto:

"Me creo obligado á daros á conocer mis sentimientos y mis principios. *Es menester que no haya equívoco alguno entre vosotros y yo. Yo no soy un ambicioso...* Criado en los paises libres y en la escuela de la desgracia, *seré siempre fiel* á los deberes que me impongan vuestros votos y las decisiones de la Asamblea.

„*Cifro todo mi honor en dejar, terminados los cuatro años, consolidado el poder, intacta la libertad y realizado un progreso real.*„

El 31 de Diciembre de 1849, en su primer mensaje á la Asamblea, decia: "Quiero ser digno de la confianza de la nacion, manteniendo la Constitucion *que he jurado.*„ El 12 de Noviembre de 1850, en su segundo mensaje anual á la Asamblea, decia:—"Si la Constitucion entraña vicios y peligros, sois libres para hacerlos resaltar á los ojos del pais; yo, *ligado por mi juramento*, me circunscribo solo á los estrictos límites que ella ha trazado.„ El 4 de Setiembre del mismo año decia en Caen: "Ahora que la prosperidad parece renacer por todas partes, seria muy culpable el que intentara detener su curso *con el cámbio de lo que existe hoy.*„ Algun tiempo antes, el 22 de Julio de 1849, con motivo de la inauguracion del ferro-carril de San Quintin, pasó á Ham, donde golpeóse el pecho ante los recuerdos de Boloña y pronunció estas solemnes palabras: "Hoy, que elegido por la Francia entera soy el jefe legítimo de esta gran nacion, no puedo gloriarme de una cautividad que tuvo por causa *el ataque contra un gobierno regular*. Cuando se ha visto cuántos males las revoluciones más justas arrastran tras sí, apenas se comprende *la audacia de haber querido asumir en sí la terrible responsabilidad de un cámbio*: yo no me quejo, pues, de haber *expiado aquí* con una prision de seis años *mi temeridad contra las leyes de mi pátria*, y con satisfaccion os propongo que en estos mismos lugares donde yo he sufrido brindemos en honor de los hombres que están decididos, á pesar de sus convicciones, *á respetar las instituciones de su pais.*„

Esto diciendo, recordaba en el fondo de su corazon, y lo probó despues á su manera, este pensamiento, escrito por él en la misma prision de Ham:

"Raramente las grandes empresas se llevan á cabo á la primera tentativa.„ (1)

Hácia mediados de Noviembre de 1851 el representante F..., frecuentador del Elíseo, comia con M. Bonaparte, y durante la comida le preguntó el presidente:

—¿Qué se dice en Paris y en la Asamblea?

—Oh, príncipe!...

—Qué se dice?

—Se habla siempre...

—De qué?

—Del golpe de Estado.

—Y la Asamblea lo cree?

—Algo, señor.

—Y usted?

—Yo no creo nada de ello.

Luis Bonaparte cogió con ansiedad las manos de M. F. y le dijo con ternura:

—Os lo agradezco, señor F...; usted al menos no me cree un infame.

Esto ocurria quince dias antes del 2 de Diciembre.

En esta época y en aquel momento mismo, segun confesion del cómplice Maupas, se preparaba lo de Mazas.

El dinero; esta es la otra fuerza de Bonaparte.

Hablemos de los hechos jurídicos probados por los procesos de Estrasburgo y Boloña.

En Estrasburgo, el 30 de Octubre de 1836, el coronel Vaudrey, cómplice de Bonaparte, encarga á los sargentos de los cuarteles del 4.° regimiento de artillería "repartir entre los individuos de cada batallon dos monedas de oro.„

El 5 de Agosto de 1840, estando á bordo del paquebot fletado por él *La Villa de Edimburgo*, M. Bonaparte llama cerca de sí á los setenta pobres diablos, criados suyos, que habia engañado, haciéndoles creer que iba á Hamburgo

(1) *Fragmentos históricos.*

á una excursion de recreo; los arenga desde lo alto de uno de sus carruajes enganchados en el puente; les declara su proyecto, arrójales los disfraces de soldado y entrega á cada uno de ellos cien francos despues de darle un refresco. Un poco de crápula no echa á perder las grandes empresas.

"Ví, dijo ante la Cámara de los Pares el testigo Hobbs, (1) camarero del paquebot; ví en el camarote mucho dinero. Los pasajeros parecíame que leian impresos... Los pasajeros pasaron la noche bebiendo y comiendo. Yo no hacia más que destapar botellas y servir de comer.„

Despues de esta declaracion del camarero del paquebot, oigamos la del capitan. El juez de instruccion interroga al capitan Crow:

"—Ha visto V. beber á los pasajeros?

„Crow:—Con exceso; jamás ví cosa igual.„ (2)

Se desembarca, encontrándose con el puesto de carabineros de Wimereux, y Luis Bonaparte empieza por ofrecer al teniente de carabineros una pension de mil doscientos francos.

"El juez de instruccion:—No ofreció V. al jefe del puesto dinero alguno si queria seguirle?

„El príncipe:—Ordené que se le ofreciera, pero él rehusó.„ (3)

Se llega á Boloña. Sus ayudantes de campo (entonces ya los tenia) llevaban suspendidos al cuello caños de hoja de lata llenos de monedas de oro; los otros traian sacos de dinero en la mano. (4)

Se arroja dinero á los pescadores y aldeanos, obligándoles á gritar: ¡Viva el emperador! "Basta con trescientos vocingleros„, habia dicho uno de los conjurados. (5)

Luis Bonaparte se dirige al regimiento 42.°, alojado en Boloña, y dice al tirador Jorge Koehly: "*Yo soy Napoleon*; tendrás grados y condecoraciones.„

Luego al tirador Antonio Geudre: "*Yo soy el hijo de Napoleon*; vámonos á la fonda del Norte á encargar una comida para los dos.„

Despues al tirador Juan Meyer: "*Sereis bien pagados.*„

Y por fin al tirador José Meny: "*Vendrás á París; serás bien pagado.*„ (1)

A su lado, un oficial tenia en la mano un sombrero lleno de monedas de cinco francos, que distribuia entre los curiosos, diciendo: "Gritad ¡Viva el emperador!„ (2)

El granadero Geoffroy, en su declaracion, caracteriza en estos términos la tentativa hecha en su cuartel por un oficial y un sargento que estaban en el complot: El sargento llevaba una botella en la mano y el oficial el sable. Estas dos líneas describen todo el 2 de Diciembre.

Prosigamos.

"El dia siguiente, 17 de Junio, el comandante Mésonau, á quien creia ausente, entra en mi gabinete, anunciado por mi ayudante de campo.—Comandante, le dije, yo os creia ausente.

„—No, mi general, no he marchado. Tengo una carta que entregaros.

„—Una carta! y de quién?

„—Leed, mi general.

„Le hice sentar; cogí la carta, pero en el momento de abrirla me apercibí que el sobre decia: "Al señor comandante Mésonau.„

„—Pero, mi querido comandante, le dije, es para V. y no para mí.

„—Leed, mi general.

„Abrí la carta y leí:

"Mi querido comandante: Es de la más absoluta necesidad que vea V. en seguida al general en cuestion; ya sabe V. que es un hombre de valía y con el cual se puede contar. Sabe V. tambien que es un hombre á quien tengo apuntado para que sea un dia capitan general de Francia. *Le ofrecerá V. de mi parte 100.000 francos*, preguntándole en casa de qué banquero ó en casa de qué notario quiere *que le haga un depósito de 300.000 francos* para el caso en que pierda su jefatura.„

„Me detuve; la indignacion me consumia: volví la hoja y ví que la carta iba firmada por *Luis Napoleon.*

„Devolví la carta al comandante, diciéndole que era un partido ridículo y perdido.„

Quién habla así? El general Magnan. En dónde? En plena Cámara de los Pares. Delante de quién? ¿Quién es el hom-

---

(1) Cámara de los Pares. *Declaraciones de los testigos.* Pág. 94.

(2) Cámara de los Pares. *Declaraciones de los testigos.* Pág. 75. Véanse tambien las 81, 84 á 94.

(3) Cámara de los Pares. *Interrogatorio de los acusados.* Pág. 13.

(4) Cámara de los Pares. *Declaraciones de los testigos.* Págs. 103 y 185.

(5) «El presidente: Esos hombres que gritaban, ¿no son los *trescientos* vocingleros que pedíais en una carta?» (*Progreso de Estrasburgo.*)

(1) Cámara de los Pares. *Declaraciones de los testigos.* Págs. 143, 155, 156 y 158.

(2) Cámara de los Pares. *Declaraciones de los testigos.* Testigo Febvre, tirador. Pág. 142.

bre sentado en la banqueta, el hombre al que Magnan cubre de "ridículo„, el hombre hácia el cual Magnan vuelve su cara "indignado?„ Luis Bonaparte.

El dinero, y con el dinero la orgía, fué su único medio de accion en sus tres empresas de Estrasburgo, Boloña y París.

Dos tentativas frustradas y una realizada. Magnan, que se negó en Boloña, se vendió en París.

Si Luis Bonaparte hubiese sido vencido el 2 de Diciembre, del mismo modo que se le encontraron en Boloña los quinientos mil francos de Lóndres, habríansele encontrado en el Elíseo los veinticinco millones de la banca.

Ha habido, pues, en Francia (se debe hablar con imparcialidad de todo), en Francia, decimos; en el pais de la espada, en el pais de los caballeros, en el pais de Hoche, de Drouot y de Bayardo; un hombre que, rodeado de cinco ó seis rateros políticos, expertos en asechanzas y maquinaciones de golpes de Estado, apoyado de codos sobre una mesa en un gabinete dorado, los piés puestos en los morillos de la chimenea y con el cigarro en la boca, ha tasado el honor militar; lo ha pesado en una balanza como género, cual cosa vendible y comprable; ha valuado al general en un millon, al soldado en veinte francos, y ha dicho de la conciencia del ejército francés: "Eso vale tanto!„

¡Y este hombre es el sobrino del emperador!

Por lo demás, no es soberbio el tal sobrino; sabe acomodarse á las necesidades de sus aventuras y se doblega fácilmente, sin indignarse, á las exigencias del destino. Transportadle á Lóndres, y si tiene interés en complacer al gobierno inglés, no dudará un momento en coger, con la misma mano que quiere empuñar el cetro de Carlo-Magno, la vara del polizonte. Si no fuera Napoleon, hubiera querido ser Vidocq.

Al llegar aquí se detiene el pensamiento.

¡Y hé ahí por qué hombre está gobernada la Francia! Qué digo gobernada!... Poseida soberanamente!

Y cada dia por la mañana, con sus decretos, con sus mensajes, con sus alocuciones y con todas las fatuidades inauditas que ostenta en el *Monitor*, ese emigrado, que no conoce la Francia, hace la ley á la Francia; ¡y ese pelele dice que él la ha salvado! ¿Y de qué la ha salvado? De sí misma! Ante él la Providencia no hacia más que boberías; Dios le esperaba para ponerlo todo en órden: y al fin ha venido! Desde hacia treinta y seis años habia en Francia toda clase de cosas perniciosas; era "clamoreo„ la tribuna; era alboroto la prensa; era insolencia la idea; era abuso atronador la libertad: ha venido él, y en lugar de la tribuna ha puesto el Senado; en lugar de la prensa ha puesto la censura; en lugar de la idea la inepcia; en lugar de la libertad el sable; y con el sable la censura, la inepcia y el Senado: ¡la Francia se ha salvado! Salvado! Bravo! ¿Y de qué, repito, se ha salvado? De sí misma; por qué? decidme si os place; qué era la Francia? Era una pandilla de pillastres, de ladrones, de comunistas, de asesinos y de demagogos. Era forzoso atar á esa insensata, y M. Bonaparte Luis es quien le ha puesto las esposas. Ahora estamos en un calabozo á dieta, á pan y agua, castigados, humillados, agarrotados, bajo su buena custodia. Estad tranquilos; el señor Bonaparte, polizonte con residencia en el Elíseo, responde de la Francia ante la Europa entera; lo ha hecho cuestion personal, ¡y esa miserable Francia á la camisa de fuerza! ¡y si se mueve...! Ah! qué es esto? ¿qué espectáculo es este? qué sueño? qué pesadilla? Por una parte una nacion, la primera de las naciones; y por otra un hombre, el último de todos. ¿Y qué hace tal hombre á esa nacion?... ¡La atropella, la insulta, la burla, la desprecia, la infama, la abofetea y la escupe en la cara! Y dice: No hay mas que yo! Qué! ¡en ese pais de Francia, en donde no se puede abofetear á un hombre, se puede abofetear al pueblo! Ah! ¡qué abominable afrenta! ¡Cada vez que Bonaparte escupe deben limpiarse todos los rostros! ¿Y puede durar esto? ¡y vosotros me decís que esto durará! No! no! por la sangre que corre en vuestras venas; no! esto no durará! Ah! ¡si durase, seria que, en efecto, no habia Dios en el cielo ó no habria Francia en la tierra!

LIBRO SEGUNDO

El Gobierno.

I.

La Constitucion.

Redoble de tambor: ¡Imbéciles, atencion!

"El presidente de la República;

„Considerando que todas las leyes restrictivas de la libertad de imprenta han sido derogadas; que todas las leyes contra los anuncios y carteles han sido abolidas; que el derecho de reunion ha sido plenamente restablecido; que todas las leyes inconstitucionales y todas las medidas sobre estado de sitio han sido suprimidas; habiendo podido decir cada ciudadano lo que ha querido bajo todas las formas de publicidad, el diario, el anuncio, la reunion electoral; que todos los compromisos adquiridos, y mayormente el juramento del 20 de Diciembre, han sido escrupulosamente cumplidos; que todos los hechos han sido profundizados, todas las cuestiones propuestas y discutidas, todas las candidaturas públicamente debatidas, sin que se pueda alegar que se ha ejercido la menor violencia contra el menor ciudadano; en una palabra, dentro de la más completa libertad, é

„Interrogado el pueblo soberano sobre esta cuestion:

„¿El pueblo francés entiende que puede someterse, atado de piés y manos, á la discrecion de M. Luis Bonaparte?

„Ha respondido que SÍ con siete millones quinientos mil votos. *(Interrupcion del autor.* Ya hablaremos de los siete millones quinientos mil votos.)

„Promulga

„La Constitucion, cuyo tenor es como sigue:

„*Artículo primero.* La Constitucion reconoce, confirma y garantiza los grandes principios proclamados en 1789, que son la base del derecho público de los franceses.

„*Artículo segundo y siguientes.* La tribuna y la prensa, que entorpecian la marcha del progreso, serán reemplazadas por la policía y la censura, y por las discusiones secretas del Senado, del Cuerpo legislativo y del Consejo de Estado.

„*Artículo último.* Lo que se llamaba inteligencia humana queda suprimido.

„Dado en el Palacio de las Tullerías el 14 de Enero de 1852.

„LUIS NAPOLEON.

„Visto y sellado con el sello imperial.

„*El guarda-sellos ministro de Justicia,*

„E. ROUHER.„

Esa Constitucion, que proclama y afirma solemnemente la Revolucion de 1789 con sus principios y consecuencias, y que abolió únicamente la libertad, ha sido feliz y evidentemente inspirada á M. Bonaparte por un antiguo anuncio de un teatro de provincia y que á este propósito transcribimos:

«Grande y sorprendente funcion para hoy.

LA DAMA BLANCA.

Opera en tres actos.

Nota. La música, que embaraza la marcha de la accion, será reemplazada por un diálogo vivo y picante.»

II.

El Senado.

El diálogo vivo y picante es el Consejo de Estado, el Cuerpo legislativo y el Senado.

Hay, pues, Senado? Sin duda. Ese "gran cuerpo„, ese "poder ponderador„, ese "moderador supremo„, es además el principal esplendor de la Constitucion. Ocupémonos de él.

Senado. Hay un Senado. ¿De qué Senado hablan ustedes? ¿De aquel Senado que deliberaba sobre la salsa con que el emperador comeria el rodaballo? ¿Del Senado del cual decia Napoleon el 5 de abril de 1814: "Una señal era una órden para el Senado, y siempre hacia más de lo que se deseaba?„ ¿Del Senado del que decia Napoleon en 1805: "Los cobardes han tenido miedo de disgustarme?„ (1) ¿Del Senado que arrancó casi la misma exclamacion á Tiberio: "Ah! ¡los infames! Son más esclavos de lo que se quiere?„ ¿Del Senado que hacia decir á Cárlos XII: "Enviad mi bota á Stockolmo.—Para qué, señor? le preguntaba el ministro.—Para presidir el Senado?„

No nos reimos. Este año los senadores son ochenta; en el próximo serán ciento cincuenta. Y tienen para sí solos y en toda libertad catorce artículos de la Constitucion; desde el artículo 19 hasta el artículo 33. Son los "guardianes de las libertades públicas„; sus funciones son gratuitas segun el artículo 22; por consecuencia, cobran de quince á treinta mil francos por año. Tienen la especialidad de percibir las pagas y la propiedad de "no poderse oponer„ á la promulgacion de las leyes. Son todos ellos "hombres ilustres„. (2) Este no es un "Senado inútil„, (3) como el de otro Napoleon; este

(1) Thibaudeau. *Historia del Consulado y del Imperio.*

(2) «Todos los hombres ilustres del pais.» Luis Bonaparte. Llamamiento al pueblo el 2 de Diciembre de 1851.

(3) «El Senado ha sido defectuoso. No se quiere en Francia ver gentes bien pagadas, para no hacer más que algunas malas elecciones.»—Palabras de Napoleon. *Memorial de Santa Elena.*

es un Senado sério; le forman los generales, los cardenales y el señor Lebœuf.—Qué haceis en este pais? preguntan al Senado.—Estamos encargados de guardar las libertades públicas.—¿Qué es lo que tú haces en esta poblacion? pregunta Pierrot á Arlequin.—Estoy encargado, contesta Arlequin, de peinar el caballo de bronce.

"Se sabe lo que es el espíritu de asociacion; ese espíritu tratará de aumentar el poder del Senado por todos los medios posibles. Destruirá, si puede, el Cuerpo legislativo, y como se presente ocasion pactará con los Borbones.„

Quién dijo eso? El primer cónsul. ¿Dónde? En las Tullerías, en Abril de 1804.

"Sin título, sin poder, y violando todos los principios, ha vendido la pátria y consumado su ruina. Ha sido el juguete de los altos intrigantes... No conozco otra corporacion que deba inscribirse en la historia con más ignominia que el Senado.„

Quién dijo esto? El emperador. Dónde? En Santa Elena.

Hay, pues, un Senado en la "Constitucion del 14 de Enero„; pero, francamente, es una falta. Se está acostumbrado, ahora que la higiene pública ha hecho tantos progresos, á ver la vía pública mejor de lo que está. Desde el Senado del Imperio, creíamos que no se impondria otro Senado á la cola de las Constituciones.

III.

El Consejo de Estado y el Cuerpo legislativo.

Existe tambien el Consejo de Estado y el Cuerpo legislativo. El Consejo de Estado, gozoso, pagado, mofletudo, sonrosado, gordo, fresco, de ojo vivo, de oreja encarnada, de palabra hueca, de espada al cinto, ventrudo y lleno de bordados de oro. El Cuerpo legislativo, pálido, demacrado, triste y con bordados de plata. El Consejo de Estado vá y viene, entra, sale y vuelve, manda, dispone, decide, corta, ordena con imperio y mira cara á cara á Luis Napoleon. El Cuerpo legislativo anda de puntillas, dá vueltas al sombrero entre sus manos, se pone el dedo sobre los labios, sonrie humildemente, se sienta en el borde de la silla y no habla más que cuando le preguntan. Sus palabras, siendo naturalmente obscenas, no pueden ser aludidas por los periódicos, por estárseles prohibido. El Cuerpo legislativo vota las leyes y el impuesto, segun el artículo 39; y cuando creyendo tener necesidad de una nota, de un detalle, de una cifra ó de una aclaracion, se presenta sombrero en mano á la puerta de los ministerios para hablar á los ministros, el portero le espera en la antecámara y le dá, prorumpiendo en risa, un papirotazo á la nariz. Tales son los derechos del Cuerpo legislativo.

Hagamos constar que esta situacion melancólica comenzó en Junio de 1852 á arrancar algunos suspiros á los indivíduos elegíacos que forman parte de la cosa. La exposicion de la comision del presupuesto quedará en la memoria de los hombres como una de las más desgarradoras obras maestras del género quejumbroso. Repitamos estos suaves acentos:

"En otro tiempo, como sabeis, las comunicaciones necesarias en semejante caso se efectuaban directamente entre las comisiones y los ministros; á éstos es á quienes se dirigian para obtener los documentos indispensables para el exámen de los negocios; venian ellos mismos, con los jefes de los diferentes ramos, á dar explicaciones verbales, suficientes á menudo para prevenir toda discusion ulterior; y las resoluciones que la comision del presupuesto tomaba, despues de haberles oido, eran directamente sometidas á la Cámara.

„Hoy no podemos relacionarnos con el gobierno sino por el intermedio del Consejo de Estado, que, confidente y órgano de su pensamiento, tiene solo el derecho de trasmitir al Cuerpo legislativo los documentos que á su vez se hace remitir por los ministros.

„En una palabra; por las exposiciones escritas como por las comunicaciones verbales, los comisarios del gobierno reemplazan á los ministros con quienes debieran préviamente entenderse.

„En cuanto á las modificaciones que la comision puede, si quiere, proponer, ya sea á consecuencia de la aceptacion de enmiendas presentadas por los diputados, ya sea á consecuencia de su propio exámen del presupuesto, deben, antes que vosotros seais llamados para deliberar, ser remitidas al Consejo de Estado y ser allí discutidas.

„Allí (es imposible dejar de hacer esta observacion) no tienen intérpretes ni defensores oficiales.

„Tal modo de proceder parece derivar de la Constitucion misma, y *si hablamos* es *únicamente* para mostraros que ha

debido ir con lentitud en el cumplimiento de la tarea la comision del presupuesto.„ (1)

No se puede ser más blando en el reproche; es imposible recibir con más castidad y gracia lo que el señor Bonaparte, en su estilo de autócrata, llama "garantías de tranquilidad„, (2) y lo que Molière, en su libertad de grande escritor, llama "puntapiés„... (3)

Hay, pues, en el establecimiento donde se fabrican las leyes y los presupuestos un amo de casa, que es el Consejo de Estado, y un criado, que es el Cuerpo legislativo.

En los términos de la Constitucion, ¿quién es el que nombra al amo de la casa? M. Bonaparte. ¿Quién nombra al criado? La nacion. Está bien!

IV.

Las rentas del Estado.

Notemos que á la sombra de estas "sábias instituciones„ y gracias al golpe de Estado que, como se sabe, ha restablecido el órden, las rentas del Erario, la seguridad y la prosperidad públicas, el presupuesto se salda, segun confesion de M. Gouin, con ciento veintitres millones de déficit.

En cuanto al movimiento comercial desde el golpe de Estado y en cuanto á la prosperidad de los intereses y continuacion de los negocios, basta para apreciarlos dejar las palabras y tomar las cifras. En cuanto á cifras, hé aquí una que es oficial y decisiva: los descuentos de la Banca de Francia no produjeron durante el primer semestre más que quinientos ochenta y nueve mil quinientos dos francos sesenta y dos céntimos por la Caja central; y los beneficios de las sucursales no se elevaron más que á seiscientos cincuenta y un mil ciento ocho francos con siete céntimos. Es la Banca misma quien lo declara en su balance semestral.

Por lo demás, M. Bonaparte no se apena por el impuesto. Se levanta una mañana, se despereza, se restrega los ojos, coge la pluma y, ¿qué direis que decreta? El presupuesto. Achmet III quiso un dia imponer los impuestos á su capricho.

—Invencible señor, le dijo su visir; tus vasallos no pueden sufrir un impuesto mayor de lo que la ley y el Profeta prescriben.

El mismo Bonaparte habia escrito estando en Ham:

"Si las sumas recogidas cada año de la generalidad de los habitantes fuesen empleadas en usos improductivos, como en crear *plazas inútiles*, *levantar monumentos estériles*, *sostener en medio de la paz más profunda un ejército más dispendioso que el que venció en Austerlitz*, el impuesto, en este caso, seria una carga pesadísima que extenuaria al pais, puesto que toma sin devolverle.„ (1)

A propósito de la palabra presupuesto se nos ocurre una observacion: hoy dia, en 1852, los obispos y los consejeros del Tribunal de Casacion tienen cincuenta francos diarios; los arzobispos, los consejeros de Estado, los primeros presidentes y los procuradores generales, sesenta y nueve cada uno; los senadores, los gobernadores y los generales de division, ochenta y tres; los presidentes de seccion del Consejo de Estado, doscientos veintidos; los ministros, doscientos cincuenta y dos; monseñor el príncipe-presidente, incluyendo, como es justo, en su dotacion la suma para los reales sitios, cobra por dia cuarenta y cuatro mil cuatrocientos cuarenta y cuatro francos cuarenta y cuatro céntimos. ¡La revolucion del 2 de Diciembre se hizo contra los *veinticinco francos*!

V.

La libertad de imprenta.

Acabamos de ver lo que es la legislatura, lo que es la administracion, lo que es el presupuesto.

Y la justicia? Lo que se llamaba en otro tiempo el Tribunal de Casacion, no es hoy otra cosa que la escribanía de registro de los Consejos de guerra. Un soldado sale del cuerpo de guardia y escribe al márgen del libro de la ley: *quiero* ó *no quiero*. En todas partes manda el cabo de escuadra y el magistrado refrenda. ¡Adelante, recoged vuestras togas, marchad, ó sino...! ¡De ahí esos procesos, esas prisiones, esas sentencias abominables! ¡Qué espectáculo el de ese rebaño de jueces con la cabeza baja y la espalda encorvada, llevados á golpe de

(1) «Exposicion de la comision del presupuesto» del Cuerpo legislativo, Junio 1852.
(2) Preámbulo de la Constitucion.
(3) Literalmente. Véase «Artimañas de Escapino».

(1) «Extincion del pauperismo», pág. 10.

báculo á patrocinar iniquidades y torpezas!

Y de la libertad de imprenta ¿qué diremos? ¿No os parece risible que se lamente el pronunciar ese nombre? Esa prensa libre, honor del espíritu francés y cuya luz se extiende sobre todas las cuestiones, centinela perpétuo de la nacion, dónde está? ¿qué ha hecho de ella M. Bonaparte? Está donde está la tribuna.

En Paris ¡veinte periódicos aniquilados! ochenta en provincias! ó lo que es lo mismo: cien periódicos suprimidos, que representan, no mirando más que la parte material de la cuestion, el pan arrebatado á innumerables familias; es decir, y sabedlo, propietarios: cien casas confiscadas, cien alquerías robadas á sus dueños, cien cupones de renta arrancados del gran libro. Identidad profunda de principios: la libertad suprimida es la propiedad destruida. Mediten sobre esto los idiotas egoistas que aplauden el golpe de Estado.

Para ley de la prensa se ha formado un decreto contra ella; se ha expedido un mandamiento del Mufti, se ha dado un firman fechado desde el estribo imperial: el régimen de la advertencia.

Ya se conoce este régimen; todos los dias se le ha visto puesto en práctica.

¡Faltaban estas gentes para inventar tal cosa! Jamás el despotismo se ha mostrado con más grosera insolencia y torpeza que en esta especie de censura del dia siguiente, que precede y anuncia la supresion y que dá palos á un periódico antes de matarlo. En ese gobierno el necio corrige lo atroz y lo modera. Todo el decreto de la prensa puede resumirse en una línea: "Te permito que hables, pero te exijo que calles.„ ¿Quién reina, pues? es Tiberio? es Schahabaham?

Las tres cuartas partes de los periodistas republicanos se ven deportados ó proscriptos; el resto batido por las comisiones mixtas, dispersos, errantes, escondidos aquí y allá, en cuatro ó cinco periódicos subsistentes, en cuatro ó cinco periódicos independientes, pero acechados, sobre cuyas cabezas se levanta el palo de Maupas; quince ó veinte escritores valerosos, formales, puros, honrados, generosos, que escriben con la cadena al cuello y el grillete al pié: ¡el talento entre dos centinelas! ¡la independencia amordazada! ¡la honradez con centinelas de vista! y Veuillot gritando: —Soy libre!

VI.

Proyectos de ley.

La prensa tiene el derecho de ser escuchada, el derecho de ser advertida, el derecho de que se la suspenda, el derecho de que la supriman, y hasta el derecho de que se la juzgue. ¡Que se la juzgue!... por quién? Por los tribunales. Qué tribunales? Los tribunales correccionales. ¿Y aquel excelente tribunal escogido? Progreso: está ya muy lejos; el jurado quedó muy atrás; volvemos á los jueces del gobierno. "La represion es más rápida y más eficaz„, como dice Rouher. Y despues, esto es mejor; apelad de las sentencias en la policía correccional, sexta cámara, en donde encontrareis un primer agente llamado Roumage, estafador, y un segundo agente llamado Lamennais, escribano. Eso produce buen efecto y acostumbra al ciudadano á decir indistintamente escribano y estafador. Efectivamante, todo eso es una ventaja; pero bajo el punto de vista práctico, bajo el punto de vista de la "presion„, ¿sabe bien el gobierno lo que ha hecho? ¿Está seguro de que la sexta cámara será mejor que el tribunal del crímen de Paris, por ejemplo, el cual tenia para presidirle los Parlarieu-Lafosse, tan abyectos, y para arengarle los Suin, tan infames, y los Mougis, tan estúpidos? ¿Puede razonablemente esperar que los jueces correccionales serán todavía más cobardes y más despreciables que aquellos? Tales jueces, que están bien pagados, trabajarán mejor que el jurado soldadesco, que tenia el ministerio público á lo cabo de escuadra, y que pronunciaba sentencias y gesticulaba veredictos con la precision de la carga en doce tiempos, y tan bien, que el comisario de policía Carlier dijo con la mayor buena fé á un abogado célebre, M. Desm:

—*El jurado! Qué estúpida institucion!*

Deploremos ese pulcro jurado que Carlier hacia y que Rouher ha deshecho. El mismo gobierno se siente horroroso. Le repugna ver su retrato y mucho más mirarse en el espejo. Lo mismo que la ortifraga, se refugia en la noche; si se le viese moriria, y el gobierno quiere durar: ni oye cuando de él se habla ni oye cuando se le censura; ha impuesto silencio á la prensa francesa del modo que ya sabemos. Pero hacer callar la prensa en Francia no es más que un re-

sultado á medias; por eso se la quiere hacer callar en el extranjero. En Bélgica se han incoado dos procesos, el proceso del *Boletin francés* y el proceso de *La Nacion*, pero el leal jurado belga los ha absuelto. Esto es molesto. Qué se hace? Robar los periódicos como se roba una bolsa. Teneis suscritores en Francia; si "discutís„ no entrareis, y si quereis entrar, sed complacientes. Se aceptan los periódicos ingleses por miedo, pero si "discuten„ (decididamente no se quiere ser *discutido*), arrojaremos de Francia á sus corresponsales. La prensa inglesa ha prorumpido en una carcajada.

Pero existen fuera de Francia escritores franceses que están proscriptos, es decir, libres. Si se atreverán á hablar? ¿si se atreverán á escribir esos demagogos? Son muy capaces, pero lo impediremos. Cómo? Amordazar las gentes á larga distancia no es cosa muy fácil; M. Bonaparte no tiene el brazo tan largo. Probemos, sin embargo, á que se les instruyan procesos donde quiera que estén.

Sea; los jurados de los paises libres comprenderán que tales proscriptos representan la justicia, y que el gobierno bonapartista es la iniquidad; y harán dichos jurados lo mismo que el jurado belga: absolverlos.

¿Se suplicará á los gobiernos amigos que expulsen á esos expulsados, que destierren á esos desterrados?

Sea; los proscriptos se irán más lejos, y encontrarán siempre, donde quiera que vayan, un pedazo de tierra libre desde donde podrán hablar.

Qué hacer para alcanzarles? Rouher se ha encontrado con Baroche, y entre los dos han concertado lo siguiente: "Promulgar una ley sobre los crímenes cometidos por los franceses en el extranjero, y comprender en ella "los delitos de imprenta„.

El Consejo de Estado ha dicho que sí y el Cuerpo legislativo no ha dicho que no. Ahora ya está resuelto. Si hablamos fuera de Francia se nos juzgará en Francia y se nos condenará á prision (para el porvenir en todo caso), á multas y á confiscaciones.

Mucho mejor: el presente libro será, pues, juzgado en Francia y el autor debidamente condenado; así lo espero; y me limito á prevenir á los individuos titulados magistrados que con toga negra ó encarnada instruyan la causa, que en caso de llevarla á efecto, por más que el fallo pronunciado contra mí vaya envuelto con la mayor benignidad, nada igualará á mi desden por la sentencia, á no ser mi desprecio por los jueces. Hé aquí mi informe.

VII.

Los adherentes.

Quién se agrupa alrededor del establecimiento?

El corazon se subleva solo al pensarlo.

Ah! Nosotros, los proscriptos del presente, recordamos á esos gobernantes de hoy dia, cuando, representando representantes del pueblo, hace un año iban y venian por los pasillos del Congreso, con la cabeza alta, con muestras de independencia y con el talante y aire de pertenecerse á sí solos. Qué soberbio era aquello! Cómo inspiraban confianza! ¡Cómo, puesta la mano sobre el corazon, gritaban: Viva la República! Y si en la tribuna algun "terrorista„, algun partidario de la Montaña ó algun "rojo„ aludia al maquinado golpe de Estado y al proyectado imperio, ¡cómo se le vociferaba: ¡Sois un calumniador! ¡Cómo se encogian los hombres ante la palabra del Senado!

"El imperio, hoy dia, gritaba uno, seria lodo y sangre; nos calumniais; nosotros jamás lo permitiremos.„

Otro afirmaba que no era ministro del presidente más que por consagrarse á la defensa de la Constitucion y de las leyes.

Este glorificaba la tribuna como el paladion del pais.

Aquel recordaba el juramento de Luis Bonaparte y añadia: "¿Dudais que sea un hombre honrado?„

Dos de aquellos llegaron hasta votar y firmar su caida, el 2 de Diciembre, en la alcaldía del décimo distrito. Otro envió una esquela al que escribe estas líneas, el 4 de Diciembre, para "felicitarle por haber dictado la proclamacion de la izquierda, que pone á Luis Bonaparte *fuera de la ley*„... Y hoy son senadores, consejeros de Estado, ministros, llenos de galones y entorchados... Infames! ¡Antes de bordaros las mangas lavaos las manos!

M. Q. B. encontró á M. O. B. y le dijo:

"—¿Comprende V. la sangre fria de ese Bonaparte? ¿pues no ha osado ofrecerme una plaza de magistrado del Consejo?

—Y V. la ha rehusado?

—Claro!„

Al dia siguiente ofrecen á dicho señor una plaza de consejero de Estado con veinticinco mil francos, y el antes indignado magistrado del Consejo se aviene á ser consejero. M. Q. B. acepta.

Cierta clase de hombres agrupados en masa, los imbéciles, componen hoy la parte sana del Cuerpo legislativo, y á ellos es á quienes el "jefe del Estado„ dirige estas formalidades:—"La primera prueba de la Constitucion, de orígen enteramente francés, ha debido convenceros de que poseemos las condiciones de un gobierno fuerte y libre... El registro es sério, la discusion libre y el voto del impuesto decisivo... Existe en Francia un gobierno animado de la fé y del amor al bien que descansa en el pueblo, fuente de todo poder; en el ejército, fuente de toda fuerza; en la religion, fuente de toda justicia. Recibid la seguridad de mis sentimientos.„ Tambien conocemos á los estúpidos, de quienes hemos visto gran número en los bancos de la mayoría de la Asamblea legislativa. Sus jefes, no pudiendo ya emplear útilmente los antiguos espantajos, como las palabras *jacobino* y *descamisado*, muy gastadas en verdad, habian resucitado de nuevo la palabra *demagogo*. Tales jefes, muy versados en las prácticas y maniobras, explotaban la palabra "Montaña„ con resultado, agitando á propósito ese horroroso y magnífico recuerdo.

Con estas pocas letras del alfabeto, agrupadas en sílabas y acentuadas convenientemente:—Demagogia, partidarios de la Montaña, socialistas, comunistas, rojos, hacian pasar fantasmas ante los ojos de los necios y habian encontrado medio de pervertir los cerebros de sus colegas ingénuos, hasta el punto de incrustarles, por decirlo así, dos especies de diccionarios, en donde cada una de las espresiones de que se servian los oradores y escritores de la democracia se hallase inmediatamente traducida.—*Humanidad*, significaba *Ferocidad; Bienestar universal*, significaba *Trastorno; República*, significaba *Terrorismo; Socialismo*, significaba *Pillaje; Fraternidad*, significaba *Matanza; Evangelio*, significaba *Muerte á los ricos*. De tal suerte era todo esto, que cuando un orador de la izquierda decia, por ejemplo:—*Nosotros queremos la supresion de la guerra y la abolicion de la pena de muerte*, una multitud de pobretes de la derecha entendian perfectamente que se queria decir:—*Nosotros queremos llevarlo todo á sangre y fuego*, y enfurecidos, amenazaban con el puño al orador. Terminados tales discursos, en los que no se hablaba más que de libertad, de paz universal, de bienestar para el trabajo, de concordia y de progreso, se veia á los representantes de la categoría que hemos designado al principio de este párrafo levantarse pálidos, con la extrañeza de no ser ya guillotinados y corriendo en busca de sus sombreros para cerciorarse de que todavía tenian cabeza.

Esos pobres séres pusilánimes no regatearon su adhesion al 2 de Diciembre. Para ellos es para quienes fué inventada la locucion—"Luis Napoleon ha salvado la sociedad.„

¡Y esos eternos gobernadores, esos eternos alcaldes, esos eternos regidores, esos eternos concejales, esos eternos aduladores del sol naciente ó de la lámpara encendida, son los que llegan al dia siguiente del suceso al vencedor, al triunfador, al señor, á su majestad Napoleon el Grande, á su majestad Luis XVIII, á su majestad Alejandro I, á su majestad Cárlos X, á su majestad Luis Felipe, al ciudadano Lamartine, al ciudadano Cavaignac y á monseñor el príncipe-presidente, en fin, arrodillados, sonrientes, ufanos, llevando en bandejas las llaves de sus ciudades y en sus frentes las llaves de sus conciencias!

Pero los imbéciles (ya eso es viejo), los imbéciles siempre han formado parte de todas las instituciones, y son hasta ellos mismos una institucion. En cuanto á los gobernadores y concejales, en cuanto á esos adoradores de todos los dias siguientes, insolentes de dicha y de necedad, se ha visto en todas las épocas lo mismo. Hagamos justicia al régimen de diciembre; no tiene solamente esa clase de partidarios, sino adherentes y criaturas que no son más que de él; ha producido notabilidades enteramente nuevas.

Las naciones nunca conocen todas sus riquezas en punto á pícaros. Precisa esa especie de trastornos, ese género de desórdenes para hacérselos ver. Entonces los pueblos se maravillan de lo que sale de la nada. Es un espectáculo digno de contemplarse. Uno que iba calzado, vestido y comido de una manera capaz de excitar la burla á todos los entes de Europa, sale embajador. Otro, cuyo porvenir era Bicetre y la Roquette, es decir, un calabozo ó una jaula, amanece general y gran águila de la Legion de Honor. Todo aventurero se apropia un uniforme oficial; se arregla un buen saco cargado de billetes de Banco, coge

una hoja de papel blanco y escribe en ella: "Fin de mis aventuras.„

—Hola, amigo! ¿Te acuerdas de Fulano?

—No!... ah! sí. Está en presidio?

—Cá, hombre! Si es ministro!

VIII.

Mens agitat molem.

Solo un hombre ocupa el centro de todo.

Ya sabemos quién es ese hombre; el hombre púnico, fatal; que ataca la civilizacion para llegar al poder; que busca en otra parte que en el verdadero pueblo no se sabe qué popularidad feroz; que explota la parte todavía salvaje del aldeano y del soldado; que trata de acertar por los egoismos groseros, por las pasiones brutales, por las envidias que despierta, por los deseos que excita; el hombre semejante al príncipe Murat, á diferencia de que, en lo que Murat es grande, en Luis Bonaparte es pequeño; el hombre que fusila, deporta, destierra, expulsa, proscribe; el hombre, en fin, de semblante abatido, de mirada vidriosa, que anda con aire distraido en medio de los horribles actos que ha cometido, como una especie de sonámbulo siniestro.

Se ha dicho de Luis Bonaparte, sea en mala, sea en buena parte, pues esos séres extraños tienen extraños aduladores, que "es un dictador, un déspota nada más„. Tal es á nuestro parecer; pero tambien es otra cosa.

El dictador era un magistrado. Tito Livio (1) y Ciceron (2) le llama *prætor máximus*; Séneca (3) *magister populi*; lo que él decretaba se consideraba como juicio del cielo; Tito Livio (4) dice: *Pronumine observatum*. En aquellos tiempos de civilizacion incompleta, la mision del dictador, no preveyéndolo todo la rigidez de las leyes antiguas, era la de atender á la salud del pueblo, consecuencia de este principio: *Salus populi suprema lex esto*. Hacia llevar delante de él veinticuatro hachas, signo del derecho de vida y muerte. Estaba fuera de la ley y sobre la ley; pero no podia tocar la ley.

La dictadura era como un velo, tras el cual la ley se conservaba íntegra. La ley era antes que el dictador y despues que el dictador, pues le cogia á su salida. Se nombraba dictador por un corto plazo, por seis meses; *semestris dictatura*, dice Tito Livio (1). A menudo, como si aquel enorme poder, libremente consentido por el pueblo, acabara por pesar como un remordimiento, el dictador dimitia antes de finalizar el plazo. Cincinato lo dejó al cabo de ocho dias.

Estaba prohibido al dictador disponer de los fondos públicos sin autorizacion del Senado y salir de Italia, como tambien montar á caballo sin el permiso del pueblo.

El dictador podia ser plebeyo, como Marcius Rutilus y Publius Philo, que fueron dictadores, y se le nombraba para objetos muy diversos; por ejemplo: Para establecer fiestas en los dias festivos; para clavar un clavo sagrado en el muro del templo de Júpiter; en una ocasion para nombrar el Senado.

La República de Roma tuvo ochenta y ocho dictadores. Esta institucion intermitente duró ciento cincuenta y tres años; desde el año 552 de Roma hasta el año 711. Comenzó en Servilius Geminus y llegó hasta César, pasando por Sila. En César espiró. La dictadura fué hecha para que la repudiara Cincinatus y la desposase César. Éste fué cinco veces dictador en cinco años; desde el 706 hasta el 711. Tal magistratura era peligrosa y acabó por devorar la libertad.

M. Bonaparte es un dictador? No tenemos inconveniente en contestar que si la bandera le saluda como *prætor maximus*, ó sea general en jefe, los cañones asestados á las plazas públicas indican que es *magister populi*, ó sea señor del pueblo, y M. Troplong afirma que es *pronumine observatum*, ó considerado como dios. Ha nombrado el Senado, instituido dias festivos, atendido á la "salvacion de la sociedad„, clavado un clavo sagrado en el muro del Panteon y suspendido de ese clavo su golpe de Estado. Unicamente se diferencia en que hace y deshace la ley á su capricho, monta á caballo sin permiso y se toma un poco más de tiempo de los seis meses. César tomó cinco años; él toma doble: esto es justo. Julio César cinco, M. Luis Bonaparte diez... La proporcion es exacta.

Del dictador pasemos al déspota.

Es la otra calificacion casi aceptada por M. Bonaparte.

---

(1) Lib. VII, cap. 31.
(2) De República, lib., I cap. 40
(3) Ep. 108.
(4) Lib. III, cap. 5.°

(1) Lib. VI, cap. 1.°

Hablemos un poco la lengua del Bajo Imperio: sentará bien al caso.

El déspota venia despues del basileo. Tenia, entre otros atributos, el de general de infantería y de caballería, *magister utriusque exercitus*. Tal fué el emperador Alejo, apellidado el Angel, que creó la dignidad de los déspotas. Estos eran menos que el emperador y más que el sebastocrator ó augusto y que el césar.

Se vé que esto tiene un poco de aquello. M. Bonaparte es déspota, admitiendo, lo que es fácil, que Magnan sea césar y que Maupas sea augusto.

Déspota y dictador: está admitido. Todo su gran esplendor, todo su triunfante poder no impide que pasen en Paris pequeños incidentes como el que sigue, y que los simples y los papanatas os podrán referir. Dos hombres andan por la calle hablando de sus cosas, es decir, de su negocio. Uno de ellos habla de no sé qué bribon, de quien cree tener motivos de queja.—Es un miserable, dice, es un estafador, es un bribon.

—Caballero, le dice interrumpiendo un agente de policía que ha oido las últimas palabras; *usted habla del presidente; vamos á la cárcel.*

Mientras, ¿M. Bonaparte será ó no será emperador?

Bonita pregunta! Él es señor, es cadí, es mufti, bey, dey, sultan, gran khan, gran lama, gran mogol, gran dragon, primo del sol, mandarin de los creyentes, schah, czar, sofi y califa. Paris ya no es Paris; es Bagdad con un Giafar que se llama Persigny y una Schéhérazade, que corre el riesgo de ser degollada todas las mañanas y que se llama *El Constitucional.*

M. Bonaparte puede todo lo que quiere sobre los bienes, sobre las familias y sobre las personas.

Si los ciudadanos franceses quieren saber la profundidad del "gobierno„ en el cual han caido, no tienen más que hacerse ellos mismos algunas preguntas.

Veamos: tú, juez, Bonaparte te arranca la toga y te manda á la cárcel; y qué? Veamos: tú, Senado; tú, Consejo de Estado, y tú, Cuerpo legislativo: Bonaparte coge una pala y os amontona en un rincon; y qué? Tú, propietario, Bonaparte te confisca tu casa de recreo y la casa en que vives con sus patios, cuadras, jardines y dependencias; y qué? Tú, padre, Bonaparte te roba la hija; tú, hermano, Bonaparte te roba la hermana; tú, ciudadano, Bonaparte te roba la mujer, como autoridad, á viva fuerza; y qué? Tú, transeunte, tu semblante le desagrada, te salta la tapa de los sesos de un pistoletazo y vuelve á su palacio: y qué?

De todos estos actos criminales, ¿qué le resultará? Nada.

Monseñor el príncipe-presidente dió ayer su acostumbrado paseo por los Campos Elíseos en una calesa á lo Daumont, arrastrada por cuatro caballos, acompañado de un solo ayudante de campo. Hé ahí lo que dirán los periódicos.

Ha borrado de todas partes las palabras *Libertad*, *Igualdad*, *Fraternidad*, ¡y con razon!

Oh, franceses! Ya no sois libres, la camisa de fuerza asoma; ni iguales, el hombre de guerra lo es todo; ni hermanos, la guerra civil fermenta bajo esta lúgubre paz de estado de sitio.

Emperador? por qué no? Hay un Maury que se llama Sibour. Hay un Fontanes, un Faciuntasinos, si os parece mejor, que se llama Fortoul; hay un Laplace que contesta al nombre de Leverrier, pero que no ha hecho la *Mecánica celeste*, y fácilmente encontrará algun Esmenard y Luce de Laucival. Su Pío VII está en Roma bajo la sotana de Pío IX. Su uniforme verde se ha visto en Estrasburgo; su águila en Boloña; ¿su redingote gris no lo llevaba en Ham? Casaca ó redingote, todo es uno. Madame de Staël sale de su casa; ha escrito *Lelia*; él la sonrie en tanto que la destierra. Decís que le falta una archiduquesa? No le faltará. *Tu, felix Austria, nube.*

Su Murat se llama Saint-Arnaud, su Talleyrand se llama Morny, su duque de Enghien se llama el Derecho.

Decid: qué le falta? Nada, poca cosa; apenas Austerlitz y Marengo.

Tomadlo como querais; él es emperador *in petto*; cualquier mañana amanecerá el nuevo sol; apenas falta una pequeña formalidad, el acto de hacer consagrar y coronar en Nuestra Señora su falso juramento. ¡Qué hermoso será entonces esto! Preparaos á un espectáculo imperial, preparaos á los caprichos, preparaos á las sorpresas, á los estupores, á los embobamientos, á las combinaciones de palabras más inauditas, á las cacofonías más intrépidas; preparaos para ver al príncipe Troplong, al duque Maupas, al duque Mimerel, al marqués Lebœuf, al baron Baroche!

En línea, cortesanos! ¡Abajo el sombrero, senadores! ¡Se abre la caballeriza! Monseñor el caballo es cónsul! Man-

dad que doren la avena de su alteza Incitatus.

Todo pasará! ¡El hiato del público será prodigioso! ¡Todas las enormidades pasarán! Los antiguos papamoscas desaparecerán, reemplazándolos los trasgos.

Para nosotros, que hablamos, existe el imperio desde este momento; y sin atender al proverbio del Senado-consulto, ni á la comedia del plebiscito, enviamos esta esquela á la Europa:

"La traicion del 2 de Diciembre ha dado á luz el imperio.

La madre y el hijo se encuentran mal„.

IX.

El Todopoderoso.

Olvidemos su 2 de Diciembre, olvidemos su orígen: ¿qué es Bonaparte como capacidad política? ¿Quereis juzgarle despues de ocho meses que reina? Mirad por una parte su poder y por otra sus actos. Qué puede? Todo. ¿Qué ha hecho? Nada.

Con tan pleno poder, un hombre de génio hubiera cambiado en ocho meses la faz de la Francia y aun la de la Europa. No hubiera podido ciertamente borrar el crímen de su punto de partida, pero lo hubiera encubierto. A fuerza de mejoras materiales, quizá hubiera podido disfrazar ante la nacion su bajeza moral. Y hasta podemos decir que, para un dictador de génio, esto no hubiera sido difícil, puesto que un gran número de problemas sociales elaborados en estos últimos años por algunos talentos ilustres parecian maduros, y á propósito recibir con gran provecho y contentamiento del pueblo soluciones actuales y relativas.

Luis Bonaparte ni siquiera los ha sospechado; no ha entrevisto ninguna, ni quizá se haya vuelto á acordar en el Elíseo de una línea de sus meditaciones socialistas de Ham.

Ha añadido varios crímenes á su primer crímen, en lo que ha sido consecuente. Exceptuando tales crímenes, nada ha hecho. Omnipotencia completa, iniciativa nula.

Ha tomado la Francia y no sabe qué hacer. Verdaderamente dan tentaciones de compadecer á tal eunuco luchando con la omnipotencia. Cierto es que nuestro dictador se agita, hagámosle justicia; que no está un momento tranquilo; que vé con espanto á su alrededor soledad y tinieblas; así es que, como los que cantan por la noche cuando tienen miedo, él se remueve. Se enrabia, lo toca todo, corre en pos de los proyectos; no pudiendo crear, decreta; busca el medio de arrancarse su nulidad, y, en fin, es el movimiento contínuo; mas ay! todo ese movimiento gira en el vacío.

Conversion de las rentas: ¿dónde está el provecho hasta hoy dia? Se han economizado diez y ocho millones; ¡muy bien! Los rentistas los pierden y el presidente y el Senado se los embolsan á más de sus dos dotaciones; luego beneficio para la Francia: cero. ¿Crédito de los fondos? No llegan los capitales nunca. Caminos de hierro? Se les decreta y luego se les retira, y lo mismo que hace con todas estas cosas, hace con respecto á las sociedades obreras; Luis Bonaparte se suscribe, pero no paga.

En cuanto al presupuesto, al presupuesto registrado por los ciegos que componen el Consejo de Estado y los mudos que componen el Cuerpo legislativo, el abismo se abre debajo de él. Nada habria posible y eficaz sin una considerable economía en el ejército: doscientos mil soldados mandados á sus hogares darian una economía de doscientos millones. Pero probad á tocar el ejército: el soldado que se viera libre aplaudiria; mas qué diria el oficial? Y en el fondo no es al soldado, es al oficial á quien se halaga. Y despues precisa custodiar á Paris y Lyon y todas las ciudades, y más tarde, cuando sea emperador, hacer un poco la guerra á Europa. Hé ahí el abismo!

Si de las cuestiones financieras pasamos á las cuestiones políticas, oh! ¡ahí se envanecen los neo-bonapartistas; ahí están sus creaciones! ¡pero qué creaciones, Dios mio! Una Constitucion al estilo de Ravrio, que acabamos de contemplar adornada de palmas y de cuellos de cisne, llevada al Elíseo con viejos asientos en los coches del guarda-muebles; un Senado conservador recosido y dorado de nuevo; el Consejo de Estado de 1806 remendado y adornado de nuevo con algunos galones nuevos; el antiguo Cuerpo legislativo reajustado, reclavado y repintado, con Lainé de menos y Morny de más; por libertad de imprenta, el bufete de la opinion pública; por libertad individual, el ministerio de Policía.

Todas estas "instituciones„ que acabamos de examinar, no son otra cosa

que el antiguo mueble del salon del Imperio.

Sacudidlo, desempolvadlo, quitad las telarañas, salpicadlo todo con manchas de sangre francesa y tendreis el establecimiento de 1852.

Tal remendon gobierna la Francia! hé ahí sus creaciones! ¿Dónde está el buen sentido? dónde está la razon? ¿dónde está la verdad? No hay parte sana del espíritu contemporáneo que no sea contrariada; no hay una conquista digna de este siglo que no sea derribada y hecha mil pedazos. Solo las extravagancias son posibles. Lo que vemos desde el 2 de Diciembre es el galope al través del absurdo de un hombre mediocre y frenético.

Y á pesar de todo, tales hombres, el malhechor y sus cómplices, tienen un poder inmenso, incomparable, absoluto, ilimitado y suficiente, lo repetimos, para cambiar la faz de la Europa; pero solo se sirven de él para gozar. Divertirse y enriquecerse, tal es su "socialismo„. Han detenido el presupuesto en su camino, abierto sus cofres y llenado sus bolsillos con el dinero que hay en ellos. Todas las pagas han sido dobladas ó triplicadas; ya hemos dicho las cifras.

Tres ministros, Turgot (hay un Turgot en este negocio), Persigny y Maupas, tienen cada uno un millon de los fondos secretos; el Senado otro millon, el Consejo de Estado medio millon; los oficiales del 2 de Diciembre tienen una condecoracion de Napoleon, es decir, millones; los soldados del 2 de Diciembre tienen medallas, es decir, millones; M. Murat quiere millones y los tendrá; se casa un ministro; pronto, medio millon! M. Bonaparte, *quia nominor leo*, tiene doce millones; más cuatro, diez y seis millones. Millones y más millones! El régimen actual se llama Millon.

M. Bonaparte tiene trescientos caballos de regalo, frutos y legumbres de los bienes nacionales y parques y jardines en otro tiempo reales; en fin, se harta. No há mucho decia:—*Todos mis carruajes*, como Cárlos V, que decia:—Todas mis Españas, y como Pedro el Grande decia: —Todas mis Rusias.

Las bodas de Camacho tienen lugar en el Elíseo; los asadores no cesan un momento de girar dia y noche sobre fuegos de alegría. Se consumen allí seiscientas cincuenta libras de carne diarias; el Elíseo tendrá muy pronto ciento cuarenta y nueve cocinas, como el castillo de Schœnbrunn; allí se come, se bebe, se rie, se dan banquetes; aunque banquetes tambien los hay en casa de todos los ministros, en la Escuela Militar, en las Casas Consistoriales, en las Tullerías: además se celebra una fiesta mónstruo el 10 de Mayo y otra más mónstruo aun el 15 de Agosto. ¡Vaya, que se nada en la abundancia y en la embriaguez! ¡Y mientras, están el hombre del pueblo, el pobre jornalero sin trabajo, el proletario lleno de harapos, con los piés descalzos, sin pan en el verano y sin lumbre en el invierno; con una madre anciana y agonizando sobre un jergon infecto; con una hija que se prostituirá por las calles para no morir de hambre; con pequeñuelos temblando de necesidad, de fiebre y de frio en los chiribitiles del arrabal de San Marcos, en las bohardillas de Rouen ó en las cuevas de Lille!

Pero y quién piensa en él? ¿qué se hace de él? qué se hará por él?

Muere, perro!

X.

Los dos aspectos de M. Bonaparte.

Lo curioso es que quieren que se les respete; un general es venerable, un ministro sagrado.

La condesa de Andl, jóven de Bruseles, que se hallaba en Paris en Marzo de 1852, encontróse un dia en un salon del arrabal de Saint-Honoré. Al entrar M. de P., la señora de Andl quiso salir y pasó por delante de él encogiéndose de hombros, sin hacer caso y pensando al parecer en otra cosa. M. de P. se apercibió de ello, y á la mañana siguiente la señora de Andl recibió un aviso en el que se le decia que en adelante, bajo pena de expulsion del territorio francés, se abstuviese de toda muestra de aprobacion ó desaprobacion cuando viese á algun ministro.

Bajo ese gobierno á lo cabo de escuadra y bajo esa Constitucion de consigna, todo marcha á lo militar. El pueblo francés vá á la formacion para saber cuándo debe levantarse y acostarse, cómo debe vestirse y con qué traje podrá asistir á la audiencia del tribunal ó á la tertulia del gobernador, con prohibicion de hacer versos medianos y de llevar barba. La chorrera y la corbata blanca son leyes de Estado.

Regla, disciplina, obediencia pasiva, los ojos bajos, silencio en las clases; tal es el yugo bajo el cual se encorva en la actualidad la nacion de la iniciativa y

de la libertad, la gran Francia revolucionaria.

El reformador no se detendrá hasta que Francia sea lo bastante cuartel para que los generales digan: Está bien! y bastante seminario para que los obispos digan: Basta ya!

Os gustan los soldados? Pues por todas partes los vereis. El Consejo municipal de Tolosa presenta su dimision, y el gobernador Chapuis Moutlaville reemplaza al alcalde por un coronel, al primer concejal por un coronel y al segundo concejal por un coronel (1). La gente de guerra es la única que levanta el gallo. "Los soldados, dice Mably, creyendo reemplazar á los ciudadanos que habian hecho otras veces cónsules, dictadores, censores y tribunos, asociaron al gobierno de los emperadores una especie de democracia militar.„

Llevais chacó á la cabeza? Haced, pues, cuanto os dé la gana.

Un jóven que sale del baile se dirige á su casa por la calle de Richelieu, pasando por delante de la Biblioteca; el centinela apunta y le mata. Al dia siguiente los periódicos dicen: "El jóven tal ha sido muerto...„, y en paz.

Timour Beig concedió á sus compañeros de armas y á sus descendientes hasta la séptima generacion el derecho de impunidad por cualquier crímen que cometieren, á menos que el delincuente no hubiese cometido el crímen nueve veces ya. El centinela de la calle de Richelieu puede matar todavía á ocho ciudadanos más para ser llevado ante un Consejo de guerra. Es muy bueno ser soldado, pero nada vale ser ciudadano.

Al propio tiempo se deshonra á ese desgraciado ejército. El 3 de Diciembre fueron condecorados los comisarios que arrestaron á sus representantes y á sus generales. Es verdad que tambien se repartieron en el ejército dos luises por hombre. Oh, afrenta de las afrentas! ¡El dinero á los soldados y las cruces á los espías!

Jesuitismo y militarismo; hé ahí todo ese régimen. Todo el sistema político de M. Bonaparte se compone de dos hipocresías: hipocresía soldadesca guardada con el ejército, é hipocresía católica guardada con el clero. Cuando él no es Fracasse, es Basilio; algunas veces tiene de los dos. De este modo, consigue al mismo tiempo entusiasmar á Montalembert, que no cree en Francia, y á Saint-Arnaud, que no cree en Dios. ¿Huele á incienso el dictador? Huele á tabaco? A las dos cosas. Huele á tabaco y á incienso.

Oh, Francia! Qué gobierno! ¡Las espuelas asomando por bajo de las sotanas!

El golpe de Estado vá á misa y estruja á los paisanos; lee su breviario y abraza la orgía; reza el rosario y vacía los bolsillos, y celebra las Pascuas.

El golpe de Estado afirma lo que es dudoso, que hemos vuelto á la época del jacobinismo y que nos conduce al tiempo de las Cruzadas. César se hace cruzar por el Papa. *Dex el volt*. El Elíseo tiene la fé del templario, pero tambien la sed.

Repitámoslo: gozar y vivir bien; comerse el presupuesto; no creer en nada; explotarlo todo; comprometer á la vez dos cosas sagradas, el honor militar y la fé religiosa; manchar el altar con sangre humana y la bandera con el hisopo; hacer ridículo al soldado y algo feroz al sacerdote; mezclar en esa gran estafa política que él llama su poder, la Iglesia y la nacion, las conciencias católicas y las conciencias patrióticas; hé ahí todo el procedimiento de Bonaparte el Pequeño.

Todos sus actos, desde los más monstruosos hasta los más pueriles, desde lo que es repugnante hasta lo que es risible, llevan el sello de ese doble juego. Por ejemplo: las solemnidades nacionales le fastidian; en el 24 de Febrero y en el 4 de Mayo se encierran recuerdos importunos ó peligrosos, que se renuevan tenazmente en dias fijos... Efectivamente, un aniversario es importuno. Vaya! suprimamos los aniversarios; guardemos solo una fiesta; la nuestra. Bravo! ¡Magnífico! Pero con una sola fiesta, ¿cómo satisfacer dos partidos? ¿Cómo complacer á los soldados y á los sacerdotes? El partido militar es volteriano, y cuando Canrobert sonria, llorará Riancey. ¿Cómo arreglarlo?...

Vais á verlo. Los grandes escamoteadores no se arredran por tan poco.

Una mañana declara el *Monitor* que en adelante no habrá más que una fiesta: el 15 de Agosto. Y sobre este comentario semi-oficial hablan las dos caretas del dictador:

—¡El 15 de Agosto, dice su boca Ratapoil, es dia de San Napoleon!

—¡El 15 de Agosto, dice su boca Tartufo, es la fiesta á la Santísima Vírgen!

Por un lado, el 2 de Diciembre hincha las mejillas, ahueca la voz, y tirando de

(1) Esos tres coroneles son: MM. Cailhassou, Dubarry y Policarpe.

su enorme sable, grita:—"Miserables! Gruñones! ¡Celebremos á Napoleon el Grande!„

Y por otro, baja los ojos, hace el signo de la cruz y murmura:—"Mis queridos hermanos, adoremos el Corazon de María.„

Y así, el gobierno actual moja el dedo de la mano bañada en sangre con el agua bendita.

XI.

Recapitulacion.

Pero se nos dirá: No exagerais algo? No sois injusto? Concededle algo bueno. ¿No ha tomado medida alguna basada en el socialismo? Mirad sobre el tapete el crédito de Hacienda, los caminos de hierro, la baja de la renta, etc.

Ya hemos apreciado esas medidas en su justo valor; pero aun admitiendo que en todo ello exista algo de "socialismo„ seríais muy cándidos atribuyendo su mérito á M. Bonaparte. No es él quien hace el socialismo, es el tiempo.

Un hombre nada contra una corriente rápida: lucha con esfuerzos inauditos, azotando las ondas con el puño, la frente, el hombro y la rodilla. Vosotros que le veis decís: ya subirá. Un momento despues volveis á mirarle y observais que ha descendido, que está mucho más abajo de su punto de partida. Sin saberlo, sin notarlo, á cada esfuerzo que hace pierde terreno. Se imagina que sube y baja siempre; cree avanzar y retrocede.

Decretos como el crédito de Hacienda y el de la baja de la renta, como decís, y quereis calificar de socialistas, ha dado muchos M. Bonaparte y dará todavía.

Si Changarnier hubiera triunfado en vez de Bonaparte, tambien los hubiera dado. Si Enrique V viniese mañana, los daria del mismo modo que el emperador de Austria los dá á la Galitzia y el emperador Nicolás á la Lituania.

En suma, y despues de todo, ¿qué nos prueba todo eso? Que la corriente, que se llama Revolucion, es mucho más fuerte que el nadador, que se llama Despotismo.

¿Pero el socialismo de M. Bonaparte qué es? Es tal socialismo? Lo niego. Será ódio á los propietarios; socialismo, no.

Mirad: el ministerio socialista por excelencia, el ministerio de la Agricultura y del Comercio, ha sido abolido. ¿Y qué os han dado en compensacion? El ministerio de Policía. El otro ministerio socialista es el de Instruccion pública y está en peligro; el dia menos pensado lo suprimirá.

El punto de partida del socialismo es la educacion; la enseñanza gratuita y obligatoria; la luz, que transforma á los niños en hombres y á los hombres en ciudadanos, pero ciudadanos inteligentes, honrados, útiles y dichosos. Primero el progreso intelectual, el progreso moral; luego el progreso material. Los dos primeros arrastran tras sí de una manera inevitable al último.

Qué hace M. Bonaparte? Perseguir y ahogar en todas partes la enseñanza. Existe un pária en nuestra Francia de hoy dia, y ese pária es el pobre maestro de escuela.

¿Habeis jamás pensado lo que es un maestro de escuela? ¿lo que es esa magistratura, en donde se refugiaban los tiranos de otro tiempo, como los criminales en un templo ú otro lugar de asilo? ¿Habeis reflexionado jamás sobre lo que representa el hombre encargado de la educacion de los niños? Si entrais en casa de un fabricante de carruajes, al verle construir ruedas y lanzas, decís:—Es un hombre útil; si en casa de un tejedor, al verle fabricar tela, decís:—Es un hombre preciso; si en casa de un herrero, al verle forjar azadones, martillos y rejas de arado, decís:—Es un hombre necesario, y saludais con satisfaccion á esos buenos trabajadores; pero si entrais en casa de un maestro de escuela, al verle, saludais con cierta indiferencia y... ¿Y sabeis lo que hace ese hombre? Fabricar almas.

Él es el constructor de carros, el tejedor y el herrero de esa gran obra en la que Dios ayuda; es el porvenir.

Ahora bien; en la actualidad, gracias al partido sacerdotal reinante, como no es preciso que el maestro de escuela trabaje en ese porvenir y sí que tal porvenir vaya envuelto por las sombras y el embrutecimiento y no por la inteligencia y la luz, ¿en qué direis que ocupan á ese humilde funcionario y gran magistrado, el maestro de escuela? En ayudar á decir misa, en cantar en el coro, en tocar á vísperas, en arreglar las sillas, en mudar las flores que hay ante el Sagrado Corazon, en limpiar los candeleros del altar, en quitar el polvo al tabernáculo, en plegar las capas y las casullas, en ordenar y cuidar de las ropas de la sacristía, en poner aceite á las lámparas, en sobar el asiento del confesio-

nario y en barrer la iglesia y el presbiterio; permitiéndole emplear el tiempo restante, y á condicion de no pronunciar ninguna de estas tres palabras del demonio: Pátria, República, Libertad, en enseñar el A B C á los pequeñuelos si así lo quiere.

M. Bonaparte hiere la enseñanza á la vez por arriba y por abajo: por abajo, para complacer á los curas; por arriba, para complacer á los obispos. Al mismo tiempo que procura cerrar la escuela de la aldea, mutila el Colegio de Francia; vuelca de un puntapié las cátedras de Quinet y de Michelet.

Un dia declara por un decreto sospechosas las letras griegas y latinas, y prohibe hasta donde puede á las inteligencias el estudio de los antiguos poetas y de los antiguos historiadores de Atenas y de Roma, notando en Esquilo y en Tácito un vago olor de demagogia.

Otro separa de una plumada á los médicos, por ejemplo, de la enseñanza literaria; lo que hace decir al doctor Serres: —*Estamos dispensados por un decreto de saber leer y escribir.*

Y en cuanto á impuestos! Impuestos sobre el lujo, impuestos sobre el vestuario, *nemo audeat comedere præter duo fereula cum potagio*; impuestos sobre los vivos, impuestos sobre los muertos, impuestos sobre las herencias, impuestos sobre los carruajes, impuestos sobre el papel... Bravo! grita ante este impuesto el partido de la sotana; menos libros! los impuestos sobre los perros, los collares los pagarán; los impuestos sobre los Senadores, los escudos de armas los pagarán.

Y ante todo eso, dice M. Bonaparte frotándose las manos:—Hé aquí lo que me hace ser popular.

En efecto; ¡este es el emperador socialista! gritan los adictos en los arrabales; este es el emperador católico! murmuran las beatas en la sacristía. ¡Cuán dichoso seria si pudiese pasar entre éstas por un Constantino y entre aquellos por un Babeuf!

Y las palabras de órden se repiten, la adhesion se declara, el entusiasmo crece de minuto en minuto, la Escuela Militar dibuja sus iniciales con bayonetas y con cañones de pistola, el abate Gaume y el cardenal Gousset aplauden, se corona de flores su busto en el mercado, Nanterre le dedica rosales, el órden social está salvado decididamente, la propiedad, la familia y la religion respiran y la policía le erige una estátua.

—De bronce?

—Quita! eso seria bueno para el tio.

—De mármol! *Tu es Pietri et super hanc pietram ædificabo effigiem meam.* (1)

Y lo que se ataca, lo que se persigue, lo que persiguen todos con él, lo que se hostiga encarnizadamente, lo que se quiere aplastar, quemar, suprimir, destruir, aniquilar, ¿es á ese pobre y oscuro hombre que se llama profesor de instruccion primaria? ¿es ese trozo de papel que se llama periódico? ¿es ese conjunto de hojas que se llama libro? ¿es esa máquina de hierro y madera que se llama prensa? No! eres tú, pensamiento! ¡eres tú, razon humana! ¡eres tú, siglo décimo nono! eres tú, Providencia! eres tú, Dios!

Y nosotros que los combatimos, somos "los eternos enemigos del órden„; somos, porque aun no encuentran bastante desgastada esta palabra, los demagogos.

En el lenguaje del duque de Alba, creer en la santidad de la conciencia humana, resistir á la Inquisicion, arrostrar la hoguera por la fé, desenvainar la espada por la pátria, defender su culto, su ciudad, su hogar, su casa, su Dios, se llamaba todo eso *miserias*.

En el lenguaje de Luis Bonaparte, luchar por la libertad, por la justicia, por el derecho; combatir por la causa del progreso, de la civilizacion, de la Francia, de la humanidad; querer la abolicion de la guerra y de la pena de muerte; tomar en sério la fraternidad de los hombres; creer en el juramento prestado; armarse para amparar la Constitucion de su pais y defender las leyes, se llama todo eso *demagogia*.

Es demagogo en el siglo diez y nueve lo que era miserable en el siglo diez y seis.

Admitiendo que el diccionario de la Academia ya no existe; que es de noche en pleno medio dia; que un gato no se llama gato y que Baroche no es un bribon; que la justicia es una quimera; que la historia es un sueño; que el príncipe de Orange es un miserable y que el du-

---

(1) En una correspondencia bonapartista se lee lo que sigue:

«La comision nombrada por los empleados de la inspeccion de Policía ha considerado que el bronce no era digno de reproducir la imágen del príncipe, por lo que será tallada en mármol y erigida sobre un pedestal tambien de mármol. La inscripcion siguiente será grabada con el lujo y la magnificencia que requiere tan precioso mineral:

«Recuerdo del juramento de fidelidad al príncipe-presidente, dado por los empleados de la inspeccion de Policía el 20 de Mayo de 1852, en las manos de M. Pietri, inspector general de Policía.»

»Las suscriciones de los empleados, cuyo celo sobre el particular ha sido preciso moderar, serán repartidas de este modo: jefe de division, 10 francos; jefe de negociado, 6; empleados con 1.800 francos de sueldo, 3; con 1.500, 2'50, y los de 1.200, 2. Se calcula que esta suscricion se elevará á más de 6.000 francos.»

que de Alba es un justo; que Luis Bonaparte es idéntico á Napoleon el Grande; que los que violaron la Constitucion son los salvadores y los que la defendieron son unos bandidos; en una palabra, admitiendo que ha muerto la honradez humana, habré entonces de admirar ese gobierno, decir que marcha bien, que es un modelo en su género. Verdad que comprime, reprime, oprime, aprisiona, destierra, ametralla, extermina... pero concede "¡gracias!„ manifestando su autoridad á cañonazos y su clemencia á sablazos.

Decid cuanto os plazca, repiten algunos bravos incorregibles del ex-partido del órden llenos de gozo; indignaos, reid, zaherid, menospreciad; nos es igual; ¡viva la estabilidad!; todo este conjunto constituye, despues de todo, un gobierno sólido.

Sólido! Ya hemos explicado en qué descansa tal solidez.

Sólido! Admiro tal solidez. Si llovieran periódicos en Francia solo durante dos dias, á la mañana del tercero no se sabria por dónde ha pasado M. Luis Bonaparte.

Pero no importa: ese hombre pesa sobre la época toda, desfigura el siglo diez y nueve; mas quizá habrá en este siglo dos ó tres años, sobre los cuales, y no sé por qué huella infame, se reconocerá que ha pasado Luis Bonaparte.

Y tal hombre, triste es decirlo, es en este momento la cuestion de todos los hombres.

En ciertas épocas de la historia, la humanidad en masa, desde todos los puntos de la tierra, fija los ojos en un lugar misterioso de donde se cree que vá á salir el destino del universo.

Ha habido momentos en que todo el mundo ha mirado al Vaticano, en donde Gregorio VII y Leon X tenian su cátedra. Otros en que ha contemplado el Louvre, en donde estaban Felipe Augusto, Luis IX, Francisco I, Enrique IV; otros el Escorial y el monasterio de Yuste, en donde meditaba Cárlos V; otros Windsor, en donde reinaba Isabel la Grande; otros Versalles, donde brillaba Luis XIV rodeado de astros; otros Kremlin, en donde se entreveia á Pedro el Grande; otros Potsdam, en donde Federico se encerraba con Voltaire: ¡hoy... baja la cabeza, historia; el universo mira al Elíseo!

Esa puerta bastarda, custodiada por dos garitas de terliz, al extremo del arrabal de Saint-Honoré, es lo que contempla hoy dia, con ansiedad profunda, la mirada del mundo civilizado.

Ah! ¡qué sitio es ese, de donde no ha salido una idea que no fuese un lazo, ni una accion que no fuese un crímen!

¡Qué sitio es ese, en donde se anidan todos los cinismos con todas las hipocresías!

¡Qué sitio es ese, en donde los obispos se codean con Juana Poisson en la escalera, y, como cien años há, la saludan hasta besar el suelo; en donde Samuel Bernard rie en un rincon con Laubardemont; en donde Escobar entra dando el brazo á Guzman de Alfarache; en donde, segun horribles rumores, en lo más apartado del jardin se despacha á bayonetazos (así se dice) hombres que no se quiere juzgar; en donde se oye un hombre decir á una mujer que intercede y que llora: "Yo os paso vuestros amores, pasadme á mí mis ódios!„ ¡Qué sitio es ese en donde la orgía de 1852 importuna y deshonra el luto de 1815, y en donde *Cesarote*, con los brazos cruzados ó las manos puestas atrás, se pasea bajo los mismos árboles, por las mismas alamedas á las que acude todavía la silueta indignada de César!

Ese sitio es la mancha que pesa sobre París, es la afrenta del siglo. Esa puerta por donde se escapan toda clase de ruidos alegres, de cantares, músicas, risas, choques de vasos, saludada de dia por los batallones que pasan, iluminada por la noche, y abierta de par en par con una confianza insolente, es una especie de injuria pública á todas horas presente; allí está el centro de la vergüenza del mundo.

Ah! En qué sueña la Francia? Es preciso despertar á esa nacion, cogerla del brazo, sacudirla y hablarla: es preciso recorrer los campos, entrar en las ciudades, entrar en los cuarteles, y hablar al soldado que no sabe lo que ha hecho, y al labrador que tiene una estampa del emperador en su choza, y que vota todo cuanto se quiere á causa de esto; es preciso quitarles el radiante fantasma que se levanta ante sus ojos.

La situacion actual no es otra cosa toda ella que un inmenso y fatal *quid pro quo*. Urge, pues, aclarar ese *quid pro quo*, examinarlo hasta el fondo, desengañar al pueblo, y sobre todo al pueblo de los campos; removerlo, agitarlo, conmoverlo; enseñarle las casas vacías y las fosas abiertas, haciéndole tocar con el dedo el horror de semejante régimen.

Y el pueblo, que es bueno y honrado, lo comprenderá.

¡Sí, paisanos, son dos; el grande y el pequeño, el ilustre y el infame, Napoleon y Naboleon!

Resumamos ese gobierno.

¿Quién está en el Elíseo y en las Tullerías? El crímen. ¿Quién reside en Luxemburgo? La bajeza. ¿Quién se sienta en el palacio Borbon? La imbecilidad. Quién brilla en el palacio de Orsay? La corrupcion. ¿Quién vive en el palacio de Justicia? La prevaricacion.

¿Y quién está en las cárceles, en los castillos, en los calabozos, en las casamatas, en los pontones, en Lambesa, en Cayena y en el destierro? La ley, el honor, la inteligencia, la libertad, el derecho.

Proscriptos: de qué os quejais? Os ha tocado la mejor parte.

LIBRO TERCERO

El crímen.

Este gobierno, gobierno horrible, hipócrita y estúpido; gobierno que hace vacilar entre estallar en risas ó prorumpir en sollozos; esa Constitucion, horca de donde penden nuestras libertades; ese grande y ese pequeño sufragio universal, el primero nombrando presidente, el segundo nombrando legisladores; el pequeño diciendo al grande: *Monseñor, recibid estos millones*, y el grande diciendo al pequeño: *recibid la seguridad de mis sentimientos*; ese Senado, ese Consejo de Estado, todo eso, en fin, ¿de dónde ha salido? Dios santo! ¿Habremos llegado al extremo de que sea preciso recordarlo?

De dónde ha salido tal gobierno? ¡Miradlo! todavía corre! todavía humea!... Ha nacido de un mar de sangre!

Es verdad que las víctimas ya están lejos; pero los muertos, muertos son!

Ah! Horripila solo el pensarlo, cuanto más decirlo: ¿es que ya no se piensa en nada?

¿Es que porque se bebe y se come; porque se vé lucir á la carroza; porque el obrero tiene trabajo en el bosque de Boloña; porque el albañil gana cuarenta sueldos en el Louvre; porque el banquero ha obtenido beneficios sobre el papel moneda de Viena ó sobre las obligaciones de Hope y Compañía; porque los títulos de nobleza han vuelto á restablecerse; porque se puede llamar señor al conde y señora á la duquesa; porque las procesiones salen en la fiesta del *Corpus;* porque se divierte, porque se rie, y porque las paredes de París están cubiertas de anuncios sobre fiestas y espectáculos, hemos de olvidar que bajo todo eso hay montones de cadáveres?

¿Es que porque se ha estado en el baile de la Escuela Militar, y se ha vuelto á casa con los ojos deslumbrados, la cabeza fatigada, el vestido ajado, el ramo marchito y se ha acostado en la cama soñando con algun apuesto oficial, ya hemos de olvidar que hay allí, bajo la yerba, en un foso oscuro, en una excavacion profunda, bajo la sombra pavorosa de la muerte, en inmóvil confusion y con rigidez horrible y fria, multitud de séres humanos, ya desfigurados é informes, que los gusanos devoran, que la disgregacion consume, que empiezan á confundirse con la tierra, que existian, que trabajaban, que pensaban, que amaban, y que teniendo derecho á la vida han sido asesinados?

Ah! ¡Si sobre eso ya no se piensa, recordémoslo á los que lo olvidan! ¡Despertaos, vosotros los que dormís! ¡Aquellas víctimas, los asesinados cobardemente, van á desfilar á vuestros ojos.

EXTRACTO DE UN LIBRO INÉDITO

titulado

EL CRÍMEN DEL 2 DE DICIEMBRE [1]

por Victor Hugo.

JORNADA DEL 4 DE DICIEMBRE.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

ACORRALAMIENTO DEL GOLPE DE ESTADO.

I.

"La resistencia habia tomado proporciones colosales.

„El combate comenzó amenazador, aunque más bien que un combate era

(1) Este libro se publicará dentro de poco y comprenderá la narracion completa del infame acontecimiento de 1851. Una gran parte de este libro está ya escrita, y el autor recoge datos en este momento para su terminacion, creyendo oportuno entrar ahora en algunos detalles con respecto á este trabajo, que se ha impuesto como un deber.

El autor, al escribir dicha narracion, que es la austera ocupacion de su destierro, tiene presente ante la conciencia la grave responsabilidad del historiador, y no deja de comprender que en el momento de su aparicion se levantarán numerosas y violentas reclamaciones (que él atenderá), porque es difícil meter impunemente el dedo en la llaga de un crímen contemporáneo, y mucho más cuando ese crímen está constituido en estos momentos en poder.

una batalla que se empeñaba por todas partes. En el Elíseo y en los ministerios solo se veian rostros pálidos; habian deseado barricadas y ya las tenian.

„Todo el centro de Paris estaba cubierto de reductos improvisados; los barrios atestados de barricadas, formando una especie de inmenso trapecio comprendido entre los Mercados y la calle de Rambuteau por una parte y los boulevares por otra, limitándose al Este por la calle del Temple y al Oeste por la de Montmartre.

„Esta vasta red de calles, cortada en todos sentidos por reductos y atrincheramientos, tomaba de hora en hora aspecto más terrible, presentándose como una especie de fortaleza.

„Los combatientes de las barricadas pusieron sus guardias especiales hasta en los muelles. Fuera del trapecio que acabamos de indicar, las barricadas llegaban, segun hemos dicho, hasta el arrabal de San Martin y hasta los alrededores del canal.

„El barrio de las Escuelas, adonde el comité de resistencia habia enviado al representante de Flotte, estaba más sublevado que hasta entonces; el distrito ardia en entusiasmo; en Batignolles no cesaba el toque de llamada; Madier de Montjau agitaba á Belleville, y se construian tres enormes barricadas en la Chapelle-Saint-Denis.

„En los comercios de las calles los ciudadanos facilitaban fusiles al pueblo y las mujeres hacian hilas.

„—Esto marcha! Paris está tomado! nos gritaba B... lleno de entusiasmo, al entrar en el salon del comité de resistencia. (1) A cada momento recibíamos noticias de todos los barrios cuyos comités se habian puesto en comunicacion con nosotros.

„Los miembros del comité deliberaban y expedian las órdenes é instrucciones relativas al combate general. La victoria parecia segura. Hubo un momento de alegría y entusiasmo, en que se abrazaron los que todavía luchaban entre la vida y la muerte.

„—¡Ahora, gritaba Julio Favre en el colmo de la alegría, que se nos mande un regimiento ó que se nos lance una legion; de todos modos Luis Bonaparte está ya perdido.

De todos modos, cualesquiera que sean tales reclamaciones, más ó menos interesadas, y á fin de que se pueda juzgar desde luego su valor, el autor cree de su deber explicar aquí de qué modo y con qué escrupuloso cuidado por decir la verdad ha escrito esta historia, ó mejor dicho, ha incoado el proceso verbal del referido crímen.

La narracion del 2 de Diciembre contendrá, además de los hechos generales que nadie ignora, numerosísimos hechos desconocidos, que el público conocerá por primera vez. La mayoría de estos hechos los ha presenciado el autor, pudiendo decir de ellos *quæque ipse vidit et quorum pars fui.*

Los miembros de la izquierda republicana, cuya conducta ha sido tan intrépida, han visto como él los referidos hechos, y no le faltarán sus testimonios para apoyarlos.

Por lo demás, el autor ha procedido á una verdadera informacion judiciaria, constituyéndose, por decirlo así, en juez de instruccion de la historia. Cada actor del drama, cada combatiente, cada víctima, cada testigo, ha sido llamado á declarar ante él; habiendo, para todos los casos dudosos, no solo confrontado las relaciones, sino hasta las personas cuando ha sido necesario.

En general, los historiadores hablan de los hechos ya muertos; llaman á las tumbas con la autoridad de jueces, hacen levantar á los cadáveres y les interrogan. Víctor Hugo habla de los hechos que aun viven.

Todos los hechos del 2 de Diciembre guardan la misma forma con que pasaron ante sus ojos; todos los ha examinado y pesado; ninguno escapó á sus investigaciones. La historia podrá completar su narracion, pero no desautorizarla.

Los magistrados han faltado al deber, pero él ha llenado su cometido.

Cuando los testimonios directos y de viva voz le han hecho dudar, ha enviado á los sitios, teatro de algunos sucesos, lo que con propiedad pudiéramos llamar comisiones rogatorias. Podria citar hechos, para cuyo conocimiento ha tenido que dirigir verdaderos interrogatorios, que han sido contestados minuciosamente.

He sometido, de este modo, el 2 de Diciembre á un largo y severo interrogatorio y llevado la antorcha luminosa tan lejos, tan adelante como ha podido; teniendo en su poder, gracias á sus útiles pesquisas, cerca de doscientos legajos para componer el indicado libro.

No hay un hecho en la narracion al pié del cual, y cuando la obra se haya publicado, el autor no pueda poner un nombre.

Pero se comprenderá que se abstenga de ello, como tambien que sustituya algunas veces los nombres propios y ciertas indicaciones de lugar, por designaciones tan poco transparentes como le sea posible, atendiendo á proscripciones pendientes y á su repugnancia de facilitar una lista suplementaria á M. Bonaparte.

En verdad, tanto en la narracion del 2 de Diciembre como en el libro que publica en este momento, el autor no es «imparcial», como se tiene la costumbre de decir cuando se quiere ensalzar á un historiador. La imparcialidad! ¡Extraña virtud que Tácito no tuvo!

¡Oprobio al que permaneciere imparcial ante las llagas sangrientas de la libertad!

En presencia de lo ocurrido en Diciembre de 1851, el autor siente sublevarse su naturaleza y no se avergüenza de tal defecto, como puede verlo el que lea el libro; pero en él la pasion por la verdad iguala á la pasion por el derecho; el hombre indignado no miente.

La historia del 2 de Diciembre estará escrita, como lo declara el autor al citar algunas de sus páginas y como se echará de ver, dentro de las condiciones de la realidad más absoluta.

Hemos juzgado conveniente separar y publicar aquí mismo un capítulo (*a*) que, á nuestro entender, producirá viva impresion, pues arroja nueva luz sobre el «éxito» obtenido por M. Bonaparte.

Gracias á las reticencias de los historiógrafos oficiales del 2 de Diciembre, no se sabe hasta qué punto el golpe de Estado corrió peligro de ser frustrado, como tambien se ignora el hecho por cuyo medio se salvó.

Pongamos este hecho especial ante los ojos del lector.

(1) Un comité de resistencia, encargado de centralizar la accion y de dirigir el combate, habia sido nombrado en la noche del 2 de Diciembre por los miembros de la izquierda, reunidos en asamblea en casa del representante Lafon, en el muelle de Jemmapes, núm. 2. Tal comité, que tuvo que cambiar de asilo veintisiete veces en cuatro dias, y que á pesar de todo se mantenia permanente dia y noche y no cesaba de obrar durante las diversas crísis del golpe de Estado, estaba compuesto por Carnot, de Flotte, Julio Favre, Madier de Montjau, Michel de Bourges, Schalcher y Víctor Hugo.

(*a*) El autor ha querido reservar únicamente para el libro NAPOLEON EL PEQUEÑO este capítulo por ser parte integrante de él; dejando para la HISTORIA DE UN CRIMEN la relacion de la jornada del 4 de Diciembre, con nuevos hechos y bajo otro punto de vista.

„—Mañana, gritaba de igual manera Michel de Bourges, ya brillará la República en las Casas Consistoriales.

„Todo era efervescencia y entusiasmo.

„En los barrios más pacíficos se rasgaban los edictos y se denostaban las órdenes.

„En la calle de Beaubourg, mientras los hombres levantaban una barricada, gritaban las mujeres asomadas á las ventanas:—Valor! adelante!

„La agitacion corrió hasta el barrio de Saint-Germain.

„En el palacio de la calle de Jerusalem, centro de la gran telaraña que la policía extiende sobre Paris, todo temblaba; la ansiedad era profunda; se entreveia que iba á vencer la República.

„En los corredores, en las oficinas, en los pasillos, los escribientes y alguaciles comenzaban á hablar con compasion de Causidière.

„A creer en lo que se decia, el prefecto Maupas, tan ardiente el dia anterior y tan odiosamente lanzado hácia adelante, comenzaba á retroceder y desmayar. Parecia prestar oidos con terror á ese ruido de la marea creciente que forma la insurreccion (la santa y legítima insurreccion del derecho), y vacilando balbuceaba órdenes que espiraban en sus labios.

„—*Ese hombrecillo tiene ya diarrea*, decia el antiguo prefecto Carlier, separándose de él. ¡Con tal azoramiento, Maupas se dirigia á Morny! El telégrafo eléctrico mantenia contínua conferencia entre la inspeccion de Policía y el ministerio de lo Interior y entre el ministerio de lo Interior y la inspeccion de Policía. Todas las noticias más alarmantes, todos los signos de pánico y terror, caian de golpe del prefecto al ministro.

„Morny, menos asustado y hombre de espíritu al menos, recibia todas esas sacudidas en su gabinete.

„Se cuenta que á la primera que recibió, dijo:—Maupas está enfermo; y al hacerle el prefecto esta pregunta:

„—Qué haré?

„Contestó por telégrafo:

„—Acostaos!

„Repetida la misma pregunta por segunda vez, volvió á contestarle:

„—Acostaos!

„Pero á la tercera, ya falto de paciencia, le contestó:

„—Acostaos y no me molesteis!

„El celo de los agentes entibiábase con rapidez y comenzaban á volver la casaca. Un hombre intrépido, enviado por el comité de resistencia para sublevar el arrabal de Saint-Marceau, fué detenido en la calle de Fossés-Saint-Victor y llevaba llenos los bolsillos de proclamas y decretos de la izquierda. Condújosele á la prefectura de Policía, donde creia ser fusilado. Cuando la escolta que le conducia pasaba por delante de la Marque, estallaron varios tiros de fusil en la Cité; el alguacil que conducia la escolta dijo á los soldados:—Volved á vuestro puesto; yo me encargo del prisionero. Cuando los soldados se alejaron, cortó las cuerdas que ataban las muñecas del prisionero y le dijo:—Marchaos; os salvo la vida; no olvideis que os pongo en libertad, y fijaos en mí para reconocerme.

„Los principales cómplices militares estaban reunidos en consejo; se agitaba la cuestion de si seria conveniente que Luis Bonaparte abandonase inmediatamente el arrabal de Saint-Honoré y se trasladase, ya á los Inválidos ó ya al palacio de Luxemburgo, ambos puntos estratégicos y más fáciles de defender de un golpe de mano que el Elíseo. De entre ellos, unos opinaban por los Inválidos, otros por el Luxemburgo, estallando con este motivo un altercado entre dos generales.

„En aquel momento mismo, el antiguo rey de Westfalia, Jerónimo Bonaparte, viendo que el golpe de Estado vacilaba y temiendo consecuencias ulteriores, escribió á su sobrino la siguiente y significativa carta:

"Mi querido sobrino:

„Sangre francesa ha corrido; procura „que no se derrame con efusion por un „sério llamamiento al pueblo. Tus senti„mientos son mal comprendidos. La se„gunda proclama, en la cual hablas del „plebiscito, el pueblo la ha recibido mal; „no la considera como el restablecimien„to del derecho de sufragio. La libertad „queda sin garantía, si una Asamblea no „contribuye á la constitucion de la Re„pública. El ejército es muy altanero. „Este es el momento de completar la „victoria material con una victoria mo„ral, y lo que un gobierno no puede ha„cer cuando se encuentra batido, debe „hacerlo cuando se vé victorioso. Des„pues de haber destruido los viejos „partidos, debe dedicarse á la restau„racion del pueblo; proclama que el „sufragio universal, sincero y estableci„do en armonía con la más completa „libertad, nombre al presidente y á la

„Asamblea constituyente para salvar y „restaurar la República.

„En nombre de la memoria de mi „hermano y participando de su horror „á la guerra civil te escribo; sigue los „consejos de mi experiencia y piensa que „la Francia, la Europa y la posteridad „juzgarán tu conducta.

„Tu tio, que te quiere de veras,

„JERÓNIMO BONAPARTE.„

„En la plaza de la Magdalena encontráronse los representantes Fabvier y Crestin, y dirigiéronse el uno hácia el otro.

El general Fabvier hacia notar á su colega cuatro piezas de artillería montada que, volviendo grupas, abandonaban el boulevard y tomaban al galope el camino del Elíseo.

„—¿Estará ya el Elíseo á la defensiva? preguntó el general.

„Y Crestin, indicándole á la otra parte de la plaza de la Revolucion la fachada del palacio de la Asamblea, respondió:

„—General, mañana estaremos allí.

„Desde lo alto de algunos caserones se veia el patio de las caballerizas del Elíseo, y en él estaban parados desde por la mañana tres coches de viaje enganchados, con los postillones en las sillas y dispuestos á partir.

„En efecto, el impulso estaba dado; el ódio y la cólera eran universales; el golpe de Estado perdido; una sacudida más y Luis Bonaparte se derrumba: si la jornada acabara como habia empezado, todo estaba terminado. El golpe de Estado llegaba á la desesperacion, la hora de las supremas resoluciones iba á sonar.

„¿Qué haria ante su catástrofe el perjuro? Preciso le era herir con un gran golpe, un golpe inesperado, un golpe horrible.

„Su situacion se reducia, ó á perecer ó á salvarse huyendo vergonzosamente.

„Luis Bonaparte no habia abandonado el Elíseo. Estaba en un gabinete de la planta baja contiguo al espléndido salon dorado donde, niño aun, en 1815, habia asistido á la segunda abdicacion de Napoleon I.

„Encontrábase solo. Habia dado órdenes para que nadie pudiese llegar hasta él.

„De vez en cuando la puerta se entreabria, dando paso á la cabeza entrecana del general Roquet, su ayudante de campo. Solo al general Roquet le era permitido abrir aquella puerta y entrar.

„El general dábale noticias cada vez más alarmantes, y terminando con frecuencia de este modo:—"¡Esto no marcha!„ Y otras veces:—"Esto vá mal!„

„Cuando el general terminaba, Luis Bonaparte, con el codo sobre una mesa, sentado, los piés en los morrillos de la chimenea y ante un buen fuego, volvia á medias la cabeza sobre el respaldo del sillon, y con la inflexion de voz más flemática, sin emocion aparente, respondia invariablemente estas cuatro palabras: —"Que ejecuten mis órdenes„.

„La última vez que el general entró de tal modo con malas noticias, era cerca de la una (él mismo ha dado estos detalles en honor de la impasibilidad de su señor); informó al príncipe de que las barricadas levantadas en las calles del centro tenian ventaja y se multiplicaban; que en los boulevares se gritaba: "Abajo el dictador!„ (No osó decir: ("Abajo Soulouque!„) Que los silbidos estallaban cuando pasaban las tropas; que delante de la galería de Jouffroy, un ayudante mayor habia sido perseguido por la muchedumbre, y que en la esquina del café Cardinal, un capitan de Estado Mayor habia sido precipitado de su caballo.

„Luis Bonaparte, irguiéndose en el sillon, dijo con calma, mirando fijamente al general:—"Está bien. Que Saint-Arnaud ejecute mis órdenes.„

„Qué órdenes eran estas?

„Vamos á verlo.

„Al llegar aquí nos sobrecogemos y el narrador toma la pluma con vacilacion y angustia.

„Vamos á abordar la abominable peripecia de la lúgubre jornada del 4; el hecho monstruoso de donde salió manando sangre el éxito del golpe de Estado.

„Vamos á levantar el velo de la más siniestra de las premeditaciones de Luis Bonaparte. Vamos á revelar lo que todos los historiógrafos del 2 de Diciembre han ocultado; lo que el general Magnan ha cuidadosamente omitido en su Memoria; lo que en Paris mismo, donde tuvieron lugar los sucesos, apenas se murmuraba al oido. Entremos en lo horrible.

„El 2 de Diciembre es un crímen que envuelve la oscuridad; un ataud cerrado y mudo, de cuyas hendiduras salen arroyos de sangre.

„Vamos á entreabrir ese ataud.

XX.

„Desde la mañana (insistamos en este punto, porque aquí la premeditacion es incontestable); desde la mañana, decimos, habíanse fijado edictos extraordinarios en todas las esquinas; los edictos que ya hemos transcrito.

„Desde hace sesenta años, en que el cañon de las revoluciones retumba en ciertos dias en Paris, y en que algunas veces, aumentado por el poder, se vé en la necesidad de recurrir á resoluciones desesperadas, no se habia visto todavía cosa parecida.

„Tales edictos anunciaban á los ciudadanos que todos los grupos, cualesquiera que fuese su naturaleza, serian dispersados por la fuerza, *sin intimacion*.

„En Paris, ciudad central de la civilizacion, se creyó con dificultad que un hombre llevase su crímen á tal extremo, y no se habia visto en tales edictos más que un procedimiento de intimidacion odioso, salvaje y hasta ridículo.

„Pero se engañaba. Dichos edictos contenian en gérmen el plan premeditado de Luis Bonaparte, el plan que iba á realizar.

„Digamos una palabra sobre lo que vá á ser el teatro del acto inaudito preparado y perpetrado por el héroe de Diciembre.

„De la Magdalena al arrabal Poissonnière, el boulevard estaba libre, y desde el teatro del Gimnasio hasta el teatro de la puerta de San Martin estaba todo lleno de barricadas, como tambien la calle de Bondy, Meslay, de la Luna y cuantas finalizaban ó desembocaban en las puertas de San Dionisio y de San Martin. Más allá de la puerta de San Martin, el boulevard volvia á quedar libre hasta la Bastilla y cerca de una barricada medio construida en lo alto del Château-d'Eau. Entre las dos puertas de San Dionisio y San Martin, siete ú ocho reductos cortaban la calzada de trecho en trecho. Un cuadrado formado por cuatro barricadas encerraba la puerta de San Dionisio. Una de estas cuatro barricadas, la que miraba á la Magdalena y la que debia recibir el primer choque de las tropas, estaba levantada en el punto más elevado del boulevard, apoyada por la izquierda en el ángulo de la calle de la Luna y por la derecha en la calle Mazagran. Cuatro ómnibus, cinco coches de trasladar muebles, la casilla del inspector de los coches de alquiler destrozada, las columnas vespasianas demolidas, los bancos del boulevard, las losas de la escalera de la calle de la Luna y la barandilla de hierro de la acera, arrancada por completo y de un solo golpe por la formidable mano de la muchedumbre, componian todo el amontonamiento, suficiente apenas para cerrar el paso del boulevard, muy ancho en aquel sitio. Adoquines no habia por la índole especial del empedrado. Así, pues, la barricada no alcanzaba de una á otra parte del boulevard y dejaba libre un gran espacio al otro lado de la calle de Mazagran.

„Habia en este mismo sitio una casa en construccion, y viendo un jóven bien vestido el vacío que dejaba la barricada, subió á los andamios y solo, sin apresurarse ni quitarse el cigarro de la boca, comenzó á cortar las cuerdas, siendo con este motivo calurosamente aplaudido por los que ocupaban las ventanas próximas. Un momento despues, y todo en una pieza, vino con gran extrépito el andamiaje al suelo, y este armatoste acabó de completar la barricada.

„Mientras se terminaba este reducto, unos veinte hombres entraban en el Gimnasio por la puerta de los actores, saliendo algunos instantes despues con varios fusiles y un tambor, encontrados en el almacen de los utensilios y que formaban parte de lo que en lenguaje de los teatros se llama "los accesorios„. Uno de aquellos cogió el tambor y se puso á tocar llamada; otros, con columnas derribadas, coches echados de lado, persianas y puertas de ventanas arrancadas de sus goznes y viejos bastidores del teatro, construyeron en lo alto de la punta Bonne-Nouvelle una pequeña barricada como punto de avanzada, ó mejor dicho, una atalaya, de donde se vigilaban los boulevares Poissonnière y Montmartre y la calle Hauteville.

„Las tropas habian evacuado desde la mañana el cuerpo de guardia, cuya bandera tomaron los sublevados, enarbolándola sobre la barricada. Esta bandera es la que despues ha sido llamada por los periódicos del golpe de Estado la "bandera roja„.

„Una quincena de hombres se instaló en aquel punto avanzado; pero si tenian fusiles, no tenian cartuchos ó tenian muy pocos. Detrás de ellos se levantaba la gigante barricada que cubria la puerta de San Dionisio, ocupada por un centenar de hombres, entre los cuales se veian dos mujeres y un anciano de cabellos

blancos, que se apoyaba con la mano izquierda en un baston y empuñaba con la derecha un fusil. De las dos mujeres, una llevaba un sable con bandolera; ésta misma, ayudando á arrancar la barandilla de que hemos hablado, se habia cortado tres dedos de la mano con la arista de uno de los barrotes de hierro, y la enseñaba á la muchedumbre, gritando:—Viva la República!

„La otra mujer, puesta en lo alto de la barricada, apoyada en el asta de la bandera, escoltada por dos hombres atrincherados, armados con fusiles y presentando las armas, leia en alta voz el llamamiento á las armas hecho por los representantes de la izquierda; el pueblo batia las manos en señal de aplauso.

„Todo esto ocurria entre las doce y la una.

„Inmensa muchedumbre se agitaba en las barricadas y cubria las aceras de los dos lados del boulevard, silenciosa unas veces y otras gritando:—"¡Abajo Soulouque! Abajo el traidor!„

„A intervalos esa multitud transportaba lúgubres convois; eran largas filas de camillas cerradas, que llevaban en hombros enfermeros y soldados. A la cabeza iban algunos hombres con largos bastones, de los cuales pendian cartelones con esta inscripcion: *Servicio de los hospitales militares.* En las cortinas de las camillas se leia: *Heridos. Hospital militar ambulante.* El tiempo estaba sombrío y lluvioso.

„En aquel momento habia gran animacion en la Bolsa; acababan de colocarse sobre las paredes de los alrededores numerosos despachos telegráficos anunciando las adhesiones de los departamentos al golpe de Estado.

„Los agentes de la Bolsa todos jugaban al alza, riéndose y encogiéndose de hombros ante semejantes anuncios.

„De repente un gran especulador, muy conocido y gran partidario del golpe de Estado desde hacia dos dias, se presentó pálido y jadeante como el que huye, diciendo:—¡Están ametrallando los boulevares!

„Hé aquí lo que pasaba.

III.

„Poco despues de una hora, y un cuarto de hora despues de la última órden dada por Luis Bonaparte al general Roquet, cubrieron los boulevares súbitamente la caballería y la infantería en toda su extension.

„La division mandada por Carrelet, casi entera, compuesta de las cinco brigadas de Cotte, Bourgon, Canrobert, Dulac y Reybell, y presentando un efectivo de diez y seis mil cuatrocientos diez hombres, habia ocupado, escalonándose, desde la calle de la Paz hasta el arrabal Poisonnière.

„Cada brigada tenia su batería. Solo en el boulevard Poisonnière se contaban once piezas de artillería. Dos de dichos cañones habian sido asestados en sentido opuesto, el uno á la entrada de la calle de Montmartre, el otro á la entrada del arrabal de Montmartre, sin que se pudiera adivinar el por qué de tal disposicion, pues dicha calle y arrabal no ofrecian la apariencia de una barricada.

„Los curiosos, agrupados en las aceras y en las ventanas, observaban con estupor aquel aparato de baterías, sables y bayonetas.

"Las tropas reian y hablaban„, dice un testigo. Otro testigo dice: "Los soldados mostraban aspecto muy extraño. La mayor parte de ellos se apoyaban en sus fusiles, puestas las culatas en el suelo, manifestando cierta vacilacion, debida al cansancio ú á otra cosa. Uno de esos viejos oficiales que tienen el hábito de leer el fondo de los soldados con una sola mirada, el general L..., dijo al pasar por delante del café Frascati:—Están borrachos.„

„Habia síntomas alarmantes.

„En un momento que la multitud gritó á la tropa:—Viva la República! abajo Luis Bonaparte! se oyó decir á media voz á un oficial:—*Esto vá á trocarse en una carnicería.*

„Un batallon de infantería desemboca por la calle de Richelieu, siendo acogido al pasar por delante del café Cardinal con un grito de ¡Viva la República! á cuyo grito añadió este otro un escritor que se encontraba allí, redactor de un periódico conservador:—*¡Abajo Soulouque!* El escritor, visto por un oficial de Estado Mayor, que conducia el destacamento, fué arremetido por éste, que le asestó un sablazo, y que, esquivado por aquel, cortó en dos mitades uno de los pequeños árboles del boulevard.

„Cuando el 1.° de lanceros, mandado por el coronel Rochefort, llegó á lo alto de la calle Taitbout, grupo numeroso cubria el asfalto del boulevard. Eran habitantes del barrio, negociantes, artistas, periodistas, y algunas mujeres llevando de la mano á sus hijos pequeños.

„Al paso del regimiento, hombres y mujeres gritaron á un mismo tiempo:—Viva la Constitucion! Viva la ley! ¡Viva la República!

„El coronel Rochefort, el mismo que habia presidido el banquete dado por el 1.° de lanceros al 7.°, y el que en este mismo banquete pronunció este brindis: "Al príncipe Napoleon, al jefe del Estado, personificacion del órden, cuyos defensores somos nosotros„; ese coronel, pues, al grito legal dado por la muchedumbre, lanza su caballo en medio del grupo por encima de los asientos de la acera; los lanceros se precipitan tras él, y hombres, mujeres y niños fueron cazados á sablazos.

"La mayoría de ellos quedó en el sitio„, dice un apologista del golpe de Estado, el mismo que luego añade: "Todo fué cosa de un momento.„ (1)

Hácia las dos de la tarde se asestaron dos obuses á la extremidad del boulevard Poissonnière, á ciento cincuenta pasos de la pequeña barricada que servia de atalaya en la punta Bonne-Nouvelle. Al poner estas piezas en batería, los soldados que las montaban, poco acostumbrados á las falsas maniobras, rompieron la lanza de uno de los carros, lo que hizo decir á un hombre del pueblo:—*Ya veis claramente que están borrachos.*

„A las dos y media (porque es preciso seguir minuto por minuto y paso á paso este drama odioso), se rompió el fuego contra la barricada, aunque muy poco nutrido y como por distraccion. Parecia que los jefes militares tenian puesta su idea en otra cosa más que en el combate.

„Y, en efecto, vamos á saber lo que proyectaban.

„Se hizo el primer disparo de cañon, pero con tan mala puntería, que pasó el proyectil por encima de las barricadas, yendo á caer en Chateau-d'Eau, y matando á un muchacho que allí se encontraba llenando de agua una palangana.

„Al oir el cañonazo se cerraron de pronto las puertas de las tiendas y todas las ventanas. Una, sin embargo, habia permanecido abierta en un piso superior de la casa que forma ángulo con la calle del Sentier. Los curiosos continuaron afluyendo, principalmente en la acera meridional. Era muchedumbre tal afluencia y nada más; hombres, mujeres, niños y ancianos, los que, al ver la barricada, poco atacada y poco defendida, creyeron que todo aquello era un juego; esto es, un combate sin consecuencias.

„Dicha barricada era un espectáculo, mientras que esperaban la ocasion de que fuese un pretexto.

IV.

„Haria un cuarto de hora á lo más que la tropa y la barricada se tiroteaban, sin que hubiese herido alguno por ambas partes, cuando de repente, y como resultado de una conmocion eléctrica, verificóse un movimiento extraordinario y terrible en la infantería primero y despues en la caballería. La tropa cambió súbitamente de frente.

„Los historiógrafos del golpe de Estado han dicho que dispararon un tiro contra los soldados desde la ventana que habia permanecido abierta en la esquina de la calle del Sentier.

„Han dicho otros que el disparo partió de la casa que forma ángulo con la calle de Nuestra Señora del Recobro y la de Poissonnière.

„Segun otros, el tiro fué un pistoletazo, que debió salir del tejado de la elevada casa que forma la esquina de la de Mazagran.

„El hecho es dudoso; pero lo que no tiene duda es que, á causa de ese problemático pistoletazo, que quizá no fuera otra cosa sino el ruido que produjo la puerta al cerrarse con extrépito, fué fusilado un dentista que habitaba la casa vecina.

„Y en resúmen; ¿fué un tiro de pistola ó un tiro de fusil lo que se oyó desde las casas del boulevard? ¿Es cierto ó es falso el hecho? Infinidad de testigos lo niegan.

„Aunque el hecho sea cierto, réstanos aclarar la cuestion siguiente: ¿Fué el disparo una causa ó una señal?

„Sea de ello lo que fuere, el caso es que de pronto, como acabamos de decir, la caballería, la infantería y la artillería hicieron frente á la muchedumbre apiñada en las aceras; y sin que se pudiese saber por qué, bruscamente, sin motivo, "sin intimacion„, como lo habian declarado los infames edictos de la mañana, comenzó desde el Gimnasio hasta los Baños chinos, es decir, en toda la longitud del boulevard, una matanza horrible.

„El ejército fusilaba al pueblo á boca de jarro.

„Fué este un momento siniestro é in-

(1) El capitan Mauduit, *Revolucion militar del 2 de Diciembre*, pág. 217.

explicable. Los gritos, los brazos elevados al cielo, la sorpresa, el espanto, la muchedumbre huyendo en todas direcciones, la granizada de balas que llovia y que llegaba desde la calle á los tejados; numerosos muertos cubriendo la calzada en un minuto, jóvenes cayendo heridos con el cigarro en la boca, mujeres con vestidos de terciopelo, asesinadas bárbaramente por los fusiles vizcainos; dos libreros arcabuceados en el umbral de sus puertas sin que supieran por qué; disparos hechos á los tragaluces de los subterráneos para matar á quien allí estuviere; el Bazar acribillado de balas rasas y de granadas; el palacio Sallandrouze bombardeado; la Maison d'Or ametrallada; Tortoni tomado por asalto; centenares de cadáveres tendidos en el boulevard; un arroyo de sangre en la calle de Richelieu...

„Séale permitido una vez más al narrador interrumpirse.

„En presencia de estos hechos incalificables, yo, que escribo estas líneas, lo declaro: soy un escribano que registra el crímen y apelo de la causa, y aquí terminan mis funciones.

„Cito á Luis Bonaparte, á Saint-Arnaud, á Maupas, Morny, Magnan, Carrelet, Canrobert, Reybell, sus cómplices; cito tambien á aquellos cuyos nombres ya encontraremos; cito á los verdugos, á los asesinos, á los testigos, á las víctimas, á los cañones aun calientes, á los sables humeantes aun de sangre, á la embriaguez de los soldados, al luto de las familias, á los moribundos, á los muertos, al horror, á la sangre y á las lágrimas, en fin, ante el tribunal del mundo civilizado.

„Como el narrador difícilmente será creido en esta ocasion, concedemos la palabra á los hechos vivientes, á los hechos sangrientos.

„Oigamos los testigos.

V.

„No publicaremos el nombre de los testigos, ya hemos dicho el por qué; pero de todos modos reconocerá el lector el acento sincero y penetrante de la realidad.

„Dice un testigo:

„...Aun no habia dado yo tres pasos por la acera, cuando la tropa que desfilaba se paró de repente, dió una vuelta, poniéndose de cara al Mediodía, apuntó las armas é hizo fuego sobre la muchedumbre atónita; todo esto fué obra de un instante.

„El fuego continuó sin interrupcion durante veinte minutos, dominado de vez en cuando por algunos disparos de cañon.

„A la primera descarga me arrojé al suelo y me arrastré como un reptil por la acera hasta la primera puerta entreabierta que pude encontrar.

„Era ésta la de la tienda de un comerciante en vinos, situada en el número 180, al otro lado del bazar de la Industria. Fuí el último en entrar.

„Las descargas continuaban sin cesar.

„Habia en esta tienda cerca de cincuenta personas; entre ellas cinco ó seis mujeres y dos ó tres niños. Habia allí tres heridos; dos de éstos murieron al cabo de un cuarto de hora entre horribles sufrimientos; el tercero aun vivia á las cuatro, hora en que salí de la tienda; pero segun luego he sabido, murió más tarde.

„Para dar una idea del público contra quien habia disparado la tropa, nada puedo hacer mejor que citar algunos ejemplos de las personas en dicha tienda reunidas.

„Habia algunas mujeres, dos de las cuales venian de comprar en el barrio las provisiones para su comida; un muchacho, pasante de notario, enviado por su amo á unas diligencias; dos ó tres corredores de la Bolsa; dos ó tres propietarios y algunos obreros, muy pocos ó ninguno, vestidos de blusa. Uno de los desgraciados que se refugiaron en esta tienda me produjo viva impresion. Era un hombre como de unos treinta años, rubio, vestido con un paletó gris; se dirigia con su mujer al arrabal de Montmartre para comer con su familia, cuando fué detenido en el boulevard por la columna de tropa que pasaba.

„En el primer momento y desde la primera descarga cayeron él y su mujer; cuando él se levantó, fué arrastrado por la multitud hácia la tienda, en donde entró; pero al encontrarse sin su mujer, fué tal su desesperacion, que es imposible pintarla. A pesar de nuestras observaciones, queria que á la fuerza se le abriera la puerta para correr en busca de su mujer en medio de la metralla que barria las calles. Sufrimos lo indecible para poderle detener durante una hora. A la mañana siguiente supe que habian matado á su mujer y que recogieron el cadáver en el barrio Bergére. Quince dias despues supe tambien que aquel desgraciado marido fué detenido y transportado á Brest, con destino á Ca-

yena, por haber amenazado á Luis Bonaparte con hacerle sufrir la pena del talion.

„Casi todos los ciudadanos reunidos en la tienda del negociante en vinos pertenecian á las ideas monárquicas; solo encontré entre ellos á un antiguo redactor de *La Reforma* y á uno de sus amigos que fuesen republicanos. Como he dicho, hácia las cuatro me salí de aquella tienda.„

„Un testigo de los que creen haber oido el disparo salido de la calle de Mazagran, añade:

"Dicho disparo fué para la tropa la señal de dirigir sus descargas sobre todas las casas y ventanas, descargas nutridas que se repetian cada treinta minutos, y que eran simultáneas desde la puerta de San Dionisio hasta el café del Gran Balcon. El cañoneo al poco tiempo se unió á los disparos de la fusilería.„

„Dice otro testigo:

"...A las tres y cuarto verificóse un movimiento singular. Los soldados que estaban frente á la puerta San Dionisio operaron de pronto un cámbio de frente; apoyáronse en las casas, desde el Gimnasio y la casa de Pont-de-Fer hasta el palacio Saint-Phar, y comenzaron un fuego nutridísimo sobre las personas que se encontraban al lado opuesto, desde la calle de San Dionisio hasta la de Richelieu. Pocos minutos bastaron para cubrir las aceras de cadáveres; las casas fueron acribilladas por las balas, y semejante frenesí por parte de la tropa conservó su paroxismo durante tres cuartos de hora.„

„Dice otro testigo:

"...Los primeros disparos de cañon dirigidos contra la barricada Bonne-Nouvelle habian servido de señal para el resto de la tropa, que habia hecho fuego, casi al mismo tiempo, sobre todo lo que se encontraba al alcance de su fusil.„

„Dice otro testigo:

"Las palabras no pueden explicar semejante acto de barbarie. Es preciso haberlo visto para atreverse á asegurarlo y para atestiguar la verdad de hecho tan incalificable.

„Hizo la tropa incalculables disparos de fusil sobre inofensivas personas y sin necesidad alguna: sin duda el golpe de Estado se propuso aterrar á París.„

„Dice otro testigo:

"Cuando la agitacion era mayor en el boulevard, llegó la tropa de línea seguida de la artillería y de la caballería. A poco se oyó un disparo de fusil donde estaba la tropa, y era fácil observar que habia sido disparado al aire, por la humareda que se elevó perpendicularmente. Entonces se hizo la señal de tirar sin intimacion y de atacar á la bayoneta al pueblo. Esto es significativo y prueba que la tropa queria tener un motivo, aunque fuera aparente, para comenzar la matanza que siguió.„

„Refiere otro testigo:

"El cañon cargado de metralla destroza las delanteras de las casas desde el almacen del *Profeta* hasta la calle de Montmartre. Desde el boulevard Bonne-Nouvelle se ha debido disparar alguna bala rasa sobre la casa Billecocq, porque ha sido destruido el ángulo del lado de Aubusson, y la bala, despues de haber agujereado la pared, ha penetrado en el interior.„

„Otro testigo, de los que niegan el susodicho disparo, dice:

"Se ha querido atenuar la infamia de semejantes asesinatos, pretendiendo que desde las ventanas de algunas casas se habian hecho disparos sobre las tropas. Otro relato, diferente del relato oficial del general Magnan, parece desmentir ese rumor; yo afirmo que las descargas fueron instantáneas desde la puerta de San Dionisio hasta la puerta de Montmartre, y que no hubo, antes de la descarga general, ni un solo disparo aislado, ya procedente de las ventanas, ya de las tropas, desde el arrabal de San Dionisio hasta el boulevard de los Italianos.„

„Otro testigo, que tampoco ha oido el disparo, dice:

"Las tropas desfilaban por delante de la galería de Tortoni, donde yo me encontraba. Antes que oyéramos ruido alguno de disparos, hicieron las tropas una evolucion, tomando la caballería el galope y la infantería el paso de ataque. De pronto vimos venir de la parte del boulevard Poissonnière una capa de fuego que se extendia y avanzaba rápidamente.

„Comenzó el fuego de fusilería, y puedo asegurar que ninguna explosion le habia precedido; ningun tiro de fusil habia salido de las casas, desde el café Frascati hasta donde yo me encontraba. Finalmente, vimos los cañones de los fusiles de los soldados que teníamos delante, que nos apuntaban y amenazaban. Nos refugiamos en la Taitbout en una puerta cochera. Al mismo tiempo las balas pasaban por encima y alrededor de nosotros. Una mujer fué muerta á diez pasos de mí en el momento que

yo me escondia asustado en la puerta cochera. No habia allí, lo puedo jurar, ni barricadas, ni sublevados; solo habia *cazadores* y *caza* que huia; nada más.„

„Esa imágen "cazadores y caza„ es lo que primero se ofrece á la memoria de los que presenciaron tan horroroso suceso. Tambien encontramos dicha imágen en las palabras de otro testigo:

"...Veíanse los gendarmes agitados en la esquina de mi calle (y sabia que lo mismo ocurria en el resto del vecindario), llevando sus fusiles y poniéndose en la posicion *del cazador que espera que la caza se levante*, es decir, con el fusil al brazo para cuanto antes apuntar y hacer fuego.

„Además, para prodigar los primeros cuidados á los heridos que caian en la calle de Montmartre cerca de las puertas, se veia de trecho en trecho abrirse una de éstas, asomar un brazo y retirar con precipitacion el cadáver ó el moribundo que las balas le disputaban todavía.„

„Otro testigo usa tambien de la misma imágen:

"Los soldados, emboscados en las esquinas de las calles, esperaban á que pasasen los ciudadanos *como los cazadores acechan la caza*; y á medida que los veian entrar en la calle, disparaban sobre ellos *como si tiraran al blanco*. Numerosos ciudadanos fueron asesinados de esta manera en la calle del Sentier, en la calle Rougemont y en la del Faubourg-Poissonnière.

. . . . . .

„Váyanse, decian los oficiales á los inofensivos ciudadanos que imploraban su proteccion. Fiándose de estas palabras, se alejaban presurosos y confiados; pero el váyanse era para la tropa la consigna, que significaba: *mueran*; en efecto, apenas habian dado algunos pasos, cuando caian al suelo heridos ó muertos.„

"En el momento que el fuego comenzó en los boulevares, dice otro testigo, un librero, vecino de la fábrica de las alfombras, se apresuró á cerrar su puerta cuando algunos que huian y que quisieron entrar parecieron sospechosos á la tropa ó á la gendarmería móvil de haber hecho fuego contra ellos. La tropa penetró en la casa del librero. Este quiso hacer algunas observaciones, pero fué arrastrado hasta la puerta, y sin que su mujer y su hija tuvieran más tiempo que el de interponerse entre él y los soldados, cayó muerto. La mujer quedó atravesada de un muslo y la hija se salvó gracias á la ballena de su corsé. La mujer, segun me dijeron, perdió la razon poco tiempo despues.„

„Dice otro testigo:

"...Los soldados penetraron en las dos librerías que hay entre la casa del *Profeta* y la de M. Sallandrouze. Los asesinatos cometidos son verídicos. Los dos libreros fueron degollados en la acera y los otros prisioneros lo fueron en los almacenes.„

„Terminemos con estos tres estractos, que no es posible transcribir sin extremecerse.

"En el primer cuarto de hora de tan horroroso espectáculo, dice un testigo, el fuego, en el momento que era menos vivo, hizo creer á algunos ciudadanos, que solo estaban heridos, que podian levantarse y escapar. De los tendidos que hubo delante de la casa del *Profeta* se levantaron dos. El uno echó á correr por la calle del Sentier, de la que tan solo le separaban algunos metros, y consiguió escapar, aunque las balas se le llevaron el sombrero. El segundo no pudo hacer más que arrodillarse, y juntando las manos, suplicó á los soldados que le perdonaran; diciendo esto lo mató una descarga de fusilería. A la mañana siguiente pudo observarse al lado de la galería del *Profeta* un espacio, de pocos piés de longitud, en el que se clavaron más de un centenar de balas. Desde la entrada de la calle de Montmartre hasta la fuente, cuyo espacio es de unos sesenta pasos, habia sesenta cadáveres entre hombres, mujeres, señoras, niños y niñas. Todos estos desgraciados fueron víctimas de los primeros disparos que hizo la tropa y la gendarmería, que estaban situados enfrente, al otro lado de los boulevares.

„Todos huian á las primeras detonaciones, daban todavía algunos pasos, pero al fin caian para no levantarse ya. Un jóven se refugió en el umbral de una puerta cochera, y escondiéndose tras un trozo de pared saliente del lado de los boulevares, donde él creia estar fuera de todo peligro, *sirvió de blanco* á los soldados.

„Despues de diez minutos de tiros mal dirigidos, y á pesar de todos sus esfuerzos por achicarse y encogerse, le pasó una bala de parte á parte, que le hizo caer al suelo sin vida.„

„Otro dice:

"...Los cristales y las ventanas de la casa del Pont-de-Fer fueron hechos pedazos. Un hombre que se encontraba en el patio volvióse loco de terror. Los sub-

terráneos estaban llenos de mujeres que se habian refugiado allí inútilmente, pues los soldados hacian fuego dentro de las tiendas y por los tragaluces de los subterráneos. Desde Tortoni al Gimnasio se representaba la misma escena, escena que duró más de una hora.„

VI.

„Limitemos aquí estos estractos: cerremos esta apelacion lúgubre: son bastantes las pruebas.

„Es patente la realidad de la matanza. Otros cien testimonios que tenemos á la vista repiten hasta en los mismos términos los mismos sucesos.

„Ahora bien; es cierto, está probado, fuera de toda duda y cuestion, y patente como la luz del dia, que el jueves 4 de diciembre de 1851, el indefenso pueblo de Paris, el pueblo que no se habia mezclado en el combate, fué ametrallado sin intimacion, asesinado con el mero fin de intimidarle, y que eso querian decir las palabras misteriosas de M. Bonaparte: *Que se ejecuten mis órdenes.*

„Esa ejecucion duró hasta el anochecer. Durante una hora hubo en el boulevard como una especie de orgía de mosquetería y de artillería. Los cañonazos y los disparos de peloton se cruzaban al azar; hubo momentos que los soldados se mataban entre sí. La batería del 6.° regimiento de artillería, que formaba parte de la brigada de Canrobert, fué desmontada: los caballos, encabritándose en medio de la granizada de balas, rompieron los avantrenes, las ruedas y las lanzas de tiro, no quedando en menos de una hora, de toda la batería, más que una sola pieza que pudiese funcionar.

„Un escuadron entero del 1.° de lanceros fué obligado á refugiarse bajo un cobertizo de la calle Saint-Fiacre. Al dia siguiente se contaron en las banderolas de las lanzas hasta sesenta agujeros hechos por las balas.

„La fúria se habia poseido de los soldados. En la esquina de la calle Rougemont, y en medio de la humareda, un general agitaba los brazos como para detenerles. Un cirujano mayor del 27.° regimiento le faltó poco para ser muerto por los soldados que intentaba calmar. Un sargento dijo á un oficial que le detenia el brazo: "Mi teniente, sois un traidor.„ Los soldados no tenian conciencia de sí mismos, y estaban como locos del crímen que se les hacia cometer. Llega un momento en que la abominacion misma de lo que hacemos nos hace redoblar los golpes. La sangre es una especie de vino horrible; la matanza embriaga.

„Parecia que una mano ciega de furor lanzaba la muerte desde el fondo de una nube; los soldados no eran más que proyectiles.

„Dos piezas de artillería estaban asestadas en la calzada del boulevard contra una sola fachada de una casa, del almacen Sallandrouze, y tiraban sobre dicha fachada con verdadera saña, con certera puntería y á pocos pasos de distancia, casi á boca de jarro. Dicha casa, antiguo palacio edificado con piedra de sillería, y notable por su galería casi monumental, hendida por los cañonazos como por cuñas de hierro, se abria, se agrietaba, se esquebrajaba de arriba á bajo, y redoblando su furor los soldados, á cada descarga se oia un nuevo crugido. Durante esta operacion llegó á galope tendido un oficial de artillería gritando: Deteneos! deteneos!

„La casa se inclinaba ya hácia delante; un cañonazo más, y hubiera rodado sobre los cañones y los artilleros.

„Estos estaban embriagados con su idea de destruccion, hasta tal punto, que no dándose cuenta de lo que hacian, murieron muchos aplastados por el retroceso del cañon.

„Las balas caian á la vez de la puerta de San Dionisio, del boulevard Poissonnière y del boulevard Montmartre; los artilleros, que las oian silbar en todas direcciones, se acostaban sobre los caballos; los de los carros se ocultaban bajo los arcones y detrás de los furgones; viéronse soldados que, tirando su kepis, huian despavoridos por la calle de Nuestra Señora del Recobro; los de caballería, ofuscada la cabeza, tiraban las carabinas al aire; otros echaban pié á tierra y se ocultaban detrás de los caballos; tres ó cuatro de éstos, desenfrenados, corrian en todas direcciones azorados por el terror.

„Durante la matanza, terribles apuestas tenian lugar entre los soldados. Los tiradores de Vincennes se habian parapetado en una de las barricadas del boulevard que habian tomado á la bayoneta, y desde allí se ejercitaban tirando sobre los que pasaban por delante aun á larga distancia.

„De las casas vecinas se oian diálogos tan repugnantes como el que sigue:

„—Apuesto á que tumbo á éste.

„—Yo apuesto á que no.

„—Yo á que sí.

„Y salia el tiro, adivinándose que la víctima caia por la risotada que les arrancaba el asesinato.

„Cuando una mujer pasaba, gritaban los oficiales: Tirad á la mujer! ¡tirad á todas cuantas pasen!

„Esa era una de las palabras de la consigna. En el boulevard de Montmartre, en donde se hizo mucho uso de la bayoneta, un jóven capitan de Estado Mayor gritaba: ¡Ea, pinchad á las mujeres!

„Una infeliz mujer, con un pan bajo del brazo, que creyó poder atravesar la calle de Saint-Fiacre, fué tumbada por un tirador.

„En la calle de Juan Jacobo Rousseau no se llegaba á tanto. A una mujer que gritaba ¡Viva la República! se contentaron nada más los soldados que con aporrearla.

„Pero volvamos al boulevard.

„Un ujier que pasaba fué herido en la frente, y al caer de bruces exclamó: Por piedad, no me mateis! pero á pesar de ésto recibió otras trece balas en el cuerpo. Sin embargo, no murió; por una extraña casualidad, ninguna herida era mortal; la bala de la frente solo habia perforado la piel y dado vuelta alrededor del cráneo, sin romperlo.

„Un anciano de ochenta años, encontrado en un rincon de no sé dónde, fué llevado ante la galería del *Profeta*, donde se le fusiló. Al caer dijo un soldado en són de mofa: *No se hará ningun chichon en la frente.* El anciano habia caido sobre un monton de cadáveres.

„Dos jóvenes de Issi, casados hacia un mes con dos hermanas y que venian de sus quehaceres, atravesaban el boulevard, cuando se vieron de pronto apuntados por varios fusiles; al observarlo se pusieron de rodillas, exclamando: ¡Por piedad! somos casados con dos hermanas!... No terminaron la frase; al punto cayeron muertos.

„Un cafetero ambulante llamado Robert, habitante del arrabal Poissonnière, número 97, huia por la calle de Montmartre, con su fuente al hombro, cuando fué alcanzado por varias balas, dejándole muerto en el acto. (1)

„Un niño de trece años, aprendiz de guarnicionero, que atravesaba el boulevard por delante del café Nachette, prorumpió en gritos desesperados al ver que los soldados le apuntaban; llevaba una brida de caballo en la mano, y agitándola, decia: "Voy á un encargo de mi amo.„ No se le atendió; tres balas le atravesaron el pecho.

„A lo largo del boulevard no se oia más que ayes y lamentos de los heridos que los soldados acribillaban á bayonetazos, dejándoles que sufriesen las angustias de la muerte y sin rematarlos.

„Algunos ladrones aprovechaban la ocasion para robar. El cajero de una compañía, que residia en la calle de la Banca, salió á las dos de su despacho y fuése á cobrar una suma á la calle de la Bergére; cuando volvia con el dinero fué muerto en el boulevard. Al levantar su cadáver, ya habian desaparecido la sortija, el reloj y la cantidad con que volvia.

„Pretextando que se habia disparado contra ellos, los soldados entraron aquí y allá en diez ó doce casas, pasando á la bayoneta á todos los que en ellas se encontraban.

„Hay en todas las casas del boulevard conductos por los cuales se dá salida á las aguas súcias que van á parar al arroyo. Los soldados, sin saber por qué, desconfiaban ú odiaban las casas completamente cerradas, mudas, silenciosas y que, como todas las demás del boulevard, parecian inhabitadas, por su aspecto silencioso; así que llamaban á dichas casas, se abria la puerta y entraban, observándose poco despues de esto salir por la boca de los conductos un chorro encarnado y humeante de sangre.

„Un capitan, con sus ojos fuera de las órbitas, frenético, gritaba á los soldados: No dar cuartel á nadie!

„Un jefe vociferaba á su batallon: Entrad en las casas y matad á todos!

„Por todas partes se oia decir á los sargentos: *¡Cargad contra los beduinos*; *firme contra los beduinos!* En los tiempos de Napoleon I, cuenta un testigo, los soldados llamaban á los burgueses paisanos: en la actualidad se nos llama beduinos.

„Cuando los soldados mataban á los paisanos, el grito era de *¡Animo contra los beduinos!*

„En el Círculo de Frascati, donde estaban reunidos varios de sus frecuentadores, entre ellos un antiguo general, se escuchaba riendo el ruido de la mosque-

(1) Podemos publicar el nombre del testigo que ha visto este hecho; está proscripto, y es el representante del pueblo Versigny.

«Todavía veo, dice, á lo alto de la calle Croissant, al desgraciado cafetero ambulante, con su cafetera de hoja de lata al hombro, vacilar, encogerse y caer muerto contra la delantera de una tienda. Llevaba por armas la cafetera y la campanilla, que mereció los honores de un fuego de peloton.»

El mismo testigo añade: «Los soldados barrian á tiros hasta las calles que no tenian un solo adoquin fuera de su lugar, ni un combatiente con armas.



ASPECTO DE PARIS EL DIA 5 DE DICIEMBRE DE 1851.

tería y cañoneo, pues no se creia que se tirase con bala, diciendo de vez en cuando: "Todo es pólvora en salva! ¡un juego de escena! ¡qué comediante es el tal Bonaparte!„ y se creian estar en el Circo. Mas de pronto los soldados entran furiosos en el salon, pretendiendo fusilar á todo el mundo.

„Nadie sospechó el peligro que corria y continuaron riendo.

„Nos dice un testigo:—"*Nosotros creíamos que todo aquello formaba parte de la bufonada*, pero observando que los soldados continuaban amenazando y que gritaban: *Matémoslos á todos!* comprendimos la brutalidad del acto.„

„Un teniente que reconoció al antiguo general les detuvo; sin embargo, un sargento le dijo:—*Mi teniente, voto á!... nosotros pondremos paz aquí; esto es cuenta nuestra.*

„Los soldados mataban por matar, y sino hé aquí lo que dice un testigo:—"En los patios de las casas mataron hasta los caballos y los perros.„

„En la casa que con la de Frascati forma la esquina de la calle de Richelieu, se quiso arcabucear, con la mayor sangre fria, á las mujeres y á los niños. Ya estaban agrupados frente á un peloton, cuando se presentó un coronel que pudo evitar la matanza, y ordenó que se encerrase á aquellos pobres y temblorosos séres en el Pasaje de los Panoramas, cuyas rejas mandó cerrar por creer que así les ponia á salvo.

„Un distinguido escritor, M. Lireux, que pudo escapar á los primeros disparos, fué conducido durante dos horas de cuerpo de guardia en cuerpo de guardia para ser fusilado, pero por fin pudo salvarse milagrosamente.

„El célebre artista Sax, que se encontraba casualmente en el almacen de música de Brandus, iba á ser fusilado cuando un general le reconoció.

„En todas partes se mataba al azar.

„El primero que fué muerto en la inícua carnicería (la historia tambien conserva el nombre del primer asesinado en la noche de San Bartolomé) se llamaba Teodoro Debasegue, y vivia en la casa de la esquina de la calle del Sentier, que fué donde empezó la matanza.

VII.

„Terminó ésta ya entrada la noche y empezó en pleno dia, dejando los cadáveres en el sitio en donde cayeron. Eran tantos éstos, que solo delante de una tienda, la tienda de Barbedienne, se contaban treinta y tres. Cada cuadrado de tierra abierto en el asfalto al pié de los árboles del boulevard, formaba un receptáculo de sangre.

"Los muertos, dice un testigo, estaban acumulados en montones, los unos sobre los otros: ancianos y niños, blusas y paletós, aparecian en extraña confusion; cabezas, brazos, piernas, todo se veia entremezclado.„

„Otro testigo describe de la siguiente manera un grupo de tres personas: "Dos de ellos estaban echados de espaldas; la tercera, tropezando sin duda con las piernas de las otras dos, habia caido sobre ellas.„

„Los cadáveres aislados eran muy raros, y se los observaba con más atencion.

„Un jóven bien vestido que estaba sentado recostado en la pared, con las piernas abiertas, los brazos medio cruzados y llevando en la mano derecha un junco de Verdier, perecia que indiferentemente miraba todo aquello; pero estaba muerto.

„Un poco más lejos las balas habian tendido en la puerta de una tienda á un adolescente, que tenia en la mano unas pruebas de imprenta. El viento agitaba estas ensangrentadas hojas, que la mano crispada del muerto sujetaba con fuerza.

„Un pobre anciano de cabellos blancos estaba tendido en medio de la calzada con el paraguas al lado. Casi tocándole el codo, yacía un jóven con botas de charol y guantes amarillos, llevando aun puestos los quevedos.

„Cerca de allí habia tendida, con la cabeza en la acera y las piernas en el arroyo, una mujer del pueblo que habia querido huir con su hijo de pechos, que aun llevaba en brazos. Madre é hijo estaban muertos, pero la madre aun apretaba contra su corazon al hijo de su alma.

„Ah! Sin duda me direis, monseñor Bonaparte, que estais muy afligido por tanta desgracia, pero que el mal era inevitable; que ante Paris dispuesto á sublevarse, se necesitaba tomar una determinacion, y que os habeis visto obligado á recurrir á tal necesidad; que, en cuanto al golpe de Estado, vos teníais deudas, vuestros ministros tenian deudas, vuestros ayudantes de campo tenian deudas, vuestros lacayos de á pié tenian deudas; que vos érais responsable de todo; que no se nace príncipe para no

comerse de vez en cuando algunos millones; que conviene divertirse un poco y gozar de la vida; que la falta es de la Asamblea, que no supo comprender todo esto y os queria condenar á vivir con la cantidad exígua de dos millones al año, obligándoos, lo que es más aun, á dejar el poder al cabo de cuatro años y practicar las leyes de la Constitucion; que es muy triste, despues de todo, salir del Elíseo para entrar en Clichy; que habeis en vano recurrido á los insignificantes expedientes prevenidos por el artículo 405; que los escándalos se aproximaban; que la prensa demagógica charlaba; que el negocio de los lingotes de oro se iba á aclarar; que debeis respeto al nombre de Napoleon, y que ¡naturalmente! no teniendo otro medio para no ser uno de los vulgares estafadores que castiga el Código, habeis preferido ser uno de los grandes asesinos de la historia.

„Por lo tanto la sangre que se ha derramado, en vez de mancharos, os lava.

„Magnífico!...

„Continúo.

VIII.

„Cuando todo hubo terminado salió Paris entero á ver lo ocurrido; la muchedumbre afluia á aquellos lugares, que habian sido teatro de las escenas más terribles, sin que nadie la molestara. Es lo que queria el asesino. Luis Bonaparte no habia hecho todo aquello para luego ocultarlo.

„El lado Sur del boulevard estaba lleno de los papeles de los cartuchos rayados; la acera del lado Norte desaparecia bajo el yeso, arrancado por las balas, de las fachadas de las casas, y estaba tan blanca como si hubiera nevado; los charcos de sangre formaban grandes manchas negruzcas sobre aquel nevado de ruinas.

„Cuando el pié evitaba un cadáver, tropezaba con cristales rotos, con yeso desprendido ó con piedras arrancadas. Ciertas casas estaban tan acribilladas por la metralla y las balas rasas, que parecia que iban á desplomarse; entre otras la casa Sallandrouze, de la que ya nos hemos ocupado, y el almacen de géneros de luto que estaba en la esquina del arrabal de Montmartre.

"La casa Billecoq, dice un testigo, está hoy todavía apuntalada por gruesas vigas, y la fachada tendrá que reconstruirse en parte. La fábrica de alfombras y tapices está aun agujereada en varios puntos.„

„Otro testigo dice: "Todas las casas, desde el Círculo de los Extranjeros hasta la calle Poissonnière, están materialmente acribilladas de balas, y sobre todo las de la parte que mira al boulevard. Uno de los grandes espejos del almacen de la *Petite Jeanette* habia recibido con seguridad más de doscientas balas; no habia ventana que no tuviese la suya: se respiraba en el almacen una atmósfera saturada de salitre.„

„Habia amontonados treinta y siete cadáveres en el centro de la Bergére, pudiéndolos contar los transeuntes al través del enverjado.

„Se habia detenido una mujer en la esquina de la calle de Richelieu, mirando como otros tantos, cuando de pronto notó que tenia los piés mojados.

„—Calle! habrá llovido? preguntó; tengo los piés en el agua.

„—No, señora, le contestó un transeunte, no están en el agua.

„Y efectivamente, se bañaban en un mar de sangre.

„En un rincon de la calle Grange-Bateliére yacían tres cadáveres enteramente desnudos.

„Durante la mortandad las barricadas del boulevard habian sido tomadas por la brigada Bourgon. Los cadáveres de los defensores de la barricada del lado de San Dionisio fueron amontonados delante de la puerta de la casa Jouvin. "Pero, dice un testigo, nada era comparable con los montones que cubrian el boulevard.„

„A dos pasos del teatro de Variedades la muchedumbre se detenia para mirar una gorra llena de sesos y sangre enganchada en la rama de un árbol.

„Dice un testigo: "Un poco más allá del teatro de Variedades encontré un cadáver con la cara contra el suelo; quise volverle, ayudado por algunas personas, pero los soldados nos rechazaron... Algo más allá habia dos cadáveres, el de un hombre y el de una mujer; despues otro, el de un obrero...„ (Abreviemos.) "De la calle de Montmartre á la del Sentier *se andaba materialmente por encima de la sangre*, que cubria la acera en algunos puntos, y sin hipérboles, era menester mucha precaucion para no mojarse los piés. Conté allí treinta y tres cadáveres. Tal espectáculo era superior á mis fuerzas; gruesas lágrimas rodaban por mis mejillas. Supliqué que me dejasen atravesar la calzada para

entrar en mi casa y me concedieron lo que pedia.„

„Dice otro testigo: "El aspecto del boulevard era horrible. *Hablando con propiedad, andábamos sobre sangre*, y contamos diez y ocho cadáveres en la corta extension de veinticinco pasos.„

„Otro testigo, mercader de la calle del Sentier, dice: "Recorrí el trayecto del boulevard del Temple hasta mi casa, entrando en ella con una pulgada de sangre en el pantalon.„

„Refiere el representante Versigny: "Apercibíamos á lo lejos hasta cerca de la puerta de San Dionisio los inmensos fuegos de los vivacs de la tropa. Era casi la única luz que permitia ver tan horrible carnicería. El combate del dia no era tan imponente como el espectáculo que ofrecian tantos cadáveres en medio de tan lúgubre silencio. R... y yo estábamos horripilados. Un ciudadano que pasaba, al oir una de mis exclamaciones, se acercó, me cogió la mano y me dijo: "Usted es republicano: yo era lo que se llama un amigo del órden, un reaccionario, pero era preciso estar dejado de la mano de Dios para no execrar tan horrorosa orgía; ¡la Francia está deshonrada!„ me dijo, y se marchó sollozando.„

„Un testigo que nos permite decir su nombre, un legitimista, el respetable M. de Cherville, declara:

"... Por la noche quise comenzar otra vez las tristes investigaciones. En la calle Le Peletier encontré á MM. Bouillon y Gervais (de Caen); despues de dar algunos pasos juntos, resbalé. Me cogí de M. Bouillon para no caer, me miré los piés y ví que habia andado por un charco grande de sangre. Entonces, monsieur Bouillon me contó que por la mañana, estando en la ventana, habia visto al farmacéutico, cuya botica me enseñó, ocupado en cerrar la puerta. En esto una mujer cayó; el farmacéutico se apresuró á levantarla, pero en el mismo instante un soldado le apuntó y le clavó una bala en la cabeza. M. Bouillon, indignado y olvidando su propio peligro, gritó á los transeuntes que allí habia:—"Vosotros todos testificareis lo que acaba de pasar.„

„Hácia las once de la noche, cuando iluminaron los vivacs por todas partes, M. Bonaparte permitió que se divirtiese la tropa, y celebró en el boulevard una especie de fiesta nocturna. Los soldados reian y cantaban echando al fuego el resto de las barricadas; se verificó despues, como en Estrasburgo y Boloña, la distribucion de dinero.

„Oigamos lo que cuenta un testigo: "Yo ví, en la puerta de San Dionisio, que entregaba un oficial de Estado Mayor doscientos francos al jefe de un destacamento de veinte hombres, diciendo:—"El príncipe me encarga que os entregue este dinero para que lo distribuyais entre vuestros bravos soldados. Y no limitará á esto las muestras de su satisfaccion.„ Cada soldado recibió diez francos.„

„En la noche de Austerlitz decia el emperador:—"¡Soldados, estoy contento de vosotros!„

„Añade otro testigo: "Los soldados, con el cigarro en la boca, mofábanse de los transeuntes y hacian sonar el dinero que llevaban en el bolsillo.„

„Dice otro: "Los oficiales rompian los rollos de luises *como quien rompe barras de chocolate*.„

„Los centinelas no permitian pasar más que á las mujeres; si algun hombre se presentaba, le gritaban:—"¡Hé, largo de ahí!„ En los vivacs habia mesas, á las cuales estaban sentados oficiales y soldados, comiendo y bebiendo; la llama de las hogueras se reflejaba sobre sus alegres rostros. Los tapones y las cápsulas blancas de las botellas de Champagne sumergíanse en arroyos rojos de sangre. Los soldados de un vivac llamaban á los de los otros con grandes gritos y palabras obscenas, y se saludaban diciendo:—"¡Vivan los gendarmes! ¡Vivan los lanceros!„ añadiendo todos al final:—"Viva Luis Napoleon!„

„Se oia el choque de los vasos y el ruido de las botellas que se rompian.

„Y mientras éstos reian, acá y acullá, envueltas en la sombra, con una bujía de cera amarilla ó una linterna en la mano, varias mujeres reconocian los cadáveres, mirando una despues de otra los inanimados rostros, y buscando quién á su hijo, quién á su padre, quién á su esposo.

IX.

„Acabemos cuanto antes de dar tan horrorosos detalles.

„A la mañana siguiente, dia 5, se vió en el cementerio de Montmartre una cosa espantosa.

„Un vasto espacio, vacío hasta este dia, habia sido "utilizado„ para la inhumacion provisional de algunos de aquellos séres asesinados. Unos estaban enterrados con la cabeza fuera de la tierra, con

el objeto de que sus familias pudiesen reconocerlos. Otros, la mayor parte, tenian los piés fuera con un poco de tierra sobre el pecho. La muchedumbre aglomerábase allí y la nube de curiosos se empujaba, divagando por entre los sepulcros, sintiendo algunas veces hundirse la tierra bajo sus piés; era que andaban sobre el vientre de algun cadáver. Cuando esto notaban, se volvian á mirar, encontrándose por un lado botas, zapatos ó botitos de mujer, y por el otro una cabeza que, por la presion que ejercian sobre el cadáver, se movia.

„Un ilustre testigo, el famoso estatuario David, hoy proscripto y errante, dice: "Ví en el cementerio de Montmartre cuarenta cadáveres, vestidos todavía con sus trajes, colocados unos al lado de los otros; algunas paladas de tierra cubrían los hasta la cabeza, que dejaron descubierta para que los parientes pudiesen reconocerlos. Era tan escasa la tierra que se les habia echado, que veíanse por todas partes los piés descubiertos. El público caminaba por encima de estos cadáveres, lo que me producia efecto horrible. Entre ellos veíanse las nobles cabezas de algunos jóvenes, manifestando valor hasta despues de la muerte. Veíase tambien la criada de un panadero que la mataron en el momento que repartia el pan á los parroquianos de su amo, y á su lado una hermosa jóven vendedora de flores del boulevard. Los que buscaban alguna persona desaparecida de la familia, veíanse obligados á atropellar los piés y los cuerpos de aquellos cadáveres para poder ver de cerca las cabezas.

„Oí á un hombre del pueblo decir con expresion de horror: "Se pasa por encima de los muertos como por encima de un trampolin.„

„La muchedumbre continuó recorriendo los diversos lugares en que depositaron las víctimas y sobre todo el centro de Bergére. Pero en este mismo lugar y en el mismo dia 5, como la gente cruzase molestando y á fin de alejar á los curiosos, se puso un gran cartelon con estas palabras, escritas con letras mayúsculas:—*Aquí no hay cadáveres.*

„No retiraron los tres cadáveres de la calle Grange-Bateliére hasta el dia 5 por la noche.

„Como se vé, en el primer momento y por el provecho que quiso sacar del golpe de Estado, no pensó en buscar medios para ocultar su crímen. No se ruborizó hasta más tarde. El primer dia, por el contrario, hizo ostentacion de su delito. Además de ser atroz quiso ser cínico. Matar fué su medio y aterrorizar su objeto.

X.

„Consiguió el objeto que se propuso?

„Sí.

„Inmediatamente despues de la tarde del 4 de Diciembre, el hervor público decayó; el estupor heló á todo Paris.

„La indignacion, que levantara su voz contra el golpe de Estado, calló súbitamente aterrorizada por la matanza. Lo ocurrido no tenia semejanza á ningun suceso de la historia, y comprendió todo Paris que se veia obligado á luchar con algo desconocido.

„Craso mató á los gladiadores; Herodes degolló á los niños; Cárlos IX exterminó á los hugonotes; Pedro de Rusia á los Strélitz; Mehemet-Alí á los mamelucos; Mahmoud á los jenízaros, y Danton mató á los prisioneros. Luis Bonaparte inventó una nueva matanza; la matanza de los transeuntes.

„Dicha matanza terminó la lucha.

„Hay momentos en que lo que debia exasperar á los pueblos les consterna. El pueblo de París sintió que le oprimia el pié de un bandido la garganta y no luchó más.

„Aquella misma tarde, Mathieu (de la Drôme) entró en donde estaba reunido el comité de resistencia y nos dijo: —"Ya no estamos en Paris, ya no tenemos República; estamos en Nápoles y sufriendo el yugo del rey Bomba„.

„Desde este momento, y á pesar de los esfuerzos del comité, de los representantes y de sus valerosos auxiliares, solo hubo ya en algunos puntos, como por ejemplo en la barricada del Petit-Carreau, débil resistencia, que se asemejaba, más que á un combate, á las últimas convulsiones de la desesperacion. Todo habia ya terminado.

„Al dia siguiente, 5, las tropas *victoriosas* maniobraron, haciendo alarde en los boulevares. Se vió á un general enseñar el sable desenvainado al pueblo y gritar:—"*¡La República, aquí está!*„

„La degollacion infame, la matanza de los transeuntes, fué la necesidad suprema, la "medida„ del 2 de Diciembre. Para ejecutarla se necesitaba ser traidor; para hacerla triunfar se necesitaba ser asesino.

„Por este procedimiento el golpe de Estado conquistó la Francia y venció á Paris. Sí, á Paris! Es preciso repetírselo

uno á sí mismo para creerlo. ¡En Paris es donde ha ocurrido todo esto!

„Dios eterno! ¡Los basquiros entraron en Paris lanza en ristre y entonando su canto salvaje cuando Moscou fué abrasado; los prusianos entraron en Paris porque les tomaron á Berlin; los austriacos entraron en Paris porque Viena fué bombardeada; los ingleses entraron en Paris porque el campamento de Boloña habia amenazado á Lóndres; todos esos hombres, de naciones tan varias, que llegaron á nuestras barreras á tambor batiente, tocando los clarines, con las banderas desplegadas, los sables desenvainados, arrastrando cañones, con las mechas encendidas, enagenados por el triunfo, enemigos, ávidos de venganza, vencedores, invocando con furor ante las cúpulas de Paris los nombres de sus capitales, Lóndres, Berlin, Viena, Moscou; todos esos hombres; decimos, cuando apenas pusieron el pié en la entrada de la ciudad; cuando apenas las herraduras de sus caballos resonaron en los empedrados de las calles; cuando, en fin, austriacos, ingleses, prusianos y rusos entraron en Paris y notaron en sus murallas, en sus edificios, en su pueblo, algo de predestinado, de venerable y de augusto, sintieron el santo horror que les inspiró la ciudad sagrada y comprendieron que se levantaba ante sus ojos, no la ciudad de un pueblo, sino la ciudad del género humano, y las espadas entonces les cayeron de las manos.

„Asesinar á los parisienses; tratar á Paris como plaza tomada por asalto; entrar á saco uno de sus barrios; violar la segunda Ciudad Eterna; asesinar la civilizacion en su santuario; ametrallar á los ancianos, á los niños y á las mujeres; lo que Wellington habia impedido á sus montañeses semidesnudos; lo que Blucher no permitió á su landwehr; lo que Platow no habia osado mandar á sus cosacos, tú, tú te atreviste á mandar á los soldados franceses, para cubrirte eternamente de vergüenza y de oprobio; vergüenza y oprobio que no alcanza al pueblo francés, que protesta de tu execrable crímen.„

LIBRO CUARTO

Los otros crímenes.

I.

Cuestiones siniestras.

¿Cuál fué el total de muertos?

Luis Bonaparte, sintiendo venir la historia é imaginándose que los Cárlos IX pueden atenuar lo que acaeció en San Bartolomé, ha publicado, como documento *justificativo*, un estado llamado oficial "de las personas muertas el 2 de Diciembre.„

Se encuentran en la lista *alfabética* (1) menciones como las que siguen:

"Adde, librero, habitante en el boulevard Poissonnière, número 17; muerto en su casa.

Boursier, niño de siete años y medio; muerto en la calle Tiquetonne.

Belbal, ebanista, habitante en la calle de la Luna, número 10; muerto en su casa.

Coquard, propietario de Viere (Calvados); muerto en el boulevard Montmartre.

Debaecque, negociante, habitante en la calle del Sentier, número 45; muerto en su casa.

De Couvercelle, florista, habitante en la calle de San Dionisio, número 257; muerta en su casa.

Labilte, bisutero, habitante en la calle de San Martin, número 63; muerto en su casa.

Moupelas, perfumista, habitante en la calle de San Martin, número 181; muerto en su casa.

Señora Grellier, ama de gobierno, habitante en el arrabal de San Martin, número 209; muerta en el boulevard Montmartre.

Señora Guillard, empleada en el comercio, habitante en el arrabal de San Dionisio, número 77; muerta en el boulevard de San Dionisio.

Señora Garnier, ama de llaves, habitante en el boulevard Bonne-Nouvelle, número 6; muerta en el boulevard de San Dionisio.

(1) El empleado que ha formado esta lista es, lo sabemos cierto, un estadista tan exacto como entendido, y formuló, sin que nos quepa duda alguna, el estado, de buena fé y con los datos que se le dieron, sin que nada pudiera hacer sobre los que le ocultaron. Queda, por lo tanto, el campo abierto á las conjeturas.

Señora Ledaust, ama de gobierno, habitante en el Pasaje del Cairo, número 76; muerta en la Morgue.

Francisca Noël, chalequera, habitante en la calle de Fossés-Montmartre, número 20; muerta en la Caridad.

El conde Poniuski, rentista, habitante en la calle de la Paz, número 32; muerto en el boulevard Montmartre.

Señora Raboisson, costurera; muerta en la Casa Nacional de la Salud.

Señora Vidal, habitante en la calle del Temple, número 97; muerta en el Hotel-Dieu.

Señora Seguin, bordadora, habitante en la calle de San Martin, número 240; muerta en el hospicio Beaujou.

Señorita Seniac, empleada en una tienda, calle del Temple, número 196; muerta en el hospicio Beaujou.

Thirion de Montauban, propietario, habitante en la calle de Lanery; muerto en la puerta de su casa, etc. etc.„

Abreviemos. Luis Bonaparte, en dicho documento, confiesa *ciento noventa y un asesinatos*.

Este documento, considerando quién lo hizo redactar, ¿qué total verdadero debemos deducir de él? ¿Cuál es la cifra real de las víctimas? ¿De cuántos cadáveres, el golpe de Estado de Diciembre, está cubierto? Quién lo puede decir? Quién lo sabe? Quién lo sabrá jamás?

Como hemos visto anteriormente, asegura un testigo: "Allí encontré treinta y tres cadáveres.„

Otro, con respecto á otro punto del boulevard, dice: "Nosotros contamos diez y ocho cadáveres en "una longitud de veinte ó veinticinco pasos.„

Otro, situado en otra parte, dice: "Habia allí, en un espacio de sesenta pasos, más de sesenta cadáveres.„

El escritor que indicamos más atrás, tanto tiempo amenazado de muerte, nos ha dicho: "Ví con mis propios ojos más de ochocientos muertos en toda la longitud del boulevard.„

Ahora buscad, calculad cuántos cráneos destrozados y pechos atravesados por la metralla se necesitan para cubrir de sangre, "tomándolo al pié de la letra„, medio cuarto de legua de los boulevares.

Haced como las esposas, como las hermanas, como las hijas, como las madres desesperadas; coged una antorcha é id durante la noche á examinar el suelo, el pavimento, las paredes; reunid los cadáveres, interrogad á los espectros, y contad si podeis el número de las víctimas... Todo se reduce á conjeturas! Es cuestion reservada para la historia, pero que nosotros nos comprometemos á examinarla y profundizarla más tarde.

El primer dia Luis Bonaparte hizo ostentacion de la matanza; ya hemos dicho el por qué; le era útil.

Poco despues, y cuando sacó del golpe de Estado el partido que se proponia, quiso disminuirla. Para ello expidió la órden de callar á las gacetas del Elíseo; la de omitir á Magnan, y la de ignorar á los historiógrafos.

Enterraron á los muertos á media noche, sin luces, sin cortejo fúnebre, sin canto alguno, sin sacerdote, furtivamente, y prohibiendo á las familias llorar en alta voz.

No solo hubo matanza en el boulevard, sino en varios sitios de Paris, como hubo fusilamientos sumariados y ejecuciones inéditas.

Uno de los testigos á quien hemos interrogado preguntó á un jefe del batallon de la gendarmería móvil, la cual se distinguió durante aquellos asesinatos:

—Vamos á ver, ¿cuál será la cifra de los muertos? cuatrocientos?

El jefe hizo un movimiento que indicaba que no lo habia adivinado.

—Seiscientos?

El jefe movió la cabeza, indicando que aun no habia acertado.

—Ochocientos?

—Ponga V. mil doscientos, dijo el jefe, y se quedará corto.

Desde la mañana del crímen Luis Napoleon selló las imprentas y suprimió la palabra; dió esas órdenes el hombre del silencio y de la noche.

En los dias 2, 3, 4, 5 y los restantes hasta hoy, la verdad ha sido cogida por el cuello y extrangulada en el momento que ha querido hablar.

Bonaparte ha condensado la oscuridad sobre su criminal asechanza, y en parte ha conseguido su objeto.

Cualesquiera que sean los esfuerzos de la historia, el 2 de Diciembre quedará envuelto, quizás por largo tiempo todavía, en una especie de siniestro crepúsculo. Dicho crímen lo fraguaron la audacia y la sombra: por un lado se ostenta cínicamente en pleno dia; por otro vá á esconderse entre las brumas de la oscuridad. Desvergüenza insolente y odiosa, que oculta bajo su manto no se sabe cuántas monstruosidades.

Pero con lo que deja entrever basta; el 2 de Diciembre está oculto en las tinie-

blas; se ven, sin embargo, al través de ellas algunas tumbas.

Detrás del atentado general se distingue confusamente una nube de atentados. La Providencia lo quiere así, y une á las traiciones las necesidades.

Ah! ¡Tú, Bonaparte, has sido perjuro, has violado tu juramento y has infringido el derecho y la justicia, para alcanzar lo que tu ambicion te exigia; pero, ay! no parará ahí tu crímen! Prepárate a coger una cuerda, porque te verás obligado á extrangular; prepárate á empuñar el puñal, porque te verás obligado á asesinar; prepárate á levantar la maza, porque te verás obligado á derribar; busca la sombra, mira la noche, porque te verás obligado á ocultarte. La carrera del crímen es como la de la bola de nieve sobre una pendiente, que á medida que rueda adquiere más volúmen; un crímen llama á otro crímen; el horror tambien tiene su lógica.

El primer paso que se dá cuesta más ó menos, pero ya dado, viene otro, y luego otro, y más tarde otro, y así se sigue sin cesar. La ley es como el velo del templo, que cuando se rasga es de arriba á bajo.

Sí, repitámoslo; en lo que se llama el acto del 2 de Diciembre se encuentran todos los detalles del crímen, los detalles que le caracterizan; el perjurio en la superficie, el asesinato en el fondo. Asesinatos parciales, matanzas en masa, metrallazos en pleno dia, fusilamientos durante la noche; por todas partes, del golpe de Estado se escapa denso vapor de sangre. Buscad en la fosa comun de los cementerios, bajo el pavimento de las calles, bajo las pendientes del Campo de Marte, bajo los árboles de los jardines públicos y en el fondo del Sena, pero encontrareis pocas revelaciones. Bonaparte ha tenido el arte de que se le adhiriesen multitud de miserables en la nacion oficial por medio de horrible complicidad.

Los papeles timbrados de los magistrados, los escritorios de los notarios, las cartucheras de los soldados y las preces de los sacerdotes son sus cómplices. Echó su crímen á manera de red en torno suyo, y los prefectos, los alcaldes, los jueces, los oficiales y los soldados quedaron cogidos en ella.

La complicidad desciende del general al cabo de escuadra y se eleva de éste al presidente.

El gendarme cuya pistola ha disparado contra la cabeza de un desgraciado, que salpicó de sangre su uniforme, es tan culpable como el coronel.

Las órdenes dadas por los hombres atroces de arriba han sido ejecutadas por los hombres feroces de abajo.

La ferocidad guarda el secreto de la atrocidad. De esto nace el silencio horroroso. Entre la ferocidad y la atrocidad ha habido á un mismo tiempo emulacion y empeño; lo que se le escapaba á la una lo cogia la otra.

El porvenir no querrá creer en estos prodigios de encarnizamiento.

Pasaba un obrero por el Pont-au-Chauge, cuando se vió detenido de pronto por los gendarmes móviles; uno de estos le huele las manos y dice: "Huelen á pólvora„, y fusilan al obrero: cuatro balas le atravesaron el cuerpo.

—Echadle al agua! grita un sargento. Los gendarmes le cogen por la cabeza y los piés y le arrojan desde lo alto del puente.

El cuerpo de aquel desgraciado sumergióse en seguida, flotó luego y corrió agua abajo; pero su blusa le retuvo, dejándole enganchado bajo el arco de un puente.

Sin embargo, no habia muerto; el agua le habia reanimado un poco, pero estaba privado de todo movimiento, y la sangre le manaba á la vez por cuatro agujeros.

Los empleados del puerto que lo encontraron le sacaron y condujeron al hospital, donde curó. Al dia siguiente de su restablecimiento salió del hospital, pero apenas llegó á la calle fué detenido y conducido ante un tribunal de guerra. La presa que la muerte habia rechazado fué cogida por Luis Bonaparte. Aquel hombre está hoy encerrado en Lambessa.

Las horribles escenas nocturnas que solo el Campo de Marte ha visto, y que tanto le han horrorizado y deshonrado, no las puede relatar todavía la historia. Gracias á Luis Bonaparte, este campo augusto de la Federacion podrá llamarse en adelante Haceldama.

Uno de los soldados á quien el héroe del 2 de Diciembre convirtió en verdugo, cuenta con horror y en voz baja que en una sola noche el número de los fusilados fué de ochocientos.

Luis Bonaparte ha cavado apresuradamente una fosa y ha enterrado en ella su crímen. La cubrió con algunas paladas de tierra y la bendijo con algunos hisoponazos de algun sacerdote... no

hizo más, y entre tanto el carnaval imperial danza encima de ella.

Y es eso todo? ¿Todo ha terminado ahí? ¿Permite Dios y acepta tales enterramientos? No lo creais.

Algun dia, bajo los piés de Bonaparte y en el mismo pavimento de mármol del Elíseo ó de las Tullerías, se abrirá bruscamente esa fosa y permitirá salir uno tras otro, enseñando su herida, á cada uno de aquellos inocentes cadáveres; el jóven con su corazon atravesado, el anciano moviendo la venerable cabeza destrozada por una bala, la madre abrazada con su hijo muerto en sus brazos; sí, todos se alzarán, y puestos de pié, lívidos, terribles, fijarán en su asesino sus ojos sangrientos.

Desde hoy, y mientras llega ese dia, la historia comienza tu proceso, Luis Bonaparte, rechazando tu lista oficial de los muertos y tus *documentos justificativos*, porque dice que ellos mienten y que mientes tú tambien.

Has vendado los ojos de la Francia y amordazado su boca... Por qué?

Acaso para cometer acciones leales? No; para perpetrar crímenes. El que huye de la luz es porque quiere cometer acciones ruines.

Tú has asesinado durante la noche, en el Campo de Marte, en la Prefectura, en el palacio de Justicia, en las plazas, en los muelles, en todas partes.

Tú dices que no.

Yo digo que sí.

Tenemos derecho á sospechar de tí; derecho á no creerte; derecho á acusarte. Cuando niegas, se tiene el derecho á creer lo contrario.

Tu 2 de Diciembre lo señala la conciencia pública con el dedo. Nadie recuerda dicho dia sin sentir secreto horror.

¿Qué es lo que has hecho envuelto en la oscuridad?

Tus dias son horribles, tus noches sospechosas.

Volvamos á la matanza del boulevard, á las palabras "que se ejecuten mis órdenes„ y á la jornada del 4.

Luis Bonaparte debió compararse aquel dia con Cárlos X, que no quiso incendiar á Paris, y á Luis Felipe, que no quiso derramar la sangre del pueblo, haciéndose al propio tiempo la justicia de que era un gran político.

Algunos dias despues, el general Th..., antiguo adicto á uno de los hijos de Luis Felipe, se dirigió al Elíseo. Aun estaba lejos, cuando Luis Bonaparte, y haciendo en su mente la comparacion que acabamos de indicar, gritó con aire de triunfo al general:—Qué tal?

Solo M. Luis Bonaparte es el hombre verdaderamente capaz de decir á uno de sus ministros de otro tiempo esto que sigue, y de cuyos labios lo oimos:—*Si yo hubiese sido Cárlos X y si en las jornadas de Julio hubiese cogido á Laffitte, á Benjamin Constant y á Lafayette, les hubiera hecho fusilar como perros.*

La misma tarde del 4 de Diciembre, Luis Bonaparte habria sido arrancado del Elíseo y la ley habria triunfado, á ser él uno de esos hombres que vacilan ante la matanza. Pero por fortuna para él, su corazon no sentia tales delicadezas.

¿Qué significaban para él algunos cadáveres más ó menos?

¡Ea, matad; matad á diestro y siniestro, dad sablazos, fusilad, cañonead, destruid, romped; aterrorizadme á la odiosa ciudad de Paris!

El golpe de Estado vacilaba y la terrible matanza lo afirmó.

Luis Bonaparte estuvo á punto de perderle la felonía y le salvó la ferocidad.

Si no hubiese sido más que un Faliero, sin duda alguna hubiera sucumbido; pero afortunadamente para él era un César Borgia.

Echóse á nadar con su crímen en un inmenso rio de sangre. Otro menos culpable hubiérase ahogado irremisiblemente, pero él atravesó ileso. Esto es lo que se llama tener fortuna.

Hoy se encuentra en la ribera opuesta, procurando secarse y enjugarse, chorreando sangre, que él toma por púrpura, por lo que cree que merece el esplendor y la gloria del imperio y lo reclama.

II.

Continuacion de los crímenes.

Ese que contemplais es el malhechor!...

¿Y nadie te aplaudirá, ¡oh santa verdad!, cuando á los ojos de la Europa, á los ojos del mundo, en presencia del pueblo, á la faz de Dios, invocando el honor, el juramento, la fé, la religion, la santidad de la vida humana, el derecho, la generosidad de todas las almas, las esposas, las hermanas, las madres, la civilizacion, la libertad, la República, la Francia; cuando delante de sus criados, de su Senado y de su Consejo de Estado; cuando delante de sus generales, de

sus sacerdotes y de sus agentes de policía, tú, que representas el pueblo, porque el pueblo es la realidad; tú, que representas la inteligencia, porque la inteligencia es la luz; tú, que representas la humanidad, porque la humanidad es la razon, y en nombre del pueblo encadenado, en nombre de la inteligencia proscrita, en nombre de la humanidad violada, ante todos esos esclavos que no pueden ó que no osan decir una palabra, te levantes y abofetees á ese bandido del órden?

Ah! Que otro busque palabras más benignas. Es cierto que soy franco y duro, porque no tengo piedad para el desapiadado; pero de ello me vanaglorío.

Prosigamos.

A lo que acabamos de referir añadid todos los demás crímenes sobre los que hablaremos en más de una ocasion, y cuya historia, si Dios nos dá vida, relataremos detalladamente. Añadid á las prisiones en masa con circunstancias feroces, el desbordamiento de las cárceles (1), la secuestracion (2) de los bienes de los proscriptos en diez departamentos, especialmente en la Nievre, en el Allier y en los Bajos-Alpes; añadid la confiscacion de los bienes de Orleans con la parte dada al clero. Schinderhannes hacia siempre la parte del cura. Añadid las comisiones mixtas y la comision llamada de Clemencia; (1) los Consejos de guerra en confabulacion con los jueces de instruccion, y multiplicando las abominaciones, los destierros por hornadas, la expulsion de una parte de la Francia fuera de Francia, como lo indican los tres mil doscientos desterrados ó deportados en solo el departamento del Hérault.

Añadid á esa espantable proscripcion, solo comparable con las más trágicas desolaciones de la historia, á los que por tendencia, por opinion, por disidencia honrada con el gobierno, ó por una palabra de hombre libre dicha hasta antes del 2 de Diciembre, prende, encierra, proscribe; añadid á ella al labrador que arranca del campo, al obrero que arranca del taller, al propietario que arranca de su casa, al médico que arranca de sus enfermos, al notario que arranca de sus estudios, al consejero general de sus administrados, al juez de su tribunal, al marido de su esposa, al hermano de su hermano, al padre de sus hijos y al hijo de sus padres, marcando con una cruz siniestra todas las cabezas, desde la más ilustre hasta la más humilde: nadie se escapa.

Estando en Bruselas entró una mañana en mi cuarto un hombre andrajoso y con la barba muy crecida.

—Acabo de llegar, me dijo; he hecho el camino á pié, y hace dias que no he comido.

Al oir esto ordené que se le diera á comer, y le pregunté:

—De dónde viene usted?

—De Limojes.

—Por qué ha venido usted aquí?

—No lo sé; se me ha arrojado de mi casa.

—Pues qué es usted?

—Yo, señor, soy almadreñero, zapatero.

Añadid tambien el Africa, la Guyana, las atrocidades de Bertrand, las atrocidades de Canrobert, las atrocidades de Espinasse, las atrocidades de Martimprey, los cargamentos de mujeres expedidos por el general Guyon; al diputado Miot llevado de casamata en

---

(1) *El Boletin de las Leyes* publicó el decreto siguiente con fecha 27 de Marzo:

«Vista la ley del 10 de Mayo de 1838, que clasifica los gastos ordinarios de las prisiones departamentales, y entre los cuales hay quien debe ser inscrito en los presupuestos de los departamentos;

»Considerando que tales gastos no tienen el carácter de ocasionados por los arrestos que tuvieron lugar á consecuencia de los sucesos de Diciembre;

»Considerando que los hechos en razon de los cuales se multiplicaron estos arrestos, se referian á un *complot contra* la seguridad del Estado, cuya represion importaba á la sociedad entera, y que desde luego es justo hacer pagar por el Tesoro público el excedente de gastos que resultó del *aumento extraordinario* por la multitud de prisiones,

»Decreto:

»Se abre al ministerio de lo Interior, sobre los fondos del ejercicio de 1851, un crédito extraordinario de 250.000 francos, aplicable al pago de los gastos que resulten de las prisiones verificadas á continuacion de los acontecimientos de Diciembre.»

(2) Digne, 5 de Enero de 1852:

«El coronel comandante del estado de sitio en el departamento de los Bajos-Alpes,

»Decreta:

»En el término de diez dias, los bienes de los acusados de evasion *serán secuestrados* y administrados por el director de los dominios del departamento de los Bajos-Alpes, conforme á las leyes civiles y militares, etc.

»FRIRION.»

Se podrian citar diez decretos semejantes de los comandantes de estado de sitio. El primero de los malhechores que cometió el crímen de la confiscacion de bienes, y que ha dado el ejemplo de ese género de arrestos, se llama Eynard, general entonces. Desde el 18 de Diciembre puso bajo secuestro los bienes de un cierto número de ciudadanos de Moulins; «porque, dice él con cinismo, *la instruccion comenzada no deja duda alguna* sobre la parte que han tomado en *la insurreccion* y en los pillajes del departamento de Allier.»

(1) La cifra de las *condenas* íntegramente mantenidas (se trata en la mayor parte de transportaciones) se hallaba, en la data de las relaciones, distribuida del modo siguiente:

Por M. Canrobert.	3.876
Por M. Espinasse.	3.625
Por M. Quentin Bauchard.	1.634
TOTAL.	9.135

casamata; las barracas en donde estaban espirando más de ciento cincuenta personas en cada una, todas inocentes, patriotas y honradas, sumidas en la miseria, rodeadas de inmundicias, en la más horrorosa confusion, bajo el sol de los trópicos y lejos de los suyos, que hace delirar la fiebre y que aterroriza la desesperacion.

Añadid tambien los desgraciados que cayeron en poder de los gendarmes, atados de dos en dos, almacenados en el fondo de los pontones del *Magellan*, del *Canadá* ó del *Duguesclin*, y arrojados á Lambessa y á Cayena con los penados sin saber por qué, ó por mejor decir, sin ningun motivo.

Uno, llamado Alfonso Lambert, de L'Indre, arrancado moribundo de su lecho; otro, Patureau Francœur, viñador, deportado porque en su pueblo se le quiso nombrar presidente de la República; aquel, Valette, carpintero en Chateaureaux, deportado por haber rehusado seis meses antes del 2 de Diciembre, y el dia de una ejecucion capital, levantar la guillotina.

Añadid la caza hecha á los hombres en las aldeas; la batida de Viroy en las montañas de Lure; la batida de Pellion en los bosques de Clamecy con quinientos hombres; el "órden„ restablecido en Crest; dos mil insurrectos; trescientos muertos; las columnas móviles por todas partes.

Añadid á Cárlos Sauvan, de Marsella, sobre quien, y al gritar ¡Viva la República! hizo fuego un granadero del 54.° regimiento, y le entró la bala por los riñones, saliéndole por el vientre; á Vincent, de Bourges, alcalde accidental de su municipio y anciano de sesenta años, que por protestar, como magistrado, del golpe de Estado, se le persigue en su pueblo, se escapa, se le alcanza; un soldado de caballería le corta dos dedos de un sablazo, otro le parte la cabeza, cae y se le transporta al fuerte de Ivry antes de curarle.

Añadid tambien hechos como el que sigue:

En el Cher es detenido el representante Viguier. Detenido! Y por qué? Porque es representante, porque es inviolable, porque el sufragio del pueblo le ha hecho sagrado.

Cierran á Viguier en la cárcel. Un dia se le permitió salir *una hora* para arreglar ciertos negocios que reclamaban imperiosamente su presencia. Antes de salir, dos gendarmes, el uno llamado Pedro Guéret y el otro Dubernelle, jefe, se apoderaron de Viguier; el jefe le colocó las manos la una contra la otra, de manera que las palmas se tocasen, y las ató fuertemente por las muñecas con una cadena; como pendia parte de ésta, el jefe hizo pasar á todo trance el cabo de dicha cadena por entre las manos de Viguier, aun á riesgo de romperle las muñecas por la presion. Cuando tal húbose hecho, las manos del prisionero se hincharon y amorataron.

—Esto es todo lo que me dais? preguntó tranquilamente Viguier.

—Ocultad las manos, responde el gendarme con retintin, si es que teneis vergüenza.

—Miserable! replicó Viguier; á quien de los dos deshonra esta cadena es á tí.

Viguier atravesó de aquel modo las calles de Bourges, donde habitaba ya treinta años, levantando las manos y enseñando las cadenas.

El representante Viguier tenia setenta años.

Añadid los fusilamientos sumarios en veinte departamentos.

"Todo lo que resiste„, escribe el señor Saint-Arnaud, ministro de la Guerra, "debe ser fusilado en nombre de la sociedad y en legítima defensa.„ (1)

"Seis dias han bastado para *sofocar* la insurreccion„, escribe el general Levaillant, que dirige el estado de sitio del Var.

"He hecho muy buenas aprehensiones„ escribe desde Saint-Etienne el general Viroy, "y he fusilado á ocho individuos sin esperar á nada; persigo á los jefes en los bosques.„

En Bordeaux, el general Bourjoly manda á los jefes de las columnas móviles "que se fusile en el campo á todos los individuos encontrados con las armas en la mano.„

En Forcalquier, la proclamacion del estado de sitio dice: "La ciudad de Forcalquier queda en estado de sitio. Los ciudadanos que *no hayan tomado parte* en los acontecimientos del dia y *tengan armas en su poder*, quedan obligados á presentarlas, bajo pena de ser fusilados.„

---

(1) Hé aquí tal cual salió en el *Monitor* este odioso despacho:

«Ha cesado ya en Paris, merced á una represion vigorosa, toda insurreccion armada. La misma energía tendrá iguales efectos en los demás puntos.

»Partidas armadas que llevaban el pillaje, la violacion y el incendio por todas partes, se han puesto fuera de la ley. Con ellas ni se puede parlamentar ni se puede guardar intimacion; se les ataca y se les dispersa.

»Todo lo que resiste debe ser *fusilado* en nombre de la sociedad y en su legítima defensa.»

La columna móvil de Pézenas llegó á Servian, y á un pobre hombre que procura escaparse de una casa cercada le mata á tiros.

En Entrains hiciéronse ochenta prisioneros; de entre éstos, uno pretende salvarse á nado, pero se hace fuego sobre él, le atraviesa una bala y se sumerje para siempre en el agua.

Los restantes fueron fusilados en el acto.

A estos excesos execrables añadid estos otros infames:

En Brioude, Alto-Loira, fueron reducidos á prision un hombre y una mujer, por haber cultivado el campo de un proscripto.

En Loriol (la Drome), Astier, guarda rural, fué condenado á veinte años de trabajos forzados por haber dado asilo á algunos fugitivos.

Añadid tambien (y la pluma tiembla al escribirlo) el restablecimiento de la pena de muerte, la nueva elevacion de la guillotina política, las sentencias horribles; los ciudadanos condenados á muerte en cadalso por los jueces jenízaros de los Consejos de guerra, como en Clamecy, Milletot, Jouannin, Guillemot, Sabatier y Four; en Lyon, Courty, Romegal, Bressieux, Fauritz, Julien, Roustain y Garan, teniente alcalde de Clioucat; en Montpellier, diez y siete por la cuestion de Bédarrieux, que son: Mercadier, Delpech, Denis, André, Barther, Triadou, Pierre Carriére, Galzy, Calas (a) el Vaquero, Gardy, Jacques Pagés, Michel Hércule, Mar, Vène, Frié, Malaterre, Beaumont y Pradal, los seis últimos, por fortuna, contumaces; y en el mismo Montpellier todavía otros cuatro: Choumac, Vidal, Cadelard y Pagés.

Cuál es el crímen de esos hombres?

Su crímen es el mismo que el tuyo, si es que eres buen ciudadano; el mismo que el del que escribe estas líneas; es la obediencia al artículo 110 de la Constitucion, es la resistencia armada al atentado de Luis Bonaparte; y el Consejo "ordena que la ejecucion tendrá lugar *en la forma ordinaria*, en una de las plazas públicas de Béziers„, para los cuatro últimos; y para los otros diez y siete, en una de las plazas públicas de Bédarrieux.

Así lo anunciaba el *Monitor*, si bien es verdad que el *Monitor* anunciaba al propio tiempo que el servicio del último baile dado en las Tullerías habia sido prestado por trescientos criados de fonda, con la rigurosa etiqueta prescrita por el ceremonial de la antigua casa imperial.

Hé aquí lo que acaba de pasar en Belley, en el momento que escribimos estas líneas:

En Bugez, cerca de Belley, un obrero llamado Charlet habia sostenido ardientemente el 10 de Diciembre de 1848 la candidatura de Luis Bonaparte, y distribuido con tal objeto papeletas y apoyado, propagado y hasta comprado votos para dicha candidatura. La eleccion fué para él un triunfo.

Confiaba en Luis Napoleon y creia de buena fé en los escritos socialistas del prisionero de Ham y en sus programas "humanitarios„ y republicanos.

El 10 de Diciembre habia muchos bobalicones de ese género; pero hoy son los más indignados.

Cuando Luis Bonaparte subió al poder y vieron lo que hizo de los cándidos, las ilusiones se desvanecieron.

Charlet, hombre de inteligencia, cuya probidad republicana se sublevó poco á poco, á medida que Luis Bonaparte se hundia más y más en la reaccion, Charlet se separaba de él, pasando así de la adhesion más fiel á la oposicion más leal y más viva. Tal es la historia tambien de muchos nobles corazones.

El 2 de Diciembre Charlet no vaciló un momento. En presencia de todos los atentados que constituyeron el acto infame de Luis Bonaparte, Charlet sintió en su interior clamar la voz de la ley, y se dijo que debia ser tanto más severo con él, porque era uno de aquellos cuya confianza habia sido burlada del modo más indigno. Comprendió claramente que en él no existia más que un deber como ciudadano, deber estrecho y que se confundia con el derecho, cual era el de defender la República y la Constitucion, y resistir por los medios humanos al hombre que la izquierda y su crímen, más que la izquierda todavía, acababan de poner fuera de la ley.

Cuando los refugiados en Suiza pasaron armados la frontera, atravesaron el Rhone cerca de Anglefort y entraren en el departamento del Ain, Charlet se unió á ellos.

En Seyssel encontró aquel pequeño ejército á los carabineros. Estos, cómplices voluntarios ó extraviados del golpe de Estado, quisieron oponerse á su paso. Vino, pues, el choque, quedó muerto un carabinero é hicieron prisionero á Charlet.

El golpe de Estado condujo á Charlet

ante un Consejo de guerra. Se le acusó de la muerte del carabinero que fué muerto en un combate. Bajo todos aspectos Charlet era extraño á aquella muerte, porque el carabinero habia caido atravesado por una bala, y él no tenia otra arma que una lima aguzada.

Charlet, no queriendo reconocer por tribunal al grupo de hombres que pretendia juzgarle, les dijo:—"Ustedes no son jueces; dónde está la ley? La ley está de mi parte„, y rehusó contestar ya á toda pregunta.

Interrogado sobre la muerte del carabinero, no quiso contestar, á pesar de que con una sola palabra hubiera podido aclararlo todo; pero descender á una explicacion hubiera sido aceptar en cierto modo aquel tribunal. Por lo mismo no quiso defenderse y guardó silencio.

Aquellos hombres le condenaron á muerte "segun forma ordinaria de las ejecuciones criminales„.

Pronunciada la sentencia, pareció luego como que la habian olvidado; pasaron dias, semanas y meses. Todos decian á Charlet en su prision:—Se ha salvado V.

El 29 de Junio, al rayar el dia, la ciudad de Belley vió una cosa lúgubre. El cadalso habia sido levantado durante la noche y en medio de la plaza pública.

Los habitantes se dirigian pálidos los unos á los otros y se preguntaban:—¿Ha visto V. lo que hay en la plaza?

—Sí.

—Para quién es?

Era para Charlet.

La sentencia de muerte habia sido remitida al señor Bonaparte, quien, *abrumado por otros negocios*, la habia dejado dormir largo tiempo en el Elíseo; pero una mañana, despues de siete meses, y cuando ya nadie pensaba ni en el combate de Seyssel, ni en el carabinero muerto, ni en Charlet, M. Bonaparte, deseando sin duda meter algo entre la fiesta del 10 de Mayo y la fiesta del 15 de Agosto, firmó la órden de la ejecucion.

El 29 de Junio, pues, despues de algunos dias de zozobra, Charlet fué sacado de la prision. Se le dijo que iba á morir, pero permaneció tranquilo.

El hombre que tiene la justicia de su parte no teme morir, porque siente que se agitan en él el cuerpo, que se puede matar, y la justicia, cuyos brazos no se dejan atar y cuya cabeza no rueda al golpe de la cuchilla. Se quiso hacer subir á Charlet en una carreta, pero él contestó á los gendarmes:—No, iré á pié; aun puedo andar, no tengo miedo.

Una inmensa muchedumbre se agrupaba á su paso. Todos le conocian en el pueblo y le querian; sus amigos buscaban su mirada. Charlet, con los brazos atados á la espalda, saludaba con la cabeza á derecha é izquierda.

—Adios, Jaime; adios, Pedro, decia sonriendo á sus amigos.

—Adios, Charlet, respondíanle éstos llorando.

La gendarmería y la tropa de línea rodeaban el cadalso.

Charlet subió con paso lento y firme.

Cuando se le vió de pié en el cadalso, la muchedumbre sintió un fuerte extremecimiento; las mujeres lanzaron gritos, los hombres crisparon el puño.

Mientras se le arreglaba el cabello para matarle, miró la cuchilla y dijo:—¡Cuando pienso que he sido bonapartista!

Y despues, levantando los ojos al cielo, gritó:—Viva la República!

A poco rodó su cabeza por el suelo.

Este dia fué un dia de luto en Belley y en todos los pueblos del Ain.

—Cómo ha muerto? preguntaban todos con afan.

—Como un héroe!

—Loado sea Dios!

Esta es la manera cómo viene á morir un hombre honrado.

El pensamiento sucumbe y se abisma en el horror ante hecho tan monstruoso.

Este crímen, añadido á los otros crímenes, los completa y los sella con una especie de sello siniestro.

Es aun más que el complemento: es el coronamiento.

Se comprende que M. Bonaparte debe estar contento. Hacer fusilar de noche en la oscuridad, en la soledad, en el Campo de Marte, bajo los arcos de los puentes, detrás de una muralla desierta, sin saber á quién, al azar, en confusion, á personas desconocidas, á las sombras que se mueven, sin saber siquiera el número; hacer matar anónimos por venganza de otros anónimos, y que todo ello quede oculto en las tinieblas, en el olvido, á la verdad, es poco satisfactorio para el amor propio.

Las gentes escrupulosas tendrian el derecho á decirle:—"Vemos claro que tienes miedo; todas esas iniquidades no las cometerias en público„, y en cierto modo tendrian razon.

Arcabucear á las gentes por la noche es una violacion de todas las leyes divi-

nas y humanas, pero no es en cambio tan insolente ni tan glorioso como erigir en pleno dia en la plaza pública el cadalso legal, el aparato regular de la vindicta social, como entregar inocentes á la cuchilla. Ah! ¡eso es diferente, es muy diferente! Eso no es cometer un asesinato en pleno dia, en el centro de una ciudad, por medio de una máquina llamada tribunal ó Consejo de guerra, á la que ayuda otra máquina fabricada por un carpintero, ajustada, encajada y engranada; traer dos cestos y añadir: "Este será para el cuerpo y este otro para la cabeza„; esperar la hora convenida, llevar atada con cuerdas la víctima, asistida por sacerdotes; proceder al asesinato á sangre fria; encargar á un notario que levante proceso verbal; rodear el asesinato de gendarmes con el sable desenvainado y de manera que el pueblo horrorizado, que no se dá cuenta de lo que vé, dude si aquellos hombres de uniforme son una brigada de gendarmes ó una partida de bandidos, y se pregunte mirando al hombre que arregla la cuchilla si es el verdugo ó si es un asesino...

Esto es más bueno aun; esto es acordarse despues de siete meses, como de un olvido que se repara, de dar un bofeton á la justicia; esto es horrible, es el colmo de lo execrable.

Hé aquí el paralelo terrible y que resume toda la situacion: dos hombres; un obrero y un príncipe.

El príncipe comete un crímen y entra en las Tullerías.

El obrero cumple con su deber y sube á un cadalso.

¿Y quién es el que erige el cadalso al obrero? El príncipe.

¡Sí, ese hombre, que si hubiera sido vencido en Diciembre no se hubiera escapado de la pena de muerte, sino por la omnipotencia del progreso y por la extension del extremo generoso, del principio de la inviolabilidad de la vida humana! ¡Ese hombre, ese Luis Bonaparte, ese príncipe que transporta á su política la política de los Poulmann y de los Soufflard, es quien vuelve otra vez á levantar el patíbulo, sin que su mano tiemble, sin que su rostro palidezca, sin que comprenda que las gradas del patíbulo son una escala fatal que nadie debe erigir, pero que una vez erigida, nadie debe derribarla, y que el que la levanta para otro, la encuentra más tarde para él mismo!

No; ese hombre no es razonable; tiene deseos, tiene caprichos, y precisa que los satisfaga. Son los deseos del dictador.

La omnipotencia seria empalagosa si no se la sazonase de tal modo.

¡Adelante, cortad la cabeza á Charlet y á los que os ocurra!

M. Bonaparte es príncipe-presidente de la República francesa; M. Bonaparte tiene diez y seis millones de francos cada año, cuarenta y cuatro mil francos cada dia, veinticuatro cocineros para su servicio personal y otros tantos ayudantes de campo; tiene derecho de cazar en los estanques de Saclay y de San Quintin, en los bosques de Laigne, de Ourscamp y de Carlemont, en los montes Champagne y de Barbeau; posee las Tullerías, el Louvre, el Elíseo, Rambouillet, Saint-Cloud, Versalles, Compiegne; tiene su palco imperial en todos los teatros, fiesta, gala y música todos los dias, la sonrisa de M. Sibour y el brazo de la señora marquesa de Douglas para entrar en el baile; pero todo esto no le basta: le falta todavía la guillotina; le faltan algunos de esos cestos encarnados en medio de los cestos de vino de Champagne.

Ah! Ocultemos el rostro con ambas manos. Ese hombre, ese odioso verdugo del derecho y de la justicia, tenia todavía el mandil puesto y las manos en las palpitantes entrañas de la Constitucion y los piés en la sangre de las leyes degolladas, cuando vosotros, jueces; cuando vosotros, magistrados, hombres de la ley, hombres del derecho... Pero me detengo; ya os encontraré más tarde con vuestras togas negras y encarnadas, con vuestras togas de color de tinta y de color de sangre; tambien les encontraré y volveré á castigarlos y los castigaré todavía, á esos otros, á vuestros jefes, á esos juristas sostenedores de la asechanza; á esos prostituidos, á ese Baroche, á ese Suin, Royer, Mongis, Rouher, Troplong, desertores de las leyes; á todos esos nombres que no expresan otra cosa que la cantidad de desprecio posible en el hombre.

Si el dictador no ha aserrado á sus víctimas entre dos planchas, como Cristierno II; si no ha sepultado en vida á las personas, como Ludovico el Moro; si no ha levantado los muros de su palacio con hombres vivos y con piedras, como Timour-Beig, que, segun dice la leyenda, nació con las manos cerradas y llenas de sangre; si no ha abierto el vientre á las mujeres embarazas como César, duque de Valentinois; si no ha colgado á las mujeres de sus pechos, *testibusque viros*, como Fernando de Toledo; si no ha enrodado, quemado, crucificado y des-

cuartizado, no le acrimineis, no es culpa suya, sino del siglo actual que se lo impidió. Él hizo todo lo que le fué humana ó inhumanamente posible.

En el siglo diez y nueve, siglo de dulzura, siglo de decadencia, como dicen los absolutistas y los papistas, ha igualado en ferocidad Luis Bonaparte á sus contemporáneos Haynau, Radetzky, Filangieri, Schwartzenberg y Fernando de Nápoles, y aun quizá los ha superado. Mérito raro, y el cual hemos de tener en cuenta como una dificultad más para la escena que representó en Francia.

Hagámosle justicia. En el tiempo en que estamos, Ludovico Sforza, el Valentinois, el duque de Alba, Timour y Cristierno II no habrian hecho más que Luis Bonaparte. Éste los hubiera imitado á vivir en sus épocas; en la nuestra, en el momento de construir y de levantar las horcas, los potros, los caballetes, las gruas con cuerdas, las torres vivas, las cruces y las hogueras, hubiéranse aquellos detenido como él, á pesar suyo y sin saberlo, ante la resistencia secreta é invencible de la corriente moral, ante la fuerza invisible del progreso ilustrado, ante la formidable y misteriosa oposicion de todo un siglo que se eleva al Norte, al Mediodía, al Oriente, al Occidente y en derredor de todos los tiranos, diciéndoles:—¡No; no consiento semejantes barbaries!

III.

Lo que habria sido 1852.

Pero sin ese abominable 2 de Diciembre, "necesario„, como dicen sus cómplices y tambien los desengañados, qué hubiera pasado en Francia?

Ah! vamos á verlo.

Retrocedamos algunos pasos y recordemos sumariamente la situacion tal cual era antes del golpe de Estado.

El partido del pasado, bajo el lema del órden, resistia á la República, ó en otros términos, resistia al porvenir.

Que haya ó no oposicion, que haya ó no consentimiento, la República, dejando á un lado toda ilusion, es el porvenir, próximo ó lejano, pero inevitable, de las naciones. ¿Cómo se establecerá la República? De dos maneras: ó por medio de la lucha ó por medio del progreso.

Los demócratas quieren que la traiga el progreso; sus adversarios, los hombres del pasado, traerla por medio de la lucha.

Como acabamos de manifestar, los hombres del pasado resisten, se obstinan y dan hachazos en el árbol, figurándose que así detendrán la sávia que sube, y lo que hacen es prodigar su fuerza, su puerilidad y su cólera.

No proferiremos ninguna palabra amarga contra nuestros antiguos adversarios, derribados en el mismo dia que nosotros y en su mayor parte de una manera muy digna; nos concretaremos á manifestar que en semejante lucha, la mayoría de la Asamblea legislativa de Francia entró desde los primeros dias de su instalacion, desde el mes de Mayo de 1849.

Tal política de resistencia es una política funesta; tal lucha del hombre contra Dios es naturalmente vana, y si es fecunda en catástrofes, es nula en resultados. Lo que debe ser será; precisa que lo que deba correr, corra; que lo que deba caer, caiga; que lo que deba nacer, nazca; que lo que deba crecer, crezca: por eso mismo, cuando se oponen obstáculos á las leyes naturales, sobreviene el tumulto y el desórden comienza.

Atad una vena y adquirís una enfermedad; detened el curso de un rio y obtendreis una inundacion; oponeos al porvenir y sobrevendrán las revoluciones.

Obstinaos en conservar en medio de vosotros, como si todavía viviera, el pasado, que ya ha muerto, y producireis no sé qué epidemia moral; la corrupcion se esparcirá hasta por los aires que se respira, y clases enteras de la sociedad, los funcionarios por ejemplo, entrarán en putrefaccion, estallando la peste si llegais á guardar los cadáveres en vuestras casas.

Tal política, sin embargo, obceca por desgracia á los que la practican, y los que se consideran hombres de Estado están tan ciegos, que no comprenden ni lo que ellos mismos producen, ni lo que han originado, como tampoco comprenden que ellos son los que precipitan los acontecimientos y las catástrofes.

¿Qué diríamos de un campesino que construyese una barrera de una á otra parte del arroyo que pasa por delante de su cabaña, y que cuando el arroyo se convirtiera en torrente desbordado y destruyera las paredes, arrastrándolo todo, gritara:—Maldito sea el arroyo!...

Los hombres de Estado del pasado, esos grandes constructores de diques á

través de las corrientes, pasan el tiempo gritando:—Maldito sea el pueblo!

Suprimid á Polignac y las Ordenanzas de Julio, es decir, la barrera, y Cárlos X hubiera muerto en las Tullerías.

Reformad en 1847 la ley electoral, es decir, quitad tambien la barrera, y Luis Felipe hubiera muerto en el trono.

¿Pero es esto decir que la República no hubiera venido?

No, no es eso.

La República, repitámoslo, es el porvenir, y habria venido paso á paso, de progreso en progreso, de conquista en conquista, como un rio que se desliza y no como un aluvion que invade; habria venido á su hora, cuando todo hubiera estado preparado para recibirla; habria venido, no por cierto con más vida, porque desde ahora es indestructible; pero más tranquila, sin reaccion posible, sin príncipes que la acechasen, sin golpe de Estado que la contuviese.

La política de resistencia contra el curso de la humanidad crea cataclismos artificiales. Pretendió crear en el año 1852 una especie de eventualidad formidable, y siempre por el mismo procedimiento, por medio de la barrera.

Ved un camino de hierro; el tren vá á pasar dentro de una hora; si echais una viga á través de los rails, cuando el tren llegue se destrozará y realizareis otro Fampoux; pero quitad la viga á la llegada del tren y éste pasará sin sospechar siquiera que momentos antes le amenazaba una catástrofe.

Dicha viga es la ley del 31 de Mayo.

Los jefes de la mayoría de la Asamblea legislativa la habian arrojado al través de 1852, y gritaban: ¡Aquí se estrellará la sociedad! La izquierda les decia: ¡Quitad la viga, quitadla y dejad el paso libre al sufragio universal!

Esta es toda la historia del 31 de Mayo.

Estas son las verdades que un niño comprende y que los "hombres de Estado„ no quieren comprender.

Ahora contestemos á la pregunta que hicimos hace poco.

Sin el 2 de Diciembre, ¿qué habria pasado en Francia en 1852?

Suprimid la ley de 31 de Mayo; quitad al pueblo la barrera; quitad á Bonaparte su palanca, su arma, su pretexto; dejad tranquilo al sufragio universal; quitad la viga puesta sobre los rails. ¿Sabeis lo que hubiera ocurrido en 1852?

Nada.

Se hubieran verificado otras elecciones, que fueran como fiestas tranquilas, en las que hubiera ido á votar el pueblo, ayer trabajador, hoy elector, mañana otra vez trabajador y siempre soberano. Pero se contesta: Sí, elecciones! ¡hablais así por conveniencia! Pero ¿y la "cámara roja„ que hubiera salido de esas elecciones?

¿No se habia anunciado ya que la Constituyente de 1848 seria una "cámara roja?„

Cámaras rojas, fantasmas rojos, todas estas predicciones se aprovechan para lograr inícuos fines.

Los que pasean al extremo de un palo esas fantasmagorías ante las masas horrorizadas, saben lo que se hacen y ríense por detrás de los pingajos horribles que hacen flotar.

Bajo el largo ropaje de color de escarlata del fantasma que bautizaron con el susodicho nombre en 1852, se veian pasar las botas militares del golpe de Estado.

IV.

El Jacobinismo.

Despues del 2 de Diciembre, ya cometido el crímen, era natural que se pretendiera dar un desquite á la opinion, por lo que el golpe de estado comenzó á gritar: Jacobinismo! como aquel asesino que gritaba: Al ladron!

Añadamos que se habia prometido un jacobinismo, y que M. Bonaparte no podia, sin arriesgarse á sus consecuencias, faltar á la fé de sus promesas.

¿Cuál era, sino el jacobinismo, el espectro rojo?

Precisaba dar alguna realidad á semejante espantajo, pues no se puede reirse de él en las barbas del pueblo y decirle al mismo tiempo:

—Eso no es nada, mentecatos; ¡es que os he hecho miedo!

Hubo, pues, *jacobinismo*. Las promesas anunciadas se cumplieron; las imaginaciones de los alucinados se hicieron públicas; se manifestaron los espantosos actos del Coco, y más de un niño, al leer los periódicos, hubiera podido reconocer en ellos al ogro del buen Perrault disfrazado de socialista.

Se supuso y se inventó cuanto se quiso, y esto era fácil de conseguir habiendo suprimido la prensa. El mentir es muy seguro cuando de antemano se ha arrancado la lengua á los que pudieran desmentirnos.

Tambien se gritó: Alerta, propietarios! Sin nosotros estuviérais perdidos! Nosotros os hemos ametrallado, es verdad, pero era por vuestro bien. Mirad, los lollards estaban á vuestras puertas; los anabaptistas escalaban vuestras murallas; los husitas golpeaban en vuestras puertas; los harapientos subian vuestra escalera; los hambrientos codiciaban vuestro dinero. Alerta! ¿No se atrevieron esos miserables á violar alguna de vuestras mujeres?

Concedamos la palabra á uno de los principales redactores de *La Patrie*, llamado Froissard:

"Yo no osaré escribir ni contar los horribles actos é inconveniencias que cometian con las damas. Pero entre otros desórdenes y actos villanos, mataron á un caballero, le pasaron un asador de parte á parte, le dieron vueltas al fuego y le asaron en presencia de su mujer y de sus hijos.

„Despues que diez ó doce de ellos forzaron á la dama, quisieron que ella y sus hijos comieran por fuerza carne del caballero, y despues los mataron.

„Aquellos miserables robaban y lo incendiaban todo, y mataban, forzaban y violaban lo mismo á las casadas que á las doncellas, sin piedad ni compasion, como si fueran perros rabiosos.

„De tal modo viven esas gentes entre París y Noyon, entre París y Soissons y Ham en Vermandois, por toda la tierra de Coucy. Allí estaban los grandes ladrones y malhechores; que solo entre el condado de Valois, el obispado de Laon, de Soissons y de Noyon, despojaron más de cien castillos y casas acomodadas de caballeros y escuderos. Donde quiera que estaban robaban cuanto les venia á la mano. Pero *Dios*, por su gracia, puso el remedio que sabeis, y debemos darle muchísimas gracias.„

Se reemplazó solamente á Dios por monseñor el príncipe-presidente. Pero esto era lo de menos.

Hoy, despues de transcurridos ocho meses, ya sabemos á qué atenernos respecto á ese "jacobinismo„; los hechos han acabado por aparecer á la luz del dia.

Y en dónde? cómo?

Ante los mismos tribunales de M. Bonaparte.

Los subprefectos, cuyas mujeres fueron violadas, jamás fueron casados. Los sacerdotes que fueron asados vivos y cuyos corazones se comieron los jacobinos, han escrito que se hallan en perfecta salud; los gendarmes, en derredor de cuyos cadáveres habian danzado los jacobinos, han venido á deponer la verdad ante los Consejos de guerra; las cajas públicas que fueron robadas, se han encontrado intactas en manos de M. Bonaparte, que las ha "salvado„; el famoso déficit de cinco millones de francos de Clamecy, quedó reducido á doscientos francos gastados en bonos de pan.

Hé aquí lo que ha resultado de tanto estrago.

Una publicacion oficial habia dicho el 8 de Diciembre:

"El cura, el alcalde, el subprefecto de Joigny y muchos gendarmes han sido villanamente asesinados.„

Pero hubo quien, en una carta que se hizo pública, decia: "Ni se ha derramado una gota de sangre en Joigny, ni se ha amenazado la vida de persona alguna.„

Quién ha escrito tal carta?

El mismo alcalde de Joigny, *villanamente asesinado.*

M. Enrique de Lacretelle, á quien una partida armada le robó dos mil francos en su castillo de Cormatin, está aun hoy estupefacto, no del robo, sino de la mentira.

M. de Lamartine, á quien otra partida habia querido saquear y probablemente ahorcar, y cuyo castillo de San-Point habia sido incendiado y que "habia escrito pidiendo socorro al gobierno„, supo esto por medio de los periódicos.

El siguiente documento fué presentado ante el Consejo de guerra de la Nievre, presidido por el ex-coronel Martimprey:

"Órden del Comité.

„La probidad es una virtud de los republicanos.

„*Todo pillete ó ladron será fusilado.*

„Todo detentor de armas, que durante doce horas no las haya depositado en la Alcaldía ó presentado, será preso y detenido hasta nueva órden.

„Todo ciudadano embriagado será desarmado y encarcelado.

„Clamecy 7 de Diciembre de 1851.

„Viva la República social!

„*El Comité revolucionario social.*„

Lo que se acaba de leer es la proclama de los "jacobinos„.

Muerte á los pillos! ¡Muerte á los ladrones!

Tal era el grito de los ladrones y de los pillos.

Uno de los jacobinos, llamado Gustavo Verdun-Lagarde, de Lot-et-Garonne, murió desterrado en Bruselas el 1.° de

Mayo de 1852, legando cien mil francos á su pueblo natal, para fundar en él una escuela de agricultura.

Este partidario de la distribucion de bienes los distribuyó en efecto.

No hubo, pues, y los honrados encubridores del golpe de Estado así lo confiesan con agradable humor, tal "jacobinismo„, es cierto; pero convenia hacerlo creer.

Sucedió en los departamentos lo mismo que en Paris: hubo resistencia legal, la resistencia prescrita á los ciudadanos por el artículo 110 de la Constitucion y por el derecho natural; hubo *la legítima defensa* (esta vez la frase es propia) contra los "salvadores„; la lucha á mano armada del derecho y de la ley contra la infame insurreccion del poder. Solo ocurrió que la República, sorprendida por la asechanza, peleó con el golpe de Estado. Hé aquí todo.

Veintisiete departamentos fueron los que se sublevaron:

El Ain, el Aude, el Cher, las Bocas del Ródano, la Costa de Oro, el Alto-Garona, Lot-et-Garonne, el Loiret, la Marne, la Meurthe, el Norte, el Bajo-Rhin, el Ródano, Seine-et-Marne, que cumplieron dignamente con su deber; y los Bajos-Alpes, el Aveyron, la Drôme, el Gard, el Gers, el Hérault, el Jura, la Nievre, el Puy-de-Dôme, Saone-et-Loire, el Var y Vaucluse, que se portaron intrépidamente y sucumbieron como Paris.

El golpe de Estado se portó tan feroz en todos esos puntos como en Paris.

Acabamos de dar un vistazo somero á tales crímenes.

Esa resistencia legal y constitucional, virtuosa resistencia, en la cual el heroismo estuvo de parte de los ciudadanos y la atrocidad de parte del poder, es la que el golpe de Estado ha llamado jacobinismo.

Lo repetimos: tenian necesidad del fantasma rojo.

Agitaban el jacobinismo por dos fines, pues servia de dos maneras al Elíseo, ofreciendo doble ventaja: primero: para que se votara en favor del "plebiscito„; para hacer votar bajo la presion del sable y la del espantajo; para ejercer presion en los inteligentes; horrorizar á los crédulos, dejando el terror para éstos y el miedo para aquellos, como ya lo explicaremos á su debido tiempo: todo el secreto de la votacion del 20 de diciembre se encierra en el jacobinismo inventado, que les valió tambien para que sirviese de pretexto á las proscripciones.

Por lo tanto el año 1852 no contenia en su seno peligro alguno real.

La ley del 31 de Mayo, muerta moralmente, habia sucumbido antes del 2 de Diciembre.

Una Asamblea nueva, un presidente nuevo, la Constitucion pura y sencillamente puesta en práctica, elecciones, y nada más.

Suprimiendo á M. Bonaparte hubiera seguido la República en 1852. Pero para eso precisaba que M. Bonaparte se marchase; era él el obstáculo y fué el que trajo la catástrofe.

Ese hombre fatal cogió por la garganta una mañana la Constitucion, la República, la ley, la Francia; dió al porvenir una puñalada por la espalda; pisoteó el derecho, la opinion, la justicia, la razon y la libertad; encerró á hombres inviolables, secuestró inocentes, desterró á hombres ilustres; cogió por los cabellos al pueblo en la persona de sus representantes; lo ametralló en los boulevares de París; lo fusiló sin formacion de causa; llenó Mazas, la Conserjería, San Pelagio, Vincennes, los fuertes, las prisiones celulares, las casamatas y los calabozos de inocentes prisioneros y de cadáveres los cementerios; rasgó todos los códigos y violó todas las leyes; hizo perecer á millares de deportados en los pontones; envió á Lambessa y á Cayena ciento cincuenta niños de doce á quince años, siendo más grotesco que Falstaff y más terrible que Ricardo III.

Todo esto por qué? Porque habian, segun él dijo, fraguado "un complot contra su poder„; porque el año que finalizaba se confabulaba traidoramente con el año que comenzaba para derribarlo; porque el artículo 45 celebró un pacto pérfido con el calendario para echarle de la presidencia; porque el segundo domingo de Mayo queria "deponerle„; porque su juramento tenia la audacia de procurarle la caida; porque su palabra de honor conspiraba contra él.

A la mañana siguiente del triunfo se cuenta que dijo: "El segundo domingo de Mayo ha muerto„.

No! ¡Es la probidad, es el honor, es el nombre del emperador lo que ha muerto!

¡El gran hombre yace en la capilla de San Gerónimo, debe extremecerse de desesperacion si el clamor de la impopularidad llega á su tumba!

Mirad cómo los grandes recuerdos desaparecen y brillan recuerdos infames en todas partes con caractéres indelebles.

Ya nadie recuerda á Jena, á Marengo ni á Wagram.

Ahora solo se habla del duque de Enghien, de Jaffa, del 18 Brumario.

Se olvida al héroe y no se vé más que al déspota.

La caricatura comienza á adquirir perfil de César.

Qué personajes le rodean!...

Hay gentes ya que confunden al tio con el sobrino; á la gloria del Elíseo y á la vergüenza de la Francia.

El parodista toma los aires de jefe de administracion.

Oh! A su inmenso esplendor no le faltaba más que esa inmensa mancha; Luis Napoleon es peor que Hudson Lowe, porque Hudson Lowe no era más que un carcelero, porque Hudson Lowe no era más que un verdugo; y el hombre que asesina verdaderamente á Napoleon es Luis Bonaparte. Hudson Lowe no le mató más que la vida, y Luis Bonaparte mata su gloria. Ah, desgraciado! Todo lo toma, todo lo destruye, todo lo mancha, todo lo deshonra; no puede tomar nada sin empañarlo con el vaho de sus crímenes.

Para su asechanza escoge el mismo mes, el mismo dia de Austerlitz. Vuelve de Satory como se vuelve de Aboukir. Hace salir no sé qué ave nocturna del 2 de Diciembre y la coloca sobre la bandera de Francia, diciendo: ¡Soldados, hed aquí el águila!

Toma de Napoleon el sombrero y de Murat la pluma.

Tiene su etiqueta imperial, sus chambelanes, sus ayudantes de campo, sus cortesanos.

En la época del emperador, éstos eran reyes; en su reinado son lacayos.

Tiene política propia; su 13 Vendimiario propio, su 18 Brumario propio. Pretende tambien compararse. En el Elíseo ha desaparecido Napoleon el Grande; ahora se dice: *el tio Napoleon.*

El hombre del destino ha pasado ya.

El completo no es el primero, es el que ahora gobierna.

El primero solo vino á preparar la cama al segundo.

Luis Bonaparte, rodeado de criados y de mujeres, acomoda á los deseos de su mesa y de su alcoba la coronacion, lo sagrado, la Legion de Honor, el campo de Boloña, la columna Vendome, Lodi, Arcola, San Juan de Acre, Eylau, Friedland, Champaubert...

Ah, franceses! ¡Mirad al cerdo lleno de lodo cómo se oculta en vuestra piel de leon!

LIBRO QUINTO

El parlamentarismo.

I.

Un dia (han pasado sesenta y tres años desde entonces) el pueblo francés, dominado por una familia desde hacia ochocientos años, oprimido por los barones hasta Luis XI, y desde Luis XI por los Parlamentos, es decir, y para emplear la sincera expresion de un gran señor del siglo diez y ocho, "comido primero por los lobos y despues por los piojos„; encerrado en provincias, en castellanías, en bailías y en senescalías; explotado, estrujado, oprimido, cortado, pelado, repelado, raido, roido y vilipendiado; cargado con multas por el solo placer de los señores; gobernado, llevado, vuelto, revuelto, arrastrado, torturado, azotado y marcado con un hierro candente por un juramento; condenado á las galeras por el grave delito de matar un conejo en dominios del rey; ahorcado por cuestion de cinco sueldos; prestando sus millones á Versalles y su esqueleto á Montfaucon; cargado de prohibiciones, de ordenanzas, de patentes, de cartas reales, de edictos bursátiles y rurales, de leyes, de códigos, de usanzas; agobiado por gabelas, por censos, por impuestos, por manos muertas, por contribuciones y sisas, por diezmos, por peajes, por servicios, por quiebras; aplacado con el baston llamado cetro; sudoroso, sofocado, gimiendo sin descanso, coronado, puesto de rodillas, como bestia de carga más que como nacion; un dia, en fin, decimos, el pueblo francés se levantó de repente, quiso ser hombre, y metiósele en la cabeza pedir cuentas á la monarquía; pedir cuentas á la Providencia y liquidar sus diez y ocho siglos de miseria y de opresion, de esclavitud y de barbarie; tuvo un arranque maravilloso.

II.

Eligieron un vasto salon, que rodearon de gradas; despues con varias maderas construyeron en medio de él una especie de estrado. Cuando se terminó esta operacion, lo que entonces se llamaba la nacion, esto es, el clero de sotanas encarna-

das y violadas, la nobleza empenachada de blanco y con la espada al cinto, y la burguesía vestida de negro, vinieron á sentarse en aquellas gradas. Apenas tomaron asiento, subió al estrado y se irguió en él una figura extraordinaria.

Qué mónstruo es ese? preguntaron unos.

Qué gigante es ese? preguntaron otros.

Era un sér singular, inesperado, desconocido, salido de improviso de la oscuridad, que producia miedo y fascinaba.

Una enfermedad repugnante le habia dado á su fisonomía la forma del tigre; parecia que todos los vicios habian depositado sus fealdades en su cara, y vestia como la burguesía, de negro, mejor dicho, de luto. Su mirada de leon deslumbraba á la Asamblea; parecia que acriminaba y que amenazaba. Todos le observaban con curiosidad que participaba del terror.

Hizo ademan de hablar y todos guardaron silencio. Entonces se vió salir de aquel sér tan deforme la palabra más elocuente y sublime.

Era la voz del mundo nuevo que hablaba por boca del mundo antiguo; era el 89 que se levantaba de pié y que interpelaba, acusaba y denunciaba á Dios y á los hombres todas las fechas fatales de la monarquía; era el pasado bajo su figura augusta, el pasado al que acardenalaban las ligaduras, que aparecia con la espalda marcada, esclavo desechado, viejo presidiario; el pasado infeliz, que llamaba á grandes gritos al porvenir, al porvenir libertador.

Hé aquí lo que era aquel desconocido; hé aquí lo que hacia en la tribuna.

A su palabra, que por momentos se transformaba en trueno, preocupaciones, ficciones, abusos, supersticiones, errores, intolerancia, ignorancia, fiscalizaciones infames, penalidades bárbaras, autoridades caducas, magistraturas carcomidas, códigos decrépitos, leyes corrompidas; todo lo que, en fin, debia perecer, sufrió una convulsion terrible y comenzó á derrumbar el edificio de todos los absurdos.

Esta aparicion formidable dejó grabado un nombre en la memoria de los hombres.

Deberia llamarse la Revolucion, y se llama Mirabeau.

III.

El dia en que Mirabeau puso el pié en el estrado, el estrado se transfiguró y nació la tribuna francesa.

La tribuna francesa! Seria preciso escribir un libro para decir lo que esta palabra encierra.

La tribuna francesa es, desde hace sesenta años, la boca abierta del espíritu humano. Del espíritu humano diciéndolo todo, mezclándolo todo, combinándolo todo; el bien, el mal, la verdad, lo falso, lo justo, lo injusto, lo alto, lo bajo, lo horrible, lo hermoso, el ensueño, la realidad, la pasion, la razon, el amor, el ódio, lo material, lo ideal; y creó las tinieblas para sacar de ellas la luz del dia, formando con su trabajo sublime y eterno el caos para sacar de él la vida, creando la revolucion para obtener con ella la República.

¿Y cómo poder contar lo que ha pasado en esta tribuna, lo que ella ha visto, lo que ha hecho, ni las tempestades que la han combatido, los acontecimientos que ha originado, los hombres que la han hecho extremecer con sus clamores, los hombres que la han hecho sagrada con su palabra sublime?

Despues de Mirabeau, Vergniaud, Camilo Desmoulins, Saint-Just, el jóven severo; Danton, el tribuno enorme, y Robespierre, la encarnacion de la virtud inmensa y terrible, son los que más la han enaltecido.

De ella han salido interrupciones feroces como las que siguen:

—Cómo! exclama un orador de la Convencion; ¿sois vos el que hoy pretende cortarme la palabra?

—Sí, responde una voz, y el cuello mañana; y apóstrofes tan soberbios como éste:

—¡Ministro de la Justicia, dice el general Foy á un guardasellos inícuo; os condeno al salir de este recinto á mirar la estátua de l'Hôpital!

En ella se ha litigado todo, como acabamos de decir, lo mismo las malas causas que las buenas; pero las buenas son las que únicamente han salido victoriosas.

En ella, en presencia de resistencias, de negaciones y de obstáculos, tanto los partidarios del porvenir como los partidarios del pasado, se han acalorado y han perdido la paciencia.

En ella hemos visto fulgurar con violencia la verdad y al sofisma con furor y enojo; de ella han salido todos los extremos.

En esa tribuna ha tenido su orador la guillotina, que fué Marat, y la Inquisicion el suyo, que fué Montalembert: terrorismo en nombre de la salvacion

del pueblo y terrorismo en nombre de Roma; en ambas bocas fiel, pero angustioso para el auditorio. Cuando el primero hablaba, creian los oyentes ver deslizarse una cuchilla; cuando hablaba el segundo, parecia oirse chisporrotear la hoguera.

En ella han combatido los partidos, con encarnizamiento todos, con gloria algunos.

En ella el poder real ha violado el derecho popular en la persona de Manuel, declarado augusto por la historia en virtud de dicha violacion.

En ella han aparecido, desdeñando el pasado que servian, dos ancianos melancólicos; Royer-Collard, la probidad altanera, y Chateaubriand, el génio amargo.

En ella Thiers, representante de la astucia, ha luchado contra Guizot, representante de la fuerza.

En ella se ha esgrimido, se ha dirigido, se ha combatido, se ha agitado la evidencia como una espada.

En ella, durante más de un cuarto de siglo, los ódios, los rencores, las supersticiones, los egoismos, las imposturas, insultando, silbando, apostrofando, alzándose, retorciéndose, dirigiendo siempre las mismas calumnias, mostrando siempre el mismo puño cerrado, escupiendo hasta á Cristo con las mismas salivas, se han aglomerado como una nube borrascosa alrededor de tu faz serena, inmutable, santa y hermosa verdad!...

XV.

Todo fué en la tribuna francesa, antes de la traicion de Bonaparte, tumultuoso, ardiente, fecundo y grande; pero resultaban siempre de dos nubes tempestuosas chispas deslumbradoras; de sus nubarrones salia la claridad.

Todo lo que podia hacer la tempestad era agitar el rayo y transformarlo en relámpago.

Allí, en aquella tribuna, se ha propuesto, analizado, aclarado y casi siempre resuelto todas las cuestiones; cuestiones financieras, de crédito, de trabajo, de circulacion, de salario, de Estado, de territorio, de paz y de guerra.

Desde dicha tribuna se pronunció por primera vez la siguiente frase, que resume toda una sociedad nueva: "Los Derechos del hombre.„

En ella se ha oido sonar durante cincuenta años el yunque en el cual herreros humanos forjaban ideas puras; las ideas, que son la espada del pueblo, las lanzas de la justicia, los armamentos del derecho.

Allí, penetrado súbitamente de simpáticos efluvios como áscuas que se encienden al agitarse el viento, todos se transformaban en grandes oradores, los elocuentes abogados, Ledru-Rollin y Berryer; los grandes historiadores, como Guizot; los grandes poetas, como Lamartine. Aquella tribuna era un palenque en que luchaban la fuerza y la virtud.

Dió é inspiró todos los sacrificios, todas las abnegaciones, todas las energías, todas las heroicidades.

Un dia vióse envuelta la tribuna en la sombra; parecia que gravitaba sobre un abismo; oíase como salir en la oscuridad el mugido de un mar, cuando de improviso de aquella noche lúgubre, de aquel pedestal de mármol, al cual se agarraba con fuerza la mano de Danton, vióse aparecer una pica llevando una cabeza. Boissy de Anglas saludó.

Fué aquel dia un dia amenazador. Pero el pueblo no derriba las tribunas, por más que sabe que las tribunas son suyas. Alzad una tribuna en el centro del mundo y vereis al poco tiempo levantarse la República en los cuatro ángulos de la tierra. La tribuna lanza sus rayos para alumbrar al pueblo, que no lo ignora.

Algunas veces la tribuna irrita y embravece al pueblo, que lucha por su palabra, la defiende lo mismo que en el 15 de Mayo, retirándose despues majestuosamente como el Océano, dejándola en pié como un faro.

Derribar las tribunas, perteneciendo al pueblo, es una necedad; eso no es más que una buena ocupacion para los tiranos.

Cuando el pueblo se sublevaba, se irritaba, se indignaba, era porque algun error generoso se apoderaba de él, porque alguna ilusion le fascinaba; cuando se engañaba sobre un hecho, sobre un acto, sobre una medida ó sobre una ley, encolerizábase, salia de su soberbia calma, en donde radica su mayor fuerza, corria por las calles con rugidos sordos y saltos formidables y comenzaba una sublevacion, una insurreccion, la guerra civil, quizá una revolucion.

Pero la tribuna estaba allí. Una voz querida alzábase diciendo al pueblo: Detente, mira, escucha, juzga!...

Si forte virum quem conspexere, silent; esto era verdad en Roma lo mismo que lo era en Paris; el pueblo se detenia.

Oh, tribuna! pedestal de hombres valerosos, fuente de donde brotaba la elocuencia, la ley, la autoridad, el patriotismo, la abnegacion y los grandes pensamientos, frenos del pueblo, bozales de los leones, yo te saludo!

Durante sesenta años toda clase de espíritus, todo género de inteligencias, toda especie de génios han tomado sucesivamente la palabra en aquel lugar, el más sonoro del mundo.

Desde la primera Constituyente hasta la última, desde la primera legislativa hasta la última, á través de la Convencion, de los Consejos y de las Cámaras, contad si podeis los hombres que han tomado la palabra en ella. Es una enumeracion de Homero. Seguid la série. ¡Qué de figuras, contrastando desde Danton hasta Thiers! ¡Qué de figuras, semejantes desde Barrere hasta Baroche, desde Lafayette hasta Cavaignac!

A los nombres que ya hemos indicado, Mirabeau, Vergniaud, Danton, Saint-Just, Robespierre, Camilo Desmoulins, Manuel, Foy, Royer-Collard, Chateaubriand, Thiers, Guizot, Ledru-Rollin, Berryer, Lamartine, añadid estos otros, diversos, enemigos á veces, sábios, artistas, hombres de Estado, militares, jurisconsultos, demócratas, monárquicos, liberales, socialistas, republicanos, famosos todos, algunos ilustres, llevando cada uno la aureola que le es propia: Barnave, Cazales, Maury, Mounier, Thouret, Chapelier, Pétion, Buzot, Brissot, Sieyès, Condorcet, Chénier, Carnot, Lanjuinais, Pontécoulant, Cambacéres, Talleyrand, Fontanes, Benjamin Constant, Casimir Périer, Chauvelin, Voyer d' Argenson, Laffitte, Dupont (de l' Eure), Camilo Jordan, Lainé, Fitz, James, Bonald, Villèle, Martignac, Cuvier, Villemain, los dos Lameth, los dos David, el pintor del 93, el escultor del 48; Lamarque, Mauguin, Odilon Barrot, Arago, Garnier-Pagés, Luis Blanc, Marc Dufraisse, Lamennais, Emilio de Girardin, Lamoricière, Dufaure, Crémieux, Michel (de Bourges), Julio Favre...

¡Qué de talentos, qué de aptitudes diversas, que de servicios prestados! ¡Cuántas luchas de las verdades contra los errores! Cuántos cerebros trabajando! ¡Cuántos trabajos en provecho del progreso! ¡Cuánta filosofía, pasion, conviccion, experiencia, simpatía y elocuencia! Cuánto calor fecundante esparcido! ¡Qué inmensos efluvios de luz!

Y eso que nosotros no los hemos indicado todos. Para servirnos de una expresion que usa algunas veces el autor de este libro, diremos que "hemos pasado en silencio los mejores„.

Ni siquiera hemos mencionado á la valiente legion de jóvenes oradores que se levantaban en la izquierda estos últimos años: Arnauld (de l'Ariége), Bancel, Chauffour, Pascal Duprat, Esquiros, de Flotte, Farcounet, Víctor Hennequin, Madier de Montjau, Morellet, Noël Parfait, Pelletier, Sain, Versigny.

Insistamos en ello: partiendo desde Mirabeau, ha existido en el mundo, en la sociedad humana, dentro de la civilizacion, un punto culminante, un lugar central, un foco, una cúspide. Esta cúspide fué la tribuna de Francia; admirable punto de vista para la marcha de las generaciones, cima deslumbradora en la apacibilidad de los tiempos, faro radiante en la oscuridad de las catástrofes. Desde los extremos del universo inteligente, todos los pueblos fijaban su mirada en esa cima donde radiaba el espíritu humano; y cuando alguna repentina noche los envolvia, oian llegar hasta ellos una poderosa voz que les hablaba en las tinieblas: *Admonet et magna testatur voce per umbras.*

Voz que de pronto, cuando la hora habia llegado, como el canto del gallo anunciando el alba, como el graznido del águila llamando al sol, resonaba como clarin de guerra ó como la trompeta del juicio final, y hacia poner de pié, terrible, agitando sus sudarios, buscando las espadas en sus sepulcros, á todas esas heróicas naciones muertas: la Polonia, la Hungría, la Italia.

Y entonces, á esa voz de la Francia, abríase el cielo espléndido del porvenir; los viejos despotismos, avergonzados y espantados, doblaban la frente en las tinieblas de abajo; aparecia la Libertad; el arcángel de los pueblos, apoyando los piés en el espacio, blandiendo la flamígera espada con la frente adornada de estrellas, con las alas abiertas, meciéndose en la inmensidad etérea.

V.

Dicha tribuna era el terror de todos los tiranos y de todos los fanatismos, era la esperanza de todo lo que vive oprimido bajo del cielo. Todos, cualesquiera que fuese el que ponia el pié en aquella cumbre, sentia distintamente los latidos del gran corazon de la humanidad.

Allí, si era hombre honrado, su alma se agrandaba por momentos y traspasaba resplandeciente aquel círculo; algo

de universal se apoderaba de él y henchia su espíritu como las brisas hinchan las velas; tanto, que mientras se erguia sobre aquellas cuatro tablas, considerábase más poderoso y de mejor condicion; sentíase en aquel momento sagrado nutrirse de la vida colectiva de las naciones; proferia palabras de bondad para con todos, y contemplaba fuera de la Asamblea, agrupado á sus piés y á menudo tumultuoso, el pueblo atento y grave, prestando oido é imponiéndose silencio, y más allá del pueblo al género humano, pensativo, sentado en círculo y escuchando.

Tal era aquella gran tribuna desde cuya alta cumbre el hombre hablaba al mundo.

Desde esa tribuna, sin cesar vibrantes partian perpétuamente, así como onda, sonoras, inmensas oscilaciones de sentimientos y de ideas, que, de zona en zona y de pueblo en pueblo, esparcíanse por todos los confines de la tierra, removiendo esas olas inteligentes que llamamos almas.

A menudo, no se sabe por qué, tal ley, tal construccion, tal institucion, hacia vacilar allá á lo lejos, más allá de las fronteras, más allá de los mares, ya el papado allende los Alpes, ya el trono del czar en un extremo de Europa, ya la esclavitud en América, ó la pena de muerte en todas partes. Y era que la tribuna de Francia se habia extremecido, pues en ciertos momentos, un extremecimiento de esta tribuna producia un temblor en todo el globo.

Cuando la tribuna de Francia hablaba, todo lo que piensa en el mundo recapacitaba; las palabras proferidas internábanse en la oscuridad, á través del espacio, al azar, sin saber dónde:—No es más que viento y ruido, decian las almas estériles que solo viven de la ironía;—y á la mañana siguiente, ó á los tres meses despues, lo más tarde un año, algo venia con extrépito al suelo, ó algo surgia de repente.

Quién habia producido aquello?

Aquel ruido que se habia desvanecido, aquella onda que habia pasado, porque aquel ruido y aquella onda eran el Verbo.

Oh fuerza sagrada y omnipotente!

Del Verbo de Dios salió la creacion de los séres; del Verbo del hombre saldrá la sociedad de los pueblos.

VI.

Una vez puesto en la tribuna, el hombre que la ocupaba no era ya el hombre; era el labrador misterioso que se vé á la caida de la tarde, durante el crepúsculo, caminando á grandes pasos por entre los surcos y lanzando en el espacio, con imperioso gesto, los gérmenes, las simientes, la mies futura, la riqueza del verano próximo, el pan, la vida.

Era el labrador que vá, viene, reforma, abre su mano y la vacía, y vuelve á llenarla para vaciarla otra vez, y que á su impulso cambia la llanura sombría, se entreabre la profunda naturaleza, comienza su trabajo el abismo ignoto de la creacion, descienden las suspendidas gotas de rocío, el tembloroso tallo de avena se agita pensando que la espiga de trigo le sucederá, y el sol oculto tras del horizonte, complacido al ver el trabajo del hombre, lo fecundará con su calor vital.

El orador es un sembrador. Toma de su corazon los instintos, las pasiones, las creencias, los sufrimientos, los sueños, las ideas, arrojándolas á manos llenas en medio de los hombres. Todo cerebro es para él un surco.

Toda palabra caida desde la tribuna, echa siempre raices en alguna parte y produce al fin su fruto.

Tal vez me direis, encogiéndoos de hombros:—Eso son ilusiones; todo eso se reduce á un hombre que habla.

Sois espíritus ciegos que no veis que el tribuno es el porvenir que germina, es el mundo moderno que se entreabre como capullo de misteriosa flor.

VII.

Dos grandes problemas que ha de resolver la humanidad; la extincion de la guerra y la continuacion de la conquista.

Esas dos grandes necesidades de la civilizacion creciente parecian excluirse.

¿Cómo satisfacer la una sin perjudicar la otra?

¿Qién podia resolver los dos problemas á la vez? Quién los resolvia?

La tribuna.

Porque la tribuna es al mismo tiempo la paz y la conquista.

¿Qién desea las conquistas por medio de la espada?

Nadie, porque los pueblos son párias.

¿Quién desea las conquistas por medio de la idea? El universo entero, porque sabe que los pueblos son la humanidad.

Solo dos tribunas brillantes dominaban las naciones; la tribuna inglesa, que creaba los negocios, y la tribuna francesa, que creaba las ideas.

La tribuna francesa habia elaborado desde el 89 todos los principios que constituyen lo absoluto en política, y habia comenzado á elaborar desde el 1848 todos los principios que constituyen lo absoluto social.

Una vez sacado un principio del fondo de los limbos y expuesto á la luz del dia, la tribuna le arrojaba en mitad del mundo armado de todas armas, diciéndole:—Anda!

El principio conquistador entraba en campaña; encontraba en las fronteras á los carabineros, pero pasaba á pesar de los perros del guarda; encontraba los centinelas á las puertas de las ciudades, pero pasaba tambien á pesar de sus consignas; tomaba el tren, subia á los buques, recorria los continentes, atravesaba los mares, dirigíase á los caminantes, sentábase en el hogar de las familias, se deslizaba entre el amigo y el amigo, entre el hermano y el hermano, entre el esposo y la esposa, entre el señor y el esclavo, entre el pueblo y el rey, y á los que le preguntaban:—Quién eres?—Soy la verdad, respondia; y á los que le preguntaban:—De dónde vienes? contestaba:—Vengo de Francia.

Entonces el que le habia preguntado le tendia la mano; y esto era mejor que conquistar una provincia, porque era anexionar una inteligencia.

Desde entonces, entre Paris, la metrópoli, y aquel hombre aislado en su soledad, y aquella ciudad perdida en el fondo de los bosques ó de las estepas, y aquel pueblo encorvado bajo el yugo, estableciase una corriente de amor y de ideas.

Bajo la influencia de estas corrientes, ciertas nacionalidades se debilitaban; otras se fortificaban y realzaban. El salvaje se sentia menos salvaje, el turco menos turco, el ruso menos ruso, el húngaro menos húngaro y el italiano más italiano.

Lentamente y por grados, el espíritu francés llegaba al fin, por el progreso universal, á asimilarse las naciones.

Gracias á la admirable lengua francesa, compuesta por la Providencia con un maravilloso equilibrio de suficientes consonantes para que pueda ser pronunciada por los pueblos del Norte, y de bastantes vocales para ser pronunciada por los pueblos del Mediodía; gracias á esta lengua, que es una potencia de la civilizacion y de la humanidad, poco á poco, y por su sola radiacion, conquistaba esa alta tribuna central de Paris varios pueblos, haciéndoles formar parte de Francia.

La frontera material de Francia era la que ella pudo conseguir; pero no habia tratados desde 1815 que limitaran la frontera moral.

Ésta avanzaba sin cesar y se dilataba de dia en dia; y puede que antes de un cuarto de siglo se diga: "El mundo francés„, como se dijo: "El mundo romano.„

Hé ahí lo que era, hé ahí lo que hacia por la Francia la tribuna, prodigioso púlpito de ideas, gigantesca palanca de civilizacion, llevando eternamente el nivel de las inteligencias en el universo entero y derramando en toda la humanidad raudales enormes de luz.

¡Esa tribuna es lo que Luis Bonaparte ha suprimido!

VIII.

Luis Bonaparte ha destruido esa tribuna; ha destrozado, pulverizado, aplastado, desgarrado con la punta de las bayonetas y arrojado á los piés de sus caballos esa tribuna sublime, potencia creada por nuestros grandes acontecimientos revolucionarios.

Su tio habia emitido este aforismo: "El trono es una tabla cubierta de terciopelo.„

Y así como el tio, el sobrino ha emitido el suyo: "La tribuna es una tabla cubierta de una tela, sobre la que se lee: *Libertad*, *Igualdad*, *Fraternidad*.„

Y ha arrojado la tabla, la tela, la libertad, la igualdad y la fraternidad al fuego de un vivac, reduciéndolas á una risotada de los soldados y á un poco de fuego.

Pero, es verdad eso? Es posible? ¿Ha pasado así? Se ha visto semejante cosa?

Oh, Dios mio, sí! Sucedió sencillamente.

Para cortar la cabeza de Ciceron y clavar sus manos en las rostras bastaron dos Brutos; uno que tuviera una cuchilla y otro que tuviera clavos y martillo.

La tribuna encerraba tres elementos para la Francia: un medio de iniciacion exterior, un procedimiento de gobierno interior y una gloria; y por ella, Francia enseñaba á los pueblos y los conquistaba por el amor; pero, de qué servia eso?

Luis Bonaparte suprimió la iniciacion, suprimió la forma de gobierno, sustituyéndola por el suyo, que le parecia mejor; ha soplado á la gloria y la apagó; porque ciertos soplos son hálitos emponzoñados.

Atentar contra la tribuna es un crímen inveterado en su familia. El primer Bonaparte le habia cometido ya, pero al menos lo que trajo para reemplazar en Francia aquella gloria era tambien gloria y no ignominia.

Mas Luis Bonaparte no se ha contentado con derribar la tribuna, sino que ha querido ridiculizarla. Al cabo y al fin es una hazaña como otra cualquiera, y cosa natural para el que no sabe decir dos palabras seguidas, para el que es tartamudo de palabra y de inteligencia y tiene la inocencia ó el descaro de mofarse de Mirabeau.

Decia el general Ratapoil al general Foy:

—Cállate, charlatan!

Exclamaba Luis Bonaparte en cierta ocasion:

—Qué es la tribuna? es el "parlamentarismo„.

Hé ahí de qué modo se enriquece el diccionario.

¡Ese académico de golpes de Estado tambien inventa palabras!

Y, en efecto, por eso es uno bárbaro, para sembrar de vez en cuando algun barbarismo.

Porque Bonaparte tambien es un sembrador, solo que su simiente no germina más que en el cerebro de los necios.

El tio tenia á los "ideólogos„; el sobrino tiene á los "parlamentaristas„.

Parlamentarismo, señores mios! ¡parlamentarismo, señorías mias! Es la palabra que responde á todo.

Alguno de ustedes se atreverá á aventurar esta tímida observacion:

—Sin duda debe ser repugnante que se haya arruinado tanta familia, deportado tantos hombres, proscripto tantos ciudadanos, llenado tantas parihuelas, abierto tantas fosas, vertido tanta sangre...

—Cómo! replica una voz ahuecada con acento holandés, ¿os condoleis acaso del "parlamentarismo?„

Salid de aquí!

El parlamentarismo es un magnífico hallazgo.

Doy mi voto á M. Luis Bonaparte para la primera vacante en el Instituto.

Qué! os extraña? ¡Es preciso elevar la neología!

Ese hombre que sale del osario; ese hombre que sale manchado de una horrible carnicería; ese hombre que tiene aun las manos humeantes de la sangre como un cortador, se rasca la oreja, sonríe é inventa voces como Julia de Angennes y mezcla la fragancia del palacio de Rambouillet con el perfume de Montfaucon.

Esto es muy raro.

Pero le votaremos los dos, ¿no es verdad, señor de Montalembert?

IX.

"El parlamentarismo„, pues, es decir, la garantía de los ciudadanos, la libertad de discusion, la libertad de imprenta, la libertad individual, el registro del impuesto, la claridad en las entradas y los gastos, la cerradura de seguridad del Erario público, el derecho de saber lo que se hace de vuestro dinero, la solidez del crédito, la libertad de conciencia, la libertad de cultos, el punto de apoyo de la propiedad, el recurso contra las confiscaciones y los despojos, la seguridad del indivíduo, el contrapeso de la arbitrariedad, la dignidad de la nacion, el esplendor de la Francia, las buenas costumbres de los pueblos libres, la iniciativa pública, el movimiento, la vida, en fin, ya no existe. Todo ha sido borrado, aniquilado, destruido, desvanecido.

Todo este rescate ha costado apenas á la Francia unos veinticinco millones, repartidos entre doce ó quince salvadores, y cuarenta mil francos de aguardiente por brigada.

Verdaderamente no es muy caro; han trabajado con bastante rebaja esos señores del golpe de Estado.

En el dia todo está hecho perfecto y completo. La yerba brota en el palacio de Borbon; un bosque vírgen comienza á crecer entre el puente de la Concordia y la plaza de Borgoña; por entre la maleza se distingue la garita de un centinela; el Cuerpo legislativo derrama su urna de agua en los cañaverales, corriendo luego con dulce murmullo al pié de esa garita.

En el dia todo está terminado; la gran obra está completa.

Y los resultados de todo eso!...

¿Saben los franceses que hay señores particulares que han ganado casas en la ciudad y casas de campo, solo por el ferro-carril de circunvalacion?

Ea, haced negocios, regalaos, llenad el estómago, porque no se trata ya de constituir un gran pueblo, un pueblo poderoso, una nacion libre, un foco de luz. Francia no necesita ver más claro despues del maravilloso resultado que se ha obtenido.

La Francia vota á Luis Napoleon, engorda á Luis Napoleon, contempla á Luis Napoleon y admira á Luis Napo-

leon como una estúpida. Hemos llegado á la meta de la civilizacion.

En el dia, eso sí, tenemos más ruido, más alboroto, más discursos, más parlamentarismo.

Como que el Cuerpo legislativo, el Senado y el Consejo de Estado son bocas cosidas.

Ahora no hay que pensar en poder leer por la mañana, al despertarnos, algun hermoso discurso.

Todo lo que pensaba, meditaba, creaba, hablaba, brillaba y deslumbraba en este gran pueblo ha perecido.

¡Franceses, sed dignos; levantad la cabeza! ¡Observad que no sois nada y que aquel hombre lo es todo! ¡En su mano tiene encerrada vuestra inteligencia, como el niño un pajarillo, y el dia que le plazca dará un puñetazo al génio de Francia, para tener un tumulto menos!

Entre tanto, repitámoslo á coro: ¡más parlamentarismo, más tribuna!

En vez de esas elocuentes palabras que dialogaban para enseñanza del mundo, y constituian una la idea, la otra el hecho, ésta el derecho, esotra la justicia, aquella la gloria, estotra la fé, tal la esperanza, cual la ciencia y alguna el génio, y que instruian, encantaban, tranquilizaban, consolaban, alentaban, fecundizaban; en vez de esas sublimes palabras, decimos, ¿sabeis qué es lo que se oye en medio de la tenebrosa noche que envuelve á la Francia? El ruido de una espuela que suena y de un sable que se arrastra por el suelo.

Aleluya! exclama M. Sibour.

Hosanna! responde M. Parisis.

Oprobio y baldon! repiten los ecos.

LIBRO SEXTO

La absolucion.

Los 7.500.000 votos.

I.

No soñeis, nos dicen algunos; todos los hechos que calificais de crímenes son ya "hechos consumados„ y por consiguiente respetables; están ya aceptados, legitimados y absueltos; todo lo que contra ellos declamais es inútil.

—¿Quién y por qué se han aceptado, legitimado y absuelto?

—Por medio de una votacion.

—Por qué votacion?

—Por el sufragio universal de siete millones quinientos mil votos.

—Efectivamente; se ha dado un plebiscito y se ha verificado una votacion y han hablado siete millones quinientos mil votos, ó lo que es lo mismo, quinientos electores han dicho que sí.

Vamos á ocuparnos de esto.

II.

Un bandido detiene una diligencia en el recodo de un bosque.

Es el jefe de una cuadrilla de bandidos.

Los viajeros, aunque son más numerosos, no pueden defenderse, porque van separados, divididos en compartimientos y casi dormidos, y los ha sorprendido á media noche.

El bandido, valiéndose de tales circunstancias, ordénales bajar, no lanzar un grito, no decir una palabra y echarse boca á tierra.

Algunos resisten, pero una bala les hace saltar los sesos.

Los otros obedecen y se tienden en el suelo, mudos, inmóviles, aterrorizados, confundidos con los muertos y semejantes á los muertos.

El bandido, mientras que sus cómplices sujetan á los viajeros con el pié puesto en los riñones y la pistola sobre la sien, registra los bolsillos, fuerza las maletas y roba todos los objetos de valor; ya vacíos los bolsillos, las maletas forzadas y el golpe de Estado terminado, les dice:

—Ahora, para ponerme á salvo de la justicia, he escrito en un papel que vosotros reconoceis que me pertenece todo cuanto os he robado, y tambien que me lo concedeis todo de buena voluntad. Deseo que me lo escribais y firmeis así. Se os vá á poner á cada uno una pluma en la mano; y sin decir palabra, sin hacer un gesto, sin dejar la actitud en que estais... (siempre boca abajo y con la cara en el lodo)... estendereis el brazo derecho y firmareis todos ese papel. Si álguien se mueve ó habla, aquí tengo la boca de mi pistola para que le conteste. Por lo demás, sois libres.

Los viajeros extienden el brazo y firman.

Terminada la operacion, el bandido levanta la cabeza y dice:

¡Tengo siete millones quinientos mil votos!

III.

Luis Bonaparte es el jefe de dicha diligencia.

Recordemos algunos principios.

Para que un escrutinio político sea válido, se necesitan tres condiciones absolutas:

Primera: Que el voto sea libre.

Segunda: Que el voto sea válido.

Tercera: Que la cifra sea sincera.

Si falta alguna de estas tres condiciones, el escrutinio es nulo.

¿Qué será, pues, si faltan las tres á la vez?

Apliquemos las susodichas reglas.

Primera: *Que el voto sea libre.*

Cuál fué la libertad en la votacion del 20 de Diciembre, há poco que lo hemos dicho y expresado con una imágen de evidencia palmaria; por consiguiente, nos creemos escusados de añadir nada más.

Que cada uno de los que han votado mire en su interior y se pregunte bajo qué violencia moral y material ha depositado su papeleta en la urna.

Nosotros podríamos citar tal distrito del Yona en donde de quinientos jefes de familia, cuatrocientos treinta fueron presos; los demás votaron que SÍ.

Podríamos citar tal distrito del Loiret, en donde de seiscientos treinta y nueve jefes de familia, cuatrocientos noventa y siete han sido presos ó expulsados; los ciento cuarenta y dos libres votaron que SÍ.

Y lo que decimos de Loiret y del Yona podríamos decirlo de los demás departamentos. Desde el 2 de Diciembre cada ciudad tiene su nube de espías; cada pueblo, cada lugar, cada aldea un delator.

Votar NO era la cárcel, era el destierro, era Lambessa.

En las aldeas de tal departamento se llevaban á las puertas de las alcaldías "acémilas cargadas con papeletas que decian SÍ„, segun nos refiere un testigo ocular, y los alcaldes, custodiados por guardas rurales, las repartian entre los aldeanos. Era preciso votar. En Savigny, cerca de San Mauro y en la misma mañana de la votacion, varios gendarmes entusiastas declaraban que el que votase NO, no dormiria en su casa.

La gendarmería condujo á la cárcel de Valenciennes al juez de paz suplente del canton de Bouchain, M. Parent hijo, por haber escitado á los habitantes de Avesne-le-Sec á que votasen que NO.

El sobrino del representante Aubry (del Norte), que habiendo visto distribuir á los agentes del prefecto en la plaza mayor de Lille papeletas que decian SÍ, vino á esta plaza á la mañana siguiente y distribuyó papeletas que decian NO, fué detenido y encerrado en la ciudadela.

En cuanto á la votacion del ejército, una parte ha votado por su propia causa; la otra ha tenido que seguir la corriente; y en cuanto á la libertad de esa votacion, oigamos hablar al ejército mismo.

Hé aquí lo que escribió un soldado del 6.° de línea, mandado por el coronel Garderens de Boisse:

"Con respecto á la tropa, la votacion no fué más que una revista. Los sargentos, los cabos, los tambores y los soldados, colocados por órden de lista, eran llamados por el furriel en presencia del coronel, del teniente coronel, del comandante y de los oficiales de la compañía, y á medida que cada uno de los llamados respondia: *Presente*, su nombre era inscrito por el sargento mayor, y el coronel decia, frotándose las manos:— "A fé mia, señores, que esto vá como sobre ruedas„.

„Cuando un cabo de la compañía á que pertenezco se acercó á la mesa en donde estaba el sargento mayor, y le suplicó le dejara un momento la pluma para inscribir él mismo su nombre en el registro que decia NO y que debia quedar en blanco, gritó el coronel:

„—Cómo! ¿Usted que está indicado para furriel y que será ascendido en la primera vacante, desobedece formalmente á su coronel en presencia de toda la compañía? ¡Y si al menos esta desobediencia no fuera más que un acto de insubordinacion! Pero ¿no sabe V., desgraciado, que con su voto reclama la destruccion del ejército, el incendio de la casa de su padre y el aniquilamiento de la sociedad entera? ¿Quiere V. tender la mano á la crápula?

„El pobre diablo pensó mejor y dejóse inscribir del mismo modo que todos.„

Multiplicad el coronel por seiscientos mil y obtendreis la presion ejercida por los funcionarios de toda especie: militares, políticos, civiles, administrativos, eclesiásticos, judiciales, aduaneros, municipales, escolares, comerciales y consulares, en toda Francia sobre el soldado, el propietario y el aldeano. Añadid, como lo dejamos indicado más arriba, el falso jacobinismo comunista y el verdadero terrorismo bonapartista; el gobierno pesando con su fantasmagoría sobre los débiles y con la dictadura sobre los re-

calcitrantes, y agitando los dos espantajos á la vez.

La votacion del 20 de Diciembre ha atrofiado el honor, la iniciativa, la inteligencia y la vida moral de la nacion. La Francia ha ido á esa votacion, como las reses van al matadero.

Sigamos.

Segunda: *Que el voto sea libre.*

Hé aquí un principio elemental. Allí donde no haya libertad de imprenta no puede haber voto. La libertad de imprenta es la condicion *sine qua non* del sufragio universal. Todo escrutinio verificado en la ausencia de la libertad de imprenta es nulo.

La libertad de imprenta entraña, como corolarios necesarios, la libertad de reunion, la libertad de publicacion, la libertad de propagacion y todas las libertades que engendra el derecho, preexistente á todo, como es el de enterarse antes de votar.

Votar es gobernar; votar es juzgar.

¿Puede álguien figurarse un piloto que ignore el manejo del timon? ¿Puede álguien figurarse un juez sordo y ciego?

Libertad, pues, libertad de enterarse por todos los medios, por la investigacion, por la palabra, por la discusion. Tal es la garantía expresa y la condicion de ser del sufragio universal.

Para que un acto tenga validez debe hacerse con conocimiento de causa; sin luz no puede verse lo que se hace.

Fuera de estos axiomas, todo es nulo por sí mismo.

Ahora bien; M. Bonaparte, en su escrutinio del 20 de Diciembre, ¿obedeció á dichos axiomas? ¿Llenó las condiciones de la prensa libre, de las reuniones libres, de la tribuna libre, de la publicacion libre, de la propaganda libre y de la investigacion libre?

Una inmensa carcajada salida del Elíseo responde á todo esto.

¡Luego vosotros os veis obligados á convenir en esto, como en todo, que habeis hecho practicar el sufragio universal de esta manera!

Cómo! yo no sé nada de lo que ha pasado. Si se ha matado, degollado, ametrallado, asesinado, lo ignoro. Si se ha secuestrado, torturado, expulsado, desterrado y deportado, apenas me he dado cuenta de ello.

El alcalde y el cura de mi pueblo me dicen que aquella gente que llevan atada con cuerdas ha sido condenada por la justicia.

Yo soy un pobre aldeano que cultiva un rincon de tierra en el fondo de una provincia, á quien se ha hecho atar sin saber que estaba suprimido el periódico, sofocadas las revelaciones y atajada la verdad en su camino. Pero ahora lo comprendo todo.

El que me dijo en medio de la noche más profunda, á tientas, y salido bruscamente de la sombra sable en mano, VOTA, llama á esto escrutinio!...

Y en efecto, un escrutinio "libre y expontáneo„ dicen las hojas del golpe de Estado.

En esa votacion tuvieron lugar todos los chanchullos. Un alcalde de aldea, especie de Escobar silvestre, decia en campo raso á sus aldeanos:—*Si votais* SÍ, *votais por la República*; *si votais* NO, *votais contra la República.*

Los aldeanos votaron SÍ.

Examinemos otro de los aspectos de esa torpeza que se llama "el plebiscito del 20 de Diciembre„.

Cómo se planteó la cuestion? ¿Ha habido eleccion posible? ¿Habíase (y esto era lo menos que debió hacer un hombre partidario del golpe de Estado en el extraño escrutinio que lo ponia todo en cuestion), habíase abierto, decimos, á cada partido la puerta por donde pudiesen entrar sus principios? ¿Se permitió á los legitimistas volver el rostro hácia su príncipe desterrado y hácia el honor antiguo de las flores de lis? ¿Permitióse á los orleanistas volver el rostro hácia aquella familia proscripta, que honran los esforzados servicios de dos soldados, MM. de Joinville y de Aumale, y que ilustra un alma tan grande como la de la señora duquesa de Orleans? ¿Habíase ofrecido al pueblo (que no es un partido, que es el pueblo, es decir, el soberano), habíasele ofrecido, repetimos, esa república verdadera, ante la cual se desvanece toda monarquía, como la noche se desvanece ante el dia; esa república, que es el porvenir evidente é irresistible del mundo civilizado; la república sin dictadura; la república de concordia, de ciencia y de libertad; la república del sufragio universal, de la paz universal y del bienestar universal; la república iniciadora y libertadora de las nacionalidades; la república que, despues de todo y por más que se haga, "tendrá„, como en otra parte ha dicho (1) el autor de este libro, "la Francia mañana y pasado mañana la Europa?„

Ofrecióse todo eso? No.

---

(1) *Misceláneas literarias y filosóficas*, 1830.

Hé aquí cómo presentó la cuestion M. Bonaparte: hubo en ese escrutinio dos candidatos: primer candidato, M. Bonaparte; segundo candidato, el abismo. Francia tuvo que escoger.

Admira la astucia del hombre y tambien su humildad.

¿A quién direis que M. Bonaparte presentó como antagonista en esta ocasion?

A M. de Chambord? No.

A M. de Joinville? No.

A la República? Tampoco.

M. Bonaparte, como las lindas criollas que hacen resaltar su hermosura por medio de alguna horrible mujer hotentote, tomó por competidor en esa eleccion un fantasma, una vision, un socialismo de Nuremberg con dientes y uñas y una áscua en cada ojo; el ogro del Petit-Poucet, el vampiro de la Porte-Saint-Martin, la hidra de Terameno, la gigantesca serpiente de mar del *Constitucional*, que los accionistas tuvieron la galantería de prestarle; el dragon del Apocalipsis, la Tarasca, la Gra-ouilli, un trasgo, un espantajo.

Ayudado de un Ruggieri cualquiera, M. Bonaparte hizo sobre ese mónstruo de carton un efecto rojo de luces de Bengala, y dijo al votante aterrorizado: "No hay más que ese ó yo, escoged„.

Y luego añadió: "Elegid entre la bella y la fiera; la fiera es el comunismo, la bella es mi dictadura.

„Escoged, no hay nada mejor.

„O la sociedad por tierra, tu casa destruida, tu granja saqueada, tu vaquería robada, tus campos confiscados, tu mujer violada, tus niños asesinados, tu vino bebido por otro, tú mismo comido vivo por esa boca horrible, ó yo el emperador.

„Escoged: yo ó el espanta-niños.„

El propietario, espantado, y por consiguiente niño; el aldeano, ignorante, y por consiguiente niño, prefirieron M. Bonaparte al espanta-niños. Ahí está su triunfo.

Digamos, sin embargo, que de diez millones de votantes, parece que quinientos mil hubieran preferido el espanta-niños.

Despues de todo, M. Bonaparte no tuvo más que siete millones quinientos mil votos.

Ahora bien; á una votacion tan libre como se vé, tan recta como se vé, es á lo que M. Bonaparte tiene la bondad de llamar el sufragio universal ha votado.

Votado, á quién?

La dictadura, la autocracia, la esclavitud, la república despótica, la Francia pachálica, las cadenas en todas las manos, la mordaza en todas las bocas, el silencio, la abyeccion, el miedo y el espionaje, alma de todo.

Se ha dado á un hombre, á M. Bonaparte, la omnipotencia y la omnisciencia; le han constituido en el supremo constituyente, en el legislador único, en el alfa del derecho y en la omega del poder.

Se decretó que es Minos, que es Numa, que es Solon, que es Licurgo.

Encarnóse en él el pueblo, la nacion, el Estado, la ley. Y por cuánto tiempo? Por diez años!

Cómo! ¿Votar, yo ciudadano, no solo mi infortunio y mi abdicacion, sino la abdicacion, por diez años, de generaciones nuevas, del sufragio universal, y sobre las cuales yo no tengo derecho alguno; sobre las cuales tú, usurpador, me obligas á usurpar lo que por tí solo bastaria para anular ese monstruoso escrutinio, si todas las nulidades no estuviesen ya en él amontonadas, agrupadas y amalgamadas?

A eso quieres obligarme!

Qué abominable sarcasmo!

Hé ahí la votacion de 20 de Diciembre; esa sancion, como dice M. de Morny; esa absolucion, como dice M. Bonaparte.

Verdaderamente, de aquí á poco tiempo, tal vez dentro de un año, de un mes, ó quizás dentro de una semana; cuando todo lo que vemos en este momento háyase desvanecido, se tendrá alguna vergüenza de haber fraguado esa infame ficcion del sufragio, que se llama el escrutinio de los siete millones quinientos mil votos, y la honra de haberla discutido.

Esta es, sin embargo, la única base, el único punto de apoyo y la única muralla defensiva del poder prodigioso de M. Bonaparte.

Tal votacion es la escusa de los cobardes, tal votacion es el escudo de las deshonradas conciencias.

Generales, magistrados, obispos; todos los crímenes, todas las prevaricaciones, todas las complicidades, ocultan su ignominia detrás de esa votacion.

La Francia habló, dicen ellos; *Vox populi, vox Dei;* el sufragio universal votó; todo lo salvó el escrutinio.

Eso es una votacion? ¿Eso es un escrutinio? Escupamos y pasemos de largo!

Tercera: *Que la cifra sea sincera.*

Admiro esa cifra, 7.500.000. ¡Ha debi-

do hacer buen efecto al través de la neblina del 1.° de Enero, en letras de oro de tres piés de alto, sobre la fachada de Nuestra Señora!

Repito que admiro esa cifra. ¿Y sabeis por que? Porque la encuentro humilde. 7.500.000!

Por qué 7.500.000? Esto es muy poco. Nadie escaseó á M. Bonaparte el número que requeria.

Despues de lo que habia hecho el 2 de Diciembre, tenia derecho á algo mejor que todo eso. Y en verdad, ¿quién le hubiera regateado? ¿Quién le impedia meter ocho millones, diez millones, una cifra, en fin, redonda?

En cuanto á mí, confieso que he sido engañado en mis esperanzas, pues contaba con la unanimidad.

Señor golpe de Estado, es usted muy modesto. Todo cuanto acabamos de recordar ó referir se ha realizado. Se ha prestado un juramento al cual se ha faltado; el que era guardian de una Constitucion, la ha destruido; el que era servidor de una República, la ha vendido; el que era el presidente de una Asamblea soberana, la dispersó con violencia; se hizo de la consigna militar un puñal para asesinar el honor militar; se ha servido de la bandera de Francia para enjugarse el lodo y la vergüenza; se han puesto esposas á los generales de Africa; se ha hecho viajar á los representantes del pueblo en coches celulares; se han llenado Mazas, Vincennes, el monte Valerio y San Pelagio de hombres inviolables; se ha arcabuceado á boca de jarro en la barricada del derecho al legislador revestido con la banda, signo sagrado y venerable de la ley; se ha dado á tal coronel, que nosotros podríamos nombrar, cien mil francos para hollar el deber, y á cada soldado diez francos por dia; se han gastado en cuatro jornadas cuarenta mil francos de aguardiente por brigada; se ha cubierto con el oro de la banca la alfombra del Elíseo, y se ha dicho á los amigos: "Tomad! ¡Tomad cuanto querais!„ Han matado á M. Adde, á Belval, á Debacc, á Sabilte, á De Couvercelle, á Maupelas y á M. Thirion de Montauban en sus casas; se ha asesinado en los boulevares y en todas partes; fusilado donde quiera y á quien quiera; se cometieron infinidad de asesinatos, de los que solo han confesado ciento noventa y nueve. Se ha hecho todo eso; cambiado los recipientes de agua de los árboles en cubetas llenas de sangre; derramado la sangre del hijo con la sangre de la madre, mezclando una y otra con el vino Champagne de los gendarmes, y despues de tanta infamia, cuando se le pregunta á la nacion si está contenta, ¡solo contestan que sí siete millones quinientos mil voces!

Eso es una injusticia en portarse mal con el que se consagró á la salvacion de la sociedad.

Oh, ingratitud de los pueblos!

¡Todavía han contestado tres millones de bocas que no!

¿Quién es, pues, el que decia que los salvajes del mar del Sur llamaban á los franceses los *si-sí*?

Hablemos con seriedad, porque la ironía no es propia de asuntos trágicos.

Héroes del golpe de Estado, nadie cree en vuestros siete millones quinientos mil votos.

Confesad en un rasgo de franqueza que sois todos muy ladinos y que sabeis hacer trampas; porque en verdad, en vuestro balance del 2 de Diciembre contais muchos votos... y muy pocos cadáveres.

7.500.000! Qué cifra es esa? ¿De dónde viene? De dónde sale? ¿Qué quereis que hagamos de ella?

Siete millones, ocho millones, diez millones; qué importa! Todo os lo concedemos, pero lo dudamos.

Teneis los siete millones más los quinientos mil; es decir, la cifra redonda más el pico, y esto tú lo dices, príncipe; tú lo afirmas; tú lo juras; pero ¿quién lo prueba? Qién los ha contado? Baroche. Quién hizo el escrutinio? Rouher. ¿Quién hizo el registro? Pietri. Quién sumó? Maupas. Quién comprobó? Troplong. Quién proclamó? Bonaparte.

Es decir, que la bajeza contó; la necedad hizo el escrutinio; la truhanería, registró; la fealdad sumó; la venalidad comprobó, y la mentira proclamó.

Soberbio!

Con esto Bonaparte sube al Capitolio; ordena á M. Sibour dar las gracias á Júpiter; que vista librea azul y oro el Senado; otra azul y de plata el Cuerpo legislativo; otra verde y oro su cochero; pone la mano sobre su corazon y declara que es el resultado del "Sufragio universal„ y que su "legitimidad„ ha salido de la urna del escrutinio.

Eh, señor mio! ¡Esa urna fué un cubilete de prestidigitador!

IV.

Declarémoslo, pues, declarémoslo explícitamente: en el 20 de Diciembre de

1851, diez y ocho dias despues del golpe de Estado, Bonaparte metió la mano en la conciencia de cada uno y le robó el voto.

Otros roban el pañuelo; él roba el imperio.

Todos los dias vemos que por robos del primer género la policía coge por el pescuezo á un hombre y le mete en la cárcel.

Sin embargo, entendámonos.

¿Queremos decir con esto que nadie ha, realmente, votado por Bonaparte? ¿que nadie ha, voluntariamente, dicho que sí? ¿que nadie ha, libre y conscientemente, aceptado á tal hombre?

No abrigamos semejante pretension.

Bonaparte tuvo en su favor toda la turba de funcionarios; el millon y doscientos mil parásitos del presupuesto y sus entrantes y salientes; los corrompidos, los comprometidos y los hábiles, y además los estúpidos, masa numerosa.

Tuvo en su favor á los cardenales, obispos, canónigos, curas, vicarios, arcedianos, diáconos y subdiáconos; á los prebendados, fabriqueros, sacristanes, bedeles, porteros de parroquia y á los hombres "religiosos„, como se les llama.

Convenimos sin dificultad en que M. Bonaparte tuvo en su favor á todos los obispos que se suscriben á Veuillot y Montalembert, y á todos los hombres religiosos, raza preciosa, antigua, pero corregida y aumentada desde los terrores que se apoderaron de ellos en 1848, y los cuales ruegan á Dios en estos términos:

"¡Oh Dios mio, haced que suban las acciones de Lyon! ¡Dulcísimo Jesús Nuestro Señor, hacedme ganar el veinticinco por ciento en los bonos Nápoles-Rothschild! ¡Santos Apóstoles, vended mis vinos! ¡Bienaventurados Mártires, doblad mis alquileres! ¡Santa María Madre de Dios, Vírgen inmaculada, estrella del mar, huerto cerrado, *hortus conclusus*, dignaos dirigir una mirada favorable á mi casa de comercio, situada en la esquina de la calle de Tirechappe y de la calle de Quincampoix! ¡Torre de marfil, haced que la tienda de enfrente vaya mal!„

Votaron real é incontestablemente por M. Bonaparte hombres de tres categorías: primera categoría, el empleado; segunda categoría, el necio; tercera categoría, el volteriano-propietario-industrial religioso.

Hay que confesar que la inteligencia humana, y el intelecto propietario en particular, tienen singulares enigmas.

Nosotros lo sabemos y no tenemos ningun interés en ocultarlo; desde el tendero hasta el banquero, desde el humilde comerciante hasta el bolsista, existe en Francia gran número de comerciantes y de industriales; es decir, gran número de hombres que saben lo que vale una confianza bien fundada, un depósito bien guardado, una llave puesta en manos seguras, y que votaron despues del 2 de Diciembre por M. Bonaparte.

Consumada la votacion, si os hubiérais acercado á uno de esos hombres de negocio, á cualesquiera, al primero que hubiérais visto, hubiérais podido entablar con él este diálogo:

—¿Habeis nombrado presidente de la República á Luis Bonaparte?

—Sí.

—¿Pero le hubiérais tomado por cajero vuestro?

—Eso no.

V.

Tal fué aquel escrutinio (repitámoslo, insistamos en ello. *Repito cien veces las mismas cosas*, dice Isaías, *para que las entiendan una vez*); tal fué aquel escrutinio; tal aquel plebiscito; tal aquella votacion, aquel decreto soberano del "Sufragio universal„, á cuya sombra se abrigan y del cual forman un título de autoridad y un diploma de gobierno esos hombres que tienen en su poder hoy á la Francia, que la gobiernan, que la dominan, que la administran, la juzgan, la rigen con las manos metidas en el oro hasta los codos y los piés en la sangre hasta las rodillas.

Mientras, y para terminar, hagamos una concesion á M. Bonaparte. Fuera sutilezas.

Su escrutinio del 20 de Diciembre ha sido libre, ha sido discutido. Todos los periódicos expresaron lo que les plugo; quién ha dicho lo contrario? los calumniadores.

Se celebraron reuniones electorales; las paredes se cubrieron de anuncios; los transeuntes de Paris barrieron con los piés, en los boulevares y en las calles, una nevada de papeletas blancas, azules, amarillas, rojas; habló quien quiso; escribió quien quiso; la cifra es verídica, pues no es Baroche quien contó, sino Barême; Luis Blanc, Guinard, Félix Pyat, Raspail, Caussidière, Thoré, Ledru-Rollin, Etienne Arago, Albert, Barbés, Blanqui y Gent fueron escrutadores; son estos mismos los que proclamaron

los siete millones quinientos mil votos.

Bien, os concedemos todo eso. ¿Pero qué deduce de esto el golpe de Estado?

Qué deduce? Pues se frota las manos, no pide nada más; eso le basta, y deduce que está bien, que todo está justificado, que todo está concluido, que no hay nada más que decir, que queda "absuelto„.

Alto ahí!

La votacion libre, la cifra verídica solo es la parte material de la cuestion; pero queda la parte moral.

—Cómo! tiene un lado moral?

—Sí, príncipe, y precisamente el lado verdadero; el principal de la cuestion del 2 de Diciembre.

Vamos á examinarlo.

VI.

Antes de entrar en materia, señor Bonaparte, es menester que sepais lo que es la conciencia humana.

Hay dos cosas en este mundo (no olvideis esta novedad) que se llaman el bien y el mal; cosas que es necesario que os las revelen; mentir no es obrar bien, engañar traidoramente es obrar mal y asesinar es infame, y por más que esto último os parezca útil, está prohibido.

Por quién? preguntarás, Bonaparte, acaso.

Ya os lo explicaremos más tarde; ahora prosigamos.

El hombre (fijaos tambien en esta particularidad) es un sér pensador, libre en este mundo y responsable en el otro, y, cosa extraña y que os sorprenderá; este sér no ha sido creado únicamente para gozar, para satisfacer todos sus caprichos, para moverse á compás de sus apetitos, para aplastar cuanto encuentra á su paso, ya sea un tallo de yerba, ya un juramento; para devorar cuando tenga hambre cuanto se le presente. La vida no es su presa.

Por ejemplo: para pasar en un año de cero á un millon doscientos mil francos, no está facultado á prestar un juramento que tiene intencion de no cumplir, y para pasar de un millon quinientos mil francos á doce millones, tampoco está facultado á destruir la Constitucion y las leyes de su pais, á lanzarse traidoramente contra una Asamblea soberana, ametrallar á Paris, deportar diez mil personas y proscribir cuarenta mil.

Continúo haciéndote penetrar en este singular misterio.

Efectivamente, es muy agradable hacer vestir medias de seda blanca á nuestros lacayos; pero para llegar á este gran resultado, nadie tiene permiso para suprimir la gloria y el pensamiento de un pueblo, como tampoco para destruir la tribuna central del mundo civilizado, ni entorpecer el progreso del género humano, ni derramar arroyos de sangre. Todo esto está prohibido.

Por qué? volverá á preguntarme el que cree que nadie puede prohibirle nada.

Paciencia. Todo lo sabreis á su tiempo.

—No, señor! me contestais rebelándoos contra mí; cuando están por nosotros, por una parte el propio interés, la ambicion, la fortuna y el placer, teniendo hermoso palacio que conservar en el arrabal Saint-Honoré, y están contra nosotros por la otra parte los gritos y las jeremiadas de las mujeres á las que se roba á sus hijos; de las familias á las cuales se les arranca el padre; de hijos á los cuales se les quita el pan; del pueblo al cual se le confisca la libertad; de la sociedad á la cual se deja sin el punto de apoyo que son las leyes; cuando están por una parte luchando las quejas y los lamentos y por la otra parte el propio interés, ¿no será permitido despreciar esos alborotos, dejar "vociferar„ á todas esas gentes, destruir los obstáculos y llegar, cueste lo que cueste, adonde está la fortuna, el placer y el hermoso palacio del arrabal de Saint-Honoré? Esto es lo más sensato.

—Pues eso está prohibido, señor Bonaparte.

—¿Habia yo de preocuparme de haber dicho años atrás en un dia de Diciembre que hacia mucho frio, que llovia y que tenia necesidad de dejar un cuarto de la fonda para alojarme mejor, no sé á propósito de qué, en un salon mal alumbrado y ante ochocientos ó nuevecientos imbéciles que creyeron en estas seis letras: Lo juro? Pues qué! Cuando se medita "un gran acto„, ¿debe pasarse el tiempo preguntándose lo que podrá resultar del partido que se toma, atormentarse por lo que se ha de consumir en las casamatas, de lo que se ha de pudrir en los pontones, de si este ha de morir en Cayena, aquel á bayonetazos, el otro aplastado por los adoquines, algunos fusilados, algunos otros arruinados, muchísimos desterrados, y de que todos esos hombres á quienes se arruina, se destierra, se fusila, se mata ó revientan en Africa, son honrados ciudadanos que cumplian con su deber? ¿Habian de detenerme semejantes bagatelas? Abrigando ambiciosos deseos,

careciendo de dinero, siendo príncipe, os pone la casualidad el poder en las manos, os acostumbrais á mandar, autorizais loterías, haceis exponer lingotes de oro en el Pasaje Jouffroy, haceis abrir á todo el mundo los bolsillos, tomais lo que podeis, dais á los amigos, á los compañeros fieles á los que se debe gratitud, y cuando llega el momento en que la indiscrecion pública se mete en el negocio, en que la infame libertad de la prensa quiere penetrar el misterio y la justicia se cree que todo la compete, ¿deberia marcharme del Elíseo, dejar el poder y colocarme estúpidamente entre dos gendarmes, sentándome en el banco de la sexta Cámara? No soy tan bobo ni tan papanatas. Es mucho más sencillo sentarme en el trono imperial; es mucho más fácil destruir la libertad de imprenta; es mucho más sencillo aniquilar la justicia; es mucho más fácil poner los jueces á nuestras órdenes; además, ellos lo desean y están dispuestos á obedecer. Puedo permitírmelo, pues.

—No, monseñor, que eso está prohibido.

—Quién se opone á ello? ¿Quién es el que no lo permite? ¿Quién es el que lo prohibe?

—Monseñor Bonaparte, tú eres el señor; tienes ocho millones de votos para tus crímenes y doce millones de francos para tus pequeños placeres; tienes un Senado, y á M. Sibour en él; tienes ejércitos, cañones, fortalezas, Troplongs que te hacen genuflexiones y Baroches que te hablan á gatas; eres déspota, todopoderoso, pero álguien perdido en la oscuridad, cualesquiera transeunte, un desconocido, se levanta ante tí y te dice: "Tú no harás eso„.

Ese álguien, esa boca abierta que habla en la sombra, que no vé, pero que se oye; ese transeunte, ese desconocido, ese insolente, es la conciencia humana.

Ya sabes lo que es la conciencia humana.

Ese álguien que no se vé y que es más fuerte que un ejército, mucho más numeroso que siete millones quinientos mil votos, más alto que un Senado, más religioso que un arzobispo, más jurisconsulto que Troplong, más pronto en declarar cualquier acto de justicia que Baroche, es el que tiene el atrevimiento de tutear á vuestra majestad.

VII.

Debeis saber tambien lo siguiente, monseñor Bonaparte:

Lo que distingue al hombre del bruto es la nocion del bien y del mal, de ese bien y de ese mal de que os hablaba hace poco.

El animal es un sér completo. Lo que constituye la grandeza del hombre es el sér incompleto; es el sentir por infinidad de puntos fuera del infinito; es percibir algo más allá de su existencia. Este más allá, fuera del hombre, es el misterio; es, valiéndome de las pobres expresiones humanas, que son siempre sucesivas y que solo expresan una parte de las cosas, el mundo moral. En este mundo moral es en donde el hombre flota más todavía que en el mundo material; vive más en lo que siente que en lo que vé. Por más que la creacion le rodee, que el deseo le asalte, que el placer le tiente y que lo que hay en él de animal le atormente, aspiracion perpétua á tal ó cual region le arrastra irresistiblemente fuera de la creacion, fuera del deseo, fuera del placer, fuera de la brutalidad; vislumbrando siempre, por todas partes, á cada instante, el mundo superior, de cuya vision llena su alma y por cuya vision regula sus acciones.

Por lo mismo no se siente su finalidad en esta vida de acá abajo. Lleva dentro de sí un ejemplar misterioso del mundo anterior y ulterior; del mundo perfecto, con el cual compara y quizás pesaroso el mundo imperfecto, comparándolo tambien consigo mismo con sus enfermedades, sus apetitos, sus pasiones y sus actos.

Cuando reconoce que se acerca á ese mundo ideal, llénase de gozo, así como se pone triste cuando conoce que se aparta de él. Comprende perfectamente que nada hay inútil y fuera de su sitio en ese mundo; nada que no emane de una cosa y que no conduzca á alguna otra. Lo justo, lo injusto, lo bueno, lo malo, las buenas obras, las malas acciones, caen en el abismo, pero no se pierden, se dirigen al infinito para servir de perjuicio ó de beneficio á los que las practican.

Despues de la muerte se encuentran y se añaden al total. Perderse, desvanecerse, aniquilarse, es imposible para el átomo moral como para el átomo material.

Por eso existe en el hombre el doble y magnífico sentimiento de su libertad y de su responsabilidad. Puede ser bueno ó ser malo; esta cuenta es suya y la tiene que saldar. Puede ser culpable, pero poder serlo demuestra su grandeza.

Nada semejante sucede con el bruto.

Para éste no hay más que instinto. Bebe cuando tiene sed; come cuando tiene apetito; procrea cuando llega la estacion; duerme cuando el sol se oculta; despierta cuando el sol nace, ó hace lo contrario si es animal nocturno. El animal no tiene más que una especie de Yo oscuro que no ilumina luz alguna moral. Toda su ley, lo repito, es el instinto.

El instinto, especie de rail al que la naturaleza fatal arrastra al bruto, carece de libertad, y por consiguiente de responsabilidad y de otra vida.

El bruto no obra ni bien ni mal; ignora. El tigre es inocente.

Sereis, acaso, inocente como el tigre?

En ciertos momentos, en los que nos sentimos inclinados á creer que no teniendo más conciencia moral que el tigre, no teneis más responsabilidad que él.

Verdaderamente hay ocasiones en que os compadezco. Quién sabe! Quizá no sois más que una ciega fuerza fatal...

Careceis, monseñor Luis Bonaparte, de la nocion del bien y del mal, siendo quizás el único hombre de la humanidad que carezca de dicha nocion. Por eso te colocas al frente del género humano y eres temible; eso es, segun dicen, lo que constituye tu génio; convengo en que eso es lo que en la actualidad constituye tu poderío.

Pero, ¿sabes lo que surge de ese género de poderío? El hecho, pero no el derecho.

El crímen, tratando de disfrazar á la Historia su verdadero nombre, le dice:

—Yo soy el éxito.

—Tú eres el crímen! contéstale la Historia.

Estás coronado y disfrazado. ¡Abajo la máscara! abajo la corona!

Ah, en vano te esfuerzas! Pierdes el trabajo que te tomas, pierdes tus llamamientos al pueblo, tus plebiscitos, tus escrutinios, tus papeletas, tus sumas, tus comisiones ejecutivas proclamando el total, tus banderolas encarnadas ó verdes con esta cifra de papel dorado: 7.500.000; todo, en fin, cuanto has puesto en escena. Hay casos en que no se puede hacer que crea la conciencia universal lo que deseamos hacerla creer; el género humano, considerado en globo, es verdaderamente honrado.

Hasta los que te rodean os juzgan interiormente, porque hasta los malvados tienen conciencia. No hay ninguno entre vuestros servidores que no se diga á sí mismo en voz baja lo que yo me atrevo á decir en alta voz; la única diferencia que existe entre ellos y yo es que yo lo proclamo y ellos lo dicen entre dientes. Se inclinarán ante vos, porque sois poderoso, pero os saludan con la vergüenza en la cara ó en la conciencia. Sienten su envilecimiento, pero conocen vuestra infamia.

Ya que estais resuelto á dar caza á los que llamais "los revoltosos de Diciembre„; ya que contra ellos sueltas tus jaurías, puesto que habeis instituido un Maupas y creado un ministerio de policía á propósito para el objeto, voy á denunciaros un rebelde, un refractario, un insurrecto, la conciencia de cada uno.

El dinero que dais lo recibe la mano, pero no la conciencia.

La conciencia! Inscribidla ahora que podeis en sus listas de destierro, porque es una antagonista obstinada, porfiada, tenaz, inflexible, que lleva el desórden á todas partes. Arrójala de Francia y de ese modo estareis tranquilo: solo así.

¿Quereis saber cómo se os trata hasta entre vuestros amigos? ¿Quereis saber en qué términos un respetable caballero de San Luis, de ochenta años, gran adversario de los "demagogos„ y partidario vuestro, votaba por vuestra causa el 2 de Diciembre?

—"Es un miserable, decia, pero un *miserable necesario*.„

No! No hay miserables necesarios! El crímen jamás es útil, el crímen siempre es nocivo.

La traicion no puede salvar á la sociedad; semejante blasfemia solo deben proclamarla los arzobispos.

Nada bueno tiene por base el mal. Dios es justo y no impone á la humanidad la condicion de necesitar á los miserables.

Solo es necesario en el mundo la justicia y la verdad.

Si aquel anciano hubiese reflexionado menos en la vida y más sobre la tumba, hubiera visto todo eso.

Decir lo que acabamos de citar es sorprendente en un anciano, porque siempre un destello de Dios suele iluminar almas próximas al sepulcro y enseñarlas las verdad.

Jamás el derecho y el crímen pueden reunirse. El dia en que se reuniesen, las palabras de la lengua humana cambiarian de sentido, se desvaneceria toda certidumbre y sobrevendria la oscuridad social.

Cuando por casualidad (esto se ha visto alguna vez en la historia) llega

un momento en que el crímen tiene fuerza de ley, hay algo que se extremece en los cimientos mismos de la humanidad. *Jusque datum sceleri*, exclama Lucano, y este verso atraviesa la historia como un grito de horror.

Por lo tanto, y segun confiesan los mismos que os han votado, sois un miserable; yo suprimo lo *necesario*. Tal es vuestra situacion.

—Bien, y qué? preguntareis.

—Que en eso precisamente estriba la cuestion, que no os pudo "absolver„ el sufragio universal.

—Imposible! Eso es imposible!

—Pues os lo voy á probar.

VIII.

Supongamos que sois capitan de artillería en Berna, que poseeis, naturalmente, nociones de Algebra y Geometría.

Pues voy á presentaros tres axiomas, de los que tendreis probablemente alguna idea:

—2 y 2 son 4.

—Entre dos puntos dados, la línea recta es el camino más corto.

—La parte es menor que el todo.

Sabido esto, proponeos que declaren siete millones quinientos mil votos que 2 y 2 son 5; que la línea recta es el camino más largo, y que el todo es menor que la parte; que lo declaren ocho millones, diez millones, por cien millones de votos, siempre será falso.

Ahora bien (y esto os vá á sorprender); hay axiomas de probidad, de honradez y de justicia, como los hay en Geometría; y la verdad moral no está á merced de una votacion, como no lo está la verdad algebráica.

La nocion del bien y del mal es insoluble por el sufragio universal. No le es dado á un escrutinio hacer que lo falso sea verdadero y que lo injusto sea justo. No se pone á votacion la conciencia humana.

Lo comprendeis ahora?

Observad aquella lámpara, aquella diminuta luz oscura y olvidada en un rincon, perdida en la oscuridad. Miradla, admiradla; apenas es visible; arde solitariamente. Manda que la soplen siete millones quinientas mil bocas á la vez; no lograrán apagarla, ni siquiera hacer oscilar la llama: si la soplase el huracan, sucederia lo mismo; la llama continuará subiendo recta y pura hácia el cielo.

Aquella lámpara es la conciencia; su llama es la que alumbra en la noche del destierro el papel en que escribo en estos instantes.

IX.

Así, pues, cualesquiera que sean las susodichas cifras, inventadas ó no, imparciales ó no, verdaderas ó falsas, poco importa; los que siguen el norte de la justicia dicen y dirán siempre que el crímen es crímen, que el perjurio es perjurio, que la traicion es traicion, que el homicidio es homicidio, que la sangre es sangre, que el lodo es lodo, que un malvado es un malvado, y que el que pretendia copiar en pequeño á Napoleon, copió en grande á Lacenaire.

Dicen, y lo repetirán eternamente, que siete millones quinientos mil votos no pesan nada en la conciencia del hombre honrado; que diez millones, cien millones de votos, la unanimidad misma del género humano votando en masa, no tiene importancia ante ese átomo, ante esa partícula de Dios, ante el alma del justo; que el sufragio universal, que es soberano en las cuestiones políticas, no tiene jurisdiccion sobre las cuestiones morales, y por eso no absuelve á Luis Napoleon.

Prescindo ahora de vuestro proceder en el escrutinio, de las vendas que taparon los ojos, de las mordazas con que cerraron las bocas, de los cañones asestados en las plazas públicas, de los sables desenvainados, de los espías pululando por todas partes, del silencio y el terror que llevaron al votante á la urna como al malhechor á la cárcel; prescindo de todo eso, y supongo el sufragio universal libre, verdadero, puro, real, el sufragio universal soberano de sí mismo como debe ser; supongo los periódicos corriendo de mano en mano, los anuncios cubriendo las paredes, la palabra por todas partes y por todas partes la luz, y digo: Someted á ese sufragio universal la paz y la guerra, el efectivo del ejército, el crédito, el presupuesto, el servicio público, la pena de muerte, la inamovilidad de los jueces, la indisolubilidad del matrimonio, el divorcio, el estado civil y político de la mujer, la enseñanza gratuita, la constitucion del municipio, los derechos del trabajo, el salario del clero, el libre cambio, los caminos de hierro, la circulacion, la colonizacion, el fisco, todos los problemas cuya solucion no puede renunciarse, porque el sufragio universal lo puede todo menos abdicar; sometedle los indicados problemas, que él los resolverá, quizás equivocadamente, pero con

toda la suma de certidumbre que encierra la soberanía humana y magistralmente. Pero en cambio, obligadle á decidir si Pedro ó Juan ha hecho bien ó mal en robar una manzana de un huerto. Ahí se pára y no sabe decidir. ¿Por qué? ¿Acaso porque es más baja esa cuestion? No, sino porque es más alta.

Todo cuanto constituye la organizacion propia de las sociedades, considerándolas como territorio y como municipio, como estado ó como pátria; toda materia política, financiera y social, depende del sufragio universal y le obedece; el más pequeño átomo de la menor cuestion moral le hace titubear.

El bajel está á merced del Océano; la estrella no.

Se ha dicho de M. Leverrier lo mismo que de monseñor Bonaparte, que érais los dos únicos hombres que tenian completa fé en su estrella.

Y en efecto, creeis en vuestra estrella y la buscais encima de vosotros; pero esa estrella la tienen los demás hombres dentro de sí mismos; irradia bajo la cavidad de sus cráneos, los ilumina y los guia; les hace ver los verdaderos contornos de la vida; les señala en la oscuridad del humano destino del bien y el mal lo justo y lo injusto, lo real y lo falso, la ignominia y el honor, la rectitud y la felonía, la virtud y el crímen. Esa estrella, sin la cual el alma humana es una noche tenebrosa, es la verdadera moral.

Pero como os falta esa luz, os engañásteis.

El escrutinio del 20 de Diciembre solo es, para el hombre pensador, una candidez monstruosa.

Aplicásteis lo que llamais el "sufragio universal„ á una cuestion que no lo admite.

No sois un hombre político, sino un malhechor.

El bandido de los Abruzzos, con las manos apenas lavadas y teniendo todavía sangre en las uñas, vá á pedir la absolucion al sacerdote: vos la pedísteis á la votacion, y diciendo á la votacion Absuélveme!, le apuntábais en la sien con la pistola.

Absolveros está fuera del poder popular, es superior al poder humano.

Neron, que habia inventado la sociedad del 10 de Diciembre y que, como tú, la empleaba en aplaudir sus comedias, como vos vuestras tragedias; Neron, que despues de haber destrozado á puñaladas el vientre de su madre, habria podido tambien convocar el "sufragio universal„ propio y hasta parecido al vuestro; Neron, que era pontífice y emperador, y le rodeaban jueces y sacerdotes prosternados ante él, hubiera podido poner una mano sangrienta sobre el cadáver palpitante de la emperatriz y levantar la otra al cielo, tomando al Olimpo todo por testigo de que no habia vertido aquella sangre, y obligar al "sufragio universal„ á que declarase ante los dioses y los hombres que él, Neron, no habia asesinado á su madre; Neron, pues, cuyo "sufragio universal„ funcionaba poco más ó menos como el vuestro, y que hubiera podido, por lo mismo, afirmar con siete millones quinientos mil votos que el divino césar Neron, pontífice y emperador, no habia hecho mal alguno á aquella mujer que estaba muerta, Neron no habria sido "absuelto„; hubiera bastado que una voz, una sola voz en la tierra, la más humilde y la más oscura, se elevara en medio de aquella noche profunda del imperio romano y gritara en las tinieblas:—Neron es un parricida! para que el eco, el eterno eco de la conciencia humana, repitiese por toda una eternidad, de pueblo en pueblo y de siglo en siglo: —Neron mató á su madre!

Ahora bien; esa voz que protesta en la oscuridad es la mia, y no dudes que conmigo la conciencia universal de la humanidad repite este clamor:—¡Luis Bonaparte asesinó la Francia! ¡Luis Bonaparte mató á su madre!

LIBRO SÉPTIMO

La absolucion.

I.

A juramento, juramento y medio.

¿Qué es Luis Bonaparte?

Es el perjurio vivo, la restriccion mental encarnada, la felonía con carne y hueso, el falso juramento calándose un sombrero de general y haciéndose llamar monseñor.

Bien! Y ¿qué es lo que ese hombre pide á la Francia?

Un juramento!

En verdad que despues del 20 de Diciembre de 1848 y de la jornada del 2 de Diciembre de 1851, despues de los des-

tierros y encarcelamientos de los inviolables representantes, despues de la confiscacion de la República, despues del golpe de Estado, en fin, debíase esperar de parte de ese malhechor una carcajada cínica á la vez que cortés con respecto al juramento, y que ese Sbrigani dijera á la Francia:

—Calla! Pues es verdad! se me ha olvidado que empeñé mi palabra de honor. Esto es chistoso! No hablemos ya de esas tonterías.

Pero no, Bonaparte desea el juramento. Así, pues, acudid, alcaldes, gendarmes, jueces, espías, prefectos, generales, alguaciles, guardas rurales, comisarios de policía, magistrados, empleados, senadores, consejeros de Estado, legisladores, dependientes, que quiere satisfacer aquel capricho que acaba de cruzar por su mente y desea realizarlo. Por lo tanto apresuraos, desfilad; vosotros ante un escribano, vosotros ante un pretor, vosotros á la vista de un brigadier, vosotros en casa del ministro; vosotros, senadores, en las Tullerías, en el salon de los mariscales; vosotros, espías, en la Prefectura de policía; vosotros, primeros presidentes y procuradores generales, en su antecámara; acudid pronto en carroza, á pié ó á caballo, con túnica, con banda de etiqueta, de uniforme; ceremoniosos, dorados, planchados, bordados, emplumados; la espada al lado, birrete calado, la valona al cuello, el cinturon puesto; llegad, pasad los unos ante un busto de yeso, los otros ante su misma persona. Está bien; todos pasais, nadie falta: miradle cara á cara, recogeos, escarbad en vuestra conciencia, en vuestra lealtad, en vuestro pudor, en vuestra religion; ahora quitaos el guante, levantad la mano, prestad juramento á su perjurio y jurad fidelidad á su traicion.

Está hecho?

Sí.

Qué farsa tan infame!

Luis Bonaparte toma, sin embargo, en sério ese juramento.

Ya lo creo; él fia en mi palabra, en la tuya, en la de aquellos, en la de estos, en la de esos; fia en la palabra de todo el mundo menos en la suya.

Exige que en derredor suyo juren todos y les manda que sean leales. A Mesalina le complacia rodearse de doncellitas.

Magnífico! maravilloso!

Hay que tener honor; tenlo entendido, Saint-Arnaud, y tenlo por dicho, Maupas. Pero penetremos en el fondo de la cuestion.

Hay diferencia entre unos juramentos y otros.

El juramento que se presenta libre, solemne, ante Dios y ante los hombres, y despues de haber recibido un voto de confianza de seis millones de ciudadadanos se presta en plena Asamblea nacional á la Constitucion del pais, á la ley, al derecho, á la nacion, al pueblo, á la Francia, no es nada, no compromete á nada; se puede infringir, se puede burlarse de él; pero el juramento que se presta bajo la influencia del cañon, del sable, del ojo de la policía, por conservar el empleo que os mantiene, por conservar el grado que constituye vuestra propiedad; el juramento que por conservar vuestro pan y el de vuestros hijos se presta á un hombre falso, á un rebelde, á un violador de las leyes, á un asesino de la República, á un relapso en todas las justicias, al hombre mismo que ha quebrantado el juramento más solemne, ese juramento es sagrado.

Lo que más me admira es la torpeza de recibir como moneda contante y valores efectivos todos esos *juro* de la plebe oficial; la torpeza de no pensar siquiera que se han desvanecido todos los escrúpulos y que no puede haber entre aquellas palabras una sola de buena ley, porque siendo príncipe, ser traidor es dar el ejemplo desde la cumbre del Estado, y es candidez imaginar que no será seguido; es candidez sembrar plomo y pensar que se podrá recoger oro; es candidez no comprender que todas las conciencias se modelan en semejante caso segun la conciencia de arriba, y que el falso juramento del príncipe convierte todos los juramentos en moneda falsa.

II.

Diferencia de los precios.

Además, ¿á quién se exige dicho juramento?

A ese prefecto? Ha hecho traicion al Estado.

A ese general? Ha hecho traicion á la bandera.

A ese magistrado? Ha hecho traicion á la ley.

A todos esos empleados? Han hecho traicion á la República.

Pues de un monton de traidores sale ese monton de juramentos.

Luis Bonaparte cree en los juramentos que presta todo el mundo.

Cuando M. Rouher se quita el guante y dice:—Lo juro; cuando M. Suin se quita el guante y dice:—Lo juro; cuando M. Troplong llévase la mano al pecho en el punto donde está el tercer boton en los senadores y el corazon en los demás, y dice:—Lo juro, M. Bonaparte siente las lágrimas en los ojos; suma, conmovido, esas lealtades y contempla con terneza á esos hombres. ¡Confia, cree!

Oh, abismo de candor!

Verdaderamente la inocencia de los bribones deslumbra muchas veces al hombre honrado.

De todos modos es sorprendente el modo caprichoso y desproporcionado de pagar los juramentos y la desigualdad de los precios con que Bonaparte tasa esas mercancías.

Por ejemplo:

Vidocq, si fuera todavía jefe del ramo de Seguridad, tendria seis mil francos de salario al año, y el señor Baroche tiene ochenta mil.

De lo que se deduce que el juramento á Vidocq no le reportaria cada dia más que diez y seis francos sesenta y seis céntimos, mientras que á Baroche le reporta por dia doscientos veintidos francos veintidos céntimos.

Esto es evidentemente injusto.

Por esta diferencia?

Juramento es el uno y juramento es el otro; de un guante quitado y de nueve letras se compone aquel, y de nueve letras y un guante quitado se compone éste. ¿Qué es lo que tiene de más el juramento de Baroche que el juramento de Vidocq?

Me direis que eso es hijo de la diversidad de funciones, pues Baroche preside el Consejo de Estado y Vidocq no seria más que un jefe del ramo de Seguridad pública.

Pero yo os contesto que eso son casualidades; pues pudiera bien Baroche sobresalir en la direccion del ramo de Seguridad, y podia muy bien Vidocq ser presidente del Consejo de Estado. No es por lo tanto una razon la que aducís.

¿Hay, pues, diversas clases de juramentos, como sucede con las misas? ¿Hay tambien en los juramentos misas de un franco, de las que decia cierto cura no sirven para nada? ¿Es que la clase del juramento es segun el dinero que cuesta? ¿Hay en ese género superfino, extrafino, fino y semifino? ¿Tienen los unos mejor condicion que los otros? ¿Son los unos más sólidos que los otros, ó tienen menos mezcla de cáñamo y de algodon ó mejor tinte? ¿Hay juramentos flamantes, juramentos gastados, juramentos zurcidos y juramentos remendados? Hay, en fin, juramentos para escoger?

Merece la pena averiguarlo, porque nosotros los pagamos.

Hecha esta observacion en interés de los contribuyentes, pido perdon á Vidocq por haberme servido de su nombre. Reconozco que no tenia derecho á ello, y sucede que además Vidocq se hubiera negado á jurar.

III.

Juramento de los literatos y de los sábios.

Detalle precioso; Bonaparte queria que Arago jurase. De donde se deduce que la astronomía debe prestar juramento.

En un Estado bien organizado como la Francia ó la China, todo es empleo, hasta la ciencia.

El mandarin del Instituto depende del mandarin de la policía.

El anteojo paraláctico debe homenaje á M. Bonaparte.

Un astrónomo es una especie de alguacil del cielo y el Observatorio una garita como cualquier otra.

Es preciso vigilar al bondadoso Dios que está allá arriba y que algunas veces parece no someterse por completo á la Constitucion del 14 de Enero.

El cielo está lleno de alusiones desagradables y hay necesidad de tenerle bien guardado.

El descubrimiento de una nueva mancha en el sol constituye evidentemente un caso de censura.

La prediccion de una alta marea puede ser sedicioso.

El pronóstico de un eclipse de luna puede ser una traicion.

Nosotros tenemos algo de luna en el Elíseo.

La astronomía libre es casi tan peligrosa como la prensa libre.

¿Se sabe lo que pasa en esas conversaciones nocturnas entre Arago y Júpiter?

Si éste fuera M. Leverrier, no nos causaria temor; pero siendo miembro del gobierno provisional, ¡en guardia, señor Maupas! Es preciso que la oficina de longitudes jure no conspirar con los as-

tros, y sobre todo con los fautores de golpes de Estado que se llaman cometas.

Además, el que se llama Bonaporte es fatalista.

El gran Napoleon tenia una estrella; el pequeño bien puede tener una nebulosa.

Los astrónomos suelen ser algo astrólogos.

Prestad, pues, juramento, señores.

No hay que decir que Arago se negó á jurar.

Una de las virtudes que encierra el juramento prestado á Luis Bonaparte es la de que, segun se rehuse ó se acepte, dicho juramento os quita ú os dá talento, méritos y aptitudes.

Tú, que eres profesor de griego y de latin, presta juramento, sino se te arrojará de la cátedra por no saber ya ni latin ni griego.

Tú, que eres profesor de retórica, jura; de lo contrario tiembla, porque la relacion de Terameno y el sueño de Atalia te serán prohibidos é irás errante á su alrededor el resto de tus dias, sin que jamás puedas comprenderlos ya.

Tú, que eres profesor de filosofía, presta juramento á M. Bonaparte, sino se te considerará incapaz de comprender los misterios de la conciencia humana y por consiguiente de explicarlos á la juventud.

Tú, que eres profesor de medicina, presta juramento, sin lo cual no sabrás ya tomar el pulso á un calenturiento.

Pero si los buenos profesores se van, ya no habrá buenos discípulos? En medicina, particularmente, esto es grave. Qué será de los enfermos? ¡Ocuparse ahora de los enfermos! Lo que importa es que la medicina preste juramento á Bonaparte.

Por otra parte, ó los siete millones quinientos mil votos no tienen sentido alguno, ó es evidente que vale más que nos corte un muslo un asno juramentado que el refractario Dupuytren.

¡Nos reiríamos á mandíbula batiente si todo esto no nos lacerara el corazon!

Sois un jóven de raro y generoso espíritu como Deschanel; sois una sólida y recta inteligencia como Despois; sois una razon séria y enérgica como Jacques; sois un eminente escritor; sois un historiador popular como Michelet; pues prestad juramento ó moríos de hambre.

Pero rehusan. El silencio y la sombra en que se recogen estóicamente saben lo restante.

IV.

Curiosidades.

Tal juramento negó toda moral, apuró toda vergüenza, afrontó todo pudor.

No hay razon para que no se vean cosas inauditas, porque se ven siempre.

En tal ciudad, en Evreux (1) por ejemplo, los jueces que prestaron el juramento juzgan á los que rehusaron prestarle. La ignominia sentada en el tribunal hace comparecer el honor en el banquillo de los acusados; la conciencia vendida "censura„ la conciencia honrada; la mujer pública azota el rostro de la vírgen.

Con tal juramento se vá de sorpresa en sorpresa. Nicolet al lado de M. Bonaparte no es más que un bergante.

Cuando M. Bonaparte presenció el desfile de sus criados, de sus cómplices y de sus víctimas y embolsado el juramento de cada uno, volvióse con bondad hácia los valientes jefes del ejército del Africa y les habló poco más ó menos de este modo:

—A propósito, ya sabeis que os hice arrestar de noche en vuestras propias

(1) El presidente del tribunal de Comercio de Evreux rehusó el juramento.

Dejemos hablar al *Monitor*:

«M. Verney, antiguo presidente del tribunal de Comercio de Evreux, estaba citado para comparecer ante los jueces correccionales de Evreux por razon de los hechos que tuvieron lugar el 29 de Abril último en el recinto de la Audiencia consular.

»M. Verney es acusado del delito de excitacion al ódio y al desprecio del gobierno.»

Los jueces de primera instancia despiden á M. Verney y le *censuran* por juicio. Apelacion *á minima* del «procurador de la República». Decreto del tribunal de apelacion de Rouen:

«El tribunal,

»Considerando que las persecuciones tienen por único objeto la represion del delito de excitacion al ódio y el desprecio del gobierno;

«Considerando que este delito resulta hecha la instruccion del último párrafo de la carta escrita por Verney al procurador de la República en Evreux el 26 de Abril último, y que está concebida en estos términos:

«Pero seria muy grave reivindicar por más tiempo lo que nos»otros creemos ser el derecho. La magistratura misma nos »agradecerá que no expongamos la túnica del juez á sucumbir »bajo la fuerza que nos anuncia vuestro despecho.»

»Considerando que *por muy censurable que haya sido la conducta de Verney en este asunto*, el tribunal no puede ver en los términos de dicha parte de su carta el delito de excitacion al ódio y al desprecio del gobierno, por cuanto la órden en virtud de la cual debe emplearse la fuerza para impedir sentarse á los jueces que habian rehusado prestar juramento no emanaba del gobierno;

»Y no habiendo lugar por lo tanto á imponerle la aplicacion de la ley penal;

»Por tales motivos,

»Confirma el juicio de que se ha hecho apelacion sin costas.»

El tribunal de apelacion de Rouen tiene por primer presidente á M. Franck-Carré, antiguo procurador general en la Cámara de los Pares en el proceso de Boloña, el mismo que dirigió á M. Bonaparte estas palabras: «Habeis hecho practicar el reclutamiento y distribuir dinero para comprar la traicion.»

camas; mis espías entraron en vuestras casas espada en mano, y los he condecorado despues por este hecho de armas; os hice amenazar con la mordaza si proferíais un grito; os hicieron caer en el lazo mis sotacómitres; os encerré en Mazas en la celda de los ladrones, y en Ham en la celda en donde yo estuve; teneis todavía en las muñecas las señales de la cuerda con que ordené ataros; buenos dias, señores; Dios os conceda su santa gracia y juradme fidelidad.

Changarnier, mirándole fijamente, le respondió:—Eso jamás, traidor!

Bedeau le respondió:—¡Eso jamás, falsario!

Lamoriciére le respondió:—¡Eso jamás, perjuro!

Lefló le respondió:—¡Eso jamás, bandido!

Charras... le soltó un bofeton.

En este momento la cara de M. Bonaparte aparece encarnada, pero no de vergüenza, sino del bofeton.

Otra variedad del juramento. Tanto en las casamatas, en las bastillas, en los pontones como en los presidios del Africa hay prisioneros á millares.

Qué son esos prisioneros?

Ya lo hemos dicho: republicanos, patriotas, defensores de la ley, inocentes, mártires que sufren dolorosamente. Sufren tanto, que algunos de estos desgraciados pierden la energía y llegan hasta pedir perdon.

Cuando esto sucede les hacen firmar una carta escrita de antemano y dirigida á "monseñor el príncipe-presidente„.

Publicamos esta carta tal como nos la ha dictado el señor Quintin Bauchard:

"Yo, el abajo firmado, declaro bajo palabra de honor aceptar *con reconocimiento* la gracia que me concede el príncipe Luis Napoleon, y me comprometo á no formar jamás parte de sociedades secretas, á respetar las leyes y á ser *fiel* al gobierno que el pais se ha dado á sí mismo por medio de la votacion de los dias 20 y 21 de Diciembre de 1851.„

No se desprecie el sentido de hecho tan grave. Esto no es la clemencia otorgada, sino la clemencia implorada.

La fórmula: Pedidnos el perdon, significa: Concedednos el nuestro.

El asesino, arrojándose sobre la víctima y con el puñal levantado, le grita:—Te he cogido, derribado, tendido, despojado, robado, y estás ahora á mis piés; tu sangre mana por veinte heridas; dime que *te arrepientes* y no acabaré de matarte.

Ese *arrepentimiento* de los inocentes, exigido por el criminal, no es otra cosa que la forma que toman en el exterior sus remordimientos interiores, imaginándose estar de este modo absuelto de su propio crímen.

Por más que recurra á algunos expedientes para calmarse; por más que haga sonar eternamente en sus oidos los siete millones quinientos mil cascabeles de su "plebiscito„, el héroe del golpe de Estado piensa algunas veces, entrevé vagamente una mañana, y lucha contra el porvenir inevitable. Necesita una purificacion legal, un descargo, un finiquito, que pide á los vencidos, y que para obtenerlos necesita sujetarlos á la tortura.

Luis Bonaparte concibe que en el fondo de la conciencia de cada prisionero, de cada deportado, de cada proscripto, existe un tribunal, y que ese tribunal instruye su proceso; así es que tiembla, porque el verdugo siempre tiene miedo á la víctima, y por eso, bajo la forma de una gracia que concede, hace firmar á la víctima que es el juez que le ha de absolver.

De este modo espera tranquilizar la Francia, que tambien es una conciencia viva y un tribunal atento, para que cuando llegue el dia de la sentencia, viéndole absuelto por sus víctimas, le perdone ella tambien.

Pero se engaña.

V.

El 5 de Abril de 1852.

Hé aquí lo que sucedió en las Tullerías el 5 de Abril de 1852.

Hácia las ocho de la noche la antecámara estaba llena de personajes vestidos con túnicas encarnadas, graves, majestuosos, que hablaban por lo bajo y que llevaban en la mano birretes de terciopelo negro con galones de oro; la mayor parte de ellos tenian la cabeza cana.

Eran éstos los presidentes y consejeros del Tribunal de Casacion, los primeros presidentes de los tribunales de apelacion y los procurados generales; toda, en fin, la alta magistratura de Francia. Tales personajes esperaban en dicha antecámara, conducidos allí por un ayudante de campo.

Pasó un cuarto de hora, despues media, luego una hora. Iban y venian de arriba á bajo, hablando entre ellos, mi-

rando los relojes y esperando un campanillazo.

Al cabo de una hora se apercibieron que no tenian siquiera sillas para sentarse. Uno de ellos, M. Troplong, fué á otra antecámara donde estaban los criados y se quejó. Trajéronle una silla.

Por fin abriéronse las dos hojas de una puerta y todos entraron en un salon. Habia en éste un hombre vestido con frac negro y de pié arrimado á una chimenea.

¿Qué iban á hacer aquellos hombres de túnicas encarnadas en casa de este otro vestido de negro? Iban á prestarle juramento.

Este otro era Bonaparte, que les hizo una señal con la cabeza, y al cual contestaron ellos inclinándose hasta el suelo como de costumbre.

Delante de M. Bonaparte, á algunos pasos de distancia, estaba su canciller, M. Abbatucci, antiguo diputado liberal y ministro de Justicia del golpe de Estado.

Dióse principio. M. Abbatucci hizo un discurso y M. Bonaparte un *speech*.

El príncipe pronunció, mirando la alfombra, algunas palabras desdeñosas y frias; habló de su "legitimidad„, y despues de esto juraron los magistrados. Cada uno levantó la mano cuando le tocó el turno.

Mientras estos juraban, M. Bonaparte, medio vuelto de espaldas, conversaba con sus ayudantes de campo, que se hallaban detrás de él.

Cuando terminó el acto, volvió la espalda del todo y salieron los magistrados moviendo la cabeza, avergonzados y humillados, no por haber hecho una bajeza, sino por no haber tenido sillas en la antecámara.

Mientras salian, oyóse este diálogo:

—Nos han obligado á prestar juramento, decia uno de ellos.

—Y tendremos que cumplirlo, replicó otro.

—Como el amo de la casa, añadió un tercero.

Todo eso es abyecto; pasemos adelante.

Entre los primeros presidentes que juraban fidelidad á Luis Bonaparte, habia cierto número de antiguos pares de Francia que, como pares, condenaron años atrás á prision perpétua á M. Bonaparte.

Entre dichos magistrados habia siete cuyos nombres respectivos eran: Hardouin, Moreau, Pataille, Cauchy, Delapalme, Grandet y Quesnault, que constituian antes del 2 de Diciembre el Tribunal Supremo de Justicia; el primero, Hardouin, fué presidente, los dos últimos suplentes y los cuatro restantes jueces.

Estos personajes habian recibido y aceptado de la Constitucion un mandato concebido en estos términos:

"Artículo 68. Toda medida por la cual el presidente de la República disuelva la Asamblea nacional, la prorogue ó ponga obstáculo al ejercicio de su cometido, es un crímen de alta traicion.

„Los jueces del alto tribunal reuniránse inmediatamente bajo pena de prevaricacion, y convocarán los jurados en el sitio que designen para proceder á juzgar al presidente y sus cómplices, nombrando ellos mismos los magistrados encargados de llenar las funciones del ministerio público.„

El 2 de Diciembre, en presencia del flagrante atentado, habian comenzado el proceso y nombrado un procurador general, M. Renouard, que habia aceptado para seguir la causa contra Luis Bonaparte por el hecho del crímen de alta traicion; pues hay que añadir á Renouard á los otros siete; el dia 5 de Abril estaban los ocho en la antecámara de Luis Bonaparte, y lo que hicieron acabámoslo de ver.

Al llegar aquí, nos es imposible no detenernos; asáltannos ideas tristes en las que es preciso insistir, y preséntanse cloacas de ignominia que debemos por fuerza sondear.

Ved aquel hombre, nacido por casualidad ó por desgracia en un tugurio, en una pocilga, en un antro, no se sabe dónde ni de quién; salido del polvo para caer en el lodo. Desde su nacimiento todo se ha separado de él; ha subido como ha podido, porque creció sin zapatos que le calzasen, sin nada que le cubriera la cabeza, andrajoso y sin saber para qué vivia; ni siquiera sabe leer, ni que hay leyes que están por encima de él; apenas sabe que hay un cielo. Ni tiene hogar, ni techo, ni familia, ni creencias, ni libros. Es un alma ciega.

Su inteligencia jamás se ha abierto, porque la inteligencia no se abre más que á la luz, como las flores se abren al dia; así es que vive sumergido en la oscuridad. Pero necesita comer, y mientras que la sociedad ha hecho de él un bruto, el hambre le ha convertido en fiera feroz. Espera á los transeuntes en el recodo de un bosque y les asalta, robán-

doles el dinero; cuando esto sucede, le prenden y le mandan á presidio.

Así lo manda la ley.

Ahora fijaos en otro hombre: no viste casaca roja, viste túnica encarnada. Cree en Dios, lee á Nicolás, es jansenista y devoto, vá á confesarse y recibe el pan bendito, la sagrada Eucaristía. Es persona bien nacida, como suele decirse; nada le falta ni le ha faltado jamás. Su familia se lo prodigó todo en su infancia: cuidados, lecciones, consejos, letras griegas y latinas y preceptores.

Es un personaje grave y escrupuloso, títulos que le sirvieron para ser nombrado magistrado.

Viendo á este hombre pasar los dias en la meditacion de todos los grandes textos, tanto sagrados como profanos; en el estudio del Derecho, en la práctica de la religion, en la contemplacion de lo justo y de lo injusto, la sociedad ha puesto bajo su salvaguardia lo más augusto y venerable, el libro de la ley, y le ha hecho juez y castigador de la traicion, diciéndole:

—Quizá llegue un dia, quizá suene una hora en que el jefe de la fuerza material holle con sus piés la ley y el derecho; entonces tú, hombre de la justicia, te levantarás y herirás con tu látigo al hombre del poder.

Por eso, y en la sospecha de que llegue ese dia peligroso y supremo, la sociedad colma de beneficios al magistrado y lo viste de púrpura y de armiño.

Llega, en efecto, este dia, esa hora única, severa, solemne: la hora suprema del deber. El hombre de la toga encarnada comienza á balbucear las palabras de la ley, pero de pronto se apercibe que no es la justicia quien prevalece, sino la traicion, y entonces él, ese hombre que ha pasado su vida en penetrarse de la pureza y santidad de la luz del derecho; ese hombre que no es nada si no desprecia el éxito injusto conseguido; ese hombre letrado, ese hombre escrupuloso, ese hombre religioso, juez á quien se confió la custodia de la ley, y en cierto modo la conciencia universal, vuélvese hácia el triunfante perjuro, y con el mismo tono, con la misma voz con que á ser vencido el traidor le hubiera dicho: "¡Criminal, te condeno á presidio!„ le dice: "Monseñor, os juro fidelidad!„

Ahora tomad una balanza, poned en uno de los platillos al juez y en el otro á aquel presidiario y decidme de qué lado se inclina.

VI.

Juramento en todas partes.

Estos sucesos acaecieron en Francia con ocasion del juramento prestado á M. Bonaparte.

Se juró aquí y allá y en todas partes, tanto en Paris como en provincias; lo mismo en Levante que en Poniente, en el Septentrion que en el Mediodía.

Los ministros depositaron su juramento en manos del presidente; los prefectos en manos del ministro; la caterva en manos de los prefectos.

¿Qué ha hecho M. Bonaparte de todos esos juramentos? ¿Está formando coleccion?

Nótese que tan solo se negaron al juramento los funcionarios no retribuidos, como por ejemplo, los consejeros generales.

En realidad solo se prestó juramento al presupuesto.

El 29 de Marzo se oyó reclamar en alta voz á un senador contra el olvido de su nombre, que, en cierto modo, era un pudor del acaso.

Juró M. Sibour, (1) arzobispo de Paris; M. Franck-Carré, (2) procurador general cerca de la Cámara de los Pares cuando al negocio de Boloña; M. Dupin, (3) presidente de la Asamblea nacional el 2 de Diciembre...

Ah, Dios mio! ¡hay para retorcerse las manos de vergüenza! ¡En todas partes es una cosa santa el juramento!

La persona que presta un juramento ya no es un hombre; es un altar sobre el cual desciende Dios.

El hombre, esa enfermedad, esa sombra, ese átomo, ese grano de arena, esa gota de agua, esa lágrima caida de los ojos del destino; el hombre, ese sér tan pequeño, tan débil, tan incierto, tan ignorante, tan inseguro; el hombre, que vive en la confusion y en la duda, con conocimiento apenas de lo de ayer y sin conocimiento del porvenir; que vé el punto preciso para poner el pié en su camino y tinieblas por todas partes; que tiembla si mira adelante y se entristece si mira atrás; el hombre envuelto en las inmensidades y en las oscuridades del tiempo, del espacio y del sér, en las que se pierde; que lleva en sí el abismo

(1) Como senador.
(2) Como primer presidente del tribunal de apelacion de Rouen.
(3) Como miembro de su Consejo municipal.

del alma y vé otro abismo fuera de él, es el cielo; el hombre que en ciertas horas se inclina con terror sagrado ante las fuerzas todas de la naturaleza, como al ruido del mar, al murmullo de los árboles, á la sombra de las montañas, á la irradiacion de las estrellas; el hombre que no puede levantar la cabeza á lo alto sin que le deslumbre la claridad, ni á la noche sin que le abrume el infinito; el hombre, que no conoce nada, que no vé nada, que no oye nada y que puede ser arrastrado mañana, hoy, á toda hora, por la honda que pasa, por el viento que sopla, por el guijarro que cae, por la hora que suena; el hombre, en fin, ese sér tembloroso, vacilante, miserable, juguete del azar, ludíbrio del minuto que se desliza, se levanta de repente en un dia dado ante el enigma que se llama vida humana; siente que hay en él algo que es más grande que el abismo, el honor; más fuerte que la fatalidad, la virtud; más profundo que lo ignoto, la fé, y solo, débil y desnudo, dice á todo ese formidable misterio que le sujeta y envuelve: Haz de mí lo que quieras, pero yo haré esto y no aquello; y altivo, sereno, tranquilo, como el buque que arroja su áncora en el Océano, arroja él en el porvenir su juramento, creando con una palabra un punto fijo en esa sombría instabilidad que llena el horizonte.

Oh, juramento! ¡confianza admirable del justo en sí mismo! ¡Sublime permiso de afirmar que Dios ha dado al hombre! Desapareciste; ya no existes. ¡Eres otro esplendor del alma que se ha desvanecido!

LIBRO OCTAVO

El progreso incluido en el golpe de Estado.

I.

Entre nosotros los demócratas, el acontecimiento del 2 de Diciembre ha herido á muchos corazones sinceros. Desconcertó á aquellos, desanimó á éstos y consternó á todos. Algunos pudiera citar que exclamaron afligidos:—*¡Finis Poloniæ!*

En cuanto á mí, puesto que en ciertos casos precisa decir *yo* y hablar de la historia como un testigo, digo en voz alta que he visto ese acontecimiento sin turbacion. Digo más; hay momentos en que, ante el 2 de Diciembre, me declaro satisfecho.

Cuando logro abstraerme del presente; cuando consigo poder apartar los ojos un momento de todos esos crímenes, de toda esa sangre vertida, de todas esas víctimas, de todos esos proscriptos, de esos pontones en donde se agoniza, de esos calabozos de Lambessa y Cayena en donde se muere con rapidez, de este destierro en donde se muere lentamente, de esa votacion, de ese juramento, de esa inmensa mancha de oprobio arrojada sobre la Francia, que de dia en dia vá dilatándose más y más; cuando, olvidando por algunos minutos tan dolorosos pensamientos, martirio habitual de mi espíritu, logro encerrarme en la severa frialdad del político y á no considerar el hecho y sí solo sus consecuencias, entonces, en medio de los muchos y desastrosos resultados indudables, preséntanseme progresos reales, considerables, enormes, y soy de aquellos á quienes el 2 de Diciembre indigna, pero no de aquellos á quienes aflige.

Fijos los ojos en ciertos puntos del porvenir, acabo por decirme: El acto es infame, pero el hecho es bueno.

Se ha tratado de explicar bajo cien maneras la inexplicable victoria del golpe de Estado.

Unos dicen: Verificóse el equilibrio entre las diversas resistencias posibles, que quedaron neutralizadas las unas por las otras.

Otros: El pueblo tuvo miedo á la clase media, y la clase media tuvo miedo al pueblo.

Otros: Los arrabales vacilaron ante la restauracion de la mayoría, temiendo, sin razon no obstante, que su victoria no llevase consigo al poder aquella derecha tan impopular; los tenderos retrocedieron ante la República roja.

Otros: El pueblo no comprendió; las clases medias tergiversaron.

Han dicho otros: ¿Qué logramos con entrar en el Palacio legislativo?

Otros: ¿Qué vamos á ver en el Palacio del Concejo?

En fin, la ruda represion de Junio de 1848; la insurreccion sofocada á cañonazos; las corridas, las casamatas, las deportaciones, recuerdos terribles y vivos aun en la memoria, se prestaban á varias interpretaciones.

Además, decian algunos, ¡si se hubiese podido tocar á llamada! ¡Si una sola legion se hubiese echado á la calle! ¡Si

M. Sibour hubiera sido M. Affre y se hubiera arrojado ante las balas de los pretorianos! ¡Si la Alta Cámara no se hubiese dejado cazar por un cabo! ¡Si los jueces hubieran hecho como los representantes y se hubieran visto las túnicas encarnadas en las barricadas como se vieron las bandas! ¡Si se hubiera frustrado un solo arresto! ¡Si hubiese vacilado un solo regimiento! ¡Si la matanza del boulevard no hubiera tenido lugar ó hubiérase tornado contra Luis Bonaparte, etc. etc.

Todo ello es verdad, y por lo tanto sucedió lo que debia suceder.

Repitámoslo: con aquella monstruosa victoria y á su sombra se consiguió inmenso y definitivo progreso.

El 2 de Diciembre acertó, y por más de un punto de vista era bueno quizá que él acertase.

Todas las explicaciones son justas y al mismo tiempo inútiles. La mano invisible ha mediado en todo ello. Luis Bonaparte cometió el crímen: la Providencia sacó el resultado.

Era necesario, en efecto, que *el órden* llegase al fin de su lógica. Era necesario que se supiese, y que se supiese para siempre, que en boca de los hombres del pasado la palabra órden significa falso juramento, perjurio, pillaje de los fondos públicos, guerra civil, consejos de guerra, confiscacion, secuestracion, deportacion, transportacion, proscripcion, fusilamientos, policía, censura, deshonra del ejército, negacion del pueblo, mengua de la Francia, Senado mudo, tribuna derribada, prensa suprimida, guillotina política, ahorcamiento de la libertad, estrangulacion del derecho, violacion de las leyes, soberanía del sable, matanza y traicion.

El espectáculo que se tiene á la vista es un espectáculo útil. Lo que se vé en Francia desde el 2 de Diciembre es la orgía del órden.

Es indudable que la Providencia contribuyó al acontecimiento.

Pensad en que desde cincuenta años la República y el Imperio llenaban las imaginaciones; el uno con sus reflejos de terror, el otro con sus fulgores de gloria. De la República no se veia más que el 1793, es decir, las formidables necesidades revolucionarias, la hornaza; del Imperio no se veia más que Austerlitz. De ahí la prevencion contra la República y el prestigio para el Imperio.

Pero ¿cuál es el porvenir de la Francia? Es el Imperio? No; es la República.

Importa derrocar tal situacion, suprimir el prestigio de lo que no puede revivir y suprimir la preocupacion en contra lo que debe ser; la Providencia lo ha hecho y ella es quien ha destruido esos dos espejismos. Vino Febrero y quitó el terror á la República; vino Luis Bonaparte y quitó el prestigio del Imperio. Desde hoy 1848, ó sea la fraternidad, se sobrepone al 1793, ó sea el terror; es decir, Napoleon el Pequeño se sobrepone á Napoleon el Grande.

Las dos cosas imponentes, de las que la una amedrentaba y la otra deslumbraba, retroceden por la combinacion del mismo plan.

El 93 no se distingue más que al través de su justificacion y Napoleon al través de su caricatura. El loco temor de la guillotina se disipa; la vana popularidad imperial se desvanece.

Gracias al 1848, la República ya no espanta; y gracias á Luis Bonaparte, el Imperio ya no fascina.

El porvenir se ha hecho posible. Tales son los designios de Dios.

Además, la palabra República no basta; es necesaria la cosa República.

Pero tendremos la cosa y la palabra.

Desarrollemos nuestro pensamiento.

II.

Mientras esperamos las simplificaciones maravillosas, aunque ulteriores, que nos traerá un dia la union de la Europa y la federacion democrática del continente, ¿cuál será en Francia la forma del edificio social, de la cual vé ya el pensador, á través de tenebrosas dictaduras, los vagos y luminosos contornos?

Ved cuál será esa forma.

El municipio soberano, regido por un alcalde electo; el sufragio universal por todas partes, subordinado, solamente en lo que se refiere á los actos generales, á la unidad nacional: esto en cuanto á la administracion. Los sindicatos y los prohombres arreglando las diferencias privadas de las asociaciones y de las industrias; el jurado, magistrado del hecho, ilustrando al juez, magistrado del derecho; el juez electo: esto en cuanto á la justicia.

El sacerdote fuera de todo, menos de la Iglesia, viviendo con la vista fija en el libro y en el cielo, extraño al presupuesto, ignorado del Estado, conocido solo de sus creyentes, no teniendo autoridad alguna, pero sí libertad: esto en cuanto á la religion.

La guerra limitada á la defensa del

territorio; la nacion con Guardia nacional, dividida en tres rangos y pudiéndose levantar como un solo hombre: esto es en cuanto al poderío.

Siempre la ley, siempre el derecho, siempre el voto, nunca el sable.

Y á este porvenir, á esta magnífica realizacion del ideal democrático, ¿cuáles eran los obstáculos que se oponian?

Habia cuatro obstáculos materiales, que son:

El ejército permanente;
La administracion centralizada;
El clero funcionario,
Y la magistratura inamovible.

III.

La nacion ignoraba lo que eran esos cuatro obstáculos, ya durante la República de Febrero, ya durante la Constitucion de 1848; qué males producian, de qué beneficios nos privaban, qué clase de pasado eternizaban y qué excelente órden social hacian retardar; solo el publicista lo entreveia; la filosofía lo ignoraba.

Esas cuatro instituciones enormes, antiguas, sólidas, apuntaladas unas con las otras, confundidas en su base y en su cúspide, creciendo como un bosque de corpulentos y añosos árboles, cuyas raices deslizábanse bajo de nuestros piés, y cuyas ramas se elevaban sobre nuestras cabezas, ahogaban y aplastaban donde quiera los gérmenes esparcidos de la Francia nueva.

Donde existió la vida, el movimiento, la asociacion, la libertad local y la expontaneidad comun, estaba el despotismo administrativo; donde existió la vigilancia inteligente, armada en caso preciso, del patriota y del ciudadano, estaba la obediencia pasiva del soldado; donde la viva fé cristiana brotó en otros tiempos, estaba el sacerdote católico; donde habia imperado la justicia, estaba el juez, y sin embargo, el porvenir estaba allí debajo de los piés de generaciones que sufrian y que esperaban.

Se sabia esto en el pueblo? ¿Se sospechaba? Se adivinaba?

No.

Estaba lejos de conocerlo. A los ojos de la mayoría y de las clases medias en particular, esos cuatro obstáculos eran cuatro columnas.

Magistratura, ejército, administracion, clero, eran las cuatro virtudes del órden, las cuatro fuerzas sociales, las cuatro columnas sagradas del antiguo templo de la gloria de Francia. Nadie se atrevia á atacarlas.

No vacilo en decir que sin el estado de ofuscacion de los más claros entendimientos respecto á la marcha metódica del progreso normal en nuestras Asambleas, de las cuales no se me supondrá su detractor, no se dejan gobernar voluntariamente más que por el término medio; si el 2 de Diciembre no hubiera ostentado descaradamente su significacion, y en él la Providencia no hubiese intervenido, la Francia hubiera quedado condenada indefinidamente á la magistratura inamovible, á la centralizacion administrativa, al ejército permanente y al clero funcionario.

No pretendo discutir ni menguar el poder de la tribuna y el poder de la prensa combinados, que son las dos grandes palancas de la civilizacion; pero considerad, sin embargo, cuántos esfuerzos de todo género habrian sido precisos en todos sentidos y bajo todas formas por parte de la tribuna y del periódico, por parte del libro y de la palabra, para llegar á desacreditar la preocupacion universal favorable á esas cuatro instituciones fatales. Y si esto es así, ¿cuántos no habrian sido precisos para destruirlas y para vencer las resistencias interesadas, apasionadas ó ignorantes; para ilustrar á fondo la opinion pública, las conciencias y los poderes oficiales, y para introducir esas cuatro reformas, primero en las ideas y despues en las leyes?

Contad los discursos que hubieran sido precisos, los escritos, los artículos de periódicos, los proyectos de ley, los contraproyectos, las enmiendas, las subenmiendas, las proposiciones, las contraproposiciones, los hechos, los incidentes, las polémicas, las discusiones, las afirmaciones, los mentís, las borrascas, los pasos hácia adelante, los pasos hácia atrás, los dias, las semanas, los meses, los años, el cuarto de siglo, el medio siglo.

IV.

Supongo en los bancos de la Asamblea más intrépida de hombres pensadores un entendimiento brillantísimo; uno de esos hombres que, cuando se ponen de pié en la tribuna, toman á ésta como la trípode del oráculo, se engrandecen bruscamente y se transforman en colosos, y levantando la cabeza por encima de las densas apariencias que desfiguran las realidades, ven distintamente el por-

venir por encima de la alta y sombría muralla del presente.

Ese hombre, ese orador, ese profeta, predice á su pais; sabe dónde están los escollos; sabe que la sociedad se puede derrumbar precisamente por esos cuatro falsos puntos de apoyo, que son: la centralizacion administrativa, el ejército permanente, el juez inamovible y el sacerdote asalariado; y porque lo sabe y quiere que todos lo sepan, sube á la tribuna y dice:

—Os denuncio cuatro peligros públicos. Vuestro órden político lleva en sí mismo el veneno que ha de matarlo. Es preciso transformar radicalmente la administracion, el ejército, el clero y la magistratura; suprimir aquí, restringir allá, rehacerlo todo, ó perecer bajo esas cuatro instituciones, que considerais como elementos de duracion y que solo son elementos de disolucion.

Murmullos.

El orador exclama:

—¿Sabeis qué resultado puede dar en manos de un poder ejecutivo perjuro la administracion centralizada? La inmensa traicion fraguada á un mismo tiempo en toda la Francia, por todos los funcionarios de ella.

Los murmullos estallan otra vez y con más violencia.

Se llama al órden.

Continúa el orador:

—¿Sabeis en qué puede convertirse un dia dado vuestro ejército permanente? En un instrumento de crímen. La obediencia pasiva es la bayoneta eternamente puesta sobre el corazon de la ley. Sí, aquí mismo, en esta Francia, que es la iniciadora del mundo; en esta tierra de la tribuna y de la prensa; en esta patria de la humana idea, puede sonar la hora en que impere el sable; en que vosotros, legisladores inviolables, seais cogidos del cuello por algunos cabos de escuadra; en que nuestros gloriosos regimientos se transformen, en provecho de un hombre y para la vergüenza de un pueblo, en hordas doradas y en bandas pretorianas; en que la espada de la Francia sea algo que hiera por detrás como el puñal de un esbirro; en que la sangre de la primera ciudad del mundo, asesinada, salpique la charretera de oro de vuestros generales.

El murmullo se convierte en tumulto; por todas partes se grita: "¡Al órden!„

Se interpela al orador:

—Su señoría acaba de insultar á la Administracion y ahora ultraja al ejército.

El presidente llama al orador al órden.

El orador continúa:

—Y si llegase un dia en que un hombre, pudiendo disponer de los quinientos mil funcionarios que componen la Administracion y de los cuatrocientos mil soldados que constituyen el ejército, derribara la Constitucion, violara todas las leyes, infringiera todos los juramentos, destruyera todos los derechos, cometiera toda clase de crímenes, ¿sabeis lo que haria vuestra magistratura inamovible, tutora del derecho, custodia de las leyes? Sabeis lo que haria? Callarse...

Los clamores impiden al orador terminar la frase. El tumulto se convierte en tempestad.

—Ese hombre no respeta nada! dice uno.

—¡Despues de la Administracion y del ejército, arrastra por el lodo la magistratura! dice otro.

—La censura! La censura! exclama la mayoría.

El orador es censurado con inscripcion para un proceso verbal.

El presidente le declara que si continúa, se consultará á la Asamblea y se le retirará la palabra.

Prosigue el orador:

—Y vuestro clero asalariado! ¡Y vuestros obispos funcionarios del Estado! El dia que un pretendiente cualquiera empleara para sus atentados la Administracion, la magistratura y el ejército; el dia en que todas esas instituciones destilaran sangre vertida por el traidor y para el traidor, ¿sabeis lo que harian vuestros obispos, colocados entre el hombre que haya cometido los crímenes y Dios que manda fulminar el anatema al criminal? Prosternarse; no ante Dios, sino ante el hombre.

Gritería furiosa y millares de imprecaciones acogieron estas palabras. Figuraos los gritos, los apóstrofes, las amenazas, la Asamblea entera levantándose en masa, la tribuna escandalizada y apenas protegida por los ujieres...

El orador ha profanado sucesivamente todas las arcas santas, acabando por atacar al santo de los santos, al clero. Y despues, qué supone todo eso? ¡Qué cúmulo de hipótesis imposibles é infames!

¿Quién no oye allí vociferar á Baroche y tronar á Dupin?...

El orador que hiciera esto seria llamado al órden, censurado, multado, ex-

cluido de la Cámara como Pedro Leraux y Emilio de Girardin, y, ¡quién sabe! quizá expulsado como Manuel.

Al dia siguiente diria indignado el propietario:—Muy bien hecho!

Por todas partes los periódicos del órden amenazarian con el puño al calumniador.

Y en su propio partido, hasta sus mejores amigos que se sientan con él en su mismo banco, le abandonarian, diciendo:—Suya es la culpa! ¡ha ido tan lejos! ¡ha supuesto tales quimeras y absurdos!...

Y despues de su generoso y heróico esfuerzo, encontraríase el orador que las cuatro atacadas instituciones serian más venerables y más impecables que hasta entonces, y que en vez de hacer avanzar la cuestion, solo consiguió hacerla retroceder.

V.

Pero la Providencia obra de otro modo que los mortales. La Providencia, cuando dispone que haya un cambio radical en la humanidad, lo expone espléndidamente á la vista de todos y dice:—Mirad, y todos lo ven.

Llega un hombre una mañana; ¿qué hombre? Cualquiera; el primer advenedizo, el último que llega; un hombre sin pasado, sin porvenir, sin génio, sin gloria, sin prestigio.

Pero es un aventurero? ¿es un príncipe?

Es un hombre con las manos llenas de dinero, de billetes de Banco, de acciones sobre ferro-carriles; con placas, condecoraciones, prebendas; un hombre que soborna á los empleados y les dice:—Empleados, haced traicion.

Y los empleados le complacen.

—Todos sin excepcion?

—Sí, todos.

Un hombre que se dirige á los generales y les dice:—Generales, matad.

Y los generales matan.

Que se vuelve á los jueces inamoviles, y les dice:—Magistratura, rompo la Constitucion, voy á ser perjuro, disuelvo la Asamblea soberana, apreso á los inviolables representantes, robo las cajas del Tesoro, secuestro, confisco, mando á presidio al que quiero, deporto á mi antojo, ametrallo sin intimacion, fusilo sin formacion de causa, cometo todo lo que se ha convenido en llamar crímen, violo todo lo que se ha dado en llamar derecho; mirad: las leyes están bajo mis piés.

La magistratura le contesta:—Señor, haremos la vista gorda.

—La vista gorda! insolentes! replícales ese hombre providencial; eso seria ultrajarme; lo que quiero es que me secundeis.

Jueces, venid á felicitarme hoy, que soy la fuerza y el crímen, y mañana, los que se hayan resistido á esta órden, aquellos que representan el honor, el derecho y la ley, serán juzgados y tambien condenados por vosotros. Los jueces inamovibles hincan la rodilla, besan las botas de su señor; corren á instruir *el proceso de los perturbadores*, y despues de cometer esa villanía, aun le prestan juramento.

Luego percibe en un rincon al clero, dotado, reluciente, con báculo, capa y mitra, y le dice:—Ah! ¿estás ahí tú, arzobispo? Acércate; bendíceme.

Y el arzobispo, con gran pompa y ceremonia, entona el *Magnificat*.

VI.

¡Ah, qué cosa tan sorprendente y qué enseñanza! *Erudimini*, diria Bossuet.

Los ministros creyeron que disolvian la Asamblea y han disuelto la administracion.

Los soldados tiraron sobre el ejército y lo mataron.

Los jueces creyeron juzgar y condenar inocentes, y juzgaron y condenaron á muerte la magistratura inamovible.

Los sacerdotes imagináronse cantar un hosanna á Luis Bonaparte, y cantaron un *De profundis* al clero.

VII.

Cuando Dios quiere destruir una cosa, hace que ésta se destruya por sí misma.

Todas las instituciones perjudiciales del mundo acaban por suicidarse.

Cuando han pesado mucho tiempo sobre los hombres, la Providencia, como el Sultan á sus visires, les envia la cuerda ó el cordon con un nudo, en el que ellos mismos se ahorcan.

Luis Bonaparte es el nudo de la Providencia.

CONCLUSION.

PRIMERA PARTE.

Pequeñez del amo; abyeccion de la situacion.

I.

Estad tranquilos, amigos de la humanidad, que la historia juzgará con justicia á Napoleon el Pequeño.

Pero si le halaga la idea de que ésta le vanagloríe; si, como es probable, cree que ha de aplaudirle por su valor como malvado político, aparte de su pensamiento semejante ilusion.

No se imagine que porque ha amontonado horrores sobre horrores, se elevará jamás á la altura de los grandes bandidos históricos.

Nosotros hemos quizá procedido con ligereza en algunas páginas de este libro aquí y allá esparcidas, parangonándole con ellos.

Aunque ha cometido crímenes enormes, siempre resultará mezquino; jamás será otra cosa que el estrangulador nocturno de la libertad; el hombre que embriagó á los soldados, no con la gloria, como el primer Napoleon, sino con el vino, jamás dejará de ser el tirano pigmeo de un gran pueblo. La índole del individuo niégase en todos sentidos á la grandeza, hasta á la grandeza de la infamia.

Como dictador es un bufon; como emperador grotesco.

Su destino en la historia consistirá en hacer encoger de hombros con indiferencia al género humano. ¿Por esto será menos rudamente censurado? No; el órden no se opone á la cólera; será siempre odioso al mismo tiempo que ridículo. La historia, al propio tiempo que rie fulmina rayos.

Ni los más indignados le colocarán en otro lugar.

Los grandes pensadores se complacen en castigar á los grandes déspotas, y algunas veces los engrandecen más de lo justo para hacerlos dignos de su fúria; pero no es posible que el historiador trate así á Napoleon el Pequeño. El historiador solo podrá presentarlo á la posteridad cogiéndole de la oreja como si fuera un pilluelo.

Despojado de su éxito, caido del pedestal y caido en el polvo, sin oropeles, sin adornos y sin el sable marcial, desnudo y tembloroso su raquítico esqueleto, quedará ruin, miserable y digno de lástima.

La historia tiene sus tigres.

Los historiadores, guardas inmortales de animales feroces, presentan á las naciones la casa de fieras imperial.

Tácito solo, ese gran cazador de los tiempos antiguos, cogió y encerró diez ó doce de estos tigres en las cajas de hierro de su estilo. Miradlos, son espantosos y soberbios; sus manchas realzan más su hermosura.

Este es Nemrod, el cazador de hombres; ese Busiris, el tirano de Egipto; aquel Falario, que mandó asar hombres vivos dentro de un toro de cobre, para que mugiese el toro; este es Asuero, que arrancó la piel de la cabeza á los siete macabeos y los metió en un horno encendido; ese es Neron, el incendiario de Roma, que cubria de cera y de betun á los cristianos, encendiéndoles como si fuesen antorchas; aquel es Tiberio, el héroe de Caprea; este es Domiciano; ese Caracalla; aquel Heliogábalo; el de más allá Cómmodo, que tiene, además de sus hazañas, el horrible mérito de ser hijo de Marco Aurelio.

En esta jaula vereis varios czares, en aquella sultanes, en la otra papas. Observad entre ellos al tigre Borgia; ahí teneis á Felipe, llamado el Bueno, como las fúrias se llamaban Eumenídes; allí á Ricardo III, siniestro y deforme; más allá á Enrique VIII, que de cinco mujeres que tuvo mató á tres y abrió el vientre á otra; á este lado teneis á Cristierno II, el Neron del Norte; á este otro á Felipe II, el demonio del Mediodía.

Escuchad los rugidos de esos tigres espantosos y contempladles uno tras de otro; el historiador os los presenta, os los acerca curiosos y terribles á la delantera de la jaula; mirad cómo os abren las bocas, os enseñan los dientes y os muestran las garras; podeis decir de cada uno de ellos que es un tigre real. Efectivamente, han sido cazados todos en los tronos, y la historia los pasea á través de los siglos, procurando que no mueran. Como son sus tigres por eso los cuida, pero no los mezcla con los chacales; á los animales inmundos los pone y guarda aparte.

Bonaparte será encerrado como Claudio, como Fernando VII de España y como Fernando II de Nápoles, en la jaula de las hienas.

Tiene algo del bandido y mucho del cobarde.

En él no se vé más que al pobre príncipe de industria que en Inglaterra tuvo que valerse de varios expedientes para vivir.

Su prosperidad actual, su triunfo, su imperio y su hinchazon nada importan, porque arrastra el manto de púrpura sobre botas destalonadas. Solo es Napoleon el Pequeño, ni más ni menos. El título de este libro es propio y adecuado.

La bajeza de sus vicios perjudica á la grandeza de sus crímenes.

Segun mi criterio, está muy por debajo de Pedro el Cruel, que mataba, pero no robaba; de Enrique III, que asesinaba, pero no estafaba; de Timour, que aplastaba á los niños bajo los piés de sus caballos, poco más ó menos como Bonaparte exterminó á las mujeres y á los ancianos en el boulevard, solo que Timour no mentia.

Oigamos al historiador árabe:

"Timour-Bey, sahebkeran (señor del mundo y del siglo, señor de las conjunciones planetarias), nació en Kesch en 1336; degolló á cien mil cautivos; teniendo sitiada á Siwas, los habitantes, con objeto de enternecerle, le enviaron mil niños, cada uno con un Koran sobre la cabeza, y gritando: ¡Alah! ¡Alah! pero él mandó quitar con todo respeto los libros que los niños llevaban y aplastar á éstos con los piés de los caballos. Empleó setenta mil cabezas humanas con cimiento, piedra y ladrillo, en la fabricacion de las torres en Hérat, Sebzvar, Tékrit, Alep y Bagdad. Detestaba la mentira, y cuando daba su palabra, podia confiarse en ella.„

Bonaparte no tiene esa talla ni la dignidad que los grandes déspotas de Oriente y Occidente mezclaron con la ferocidad; le falta magnitud cesárea.

Para mostrar buen continente y mejor talante entre todos esos verdugos ilustres que han torturado á la humanidad desde hace cuatro mil años, no debia haber titubeado entre un general de division y un tocador de bombo de los Campos Elíseos; no debió ser polizonte en Lóndres, ni sufrir con la vista baja y en el Tribunal de los Pares los altivos desprecios con los que le abrumó Magnan; ni debian haberle llamado *pick-pocket* los periódicos ingleses, ni haberle amenazado con encerrarle en Clichy; en una palabra, no debia haber nacido bellaco.

Monseñor Luis Napoleon, sois un ambicioso; pero como habeis aspirado á mucho, debemos deciros la verdad. En vano habeis querido, derribando la tribuna francesa, realizar á vuestro modo el deseo de Calígula, que decia: "Quisiera que el género humano no tuviese más que una sola cabeza para poderla cortar de un golpe„; en vano habeis querido desterrar á millares los republicanos, como Felipe III expulsaba los moros y Torquemada arrojaba á la hoguera los judíos; en vano tener casamatas como Pedro el Cruel, pontones como Hariadan, dragonadas como el padre Letellier y calabozos como Ezdino III; en vano habeis sido perjuro como Ludovico Sforcia; en vano habeis parodiado la matanza de Cárlos IX; en vano haceis recordar esos nombres á la memoria, en vano, porque no sois más que un malvado grotesco, y no es mónstruo el que quiere serlo.

II.

De toda aglomeracion de hombres, de toda ciudad, de toda nacion, nace fatalmente una fuerza colectiva. Poned esta fuerza colectiva al servicio de la libertad, hacedla regir por el "sufragio universal„, y la ciudad trocaráse en municipio, la nacion en República.

Esta fuerza colectiva no es, por naturaleza, inteligente. Siendo de todos, no es de nadie; flota, por decirlo así, fuera del pueblo.

Hasta el dia en que, segun la verdadera fórmula social, que es: *el menor gobierno posible*, dicha fuerza pueda reducirse á no ser más que una policía de la calle y del camino, empedrando las calles, encendiendo los reverberos y vigilando los malhechores; hasta aquel dia, dicha fuerza colectiva, estando á la merced de numerosos azares y ambiciones, necesita ser guardada y defendida por instituciones celosas, previsoras y bien fundadas.

Porque la tradicion puede sojuzgarla; puede sorprenderla la astucia, y puede un hombre cogerla, enfrenarla, domarla y hacerla obrar contra los ciudadanos.

El tirano es aquel hombre que, ora salga de la tradicion, como Nicolás de Rusia, ó de la astucia, como Luis Bonaparte, apodérase en provecho suyo y dispone á su antojo de la fuerza colectiva de un pueblo.

Tal hombre, si es rey de nacimiento como Nicolás de Rusia, es el enemigo so-

cial; si ha hecho lo que Luis Bonaparte, es el ladron público.

El primero nada tiene que ver con la justicia regular y legal, ni con los artículos de los códigos. Tiene tras sí, espiándole y acechándolo, con el ódio en el corazon y la venganza en la mano, en su palacio á Orloff y en su pueblo á Mouravieff; puede ser asesinado por cualquiera de su ejército, ó envenenado por cualquiera de su familia; corre el azar de las conspiraciones de los cuarteles, las revueltas de los regimientos, de las sociedades militares secretas, de los complots domésticos, de las enfermedades bruscas y oscuras, de los golpes terribles, de las grandes catástrofes.

El segundo debe tan solo ir á Poissy.

El primero tiene lo necesario para morir con la púrpura y para terminar pomposa y realmente, como terminan las monarquías y las tragedias.

El segundo debe vivir; vivir entre cuatro paredes detrás de las rejas por donde pueda verle el pueblo, barriendo patios, haciendo cepillos de crin ó zapatos de orillo, vaciando cubas, llevando gorro verde á la cabeza y llevando zuecos con paja dentro.

¡Oh, jefes de los viejos partidos, mantenedores del absolutismo! En Francia habeis votado en masa cuando se celebró el escrutinio de los 7.500.000 votos; fuera de Francia habeis aplaudido y tomado á ese Cartouche por el héroe del órden.

Convengo que es bastante feroz para eso, pero examinad su talla; no seais ingratos con vuestros verdaderos colosos. Habeis destituido con violencia á vuestros Haynau y Radetzky, pero meditad sobre esta comparacion, que salta naturalmente á la idea. ¿Qué es ese Mandrino de Lilliput al lado de Nicolás, czar y césar, emperador y papa; poder entre bíblico y knouto; que sentencia y condena; que manda al ejercicio á ochocientos mil soldados y á doscientos mil sacerdotes; que tiene en su mano derecha las llaves del Paraiso y en su izquierda las llaves de la Siberia, y posee como propiedad suya sesenta millones de hombres, y además sus almas, como si fuese Dios, y sus cuerpos, como si fuese tumba?...

III.

Si el estado violento de Francia no tuviese un desenlace brusco, imponente y brillante; si la situacion de la nacion francesa se prolongara mucho, lo más grave de ella seria el mal moral.

Los boulevares de Paris, las calles, los campos y las ciudades de ochenta departamentos de Francia fueron sembrados el 2 de Diciembre de cadáveres y de moribundos. Se encontraron en las puertas de las casas padres y madres degollados, niños abiertos á sablazos, mujeres despeinadas arrastrándose en la sangre y mutiladas por la metralla; asesinaron en las casas hasta á los séres indefensos que pedian perdon; á unos los encontraron fusilados en monton en los subterráneos, á otros en sus propios lechos; aun ahora vénse todavía, ya en una pared, ya en una puerta, ya en una alcoba, manos impresas con sangre. Despues de la victoria de Luis Bonaparte Paris caminó durante tres dias sobre un barro rojizo.

Yo, que escribo estas líneas, ví entre otras víctimas, en la noche del 4, cerca de la barricada Mauconseil, un anciano de cabellos blancos tendido en el suelo, con el pecho atravesado por una bala y la clavícula rota; el arroyo que en la calle corria por debajo de él arrastraba su sangre: ví tambien y toqué con mis propias manos, ayudando á desnudarle, á un pobre niño de siete años, muerto, segun me dijeron, en la calle Tiquetonne; estaba pálido, su cabeza caia ya sobre un hombro, ya sobre el otro, mientras le desnudaban; sus ojos, medio cerrados, estaban fijos, y acercando el oido á su boca entreabierta, aun le oia murmurar débilmente con dulzura y angustia: Madre! madre mia!

Pero aun hay algo más doloroso que ese pobre niño muerto, algo más lamentable que aquel anciano ametrallado, algo más espantoso que las manchas que la matanza estampó en el suelo, algo, en fin, más irreparable que esos hombres y esas mujeres, que esos padres y esas madres degolladas y asesinadas: el honor de un gran pueblo que se desvanece.

Ciertamente que las pirámides de muertos que se veian en los cementerios despues de descargar los furgones que venian del Campo de Marte; ciertamente que las inmensas fosas abiertas que se llenaban con rapidez de cuerpos humanos eran horrorosas, pero lo es más todavía el pensar que aun en la actualidad los pueblos dudan, y que para ellos ha desaparecido el esplendor moral de Francia.

Es más horrible que los cráneos des-

trozados por los sables y los pechos atravesados por las balas; más desastroso que las casas robadas, que la muerte cubriendo las calles y que la sangre vertida á torrentes, pensar que ahora dícense los pueblos todos de la tierra: ¿Sabeis lo que es de aquella nacion de las naciones, de aquel pueblo del 14 de Julio, de aquel pueblo del 10 de Agosto, de aquel pueblo de 1830, de aquel pueblo de 1848, de aquella raza de gigantes que aplastaba las Bastillas, de aquella raza de hombres cuyo rostro deslumbraba, de aquella pátria del género humano, cuna de los héroes y de los pensadores; de aquellos otros héroes que realizaban todas las revoluciones y producian todas las ideas, de aquella Francia cuyo nombre queria decir Libertad, de aquella alma del mundo que reinaba en Europa, de aquella luz, en fin, que lo alumbraba todo? Pues bien, alguno la ha hollado y la ha extinguido. Francia ya no existe; desapareció. Mirad, tinieblas por todas partes. El mundo anda á tientas.

¿Dónde están aquellos tiempos, aquellos hermosos tiempos de tempestades, pero espléndidos, en los que todo era vida, en los que todo era libertad, en los que todo era gloria? ¿Dónde están aquellos tiempos en que el pueblo francés, despierto antes que los demás y de pié en medio de las tinieblas, con la frente bañada por la aurora del porvenir, atraido por él, decia á otros pueblos todavía dormidos, anonadados y sacudiendo apenas sus cadenas soñolientas: "Tranquilizaos, yo trabajo por todos, preparo la tierra para todos: soy el obrero de la Providencia?„

Oh, dolor amargo! Reina la torpeza donde imperaba el poderío; vive la vergüenza donde vivió la altivez; el soberbio pueblo que levantaba la cabeza la humilla ahora.

Ay! Luis Bonaparte ha hecho algo más que matar cuerpos; ha empequeñecido las almas; ha menguado el corazon del ciudadano.

Es preciso ser de la raza de los indomables y de los invencibles para perseverar ahora en el áspero camino del retraimiento y del deber.

No sé qué gangrena de prosperidad material amenaza con hacer entrar en putrefaccion la honradez pública.

Es una dicha estar desterrados, caidos, arruinados, ¿no es verdad, bravos obreros? ¿No es verdad, dignos aldeanos arrojados de la Francia, sin tener asilo que os abrigue, ni calzado que defienda vuestros piés heridos? Es una dicha comer el pan negro de la emigracion, acostarse en jergones echados en el suelo, llevar los codos raidos, vivir fuera de todo eso, y poder, á los que os pregunten: Sois francés? contestar: ¡Soy proscripto!

¡Qué miseria mayor que la de esa alegría de intereses y codicias hartándose en la orgía del 2 de Diciembre!

Vivamos, dicen ellos; hagamos negocios, embrollemos las acciones de las minas de zinc ó las del ferro-carril; ganemos dinero sea como fuere. Esto será innoble, pero es excelente; un escrúpulo menos y un luis más; vendamos toda el alma en esa almoneda. Todo el mundo corre y corretea halagando á ministros y á poderosos; apurando hasta las heces el cáliz de la vergüenza y de la ignominia para obtener la concesion de un ferro-carril en Francia ó terrenos en Africa, ó un empleo lucrativo.

Una nube de adictos intrépidos circundan el Elíseo y se agrupan alrededor del amo y señor.

Junot, cerca del primer Bonaparte, sufria las salpicaduras del obús; ahora los que rodean al segundo sufren las salpicaduras del lodo. ¿Qué les importa compartir su ignominia, si comparten su fortuna? Entre los que luchan por hacer más cínicamente el tráfico de sí mismos, hay jóvenes de ojos puros y límpidos que gozan de la edad generosa y viejos que abrigan el temor de que el destino solicitado les llegue tarde, y por consiguiente, de no poder deshonrarse antes de morir.

Los que sostuvieron el golpe de Estado, los que tuvieron miedo del espantajo rojo y de los cuentos del jacobinismo de 1852, los encumbraron, poniendo en las nubes el crímen cometido, porque salvó del peligro su renta, su libro de asientos, su caja, su cartera; no comprenden que si solo el interés material sobrenadase, éste solo seria un advenedizo en medio de un inmenso sufragio moral, no comprenden que es situacion horrible y monstruosa la situacion en que se puede decir: *Todo se ha salvado menos el honor!*

Las palabras independencia, emancipacion, progreso, orgullo popular, altivez nacional, grandeza francesa, ya no se pueden pronunciar en Francia.

Silencio! Esas palabras producen mucho ruido; caminemos de puntillas y hablemos bajo, porque estamos en la alcoba de un enfermo.

—Y quién es el enfermo?

—Es el jefe, el señor á quien todo el mundo obedece.

—Ah! Luego le respeta todo el mundo?

—No; todo el mundo le desprecia.

—Brillante situacion!

Dónde está el honor militar? No hablemos de lo que el ejército hizo en Diciembre, pero sí de lo que sufre en este momento, de lo que está sobre su cabeza. Adivinais lo que es? lo adivina él?

Oh! ejército de la República; ejército que has tenido capitanes generales con un sueldo de cuatro francos diarios; ejército que has tenido por caudillos hombres como Carnot, esto es, á la austeridad; como Marceau, esto es, al desinterés; como Hoche, esto es, al honor; como Kléber, esto es, al desprendimiento; como Joubert, esto es, á la probidad; como Desaix, esto es, á la virtud; como Bonaparte, esto es, al génio! ¡Oh, ejército francés, pobre y desgraciado ejército heróico, extraviado en el camino de los hombres del 2 de Diciembre! Qué harán éstos de tí? ¿dónde te llevarán? en qué te ocuparán? ¿qué parodias estamos destinados á ver y oir?

¿Quiénes son esos hombres que mandan los regimientos y los gobiernan? Al jefe ya lo conocemos.

Este de acá, que fué ministro, iba á ser "cazado„ el 3 de Diciembre, y por lo mismo es por lo que ayudó al golpe de Estado del 2.

Aquel es el "petardista„ de los veinticinco millones pedidos á la Banca.

Ese otro es al que antes de ser ministro le decia "un amigo„:—*Ea, hombre! ¡con tus acciones del negocio en cuestion nos hundes y me fastidias! ¡Si hay estafas, que participe yo de ellas!*

Este que ostenta charreteras, acaba de ser convencido de casi estelionato.

El de allá, que tambien lleva charreteras, recibió en la mañana del 2 de Diciembre cien mil francos "para las eventualidades que sobreviniesen„. No era más que coronel; si hubiese sido general, aun tuviera recibida mayor cantidad.

Estotro, que es general, siendo guardia de corps de Luis XVIII y estando de faccion detrás del sillon del rey durante la misa, arrancó del trono una bellota de oro y se la metió en el bolsillo; por esto le arrojaron del cuerpo. A semejantes hombres se les podria elevar una columna *ex ære capto* con el dinero robado.

Esotro, que es general de division, "distrajo„ cincuenta y dos mil francos, con conocimiento del coronel Charras, en la construccion de las aldeas de San Andrés y San Hipólito, cerca de Mascara.

Aquel, que es general en jefe, tenia por sobrenombre en Gante, en donde se le conoce, *el general Quinientos francos.*

Aquel otro, que es ministro de la Guerra, debe al general Rulhière el no haber tenido que comparecer ante un Consejo de guerra.

Eso son los generales actuales del ejército francés.

Pero dá lo mismo, adelante. ¡Redoblad, tambores! sonad, clarines! ¡flotad, banderas! Soldados! ¡desde lo alto de esas pirámides os contemplan cuarenta ladrones!

Profundicemos tan dolorosa cuestion y examinémosla en todas sus partes.

Basta el espectáculo que ofrece una fortuna tan inmensa como la de Bonaparte, colocado en el pináculo del Estado, para desmoralizar un pueblo.

Hay siempre (y esto por culpa de las instituciones sociales, que debian, antes que todo, ilustrar y civilizar); hay siempre, digo, en una poblacion tan numerosa como la poblacion de Francia, una clase que ignora, que sufre, que codicia, que lucha, colocada entre el instinto animal, que impulsa á tomar, y la ley moral, que invita á trabajar.

Dentro de la condicion dolorosa y humillante en que se encuentra todavía, dicha clase, para mantenerse en la rectitud y en el bien, necesita de todos los puros y santos efluvios de luz que brotan del Evangelio; necesita que el espíritu de Jesús por una parte y por otra el espíritu de la Revolucion francesa, le dirijan las mismas varoniles palabras y le indiquen sin cesar que las únicas luces dignas de los ojos del hombre, que las altas y misteriosas leyes del destino humano, son la abnegacion, el desprendimiento, el sacrificio y el trabajo, que produce el bienestar material, y la probidad, que produce la inefable tranquilidad del alma.

A menudo sucumbe esa desdichada clase, tan digna de simpatía y de fraternidad, á pesar de la contínua enseñanza á la vez divina y humana. El sufrimiento y la tentacion son más fuertes que la virtud.

¿Comprendeis ahora los infames consejos que el éxito de Luis Bonaparte puede dar á esa clase?

Un pobre andrajoso sin recursos, sin trabajo, se halla en la sombra de la esquina de una calle, sentado en el poyo de

la pared; medita y rechaza al mismo tiempo una mala accion. Unas veces se le vé vacilar, otras levantarse resuelto. Tiene hambre y deseos de robar, pero para robar necesita una llave falsa y escalar una pared, y solo despues de conseguir la llave y de escalar la pared podrá encontrarse delante de la caja. Ya ante el tesoro, si despierta álguien y le hace resistencia, tendrá que matar. Esta idea le hace erizar los cabellos, sus ojos tórnanse esquivos y su conciencia, voz de Dios, se revuelve en él y le grita: "¡Detente! ¡Tendrás que cometer un crímen tras otro!„ Pero en este momento pasa por delante de él el jefe del Estado; el pobre vé á Bonaparte vestido de general, con el cordon rojo y acompañado de lacayos con librea galoneada de oro, galopando hácia su palacio en un coche tirado por cuatro caballos. El desgraciado, que titubeaba ante el crímen, mira ávidamente esta vision espléndida, y parécele oir que le dicen la serenidad de Bonaparte, sus charreteras de oro, el cordon rojo, la librea, el palacio y el carruaje con los cuatro caballos: "¡Adelante, prueba fortuna!„

La aparicion le fascina, la sigue, corre al Elíseo, en donde una muchedumbre deslumbrante se precipita tras el príncipe. Pasan toda clase de coches por la puerta de aquel palacio, y en cada uno de ellos vé hombres dichosos y rebosando alegría.

Aquel es un embajador, que al mirarle parece decirle: Prueba fortuna!

Este un obispo, que le mira y le dice: Prueba fortuna!

Estotro un juez, que le mira y le sonríe, diciendo: Prueba fortuna!

Así que en adelante escapar á los gendarmes será toda la ley moral. No es ningun mal robar, estafar, dar de puñaladas, asesinar, si no se comete la necedad de dejarse coger.

Todo hombre que medita un crímen tiene una Constitucion que violar, un juramento que infringir, un obstáculo que derribar.

En una palabra, tomar bien las medidas, ser hábiles y sobre todo salir triunfantes, porque no hay otros golpes culpables que los golpes en vago.

Si meteis la mano en el bolsillo de un transeunte á la caida de la tarde ó á altas horas de la noche, en lugar desierto, y él os coge, recupera lo suyo, os prende y os lleva á la prevencion, sois culpables y os mandan á presidio. Pero no abandoneis la presa, hundidle el puñal en la garganta, y cuando haya caido y muerto, robadle la bolsa y huid.

Bravo! es una cosa bien hecha! Habeis cerrado la boca á la víctima, al único testigo que podia hablar. Ya nadie os reconvendrá ni os castigará.

Si no hubiéseis hecho más que robar al hombre, hubiérais hecho mal; pero matándole... habeis hecho muy bien.

Todo consiste en conseguir feliz éxito. Esta teoría es horrible.

El dia en que la conciencia humana se desconcertara; el dia en que tuviera razon el éxito feliz, remontaríase al cielo el último destello moral; el interior del hombre quedaria á oscuras, y los hombres nos devoraríamos unos á otros como las fieras en el desierto.

A la degradacion moral únese la degradacion política. Bonaparte trata á los hijos de Francia como si pertenecieran á pais conquistado; borra las inscripciones republicanas y corta los árboles de la Libertad, convirtiéndoles en haces de leña.

En la plaza de Borgoña habia una estátua de la República, que hizo demoler.

La figura de la República coronada de espigas, que se acuñaba en las monedas, hízola reemplazar por su busto.

A los obreros de los arrabales que, cuando salian al anochecer de su trabajo, tenian por costumbre entonar á coro los grandes cantos republicanos, se les dió órden expresa de callar. En adelante los obreros ya no cantarán; solo es permitido cantar obscenidades y canciones báquicas.

Ayer todavía ocultamente el golpe de Estado mandaba fusilar por la noche, demostrando cierto respeto al pueblo, á quien parecia suponer bastante fuerte para rebelarse. Hoy ya no se oculta ni teme y guillotina en pleno dia. ¿A quién guillotina? A los hombres de la ley, á los hombres del pueblo; y esto lo presencian el pueblo y la justicia.

Pero no es esto todo.

Existe un hombre en Europa que inspira horror á toda la Europa; ese hombre es el que ha entrado á saco en la Lombardía y ha levantado patíbulos en Hungría; es el que ha mandado azotar á una mujer bajo la horca, de donde pendian extrangulados su marido y sus hijos. Todavía recordamos la carta terrible en la que dicha mujer refiere el hecho indicado, y dice: *Mi corazon se volvió de piedra.*

El año pasado tuvo la idea dicho hombre de visitar como mero viajero la In-

glaterra; y estando en Lóndres, dióle el antojo de entrar en una cervecería.

Se llamaba dicha cervecería Barclay y Perkins.

Al momento entró, fué reconocido y exclamó una voz:

—Ese es Haynau!

—Es Haynau! repitieron los demás trabajadores que en ella se encontraban.

Aquella exclamacion fué un grito horrible; la muchedumbre se arrojó sobre el miserable; le arrancó á puñetazos sus infames canas, le escupió en la cara y le echó fuera.

Ahora bien; aquel viejo bandido con charreteras, aquel Haynau, aquel hombre que todavía lleva en su rostro el inmenso bofeton del pueblo inglés, ha sido, segun se dice, "invitado por monseñor el príncipe-presidente á visitar la Francia„.

Y esto es justo.

Lóndres le infirió una afrenta y Paris le debe proporcionar una ovacion.

Despues de todo, esto no es más que una reparacion y á la cual nosotros asistiremos.

Haynau, que recibió maldiciones é invectivas en la cervecería de Perkins, irá ahora á buscar flores á la cervecería de San Antonio, cuyo arrabal recibirá órden de ser prudente, y verá pasar, triunfantes y hablando como dos amigos por sus calles revolucionarias, al uniforme francés y al uniforme austriaco; es decir, á Napoleon, el asesino del boulevard, dando el brazo á Haynau, el azotador de mujeres...

¡Adelante, continúa, amontona afrenta sobre afrenta; desfigura á esta Francia caida y tendida en el suelo; haz no la conozcan; aplasta la cara del pueblo á taconazos!

Oh! inspiradme, buscadme, prestadme, inventadme un medio, cualquiera que sea, excepto el puñal, que no merece tanto... Un Bruto ese hombre!... no! ¡ni siquiera es digno de un Louvel! ¡encontradme un medio cualquiera para echar abajo á ese hombre y librar de él á mi pátria querida! ¡Arrojad á ese hombre, á ese hombre de la astucia, de la mentira, de la fortuna, de la ignominia! ¡Venga un medio, cualquiera, el primero que se presente; la pluma, la espada, el adoquin, el motin, ya le mueva el pueblo, ya le mueva el soldado; venga un medio, cualquiera que sea, con tal que se presente leal y en pleno dia, que yo lo aceptaré, y no solo yo, sino nosotros todos los proscriptos, siempre que pueda restablecer la libertad, salvar la República, sacar á nuestro pais del oprobio en que yace y hacer caer en el polvo, en su propia cloaca, á ese rufian imperial, á ese príncipe limpia-bolsillos, á ese bohemio de los reyes, á ese traidor, á ese amo, á ese escudero de Franconi, á ese gobernante alegre, inquebrantable, satisfecho, coronado con su crímen horrible; á ese que vá y viene y se pasea impasible á través de Paris extremecido y que todo lo tiene para él, todo, la Bolsa, la tienda, la magistratura, todas las influencias, todas las canciones, todas las invocaciones, desde el nombre de Dios del soldado hasta el *Te-Deum* del sacerdote!

Verdaderamente, cuando se ha fijado por largo tiempo la mirada en ciertos puntos de ese espectáculo, hay momentos en los que un vértigo horrible se apodera hasta de las almas más fuertes.

Pero ¿ni siquiera se hará justicia á sí mismo Bonaparte? ¿No tendrá luz, idea, sospecha ó percepcion confusa de su infamia? Realmente dudamos que la tenga.

A veces, por las soberbias palabras que se le escapan; al verle dirigir increibles invocaciones á la posteridad, á esa posteridad que debe extremecerse de horror y de cólera ante él; al oirle hablar con aplomo de su "legitimidad„ y de su "mision„, nos inclinamos á creer que tiene de sí mismo alta consideracion y que se le ha extraviado el juicio hasta el extremo de no conocer lo que es ni lo que hace.

Cree en la adhesion de los proletarios; cree en la buena voluntad de los reyes; cree en la fiesta de las águilas; cree en la arenga del Consejo de Estado; cree en las bendiciones de los obispos; cree en el juramento que se hizo prestar, y hasta ¡en los siete millones quinientos mil votos!

En la actualidad habla, creyéndose con el génio de Augusto, de *amnistiar* á los proscriptos.

Oh atrevimiento! ¡La usurpacion amnistiando al derecho! ¡la traicion amnistiando al honor! ¡la cobardía amnistiando al valor! ¡el crímen amnistiando á la virtud!...

¡Hasta tal punto le ha embrutecido el buen éxito, que encuentra todo eso enteramente natural.

Extraño efecto de la embriaguez! ¡extraña ilusion óptica que le hace ver dorado, espléndido y radiante el 14 de Enero, es decir, la Constitucion salpica-

da de cieno, manchada de sangre, orlada de cadenas y arrastrada, en medio de las burlas de la Europa, por la policía; el Senado, el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado batidos de nuevo! ¡Extraña ilusion, que le hace tomar como carro de triunfo que quiere que pase por debajo del Arco de la Estrella á ese zarzo, sobre el cual, de pié, repugnante y con el látigo en la mano, pasea el cadáver ensangrentado de la República!

SEGUNDA PARTE

Luto y fé.

I.

La Providencia conduce á la madurez, or el solo hecho de la vida universal, á los hombres, las cosas y los acontecimientos.

Basta tan solo, para que un mundo antiguo se desplome, que la civilizacion, remontándose majestuosamente á su solsticio, irradie sobre las viejas instituciones, sobre las preocupaciones antiguas, sobre las viejas leyes y sobre las inveteradas costumbres.

Esa irradiacion consume el pasado y lo devora.

La civilizacion alumbra, este es el hecho visible, y al mismo tiempo consume, y este es el hecho misterioso.

A su influencia, lentamente y sin sacudimiento alguno, lo que debe declinar, declina, y lo que debe envejecer, envejece.

Las arrugas surcan las cosas condenadas, las cartas, los códigos, las instituciones y las religiones; este trabajo de decrepitud se verifica en cierto modo por sí mismo; decrepitud que es fecunda y bajo la cual germina la vida nueva.

La ruina se prepara poco á poco; profundas grietas, que no se ven, se ramifican en la sombra y reducen á polvo, en el interior, esa formacion secular que aun se presenta como compacta masa en el exterior; pero hé aquí que un dia, y de un modo repentino, ese conjunto de hechos carcomidos, de los cuales se componen las sociedades caducas, tórnase disforme; el edificio se desune, rompe su trabazon y se desploma. Entonces nada de él queda en pié; surge uno de esos gigantes propios para las revoluciones, levanta la mano y todo desaparece.

Hay una hora en la historia en que un movimiento de Danton pudiera derrocar la Europa entera.

1848 tuvo una de esas horas. La vieja Europa feudal, monárquica y papal, restaurada tan fatalmente por la Francia en 1715, extremecióse entonces; pero faltaba Danton; por eso el derrumbamiento no tuvo lugar.

Se ha dicho mucho, con la fraseología vana que se emplea en parecidos casos, que 1848 habia abierto un abismo; pero no: el cadáver del pasado estaba en la Europa y está actualmente todavía. 1848 abrió, en efecto, una fosa para arrojar en ella ese cadáver, y esta fosa es la que se ha tomado como abismo; fosa que vió muy de cerca, en 1848, todo lo que se adheria al pasado, todo lo que se nutria de aquel cadáver.

No solamente los reyes desde sus tronos, los cardenales desde sus palacios, los jueces á la sombra de la guillotina y los capitanes desde sus caballos de guerra extremeciéronse profundamente; sino tambien aquellos que tenian algun interés por lo que iba á desaparecer; aquellos que cultivaban en su provecho una ficcion social y tenian en arrendamiento ó alquilada por un abuso; aquel que era guardador de una mentira, encubridor de una preocupacion ó arrendador de una supersticion; aquel que explotaba, prestaba con usura, abrumaba ó mentia; aquel que vendia con falsas pesas; el que alteraba una balanza; el que falsificaba la Biblia; tanto el mal mercader como el mal sacerdote; lo mismo los que manipulaban las cifras, que los que convertian las monedas en milagros; en fin, todos, desde el banquero judío que se fingia católico, hasta el obispo que se convertia en judío, todos los hombres, en fin, del pasado, inclinaron la cabeza los unos hácia los otros y temblaron. Por eso resolvieron llenar aquella fosa que estaba abierta, y á la que habrian ido á caer todas las ficciones (lo que constituia su tesoro), y que pesaban sobre el hombre ya tantos siglos; por eso resolvieron amurallarla, rellenarla con piedras y rocas, levantar sobre su amontonamiento un patíbulo, y colgar en ese patíbulo, silenciosamente y con crueldad, á la gran culpable, á la Verdad; por eso resolvieron acabar de una vez en todas partes con el espíritu de libertad y de emancipacion, y anonadar y comprimir para siempre la fuerza ascendente de la humanidad.

La empresa era ruda, y en lo que con-

sistia ya lo hemos explicado más de una vez en este libro y en todas partes.

Deshacer el trabajo de veinte generaciones, matar en el siglo diez y nueve, asiéndolos por la garganta, tres siglos consecutivos, el diez y seis, el diez y siete y el diez y ocho, ó sea á Lutero, Descartes y Voltaire, encarnaciones respectivas del exámen religioso, del exámen filosófico y del exámen universal; aplastar en toda Europa esa inmensa vegetacion del libre pensamiento, fornido roble en algunas partes, tallo sutil de yerba en otras; hermanar el knout y el hisopo, extender más la España en el Mediodía y más la Rusia en el Norte; resucitar en cuanto se pueda la Inquisicion y sofocar en lo posible la inteligencia; embrutecer la juventud, ó en otros términos, entorpecer el porvenir; hacer asistir al mundo al auto de fé de las ideas; derribar las tribunas, suprimir el periódico, el anuncio, el libro, la palabra, el grito, el murmullo, el soplo; establecer el silencio, perseguir el pensamiento, ya en la caja de imprenta, ya en el componedor, ya en el carácter de plomo, en el cliché, en la litografía, en la imágen, en el teatro, en el estrado, en la boca del actor, en el cuaderno del maestro de escuela y en el vendedor de periódicos ambulante; dar á cada uno por fé, por ley, por objeto y por Dios el interés material; decir al pueblo: come, pero no pienses; quitar del hombre el cerebro para ponérselo en el estómago; contener la iniciativa individual, la vida local, el impulso nacional, todos los grandes motores, en fin, que arrastran al hombre hácia el derecho; arrancar ese *yo* de las naciones que se llama pátria; destruir la nacionalidad entre los pueblos divididos y desmembrados; las Constituciones en los Estados constitucionales, la República en Francia, la libertad en todas partes; en una palabra, cegar esa anchurosa profundidad que se llama progreso; tal fué el plan vasto, enorme, europeo, que nadie concibió, porque ninguno de aquellos hombres del viejo mundo tenia génio para ello.

En cuanto al plan en sí mismo, en cuanto á esa inmensa idea de compresion universal, de dónde venia? ¿quién puede decirlo? Se la vió en el aire, apareció en el horizonte del pasado, alumbró ciertas almas, indicó ciertas rutas. Fué una especie de destello salido de la tumba de Maquiavelo.

En ciertos momentos de la historia humana, en los planes que se traman, en los sucesos que se verifican, parece que todos los antiguos demonios de la humanidad, como Luis XI, Felipe II, Catalina de Médicis, el duque de Alba, Torquemada, estén allí, en un rincon, alrededor de una mesa, celebrando consejo.

Todos escudriñan con la mirada, todos buscan, y en vez de colosos ven salir abortos.

En donde creian ver un duque de Alba se encuentran á Schwartzenberg: en donde creian ver á Torquemada se encuentran á Veuillot.

El antiguo despotismo europeo camina con esos pigmeos al frente, pero sin parar. Parécese al czar Pedro de Rusia, de viaje, que escribia: *Se remuda con lo que se encuentra; cuando no teníamos caballos tártaros, tomábamos pollinos.*

Para llegar á tal objeto, esto es, á la compresion de todo y de todos, era indispensable buscar una senda oscura, tortuosa, áspera y difícil, que se encontró al fin. Algunos de los que entraron en ella sabian por qué entraron.

Los partidos viven de palabras; aquellos hombres, aquellos jefes que 1848 espantó y reunió como más arriba dejamos dicho, habian encontrado sus frases sacramentales: eran éstas: religion, familia, propiedad. Explotaban con aquella vulgar astucia, que basta cuando se habla al miedo, ciertas fases oscuras del socialismo.

Tratábase de "salvar la religion, la propiedad y la familia.„ ¡Salvad la bandera! gritaban; y el turbion de intereses espantados se abalanzaba con ímpetu.

Coligáronse, se hizo frente y se bloqueó; agrupóse en torno suyo la multitud, compuesta de elementos diversos. Formaba parte de ella el propietario, porque los alquileres habian bajado; el aldeano, porque habia pagado los 45 céntimos; hasta el que no creia en Dios comprendió que era necesario salvar la religion, porque habia sido obligado á vender sus caballos: sacaron de la inmensa multitud la fuerza que contenia y se aprovecharon de ella.

Comprimieron con todos los medios imaginables; con la ley, con la arbitrariedad, con las Asambleas, con la tribuna, con el jurado, con la magistratura, con la policía. En Lombardía ejercieron presion con el sable; en Nápoles con la mazmorra; en Hungría con el patíbulo.

Para sofocar las inteligencias, para retener entre cadenas los génios, esclavos

escapados; para impedir que el pasado desapareciera, para impedir que el porvenir naciese, para sostener los reyes, los poderosos, los privilegiados y los dichosos, todo encontróse bueno, justo y legítimo.

Se fabricó para las necesidades de la lucha y se esparció por todo el mundo una moral de asechanza contra la libertad, que pusieron en accion Fernando en Palermo, Antonelli en Roma, Schwartzenberg en Milan y en Pesth, y en Paris, más tarde, los héroes de Diciembre, aquellos lobos de Estado.

Habia un pueblo entre los pueblos, que era como el primogénito de la gran familia de oprimidos, y una especie de profeta en la tribu humana. Cuando se levantaba y decia: "¡Venid!„, todos le seguian. Como complemento á la fraternidad entre los hombres, que prescribe el Evangelio, enseñaba la fraternidad de las naciones. Hablaba por boca de sus escritores, de sus poetas, de sus filósofos y de sus oradores, como si fuera por una sola boca; y sus palabras volaban á los confines del mundo para ponerse como lenguas de fuego sobre la frente de los pueblos. Presidia la cena de las inteligencias y multiplicaba el pan de la vida á los que iban errantes por el desierto.

Un dia que vióse envuelto por una tempestad, precipitóse hácia el abismo, y dijo á los pueblos: "Por qué temeis?„ El oleaje de las revoluciones que él levantó calmóse bajo sus piés, y lejos de arrebatarle le llenó de gloria.

Las naciones enfermas, pacientes y debilitadas, se estrechaban á su alrededor. A ésta, que cojeaba porque la cadena de la Inquisicion remachada á su pié durante tres siglos le habia estropeado, le decia: "¡Anda!„ y la nacion andaba.

A aquella, que estaba ciega porque el viejo papismo romano le habia llenado sus pupilas de tenebrosas brumas, le decia: "¡Vé!„ y la nacion abria los ojos y veia.

Arrojad vuestras muletas, esto es, vuestras preocupaciones, les decia; arrojad vuestras vendas, es decir, vuestras supersticiones; teneos de pié, levantad la cabeza, mirad el cielo, contemplad á Dios. El porvenir es vuestro. ¡Oh, pueblos! Teneis una lepra, que es la ignorancia; teneis una peste, que es la superstición; no hay uno de vosotros que no tenga y que no arrastre una de esas enfermedades que se llama despotismo. Id, corred, romped las ligaduras del mal; yo os emancipo, yo os salvo.

En todas partes se levantaba un clamor de reconocimiento producido por los pueblos á quienes dicha voz sanaba y fortalecia.

Hasta un dia se acercó á la moribunda Polonia, y levantando el dedo, le dijo: —Levántate! y la Polonia se levantó.

Los hombres del pasado, que temian y odiaban á ese pueblo porque les anunciaba la caida, acabaron por cogerle y por agarrotarle.

Hace más de tres años que el mundo asiste á un inmenso suplicio, á un horrible espectáculo.

Desde hace tres años, los hombres del pasado, los escribas, los fariseos, los publicanos, los príncipes de los sacerdotes crucifican, en presencia del género humano, al Cristo de los pueblos, al pueblo francés. Unos le han echado la cruz á cuestas, otros le han puesto los clavos y otros le han dado martillazos.

Falloux ha puesto sobre su frente la corona de espinas; Montalembert ha aproximado á su boca la esponja con hiel y vinagre; Luis Bonaparte es el miserable soldado que le hirió con la lanza en el costado y que le hizo proferir este supremo grito:—*Eli! Eli! ¡Lamma sabacthani!...* (1)

Ya todo ha terminado. El pueblo francés ha muerto.

Va á abrirse la gran tumba.

Pero tres dias estará cerrada.

II.

Tengamos fé.

No; no nos dejemos abatir. Desesperar es desertar.

Confiemos en el porvenir.

El porvenir (no se sabe qué tempestades nos separan del puerto, pero le vemos ya en lontananza luminoso) repitámoslo, el porvenir es la República para todos; el porvenir es, debemos añadir, la paz con todos.

No caigamos en la vulgar observacion de maldecir y deshonrar el siglo en que se vive.

Erasmo llamó al siglo décimosexto "El excremento de los tiempos„, *fex temporum*; Bossuet calificó del modo que sigue el siglo diez y siete: "Siglo malo y pequeño„; Rousseau motejó el siglo diez y ocho en estos términos: "Esta gran podredumbre en que vivimos„. Pero la posteridad ha dado un mentís á

(1) Señor! Señor! por qué me has desamparado?

esos génios ilustres, diciéndoles: "Erasmo, el siglo diez y seis es grande; Bossuet, el siglo diez y siete es grande; Rousseau, el siglo diez y ocho es grande„.

Aunque la infamia de esos siglos hubiera sido real, nadie sino esos mismos pensadores habrian tenido la culpa de condolerse de ella.

El pensador debe aceptar con sencillez y calma el medio en que la Providencia le coloca.

El esplendor de la inteligencia humana, la grandeza del génio, no brilla menos por el contraste que por la armonía con los tiempos.

Al hombre estóico y profundo no le amengua la abyeccion exterior.

Virgilio, Petrarca, Racine, son grandes vistiendo púrpura; Job es aun más grande en el estercolero.

Pero podemos decir, nosotros, los hijos del siglo diez y nueve, que nuestro siglo no es un estercolero. Cualesquiera que sean las afrentas del momento actual, cualesquiera que sean los golpes con que nos hiera el vaiven de los acontecimientos, sea cual fuere la aparente desercion ó el letargo momentáneo de los ánimos, ninguno de nosotros, demócratas, renegará de esta época en que vivimos, edad viril de la humanidad.

Proclamémoslo altamente; proclamémoslo en nuestra caida y en nuestra derrota; este siglo es el más grande de los siglos. Y sabeis por qué? porque es el más benigno.

Este siglo, nacido inmediatamente de la Revolucion y su primogénito, emancipa al esclavo en América; eleva al pária en el Asia; extingue el sacrificio en la India; sofoca en Europa los últimos tizones de la hoguera; civiliza la Turquía; hace penetrar el Evangelio hasta en el Koran; dignifica la mujer; subordina el derecho del más fuerte al derecho del más justo; acaba con los piratas; disminuye las penalidades; salubrifica las mazmorras; arroja el hierro encendido al albañal; condena la pena de muerte; rompe el grillete del pié de los presidiarios; suprime los suplicios; degrada é infama la guerra; enerva á los duques de Alba y á los Cárlos IX, y arranca las garras á los tiranos.

Este siglo proclama la soberanía del ciudadano y la inviolabilidad de la vida; corona al pueblo y consagra al hombre.

Cuenta en el arte con todos los génios; escritores, oradores, poetas, historiadores, publicistas, filósofos, pintores, escultores, músicos; la majestad, la gracia, el poderío, la fuerza, el brillo, la profundidad, el color, la forma, el estilo; encárnase á la vez en el realismo y en lo ideal, llevando en la mano los dos rayos esplendorosos de lo verdadero y lo bello.

En ciencia obra todos los milagros. Hace del algodon pólvora, del vapor un caballo, de la pila de Volta un obrero, del flúido eléctrico un mensajero, del sol un pintor; rocíase con el agua subterránea, esperando calentarse con el fuego central; abre para los dos infinitos dos grandes ventanas: el telescopio para lo infinitamente grande y el microscopio para lo infinitamente pequeño, encontrando en el primer abismo los astros y en el segundo los insectos, que le muestran que hay un Dios. Suprime la duracion, suprime la distancia, suprime el padecimiento; escribe una carta en Paris para Lóndres, y obtiene la respuesta á los diez minutos; corta el muslo á un hombre, y éste, lejos de quejarse, canta y sonríe.

Solo le falta realizar, y esto ya lo toca, un progreso que no es nada al lado de los otros milagros que ha realizado ya; no le falta más que encontrar el medio de dirigir en una masa de aire una burbuja de aire más ligero. Tiene ya esta burbuja de aire y aprisionada, pero le falta encontrar la fuerza impulsiva; producir el vacío, como si dijéramos, delante del globo; inflamar el aire delante del aeróstata del mismo modo que el cohete lo inflama ante sí; no le falta más que resolver ese problema, de cualquier modo que sea, y que sin duda resolverá.

Pero sabeis lo que pasará entonces? Las fronteras desaparecerán en el momento mismo que se resuelva; se borrarán las barreras; todo lo que es muralla de la China en torno del pensamiento, en torno del comercio, en torno de la industria, en torno de las nacionalidades, en torno del progreso, se derrumbará con estrépito; á despecho de las censuras, á despecho de los índices, lloverán libros y periódicos por todas partes; Voltaire, Diderot y Rousseau caerán como granizo sobre Roma, sobre Nápoles, sobre Viena y sobre San Petersburgo; el verbo humano será el maná que el siervo recogerá en el surco; morirán los fanatismos y la opresion será imposible; el hombre que se arrastraba por el suelo volará; la civilizacion trocaráse en bandada de aves, que, volando en forma de torbellino, irá á posarse gozosa sobre todos los puntos del globo á la vez.

Mirad, mirad, ya pasa; asestad vues-

tros cañones, viejos despotismos: pero en vano; mientras que vosotros sois la bala, ella es el rayo.

No habrá ya ódios, no habrá ya egoismos que se devoren los unos á los otros; no habrá ya guerras. Una especie de vida nueva, compuesta de concordia y de luz, vence y apacigua el universo; la fraternidad de los pueblos atraviesa los espacios y se comunica en el eternal empíreo; los hombres se internan y se mezclan en los cielos.

Pero mientras esperamos este último progreso, ved hasta dónde el siglo habia llevado la civilizacion.

Habia en otro tiempo un mundo en el que se caminaba á paso lento, con la espalda encorvada é inclinada la frente; un mundo en el que el conde de Gouvou se hacia servir en la mesa por Juan Jacobo; en el que el caballero de Rohan trataba á bastonazos á Voltaire; en que se llevaba á Daniel de Foë á la picota; en que una ciudad como Dijon estaba separada de una ciudad como Paris por un testamento futuro, por ladrones que se ocultaban en los recodos de los bosques y por diez dias de diligencia; en que un libro era una especie de infamia y de oscuridad, que el verdugo quemaba en las gradas del palacio de la Justicia; en que la supersticion y la ferocidad se daban la mano; en que el Papa decia al emperador: *Jungamos dexteras, gladium gladio copulemus;* en que se encontraban á cada paso cruces de las cuales pendian amuletos y horcas, de las que colgaban hombres; en que habia herejes, judíos y leprosos; en que las casas tenian almenas y troneras; en que se cerraban las calles con una cadena, los rios con una cadena, los mismos campamentos con una cadena, como en la batalla de Tolosa; las ciudades con murallas y los reinos con prohibiciones y penalidades; en que, exceptuando la autoridad y fuerza, que se adherian estrechamente, todo estaba tapiado, repartido, cortado, dividido, truncado, odiado y odiando, disperso y muerto; en que los hombres eran polvo y el poder enorme peñasco.

Hoy hay un mundo en que todo está vivo, unido, combinado, ajustado, armonizado; un mundo en donde imperan el pensamiento, el comercio y la industria; en el que la política, cada dia más fija, tiende á confundirse con la ciencia; un mundo en el que los últimos cadalsos y los últimos cañones se apresuran á cortar las últimas cabezas y á vomitar las últimas balas; un mundo en el que la luz crece por momentos; un mundo en el que la distancia ha desaparecido, en el que Constantinopla está más cerca de Paris que lo estaba Lyon há cien años; en el que la América y la Europa palpitan al compás de un mismo latido; un mundo, en fin, todo circulacion y todo amor, y del cual la Francia es el cerebro y los caminos de hierro y los hilos eléctricos las fibras.

¿No veis ahora que con solo exponer nuestra situacion todo se explica, todo se demuestra y todo se resuelve? ¿Ignorais que el mundo antiguo encerraba fatalmente un alma vieja, la tiranía, y que sobre el mundo nuevo vá á descender del cielo, necesaria é irremisiblemente, un alma jóven, la libertad?

Tal es la obra que habia levantado entre los hombres y que continuaba espléndidamente el siglo diez y nueve, ese siglo de esterilidad, ese siglo de descenso, ese siglo de decadencia, ese siglo de abatimiento, como dicen los pedantes, como dicen los enfáticos retóricos, los imbéciles y toda esa caterva de santurrones, de bribones y tramposos que mancha de hiel con su baba la gloria; que declara que Pascal es un loco, Voltaire un fátuo y Rousseau un bruto, y cuyo triunfo seria poner al género humano una cabeza de asno por montera.

Hablais del Bajo Imperio? ¿Eso es formal? ¿Es que el Bajo Imperio tenia tras sí á Juan Huss, Lutero, Cervantes, Shakespeare, Pascal, Moliére, Voltaire, Montesquieu, Rousseau y Mirabeau? ¿Es que el Bajo Imperio tenia tras sí la toma de la Bastilla, la federacion, Danton, Robespierre y la Convencion? ¿Es que el Bajo Imperio tenia la América? ¿Es que el Bajo Imperio tenia el sufragio universal? ¿Es que el Bajo Imperio tenia estas dos grandes ideas, pátria y humanidad; pátria, la idea que engrandece el corazon, y humanidad, la idea que ensancha el horizonte? ¿Sabeis que en el Bajo Imperio Constantinopla caia en ruinas y acabó por no tener más que treinta mil habitantes? Está Paris en igual caso? ¡Porque habeis visto triunfar un golpe de mano pretoriano os declarais Bajo Imperio! ¡Eso está prontamente dicho y miserablemente pensado.

Pero reflexionad un poco si podeis.

¿Es que el Bajo Imperio tenia la brújula, la pila, la imprenta, el periódico, la locomotora y el telégrafo eléctrico? Estos son alas que remontan al hombre, de las que el Bajo Imperio careció. Don-

de el Bajo Imperio se arrastraba, se cierne hoy el siglo décimo-nono.

¿Y cómo os ocurre tan desatinada comparacion? ¿Veis en alguna parte á la emperatriz Zoé, á Romano Argyre, á Nicéforo Logoteto y á Miguel Calafate? ¿Imaginais que la Providencia se repite néciamente? ¿Creeis que Dios es como el hombre machaca?

Tengamos fé, constancia y firmeza! Ser irónicos con nosotros mismos es el principio de la bajeza. Con la firmeza se llega á ser bueno; con la firmeza se llega á ser grande.

La emancipacion de las inteligencias, y por consiguiente la emancipacion de los pueblos, era la tarea sublime que el siglo diez y nueve iba á realizar con la colaboracion de la Francia; porque el doble trabajo providencial del tiempo y de los hombres, de la madurez y de la accion, confundíase en la obra comun, y la gran época tenia por foco la gran nacion.

Oh pátria! ¡Ahora que estás ensangrentada, sin ánimo, con la cabeza inclinada, los ojos cerrados, la boca entreabierta, sin poder hablar, con las huellas de las heridas en el cuerpo, desnuda y salpicada de cieno, semejante á un cadáver, y eres objeto de desprecio y de risa; en esta hora es, ¡oh pátria querida! cuando el corazon del proscripto se desborda de ardiente afecto hácia tí, al pronunciar tu nombre!

Como te dejaron sin movimiento, los hombres del despotismo y de la opresion rien y saborean la estúpida ilusion de que no han de temerte ya nunca. ¡Fugaces alegrías! Los pueblos sumergidos en las tinieblas olvidan el pasado, no ven más que el presente y te desprecian... ¡Perdónales, que no saben lo que se hacen!

Despreciarte! Dios mio! ¿Despreciar á la Francia? Y quiénes la desprecian? Qué lengua hablan? ¿Qué libros han leido? ¿Qué nombres recuerdan en su corazon? ¿Cuál es el anuncio colgado de las paredes de sus teatros? ¿Qué formas tienen sus artes, sus leyes, sus costumbres, sus vestidos, sus placeres y sus modas? ¿Cuál es la memorable fecha que guardan ellas como nosotros guardamos? ¡El 89! Si arrancan á la Francia de su alma, qué les queda?

Oh pueblo! Aunque haya caido y caido para siempre, ¿se ha de despreciar á la Grecia? Se desprecia quizá á Italia? Debe despreciarse á la Francia?

Mirad sus pechos, es vuestra nodriza! Mirad su seno, es vuestra madre!

Si duerme ó está aletargada, ¡silencio y quitaos el sombrero! Si ha muerto, ¡doblad la rodilla!

Los desterrados están dispersos, porque el destino tiene soplos que dispersan á los hombres como esparcirian puñados de ceniza.

Unos viven en Bélgica, en el Piamonte, en Suiza, donde no tienen libertad; otros viven en Lóndres, donde carecen de techo que les cobije.

Este, pobre aldeano, ha sido arrancado de su tierra natal; ese, pobre soldado, no tiene más que el trozo de espada que le rompieron en sus manos; aquel, desdichado obrero, ignora la lengua del pais, carece de ropa y de calzado, y no sabe si podrá comer mañana; estotro ha tenido que abandonar á su mujer y sus hijos, nido queridísimo, objeto de sus afanes y alegría de su vida; esotro tuvo que separarse de su anciana madre; este de acá se separó de su querido padre, que murió sin haberle vuelto á ver; aquel de allá, triste enamorado, dejó á un sér adorado que quizá le olvide; pero á pesar de sus infortunios, levantan la cabeza, estréchanse mútuamente las manos y sonrien.

No hay pueblo que á su paso no se detenga con respeto y contemple con enternecimiento profundo, como uno de los más bellos espectáculos que la suerte puede dar á los hombres, todas esas conciencias tranquilas, todos esos corazones desgarrados.

Estos pobres proscriptos sufren y callan; el ciudadano ha inmolado en ellos al hombre; miran cara á cara á la adversidad, y ni siquiera exclaman bajo el despiadado azote de la desgracia: *¡Civis romanus sum!*

Pero por la noche, cuando hace desvariar el insomnio; cuando todo en la extranjera ciudad se reviste de tristeza, porque cuanto aparece frio durante el dia, tórnase fúnebre en el crepúsculo; por la noche, cuando no se duerme, hasta las almas más estóicas se entregan al duelo y al abatimiento. ¿Dónde estarán mis queridos hijos? se preguntan. ¿Quién les dará pan? Dónde está mi esposa? Dónde está mi madre? ¿Dónde está mi hermano? ¿Dónde están todos esos séres queridos? ¿Qué se han hecho aquellas canciones que oia al anochecer cantadas en la lengua natal? ¿Dónde el bosque, el árbol, el sendero, el techo cuajado de nidos, el campanario rodeado de sepulcros queridos? ¿Dónde está la calle, dónde el arrabal, el reverbero alumbrando

ante la puerta de mi casa, los amigos, el taller, mi oficio, mi trabajo cuotidiano?

Mis muebles vendidos en almoneda! ¡los postores alborotando é invadiendo mi santuario doméstico! ¡adios para siempre, objetos queridos!

¡Destruido, muerto, arrojado á los cuatro vientos, ese sér moral que se llama el hogar de la familia, que no solo se compone de conversaciones, de caricias y de abrazos, sino tambien de hábitos, de costumbres, de la visita de los amigos, de la sonrisa de éste, del apreton de manos del otro, del panorama que se divisa desde tal ventana, del sitio que ocupaba tal mueble, del sillon en que se sentaba el abuelo, de la alfombra en que jugaron los primogénitos!

Es triste perder esos objetos en los que nuestra vida estaba impresa y que se desvanezca la forma visible de los recuerdos.

Existen en horas de dolor instantes de desolacion y de tristeza que abaten al corazon más fuerte y animoso.

El orador de Roma que tendió sin palidecer la cabeza bajo la cuchilla del centurion Lenas, lloró al pensar en su casa demolida por Clodio.

Los proscriptos callan, ó se quejan entre ellos y en voz baja. Como se conocen y son doblemente hermanos, teniendo la misma pátria y el mismo destierro, se comunican sus miserias.

El que tiene dinero lo comparte entre los que no tienen, y el que está dotado de firmeza la infunde á los que carecen de ella.

Refiérense los recuerdos, las aspiraciones, las esperanzas. Y vuélvense, con los brazos tendidos en la sombra, hácia lo que abandonaron, exclamando: ¡Que al menos sean felices los que ya no piensan en nosotros! Todos sufren, y hay momentos que se irritan, porque se les graban en la memoria los nombres de todos los verdugos.

Todos tienen algo que maldecir; ó á Mazas, al ponton, á la casamata, ó al delator que hizo traicion, al espía que acechó, al gendarme que prendió, á Lambessa, en donde se tiene un amigo; á Cayena, en donde se tiene un hermano. Solo hay una cosa que todos bendicen, y esa eres tú, Francia querida! ¡Cómo proferir una queja, una palabra contra tí, querida Francia! Jamás se siente tanto el patriotismo como cuando se sufre en el destierro.

Todos cumplirán su deber con entereza, con la frente serena y con perseverancia inquebrantable.

Pensar no volver á verte es su tristeza, y su alegría pensar que jamás te olvidarán.

Ah! Qué desconsuelo! ¡Ya hace ocho meses que estamos en el destierro, y que al mirar á nuestro alrededor vemos en vez del Panteon la veleta de San Miguel y en vez de Nuestra Señora Santa Gudula!

Nos cuesta trabajo dar crédito á nuestros ojos; sin embargo, nada más cierto: no se puede negar, es preciso convenir, aunque espiremos de vergüenza y de desesperacion, que estamos en el siglo diez y nueve y que nuestra pátria es la Francia.

Bonaparte ha causado tanta ruina en el centro del pueblo más grande de la tierra, y en mitad del siglo más grande de la historia.

¡Hizo de la Francia su presa; á lo que no se atreviera el leon se atrevió el mono! ¡Lo que el águila hubiera tenido que sujetar con sus garras, lo ha cogido con su pata la cotorra!

¡Luis XI habria fracasado en esa empresa; Richelieu habria perecido en la demanda; Napoleon habria sido insuficiente, y ese pelele lo ha conseguido!

¡Todo lo que era axioma se ha trocado en quimera, todo lo que era mentira se ha trocado en hecho viviente!

¡Lo que el más brillante concurso de hombres, lo que el más magnífico movimiento de ideas, lo que el más formidable encadenamiento de acontecimientos, lo que un Titan no habria derribado, esto es, detener el torrente de la humanidad en su carrera, la oleada francesa en su curso, la civilizacion, el progreso, la inteligencia y la libertad, lo ha detenido con la mayor sencillez una mañana ese figuron, ese enano, esa parodia de Tiberio, ese nadie! Dios caminaba é iba delante de él. Luis Bonaparte, empenachada la cabeza, se ha atravesado en su camino y le dijo:—No irás más lejos!

Y Dios se detuvo.

Creeis que esta situacion subsistirá? ¿Os imaginais que el plebiscito existe, que existe aquella Constitucion de yo no sé qué dia de Enero, y que el Senado, el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado existen tambien?

¿Os imaginais que hay un lacayo que se llama Rouher, un criado que se llama Troplong, un eunuco que se llama Baroche y un sultan, un pachá, un señor que se llama Luis Bonaparte?

¿No veis que todo eso no es más que una quimera? ¿No veis que el 2 de Diciembre no es más que una inmensa ilusion, una pausa, un alto, una especie de telon de maniobras, tras el cual Dios, ese maquinista maravilloso, prepara y construye la última escena, el acto supremo y triunfal de la Revolucion francesa?

Mirais estúpidamente el telon, contemplando las pinturas del grosero cañamazo, la nariz de éste, las charreteras de aquel, el formidable sable del otro, esos consumidores de agua de Colonia, engalonados y que se llaman generales; esos juguetes de niños que llamais magistrados; esos benditos que llamais senadores; esa mescolanza de caricaturas, fantasmas y espectros que tomais por realidades.

Pero ¿no ois más allá, en la sombra, un sordo ruido? ¿No oís á alguno que vá y viene? ¿No veis cómo tiembla el telon, agitado por el que está trabajando detrás?...

FIN DE NAPOLEON EL PEQUEÑO.

HISTORIA DE UN CRÍMEN

HISTORIA DE UN CRÍMEN.

PRIMERA JORNADA

La alevosía.

1877.

Este libro no solo es de actualidad, sino tambien urgente; por eso lo publico.

VÍCTOR HUGO.

I.

Seguridad.

El 1.° de Diciembre de 1851, Charras se encogió de hombros y descargó las pistolas. Efectivamente, era humillante creer en la posibilidad de un golpe de Estado. La hipótesis de que Luis Bonaparte intentase una violencia ilegal, se desvanecia ante un maduro exámen. La cuestion de actualidad era la eleccion Devincq; el gobierno solo pensaba en ella. ¿Cómo creer que alguno pudiese abrigar el proyecto de atentar contra la República y contra el pueblo? ¿Qué hombre era capaz de ejecutar semejante delirio? Para representar una tragedia se necesita un buen actor, y Paris no lo tenia. ¿A falta de coloso podia ejecutar un enano las enormidades de violar el derecho, disolver la Asamblea, abolir la Constitucion, ahogar la República, aterrar la nacion, manchar la bandera, deshonrar el ejército, prostituir el clero y la magistratura? Todo esto es superior á un pigmeo; todo esto causaba risa. Para esas perversidades se necesita ser coloso. Para llegar á un 18 Brumario, es preciso haber pasado por una Arcole y divisar en lo futuro un Austerlitz. No cualquiera puede ser un gran bandido. El pueblo murmuraba: "¿Qué es este hijo de la reina Hortensia? Un hombre que tiene tras sí á Estrasburgo en vez de Arcole y á Boulogne en vez de Austerlitz; un francés nacido en Holanda y naturalizado en Suiza; un Bonaparte vapuleado en Verhuell. Solo célebre por el sitio que ocupa en la familia imperial, pero que el que arrancase una pluma á su águila se arriesgaria á encontrarse en las manos una pluma de ganso. Este Bonaparte no tiene carrera en el ejército; es una efigie contrahecha, que tiene más plomo que oro; y los soldados franceses no nos devolverán ciertamente en rebeliones, en matanzas y en traiciones el cámbio de la moneda de este falso Napoleon. Cualquier intentona que proyectase abortaria, sin conseguir sublevar ni un solo regimiento. Pero, ¿pretende intentar algo? Hay ocasiones en que indudablemente aparece á nuestros ojos con aspecto ambiguo; pero no por esto debe suponérsele malvado. Atentados tan graves no están á su alcance: si materialmente es incapaz de ellos, moralmente no debe suponérsele capaz. ¿No lo ha dicho, no ha

dado su palabra de honor ante la Europa? Desechemos, pues, todo temor.„—A esa objecion podria replicarse que los crímenes se perpetran en grande ó en pequeña escala: cuando sucede el primer caso se llega á ser César; cuando sucede el segundo se llega á ser Mandrin. César pasa el Rubicon, Mandrin salta una letrina.—A esto hay que añadir la opinion de los hombres de experiencia, que decian: No hagamos sobre él conjeturas ofensivas; este hombre ha vivido en el destierro y ha sido desgraciado; el destierro enseña y la desgracia corrige.

Luis Napoleon por su parte protestaba enérgicamente y presentaba para su descargo abundancia de hechos. Decia: ¿Por qué negarme la buena fé, habiendo contraido tanto compromiso? En Octubre de 1848, cuando le presentaron candidato á la presidencia, fué á la calle de la Tour d' Auvergne á ver á un diputado y le habló del modo siguiente: —Vengo á daros una explicacion, porque me calumnian. Creen que soy un insensato y se imaginan que pretendo imitar á Napoleon. El ambicioso puede proponerse dos grandes hombres por modelos. A Napoleon y á Washington; al génio y al hombre virtuoso. Seria absurdo pensar que yo seré un génio, pero es noble proponerse ser hombre virtuoso. Aspirar á ser génio no es propósito realizable, pero lo es llegar á ser perfectamente probo. A Napoleon solo puedo imitarle en el crímen de la noble ambicion. Restablecida ya la República, como no soy un grande hombre, no copiaré á Napoleon; pero como soy un hombre honrado, imitaré á Washington. El nombre de Bonaparte figurará en dos páginas de la historia. La primera reflejará el crímen y la gloria, la segunda la probidad y el honor, y quizá la segunda eclipse á la primera. Si Napoleon es grande, Washington es mejor; y entre el héroe culpable y el buen ciudadano, elijo al último. A esto se concreta mi ambicion.„

Transcurrieron tres años, desde 1848 á 1851. Durante mucho tiempo fué sospechoso Luis Bonaparte; pero la sospecha prolongada desconcierta la inteligencia y se desvanece durante cierto período cuando no puede comprobarse. Luis Bonaparte echó mano de ministros arteros, como Magne y Rouher, pero tambien tuvo ministros leales, como Leon Faucher y Odilon Barrot, y estos últimos afirmaban que era hombre probo y sincero. Le vieron darse golpes de pecho ante la puerta de Ham; su hermana de leche Hortensia Comin escribia á Miroslawsky: *Soy buena republicana y respondo de él*; su amigo de Ham, Peauger, que era hombre leal, decia: *Luis Bonaparte es incapaz de hacer traicion.* Luis Bonaparte habia escrito el libro del *Pauperismo.* En los círculos íntimos de su palacio del Elíseo, el conde Potocki era republicano y el conde Orsay liberal; Luis Bonaparte decia á Potocki: *Soy demócrata*, y al conde de Orsay: *Soy liberal.* El marqués de Hallay estaba contra el golpe de Estado, y la marquesa, su esposa, en pró. Luis Bonaparte decia al marqués: "No temais„, pero tambien le decia á la marquesa: "Confiad en mí„. La Asamblea, despues de estar recelosa durante algun tiempo, se quedó sosegada y tranquila. Confiaba en el general Neumayer, "que era hombre seguro„, y que desde Lyon, donde estaba, se lanzaria sobre París. Changarnier decia: *Representantes del pueblo, deliberad en paz.* Luis Bonaparte pronunciaba estas famosas palabras: *Tendré por enemigo del pais á cualquiera que intente cambiar por medio de la fuerza lo que se estableció por medio de la ley.* A mayor abundamiento, la fuerza era el ejército, y el ejército tenia á su frente jefes queridos y victoriosos; á Lamoriciere, á Changarnier, á Cavaignac, á Lefló, á Badeau y á Charras. ¿Podia imaginarse que el ejército de Africa se sublevara contra sus generales? El viernes 28 de Noviembre de 1851, Luis Bonaparte decia á Miguel Bourges:—*Aunque quisiera intentar un golpe no podria. Invité ayer á mi mesa á cinco coroneles de la guarnicion de París, interrogué aparte á cada uno de ellos y me contestaron unánimemente que jamás el ejército se prestaria á ningun acto de fuerza, ni atentaria contra la inviolabilidad de la Asamblea. Podeis decírselo á vuestros amigos.*—El se sonreia, y yo tambien, referia Miguel de Bourges lleno de confianza.

En el mismo mes de Noviembre, por una demanda de calumnia que presentó el presidente de la República, fué multado y condenado á prision el director de un periódico satírico, por publicar una caricatura que figuraba un tiro de pistola y en él á Luis Bonaparte tirando á un blanco que representaba la Constitucion. En otra ocasion en que Thorigny, ministro del Interior, declaró en el Consejo de ministros, ante el presidente, que el depositario del poder no debia nunca violar la ley, porque de violarla seria...—*Un bribon*, dijo interrumpiéndo-

le el presidente. Todos estos dichos y todos estos hechos eran notorios. La imposibilidad material y moral del golpe de Estado era evidente para todo el mundo. Parecia una locura atentar contra la Asamblea nacional y disolver á los representantes. Como acabamos de decir, Charras, que sospechó durante mucho tiempo, estaba ya tranquilo. La seguridad era completa y unánime. Estábamos bien. En la Asamblea algunos dudábamos y movíamos la cabeza con desconfianza, pero nos tenian por imbéciles.

II.

Paris duerme; campanillazo.

El 2 de Diciembre de 1851, Versigny, representante de la Haute-Saone, que vivia en París, calle de Leoni, número 4, dormia profundamente; habia pasado gran parte de la noche trabajando. Versigny podria contar unos treinta y dos años; era rubio, de rostro espresivo y de espíritu valeroso, y se consagraba á los estudios sociales y económicos. Dedicó las primeras horas de la noche á estudiar un libro de Bastiat, que iba anotando; cuando le entró el cansancio, dejó el libro abierto sobre la mesa y se quedó dormido. Brusco campanillazo le despertó de repente. Se incorporó en el lecho y vió que amanecia. Eran cerca de las siete de la mañana.

No sabiendo el por qué de visita tan madrugadora, y suponiendo que el visitante se equivocaba de puerta, se volvió á acostar, y estaba ya semidormido, cuando otro campanillazo más fuerte que el primero le despertó por completo. Se levantó en camisa y fué á abrir la puerta.

Michel de Bourges y Teodoro Bac entraron. Michel era vecino de Versigny; vivia en la calle de Milán, núm. 16.

Ambos estaban pálidos y parecian profundamente agitados.

—Vestíos inmediatamente; acaban de prender á Boune.

—Bah! exclamó Versigny. ¿Vuelve á empezar la cuestion de Mauguin?

—Peor que eso, respondió Michel. La esposa y la hija de Boune han venido á mi casa hace media hora, á decirme que han detenido á Boune en su propio lecho esta mañana á las seis.

—Qué significa esto? preguntó Versigny.

Sonó un nuevo campanillazo.

—Ahí viene el que probablemente nos lo dirá, contestó Michel de Bourges.

Versigny abrió la puerta y entró el representante Pedro Lefranc, que en efecto traia la clave del enigma.

—Sabeis lo que sucede? dijo.

—Sí; que Boune está preso.

—La prisionera es la República, contestó Pedro Lefranc. ¿Habeis leido los carteles?

—No.

Lefranc les refirió entonces que estaban fijando carteles en las esquinas, que la multitud se apiñaba para leerlos, que él imitó á la multitud, y que el golpe de Estado era un hecho.

—El golpe de Estado! Decid el crímen, exclamó Michel.

Lefranc añadió que habia tres clases de carteles; un decreto y dos proclamas, los tres en papel blanco y pegados unos á otros. El decreto estaba escrito con letras muy gruesas.

A poco entró en casa de Versigny el antiguo constituyente Laissac, que traia las mismas noticias y que decia que durante la noche se habian efectuado otras prisiones.

No podian perder el tiempo. Mandaron á llamar á Ivan, secretario de la Asamblea, que nombró la izquierda, y que vivia cerca. Trataban de reunirse, de ver y de convocar inmediatamente á los representantes republicanos que no estuvieran presos.

Versigny dijo:—Voy á buscar á Víctor Hugo.

Eran las ocho de la mañana. Yo estaba despierto y escribiendo en la cama. Mi criado entró asustado y me dijo:

—Ahí está un representante del pueblo que desea hablaros.

—Quién es?

—El señor Versigny.

—Que entre.

Versigny entró y me refirió las anteriores noticias. Yo salté de la cama.

Me hizo saber que estábamos citados en casa del antiguo constituyente Laissac.

—Id á avisar pronto á otros representantes, le dije.

Versigny se marchó.

III.

Lo que sucedió durante la noche.

Antes de las fatales jornadas de 1848 la esplanada de los Inválidos estaba dividida en ocho vastos compartimien-

tos, rodeados por una valla de madera, encerrados entre dos filas de árboles y separados por una valla perpendicular á la portada de los Inválidos. Cortaban la referida calle otras tres, paralelas al Sena; se extendian por allí grandes praderas, en las que jugaban los niños. Señalaba el centro de los ocho compartimientos un pedestal, en el que en tiempo del Imperio pusieron el leon de bronce de San Marcos, cogido de Venecia durante la Restauracion; una estátua de mármol blanco de Luis XVIII y donde pusieron bajo el régimen de Luis Felipe un busto en yeso de Lafayette. Como destruyó por completo el palacio de la Asamblea constituyente el 22 de Junio de 1848 una columna de insurrectos, y como no habia cuarteles en aquellos contornos, el general Cavaignac hizo construir á trescientos pasos del palacio legislativo, en los compartimientos de los Inválidos, varias filas de largos barracones, en los que se podia alojar á tres ó cuatro mil hombres, y que ocuparon las tropas destinadas especialmente á defender la Asamblea nacional.

El 1.° de Diciembre de 1851 estaban acuartelados en dichos barracones de la esplanada los regimientos 6.° y 42 de línea: el 6.° lo mandaba el coronel Guarderens Boisse, famoso antes del 2 de Diciembre, y el 42 lo mandaba el coronel Espinasse, que fué famoso despues.

La guardia nocturna, que ordinariamente custodiaba el palacio de la Asamblea, se componia de un batallon de infantería y de treinta soldados de artillería con un capitan. El ministerio de la Guerra enviaba además algunos soldados de caballería, que destinaba á que prestasen el servicio de ordenanzas. Dos obuses y seis cañones, con sus correspondientes cajas de municiones, estaban en una plazuela cuadrada, situada á la derecha del patio principal. El jefe del batallon, comandante militar del palacio, estaba á las órdenes inmediatas de los cuestores. Cuando se hacia de noche cerraban las verjas y las puertas, colocaban centinelas, daban las consignas, y el palacio quedaba cerrado como una ciudadela; la consigna era la misma que servia en la plaza de París.

Las consignas especiales que daban los cuestores prohibian entrar á toda fuerza armada, exceptuando la de servicio. La noche del 1.° de Diciembre custodiaba el palacio legislativo un batallon del 42 de línea.

La sesion del 1.° de Diciembre, que fué tranquila y se consagró al exámen de la ley municipal, acabó tarde y terminó por una votacion. En el momento de subir á la tribuna M. Baze á depositar su voto, un representante perteneciente á la fraccion que se llamaba de los *bancos elíseos* se aproximó á él y le dijo en voz baja:—*Esta noche nos disuelven.* Todos los dias se recibian avisos semejantes, y concluyeron por no hacer caso de ellos; pero entonces, inmediatamente despues de la sesion, los cuestores llamaron al comisario especial de policía de la Asamblea, estando allí el presidente Dupin. Interrogaron al comisario, que declaró que los partes de sus agentes acusaban tranquilidad completa. Como los cuestores insistieron en las noticias que corrian, el presidente Dupin, que no hacia caso de ellas, se marchó.

El mismo dia 1.° de Diciembre, hácia las tres de la tarde, cuando el suegro del general Lefló atravesaba el boulevard por delante de Tortoni, un individuo que pasó rápidamente junto á él le dijo al oido estas palabras significativas: *Las once, y media noche.* En la cuestura no se hizo caso de esto, segun costumbre; sin embargo, el general Lefló no quiso acostarse hasta que pasase la hora indicada, y permaneció en el despacho de la cuestura hasta la una de la madrugada.

El servicio taquigráfico de la Asamblea lo prestaban en el interior del edificio cuatro dependientes agregados al *Monitor*, encargados de llevar á la imprenta las copias de los taquígrafos y las pruebas al palacio de la Asamblea, donde Hipólito Prevost las corregia. Prevost era el jefe de los taquígrafos, y por el cargo que desempeñaba vivia en el palacio legislativo, y era al mismo tiempo redactor del folletin musical del *Monitor*. Aquella noche habia asistido á la representacion de una obra nueva en el teatro de la Opera Cómica y regresó despues de media noche. El cuarto dependiente del *Monitor* le esperaba para que corrigiese la prueba de la última hoja de la sesion. Prevost la corrigió y el comisionado se fué. Era poco más de la una y reinaba profunda tranquilidad; todo el mundo dormia en palacio, menos la guardia.

Entonces sucedió un incidente singular; el capitan, ayudante mayor del batallon de guardia en la Asamblea, fué á ver al jefe del batallon y le dijo:

—El coronel me manda llamar; cumpliendo con el reglamento militar, os pido permiso para ir.

El comandante se asombró, y le contestó de mal humor:

—Id, pero el coronel hace mal en distraer un oficial del servicio.

Uno de los soldados de la guardia oyó lo anterior sin comprender el sentido de las palabras; el comandante, paseando de arriba á bajo, se repetia á sí mismo muchas veces:

—Para qué diablos le querrá?

Media hora despues volvió el ayudante mayor, y el comandante le preguntó:

—Qué queria el coronel?

—Nada... darme órdenes para el servicio de mañana.

A las cuatro, el ayudante volvió á ver al jefe del batallon.

—Mi comandante, le dijo, el coronel me vuelve á llamar.

—Otra vez? Es extraño! Pero id.

El ayudante mayor, entre otras obligaciones, tenia la de dar las consignas y la de quitarlas.

En cuanto salió, el jefe del batallon, que se quedó inquieto, creyó que debia dar aviso al comandante militar del palacio, que era el teniente coronel Niols; subió á su aposento y estaba acostado; la gente de servicio ocupaba las habitaciones del piso superior; el jefe del batallon caminaba á tientas por los corredores, que no conocia por ser nuevo en el palacio, y llamó á una puerta que le pareció que debia ser la del comandante militar. Ni le respondieron ni se abrió la puerta, y el jefe del batallon bajó sin conseguir hablar con nadie.

El ayudante mayor volvió á palacio sin que le viera el jefe del batallon, y permaneció durante algun tiempo cerca de la verja de la plaza de Bourgoñe envuelto en la capa y paseándose por el patio, como persona que espera á alguno.

En el momento en que dieron las cinco en el gran reloj de la torre, despertaron bruscamente á las tropas que dormian en los barracones de los Inválidos, se les dió en voz baja la órden de que tomaran las armas silenciosamente, y poco despues se dirigian al palacio de la Asamblea, con la mochila á las espaldas, los dos regimientos 6.° y 42 de línea.

A la misma hora, de todos los puntos de Paris á la vez salia cautelosamente la infantería de sus cuarteles, con los coroneles al frente; los ayudantes de campo y los oficiales de órdenes de Luis Bonaparte, diseminados por todos los acuartelamientos, presidian la toma de armas; la caballería no se puso en movimiento hasta tres cuartos de hora despues que la infantería, por temor de que el ruido del paso de los caballos por el empedrado de las calles despertase demasiado pronto al dormido Paris. M. de Persigny, que llevó del Elíseo al campo de los Inválidos la órden de tomar las armas, marchaba á la cabeza del 42 de línea al lado del coronel Espinasse. Se refirió luego entre el ejército, que en el momento de salir al frente de su regimiento, uno de los coroneles vaciló, y el hombre del Elíseo, sacando del bolsillo un paquete lacrado, le dijo: "Coronel, sé que nos empeñamos en una gran aventura; pero dentro del paquete que tengo el encargo de entregaros encontrareis cien mil francos en billetes del Banco *para las eventualidades*.„ El coronel aceptó el paquete y el regimiento salió.

La tarde del 2 de Diciembre el referido coronel decia á una mujer: "Esta mañana he ganado cien mil francos y las insignias de general:„ la mujer le echó de su casa.

Javier Durrieu, que refirió este suceso, tuvo más tarde curiosidad de ver y de enterarse de aquella mujer, la cual le confirmó este hecho.

En la Prefectura de policía se realizaba este misterio.

Los vecinos trasnochadores de la Cité, que regresaban á sus casas á hora muy avanzada, se fijaron en la multitud de coches que habia parados en diversos puntos, diseminados por grupos, en las inmediaciones de la calle de Jerusalem.

Desde el dia anterior á las once de la noche, con el pretexto de llegar á Paris los refugiados de Génova y de Lóndres, se situaron en el interior de la Prefectura la brigada de Seguridad y los ochocientos agentes de policía. A las tres de la madrugada enviaron á domicilio una órden de convocacion á los cuarenta y ocho comisarios de Paris y de las afueras y á los oficiales de la gendarmería. Una hora despues llegaron todos. Se les introdujo en habitaciones separadas, aislando unos de otros todo lo que fué posible.

A las cinco sonó la campanilla del despacho del prefecto, que era Maupas; llamó á los comisarios de policía uno tras otro á su despacho, les reveló el proyecto y distribuyó á cada uno el papel que debian desempeñar en el crímen. Ninguno se negó á aceptarlo; algunos hasta le dieron las gracias.

Se trataba de prender en sus propias casas á setenta y ocho demócratas influyentes en sus respectivos barrios y que pudieran ser jefes posibles de barricada;

era preciso cometer un atentado todavía mas audaz; prender en su propio domicilio á diez y seis representantes del pueblo: para esta tarea se eligió entre los comisarios de policía á los que creyeron más aptos para convertirse en bandidos. Entre ellos se repartieron á los representantes; cada uno tenia el suyo: Courtille obtuvo á Charras; Desgranges á Nadaud; Hubaut mayor á Thiers y Hubaut menor al general Bedeau. Dióse el general Changarnier á Serat y el general Cavaignac á Colin; Dourleus se encargó del representante Valentin; Benoist del representante Miot; Allard del representante Cholat; Barlet debia ir á casa M. Boyer (del Norte); el general Lamoriciere correspondió al comisario Blanchet; el comisario Grontier obtuvo al representante Greppo, y el comisario Baudrot al representante Lagrange. Tambien fueron distribuidos los cuestores. M. Baze á Primorin y el general Lefló á Bertoglio.

En el despacho mismo del prefecto se habian extendido las órdenes de prision con los apellidos de los representantes, dejando solo en blanco los nombres de los comisarios, que se escribieron á última hora.

Además de la fuerza armada que debia auxiliarles, se mandó que acompañara á cada comisario una escolta de agentes de policía, algunos de ellos vestidos de paisanos.

Hácia las cinco y media mandaron que se aproximaran los coches de alquiler que tenian preparados, y en ellos partieron los comisarios con su acompañamiento, llevando cada uno sus instrucciones.

Al mismo tiempo, en otro rincon de Paris, en la calle Vieja del Temple, en el antiguo hotel Soubise, donde se estableció la imprenta Real, hoy Nacional, se fraguaba otra parte del atentado.

A la una de la mañana un transeunte que desembocaba en la calle Vieja del Temple notó que habia allí varias ventanas profusamente iluminadas; eran las de los talleres de la imprenta Nacional; al advertir esto se adelantó hasta el semicírculo entrante en el que se abre el portal de la imprenta: la puerta principal estaba cerrada, y dos centinelas custodiaban la puerta lateral accesoria. El transeunte se asomó á ésta, que estaba entreabierta, y vió el patio de la imprenta lleno de soldados. Estos no hablaban, ni movian el menor ruido; pero veia relucir las bayonetas. El transeunte quiso entrar y uno de los centinelas le rechazó rudamente, diciéndole: Atrás!

Como los agentes fueron detenidos en la Prefectura de la policía, los cajistas de la imprenta fueron detenidos tambien, para ocuparlos en un trabajo nocturno; mientras Hipólito Prevost volvia al palacio legislativo, el director de la imprenta Nacional volvia á ella desde el teatro de la Opera Cómica. En cuanto éste entró, se enteró de una órden que llegó para él durante el dia, del Elíseo; tomó un par de pistolas de bolsillo y bajó al vestíbulo, que se comunicaba por una escalera de pocos escalones con el patio de la imprenta. Al poco rato se abrió la puerta de la calle, entró un coche, y del coche bajó un hombre, que llevaba una cartera grande. El director se acercó á aquel hombre y le preguntó:

—Sois M. de Beville?

—Yo soy, respondió el hombre.

Condujeron el coche á la cochera, los caballos á la caballeriza y al cochero á una sala á piso de tierra, en la que le encerraron. Le dieron de beber y le pusieron una bolsa en la mano: las botellas de vino y las monedas de oro constituyen el fondo de la política de Bonaparte. El cochero bebió y se durmió. Lo dejaron solo y le pasaron el cerrojo de la puerta.

Poco despues de haberse cerrado la puerta principal del patio de la imprenta, se volvió á abrir para dar paso á hombres armados, que entraron silenciosamente. Despues se volvió á cerrar. Los hombres armados eran una compañía de gendarmería móvil, la cuarta del primer batallon, que mandaba el capitan La Roche d' Oisy. Como puede comprenderse por nuestro relato, los hombres que dieron el golpe de Estado emplearon especialmente para todas las comisiones importantes á la gendarmería móvil y á la guardia republicana, es decir, á los dos cuerpos compuestos casi enteramente de antiguos guardias municipales, que guardaban el rencor en el pecho desde los acontecimientos de Febrero.

El capitan La Roche d' Oisy se presentó con una carta del ministro de la Guerra, en la que disponia que él y su tropa se pusiesen á las órdenes del director de la imprenta Nacional. Cargaron las armas sin decir una palabra, pusieron centinelas en los talleres, en los corredores, en las puertas y en las ventanas y dos á la puerta de la calle. El capitan preguntó al director qué consigna debia dar á los soldados:—*Nada más sencillo*, contestó el

hombre que acababa de bajar del coche; *cualquiera que pretenda salir ó abrir una ventana, fusiladle.*

El que así acababa de hablar era M. de Beville, ayudante de Bonaparte, que se retiró con el director á un despacho que habia en el primer piso, en un cuarto solitario, con vistas al jardin. Allí comunicó al director las órdenes que traia, que eran las siguientes: el decreto de la disolucion de la Asamblea, los de llamamiento al ejército y al pueblo, el decreto de convocatoria á los electores, la proclama del prefecto Maupas y la carta de éste á los comisarios de policía. Los cuatro primeros documentos estaban escritos de puño y letra del presidente.

Los cajistas estaban esperando. Colocaron á cada uno de ellos entre dos gendarmes, prohibiéndoles que hablasen; les distribuyeron las cuartillas, dividiéndolas antes en pequeños pedazos para que ningun cajista se enterase de su contenido. Les advirtió el director que en el término de una hora tenia que quedar terminada la impresion. Los diversos pedazos compuestos se entregaron al coronel Beville, el que los unió y corrigió las pruebas. La tirada se verificó con las mismas precauciones; en cada máquina habia dos soldados. A pesar de la advertencia, el trabajo duró dos horas, durante las que los gendarmes vigilaban á los cajistas y Beville á Saint-Georges, que era el director.

Cuando se terminó la impresion, sucedió algo sospechoso, algo muy parecido á una traicion de la traicion, que á tales accidentes están sujetos crímenes de esta naturaleza. Beville y Saint-Georges, los dos confidentes en cuyas manos estaba el secreto del golpe de Estado, tuvieron la idea de confiarlo inmediatamente á doscientos hombres, para ver el efecto que producia, como más tarde confesó Beville. Leyeron los documentos misteriosos, recien salidos de la prensa y mojados aun, á los gendarmes móviles, que estaban situados en el patio, y que los aplaudieron. Si les hubiera ocurrido silbar, no sabemos qué hubiera sido de los ensayadores del golpe de Estado, y quizás el mismo Bonaparte hubiera visto rayar el dia en Vincennes.

Dieron libertad al cochero, engancharon el carruaje, y á las cuatro de la mañana el ayudante de órdenes y el director de la imprenta Nacional llegaron á la Prefectura de policía con los paquetes de los decretos. Allí comenzó para ellos la criminalidad. Algunas cuadrillas de fijadores de carteles, que estaban esperando, los recibieron, y salieron en todas direcciones, llevándose los decretos y las proclamas.

Precisamente era el momento en que las tropas estaban cercando el palacio de la Asamblea nacional. Hay en la calle de la Universidad una puerta del palacio, que dá á la avenida que conduce al hotel del presidente de la Asamblea, la que, segun costumbre, estaba custodiada por un centinela. Hacia ya algun tiempo que el ayudante mayor, que durante la noche llamó dos veces el coronel Espinasse, permanecia inmóvil junto al referido centinela. Cinco minutos despues de salir de los Inválidos, el 42 de línea, detrás del que iba el 6.°, desembocaba en la calle de la Universidad. El regimiento marchaba con el cuidado que se anda en la habitacion de un enfermo, y sigilosamente llegaba á la referida puerta de la presidencia. Aquel regimiento era una emboscada que iba á sorprender la ley.

El centinela se puso en guardia, y al ir á dar el ¡quién vive!, el ayudante mayor le cogió por el brazo, y por su calidad de oficial encargado de levantar las consignas, le mandó que dejase libre el paso al 42 de línea, y ordenó al mismo tiempo al portero, sorprendido, que abriera la puerta; ésta giró sobre sus goznes; los soldados se extendieron por la avenida; Persigny entró y dijo:—Ya está hecho.

En efecto; habian invadido la Asamblea nacional.

Al oir el ruido de los pasos acudió el comandante Meunier.

—Comandante, le dijo el coronel Espinasse, vengo á relevar vuestro batallon.

El comandante palideció; sus ojos quedaron fijos un momento en el suelo. Despues, con rápido movimiento, puso las manos en sus hombros y se arrancó las charreteras; tiró de la espada, la rompió en la rodilla, arrojó los pedazos á tierra, y temblando de desesperacion, gritó con voz terrible:

—¡Coronel, estais deshonrando á este regimiento!

—Está bien! está bien! contestó Espinasse.

Dejaron abierta la puerta de la presidencia, pero cerraron las demás. Relevároнse todos los puestos, cambiando todos los centinelas; enviaron el batallon de guardia al campo de los Inválidos; los

soldados formaron pabellones en la avenida y en el patio principal, y el 42 de línea sigilosamente ocupó las puertas exteriores é interiores, el patio, las salas, las galerías, los corredores y los pasillos. Todos dormian en el palacio.

A poco tiempo llegaron cuatro coches, escoltados por dos secciones de guardia republicana, por cazadores de Vincennes y por grupos de policía; de los coches se apearon los comisarios Bertoglio y Primorin.

A la llegada de los coches apareció en la verja de la plaza de Bourgogne un personaje calvo y jóven aun: tenia la apariencia de uno de esos elegantes que salen de la Opera, y efectivamente de allí venia, pero despues de pasar por una caverna llegaba del Elíseo. Era M. Morny. Se paró un instante á ver cómo los soldados formaban pabellones, y despues siguió hasta la puerta de la presidencia. Allí cambió algunas palabras con M. de Persigny. Un cuarto de hora despues, acompañado de doscientos cincuenta cazadores de Vincennes, se apoderaba del ministerio del Interior, sorprendia en su lecho al despavorido Thorigny, y le tranquilizaba al fin enseñándole la carta en que le daba las gracias Bonaparte. Despertado bruscamente y relevado de sus funciones de ministro, el anciano, estupefacto, frotándose los ojos, balbuceaba:—Entonces... el presidente es un...— Sí, le interrumpió Morny, soltando una carcajada.

El que escribe estas líneas ha conocido á Morny. Morny y Walewsky tenian en la familia reinante la posicion, uno de bastardo real y el otro de bastardo imperial. Vamos á decir quién era Morny. Un importante alegre, un intrigante poco austero, amigo de Romieu y patrocinador de Guizot; de modales elegantes y de costumbres de tahur; satisfecho de sí mismo; ingenioso; combinaba cierta liberalidad de ideas con la aceptacion de crímenes útiles; sonreia graciosamente á pesar de tener los dientes feos; llevaba vida disipada, pero reconcentrada; era de buen humor, bien portado, intrépido, dispuesto á abandonar un hermano suyo prisionero y á arriesgar la cabeza por un hermano emperador; tenia la misma madre que Luis Bonaparte, y como éste, un padre cualquiera; lo mismo podia llamarse Beauharnais que Hahant, y se llamaba Morny; empujaba la literatura hasta el sainete y la política hasta la tragedia; era vividor y maton y tenia toda la frivolidad conciliable con el asesinato; era un tipo que podia muy bien delinear Marivaux, con la condicion de que lo retocase Tácito; sin conciencia, elegante, infame y amable, hasta el extremo de poder pasar por un duque: tal era este malhechor.

Antes de las seis de la mañana, las tropas empezaban á formar en la plaza de la Concordia, en donde la revistaba á caballo Leroy Saint-Arnaud.

Los comisarios de policía Bertoglio y Primorin hicieron formar en batalla las compañías bajo las bóvedas de la escalera principal de la cuestura, y acompañados por agentes de policía que conocian los rincones más secretos del palacio de Borbon, se internaron por los corredores.

El general Lefló ocupaba el pabellon que habitaba M. Yenchéres en tiempos del duque de Borbon. El general Lefló tenia hospedados aquella noche á su hermana y á su cuñado, que por verle habian ido á Paris, y que se instalaron en un cuarto cuya puerta salia á uno de los corredores de palacio. El comisario Bertoglio empujó dicha puerta, la abrió y penetró bruscamente con sus agentes en el cuarto en que estaba acostada una mujer. El cuñado del general se arrojó de la cama y gritó al cuestor que dormia en el cuarto inmediato:—"Adolfo, fuerzan las puertas; el palacio está lleno de soldados, levántate.„ El general abrió los ojos y vió al comisario Bertoglio de pié, junto á su cama.

Entonces se incorporó.

—General, dijo el comisario, vengo á cumplir un deber.

—Comprendo, dijo el general Lefló, sois un traidor.

El comisario, balbuceando las palabras complot contra la seguridad del Estado, desplegó una órden de prision. El general, sin decir nada, dió un puñetazo á aquel infame documento. Despues vistió su gran uniforme de Constantina y de Médéah, creyendo en su leal ilusion militar que entre los soldados que iba á encontrar á su paso hallaria aun generales de Africa. Allí no habia ya mas que generales alevosos. Su mujer le abrazaba; su hijo, niño de siete años, en camisa y llorando, decia al comisario de policía:—Muchas gracias, señor Bonaparte.

El general, abrazando á su mujer, le murmuró al oido:—Hay piezas de artillería en el patio; procura que disparen un cañonazo.

El comisario y los agentes se le lleva-

ron. El general despreciaba á esos agentes miserables y no se dignó hablarles; pero cuando llegó al patio, cuando vió á los soldados, cuando reconoció al coronel Espinasse, su corazon militar y breton se indignó.

—Coronel Espinasse, dijo, sois un infame y espero vivir bastante tiempo para arrancaros los botones del uniforme.

Espinasse bajó la cabeza y tartamudeo:—No os conozco.

El jefe de un batallon agitó la espada gritando:—"Ya tenemos demasiados generales letrados.„ Algunos soldados apuntaron las bayonetas contra el prisionero desarmado; tres agentes de policía le metieron en un coche, y un subteniente, acercándose y mirando frente á frente á aquel hombre, que como ciudadano era representante y como soldado general, le apostrofó con esta humillante palabra: —Canalla!

Entre tanto el comisario Primorin habia ido tambien á sorprender con seguridad al otro cuestor, á M. Baze. Las habitaciones de éste tenian puerta á un corredor que se comunicaba con el salon de la Asamblea. El señor Primorin llamó.—Quién vá? preguntó un criado que estaba vistiéndose.—El comisario de policía, respondió Primorin. El criado, creyendo que era el comisario de policía de la Asamblea, abrió, mientras M. Baze, despierto ya y echándose una bata, decia al criado:—No abrais.

Lo dijo tarde, porque ya un hombre con traje de paisano y tres agentes de policía, de uniforme, estaban dentro de la habitacion. El comisario, entreabriendo el gaban y enseñando el fajin tricolor, dijo:

—Lo reconoceis?

—Reconozco que sois un miserable, respondió el cuestor.

Los agentes se apoderaron de M. Baze.

—No me sacareis de aquí, repuso; sois comisario de policía, sois un magistrado, y no ignorais que estais atentando contra la representacion nacional, que violais la ley y que sois un criminal.

Se empeñó cuerpo á cuerpo una lucha de cuatro contra uno; la señora del cuestor y sus dos hijas gritaban, y los agentes de policía alejaban de allí á la criada á puñetazos.

—Sois unos salteadores!

Se le llevaron destrozado, desnudo y con la bata hecha girones.

La escalera, el piso bajo y el patio estaban llenos de soldados con las bayonetas caladas y sobre las armas. El cuestor les apostrofó de este modo:

—Prendeis á vuestros representantes! No se os han entregado las armas para que destroceis las leyes.

A un sargento que lucia una cruz nueva le preguntó:

—Para esto os han dado esa cruz?

—No reconocemos más que un señor, le respondió el sargento.

—Me fijo en vuestro número, para saber cuál es el regimiento deshonrado.

Los soldados escuchaban estas palabras sombríos. El comisario Primorin les decia: "No contesteis; eso no os importa.„ Atravesando los cuerpos de guardia condujeron al cuestor al de la Puerta Negra. En lo alto de la escalera que á él conduce pusieron muchos centinelas, encargando la custodia del cuestor á tres agentes de policía. Pasaban y volvian á pasar por aquel sitio algunos soldados con armas y de chaqueta. Las dos pequeñuelas de M. Baze, aterradas, seguian con los ojos á su padre hasta que le perdieron de vista; la más pequeña se echó á llorar.

—Hermana mia, le dijo la mayor, que tenia siete años, recemos. Las dos niñas se arrodillaron, plegando las manos.

El comisario Primorin, con la turba de sus agentes, penetró en el despacho del cuestor, apoderándose de todo lo que encontró. Los primeros papeles de que hizo presa fueron los famosos decretos que estaban preparados para el caso en que la Asamblea votara la proposicion de los cuestores. Abrieron y registraron todos los cajones. La visita domiciliaria del comisario de policía duró más de una hora.

Llevaron la ropa á M. Baze y se vistió. En cuanto terminó el despojo de su despacho, le sacaron del cuerpo de guardia. En un coche que habia en el patio le hicieron subir, acompañado de tres agentes de policía. El coche se detuvo un instante en la avenida de la presidencia. Dos filas de soldados, con el codo apoyado en el cubo de la bayoneta, guarnecian las aceras de la avenida. Al pié de un árbol conversaban tres hombres formando grupo. El coronel Espinasse, una especie de teniente coronel, que llevaba al cuello una cinta anaranjada y negra, y un jefe de escuadron de lanceros. Los tres tenian la espada en la mano y concertaban algun proyecto. M. de Baze pretendió bajar los cristales del coche, que estaban levantados, para preguntar á aquellos hombres; pero los agentes de

policía le sujetaron los brazos. Se le acercó el comisario Primorin, que iba á ocupar un coche de dos asientos, que le condujo hasta allí, y le dijo:—Señor Baze, vais mal en el coche con esos hombres; conozco que estais mortificado; venid conmigo.—Dejadme, contestó el prisionero; con estos hombres voy mortificado, pero yendo con vos me mancharia.

Colocaron á los dos lados del coche una escolta de infantería, y el coronel Espinasse gritó al cochero:—Marchad al paso por el muelle de Orsay hasta encontrar la escolta de caballería, y entonces que regresen los de á pié. Partieron.

Cuando el coche doblaba el muelle de Orsay, llegaba á toda brida un piquete del 7.° de lanceros al mismo punto; rodearon el coche y todos partieron al galope.

No ocurrió ningun incidente en el trayecto. El trote de los caballos hacia abrir aquí y allá algunas ventanas, empezaba á circular por las calles alguna gente, y el prisionero, que por fin consiguió bajar un cristal, oia voces azoradas que se decian:—Qué es esto?

El coche se paró.—En dónde estamos? preguntó el cuestor.—En Mazas, le contestó un agente de policía.

Condujeron el preso al archivo. Habia allí una mesa, ante la que se sentó el comisario Primorin, que habia seguido al coche. Mientras escribia, M. Baze vió sobre la mesa un pliego de papel, que era un registro en el que estaban escritos los apellidos siguientes: Lamoriciere, Charras, Cavaignac, Changarnier, Lefló, Thiers, Bedean, Roger (del Norte), Chambolle. Indudablemente aquella era la nota del órden en que los representantes habian llegado á la prision.

Cuando terminó de escribir el señor Primorin, el cuestor le dijo:

—Vais á escribir mi protesta y á unirla al acta.

—Esto no es un acta, le objetó el comisario; es un simple auto de remision.

—Pues deseo escribir en seguida mi protesta, replicó M. de Baze.

—Tiempo tendreis en el calabozo, le contestó sonriendo un hombre que estaba en pié cerca de la mesa.

El cuestor volvió la cabeza y le preguntó:

—Quién sois?

—El director de la prision, respondió aquel hombre.

—Entonces os compadezco, porque no ignorais el crímen que cometeis.

El hombre palideció, balbuceando palabras ininteligibles. El comisario se levantó, y M. de Baze se apoderó del sillon que aquel dejó vacío, sentóse junto á la mesa y dijo:—Sois un funcionario público y por lo tanto os requiero para que unais mi protesta al acta.—Pues la uniré, le contestó el comisario. M. de Baze escribió la protesta siguiente:

"Yo, el abajo firmado, Juan Didier Baze, representante del pueblo y cuestor de la Asamblea nacional, arrancado violentamente de mi domicilio del palacio de dicha Asamblea y conducido á esta prision por la fuerza armada, á la que no pude resistir, declaro y protesto en nombre de la Asamblea nacional y en mi propio nombre del atentado cometido contra mis colegas y contra mí.

„Dada en Mazas á 2 de Diciembre de 1851, á las ocho de la mañana.

BAZE.„

Mientras esto sucedia en Mazas, los soldados reian y bebian en el patio de la Asamblea, haciendo café en marmitas. Habian encendido en el patio hogueras enormes; el viento las agitaba de tal modo, que á veces llegaban hasta la pared misma de la sala. Un empleado superior de la cuestura, oficial de la Guardia nacional, que se llamaba Ramond de la Croisette, se atrevió á decirles:—"Vais á pegar fuego al palacio.„ Un soldado le dió una bofetada.

Cuatro de las piezas que sacaban del patio de los cañones las pusieron en batería contra la Asamblea, dos en la plaza de Bourgogne, mirando á la verja, y dos en el puente de la Concordia, vueltas hácia la escalinata.

Al márgen de esta instructiva historia anotemos un hecho: el regimiento 42 de línea fué el que prendió á Luis Bonaparte en Boulogne; en 1840 ese regimiento persiguió al conspirador, y en 1851 prestó su fuerte apoyo al conspirador contra la ley. Bellezas de la obediencia pasiva.

IV.

Otros hechos nocturnos.

En todos los barrios de Paris se presenciaron aquella noche escenas de bandolerismo. Hombres desconocidos, conduciendo tropa armada y armados ellos tambien, llegaban sigilosamente á una casa, cercaban las inmediaciones, forzaban la entrada, ataban al portero, invadian la escalera, se precipitaban en

la habitacion de un hombre dormido, y cuando éste, despertando sobresaltado, les preguntaba:—Quiénes sois? el jefe contestaba:—El comisario de policía. Esto pasó en casa de Lamoriciere, que fué asaltada por Blanchet y amenazado con una mordaza; en casa de Greppo, que le abofetearon y le derribaron al suelo; en casa de Cavaignac, que apresó Colin; en casa de Thiers, á quien acometió Hubant, refiriendo que tembló y lloró, añadiendo de este modo la impostura al crímen; en casa de Valentin, que se apoderaron de él en la cama, cogiéndole por los piés y los brazos y encerrándole en un coche de policía; en casa de Miot, destinado á sufrir los tormentos de los presidios africanos; en casa de Roger del Norte, que, valiente y espiritualmente irónico, ofreció vino de Jerez á los bandidos. A Charras y á Changarnier los prendieron de improviso. Vivian casi enfrente uno del otro. El 9 de Setiembre Changarnier despidió á quince hombres armados que defendian su casa durante la noche, y el 1.° de Diciembre, Charras, segun hemos dicho, descargó las pistolas, que estaban cargadas sobre la mesa cuando le sorprendieron los salteadores. Al comisario de policía que se arrojó sobre ellas le dijo Charras:—*Imbécil, si estuviesen cargadas, tú ya no vivirias.*

Los hombres que prendieron de este modo en sus casas eran representantes del pueblo, eran inviolables; de modo que al crímen de la violacion personal unieron el crímen de violar la Constitucion.

Ningun descaro faltó á esta afrenta. Los agentes de policía estaban contentos y algunos de estos bribones se chanceaban. En Mazas los carceleros se burlaban de Thiers. Nadaud les reprendió sériamente. Hubant, menor, despertó en la cama al general Bedean, diciéndole: —General, estais preso.—Soy inviolable.—Menos en el caso de flagrante delito.—En flagrante delito de sueño. Le cogieron por el cuello y le arrastraron hasta el coche.

En Mazas, al encontrarse Nadaud con Greppo y Lagrage con Lamoriciere, se estrecharon las manos y esto excitó la risa de los agentes de policía. Un coronel llamado Thirion, que llevaba la cruz de comendador, presenciaba el acto de anotar en el registro á los generales y á los representantes.

—Miradme cara á cara, le dijo Charras; Thirion se marchó.

De este modo, sin contar otras detenciones que se efectuaron más tarde, prendieron durante la noche del 2 de Diciembre á diez y seis representantes y á setenta y ocho ciudadanos. Los dos agentes del crímen, al dar cuenta de lo ocurrido á Luis Bonaparte, se expresaban de este modo: *Enjaulados*, le escribió Morny; *Amarrados*, le escribió Maupas. El uno en la jerga de los salones y el otro en la jerga de los presidios; ambos estaban en carácter.

V.

Oscuridad del crímen.

Versigny acababa de dejarme.

Mientras me vestia, entró un hombre en quien yo tenia absoluta confianza. Era un pobre y honrado ebanista, sin trabajo, á quien yo daba asilo en una habitacion de mi casa, escultor en madera y bastante instruido. Se llamaba Girard. Entró temblando:

—Qué dice el pueblo? le pregunté.

Girard me contestó:

—No sabe lo que le pasa. El hecho se ha verificado de tal modo que es poco comprensible. Los obreros leen los carteles, no dicen una palabra y se van á su trabajo. De cada ciento hay uno que habla para decir:—Bien! La ley del 31 de Mayo queda derogada.—Bueno! El sufragio universal queda restablecido.—Está bien.—Arrojan á la mayoría reaccionaria.—Magnífico.—Thiers está preso.—Perfectamente.—Se han apoderado de Changarnier.—Bravo.—Se paran ante los carteles hombres que aplauden. Ratapoil explica á su modo el golpe de Estado á Jaime Bonhome; Jaime Bonhome se deja engañar. En una palabra, tengo la conviccion de que el pueblo se adherirá.

—Eso debe ser, le contesté.

—Qué vais á hacer, M. Víctor Hugo?

Saqué de un armario mi banda y se la enseñé.

Girard me comprendió y nos estrechamos las manos.

Al marcharse éste entró Carini.

El coronel Carini es un hombre intrépido. Mandó la caballería á las órdenes de Mieroslawsky en la insurreccion de Sicilia, y me habia referido en páginas conmovedoras y entusiastas aquella insurreccion liberal. Carini es uno de los italianos que aman á Francia como los franceses amamos á Italia. En este siglo todo hombre de corazon tiene dos pa-

trias, la Roma antigua y el Paris moderno.

—A Dios gracias estais libre aun, me dijo Carini, añadiendo:—El golpe de Estado se dió de un modo formidable. La Asamblea está sitiada; vengo de allí. La plaza de la Revolucion, los muelles, las Tullerías, los boulevares están llenos de soldados que llevan la mochila á la espalda; las baterías están enganchadas. Si hay lucha será terrible.

—Habrá lucha, le respondí. Habeis demostrado que los coroneles saben escribir como poetas; ahora toca á los poetas luchar como coroneles.

Entré en el cuarto de mi mujer, que no sabia nada, y estaba en la cama leyendo tranquilamente un periódico.

Tomé 100 francos en oro. Puse en la cama de mi mujer una caja que contenia 900 francos, que constituia todo mi caudal, y la referí lo que sucedia.

—Qué vas á hacer? me preguntó palideciendo.

—Cumplir mi deber.

Me abrazó, pronunciando esta sola palabra:

—Cúmplelo.

Me senté á almorzar y solo comí una chuleta; mientras, entró mi hija. Al ver el cariño con que la besaba, conmovida me preguntó:

—Pues qué sucede?

—Tu madre te lo explicará, la dije.

Salí de casa.

La calle de la Tour d' Auvergne estaba tranquila y desierta como de ordinario. Cerca de la puerta de mi casa habia cuatro obreros conversando que me saludaron. Yo les dije:

—Sabeis lo que sucede?

—Lo sabemos.

—Pues bien; eso es una traicion. Luis Bonaparte ahoga á la República. Ataca al pueblo, y el pueblo es preciso que se defienda.

—El pueblo se defenderá.

—Me lo prometeis?

—Sí.

—Os lo juramos, añadió uno de ellos.

Cumplieron su palabra.

En mi calle, calle de la Tour d' Auvergne, en la calle de los Mártires, en la Cité, en la de Rodier, en la de Coquenard y en la de Nuestra Señora de Loreto se levantaron barricadas.

VI.

Los carteles.

Cuando me separé de aquellos valientes trabajadores leí en la esquina de mi calle y en la de los Mártires los tres infames carteles que la noche anterior se habian fijado en las esquinas de Paris.

Hélos aquí:

"Proclama del presidente de la República.

Llamamiento al pueblo.

„Franceses!

„La situacion actual no puede prolongarse más tiempo. Cada dia que pasa se agravan los peligros de la nacion. La Asamblea, que debia ser el apoyo más firme del órden, se ha convertido en un foco de complots. El patriotismo de trescientos miembros no ha bastado para detener sus fatales tendencias. En vez de redactar leyes de interés general, forja armas para la guerra civil, atenta contra los poderes que el pueblo directamente me ha conferido, excita las malas pasiones y compromete el reposo de la Francia: disuelvo la Asamblea, haciendo juez al pueblo entero para que elija entre su causa y la mia.

„Sabeis que se ha formulado la Constitucion con el objeto de debilitar anticipadamente el poder que íbais á confiarme. Seis millones de votos fueron la brillante protesta contra esa Constitucion, que, sin embargo, he observado con fidelidad, encontrándome impasible las provocaciones, las calumnias y los ultrajes. Pero hoy, que no han respetado el pacto fundamental los que sin cesar lo invocan; hoy, que los hombres que han perdido dos monarquías quieren atarme las manos con la idea de trastornar la República, es mi deber destruir sus perdidos proyectos, mantener la República y salvar al pais, invocando el fallo solemne del único soberano que reconozco en Francia: del pueblo.

„Así, pues, hago leal llamamiente á la nacion y la digo: Si quereis que continúe el estado de malestar que nos degrada y que compromete nuestro porvenir, buscad quien me reemplace, porque no quiero ser responsable de un poder impotente para el bien, de un poder que me hace responder de actos que no puedo impedir, de un poder que me en-

cadena al timon cuando veo que la nave se hunde en el abismo.

„Si todavía os inspiro confianza, es indispensable que me deis medios para que pueda cumplir la gran mision con que me habeis investido.

„Consiste esta mision en cerrar la era de las revoluciones, en satisfacer las necesidades legítimas del pueblo y en protegerle contra las pasiones subversivas; consiste, sobre todo, en crear instituciones que sobrevivan á los hombres y que tengan bases sobre las que asentar algo durable.

„Persuadido de que la instabilidad del poder y de que la preponderancia de una sola Asamblea son causas permanentes de perturbaciones y de discordias, someto al sufragio universal las siguientes bases de una Constitucion que las Asambleas desarrollarán á su tiempo:

„1.ª Un jefe responsable nombrado para diez años;

„2.ª Ministros que dependan exclusivamente del Poder ejecutivo;

„3.ª Un Consejo de Estado compuesto de hombres eminentes, que preparen las leyes y sostengan la discusion en el Cuerpo legislativo;

„4.ª Un Cuerpo legislativo que discuta y vote las leyes, nombrado por sufragio universal, pero sin votacion nominal, que falsea la eleccion;

„5.ª Constituir una segunda Asamblea, compuesta de los hombres ilustres del pais, que sirva de poder moderador, que guarde el pacto fundamental y las libertades públicas.

„Este sistema, que creó á principios del siglo el primer cónsul y que dió á la Francia prosperidad y reposo, puede dárselos tambien ahora.

„Tal es mi conviccion profunda. Si opinais como yo, declarádmelo por medio del sufragio; si, por el contrario, preferís un gobierno sin fuerza, sea monárquico ó republicano, copiado de no sé qué pasado ó no sé qué porvenir quimérico, respondedme negativamente.

„Por primera vez, desde 1804, votareis con pleno conocimiento de causa, sabiendo bien para quién y por qué.

„Si no obtengo la mayoría de vuestros sufragios, provocaré la reunion de una nueva Asamblea, ante la que resignaré el poder que pusísteis en mis manos.

„Pero si creeis que la causa que simboliza mi nombre, es decir, Francia regenerada por la Revolucion del 89 y organizada por el emperador, es tambien vuestra causa, proclamadlo consagrando los poderes que yo reclamo.

„Entonces, Francia y Europa podrán preservarse de la anarquía, se allanarán los obstáculos y desaparecerán las rivalidades, porque todos respetarán en el fallo del pueblo los decretos de la Providencia.

„Dado en el palacio del Elíseo el 2 de Diciembre de 1851.

„Luis Napoleon Bonaparte.„

"PROCLAMA

del presidente de la República al ejército.

„Soldados!

„Enorgulleceos de vuestra mision; salvareis la patria, porque yo cuento con vuestro apoyo, no para violar las leyes, sino para que se respete la primera de ellas, la soberanía nacional, de la que soy el legítimo representante.

„Hace mucho tiempo que sufrís como yo los obstáculos que se oponen al bien que deseo practicar y á las demostraciones de simpatía que os inspiro; pero estos obstáculos han desaparecido.

„La Asamblea, que pretendió atentar contra la autoridad que de la nacion entera he recibido, no existe ya.

„Hago leal llamamiento al pueblo y al ejército para decirles: —Concededme los medios de asegurar vuestra prosperidad, ó elegid otro representante que me reemplace.

„En 1830, como en 1848, os han tratado como á vencidos. No contentos con zaherir vuestro desinterés heróico, han desdeñado consultar vuestra opinion, cuando sois la esencia de la nacion. En estos momentos solemnes deseo que se oiga la voz del ejército.

„Votad, pues, libremente como ciudadanos y al mismo tiempo como soldados, y no olvideis que la obediencia pasiva á las órdenes del jefe del gobierno es deber riguroso en el ejército, desde el general hasta el soldado.

„Me incumbe adoptar las medidas que crea indispensables para asegurar el bien público, ya que soy responsable de mis actos ante el pueblo y ante la posteridad.

„Vosotros permaneced constantes á las reglas de la disciplina y del honor, y contribuya vuestra actitud imponente á que el pais manifieste su voluntad con reflexion y tranquilo.

„Estad preparados para reprimir cualquier tentativa contra el libre ejercicio de la soberanía nacional.

„Soldados: no os hablaré de los recuerdos que mi nombre despierta, porque esos recuerdos están grabados en vuestros corazones. Nos unen lazos indisolubles y vuestra historia es la mia. En el pasado hay entre nosotros comunidad de glorias y de desgracias.

„Debe haber en el porvenir comunidad de sentimientos y de resoluciones para asegurar el reposo y la grandeza de Francia.

„Dado en el palacio del Elíseo el 2 de Diciembre de 1851.

„*Firmado*: L. N. BONAPARTE.„

"*En nombre del pueblo francés.*

„El presidente de la República decreta:

„*Artículo 1.°* Queda disuelta la Asamblea nacional.

„*Art. 2.°* Queda restablecido el sufragio universal y se deroga la ley del 31 de Mayo.

„*Art. 3.°* Se convoca al pueblo francés á que asista á sus comicios desde el 14 de Diciembre hasta el 21 del mismo mes del año próximo.

„*Art. 4.°* Se declara en estado de sitio el territorio de la primera division militar en toda su extension.

„*Art. 5.°* Queda disuelto el Consejo de Estado.

„*Art. 6.°* El ministro del Interior se encargará de la ejecucion del presente decreto.

„Dado en el palacio del Elíseo el 2 de Diciembre de 1851.

„LUIS NAPOLEON BONAPARTE.

El ministro del Interior,
DE MORNY.»

VII.

Calle Blanche, núm. 70.

Es difícil encontrar la Cité Gaillart. Es una callejuela desierta del barrio nuevo que separa la calle de los Mártires de la calle Blanche; pero sin embargo, yo la encontré. Cuando llegué al número 4, Ivan salió por la puerta-cochera y me dijo:—Estoy aquí para avisaros. La policía vigila esta casa; Michel os espera en la calle Blanche, núm. 70, á pocos pasos de aquí.

Conocia la citada casa por vivir allí Manin, el memorable presidente de la República veneciana, pero no era en su casa donde nos debíamos reunir.

La portera del núm. 70 me encaminó al primer piso. La puerta se abrió, y una mujer de cuarenta años, bella y con cabello gris, que era la señora baronesa Coppens, que conocí por haberla visto en algunas reuniones y en mi casa, me introdujo en el salon.

En él estaban Michel de Bourges y Alejandro Rey, antiguo constituyente, elocuente escritor y hombre de valor. Entonces redactaba *El Nacional*.

Nos estrechamos las manos.

Michel me preguntó:

—Hugo, qué vamos á hacer?

—Todo lo que sea necesario, respondí.

—Esa es tambien mi opinion, dijo.

Llegaron varios representantes, entre otros Pedro Lefranc, Labrausse, Theodoro Bac, Noel Parfait, Arnauld de la Arrieze, Demósthenes Ollivier, antiguo constituyente, y Charamaule. La indignacion era profunda é indescriptible, pero no se pronunciaban allí palabras inútiles. Todos sentian la cólera viril de la que surgen las grandes resoluciones. Se expuso la situacion y cada cual comunicaba sus noticias. Charamaule demostró desde los primeros momentos mucho valor, que no desmintió durante los cuatro dias que duró la lucha. Era un hombre de elevada estatura, de semblante enérgico, de palabra vigorosa, que votaba con la izquierda, aunque se sentaba en la derecha. En la Asamblea ocupaba un sitio entre Montalembert y Riancey. Algunas veces disputaba con ellos acaloradamente. Charamaule acudió á la reunion vestido con una especie de gaban militar de paño azul y armado, como supimos más tarde.

La situacion era grave: diez y seis representantes presos, todos los generales de la Asamblea, y Charras, que valia más que un general; suprimidos todos los periódicos, ocupadas militarmente todas las imprentas. Supeditado á Bonaparte un ejército de ochenta mil hombres, que podia aumentarse en pocas horas. El telégrafo á sus órdenes. Todas las esquinas llenas de proclamas, y nosotros sin una caja para poder imprimir una cuartilla de papel; el pueblo engañado y desarmado, sin medios de revelar nuestra protesta y sin medios para comenzar el combate. El golpe de Estado estaba acorazado y la República desnuda; el golpe de Estado tocaba la bocina y la República tenia puesta la mordaza.

Qué hacer? Mandaban los generales de Africa la razzia contra la República, contra la Constitucion, contra la Asamblea, contra el derecho, contra la

ley, contra el progreso y contra la civilizacion. Los bravos acababan de probar que eran cobardes, pero tomaron bien las precauciones; solo el miedo pudo inspirarles tanta habilidad. Consiguieron prender á todos los hombres de armas de la Asamblea y á todos los hombres de accion de la izquierda, á Baudne, á Cárlos Lagrange, á Miot, á Valentin, á Nadaud y á Cholat. Además, estaban presos todos los jefes posibles de barricadas. Los forjadores de la alevosía se olvidaron intencionadamente de Julio Favre, de Michel de Bourges y de mí, juzgándonos más hombres de tribuna que de accion, queriendo dejar en la izquierda hombres capaces de resistir, pero incapaces de vencer, para deshonrarnos si no combatíamos y para fusilarnos si queríamos combatir.

Abrióse la discusion. Iban entrando en la sala otros representantes; acudieron Edgar Quinet, Doutre, Pelletier, Cassal, Bruckner, Baudin, Chauffour.

Yo hablé el primero, declarando que era preciso entablar la lucha inmediatamente y devolver golpe por golpe. Que, segun mi opinion, los ciento cincuenta representantes de la izquierda debian ponerse las bandas, salir procesionalmente por las calles y por los boulevares y llegar hasta la Magdalena gritando: ¡Viva la República! ¡Viva la Constitucion! Presentarnos al frente de las tropas solos, serenos y sin armas é intimarles que obedeciesen al derecho. Si las tropas cedian poniéndose de nuestra parte, volver á la Asamblea y acabar con Luis Bonaparte. Si los soldados ametrallaban á los legisladores, dispersarse por Paris, gritar á las armas y correr á las barricadas. Empezar resistiendo constitucionalmente, y si nada conseguíamos, continuar la resistencia revolucionaria, pero pronto, sin perder tiempo.

La iniquidad, decia yo, debe atajarse en su orígen, porque seria grave falta que consintiésemos que las horas transcurridas aceptasen un atentado. Cada minuto que pasa es un cómplice que aprueba el crímen. Temed las acciones inícuas que se llaman hechos consumados.

Muchos de los representantes apoyaron enérgicamente esta opinion, entre otros Edgar Quinet, Pelletier y Doutre.

Michel de Bourges formuló contra mi opinion objeciones graves. El instinto me impulsaba á empezar en seguida; él estaba por ver venir. Segun su dictámen, era peligroso precipitar el desenlace. El golpe de Estado estaba organizado, pero el pueblo no, y por eso habia caido en el lazo. Era preciso no hacerse ilusiones; las masas no se sublevaban, en los arrabales habia tranquilidad profunda; las masas estaban sorprendidas, pero no indignadas. El pueblo de Paris, que es tan inteligente, no comprendia aun la trascendencia de lo sucedido.

Michel añadia además:—"No estamos ya en 1830. Cárlos X, al arrojar á los 221, se expuso á recibir el desaire de que los 221 volviesen á ser reelegidos; pero no nos encontramos en semejante situacion. Aquellos 221 eran populares y la Asamblea actual no lo es. La Cámara que se disuelve injuriosamente, pero que sostiene el pueblo, tiene la seguridad de vencer. El pueblo que se sublevó en 1830 hoy permanece en la inaccion. Es presa, esperando ser víctima.„ Michel de Bourges estaba convencido de que era preciso dar tiempo al pueblo para que comprendiese, para que se irritase y para que se sublevara. Tenia la idea de que seria temerario en los representantes forzar la situacion. Ir inmediatamente al encuentro de las tropas seria querer que nos ametrallasen inútilmente y privar á la generosa insurreccion del derecho de sus jefes naturales, que son los representantes del pueblo. Eso seria cortar la cabeza á los jefes de las huestes populares.

El aplazamiento era conveniente; no debíamos dejarnos arrastrar por la pasion, sino reservarnos; porque dar rienda al entusiasmo seria perder la batalla antes de empeñarla. Por lo tanto no debíamos concurrir á la reunion convocada por la derecha para el medio dia, porque todos los que asistiéramos á ella seríamos presos, y debíamos permanecer libres, apercibidos y serenos para poder obrar con la ayuda del concurso del pueblo. Cuatro dias de agitacion sin combate fatigarian al ejército. A pesar de sus ideas, Michel era de opinion de comenzar la lucha fijando simplemente en la esquina el art. 68 de la Constitucion. La dificultad consistia en encontrar quién la imprimiera.

Michel de Bourges poseia la experiencia de los procedimientos revolucionarios que á mí me faltaba. Conocia ya de muchos años lo que eran las masas y obraba con prudencia. Además, habia que convenir en que todas las noticias que íbamos recibiendo corroboraban su opinion y contradecian la mia. Paris estaba muy abatido. Mientras el ejército del golpe de Estado lo invadia, ni si-

quiera rasgaba los carteles. Casi todos los representantes allí presentes, hasta los más intrépidos, pensaban como Michel, en esperar y en ver venir. "La noche próxima, decia, comenzará el hervor, y es preciso dar tiempo al pueblo para que comprenda lo que le sucede. Si empezásemos en seguida nos expondríamos á quedarnos solos, porque no conseguiríamos arrastrar al pueblo. Dejémosle que se vaya indignando poco á poco.„ Oyéndoles yo mismo, estaba conmovido. Quizá tenian razon, quizá seria para nosotros una falta perjudicial dar inútilmente la señal del combate. Levantar la voz, lanzar un grito, encontrar un impresor, era lo primero que necesitábamos. Era preciso ver si quedaba alguna imprenta libre.

El anciano y bravo coronel Forestier, antiguo jefe de la 6.ª legion, llamándonos aparte á Michel de Bourges y á mí, nos dijo:—Escuchadme; he sido destituido y soy de los vuestros; ya no mando mi legion: nombradme en nombre de la izquierda coronel de la 6.ª, firmándome una órden, y salgo en seguida y hago tocar llamada. Dentro de una hora la legion estará sobre las armas.

—Coronel, le respondí, haré más que firmaros una órden; os acompañaré.

Volviéndome hácia Charamaule, que tenia el coche en la calle á la puerta de la casa, le dije:

—Venid con nosotros.

Forestier contaba con seguridad con dos jefes de batallon de la 6.ª Acordamos ir á sus casas inmediatamente, y que Michel y los otros representantes irian á esperarnos á casa de Bouvalet, en el boulevard del Temple, cerca del café Turco.

Salimos de allí.

Atravesamos Paris, notando ya en él cierto hormigueo amenazador; multitud inquieta llenaba los boulevares; los transeuntes se hablaban sin conocerse, lo que era señal evidente de ansiedad pública, y los grupos conversaban en alta voz en las esquinas de las calles. Las tiendas se cerraban.

—Paris se anima, exclamó Charamaule, que habia recorrido la ciudad desde la madrugada, observando con tristeza la apatía de las masas.

Encontramos en sus casas á los dos jefes de batallon con los que contaba el coronel Forestier. Eran dos ricos negociantes en lienzos, que nos recibieron con cierto embarazo. Los dependientes de las tiendas se agrupaban á los cristales para vernos pasar. Sin embargo, uno de los dos jefes renunció á un viaje que debia emprender aquel mismo dia y nos prometió su concurso.—No os hagais ilusiones, nos dijo; como todos prevén que habrá matanzas, acudirán pocos hombres.

El coronel Forestier añadió:—"Watrin, coronel actual de la 6.ª, no es muy amante de los golpes de Estado; quizás me entregue el mando amistosamente. Voy á verle y luego iré á juntarme con vosotros en casa de Bouvalet.„ Cuando llegamos Charamaule y yo á la puerta de San Martin, bajamos del carruaje y continuamos á pié por el boulevard, para ver más de cerca los grupos y examinar bien el aspecto de la muchedumbre.

Las últimas nivelaciones de la via pública han convertido el boulevard de la puerta de San Martin en un barranco profundo, que dominan dos escarpaduras; en lo alto de las escarpas están las aceras, guarnecidas de antepechos. Los coches caminan por el barranco y los que van á pié por las aceras.

En el momento de llegar al boulevard, una columna larga de infantería desembocaba en el barranco á tambor batiente.

Inmenso y apiñado gentío cubria las dos aceras del boulevard de San Martin; multitud de obreros con blusa se apoyaban de codos en los antepechos. Cuando la columna comenzaba el desfile por delante del teatro de la puerta de San Martin, el grito atronador de ¡Viva la República! salió de todos los labios, como si lo hubiera lanzado un solo hombre. Los soldados continuaron avanzando silenciosamente; parecia que acortaban el paso y que algunos mirasen á la muchedumbre con aire indeciso. ¿Qué significaba el grito de Viva la República? Era una aclamacion? ¿Era una rechifla?

Me pareció en aquel instante que la República levantaba la cabeza y que el golpe de Estado bajaba la frente.

Mientras esto pensaba, Charamaule me dijo:—Os han conocido.

En efecto, en la altura de Chateau d'Eau me rodeó la muchedumbre. Algunos jóvenes gritaron:—"¡Viva Víctor Hugo!„ Uno de ellos me preguntó:

—Ciudadano, qué debemos hacer?

—Romper los sediciosos carteles del golpe de Estado y gritar:—"¡Viva la Constitucion!„

—Y si nos echan una descarga? me preguntó un obrero jóven.

—Entonces haced uso de las armas.

—Bravo! gritó la muchedumbre.

—Luis Bonaparte es un rebelde, que se mancha hoy con todos los crímenes. Nosotros, que somos los representantes del pueblo, le declaramos fuera de la ley; pero sin necesidad de nuestra declaracion, su traicion le saca de la ley. Ciudadanos: usad las dos manos; con la una tomad el derecho y con la otra el fusil, y levantaos contra Bonaparte.

—Bravo! bravo!

Un comerciante que cerraba la tienda me dijo:

—No hableis tan alto; si os oyen os fusilarán.

—Pues bien, repliqué; si me fusilaran pasearíais mi cadáver, y de ese modo mi muerte seria útil para que se cumpliera la justicia de Dios.

Todos gritaron:—Viva Víctor Hugo!

—Gritad viva la Constitucion! les dije. En seguida el grito atronador de ¡Viva la Constitucion! Viva la República! salió de todos los pechos.

El entusiasmo, la indignacion y la cólera relampagueaban en todos los ojos. Creí entonces, y sigo aun creyendo, que quizá fué aquel un instante supremo. Tentaciones tuve de apoderarme de la muchedumbre y de comenzar el combate.

Charamaule me contuvo, diciéndome en voz muy baja:

—Provocaríais una descarga inútil; todos van desarmados: la infantería está á dos pasos de nosotros y la artillería viene.

Varias piezas de artillería enganchadas desembocaban al trote largo por la calle de Bondy. Que Charamaule me aconsejase moderarme me impresionó, pero consejo dado por hombre tan intrépido no podia ser sospechoso para mí. Además, me creia obligado á cumplir lo que acordamos en la calle Blanche.

La muchedumbre se apiñaba á nuestro alrededor, y acabamos por andar con mucha dificultad; pero, sin embargo, teníamos que acudir á la cita de la casa de Bouvalet.

Súbitamente un hombre me tendió los brazos: era Leopoldo Duras, redactor del *Nacional*.

—No paseis adelante, me dijo en voz baja; el restaurant Bouvalet está cercado. Michel de Bourges iba á arengar al pueblo cuando llegó la tropa; le ha costado mucho trabajo salir de allí. En dicho restaurant han prendido á varios representantes que estaban reunidos, y los demás volverán á reunirse en la calle Blanche. Vengo buscándoos para decíroslo.

Charamaule hizo una seña á un cochero que pasaba con un cabriolé, subimos en él y nos siguió la multitud gritando: Viva la República! ¡Viva Víctor Hugo!

Luego supe que en aquel instante llegaba al boulevard una seccion de agentes de policía que iba á prenderme. El cabriolé marchó á escape. Un cuarto de hora despues entrábamos en la calle Blanche.

VIII.

Violacion de la sala.

A las siete de la mañana el puente de la Concordia estaba solitario; la gran verja del palacio de la Asamblea estaba cerrada; al través de los barrotes se veian los escalones de la gradería donde se proclamó la República el 4 de Mayo de 1848 llenos de soldados, y se distinguian tambien los pabellones de armas en la plataforma, detrás de las altas columnas que desde el tiempo de la Constituyente, desde el 15 de Mayo y el 23 de Junio, ocultaban obuses de montaña cargados.

Un portero, que llevaba el uniforme de la Asamblea con el cuello de la levita rojo, estaba á la puerta de la verja. Iban llegando los representantes. El portero les preguntaba:—¿Los señores son representantes? y les abria. Llegaban sin obstáculo hasta las habitaciones de M. Dupin. En la galería principal, en el comedor, en el salon de la presidencia, habia ujieres con librea que, como de costumbre, abrian las puertas silenciosamente.

Antes de hacerse de dia, en cuanto supo la prision de los cuestores Baze y Lefló, M. Panat, único cuestor que quedaba libre, desdeñado sin duda como á legitimista, fué á despertar á M. Dupin y le excitó á que convocara á domicilio á los representantes. M. Dupin le dió esta extraña respuesta:—No veo que haya urgencia.

Casi al mismo tiempo que M. Panat, acudió el representante Gerónimo Bonaparte, que pidió á M. Dupin que se pusiera al frente de la Asamblea. M. Dupin le respondió:—"No puedo, porque estoy vigilado." Gerónimo Bonaparte se echó á reir. Ni se dignaron siquiera poner un centinela á la puerta de la habi-

tacion de Dupin; creian sin duda que le protegia su propia bajeza.

Más tarde, cerca ya del medio dia, tuvieron conmiseracion de él; comprendieron que le despreciaban demasiado y acordaron ponerle dos centinelas.

Á las siete y media estaban reunidos en el salon de M. Dupin quince ó veinte representantes, entre otros Eugenio Sué, Joret de Bessegnier y de Talhouet. Tambien, como Gerónimo Bonaparte, hicieron esfuerzos para convencer al presidente.

M. Dupin, apartado del grupo de los representantes, solo, vestido de negro, con las manos echadas atrás y la cabeza inclinada, se paseaba de arriba á bajo por delante de la chimenea, en la que ardia buen fuego. Hablaban de él en voz alta en su propia presencia y en su casa, pero él parecia que no oia nada. Benoit y Cristin, miembros de la izquierda, entraron en el salon; el último se fué en derechura hasta M. Dupin y le dijo:

—Señor presidente, ya sabreis lo que pasa; ¿cómo es que no se ha convocado aun la Asamblea?

Dupin suspendió su paseo y respondió con el movimiento de hombros que le era peculiar:

—Porque no hay nada que hacer.

Despues continuó paseando.

—Esto es muy chocante, dijo M. de Bessegnier.

—Demasiado, añadió Eugenio Sué.

Todos los representantes salieron del salon.

Entre tanto el puente de la Concordia se cubria de tropas. El general Vasi-Vimeux, flaco, viejo, pequeño, de gran uniforme, con sombrero bordado en la cabeza, cargado con enormes charreteras, ostentando la banda, no de representante, sino de general, recorria el puente á pié y dirigia á los soldados gritos inarticulados de entusiasmo en favor del imperio y del golpe de Estado. Figuras como la de aquel general se veian en 1814; pero en vez de llevar una escarapela grande tricolor llevaban escarapela grande y blanca: en el fondo el mismo fenómeno; viejos que gritan:—"Viva lo pasado!„ Casi al mismo instante M. de La Rochejaquelein atravesaba la plaza de la Concordia, rodeándole multitud de hombres de blusa, que le seguian en silencio y con curiosidad. Varios regimientos de caballería estaban escalonados en la gran avenida de los Campos Elíseos.

A las ocho, fuerzas imponentes cercaban el palacio legislativo, cuyas puertas estaban cerradas y cuyos alrededores estaban vigilados. Esto no obstante, llegaban aun algunos representantes y entraban en palacio, no como equivocadamente se ha dicho por el pasaje del hotel del presidente, sino por la puertecilla de la calle de Bourgogne, conocida por la Puerta Negra, que, no sabemos si por olvido ó por combinacion, permaneció abierta el 2 de Diciembre hasta cerca del medio dia. La calle de Bourgogne estaba llena de soldados; pelotones esparcidos aquí y allá, en la calle de la Universidad, permitian la circulacion de los pocos transeuntes que pasaban.

Los representantes que entraban por dicha puerta llegaban hasta la sala de las conferencias, en donde se encontraban con sus colegas, que habian entrado por casa M. Dupin.

En la citada sala se formó muy pronto un grupo muy numeroso de representantes pertenecientes á todas las fracciones de la Asamblea. Cada uno de los que iban llegando preguntaba á M. de Panat:

—Dónde están los vicepresidentes?

—Presos.

—Y los otros dos cuestores?

—Presos tambien. Y os ruego, señores, que creais, añadia M. de Panat, que no he influido en nada para que se me infiriera la afrenta de no prenderme tambien.

La indignacion llegó á su colmo; todas las opiniones se confundian en el mismo sentimiento de menosprecio y de cólera, y M. Bessegnier era tan enérgico como Eugenio Sué. Por primera vez parecia que la Asamblea solo tenia un corazon y una voz. Cada cual juzgaba al hombre del Elíseo con imparcialidad de criterio, comprendiéndose ya entonces, sin que nadie se hubiera dado cuenta de ello, que hacia tiempo que Luis Bonaparte habia conseguido tener perfecta unanimidad, la unanimidad del desprecio.

M. de Panat iba de un grupo á otro, anunciando á los representantes que habia convocado la Asamblea á la una. Pero era imposible esperar hasta esa hora, porque el tiempo apremiaba. En el palacio de Borbon, como en la calle Blanche, el pensamiento general era que cada hora que pasaba fortalecia el golpe de Estado; cada cual sentia como un remordimiento pesarle el silencio ó la inaccion; el círculo de hierro se estrechaba; la oleada de soldados seguia sin cesar é

invadia el palacio; á cada instante se doblaba el número de centinelas á las puertas. Aunque el grupo de representantes reunidos en el salon de conferencias se respetaba aun, necesitaban obrar, hablar, ocupar sus asientos, luchar, no perder un instante.

Gambou dijo:—"Escitemos otra vez á Dupin, es nuestro representante oficial y le necesitamos.„ Fueron á buscarle, pero no le encontraron. No estaba, se habia ausentado, habia desaparecido, se habia evaporado. Nadie sabia dónde. La traicion tiene escondrijos desconocidos.

De repente entró en la sala un hombre que era extraño á la Asamblea. Vestia uniforme de oficial superior y llevaba la espada al cinto. Era un jefe del batallon del 42 de línea, que venia á requerir á los representantes para que abandonasen su casa. Tanto los republicanos como los monárquicos se lanzaron sobre él indignados, segun lo refirió un testigo ocular. El general Leydet le dirigió palabras de esas que no caen en el oido, sino en la mejilla.

—Cumplo mi deber, obedezco á la consigna, balbuceó el oficial.

—Sois un imbécil si creeis que eso es cumplir con vuestro deber, y sois un miserable si sabeis que cometeis un crímen, le replicó Leydet. Oís lo que os digo? Incomodaos si os atreveis.

El oficial no creyó prudente irritarse y contestó:

—Segun eso, señores, ¿no quereis retiraros?

—No.

—Pues voy á traer la fuerza.

—Traedla.

El oficial se retiró y fué á tomar órdenes del ministerio del Interior.

Los representantes esperaron con impaciencia indescriptible lo que podria muy bien llamarse la violencia sofocando al derecho. Pocos momentos despues volvió uno de los representantes que habia salido á hacerles saber que dos compañías de gendarmería móvil llegaban armadas de fusiles.

Marc Dufraisse exclamó:

—Que sea completo el atentado! ¡Que el golpe de Estado nos encuentre en nuestros puestos! ¡Vamos á la sala de sesiones! Una vez allí, vemos el espectáculo real y vivo de un 18 Brumario.

Como tenian el paso libre penetraron en la sala de las sesiones. La tropa no habia ocupado aun la sala Casimir-Perier. Eran unos sesenta los representantes; varios llevaban bandas puestas y todos entraron en la sala con el mayor órden.

Una vez allí, M. de Bessegnier, con el objeto de formar un grupo más compacto, queria que se instalasen todos en el lado derecho.

—No, contestó Marc Dufraisse, cada uno á su banco.

Fué obedecido y cada cual ocupó su sitio de costumbre.

M. Monet, que se sentaba en uno de los bancos inferiores del centro izquierdo, tenia en la mano un ejemplar de la Constitucion.

Transcurrieron algunos minutos en los que nadie hablaba, reinando allí el silencio de espera que precede á los actos decisivos y á las crísis finales, en el que cada uno parece escuchar respetuosamente las últimas instrucciones de la conciencia.

De repente, soldados de gendarmería móvil, que precedia un capitan con la espada desenvainada, aparecieron en el umbral de la puerta. Violaron las salas de las sesiones. Los representantes, levantándose de todos los bancos á la vez, gritaron:—"Viva la República!„ Despues se volvieron á sentar.

En pié solo permaneció el representante Monet, que con voz enérgica é indignada, que retumbó en la sala como un clarin, mandó á los soldados que no pasaran adelante.

Paráronse, en efecto, mirando á los representantes con asombro.

Los soldados solo habian ocupado el vestíbulo de la izquierda; no habian llegado aun á la tribuna.

El representante Monet leyó los artículos 36 y 37 de la Constitucion que consagraban la inviolabilidad de los diputados, y el artículo 68, que destituia al presidente en el caso de traicion.

Aquel momento fué solemne. Los soldados escuchaban en silencio.

Cuando terminó la lectura de los artículos, el representante Adelsward, que estaba sentado en el primer banco inferior de la izquierda, el más inmediato á los soldados, se volvió hácia ellos y les dijo:

—Soldados, estais viendo que el presidente de la República es un traidor, y pretende que vosotros seais tambien traidores, haciéndoos violar el sagrado recinto de la representacion nacional. En nombre de la Constitucion, en nombre de las leyes, os mandamos salir de aquí.

Mientras Adelsward hablaba, entró el

jefe del batallon de gendarmería móvil, que dijo:

—Señores, tengo órden de invitaros á que os retireis, ó de expulsaros si os negais.

—Orden de expulsarnos! exclamó Adelsward, y todos los representantes añadieron:—Órden de quién? ¡Veamos quién ha firmado esa órden!

El comandante sacó un pliego y lo desdobló; quiso guardárselo en el bolsillo, pero el general Leydet se lanzó sobre él y le sujetó el brazo. Se acercaron varios representantes y leyeron la órden de expulsion de la Asamblea, firmada por FORTOUL, *ministro de Marina*.

Marc Dufraisse se volvió hácia los gendarmes y les gritó:

—Soldados! Vuestra presencia aquí es criminal. Salid!

Los soldados parecian indecisos. Pero de repente apareció en la puerta de la derecha otra columna, y á una señal del comandante, el capitan gritó:

—Todos fuera!

Entonces se entabló una lucha cuerpo á cuerpo entre gendarmes y legisladores. Los soldados, empuñando el fusil, llegaron hasta el banco del Senado. Arrancaron materialmente de sus asientos á Repellin, á Chanay y á Ration. Dos gendarmes se arrojaron sobre Marc Dufraine y otros dos sobre Gambou. En el primer banco de la derecha, donde Odilon Barrot y Abbatucci se sentaban y se resistieron mucho tiempo, tres hombres fueron necesarios para sacar de su banco á Paulino Durrieu. Derribaron á Monet en la banqueta de los comisarios. Cogieron á Adelsward por el cuello y le lanzaron fuera de la sala. Arrollaron y abofetearon á Richardiet, que estaba enfermo. Quedaron heridos algunos representantes por las puntas de las bayonetas, y casi todos salieron con la ropa destrozada.

El comandante gritaba á los soldados:—Echad la red!

De este modo sesenta representantes del pueblo fueron cogidos por el golpe de Estado por las solapas y arrancados de sus asientos. El hecho material completó la traicion y fué digno del acto moral.

Los tres últimos que salieron fueron Jayolle, Teillard-Latérisse y Paulino Durrieu.

Les permitieron salir por la puerta principal del palacio, y se encontraron en la plaza de Bourgogne, que la ocupaba el 42 de línea á las órdenes del coronel Garderens.

Entre el palacio y la estátua de la República, situada en el centro de la plaza, habia una pieza de artillería apuntando á la puerta principal de la Asamblea. Alrededor de esta pieza los cazadores de Vincennes cargaban las armas y rompian los cartuchos.

El coronel Garderens, montado, estaba cerca del grupo de soldados, que llamó la atencion de los representantes Teillard-Latérisse, Jayolle y Paulino Durrieu. En medio de dicho grupo se resistian enérgicamente tres hombres presos, que gritaban:—Viva la República! Viva la Constitucion! Jayolle, Paulino Durrieu y Teillard-Latérisse se aproximaron y vieron que los tres presos eran tres miembros de la mayoría, los representantes Toupet-des-Vignes, Radoult-Lafosse y Arbey. El representante Arbey protestaba con viveza y levantando la voz, y el coronel Garderens le cortó la palabra en estos términos, que merecen consignarse:

—Callaos! Si decís una palabra más mando que os azoten.

Indignados los tres representantes de la izquierda, intimaron á dicho jefe para que dejase en libertad á sus colegas.

—Coronel, le dijo Jayolle, violais tres veces la ley.

—Y voy á violarla seis, le respondió el coronel, haciendo prender á los tres representantes que estaban libres.

Los soldados recibieron la órden de conducirlos al local del palacio donde estaban construyendo el ministerio de Negocios extranjeros.

Caminando entre dos filas de bayonetas los seis prisioneros, encontraron á sus tres colegas Eugenio Sué, Chanay y Benoit; Eugenio Sué cerró el paso al oficial que mandaba la escolta y le dijo:

—Os notificamos la órden de poner en libertad á nuestros colegas.

—No puedo, respondió el oficial.

—En ese caso completad vuestros crímenes, le respondió Eugenio Sué. Prendednos tambien á nosotros.

El oficial los prendió. Llegaron al local que antes indicamos, y desde allí más tarde los condujeron al cuartel del muelle de Orsay. Por la noche fueron dos compañías de línea por ellos y los trasladaron al referido albergue.

La evacuacion de la sala se verificó, como hemos referido, tumultuosamente, empujando los soldados á los representantes hácia todas las salidas.

Los que acabamos de nombrar salieron por la calle de Bourgogne, y los otros salieron por el salon de conferencias á la verja que está frente al puente de la Concordia.

El salon de conferencias tiene por antesala una pieza, en la cual se abre la escalera de las tribunas altas y varias puertas, entre otras una grande acristalada que conduce á las habitaciones del presidente de la Asamblea. Al llegar á la indicada pieza, los soldados dejaron ya libres á los representantes.

En poco tiempo se formó allí un grupo que capitaneaban Canet y Falrean, en el que dominó la idea de ir á buscar á Dupin, trayéndole á la fuerza si era preciso.

Abrieron la puerta acristalada y se precipitaron en la galería. Ahora sí que encontraron á M. Dupin; en cuanto éste se enteró de que los gendarmes habian evacuado la sala, salió de su escondite. Cuando derribaron la Asamblea, Dupin se levantó; cuando aprisionaron la ley, aquel hombre se creia libre.

El grupo de representantes que dirigian Canet y Falrean lo encontró en su despacho y entablaron con él un diálogo.

Los representantes se empeñaban en que él, como presidente, se pusiera á la cabeza de ellos, que volvieran á entrar en la sala, personificando Dupin á la Asamblea y los diputados á la nacion.

Dupin se negó abiertamente, manteniéndose firme y resuelto, encastillándose heróicamente en su nulidad.

—Qué quereis que haga? decia sembrando sus protestas de axiomas de derecho y de citas latinas. ¿Qué quereis que haga? Nada puedo, nada soy, nada significo. *Ubi nihil nihil.* Domina la fuerza, y donde se emplea la fuerza el pueblo pierde sus derechos. *Novus nascitur ordo.* Tomad el partido que querais, que yo me veo obligado á resignarme. *Dura lex, sed lex.* Ley de la necesidad, aunque no es conforme á derecho. ¿Pero qué he de hacer? Dejadme tranquilo; tengo buena voluntad, pero soy impotente. Si pudiera disponer de cuatro soldados y un cabo, los mandaria fusilar.

—Ya que este hombre no conoce más que la fuerza, dijo uno de los representantes, usémosla con él.

Efectivamente, apelaron á la violencia; le pasaron una banda á modo de cuerda por el cuello y le arrastraron hácia la sala, y él forcejeaba lamentándose y reclamando su libertad.

Poco despues, por la sala de conferencias, donde acababan de pasar los representantes asidos por los gendarmes, pasó M. Dupin asido por los representantes.

Le llevaron más allá. Los soldados estaban cerrando las dos hojas de la puerta verde: acudian allí el coronel Espinasse y el comandante de la gendarmería; del bolsillo de éste sobresalian las culatas de un par de pistolas. El coronel y el comandante estaban pálidos y Dupin descolorido; Dupin tenia miedo al coronel; el coronel no temia á Dupin; pero tras la figura risible y miserable del presidente, veia levantarse algo terrible, su propio crímen, y temblaba. Homero pinta una escena en la que Némesis aparece detrás de Thersites.

Dupin quedó algunos instantes sobrecogido, atontado y mudo.

El representante Gambou le gritó:

—Hablad, señor Dupin, ahora que la izquierda no os interrumpe.

Entonces, temiendo la palabra de los representantes que tenia á sus espaldas y la bayoneta de los soldados cerca del pecho, el desdichado habló. Lo que en aquel momento el presidente de la Asamblea soberana de Francia balbuceó en aquellos instantes supremos es irreferible.

Los que oyeron los últimos hipos de la cobardía agonizante, se apresuraron á purificar sus oidos. Tartamudeó algunas palabras parecidas á éstas:—"Vosotros sois la fuerza, disponeis de las bayonetas; protesto en nombre del derecho y me marcho. Tengo el honor de saludaros.„

Se fué y le dejaron ir. Despues de salir volvió y pronunció algunas palabras más. No las recogeremos, porque la historia no tiene cesto de trapero.

IX.

Un fin peor que la muerte.

Quisiéramos no ocuparnos ni acordarnos nunca del hombre que estuvo investido durante tres años con el título augusto de presidente de la Asamblea nacional de Francia, y que solo acertó á ser el criado de la mayoría. En su última hora descendió todavía más bajo de lo que él mismo nunca pudo imaginarse. Hizo en la Asamblea carrera de criado y tuvo fin de lacayo.

La actitud incomprensible que Dupin observó ante los gendarmes, gesticulando aparente protesta, le hizo sospecho-

so. Gambou dijo:—"Se resiste como si fuera cómplice; eso prueba que estaba enterado de todo.„

Creemos injustas estas sospechas, creemos que Dupin nada sabia. Entre los maquinadores del golpe de Estado, ¿quién hubiera querido buscar su adhesion? ¿Era posible corromper á M. Dupin? ¿Para qué? Pagarle era inútil, cuando le podian coger por el miedo. Hay connivencias préviamente realizadas. La cobardía es la tercera complaciente de la felonía. La sangre de la ley que se vierte se limpia pronto. Detrás del asesino que vá con el puñal, llega el medroso que viene con la esponja.

Dupin se fugó á su despacho. Siguiéronle hasta allí.

—¡Dios mio, no comprenden que quiero que me dejen en paz!

Le estaban torturando, en efecto, desde muy temprano para ver si podian extraer de él un átomo de valor.

—Me maltratais más que los gendarmes, decia.

Los representantes se instalaron en su despacho, sentándose alrededor de su mesa-escritorio, mientras estaba él sentado en su sillon, y redactaron un acta de lo sucedido, procurando dejar en los archivos vestigio oficial del atentado.

Terminado su proceso verbal, el representante Canet se lo leyó al presidente y le presentó la pluma.

—Qué quereis que haga? preguntó Dupin.

—Sois nuestro presidente, respondió Canet, y es deber vuestro firmar el acta de nuestra última sesion.

Aquel hombre se negó á firmar.

X.

La Puerta Negra.

Debilidad sin ejemplo fué la de M. Dupin; sin embargo, fué recompensado con una plaza de procurador general en el tribunal de Casacion, prestando á Luis Bonaparte el servicio de ser á su lado el último de los hombres.

Continuemos esta sombría historia.

Los representantes de la derecha, en la sorpresa de los primeros momentos que les causó el golpe de Estado, acudieron en gran número á casa de M. Daru, que era vicepresidente de la Asamblea y al mismo tiempo uno de los presidentes de la reunion de las Pirámides, cuya reunion apoyó siempre la política del Elíseo, pero que nunca creia en las premeditaciones del golpe de Estado. M. Daru vivia en la calle de Lille, número 15.

A las dos de la mañana habíanse reunido en casa de éste unos veinte representantes, y resolvieron ver si podian penetrar en el salon de sesiones de la Asamblea. La calle de Lille desemboca en la calle de Bourgogne, casi enfrente de la puertecilla que dá entrada al palacio y que se llama Puerta Negra. Hácia ella se dirigieron los representantes llevando al frente á M. Daru. Iban del brazo y de tres en tres. La Puerta Negra estaba entreabierta como de costumbre y la vigilaban dos centinelas. Algunos de los representantes se precipitaron hácia ella y pretendieron franquearla; pero la cerraron con violencia, empeñándose una lucha entre los representantes y los agentes de policía que acudieron.

Al mismo tiempo, un batallon que estaba formado en línea en la plaza de Bourgogne se replegó y llegó á paso de carga hasta el grupo de los representantes.

M. Daru, con entereza y con majestad, hizo indicacion al comandante para que se detuviera; el batallon se detuvo, y M. Daru, en nombre de la Constitucion y como vicepresidente de la Asamblea, requirió á los soldados para que le rindieran las armas y dejaran el paso libre á los representantes del pueblo soberano.

El comandante del batallon replicó que habia recibido la órden de evacuar la calle inmediatamente; declaró que ya no existia la Asamblea; que él no sabia qué queria decir representantes del pueblo, y que si no se retiraban voluntariamente, les haria retirar á la fuerza.

—Solo cederemos á la violencia, contestó M. Daru.

—Cometeis un delito, añadió otro representante.

El oficial dió la órden de cargar.

Las compañías avanzaron en columna cerrada.

Entonces hubo un momento de confusion, casi un choque. Los representantes que fueron atacados violentamente retrocedieron hasta la calle de Lille; algunos cayeron en tierra, otros rodaron por el lodo empujados por los soldados. M. Etienne recibió un culatazo en la espalda. Añadamos aquí sin transicion alguna, que ocho dias despues quedó nombrado M. Etienne miembro de la comision consultiva, y entonces le pare-

ció bien el golpe de Estado y hasta el culatazo.

Los representantes volvieron á casa M. Daru; el grupo disperso se rehizo y hasta se aumentó.

—Señores, les dijo M. Daru, no tenemos presidente y nos han cerrado el salon de sesiones. Soy vicepresidente y mi casa servirá de palacio de la Asamblea.

Mandó abrir un gran salon y en él se instalaron los representantes de la derecha. Empezaron á deliberar tumultuosamente, pero Daru les hizo ver que no podian perder el tiempo, que los momentos eran preciosos, y se restableció el silencio.

La primera medida que debian tomar era indudablemente la destitucion del presidente de la República, en virtud del artículo 68 de la Constitucion. Algunos representantes de aquellos que yo contribuí á bautizar con el nombre de *burgraves* se sentaron alrededor de una mesa y redactaron el acta de destitucion.

Cuando iban ya á leerla, un representante que acababa de entrar anunció á la Asamblea que la calle de Lille se llenaba de soldados y que iban á cercar la casa.

Benoit dijo:—Señores, vamos á la Alcaldía del 10.° distrito; allí podremos deliberar, protegidos por la legion 10.ª y el coronel, que es nuestro compañero, el general Lauriston.

La casa de M. Daru tenia en la fachada accesoria salida por una puertecilla que daba al jardin. Por allí salieron muchos de los representantes.

M. Daru se disponia á salir; solo quedaban con él en el salon Odilon Barrot y dos ó tres más cuando se abrió la puerta. Entró un capitan y dijo á M. Daru:

—Señor conde, sois mi prisionero.

—Dónde debo seguiros? preguntó monsieur Daru.

—Tengo órden de no perderos de vista en vuestra propia casa.

El edificio estaba ocupado militarmente. M. Daru se vió imposibilitado de asistir á la sesion de la Alcaldía del 10.° distrito.

El oficial dejó salir á Odilon Barrot.

XI.

El Tribunal Supremo.

Mientras que esto pasaba á la orilla izquierda, al medio dia, un hombre que iba de un lado á otro llamaba la atencion en el salon de conferencias del palacio de Justicia. Este hombre llevaba cuidadosamente abrochado el paletó, y parecia que le acompañaban varios defensores, aunque á cierta distancia; ciertas aventuras de la policía necesitan auxiliares, cuyos aspectos dudosos inquietan á los transeuntes, que se preguntan:—Serán magistrados? ¿Serán ladrones? El hombre del paletó abrochado vagaba de puerta en puerta, de pasillo en pasillo, cambiando signos de inteligencia con aquella especie de matones que le seguian; entraba otra vez en el gran salon, detenia al paso á abogados, á ujieres, á oficiales de escribanos, á porteros, á todos dirigia en voz baja la misma pregunta, para que no le oyeran los que pasaban; á sus preguntas unos respondian sí y otros no. Luego el hombre volvia á pasear otra vez por el palacio de Justicia con aspecto de sabueso que rastrea.

Era el comisario de policía del Arsenal.

Qué buscaba allí? Al Tribunal Supremo.

Qué hacia el Tribunal Supremo? Se escondia.

Para qué? Para juzgar? Sí y no.

El comisario de policía del Arsenal recibió por la mañana del prefecto Maupas la órden de buscar al Tribunal Supremo de Justicia, si éste intentaba reunirse. Confundiendo dicho tribunal con el Consejo de Estado, el comisario de policía empezó por ir al muelle de Orsay. No habiéndole encontrado allí, se volvió y se dirigió por casualidad hácia el palacio de Justicia, pensando encontrarle allí.

No le encontró y se retiró.

Sin embargo, el Tribunal Supremo estaba reunido.

Vamos á ver dónde y cómo.

En la época cuya historia estamos describiendo, antes de las reconstrucciones actuales de los antiguos edificios de Paris, al llegar al palacio de Justicia por el patio de Harlay se encontraba una escalera que conducia, dando vuelta, á un largo corredor, llamado galería Merciere. En el centro de dicho corredor habia dos puertas, una á la derecha, que conducia al tribunal de Apelacion, y otra á la izquierda, por la que se iba al tribunal de Casacion. La puerta de la izquierda se abria en dos hojas y daba á una antigua galería llamada de San Luis, últimamente restaurada, y que hoy sirve de salon de conferencias á los abo-

gados del tribunal de Casacion. Frente á la puerta de entrada habia una estátua de madera de San Luis. Una abertura practicada en escuadra á la derecha de la estátua desembocaba en un recodo que terminaba en una especie de callejon, que aparentemente cerraban dos puertas dobles; sobre la de la derecha se leia: *Despacho del primer presidente*; sobre la de la izquierda: *Cámara del Consejo.* Entre las dos puertas habia un pequeño pasadizo que servia de paso á los abogados que iban á la sala de la Cámara civil, que era la antigua gran Cámara del Parlamento, especie de callejon estrecho y oscuro, en el cual, segun dijo uno de los abogados, *se hubieran podido cometer impunemente toda clase de crímenes.*

Dejando á un lado el despacho del presidente y abriendo la puerta de la Cámara del Consejo, se atravesaba una espaciosa habitacion, en la que se veia una extensa mesa de hierro rodeada de sillas verdes. En el fondo de esta habitacion, que sirvió en 1793 de sala para deliberar á los jurados del tribunal revolucionario, una puerta cortada en el maderaje hacia salir á un pasillo que tenia dos puertas; á la derecha la puerta del despacho del presidente de la sala de lo Criminal; á la izquierda la que conduce á la habitacion donde se sirven los desayunos á los magistrados. Una tercera puerta cerraba la extremidad de este pasillo; era la última del palacio de Justicia, la más lejana, la más desconocida; se abria sobre la biblioteca del tribunal de Casacion, que era una espaciosa sala, que alumbraban dos ventanas que caian al patio interior de la Conserjería, y estaba amueblada con algunas sillas de cuero, con tapete verde y estantería con libros de Derecho, que cubrian las paredes de arriba á bajo. Esta era la sala más retirada y oculta del palacio.

En ella entraron el 2 de Diciembre, á las once de la mañana, varios hombres con traje negro, pero sin toga, sin insignias, azorados, moviendo la cabeza y hablando en voz baja. Estos hombres constituian el Tribunal Supremo de Justicia.

Este tribunal, segun el texto de la Constitucion, constaba de siete magistrados; un presidente, cuatro jueces y dos suplentes, que designaba el tribunal de Casacion entre sus miembros, y que eran renovables todos los años.

En Diciembre de 1851 estos jueces se llamaban Hardouin, Pataille, Moreau, Delapalme, Cauchy, Grandet y Quesnault; los dos últimos eran los suplentes.

De estos hombres poco conocidos se tenian escasos antecedentes. M. Cauchy, presidente de la Cámara en la córte real de Paris años atrás, hombre tímido, era hermano del matemático miembro del Instituto á quien se debe el cálculo de las ondulaciones sonoras y del antiguo archivero de la Cámara de los Pares. M. Delapalme habia sido abogado general y tuvo gran intervencion en los procesos de la prensa durante la Restauracion; M. Pataille fué diputado del centro durante la monarquía de Julio; á M. Moreau (del Sena) le llamaban de este modo para no confundirle con monsieur Moreau (de la Meurthe). El primer suplente, M. Grandet, habia sido presidente de la Cámara de Paris, y se hizo de él el siguiente elogio: "No se le conoce carácter ni opinion alguna.„ El segundo suplente, M. Quesnault, era liberal, diputado, funcionario público, docto; llegó de un salto á la sala de lo Criminal del tribunal de Casacion, y figuraba entre los más rígidos.

M. Ardouin, que presidia el Tribunal Supremo, era antiguo presidente de audiencias, religioso, jansenista, conocido entre sus colegas como magistrado escrupuloso.

A las nueve de la mañana del 2 de Diciembre entraban dos hombres en casa M. Ardouin, que habitaba en el Port-Royal. Uno era M. Pataille y el otro un miembro respetable del tribunal de Casacion, el antiguo constituyente Martin de Estrasburgo. Pataille iba á ponerse á las órdenes de M. Ardouin.

Martin de Estrasburgo, al leer en los carteles el golpe de Estado, pensó en seguida en el Tribunal Supremo. M. Ardouin hizo pasar á Pataille á una habitacion inmediata á su gabinete, y recibió al antiguo constituyente como á persona que se desea hablar sin testigos. Excitado por éste para que convocara al Tribunal Supremo, el presidente le declaró que el tribunal cumpliria con su deber, pero que necesitaba ante todo conferenciar con sus colegas, añadiendo que eso se verificaria hoy ó mañana.

—Hoy ó mañana! exclamó Martin de Estrasburgo; señor presidente, la salvacion de la República y del pais dependen quizás de lo que el tribunal haga ó deje de hacer. Pensad que es grave vuestra responsabilidad, y que el Tribunal Supremo de Justicia debe cumplir su deber en seguida, sin vacilar y sin perder un minuto.

Efectivamente, la justicia no debe esperar á mañana.

—Si necesitais un hombre que ejecute actos enérgicos, me pongo á vuestra disposicion.

M. Ardouin declinó el ofrecimiento, afirmándole que no perderia un instante y rogándole que le dejase conferenciar con su colega M. Pataille.

Convocó el Tribunal Supremo para las once en la sala de la biblioteca. Los magistrados fueron puntuales. A las once y cuarto ya estaban reunidos.

Tomaron asiento alrededor de la gran mesa verde. Sin que precediera ninguna solemnidad, el presidente abrió la sesion, hablando de este modo:

—Señores, no hay para qué exponer la situacion; todos sabeis de lo que se trata.

El artículo 68 de la Constitucion era imperioso: era preciso que el Tribuna Supremo se reuniese, *bajo pena de traicion.* Ganaron tiempo y se constituyó: nombraron escribano del tribunal á M. Bernard, le enviaron á buscar, y mientras llegaba, rogaron al bibliotecario que llevara la pluma. Convinieron en la hora y en el sitio en que se habian de reunir por la tarde. Hablaron de la gestion que hizo Martin de Estrasburgo, que les molestó, y la calificaron de empujon que daba la política á la justicia. Trataron algo del socialismo, de la montaña y de la República roja, y algo tambien acerca del decreto que debian pronunciar. Hablaron, vituperaron y conjeturaron. Qué esperaban?

Ya hemos referido lo que por su parte hacia el jefe de policía.

Y á propósito de esto, cuando los cómplices del golpe de Estado pensaron que el pueblo podia, para exigir al Tribunal Supremo el cumplimiento de su deber, invadir el palacio donde no se encontraba, les pareció buena la eleccion de esta sala; pero cuando reflexionaban que la policía iria tambien al Tribunal Supremo, ya no les parecia bien la eleccion del sitio. Quisieron ocultar al Tribunal Supremo, pero consiguieron ocultarle demasiado. Pensaban los susodichos cómplices que cuando la policía y la fuerza armada llegaran hasta el tribunal, éste estaria ya harto comprometido.

Los magistrados daban tiempo al tiempo, esperando que el suceso del dia terminara para decidirse por una parte ó por otra, por la Asamblea ó por el presidente; en una palabra, por la parte que venciese, y de este modo podria con seguridad dirigirse contra alguno.

Debatieron largamente la cuestion para decidirse si habian de acusar inmediatamente al presidente ó extender un sencillo decreto de informacion; adoptaron el último dictámen.

Redactaron un decreto, pero no el decreto brutalmente honrado que se fijó y publicó por consejo de los representantes de la izquierda, en el que se leen estas palabras de mal gusto: *crímen y alta traicion*; este decreto, que era una arma de guerra, solo existió como proyectil. En muchos jueces la sabiduría consiste algunas veces en saber redactar un decreto, que en realidad no lo es, que no obliga á nada, en el que todo es condicional, en el que á nadie se acrimina y en el que nada se califica. Estos decretos son á modo de interlocutorios que permiten esperar y ver venir; y cuando se trata de hombres sérios, no se debe en circunstancias especiales añadir á los sucesos posibles la rigidez de la justicia. El Tribunal Supremo, teniendo en cuenta estas consideraciones, redactó un decreto prudente; este decreto es desconocido, se publica por primera vez en este libro. Es una obra maestra del género ambiguo. Dice así:

"EXTRACTO

del registro del Tribunal Supremo de Justicia.

„El Tribunal Supremo de Justicia,

„Visto el artículo 68 de la Constitucion;

„En atencion á que los carteles impresos que empiezan por estas palabras: "*El presidente de la República*„ y llevan al fin las firmas de *Luis Napoleon Bonaparte* y *Morny, ministro del Interior*, contienen, entre otras medidas, la disolucion de la Asamblea nacional, se han fijado hoy en las esquinas de Paris; atendiendo á que el mero hecho de la disolucion de la Asamblea es suficiente para realizar el caso previsto por el citado artículo de la Constitucion, y obliga á que se reuna el Tribunal Supremo, segun el texto de dicho artículo,

„Declara que el Tribunal Supremo de Justicia está constituido y nombra al señor Rennard, consejero del tribunal de Casacion, para que llene las funciones del ministerio público, y para las de escribano al señor Bernard, escribano jefe del tribunal de Casacion; y para proceder ulteriormente con arreglo á los términos de dicho artículo 68, aplaza la sesion hasta mañana 3 de Diciembre á las doce.

Deliberado y firmado en la cámara del

Consejo, de la que es presidente M. Ardouin y magistrados consejeros los señores Pataille, Moreau, Delapalme y Cauchy, el 2 de Diciembre de 1851.„

Los dos suplentes se prestaron á firmar el decreto, pero el presidente no quiso admitir más firmas, porque las de los suplentes eran inútiles estando el tribunal completo.

La una seria cuando acabaron de extenderlo, y comenzó á correr por palacio la noticia de que algunos miembros de la Asamblea habian publicado un decreto destituyendo á Luis Bonaparte; uno de los magistrados que salió durante la deliberacion, volvió á entrar trayendo esta noticia á sus colegas. Esto coincidió con un exceso de energía. El presidente esplanó la idea de que convendria nombrar un procurador general.

La dificultad estaba en la persona que habia de nombrarse. En todos los procesos precedentes se habia elegido siempre para procurador general del Tribunal Supremo al procurador general del tribunal de Apelacion de Paris, y no habia por qué variarlo ahora. Entonces era procurador general M. Royer, que tambien fué guarda-sellos de Bonaparte. Esta nueva dificultad promovió larga discusion.

Para conseguir que aceptara el señor Royer, M. Ardouin aceptó la comision de ofrecerle el cargo. Para esto solo tenia que atravesar la galería Merciere. El señor Royer estaba en su despacho y el ofrecimiento le disgustó en gran manera. Le sorprendió semejante proposicion, porque aceptar era sério y renunciar era grave.

La traicion venia envuelta en el ofrecimiento. El 2 de Diciembre á la una de la tarde el golpe de Estado era todavía un crímen, y M. Royer, no sabiendo si saldria triunfante la alta traicion, se aventuraba á calificarla en sus adentros, y bajaba los ojos con cierto pudor ante la violacion de las leyes, á la que, tres meses más tarde, muchas togas, incluso la suya, prestaron juramento. Pero su indignacion no llegaba hasta el punto de acusar. La acusacion habla en alta voz, y el señor Royer solo murmuraba sordamente, porque estaba perplejo.

M. Ardouin comprendia perfectamente esta situacion, y le pareció que era abusivo insistir, por lo que se retiró.

Volvió á la sala donde sus colegas le esperaban.

Entre tanto el comisario de policía del Arsenal habia vuelto á palacio, consiguiendo por fin desenterrar al Tribunal Supremo, segun su propia frase. Penetró hasta la habitacion del Consejo de la sala Civil; allí solo encontró los agentes que estaban desde por la mañana. A un jóven que pasaba por allí le preguntó el comisario por el Tribunal Supremo.—Qué es eso del Tribunal Supremo? La casualidad hizo que el jóven viera al bibliotecario, que llegaba. Entonces cambiaron algunas palabras el señor de Deveners y el comisario.

—Por quién preguntais?

—Por el Tribunal Supremo.

—Quién sois?

—Os pregunto por el Tribunal Supremo.

—Está en sesion.

—Dónde?

—Allí.

El bibliotecario le indicó la puerta de la sala.

—Está bien, le contestó el comisario.

No dijo ni una palabra más y se internó en la galería Merciere.

Solo le acompañaban en aquel momento algunos agentes.

El presidente estaba dando cuenta á los otros magistrados del Tribunal Supremo de la visita que acababa de hacer al procurador general.

Bruscamente oyeron ruido de pasos y de tumulto en el corredor que conduce desde la cámara del Consejo á la sala donde estaban deliberando. La puerta se abrió bruscamente. Aparecieron en la sala bayonetas y en medio de ellas un hombre con el paletó abrochado y con fajin tricolor sobre el paletó.

Los magistrados lo vieron con asombro.

—Señores, les dijo aquel hombre, disolveos en seguida.

El presidente Ardouin, poniéndose en pié, exclamó:

—Qué quiere decir esto? Quién sois? Sabeis con quien hablais?

—Lo sé. Sois el Tribunal Supremo y yo el comisario de policía.

—Y qué?

—Disolveos.

Entraron en la sala treinta y cinco guardias municipales, que iban mandados por un subteniente, y llevaban el tambor delante.

—Pero... dijo el presidente.

El comisario le interrumpió, diciendo estas palabras textuales:

—Señor presidente, no trato de entablar una lucha oratoria con vos. He reci-

bido órdenes y os las trasmito. Obedeced.

—A quién?

—Al prefecto de policía.

El presidente hizo la pregunta extraña que implicaba la aceptacion de una órden:

—Llevais el mandato?

El comisario le respondió:

—Sí.

Entregó un papel al presidente.

Los magistrados estaban pálidos.

El presidente desdobló el papel y leyó lo siguiente:

"Orden de disolver el Tribunal Supremo, y en el caso de resistencia, de prender á los señores Beranger, Rocher, de Boisseux, Pataille y Hello.„

Volviéndose hácia los magistrados, el presidente añadió:

"Firmado: MAUPAS.„

Despues, dirigiéndose al comisario, añadió:

—Estos nombres no son los nuestros. Los señores Beranger, Rocher y de Boisseux están ya retirados y ya no pertenecen al Tribunal Supremo, y el señor Hello ha muerto.

Efectivamente, el Tribunal Supremo era temporal y renovable; el golpe de Estado rasgaba la Constitucion, pero no la conocia. El mandato que firmó Maupas solo era aplicable al Tribunal Supremo anterior. El golpe de Estado se habia provisto de una lista antigua. Aturdimiento de asesinos.

—Señor comisario de policía, repitió el presidente, os digo que esos no son nuestros nombres.

—Me es igual, replicó el comisario, que el mandato se refiera ó no se refiera á vosotros; si no disolveis el tribunal, os prendo á todos.

Y añadió:

—En seguida.

Los magistrados callaron: uno de ellos tomó de la mesa una hoja volante, que era el decreto que habian redactado, la guardó en el bolsillo y salieron de la sala.

El comisario, indicándoles la puerta que guardaban las bayonetas, les dijo:

—Por ahí.

Salieron por el pasillo entre dos filas de soldados. El peloton de la guardia republicana los escoltó hasta la galería de San Luis. Allí se les dejó en libertad.

Eran las tres próximamente.

Mientras esto sucedia en la biblioteca, allí al lado, en la antigua Cámara del Parlamento, estaba reunido el tribunal de Casacion y juzgaba como de ordinario, sin apercibirse de nada de lo que pasaba cerca de él. Es preciso convenir en que la policía tiene mal olfato.

Acabemos ya de ocuparnos del Tribunal Supremo.

Por la tarde los siete magistrados se reunieron en casa del que se llevó el decreto; levantaron acta y redactaron una protesta.

Si el Tribunal Supremo en el momento de reunirse hubiera querido cumplir con su deber, se hubiera constituido en pocos momentos, hubiera procedido resuelta y rápidamente, hubiera nombrado procurador general á un hombre enérgico, pudiendo disponer en el tribunal de Casacion del Estado de Freslou y en la Audiencia de Martin de Estrasburgo. Fijándose en el artículo 68, y sin esperar los actos de la Asamblea, hubiera dado un decreto calificando el crímen, hubiera lanzado contra el presidente y sus cómplices un auto de prision y puesto en depósito la persona de Luis Bonaparte. El procurador general por su parte hubiera tambien dictado un mandato de prision, y todo esto podia haberse hecho antes de las once y media, hora en que no se habia practicado aun ninguna tentativa para disolver al Tribunal Supremo. Cumplidos estos primeros acuerdos, podian los magistrados haber salido por la puerta secreta que comunica con la sala de conferencias, bajar á la calle y proclamar su decreto á la faz del pueblo; á esta hora no hubieran encontrado ningun obstáculo. En último caso debieran reunirse con sus trajes de ceremonia en la Sala Capitular y con todo el aparato de la magistratura; y al presentarse el agente y los soldados, exhortar á éstos, que hubieran obedecido quizás, y prender al agente; y si esto no hubieran podido conseguir, dejarse llevar solemnemente á la prision, para que el pueblo viese por sus propios ojos, y en las calles, que el golpe de Estado asentaba su pié fangoso sobre la toga venerable de la justicia.

XII.

La Alcaldía del 10.º distrito.

Los representantes que salieron de casa M. Daru se reunieron en la calle á deliberar; eran ya en gran número. Podian en menos de una hora, citando á domicilio solo la orilla izquierda y atendiendo á la urgencia del caso, reunir más de trescientos miembros. La dificultad estaba en encontrar un sitio en don-

de poder reunirse. Despues de largo debate decidieron reunirse en la Alcaldía del 10.° distrito, por contar con la décima legion que mandaba el general Lauriston.

Tomada esta decision, se encaminaron al indicado punto.

Como ya sabemos, M. Daru habitaba en la calle de Lille, situada en las inmediaciones de la Asamblea. Todo el trecho de dicha calle que media entre su casa y el palacio de Borbon lo ocupaba la infantería. El último peloton obstruia su puerta por la parte derecha, pero no por la izquierda. Cuando los representantes salieron de casa M. Daru se marcharon por la calle de los Santos Padres y dejaron los soldados á sus espaldas. Si se hubieran dirigido á la izquierda hubieran encontrado obstáculo.

Otros representantes iban acudiendo á engrosar el grupo de los primeros. Como la mayor parte de los miembros de la derecha se hospedaban en el barrio de Saint-Germain, el numerosísimo grupo casi se componia de representantes de la mayoría.

Al llegar á la esquina del muelle de Orsay se encontraron con algunos miembros de la izquierda, que se habian reunido cerca de la salida del palacio de la Asamblea y que estaban deliberando; éstos eran Esquirós, Marc Dufraisse, Víctor Hennequin, Colfauru y Chamiot.

Se acercaron unos á otros, y Marc Dufraisse preguntó al grupo más numeroso:

—Dónde vais?

—A la Alcaldía del 10.° distrito.

—Qué pensais hacer?

—Decretar la destitucion de Luis Bonaparte.

—Y despues?

—Despues, volver en masa al palacio de la Asamblea, abrirnos paso á la fuerza, y desde lo alto de la gradería leer á los soldados el decreto de disolucion.

—Pues estamos conformes, dijo Marc Dufraisse.

Los cinco miembros de la izquierda siguieron á alguna distancia al grupo numeroso de representantes. Las dos fracciones de la Asamblea, que estaban representadas en esta improvisada reunion, se dirigieron á la citada Alcaldía sin confundirse, cada una por un lado de la calle. Por casualidad los miembros de la mayoría tomaron la derecha y los de la minoría la izquierda.

Ninguno de ellos llevaba banda y no podia ser conocido por ningun signo exterior. Los transeuntes les contemplaban sorprendidos, no comprendiendo sin duda lo que significaba aquella procesion de hombres silenciosos que pasaba por las solitarias calles del barrio de Saint-Germain. Parte de la poblacion de Paris no conocia aun el golpe de Estado.

Considerada estratégicamente como punto de defensa, la Alcaldía del 10.° distrito no era una eleccion acertada. Radicaba en una calle estrecha en el corto trayecto de la calle Grenelle-Saint-Germain, que media entre la calle de los Santos Padres y la del Sepulcro, cerca de la encrucijada de la Cruz Roja, á la que las tropas podian llegar por muchos puntos.

La Alcaldía del 10.° distrito, encerrada y bloqueada por todas partes, era mezquina ciudadela para que se pudiera defender la representacion nacional atacada: verdad es que no pudo elegir ciudadela, como más tarde no pudo elegir general.

La entrada en la Alcaldía pareció de buen augurio. Abrieron á los representantes la puerta-cochera grande, que estaba cerrada. El puesto de guardia nacional, que constaba de veinte hombres, tomó las armas y rindió á la Asamblea los honores de ordenanza. Entraron los representantes, y un dependiente les recibió con respeto en el umbral de la Alcaldía.

—Está sitiado el palacio de la Asamblea, dijeron los representantes, y venimos á deliberar aquí.

El dependiente les condujo al primer piso y mandó que se les abriera la gran Sala Capitular. Los guardias nacionales gritaron:—Viva la Asamblea nacional!

En cuanto entraron en dicha sala los representantes, mandaron cerrar la puerta; la multitud empezaba á agruparse en la calle dando vivas á la Asamblea. Entró tanta gente extraña en la Alcaldía, que, temiendo una invasion, colocaron dos centinelas en una puerta lateral que dejaron abierta, con la órden de permitir solo la entrada á los miembros de la Asamblea que fuesen acudiendo; cuando llegaron á la Alcaldía los representantes eran menos de trescientos, pero excedieron de ese número más tarde. Eran sobre las once de la mañana.

Ocurrió el primer incidente. El representante de mayor edad de la reunion era M. Keratry, á quien correspondia presidir. Los representantes reunidos en la sala le designaban para la presiden-

cia, pero algunos representantes de la izquierda, que se habian quedado en el patio, no estaban muy conformes con este nombramiento.

Marc Dufraisse se acercó á Julio de Lasteyrie y á Leon de Maleville, que se habian quedado en el patio con los representantes de la izquierda, y les preguntó:—Qué piensan arriba? ¿Nombrar presidente á Keratry? Su nombre asustará al pueblo, como el mio asustaria á la clase media.

Un miembro de la derecha, M. de Keranflech, apoyó la objecion diciendo:—Además, Keratry tiene ochenta años y es locura querer que presida á esa edad y en tan críticas circunstancias.

Esquirós replicó:

—Eso no es razon; tener ochenta años dá respetabilidad y fuerza.

—Cuando no se conocen, contestó Coltasru, pero Keratry se conoce que los tiene.

—Son grandiosos los grandes octogenarios, repuso Esquirós.

—Es agradable el ser presididos por Nestor, añadió Chamiat.

—Pero no por Geronte, replicó Víctor Hennequin.

Esta palabra puso fin al debate y descartó la candidatura de Keratry. Leon de Maleville y Julio de Lasteyrie, que eran dos diputados respetables para todos los partidos, se encargaron de hacer comprender esto á los miembros de la derecha, y decidieron que presidiera la mesa; de ella habia en la reunion cinco individuos; dos vicepresidentes, los señores Benoist y Vitet, y tres secretarios, los señores Grimault, Chapot y Moulin.

Un ujier se presentó en la galería y dijo en alta voz como de costumbre:

—Señores representantes, á la sesion.

Este ujier, que pertenecia á la Asamblea, la siguió y compartió con ella su suerte todo el dia.

Al llamamiento del ujier, los representantes que estaban en el patio, entre los que se encontraba el vicepresidente M. Vitet, subieron á la sala y se abrió la sesion.

Esta sesion fué la última que la Asamblea celebró en las condiciones ordinarias.

La izquierda, como ya hemos visto, recobró intrépidamente el poder legislativo, añadiéndole el deber revolucionario; celebráronse en mesa, sin ujier y sin secretarios redactores, sesiones que carecen del sello fiel y frio de la taquigrafía, pero que viven en nuestros recuerdos y que la historia no olvidará.

Dos taquígrafos de la Asamblea, Grosselet y Lagache, asistieron á la sesion de la Alcaldía del 10.° distrito y pudieron trasmitirla. La censura del golpe de Estado victorioso truncó el acta de dicha sesion é hizo que publicaran sus historiógrafos su version mutilada, dándola como exacta. Nada significa una mentira más. Esta relacion taquigráfica corresponde al legajo del 2 de Diciembre, y es una de las piezas capitales del proceso que el porvenir instruirá. Se leerá en las notas de este libro el documento completo. Los párrafos entrecomados son los que suprimió la censura de Bonaparte. La supresion basta para comprender su significacion y su importancia.

La taquigrafía lo reproduce todo, excepto la vida. La taquigrafía solo es un oido; oye, pero no vé; es, pues, necesario llenar las lagunas inevitables del acta taquigráfica.

Para formarse idea completa de esta sesion es preciso imaginarse cómo era la sala principal de la Alcaldía; formaba una especie de cuadrilongo, al que daban la luz por la derecha cuatro ventanas que caian al patio, y á la izquierda habia, á lo largo de la pared, varias filas de bancos, que instalaron instantáneamente, y en donde se colocaron los trescientos representantes que se reunieron por casualidad. Apenas habia algunos sentados; los de delante estaban de pié y los de detrás encima de los bancos. Habia aquí y allá colocadas algunas mesas. Por el centro iban y venian algunos representantes. En el fondo y al extremo opuesto de la puerta sobresalia una mesa larga, rodeada de bancos, que ocupaba toda la anchura del salon, detrás de la que se sentaban los indivíduos que componian la presidencia. Los secretarios escribian de pié. Algunas veces los dos vicepresidentes se encaramaban en los bancos para que les vieran mejor de todos los puntos de la sala. Cubria la mesa un tapete de paño verde, viejo y manchado de tinta; en ella habia colocados tres ó cuatro tinteros y una mano de papel esparcida, para escribir los decretos á medida que se iban dictando, cuyas copias así se podian multiplicar. Algunos representantes se convirtieron en secretarios improvisados y ayudaban á los secretarios oficiales.

Recordemos que casi todos los miembros presentes pertenecian á la derecha.

El primer momento fué trágico y Berryer rayó á gran altura; de éste, como de todos los improvisadores sin estilo, solo quedará un nombre muy discutible; Berryer fué más un abogado litigante que un orador perfecto. Aquel dia estuvo breve, lógico y grave.

Empezó la sesion por este grito:

—Qué hacemos?

—Una declaracion, dijo M. de Falloux.

—Una protesta, repuso M. de Flavigni.

—Un decreto, replicó Berryer.

En efecto, una declaracion era viento; una protesta era ruido; un decreto era un acto. Uno de los representantes preguntó:

—Qué decreto?

—El de destitucion, contestó Berryer.

La destitucion era el límite extremo de la energía de la derecha. Más allá de la destitucion, solo faltaba colocarle fuera de la ley; la derecha solo pudo hacer lo que hizo; la izquierda debia ir más allá, y la izquierda fué en efecto la que puso fuera de la ley á Luis Bonaparte. Así lo hizo en su primera reunion de la calle Blanche, como veremos más tarde. Con su destitucion terminaba la legalidad, y declarándole fuera de la ley empezaba la revolucion. Los principios de la revolucion son la consecuencia lógica de los golpes de Estado. Cuando votaron la destitucion, Quintin Banchart, que despues ha sido traidor, gritó:—"Firmémosla todos.„ Todos la firmaron. Odilon Barrot y Antony Thouret entraron y firmaron tambien. De repente M. Piscatory penetró en la sala anunciando que el alcalde se negaba á permitir la entrada á los representantes que iban llegando.

—Mandémoslo por medio de un decreto, dijo Berryer. El decreto se votó, y gracias á él pudieron entrar Fabreau y Monet, que venian del palacio legislativo y que refirieron la cobardía de M. Dupin. M. Dahiral, que era uno de los directores de la derecha, estaba indignado y decia:—"Nos han dado bayonetazos.„ Varias voces gritaron:—"Llamemos á la legion 10.ª para que nos proteja; toquemos llamada, y si Lauriston se niega, le mandaremos que defienda á la Asamblea.„—"Mandémoslo por medio de otro decreto„, dijo Berryer. Se extendió el decreto, pero Lauriston se negó. Otro decreto, tambiem propuesto por Berryer, declaraba traidor al que atentase ó hubiera atentado contra la inviolabilidad parlamentaria, y mandaba que se pusiera en libertad á todos los representantes que habian sido presos criminalmente. Todo lo dicho se votaba en seguida por unanimidad, sin discusion, en una especie de inmenso desórden y al través de una tempestad de diálogos furiosos. De vez en cuando Berryer imponia silencio, pero en seguida empezaba otra vez la algarabía y el tumulto.

—¡El golpe de Estado no se atreverá á venir hasta aquí! Aquí somos los señores y estamos en nuestra casa. Es imposible que nos ataquen aquí; esos miserables no se atreverán.

Si el rumor no hubiera sido tan fuerte, los representantes hubieran oido al través de las ventanas abiertas y cerca de ellos el ruido que producian los soldados cargando los fusiles.

Estos soldados componian el batallon cazadores de Vincennes, que acababa de entrar sigilosamente en el jardin de la Alcaldía y que esperaba órdenes cargando las armas.

La sesion, turbulenta y confusa al principio, fué tomando poco á poco su aspecto ordinario. La gritería concluyó por ser un simple murmullo. La voz del ujier, que gritaba: ¡Silencio, señores! le dominó por completo. Cada momento entraban otros representantes y se adelantaban hasta la mesa para firmar el decreto de destitucion. El primero que firmó dicho decreto fué M. Dufaure y el último M. Betting de Lancastel. Uno de los dos presidentes, M. Benoist, hablaba á la Asamblea, y el otro, M. Vitet, pálido, pero sereno y firme, distribuia las instrucciones y las órdenes. Benoist ofrecia un continente reposado, pero su vacilacion en la palabra revelaba su turbacion interior. Las divisiones de la derecha no habian desaparecido ni aun en estos momentos críticos. Un miembro legitimista decia en voz baja de uno de los vicepresidentes:—*Vitet parece un sepulcro blanqueado*. Vitet era orleanista. Teniendo que habérselas con un aventurero como Luis Bonaparte, algunos personajes legitimistas del género cándido tenian verdaderamente miedo, pero un miedo cómico. El marqués de***, partidario oficioso de la derecha, iba y venia, gritaba, declamaba y temblaba. M. A. N., sudando, encendido y desalentado, exclamaba:—¿Dónde está el cuerpo de guardia? ¿Cuántos hombres hay en él? Quién los manda? Un oficial? Pues enviádmele. Viva la República! Guardias nacionales, vigilad! ¡Viva la República!

La derecha entera lanzaba este grito: —Quereis matarla? les decia Esquirós. Algunos estaban taciturnos. Bourbousson guardaba el silencio del hombre de Estado vencido. El vizconde de*** estaba tan asustado, que á cada instante se asomaba á una ventana de las que caian al patio. Entre la multitud que llenaba el patio habia un pilluelo de Paris que despues fué poeta inspirado y valiente, Alberto Gatigny, que gritó al asustado vizconde:—"¿Creeis que los golpes de Estado se apagan como Gulliver apagaba los incendios?„ La risa es muy sombría cuando intervienen las tragedias.

Los orleanistas estaban más tranquilos y conservaban actitud más serena; les sucedia esto porque corrian verdadero peligro.

Pascal Duprat mandó poner á la cabeza de los decretos las palabras: *República francesa*, que se les habian olvidado.

Las proposiciones se tocaban unas con otras; se oia allí murmullo contínuo que cortaba algunas veces momentos de silencio profundo y solemne. Palabras alarmantes circulaban de grupo en grupo:—Estamos en un callejon sin salida. —Nos han cogido aquí en una ratonera, etc. etc. En voz baja se daban cita para la calle Chaussée d' Autin, número 19, previendo el caso de que los expulsasen de la Alcaldía. M. Rixio se llevaba el decreto de destitucion para hacerlo imprimir. Esquirós, Marc Dufraisse, Pascal Duprat, Rigal, Lherbette, Chamiot, Latrade, Coltavru, Antony Thouret, daban á unos y á otros enérgicos consejos. M. Dufaure, resuelto é indignado, protestaba con autoridad. M. Odilon Barrot, inmóvil en un rincon, guardaba el silencio de la ingenuidad estupefacta. Passy y de Tocqueville referian á los grupos donde se encontraban que cuando fueron ministros les inquietaba contínuamente el golpe de Estado, y que conocieron que ésta era la idea fija de Luis Bonaparte. M. de Tocqueville añadia:—Todas las noches me decia á mí mismo: me duermo siendo ministro y quizá me despierte siendo prisionero.

Algunos de los que se llaman *hombres de órden*, firmando el decreto de destitucion murmuraban:—"Hay que tener cuidado con la República roja„, y parecian temer tanto sucumbir como conseguir su objeto. M. de Vatimesnil estrechaba la mano de los hombre de la izquierda y les daba las gracias por estar allí presentes, diciéndoles:—"Vosotros nos haceis populares.„ Y Antony Thouret le respondia:—Para mí no hay hoy derecha ni izquierda; aquí no veo más que á la Asamblea.

El más jóven de los dos taquígrafos daba á leer sus escritos á los representantes que habian hablado, les instaba para que los repasaran y les decia:—"No tendremos tiempo para volverlos á leer.„ Algunos representantes que habian bajado á la calle enseñaban al pueblo copias del decreto de destitucion firmadas por los individuos que componian la mesa, que el pueblo aplaudia.

El dependiente de la Alcaldía permanecia en la puerta de la sala, é invadian la escalera guardias nacionales y concurrentes extraños. Varios de éstos llegaron hasta el mismo recinto de la Alcaldía, entre ellos el antiguo constituyente Beslay, hombre de gran valor. Quisieron hacerles salir, pero se resistieron diciendo:

—Tratais nuestros asuntos; sois la Asamblea, pero nosotros somos el pueblo.

—Tienen razon, contestó M. Berryer.

M. de Falloux con M. de Keranflech se acercaron al constituyente Beslay y le dijeron:—"Buenos dias, colega„; despues le recordaron que juntos habian formado parte de la comision de los talleres nacionales.

Cada uno hablaba desde donde se encontraba; éste subia á un banco, aquel á una silla, algunos á las mesas. En un ricon, algunos antiguos partidarios del órden se asustaban pensando en el triunfo posible de los rojos. En otro rincon, los de la derecha rodeaban á los de la izquierda y les preguntaban:—¿No se sublevarán los arrabales?

Sea de esto lo que quiera, y á pesar de estos detalles que no debíamos omitir, la actitud de los de la derecha, que constituian la gran mayoría de esta reunion, fué bajo muchos conceptos respetable y digna. Algunos de ellos demostraron tal resolucion y tal energía, que parecia que querian rivalizar con los miembros de la izquierda. Los monárquicos que hablaban de insurreccion popular y que invocaban el auxilio de los arrabales eran escasos en número. Antony Thouret propuso á los que allí eran jefes recorrer en corporacion los barrios populares con el decreto de destitucion en la mano. Pero cuando iban á salir se arrepintieron, diciendo que querian que les defendiese la fuerza organizada, pero no el pueblo. Cosa extraña, pero que debe

hacerse constar: acostumbrados á sus hábitos de miopía política, la resistencia popular armada, hasta en nombre de la ley, les parecia sediciosa. Todo lo más que podian soportar de apariencia revolucionaria era una legion de Guardia nacional, pero retrocedian ante las barricadas: para ellos el derecho vestido de blusa no era derecho; la verdad armada con una pica no era verdad; la ley desempedrando las calles les parecia una euménide. Aparte de esto, y considerando lo que eran y lo que significaban como hombres políticos, estos miembros de la derecha que formaban parte de la mayoría tenian razon. ¿Qué hubieran hecho ellos del pueblo? Y el pueblo, ¿qué hubiera hecho de ellos?

En medio de las tinieblas que se acumulaban, en medio de la fatal complicacion de las circunstancias, de las que el golpe de Estado sacaba partido odiosa y pérfidamente; en medio de lo embrollado de la situacion, era peligrosísimo encender la chispa revolucionaria en el corazon del pueblo. Ni el mismo Danton se hubiera atrevido.

El golpe de Estado entró descaradamente en esta reunion con el gorro de presidiario en la cabeza, con seguridad infame; allí, como en todas partes, aquella mayoría se componia de trescientos representantes del pueblo, y Luis Bonaparte envió un sargento para que los expulsara.

Viendo que la Asamblea resistia al sargento, envió á un oficial, al comandante interino del 6.° batallon de cazadores de Vincennes. Este oficial, jóven, rubio y alegre, riendo y amenazando, señalaba con el dedo la escalera llena de bayonetas y ultrajaba á la Asamblea. —"Quién es ese pisaverde?„ preguntó un miembro de la derecha. Un guardia nacional dijo:—"¡Arrojadlo por la ventana!—Dadle un puntapié en el trasero!„ exclamó un hombre del pueblo, encontrando así ante el 2 de Diciembre, como Cambronne ante Waterlóo, la última y decisiva palabra. Esta Asamblea, aunque antes infirió agravios á los pricipios de la revolucion, agravios que solo la democracia tenia derecho á echarle en cara, esta Asamblea era la Asamblea nacional, es decir, la encarnacion de la República, el sufragio universal vivo, la majestad de la nacion presente y visible; pues bien, Luis Bonaparte asesinó esta Asamblea, y además la insultó, y abofetear es peor que dar de puñaladas.

Los jardines de las inmediaciones, que ocupaba la tropa, estaban llenos de cascos de botellas. Habian hecho beber á los soldados. Obedecian sencillamente á las charreteras, y segun dijo un testigo ocular, estaban atontados. Los representantes les increpaban diciéndoles:—¡Estais cometiendo un crímen! y ellos respondian:—No sabemos lo que quereis decir.

Se oyó que un soldado decia á otro:—¿Qué has hecho de los diez francos que te han dado esta mañana?

Los sargentos empujaban á los oficiales. A excepcion del comandante, que quizás estaba ganando una cruz, los oficiales eran respetuosos, pero los sargentos brutales.

Un sargento gritó á un subteniente que parecia ceder:—No mandais solo aquí. Vamos.

M. de Vatimesnil le preguntó á un soldado:—¿Os atreveríais á detenernos á nosotros, que somos los representantes del pueblo?—Ya lo creo... le contestó el soldado sonriendo.

Hubo soldados que oyeron decir á los representantes que no habian comido desde por la mañana, y les ofrecieron un pan de municion, que algunos de los representantes aceptaron.

M. de Tocqueville, que estaba enfermo y se habia reclinado en el ángulo de una ventana, recibió de un soldado un pedazo de pan, que partió con M. Chambolle.

Dos comisarios de policía se presentaron de uniforme, de frac negro, con fajin y sombrero con presillas negras. Uno era viejo, el otro jóven; el primero se llamaba Lemaine Tacherat; el segundo Barlet. A todos chocó la audacia inaudita del último; su palabra era cínica, su gesto provocador, su acento sardónico. Con indescriptible insolencia, al intimar á la reunion para que se disolviera, añadió:—*Con razon ó sin ella.*—Quién es ese truhan? dijo una voz que salió de los bancos de la Asamblea. El otro comisario, comparado con éste, parecia moderado y pacífico.

Antes de que entraran Tacherat y Barlet, antes de que se oyese el ruido de los fusiles en la escalera, la Asamblea habia pensado en resistir del modo que ya hemos referido. La mayoría no podia admitir más que la resistencia regular y militar, de uniforme y de charreteras. Decretar dicha resistencia era muy sencillo, pero organizarla era muy difícil. Los generales con que la mayoría contaba

siempre estaban presos; no habia para ella más que dos generales posibles, Oudinot y Lauriston. El general marqués de Lauriston, antiguo par de Francia, coronel de la 10.ª legion y representante del pueblo, distinguia entre el deber de representarle y su deber de coronel. Intimado por algunos de sus amigos de la derecha para que mandase tocar llamada y para convocar á la 10.ª legion, les respondió:

—Como representante del pueblo, debo acusar al Poder ejecutivo; pero como coronel, debo obedecerle.

Se encerró obstinadamente en este razonamiento singular y no pudieron sacarle de él.

—Cuidado que es bestia! exclamaba Piscatory.

—Cuidado que es terco! añadia Falloux.

El primer oficial de Guardia nacional que se presentó de uniforme fué monsieur Guilbot, jefe del tercer batallon de la legion 10.ª, y declaró que estaba dispuesto á marchar á la primera órden de su coronel el general Lauriston. Dicho general bajó al patio y subió un momento despues diciendo:—Se desconoce mi autoridad y acabo de presentar mi dimision.

Este general era poco simpático á los soldados. Oudinot era más conocido entre el ejército.

En el momento que se pronunció el nombre del último general, se notó un extremecimiento en la reunion, que casi se componia de la derecha. En este momento crítico el nombre fatal de Oudinot hizo surgir muchas reflexiones en los espíritus.

Qué era el golpe de Estado?

Era la expedicion de Roma al interior; contra quién? Contra los que hicieron la expedicion de Roma al exterior. La Asamblea nacional de Francia, disuelta violentamente, solo encontraba para defenderse en su hora suprema un general, y precisamente este general era el que en nombre de la Asamblea nacional de Francia disolvió violentamente la Asamblea nacional de Roma. ¿Qué fuerza podia tener para salvar una República? ¿No era natural que sus propios soldados le contestasen:—Por qué nos reconvenís? Lo que nos mandásteis hacer en Roma es lo que estamos haciendo en Paris. La Cámara legislativa francesa escribió el capítulo primero con la sangre de la Constituyente romana, y la Providencia escribia el capítulo segundo con la sangre de la legislativa francesa. Luis Bonaparte llevaba la pluma.

En 1849 Luis Bonaparte asesinó la soberanía del pueblo en la persona de sus representantes romanos, y en 1851 la asesinaba en la persona de sus representantes franceses. Esto, aunque era infame, era lógico.

La Asamblea legislativa sufria á la vez el peso de dos crímenes, era cómplice del primero y víctima del segundo.

Todos los miembros de la mayoría lo conocian y se encorvaban; en realidad el mismo crímen, el de 2 de Julio de 1849, siempre de pié y siempre vivo, no hizo más que cambiar de nombre; en este momento se llamaba el 2 de Diciembre, y engendrado por esta misma Asamblea, la daba de puñaladas. Casi todos los crímenes son parricidas, y llega un dia en que se rebelan contra sus autores y los matan. En estos momentos de reflexion, M. de Falloux debió buscar con la vista á Montalembert, pero éste estaba en el Elíseo.

Cuando Tamisier se levantó y pronunció esta frase terrible:—*El asunto de Roma*, M. Dampierre, asustado, le gritó:

—Callaos, nos estais matando.

No era Tamisier quien los mataba, era Oudinot, y Dampierre no comprendia que no se puede hacer callar á la historia.

Dejando aparte este recuerdo funesto que desconcertaria en semejante momento al hombre de cualidades militares más extraordinarias, el general Oudinot, excelente oficial y digno hijo de su valiente padre, no poseia ninguna de las cualidades culminantes que en la crítica hora de las revoluciones conmueven al soldado y arrastran al pueblo. En aquellos momentos solemnes, para inclinar á la parte contraria un ejército de cien mil hombres; para encontrar tras el vino derramado en el pecho de los pretorianos el alma verdadera del soldado francés, medio ahogada y casi muerta; para arrancar la bandera al golpe de Estado y entregársela á la ley; para hacer que la Asamblea destellase rayos y relámpagos, era preciso ser uno de esos hombres que ya no existen; se necesitaba la mano firme, la palabra tranquila, la mirada fria y profunda de Desaix, ese Focion francés; se necesitaba los hombros anchos, la estatura gigantesca, la voz tonante, la elocuencia injuriosa, cínica y sublime de Kleber, ese Mirabeau militar. Desaix, el modelo del hombre justo, ó Kleber, la imágen del leon. El general

Oudinot era de baja estatura, desgarbado, de mirada indecisa y melancólica, de frente estrecha, de cabellos canos y aplastados, de voz dulce, sin palabra, sin accion, sin poder; bravo ante el enemigo, tímido delante de cualquiera, con aspecto de soldado, pero tambien de sacerdote, que le hacia colocar al que lo examinaba entre la espada y el cirio. Tenia buena voluntad, pero nada podia hacer solo, sin prestigio, sin verdadera gloria y sin autoridad personal y marcado con el recuerdo de Roma; él comprendia que todo esto le dejaba como paralizado. Cuando le nombraron se subió sobre una silla y dió gracias á la Asamblea, con corazon firme sin duda, pero con palabra vacilante. Cuando el oficialito rubio se atrevió á mirarle cara á cara y á hacerle frente, el que tenia en sus manos la espada del pueblo y era el general de la Asamblea soberana solo acertó á balbucear estas palabras desdichadas:—"Os declaro que solo podemos obedecer obligados y á la fuerza la órden que nos prohibe permanecer reunidos.„ Hablaba de obedecer el que debia mandar.

Cuán diferente de él era Tamisier! Tamisier, enérgico, convencido, simple capitan de artillería, tenia aspecto de general; su fisonomía interesante y grave á la vez, su corazon intrépido y su gran inteligencia, hacian de él una especie de filósofo-soldado, y si hubiese sido más conocido, hubiera podido prestar servicios decisivos. Dios sabe lo que hubiera sucedido si la Providencia hubiera concedido á Oudinot el alma de Tamisier, ó á Tamisier las charreteras de Oudinot.

En la sangrienta aventura de Diciembre faltó un uniforme de general bien llevado.

El papel que representa la pasamanería en los destinos de las naciones ofrece materia suficiente para escribir un libro.

Tamisier, que fué nombrado jefe de Estado Mayor momentos antes de la invasion de la sala, se puso á las órdenes de la Asamblea. Estaba de pié encima de una mesa y hablaba con voz cordial y vibrante. Los más recelosos se animaban al ver su actitud modesta, proba y sincera. De repente se irguió, y mirando frente á frente á la mayoría realista, dijo:

—¿Me preguntais si acepto el mando que me ofreceis? Lo acepto para defender á la República, pero nada más que á la República. Lo oís?

Un grito unánime le respondió:—"Viva la República!„ y muchas manos estrechaban las suyas y muchos brazos le abrazaron, que el peligro mútuo es un catequizador irresistible. En la hora suprema el ateo invoca á Dios y el realista á la República; se agarran á lo que han negado.

Los narradores oficiales del golpe de Estado refieren que desde el principio de la sesion, la Asamblea envió para negociar á dos de sus representantes al ministerio del Interior; pero dichos representantes fueron sin mandato alguno. Se presentaron en su propio nombre. Se ofrecieron como intermediarios para que terminase pacíficamente la catástrofe sobrevenida. Intimaron con ingénua probidad á Morny á que se constituyera en prision y respetara la ley, diciéndole que, si se negaba, la Asamblea, cumpliendo con su deber, llamaria al pueblo para que defendiera la Constitucion y la República. Morny les respondió sonriendo: —Si haceis que el pueblo tome las armas y encuentro en las barricadas á los representantes, fusilaré desde el primero hasta el último.

La reunion del 10.° distrito cedió á la fuerza. El presidente Vitet exigió que le prendieran y el agente que lo hizo estaba pálido y temblaba, porque en ciertos casos, poner la mano sobre un hombre es ponerla sobre el derecho, y los que á esto se atreven sienten el temblor que les causa la ley perturbada.

La salida de la Alcaldía fué larga y embarazosa. Transcurrió media hora próximamente mientras los soldados formaban en fila y los comisarios, que se ocupaban en rechazar los transeuntes en la calle, enviaban á tomar órdenes al ministerio del Interior. Mientras, algunos representantes, sentados junto á la mesa, escribieron á sus familias, á sus esposas y á sus amigos, disputándose las últimas hojas de papel y las plumas.

El general F..., que negó un batallon al presidente de la Constituyente, Marrast, á pesar de haberle éste ascendido de coronel á general, en el patio de la Alcaldía, con la cara encendida y casi ébrio, saliendo segun se cree de almorzar en el Elíseo, presidia el atentado. Un representante, cuyo nombre sentimos ignorar, metió la bota en el arroyo y se la limpió en el galon de oro del pantalon de uniforme del general F... El representante Lherbette se le acercó y le dijo:

—General, sois un cobarde.

Volviéndose despues á sus colegas, gritó:

—Ya oís que estoy diciendo á este general que es un cobarde.

El general F... permaneció impasible, conservando el cieno en el uniforme y el epíteto en la mejilla.

La reunion no llamó al pueblo á las armas; no tenia fuerza bastante para esto: sin embargo, en sus últimos momentos, el representante de la izquierda Latrade practicó un nuevo esfuerzo, y llevándose aparte á Berryer, le dijo:

—Ya que hemos resistido, ahora no nos dejemos prender. Dispersémonos por las calles gritando:—A las armas!

Berryer conferenció algunos instantes con el presidente Benoist, que se negó á esta pretension.

El dependiente acompañó otra vez á los miembros de la Asamblea hasta la puerta de la Alcaldía con el sombrero en la mano; cuando aparecieron en el patio entre dos filas de soldados, los guardias nacionales del punto les presentaron las armas y exclamaron:—"¡Viva la Asamblea! ¡Vivan los representantes del pueblo!„ Los cazadores de Vincennes, inmediatamente y casi á la fuerza, desarmaron á los guardias nacionales. Frente de la Alcaldía habia una taberna; cuando la Asamblea apareció en la calle, custodiada por el general F... y llevando á la cabeza al presidente Vitet, algunos hombres con blusa blanca agrupados á las ventanas de la espendeduría de vino aplaudian gritando:—Bien hecho! ¡Abajo los veinticinco francos! (1)

Empezaron á andar los cazadores de Vincennes, que marchaban en dos filas al lado de los prisioneros y les dirigian miradas de ódio. El generol Oudinot decia á media voz:—"Esta infantería es terrible; en el sitio de Roma entraron al asalto como fúrias.„ Los oficiales rehuian las miradas de los representantes.

Caminaban lentamente. A pocos pasos de la Alcaldía el cortejo encontró á M. Chegaray. Los representantes le dijeron:—"Venid!„ El respondió haciendo un gesto expresivo con las manos y con los hombros:—"Ya que no me han cogido...„ y pasó de largo; pero tuvo vergüenza y volvió.

Poco despues se encontraron á M. de Lesperut y le llamaron tambien:—"Soy de los vuestros, les contestó.„ Los soldados le rechazaban, pero él apartó los fusiles y entró á la fuerza en la columna.

Al principio tuvieron la idea de conducir la Asamblea directamente á Mazas, pero el ministro del Interior dió contraórden. Temió el largo trayecto á pié y en el lleno del dia por calles populosas y fáciles de conmover, y le ocurrió llevarla al cuartel de Orsay, que estaba mucho más cerca, y le eligió como cárcel provisional. Por todas las partes que pasaba el cortejo, desde las aceras, desde las puertas, desde las ventanas, gritaba la poblacion:—"¡Viva la Asamblea nacional!„ Cuando advertia que iban en la columna tambien algunos representantes de la izquierda, añadian al primer grito el de:—Viva la República!

Un oficial de Estado Mayor, montado, de gran uniforme, encontró al cortejo, vió en él al señor de Vetimesnil y se acercó á saludarle en la calle de Beamse: en el momento de pasar por delante de la casa social de la *Democracia pacífica*, un grupo gritó:—¡Abajo el traidor del Elíseo!

Cuando llegaron al muelle de Orsay, las exclamaciones y los gritos aumentaron, porque allí habia inmenso gentío. Por ambos lados del muelle, doble fila de soldados de línea, que se tocaban codo con codo, contenian los espectadores. Por el sitio de enfrente que habian dejado libre avanzaban lentamente los miembros de la Asamblea, teniendo á su derecha y á su izquierda dos filas de soldados, una inmóvil que amenazaba al pueblo y la otra andando que amenazaba á los representantes.

Sérias reflexiones sugieren cada uno de los detalles del gran crímen que este libro se dedica á referir. Ante el golpe de Estado de Luis Bonaparte, el hombre honrado oyó en lo más profundo de su conciencia rumor de pensamientos indignados. No nos atribuirá el que nos lea hasta el fin la idea de atenuar este acto monstruoso; pero como el historiador debe señalar siempre la lógica profunda de los hechos, es necesario repetir, y repetir hasta la saciedad, que, exceptuando un corto número de miembros de la izquierda, los trescientos representantes que presos desfilaban por delante de la multitud, constituian la antigua mayoría realista y reaccionaria de la Asamblea. Olvidando sus errores, sus faltas y hasta sus ilusiones, estos personajes tratados de esta manera eran los representantes de la primera nacion civilizada, legisladores soberanos, senado-

(1) Esta es la dieta que cobran los diputados franceses. (*N. del T.*)

res del pueblo, mandatarios inviolables y sagrados del derecho democrático; y así como el hombre lleva en sí algo del espíritu de Dios, cada uno de estos elegidos por el sufragio universal llevaba en sí algo del espíritu de la Francia: si pudiéramos olvidar por un solo momento todo lo que acabamos de decir, el citado espectáculo seria quizá más risible que triste: seria más irónico que lamentable ver el partido del órden preso en masa y conducido á la prision por agentes de policía.

Un dia, ó mejor dicho una noche, con el pretexto de haber llegado el momento oportuno de salvar á la sociedad, el golpe de Estado, queriendo apoderarse bruscamente de los demagogos, prende á los realistas.

Llegaron al antiguo cuartel de Guardias de corps, en cuya portada se conserva aun un escudo esculpido, en el que se distingue aun la señal de las tres flores de lis, que se borraron en 1830. Allí se detuvo el cortejo. La puerta del cuartel se abrió.

Entonces campeaba aun sobre la pared, al lado de la puerta, un gran cartel, en el que se leia en letras gruesas: *Revision de la Constitucion.* Era el anuncio de un folleto que se publicó dos ó tres dias antes del golpe de Estado, sin nombre de autor, en el que se pedia el restablecimiento del Imperio, y que se atribuye al presidente de la República. Entraron los representantes en el cuartel y luego la puerta se cerró. Cesaron los gritos; la multitud, que muchas veces tiene delirios, permaneció durante algun tiempo en el muelle, muda, inmóvil, mirando á la puerta cerrada del cuartel y á la fachada silenciosa del palacio de la Asamblea.

Los dos comisarios de policía fueron á dar cuenta del suceso á M. de Morny. Este dijo:—*Bien, ya está entablada la lucha. No será necesario prender á más representantes.*

XIII.

Luis Bonaparte de perfil.

El golpe de Estado no agitaba á todos los hombres políticos del mismo modo. La fraccion legitimista extrema, que representa la bandera blanca, no estaba, preciso es confesarlo, muy exasperada contra el suceso del dia.

En muchos de los rostros de sus representantes podian leerse estas frases de M. de Falloux:—*Estoy tan satisfecho, que necesito esforzarme para solo aparecer resignado.* Los puros bajaban los ojos, lo que sienta muy bien á la pureza; los atrevidos erguian la frente, poseidos de la indignacion imparcial que no excluye la admiracion. Decian: "Han preso á los generales con mucha habilidad.„ Uno de esos retrógrados decia suspirando con envidia y con pesadumbre:—*Nosotros no tenemos un hombre de tanto talento.* Otro murmuraba:—*Así habrá órden.* Un tercero exclamaba:—*Es un crímen, pero muy bien tramado.* Algunos flotaban, atraidos por una parte por la legalidad, que representaba la Asamblea, y por otra por la abominacion, que sentian por Bonaparte; almas honradas que hacian equilibrios entre el deber y la infamia. Hubo un representante de dicho partido que llegó á la sala principal de la Alcaldía, miró dentro, miró fuera y entró. Injustos seríamos si no dijéramos que otros realistas puros, como M. de Vetimesnil, hablaban con el acento sincero y con la honrada indignacion de la justicia.

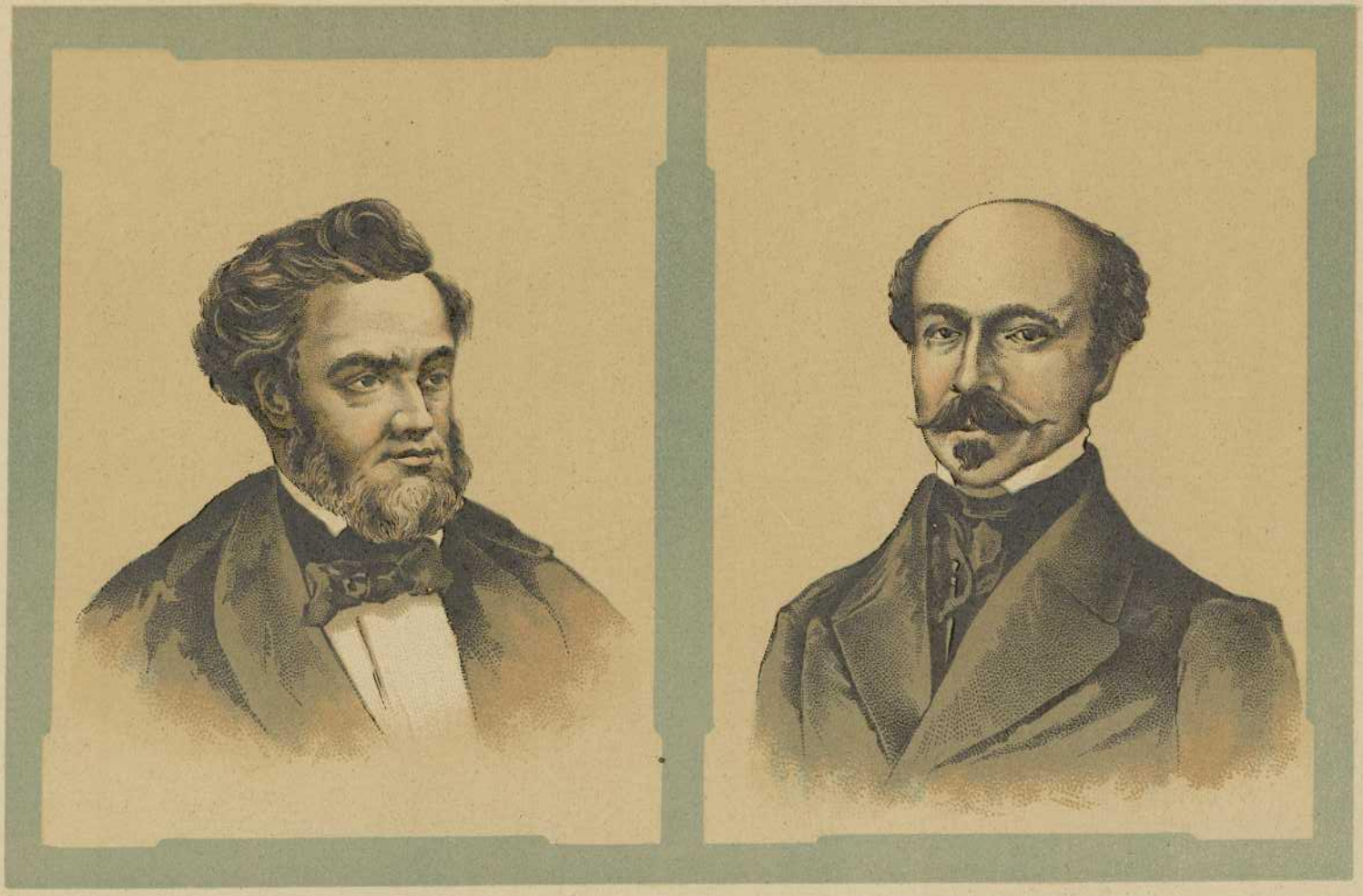
De todos modos el partido legitimista, considerándole en conjunto, no se asustaba por el golpe de Estado; no le temia. Los realistas nada podian temer de Luis Bonaparte.

No se teme la indiferencia, y Luis Bonaparte era un hombre indiferente. No se ocupaba más que de sus propósitos. Desembarazar el camino para llegar á su objeto, era todo lo que hacia; de lo demás no se ocupaba. Toda su política se reducia á esto: á concluir con los republicanos y á despreciar á los realistas.

Luis Bonaparte era incapaz de sentir pasiones. El que estas líneas escribe, hablando un dia de Luis Bonaparte con el antiguo rey de Westphalia, decia:—En él lo que tiene de holandés neutraliza lo que tiene de corso.—Si es que tiene algo de corso, me respondió Gerónimo.

Luis Bonaparte ha sido siempre el hombre que acecha la fortuna, el espía que trata de engañar á Dios. Tiene el pensamiento lívido del jugador tramposo. La trampa admite la audacia y admite la cólera. Cuando estuvo prisionero en Ham solo leia el *Príncipe*, de Maquiavelo. Como no tenia familia, podia elegir entre la de Bonaparte y la de Werhuell; como no tenia pátria, podia elegir entre la Francia y la Holanda.

Este Napoleon se aprovechaba de Santa Elena segun le convenia. Admiraba á la Inglaterra sin estar resentido con



JULIO FABRE.

MORNY.

ella, porque para él en el mundo no habia resentimientos, sino intereses. Perdonaba porque explotaba, y se olvidaba de todo porque todo lo calculaba. ¿Qué le importaba á él de su tio? No le servia, pero se aprovechaba de él. La mezquindad de su pensamiento se fijaba en Austerlitz y rellenaba el águila de paja.

El rencor es un gasto improductivo. Luis Bonaparte solo tenia la cantidad de memoria que necesitaba. El recuerdo de Hudson-Lowe no le impedia sonreir á los ingleses, ni el marqués de Montchenu le impedia sonreir á los realistas.

Era un político grave, de buena sociedad, encerrado en su premeditacion, sin arrebatos, sin pasar nunca de los límites propuestos, sin brusquedades, sin incomodarse, discreto, correcto, instruido; hablando con dulzura de una matanza necesaria, y siendo asesino, cuando su juicio creia indispensable serlo; pero todo esto sin pasion y sin cólera.

Luis Bonaparte era uno de esos hombres que habian sufrido el enfriamiento glacial de Maquiavelo; solo siendo así pudo hundir el nombre de Napoleon y sobreponer el 2 de Diciembre al 18 Brumario.

XIV.

El cuartel Orsay.

Eran las tres y media.

Los representantes presos entraron en el patio del cuartel, que era un paralelógramo muy extenso que encerraban y dominaban altas murallas; estas murallas, que recortaban tres filas de ventanas, ofrecen el aspecto tétrico de los cuarteles, de los seminarios y de las cárceles.

Se entra en el patio por un pórtico abovedado que ocupa todo el espesor de la fachada. Esta bóveda, donde está el cuerpo de guardia, la cierra por la parte del muelle una puerta gruesa de dos hojas y por la parte del patio una verja de hierro. Entre la puerta y la verja encerraron á los representantes.

—Dejadlos que anden por ahí, dijo un oficial á los soldados.

El tiempo estaba frio, el cielo gris. Algunos soldados de chaqueta y con gorra de cuartel, que estaban ocupados en el servicio, pasaban y volvian á pasar cerca de los prisioneros.

M. Grimault primero y M. Antony Thouret, pasaron lista á todos los representantes presos, que se agruparon en círculo á su alrededor.

Lherbette dijo riendo:

—Esto es muy propio del sitio en que nos encontramos; somos los sargentos primeros que venimos á tomar la órden.

Se leyeron los nombres de los setecientos cincuenta representantes de que se componia la Asamblea; al oir cada apellido respondian *ausente* ó *presente*, y el secretario anotaba con un lápiz á todos los presentes. Cuando en la lectura de la lista sonó el apellido de Morny, uno de los representantes contestó:—En Clichy! Cuando sonó el nombre de Persigny, él mismo dijo:—En Poissy! La lista dió por resultado estar presentes, esto es, presos, doscientos veinte representantes.

Los representantes permanecieron encerrados y paseándose por el patio durante dos horas. Los de la derecha decian á los de la izquierda:

—¡Si hubiérais votado la proposicion de los cuestores!

Añadiendo tambien:

—Y el *centinela invisible*? (1) y se reian.

Marc Dufraisse respondia:

—*Mandatarios del pueblo, deliberad en paz.*

Entonces, á su vez, se reian los de la izquierda. Por lo demás, parecian poco apesadumbrados y reinaba entre ellos la cordialidad que nace de la comun desgracia.

Dirigian los representantes preguntas sobre Luis Napoleon á algunos que habian sido sus ministros. Le preguntaban al almirante Cicille:—"¿Pero qué es ese hombre?„ El almirante daba esta definicion:—"Poca cosa„. M. Vegin añadia:—"Quiere que la historia le llame "señor„. —"Pobre señor!„ replicaba Camus de la Gibourgere. M. Odilon Barrot exclamaba:—"¡Es una fatalidad que hayamos tenido necesidad de echar mano de ese hombre!„

A la derecha, junto á la puerta, habia una cantina sobre varios escalones que habia encima del empedrado del patio. —"Elevemos esta cantina á la dignidad de café„, dijo el antiguo embajador de China, Lagrense. Entraron en la cantina; unos se aproximaban á la estufa, otros pedian caldo. Fabreau, Piscatory, Larabit y Vetimesnil se refugiaron en un rincon. En el lado opuesto soldados borrachos conversaban con las criadas del cuartel. M. de Keratry estaba sentado

(1) Michel de Bourges calificó así á Luis Bonaparte como guardian de la República contra los partidos monárquicos.

en una silla vieja y apolillada que se movia, y el pobre viejo tiritaba.

A las cuatro llegó al patio un batallon de cazadores de Vincennes con sus ollas de rancho, y se pusieron á comer con gran alegría y cantando. M. de Broglie, observándoles, decia á M. de Piscatory:—Es cosa extraña que las marmitas de los genízaros hayan desaparecido de Constantinopla y aparezcan en Paris.

Casi al mismo tiempo un oficial de Estado Mayor notició á los representantes, de parte del general Forey, que tenian dispuestas las habitaciones que se les destinaba, y les invitó á que le siguieran. Les llevó á la parte del edificio que dá al Este y que forma el ala del cuartel que está más lejos del palacio del Consejo de Estado, ordenándoles que subieran al tercer piso. Los representantes, que esperaban encontrar allí habitaciones preparadas y camas hechas, se encontraron con vastas salas, con grandes desvanes de paredes sólidas y de techos bajos, amueblados con tablas y con bancos de madera. Los desvanes se comunicaban entre sí, desembocando en el mismo corredor, que era una especie de ramal estrecho que ocupaba toda la longitud del cuerpo del edificio. En uno de ellos habia en un rincon amontonados algunos tambores, un bombo y varios instrumentos de las músicas militares.

La última de estas salas tenia vistas al muelle. Antony Thouret abrió una ventana y procuró acomodarse allí. Otros representantes se dirigieron tambien á la ventana. Los soldados que estaban bajo en la acera los percibieron y se pusieron á gritar:—"¡Ahí están esos hambrones de veinticinco francos que querian escatimarnos la soldada!„ Efectivamente, la víspera la policía esparció por los cuarteles la calumnia de que se habia presentado á la Asamblea una proposicion para disminuir el prest de la tropa, y hasta inventaron el nombre del autor de la proposicion. Antony Thouret quiso convencer á los soldados de que eso era mentira, y un oficial le contestó:—Esa proposicion la ha presentado el representante Lamennais.

Hácia la una y media entraron en dichas salas Balette, Bixio y Víctor Lefranc, que fueron á reunirse con sus colegas y á constituirse prisioneros.

Se acercaba la noche y sentian hambre: muchos de ellos no habian comido nada desde por la mañana. M. Howin de Tranchére, hombre simpático y decidido, que en la Alcaldía hizo de portero, allí se convirtió en furriel. Recogió cinco francos de cada uno de los representantes y encargó una comida de doscientos cubiertos en el café de Orsay. Comieron mal y alegremente carnero de figon, queso pasado y vino pésimo, con escasez de pan. Cada cual se arreglaba como podia; uno comia de pié, otro sentado en una silla, éste en una mesa, aquel á horcajadas en un banco; soldados y cantineros les servian. Dos ó tres velas de sebo ardian y alumbraban en cada mesa. Escaseaban los vasos; la derecha y la izquierda bebian en los mismos.—Aquí reina la igualdad y la fraternidad, decia el marqués Sauvaire Barthelèmy, que pertenecia á la derecha. —Pero no la libertad, respondia Víctor Hennequin.

El coronel Ferray, yerno del mariscal Bugeaud, jefe del cuartel, mandó abrir su salon á M. de Broglie y á M. Odilon Barrot, los que aceptaron. Abrieron las puertas del cuartel á M. de Keratry por su avanzada edad; á M. Dufaure porque su esposa iba de parto, y á M. Etienne por la herida que recibió por la mañana en la calle de Bourgogne, pero en cámbio llegaron á aumentar el número de los doscientos veinte presos Eugenio Sué, Benoist (del Ródano), Jayolle, Chanay, Toupet-des-Vigues, Radoub, Lafosse, Arbey y Teillard-Latérisse, que hasta entonces estuvieron detenidos en el nuevo palacio de Negocios extranjeros.

Hácia las ocho de la noche, cuando terminaron de comer, se aflojó la consigna y empezó á llenarse de sacos de noche y de objetos de tocador el espacio comprendido entre la puerta y la verja del cuartel, cuyos objetos enviaban las familias á los representantes. Llamaban por sus apellidos á los que iban á buscar, y cada cual bajaba cuando le llegaba el turno, y cada cual volvia á subir con su paquete, con su bulto, con su abrigo ó con sus zapatillas. Algunas mujeres lloraron al ver á sus maridos. M. Chambolle consiguió estrechar la mano de su hijo al través de la verja.

De repente una voz dijo:—"¡Vamos á pasar aquí la noche!„ El que así habló veia entrar colchones, que tendieron sobre las tablas y en tierra. Solo cincuenta ó sesenta representantes pudieron tener sitio en los colchones; los demás se tuvieron que quedar en los bancos. Pero á pesar de esto continuó entre ellos la cordialidad y la alegría.—"¡Paso á los

burgraves!„, dijo sonriendo un venerable viejo de la derecha.

Un representante, que era republicano y jóven, se levantó y le ofreció el colchon.—"Reconciliacion„ decia Chamiot, ofreciendo la mitad del colchon al duque de Luynes. El duque de Luynes, que tenia dos millones de renta, respondia sonriendo á Chamiot:—"Vos sois San Martin y yo el pobre.„ M. Paillet, célebre abogado, que pertenecia al estado llano, exclamaba:—"He pasado la noche en un jergon bonapartista, envuelto en un albornoz montañés, con los piés en una piel de carnero democrático-social y la cabeza en una gorra de algodon legitimista.

Los representantes presos en el cuartel podian andar por el interior del edificio con bastante libertad y se les permitia bajar al patio. M. Cordier subió diciendo:—"Vengo de hablar con los soldados, que no sabian aun que los generales estaban en la cárcel. Se admiraron y están disgustados„. Esto hizo cobrar alguna esperanza á los representantes. Miguel Renaud, natural de los Bajos-Pirineos, se encontró con varios compatriotas suyos del pais vasco entre los cazadores de Vincennes que ocupaban el patio. Algunos de ellos hasta le recordaron que le habian votado, diciéndole además que ahora votarian hasta una candidatura roja. Uno de ellos le llamó aparte y le dijo:—"Señor, ¿necesitais dinero? Yo tengo aquí una moneda de dos francos.„

Hácia las diez de la noche se oyó gran alboroto en el patio. Las puertas y las verjas giraron sobre sus gonces, produciendo gran ruido. Entraba por las puertas un objeto que rodaba como el trueno. Los representantes se asomaron á las ventanas y vieron detenido al pié de la escalera una especie de cofre inmenso y oblongo, pintado de negro, de amarillo, de rojo y de verde; montado sobre cuatro ruedas, que tiraban caballos de posta y que rodeaban hombres de levitas largas y de aspecto feroz, que llevaban hachones en la mano. Distinguíase en esa especie de cofre una puerta, pero ninguna otra abertura. Parecia un inmenso ataud ambulante.—"¿Qué es eso? ¿Es un carro fúnebre?„—"No, es un coche celular.„—"¿Y esos hombres son saca-muertos?„—"No, son carceleros.„—"Y para qué vienen?„—"¡Por vosotros, señores!„ gritó una voz.

Un oficial era el que habló así, y un coche celular el objeto que entraba en el patio del cuartel.

Al mismo tiempo se oyó esta voz de mando:—"A caballo el primer escuadron.„

Cinco minutos despues los lanceros que debian escoltar los coches se situaron en el patio en órden de batalla.

Levantóse en el cuartel súbitamente rumor de enjambre espantado. Los representantes subian y bajaban las escaleras y se acercaban á ver el coche celular. Algunos hasta lo tocaban, no dando crédito á sus propios ojos. Piscatory decia á M. Chambolle:—"¡Yo iré ahí dentro!„ Berryer encontró á Eugenio Sué y entablaron este brevísimo diálogo:—"Adónde vais?„—"Al Monte Valerien.„—"Y vos?„—"Yo no lo sé.„

A las diez y media empezaron á llamarles para partir. Algunos rufianes se sentaron junto á una mesa, alumbrada por dos velas, en una sala baja al pié de la escalera, y fueron llamando á los representantes dos á dos. Los representantes habian convenido en contestar cada vez que llamasen á alguno:—"*No está;* pero los burgraves que habian aceptado la chimenea del corenel Feray juzgaron esa resistencia indigna de ellos, y respondieron al llamamiento de sus nombres; esto obligó á los demás á seguir su ejemplo.

Los representantes, llamados dos á dos, como acabamos de decir, desfilaban en la sala baja ante los rufianes, que les mandaban subir al coche de los ladrones. Parecia que en el órden de subir los representantes á los coches habia confusion y casualidad; pero más tarde, al ver los diferentes tratamientos infligidos á los representantes en las distintas prisiones, se observó que esta confusion quizá habia sido premeditada. Cuando estuvo lleno el primer coche entró otro. Los rufianes, con lápiz y un cuaderno en la mano, tomaban nota de los individuos que entraban en cada coche, porque conocian á los representantes. Cargar cada coche costaba cerca de media hora. Con los representantes que fueron llegando se elevó el número de prisioneros á doscientos treinta y dos. Su embanastamiento en los coches comenzó á las diez de la noche y terminó á las siete de la mañana. Cuando llenaron todos los coches celulares se sirvieron de ómnibus. Dividieron los coches en tres convoyes, que iban escoltados por lanceros. El primer convoy partió á la una de la mañana,

y fué al Monte Valerien; el segundo á las cinco, y fué á Mazas; el tercero á las seis y media, y se dirigió á Vincennes.

Como la operacion se prolongaba, los que no habian sido aun llamados se instalaron en los colchones y procuraron dormir. Por eso se notó que en las altas salas habia mucho silencio. En uno de estos instantes de silencio, Bixio, incorporándose en el colchon y en voz alta, exclamó:—"Señores, ¿qué opinais de la obediencia pasiva?„ Le respondió una carcajada general. Otra voz gritó:—"Romieu será senador.„ Emilio Beau le preguntó:—"Y qué harán del espectro rojo?„ —"Se ordenará de sacerdote y se convertirá en espectro negro„, respondió Antony Thouret.

Otras frases que han propalado los historiógrafos del 2 de Diciembre no se pronunciaron allí. Marc Dufraisse no dijo nunca las frases con que los partidarios de Luis Bonaparte han querido cubrir el crímen de éste:—*Si el presidente no manda fusilar á todos los que le resistamos, no conoce sus verdaderos intereses.* Estas frases vienen como de molde para el golpe de Estado, pero son falsas en la historia.

El interior de los coches celulares estaba alumbrado, y cuando entraron en ellos los representantes no cerraron los respiraderos de sus jaulas. Por eso Marc Dufraisse pudo ver por el ventanillo á M. de Remusat en la celda que estaba enfrente de la suya. Remusat subió acompañado de Duvergier de Hanraune.

—Si alguno me hubiera dicho, exclamo Duvergier cuando tropezó con su compañero en el pasadizo del coche: Ireis á Mazas en coche celular, hubiera yo contestado: Eso es inverosímil; pero si me hubieran dicho: Ireis con Marc Dufraisse, hubiera replicado: Eso es imposible.

Cuando un coche estaba lleno, montaban en él cinco ó seis agentes, que se quedaban de pié en el pasadizo; cerraban la portezuela, levantaban el estribo y el vehículo echaba á andar.

Despues de llenos todos los coches celulares, amontonaron rudamente en ómnibus á los representantes que quedaban. El coronel Forey, montado, presidia y dirigia el acto. El duque de Montebello, al poner el pié en el estribo del último coche, le dijo:—*Hoy, aniversario de la batalla de Austerlitz, el yerno del mariscal Bugeaud manda subir en el coche de los pr esidiarios al hijo del mariscal Lannes.*

Al cargar el último ómnibus, notaron que tenia diez y siete asientos y que quedaban diez y ocho representantes. Los más listos entraron los primeros. Antony Thouret, que por su peso equilibraba él solo á toda la derecha, que tenia tanto ingenio como Thiers y tanto vientre como Murat, que era grueso y calmoso, llegó el último. Cuando llegó á la puerta del ómnibus, al verle se sobresaltaron todos. Dónde iba á colocarse?

Antony Thouret vió entonces en el fondo del ómnibus á Berryer; se fué recto á él, se sentó sobre sus rodillas y le dijo con calma:—Habeis querido la opresion, señor Berryer, pues aquí la teneis.

XV.

Mazas.

Los coches celulares que los lanceros escoltaron hasta Mazas fueron recibidos allí por otro escuadron de lanceros.

Los representantes bajaron de los coches uno á uno. El oficial que mandaba la escolta estaba de pié al lado de la portezuela y los miraba bajar con curiosidad de idiota.

Mazas, que ha reemplazado á la cárcel de la Fuerza, hoy ya demolida, es una inmensa construccion rojiza, emplazada cerca del andén del ferro-carril de Lyon, en los terrenos baldíos del arrabal de San Antonio. Vista de lejos, parece de ladrillo; pero de cerca, se vé que está construida con piedras cubiertas de argamasa. Seis grandes cuerpos del edificio, de tres pisos, reunen el punto de partida y se extienden alrededor de una rotonda, que constituye el fondo comun, y están separados por patios, que van ensanchándose á medida que los cuerpos del edificio se separan del centro; están recortados por muchas ventanillas que dan luz á las celdas, y les rodea una muralla alta. De la rotonda se levanta una especie de minarete, que es la garita de observacion. En la planta baja hay una sala redonda que está destinada á archivo. En el primer piso está la capilla, en la que un sacerdote dice misa para todos; y además está el observatorio, en el que un solo vigilante puede celar las puertas de todas las galerías. Los cuerpos del edificio se llaman divisiones. Los patios están cercados por altas murallas y los recortan multitud de paseitos oblongos.

A medida que cada representante ba-

jaba del coche, le conducian á la rotonda, donde estaba el archivo. Allí le tomaban el nombre y apellido y en cambio le entregaban un número. En aquella prision se seguia la misma práctica con los legisladores que con los ladrones; el golpe de Estado lo confundia todo. Despues de numerados y de apuntados, despedian á los representantes diciéndoles: "idos ó subid„, y al llegar al fin del corredor, les anunciaban el sitio adonde eran destinados. El prisionero subia solo ó seguia adelante, y al llegar á su departamento se encontraba con el carcelero, que estaba junto á la puerta abierta y que le decia:—"Aquí, señor.„ El prisionero entraba y el carcelero cerraba la puerta.

El golpe de Estado tuvo para los representantes prisioneros procedimientos distintos; á los de la derecha, que queria halagar, los condujo á Vincennes; á los de la izquierda, que odiaba, los encerró en Mazas. Los de Vincennes ocuparon las habitaciones de M. de Montpensier, que abrieron expresamente para ellos. Les sirvieron una comida excelente, estuvieron todos juntos, tuvieron bujías, lumbre, sonrisas y genuflexiones del gobernador, que era el general Courtigis. A los de Mazas ahora veremos cómo les trató.

El coche celular los depositó en la prision; pasaron de una caja á otra. En Mazas, un oficial los registró, los midió y los apuntó en el archivo como si fueran forzados. Despues que pasaron del archivo, condujeron á cada uno por una galería, suspendida y oscura, bajo una larga bóveda húmeda, hasta una puerta estrecha, que se abrió bruscamente. Al llegar allí, el carcelero les empujaba por las espaldas y les cerraba la puerta.

El representante se hallaba entonces en una habitacion pequeña, larga, estrecha y oscura, que en el idiona circunspecto que hoy hablan las leyes se llama "celda„. El medio dia de Diciembre solo producia allí una media claridad crepuscular. En una extremidad habia una puerta con ventanillo; en otra, cerca del techo, á la altura de diez ó doce piés, se veia una vidriera acanalada. Dicha vidriera turbaba la vista, impidiendo ver el azul ó el gris del cielo, y prestaba algo de indeciso al pálido dia del invierno. No habia allí luz débil, sino luz turbia.

Cuando pasaba algunos instantes allí el prisionero empezaba penosamente á ver, y hé aquí lo que encontraba allí á su alrededor: paredes blanqueadas con cal y verdeando aquí y allá por causa de diversas emanaciones; en un rincon un agujero redondo con barrotes de hierro que exhalaba pestífero olor; en otro rincon una tablilla que giraba sobre una visagra, como la bigotera de un coche, que podia servir de mesa, pero no de cama, y una silla de paja. El suelo era de ladrillos. La oscuridad causaba la primera impresion; el frio la segunda.

El prisionero se veia allí solo, yerto, en aquella semi-oscuridad, pudiendo solo pasear de arriba á bajo en un espacio de ocho piés cuadrados, como lobo enjaulado, ó permanecer sentado, como un idiota en Bicetre.

Un antiguo republicano, que despues fué miembro de la mayoría y bonapartista por añadidura, Emilio Leroux, que fué conducido á Mazas por equivocacion, tomándole por otro representante del mismo nombre, al encontrarse en la celda se echó á llorar de rabia. Pasaron allí tres, cuatro y cinco horas. Algunos no habian comido desde por la mañana; otros, emocionados por el golpe de Estado, no habian almorzado siquiera y tenian hambre. Cuando creian que iban á olvidarles sonó una campana de la prision, abrieron el ventanillo de la puerta, y una mano tendió al prisionero una taza de estaño y un pedazo de pan. El prisionero cogia ávidamente el pan y la taza; el pan era negro y pegajoso y la taza contenia una especie de agua espesa, caliente y rojiza. Nada era comparable al olor de semejante sopa; el pan olia á moho.

Por hambrientos que estuvieran los prisioneros, el primer movimiento de la mayor parte de ellos era arrojar el pan y vaciar la taza por entre los barrotes de hierro; pero como pasaban las horas y el estómago reclamaba alimento imperiosamente, recogian el pan y acababan por comérselo.

Allí reinaba soledad absoluta y profundo silencio. Sin embargo, cuando transcurrieron algunas horas, Emilio Leroux oyó á su derecha y á la otra parte de la pared una especie de toque singular, á intervalos y producido en intermitencias desiguales. Prestó el oido y oyó en el mismo instante otro toque igual, á la izquierda, á la otra parte de la pared. Le alegró oir aquel ruido; creyó que le hacian sus colegas prisioneros, y comenzó á gritar:—"Ah! Ah! ¡Tambien estais ahí vosotros!„ No habia terminado aun la frase, cuando la puerta de la celda

se abrió con gran rechinamiento de goncés y de cerrojos, y un carcelero apareció furioso, gritándole:

—Silencio!

El representante del pueblo, atónito, quiso replicarle.

—¡Silencio, replicó el carcelero, ú os meto en el calabozo!

Aquel esbirro hablaba al prisionero como el golpe de Estado hablaba á la nacion.

Emilio Leroux, acostumbrado al parlamentarismo, pretendió insistir, y le dijo:

—¿No puedo responder á las señas que me hacen dos colegas mios?

—Dos colegas vuestros! replicó el carcelero; son dos ladrones. Se marchó, cerrando la puerta y riéndose á carcajadas.

Efectivamente, entre dos ladrones estaba, no crucificado, pero sí encerrado, Emilio Leroux.

La prision de Mazas está tan ingeniosamente construida, que aunque se hable en voz baja se oyen las palabras de una celda á otra; no hay, por lo tanto, verdadero aislamiento; por eso impone silencio vigoroso la lógica perfecta y atroz del reglamento. Los ladrones han ideado un sistema telegráfico de golpes, y de este modo quitan en parte la fuerza del reglamento. Emilio Leroux habia sorprendido un diálogo empezado.

Tal era la vida de los representantes en Mazas. Los ladrones, como acabamos de saber, tambien van á esa cárcel; pero á los que saben oficio se les permite trabajar, á los que saben leer les proporcionan libros, á los que saben escribir les dan escritorio y papel, y á todos les conceden la hora de paseo que exige la higiene y que el reglamento autoriza.

A los representantes no se les concedió nada de esto; tenian que estar siempre sentados en una silla con las piernas y los brazos cruzados, sin poder acostarse, porque allí no habia cama.

A las ocho de la noche el carcelero entraba en la celda, extendia y desplegaba un objeto que estaba enrollado en una tabla cerca del techo: era una hamaca. Despues que la fijaba, colgaba y extendia, el carcelero salia, dando al prisionero las buenas noches. Dentro de las hamacas habia una manta de lana y en algunas un colchon de dos pulgadas de grueso; el prisionero se envolvia en la manta y probaba á dormir, pero solo conseguia tiritar. Ni siquiera podia seguir acostado en la hamaca al dia siguiente, porque á las siete de la mañana aparecia otra vez el carcelero, daba los buenos dias al representante, le hacia levantar y arrollaba la hamaca en su nicho. Lo tenian así dispuesto; la hamaca servia de noche y la silla de dia.

Seríamos injustos, sin embargo, si no dijésemos que algunos obtuvieron camas. Entre otros, los señores Thiers y Roger; á Grevy no se la concedieron.

Mazas es una cárcel modelo, porque es preferible á los plomos de Venecia y al calabozo subfluvial del Chatelet. La construyó la filantropía doctrinaria, y sin embargo, como acabamos de ver, Mazas deja mucho que desear. Debemos confesar que, bajo cierto punto de vista, no nos desagrada el encierro momentáneo de los legisladores en Mazas. Vemos algo providencial en el golpe de Estado. La Providencia, encerrando en Mazas á los legisladores, ha realizado un acto de buena educacion. No es inútil que los que construyen y administran las prisiones las prueben.

XVI.

El incidente del boulevard San Martin.

Cuando Charamaule y yo llegamos al número 70 de la calle Blanche, un hombre, que llevaba uniforme de alférez de marina, se paseaba de arriba á bajo por delante de la puerta.

La portera, que nos reconoció, nos lo hizo notar.

—Pasearse de ese modo y vestirse así es propio de un polizonte, me dijo Charamaule.

Entramos en la casa y subimos. La sala y la antesala estaban llenas de representantes, á los que se les habian unido muchas personas extrañas á la Asamblea. Habia allí tambien algunos antiguos miembros de la Constituyente, entre otros Bastiole, y muchos periodistas demócratas. Alejandro Rey y Leopoldo Duras representaban á *El Nacional*. Javier Durrieu, Vasbeuter y Watripon representaban *La Revolucion*; H. Coste al *Avenement du Peuple;* casi todos los demás redactores de dicho periódico estaban presos.

Sesenta miembros de la izquierda próximamente se habian reunido allí.

Todos estaban de pié y conversaban moviendo gran murmullo. Leopoldo Duras acababa de referir que habian sitiado al café Bouvalet. Julio Favre y Baudin, sentados junto á una mesa, entre dos ventanas, escribian. Baudin tenia

delante un ejemplar de la Constitucion abierto y estaba copiando el artículo 68.

Cuando nosotros entramos hubo un instante de silencio, pero en seguida nos preguntaron:

—Qué hay de nuevo?

Charamaule contó lo que acababa de pasar en el boulevard del Temple y el consejo que creyó conveniente darme, que mereció la aprobacion de los asistentes. Por todas partes se hacia esta pregunta:—Qué hacemos?

Tomé la palabra y dije:

—Ir al punto de la dificultad. Luis Bonaparte gana terreno y nosotros lo perdemos; ó por mejor decir, tiene de su parte todas las ventajas y nosotros no tenemos ninguna. Hemos tenido que separarnos Charamaule y yo del coronel Forestier, que dudo que consiga nada en favor de nuestra causa. Luis Bonaparte hace todo lo que puede para anularnos, y esto es lo que es preciso impedir. Es necesario que conozca que vivimos. Debemos soplar al principio del incendio, cuyas primeras chispas hemos visto saltar en el boulevard del Temple. Debemos redactar una proclama, hacer que la imprima cualquiera y que se fije en las esquinas de cualquier modo, pero pronto, inmediatamente. Una proclama de pocas frases, de diez líneas, que sea un llamamiento á las armas. Representamos á la ley, y hay dias en que la ley debe lanzar el grito de guerra. Realicemos el acto grandioso y terrible de que la ley arroje fuera de sí al traidor.

—Sí, eso es, una proclama! dijeron muchas voces.

—Dictad! dictad! exclamaron otros.

—Dictad y yo escribiré! añadió Baudin.

Dicté lo siguiente:

"*Al pueblo.*

„Luis Napoleon Bonaparte es un traidor.

„Ha violado la Constitucion.

„Es perjuro.

„Está fuera de la ley...„

De todas partes gritaban:

—Eso es! ¡Declarémosle fuera de la ley! Continuad.

Seguí dictando: Baudin escribia:

"Los representantes republicanos recuerdan al pueblo y al ejército el artículo 68 y el art. 110, que están concebidos en los siguientes términos:—"La Asamblea Constituyente confia la actual Constitucion y los derechos que consagra á la custodia del patriotismo de todos los franceses.„—El pueblo, de hoy en adelante y para siempre ya en posesion del sufragio universal, y que no necesita que ningun príncipe se lo devuelva, sabrá castigar al que se rebela contra él.

„Que el pueblo cumpla con su deber, que los representantes republicanos irán al frente.

„Viva la República! A las armas!„

Se oyó un aplauso unánime.

—Firmemos todos, dijo Pelletier.

—Pensemos en buscar en seguida una imprenta, dijo Schœlcher, y fijemos la proclama inmediatamente.

—Antes de que anochezca, dijo uno de los representantes.

—Sacar en seguida muchas copias, gritaron muchas voces.

Baudin, silencioso y rápido, habia sacado ya una copia de la proclama. Un jóven, redactor de un periódico republicano de los departamentos, salió de entre la multitud para decir que, si le daban una copia en seguida, se comprometia á que dentro de dos horas estuviese fija en todas las esquinas de Paris.

Yo le pregunté:

—Cómo os llamais?

—Milliere, me respondió.

De este modo apareció ese redactor en los dias tristes de nuestra historia. Parece que veo aun aquel jóven pálido, de mirada penetrante y suave á la vez, de perfil expresivo y siniestro. El asesinato y el panteon le esperaban.

Baudin le enseñó la copia que acababa de escribir. Milliere se le acercó para tomarla.

—No me conoceis, le dijo, pero yo sí que os conozco; sois Baudin. Este le tendió la mano.

Yo asistí á aquel apreton de manos de aquellos dos espectros.

Javier Durrieu, redactor de *La Revolucion*, hizo el mismo ofrecimiento que Milliere.

Una docena de representantes tomaron plumas y se sentaron alrededor de la mesa, otros se pusieron un pliego de papel sobre las rodillas, y me dijeron:

—Dictadnos la proclama.

Cuando antes dicté á Baudin: "Luis Napoleon Bonaparte es un traidor„, Julio Favre pidió que borrara la palabra *Napoleon*, que era un nombre de gloria fatalmente poderoso para el pueblo y para el ejército, y que pusiera solo: "Luis Bonaparte„.

—Teneis razon, le contesté.

Se escribieron doce copias á la vez en

muy pocos minutos. Schœlcher, Javier Durrieu y Milliere tomaron una cada uno y se marcharon en busca de una imprenta.

Apenas salieron, cuando un hombre á quien yo no conocia, pero que recibieron amablemente algunos representantes, entró y dijo:

—Ciudadanos, esta casa es sospechosa ya. Las tropas vienen á cercarla; no debeis perder ni un instante.

En seguida se oyeron muchas voces que decian:

—Que nos prendan!

—Qué nos importa?

—Que consuman un crímen!

—Compañeros, grité yo, no nos dejemos prender. Despues de luchar que suceda lo que Dios quiera, pero no nos entreguemos antes de combatir. De nosotros espera el pueblo el impulso; si nos prenden, todo acabó ya. Nuestro deber consiste en empeñar la batalla y nuestro derecho en cruzar las espadas con el golpe de Estado. Es indispensable que nos busquen y que no nos encuentren; engañemos al brazo que se extiende hácia nosotros para cogernos; ocultémonos de Bonaparte, hostiguémosle, fatiguémosle, asombrémosle, estando siempre á su vista y jamás al alcance de su mano. No abandonemos el campo.

Aprobaron mi idea, y luego tropezamos con la dificultad de dónde debíamos ir.

Labrousse dijo:

—Beslay, nuestro antiguo colega de la Constituyente, nos ofrece su casa.

—Dónde vive?

—Calle de la Cerisaye, núm. 33, en el Marais.

—Pues bien, repliqué, separémonos, y dentro de dos horas nos volveremos á reunir en casa de Beslay.

Todos salieron, unos despues de otros y en diferentes direcciones. Rogué á Charamaule que fuese á mi casa á esperarme, y salí á pié con Noel, Parfait y Laton.

Llegamos al barrio, que rodea el muro de la ronda y que estaba entonces aun inhabitado. Al llegar á la esquina de la calle Pigalle vimos á unos cien pasos de nosotros, en las callejuelas desiertas que le cortan, á los soldados que se dirigian hácia la calle Blanche.

Á las tres, los miembros de la izquierda volvian á encontrarse en la calle de la Cerisaye. Pero habia corrido la noticia y los habitantes de aquellas solitarias calles salian á las ventanas para ver pasar á los representantes; el punto de la reunion, situado y encerrado en el fondo de un patio accesorio, era peligroso en el caso de ser cercados; reconocimos inmediatamente estos inconvenientes y la sesion fué brevísima. La presidieron Joly, Javier Durrieu y Julio Gouache, redactores de *La Revolucion*; asistieron á ella varios proscriptos italianos, entre otros el coronel Carini y Montanelli, antiguo ministro del gran duque de Toscana.

Madier de Montjau trajo noticia de las afueras de Paris. El coronel Forestier refirió los obstáculos con que habia tropezado para reunir á la 6.ª legion. Me instó á que firmáramos Michel de Bourges y yo su nombramiento de coronel; pero mi compañero estaba ausente, y ni él ni yo habíamos recibido este mandato de la izquierda. Sin embargo, con todas estas reservas le extendí el nombramiento á sus instancias. Los inconvenientes se iban multiplicando. La proclama no estaba aun impresa y se nos echaba encima la noche. Schœlcher nos refirió que todas las imprentas estaban cerradas y vigiladas, y que habia un bando en las esquinas que disponia que el que imprimiera un llamamiento á las armas seria fusilado; nos dijo tambien que los obreros estaban aterrados y que carecíamos de recursos. Entonces se puso un sombrero en una mesa y cada uno de los asistentes dejó en él el dinero que llevaba; de este modo reunimos algunos cientos de francos.

Javier Durrieu, cuyo ardimiento nunca se desmintió, afirmó otra vez que él se encargaba de la impresion, y nos prometió que á las ocho de la noche tendríamos cuarenta mil ejemplares de la proclama. Nos separamos, señalando por punto de cita el local de la Asociacion de ebanistas, situado en la calle Charonne, donde nos habíamos de reunir á las ocho de la noche, dando algun tiempo para que la situacion se despejase. Cuando atravesamos la calle Beautreillis, ví que Pedro Leroux se acercaba hácia mí, diciéndome:—Creo que la lucha es inútil. Soy vuestro amigo, aunque veo las cosas bajo diferente punto de vista. Id con cuidado. Es tiempo aun de deteneros; vais á entrar en las catacumbas, y en las catacumbas se encuentra la muerte.

—Y tambien la vida, le contesté.

En aquel momento recordaba con alegría que mis dos hijos estaban presos, y que el sombrío deber de combatir en las

calles se me imponia en aquellos momentos.

Faltaban cinco horas para el momento de la cita; quise aprovecharlas para volver á casa y abrazar á mi esposa y á mi hija, antes de precipitarme en aquella incógnita que se presentaba abierta y tenebrosa, y en la que muchos de nosotros iban á entrar para no salir.

Arnaud me daba el brazo; los proscriptos italianos Carini y Montanelli me acompañaban. El segundo me decia:

—El derecho debe vencer, y por lo tanto vencereis vosotros. Dios quiera que esta vez Francia no sea egoista como en 1848 y liberte á Italia.

—Libertará á Europa! le respondí.

Estas eran nuestras ilusiones de entonces y son nuestras esperanzas hoy. La fé así está forjada; la oscuridad prueba que existe la luz.

Nos encaminamos al punto de parada de los coche en el portal de San Pablo. En la calle de San Antonio zumbaba el ruido indescriptible que precede á las estrañas batallas de la idea contra el hecho que se llaman revoluciones. El punto de coches de San Pablo estaba desierto. Los cocheros habian previsto la posibilidad de que allí se levantasen barricadas y habian abandonado el punto.

Arnaud y yo nos hallábamos á una legua de distancia de nuestras casas; era imposible andarla á pié por medio de Paris y exponiéndonos á ser reconocidos á cada instante. Dos transeuntes que pasaron por nuestro lado nos sacaron de este apuro. Uno le decia al otro:—Los coches de los boulevares corren todavía.

Nos aprovechamos del aviso y fuimos á buscar el ómnibus de la Bastilla, en el que subimos los cuatro.

Con razon ó sin ella, yo sentia que hubiéramos dejado escapar la ocasion que se nos presentó por la mañana, porque abrigo la creencia de que en esos dias decisivos, esos instantes llegan y no vuelven ya otra vez. Existen dos teorías revolucionarias, la de hacer levantar al pueblo ó la de esperar que se levante. Profeso la primera, pero por espíritu de disciplina obedecia la segunda. Me apesadumbraba que el pueblo se nos hubiera ofrecido y no le hubiéramos aprovechado: ahora nos correspondia á nosotros no ofrecernos, sino entregarnos.

El ómnibus habia echado á andar; iba lleno. A medida que avanzábamos por el centro de Paris la muchedumbre era más compacta en el boulevard; cuando entró por la puerta de San Martin, un regimiento de caballería llegaba en sentido opuesto. Eran coraceros, que desfilaban al trote largo y con el sable desnudo. El pueblo desde las aceras se volvia para verlos pasar, pero sin lanzar un solo grito. El pueblo taciturno y los soldados triunfantes ofrecian un espectáculo que me extremeció.

De repente el regimiento hizo alto; no sé qué obstáculo en el sitio estrecho del boulevard que pasamos obstruyó momentáneamente su marcha. Al detenerse el regimiento se detuvo tambien el ómnibus, obligándonos á tener ante nuestra vista á aquellos soldados que apretaban sus caballos contra los caballos de nuestro carruaje, á aquellos franceses convertidos en mamelucos, á aquellos ciudadanos, combatientes de la gran República, transformados en rufianes del Bajo Imperio. Casi los podia tocar con la mano y no pude contenerme.

Bajé el cristal del ómnibus, saqué fuera la cabeza, y mirando fijamente la línea compacta de soldados frente á mí, grité:—Abajo Luis Bonaparte! ¡Los que sirven á los traidores tambien son traidores!

Los soldados que estaban más cerca de mí volvieron la cabeza y me miraron como se mira á los borrachos; los otros no se movieron, permaneciendo en su lugar descanso, con la visera del casco sobre los ojos y los ojos fijos en las orejas de los caballos. Tienen las cosas extraordinarias inmovilidad de estátuas, y las cosas despreciables inmovilidad de maniquíes. La obediencia pasiva al crímen convierte en maniquí al soldado.

En cuanto yo grité, Arnaud se volvió bruscamente, bajó su cristal, y sacando medio cuerpo fuera del ómnibus, gritó, extendiendo los brazos hácia los soldados:—Abajo los soldados traidores!

El ejemplo fué contagioso y eléctrico.

—Abajo los traidores! gritaron Carini y Montanelli.

—Abajo el dictador! dijo con voz sonora un generoso jóven, que no conocíamos y que estaba sentado junto á Carini.

A excepcion de él, todos los que iban en el ómnibus parecia que estaban sobrecogidos de espanto.

—Callaos! gritaban asustados. ¡Nos van á matar á todos!

Un hombre más aterrado que los otros bajó el cristal y comenzó á vociferar:—

Viva el príncipe Napoleon! ¡Viva el emperador!

Pero nosotros éramos cinco y ahogábamos su grito con nuestra obstinada protesta.

Los soldados escuchaban con sombrío silencio.

Un brigadier se volvió hácia nosotros con aire amenazador y agitando la espada. La muchedumbre lo vió con terror.

¿Qué pasaba por mí en aquellos momentos? No sé explicarlo. Cedí una vez al cálculo, encontrando la ocasion propicia, y cedí otra vez al furor, encontrando la ocasion insolente. Una mujer nos gritaba desde una acera:—"Van á acuchillaros.„ Creia que iba á producirse un choque, brotando la chispa de la muchedumbre ó del ejército. Esperaba un sablazo de los soldados ó un grito de cólera del pueblo. Pero no sucedió nada de lo que temia. La tropa no se movió y el pueblo permaneció silencioso.

El hombre tenebroso del Elíseo no habia sin duda previsto el caso de que insultasen su nombre, lanzando el insulto á quemarropa de sus soldados, que permanecieron inermes por no haber recibido órdenes para semejante caso; pero le recibieron por la noche, segun se observó al dia siguiente.

Poco despues, el regimiento partió al galope y el ómnibus echó á andar. En la calle de Laffitte nos apeamos. Carini, Montanelli y Arnaud se separaron de mí y yo me dirigí solo á la calle de la Tour-d' Auvergne. La noche iba adelantando. Cuando volví la esquina de la calle pasó un hombre cerca de mí, que era un obrero de una tenería inmediata, que conocí á la luz de un farol, el que con rapidez me dijo en voz baja:—"No sigais adelante, que la policía está cercando vuestra casa.„ Volví á bajar hácia el boulevard por las calles que entonces estaban en proyecto y sin construir, y que dibujan una Y debajo de mis ventanas, por detrás de mi casa. Viéndome privado de abrazar á mi mujer y á mi hija, pensé en lo que podria hacer en el tiempo que me quedaba hasta la hora de la cita. Me ocurrió una idea.

XVII.

Contra-golpe del 24 de Junio contra el 2 de Diciembre.

El domingo 26 de Junio de 1848, el poderoso combate de cuatro dias, formidable y heróico por ambas partes, duraba aun, pero la insurreccion estaba casi vencida y circunscrita únicamente al arrabal de San Antonio. Cuatro hombres de los más intrépidos que defendieron las barricadas de la calle del Pont-aux-Chaux, de la calle de Saint-Claude y de la de Saint-Louis en el Marais, se escaparon despues que fueron tomadas y se refugiaron en una casa de la calle de San Anastasio, número 12, en la que los ocultaron en el desvan. Los guardias nacionales y los guardias móviles los buscaban para fusilarlos, y yo lo supe. Era yo uno de los sesenta representantes que envió la Asamblea Constituyente al centro de la batalla, con la mision de preceder por todas partes á las columnas de ataque, de llevar con peligro de la vida ideas de reconciliacion á las barricadas y de impedir la efusion de sangre y atajar la guerra civil. Fuí á la calle de San Anastasio y salvé á los cuatro hombres. Uno de ellos era un pobre obrero de la calle de Charonne, cuya mujer iba en aquel instante de parto y el infeliz lloraba. Al oir sus sollozos y ver sus harapos, se comprendia que habia brincado de un solo salto estos tres pasos, miseria, desesperacion y alzamiento. Su jefe era un jóven pálido, rubio, de pómulos abultados, de frente inteligente, de mirada enérgica y resuelta. En cuanto le dije mi nombre al ponerle en libertad, lloró tambien y me habló así:

—Lloro porque no puedo olvidar que hace una hora estábais enfrente de nosotros y yo deseaba que el cañon de mi fusil tuviese ojos para veros y mataros.

Luego añadió:

—En los tiempos que vivimos, quizás pueda serviros alguna vez; si me necesitais para algo, disponed de mí.

Se llamaba Augusto y era dueño de una taberna en la calle de la Roquette.

Desde aquella época solo volví á verle una vez, el 26 de Agosto de 1849, el dia en que yo llevaba una cinta del carro fúnebre de Balzac. Fuí con el cortejo fúnebre al cementerio del Padre Lachaise; la tienda de Augusto estaba en el camino, y habia mucha gente por todas las calles que el cortejo atravesaba. Ví á Augusto en el umbral de la taberna con su jóven esposa y con dos ó tres obreros. Cuando pasé me saludó.

Este recuerdo se despertó en mi memoria cuando bajaba por las calles desiertas que están detrás de mi casa; el 2 de Diciembre me hizo pensar en él; creí que

podria darme algunos datos relativos al arrabal de San Antonio y ayudarnos á la sublevacion. Dicho tabernero me parecia á la vez soldado y jefe, y acordándome del ofrecimiento que me hizo, juzgué conveniente verle. Empecé por buscar en la calle de San Anastasio á la mujer intrépida que ocultó á Augusto y á sus tres compañeros, y que luego en muchas ocasiones les habia prestado auxilio; roguéla que me acompañara y accedió.

El aspecto que presentaban los boulevares, al bajar desde el de los Italianos hasta el de Marais, me sorprendió. Las tiendas estaban abiertas por todas partes como ordinariamente. Habia allí poco aparato militar, pero muchos grupos y profunda agitacion en los barrios ricos, y á medida que iba entrando en los barrios populares, veia que reinaba en ellos la soledad. Delante del café Turco habia un regimiento formado en batalla. Un tropel de jóvenes de blusa pasó ante él cantando la *Marsellesa*. Yo les grité:—"Á las armas!„ El regimiento no se movió. Un farol alumbraba en la pared inmediata los carteles de los espectáculos, que leí al pasar. En el teatro de los Italianos representaba *Hernani* un tenor nuevo, que se llamaba Guasco.

En la plaza de la Bastilla habia, como siempre, transeuntes tranquilos. Un grupo de obreros junto á la columna de Julio hablaban en voz baja. Tras los cristales de una taberna dos hombres disputaban en contra y en pró del golpe de Estado; iba de blusa el que lo defendia y de chaqueton el que lo atacaba. A pocos pasos de allí, un prestidigitador al lado de una mesa y entre cuatro velas hacia juegos de cubiletes, en medio de la multitud, que indudablemente solo pensaba en el titiritero. Hácia las oscuras soledades del muelle de Mazas se entreveian en la oscuridad baterías en tren de marcha. Antorchas encendidas aquí y allá dibujaban la silueta negra de los cañones.

Me costó bastante trabajo encontrar en la calle de la Roquette la puerta de la casa de Augusto. Como casi todas las tiendas estaban cerradas, la calle estaba muy oscura. Al fin, al través de un escaparate de cristales ví una luz que alumbraba un mostrador de estaño; más allá del mostrador, y á través de cristales tambien, se divisaban vagamente otra luz y dos ó tres hombres sentados á una mesa. Aquella era la taberna que yo buscaba.

Entré, y al abrirse la puerta hice sonar una campanilla. Al sonar el campanillazo, la puerta vidriera que separa la tienda de la trastienda se abrió y apareció Augusto.

Me reconoció y salió á recibirme, diciéndome:

—Ah! Señor! Sois vos?

—Sabeis lo que pasa? le pregunté.

—Sí, señor.

Aquel sí, señor, pronunciado con calma y con cierta turbacion, me lo explicó todo. Esperaba encontrar un hombre indignado y encontré un hombre pacífico; me pareció estar hablando con el barrio entero de San Antonio. Comprendí que por esa parte nada debia esperar, pero, sin embargo, probé.

—Luis Bonaparte hace traicion á la República, le dije, sin advertir que levantaba la voz.

El tabernero me tocó el brazo, y señalándome á los dos hombres que se veian tras los cristales de la trastienda, me recomendó que no hablara tan fuerte.

—Cómo! exclamé; ¿no os atreveis á pronunciar en voz alta el nombre de Bonaparte aquí, en el arrabal de San Antonio, en donde todas las puertas, todas las ventanas y todos los pisos debian gritar: A las armas!

Augusto me refirió lo que yo ya entreveia; que el pueblo estaba atontado, que creia que el sufragio universal se restablecia, y que la abolicion de la ley del 31 de Marzo era conveniente. Al llegar aquí le interrumpí:

—Pero Luis Bonaparte es el que quiso promulgar la ley del 31 de Mayo; Boucher la discurrió, Baroche la propuso y los bonapartistas la votaron. Estais alucinados, porque el ladron que os robó la bolsa os la devuelve.

—Yo no, contestó Augusto, pero los otros sí.

Me refirió que el pueblo decia que la Constitucion no lo contenia todo; que querian República, pero que la República se conservaba; que en todo aquello no veian más que cañones dispuestos á ametrallar; que se acordaban de Junio de 1848; que habian sufrido mucho en las barricadas, pero que á pesar de eso, si se pusieran hombres como nosotros á la cabeza quizá se batirian, pero que les contenia el no saber por quién iban á luchar. Terminó diciéndome que la parte alta del arrabal no estaba muy dispuesta, pero que la parte baja se batiria. "En cuanto á mí, si conservo la vida á vos os la debo. Mandad,

me expondré á la muerte, haré lo que vos querais.„

Mientras hablaba, noté que se entreabria á la espalda del tabernero la puerta vidriera y que su esposa nos miraba con inquietud.

—Lo que aquí falta no es la vida de uno, sino el esfuerzo de todos.

Él callaba; yo proseguí:

—¿De modo que los arrabales de Paris, que fueron heróicos hasta cuando se equivocaron por una cuestion de salario mal comprendida, por una definicion del socialismo mal dada, se sublevaron en Julio de 1848 contra la Asamblea que ellos mismos constituyeron y contra el sufragio universal, y vacilan en sublevarse en Diciembre de 1851 para defender el derecho, la ley, el pueblo, la libertad y la República? Decís que hoy está embrollado todo y que nada comprendeis; pues sucede precisamente todo lo contrario: todo estaba embrollado en Junio y hoy todo es muy claro.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras se habia abierto suavemente la puerta de la trastienda, y por ella habia salido un hombre, un jóven rubio como Augusto. Hice un movimiento, el tabernero lo notó y me dijo:—Podeis fiaros de él.

Dicho jóven se quitó la gorra, se llegó junto á mí, cuidando de volver las espaldas á la puerta vidriera, y me dijo en voz baja:—Os conozco; era uno de los que estaban en el boulevard del Temple y de los que os preguntamos lo que debíamos hacer; nos contestásteis que era preciso tomar las armas; pues bien, aquí las tengo.

Se metió las dos manos en los bolsillos del paletó y sacó dos pistolas.

En aquel instante sonó la campanilla de la puerta de la calle, y el jóven se guardó apresuradamente las pistolas. Entró un obrero con blusa que podria contar cincuenta años; sin mirar á nadie y sin hablar arrojó una moneda sobre el mostrador. Augusto tomó un vaso pequeño y lo llenó de aguardiente; el hombre se lo bebió de un solo trago, dejó el vaso en el mostrador y salió de la taberna.

Cuando desapareció me dijo Augusto:

—Como ese hombre que bebe, come, duerme y no piensa en nada, son casi todos.

El jóven interrumpió impetuosamente al tabernero y le dijo:

—Por un hombre no se debe juzgar á un pueblo.

Y volviéndose hácia mí, añadió:

—Ciudadano Víctor Hugo, acudiremos cuando se nos llame. Si algunos no acuden, hay otros que no faltarán. Creo, sin embargo, que la lucha no debe comenzar por aquí, sino por la otra orilla del rio.

Despues me dijo bruscamente:

—No pensaba que no teneis obligacion de saber mi nombre.

Sacó del bolsillo una cartera pequeña, arrancó de ella un pedazo de papel, escribió su apellido con lápiz y me entregó la hoja.

Siento haber olvidado el nombre de este obrero maquinista, ya que, con la idea de no comprometerle, quemé aquel papel con otros muchos el sábado por la mañana, cuando estuve á punto de ser preso.

—Señor, dijo Augusto, es verdad; no debemos pensar mal del barrio, pues, como dice mi amigo, quizás no sea el primero que acuda; pero si se sublevan en Paris, se sublevará.

—¿Quién quereis que esté en pié si el arrabal de San Antonio está echado en tierra? ¿Quién estará vivo si el pueblo está muerto?

El obrero constructor de máquinas se acercó á la puerta de la calle, se aseguró de que estaba cerrada, volvió y dijo:

—Hay en el barrio muchos hombres de buena voluntad. Lo que falta son jefes. Escuchad, ciudadano Víctor Hugo, á vos puedo decíroslo: esta noche espero que haya un movimiento.

—Dónde?

—En el barrio de Saint-Marceau.

—A qué hora?

—A la una.

—Cómo lo sabeis?

—Porque yo me he de encontrar en él. Ahora bien; si se subleva esta noche el barrio de Saint-Marceau, ¿quereis dirigirlo?

—Sí.

—Llevais encima vuestra banda?

La saqué del bolsillo y se la enseñé. Los ojos de aquel brillaron de alegría.

—Pues bien, contestó; el ciudadano tiene sus pistolas y el representante su banda; ya está armado todo el mundo.

Le pregunté:

—¿Estais seguro de que no fallará ese movimiento?

—Lo tenemos bien preparado, me respondió él.

—En ese caso, repuse, en cuanto se levante la primera barricada venid á

buscarme, que quiero encontrarme en ella.

—Adónde os he de buscar?

—En cualquier parte que me encuentre.

Me aseguró que el alzamiento que debia verificarse empezaria lo más tarde á las diez y media de la noche, y que yo recibiria la noticia antes de las once. Convinimos en que yo haria saber á Augusto mi paradero hasta esa hora, y en que éste se encargaria de comunicárselo al maquinista.

La mujer continuaba acechando. El diálogo se prolongaba, y para que no se hiciese sospechoso á las gentes de la trastienda, me despedí de Augusto. Al abrir la puerta para marcharme me cogió la mano, me la estrechó como lo hubiera hecho una mujer y me dijo con afectuoso acento:

—Veo que os marchais; ¿pero volvereis?

—No lo sé.

—Es verdad, replicó Augusto; nadie sabe lo que le ha de suceder. Quizá sereis perseguido y os busquen como á mí para fusilaros, y quizás yo pueda salvaros á mi vez, que los pobres hay veces que podemos servir de algo. Si ese caso llega, si necesitais un asilo, disponed de mi casa; en ella encontrareis una cama donde podais dormir y un hombre que se dejará matar por vos.

Le dí las gracias con un apreton de mano y partí. Estaban dando las ocho: me dirigí con paso precipitado hácia la calle de Charonne.

XVIII.

Los representantes cercados.

En la esquina de la calle del arrabal de San Antonio, en el punto mismo en el que se levantaba á la altura de dos pisos la gigantesca barricada de Junio de 1848, se habian fijado los decretos aquella mañana. A pesar de ser de noche y de no poder leerlos, habia algunos hombres examinándolos.

A pocos pasos más allá oí pronunciar mi nombre y volví la cabeza. Lo pronunciaban Julio Favre Bourzat, Lafont, Madier de Montjau y Michel de Bourges, que pasaban. Subí en un coche y alcancé á los cinco representantes. Venian de la calle de Charonne, en la que habian encontrado cerrado el local de la Asociacion de ebanistas.

—Esas buenas gentes, dijo Madier de Montjau, en cuanto empiezan á tener un capitalillo no quieren comprometerlo. Nos tienen miedo. Quizás digan:—¿A nosotros qué nos importan los golpes de Estado?

—Adónde vamos? preguntó Julio Favre.

Lafont, que vivia dos pasos de allí, nos ofreció su casa y la aceptamos, y dispusimos lo necesario para que los miembros de la izquierda supieran que estábamos allí.

Pocos instantes despues nos instalamos en casa de Lafont, en el cuarto piso de un edificio antiguo, que presenció la toma de la Bastilla. Se entraba en él por una puerta accesoria que se abria en el muelle de Jemmapes, y que caia á un patio estrecho, que estaba algunos escalones más bajo que el muelle. Bourzat se quedó en dicha puerta para avisarnos si era preciso y para indicar la casa á los representantes que fueran llegando.

Nos reunimos muchos en poco tiempo, volviéndonos á encontrar casi todos los de aquella mañana y algunos más. Lafont nos abrió su salon, que tenia vistas á los patios posteriores de la casa, y constituimos una especie de presidencia. Julio Favre, Carnot, Michel y yo nos sentamos alrededor de una gran mesa, que alumbraban dos bujías y que estaba delante de la chimenea. Todos los demás que asistian á la reunion se sentaron en sillas y en butacas. Un grupo obstruia la puerta.

Michel de Bourges exclamó al entrar:

—Hemos venido á buscar al pueblo del arrabal de San Antonio, y aquí nos teneis.

La concurrencia aplaudió estas palabras.

Expúsose la situacion, se habló del letargo de los barrios, de que no habia nadie en la Asociacion de ebanistas y de que encontrábamos las puertas cerradas casi por todas partes. Referí lo que habia visto y oido en la calle de la Roquette, las apreciaciones del tabernero sobre la indiferencia del pueblo, las esperanzas del maquinista y la posibilidad de un alzamiento, aquella misma noche, en el barrio de Saint-Marceau, y convinimos en que yo acudiria al primer aviso que recibiera. Pero no sabíamos nada aun de lo que habia pasado durante el dia. Se dijo que M. Harin, teniente coronel de la 5.ª legion de la Guardia nacional, habia convocado á sus oficiales.

Entraron en la reunion algunos escritores demócratas, Alejandro Rey, Javier Durrieu, Kesler Villiers, Lemaitre y Milliere.

Este jóven apareció con un gran rasguño encima de la ceja: cuando se separó de nosotros aquella mañana se llevó una de las copias de la proclama que yo habia redactado, y un hombre se lanzó sobre él para arrancársela; era indudable que la policía sabia que habíamos escrito una proclama y queria apoderarse de ella. Milliere luchó cuerpo á cuerpo con el agente de policía y lo echó al suelo, sacando de la refriega aquella herida. Sin embargo, la proclama todavía no estaba impresa, y eran ya cerca de las once de la noche. Javier Durrieu aseguró que no pasaria una hora sin que estuvieran en nuestro poder los cuarenta mil ejemplares prometidos, con los que esperábamos llenar aquella noche las paredes de Paris. Los concurrentes debian convertirse en fijadores de carteles.

Habia allí, lo que era inevitable en la borrascosa confusion de los primeros instantes, muchos hombres que no conocíamos. Uno de ellos tenia en la mano diez ó doce copias del llamamiento á las armas; me rogó que las firmara, á fin de poder, segun él decia, enseñar mi firma al pueblo.—"Ó á la policía„, me dijo Baudin en voz baja y sonriéndose. Pero como no estábamos para tomar muchas precauciones, firmé todas las proclamas que aquel hombre me entregó.

Julio Favre tomó la palabra, diciendo que importaba constituir la accion de la izquierda, imprimir al movimiento que se preparaba unidad de impulso, crear un centro, dar á la insurreccion un eje, á la izquierda una direccion y al pueblo un punto de apoyo, y propuso la formacion inmediata de un comité que representara la izquierda en todos sus matices y que se encargara de organizar y de dirigir la insurreccion.

Todos los representantes aclamaron á hombre tan varonil y tan elocuente. Se propuso que el comité constara de siete miembros. En seguida se nombró á Tarnot, á Julio Favre, á Madier de Montjau, á Michel de Bourges y á mí para constituirle. Formóse por aclamacion el comité de insurreccion, que yo propuse que tomara el nombre de comité de resistencia, porque el insurrecto era entonces Luis Bonaparte y nosotros representábamos la República.

Deseando que formara parte del comité un representante obrero, designamos á Faure, que hasta más tarde no supimos que estaba preso desde por la mañana.

En seguida se organizó el comité. De su seno se nombró un comité permanente con atribuciones para decretar lo más urgente en nombre de toda la izquierda, para centralizar las noticias, los informes, las instrucciones, los recursos y las órdenes.

El comité permanente se componia de cuatro miembros, que éramos Carnot, Michel de Bourges, Julio Favre y yo. Los otros dos miembros fueron delegados especiales; Tarnot para la orilla izquierda y para el barrio de las Escuelas, y Madier para los boulevares y las afueras de Paris.

Terminadas estas operaciones preliminares, Lafont nos llamó aparte á Michel de Bourges y á mí y nos dijo que el antiguo constituyente Prudhon habia venido á preguntar por uno de los dos, que estuvo allí cerca de un cuarto de hora, y que luego se marchó, diciendo que nos esperaba en la plaza de la Bastilla.

Prudhon, que en aquella época estaba cumpliendo en Santa Pelagia la condena de tres años de prision por ofensas inferidas á Luis Bonaparte, conseguia de vez en cuando que le dieran permiso para salir á la calle, y casualmente uno de estos permisos coincidió con el 2 de Diciembre. Cosa extraña y que no queremos dejar pasar por alto es que el 2 de Diciembre Prudhon, que estaba preso en virtud de un auto condenatorio, le dejaban salir en el instante mismo en que prendian ilegalmente á los representantes inviolables. Prudhon se aprovechó de su libertad para venir á buscarnos. Le conocia por haberle visto en la Conserjería, donde tambien estaban encerrados mis dos hijos, Augusto Vaquerie y Paul Meurice, mis dos ilustres amigos, y los animosos escritores Luis Jordan, Erdan y Suchet.

Javier Durrieu me habló al oido del modo siguiente:

—Acabo de separarme de Prudhon, que desea veros. Os espera bajo, cerca, á la entrada de la plaza. Le encontrareis apoyado en el parapeto del canal.

—Pues voy, le contesté.

Salí, y efectivamente, en el punto indicado encontré á Prudhon pensativo y apoyando los brazos en el parapeto. Me acerqué á él.

—Quereis hablarme? le dije.

—Sí.

Me estrechó la mano.

El sitio donde nos encontrábamos estaba muy solitario. Teníamos á la derecha la plaza de la Bastilla completamente oscura; nada se veia allí, pero se oia la multitud: habia regimientos formados en batalla, sin vivaquear, dispuestos á salir; se oia el sordo rumor de los alientos; en la plaza hormigueaban las pálidas chispas que de noche lanzan las bayonetas, y por encima de aquel golfo de tinieblas se erguía recta y negra la columna de Julio.

Prudhon me dijo:

—Vengo á haceros advertencias amistosas. Os haceis ilusiones. El pueblo está engañado y no se moverá. Bonaparte le arrastrará donde él quiera. Esa superchería de la restitucion del sufragio universal engañará á los necios. Bonaparte pasa por ser socialista y se ha echado esta cuenta: *Seré el emperador de la canalla.* Esto es en él una gran insolencia, pero las insolencias tienen la suerte de triunfar muchas veces cuando tienen aquello á su servicio.

Prudhon me señalaba con el dedo el siniestro resplandor de las bayonetas. En seguida continuó:

—Bonaparte se propone un fin. La República ha creado el pueblo, él quiere crear el populacho. Triunfará y sereis vencidos. Él cuenta con la fuerza, con los cañones, con los errores del pueblo y con las tonterías que hace la Asamblea. Los pocos hombres que hay en la izquierda como vos no sacareis nada del golpe de Estado. Vosotros sois honrados, y él tiene la ventaja sobre vosotros de ser pícaro; vosotros teneis escrúpulos, él no los tiene ni los tendrá nunca. Creedme y no resistais. La situacion no tiene ya remedio. Es preciso esperar; en este momento luchar es una locura. ¿Qué esperais?

—Nada, le contesté.

—Y qué vais á hacer?

—Todo.

Por la decision de mis palabras comprendió que no me haria ceder.

—Adios, me dijo entonces.

Nos separamos. Desde entonces no le he vuelto á ver.

Volví á subir á casa de Lafont.

Todavía no habian llegado las proclamas impresas. Los representantes, intranquilos, bajaban y subian. Algunos iban á esperar y adquirir noticias al muelle de Jemmapes. Se oia en la sala el confuso murmullo de muchas conversaciones. Los miembros del comité, Madier, Julio Favre y Carnot se habian retirado, encargando á Charamaule que me dijera que iban á la calle de Moulins, á casa del antiguo constituyente Laudrin, para deliberar allí con más comodidad, y que fuera á buscarlos. Pero creí que debia permanecer donde estaba, dispuesto á intervenir en el movimiento eventual del barrio de Saint-Marceau. Como esperaba el aviso del tabernero, no debia alejarme de allí; además era posible que si yo salia, los representantes de la izquierda, no viendo á ningun miembro del comité, se marchasen sin tomar resolucion alguna, y esto me pareció inconveniente.

Transcurria el tiempo y las proclamas no llegaban. Al dia siguiente supimos que la policía habia arrebatado los paquetes. Cournet, antiguo oficial de marina y ferviente republicano, tomó la palabra. Manifestó que hacia cerca de dos horas que estábamos allí, que la policía acabaria por averiguarlo, que los miembros de la izquierda tenian el imperioso deber de permanecer á toda costa al frente del pueblo, que la situacion nos imponia la necesidad de cambiar con frecuencia de asilo, y terminó invitándonos á que fuésemos á deliberar á su casa, á sus talleres, calle Popincourt, núm. 82, en el extremo de una calle sin salida situada en las cercanías del arrabal de San Antonio.

Aceptamos el ofrecimiento; mandé aviso á Augusto de nuestra traslacion, enviándole las señas de casa de Cournet. Lafont quedó encargado en el muelle de Jemmapes de enviarnos las proclamas en cuanto las recibiera. Charamaule se encargó de mandar el aviso á la calle de Moulins, para que los otros miembros del comité supieran dónde les esperábamos.

Salimos, lo mismo que por la mañana, diseminados en pequeños grupos. El muelle de Jemmapes bordea la orilla izquierda del canal de San Martin; por allí subimos, y solo encontramos algunos obreros aislados, que volvian la cabeza despues que pasábamos y que se paraban con asombro. La noche estaba muy oscura y caian algunas gotas de lluvia.

Despues de pasar la calle de Chemin-Vert, nos dirigimos á la derecha y llegamos á la calle de Popincourt. Allí estaba todo desierto, apagado y silencioso, como en el arrabal de San Antonio. Pasamos más allá del cuartel,

Cournet no venia con nosotros; se quedó detrás para avisar á sus amigos y para dictar medidas de defensa en el caso de que atacaran su casa.

No podíamos encontrar el núm. 82; la oscuridad no nos permitia distinguir los números. Pero al fin, al terminar la calle, vimos una luz, que salia de una tienda de comestibles, la única que por allí estaba abierta. Uno de los nuestros entró y suplicó al dueño, que estaba sentado detrás del mostrador, que nos indicase la casa de M. Cournet. El tendero nos dijo que era allí enfrente, señalándonos una antigua puerta-cochera. Llamamos á la puerta que nos indicó. Nos abrieron; entró Baudin, que llamó con los nudillos en los cristales de la portería, y preguntó:—"¿Vive aquí el señor Cournet?„ Una voz de vieja respondió: —"Sí, señor.„

La portera estaba acostada: todos dormian en la casa, pero nosotros entramos.

Cuando estuvimos dentro y quedó cerrada la puerta-cochera, nos encontramos en un patio pequeño y cuadrado, que formaba el centro de una casucha de dos pisos, donde reinaba silencio de claustro; no habia ni una luz en las ventanas; se divisaba cerca de un soportal la entrada baja de una escalera estrecha, y creíamos habernos equivocado de casa.

Entre tanto la portera, que oyó el paso de muchos hombres, se despertó por completo, encendió una lamparilla y estaba en la portería con la cara pegada al cristal de la puerta, mirando con pavura á los sesenta fantasmas negros, inmóviles y de pié que habia en el patio.

Esquirós le dirigió la palabra:—"¿Pero vive aquí el señor Cournet?„—"No; el señor Cornet.„

Entonces nos explicamos la equivocacion; el tendero habia entendido mal el apellido; nos encaminó allí, y la primera vez la portera tambien lo entendió mal.

Ya veremos más tarde cómo por medio de esta equivocacion la casualidad nos prestó extraordinario servicio.

Salimos de allí.

Javier Durrieu procuró orientarse y nos sacó del apuro.

Poco despues torcíamos á la izquierda y penetramos en un callejon largo, al que apenas daba luz un reverbero de aceite, del antiguo alumbrado de Paris; torcimos otra vez á la izquierda y nos introdujimos en un pasadizo estrecho, en un extenso patio, que estaba lleno de cobertizos y de materiales. Ahora realmente estábamos en casa de Cournet.

XIX.

Un pié en la sepultura.

Cournet nos esperaba ya allí. Nos recibió en una sala de la planta baja, que caldeaba una estufa, y en la que se veia una mesa y algunas sillas; pero era tan reducida, que entramos la cuarta parte de nosotros y no podíamos movernos; los demás tuvieron que permanecer en el patio.

—Es imposible que deliberemos aquí, dijo Baucel.

Tengo otra sala más grande en el primer piso, respondió Cournet, pero está en construccion, y en ella no hay muebles ni lumbre.

—No importa; subamos al primer piso.

Subimos por una escalera de madera, estrecha y empinada, y nos posesionamos de dos salas bajas de techo, una de ellas bastante capaz. Las paredes estaban blanqueadas con cal, y no habia más muebles que algunos taburetes de paja.

—Presidid! me dijeron muchas voces.

Me senté en uno de los taburetes en el ángulo de la primera sala. Baudin repuso:

—Tengo lápiz y papel y voy á serviros de secretario.

Tomó un taburete y se sentó á mi lado.

Los representantes y todos los asistentes permanecieron en pié, formando delante de Baudin y de mí una especie de escuadra arrimada á las dos paredes de la sala que estaban enfrente de nosotros. La muchedumbre se prolongaba hasta la escalera. Sobre la chimenea apagada habia una vela encendida.

Una especie de alma comun agitaba á la reunion. Todos los semblantes estaban pálidos, pero en todas las miradas se leia la misma resolucion enérgica. Muchos pidieron á un tiempo la palabra, y yo les rogué que dijeran sus nombres á Baudin para que los inscribiera y para que me pasara la lista. El primero que habló fué un obrero, que comenzó por disculparse de haberse unido á los representantes, siendo ageno á la Asamblea. Los representantes le interrumpieron diciéndole:—No debeis escusaros, porque pueblo y representantes son una misma cosa. Hablad!—Declaró que pidió la palabra para desvanecer toda sos-

pecha que pudiera recaer en el honor de sus hermanos los obreros de Paris, por haber oido á algunos representantes que dudaban de ellos, y que hablaba para afirmar que esto era injusto, que los obreros comprendian el crímen de Bonaparte y el deber del pueblo, y no serian sordos al llamamiento de los representantes republicanos, lo que muy pronto se iba á ver. Esto lo dijo sencillamente y con cierta honradez ruda; pero cumplió lo que dijo al dia siguiente: yo le ví batiéndose en la barricada de Rambuteau.

Mathieu del Drome entró cuando el obrero acababa de hablar.—Os traigo noticias, gritó.

Entonces reinó profundo silencio.

Como dijimos, sabíamos que la derecha debió reunirse y que algunos de nuestros amigos habian asistido á dicha reunion; pero no sabíamos nada más. Mathieu nos traia la noticia de los hechos de la jornada, los pormenores de las prisiones á domicilio ejecutadas sin obstáculo. La reunion Daru abofeteada en la calle de Bourgogne, los representantes arrojados de la Asamblea, la cobardía del presidente Dupin, la dispersion del Tribunal Supremo, la nulidad del Consejo de Estado, la triste sesion de la Alcaldía del 10.° distrito, el aborto del nombramiento de Oudinot, el acta de destitucion del presidente y los doscientos veinte representantes apresados y conducidos al muelle de Orsay. Mathieu terminó de hablar virilmente, diciendo que el deber de la izquierda era mayor á cada momento, que con seguridad el dia siguiente seria decisivo, y conjuró á la reunion á que estuviese preparada.

Un obrero refirió el siguiente hecho. Contó que estando por la mañana en la calle de Grenelle pasaron los miembros de la Asamblea presos, y uno de los comandantes del batallon de Vincennes pronunció esta frase:

—Ahora les toca el turno á los representantes rojos. Que no se duerman!

Baudin entonces se levantó y dijo:—Ya que el golpe de Estado redobla la saña, ¡ciudadanos, redoblemos nosotros la energía!

De repente entró corriendo un hombre de blusa, que venia sofocado, y nos anunció que acababa de ver por sus propios ojos en la calle de Popincourt un batallon que marchaba sigilosamente hácia el callejon sin salida, que estábamos cercados y que nos iban á acometer, conjurándonos á que nos dispersáramos en el acto.

—Ciudadanos representantes, exclamó Cournet, he apostado centinelas en el callejon, que se replegarán y vendrán á avisarnos si el batallon se dirige hácia nosotros. La puerta es estrecha y la atrincheraremos en un instante. Aquí estamos con vosotros cincuenta hombres armados y decididos, y llegaremos á ser doscientos en cuanto suene el primer disparo; además estamos provistos de municiones. Podeis deliberar tranquilos.

Terminó levantando el brazo derecho y enseñando en la manga un ancho puñal que llevaba oculto y golpeando con la otra mano en los bolsillos las culatas de dos pistolas.

—Pues bien, dije; continuemos.

Tres de los más jóvenes y elocuentes oradores de la izquierda, Bancel, Arnaud y Víctor Chantour, hablaron sucesivamente. A los tres les preocupaba la idea de no haberse podido fijar todavía nuestra proclama, de no haber producido ningun resultado los episodios del boulevard del Temple, por la presion que nos hacia Bonaparte; se lamentaban de no haber podido manifestar públicamente ninguno de nuestros actos, mientras el hecho de la Alcaldía del 10.° distrito comenzaba á divulgarse por Paris, dando por resultado parecer que la derecha realizaba un acto de resistencia antes que la izquierda. Les aguijoneaba la generosa emulacion del bien público y les causaba inmensa alegría saber que habia un batallon dispuesto á atacar á pocos pasos de allí, y que quizás dentro de pocos momentos comenzaria la lucha.

Las opiniones se multiplicaban y con los diferentes criterios nacian las incertidumbres: un obrero que estaba cerca de mí decia á media voz á uno de sus compañeros que no podia contarse con el pueblo, y que entablar la lucha seria una locura.

Los incidentes y los hechos de la jornada habian modificado bajo ciertos aspectos mi opinion sobre la marcha que debíamos tomar en tan graves circunstancias. El silencio que guardó la muchedumbre cuando Arnaud y yo apostrofamos á las tropas, destruyó la impresion que me habia causado pocas horas antes el entusiasmo que manifestaba el pueblo en el boulevard del Temple. Las dudas de Augusto me sorprendieron; conocí que la Asociacion de ebanistas se escondia; era visible el letargo del arrabal de San Antonio, como la inercia del barrio de Saint-Marceau; debí recibir aviso del

maquinista á las diez y media, y eran ya más de las once; todas mis esperanzas se iban desvaneciendo sucesivamente. Por eso sentia más no haber realizado un hecho instantáneo que hubiera asombrado y sacudido á París.

Más tarde se verá el concurso de circunstancias fortuitas que impidió que se realizara este pensamiento tal como yo le concebia. Y si los representantes cumplieron con su deber, la Providencia quizá no cumplió con el suyo. Sea de esto lo que quiera, suponiendo que no habíamos de perecer allí y que existia para nosotros un mañana, conociendo que habia necesidad de preparar lo que habia que hacer el dia siguiente, tomé la palabra.

Comencé por levantar completamente el velo de la situacion y presentarla desnuda. La Constitucion habia sido arrojada al arroyo, la Asamblea conducida á culatazos á la prision; habian dispersado el Consejo de Estado y el Tribunal Supremo, y esto era un principio de victoria en favor de Luis Bonaparte, porque el ejército habia pescado á París en una red, sembraba el estupor por todas partes, derribaba las autoridades y anulaba los pactos; solo quedaban en pié dos cosas, el golpe de Estado y nosotros. Nosotros somos la verdad y la justicia, el poder supremo y soberano, la encarnacion del pueblo y del derecho.

Luego proseguí:—Luis Bonaparte, cada minuto que pasa, avanza más en su crímen. Para él no hay nada inviolable ni sagrado; por la mañana violó el palacio de los representantes de la nacion; algunas horas más tarde se ha apoderado de sus personas; mañana, quizá en estos momentos, derrama su sangre. Pues bien, ya que avanza sobre nosotros, avancemos nosotros sobre él; ya que el peligro crece, crezcamos con el peligro.

En la Asamblea hubo un momento de adhesion, y yo proseguí:

—Lo repito é insisto en ello; no perdonemos al desventurado Bonaparte ninguna de las enormidades del atentado; ya que ha derramado el vino, quiero decir, la sangre, es preciso que se la beba. Nosotros no somos individuos, somos la nacion, y vamos investidos con la soberanía del pueblo. No puede atentar contra nuestras personas sin ultrajar esa soberanía. Obliguémosle á que su metralla desgarre nuestras bandas y nuestros pechos. En el camino que ha emprendido ese hombre, la lógica le obliga y le lleva al parricidio, á matar á la patria. Es preciso que esto se vea!

—¡Estamos todos dispuestos á seguiros! gritaron. ¿Qué medidas creeis que debemos adoptar?

—Medidas extremas, respondí; realicemos un acto grande. Si salimos de aquí esta noche, mañana nos reuniremos todos en el arrabal de San Antonio.

—¿Por qué en el arrabal de San Antonio? me objetó uno de los concurrentes.

—Porque no puedo creer que haya cesado de latir allí el corazon del pueblo. Nos reuniremos mañana en dicho arrabal, frente á frente del mercado Lenoir, en una sala que sirvió de club en 1848.

—La sala Roysin, dijo una voz.

—Eso es, la sala Roysin. Quedamos aun libres ciento veinte representantes republicanos y nos instalaremos en dicha sala con la majestad y plenitud del poder legislativo. Desde ahora constituimos toda la Asamblea. Deliberemos allí con las insignias puestas y en medio del pueblo. Erijamos en vivienda el arrabal de San Antonio, refugiemos allí la representacion nacional y la soberanía popular, confiemos al pueblo la custodia de sí mismo, conjurándole á que se defienda, y si es necesario ordenémoslo.

—No se dan órdenes al pueblo! exclamó una voz interrumpiéndome.

—Se dan cuando se trata del bien público, de la salvacion universal, del porvenir de las nacionalidades europeas; cuando se trata de defender la República, la libertad y la civilizacion, tenemos derecho los representantes de la nacion á dar, en nombre del pueblo francés, órdenes al pueblo de Paris. Reunámonos, pues, mañana en la sala Roysin, en pleno dia; cuando las tiendas estén abiertas, cuando la poblacion circule, cuando se nos vea, cuando se nos conozca, para que la grandeza de nuestro ejemplo salte á todos los ojos y conmueva todos los corazones. Reunámonos, pues, de nueve á diez de la mañana. Si encontramos obstáculos para entrar en la sala Roysin, ocuparemos una iglesia, un soportal, cualquier recinto cerrado donde podamos deliberar; y si no hay otro remedio, nos constituiremos en una encrucijada, entre cuatro barricadas. Es preciso que en semejante crísis la nacion no vea ante sí el vacío, porque eso la espanta. Es preciso constituir en cualquier parte un gobierno, y que ella sepa que ese gobierno existe. La rebelion está en el Elíseo y el gobierno estará en el arrabal de San Antonio; con estas ideas debe despertar-

se mañana el espíritu de Paris. ¡A la sala Roysin, pues! Desde allí, entre la muchedumbre obrera, almenados en el arrabal como en una fortaleza, siendo á la vez legisladores y generales, inventando y multiplicando los medios de defensa y de ataque y lanzando proclamas, sentenciaremos á Luis Bonaparte y á sus cómplices, pondremos fuera de la ley al crímen y á los criminales, llamaremos á los ciudadanos á las armas, recordaremos al ejército su deber, y frente á frente de Luis Bonaparte, terribles como la República viva, le combatiremos, teniendo en una mano la fuerza de la ley y en la otra la fuerza del pueblo, y confundiremos para siempre á ese miserable sublevado.

Hablando me embriagaba con mi propia idea, y mi entusiasmo se comunicó á la reunion, que me aclamó. Pero en seguida advertí que mi esperanza era demasiado ilusoria, y que les presentaba el éxito no solo posible, sino fácil, en circunstancias en que era muy importante que nadie se forjara ilusiones. La verdad era triste, pero tenia el deber de decirla. Dejé que se restableciera el silencio y continué hablando en voz más baja.

—Es preciso, sin embargo, ver clara nuestra situacion. La parte contraria cuenta con cien mil hombres, con diez y siete baterías, con seis mil bocas de fuego en los fuertes, almacenes y arsenales, con municiones inagotables; nosotros contamos con ciento veinte representantes, con mil ó mil doscientos patriotas, con seiscientos fusiles, con dos cartuchos por ciudadano; pero no tenemos ni un tambor que toque llamada, ni una campana que toque á rebato, ni una imprenta que imprima una proclama; y estamos amenazados de la pena de muerte si nos agrupamos, si nos encuentran en conciliábulo, si nos ven fijando proclamas en las paredes, si nos cogen durante el combate y si nos cogen despues de terminada la lucha; estamos condenados á la deportacion ó al destierro; la parte contraria cuenta con un ejército y con su crímen, y nosotros con un puñado de hombres y con el derecho para empeñar la lucha. La aceptais?

—Sí! sí! contestó un grito unánime, grito que no salia de los labios, sino de los corazones.

Convinimos inmediatamente en que de nueve á diez de la mañana nos reuniríamos en la sala Roysin, acudiendo allí aisladamente ó en grupos de dos ó tres personas, y convinimos tambien en dar esta cita á nuestros amigos ausentes.

Debíamos separarnos ya. Era próximamente la media noche.

Uno de los exploradores de Cournet entró y nos dijo:

—Ciudadanos representantes, el batallon se ha marchado y la calle está libre.

¿Juzgó el ataque importuno ó peligroso de noche, en el callejon estrecho y en el centro del temible barrio de Popincourt, donde tanto tiempo se sostuvo la revolucion de Junio de 1848? Algunos soldados visitaron varias casas de la vecindad, y segun informes que adquirimos más tarde, nos siguió un agente de policía al salir de la casa número 2 del muelle de Jemmapes y nos vió entrar en el domicilio de Cournet, lo que fué á denunciar á sus jefes. El batallon que enviaron para apoderarse de nosotros cercó la indicada casa, la allanó, la registró desde la cueva hasta el desvan, y no encontrándonos, se marchó.

Esta casi sinonimia de *Cornet* y de *Cournet* hizo perder la pista á los sabuesos del golpe de Estado. La casualidad nos favoreció.

Estaba cerca de la puerta hablando con Baudin, cuando un jóven de barba larga, de porte y de modales distinguidos, en quien yo ya me habia fijado, se acercó á mí y me preguntó:

—Señor Víctor Hugo, ¿dónde pensais acostaros esta noche?

No me habia ocurrido hasta aquel momento que no era prudente volver á mi domicilio.

—No lo sé, le respondí.

—Quereis venir á mi casa?

—Con mucho gusto.

Me dijo su nombre; llamábase M. de la R. Conocia la familia de mi hermano Abel, y habia sido prefecto durante el Gobierno provisional. Dejó su coche á la puerta de la casa, subimos en él, y como sabia que Baudin queria pasar la noche en casa de Cournet, le dí las señas de casa M. de la R. para que me llamara si del arrabal de Saint-Marceau ó de cualquier otra parte se recibian noticias de alguna sublevacion.

Poco despues de separarnos los representantes y de dejar la calle de Popincourt, Julio Favre, Madier, Deflotte y Carnot, á quienes pasamos aviso á la calle de Moulins, llegaron á casa de Cournet, acompañados de Schœlcher, de Charamaule, de Aubry y de Bastide. En casa de Cournet quedaban aun algunos representantes, que, como Baudin, pensaban pasar allí la noche.

Enteraron á nuestros colegas de lo que habíamos acordado y de la cita en la sala Roysin, pero no recordaron la hora señalada, y particularmente Baudin y otros colegas creyeron que la cita era para las ocho, no para las nueve de la mañana. El cambio de hora, debido á falta de memoria, y del cual á nadie debe culparse, impidió la realizacion de mi plan, esto es, establecer una Asamblea en el arrabal y librar la batalla á Luis Bonaparte; pero en compensacion nos proporcionó el hecho heróico de la barricada de Santa Margarita.

XX.

Entierro de un gran aniversario.

Tal fué la primera jornada; fijémonos en ella, que bien lo merece. Fué el aniversario de Austerlitz, en el que el sobrino festejaba al tio. Austerlitz fué la batalla más brillante de la historia; el sobrino se propuso resolver este problema: cometer una vileza tan grande como aquella gloria. Lo consiguió.

Aunque á la primera jornada siguen otras, está completa, nada le falta. Fué la intencion más espantosa de retroceso que se pensó cometer jamás. Jamás hubo una caida de civilizacion semejante á esta caida. Todo lo edificado hasta entonces queríanlo convertir en ruinas. En una sola noche desaparecieron la inviolabilidad de la ley, el derecho del ciudadano, la dignidad del juez y el honor del soldado. Se verificaron honrosas sustituciones; el juramento se reemplazó por el perjurio, la bandera por el andrajo, el ejército por la faccion, la justicia por la prevaricacion, el código por el sable, el gobierno por el pillaje y la Francia por una caverna de bandidos. A esto se llamó salvar la sociedad. Fué el ladron salvando al viajero.

Francia caminaba y Bonaparte la paró.

La hipocresía que precedió al crímen iguala en deformidad á la desvergüenza que le siguió. La nacion vivia confiada y tranquila y experimentó cínica y súbita sacudida. La historia no registra nada semejante al 2 de Diciembre. Nada hay glorioso en este hecho; todo en él es abyecto. No hubo ningun tapujo. Apareció honrado y luego se declaró infame. Esta jornada, cuyo éxito es casi incomprensible, ha demostrado que la política tiene su obscenidad. La traicion se ha levantado bruscamente las faldas y ha dicho: Pues bien, sí; y ha enseñado las desnudeces de su alma sucia. Luis Bonaparte se ha arrancado la máscara y nos ha hecho ver el horror, se ha arrancado los velos y nos ha hecho ver la cloaca.

Ayer fué presidente de la República, hoy es un facineroso. Juró y jura aun, pero con otra voz. Su juramente se ha trocado en blasfemia. Ayer aseguraba que era vírgen, hoy entra en un lupanar y se rie de los imbéciles. Figuraos á Juana de Arco que se convierte en Mesalina; pues eso es el 2 de Diciembre.

Las mujeres tomaron parte en esta maldad; fué un atentado mixto de tocador y de presidio; entre la fetidez de la sangre se desprende cierto aroma vago de patchoulí. Los cómplices de este latrocinio son hombres de sociedad, como Romieu y Morny; bien que contraer deudas conduce á perpetrar crímenes. La Europa quedó estupefacta. Aquello fué un rayo disparado por un ratero y que cayó en malas manos; el traidor Palmerston lo aprobó. El viejo Metternich, soñando en su casa de campo, meneó la cabeza en señal de desprecio. El mariscal Soult, el héroe de Austerlitz despues de Napoleon, hizo lo que debia hacer; murió el mismo dia del crímen. Ay! y Austerlitz tambien.

SEGUNDA JORNADA

La lucha.

I.

Vienen á prenderme.

Para ir de la calle Popincourt á la de Coumartin hay que atravesar todo París. Le atravesamos, encontrando en todas partes aparente calma. A la una de la mañana llegamos á casa de M. de la R. El carruaje se paró cerca de una verja; el dueño de la casa abrió con llave; á la derecha, bajo la bóveda del portal, habia una escalera que llegaba al primer piso de un cuerpo aislado del edificio, que M. de la R. habitaba y que fué donde me introdujo.

Penetramos en una sala amueblada con lujo, que alumbraba una lamparilla y que separaba del dormitorio un tapiz entreabierto. M. de la R. entró en ese aposento y poco despues salió acompa-

ñado de una preciosa mujer, blanca y rubia, que vestia de bata, que llevaba el cabello suelto, y que atónita me contemplaba con ese sobresalto tan atrayente en una jóven. Su esposo acababa de despertarla. Permaneció un instante en el umbral de su cuarto soñolienta, sonriendo, entre admirada y despavorida, fijando alternativamente sus ojos en su marido y en mí, sin pensar quizás en la guerra civil, y viéndome entrar bruscamente en su casa á media noche, bajo la forma alarmante de un desconocido que pide asilo.

Dí á aquella señora mil escusas, que recibió con extremada bondad, y se aprovechó de este incidente para acariciar á una preciosa niña de dos años, que dormia en una cuna en el fondo de la sala, y la criatura que besó le hizo perdonar al proscripto que venia á despertarla.

Sin dejar de hablar, M. de la R. encendió excelente fuego en la chimenea, y su esposa, con una almohada y dos almohadones, con un capote de su marido y un abrigo de ella, me improvisó en un sofá, que prolongamos por medio de un sillon, una cama frente á la chimenea.

Durante la discusion de la calle Popincourt, Baudin me prestó un lápiz para tomar nota de algunos nombres; conservaba el lápiz y lo aproveché para escribir á mi esposa una carta, que la mujer de M. de la R. se encargó de entregar en propias manos á la señora de Víctor Hugo al dia siguiente. Sacando los objetos que tenia en los bolsillos, me encontré un palco para ir á los Italianos, que ofrecí á la dueña de la casa.

Al contemplar aquella cuna, aquellos dos jóvenes hermosos, elegantes y felices, y al compararlos conmigo, que llevaba el cabello y el traje en desórden, las botas llenas de lodo y el espíritu lleno de pensamientos sombríos, me pareció que era un buho dentro de un nido de ruiseñores.

Poco despues los dos esposos entraron en el dormitorio y cerraron el tapiz entreabierto; yo me eché en el sofá vestido, y aquel tierno nido, que revolví, volvió á recobrar su delicioso silencio.

Se puede dormir la víspera de una batalla entre dos ejércitos, pero no se duerme la víspera de una batalla entre ciudadanos. Despierto conté una por una todas las horas que sonaban en una iglesia próxima; toda la noche estuvieron pasando por la calle, á la que caian las ventanas de la sala, carruajes que huian de Paris y que se sucedian con rapidez, como si salieran de un baile. Como no pude dormir, me levanté y corrí un poco las cortinas de muselina de una ventana para ver lo que pasaba en la calle. Pero en el cielo estaban apagadas las estrellas, y las nubes pasaban con la violencia difusa de una noche de invierno. El viento silbaba siniestramente, y se asemejaba al viento de los sucesos.

Contemplé á la niña dormida.

Esperaba con impaciencia que amaneciera; por fin rayó el dia. M. de la R. me habia indicado, por suplicárselo yo, de qué medios me habia de valer para salir de allí sin molestar á nadie. Besé la frente de la niña y salí de aquel aposento. Bajé, cerrando tras mí las puertas suavemente para no despertar á la dueña de la casa. La verja se abrió y me encontré en la calle, que estaba desierta; las tiendas aun no se habian abierto; una lechera, con el borrico á su lado, colocaba tranquilamente sus vasijas en la acera. No he vuelto á ver á M. de la R. Más tarde supe que me escribió durante mi destierro, pero que interceptaron su carta. Creo que abandonó la Francia. Dios quiera que estas páginas escritas para él le lleven mi recuerdo.

La calle Chanmartin sale á la de San Lázaro. Me dirigí hácia aquella parte. Era ya completamente de dia, y á cada instante me alcanzaban y me pasaban delante carruajes cargados de baules y de fardos, que se dirigian apresuradamente á la estacion del ferro-carril del Havre. La gente empezaba á transitar por las calles. Varios viajeros que iban al tren subian por dicha calle al mismo tiempo que yo. Enfrente del número 42, donde en otro tiempo vivió Mlle. Mars, ví un cartel fresco todavía pegado á la pared; me aproximé; reconocí en él los caractéres de la imprenta Nacional. Decía así:

"FORMACION DEL NUEVO MINISTERIO.

Interior, M. Morny.
Guerra, M. el general de division de Saint-Arnaud.
Negocios extranjeros, M. de Turgot.
Justicia, M. Rouher.
Hacienda, M. Jould.
Marina, M. Ducos.
Obras públicas, M. Magne.
Instruccion pública, M. H. Fortoul.
Comercio, M. Lefebvre Duruflé.„

Arranqué el cartel y lo arrojé á la calle; los soldados del tren que conducian los furgones me miraron, pero siguieron

su camino. En la calle de San Jorge ví otro cartel. Era mi proclama. Algunas personas la leian, pero yo la rasgué, á pesar de la resistencia del portero, que me pareció que tenia el encargo de vigilarla.

Al pasar por la plaza de Breda ví que habia ya allí algunos coches de punto. Tomé uno.

Estaba cerca de mi casa; la tentacion era poderosa, y no pudiendo resistirla, me encaminé á mi domicilio. Al verme atravesar el patio, el portero me miró con asombro. Llamé. Abrió mi criado Isidoro, que al verme lanzó un grito:—"Sois vos, señor! Esta noche han venido á prenderos.„ Entré en el cuarto de mi mujer, que estaba acostada, pero que no dormia, y me lo refirió todo.

Se acostó á las once; hácia las doce y media quedó sumida en esa especie de sopor que se parece al insomnio y oyó voces de hombres. Le pareció que Isidoro hablaba con alguno en la antecámara. Al principio no hizo caso y procuró dormir; pero cuando notó que el ruido de voces continuaba, se incorporó en el lecho y agitó la campanilla.

Isidoro entró; mi esposa le preguntó:

—Ha venido alguno?

—Sí, señora.

—Quién es?

—Un hombre que desea hablar con el señor.

—Pues el señor ha salido.

—Eso le he contestado.

—¿Y por qué no se marcha ese hombre?

—Dice que tiene absoluta necesidad de hablar con Víctor Hugo, y que se esperará.

Isidoro se habia detenido en el umbral del dormitorio. Mientras hablaba, un hombre grueso, abrigado con un paletó, debajo del que se veia un frac negro, apareció en la puerta, detrás del criado.

Aquel hombre escuchaba en silencio.

—¿Sois vos el que desea hablar con Víctor Hugo?

—Sí, señora.

—Ha salido.

—Tendré el honor de esperarle, señora.

—Pues no volverá.

—Pues es indispensable que yo le vea.

—Si es para algun asunto urgente podeis confiármelo con seguridad, porque yo le enteraré bien.

—Necesito hablar con él mismo.

—Se trata de asuntos políticos?

El hombre no respondió.

—A propósito de esto, replicó mi esposa, qué es lo que está sucediendo?

—Creo, señora, que todo ha terminado ya.

—A favor de quién?

—A favor del presidente.

Mi mujer miró á aquel hombre con fijeza y le dijo de pronto:

—Venís á prender á mi esposo.

—Es verdad, señora, respondió aquel hombre entreabriendo el paletó y enseñando el fajin de comisario de policía.

Despues de una pausa, añadió:

—Soy comisario de policía y traigo la órden de prender á Víctor Hugo. Debo registrar la casa.

—Cómo os llamais? le preguntó mi esposa.

—Me llamo Hivert.

—Conoceis la Constitucion?

—Sí, señora.

—Está bien, contestó ella friamente; de ese modo no ignorareis que cometeis un crímen. Dias como el de hoy tienen un dia siguiente. Salid y obrad como os plazca.

El señor Hivert pretendió dar algunas explicaciones, ó por mejor decir, quiso justificarse; tartamudeó la palabra conciencia y balbuceó la palabra honor.

—Desempeñad vuestro oficio y no discutais, le contestó con dureza aquella mujer valiente; sabeis que el funcionario que atenta contra un representante del pueblo comete un delito, y que ante los representantes, el presidente solo es un funcionario como los demás y el encargado en primer término de ejecutar las órdenes de sus colegas; ¡y os atreveis á venir á prender á un representante en su propio domicilio, como se prende á un malhechor! Hay aquí efectivamente un malhechor á quien prender, pero ese malhechor sois vos.

El señor Hivert inclinó la cabeza; salió de la habitacion, y por la puerta, que no quedó completamente cerrada, mi mujer vió desfilar detrás del comisario, que estaba bien alimentado y que iba bien vestido, á siete ú ocho pobres diablos, flacos, que gastaban mugrientas levitas largas hasta los talones y sombreros viejos, calados hasta los ojos; lobos conducidos por un perro. Registraron la habitacion, abrieron aquí y allá algunos armarios, y se fueron tristes y cariacontecidos, segun me refirió Isidoro.

El comisario Hivert iba con la cabeza inclinada, pero hubo un momento en que la levantó. Isidoro, que se indignó al ver que aquellos hombres buscaban con

tal insistencia á su señor por todos los rincones, se atrevió á burlarse de ellos. Abrió el cajon de una cómoda y dijo:

—Puede que esté aquí.

En los ojos del comisario brilló un relámpago de fúria, y exclamó:

—Criado, respeta á la autoridad.

Pero el criado era él.

Cuando salieron aquellos hombres notaron la falta de algunos papeles. Varios fragmentos de manuscritos fueron robados, entre otros una composicion en verso, fechada en Julio de 1848 y escrita contra la dictadura militar de Cavaignac.

Aquellos manuscritos no los he podido encontrar.

La policía podia volver de un momento á otro—como volvió en efecto despues de mi salida;—abracé á mi mujer; no quise despertar á mi hija, que estaba durmiendo, y salí de casa. A los asustados vecinos que me esperaban en el patio dije riéndome:—¡Aun no me han cogido!

Poco despues estaba en la calle de Moulins, número 10. No eran aun las ocho de la mañana, y creyendo que mis compañeros del comité de insurreccion habian pasado allí la noche, fuí á buscarlos, para irnos juntos á la sala Roysin; pero en la calle de Moulins solo encontré á la señora Laudrin. Mis compañeros creyeron que esa casa estaba descubierta y vigilada, y se trasladaron á la calle de Villedo, número 7, donde vivia el antiguo constituyente Leblond, abogado de las Asociaciones obreras. Julio Favre habia pasado allí la noche. La señora Laudrin estaba almorzando y me ofreció cubierto en su mesa, pero el tiempo urgia; tomé un pedazo de pan y me marché.

La criada que me abrió en la calle de Villedo, número 7, me introdujo en un gabinete donde estaban Carnot, Michel de Bourges, Julio Favre y el dueño de la casa, Leblond.

—Tengo abajo un carruaje, les dije; la cita es á las nueve en la sala Roysin, en el arrabal de San Antonio. Vámonos.

Mis compañeros no eran de esta opinion. Creian que las tentativas que se hicieron la víspera en dicho arrabal bastaban para comprender claramente su situacion; era inútil insistir, porque los barrios populares no se levantarian, y era preciso acudir á los barrios comerciales y renunciar á conmover los extremos de la ciudad para agitar el centro. Constituyendo el alma de la insurreccion, ir al arrabal de San Antonio, que estaba cercado por fuerzas considerables, era entregarnos á Luis Bonaparte. Precisaba organizar inmediatamente la insurreccion contra el golpe de Estado, pero organizarla en los barrios posibles, es decir, en el antiguo laberinto de las calles de San Dionisio y de San Martin. El gran impulso que yo queria imprimir á la solemne reunion de la sala de Roysin fracasaba; mis compañeros juzgaban conveniente permanecer donde estaban, y como el comité era poco numeroso y el trabajo escesivo, me rogaron que no les abandonase.

Eran hombres de gran valor y de gran corazon los que me hablaban así, pero yo no podia dejar de asistir á la cita que dí yo mismo. Eran fundadas las razones en que se apoyaban, y aunque yo pude objetarles, la discusion nos hubiese hecho perder tiempo, y el tiempo apremiaba. No les contradije, pero salí del gabinete alegando un pretexto cualquiera. Subí en el carruaje que me esperaba y me dirigí al arrabal de San Antonio.

El centro de París conservaba su habitual aspecto. La gente iba y venia, vendia y compraba, charlaba y reia como de costumbre. En las inmediaciones del arrabal de San Antonio se hacia más notable el fenómeno que me llamó la atencion el dia anterior; soledad y paz lúgubre reinaban en aquellas calles.

Llegamos á la plaza de la Bastilla.

El cochero se paró.

—Seguid, le dije.

II.

Desde la Bastilla á la calle de Cotte.

La plaza de la Bastilla estaba desierta y concurrida al mismo tiempo; habia en ella tres regimientos formados en batalla, pero ni un solo transeunte.

Cuatro baterías enganchadas estaban alineadas al pié de la columna. Aquí y allá algunos grupos de oficiales hablaban en voz baja. El grupo principal me llamó la atencion por su silencio. Lo constituian varios hombres montados; el que estaba delante de los demás vestia uniforme de general; detrás de él habia dos coroneles y detrás de los coroneles un grupo de ayudantes de campo y de oficiales de Estado Mayor. El vistoso peloton permanecia inmóvil y preparado entre la columna y la entrada del arrabal. A poca distancia de él, y ocupando toda la plaza, se desplegaban los regi-

mientos en batalla y los cañones en batería.

El cochero se paró otra vez.

—Seguid, le dije, y entrad en el arrabal.

—Pero, señor, nos lo van á impedir.

—Veremos.

No nos lo impidieron.

El cochero se puso en marcha, pero andando al paso. La aparicion de un carruaje en la plaza causó sorpresa, y los habitantes empezaron á salir á las puertas de las casas; algunos se aproximaron al carruaje.

Pasamos por el lado de un grupo de hombres de grandes charreteras, que usaban de la táctica de aparentar no vernos.

Volví á experimentar la emocion que me causó la víspera ver ante mí el regimiento de coraceros. Contemplar á pocos pasos de mí, altivos, con la insolencia del triunfo, á los asesinos de la pátria, era superior á mis fuerzas y no pude contenerme. Me arranqué la banda, la cogí con las manos, y sacando los brazos y la cabeza por la ventanilla del coche y agitando la insignia, grité:

—Soldados, contemplad esta banda; es el símbolo de la ley, es la Asamblea nacional visible, donde está el derecho. Os engañan; volved á vuestros deberes. Os habla un representante del pueblo, y el que representa el pueblo representa el ejército. Soldados, antes de soldados habeis sido paisanos, obreros, fuísteis y sois ciudadanos. La ley solo tiene derecho de mandar á los ciudadanos; pero hoy han violado la ley. La habeis violado vosotros mismos. Luis Bonaparte os conduce á un crímen. Representais el honor, pero escuchadme, porque yo represento el deber. Soldados, Luis Bonaparte asesina á la República y teneis la obligacion de defenderla. Luis Bonaparte es un bandido, y con todos sus cómplices irá á presidio. Ese hombre que está á vuestro frente y que se atreve á mandaros, le tomais por un general y es un presidiario.

Los soldados se quedaron petrificados.

Un hombre que no estaba lejos de mí se me acercó, me apretó el brazo y me dijo al oido:—Os van á fusilar.

Pero yo ni oia ni escuchaba; proseguí agitando la banda:

—Hablo con vos, que estais vestido de general. Sabeis quién soy? Soy un representante del pueblo, y vos sois un criminal. Quereis saber mi nombre? Pues me llamo Víctor Hugo. Ahora decidme el vuestro.

El general no me respondió. Entonces le repliqué:

—Pues no me hace falta saber vuestro nombre de general, que ya sabré vuestro número de galeote.

El general inclinó la cabeza; los demás callaron. Los veia humillados y conocia que estaban enfurecidos. Me inspiraron desprecio y pasé adelante. No supe entonces ni he sabido nunca cómo se llamaba aquel general.

Una de las apologías del golpe de Estado que se publicaron en Inglaterra refirió este incidente y lo calificó de provocacion insensata y culpable, añadiendo que la moderacion que manifestaron los jefes militares en aquel momento *hizo honor al general...* Dejamos al autor de este panegírico la responsabilidad del apellido y del elogio.

Me interné por la calle del arrabal de San Antonio.

El cochero, desde que supo mi nombre, ya no titubeó en su marcha é hizo correr al caballo. Los cocheros de Paris son de raza valerosa é inteligente.

Cuando pasaba por las primeras tiendas de la calle principal, daban las nueve en la iglesia de San Pablo. El arrabal ofrecia aspecto extraordinario. Ocupaban su entrada dos compañías de infantería, que no impedian el paso. Otras dos compañías estaban escalonadas más lejos, ocupando la calle, pero permitiendo el tránsito. Los habitantes, entre los que habia muchos obreros de blusa, estaban en el umbral de las puertas.

Más allá de la fuente de la esquina de la calle de Charonne las tiendas estaban cerradas; dos cordones de soldados se extendian por ambas partes de la calle del arrabal hasta la orilla de las aceras; los soldados estaban colocados de cinco en cinco pasos con el fusil en alto, con el pecho encorvado, con la mano derecha en la llave, preparados para ponerla en juego, silenciosos y en acecho. Desde allí, en la embocadura de cada una de las callejuelas que van á dar á la calle principal del barrio, habian colocado una pieza de artillería.

El cochero estaba inquieto; volviéndose hácia mí, me dijo:

—Señor, me parece que nos vamos á encontrar con barricadas. Retrocedemos?

—Seguid adelante, le dije.

Continuó andando; pero de pronto ya no pudimos avanzar. Una compañía de infantería, colocada en tres líneas, ocupaba toda la calle desde una acera á la otra.

A la derecha habia una callejuela.

—Salid por ahí, le dije al cochero.

Giró á la derecha, despues á la izquierda, y penetramos en un laberinto de encrucijadas.

De repente oí una detonacion.

El cochero me preguntó:

—Dónde vamos?

—Hácia el punto en que se oyen los tiros.

Nos encontramos en una calle estrecha; encima de una puerta y á la izquierda ví esta inscripcion: *Gran lavadero*, y á la derecha una plaza cuadrada con un edificio central que parecia un mercado. La plaza y la calle estaban desiertas; pregunté al cochero:

—Qué calle es esta?

—La calle de Cotte.

—Dónde está el café Roysin?

—Más adelante, enfrente de nosotros.

—Pues vamos allí.

Emprendimos la marcha al paso. Sonó otra detonacion muy cerca de nosotros. El extremo de la calle se llenó de humo en el momento en que pasamos por delante del número 22, cuya casa tiene una puerta falsa, sobre la que leí: *Pequeño lavadero.*

De repente una voz le gritó al cochero:

—Deteneos.

El cochero se paró, y por la ventanilla del carruaje se metió una mano que estrechó la mia. Reconocí á Alejandro Rey.

Este hombre intrépido estaba pálido y me dijo:

—No sigais adelante, que todo ha terminado.

—Qué es lo que ha terminado?

—Tuvimos que adelantar la hora, y acaban de tomarnos la barricada; de allí vengo. La barricada está á pocos pasos de aquí, frente á nosotros.

Luego añadió:

—Baudin ha muerto.

El humo se disipaba en el extremo de la calle.

—Mirad, me dijo Alejandro Rey.

Miré y ví á cien pasos de nosotros, en el punto que se unen la calle de Cotte y la de Santa Margarita, una barricada baja que defendian soldados, y de la que sacaban un cadáver.

Era el de Baudin.

III.

La barricada de San Antonio.

Hé aquí lo que habia sucedido.

Aquella misma noche, desde las cuatro de la madrugada, Deflotte estaba en el arrabal de San Antonio. Queria que si se suscitaba alguna sublevacion antes de que amaneciera, estuviera presente un representante del pueblo; y era él de esos hombres que, cuando estalla la generosa insurreccion del derecho, quieren hacer saltar los adoquines para formar la primera barricada.

Pero no se presentó allí nadie; Deflotte estuvo solo en el arrabal desierto y dormido, vagando de calle en calle durante toda la noche.

En Diciembre amanece tarde. Antes de rayar los primeros albores de la mañana, Deflotte se encontraba ya en el sitio de la cita, frente á frente del mercado Lenoir.

Este punto estaba poco vigilado. No habia por los alrededores más tropa que la de la guardia del mercado Lenoir, y á alguna distancia otro puesto que ocupaba el sitio de guardia situado en el ángulo que forman el barrio y la calle de Montreuil, cerca del antiguo árbol de la libertad que en 1793 plantó Santerre. No mandaba ningun oficial ninguno de estos puestos.

Deflotte reconoció la posicion, se paseó durante algun tiempo por las aceras; despues, no viendo transitar aun á nadie y temiendo llamar la atencion, se alejó, internándose en las calles laterales del arrabal.

Aubry se levantó á las cinco de la madrugada. Se retiró á su casa á hora muy avanzada de la noche, al volver de la calle de Popincourt, y solo estuvo acostado tres horas. Su portero le avisó de que al anochecer del dia 2 fueron á preguntar por él algunos hombres sospechosos y que fueron á la casa número 2 de la misma calle á prender á Huguenin. Esto determinó á Aubry á salir de casa antes del amanecer.

Se fué á pié al arrabal de San Antonio. Al llegar á la calle de la cita se encontró á Cournet y otro de la calle de Popincourt, á los que se unió Malardier.

Amanecia. El arrabal estaba desierto y ellos marchaban abstraidos y hablando en voz baja. De repente un grupo singular y violento pasó por su lado. Volvieron la cabeza y vieron que era un

piquete de lanceros que rodeaba un coche celular que rodaba sin producir ruido.

Mientras se preguntaba qué significaba aquello, vieron aparecer un segundo grupo igual al primero, luego otro, y otro despues. De este modo pasaron diez coches celulares, siguiéndose de cerca y casi tocándose.

—Ahí van nuestros compañeros! exclamó Aubry.

Efectivamente, atravesaba el umbral el último convoy de los representantes prisioneros del muelle de Orsay, que se dirigian á Vincennes. Eran cerca de las siete de la mañana: se abrian algunas tiendas, en cuyo interior se veia luz, y algunos vecinos salian de sus casas.

Los coches desfilaban uno detrás de otro, cerrados, vigilados, tétricos, mudos; no salia de ellos ni un grito, ni una voz, ni un aliento. Conducian entre espadas, sables y lanzas, con la rapidez y furor del torbellino, algo que callaba; y ese algo era la tribuna destrozada, era la soberanía de las Asambleas, era la iniciativa suprema de donde procede la civilizacion, era el verbo que contiene el porvenir del mundo, era la palabra de la Francia.

Llegó el último carruaje, que no sé qué accidente habia detenido. Le separaban tres ó cuatrocientos metros del convoy principal, y solo le escoltaban tres lanceros. No era coche celular, era ómnibus, el único que iba en el convoy. Detrás del conductor, que era un agente de policía, se veian los representantes amontonados en el interior.

Parecia fácil libertarlos.

Cournet, dirigiéndose á los transeuntes, les apostrofó de este modo:

—Ciudadanos, esos son vuestros representantes, que os roban y que acabais de ver metidos en el coche de los criminales. Bonaparte los prende barrenando las leyes. Libertémoslos! A las armas!

De un grupo que se habia formado de hombres de blusa y de obreros, que iban á trabajar, salió este grito:—¡Viva la República! Y algunos hombres se lanzaron hácia el carruaje. El carruaje y los lanceros corrieron á galope.

—A las armas! repitió Cournet.

—A las armas! contestaron los hombres del pueblo.

Hubo un instante de entusiasmo. ¿Quién sabe lo que hubiera podido suceder? Hubiera sido cosa chocante que se hubiese construido la primera barricada contra el golpe de Estado con aquel ómnibus, que despues de servir para el crímen hubiera servido para el castigo. Pero cuando el pueblo se arrojaba sobre el carruaje, varios de los representantes prisioneros extendieron ambas manos en ademan de contenerle.

—No quieren que los salvemos, exclamó un obrero.

—No quieren la libertad, replicó otro.

Viendo esta oposicion, dejaron que el ómnibus se alejara. Poco despues llegó la retaguardia de la escolta, que pasó al trote, y el grupo que rodeaba á Aubry, Malardier y Cournet se dispersó.

Acababan de abrir el café Roysin, que, como ya tenemos dicho, habia de servirnos de punto de reunion.

Al café Roysin se entra por un pasillo que dá á la calle; despues se atraviesa un vestíbulo de algunos metros de longitud, y se entra en una sala bastante capaz, con ventanas grandes y acristaladas, en la que hay mesas de billar, mesas de mármol, sillas y banquetas de terciopelo. Cournet, Aubry y Malardier se instalaron allí. Entraron sin ocultar á lo que iban, y no solo fueron bien recibidos, sino que se les indicó una salida por el jardin, para el caso probable de tener que fugarse.

Deflotte se juntó con ellos.

A las ocho empezaron á llegar otros representantes, entre ellos Bruckner, Maigne, Brillier, Charamaule, Cassal, Dulac, Bouzart, Madier de Montjau y Baudin. El antiguo constituyente Bastide llegó con Madier de Montjau. Baudin estrechó la mano de todos con efusion, pero silenciosamente; estaba pensativo.—Estais triste, Baudin?—Nunca he estado más contento, respondió éste irguiendo la cabeza.

Se creia predestinado? Cuando el hombre está muy cerca de la muerte, radiante de gloria, quizá se apercibe de que le sonríe en la oscuridad.

Algunos hombres extraños á la Asamblea, y tan decididos como los representantes, les acompañaban y les rodeaban. Cournet era su jefe. Entre ellos habia bastantes obreros.

Baudin llevaba en el bolsillo una copia de la proclama que yo le habia dictado la víspera. Cournet la desplegó y la leyó.

—Fijémosla en seguida en el arrabal. Es preciso que el pueblo sepa que Luis Bonaparte está fuera de la ley.

Un litógrafo que estaba allí se ofreció á imprimirla inmediatamente. Todos los representantes presentes la firmaron, fir-

mando tambien por mí. Aubry puso á la cabeza de la proclama estas palabras: *Asamblea Nacional*. El litógrafo se llevó la proclama y cumplió la palabra. Algunas horas despues, amigos mios le encontraron en el barrio del Temple con un puchero de engrudo y fijando la proclama en las esquinas de las calles, al lado del cartel de Maupas, que amenazaba con la pena de muerte al que se pillase fijando en las esquinas el llamamiento á las armas. Los transeuntes leian los dos carteles á la vez.

La hora fijada la víspera para la reunion general era de nueve á diez de la mañana, con objeto de tener tiempo para avisar á todos los miembros de la izquierda, pues era conveniente que acudieran muchos representantes para que el grupo se asemejara á una Asamblea, y para que sus decisiones tuvieran completa autoridad en el arrabal.

Varios representantes de los que ya habian acudido fueron sin banda. Precipitadamente se hicieron algunas en una casa inmediata de tiras de indiana roja, blanca y azul. Baudin y Deflotte se ciñeron dos de estas bandas improvisadas.

Aunque no eran las nueve, habia en la concurrencia ya muchos impacientes. Baudin era de los que querian esperar, y decia:

—No adelantemos la hora; demos tiempo á que lleguen nuestros compañeros, pues aun somos pocos.

Pero varios de los asistentes murmuraban en torno de Baudin:

—No, no; dad la señal y salid. El arrabal espera ver vuestras bandas para sublevarse. Aunque sois pocos, vuestros amigos vendrán á reunirse con vosotros muy pronto.

El resultado demostró que semejante precipitacion solo podia producir una catástrofe. Sin embargo, creyeron que el primer ejemplo que debian dar los representantes era el ejemplo del valor personal.

Schœlcher, que es de la naturaleza de los héroes, tiene la arrogante impaciencia del peligro.

—Vamos, gritó, nuestros amigos se nos incorporarán. Salgamos.

Como no tenian armas, añadió:

—Desarmaremos el puesto de guardia que está allí.

Salieron de la sala Roysin ordenados, cogidos del brazo. Quince ó veinte hombres del pueblo formaban su acompañamiento, y caminaban delante de ellos gritando:—Viva la República! ¡A las armas!

Algunos niños iban delante y detrás de ellos gritando:—Viva la Montaña!

Las tiendas cerradas se entreabrian, algunos hombres aparecian en las puertas y algunas mujeres se asomaban á las ventanas. Grupos de obreros que los veian pasar los vitoreaban, diciendo:

—Vivan los representantes!

En todas partes atraian las simpatías, pero no provocaban la insurreccion. El acompañamiento de trecho en trecho iba aumentando.

Así llegaron al cuerpo de guardia de la calle de Montreuil; cuando el centinela vió que se acercaban dió el grito de alerta, y los soldados salieron del puesto en tumulto.

Schœlcher, tranquilo, impasible, vestido de negro y con corbata blanca, como de costumbre, con la levita abotonada hasta el cuello, con aire intrépido y fraternal, se acercó á ellos y les dijo:

—Camaradas, somos los representantes del pueblo, y en su nombre venimos á pediros las armas para defender la Constitucion y las leyes.

Los soldados se dejaron desarmar; solo el sargento queria resistirse, pero le dijeron que se resistia él solo, y entonces cedió. Los representantes distribuyeron los fusiles y los cartuchos entre los que les acompañaban. Hubo soldados que dijeron:—Si no nos quitais los fusiles, nosotros lucharemos por vosotros.

Los representantes titubearon entre aceptar ó no aceptar el ofrecimiento. Schœlcher se inclinaba á complacerles, pero uno de sus colegas recordó que algunos guardias móviles hicieron la misma proposicion á los insurrectos de Junio y luego volvieron las armas contra ellos.

Desarmaron, pues, á los soldados y contaron los fusiles, que eran quince.

—Somos ciento cincuenta, dijo Cournet; necesitamos más armas.

—Dónde hay otra guardia? preguntó Schœlcher.

—En el mercado Lenoir.

—Pues vamos á desarmarla.

Dirigidos por Schœlcher, y con la escolta de quince hombres armados, los representantes se dirigieron al mercado Lenoir. Aquella guardia se dejó desarmar, con mayor voluntad aun que la de la calle de Montreuil. Los soldados hasta se inclinaban para que les sacaran los cartuchos de las cartucheras.

Inmediatamente cargaron las armas.

—Ahora, dijo Deflotte, que tenemos treinta fusiles, busquemos sitio á propósito y levantemos una barricada.

Se habian reunido ya unos doscientos combatientes.

Volvieron á la calle de Montreuil. En cuanto caminaron cincuenta pasos, Schœlcher preguntó:

—Dónde vamos? Dar la espalda á la Bastilla es volver la espalda al combate.

Entonces volvieron á bajar hácia el arrabal. A las exclamaciones patrióticas respondia el pueblo, pero al grupo solo se unieron algunos jóvenes. Evidentemente no soplaba el viento de la revolucion.

Cuando llegaron al punto donde se unen las calles de Santa Margarita y de Cotte, cortando el arrabal, entraba un aldeano con su carreta cargada de estiércol en la calle de Santa Margarita.

—Aquí es buen sitio, gritó Deflotte.

Detuvieron la carreta del estiércol y la volcaron en medio de la calle del arrabal de San Antonio; luego pasó una lechera y le volcaron tambien la carreta.

Un panadero iba á pasar con un carro conduciendo pan. Vió lo que sucedia, quiso huir y obligó al caballo á ir á galope. Pero dos ó tres pilluelos, bravos y listos, corrieron tras el panadero; alcanzaron al caballo, que seguia galopando, le detuvieron y llevaron el carro para que sirviera de material á la barricada.

Pasaba un ómnibus que venia de la Bastilla.

—Vaya! exclamó el conductor; ya sé lo que me vá á suceder.

Se apeó voluntariamente, hizo bajar á los pasajeros, desenganchó los caballos y se los llevó.

En seguida volcaron el ómnibus.

Los cuatro carruajes dispuestos en fila apenas cerraban la calle del arrabal, que era muy ancha por aquel punto. Los que los alineaban para construir la barricada decian:

—No destrocemos mucho los carruajes.

Formaron mediana barricada, baja y corta, que dejaba las aceras libres por las dos partes.

En aquel momento pasó un oficial de Estado Mayor seguido de un ordenanza y huyó, llevando el caballo á galope.

Schœlcher examinaba tranquilamente los carruajes volcados, y el mejor de todos para su objeto le pareció la carreta del aldeano. Para hacer barricada pusieron encima algunas banastas vacías, que la hicieron crecer en elevacion, pero que no la fortificaban. En esta operacion se ocupaban, cuando llegó un muchacho á la carrera gritando:—¡La tropa!

En efecto, dos compañías se dirigian desde la Bastilla al arrabal á paso de carga, escalonadas por pelotones y barriendo toda la calle.

Las puertas y las ventanas se cerraban precipitadamente.

En aquel momento, en un extremo de la barricada, Bastide decia gravemente á Madier de Montjau:—Hace cerca de doscientos años que el príncipe de Condé, al ir á dar una batalla en este mismo arrabal de San Antonio, preguntaba á un oficial que le acompañaba:—"¿Has asistido á alguna batalla perdida?—No, monseñor.—Pues bien, vas á asistir á una.„—Pues yo á mi vez os digo que vais á asistir á la toma de una barricada.

Los insurrectos que iban armados ocuparon los puestos que creyeron conveniente y se dispusieron á combatir.

Se acercaba el momento.

—Ciudadanos, gritó Schœlcher, no dispareis un solo tiro, pues cuando el ejército y los arrabales se baten, por ambas partes corre la sangre del pueblo. Dejad antes obrar á los soldados.

Dicho esto subió á una de las banastas que coronaban la barricada. Los otros representantes se colocaron cerca de él, sobre el ómnibus. Malardier y Dulac estaban á su derecha. Dulac le dijo:—Apenas me conoceis; pero yo, que os aprecio, deseo permanecer á vuestro lado. En la Asamblea soy de la segunda fila, pero en el combate quiero ser de la primera.

Algunos hombres de blusa, hombres de aquellos que se vendieron el 10 de Diciembre, aparecieron en la esquina de la calle de Santa Margarita, muy cerca de la barricada, gritando:—¡Abajo los veinticinco francos!

Baudin, que habia ya elegido su puesto de combate y que estaba de pié sobre la barricada, les contestó:

—*¡Vais á ver cómo se muere por veinticinco francos!*

Se oyó un extrépito en la calle. Las pocas puertas que quedaban abiertas se cerraban. Las dos columnas de ataque estaban ya á la vista de la barricada. Más lejos se distinguian otras filas de

bayonetas; las que me habian cerrado el paso.

Schœlcher, levantando el brazo con autoridad, hizo al capitan que mandaba el primer peloton señal de que se detuviera. El capitan le contestó moviendo la espada en señal de negativa. El 2 de Diciembre se resumía en estas dos palabras: la ley decia: Deteneos! y el sable contestaba: No!

Las dos compañías continuaban avanzando á paso lento. Schœlcher, desde la barricada, bajó á la calle. Deflotte, Dulac, Malardier, Brillier, Magne y Bruckner le siguieron.

Entonces se vió un espectáculo admirable.

Siete representantes del pueblo, sin más armas que las bandas, es decir, majestuosamente revestidos con la ley y con el derecho, avanzaron por la calle, fuera de la barricada, y se dirigieron rectamente hácia la tropa, que les esperaba con el fusil preparado.

Los otros representantes que quedaron en la barricada preparaban los últimos aprestos de la resistencia. Los combatientes estaban en actitud intrépida. La alta estatura del teniente de marina Cournet dominaba á todos. Baudin, de pié sobre el ómnibus volcado, descubria por encima de la barricada la mitad del cuerpo.

Al ver aproximarse á los siete representantes, momentáneo estupor sobrecogió á soldados y oficiales. Sin embargo, el capitan hizo señas á los representantes para que se pararan.

Así lo hicieron, y Schœlcher dijo en voz alta y grave:

—Soldados! Somos los representantes del pueblo soberano, vuestros representantes elegidos por sufragio universal. En nombre de la Constitucion, en nombre de la República, nosotros, que somos la Asamblea nacional; nosotros, que somos la ley, os mandamos que os unais á nosotros y os pedimos que obedezcais. Nosotros somos vuestros jefes; el ejército pertenece al pueblo, y los representantes del pueblo son los jefes del ejército. Soldados, Luis Bonaparte viola la Constitucion y nosotros le hemos puesto fuera de la ley. Obedecednos.

El oficial que mandaba la compañía, el capitan Petit, no le dejó acabar.

—Señores, dijo, tengo que cumplir las órdenes que me han dado. Soy hijo del pueblo y republicano como vosotros; pero en este instante solo soy un instrumento.

—Pero conoceis la Constitucion, replicó Schœlcher.

—No conozco más que la consigna que he recibido.

—Hay una consigna superior á todas las demás, que obliga lo mismo al soldado que al ciudadano: la ley.

Volvióse Schœlcher otra vez hácia los soldados para arengarlos, pero el capitan le dijo:

—Ni una palabra más. Si continuais hablando, mando hacer fuego.

—Qué nos importa! contestó Schœlcher.

En aquel momento llegó á caballo el jefe del batallon, que habló un instante en voz baja con el capitan.

—Señores representantes, dijo éste al poco tiempo agitando la espada, retiraos ó mando tirar.

—Mandadlo, gritó Deflotte.

Los representantes se quitaron los sombreros y presentaron el pecho á los fusiles; solo Schœlcher conservó el sombrero en la cabeza y esperó con los brazos cruzados.

—A la bayoneta! dijo el capitan.

Y añadió, volviéndose hácia los pelotones:

—Preparen... arm...

—Viva la República! contestaron los representantes.

Las bayonetas se inclinaron, las compañías se pusieron en movimiento y cerraron á paso de carga sobre los representantes, inmóviles.

Aquel fué un instante terrible y grandioso.

Los siete representantes vieron llegar las bayonetas hasta sus pechos sin pronunciar una palabra, sin hacer un gesto, sin dar un paso atrás. No titubearon, pero titubearon los soldados.

Estos comprendieron que manchaban doblemente su uniforme, esto es, que atentaban contra los representantes del pueblo, lo que es una traicion, y que mataban á hombres desarmados, que es una cobardía; y la traicion y la cobardía son las charreteras con que algunas veces se adorna el general, pero nunca el soldado.

Cuando las bayonetas estuvieron tan cerca de los representantes, que ya les tocaban en el pecho, se desviaron por sí mismas, y los soldados, con movimiento unánime, pasaron por entre los representantes sin causarles daño. Solo Schœlcher sacó la levita rota por dos partes, pero él lo atribuyó esto á torpeza del soldado más que á mala intencion; el

soldado que pasaba por su lado quiso alejarle del capitan y le tocó con la bayoneta; pero la punta tropezó con el libro de anotar las señas de los domicilios de los representantes, que Schœlcher llevaba en el bolsillo, y solo le atravesó la ropa.

Un soldado dijo á Deflotte:

—Ciudadano, no queremos causaros daño.

Pero otro soldado, que se acercó á Bruckner, le apuntó.

—Vamos, disparad, le dijo Bruckner.

El soldado, conmovido, bajó el fusil y estrechó la mano del representante.

Cosa notable; á despecho de la órden dada por los jefes, las dos compañías llegaron sucesivamente hasta los representantes con la bayoneta calada, pero desviándose de ellos.

La consigna manda, pero el instinto impera; la consigna puede ser el crímen, pero el instinto es el honor. El jefe del batallon dijo algunos dias despues:—Nos anunciaron que tendríamos que habérnoslas con bandidos y nos encontramos con héroes.

Entre tanto los de la barricada estaban agitados; creyeron que estaban envueltos, y queriendo socorrerles, dispararon un tiro. Este importuno tiro de fusil mató á un soldado entre Deflotte y Schœlcher.

El oficial que mandaba el segundo peloton de ataque estaba muy cerca cuando el soldado cayó. Schœlcher le señaló al oficial el hombre tendido en tierra.

—Subteniente, le dijo, mirad.

El oficial respondió con ademan de desesperacion:

—Qué quereis que hagamos ya?

Las dos compañías respondieron al disparo con una descarga general, y se lanzaron al asalto de la barricada, dejando trás sí á los siete representantes, que se quedaron sorprendidos al verse vivos allí.

La barricada respondió con una descarga; pero la fué imposible resistir, y la tomaron.

Baudin cayó muerto.

Permaneció de pié en su puesto de combate sobre el ómnibus, donde le alcanzaron tres balas; una de ellas le entró de abajo arriba por el ojo derecho y le penetró en el cerebro, haciéndole caer para no recobrar ya el conocimiento. Media hora despues habia espirado. Condujeron su cadáver al hospital de Santa Margarita.

Bourzat, que estaba cerca de Baudin, tuvo la capa atravesada por una bala.

Es cosa digna de notarse que los soldados no hicieran ningun prisionero en la barricada. Los que la defendian se dispersaron por las calles del arrabal ó pudieron refugiarse en las casas vecinas. Dos mujeres azoradas empujaron al representante Maine hasta el portal de una casa, en la que quedó encerrado con uno de los soldados que acababan de tomar la barricada. Poco despues, el representante y el soldado salieron juntos de allí.

Al empezar solemnemente la lucha brillaba aun el último rayo de la justicia y del derecho, y la probidad militar retrocedia con taciturna ansiedad ante el atentado que le obligaban á cometer. Así como existe la embriaguez del bien, existe tambien la borrachera del mal, y más tarde esta borrachera ahogó la conciencia del ejército.

Como el ejército francés no está avezado al crímen y la lucha se prolongó, siendo preciso ejecutar órdenes salvajes, los soldados debieron aturdirse. Obedecieron, no con frialdad, que eso hubiera sido monstruoso, sino con ira, que la historia invocará para escusarlos, porque quizá en el fondo de esa ira entró por mucho la desesperacion.

El soldado que mataron quedó tendido en el suelo, y Schœlcher lo levantó, con la ayuda de algunas mujeres intrépidas que salieron de una casa y con la ayuda de algunos soldados. Lo llevaron primero á casa de una frutera y despues al hospital de Santa Margarita, donde estaba ya el cadáver de Baudin. Este pobre soldado fué la primera víctima del golpe de Estado; Baudin fué la segunda.

Baudin, antes de ser representante, fué maestro de escuela. Le ví por primera vez en la Asamblea el 13 de Enero de 1850. Estaba yo deseoso de hablar contra la ley de enseñanza, pero no habia pedido la palabra; Baudin, que debia hablar el segundo, me ofreció su turno; lo acepté y así pude hablar el dia 15.

Era uno de aquellos diputados en los que el señor Dupin tenia fija la mirada por las muchas veces que le llamaba al órden, compartiendo este honor con los representantes Miot y Valentin. Baudin subia con frecuencia á la tribuna; su palabra era vacilante en la forma, pero enérgica en el fondo. Se sentaban en la cresta de la montaña. Su espíritu era



BAUDIN CAYÓ MUERTO

firme, pero sus modales tímidos, y de esto nacia que tuviese un aspecto de embarazo y de decision al mismo tiempo. Era de mediana estatura. Su rostro sonrosado y lleno, su pecho desarrollado y sus anchos hombros revelaban al hombre robusto, al laborioso maestro de escuela y al pensador de aldea. Con la cabeza inclinada escuchaba con inteligencia y hablaba con voz dulce y grave. Tenia su fisonomía la mirada triste y la sonrisa amarga del predestinado.

El 2 de Diciembre le pregunté:

—Qué edad teneis?

—Aun no he cumplido treinta y tres años, me contestó. Y vos?

—Cuarenta y nueve.

—Pues hoy tenemos la misma edad, me replicó.

Pensaba acaso que al dia siguiente nos esperaba quizás la misma igualdad.

Sonaron los primeros tiros; habian muerto á un representante, y el pueblo no se levantaba. ¿Tenia venda en los ojos y plomo sobre el corazon? La noche que Luis Bonaparte logró extender sobre su propio crímen, en vez de desvanecerse se ennegrecia. Por la primera vez, despues de sesenta años de quedar abierta la era providencial de las revoluciones, Paris, la ciudad de la inteligencia, parecia no comprenderlo.

Al abandonar la barricada de la calle de Santa Margarita, Deflotte fué al arrabal de Saint-Marceau, Madier á Belleville, Charamaule y Maine se internaron por los boulevares. Schœlcher, Dulac, Malardier y Billier subieron por el arrabal de San Antonio, caminando por las calles laterales que la tropa no ocupaba aun, gritando:—¡Viva la República! y apostrofando al pueblo y preguntándole:—Quereis tener imperio? Llegaron hasta cantar la Marsellesa. Al pasar las gentes se quitaban el sombrero y exclamaban:—¡Vivan los representantes! Pero nada más; no se sublevaban.

En la calle de Charonne entraron en el local de la Asociacion de ebanistas, creyendo encontrar allí al comité de dicha Asociacion constituido en sesion permanente. No encontraron ni un solo individuo, pero no por eso decayó su ánimo.

Cuando llegaron á la plaza de la Bastilla, Dulac dijo á Schœlcher:

—Permitidme que os abandone una ó dos horas, porque estoy solo en Paris con una niña que tiene siete años. Hace ocho dias que sufre una fuerte escarlatina, y ayer, cuando el golpe de Estado nos sorprendió, estaba moribunda. No tengo más que esta niña en el mundo. Al dejarla esta mañana para reunirme con vosotros me preguntó:—Papá, ¿dónde vas? Ya que vivo, voy á ver si la niña no ha muerto.

Dos horas despues la niña vivia aun y estábamos reunidos en sesion permanente en la calle de Richelieu, número 15, Julio Favre, Carnot, Michel de Bourges y yo, y vimos entrar á Dulac, que nos dijo:—Vengo á ponerme á vuestra disposicion.

IV.

Las asociaciones obreras nos piden una órden de combate.

Al ver lo acontecido en la barricada de San Antonio, que levantaron heróicamente los representantes y que no consiguió atraer al pueblo, se disiparon mis últimas ilusiones. Aquello fué la demostracion suprema y absoluta de un hecho al que no podia resignarme, de la inercia del pueblo, que era deplorable si la comprendia, y si no la comprendia significaba que se entregaba sin saberlo; el manifestarse neutral era una calamidad de que el pueblo no es responsable; de ella eran responsables los que en Junio de 1848 les prometieron la amnistía y despues se la negaron, faltando á su palabra y perturbando el espíritu del pueblo de Paris. Lo que la Constituyente habia sembrado lo recogia entonces la Asamblea legislativa, y nosotros, que éramos inocentes de esa falta, sufríamos las consecuencias. La chispa que vimos brillar un instante entre la muchedumbre, Michel de Bourges desde el balcon de Bouvalet y yo en el barrio del Temple, quedó extinguida. Maine, y luego los representantes que estaban con él, vinieron á darnos cuenta de lo que acababa de ocurrir en la barricada de San Antonio y de los motivos que les decidieron á no esperar la hora prefijada para la cita y á referirnos la muerte de Baudin.

La relacion que yo mismo hice de lo que habia visto y que Casal y Alejandro Rey completaron, añadiendo nuevos pormenores, acabó de fijar la situacion.

El comité no podia ya titubear; yo mismo renuncié al pensamiento de la gran manifestacion, de la poderosa réplica al golpe de Estado, de dar una especie de batalla campal á los bandidos

del Elíseo. Los barrios no nos secundaban; poseíamos la palanca, que era el derecho, pero no contábamos con la masa que debíamos levantar, que era el pueblo. Nada podíamos esperar: como desde el principio manifestaron los grandes oradores Michel de Bourges y Julio Favre, que poseian profundo sentido práctico, solo podíamos empeñarnos en una lucha lenta y larga, evitar acciones decisivas, cambiar de barrios, tener á Paris sobresaltado, dar tiempo á que de los departamentos surgiera la resistencia y fatigar á la tropa, hasta que el pueblo de Paris, que no respira impunemente la pólvora durante mucho tiempo, acabara quizás por inflamarse. La estrategia que la situacion requeria era la de levantar barricadas por todas partes, que estuviesen poco defendidas, que se reconstruyesen á cada momento, que se pudiesen ocultar y que se multiplicaran. El comité adoptó esta resolucion y envió á todos los puntos órdenes en este sentido. El comité permaneció en aquel momento en la calle de Richelieu, número 15, en casa de nuestro colega Grevy, que prendieron la víspera en el 10.° distrito, y que estaba encerrado en Mazas. Su hermano nos ofreció su domicilio para deliberar. Los otros representantes, que eran nuestros naturales emisarios, afluian á nuestro alrededor y se diseminaban por Paris con instrucciones nuestras para organizar la resistencia en todas partes. Algunos antiguos constituyentes, hombres leales y de experiencia, como Garnier-Pagés, Marie, Martin (de Strasbourg), Senart, antiguo presidente de la Constituyente; Bastide, Laissac y Landrin, se asociaron desde la víspera á los representantes. Se establecieron en los barrios donde fué posible comités permanentes, que estaban en correspondencia con el comité central, que se componia de representantes ó de ciudadanos decididos, y elegimos por contraseña la palabra *Baudin*.

Hácia el medio dia comenzó á agitarse el centro de Paris.

Apareció en las esquinas nuestra proclama en todas partes, empezando por la plaza de la Bolsa y por la calle de Montmartre. Varios grupos se apiñaban en las esquinas para leerla, y luchaban con los agentes de policía que querian arrancarlas. Otros carteles litográficos contenian en dos columnas el decreto de destitucion, que la derecha de la Asamblea dió en la Alcaldía del 10.° distrito, y la declaracion de quedar fuera de la ley el presidente, que votó la izquierda. Se distribuia impreso en papel gris el decreto del Tribunal Supremo de Justicia, que declaraba á Luis Bonaparte incurso en el delito de alta traicion, y firmado por los magistrados de dicho tribunal.

Al mismo tiempo, en los barrios populares se fijaban en las esquinas de todas las calles de Paris dos proclamas. La primera decia:

"AL PUEBLO.

Art. 68. La Constitucion se confia á la custodia y al patriotismo de los ciudadanos franceses.

LUIS NAPOLEON queda fuera de la ley.

Se levanta el estado de sitio.

Se restablece el sufragio universal.

VIVA LA REPÚBLICA! A LAS ARMAS!

Por la Montaña reunida:

El delegado,

VÍCTOR HUGO."

La segunda proclama estaba concebida en estos términos:

"HABITANTES DE PARIS.

La Guardia nacional y el pueblo de los departamentos vienen sobre Paris para ayudarnos á apoderarnos del *traidor* Luis Napoleon Bonaparte.

Por los representantes del pueblo:

VÍCTOR HUGO, *presidente*.

SCHŒLCHER, *secretario*."

Esta última proclama, que se imprimió en cuartillas de papel, se repartió, segun dice un historiógrafo del golpe de Estado, haciendo de ella miles de ejemplares.

Entre tanto, los malhechores, instalados en los centros del gobierno, contestando con amenazas, multiplicaban los carteles blancos, es decir, los carteles oficiales.

Leíase en uno de ellos:

"Nos, prefecto de policía,

Decretamos lo siguiente:

Artículo 1.° Queda rigurosamente prohibida toda reunion. Será inmediatamente disuelta por la fuerza.

Art. 2.° Todo grito sedicioso, toda lectura en público, todo acto de fijar carteles políticos que no emanen de la autoridad regularmente constituida, quedan igualmente prohibidos.

Art. 3.° Los agentes de la fuerza pú-

blica velarán por la ejecucion del presente decreto.

El prefecto de policía,
DE MAUPAS.

Visto y aprobado:
El ministro del Interior,
DE MORNY.„

Otro decreto decia:

"El ministro de la Guerra,
Vista la ley sobre el estado de sitio,
Decreta:
Todo individuo á quien se encuentre levantando ó defendiendo una barricada, ó con las armas en la mano, SERÁ FUSILADO.

El general de division, ministro de la Guerra,
DE SAINT-ARNAUD.„

Reinaba gran fermentacion en la muchedumbre que llenaba los boulevares. Esta agitacion se aumentaba en el centro y se extendia por tres distritos; por el 6.°, por el 7.° y por el 12.° El barrio de las Escuelas empezaba á agitarse. Los estudiantes de Derecho y de Medicina aclamaban á Deflotte en la plaza del Panteon. Madier recorria y sublevaba á Belleville. El ejército, cada vez más reforzado, se posesionaba de todos los puntos estratégicos de Paris.

Leblond, abogado de las asociaciones obreras, nos envió un emisario jóven, que se presentó ante Cournet, Julio Favre, Michel de Bourges y ante mí, que estábamos en sesion permanente. El emisario era de palabra grave y de mirada inteligente; se llamaba King. Era el delegado que nos enviaba el comité de las asociaciones obreras, diciéndonos que éstas se ponian á disposicion del comité de insurreccion legal que habia nombrado la izquierda. Nos refirió que podian lanzar á la lucha cinco ó seis mil hombres resueltos, pero que para eso las asociaciones obreras nos pedian una órden de combate firmada por el comité. Julio Favre cogió una pluma y escribió:

"Los representantes abajo firmados ordenan al ciudadano King y á sus amigos que defiendan con las armas en la mano el sufragio universal, la República y las leyes.„

Lo fechó y lo firmamos los cuatro.

—Con esto nos basta, nos contestó el delegado; ya oireis hablar de nosotros.

Dos horas despues se nos participó que empezaba el combate. Estaban batiéndose en la calle Aumaire.

V.

El cadáver de Baudin.

Respecto al arrabal de San Antonio, como ya dijimos, no nos quedaba ninguna esperanza; pero los hombres del golpe de Estado continuaban recelando de él. Desde las tentativas y desde las barricadas que hubo por la mañana establecieron allí rigurosa vigilancia. Todo el que llegaba al arrabal era registrado, seguido como sospechoso y arrestado con mucha facilidad. Algunas veces la vigilancia se equivocaba. A las dos atravesaba el arrabal un hombre de baja estatura, de aspecto sério y cortés. Dos agentes de policía, uno vestido de uniforme y otro de paisano, le cerraron el paso.—Quién sois?—Un transeunte.—Adónde vais?—Ahí cerca, á casa de Bartolomé, el capataz de la azucarería. —Le registraron; él mismo abrió la cartera, los agentes le metieron las manos en los bolsillos del chaleco y le desabrocharon la camisa; pero no encontrándole nada, el agente se quedó refunfuñando y diciendo:—Me parecia haberos visto esta mañana en la barricada; marchaos.

Era el representante Gindrier. Si en vez de meterle la mano en los bolsillos del chaleco le hubiesen registrado los bolsillos del paletó, le hubieran cogido la banda y le habrian fusilado.

Gindrier no habia comido en todo el dia; pensó volver á su casa y se dirigió á los nuevos barrios del ferro-carril del Havre, donde vivia. Por la calle de Calais pasaba un coche. Gindrier oyó pronunciar su nombre. Se volvió, y encontró que en el carruaje habia dos personas parientes de Baudin y un desconocido. Uno de los parientes, que era la señora L..., le dijo:—Baudin está herido y le han llevado al hospicio de San Antonio. Vamos á buscarle, acompañadnos.—Gindrier subió en el carruaje.

El desconocido era un dependiente del comisario de policía de la calle de Santa Margarita y de San Antonio. El comisario le encargó que fuera á casa de Baudin á avisar á la familia; pero como solo encontró mujeres, se limitó á decirlas que el representante estaba herido. Se ofreció á acompañarlas y por eso iba en el coche. Pronunciar delante de él el nombre de Gindrier habia sido una imprudencia; pero despues de la explicacion que le dieron, declaró que no delataria al representante, y que éste ante

el comisario de policía pasaria por ser un individuo de la familia, llamado tambien Baudin.

Las pobres mujeres abrigaban la esperanza de que su pariente se salvase, fijándose en que era jóven y de robusta constitucion. Gindrier las oia y callaba. Pero al llegar ante el comisario de policía sus ilusiones quedaron desvanecidas de repente.—Cómo sigue? preguntó la señora L... al entrar.—Pero si murió...! contestó el comisario.—Ha muerto!—Sí, quedó muerto en el acto.

Fué aquel un doloroso momento. La desesperacion que sintieron aquellas dos mujeres, tan bruscamente heridas en el corazon, estalló en sollozos.

—Infame Bonaparte! exclamó la señora L... Mató á Baudin; pues bien, yo le mataré á él. Seré la Carlota Corday de ese Marat.

Gindrier reclamó el cadáver de Baudin. El comisario de policía solo consintió entregarlo á la familia bajo la promesa de que lo enterrarian inmediatamente y sin ostentacion, y de que no lo pasearian ante el pueblo.

—Ya podeis comprender, añadió, que el espectáculo de un representante muerto y ensangrentado podria sublevar á Paris.

El golpe de Estado mataba, pero no queria que viesen los cadáveres. Con esta condicion el comisario facilitó á Gindrier dos hombres y un salvo-conducto para que fuesen á buscar á Baudin al hospicio donde estaba depositado.

Entre tanto llegó el hermano de Baudin, jóven de veinticuatro años, estudiante de medicina. Este jóven despues fué detenido y encarcelado, por el crímen de ser hermano del representante que murió en barricada. Al ver el salvoconducto, el director introdujo á Gindrier y al jóven Baudin en la sala baja. Allí habia tres camas tapadas con sábanas, debajo de las que se insinuaba la forma rígida de tres cuerpos muertos. Baudin ocupaba el lecho del centro: tenia á la derecha el soldado jóven que mataron al lado de Schœlcher, y á la izquierda una mujer anciana, que mató una bala perdida en la calle de Cotte. Los tres cadáveres estaban desnudos bajo el sudario. Al de Baudin solo le quedaba la camisa y el chaleco de franela. Le encontraron en un bolsillo siete francos, reloj y cadena de oro y su medalla de representante. Su hermano y Gindrier se acercaron con la cabeza descubierta á la cama del centro; levantaron el sudario y apareció el rostro de Baudin muerto, que se conservaba natural y que parecia dormido; lívido matiz comenzaba á extenderse por sus mejillas.

Como es costumbre, se extendió una acta; porque no basta matar á las gentes, es necesario además incoar procesos verbales. El jóven Baudin tuvo que firmar en el requerimiento del comisario de policía, que se le hacia entrega del cadáver de su hermano.

Entre tanto Gindrier, en el patio del hospicio, se esforzaba en calmar á las dos mujeres desconsoladas.

De pronto, un hombre que estaba en el patio y hacia algunos instantes que le miraba con atencion, le preguntó bruscamente:

—Qué haceis aquí?

—Qué os importa! le contestó Gindrier.

—¿Venís á buscar el cadáver de Baudin?

—Sí.

—Es vuestro este coche?

—Sí.

—Pues entrad en él y bajad las cortinillas.

—Por qué?

—Porque sois el representante Gindrier y estábais esta mañana en la barricada. Si os conocieran seríais perdido.

Gindrier siguió el consejo y entró en el coche, y preguntó al desconocido:

—Sois de la policía?

El desconocido no contestó. Paseó por el patio, y una de las veces que pasó cerca de la portezuela del coche dijo en voz baja á Gindrier:

—Ella me dá de comer, pero no ejerzo el oficio.

Los dos hombres que envió el comisario de policía sacaron á Baudin y le condujeron al coche, poniéndole en el fondo, con el rostro tapado, y envolviéndole en el sudario de cabeza á piés. Un obrero que lo presenciaba extendió su capa sobre el cadáver para no llamar la atencion de los transeuntes. La señora L... se colocó al lado del cadáver, Gindrier enfrente y el jóven Baudin al lado de Gindrier. Detrás iba otro coche, en el que subió otro pariente de Baudin y un estudiante de medicina llamado Duteche.

Partieron, encargando al cochero que marchara lentamente; el trayecto duró más de una hora.

Cuando llegaron al número 88 de la calle de Clichy, el descendimiento del

cadáver atrajo algunos vecinos curiosos; entre Baudin, Gindrier y Duteche subieron el cadáver al cuarto piso, que era donde habitaba el representante entonces muerto.

Lleváronle á su dormitorio, que estaba aun en la misma disposicion que él lo dejó el dia 2 por la mañana. Como la noche anterior no se habia acostado, la cama no estaba deshecha. Estaba abierto sobre la mesa el libro que leia por la página en que interrumpió la lectura. Desenvolvieron el sudario, y Gindrier le cortó con unas tijeras la camisa y el chaleco de franela; despues le lavaron el cuerpo. La bala le entró por el ángulo de la concavidad del ojo derecho y le salió por la parte posterior de la cabeza. Le envolvieron en una sábana, le colocaron en el lecho, recostándole la cabeza sobre la almohada y dejándole el semblante descubierto. Las mujeres lloraban en la próxima habitacion.

Gindrier prestó otra vez igual servicio al antiguo constituyente James Demontry, que murió en 1850, proscripto en Colonia. Gindrier fué á Colonia, entró en el cementerio é hizo exhumar el cadáver de James Demontry. Dispuso que le extrajeran el corazon, lo embalsamó y encerró en una vasija de plata, que él mismo llevó á Paris.

Cuando Baudin estuvo ya colocado en el lecho entraron las mujeres, y todos los asistentes, llorando, se colocaron en torno del cadáver. Gindrier, al que otros deberes reclamaban, salió con Duteche. A la puerta de la calle se habia formado un grupo.

Un hombre de blusa, con sombrero puesto y de pié sobre un guardacanton, peroraba y enaltecia el golpe de Estado, el restablecimiento del sufragio universal, la abolicion de la ley del 31 de Mayo, la supresion de los 25 francos, añadiendo que Luis Bonaparte habia hecho muy bien.

Al oirle, Gindrier exclamó en alta voz:

—Ciudadanos, arriba está Baudin, representante del pueblo, que ha muerto defendiéndole. ¡Estais delante de su casa, mientras se desangra en su lecho, y ese hombre se atreve casi en su presencia á aplaudir á su asesino. Ciudadanos, ¿quereis que os diga cómo se llama ese hombre? se llama la policía. ¡Caiga la vergüenza y la infamia sobre los traidores y sobre los cobardes! ¡Respetad el cadáver del que ha muerto por defenderos!

Calló Gindrier, y hendiendo atropelladamente á la multitud, agarró por el cuello al hombre que acababa de perorar, y echándole á tierra el sombrero con la mano, exclamó:

—Abajo el sombrero!

VI.

Decretos de los representantes que quedaron libres.

El antiguo constituyente Martin de Strasburgo nos trajo el texto del decreto que se creia dado por el Supremo Tribunal de Justicia. Al mismo tiempo supimos lo que pasaba en la calle Aumaire. Convenia sostener y alimentar la lucha comenzada y oponer siempre la resistencia legal á la resistencia armada. Los miembros de la derecha, reunidos en la Alcaldía del 10.° distrito, decretaron la destitucion de Luis Bonaparte; pero este decreto, que se dió en una reunion compuesta casi exclusivamente de los hombres impopulares de la mayoría, podia ser ineficaz para el pueblo, y era necesario que la izquierda lo prohijase, haciéndolo suyo, y lo imprimiese, dándole un tono más enérgico y revolucionario, apoderándose, además, de un decreto del Supremo Tribunal, que se creia auténtico, para darle fuerza y convertirle en ejecutorio.

En el llamamiento á las armas pusimos á Luis Bonaparte fuera de la ley, y el decreto de destitucion, si le recogíamos y refrendábamos nosotros, se podia unir oportunamente á nuestra declaracion, completando así el acto revolucionario con el acto legal.

El comité de resistencia convocó á los representantes republicanos. Como el piso que ocupaba M. Grevy, donde nos reuníamos, era muy reducido, designamos para punto de reunion la casa número 10 de la calle de Moulins, aunque sabíamos que allí habia ya hecho una visita la policía. Pero no teníamos sitio que elegir, y estando en revolucion es imposible tener prudencia, y además inútil. Confiar siempre es la ley de los grandes actos que deciden muchas veces de los grandes acontecimientos. El combate revolucionario consiste en la improvisacion perpétua de los medios, de los procedimientos, de los expedientes, de los recursos; en aceptar todas las aventuras en conjunto, en arriesgarlo todo á la vez y por todas partes, hora, sitio, ocasion, amigos, familia, libertad, fortuna y vida.

Hácia las tres, unos sesenta represen-

tantes estaban reunidos en la calle de Moulins, número 10, en un gran salon, en el que presidia el comité de resistencia.

Era un dia de Diciembre muy sombrío; la noche estaba ya próxima. El editor Hetzel, á quien pudiera tambien llamarse el poeta Hetzel, posee un espíritu generoso y valiente, y demostró raras cualidades políticas cuando desempeñó el cargo de secretario general del ministerio de Negocios extranjeros á las órdenes de Bastide, y vino á ofrecérsenos. Hetzel sabia que lo que hacia más falta era una imprenta, y habia ido á buscar un impresor con este objeto, el que le dijo:—*Violentadme, ponedme una pistola al pecho, y yo imprimiré todo lo que querais.* Era necesario, pues, reunir algunos amigos, apoderarse á viva fuerza de la imprenta del susodicho impresor, atrincherarse en ella y sostener en caso de necesidad el sitio, mientras se imprimieran nuestras proclamas y nuestros decretos; Hetzel se brindaba á prestarnos este servicio. Merece referirse lo que le sucedió al llegar á nuestra reunion. Cuando se acercaba á la puerta-cochera, en aquel dia oscuro de Diciembre, divisó á un hombre de pié é inmóvil á cierta distancia, que le pareció que estaba en acecho. Se acercó á él y le reconoció: era el antiguo comisario de policía de la Asamblea, M. Jon.

—Qué haceis ahí? le preguntó bruscamente Hetzel. ¿Estais espiando para prendernos? En ese caso, hé aquí lo que tengo para vosotros.—Entonces sacó dos pistolas de los bolsillos.

M. Jon respondió sonriendo:

—Velo, pero no contra vosotros, sino por vosotros; os estoy defendiendo.

M. Jon, que estaba enterado de lo que hacíamos, temiendo que nos prendieran, nos prestaba voluntariamente este servicio de policía.

Hetzel habia participado su proyecto al representante Labrousse, que se brindó á acompañarle y á darle el apoyo moral de la Asamblea en tan peligrosa expedicion.

Como ambos nos encontraron en la primera cita que se dieron en el café Cardinal, Labrousse dejó en él una esquela para Hetzel, que decia así: "Madame Elisabeth espera á M. Hetzel en la calle de Moulins, núm. 10.„ Por eso Hetzel habia ido allí.

Aceptados los ofrecimientos de Hetzel, convenimos en que al anochecer el representante Versigni, que desempeñaba las funciones de secretario del comité, le llevaria nuestros decretos y proclamas y todo aquello que creyéramos oportuno publicar. Decidimos que Hetzel esperara á Versigni en la acera de la calle de Richelieu, que se extiende por delante del café Cardinal.

Entre tanto, Julio Favre, Michel de Bourges y yo habíamos redactado el decreto final, que debia armonizar la destitucion que votó la derecha con la declaracion de fuera de la ley votada por nosotros, y volvimos á entrar en el salon para leer el decreto á los representantes reunidos y recoger sus firmas.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Emilio de Girardin. Desde la víspera no le habíamos vuelto á ver.

Emilio de Girardin, despojándolo de todo el vapor que envuelve á todo combatiente en la lucha de los partidos y que, contemplándoles á cierta distancia, cambia y oscurece la figura de los hombres, es un pensador extraño, un escritor exacto, enérgico, lógico, habil, robusto, un periodista en el que, como en todos los grandes periodistas, se encuentra la capacidad del hombre de Estado. Se debe á Emilio de Girardin el progreso memorable de tener la prensa barata. Emilio de Girardin tiene el gran dón de la terquedad lúcida; es un vigía público; su diario es su garita; espera, mira, espía, alumbra, acecha, dá el quién vive; al menor grito de alerta dispara la pluma; está dispuesto á empeñar el combate en todas sus formas; es centinela hoy y general mañana. Como todos los espíritus graves, comprende, vé, reconoce, palpa, por decirlo así, la inmensa y magnífica identidad que guardan entre sí estas tres palabras: Revolucion, Progreso, Libertad; quiere la revolucion, pero para progresar; quiere el progreso, pero para conseguir la libertad. Es posible, y segun nuestro criterio con razon, disentir de sus opiniones sobre el camino que se debe seguir, sobre la actitud que se debe adoptar y sobre la posicion que debe conservarse; pero nadie puede negarle el valor que tiene probado bajo todas sus formas ni rechazar su tendencia, que es el mejoramiento moral y material de la condicion de la humanidad. Emilio de Girardin es más demócrata que republicano, más socialista que demócrata, y el dia en que estas tres ideas, Democracia, República, Socialismo, esto es, el principio, la forma y la

aplicacion, estén equilibradas en su espíritu, cesarán las oscilaciones que en él se notan. Dispone de la fuerza hoy, mañana conseguirá la fijeza.

Como veremos, en el curso de esta sesion no estuve siempre de acuerdo con Emilio de Girardin, y esta es una razon más para que yo haga constar aquí lo mucho que yo aprecio su talento sutil y valeroso. A pesar de las reservas que cada cual pueda hacer al juzgarle, es uno de los hombres que honran la prensa contemporánea, porque al mayor grado de destreza del combatiente une la serenidad del pensador.

Me dirigí á él y le pregunté:

—¿Os quedan algunos obreros en *La Presse*?

—Nuestras prensas están selladas y vigiladas por la gendarmería móvil; pero puedo disponer de cinco ó seis trabajadores de buena voluntad, que podrán tirar á mano algunos carteles.

—Pues bien, le repliqué, imprimid nuestros decretos y nuestras proclamas.

—Imprimiré, respondió, todo lo que no sea un llamamiento á las armas. Conozco vuestra proclama. Es un grito de guerra y yo no puedo imprimirla.

Esto originó algunas protestas. Él dijo entonces que tambien escribia proclamas, pero en sentido diferente del nuestro. Que segun su opinion, á Luis Bonaparte no debia combatírsele con las armas, sino por medio del vacío; por medio de las armas nos vencerá, por medio del vacío será vencido. Nos conjuró en seguida á que le ayudásemos á aislar al menguado del 2 de Diciembre.

—Hagamos el vacío en torno suyo! exclamaba Emilio de Girardin. ¡Proclamemos la huelga universal! Que el comerciante no venda, que el consumidor no compre, que el obrero no trabaje, que el carnicero no mate, que el panadero no cueza pan, que todo huelgue, hasta la imprenta Nacional; que Luis Bonaparte no encuentre un cajista para componer el *Monitor*, ni un prensista para que le tire, ni un fijador de carteles para que lo pegue á las esquinas. Es preciso producir el aislamiento, la soledad, el vacío alrededor de ese hombre y que la nacion entera se aparte de él. Todo el poder del que la nacion se aleja cae á tierra como un árbol cuya raiz se arranca. Si todos le abandonan en su crímen, Luis Bonaparte desaparecerá. Si todos nos cruzamos de brazos á su alrededor, esto bastará para hacerle caer; pero si disparais contra él los fusiles, le consolidais. El ejército está ébrio, el pueblo aturdido y no se ocupa de nada, y la clase media tiene miedo al presidente, al pueblo, á vosotros y á todos. Así no alcanzareis la victoria. Marchais como valientes delante de todos arriesgando la cabeza; eso es noble: arrastrais tras de vosotros dos ó tres mil hombres intrépidos, cuya sangre mezclada con la vuestra ha corrido ya; eso es heróico, pero eso no es político. Os he dicho que no imprimiré el llamamiento á las armas porque no creo conveniente ir al combate. Organicemos la huelga universal.

Este punto de vista era arrogante y soberbio, pero yo lo creí irrealizable. Bajo dos aspectos trataba la cuestion Girardin, bajo el aspecto lógico y bajo el aspecto práctico; bajo su aspecto práctico era para mí ideal.

Michel de Bourges le respondió: con su firme dialéctica y su razon viva se ocupó de lo que para nosotros era la cuestion inmediata, del crímen de Luis Bonaparte y de la necesidad de sublevarse ante aquel crímen: más que una discusion, aquello fué un diálogo, en el que Michel de Bourges primero y Julio Favre despues se elevaron á la más alta elocuencia.

Julio Favre, que era digno de comprender el poderoso talento de Girardin, hubiera adoptado de buen grado la idea de la huelga universal, si la hubiera creido practicable; la encontraba grandiosa, pero imposible. No se puede parar el movimiento de una nacion; aunque se la hiera en el corazon, sigue andando. El movimiento social, que es la vida animal de las sociedades, sobrevive al movimiento político. Por mucho que Girardin espere de él, siempre habrá en la sociedad un carnicero que mate y un panadero que amase, porque es preciso comer.—Conseguir que el trabajo universal se cruce de brazos, es una quimera, es un delirio, decia Julio Favre. El pueblo se bate tres, cuatro, cinco dias, pero la sociedad no espera indefinidamente. Verdaderamente la situacion que vamos á arrostrar es sin duda terrible, trágica y sangrienta, pero dicha situacion la trae Luis Bonaparte. Nosotros no hacemos más que aceptarla.

Emilio de Girardin persistió firme y lógico en su idea, para ver si podia hacernos vacilar con los argumentos abundantes que llegaban en tropel á los labios desde su espíritu vigoroso é inexpugnable. Pero yo veia el deber como

una luz, que él no conseguia apagar. Le interrumpia diciendo:

—Es ya tarde para discutir lo que debemos hacer, y mucho más cuando ya está resuelto. El golpe de Estado lanzó el guante y la izquierda lo recoge. La cuestion es muy sencilla. El acto del 2 de Diciembre es un reto infame, insolente, que se hace á la democracia, á la civilizacion, á la libertad, al pueblo, á la Francia. Hemos recogido ese guante porque representamos la ley, pero la ley viva, que cuando es preciso puede armarse y combatir. Un fusil en nuestras manos es una protesta. Ignoro si venceremos, pero sé que debemos protestar. Protestar primero en el Parlamento; pero cuando éste se nos cierra, protestar en la calle: si se nos cierra, protestar en el destierro, y si en el destierro se nos impide, protestar en la tumba. Este es el papel que debemos desempeñar, esta es nuestra mision. El mandato de los representantes es elástico; el pueblo lo otorga y los acontecimientos lo amplían.

Mientras estábamos deliberando entró en la reunion nuestro colega Napoleon Bonaparte, hijo del antiguo rey de Westphalia, que estuvo oyendo un rato y luego tomó la palabra. Condenó con energía y con indignacion sincera y generosa el crímen de su primo; pero declaró que creia que bastaba una protesta general de los representantes, del Consejo de Estado, de los magistrados y de la prensa, que pudiera ser unánime, lo que no conseguiria ninguna otra forma de resistencia. Que él, que habia encontrado siempre defectuosa la Constitucion y que la habia combatido en la Constituyente desde el primer momento, no habia de defenderla el último dia, y no estaba dispuesto á vertir por ella ni una sola gota de sangre. Que la Constitucion estaba muerta, pero que la República estaba viva, y que era preciso salvar, no la Constitucion, que era un cadáver, sino la República, que era un principio.

Por todas partes estallaron reclamaciones. Baucel, que era un jóven elocuentísimo é impetuoso, exclamó que urgia ver, no los defectos de la Constitucion, sino el horror del crímen cometido, la traicion flagrante y el juramento violado; declaró que se podia muy bien haber votado contra la Constitucion en la Asamblea constituyente y defenderla hoy contra un usurpador; que eso era tan lógico, que se encontraban en ese caso muchos de los allí presentes, citándome á mí como prueba de ello. Terminó su discurso diciendo lo siguiente:—Asistísteis á la construccion de un navío, y como os parecia que estaba mal construido, dísteis consejos para su buena construccion, consejos que fueron desatendidos. Tuvísteis necesidad de ir á bordo en ese navío y de embarcar en él á vuestros hijos, á vuestros hermanos y á vuestra madre; pero llega un pirata con el hacha en una mano para echar á pique el navío y con la antorcha en la otra mano para incendiarlo. La tripulacion acude á las armas para defenderse, y cuando llega ese caso la decís: el navío está mal construido; dejad que lo destruyan.

—En el citado caso, añadió Edgar Quinet, el que no está con el navío está con el pirata.

De todas partes se oia gritar:—"¡Leed el decreto! Leed el decreto!„

Yo estaba en pié, de espaldas á la chimenea; Napoleon Bonaparte se me aproximó y me dijo al oido:

—Vais á empeñar una batalla que está perdida de antemano.

—No espero el triunfo, solo trato de cumplir con mi deber, le respondí.

—Sois hombre político y por consecuencia debíais buscar la victoria; pero os repito que no podeis ganar la batalla.

—Si empeñamos la lucha decís que perderemos la batalla, y yo lo creo así; pero si no la empeñamos, perderemos el honor, y yo prefiero perder la batalla á perder el honor.

Permaneció un instante silencioso; despues, tendiéndome la mano, añadió:

—Así será, pero escuchadme. Personalmente correis un gran peligro. Sois el hombre que más ódia el presidente entre todos los miembros de la Asamblea. Desde la tribuna le habeis llamado Napoleon el Pequeño, y esto él nunca lo olvidará. Además, habeis dictado la proclama excitando al pueblo á tomar las armas, y él no lo ignora. Si os prenden quizás os fusilen en el acto, porque no creo que se contenten con desterraros. ¿Teneis sitio seguro donde pasar esta noche?

—No he pensado en ello aun, le contesté.

—Pues venid á mi casa; no podeis estar en Paris en punto más seguro. Allí no irán á buscaros. Venid de dia, de noche, á la hora que querais; os esperaré; yo mismo os abriré la puerta. Vivo en la calle de Algar, número 9.

Le dí sinceramente las gracias, porque el ofrecimiento era noble y cordial y me conmovió. Aunque no lo acepté, no lo he olvidado nunca.

Delante de la chimenea habia una mesa redonda; pusieron sobre ella una lámpara, plumas, tinteros y papel; los miembros del comité se sentaron á esta mesa, y los representantes en sofás, en las butacas y en las sillas que encontraron en las habitaciones inmediatas. Algunos buscaron con la vista á Napoleon Bonaparte, pero no lo vieron; se habia retirado.

Un miembro pidió que ante todo la reunion se declarara Asamblea nacional y que se constituyera, nombrando inmediatamente presidente y mesa. Yo hice notar que no necesitábamos hacer semejante declaracion, porque nosotros constituíamos la Asamblea tanto de derecho como de hecho, ya que los colegas ausentes estaban retenidos por la fuerza; que nombrar otro presidente y otra mesa significaria conceder valor al acto de Luis Bonaparte y aceptar hasta cierto punto la disolucion; que no debíamos proceder de ese modo; que no debíamos publicar nuestros decretos con la firma única de un presidente, sino con las firmas de todos los miembros de la izquierda que no estuvieran presos, para que de ese modo nuestros decretos ejercieran plena autoridad y plena accion sobre el pueblo.

Atendiendo á las razones que yo acababa de alegar, la reunion renunció á nombrar presidente. Noel Parfait propuso que nuestros decretos y nuestros actos se expidiesen, no con la fórmula: "La Asamblea nacional decreta, etc.„, sino con la fórmula: "Los representantes del pueblo que han quedado libres decretan, etc.„: de esta manera conservábamos toda la autoridad aneja á la cualidad de representantes del pueblo, sin asociar á la solidaridad de nuestros actos á los representantes presos. Además, esta fórmula tenia la ventaja de separarnos de la derecha. El pueblo sabia que los únicos representantes que quedaban libres eran los miembros de la izquierda. Adoptóse la opinion de Noel Parfait.

Leí el decreto de destitucion, que estaba concebido en estos términos:

"DECLARACION.

Los representantes del pueblo que han quedado libres, visto el art. 68 de la Constitucion, que dice así:

"Art. 68. Toda medida por la cual el presidente de la República disuelve la Asamblea, la proroga ó pone obstáculos al ejercicio de su mandato, es un crímen de alta traicion.

„Por este solo hecho el presidente queda destituido de sus funciones, los ciudadanos están obligados á negarle obediencia, el Poder ejecutivo pasa en toda la plenitud del derecho á la Asamblea nacional, y los magistrados del Tribunal Supremo de Justicia deben reunirse inmediatamente bajo pena de prevaricion, convocar á los jurados en el lugar que designen para juzgar al presidente y á sus cómplices.„

Decretan:

Artículo 1.° Luis Bonaparte queda destituido de sus funciones de presidente de la República.

Art. 2.° Todos los ciudadanos y funcionarios públicos quedan obligados á negarle obediencia, bajo pena de complicidad.

Art. 3.° El decreto expedido el 2 de Diciembre por el Tribunal Supremo de Justicia que declara á Luis Bonaparte incurso en el crímen de alta traicion, será publicado y ejecutado. En su consecuencia, las autoridades civiles y militares quedan requeridas, bajo pena de prevaricacion, á prestar ayuda á dicho decreto.

Dado en París, en sesion permanente, el 3 de Diciembre de 1851.„

Leido el decreto, fué votado por aclamacion, le firmó el comité, y los representantes se arrimaron alrededor de la mesa para unir sus firmas á las nuestras. Sain advirtió que el acto de firmar nos robaba mucho tiempo, que no estábamos presentes más que sesenta representantes, porque habia gran número de miembros de la izquierda desempeñando comisiones en las calles insurrectas. Que teniendo el comité plenos poderes de la izquierda, no veia inconveniente en que pusieran los nombres y las firmas de todos los republicanos que no estaban presos. Así lo hicimos. Baucel llevaba en el bolsillo un número atrasado del *Monitor* que contenia una votacion nominal completa. Cortamos la lista de los miembros de la izquierda, borrando los nombres de los representantes que estaban presos, y unimos la lista al decreto.

El nombre de Emilio de Girardin me llamó la atencion en la lista. No habia abandonado ni un momento la reunion.

—Firmareis el decreto? le pregunté.

—Por supuesto.

—Entonces es que quereis imprimirlo?

—En seguida. Luego añadió:—Pero como no tengo máquina á mi disposicion, solo podré conseguir que se impriman algunas pruebas con el cepillo; esto es largo, pero á las ocho tendreis quinientos ejemplares.

—¿Persistís en negaros á imprimir el llamamiento á las armas?

—Sí; persisto.

Sacóse una doble copia del decreto, que Emilio de Girardin se llevó.

A cada momento entraban nuevos representantes, que nos trajeron las siguientes noticias: Amiens estaba en completa insurreccion; Reims y Rouen puestos en movimiento y marchando sobre París; el general Canrobert resistia el golpe de Estado; el general Castellane dudaba; el ministro de los Estados-Unidos habia pedido sus pasaportes. Nosotros dimos poca fé á estos rumores y los hechos han demostrado que teníamos razon.

Entre tanto Julio Favre habia redactado el siguiente decreto, que propuso y que fué aprobado inmediatamente:

"DECRETO.

REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Los representantes abajo firmados, que permanecen libres, reunidos en Asamblea permanente;

Visto el arresto de la mayor parte de sus colegas, vista la urgencia;

Considerando que para realizar el crímen, Luis Bonaparte, no contento con multiplicar los medios de destruccion más formidables contra la vida y las propiedades de los ciudadanos de Paris, ha pisoteado todas las leyes é inutilizado todas las garantías de las naciones civilizadas; considerando que estas criminales locuras solo consiguen aumentar la reprobacion de todas las conciencias y apresurar la hora de la venganza nacional; como importa proclamar el derecho,

Decretan:

Artículo. 1.° Se levanta el estado de sitio en todos los departamentos donde se haya establecido; las leyes ordinarias recobran su imperio.

Art. 2.° Se ordena á todos los jefes militares, bajo pena de prevaricacion, que resignen inmediatamente los poderes extraordinarios que se les hayan conferido.

Art. 3.° Los funcionarios y agentes de la fuerza pública quedan encargados, bajo pena de prevaricacion, de la ejecucion del presente decreto.

Dado en sesion permanente el 3 de Diciembre de 1851.„

En aquel momento entraron Madier de Montjau y Deflotte; venian de la calle, habian recorrido los puntos en donde se habia empeñado la lucha, y notaron en cierta parte de la poblacion perplejidad al leer en los decretos oficiales estas palabras: *La ley del 31 de Mayo queda abolida; se restablece el sufragio universal.* Indudablemente los carteles de Luis Bonaparte causaban estragos. Era indispensable oponer á su esfuerzo otro esfuerzo, y no perdonar medio alguno para que el pueblo abriera los ojos; entonces dicté la proclama siguiente:

"PROCLAMA.

Pueblo! te engañan.

Luis Bonaparte dice que recuperas tus derechos y que te devuelve el sufragio universal.

Luis Bonaparte miente.

Lee sus carteles, y verás como por escarnio infame te concede el derecho de conferirle *á él solo* el poder constituyente, es decir, la suprema potestad que te pertenece. Te otorga el derecho de nombrarle dictador *por diez años*. O en otros términos, te concede el derecho de abdicar y de coronarle; derecho que tú mismo no tienes, porque una generacion no puede disponer de la soberanía de la generacion siguiente. A tí, que eres soberano, te dá el derecho de concederte un señor, que es él.

Eso es hipocresía y traicion.

¡Pueblo, nosotros debemos arrancar la máscara al hipócrita, pero á tí te corresponde castigar al traidor.

El comité de resistencia: Julio Favre, Deflotte, Carnot, Madier de Montjau, Mathieu (del Drome), Michel de Bourges, Víctor Hugo.„

Baudin sucumbió heróicamente, y era preciso que el pueblo supiera su muerte y que honrase su memoria. Votamos el siguiente decreto, que propuso Michel de Bourges:

"DECRETO.

Los representantes del pueblo que permanecen libres; considerando que el representante Baudin, muerto en la barricada del arrabal de San Antonio en defensa de la República y de las leyes, ha merecido bien de la pátria,

Decretan:

Conceder al representante Baudin los honores del Panteon.

Dado en sesion permanente el 3 de Diciembre de 1851.„

Despues de los actos anteriores, yo proponia la abolicion de los consumos y del impuesto sobre las bebidas; pero me objetaron que no se debia acariciar al pueblo hasta despues de la victoria; que primero debia combatir; que si no se sublevaba, si no comprendia que por él los representantes arriesgábamos la vida en estos momentos, si nos dejaba solos en la brecha ante el golpe de Estado, no era digno de la libertad. Baucel objetó que la abolicion de los consumos y la de impuestos sobre las bebidas no era acariciar al pueblo, sino socorrer á la indigencia; era dictar una reparadora medida económica, era dar satisfaccion al clamor público, satisfaccion que se negó siempre á dar la derecha y que la izquierda debia apresurarse á conceder.

Se votaron, aunque con la reserva de no publicarlos hasta despues de la victoria, los dos decretos convertidos en uno solo, bajo esta forma:

"DECRETO.

Los representantes que han quedado libres,

Decretan:

Quedan abolidos los consumos en toda la extension del territorio de la República.

Dado en sesion permanente el 3 de Diciembre de 1851.„

Versigny, llevándose copia de las proclamas y del decreto, se fué en busca de Hetzel. Labrousse por su parte tambien fué. Nos citamos para las nueve de la noche en casa del antiguo miembro del gobierno provisional Marie, que vivia en la calle Nueva de Petit-Champs.

Cuando los miembros del comité y los representantes se retiraban, vinieron á decirme que un hombre deseaba hablarme. Entré en una sala contigua al salon y encontré allí á un jóven de blusa, de aspecto simpático é inteligente, que llevaba en la mano un rollo de papel.

—Ciudadano Víctor Hugo, me dijo, sé que no teneis imprenta, pero yo traigo un medio de suplirla.

Desplegó enteramente sobre la chimenea el rollo de papel que llevaba. Era un cuaderno de una especie de papel azul muy fino y que me pareció algo engrasado. Entre cada hoja de papel azul habia una hoja de papel blanco. Sacó del bolsilo una especie de punzon de punta roma, diciéndome:—"Cualquier cosa que tengais á mano os puede servir, por ejemplo, un clavo.„ En seguida escribió con el punzon en la primera hoja del cuaderno la palabra *República*. Despues, volviendo las hojas, me dijo:—Mirad.

La palabra República se habia reproducido en las quince ó veinte hojas blancas que contenia el cuaderno. El desconocido añadió:

—Usamos habitualmente este papel para calcar los dibujos de fábrica, y he pensado que os podria ser útil en estas circunstancias. En mi casa tengo como un centenar de hojas, con las que puedo escribiros cien copias de proclamas ó de decretos en el tiempo que se emplea en escribir cuatro ó cinco. Dictadme al instante lo que creais conveniente, y mañana por la mañana yo os respondo de que se fijarán en las esquinas de Paris quinientos ejemplares.

No tenia ya ninguno de los documentos que acabábamos de redactar; Versigny se los habia llevado. Cogí un pliego de papel y sobre la chimenea escribí la proclama siguiente:

"AL EJÉRCITO.

Soldados!

Un hombre acaba de rasgar la Constitucion, falta al juramento que prestó al pueblo, anula la ley, ahoga el derecho, ensangrienta á Paris, agarrota la Francia y vende á la República.

Soldados, ese hombre os arrastra en un crímen.

Hay dos cosas santas: la bandera, que representa el honor militar, y la ley, que representa el derecho nacional, y el más grande de los atentados es levantar bandera contra la ley. No sigais más tiempo al desgraciado que os extravía. De semejante crímen, los soldados franceses deben ser vengadores, pero no cómplices.

Ese hombre dice que se llama Bonaparte, pero miente, porque Bonaparte es un apellido que significa gloria. Ese hombre dice que se llama Napoleon, pero miente, porque Napoleon quiere decir génio, y él es oscuro y pigmeo. Entregad á la ley á ese miserable, que es un falso Napoleon. Si fuera un Napoleon verdadero os arrastraria á proseguir las glorias de Marengo, pero éste os arrastra á Transnonain.

Convenceos de la verdadera mision del ejército francés, que consiste en proteger la patria, en propagar la revolu-

cion, en emancipar los pueblos, en sostener las nacionalidades, en libertar el continente, en romper las cadenas por todas partes y en defender el derecho; esta es vuestra mision entre todos los ejércitos de Europa.

Soldados! el ejército francés es la vanguardia de la humanidad.

Si reflexionais, os indignareis al pensar que unos cobardes han prendido y arrojado con grilletes á vuestros generales en el calabozo de los ladrones. El malvado que vive en el Elíseo cree que el ejército francés es una horda del Bajo Imperio, y quiere que le obedezca, empeñándoos en una obra infame. Os manda que destruyais todo lo que la Francia ha edificado gloriosamente y con muchísimo trabajo, durante tres siglos de civilizacion y en sesenta años de revoluciones. Soldados, si sois todavía el gran ejército, respetad á la gran nacion. Si avanzais más en el crímen, si defendeis un dia más á Luis Bonaparte, estais perdidos ante la conciencia universal. Los hombres que os mandan están fuera de la ley; no son generales, son malhechores. Les aguarda la chaqueta de los presidiarios; desde este momento la visten ya. ¡Soldados, deteneos, aun es tiempo! Volved á la pátria! ¡Volved á la República! De lo contrario, la historia dirá de vosotros que los soldados franceses hollaron con los piés de sus caballos y aplastaron con las ruedas de los cañones todas las leyes del pais, que han deshonrado el aniversario de Austerlitz, y que con el atentado de hoy lanzan con el nombre de Napoleon tanta vergüenza sobre la Francia, como gloria conquistaron en otro tiempo con tan victorioso nombre.

Soldados franceses, cesad de auxiliar al crímen.„

Como mis colegas del comité se habian marchado ya, no pude consultarles, y como el tiempo urgia, firmé: *"Por los representantes del pueblo que han quedado libres, el representante miembro del comité de resistencia,*

VÍCTOR HUGO.„

El hombre de la blusa cogió la proclama, y al salir me dijo:—"Mañana estará en las esquinas.„ Cumplió su palabra; apareció en las esquinas de París. A las personas que no conocian el secreto del procedimiento les pareció que estaba escrito con tinta azul.

Me dirigí á mi casa, donde encontré la puerta entreabierta, no sé por qué casualidad. La empujé y entré. Crucé el patio y subí la escalera sin encontrar nadie al paso.

Mi mujer y mi hija estaban en la sala junto á la chimenea, con la señora de Paul Meurice. Entré sin mover ruido; estaban conversando en voz baja y hablaban del cancionero popular Pierre Dupont, que habia ido á casa á pedir armas. Isidoro, que habia sido soldado, tenia dos pistolas y se las prestó.

De repente aquellas señoras volvieron la cabeza, y al verme allí, mi hija lanzó un grito.

—Vete, exclamó mi mujer echándoseme al cuello; eres perdido si permaneces aquí, porque quieren prenderte. La señora de Paul Meurice añadió:—Os están buscando. La policía vino aquí hace un cuarto de hora.—No conseguí tranquilizarlas. Me entregaron diferentes cartas en las que me ofrecian varios asilos para pasar la noche; las tomé, y al ver á las señoras cada vez más asustadas, me decidí á marchar. Abracé á mi mujer y á mi hija y salí. Tampoco encontré á nadie al salir; únicamente en la habitacion del portero ví tres ó cuatro niños sentados alrededor de una lámpara, que se reian mirando las estampas de un libro.

VII.

El arzobispo.

En esta jornada trágica y sombría le ocurrió un pensamiento á un hombre del pueblo, á un obrero que pertenecia á la honrada é imperceptible minoría de los demócratas católicos. La doble exaltacion de su espíritu, por una parte revolucionario y por otra místico, le hacia sospechoso al pueblo y hasta á sus camaradas y sus amigos. Bastante devoto para que los socialistas le llamaran jesuita, y bastante republicano para que los reaccionarios le llamaran rojo, constituia una excepcion en los talleres del barrio; pero lo que es preciso en las circunstancias supremas para apoderarse de las masas y gobernarlas, son las excepciones que origina el génio, no las excepciones que establece la opinion. Originalidad revolucionaria no existe ya: para ser algo en los tiempos de regeneracion y en los dias de lucha social, es preciso encarnarse con los poderosos centros homogéneos que se llaman partidos. Las grandes corrientes de hombres siguen las grandes corrientes de las ideas,

y el verdadero jefe revolucionario es el que mejor sabe impulsar éstas en la direccion de aquellas.

El Evangelio está de acuerdo con la revolucion, pero el catolicismo no; y esto explica que el papado en el fondo no esté de acuerdo con el Evangelio. Se comprende bien que el republicano sea cristiano, pero no se comprende que el demócrata sea católico; éste es un compuesto de dos contrarios, es un espíritu en el cual la negacion ciega el paso á la afirmacion, es neutro.

Pero en tiempos de revolucion el que es neutro es impotente.

Sin embargo, desde los primeros momentos de resistencia al golpe de Estado, el obrero católico-demócrata, cuyo noble esfuerzo vamos á referir, se lanzó tan resueltamente á la defensa de la justicia y de la verdad, que en pocos momentos cambió en confianza la desconfianza que inspiraba y consiguió que le aclamara el pueblo. Demostró tal valor en la construccion de la barricada de la calle Aumaire, que fué nombrado jefe por unanimidad. La defendió durante el ataque con el mismo valor con que la construyó. Aquella barricada fué un triste y glorioso campo de batalla; la mayor parte de sus compañeros murieron allí; él se salvó por milagro, y volvió á su casa descorazonado.

Le pareció evidente que las capas profundas del pueblo no se sublevarian, y que por medio de una revolucion no podria dominarse el golpe de Estado, que solo podia ya combatírsele por medio de la legalidad. Lo que hubiera sido una fortuna al principio, se hubiera convertido en esperanza al fin, fatal y próximo. En defecto del pueblo, creia que era conveniente sublevar á la clase media. Si una legion se levantara en armas, el Elíseo estaba perdido; pero para esto era preciso descargar un golpe decisivo, herir en el corazon á las clases medias y apasionar al vecindario con un espectáculo que no fuese pavoroso.

Entonces le ocurrió al citado obrero escribir al arzobispo de Paris. Tomó una pluma y en su boardilla escribió al señor prelado, como hombre del pueblo y creyente: hé aquí el sentido de su carta:

—"El momento es solemne; la guerra civil estalla entre el pueblo y el ejército; la sangre corre. Cuando la sangre corre, el obispo debe salir á la calle. M. Sibour debe seguir el ejemplo de M. Affre. El arzobispo de Paris debe recorrer las calles seguido por todo el clero, precedido de la cruz pontifical, con mitra, procesionalmente. Debe llamar, para que le acompañen, á la Asamblea nacional, al Tribunal Supremo, á los legisladores con las bandas, á los jueces con las togas, á los ciudadanos y á los soldados, y debe ir en derechura al Elíseo. Al llegar allí debe hablar, en nombre de la justicia, contra el que viola las leyes, y en nombre de Jesus, contra el que derrama sangre. Con que levante é imponga la mano bastará para derribar el golpe de Estado. De este modo podrá colocarse su estátua al lado de la de M. Affre, y podrá decirse que en dos circunstancias apuradas, dos arzobispos de París consiguieron aplastar con sus piés la guerra civil. La Iglesia es santa, pero la pátria es sagrada, y hay ocasiones en que la Iglesia debe acudir al socorro de la pátria.„

Así terminó la carta el obrero, que en seguida la firmó. Luego luchó con la dificultad de hacerla llegar á su destino. Pensó en llevarla él mismo, ¿pero le dejarian llegar á él, pobre artesano de blusa, hasta el arzobispo? Se le presentaba, además, la dificultad de que para ir hasta el palacio episcopal era indispensable atravesar los barrios sublevados, en los que acaso la resistencia duraba aun, y pasando por las calles llenas de soldados le detendrian y le registrarian, y como sus manos olian á pólvora, quizás le fusilarian y la carta no llegaria á su destino.

Perdia ya la esperanza de conseguir su objeto, cuando de pronto le acudió á la memoria el nombre de un representante, el de Arnaud de l' Ariege, que era la encarnacion de lo ideal. Arnaud de l' Ariege era demócrata-católico como el obrero. En la Asamblea tenia prestigio, pero llevaba él casi solo esa bandera, que tenia pocos prosélitos y que aspiraba á conciliar la democracia con la Iglesia. Arnaud de l' Ariege era jóven, hermoso, elocuente, tierno y firme á la vez, y sabia combinar las tendencias del tribuno con la fé del caballero. Sin querer separarse de Roma, adoraba la libertad. Tenia dos principios, pero no tenia dos caras, aunque el demócrata prevalecia en él. Un dia me dijo:—*Yo doy la mano á Victor Hugo, pero no se la doy á Montalembert.*

Él obrero le conocia, le escribia con frecuencia y le habia hablado algunas veces.

El barrio en donde vivia Arnaud de l' Ariege estaba casi libre de la lucha; el obrero fué á buscarle en seguida.

Dicho representante, como nosotros, se habia decidido por acudir á las armas y no habia vuelto á su casa desde la mañana del 2 de Diciembre. Sin embargo, el segundo dia pensó en su mujer y en su hija, niña de seis meses, y no pudo resistir á volver á su hogar. Entró en su casa y casi en seguida llegó el obrero.

Arnaud de l' Ariege le recibió, leyó la carta y la aprobó.

Arnaud de l' Ariege trataba al arzobispo de Paris, M. Sibour, que era un sacerdote republicano, que elevó á esta dignidad el general Cavaignac, que era el verdadero jefe de la Iglesia que soñaba el catolicismo liberal del citado representante; para éste el arzobispo representaba en la Asamblea el catolicismo que Montalembert desnaturalizaba. El representante demócrata y el arzobispo republicano celebraban frecuentes conferencias, en las que servia de intermediario el abate Maret, sacerdote inteligente, amigo del pueblo y del progreso y vicario general de Paris.

Arnaud unió á la carta del obrero una carta de remision firmada por él, y cerró las dos cartas bajo el mismo sobre. Pero quedaba en pié la misma dificultad, que era conseguir que la misiva llegara á manos del arzobispo.

Arnaud, por razones más graves todavía que los motivos que tenia el obrero, no podia llevarla él mismo, y el tiempo apremiaba. Su mujer, al ver el apuro en que se encontraban, dijo á su esposo:

—Yo me encargo.

La señora Arnaud de l' Ariege, casada hacia dos años, era hija del antiguo constituyente republicano Guichart, hija digna de tal padre y digna esposa de tal marido.

Estaban batiéndose en Paris y era preciso afrontar el peligro de atravesar las calles, pasar al través de las balas y arriesgar la vida.

—Qué pretendes hacer? le preguntó su esposo.

—Llevar esa carta.

—Tú?

—Yo.

—Es que eso es muy peligroso.

Ella le miró, preguntándole al mismo tiempo:

—¿Te puse anteayer algun inconveniente cuando te separaste de mí?

Su esposo la abrazó, derramando una lágrima, y le contestó:

—Anda.

La policía del golpe de Estado era recelosa y registraba á muchas mujeres que atravesaban las calles. Pensando en esto, dijo la señora de Arnaud:

—Llevaré á mi hija.

Deshizo la envoltura de la niña, ocultó allí la carta y volvió á fajarla.

Cuando terminó la operacion, el padre besó á su hija en la frente y la madre exclamó sonriendo:

—Esta pícara rojita no tiene más que seis meses y ya conspira.

La señora de Arnaud llegó con gran trabajo al palacio arzobispal, porque el coche que la conducia tuvo que dar muchos rodeos, pero llegó. Preguntó por el arzobispo, y como una mujer que lleva un niño de pechos no puede ser muy temible, la dejaron entrar.

Se internó en el palacio, pero se perdió en los corredores y en las escaleras. No sabia por dónde ir, cuando tropezó con el abate Maret. Como le conocia, le enteró del objeto que allí la llevaba. El abate Maret leyó la carta del obrero y se entusiasmó.

—Esto puede salvarlo todo, dijo.

En seguida añadió:

—Seguidme, señora.

El arzobispo de Paris estaba en la habitacion contigua á su despacho. El abate Maret hizo entrar á la señora Arnaud en el gabinete, avisó al arzobispo, y momentos despues éste entró. Además del abate Maret estaba con él el abate Deguerry, párroco de la Magdalena.

La esposa de Arnaud entregó á monseñor Sibour las cartas de su marido y del obrero. El arzobispo las leyó y se quedó pensativo.

—¿Qué contestacion he de dar á mi marido? preguntó la señora de Arnaud.

—Señora, contestó el arzobispo, para obrar como aquí se me indica es demasiado tarde. Eso debió hacerse antes de empezar la lucha. Ahora nos expondríamos quizás á que corriera más sangre de la que se ha derramado.

El abate Deguerry guardó silencio. El abate Maret pretendió respetuosamente inclinar al arzobispo á que hiciera el supremo esfuerzo que aconsejaba el obrero, y pronunció algunas frases elocuentes. Insistió en creer que la aparicion del arzobispo podria provocar una manifestacion de la Guardia nacional, y una manifestacion de esta clase haria retroceder al Elíseo.

—No, contestó el arzobispo; no espereis lo imposible: el Elíseo ya no retrocederá. En vez de conseguir que no corriera más sangre, yo solo conseguiria que se derramara á raudales. La Guardia

nacional no tiene prestigio. Si sus legiones aparecieran, mandaria el Elíseo que los regimientos aplastaran á las legiones. Además, ¿qué puede conseguir un arzobispo del hombre que acaba de dar el golpe de Estado, que ha faltado á su juramento y que no respeta el derecho? No retrocede el hombre cuando ha dado ya tres pasos en semejante crímen. No lo espereis; ese es capaz de todo; el que ha herido á la ley en la mano de los representantes, heriria á Dios en su mano.

Diciendo esto despidió á la esposa de Arnaud con la mirada del hombre atribulado.

Cumplamos nuestro deber de historiador. Seis semanas despues un sacerdote entonaba en la iglesia de Nuestra Señora un *Te-Deum* en honor de la traicion del 2 de Diciembre, asociando á Dios al crímen.

Era el arzobispo Sibour.

VIII.

En el Monte Valerien.

De los doscientos veinte representantes prisioneros en el cuartel del muelle de Orsay, cincuenta y tres fueron enviados al Monte Valerien. Llenaron cuatro coches celulares, y algunos que quedaron los amontonaron en un ómnibus. Benoist-d' Azy, Falloux, Piscatory y Vetimesnil, quedaron encerrados en las celdas ambulantes, lo mismo que Eugenio Sué y Esquirós.

El representante M. Gustavo de Beaumont, gran partidario del sistema celular, subió á un coche celular.

El comandante del Monte Valerien se presentó á recibir á los representantes prisioneros. Al principio tenia la pretension de querer inscribirles en el registro, pero el general Oudinot, á cuyas órdenes habia servido de comandante, le apostrofó con dureza.

—Me conoceis?

—Sí, mi general.

—Pues bien, eso debe bastaros. No me pregunteis más.

—Sí, replicó Tamisier, preguntad más y saludadnos; que nosotros somos más que el ejército, nosotros somos la Francia.

El comandante entonces comprendió su posicion. Desde aquel instante estuvo con el sombrero en la mano ante los generales y con la cabeza inclinada ante los representantes. Les condujeron al cuartel del fuerte, y los encerraron confundidos en un dormitorio, al que añadieron algunas camas. Allí pasaron la primera noche. Las camas estaban tan juntas que se tocaban unas con otras. Las sábanas estaban sucias. Al dia siguiente, por la mañana, por algunas palabras que oyeron pronunciar desde la parte de fuera, circuló entre ellos el rumor de que iba á hacerse una separacion entre ellos, y que iban á colocar aparte á los republicanos. Poco despues se confirmó ese rumor. La esposa de Luynes fué á ver á su marido y le llevó algunas noticias; entre éstas la de que el guarda-sellos del golpe de Estado, el hombre que firmaba *Eugenio Rouher, ministro de Justicia*, habia dicho: *Que se ponga en libertad á los representantes de la derecha y en el calabozo á los de la izquierda. Si el populacho se mueve, ellos serán responsables. Por garantia de la sumision de los barrios, nos apoderaremos de las cabezas de los rojos.*

No creemos que M. Rouher pronunciara palabras tan audaces. En aquel momento no era atrevido. Le nombraron ministro el 2 de Diciembre y contemporizaba, obrando con vaga gazmoñería y sin atreverse á instalarse en la plaza Vendome. M. Rouher aguardaba coyuntura favorable. Más tarde fué uno de los consejeros de Luis Bonaparte. El miedo de antes explica el celo escesivo que tuvo despues. La verdad fué que las palabras amenazadoras que acabamos de citar no las dijo Rouher, las dijo Persigny.

M. de Luynes participó á sus colegas de lo que se trataba y les advirtió que iban á preguntarles los nombres, con la idea de separar los monárquicos de los republicanos. A esto siguió un murmullo unánime de reprobacion. Manifestaciones tan generosas honran á los representantes de la derecha.

—¡No, no, no digamos nuestros nombres! No permitamos que nos escojan! exclamó Gustavo de Beaumont.

—Entramos aquí juntos y juntos debemos salir todos, añadió Vetimesnil.

Algunos instantes despues vinieron á advertir á Antony Thouret que estaban escribiendo una lista de nombres secretamente y que los representantes realistas serian invitados á firmarla.

Antony Thouret tomó la palabra y dijo:

—Señores, se está formando una lista, y eso es una indignidad. Ayer en la Alcaldía del 10.° distrito vosotros nos decíais:—Ya no hay izquierda ni dere-

cha; todos somos la Asamblea. Creíais en la victoria del pueblo y os cubríais con nosotros los republicanos. Hoy creeis en la victoria del golpe de Estado y volveríais á ser realistas para entregarnos á nosotros los demócratas. Pues bien, hacedlo.

Se elevó un clamor general.

—Que no haya derecha ni izquierda! Todos constituimos la Asamblea y todos debemos correr la misma suerte.

Cogieron y quemaron la lista empezada.

—Por decision de la Cámara, dijo sonriendo Vetimesnil.

Sonriendo tambien un representante legitimista, añadia:

—Por decision de la Cámara no, por decision del dormitorio.

Algunos instantes despues se presentó el comisario del fuerte, y en términos corteses, pero decisivos, invitó á los representantes del pueblo á que declarasen sus nombres, con la idea de designarles su destino definitivo.

Le respondió un grito general de indignacion.

—Nadie os dirá su nombre, le contestó el general Oudinot.

—Todos nos llamamos lo mismo, representantes del pueblo, añadió Gustavo de Beaumont.

El comisario saludó y se fué.

Pasadas dos horas volvió acompañado de Duponceau, jefe de los ujieres de la Asamblea, hombrecillo soberbio, de rostro rosado y de cabellos blancos, que en las solemnidades se pavoneaba al pié de la tribuna con el cuello plateado, con una cadena en el pecho y con la espada entre las piernas.

El comisario dijo á Duponceau:

—Cumplid vuestro deber.

Lo que el comisario entendia y Duponceau comprendia por *deber*, era que el ujier denunciara á los legisladores; algo parecido á que el criado vendiera á sus amos.

Así lo hizo.

El susodicho ujier se atrevió á mirar de frente á los representantes, uno tras otro, y los nombraba, mientras que un agente de policía tomaba nota de los nombres y de los apellidos.

Maltrataron al señor Duponceau mientras estaba pasando revista.

—Os tenia por un imbécil, pero creia que érais honrado, le dijo Vetimesnil.

Antony Thouret le dirigió palabras más duras. Encarándose con él, le apostrofó así:

—Merecíais llamaros Dupin.

Efectivamente, el ujier era digno de ser el presidente y el presidente digno de ser el ujier.

Contados y calificados los prisioneros, resultaron diez representantes de la izquierda: Eugenio Sué, Esquirós, Antony Thouret, Pascal Duprat, Chanay, Jayolle, Paulin Durrieu, Benoit, Tamisier, Teillar-Latérisse y tres miembros de la derecha que desde la víspera los convirtió en rojos el golpe de Estado.

Los encerraron separadamente y pusieron en libertad, uno detrás de otro, á los cuarenta restantes.

IX.

El pueblo empieza á relampaguear.

La tarde fué amenazadora.

En los boulevares se habian formado muchos grupos; por la noche crecieron, hasta formar grandes aglomeraciones de gente. La muchedumbre inmensa á cada instante aumentaba y se revolvia por las afluentes de las calles ondulante y borrascosa, dejando escapar murmullo clamoroso y trágico.

En la larga línea desde la Magdalena á la Bastilla, casi por todas partes la calzada estaba ocupada por la tropa de infantería y de caballería, formada en batalla, y por baterías enganchadas: en las aceras, por ambas partes de ese móvil monton de sombras, erizado de cañones, de sables y de bayonetas, corria una ola de pueblo irritado. Por todas partes, en los boulevares, se veia la indignacion pública. En la Bastilla reinaba calma completa.

En la puerta de San Martin la muchedumbre, apiñada é inquieta, hablaba en voz baja. La sociedad del 10 de Diciembre hacia muchos esfuerzos. Hombres de blusa blanca, que era una especie de uniforme que la policía habia adoptado en aquellos dias, decian:—¡Dejemos hacer! ¡Que se arreglen los veinticinco francos! Nos abandonaron en Junio de 1848, que salgan hoy del apuro como puedan.—Otros hombres con blusas azules les respondian:—Ya sabemos lo que tenemos que hacer. Ahora estamos empezando: esperemos.

En un grupo se referia que estaban volviendo á levantar barricadas en la calle Aumaire; que allí habia muerto mucha gente, que los soldados estaban borrachos, que se habian establecido en muchos puntos del barrio ambulancias

llenas ya de heridos y de muertos. Esto se decia á media voz, sin gesticular y en tono de confidencia. De vez en cuando la muchedumbre callaba y se ponia á escuchar, y se oian descargas lejanas.

Los grupos decian:—*Ya empiezan á rasgar la tela.*

Nosotros estábamos constituidos en sesion permanente en casa de Marie y recibíamos adhesiones de todas partes. Muchos colegas nuestros que no pudieron encontrarnos el dia anterior vinieron á engrosar nuestras filas, entre otros Manuel Arago, hijo valeroso de su padre ilustre, Farconnet y Raussel y algunas notabilidades parisienses, entre las que se contaba el jóven y ya célebre defensor del *Avenement du Peuple*, M. Desmarets.

Dos hombres elocuentes, Julio Favre y Alejandro Rey, redactaban una proclama dirigida á la Guardia nacional. En la sala, Sain, sentado en una butaca, con los piés en los morillos, secándose á la lumbre las botas mojadas, decia con tranquila y animosa sonrisa, con la que hablaba en la tribuna:—Esto vá mal para nosotros, pero bien para la República. Se ha proclamado la ley marcial, que se cumplirá con ferocidad, sobre todo en nosotros. Estamos perseguidos, acechados y cercados y es poco probable que nos escapemos. Hoy, mañana, dentro de diez minutos quizás, se hará un *espachurramiento* de representantes. Nos cogerán aquí ó en otra parte, nos fusilarán en el acto ó nos matarán á bayonetazos. Pasearán nuestros cadáveres, y esto quizá consiga sublevar al pueblo y hacer caer á Bonaparte. Estamos muertos, pero Bonaparte está perdido.

Como nos habia prometido Emilio de Girardin, á las ocho recibimos de la imprenta de *La Presse* quinientos ejemplares del decreto de destitucion y declaracion fuera de la ley, confirmando el decreto del Tribunal Supremo, y que iba autorizado con todas nuestras firmas. Era un cartel pequeño é impreso en papel de sacar pruebas. Noel Parfait trajo los ejemplares, húmedos todavía, metidos entre el chaleco y la camisa, y los repartimos entre treinta representantes, que enviamos á los boulevares para que los distribuyeran entre el pueblo.

Extraordinario fué el efecto que este decreto produjo en la muchedumbre. En los cafés que quedaron abiertos se arrebataron los ejemplares; las gentes estaban apiñadas en los portales que habia luz, y se amontonaron al pié de los faroles; algunos subian á los guarda-cantones ó á los bancos y leian el decreto en voz alta:—Eso es! Eso es! gritaba el pueblo. Bravo! Bravo! Las firmas! ¡Las firmas!—Se leian las firmas, y al oir el nombre de cada representante aplaudia la multitud. Charamaule, alegre é indignado, recorria los grupos distribuyendo ejemplares del decreto; como era alto, de palabra sonora y animosa y agitaba por encima de su cabeza el paquete de impresos, todos tendian la mano hácia él. Los soldados presenciaban todo esto.

La lectura del decreto añadió á la indignacion sombrío ardimiento, y el pueblo comenzó á arrancar de todas las esquinas los carteles del golpe de Estado. Desde la puerta del café de *Varietés* un jóven gritó á los oficiales:

—Estais borrachos!

En el boulevard Bonne-Nouvelle los obreros enseñaban el puño á los soldados y les decian:

—¡Tirad, cobardes, á hombres desarmados! Si tuviéramos fusiles levantaríais en alto las culatas.

Empezaron las cargas de caballería en el café Cardinal.

Como en el boulevard San Martin y en el boulevard del Temple no habia tropa, la muchedumbre era allí más compacta que en otras partes. En dichos puntos las tiendas estaban cerradas, los faroles despedian escasa claridad, tras los cristales de las ventanas oscuras se entreveian vagamente algunas cabezas que miraban.

De repente, en la desembocadura de la calle de San Martin estallaron una claridad, un ruido y un tumulto. Todas las miradas se dirigieron á aquella parte; oleaje profundo remueve la multitud, que se precipita y se apiña á lo alto de las aceras que bordean las entradas de los teatros de la puerta de San Martin y del Ambigú. Se entrevé una masa que se mueve y una luz que se acerca; se oyen voces que cantan el terrible estribillo: *Aux armes, citoyens! ¡Formez vos bataillons!* Lo que se vé son antorchas encendidas. Lo que flamea es la Marsellesa.

La muchedumbre se apartaba al paso de las antorchas y de la Marsellesa. El grupo llegó al barrio de San Martin y penetró por él. Entonces comprendieron lo que significaba esta marcha fúnebre. El grupo se dividia en dos: el pri-

mero llevaba en hombros una tabla en la que yacía tendido un anciano de barba blanca, rígido, con la boca abierta, con los ojos fijos y que tenia una herida en la frente. La oscilacion de la marcha hacia mover al cadáver, y la cabeza muerta subia y bajaba de un modo imponente y patético. Uno de los hombres que le llevaban, pálido, herido en el pecho, apoyaba la mano en la herida y parecia que iba á caer en tierra de un momento á otro. El otro grupo llevaba otra parihuela, en la que iba echado un jóven de rostro lívido, que tenia los ojos cerrados y cuya camisa, manchada y abierta por el pecho, dejaba ver sus heridas. Los grupos que conducian las parihuelas cantaban la Marsellesa, y al final de cada estrofa se paraban y gritaban, agitando las antorchas:—¡A las armas! Algunos jóvenes esgrimian sables. Las antorchas lanzaban siniestro resplandor sobre las pálidas frentes de los cadáveres y sobre los lívidos semblantes de la muchedumbre. El pueblo entero se extremeció; les pareció que volvia á aparecérsele la vision formidable de Febrero.

El cortejo siniestro venia de la calle Aumaire. Unos treinta obreros que se habian reunido en las inmediaciones de los mercados llegaron á la calle Aumaire con la idea de batirse, pero la batalla habia terminado ya en aquel punto. La infantería se habia retirado despues de destruir las barricadas. Los cadáveres de un viejo de setenta años y de un jóven de veinticinco yacían en el suelo en la esquina de la calle y á su alrededor habia un charco de sangre. Los dos llevaban paletó y parecian pertenecer á la clase media; el viejo era venerable, de barba y de cabellos blancos y de aspecto tranquilo. Una bala le habia atravesado el cráneo. Al jóven le habian atravesado el pecho muchas postas. Eran hijo y padre y estaban tendidos en tierra muy cerca el uno del otro.

Habia junto á la verja del Conservatorio de Artes y Oficios una casa en construccion, donde algunos obreros fueron á buscar dos tablas; tendieron los cadáveres sobre ellas; la muchedumbre los levantó sobre sus hombros, trajeron antorchas y pusiéronse en marcha.

El cortejo iba aumentando durante su tránsito, la muchedumbre se apartaba para dejarle pasar y repetia á coro la Marsellesa. Al llegar al boulevard la emocion fué más profunda. Las mujeres juntaban las manos en ademan compasivo. Los obreros exclamaban:—¡Y encontrarnos sin armas!

El cortejo, despues de pasar los boulevares, penetró en las calles seguido por una multitud enternecida é indignada. Así llegó á la calle de Gravillier, donde una seccion de veinte agentes de policía, saliendo á su encuentro bruscamente, se precipitó espada en mano sobre los hombres que llevaban las parihuelas y arrojó los cadáveres en el barro. Apareció un batallon de cazadores que venia á paso de carga, y que terminó la lucha á bayonetazos. Condujeron á la Prefectura ciento dos ciudadanos prisioneros. Los dos cadáveres recibieron muchos sablazos en la refriega y los mataron por segunda vez. El brigadier Revial, que mandaba la seccion de agentes de policía, obtuvo luego una cruz por este hecho de armas.

En casa de Marie supimos que iban á cercarnos, y salimos de allí.

En el Elíseo comenzaba la agitacion. El ex-comandante Fleury, que era uno de los ayudantes de la Presidencia, fué llamado al despacho de Bonaparte, donde permaneció todo el dia; habló algunos instantes con él, y poco despues dicho ayudante salió del despacho, montó á caballo y á galope se dirigió á Mazas.

Inmediatamente despues, los hombres del golpe de Estado se reunieron en el despacho de Bonaparte y celebraron consejo. Sus asuntos iban visiblemente mal; era probable que la batalla concluyera por adquirir temibles proporciones: hasta entonces la desearon; desde este instante la tenian miedo. Estaban disgustados y desconfiaban. Empezaban á notar síntomas alarmantes en la firmeza de la resistencia y síntomas no menos graves en la cobardía de los partidarios. Ni uno solo de los ministros nombrados aquella mañana habian tomado posesion de su ministerio; timidez significativa en personas tan ambiciosas. M. Rouher se habia escabullido y no sabian dónde estaba. Signo de tormenta. No contando á Luis Bonaparte, el golpe de Estado seguia pesando sobre tres hombres, sobre Morny, Saint-Arnaud y Maupas. Estos tres hombres fueron los que adoptaron todas las medidas; mandaron venir nuevos regimientos, enviando esta órden á todas las guarniciones de las cercanías para que se presentaran en Paris. Estos criminales, profundamente intranquilos en el fondo, trataban de engañarse mútuamente aparentando gran firmeza de ánimo: contaban con la victoria segura,

pero cada cual por su parte se preparaba á huir, en secreto, sin decir nada, para no asustar á los comprometidos y para dejar al pueblo algunos hombres que devorar, en el caso posible de una catástrofe. Para esta escuela de monos imitadores de Maquiavelo, es condicion precisa para conseguir una buena evasion abandonar á sus amigos, y al huir dejar en peligro á sus cómplices.

X.

Lo que Fleury iba á hacer en Mazas.

Aquella misma noche, hácia las cuatro de la madrugada, cercaron silenciosamente las dependencias del ferro-carril del Norte dos batallones, uno de cazadores de Vincennes y otro de gendarmería móvil. Varias secciones de agentes de policía se instalaron en los andenes. Ordenaron al jefe de estacion que preparara un tren especial y que calentara una locomotora y retuvieron cierto número de fogoneros y de trabajadores para que prestaran el servicio. Pero no dieron ninguna explicacion. A las seis se operó un movimiento en la tropa: llegaron corriendo algunos agentes de policía, y poco despues desembocó al trote largo, por la calle del Norte, un escuadron de lanceros. En el medio del escuadron y entre las dos filas de ginetes se veian dos coches celulares, tirados por caballos de posta; detrás de cada coche iba una carretela, que ocupaba un hombre solo. A la cabeza de los lanceros galopaba el ayudante de campo Fleury.

El convoy entró en el patio, despues en la estacion, y las verjas y las puertas volvieron á cerrarse.

Los dos hombres que iban en las carretelas se dieron á conocer al comisario especial de la estacion, al que habló aparte el ayudante de campo Fleury. El convoy misterioso excitó la curiosidad de los empleados del ferro-carril, que preguntaban á los agentes de policía qué significaba aquello: éstos solo pudieron decir que los carruajes celulares eran de ocho asientos, que habia cuatro prisioneros en cada uno, que ocupaban celdas separadas, y que en las otras cuatro celdas iban otros tantos agentes de policía.

Despues de mediar algunas palabras entre el ayudante de campo del Elíseo y los agentes del prefecto Maupas, pusieron en dos furgones los carruajes celulares. La locomotora estaba preparada, engancharon los furgones al tender y el tren partió. Era de noche aun.

El tren caminó largo tiempo en el silencio más profundo. Estaba helando, y los agentes de policía, ateridos de frio, abrieron en el segundo coche celular las celdas para calentarse y desentumecerse y se pusieron á pasear por el estrecho pasadizo, que atraviesa de parte á parte los indicados coches. Empezaba á amanecer y los cuatro agentes de policía contemplaban la campiña por la especie de tragaluz que por ambos lados guarnece el techo del pasadizo de los coches celulares. De pronto una voz robusta, desde una de las celdas que estaban cerradas, exclamó:—¿Haciendo tanto frio no podrá uno encender aquí el cigarro?

Inmediatamente otra voz, que salia de otra celda, dijo:—Calla! Sois vos? ¡Buenos dias, Lamoriciere!

—Buenos dias, Cavaignac! repitió la primera voz.

Acababan de reconocerse ambos generales.

Una tercera voz salió de otra celda.

—Buenos dias y buen viaje.

El que así hablaba era el general Changarnier.

—Señores generales, gritó una cuarta voz, tambien soy de los vuestros.

Los tres generales reconocieron á M. de Baze. Una carcajada salió de las cuatro celdas á la vez.

Aquel coche celular encerraba y conducia fuera de Paris al cuestor Baze y á los generales Lamoriciere, Cavaignac y Changarnier. En el otro iban el coronel Charras, los generales Bedeau y Lefló y el conde Roger.

A media noche estos ocho representantes dormia cada uno en su calabozo en Mazas, cuando llamaron bruscamente á sus puertas y una voz les dijo:—Vestíos, que vienen á buscaros.—¿Es para fusilarnos? preguntó Charras. Nadie le contestó.

La misma idea les ocurrió á todos en aquel instante, y si se ha de dar crédito á lo que transpiran las querellas actuales entre los cómplices, parece que para el caso que nosotros hubiéramos intentado dar un golpe de mano sobre Mazas para libertarlos, se hubiera hecho un fusilamiento general, porque Saint-Arnaud tenia en el bolsillo la órden escrita y firmada por Luis Bonaparte.

Los prisioneros se levantaron. La no-

che anterior ya habian recibido un aviso semejante; les hicieron pasar la noche esperando, y á las seis de la mañana los carceleros entraron á decirles que se podian acostar. Como pasaba el tiempo, acabaron por creer que les sucederia lo mismo que la noche anterior, y algunos, al oir dar las cinco en el reloj interior de la cárcel, iban á meterse en la cama, cuando se abrieron las puertas de los calabozos. Se les mandó que bajaran los ocho uno tras otro á la rotonda del archivo y despues subir en un coche celular, sin que en el trayecto pudieran encontrarse ni verse. Un hombre vestido de negro, de aspecto impertinente, sentado junto á una mesa y con la pluma en la mano, los detenia al pasar y les preguntaba sus nombres.—Ni estoy dispuesto á deciros mi nombre ni tengo curiosidad de saber el vuestro, respondió el general Lamoriciere, y pasó adelante.

El ayudante de campo Fleury estaba presente en el archivo, ocultando el uniforme debajo del gaban.

Tenia el encargo de "embarcarlos„ y de ir á dar cuenta del "embarque„ al Elíseo. Fleury hizo casi toda su carrera en Africa, en la division que mandaba el general Lamoriciere, y éste, siendo ministro de la Guerra en 1848, le ascendió á jefe de escuadron. Cuando atravesó el archivo, el general Lamoriciere le miró fijamente.

Cuando subieron á los coches celulares estaban fumando y les hicieron tirar los cigarros, pero el general Lamoriciere habia conservado el suyo. Le mandaron á un agente de policía que no le permitiese fumar; éste vaciló algun tiempo en cumplir la órden, pero acabó por decir al general:—Tirad el cigarro.

De aquí provino la exclamacion que hizo que el general Cavaignac reconociera al general Lamoriciere. Los coches iban ocupados, como dijimos, y partieron. No sabian dónde ni con quién iban. Metido cada cual en su jaula, miraban á la calle, tratando de adivinar adónde les conducian, hasta que llegaron al ferro-carril, que su malestar fué creciendo dentro de las celdas. El general Lamoriciere, que iba embarazado con un lio y con una manta, estaba más estrecho que los demás; no podia moverse, tuvo frio, y acabó por decir una palabra que puso en comunicacion á los cuatro.

Al oir los nombres de los prisioneros, los guardianes brutales fueron desde entonces respetuosos.—Ea! dijo el general Changarnier, abridnos y dejadnos pasear como vosotros por el pasadizo.—Mi general, dijo un agente de policía, lo tenemos prohibido. El comisario de policía está detrás del coche, desde donde vé lo que pasa aquí.—Sin embargo, poco despues los vigilantes, so pretexto de frio, bajaron el cristal que cerraba el pasadizo por la parte que podia ver el comisario, é incomunicando la policía, como decia uno de ellos, abrieron las celdas de los prisioneros.

Tuvieron gran alegría los cuatro representantes al verse y estrecharse las manos.

Llegaron á Creil y despues á Noyon. En Noyon les dieron para almorzar un pedazo de pan y un vaso de vino, pero sin permitirles bajar. Los comisarios de policía no les dirigieron la palabra. Cerraron los coches, conocieron que los sacaban de los furgones y que á éstos los reemplazaron por ruedas. Llegaron caballos de posta, que pusieron á los carruajes celulares, y partieron al paso. Desde entonces llevaban por escolta una compañía de gendarmes móviles de á pié. Hacia ya diez horas que iban en coche celular desde que salieron de Noyon. Entonces la infantería hizo alto y los prisioneros pidieron permiso para bajar un instante.—Consentimos, dijo un comisario de policía, pero por un solo instante y por la condicion de darnos palabra de honor de no escaparos.—No queremos daros palabra de honor, replicaron los prisioneros.—Dádmela por un instante con el tiempo necesario para beber un vaso de agua.—No, contestó el general Lamoriciere; por el tiempo necesario para hacer lo contrario y á la salud de Luis Bonaparte.

Permitióseles bajar á uno despues de otro, y respiraron unos momentos el aire libre del campo á la orilla del camino. Despues volvió á marchar el convoy.

Cuando el dia terminaba, divisaban al través del tragaluz un conjunto de murallas altas, sobre las que se elevaba un torreon cilíndrico. Poco despues los coches penetraron por debajo de una bóveda, se detuvieron en el centro de un patio largo y encajonado y circuido de altos muros, que dominaban dos edificios; uno tenia la apariencia de cuartel y el otro parecia una prision. Las portezuelas de los coches se abrieron. Un oficial con charreteras de capitan permanecia en pié cerca de la escalera. El general Changarnier bajó el primero.—¿En dónde estamos? interrogó.

—Estais en Ham, le respondió el ofi-

cial, que era el comandante del fuerte.

Condújose á cada uno al aposento separado que tenian destinado como prision. En cuanto los ocho prisioneros entraron en su respectivo encierro, oyeron cerrar las puertas, pasar los cerrojos exteriores y que les decian:—"Estais incomunicados.„ El general Cavaignac fué destinado en el primer piso al aposento que ocupó Luis Bonaparte, que es el mejor de la prision. Lo primero que vió allí fué una inscripcion trazada en la pared, que indicaba el dia en que Luis Bonaparte entró en aquella fortaleza y el dia en que salió, como es sabido, disfrazado de albañil y con un madero al hombro. La eleccion de este aposento se debia á una atencion de Luis Bonaparte, que habiéndose apoderado en 1848 del sitio que ocupaba en el poder el general Cavaignac, quiso que en 1851 el general ocupara tambien su puesto en la cárcel.

Custodiaba á los prisioneros el 48 de línea, que estaba de guarnicion en Ham.

XI.

Fin de la segunda jornada.

Salimos de casa de Marie oportunamente, porque ya estaba muy cerca de allí el batallon que iba á batirnos y á prendernos. Llegaban ya á nuestros oidos los pasos acompasados de la tropa. Las calles estaban oscuras y nos dispersamos fácilmente.

No habian transcurrido aun diez minutos cuando cercaron la casa de M. Marie. Un tropel de fusiles y de sables se precipitó, invadiéndola desde la cueva hasta el desvan. Los soldados nos buscaban precipitadamente, y sin tomarse el trabajo de mirar bajo las camas las registraron á bayonetazos. Hasta arrancaban la bayeta clavada en la pared. Afortunadamente nosotros ya no estábamos allí.

Ese exceso de celo venia de arriba; los pobres soldados eran máquinas que obedecian y que llevaban por consigna matar á los representantes. Poco antes Morny envió á Maupas el siguiente despacho:

—*Si prendeis á Victor Hugo, haced de él lo que querais.*

Tales eran los medios que aquella gente empleaba. Despues del golpe de Estado, Morny, en su decreto de destierro, nos llamó *esos individuos*, lo que inspiró á Schœlcher esta frase arrogante: *Esas gentes ni siquiera saben desterrar cortésmente.*

El doctor Veron, que publica en sus *Memorias* el anterior despacho, añade: "Maupas mandó que buscaran á Víctor Hugo en casa de su cuñado Víctor Foucher, consejero del tribunal de Casacion, pero no se le encontró.„

Un antiguo amigo mio, hombre de corazon y de talento, me ofreció asilo en su domicilio de la calle de Richelieu, cerca del teatro Francés. Fuí allí; mi amigo no estaba en casa, pero su portero, que me esperaba, me entregó la llave. Subí, y en la habitacion que entré habia una vela encendida encima de la chimenea y cerca de la lumbre una mesa con papel, tintero y pluma.

Era más de media noche, y aunque estaba fatigado, deseando escribir la historia de esta aventura si sobrevivia, quise fijar en seguida algunos detalles de la situacion de París al final de la segunda jornada del golpe de Estado, y escribí la página que reproduzco aquí.

Luis Bonaparte ha inventado una cosa que llama comision consultiva, á la que encarga de redactar la postdata del crímen. Leon Faucher se niega á pertenecer á ella, Montalembert duda, Baroche acepta, Falloux desprecia á Dupin.

Los primeros tiros se han disparado contra los Archivos. En los mercados, en la calle de Rambuteau y en la de Beaubourg he oido detonaciones.

El ayudante de campo Fleury se ha atrevido á pasar por la calle de Montmartre y una bala le ha atravesado el kepis. Ha escapado á galope. A la una se ha mandado que los regimientos voten el golpe de Estado. Los estudiantes de derecho y medicina se han reunido en la escuela de Derecho para protestar. Los guardias municipales les han dispersado, haciendo muchas prisiones. Esta tarde van patrullas por todas partes.

El representante Flespel, que tiene seis piés de estatura, no ha podido encontrar en Mazas una celda bastante capaz, y ha tenido que quedarse en la habitacion del conserje con centinelas de vista.

Las señoras de Odilon Barrot y de Tocqueville no saben dónde están sus maridos, y corren desde Mazas al Monte Valerien, preguntan á los carceleros y éstos no se lo quieren decir. El 19 ligero atacó la barricada en la que murió Baudin. Cincuenta hombres de gendarmería móvil han tomado á paso de carga la barricada del Oratorio en la calle de San

Honorato. En la capilla Brea tocan á rebato. Cada barricada que derriban hace levantar veinte en diferentes calles de Paris. Los Consejos de Guerra están en sesion permanente y mandan fusilar á todos los prisioneros. El 30 de línea ha fusilado á una mujer. Eso ha sido arrojar aceite al fuego.

El coronel del 49 de línea ha presentado su dimision; Luis Bonaparte ha nombrado para que le reemplace al teniente coronel Negrier.

Se dice que cincuenta miembros de la mayoría han firmado una protesta en casa de Odilon Barrot.

Esta noche hay ansiedad creciente en el Elíseo y se teme que se intenten algunos incendios: á los zapadores bomberos han unido dos batallones de zapadores ingenieros. Maupas manda vigilar los gasómetros.

Hé aquí ahora cómo el ejército se ha apoderado de París, estableciendo retenes en los siguientes puntos estratégicos: en el puente Nuevo y en el muelle de las Flores han colocado la Guardia municipal; en la plaza de la Bastilla doce piezas de artillería y tres obuses; en el extremo del arrabal, las casas de seis pisos las ocupa la tropa de alto á bajo; la brigada Marulaz está en el Ayuntamiento; la brigada Lauboul en el Panteon; la brigada Courtigis en el arrabal de San Antonio; la division Renaud en el arrabal de San Marcelo; en el Palacio Legislativo los cazadores de Vincennes y un batallon del 15 ligero; en los Campos Elíseos infantería y caballería; en la Avenida Merigny artillería; en el interior del Circo un regimiento entero. Un escuadron de Guardia municipal vivaquea en la plaza de la Delfina. Hay vivac en el Consejo de Estado y vivac en las Tullerías. Han entrado además las guarniciones de San German y de Courbevoie. Ha habido dos coroneles muertos: Loubeau y Quilio. Por todas partes pasan enfermeros y camillas; en muchas partes hay hospitales de sangre. En la sombría batalla que libra el golpe de Estado hay empeñadas nueve brigadas, cada una con su batería; un escuadron de caballería mantiene las comunicaciones entre las brigadas: hay cuarenta mil hombres, con una reserva de sesenta mil; esto es, cien mil soldados en pié de batalla puestos sobre París. A eso asciende el ejército del crímen. La brigada Rubell, compuesta del 1.° y 2.° de lanceros, protege el Elíseo. Los ministros pasan la noche con Morny, en el ministerio del Interior. Morny vigila y Magnan duerme. Mañana será un dia terrible.

Escrita esta página, me acosté y me dormí.

TERCERA JORNADA

La matanza.

I.

Los que duermen y el que está despierto.

La noche del 3 al 4, mientras nosotros, abrumados de fatiga y dispuestos á arrostrar las catástrofes, dormíamos con el sueño apacible del que cumple con su deber, estaban despiertos é insomnes en el Elíseo. Hácia las dos de la mañana, el más ínfimo de los confidentes del autor del golpe de Estado despues de Morny, el conde Bonet, antiguo par de Francia y teniente general, salia del gabinete de Luis Bonaparte, acompañado de Saint-Arnaud, que era entonces el ministro de la Guerra, como ya sabemos.

Dos coroneles esperaban órdenes en la antesala.

Saint-Arnaud era un general que habia sido figurante en el Ambigú. Empezó su carrera de cómico en un teatro de las afueras y más tarde fué trágico. Señas: estatura alta, seco, delgado, anguloso, bigotes grises, cabellos lisos y cara baja. Era un maton mal educado. Pronunciaba mal esta frase: *Pueblo soberano*. Morny decia riendo:—*Tan mal pronuncia esas palabras, como entiende lo que significan.* El Elíseo, que presumia de elegante, repugnaba aceptar á Saint-Arnaud; pero por lo que tenia de sangriento le perdonaba lo que tenia de vulgar. Era bravo, violento y tímido; poseia la audacia del soldado galoneado y la torpeza de un pobre diablo. Le vimos un dia en la tribuna, pálido y balbuceante, pero atrevido. Su rostro era largo, huesoso, y sus mandíbulas inquietantes. En el teatro era conocido por Florival. Era una especie de bravo convertido en *reitre*. (1) Sin embargo, murió siendo mariscal de Francia.

Los dos coroneles que esperaban á Saint-Arnaud eran dos hombres á propósito para todo, jefes de dos de esos ejércitos decisivos, que en ocasiones su-

(1) Antiguo soldado aleman.

premas arrastran á los demás regimientos, ó á la gloria, como en Austerlitz, ó al crímen, como al 18 Brumario. Estos dos oficiales formaban parte de lo que Morny llamaba "la crema de los coroneles entrampados y vividores„.

Uno de ellos habia cumplido treinta y ocho años, era redomado, intrépido, ingrato; tres buenas cualidades para hacer fortuna. Años atrás, cuando era capitan, el duque de Aumale, en el Aurés, le habia salvado la vida. Una bala le atravesó el cuerpo y cayó entre los matorrales; las kábilas se arrojaron sobre él para cortarle la cabeza, pero el duque de Aumale llegó con dos oficiales, un soldado y un corneta, dispersó las kábilas y salvó al capitan. Le salvó y le curó. De los dos, el único agradecido fué el salvador. El duque de Aumale le agradeció al jóven capitan que le proporcionase la ocasion de un hecho de armas, y le ascendió á comandante: en 1849 ascendió á coronel y mandó una columna de asalto en el sitio de Roma; despues volvió á Africa, en donde Fleury le sobornó al mismo tiempo que sobornaba á Saint-Arnaud. Luis Bonaparte le hizo coronel en 1851 y contó con él para todo. En Noviembre, dicho coronel le escribia al duque de Aumale: "No se debe esperar nada de semejante aventurero„, y en Diciembre mandó un regimiento de asesinos. Más tarde, en la Dobrudcha, un caballo maltratado se irritó, y dándole un mordisco le arrancó una mejilla.

El otro coronel tenia cuarenta y ocho años y los cabellos grises. Era tambien hombre de placer y de matanza. Como ciudadano, muy abyecto; como soldado, muy valiente. Fué uno de los primeros que saltaron la brecha de Constantina. Era caballero, pero de industria. Luis Bonaparte le ascendió á coronel en 1851. Dos príncipes pagaron sus deudas dos veces; la primera el duque de Orleans y la segunda el duque de Nemours.

Así eran esos coroneles.

Saint-Arnaud les habló durante un rato en voz baja.

II.

El interior del comité.

Desde el amanecer estábamos reunidos en casa de nuestro colega monsieur Grevy é instalados en su gabinete. Michel de Bourges y yo sentados junto á la chimenea; Julio Favre y Carnot escribian, el primero sobre una mesa cerca de la ventana y el segundo en un pupitre y de pié. Cada momento era menos posible reunirse en sesion. En nombre de la izquierda expedimos y remitimos á Hingray el decreto siguiente para que éste lo imprimiese en seguida, decreto que redactó á vuela pluma Julio Favre:

"REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Los representantes del pueblo abajo firmados, que han quedado libres, reunidos en sesion permanente y extraordinaria, vista la prision de la mayor parte de sus colegas; vista la urgencia;

Considerando que el crímen de Luis Bonaparte, al abolir por medio de la violencia la accion de los poderes públicos, restablece á la nacion en el ejercicio directo de su soberanía, y que todo lo que entorpece actualmente esta soberanía debe ser anulado;

Considerando que todos los procesos incoados y todas las condenas pronunciadas referentes á crímenes ó delitos políticos, quedan anulados por el derecho imprescriptible del pueblo,

DECRETAN:

Artículo 1.° Quedan abolidos en todos sus efectos criminales ó civiles todos los procesos incoados y todas las condenas expedidas por crímenes y delitos políticos.

Art. 2.° En su consecuencia, se ordena á todos los directores de prisiones ó de casas de detencion, que pongan inmediatamente en libertad á todas las personas que estén presas ó detenidas por las causas arriba indicadas.

Art. 3.° Se ordena asimismo á todos los empleados de los tribunales y de la policía judicial, bajo pena de prevaricacion, que anulen todos los procesos incoados por las mismas causas.

Art. 4.° Los funcionarios y agentes de la fuerza pública quedan encargados de la ejecucion del presente decreto.

Dado en Paris, en sesion permanente, el 4 de Diciembre de 1851.„

Julio Favre, al pasarme el decreto para que lo firmase, me dijo sonriendo:—Pongamos en libertad á vuestros hijos y á nuestros amigos.—Sí, le contesté yo, de ese modo tendremos cuatro combatientes más en las barricadas.

El representante Duputz recibió poco despues la ampliacion de este decreto y

el encargo de llevarlo él en persona á la conserjería, cuando triunfase el golpe de mano que preparábamos sobre la Prefectura de policía y sobre el Hotel del Ayuntamiento. Por desgracia este golpe de mano fracasó.

En aquel momento entró Laudrin. Las funciones que desempeñó en Paris en 1848 le proporcionaron ocasion de conocer el personal de la policía política y de la policía municipal. Nos dijo que acababa de ver rondar por los alrededores de la casa á algunos hombres sospechosos. Nos encontrábamos en la calle de Richelieu, casi enfrente del teatro Francés, que es uno de los sitios de más tránsito y por lo tanto uno de los más vigilados. Comprendíamos que las salidas y las entradas de los representantes para comunicarse con el comité acabarian por observarse y nos atraerian la visita de la policía. Además Laudrin nos afirmaba que allí corríamos gran peligro y nos conjuró á que nos trasladáramos á otra parte.

Pero dónde habíamos de ir? Espiados dos dias, ya habíamos agotado todos los ofrecimientos: el dia anterior nos negaron un asilo, y en aquellos instantes no nos ofrecian ninguna otra casa. Habíamos cambiado ya diez y siete veces de refugio, trasladándonos algunas veces desde un extremo al otro de Paris, y estábamos fatigados. La casa que ocupábamos tenia la gran ventaja de una salida trasera á la calle Fontaine-Moliére, y nos decidimos á quedarnos, pero adoptando algunas precauciones.

Toda clase de abnegaciones se llevaban á cabo entre los miembros de la izquierda. Uno de los más notables de la Asamblea, de raro talento y de raro valor, Durand-Savoyat, se convirtió desde el dia anterior en nuestro guardian, en ujier, en portero. Puso una campanilla sobre la mesa y nos dijo:—"Cuando me necesiteis, llamad y vendré.„ Nos seguia á donde íbamos. Permanecia en la antesala sereno, impasible, silencioso, con fisonomía grave, con la levita abotonada y con su sombrero de alas anchas, que le daba el aspecto de un ministro anglicano. Abria la puerta de entrada, reconocia á los recien venidos y despedia á los importunos y á los inútiles.

Le llamamos cuando Laudrin nos intimó á que dejásemos la casa. Rogamos entonces á Durand-Savoyat que no permitiese desde entonces que los que venian á vernos se estacionaran en la habitacion, aunque fuesen representantes del pueblo; que tomase nota de las noticias y de los informes, y que solo dejase llegar hasta nosotros á los hombres indispensables. Durand-Savoyat sacudió la cabeza y se volvió á la antesala, contestando:—Está muy bien.

Cuando Laudrin y Durand-Savoyat salieron, Michel de Bourges tomó la palabra y dijo:

—El arte de Luis Bonaparte, que copia á su tio en esto como en todo, consiste en lanzar de antemano un llamamiento al pueblo, un escrutinio próximo, un plebiscito; en una palabra, en hacer que surja en apariencia su gobierno en el mismo instante en que derriba otro. En las grandes crísis, en las que todo vacila y parece que vá á caer, el pueblo necesita apoyarse en algo, y aceptará la soberanía de Bonaparte si no tiene otro punto de apoyo. Pues bien; es necesario que ofrezcamos al pueblo por punto de apoyo su propia soberanía. La Asamblea de hecho estaba muerta. La izquierda, que era un fragmento popular de esa Asamblea odiada, solo podria sostener así la situacion durante algunos dias: necesitaba que fortificara sus fuerzas la soberanía nacional. Hubiera sido conveniente para nosotros apelar al sufragio universal, oponer voto á voto, poner al pueblo soberano frente á frente del usurpador y convocar inmediatamente otra Asamblea.

En seguida propuso redactar otro decreto.

Michel de Bourges tenia razon. Detrás de la victoria de Luis Bonaparte veia levantarse algo detestable, pero ya conocido: el Imperio.

Convocar cuanto antes fuese posible una nueva Asamblea, era tranquilizar los espíritus durante el combate y atraérnoslos despues.

Hacia ya algun tiempo que, sin dejar de oir á Michel de Bourges y á Julio Favre, que le apoyaba, creíamos oir en la antesala contigua un murmullo parecido á un cuchicheo. Julio Favre habia preguntado varias veces:—¿Quién estará en la antesala?—Ninguno, le contestaron, porque encargamos á Durand-Savoyat que no permitiese que quedase allí nadie. Continuó la deliberacion y el cuchicheo tambien, creciendo insensiblemente, hasta que Carnot abrió la puerta para ver lo que era. La antesala y el salon contiguo estaban llenos de representantes que conversaban tranquilamente.

Sorprendidos de esto, llamamos á Durand-Savoyat.

—No entendísteis nuestro encargo? le preguntó Michel de Bourges.

—Sí, le respondió Durand-Savoyat.

—¿Han señalado la casa y corremos peligro de ser presos? replicó Carnot.

—Y muertos aquí mismo? añadió Julio Favre con su tranquila sonrisa.

—Pues bien, respondió el interpelado con mirada más tranquila aun que la sonrisa de Favre; la puerta del gabinete está oscura y ni siquiera se conoce que es puerta. He hecho quedar á los representantes en el salon y en la antesala para que formen como una muchedumbre. Si la policía y los soldados vienen, les diré: "Aquí estamos„; nos prenderán, y como no verán la puerta disimulada del gabinete, no llegarán hasta aquí. Nosotros pagaremos por vosotros, y aunque necesiten más cadáveres, se tendrán que contentar con los nuestros.

Sin sospechar que acababa de decir palabras dignas de un héroe, Durand-Savoyat se volvió á la antesala.

Nosotros reanudamos la discusion del decreto. Por unanimidad creimos útil la convocacion inmediata de otra Asamblea. Luis Bonaparte habia designado el 20 de Diciembre para la realizacion de su plebiscito, y nosotros escogimos el 21. Cuestionamos sobre el nombre que debíamos dar á la nueva Asamblea. Michel de Bourges queria que la titulásemos *Convencion nacional;* Julio Favre que se llamara *Asamblea Constituyente*; Carnot que la designásemos *Asamblea soberana*, que no despertaba ningun recuerdo y dejaba el campo libre á todas las esperanzas. Fué adoptado este último título.

El decreto, cuyos considerandos escribió Carnot mientras yo le dicté, se redactó en los siguientes términos. Este decreto se llegó á imprimir y á fijarse en las esquinas:

"*Núm. 5.*

DECRETO.

El crímen de Luis Bonaparte impone grandes deberes á los representantes del pueblo que han quedado libres.

La fuerza brutal quiere hacer imposible el cumplimiento de estos deberes.

Perseguidos, errantes de asilo en asilo, asesinados en las calles, los representantes republicanos deliberan y obran á pesar de la presion de la infame policía del golpe de Estado.

El atentado de Luis Napoleon al destrozar todos los poderes solo ha dejado en pié una autoridad, la suprema, la del pueblo: el sufragio universal.

Solo al pueblo incumbe recoger y reconstituir las fuerzas sociales, hoy dispersas.

En su consecuencia, los representantes del pueblo decretan:

Artículo 1.° Se convoca al pueblo el 21 de Diciembre de 1851 para que elija una Asamblea soberana.

Art. 2.° La eleccion se hará por medio del sufragio universal, segun las formas que prescribe el decreto del Gobierno provisional del 5 de Marzo de 1848.

Dado en Paris, en sesion permanente, el 4 de Diciembre de 1851.„

Cuando acababa de firmar el decreto, Durand-Savoyat entró y me dijo en voz baja que una mujer me esperaba en la antesala. Salí y me encontré con la señora de Charrasin, cuyo marido habia desaparecido. El representante Charrasin era economista, agrónomo, sábio é intrépido. El dia anterior le vimos en los sitios más peligrosos. Ni nosotros ni su señora sabíamos dónde estaba; ella fué á informarse á Mazas, y un coronel, que pertenecia al mismo tiempo al ejército y á la policía, la recibió y la dijo:—Solo puedo permitiros que veais á vuestro esposo con una condicion.—¿Con cuál?—Con la condicion de no hablarle de política.—Bien.—Dadme vuestra palabra de honor. Ella le respondió:—*No os puedo dar mi palabra de honor, porque yo no recibiria la vuestra.*

Solo volví á ver á Charrasin en el destierro.

Poco despues volvió Teodoro Bac trayéndonos la siguiente protesta del Consejo de Estado:

"PROTESTA DEL CONSEJO DE ESTADO.

Los abajo firmados, miembros del Consejo de Estado, elegidos por las Asambleas constituyente y legislativa, reunidos, á pesar del decreto del 2 de Diciembre, en el local de sus sesiones, que han encontrado cercado por la fuerza armada, que les ha impedido ocuparlo, protestan contra el acto que ha proclamado la disolucion del Consejo de Estado, y declaran que solo la fuerza les ha obligado á cesar en sus funciones.

Paris 3 de Diciembre de 1851.

Firmado: BETHMONT, VIVIEN, BUREAU

DE PUZY, STOURM, ED. CHARTOU, CUVIER DE REUNEVILLE, HORACE SAY, BOULATIGNIER, SAUTIER DE RUMILLY, DE JOUVENCEL, DUNAYER, CARTERET DE FRESNE, BOUCHENAY LEFER, RIVET, BOUDET, CORMENIN, PONS DE L'HERAULT.„

Referiremos lo que habia sucedido en el Consejo de Estado. Luis Bonaparte hizo que el ejército expulsara á la Asamblea, la policía al Tribunal Supremo, y que un portero expulsase al Consejo de Estado.

El 2 de Diciembre por la mañana, á la misma hora en que los representantes de la derecha iban desde casa M. Daru á la Alcaldía del 10.° distrito, los consejeros de Estado se dirigian al palacio del muelle de Orsay.

El muelle estaba lleno de soldados. Un regimiento vivaqueaba allí, teniendo los fusiles formados en pabellones.

En cuanto se reunieron treinta consejeros empezaron á deliberar, redactaron un proyecto de protesta, y cuando iban á firmarle, el portero entró pálido y balbuciente, diciéndoles que en virtud de órdenes superiores les invitaba á salir.

Algunos consejeros de Estado declararon que, á pesar de estar muy indignados, no pondrian sus firmas al lado de las de los republicanos; este era un modo indirecto de obedecer al portero.

M. Bethmont, uno de los presidentes del Consejo de Estado, les ofreció su casa como punto de reunion, y los miembros republicanos acudieron allí y firmaron sin discusion la protesta que acabamos de insertar.

Algunos miembros que vivian en barrios extraviados no pudieron asistir á la reunion; pero el más jóven de los consejeros, M. Chartou, que era hombre de corazon firme y de carácter noble, se encargó de llevar la protesta á los colegas ausentes.

Esto lo realizó con gran peligro y á pié, por no encontrar ningun coche, y fué detenido por los soldados, que querian registrarle. Sin embargo, consiguió ver algunos consejeros de Estado; unos de ellos firmaron y otros se negaron á firmar, alegando uno de los últimos su edad avanzada, otro la *res augusta domi*, y otros el miedo de que esto favoreciese á los rojos.—Decid el miedo á secas, les contestó Chartou.

Al dia siguiente, Vivien y Bethmont entregaron la protesta á Boulay de la Meurthe, que era vicepresidente de la República y presidente del Consejo de Estado; les recibió de bata y les contestó:—*Marchaos. Perdeos si esto os place, pero no me comprometais.*

En la mañana del dia 4, Cormenin borró su firma, alegando esta escusa inaudita y auténtica:—La frase antiguo consejero de Estado hace mal efecto en un libro, y *temo perjudicar á mi editor*.

Otro detalle característico: la mañana del dia 2, M. Behic llegó cuando se estaba redactando la protesta. Entreabrió la puerta, cerca de la que estaba Gautier de Remelly, uno de los más respetables miembros del Consejo de Estado. M. Behic le preguntó:—Qué hacen? Están cometiendo un crímen? Gautier le respondió:—No, están redactando una protesta. Al oir esta palabra, M. Behic cerró la puerta y desapareció.

Más tarde, durante el Imperio, reapareció siendo ministro.

III.

El Elíseo por dentro.

La mañana de aquel dia el doctor Ivan encontró al doctor Couneau; se conocian y se hablaron. Ivan pertenecia á la izquierda y Couneau al Elíseo; el primero supo por el segundo los pormenores de lo que sucedió durante la noche en el Elíseo, pormenores que él nos trasmitió.

Acababan de redactar un decreto inexorable que iban á fijar en las esquinas, en el que se mandaba á todos que se sometieran al golpe de Estado. Lo dictó Saint-Arnaud, que, como ministro de la Guerra, debia firmarlo. Al llegar al último párrafo, que decia:—"El que sea sorprendido construyendo una barricada, fijando una proclama de los exrepresentantes ó leyéndola, será...„—Al llegar aquí Saint-Arnaud se paró; Morny, encogiéndose de hombros, le arrancó la pluma de las manos y escribió: *fusilado.*

Supimos las siguientes noticias:

Un guardia nacional llamado Boillay estuvo de guardia en el Elíseo la noche del 3 al 4. Las ventanas del gabinete de Luis Bonaparte, situado en el piso bajo, estuvieron iluminadas toda la noche. En el salon contiguo se celebró Consejo de guerra; desde la garita, Boillay veia dibujarse en los cristales contornos negros y sombras gesticuladoras, que eran Magnan, Saint-Arnaud, Persigny y Fleury; los espectros del crímen.

Korte, general de coraceros, fué llamado, lo mismo que Carrelet, que mandaba la division que más trabajó el dia siguiente. Desde las doce de la noche hasta las tres de la madrugada generales y coroneles iban y venian. Tambien acudieron capitanes sencillos. A las cuatro llegaron coches, de los que se apearon mujeres. La orgía no se separó jamás de aquel crímen. El retrete en el palacio correspondia al lupanar de los cuarteles.

El patio estaba lleno de lanceros, que sostenian de las riendas los caballos de los generales que estaban deliberando.

Dos de las mujeres que fueron al Elíseo aquella noche pertenecen hasta cierto punto á la historia. Siluetas como estas se ven en los segundos planos. Estas mujeres influyeron sobre algunos generales desgraciados. Las dos pertenecian á la alta sociedad. Una de ellas era la marquesa de***, á la que aconteció la aventura de enamorarse de su marido despues de haberle engañado; reconoció que el amante no valia tanto como el esposo; esto sucede algunas veces. Era hija del más fantástico de los mariscales de Francia y de la linda condesa de***, á la que Chateaubriand, despues de una noche de amor, dedicó los siguientes versos, que se pueden publicar hoy por haber muerto los dos amantes:

La claridad del alba el cielo azul colora
Y nuestra cita viene á iluminar su luz;
Pero jamás se abren los labios de la aurora
Con la sonrisa hermosa con que sonríes tú.

La sonrisa de la hija era tan dulce como la de la madre, pero más fatal: la otra era la señora K..., rusa, blanca, rubia y alegre, mezclada en la diplomacia subrepticia, que poseia y enseñaba una arquilla llena de cartas amorosas del conde de Molé, que era espía, pero encantadora y terrible.

Las precauciones que se tomaron á todo evento se veian desde fuera de palacio; desde el dia anterior se divisaban en el patio del Elíseo, desde las ventanas de las casas vecinas, dos sillas de posta enganchadas, dispuestas á partir, con los postillones ya montados. En las caballerizas del Elíseo tambien se veian coches y caballos preparados para salir. Luis Bonaparte no durmió; pasó la noche dictando órdenes misteriosas; por eso al dia siguiente apareció en su fisonomía pálida una especie de espantosa serenidad. Tiene aspecto terrible el crímen que se tranquiliza. Aquella mañana casi se rió. Morny entró en su gabinete; Luis Bonaparte, que tenia calentura, habia hecho llamar á Couneau, que asistió á la entrevista. Morny le dió cuenta de varios informes de la policía. Doce obreros de la imprenta Nacional se negaron en la noche del 2 á imprimir los decretos y las proclamas, y los encarcelaron en el acto. El coronel Forestier estaba preso. Le trasladaron al fuerte de Bicetre, con Crocé-Spinelli, Genillier, Hippolyte Magen, escritor de talento y animoso; Goudouneche, director de colegio, y Polino. Este último nombre habia chocado á Luis Bonaparte.—¿Quién es ese Polino? Morny le respondió:—Un antiguo oficial que estuvo al servicio del Shah de Persia, una mezcla de Don Quijote y de Sancho Panza. Hemos encerrado á los prisioneros en la casamata número 6. Luis Bonaparte volvió á preguntar:—Qué son casamatas? Morny le respondió:—Cuevas sin aire y sin luz, de veinticuatro metros de longitud y de ocho de latitud, de cinco piés desde el suelo al techo, con paredes que chorrean y con piso húmedo. Luis Bonaparte interrogó:—¿Les han dado haces de paja? Morny contestó:—Aun no; más tarde veremos. Los destinados á ser deportados están en Bicetre; los que han de ser fusilados en Ivry.

Morny tenia ámplios poderes de Luis Bonaparte, y le enteró de que habia mandado poner guardias en todos los campanarios, sellar todas las imprentas, encerrar todos los tambores de la Guardia nacional, para que no saliese ni una sola proclama de la imprenta, ni tocasen á llamada en ninguna Alcaldía, ni á rebato de ningun campanario.

Luis Bonaparte preguntó si estaban completas todas las baterías, esto es, si constaban todas ellas de cuatro piezas y de dos obuses. Tenia expresamente recomendado que solo se emplearan piezas de á ocho y obuses de diez y seis centímetros de diámetro.

—Es verdad, dijo Morny, que estaba en el secreto; todas ellas tendrán que trabajar. Despues, ocupándose de Mazas, refirió que seiscientos hombres de la guardia republicana acampaban en el patio de dicha fortaleza, y que en caso de ataque lo defenderian hasta el último extremo; que los soldados acogian riendo á los representantes presos, y que corrian por ver de cerca á M. de Thiers; que los oficiales apartaban á los soldados; que habia tres presos absolutamente incomunicados, que eran Greppo, Nadau

y un miembro del comité socialista, Arséne Mennier, lo que hizo tambien reir á Luis Bonaparte.

Otra cosa le refirió Morny que divirtió tambien al autor del golpe de Estado; la cólera que se apoderó de Cavaignac al entrar en la célula de Mazas.

Hay en la puerta de cada célula un agujero que llaman lente, por el que observan á los prisioneros sin que ellos lo noten. Los guardianes que estaban observando á Cavaignac vieron que empezó por pasearse con los brazos cruzados, y al ver tan reducido espacio, se sentó en el taburete de la célula. Estos taburetes son estrechas planchas de madera, colocadas sobre tres piés convergentes que atraviesan el asiento por el centro y que producen en él una salida, de modo que se está en ellos muy mal sentado. Cavaignac se enderezó con rabia, y dando un puntapié, envió el taburete al otro extremo de la célula. Despues, furioso y jurando, rompió de un puñetazo la pequeña mesa, que, unida al taburete, constituia todo el mobiliario del calabozo.

El puñetazo y el puntapié divirtieron á Luis Bonaparte.

—Maupas continúa teniendo miedo, añadió Morny. Bonaparte volvió á sonreirse, y su ministro del Interior se marchó tranquilo despues de darle los anteriores informes.

Luis Bonaparte entró en seguida en un gabinete contiguo, en el que le esperaba una mujer, que se cree que iba á implorar perdon en favor de alguno. El doctor Couneau oyó decirle estas expresivas palabras:—*Señora, yo tolero vuestros amores; toleradme mis ódios.*

IV.

Los familiares.

Merimée era naturalmente vil; por eso no debe tenérsele rencor; pero M. de Morny era otra cosa, valia más; habia en él algo del bandolero; era valiente, porque el bandolerismo obliga.

Merimée habia sido contado sin razon como uno de los confidentes del golpe de Estado; no tenia por qué vanagloriarse de ello: Merimée no supo ninguno de los secretos, porque Luis Bonaparte no tenia confianzas inútiles: añadamos á esto que no es probable, á pesar de que hay indicios en contrario, que Merimée estuviese en la época del 2 de Diciembre relacionado directamente con Luis Bonaparte; esto no sucedió hasta mucho despues. Merimée entonces solo conocia á Morny.

Morny y Merimée tuvieron intimidad en el Elíseo, pero de un modo diferente. Puede creerse lo que diga Morny, pero no lo que diga Merimée; aquel estaba enterado de los grandes secretos, éste de los pequeños; tenia vocacion para ser correo de amores.

Los familiares del Elíseo eran de dos clases, confidentes y cortesanos; el primero ó el último de los cortesanos era Merimée. Esto es lo que hizo su fortuna.

Los crímenes solo son agradables en el primer momento; se marchitan en seguida. Esta clase de éxitos dura poco, y hay que añadirles algo en seguida que les dé brillo. El Elíseo necesitaba un ornamento literario. Algo de Academia no sienta mal á una caverna, y podia disponer de Merimée. El destino le reservaba un dia el poderse firmar *El loco de la emperatriz*. La condesa de Montijo le presentó á Luis Bonaparte, que le recibió muy bien, completando su córte con aquel bajo escritor de talento.

Aquella córte era una coleccion; estantería de bajezas, corral de reptiles, herbario de venenos.

Además de los confidentes que estaban allí para servir y de los cortesanos que estaban para adornar, tenia auxiliares. En ciertas ocasiones necesitaba refuerzos; algunas veces era de mujeres el *escuadron volante*, otras de hombres, como Saint-Arnaud, como Espinasse, como Saint-Georges, como Maupas; otras veces ni era de hombres ni de mujeres, como el marqués de C***. Aquella camarilla era notable.

Digamos sobre ella algunas palabras.

En ella se encontraba Vieillard el preceptor, ateo de matiz católico, buen jugador de billar. Era un narrador, que contaba sonriendo lo siguiente:—A fines de 1807 la reina Hortensia, que vivia por su voluntad en Paris, escribió al rey Luis que no podia estar más tiempo sin verle, y que con este objeto se dirigia á La Haya. El rey se dijo á sí mismo:—Está embarazada. Llamó á su ministro Van Maanuen, le enseñó la carta de la reina y le habló de este modo:—La reina vá á llegar; que venga: nuestros cuartos se comunican por una puerta secreta, que ella encontrará tapiada. Luis, que tomaba en sério el arrastrar manto real, añadió:—El manto de un rey no servirá para cobijar á una perdida. El ministro Van Maanuen, aterrado, escribió todo

esto al emperador. El emperador se irritó, no contra Hortensia, sino contra Luis; pero Luis no cedió, porque aunque no tapió la puerta, se tapió á sí mismo, y cuando la reina llegó le volvió las espaldas. Pero esto no impidió que naciera Napoleon III. Una salva de cañonazos saludó este nacimiento.

Tal fué la historia que en el verano de 1840, en Saint-Seu-Taverny, en la casa llamada de la Terrasse, delante del testigo Fernando B..., marqués de la L..., compañero de la niñez del autor de este libro, refirió M. Vieillard, bonapartista irónico y sectario escéptico.

Además de Vieillard, formaba parte de la camarilla Baudrey, al que Luis Bonaparte hizo general al mismo tiempo que á Espinasse; porque en caso de apuro un coronel de complots puede convertirse en general alevoso.

Tambien lo era Fialin, el cabo-duque, y Fleury, destinado á la gloria de viajar al lado del czar "sobre el anca de un caballo„.

Lacrosse, liberal convertido en clerical, que era uno de los conservadores que llevaban el órden hasta el embalsamamiento y la conservacion hasta la momia; fué senador más tarde.

Larabit, amigo de Lacrosse, lacayo y senador como él.

El canónigo Coquereau, llamado el abate de la *Hermosa Gallina*. Es muy conocida la contestacion que dió á una princesa que le preguntaba:—¿Qué es el Elíseo? Parece que se puede decir á una princesa lo que no se puede á una mujer vulgar.

Hipólito Fortoul, que era de la especie de los trepadores, que tenia el valor de un Gustavo Planche ó de un Philarete Chasles, cualquier sopista literario convertido en ministro de Marina, cuyo nombramiento hizo exclamar á Beranger:—*Fortoul conoce todos los mástiles, incluso los mástiles de las cucañas.*

Estaba allí Saint-Beuve, hombre distinguido é interior, que tenia la envidia que debe perdonarse á la fealdad.

Troplong, que tuvo á Dupin por procurador, y al que Dupin tuvo por presidente, y que ambos constituian los dos perfiles de la mascarilla puesta sobre la frente de la ley.

Abbatucci, conciencia ancha, por la que pasaba todo.

El abate M..., que luego fué arzobispo de Nancy, que subrayaba con su sonrisa los juramentos de Luis Bonaparte.

Estaban tambien allí los concurrentes habituales á un famoso palco de la Opera, Montg*** y Sept***, que ponian al servicio de un príncipe sin escrúpulos el lado sério de los hombres ligeros.

Romieu, silueta de ébrio detrás de un espectro rojo.

Malitourne, buen amigo, obsceno y sincero.

Suin, hombre que daba buenos consejos para las malas acciones.

El doctor Veron, que tenia en las mejillas lo que los demás hombres del Elíseo tenian en el corazon.

Mocquart, antiguo buen mozo en la córte de Holanda, cuyos recuerdos estaban llenos de aventuras. Por la edad, y quizás por alguna otra cosa, podia ser padre de Luis Bonaparte. Era abogado y fué espiritual en 1829, al mismo tiempo que Romieu. Despues publicó un volúmen de no sé qué, solemne y en cuarto, que me envió. El fué quien en Mayo de 1847 vino con el príncipe de Moskowa á traerme la peticion que hacia el rey Gerónimo á la Cámara de los Pares, en la que pedia la vuelta á Francia de la desterrada familia de Bonaparte: yo la apoyé, y esa buena accion y esa falta las cometeria otra vez.

Boillault, semblanza de orador, que divagaba fácilmente y se equivocaba con autoridad. Creian que era un hombre de Estado, porque lo que constituye al hombre de Estado es tener cierta medianía superior.

Lavalette, que completaba á Morny y Walewski.

Tambien estaba Bacciochi... y otros.

Bajo la inspiracion de la indicada camarilla íntima, Luis Bonaparte, durante su presidencia, era una especie de Maquiavelo holandés, é iba de un lado á otro á pronunciar con voz nasal y aire soñoliento discursos traidores.

Tan miserable como es el Elíseo ocupa un puesto en el siglo y engendró catástrofes y ridiculeces. No es posible dejar de hablar de él.

El Elíseo fué en Paris el centro inquietador y negro. En aquel lugar odioso todos eran pequeños y terribles. Estaban allí en familia, entre enanos. Profesaban esta máxima: gozar, y vivian de la muerte pública. Allí respiraban vergüenza y se alimentaban de lo que mata á los demás. Allí se construia con arte, con intencion, con industria y con voluntad el empequeñecimiento de la Francia. Allí trabajaban los vendidos,

los réprobos y los complacientes hombres públicos, léase prostituidos. Allí hasta se dedicaban á la literatura: Vieillard era un clásico de 1830, Morny creaba á Choufleury, Luis Bonaparte era candidato á la Academia. En aquel extraño sitio el hotel de Rambouillet se amalgamaba con la casa Baucal. El Elíseo fué el laboratorio, el mostrador, el confesionario, la alcoba y el antro del reino. El Elíseo pretendia gobernarlo todo, hasta las costumbres. Puso afeites en el seno de las mujeres y colorete en la cara de los hombres; dió tono al tocador de la música. Inventó el miriñaque y la opereta. Cierta fealdad era considerada elegante en el Elíseo; la expresion digna del rostro estaba desterrada de allí, lo mismo que la expresion de la grandeza del alma. En el Elíseo se ha escupido el *os homini sublime dedit;* allí, durante veinte años, han estado de moda todas las bajezas, comprendiendo entre ellas el bajar la frente.

Por orgullosa que sea la historia, está condenada á saber que ha existido el Elíseo. Su lado grotesco no impide su lado trágico. Hay en él un salon que ha presenciado la segunda abdicacion del primer emperador, la que hizo despues de Waterlóo. En el Elíseo terminó Napoleon I y Napoleon III empezó. En el Elíseo se apareció Dupin á los dos Napoleones: en 1815 para abatir al grande, y en 1851 para adorar al pequeño. Dicho sitio fué completamente siniestro en su última época. No quedó en él ni una sola virtud. En la córte de Tiberio vivia Traseas, pero en torno de Luis Bonaparte no habia nada noble ni digno; al buscar allí la conciencia se tropezaba con Baroche, y al buscar la religion con Montalembert.

V.

Un auxiliar indeciso.

Era la mañana histórica del 4 de Diciembre. La camarilla espiaba y observaba el menor movimiento de su señor. Luis Bonaparte se habia encerrado; el que se encierra medita, y para esta clase de hombres meditar es premeditar. Todos se preguntaban qué es lo que premeditaba Luis Bonaparte, todos, excepto dos hombres; Morny, que era su consejero, y Saint-Arnaud, que era su ejecutor.

Luis Bonaparte tenia la pretension justificada de conocer á los hombres. Se vanagloriaba de ello, y bajo cierto punto de vista tenia razon. Otros los adivinan; él los olfateaba. Esto es bestial, pero seguro.

No se engañó respecto á Maupas. Para forzar la ley necesitaba una llave falsa y se sirvió de Maupas. Ningun instrumento de fractura seria tan á propósito como él para la cerraja de la Constitucion.

Tampoco se equivocó respecto á L. B. Comprendió en seguida que aquel hombre grave se convertiria en el acto en pícaro. En efecto; despues de votar y firmar la destitucion del presidente en la Alcaldía del 10.° distrito, fué uno de los tres ponentes de las comisiones mixtas, y tiene su parte de responsabilidad en el abominable total que ha registrado la historia de *mil seiscientas treinta y cuatro víctimas.*

Luis Bonaparte se equivocó, sin embargo, con Peauger, que, aunque le escogió, continuó siendo honrado.

Luis Bonaparte, temiendo á los trabajadores de la imprenta Nacional, no sin motivo, porque doce fueron refractarios, habia inventado una sucursal, una especie de segunda imprenta del Estado, que instaló en la calle de Luxemburgo, con prensa mecánica y prensa de mano, servida por ocho operarios, y confió á Peauger la direccion de dicha imprenta. Peauger supo la clase de carteles que trataba de imprimir, y desconfiando de Luis Bonaparte, antes de que diese el golpe de Estado, presentó su dimision de la imprenta Nacional. Entonces confió este empleo á Saint-Georges, que era más á propósito para servirle.

Se equivocó menos, pero se equivocó tambien con X. El 2 de Diciembre X, auxiliar que Morny creia necesario, inspiró gran desconfianza á Luis Bonaparte.

X tenia cuarenta y cuatro años, era apasionado de las mujeres y ambicionaba hacer carrera; por eso era poco escrupuloso. Debutó en África al mando del coronel Combes en el 47 de línea; fué valiente en Constantina; en Jateha salvó á Herbillon, y el sitio, que éste empezó mal, él lo terminó bien. X era pequeño, alto de hombros, pero intrépido, y manejaba admirablemente una brigada. En su carrera le habian hecho subir cuatro escalones; el primero Bugeaud, el segundo Lamoriciere, el tercero Cavaignac y el cuarto Changarnier. En Paris, en 1851, visitó á Lamoriciere, que le recibió con frialdad, y á Changarnier,

que le recibió mejor. Salió indignado de Satory, diciendo en todas partes:—*Es preciso acabar con Luis Bonaparte. Corrompe el ejército, y es cosa que indigna ver ébrios á los soldados. Quiero volver á Africa.* En Octubre, cuando Changarnier estuvo caido, se enfrió el entusiasmo de X. Entonces frecuentó el Elíseo, pero sin hacerse partidario. Dió su palabra al general Bedeau, que contaba con él. El 2 de Diciembre Edgard Ney fué á despertarle al amanecer, contando con él como punto de apoyo para dar el golpe de Estado; Ney le explicó el acontecimiento y no se separó de su lado hasta despues de verle salir, á la cabeza del primer regimiento, del cuartel de la calle Verta. X tomó posesion en la plaza de la Magdalena. Pasó por allí La Rochejaquelein, que acababa de ser expulsado de la Cámara por los invasores. Estaba furioso La Rochejaquelein, que entonces aun no era bonapartista. Vió á X, que fué antiguo compañero suyo en la Escuela militar en 1830, se le acercó y le dijo:—Esto es un acto infame. ¿Qué haces tú ahí?—*Espero*, le contestó X. Rochejaquelein se marchó. X se apeó del caballo y fué á ver á un pariente suyo, consejero de Estado, M. R., y le pidió consejo. M. R., que era hombre honrado, sin vacilar le dijo que iba á protestar en el Consejo de Estado del criminal atentado de Luis Bonaparte. X, moviendo la cabeza, dijo:—*Bueno será ver venir.*

El *espero* y el *bueno será ver venir*, preocuparon á Luis Bonaparte. Morny le aconsejaba: *Démosle el mando del escuadron volante.*

VI.

Dionisio Dessoubs.

Gaston Dessoubs era uno de los miembros más valientes de la izquierda. Representaba la Haute-Viene. Al principio de asistir á la Asamblea llevaba, como en otros tiempos Teófilo Gautier, chaleco encarnado, y el escalofrío que causaba á los clásicos de 1830 el chaleco de Gautier, causaba á los realistas de 1851 el chaleco de Dessoubs. El horror con que le miraba la derecha reconocia tambien otra causa; se susurraba que habia pasado tres semanas en Belle-Isle como detenido político, castigo en que incurrió por el asunto de Limoges. Murmuraban que el sufragio universal le habia sacado de allí para enviarle á la Asamblea. Ir de la prision al Senado no es cosa sorprendente en nuestros tiempos variables, y ese cambio se completa algunas veces volviendo desde el Senado á la cárcel. Pero esta vez la derecha se equivocaba; el que estuvo preso no era Gaston Dessoubs, sino su hermano Dionisio. Pero Gaston les asustaba.

Durante el verano de 1851 iba yo todos los dias á comer en la Conserjería con mis dos hijos y con mis dos amigos presos. Eran muy simpáticos Vacquerie, Meurice, Cárlos y Francisco-Víctor, y atraian á sus semejantes: la luz indecisa y lívida de aquellas ventanas con celosías y con barrotes de hierro iluminaba una mesa de familia, á la que se sentaban con intimidad elocuentes oradores, entre ellos Cremieux, y escritores potentes y fascinadores, entre ellos Peyrat.

Un dia, Michel de Bourges nos trajo á Gaston Dessoubs.

El 2 de Diciembre no le vimos en nuestras reuniones por estar enfermo y sin poder levantarse, clavado, como él me escribia, por un reumatismo articular. Dionisio, su hermano más jóven, fué á verle la mañana del dia 4.

Gaston, que sabia que se dió el golpe de Estado, estaba furioso porque no podia abandonar el lecho.

—Estoy deshonrado! exclamaba. ¡Habrá barricadas y mi banda no estará allí!

—Sí, le contestó su hermano, estará.

—Cómo?

—Préstamela.

—Tómala.

Dionisio tomó la banda de Gaston y salió.

Más adelante le volveremos á encontrar.

VII.

Noticias y encuentros.

Lamoriciere hizo llegar hasta mí, por medio de la señora de Courbone, aquella misma mañana, la siguiente nota, que el autor conserva escrita de puño y letra del indicado general:

"Fuerte de Ham.—El comandante se llama Bandot. Extendió su nombramiento Cavaignac en 1848, y fué refrendado por Charras. Estos dos son hoy prisioneros suyos. El comisario de policía que envió Morny á la aldea de Ham para que vigile á los prisioneros y al carcelero se llama Dufaure de Pouillac.„

Lamoriciere, por el mismo conducto,

me envió tambien algunos detalles sobre su prision y la de los generales sus compañeros.

La prision de los generales se verificó al mismo tiempo en sus distintos domicilios y con circunstancias casi idénticas. En todas partes cercaron las casas, abrieron las puertas por medio de la estratagema ó de la fuerza, engañaron á los porteros, atando á algunos hombres disfrazados, provistos de cuerdas ó armados con hachas; sorprendieron en el lecho á los representantes, empleando para ello la violencia. Aquello fué una especie de invasion de bandidos.

El general Lamoriciere, segun su propia frase, tenia el sueño fuerte. A pesar del ruido que movió la policía entrando en su habitacion, no se despertó. Su criado, antiguo soldado, que le era muy adicto, habló en voz alta y á gritos para despertar al general, y entabló una lucha con los municipales. La espada de un agente de policía le atravesó la rodilla. (1) El general fué soprendido y secuestrado en su lecho. Al pasar Lamoriciere por el muelle Malaquais vió que las tropas desfilaban con la mochila á la espalda, y se asomó á la portezuela del carruaje. El comisario de policía que le acompañaba creyó que iba á arengar á los soldados, y cogiéndole por el brazo le dijo:—General, si decís una palabra os pongo esta mordaza. La llevaba en la mano.

Todos los generales presos fueron conducidos á Mazas. Les encerraron allí, y luego se olvidaron de ellos. A las ocho de la noche el general Changarnier no habia comido aun.

El momento de la detencion fué rudo para los agentes de policía; Changarnier, Cavaignac, Lefló, Charras, Bedeau y Lamoriciere los avergonzaron, tratándoles como se merecian. Al partir el gegeral Cavaignac se llevó algun dinero; al guardárselo en el bolsillo, se volvió hácia el comisario Colin y le preguntó: —¿Estará seguro ese dinero si lo llevo encima? El comisario exclamó:—¡General, sospechais de mí!—¿Quién me asegura que no sois ladrones? le replicó Cavaignac. Casi á la misma hora Charras le decia al comisario de policía Courteille:—¿Quién me asegura que no sois bandidos?

Pocos dias despues aquellos mercenarios recibieron la cruz de la Legion de Honor en recompensa de sus servicios. La cruz con la que el último Bonaparte condecoró á los polizontes despues del 2 de Diciembre, era la misma que el primer Napoleon colgaba á las águilas del grande ejército despues de la victoria de Austerlitz.

Comuniqué todos estos pormenores al comité, al que afluian otras noticias, algunas concernientes á la prensa. Esta era tratada con brutalidad soldadesca. Serriere, impresor valiente, vino á decirnos lo que habia sucedido á la *Presse*, en cuyo establecimiento se imprimia tambien el *Avenement du Peuple*. El dia 2, á las siete de la mañana, invadieron la imprenta veintiocho soldados de la Guardia republicana, que mandaba el teniente Pape. Éste entregó á Serriere una órden, en la que se le prevenia que no imprimiera nada. Un comisario de policía acompañaba al susodicho teniente. Este comisario notificó á Serriere un decreto del presidente de la República que suprimia el *Avenement du Peuple*. Como si esto no fuera suficiente, colocaron centinelas al lado de todas las prensas; los trabajadores se resistian, y un marcador dijo á los soldados:—*Imprimiremos á pesar vuestro*. Entonces llegaron cuarenta guardias municipales con dos sargentos y cuatro cabos y un destacamento de línea mandado por un capitan. Girardin, que entró en aquel instante, se indignó tanto y protestó con tal energía, que un sargento le dijo:—*Quisiera tener un coronel como vos*. El valor de Girardin se comunicó á los operarios, y con habilidad y con audacia, á pesar de que los gendarmes los vigilaban, lograron imprimir las proclamas de Girardin en la prensa de mano y las nuestras con el cepillo.

Los trabajadores las sacaron de allí húmedas y en pequeños paquetes debajo de los chalecos. Gracias á que los servidores del golpe de Estado estaban ébrios. Los gendarmes hacian beber á los soldados y los operarios se aprovechaban de aquella circunstancia para trabajar. Todas las prensas de Paris estaban como éstas ocupadas militarmente, hasta las de los periódicos que defendian el atentado.

En la noche del 3 al 4, á las tres de la madrugada, evacuaron todas las imprentas. El capitan dijo á Serriere:—Tenemos órden de concentrarnos en nuestros distritos, porque *se prepara algo*.

Desde la víspera tuve algunas conversaciones relativas á la lucha con Jorge Biscarrat, hombre valiente y probo, de

(1) La gangrena sobrevino y fué preciso amputarle la pierna.

quien me ocuparé más adelante. Le habia citado en el número 19 de la calle de Richelieu. Desde allí fuí varias veces al número 15, que era donde deliberábamos, y al número 19, que era donde yo dormí.

En la calle acababa de despedirme de él, cuando ví que venia hácia mí por el extremo contrario M. Merimée.

—Calla! me dijo; os iba buscando.

—Espero que no me encontrareis, le contesté.

Me tendió la mano y yo le volví las espaldas.

No le he vuelto á ver. Creo que ha muerto.

Un dia, en 1847, me hablaba de Morny, y sostuvimos este breve diálogo. Merimée decia:

—M. Morny tiene un gran porvenir.

Luego me preguntó:

—Le conoceis?

—Tiene un gran porvenir, le contesté. Le conozco, tiene talento, frecuenta la alta sociedad, se ocupa de negocios industriales, ha puesto en movimiento el asunto de la Vieille-Montagne, el de las minas de zinc y el de las hullas de Lieja. Le conozco. Es un estafador.

Nos diferenciábamos, Merimée y yo, en que él apreciaba á Morny y yo le despreciaba. Morny le correspondia como era justo.

Esperé á que Merimé doblase la esquina de la calle, y en cuanto desapareció entré en el número 15.

Supimos algo de Canrobert. El dia 2, por la tarde, visitó á la señora de Lefló. Al dia siguiente debia celebrarse un baile en casa de Saint-Arnaud, en el ministerio de la Guerra. El general y la generala Lefló estaban invitados, y debia de encontrarse allí con el general Canrobert. Pero de nada de esto le habló la señora Lefló.

—General, todos vuestros compañeros están presos, y sin duda habeis sido cómplice de este atentado.

—Voy á presentar mi dimision, la contestó Canrobert; podeis decírselo á vuestro esposo.

Estaba pálido y se paseaba por el aposento muy agitado.

—Vais á presentar vuestra dimision? Eso es cierto?

—Si no hay motin...

—General Canrobert, replicó la generala Lefló, el *sí* que habeis pronunciado me suena como un *no*.

Verdaderamente Canrobert no estaba decidido aun á dimitir. El fondo de Canrobert era la indecision.

VIII.

Situacion.

Aunque era la táctica de combate del comité no condensar la resistencia en una hora ni en un solo sitio, sino esparcirla por el mayor número posible de puntos y de dias, cada uno de nosotros comprendia, como lo comprendian tambien los malhechores del Elíseo, que aquella jornada iba á ser decisiva.

Se acercaba el instante en que nos iba á atacar por todas partes el golpe de Estado y en que tendríamos que sostener el choque de todo un ejército. Si el gran pueblo revolucionario de los arrabales de Paris abandonaria ó no á sus representantes, si se sublevaria ó no, era la dolorosa cuestion que nos causaba la mayor ansiedad.

No teníamos ningun indicio sério en nuestro favor respecto de la Guardia nacional. No pudo imprimirse la elocuente proclama que en casa de Marie redactaron Julio Favre y Alejandro Rey, y que en nuestro nombre dirigian á las legiones. El proyecto de Hetzel habia abortado; Versigni y Labrousse no pudieron unirse á él, porque el sitio de la cita era barrido contínuamente por las cargas de caballería. Tambien habian fracasado el esfuerzo animoso del coronel Gressier para sublevar á la 6.ª legion y la tentativa del coronel Howyne para sublevar á la 5.ª La indignacion, sin embargo, se traslucia en Paris. La noche fué muy significativa. Hingray vino muy temprano con un paquete de ejemplares del decreto de destitucion, reimpreso, que ocultaba bajo el paletó. Para llegar con el paquete hasta nosotros corrió diez veces peligro de ser detenido y fusilado. Inmediatamente distribuimos los ejemplares y los hicimos fijar en las esquinas; nuestros carteles aparecieron en muchos sitios al lado de los del golpe de Estado que imponian pena de muerte á los que fijasen decretos de los representantes. Hingray nos aseguró que nuestras proclamas y nuestros decretos los habian autografiado y circulaban de mano en mano millares de ejemplares.

Por nuestra iniciativa, y gracias al patriótico concurso de algunos jóvenes alumnos de química y de farmacia, conseguimos fabricar pólvora en muchos distritos. En un solo sitio, en la calle de Jacob, durante la noche se fabricaron

100 kilógramos. Como esta fabricacion se efectuaba en la orilla izquierda, y la lucha se libraba en la orilla derecha, era indispensable que esta pólvora pasara los puentes. Organizaron como pudieron este servicio, y á las nueve de la noche nos avisaron que la policía habia establecido una vigilancia especial, que registraba á los transeuntes, sobre todo en el Puente Nuevo.

Los diez puentes del centro estaban tomados militarmente. Prendian en las calles á los transeuntes que les parecian sospechosos. Un guardia municipal decia, en voz bastante alta para que éstos pudieran oirlo, que prendian á todos los que no iban afeitados y á los que tenian cara de no haber dormido.

A pesar de todo, no carecíamos de pólvora; el desarme de la Guardia nacional en varios barrios nos hizo adquirir cerca de ochocientos fusiles; nuestras proclamas y decretos se fijaban y el pueblo oia nuestra voz; empezábamos á tener cierta confianza.

—La marea sube! me decia Edgard Quinet, que vino á estrecharme la mano.

Nos anunciaron que se sublevarian las escuelas y que en ellas encontraríamos asilo. Julio Favre exclamaba con júbilo:

—Mañana fecharemos nuestros decretos en el Panteon.

Los síntomas de buen agüero se multiplicaban. Se agitaba un antiguo foco de insurreccion, el de la calle de San Andrés de las Artes. La asociacion titulada *La Presse du travail* daba señales de vida. Algunos bravos obreros, en la calle de Jardinet, núm. 7, organizaron un imprentin en un sotabanco, cerca del cuartel de la gendarmería móvil. Pasaron la noche redactando primero é imprimiendo despues un Manifiesto á los trabajadores escitándoles á tomar las armas. Eran cinco hombres hábiles y decididos, que en pocas horas tiraron mil quinientos ejemplares, y al amanecer aparecieron pegados á las esquinas. Uno de estos trabajadores, que hacia de jefe, Desmoulins, que estaba desanimado el dia anterior, entonces esperaba.

Como se vé, los síntomas eran más favorables.

Parecia que Maupas era insuficiente y que recurrian á otro hombre más hábil, á juzgar por el siguiente hecho. La víspera por la tarde vieron á un hombre de elevada estatura, desde las cinco hasta las siete, paseándose por delante del café de la plaza de San Miguel: dos comisarios de policía, de los que prendieron á los representantes el dia 2, se le acercaron y él les estuvo hablando mucho tiempo. Aquel hombre era Carlier. Reemplazaba á Maupas?

Cada uno de dichos comisarios iba seguido por un agente.

Al mismo tiempo nos llegaban al comité advertencias extrañas; una de las cartas decia lo siguiente:

"3 Diciembre.

„Mi querido Bocage:

„Hoy á las seis se han ofrecido 25.000 francos al que prenda ó mate á Víctor Hugo.

„Vos sabreis dónde está. Que no salga bajo ningun pretexto.

„Vuestro,

„ALEJANDRO DUMAS.„

Al dorso: Bocage, 18, calle Cassette.

Teníamos que pensar en los menores detalles. Habia en los diferentes sitios de combate diversidad de contraseñas que podian ser peligrosas.

Recibíamos contínuamente informes y noticias que nos decian que se levantaban barricadas en todas partes y que el tiroteo empezaba en las calles centrales. Michel de Bourges exclamó:—Levantad cuatro barricadas en cuadro y deliberaremos en el centro.

Tuvimos noticias de Monte Valerien, en donde acababan de encerrarse dos prisioneros más: los representantes Rigal y Belle, que pertenecian á la izquierda. Rigal estaba enfermo y le sacaron de la cama. En la cárcel estaba tendido en un jergon y no podia vestirse; su compañero Belle le servia de ayuda de cámara.

A las nueve, el capitan de la 8.ª legion de la Guardia nacional de 1848, que se llamaba Jourdan, vino á ofrecernos sus servicios: era uno de aquellos valientes que el 24 de Febrero dieron el temerario golpe de mano en el Palacio Municipal. Le encargamos que lo repitiese y que lo extendiera hasta la Prefectura de policía. Nos contestó que podia disponer de pocos hombres, pero que haria que ocupasen silenciosamente durante el dia ciertas casas estratégicas del muelle de Gevres, del muelle Lepelletier y de la calle de la Cité, y que si los partidarios del golpe de Estado creian que el combate se verificaba en el centro de Paris, quizá desguarneciesen el Palacio Municipal y la Prefectura, y de ese modo él podia atacar dichos dos puntos. El capi-

tan Jourdan cumplió lo que nos habia prometido; por desgracia se aceleró demasiado, segun supimos por la noche. Como previó, hubo un momento en que la plaza del Palacio Municipal quedó desprovista de tropas, porque el general Herbillon se vió obligado á ir con la caballería á atacar por las espaldas las barricadas del centro. El ataque de los republicanos empezó en seguida; los disparos salieron de las ventanas del muelle Lepelletier; pero como la izquierda de la columna estaba aun en el puente de Arcole, al oir los disparos, por órden del comandante Larochette se situó una línea de tiradores delante de la Casa Municipal; el 44 deshizo el camino andado y la tentativa de los nuestros fracasó.

En aquel momento vino Bastide con otros dos representantes y nos dijo:—Buenas noticias; todo va bien.

En su fisonomía grave y honrada brillaba cierta serenidad cívica. Venia de las barricadas para volver á ellas. Dos balas le atravesaron el paletó. Le llamé aparte y le pregunté:

—Volveis á las barricadas?

—Sí.

—Quereis acompañarme allí?

—No; sois necesario en este sitio. Os toca ser general y á mí ser soldado.

Insistí en ir á las barricadas, pero él persistió en su negativa, repitiendo:

—El comité es nuestro centro y no debe disolverse. Vuestro deber es permanecer aquí. No correis menos peligros que nosotros, porque si os cogen os fusilarán.

—Puede llegar un momento, repliqué, que el deber nos obligue á tomar parte en la lucha.

—Puede ser.

—Los que estais en las barricadas juzgareis mejor que nosotros cuándo debemos intervenir. Dadme vuestra palabra de honor de que si llega ese instante vendreis á buscarme.

—Os la doy, me dijo estrechándome la mano al despedirse.

Pocos momentos despues, á pesar de confiar en la palabra leal de Bastide, no pude contenerme, y aprovechando un intervalo de dos horas que tenia á mi disposicion, quise ir á ver por mis propios ojos lo que sucedia.

Tomé un coche en la plaza del Palacio Real. Le dije mi nombre al cochero y que deseaba alentar á los combatientes de las barricadas, que unas veces iria á pié y otras en el carruaje, y que me confiaba á su lealtad. El cochero me contestó:—Sé en dónde están las barricadas. Os llevaré á la que querais, y os esperaré todo el tiempo que sea preciso. Os traeré otra vez aquí, y si no llevais dinero encima, no me pagareis, que me enorgullece el papel que voy á desempeñar.

Subí en el coche y partí.

IX.

La puerta de San Martin.

Los hechos ocurridos durante aquella mañana eran tan graves, que hicieron exclamar á Bastide:—Esto se enciende. Y lo difícil no es incendiar, sino encender.

Paris empezaba á incomodarse, y Paris no se incomoda cuando queremos, sino cuando se le antoja. Es un volcan. Se encolerizaba lentamente, pero se encolerizaba, y empezaban á subir al horizonte los primeros resplandores de su erupcion.

Para nosotros, lo mismo que para el Elíseo, se acercaba el momento crítico. Desde la víspera nos tanteábamos. El golpe de Estado y la República iban por fin á luchar á brazo partido. El comité lograba su objeto, y algo irresistible arrastraba á los últimos defensores de la libertad, empujándolos á empeñarse en la batalla suprema.

En Paris, cuando suenan ciertas horas, cuando aparece la necesidad inmediata de un progreso que debe cumplirse ó de un derecho que debe vengarse, las insurrecciones se apoderan rápidamente de la ciudad. Paris, por su vasta tarea histórica, se compone de dos personajes revolucionarios; de la clase media y del pueblo. A estos dos combatientes les corresponden dos sitios de combate; la puerta de San Martin cuando se insurrecciona la clase media, y la Bastilla cuando se insurrecciona el pueblo. El hombre político debe fijarse en esos dos puntos, porque estas dos plazas son célebres en la historia contemporánea, y parece que quede siempre en ellas resto de la ceniza caliente de las revoluciones. Cuando el viento de las alturas sopla, la ceniza caliente se dispersa y llena la ciudad de chispas.

Entonces ya indicamos por qué causas dormia el terrible arrabal de San Antonio y nada consiguió despertarle. Acampaba en torno de la columna de Julio un parque completo de artillería, cuyos soldados estaban con las mechas encendidas. Aquel altísimo pilar revolucionario, aquel silencioso testigo de los grandes sucesos del pasado, parecia olvidarlo

todo. Triste es decirlo, pero los adoquines que presenciaron el 14 de Julio, no se levantaron al verse oprimidos por las ruedas de los cañones del 2 de Diciembre. Esta vez no empezó la Bastilla, sino la puerta de San Martin.

Desde las ocho de la mañana habia gran rumor y gran gentío en las calles de San Dionisio y de San Martin; corrientes de transeuntes indignados subian y bajaban por ellas; rasgaban los carteles del golpe de Estado, pegaban en las paredes nuestras proclamas; grupos estacionados en las esquinas de las calles adyacentes comentaban el decreto que declaraba al presidente fuera de la ley; la multitud se arrebataba los ejemplares de nuestros decretos y proclamas. Algunos hombres, en pié sobre los guardacantones, leian en alta voz los nombres de los ciento veinte firmantes de la izquierda, y cada uno de ellos era más aplaudido aun que el dia anterior.

La multitud crecia y aumentaba en cólera. La calle de San Dionisio ofrecia el extraño aspecto de tener cerradas todas las puertas y ventanas y todos sus habitantes fuera de las casas. En éstas reinaba la soledad de la muerte y en la calle rugia la tempestad.

Cincuenta hombres resueltos salieron de pronto de una callejuela lateral, gritando: A las armas! ¡Vivan los representantes de la izquierda! ¡Viva la Constitucion! En seguida empezaron á desarmar á los guardias nacionales, lo que se verificó con tanta facilidad como el dia anterior. En menos de una hora se apoderaron de ciento cincuenta fusiles.

Entre tanto la calle se llenaba de barricadas.

X.

Visita á las barricadas.

El cochero me dejó en la calle de San Eustaquio y me dijo:—Ya estais en el avispero; os esperaré en la calle Vrilhiere, cerca de la plaza de las Victorias. No tengais prisa.

Empecé á recorrer las barricadas.

En la primera encontré á Deflotte, que se ofreció á servirme de guia; acepté y me acompañó á los sitios donde mi presencia podia ser útil.

Apresuradamente escribia notas con el lápiz de Baudin que conservaba, anotando sin órden los hechos, que aquí voy á reproducir, porque pueden ser útiles para la historia:

—"Mañana del dia 4. Parecia suspendido el combate. Barricadas que he visitado: una en la plaza de San Eustaquio; otra en el mercado de Ostras; una en la calle Manconseil; otra en la calle Tiquetonne; una en la calle Maudar; otra que cierra la calle del Cadrau; cuatro que barrean el Petit Carreau; otra en construccion entre la calle de las Dos-Puertas y la de San Salvador, que cierra la calle de San Dionisio; otra más grande, que cierra esta última calle por la altura de la de Guerin Boisseau; otra que barrea la calle Grenetat; otra que cierra la calle de Grand-Urleur, obstruyendo las cuatro calles. Esta barricada la atacaron ya por la mañana. El combatiente Masonnet, fabricante de peines, recibió una bala en el paletó; Dupapet quedó el último sobre la cumbre de la barricada; se cree que al tomarla le habrán fusilado. La tropa se retiró sin destruir la barricada. Se construyen barricadas amistosamente en todas partes sin incomodar á nadie, haciendo lo posible por no molestar al vecindario. En la calle Bourbon-Villeneuve no han pedido á los vecinos ni un solo colchon, á pesar de que el cañoneo que sufria la barricada hacia precisos los colchones para amortiguar las balas.

Jeant y Sarre es jefe de todo un grupo de barricadas. Me presenta á su segundo, Charpentier, hombre de treinta y seis años, hombre de letras y sábio. Charpentier se estaba ocupando en hacer experimentos para ver si podia reemplazar el carbon y la madera por el gas para cocer la porcelana, y me pidió permiso para leerme cualquier dia una tragedia. Yo le contesté:—Ahora representamos una. Estaban escasos de municiones. Sarre, que tenia en su casa una libra de pólvora de caza y veinte cartuchos de guerra, envió por ellos á Charpentier. Éste fué, tomó la pólvora y los cartuchos, pero los distribuyó entre los combatientes de las barricadas que encontró por el camino.—Estaban hambrientos, nos dijo. Charpentier no ha disparado en su vida un arma de fuego y Sarre le enseña á cargar el fusil.

No han roto los tubos del gas para no causar perjuicios. Los combatientes se han limitado á quitar las llaves á los porteros del gas y las pértigas á los encendedores. De este modo pueden á su antojo apagar ó encender.

Tienen en este grupo de barricadas in-



A LAS ARMAS

tencion de apagar el gas de la calle Petit-Carreau y de todas las vecinas, dejando solo encendido un farol en la calle de Cadrau. Han colocado centinelas hasta en la esquina de la calle de San Dionisio.

Me dirijo á la calle Pagevin. En el ángulo de la plaza de las Victorias hay una barricada muy bien construida. En la situada en la calle de Juan Jacobo Rousseau la tropa no ha podido hacer prisioneros esta mañana. Los soldados acuchillaron á todos los defensores y hay cadáveres hasta la plaza de las Victorias. La barricada Pagevin se mantuvo firme; la defienden cincuenta hombres bien armados. Entro en ella y estrecho la mano de aquellos valientes, que me informan de lo que habia ocurrido. Vieron á un guardia municipal aplastar á culatazos la cabeza de un moribundo. Una linda jóven, que se dirigia á su casa, asustada, se refugió en la barricada, en la que permaneció una hora; cuando pasó el peligro, el jefe de la barricada hizo que la acompañara á casa el más viejo de los hombres que estaban á sus órdenes. Al marcharme me presentaron un prisionero, que segun me dijeron era polizonte, y esperaba que le fusilasen. Le hice poner en libertad. Baucel defendia aquella barricada, y nos saludamos cariñosamente; me preguntó:

—Venceremos?

—Sí, le contesté.

Casi no dudábamos del éxito.

Deflotte y él quisieron acompañarme, temiendo que cayera en poder de un batallon que custodiaba el Banco.

Cuando llegamos á la esquina de la calle de Vrilhiere pasó un grupo á caballo: eran algunos oficiales, que precedia un hombre que parecia militar, pero que no llevaba uniforme. Iba envuelto con un abrigo de capucha.

Deflotte me tocó el brazo, diciéndome en voz baja:

—Conoceis á Fialin?

—No, le contesté.

—No le habeis visto nunca?

—No.

—Quereis verle?

—No...

—Miradle.

El hombre indicado pasaba efectivamente por delante de nosotros, á la cabeza del grupo de oficiales.

Salia del Banco. Sin duda fué á contratar un nuevo empréstito forzoso. Las gentes que estaban á las puertas le miraban con curiosidad, pero sin cólera. Su aspecto era insolente. Se volvia de vez en cuando para decir algo á los que le seguian. Fialin tenia el aire arrogante del hombre que caracolea delante del crímen. Miraba con altanería á los transeuntes. Su caballo era magnífico y parecia que estaba orgulloso de su ginete. Fialin iba sonriendo y llevando en la mano el látigo que merecia su rostro.

Pasó. Solo entonces ví á aquel hombre.

Deflotte y Baucel no se separaron de mí hasta que volví á subir al carruaje. El valiente cochero me esperaba en la calle Vrilhiere, y me condujo al número 15 de la calle de Richelieu.

XI.

La barricada de la calle Meslay.

Era la primera de la calle de San Martin, levantada á la altura de la citada calle. Voltearon una gran carreta, la pusieron obstruyendo el paso, desempedraron el arroyo y arrancaron algunas baldosas de las aceras; pero esta barricada, que era el centro de la defensa de la calle sublevada, solo podria servir de obstáculo momentáneo; en ninguna parte estaban colocados los adoquines á la altura del hombre; en una tercera parte de ella no pasaban de la rodilla. Unos cien combatientes tomaron posesion detrás de ella. A las nueve, el movimiento de las tropas anunció el ataque. La vanguardia de la columna de la brigadada Muralay ocupó el ángulo de la calle del boulevard. Una pieza de artillería, que enfilaba toda la calle, apareció delante de la puerta de San Martin. Los enemigos se contemplaron durante algunos segundos con el silencio sombrío que precede á los choques; la tropa observaba la barricada, erizada de fusiles, y los defensores de la barricada contemplaban la boca abierta del cañon. No tardó en darse la órden de ataque general, y el fuego empezó. La primera bala pasó por encima de la barricada, hiriendo en el pecho, á veinte pasos detrás de ella, á una mujer que pasaba y que cayó en tierra. El fuego era cada vez más nutrido, pero causaba poco daño á la barricada. La pieza estaba demasiado cerca y hacia la puntería demasiado alta.

Los combatientes, que no habian perdido aun ni un solo hombre, recibian las balas al grito de: Viva la República! Pero no contestaban á los tiros. Tenian pocos cartuchos y los economizaban. De pronto

el 49 regimiento desembocó en columna cerrada.

Entonces la barricada hizo fuego.

Llenóse la calle de humareda; cuando ésta se disipó se vieron tendidos en el arroyo una docena de hombres, y que los soldados se replegaban en desórden arrimados á las casas.

El jefe de la barricada exclamó:—Huyen. Alto el fuego! No perdamos ni una sola bala.

La calle quedó desierta durante algunos momentos, pero luego volvió á empezar el fuego del cañon, que despedia una bala cada dos minutos, pero siempre con mala puntería. Un insurrecto, que iba armado con escopeta de caza, se acercó al jefe de la barricada y le dijo.—Desmontemos la pieza; matemos á los artilleros.—Por qué? exclamó el jefe sonriendo; ya que no nos hacen daño, imitemos su ejemplo.

Se oian con claridad las cornetas que tocaban á la otra parte de las casas que ocultaban á la tropa escalonada en la plaza de San Martin; se conocia que se disponian á dar otro ataque, que indudablemente seria tenaz y encarnizado. Era tambien evidente que, despues de tomar la barricada, barrerian la calle. Las otras barricadas eran más débiles que ésta y estaban menos defendidas, por lo que era necesario sostenerse en ella todo el tiempo posible. Desgraciadamente les quedaban pocas provisiones, pero de pronto recibieron inesperado socorro.

Un jóven que ha muerto ya, Pierre Tissié, obrero y poeta, trabajó gran parte de la mañana en levantar la barricada, y cuando empezó el fuego se marchó, alegando por escusa que no le habian dado fusil. En la barricada murmuraron que se iba porque tenia miedo; pero no era así, como más tarde lo probó. Pierre Tissié no poseia más arma que un cuchillo catalan; le abrió por lo que pudiera ocurrir y emprendió su camino. Cuando salia de la calle de San Salvador vió en la esquina de una callejuela desierta, en la que puertas y ventanas estaban cerradas, á un soldado de línea en acecho, que apostó allí sin duda alguna guardia inmediata. Dicho soldado estaba inmóvil, con el fusil preparado, dispuesto á hacer fuego. Oyó los pasos de Pierre Tissié y gritó:

—Quién vive!

—La muerte! contestó el interpelado.

El soldado disparó el fusil, que no hirió á Pierre Tissié, que se arrojó sobre él, dándole una cuchillada que le derribó en tierra.

El soldado arrojaba bocanadas de sangre.

—No me creia capaz de esto, murmuró Pierre Tissié, añadiendo:—¡A la ambulancia!

Cargó con el soldado, recogió el fusil que estaba en el suelo y se volvió á la barricada.

—Traigo un herido, dijo.

—Un muerto, le contestaron.

En efecto, el soldado acababa de espirar.

—Infame Bonaparte! exclamó Tissié. Por él he muerto á este muchacho! Él me proporciona un fusil.

Vaciaron la mochila y la cartuchera del soldado y se repartieron ciento cincuenta cartuchos que encontraron; así como tambien dos monedas de oro de diez francos, que era la soldada de los dias transcurridos desde el 2 de Diciembre. Las arrojaron al arroyo porque nadie las quiso.

Los cartuchos se distribuyeron al grito de: Viva la República!

Entre tanto los sitiadores habian puesto en batería un mortero al lado del cañon.

Apenas terminó la distribucion de los cartuchos, apareció la infantería y se lanzó á la bayoneta sobre la barricada. Fué rudo este segundo asalto, pero se rechazó tambien. Dos veces la infantería volvió á la carga, y dos veces retrocedió, dejando la calle sembrada de cadáveres. En los intermedios de los asaltos una granada habia desmantelado la barricada, y el cañon disparaba metralla.

Era desesperada la situacion de los sitiados, y se les habian agotado los cartuchos. Algunos arrojaron los fusiles y se escaparon. Para fugarse no tenian otra salida mas que la calle del Salvador, y para llegar hasta ella necesitaban atravesar la parte baja de la barricada, que les dejaba al descubierto casi todo el cuerpo, que recibia una lluvia de balas. Allí murieron cuatro hombres, entre ellos Baudin, de un balazo que recibió en el ojo. El jefe de la barricada se apercibió de que quedaba solo en ella con Pierre Tissié y un jóven de catorce años. Iban á dar el tercer ataque, y los soldados empezaban ya á avanzar á lo largo de las casas.

—Vámonos, dijo el jefe de la barricada.

—Yo me quedo, contestó Pierre Tissié.

—Y yo tambien, repitió el muchacho, añadiendo:

—No tengo padre ni madre, y lo mismo me dá morir hoy que mañana.

—El jefe disparó el último tiro y se fué, como habian salido los demás, por la parte baja de la barricada. Una descarga le derribó el sombrero. Los soldados estaban ya á veinticinco pasos de la barricada. Por última vez el jefe dijo á los dos jóvenes:

—Venid conmigo!

—No, le contestó Pierre Tissié.

—No, le replicó tambien el niño.

Poco despues los soldados escalaban la barricada, que estaba casi destruida.

Pierre Tissié y el niño fueron muertos á bayonetazos.

XII.

La barricada de la Alcaldía del 5.° distrito.

Los guardias nacionales, de uniforme, llenaban el patio de la Alcaldía del 5.° distrito; un antiguo tambor de la Guardia móvil, que se apoderó de una caja en la sala baja, contigua al cuerpo de guardia, habia tocado llamada en las calles próximas á la Alcaldía. A las nueve, un grupo de catorce ó quince jóvenes, armados con fusiles, entró allí gritando:—Viva la República! La Guardia nacional los acogió gritando tambien:—Abajo Luis Bonaparte! y fraternizaron en el patio. En aquel momento entraron los representantes Doutre y Pelletier.

—Qué hacemos? les preguntó la multitud.

—Barricadas, les contestó Pelletier.

Empezaron á desempedrar el adoquinado.

De un carro cargado de sacos de harina, que pasaba por la puerta de la Alcaldía, desengancharon los caballos, que el carretero se llevó, y sin volcarlo lo colocaron al través, completando en un momento la barricada. Pusieron derecho entre las ruedas del carro un carreton que pasó, como se pone un biombo delante de una chimenea. Con varios trastos y con adoquines completaron la construccion; gracias al carro de harina, la barricada era muy alta.

—No basta una barricada, dijo Doutre; es preciso colocar la Alcaldía entre dos barreras, para poder defenderse al mismo tiempo por los dos lados.

Construyeron entonces otra barricada baja y más endeble, compuesta solo de tablas y de adoquines. Unos cien pasos separaban las dos barricadas. En aquel espacio habia reunidos trescientos hombres, pero solo tenian cien fusiles y muy pocos cartuchos.

El tiroteo empezó á las diez. Se adelantaron dos compañías de línea é hicieron algunas descargas en peloton. Fué un ataque falso. La barricada contestó, cometiendo la falta de agotar impremeditadamente las municiones. La tropa se retiró, y entonces, para emprender el ataque formal, los cazadores de Vincennes desembocaron por la esquina del boulevard.

Siguiendo la táctica africana, se deslizaron á lo largo de las paredes, despues tomaron carrera y se arrojaron sobre la barricada.

Los que no tenian pólvora ni balas abandonaron los fusiles. Algunos quisieron tomar posiciones en la Alcaldía, pero les fué imposible defenderse dentro de ella, porque estaba abierta y dominada por todas partes; unos escalaron las paredes y se dispersaron por las casas vecinas; otros se escaparon por la abertura de la barricada que salia á la calle de San Juan; pero la mayor parte de los combatientes pasaron á la otra barricada, y los que conservaban municiones dispararon desde ella á los soldados. Despues esperaron la muerte. Murieron todos los que quedaron en aquel recinto.

Uno de los que consiguieron deslizarse hasta la calle de San Juan, en donde tenian que sufrir el fuego por peloton de los sitiadores, fué M. Coste, redactor del *Avenement du Peuple*.

M. Coste habia sido capitan de la Guardia móvil. En la esquina que forma la calle que le ponia fuera del alcance de las balas, vió ante él al antiguo tambor de la Guardia móvil, que se escapaba por la calle de San Juan y que se desembarazaba del tambor.

—Guarda el tambor, le dijo M. Coste.

—Para qué?

—Para tocar llamada.

—En dónde?

—En Batignolles.

—Pues entonces no me desprendo de él.

¡Pero cómo atravesar Paris con aquel tambor! Indudablemente la primera patrulla que los encontrase los fusilaria. El portero de una casa inmediata, que comprendió su embarazo, salió con un saco y se lo dió. Envolvieron con él el tambor y pudieron llegar de este modo á Batignolles por las calles desiertas

que desembocan en la muralla de circunvalacion.

XIII.

La barricada de la calle de Thévenot.

Jorge Biscarrat dió la señal de la rechifla en la calle de Echelle. Le conocia desde el mes de Junio de 1848. Tomó parte en aquella funesta insurreccion; yo tuve ocasion de serle útil. Le prendieron y le habian hecho ya ponerse de rodillas para fusilarle; intervine y salvé á él y á otros, entre ellos el valiente arquitecto Rolland. Esto ocurrió el 24 de Junio de 1848 en los sótanos de la casa número 93 del boulevard Beaumarchais, que entonces estaba en construccion.

Biscarrat desde entonces fué amigo mio; venia á verme de vez en cuando, y en ciertas ocasiones me consultaba ó me traia noticias. Queriendo preservarle de ciertas influencias nocivas, le prescribí, y él aceptó, esta regla de conducta: Insurreccionarse solo á favor del deber y para conseguir el derecho.

Vamos á referir la rechifla de la calle de Echelle. El 2 de Diciembre Bonaparte intentó arriesgarse á salir por las calles de Paris, pero á Paris no le gusta que ciertos ojos le miren, porque esto le parece insolente, y le irritan más los insultos que las heridas. Sufre el asesinato, pero no que le guiñe los ojos el asesino.

A las nueve de la mañana, cuando la guarnicion Courbevoie venia sobre Paris, estando aun frescos los carteles del golpe de Estado, Luis Bonaparte salia del Elíseo, atravesó la plaza de la Concordia y el jardin de las Tullerías, siguió por el patio del Carroussel y salió por el portillo de la calle de Echelle. Allí estaba reunido un grupo muy numeroso. Luis Bonaparte vestia uniforme de general: iba á su lado su tio, el antiguo rey Gerónimo, y Flahaut detrás de ellos. Gerónimo vestia el uniforme de mariscal de Francia con sombrero de plumas blancas; el caballo de Luis Bonaparte adelantaba toda la cabeza al caballo del rey Gerónimo: éste iba reflexivo, Bonaparte taciturno y Flahaut satisfecho y con el sombrero ladeado. Detrás de ellos llevaban una gruesa escolta de lanceros. Edgard Ney iba á la cola. Bonaparte se proponia ir hasta el Hotel del Municipio. Jorge Biscarrat se encontraba allí. Habian desempedrado la calle; subióse sobre un monton de adoquines y lanzó este grito:—*¡Abajo el dictador! Abajo los pretorianos!* Los soldados le miraron con aire estúpido y la muchedumbre se quedó sorprendida. Biscarrat comprendió que su grito era demasiado literario para que le comprendieran, segun él mismo me confesó despues, y volvió á gritar:—*¡Abajo Bonaparte! Abajo los lanceros!*

La rechifla se propagó como una chispa eléctrica, y el pueblo allí reunido repitió muchas veces violenta y tempestuosamente los dos últimos gritos de Biscarrat.

El clamor público parecia como el principio de una ejecucion. Bonaparte hizo un brusco movimiento hácia la derecha, torció las riendas y entró en el patio del Louvre.

Biscarrat creyó útil completar la rechifla con una barricada; se fué á su casa, se puso una blusa y una gorra y volvió á aquellas calles. Antes de terminar aquel dia logró entenderse con las cuatro sociedades siguientes: la de tejedores de gasa, la de horneros, la de tejedores de encajes y la de sombrereros.

Así pasó Biscarrat la jornada del dia 2. La del 3 la pasó en idas y venidas casi inútiles, como decia á Versigni, añadiendo:—Esto no obstante, conseguí que se rasgaran en todas partes los carteles del golpe de Estado, á pesar de que para ejecutar esta operacion la policía se decidió á fijarlos en los mingitorios, que *es su sitio propio.*

La jornada del 4 por la mañana, Biscarrat fué al restaurant de Ledouble, donde comian habitualmente cuatro representantes del pueblo, Brives, Berthelon, Bard y Vignier; los cuatro estaban allí. Vignier estaba refiriendo lo que hicimos el dia anterior, cuando entró Biscarrat. Como los representantes no le conocian, le miraban con recelo.—Quién sois? le preguntaron. Antes de que Biscarrat pudiese contestar, el doctor Petit entró, desdobló un papel y dijo:—¿Conoce alguno de vosotros la letra de Víctor Hugo?—Yo, contestó Biscarrat examinando el papel, que era la proclama al ejército.—Es necesario imprimir esto, dijo Petit.—Me encargo de la impresion, contestó Biscarrat. Antonio Bard le preguntó:—¿Conoceis á Víctor Hugo?—Me ha salvado la vida, respondió Biscarrat. Los representantes entonces le estrecharon la mano.

Entró Guilgot y despues Versigny: éste conocia á Biscarrat por haberle visto en mi casa, y le dijo:—Desconfiad de

un hombre que os espera en la puerta.—Es un tejedor de encajes, contestó Biscarrat; es de los nuestros y me acompaña.—Debajo de la blusa lleva un pañuelo y parece que trata de ocultar algo.—Bombones, dijo Biscarrat.

Eran cartuchos.

Versigny y Biscarrat se dirigieron á la imprenta del Siglo, en la que encontraron á treinta trabajadores que se ofrecieron á imprimir mi proclama, arriesgándose á que les fusilaran. Biscarrat se la entregó, y dijo á Versigny:—Ahora á levantar una barricada.

El tejedor los seguia y los tres se dirigieron al barrio de San Dionisio. Al estar cerca oyeron gran tumulto. Biscarrat, riendo, le decia á Versigny:—*San Dionisio se enfada; esto vá bien.* Biscarrat en el camino reclutó cuarenta combatientes, entre ellos á Moulin, jefe de la sociedad de los albañiles. Chapuis, sargento de la Guardia nacional, les entregó cuatro fusiles y diez sables.—¿Sabeis dónde podremos obtener más? le preguntó Biscarrat.—En los barrios de San Salvador. Fueron allá y encontraron cuarenta fusiles; les dieron tambien sables y cartuchos. Dos jóvenes bien portados les entregaron cajas de hoja de lata, llenas de pólvora y de balas. Mujeres valientes y alegres les hicieron cartuchos. Cuando tuvieron armas pidieron hombres. En pocos instantes se reunieron cien y empezaron á arrancar los adoquines. Eran las diez de la mañana. —Aprisa, les decia Biscarrat; terminemos pronto la barricada. Esto sucedia en la calle de Thévenot. Abreviemos. A las once Jorge Biscarrat terminó de levantar la barricada. A las doce habia muerto en ella.

XIV.

Ossian y Escipion.

Cada hora aumentaba el número de los arrestos.

Hácia el medio dia, el comisario de policía Boudrot se presentó en el café de la calle Lepelletier. Le acompañaba el agente Delahodde. Delahodde era un escritor socialista, traidor, que cuando le desenmascararon tuvo que pasar de la policía secreta á la policía pública. Le conocia y puedo dar de él este detalle: en 1832 era maestro de la escuela á que asistian mis dos hijos, que eran muy niños, y me dedicó unos versos, pero al mismo tiempo me espiaba. El café de la calle Lepelletier era el punto de reunion de muchos periodistas republicanos. Delahodde los conocia á todos. Un destacamento de la Guardia nacional ocupaba las salidas del café. Al inspeccionar á los concurrentes, el agente iba delante y el comisario detrás; dos guardias municipales le seguian. De vez en cuando Delahodde se volvia hácia ellos, diciéndoles:—*Atad á este.* Así fueron arrestados hasta veinte periodistas.

El comité recibia de todas partes noticias favorables. Testelin no era solamente un sábio, sino un valiente. El 3 por la mañana llegó un momento despues que yo á la barricada de San Antonio. Testelin iba acompañado en aquel momento de Cárlos Gambon, que tambien era hombre intrépido. Los dos representantes vagaron por las calles agitadas y llenas de gente, sin que nadie les siguiese ni les comprendiera, buscando fermentacion de insurgentes y solo encontrando hormiguero de curiosos. Testelin vino al comité y nos participó que en la esquina de una calle del arrabal de San Antonio, Gambon y él habian visto un grupo numeroso que leia un cartel fijado en las paredes, que era un llamamiento á las armas, firmado por Víctor Hugo. Testelin pidió un lápiz á Gambon, se acercó al cartel y escribió su nombre debajo del mio; en seguida devolvió el lápiz á Gambon, que á su vez escribió tambien su nombre debajo del de Testelin. Entonces la multitud gritó:—Bravo! Estos son los buenos!—Viva la República! exclamó Testelin. La multitud, entusiasmada, contestó á ese grito. Las mujeres aplaudian, asomadas á las ventanas.

Insistimos en repetir que lo que queria el comité de resistencia era evitar todo lo posible la efusion de sangre. Construir barricadas, dejar que las destruyesen y levantar otras; esquivar lo posible al ejército y fatigarle; hacer en Paris la guerra como en el desierto, retroceder siempre, pero no ceder jamás, servirse del tiempo como auxiliar; por una parte dar tiempo al pueblo para que comprendiera la situacion y se sublevara; por otra parte vencer al golpe de Estado por medio del cansancio del ejército: este era nuestro plan, por lo que dimos órden de defender las barricadas con poca tenacidad. Decíamos de muchas maneras á los combatientes:

—Derramad la menos sangre posible; economizad la sangre de los soldados y ahorrad la vuestra.

Sin embargo, cuando se entablaba la

lucha, en las olas ardientes del combate, fué imposible en algunos sitios moderar el ímpetu de los combatientes. Fueron tenazmente defendidas las barricadas de la calle de Rambuteau, de la de Montorgueil y de la calle nueva de San Eustaquio.

Estas barricadas tuvieron jefes valerosos.

La barricada de la calle Aumaire fué de las que se tomaron sin resistencia. Sucumbieron en ella dos de los quince ó diez y seis hombres que la defendian. La tomó á la bayoneta un batallon del 16 de línea, que se lanzó sobre la barricada á paso de carga, y que recibió varios tiros, que hirieron á algunos soldados.

El primero que cayó del batallon fué un jóven oficial de veinticinco años, teniente de la 1.ª compañía, que se llamaba Ossian Dumas; dos balas le rompieron las piernas como de un solo golpe.

Servian en el ejército dos hermanos Dumas, Ossian y Escipion; Escipion era el mayor, y tenian próximo parentesco con el representante Madier de Montjau.

Los dos hermanos pertenecian á una familia pobre y honrada; el mayor estudió en la Escuela Politécnica y el segundo en la Escuela de Saint-Cyr.

Escipion Dumas tenia cuatro años más que su hermano. Alentado por la magnífica y misteriosa ley de ascensos que creó la Revolucion francesa, y que en medio de la sociedad ha puesto, por decirlo así, la escala, hasta entonces fatal é inaccesible, la familia de Escipion Dumas se impuso las más rudas privaciones para cultivar la inteligencia de éste y asegurarle el porvenir. Sus padres se privaban hasta del pan para darle la ciencia y para que pudiese entrar en la Escuela Politécnica, en la que estudió, llegando á ser uno de los primeros alumnos.

Cuando terminó su carrera, le nombraron oficial de artillería y le destinaron á Metz. Entonces le llegó el turno de ayudar á hacer carrera á su jóven hermano. Con los ahorros de su escaso sueldo de teniente de artillería consiguió que su hermano fuese tambien oficial, y mientras, obligado por su empleo, continuaba en Metz, incorporaron á Ossian á un regimiento de infantería que marchaba á Africa, donde recibió el bautismo de fuego.

Escipion y Ossian eran republicanos. En el mes de Octubre de 1851 mandaron á Paris el 16 de línea, que era el regimiento donde servia Ossian y uno de los escogidos con que contaba Luis Bonaparte para dar el golpe de Estado.

Llegó el 2 de Diciembre.

El teniente Ossian Dumas obedeció, como casi todos sus compañeros, la órden de ponerse sobre las armas, pero los que le rodeaban notaron su aspecto sombrío.

El dia 4, el 16, que formaba parte de la brigada Herbillon, fué designado para tomar las barricadas de las calles Beaubourg, Transnouin y Aumaire.

Era temible aquel sitio de combate, porque era entre una encrucijada de barricadas.

Los jefes militares resolvieron empezar la accion por la calle de Aumaire y por el batallon en que Ossian formaba parte.

Al dirigirse hácia allí con los fusiles cargados, Ossian Dumas se acercó á su capitan, que era un bravo y veterano oficial que le queria mucho, y le declaró que no iria más adelante; que el acto del 2 de Diciembre era un crímen y Luis Bonaparte un traidor; que á los soldados correspondia cumplir el juramento que Bonaparte violaba, y que él no prestaria el sable para degollar á la República.

Mientras esperaban la señal de ataque, los dos oficiales hablaban de este modo en voz baja:

—Pues qué quereis hacer? preguntó el capitan.

—Romper la espada.

—Os conducirán á Vincennes.

—No me importa.

—Os destituirán.

—Es muy posible.

—Quizá os fusilen.

—No será extraño.

—Ahora ya es tarde; debísteis presentar ayer la dimision.

—Nunca es tarde para dejar de cometer un crímen.

El capitan, como se vé, era uno de esos bravos encanecidos en el oficio, que no conocen más pátria que la bandera ni más ley que la disciplina, que son brazos de hierro y cabezas de madera, que dejan de ser ciudadanos y hasta hombres. El honor solo se les aparece con las charreteras de general, y es inútil hablarles de deber político, de obediencia á las leyes y de Constitucion, porque nada saben de esto, porque para ellos la Constitucion y las leyes más santas nada significan comparadas con

la consigna que un cabo murmura al oido de un centinela. Tomad una balanza, poned en un platillo el Evangelio y en el otro la consigna y despues pesad; para ellos el cabo pesa más, Dios es ligero. Dios forma parte de la consigna de la Saint-Barthélemy.—*Matad á todos; Dios reconocerá á los suyos.* Hé aquí lo que las locuras aceptan y algunas veces glorifican. Un papa bendijo la Saint-Barthélemy y la condecoró con la medalla católica. (1)

Ossian Dumas parecia decidido á retirarse, y el capitan intentó el último esfuerzo para hacerle desistir.

—Mirad que os perdeis, le dijo.

—Pero salvo el honor.

—Precisamente el honor es lo que sacrificais.

—Porque me voy?

—Marcharse es desertar.

Esta palabra hirió á Ossian.

El capitan continuó:

—Vamos á batirnos. Dentro de algunos minutos atacaremos la barricada; algunos de vuestros compañeros caerán muertos ó heridos; sois oficial jóven y habeis entrado poco en fuego...

—Pero no habré combatido contra la República, no podrán decir que soy traidor, exclamó Ossian, interrumpiendo vivamente á su jefe.

—No, pero dirán que sois un cobarde.

Ossian no contestó.

Poco despues dieron la órden de ataque y el batallon partió á la carrera; la barricada hizo fuego y Ossian Dumas cayó herido. No pudo soportar que le llamaran cobarde y cumplió su deber, permaneciendo en su sitio en la primera fila.

Le trasladaron á la ambulancia y desde allí al hospital. Tenia rotas las dos piernas y los médicos opinaron que seria preciso amputárselas.

El general Saint-Arnaud le envió una cruz.

Luis Bonaparte se apresuró á conseguir que le absolvieran sus pretorianos, esto es, sus cómplices; y el sable, despues de degollar, votó. Aun humeaba el combate, cuando el ejército procedió al escrutinio. La guarnicion de París votó *sí*, absolviéndose de este modo á sí misma.

No pasó esto en el resto del ejército. El honor militar se indignó, despertando en él la virtud cívica. A pesar de ejercerse gran presion, á pesar de que obligaron á los regimientos á que votasen en el morrion de los coroneles, en muchos puntos de Francia y de la Argelia el ejército votó *no*. Esto mismo hizo la Escuela Politécnica en masa, y en casi todas partes la artillería votó como la Escuela.

Como acabamos de decir, Escipion Dumas estaba en Metz, donde por una casualidad ocurrió que la artillería, á pesar de haberse pronunciado en todas partes contra el golpe de Estado, vacilaba allí, pareciendo inclinarse hácia Bonaparte; pero Escipion Dumas resolvió la cuestion votando el primero y en voz alta *no*. Despues envió la dimision. En el mismo instante que el ministro recibia en París la dimision de Escipion Dumas, éste recibió su destitucion firmada por el ministro. La dimision y la destitucion se cruzaron en el camino, porque el teniente de artillería era sospechoso para Bonaparte y sus cómplices.

Por la palabra destitucion viene á entenderse en estos casos la pérdida del empleo. Segun las actuales leyes militares, esta es ahora la manera de despedir á un oficial, perder el empleo, esto es, salir del servicio, no percibir asignacion, quedar en la miseria.

Supo que perdia el empleo al mismo tiempo que le llegaba la noticia del ataque de la barricada de la calle de Aumaire y la desgracia sucedida á su hermano. Al saber que estaba herido en Val-de-Grace se fué inmediatamente á París.

Corrió al hospital y le condujeron hasta el lecho que ocupaba Ossian, al que le habian amputado las dos piernas el dia anterior.

Cuando Escipion llegó fuera de sí hasta donde estaba su hermano, éste tenia en la mano la cruz que el general Saint-Arnaud acababa de enviarle.

El herido, volviéndose hácia el ayudante que se la acababa de entregar, le dijo:

—No acepto esa cruz; estaria en mi pecho teñida con sangre de la República.

Viendo entrar á su hermano, le ofreció la cruz, exclamando:

—Tómala tú! Has votado *no* y has roto la espada; tú la mereces!

XV.

La cuestion se plantea.

Era la una de la tarde.

La fisonomía de Bonaparte volvia

(1) *Pro Hugonotorum Strage.* - Medalla acuñada en Roma en 1572.

á ser siniestra; las claridades de ciertos rostros duran poco.

Estaba en su gabinete, sentado delante de la chimenea con los piés sobre los morillos, inmóvil, y nadie llegaba hasta él más que Roguet.

En qué pensaba?

Las retorsiones de la víbora son inesperadas. Lo que hizo aquel hombre durante aquella jornada infame ya lo he referido detalladamente en otro libro. Véase *Napoleon el Pequeño*. De vez en cuando Roguet entraba y le traia noticias. Bonaparte le oia silenciosamente, preocupado y abstraido; era mármol en el que hervia lava.

Recibia en el Elíseo las mismas noticias que nosotros sabíamos en la calle de Richelieu; malas para él, buenas para nosotros.

En uno de los batallones obtuvo ciento sesenta votos contrarios. Aquel batallon lo disolvió despues y lo repartió entre el ejército de Africa.

Contaba con el 14 de línea, que en Febrero disparó contra el pueblo, pero el coronel no quiso servirle y rompió la espada.

El pueblo acababa de oir nuestro llamamiento. Paris se sublevaba y empezaba á bosquejarse la caida de Bonaparte.

Detalle notable: Mazas se volvia de otro modo; la cárcel iba siendo benigna. Los empleados, insolentes el dia anterior, cuando los representantes pasaban por delante de ellos para ir á pasearse á los patios, se inclinaban ahora hasta el suelo. El director, que visitó á los prisioneros la mañana del dia 4, les dijo que *él no tenia la culpa*, y les dió libros y papel para escribir cartas, cosas que hasta entonces se les negaron. El representante Valentin estaba en el secreto; su guardian fué bruscamente amable y le ofreció comunicarle noticias de fuera por medio de su mujer, que, segun le dijo, habia estado de criada en casa el general Lefló. Esos síntomas eran expresivos. Cuando el carcelero sonríe es porque la cárcel se entreabre.

Debemos decir, sin que esto implique contradiccion, que al mismo tiempo aumentaron la guarnicion de Mazas. Introdujeron allí mil doscientos hombres, que entraron en pequeñas dósis, como nos dijo un testigo, y se les distribuyeron cien litros de aguardiente. Los prisioneros oian rodar la artillería alrededor de la cárcel.

Fermentacion general invadia los barrios más tranquilos, pero sobre todo era amenazador el centro de Paris, que se compone de una confusion de calles que parecen construidas á propósito para la confusion de los motines. El 14 de Julio, el 10 de Agosto, 1792, 1830, 1848, han salido de allí. Aquellas viejas y valientes calles se habian despertado. A las once de la mañana, desde Nuestra Señora hasta la puerta de San Martin se habian levantado setenta y siete barricadas. Tres de ellas, la de la calle de Maubuée, la de la calle Bertin-Poirée y la de la calle Guerin-Roisseau, llegaban hasta la altura de los segundos pisos; la barricada de la puerta de San Dionisio estaba casi tan erizada y casi tan feroz como la que impidió el paso en el arrabal de San Antonio en Junio de 1848. Un puñado de representantes del pueblo cayó como una dispersion de chispas sobre aquellas célebres é inflamables encrucijadas; con esa semilla de incendio el fuego se encendió. El antiguo barrio central de los Mercados gritaba: Abajo Bonaparte! Silbaban á la policía y al ejército. Algunos regimientos parecia que estaban indecisos. Desde lo alto de las ventanas las mujeres alentaban á los que construian barricadas. Tenian pólvora y fusiles. Nos sonreía la esperanza.

Hubo un momento en que las noticias favorables se multiplicaron, que tuvimos tal confianza, que, poseidos de alegría irresistible por el triunfo, que creíamos cada momento más seguro, nos levantamos y nos abrazamos. Michel de Bourges, el que estaba más ofendido con Bonaparte, por haber antes confiado en su palabra, era el más indignado de los cuatro. Dió un puñetazo sobre la mesa y exclamó:

—La cabeza de ese miserable caerá mañana en la plaza de la Grève, delante del Palacio Municipal.

Mirándole fijamente, le contesté:

—No; la cabeza de ese hombre no caerá.

—Por qué?

—Porque despues de semejante crímen, dejar vivir á Luis Bonaparte es abolir la pena de muerte.

Michel de Bourges se quedó un momento pensativo y despues me estrechó la mano cariñosamente.

El crímen nos dá ocasion á escoger siempre, y vale más que salga de él un progreso que un suplicio. Esto fué lo que comprendió Michel de Bourges.

Este detalle indica hasta qué punto

abrigamos confianza de obtener la victoria. Pero aunque las apariencias estaban de nuestra parte, el fondo no. Saint-Arnaud habia recibido órdenes, que luego conoceremos. Ocurrian incidentes singulares.

Desde el medio dia hasta las dos hubo en la inmensa ciudad que se entregaba á lo desconocido no sé qué sombría pausa. Reinaba en ella calma horrible. Los regimientos y las baterías enganchadas se apiñaban sin ruido en torno de los boulevares. No se oia ni un grito entre la tropa. En el muelle de la Ferronerie, que estuvo cuajado de batallones desde la mañana del 2 de Diciembre, solo quedaba ya un puesto de guardias municipales. Refluian hácia el centro el pueblo y el ejército; el silencio de éste se habia comunicado á aquel y ambos se miraban con recelo.

Los soldados llevaban cada uno tres dias de víveres y seis paquetes de cartuchos.

Despues se ha averiguado que entonces se gastaron más de diez mil francos cada dia en aguardiente por cada brigada.

A la una Magnan fué al palacio del Municipio, mandó enganchar las piezas del parque reservado, y no se marchó de allí hasta que vió que todas las baterías estaban dispuestas para salir.

Hácia el medio dia, los trabajadores de la Administracion y los enfermeros establecieron en el número 2 del barrio de Montmartre una especie de vasta ambulancia, acumulando multitud de angarillas, y la muchedumbre se preguntaba qué significaba aquello.

El doctor Deville, que curó la herida al general Espinasse, le vió en el boulevard y le preguntó:

—Hasta dónde pensais ir?

—Hasta el fin.

Esta fué la respuesta histórica de Espinasse. Queria decir *hasta el fango.*

A las dos las brigadas de Cotte, Bourgon, Canrobert, Dulac, Reybell, cinco baterías de artillería, diez y seis mil cuatrocientos hombres de infantería, de caballería y de artillería, estaban escalonados entre la calle de la Paix y la de Poissonniere. En todas las boca-calles se veian cañones apuntados. Los peones llevaban los fusiles preparados y los ginetes los sables desnudos. ¿Qué significaba todo aquello? La multitud, furiosa y sorprendida, contemplaba aquel espectáculo atónita durante los primeros momentos; pero luego su sorpresa se cambió en estupor. Era evidente que allí se ocultaba algo. Se adivinaba en alguna parte una voluntad misteriosa, algo imprevisto y desconocido; pero á pesar de esto, la muchedumbre se creia fuerte, porque era la República, era Paris, era la Francia. Como nada temia, gritaba: —"Abajo Bonaparte!„ El ejército seguia silencioso, pero los sables continuaban desenvainados, y la mecha encendida al lado de los cañones humeaba en las esquinas de las calles. La nube era á cada instante más negra, más sorda y más muda. La densidad de aquella sombra era trágica. Se sentia allí la pendiente de las catástrofes y la presencia del malhechor; la traicion serpenteaba en aquella noche, y nadie puede prever dónde se parará al resbalar un pensamiento horrible cuando los acontecimientos forman plano inclinado.

Qué iba á salir de aquellas tinieblas?

XVI.

La matanza.

Bruscamente se abrió una ventana en el infierno. Si Dante se hubiera asomado en las alturas, hubiera podido ver en Paris el octavo círculo de su poema; el fúnebre boulevard Montmartre. El espectáculo monstruoso de servir Paris de presa á Bonaparte.

Los hombres tristes, armados y extendidos por aquel boulevard, sintieron bruscamente entrar en ellos un alma espantosa; cesaron de ser ellos mismos y se convirtieron en demonios.

No hubo ya allí ni un solo soldado francés: solo hubo allí no sé qué fantasmas, realizando una ocupacion horrible al resplandor de sangrienta vision.

No hubo ya allí bandera, ni ley, ni humanidad, ni pátria; allí no existia ya la Francia. Comenzó el asesinato.

La division Schinderhannes, las brigadas Maudrin, Cartouche, Poulailler, Trestaillon y Tropmann, aparecieron en las tinieblas ametrallando y degollando.

No atribuimos al ejército francés lo que se hizo durante aquel lúgubre eclipse del honor.

En la historia hay matanzas abominables, pero que tienen su razon de ser. La Saint-Barthélemy y las Dragonadas se escusan con la religion; las Vísperas Sicilianas y las carnicerías de Setiembre las disculpa la patria: en aquellas se suprime al enemigo, en éstas se destruye

al extranjero; son crímenes que nacen de una causa loable. Pero la carnicería del boulevard Montmartre es un crímen cometido sin saber por qué. El por qué existe, sin embargo, y es espantoso.

Lo vamos á describir.

Dos cosas hay en pié en el Estado, la ley y el pueblo. El hombre que mata á la ley, conoce que merece el castigo y que lo tiene cerca; para impedirlo no le queda más recurso que matar al pueblo, y lo mata.

El dia 2 significa el riesgo, el dia 4 la seguridad.

Contra la indignacion que se subleva, el criminal hace surgir el espanto. La euménide de la justicia se para petrificada ante la fúria de la exterminacion. Contra Erinnys se levanta Medusa.

Hacer huir á Némesis es conseguir un triunfo espantoso; Luis Bonaparte alcanzó esta gloria, que es el colmo de la desvergüenza.

Refiramos lo que no ha visto aun la historia, esto es, cómo un hombre asesina á un pueblo.

De repente, á una señal dada, se dispara un tiro, no importa dónde ni por quién, y la metralla llueve sobre la muchedumbre. La metralla es tambien una muchedumbre; es la muerte desmenuzada. No sabe dónde vá ni qué hace; mata y pasa. Aquel momento fué inaudito. Pareció que un puñado de relámpagos caia sobre el pueblo. Nada más sencillo; aquella lluvia de fuego ofreció la limpieza de una solucion: la metralla destruyó á la multitud. Ya que estais ahí, morid, que ser transeuntes es un crímen. No esteis en la calle ni estorbeis al gobierno, que el gobierno es un corta-cabezas. Lo que ha mandado es preciso que se cumpla; es indispensable que se acabe; ya que se salva la sociedad, es necesario exterminar al pueblo.

Existen necesidades sociales; es preciso que Beville cobre ochenta y siete mil francos cada año y Fleury noventa y cinco mil; que el gran limosnero Menjaud, obispo de Nancy, cobre trescientos cuarenta y dos francos cada dia, que Bassano y Cambaceres perciban trescientos ochenta y tres, Vaillant cuatrocientos sesenta y ocho y Saint-Arnaud ochocientos dos. Es necesario que Luis Bonaparte cobre diariamente setenta y seis mil setecientos doce francos. ¿Se puede ser emperador por menos?

En un abrir y cerrar de ojos se hizo en el boulevard una carnicería larga de un cuarto de legua. Once cañones hundieron el hotel Sallandrouze. Las balas perforaron veintiocho casas. Los baños de Jouvence quedaron convertidos en escombros. Tortoni fué pasado á degüello. En todo un cuartel de Paris hubo una inmensa fuga que lanzó grito terrible. Por todas partes apareció la muerte súbitamente. Aquello fué un pensamiento de Calígula ejecutado por Papavoine.

Javier Durrieu, que entró en el boulevard, refiere:—"He dado sesenta pasos y he visto sesenta cadáveres.„ Al ver aquel espectáculo retrocedió. Era un crímen estar en la calle y estar en casa, porque los acuchilladores suben á las casas y allí acuchillan.

Adde, librero, boulevard Poissonniére, número 17, está á la puerta de su casa y le matan. Al mismo tiempo, porque el asesinato es vasto, muy lejos de allí, en la calle de Laucry, el propietario de la casa número 5, Thirion Montauban, está á la puerta y le matan tambien; para que no sea molesta y pesada la descripcion de las innumerables víctimas que allí sucumbieron, diremos únicamente que los servidores del golpe de Estado no perdonaron á mujeres, ni niños, ni ancianos, que recibieron la muerte no solo en las calles, sino tambien dentro de sus propios domicilios.

Tal fué aquella carnicería innarrable. Los hombres que la mandaban se sentian impulsados por fuerzas secretas é indignas; á todos los empujaba algo innoble: Herbillon tenia detrás de sí á Zaatcha; Saint-Arnaud á Kabilie; Renault el asunto de las aldeas de San Andrés y de San Hipólito; Espinasse Roma y el asunto del 30 de Junio; Magnan sus deudas.

El doctor Piquet, que habia cumplido setenta años, fué muerto en un salon de un balazo en el vientre; el pintor Jollivart de una bala en la frente delante del caballete. Un capitan, matando todo lo que encontraba á su paso, tomó por asalto la casa del Gran Balcon. Saquearon el café Leblond. Cañonearon tanto la casa Billecog, que fué preciso apuntalarla al dia siguiente. Delante de la casa Jonvin habia un monton de cadáveres, entre ellos un jóven con paraguas y otro jóven con lentes. El hotel de Castille, la Maison-Dorée, le Petite Jeannette, el café de Paris y el café Inglés, sirvieron durante tres horas de blanco á los cañones. La casa Requenault se hundió bajo las granadas; los cañonazos demolieron el bazar Montmartre.

Renunciamos á describir minuciosamente los horrores de aquella brusca y bárbara matanza.

Quise saber á qué atenerme. Para creer en ciertos crímenes es necesario verlos. Me dirigí, pues, al lugar de la carnicería.

En los momentos de semejante angustia, á fuerza de sentir no se piensa, y si se piensa, se extravía el pensamiento. Se desea terminar la vida de cualquier modo. La muerte de los demás nos causa tanto horror, que tenemos gana de morir. Siempre recordamos á las víctimas que causan la indignacion y que causan los sublevamientos, y en aquellos instantes solo nos resta ya la ambicion de ser un cadáver útil.

Me dirigia siniestramente pensativo al boulevard.

Ví venir hácia mí á Julio Simon, que arriesgaba aquellos dias funestos su preciosa vida, y que me paró, preguntándome:

—Adónde vais? ¿Os dirigís á buscar la muerte?

—A eso voy, le contesté.

Nos estrechamos la mano y continué avanzando.

Llegué al boulevard: el espectáculo que se ofreció á mi vista era indescriptible. Presencié aquel crímen, aquella mortandad, aquella tragedia. Ví la lluvia de la muerte ciega, ví caer en torno mio, en masa, víctimas despavoridas.

El destino tiene sus segundas intenciones y vela misteriosamente sobre el historiador futuro. Le deja pasar por entre las exterminaciones y las carnicerías, pero no permite que muera, porque quiere que las narre.

En medio del estruendo indescriptible, Javier Durrieu se cruzó conmigo en el boulevard ametrallado y me dijo: —Ah! Estais aquí! Acabo de encontrar á la señora D., que os vá buscando.

La señora D. y la señora R., dos generosas y valientes mujeres, prometieron á mi esposa, que estaba enferma y en el lecho, darle noticias mias y hacerle saber dónde me encontraba. La señora D. se aventuró hasta llegar al sitio de la matanza; en la esquina de una calle se paró delante un monton de cadáveres, y fué tan brava que se indignó en voz alta; al oir el grito de horror que lanzó, un ginete se dirigió hácia ella con pistola en mano, y si no le abren bruscamente detrás de ella una puerta, en la que se refugió, la hubieran asesinado.

No se sabe el total de víctimas que produjo la carnicería; Bonaparte ha tenido mucho cuidado en ocultarlo. Esta es la costumbre de los verdugos; no permiten que la historia consigne el número de sus víctimas. Uno de los dos coroneles que hemos descrito en los primeros capítulos de la tercer jornada, afirmó que solo un regimiento habia muerto más de dos mil quinientos individuos. Creemos que este coronel apasionado exagera; el crímen algunas veces se vanagloría de sus maldades.

El escritor Lireux, que cogieron para fusilarle y que se escapó milagrosamente, declara haber visto más de ochocientos cadáveres.

A las cuatro de la tarde desenganchaban las sillas de posta que estaban preparadas para salir en el patio del Elíseo.

La exterminacion, que el capitan inglés William Jesse, testigo presencial, calificó de fusilamiento deliberado, duró desde las dos hasta las cinco. Durante aquellas tres espantosas horas, Luis Bonaparte hizo ejecutar lo que premeditaba y consumó su obra. Hasta entonces creian sus partidarios que su proceder era una especie de juego de príncipe, una estafa de Estado, una trampa de grandes dimensiones; los hombres capaces y los escépticos decian:—"Ha jugado buena broma á estos imbéciles.„ Pero bruscamente inquieto Bonaparte, tuvo necesidad de desenmascarar "toda su política„. —"Decid á Saint-Arnaud que ejecute mis órdenes.„ Saint-Arnaud obedeció, y el golpe de Estado hizo lo que lógicamente debia hacer; desde aquel momento, inmenso arroyo de sangre corrió al través del crímen.

Los cadáveres quedaron tendidos en las calles, horribles y pálidos. El matador soldadesco se vé condenado á este crescendo siniestro: por la mañana asesino, por la tarde ladron.

Por la noche reinó gran entusiasmo y gran alegría en el Elíseo entre aquellos hombres triunfantes. Conneau ingénuamente ha referido la escena. Los familiares del hombre del golpe de Estado estaban delirantes. Fialin llegó á tutear á Bonaparte.—"Abandonad esta costumbre„, le dijo en voz baja Bicllíart por vía de consejo. En efecto, aquella matanza elevaba á Bonaparte á emperador; iba á ser majestad. Sus familiares bebian y fumaban en los salones como los soldados en el boulevard; despues de matar todo el dia bebieron toda la noche, y el

vino corrió sobre la sangre. Estaban maravillados del éxito conseguido. Admiraban al autor del golpe de Estado y decian, ocupándose de él:—Esto es mejor que huir por Dieppe, como Haussez, ó por la Membrolle, como Guernon Ramville; esto vale más que dejarse prender disfrazado de lacayo, limpiando los zapatos de la señora de Saint-Fargeau, como el pobre Polignac.—Guizot no ha sido más hábil que Polignac, exclamó Persigny. Fleury, volviéndose hácia Morny, le dijo:—Vuestros doctrinarios no hubieran sabido dar este golpe de Estado.—Es verdad, no eran fuertes, contestó Morny, añadiendo despues:—Sin embargo, fueron hombres de talento Luis Felipe, Guizot, Thiers... Luis Bonaparte, quitándose el cigarrillo de la boca, le interrumpió, diciendo:—Si eso son hombres de talento, prefiero ser un bestia...

—Feroz, añade la historia.

XVII.

La cita con las sociedades obreras.

Cuando empezó la matanza, el comité de resistencia se reunia aun en la calle de Richelieu. Allí volví despues de explorar los barrios sublevados y dí cuenta á mis colegas de lo que en ellos habia visto. Madier de Montjau, que venia tambien de las barricadas, añadió á mi informe el suyo. Hacia tiempo que oíamos espantosas detonaciones muy cerca de nosotros. De pronto entró Versigni anunciándonos que debian estar pasando escenas horribles en el boulevard, porque los cañones disparaban metralla y habia tendidos en tierra muchos cadáveres; que sin duda el golpe de Estado improvisó una carnicería, y nos aconsejó que abandonásemos en seguida la casa de M. Grevy. En vista de tan extraordinarias circunstancias nos decidimos á salir de allí. M. Dupont White nos ofreció asilo en su casa, calle Monthabor, número 11. Salimos á la calle sin precipitarnos, de dos en dos; Madier de Montjau iba con Versigny; Michel de Bourges con Carnot; yo daba el brazo á Julio Favre, el que, intrépido y sonriendo, se envolvió el cuello con un pañuelo de seda y me dijo:—*Estoy dispuesto á que me fusilen, pero no quiero resfriarme.*

Julio Favre y yo llegamos á Saint-Roc, cuya calle estaba inundada de transeuntes que venian huyendo de los boulevares. Los hombres hablaban á gritos y las mujeres chillaban. Cerrábanse todas las tiendas. En la calle de Saint-Honoré se oia extraordinaria gritería. Las gentes iban, venian y corrian. Los habitantes de las casas salian con la cabeza descubierta y se confundian con la multitud. Caian pequeñas gotas de lluvia. Los carruajes no circulaban. Oimos detrás de nosotros que decian:—Han muerto á Víctor Hugo.—Todavía no, contestó Julio Favre sonriendo y estrechándome la mano.

La corriente de los transeuntes rechazados de los boulevares y de la calle de Richelieu se dirigia hácia la calle de la Paz. Reconocimos entre ellos algunos representantes de la derecha que arrestaron el dia anterior y que habian dejado ya en libertad. M. Buffet, ministro que fué de Bonaparte, acompañado de varios miembros de la Asamblea, se dirigia hácia el Palais-Royal. Cuando pasaba cerca de nosotros pronunciaba el nombre de Bonaparte execrándole. M. Buffet era hombre de gran importancia, uno de los tres mentores políticos de la derecha; los otros dos eran M. Fould y M. Molé.

En el aposento donde nos introdujimos en la casa de la calle de Monthabor, que era un tercer piso, reinaba completa calma. Las ventanas caian á un patio interior. Cinco ó seis sillones encarnados formaban semicírculo delante de la chimenea; en una mesa descansaban varios libros. Los representantes, que acudieron inmediatamente en tumulto, arrojaron en los rincones de aquella sala tranquila los paraguas y los gabanes empapados de agua. Nadie sabia positivamente lo que estaba sucediendo y cada cual hacia sus conjeturas.

Acababa de instalarse el comité, cuando entró nuestro colega Leblond, que venia con King, delegado de las sociedades obreras; éste nos dijo que los comités de dichas sociedades estaban en sesion permanente y le enviaban á nosotros en comision. Segun las instrucciones del comité, habian hecho cuanto pudieron por prolongar la lucha y evitar choques decisivos. El grueso de las sociedades no habia entrado aun en accion, pero parte de ellas mantuvieron viva la lucha durante toda la mañana. La sociedad de los Derechos del hombre estaba en las calles; el antiguo constituyente Beslay reunió en el Pasaje del Cairo setecientos obreros del Marais y les hizo tomar posiciones alrededor del Banco.

Las sociedades obreras nos pedian instrucciones; tenian de reserva aun tres ó cuatro mil combatientes y podian retenerlos ó enviarlos al campo de batalla, segun las órdenes que dictase el comité; los obreros, sin embargo, preferian ir á combatir. La mayoría de los miembros del comité se inclinaban á que la accion no fuese muy viva con el objeto de prolongar la lucha, y era difícil convencerlos de lo contrario, porque era seguro que venceríamos á Bonaparte si podíamos conseguir que durase hasta la semana siguiente la situacion violenta creada por el golpe de Estado. Paris no se deja pisotear ocho dias por el ejército. Yo no era partidario de esta solucion, por lo que tomé la palabra para declarar que debíamos aceptar el ofrecimiento de las sociedades obreras y lanzarlas en seguida al combate; que la guerra revolucionaria exige con frecuencia cambios bruscos de táctica; que un general á campo raso, delante del enemigo, opera como quiere, conoce su efectivo, el número de sus soldados, la cifra de sus regimientos, sabe la fuerza del enemigo, escoge la hora y el terreno, tiene el mapa á la vista, sabe cómo ha de obrar. Pero para nosotros todo es indeterminado é incierto. Ponemos el pié á la ventura sobre probabilidades desconocidas. Apenas entrevemos quién está contra nosotros y quién en favor nuestro; no sabemos con cuántos soldados contamos, ni con cuántos fusiles, ni con cuántos cartuchos; quizá nos ayude el pueblo entero, quizás nadie. ¿Para qué hemos de guardar esa reserva? Quizás mañana no podamos contar con ella. Ya que nos empeñamos en una batalla ciega, demos todos los golpes que podamos, vayamos hácia adelante, al azar, arrostremos el peligro y tengamos fé, porque ya que representamos la justicia y la ley, Dios debe estar de parte nuestra.

El comité consultó al constituyente Leblond y al delegado King; ambos fueron de mi opinion. Entonces el comité decidió que se invitara á las sociedades obreras en su nombre á salir inmediatamente á las calles con todas sus fuerzas reunidas. Carnot y Michel de Bourges opinaron que seria conveniente que los miembros de las asociaciones que perteneciesen á la Guardia nacional vistieran sus uniformes.

Así quedó acordado.

El delegado King se levantó y dijo:

—Ciudadanos representantes, voy á trasmitir inmediatamente vuestras órdenes; nuestros amigos están preparados, se reunirán muy pronto y esta noche pelearán en las barricadas.

—¿Creeis conveniente que un miembro del comité esté con vosotros llevando ceñida la banda de representante?

—Sin duda, contestó King.

—Pues bien; iré con vosotros.

—Iremos todos, exclamó Julio Favre.

El delegado replicó que creia que era suficiente que estuviera con las sociedades uno solo de los representantes; así lo acordamos, y quedó convenido que en cuanto se fijase el punto de reunion, vendrian á participármelo y á acompañarme al sitio en donde estuviesen las asociaciones.—Antes de una hora lo sabreis, dijo King al despedirse de nosotros.

Al ir á salir los delegados, entró Mathieu de la Drome. Al llegar al dintel de la puerta, exclamó azorado:—Ya no estamos en Paris, ya no tenemos República; estamos en Nápoles y sufriendo la tiranía de Bomba.

XVIII.

Confirmacion de las leyes morales.

La matanza del boulevard Montmartre constituye la originalidad del golpe de Estado: sin aquella mortandad, el 2 de Diciembre seria un 18 Brumario. La carnicería salva del plagio á Luis Bonaparte.

Hasta entonces solo habia sido un copista. Su sombrero de Boulogne, su redingote gris, su águila repleta de paja, eran grotescos. Decian:—"¿A qué viene esta parodia que hace reir?„ De repente hizo temblar.

Lo odioso es la puerta de escape del ridículo, y él llevó lo odioso hasta lo execrable.

Envidiaba las proporciones de los grandes crímenes, y apeteció que el suyo fuera de los peores. El horror que causó le dió sitio aparte en la casa de fieras de los tiranos. La truhanería quiso ser tan grande como la infamia, y un Neron pequeño se hinchó como un Lacenaire enorme. Sucedió en él este fenómeno.

Luis Bonaparte ha creado un género.

De este modo entró en lo inesperado.

Ciertos cerebros son abismos. Es indudable que hacia ya mucho tiempo que el pensamiento de asesinar para reinar dominaba á Bonaparte. La premeditacion familiariza á los criminales con el

mal y los entrega á la criminalidad. El crímen germina mucho tiempo en ellos difuso y flotante, casi inconsciente, y sus almas se van lentamente ennegreciendo. Los actos infames no se improvisan; no llegan de una sola vez y del primer empuje á la perfeccion; crecen y maduran informes é indecisos, y el ambiente de las ideas que respiran los mantiene vivos y dispuestos para el dia propicio. La idea de entregarse á la matanza para conseguir el trono, insistimos en esto, vivia hacia mucho tiempo en el espíritu de Luis Bonaparte; era posible en su alma. Iba y venia en ella como una larva en un aquarium, confundida en la oscuridad con las dudas, los apetitos, los expedientes y los sueños de no sé qué socialismo cesarista, como una hidra que se entrevé en una transparencia de caos. Apenas tenia conciencia él mismo de que abrigaba idea tan deforme. Cuando la necesitó, la encontró armada y dispuesta á servirle; se habia nutrido en la oscuridad de su cerebro insondable. Los abismos conservan los mónstruos.

Hasta el terrible 4 de Diciembre quizá Luis Bonaparte no se conocia á sí mismo. Los que estudiaban el curioso animal imperial no le creian capaz de ser feroz. Veian en él una especie de sér mixto, que aplicaba talento de estafador á sueños de imperio, que aunque fuese coronado seria un tunante. Le creian incapaz de alcanzar ninguna altura, ni la de la infamia; le tenian por una medianía, un poco superior á los pequeños pilluelos y un poco inferior á los grandes malhechores. Le creian apto para practicar todo lo que se hace en los garitos y en las tabernas, pero con esta trasposicion, la de trampear en la taberna y la de asesinar en el garito.

La matanza del boulevard desnudó bruscamente su alma y la vieron tal como era: despojado de los motes ridículos de *Gros-Rec* y *Badinguet*, quedó en él solo el bandido; se vió que era el verdadero Contrafalto oculto tras el falso Bonaparte.

La multitud se extremeció al verle tal como era.

Las apologías que intentaron hacer de él fracasaron. Es cándido elogiar á Bonaparte: ha sido fácil elogiar á Dupin, pero limpiarle es ya operacion muy complicada. ¿Cómo defender el 4 de Diciembre? Justificar es más difícil que glorificar; la esponja trabaja con más dificultad que el incienso, y los panegiristas del golpe de Estado no han podido conseguir su objeto. La gran inteligencia de Jorge Sand intentó esta lamentable rehabilitacion; pero siempre, hágase lo que se quiera, ha de reaparecer la cifra monstruosa de los muertos. No es posible ninguna atenuacion.

El hecho del 4 de Diciembre es la puñalada más colosal que un bandido suelto en medio de la civilizacion, dió jamás, no á un pueblo, sino al género humano. La monstruosa puñalada derribó á Paris, y derribar á Paris es derribar la conciencia, la razon y la libertad humana. Extender en el arroyo el progreso de los siglos, es apagar la antorcha de la justicia, de la verdad y de la vida; esto es lo que hizo Bonaparte el dia 4.

Completo fué el éxito que obtuvo el miserable. El 2 de Diciembre estaba perdido, pero el 4 salvó al 2. Fué algo parecido á Eróstrato salvando á Judas. Paris comprendió que aun no habia alcanzado el colmo del horror, y que más allá del opresor está el verdugo. Hé aquí lo que es un bandido que roba el manto de César. Aquel hombre era pequeño y espantoso. Paris consintió aquel espanto. Renunció á decir la última palabra, se acostó y se hizo el muerto. En aquel acontecimiento hubo algo de asfixia.

Aquel crímen no se parece á nada. Cualquiera que despues de muchos siglos, llámese Esquilo ó Tácito, levante su cubierta, olerá la fetidez. Paris se resignó, Paris se rindió, la novedad hizo eficaz al crímen; Paris abdicó, Paris casi dejó de ser Paris, y al dia siguiente pudo oirse en la oscuridad el choque de los dientes de este titan aterrado.

Insistamos en esto, porque es necesario confirmar las leyes morales. Luis Bonaparte continuó siendo despues del 4 de Diciembre Napoleon el Pequeño. Aquella enormidad le dejó enano, porque la dimension del crímen no cambia la estatura del criminal, y la pequeñez del asesino se resiste á la inmensidad del asesinato. De todos modos, el pigmeo venció al coloso. Hay que hacer esta confesion, por humillante que sea.

A estos rubores está condenada la gran deshonrada, que se llama historia.

CUARTA JORNADA

La victoria.

I.

Hechos de la noche. –La calle Tiquetonne.

Cuando acabó de decir Mathieu de la Drome:—"Estamos en Nápoles sufriendo la tiranía del rey Bomba„, Cárlos Gambon entró, dejándose caer en una silla; Bancel le seguia y dijo:—"Esto es horrible, venimos de allí„. En seguida entró Labrousse. Era urgente abandonar aquella casa, que iban ya á cercar; hacia algunos momentos que la desierta calle Monthabor se llenaba de hombres sospechosos que se fijaban en el número 11. Labrousse nos dijo:—"Acabo de ver á Longepied, que nos está rondando.„ Nos separamos, yéndonos cada uno por un lado. No sabíamos dónde nos reuniríamos si por fortuna nos volvíamos á ver.

Yo me dirigí á los boulevares deseoso de ver lo que pasaba, que antes ya referí. Bancel y Versigny se me unieron en el camino.

Cuando salia del boulevard, confundido entre el torbellino de la gente aterrada, sin saber adónde me dirigia, volviendo hácia el centro de Paris, bruscamente una voz me dijo al oido:—"Quiero que veais una cosa.„ El que me hablaba era E. P.

E. P. es autor dramático, hombre de talento, al que en la época de Luis Felipe conseguí exceptuar del servicio militar. Hacia cuatro años que no le veia y me hablaba como si nos hubiéramos visto el dia anterior.

—Ah! Sois vos! le dije. ¿Para qué me necesitais?

—Vivo en aquella casa, venid, me contestó.

Me hizo internar en una calle oscura, desde la que oíamos detonaciones; en el fondo de la calle habia una barricada deshecha.

—Pueden tambien venir estos caballeros, dijo E. P. á los dos representantes que me acompañaban.

—Qué calle es esta? le pregunté.

—La calle Tiquetonne. Venid.

Le seguimos.

E. P. Se paró delante de una casa alta y negra. Empujó una puerta que estaba entornada, despues otra, y entramos en una sala baja y tranquila, que una lámpara iluminaba. La sala parecia contigua á una tienda. En el fondo se veian dos camas casi juntas, una grande y una pequeña. Sobre la pequeña habia un retrato de mujer, y encima del retrato un ramo de boj bendito.

La lámpara estaba colocada sobre una chimenea, en la que ardia escaso fuego.

Cerca de la lámpara, en una silla, se veia una mujer anciana, encorvada, plegada en dos, como si estuviese rota, sobre un objeto que ocultaba la oscuridad y que tenia en brazos. Me aproximé y ví que era un niño muerto.

La pobre mujer sollozaba silenciosamente.

E. P., que era de casa, la tocó en la espalda y la dijo:

—Dejádnosle ver.

La anciana levantó la cabeza y entonces vimos que sostenia en las rodillas á un niño hermoso y pálido, medio desnudo, que tenia en la frente dos agujeros rojos.

La anciana me miró casi sin verme y murmuró, hablando consigo misma:

—¡Esta mañana me llamaba aun abuelita!

E. P. cogió la mano del niño, la soltó, y aquella mano cayó inerte.

—Siete años! me dijo.

Con un cubo de agua que habia en el suelo habian lavado la cara del niño, de cuya frente salian dos hilos de sangre.

En el fondo del aposento, cerca de un armario entreabierto, dentro del que se veia mucha ropa blanca, estaba de pié una mujer de cuarenta años, pobre, grave, limpia y bastante hermosa.

—Es una vecina, me dijo E. P.

Me explicó que el médico que vivia en aquella misma casa bajó á ver al niño y dijo que no tenia remedio; le habian herido dos balas en la cabeza en el momento de atravesar la calle para huir, y en ese estado lo trajeron á su abuela, que no tenia en el mundo más que á él.

El retrato de la madre muerta estaba encima de la cama del niño.

El niño conservaba los ojos entreabiertos. La abuela, al través de los sollozos, hablaba á intervalos:—¡Es posible, Dios mio! Esto es increible! Bandidos! ¡A eso se llama gobierno!

—Sí, la contesté yo.

Acabamos de desnudar al niño; yo le

besé en la frente. Versigny y Bancel le quitaron las medias. La abuela exclamó:

—No le hagais daño.

Dijo esto cogiendo sus dos piés helados y blancos, con la idea de calentarlos con sus manos frias.

Cuando estuvo desnudo, para amortajarle sacamos una sábana del armario. Entonces la abuela, sollozando, gritó:

—Quiero que me lo devuelvan!

Despues se irguió, y mirándonos con fijeza nos dijo cosas terribles, en las que mezclaba á Bonaparte, á Dios, á su nieto, á la hija que habia perdido, lívida y hosca, dirigiéndonos reproches. La vecina que estaba allí con nosotros se me acercó, y sin decirme una palabra me enjugó la boca con su pañuelo al ver que tenia sangre en los labios.

Salimos de allí conmovidos.

Era completamente de noche.

Bancel y Versigny se separaron de mí.

II.

Hechos de la noche.—El barrio de los Mercados.

Volví á mi escondite de la calle de Richelieu, número 19.

Ya no se oian descargas y me pareció que la matanza habia terminado.

Cuando iba á llamar á la puerta de la susodicha casa vacilé un momento, porque ví en ella un hombre que creia que estaba en acecho. Le dirigí la palabra diciéndole:

—Parece que estais esperando á alguno.

—Sí, me contestó.

—A quién?

—A vos. Luego añadió en voz baja:—Vengo á hablaros.

Miré aquel hombre á la luz de un farol que le alumbraba y ví que era un jóven de barba rubia, de blusa azul, cuyo aspecto indicaba al pensador y cuyas manos robustas denunciaban al obrero.

—Quién sois? le pregunté.

—Pertenezco á la asociacion de los hormeros y os conozco, ciudadano Víctor Hugo.

—Quién os envia?

—El ciudadano King, me respondió en voz baja.

—Está bien. ¿Qué teneis que comunicarme?

Entonces, tomando la palabra, me dijo que no debíamos desesperar, que él y sus amigos continuarian resistiendo, que deseaban mi presencia, y que si acudia á las diez debajo de la arcada Colbert, él ó algunos de los suyos me conducirian donde estuvieran sus compañeros. Convinimos en esta contraseña: "Qué hace José?„

No sé si él creyó que yo dudaba ó desconfiaba de él; lo cierto es que me dijo bruscamente:

—Comprendo que no estais obligado á creerme; no se tiene presente todo lo que se debe, y debian haberme dado alguna carta firmada. En momentos como estos se desconfia de todo el mundo.

—Al contrario, le contesté, se debe confiar en todo el mundo. A las diez estaré en el arco de Colbert.

Me separé de él y entré en mi asilo. Estaba cansado; me dejé caer en un sillon, comí un bocado y me dormí. Pero me acometió uno de esos sueños llenos de espectros; volví á ver el niño muerto, pero entonces los agujeros rojos de su frente eran dos bocas, la una decia Morny y la otra Saint-Arnaud. Bruscamente desperté, experimentando una sacudida. Miré la hora, pero se me habia olvidado dar cuerda al reloj; éste se habia parado. Salí precipitadamente de la habitacion. Encontré la calle desierta y las tiendas cerradas. En la plaza Louvois oí sonar un reloj que dió las nueve. En pocos instantes llegué al arco Colbert; miré, pero no ví allí á nadie.

No podia permanecer en aquel punto, porque habia allí inmediato un puesto de policía y pasaban patrullas á cada instante. Me interné en la calle y tambien estaba desierta. Al llegar á la esquina de la calle Vivienne ví un hombre parado delante de un cartel, que estaba rasgándole ó arrancándole. Me aproximé á él, pero sin duda me tomó por un agente de policía y huyó á escape. Retrocedí hasta el arco Colbert, y al llegar, pasó cerca de mí un obrero, que me dijo con rapidez:

—Qué hace José?

Reconocí al hormero.

—Venid, me dijo.

Echamos á andar sin hablarnos, como si no nos conociéramos; él iba delante y yo le seguia á cierta distancia.

Fuimos primero á dos casas, en las que no habia llegado ninguna noticia de las asociaciones.

—Vamos al tercer sitio, me dijo el hormero, explicándome que se habian dado cita en tres sitios sucesivos, para tener seguridad de encontrarse si la policía

averiguaba el primero y el segundo de los puntos de reunion.

Llegamos al barrio de los Mercados. Durante todo el dia se habian batido allí y no habia faroles en las calles. Nos deteníamos de vez en cuando para escuchar, para que no nos sorprendiera ninguna patrulla. Saltamos una empalizada de tablas casi destruidas, cuyos restos sirvieron sin duda para levantar una barricada, y atravesamos las vastas demoliciones que llenaban en aquella época los emplazamientos de las calles Montmartre y Montorgueil. En las altas paredes desmanteladas se veia temblar rojiza claridad; sin duda la producian los reflejos de las hogueras del vivac de las tropas que estaban acampadas en los mercados y en San Eustaquio. A pesar de prestarnos alguna luz aquel reflejo, el hormero casi cayó en un hoyo profundo, que era el sótano de una casa demolida. Al salir de aquellos sitios llenos de minas, vimos aquí y allá algunos árboles, restos de los antiguos jardines destruidos; entramos en calles estrechas, tortuosas y completamente oscuras, pero el hormero caminaba por allí como si estuviésemos en pleno dia. Se volvió y me dijo:

—Todo el barrio está lleno de barricadas, y si nuestros amigos las defienden como espero, os respondo de que la lucha será larga. Aquí teneis una, añadió, parándose de pronto.

En efecto, habia, á siete ú ocho pasos de nosotros, una barricada de adoquines, que en la oscuridad aparecia como un muro arruinado; en una de sus extremidades habian practicado una abertura estrecha. La franqueamos y detrás de la barricada no encontramos á nadie.

—Se han batido aquí hace poco tiempo, me dijo el hormero en voz baja, y añadió despues de un momento de silencio:—Nos acercamos ya.

Como la calle estaba desempedrada, habia sitios que era necesario evitar. Pasábamos con trabajo de un adoquin á otro, y algunas veces dando saltos: por profunda que sea la oscuridad, flota siempre en ella algo de resplandor; caminando, divisamos en el suelo, cerca de la acera, un objeto que se asemejaba á una forma prolongada.—"Diablo! exclamó mi guia, íbamos á pasar por encima.„ Sacó un fósforo del bolsillo, lo frotó en la manga de la blusa y lo encendió. La claridad iluminó una faz descolorida que nos miraba con ojos fijos. Era un cadáver abandonado allí. Era un anciano, que habia casi tomado la actitud de un hombre puesto en cruz; sus brazos extendidos y sus cabellos blancos se hundian en el barro; habia debajo de él un gran charco de sangre; ancha y negruzca abertura le señalaba en el chaleco el sitio por donde le entró la bala, atravesándole el pecho. El hormero le levantó uno de los brazos y dijo que tenia la clavícula rota. La cabeza se movió, y la boca abierta se volvió hácia nosotros, como si quisiera hablarnos. Miré aquella vision, casi la oí..., pero bruscamente desapareció. Aquel semblante se sumergió otra vez en la oscuridad; el fósforo se habia apagado.

Nos alejamos silenciosamente y continuamos avanzando. No se veia ni una sola luz en el fondo de las casas; parecia que vagáramos sobre una tumba inmensa.

Una voz firme, sonora y viril, súbitamente en la oscuridad preguntó:—Quién vive?

—Ahí están! exclamó el hormero, y silbó de un modo especial.

—Entrad! contestó la voz.

Nos encontramos en otra barricada. Era un poco más alta que la anterior, y separaban una de otra cien pasos; la habian construido con toneles, que llenaron de adoquines, y se veian en lo alto las ruedas de un carreton, metido entre los toneles; además habia acumulados postes y tablas. Tambien tenia una abertura estrecha como la otra barricada.

—Ciudadanos, preguntó el hormero entrando allí, cuántos sois?

—Somos dos, contestó la voz que habia dado el quién vive.

—Nada más?

—Nada más.

Dos hombres solos esperaban el choque de un regimiento aquella noche, en aquella calle desierta y detrás de aquel monton de piedras.

Los dos eran obreros, llevaban blusa, algunos cartuchos en los bolsillos y el fusil á la espalda.

—Vámonos, me dijo el hormero impaciente; los amigos no han llegado aun.

—Pues bien, esperémosles.

El hormero estuvo hablando unos momentos en voz baja á uno de los defensores de la barricada, y sin duda le dijo mi nombre, porque se acercó y me saludó:—Ciudadano representante, mucho calor hará aquí dentro de poco.

—Entre tanto hace mucho frio, le contesté sonriendo.

Así era. La calle, completamente desempedrada, detrás de la barricada formaba una cloaca, y el agua nos llegaba á los tobillos.

—Al participaros que pronto hará aquí mucho calor, quise deciros que debeis alejaros de aquí, replicó el obrero.

El hormero, poniéndole la mano en el hombro, repuso:

—Compañero, es necesario que nos quedemos. Nuestro sitio de reunion es la ambulancia, que está á dos pasos de aquí.

—De todos modos, el ciudadano representante hará bien en irse más lejos, añadió el otro obrero.

—Donde vosotros esteis tambien puedo estar yo, le repliqué.

La calle estaba completamente oscura y el cielo encapotado. Dentro de la barricada, á la izquierda y cerca de la abertura, se divisaba un cierre alto compuesto de tablas mal unidas, al través de las que se veia en algunos puntos débil claridad: por encima de dicho cierre subia hasta perderse de vista una casa de seis ó siete pisos, cuya planta baja estaba en reparacion y cerraba las citadas tablas. Un rayo de luz que salia de las rendijas se reflejaba en la pared de enfrente é iluminaba un cartel deslucido y desgarrado, que decia: "Asniéres, Luchas en el agua. Gran baile.„

Al lado del cercado de tablas se entreveia una puerta estrecha y baja, que más parecia puerta de cabaña que puerta de tienda. La tienda estaba herméticamente cerrada, y parecia que la puerta tambien lo estuviera, pero el hormero la empujó suavemente y abrió.

—Entremos, dijo.

Entré primero, me siguió él y cerró la puerta detrás de nosotros. Nos encontramos en una sala baja; hácia el fondo, una puerta entornada dejaba pasar un rayo de luz, cuya claridad hacia entrever confusamente un mostrador y una estufa pintada de negro y blanco.

Se oian suspiros ahogados, breves é intermitentes, que salian de una pieza inmediata de la que provenia la luz. Salimos por la puerta entornada, atravesando la sala, y entramos en un vasto desvan, que iluminaba una bujía, al otro lado de tablas que nos separaba de la barricada.

Aquel desvan era el piso bajo que estaban demoliendo. Delgadas columnas de hierro, pintadas de rojo y clavadas en baldosas de piedra, sostenian las viguetas del techo; enorme armazon de madera, colocado en el centro de la pared delantera, sostenia la viga transversal y gruesa del primer piso; es decir, sostenia toda la casa. En uno de los rincones habia varias herramientas de albañilería, un monton de yeso y una escala doble. Algunas sillas de paja estaban esparcidas aquí y allá. No habia en el suelo otro piso que el de la tierra húmeda. Al lado de una mesa, en la que brillaba una bujía, y entre varios frascos que contenian medicamentos, estaba una mujer anciana y una niña de ocho años; la mujer sentada y la niña acurrucada, y tenian delante de ellas un gran cesto de trapos y estaban haciendo hilas. En el fondo de la sala, que se perdia en la oscuridad, habia tendida una estera de paja, que sostenia tres colchones. De aquella parte salian los gemidos.

—Esta es la ambulancia, me dijo el hormero.

La anciana volvió la cabeza y al vernos se extremeció convulsivamente, pero despues que la tranquilizó sin duda la blusa del obrero, se levantó y se vino hácia nosotros.

El hormero le dijo algunas palabras al oido, y ella le contestó que no habia visto á nadie, y que lo que más la inquietaba era que aun no habia vuelto su marido, y que toda la noche estaba oyendo tiros.

Dos hombres ocupaban los dos colchones del fondo; el tercer colchon estaba vacío.

El herido que estaba más cerca de mí habia recibido una bala de cañon en el vientre, y era el que se quejaba. La anciana se acercó al colchon con la bujía y luego nos dijo en voz baja:

—¡Si viérais qué agujero tiene en el vientre! Le hemos metido un monton de hilas como el puño. No ha cumplido aun veinticinco años y quizá no viva hasta mañana.

El otro era un jóven que apenas tenia diez y ocho años, y á la anciana le pareció que era estudiante. Le envolvian la parte baja del rostro trapos ensangrentados; recibió una bala en la boca que le rompió la mandíbula. Era víctima de gran calentura y nos miraba con ojos brillantes. Extendia de vez en cuando el brazo derecho hasta un cubo lleno de agua, en el que empapaba una esponja, que acercaba al rostro y se humedecia la herida. Sus ojos se fijaban en mí con tenacidad. Me acerqué á él y le tendí la mano, que retuvo entre las suyas.—Me conoceis? le pregunté. Me con-

testó *sí*, dándome un apreton de mano que me llegó al corazon.

El hormero me dijo:

—Esperadme aquí un instante, que vuelvo. Voy á ver si encuentro un fusil en el barrio. Quereis otro?

—No, me quedo aquí desarmado; entro á medias en la guerra civil. Estoy dispuesto á morir, pero no á matar.

Preguntándole que si sus amigos vendrian, me confesó que no comprendia lo que estaba sucediendo; que debian estar ya reunidos los miembros de las asociaciones; que en vez de dos debia haber veinte en la barricada, y que en la calle, en vez de dos barricadas debia haber diez; de todos modos me dijo que iba á ver lo que pasaba y que le esperase.

Entonces se fué.

La anciana habia vuelto á sentarse al lado de la niña, que parecia no comprender nada de lo que pasaba y que me miraba con asombro.

La anciana exclamó:

—Mi pobre marido no ha vuelto aun! Le habrá sucedido alguna desgracia!

Con exclamaciones que partian el corazon lloraba á lágrima viva, pero continuaba haciendo hilas. Yo no podia apartar de la memoria al anciano que encontramos cerca de allí extendido junto á la barricada.

En la mesa habia un periódico que desplegué. Era *La P...*; el resto del título estaba rasgado. Estaba en él marcada una mano sangrienta; probablemente la puso algun herido en la mesa en que descansaba el periódico. Mis ojos tropezaron con estas líneas:

"Víctor Hugo acaba de publicar un llamamiento al asesinato y al pillaje.„

En estos términos el periódico del Elíseo calificaba la proclama que dicté á Baudin y que ya conocen los lectores.

Cuando arrojé el periódico lejos de mí entró uno de los defensores de la barricada, el de menor estatura. Pidió un vaso de agua. Al lado de los dos frascos habia una botella y un vaso. Bebió con avidez. Venia mordiendo un pedazo de pan y de salchichon que traia en la mano.

De pronto oimos varias detonaciones sucesivas y lejanas. En el silencio de aquella noche oscura se asemejaban al ruido de un carro de leña que descargan sobre el empedrado.

La voz del otro combatiente gritó desde fuera:—Esto empieza.

—¿Tengo tiempo para acabarme lo que estoy comiendo? preguntó el recien entrado.

—Sí, le contestó el otro.

El que estaba cerca de mí me dijo:

—Ciudadano representante, empiezan las descargas por pelotones, atacan la barricada y creo que debeis marcharos.

—Pero vosotros os quedais?

—Nosotros estamos armados y vos no. Os pueden matar sin ningun provecho. No teniendo fusil, debeis marcharos.

—No puedo, le dije; estoy aquí esperando á un compañero.

Insistió, pero comprendiendo que mi deber me hacia quedar allí, se fué.

Entre tanto las detonaciones se oian cada vez más cerca. El hormero apareció en el dintel de la ambulancia. Estaba muy pálido.

—Vengo á buscaros; es necesario que os retireis. Vámonos.

—Qué significa esto? ¿No vienen vuestros amigos?

—No, me contestó; todo ha concluido.

Entonces me contó con rapidez que recorrió todo el barrio y no pudo encontrar un fusil; que los operarios de las asociaciones no querian salir á la calle asustados por la matanza de aquella tarde; que los boulevares estaban sembrados de cadáveres; que iban á atacar la barricada, y que él habia oido el ruido de los pasos que se acercaban.

Apenas habia terminado de hablar, oimos que gritaron desde la barricada. —Atencion! En seguida sonó un tiro, al que contestó violenta descarga.

Muchas balas dieron en el tabique de la ambulancia, pero como venian en direccion oblícua, ninguna le atravesó. Cayeron ruidosamente en la calle muchos cristales rotos.

—Ya no podemos salir, atacan la barricada, dijo el hormero tomando una silla y sentándose.

Los dos obreros sin duda eran muy buenos tiradores, porque contestaban con vivacidad á las descargas que llovian sobre la barricada. Poco despues el fuego cesó. Tras un momento de silencio se oyó una voz en la barricada que decia:—Vienen á la bayoneta! ¡Marchan á paso de carga! La otra voz contestó:—Vámonos.

Sonó el último tiro. En seguida un golpe violento conmovió el tabique de tablas. Uno de los obreros al marcharse arrojó el fusil, que al caer chocó contra el tabique. Despues oimos el paso rápido de los combatientes que se alejaban. Casi al mismo tiempo tumulto de voces

y ruidos, culatazos dados sobre los adoquines se oyeron en la barricada.

El hormero apagó la vela. Al silencio que dominaba en aquella calle sucedió una algarabía siniestra. Los soldados daban culatazos á las puertas de las casas, y por milagro no se apercibieron de la puerta de la tienda. Si solo la hubiesen tocado habrian visto que no estaba cerrada y hubieran penetrado.

Una voz, que debió ser de un oficial, exclamaba:—Iluminad las ventanas!

Los soldados, echando ternos, decian: —Dónde están los pícaros rojos? Registremos las casas.

La ambulancia estaba sumida en la oscuridad, en completo silencio; no se oia en ella ni el aliento de la respiracion; hasta el moribundo cesó de gemir, como si tuviese conciencia del peligro, y la pobre niña se refugiaba entre mis piernas.

Un soldado golpeaba en los toneles, y decia riendo:

—Aquí tenemos leña para esta noche.

Otro exclamaba:

—Dónde estarán? Eran treinta lo menos. Registremos las casas.

—Registremos las casas, repitieron otros.

En aquel momento se oyó un tiro á lo largo de la calle; aquel tiro nos salvó. Sin duda lo disparó alguno de los obreros para que nos salvásemos.

—Ha sonado en el extremo de la calle; están allá abajo.

Todos los soldados se dirigieron entonces hácia el sitio de donde habia salido el tiro, abandonaron la barricada y se internaron en la calle.

—Ya se han marchado, me dijo en voz baja el hormero; aprisa, vámonos.

—¿Vamos á dejar aquí á esta pobre mujer?

—Oh! exclamó ella, no penseis en mí, que yo nada debo temer, porque estoy en una ambulancia y cuido á los heridos. Cuando salgais volveré á encender la vela. Lo que me aflige es que mi marido no ha vuelto aun.

Atravesamos la tienda de puntillas. El hormero entreabrió suavemente la puerta y dirigió á la calle rápida ojeada. Algunos habitantes habian obedecido la órden de iluminar las ventanas y aparecieron cuatro ó cinco velas encendidas aquí y allá.

—Ahora no hay nadie, dijo el hormero, pero apresurémonos, porque es fácil que vuelvan.

Salimos á la calle, franqueamos las barricadas y nos alejamos con celeridad. Pasamos cerca del anciano muerto, que estaba todavía tendido en el arroyo; cuando llegamos á la segunda barricada, detrás de nosotros oimos á los soldados que volvian.

Conseguimos entrar en los terrenos que estaban demoliendo, y ya nos creimos seguros, aunque el ruido de las descargas llegaba aun hasta nosotros. El hormero me estaba diciendo que se batian por el lado de la calle de Clery. Al salir de las demoliciones dimos la vuelta á los Mercados, no sin peligro de tropezar con las patrullas, dando grandes rodeos por un dédalo de callejuelas. Al fin llegamos á la calle de San Honorato.

Nos separamos el hormero y yo en la esquina de la calle del Arbol Seco, por creer que dos corren más peligro que uno. Yo regresé á la casa núm. 19 de la calle de Richelieu.

III.

Hechos de la noche.—El Petit-Carreau.

Aquella misma noche, casi á la misma hora y á pocos pasos de allí, se realizaba un hecho siniestro.

Despues de la toma de la barricada en que murió Pierre Tissié, setenta ú ochenta combatientes se retiraron en buen órden por la calle de San Salvador. Llegaron á la de Montorgueil y se reunieron en la confusion de las calles de Petit-Carreau y Cadrau. Habia en el sitio en que la calle de Petit-Carreau toca á la de Clery una barricada abandonada, alta y bien construida; en ella se batieron por la mañana; los soldados la tomaron y no la demolieron.

El grupo armado que venia por la calle de San Dionisio se detuvo en aquel punto y esperaba, extrañando que no le persiguieran; pero el ejército temia ir en su persecucion por aquellas callejuelas tortuosas, en las que cada esquina podia preparar una emboscada, y sin duda habia recibido contraórden. Los sublevados oian de cerca, en el boulevard sin duda, espantoso estruendo de descargas y de cañonazos, pero carecian de municiones y nada podian hacer. Si hubiesen estado enterados de lo que sucedia hubieran comprendido por qué no les perseguian. Empezaba la matanza en el boulevard, y ocupados en esto los

generales habian abandonado el campo de batalla.

Los que venian huyendo del boulevard afluian hácia allí, pero al ver la barricada, huian en direccion opuesta. Algunos, sin embargo, llegaban hasta la barricada, indignados y pidiendo venganza; uno de los sublevados que habitaba en aquellos barrios fué á su casa y volvió con un barrilito de hoja de lata lleno de cartuchos.

Con aquello tuvieron para batirse durante algun tiempo. En el acto empezaron á levantar una barricada en la esquina de la calle Cadrau. De este modo la calle del Petit-Carreau, cerrada por dos barricadas, dominaba toda la calle Montorgueil. Los sublevados estaban entre las dos como dentro de una ciudadela. Vestian casi todos de levita y algunos de ellos levantaban adoquines con guantes; los pocos obreros que habia entre ellos eran inteligentes y enérgicos. Formaban aquellos hombres lo que podríamos llamar la crema de la multitud.

Jeanty Serre se habia unido á ellos y le proclamaron jefe; Charpentier le acompañaba.

La noche se aproximaba y las descargas iban cesando; como era posible una sorpresa, establecieron un puesto en la calle de Cadrau y enviaron una guardia numerosa por la parte de la calle Montmartre. Los exploradores volvieron á dar cuenta de lo que habian observado. Un regimiento se disponia á vivaquear en la plaza de las Victorias.

Aunque en la apariencia ocupaban los sublevados ventajosa posicion, eran en escaso número para defender á la vez las barricadas de la calle Clery y Montorgueil, y además les asediaban las tropas cubiertas por la segunda barricada, y hubieran estado encima de ellos sin verles venir. Esto les resolvió á establecer un puesto en la calle de Clery y á ponerse en comunicacion con las barricadas de la calle Cadrau y con las dos de la de Manconseil. De éstas estaban separados por la distancia de unos cincuenta pasos.

A las cuatro y media, Jeanty Serre se llevó cuatro hombres para practicar un reconocimiento. Se propuso levantar una barricada de avanzada en alguna de las callejuelas vecinas. En el camino encontró una que estaba abandonada y construida con toneles vacíos; era imposible defenderse allí algunos minutos; la abandonaron, y al salir de ella les asaltó brusca descarga. Un peloton de infantería, apenas visible por la semioscuridad que allí reinaba, estaba cerca de los sublevados; se replegaron con celeridad, pero uno de ellos cayó en mitad de la calle, herido por una bala. Retrocedieron y se lo llevaron.

Volvieron á la barricada con el herido, y uno de los insurrectos, que era estudiante de medicina, le hizo la primera cura.

Apostaron centinelas en todos los puntos estratégicos, quedando solo unos treinta hombres en la barricada.

En aquellas calles, así como en el barrio del Temple, estaban apagados los faroles y cortados los tubos del gas, todas las ventanas cerradas; la noche era oscurísima.

Se oian descargas lejanas; la tropa hacia fuego desde la plaza de San Eustaquio y les enviaba una bala cada dos ó tres minutos, como para decirles: Estamos aquí. Sin embargo, creian los sublevados que no les atacarian la barricada.

En la red tenebrosa de calles estrechas barreadas por las barricadas y bloqueadas por las tropas, permanecian abiertas dos tabernas. La puerta de una de ellas se abrió entre las dos barricadas del Petit-Carreau. Habia en ella un reloj que les servia para relevar las guardias á su debido tiempo. En la trastienda encerraron á dos individuos sospechosos que fueron allí á confundirse con los combatientes. Uno de ellos, cuando le arrestaban, dijo:—"Vengo á batirme por Enrique V.„ Le encerraron bajo llave, poniéndole á la puerta un centinela. Establecieron una ambulancia en un aposento de la taberna, donde estaba tendido sobre un colchon el zapatero herido. Establecieron tambien otras ambulancias en la calle Cadrau.

A las nueve y media llegó un hombre á la barricada; Jeanty Sarre, que le conoció, le dijo:

—Buenas noches, Dionisio.

—Llámame Gaston.

—Por qué?

—Porque así debe ser.

—Es que eres tu hermano?

—Sí, hoy soy mi hermano.

—Pues buenas noches, Gaston.

Este hombre era Dionisio Dessoubs. Estaba pálido y ensangrentado, por haberse batido ya por la mañana. En la barricada de la puerta de San Martin una bala le tocó ligeramente en el pecho; por chocar contra el dinero que lle-

vaba en el chaleco solo le levantó la piel y le hizo un arañazo. Llevaba gorra, porque el sombrero lo perdió en la refriega, y reemplazó por un gaban que compró á un prendero el paletó que le habian agujereado las balas.

Ni él mismo sabia decir cómo pudo llegar hasta la barricada.

Viendo que Jeanty Sarre le estrechaba la mano, le preguntaron sus compañeros:

—Quién es este?

—Un hombre, pero os advierto que hace un momento éramos sesenta; ahora somos cien.

Todos se agruparon alrededor del recien venido. Sarre le ofreció el mando.

—No lo acepto, contestó él, porque las barricadas tienen una táctica que yo desconozco. Seria un mal jefe, pero seré un buen soldado. Dadme un fusil.

Entre tanto los generales preparaban el último ataque. No quedaba ya en todo Paris más que aquel punto de resistencia; era la última ciudadela del pueblo y del derecho aquel nudo de barricadas, aquella red de calles almenadas como un reducto. Los generales la sitiaban lentamente, paso á paso y por todas partes, concentrando todas las fuerzas. Los sublevados de vez en cuando interrumpian sus conversaciones y se ponian á escuchar. Oian por todas partes á la vez un ruido que era cada instante más claro, más inmenso y más formidable; lo producian los batallones que marchaban á paso de carga y al toque de las cornetas por las calles inmediatas.

La mayoría de los insurrectos creian que no serian atacados hasta el amanecer, porque los combates nocturnos son raros en la guerra de las calles, y pocos generales se aventuran á acometerlos; pero los veteranos defensores de la barricada por ciertas señales que notaban creian inmediato el asalto.

En efecto, á las diez y media de la noche se oyó un movimiento particular hácia los mercados; era el ejército que se ponia en movimiento. El coronel Lourmel iba á empezar el ataque. El 51 de línea, apostado en San Eustaquio, entró en la calle Montorgueil; el segundo batallon formaba la vanguardia. Los granaderos y los zapadores á la carrera se apoderaron con rapidez de las tres pequeñas barricadas que habia en la calle de Manconseil y de las poco defendidas de las calles inmediatas.

El momento supremo se acercaba.

Los centinelas se habian replegado á la barricada y los combatientes se contaron.

Desde el punto que ocupaban era difícil que pudieran darse cuenta de lo que estaba sucediendo. No sabian cuántas barricadas habia en la calle Montorgueil, entre la suya y la plaza de San Eustaquio, de donde venian las tropas. Solo sabian que el punto de resistencia más próximo á ellos lo constituia la doble barricada Manconseil, y que en cuanto la tomasen serian ellos atacados.

Dionisio se apostó en el borde interior de la barricada, de modo que sobresalia de ella la mitad del cuerpo y desde allí observaba. De repente hizo una señal; la de que el combate empezaba en el reducto Manconseil.

Así era; los soldados, despues de breve vacilacion, ante la doble muralla de adoquines alta y bien construida, se arrojaron á ella, abordándola á tiros; solo habia allí seis obreros, los que la habian levantado. De los seis solo uno disponia de tres cartuchos, los otros no tenian más que dos; pero los seis hombres, que oyeron venir al batallon y rodar las piezas de la batería, no se movieron. Todos permanecieron en su sitio de combate; cuando los soldados estuvieron á tiro, hicieron fuego; el batallon les contestó.

Los seis hombres del reducto Manconseil resistieron el choque del batallon cerca de un cuarto de hora, no tirando todos á la vez, segun decia uno de ellos, para hacer durar el placer más tiempo, y no se replegaron á las calles inmediatas hasta que hubieron agotado las municiones.

De pronto cesó el ruido; habian disparado el último tiro. En seguida se vieron bujías encendidas en todas las ventanas que caian en el reducto Manconseil, en las que reflejaban las bayonetas y las placas de los chacós. El comandante del batallon mandó á todas las casas vecinas que iluminasen las ventanas, y obedecieron esta órden. El reducto Manconseil ya no existia.

Al conocer que se aproximaba su última hora, los sesenta combatientes de la barricada del Petit-Carreau subieron á su fortaleza de adoquines y lanzaron unánimes este grito sonoro:—"¡Viva la República!„

Nadie les contestó.

Lo que oyeron fué que el batallon cargaba las armas.

Jeanty Sarre hizo cerrar la puerta de la taberna para que la barricada quedara enteramente sumida en la oscuridad y

les diera alguna ventaja sobre la barricada iluminada que ocupaban los soldados.

Entre tanto el 51 de línea registraba las calles, trasladaba los heridos á las ambulancias y tomaba posiciones en la doble barricada Manconseil. De este modo transcurrió media hora.

La tregua que precede siempre á los choques definitivos tocaba á su fin y se terminaban los preparativos por ambas partes. Los soldados se parapetaban y los oficiales dictaban órdenes.

—Empecemos, dijo Charpentier, y montó la carabina.

—Esperad, le dijo Dionisio cogiéndole por el brazo.

Entonces sucedió allí algo épico.

Dionisio escaló con lentitud los escalones de la barricada, subió hasta la cumbre, y allí se irguió, sin armas y con la cabeza desnuda. Elevando la voz y dirigiéndose á los soldados, les dijo:—Ciudadanos!

De una barricada á otra circuló como un extremecimiento eléctrico; cesaron todos los ruidos; callaron todas las voces y reinó en ambas partes silencio profundo, religioso, solemne. La claridad lejana de las ventanas iluminadas hacia entrever vagamente á los soldados un hombre de pié sobre una masa de sombra, semejante á un fantasma que les hablase de noche.

—Ciudadanos del ejército! escuchadme.

El silencio fué todavía más profundo.

Dionisio continuó hablando de este modo:

—¿Qué venimos á hacer aquí nosotros y vosotros, á estas horas, con el sable ó el fusil en las manos? Venimos á matarnos mútuamente. Por qué? Porque han lanzado entre nosotros un error; vosotros obedeceis á la disciplina y nosotros al derecho; creeis cumplir vuestra consigna y creemos cumplir nuestro deber. Nuestro deber, porque defendemos el sufragio universal, el derecho de la República, nuestro derecho, que tambien es el vuestro: el ejército es pueblo, como el pueblo es ejército; somos la misma nacion, el mismo pais y los mismos hombres. ¿Acaso yo que os hablo tengo sangre rusa en las venas? ¿Acaso vosotros que me escuchais sentís circular por las vuestras sangre prusiana? Siempre es triste que un hombre dispare contra otro hombre; pero que un francés tire á un inglés, se comprende; que no que un francés tire á otro frances, porque ese disparo hiere á la razon, hiere á la Francia, hiere á vuestra madre.

Todos le oian con ansiedad, pero en aquel instante, en la barricada opuesta, exclamó una voz:

—Entonces volveos á vuestras casas!

Al oir esta interrupcion brutal, los compañeros de Dionisio se extremecieron de indignacion y algunos montaron los fusiles. Dionisio les contuvo con un gesto imperativo. ¿Quién es este hombre? se preguntaban unos á otros los combatientes de la barricada. Dionisio entonces se ciñó la banda de su hermano Gaston.

—Es un representante del pueblo! exclamaron los insurrectos.

Habia llegado para Dionisio la hora de la mentira heróica, y exclamó:

—Soldados, el que os habla en este momento no es solo un ciudadano, es un legislador, es un representante elegido por el sufragio universal. Me llamo Dessoubs, y en nombre de la Asamblea Nacional, en nombre de la Asamblea soberana, os intimo á que me escucheis. Soldados, representais la fuerza; pero cuando la ley habla, la fuerza escucha.

Esta vez el silencio no fué turbado.

Dionisio Dessoubs continuó su peroracion del modo siguiente:

—Aquí son ya inútiles las palabras; aquí solo falta que nos abracemos como hermanos. Soldados, estais enfrente y á cien pasos de nosotros y en una barricada, con el sable desnudo y con los fusiles apuntados; pues bien, todos los que estamos frente á vosotros os profesamos afecto y daríamos nuestras vidas por salvar las vuestras. Sois los aldeanos de los campos de Francia y nosotros somos los obreros de Paris; debíamos querernos en vez de odiarnos. En el horrible campo de la guerra civil, prefiero morir á matar. Voy á bajar de la barricada y á dirigirme desarmado hácia vosotros, porque creo que sois mis hermanos, y llegaré hasta vosotros tranquilo; si alguno de vosotros me presenta la bayoneta, le tenderé la mano.

Entonces calló.

En la barricada opuesta dijo una voz:

—Avance, á la órden!

Dionisio descendió lentamente de la cresta vagamente iluminada de la barricada y se hundió, con la cabeza erguida, en la calle tenebrosa.

Los insurrectos le seguian con la vista con ansiedad indecible; sus corazones no latian, sus bocas no respiraban.

Nadie intentó detenerle, porque cono-

cian todos que iba donde era necesario ir. Charpentier quiso acompañarle, pero él no lo permitió.

Dionisio Dessoubs, solo y grave, siguió avanzando hasta la barricada Manconseil, pero la noche era tan oscura, que casi en seguida le perdieron de vista: solo oian en las tinieblas su paso mesurado y firme que se alejaba.

Pasó algun tiempo, y despues, en la barricada que ocupaban los soldados apareció un resplandor; probablemente lo produciria una linterna que encendian ó que reemplazaban. Entonces volvieron á ver á Dionisio, iluminado por aquella claridad; estaba ya cerca de la barricada, iba ya á alcanzarla andando con los brazos abiertos como Cristo. De repente dijo una voz de mando:

—Fuego! y estalló una descarga, que dispararon á quemaropa sobre Dionisio.

Cayó al suelo, pero en seguida se levantó gritando:—Viva la República!

Otra bala le hirió y volvió á caer; pero aun pudo levantarse por segunda vez y gritar con voz fuerte:—¡Muero con la República!

Estas fueron sus últimas palabras.

Así murió Dionisio Dessoubs, cumpliendo la palabra que empeñó á su hermano, y prometiéndose á sí mismo que aquella banda haria triunfar á la ley ó ceñiria un cadáver: en el primer caso, salvaria al derecho; en el segundo, el honor.

El insurgente del Elíseo, creyendo haber muerto á un representante del pueblo, se vanaglorió de su iniquidad. El único diario que se publicó para defender el golpe de Estado, con los diferentes títulos de *Patrie*, *Univers*, *Moniteur*, *Parisien*, etc., anunció al dia siguiente que "el ex-representante Gaston Dessoubs fué muerto en la barricada de la calle nueva de San Estaquio con una bandera roja en la mano.„

IV.

Hechos de la noche.—El Pasaje Saumon.

Reinó un momento de estupor en la barricada del Petit-Carreau cuando vieron caer á Dionisio con tanta gloria para los suyos y con tanta vergüenza para sus asesinos. Invadió durante un instante el horror todos los corazones, pero aquel instante duró pocos minutos; en seguida salió de la barricada el grito unánime de: Viva la República! y contestó á la alevosía con descarga formidable.

Comenzó el combate furioso por parte de los secuaces del golpe de Estado y desesperado por parte de los defensores de la República.

Mientras Dionisio Dessoubs hablaba, quince granaderos que mandaba un sargento consiguieron deslizarse en la oscuridad á lo largo de las casas, y sin ser oidos ni vistos consiguieron tomar posiciones cerca de la barricada. Los quince hombres se agruparon rápidamente con las bayonetas caladas á veinte pasos de la barricada, dispuestos á escalarla, pero la descarga los sorprendió y retrocedieron, dejando algunos cadáveres en la calle.

El comandante del batallon gritó entonces:—"Acabemos!„ El batallon que ocupaba la barricada Manconseil apareció por entero ordenado é inexorable, lanzándose á la calle.

En la barricada del Petit-Carreau observaron el movimiento y suspendieron el fuego.

—Apuntad, pero no tireis, les decia Jeanty Sarre; esperad que se os dé la órden.

Apuntaron los cañones de los fusiles entre los adoquines y esperaron.

El batallon, en cuanto salió del reducto Manconseil, se formó en columna de ataque, y en seguida se oyó el ruido intermitente del paso de carga.

—Charpentier, le preguntó Sarre; dime si están en mitad del camino, tú que tienes buena vista.

—Sí, le contestó Charpentier.

—Fuego! exclamó Jeanty Sarre.

La barricada disparó y la calle quedó envuelta en una nube de humo. Cayeron muchos soldados y se oian los gritos que lanzaban los heridos. El batallon, acribillado de balas, se paró y contestó con fuego de peloton.

Alcanzaron sus balas á siete ú ocho combatientes que sacaban la mitad del cuerpo fuera de la barricada; tres cayeron para no levantarse ya; uno de ellos, herido de un balazo en el vientre, cayó entre Sarre y Charpentier y daba terribles alaridos.

—Llevémosle aprisa á la ambulancia, dijo Sarre.

—Adónde?

—A la de la calle de Cadrau.

Sarre y Charpentier, cogiendo al herido por los piés y por la cabeza, le trasladaron á la referida ambulancia, saliendo por la abertura de la barricada.

Entre tanto continuaba el tiroteo de fila sostenido. Llenaba la calle espesa humareda; las balas silbaban cruzándose; se oian voces de mando severas y repetidas y algunos gritos lastimeros, y el resplandor de los disparos de los fusiles producia llamas en la oscuridad.

De pronto una voz potente gritó:—"Adelante!„ El batallon volvió á tomar el paso de carga y empezó á asaltar la barricada. Aquella lucha fué horrible; se batieron cuerpo á cuerpo cuatrocientos contra cincuenta. En la barricada no quedaba un solo cartucho, pero les quedaba la desesperacion. Un obrero que estaba atravesado de parte á parte se arrancó la bayoneta del vientre y atravesó con ella á un soldado. Los combatientes sin verse se devoraban, se aniquilaban á tientas.

La barricada apenas resistió dos minutos. Era demasiado baja por muchas partes, por la que la atravesaron más que la escalaron. Así la lucha fué más heróica. Louvain, uno de los luchadores que sobrevivió, decia al autor de este libro:—"La barricada se defendió muy mal, pero los hombres murieron muy bien.„

Lo que acabamos de referir sucedia mientras Jeanty Sarre y Charpentier trasladaban al herido á la ambulancia de la calle Cadrau. En cuanto le prestaron los primeros auxilios volvieron á la barricada. Al ir á entrar en ella oyeron una voz débil que les llamaba. Volvieron la cabeza hácia el sitio de donde salia la voz y vieron que uno de sus amigos, apoyado en la pared, vacilante y ensangrentado, iba á espirar. Era uno de los combatientes que salió de la barricada y apenas pudo dar algunos pasos, y que se apretaba con una mano el pecho, en el que habia recibido una bala á boca de jarro. Con voz apenas perceptible les dijo:—"Han tomado la barricada; huid.„

—Antes tengo que descargar el fusil, contestó Jeanty Sarre. Entró en la barricada y se fué.

El interior de la barricada presentaba aspecto horroroso. Los republicanos, abrumados por el número, no resistian ya. Los oficiales gritaban:—¡No hagais prisioneros! y los soldados mataban á los que permanecian en pié y remataban á los que estaban tendidos. La tropa mostró tal encarnizamiento, que parecia que se vengaba.

Un obrero llamado Paturel recibió tres balas y diez bayonetazos; le creyeron muerto y cesaron de herirle, pero él aun sintió que le estaban registrando y que le quitaron diez francos que llevaba. Como no murió hasta seis dias despues, pudo referir estos pormenores.

De los sesenta republicanos que se refugiaron en el reducto del Petit-Carreau, cuarenta y seis murieron allí: á media noche estaba el combate completamente terminado. Los furgones llevaron al dia siguiente nueve cadáveres al cementerio de los Hospicios y treinta y siete á Montmartre.

Jeanty Sarre, Charpentier y otro cuyo nombre no pudo averiguarse escaparon milagrosamente. Se deslizaron á lo largo de las paredes de las casas y llegaron al Pasaje Saumon. Las verjas que cierran el Pasaje durante la noche no llegaban hasta la bóveda de la puerta; las escalaron y pasaron por encima de las puntas de los hierros, con peligro de desgarrarse. Sarre subió el primero; al llegar á lo alto de la verja una de las lanzas le atravesó el pantalon, le enganchó y cayó de cabeza en tierra. Se levantó en seguida, aunque quedó unos momentos aturdido. Los otros dos le siguieron, y poco despues los tres se encontraron en el Pasaje, que un farol que brillaba en un extremo alumbraba débilmente. Oian los pasos de los soldados que les perseguian. Para conseguir escaparse por la calle de Montmartre, necesitaban escalar las verjas del otro extremo del Pasaje; pero tenian las manos destrozadas, ensangrentadas las rodillas, y quedaron sin fuerzas para practicar una segunda ascension.

Jeanty Sarre sabia dónde vivia el guarda del Pasaje; llamó á su puerta y le suplicó que le abriera, pero el guarda se negó.

En aquel instante el destacamento que les perseguia llegó á la verja que acababan de escalar. Los soldados, que oyeron ruido en el Pasaje, pasaron los cañones de los fusiles á través de los barrotes. Jeanty Sarre se refugió detrás de una de las columnas salientes que adornan el Pasaje, pero allí solo se cubria á medias. Los soldados dispararon y el Pasaje se llenó de humo. Cuando se disipó, Jeanty Sarre vió que estaba Charpentier extendido boca abajo sobre las baldosas, con el corazon atravesado por una bala; el otro compañero habia caido á poca distancia de él, mortalmente herido.

Los soldados no escalaron la verja, pero dejaron en ella un centinela. Sarre

oyó que se iban por la calle de Maudar, sin duda para volver, pero no podia huir; empujó todas las puertas sucesivamente y por casualidad se abrió una de ellas. Se agachó detrás de aquella puerta y permaneció allí más de una hora en pié, inmóvil y sin respirar. No oia ningun ruido y se aventuró á salir; habian ya quitado el centinela, y el destacamento se habia ido á unirse con el batallon.

Uno de sus antiguos amigos, que le debia muchos favores, vivia precisamente en el Pasaje Saumon. Jeanty Sarre buscó la casa, despertó al portero, dijo su nombre, le abrieron, subió la escalera y llamó á la puerta. Cuando ésta se abrió, apareció su amigo en el dintel, en camisa y con una bujía en la mano. Al reconocer á Sarre exclamó:—¡Ah, eres tú! De dónde vienes? De algun motin? De hacer alguna locura? ¿Quieres comprometernos á todos? ¿Quieres que nos fusilen? Qué quieres de mí?

—Que me cepilles, le contestó Jeanty Sarre.

Su amigo le cepilló y él se marchó en seguida. Desde la escalera le dijo:—Muchas gracias!

Este género de hospitalidad es el que nosotros hemos encontrado despues en Bélgica, en Suiza y hasta en Inglaterra.

Al dia siguiente, cuando levantaron los cadáveres, se encontró sobre el de Charpentier un libro de memorias y un lápiz y sobre el de Dionisio Dessoubs una carta dirigida á una mujer. Los corazones estóicos tambien aman.

El 1.° de Diciembre Dionisio empezó la siguiente carta, que no terminó:

"Mi querida María:

„¿Habeis experimentado alguna vez la angustia de tener que sufrir lo que os apesadumbra? Por mi parte, desde que nos hemos separado, no me aflige otra pena que la de pensar en vos; pero mi pena participa de cierta dulzura, que me agita al sentir en el fondo de mi corazon cuánto os amo y al comprobármelo el dolor que vuestra ausencia me causa. ¿Por qué me habré visto obligado á separarme de vos, siendo como éramos tan felices? Cuando pienso en nuestras veladas tan llenas de afecto y de abandono, en las alegres entrevistas en el campo con vuestras hermanas, me atormenta amarga pesadumbre. ¡Nos amábamos tan lealmente! No teníamos secretos los unos para los otros, no necesitábamos tenerlos, y de nuestros labios fluian los pensamientos de nuestros corazones, sin que nunca pensáramos retenerlos. Dios nos ha arrebatado todos estos bienes, pero nada me consolará de haberlos perdido. ¿No deplorais como yo nuestra fatal ausencia? Con poca frecuencia vemos á los séres queridos; las circunstancias nos alejan de ellos y nuestra alma, atormentada y atraida fuera de nosotros, vive en perpétuo dolor. Experimento la nostalgia que causa la ausencia. Me transporto á los sitios donde vos estais, sigo con la vista vuestras labores, oigo lo que decís sentado á vuestro lado, y procurando adivinar las palabras que van á salir de vuestra boca... ¡Ilusiones falaces de un momento! Mi mano busca vuestra mano. Dónde estais, amada mia?

„Mi vida es un destierro. Lejos de los que amo y de los que me aman, los llama mi corazon, que se consume en sus propios dolores. No me gustan las grandes ciudades, llenas de ruido y llenas de extraños, en donde no os conocen ni conoceis, donde todos se rozan y se codean sin cambiar una sonrisa; prefiero los campos tranquilos, la paz del hogar y la voz de los amigos que os acaricia. Hasta hoy siempre he vivido en contradiccion con mi naturaleza; mi sangre ardiente, mi modo de ser enemigo de la injusticia y el espectáculo de las miserias inmerecidas, me han lanzado á una lucha de la que no sé cómo he de salir, lucha en la que quiero permanecer sin miedo y sin reproche hasta el final, pero que me aflige y que me consume la vida.

„Os confieso, amada mia, las secretas debilidades de mi corazon, pero no puede ruborizarme lo que mi mano acaba de escribir, aunque mi corazon está enfermo y sufre. Borraria estas líneas si creyera que os pudieran ofender, pero las he escrito porque os conozco bien y sé que realmente me amais. Sí, no me habeis engañado; no he besado una boca mentirosa; cuando sentada sobre mis rodillas me adormecia oyendo el dulce arrullo de vuestras palabras, os creí. El fastidio me roe y me devora. Experimento una especie de furor de querer recobrar la vida. Quizá Paris me produce este efecto. Quisiera estar siempre en los sitios donde no estoy. Vivo en esta ciudad populosa en completa soledad. Os creo, María. . . . . .
. . . . . .
. . . . . „

El libro de memorias de Charpentier

solo contenia este verso, que escribió casi á oscuras al pié de la barricada mientras hablaba Dionisio Dessoubs:

Admonet et magna testatur per umbras.

V.

Otros sucesos desagradables.

Ivan habia vuelto á ver á Conneau. Él nos confirmó el detalle precisado en la carta de Alejandro Dumas á Bocage. Con el hecho tuvimos los nombres. El 3 de Diciembre, en casa de Abbatucci, calle Chanmartin, núm. 31, en presencia del doctor Conneau y de Petri, un corso nacido en Vezzani, llamado Jacques Francois Criscelli, hombre agregado al servicio personal y secreto de Luis Bonaparte, habia recibido de la boca de Petri la oferta de veinticinco mil francos "para prender ó matar á Víctor Hugo„.

—Bien, yo acepto, pero si somos dos, le respondió Petri.

—Entonces serán cincuenta mil.

Esta comunicacion, acompañada de ruegos apremiantes, me hizo Ivan en la calle Monthabor cuando estábamos aun en casa Dupont White.

Dicho esto continúo relatando.

La matanza del 4 no produjo todo su efecto hasta la mañana del dia siguiente; la impulsion que dimos á la resistencia duró algunas horas aun, y al amanecer terminaba el combate de la masa de casas comprendidas desde la calle de Petit-Carreau á la del Temple. Las barricadas Pagevin, San Eustaquio, Montorgueil, Rambuteau, Beaubourg y Transnonain fueron valientes; hubo allí un encabrestamiento de calles y de encrucijadas impenetrable, barricadeado por el pueblo, cerrado por el ejército.

El asalto fué inexorable y encarnizado.

La barricada de la calle Montorgueil fué de las que resistieron más tiempo. Necesitaron un batallon y una pieza de artillería para tomarla. Los soldados que la tomaron, despues de registrar las calles, escalaron la verja del Pasaje Verdeau, buscando en él á los combatientes fugitivos con linternas por todas partes, y no viendo allí á ninguno de los defensores de la barricada iban á marcharse, cuando uno de los soldados apercibió un pié que salia por entre las tablas que habia en un rincon del Pasaje para cerrar el barracon. Allí encontraron á tres fugitivos de la barricada de Montorgueil.

Los infelices exclamaban:—¡Fusiladnos, pero no nos hagais sufrir!

Los mataron á bayonetazos.

Los dueños de las tiendas oian los gritos, pero no se atrevian á abrir las puertas ni las ventanas, temerosos de que hicieran con ellos lo mismo.

Cuando terminaron la ejecucion, los verdugos dejaron á los tres víctimas extendidos sobre las baldosas y nadando en un lago de sangre.

Uno de los que combatieron en las barricadas de la calle de Beaubourg fué menos desgraciado. Le perseguian y se metió en una escalera, subió á un tejado y despues bajó á un corredor que pertenecia al último piso de una fonda. Vió una llave en una puerta, la abrió sin vacilar y entró, encontrándose frente á frente de un hombre que iba á acostarse. Era un viajero fatigado que acababa de entrar en el hotel. El fugitivo le dijo: —Estoy perdido, salvadme! Rápidamente le refirió lo que le sucedia. El viajero le contestó:—Desnudaos, pues, y acostaos en mi cama. Dicho esto encendió un cigarro y se puso á fumar tranquilamente: á poco rato de estar acostado el fugitivo llamaron á la puerta. Eran los soldados que estaban registrando la casa. A las preguntas que dirigieron al viajero, les contestó éste señalándoles la cama:—Estamos los dos solos en este cuarto y acabamos de llegar; yo fumo y mi hermano duerme. El camarero de la fonda confirmó las palabras del viajero y los soldados se fueron sin fusilar á nadie.

Debemos confesar que los soldados, victoriosos, mataban menos gente que el dia anterior. No hubo matanza general en las barricas, porque habian recibido la órden de hacer prisioneros. Parecia que se habian humanizado; pero vamos á ver en qué consistia su humanidad.

A las once todo habia terminado.

Prendieron á todos los que encontraron en las calles cercadas, fuesen ó no fuesen combatientes; obligaron á los dueños de cafés y de tabernas á abrir sus establecimientos, registraron muchas casas y prendieron en ellas á todos los hombres que encontraron. Dos regimientos formados en cuadro se llevaron confundidos á todos los prisioneros, los condujeron á las Tullerías y los encerraron en el vasto sótano que hay debajo de la terraza por la parte del rio. Al entrar allí se tranquilizaron los prisioneros,

porque recordaron que en Junio de 1848 encerraron á los insurgentes en dicho sitio y más tarde los deportaron. Confiaban sin duda que tambien los deportarian ó que los harian comparecer ante los Consejos de Guerra, y esto no era morir en seguida.

Tenian sed, porque muchos de ellos estaban batiéndose desde por la mañana y nada seca tanto la boca como morder cartuchos. Pidieron de beber y les trajeron tres cántaros de agua.

Esta condescendencia les tranquilizó más, porque entre ellos se encontraban antiguos deportados de Junio, que estuvieron entonces enterrados en aquel sótano y que dijeron:—En Junio no fueron tan humanos; nos hicieron pasar tres dias y tres noches sin comer ni beber.

Algunos se envolvieron en sus abrigos, se acostaron y se durmieron. A la una de la madrugada oyeron gran ruido por la parte de fuera y vieron soldados con antorchas que entraron en el sótano: los prisioneros que dormian se despertaron sobresaltados; un oficial les mandó que se levantaran. Les hicieron salir de allí confundidos y sin órden; los colocaron de dos en dos y un sargento los contó en voz alta. No les preguntaron sus nombres, ni sus profesiones, ni á qué familias pertenecian; se contentaban con saber la cifra; la cifra era suficiente para lo que querian hacer: de este modo contaron hasta trescientos treinta y siete, y despues los hicieron formar en columna cerrada, de dos en dos y dándose el brazo. No los ataron, pero á los dos lados de la columna colocaron tres filas de soldados que les limitaban el paso y dos batallones con los fusiles cargados, uno delante y otro detrás. Se pusieron en marcha, cerrados y envueltos en aquel marco movible de bayonetas.

En el momento en que echó á andar la columna, un jóven estudiante de derecho, que iba en una de las primeras filas, le preguntó á un capitan que estaba cerca de él con la espada desenvainada:

—Adónde vamos?

El oficial no le contestó.

Al salir de las Tullerías torcieron á la derecha y siguieron el muelle hasta el puente de la Concordia; atravesaron el puente y torcieron otra vez hácia la derecha; pasaron por delante de la esplanada de los Inválidos y llegaron al muelle desierto del Gros-Caillon.

Eran trescientos treinta y siete, como acabamos de decir, y como caminaban de dos en dos, el último tenia que ir solo. El que iba solo fué uno de los combatientes más atrevidos de la barricada de la calle Pagevin. Por casualidad, el sargento que en las filas de la tropa iba cerca de él era paisano suyo, y al pasar por delante de un farol se reconocieron y cambiaron los dos con rapidez y en voz baja algunas palabras.

—Dónde vamos? le preguntó el prisionero.

—A la Escuela Militar, le contestó el sargento.

Despues se separó á cierta distancia del prisionero. Pero cuando llegaron al desierto boulevard del Gros-Caillon, el sargento volvió á acercarse al prisionero y le dijo en voz muy baja y muy de prisa:

—Aquí está muy oscuro; vete por la izquierda, que hay muchos árboles. Escápate.

—Pero harán fuego contra mí, le objetó el prisionero.

—No es fácil que te acierten.

—Y si me matan?

—Eso no será peor que lo que te espera.

Lo comprendió el prisionero, estrechó la mano del sargento y, aprovechándose del intervalo que separaba la línea de la escolta, de un brinco se lanzó fuera de la columna y se perdió entre la oscuridad de los árboles.

—Se escapa un preso! gritó el oficial que mandaba la escolta. Alto! Fuego!

La columna se paró. La escolta disparó á la ventura en la direccion que tomó el fugitivo, pero, como previó el sargento, no le alcanzó ninguna bala. En pocos minutos llegó á las calles que rodean la fábrica de Tabacos y se perdió en ellas. No le persiguieron, porque iban á ocuparse en tarea más urgente; además, se podian desbandar las filas, y por coger un preso corrian el riesgo de que se les escaparan los trescientos treinta y seis que restaban.

La columna continuó su marcha, llegó al puente del Sena, torció á la izquierda y entró en el Campo de Marte.

Allí fusilaron á todos los prisioneros. Transportaron al cementerio Montmartre á los trescientos treinta y seis cadáveres, que enterraron dejándoles la cabeza descubierta, para que las familias pudieran reconocerlos. Se supo quiénes eran despues de fusilados.

Las ejecuciones en masa despues del 3

de Diciembre se renovaron casi todas las noches. Unas veces se verificaban en el Campo de Marte, otras en la Prefectura de policía y otras en los dos sitios á la vez.

Cuando las cárceles estaban llenas, Maupas decretaba fusilamientos, que se verificaban unas veces en el patio de la Prefectura de policía y otras en la calle de Jerusalen. Los desgraciados se apoyaban en la pared que sirve para fijar los carteles de los teatros. Eligieron aquel sitio por estar contiguo á un sumidero, en el que la sangre caia sin dejar huellas. El dia 5 fueron fusilados allí ciento cincuenta prisioneros.

La matanza del boulevard tuvo la prolongacion infame de las ejecuciones secretas. El golpe de Estado, despues de ser salvaje, volvió á ser misterioso. Pasó desde dar la muerte impudentemente en pleno dia, á dar la muerte enmascarada por la noche.

Hay de esto testimonios abundantes.

Esquirós, oculto en el Gros-Caillon, oia todas las noches los fusilamientos del Campo de Marte. Chambolle, en Mazas, la segunda noche de su llegada oyó desde las doce hasta las cinco de la madrugada tantas descargas, que creyó que atacaban la cárcel. Monferrier y Desmoulins vieron sangre recien derramada en la calle de Jerusalen.

El teniente coronel Caillaud, de la antigua Guardia republicana, al pasar por el puente Nuevo vió á los guardias municipales que apuntaban á los transeuntes y les dijo:—"Estais deshonrando el uniforme.„ Le prendieron y le registraron, y un guardia le dijo:—"Os fusilaremos si os encontramos un solo cartucho.„ Como no se lo encontraron, le condujeron á la Prefectura y le encerraron en el depósito.

Un antiguo magistrado, cuñado del general Lefló, estaba hablando con dos oficiales en el puente de la Concordia; delante de la escalinata de la Cámara se le acercaron dos agentes de policía y le dijeron:—"Corrompeis al ejército.„ Porque se indignó al oir esto le hicieron entrar en un coche y le condujeron á la Prefectura de la policía. En el momento de llegar vió que pasaba por el muelle un hombre jóven con gorra y blusa blanca, que conducian á culatazos tres guardias municipales. En el corte del parapeto un guardia le dijo:—"Entra aquí.„ El hombre entró y dos guardias le fusilaron por la espalda. La víctima cayó, y el tercer guardia acabó con él disparándole un tiro en el oido.

El dia 13 las matanzas no habian terminado aun. La mañana de aquel dia un transeunte solitario que atravesaba la calle de San Honorato vió pasar entre dos filas de soldados dos furgones cargados extraordinariamente, que iban dejando un reguero de sangre detrás de ellos. Venian del Campo de Marte, se dirigian al cementerio de Montmartre y estaban llenos de cadáveres.

VI.

La comision consultiva.

En cuanto pasaron los peligros desaparecieron todos los escrúpulos. Los hombres prudentes y sensatos se adhirieron al golpe de Estado y dejaron fijar sus nombres en las esquinas, al pié de un cartel, en que hizo saber al pueblo francés el presidente de la República que para rodearse de hombres inteligentes y patrióticos habia resuelto nombrar una comision consultiva, compuesta de 170 personajes, que inspiraran confianza al pais. (1)

El decreto de que nos ocupamos iba firmado por el presidente de la República, Luis Napoleon Bonaparte, y refrendado por Morny, ministro del Interior.

Al mismo tiempo que el decreto, apareció en las esquinas la siguiente protesta de M. Daru:

"Me adhiero á los actos realizados por la Asamblea nacional en la Alcaldía del 10.° distrito el dia 2 de Diciembre de 1851, y á los que no he podido contribuir por habérmelo impedido la violencia que se usó conmigo.

DARU.„

Algunos de los miembros de la comision consultiva acababan de salir de Mazas ó de Monte Valerien. Estuvieron encerrados veinticuatro horas y despues les pusieron en libertad. Como se vé, estos legisladores no guardaron rencor al hombre que les hizo sufrir las consecuencias de haber él violado las leyes. Muchos de los personajes incluidos en esa comision magna no tuvieron otro nombre que el que les daban los acreedores que no les dejaban vivir. Uno de ellos habia quebrado dos veces, aunque con la circunstancia atenuante de que-

(1) Suprimimos la farragosa nota de los nombres y apellidos de los susodichos personajes, que el autor francés inserta, para no fatigar la atencion de los lectores.—(N. del T.)

brar en nombre de otro; otro pertenecia á una sociedad literaria científica, y vivia de vender su voto; otro, elegante á la moda, cepillado y barnizado, vivia á expensas de una mujer. Gentes de esta clase se adhirieron sin vacilar á este acto, que salvaba á la sociedad.

Algunos otros de los que componian semejante mosáico no tenian ninguna opinion política, y solo consintieron en figurar en la lista para no perder sus empleos ni sus sueldos; fueron neutrales, lo mismo antes que despues del Imperio, y continuaron siéndolo durante los diez y nueve años del reinado, ejerciendo funciones militares, judiciales ó administrativas, cándidamente rodeados de la justa consideracion que se debe tener á los imbéciles inofensivos.

Otros eran realmente hombres políticos, pertenecientes á la docta escuela que empieza en Guizot y que no acaba en Parieu, graves médicos del órden social, que tranquilizan á la clase media asustada y que sirven para conservar el *statu quo*.

.....Perderé el ojo, doctor?
No, que le tengo en la mano.

Habia en aquel semi-Consejo de Estado bastante número de hombres de policía, género que entonces estaba muy en boga, como Carlier, Pietri, Maupas, etcétera.

Poco despues del 2 de Diciembre, con el título de comisiones mixtas, la policía sustituyó á la justicia, pronunció sentencias y violó judicialmente todas las leyes, sin que la magistratura regular pusiese el menor obstáculo á la magistratura incorrecta.

Algunos de los hombres incluidos en la lista de la comision consultiva renunciaron á pertenecer á ella; éstos fueron Leon Faucher, Goulart, Mortemart, Federico Granier, Marchaud, Maillard, Paravey y Bengnot. Los periódicos recibieron la órden de no publicar estas renuncias.

M. Bengnot hizo imprimir en sus tarjetas de visita lo siguiente: *El conde Bengnot no pertenece á la comision consultiva.*

José Perier fué de esquina en esquina, con un lápiz en la mano, borrando su nombre de todas las listas y diciendo:—*Vuelvo á tomar mi nombre allí donde lo encuentro.*

El general Baragnay-d' Hilliers no renunció. Era, sin embargo, un bravo soldado que habia perdido un brazo en la campaña de Rusia. Más tarde fué mariscal de Francia. Y merecia no haber debido este grado á Luis Bonaparte; era digno de mejor fin. A fines de Noviembre, el general Baragnay-d' Hilliers, sentado en un gran sillon, se calentaba en la chimenea del salon de conferencias de la Asamblea nacional: uno de sus colegas, el que escribe estas líneas, se sentó cerca de él, al otro lado de la chimenea. No se hablaban. Él pertenecia á la derecha y yo á la izquierda; pero entró M. Piscatory, que vacilaba entre pertenecer á una parte ó á otra, é interpeló de este modo á Baragnay-d' Hilliers.

—General, sabeis qué noticia corre?

—Qué noticia?

—Que el presidente nos vá á cerrar en las narices las puertas de la Asamblea.

El general contestó:

—Si el señor Bonaparte nos cierra las puertas de la Asamblea, la Francia nos las volverá á abrir de par en par.

Luis Bonaparte queria titular á dicha comision *Comision ejecutiva.*

—No, le contestó Morny; esto seria suponer valor á sus individuos; ellos se prestarán á ser sostenedores, pero no querrán proscribir.

Consignemos de paso un detalle. Pocos dias despues del 4 de Diciembre, Manuel Arago encontró á Dupin en el barrio de San Honorato y le dijo:

—Vais acaso al Elíseo?

—No voy jamás al burdel, le contestó Dupin; pero más tarde fué.

Le nombraron procurador general del tribunal de Casacion.

VII.

La otra lista.

Al mismo tiempo que se publicó el decreto creando la junta consultiva, apareció otro decreto desterrando á varios representantes de la izquierda. Decia así:

"DECRETO.

Artículo 1.° Son expulsados del territorio francés, del de Argelia y de las colonias, por causa de seguridad general, los antiguos representantes de la Asamblea nacional aquí incluidos:

Valentin, Racouchet, Perdignier, Cholat, Latrade, Renaud, Benoist, Burgard, Colfavru, Faure, Gambon, Lagrange, Nadaud, Terrier, Víctor Hugo,

Cassal, Gignard, Vignier, Charrasin, Baudsept, Savoye, Joly, Coubier, Boysset, Duché, Eunery, Guilgot, Hochstuhl, Michot, Boutet, Banne, Berthelon, Schœlcher, De Flotte, Joigneaux, Laboulaye, Brups, Esquirós, Madier, Parfait, Pean, Pelletier, Raspail, Bae, Bancel, Belin, Besse, Bourzat, Brive, Chavoix, Dulac, Dupont, Dessoules, Guiter, Laton, Lamarque, Lefranc, Leroux, Maigne, Malardier, Mathieu, Millotte, Roselli, Mollet, Charras, Ferreol, Sounnier y Testelin.

Art. 2.° En el caso en que, contrariando el presente decreto, alguno de los individuos designados en el artículo 1.° entre en los territorios de donde se le expulsa, podrá ser deportado, como medida de seguridad general.

Dado en el palacio de las Tullerías, oido el Consejo de ministros, en 9 de Enero de 1852.

LUIS BONAPARTE.

El ministro del Interior,

DE MORNY.„

Además de ésta, se publicó otra lista de *alejados*, en la que figuraban Edgard Quinet, Víctor Chantfour, el general Laidet, Pascal Duprat, Versigny, Antony Thouret, Thiers, Girardin y Remusat. Los cuatro representantes Mathe, Greppo, Marc-Dufraisse y Richardet fueron añadidos despues á la lista de los *expulsados*. Al representante Miot le destinaron á sufrir las torturas de las casamatas de Africa. De este modo, además de las matanzas, la victoria del golpe de Estado se consolidó con esta cifra: ochenta y ocho representantes proscriptos y uno muerto.

Tenia costumbre de almorzar en Bruselas, en el café de las Mil Columnas, que era donde concurrian los proscriptos. El 10 de Enero invité á almorzar á Michel de Bourges y nos sentamos á la misma mesa. El camarero me trajo el *Monitor* francés, y dándole una ojeada, exclamé:

—Aquí está la lista de proscripcion. La leí en un instante y le dije á mi compañero:—Tengo que daros una mala noticia. Michel de Bourges palideció.—No estais incluido en la lista de proscripcion.—Entonces su semblante recuperó la alegría.

A Michel de Bourges, que no temia á la muerte, acobardaba el destierro.

VIII.

David d' Angers.

En su casa de la calle de Assas, número 16, prendieron al célebre escultor David d' Angers: al entrar el comisario de policía le preguntó:

—Teneis armas en casa?

—Tengo armas, le contestó David, por si tengo necesidad de tratar con gentes civilizadas.

—Dónde están? Veámoslas.

David enseñó al comisario su taller lleno de esculturas magistrales.

Le hicieron subir á un carruaje y le condujeron al depósito de la Prefectura de policía, en el que caben ciento veinte detenidos y habian metido setecientos. Pusieron á David con otros doce en un calabozo en que solo cabian dos, que no recibia luz ni aire. Solo tenia un estrecho respiradero encima de las cabezas y una asquerosa cubeta para beber todos, que cubria una tapadera de madera. Al medio dia les daban sopa. Permanecian de pié contra las paredes y por la noche con las piernas encogidas en los colchones, no pudiendo extenderlas por falta de espacio: por fin, apretándose unos contra otros, lograron acostarse; les dieron mantas. Algunos dormian. Al despuntar el dia rechinaban los cerrojos, la puerta se abria y el carcelero les gritaba:—Levantaos! Les hacia pasar al corredor contiguo, plegaba los colchones, tiraba algunos cubos de agua en las baldosas, las secaba, volvia á colocar los colchones sobre el suelo húmedo y les decia:—Entrad. Pasaba otra vez los cerrojos y hasta el dia siguiente. De vez en cuando llegaba un centenar de detenidos y hacian salir á un centenar de los antiguos. Por la noche los presos oian descargas desde el calabozo, y por la mañana los transeuntes veian charcos de sangre en el patio de la Prefectura.

El llamamiento de los que salian se hacia por órden alfabético.

Un dia llamaron á David d' Angers; éste se disponia á salir, cuando el director de la cárcel, que parecia interesarse por él, se le acercó rápidamente y le dijo: —Quedaos, señor David, quedaos.

Una mañana vió entrar en su célula á Buchez, antiguo presidente de la Asamblea constituyente.—Ah! exclamó David; venís á visitar los presos? me pare-

ce bien.—No, vengo tambien preso, le contestó Buchez.

Para dejar libre á David le exigieron que se marchase á América, pero él se negó; tuvieron que contentarse con que fuese á Bélgica. El 17 de Diciembre llegó á Bruselas. Vino á verme y me dijo: —Vivo en el Gran-Monarca, calle de los Prenderos, núm. 89. Despues añadió riendo:—Gran-Monarca, rey, prenderos, realistas, núm. 89, revolucion: la casualidad tiene mucho talento.

IX.

Nuestra última reunion.

El dia 3 todo afluia hácia nosotros; el dia 5 todo se nos alejaba, como un mar inmenso que huye. Tuvo una avenida formidable y una retirada siniestra. Así son las sombrías mareas del pueblo. Tuvo bastante poder un pigmeo para decir á aquel Océano: "No irás más allá„.

Las retiradas del abismo son insondables.

El abismo tiene miedo. De qué? De algo más profundo que él; del crímen.

El pueblo retrocedió; retrocedió el 5 y desapareció el 6, dejando en el horizonte una noche inmensa que empezaba. Aquella noche era el imperio.

Nos encontramos el dia 5 solos como estábamos el dia 2. Perseverábamos en nuestra situacion, desesperados, sí, pero no desalentados.

Iban trayéndonos malas noticias unas detrás de otras; Aubry del Norte estaba en la Conserjería; nuestro elocuente y querido amigo Cremieux en Mazas; Luis Blanc, á pesar de estar desterrado, venia al socorro de la Francia y nos traia el gran poder de su nombre y de su alma, pero se vió obligado, como Ledru Rollin, á pararse ante la catástrofe del dia 4, sin poder pasar de Tournay.

Carecíamos de punto donde reunirnos; vigilaban la casa núm. 15 de la calle de Richelieu, y habian denunciado la del núm. 17 de la calle de Monthabor. Errábamos por Paris, encontrándonos por casualidad, y cambiamos algunas palabras en voz baja, sin saber qué seria de nosotros.

A pesar de tantas dificultades, celebramos una reunion el dia 6 en casa del representante Raymond, en la plaza de la Magdalena; allí nos encontramos casi todos. Estreché la mano de Edgard Quinet, de Chantfour, de Clemente Dulac, de Bancel, de Versigny y de Emilio Pean y de otros muchos. Desde las ventanas de la sala donde deliberábamos se veia la plaza de la Magdalena y los boulevares militarmente invadidos, llenos de tropa alineada en batalla, como si se preparase para hacer frente á otro combate posible.

Vino á reunirse con nosotros Charamaule, que sacó en seguida del gaban dos pistolas, las colocó sobre la mesa y dijo:—Todo ha terminado ya. Solo es posible intentar una temeridad, pero me ofrezco á intentarla. ¿Venís conmigo, Víctor Hugo?

—Sí, le contesté.

No sabia lo que iba á decir, pero sabia que seria algo digno.

—Quedamos aquí, continuó diciendo, sobre cincuenta representantes del pueblo en pié y reunidos, y somos los restos de la Asamblea nacional, del sufragio universal, de la ley y del derecho. Mañana quizás estemos dispersos ó muertos. Podemos aprovechar esta hora, quizás la última con que podemos contar. El grupo que formamos representa á la República; pues ofrezcamos entera la República en nuestras personas al ejército y hagamos que el ejército retroceda ante ella. Es necesario que en este minuto supremo tiemblen la fuerza ó el derecho. Si el derecho no tiembla, la fuerza temblará. Vamos al encuentro de un crímen. Si la ley avanza, el crímen retrocederá; pero si así no sucede, habremos cumplido nuestro deber. Si sobrevivimos, seremos salvadores; si morimos, héroes. Esto es lo que propongo.

Reinó profundo silencio en la reunion.

—Revistámonos con nuestras bandas y salgamos procesionalmente de dos en dos por la plaza de la Magdalena. Iremos al encuentro del coronel, que está en la gran escalinata con su regimiento formado en batalla; le intimaré á que cumpla con su deber, á que devuelva el regimiento á la República. Si se niega...

Charamaule cogió con las manos las dos pistolas y añadió:

—Le descargaré en la cabeza las dos pistolas.

—Os acompañaré, le dije.

—Así me lo figuraba, me contestó Charamaule. Esta explosion despertará al pueblo.

—Y si el pueblo no se despierta? exclamaron muchos representantes.

—Moriremos.

Cuando concluyó de hablar Charamaule le hicieron varias objeciones; na-

die tenia miedo, pero todos deseaban acertar. ¿No era aquel acto una locura, y una locura inútil? ¿No seria esto jugarse sin ninguna probabilidad posible la última carta de la República? ¿No seria una fortuna para Bonaparte aplastar de un solo golpe á todos los elementos resistentes y militantes que quedaban libres? Aunque estábamos vencidos, no debíamos añadir á la derrota el aniquilamiento, no teniendo ninguna probabilidad de triunfar. Hacer lo que aconsejaba Charamaule seria abrirse la tumba por medio de un gran suicidio, pero que al fin y al cabo era suicidio. Ser héroes en ciertos casos es ser egoistas. Es salir pronto del paso, adquirir rápidamente reputacion y conquistar fácilmente un nombre en la historia; pero en cámbio se deja á los que vienen detrás de nosotros el ímprobo trabajo de una larga protesta, la inquebrantable resistencia del destierro, la vida amarga y triste del vencido, que continúa combatiendo á la victoria. Tener cierto grado de paciencia es una de las cosas útiles para la política; saber esperar la revancha es muchas veces más difícil que precipitar el desenlace. Existen dos clases de valor, el de la bravura y el de la perseverancia. El primero es el valor del soldado, el segundo es el valor del ciudadano. No basta concluir de un modo cualquiera; salir del paso muriendo se realiza con facilidad, pero lo que es más necesario y lo que es más difícil es no perjudicar á la pátria muriendo. El *hoy* que nos proponeis, nos decian nuestros nobles contradictores á Charamaule y á mí, es la supresion del *mañana*; considerad que entra cierta cantidad de desercion en el suicidio.

La palabra *desercion* lastimó á Charamaule, que contestó:

—Pues si es así, renuncio á mi plan.

De aquella escena grandiosa, Edgard Quinet me hablaba con emocion profunda, más tarde, en el destierro.

Nos separamos los representantes para no volvernos á reunir.

Vagaba por las calles sin saber dónde pasar la noche, que era muy fria, y me decidí á volver á mi último asilo de la calle de Richelieu, que entonces quizás era peligroso. Pero hice bien en elegirle; cené y pasé allí una buena noche.

X.

El deber puede tener dos aspectos.

Vamos á ocuparnos de un hecho que no podemos pasar en silencio.

El 16 de Noviembre de 1851 me encontraba en la calle de Tour-d' Auvergne, número 37, trabajando en mi gabinete: eran cerca de las doce de la noche, y mi criado entreabrió la puerta para decirme:

—Podeis recibir á...?

Pronunció un nombre y un apellido.

—Sí, le contesté.

Entró un personaje. Debo ocuparme con reserva de él, porque era un hombre distinguido y digno de consideracion. Bastará que diga que al designar á los Bonapartes, podia decirles "mi familia„. Sabido es que la familia de los Bonapartes se dividia en dos ramas, el de la familia imperial y el de la familia privada. La familia imperial conservaba la tradicion de Napoleon y la familia privada la tradicion de Luciano, pero esta diferencia no era absoluta en ellas. Mi visitante nocturno se sentó al otro lado de la chimenea.

Empezó hablándome de las Memorias de una nobilísima y virtuosa mujer, la princesa***, su madre, cuyo manuscrito me habia confiado, pidiéndome consejo sobre la utilidad ó la conveniencia de la publicacion: el manuscrito era interesante, y para mí además tenia el encanto de que la letra de la princesa se parecia á la letra de mi madre. Entregué el manuscrito á mi visitante, que le ojeó durante algunos minutos, y en seguida, volviéndose bruscamente hácia mí, me dijo:

—La República está perdida.

—Poco le falta, contesté.

—Si vos no la salvais, añadió.

—Yo?

—Vos.

—Cómo?

—Escuchadme.

Entonces me expuso, con un estilo claro que alguna vez oscurece la paradoja, que es uno de los recursos de su notable talento, la situacion en que nos encontrábamos, que era á la vez desesperada y firme.

La situacion, que comprendia yo como él, era entonces la siguiente:

La derecha de la Asamblea se componia de cuatrocientos miembros y la iz-

quierda de ciento ochenta. Los cuatrocientos de la mayoría pertenecian por terceras partes á tres partidos, al legitimista, al orleanista y al bonapartista, y en su totalidad al partido clerical. Los ciento ochenta de la minoría eran republicanos. La derecha desconfiaba de la izquierda, y habia tomado contra la minoría la siguiente precaucion: nombró un comité de vigilancia, compuesto de diez y seis de los principales miembros de la derecha, que diese unidad á la totalidad de partidos y que vigilase á la izquierda. La izquierda, al principio, se concretó á ser irónica, y tomando prestada una denominacion á la que se unia entonces sin motivo la idea de decrepitud, llamó á los diez y seis individuos del comité de vigilancia los *burgraves*. Despues, pasando la izquierda desde la ironía á la sospecha, creó tambien, para dirigir la oposicion y vigilar á la derecha, un comité de diez y seis miembros, que la derecha bautizó con el nombre de los *burgraves rojos*. Inocentes represalias. Pero el resultado fué que la derecha vigilaba á la izquierda y la izquierda á la derecha, pero nadie vigilaba á Bonaparte; eran dos rebaños que, recelosos uno del otro, se olvidaban del lobo. Entre tanto, Bonaparte trabajaba en su guarida del Elíseo y aprovechaba el tiempo que perdian en la Asamblea la mayoría y la minoría desconfiando una de otra. Como la avalancha se siente desgajarse, se sentia en la oscuridad agitarse la catástrofe. Cada cual espiaba al enemigo, pero no volviendo la cabeza á la parte donde se encontraba.

Saber orientar la desconfianza es el secreto de la gran política. La Asamblea de 1851 no tuvo esta sagaz seguridad de mirada y los hechos presentaban mala perspectiva; cada partido veia el porvenir de un modo y la miopía política cegaba tanto á la derecha como á la izquierda; temian, pero no lo que debian temer; se encontraban ante un misterio, ante una alevosía, pero la buscaban donde no estaba; de modo que los dos rebaños, minoría y mayoría, se miraban frente á frente asustados; y mientras los directores de una parte y los de la otra, graves y atentos, se preguntaban con ansiedad qué significaban los gruñidos de la izquierda los unos y los balidos de la derecha los otros, se exponian á que cayeran bruscamente sobre sus espaldas las cuatro garras del golpe de Estado.

Mi interlocutor me preguntó:

—Sois uno de los diez y seis?

—Sí, contesté sonriendo, soy *burgrave rojo*.

—Y yo *príncipe rojo*.

Su sonrisa correspondió á la mia y continuó:

—Teneis plenos poderes?

—Sí, como los demás; pero no, la izquierda no tiene jefes.

—¿El comisario de policía de la Asamblea, Yon, es republicano?

—Sí.

—¿Obedecerá una órden que lleve vuestra firma?

—Sin duda.

Entonces el desconocido me miró con fijeza y repuso:

—Pues bien, haced arrestar al presidente esta noche.

—Qué quereis decir?

—Lo que digo.

Debo declarar que su frase era clara, firme y convencida, y que me dejó durante el curso de la conversacion la impresion de un acento leal que nunca olvidaré.

—Arrestar al presidente! exclamé.

Entonces me explicó que lo que me parecia extraordinario era sencillo; que el ejército fluctuaba, y que para éste, los generales de Africa pesaban tanto como el presidente; que la Guardia nacional era partidaria de la Asamblea, pero de la izquierda de la Asamblea; que el coronel Forestier respondia de la 8.ª legion, el coronel Gressier de la 6.ª y el coronel Howyne de la 5.ª; que con una órden de los diez y seis representantes de la izquierda el pueblo tomaria las armas inmediatamente, y hasta con mi sola firma; que si, esto no obstante, preferia reunir al comité en secreto, podria diferir el acto que me indicaba hasta el dia siguiente; que dando una órden del comité de los diez y seis saldria un batallon contra el Elíseo, y encontrándole desprevenido, pensando en la ofensiva y no en la defensiva, podria cogérsele de improviso; que el ejército no resistiria á la Guardia nacional, y todo se conseguiria sin disparar un tiro; que Vincennes se abriria y se cerraria mientras estuviera durmiendo Paris; el presidente acabaria de pasar la noche allí, y al despertar, la Francia sabria esta doble noticia: que Bonaparte estaba fuera de combate y la República fuera de peligro.

Despues añadió:

—Podeis contar con dos generales: Neumayer en Lyon y Lawoestyne en Paris.

Se levantó, y apoyándose pensativo en la chimenea, continuó diciendo:

—No me siento con fuerzas para volver al destierro, pero sí con voluntad para salvar á mi familia y á mi pátria.

Creyó observar en mí un movimiento de sorpresa, y acentuó y casi subrayó lo siguiente:

—Me explicaré con más claridad: repito que quisiera salvar á mi familia y á mi pais. Llevo el nombre de Napoleon, pero sin fanatismo. Soy Bonaparte, pero no soy bonapartista. Respeto el apellido, pero sé juzgarle con imparcialidad. Se manchó el 18 Brumario y deseo que no se manche otra vez. La primera mancha la lavó la gloria; Austerlitz la absuelve y el génio de Napoleon consigue disculparla. Napoleon está bien en lo alto de su columna: que le dejen allí tranquilo y que no dejen á la Francia refrescar la memoria, porque la gloria de Napoleon es vulnerable, y no deben abrir la cicatriz cerrada. A pesar de sus entusiastas apologistas, Napoleon se hirió á sí mismo el 18 Brumario.

—Efectivamente, el crímen siempre hiere al criminal, le contesté.

—Su gloria sobrevivió al primer golpe, pero quizá el segundo golpe la mataria, y porque esto no suceda trato de impedirlo. Por eso he venido á veros esta noche. Si seguís mi consejo, apoyado por la izquierda, salvo el primer Napoleon, y voy más allá para completar mi pensamiento: salvo tambien al actual Napoleon, que, como no es glorioso, de un 18 Brumario solo le quedaria el crímen. Prendedle, pues.

Hablaba profundamente conmovido; hizo una pausa y luego continuó:

—Consiste la salvacion de la República en encarcelar á Luis Bonaparte, de modo que creo que con lo que os propongo salvo, como antes os dije, á mi familia y á mi pátria.

—Pero vuestro medio de salvacion es un golpe de Estado.

—Lo creeis así?

—Sin duda alguna, porque siendo minoría obraríamos como si fuéramos mayoría; siendo una parte de la Asamblea, procederíamos como si fuésemos la Asamblea entera, y seríamos usurpadores, nosotros que condenamos toda usurpacion. Pondríamos la mano sobre un funcionario que solo la Asamblea tiene derecho de prender; nosotros, los defensores de la Constitucion, la hollaríamos, y nosotros, los defensores de la ley, la violaríamos. Este hecho constituiria un verdadero golpe de Estado.

—Sí, pero en beneficio de la nacion.

—El mal, aunque se practique en beneficio público, siempre permanece siendo mal.

—Menos cuando triunfa.

—Cuando triunfa sobre todo.

—Por qué?

—Porque entonces se convierte en ejemplo.

—Entonces no aprobareis el 18 Fructidor.

—No.

—Sin embargo, el 18 Fructidor impide el 18 Brumario.

—Al contrario, lo prepara.

—Esto no obstante, la razon de Estado existe.

—No; lo que existe es la ley.

—Hombres integérrimos han aceptado, sin embargo, el 18 Fructidor.

—Ya lo sé.

—Blanqui y Michelet lo aprueban.

—Barbés y yo lo rechazamos.

De la parte moral pasé á la parte práctica, y continué examinando su plan, que estaba erizado de dificultades. Se las hice tocar con el dedo. No se podia contar con la Guardia nacional, porque el general Lawoestyne no la mandaba aun; no se podia contar con el ejército, porque el general Neumayer estaba en Lyon y no en Paris, y no podia asegurarse que acudiera á defender á la Asamblea; lo mismo podia decirse de Lawoestyne; si llamábamos á las armas á la 8.ª legion, no sabíamos si acudiria á su llamamiento, porque Forestier no era ya su coronel. Grenier y Howyne solo eran tenientes coroneles de la 5.ª y la 6.ª legion; les seguirian éstas? Tampoco sabemos si el comisario Yon obedeceria á la izquierda; era agente de la Asamblea, por lo tanto de la mayoría y no de la minoría. Faltaba resolver todas estas cuestiones, que aunque se solventaran en buen sentido para nosotros, nos quedaria en pié otra gran cuestion, la del éxito. Para prender al presidente se necesita alguna órden de la Asamblea, y nosotros reemplazaríamos esta órden por un acto de la izquierda, como si dijéramos escalamiento del poder y fractura de la ley. Supongamos ahora que encontremos resistencia; en este caso necesitamos derramar sangre, que á eso es lo que conduce la violencia de la ley. El acto, pues, se convertiria en crímen.

—No, porque seria el *salus populi suprema lex*.

—No, yo no mataria un niño por salvar á un pueblo.

—Caton lo haria.

—Pero Jesús no.

—Os apoya toda la antigüedad; la verdad griega y la verdad romana están de vuestra parte, pero la verdad humana está de la mia, y el horizonte nuevo es más dilatado que el antiguo.

Mediaron algunos instantes de silencio, que mi interlocutor rompió, diciendo:

—Entonces él atacará.

—Que ataque.

—Tendreis que luchar en una batalla perdida de antemano.

—Eso es lo que temo.

—Combate tan desigual solo puede terminar para vos con la muerte ó con el destierro.

—Eso es lo que creo.

—La muerte es un momento, pero el destierro dura mucho.

—A todo se acostumbra el hombre.

—Pero no solo sereis proscripto, sino calumniado.

—Estoy acostumbrado á la calumnia.

—¿Sabeis que murmuran de vos, Víctor Hugo?

—Qué?

—Dicen que estais irritado contra Napoleon porque no quiso nombraros ministro.

—Ya sabeis que no es así.

—Sé todo lo contrario; sé que os lo propuso y que lo rehusásteis.

—Pues entonces...

—Mentirán.

—Qué me importa!

—Vos, que hicísteis entrar en Francia á los Bonapartes, sereis desterrado por uno de ellos.

—¿Quién sabe si entonces no cometí una falta? La injusticia que quieran cometer conmigo quizá sea una justicia.

Medió otra pausa en el diálogo. Despues me preguntó:

—Podreis soportar el destierro?

—Haré todo lo posible.

—Podreis vivir lejos de Paris?

—Viviré en las orillas del Océano.

—Eso es triste.

—Pero grandioso.

—No sabeis aun lo que es el destierro. Yo sé por experiencia que es horrible y no me encuentro dispuesto á volver á él. De la muerte no se puede volver y al destierro no se quiere volver.

—Si fuera necesario iria y volveria otra vez.

—Prefiero morir: dejar la vida no es nada, pero dejar la pátria...

—Ah! exclamé, es dejarlo todo.

—¿Por qué aceptar, pues, el destierro pudiendo evitarle? ¿Qué está para vos sobre la pátria?

—La conciencia.

Esta respuesta le dejó pensativo, pero continuó:

—Si reflexionais en lo que os estoy diciendo, vereis como vuestra conciencia lo aprueba.

—No, y ya os he dicho por qué. Para mí no hay nada superior á la conciencia. La siento en lo alto de mi pensamiento, como el promontorio pudiera sentir el faro que está sobre él. La vida es un abismo y la conciencia es la claridad que lo ilumina á mi alrededor.

—Tambien la conciencia á mí me hace hablar de este modo y me aprueba el plan que acabo de proponeros. Tiene la apariencia de hacer traicion á Luis, pero yo creo que obrando de este modo le sirvo. Evitarle un crímen es salvarle. Han sido inútiles todos los medios que probé para conseguirlo; solo me queda el último recurso: prenderle. Al obrar como obro, conspiro al mismo tiempo contra él y en su favor, en beneficio de su honor y en perjuicio de su poder. Estoy tranquilo.

—Debeis estarlo; vuestro pensamiento es levantado y noble, pero nuestros deberes son diferentes. Solo podria impedir que Luis Bonaparte cometiese un crímen cometiendo yo otro, y no quiero que llegue el 18 Brumario para él ni el 18 Fructidor para mí. A proscribir prefiero ser proscripto, y pudiendo elegir entre dos crímenes, el mio ó el de Luis Bonaparte, elijo el suyo.

—Tendreis que arrostrar las consecuencias.

—Prefiero sufrirlas á cometer el crímen.

Se quedó un momento pensativo y despues repuso:

—Como querais; quizás los dos tenemos razon.

—Así lo creo, le contesté.

Me estrechó la mano, tomó el manuscrito de su madre y se fué.

Eran las tres de la mañana y nuestra entrevista duró más de dos horas; pero no me acosté hasta despues que la escribí.

XI.

Terminado el combate empieza la prueba.

La tarde del 7 me decidí á volver otra vez al número 19 de la calle de Richelieu. Al entrar por la puerta principal sentí que me tiraban del brazo. Era la señora D. que me estaba esperando.

—No entreis, me dijo.

—Han descubierto mi albergue?

—Sí.

—Están apostados para prenderme?

—No, pero venid.

Atravesamos el patio, salimos por la puerta trasera á la calle Fontaine Moliere y nos dirigimos á la plaza del Palais-Royal. Los coches de alquiler estaban allí estacionados como de costumbre, y subimos en el primero que nos vino á mano.

—Adónde vamos? preguntó el cochero.

La señora D. me miró y yo respondí:

—No lo sé.

—Yo sí, contestó ella.

Las mujeres saben siempre dónde está la Providencia. Una hora despues me ví en completa seguridad.

Desde el dia 4 cada dia que pasaba se afirmó más el golpe de Estado; al ver nuestra completa derrota todos nos abandonaron. Paris fué como un bosque en el que Luis Bonaparte dió una batida á los representantes; la fiera ojeó á los cazadores, y al oir el vago ladrido de Maupas detrás de nosotros, tuvimos que dispersarnos. Nos persiguieron tenazmente. Despues de aceptar y de sufrir la catástrofe, entramos en la segunda fase del deber. Los vencidos se convirtieron en proscriptos. El drama tuvo para cada uno un desenlace personal. El mio debia ser el destierro, habiendo chasqueado á la muerte.

A pesar del encarnizamiento de la persecucion, no quise abandonar á Paris mientras creyese ver en él un rayo falaz de esperanza, mientras creia posible el despertar del pueblo. Malarmet hizo llegar hasta mi escondite la noticia de que el dia 9 se habia de verificar un movimiento en Belleville. Esperé hasta el dia 12, pero no se realizó la sublevacion que me indicaba. El pueblo estaba muerto. Por fortuna esta muerte, como la de los dioses, es momentánea.

Tuve la última entrevista con Julio Favre y con Michel de Bourges, por la noche, en casa de la señora Didier, en donde tambien Bastide se reunió con nosotros. Éste me dijo:

—Vais á abandonar á Paris, pero yo me quedo aquí. Seré vuestro teniente y obedeceré las órdenes que me deis desde el destierro; servíos de mí como si yo fuera un brazo que tuviérais en Francia.

—Me serviré de vos, pero no como brazo, sino como corazon, le contesté.

El dia 14, pasando por innumerables peripecias, conseguí llegar á Bruselas.

Los vencidos son ceniza; sopla el destino y los dispersa. Los que combatian por el derecho y por la ley se desvanecieron de un modo siniestro; tuvieron desaparicion trágica.

XII.

Los expatriados.

El crímen triunfante arrastró muchos prosélitos. Persistir era posible, pero resistir no, porque la situacion era cada momento más desesperada. Parecia que una especie de muralla enorme crecia en el horizonte y que iba á cerrarse, sin dejar otra salida que el destierro.

Las grandes almas, glorias del pueblo, emigraron. Se dió el espectáculo sombrío de ver la Francia arrojada de Francia.

Pero lo que parece que el presente pierda, el porvenir lo gana; la mano que dispersa es tambien la mano que siembra.

Los representantos de la izquierda, cercados, perseguidos y ojeados, vagaron muchos dias de asilo en asilo. Los que escaparon salieron de Paris y de Francia luchando con muchos obstáculos. Madier de Montjau, que tenia las cejas negras y espesas, se las recortó, se cortó el pelo y se dejó crecer la barba. Ivan, Pelletier Gindrier y Doufre se afeitaron los bigotes y la barba. Versigny llegó á Bruselas el dia 14 con un pasaporte extendido á nombre de Morin. Schœlcher se disfrazó de sacerdote. Este traje le sentaba muy bien, y era adecuado á su fisonomía austera y á su voz grave. Un excelente presbítero le ayudó á disfrazarse, le prestó una sotana y un manteo, le hizo afeitar las patillas, le entregó su propio pasaporte y no se separó de él hasta dejarle en el ferro-carril.

La noche del 26 de Diciembre habia yo vuelto al cuarto que ocupaba en el segundo piso del hotel de la Puerta-Verde: era media noche, acababa de acostarme y estaba ya entre sueños, cuando llamaron á la puerta de mi cuarto. Me desperté, y como siempre dejo la llave puesta en la cerradura, dije que pasaran adelante. La

criada que entró con una bujía encendida introdujo en mi cuarto á dos desconocidos: al abogado de Gante y á Deflotte. Éste me estrechó las manos cariñosamente. Deflotte, con su frente prominente y pensativa, sus miradas profundas, sus cabellos cortados al rape y su larga barba retorcida, parecia en la Asamblea un personaje de Sebastian del Piombo. Errante y fuera del cuadro de Lázaro, aparecia ante mí como un jóven bajo, delgado, pálido y con anteojos; pero lo que no pudo cambiar, lo que encontré en él en seguida fué el gran corazon, el espíritu enérgico, la indómita bravura, y si no le reconocí por el rostro, le reconocí cuando me estrechó la mano.

A Edgard Quinet le sacó de Paris el dia 16 una mujer válaca y noble, la princesa Cantacuzene, que se encargó de hacerle pasar la frontera y le cumplió la palabra. Dió á Quinet un pasaporte extranjero extendido á nombre de Grubesko, obligándole á que pasara por válaco que no sabia hablar francés, él que tan notablemente lo escribe. Tuvo un viaje peligroso, en el que pidieron los pasaportes en toda la línea desde la primera estacion. En Amiens la policía empezó á sospechar, pero en Lille corrió gran peligro. Los gendarmes recorrieron los wagones uno por uno, entrando en ellos con linterna en mano y comparando las señas de los viajeros, y arrestaron y encarcelaron en seguida á los que les parecieron sospechosos. Edgard Quinet, sentado al lado de la princesa Cantacuzene, esperaba que entrasen los gendarmes en el wagon, como así lo hicieron al poco tiempo. La referida princesa presentó rápidamente su pasaporte, que el cabo rechazó, diciéndola:—Guardadlo, nada tenemos que ver con los pasaportes de las señoras. Pidió el suyo á Quinet con rudeza: éste lo entregó y el gendarme le dijo:—Bajad del wagon para comparar vuestras señas. Obedeció, pero el pasaporte válaco no contenia seña alguna. El cabo frunció el entrecejo y dijo á los gendarmes:—Este pasaporte es irregular; id á buscar al comisario.

Todo parecia perdido, pero con gran serenidad la princesa Cantacuzene empezó á hablar en válaco tranquilamente á Edgard Quinet, con tal aplomo y tan increible volubilidad, que el cabo de los gendarmes, convencido de que estaba hablando con dos extranjeros, y viendo que el tren iba á partir, devolvió á Quinet el pasaporte, diciéndole:

—Bah! Marchaos!

Algunas horas despues Edgard Quinet estaba ya en Bélgica.

Arnaud d' Ariege tambien tuvo que vencer obstáculos para ocultarse. Como Arnaud era católico, su señora, para conseguir este objeto, se dirigió á los sacerdotes; el abate Deguerry se escusó, pero el abate Maret le tuvo escondido en su casa durante quince dias. Desde su escondite escribió una carta al arzobispo de Paris para suplicarle que no aceptase un decreto de Luis Bonaparte en el que quitaba el Panteon á la Francia y lo entregaba á Roma. Esta carta indignó al arzobispo. Poco despues Arnaud llegó á Bruselas.

El drama de cada uno se componia de diversos incidentes y aventuras: el drama de Cournet fué extraño y terrible.

Cournet, que, como recordará el lector, habia sido oficial de marina, era uno de esos hombres de decision rápida que arrastra á los demás y que en dias supremos impulsan á las masas. Poseia el continente altivo, las espaldas anchas, los brazos robustos, los puños poderosos y de alta estatura, que inspiran confianza á la multitud, y al mismo tiempo la mirada inteligente, que inspira confianza á los pensadores; al verle pasar se reconocia en él la fuerza; al oirle hablar se presentia que su voluntad era en él superior á su fuerza. Desde muy jóven habia servido en los navíos de guerra, y sabia combinar el entusiasmo del pueblo con la calma del marino.

Como ya dijimos, tomó parte muy activa en el combate, fué intrépido é infatigable. Desde la tarde del miércoles varios agentes le buscaban por todas partes para prenderle en seguida y conducirle á la Prefectura, en donde debian fusilarle. A pesar de esto Cournet, con su habitual atrevimiento, iba y venia tranquilamente para proveer á las necesidades de la resistencia legal, hasta por los barrios que estaban militarmente ocupados, sin tomar otra precaucion que la de afeitarse el bigote.

El jueves por la tarde se encontraba en el boulevard, á poca distancia de un regimiento formado en batalla, hablando tranquilamente con Huy y Sorrain, compañeros suyos de combate. De pronto se vieron envueltos por una seccion de guardias municipales, y uno de ellos le tocó el brazo y le dijo:

—Sois Cournet y os prendo.

—No, me llamo Lepine, le contestó Cournet.

—Sois Cournet, y si no me conoceis, yo sí que os conozco, porque he sido colega vuestro en el comité electoral socialista.

Cournet se fijó en él entonces y le recordó. Era verdad lo que le estaba diciendo. El polizonte, riendo, añadió:

—Como vos, yo he votado á Eugenio Sué.

No podia ya seguir negando, y el momento no era á propósito para resistirse, porque tenia cerca veinte guardias municipales y un regimiento de dragones.

—Os sigo, dijo Cournet.

El polizonte hizo acercar un coche.

—Ya que ha dado esta casualidad, aprovecharé el tiempo, repuso el agente; seguidme los tres.

Los hizo entrar en el coche, entró despues y le dijo al cochero:

—A la Prefectura.

Los municipales rodearon el carruaje, pero ya por confianza, ya por prisa de hacerse pagar la captura, el que arrestó á Cournet gritó al cochero:—"¡A escape!„ El coche partió al galope.

Cournet sabia que le fusilarian al llegar al patio de la Prefectura y estaba resuelto á no llegar allí. En la esquina de la calle de San Antonio miró hácia atrás y vió que los municipales seguian al carruaje desde muy lejos.

Ninguno de los cuatro hombres que el coche conducia habia pronunciado una sola palabra.

Cournet dirigió á sus compañeros, sentados enfrente de él, una mirada que queria decir: Somos tres; aprovechémonos de esta coyuntura para escaparnos. Sus compañeros le contestaron con un movimiento imperceptible de ojos que les señalaba la calle llena de transeuntes.

Momentos despues el coche salió de la calle de San Antonio y entró en la de Fourey, que está habitualmente desierta y por la que no pasaba nadie en aquellos momentos.

Cournet se volvió bruscamente hácia el polizonte y le preguntó:

—¿Llevais alguna órden de prision contra mí?

—No, pero me basta tener la credencial.

Dijo esto sacando del bolsillo la credencial de agente de policía, que enseñó á Cournet.

—Lo que haceis conmigo no es un procedimiento regular.

—Qué me importa?

—No teneis derecho á prenderme.

—Aunque no lo tenga os prendo.

—Cuánto dinero necesitais? Llevo encima una suma regular que os entregaré si me dejais escapar.

—Aunque me diérais un pedazo de oro tan grande como vuestra cabeza no lo aceptaria. Sois mi mejor captura, ciudadano Cournet.

—Adónde me llevais?

—A la Prefectura.

—Me fusilarán?

—Es posible.

—Y á mis dos compañeros?

—Me parece que tambien.

—Pues no quiero ir.

—Ireis, sin embargo.

—Te digo que no iré, gritó Cournet.

Y haciendo un movimiento rápido, cogió al polizonte por la garganta.

El agente no pudo lanzar ni un solo grito: forcejeaba desesperadamente, queriendo en vano desasirse de la mano de bronce que le apretaba. La lengua le salia de la boca, sus ojos adquirieron aspecto horrible y se desencajaron; de repente inclinó la cabeza, y sanguinolenta espuma salió desde su garganta á sus labios; habia muerto.

Huy y Sorrain, inmóviles y aterrados, contemplaban aquel espectáculo fúnebre, pero sin pronunciar una palabra ni hacer un movimiento. El coche seguia corriendo á galope.

—Abrid la portezuela, exclamó Cournet.

Pero sus compañeros no se movieron, como si se hubiesen quedado petrificados.

Cournet, que tenia los dedos hundidos en la carne viva del cuello del polizonte, intentó abrir la portezuela con la mano izquierda, pero no lo consiguió; y conociendo que necesitaba la mano derecha, se vió obligado á soltar al agente, que cayó hácia adelante, doblándose sobre las rodillas.

Cournet abrió la portezuela y dijo á sus amigos:

—Marchaos.

Huy y Sorrain saltaron del coche y huyeron con velocidad.

Nada habia notado el cochero.

Cournet aguardó á que sus amigos se alejaran, despues tiró del cordon para hacer parar al coche, se apeó sin apresurarse, cerró la portezuela, sacó con calma dos francos del portamonedas, se los dió al cochero, que no se habia movido de su sitio, y le dijo:

—Continuad vuestro camino.

Cournet se internó en Paris y en la plaza de las Victorias encontró al antiguo constituyente Isidoro Buvignier, amigo suyo, que hacia poco habia salido de las Madelonnettes, en donde le encerraron por el asunto de la *solidaridad republicana*. Buvignier era una de las figuras notables que se sentaban en los bancos de la izquierda; su cabello rubio cortado al rape y su mirada severa recordaban las cabezas de los puritanos de Inglaterra: se asemejaba más á un puritano de Cromwell que á un montañés de Danton.

Cournet le refirió su última aventura, cuyo final fué horrible.

Buvignier, meneando la cabeza, le dijo:

—Has matado un hombre!

En *María Tudor*, en caso parecido, hice yo que contestara Fabiani:

—No, á un judío.

Cournet, que probablemente no habia leido *María Tudor*, contestó:

—No, á un polizonte, añadiendo:—Maté un hombre por salvar la vida de tres:

Cournet tenia razon. Estando en plena batalla le prendian para conducirle á la Prefectura y fusilarle en el patio; el espía que le cogió, hablando con propiedad, era un asesino, y lo que hizo fué en legítima defensa propia. Añadiendo además que aquel miserable, demócrata para el pueblo y espía para la policía, era dos veces traidor.

—Debes esconderte, dijo Buvignier; vámonos á Juvisy.

Buvignier poseia una pequeña casa en Juvisy, que estaba situada en el camino de Corbeil, á cuya casa llegaron los dos aquella misma noche. Pero en cuanto se apearon del carruaje que los condujo hasta allí, dos aldeanos vecinos le dijeron á Buvignier:

—Han venido gendarmes á prenderos y han dicho que esta noche volverán.

No tuvieron otro remedio que regresar á Paris.

Cournet, corriendo más peligro que nunca, errante y perseguido, se ocultó en la ciudad con gran trabajo, en la que permaneció hasta el dia 16, sin encontrar ningun medio para proporcionarse un pasaporte. Por fin, el dia 16, un amigo suyo influyente, que estaba empleado en el ferro-carril del Norte, le proporcionó un pasaporte, concebido en estos términos:

"Permítase el paso á M..., inspector encargado del servicio.„

Se decidió á partir al dia siguiente en el tren de la mañana, creyendo razonablemente que los trenes de la noche estarian más vigilados.

El tren salia á las ocho, y al amanecer se deslizó Cournet de calle en calle hasta que llegó á la estacion del Norte. Los maquinistas le hicieron subir con ellos en el tender de la locomotora del tren, que iba á partir.

Llegó á la frontera ya entrada la noche sin sufrir ningun contratiempo. Al encontrarse en Neuveglise estaba ya en Bélgica y se creyó seguro; le pidieron el pasaporte; hizo que le acompañaran á casa el burgomaestre, al que declaró que era un refugiado político.

El burgomaestre era belga, pero bonapartista, y mandó que los gendarmes le volvieran á llevar á la frontera, con el encargo de entregarlo á las autoridades francesas.

Cournet se creyó perdido.

Los gendarmes belgas le condujeron á Armentieres; si estos se hubieran dirigido al alcalde, Cournet lo hubiera pasado mal; pero se dirigieron al inspector de aduanas, y él entonces creyó entrever lejana esperanza de salvacion.

Se acercó al inspector de aduanas con la frente erguida y tendiéndole la mano.

—Caballero, le dijo, sois inspector de aduanas; yo soy inspector de ferro-carriles. Los inspectores deben ser amigos. Estos bravos belgas se han equivocado y me envian aquí entre cuatro gendarmes no sé por qué. Me envia la compañía del Norte para que repare un puente que está poco sólido. Os ruego que me permitais continuar mi camino; aquí teneis mi pase.

Diciendo esto se lo presentó al aduanero, que lo leyó, y encontrándolo en regla, le dijo:

—Señor inspector, estais libre.

Cournet, libertado por la autoridad francesa y por los gendarmes belgas, se dirigió á la estacion del ferro-carril, en donde tenia amigos.

—Necesito aprovechar la noche y que me busqueis algun hombre que haya sido contrabandista que consiga hacerme pasar la frontera.

Le prestaron un muchacho de diez y ocho años, rubio, sonrosado y fresco, extranjero, pero que sabia hablar francés.

—Cómo os llamais? le preguntó Cournet.

—Henry.

—Pareceis una mujer.

—Pero soy hombre.

—¿Os encargais de hacerme pasar la frontera.

—Sí.

—Habeis sido contrabandista?

—Lo soy actualmente.

—Conoceis los caminos?

—No, yo no tengo que ir por los caminos.

—Pues qué es lo que conoceis?

—Las travesías.

—¿Sabeis que hay dos líneas de aduanas?

—Lo sé.

—Las pasaré sin peligro?

—Sí.

—No temeis á los aduaneros?

—Solo temo á los perros.

—En ese caso, contestó Cournet, llevaremos bastones gruesos.

Así lo hicieron. Cournet entregó á Henry cincuenta francos, y prometió darle otros cincuenta en cuanto pasasen de la segunda línea de aduanas.

Eran las doce de la noche y se pusieron en camino.

A lo que Henry llamaba travesías otro hubiera llamado obstáculos; porque como eran una sucesion de derrumbaderos y de pedregales, y habia llovido, los hoyos estaban llenos de agua.

Desconocido sendero serpenteaba al través de un dédalo intrincado, que unas veces era espinoso como un matorral y otras fangoso como un pantano.

La noche estaba oscurísima: de vez en cuando, en la oscuridad, se oian ladrar perros. El contrabandista hacia entonces zig-zags y cambiaba de sendero, torciendo bruscamente á la derecha ó á la izquierda, y algunas veces retrocediendo.

Cournet seguia alegremente al contrabandista, saltando vallados, cruzando acequias, tropezando á cada paso, resbalando en los cenagales, enganchándose en las malezas, molido y estenuado. Caian en muchos charcos y se levantaban sucios de barro. Una vez cayó en un pantano en el que habia agua estancada; esta agua le lavó.

—Bravo, exclamó, ya estoy limpio; pero ahora tengo frio.

A las cuatro de la madrugada llegaron á Messine, poblacion belga, habiendo atravesado felizmente las dos líneas de aduanas. Cournet entregó á Henry los cincuenta francos prometidos y continuó caminando á pié.

Hasta la tarde no llegó á la estacion del ferro-caril. Subió en el tren, y al anochecer llegó á la estacion de Bruselas.

Salió de Paris el dia anterior; estuvo andando toda la noche sin dormir y sin comer. Al registrarse los bolsillos no encontró la cartera, pero encontró un mendrugo de pan. Más alegría le causó el mendrugo de pan que tristeza la pérdida de la cartera. Llevaba el dinero en un cinturon; la cartera, que sin duda desapareció en el pantano, contenia, entre otras, una carta de recomendacion, muy útil para él, de M. Ernest Kœchlin, amigo suyo, y dirigida á los representantes Guilgot y Cárlos Forel, refugiados entonces en Bruselas y que habitaban en el hotel de Brabante.

Al salir de la estacion del camino de hierro se metió en un carruaje y dijo al cochero:

—Hotel de Brabante.

Oyó una voz que repetia *Hotel de Brabante*; inclinó la cabeza y vió á un hombre que escribia en un lápiz algo en una cartera á la luz de un farol. Probablemente seria algun agente de policía.

Como se quedó sin pasaporte, sin cartas y sin papeles, temió que le prendieran aquella noche, y al mismo tiempo estaba muerto de sueño.—"Que me den una buena cama esta noche, decia, y mañana que venga el diluvio.„ En el hotel de Brabante pagó al cochero, pero no entró, pues de todos modos no hubiera encontrado á los representantes Forel y Guilgot, porque vivian allí con nombres supuestos.

Recorrió las calles sin direccion fija; eran las once de la noche y estaba rendido de cansancio. Al llegar á un gran farol encendido, que tenia este letrero: *Hotel de la Moneda*, entró en aquel edificio.

El dueño le miró de un modo extraño, y entonces Cournet se apercibió de que iba sin afeitar, de que llevaba el pelo erizado, la gorra sucia de barro, las manos ensangrentadas, la ropa hecha pedazos. Estaba horrible.

Sacó del cinturon un luis doble; lo dejó sobre la mesa y dijo al dueño del hotel:

—Vamos al caso; soy un proscripto y no quiero que me tomeis por un ladron; acabo de llegar de Paris sin pasaporte, pero con dinero. Tengo necesidad de comer y de dormir.

El fondista tomó el luis doble y mandó que le dieran cena y cama.

Al dia siguiente entró el fondista en su cuarto á despertarle y á decirle:

—Vengo á aconsejaros que vayais á ver al baron Hody.

—Quién es el baron Hody?

El dueño del hotel le enteró de quién era. Tambien yo tuve ocasion de hacer la misma pregunta que Cournet, y obtuve de los habitantes de Bruselas las tres respuestas siguientes:

—Es un perro.

—Es una garduña.

—Es una hiena.

Un cuarto belga se limitó á decirme:

—Es un bestia.

Considerándole bajo el punto de vista de las funciones públicas, el baron Hody era en Bruselas administrador de la Seguridad pública, es decir, una falsificacion del prefecto de policía, lo que eran Carlier y Maupas.

Gracias al baron Hody, que luego dejó aquel cargo, la policía belga de entonces se componia de policía rusa y de policía austriaca.

—Pues bien, iré á ver al baron Hody, contestó Cournet.

Se levantó, se vistió y se cepilló lo mejor que pudo y preguntó al fondista:

—Dónde he de ir á verle?

—Al palacio de la Justicia.

Cournet se hizo conducir y llegó hasta encontrarse en presencia de aquel personaje.

El baron Hody le preguntó secamente:

—Quién sois?

—Un refugiado, uno de los individuos que el golpe de Estado ha expulsado de Paris.

—Qué profesion ejerceis?

—Soy antiguo oficial de marina.

—Antiguo oficial de marina, repitió el baron suavizando más el acento; ¿habeis conocido á su alteza real monseñor el príncipe de Joinville?

—He servido á sus órdenes.

Era verdad. Cournet se honraba de haber servido á las órdenes del indicado príncipe.

Al oir esta declaracion, el baron Hody se humanizó completamente, y con la más cariñosa sonrisa que puede entreabrir los labios de un jefe de policía, le dijo:

—Me alegro infinito, y desde luego os digo que podeis permanecer en este pais todo el tiempo que querais; cerramos la Bélgica á los Montañeses, pero la abrimos de par en par á los hombres como vos.

Cuando Cournet me refirió esta respuesta del baron Hody, comprendí que tenia razon el cuarto belga que lo clasificó.

Algo de cómico siniestro se mezclaba algunas veces en semejantes tragedias. A Barthelemy Terrier, que era uno de los representantes proscriptos, le extendieron un pasaporte especial hasta Bélgica, con itinerario forzado para él y para su mujer; pero esta mujer era un hombre que se llamaba Preverand, cuñado de Terrier. Cuando estalló el golpe de Estado en Doujon, Preverand, que era propietario de dicho pueblo, tomó allí las armas y combatió el atentado; por esta sublevacion le habian condenado á muerte. Estas eran las justicias que entonces se realizaban. Por el crímen de cumplir con su deber fueron guillotinados Charlet, Cussinier y Cirasse. La guillotina era entonces un instrumento de gobierno, y era preciso por lo tanto salvar á Preverand. Como era bajo y delgado, le vistieron de mujer; no era bastante hermoso para que pudieran prescindir de taparle el rostro con un velo; lo hicieron así, y además escondieron en un manguito sus rústicas manos de combatiente. Velado de este modo y aumentado con algunas redondeces, Preverand parecia una mujer atrayente. Quedó convertido en la señora de Terrier y se fué con su cuñado. Atravesaron Paris sin ningun contratiempo. Terrier se apresuró á que entrara Preverand en un wagon, y al anochecer partieron en el tren para bruselas. Iban solos en el wagon, ocupando dos rincones, uno enfrente del otro, y de este modo llegaron sin novedad hasta la estacion de Amiens. Cuando allí paró el tren, se abrió la portezuela del wagon y entró un gendarme, que se sentó al lado de Preverand. El gendarme les pidió el pasaporte; Terrier se lo enseñó; la mujer muda no se movió en su rincon, y el gendarme, que encontró el pasaporte en regla, se limitó á decir:

—Haremos el camino juntos; estoy de servicio hasta la frontera.

Poco despues el tren partió. La noche era oscurísima; Terrier se durmió. De pronto Preverand sintió que una rodilla apretaba la suya. Una bota se apoyó suavemente sobre su pié; era la bota del gendarme. Apretó primero blandamente la rodilla de Preverand; luego, animado por la oscuridad y por comprender que el marido dormia, arriesgó la mano hasta la tela de la falda, caso previsto por Moliere; pero la mujer del velo era virtuosa: Preverand, sorprendido y rabioso,

dió, sin embargo, un apreton á la mano del gendarme, comprendiendo que le amenazaba un gran peligro y que una audacia de parte de aquel hombre podia producir inesperada complicacion, complicacion que podria trocar con rapidez la égloga en proceso verbal, convirtiendo al fauno en esbirro y transfigurando á Tirsis en Vidoc, y dando el espectáculo extraño de ofrecer un transeunte guillotinado por un gendarme por haber cometido éste un delito contra el pudor. Preverand se encogió en el rincon, replegó los pliegues de la falda, ocultó las piernas debajo del asiento y continuó siendo enérgicamente virtuoso. Sin embargo, el gendarme no se descorazonaba, y el peligro era cada vez más inminente. La lucha era silenciosa, pero obstinada, cariñosa por una parte y furiosa por la otra; el obstáculo escitaba al gendarme. Terrier seguia durmiendo. De pronto el tren se paró; una voz gritó:—*Quievrain!* y abrieron la portezuela del wagon. Habian llegado ya á Bélgica. El gendarme, obligado á quedarse allí para volver á Francia, se levantó del asiento para bajar, y en el momento en que desde el estribo saltó á tierra, oyó detrás de él que salian de bajo del velo de encaje estas palabras expresivas:—*Vete, ó te retuerzo el pescuezo.*

XIII.

Comisiones militares y comisiones mixtas.

También sucedieron aventuras á la justicia; á esa palabra antigua la dieron un sentido nuevo. El Código cesó de ser seguro. La ley se convirtió en algo que prestaba juramento á un crímen. Luis Bonaparte instituyó jueces que cogian á los hombres de repente como en la espesura de un bosque; y así como el bosque es cómplice por la espesura, la legislacion fué cómplice por su oscuridad: lo que faltaba en ciertas partes para que fuera completamente negra, se le añadió. Cómo? A la fuerza. Por medio de un decreto. El decreto del 17 de Febrero fué una obra magistral, que completó la proscripcion de la persona con la proscripcion del nombre. Domiciano no hubiera hecho más. La conciencia humana se desconcertó. El derecho, la equidad y la razon sintieron que el señor tenia sobre ellos la autoridad que el ladron tiene sobre la bolsa. Hay que obedecer y no se permite replicar. Nada se parece á aquellos tiempos infames.

Fueron posibles todas las iniquidades. Sobrevinieron Cuerpos legislativos y sembraron tantas sombras en la legislacion, que produjeron en ella la oscuridad de las tinieblas.

El golpe de Estado que triunfa carece de escrúpulos y se lo permite todo.

Aunque los hechos abundan, para abreviar presentaremos solo algunos.

Se establecieron dos especies de justicias: las comisiones mixtas y las comisiones militares.

Las comisiones militares juzgaban en secreto y un coronel las presidia.

En Paris habia tres comisiones militares, y cada una de ellas recibió mil expedientes para despachar. El juez de instruccion se los enviaba al procurador Lascoux, el que los trasmitia al coronel presidente. La comision hacia comparecer al acusado; el acusado era el expediente. Le registraban, es decir, le ojeaban. El acta de acusacion era muy breve. Por ejemplo, decia lo siguiente:

—Nombre.—Apellidos.—Profesion.—Hombre inteligente.—Vá al café.—Lee los periódicos.—Habla.—Peligroso.

Si la acusacion era lacónica, la sentencia lo era más aun. Consistia solo en un signo.

En cuanto examinaban el expediente y los jueces consultaban, el coronel tomaba una pluma y ponia al final de la línea acusadora uno de estos tres signos:

— −|− ○

— Significaba ser destinado á Lambessa.

−|− Significaba ser deportado á Cayena.

(La guillotina. La muerte.)

○ Significaba ser absuelto.

Mientras la justicia trabajaba, el hombre á quien estaban juzgando gozaba de libertad algunas veces y vivia tranquilo; pero de pronto le prendian, y sin saber por qué, salia deportado á Lambessa ó á Cayena. Muchas veces la familia ignoraba lo que le habia sucedido.

Preguntábais á una esposa, á una hermana, á una hija ó á una madre: ¿Dónde están vuestro marido, vuestro hermano, vuestro padre ó vuestro hijo?

—No lo sé, os contestaban.

Un tabernero de Batignolles, llamado Brisadoux, fué deportado á Cayena por aparecer esta línea en su expediente:

Los socialistas frecuentan su taberna.

Hé aquí un diálogo exacto y cogido al vivo entre un coronel y un presunto reo que él juzgó:

—Estais condenado.

—Yo! Por qué?

—No lo sé positivamente. Examinad vuestra conciencia y recordad lo que habeis hecho.

—Yo!

—Debeis haber hecho algo.

—Nada; ni siquiera he cumplido con mi deber. Debí haber tomado un fusil, salir á la calle, arengar al pueblo y batirme en las barricadas; pero me he quedado tranquilamente en casa, y de esto es de lo que se me puede acusar.

—Pues no se os ha condenado por eso. No habeis hecho nada más?

—No.

—No habeis concurrido al café?

—Sí: he ido á almorzar.

—Y allí no habeis hablado?

—Eso sí.

—No os habeis reido?

—Eso tambien.

—De quién y de qué?

—De lo que sucede, que motivo hay.

—Al mismo tiempo no hablábais?

—Sí.

—De quién?

—Del presidente.

—Qué decíais?

—Pardiez, lo que es verdad, que ha faltado á su juramento.

—Y despues?

—Que no tenia derecho para prender á los representantes.

—Habeis dicho eso?

—Sí; y he añadido que no tenia derecho á matar al pueblo en el boulevard... Por eso me envian á Cayena!

El juez mira fijamente al condenado y le responde:

—Sí, por eso.

Otra forma de la justicia:

Tres individuos, tres funcionarios destituibles, un prefecto, un soldado y un procurador, que tienen por conciencia el campanillazo que dá Luis Bonaparte, se sientan á una mesa y juzgan, á vosotros, á mí, á todo el mundo. Por qué crímen? Por crímenes que inventan, y aplicando penas que inventan tambien. Ni conocen ni oyen al acusado, que ningun abogado defiende. Le juzgan sin debate y sin público. De semejantes tribunales sale la condenacion de los inocentes, el destierro, la cárcel, la deportacion, la ruina, la nostalgia, la muerte, la desesperacion de cuarenta mil familias. A esa farsa de tribunales la historia llama "comisiones mixtas.„

Ordinariamente los grandes crímenes de Estado hieren las cabezas altas y se satisfacen con destrozarlas; les bastan las víctimas ilustres; pero el del 2 de Diciembre tuvo refinamientos de crueldad y necesitó además víctimas pequeñas. Su furia de exterminacion llegó hasta los pobres y hasta los desconocidos, llevó su cólera y su animosidad hasta las capas bajas, haciendo hendiduras en el subsuelo social, para infiltrar en él la proscripcion: los triunviratos locales llamados comisiones mixtas le sirvieron para esto; encontró el medio de empobrecer á los indigentes, de arruinar á los muertos de hambre, de despojar á los desheredados: el golpe de Estado realizó el prodigio de añadir desgracia á la miseria. Parecia que Bonaparte se dignaba odiar al aldeano, al ver que arrancaba al viñador de su viña, al labrador de los surcos, al albañil del andamio, al tejedor del telar. Y hubo hombres que aceptaron la repugnante mision de hacer caer en detalle sobre existencias imperceptibles la inmensa calamidad pública. Hubo hombres que aceptaron el vergonzoso trabajo de desmenuzar la catástrofe sobre los pequeños y los débiles.

XIV.

Detalle religioso.

Algo de religion con semejante justicia.

Federico Morin era republicano católico, como Arnaud de l' Ariege. Creyó que las almas de las víctimas del 4 de Diciembre, lanzadas bruscamente por la metralla del golpe de Estado al infinito y á lo desconocido, podian necesitar algun socorro, y emprendió la tarea laboriosa de hacer decir una misa para que alcanzasen el reposo eterno. Pero los curas creen que deben guardar las misas para sus amigos. El grupo de los republicanos católicos que dirigia Federico Morin se dirigió sucesivamente á los curas de todas las parroquias de París; todos se negaron. Se dirigió al arzobispo, se negó tambien. Misas en favor del asesino todas las que quisieran, pero en favor de los asesinados ninguna. Seria un escándalo orar por muertos de esta clase. La negativa fué muy obstinada. Pasarse sin la misa hubiera sido fácil á otros, pero no á aquellos creyentes tenaces. Los dignos católicos demócratas acabaron por desenterrar en una reducida parroquia de las afueras á un vicario pobre y viejo, que consintió en decir

la misa en voz baja y al oido de Dios, rogándoles que no lo dijesen á nadie.

XV.

Cómo salieron de Ham.

La noche del 7 al 8 de Enero, Charras dormia; ruido de cerrojos que descorrian le despertó.

—Eso será que nos incomunican, se dijo á sí mismo, y volvió á dormirse.

Una hora despues se abrió la puerta de su calabozo. El comandante del fuerte, de gran uniforme, entró, acompañado de un agente de policía que llevaba una antorcha.

Eran cerca de las cuatro de la madrugada.

—Coronel, le dijo el comandante, vestíos en seguida.

—Para qué?

—Vais á partir.

El comandante permaneció silencioso. Charras se vistió. En seguida entró un jóven de baja estatura, que llevaba traje negro y que dirigió á Charras las siguientes palabras:

—Coronel, vais á salir de la fortaleza y de Francia. Tengo órden de conduciros hasta la frontera.

—Si he de salir de Francia, prefiero quedarme en esta fortaleza, porque esto es cometer otro atentado. No tienen derecho á desterrarme, como tampoco lo tenian para meterme en la cárcel. Están de mi parte la ley, el derecho, mis antiguos servicios y ser representante del pueblo. Protesto, pues. Y vos quién sois?

—Soy el jefe del gabinete del ministro del Interior.

—Ah! Os llamais Leopoldo Lehon?

El jóven inclinó la vista.

Charras continuó:

—Os envia un hombre que pretende ser ministro del Interior, M. de Morny; le conozco tambien. Un jóven calvo y jugador y que ahora juega á un juego en que se arriesga la cabeza.

La conversacion era penosa; el jóven no dejaba de mirarse la punta de las botas; pero sin embargo, despues de un momento de silencio, se aventuró á decir:

—Coronel, tengo órden de deciros que si necesitais dinero...

Charras le interrumpió impetuosamente de este modo:

—Callaos! No me digais ni una palabra más; he servido á la pátria durante veinticinco años arriesgando mi vida por el honor, pero jamás por el interés. Guardad el dinero para vosotros.

—Pero, caballero...

—Silencio! El dinero que tocan vuestras manos mancharia las mias.

Reinó otra vez un momento de silencio, que el jefe del gabinete interrumpió tambien:

—Coronel, os acompañarán dos agentes, que llevan instrucciones especiales, y os prevengo de órden superior que viajareis con pasaporte falso, extendido á nombre de Vincent.

—Pardiez! Eso es otra villanía! ¡Hacerme viajar con pasaporte falso y con nombre supuesto! Habeis de saber que me llamo Charras y no Vincent, y que pertenezco á una familia cuyos individuos han llevado siempre con orgullo el nombre de su padre.

Salieron, pasando en cabriolé el trayecto que media hasta llegar á Creil, por donde pasa el camino de hierro. Al llegar á la estacion, la primera persona que vió Charras fué al general Changarnier.

—Calla! Sois vos, general?

Los dos proscriptos se abrazaron.

—Dónde os llevan? le preguntó el general.

—No lo sé; estos ganapanes me hacen viajar con el nombre de Vincent.

—Y á mí, contestó Changarnier, con el nombre de Blanco.

—Pues á mí deberian haberme puesto Rojo, exclamó Charras soltando una carcajada.

Entre tanto se habia reunido mucha gente formando círculo, que los agentes detenian á cierta distancia. Habian reconocido á los militares y los saludaban. Un adolescente, al que su madre no pudo contener, corrió ligero hácia Charras y le estrechó la mano.

Subieron á un wagon, libres en apariencia como los demás viajeros, aunque se les aisló en compartimientos vacíos y acompañó á cada uno de ellos dos hombres, que se sentaban á su lado y enfrente y no les perdian de vista. Los guardianes eran polizontes y habian sido carabineros.

Charras les dirigió algunas preguntas; habian servido siendo muy jóvenes, desde 1813. Habian tomado parte en las guerras de Napoleon, y entonces comian el mismo pan que Vidoc. Es triste que un soldado se rebaje hasta ese punto.

El bolsillo de uno de ellos lo hinchaba algo que llevaba oculto; cuando éste hombre atravesaba la estacion acompa-

ñando á Charras, una viajera exclamó:

—Si llevará á Thiers en el bolsillo!

Lo que ocultaba el agente era un par de pistolas. Llevaban aquellos guardianes armas debajo de sus largos levitones, cruzados y abotonados. Tenian la órden de tratar á aquellos caballeros con el más profundo respeto, pero en caso dado de levantarles la tapa de los sesos.

Habian prevenido á los prisioneros individualmente que pasarian para las autoridades que encontraran en el camino por extranjeros, suizos ó belgas, expulsados por sus opiniones políticas, y que los agentes permanecerian siendo agentes y como encargados de custodiarlos hasta la frontera.

Las dos terceras partes del trayecto se pasaron sin dificultades.

En Valenciennes ocurrió un incidente.

Habiendo triunfado el golpe de Estado, todos se esforzaban por servirle, sin encontrar degradante ningun servicio. Denunciar era complacer, que manifestar celo es una de las formas de la servidumbre, hácia la que el hombre se inclina con facilidad. El general hacia de soldado, el prefecto de comisario de policía y el comisario de policía de esbirro.

El comisario de policía de Valenciennes presidia la inspeccion de los pasaportes, y no queria abandonar esta alta funcion á un inspector subalterno.

Cuando le presentaron el pasaporte de Blanco, hizo un movimiento y exclamó:

—Sois el general Changarnier.

—Eso no me importa, le contestó el general.

Entonces los guardianes exhibieron los pasaportes, que estaban en toda regla.

—Señor comisario, somos agentes del gobierno; aquí teneis nuestros pasaportes.

—Súcios, exclamó el general.

El comisario movió la cabeza. Cuando fué empleado en París, tuvo que ir con frecuencia por asuntos del servicio á las Tullerías á buscar á Changarnier y le conocia.

—Esto es extraño, exclamaron los agentes. Se defendieron declarando que eran comisarios de policía con mision especial, y que tenian órden de acompañar hasta la frontera al señor Blanco, expulsado por cuestion política, y dando palabra de honor de que realmente era el señor Blanco.

—No creo mucho en las palabras de honor, contestó el comisario.

—Honrado comisario, replicó Changarnier, teneis razon. Desde el 2 de Diciembre las palabras de honor y los juramentos solo son asignados, esto es, moneda falsa.

Diciendo esto se sonrió.

El comisario se quedó perplejo. Los agentes acabaron por invocar el testimonio del prisionero.

—Pero caballero, decid vos mismo vuestro nombre.

—Salid del mal paso en que os habeis metido como podais, les respondió Changarnier.

El comisario de Valenciennes creyó que el general Changarnier se escapaba de Ham con nombre supuesto, con pasaporte falso y con agentes de policía falsos tambien para mayor disimulo, y que habian formado un complot de evasion que iban á realizar.

—Bajad los tres, exclamó el comisario.

El general bajó, y al poner los piés en el andén vió á Charras en el fondo del wagon entre sus dos guardianes.

—Estais ahí, Charras? gritó.

—Charras! exclamó el comisario; ¡Charras está aquí! ¡Vengan los pasaportes de esos caballeros!

Mirando cara á cara á Charras, le preguntó:

—Sois vos el coronel Charras?

—Ya lo creo! contestó éste.

Nueva complicacion. Entonces les llegó el turno á los agentes del coronel; declararon que se llamaba Vincent, y exhibieron los pasaportes jurando y protestando.

El comisario creyó ver confirmadas sus sospechas.

—Muy bien. Aquí prendo á todo el mundo.

Diciendo esto entregó á Changarnier, á Charras y á los cuatro agentes á los gendarmes. Alegre y satisfecho el comisario, olfateaba en el porvenir la cruz de honor.

La policía se apoderaba de la policía. Sucede algunas veces que el lobo cree coger una presa y se muerde la cola.

Introdujeron á los seis prisioneros en una sala de la estacion; el comisario avisó á las autoridades y las autoridades llegaron en seguida, precedidas por el subprefecto.

El subprefecto Sencier entró sin saber si debia saludar ó interrogar, inclinarse hasta el suelo ó permanecer cubierto; aquellos pobres diablos de magistrados y funcionarios locales estaban

embarazados ante los prisioneros. El general Changarnier estuvo á punto de ser dictador, y esto tenia vacilantes á las autoridades; porque, ¿quién puede prever los acontecimientos? Todo es posible. Ayer el jefe del gobierno se llamaba Cavaignac, hoy se llama Bonaparte; mañana quizá se llame Changarnier. Dios obra con crueldad no dejando ver á los subprefectos la punta de la oreja del porvenir.

Es triste para un funcionario respetable, que desea ser servil ó arrogante oportunamente, exponerse á prodigar reverencias á un personaje que quizás vá á pudrirse en el destierro y que es un pícaro; ó arriesgarse á ser insolente con un bandolero proscripto, que es capaz de volver vencedor dentro de seis meses y de ocupar las alturas del gobierno. Qué hacer? Además, los otros le están espiando, porque entre los funcionarios sucede esto. Comentan la menor palabra y describen el menor gesto. ¿Cómo han de quedar bien al mismo tiempo con el diablo que se llama hoy y que se llamará San Miguel mañana? Demasiadas preguntas molestarán al general, pero demasiados saludos chocarán al presidente. ¿Cómo ser á la vez subprefecto y lacayo? ¿Cómo combinar el aire de servidumbre que complacerá á Changarnier, con el aire de autoridad que complacerá á Bonaparte?

El subprefecto creyó salir del paso diciendo:

—General, sois mi prisionero. Paróse un instante y luego añadió sonriendo: —Hacedme el honor de almorzar conmigo.

Despues dirigió las mismas palabras á Charras.

El general rehusó lacónicamente.

Charras le miró con fijeza y no le contestó.

El subprefecto dudó entonces de la identidad de los prisioneros y preguntó en voz baja al comisario:

—Estais seguro de que son?

—Vaya! contestó el comisario con íntimo convencimiento.

El subprefecto, en vista de esta contestacion, se dirigió á Charras, y descontento de su acogida, le preguntó con bastante sequedad:

—Pero en fin, quién sois?

—Somos bultos, le contestó Charras.

Dirigiéndose luego á sus guardianes, que tambien estaban presos, les dijo:

—Dirigíos á los que nos han expedido, interrogad á los aduaneros, que este es asunto de transporte.

Hicieron funcionar el telégrafo. Valenciennes, asustado, consultó á Paris. El subprefecto participó al ministro del Interior que, merced á la vigilancia, que no confiaba á nadie, acababa de hacer una captura importante; que habia evitado una revolucion y salvado al presidente y á la sociedad, etc. etc., y en fin, que, por decirlo de una vez, acababa de prender al general Changarnier y al coronel Charras, evadidos aquella mañana del fuerte de Ham con pasaportes falsos, indudablemente para ponerse á la cabeza de una gran sublevacion. Despues consultó con el gobierno qué habia de hacer con los dos prisioneros.

Una hora despues recibió la siguiente respuesta:—Dejad que continúen su camino.

El tren siguiente se llevó á los viajeros, pero no puestos en libertad, sino velados por sus guardianes. Llegaron á Quievrain.

Se apearon del wagon y despues subieron otra vez.

Cuando el tren volvió á partir, Charras lanzó el alegre y profundo suspiro del hombre á quien se le vuelve la libertad y exclamó:—Al fin!

Levantó los ojos y se encontró con los guardianes á su lado; habian entrado en el wagon detrás de él.

—Cómo! Todavía nos seguís!

Uno de los dos contestó:

—Sí, mi coronel.

—Qué haceis aquí?

—Os custodiamos.

—¡Pero si hemos entrado ya en Bélgica!

—Es posible.

—Pues Bélgica no pertenece á Francia.

—Puede ser.

—Si me asomo á la ventanilla, llamo y os hago arrestar...

—No lo hareis, mi coronel.

—Por qué?

—Porque tengo esto para impedíroslo, le contestó el agente sacando una pistola.

Charras tomó el partido de reirse á carcajadas y le preguntó:

—Dónde me dejarás libre?

—En Bruselas.

—Es decir que en Bruselas me harás un saludo humilde y en Mons eres capaz de dispararme un tiro.

—Decís verdad, mi coronel.

—Pues bien, eso no me atañe, es asun-

to del rey Leopoldo; pero veo que Bonaparte trata los territorios como ha tratado á los representantes. Ayer violó la Asamblea y hoy viola la Bélgica. Me es igual, y esto es natural, porque os habeis juntado un extraño monton de pilletes. El de arriba está loco y los de abajo son estúpidos. Avisadme cuando sea hora y entre tanto dejadme dormir.

Efectivamente se durmió.

La misma aventura, con poca diferencia y casi al mismo tiempo, ocurrió á los generales Changarnier y Lamoriciere y á M. Baze.

Los agentes dejaron al general Changarnier en Mons. En este punto le hicieron bajar del tren y le dijeron:

—General, hemos llegado al sitio de vuestra residencia. Aquí ya os dejamos en libertad.

—Debo residir aquí y soy libre? Pues bien, buenas noches, les contestó Changarnier, y subiendo con ligereza en el tren en el momento en que partia, dejó á los dos esbirros con la boca abierta.

La policía dejó á Charras en Bruselas, pero no á Lamoriciere, que quisieron obligarle á salir inmediatamente para Colonia; pero el general, que padecia de reumatismo, que adquirió en Ham, les declaró que queria dormir en Bruselas.

—Pues bien, quedaos, le contestaron los agentes.

Le siguieron al hotel de Bellevue, pasaron con él la noche, costándole mucho trabajo conseguir que no durmiesen en su mismo cuarto. Al dia siguiente le condujeron á Colonia, violando de este modo el territorio de Prusia, como violaron el de Bélgica.

El golpe de Estado fué más impudente aun con M. Baze. Le hicieron viajar con su mujer y con sus hijos con el nombre falso de Lassalle, haciéndole pasar por criado del agente de policía que le conducia. De este modo viajó hasta Aix-la-Chapelle.

Cuando llegaron allí á media noche, y en medio de la calle, los agentes le dejaron sin pasaporte, sin sus papeles y sin dinero á él y á su familia. M. Baze, indignado, se vió obligado á recurrir á amenazarles para que le acompañasen ante cualquier autoridad. Entraba probablemente en las diversiones de Bonaparte el que tratasen á un cuestor de la Asamblea como si fuese un vagabundo.

La noche del 7 de Enero el general Bedeau, que no debia partir hasta el dia siguiente, se desperto al oir ruido de cerrojos. Se figuró que venian á sacar á M. Baze, su vecino de célula, y exclamó:

—Me alegro! Me alegro!

Todos los dias los generales decian al cuestor:—Poco os detendrán aquí; esto es una fortaleza militar y os pondrán en libertad cualquier dia, como á Roger del Norte.

El general Bedeau oyó en la fortaleza ruido inusitado, se levantó y llamó al general Lefló, su vecino de célula, con el que entablaba frecuentes diálogos militares poco satisfactorios para el golpe de Estado. Dicho general le contestó que tampoco sabia lo que significaba aquel ruido.

El general Bedeau se asomó á la ventana del calabozo, que caia al patio interior de la torre, y vió linternas que se movian en todas direcciones, carruajes enganchados y una compañía del 48 de línea sobre las armas. Despues entró en el patio el general Changarnier, subió en uno de los carruajes y partió. Pocos instantes despues el coronel Charras hizo lo mismo, pero éste vió al general asomado á la ventana y le dijo:—Mons!

Creia ir deportado á Mons, y por eso el general Bedeau escogió al dia siguiente ese sitio para su residencia, creyendo estar allí con Charras.

Luego entró en la célula Leopoldo Lehon, acompañado del comandante del fuerte; saludó á Bedeau, le expuso su mision y le dijo quién era. El general se limitó á contestarle:—Desterrarnos es una ilegalidad y una indignidad que añadís á las demás, pero de gentes como vosotros no se puede esperar otra cosa.

No le hicieron salir de la fortaleza hasta el dia siguiente.

El agente de policía que tenia el encargo de escoltar al general Bedeau hasta Bélgica era uno de los que el 2 de Diciembre arrestaron á Cavaignac.

En el departamento del wagon que transportaba á Bélgica al general Bedeau iba una mujer que indudablemente era de la alta sociedad; llevaba consigo tres niños. Un criado con librea, que parecia aleman, tenia sobre las rodillas dos de los niños y les prodigaba toda clase de cuidados. Pero como estaba muy oscuro, y el general, lo mismo que los agentes, casi tenian tapada la cara con los abrigos, no se fijaron en el citado grupo. Cuando llegaron á Quievrain la viajera se volvió hácia Bedeau y le dijo:

—General, os felicito, porque ya estais en seguridad.

El general la dió las gracias y la preguntó su nombre.

—Soy la baronesa Coppens.

Recordarán nuestros lectores que en casa de M. Coppens, calle Blanche, número 70, celebró la izquierda su primera reunion el dia 2 de Diciembre.

—Teneis, señora, la dijo el general, niños preciosísimos y un excelente criado.

—Es mi esposo, le contestó la baronesa.

En efecto, M. Coppens permaneció durante cinco semanas encerrado en su casa en un escondrijo, y huia de Francia disfrazándose con una librea de sus criados, advirtiendo á los niños que no le descubriesen. La casualidad les hizo subir en el mismo wagon que al general Bedeau y á los guardianes de éste, y la señora Coppens, al verse ante los dos polizontes, pasó toda la noche sobresaltada, temiendo que alguno de los niños al despertarse saltara al cuello del criado diciéndole:—*Papá*.

XVI.

Mirada retrospectiva.

Luis Bonaparte quiso probar la mayoría como se prueba un puente; la habia cargado de iniquidades, de usurpaciones, de enormidades; la hizo sufrir los atropellos de la plaza del Havre, las aclamaciones de ¡Viva el emperador!, la distribucion de dinero á las tropas, la venta por las calles de periódicos bonapartistas, la prohibicion de publicar periódicos republicanos y parlamentarios, las revistas de Satory y los discursos de Dijon: la mayoría lo resistió todo.

—Bien, dijo él; el golpe de Estado pasará por encima del puente.

Si se recuerdan los hechos, se verá que antes del 2 de Diciembre el golpe de Estado se verificaba en detalle, aquí y allá, un poco por todas partes, con bastante descaro, y la mayoría se sonreia con incredulidad. Los agentes de la fuerza pública atropellaban al representante Pascal Duprat y la derecha aplaudia. Maltrataban al representante Dain y arrestaban al representante Sartin y la derecha seguia aplaudiendo: una mañana, cuando todos los gonces estuvieron engrasados y ensayados y todos los hilos bien cogidos, se ejecutó bruscamente el golpe de Estado en masa; la mayoría cesó de reir, pero ya era tarde. No se apercibió de que hacia ya tiempo de que, mientras se reia de la estrangulacion agena, le estaban poniendo tambien á ella la soga al cuello.

Insistamos en esto, no para censurar el pasado, sino para esclarecer el porvenir. Muchos meses antes de ejecutarse el golpe de Estado estaba preparado ya. Llegó el dia, sonó la hora, y la máquina, montada, solo necesitó ponerse en movimiento. Nada debia faltar y nada faltó. Lo que debia ser un abismo, si la mayoría hubiese cumplido su deber y comprendido la solidaridad que debia tener con la izquierda, no fué siquiera el salto de un arroyo. Los inviolables demolieron la inviolabilidad. La mano de los gendarmes se iba acostumbrando á ponerse en el cuello de los representantes como en el cuello de los ladrones; la corbata de los hombres de Estado no se arrugó bajo la presion del puño de los esbirros, y pudo admirarse al vizconde Falloux embelesado de verse tratar como el ciudadano Sartin.

La mayoría llegó retrocediendo y aplaudiendo siempre á Bonaparte al hoyo en que éste la hizo caer.

XVII.

La conducta de la izquierda.

La conducta de la izquierda republicana fué memorable en la grave coyuntura del 2 de Diciembre.

La bandera de la ley estaba en tierra entre el barro de la traicion universal, bajo los piés de Bonaparte: la izquierda levantó esa bandera, lavándola el barro con su sangre; la desplegó, la agitó ante la vista del pueblo, y desde el 2 hasta el 5 de Diciembre tuvo á Bonaparte en jaque.

Un puñado de hombres, ciento veinte representantes del pueblo que se escaparon por casualidad de las garras de la policía, sumergidos en las tinieblas y en el silencio, sin oir el grito de la prensa libre que alimenta á los combatientes, sin generales, sin soldados, sin municiones, salieron á la calle y se opusieron resueltamente al golpe de Estado, empeñando la batalla con aquel crímen, que habia tomado precauciones, que estaba acorazado y armado hasta los dientes y cubierto por la espesura de sus bosques de bayonetas.

Tuvieron presencia de espíritu, que es la intrepidez eficaz; tuvieron, careciendo de todo, la improvisacion formidable del

deber, que jamás se acobarda. Sin ser dueños de ninguna imprenta, imprimieron lo que quisieron; carecieron de fusiles y de balas, y encontraron aquellos y fundieron éstas; fabricaron pólvora, y no pudiendo contar más que con los adoquines, de ellos hicieron brotar combatientes.

Pero es tal el poder del derecho, que durante cuatro dias, los citados ciento veinte hombres, que solo tenian en su favor la bondad de la causa, hicieron contrapeso á un ejército de cien mil soldados, y hasta hubo momentos en que la balanza se inclinó á su parte. Gracias á su resistencia, que secundó la indignacion de los corazones honrados, llegó una hora en que pareció posible y hasta seguro que saliese victoriosa la ley. El dia 4 el golpe de Estado vaciló y se vió obligado, para triunfar, á apoyarse en el asesinato. Como hemos visto, Luis Napoleon se hubiese hundido si no hubiera recurrido á la matanza en los boulevares, si no hubiese salvado su perjurio, refugiándose de un crímen en otro. Durante las horas de aquella lucha sin tregua y desigual, de dia contra el ejército, de noche contra la policía, ni uno de los ciento veinte representantes faltó al llamamiento del deber, rehuyó el peligro ni retrocedió, colocando sus cabezas bajo la cuchilla y esperando que ésta cayese durante cuatro dias.

Hoy dia están en el cautiverio, en la deportacion, en la expatriacion y en el destierro; la cuchilla ha caido ya sobre todas sus cabezas.

Por mi parte no tengo otro mérito en aquella lucha que el de reunir en un pensamiento único el valor de todos; pero séame permitido hacer justicia aquí á los hombres con quienes serví para honra mia, durante tres años, la santa causa del progreso humano; séame permitido defender á la izquierda insultada, calumniada y desconocida, que estuvo siempre en la brecha sin descanso, sin retroceder ante la conspiracion militar, como no habia retrocedido ante la conspiracion parlamentaria, y que, investida por el pueblo con el mandato de defenderle, le defendió hasta cuando él le abandonaba, le defendió en la tribuna con la palabra y en la calle con la espada.

Cuando el comité de resistencia redactó y votó el decreto de destitucion de Bonaparte, acordó que todas las firmas de los representantes que quedaron libres se inscribieran al pié del decreto; entonces realizó un acto atrevido, porque el comité sabia que aquello era una lista de proscripcion que presentaba al golpe de Estado vencedor, y temió en su foro interno que algunos reclamasen ó le desmintiesen. En efecto, al dia siguiente recibimos dos cartas que eran dos quejas de dos representantes que se omitieron en la lista y que reclamaban el honor de ser incluidos en ella; estos dos representantes fueron Anglade y Pradié.

Desde el dia 2 al dia 5, los representantes de la izquierda y del comité de resistencia, perseguidos sin cesar, se vieron obligados á trasladarse para deliberar á veintisiete casas diferentes, desde su primera reunion de la calle Blanche hasta su última conferencia en la casa de Raimond.

No dormian, no comian; tomaban lo que encontraban, un vaso de agua, un pedazo de pan. La señora Laudrin nos obsequió con un caldo. La señora de Grevi con los restos de un pollo asado. La noche del dia 3, Michel de Bourges se sentó en una silla y dijo:—Ya tengo cama. Los ancianos como Rouget y los enfermos como Boysset asistian á nuestras sesiones, que las celebrábamos como de costumbre, como si nos reuniéramos en la Asamblea. En ellas reinaba la calma habitual, en la que se destacaba la firmeza de las crísis supremas. Allí estaban Edgard Quinet con su elevada inteligencia, Noel Parfait con su vivacidad de espíritu, Ivan con su penetracion vigorosa é inteligente y Labrousse con su elocuencia. En un rincon Pierre Lefranc, folletinista y cancionero, se sonreia al oir las graves y severas palabras de Dupont de Bussac. Allí brillaba el grupo de los oradores jóvenes de la izquierda, compuesto de Bancel, Versigny, Chantur, Sain, Deflotte, Durrieu, Dulac y Charamaule.

En las sesiones secretas del comité, Madier de Montjau se manifestaba siempre firme y con corazon generoso; Deflotte, valeroso combatiente de la revolucion; Carnot, correcto, frio, tranquilo, inquebrantable, y Julio Favre, elocuente, animoso y admirable. Michel de Bourges contestaba á todas las objeciones, devolvia golpe por golpe á los acontecimientos, paraba el peligro, el incidente, la ocasion, la necesidad.

Los miembros del comité de insurreccion, los representantes que asistian á las reuniones no ignoraban que donde los cogiesen los matarian en seguida á bayonetazos; pero estaban serenos, con

esa serenidad profunda que nace de la satisfaccion de la conciencia.

Los representantes y el comité estábamos á disposicion de la casualidad. Más de una vez pudieron sorprendernos, y no lo hicieron, ya por tener ciertos escrúpulos los agentes de policía, ya porque éstos dudasen del resultado definitivo y temiesen apoderarse de vencedores posibles. El comisario de policía Vassal, que nos encontró el dia 4 en la acera de la calle de Moulins, si hubiese querido nos hubiera arrestado. La persecucion de la policía no era por esto menos encarnizada. Como ya describimos, se hubieran apoderado de nosotros en casa de Marie si tardamos diez minutos más en salir de allí.

Entre los representantes habia algunos que fueron constituyentes, como Bastide, que en 1848 fué ministro de Negocios extranjeros. En la segunda reunion nocturna que celebramos en la calle Popincourt le reprocharon alguno de sus actos.—Dejadme primero presentar mi pecho en las barricadas, que despues ya me reprochareis lo que querais; ¿por qué desconfiais de mí, que soy republicano hasta la médula de los huesos? Bastide no queria que se llamara insurreccion nuestra resistencia, sino contra-insurreccion, y exclamaba:—Víctor Hugo dice bien; aquí el insurrecto es el Elíseo.

Sostenia la idea, como ya saben nuestros lectores, de que era conveniente precipitar la batalla, y Bastide apoyaba mi pensamiento; en el combate fué impasible, frio y alegre.

Cuando las barricadas estuvieron hechas, los representantes republicanos se distribuyeron en ellas para defenderlas. Baudin murió en la primera barricada y Dionisio Dessoubs en la última. Despues de perder la batalla, no hubo sálvese el que pueda, ni derrota, ni fuga. Todos los sublevados permanecieron ocultos en Paris, dispuestos á salir otra vez á pelear; Michel en la calle de Alger y yo en la calle de Navarin. El comité celebró aun sesion el sábado 6, á las once de la noche, cuya noche nos vimos Julio Favre, Michel de Bourges y yo en casa de una mujer generosa y valiente.

Esperábamos el dia 9 un movimiento que no se realizó, porque el golpe del dia 4 habia aterrado á Paris. La poblacion no se sublevó ya, pero los representantes decidieron no abandonar la Francia, á pesar de los peligros que corrian, hasta algunos dias despues, que vieron que la última chispa de resistencia se apagó en el corazon del pueblo.

Algunos representantes eran obreros y siguieron siendo obreros en el destierro. Nadaud volvió á empuñar la paleta y fué albañil en Lóndres, Faure cuchillero y Bausept zapatero. Greppo era tejedor y en la proscripcion tejió el vestido que la reina Victoria llevaba el dia de su coronacion. Parfait era corrector de imprenta en Bruselas y Perdignier carpintero en Anvers. Ayer estos hombres se sentaban en la Asamblea soberana. Se ven casos semejantes en los hombres de Plutarco.

El elocuente proscripto Emilio Deschanal creó en Bruselas, con el raro talento de su palabra, la nueva forma de la enseñanza pública, esto es, las conferencias.

A él pertenece el honor de fundacion tan fecunda y tan útil.

Debemos decir, para terminar, que la Asamblea legislativa nacional vivió mal y murió bien en el momento de la caida; la derecha fué digna y la izquierda grande. No se habia visto aun en la historia caer de ese modo un Parlamento.

Bonaparte, el otro, el primero, el verdadero, hizo que saltasen por las ventanas de Saint-Cloud á los quinientos, para cuya operacion les embarazaban sus grandes mantos.

Cromwell, el más antiguo de los Bonapartes, al realizar su 18 Brumario, no encontró más resistencia que algunas imprecaciones de Milton y de Ludlow, y pudo decir en su grosero lenguaje: *He metido al rey en mi saco y al Parlamento en mi bolsillo.*

Es necesario remontarse hasta el Senado romano para encontrar verdaderas sillas curules.

La legislativa, repitámoslo para honra suya, guardó actitud digna ante el abismo. La historia lo consignará. Despues de haber cometido tantos crímenes, tantas traiciones, podia temerse que acabara por hacerse traicion á sí misma; pero no fué así. La Asamblea habia cometido grandes faltas; su mayoría realista persiguió con odio á la minoría republicana, que cumplia su deber denunciándola al pueblo: la Asamblea tuvo larga cohabitacion y fatal complicidad con el hombre del golpe de Estado, que acabó por extrangularla, como el ladron que extrangula á su concubina luchando con ella; pero la Asamblea no tuvo el desvanecimiento miserable

que Luis Bonaparte esperaba; no fué cobarde.

Esto se debió á que dimanaba del sufragio universal, y esta circunstancia debe servir de enseñanza á los pueblos. La virtud del sufragio universal que la engendró, y que ella quiso matar, la hizo brillante en su última hora. La sávia de todo un pueblo no se derrama en vano en una Asamblea, por caduca que sea. Llega el dia supremo y reaparece esta sávia.

Gracias al sufragio universal, al que habia hecho traicion y que constituyó su fé y su fuerza en sus últimos momentos; gracias á la izquierda, que la derecha oprimió, insultó y calumnió; gracias á la izquierda, repetimos, que proyectó sobre aquella el reflejo glorioso de su heroismo, la raquítica Asamblea consiguió tener una muerte grandiosa.

XVIII.

Página escrita en Bruselas.

Daré un puntapié en la puerta del palacio y entraré contigo, historia. Cogeré por el cuello á todos aquellos culpables en flagrante delito de todos los atentados, é iluminaré aquel antro de la noche bruscamente con la luz clarísima de la verdad.

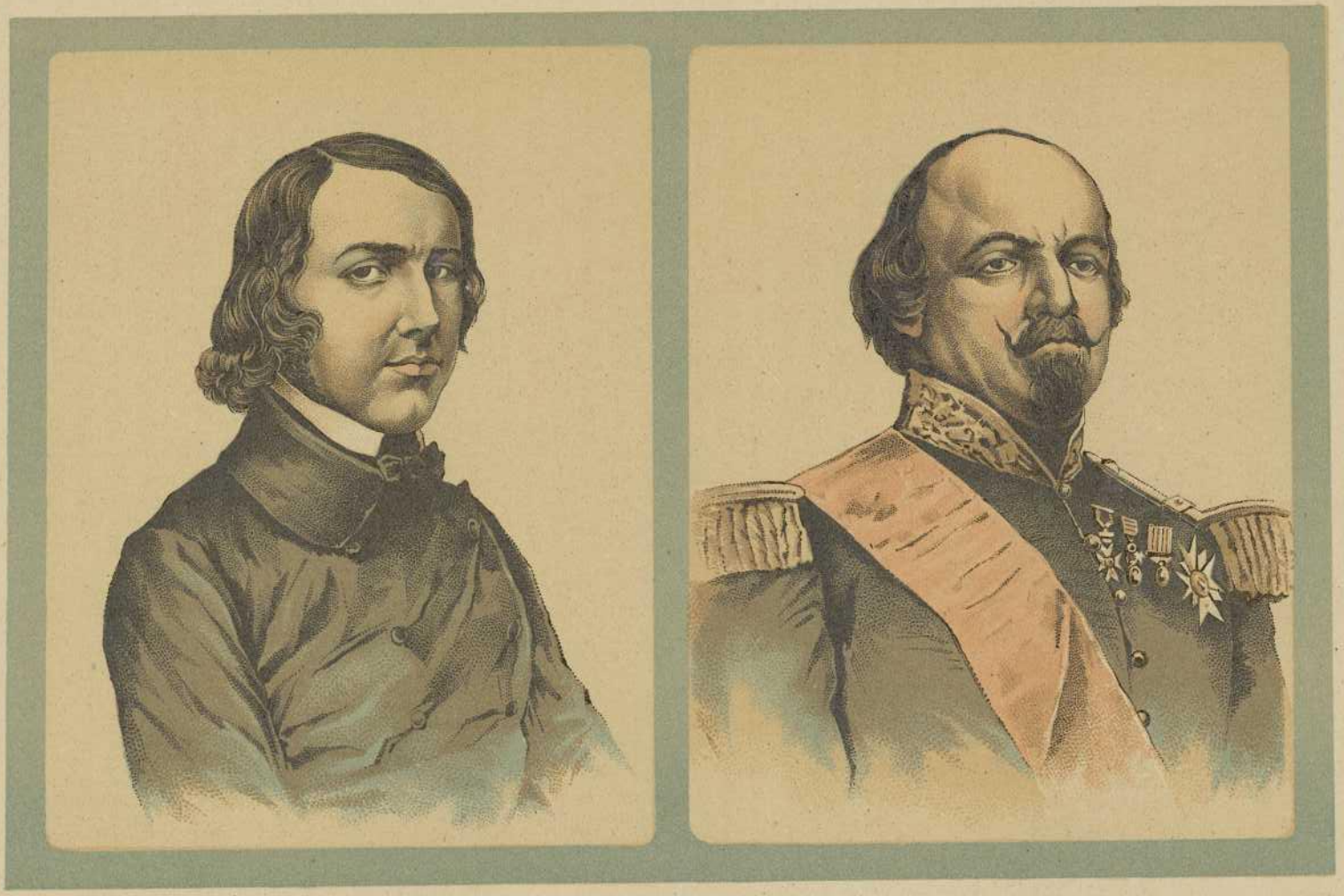
Arrancaré la cortina, abriré la ventana, enseñaré á todos, para que vean, lo infame, lo horrible, lo triunfante, lo dorado y lo manchado que es el Elíseo, la corte, el grupo, el monton, la chusma en donde se arrastran y bullen, se aparean y fecundan todas las torpezas, todas las indignidades, todas las abominaciones; filibusteros, juradores en falso, facedores de signos de cruz, espías, estafadores; verdugos que allí se encuentran, desde el católico *condottieri* que vende su espada, hasta el jesuita que subasta á su Dios. Es una sentina en la cual Baroche se codea con Teste, en la que cada uno aporta sus suciedades, Magnan sus charreteras, Montalembert su religion, Dupin su persona; donde se encuentra el círculo familiar, el consejo privado, la caverna íntima; en donde beben, comen, rien, duermen, juegan, engañan y se revuelcan. El deshonor, la torpeza, la vergüenza y el oprobio están allí. La historia debe marcar con un hierro candente á aquellos hombres.

Allí se divierten, se embriagan y se burlan de Francia; allí se embolsan, riendo á carcajadas, millones de luises y millones de votos, y están locos de alegría porque han tratado á la ley como á una prostituta. Son felices porque han degollado al derecho, han amordazado á la libertad, han deshonrado la bandera y pisan al pueblo bajo sus piés. ¿Quiénes y qué son esos hombres? La Europa no lo sabe. Una mañana se les ha visto salir de un crímen y nada más. Un monton de pícaros que deseaban ser célebres y que han continuado siendo anónimos. Examinadles con atencion y ved si les podeis conocer. ¿A qué sexo pertenecen y á qué especie?

Ellos se llaman á sí mismos hombres nuevos, y efectivamente, son hombres inesperados, extraños y monstruosos. Su novedad la componen el perjurio, la iniquidad, el robo y el asesinato erigidos en departamentos ministeriales; la estafa aplicada al sufragio universal, el gobierno aplicado al fraude.

Han triunfado, tienen el viento de popa y están contentísimos; han escamoteado la Francia y se la reparten. La Francia es un saco y meten en él la mano. Uno toma dinero, otro destinos, éste cordones para el cuello, aquellos plumas para el sombrero, los demás bordados para las mangas, quién mujeres, quién poder; unos noticias interesantes para la Bolsa y otros para ferro-carriles. ¡Ya pueden estar contentos! Figuraos que hay entre ellos un pobre diablo que hace tres años pedia medio franco prestado á un portero, y que hoy, apoyado por el *Monitor*, solo tiene que firmar un decreto para apoderarse de un millon. Su política consiste en devorar las rentas del Estado y en vivir á expensas del Tesoro público; la ambicion en ellos es glotonería.

No son ambiciosos, son glotones, porque para ellos gobernar es gozar. Esto no impide que se hagan traicion los unos á los otros; al contrario, viven espiándose, y los pequeños traidores hacen traicion á los grandes. Pietri mira de reojo á Maupas, y Maupas á Carlier. Tabuco repugnante que ha hecho comun el golpe de Estado. Allí no hay seguridad en nada, ni en las miradas, ni en las sonrisas, ni en los hombres, ni en las mujeres, ni en el lacayo, ni en el príncipe, ni en las palabras de honor. Como todos son fraudulentos, cada uno es sospechoso, porque cada uno alienta intenciones secretas. Nadie dice el crímen que intenta cometer, ni nadie lleva el nombre de su padre. Si Dios me dá vida y Jesús me perdona, levantaré una cruz de la



MONTALEMBERT.

CANROBERT.

altura de cien codos, y con clavos y martillo crucificaré en ella á Beauharnais, falsamente llamado Bonaparte, entre Leroy, llamado Saint-Arnaud, y Fialin, llamado Persigny.

Tras ellos arrastraré á todos sus cómplices, á Morny, á Romieux, al senador judío Fould, á Delangle, llevando sobre la espalda esta inscripcion: LA JUSTICIA!, y á Troplong, legista glorificador de la violacion de las leyes, jurisconsulto, apologista del golpe de Estado, magistrado elogiador del perjurio, juez panegirista del asesinato, que pasará á la posteridad llevando en la mano una esponja empapada de fango y de sangre. Empeño, pues, el combate. Con quién? Con el dominador actual de Europa. Es útil ofrecer al mundo este espectáculo. Luis Bonaparte representa el éxito, el triunfo embriagado, el despotismo alegre y feroz desvanecido con su victoria; la plenitud loca del poder buscando límites y no encontrándolos ni en las cosas ni en los hombres. Luis Bonaparte tiene en su poder á la Francia, y el que posee á la Francia posee todo el mundo. Él es dueño de los votos, de las conciencias y del pueblo; nombra á su sucesor, dispone de los escrutinios futuros y de la eternidad, metiendo el porvenir en un pliego cerrado; le lamen los talones el Senado, el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado; maneja despóticamente á los cardenales y los obispos; pisotea á la justicia, que le maldice, y á los jueces, que le adoran; treinta correspondencias informan al continente de que ha fruncido las cejas, y todos los telégrafos eléctricos se extremecen si levanta el dedo meñique; se oye á su alrededor el choque de los sables y el redoble de los tambores; se sienta á la sombra del águila, en medio de las bayonetas y de las ciudadelas; los pueblos libres tiemblan y ocultan sus libertades, temerosos de que se las robe; hasta la República americana misma vacila ante él y no se atreve á retirarle su embajador; los reyes rodeados de ejércitos le miran sonriendo, pero con espanto interior. ¿Por dónde empezará? Por la Bélgica? Por la Suiza? ¿Por el Piamonte? La Europa espera ser invadida. Él todo lo puede y se atreve á todo.

Pues bien; á ese déspota, á ese señor, á ese emperador, á ese todopoderoso, un hombre solo, errante, arruinado y proscripto, se dirige á él y lo ataca. Luis Napoleon tiene diez mil cañones y quinientos mil soldados; el escritor solo cuenta con la pluma y con el tintero. El escritor no es nada, es un grano de arena, es una sombra, es un desterrado sin asilo, es un vagabundo sin pasaporte; pero lleva á su lado y combaten con él dos irresistibles potencias: el derecho, que es invencible, y la verdad, que es inmortal.

Para esta lucha sin cuartel, para este duelo terrible, la Providencia hubiera podido escoger un campeon más ilustre y un atleta de más fuerza; pero los hombres nada significan cuando es la idea la que combate. Insistimos en que es conveniente que el mundo presencie este espectáculo y que vea que resiste al coloso de la fuerza el átomo de la inteligencia.

No tengo en mi honda más que una sola piedra, pero temible, porque esta piedra es la justicia, y ataco á Luis Bonaparte ahora que está de pié y es vencedor y casi árbitro del mundo; le ataco ante la humanidad, ante Dios, y por amor al pueblo y á la Francia. Vá á ser emperador, que lo sea; quiero que sepa Luis Bonaparte que puede apoderarse de un imperio, pero no de una conciencia.

XIX.

Bendicion infalible.

El Papa aprobó el golpe de Estado.

Cuando el correo llegó á Roma y le participó el acontecimiento del 2 de Diciembre, el Papa fué á presenciar una revista que pasaba el general Gemean y le rogó que felicitase de su parte al príncipe Luis Napoleon.

De semejante suceso se encuentra en la historia otro precedente.

El 12 de Diciembre de 1572, Saint-Goard, embajador del rey Cárlos IX de Francia cerca del rey de España Felipe II, escribia desde Madrid á su rey y señor Cárlos IX:—"La noticia de los acontecimientos de Saint-Barthélemy ha llegado al rey católico y ha demostrado, contra su natural costumbre, tanta alegría como no la ha recibido nunca al recibir la noticia de sus mayores triunfos. Fuí á verle el domingo por la mañana á San Jerónimo, y al llegar cerca de él se echó á reir, y con demostraciones de placer y de contento elogió á Vuestra Majestad.„ (1)

(1) *Archivos de la casa d' Orange*, suplemento, p. 125.

La mano de Pio IX permaneció extendida sobre la Francia convertida en imperio, y á la sombra de esta bendicion empezó para ella una era de prosperidad.

CONCLUSION

La caida.

I.

Volvia de mi cuarto destierro los últimos dias del mes de Setiembre de 1871, y entraba en Francia por el Luxemburgo. Estaba dormido en el wagon, cuando de pronto dió el tren una sacudida que me despertó, haciéndome abrir los ojos.

El tren acababa de parar en un paisaje delicioso.

Estaba soñoliento y las ideas difusas é indecisas flotaban aun en mi cerebro; sentia el vago deslumbramiento del despertar.

Un rio fluia al lado del ferro-carril alrededor de una isla alegre y frondosa; la verdura era en ella tan espesa, que las gallinetas se hundian y desaparecian al penetrar allí. El rio corria al través de un valle semejante á un jardin hondo, en el que habia manzanos que hacian pensar en Eva y sauces que recordaban á Galatea. Disfrutaba de uno de esos meses equinocciales que nos hacen sentir el encanto de las estaciones que desaparecen: si se vá el invierno, óyense los cánticos de la primavera; si se vá el estío, se ve despuntar en el horizonte la vaga sonrisa del otoño. El viento calmaba y armonizaba todos los ruidos felices que componen el rumor de los valles, el sonido de las campanas parecia mecer el murmullo de las abejas, las últimas mariposas se encontraban con los primeros racimos de uva; esta hora del año mezcla la alegría de vivir con la melancolía inconsciente de morir pronto. Presentaban á la vista agradable conjunto: hermosas tierras que surcaba el arado, honradas cabañas de aldeanos, yerba alta bajo de los árboles cubierta de sombra, mujidos de bueyes como los que describe Virgilio y las humaredas de las chozas salpicadas de rayos de luz. Oia y meditaba confusamente; el valle era pintoresco y tranquilo; el cielo estaba como colocado sobre un delicioso círculo de colinas; se oian á lo lejos cantos de pájaros y cerca de mí voces de niños, como dos canciones de ángeles confundidas; la diafanidad universal me envolvia, y toda aquella hermosura y toda aquella grandeza iluminaban mi alma como una aurora.

De pronto oí que un viajero preguntaba:

—Qué sitio es este? Dónde estamos?

Otro viajero le contestó:

—Estamos en Sedán.

Me extremecí: aquel paraiso era un sepulcro.

El valle era redondo y profundo como el fondo de un cráter; el rio, tortuoso, parecia una serpiente; altas colinas escalonadas unas detrás de otras rodeaban aquel sitio misterioso como un triple círculo de murallas inexorables; entrando allí era muy difícil salir. Aquel paisaje hacia recordar los circos. Inquietante verdura, que se parecia á la prolongacion del bosque negro, invadia todas las alturas y se perdia en el horizonte como inmenso lazo impenetrable; el sol brillaba, los pájaros cantaban, los carreteros pasaban silbando, vagaban por allí ovejas, corderos y palomas, el follaje se extremecia y murmuraba, la yerba espesa estaba llena de flores. Me pareció ver temblar sobre aquel valle la espada fulgurante del ángel.

La palabra Sedán fué para mí como un velo que se desgarra y que dió al paisaje súbitamente aspecto trágico. Los ojos vagos que la corteza dibuja en el tronco de los árboles, qué miran? Algo terrible y desvanecido.

En efecto; hacia casi trece meses, antes de que yo pasara por allí, que en aquel paisaje terminó la monstruosa aventura del 2 de Diciembre con una caida formidable.

No pueden estudiarse las sombras itinerarias del destino sin que el corazon se extremezca.

II.

El 31 de Agosto de 1870 el ejército francés estaba reunido, casi apretado, al pié de las murallas de Sedán, en la hondonada de Givonne. El ejército se componia de veintinueve brigadas, de quince divisiones, de cuatro cuerpos de ejército, de ochenta mil hombres. Estaba allí sin que nadie supiera por qué, sin órden, sin objeto, amontonado; era una masa de hombres que arrojaron allí para que la cogiera una mano inmensa.

Este ejército no estaba receloso, ó pa-

recia no estarlo. Sabia, ó creia saber, que el enemigo estaba bastante lejos. Calculando sus etapas á cuatro leguas por dia, se encontraba á tres dias de distancia de él. Apesar de esto, al aproximarse la noche los jefes tomaban algunas posiciones estratégicas. Apoyaron la retaguardia sobre Sedán y sobre el Mosa, protegiéndole con dos frentes de batalla; una que formó el 7.° cuerpo y que se extendia desde Floing á Givonne, y la otra que la formó el cuerpo 12.°, y que se extendia desde Givonne á Bazeilles, triángulo cuya hipotenusa era el Mosa. El 12.° cuerpo, que lo formaban las tres divisiones Lacrefette, Lartigue y Wolf, colocadas en línea recta y teniendo la artillería entre las brigadas, era una verdadera barrera, que apoyaba sus extremidades en Bazeilles y en Givonne y su centro en Daigny; las dos divisiones Petit y Lhéritier, extendidas detrás de estas dos líneas, formaban su contrabarrera. El general Lebrun mandaba el 12.° cuerpo. El 7.° lo mandaba el general Donay, y solo constaba de dos divisiones, de la division Dumont y de la division Gilbert; formaba el otro frente de batalla, cubriendo al ejército desde Givonne á Floing por la parte de Illy; este frente era relativamente débil, porque estaba demasiado abierto por la parte de Givonne, y solo le protegian por la parte del Mosa las dos divisiones de caballería Margueritte y Bennemains y la brigada Guyomar, que se apoyaba en escuadra sobre Floing. En este triángulo acampaban el 5.° cuerpo, que mandaba el general Wimpfen, y el 1.er cuerpo, mandado por el general Ducrot. La division de caballería Michel cubria el 1.er cuerpo por la parte de Daigny y el 5.° se apoyaba en Sedán. Cuatro divisiones, dispuestas cada una en dos líneas, las divisiones Lhéritier, Grandchamp, Goze y Conseil-Dumenil, formaban una especie de herradura vuelta hácia Sedán, enlazando los dos frentes de batalla.

Dos secciones del ejército estaban sueltas, una á la derecha de Sedán, más allá de Balan; la otra á la izquierda de Sedán, más abajo de Iges. A la otra parte de Balan estaban la division Vassoigne y la brigada Reboul, y más acá de Iges las dos divisiones de caballería Margueritte y Bennemains.

Semejantes disposiciones indicaban profunda seguridad, y Napoleon no hubiera llevado allí sus tropas á no estar completamente tranquilo. La hondonada de Givonne era lo que Napoleon I llamaba un *cubo* y el almirante Tromp un *vaso de noche*; era un encajonamiento. El ejército es tan dueño del sitio que ocupa, que corre gran peligro de no poder salir de allí. Esto era lo que preocupaba y lo que decian algunos generales bravos y prudentes, como el general Wimpfen, pero desecharon sus consejos. En caso de apuro, decian los que mandaban el séquito imperial, podian llegar á Mezieres y pasar la frontera belga; pero desdeñaban prever estas eventualidades, porque en ciertos casos, prever es casi hacer una ofensa, y convinieron en que allí no corrian verdadero peligro. Si hubieran tenido algun recelo, hubieran cortado los puentes del Mosa, pero ni esto se les ocurrió, porque el enemigo estaba lejos, como el emperador les afirmaba.

El ejército vivaqueó con cierto desórden y se durmió tranquilo la noche del 31 de Agosto, teniendo, ó creyendo tener, asegurada la retirada por Mezieres. Dejaron de tomarse las precauciones más habituales; no hicieron reconocimientos de caballería, no montaron grandes guardias, segun afirma un escritor militar aleman. El ejército francés estaba distante del aleman catorce leguas lo menos, sin saber de positivo dónde éste se encontraba; le creia diseminado, sin cohesion, dirigido á la ventura sobre varios objetivos á un tiempo, incapaz de hacer un movimiento convergente sobre un punto único como Sedán; creia saber que el príncipe de Sajonia marchaba á Chalons y el príncipe de Prusia hácia Metz; ignoraba quiénes eran los jefes del ejército contrario, su plan y su contingente de hombres. No sabia siquiera si el ejército aleman se servia de la estrategia de Gustavo Adolfo ó de la táctica de Federico II. Solo abrigaba la nécia seguridad de entrar en Berlin dentro de algunas semanas, y hablaba con desprecio del ejército prusiano. Veamos, pues, lo que sucedió la noche del 31 de Agosto mientras el ejército francés dormia.

III.

A la una y tres cuartos de la madrugada, Alberto, príncipe real de Sajonia, en su cuartel general de Mouzon, ponia en movimiento el ejército del Mosa; la Guardia real tomaba las armas sigilosamente, y dos divisiones se dirigian, una hácia Villers-Geruay, por Escambre y por Fouru-aux-Bois, y la otra á Francheval, por Luchy y Fouru-Saint-Remy. La artillería de la Guardia la seguia.

Al mismo tiempo, el 12.° cuerpo sajon tomaba las armas tambien sigilosamente, y por la carretera al Sud de Donzy llegaba á Lamecourt y se dirigia á la Mocelle; el 1.er cuerpo bávaro marchaba á Bazeilles, sostenido en Reully-sur-Meuse por una division de artillería del 4.° cuerpo. La otra division del 4.° cuerpo pasaba el Mosa en Mouzon y se formaba en Mairy, sobre la orilla derecha. Las tres columnas estaban enlazadas. Habian mandado á las vanguardias que no empezaran ningun movimiento ofensivo antes de las cinco y que ocuparan silenciosamente Fouru-aux-Bois, Fouru-Saint-Remy y Donay. Iban sin mochilas y sin bagajes. Los trenes no corrian. El príncipe de Sajonia, montado, se habia subido á la eminencia de Amblimont.

A la misma hora, en el cuartel general de Chemery, Blumenthal mandó construir á la division wurtemburguesa un puente sobre el Mosa. El 11.° cuerpo, poniéndose en movimiento al despuntar el dia, atravesaba el Mosa por Dom-le-Mesnil y por Dom-Cheris y ocupaba á Vrigne-sur-Bois. La artillería le seguia y dominaba el camino de Vrigne á Sedán. La division wurtemburguesa custodiaba el puente que acababa de construir y dominaba el camino desde Sedán á Mezieres. A las cinco el 2.° cuerpo bávaro, con la artillería al frente, hacia salir una de sus divisiones y la dirigia por Bulson hácia Frenois, y la otra division pasaba por Noyers y se formaba delante de Sedán, entre Frenois y Wadelincourt. La artillería de reserva estaba en batería sobre las alturas de la orilla izquierda, enfrente de Donchery.

Al mismo tiempo la 6.ª division de caballería salia de Mazeray, y por Bontancourt y Bolzicourt ganaba el Mosa en Flize; la segunda division de caballería dejaba sus acantonamientos y tomaba posiciones al Sur de Bontancourt; la 4.ª division de caballería tomaba posiciones al Sur de Frenoist; el 1.er cuerpo bávaro se instalaba en Reuilly; la 5.ª division de caballería y el 6.° cuerpo estaban de observacion, y todos, en línea y formados en las alturas, aguardaban el amanecer. El príncipe de Prusia, á caballo, estaba sobre la colina de Frenoist.

Al mismo tiempo, sobre todos los puntos del horizonte se verificaban por todas partes movimientos parecidos. Súbitamente invadió las altas colinas ejército inmenso y negro, en el que no se oia ni una sola voz de mando. Doscientos cincuenta mil hombres, silenciosamente formaron círculo alrededor de la hondonada de Givonne. Todo esto se ejecutó de un modo espectral, con órden admirable, sin mover el menor ruido en los bosques, en los torrentes y en los valles. Apenas se oia débil murmullo en los follajes espesos. Silenciosa la batalla, hormigueaba en la oscuridad, esperando que rayase el alba.

El ejército francés dormia; de repente despertó; pero ya era prisionero.

El sol se levantó expléndido para las miradas de Dios, pero terrible para las miradas del hombre.

IV.

Los alemanes tenian de su parte el número; eran tres ó cuatro contra uno: ellos confiesan que era su contingente de doscientos cincuenta mil hombres, pero lo positivo es que su línea de batalla tenia una extension de treinta kilómetros; tenian buenas posiciones, coronaban las alturas y llenaban los bosques, protegidos por una artillería incomparable. El ejército francés estaba en una hondonana, casi sin artillería y sin municiones y descubierto ante la artillería enemiga: los alemanes tienen de su parte la emboscada y á los franceses solo les queda el heroismo.

Aquel hecho de armas fué una sorpresa.

Es esta la guerra legítima? Sí. Si esta es la legítima, cuál es la ilegítima? Todas las guerras son iguales.

Diciendo esto hemos referido la batalla de Sedán.

Quisiéramos concluir aquí; pero no podemos, porque por grande que sea el horror del historiador, narrar la historia es un deber, y debe cumplirlo. No hay pendiente tan resbaladiza como la de decir la verdad; el que se aventura en ella rueda hasta el fondo. Es preciso. El hombre justiciero está condenado á hacer justicia. La batalla de Sedán, más que una batalla que se empeña, es un silogismo que se resuelve; es la temible premeditacion del destino. El destino no se cansa jamás, anda su camino y llega siempre. Cuando suena su hora, se presenta. Deja que pasen los años, y más tarde, cuando nadie se acuerda de él, aparece. Sedán es lo fatal inesperado. De vez en cuando, la lógica divina tiene estas salidas en la historia.

El 1.° de Setiembre, á las cinco de la mañana, el mundo se despertó al resplandor ardiente del sol y el ejército

francés al sentir el fuego candente de los rayos.

V.

Bazeilles arde, Givonne arde, Floing arde; todo el horizonte es una llama. El campamento francés está dentro de aquel cráter, estupefacto, despavorido, sobresaltado, moviéndose en hormigueo fúnebre. Un círculo de truenos rodea el ejército y el exterminio se cierne sobre él. Aquella inmensa matanza se verifica en todas partes á la vez. Los franceses resisten y son terribles, porque los hace temerarios la desesperacion; sus cañones, casi todos antiguos y de poco alcance, son desmontados con rapidez por los tiros espantosos y precisos de los prusianos. La densidad de la lluvia de granadas sobre el valle es tal, que dejó la tierra rayada como por un rastrillo, segun refiere un testigo presencial. ¿Cuántos cañones habia allí? Mil ciento lo menos. Solo sobre la Mocelle colocaron doce baterías alemanas; sobre las crestas de Givonne situaron la 3.ª y la 4.ª abtheilung, con la 2.ª batería á caballo de reserva; enfrente de Doigny diez baterías sajonas y dos wurtemburguesas; la cortina de árboles del bosque del Norte de Villers-Cernay ocultaba la abtheilung montada; estaba allí con la 3.ª artillería gruesa de reserva, y de aquellas espesuras tenebrosas salia un fuego formidable; las veinticuatro piezas de la primera estaban colocadas en batería en la plazoleta vecina al camino de la Mocelle á la Chapelle; la batería de la Guardia real incendiaba el bosque de Guareme; las bombas y las balas acribillaban á Suchy, á Francheval, á Fouru-Saint-Remy y el llano entre Heibes y Givonne, y la triple y la cuádruple fila de bocas de fuego se prolongaba sin solucion de continuidad hasta el Calvario de Illy, el punto más lejano del horizonte. Los soldados alemanes, sentados ó tendidos delante de las baterías, observaban cómo trabajaba la artillería. Los soldados franceses caian y morian entre los cadáveres que estaban extendidos por todo el llano; se halló el de un oficial, que le encontraron despues de la batalla un pliego sellado que contenia esta órden, firmada por Napoleon: "Hoy, 1.° de Setiembre, descanso para todo el ejército.„ Destrozaron las granadas casi por entero al valiente 35.° de línea; la heróica infantería de marina hizo frente durante algunos momentos á los sajones y á los bávaros reunidos, pero retrocedió al verse acometida por todas partes; la admirable caballería de la division Margueritte, lanzada contra la infantería alemana, se detuvo y quedó aniquilada á la mitad del camino, exterminada por el fuego prusiano. El campo de carnicería pudo tener tres salidas, pero las tres estaban cerradas; el camino de Bouillon por la guardia prusiana, el de Carignan por los bávaros y el de Mezieres por los wurtemburgueses. Como los franceses no tuvieron cuidado de atrincherar el viaducto del ferro-carril, lo ocuparon durante la noche dos batallones alemanes; las dos casas aisladas que hay sobre la pendiente de Balan podian ser la base de una larga resistencia, pero los alemanes las ocupaban; el parque de Montvillers, frondoso y profundo, podia impedir que se juntasen los sajones, dueños de la Mocelle, y los bávaros, dueños de Bazeilles, pero lo tenia tomado el enemigo. El ejército aleman se movia como si fuera de una sola pieza, con unidad absoluta; el príncipe de Sajonia estaba sobre la colina de Mairy, desde donde dominaba toda la batalla. El mando estuvo fluctuando en el ejército francés desde el principio de la accion: á las seis menos cuarto un casco de granada hiere á Mac-Mahon; á las siete Ducrot le reemplaza; á las diez Whimpfen reemplaza á Ducrot. La muralla de fuego se acerca por momentos; el torrente de rayos es incesante y causa la siniestra pulverizacion de ochenta mil hombres. Jamás se vió cosa semejante, jamás hizo perecer un ejército tan espesa lluvia de metralla. A la una los regimientos desordenados se refugian en Sedán, pero Sedán empieza á arder, el Dijombal arde, las ambulancias arden; no hay más recurso que intentar una salida. Wimpfen, bravo y enérgico, se la propone al emperador. Desesperado el 3.° de zuavos, ha dado el ejemplo; cortado del resto del ejército, se abrió paso y entró en Bélgica.

Pero de repente, sobre el desastre, sobre el inmenso monton de muertos y de moribundos, sobre el heroismo desventurado, apareció la vergüenza, enarbolando la bandera blanca.

Lo presenciaron Turena y Vauban, representados el primero por su estátua y el segundo por su ciudadela. La estátua y la ciudadela asistieron á aquella capitulacion vergonzosa, y las dos vírgenes, una de bronce y otra de granito, se creyeron prostituidas. La faz augusta de la pátria se cubrió de rubor eterno.

VI.

El desastre de Sedán fué fácil de evitar á cualquiera, pero no á Luis Bonaparte, que no solo no lo evitó, sino que fué á buscarlo. *Lex fati.*

El ejército francés estaba preparado para la catástrofe. El soldado, inquieto, desorientado y hambriento. El 31 de Agosto se veian en las calles de Sedán soldados que buscaban su regimiento y que iban de puerta en puerta pidiendo pan. Hablamos ya de la órden del emperador que señalaba el dia siguiente, 1.° de Setiembre, *como dia de descanso.* Efectivamente, el ejército estaba extenuado de fatiga, y solo habia hecho insignificantes jornadas; pero el soldado entonces casi habia perdido la costumbre de andar.

Mientras el ejército aleman, inexorablemente mandado y dirigido como un ejército de Jerjes, hacia marchas de catorce leguas en quince horas, y pudo llegar de improviso y lanzarse sobre el ejército francés dormido. Éste tenia la costumbre de dejarse sorprender, como le sucedió al general Defally en Beaumont; durante el dia los soldados desmontaban los fusiles para limpiarlos y dormian por la noche, pero sin cortar siquiera los puentes, que les entregaba al enemigo.

El 1.° de Setiembre, antes de salir el sol, una vanguardia de siete batallones, que mandaba el general Schultz, se apoderaba de Rull y aseguraba la union del ejército del Mosa á la Guardia real. Casi al mismo tiempo, con precision alemana, los wurtemburgueses se apoderaban del puente de la Platinerie, y los batallones sajones, ocultos en el bosque Chevalier y desplegados en columnas por compañías, ocupaban todo el camino desde la Mocelle á Villers-Cernay.

Hemos visto ya que fué horrible el despertar del ejército francés en Bazeilles: la espesa niebla hacia más densa la humareda; los soldados, atacados en la oscuridad, no sabian por dónde ir, y se batian de casa en casa y de cuarto en cuarto. Inútilmente la brigada Reboul vino á apoyar la brigada Martin-des-Paillieres; tuvieron que sucumbir; Ducrot se vió obligado á concentrarse en el bosque de la Garenne, delante del Calvario de Illy; Donay, quebrantado, se replegaba; Lebrun solo se sostenia en la meseta de Stenay. El ejército francés ocupaba una línea de cinco kilómetros, pero no sabia si hacia frente al enemigo, porque no le podia ver; el exterminio le heria sin sacar la cara, y estaba luchando con una Medusa enmascarada. La caballería francesa era excelente, pero inútil allí, porque obstruia el campo de batalla un gran bosque, que cortaban las espesuras, casas, granjas y tapias, y era á propósito para la infantería y la artillería, pero inservible para la caballería.

El arroyo de Givonne, que corre por el fondo de aquel bosque y le atraviesa, arrastró durante tres dias más sangre que agua. La salida por Carignan, hácia Montmedy, pareció posible en algunos momentos, pero luego la cerraron. No quedó al ejército francés otro refugio que Sedán, que estaba lleno de carretas, de furgones, de bagajes y de barracones para los heridos, y que en aquellas circunstancias era un monton de combustible: la agonía heróica duró diez horas; los soldados, indignados, se negaban á rendirse; querian morir y fueron entregados.

Como acabamos de decir, tres hombres intrépidos se sucedieron en el mando del ejército; Mac-Mahon, Ducrot y Wimpfen; Mac-Mahon solo tuvo tiempo para ser herido; Ducrot solo tuvo tiempo para cometer una falta, y Wimpfen solo tuvo tiempo para ocurrírsele una idea heróica. Pero Mac-Mahon no fué responsable de su herida, ni Ducrot de su falta, ni Wimpfen de la imposibilidad de salir de allí: la granada que hirió á Mac-Mahon le retiró de la catástrofe; la falta de Ducrot, que consistió en la órden importuna de retirada que dió al general Lebrun, se explica por la confusion horrorosa de la situacion; Wimpfen, desesperado, necesitaba para salir de allí veinte mil hombres y solo pudo reunir dos mil: la historia absuelve á estos tres jefes; solo hubo en el desastre de Sedán un general fatal, el emperador. Lo que ató el 2 de Diciembre de 1851 se desató el 2 de Diciembre de 1870: la carnicería del boulevard Montmartre y la capitulacion de Sedán son, como antes dijimos, las dos partes de un silogismo; la lógica y la justicia tienen la misma balanza, y era la fatalidad del destino funesto de Bonaparte empezar con la bandera negra de la matanza y terminar con la bandera blanca del deshonor.

VII.

Era preciso elegir entre la muerte y el oprobio; era preciso rendir el alma ó la

espada. Luis Bonaparte rindió la espada.

Escribió á Guillermo:

"Señor y hermano mio:

No habiendo podido morir en medio de mis soldados, solo me resta el recurso de poner mi espada en manos de Vuestra Majestad.

Soy de Vuestra Majestad el buen hermano,

NAPOLEON.

Sedán 1.° de Setiembre de 1870.„

Guillermo le contestó:

"Señor y hermano mio: Acepto vuestra espada.„

El 2 de Setiembre, á las seis de la mañana, aquel llano, empapado en sangre y cubierto de cadáveres, vió pasar una carretela á la Daumont, dorada, descubierta, tirada por cuatro caballos, y en aquella carretela iba un hombre con el cigarrillo en la boca. Era el emperador de los franceses que iba á rendir la espada al rey de Prusia.

El rey hizo esperar al emperador. Era demasiado temprano y envió á Bismarck á decirle á Luis Bonaparte que no queria recibirle aun. Luis Bonaparte esperó en un caseron al borde del camino, en un aposento que no tenia más muebles que una mesa y dos sillas. Bismarck y él se apoyaron de codos sobre la mesa y entablaron lúgubre conversacion. A la hora que el rey quiso, hácia el medio dia, el emperador volvió á subir al coche y se fué al castillo de Bellevue, esperando allí á que el rey acudiese. A la una llegó Guillermo, consintió en recibir á Luis Bonaparte y le recibió mal. Atila no tiene la mano ligera. El rey, rudo, buen hombre, manifestó al emperador conmiseracion involuntariamente cruel, porque hay compasiones que abruman. El vencedor reprochó la victoria al vencido. Las manos rudas manejan mal las heridas abiertas.—¿Por qué os ocurrió la idea absurda de declararme la guerra? El vencido se escusó, alegando que la opinion unánime de Francia le impulsó á ello. Los hurras lejanos del ejército aleman victorioso entrecortaban aquel diálogo.

El rey hizo que sacara de allí al emperador un destacamento de la Guardia real. Este exceso de ignominia se llama "escolta de honor„. Despues de entregar la espada, entregó el ejército.

El 3 de Setiembre Luis Bonaparte entregó á Alemania ochenta y tres mil soldados franceses. "Además (segun el informe prusiano) una águila y dos banderas. Cuatrocientos diez y nueve cañones de campaña y ametralladoras. Ciento treinta y nueve cañones de plaza. Mil setenta y nueve carros de todas clases. Sesenta mil fusiles. Seis mil caballos, útiles para el servicio.„

Las referidas cifras alemanas carecen de exactitud. Segun lo que conviene, en los primeros momentos las cancillerías áulicas aumentan ó disminuyen el desastre. Hubo cerca de trece mil heridos entre los prisioneros; este número varía en los documentos oficiales. Una relacion prusiana, que suma los soldados franceses heridos ó muertos en la batalla de Sedán, cuenta: *Diez y seis mil cuatrocientos hombres*. Este número horripila. Diez y seis mil cuatrocientos soldados empleó Saint-Arnaud para la matanza del boulevard Montmartre el dia 4 de Diciembre.

A una media legua al Noroeste de Sedán, cerca de Jiges, el Mosa forma una península. Un canal corta el itsmo, de modo que la península es una verdadera isla. Allí fueron encerrados y conducidos por las varas de los cabos prusianos ochenta y tres mil soldados franceses. Algunos centinelas custodiaban aquel ejército. Los vencidos permanecieron allí diez dias; los heridos casi sin auxilios y los sanos casi sin alimento. El ejército aleman se reia de ellos. El cielo se mezcló en esto y el tiempo era cruel; ni tenian barracones ni tiendas, ni una hoguera, ni un haz de paja. Durante diez dias y diez noches los ochenta y tres mil prisioneros vivaquearon, mojándose la cabeza con la lluvia que caia sobre ellos y teniendo los piés en el barro: muchos murieron de calenturas, lamentándose de no haber sucumbido en Sedán.

Al fin llegaron unos wagones de conducir ganado y se los llevaron de allí.

El rey hizo ir al emperador á un sitio cualquiera; á Wilhelmshoc.

VIII.

Me quedé pensativo ante el sitio de la catástrofe y extremecido ante sus llanuras, torrentes y colinas, y retenido allí por una especie de horror sagrado.

El jefe de la estacion de Sedán se acercó al wagon donde yo iba y me explicaba todo lo que yo tenia ante la vista, y yo creia percibir al través de sus palabras los pálidos resplandores de la batalla. Ardieron todas aquellas cabañas esparcidas, que ahora doraba el sol y

se habian ya reedificado; la naturaleza, olvidadiza, barrió, limpió y volvió á poner cada cosa en su sitio. Se habia ya desvanecido el trastorno feroz que en ella causaron los hombres, y el órden eterno habia recobrado su imperio. Pero por más que el sol iluminase con limpidez aquel valle, yo continuaba viendo en él humareda y tinieblas. A mi izquierda, en lontananza, veia el vasto castillo de Vandresse; allí estuvo alojado el rey de Prusia. A la mitad de aquella altura, y á lo largo del camino, distinguia por encima de los árboles tres torrecillas agudas, las del castillo Bellevue; allí Luis Bonaparte se rindió á Guillermo, allí entregó nuestro ejército, allí tuvo que esperar cerca de una hora, silencioso, lívido y avergonzado, esperando que Guillermo quisiera abrirle la puerta. Más abajo, en el valle, á la entrada del camino que conduce á Vandresse, me señalaron un caseron, en el que el emperador Napoleon III, esperando al rey de Prusia, entró en un pequeño patio, donde gruñia un perro atado, y se sentó sobre un pedrusco cerca de un monton de estiércol, y dijo:—Tengo sed. Un soldado prusiano le dió un vaso de agua.

Tal fué el vergonzoso fin del golpe de Estado. La sangre bebida no apaga la sed, y debia sonar la hora en que su desgraciado autor lanzara este grito de fiebre y de agonía. La ignominia le reservaba aquella sed y la Prusia aquel vaso de agua. Heces horribles del destino.

A pocos pasos de mí, cinco álamos extremecidos y pálidos casi cubrian la fachada de una casa, en cuyo piso único campeaba una muestra; encima de ella ví escrito en letras grandes este nombre: DROUET. Quedé sombrío, porque decia *Drouet* y yo leia *Varennes*. La trágica casualidad confundia Varennes con Sedán, y parecia querer confrontar las dos catástrofes y atar con la misma cadena al emperador prisionero del extranjero y al rey prisionero de su pueblo.

La oscuridad que produce el desvarío cubria para mí aquella llanura; me parecia que salian del Mosa reflejos sangrientos; que la isla vecina, cuya verdura acababa de admirar, tenia por subsuelo inmensa tumba; mil quinientos caballos y otros tantos hombres quedaron enterrados en ella; por esto la yerba era espesa. Desparramados por el valle hasta donde la vista alcanzaba, aparecian montecillos con vegetaciones siniestras; cada uno de ellos señalaba el sitio donde quedó enterrado un regimiento. En uno pereció la brigada Guyomar, en otro quedó exterminada la division Lhéritier, en otro pereció el 7.° cuerpo y en otro toda la caballería Margueritte. Desde las dos cimas más altas de aquella cordillera de colinas, Daigny, que tiene doscientos setenta y seis metros de elevacion, y Fleigneux, que tiene doscientos noventa y seis metros, las baterías de la Guardia real de Prusia destrozaron el ejército francés. Desde aquellas alturas, y con la terrible autoridad del destino, parecia que vinieron expresamente los unos para matar y los otros para morir. Contemplaba, sin poder apartar de allí los ojos, el tremendo desastre, las ondulaciones del terreno que no habian protegido á los regimientos franceses, los barrancos en donde se hundió la caballería, el anfiteatro donde se escalonaba la catástrofe, las rocas escarpadas y sombrías, las malezas, las vertientes, los precipicios, los bosques llenos de emboscadas, y en aquella formidable oscuridad, ¡oh, Invisible! yo te veia.

IX.

Jamás hubo caida tan lúgubre, ni expiacion comparable con esta. Fué un drama inaudito que constó de cinco actos tan feroces, que el mismo Esquilo no se hubiera atrevido á concebirlos. Sus cinco actos fueron: *La Alevosía*, *La Lucha*, *La Matanza*, *La Victoria* y *La Caida*. Qué enredo y qué desenlace! Al poeta que lo hubiera predicho le hubieran tomado por un traidor; solo Dios podia permitirse el desenlace de Sedán; Él solo dá proporciones á todo; á un acontecimiento peor que el 18 Brumario, era preciso dar un desenlace peor que el de Waterlóo.

El primer Napoleon afrontó su destino: no le deshonró el suplicio; cayó mirando fijamente á Dios; entró la última vez en Paris discutiendo con los hombres que le derribaban; supo conocerles, apreció á Lafayette y despreció á Dupin. Quiso hasta el último momento ver claro su destino, no se dejó vendar los ojos y aceptó la catástrofe, imponiéndola condiciones. En Napoleon el Pequeño no se vé nada parecido; puede decirse de él que fué un traidor herido á traicion; fué un desgraciado que siente que le agarrota el destino y que no sabe lo que hará de él. Subió á la cumbre del poder y fué dueño ciego del mundo im-

bécil. Deseó que lo votaran por medio de un plebiscito y lo consiguió, logrando tener bajo sus plantas al mismo rey Guillermo. Pero en un momento y bruscamente le atrapó su propio crímen, no supo resistir y fué el condenado que obedece su condena, prestándose á que la suerte dispusiera de él como quisiese: jamás hubo paciente tan dócil. Sin tener ejército provocó la guerra; contando con Rouher desafió á Bismarck; dirigido por Lebœuf atacó á Moltke, y confió Estrasburgo á Uhrich y Metz á Bazaine. Acumuló cien mil hombres en Chalons, con los que podia cubrir á Paris, y los condujo él mismo expresamente, queriendo y sin preverlo, al sitio de su exterminacion; hizo la eleccion horrorosa de un campo de batalla sin salida; porque ya no tenia conciencia de nada, ni de su falta de hoy ni de su crímen de ayer; debia terminar, pero solo podia terminar como fugitivo; este condenado no era digno de mirar su porvenir cara á cara; inclinó la cabeza y le volvió las espaldas; Dios le ejecutó degradándole; Napoleon III, como emperador, tenia derecho al rayo, pero como en sus manos fué infamante, el rayo le ha abrasado por detrás.

X.

Dejemos aparte al hombre y fijémonos en la humanidad. La invasion de Alemania en Francia en 1870 fué un efecto de noche. El mundo se quedó asombrado de que tanta oscuridad pudiese salir de un pueblo. Cinco meses negros constituyeron el sitio de Paris. Convertir el dia en noche es una prueba de gran poder, pero la verdadera gloria consiste en alumbrar, y la Francia ilumina. De esto nace su inmensa popularidad humana. La civilizacion la debe su aurora. El espíritu humano, cuando quiere ver claro, vuelve la vista á Francia. Cinco meses de tinieblas es lo que consiguió la Alemania en 1870 dar á las demás naciones; la Francia en cambio les ha dado cuatro siglos de luz.

En la actualidad el mundo civilizado conoce más que nunca que necesita á la Francia, y ésta lo ha probado estando en peligro. La apatía ingrata de los gobiernos ha hecho crecer la ansiedad de las naciones. Al ver amenazado á Paris, invadió á los pueblos el terror de ser decapitados. ¿Dejarán que obre Alemania como le plazca? Pero la Francia se ha salvado sola á sí misma; le bastó con levantarse. *Patuit dea.*

Hoy es grande como nunca; apenas la ha herido lo que hubiera causado la muerte á cualquier otra nacion. Las sombras que llenaron su horizonte hicieron más visible su luz. Lo que perdió en territorio lo ha ganado en resplandor. Es fraternal sin esfuerzo y sufre su desgracia sonriendo. No pesa sobre ella el imperio gótico, porque es una nacion de ciudadanos y no un rebaño de súbditos. No teme á las fronteras; ¿las habrá dentro de veinte años? No teme á la victoria, porque la Francia ostenta en su pasado las victorias de la guerra y en el porvenir las victorias de la paz. El porvenir es de Voltaire y no de Krupp; es del libro y no de la cuchilla; el porvenir es de la vida y no de la muerte. Hay en la política opuesta á la de Francia cierta cantidad de sepulcro; buscar la vida en las instituciones viejas es inútil, y alimentarse del pasado es morder ceniza. La Francia tiene la facultad de iluminar; ninguna catástrofe militar ni política puede arrebatarla esta misteriosa supremacía. Cuando pasa la nube vuelve á brillar la estrella.

La estrella no tiene cólera; la aurora no guarda rencor á la luz; le basta ser luz. La luz es todo, y este es el amor unánime del género humano. La Francia sabe que es amada porque es buena, y es el mayor de todos los poderes conseguir que nos amen. La Revolucion francesa se hizo para todo el mundo. Es la batalla constantemente empeñada para conseguir lo justo y perpétuamente ganada para conseguir lo verdadero. Lo justo constituye el fondo del hombre y lo verdadero el fondo de Dios. ¿Cómo oponerse á una revolucion que tanta razon tiene? De ninguna manera. Es preciso amarla, y esto es lo que hacen las naciones. La Francia se dá y el mundo la acepta. Se puede resistir á la invasion de los ejércitos, pero no puede resistirse la invasion de las ideas. La gloria de los bárbaros debe consistir en que les conquiste la humanidad; la gloria de los salvajes en que les conquiste la civilizacion; la gloria de las tinieblas en que las conquiste la luz. Por esto la Francia es querida y consentida por todos; como no siente ódio, no teme; por eso es fraternal y maternal; por eso no puede empequeñecerse, humillarse ni irritarse; por eso, despues de pasar por tantas pruebas y tantas catástrofes, incorruptible é invulnerable, tiende la mano desde lo alto á todos los pueblos.

Cuando la mirada se fija en el viejo

continente, que hoy remueve un nuevo soplo de vida, al aparecer ciertos fenómenos se entrevé la formacion augusta y misteriosa del porvenir. Puede decirse que así como la luz se compone de siete colores, la civilizacion se compone de siete pueblos. De estos pueblos tres, la Grecia, la Italia y la España, representan el Mediodía; tres, la Inglaterra, la Alemania y la Rusia, representan el Norte; el séptimo ó el primero, la Francia, es á la vez Norte y Sur, céltica y latina, gótica y griega. Este pais debe á su cielo esta casualidad sublime, el cruzamiento de los dos rayos, que es como si dijéramos la union de las dos manos, esto es, la paz. Tal es el privilegio de Francia; es á la vez solar y estrellada; tiene en su cielo tanta aurora como el Oriente y tantos astros como el Septentrion. Algunas veces su luz se levanta en las tinieblas y brilla su resplandor en la noche negra de las revoluciones y de las guerras: entonces sus auroras son boreales.

Un dia, quizá no lejano, las siete naciones que reasumen la humanidad se aliarán y se fundirán, como los siete colores del prisma, en un radiante arco celeste; el prodigio de la paz aparecerá eterno y visible sobre la civilizacion, y el mundo contemplará deslumbrado el inmenso arco iris de los pueblos unidos de Europa.

FIN DE LA HISTORIA DE UN CRÍMEN.

DRAMAS.

CROMWELL.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

A mi padre.

V. H.

1827.

PREFACIO.

El drama que damos á luz no lleva en sí nada que lo recomiende á la atencion y á la benevolencia del público; no tiene, para atraer sobre él el interés de los hombres políticos, la ventaja del *veto* de la censura administrativa, ni para inspirar simpatía literaria á los hombres de buen gusto, el honor de que lo haya rechazado oficialmente el infalible comité de lectura. Se presenta ante el público solo, pobre y desnudo, como el enfermo del Evangelio, *solus pauper nudus*.

Despues de titubear mucho tiempo, el autor del drama se decidió á recargarle con notas y con prólogos, y ambas cosas son ordinariamente indiferentes para los lectores. Estos se enteran más del talento del escritor que de su modo de ver, y sea la obra mala ó buena, no les importa sobre qué ideas se asienta ni en qué capacidad ha germinado. Nadie visita los sótanos de un edificio despues que ha recorrido las salas, y el que come la fruta del árbol no se acuerda de sus raices.

Por otra parte, las notas y los prefacios son algunas veces un medio cómodo de aumentar el peso de un libro y de aumentar, al menos en la apariencia, la importancia de un trabajo; táctica es esta semejante á la de los generales que, para que sea más imponente su frente de batalla, ponen en línea hasta los bagajes. Despues, mientras que los críticos

se encarnizan con el prefacio y los eruditos con las notas, puede suceder que hasta la misma obra se les escape y pase intacta á través de los fuegos cruzados, como un ejército que se libra de un mal paso, huyendo entre los combatientes de la vanguardia y de la retaguardia.

Estos motivos, aunque son dignos de consideracion, no son los que al autor han decidido. No tenia necesidad de hinchar este volúmen, que ya de por sí es demasiado grueso. Además, el autor, no sabe por qué, ha notado que sus prólogos, francos é ingénuos, más que le han protegido contra los críticos, le han servido para comprometerle. En vez de servirle de buenos y de fieles escudos, le han jugado la mala pasada que suelen hacer los trajes extraños, esto es, que señalan en la batalla al soldado que los lleva, y que en vez de servirle de defensa, le atraen todos los tiros.

Consideraciones de otro órden han influido tambien sobre el autor. Cree que, si efectivamente no se visita por placer los sótanos de un edificio, algunas veces se tiene curiosidad de examinar los cimientos; por lo que se entrega otra vez con un prefacio á la cólera de los folletinistas. *Che sara, sara.* Nunca se ha cuidado gran cosa del éxito de sus obras y no le asustó nunca el *qué dirán* literario. En la flagrante discusion en que se empeñan en el teatro y en la escuela el público y los académicos, quizá se oiga con algun interés la voz de un solitario aprendiz de la naturaleza y de la verdad, que se ha retirado muy jóven del mundo literario por amor á las letras, y que aporta á él buena fé á falta de buen gusto, conviccion á falta de talento y estudios literarios á falta de ciencia.

El autor se limitará á exponer consideraciones generales sobre el arte, sin la idea de querer construir una fortaleza para su propia obra y sin pleitear en favor ni en contra de nadie. El ataque y la defensa de su libro es menos importante para él que para cualquiera otro; es poco afecto á las luchas personales, pues siempre ofrece espectáculo miserable ver que se alborota el amor propio de los combatientes. Protesta, pues, de antemano contra cualquiera interpretacion que se dé á sus ideas y contra cualquiera aplicacion que se haga de sus palabras, diciendo como el fabulista español:

Quien haga aplicaciones,
con su pan se lo coma.

Debe el autor confesar, sin embargo, que algunos de los principales campeones de las "sanas doctrinas literarias„ le han dispensado el honor de arrojarle el guante, á él, casi desconocido, simple é imperceptible espectador de la curiosa pelea, que no tiene la fatuidad de querer decidir. En las páginas siguientes se leerán las objeciones que les opone; éstas son su honda y su piedra: los que quieran, que se las arrojen á la cabeza de los Goliats clásicos.

Dicho esto, pasemos adelante.

Debemos partir de un hecho. La misma naturaleza de civilizacion, ó para emplear una expresion más exacta aunque más extensa, la misma sociedad no ha ocupado siempre el mundo. El género humano en conjunto ha crecido, se ha desarrollado y se ha madurado como nosotros. Desde niño pasó á ser hombre, y nosotros presenciamos ahora su imponente vejez. Antes de la época, que la sociedad moderna llama antigua, existió otra era, que los antiguos llamaban fabulosa, y que seria más exacto llamar primitiva. Hé aquí, pues, tres edades sucesivas en la civilizacion, desde su orígen hasta nuestros dias. Como la poesía se superpone siempre á la sociedad, probaremos á desentrañar, segun la forma de ésta, cuál ha debido ser el carácter de aquella en las tres grandes edades del mundo: los tiempos primitivos, los tiempos antiguos y los tiempos modernos.

En los tiempos primitivos, cuando el hombre se despierta en un mundo que acaba de nacer, la poesía se despierta con él. En presencia de las maravillas que le deslumbran y que le embriagan, su primera palabra es un himno. Está tan cerca aun de Dios, que todas sus meditaciones son himnos y todos sus sueños visiones. En su efusion, canta como respira. Su lira no tiene más que tres cuerdas: Dios, el alma y la creacion; pero este triple misterio lo envuelve todo, esa triple idea todo lo abarca. La tierra está todavía casi desierta. Existen en ella familias, pero no pueblos; padres, pero no reyes. Cada raza existe tranquilamente, sin propiedad, sin ley, sin rozamientos y sin guerras. Todo es de cada uno y de todos. La sociedad es una comunidad, y nada molesta al hombre que vegeta en la vida pastoral y nómada por la que empiezan todas las civilizaciones, y que es propicia á las contemplaciones solitarias y á las caprichosas fantasías. Su pensamiento, como su vida, es seme-

jante á la nube que cambia de forma y de camino, segun el viento que la arrastra. Hé aquí el primer hombre, hé aquí el primer poeta. Es jóven y lírico; su plegaria condensa su religion y la oda es toda su poesía.

La oda de los tiempos primitivos es el Génesis.

Poco á poco la adolescencia del mundo desaparece. Todas las esferas se agrandan; la familia se convierte en tribu y la tribu se convierte en nacion. Cada uno de estos grupos de hombres se agrupa alrededor de un centro comun y nacen los reinos. El instinto social sucede al instinto nómada. El campo abre paso á la ciudad, la tienda al palacio, el arco al templo. Los jefes de los Estados nacientes son aun pastores, pero pastores de pueblos; su cayado pastoril tiene ya la forma de cetro. Todo se pára y se fija. La religion adquiere una forma, los ritos reglamentan la oracion y el dogma viene á encuadrarse en el culto. De este modo el sacerdote y el rey se dividen la paternidad del pueblo; de este modo á la comunidad patriarcal sucede la sociedad teocrática.

Entre tanto las naciones comienzan á estar demasiado prietas en el globo y se molestan y se magullan; de esto provienen los choques de los imperios y la guerra. Se desbordan las unas sobre las otras, y esto hace necesarios los viajes y las emigraciones de los pueblos. La poesía refleja esos grandes acontecimientos; de las ideas pasa á los sucesos, y canta los siglos, los pueblos y los imperios, y convirtiéndose en épica, dá á luz á Homero.

Homero, en efecto, domina á la sociedad antigua. En aquella sociedad todo es sencillo, todo es épico. La poesía es religion, la religion es ley. A la virginidad de la primera edad sucede la castidad de la segunda. Todo lo impregna una especie de gravedad solemne, así en las costumbres domésticas como en las costumbres públicas. Los pueblos solo han conservado de la vida errante el respeto al extranjero y al viajero. La familia tiene una pátria á la que todo se liga; profesa el culto del hogar y el culto de la tumba.

Volvemos á repetir que la expresion de semejante civilizacion solo puede ser la epopeya. La epopeya tomará en ella muchas formas, pero jamás perderá su carácter. Píndaro es más sacerdote que patriarcal, más épico que lírico. Si los analistas contemporáneos, necesarios en esa segunda edad del mundo, recogen las tradiciones de aquellos siglos, no pueden conseguir que la cronología se desprenda de la poesía; la historia, para ellos, continúa siendo epopeya. Herodoto es un Homero.

Sobre todo en la tragedia antigua, la epopeya resalta por todas partes. Sube á la escena griega sin perder en cierto modo sus proporciones gigantescas y desmesuradas. Los personajes de sus tragedias son todavía héroes, semidioses y dioses; sus resortes consisten en sueños, en oráculos y en fatalidades; sus cuadros en enumeraciones, en funerales y en combates; los actores declaman lo que cantan los rapsodas. Más aun; cuando la accion completa y todo el espectáculo épico ha pasado en la escena, lo que queda, el coro lo toma. El coro comenta la tragedia, infunde valor á los héroes, hace descripciones, llama á la luz del dia, se lamenta, explica el sentido moral de lo que se propone el autor y adula al público que le escucha. El coro es, pues, el caprichoso personaje colocado entre el espectáculo y el espectador, es el poeta completando su epopeya.

El teatro de los antiguos era como su drama, grandioso, pontifical, épico. Podia contener treinta mil espectadores, porque las representaciones se hacian al aire libre, á la luz del sol, y duraban todo el dia. Los actores ahuecaban y fingian la voz, se ponian mascarilla y hacian crecer su estatura. Querian ser gigantes como los papeles que desempeñaban. La escena era inmensa, y podian representar á la vez el interior y el exterior de un templo, de un palacio, de un campamento, de una ciudad. En ella se desarrollaban vastos espectáculos: ya representaban á Prometeo sobre la montaña, ya á Antígona buscando desde lo alto de la torre á su hermano Polynice en el ejército enemigo, ya á Evadné arrojándose desde lo alto de una roca á las llamas de la hoguera donde quema el cuerpo de Capanée (de Eurípides), ya un bajel que llega al puerto y que desembarca en la escena cincuenta princesas con su comitiva (de Esquilo). En aquella época la arquitectura y la poesía tienen carácter monumental; la antigüedad no tiene nada tan solemne ni tan majestuoso, y mezcla en el teatro su culto y su historia. Sus primeros comediantes son sacerdotes, y sus juegos escénicos ceremonias religiosas, fiestas nacionales.

Haremos la última observacion para

marcar bien el carácter épico de aquello tiempos, que consiste en decir que la tragedia antigua, así por los asuntos que trata como por las formas que adopta, no hace más que repetir la epopeya. Los trágicos antiguos se ocupan en detallar á Homero, conciben las mismas fábulas, las mismas catástrofes y los mismos héroes. Todos se abrevan del rio homérico. Siempre se ocupan de la Iliada y de la Odisea. Como Aquiles, que arrastra á Héctor, la tragedia griega dá vueltas alrededor de Troya. Poco á poco la edad de la epopeya llega á su fin. Así como la sociedad que ella representa, la poesía se gasta afianzándose sobre sí misma. Roma se calca sobre la Grecia, y Virgilio copia á Homero, y para morir dignamente la poesía épica espira de su último parto.

Habia sonado su hora. Iba á empezar una nueva era para el mundo y para la poesía.

La religion espiritualista, que suplanta al paganismo material y exterior, deslizándose en el corazon de la sociedad antigua, la mata, y en el cadáver de una civilizacion decrépita deposita el gérmen de la civilizacion moderna. Esta religion es completa, porque es verdadera; entre el dogma y el culto sella profundamente la moral. Desde luego, como primeras verdades, enseña al hombre que existen dos vidas, una pasajera y otra inmortal, una en la tierra y otra en el cielo. Enseña al hombre que es doble, como su destino; que se encierran en él un animal y una inteligencia, una alma y un cuerpo; que él es el punto de interseccion, el anillo comun de dos cadenas de séres que abarcan la creacion, desde la série de séres materiales hasta la série de séres incorporales, cuya primera série empieza en la piedra y llega hasta el hombre, y cuya segunda série, partiendo del hombre, acaba en Dios. Quizás comprendieron una parte de esas virtudes algunos sábios de la antigüedad, pero desde el Evangelio data su plena y luminosa revelacion. Las escuelas paganas caminaban á tientas en la oscuridad de la noche, asiéndose de las mentiras como de las verdades en el camino que seguian á la ventura. Algunos de dichos filósofos lanzaban á veces sobre los objetos débiles claridades, que solo los iluminaban por una parte y solo servian para oscurecer más la otra. De esto provinieron los fantasmas que creó la filosofía antigua. Solo era capaz la sabiduría divina de sustituir por una claridad igual y vasta las iluminaciones vacilantes de la sabiduría humana. Pitágoras, Epicuro, Sócrates y Platon son antorchas, pero Jesucristo es la luz del dia.

Por otra parte, nada hay tan material como la teogonía antigua. Lejos de pensar, como el cristianismo, en separar el espíritu del cuerpo, dá forma y fisonomía á todo, hasta las esencias y las inteligencias. Todo en ella es visible, palpable y carnal. Sus dioses necesitan que una nube los oculte á los ojos humanos. Beben, comen y duermen: puede herírseles y su sangre se derrama; puede estropeárseles y cojean eternamente. Esa religion tiene dioses y semidioses. Su rayo se forja en una fragua, en la que se hace entrar, entre otros ingredientes, *tres imbris forti radios*. Su Júpiter suspende el mundo de una cadena de oro; su sol sube en un carro tirado por cuatro caballos; su infierno es un precipicio que su geografía pone en la boca en el globo; su cielo es una montaña.

De este modo el paganismo, que petrifica todas sus creaciones formadas de la misma arcilla, empequeñece la divinidad y engrandece al hombre. Los héroes de Homero tienen tanta talla como sus dioses. Ajax desafía á Júpiter; Aquiles vale tanto como Marte. Acabamos de ver cómo el cristianismo, por el contrario, separa profundamente el espíritu de la materia, estableciendo un abismo entre el alma y el cuerpo y otro abismo entre el hombre y Dios.

En dicha época, para no omitir ningun rasgo del bosquejo que estamos trazando, debemos notar que con el cristianismo y por su influencia se introdujo en el espíritu de los pueblos un sentimiento nuevo, desconocido de los antiguos y singularmente desarrollado en los modernos; un sentimiento que es más que la gravedad y menos que la tristeza: la melancolía. El corazon del hombre, entorpecido hasta entonces por los cultos gerárquicos y sacerdotales, no tenia por qué despertar y encontrar en él el gérmen de una facultad inesperada al sentir el soplo de una religion humana, porque es divina; de una religion que convierte la plegaria del pobre en riqueza del rico; de una religion de igualdad, de libertad y de caridad. ¿Podia dejar de ver las cosas bajo nuevo aspecto desde que el Evangelio le hizo ver que existe el alma al través de los sentidos y la eternidad detrás de la vida?

Por otra parte, en aquel momento el

mundo sufrió tan profunda revolucion que revolucionó á los espíritus. Hasta entonces las catástrofes de los imperios raras veces llegaban hasta el corazon de las poblaciones; solo las sufrian los reyes que caian y las majestades que pasaban. El rayo solo estallaba en las altas regiones, y los acontecimientos se desarrollaban con toda la solemnidad de la epopeya: en la sociedad antigua, el indivíduo estaba colocado tan bajo, que para que le hirieran los trastornos necesitaba que la adversidad descendiese hasta su familia; de tal modo que él no conocia el infortunio, fuera de los dolores domésticos. Raras veces las desgracias generales del Estado desarreglaban su vida. Pero en cuanto se estableció la sociedad cristiana, trastornó el antiguo continente, removiéndole hasta sus raices. Los acontecimientos, encargados de destruir la antigua Europa y de reedificar la nueva, se chocaban, se precipitaban sin tregua y se arrojaban las naciones atropelladamente, unas hácia la luz y otras hácia la oscuridad. Movióse tal estrépito en la tierra, que fué imposible que algo del tumulto universal no llegara hasta el corazon de los pueblos. Aquello, más que un eco, fué un contragolpe. El hombre, replegándose en sí mismo al presenciar tan enormes vicisitudes, comenzó á compadecer á la humanidad y á comprender las amargas irrisiones de la vida. De este sentimiento, que condujo á la desesperacion á Caton el pagano, el cristianismo hizo nacer la melancolía.

Al mismo tiempo nació el espíritu de exámen y de curiosidad, porque las grandes catástrofes eran al mismo tiempo grandes espectáculos de dolorosas peripecias. Entonces fué cuando el Norte se lanzó sobre el Mediodía, el universo romano cambió de forma y se experimentaron las últimas convulsiones de un mundo que agonizaba. Desde que murió ese mundo, bandadas de retóricos, de gramáticos y de sofistas abatieron su vuelo como mosquitos sobre el inmenso cadáver, y se les vió pulular, y se les oyó zumbar en aquel foco de putrefaccion. Acudieron á examinar, á comentar y á discutir. Cada miembro, cada músculo, cada fibra del cuerpo yacente fué examinado en todos los sentidos. Debieron sentir verdadera alegría los anatomistas del pensamiento, de poder desde sus primeros ensayos hacer experimentos en gran escala y de tener por objeto disecar una sociedad muerta.

De este modo vemos apuntar á la vez, y dándose la mano, al génio de la melancolía y de la meditacion y al demonio del análisis y de la controversia. Al uno de los extremos de esta era de transicion está Longino y al otro San Agustin. No hay que despreciar dicha época, que encerraba en gérmenes todo lo que despues ha dado frutos; no hay que despreciar ese tiempo, en el que los escritores han abonado la tierra para que produjera la cosecha mucho más tarde. La Edad Media está ingertada en el Bajo Imperio.

Estableciendo la nueva religion una sociedad nueva, veremos tambien crecer bajo esta doble base una poesía nueva. Hasta entonces, obrando en esto como el politeismo y la filosofía antigua, la musa puramente épica de los antiguos solo habia estudiado la naturaleza por una sola cara, rechazando sin compasion de los dominios del arte todo lo que en el mundo, sometido á su imitacion, no se relacionase con cierto tipo de lo bello. Tipo que desde luego fué magnífico, pero que le sucedió lo que le sucede á todo lo que es sistemático; en sus últimos tiempos degeneró en falso, mezquino y convencional. El cristianismo dirigió la poesía hácia la verdad. Como él, la musa moderna lo verá todo desde un punto de vista más elevado y más vasto; comprenderá que todo en la creacion no es humanamente *bello*, que lo feo existe á su lado, que lo deforme está cerca de lo gracioso, que lo grotesco es el reverso de lo sublime, que el mal se confunde con el bien y la sombra con la luz. La musa moderna preguntará si la razon limitada y relativa del artista debe sobreponerse á la razon infinita y absoluta del creador; si el hombre debe rectificar á Dios; si la naturaleza mutilada será por eso más bella; si el arte tiene el derecho de quitar el forro, si esta expresion se nos permite, al hombre, á la vida y á la creacion; si el sér andará mejor quitándole algun músculo ó el resorte; en una palabra, si ser incompletos es la manera de ser armoniosos. Entonces fué cuando, fijándose en los acontecimientos, á la vez risibles y formidables, y por la influencia del espíritu de melancolía cristiana y de crítica filosófica que acabamos de notar, la poesía dió un gran paso, un paso decisivo, un paso que, semejante á la sacudida que produce un terremoto, cambiará la faz del mundo intelectual. Obrará como la naturaleza, mezclará en sus

creaciones, pero sin confundirlas, la sombra y la luz, lo grotesco y lo sublime, el cuerpo y el alma, la bestia y el espíritu; porque el punto de partida de la religion debe ser el punto de partida de la poesía.

Hé aquí, pues, un principio extraño á la antigüedad, un tipo nuevo introducido en la poesía, y con la condicion de estar en el sér modificado el sér todo entero; hé aquí una forma nueva desarrollada en el arte. Este tipo es lo grotesco; esta forma es la comedia.

Séanos permitido insistir, ya que acabamos de indicar el rasgo característico, la diferencia fundamental que separa, segun nuestra opinion, el arte moderno del arte antiguo, la forma actual de la forma muerta, ó, para servirnos de palabras más vagas, pero más admitidas, la literatura romántica de la literatura clásica.

Nuestros contrarios, al oir esto, contestan que hace ya tiempo que nos *veian venir* y que van á anonadarnos con nuestros propios argumentos, diciéndonos lo siguiente:—¿Quereis que lo *feo* sea un tipo digno de imitarse y lo *grotesco* un elemento de arte? Teneis mal gusto literario. El arte debe rectificar á la naturaleza, debe ennoblecerla, debe saber elegir. Los antiguos no se han ocupado jamás de lo feo ni de lo grotesco, no han confundido jamás la comedia con la tragedia. Estudiad á Aristóteles, á Boileau y á La Harpe.—Eso es verdad!

Sin duda son sólidos dichos argumentos, y sobre todo nuevos. Pero nuestra mision no consiste en refutarlos. No tratamos de edificar un sistema: Dios nos libre de sistemas; solo hacemos constar un hecho. Somos historiadores y no críticos. Que el hecho agrade ó disguste, poco importa, cuando el hecho existe. Reanudemos, pues, nuestro bosquejo y tratemos de probar que de la fecunda union del tipo grotesco con el sublime nace el génio moderno, tan complejo, tan variado en sus formas, tan inagotable en sus creaciones, enteramente opuesto en esto á la uniforme sencillez del génio antiguo, y de probar que de este hecho necesario debemos partir para establecer la diferencia radical y real que existe entre las dos literaturas.

No queremos con esto decir que la comedia y lo grotesco fueran desconocidos absolutamente de los antiguos; esto seria por otra parte imposible, porque nada crece sin raices; la segunda época siempre existe en gérmen en la primera. Desde la Iliada, Thersites y Vulcano representan la comedia, el primero entre los hombres y el segundo entre los dioses. Tiene demasiada naturalidad y originalidad la tragedia griega para que algunas veces no intervenga en ella la comedia. Por ejemplo, y para no citar más que lo que recordemos de memoria, la escena de Menelao con la portera del palacio (*Elena*, acto I); la escena del músico griego (*Orestes*, acto IV); los trifones, los sátiros y los cíclopes son grotescos; las sirenas, las fúrias, las harpías son grotescas; Polífemo es un grotesco terrible y Sileno es un grotesco bufon.

Pero en todos esos ejemplos y en otros muchos se conoce que el arte estaba aun en su infancia. La epopeya, que en aquella época imprimia su forma á todo, pesaba sobre ella y la ahogaba. El grotesco antiguo es tímido y procura siempre esconderse. Se vé que no está en su terreno, porque aquella no es su naturaleza, y se oculta todo lo que puede. Los sátiros, los trifones y las sirenas casi no son deformes; las parcas y las harpías son más vergonzosas por sus atributos que por sus caras; las fúrias son hasta hermosas, y por eso se las llama *euménides*, esto es, tiernas y bienhechoras. Tiende la mitología un velo de grandeza y de divinidad sobre lo grotesco. Polífemo es un gigante, Midas es un rey y Sileno es un dios.

De este modo la comedia pasa casi desapercibida en el gran conjunto épico de la antigüedad. Al lado de los carros olímpicos, ¿qué significa la carreta de Thespis? Comparados con los colosos homéricos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, ¿qué significan Aristófanes y Plauto? Homero los eclipsa á todos; como Hércules se llevó á los pigmeos, él se los lleva ocultos bajo su piel de leon.

En el pensamiento de los modernos, por el contrario, lo grotesco desempeña un papel importantísimo. Se mezcla en todo; por una parte crea lo deforme y lo horrible, y por otra lo cómico y lo jocoso. Atrae alrededor de la religion mil supersticiones originales y alrededor de la poesía mil imaginaciones pintorescas. Siembra á manos llenas en el aire, en el agua, en la tierra y en el fuego esas miriadas de séres intermediarios que encontramos vivos en las tradiciones populares de la Edad Media; hace girar en la oscuridad el círculo espantoso del Sábado; pone cuernos á Satanás, piés de macho cabrío y alas de murciélago; es él el que ya arroja en el infierno cristia-

no las espantosas figuras que evocarán más tarde el génio áspero de Dante y de Milton, ó ya le puebla de formas ridículas, en medio de las que servirá de diversion Callot, el Miguel Angel burlesco. Lo grotesco, si del mundo ideal se pasa al real, desarrolla en él inagotables parodias de la humanidad. Son creaciones de su fantasía los Scaramuchas, los Crispines y los Arlequines, siluetas de hombres que hacen muecas, tipos enteramente desconocidos de la grave antigüedad, y que, sin embargo, todos han nacido en la clásica Italia. Es él, en fin, el que, coloreando el mismo drama, al mismo tiempo con la imaginacion del Mediodía y con la imaginacion del Norte, hace brincar á Sganarelle alrededor de Don Juan y arrastrarse á Mefistófeles alrededor de Fausto.

La poesía antigua, viéndose obligada á dar compañeras al cojo Vulcano, trató de disfrazar su deformidad, dándole en cierto modo proporciones colosales. El génio moderno conserva ese tipo de herreros sobrenaturales, pero le imprime bruscamente un carácter opuesto que les hace más chocantes; cámbia los gigantes en enanos y convierte á los cíclopes en gnomos. Con la misma originalidad que á la hidra de Lerna, la sustituye por los dragones locales de nuestras leyendas. Todas estas creaciones sacan de su propia naturaleza el acento enérgico y profundo, ante el que parece que haya querido retroceder muchas veces la antigüedad.

Las euménides griegas son mucho menos horribles, y por consecuencia menos verdaderas, que las brujas de *Macbeth*; Pluton no es tan infernal como el diablo.

Tenemos la conviccion de que podria escribirse un libro que ofreciese mucha novedad sobre el empleo del grotesco en las artes. Podrian probarse en él los grandes efectos que los modernos han sacado de ese tipo fecundo, sobre el que una crítica mezquina se encarniza en la actualidad. Quizás nosotros mismos, por el asunto que tratamos, nos veamos obligados á señalar de paso alguno de sus rasgos. Diremos ahora solamente que, como objetivo cerca de lo sublime, como medio de contraste, lo grotesco es el más rico manantial que la naturaleza ha abierto al arte. Rubens sin duda lo comprendió así, porque le complacia en el desarrollo de las pompas reales, en sus coronamientos y en sus brillantes ceremonias mezclar la repugnante figura de algun bufon. La belleza universal, que la antigüedad difundia por todas partes solemnemente, era algo monótona; cuando una misma impresion se repite sin cesar, á la larga fatiga. Lo sublime sobre lo sublime con dificultad produce un contraste, y necesitamos descansar hasta de lo bello. Parece, por el contrario, que lo grotesco sea un momento de pausa, un término de comparacion, un punto de partida, desde el que nos elevamos hácia lo bello con percepcion más fresca y más deseada. La salamandra hace resaltar la ondina, y el gnomo embellece al silfo. Podemos decir con exactitud que el contacto de lo deforme ha dotado á lo sublime moderno de algo más puro, de algo más grande que lo bello antiguo, y debe ser así. Cuando el arte es consecuente consigo mismo, conduce con más seguridad cada cosa á su fin. Si el Elíseo homérico está muy lejos de ofrecer el encanto etéreo y la angélica suavidad del paraiso de Milton, es porque bajo del Edén existe un infierno mucho más horrible que el tártaro pagano. Ni Francesca de Rímini ni Beatriz serian tan deslumbradoras en un poeta que no se encerrara en la torre del Hambre, obligándonos á presenciar la repugnante comida del conde Ugolino. Dante no tendria tanta gracia si no tuviera tanta fuerza. Las náyades carnosas, los robustos tritones y los céfiros libertinos carecen de la fluidez diáfana de nuestras ondinas y de nuestras sílfides, y es porque la imaginacion moderna, que hace vagar por nuestros cementerios á los vampiros, á los ogros, á las almas en pena y á los aparecidos, consigue dar á esos séres fantásticos la forma incorporal y la pura esencia que jamás tuvieron las ninfas paganas. La Vénus antigua es hermosa y admirable, mas ¿quién ha infundido en las figuras de Juan Goujon la elegancia esbelta, extraña y aérea? ¿Quién les dió el carácter, hasta entonces desconocido, de vida y de grandiosidad, sino su proximidad á las esculturas rudas y poderosas de la Edad Media?

Si durante el desarrollo necesario de nuestras ideas, que aun pudieran profundizarse más, el hilo de ellas no se ha roto en el espíritu del lector, debe haber comprendido con qué gran potencia lo grotesco, ese gérmen de la comedia que ha recogido la musa moderna, ha debido crecer y engrandecerse desde que se ha transportado á un terreno más propicio para él que el paganismo y la epopeya,

En efecto, en la poesía nueva, mientras que lo sublime representa el alma tal como ella es, purificada por la moral cristiana, lo grotesco representa el papel de la humana estupidez. El primer tipo, desprendido de toda liga impura, estará dotado de todos los encantos, de todas las gracias y de todas las bellezas, y llegará un dia en que cree á Julieta, á Desdémona y á Ofelia. El segundo tipo representará todo lo ridículo, todo lo defectuoso y todo lo feo. En esta division de la humanidad y de la creacion, á él le corresponderán las pasiones, los vicios y los crímenes; será lujurioso, rastrero, gloton, avaro, pérfido, chismoso é hipócrita; será más tarde Yago, Tartuffe, Basilio, Polonio, Harpagón, Bartolo, Falstaff, Scapin y Fígaro. Lo bello no tiene más que un tipo, lo feo tiene mil. Es porque lo bello, humanamente hablando, solo es la forma considerada en su expresion más simple, en su simetría más absoluta, en su armonía más íntima con nuestra organizacion; por eso nos ofrece siempre conjunto completo, pero restringido. Lo que llamamos lo feo, por el contrario, es un detalle de un gran conjunto que no podemos abarcar y que se armoniza, no con el hombre, sino con la creacion entera; por eso nos presenta sin cesar aspectos nuevos, pero incompletos.

Es un estudio curioso seguir el advenimiento y la marcha de lo grotesco en la era moderna. Al principio es una invasion, una irrupcion, un desbordamiento; es un torrente que rompe su dique. Atraviesa al nacer la literatura latina, que muere, prestando sus encantos á Perseo, á Petronio y á Juvenal, y dejando en ella *el asno de oro* de Apuleyo. Desde allí se difunde en la imaginacion de los pueblos nuevos que rehacen la Europa, y fluye en los cuentistas, en los cronistas y en los romanceros, extendiéndose del Sur al Septentrion. Se mezcla entre las fantasías de las naciones tudescas, y al mismo tiempo vivifica con su soplo los admirables romanceros españoles, que son la verdadera Iliada de la caballería. Imprime sobre todo su carácter á la maravillosa arquitectura, que en la Edad Media ocupa el sitio de todas las artes. Deja su estigma en la frente de las catedrales, encuadra sus infiernos y sus purgatorios en la ojiva de sus pórticos, haciéndoles llamear en sus vidrios; desarrolla sus mónstruos, sus dueñas y sus demonios alrededor de los capiteles, á lo largo de sus frisos y al borde de sus techos. Se instala bajo innumerables formas en la fachada de madera de las casas, en la fachada de piedra de las torres y en la fachada de mármol de los palacios. De las artes pasa á las costumbres, y mientras hace que el público aplauda á los *graciosos* de la comedia, dá á los reyes los bufones. Más tarde, en el siglo de la etiqueta nos enseñará á Scarrón sentado en la cama de Luis XIV. Desde las costumbres penetra tambien en las leyes, y mil caprichos fabulosos atestiguan su paso por entre las instituciones de la Edad Media. Despues de haber penetrado en las artes, en las costumbres y en las leyes, penetra hasta en la Iglesia, y le vemos arreglar en todas las villas católicas alguna de esas ceremonias singulares, alguna de esas procesiones extrañas, en las que la religion sale acompañada de todas las supersticiones, esto es, lo sublime rodeado de lo grotesco. En fin, para pintar de un solo rasgo cómo es lo grotesco en la referida aurora de las letras, para expresar cuánta es su verbosidad, su fuerza y su sávia de creacion, diremos que arroja de una vez en el campo de la poesía moderna tres Homeros jocosos: Ariosto en Italia, Cervantes en España y Rabelais en Francia.

Creemos inútil hacer resaltar más la influencia de lo grotesco en la tercera civilizacion. En la época llamada romántica, todo demuestra su alianza íntima y creadora con lo bello.

Debemos decir que en la época en que nos hemos detenido está muy marcado el predominio del grotesco sobre el sublime en las letras; pero eso lo produjo la fiebre de la reaccion, el ardor de la novedad, que ya pasó. El tipo de lo bello vuelve á recobrar bien pronto su papel y su derecho, que no consiste en excluir al otro principio, sino en dominarle, y así sucedió. Llegó el tiempo en que lo grotesco se satisfizo en poder contar con uno de los rincones de los cuadros de Murillo y en las páginas sagradas de Pablo Veronés; con mezclarse en los dos admirables *Juicios finales*, que enorgullecen á las artes; en la escena arrebatadora de horror con que Miguel Angel enriquecerá al Vaticano, y con las espantosas caidas de hombres que Rubens precipitará desde lo alto de las bóvedas de la Catedral de Anvers. Llegó el momento en que vá á establecerse el equilibrio entre los dos principios. Un hombre, un poeta, rey *poeta soberano*, como Dante llama á Homero, vá á fijar dicho equilibrio. Es-

tos dos génios rivales, que acabo de citar, juntan su doble llama, y de esta llama brota Shakespeare.

Hé aquí que hemos llegado á la cumbre poética de los tiempos modernos. Shakespeare es el drama, y el drama que funde bajo un mismo soplo lo grotesco y lo sublime, lo terrible y lo jocoso, la tragedia y la comedia; el drama que es el carácter propio de la tercera época de la poesía, de la literatura actual.

Resumiendo con rapidez los hechos que acabamos de observar hasta aquí, veremos que la poesía cuenta tres edades, cada una correspondiente á una época de la sociedad, la oda, la epopeya y el drama. Los tiempos primitivos son líricos, los tiempos antiguos épicos y los tiempos modernos dramáticos. La oda canta la eternidad, la epopeya solemniza la historia y el drama retrata la vida. El carácter de la primera poesía es la ingenuidad, el de la segunda es la sencillez y el de la tercera es la verdad. Los rapsodas marcan la transicion de los poetas líricos á los poetas épicos, y los romanceros la de los poetas épicos á los poetas dramáticos. Los historiadores nacen con la segunda época, los cronistas y los críticos con la tercera. Los personajes de la oda son colosos, como Adan, Cain y Noé; los de la epopeya son gigantes, como Aquiles, Atreo y Orestes; los del drama son hombres, como Hamlet, Macbeth y Otelo. La oda vive de lo ideal, la epopeya de lo grandioso, el drama de lo real. Esta triple poesía mana de estos tres grandes manantiales, la Biblia, Homero, Shakespeare.

Tales son, y nos concretamos á sacar este resultado, las diferentes fisonomías del pensamiento en las diferentes eras del hombre y de la sociedad; sus tres semblantes, de juventud, de virilidad y de vejez. Ya se examine una literatura particular, ya todas las literaturas en masa, llegaremos siempre al mismo resultado: veremos siempre á los poetas líricos antes que á los poetas épicos, y á los poetas épicos antes que á los poetas dramáticos. En Francia, Malesherbes viene antes que Chapelain, Chapelain antes que Corneille; en la antigua Grecia, Orfeo antes que Homero y Homero antes que Esquilo. En el Libro Sagrado, el Génesis antes que los Reyes; los Reyes antes que Job; ó para tomar la gran escala que vamos recorriendo, la Biblia antes que la Iliada y la Iliada antes que Shakespeare.

La sociedad empieza por cantar lo que sueña, despues refiere lo que hace, y al fin describe lo que piensa. Por esto, digámoslo de paso, el drama, que reune las cualidades más opuestas, puede tener á la vez mucha profundidad y gran relieve, ser filosófico y pintoresco.

Será oportuno añadir aquí que todo en la naturaleza y en la vida pasa por las tres fases, por lo lírico, por lo épico y por lo dramático, porque todo nace, se agita y muere. Si no fuera ridículo confundir las fantásticas ideas de la imaginacion con las deducciones severas del raciocinio, podria decir un poeta que la salida del sol, por ejemplo, es un himno, el medio dia una brillante epopeya y la puesta de sol un sombrío drama, en el que luchan el dia y la noche, la vida y la muerte. Pero esto es pura fantasía. Concretémonos á los hechos reales que acabamos de resumir, y completémoslos con una observacion importante. De ningun modo hemos pretendido designar á las tres épocas de la poesía exclusivo dominio; solo hemos tratado de fijar su carácter dominante. La Biblia, ese divino monumento lírico, encierra, como acabamos de indicar, una epopeya y un drama en gérmen en los Reyes y en Job. Se vé en los poemas homéricos todavía un resto de poesía lírica y un principio de poesía dramática. La oda y el drama se cruzan en la epopeya; hay de todo en todos; solo que en cada uno de esos géneros existe un elemento generador al que se subordinan los demás y que impone al conjunto su carácter propio.

El drama es la poesía completa. La oda y la epopeya solo lo contienen en gérmen, pero el drama encierra á la una y á la otra en su desarrollo. El que dijo que *los franceses no tienen la cabeza épica* fué justo y agudo, pero si hubiera añadido los *modernos*, su frase espiritual hubiera sido más profunda. Es incontestable, sin embargo, que se vé el génio épico en la prodigiosa tragedia *Athalia*, que es tan sencilla y tan grandiosamente sublime, que el siglo de Luis XIV no la pudo comprender. Es cierto tambien que la série de los dramas-crónicas de Shakespeare presenta un gran aspecto de epopeya, pero la poesía lírica es la que mejor sienta al drama; nunca la estorba, se plega á todos sus caprichos y desarrolla todas sus formas, y tan pronto es sublime, como en Ariel, como es grotesca, como en Caliban. Nuestra época, que sobre todo es dramática, por esta razon es eminentemente lírica, y es que hay siempre cierta relacion entre el prin-

cipio y el fin; la puesta de sol tiene algo de la salida; el viejo vuelve á ser niño, pero la última infancia no se parece á la primera: es tan triste como aquella alegre; lo mismo le sucede á la poesía lírica. Deslumbradora y llena de ilusiones aparece en la aurora de los pueblos, pero reaparece triste, sombría y pensativa en el crepúsculo de la tarde de las naciones. La Biblia, que empieza risueña por el Génesis, termina amenazadora con el Apocalipsis.

Para ser más comprensibles las ideas que acabamos de aventurar, por medio de una imágen compararemos la poesía lírica primitiva con un lago apacible que refleja las nubes y las estrellas, y á la epopeya con el rio que corre, reflejando en sus orillas bosques, campos y ciudades, á arrojarse en el Océano del drama. Como el lago, el drama refleja el cielo como el rio refleja las costas, pero él solo encierra abismos y tempestades.

Al drama, pues, viene á desembocar toda la poesía moderna. *El Paraiso perdido* fué drama antes de ser epopeya; bajo aquella forma se presentó al principio á la imaginacion del poeta y se queda impresa en la memoria del lector; de tal modo resalta el antiguo cróquis dramático que imaginó Milton. Cuando Dante terminó su terrible *Infierno* y le cerró las puertas, no quedándole otro trabajo que el de bautizar su obra, el instinto de su génio le hizo ver que su poema multiforme era emanacion del drama y no de la epopeya, y sobre el frontispicio del gigantesco monumento escribió con su pluma de bronce: *Divina comedia.*

Se vé, pues, que los dos únicos poetas de los tiempos modernos que tienen la talla de Shakespeare tratan de aproximarse á su unidad, concurren con él á dar tinte dramático á toda nuestra poesía, mezclan como él lo grotesco y lo sublime, y lejos de separarse del gran conjunto literario que se apoya sobre Shakespeare, Dante y Milton son los arcos que sostienen el edificio del que ocupa él el pilar central, son los contrafuertes de la bóveda de que Shakespeare es la clave. Permítasenos insistir en algunas ideas ya enunciadas.

Desde el dia en que el cristianismo dijo al hombre:—"Eres un sér doble, compuesto de dos séres, uno perecedero y otro inmortal„ desde ese dia se ha creado el drama. ¿Es otra cosa, en efecto, el contraste de todos los dias, la lucha de todos los instantes entre dos principios opuestos, que están siempre juntos en la vida, y que se disputan al hombre desde la cuna hasta el sepulcro?

La poesía hija del cristianismo, la poesía de nuestro tiempo es el drama; la realidad es su carácter, y la realidad resulta de la combinacion de los dos tipos, lo sublime y lo grotesco, que se encuentran en el drama, como se encuentran en la vida y en la creacion. La poesía verdadera, la poesía completa consiste en la armonía de los contrarios. Ya es hora de decirlo en alta voz, puesto que, aquí sobre todo, las excepciones confirman la regla; todo lo que existe en la naturaleza está dentro del arte.

Colocándonos en este alto punto de vista para juzgar las mezquinas reglas convencionales, para desbrozar los laberintos escolásticos, para resolver todos los problemas raquíticos, que los críticos de los dos últimos siglos representaron trabajosamente alrededor del arte, debe maravillarnos la prontitud con que se ha resuelto la cuestion del teatro moderno. El drama no tuvo más que dar un paso para romper todos los hilos de tela de araña con los que creyeron atarle las milicias de Lilliput mientras estuvo durmiendo.

Así, cuando pedantes aturdidos pretenden que lo deforme, lo feo y lo grotesco no debe ser jamás objeto de imitacion para el arte, debe respondérseles que lo grotesco es la comedia, y la comedia forma parte del arte. Para ellos Tartuffe no será bello ni Pourceaugnac noble, y Pourceaugnac y Tartuffe serán siempre dos pimpollos del arte. Debe objetárseles tambien que si se les arroja de esa barrera de la segunda línea de aduanas, renuevan la prohibicion de aliar lo grotesco con lo sublime, de fundir la comedia en la tragedia, y debe hacérseles comprender que en la poesía de los pueblos cristianos, lo grotesco representa la parte material del hombre y lo sublime el alma. Esos dos tallos del arte, si se impide que mezclen sus ramas, si se les separa sistemáticamente, producirán por todo fruto, uno de ellos la abstraccion de vicios y de ridiculeces y el otro la abstraccion del crímen, del heroismo y de la virtud. Los dos tipos, aislados de este modo y entregados á sí mismos, se irán cada uno por su lado, dejando entre ellos la realidad, el uno á su derecha y el otro á su izquierda. Por lo tanto, despues de hacer estas abstracciones, quedará por representar lo

más importante, al hombre; faltará hacer el drama.

En el drama, tal como se ejecuta, ó tal por lo menos como se puede concebir, todo se encadena y se deduce en él como en la realidad: en él representan su papel el cuerpo y el alma, y los hombres y los acontecimientos, puestos en juego por este doble agente, pasan de jocosos á terribles, y alguna vez á ser terribles y bufones á un tiempo. Así un juez dirá:—*Condenado á muerte y vamos á comer*. Así el Senado romano deliberará sobre el rodaballo de Domiciano. Así Sócrates, bebiendo la cicuta y asegurando que el alma es inmortal y que existe un Dios único, se interrumpirá para recordar que no se olviden de sacrificar un gallo á Esculapio. Así la reina Elisabeth jurará y hablará en latin. Así Richelieu sufrirá la influencia del capuchino José, y Luis XI la de su barbero Olivier. Así Cromwell dirá:—*He metido al rey en mi saco y al Parlamento en mi bolsillo*, y la misma mano que firma el decreto de muerte de Cárlos I pintarrajeará con tinta el rostro de un regicida. Así César en su carro triunfal tendrá miedo de caer. Porque los hombres de génio, por grandes que sean, tienen siempre su lado grotesco que se rie de su inteligencia; por esa parte tocan con la humanidad y por esa parte son dramáticos. "De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso„, decia Napoleon, cuando se convenció de que era un simple mortal, y este relámpago de una alma de fuego que se entreabre ilumina á la vez el arte y la historia, ese grito de agonía es el resúmen del drama y de la vida.

Estos contrastes se encuentran en los poetas, considerados como hombres. A fuerza de meditar sobre la existencia, de hacer resaltar la dolorosa ironía, de lanzar el sarcasmo y la burla sobre nuestras debilidades, esos hombres, que excitan la risa del público, acaban por estar tristes. Esos Demócritos son tambien Heráclitos; Beaumarchais era taciturno, Moliere era sombrío, Shakespeare era melancólico.

Una de las supremas bellezas del drama es lo grotesco; no es solo conveniente, sino que con frecuencia es necesario. Algunas veces se presentan estos tipos en masas homogéneas, por medio de caractéres completos, como Daudin, Prusias, Trissotin, Bridoison, la nodriza de Julieta; algunas veces inspirando terror, como Ricardo III, Begears, Tartuffe y Mefistófeles; algunas veces respirando gracia y alegría, como Fígaro, Osrick, Mercutio y Don Juan. Este tipo se infiltra por todas partes, porque así como los séres vulgares tienen muchas veces accesos de sublime, los séres más distinguidos pagan con frecuencia su tributo á lo trivial y á lo ridículo: por eso constante é imperceptiblemente lo grotesco está presente en la escena hasta cuando calla, hasta cuando se esconde, y merced á su influencia nos libra de impresiones monótonas. Ya lanza la risa, ya lanza el horror en la tragedia. Consigue que el farmacéutico encuentre á Romeo, las tres brujas á Macbeth y los enterradores á Hamlet; algunas veces, en fin, como en la escena del rey Lear y su bufon, mezcla sin producir discordancia su voz chillona con las sublimes, lúgubres y fantásticas músicas del alma.

Véase, pues, cómo la arbitraria distincion de los géneros desaparece ante la razon y el buen gusto, y con la misma facilidad desaparecerá tambien la falaz regla de las dos unidades. Decimos dos y no tres unidades, porque la unidad de accion y no de conjunto, que es la única, verdadera y fundada, está hace ya mucho tiempo fuera de toda discusion.

Contemporáneos distinguidos, tanto extranjeros como nacionales, han atacado, ya teórica, ya prácticamente, esta ley fundamental del código pseudo-aristotélico. Por otra parte, el combate no podia ser muy largo. A la primera sacudida ha estallado; ¡tan carcomida estaba la viga de la antigua casucha escolástica!

Lo más extraño es que los rutinarios tienen la pretension de apoyar la regla de las dos unidades en la verosimilitud, cuando precisamente la realidad es la que la mata. No hay nada tan inverosímil y tan absurdo como el vestíbulo, el peristilo ó la antecámara, sitios públicos en los que nuestras tragedias se desarrollan, en los que se presentan, no se sabe cómo, los conspiradores á declamar contra el tirano y el tirano á declamar contra los conspiradores, por turno, como si se hubieran dicho bucólicamente:

Alternis cantemus; amant alterna Camenæ.

¿Han existido jamás peristilos de esa clase? ¿Hay algo más opuesto, no solo á la verdad, sino tambien á la verosimilitud? Resulta de todo esto que lo que es característico, íntimo y local, y no puede pasar en la antecámara ó en la calle,

esto es, el drama entero, pasa entre bastidores. Solo vemos en cierto modo en el teatro los codos de la accion, las manos están fuera. En vez de escenas nos dan recitados, en vez de cuadros descripciones. Graves personajes, colocados como el coro antiguo, entre el drama y el espectador, le refieren lo que sucede en el templo, en el palacio ó en la plaza pública, de modo que muchas veces nos dan tentaciones de gritar:—"Pues llevadnos allí, que eso es digno de verse.„

Se nos objetará que la regla que repudiamos está tomada del teatro griego, pero nosotros replicaremos, exigiendo que se nos diga si se parece en algo nuestro teatro al teatro griego. Además, ya hicimos ver la prodigiosa extension de la escena antigua, que la permitia abarcar una localidad entera, de tal modo, que el poeta podia, segun las necesidades de la accion, transportarla como quisiera de un extremo del teatro al otro, lo que era casi un equivalente al cambio de decoraciones. El teatro griego estaba circunscrito á un fin nacional y religioso, y era mucho más libre que el nuestro, que solo tiene por objeto divertir, ó si se quiere, enseñar á los espectadores. Uno obedece solo á las leyes que le son propias, mientras que el otro se aplicaba condiciones de sér perfectamente extrañas á su esencia.

Se empieza á comprender ahora que la localidad exacta es uno de los elementos de la realidad. Los personajes hablando ú obrando no son los únicos que graban en el espíritu del espectador el sello fiel de los hechos. El sitio en que ha sucedido una catástrofe es un testimonio inseparable y terrible, y la ausencia de esta especie de personaje mudo dejaria incompletas en el drama las más grandes escenas de la historia. El poeta solo se atreveria á asesinar á Rizzio en la cámara de María Stuart, ni á dar de puñaladas á Enrique IV en otra parte que en la calle de la Ferronerie, ni á quemar á Juana de Arco en otra parte que en el Mercado Viejo, ni á decapitar á Cárlos I ni á Luis XVI en otros sitios que en las plazas siniestras desde las que se ven White-Hall y las Tullerías.

La unidad de tiempo no es más sólida que la unidad de lugar. La accion, encerrada en las veinticuatro horas, es cosa tan ridícula como encerrarla en el vestíbulo. Toda accion tiene su duracion propia, como tiene su sitio particular. Causa risa querer propinar la misma dósis de tiempo á todos los acontecimientos y aplicarles la misma medida. Nos burlaríamos del zapatero que quisiera meter los mismos zapatos en todos los piés. Atravesar la unidad de tiempo y la unidad de lugar como los barrotes de una jaula y hacer entrar en ella pedantescamente todas las figuras y todos los pueblos que la Providencia desarrolla en grandes masas en la realidad, es mutilar los hombres y las cosas, es querer que haga visajes la historia. Es más; todo esto morirá durante la operacion; de este modo los mutiladores dogmáticos alcanzan su resultado ordinario; esto es, que lo que estaba vivo en la crónica esté muerto en la tragedia. Por eso con frecuencia la jaula de las unidades solo encierra un esqueleto.

Además, si veinticuatro horas pueden compendiarse en dos, será tambien lógico deducir que cuatro horas puedan compendiar cuarenta y ocho, y la unidad de Shakespeare no será la unidad de Corneille.

Estos son los pobres ardides que desde hace dos siglos las medianías, la envidia y la rutina fraguan contra el génio, limitando de este modo el vuelo de nuestros grandes poetas. Con las tijeras de las unidades les han cortado una ala, ¿y qué nos han dado en cambio de las plumas arrancadas á Corneille y á Racine? Campistrón.

Concebimos que se nos pudiera objetar que los cambios demasiado frecuentes de decoraciones pueden embrollar y fatigar al espectador, produciendo en él el efecto del deslumbramiento; que las traslaciones multiplicadas de un sitio á otro en poco tiempo pueden exigir contraexposiciones que enfrien el interés; que debe temerse que produzcan en medio de la accion lagunas que impidan que las partes del drama se adhieran perfectamente entre ellas, y que además desconcierten al espectador, no pudiendo comprender qué debe haber en aquellos vacíos; pero estas son precisamente las dificultades del arte; estos son los obstáculos propios de tal ó de cual asunto, y sobre los que no se puede legislar dando una ley para todos ellos. El génio debe resolverlos y los poetas no deben eludirlos.

Nos bastará, en fin, para demostrar lo absurdo de la regla de las dos unidades, presentar la última razon, tomada de las entrañas del arte.

La existencia de la tercera unidad, la unidad de accion, es la única que todos admiten, porque resulta de un hecho: el

ojo y el espíritu humano solo pueden abarcar un conjunto cada vez; la unidad de accion es tan necesaria como las otras dos son inútiles; es la que marca el punto de vista del drama, y por lo tanto excluye á las otras dos. No puede haber tres unidades en un drama, como no puede haber tres horizontes en un cuadro. Pero no hay que confundir la unidad con la sencillez de la accion. La unidad del conjunto no rechaza de ningun modo las acciones secundarias en que debe apoyarse la accion principal; solo se necesita que estas partes, prudentemente subordinadas al todo, graviten sin cesar hácia la accion central y se agrupen alrededor de ella en los diferentes planos del drama. La unidad del conjunto es la ley de perspectiva del teatro.

—Los grandes génios han sufrido esas reglas que rechazais, nos replicarán los críticos.—Desgraciadamente teneis razon. Dios sabe adónde hubieran llegado esos hombres admirables si no les hubiéseis cortado el vuelo. Se han prestado á aceptar vuestros grillos sin combatiros. Por eso Pedro Corneille, maltratado por debutar con su maravilla el *Cid*, tiene que luchar luego con Mairet, Claveret, d' Auvignac y Scuderi, y denunciar á la posteridad sus violencias. Hé aqui lo que le dijeron: "Jóven, es menester aprender antes de enseñar.„ Racine experimentó los mismos disgustos sin resistirse tanto como Corneille, porque carecia del génio, del carácter y de la aspereza de éste; se encerró en el silencio y abandonó al desden de su época su arrebatadora elegía *Esther* y su magnífica epopeya *Athalia*.

Indudablemente nos ha privado de poseer muchas bellezas la cadena de críticos clásicos que empieza en Scuderi y termina en la Harpe; bellezas que su soplo árido ha secado en gérmen. A pesar de ellos, nuestros grandes poetas han hecho brillar su génio oprimido por las trabas, y con frecuencia ha sido inútil que los quisiesen amurallar entre los dogmas y las reglas. Como el gigante hebreo, al huir, han arrancado las puertas de su prision y se las han llevado á la montaña.

Esto no obstante, se repite y quizás se repetirá durante mucho tiempo:—¡Seguid las reglas! ¡Imitad á los modelos, que las reglas son los que los forman.—Pero es menester distinguir entre dos clases de modelos; los que se han escrito siguiendo las reglas, ó los modelos de los que se han sacado las reglas. ¿En cuál de las dos categorías debe el génio buscar su sitio? Aunque siempre sea enojoso estar en contacto con los pedantes, vale mil veces más enseñarles que recibir lecciones de ellos. Despues solo se trata de imitar; ¿y el reflejo vale tanto como la luz? ¿El satélite que se arrastra sin cesar por el mismo círculo vale tanto como el astro central y generador? A pesar de su magnífica poesía, Virgilio no es más que la luna de Homero.

Ahora veamos á quién hemos de imitar. A los antiguos? Acabamos de probar que su teatro no tiene ninguna semejanza con el nuestro. Voltaire, que no está por Shakespeare, no está tampoco por los griegos; nos vá á decir por qué: "Los griegos se han dedicado á espectáculos que son repulsivos para nosotros. Hipólito, destrozado por su caida, cuenta sus heridas y lanza gritos de dolor. A Filóctetes le acometen accesos en sus sufrimientos, y sangre negra mana de su herida. Edipo, lleno de sangre que gotea aun del hueco de sus ojos que acaba de arrancarse, se queja de los dioses y de los hombres. Se oyen los gritos de Clytemnestra, á la que ahoga su propio hijo, y Electra grita en medio del teatro: "Herid, matad, no perdoneis á nadie, que ella no ha perdonado á nuestro padre.„ Se ve á Prometeo atado en una roca con clavos que se le hunden en el pecho y en los brazos. Las furias contestan á la sombra siniestra de Clytemnestra con aullidos que no tienen articulacion humana: el arte estaba en su infancia en los tiempos de Esquilo, como en Lóndres en los tiempos de Shakespeare.„ ¿Hay que imitar á los modernos? No hay de qué.

Pudiera objetársenos que concebimos el arte de tal manera, que parece que solo contemos con los grandes poetas y con los génios; pero á eso debemos contestar que el arte no debe contar con las medianías; no las prescribe nada, no las conoce, no existen para él; el arte dá alas y no muletas; por eso nada ha importado que Aubignac siguiese las reglas y que Campistrón imitara modelos. Esto nada le importa al arte, porque él no edifica palacios para las hormigas, y las deja formar su hormiguero sin saber si llegarán á apoyar sobre su base la parodia de su edificio.

Los críticos de la escuela escolástica colocan á sus poetas en difícil posicion: por una parte les dicen sin cesar: Imitad á los modelos; por otra parte proclaman constantemente que los modelos

son inimitables; y luego, si á fuerza de trabajo estos escritores consiguen hacer pálida copia ó calco descolorido de las obras de los maestros, los citados críticos les dicen unas veces: No se parece á nada; y otras veces: Se parece á todo; y por una lógica, creada exprofeso para ellos, cada una de estas dos fórmulas es una verdadera crítica.

Digámoslo en voz alta. Ha llegado el tiempo en que la libertad, como la luz, penetrando por todas partes, penetra tambien en las regiones del pensamiento. Es preciso inutilizar por inservibles las teorías, las poéticas y los sistemas. Hagamos caer la antigua capa de yeso que ensucia la fachada del arte. No debe haber ya ni reglas ni modelos; ó mejor dicho, no deben seguirse más que las reglas generales de la naturaleza, que se ciernen sobre el arte, y las leyes especiales que cada composicion necesita, segun las condiciones propias de cada asunto. Las primeras son interiores y eternas, y deben seguirse siempre; las segundas son exteriores y variables, y solo sirven una vez. Las primeras son las vigas de cargar que sostienen la casa, y las segundas son los andamios que sirven para edificarla y que se hacen de nuevo para cada edificio; unos son el esqueleto y otras la vestidura del drama. Estas reglas, sin embargo, no están escritas en los tratados de poética. El génio, que adivina más que aprende, extrae para cada obra las primeras reglas del órden general de las cosas, las segundas del conjunto aislado del asunto que trata, no como el químico que enciende el hornillo, sopla el fuego, calienta el crisol, analiza y destruye; sino como la abeja, que vuela con alas de oro, se posa sobre las flores y extrae la miel, sin que los cálices pierdan su brillo ni las corolas su perfume.

Insistimos en que el poeta solo debe seguir los consejos de la naturaleza, de la verdad y de la inspiracion, que esta es tambien una verdad y una naturaleza. Lope de Vega decia:

> *Que cuando he de escribir una comedia,*
> *encierro los preceptos con seis llaves.*

Efectivamente, no son demasiado *seis llaves* para encerrar los preceptos. El poeta debe tener mucho cuidado de no copiar á nadie, y ni aun tomar por modelo á Shakespeare ó á Moliere, á Schiller ó á Corneille. Si el verdadero talento pudiera abdicar hasta este punto de su verdadera naturaleza, y desprenderse de su originalidad personal para transformarse en otro, lo perderia todo representando el papel de Sosie. Seria el dios que se convertia en lacayo. Es preciso beber en los manantiales primitivos; que la misma sávia, esparcida por todo el suelo, que produce todos los árboles del bosque, los produce diferentes en figura, en hojas y en frutos; la misma naturaleza fecunda y nutre á los génios más distintos. El poeta es un árbol, que puede ser batido por todos los vientos y abrevado por todos los rocíos que producen sus obras, que son sus frutos, como el fabulista produce sus fábulas. ¿Por qué encadenarse á un maestro? ¿Por qué esclavizarse á un modelo? Vale más ser zarza ó cardo, que se nutre de la misma tierra que el cedro y que la palmera, que ser hongo ó liquen de los grandes árboles; la zarza vive y el hongo vejeta; además, que por grandes que sean el cedro y la palmera, la sustancia que se saque de ellos puede no convertirnos en grandes por nosotros mismos. El parásito de un gigante resultará todo lo más enano. La encina, á pesar de ser colosal, solo puede producir el muérdago.

Si algunos de nuestros poetas han sido notabilísimos imitando, es porque, modelándose con la forma antigua, han seguido, sin embargo, las inspiraciones de su naturaleza y de su génio y han sido originales en algo. Sus ramajes se extendian sobre el árbol inmediato, pero sus raices se sumergian en el suelo del arte; han sido yedra, pero no muérdago. Despues han llegado otra clase de imitadores, que no teniendo ni raices en tierra ni génio en el alma, se han tenido que concretar á la imitacion. Como dice Cárlos Nodier: *Despues de la escuela de Atenas vino la escuela de Alejandría.* Entonces llegó la irrupcion de las medianías, y entonces pulularon esas poéticas, que son tan cómodas para ella y tan embarazosas para el talento. Entonces dijeron que todo estaba ya escrito y prohibieron á Dios que creara otros Molieres y otros Corneilles. Quisieron que la memoria hiciera las veces de la imaginacion, reglamentando este descubrimiento con aforismos por este estilo: "*Imaginar*, dice la Harpe con cándida seguridad, no es en el fondo otra cosa que *recordar*.„

Debe copiarse la naturaleza y la verdad. Nosotros, con la idea de demostrar que en vez de demoler el arte las ideas nuevas solo tratan de reconstruirle con más solidez y con mejores fundamentos, vamos á indicar cuál es el límite infran-

queable que, segun nuestra opinion, separa la realidad segun el arte, de la realidad segun la naturaleza. Solo puede confundirlas el aturdido, como lo hacen algunos partidarios moderados del romanticismo. La verdad en el arte no puede ser, como lo creen muchos, la realidad absoluta. El arte no puede dar la cosa misma. Supongamos que uno de los promovedores irreflexivos de la naturaleza absoluta, de la naturaleza vista fuera del arte, asiste á la representacion de una pieza romántica, del *Cid* por ejemplo. Desde las primeras palabras extrañará que el Cid hable en verso, y dirá que hablar en verso no es *natural*, que debe hablarse en prosa. En segundo lugar dirá que el Cid habla en francés, y la *naturaleza* requiere que hable su lengua, esto es, que hable en español. Pero no es esto todo; antes de llegar á la décima frase castellana, el defensor de la *realidad absoluta* debe levantarse y preguntar si el Cid que está hablando es el verdadero Cid en carne y hueso. ¿Con qué derecho el actor que lo representa, y que se llama Pedro ó Jaime, toma el nombre del Cid? Eso es *falso*. Por el mismo motivo debe exigir que el sol del cielo sustituya al sol de la maquinaria, y árboles reales y casas verdaderas á los mentirosos bastidores. Colocándonos en semejante pendiente, á la que la lógica nos arrastra, no sabemos ya dónde iremos á parar.

Debe, pues, reconocerse, so pena de caer en el absurdo, que el dominio del arte y de la naturaleza son perfectamente distintos. La naturaleza y el arte son dos cosas diferentes, y si no lo fueran, la una ó la otra no existiria. El arte, además de su parte ideal, tiene una parte terrestre y positiva. Haga lo que haga, está encerrado entre la gramática y la prosodia, y posee para sus creaciones más caprichosas formas, medios de ejecucion y todo un material que remover: para el génio, estos son los instrumentos; para la medianía, estas son las herramientas.

Se ha dicho que el drama es un espejo que refleja la naturaleza; pero si este espejo es ordinario y presenta la superficie plana y unida, solo se verán en él los objetos como una imágen turbia y sin relieve, fiel, pero descolorida, porque sabido es que el color de la luz pierde con la reflexion simple. Es preciso, pues, que el drama sea un espejo de concentracion que, en vez de debilitar, recoja y condense los rayos colorantes, que de una claridad haga luz y de una luz llama. Entonces solo el drama será digno del arte.

El teatro es un punto de vista óptico. Todo lo que existe en el mundo, en la historia, en la vida y en el hombre, debe y puede reflejarse en él, pero embellecido por la vara mágica del arte. El arte hojea los siglos y la naturaleza, interroga á las crónicas, estudia para reproducir la realidad de los hechos, sobre todo la de las costumbres y la de los caractéres; restaura lo que los analistas han truncado, adivina sus omisiones y las repara, llena sus lagunas por medio de imaginaciones que tienen color de época; agrupa lo que ellos han esparcido, reviste el todo con una forma poética y natural á la vez, y le dá la vida de verdad saliente que engendra la ilusion, el prestigio de realidad que apasiona á los espectadores despues de haber apasionado al poeta. De este modo el objeto del arte es casi divino; consiste en resucitar si se trata de la historia, y en crear si se trata de la poesía.

Es grandioso ver desenvolverse majestuosamente un drama en el que el arte desarrolla poderosamente la naturaleza; el drama en que la accion camina á su desenlace con firmeza y con facilidad, sin difusion y sin verosimilitud; en el que el poeta llena plenamente el objeto múltiple del arte, que consiste en abrir al espectador doble horizonte, iluminando á la vez el interior y el exterior de los hombres; el exterior por medio de sus discursos y de sus acciones, el interior por los apartes y por los monólogos, creando en el mismo cuadro el drama de la vida y el drama de la conciencia.

Concíbese que para una obra de este género, si el poeta debe elegir entre los asuntos (y debe), no debe escoger lo *bello*, sino lo característico. No porque le convenga dar, como se dice ahora, *color local*, esto es, añadir algunos toques chillones aquí y allá, en un conjunto que continúe siendo falso y convencional, sino porque no es en la superficie del drama donde debe estar el color local, sino en el fondo, en el corazon mismo de la obra, desde el que se esparza por fuera de ella natural é igualmente y, por decirlo así, en todos los rincones del drama, como la sávia que sube desde las raices á las hojas altas del árbol. El drama debe estar impregnado de color de época; debe aspirarse en ella de tal modo, que nos apercibamos de que entrando y

saliendo de él hemos cambiado de siglo y de atmósfera. Se necesitan algunos estudios y bastante trabajo para conseguirlo, pero esto le dá más mérito. Es conveniente que obstruyan las avenidas del arte zarzas y espinos que hagan retroceder á todos menos á las voluntades fuertes. Además, este estudio, cuando lo sostiene una ardiente inspiracion, garantizará al drama del defecto que le mata, el de ser *comun*. Este es el defecto de los poetas de vista corta y de cortos alientos.

Es indispensable que en la época de la escena las figuras aparezcan con sus rasgos más salientes y más individuales; hasta las más vulgares y triviales deben tener personificacion propia. No debe abandonarse ningun hilo suelto en el drama. Como Dios, el verdadero poeta debe estar presente en todas las partes de su obra. El génio debe parecerse al acuñador, que imprime la efigie real lo mismo en las piezas de cobre que en las monedas de oro.

Consideramos, y esto probará á los hombres de buena fé que no tratamos de reformar el arte, consideramos que el verso es uno de los medios más propios para preservar al drama del defecto que acabamos de señalar; consideramos que el verso es uno de los diques más poderosos para preservarnos de la irrupcion de lo *comun*. Aquí nos vamos á permitir indicar un error que creemos que padece la literatura jóven, tan rica ya en autores y en obras, error que, por otra parte, justifican las increibles aberraciones de la antigua escuela. El nuevo siglo está aun en la edad de su crecimiento y es árbol que se puede enderezar con facilidad.

Se ha formado en los últimos tiempos, como penúltima ramificacion del viejo tronco clásico, ó mejor dicho, se ha formado una de esas excrecencias, uno de esos pólipos que desarrolla la decrepitud y que son más signo de descomposicion que prueba de vida; se ha formado una singular escuela de poesía dramática. Esta escuela parece que tenga por maestro y por tronco comun al poeta que marca la transicion del siglo diez y ocho al siglo diez y nueve, al hombre de las descripciones y de las perífrasis, á Delille, que segun refieren se vanagloriaba, á la manera que Homero se jactaba de haber descrito doce camellos, cuatro perros, tres caballos, seis tigres, etc. etc., de haber hecho muchas descripciones de invierno, de estío, de primavera, de puestas de sol, y tantas auroras que era imposible contarlas.

Pues Delille pasó á la tragedia. Es el fundador de una escuela que pretende ser maestra en la elegancia y en el buen gusto, y que floreció recientemente. La tragedia no es para esta escuela lo que es, por ejemplo para Shakespeare, un manantial de emociones de todas clases, sino un cuadro cómodo para resolver una multitud de insignificantes problemas descriptivos, que es lo que se propone durante su curso; en vez de rechazar, como la verdadera escuela clásica francesa, las trivialidades y las cosas ordinarias de la vida, las busca y las recoge con avidez. Lo grotesco, evitado cuidadosamente en la tragedia del tiempo de Luis XIV, se admite en esta escuela, pero *ennoblecido*. Su objeto parece que sea extender cartas de nobleza á todo lo más vulgar del drama, y cada una de estas cartas contiene una larga tirada de versos.

A la musa de esta escuela, que está acostumbrada á las caricias de la perífrasis, las palabras propias que alguna vez la frotarian con aspereza le causan horror, no es digno de ella hablar con naturalidad; ella critica á Corneille porque dice crudamente:

—*Un monton de hombres perdidos de deudas* y de crímenes.
—Climene, *quién lo hubiera creido?* Rodrigo, *quién lo hubiera dicho?*
—Cuando Flaminius *regateaba* con Aníbal.
—Ah! No querais *barajarme* con la República! etc. etc.

Esa Melpómene, como se llama á sí misma, se extremeceria de pasar solo la vista por una crónica: deja á los eruditos el cuidado de averiguar la época en que pasan los dramas que escribe; la historia para ella es de mal tono y de mal gusto. ¿Cómo ha de poder tolerar, por ejemplo, que los reyes y las reinas juren? Desde la dignidad real se deben elevar á la dignidad trágica. En una palabra, nada es tan *comun* como su elegancia y su nobleza convencional. Carece de rasgos, de imaginacion y de invencion en el estilo. Solo es retórica ampulosa, llena de lugares comunes, de flores trasnochadas y de la poesía de los versos latinos. Solo tiene ideas prestadas que viste con imágenes de pacotilla. Los poetas de esta escuela son elegantes á la manera de los príncipes y princesas de teatros, que están siempre seguros de encontrar en los vestuarios mantos reales y coronas de similor, que solo tienen el defecto de servir para todo el mundo. Si los poetas de esa escuela no hojean la Biblia, en cambio constituye su evange-

lio un libro grueso, que se llama el Diccionario de la rima; este es el manantial de su poesía, *fontes aquarum*.

Se comprende que de ese modo la naturaleza y la verdad queden malparadas; porque seria gran casualidad que sobrenadase alguna ruina de ellas en el cataclismo de arte falso, de estilo falso y de poesía falsa de esa escuela. Esto ha infundido error á nuestros reformadores más distinguidos. Chocándoles el embarazamiento, el aparato y lo pomposo de esta pretendida poesía dramática, han creido que los elementos de nuestro lenguaje poético eran incompatibles con lo natural y con lo verdadero. Estaban tan cansados de los alejandrinos, que les condenaron sin querer oirles, y de esta condena han deducido, quizás con precipitacion, que el drama debia escribirse en prosa.

Pero este es un segundo error; porque si, en efecto, el estilo es falso, como en el desarrollo del diálogo de ciertas tragedias francesas, no es culpa de los versos, sino de los versificadores; debe condenarse, no la forma que se emplea, sino á los que emplean esa forma; á los obreros, no á las herramientas.

Para convencerse que la naturaleza de nuestra poesía no pone obstáculos á la libre expresion de lo verdadero, no es quizá en Racine donde debe estudiarse nuestra versificacion, debe estudiarse en algunas obras de Corneille y en todas las obras de Moliere. Racine es poeta divino, elegíaco, lírico y épico; Moliere es dramático; pero ya es hora de hacer justicia y de destruir las críticas amontonadas por el mal gusto del último siglo sobre el estilo admirable de Moliere, que se sienta en la cumbre de la poesía, no solo como poeta, sino tambien como escritor.

En él el verso abarca la idea y la incorpora, estrechándola y desarrollándola al mismo tiempo, prestándole figura esbelta, estricta y completa, y ofreciéndonosla como en elixir. El verso es la forma óptica del pensamiento; por eso conviene á la perspectiva escénica. Escrito el verso de cierto modo, comunica su relieve á las ideas que sin él pasarian desapercibidas por insignificantes y vulgares. Hace más sólido y más firme el tejido del estilo. Es el nudo que pára el hilo. Es la cintura que sostiene la túnica y que la hace formar pliegues. ¿Qué puede perder, pues, al entrar en el verso la naturaleza y la verdad? Se lo preguntamos á nuestros prosistas: ¿pierde algo la naturalidad en la poesía de Moliere? ¿El vino, que nos permite decir algunas trivialidades de sobra, deja de ser vino porque esté embotellado?

Si tuviésemos el derecho de decir y de imponer nuestra opinion sobre el estilo del drama, diríamos que debia expresarse en verso libre, franco, leal, que se atreviera á decirlo todo sin gazmoñería y expresarlo todo sin rebuscamientos, pasando del tono natural de la comedia al de la tragedia, de lo sublime á lo grotesco; siendo á la vez positivo y poético, artístico é inspirado, profundo y repentino, suelto y verdadero; sabiendo quebrar á propósito y colocar en distintos sitios la cesura, para evitar la monotonía de los alejandrinos. Inclinándose más á cortar el verso que á invertirle, siendo fiel á la rima, á esta esclava reina, á esta suprema gracia de nuestra poesía; debe ser el estilo inagotable en la verdad de sus giros, teniendo pleno conocimiento de los secretos de la elegancia y de la factura; tomando, como Proteo, mil formas sin cambiar de tipo ni de carácter; ocultándose siempre detrás del personaje; siendo lírico, épico ó dramático, segun lo exija la situacion; sabiendo recorrer todo el pentágrama poético, ir de arriba á bajo, desde las ideas más elevadas hasta las más vulgares, desde las más graciosas á las más graves, desde las exteriores hasta las abstractas, sin salirse jamás de los límites que debe tener una escena hablada; en una palabra, el estilo debe ser como lo escribiria el hombre privilegiado al que una hada benéfica dotara del alma de Corneille y de la cabeza de Moliere. Nos parece que entonces la versificacion *seria tan bella como la prosa*.

No habria entonces ninguna relacion entre la poesía que presentamos como modelo y la poesía cuya autopsia cadavérica acabamos de verificar. La diferencia que la separa es fácil de comprender.

Repitamos que el verso, sobre todo en el teatro, debe despojarse de todo amor propio, de toda exigencia y de toda coquetería. El verso en el drama solo es una forma, que debe admitirlo todo, que no debe imponer nada; antes por el contrario, debe recibirlo todo del drama, para trasmitir al espectador textos de leyes, juramentos reales, locuciones populares, comedia, tragedia, risa, lágrimas, prosa y poesía.

Esta forma debe ser de bronce y encerrar el pensamiento en el metro, y con ella el drama es indestructible, porque

le graba de antemano en el espíritu del actor, le advierte lo que suprime y lo que añade, le impide alterar su papel y hace sagrada cada palabra, consiguiendo que lo que dijo el poeta se encuentre mucho tiempo despues fijo en la memoria del espectador. La idea templada en el verso adquiere muchas veces más incision y más brillo; es hierro convertido en acero. Compréndese que la prosa sea necesariamente más tímida y se vea obligada á privar al drama de poesía lírica ó épica, reduciéndolo al diálogo y á lo positivo y careciendo de los manantiales antes indicados. La prosa tiene las alas más cortas, es de más fácil acceso, las medianías se encuentran mejor escribiéndola, y si exceptuamos unas cuantas obras distinguidas como las que han aparecido en estos últimos tiempos, el arte seria muy pronto un monton de abortos y de embriones.

Otra fraccion de los reformistas se inclina á que el drama se escriba parte en verso y parte en prosa, como lo hizo Shakespeare. Esta manera tiene sus ventajas. Podria, sin embargo, no haber oportunidad ni belleza en las transiciones de una forma á otra, y además, cuando el tejido es homogéneo es mucho más sólido. Despues de todo, que el drama esté escrito en prosa solo es una cuestion secundaria. La categoría de una obra debe fijarse, no por su forma, sino por su valor intrínseco. En cuestiones de esta clase no hay más que una solucion: solo hay un peso que puede inclinar la balanza del arte, el peso del génio.

Sea prosista ó versificador, el primero é indispensable mérito del escritor dramático consiste en la correccion; no en la correccion de la superficie, que es la cualidad ó el defecto de la escuela descriptiva, sino en la correccion íntima, profunda y razonada que se penetra del génio de un idioma que ha sondeado las raices y que ha hojeado las etimologías; correccion que es siempre libre, porque se hace con seguridad y sabe que vá siempre acorde con la lógica de la lengua, á pesar de que afirmen ciertas opiniones, que sin duda no han meditado en lo que afirman, y entre las que debe colocarse la del autor de este libro, que la lengua francesa no está fijada y que no se fijará. Las lenguas no se fijan. El espíritu humano está siempre en movimiento y las lenguas hacen lo mismo que él. ¿Cambiando el cuerpo cómo no ha de cambiar el traje? El francés del siglo diez y nueve no puede ser el francés del siglo diez y ocho, como éste no es el francés del siglo diez y siete, ni el del diez y siete es el del diez y seis. La lengua de Montaigne no es la de Rabelais, la lengua de Pascal no es la de Montaigne, la lengua de Montesquieu no es la de Pascal. Cada una de esas cuatro lenguas, considerada en sí misma, es admirable, porque es original. Cada época tiene ideas propias, y debe tener palabras propias para expresar sus ideas. Las lenguas son como el mar, oscilan sin cesar. En tiempos dados dejan una ribera del mundo del pensamiento é invaden otra, y todo lo que las olas dejan desierto se seca en el suelo; de esta manera las ideas se extinguen y las palabras se van. Sucede en los idiomas humanos como en todo: cada siglo trae y se lleva algo. Esto sucede fatalmente, y es en vano que se intente petrificar la móvil fisonomía de nuestro idioma bajo una forma cualquiera; es en vano que nuestros Josués literarios griten á la lengua que se pare, porque ni las lenguas ni el sol se paran nunca. El dia en que se *fijan* es el dia que mueren; por eso el francés de cierta escuela contemporánea es una lengua muerta.

Tales son las ideas actuales del autor de este libro sobre el drama. Está muy lejos de tener la pretension de presentar su ensayo dramático como emanacion de estas ideas, que, por el contrario, no son quizás, hablando francamente, más que revelaciones de la ejecucion. Le hubiera sido más cómodo sin duda y más hábil fundar el drama sobre el prefacio y defender el uno con el otro. Prefiere tener menos habilidad y más franqueza. Quiere ser el primero en reconocer la flojedad del lazo que liga el prólogo al drama. Su primer proyecto, que no llevó á cabo, fué dar al público la obra sola; *el demonio sin los cuernos*, como decia Iriarte. Despues de haber terminado el drama, á ruegos de algunos amigos, probablemente ciegos, se determinó á publicar el prefacio, á trazar el mapa del viaje poético que acababa de hacer, á darse razon de las adquisiciones buenas ó malas que aportaba, y de los nuevos aspectos bajo los que el dominio del arte se habia presentado á su espíritu. Debe tenerse en cuenta, contra él, el dictámen, ó sea reproche, que un crítico aleman le ha dirigido, de haber tratado de escribir una poética para su poesía. A pesar de este reproche, debemos contestar que el

autor tuvo más intencion de deshacer que de hacer poéticas. Despues de todo, ¿no será mejor escribir poéticas despues de haber escrito poesías, que poesía despues de haber escrito una poética? Pero no, no se trata de esto; el autor no tiene talento creador, ni la pretension de establecer sistemas. "Los sistemas, dice espiritualmente Voltaire, son como los ratones que pasan por veinte agujeros, pero que al fin encuentran dos ó tres en donde no pueden entrar.„ Esto hubiera sido emprender un trabajo inútil y superior á sus fuerzas.

El autor pleitea, por el contrario, por conseguir la libertad del arte contra el despotismo de los sistemas, de los códigos y de las reglas. Tiene por costumbre seguir á la ventura el asunto que escoge por inspiracion y cambiar de molde cada vez que cambia de composicion; huye sobre todo del dogmatismo en las artes. No quiera Dios que aspire nunca á ser de esos románticos ó clásicos que escriben sus obras segun uno de los dos sistemas, que se condenan para siempre á que su talento no tenga más que una forma y á no seguir otras leyes que las de su organizacion y las de su naturaleza. La obra artificial de semejantes hombres, por mucho talento que tengan, no existe para el arte; es una teoría, pero no una poesía.

Despues de haber indicado en todo lo que precede cuál ha sido, segun nuestra opinion, el orígen del drama, cuál es su carácter y cuál debe ser su estilo, ha llegado el momento de descender de esas cumbres generales del arte al caso particular que nos hizo subir hasta ellas. Solo nos resta enterar al lector de nuestra obra, de CROMWELL, y como este no es un asunto que nos complace, solo diremos de él unas cuantas palabras.

Oliverio Cromwell pertenece al número de los personajes históricos que, siendo muy célebres, son poco conocidos. La mayor parte de sus biógrafos, algunos de ellos historiadores, han dejado incompleta su gran figura, como si no se hubieran atrevido á reunir todos los rasgos del colosal prototipo de la reforma religiosa y de la revolucion política de Inglaterra. Casi todos se han concretado á reproducir con mayores dimensiones el sencillo y siniestro perfil que de él trazó Bossuet, bajo su punto de vista monárquico y católico, desde su púlpito de obispo, que se apoyaba en el trono de Luis XIV.

Como todo el mundo, el autor de este libro daba crédito á la susodicha biografía, y el nombre de Cromwell solo despertaba en él la idea sumaria de un regicida fanático y de un gran capitan. Pero estudiando la crónica y hojeando á la ventura las memorias inglesas del siglo diez y siete, empezó á notar que se desarrollaba ante sus ojos un Cromwell enteramente nuevo, que no era únicamente el Cromwell militar y político de Bossuett, sino un sér complejo, heterogéneo, múltiple, compuesto de elementos contradictorios, bueno y malo, lleno de génio y de pequeñez; una especie de Tiberio-Daudin, tirano de Europa y juguete de su familia; regicida, que humillaba á los embajadores de los reyes, y al que torturaba su hija; austero y sombrío en sus costumbres, pero entreteniéndose con cuatro bufones que tenia á su lado; que escribia malos versos; que era sóbrio, sencillo y frugal; soldado grosero y político sutil; hábil en las argucias teológicas; orador pesado, difuso y oscuro, pero que sabia hablar al alma á los que queria seducir; hipócrita y fanático; visionario dominado por fantasmas desde su niñez; que creia en los astrólogos y los proscribia; excesivamente desconfiado, siempre amenazador y rara vez sanguinario; rígido observador de las prescripciones puritanas; brusco y desdeñoso con sus familiares, acariciando á los sectarios que temia, engañando sus remordimientos con sutilezas; grotesco y sublime; en una palabra, siendo uno de esos hombres *cuadrados por la base*, como les llamaba Napoleon.

El autor de este drama, al encontrarse con este raro y chocante conjunto, conoció que la silueta apasionada de Bossuet era insuficiente. Empezó á dar vueltas alrededor de esta elevada figura, y le acometió la ardiente tentacion de pintar al gigante bajo todas sus fases y bajo todos sus aspectos. La materia era abundante. Tras de pintar al hombre de guerra y al hombre de Estado, faltaba dibujar aun al teólogo, al pedante, al mal poeta, al visionario, al bufon, al padre, al marido, al hombre Proteo, en una palabra, al Cromwell doble; *homo et vir*.

Sobre todo hay en su vida una época en que carácter tan singular se desarrolla bajo todas sus formas. No es esta época, como pudiera creerse al primer golpe de vista, la del proceso de Cárlos I, á pesar de palpitar en ella un interés sombrío y terrible, sino la época en que el ambicioso trató de recoger el fruto de la muerte del rey; fué el momento

en que Cromwell habia llegado á una altura que hubiera sido para cualquier otro la cumbre posible de la fortuna; cuando era dueño de Inglaterra, en la que sus mil facciones enmudecian; cuando era dueño de Escocia y de Irlanda, y árbitro de Europa por su armada, por su ejército y por su diplomacia; cuando trató de realizar el primer sueño de su infancia y el último móvil de su vida, el de proclamarse rey. La historia no ha ocultado jamás tan alta enseñanza en un drama tan alto. El Protector obliga al principio á que se lo supliquen; y la augusta tarea empieza por las peticiones que en este sentido le dirigen las comunidades, las ciudades y los condados, á las que sigue un bill del Parlamento. Cromwell, que es el autor anónimo de esta farsa, aparece descontento de estas peticiones, y despues de avanzar la mano hácia el cetro la retira, y se le vé aproximarse oblícuamente hácia el trono, á él que ha tenido valor para barrer la dinastía. Al fin se decide bruscamente; ordena que empavesen á Westminster y que en dicho palacio levanten un estrado: encargan la corona á un platero y llegan á fijar el dia de la ceremonia, que tuvo un desenlace extraño. El dia señalado, ante el pueblo, la milicia y los comunes, en la gran sala de Westminster, sobre el estrado, del que queria descender rey, sobresaltado de súbito parece despertar: al contemplar la corona pregunta si sueña y qué es lo que significa aquella ceremonia, y pronunciando un discurso que dura tres horas, rehusa admitir la dignidad real. ¿Fué que sus espías le avisaron de que se fraguaban dos conspiraciones combinadas, la de los caballeros y la de los puritanos, que debian estallar aquel mismo dia? ¿Fué que la revolucion se produjo en él al oir los murmullos del pueblo, que se indignó al ver que el regicida iba á escalar el trono? ¿Fué solo sagacidad de génio, instinto prudente de una ambicion desenfrenada, que comprende que un paso más cambia de repente la posicion y la grandeza de un hombre, y no se atreve á exponerse á la impopularidad? ¿Fué todo esto á la vez? Esto es lo que no pone en claro ninguno de los documentos contemporáneos; y de ese modo dejan en completa libertad al poeta y hacen ganar al drama, que puede ocupar los huecos que deja la historia. Por lo que acabamos de decir puede comprenderse que el drama debe ser inmenso y único, desarrollándolo en la hora decisiva, en la gran peripecia de vida de Cromwell. Cromwell íntegro juega en esta comedia que se representa entre Inglaterra y él.

Este es el hombre y esta es la época que hemos intentado bosquejar.

El autor se ha dejado arrastrar por el placer infantil de tocar todas las teclas de ese gran clavicordio; otros más hábiles hubieran podido sacar de él más elevadas y más profundas armonías, pero no de esas armonías que halagan al oido, sino de esas armonías que agitan al hombre, como si cada cuerda del clavicordio se ligase á una fibra del corazon. El autor ha cedido al deseo de pintar los fanatismos, las supersticiones, las enfermedades de las religiones en ciertas épocas, y de amontonar debajo y alrededor de Cromwell toda aquella córte, todo aquel pueblo y todo aquel mundo, haciendo de él la unidad que imprima la impulsion al drama. El autor ha querido pintar la doble conspiracion que tramaron dos partidos que se aborrecian, que se ligaron para derribar al hombre que les molestaba, pero que se unieron sin confundirse; ha querido describir el partido puritano, fanático, sombrío y desinteresado, que tomó por jefe á un hombre demasiado pequeño para representar tan gran papel, al egoista y pusilánime Lambert; y al partido de los caballeros, aturdido, alegre y poco escrupuloso, pero capaz de sacrificarse, que tenia por jefe al hombre que, exceptuando su abnegacion, le podia representar menos, al probo y severo Ormond. El autor ha querido describir á aquellos embajadores tan humildes delante de aquel soldado de fortuna, y á aquella córte extraña, en la que se mezclaban los aventureros y los grandes señores, y los cuatro bufones que el desdeñoso olvido de la historia permite crear, y la familia del Protector, de la que cada miembro es una plaga para él. El autor describe, además, á Thurloe, que fué el *Achates* del Protector; al rabino judío Israel-Ben-Manassé, espía, usurero y astrólogo, vil por dos partes y sublime por la tercera; al caprichoso Rochester, ridículo y espiritual, elegante y crapuloso, jurando sin cesar, siempre enamorado y siempre borracho, de lo que se vanagloriaba con el obispo Burnet, mal poeta y buen gentil-hombre, jugándose la cabeza y sin cuidarse de ganar la partida con tal de divertirse; y al salvaje Carr, tan característico y tan fanático. Finalmente, el autor dibuja las

siluetas de los fanáticos de todas clases: Harrison, fanático pilluelo; Barebone, comerciante fanático; Syndercomb, homicida; Agustin Garland, asesino lacrimoso y devoto; al bravo coronel Overton, hombre de letras algo declamador; al austero y rígido Ludlow y al célebre Milton.

No indicaremos aquí á ninguno de los personajes de último órden, á pesar de que cada uno de ellos tiene su vida real y su individualidad marcada, y á pesar de que todos contribuyeron á la seduccion que ejerció en la imaginacion del autor esta vasta escena de la historia, de cuya escena sacó el drama. Lo escribió en verso porque así le pareció conveniente. Se verá, cuando se lea, qué poco se acordaba el autor de su obra al escribir este prefacio, comprendiendo el desinterés con que combatia el dogma de las unidades. La accion del drama no sale de Lóndres; empieza el 25 de Junio de 1657, á las tres horas de la madrugada, y termina el 26 al medio dia, por lo que se vé que casi lo ha encerrado en la prescripcion clásica tal como la desean los profesores de poesía. Pero no es por el permiso de Aristóteles, sino por el permiso de la historia, por lo que el autor ha agrupado así su drama, y porque teniendo un interés igual, prefiere concentrar el asunto á desparramarlo.

Es evidente que este drama, con sus grandes proporciones, no puede caber en las representaciones escénicas; es demasiado largo. Sin embargo, se conoce en todas sus partes que ha sido escrito para representarse. Al adelantar en la concepcion de su plan, el autor reconoció la imposibilidad de que se admitiese en el teatro esta reproduccion fiel de una época, dado el estado excepcional en que nuestro teatro se encuentra, entre la Caribdis académica y el Scila administrativo, entre los jurados literarios y la censura política. Era preciso elegir entre la tragedia artificiosa, cazurra, falsa, pero que pudiera representarse, ó el drama insolentemente verdadero y que tuviera que desterrarse de la escena: el autor se decidió por lo segundo; por esto, desesperando de verlo jamás en escena, el autor se entregó á las fantasías de la composicion y al placer de desarrollar en grandes proporciones todo el argumento que el drama requeria, y ya que el drama no puede aparecer en el teatro, desea que tenga la ventaja de que sea lo más completo posible bajo el punto de vista histórico.

Por otra parte, los comités de lectura solo son un obstáculo de segundo órden. Si alguna vez la censura dramática comprende que la inocente y exacta imágen de Cromwell y de su tiempo están tomados fuera de nuestra época y les permite llegar hasta el teatro, solo en ese caso el autor podria extraer del drama otro drama que se aventuraria á representar y que quizás lo silbarian.

Hasta entonces continuará estando alejado del teatro, pues siempre abandonará demasiado pronto su querido y casto retiro por las agitaciones del nuevo mundo. Quiera Dios que no se arrepienta jamás de haber expuesto la vírgen oscuridad de su nombre y de su persona á los escollos, á las borrascas y á las tempestades del parterre, y sobre todo á las miserables intrigas de bastidores; á haber entrado en la atmósfera variable, tempestuosa, en la que dogmatiza la ignorancia, en la que silba la envidia, en la que se arrastran las cábalas, en la que se desconoce con frecuencia la probidad del talento, en la que el noble candor del génio está algunas veces fuera de su sitio, en la que la medianía consigue rebajar á su nivel á superioridades que la ofuscan, en la que se encuentran muchos pigmeos por cada gigante y muchas nulidades para encontrar un Talma.

Suceda lo que suceda, el autor cree que debe advertir de antemano que el menor número de personajes que pudiera ponerse en un drama extraido del CROMWELL siempre ocuparian el tiempo de una larga representacion. Es difícil establecer un teatro romántico de otro modo. Porque si se pretende escribir tragedias de otra manera que las tragedias en que intervienen uno ó dos personajes, tipos abstractos de una idea puramente metafísica, que se pasean solamente en un fondo sin profundidad que ocupan los confidentes, encargados de llenar los vacíos de una accion sencilla, uniforme y monótona, es poco una noche entera para desarrollar bajo todas sus fases á un hombre extraordinario y toda una época de crísis; al primero con su carácter, con su génio que se acopla á éste, con las creencias que les dominan á los dos, con las pasiones que vienen á destruir las creencias, el carácter y el génio, y acompañado del cortejo innumerable de hombres de todas clases que agentes diversos hacen revolotear á su alrededor; y luego, para pintar la época con sus costumbres, sus leyes, sus modas, su espíritu, sus supers-

ticiones, sus acontecimientos y su pueblo. Compréndese, en efecto, que semejante cuadro debe ser gigantesco; porque en vez de satisfacerse con la pintura de una individualidad, como se satisface el drama abstracto de la antigua escuela, deben presentarse veinte, cuarenta, cincuenta individualidades, todas de relieve y con todas sus proporciones. Intervendrán multitud de personajes en el drama; ¿y no seria injusto acotarle dos horas de duracion, para conceder las dos horas restantes á la ópera cómica ó á la farsa?

Esperamos, pues, que no tardarán en Francia á acostumbrarse á consagrar una noche entera á la representacion de un solo drama. En Inglaterra y en Alemania se ponen en escena dramas que duran seis horas. Los griegos, de los que tanto hemos hablado, llegaban algunas veces hasta hacer representar doce ó diez y seis piezas cada dia. En los pueblos amigos de los espectáculos, la atencion es más viva de lo que se cree. *El casamiento de Fígaro*, que constituye el nudo de la gran trilogía de Beaumarchais, llena toda una noche y no ha cansado nunca á nadie. Beaumarchais era digno de aventurar el primer paso hácia ese adelanto del arte moderno, al que es imposible desarrollar en dos horas el invencible interés que resulta de una accion vasta, verdadera y multiforme. Es un error creer, como algunos creen, que el espectáculo compuesto de una sola obra dramática seria monótono y pareceria largo: al contrario, perderia su longitud y monotonía actual.

Al terminar el autor lo que ha tratado de exponer al público, ignora cómo acogerá la crítica su drama y estas ideas sumarias, desprovistas de sus corolarios y de sus ramificaciones y recogidas al paso y con la prisa de concluir. Indudablemente parecerán á los discípulos de la Harpe descaradas ó extrañas; pero si por ventura, desnudas y francas como las presenta, pueden contribuir á encarrilar por el verdadero camino al público que ha alcanzado ya esmerada educacion, y al que tan notables escritos de crítica ó de aplicacion, en libros ó en periódicos, han madurado bastante para comprender el arte, que siga esta impulsion, sin ocuparse de si la dá un hombre desconocido, una voz sin autoridad y una obra de poco mérito. Soy una campana de cobre que llama á los pueblos á que acudan al verdadero templo á rezar al verdadero Dios.

Existe hoy aun el antiguo régimen literario, como existe el antiguo régimen político. El último siglo pesa todavía sobre el actual y le oprime sobre todo con la crítica. Se encuentran aun, por ejemplo, hombres vivos que os repiten la definicion que del gusto dió Voltaire: "El gusto en la poesía no es otra cosa que lo que son los adornos para las mujeres.„ Definido así el gusto, es una coquetería. Definicion chocante que pinta maravillosamente la poesía llena de afeites, recamada y empolvada, del siglo diez y ocho y su literatura con guardainfante llena de dijes y adornos; que ofrece el admirable resúmen de la época en que hasta los mayores génios, estando en contacto con ella, se convirtieron en pequeños, al menos por una parte; de una época en la que Montesquieu pudo y debió escribir el *Templo de Guido*, Voltaire el *Templo del Gusto* y Juan Jacobo el *Adivino de la aldea.*

El gusto es la razon del génio; esto es lo que establecerá bien pronto una crítica poderosa, franca y sábia, la crítica del siglo que empieza á hacer brotar vigorosos retoños en las viejas y secas ramas de la escuela antigua. Esta crítica jóven es grave como la otra era frívola, es erudita como la otra era ignorante, y ha creado órganos autorizados y hasta nos sorprende algunas veces poniendo en hojas volantes excelentes artículos que emanan de ella. Esta crítica, uniéndose á todo lo que encuentra superior en las letras, nos librará de dos azotes, del clasicismo caduco y del falso romanticismo. Porque el génio moderno ha producido ya su sombra, su parásito, su *clásico*, que se hombrea con él, que se viste con sus colores, que toma su librea y que, semejante al discípulo del brujo, pone en juego, diciendo palabras que ha aprendido de memoria, elementos de accion cuyo secreto ignora.

Pero lo que es preciso destruir antes que todo es el gusto anticuado y falso, del que hay que quitar el orin á la literatura actual. Es en vano que la roa y la empañe. Está hablando una generacion jóven, severa y poderosa, que no lo comprende ya. La cola del siglo diez y ocho se arrastra aun en el siglo diez y nueve; mas no somos nosotros, los jóvenes que hemos conocido á Bonaparte, los que la llevamos.

Nos acercamos al momento en que ha de prevalecer la crítica nueva, establecida sobre base ancha, sólida y profun-

da, y se comprenderá bien pronto que debe juzgarse á los escritores, no segun las reglas y los géneros, que están fuera de la naturaleza y del arte, sino segun los principios inmutables del arte y segun las leyes especiales de su organizacion personal. La razon de todos se avergonzará de aquella crítica que se ensañó contra Corneille y contra Racine y que rehabilitó risiblemente á Milton. La crítica de una obra se colocará bajo el punto de vista del autor y examinará el asunto con los mismos ojos que éste. Se abandonará, y así lo dice Chateaubriand, *la crítica mezquina de los defectos por la grandiosa y fecunda de las bellezas.* Es hora ya de que los espíritus discretos cojan el hilo que liga con frecuencia lo que, segun nuestro capricho particular, llamamos defecto á lo que llamamos belleza. Los defectos son con frecuencia la condicion nativa, necesaria y fatal de las cualidades.

Scit genius natale comes qui temperat astrum.

No hay medalla que no tenga su reverso, ni talento al que su propia luz no haga sombra, ni humo sin fuego. La originalidad se compone de todo eso. El génio es necesariamente desigual; no hay altas montañas sin profundos precipicios. Igualad el monte con el valle y solo os resultará una estepa, una banda, la llanura de los Sablons en vez de los Alpes, en la que solo volarán alondras, pero no águilas.

Además, hay que tomar en cuenta la parte del tiempo, del clima y de las influencias locales. La Biblia y Homero nos chocan algunas veces por sus mismas sublimidades. ¿Quién se atreverá á rechazarles una palabra? Nuestra misma debilidad se incomoda con frecuencia de los atrevimientos inspirados del génio, por no poder abarcar los objetos con su vasta inteligencia. Además de todo esto se encuentran faltas que solo toman raices en las obras magistrales, porque solo hay ciertos génios capaces de ciertos defectos. Se reprocha á Shakespeare que abuse de la metafísica, que abuse de su talento, de escenas parásitas, de obscenidades, de los ultrajes mitológicos tan de moda en su época, de la estravagancia, de la oscuridad y de las asperezas del estilo; pero la encina, ese árbol gigante, tiene aspecto grandioso, ramas nudosas, follaje sombrío, la corteza áspera y ruda, pero siempre es la encina.

El autor de este libro conoce como el que más los muchos y groseros defectos que tienen sus obras; si rara vez los corrige, es porque le repugna volver á repasarlas; además, que ninguna de ellas lo merece. El trabajo que perderia borrando las imperfecciones de sus libros, prefiere emplearlo en despojar su espíritu de defectos. Su método consiste en corregir una obra con otra. Entre tanto, de cualquier modo que se trate á su libro se compromete á no defenderle ni en todo ni en parte.

Si su drama es malo, ¿por qué se ha de empeñar en que sea bueno? Si es bueno, por qué le ha de defender? El tiempo hará justicia al libro. El éxito del momento solo es importante para el editor. Si despierta la cólera de la crítica la publicacion de este ensayo, el autor la dejará que pase. Qué ha de replicarla? El autor no es de los que hablan, como dice el poeta castellano,

Por la boca de su herida.

Una palabra para concluir. Habrán notado los lectores, que en esta carrera larga al través de las cuestiones tan diversas, el autor se ha abstenido generalmente de apoyar su opinion personal en textos y citas autorizadas, pero no ha sido por carecer de ellas. "Si el poeta establece cosas imposibles segun las reglas del arte, indudablemente comete una falta, pero cesa de ser falta cuando por ese medio llega al fin que se propuso, porque encontró lo que buscaba.„ "Toman por galimatías todo lo que la debilidad de sus conocimientos no les permite comprender. Tratan sobre todo de ridículos los sitios maravillosos de los que el poeta, con la idea de entrar mejor en la razon, sale, si puede decirse así, de la misma razon. El precepto que establece por regla no seguir algunas veces las reglas, es un misterio del arte que no es fácil hacer comprender á los hombres que carecen de gusto literario y que una especie de capricho del espíritu hace insensibles á lo que llama la atencion ordinariamente á los hombres.„ Quién dice lo primero? Aristóteles. Quién dice lo segundo? Boileau. Por esas dos muestras puede comprender cualquiera que el autor del drama hubiera podido, como cualquier otro, acorazarse con nombres ilustres y refugiarse detrás de reputaciones consolidadas. Pero ha abandonado este modo de argumentar á los que lo consideran invencible, universal y soberano; en cuanto á él, prefiere razones á autoridades, y le gustan más las armas que las insignias.

CROMWELL.

PERSONAJES

Oliverio Cromwell.
Elisabeth Bourchier
Mistress Fletwood.
Lady Falconbridge
Lady Cleypole.

—

Thurloe.
Lord Broghill.
Whitelocke, comisario de los sellos.
El conde de Carlisle.
Stoupe, secretario de Estado.
El sargento Maynard.

—

Lambert, teniente general.
Joyce, coronel.
Harrison, mayor general.
Ludlow, teniente general.
Overton, coronel.
Pride, coronel.
Wildman, mayor.
Barebone, adornista.

—

Lady Francisca.
Ricardo Cromwell.
Fletwood, teniente coronel.
Desborough, mayor general.
El conde de Warwick.

—

M. William Lenthall.
El coronel Jephson.
El coronel Grace.
Waller.
Sir Cárlos Wolseley.
Pierpoint.

—

Garland, miembro del Parlamento.
Plinlimmon, miembro del Parlamento.
Vis-Pour-Ressusciter-Jeroboan-D' Emer.
Louez-Dieu-Pimpleton.
Mort-Au-Péché-Palmer.
Syndercomb, soldado.

—

Lord Ormond.
Wilmot, Lord Rochester.
Lord Drogheda.
Lord Roseberry.
Lord Clifford.
Sir Peters Downie.
Sedley.
Davenant.
El doctor Jenkins.
Sir Ricardo Willis.

—

El duque de Créqui, embajador de Francia.
Mancini.
D. Luis de Cárdenas, embajador español.
Filippi, enviado de Cristina de Suecia.
Tres enviados de Vaudois.
Seis enviados de las Provincias-Unidas.

—

Sir William Murray.
Juan Milton.
Carr.
Manassé-Ben-Israel.
Trick.
Giraff.
Gramadoch.
Elespuru.
} Los cuatro bufones de Cromwell.
La señora Guggligoy.

—

Hannibal Sesthead, primo del rey de Dinamarca.
El lord Corregidor.
El orador del Parlamento.
El abogado del Parlamento.
El ujier de la ciudad.
El supremo shérif.
El campeon de Inglaterra.
El doctor Lockyer.
El pregonero público, señores y gentiles-hombres, trabajadores, guardias de corps y del Protector, arqueros, alabarderos, partesanos, pajes, heraldos, miembros del Parlamento, hombres y mujeres del pueblo.

Lóndres: 1657.

ACTO PRIMERO

Los conjurados.

LA TABERNA DE LAS TRES GRULLAS

Mesas, sillas groseras de madera.—Puerta al fondo del teatro que dá á una plaza.—Interior de una casa vieja de la Edad Media.

ESCENA PRIMERA.

Lord Ormond, con traje de puritano, esto es, con el cabello rapado, con el sombrero alto y de alas anchas, con ropilla de paño negro, calzones de sarga negra y botas altas.—Lord Broghill, vestido de caballero elegante, sombrero con plumas, con calzones y ropilla de satin acuchillados y con borceguíes.

Lord Broghill entra por la puerta del fondo, que deja entreabierta y que permite ver la plaza y las casas alumbradas por el dia, que amanece. Viene leyendo atentamente una carta. Lord Ormond está sentado delante de una mesa en un rincon oscuro.

Broghill. "Mañana, 25 de Junio de 1657, la persona que lord Broghill buscaba en otro tiempo le espera al amanecer en la taberna de las Tres Grullas.„ Esta es la taberna; aquí fué donde se escondió, dentro del mismo Lóndres, Cárlos, cuando se vió solo y abandonado de Dios y defendia la cabeza, despues de

defender la corona, para huir de Cromwell. ¿Pero quién me enviará este billete que recibí ayer? Esta letra...

ORMOND. (Acercándosele.) ¡Dios guarde á lord Broghill!

BRO. ¿Quién eres tú que á esta hora me haces abandonar el palacio para venir á este tabuco desierto? Quién eres? De dónde vienes? Quién te envia? (Yo he visto á este hombre en alguna parte.)

ORM. Lord Broghill!

BRO. Respóndeme, que á los ganapanes como tú se les hace gran honor tratándoseles bien como te trato yo.

ORM. Esas palabras no son dignas de un senador popular, ni de un amigo de Cromwell.

BRO. Cromwell es un antiguo puritano, que si le hubieses despertado tan temprano como á mí, te hubiera hecho colgar de una horca para que nunca te se hubiera vuelto á ocurrir semejante idea.

ORM. (No espero despertarle, espero dormirle.)

BRO. Cromwell al fin vá á asegurarse en el trono y sabrá castigar á la canalla insolente.

ORM. Su trono es un tajo y su púrpura es sangrienta. Yo veo esto, y vos, servidor tránsfuga de los Stuardos, vos lo habeis olvidado.

BRO. Esa mirada... esa voz... ¿Quién sois?

ORM. Acordaos, milord, de las guerras de Irlanda; en ellas los dos servíamos al rey.

BRO. ¡Eres mi antiguo amigo el conde de Ormond! Eres tú! Tú en Lóndres! ¡Y la víspera del mismo dia en que Cromwell, triunfante, vá á elevarse á la dignidad real! ¡Han puesto á precio tu cabeza! ¡Si te conociesen...! ¿Qué vienes á hacer aquí, desgraciado?

ORM. A cumplir mi deber.

BRO. Te disfraza completamente ese traje... Qué cambiado estás!

ORM. Menos que tú, que doblas las rodillas ante Cromwell y que te arrastras á los piés de un infame regicida. Yo cambié de traje, pero tú has cambiado de alma. ¡Tú, que tan grande eras en los combates! Has subido muy alto para caer muy bajo.

BRO. Te compadecia vencido, te reverenciaba proscripto, pero ese lenguaje...

ORM. Es severo, pero justo. Oyeme, que todo puede aun repararse. Sírveme...

BRO. Acerca de Cromwell? Sí; corro á implorar tu perdon... puedo salvarte la vida.

ORM. Detente! Pídeme primero que proteja tu cabeza; porque tu protector, tu rey, Cromwell, está más cerca de perderla que yo.

BRO. Qué estás diciendo?

ORM. Escúchame. Cromwell, devorado por la tristeza, cansado de los títulos mezquinos de protector y de alteza, quiere subir las gradas del trono y que los reyes le llamen majestad. Pretende apoderarse de la sangrienta herencia de Cárlos I; pues bien, heredará su trono y su tumba. El orgulloso rey regicida sentirá muy pronto el peso de la corona, verá muy pronto que aplasta algunas veces las cabezas que ciñe.

BRO. Qué quieres decir?

ORM. Que mañana, á la hora en que se abra el palacio de Westminster para ese rey, que el infierno vá á consagrar, en las mismas gradas del trono que vá á usurpar, nuestras espadas le harán caer ensangrentado.

BRO. Insensato! El ejército le adora, y es imposible traspasar sus filas espesas de alabarderos, de heraldos, de maceros, de mosqueteros negros y de coraceros rojos.

ORM. Los tenemos de nuestra parte.

BRO. ¿Fundas tu loca esperanza en unir en un mismo bando á los caballeros y á los puritanos?

ORM. Verán tus propios ojos aquí dentro de poco á los partidarios del rey confundidos con los partidarios del Parlamento. A los sombríos puritanos los arrastra el fanatismo, y no quieren á Cromwell como no quieren á Cárlos. Su jefe Lambert, que es rival de Oliverio, se ha unido á nosotros y pretende reemplazar á Cromwell; pero eso ya lo trataremos más tarde. El oro de España y de Flandes nos proporciona muchísimos aliados; en una palabra, la partida es nuestra y vamos á jugar los dados.

BRO. Tened presente que Cromwell es muy diestro y que os jugais la cabeza.

ORM. Nuestra sublevacion es de éxito seguro. Rochester es el emisario que nos traerá aquí ahora mismo la voluntad secreta del rey y que vendrá con Sedley, Jenkins, Clifford y Davenant. A esta cita asistirán tambien Carr, Harrison, Ricardo Willis...

BRO. Esos están en la cárcel, son enemigos que Cromwell tiene encerrados en la torre de Lóndres.

ORM. Una palabra vá á confundirte.

Ligados á la misma causa, pero por motivos diferentes, para derribar á Oliverio contamos entre nuestras filas al carcelero de la Torre, á Barksthead el regicida, que la esperanza de alcanzar el perdon le hizo afiliarse á nuestro bando. Ya ves que la rebelion está bien tramada, la red bien tendida, y caerá en ella. Unánimes los partidos, han cruzado sus abismos bajo el trono que él levanta. Por eso yo llego ahora del continente. Quisiera salvarte, milord, y por eso te pregunto en nombre de Cárlos II mi señor: ¿quieres vivir siendo leal ó morir siendo traidor?

BRO. Qué es lo que pretendes?

ORM. Que vuelvas á alistarte bajo la bandera real.

BRO. He sido vasallo tan digno y tan leal como tú; defendiendo á Cárlos I, en nuestras guerras civiles tomé por asalto castillos y defendí ciudades, y vine á parar por mi destino cruel de soldado de los Stuardos á cortesano de Cromwell. Deja que siga su triste suerte este desgraciado tránsfuga, y á tu vez escúchame: quiero que seas mi juez. Durante la guerra con el Parlamento vine á Lóndres á armar un regimiento, escondiéndome como tú hoy, porque estaba proscripto. Un dia vino á visitarme un desconocido; era Cromwell. Mi vida estaba en su poder, él me salvó, y por él olvidé mi deber. Se apoderó de mí, y muy pronto, como él, me convertí en rebelde y en sacrílego, apoyé á sus republicanos, y á pesar de ser enviado del rey, le combatí. Despues, Cromwell me nombró par, teniente general de artillería, lord de su córte y de su Consejo privado. De modo que habiendo recibido tantos favores de su mano, si cae debo caer con él, y no puedo, á pesar de ser rebelde á mi rey legítimo y de que el afecto me ligue á su causa, volver á sus banderas sin cometer una traicion.

ORM. Rompiendo con nosotros el yugo que nos oprime, probarás que te arrepientes.

BRO. Me arrepentiria cometiendo un nuevo crímen. No puedo ser cómplice de tu fatal secreto, pero sí que puedo ser discreto confidente. Debo, permaneciendo neutral en la lucha, sufrir vuestro triunfo ó dulcificar vuestra caida, y sea quién sea el vencedor, ó perecer con Cromwell ó inclinarle á que os perdone.

ORM. Debes callar y no obrar! De ese modo serás pérfido con Cromwell, sin servir á tu verdadero señor. Sé sincero amigo ó sincero enemigo; no seas traidor ni fiel á medias. Antes que eso, denúnciame.

BRO. Conde, si no estuvieras proscripto me darias explicacion de esa palabra.

ORM. Perdóname, milord, que soy un soldado veterano, que he servido veinte años fielmente al rey, y casi todos mis servicios, casi todos mis combates los llevo escritos en mi cuerpo con grandes cicatrices. Mi cabeza ha blanqueado bajo el casco y mi cuerpo ha envejecido dentro de la armadura. He luchado con los únicos brazos que podian en el mundo derribar ó sostener el trono de Inglaterra, y ví caer ese trono destrozado en los campamentos. Pero al fin, voy á alcanzar el objeto de todas mis fatigas, porque Cromwell vá á sucumbir; pero para amargar mi alegría, para emponzoñar mi gloria, ¿ha de matar mi triunfo á un amigo antiguo y querido? Acuérdate que juntos los dos hemos mojado en la misma sangre nuestras espadas y hemos aspirado el polvo de los mismos combates. Por segunda y por última vez te pregunto: ¿quieres vivir siendo leal ó morir siendo traidor? Reflexiona: para contestar te concedo una hora.

Escribe algunas palabras en un papel, que presenta á BROGHILL.

Aquí tienes mi nombre fingido y las señas de mi secreta guarida.

BRO. (Rechazando el papel.) No me lo digas, no quiero saberlo; ya sé demasiado. Largo tiempo la misma tienda nos cobijó en los campamentos; no lo ignoro, pero hoy es preciso que siga cada uno el camino que le traza su suerte. No he de ser delator ni cómplice, y olvidaré todo lo que me has dicho. ¿Pero estás seguro de que triunfará la sublevacion? Nada se escapa á las miradas de Cromwell; vigila la Europa; su ojo todo lo espía y su mano todo lo envuelve, y cuando tu brazo busque donde herirle, quizás ya tenga cogido el hilo que impida mover tu brazo. ¡Tiembla, Ormond!

ORM. Te ruego que me dejes y que vayas á besar las manos al dictador.

LORD BROGHILL sale y cierra tras sí la puerta del fondo.

ESCENA II.

LORD ORMOND, solo.

No pensemos más en él!

Se sienta y se queda pensativo. Oyese una voz que gradualmente se aproxima y que canta con música alegre la balada siguiente:

Un soldado de faz dura,

una noche de faccion,
paró á un paje de ojos vivos,
paje que andaba veloz.
—¿Dónde vais, hermoso paje,
á estas horas tan gentil
por las calles tan desiertas,
con casaca de satin?

—

—Buen soldado, la zimarra (1)
que yo llevo verte evita,
que escondo espada y guitarra,
porque yo voy á una cita.
Compañía es silenciosa
que lleva el paje celoso;
guitarra para la esposa
y espada para el esposo.

—

Llaman á la puerta del fondo. Despues la voz continúa:

Pero el centinela duda,
y al mirar que el paje corre,
respondióle con voz ruda
desde lo alto de la torre:
—No andes ni un palmo de tierra,
que no me engañas, traidor;
vas á una cita de guerra
y no á una cita de amor.

Llaman á la puerta más fuerte.

ORM. (Levantándose para abrir.) ¿Quién será el que canta? O será algun bufon ó Rochester. (Abre la puerta y mira hácia la calle.) Es el mismo.

Entra LORD ROCHESTER muy alegre, con un lápiz y con un papel en la mano.

ESCENA III.

LORD ORMOND y LORD ROCHESTER vestido de caballero, muy elegante y cargado de dijes y de cintajos; viene envuelto en una capa de puritano, de paño gris, y lleva gran sombrero. Su gorro negro oculta mal sus cabellos blondos, de los que un bucle sale por detrás de las orejas, siguiendo la moda de los caballeros jóvenes de aquella época.

ROCHESTER. (Saludando.) Dispensadme, milord conde; estaba escribiendo una cancion. Os gusta?

Un soldado de faz dura, (Cantando.)
una noche de faccion...

Esta es música francesa, que me han enseñado en Paris.

ORM. Me gusta, pero temo que el soldado no arreste al paje.

ROCH. Hubiérais preferido que hubiera dicho:

Un soldado de faz dura,
una noche de faccion,
arrestó á un hermoso paje...

En lugar de decir:

Un soldado de faz dura,
una noche de faccion,
paró... etc. etc.

Pero repetir la palabra *paje* le dá mucha gracia. No es verdad?

ORM. Perdonadme, milord; carezco de títulos para juzgar de vuestro talento.

ROCH. Al contrario; creo que sois un juez excelente, y para probároslo, milord, voy á leeros una composicion corta que he escrito "A la bella Egeria...„ Adivinad á quién la dedico.

ORM. Milord, estos momentos no son á propósito para bromas. (¡Vive Dios que Cárlos es tan loco como él cuando nos envia semejante emisario!)

ROCH. Al contrario, esto es muy sério; se trata nada menos que de Francisca Cromwell.

ORM. De Francisca Cromwell!

ROCH. Vaya! ¡Como que estoy enamorado de ella!

ORM. De la hija menor de Cromwell!

ROCH. Sí; es gentil, es encantadora, es un ángel.

ORM. Vive Dios! Lord Rochester enamorado de...

ROCH. De Francisca Cromwell. Vuestro asombro me hace adivinar que no habeis visto nunca su divina belleza. Tiene diez y siete años, cabello negro, aire majestuoso, la blancura de la flor de lis, hermosas manos y hermosos ojos. ¡Milord, es una sílfide, una ninfa, una hada! Ayer la ví. Estaba mal peinada, pero todo la sienta bien, todo la favorece. Me han dicho que el mes pasado vino á Lóndres, que la educó su tia lejos de Cromwell y que conserva grabada en el corazon la lealtad al rey.

ORM. Eso es pura fábula. ¿Pero dónde la habeis visto?

ROCH. Ayer, en Westminster; en el banquete real que la ciudad de Lóndres dió á Cromwell, á quien Dios confunda. Tenia vivos deseos de conocer al Protector; pero cuando dirigí la vista al estrado y ví á Francisca, tan hermosa y tan modesta, me quedé inmóvil y encantado, y ya no ví nada más. Al salir de allí ni siquiera puedo decir si Cromwell para hablar inclina ó levanta la cabeza, si tiene la frente corta ó la nariz larga, si es moreno ó rubio, si está triste ó alegre; allí solo ví á su hija, y desde que la ví, os juro, milord, que estoy loco.

ORM. Os creo.

ROCH. Por eso he escrito este madrigal; es género que está en moda.

ORM. Permitidme, milord, que os diga que aquí habeis venido á participar-

(1) *Zimarra*, traje talar italiano.—(N. del T.)

me si asistirán á esta cita muchos gentiles-hombres, si hemos encontrado en Lambert un apoyo real, y no á escribir versos á la hija de Cromwell.

ROCH. Creo que puedo, sin hacer traicion, estar enamorado de una jóven.

ORM. Tambien lo estais de su padre?

ROCH. Haceis mal en incomodaros, porque estoy seguro que esta aventura divertiria al rey, porque enamorando á la hija de Cromwell continúo haciendo la guerra á éste. Él y yo, sin habernos encontrado nunca, tuvimos los dos por querida al mismo tiempo á lady Dysert, la que para hacer cesar este escándalo, segun se dice, vá á casarse con lord Lauderdale.

ORM. En esa materia no se debe calumniar á Cromwell, porque es casto, y no se puede negar que tiene las costumbres austeras del verdadero reformador.

ROCH. (Riendo.) Su autoridad oculta muchos misterios, y ese viejo hipócrita ha probado que por más de un punto toca con la humanidad. Si os place os voy á leer el madrigal.

ORM. Escuchadme, conde de Rochester; vos sois jóven, pero yo soy viejo y continúo siguiendo las tradiciones de la caballería; por lo que me atrevo á deciros que los versos, que en Paris divierten á los badulaques, son propios de la clase media y de gentes de segunda línea. Los abogados los escriben, pero vuestros iguales se ruborizarian de ocuparse de semejante cosa. Sois noble, milord, y de la nobleza más antigua. Vuestro escudo ostenta la corona de conde y el manto de par, con esta leyenda: *Aut nunquam aut semper*. Sé poco latin, pero os traduciré en inglés lo que quiere decir vuestra divisa: *Servid de apoyo al rey y á los señores feudales, y no compongais versos; esa ocupacion corresponde al pueblo.* Así, pues, lord de Inglaterra, no empañeis vuestro rango hereditario haciendo lo que desdeñaria hacer un baronnet.

ROCH. ¡Vive Dios que eso es una condenacion en forma! Puede ser que haya pecado, pero entre los versificadores de baja estofa tengo por cómplice á Richelieu, al cardenal poeta; y aunque soportaran los dos escudos de mi blason el unicornio del rey y el leon de Inglaterra, os juro que seguiria componiendo versos.

Se abre la puerta del foro y aparece DAVENANT vestido con traje sencillo y negro, con capa grande y sombrero alto.

Venís á tiempo para variar un poco el diálogo.

ESCENA IV.

LORD ORMONT, LORD ROCHESTER y DAVENANT.

ROCH. Querido poeta, os esperamos para leer un madrigal.

DAVENANT. Más grave es el asunto que aquí me trae. Dios os guarde, milord.

ORM. ¿Nos traeis órdenes de Alemania?

DAV. Acabo de llegar de Colonia.

ORM. Habeis visto al rey?

DAV. No, pero su majestad me ha hablado.

ORM. Pues no os comprendo.

DAV. Os explicaré este misterio. Antes de autorizar mi partida de Inglaterra, Cromwell me llamó, exigiéndome palabra de honor de que no veria al rey; yo se lo prometí. Apenas llegué á Colonia, tratando de cumplir la promesa, escribí al rey pidiéndole que me permitiera ser introducido en su cámara á oscuras.

ROCH. De veras! (Riendo.)

DAV. Su majestad me lo permitió, y en la entrevista me honró dándome una órden para que os la entregara; de este modo pude ser fiel á mi doble deber; hablé al rey y no le ví.

ROCH. (Riendo más fuerte.) Esa es una astucia de las mejor urdidas. Es una de las más graciosas de vuestras comedias.

ORM. Dónde está la órden del rey?

DAV. La llevo oculta en el fondo del sombrero, metida en una bolsa de terciopelo, para estar seguro de que nadie me la pueda quitar.

Saca del sombrero un saquito de terciopelo carmesí, extrae de él un pergamino sellado y se lo entrega á LORD ORMOND, que lo recibe de rodillas y lo abre despues de haberlo besado con respeto.

ROCH. Mientras que él lee eso podeis oir esta composicion...

ORM. (Leyendo en voz alta.) "Jacobo Butler, nuestro digno y leal conde y marqués de Ormond, es preciso introducir en White-Hall á Rochester, cerca de Cromwell.„

ROCH. Perfectamente! El rey quiere que seduzca á la hija de Oliverio.

ORM. (Continúa leyendo.) "Que mezcle un narcótico en el vino que bebe cuando come; y cuando se duerma, apoderaos de él en su lecho y traédnosle vivo. Queremos juzgarle. Es nuestra voluntad que tengais en Davenant completa confianza.—Cárlos, rey.„

Devuelve con el mismo ceremonial la carta á DAVENANT, el que á su vez la besa y la vuelve á meter en el saquito de terciopelo, que oculta en el sombrero.

Eso es más fácil de decir que de hacer. ¿Cómo diablos hemos de introducir á Rochester en la cámara de Cromwell?

DAV. Conozco á un viejo doctor en derecho que está siempre á su lado, á Juan Milton, su secretario intérprete, que está ciego, que es bastante buen clérigo, pero bastante mal poeta.

ROCH. ¿Hablais de Milton, de ese amigo de los asesinos del rey que escribió el *Iconoclasta* y no sé qué más? ¿Del antagonista desconocido del célebre Saumaise?

DAV. Pues hoy me alegro mucho de ser amigo suyo, porque creo que al Protector le falta un capellan. Milton puede conseguir que lord Rochester consiga ese empleo.

ORM. Rochester capellan! ¡La mascarada seria completa!

ROCH. Por qué, milord? Yo sé representar toda clase de papeles. Hice de ladron en la comedia *El Rey leñador*. Ahora me tocará representar el papel de un doctor puritano; basta para esto con predicar á todas horas y hablar siempre del dragon, del becerro de oro, de las flautas de Jezer y de los antros de Endor. Este es el camino seguro para entrar en la cámara de Cromwell.

DAV. (Se sienta junto á una mesa y escribe una carta.) Con que presenteis estas líneas mias á Milton, os aseguro, milord, que os recomendará y el diablo os tomará por capellan.

ROCH. Veré á Francisca! (Adelanta la mano apresuradamente para tomar la carta de DAVENANT.)

DAV. Permitidme que la doble y que la cierre.

ORM. (A ROCHESTER.) No cometais ninguna locura por esa jóven.

ROCH. No tengais cuidado. (¡Si pudiera entregarle el madrigal! Esto me haria adelantar mucho camino.) (En voz alta.) Cuando logre el empleo, ¿qué es lo que tengo que hacer?

DAV. (Entregándole una redoma.) Esta redoma contiene un narcótico muy eficaz. Todas las noches Cromwell bebe hipocrás empapado con ramas de romero. Mezclad con él estos polvos y seducid á la guardia de la puerta del parque. (Dirigiéndose á ORMOND.) Lo demás lo haremos nosotros.

ORM. ¿Por qué desea el rey que un golpe de mano arrebate esta noche á Cromwell, que ha de morir mañana? Hasta los suyos han jurado su muerte.

DAV. Porque el rey quiere sustraerle de los puritanos y derribar á Cromwell sin su ayuda. Además, es conveniente muchas veces tener en rehenes á un enemigo vivo.

ROCH. Y el dinero?

DAV. Un brick, que vendrá por el Támesis, trae una cantidad de oro, que nos trasmitirá; pero en caso de urgencia, el maldito judío Manassé nos abrirá generosamente un crédito.

ORM. Está bien.

DAV. Conservemos siempre el apoyo de los puritanos; necesitamos su concurso, porque vamos á derribar una encina que tiene raices profundas, y el viejo zorro, si burla nuestras redes, caerá entonces á los golpes de nuestros puñales.

ROCH. Muy bien dicho, Davenant! ¡Es propio de poetas usar metáforas sonoras! ¡Es ingenioso decir que Cromwell es á la vez encina y zorro! ¡Sois la lumbrera del Pindo inglés. Por lo tanto, maestro, reclamo vuestro permiso para...

ORM. (Ya vá á aparecer el madrigal.)

ROCH. Son unos versos que ayer tarde...

ORM. Milord, este no es sitio para eso.

ROCH. (Estos grandes señores todos son unos estúpidos, y les molesta que un lord tenga talento.)

DAV. (A ROCHESTER.) Milord, cuando Cárlos II entre en Windsor Loge nos recitareis esos versos y convidaremos á que los oigan á Vithers, á Waller y á Saint-Albans. Me permitireis, milord, que ahora me abstenga de oirlos.

ORM. Sí; conspiremos tranquilamente. (A DAVENANT.) Habeis hablado como un príncipe.

ROCH. No quereis, pues, oirlos?

DAV. Nos falta tiempo. Tenemos muchos puntos que discutir respecto á la sublevacion.

ROCH. ¿Creeis que es malo mi madrigal, porque no he escrito tragicomedias ni mascaradas?

DAV. Os habeis incomodado, milord?

ROCH. ¡Id al diablo y dejadme en paz!

DAV. No creí que esto os ofendiera.

ORM. Milord...

DAV. Pero milord...

ROCH. (Rechazándole.) Eso es envidia!

ORM. Milord, el peor de los fátuos que se pasea por Paris, el último pisaverde de la plaza Real, tiene menos lleno el espíritu que vos de versos ridículos.

ROCH. (Furioso.) Milord, no sois mi pa-

dre y vuestros cabellos grises no os librarán de mí. Ya que sois jóven para hablar, somos de la misma edad y me dareis satisfaccion de este ultraje.

ORM. Con mucho gusto. Sacad la espada, jovenzuelo, que para mí vale tanto como una caña. (Sacan los dos los aceros.)

DAV. (Arrojándose entre los dos.) Milores, ¿qué es lo que haceis? Este no es momento ni sitio de batirse.

ROCH. (Blandiendo la espada.) La paz es buena, pero la guerra es mejor.

DAV. (Esforzándose en separarlos.) ¡Vais á mover un escándalo!

Llaman á la puerta del foro. Sigue hablando el mismo.

Creo que llaman!

Llaman más fuerte.

En nombre de Dios, milores. (Los combatientes continúan.) En nombre del rey! (Los dos adversarios se paran y bajan las espadas. Vuelven á llamar.) Todo se ha perdido! ¡Quizás acuda la guardia!

Los dos lores envainan las espadas, se ponen los sombreros y se envuelven en las capas. DAVENANT vá á abrir.

ESCENA V.

Los mismos y CARR con traje de puritano.

CAR. ¿Es aquí, hermanos, donde se reune la Asamblea de los Santos?

DAV. (Devolviéndole el saludo.) Sí. (Bajo á LORD ORMOND.) Así se llaman á sí mismos los condenados puritanos. (Alto á CARR.) Sed bien venido, hermano, al conventículo.

ORM. (Bajo á ROCHESTER.) Vuestro acceso belicoso ha sido muy ridículo, milord. Olvidémosle. Yo lo provoqué, pero seamos amigos.

ROCH. (Inclinándose.) Estoy á vuestras órdenes, milord.

ORM. Conde, ocupémonos solo del rey, cuyo servicio exige que se unan nuestras manos.

ROCH. Marqués, este deber es para mí una dicha.

CAR. (Juntando las manos sobre el pecho y elevando los ojos al cielo.) Hermanos, continuad. Cuando llego al sermon, ya sé que soy el convidado menos digno al santo banquete y que nadie debe molestarse cuando yo llego. Comprendo perfectamente que el ruido que oí desde fuera lo produjo un combate espiritual.

ROCH. (Diablo.)

CAR. Estoy acostumbrado á esas luchas; podeis continuarlas, porque esos combates nutren el espíritu.

ROCH. (A DAVENANT.) Con el...

DAV. (A ROCHESTER.) Silencio, milord!

CAR. Dios ha dicho: *Recorred el mundo y predicad mi palabra.*

ROCH. (Con él aprenderé mi papel de capellan.)

CAR. Merecí la cólera del Parlamento largo, y hace siete años que me tienen cerrado en la Torre, llorando por nuestras libertades, que Cromwell hizo desaparecer. Esta madrugada entró el carcelero en mi calabozo y me dijo: "Os esperan en la taberna de las *Tres Grullas*. Israel convoca allí sus tribus para destruir á Cromwell; acude allí.„ Salí de la prision y vine aquí, como en los tiempos antiguos Jacob llegó á Mesopotamia. Mi alma espera vuestras palabras de miel, como la tierra seca espera el rocío del cielo; la maldicion me mancha y me envuelve; purificadme, pues, hermanos, con el hisopo.

ROCH. (Bajo á DAVENANT.) ¡Qué jerigonza tan sombría!

DAV. (Bajo á ROCHESTER.) Eso es el Apocalipsis.

CAR. Mi alma desea luz.

ROCH. (Pues haced cesar el eclipse.)

DAV. (A LORD ORMOND.) ¿Este tipo es independiente de la especie ordinaria?

ORM. (A DAVENANT.) No; es milenario. Cree que durante mil años van á encargarse los santos de gobernar solos, y los santos son sus amigos.

CAR. He sufrido mucho, hermanos mios. Me han olvidado mucho tiempo en la cárcel, y cautivo lloraba por Inglaterra como el pelícano cerca del lago solitario; el fuego del pecado marchitó mi frente y secó mi brazo, pero al fin el Señor se compadeció de mí, sacándome de la prision, y afilando mi espada en la piedra del Templo, vá á herir á Cromwell y echar de Sion la desolacion y la perdicion. Entre vosotros pongo mi ropa virginal; guiad mis pasos por el estrecho sendero y que glorifique vuestro recto corazon la llegada de los mil años. Los santos que Dios proteje van á gobernar el mundo; vosotros sereis los santos.

ROCH. Eso es hacernos demasiado honor.

CAR. Y como Dios no me inspire seré mudo, porque deseo oir el maná celeste que mane de vuestros labios. ¿Sobre qué texto teníais la controversia?

ROCH. Cuando entrásteis? La controversia era sobre unos versos, sobre un madrigal... pero primero bebamos. ¿Teneis sed?

CAR. Jamás tengo sed ni hambre.

ROCH. No importa. Eh! Camarero! Camarero! Tráenos vino.

El camarero arregla una mesa con brocs y vasijas de estaño. CARR y ROCHESTER se sientan á dicha mesa. CARR se pone vino el primero y ofrece el vaso á ROCHESTER, que continúa hablando.

Gracias. Preguntábais qué texto estábamos discutiendo y yo os contesté que era un madrigal.

CAR. Un madrigal?

ROCH. Sí.

CAR. Qué es un madrigal?

ROCH. Es... un psalmo.

CAR. Pues entonces leédmelo.

ROCH. Me direis despues lo que os parezca. "A la bella Egeria...„ Debo advertiros que se llama Francisca la persona á quien los dedico, pero como este nombre es muy vulgar, creo que no debe usarse en la poesía. Hecha esta salvedad, voy á leeros mi amoroso epígrama:

ROCHESTER lee lo siguiente.

"Enciéndese mi alma en vuestros ojos,
en los que el dios Cupido
llamea con su fuego abrasador;
son como dos espejos que concentran
la llama que ha encendido,
y que quema mi ardiente corazon.„
Qué os parece?

CARR, que oye primero con atencion y despues con sombrío disgusto, se levanta furioso y derriba la mesa.

CAR. Demonios! Infierno! ¡Condenacion! Perdónenme el cielo y los santos si juro, pero no puedo ver á sangre fria que se desborda ante mis ojos el torrente de la impudicia. ¡Huye de mí, edomita! Huye, amalecita! Huye, madianita!

ROCH. (Riendo.) (¡Este tipo es más divertido que Ormond!)

CAR. (Indignado.) Tú, como Satanás, me has llevado á lo alto de la montaña, y me has dicho:—Tú, que sales de un ayuno austero y que tienes sed, toma; ahí tienes á tu disposicion toda la tierra.

ROCH. Perdonad; solo os he ofrecido un vaso de vino.

CAR. ¡Yo que le oia como á un espíritu celeste! Y él, en vez de los tesoros puros de un corazon casto y sereno, me ha hecho ver una llaga.

ROCH. Un madrigal es una llaga?

CAR. Una llaga espantosa, en la que se vé el papismo, el amor, el episcopado, la voluptuosidad y el cisma. Una úlcera incurable, en la que Moloc-Cupido vierte á Astarté y sus vicios.

ROCH. Perdonadme otra vez; no es Astarté, es la ninfa Egeria.

ORM. Sois un par de locos.

CAR. No, estos hombres no son santos.

ROCH. Por fin lo conoces?

CAR. ¡Esto es un club de demonios, un sábado de papistas! ¡Estos son caballeros! Salgamos.

ROCH. Adios, querido.

CAR. (Dirigiéndose hácia la puerta.) ¡Mis piés caminan sobre carbones encendidos!

ESCENA VI.

Los mismos, el coronel JOYCE, el mayor general HARRISON, el adornista BAREBONE, el teniente general LUDLOW, el coronel OVERTON, el coronel PRIDE, el soldado SYNDERCOMB, el mayor WILDMAN, los diputados GARLAND y PLINLIMMON y otros puritanos.

Entran procesionalmente, envueltos en las capas.

JOYCE. (Deteniendo á CARR.) Qué haces? ¿Te vas cuando yo llego?

CAR. Nos han engañado! ¡No entres en Nínive! Sal de este lugar maldito! Estos son caballeros, no son santos!

JOY. (Bajo á CARR.) Pero necesitamos á estos caballeros; sus brazos nos defienden, son nuestros aliados.

CAR. No debemos aliarnos con los hijos de Belial.

JOY. No seas necio y permanece aquí.

CAR. (Resignándose.) Pues bien; me quedaré para preservaros de su contacto funesto.

Los tres caballeros se han sentado á una mesa de la derecha del teatro. Los puritanos, agrupados á la izquierda, hablan entre ellos en voz baja y lanzan de vez en cuando miradas de ódio á los caballeros.

ORM. (En voz baja á DAVENANT.) Tarda en venir el perezoso Lambert.

ROCH. (Bajo á los otros dos.) Los santos parece que están sombríos y recelosos; están inquietos, y eso que no somos más que tres. (Mirando hácia la puerta del fondo, que se abre.) Pero ya nos llegan de refuerzo Sedley, Roseberry, lord Drogheda y Clifford.

ORM. Y el ilustre Jenkins, consejero del tirano y cuya virtud persigue porque la teme.

ESCENA VII.

Los mismos, SEDLEY, LORD DROGHEDA, LORD ROSEBERRY, SIR PETERS DOWNIE y CLIFFORD; el doctor JENKINS vá vestido de negro y entra con otros realistas. Todos se saludan.

ROSEBERRY. Rochester! Ormond! Davenant!

ORM. Decid nuestros nombres en voz más baja.

ROSEB. No habia visto á esos cuervos.

ORM. Cuidad, milord, de no servirles un dia de pasto.

CLIFFORD. Aquí ya están las mesas en tierra; veo que hay dos vasos en vez de tres. Quién ayuna de vosotros? Reparemos este desórden.

Levanta la mesa y llama al mozo de la taberna, que saca brocs de cerveza y de vino. Los caballeros jóvenes se sientan á beber. Sigue hablando el mismo.

Tengo hambre y sed.

CAR. (Estos malditos paganos siempre tienen hambre y sed.)

ESCENA VIII.

Los mismos y SIR RICARDO WILLIS, con barba blanca y aspecto de enfermo.

ORM. Sir Ricardo Willis!

Los caballeros se levantan y van á su encuentro; anda con dificultad. ROSEBERRY y ROCHESTER le ofrecen el brazo y le ayudan.

WILLIS. Vengo arrastrándome hasta vosotros libre de mis cadenas. Aquí me teneis débil y moribundo por las persecuciones con que me ha atormentado Cromwell. Pero no soy digno de compasion, si ya cerca de la tumba, á la que él me conduce, mi débil brazo puede desasirse de sus hierros y contribuir á restablecer el trono legítimo, y si el cielo me permite que las últimas gotas de sangre que me quedan las derrame por el rey.

ORM. Sublime lealtad!

ROCH. Abnegacion venerable!

WILL. Soy el más insignificante entre vosotros, pero tengo el honor de ser el servidor del rey más perseguido. ¿Qué esperamos ya?

ORM. A Lambert, que no ha venido aun.

WILL. (A ORMOND.) ¿Quiénes son esos sectarios?

ORM. Aquellos son los parlamentarios Plinlimmon y Ludlow, aquel otro Carr, y el de más allá Barebone, adornista.

WILL. No le conozco.

DAV. Barebone es gran enemigo del poder tiránico. Él proscribe la cabeza de Cromwell coronado y sus manos trabajan para la obra de la coronacion; trabaja en loor de Dios por las pompas del diablo.

WILL. Quiénes son esos otros?

ORM. Los tres regicidas Harrison, Overton y Garland.

CLIFF. Cuál de los tres es Satanás?

ORM. Silencio, milord, que allí está declamando el raptor del rey, Joyce.

ROSEB. Raza infame!

ESCENA IX.

Los mismos y el teniente general LAMBERT.

ORM. Ya está aquí Lambert!

CAR. (Incomprensible misterio.)

LAMBERT. ¡Salud á los antiguos amigos de la antigua Inglaterra!

ORM. (A los que están á su lado.) Se acerca el momento de dar el gran golpe; concluyamos de sellar nuestra alianza.

Avanza hácia LAMBERT, que viene á su encuentro.

Jesús crucificado...

LAM. (Interrumpiéndole.) Por la salvacion de los hombres.—Estamos dispuestos.

ORM. Dispongo de trescientos gentiles-hombres, y á mi lado están sus jefes. Cuándo le derribamos?

LAM. Cuándo será rey?

ORM. Mañana.

LAM. Pues mañana.

ORM. Está dicho.

LAM. Está dicho.

ORM. A qué hora?

LAM. Al medio dia.

ORM. En qué sitio?

LAM. En Westminster.

ORM. Queda pactada nuestra alianza.

LAM. Nuestra alianza leal.

Se estrechan ambos la mano. Despues de una pausa, LAMBERT dice aparte.

(Mia será la corona. Despues que me sirvais como yo quiera, el cadalso de Capell no está tan carcomido que no pueda soportar aun un tajo para colocar tu cabeza.)

ORM. (Se cree subir al trono y sube á la horca.)

LAMBERT cruza los brazos sobre el pecho y dirige las miradas al cielo. Los puritanos toman actitud de éxtasis y de plegaria. Los caballeros están sentados á la mesa; los jóvenes beben alegremente. ORMOND, WILLIS, DAVENANT y JENKINS parece que sean los únicos que oigan la arenga de LAMBERT.

LAM. Piadosos amigos! Ha llegado el caso de que, desconociendo el derecho y la voluntad del pueblo, un hombre que se llama á sí mismo protector de Inglaterra quiere arrogarse el título hereditario de los reyes. Por eso acudimos á preguntaros si conviene castigar su orgullo impudente, y si creeis que debemos vengar con nuestras espadas la usurpacion y dictar contra él sentencia de muerte.

TODOS. (Menos CARR y HARRISON.) ¡Muera Oliverio Cromwell!

LOS PURITANOS. ¡Exterminemos al traidor!

LOS CABALLEROS. ¡Muera el usurpador!

OVERTON. Que no sea rey!

LAM. Que no sea tirano!

HARRISON. Permitidme que humildemente os exponga un escrúpulo. Puede que nuestro opresor sea instrumento del cielo, porque aunque es tirano, es de alma independiente; y quizás sea el que Daniel proclama, cuando dice en su profecía: *Los santos tomarán el reino del mundo y le poseerán.*

LUDLOW. El texto es formal, pero el mismo profeta debe tranquilizaros, general; porque Daniel dice en otra parte: *Por mis designios el reino será entregado al pueblo de los santos.* Nadie debe, pues, cogerlo antes de que se le dé.

JOYCE. Y el pueblo de los santos somos nosotros.

HAR. Me confío á vuestra sabiduría; pero aunque me creo vencido, no me convenzo completamente de que los textos citados encierren el sentido que decís; y sobre estas cuestiones, prohibidas á los profanos, conferenciaré con vosotros algun dia. Nos asesoraremos, para decidirlas, de amigos piadosos, que han profundizado estas materias y que con su inteligencia puedan iluminarnos.

LUD. Con mucho gusto; nos reuniremos si quereis el viernes.

JOY. (Indicando á LAMBERT un grupo de puritanos que se ha quedado aislado en un rincon del foro.) Allá hay tres conjurados más, que están indignados de llegar un poco tarde á trabajar en la viña; pero que son santos trabajadores que quieren presentarse á vos, sabiendo que está escrito: *El mismo salario corresponde á todos.*

LAM. Decidles que se acerquen.

Un grupo de tres hombres avanza hácia LAMBERT.

Cómo os llamais, hermanos?

CONJURADO 1.° Aunque tramen contra vosotros todo lo que pueda tramarse, load á Dios. Pimpleton.

CONJURADO 2.° Muerte al pecado. Palmer.

CONJURADO 3.° Vives para resucitar. Jeroboan d' Emer.

ROCH. (Bajo á LORD ROSEBERRY.) Qué dicen?

ROSEB. (Bajo á ROCHESTER.) Tienen la risible costumbre de envolver sus nombres en un versículo de la Biblia.

LAM. (Con una Biblia abierta en la mano.) ¿Jurais?.

CONJ. 1.° Jurar nosotros!

CONJ. 2.° Nosotros no juramos!

CONJ. 3.° No.

LAM. Pues bien; prometed, poniendo la mano sobre el Santo Libro, inmolar á Cromwell.

LOS TRES. (Con la mano sobre la Biblia.) Eso sí.

LAM. ¿Prometeis prestarnos vuestro apoyo, callar y obrar?

LOS TRES. Lo prometemos.

LAM. Entonces sed bien venidos.

Los tres conjurados se colocan entre los puritanos.

LAM. (Mañana, ó pierdo la cabeza ó alcanzo la corona.)

SYNDERCOMB. (Al grupo de los conjurados.) Muera Oliverio Cromwell!

CAR. Hermanos, cuando perezca Cromwell, cuando derribeis ese Baal que adoran de rodillas, ¿qué hareis despues?

LUD. Hay que pensarlo.

ORM. (Yo ya lo sé.)

LAM. Crearemos un Consejo, compuesto todo lo más de diez miembros... (Y que tenga un jefe.)

HAR. Son pocos diez miembros, general Lambert. Debe constar de setenta, como el sanhedrin hebreo. Ese número es sagrado.

JOY. Un Consejo compuesto de oficiales.

HAR. Compuesto de setenta miembros, creedme.

CAR. Antes de pasar adelante, oidme: ¿estais seguros de que Cromwell piensa en ser rey?

OVERT. Tan seguros, que mañana un Parlamento servil adornará su cabeza con la insignia real.

TODOS. (Menos CARR.) Muera el ambicioso.

HAR. No comprendo qué ideas lleva Cromwell arriesgándose á dar ese salto. Preciso es que esté loco para desear el trono, cuando no quedan ya fincas de la corona. Vendieron á Hamton-Court en beneficio del Tesoro; han destruido á Woodstock y han desamueblado á Windsor.

SYNDER. Que muera el usurpador!

LAM. Ha colmado la medida de sus crímenes y debe morir.

DROGHEDA. Drogheda humea aun con la sangre de sus víctimas.

CONJ. 1.° Abre su corazon á los hijos de Gomorra y de Tyro.

ORM. Se ha empapado las manos con sangre del rey mártir.

HAR. Sin respetar los derechos que hemos adquirido por medio de tantas guerras, hace que los caballeros le entreguemos nuestros dominios.

CONJ. 2.° Ayer, en el impuro banquete que le dió la ciudad, al cumplimentarle, recibió la espada y despues la devolvió.

LAM. Tiene ínfulas de rey.

JOY. Ha perdido la Inglaterra.

JENK. Juzga, tasa, absuelve y condena sin apelacion.

WILL. Hizo asesinar á Hamilton, á lord Capell y á lord Holland.

BAREB. Lleva descaradamente la casaca de seda.

CONJ. 3.° Tolera, en menoscabo de la Santa Escritura, que se celebren los ritos del papismo.

DAV. Ha profanado las tumbas en Westminster.

LUD. Es sacrílego!

LOS PURITANOS. Es idólatra!

JOY. No haya perdon para él.

SYNDER. (Sacando un puñal.) Que muera!

TODOS. (Agitando los puñales.) Exterminemos al tirano y á su raza.

En este momento llaman violentamente á la puerta de la taberna. Los conjurados callan. Momentos de terror y de sorpresa. Llaman otra vez.

ORM. Quién es?

LAM. El diablo!

UNA VOZ. (Desde fuera.) Soy un amigo.

ORM. Qué es lo que quieres?

LA VOZ. Os digo que soy un amigo; abridme.

ORM. Quién eres?

LA VOZ. Ricardo Cromwell.

TODOS LOS CONJURADOS. ¡Ricardo Cromwell!

ORM. El hijo del Protector!

LAM. Se ha descubierto nuestra sublevacion.

ROSEB. Es preciso abrir.

Abre y entra RICARDO CROMWELL.

ESCENA X.

Los mismos y RICARDO CROMWELL vestido de caballero.

Cuando entra, todos los puritanos se desembozan y se quitan los sombreros.

RICARDO. No he visto nunca tabuco tan bien guardado; ni que fuera una fortaleza. Buenos dias, caballeros. ¿Por quién brindais? Unid á vuestro bríndis el mio.

CLIFF. Querido Ricardo... estábamos aquí diciendo...

ROCH. (Riendo.) Que el cielo os bendiga.

RIC. Os ocupábais de mí? Os doy las gracias.

BAREB. (Que el infierno apague su fuego en tu garganta.)

RIC. No os molesto?

ROSEB. Vos...! Al contrario... tenemos á gran dicha veros entre nosotros. Os trae aquí algun asunto?

RIC. Me trae aquí el mismo motivo que á vosotros.

CAR. (¿Estará metido en el complot?)

WILL. (Ricardo Cromwell tambien!)

RIC. (Levantando la voz.) Sedley, Roseberry, Downie, Clifford, os acuso de ser unos felones.

ROSEB. (Asustado.) Qué dice!

CLIFF. (Turbado.) Querido Ricardo...

SEDLEY. Yo os juro...

RIC. Oidme hasta el fin; despues os justificareis si os es posible.

ROSEB. (Nos ha descubierto.)

RIC. Hace cerca de diez años que somos amigos, siendo comunes entre nosotros la caza, los bailes, los placeres y hasta los pesares, todo, la bolsa y las queridas. Aunque mi apellido simboliza un partido contrario, como un hermano siempre he vivido entre vosotros, y á pesar de vivir siempre de acuerdo, ocultais un secreto á Ricardo.

ROSEB. (Todo se ha perdido!)

RIC. Interrogad á vuestra conciencia y ella os contestará que habeis procedido infamemente conmigo.

ROSEB. Es verdad; de vuestra amistad hemos recibido grandes pruebas; pero...

RIC. Correspondeis á esa amistad haciendo traicion.

LAM. (Traicion?)

CLIFF. (Traicion!)

CAR. (Qué significa esto?)

RIC. Me haceis la traicion de venir aquí á beber sin decírmelo.

ROSEB. (Respiro.) Creed, querido Ricardo...

RIC. Es delito de alta traicion venir aquí á beber sin avisármelo. ¿Qué os he hecho para que me trateis así? Ya sabeis que duelos, festines alegres y dar cintarazos, son cosas que me placen; ¿en qué os he faltado?

SEDL. En nada.

RIC. Es preciso que me lo digais.

ROSEB. Ricardo!

RIC. Sin duda me haceis la justicia de creer que ódio á estos puritanos malditos tanto como vosotros.

BAREB. Como nosotros!

RIC. Como os lo digo. No es posible soportar á esos estúpidos sectarios, que con comentarios sangrientos ensucian los libros santos y predican las alabanzas de Dios, y despues del sermon se dedican al juego.

CAR. (Entre dientes.) Los santos no juegan, eso es mentira.

RIC. Iba á copiarles dirigiéndoles una jeremiada, pero estad tranquilos; no diré ya nada más. Para probaros, ami-

gos mios, que no temo comprometerme con vosotros, y hasta qué punto uno mi causa á vuestra causa (Llena un vaso de vino y lo lleva á sus labios.), ¡brindo á la salud del rey Cárlos!

LOS CONJURADOS. (Sorprendidos.) ¡A la salud del rey!

RIC. Estando aquí solo nosotros, ¿por qué os sobresaltais.

WILL. (Es muy imprudente el hijo de Cromwell si está comprometido en la sublevacion.)

(Oyese el sonido de una trompeta á la parte de fuera. Reina en la escena otro silencio de asombro y de inquietud.)

UNA VOZ. (Desde fuera.) ¡En nombre del Parlamento, abrid la taberna!

Movimiento de terror entre los conjurados.

ROCH. (A DAVENANT.) Nos cogieron en la cueva como á Caco.

LAM. (Bajo á JOYCE.) Cromwell viene á arrestarnos.

JOY. Sin duda lo sabe todo.

OVERT. Pues bien, nos abriremos paso con las espadas.

LAM. Habrán tomado la plaza las tropas.

Oyese otra vez el sonido de la trompeta.

RIC. Diablo! ¡Venir á incomodarnos ahora!

LA VOZ. (Desde fuera.) ¡En nombre del Parlamento, abrid la taberna!

BAREB. Obedezcamos. (Vá á abrir.)

LAM. (No tengo ya segura la cabeza sobre los hombros.)

BAREBONE abre la puerta de la taberna, que debe ser muy grande, para que á través de ella se vea el mercado de vinos lleno de gente. En medio de él se vé al PREGONERO rodeado de cuatro guardias de la ciudad, de uniforme y con picas, y detrás de éstos una escolta de arqueros y de alabarderos. El PREGONERO lleva una trompeta en una mano y un pergamino desplegado en la otra.

ESCENA XI.

Dichos, el PREGONERO, guardias de la ciudad, arqueros, alabarderos y pueblo.

PREGONERO. (Despues de tocar la trompeta.) ¡Silencio y oid!:—"De parte de su alteza Oliverio Cromwell, lord Protector de Inglaterra, á todos los habitantes, vasallos civiles y militares, hacemos saber: Que con la idea de que se manifieste el deseo del Señor, respecto á la mocion que ha hecho á la Cámara el honorable miembro el caballero Pack, para saber si se debe nombrar rey al susodicho lord Protector, y sobre todo para salvar al pueblo instruido y prudente de los males que le presagia el último eclipse é implorar la clemencia de Dios, los comunes, en sesion del Parlamento de Lóndres, siguiendo los consejos de doctores que el pueblo venera, han decidido que se celebre hoy un ayuno extraordinario, y aconsejan á los vecinos que hagan exámen de conciencia de sus crímenes, errores y pecados.„

UN GUARDIA DE LA CIUDAD. Amén.

PREGON. ¡Dios bendiga al pueblo de Inglaterra!

EL JEFE DE LOS ARQUEROS. Para el cumplimiento del bill parlamentario, mandamos á vivanderos y taberneros que cierren en este mismo instante las tiendas y las tabernas, porque son sitios impuros en los que no se observa el ayuno.

LAM. (A los demás conjurados.) Pues hasta mañana. Es preciso separarnos ahora.

GARL. Dónde nos reuniremos?

BAREB. Mañana, en la gran sala de Westminster, donde os introduciré yo antes de la hora fatal, cerca del trono, que yo he tapizado.

OVERT. Bien; separémonos sin ruido, pero sin misterio.

PREGON. ¡Dios bendiga al pueblo de Inglaterra!

RIC. Tiene poca gracia que nos echen así de un festin alegre. Se conoce que milord mi padre no es ya jóven; yo no querria ocupar un trono si me impusieran un ayuno.

Salen de la escena todos los conjurados.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Los espías.

SALA DE LAS BANQUETAS EN WHITE-HALL

En el fondo se vé la puerta-vidriera por la que salió Cárlos I para ir al cadalso. A la derecha un gran sillon gótico, cerca de una mesa con tapete de terciopelo de oro, en el que se distinguen aun las iniciales C. R. (Carolus Rex.)—En el momento de levantarse el telon ocupan el teatro dos grupos numerosos de cortesanos, vestidos de gala, que conversan en voz baja. Delante del grupo están los embajadores de España y de Francia con toda su comitiva. El embajador de España está á la izquierda, rodeado de pajes y de escuderos, de alcaldes de córte y de alguaciles, en medio de los que un heraldo del Consejo de Castilla lleva sobre un almohadon de terciopelo negro el collar de la órden del Toison de Oro. El embajador de Francia está á la derecha, cercado de pajes y de gentiles-hombres; tiene cerca de él á MANCINI, y detrás dos gentiles-hombres, que llevan en dos almohadones de terciopelo azul, el uno una magnífica espada con el puño de oro cincelado y el otro una carta de la que pende un gran sello con cera roja; cuatro pajes del cardenal Mazarino sostienen un gran rollo forrado



EL PREGON

de tafetan engomado. El embajador de España vá vestido de caballero del Toison de Oro; su séquito de satin negro y de terciopelo. El embajador de Francia vá vestido de caballero de Saint-Esprit; su séquito lleva uniformes variados. Detrás de los dos grupos principales están los enviados de Suecia, del Piamonte y de Holanda, notables por sus diferentes trajes. En el fondo se vé un grupo de señores ingleses, entre los que llama la atencion, por su traje de brocado de oro y el de los dos pajes que le siguen, HANNIBAL SESTHEAD, jóven señor dinamarqués. Dos centinelas puritanos, con el mosquete y la alabarda al hombro, se pasean de parte á parte por la gran puerta gótica que hay en el fondo de la sala.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE CRÉQUI, embajador de Francia; MANCINI, sobrino del cardenal Mazarino, y su séquito; D. LUIS DE CÁRDENAS, embajador de España, y su séquito; FILIPPI, enviado de Cristina, y su acompañamiento; tres diputados de Vaudois, seis enviados de la República holandesa; HANNIBAL SESTHEAD, primo del rey de Dinamarca, y sus dos pajes; señores y gentileshombres ingleses; dos centinelas.

DON LUIS DE CÁRDENAS. Paje, ¿qué hora es?

PAJE. Las doce.

D. LUIS. ¡Vive Dios, que hace ya dos horas que Cromwell me está haciendo esperar!

PAJE. Excelentísimo señor, es porque está celebrando consejo para...

D. LUIS. Nadie os pregunta. (¿Cómo tomará mi mensaje el Protector?)

CRÉQUI. (A Mancini.) Qué sala es ésta?

MANCINI. Monseñor, es la sala de las banquetas, en la que se recibe á los embajadores.

La gran puerta del fondo se abre de par en par.

UN UJIER. (Anunciando en alta voz.) Su alteza el milord Protector de Inglaterra.

Todos los asistentes se descubren é inclinan con respeto. Entra CROMWELL, con la cabeza cubierta.

ESCENA II.

Dichos, CROMWELL con sencillo traje militar, con casaca de búfalo, gran tahalí bordado con sus armas, del que pende una espada larga; WHITELOCKE, lord comisario del sello, con larga toga de satin negro rodeada de armiño y con gran peluca; el conde de CARLISLE, capitan de la guardia del Protector, con su uniforme particular; STOUPE, secretario de Estado para los negocios extranjeros. Durante toda la escena, el conde de CARLISLE está detrás del sillon del Protector, de pié y con la espada desnuda. WHITELOCKE á su derecha y STOUPE á su izquierda con un libro abierto en la mano. Cuando entra CROMWELL, los asistentes se forman en dos filas y permanecen inclinados hasta que el Protector llega á su sillon.

CROMWELL. (Ante el sillon.) ¡Paz y salud á los corazones de buena voluntad! Doy audiencia en nombre del pueblo inglés á cada uno de los diputados que á mí se dirigen. (Se sienta y se quita el sombrero.) Duque de Créqui, hablad.

CRÉQUI con MANCINI y su acompañamiento se acercan hasta CROMWELL, haciéndole las mismas reverencias que á un rey. Los demás asistentes se retiran al fondo de la sala.

CRÉQ. Monseñor, la alianza que os asegura el apoyo del rey Cristianísimo vá á estrecharse hoy con nuevos lazos. El señor Mancini os vá á leer la carta que su eminente tio dirige á vuestra Alteza.

MANCINI se aproxima al Protector, dobla una rodilla y le presenta sobre el almohadon la carta del cardenal. CROMWELL rompe el sobre y se la entrega á MANCINI, diciéndole:

Leed la carta del cardenal Mazarino.

MAN. (Leyendo.) "A su Alteza el Protector de la República de Inglaterra.

„Monseñor:

„La parte gloriosa que el ejército de vuestra Alteza ha tomado en la guerra actual de Francia contra España, el útil socorro que ha prestado al ejército del rey mi señor en las campañas de Flandes, redoblan la gratitud de su majestad hácia un aliado tan poderoso como vos y que le ayuda tan eficazmente á reprimir la soberbia de la casa de Austria. Por eso el rey ha querido enviar como embajador extraordinario en vuestra córte al duque de Créqui, encargado por su majestad de participar á vuestra Alteza que la plaza fuerte de Mardike, que recientemente hemos tomado, queda á disposicion de los generales de la República de Inglaterra, esperando que Dunkerque, que poseeis aun, se nos entregue, segun los tratados estipulados. El duque de Créqui lleva además la comision de entregar á vuestra Alteza una espada de oro, que el rey de Francia os envia como testimonio de su estimacion y de su amistad. M. de Mancini depositará á los piés de vuestra Alteza un pequeño presente, que me atrevo á añadir al del rey; consiste en una tapicería de la nueva manufactura real llamada de los Gobelinos. Deseo que esta muestra de mi adhesion sea agradable á vuestra Alteza. A no haber estado enfermo en Calais, hubiera yo mismo pasado á Inglaterra á rendir mis respetos á uno de los más grandes hombres actuales. No pudiendo tener este honor, envio á la persona de mi más próximo parentesco para que exprese á vuestra Alteza la veneracion que le profeso, y que estoy resuelto á mantener entre el Protector y mi rey amistad eterna.

Soy de vuestra Alteza con entusiasmo obediente y respetuoso servidor,

JULIO MAZARINO,

Cardenal de la Santa Iglesia Romana.„

MANCINI, haciendo una profunda reverencia, entrega la carta á CROMWELL, que se la pasa á STOUPE. A una señal del DUQUE DE CRÉQUI, los pajes que llevan librea real depositan sobre la mesa de Cromwell el almohadon que contiene la espada de oro; y á otra órden de MANCINI, los pajes que llevan la librea de Mazarino desenrollan á los piés del Protector un rico tapiz de los Gobelinos.

CROM. De los ricos presentes que me envia dad las gracias á su eminencia, y decid al rey que la Inglaterra será siempre hermana de la Francia.

Bajo á WITELOCKE.

El cardenal, que me adula y se arrodilla ante mí, llamándome en alta voz *grande hombre*, dice en voz baja que soy un *loco afortunado*.

Volviéndose bruscamente hácia los enviados de Vaudois.

Qué es lo que deseais vosotros?

ENVIADO 1.° Con gran tristeza venimos á pedir que nos socorra vuestra alteza.

CROM. Quién sois?

ENV. 1.° Diputados de los Vaudois.

CROM. Ah! (Con benevolencia.)

ENV. 1.° Tiránicas leyes pesan sobre nosotros; nuestro príncipe es romano y nosotros somos calvinistas, y á sangre y fuego pretende que nuestras ciudades piensen como él. El pais, afligido, nos envia para que remedieis semejantes males.

CROM. (Con indignacion.) ¿Quién se atreve á oprimiros?

ENV. 1.° El duque de Saboya.

CROM. (Al DUQUE DE CRÉQUI.) Señor embajador de Francia, ya lo oís. Decid al cardenal de parte mia, que por el afecto que me profesa que trate de terminar el conflicto de que es víctima ese pueblo. La Francia tiene gran influencia sobre ese duque serenísimo; que le haga ceder. Es contrario al precepto divino oprimir por medio de la fé; por otra parte, yo sigo las doctrinas de Calvino. De todos modos contad conmigo, Vaudois. ¿Cómo os llamais? (Al enviado sueco.)

ENVIADO. Filippi; soy hijo de Terracina y vengo á depositar á los piés de un héroe este presente que le manda la reina Cristina.

Deposita ante CROMWELL un cofre pequeño con muelles de acero, y le entrega una carta que el Protector pasa á STOUPE. Bajo á CROMWELL.

La carta de la reina os dirá por qué órden y por quién Monaldeschi fué asesinado en Fontainebleau.

CROM. Por órden de la reina, que quiso vengarse de su antiguo amante.

ENV. Mazarino permitió que mi reina ultrajada exterminase á ese hombre en el seno mismo de la Francia.

CROM. (Se le dió hospitalidad para que le asesinaran.)

ENV. Mi reina, que por su voluntad se separa del trono, solicita un asilo cerca del gran Protector.

CROM. (Sorprendido y disgustado.) ¿Cerca de mí? No hay aquí palacio digno de una reina.

D. Luis. (Pronto lo habrá para un rey.)

CROM. Que se quede en Francia. Es funesto el aire de Lóndres para los reyes caidos. (No quiero en mis dominios una reina de tan malas costumbres.) ¿Qué más quereis?

FILIP. Para terminar mi mision, deseo que vuestra alteza se sirva abrir ese cofrecillo.

CROM. Qué encierra?

FILIP. Abridle, monseñor.

CROM. Qué misterio es ese?

FILIP. Aquí está la llave. (Presentándole una llave de oro.)

CROM. Dadme.

Toma la llave; FILIPPI pone el cofrecillo sobre la mesa; CROMWELL se dispone á abrirlo, pero WHITELOCKE se lo impide.

WHIT. (Bajo á CROMWELL.) Deteneos, milord; puede encerrar el cofre uno de esos venenos sutiles de la alquimia ó rayos del infierno; no es la primera vez que un traidor ha asesinado de ese modo á su víctima. Teneis enemigos, y ese hombre mira traidoramente; temedle. Al abrir ese cofre podeis aspirar la muerte.

CROM. (Bajo á WHITELOCKE.) En lo posible cabe, y ya que lo creeis así, abridle vos mismo.

WHIT. (Espantado y balbuceando.) Mi abnegacion por vos es grande, pero...

CROM. (Sonriendo.) (Le conozco y voy á acabar de juzgarle.)

WHIT. (Se necesita valor para ser cortesano, porque hay que elegir entre la muerte ó la desgracia, que es tambien otra clase de muerte... Muramos, pues.)

Abre el cofrecillo con las precauciones del hombre que espera una explosion violenta, y despues de haberlo abierto, grita:

Una corona!

CROM. (Asombrado.) Una corona!

WHITELOCKE la saca del cofrecillo.

CROM. (Frunciendo el entrecejo.) ¿Qué quiere decir esto?

FILIP. Señor...

CROM. Es de oro de ley?

FILIP. No debe dudarlo vuestra alteza.

CROM. (A WHITELOCKE.) Pues bien, hacedla fundir y entregadla en metal al hospital de Lóndres. No puedo hacer

mejor uso de esas joyas, de esos adornos de mujer y de esos dijes reales.

D. LUIS. (Quizá se obstine en permanecer siendo Protector.)

MAN. (Bajo al DUQUE DE CRÉQUI.) Podria en cambio enviar á Cristina una cabeza de rey.

CRÉQ. (Bajo á MANCINI.) En efecto, ese presente uniria más al vasallo regicida y á la reina asesino.

CROM. (Despidiendo á FILIPPI bruscamente.) Adios, señor sueco, natural de Terracina. Flamencos, qué esperais? Las treguas han terminado ya.

EL JEFE DE LOS ENVIADOS HOLANDESES. Los Estados generales de las provincias unidas, libres como vos y como vos protestantes, os demandan la paz.

CROM. (Con rudeza.) Ya no es hora. El Parlamento de esta República cree que vuestra política es demasiado mundana y no quiere firmar tratados de fraternidad con aliados tan vanos y tan carnales.

Con un gesto despide á los flamencos, que se retiran. Entonces CROMWELL parece ver á D. LUIS DE CÁRDENAS y le dice:

¡Buenos dias, señor embajador de España! No os habia visto!...

D. LUIS. ¡Dios guarde á vuestra alteza! Por asuntos de alto interés de Estado venimos á solicitar de vos una entrevista secreta. Nos separan las guerras de Flandes, pero el rey Católico puede entenderse con vos, y para manifestaros el afecto que os profesa, ofrece á vuestra alteza el Toison de Oro.

Los pajes que llevan dicha insignia se aproximan á CROMWELL.

CROM. (Levantándose indignado.) ¿Por quién me tomais? ¿Creeis que el jefe austero de los antiguos republicanos de la antigua Inglaterra es capaz, por sostener vanidades, de manchar su corazon con un símbolo pagano? ¿Colgaria del cuello del vencedor de Sodoma un ídolo griego junto al rosario de Roma? ¡Lejos de mí esas tentaciones, esas pompas y ese collar!

D. LUIS. (Es un herético.) El rey Católico es el primero que os reconoció por jefe de la República.

CROM. Ofrecerme el Toison de Oro! Dejo á los idólatras sus sacerdotes cristianos y sus templos teatros, y que busquen en el infierno sus dioses y su tesoro, y que encuentren allí el Toison, que es el becerro de oro. Pero á mí no se me ultraja en vano. De mi cólera no pudo sustraer á su hermano D. Luis el enviado portugués, ¿y vuestro señor se atreveria á insultarme en la cara por medio de su embajador? Esto seria una injuria demasiado solemne. Partid.

D. LUIS. Pues bien, guerra, y guerra eterna.

Sale con todo su acompañamiento.

MAN. (Bajo al DUQUE DE CRÉQUI.) Ha insultado al embajador castellano.

CRÉQUI. (A MANCINI.) Hubiera yo deseado recibir esa afrenta.

CROM. (Bajo á STOUPE.) Me era conveniente romper esta conferencia con España ante los enviados de Francia; pero seguid á D. Luis de Cárdenas, tratad de apaciguarle y procurad averiguar qué es lo que viene á proponerme. (STOUPE sale.)

Se abre la gran puerta del fondo de par en par y un ujier anuncia:

Milady Protectora!

CROM. (Ah, Dios mio! Es mi mujer!) Dejadnos solos, señores.

Salen todos por la puerta de un lado; el CONDE DE CARLISLE y WHITELOCKE acompañan ceremoniosamente al embajador de Francia. Entran por la puerta del foro ELISABETH BOURCHIER, mujer de CROMWELL. MISTRESS FLETWOOD, LADY FALCONBRIDGE, LADY CLEYPOLE, LADY FRANCISCA y sus hijas.

ESCENA III.

CROMWELL, ELISABETH BOURCHIER, MISTRESS FLETWOOD, vestidas de negro, la última con la sencillez puritana; LADY FALCONBRIDGE, vestida con gran riqueza y elegancia; LADY CLEYPOLE, tapada, como persona enferma, y LADY FRANCISCA, muy jóven, vestida de blanco y con velo.

CROM. Parece que estés sufriendo; no has dormido esta noche?

ELISABETH. Apenas he cerrado los ojos; decididamente me fastidia el fausto. La cámara de la reina donde me acuesto es demasiado grande. El lecho blasonado que perteneció á los Stuardos y á los Tudores, con su dosel de tela de plata y con sus cuatro pilares de oro; la alta balaustrada, que me retiene cautiva en el real estrado; los muebles de terciopelo, las lámparas de plata sobredorada, todo esto me produce el efecto de un ensueño que no me deja dormir. Además, es muy difícil andar por este palacio: me confunde andar por tantas habitaciones y corredores; me pierdo en este inmenso White-Hall y estoy mal sentada en el real sillon.

CROM. Veo que no puedes soportar la fortuna; todos los dias te quejas.

ELISAB. Siento que te sepa mal, pero te confieso que á vivir en el palacio de los reyes prefiriera vivir en la casa donde ha nacido la familia. Echo de menos los felices tiempos en que íbamos desde el

amanecer á pasear por el jardin y por el parque, dejando á los niños que jugasen en la pradera, los tiempos en que tú y yo despues nos entrábamos en la cervecería.

CROM. Milady!

ELISAB. ¡Felices tiempos aquellos en los que Cromwell no era nada, en los que yo vivia tranquila y dormia bien!

CROM. Acostúmbrate á no tener esos deseos tan ordinarios.

ELISAB. ¿Y por qué si he nacido con ellos? He pasado mi infancia lejos de la grandeza, y no me puedo acostumbrar al aire de la corte; estos vestidos con cola no me dejan andar. Estuve hipocondríaca en el banquete que dió el lord Corregidor, porque tuve que pasar por el fastidio de comer con la ciudad de Lóndres. Tú tambien parecias estar fastidiado. ¿Te acuerdas qué alegremente cenábamos en otro tiempo en nuestro hogar?

CROM. Pero mi nuevo rango...

ELISAB. Recuerda que tu grandeza incierta y efímera entristeció los últimos dias de tu pobre madre, y que la condujeron al sepulcro, más que los años, los disgustos y los sobresaltos. Calculando los peligros que te rodeaban, mientras ascendias, tu pobre madre medía la altura de tu caida; y cada vez que abatias á tus rivales y Lóndres solemnizaba tus nuevos triunfos, si llegaba á sus oidos el ruido sordo de los cañones y de las aclamaciones del pueblo, se despertaba sobresaltada y temblorosa, exclamando: Gran Dios! Si habrá muerto mi hijo!

CROM. Ahora duerme mi madre en el panteon de los reyes.

ELISAB. Vaya una satisfaccion! ¿Se duerme allí mejor el sueño eterno? ¿Sabe ella acaso si tus despojos mortales reposarán al lado de los suyos? ¡Quiera Dios que esto suceda muy tarde!

LADY CLEYPOLE. (Con voz débil.) Padre mio, yo os precederé en el lecho mortuorio.

CROM. ¡Siempre tienes esos lúgubres pensamientos!

CLEY. Porque mis fuerzas debilitadas se extinguen; me hace falta tomar el sol y respirar el aire del campo; para mí, este palacio sombrío es semejante á un sepulcro. En sus largos corredores y en sus vastas salas reinan los temblores que producen el miedo y las noches glaciales. Aquí moriré muy pronto.

CROM. (Besándola en la frente.) Calla, hija mia, calla, que no tardaremos en volver á nuestros hermosos valles: hoy es necesario que permanezca aquí algun tiempo.

MISTRESS FLETWOOD. (Alegremente.) Sed sincero, padre mio; ¿no es cierto que quereis subir al trono, que deseais ser rey? Mi marido lo estorbará.

CROM. Quién? Mi yerno?

FLET. Sí, no quiere andar por caminos oblícuos, y dice que una República no debe tener rey; en esto yo me uniré con él contra vos.

CROM. Tú! Mi hija!

LADY FALCONBRIDGE. Verdaderamente no comprendo cómo piensa mi hermana; mi padre es libre, y si alcanza el trono será para nosotras. ¿Por qué no ha de ser rey? ¿Por qué no hemos de gozar del placer embriagador de ser altezas reales y princesas de la sangre?

FLET. A mí no me halaga la vanidad, y solo me preocupo de la salvacion del alma.

FAL. Pues á mí me gusta mucho la corte, y no veo por qué, siendo mi esposo lord, no ha de ser rey mi padre.

FLET. Hermana mia, el orgullo de Eva perdió al primer hombre.

FAL. (Bien se vé en su modo de pensar que no es gentil-hombre su esposo.)

CROM. (Impaciente.) Callaos las dos!—De vuestra hermana más jóven imitad la modestia, la calma y la dulzura.—¿En qué estás pensando, Francisca?

LADY FRANCISCA. Me desespera, padre mio, el aspecto de estos sitios venerables. Me educó vuestra hermana, á cuyo lado he pasado toda la vida, enseñándome á reverenciar á los que se destierra para siempre, y desde que vivo entre estas paredes sombrías creo ver constantemente vagar por ellas tristes sombras.

CROM. De quién son esas sombras?

FRAN. De los Stuardos.

CROM. (¡Siempre ese nombre resonando en mis oidos!)

FRAN. ¡Aquí murió el rey mártir!

CROM. Hija mia!

FRAN. (Señalando á la ventana del fondo.) Padre mio, ¿no es aquella la puerta-vidriera por donde Cárlos I salió la última vez de White-Hall? Ah! Thurloe!

ESCENA IV.

Dichos, THURLOE con una cartera en la mano; traje de puritano.

THURLOE. (Inclinándose.) Esto corre prisa, milord.

CROM. Dispénseme vuestra alteza; quisiera quedarme solo.

ELISAB. Con quién hablas?

CROM. Con vuestra alteza.

ELISAB. Perdóname, Cromwell; me olvido siempre de que estoy tan alta y no puedo acostumbrarme á títulos prestados, ni á ser milady Protectora.

Se vá con sus hijas.

ESCENA V.

CROMWELL y THURLOE; mientras éste extiende sobre la mesa los papeles de la cartera, aquel queda absorbido unos momentos, hasta que al fin rompe el silencio con esfuerzo.

CROM. No soy dichoso, Thurloe!

THUR. Pues esas señoras adoran á vuestra alteza....

CROM. Cinco mujeres! Prefiriera gobernar por medio de decretos absolutos cinco ciudades, cinco condados ó cinco reinos.

THUR. ¡Pero si vos gobernais la Inglaterra y la Europa!...

CROM. ¡Estar casado con una plebeya el dueño del mundo! Soy un esclavo.

THUR. Milord, porque quereis.

CROM. No. De mi destino está roto el equilibrio; la Europa está á una parte, pero mi mujer está á la otra.

THUR. Si pudiera, como vos, cambiar de posicion, una mujer no...

CROM. (Con severidad.) Sois muy atrevido haciendo esa suposicion.

THUR. (Intimidado.) Lo que he dicho es que...

CROM. Basta. Dejemos ese asunto.—Qué teneis que comunicarme?

Se sienta en el sillon.

THUR. (Tomando uno de los papeles.) Escocia. —El gran Preboste quiere rendirse, y todo el Norte se somete al Protector.

CROM. Adelante.

THUR. Flandes.—Los españoles se disponen á capitular, y entregarán Dunkerque muy pronto al Protector.

CROM. Seguid.

THUR. Lóndres.—Acaban de entrar en el Támesis doce bajeles grandes, cargados de millones que Blake cogió á tres galeotes portugueses.

CROM. Seguid.

THUR. El duque de Holstein envia al Protector ocho caballos grises.

CROM. Continuad.

THUR. Los catedráticos de Oxford, que fueron vuestros émulos, os nombran canciller de la Universidad, y aquí teneis el diploma.

CROM. Qué más?

THUR. (Con una carta en la mano é inquieto.) Milord, me advierten por bajo mano que mañana piensan asesinar á vuestra alteza.

CROM. Qué más?

THUR. Hay una conspiracion tramada por los jefes puritanos unidos á los caballeros.

CROM. Seguid.

THUR. ¿No deseais saber ningun detalle sobre esto?

CROM. Será alguna fábula.—Terminemos el despacho.

THUR. El mariscal de la Dieta de Polonia...

CROM. (Interrumpiéndole.) ¿De Colonia no hemos recibido cartas?

THUR. (Buscando entre los despachos.) Una nada más.

CROM. De quién?

THUR. De Manning, vuestro agente cerca de Cárlos.

CROM. Dádmela.

Toma la carta y rompe precipitadamente el sobre.

Está fechada del 5. ¡Tiene veinte dias de fecha! ¡Qué poco activos son mis mensajeros!

Lee la carta y dice leyéndola:

Ah, señor Davenant! ¡La astucia es delicada! La entrevista de noche y á oscuras... Capitulais con vuestro juramento... Para eso es preciso ser papista! —"Irá el real mensaje oculto en el sombrero...„—Prudente precaucion!—Thurloe, participa al señor Davenant que deseo verle. Habita en la *Sirena*, cerca del puente de Lóndres.

THURLOE sale para ejecutar esta órden.

Vamos á ver cuál de los dos será más astuto. No os valdrán vuestras arterías; porque en la oscuridad donde os ocultais sé yo encender una luz para conocer á los traidores.

Entra THURLOE.

Continuemos.—¿Has visto al embajador de España?

THUR. Milord, os ofrece entregaros Calais, si en la guerra empeñada socorreis á Dunkerque sin retardo.

CROM. (Reflexionando.) La Francia me ofrece á Dunkerque y la España á Calais; pero lo que quita algo de valor á su comun oferta es que Dunkerque pertenece á España y Calais á Francia. Cada uno de sus dos reyes me dá á elegir una ciudad del reino vecino, y para que yo la prefiera en este debate, me dá en hipoteca una conquista por hacer. Con el rey de Francia debo quedar acorde; no tengo por qué hacerle traicion. El otro ofrece menos todavía.

THUR. Como los Vaudois, los opri-

midos protestantes de Nimes reclaman vuestro apoyo magnánimo.

CROM. Escribid al cardenal-ministro en su favor, pero no hay que esperar que sea tolerante.

THUR. Devereux acaba de tomar por asalto á Armagh la católica, en Irlanda, y hé aquí la carta evangélica del capellan Peters sobre este acontecimiento: "Dios se ha mostrado clemente con el ejército de Israel. Por fin nos hemos apoderado de Armagh. El hierro y las llamas han exterminado hasta á los viejos, las mujeres y los niños; han perecido lo menos dos mil; la sangre corre por todas partes, y yo vengo de la iglesia de dar gracias á Dios„.

CROM. (Con entusiasmo.) ¡Peters es un gran santo!

THUR. ¿Debemos perdonar á los que queden de aquella raza?

CROM. No; no haya perdon para los papistas.—En Armagh hay un sitial vacante en el coro; démoselo á Peters.

THUR. El emperador desea saber por qué aprestais nuevos y grandes armamentos.

CROM. Que nos deje hacer la guerra y que guarde para sí las fiestas. ¿Qué pretende de mí el emperador con su cámara áulica y su águila de dos cabezas? Pretende asustarme? ¿Cree que tengo miedo el buen emperador germano, porque los dias solemnes empuña un globo de madera pintada que llama mundo? Bah! Es rayo que nunca hiere, aunque siempre gruñe.

THUR. El coronel Titus, encarcelado por haber escrito un libelo...

CROM. Qué quiere?

THUR. Milord, conseguir su libertad. Hace ya nueve meses que está encerrado en un calabozo horrible.

CROM. Nueve meses! No puede ser.

THUR. Se le encerró en Octubre, y estamos en Junio; contad, milord.

CROM. Sí... eso es.

THUR. El pobre hombre ha permanecido allí durante todo este tiempo solo, desnudo y helado.

CROM. Nueve meses! ¡Cómo se pasa el tiempo!

Pausa.

Decidme, ¿qué hace el comité secreto del Parlamento respecto al proyecto presentado?

THUR. Están contra vos Pirretoy, Goffe, Pride, Nicholas, y sobre todo Garland.

CROM. (Con cólera.) El regicida!

THUR. Pero lucharán en vano contra la corriente; la mayoría vota con nosotros, y siguiendo á lord Pembroke, que sabe sobrenadar en todas las épocas, la corona os pertenece de derecho. Unicamente el coronel Birck, aunque se inclina á la mayoría, fundado en un vano escrúpulo en la Biblia, mantiene indecisa á la Cámara.

CROM. Le deben algo en la oficina del impuesto sobre bebidas, y pagándole se le quitará el escrúpulo, si el cajero no se equivoca á su favor.

THUR. Jage está excitado contra vos, porque dice que sois ambicioso.

CROM. Pues le nombraré jefe de policía.

THUR. Lo demás corre de mi cuenta, si se digna milord dejar este asunto á mi cargo. En nombre del Parlamento os suplicarán hoy encarecidamente que acepteis la corona.

CROM. Ah! ¡Por fin empuñaré el cetro!

THUR. Hace ya tiempo, milord, que reinais.

CROM. No, no; poseo la autoridad, pero me falta el nombre. ¡Te sonríes, Thurloe! No sabes qué vacío abre en el corazon la avidez de la ambicion; no sabes cómo ella desafía al dolor, al trabajo, al peligro, á todo, por conseguir un objeto que parece pueril. Es triste poseer la fortuna incompleta; además, no sé qué brillo, en el que el cielo se refleja, rodea á los reyes desde los tiempos antiguos. Son palabras mágicas las palabras *rey* y *majestad*. Ser árbitro del mundo sin ser rey, poseer el poder sin el título, es faltar algo; el imperio y el rango deben ser una misma cosa. No sabes qué sentimiento dá cuando se ha salido de la muchedumbre y se palpa el acontecimiento, no sentir algo encima de la cabeza; no será más que una palabra, pero entonces esa palabra lo es todo.

CROMWELL, que se ha abandonado hasta posar familiarmente el codo en el hombro de THURLOE, se vuelve como despertándose con sobresalto y vé que se abre lentamente una pequeña puerta secreta en uno de los tapices de la sala. MANASSÉ-BEN-ISRAEL se pára en el umbral.

ESCENA VI.

Dichos y MANASSÉ-BEN-ISRAEL; éste es un viejo rabino judío, que sale vestido como los de su raza; lleva barba blanca.

MANASSÉ. ¡Que el Señor Dios os guíe hasta el fin de vuestro camino!

CROM. Es el judío Manassé. (A THURLOE.) Despachad todo eso.

THURLOE se sienta en la mesa y CROMWELL se aproxima al rabino, diciéndole en voz baja:

Qué quieres?

MAN. Os traigo noticias importantes. Una embarcacion sueca, cargada de dinero, que trae para los partidarios de los reyes excluidos del trono, señor, acaba de entrar en el Támesis.

CROM. El pabellon es neutral! Si puedo confiscar todo lo que trae, recibirás por tu mediacion la mitad del botin.

MAN. El navío os pertenece, señor; solo deseo que en caso de necesidad me preste ayuda la fuerza.

CROM. (Escribiendo algunas palabras en un papel que entrega al rabino.) Aquí tienes un verdadero talisman; corre y vuelve pronto á darme cuenta de sus efectos.

MAN. Tengo que daros otra noticia, señor.

CROM. Qué noticia?

MAN. Sé que vuestro hijo Ricardo conspira con los caballeros.

CROM. Cómo lo sabes?

MAN. Me ha pagado las deudas de Clifford; esto me lo prueba.

CROM. (Riendo.) Tú lo ves todo al través del dinero; mi hijo es ligero y tiene relaciones locas. Pero nada más.

MAN. Pagar sin contar las monedas, eso es mucho.

CROM. Vamos, vete.

MAN. Perdon, señor, pero ya que tengo el honor de serviros algunas veces, quisiera como recompensa que hiciérais abrir nuestras sinagogas y revocar la ley que rige contra los astrólogos.

CROM. (Despidiéndole con un ademan.) Ya veremos.

MAN. (Inclinándose hasta el suelo.) Os beso los piés. (Viles cristianos!)

CROM. Vive tranquilo. (¡Judío inmundo, digno de la horca!)

MANASSÉ sale por la puerta secreta, que cierra tras él.

ESCENA VII.

CROMWELL y THURLOE.

THUR. ¿Hareis ahora caso de lo que os digo, milord? Ese navío extranjero, ese dinero que viene á repartir entre los descontentos, la delacion del judío, todo está acorde con lo que antes os dije. Abrid los ojos.

CROM. Sobre qué?

THUR. Sobre los infames complots cuya trama me denuncia un fiel aviso. Me extremece lo poco que sabemos de ellos.

CROM. Si cada vez que llegan á mis oidos avisos semejantes ocupara el pensamiento en descubrir la trama denunciada, no tendria tiempo para otra cosa ni de dia ni de noche.

THUR. Es alarmante el caso actual, milord.

CROM. Cállate, Thurloe, y avergüénzate de tu miedo. Sé que para muchos mi yugo es tiránico, y que ciertos generales no querrán que sea mañana rey el que hasta hoy es su igual, pero tengo al ejército de mi parte. En cuanto al dinero que me denunció el judío, le tomaré como un regalo que me envia el buen Cárlos, y que viene á propósito en estos instantes para pagar los gastos de mi coronacion. Estáte tranquilo. Piensa que esas falsas noticias, que tantas veces han llegado á nuestros oidos, son ardides de los descontentos, que, viéndose reducidos á la impotencia, las inventan para asustarnos.

Oyese ruido de pasos.

Aquí vienen los cortesanos con aspecto alegre. Voy á tomar un poco el aire. Thurloe, entretenlos un momento.

Váse por la puerta secreta.

ESCENA VIII.

THURLOE, WHITELOCKE, WALLER, poeta de la época; el alguacil MAYNARD, JEPHSON, el coronel GRACE, WILLIAM MURRAY, WILLIAM LENTHALL, lord BROGHILL y CARR.

CARR llega el último y se pára en el fondo, arrojando á su alrededor miradas escandalizadas, mientras los otros hablan sin verle.

WHIT. (A THURLOE.) ¿Su alteza está ausente?

THUR. Sí, milord.

LENTHALL. Vengo á recordarle mis derechos.

MAYNARD. Vengo al palacio por un asunto urgente.

JEPHSON. Importante negocio me trae aquí.

MURRAY. En el memorial que á milord entrego solicito un empleo en su futura corte.

WALLER. Tengo por costumbre no importunar á su alteza, pero...

CAR. (Con voz fuerte y con los ojos fijos en la bóveda.) Esto es una nueva Sodoma!

Todos se vuelven sorprendidos y contemplan á CARR, que se ha quedado inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho.

MUR. ¿Quién será este extraño animal?

CAR. (Con gravedad.) Comprendo que el hombre venga disfrazado á este antro, en el que Baal enseña la cara desnuda, en el que se encuentran lobos, histriones, falsos profetas, buitres, dragones de

mil cabezas, serpientes aladas y basiliscos que llevan por cola un dardo de fuego.

WALL. (Riendo.) Si esos son nuestros retratos, os damos las gracias.

CAR. (Animándose.) ¡Convidados de Satanás! La manzana encierra ceniza; comed. El pueblo ha muerto: ¡vampiros de Israel, comeos su carne, la carne de los santos elegidos! ¡Reid, bocas del infierno!

WALL. (Riendo.) Me gusta su urbanidad.

TODOS. Echémosle fuera!

LENT. Buen hombre, idos, porque si entra su alteza...

CAR. No saldré yo, que saldreis vosotros.

WHIT. Es un santo.

WALL. Es un loco.

CAR. ¡Llamais locura á mi sabiduría.

BRO. Pensad en que vá á venir su alteza.

CAR. Le estoy esperando.

BRO. Quereis decirnos para qué?

CAR. Porque tengo que hablarle.

BRO. Enteradme de vuestros deseos y yo se los comunicaré; tengo mucho crédito con su alteza... soy lord Broghill.

CAR. (Amargamente.) ¡Qué cambiado está Oliverio! El republicano viejo tiene que ir á la cola de su cortejo y un caballero como Broghill tiene que protegerle.

THUR. (Que ha estado contemplando á CARR mucho rato.) (No me es desconocido este hombre; no es claro lo que dice, pero, por loco que sea, parece que más que en Bedlam debe estar en la Torre de Lóndres. Vamos á buscar á milord.) (Se vá.)

ESCENA IX.

Los mismos menos THURLOE.

BRO. Podremos responder por vos, pero...

CAR. (Sonriendo con tristeza.) Podreis responder, como en Sion el diablo salió fiador por el Hijo del hombre.

WHIT. Es intratable!

WALL. Es incurable!

TODOS. Echémosle de aquí.

CAR. Atrás! es indispensable que yo hable con el hombre que se transformó ante nuestros soldados de Judas Macabeo en Judas Iscariote. Antes que el fuego del cielo abrase á Sodoma, soy el ángel enviado para advertir á Loth.

WALL. (Riendo.) Dí, ¿los ángeles del Señor van rapados como tú?

JEPH. (Riendo.) Veo que vas subiendo en grado, porque de hombre te has transformado en ángel.

MUR. (Empujando á CARR.) Vamos, márchate fuera.

JEPH. Fuera!

MAY. Fuera!

TODOS. Sal de aquí! Sal de aquí!

CAR. (Gravemente.) Es en vano que os empeñeis en que salga.

MAY. Si milord os ve os volverá á encerrar en la Torre.

MUR. Ese no es traje para presentarse en la córte.

LENT. Poco se respetaria milord si se dignase hablarte.

TODOS. Fuera!

CAR. ¡Oh Sabaot, por tu causa lucho con Leviathan!

Entra CROMWELL con THURLOE. Todos se descubren y se inclinan. CARR se pone el sombrero en la cabeza y vuelve á adoptar su actitud austera y estática.

CROM. (Viendo á CARR con sorpresa.) ¡Es Carr el independiente! Salid! (A todos los demás.) (Extraño misterio.)

Todos, asombrados, salen haciendo una reverencia profunda. CARR permanece impasible.

WALL. (A los demás.) Ya nos lo habia predicho. Dejemos á Loth con el ángel.

ESCENA X.

CARR y CROMWELL.

CROM. El Parlamento largo os hizo encarcelar; ¿quién os hizo salir de la prision?

CAR. (Tranquilo.) La traicion!

CROM. Qué decís?

CAR. Sí; yo ofendí á los santos de la suprema Asamblea y tu ley nos proscribió á todos; yo por ellos fuí culpable, y ellos por tí son inocentes.

CROM. Pues aprobais la sentencia que pesa sobre vos, ¿quién quebró vuestros hierros?

CAR. La traicion, que hacia un nuevo crímen, ciego me arrastraba, pero ví la red á tiempo.

CROM. Qué decís?

CAR. Que Baal renace.

CROM. Explicaos.

CAR. (Sentándose en el gran sillon.) Escucha. Se trama una gran sublevacion... Siéntate, Cromwell, cúbrete y sobre todo no me interrumpas.

CROM. (En otra ocasion me pagarias cara tu insolencia.)

CAR. Aunque Oliverio Cromwell no

cuente sus crímenes, aunque no le causen remordimiento las víctimas que sin cesar encadena, aunque...

CROM. (Levantándose indignado.) Carr!...

CAR. No me interrumpas.

Oliverio se sienta con aire de resignacion forzada.

Aunque Oliverio habite en la tierra de Egipto con el morabita, con el babilonio, con el pagano ó el arriano; aunque él lo haga todo para sí y nada para Israel; aunque rechace á los santos y aunque adore á Dagon, Astarot y Elini y la antigua serpiente sea su mejor amiga; á pesar de tantos delitos, no creo que Dios tenga el corazon tan duro y el alma tan negra que dé al pueblo inglés, tan lleno ya de miserias, la mayor de sus dichas, Cromwell, tu muerte.

CROM. (Retrocediendo.) Mi muerte dices!

CAR. No cesas de interrumpirme: ten buena fé; deja que por un momento no te embriague el incienso de la bajeza y hablemos sin incomodarnos. Convén conmigo en que tu muerte seria una gran felicidad.

CROM. (Colérico.) Temerario!

CAR. (Imperturbable.) Tan convencido estoy de ello, hermano, que con ese objeto llevo siempre un puñal, esperando que llegue ese dia.

Saca un puñal y se lo enseña al Protector.

CROM. Asesino! Hola! (Por fortuna llevo la coraza.)

CAR. No tiembles, Cromwell, y no llames á nadie, que cuando se vá á matar á un tirano no se le enseña antes el puñal. Vive tranquilo; tu hora no ha sonado aun. Por el contrario, vengo á arrebatar una cabeza condenada á muerte de un acero vengador menos puro que el mio.

CROM. (¿Qué es lo que me irá á descubrir?)

CAR. Vuelve á sentarte.

CROM. (Vuelve á sentarse y dice aparte:) (Tendré paciencia para oirle hasta el fin.)

CAR. Escucha. Te amenaza una sublevacion, y debes comprender que si solo te amenazase á tí no perderia el tiempo en enterarte; pero aquí se trata de salvar á Israel, y si te salvo de paso, tanto peor.

CROM. Pero existe esa conspiracion? Sabes dónde se reunen los conjurados?

CAR. Salgo ahora de la reunion.

CROM. ¿Quién te ha abierto la puerta de la Torre de Lóndres?

CAR. Tiembla! Barksthead.

CROM. Me fué traidor! Firmó, sin embargo, el decreto de muerte del rey.

CAR. Lo ha comprado la esperanza de conseguir el perdon.

CROM. ¿Restableciendo en el trono á Cárlos II?

CAR. Escucha. Cuando al amanecer llegué á la reunion de los conjurados, creí que se trataba en primer lugar de emancipar al pueblo, dándote la muerte...

CROM. Eso creias?

CAR. Despues que se trataria de devolver todo su poder al Parlamento único, que le quitó tu inícuo despotismo. Pero apenas entré ví á un filisteo, con casaca de terciopelo acuchillada de satin, que conversaba con otros dos. El jefe de los confabulados vino á leerme breves madrigales y bulas.

CROM. Madrigales?

CAR. Así se llaman los psalmos paganos. Pronto entraron los santos, los ciudadanos religiosos; pero fascinados por extraños encantos, estaban en connivencia con los demonios que allí se confundian con los ángeles. Los demonios exclamaban: Muera Cromwell! Pero en voz baja se decian:—Aprovechándonos de sus sangrientos debates, haremos que Babilonia suceda á Gomorra, los techos de madera de cedro á los techos de sicomoro, la piedra al ladrillo, el yugo al freno y el cetro de hierro á la vara de bronce.

CROM. ¿Quieres decir que Cárlos II suceda á Cromwell?

CAR. Este es su deseo; pero Jacob no quiere que con su propia espada inmolen el buey sin darle su parte, ni que se derribe á Cromwell en provecho de Stuardo, porque entre dos desgracias, debe temerse la peor. Por malvado que seas, prefiero tu imperio al de un Stuardo, que es un Herodes, un príncipe corrompido, un muérdago parásito de la antigua encina arrancada. Desenmascaremos, pues, estos dos complots.

CROM. (Thurloe no se equivocaba.) ¿Luego los dos partidos del rey y del Parlamento se han coligado contra mí? ¿Quiénes son los jefes del partido realista?

CAR. ¿Crees que me han dado la nota? Me tiene eso sin cuidado; pero sin embargo, si me acuerdo te los iré diciendo; Rochester... lord Ormond...

CROM. Estás seguro? ¡Han entrado en Lóndres!

Escribe esos nombres en un papel y dice á CARR:

A ver si recuerdas los demás; haz un esfuerzo.

CAR. Sedley...

CROM. Bien. (Escribiendo.)

CAR. Drogheda, Roseberry, Clifford...

CROM. Liberticidas! ¿Y los jefes populares?

CAR. Eso no; no te delataria nuestros santos si me ofrecieras mil siclos de oro por cada uno; aunque dieras la órden á un eunuco de que ensayara el filo de su sable en mi garganta; no, eso no; aunque tú me enviaras como á Daniel á la cueva de los leones.

CROM. Cálmate.

CAR. Eso no; aunque tú me dieras los campos de Tebas y los que están detrás y el Tiger y el Líbano y la ciudad de Tyro; eso no, aunque me hicieras coronel de tu ejército.

CROM. Carr, querido Carr, somos dos antiguos amigos, somos como dos mojones que Dios ha puesto en el mismo campo, y te has portado conmigo tan fraternalmente, que me libras de inminentes peligros; eso nunca lo olvidaré. El salvador de Cromwell...

CAR. (Bruscamente.) No me injuries! Carr solo salva á Israel.

CROM. (¡Tener que acariciar á quien me hiere, estando á mi altura y á mi edad!) Solo soy un gusano.

CAR. Es verdad; para el Eterno solo eres un gusano como Atila, pero para nosotros eres una serpiente. ¿No deseas ser rey?

CROM. (Casi llorando.) ¡Qué mal me conoces! Me cubre la púrpura, pero tengo ulcerado el corazon. Compadéceme!

CAR. (Con risa amarga.) Eres un Nemrod que tomas el aspecto de Job.

CROM. Siento en el alma merecer de los santos esos reproches.

CAR. El Señor Dios te castiga por medio de tus parientes cercanos.

CROM. (Sorprendido.) Qué quieres decir?

CAR. Que puedes añadir otro nombre á la lista que acabo de darte. Pero no; por qué revelártelo? El vicio castiga al crímen.

CROM. Dime, por Dios, quién es; por semejante servicio pídeme todo lo que quieras.

CAR. (Como herido por una idea súbita.) ¡De veras! Me cumplirás tu promesa?

CROM. Mi palabra vale tanto como un juramento.

CAR. Pues voy á revelártelo.

CROM. (Que se les adule ó que se les pague, todos los republicanos son lo mismo en el fondo, y su virtud es cera que al sol se funde). Qué desea mi hermano? Un título heráldico? Un grado? ¿Un dominio? Qué quieres? Pide.

CAR. Que abdiques.

CROM. (Es incorregible!) No siendo rey, no puedo abdicar.

CAR. Eso es un subterfugio para faltar á tu promesa.

CROM. No...

CAR. Estás titubeando.

CROM. (Suspirando.) Ay de mí! No sabes qué violencia tengo que hacerme para conservar el poder; el poder es una cruz.

CAR. Tú no te enmiendas, Cromwell. Creo que es más difícil que un camello pase por el ojo de la aguja, que un rico y que un poderoso entren por la puerta de los cielos.

CROM. (Fanático!)

CAR. (Hipócrita!) Con palabras capciosas no me convencerás.

CROM. (Con aire contrito.) Convengo contigo, hermano, que mi poder es injusto y arbitrario; pero no hay nadie en Judá, en Gad ni en Issachar á quien apure tanto como á mí. Odio las vanidades; pero no debo rechazar bruscamente la autoridad suprema, que mi pueblo adora, antes de la hora que vengan á reinar en nuestras aldeas los veinticuatro viejos y los cuatro animales. Vé y consulta con Saint-John y Selden, que son jurisconsultos, jueces en materia de leyes y en materia de cultos doctores, y proponles que tracen un plan de gobierno que me permita salir de él pronto. Te satisface esta idea?

CAR. No mucho. Los doctores que invocas pronuncian á veces un oráculo equívoco; pero de todos modos, yo sí que quiero dejarte completamente satisfecho.

CROM. Dime, pues, el nombre de ese pariente enemigo. Cómo se llama?

CAR. Ricardo Cromwell.

CROM. (Dolorosamente sorprendido.) Mi hijo!

CAR. Tu hijo. ¿Estás contento, Cromwell?

CROM. (Absorbido en un estupor profundo.) (El vicio y la blasfemia le han llevado lentamente hasta el parricidio. ¡Castigo del cielo! Asesiné á mi rey; ¡mi hijo matará á su padre!)

CAR. La víbora engendra víboras. Es muy cruel ver que nuestro hijo es un felon y encontrar un Absalon no siendo un David. En cuanto á haber muerto á Cárlos, que tú crees que es un crímen, es el único acto santo, virtuoso y legítimo que puede absolverte de todos tus pecados.

CROM. (Abstraido.) (Solo creia que Ricardo era frívolo y ligero, pero nunca pude pensar que llegara á desear mi muerte.)

—¿Es cierto, hermano, lo que me has dicho? Mi hijo...?

CAR. Asistió á la reunion de los conjurados esta mañana.

CROM. ¿Dónde se ha celebrado esa reunion?

CAR. En la taberna de las Tres Grullas.

CROM. Y qué dijo allí?

CAR. Muchas cosas que yo no recuerdo; rió mucho, loqueó, juró haber pagado las deudas de Clifford...

CROM. (No me engañó el judío.)

CAR. Tambien brindó á la salud de Herodes.

CROM. De qué Herodes?

CAR. Y á la salud de Baltasar.

CROM. Cómo?

CAR. Y á la salud de Faraon.

CROM. Quieres explicarte?...

CAR. Y á la salud del Antecristo, al que llamó rey de Escocia, ó sea Cárlos II.

CROM. (Pensativo.) (¡Brindar á su salud es brindar á mi muerte!) Mi hijo es un parricida loco, y no sé si un dia, sobre su frente pálida, se escribirá *Cain* ó *Sardanápalo.*

CAR. Las dos cosas.

Entra THURLOE, que se aproxima con aire misterioso á CROMWELL.

THUR. (En voz baja á CROMWELL.) Milord, Ricardo Willis os está esperando.

CROM. (En voz baja á THURLOE.) Él me aclarará todo esto.

THUR. ¿Los gentiles-hombres que están agrupados á la puerta pueden entrar?

CROM. Sí, ya que es necesario que yo salga. (Repongámonos; sienta siempre bien estar serenos. Si mi corazon es de carne, que sea mi rostro de cobre.)

Entran los cortesanos conducidos por THURLOE. Saludan á CROMWELL, que les hace un signo con la mano y se dirige á CARR.

Gracias, hermano; sed de los nuestros, y yo os pondré delante de los demás.

Sale con THURLOE.

CAR. (Que permanece en el proscenio.) ¡Así es como él abdica! Condenado usurpador!

ESCENA XI.

CARR, WHITELOCKE, WALLER, MAYNARD, JEPHSON, GRACE, SIR WILLIAM MURRAY, M. WILLIAM LENTHALL y LORD BROGHILL.

MUR. Ya habeis visto como su alteza ha hablado con ese hombre: es muy bondadoso con él.

LENT. ¡Y hasta se ha dignado sonreirle!

CAR. (Se atreve á ultrajarme!)

JEPH. Qué distincion!

WALL. Debe ser algun favorito suyo.

MUR. Todo ha sido para él.

LENT. Se conoce que ese hombre tiene crédito.

Aproximándose á CARR y haciéndole muchas reverencias.

¿Milord, os dignareis como gran favor decir por mí, que soy buen ciudadano, á quien vos sabeis, esas palabras tan oportunas que pronunciais? Tengo derecho á ser lord y...

CAR. Yo he colgado mi arpa de la rama del sauce y ya no canto los cantares de mi pais á los babilónicos que nos han invadido.

Todos se le acercan.

MUR. Protegedme, milord. Pues que van á proclamarle rey, creo que puedo serle muy útil. Soy noble escocés. He disfrutado de gran favor siendo niño cerca del príncipe de Gales, y cada vez que éste se hacia acreedor á un castigo, yo gozaba del privilegio de recibir los golpes que merecia el príncipe.

WALL. Milord, yo soy Waller, y he escrito ditirambos sobre los galeotes que cogieron al marqués español.

JEPH. Caballero, decidle á su alteza que yo soy el coronel Jephson. Mi madre era condesa, y quisiera ser admitido en la Cámara de los Pares.

CAR. Id al hospital de locos!

GRA. (Riendo.) Es buen sitio para un poeta; haced que me lleven allí.

JEPH. Yo soy el primero que en el Parlamento ofrecí hacer rey á Oliverio...

MUR. Y yo...

CAR. Israel os confunda!

ESCENA XII.

Los mismos menos CARR; en seguida THURLOE.

WALL. Decididamente está loco.

MUR. Loco de remate.

LENT. ¿Cómo conseguirá su alteza que sea afable ese energúmeno?

Entra THURLOE.

THUR. Por órden expresa de milord Protector os digo que no puede recibiros hoy.

Salen todos. Al marcharse dice el coronel JEPHSON:

¡Cromwell recibe á ese estúpido y no nos recibe á nosotros!

En el momento que queda sola la sala, se abre la puerta secreta y aparece CROMWELL, que mira con precaucion á todas partes.

ESCENA XIII.

CROMWELL y RICARDO WILLIS.

CROM. Ya se han marchado, salid.

RICARDO WILLIS aparece envuelto en una capa y cubierto con un sombrero que le tapa la cara; no conserva el aspecto de sufrimiento, anda con ligereza y tiene la voz clara.

CROM. Ya no lo puedo dudar! Mi hijo Ricardo...

WILL. Ha brindado por la salud de Cárlos II, y este bríndis les ha parecido temerario á los demás sublevados.

CROM. Es un ingrato! Cuando pudiera sucederme en el trono... Repetidme los nombres de los puritanos.

WILL. El primero de todos es Lambert.

CROM. La conspiracion, pues, tiene por jefe á un cobarde; el imperio lo conquistan menos los génios que la casualidad. Han reinado muchos Vitelios por cada César. Seguid.

WILL. Ludlow.

CROM. Buen hombre, que no hará carrera.

WILL. Syndercomb, Barebone.

A medida que WILLIS los nombra, CROMWELL los lee en una lista que tiene desplegada.

CROM. Ese es mi tapicero, si la memoria no me es infiel. Un necio.

WILL. Joyce.

CROM. Un adulador.

WILL. Overton.

CROM. Vaya un talento!

WILL. Harrison.

CROM. Un ladron.

WILL. Wildman.

CROM. Un loco.

WILL. Un individuo llamado Carr.

CROM. Ya le conozco.

WILL. Garland, Plinlimmon y Barksthead, uno de los verdugos del rey.

CROM. (Como despertando sobresaltado.) ¿Sabeis con quién estais hablando?

WILL. Perdonadme, milord, esta antigua costumbre, que adquirí sirviendo á la otra raza. Esto no debe ofender á vuestra majestad.

CROM. Basta. ¿Están en esta lista los nombres de todos los jefes puritanos?

WILL. Sí, milord.

CROM. Y los jefes de los caballeros?

WILL. Vuestra alteza me permitió que me callara sus nombres. Son antiguos amigos á los que sentiria mucho perder; además, yo los vigilo, y en caso de necesidad no se escaparian.

CROM. Bien. (Todos los cobardes tienen escrúpulos.) Os permito que respeteis el secreto acerca de vuestros compañeros. (Porque sé quiénes son.)

WILL. Espero, milord, que no reciban la muerte por castigo, porque esto seria un remordimiento para mí. Les presto inmenso servicio excitando sobre ellos vuestra clemencia.

CROM. Vuestros gajes ascienden á doscientas libras. (Este es el precio de la sangre de los tuyos que me entregas.) Tomad, esto es lo estipulado.

Abriendo su portamonedas y entregándole un papel.

WILL. Pagadero en la caja secreta?

CROM. Sí. ¿Habeis visto á Davenant despues que vino del continente?

WILL. No, alteza.

CROM. Trae una letra misteriosa para Ormond.

WILL. No ví que nadie entregara ninguna carta al marqués, y yo estaba cerca de él. No creo que Davenant estuviese entre los conjurados.

CROM. (Ya le veré yo mismo.)

ROCHESTER, en traje de sacerdote puritano, aparece en el fondo.

ESCENA XIV.

Dichos y ROCHESTER.

ROCH. (Ya estoy aquí. Veremos si represento bien mi papel. Voy á volver á ver á Francisca.)

Vé á CROMWELL y á WILLIS, que están absorbidos en su secreta conversacion.

(Cromwell y Willis hablando en secreto.)

CROM. (A WILLIS.) Volved á encerraros en la Torre de Lóndres para evitar sospechas.

ROCH. (Qué oigo!)

WILL. Vuestra majestad ya sabe que puede contar conmigo para todo.

ROCH. (Sin haber sido visto.) (¡Que puede contar con él para todo! ¡Estoy asombrado!)

CROM. (A WILLIS.) Cuidemos de que no os vean los centinelas, porque si os vieran nos descubririan.

Se van por la puerta secreta.

ROCH. (Solo.) ¡Buenos amigos tiene el rey Cárlos! Vienen aquí á delatarnos y á conspirar contra nosotros en el palacio de Cromwell; su audacia es increible. Vuelve uno de los dos; sea el que sea voy á ocultarme.

Se oculta detrás de uno de los pilares de la sala. Entra CROMWELL.

ESCENA XV.

CROMWELL y ROCHESTER.

CROM. El hombre propone y Dios dispone: creí haber llegado tranquilamente al puerto y estar al abrigo de las olas, y de repente me veo envuelto en el mar alborotado de las sublevaciones. Afrontemos, pues, la última tempestad, dándoles el último golpe que los aterre. Rompamos todo lo que se me resista. El pueblo necesita rey.

ROCH. (Detrás del pilar.) (No encontraré otro realista tan ardiente como él.)

CROM. Que mueran todos!

ROCH. (Todos! Al menos perdona á tu hija Francisca.)

CROM. (Se acerca á la ventana de Cárlos I.) El aire libre y la luz del sol quizás me tranquilicen.

ROCH. (Parece que esté en su casa.)

CROMWELL trata de abrir la ventana, que se resiste.

CROM. No quiere abrirse; la cerradura está oxidada, quizá por la sangre de Stuardo!... Desde aquí voló al cielo! Quizás si fuera rey la abriria más fácilmente. Si deben expiarse todos los crímenes, debo temblar. Fué un atentado impío: jamás frente tan noble se apoyó en el dosel real; Cárlos I fué justo y bueno... ¿pero podia yo impedir el furor del pueblo? Mortificaciones, vigilias y rezos, todo lo empleé para salvar á la víctima; todo en vano... el cielo habia decretado su muerte... Siento remordimientos. ¿Qué pensarán de nosotros los que han muerto ya?

ROCH. (El remordimiento le perturba la razon.)

CROM. ¡Desconocidos males nos revela el crímen! ¡Por volverte á la vida, Cárlos, verteria cien veces mi sangre.

ROCH. (Voy á salir de mi escondite y á asustarlo.)

Avanzando bruscamente hácia CROMWELL.

Qué haceis aquí?

CROM. (Asombrado.) A quién hablais?

ROCH. A vos. (Representemos el papel.) Sabeis, buen hombre, dónde estais?

CROM. Tú sabes á quién hablas?

ROCH. Yo sé á quién hablo.

CROM. (¿Será algun asesino pagado por el rey Cárlos?)

Saca del pecho una pistola y apunta á ROCHESTER.

No te acerques.

ROCH. (Diablo! Seamos prudentes, que vive muy prevenido.) No vengo á perderos, al contrario, vengo á daros un buen consejo. Estais diciendo palabras muy sediciosas.

CROM. Yo?

ROCH. Vos. Salid, señor, ó pido socorro.

CROM. (Debe ser un loco.) ¿Quién eres tú para hablarme de esa manera?

ROCH. Pensad que estais en casa de milord Protector.

CROM. Quién eres tú?

ROCH. Soy el último servidor de su alteza; soy su capellan.

CROM. Mientes! ¡Tú no eres mi capellan! ¡Debia arrastrarte á mis piés de rodillas, miserable impostor!

ROCH. Milord, alteza... perdonadme. Mi equivocacion nace de tener gran ódio á vuestros enemigos, de palabras mal entendidas.

CROM. Mas por qué mentir?

ROCH. Sacrificarme por vos era mi sueño de oro, y por eso me atreví á solicitar en vuestra casa el empleo de capellan.

CROM. Cómo te llamas?

ROCH. (Maldita memoria! ¡No me acuerdo ya cuál es mi nombre de santo!) Es un nombre desconocido...

CROM. No importa; el manantial puede saltar del fondo de un pozo.

ROCHESTER mete la mano en el bolsillo, saca una carta y se la presenta á CROMWELL, haciendo una profunda reverencia.

ROCH. Esta carta, milord, os enterará de quién soy.

CROM. De quién es la carta?

ROCH. Del señor Juan Milton.

CROM. Hombre ilustre y digno, que es lástima que esté ciego.

Lee algunas líneas.

Te llamas Obededom.

ROCH. Eso es. (¡Vive Dios, qué nombre! Davenant me ha bautizado de tal modo que no se puede pronunciar mi nombre sin hacer muecas.)

CROM. Un santo de gran importancia, como es Milton, os recomienda. (Aunque parece que tenga por mí gran adhesion, es prudente desconfiar.) Debo, sin embargo, someteros á una prueba y haceros sufrir un exámen sobre la fé, antes de nombraros mi capellan.

ROCH. (Inclinándose.) Amén. (Llegó el momento crítico.)

CROM. Contestadme á estas preguntas. ¿En qué mes empezó Salomon la construccion del templo?

ROCH. En el mes de Zio, segundo del año sagrado.

CROM. Cuándo lo acabó?

ROCH. En el mes de Bul.

CROM. ¿Dónde tuvo Tharé los tres hijos?

ROCH. En Ur, en Caldea.

CROM. ¿Quién vendrá á reformar el mundo degradado?

ROCH. Los santos, que reinarán mil años completos.

CROM. ¿Quién cumple mejor con los santos deberes?

ROCH. Todo creyente nace con la gracia suficiente, y puede predicar presentándose en el púlpito, con tal que sepa, en lugar de decir A, B, C, decir: *Aleph*, *Beth* y *Ghimel*.

CROM. Muy bien. Continuad.

ROCH. (Con entusiasmo.) El Señor se aparece á todos en espíritu, y cada uno puede, sin ser sacerdote, ministro ni doctor, haber recibido de las alturas un rayo creador. Sin la fé el hombre se arrastra, pero con su lámpara se alumbra el alma. El alma es un santuario y todo hombre es un sacerdote. Al hogar comun aportad vuestros rayos; los profetas predicaban en las plazas públicas y el templo santo tenia las ventanas oblícuas. (Consiento que me ahorquen si entiendo una palabra de lo que acabo de decir.)

CROM. (Es un anabaptista.) Basta. Fundais en base falsa vuestro edificio; pero de esto ya volveremos á hablar. Ahora contestadme á la última pregunta. Segun los santos discursos, ¿debe llevarse el cabello largo ó corto?

ROCH. Corto, muy corto.

CROM. De dónde deducís eso?

ROCH. De que llevar cabellera es una vanidad, y Absalon fué ahorcado por llevar el cabello largo.

CROM. Sí, pero mataron á Sanson en cuanto le cortaron el pelo.

ROCH. (Mordiéndose los labios.) (Diablo!)

CROM. Para aclarar todo lo que sea posible este punto grave, voy á buscar la Biblia. (Váse.)

ESCENA XVI.

ROCHESTER solo.

ROCH. No he sostenido mal el asalto; aunque es puritano no es tonto, y temo... Ese predicador soldado, ese bandolero patriarca, para que no le sorprendan, vá siempre armado hasta los dientes, dentro de su propio palacio, vá armado siempre con buenas pistolas y con dilemas religiosos para haceros frente de dos maneras.

ESCENA XVII.

LORD ROCHESTER y RICARDO CROMWELL.

ROCH. (Viendo entrar á RICARDO.) (¡Ricardo Cromwell! Si me reconoce soy perdido.)

RIC. (Examinándole.) (Me parece que he visto esa cara en alguna parte... Estoy seguro.)

ROCH. (Mal presagio!)

RIC. (Este hombre no es un doctor puritano; entre los caballeros estaba con nosotros bebiendo esta mañana; ya adivino quién es.)

ROCH. (Cómo me mira!)

RIC. (Indudablemente es algun espía de mi padre que viene á palacio á darle cuenta de mis actos. Procuraré atraérmelo para evitar que estalle la tempestad. Llevo algunas monedas de oro en la bolsa...)

Metiéndose la mano en la bolsa.

ROCH. (Se prepara para atacarme. Me sacará tambien alguna pistola?)

RICARDO se aproxima á ROCHESTER, risueño.

RIC. Buenos dias, caballero.

ROCH. Milord, que el cielo os guarde. Soy un miembro desconocido del clero militante, que rezaré á Dios por vos.

RIC. Sin embargo, yo os he visto en otra parte no rezar, sino jurar como un carretero.

ROCH. Os engañais, milord! ¡Jurar yo!...

RIC. Sí, por San Jorge y por San Pablo.

ROCH. No, no.

RIC. Juradme que no habeis jurado.

ROCH. Yo!...

RIC. No sois lo que aparentais ser; tras la mascarilla del santo se ven los ojos del traidor.

ROCH. (Soy perdido.) Milord...

RIC. Lo sé todo... Pero tomad y no me denuncieis.

Presentándole unas monedas.

ROCH. (Qué es lo que dice? ¿Qué es lo que hace?)

RIC. A mí me complace la vida aventurera, tengo amigos en todas partes y esta mañana he estado bebiendo con los caballeros, lo mismo que vos, señor puritano; ¿qué sacareis de ir á relatar á mi padre que su hijo estuvo bebiendo en una taberna y que por un trago de mal vino me haga una mala chanza?

ROCH. (Me he salvado.)

RIC. En seguida he conocido que érais uno de sus espías.

ROCH. (Debo representar muy mal mi papel de santo, porque éste me toma por espía y el otro me tomó por ladron.) Milord, me haceis demasiado honor.

RIC. Prometedme no decirle al Protector dónde me habeis visto esta mañana.

ROCH. Os lo prometo.

RIC. (Presentándole una gran bolsa bordada con sus armas.) Tomad, pues, esta bolsa, que soy rico y no soy ingrato.

ROCH. (La toma despues de vacilar un momento y dice aparte.) (Bah! Este siempre es un recurso! Cuando se conspira es menester dinero; además, la avaricia sienta bien á mi disfraz.) Milord es muy generoso...

RIC. Bébetela á mi salud.

ROCH. (Esto termina mejor de lo que yo creia.)

RIC. ¿Cuánto vienes á ganar en tu oficio, sin contar con la horca?...

ROCH. Un pobre doctor puritano...

RIC. No como sacerdote, sino como espía.

ROCH. No merezco esa calificacion...

RIC. La filosofía adopta todos los estados y no debe haber ninguno que la ruborice.

ROCH. Milord...

ESCENA XVIII.

Los mismos y CROMWELL.

CROM. (Con una Biblia abierta en la mano.) Escuchad, doctor Obededom, este versículo de la Biblia sobre Dabir, rey de Edom... (Interrumpiéndose al ver á su hijo.) Ah! (A ROCHESTER.) Salid.

ROCH. (Ya se incomodó. El pedagogo se ha convertido en tirano.) (Váse.)

ESCENA XIX.

RICARDO y OLIVERIO CROMWELL.

OLIVERIO se aproxima á su hijo, se cruza de brazos y le mira fijamente.

RIC. Padre mio... qué teneis? ¿Qué os han hecho? Qué temeis? ¿Qué puede entristeceros cuando todos son felices? Mañana, regocijando los espectros de los antiguos reyes, muere la República, legándoos tres reinos; mañana vuestra grandeza se aumentará en el trono, y las salvas de los cañones y el volteo de las campanas dirán al mundo que Oliverio es rey. Qué os falta? Secundan vuestros deseos Lóndres, Inglaterra, la Europa, vuestra familia entera, y si oso yo nombrarme, padre y señor mio, debo deciros que me inspira menos cuidado vuestra felicidad que vuestra salud y...

CROM. (Que no ha dejado de mirar á su hijo fijamente.) Cómo está el rey Cárlos Stuardo?

RIC. (Aterrado.) Milord!

CROM. Procurad otra vez elegir mejor vuestros emisarios.

RIC. Quiero morir antes mil veces y ser el hombre más vil si...

CROM. (Interrumpiéndole.) ¿Sirven buen vino en la taberna de las Tres Grullas?

RIC. (¡Todo se lo ha referido el condenado espía!) Yo os juro, milord...

CROM. Os habeis turbado; y no creo que sea ningun delito juntarse con algunos amigos para beber cerveza. Sin duda brindaríais á mi salud...

RIC. Milord, creedme, hemos tenido una inocente reunion...

CROM. (Con voz de trueno.) Sois un infame! Con otros caballeros, mi hijo esta mañana bebió parte de mi sangre en un vergonzoso festin.

RIC. Padre mio!

CROM. ¡Beber con los paganos que yo aborrezco á la salud de Cárlos, y en un dia de ayuno!

RIC. Os juro que yo no lo sabia.

CROM. Guarda tus juramentos para tu rey futuro, y no vengas, traidor, á presentar ante mis ojos tu parricidio, agravado con blasfemias. El vino fatal turbó tu cerebro y bebiste veneno á la salud de Cárlos; pero mi venganza muda vigilaba tu crímen, y aunque eres mi hijo, serás mi víctima. Abrasaré el árbol para quemar su fruto. (Váse.)

ESCENA XX.

RICARDO solo.

RIC. ¡Por beber un vaso de vino tanto ruido! Ah! Pero beberlo en un dia de ayuno es ser sacrílego, traidor, blasfemo y parricida. Vale mucho más, aunque el banquete sea excelente, ayunar con los santos que beber con los locos. Esta verdad no la he comprendido yo hasta ahora. Mi padre no tiene el juicio completo.

ESCENA XXI.

RICARDO y ROCHESTER.

ROCH. (Ricardo parece que esté trastornado.)

RIC. (Ah! es el espía! Voy á atraparle.)

Avanza amenazando á ROCHESTER.

¡Gracias á Dios que te encuentro, traidor!

ROCH. Por qué lo decís, milord?

RIC. ¿Aun tratas de ocultarme tu perfidia? He visto á mi padre y lo sabe todo. Qué me contestas á eso?

ROCH. (Diablo! Entonces es verdad que hay entre los nuestros un espía que sirve á Cromwell.)

RIC. (Parece que se burle de mí.) Esta vez no te escaparás, porque ya he descubierto tu traicion. Mi padre está furioso.

ROCH. (Dejemos el fingimiento y sepamos qué es esto.) Ya que sabeis quién soy, podemos batirnos; los dos tenemos razones para ello. Fijad hora, sitio y arma: á vuestra eleccion lo dejo. Soy un campeon digno de vos.

RIC. ¡Ricardo Cromwell batirse con un espía! ¡Con traje eclesiástico me hablas de batirme! ¡Despues de pagarte me vendes traidoramente!

ROCH. (Qué está diciendo?)

RIC. Pues bien, antes vuélveme el dinero.

ROCH. (Diablo! Ya envié la bolsa á lord Ormond.)

RIC. Vuélveme el dinero, miserable!

ROCH. (Y cómo?)La suma no vale la pena...

RIC. No? Pues tus huesos y tu carne me la van á pagar cara.

Tira mano de la espada.

Venga la bolsa.

Se arroja sobre ROCHESTER con la espada desenvainada.

ROCH. (Diablo! Me vá á matar! (Retrocediendo.)

ESCENA XXII.

Los mismos y el CONDE DE CARLISLE, con cuatro alabarderos. RICARDO se pára. El CONDE le hace una profunda reverencia.

CARLISLE. Milord Ricardo Cromwell, en nombre del Protector entregadme la espada.

RIC. (Entregándola.) Se ocupaba en castigar á un traidor; habeis venido un instante demasiado pronto.

ROCH. (Dichosa casualidad! ¡Dios ha salvado á Antíoco de las manos de Eleazar!)

CARL. Dignaos entrar en vuestro aposento, en cuya puerta tengo la órden de colocar dos arqueros de centinela.

RIC. (A ROCHESTER.) Me sucede esto porque me hicísteis traicion.

ROCH. (Pues no lo entiendo; no sé qué culpa puedo tener en la prision de Ricardo.)

RIC. (Al CONDE.) Desconfiad de este hombre, que tiene dos caras; no me quejaria de él si le hubiera podido pagar como yo deseaba.

ROCH. (Estas son las consecuencias de haberse disfrazado de puritano.)

RICARDO váse rodeado de los alabarderos.

ESCENA XXIII.

El CONDE DE CARLISLE, LORD ROCHESTER y THURLOE.

THUR. (A LORD ROCHESTER.) Su alteza, apreciando vuestra docta facundia, os nombra capellan de su casa. Le direis la oracion de la mañana y la de la tarde, predicareis sobre cualquier texto á los centinelas de su habitacion, bendecireis los platos que se saquen á su mesa y el hipocrás que bebe su alteza por la noche.

ROCHESTER se inclina y dice aparte:

ROCH. (Muy bien; á eso vengo aquí.)

THUR. Estos son los deberes de vuestro cargo.

ROCH. Los cumpliré fielmente.

THUR. (Entregándole un pergamino al CONDE CARLISLE.) Conde, mañana estallará una sublevacion en Westminster.

ROCH. (No lo saben todo.)

THUR. Arrestad á lord Rochester.

ROCH. (Cuando le encontreis.)

THUR. Y á lord Ormond.

ROCH. (Acabo de avisarle, y ya habrá cambiado de nombre y de escondrijo.)

THUR. A los demás les vigilaremos de cerca, y ellos mismos vendrán á caer en nuestras redes.

ESCENA XXIV.

ROCHESTER solo.

Nuestra estratagema descompondrá ese plan, y esta misma noche sorprenderemos á Cromwell. Todo vá bien. Aunque nos han hecho traicion á medias, conduzcamos la accion á su desenlace.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Los bufones.

LA CÁMARA PINTADA DE WHITE-HALL

A la derecha un gran sillon dorado, que se eleva sobre escalones cubiertos con tapices de los Gobelinos. Un semicírculo de taburetes frente al sillon; cerca de él una gran mesa con tapete de terciopelo y una silla de tijera.

ESCENA PRIMERA.

Los cuatro bufones de CROMWELL: TRICK, primer bufon, vá vestido de amarillo y de negro, con gorra del mismo color con sonajas de oro, y lleva las armas del Protector bordadas en oro en el pecho; GIRAFF, segundo bufon, vá de amarillo y rojo, con cascabeles de plata y con las armas del Protector bordadas en plata en el pecho; GRAMADOCH, tercer bufon y porta-cola de su alteza, vá de rojo y negro y con cascabeles de oro, con las armas del Protector en el pecho bordadas en oro; ELESPURU, cuarto bufon, traje completamente negro, sombrero tambien negro con tres cuernos, llevando una campanilla de plata en cada uno y con las armas del Protector, en plata. Los cuatro ciñen una espada pequeña, con gran puño y con lámina de madera; TRICK lleva además una muñeca en un palo.

ELESPURU. (Cantando.)

"Oid, oid, buenas almas,
por qué en el mundo me encuentro:
en otros dias estuve
viajando por el infierno;
Lucifer y Satanás,
diablos de grandes cuernos,
á morir me condenaron
asado como un carnero
y á arrojarme entre las llamas
con sus tridentes de hierro.
Ya se quemaba mi ropa,
ya estaba caliente el cuerpo,
cuando Satanás, mirándome,
entre enfadado y risueño,
por un mono me tomó
y me libró del infierno;
por eso ahora en la tierra
entre vosotros me encuentro.„

GIRAFF. ¿Crees tú que Satanás te ha dejado? ¿No estás en poder de Cromwell?

GRAMADOCH. Para ser diablo no se necesita tener cuernos. Si todos los diablos los tuvieran, el infierno seria tan grande que no tendria límites.

ELES. Haciendo diablo á Cromwell sospechas de su esposa Elisabeth.

GRA. Pues oid; los franceses han inventado esta cancion:

"Dícese que en Paris entran los sueños por dos puertas distintas: por la puerta que es de marfil se van á los amantes; por la de cuerno á los maridos llegan.„

Cromwell me hace llevar su cola, pero su mujer le hace llevar los cuernos.

TRICK. Por tus habladurías infames merecias ser racimo de horca. Me declaro campeon de la Protectora y defiendo su honor y el de Cromwell. Garantizo la buena conducta de ella... porque es muy fea.

GRA. Es verdad, y confieso que lo que dije solo fué una broma; cuando no tenemos nada que decir, decimos cualquier cosa.

TRICK. ¿Sabeis que aquí pasan lances muy chocantes?

GIR. Vaya! Cromwell se quiere proclamar rey; Satán quiere hacerse Dios.

GRA. Sí, pero se dice que hay dos sublevaciones que quieren impedirlo.

ELES. El ejército está descontento y el pueblo murmura.

TRICK. Si cambia su armadura por el traje real, los puñales de sus enemigos llegarán con más facilidad á su corazon.

GIR. A mí me gusta que haya jaleo y desórden; yo seria capaz de excitar á los perros y á los lobos á que se mordiesen, y quisiera ver á los caballeros jugando á la pelota con las cabezas de los puritanos.

TRICK. ¿Y qué me decís del nuevo capellan que nos acaba de bendecir mirándonos malignamente?

ELES. Qué sé yo!

GRA. Me parece el diablo predicador.

TRICK. A mí tambien.

GRA. Oid por qué lo digo. He visto al capellan dar vueltas por el parque y hablar con los soldados de la guardia, bajo el pretexto de predicarles sobre algun texto de la Biblia. Luego les ha hecho beber, les ha dado dinero, y rodeándole todos, les dijo: "Hasta la noche. Será la consigna para entrar: COLONIA Y WHITE-HALL.„

GIR. Será algun agente de Cárlos.

ELES. Más creo que sea agente de Cromwell, si he de juzgar por las injurias que vomitó contra él el hijo de nuestro señor; Ricardo está encarcelado por delaciones de ese traidor.

GIR. (Riendo.) Ya lo sé; van á condenar á Ricardo porque queria matar á su padre. Esto es muy divertido!

TRICK. Pues yo sé aun algo más risible que eso.

GRA. De veras?

GIR. No es posible.

TRICK. (Sacando un rollo de pergamino atado con una cinta de color de rosa.) Pues vais á verlo.

ELES. Eso qué es?

TRICK. Un pergamino que desde el bolsillo del capellan ha saltado á mi mano.

GRA. Será algun sermon. Se conoce que ese capellan es tan loco como nosotros, cuando ata un sermon con una cinta de color de rosa.

Lee rápidamente el pergamino desplegado y se echa á reir; GIRAEF y ELESPURU lo leen tambien y se rien aun más fuerte; TRICK se rie más que todos.

ELES. Hermoso sermon! "A la bella Egeria„.

GIR. (Leyendo.)

"Enciéndese mi alma en vuestros ojos, en los que el dios Cupido
llamea con su fuego abrasador...„

GRA. "Son como dos espejos que concentran.„

TRICK. "La llama que ha encendido y que quema mi ardiente corazon.„

Los cuatro se rien á carcajadas.

ELES. ¿Esos versos han caido del bolsillo del puritano?

TRICK. Sí.

GRA. Pues ya sé á quién van dirigidos: ¿conoceis á la señora Guggligoy, la dueña de lady Francisca?

TRICK. Sí... y qué?

GRA. Yo ví que el capellan le hablaba al oido y que le entregaba una bolsa.

TRICK. Y qué le contestó la vieja?

GRA. La vieja le dijo:—Hermoso jóven, esta noche estareis solo con ella.

ELES. Qué significa todo esto?

GIR. No lo sé, pero es muy gracioso.

GRA. Cromwell, que cree someterlo todo á su registro, haria muy bien algunas veces de enterarse de nosotros. Si le avisásemos de lo que hace el capellan...

GIR. Avisarle? Eso no nos corresponde á nosotros; él nos toma y nos paga para divertirle y para nada más; nosotros nada tenemos que ver con que fuercen sus puertas ó con que roben á sus hijas.

GRA. Es verdad.

ELES. Dices bien.

TRICK. Cada cual á su negocio; él reina y nosotros hacemos reir. Aunque le descuarticen, aunque le quemen ó le desuellen, solo puede exigir de nosotros que le divirtamos.

GRA. Además, ese falso capellan es de nuestra familia; los locos y los enamorados tienen gran parentesco.

TRICK. Pero conspira, y esto sí que debemos impedirlo, porque si reinase Cárlos II, nos ahorcaria á los cuatro.

ELES. ¿Por qué habia de ahorcar á unos pobres bufones?

TRICK. Aunque no fuera más que por vernos hacer gestos en la horca.

GIR. Sois muy inocentes si creeis eso. Estad tranquilos, que si Cárlos llega á reinar necesitará bufones, y aquí estamos nosotros ya. No encontrará en el mundo otros que posean nuestro arte tan profundamente, porque los demás son bufones por instinto, pero nosotros lo somos por principios. Los bufones se han salvado siempre de todos los desastres, y para envejecer en el mundo es preciso ser bufon; ser locos es ser sábios.

TRICK. Despues de todo Cromwell me fastidia, y se dice que Cárlos tiene el génio más alegre.

ELES. Es porque está fatigado el ojo de águila del tirano, y nosotros sabemos lo que él ignora, y tenemos ante la vista el hilo que él no vé aun.

GRA. Mejor dirias que somos sus bufones, pero que él es nuestro loco. Nos cree sus juguetes y nuestro juguete es él. ¿Nos asusta alguna vez cuando lanza su voz de trueno ó sus miradas terribles, que hacen temblar á los reyes? Cuando acaba de rezar, de predicar ó de proscribir, ¿el hipócrita puede mirarnos sin que excitemos su risa? Su política sorda y sus designios profundos engañan al mundo entero, exceptuando á sus cuatro bufones. Su reinado, tan funesto para los pueblos que sacude, es, mirado desde nuestro punto de vista, un necio drama que representa. Miramos y vemos pasar ante nuestros ojos veinte actores, por turno, serenos, tristes ó alegres, y nosotros, escondidos en la oscuridad, filósofos espectadores y mudos, aplaudimos las peripecias ó nos reimos de las catástrofes. Dejemos que Cárlos y Cromwell luchen ciegamente y se destrocen para divertirnos, ya que solo nosotros poseemos la clave del extraño enigma. No digamos nada á nuestro señor.

ELES. Es verdad; que se las componga como pueda.

GIR. Callemos y riamos.

TRICK. Satanás crea á los tiranos para que diviertan á los bufones; y mientras el déspota hace temblar al universo, para nosotros el cetro de Cromwell es una muñeca de palo.

ESCENA II.

Dichos y CROMWELL, JUAN MILTON, con traje negro, cabello blanco y largo, con solideo; lleva colgada al cuello la cadena de secretario del Consejo, y sale apoyándose en un paje que lleva la librea del Protector; WHITELOCKE, PIERPOINT, THURLOE, LORD ROCHESTER y HANNIBAL SESTHEAD.

CROM. Me alegro que estén aquí los cuatro bufones, porque ya es hora de que nos distraigamos un rato.

Entra THURLOE.

THUR. Milord, en la sala del Trono el Parlamento espera...

CROM. Que espere!

THUR. (Bajo al Protector.) Vá á presentaros la humilde exposicion del pueblo, que pide que el Protector se digne ser rey.

CROM. (Con alegría.) ¡Entonces ya es cosa segura! Le recibiré luego, despues que celebre Consejo; antes quiero ver los caballos grises que el Holstein me envia. Entretenles tú entre tanto. (Váse THURLOE.) Ya que estamos solos, deseo reirme unos instantes, doctor; os presento á mis cuatro bufones. Cuando estamos contentos tienen delicioso humor y todos escribimos versos. Todos, menos mi viejo amigo Milton.

MILTON. (Con despecho.) ¿Viejo me llamais, milord? Si me lo permitís, os diré que tengo nueve años menos que vos.

CROM. Os lo permito.

MIL. Vos habeis nacido en el año noventa y nueve y yo en el seiscientos ocho.

CROM. Teneis buena memoria.

MIL. Soy hijo de un notario, que era *alderman* en su ciudad natal.

CROM. Lo sé, y sé tambien, Milton, que sois gran teólogo y buen poeta, aunque inferior á Vithers y á Doune.

MIL. (Inferior! Es dura la calificacion... pero el porvenir me juzgará de otro modo.)

CROM. Es una obra buena vuestra *Iconoclasta*, pero es malo vuestro diablo *Leviathán*.

MIL. (Indignado.) (Cromwell se rie de él por celos.)

ROCH. Señor Milton, no comprendeis bien lo que es poesía; teneis talento, pero os falta gusto. Los franceses son nuestros maestros en todo. Estudiad á Racan, leed sus poesías pastoriles.

MIL. ¿Qué significa esa jerga en los labios de un santo?

ROCH. Fué una broma mia, Milton.

MIL. Broma necia.

CROM. Vamos, señores, es preciso divertirnos un poco. Bufones, decidnos alguna gracia; y sino vos, sir Hanníbal de Sesthead.

SESTHEAD. Señor, escusadme; yo no soy bufon, soy primo de un rey, y de un rey de la antigua raza, que gobierna la Dinamarca por derecho secular.

CROM. (Mordiéndose los labios.) (¡Trata de ultrajarme!) Vamos! Reíos! Reíos! (A los bufones.)

LOS BUFONES. Ja! Ja! Ja! Ja! (Riendo.)

CROM. (Me parece sardónica su risa!) Callaos. Para disipar mi fastidio, Trick, haz que nos traigan cerveza y una pipa.

TRICK. Ah! Milord quiere fumar.

Sale y vuelve un momento despues, seguido por dos criados que traen una mesa cargada de pipas y de brocs.

CROM. Esto disipará mi mal humor y quizás me alegre.—(¡Engañado por mi hijo!)

Una pausa. CROMWELL parece entregado á pensamientos dolorosos. Los asistentes guardan silencio. Solo ROCHESTER y los bufones observan la fisonomía siniestra del Protector. De repente CROMWELL, apercibiéndose de la actitud embarazosa de sus familiares, sale de su abstraccion y se dirige á los bufones.

¿Habeis escrito algunos versos despues de los que yo escribí respondiendo al soneto del coronel Liburne?

TRICK. Nuestra musa es esquiva; sin embargo, algo ha parido.

Presenta al Protector el pergamino rollado.

CROM. Lee.

TRICK. (Leyendo.) Madrigal.

"A la bella Egeria...„

ROCH. (Diablo! Mi madrigal.)

Se precipita sobre TRICK y le arranca el pergamino.

Milord, no puedo dejar que se desborde ese torrente de impudicia. Huye de aquí, edomita, impuro madianita. (No me acuerdo de la otra clasificacion que termina en *ita*... Esos demonios me los han sacado de la faltriquera.)

CROM. (A ROCHESTER.) Comprendo que os indignen esos versos; pero aquí no estamos en la iglesia, y deseo leer lo que os escandaliza. Dadme ese madrigal.

ROCH. Es un canto perverso.

CROM. ¡Te repito que me lo entregues.

ROCH. Pero milord...

CROM. (Con imperio.) Obedece.

LORD ROCHESTER se inclina; entrega el pergamino á CROMWELL, que lo lee en voz baja y se lo vuelve, diciéndole:

Esos versos son muy malos.

ROCH. (Mientes, regicida! ¡Qué entiende él de juzgar versos!...)

CROM. Ese madrigal es estúpido.

ROCH. Milord, están condenados los que escriben tales cosas, pero esos versos están bien escritos.

TRICK. (Bajo á los otros bufones.) (Sin ninguna duda él es el autor.) A pesar de haberlos yo rimado, comprendo que Apolo tomaria por un crímen cada uno de esos versos. Tan malos me parecen!

ROCH. (Indignado.) (¡Burlaos á vuestra vez, monos del leopardo, loros del buitre!)

CROM. Doctor, no es de vuestra incumbencia juzgar ese madrigal, galantemente soporífero.

ROCHESTER se lo mete en el bolsillo.

ROCH. (Francisca le encontrará mejor.)

TRICK. Es bastante bueno para haberlo escrito yo.

ROCH. Tú!

Entra el CONDE DE CARLISLE.

TRICK. (¡Vaya al diablo lord Carlisle, que viene á estorbarnos!)

ROCH. (Gracias á Dios!)

CROMWELL se lleva precipitadamente á LORD CARLISLE á un rincon del teatro y le pregunta:

CROM. Y lord Ormond?

CARL. No vive ya en aquella casa.

CROM. Y Rochester?

CARL. Se esconde y no le hemos podido encontrar.

CROM. Y Ricardo?

CARL. Lo niega todo. El tormento podrá arrancarle la confesion.

CROM. Me respondeis con la cabeza de que no se le toque ni un solo cabello; me causan horror los suplicios; no quiero torturar á mi hijo... el tormento para sus cómplices. Y Lambert?

CARL. Se ha fortificado en su casa de campo con mucha gente.

CROM. Todos se me escapan; pero... (no se me escapará la corona.)

CARL. Alrededor de Westminster se apiña la multitud, y el pueblo y los soldados no quieren que os nombre rey el Parlamento.

CROM. Pesad lo que decís, milord!

CARL. Dispénseme vuestra alteza si le digo la verdad.

CROM. (Todo vá mal.) Os he dicho que me divirtais. (Bajo á CARLISLE.) Milord, doblad la guardia alrededor de palacio.

Se vá CARLISLE.

(Me ahogo de cólera!)

Sale THURLOE.

THUR. Milord, la secta de los *ranters*, que el Espíritu Santo ilumina, quieren consultaros sobre un punto de fé, y están ahí.

CROM. Que entren.

THURLOE váse.

(Si yo fuera rey los arrojaria de aquí, pero un jefe popular tiene que mimar á la muchedumbre.)

THURLOE entra acompañando á los ranters, que vienen vestidos de negro con medias azules, con grandes zapatos grises y grandes sombreros del mismo color, que rematan en una cruz pequeña y blanca, y que ellos conservan en la cabeza.

EL JEFE DE LA DIPUTACION. Oliverio, capitan y juez de Sion; los santos, despues de reunirse en Lóndres en congregacion, conociendo que tu ciencia es un vaso que se derrama, te preguntan por mediacion nuestra si se deben quemar ó colgar los que no hablan como San Juan hablaba, y dicen *Siboleth* en vez de *Schiboleth*.

CROM. (Meditando.) La cuestion es grave y debe madurarse. Pronunciar *Siboleth* es una idolatría, es un crímen que merece la muerte, pero todo crímen debe tener el doble objeto de castigar el cuerpo y de salvar el alma. Luego hay que decidir qué es más á propósito, si la cuerda ó el fuego, para reconciliar al pecador con Dios. El fuego purifica...

ROCH. (Y la cuerda ahoga.)

CROM. Daniel se purificó en el brillante triángulo, pero el cadalso tiene una ventaja, y es la de que la cruz sirvió de horca. La cuestion es difícil, y me parece este punto uno de los más sutiles y delicados. Decidid por nosotros, doctor. (A ROCHESTER.)

ROCH. (Obra como Pilatos.)

CROM. Es otro Cromwell. (Señalándoselo á los ranters.)

ROCH. Vuestra alteza me honra demasiado.

EL JEFE. ¿Os decidís por la cuerda ó por el fuego?

ROCH. (Con autoridad.) Por la horca.

EL JEFE. Por qué por la horca?

ROCH. Por qué...? porque se sube á ella por medio de una escala... y Dios hizo ver en sueños á su fiel pastor que al cielo se sube tambien por medio de una escala. (Apenas puedo contener la risa que me causan estos mentecatos.)

CROM. Es verdaderamente docto!

EL JEFE. Pues bien; los ahorcaremos.

Vánse los ranters.

CROM. Estoy satisfecho de vos.

ROCH. Milord me honra demasiado.

GIR. (A los otros bufones.) Compañeros, ninguno de nosotros lo hubiera hecho mejor.

Entra THURLOE.

THUR. (A CROMWELL.) El Consejo privado...

CROM. Bien.

THUR. Desea...

CROM. Ya lo sé, que entre.

TRICK. (A sus compañeros.) Bufones, cedamos el sitio á los magos.

A un gesto de CROMWELL se van los bufones, LORD ROCHESTER y HANNIBAL SESTHEAD, y los dos criados se llevan la mesa. THURLOE introduce al Consejo privado, que avanza en dos filas, y cada uno de sus miembros se coloca de pié delante de un taburete, mientras que CROMWELL sube á su gran sillon, y MILTON, conducido por el paje, se aproxima á la silla de tijera. WHITELOCKE, STOUPE y LORD CARLISLE ocupan sus sitios respectivos cerca del Protector y sobre los escalones del estrado.

ESCENA III.

CROMWELL, el CONDE DE WARWICK, el teniente general FLETWOOD, yerno de Cromwell; el CONDE DE CARLISLE, LORD BROGHILL, el mayor general DESBOROUGH, cuñado de Cromwell; WHITELOCKE, SIR CHARLES WOLSELEY, M. WILLIAM LENTHALL, PIERPOINT, THURLOE, STOUPE Y MILTON. Cada uno de estos personajes lleva el traje particular de su comision. CROMWELL se sienta y se cubre; los demás se sientan, pero permanecen descubiertos.

CROM. Señores consejeros de mi gobierno, antes de abrir la sesion recemos un instante. (Se arrodilla; los consejeros le imitan. Despues de algunos instantes de meditacion, el Protector se levanta y se sienta; todos siguen su ejemplo.) Señores, carezco de méritos para gobernar, pero el Señor, al que irrita mi resistencia, inspira al Parlamento la idea de aumentar mis deberes, oprimiéndome más con un poder mayor. Por eso he querido reuniros para conferenciar. ¿Urge desde luego elegir rey? Si urge, debo ser yo el elegido? Decidme vuestra opinion sobre estos dos puntos. Yo hablo francamente, y vosotros debeis con igual franqueza exponer vuestro criterio, por turno, segun el rango que ocupais. El conde de Warwick es el que ocupa el rango más eminente entre vosotros, y debe empezar. Señor Milton, escuchad.

EL CONDE DE WARWICK. (Levantándose.) Milord, no hay nadie que iguale á vuestra fé, á vuestro talento, á vuestro firme carácter, y para aumentar aun vuestro estado personal, descendeis por la línea materna de los Warwicks. Vuestro noble escudo soporta el mismo yelmo, y como es preciso elegir un rey que nos gobierne, nadie puede contar con vuestros méritos y condiciones. Un Rich puede reinar tan bien como un Stuardo.

Se sienta.

CROM. Hablad, Fletwood.

FLET. Milord, voto por la República, ya que nos impulsais á que hablemos con franqueza. La República levantó el cadalso de Stuardo, y por ella nos hemos batido; ella debe ser nuestra bandera. Dejemos á Dios que lleve únicamente corona. No quiero que haya Oliverio I ni Cárlos II; no quiero ningun rey.

CROM. Sois un niño! Hablad, Carlisle.

CARL. Milord, vuestra frente triunfante está pidiendo la corona.

Se sienta.

CROM. A vos os toca, Broghill.

BRO. Milord, me atrevo á pediros que sea secreto lo que yo propongo. (O he de ser consejero de Cromwell ó confidente de Cárlos; he de ser traidor si callo y traidor si hablo.)

CROM. Por qué motivo?

BRO. Por razon de Estado.

CROMWELL le hace señal de que se aproxime. STOUPE, THURLOE, WHITELOCKE y CARLISLE se alejan del Protector.

BRO. (Bajo á CROMWELL.) ¿No seria posible estipular un tratado con Cárlos proponiéndole concederle la mano de vuestra hija?

CROM. (Asombrado.) Qué hija?

BRO. Lady Francisca.

CROM. Y su familia real?

BRO. Os vais á consagrar rey y de esta manera los dos sereis reyes.

CROM. Y el 30 de Enero?

BRO. En cambio le dais un padre.

CROM. Se lo puedo dar, pero no devolvérselo.

BRO. El olvidará...

CROM. Mi crímen? No puede comprenderlo. No sabe el fin que me propuse, y es demasiado disoluto para perdonarme. Esa es una idea loca, Broghill. (Se vuelve á su sitio.) Hablad, Desborough.

DESBOROUGH. Milord, estais acariciando un designio temerario, porque no queremos sufrir la afrenta de tener otra monarquía. Abajo todos los reyes!

CROM. Estais luchando contra una mera palabra, contra un nombre. Si el pueblo desea tener rey, ¿por qué no concedérselo? Ese nombre que proscribe vuestro orgullo fantástico, ¿qué es para un soldado? Un penacho añadido á su casco. Hablad, Whitelocke.

WHIT. Milord, suceda lo que suceda, no deben existir pueblos sin leyes, ni sin monarca. Al rey se le llamó en todos tiempos *Legislator*. *Lator*, significa portador; *legis*, de la ley; de lo que yo deduzco que un príncipe es para la ley lo que Adan es para Eva; luego, si el rey es de los reyes padre y jefe, no debe haber pueblos sin rey. Milord, resignaos á reinar.—*Dixi*.

CROM. Hablad, Wolseley.

WOLSELEY. Milord, francamente me atrevo á desengañar á vuestra alteza.

El jefe de un pueblo libre es, segun dice el profeta, *Tanquam in medio positus*. Ese jefe, en cualquier silla que se siente, es *major singulis, minor universis*; luego el título de rey rompe nuestro privilegio; *rex violat legem*. (Se sienta.)

CROM. Hablad, Pierpoint.

PIERPOINT. El pueblo de Inglaterra, cuyo Parlamento superior se llama imperial, posee el derecho inmemorial, glorioso y santo, de tener por jefe á un rey; su dignidad así lo exige. Vuestra alteza debe aceptar este título que le apesadumbra.

CROM. Hablad, Lenthall.

LENT. Milord, el Parlamento preside á la nacion y en él radica la suprema autoridad. Manda, pues, á los grandes y á los pequeños. Si el Parlamento os proclama rey, debeis, segun el Derecho romano y segun el Decálogo, obedecer y reinar.

THUR. (Bajo á CROMWELL.) El Parlamento sigue esperando á vuestra alteza...

CROM. Silencio!

THUR. Pero..

CROM. Antes de aceptar quiero meditarlo bien.

FLET. (Levantándose.) Milord, me atrevo á suplicaros que por vuestro honor renuncieis...

CROM. (Despidiéndoles á todos con la mano.) Id todos á rogar al señor que me inspire una resolucion acertada.

Los miembros del Parlamento salen con lentitud y procesionalmente. MILTON, que vá el último, se detiene en el dintel de la puerta, los deja salir, y encamina á su guía hácia CROMWELL, que ha descendido del sillon y está en el proscenio.

ESCENA IV.

CROMWELL y MILTON.

MIL. Mírame, Cromwell. Veo que tus ojos se inflaman y que vas á decirme por qué me atrevo á hablarte sin obtener tu vénia. Pero mi sitio es extraño en tu Consejo de sábios; si alguno me buscara entre ellos, diria: "Ese mudo es Milton.„ Ese es el papel que aquí desempeño. De este modo, yo, que haré aprender al mundo mis versos, en el Consejo de Cromwell soy el único que no tengo voz. Pero ser ciego y mudo es para mí demasiado. Te vá á perder el sueño de la fatal diadema, hermano, y me quedo á pleitear por tí contra tí mismo. Quieres ser rey, Cromwell, y te dices: "Solo por mí ha vencido el pueblo; yo he sido el que le ha llevado á los combates, por mí dirige súplicas, por mí vierte su sangre, por mí encuentra alivio á sus males: debo reinar, así será dichoso, porque despues de tanto sufrir, ha cambiado de rey y ha renovado sus cadenas.„ Este pensamiento me hace ruborizar. Desde hace quince años, revuelto el pueblo, goza en provecho tuyo de la libertad; sus grandes intereses solo han sido para tí un negocio y la muerte del rey una herencia. Aunque te digo esto, no creas que trato de rebajarte, no; nadie puede eclipsarte: poderoso por el pensamiento y poderoso por la espada, fuiste tan grande, que en tí yo creí encontrar el ideal del héroe que soñé; y en todo Israel nadie te ha querido tanto y nadie te ha colocado á tanta altura. ¡Y por un vano título, por una palabra tan vacía como sonora, el apóstol, el héroe, el santo quiere deshonrarse! En tus designios profundos, qué es lo que pretendes? ¡La púrpura, andrajo vil; el cetro, pueril juguete! Te ha arrojado la tempestad á la cumbre del Estado, y como tu suerte te embriaga, quieres adornar la cabeza con el resplandor de la aureola de los reyes, que para tu pueblo se ha desvanecido. Oh viejo! ¿qué has hecho de tus virtudes juveniles? Te dices á tí mismo: "Es muy agradable, despues de haber combatido, dormirse en el trono, rodeado de homenajes, ser rey, mandar en Westminster, rezar en Temple-Bar, atravesar seguido de un cortejo por entre la multitud servil y llevar florones alrededor de la cimera.„ ¿Pero todo son glorias, Cromwell? Acuérdate de Cárlos I y no te atrevas á recoger en su sangre la corona ni á edificarte con su cadalso un trono. Te atreves á ser rey? ¿No piensas, no temes que llegue un dia en que, enlutado con el crespon, este mismo White-Hall, donde brilla tu grandeza, abra otra vez su ventana fatal? Te sonries? Mucha fé tienes en tu estrella. Acuérdate de Cárlos Stuardo. Cuando iba á morir, cuando el hacha estaba preparada, un verdugo encubierto hizo caer su cabeza; y á pesar de ser rey, delante de su pueblo murió sin que nadie le socorriera, sin saber siquiera quién puso fin á sus dias. Por su camino tú marchas á tu perdicion, y un velo igual oscurece tu fortuna: teme que ella no se parezca al espectro enmascarado que sobre el cadalso aparece cuando suena su hora. Este es el desenlace terrible de los sueños del orgullo, Cromwell. Solo por un lado el trono es abordable y se sube por él; por el otro se desciende á la tumba. Permanece siendo Cromwell.

CROM. Me habla de un modo singular mi intérprete secretario; sois demasiado poeta para pertenecer al Consejo de Estado. En el ardor de ese transporte lírico olvidásteis que soy *alteza* y *milord*; aunque mi humildad sufre en adornarse con ese título frívolo, el pueblo por quien reino y por quien me inmolo se empeña en que lo use, y ya que yo me resigno á usarlo, resignaos vos tambien.

MILTON se levanta y se vá.

Tiene razon en el fondo, pero me ha importunado recordándome á Cárlos I... comparándome con él... Pero se equivoca... los reyes como Oliverio no mueren de ese modo; se les dá de puñaladas, pero no se les juzga. Sin embargo, Milton me ha dejado inquieto.

ESCENA V.

CROMWELL y LADY FRANCISCA.

CROM. (Al ver entrar á su hija.) Ven, hija mia! Angel con figura humana, siempre acudes á mi lado cuando el instinto te dice que yo sufro, y me quedo tranquilo cada vez que te veo. Tus ojos vivos y brillantes, tu voz pura y tierna tienen para mí tal encanto, que me hacen rejuvenecer. Abrázame. Te quiero más que á tus hermanas.

FRAN. (Abrazando á su padre.) ¿Conque es verdad, padre mio, que pensais en la restauracion del trono?

CROM. En eso pienso.

FRAN. Ese dia feliz Inglaterra os deberá la felicidad.

CROM. Su felicidad es lo único que me desvela.

FRAN. ¡Qué contenta estará vuestra querida hermana cuando vea sentarse en el trono, despues de un paréntesis de ocho años, á Cárlos Stuardo!

CROM. (Asombrado.) A Cárlos!

FRAN. Qué bueno sois!

CROM. Ningun Stuardo se sentará en él.

FRAN. (Sorprendida.) Pues quién? ¿Un Borbon? Pero no, los Borbones no tienen derecho al trono de Inglaterra.

CROM. No lo tienen.

FRAN. ¿Pues quién ha de empuñar el cetro hereditario?

CROM. Los tiempos nuevos necesitan razas nuevas. ¿No te ha ocurrido que puede ocupar ese sitio...?

FRAN. Quién?

CROM. Por ejemplo... tu padre.

FRAN. ¡Castígueme el cielo si tal cosa me ha ocurrido! Nunca pensé en injuriaros creyéndoos usurpador y perjuro.

CROM. Hija mia... me juzgas con demasiada severidad.

FRAN. Estais revestido de un poder pasajero por la desgracia de los tiempos; pero apoderaros de la corona, hacer causa comun con sus verdugos y reinar porque él es cadáver, eso es indigno.

CROM. ¿Sabes tú quién causó su muerte?

FRAN. No lo sé; educada en la soledad desde mis años más tiernos, sufrí los males de la pátria, pero no los he estudiado.

CROM. ¿No te han leido jamás el proceso del rey, la lista de los representantes, la de los jueces?...

FRAN. La de los regicidas?

CROM. Sí, Francisca, la de los regicidas.

FRAN. Nadie me dijo quiénes eran aquellos pérfidos, y yo maldecia su crímen, pero ignoraba sus nombres. No se habla de ellos en el sitio donde yo me he educado.

CROM. ¿Mi hermana no te ha hablado nunca de mí?

FRAN. Padre mio, al contrario, me enseñó á que os quisiera.

CROM. Lo creo... pero ¿ódias á los que condenaron al rey Cárlos?

FRAN. Con todo mi corazon.

CROM. A todos?

FRAN. A todos.

CROM. (Ah! ¡Mi hijo me hace traicion y mi hija me maldice!)

FRAN. Todos son de la raza de Cain.

CROM. (Debo permanecer en mi idea? Debo apoderarme de la corona? El mundo enmudeceria á los piés del trono en el que yo me sentase; pero ¿qué dirá Francisca? Su angelical corazon sabria con sobresalto que fuí regicida y que me atrevo á ser rey. La enviaré al rincon oscuro donde se ha educado; sacrificaré mi alegría para llegar á la meta de mi destino, privándome en mis últimos años de verla y de acariciarla. Pero no quiero entristecer, no quiero desengañar al único sér que quizás me ama, renunciando al poder, al único sér que en el mundo cree en mi inocencia. Que sea dichosa y que no participe de mi suerte; seré rey sin que ella lo sepa.) Conserva puro siempre el corazon, hija mia. (Váse.)

FRAN. (Siguiéndole con la vista.) Qué tiene? En sus ojos brilla una lágrima! ¡Gran cariño me profesa mi padre!

ESCENA VI.

LADY FRANCISCA, LORD ROCHESTER y la señora GUGGLIGOY.

GUGGLIGOY. (A ROCHESTER.) Entrad, que está sola.

ROCH. (Los doblones tienen mucho poder; gracias á ellos he comprado á la dueña, y gracias á ellos he comprado tambien á los soldados, que están cansados de servir á Cromwell, y con uno de ellos mandé á decir á lord Ormond que esta noche encontrará abierta la puerta del parque. Ahora vamos á hablar á Francisca; para conseguir lo que me propongo tengo secretos soberanos, puedo sembrar doblones de oro y madrigales. Probemos.)

Avanza hácia LADY FRANCISCA, que no le vé y que parece concentrada en profunda abstraccion. La señora GUGGLIGOY, contemplando una bolsa que tiene en la mano.

GUG. (Pesa mucho! Es bravo y hermoso gentil-hombre, y por el amor se atreve á disfrazarse así; á su edad todos son locos. Es un Amadis de Gaula. Pero no me ha dicho ni una palabra. Me ha dado dinero y nada más.) Caballero... (A ROCHESTER.)

ROCH. Qué?

GUG. Oidme un instante.

ROCH. Qué quereis?

GUG. (Sonriéndole.) ¿No teneis nada más que decirme?

ROCH. (Diablo! la dí bastante dinero... pero las viejas quieren oirse palabras dulces...) Os diria muchas cosas si no fuera tan apremiante el objeto que aquí me trae.

GUG. Ya lo creo; solo teneis ojos para una mujer.

ROCH. No; pero debo elegir y...

GUG. (Suspirando.) Ay!

ROCH. Estais sufriendo?

GUG. Es que tengo remordimientos: estoy encargada de custodiar á la hija de su alteza y...

ROCH. En vuestros tiernos años habreis sido capaz, señora, de hacer infiel á Galaor y á Esplandian inconstante.

GUG. Pero soy culpable... además, pueden sorprenderos... os aseguro que me acometen escrúpulos; siento escalofríos que me hielan. (Coge las manos de ROCHESTER.)

ROCH. Teneis manos de terciopelo.

GUG. Dejadme.

ROCH. Marte hubiera abandonado á Vénus si os hubiera visto.

GUG. Solo consiento que un marido me hable así.

ROCH. (Vejestorio del diablo!) Dejadme un instante hablar con Francisca, y despues de esta entrevista, querida mia, por mi fé de caballero os prometo daros una cosa. (Un pase para entrar en la casa de locos.)

GUG. Bueno; os espero.

ROCH. Gracias á Dios!

GUG. Sed discreto y, suceda lo que suceda, no me nombreis jamás, porque me quemarian viva.

ROCH. Estad tranquila... y marchaos á pasear un poco.

ESCENA VII.

LADY FRANCISCA y ROCHESTER.

ROCH. (Ya estoy libre de la vieja. Avancemos.) Mis... milady!...

FRAN. (Volviéndose asustada.) Caballero!

ROCH. (Sus ojos me turban.)

FRAN. (Sonriendo.) Ah! Es el capellan!

ROCH. (Disfraz maldito! Aunque adquiera el aire más galante del mundo solo verá en mí un pedante puritano.)

FRAN. Dadme vuestra bendicion. Sobre qué texto vais á predicar?

ROCH. Sobre la pasion.

FRAN. Aprecio como es debido el celo que desplegais, y me presento ante vos como humilde pecadora. Mi padre...

ROCH. (Su padre! No sospecha de mí.) Escuchadme, hija mia.

FRAN. Os escucho con respeto.

ROCH. Debo manifestaros que denota poca caridad causar los estragos que causais.

FRAN. (Admirada.) Yo!

ROCH. Cada una de vuestras miradas hace cien desgraciados.

FRAN. Os equivocais, os equivocais!

ROCH. Os digo la verdad.

FRAN. No os comprendo.

ROCH. Ante vos teneis una de vuestras víctimas.

FRAN. Vos! Qué os he hecho? Corro á decirle á mi padre...

ROCH. (Deteniéndola) No debe remorderos la conciencia, porque estais inocente del daño que causais.

FRAN. Si os he hecho daño sin saberlo, quiero repararlo.

ROCH. (Poniéndose la mano en el corazon.) Aquí!

FRAN. Es hasta un deber.

ROCH. Qué oigo! ¿Correspondeis á mis deseos? Me haceis feliz, adorable princesa.

Trata de coger la mano de FRANCISCA, que ésta retira.

FRAN. No soy princesa... solo se adora á Dios... Me asustais!

Quiere retirarse.

ROCH. (Reteniéndola.) Francisca, no te vayas.

FRAN. Me tutea! ¿Estais enfermo de la cabeza?

ROCH. No, estoy enfermo del corazon.

FRAN. Pobre hombre!

ROCH. (Intentemos el asalto. Me compadece... puede amarme.) ¡Ah, devolvedme la vida!

FRAN. Sí, veo que necesitais un médico, porque indudablemente teneis calentura.

ROCH. Hace cuatro años que os sigo... (Mintamos, que esto siempre es conveniente.)

FRAN. Pero qué es lo que deseais?

ROCH. Morir; solo vuestros ojos que me han herido me pueden curar.

FRAN. (Retrocediendo.) Sus miradas me asustan.

ROCH. (Juntando las manos con aire de súplica.) ¡Mi reina, mi deidad, mi ninfa, mi sirena!

FRAN. (Asustada.) ¿A qué vienen todos esos nombres? Me llamo Francisca.

ROCH. Siento por vos pasion indecible, y cubierto con este disfraz, el amor me atrae á vuestros piés; soy un caballero y no un druida. ¡Ojalá pudiera ofreceros el cetro del Indostan! Teniendo esos ojos tan dulces no debeis ser ingrata con quien os profesa tierno amor desde hace doce años. Cruel! Huís y no me respondeis. Decid una sola palabra, princesa, á vuestro feliz vasallo, y del amor más constante sereis el celestial objeto.

FRAN. (Abriendo los ojos asombrada.) ¿Qué es lo que está diciendo?

ROCH. Ingrata!

Reteniendo á FRANCISCA, que quiere marcharse.

¡Permaneced aquí ó voy á ahogarme en el Eufrates!

FRAN. (Riéndose.) En el Eufrates!

ROCH. O para completar vuestros designios, tomad mi espada y atravesadme el corazon.

Lleva la mano al cinto y no encuentra la espada.

(No la llevo. Pero á falta de acero tengo el madrigal. Dios me condene si con él no la enternezco.) En estos versos vereis lo que sufre mi corazon y las lágrimas que he derramado; tomad, leedlos y así podreis juzgar del amor que me abrasa.

Se arrodilla ante LADY FRANCISCA. Esta arroja al suelo el pergamino y retrocede con dignidad.

FRAN. Os comprendo, caballero. Sois un imprudente, que habeis tenido la audacia de introduciros por medio de ese disfraz en el palacio de mi padre.

ROCH. (Es durilla de pelar.)

FRAN. Levantaos!

ROCH. Quiero permanecer á vuestros piés.

FRAN. Yo haré que terminen vuestros insolentes propósitos.

ESCENA VIII.

Los mismos y CROMWELL.

CROM. (Viendo á ROCHESTER á los piés de FRANCISCA.) (¿El santo arrodillado á los piés de mi hija?)

ROCH. (Aterrado y sin cambiar de postura.) (¡Diablo! Cromwell! Me pescó! ¡Ya me veo muerto y ahorcado!)

CROM. Muy bien, señor capellan!

FRAN. (Aparte á CROMWELL.) Sed indulgente con el que está loco.

CROM. (Con embarazo.) ¡No habeis contado con mi venganza!

FRAN. (Mi padre vá á hacer matar á este desgraciado.)

CROM. ¡Es ridículo atreverse á enamorarse de mi hija! Francisca, veo que sufres...

FRAN. (Con embarazo.) Padre mio, perdonadle, porque no me hablaba á mí este caballero.

CROM. Pues dime, ¿de quién te hablaba arrodillado á tus piés?

FRAN. Imploraba mi intercesion para coronar sus amores pidiéndome la mano de una de las damas de mi servidumbre.

ROCH. (Asombrado y poniéndose en pié.) ¡Qué dice!

CROM. De quién os pedia la mano?

FRAN. De la señora Guggligoy.

ROCH. (Ah, traidora!)

CROM. (Dulcificándose.) Eso es diferente.

ROCH. (O la dueña ó la horca! ¡A lo menos me dejaran elegir!)

CROM. (A ROCHESTER.) ¿Por qué no me lo confesásteis? De todos modos, ya que aun teneis inclinaciones á la carne...

ROCH. (A la carne! ¡Si no tiene más que piel y huesos!...)

CROM. Os complaceré. Siento que no os atreviérais á hablarme; estoy satisfecho de vos y os entregaré la mano que solicitais.

ROCH. (Me lucí!)

CROM. (Creia que tenia mejor gusto). Os casaré con ella.

ROCH. (Inclinándose.) Milord es demasiado bueno.

ESCENA IX.

Los mismos y la señora GUGGLIGOY.

GUG. (El padre y los amantes juntos. Todo se ha perdido!)

CROM. (Viéndola llegar.) Sois vos, señora?

GUG. (Tiemblo!)

CROM. Ibamos á reclamar vuestra presencia.

GUG. Mi presencia!

CROM. ¿Sabeis que os ama el capellan?

GUG. (Dios!)

CROM. Correspondeis á su pasion?

GUG. Milord, os aseguro que yo no sé nada... (¡No me ha guardado el secreto!)

CROM. Lo sé todo.

ROCH. (La transicion es imprevista y ruda.)

GUG. (Arrojándose á los piés de CROMWELL.) ¡Milord, perdon!...

CROM. (Levantándola.) (Se hace la gazmoña.) El doctor es uno de mis más íntimos amigos, y solo siente afectos lícitos.

GUG. Puedo aspirar á que me ame?

CROM. Os ama ya.

GUG. A mí!

CROM. Preguntádselo.

ROCH. (Embarazado.) Convengo en que...

GUG. Estais enamorado de mí?

ROCH. (Quisiera estar en el infierno.) Señora...

CROM. No tengais inconveniente en declarar vuestro amor, os lo permito. Referidla que acabais de pedir su mano á mi hija y que os he encontrado arrodillado á sus piés.

GUG. Luego me amais!

ROCH. No puedo decir lo contrario. (Tengo que estar enamorado de ella bajo pena de muerte.) Os amo.

GUG. (Haciendo monadas.) Eso es increible!

ROCH. Convengo en ello.

GUG. Y quereis ser mi esposo?

ROCH. No digo tanto...

GUG. (Llorando.) Qué afrenta! ¡Qué concupiscencia!...

CROM. (A ROCHESTER.) Apaciguadla, decidla que la quereis por mujer.

ROCH. Consiento, consiento... (en ahorcarme).

CROM. Este asunto es de los que no se deben diferir, y os complaceré á los dos muy pronto.

ROCH. Pero...

CROM. El amor siempre tiene prisa. Hola! (Llamando.)

Entran tres mosqueteros.

ROCH. (Será capaz de casarme!)

CROM. (A uno de los mosqueteros.) Dile á Cham Biblecham que case en seguida, ante el Libro de la Fé, al doctor Obededom y á la señora Guggligoy. Seguidles. (A ROCHESTER.) Cham es anabaptista, como vos.

ROCH. (Gracias por la atencion que me tiene.)

FRAN. (Lo han atrapado!)

ROCH. (Buena partida me ha jugado Francisca. A pesar de eso aun la amo.)

GUG. (A ROCHESTER.) Vamos, amor mio, vamos.

ROCH. (No hay más remedio que seguir á esta Sibila al infierno del himeneo.)

Se van ROCHESTER, GUGGLIGOY y los mosqueteros.

CROM. (A LADY FRANCISCA.) Os dejo, que voy á oir el sermon de Lockyer, que vá á tratar de Roma y de los sacerdotes de Ammon.

ESCENA X.

LADY FRANCISCA sola.

Mi pobre caballero hacia triste figura; pero le he castigado con dureza. Estoy arrepentida... sin embargo, ¿qué tenia yo que hacer? Mi padre le hubiera castigado aun con más severidad. (Viendo el pergamino que está rollado en el suelo.) Ahí está su carta amorosa, sus versos... ¿Qué me dirá en ellos? Me sabe mal leerlos, pero tampoco veo inconveniente, despues de haberle castigado. (Coge el pergamino, lo desenrolla y lee.) Leamos: "Milord...„ ¡Qué hombre tan extraño! Antes me llamaba princesa, ninfa, reina, ángel, y aquí me llama milord. Está loco! (Continúa leyendo.) "Todo vá bien...„ Qué es lo que vá bien? veamos. "A media noche presentaos á la puerta del parque.„ Me ama; ¿si querrá robarme? "Toda la guardia tengo seducida; tienen la consigna. El éxito es seguro. Vos direis COLONIA, y ellos responderán lo demás. Gracias á la ayuda que os prestarán, podreis apoderaros al fin de Cromwell, que yo habré adormecido ya. *El capellan del diablo.*„ ¡Qué es lo que acabo de leer! ¡No es de mí, es de mi padre de quien trata de apoderarse el malvado! (Examinando con atencion el pergamino.) Vá dirigido "A Bloum, en el Strand, hotel del *Raton.*„ El traidor, por equivocacion me ha entregado esta carta en vez del madrigal. Advirtamos á mi padre del complot infernal que le amenaza. Alguien viene... Salgo de aquí... No quie-

ro volverme á encontrar con el asesino.

Váse precipitadamente, llevándose el pergamino.

ESCENA XI.

DAVENANT; en seguida ROCHESTER.

DAV. El Protector me ha llamado; qué querrá?

Entra ROCHESTER.

Ahí viene un santo... Algun puritano favorito.

ROCH. (Esto es hecho! ¡Estoy ya casado!) Hola, Davenant!

DAV. (Sabe mi nombre.) Caballero... Ah! Si es milord Rochester!

ROCH. Chist! Chist!

DAV. Vais tan bien disfrazado de capellan, que aunque fuérais casado, vuestra mujer no os conoceria.

ROCH. (Suspirando.) (Pluguiera al cielo!) Davenant, no me gasteis bromas.

DAV. Es la primera vez que veo que no os gusta que se gasten bromas sobre los maridos.

ROCH. (Porque no se puede á un tiempo reirse de ellos y casarse.) Querido poeta, ¿qué casualidad os trae á nuestra casa?

DAV. (Riendo.) A vuestra casa? Pronto os habeis aclimatado en este palacio. ¿Os encontrais bien aquí?

ROCH. Muy bien. Protegido por Milton, me aprecia Cromwell, y á su modo me colma de favores. Además, ya sabreis que he llegado muy á tiempo. Un traidor, un espía, escondido entre nuestros partidarios, se lo reveló todo, pero gracias á mi habilidad, he podido conseguir que lord Ormond se oculte en Strand y yo en las mismas habitaciones de Cromwell.

DAV. Willis quiere desollar á ese falso espía, y le hemos encargado que lo busque.

ROCH. Por fortuna tenemos dispuesta la contramina. Llevo encima vuestra redoma y esta noche todo terminará.

DAV. ¿Cromwell ignora el último complot que hemos tramado?

ROCH. Sí, le hemos urdido entre tres.

DAV. Contamos con la guardia?

ROCH. Sí.

DAV. Pues eso era difícil de lograr.

ROCH. La virtud de los puritanos muere, y ya el oro conquista á los santos.

DAV. No sospecha de mí Cromwell?

ROCH. No.

ESCENA XII.

Dichos y la señora GUGGLIGOY.

GUG. Huís ya de vuestra esposa?

DAV. (Retrocediendo.) A quién le dice?

GUG. ¡Me quejo, me lamento, lloro y no venís! Y me abandonais!

ROCH. (Volviendo la cara.) (¡Qué horribles muecas hace!)

DAV. (Bajo á ROCHESTER.) ¿Quién es ese espectro?

ROCH. (Bajo.) Es mi mujer.

DAV. (Riéndose.) Vuestra mujer?

ROCH. Palabra de honor. Escribidme un epitalamio.

DAV. Teneis ganas de chancearos?

ROCH. Nada de eso; lo que digo tiene muy poca gracia.

GUG. Traidor! ¡Así guardais vuestros juramentos!...

DAV. Os felicito por vuestra buena suerte.

ROCH. Callad y no me afrenteis.

GUG. Mis lloros son supérfluos, porque no hace caso de mí.

DAV. Mientras solloza, explicadme...

ROCH. Cromwell me la entrega y la dota, por pura bondad.

GUG. (Tirándole de la manga á su marido.) ¡Querido esposo...!

DAV. Explicadme...

ROCH. Despues lo sabreis todo.

GUG. ¿Con quién hablais en voz baja?

ROCH. Dejadme hablar con quien quiera. (La rechaza.)

GUG. (¡Los infames todos son lo mismo! Tiernos para sus amadas y duros para sus mujeres; gatos antes de la boda y tigres despues. ¡Abandonar así á su esposa!...)

ROCH. Os participo, señora, que he hecho voto de castidad.

GUG. Qué decís?

ROCH. Que he renunciado á las malditas voluptuosidades.

GUG. ¡Me arroja sin compasion del lecho conyugal!

ROCH. Quedaos en él, que yo soy el que me arrojo.

GUG. (Furiosa.) Qué ultraje! ¡Serpiente, mónstruo, pérfido! teme mi rabia!...

ROCH. (Huyendo.) No me atraparás. (Se vá.)

ESCENA XIII.

DAVENANT y CROMWELL.

CROMWELL lleva el pergamino de ROCHESTER en la mano; entra sin ver á DAVENANT y sin que éste le vea.

CROM. ¡Otra nueva red en la que iba á caer! Pretendian extenderla en mi propio palacio; si la casualidad no se la descubre á mi hija, hubiera caido en sus manos. ¿Quién habia de prever semejante golpe de audacia y de delirio, no siendo insensato como ellos? Cuanto más repaso esta carta, más sorprendido estoy. ¡Venir á cortejar la hija para destronar al padre! ¡Tender la red al leon hasta su misma madriguera y jugar cerca de sus garras con sus leoncillos! Si no fueran locos creeria que eran necios. *El capellan del diablo*... Es un traidor disfrazado y un jefe de los caballeros. Galantea á Francisca y á mí me predica como apóstol; ha seducido á mis soldados. Veo que nadie me quiere! He trazado ya un plan. Solo he sorprendido la mitad de la consigna, pero esperaré á lord Ormond y á los episcopales.

DAVENANT llega hasta el proscenio y vé á CROMWELL.

DAV. (Es Cromwell!) Milord...

CROM. (Sorprendido agradablemente.) Llegais á tiempo.

DAV. Siempre dispuesto á servir á vuestra alteza.

CROM. (Sonriendo.) ¿Seguís viviendo en la Sirena?

DAV. Sí, milord.

CROM. Es un buen sitio. ¿Estais bien de salud?

DAV. Muy bien.

CROM. Habeis hecho un buen viaje?

DAV. Sí, milord.

CROM. Os habeis ausentado por placer ó por algun negocio...

DAV. Por recobrar la salud.

CROM. Dónde habeis estado?

DAV. En el Norte de Francia...

CROM. Dicen que son mucho más hermosas las orillas del Rhin. Toda mi vida he tenido grandes deseos de visitarlas. Las habeis visitado alguna vez?

DAV. (Turbado.) Sí.

CROM. ¿Habeis estado en Mayenza, en Francfort y en Colonia?

DAV. Sí, milord.

CROM. Colonia es una gran ciudad; es el pais de San Bruno y de Cornelio Agripa.

DAV. Tambien he estado en Brema y en Spa.

CROM. No paseis adelante; permanezcamos en Colonia. ¿De qué siglo es su Universidad?

DAV. Del siglo catorce.

CROM. Debe ser interesante para un hombre instruido. Habreis visto al pasar... la catedral. Su puerta lateral es admirable. Os habeis fijado en ella?

DAV. Sí, milord, pero su conjunto es de mal gusto. (Sabe de todo y de nada.)

CROM. Es fácil de decir que tiene mal gusto, pero es un edificio admirable, y aunque antiguo, no habria templo que le sobrepujara si no le manchara el culto egipciaco. (Pausa.) ¿No habeis visto nada más en esa ciudad?

DAV. No, milord.

CROM. ¿No habeis visitado por casualidad á cierto sugeto que se llama Stuardo?

DAV. Os juro, milord, que no le he visitado.

CROM. Os creo; sé de positivo que no habeis tenido el honor de ver al rey. Gastais sombrero de forma singular: dispensadme esta familiaridad que voy á permitirme; quereis cambiarlo por el mio?

DAV. (Lo sabe todo.) Milord...

CROM. Dádmele! (Le arranca el sombrero.) Muchas gracias.

Registra precipitadamente el sombrero, saca de él el despacho real, lo desplega y lo lee con avidez. Entrecorta la lectura con exclamaciones de triunfo.

Muy bien! ¡El capellan del diablo es Rochester!... El complot no estaba mal tramado. Suponen que es fácil hacerme cerrar los ojos, engañarme, narcotizarme, prenderme; más vale así.

Entra THURLOE.

Thurloe, que encierren en seguida al señor en la Torre de Lóndres.

THURLOE sale y vuelve acompañado de seis mosqueteros puritanos, entre los que se coloca sin resistencia DAVENANT consternado.

Cárlos os ha peinado y yo os doy habitacion. Que os proteja el cielo!

DAV. (Siniestro desenlace!)

Se vá con los mosqueteros.

THUR. Milord, el Parlamento, al que un santo ministro hizo una exhortacion por órden vuestra, os trae diferentes bills para que los sancioneis, y entre ellos el decreto que os confiere la corona.

CROM. Que pase adelante. (THURLOE váse.) (En su plan tenebroso los vá á perder su propio artificio, y voy á cogerles en las redes que ellos me han tendido. Ahora que todo está dentro de mi mano, puedo aplastarlo todo. Dios me proteje! Ya llega el Parlamento.)

El Parlamento, conducido por THURLOE, entra con traje de ceremonia. A la cabeza de los miembros vá el ORADOR. CROMWELL sube á su sillon protectoral, y el Parlamento se pára con gravedad cerca de él y delante de los taburetes.

ESCENA XIV.

CROMWELL, el Parlamento, el CONDE DE CARLISLE, WHITELOCKE, STOUPE y THURLOE.

A una señal de CROMWELL, CARLISLE y THURLOE se acercan al Protector.

CROM. (Bajo á CARLISLE.) Arrestad al instante á los soldados que están de guardia esta noche en la puerta del parque. (LORD CARLISLE se inclina y se vá.) Lleva esto en seguida á Bloum, en Strand: ahí verás dónde vive lord Ormond. (A THURLOE, entregándole el pergamino de ROCHESTER.) Para que se realicen mejor mis deseos, que te acompañe sir Ricardo Willis.

THUR. Está bien, milord. (Toma el pergamino y se vá.) Ahora, señores, podeis hablar. (Al Parlamento.)

EL ORADOR DEL PARLAMENTO. Milord, os traemos los bills de la Cámara; dignaos sancionar estas leyes.

CROM. Veámoslas.

ORADOR. Abogado del Parlamento, cumplid vuestro deber.

EL ABOGADO. El dia 25 de Junio del año noveno de la libertad que disfrutamos, por la gracia de Dios, ha votado el Parlamento los siguientes bills:—*Primo.* Considerando que imprudentemente se puede pecar como pecó Noé, comiendo el fruto de la viña, y jurar sin voluntad maligna por los santos, el Parlamento cree, deseando dulcificar en este punto la legislacion, que debemos concretarnos á castigar con misericordia á los borrachos con la pena de azotes y á los que juren con la cuerda.

CROM. Eso es poco. El que blasfema de nuestro Dios puede equipararse con los asesinos y hasta con los histriones; por qué castigarle menos? Esas leyes son transitorias, por lo que las consentimos.

ABOG. (Leyendo.) *Secundo.* Para celebrar las victorias que acaba de conseguir nuestro almirante Roberto Blake, decretamos un dia de ayuno general. La Cámara, despues de consultar los Libros Santos, le regala un diamante de valor de quinientas libras, y prescribe además que sus hazañas se inmortalicen en sus procesos verbales.

CROM. Consentimos esa ley.

Entra THURLOE y se coloca cerca del Protector, diciéndole:

THUR. Cumplí la órden de vuestra alteza.

ABOG. *Tertio.* Como los tumultos que excitan en York ocultos malévolos causan sobresalto en los corazones ingleses, el Parlamento acuerda, para poner sin dilacion á los rebeldes de York fuera de la ley civil, lanzar un *quo warranto.*

CROM. (Bajo á THURLOE.) Veinte soldados los compondrian mejor que un *quo warranto*; ya arreglaré yo eso. (En voz alta.) Consentimos.

ABOG. *Cuarto.* La humilde peticion que el Parlamento dirige al héroe de Sion. Considerando que es antigua costumbre que cierre un rey todo debate doméstico; que hasta el mismo Dios, despues de dictar leyes á su pueblo, cambió el púlpito en trono y á los jueces en reyes, y despues de haber oido á los oradores que hablaron en pró y en contra, el Parlamento ha acordado que el pueblo necesita por jefe á un solo indivíduo, y que milord Protector, á quien antiguos títulos hacen acreedor á esta honra, acepte la corona de Inglatera á título hereditario.

CROM. Bien; lo pensaré.

ORADOR. Qué oigo!

WHITE. (Bajo á THURLOE.) Qué dice? ¿Rehusa?

THUR. Vacila; teme algun peligro.

CROM. Ahora idos en paz á implorar del Señor lo más conveniente para Inglaterra.

ESCENA XV.

CROMWELL y THURLOE.

THUR. (Se ha operado en él un cámbio radical.)

CROM. (Hasta mañana que no conozcan el engaño de mi artificio.)

THUR. Milord, ya es tarde y necesitais descansar.

CROM. Sí, pero no tengo sueño.

THUR. Milord, ¿dónde os acostais esta noche?

CROM. Que me pongan aquí una cama.

THUR. ¿En la cámara pintada, donde los jueces de Cárlos...?

CROM. Obedeced. Además, si en estos sombríos sitios sale algun espectro, no me verá.

THURLOE sale y vuelve acompañado de criados que traen una cama y dos bujías. Dejan la cama preparada en un rincon del teatro y se van.

Esa cama no es para mí.

THUR. Qué secreto...?

CROM. Haced lo que os digo, que despues todo lo sabreis.

THUR. Perdonadme, milord, que me

atreva á deciros, por si os amenaza algun peligro, ¿quién ha de ocupar vuestro sitio en el lecho?

CROM. Silencio! (Tarda á venir el capellan.)

Paseándose á grandes pasos por el proscenio.

Están muy contentos porque creen apoderarse de mí, y Ormond se rie por una parte y Rochester por la otra. ¡Infelices! ¡Creen que están cavando mi tumba!

Se pára ante la mesa en la que arden las dos bujías.

Para qué tanta luz? Basta con una sola.

Apaga una de las bujías.

Con la misma facilidad se extingue la vida de un enemigo: de un solo soplo.

ESCENA XVI.

Los mismos, ROCHESTER y un PAJE.

El paje lleva en la mano un plato y un vaso.

ROCH. (El vaso está lleno y es preciso que beba para que duerma bien; he dejado vacía la redoma.)

Toma el plato y el vaso de manos del paje y se adelanta hácia CROMWELL.

Milord... bebed este licor que acabo de bendecir.

CROM. (Irónicamente.) ¡Vos lo habeis bendecido!

ROCH. Sí.

CROM. Muy bien; me fortalecerá, pues, este brevaje.

ROCH. Sí, milord; es un hipocrás que tiene la virtud de hacer dormir tranquilamente.

CROM. Entonces... bebedlo vos mismo.

CROMWELL toma el vaso y se lo presenta bruscamente.

ROCH. (Retrocediendo con espanto.) Milord!... (Diablo!)

CROM. (Sonriendo irónicamente.) Vacilais? Tendreis que acostumbraros á disfrutar de mis bondades. Tomad, doctor. Dominad ese respeto que os turba y bebed. Deseo que recaigan en vos vuestras mismas bendiciones.

ROCH. (Me aplastó!) Pero, milord...

CROM. Os digo que bebais.

ROCH. (Aquí ha sucedido algo extraño.) Yo os juro...

CROM. Bebed y despues ya jurareis; no os hagais de rogar.

ROCH. (Apuremos el cáliz.) (Bebe.)

CROM. (Riendo.) ¿Le encontrais buen sabor?...

ROCH. (Dejando el vaso sobre la mesa.) (Que Dios salve al rey, que yo ya me he salvado de la señora Guggligoy; libre ya de ella, que haga Cromwell lo que quiera de mí; pero estoy bostezando!... Pronto empiezo.)

Se sienta.

THUR. (A CROMWELL.) ¿Es un veneno lo que ha bebido?

CROM. Lo ignoro; ya lo sabremos.

ROCH. (Bostezando.) (Estoy aturdido y mareado; despues de representar todo el dia una comedia, de ayunar, de rezar, de predicar y de jurar, es muy triste tener que dormirse justamente en el momento de la catástrofe. (Vuelve á bostezar.) Y quiera Dios que no me despierte en la horca, en compañía de lord Ormond. Redoma infernal! Se me vá la cabeza... buenas noches, señor Cromwell. ¡Dios salve al rey!)

Le cae la cabeza sobre el pecho y se queda dormido.

CROM.. Está ya dormido ó muerto. Thurloe, llevémosle á la cama.

Se llevan á ROCHESTER y le depositan en el lecho sin que se despierte. Se oye llamar á una puerta que dá á uno de los corredores laterales de la cámara pintada.

THUR. (Con inquietud.) Llaman á aquella puerta.

CROM. Abre, que sé quién es.

THUR. (Abriendo la puerta.) El rabino!

ESCENA XVII.

Los mismos y MANASSÉ-BEN-ISRAEL.

CROM. Qué nuevas me trae el judío?

MANASSÉ se acerca á CROMWELL con aire misterioso y le dice en voz baja:

MAN. Dinero.

CROM. (A THURLOE.) Sal, pero no te alejes de aquí.

Váse THURLOE.

MAN. Me he apoderado del bric, y vengo á traer su parte á monseñor.

Le presenta un pesado saco que lleva escondido.

CROM. Esa es mi parte?

MAN. Es decir, vuestra parte... á cuenta.

CROM. Bien.

Toma el saco y le deja sobre la mesa que hay cerca de él.

Qué sabes de noticias?

MAN. Solo sé que se dice en Lóndres que van á ahorcar un astrólogo en Douvre.

CROM. Bien hecho. ¿Pero tú tambien eres astrólogo?

MAN. No hay que levantar falsos testimonios, dijo el Decálogo; pero entiendo el libro que oscureció el demonio, el libro que deletreaba Zoroastro y que leia Salomon. Sí, sé leer en el libro del

cielo vuestras fortunas y vuestros desastres.

CROM. (¡Destino singular es el de vigilar á los hombres y á los astros y ser astrólogo en las alturas y espía en la tierra!)

MANASSÉ se acerca á una ventana abierta que hay en el fondo de la sala, al través de la que se entrevé el cielo estrellado.

MAN. Callad! Precisamente en este momento veo cerca de Escorpion...

CROM. Qué ves?

MAN. Vuestra estrella. Ante mí vuestro porvenir puede desgarrar el velo.

CROM. (Extremeciéndose.) Mientes, anciano!

MAN. (Con gravedad.) Si miento, que cierre la muerte estos ojos, á los que las estrellas responden.

CROM. (Pensativo.) (Será verdad? ¡Quién sabe! Estamos rodeados de misterios, pero ya que estamos aquí solos y sin testigos, quiero hacer la prueba.) Judío.

MAN. Señor!

CROM. Si es cierto que los rayos divinos de los astros iluminan tu alma con su claridad mística y dotan á tus ojos de vision profética...

MAN. (Arrodillándose.) ¿Qué mandais á vuestro servidor? Dispuesto estoy á complaceros.

CROM. (Bajando la voz.) Revélame el porvenir.

MAN. (Levantándose é irguiéndose.) ¿Hasta esas alturas te atreves á levantar tus miradas? ¿Deseas penetrar en el cielo, que es palacio de gloria, tenebroso santuario y ardiente laboratorio, en el que vela Jeová, que no mueve nunca el inmutable quicio y el eterno compás? ¡Penetrar en los tres elementos, en la llama, en el éter y en la onda, triple velo de los cielos, y conocer qué soles son letras de fuego en los que brilla en el fondo de la noche la tiara de Dios! ¡Tú, tú leer en el porvenir! ¡Tú, profano, soportar sin morir tan gran secreto! Tú, preocupado siempre de un cuidado terrenal, ¿qué has hecho para conseguirlo? Mira mi frente arrugada y seca; tengo la edad de Tobías. He pasado todos mis años sin apartar los ojos un instante de ese otro mundo, dia por dia, hora por hora. Pero para tí, para tus miradas, las constelaciones solo son un fuego sin luz; porque tú no has visto, absorto en el trabajo ardiente de la gran obra, blanquear tu barba y caérsete los cabellos. Porque tú...

CROM. (Interrumpiéndole con impaciencia.) Basta; te pago para que me sirvas.

MAN. Estás en un error: el hombre puede esclavizarse á un hombre mientras vive de una vida incompleta, y así, mientras la carne cubra mi esqueleto, pueden mis ojos secundar tus planes ambiciosos; pero, ¿cuándo te he prometido espiar á los cielos?

CROM. (No es hipócrita el que así habla; tiene fé en su ciencia.) Dime si mi planeta es próspero ó adverso. Obedece.

MAN. No puedo.

CROM. Te lo mando.

MAN. Me lo mandas?

CROM. (Llevándose la mano al puñal.) Si no hablas, esto te hará callar.

MAN. (Despues de vacilar.) ¿No te extremecerás si durante el misterio mezclo el cielo con el infierno y el Talmud con el Corán?

CROM. No.

MAN. Pues el espíritu cede al acero y el mago al tirano.

CROM. Revela á mi alma asombrada el secreto de mi vida y de mi destino. Pero antes escucha: siendo niño tuve una vision. Fuí lanzado de mi medianía á la última clase social, y siendo ambicioso, me ví privado de ocupar en Oxford ningun rango. Entré en mi humilde aposento con el corazon indignado, llorando de rabia y maldiciendo mi suerte. Anocheció, y estaba velando cerca de la cama cuando de repente me heló el soplo de una boca, y con turbacion mortal, oí cerca de mí una voz que me decia: *Honor al rey Cromwell.* Esta voz lejana participaba al mismo tiempo del acento de la amenaza y del acento de la queja. En la oscuridad, pálido y aterrado, me levanté mirando y buscando á quién me hablaba. Era una cabeza cortada, envuelta en la oscuridad y lívida, entre deslucidos resplandores, pero en cuya frente pálida relucia una aureola... de color de sangre. Me contemplaba con risa cruel, y seguia murmurando en voz baja: *Honor al rey Cromwell.* Dí un paso y la vision se disipó, sin dejar en mí otro vestigio que mi corazon helado para siempre.—¿No es verdad que esto es horrible, Manassé?—Muchos años despues, un dia nebuloso y frio, un dia de invierno, en medio de una inquieta multitud, volví á ver la fatal cabeza, pero entonces estaba muda y colgaba de la mano del verdugo.

MAN. (Pensativo.) Verdaderamente...—Ezequiel y el yerno de Jethró tuvieron visiones menos espantosas; ni siquiera la iguala la de Baltasar.

CROM. No, no existe vision tan espantosa.

MAN. Quizás... los espectros que yo

recuerdo se vengaban del pasado; pero el tuyo del porvenir. No podrás dormir.

CROM. No.

MAN. No podrás, porque si esa vision te hubiera acometido en la vigilia, solo seria un sueño. Tu espectro es el único que yo no he visto salir de las tumbas. Qué olor dejó al desvanecerse?

CROM. Eso nada me importa; lo que quiero es que me expliques la vision. Fué una ilusion mia? Fué una realidad? *Honor al rey Cromwell!* Debo ser rey? Desgarra el velo de mi destino.

MAN. (Mirando al cielo por la ventana.) Sí, aquella es su estrella; la reconoceria desde el zenit hasta el nadir; está fija: al contemplarla parece que crezca y que se abrillante, pero sin embargo, tiene una mancha en su centro.

CROM. (Impaciente) Ya has estudiado bastante los astros; dime si seré rey.

MAN. Hijo mio, quisiera halagarte, pero no se puede mentir al firmamento. No debo ocultarte que tu astro, en su marcha elíptica, no forma el triángulo místico con la estrella Jod y con la estrella Ziain.

CROM. ¿Qué me importa ese triángulo? Explícame el oráculo de la cabeza cortada y dime si ha de llegar el dia en que sea rey.

MAN. No, como no suceda un milagro.

CROM. (Descontento y bruscamente.) ¿Qué entiendes tú por milagro?

MAN. Lo que es milagro.

CROM. ¿Acaso yo no soy un milagro vivo?

MAN. Quizás...

CROM. Entonces me anunciais que ocuparé el trono.

MAN. No; no puedo cambiar las respuestas del cielo.

CROM. ¿Entonces mi vision ha sido una burla? Los astrólogos sois unos impostores, que en beneficio vuestro explotais á los planetas.

MAN. (Gravemente.) Hijo mio, dame la mano y no blasfemes.

CROMWELL, subyugado por la autoridad del astrólogo, le presenta la mano, que se la examina sin dejar de contemplarle. Despues de una pausa dice MANASSÉ.

MAN. Te amenaza un peligro.

CROM. Qué peligro?

MAN. El de morir; si quieres ser rey tu muerte es segura.

CROM. Segura!

MAN. Recibirás la herida en el corazon.

CROM. Cuándo?

MAN. Mañana.

CROM. Mientes!

MAN. Te digo la verdad... pero alguien nos escucha.

En este momento ROCHESTER se vuelve durmiendo y lanza un suspiro. MANASSÉ se acerca á la cama.

Oh! Se ha disipado el encanto del oráculo, porque hay quien lo ha oido.

CROM. ¿Crees que Rochester pudo oirnos?

MAN. Sin duda.

CROM. Pues es preciso que muera.

CROMWELL saca el puñal y se acerca á ROCHESTER, que continúa dormido.

MAN. Mátale! No pudieras hacer mejor accion. (Que inmole un cristiano á otro.)

CROM. Si ha oido lo que hemos hablado debe morir... pero no lo ha oido... Duerme.

Baja el puñal que habia levantado para herir á ROCHESTER.

Además, es dia de ayuno. En dia de vigilia ni debo cometer un crímen, ni escuchar á un adivino.

Arroja al suelo el puñal.

Vete, judío. (Llamando.) Thurloe!

Sale THURLOE.

THUR. Milord...

MAN. Señor...

CROM. Te he dicho que te vayas.

MAN. Algun vértigo debe turbar su espíritu.

CROM. (Al judío, en voz baja.) Morirás si dices una palabra de lo que aquí ha pasado. Vete.

El judío se prosterna y váse.

¡Thurloe, sálvame de ese judío, sálvame de mí mismo!

THUR. (Inquieto.) ¿Qué es lo que teneis, milord?

CROM. Yo? Nada. Thurloe, te quiero mucho.

THUR. Estais perturbado!

CROM. Qué te he dicho algo?

THUR. Sí, habeis hablado de...

CROM. De nada! Calla y sígueme.

THUR. Dios mio, qué pálido estais!

CROM. (Sonriendo amargamente.) Es porque refleja en mí el resplandor sepulcral de esa luz. Ven, te necesito.

THURLOE sigue á CROMWELL, y se pára al pasar por delante de la cama de ROCHESTER.

THUR. Mirad cómo duerme!

CROM. Sí... con un sueño profundo... parecido al sueño de la muerte.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

El centinela.

LA POTERNA DEL PARQUE DE WHITE-HALL

A la derecha del teatro un gran grupo de árboles; en el fondo y por encima de ellos se destaca en la oscuridad la fachada gótica del palacio A la izquierda la poterna del parque, con pequeña puerta ojiva llena de esculturas. Ha cerrado la noche

ESCENA PRIMERA.

CROMWELL disfrazado de soldado, con mosquete, coraza de búfalo, sombrero con alas anchas y de forma cónica y con grandes botas. Se pasea á lo largo por delante de la poterna, como soldado que está de guardia. Al levantarse el telon se oye este grito de un centinela. «¡Alerta! ¡Alerta!»

CROM. Alerta! Alerta!

Un tercer centinela responde lo mismo desde más lejos

(Descansando el mosquete en tierra.) Sí, velad, que tambien vela por todos Cromwell, que ocupa este sitio, porque desea él mismo abrir la puerta á sus enemigos.

Se oye ruido de pasos y de voces lejanas.

Oigo ruido, pero no pueden ser ellos, porque no son aun las doce de la noche; será algun transeunte.

Oyese un canto, cada vez más próximo.

«No andes de noche entre riscos,
si vas buscando fortuna,
porque caer es muy fácil
cuando la noche es oscura.»

Ese que canta es uno de mis bufones. Debe ser Elespuru.

ESCENA II.

CROMWELL, TRICK, GIRAFF, ELESPURU y GRAMADOCH.

Los bufones, guiados por GRAMADOCH, entran en escena con precaucion y á tientas; éste los conduce á un banco de césped que hay entre los árboles.

GRA. Ocultémonos aquí.

CROM. (Son mis bufones.) (Sin verles.)

Los cuatro bufones se sientan en el banco.

GRA. En este sitio debe concentrarse la accion del drama. Desde aquí lo veremos todo.

TRICK. Lo veremos? Para verlo en esta oscuridad seria preciso tener ojos de gato.

ELES. Pero si los autores nos descubrieran, nos harian pagar muy caras estas localidades.

GRA. Llegamos á tiempo; aun no ha empezado la funcion.

GIR. Quereis callar!

Todos se callan y se quedan inmóviles.

CROM. La noche está muy fria! Se acerca ya la hora en que los espectros salen de las tumbas y enseñan con la mano roja de sangre su herida incurable al asesino... Ese maldito judío ha hecho aparecer á mi imaginacion horribles visiones, que me han dejado un recuerdo funesto; me ha trastornado y tiemblo!...

La campana del reloj de palacio empieza á dar lentamente las doce.

Las doce!....¡Ya llega el instante esperado! ¡Esa campana parece que toque á muerto! ¡Ella marcó la última hora de un mártir! Estoy solo y sobresaltado! Voy á invocar á los santos!

Se oye ruido de pasos por detrás de los árboles.

(Ah! Ya estoy tranquilo! ¡Aquí están mis asesinos!)

ESCENA III.

Dichos, ORMOND, DROGHEDA, ROSEBERRY, CLIFFORD, el doctor JENKINS, SEDLEY, PETERS DOWNIE, WILLIAM MURRAY.

Los caballeros entran sigilosamente llevando al frente á ORMOND y á ROSEBERRY.—Se hablan en voz baja.—CROMWELL se pone el mosquete al hombro y se coloca bajo la ojiva de la poterna.

ROSEB. Aquí es.

ORM. Sí, aquí es; reconozco el sitio.

CROM. (Ellos son.)

PETERS. Wilmot debia esperarnos aquí.

DROGHEDA. Tiene que cumplir con los deberes de su cargo.

ORM. Ya que ha impedido el éxito del complot, y ya que le retienen en otra parte, me felicito de ello.

CROM. (Yo tambien.)

ORM. Tiemblo siempre delante de Wilmot... Pero vamos á concluir.

CROM. (Concluir, esa es la palabra.)

ORM. Rochester ha llevado su locura hasta el extremo de querer galantear á una de las hijas de Cromwell.

CROM. (Insolente!)

ORM. Ha escrito para ella un madrigal, echándola de poeta, y olvidando lo que se me debe por mi edad y por mi rango, me lo quiso leer; recibí como debia esta afrenta, y cuando yo estaba esperando un aviso importante, llega á mis manos una carta, la abro impaciente y encuentro dentro del sobre el madrigal dedicado á la hija del Protector.

ROSEB. Milord, veo que os persigue por todas partes Rochester.

ORM. Despues de haber recibido los indicados versos, me envió él mismo otro mensaje y su aviso, que es el que nos reune aquí en este momento; esta vez no llegó á mis manos por medio de un pergamino atado con una cinta de color de rosa. ¡Ved ese loco á lo que nos expone!

CLIFF. Semejantes chanzas son indignas.

ORM. Entregó el mensaje á Willis, pero podia haber caido en manos desleales.

ROSEB. Entonces estábamos perdidos.

SEDL. Tampoco ha acudido Davenant.

ORM. Davenant es un poeta, un saltimbanqui, y quizás se haya escondido.

PETERS. A propósito; nuestro amigo Ricardo, el hijo del intruso, está encarcelado. Un pérfido...

DROG. Pobre Ricardo!

CROM. (Pobre parricida!)

SEDL. Su padre ha averiguado que brindó á la salud del rey.

CROM. (Traidor!)

ORM. No perdamos el tiempo hablando inútilmente. Empecemos. Acerquémonos al soldado.

Se aproxima hácia CROMWELL y éste le presenta el mosquete.

CROM. Quién vive?

ORM. (Bajo á CROMWELL.) *Hermano mio*, COLONIA.

CROM. (No sé el final de la consigna! Qué haré?)

ORM. COLONIA.

CROM. (No sé qué responder.)

ORMOND, asombrado del silencio del centinela, retrocede con desconfianza.

ROSEB. Qué es eso?

ORM. Que el centinela no responde á la consigna.

ROSEB. ¿Se habrá enterado Cromwell de nuestra trama y habrá cambiado la guardia?

ORM. En estas ocasiones hay que aventurarse, porque retroceder es perderlo todo. Avancemos.

CROM. Quién vive?

ORM. COLONIA.

CROM. (¿Cómo conseguiria engañarles?)

ORM. El centinela no quiere responder.

CLIFF. Pues bien, matemos al centinela.

JENK. ¡Lanzar un alma á Dios sin rezar por ella!

CLIFF. Eso qué importa?

ORM. Pero importa no herir á un hombre por la espalda.

CLIFF. Es preciso pasar, milord.

TODOS. (Bajo á ORMOND.) Sí, matemos al soldado.

JENK. ¡Enviarle á su Juez de ese modo!

TODOS. (Bajo á JENKINS.) Es preciso que muera.

CROM. (Qué es lo que están diciendo?)

Los caballeros sacan los puñales y avanzan hácia CROMWELL; WILLIAM MURRAY los detiene.

MUR. Creo que estais en un error; estoy seguro que este hombre es de los nuestros. Si no lo fuese, al vernos agrupados hace ya tiempo que hubiera dado la voz de alarma. Quizás dándole algunos doblones le desarmemos; se calla porque quiere ser mejor pagado. Vale más que compremos otro salvo-conducto que darle de puñaladas.

ROSEB. William tiene razon.

CLIFF. Pues bien, tratad de comprarle.

PETERS. Desgraciadamente tenemos pocos fondos.

SEDL. Porque Cromwell ha sido un ladron, que ha escamoteado nuestro brick como si fuera un buque contrabandista. ¡Y pretende sentarse en el trono inglés ese jefe de bandoleros!

ORM. El avaro rabino Manassé me prestó una cantidad, pero ya la hemos gastado. Ah! Ahora recuerdo que Rochester me entregó una bolsa. Aquí la tengo.

La saca del bolsillo y la enseña á los caballeros.

ROSEB. Excelente recurso!

CROM. (Parece que están celebrando consejo; se encuentran tan embarazados como yo; ellos quieren entrar y yo quiero que entren, pero ni ellos ni yo sabemos cómo.

MUR. Obremos con habilidad.

CROM. (A MURRAY, que se le acerca.) ¿Quién vive?

MUR. Hermano, un santo.

CROM. (Hipócrita!)

MUR. (Hablemos su lenguaje á los evangelistas.) Hermano, Sion tenia arqueros en la torre que vigilaban de dia y de noche, como vigilais vos.

CROM. Gracias.

MUR. La noche está fria, los pájaros duermen en sus nidos, los bueyes en sus establos, todo duerme; solo vos vigilais.

CROM. Cumplo con mi obligacion.

MUR. Estaríais mejor acostado en una buena cama.

CROM. (Ojalá pudiera estar!)

MUR. Os helais de frio, mientras que vuestro jefe Cromwell duerme profundamente.

CROM. Crees que duerme Cromwell?

MUR. Estoy seguro; por vos disfruta tranquilo y apacible sueño; os sacrificais por él, y él ni siquiera sabrá vuestro nombre.

CROM. Sin duda.

MUR. Sois muy cándido.

CROM. (Y tú eres muy astuto.)

MUR. Consagrais vuestra vida á Cromwell, derramareis por él vuestra sangre gota á gota, y nada le importará ni vuestra vida ni vuestra muerte. No teneis que esperar ninguna recompensa, continuareis siendo soldado, mientras él permanecerá siendo gran capitan. Para poseer palacios, carruajes de corte, cortesanos, guardias y criados, ¿qué es Cromwell? Un soldado no más.

CROM. Nada más.

MUR. Entonces, ¿por qué le servís tan humildemente?

CROM. No le sirvo.

MUR. (Ha caido en mis redes.) Podíais muy bien ocupar su sitio y no servirle como soldado; ¿qué paga obteneis por tan árdua ocupacion?

CROM. No me paga.

MUR. No os paga! Es criminal olvidarse de los soldados veteranos. Os compadezco.

CROM. (Me compadece!)

MUR. Haceros servir sin salario! Cromwell es un tirano! La cólera me ahoga. Quiero aliviar vuestra suerte y vengaros.

CROM. Vengarme!

MUR. De Cromwell.

CROM. De Cromwell!

MUR. (Bajo al oido de CROMWELL.) Abridnos la poterna; dejad que Judit corte la cabeza á Holofernes.

CROM. Para ser Judit teneis la barba demasiado negra.

MUR. Dejadnos llegar hasta el aposento donde Cromwell duerme y no os arrepentireis.

CROM. No me arrepentiré?

MUR. ¿Qué te importa que cinco ó seis vivos pasen por esa puerta? Aprovéchate de la fortuna que en estos momentos te cae llovida del cielo.

CROM. Llovida del cielo!

MUR. (Entregándole una bolsa.) Toma á cuenta. Tu única ocupacion consistirá en contestar WHITE-HALL al que te diga COLONIA.

CROM. (Ah! La palabra es WHITE-HALL.)

MUR. Toma y guárdate este dinero. Nosotros pagamos en el acto.

CROM. (Tambien yo pago.) (Tomando la bolsa.) Muchas gracias.

MUR. Vigilarás aquí hasta que te avisemos.

CROM. Vigilaré.

MUR. Muy bien. Eres un bravo.

CROM. A propósito; ¿qué pensais hacer de Cromwell cuando os apodereis de él?

MUR. Desde luego supongo que le mataremos... y nada más.

CROM. Eso es poco.

MUR. Nos satisfaremos con que muera con rapidez; no somos crueles.

CROM. (Ni yo tampoco lo seré.)

MUR. Convenidos?

CROM. Convenidos.

MURRAY se acerca á los caballeros que le esperan en el otro extremo del teatro.

MUR. Venid pronto; he pagado al levita y podemos entrar en el santuario.

ORM. Es cosa ya convenida?

MUR. Sí.

ORM. Pues vamos.

Los caballeros, formados de dos en dos, avanzan hácia CROMWELL, que les presenta el mosquete.

CROM. Quién vive?

ORM. COLONIA.

CROM. WHITE-HALL. Pasad.

ORM. Está bien. Murray, quedaos aquí para vigilar á ese hombre. ¿Dónde encontraremos al Protector?

CROM. En la sala que se llama la cámara pintada.

ORM. (A CROMWELL.) Nos favorece la oscuridad de la noche; pero sin embargo, vigilad.

CROM. Confiad en mí. Pasad.

ORM. (Con alegría.) (Al fin voy á alcanzar el objeto que me propuse toda la vida, voy á conseguir el triunfo y á apoderarme de Cromwell.)

CROM. (Siguiéndole con la vista.) (A veces lo que se pide al cielo lo concede el infierno.)

ORMOND entra en la poterna por la que ya todos los caballeros han pasado, excepto WILLIAM MURRAY.

ESCENA IV.

CROMWELL, WILLIAM MURRAY y los cuatro bufones ocultos.

CROM. (Ya están dentro!)

MUR. (Por fin lo conseguimos.) ¿Concebís, hermano, que el Protector disponga de los reyes, como César en Roma, por haber ganado algunos combates, porque con palabras de efecto, con sermones y con farsas ha sabido atraerse á la mu-

chedumbre, y que se prosterne ante él el mundo entero, que le debia silbar?

CROM. Teneis razon.

MUR. Es un rústico que apenas sabe saludar, y que se hace servir reinando como un capatáz que dá su consigna y estableciendo un gobierno absoluto y despreciativo... pero sé que está próxima su caida.

CROM. ¿Y entonces habeis pensado en el derecho legítimo de los Stuardos?

MUR. Este derecho, la rusticidad de Cromwell y la influencia de los amigos me hicieron entrar en la sublevacion. El derecho al trono de Cárlos es indudable.

CROM. Desde luego.

MUR. Y Cromwell osa oponérsele! y camina lentamente hácia el trono! Pero es un fantasma vano que se disipará en cuanto le toquemos.

CROM. (Con ironía.) ¡Es un ídolo con la cabeza de oro y los piés de cera, y pretende ser rey! No sabe siquiera desbaratar una rebelion, ni prever una estratagema, y es tan necio que á estas horas se dejará sorprender en su mismo lecho. (Imbécil!)

MUR. Cree que reinar es fácil! ¡Ser rey él! Nadie querria ser su cortesano.

CROM. Teneis razon.

MUR. Servirá para fabricar cerveza pero para nada más; su nombre de fabricante no equivale al nombre de poeta de Milton.

CROM. (Insolente!)

MUR. ¡Y pretende ser un grande hombre, un tirano, un héroe, y gobernar el mundo! Porque es afortunado se cree un Capeto, un Moisés ó un César.

CROM. (Miserable traidor!)

MUR. Nos estais prestando un gran servicio, y cuando saldemos la cuenta general, no os olvidaré y os ascenderé á cabo. (Váse.)

CROM. (El enano desafía al gigante y la avecilla al águila.) (Riendo.)

ESCENA V.

CROMWELL y MANASSÉ.

MAÑASSÉ entra con precaucion y llevando en la mano una linterna sorda.

MAN. (Los puritanos, los caballeros, Cromwell y Cárlos II, todos son cristianos.)

CROM. (Viendo á MANASSÉ.) (¿Qué vendrá á hacer aquí ese judío? ¿Saldrá de alguna tumba?)

MAN. Me es igual que sucumba cualquiera de los dos partidos rivales; de todos modos corrrerá á rios la sangre cristiana. Que Ormond acabe con Oliverio, ó que Oliverio acabe con Ormond, aquí se verificará el desenlace del drama y yo deseo presenciarlo. Las apariencias están contra Cromwell...

CROM. (Traidor!)

MAN. (Elevando los ojos al cielo.) Todos están contra él, menos las estrellas del firmamento. Parece próxima su muerte, y sin embargo, su planeta brilla aun en el zenit con luz pura y limpia; y combinando con él las líneas de su mano, solo veo un peligro real para Cromwell... mañana...

CROM. (Un peligro mañana? ¿Qué dice?)

MAN. Pero de todos modos, ó ha de perecer Ormond ó Cromwell.—¡Hermosa está la noche!

CROM. (Tras el cortesano lenguaraz, el judío impío.)

MAN. (Mirando al cielo con el anteojo.) (Mientras llegan nuestros conjurados, estudiemos las curvas que describen los satélites de Hé en la órbita de Than. Golpeemos el umbral de la puerta con el santo martillo.—La línea se recurva en cuernos de carnero.)

Se oye el grito de un centinela lejano.

¡Alerta! Alerta!

CROM. (Me interrumpen en estos momentos y tengo que repetir el grito.) ¡Alerta! Alerta!

MAN. (Al oir la voz se vuelve sobresaltado.) (¡Dios de Jacob! No habia visto al centinela!) —Buenas noches, señor soldado!

CROM. (El grito de alerta le intimidó; lo siento, porque me hubiera revelado...) —Buenas noches, judío.

MAN. ¿Os ha apostado aquí lord Ormond?

CROM. Extraño que un hijo de los profetas me lo pregunte.

MAN. Pero he acertado?

CROM. Sí.

MAN. Me alegraré de vuestro triunfo, y si Cromwell sucumbe os felicitaré.

CROM. Muchas gracias.

MAN. ¡Qué felicidad seria para nosotros que resucitase el poder de los antiguos reyes!

CROM. Ah!...

MAN. Si llega ese caso, adelantareis mucho en la carrera.

CROM. Sí, me ascenderán á cabo.

MAN. Buena graduacion! Un cabo manda á cuatro hombres, y además lleva galones.

CROM. Sí, es una buena graduacion.

MAN. Me alegro que la caida de Cromwell labre vuestra fortuna.

CROM. (Pérfido!)

MAN. Es una vergüenza que el Protector saque cuentas de todo; no puedo sufrir á los fabricantes coronados; su corta inteligencia no sale de un círculo muy limitado; no dan brillantes festines ni fiestas suntuosas, ni hacen nunca empréstitos. De este modo no puede prosperar el comercio. Si, por ejemplo, os apoderais de un brick sueco, os registran los bolsillos, os miran los dedos, y en cámbio de los peligros que arrostrais para acometer esa empresa, os dan todo lo más las tres cuartas partes del botin.

CROM. Eso es desollaros vivo.

MAN. Son unos reyes tacaños que no saben distinguir los besantes de los zequíes.

CROM. Eso es una iniquidad.

MAN. Eso es matar la industria.

CROM. (Muchas máscaras ocultan el rostro odioso del judío; voy á arrancárselas todas.) Judío, ¿quieres decirme la buenaventura?

MAN. ¿Quereis que os descubra vuestra futura grandeza?

CROM. Sí, lo deseo.

MAN. Pues os voy á predecir vuestro horóscopo. Haré lo que en latin llamamos una experiencia *in anima vili*. (Puedo burlarme en latin en las narices de este ignorante.) Dadme la mano.

Examinando con la linterna la mano que CROMWELL le presenta.

Qué mano! Dios de Jacob, soy muerto!

Cae arrodillado á los piés de CROMWELL.

CROM. (Sonriendo.) Qué haces, judío? Te ha mordido el diablo?

MAN. Soy muerto!

CROM. Es que me conoces, rabino?

MAN. (Con voz débil.) Esa es la mano que gobierna al mundo, la reconozco; en sus líneas el cielo no ha escrito otro nombre que el de Cromwell. ¡Vuestro planeta no me engañó!

CROM. Judío, eres un miserable, y yo podia á mi vez hacer en tí con mi puñal una experiencia *in anima vili*, pero no quiero aplastar á un gusano. Levántate.

MANASSÉ se levanta y CROMWELL le indica un banco de piedra cerca de la puerta.

Siéntate ahí.

El judío se sienta aterrado.

Siéntate y calla! Si pronuncias una sola palabra, ya no te levantarás del banco.

El judío deja caer la cabeza sobre el pecho.

Ponerse á las órdenes de Ormond! La muerte que le hace caer entre mis redes mezcla esta ave nocturna con aquellas aves de presa.

Se pasea, dejando escapar de vez en cuando algunas palabras.

Para ellos mis únicos crímenes son saludar mal y no contar bastante bien, pero no me echan en cara ni á Cárlos I ni la Carta inglesa. ¿Pero qué me pesa en el bolsillo?

Saca la bolsa que le entregó MURRAY.

Ah! Es el precio de mi sangre! No recordaba ya que me han pagado los sublevados para asesinarme.

Toma la linterna de MANASSÉ, mira la bolsa á su luz y retrocede con horror.

Gran Dios! ¡El nombre de mi hijo está bordado en la bolsa! No me equivoco; hé aquí su escudo: esta la prueba más patente de su traicion. ¡Ha entregado su oro para comprar mi cabeza! (Arroja disgustado la bolsa al suelo.) Sus prodigalidades han llegado hasta el parricidio... Oigo pasos... álguien viene.

ESCENA VI.

Dichos y RICARDO CROMWELL.

RIC. (Avanzando lentamente hácia el proscenio.) Está muy oscura la noche.

CROM. (Parece la voz de mi hijo!)

RIC. ¡Gracias á Dios y al centinela que he comprado estoy libre!

CROM. (Qué oigo!)

RIC. Me cuesta caro, pero no quiero ser ingrato.

CROM. (¡No quieres ser ingrato con el villano que te deja libre para que asesines á tu padre!)

RIC. Mi padre debe estar durmiendo...

CROM. (Está muy despierto.)

RIC. Y no sabrá nada. ¿Qué dirá mañana cuando no encuentre el pájaro en la jaula? Le ahogará la rabia. (Riendo.)

CROM. (Voy á castigarle por mi misma mano.)

Tira del puñal y dá un paso hácia RICARDO, pero despues se pára arrepentido.

(Es mi hijo!...)

RIC. Cómo se reirán mañana los caballeros del chasco que yo le doy. Creo que mi padre me hubiera perdonado, pero huyendo me libro de su cólera.

CROM. (No te escaparás, traidor!)

Avanza otra vez hácia él y se vuelve á arrepentir.

(¡Es mi primogénito y Dios me le concedió en un dia de felicidad; es la sangre de mi sangre!... Ay de mí!)

RIC. Esta vez no burlará nuestras redes; mi padre es un tirano!

CROM. (Esa palabra me decide: el parricida deja de ser hijo.)

Avanza por detrás de él con el puñal levantado, pero el ruido de pasos que oye bajo la poterna le detiene y le hace volver á ocupar el sitio del centinela.

(Oigo ruido por las escaleras! Será Ormond que vuelve con los caballeros; veamos, al encontrarse mi hijo entre ellos, hasta dónde llega su perfidia; despues... ya desenlazaremos la tragedia.)

Entran los caballeros, con las espadas en la mano, trayendo á LORD ROCHESTER daormecido y envuelto con un pañuelo que le tapa la cara.

ESCENA VII.

Dichos, ORMOND, CLIFFORD, DROGHEDA, ROSEBERRY, PETERS DOWNIE, WILLIAM MURRAY, SEDLEY, el doctor JENKINS y ROCHESTER.

Cuando entran los caballeros, CROMWELL ha ocupado ya su sitio y RICARDO se vuelve hácia ellos con asombro.

RIC. (Estos hombres parecen sospechosos; ocultémonos.)

Se esconde entre los árboles.

MUR. El Protector no gasta siquiera lecho de brocado; en una pobre mesa espiraba una bujía solitaria y su aposento estaba muy oscuro. Merced á su letargo, ni siquiera se movió cuando nos apoderamos de él; le hemos tapado la cabeza silenciosamente, y aquí os lo traemos.

CROM. (A mí!...)

RIC. (Qué será esto?)

CLIFF. Victoria! ¡Ya está en nuestro poder!

RIC. (Qué es lo que dice?)

PETERS. Hemos conseguido lo más difícil. La noche es muy oscura; no perdamos tiempo... Marchémonos de aquí.

A DROGHEDA, ROSEBERRY, SEDLEY y CLIFFORD, que han traido al prisionero dormido y que se han parado.

ROSEB. Eso es cómodo para los que no van cargados.

SEDL. Necesitamos descansar un momento.

RIC. (Me parece conocer esas voces!)

ORM. Nos hemos apoderado de Cromwell para darle el castigo solemne que merece su crímen; ha caido en nuestras manos ese coloso de la gloria que se creia un dios. Antes todo huia delante de él; ahora aquí está sin defensa y sin refugio. Todos tus crímenes, que cubria la diadema, pesarán en la balanza de la justicia de un modo terrible en tu última hora. Poderoso te aborrecia y abatido te compadezco. Hubiera querido vencerte combatiendo; pero apoderarme de tí sin vencerte es obtener el triunfo sin luchar. Es preciso resignarse á que los puñales sustituyan á las espadas.

RIC. (Me interesa oir y callar.)

CROM. (Aprecio á lord Ormond; veo en él nobleza; el corazon del verdadero soldado siempre es leal.)

PETERS. Vámonos; estamos perdiendo el tiempo.

DROG. Esperad un instante; pesa como si fuera un cadáver.

SEDL. Es incómoda de llevar á cualquier parte esta carga. Qué hacemos?

CLIFF. Matémosle aquí y todo ha terminado.

DROG. Eso es.

SEDL. Sí; es lo más breve.

RIC. (Esto es un consejo de demonios.)

MAN. (Este espectáculo amengua mi desgracia.)

CLIFF. (Blandiendo la espada.) ¿Terminamos con él?

JENK. (Deteniendo el brazo de CLIFFORD.) Matarle sin que se le juzgue, sin testigos, sin que pronuncie su veredicto el jurado, es cometer un asesinato. Defiendo á la ley y no defiendo á Cromwell, que aunque no se le ha juzgado, á mis ojos es criminal, porque ha desobedecido á las leyes de Inglaterra. Creo que para hacer brillar más la majestad sagrada, se debe separar la cabeza del tronco del felon; pero para eso hay que seguir los trámites legales. No podeis condenarle así; porque no podeis ser á la vez acusadores y testigos, jueces y verdugos.

CROM. (Reconozco en Jenkins al magistrado íntegro.)

CLIFF. ¿A qué vienen todas esas triquiñuelas?

DROG. Doctor, dejaos de fórmulas.

MUR. Esos son discursos tontos.

CLIFF. Mi daga es juez y juzga sin apelacion. Matémosle!

CROM. (Que le maten!)

TODOS. Matémosle.

JENK. Protesto.

CLIFF. (Rechazándole.) Protestad todo lo que querais.

ORM. Deteneos un instante, lord Clifford; el doctor tiene razon, y yo soy de su dictámen. La órden expresa del rey nos manda que le remitamos vivo el Protector, y debemos obedecer esa órden.

CLIFF. Milord, cuando se ha desenvainado la espada, se debe herir; quizá no podamos disponer más que de éste minuto, y debemos aprovecharle. ¡Ya que Cromwell está en nuestro poder, que muera!

TODOS. (Menos ORMOND y JENKINS.) ¡Que muera!

RIC. (¡Cielos, quieren matar á mi padre!) (Se lanza en medio de los caballeros.) ¡Deteneos, asesinos!

TODOS. ¡Gran Dios, Ricardo Cromwell!

CROM. (Qué intenta hacer?)

RIC. Deteneos; si verdaderamente sois amigos mios, escuchadme.

MUR. Diablo!

RIC. Perdonad á mi padre.

SEDL. Perdonó él á Cárlos I?

RIC. Aunque cometiera ese crímen, yo no tengo la culpa y no debo ser la víctima; hiriéndole á él me herís á mí.

CROM. (¡No es el Ricardo que yo creia!)

ROSEB. Os queremos como á un hermano, pero este afecto no debe impedir que cumplamos con nuestro deber.

RIC. Os juro que no matareis á mi padre.

CROM. (Me defiende! Qué felicidad! Juzgué mal á mi hijo!)

RIC. ¿Para llegar á este crímen hicísteis sentar á Ricardo á vuestra mesa? Hemos sido compañeros de diversiones y de placeres, he tenido la bolsa abierta siempre para satisfacer vuestros deseos; pues bien, comparad ahora lo que hice por vosotros con la manera como quereis pagarme.

JENK. (A RICARDO.) ¡Bravo, valiente jóven! Pero haced valer además el vicio radical del acto que quieren poner en práctica; este vicio es que carecen de derecho, por lo que me opongo con vos...

RIC. (Juntando las manos de los caballeros.) ¡Amigos mios!...

CROM. (Juzgué injustamente á mi hijo, porque él solo conocia de la negra trama la parte que consistia en beber.)

ORM. Vuestro padre, caballero, sostenia una partida arriesgada, en la que todos nos jugábamos la cabeza; él la ha perdido.

RIC. ¡Sois capaces de asesinarle ante mi vista! (Gritando con fuerza.) A mí, soldados!

MUR. Los soldados están de nuestra parte.

RIC. Pues bien; yo le defenderé contra todos vosotros.

Se lleva la mano al cinto y se encuentra sin espada.

Por qué, padre mio, me desarmaste?...

CROM. (Pobre Ricardo!)

ORM. Os compadezco, caballero, pero creedme, retiraos. Dejad obrar á los agentes del rey.

RIC. Retirarme jamás! Me matareis abrazado á su cuerpo.

Se lanza sobre ROCHESTER adormecido y le aprieta estrechamente con sus brazos.

CROM. (Pobre hijo mio! Seria muy cruel que le matasen por defenderme.)

ROSEB. Pero, Ricardo...

RIC. (Que continúa abrazado á ROCHESTER.) No me separo de aquí. O le salvo, ó nos matais á los dos.

Los caballeros tratan de desasir á RICARDO de ROCHESTER; durante el debate CROMWELL espía todos los movimientos de los caballeros como disponiéndose á socorrerle. MANASSÉ levanta la cabeza y observa sus movimientos sin decir una palabra. LORD ROCHESTER se despierta sobresaltado y lucha á su vez para desasirse de RICARDO.

ROCH. Diablo! ¡Me estais estrangulando!

Todos se quedan petrificados.

ORM. Gran Dios!

ROCHESTER se arranca el pañuelo que le cubre el rostro y CROMWELL le dirige al mismo tiempo á la cara la luz de una linterna sorda.

RIC. El espía!

TODOS. Lord Rochester!

ROCH. (A RICARDO.) ¿Vos érais mi verdugo? Me queríais estrangular con tanta fuerza, que parecia que creíais que mi cuerpo tenia dos almas.

ORM. (Consternado.) Rochester!

ROCH. (Medio dormido aun y tocándose el pañuelo que lleva al cuello.) Por aquí se conoce que ha pasado la cuerda, pero no veo la horca por ninguna parte; sin duda me colgaron de algun clavo oxidado.

ORM. Dónde está, pues, Cromwell?

CROM. (Acercándose y con voz de trueno.) Aquí. Fuera de las tiendas, Jacob¡ ¡Fuera de las tiendas, Israel!

Al lanzar estos gritos, los caballeros, asombrados, se vuelven, y ven que ocupa el fondo del teatro multitud de soldados con antorchas, que han salido de todos los puntos del jardin y de todas las puertas del palacio. Entre ellos están THURLOE y LORD CARLISLE. Todas las ventanas de White-Hall se iluminan súbitamente, y en todas ellas aparecen soldados armados. La figura de CROMWELL con la espada en la mano se destaca en el centro de la escena.

ESCENA VIII.

Dichos, CARLISLE, THURLOE, mosqueteros, partesaneros, gentiles-hombres y guardias de corps de CROMWELL.

MUR. (Espantado.) Cromwell! Soldados! Luces! Somos perdidos!

LOS CABALLEROS. Traicion!

ORM. (Mirando alternativamente á LORD ROCHESTER y al Protector.) Cromwell y Rochester!

ROCH. (Frotándose los ojos.) ¿Me habrán ahorcado ya y estaré en el infierno? Ese palacio que echa llamas, esos espectros, esos ejércitos de demonios, que sacuden antorchas inflamadas,... sí, sí, estoy en

el infierno, y aquí está Satanás, que se parece á Cromwell.

CROM. (Señalando los caballeros al CONDE CARLISLE y á THURLOE.) Prendedles!

Varios soldados se precipitan sobre los caballeros y se apoderan de sus espadas, sin dejarles tiempo para que se resistan. ORMOND rompe la espada en la rodilla, diciendo:

ORM. Mi acero no se rinde.

RIC. (Por haberme escapado de la prision quizá mi padre me vuelva á castigar.)

ORM. Hemos caido en una red fatal.

ROCH. (A los caballeros.) Nuestros buenos proyectos nos han salido muy mal, y Cromwell ha puesto en nuestro vino agua del Cocyto.

CROM. (No conocia á lord Ormond. A mi pesar le miro con respeto.)

ORM. Nos ha engañado con astucia y con audacia.

CROM. (Unicamente él se atreve á mirarme cara á cara. Es un noble adversario, que recibió un mandato y queria obedecerle. Hablémosle.)

Se aproxima á ORMOND, le contempla y dice:

Cómo te llamas?

ORM. Bloum. (No quiero que me conozca.)

CROM. (Por orgullo oculta su verdadero nombre.) Qué eres?

ORM. Un vasallo rebelado contra tí en favor de la antigua Inglaterra y de Cárlos II.

CROM. Qué idea tienes de mí?

ORM. De tí?

CROM. De mí.

ORM. Lo que yo pienso de tí solo se dice con la punta de la espada.

CROM. Lo que tiene el defecto de que al puñal algunas veces replica el cadalso.

ORM. Qué me importa!

CROM. (Cruzando los brazos.) ¿Luego te guió hasta mí la sed de sangre?

ORM. Venia á castigar al regicida.

CROM. A castigar! Con qué derecho?

ORM. Con el derecho del Talion; cabeza por cabeza.

CROM. ¿Y te atreviste á penetrar en el antro del leon?

ORM. En el antro del tigre.

CROM. En el mismo aposento del Protector.

ORM. En el aposento del regicida.

CROM. Yo solo he cargado siempre con la culpa; nunca recordais que el pueblo rechazó el subsidio ilegal que le impuso el rey; si yo fuí severo, Cárlos fué imprudente; su caida fué un bien para la pátria y su muerte fué solo un desgraciado detalle.

ORM. No me engañará tu hipocresía.

CROM. Vemos este punto de distinto modo.

ORM. La historia te guardará el sitio detrás de Ravaillac.

CROM. El ódio no te deja ver claro. Cromwell no es un Ravaillac; ni se puede comparar la mano que dirige al mundo con la mano vulgar del asesino, ni el hacha del pueblo con el puñal del sicario. Se llega al mismo punto desde el infierno y desde el cielo, y la sangre que mancha á Cain engrandece á Samuel.

ORM. Ravaillac hizo lo mismo que tú; como tú causó la muerte de un rey justo.

CROM. Le hirió demasiado bajo; á los reyes se les debe herir en la cabeza.

ORM. Alejaos de mí, ya que habeis atentado á la majestad de un rey.

CROM. La sangre todo lo mancha y todo lo purifica. (Dejemos á este incurable.)—Aquí está tambien el doctor Jenkins, y entre estos insensatos!

JENK. Teneis razon para decírmelo.

CROM. Preferísteis á mis favores participar con los sublevados de un castigo ejemplar.

JENK. Milord, debo advertiros que si podeis vengaros de nosotros, no nos podeis castigar. Es preciso definir bien las palabras *Tiranus non judex*. El tirano no es juez. Si por delaciones de un traidor ó de un tránsfuga habeis sido el más hábil en la lucha, si contais con la fuerza, nosotros contamos con el derecho. Podeis sustraernos violentamente á las leyes, pero si morimos, nuestra muerte será arbitraria y solo de hecho.

CROM. Pues bien; preparaos á subir á la horca.

Pausa.—CROMWELL, despues de un momento de meditacion, cruza los brazos y se dirige sonriendo á los caballeros.

Meditábais proyectos temerarios, y si no acierto á descubrir vuestra trama os apoderais de mí en mi propio lecho y me arrebatais la vida. Confieso que vuestros planes eran excelentes: me gusta el valor y me place la audacia; y aunque vuestros planes fracasaron, no dejan de parecerme excelentes. Poseidos de entusiasmo y de una idea tenaz, caminábais con osadía, con paso firme y recto, sin titubear, sin palidecer y sin temblar; fuísteis enemigos temibles y adversarios dignos de mí; no debo, pues, abatiros con el desprecio, y aprecio tanto vuestro valor, que no puedo perdonaros. La estimacion que os profeso quiero que sea pública, y os la voy á atestiguar haciéndoos ir á todos al cadalso. Dentro de pocas horas, cuan-

do el naciente dia derrame su primera luz, subireis á la horca.—Fuera de aquí!

Los guardias y LORD CARLISLE á la cabeza se llevan á los prisioneros. CROMWELL se queda unos instantes pensativo; despues se vuelve con viveza hácia THURLOE y dice:

Que lo preparen todo en Westminster. (Ya soy rey.)

Entra en White-Hall por la poterna, y THURLOE, despues de saludarle, váse por el parque.

ESCENA IX.

Los cuatro bufones. En cuanto salen los demás, GRAMADOCH asoma la cabeza fuera del escondite, mira con precaucion, y al ver que el teatro está desierto, hace señas de que le sigan á los demás bufones, que aparecen riendo.

GRA. Qué decís de esto?

GIR. Que estoy muerto de risa.

ELES. Es una escena del otro mundo lo que hemos presenciado.

TRICK. Inaudita, loca y bufona.

GIR. Es espectáculo asombroso y alegre ver desnudo á Cromwell; ver el fuego sin humo y á Belcebú sin máscara.

GRA. Entre todos los actores del drama fantástico, veamos cuál es el más loco y vamos á premiarle.

TRICK. Es Murray el más loco, porque despreciando á Cromwell, de un brinco salta desde éste á Cárlos, y toma una veleta por bandera.

GIR. No lo creas; es Ricardo, es ese hijo de Belial, que por amor á su padre quiere morir con Rochester.

TRICK. Hubiera sido gracioso que cuando Cromwell se encendió en ira hubiera matado á Ricardo.

GIR. Sí; pero entonces el drama hubiera terminado.

TRICK. Hubiera sido una lástima!

GRA. ¿De modo que concedeis á Ricardo la muñeca de honor, que es la palma de nuestro arte?

ELES. No; yo prefiero el candor doctoral de Jenkins.

TRICK. ¿No os pareció tambien muy divertido que Ormond diera á Cromwell lecciones de moral?

GIR. Pues el judío es un papel muy interesante. Es muy notable ese rabino espía, usurero y nigromante, que meditando siempre en la belleza del dinero, estudia los astros con su linterna.

ELES. Es un animal anfibio y extraño en los dos campos; al verle me pareció un murciélago que dá vueltas al anochecer sobre una tumba.

GIRAFF. Es tan exacta esa comparacion, que indudablemente Cromwell le clavará como un espantajo sobre cualquier cruz.

TRICK. El Protector castigará la jactancia de todos los caballeros, porque su horca tiene muchas cuerdas.

GRA. Sin embargo, Cromwell es el más loco de todos. Todavía quiere ser rey y la muerte está llamando á su puerta.

GIRAFF. Qué es lo que dices?

TRICK. Qué es lo que sabes?

GRA. Os lo diré más tarde.

ELES. Dílo ahora.

GRA. El misterio consiste en que á pesar de ser todo favorable para Cromwell, si dá el paso que intenta, caerá en el precipicio donde le espera la muerte. Asistid á su coronacion y os reireis mucho. Cromwell es indudablemente más loco que todos los enanos que aplasta su paso de gigante.

TRICK. Para dar fin al certámen hay que convenir en que los más locos, contando en este número á Cromwell, somos nosotros. Somos insensatos perdiendo un tiempo precioso que pudiéramos emplear en no hacer nada, en dormir, en distraer nuestro fastidio cantando ó en mirar cómo la luna refleja en el fondo de un pozo.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

Los trabajadores.

LA SALA GRANDE DE WESTMINSTER

A la izquierda, hácia el fondo, la puerta grande de la sala, vista oblícuamente.—En el fondo gradas semicirculares que se levantan á inmensa altura. Grandes colgaduras de tapicería tapan los huecos de los pilares góticos alrededor de toda la sala, dejando solo descubiertos los capiteles y las cornisas.—A la derecha se vé una pendiente revestida de tablas que figuran los escalones del estrado del trono. Muchos obreros se ocupan en trabajar allí cuando se levanta el telon; unos acaban de clavar las planchas de los escalones, otros de cubrirlos con rico tapiz de terciopelo de escarlata con franjas de oro, y otros se ocupan en levantar encima del estrado un dosel de la misma tela y del mismo color, que tiene grabadas las armas de CROMWELL.—Frente á frente del trono un púlpito. Varias tribunas alrededor de la gran sala. Son las tres de la madrugada; empieza á amanecer, y la luz del alba proyecta, á través de los vidrios y de la puerta entreabierta, rayos horizontales, que hacen palidecer la claridad de muchas lámparas de cobre de cinco picos, que alumbran á los trabajadores que están terminando la faena.

ESCENA PRIMERA.

LOS TRABAJADORES.

EL JEFE DE LOS TRABAJADORES. ¡Vamos! Terminemos pronto. El dosel es demasiado ancho.

A un trabajador que está de pié y con una Biblia en la mano.

Hermano, leed y edificadnos.

EL TRABAJADOR. (Leyendo.) "El santo templo tenia el arteson de cedro y el techo de abeto. Salomon lo construyó de espacio en espacio, en terrenos de á cinco palmos, con estacas de madera de cuatro caras, cubriendo con láminas de oro su obra inmortal y colocando en el oráculo, al lado del altar, dos querubines de pié y con las alas abiertas.„

TRAB. 1.° Pues nosotros hemos hecho más que Salomon; dicho rey, para dejar terminados sus trabajos, empleó mil siete años en edificar el templo y quince en edificar el palacio: á nosotros no nos han dado más que una hora para arreglar con suntuosidad esta gran sala.

EL JEFE. Bien dicho, Enoch. (A otro trabajador.) Tomad; esta escalera es mejor. Bien... Hay que cuidarse mucho para colocar bien el trono donde se ha de sentar el Protector.

TRAB. 2.° Es hoy la ceremonia?

EL JEFE. Sí. No os apresureis demasiado, no nos suceda lo que aquella noche...

ENOCH. Qué noche?

EL JEFE. No os acordais? Hace ya ocho años. Era una noche fria y oscura, la del 29 al 30 de Enero, en la que tambien trabajábamos para milord Oliverio.

TRAB. 2.° ¿No fué la noche en que levantamos el cadalso para el rey Cárlos I?

EL JEFE. Sí, Thom.

ENOCH. Ah! Ya recuerdo. Apoyamos el cadalso en el palacio; no hicimos una construccion grosera como las que se destinan para colgar rabinos ó para quemar brujos, sino un cadalso negro, bien edificado, como correspondia en aquella ocasion.

EL JEFE. Y sólido, capaz de sostener á todos los hijos de Herodes; en él podia morir cualquiera sin temor de que se viniera abajo.

THOM. (Que está en el estrado.) Menos sólido es este trono; el que sube en él tiembla.

ENOCH. El cadalso costó más de construir.

EL TRAB. (Que tiene la Biblia en la mano.) No se acabó de construir aquella noche; y á aquel cadalso hay que unir este teatro. (Señalando al trono.) Aquí nos domina Cromwell desde más altura, y concluye la obra empezada hace ocho años; este trono completa aquel cadalso.

THOM. Nahum, el Inspirado, lo vé todo con profundidad.

NAHUM. Catafalco por catafalco, prefiero el otro: ayer le tocó el turno á Cárlos, hoy nos toca á nosotros; en el catafalco negro Cromwell inmoló al rey y en el catafalco de púrpura vá á matar al pueblo.

EL JEFE. Silencio! No hableis de ese modo, que pueden oiros.

NAHUM. Qué me importa! Quisiera que me oyera Cromwell, y que si trata de proclamarse rey caiga, y que caiga maldito; y yo, que soy pobre y miserable, le predigo la muerte.

EL JEFE. (Imprudente!) (A ENOCH.) Solo nos falta colocar en el estrado el gran sillon real. Ayúdame, compañero.

Los dos suben los escalones cargados con el gran sillon, lleno de dorados y revestido de terciopelo de color de escarlata, y le colocan en medio del estrado.

THOM. Hermoso sillon! Sentado en él estará Cromwell como un rey.

ENOCH. La noche que me estábais recordando, yo mismo preparé para Cárlos un hermoso tajo de encina provisto de grapones y de doble cadena, casi nuevo; solo habia servido para lord Strafford.

TRAB. 3.° Recuerdo que vinieron á rogarnos que no diésemos tan fuertes martillazos.

EL JEFE. Fué el coronel de servicio, que nos dijo que tanto ruido no dejaba dormir al reo.

NAHUM. Lo extraño es que durmiese!

ENOCH. Me pagaron muy bien los trabajos de aquellas noches; con el dinero que me dieron tuvimos para vivir dos semanas mis diez hijos y yo.

TRAB. 5.° Ahora veremos si Cromwell se porta con nobleza y paga el trono tanto como pagó el cadalso.

THOM. Este trabajo solo es bueno para el tapicero Barebone, que es el encargado de poner los cortinajes, los sillones y los brocados, y que nos escamoteará las tres cuartas partes del salario.

NAHUM. Es un vendedor del templo, que pone un pié en el infierno y el otro en el cielo.

THOM. Silencio! Nos arrojaria de aquí si supiera que le tratamos como él trata á su señor. Aquí está. Punto en boca.

ESCENA II.

Los mismos y BAREBONE.

BAREB. Bien, muy bien; estoy contento de vosotros. Veo que habeis terminado. (Voy á despedirles.) Podeis marcharos, queridos hermanos; oponeos siempre al espíritu tentador y amad á vuestro prógimo, aunque sea perverso.

Llama al jefe del taller, que se acerca á él, mientras los trabajadores recogen sus herramientas y se llevan las lámparas y las escaleras.

Oid; es preciso que termineis en seguida la coraza de búfalo de Toledo que estais construyendo para milord Protector.

Se inclina hácia el jefe del taller y le dice al oido:

Sin que nadie se entere, del cuero que os sobre haced vainas para los puñales de los santos, nuestros amigos.

ESCENA III.

BAREBONE solo, contemplando el trono.

Por fin ha logrado que se le construyera el trono; por fin se levanta ante mi vista el execrable edificio en el que Cromwell nos ofrece á Nemrod en sacrificio, en el que se transforma en rey el jefe tan popular, en el que vá á cambiar de piel la serpiente rejuvenecida. Debe estar muy contento de mí, porque para parodiar bien á la majestad real, nada falta á ese trono abominable, á ese vergonzoso teatro, á ese altar inmundo, en el que he amontonado todas las magnificencias que he podido. Pero ya llegan aquí mis amigos los santos.

Entran los puritanos conjurados, llevando á LAMBERT al frente.

ESCENA IV.

BAREBONE, LAMBERT, JOYCE, OVERTON, PLINLIMMON, HARRISON, WILDMAN, LUDLOW, SYNDERCOMB, PIMPLETON, PALMER, GARLAND, PRIDE, JEROBOAN D' EMER y otros conjurados puritanos.

LAM. (Señalando el trono á sus compañeros.) Ya lo veis, hermanos; Cromwell, insistiendo en sus designios, prosigue en su obra de reprobacion. Todo lo tiene dispuesto en Westminster; el estrado y el dosel y las gradas, en las que un Parlamento vil vá á faltar á su juramento, postrado á los piés de Oliverio. Aprovechemos para obrar los instantes que nos quedan; juzguemos al que vá á proclamarse rey, ya que su crímen es tan patente que estais mirando el trono que se ha erigido.

OVERT. Lo que estamos viendo es un cadalso; si sube al trono será para caer de más altura. El mismo marca su última hora. La pompa que evoca debe ser la pompa fúnebre de su tumba, y nuestros puñales deben arrojar su cadáver á la sombra no vengada de Stuardo. Ese déspota hipócrita desentierra en beneficio suyo la monarquía proscripta, y por arrebatar á Cárlos el sangriento cetro, escarba en su sepulcro para robar á la tumba su corona. La muerte de Cromwell debe servir de escarmiento, y si más tarde alguno se atreve á imitarle, que tema el que lo intente que la púrpura real se convierta en mortaja.

LAM. (Vá demasiado lejos.)

OVERT. Anatema contra él!

TODOS. Anatema!

JOY. Cuando desenvainemos la espada debemos volverla á la vaina humeando y ensangrentada hasta el puño por segunda vez con la sangre de un rey.

PRIDE. Vino á buscar su sepulcro en Westminster, siendo el sacerdote supremo de su secta infiel, condenada al infierno; quiso además ser el ídolo; pues bien, para celebrar su fiesta, inmolémosle sobre su mismo altar.

GARL. (Fijando la vista en los primeros rayos del sol naciente.) Jamás brilló ante mí sol tan hermoso; jamás sentí tanto orgullo ni alegría en andar por el camino que el Señor me traza; ni cuando Strafford dobló la cabeza por nuestra voluntad entre la espada y el tajo. Ni cuando murió Land, prelado que desde su templo, en el que renacia Bethel, volvió hácia el Oriente el sacrílego altar; ni cuando Stuardo, orgulloso con sus antiguos derechos, tomaba por rayos de Dios los florones de los reyes, y soberbio se arrodilló ante el hacha del pueblo. Cada uno de ellos creyó, segun está escrito, bajo su forma humana inmolar al Antecristo, pero veo hoy que Sion, triunfante, hiere en Cromwell al fatal Sicofanta, y desde las gradas del trono mal asegurado le vuelven á hundir en el Tophet, de donde Satanás lo vomitó.

SYNDER. ¡Buena puñalada daremos hoy!

PRIDE. Gran honor será para los que pelean en nombre del Señor.

BAREB. (Los veo decididos á mancharme el trono de sangre; perderia mucho y no lo puedo consentir.) Cuanto decís tiene para mí la dulzura del ám-

bar, hermanos mios, y aunque soy el último miembro de la comunidad, escuchadme. Veo que quereis asesinar á Cromwell. Es esto lícito? ¿No prohibe el Todopoderoso herir y derramar sangre? Si sobre este punto dudais de lo que os digo, abrid el Génesis y leed el capítulo nueve y el libro de los Números, capítulo treinta y cinco.

Los puritanos se sorprenden y se indignan.

JOY. Quién se atreve á hablar así?

LUD. Os habeis vendido, Barebone?

GARL. ¿Quereis que perdonemos al Antecristo?

BAREB. (Balbuciente.) No he dicho eso...

SYNDER. Sereis un hermano traidor?

HARR. No somos bandidos ni asesinos á los que se debe condenar.

OVERT. Matar no es asesinar. Ante el altar en que brilla una llama pura, el impuro macho cabrío se transforma en víctima sagrada y el carnicero en sacrificador. Samuel, matando á Agac, y nosotros al Protector, representamos á los ministros del pueblo y del Altísimo.

JOY. (A BAREBONE.) Vuestras miradas siniestras me están indicando que tratais de salvar á Cromwell.

BAREB. ¡Gran Dios, yo proteger á Atila!

GARL. ¿Pues de qué nace la compasion que os inspira?

BAREB. De que derramar su sangre es violar la ley.

SYNDER. Y tendreis que teñir entonces la púrpura.

PRIDE. Barebone está loco.

LUD. El escrúpulo disfraza la traicion.

BAREB. Eso creeis?... (Asustado.)

SYNDER. (Furioso.) Silencio!

PRIDE. No reconozco á Barebone. Quizás un demonio ha adoptado su fisonomía para socorrer á Ammon.

GARL. Puede ser, porque esta noche he tenido un mal sueño.

SYNDER. (Sacando la daga.) Sometamos su mágia á la prueba de la espada.

BAREB. Pero al menos oidme.

LAM. Habla.

BAREB. Hermanos mios, no trato de salvarle de la muerte, que es muy justa; pero podemos matarle sin cometer un sacrilegio, por ejemplo, á golpes, estrangulándole ó envenenándole.

SYNDER. (Envainando la daga.) Eso es otra cosa.

GARL. Yo lo habia comprendido mal.

WILD. Veo que por fin piensas razonablemente.

OVERT. Aunque sea grave falta derramar la sangre, no tenemos tiempo para matarle de otro modo.

BAREB. Pues matadle como querais... (aunque me cueste caro).

HARR. Hermanos mios, demos gracias al Señor porque nos salva de que nos presten apoyo los caballeros; su ayuda hubiera empañado nuestra gloria; en esto se ve patente que el Señor reserva el triunfo para nosotros solos, pues Él es el que entrega lord Ormond á Cromwell, y Cromwell á los santos.

TODOS. (Agitando los puñales.) ¡Bendito sea el Señor!

LAM. Pensad en que el tiempo se pasa, y en que ahora mismo la multitud invadirá este sitio y pueden sorprendernos.

OVERT. (Bajo á JOYCE.) (Lambert siempre tiene miedo.)

LAM. No debe hacernos dormir nuestra halagüeña esperanza; debemos apresurarnos á concluir.

SYNDER. Pues librémonos de Cromwell.

LAM. Pero cuándo y cómo?

OVERT. Como espectadores curiosos presenciaremos la ceremonia, pero teniendo en la mano siempre el mango del puñal. Oiremos los discursos que se pronuncien, y cuando Cromwell reciba, sentado en el trono, la púrpura que le presente Warwick, el acero que le presente el lord Corregidor, los sellos de manos de Whitelocke, la Biblia de manos de Widdrington, y cuando tome la corona de manos de Lambert, ese debe ser nuestro instante decisivo. Entonces le rodeamos, y cuando en su frente luzca la impura diadema, nos lanzamos sobre él.

TODOS. Sí, sí!

LAM. Quién le herirá el primero?

SYNDER. Yo.

PRIDE. Yo.

WILDMAN. Yo.

OVERT. Ese honor me pertenece.

GARL. Yo le reclamo tambien, porque para que el golpe sea más seguro he bendecido la hoja del puñal.

HARR. Debo yo herirle el primero, porque le debe mi daga un golpe por cada uno de los cien nombres del Señor, y hace quince dias que mi brazo se está ejercitando en herir á un Cromwell de cera.

LUD. La gloria de ser el primero en esta ocasion es grande, y yo concibo que todos la deseemos; pero es muy oportuno en tan críticos instantes que todos nos sacrifiquemos por el público interés.

Imitadme; yo renuncio á este honor y se lo confiero al general Lambert.

LAM. (¡Nadie le pedia esa generosidad!)

PRIDE. Tiene razon Ludlow.

SYNDER. Creo lo mismo.

LAM. (Balbuceando.) Hermanos mios, tanto honor me sirve de consuelo en mis aflicciones... (No debo renunciar.)

WILD. Vais á tener la dicha de hacer caer á Cromwell.

GARL. Vais á tener á Satanás á los piés como el Arcángel.

LAM. (Turbado.) Me confunde tanto honor...

OVERT. (Bajo á JOYCE.) Observad qué pálido está.

JOY. (Bajo á OVERTON.) Es un cobarde.

LAM. Vuestra eleccion me llena de alegría, pero...

SYNDER. Vuestro papel será tan fácil como brillante. En este sillon se sentará Cromwell.

Sube al estrado y le indica á LAMBERT el sitio que debe ocupar cerca del trono.

Vos os colocareis aquí.

LAM. (Ya no lo puedo impedir.)

SYNDER. Y desde aquí, sin esfuerzo, solo separando su manto, al entregarle la corona, le hundís el puñal en el corazon. Os envidio.

LAM. (A SYNDERCOMB.) Como buen hermano, os cedo el sitio de honor, si quereis admitirlo.

LUD. No; sois necesario para desempeñar ese papel. Teneis que presentarle la corona, y nadie puede colocarse tan bien como vos para herirle; encargar esto á cualquiera de los demás seria arriesgarlo todo.

LAM. Pero yo soy el menos digno...

OVERT. Qué es eso! Vacilais?

LAM. No, no, yo le heriré.

TODOS. (Agitando los puñales.) ¡Muera el amalecita! Muera Oliverio Cromwell!

BAREB. Os suplico, hermanos mios, que me hagais un favor. Cuando liberteis á Israel de un rey falso, cuando deis de puñaladas á Cromwell, no me mancheis el trono; el terciopelo ese es muy caro y vale diez piastras cada ana.

Nueva esplosion de indignacion entre los conjurados.

SYNDER. Es un vil publicano!

PRIDE. Es un avaro!

GARL. ¡Creo oir hablar á Nabucodonosor!

WILD. ¿Has aprendido la parábola del mal rico?

LUD. Al sacrificar la vida no debe pensarse en el óbolo.

BAREB. Permitidme que yo me explique: no soy rebelde á Dios ni traidor á la república por tener cuidado de los bienes que del cielo he recibido; desde la base del trono hasta lo alto del dosel tiene diez codos de altura; ¿no he de temer que se me estropee cuando esto es todo lo que yo poseo?

HARR. (Contemplando el trono.) Verdaderamente es precioso y yo no me habia fijado en él: las bellotas son de oro puro, y solo ese sillon de brocado vale mil jacobos.

BAREB. Lo menos.

SYNDER. El Dios que nos protege, hermanos, concede á sus santos los bienes del mundo. El trono nos pertenece si Cromwell muere en él, y repartiremos entre todos sus despojos.

BAREB. Eso no! ¡Cielos, el brocado de oro y los cortinajes de seda!

OVERT. Matémosle primero; despues ya nos ocuparemos de lo demás.

TODOS. Amén!

BAREB. (¡Estos santos son piratas y quieren saquearme!)

OVERT. Hermanos, esperando que Israel ataque cuerpo á cuerpo al rey de Babilonia sentado en el trono, y enarbolen nuestras manos contra Oliverio I el estandarte donde haremos revivir el arpa y la palmera, seis de los nuestros se apostarán en la sala de guardias.

TODOS. Bien!

OVERT. Doce de vosotros, ocultando los puñales, se agruparán en las gradas del vestíbulo; cuatro en las Aides; otros cuatro en el patio de las Tuteles. Los demás se diseminarán por todas las capillas de los Plantagenets, de los Stuardos y de los Tudors, defendiendo las escaleras é impidiendo el paso por los corredores. Y pierda ó gane Oliverio, podremos cerrarle ó abrirnos el paso, y atizando la cólera de la multitud que llenará el palacio, apresurar la erupcion del volcan popular.

TODOS. Sí, que le devore.

LAM. Hermanos, la hora ha llegado; salgamos. (Cómo le daré el golpe?)

LUD. Salgamos.

Todos los conjurados, menos BAREBONE, salen procesionalmente lo mismo que entraron. En el momento de llegar LAMBERT á la puerta de la sala, OVERTON le retiene por el brazo.

ESCENA V.

LAMBERT, OVERTON y BAREBONE.

Oculta á BAREBONE á la vista de sus dos compañeros el estrado del trono.

OVERT. Milord general?

LAM. Qué quereis?
OVERT. Deciros una palabra.
LAM. Decídmela.
OVERTON se lleva á LAMBERT hasta el proscenio.
OVERT. Teneis seguridad en el pulso?
LAM. Lo dudais!
OVERT. Lo dudo.
LAM. (Con altivez.) Os atreveis...
OVERT. Escuchadme. Para derribar á Cromwell fia Israel la espada á vuestra mano; sois el elegido para cortar el nudo del drama terrible. Recibísteis, sin embargo, sobresaltado un honor que yo hubiera pagado al precio de mi sangre y hubiérais deseado no ser el elegido; os conozco á fondo y sé que sois ambicioso y cobarde.

LAMBERT hace un gesto de indignacion y OVERTON le detiene.

Dejadme concluir; he descubierto vuestros planes, que disfrazábais mal. Sé cuáles son vuestros designios; deseais en la rebelion comun desarrollar vuestra ambicion, y contais con nosotros para aseguraros el triunfo. Vuestro orgullo imagina que un enano ridículo puede reemplazar á un gigante; en una palabra, deseais ser el heredero de Cromwell. Pero milord, este peso es excesivo para vuestras fuerzas. Vuestra ceguedad os hace creer que el pueblo está de vuestra parte y os secunda, como si se hubiera visto alguna vez en la historia del mundo que cuando oprime el yugo á hombres libres, pese menos un tirano por ser mas pequeño.

LAM. (Furioso.) ¡Coronel Overton, me dareis satisfaccion de semejante injuria!

OVERT. Más tarde os la daré como querais. En este momento, por desagradable que os sea, deseo que oigais de mis labios la voz ruda de la verdad. No sois rey todavía para tener aduladores; por lo que, sin preocuparme de vuestros sueños imperiales, hé aquí lo que el deber me obliga á deciros: Teneis que herir y os hace temblar el papel que debeis desempeñar en el drama; pero entre los espectadores que os rodeen, yo estaré cerca de vos. Si vuestra mano titubea, si cuando Cromwell se ciñe en su frente la corona no le dais de puñaladas, yo seré más rápido que vos. Veis este acero? (Enseñándole la daga á LAMBERT.) Pues antes de penetrar en su corazon penetrará en el vuestro.

LAMBERT retrocede con estupor y con cólera.

Ahora podeis elegir entre las dos cobardías.

Váse.

ESCENA VI.

LAMBERT y BAREBONE, siempre en un rincon del teatro.

LAM. (Temblando de rabia y siguiendo con la vista á OVERTON hasta que desaparece.) Insolente! Oid! Oid! Me ha ruborizado y no le castigué! ¡Me ha humillado el traidor! Me persigue la desgracia desde que conspiro; cada vez me lanza más lejos del objeto de mis aspiraciones, y me amenaza con perderlo todo en la hora de la victoria. Retroceder es caer en el abismo; avanzar es caer en el volcan; caer en las manos de Overton ó en las de Cromwell, ser víctima ó ser verdugo. No tengo más remedio que herirle de muerte... Pero matar á Cromwell entre los suyos, á Cromwell que me ha colmado de honores, ¡es una negra ingratitud!

BAREB. (Pensativo.) (¡Escamotearme un capital que es suficiente para fundar una banca!...)

LAM. Ambicion fatal, me has hecho volar á demasiada altura; mis piés iban tanteando el trono y tropiezan con el tajo. Alguien viene... Acude ya la multitud; voy á vestirme para la ceremonia.

BAREB. (¡Esos falsos hermanos envidian mis bienes!)

Se vá, absorbido siempre en su mismo pensamiento.

ESCENA VII.

TRICK, GIRAFF, ELESPURU y despues GRAMADOCH.

Los tres bufones llegan á la puerta principal y aun ven á BAREBONE que se vá.

TRICK. ¡Mira, mira á Barebone con la cabeza baja!
GIR. No, no está contento.
ELES. Es un tonto fanático.
TRICK. Un Jeremías mercader.
ELES. Él ha arreglado todo esto para Cromwell.
TRICK. Le roba.
GIR. Hace más, le asesina.
TRICK. Calma en él su sed de oro y de sangre, y le quiere robar al mismo tiempo la bolsa y la vida.
ELES. Eso no nos importa.
GIR. Dónde nos colocamos?
TRICK. En esta tribuna.
ELES. Bien pensado; aquí hay sitio para todos.

Los tres bufones pasan por detrás de la tapicería y suben á la tribuna.

TRICK. Se está bien aquí.
GIR. Veremos bien la funcion.

ELES. (Extendiéndose en un almohadon y bostezando.) Buen sitio para dormir. Hemos sido muy necios, Trick, en estar velando esta noche y recibiendo la humedad de los árboles por ver desarrollarse al aire libre el drama escena tras escena, y corriendo el peligro de pillar un reumatismo.

TRICK. Cromwell nos vá á indemnizar con su coronacion, pues Gramadoch nos ha prometido que tendrá raro desenlace.

GIR. Ahora mismo le veremos radiante de gloria, llevando la cola de Cromwell y empuñando la vara de marfil.

ELES. Vaya una gloria! Yo no soy más que un bufon y desdeñaria llevar la cola al rey Cromwell.

GIR. Por más que Gramadoch quiera tener aspecto noble, será siempre un bufon.

TRICK. ¿Sabreis decirme por qué Cromwell quiere que le lleven la cola?

ELES. Para impedir que el manto real arrastre por el barro y barra la sala.

TRICK. Comprendo el motivo y me parece natural; pero ¿quién impedirá que le arrastre á Cromwell?

ORM. Ya lo hubiera impedido lord Ormond.

ELES. Si Cromwell no le hubiera enviado al infierno, con los piés desnudos, con la cuerda al cuello, á hacer penitencia.

GIR. Pobre hombre! ¿Le han ahorcado ya?

TRICK. No.

GIR. Me alegro, porque así, cuando hayamos visto terminar este drama fastidioso, quizá lleguemos á tiempo de verle ahorcar. Es preciso divertirse!

TRICK. Pues si eso es lo que te acomoda, quizá veamos algo de eso dentro de este palacio, porque me parece que la muerte tambien tiene papel en el drama. Me dice mi instinto que Cromwell camina directamente á su perdicion, porque su suerte fabulosa le ha abandonado. Vengo de recorrer todo Lóndres y sé que se han coligado contra él todos los partidos; todos le amenazan.

ELES. Y el pueblo?

TRICK. Está á la espectativa. Se parece al leopardo, que espera cuando vé dos lobos que luchan, y deja que se maten ambos, convencido de que él devorará al que quede vivo. En una palabra, creo que la mina está cargada y que estallará bajo los piés de Oliverio.

GIR. (Alegre.) Gran algazara vamos á mover los locos y los santos; ellos blandirán las espadas y nosotros aplaudiremos.

TRICK. A propósito, señores, me ocurre una idea. Cuando Gramadoch, que solo tiene un codo de altura, sostenga gravemente la cola del manto de Cromwell ante todo el Parlamento, y en el momento más solemne, vamos á provocar su risa haciéndole muecas.

ELES. Bien pensado.

GIR. Sí, sí.

TRICK. Pero... qué veo! aquí viene.

GIR. (A GRAMADOCH.) ¿Cómo es que vienes aquí sin vestirte para la ceremonia?

GRA. Para dar más brillo á la córte del nuevo rey, el hijo de lord Roberts se ha apoderado de mi empleo, y viendo que un gran señor quiere ser mi compañero, me resigno á ser hoy porta-cola honorario.

ELES. ¡El hijo de un lord llevar la capa de Oliverio! Nuestra vergüenza constituye su gloria y se digna envidiarte. Sube aquí, que quiero abrazarte, porque eres la honra de los bufones.

GRAMADOCH sube á la tribuna y sus camaradas le abrazan.

GIR. Nuestra alegría no era completa porque faltabas tú.

TRICK. Sí, cuanto más bufones hay más nos reimos, como dijo el otro; es preferible que estemos los cuatro juntos.

GRA. Yo tambien lo prefiero. Pero aquí viene Milton. La suma ya está completa.

ESCENA VIII.

Los cuatro bufones y MILTON.

MILTON, acompañado por su guia, avanza lentamente y contempla el trono: está abatido por sombría desesperacion.

MIL. Esto es hecho. Apuremos el cáliz, aceptemos el suplicio con todos sus tormentos; veamos cómo se proclama rey. El teatro está ya dispuesto, y antes de que el dia termine descenderá á la tumba ó se elevará al trono.

TRICK. (Bajo á GRAMADOCH.) El chantre de Satanás canta bastante bien en el púlpito.

GRA. (Bajo á TRICK.) No predica mal para no haberse ceñido la mitra.

MIL. Es desconsolador tener que odiar al arcángel mortal, que en un altar hubiera yo colocado. ¡Me ha mecido en un falaz error el hombre en quien yo adoraba la verdad!... Vengo á decirte adios para siempre, rey fatal, que te rebelas contra el pueblo y contra Dios. Apodéra-

te, pues, del realismo de César y del duque de Guisa, que los que te doran la corona están afilando los puñales.

Se retira á un rincon del teatro, al lado opuesto de donde están los bufones, y se queda allí inmóvil.

ESCENA IX.

Dichos, hombres y mujeres del pueblo; luego WILLIS, despues OVERTON, SYNDERCOMB y los conjurados puritanos.

Llega la gente del pueblo tumultuosamente, y una voz dice desde dentro:

Por aquí!

MIL. (A su paje.) Quién viene?

EL PAJE. Gente del pueblo.

MIL. (Amargamente.) Ah, sí! El pueblo!...

HOMBRE 1°. Todavía no están aquí los guardias.

HOMB. 2.° Hemos llegado los primeros.

HOMB. 3.° Ocupemos los mejores sitios.

Se colocan cerca del trono. Entra RICARDO WILLIS envuelto en la capa.

TRICK. Mirad entre la multitud aquel hombre que mira bizco; es el espía Willis.

Entra OVERTON y SYNDERCOMB, y se confunden con el grupo de los espectadores.

HOMB. 1.° La ceremonia será magnífica.

HOMB. 2.° Soberbia.

HOMB. 3.° Oliverio sabe hacer bien las cosas.

MUJER 1.ª El trono es de oro macizo.

MUJ. 2.ª Las franjas son preciosas.

MUJ. 3.ª Tendremos mucha alegría y muchas fiestas.

MUJ. 1.ª En vez de predicadores monótonos tendremos bailes.

MUJ. 2.ª Y carreras de caballos.

MUJ. 3.ª Y representaciones teatrales.

Un soldado viejo, inmóvil hasta entonces, dá un paso hácia las mujeres y grita con voz tonante:

SOLDADO. Mujeres, callad!

HOMB. 1.° Qué dice ese soldado?

HOMB. 2.° ¿Qué tiene que reprochar á nuestras esposas?

SOLD. (A los hombres.) Mujeres, callad!

LOS HOM. Nosotros mujeres?

SOLD. Sí, sois peores que ellas.

OVERT. (Tocando en el hombro al soldado.) Sin duda os han colmado de injusticias, veterano; sin duda, despues de muchos años de servicio, os han quitado el empleo.

SOLD. Teneis razon.

OVERT. (A la multitud.) Amigos, el soldado dice bien; no es oportuno reir cuando el pueblo de Israel llora; cuando un hombre, oprimiendo á los que le han protegido, viene á imponer un trono al pueblo; cuando todo empeora las desgracias que la Inglaterra sufre.

HOMB. 1.° Eso es verdad; pero ese soldado habla con demasiada dureza.

La multitud aumenta poco á poco.—Entra el trabajador NAHUM.

OVERT. Hermanos mios, perdonad á ese noble mártir, que habla con el corazon lacerado, y dejad que mezcle su amarga queja á los gritos de nuestra pobre madre la pátria, que está sufriendo ahora el alumbramiento de un rey.

HOMB. 3.° No sé por qué la palabra rey me hace daño.

HOMB. 2.° Lo que yo no comprendia, ese señor acaba de explicármelo.

NAHUM. Un rey es un tirano.

HOMB. 2.° Viva la República!

OVERT. Y un rey como Cromwell, falaz y opresor. Qué era ayer?

SOLD. Un soldado.

UN COMERCIANTE. Un cervecero.

HOMB. 3.° No podremos impedir que se verifique esta fiesta horrible.

HOMB. 1.° ¡Atreverse Cromwell á usurpar la corona!

NAHUM. En él es una impiedad querer ser rey.

HOMB. 2.° Un crímen.

HOMB. 1.° Además, está proscripta la monarquía

OVERT. Todo el pueblo tiene derecho á ese trono.

HOMB. 1.° ¿Por qué le habia de tener él solo?

OVERT. Porque el infierno le marca el camino que debe seguir, y resucita á los reyes y los abusos antiguos y nos quiere aplastar con el peso de un trono abominable.

MUJ. 1.ª Se dice que ha hecho pacto con el diablo.

MUJ. 2.ª Se cuenta que de noche le relucen los ojos.

MUJ. 3.ª Se refiere que tiene tres filas de dientes en la boca.

Van entrando poco á poco los conjurados puritanos, menos LAMBERT. Se estrechan la mano cuando se encuentran y se confunden silenciosamente con la multitud.

NAHUM. Él es el mónstruo que anunció San Juan.

HOMB. 2.° Es la bestia del Apocalipsis.

OVERT. Al fin tendremos que ir á la puerta de su palacio á pedir limosna.

NAHUM. No es el trono lo que necesita Cromwell; le hace falta la horca de Aman y la cruz de Barrabás.

SYNDER. Muera Cromwell!

WILL. (Entre la multitud.) Muera! ¡Muera el usurpador!

MIL. Hablad más bajo. (A la multitud.)

SOLD. No queremos.

NAHUM. Las sentencias de Dios se proclaman en voz alta.

OVERT. (Al soldado.) Silencio!

Dice esto al ver que entra un destacamento de soldados del regimiento de CROMWELL, con uniforme rojo, con corazas y mosquetes.

Vienen á poner la guardia; ahora ya es preciso hablar con tiento.

Los soldados empujan hácia atrás al pueblo por las dos partes de la sala.

EL JEFE DEL DESTACAMENTO. ¡Plaza á los coraceros del leon de Inglaterra! Haceos hácia atrás.

HOMB. 1.° (Se conoce en su aire altivo que pertenece al regimiento del Protector.)

EL JEFE. Soldados! Ya que el Espíritu Santo nos reune, roguemos todos á Dios por nuestro general.

OVERT. Por vuestro general? Decid por vuestro rey.

EL JEFE. ¿Quién se atreve á insultarle?

OVERT. Yo.

EL JEFE. Pues vos mentís.

OVERT. Digo la verdad.

EL JEFE. ¡Ya se guardará Cromwell de ser rey!

OVERT. Lo vá á ser ahora mismo.

EL JEFE. Quién lo ha dicho?

OVERT. Mirad.

Entra el CAMPEON DE INGLATERRA, á caballo, armado de todas armas y flanqueado por cuatro alabarderos, que llevan delante de él una bandera que tiene bordadas las armas del Protector.

ESCENA X.

Dichos y el CAMPEON DE INGLATERRA.

SOLD. (Bajo á OVERTON.) Oigamos lo que vá á decir.

EL CAMPEON. (Parando el caballo delante del trono.) Hosanna! Os hablo en nombre del Dios vivo. El ilustre Parlamento, despues de implorar durante mucho tiempo por medio de plegarias la inspiracion del Espíritu Santo para poner fin á los males que afligen al pueblo y á la fé, se apoya en Oliverio Cromwell y le proclama rey.

Murmullos entre la multitud.

TRICK. Ya se indignan los cantores de psalmos.

CAMPEON. Si se encuentra en Lóndres ó en sus tres reinos cualquier hombre jóven ó viejo, plebeyo ó caballero, que se atreva á disputar su derecho á Oliverio Cromwell, yo, que soy el campeon de Inglaterra, le desafío á daga, á hacha, á sable ó á cimitarra, y le inmolaré sin cuartel y sin piedad, colgando su escudo de las crines de mi caballo. Si ese hombre se encuentra aquí, que venga y que hable y que sostenga su derecho con la punta de la espada. Vosotros todos sois testigos de que yo, limpio de todo pecado, le arrojo el guante, que quito de mi mano derecha.

El CAMPEON arroja su guantelete ante el pueblo, saca la espada y la blande por encima de la cabeza.

EL PORTA-ESTANDARTE Y LOS ALABARDEROS DEL CAMPEON. Hosanna!

Silencio de estupor en el pueblo. Todas las miradas se dirigen al guantelete.

CAMPEON. Nadie contesta?

OVERT. (Si no fuera conveniente callar...)

MIL. ¿Por qué arrojar un solo guante, campeon de Inglaterra? Vuestro señor debió arrojar tantos guantes cuantos vasallos cree tener.

Movimiento de aprobacion en la multitud.

CAMPEON. Quién contesta? ¡Ah, es aquel ciego! Alejaos de aquí, buen hombre.

Los soldados hacen retroceder á MILTON.

MIL. (Retrocediendo.) Es una desgracia ser ciego.

CAMPEON. Estoy esperando. ¿Nadie me contesta?

SOLD. (Es arrogante y necio.)

SYNDER. (Bajo á OVERTON.) No sé qué mano me detiene que no le castigo.

OVERT. (Bajo á SYNDERCOMB.) Es indispensable tener prudencia.

GRA. (Esos locos van á embrollar la partida si recogen el guante. El drama no tiene desenlace, es preciso impedirlo.)

TRICK. Y cómo?

CAMPEON. Ninguno me responde?

GRA. (Saltando de la tribuna á la sala.) Sí, yo.

Sorpresa en la multitud.

CAMPEON. (Asombrado.) ¿Tú recoges el guante?

GRA. (Levantándole del suelo.) Sí.

CAMPEON. Quién eres tú?

GRA. Un hombre que vive de hacer muecas, como tú. Nuestras dos máscaras son engañadoras; mis gestos hacen reir y los tuyos causan miedo.

CAMPEON. Tienes aire de pillastre.

GRA. Como tú.

CAMPEON. Ah! Es un bufon. (Con desprecio.)

GRA. Precisamente. Por gusto y por sistema pertenezco á la corte, por mi

cualidad de bufon, como tú has dicho.

MIL. Qué significa esta parodia?

Los otros tres bufones se rien á carcajadas en la tribuna.

GRA. Vamos á batirnos.

CAMPEON. ¡Infeliz payaso, márchate ó mando que te azoten!

GRA. No me trates con tanto desden, que tú eres un maniquí como yo, pero menos alegre. Cromwell nos paga á los dos para que hagamos ruido, para que tu voz sea una campana y la mia un cascabel; yo soy un porta-cola, pero tú eres su porta-voz.

CAMPEON. Qué arma eliges?

GRA. Yo? Este sable de madera.

Lo desenvaina y lo agita en el aire.

No necesito más arma que ésta para batirme con un guerrero de paja. ¡En guardia, capitan!

CAMPEON. (Señalando á GRAMADOCH.) ¡Prended á ese bufon!

Los guardias se apoderan de GRAMADOCH.

GRA. (Debatiéndose para no dejarse coger y riendo.) Estoy en mi derecho! ¡El cobarde me hace prender porque me tiene miedo!

Los tres bufones aplauden y se rien á carcajadas.

CAMPEON. No habiéndome disputado nadie el derecho que quiero hacer constar más que un ciego y un bufon, delante de todo el mundo proclamo á Oliverio Cromwell rey de Inglaterra.

ALAB. Dios salve á Oliverio rey!

Profundo silencio en la multitud y en la tropa.

CAMPEON. Pasemos adelante.

Váse lentamente con su cortejo.

ESCENA XI.

Los mismos menos el CAMPEON DE INGLATERRA y sus alabarderos. (1)

VARIAS VOCES DE LA MUCHEDUMBRE. ¿Eso es que ya vá á salir de White-Hall?—Me parece que sí.

Se oyen voltear las campanas y cañonazos con intervalos iguales.

—Silencio! ¿Oís las campanas y el cañon?—Sí; ya sale.—¡Gran Dios, cuánta gente hay en la plaza!—La multitud parece un hormiguero de cabezas.—En la plaza se han alquilado los balcones muy caros.—Para ver á Cromwell! ¡Para ver á un hombre de carne y hueso! Estos babilónicos están locos.—Ay! me ahogo! —Mirad, ya desemboca en la plaza el cortejo.—Ah!...

Movimiento en la muchedumbre. Todas las miradas se dirigen con avidez hácia la puerta grande de la sala.

—Quién es ese que marcha delante?—Es el mayor Skippon, es un soldado que tiene mucha fama.—Los santos piensan manejar mucho los puñales.—No los manejarán tan bien como en White-Hall el 30 de Enero.—Si no me estuviera ahogando, iria á estrangularte.—¡Silencio!—Aquí está el lord Corregidor.

Sale el LORD CORREGIDOR con los aldermens y todos los guardias y dependientes de la ciudad. Se detienen á la izquierda de la puerta grande. Entran los tribunales en procesion y se sientan en las gradas del fondo de la sala.

—Ahí están los barones de los tribunales con trajes de color de escarlata.

UN UJIER. (Que aparece en el umbral de la puerta y grita.) Plaza al Parlamento! Plaza!

Entra el PARLAMENTO en dos filas, precedido del ORADOR, ante el que marchan los maceros, los ujieres y los demás dependientes de la Cámara.

—Cómo se llama el orador?—Se llama Tomás Widdrington.—Parece un buen hombre.—Pues es un Judas.

OVERT. (Bajo á WILLIAM.) El pueblo es rencoroso; ya veis, ni una sola voz ha gritado: Dios guarde á los Comunes!

WILL. (Bajo á OVERTON.) ¡Dios confunda á todos los miembros del Parlamento! Todos están vendidos al intruso y le adoran.

TRICK. Qué vá á pasar aquí?

GIR. Qué nos importa?

ELES. Por de pronto Gramadoch ya nos ha hecho reir.

UN UJIER. (Desde el balcon de la gran tribuna que está enfrente del trono.) Milady Protectora.

Aparece la Protectora acompañada de sus cuatro hijas; se sientan en la parte de delante de la tribuna, cuyo fondo ocupan las damas de su servidumbre. En el momento que entra en escena la familia de CROMWELL se opera gran movimiento y gran murmullo en la Asamblea, y todas las miradas se fijan en la tribuna.

—La Protectora tiene aspecto de ser poco inteligente.—Es hija de un tal Boucher.—Pero en cámbio ha producido una graciosa Eva.—Dónde está?—A su derecha.—Es lady Francisca.—Su hija?—Sí. —Entonces tiene seis ó siete el Protector.

(1) El autor del drama suprime en estas escenas el nombre de los interlocutores que van tomando la palabra, comprendiendo que es indiferente que las pronuncie cualquiera de los personajes, y comprendiendo tambien que ésta obra es irrepresentable, por ser muy extensa, *(a)* como su autor indica en el prólogo, y por otras razones que no indica, pero que indudablemente estarán al alcance de los lectores.

(N. del T.)

(a) No resulta este drama tan extenso para los lectores españoles como para los lectores franceses, porque al transportarle á nuestra lengua en esta traduccion hemos aligerado lo posible la accion dramática, cercenando todos los monólogos y los parlamentos largos y condensando bastantes escenas, como el podador que corta las ramas supérfluas del árbol demasiado frondoso, que impiden el total desarrollo de su fuerza, que se diseminaba excesivamente.

(N. del T.)

—No, cuatro, las que están delante.—Qué calor hace!

Se oye un cañonazo en la plaza, muy cerca de Westminster.

SYNDER. (Bajo al grupo de los conjurados.) ¡Ya llega!

Segundo cañonazo. Gran murmullo en la plaza.

OVERT. Cada uno á su sitio. (A los conjurados.)

Siguen oyéndose cañonazos á intervalos iguales. El Ayuntamiento sale á recibir al Protector.

—Ah! Ya está ahí!—Viene solo en la carroza.—Está mirando el reloj.—El corregidor y los sherifs le salen al encuentro.—Sabeis cómo vá vestido?—De terciopelo negro.—El corregidor le aborda.—La carroza se pára.—Le dirigen una arenga y él contesta moviendo la cabeza.—Le entregan un memorial, que él dá á lord Broghill.—El Protector contesta á la arenga.—Es lástima que no se pueda oir lo que dice.—Se apea del carruaje.—Vá á rezar á Dios en la sala de la Cancillería.—Que se vaya á rezar al infierno.—Silencio! — Mirad al porta-espada y despues al porta-cola.—Y al reverendo ministro con su capa azul.—El lord corregidor, á caballo, precede á su carroza con la espada desnuda.—Ese usurpador feroz tiene el aspecto de los reyes antiguos.—Muera Oliverio el último!—Dejádmele ver.—Aquí está.

CROMWELL, rodeado de su séquito, aparece en el umbral de la puerta grande.—Murmullo en la muchedumbre, que se descubre con respeto.—El Protector vá vestido de terciopelo negro, sin espada y sin capa.—Cerca de él y delante se coloca el LORD CORREGIDOR, con la espada desnuda y levantada; detrás, tambien con la espada en alto, LORD CARLISLE. Con el séquito llegan los generales DESBOROUGH, FLETWOOD, THURLOE, STOUPE, los secretarios de Estado y los secretarios particulares del gabinete, RICARDO CROMWELL, HANNIBAL SESTHEAD, con sus pajes dinamarqueses; multitud de generales y de coroneles, y el predicador LOCKYER.—Se coloca junto á la puerta de la derecha el grupo de grandes dignatarios que deben figurar en la ceremonia; LORD WARWICK lleva la púrpura real en almohadones de terciopelo rojo; LORD BROGHILL el cetro; el general LAMBERT la corona; WHITELOCKE los sellos del Estado; UN REGIDOR, que representa al CORREGIDOR, la espada; UN ABOGADO de los Comunes, que representa al ORADOR DEL PARLAMENTO, la Biblia.

ESCENA XII.

CROMWELL, su familia, su séquito y la muchedumbre.

En cuanto CROMWELL aparece en la puerta grande, cesan de oirse el vuelo de campanas, el toque de clarines y los cañonazos, pero en cámbio se oyen las aclamaciones desde fuera de palacio.

VOZ FUERA. ¡Viva el lord Protector de Inglaterra!

OVERT. (Bajo á GARLAND.) Esas aclamaciones son pagadas.

GARL. (Bajo á OVERTON.) No tardaremos en hacerlas callar.

CROMWELL dá algunos pasos en la escena. Silencio profundo.

CROM. ¡La paz sea con vosotros, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

VARIAS VOCES. Viva Cromwell!

THUR. (Bajo á CROMWELL.) El pueblo os apoya y os idolatra.

CROM. (Bajo á THURLOE.) Como hoy aplaude mi elevacion, mañana aplaudiria mi suplicio.

EL ORADOR DEL PARLAMENTO. Milord, cuando Samuel ofrecia sacrificios, por medio de una parábola viva manifestaba al rey Saul que era un peso excesivo para un hombre solo el gobernar un pueblo entero, por lo que Maximiliano dice con frecuencia que es muy difícil gobernar un imperio. En efecto, hay pocos mortales capaces de dirigir el paso de las naciones. El inmenso carro que arrastran los acontecimientos, cargado de hombres, rueda pesadamente, y para guiarle por escabrosos caminos se necesitan brazo fuerte y manos poderosas, por lo que es dificilísimo escoger un hábil conductor: deben elegirle dos poderes, y necesita reunir la eleccion del pueblo y la eleccion de Dios: escogido así, llegará á ser uno de los pocos é ilustres mortales que como faros alumbran á los pueblos, cuya luz siguen desde lejos. De lo que acabo de decir se deduce que solo un brazo poderoso y hábil es capaz de dirigir la marcha de un pueblo, y que el pueblo necesita un jefe, y el mundo un hombre; este hombre, milord, sois vos.

CROM. (Al ORADOR.) Agradecido, manifiesto á todas horas mi reconocimiento al Todopoderoso, porque me ha impulsado á conseguir la grandeza y la prosperidad de Inglaterra. En Irlanda, á pesar de las discordias civiles, la fé rápidamente invade las ciudades; y la carnosidad de la úlcera papista, que quema Harry, mi teniente, la estirpa con una mano y la cauteriza con la otra. Dentro de sus murallas Roma ya no tiene ningun apóstol. En Escocia á los *claus* se les ha obligado á cumplir con su deber. En el exterior todo vá bien. Dunkerque no tiene esperanza de salvarse, é Inglaterra, aliándose con Francia, influyen sobre España. Nuestro comercio en la India ha progresado mucho. He enviado dos escuadras á la Jamaica. El toscano está ya arrepentido, le perdonaremos; y cuando todo á nuestro alrededor esté pacificado, iremos á salvar al moscovita de

las hordas del Sultan, ya que éste nos invita y ya que Dios secunda nuestros proyectos. Ya que conseguimos el favor celestial, inclinemos la frente y doblemos las rodillas; recemos para que el Espíritu Santo descienda hasta nosotros.

CROMWELL se arrodilla; todos le imitan. Momentos de silencio y de recogimiento.

SYNDER. (Bajo á OVERTON y á GARLAND.) Ahora que todos están arrodillados, con las espadas en el suelo y distraidos, ¿por qué no nos arrojamos sobre él?

GARL. Ahora no. ¡Matarle cuando está rezando!

SYNDER. Pues qué hacemos?

GARL. Rezar tambien, por que Dios le pierda. Que elija Dios entre las dos oraciones.

CROM. (Levantándose.) Vamos!

Todos le imitan. El conde de WARWICK avanza con pasos lentos y mesurados hácia el Protector, pone una rodilla en tierra y le presenta el manto real guarnecido de armiño.

WAR. Dignaos vestir esta púrpura, milord.

Con la ayuda de WARWICK, CROMWELL se pone el manto real.

OVERT. Se cubre ya con la mortaja.

GARL. Es del color de escarlata de la prostituida Tyro.

WILD. Tarda mucho en caer el rayo!

CROMWELL, con la púrpura, de la que LORD ROBERT sostiene la cola, avanza hácia el trono. El conde WARWICK le precede con la espada en alto; LORD CARLISLE le sigue con la espada inclinada hácia el suelo.

MIL. (Con voz de trueno.) ¡Cromwell, ay de tí!

CROM. (Volviéndose.) Quién habla?

MIL. Acuérdate de los idus de Marzo.

OVERT. (A MILTON.) No divulgues nuestros secretos.

CROM. Milton, explicaos.

MIL. MANÉ, THÉCEL, PHARÉS.

CROMWELL le mira con desprecio y sube al trono.

OVERT. Sube al trono! Respiro.

GARL. Estemos alerta.

CROMWELL se sienta en el trono. Se coloca á su lado WARWICK y CARLISLE detrás del sillon; THURLOE y STOUPE á los lados. El LORD CORREGIDOR, seguido del Ayuntamiento, avanza hasta el pié del trono con el almohadon que sostiene la espada; sube algunos escalones, pone una rodilla en tierra y presenta la espada á CROMWELL.

CORREGIDOR. Lord Oliverio, recibid de nuestras manos esta espada. No en la fragua, sino en la frente de los tiranos, un pueblo entero ha forjado este acero. La hoja tiene dos filos, para que pueda servir como espada de la justicia y como espada de la guerra. Para que á la vez, terrible en el combate y en el templo, brille en las manos del soldado y flamee en las manos de Dios. La honorable ciudad de Lóndres os la entrega.

CROMWELL se ciñe la espada, la desenvaina, la blande, despues se la devuelve á LORD CORREGIDOR, que la envaina y se retira.

WHIT. (Se aproxima á CROMWELL con el mismo ceremonial.) Milord, aquí teneis los sellos.

CROMWELL toma los sellos; despues se los devuelve á WHITELOCKE, que se retira. El ORADOR DEL PARLAMENTO, con los oficiales de la Cámara de los Comunes, avanza llevando la Biblia.

ORADOR. Milord, aquí teneis el libro.

CROMWELL toma la Biblia, el ORADOR se retira. El general LAMBERT, pálido é inquieto, se aproxima llevando la corona en un rico almohadon de terciopelo carmesí. OVERTON se coloca cerca de él.

LAM. (Arrodillado en las gradas del estrado de CROMWELL.) Milord...

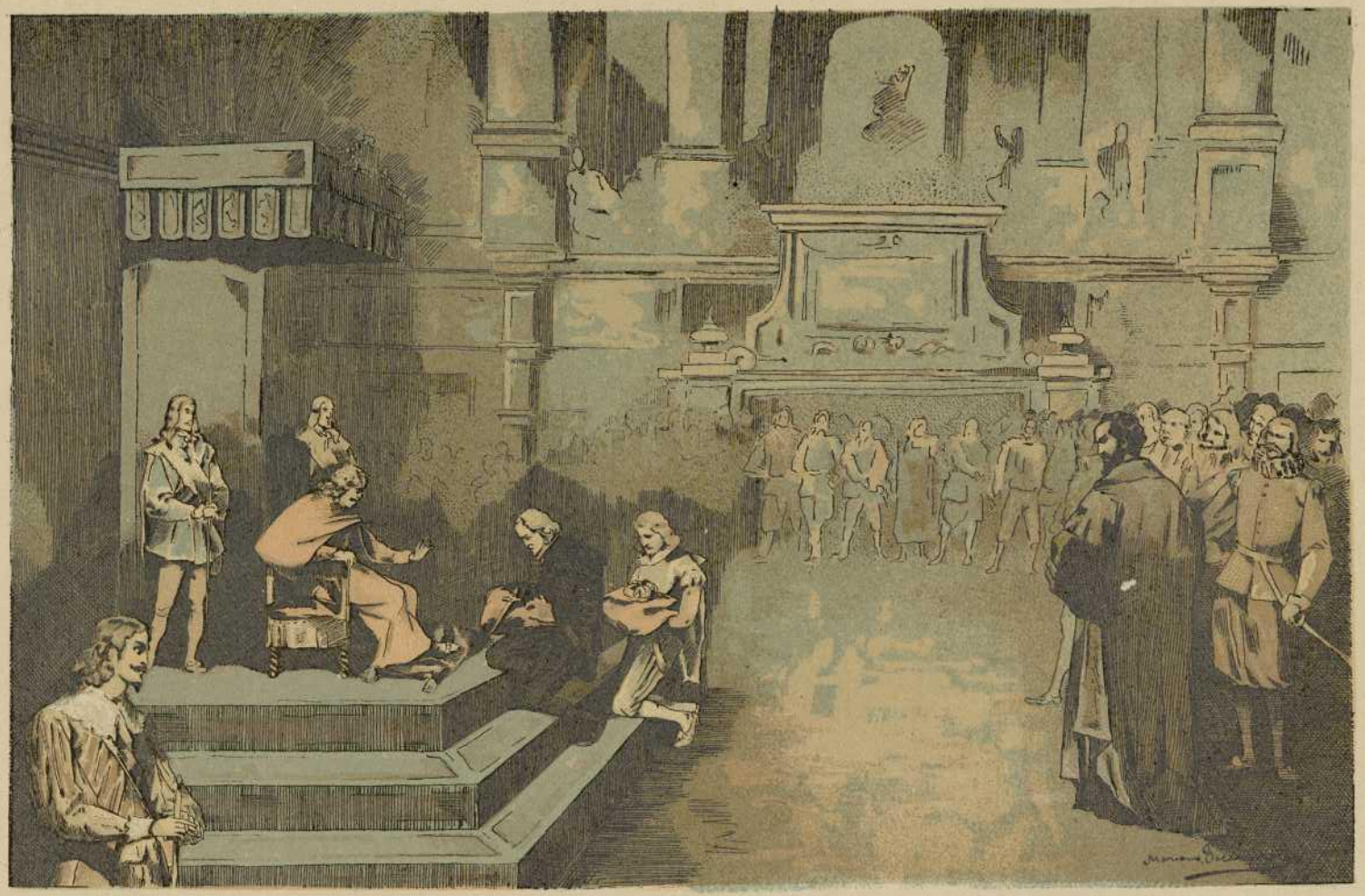
OVER. (Aquí estoy yo, valor!)

LAM. (A mi lado!) Recibid la corona...

OVERT. (Sacando el puñal y en voz baja á LAMBERT.) (Y la muerte.)

Todos los conjurados que están entre la multitud llevan la mano á los puñales.

CROM. (Como despertándose sobresaltado.) ¡Deteneos! Qué significa esto? ¿Por qué darme la corona? Quién me la dá? ¿Con qué derecho vienen á confundirme con los reyes? ¿Por qué escandalizar así nuestras fiestas religiosas? ¡Coronarme á mí, que hice caer la cabeza de los reyes! Milores, amigos, hermanos, que me estais escuchando; no he venido aquí para ceñirme la diadema, sino para que el pueblo corrobore mi título, para que rejuvenezca mi poder, para que renueve mis derechos. La escarlata sagrada está teñida dos veces; su púrpura pertenece al pueblo, y yo la recibí de él con lealtad, pero ni le he pedido ni quiero la corona real; que yo no daria uno solo de mis cabellos, que han blanqueado sirviendo á Inglaterra, por todos los florones de los príncipes del mundo. Quitad de mi vista y llevaos ese juguete ridículo que halaga la vanidad. Me conocen muy mal los que quieren afrentarme coronándome. He recibido de Dios lo que ellos no me pueden dar, un don imperdible, el de ser dueño de mí mismo. El que es hijo del cielo no puede dejarlo de ser: por eso el universo está envidioso de nuestras prosperidades, y el pueblo inglés es un pueblo escogido. La Europa es el humilde satélite de nuestra isla; todo cede á nuestra buena estrella: parece que el Señor nos haya dicho: "Inglaterra, sé grande y serás mi hija predilecta.„ El Señor nos colma con abundantes bondades, y cada dia que acaba, cada dia que amanece, añade un eslabon de oro á nuestra cadena inmensa. ¡Y me atreveria yo á ir contra Dios, que nos concede una suerte privilegiada



RECIBID LA CORONA.....
Y LA MUERTE.....

entre todas las suertes del mundo! ¡Me atreveria á hollar el derecho del pueblo escogido posponiendo su interés al mio! ¿Creeis cogerme con el anzuelo de una vana diadema? Ingleses, yo he destrozado una corona en otro tiempo, sin haber llevado nunca ninguna, y sé bien lo que pesa. No quiero cambiar por una córte el campamento que me rodea, ni la espada por el cetro, ni el casco por la corona; no soy tan niño! Construirme un trono es cavarme una tumba. Cromwell sabe que el que sube ha de caer. Ah! ¡llevaos ese símbolo execrable y odioso! Tened piedad de mí, hermanos, en vez de envidiar al Protector, porque siento ya al peso de los años debilitarse mis fuerzas y que está próximo mi fin. Hace ya mucho tiempo que estoy atado al poder; estoy viejo y cansado y necesito reposar. Cada dia suplico á la bondad divina, dándome golpes de pecho, que aparte de mi pensamiento el vano orgullo de querer ser rey, y voy á llamar, para que lea en mi alma, á un teólogo que sea lumbrera de la Iglesia para consultarle sobre este punto. Debo rendir cuentas al Altísimo de vuestra libertad, y quiero, siguiendo su ley como mi ley suprema, cumplir lo que dice el psalmo doce.

Grandes aclamaciones y aplausos. Las palabras de CROMWELL han disipado poco á poco la hostilidad que el pueblo y los soldados sentian hácia él hasta el punto de hacerles entusiasmar. Estupor en el Parlamento y en el séquito del Protector. CROMWELL se levanta, y con un gesto imperioso hace callar á la multitud.

Sobre esto roguemos al Señor con corazon humilde que nos persevere en su santa gracia. Os he hablado con el corazon en la mano, y como última súplica os pido perdon por haberos entretenido con mis palabras tanto tiempo.

Vuélvese á sentar.—Nuevos transportes y aclamaciones del pueblo. Los conjurados puritanos, desconcertados, guardan silencio sombrío.

OVERT. (Morirá en la cama!)

GARL. (Ya que le aplauden, que le sufran.)

VARIAS VOCES. ¡Viva el Protector de Inglaterra! Gloria al vencedor de Tyro!

OVERT. (Nos ha chasqueado! Alguno nos ha denunciado...)

BAREB. (Este es el único medio de salvar mis intereses.)

CROM. Lambert, comereis hoy conmigo. (Bajo.) ¿Por qué temblais ya si no está á vuestro lado?

LAM. Quién? (Asustado.)

CROM. Overton. Ya sé que érais del complot.

LAM. Milord, os juro...

CROM. No jureis...

LAM. Pero si...

CROM. Tengo testigos. Erais el jefe.

LAM. Yo el jefe!

CROM. De nombre... porque estábais asustado de vuestra propia audacia, y no os hubiérais atrevido á clavarme el puñal frente á frente.

LAM. Milord!

CROM. Me han asegurado que habeis sentido de pronto grandes deseos de vivir en la soledad, por lo que me presentareis en seguida vuestra dimision.

CROMWELL le despide con un signo. LAMBERT desciende del estrado y vuelve á formar parte del séquito. CROMWELL vé en aquel momento el cetro que LORD BROGHILL ha depositado en las gradas del trono.

CROM. Qué hace ahí ese cetro? Quitad de ahí esa muñeca. Para tí, bufon. (Indicando á TRICK.)

Redoblan las aclamaciones. Entra un ujier de la ciudad, se inclina ante el trono y se dirige á CROMWELL.

UJIER. Milord, el supremo Sherif.

CROM. Que entre.

Entra el supremo SHERIF.

CROM. Qué teneis que decir?

SHERIF. Milord, los prisioneros, los condenados á muerte...

CROM. Están ya ejecutados?

SHERIF. Todavía no.

CROM. Me alegro.

SHERIF. Hewlet levantó al amanecer la horca en Tyburn. Antes de ser conducidos al sitio fatal desean ser introducidos ante vuestra alteza. ¿Ordeno la ejecucion ó la retardo?

CROM. Qué es lo que alegan?

SHERIF. Dicen que quieren hablaros.

CROM. Traedlos.

SHERIF. Aquí, milord?

CROM. Aquí.

A una señal de CROMWELL el SHERIF se inclina y se vá.

Doctor Lockyer, habeis sido elegido para edificarnos con la palabra santa; os espero. El tiempo pasa.

El doctor LOCKYER sube con embarazo al púlpito que está enfrente del trono.

LOCKYER. Milord, hé aquí el texto que he elegido.

CROM. Hablad, hablad.

LOCK. (Leyendo en una Biblia que tiene en la mano.) "Un dia que se reunieron los árboles para nombrar rey, dijeron al olivo: Sed nuestro monarca...„

CROM. Hermano, ¿de dónde tomais ese texto temerario?

LOCK. De la Biblia, milord.

CROM. De dónde?

LOCK. (Presentándole el libro.) Del libro de los Jueces; cap. IX, ver. VIII.

CROM. Callaos! Ese texto en nada se relaciona con las circunstancias. Podíais haber encontrado otro mejor en la Sagrada Escritura; como por ejemplo: "Maldito sea el que en su camino engaña al ciego errante.„ O este otro: "El verdadero sábio se atreve y duda.„ Podíais tratar esas y otras cuestiones ante un pueblo instruido, piadoso y grande; estoy cansado de oir esas predicaciones de colegio; bajad de ahí.

Nuevas aclamaciones. LOCKYER, confundido, baja del púlpito y se pierde entre la multitud.— Entra un ujier de la ciudad, que se pára en el umbral de la puerta grande y dice en alta voz:

UJIER. Milord, los prisioneros.

CROM. Que entren.

Entran los caballeros presos; LORD ORMOND vá al frente. Les precede el supremo SHERIF y vienen custodiados por arqueros y guardias del Municipio.

ESCENA XIII.

Los mismos, ORMOND, ROCHESTER, ROSEBERRY, CLIFFORD, DROGHEDA, PETERS DOWNIE, SEDLEY, WILLIAM MURRAY, JENKINS y MANASSÉ, con las manos atadas detrás de la espalda, con los piés desnudos y con una cuerda al cuello. El supremo SHERIF, arqueros de la ciudad y guardias del Municipio.

LOS GUARDIAS. Plaza! plaza!

Entran los caballeros y se detienen ante el trono de CROMWELL; ORMOND y ROCHESTER van en primera fila; conservan actitud serena, mientras que MURRAY y MANASSÉ parecen aterrados.

CROM. Qué es lo que quereis? (¡Si me pidieran perdon!)

ORM. Somos de hierro, y no venimos á implorar merced, favores ni perdon. Vamos á morir y hasta nos envanece el suplicio; nada es capaz de acobardarnos ni de envilecernos. Además, no debemos esperar piedad del Protector.

CROM. Pues qué es lo que quereis?

ORM. Saber qué camino habeis elegido para conducirnos al cielo. Nos han dicho que estamos condenados á la horca; pero, sabeis lo que somos?

CROM. Bandidos condenados á muerte.

ORM. Somos gentiles-hombres, y como vemos que lo ignorais, venimos á enseñároslo. Los que disfrutan de nuestro rango no pueden ser condenados á la horca; de ella está libre la nobleza; por eso venimos á reclamar.

CROM. Es eso todo? (Me piden que les perdone la vida.)

ORM. Sí, os pedimos que reflexioneis: reclamamos que en nosotros se cumpla la ley.

CROM. Entonces, ¿qué es lo que deseais?

ORM. Que se nos libre de la vergüenza de la horca y de sus indignidades y que nos corten la cabeza, ya que tenemos derecho á ser decapitados.

CROM. (Bajo á THURLOE.) (Estos hombres singulares no conocen el miedo, y hasta al cadalso sube con ellos el orgullo; su preocupacion les sigue hasta la eternidad.) ¿Quereis que al entrar en el cielo la puerta se os abra de par en par, y pensais que seria demasiado honor para el verdugo ahorcar á muy altos y poderosos señores? Sin embargo, en vuestras filas se encuentran algunos que pueden ser colgados, sin que sus antepasados se ruboricen, porque no los tuvieron nunca. Por ejemplo, ese judío y ese magistrado plebeyo.

JENK. A mí no se me puede juzgar. Careceis de derecho para imponerme la muerte y para castigarme con cárcel ó con multa. Soy libre, y leo en la Carta normanda: *Nulus homo liber imprisionetur.*

ROCH. (Riendo á SEDLEY.) Ahora se nos descuelga citando leyes del tiempo del rey Arturo.

CROM. He conseguido apoderarme de vosotros, jefes y cómplices, haciéndoos caer en vuestras propias redes; ha llegado la hora de castigaros, y habeis elegido mal la ocasion para pretender mis favores.

ORM. No pedimos favores, milord; reclamamos un derecho de que goza la nobleza inglesa.

CROM. Habeis penetrado esta noche en mi casa, con la espada desenvainada, despues de seducir mi guardia, creyendo, sin testigos, apoderaros de mí y en mi propio lecho; si hubiérais conseguido vuestro objeto, ¿qué hubiérais hecho de mí?

ORM. No os hubiéramos condenado á la horca.

CROM. No, porque teníais mucha prisa, y el puñal mata más pronto. Pero habeis caido en mis manos y os pregunto; qué deseais de mí?

ORM. Morir como caballeros, y morir por nuestro rey.

CROM. Anciano, os vais á sentenciar vos mismo. Si hubiera caido yo en vuestro poder, me hubierais perdonado?

ORM. No os hubiera concedido el perdon.

CROM. Pues yo os lo concedo.

Movimiento de sorpresa entre la multitud.

LOS CABALLEROS. Qué dice!

CROM. Estais libres!

ORM. Si supiérais quién soy...

CROM. Eso no me importa. (Bajo á THURLOE.) Si dice quién es, no respondo de que el pueblo le respete.

Se vuelve de repente hácia LORD BROGHILL, que ha estado callando hasta entonces.

Lord Broghill, uno de vuestros antiguos amigos está en Lóndres.

ORMOND y BROGHILL se quedan asombrados.

BROG. Quién es ese amigo, milord?

CROM. Lord Ormond.

BROG. (Dios mio! Si sabrá...)

CROM. Hace cinco dias que está en la ciudad, y aquí teneis un paquete que debe interesarle.

Saca el paquete sellado que le cogió á DAVENANT.

Sabeis su direccion?

BROG. No, milord.

CROM. Bloum, en el Strand, Hotel del *Raton*.

ORM. (Examinando el pergamino que CROMWELL tiene en la mano.) (Davenant ha sido traidor y ha entregado á Oliverio la carta del rey.)

CROM. Devolved á Ormond esto de mi parte; si esa carta hubiera caido en otras manos, le hubiera comprometido. Decidle además que se ausente de Lóndres, ó por mejor decir, que no vuelva, y si necesita dinero, entregádselo de mi parte.

ROSEB. (Bajo á ORMOND.) Sois muy feliz! Si quisiera pagarme mis deudas!...

ROCH. (Bajo á ORMOND.) Me encanta su proceder delicado; os libra de la afrenta de que pronuncieis aquí vuestro nombre.

CROM. Milord Rochester!

ROCH. Qué dice vuestra alteza?

CROM. Que os concedo la gracia de que os vayais al infierno. Mi docto capellan, permitidme que os aleje de nosotros. Gracias á una fuerte multa impuesta, es caro jurar en Inglaterra; y como vos no podeis dejar de jurar, si os quedárais aquí os arruinaríais muy pronto.

ROCH. Gracias por el buen consejo.

El pueblo se rie y se mofa de él.

(Aplaude, raza infame!)

CROM. Doctor, os ordeno que os lleveis á vuestra esposa.

ROCH. (Temblando.) A mi esposa!

CROM. Sí, á milady Rochester.

La señora GUGGLIGOY desciende precipitadamente de la tribuna de la Protectora y se arroja al cuello de ROCHESTER. — La multitud silba.

GUG. Querido esposo! (Abrazándole.)

ROCH. (Esto me faltaba!)

CROM. Partireis juntos; no debe separarse una mitad de la otra. Seguid á vuestro marido.

ROCH. (Sin duda quiere ver el efecto que producen nuestras dos mitades juntas.)

CROM. William Murray, recibireis la pena de azotes que mereceis por el pueril complot que tramásteis contra mí, en nombre de Cárlos Stuardo.

El pueblo aplaude. — Dos arqueros y dos servidores de la justicia se apoderan de MURRAY, que oculta el rostro con las manos, con vergüenza y desesperacion. — CROMWELL se dirige al rabino.

CROM. Ese judío, que hubiera sido un buen racimo de horca, queda libre.

MANASSÉ levanta la cabeza alegremente. — CROMWELL, volviéndose hácia BAREBONE.

En castigo le condeno á pagar tu cuenta, Barebone.

BAREBONE saca del bolsillo un pergamino largo, que remite á MANASSÉ.

MAN. (Examinando la cuenta.) (Dios de Sabaot! Es carísima!)

CROM. Los demás presos quedan libres.

Los arqueros desatan á los caballeros.

THUR. (Bajo á CROMWELL.) (Todos, milord? Las circunstancias son tan graves que...)

CROM. (Tengo al pueblo de mi parte; para qué me he de ensangrentar?)

MURRAY se arroja de rodillas á los piés de CROMWELL.

MUR. Perdonadme, milord!

CROM. Del castigo del látigo? Debe honrarte que te azoten por servir á tu rey; de ese modo lograrás ser mártir!

Hace un signo y los arqueros se llevan á MURRAY. El Protector se dirige á la multitud con aire imperioso é inspirado.

Pueblo inglés, perdonemos á nuestros enemigos vencidos; el elefante no debe aplastar á las serpientes.

El pueblo responde al Protector con largas aclamaciones.

Quiero que este dia sea notable por mi clemencia; id á buscar á Carr, que está preso en la Torre de Lóndres.

El supremo SHERIF sale. — WILLIS se acerca á ORMOND, que está entre el grupo de los caballeros.

WILL. Os felicito, milord.

ORM. (Asombrado.) ¡Me felicitais cuando estais libre tambien! (¡Este hombre es un problema!) (Bajo á WILLIS.) Davenant es un traidor, y si le encuentro...

WILL. No lo creais; ya que habeis escapado del peligro, sed prudente.

CROM. Stoupe, mañana que embarquen en el Támesis á esos locos y que salgan de Lóndres.—Sir Hannibal Sesthead, aunque sois primo de un rey, quiero que sepais que yo solo mando en mi casa. Vuestras costumbres son muy ligeras, y habeis recogido en el extranjero hábitos que no convienen á mi pueblo: llevadlos á otra parte.

SEST. (Mejor perdona un complot que un sarcasmo, y por eso me castiga.)

Sale con sus pajes.—La multitud le silba y aplaude á CROMWELL.

OVERT. (Bajo á GARLAND.) Ha conseguido entusiasmar al pueblo; con sus golpes de efecto se lo ha atraido.

ROCH. (A ROSEBERRY.) Contra el Protector, Dios nos ha protegido.

CROM. ¿Qué hace mi bufon Gramadoch entre cuatro guardias?

UN ARQUERO. Este enano extravagante se atrevió á recoger el guante que arrojaron en defensa de los derechos de vuestra alteza.

CROM. Tunante!

GRA. Eso solo podia hacerlo un bufon.

CROM. Vete.

Sonriendo hace señas á los arqueros de que le suelten. El Protector se dirige á MILTON.

Estais contento, hermano? Yo estoy satisfecho de vos. ¿Teneis que pedirme algo?

MIL. Sí; una gracia.

CROM. Hablad y os la concedo.

MIL. Vuestra alteza ha perdonado á todos sus enemigos, escepto á uno.

CROM. A quién?

MIL. A Davenant.

CROM. ¿Pretendeis que perdone á Davenant, que es papista y espía del rey?

MIL. Permitidme que insista en ello. Era sublevado, es papista, y tramaba vuestra muerte; pero habeis perdonado á todos los que la intentaban.

CROM. No puedo; no hablemos más de esto.—Deseo, mi querido Milton, proclamaros poeta laureado.

MIL. No puedo aceptar esa honra, milord, porque el empleo no está vacante.

CROM. Pues quién lo desempeña?

MIL. Davenant; y ya que está encerrado en la cárcel, dejémosle su corona de laurel.

CROM. Eso son razones de poeta; ¿discurriendo de ese modo pensais regir á los gobernadores de los Estados, cuando pasais la vida atormentando las palabras para encajonarlas en metros frívolos?

MIL. Salomon compuso cinco mil parábolas.

CROM. (A su hijo.) Ricardo, ya que has de ser mi heredero, te debo abrir las puertas de la milicia y del Parlamento. Te nombro coronel, par de Inglaterra y miembro del Consejo privado.

RIC. (Con embarazo.) Pero... las ocupaciones de la Cámara... mis aficiones... me confunde tanta honra. Si me permitís que os diga lo que pienso, os contestaré que no valgo tanto como creis y que me otorgais más de lo que deseo.

CROMWELL, descontento y desconcertado, le despide haciendo un gesto.

CROM. (¡Si mi hijo segundo fuese el primogénito!... ¿De qué servirá todo lo que hago?)

Entra CARR acompañado del supremo SHERIF. Atraviesa por entre la multitud, contempla con indignacion el aparato real que le cerca, y avanza gravemente hácia el trono de CROMWELL.

ESCENA XIV.

Dichos y CARR.

CAR. Para qué me llamas? Ni los calabozos sirven de refugio contra el tirano. ¿Qué me quiere el apóstata y el tránsfuga?

VARIAS VOCES. Que calle ese furioso!

CROM. Dejadle hablar, amigos: cuando el cielo quiso experimentar á David, permitió que le anatematizara el hijo de Semey.—Continúa.

CAR. Este ha sido siempre tu sistema de hipocresía; ocultar sonriendo planes engañosos y cubrir tu frente infernal con un velo celeste; burlarte atormentando y hablar con ironía al corazon que gotea sangre; pero para romper tu cetro y tu máscara al mismo tiempo, el Señor me ocultó y me dijo:—Coge el laud, recorre la ciudad, arroja del templo de Cromwell al pueblo servil, pulveriza el altar y arroja su ídolo al fuego. Díle: El egipcio es hombre y no es Dios.—Has ascendido, Cromwell, hasta tu trono de gloria, pero tiembla, porque al dia radiante sucede la oscura noche. Recuerda al cazador Nemrod: el Señor, triunfante, rompió su arco de hierro como un juguete de niño.—Señor de los potentados, señor de los poderosos, tu brazo ha borrado á su capricho los límites de los Estados; la muchedumbre ante tí retrocede y tiembla, y el mundo es para tí una presa, de la que te has apoderado en tu marcha triunfal con tus grandes combates, y Dios te ha sostenido desde arriba y el pueblo desde abajo. Tú no eras nada por tí mismo. Eres el instrumento de la cólera celeste. ¿Dónde están los dioses de Emath? ¿Dónde están los dioses de Ava? Esos ídolos reinaron, y tú pasarás como ellos. Muy pronto los santos Gab, Zabulon, Azer, Benjamin, Nepthalí, subirán al monte Hébal para maldecirte; las mujeres y los niños te seguirán riendo; para tus ojos, que cega-

rá el infierno, el cielo será de bronce y la tierra de hierro. Te dormirás en lecho de púrpura, pero Dios te aplastará la cabeza entre dos piedras, y llegará un dia en que veremos que los pueblos ilustrados con tus huesos apedreen á los tiranos. Porque ya hemos visto sobre tronos impíos Faraones en Menfis, sultanes en Etiopia, papas, duques, emperadores y déspotas divertirse en torturar á los pueblos. Pero entre todos los azotes que el Señor nos envia, no ha nacido mago, monarca, ni sátrapa tan atrevido, cruel y astuto como tú. Maldito seas!

CROM. Habeis concluido ya?

CAR. Todavía no. ¡Maldito seas al salir la aurora y al ponerse el sol! ¡Maldito en tu corcel de batalla!

CROM. Y qué más?

CAR. En el aire que respiras, en el lecho que duermes, en la mesa que comes.

CROM. Basta! que vais á echar los pulmones. Escuchadme. Porque lo merecísteis estábais encerrado en la cárcel. Os abro las puertas y os perdono. Marchaos.

CAR. Y con qué derecho? ¿Con qué derecho me quieres arrancar del calabozo y romper las cadenas que tú mismo me has forjado? El Parlamento largo me encarceló; lo merecí por haberle hecho traicion y me castigó. Encerrado estuve en el fondo de una torre, sin ver la luz del dia, sumido en perpétua noche, y tuve hambre y sed, pero el castigo era justo y lo sufrí. ¿Pero tú con qué derecho vienes á tocar el templo santo? Lo que los santos han ligado tú no lo puedes desatar. Los santos me condenaron, y nadie más que ellos tiene derecho á absolverme, y ante ese pueblo vil yo marcho con altivez, porque soy el último vestigio vivo de su autoridad. Prefiero mi muerte á tu destino, Cromwell; mi torre á tu palacio, y no cambiaria mi condena por tu crímen, ni tu cetro usurpado por mi cadena legítima. Si quieres abrirme las puertas de la prision y que goce de completa libertad, pon el Estado en equilibrio, restablece el Parlamento... Despues ya veremos. Vendrás conmigo, á mi lado, marchando los dos con la frente baja y atados con una soga, y nos presentaremos á la barra á implorar nuestro perdon. Mientras llega ese dia, déjame en libertad de volver á la cárcel.

Grandes risas en todo el auditorio.

Haz callar á tu jauría. Soy el único inglés quizás que, aunque encerrado en mi calabozo, no te reconozco por señor; soy el único inglés que es libre. Desde allí te maldeciré, Cromwell. Me vuelvo á la cárcel.

CROM. Como querais.

TRICK. Se equivoca. No vuelve á su prision, vuelve á su palco.

Váse CARR con aire altivo y sale de la escena entre los silbidos del pueblo.

SYNDER. (Bajo á GARLAND.) Carr ha sido el único hombre que ha habido entre nosotros.

VARIAS VOCES. Gloria á los santos! Gloria á Cristo! ¡Gloria al Dios del Sinaí! Dios conserve la vida del Protector!

SYNDERCOMB, exasperado por las imprecaciones de CARR y por las aclamaciones del pueblo, saca el puñal y sube al estrado.

SYNDER. (Agitando el puñal.) ¡Muerte al rey de Sodoma!

CARL. (A los alabarderos.) ¡Detened al asesino!

CROM. Dejad subir á ese hombre! Qué quieres?

SYNDER. Tu muerte.

CROM. Te dejo en libertad. Vete.

SYNDER. Yo soy el vengador, y si tu impuro séquito no me cerrase la boca...

CROM. Habla.

SYNDER. No es esta ocasion de hablar; si no me detuvieran el brazo...

CROM. Hiere. (Presentándole el pecho.)

SYNDER. Muere, pues, tirano!

Vá á herirle, pero el pueblo se precipita sobre él y le desarma.

UNA VOZ. ¡Ya que con el asesinato responde á la clemencia, que perezca el asesino, que muera el parricida!

El pueblo, indignado, se apodera de SYNDERCOMB y le arrastra fuera de la sala.

CROM. (A THURLOE.) Id á ver lo que sucede.

THURLOE sale.

OTRA VOZ. Que muera el pérfido!

CROM. Hermanos mios, le perdono, porque no sabe lo que se hace.

UNA VOZ. ¡Que le arrojen al Támesis! Que le echen al agua!

THUR. (Que entra.) El pueblo ya está satisfecho, porque lanzó al rio al furioso apóstol.

CROM. (La clemencia es un medio excelente de gobierno.)

Pausa.—Oyense los gritos de alegría y de triunfo de la multitud. CROMWELL, sentado en el trono, saborea con fruicion las aclamaciones delirantes de la muchedumbre y del ejército.

OVERT. (Bajo á MILTON.) Ese ha sido una víctima humana inmolada al ídolo; ya dispone de todo, del ejército y del pueblo. Tiene todo lo que necesita para

afirmarse en el poder; nuestros esfuerzos solo han servido para engrandecerle: inútil es ya desafiarle y combatirle; ahora puede ya anonadarnos uno tras otro; consiguió inspirar amor y miedo. Debe estar satisfecho.

CROM. (Pensativo.) (Cuando seré rey?)

FIN DE CROMWELL.

HERNANI.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PREFACIO.

El autor de HERNANI decia hace poco tiempo, á propósito de la prematura muerte de un poeta:

"... En los actuales momentos de lucha y de borrasca literaria, no sabemos si son más dignos de compasion los que mueren que los que viven peleando; triste es que pierda la vida un poeta á los veinte años, y que vea desvanecido un porvenir risueño; pero en cambio, el que muere reposa. Séales permitido volver algunas veces con envidia los ojos hácia los que duermen en el sepulcro, á los hombres en quienes se ceba la calumnia, la injuria y el ódio; á los hombres leales, que tienen que sufrir guerra desleal; á los hombres llenos de abnegacion, que tratan de dotar á su pátria de una libertad más, de la libertad del arte; á los hombres laboriosos, que perseveran en realizar su obra de progreso y son víctimas de las viles maquinaciones de la censura y de la policía, por una parte, y por otra de la ingratitud de los hombres por quienes trabajan. *Invideo*, decia Lutero en el cementerio de Worms, *invideo quia quiescunt.*

Pero eso nada debe importaros; ¡jóvenes, valor y adelante! Por trabajoso que nos sea el presente, será hermoso el porvenir. El romanticismo, que se ha definido mal muchas veces, mirándolo solo bajo su aspecto militante, solo significa la libertad en la literatura. La mayoría de los hombres pensadores lo van comprendiendo de este modo, y dentro de breve tiempo la libertad literaria será tan popular como la libertad política. La libertad, tanto en el arte como en la sociedad, debe ser el doble objetivo á que aspiren los espíritus consecuentes y lógicos; debe ser la doble bandera que reuna á toda la juventud, tan fuerte y tan paciente ahora, y al frente de esa juventud lo más selecto de la generacion que nos ha precedido, á esos sábios ancianos, que, pasado el primer momento de desconfianza y despues de concienzudo exámen, han reconocido que lo que hacen sus hijos es consecuencia de lo que ellos hicieron y que la libertad literaria es hija de la libertad política. Este es el principio que prevalecerá en el siglo actual. Los *ultras* de todas clases, ya sean clásicos ó ya monárquicos, en vano se ayudarán unos á otros para reconstruir el antiguo régimen social en la sociedad y en la literatura; porque

cada progreso, cada desenvolvimiento de las inteligencias, cada paso que dé la literatura, irán arruinando su edificio, y sus esfuerzos para volver á establecer la reaccion serán inútiles. En la revolucion todo movimiento hace adelantar. La verdad y la libertad tienen la excelencia de que todo lo que se hace en pró ó en contra de ellas les sirve de igual modo. Despues de los grandes esfuerzos que practicaron nuestros padres y que nosotros hemos presenciado, hemos conseguido salir de la antigua forma social, y tenemos que salir tambien de la antigua forma poética. A pueblo nuevo, arte nuevo. La Francia actual, admirando la literatura de Luis XIV, que tan bien se adaptaba á su monarquía, llegará á tener, sin embargo, literatura propia personal y nacional, porque á la Francia del siglo diez y nueve dió Mirabeau su libertad y Napoleon su poderío.„

Perdónesele al autor del drama citarse á sí mismo; como sus palabras no tienen el dón de grabarse en los espíritus, tendrá con frecuencia necesidad de repetirlas; además de que cree oportuno recordar á los lectores las ideas que acaba de trascribir. No por eso abriga la creencia de que esta obra pertenezca al arte nuevo, á la nueva poesía; pero sí que consigna el principio de que la libertad en literatura acaba de dar un paso y de realizar un progreso, sino en el arte, porque este drama vale poco, al menos en el público; y bajo este concepto, una parte de los pronósticos anunciados en las anteriores líneas hace algun tiempo que acaban de realizarse.

Habia realmente peligro en cambiar bruscamente de auditorio, en arriesgar en el teatro tentativas que hasta ahora solo se habian confiado al papel, *que lo sufre todo;* el público de los libros es muy diferente del de los espectáculos, y era de temer que el último rechazase lo que el primero aceptaba; pero no ha sucedido así. El principio de libertad literaria, comprendido y aceptado por los que leen y meditan, lo acepta tambien la inmensa multitud que, ávida de las puras emociones del arte, inunda todas las noches los teatros de Paris. La poderosa voz del pueblo, semejante á la de Dios, quiere que desde hoy en adelante la poesía ostente la misma divisa que la política: tolerancia y libertad. Ahora que hay ya público, puede venir el poeta.

El público quiere esta libertad como debe ser, conciliándola con el órden en el Estado y con el arte en la literatura. La libertad posee cierta prudencia, que le es propia, y sin la cual no es completa. Las antiguas reglas de Aubignac deben morir con las antiguas costumbres de Cujas, y á la literatura cortesana debe suceder la literatura popular, pero debe existir una razon interior en el fondo de estas novedades. El principio de libertad debe hacer su negocio, pero hacerlo bien. En la literatura como en la sociedad, no deben existir ni la etiqueta ni la anarquía, sino las leyes.

Esto es lo que justamente desea el público. Nosotros, por deferencia á dicho público, que con tanta indulgencia ha recibido este ensayo dramático, se lo presentamos hoy impreso tal como se ha representado. Acaso llegue el dia de publicarlo tal como lo concibió el autor, indicando y discutiendo las modificaciones que tuvo que hacer para ponerle en escena. Estos pormenores de crítica, que hoy parecerian minuciosos, quizás no carezcan de interés ni de enseñanza. Pero estando ya admitida la libertad en el arte, se ha resuelto la principal cuestion, y no hay por qué detenerse en cuestiones secundarias. Volveremos algun dia á tratar de este asunto detalladamente, y combatiremos entonces, con la fuerza del raciocinio y de los hechos, la censura dramática, que es ya ahora el único obstáculo que se opone á la libertad del teatro. A nuestro cargo y riesgo, y por el afecto que profesamos á todo lo que se relaciona con el arte, combatiremos el sinnúmero de abusos que caracterizan á esa especie de inquisicion del espíritu, que tiene, como el Santo Oficio, jueces secretos, verdugos enmascarados, torturas, mutilaciones y pena de muerte; y si nos es posible, desgarraremos la tenebrosa envoltura de esa policía, que para nuestra vergüenza amordaza aun al teatro en el siglo diez y nueve.

Hoy el autor solo debe manifestarse reconocido al público y dirigirse á él, dándole las gracias desde lo más hondo de su corazon. Esta obra, no por ser de gran mérito, sino por ser de conciencia y de libertad, fué generosamente protegida por el público contra sus muchas enemistades, porque el público es siempre concienzudo y libre. Reciba, pues, nuestra gratitud, y la hacemos extensiva tambien á esa poderosa juventud, que prestó ayuda y socorro á la obra de un jóven sincero é independiente como ella. Para esa juventud principalmente tra-

baja el autor, y su mayor gloria seria merecer los aplausos de esa pléyade de brillantes jóvenes, ilustrados, consecuentes y lógicos, que son verdaderamente liberales, tanto en literatura como en política, y que constituyen esa noble generacion que no rehusa abrir ambos ojos á la verdad y recibir la luz por los dos lados.

El autor no hablará de esta obra: acepta las críticas severas y las benévolas, porque cree que de todas se puede sacar provecho. No está seguro de que todo el mundo haya comprendido á primera vista este drama, cuya verdadera clave es el *Romancero general*, y ruega de buen grado á las personas á las que choque la obra, que vuelvan á leer el *Cid* y *Don Sancho* y *Nicomedes*, ó por mejor decir, todo lo escrito por Corneille y por Moliere, que son grandes y admirables poetas. Su lectura les hará menos severos al juzgar ciertas cosas que hayan podido extrañar en el fondo ó en la forma de HERNANI, que acaso no ha llegado aun el momento de juzgarle. HERNANI solo es hasta ahora la primera piedra de un edificio, que existe enteramente construido en la imaginacion del autor, y la apreciacion de su conjunto es la que ha de dar algun valor á este drama. Quizás no parezca que es un mal paso la idea que le ocurrió de poner, como el arquitecto de Bourges, una puerta casi morisca en su catedral gótica.

Hasta entonces lo que ha hecho es muy poco, y el autor lo sabe. ¡Quiera Dios que no le falten las fuerzas para terminar su obra, que no tendrá valor hasta estar terminada. No pertenece al número de los poetas privilegiados, que pueden morir ó interrumpir su trabajo antes de concluirle, sin peligro para su memoria; no pertenece al número de los que permanecen siendo grandes, dejando incompletas sus obras; de los afortunados mortales, de los que se puede decir lo que decia Virgilio de Cartago:

¡Pendent opera interrupta, minæque murorum ingentes!

9 de Marzo 1830.

HERNANI.

PERSONAJES

HERNANI.
D. CÁRLOS.
D. RUY GOMEZ DE SILVA.
DOÑA SOL DE SILVA.
EL REY DE BOHEMIA.
EL DUQUE DE BABIERA.
EL DUQUE DE GOTHA.
EL BARON DE HOHEMBURGO.
EL DUQUE DE LUTZELBURGO.
YAGUEZ.
D. SANCHO.
D. MATIAS.
D. RICARDO.
D. GARCI SUAREZ.
D. FRANCISCO.
D. JUAN DE HARO.
D. PEDRO GUZMAN DE LARA.
D. GIL TELLEZ GIRON.
DOÑA JOSEFA DUARTE.
UN MONTAÑÉS.—UNA DAMA.—TRES CONJURADOS.—CONJURADOS DE LA LIGA SACROSANTA.—ALEMANES Y ESPAÑOLES.—MONTAÑESES.—SEÑORES.—SOLDADOS.—PUEBLO.—PAJES, ETC.

ACTO PRIMERO

El rey.

EN ZARAGOZA

Cuarto dormitorio. Es de noche. Hay una lámpara sobre una mesa.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JOSEFA DUARTE, vieja, vestida de negro, con adornos de azabache á lo Isabel la Católica. D. CÁRLOS. (Llaman, dando un golpe á una puertecita secreta, á la derecha. La dueña, que está cosiendo una cortina carmesí, escucha. Dan un segundo golpe.)

DOÑA JOSEFA. Será él ya? (Otro golpe.) Llaman en la escalera secreta; voy á abrir.

Abre y entra D. CÁRLOS arrebujado hasta los ojos y con el sombrero calado.

Buenas noches, caballero.

D. CÁRLOS se desemboza y se vé que lleva un rico traje de terciopelo de la moda castellana de 1519. La vieja retrocede con espanto.

Ah! No sois Hernani! Dios mio! ¡Socorro!

D. CÁRLOS. (Asiéndola por el brazo.) Si pronuncias una sola palabra más, mueres. Dime, ¿estoy en el aposento de doña Sol, prometida del duque de Pastrana, su tio, señor tan venerable como celoso? ¿La hermosa jóven ama á un caballero imberbe, que recibe todas las noches, admitiendo tras él tambien al viejo? ¿Estoy bien informado? Contesta.

JOSEFA. Me acabais de prohibir hablar bajo pena de muerte.

D. CÁR. Solo quiero que me contestes sí ó no á lo que te pregunte. ¿Es tu señora doña Sol de Silva?

JOSEFA. Sí.

D. CÁR. ¿El duque, su futuro esposo, está ahora fuera de su casa?

JOSEFA. Sí.

D. CÁR. ¿Espera tu señora al jóven galan?

JOSEFA. Sí.

D. CÁR. (Era verdad.) ¿Se ven aquí mismo?

JOSEFA. Sí.

D. CÁR. Pues ocúltame en seguida.

JOSEFA. A vos!

D. CÁR. A mí.

JOSEFA. Para qué?

D. CÁR. Porque deseo esconderme.

JOSEFA. Aquí! Jamás.

D. CÁR. (Saca un bolsillo y un puñal y dice.) Escoge.

JOSEFA. (Escogiendo el bolsillo.) ¡Sois un diablo!

D. CÁR. No te equivocas.

JOSEFA. (Abriendo un estrecho armario simulado en la pared.) Entrad aquí.

D. CÁR. En esa caja?

JOSEFA. No tengo sitio mejor.

D. CÁR. (Examinando el escondrijo.) (¿Será esto la covacha de la escoba en que cabalga esta bruja?) (Introduciéndose con dificultad.) Uf!

JOSEFA. (Juntando las manos escandalizada.) ¡Un hombre en esta habitacion!

D. CÁR. ¿Es acaso mujer el galan que espera tu ama?

JOSEFA. Oh Dios! Oigo sus pasos. Señor, cerrad pronto ese armario.

D. CÁR. Si me descubrís, contaos con los difuntos. (Cierra el armario.)

JOSEFA. Quién será este hombre? Yo voy á llamar... pero á quién? Todos duermen en la casa, escepto nosotras dos. El otro vá á llegar y á él le interesa esto, y tiene buena espada. (Pesando el bolsillo.) Despues de todo no debe ser ningun ladron. (Esconde el bolsillo al ver que viene DOÑA SOL.)

ESCENA II.

Dicha, D. CÁRLOS oculto, DOÑA SOL, luego HERNANI.

SOL. Josefa!

JOSEFA. Señora!

SOL. Ah! Temo que haya sucedido una desgracia.

JOSEFA. Por qué?

SOL. Porque Hernani debia estar ya aquí. (Oyense pasos por la puerta secreta.)

JOSEFA. Ya viene.

SOL. Abre antes que llame.

La dueña abre la puerta y entra HERNANI, que viene con capa y sombrero. Debajo de la capa viste el traje de los montañeses de Aragon, de paño pardo, con coraza de cuero. Lleva en el cinto un puñal, una espada y un cuerno de caza.

SOL. Hernani! (Corriendo hácia él.)

HERNANI. Doña Sol! ¡Por fin te veo y me habla tu voz! ¿Por qué la suerte nos ha separado tanto? ¡Tengo tanta necesidad de verte para olvidar á los demás!...

SOL. Qué mojado vienes! ¿Llueve mucho?

HERN. No lo sé.

SOL. Debes tener frio!

HERN. No.

SOL. Quítate la capa.

HERN. Sol de mi vida! dime: cuando inocente y tranquila duermes por la noche y el sueño plácido entorna tus ojos y entreabre las rosas de tus labios, ¿no te dice tu ángel lo dulce que es tu cariño para el infeliz á quien todos abandonan y rechazan?

SOL. Ah!... Pero has tardado mucho! Sé franco y dime si tienes frio.

HERN. Frio á tu lado! Cuando el amor celoso hierve en la cabeza y en el corazon agita sus tempestades, ¿qué nos importa que las nubes del cielo nos lancen agua ó relámpagos?

SOL. Dame, dame la capa y la espada. (DOÑA SOL le quita la capa.)

HERN. (Llevando la mano al pomo de la espada.) No, ésta no; es otra amiga inocente y fiel. ¿Está ausente de casa tu tio y futuro esposo?

SOL. Sí; podemos disponer de una hora.

HERN. Una hora nada más! ¡Y cuando ésta transcurra, ángel mio, es preciso olvidar ó morir! ¡Pasar contigo solo una hora el que quisiera pasar contigo la vida y despues la eternidad!

SOL. Hernani!...

HERN. (Con amargura.) Soy feliz cuando el duque no está en casa; y como el ladron que tiembla cuando fuerza una puerta, así entro á verte y robo al anciano una hora de su dicha. ¡Me creo feliz, y él sentiria que le robase yo una hora, cuando él me roba á mí la vida!

SOL. Cálmate. (Entregando la capa á la dueña.) Josefa; ponla á secar. (Haciendo á HERNANI una seña mientras que la dueña se vá.) Acércate á mí.

HERN. Pero el duque está ausente?

SOL. Sí, bien mio. No pienses más en él.

HERN. ¡No he de pensar en él si vá á ser tu futuro esposo! ¡Te besó el otro dia y quieres que le aparte de mi memoria!

SOL. No debe tenerte intranquilo un beso paternal.

HERN. Te besó como amante, como marido, como celoso, como hombre á quien debes pertenecer. Es un viejo insensato, que al pié del sepulcro y al terminar su vital jornada necesita una mujer, y siendo un frio espectro quiere unirse á una jóven, no viendo que, mientras que con una mano coge la tuya, la muerte se apodera de su otra mano. Temerariamente ha venido á colocarse entre nosotros. ¿Quién te obliga á semejante matrimonio?

SOL. El rey lo dispone así.

HERN. El rey! Mi padre murió en el cadalso, condenado por el suyo, y aunque mi ódio hácia él envejeció despues de aquella inmolacion, para el hijo de aquel rey mi ódio siempre es jóven; y desde mi tierna edad juré vengar en el hijo la muerte de mi padre. Por todas partes busco al rey de ambas Castillas, porque

es eterno el ódio que nos profesamos mi familia y la suya. Nuestros padres han combatido durante treinta años sin compasion y sin remordimiento contra esa raza real, y aunque mis padres han muerto, su ódio vive en mí. ¡Y el rey es el que forja ese execrable himeneo! Tanto mejor. Le buscaba y él se me aparece en mi camino.

SOL. Me aterras!

HERN. Voy cargado con el peso de un anatema, que hasta á mí mismo me espanta. Escúchame, doña Sol: el hombre á quien el rey te destina, Ruy de Silva, tu tio, es duque de Pastrana, rico hombre de Aragon, conde y grande de España. A falta de juventud, puede proporcionarte tanto oro y tantas joyas, que podrá relucir tu cabeza entre las cabezas reales y podrás excitar la envidia hasta de las reinas. En cambio, yo soy pobre, y desde mi niñez no poseo más que los bosques y las montañas; quizás pudiera ostentar algun ilustre blason, que hoy deslustra una mancha de sangre; acaso poseo derechos que yacen en la oscuridad cubiertos con el paño negro del patíbulo, y si mi esperanza no es falaz, acaso un dia pueda hacer brillar mi espada; pero hasta ahora solo he recibido del cielo el dón comun á todos los mortales; el aire, la luz y el agua. Pero ha llegado la ocasion en que te libres del duque o de mí; elige entre los dos: ó ser su esposa ó seguirme.

SOL. Te seguiré.

HERN. Si me sigues, has de vivir entre mis rudos compañeros, que están proscriptos como yo y que el verdugo ya conoce; hombres de corazon y de hierro, que nunca se enmohecen, que tienen agravios que vengar, y tendrás que ser la reina de mi banda, porque yo solo soy un bandido. Cuando me perseguian en ambas Castillas, solo y huyendo por bosques y montañas, tuve que buscar asilo seguro, y Cataluña me acogió como una madre. Crecí entre sus montañeses, pobres, pero altivos y libres, y cobré tal crédito entre ellos, que mañana, si hago resonar esta bocina, acudirán á ayudarme en són de guerra tres mil bravos montañeses. Te extremeces! Te doy tiempo para que reflexiones lo que debes hacer. Piensa que si me sigues será tu suerte errar conmigo por bosques, montes y arenales, y entre hombres parecidos á los demonios de tus sueños pavorosos; recelar de todo, de las miradas, de las palabras, de los pasos, de los ruidos; oir silbar las balas de los mosquetes amenazando vidas y anunciando muertes; vivir proscripta y errante como yo, y acaso, acaso seguirme donde yo seguiré á mi padre; á la horca.

SOL. Te seguiré.

HERN. El duque es rico, honrado y grande de España; conserva limpio el escudo de su familia, tiene gran influencia en la corte, y al entregarte la mano, te entrega con ella tesoros, títulos, felicidad...

SOL. Partiremos mañana. No debe chocarte mi extraña audacia. No sé si eres mi demonio ó mi ángel; solo sé que soy tu esclava. Vé donde quieras; iré contigo; que te quedes ó que partas, seré tuya. Por qué obro así? Yo misma lo ignoro. Conozco que tengo necesidad de verte, de verte á todas horas y siempre. Cuando se aleja de mí el ruido de tus pasos, creo que mi corazon deja de latir; me faltas tú, y creo que yo estoy ausente de mí misma; pero cuando vuelvo á oir el ruido de tus pasos, recuerdo que existo, y siento que vuelve á mí el alma fugitiva.

HERN. (Estrechándola en sus brazos) ¡Angel mio!

SOL. Te espero mañana á la media noche. Ven con tu gente y colócate debajo de mi ventana; dá tres palmadas y... verás si soy brava y decidida.

HERN. Pero tú no sabes quién soy yo!

SOL. Ni me importa. De todos modos te seguiré.

HERN. Ya que quieres seguirme, es preciso que sepas el nombre, el título, el alma y el destino que oculta el pastor Hernani. Amabas á un bandido; ¿amarás tambien á un proscripto?

D. CÁR. (Abriendo bruscamente la puerta del armario.) ¿Acabareis de referir vuestra historia? ¿Creeis que se está cómodamente en este escondrijo?

HERNANI retrocede asombrado. DOÑA SOL lanza un grito y se refugia en brazos de éste, mirando espantada á D. CÁRLOS.

HERN. (Echando mano á la espada.) ¿Quién es ese hombre?

SOL. Cielos! Socorro!

HERN. Silencio, doña Sol! Cuando esté yo á vuestro lado, suceda lo que suceda, no teneis que reclamar más defensa que la mia. (A D. CÁRLOS.) ¿Qué hacíais ahí?

D. CÁR. Qué hacia? Me parece que no cabalgaba por ningun bosque.

HERN. El que se chancea despues de la afrenta, se expone tambien á hacer reir á su heredero.

D. CÁR. A cada cual le llega su turno. Señor mio, hablemos claros. Vos

amais á doña Sol y venís todas las noches á miraros en el espejo de sus ojos. Me parece bien, pero yo tambien amo á doña Sol y deseo conocer al que he visto muchas veces penetrar por la ventana, mientras yo permanecia en la puerta.

HERN. Os juro, pues, que os he de hacer salir por donde yo entro.

D. CÁR. Eso lo veremos. Ofrezco mi cariño á esta dama, y podemos partírnosle si quereis. Comprendo que abriga su alma tal tesoro de ternura y de bondad, que seguramente será suficiente para saciarnos á los dos. Queriendo averiguar, en fin, esta noche lo que tanto me empeñaba, me sorprendísteis y me escondí aquí para escucharos. Pero oia muy mal y me ahogaba muy bien, y además, me chafaba toda la ropa... por eso salgo.

HERN. Mi daga tampoco está bien en la funda y rabia por salir al aire libre.

D. CÁR. Como querais, caballero.

HERN. (Sacando la espada.) En guardia, pues.

D. CÁR. (Sacando tambien la suya.) Pues en guardia.

SOL. (Interponiéndose.) Dios mio! ¡Hernani!

D. CÁR. Tranquilizaos, señora.

HERN. Decidme vuestro nombre. (A D. CÁRLOS.)

CÁR. Decidme antes el vuestro.

HERN. Es un secreto fatal que me callo para revelárselo un dia á un hombre, el dia que mis plantas vencedoras le pisen y mi espada penetre en su corazon.

D. CÁR. ¿Cómo se llama ese otro hombre?

HERN. No os importa. Defendeos.

Cruzan las espadas; DOÑA SOL cae desfallecida en un sillon. Al mismo tiempo llaman á la puerta y la dama se levanta sobresaltada.

SOL. Cielos! Llaman á la puerta!

Cesa el combate. Sale DOÑA JOSEFA por la puerta secreta.

HERN. Quién es el que llama?

JOSEFA. Qué conflicto, Dios mio! ¡Es el duque!

SOL. El duque! Estoy perdida!

JOSEFA. El desconocido! ¡Los dos con las espadas desnudas! ¡Se estaban batiendo!

Los dos adversarios envainan los aceros. D. CÁRLOS se cala el sombrero y se emboza hasta los ojos. Siguen llamando.

HERN. Qué hacemos?

UNA VOZ FUERA. Doña Sol, ábreme!

La dueña vá á abrir y HERNANI la detiene.

HERN. No abrais.

JOSEFA. (Sacando el rosario.) ¡Santiago Apóstol, sacadnos de este apuro!

Siguen llamando.

HERN. (A D. CÁRLOS.) Ocultémonos allí.

D. CÁR. En el armario?

HERN. Entrad, que yo me encargo de que quepamos los dos.

D. CÁR. Gracias, se está ahí demasiado bien.

HERN. Huyamos, pues, por allí. (Indicando la puerta secreta.)

D. CÁR. Huid vos; yo aquí me quedo.

HERN. ¡Vive Dios que me pagareis cara esta jugada!

D. CÁR. Abrid la puerta. (A JOSEFA.)

HERN. Qué dice!

D. CÁR. Os mando que abrais.

Siguen llamando; la dueña abre temblando.

SOL. Estoy muerta!

ESCENA III.

Los mismos, D. RUY GOMEZ DE SILVA. (Barba y cabellos blancos, traje negro.)—Criados con antorchas.

RUY. ¡Dos hombres en el cuarto de mi sobrina y á estas horas! Venid todos aquí, que esto vale la pena de verlo. Doña Sol, creo que tres hombres somos demasiado en mi casa. ¿Qué hacen aquí estos caballeros? En tiempos del Cid y de Bernardo, iban ambos por España honrando ancianos y protegiendo doncellas; eran hombres gigantes y fuertes, á los que pesaba menos el hierro de sus armaduras que á vosotros el terciopelo de vuestros trajes; respetaban las canas, santificaban sus amores en la iglesia, no hacian traicion á nadie y conservaban el honor de su prosapia. Si deseaban casarse, tomaban á la mujer á la luz clara del dia, tomábanla sin tacha, con la espada, el hacha ó la lanza en la mano. Pero estos felones, que cometen sus fechorías durante la noche, y que á espaldas de los esposos roban el honor de las mujeres, el Cid, nuestro ilustre abuelo, los hubiera creido viles, los hubiera hecho ponerse de rodillas, y por haber degradado la nobleza, hubiera abofeteado sus blasones con la vaina de su espada. Eso harian los hombres de otros tiempos con los hombres de ahora. ¿Qué habeis venido á hacer aquí? ¿Creeis que solo soy un viejo que he de servir de risa á los jóvenes? ¿Se van á reir de mí, que he sido antiguo soldado de Zamora y que he encanecido en la guerra? Vosotros indudablemente no os reireis.

HERN. Señor duque...

RUY. Silencio! Disponeis de toda clase de armas, gozais de jaurías y de festines, de las danzas y de todos los placeres de la juventud, y os falta un juguete, y por juguete quereis tomar á un infeliz anciano. Rompedle, pues; pero plegue á Dios que no os salten las astillas á la cara. Seguidme.

HERN. Señor duque...

RUY. Seguidme! No es esto cosa de risa; tengo en mi casa un tesoro, que es el honor de una doncella, que es el honor de toda una familia; esta jóven, á quien yo amo, es mi sobrina, y dentro de poco será mi esposa. La creo casta y pura, pero veo que no puedo abandonar mi hogar ni una sola hora, sin que un ladron de honras se deslice en él. ¿Quereis algo más de mí? (Se arranca el collar.) Tomad, pisotead mi Toison de Oro. (Se quita y arroja al suelo el sombrero.) Deshonrad mis canas, y podreis vanagloriaros mañana en la ciudad de que sois dos jóvenes insolentes y disolutos, que habeis empañado la frente pura de un anciano.

SOL. Ah! Señor...

RUY. Escuderos! Escuderos! ¡Venid aquí! Traedme el hacha, el puñal y la daga de Toledo. Vosotros dos seguidme.

D. CÁR. (Dando un paso.) Duque, no se trata ahora precisamente de eso. Ante todo hay que tratar de la muerte de Maximiliano, emperador de Alemania.

RUY. Os burlais!

D. CÁRLOS, desembozándose y quitándose el sombrero.

RUY. Santo Dios, el rey!

SOL. El rey!

HERN. El rey de España!

D. CÁR. Sí; Cárlos I. Mi augusto abuelo, el emperador, ha muerto, segun he sabido esta misma noche, y vine á participarte sin demora esta noticia, á tí, mi leal súbdito, y á pedirte consejo, de noche y de incógnito.

RUY GOMEZ despide á sus criados haciendo una señal y se acerca al rey, al que DOÑA SOL examina con sorpresa y con temor, mientras HERNANI permanece aislado mirándole con ojos chispeantes.

RUY. ¿Por qué tardar tanto en abrirme la puerta?

D. CÁR. Venias demasiado acompañado... Cuando un secreto de Estado me trae á tu palacio, no es para comunicárselo á tus servidores.

RUY. Perdonad, señor. Las apariencias...

D. CÁR. Basta. No hablemos ya de esto.

RUY. ¡Ha muerto vuestro augusto abuelo!

D. CÁR. Su muerte me ha sumido en la tristeza y en la inquietud.

RUY. Quién vá á heredar su corona?

D. CÁR. La pretende el duque de Sajonia, y Francisco I de Francia es otro de los pretendientes.

RUY. ¿Dónde se reunirán los electores del imperio?

D. CÁR. En Aix-la-Chapelle, en Spira ó en Francfort.

RUY. ¿Nuestro rey y señor, que Dios guarde, no ha pensado nunca en el imperio?

D. CÁR. Siempre.

RUY. A vos solo os corresponde.

D. CÁR. Lo sé.

RUY. Vuestro augusto padre fué archiduque de Austria, y el imperio tendrá presente que era abuelo vuestro el que acaba de morir.

D. CÁR. Además soy ciudadano de Gante.

RUY. En mis años juveniles tuve el honor de ver á vuestro ilustre abuelo; yo soy el único que sobrevivo de todo un siglo; han muerto ya todos los que en él vivieron. Era un emperador magnífico y poderoso.

D. CÁR. Roma se decide por mí.

RUY. Era valiente sin ser tirano; la corona le sentaba muy bien. (Se inclina y besa la mano á D. CÁRLOS.) Os compadezco, señor!

D. CÁR. El Papa desea recobrar la Sicilia, pero el emperador no puede poseer la Sicilia, y si me elige, hijo dócil, le devolveré á Nápoles. Poseamos el águila, que despues... ya veremos si le dejaré roer los alones.

RUY. Con gran alegría veria el veterano del trono ceñir su corona á su ilustre nieto. ¡Con qué júbilo lo presenciaria si viviese!

D. CÁR. El Padre Santo es hábil. Qué significa la Sicilia? Es una isla que cuelga de mi reino, un giron que apenas conviene á España. Por eso me pregunta: "¿Qué harias, hijo mio, de esa isla atada al cabo de un hilo? Tu imperio está mal construido; dame unas tijeras y cortemos.„ Gracias, Santísimo Padre, porque de esos girones, si me ayuda la fortuna, he de coser más de uno al sacro imperio, y si me arrancaran algunos, remendaria mis Estados con otros ducados y con otras islas.

RUY. Consolaos, señor; en el imperio de la justicia, los muertos aparecen más santos y más augustos.

D. CÁR. El rey Francisco I es un ambicioso, y en cuanto ha muerto el emperador ha alzado la vista hasta el im-

perio. ¿No posee á la Francia cristianísima? Como la herencia es pingüe, no es extraño que la codicie. Decia al rey Luis el emperador mi abuelo: "Si yo fuera Dios Padre y tuviese dos hijos, haria Dios al primogénito y al segundo rey de Francia.„ ¿Crees que Francisco pueda tener algunas esperanzas?

RUY. Es un rey victorioso.

D. CÁR. Pero para conseguirlo era preciso burlar las leyes. La Bula de Oro prohibe que sea elegido un extranjero.

RUY. Entonces, señor, vos sois rey de España.

D. CÁR. Pero soy ciudadano de Gante.

RUY. La última campaña ha encumbrado mucho al rey Francisco.

D. CÁR. El águila que vá á brotar de mi cimera puede tambien desplegar las alas.

RUY. Vuestra alteza sabe latin?

D. CÁR. Mal.

RUY. Pues es una lástima, porque á la nobleza alemana le gusta que la hablen en latin.

D. CÁR. Se tendrán que contentar con un castellano altivo, porque, creedme, duque, cuando la voz habla alto, poco importa la lengua en que hable. Voy á Flandes, y deseo, mi querido Silva, volver á España emperador. El rey de Francia lo removerá todo, por lo que debo anticiparme y partir en seguida.

RUY. ¿Nos dejais, señor, sin purgar antes á Aragon de esos bandidos que al abrigo de sus montañas levantan la atrevida frente?

D. CÁR. Ya he dispuesto que el duque de Arcos acabe con ellos.

RUY. ¿Pero habeis dado tambien la órden al capitan de la gavilla de que se deje exterminar?

D. CÁR. Quién es ese bandido? ¿Cómo se llama?

RUY. Lo ignoro, pero dicen que es muy audaz.

D. CÁR. Solo sé que ahora se oculta en Galicia. Ya enviaré alguna fuerza para que se apodere de él.

RUY. Pues falsas noticias creen que está aquí.

D. CÁR. Serán falsas... Esta noche me hospedo en tu casa.

RUY. Me dispensais, señor, inmerecida honra. Honrad todos al rey mi huésped.

El duque hace formar en dos filas á los criados que llevan las antorchas hasta la puerta del fondo. Interin se acerca DOÑA SOL á HERNANI. El rey los cela.

SOL. Mañana á media noche estarás debajo de mi ventana y me llamarás dando tres palmadas.

HERN. Sí, mañana.

D. CÁR. (Mañana!) (A DOÑA SOL con galantería.) Permitidme que os ofrezca la mano para salir. (El rey la conduce hasta la puerta.)

HERN. (Llevando la mano al puñal.) ¡Cuándo te usaré!

D. CÁR. (Volviendo y acercándose á HERNANI.) Os concedí el honor de cruzar vuestra espada con la mia; por muchos motivos sospecho de vos, pero el rey Cárlos ódia la traicion. Idos, que me digno protejer vuestra fuga.

RUY. (A D. CÁRLOS.) ¿Quién es ese caballero?

D. CAR. Es de mi séquito y se vá.

Salen con los criados: el duque precede al rey, llevando en la mano una antorcha encendida.

ESCENA IV.

HERNANI.

De tu séquito soy; dices bien!... ¡Voy tras de tí de dia y de noche, siguiendo las huellas de tus pasos y con el puñal en la mano! Persigo á tu raza representando á la mia... ¡y ahora descubro que eres mi rival!... Estuve un instante indeciso entre amar y aborrecer. Mi corazon no era bastante capaz para abrigaros á ella y á tí; amándola, olvidé el ódio que te profeso; ¡pero has venido á recordármelo, y el amor, que inclinaba la incierta balanza, la hace caer por la parte del ódio! Has dicho bien; ¡soy de tu séquito! Ninguno de los cortesanos que te lamen las manos y que te besan los piés te seguirá tan tenaz ni tan asíduamente como yo: los cortesanos van tras de tí por cosas baladíes, por juguetes de relumbron, y yo voy para arrancarte el alma del cuerpo y para hacerte saltar la sangre de las venas. Vé andando, que yo te seguiré. Me acompaña la venganza, hablándome al oido; espío, escucho y sigilosamente sigo tus huellas; te persigo. De dia no podrás, oh rey!, volver la cabeza sin verme inmóvil y sombrío turbar tus solemnidades, y de noche no la volverás tampoco sin encontrar fijos en tí mis ojos fulgurantes!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

El bandido.

EN ZARAGOZA

Patio en el palacio del duque de Silva. A la izquierda se ven las altas paredes del palacio, en las que hay un balcon; bajo de él una puerta pequeña. A la derecha, y en el fondo, casas y calles. Es de noche. En las fachadas de algunos edificios hay luz en varias ventanas.

ESCENA PRIMERA.

D. CÁRLOS, D. SANCHO SANCHEZ DE ZÚÑIGA, conde de Monterey; D. MATÍAS CENTURION, marqués de Almunia; don RICARDO DE ROJAS, señor de Casapalma.

Llega D. CÁRLOS seguido de los tres caballeros, que van con sombreros gachos y embozados en capas largas, que dejan ver por debajo las puntas de las espadas.

D. CÁR. Hé aquí la puerta y hé aquí el balcon... Me hierve la sangre! ¡Hay luz en todas partes menos donde yo la espero!...

D. SANCHO. Señor, volviendo á ocuparnos de este traidor, ¿cómo es que lo dejásteis partir?

D. CÁR. No quise prenderle.

SAN. Pues quizá era el jefe de los bandoleros.

D. CÁR. Si lo era, no he visto nunca testa coronada tan altiva.

SAN. Decís que se llama...

D. CÁR. No recuerdo bien... Su nombre termina en *i*.

SAN. Se llama Hernani?

D. CÁR. Eso es, Hernani.

SAN. Pues él es.

D. MATÍAS. Es el jefe de los bandoleros.

SAN. No recordais lo que decia?

D. CÁR. No podia oir bien lo que habló, oculto en aquel maldito armario.

SAN. ¿Pero cómo le soltásteis, teniéndole en vuestro poder?

D. CÁR. Conde de Monterey, no me interrogueis más. Eso no me interesa. No voy tras él, sino tras de su dama, porque estoy verdaderamente enamorado de sus hermosos ojos, que son dos espejos, dos rayos, dos soles. Del diálogo que sostuvo con ella solo oí estas palabras: "Hasta mañana á la media noche.„ Oí lo esencial. Ahora, mientras el galan bandido se entretiene en alguna fechoría, vengo antes que él y le robo la paloma.

D. RICARDO. Hubiera sido, señor, la jugada completa robar la paloma y matar al buitre.

D. CÁR. Excelente consejo, conde; sois muy listo.

RIC. Señor, ¿con qué título os place que yo sea conde?

SAN. Su alteza se equivocó.

RIC. No, el rey me ha nombrado conde.

D. CÁR. Basta; dejé caer ese título, recogedlo y en paz.

RIC. Gracias, señor.

El rey se pasea por el fondo, mirando con impaciencia hácia las ventanas iluminadas. Los otros hablan entre sí en el proscenio.

SAN. (A D. MATÍAS.) Vaya un título! Ser conde por equivocacion.

MAT. ¿Qué hará el rey de la dama cuando se apodere de ella?

SAN. La nombrará condesa, despues dama de honor, y cuando tenga un hijo de ella, lo hará rey.

MAT. Rey un bastardo! Comprendo que le haga conde, pero no que pretenda sacar un rey de una condesa.

SAN. Es que la ascenderá á duquesa y á todo lo que él quiera.

MAT. Los bastardos se reservan para los paises conquistados, de los que se les nombra vireyes; para esto es para lo que sirven.

D. CÁR. (Mirando con cólera las ventanas iluminadas.) Vive Dios! Que esas luces que brillan en la oscuridad me parecen ojos celosos que me están espiando. ¡Qué largos son los momentos de espera! ¡Quién pudiera acelerar las horas! ¡Maldito balcon! ¿Cuándo te iluminarás? Sal pronto, doña Sol, á brillar como un astro en las tinieblas de la noche. (A D. RICARDO.) ¿Qué hora será?

RIC. La hora de la cita está próxima.

Se ilumina el balcon de DOÑA SOL.

D. CÁR. Ah! Ved la luz en él! ¡Ved la sombra de la dama al través de los cristales! Voy á hacer la señal que espera; voy á dar las tres palmadas. Pero para que no se alarme viendo aquí tanta gente, retiraos á la esquina inmediata y guardadme las espaldas. Compartamos estos amoríos; la dama para mí y el bandido para vosotros.

RIC. Muchas gracias, señor.

D. CÁR. Si viene á estorbarme dadle de estocadas, que mientras yo me llevaré á la dama; pero no lo mateis, que es un valiente, y no quiero cargar con el peso de la muerte de un hombre.

Los tres caballeros se inclinan y se van. D. CÁRLOS dá tres

palmadas; al sonar la última asoma DOÑA SOL al balcon, vestida de blanco y con una lámpara en la mano.

ESCENA II.

D. CÁRLOS y DOÑA SOL.

SOL. Eres tú, Hernani?

D. CÁR. (Me conviene no hablar.)

Vuelve á dar las tres palmadas.

SOL. Bajo al momento.

Cierra el balcon, y poco despues abre la puerta pequeña que dá á la calle, apareciendo en la escena con la lámpara y cubierta con un manto.

Hernani?

D. CÁRLOS se cala el sombrero y se acerca precipitadamente á ella.

SOL. (Dejando caer la lámpara.) Dios mio! ¡No es él!

Quiere retroceder, pero el rey la detiene por el brazo.

D. CÁR. Doña Sol!

SOL. No es él! Desdichada de mí!

D. CÁR. Si esta voz no es la de tu amante, es en cambio la voz amorosa de un amante real.

SOL. El rey!

D. CÁR. Ordena, pide, manda, pondré un reino á tus piés; porque el hombre que desdeñas es el rey tu señor; es Cárlos tu esclavo.

DOÑA SOL pugna por desasirse.

SOL. Socorro!

D. CÁR. No te amedrentes, que no es el bandido el que te sujeta, sino el rey.

SOL. El bandido sois vos, que no os avergonzais de vuestra accion. ¿Estas son las hazañas que han de dar fama al rey? ¡Venir por medio de un engaño y de noche á robar una doncella! Mi bandido vale cien veces más que vos. Rey de Castilla, si el hombre naciese en el sitio que merece, si Dios concediera las gerarquías midiéndolas por el corazon, él seria rey y el bandido vos.

D. CÁR. Doña Sol!

SOL. ¿Olvidais que mi padre era conde?

D. CÁR. Vos sereis duquesa.

SOL. No me avergonceis. Nada puede haber de comun entre los dos, que yo soy mucho para ser vuestra manceba y muy poco para ser vuestra esposa.

D. CÁR. Sereis princesa.

SOL. Rey D. Cárlos, dedicad vuestros amoríos á las mujerzuelas que los merecen, porque si insistís en vuestros propósitos, os demostraré que soy dama y que soy mujer.

D. CÁR. Pues bien, compartireis el trono conmigo; sereis reina, emperatriz.

SOL. No caeré en esas redes. Además, prefiero vivir errante con mi Hernani, fuera de la sociedad y de la ley, compartiendo su destierro y su persecucion, á sentarme como emperatriz en vuestro trono.

D. CÁR. Qué feliz es ese hombre!

SOL. Es pobre y vive proscripto.

D. CÁR. Ser pobre y estar proscripto le favorece, porque así le adorais. Mientras yo vivo solo, á él le acompaña un ángel. Pero doña Sol, es que me odiais?

SOL. No os amo.

D. CÁR. (Cogiéndola una mano con violencia.) Pues nada me importa que no me ameis; vendreis conmigo, porque lo deseo y porque soy el más fuerte; vendreis conmigo porque soy rey de España y de las Indias.

SOL. (Debatiéndose.) ¡Señor, tened piedad de mí! Ya que sois rey, podeis elegir entre las marquesas ó las duquesas de vuestra córte, que se verian halagadas consiguiendo vuestro cariño. Poseeis las Castillas, Aragon, Navarra, Murcia, Leon y muchos reinos más, y fuera de España, Flandes y las Indias. Poseeis un imperio en el que nunca se pone el sol, y el pobre proscripto no me tiene más que á mí, ¿y quereis robarle lo único que posee?

Se hinca de rodillas á los piés del rey.

D. CÁR. Ven conmigo; nada escucho. Si me correspondes, te doy á elegir cuatro de mis reinos españoles.

SOL. Solo quiero de vos... este puñal.

Se lo arranca del cinto. El rey la suelta y retrocede.

Atreveos ahora á dar un solo paso.

D. CÁR. Qué hermosa está así! No es extraño que ame á un rebelde.

Vá á dar un paso y DOÑA SOL alza el puñal amenazándole.

SOL. Dad un paso más y os mato y me mato.

El rey retrocede; DOÑA SOL se vuelve hácia la calle y grita con fuerza:

Hernani! Hernani!

D. CÁR. Callad.

SOL. Socorro!

D. CÁR. Señora, ya que á tal extremo me arrastrais, os digo que para obligaros á venir conmigo me acompañan tres hombres de mi séquito.

HERN. (Saliendo por detrás del rey.) Os habeis olvidado del cuarto.

Vuélvese el rey y vé á HERNANI, que está inmóvil, con los brazos cruzados bajo su larga capa y con el ala del sombrero levantada. DOÑA SOL dá un grito y corre á abrazarle.

ESCENA III.

Dichos y HERNANI.

SOL. Hernani, sálvame!

HERN. Cálmate, vida mia!

D. CÁR. (¿Por qué habrán dejado pasar mis amigos á este capitan de bandoleros?) Monterey! (Llamando.)

HERN. Vuestros amigos han caido en poder de los mios y es inútil que reclameis la ayuda de sus espadas impotentes. Por cada tres que vengan á ayudaros vendrán sesenta de los mios, y cada uno de los sesenta vale tanto como vosotros cuatro. Por lo que es mejor que los dos arreglemos nuestras cuentas. ¿Os atreveis á poner la mano en esta doncella? Rey de Castilla, eso ha sido una imprudencia, eso fué una cobardía.

D. CÁR. (Con desden.) No tolero reproches de un bandido.

HERN. Os chanceais! No soy rey; pero cuando un rey me agravia y además se chancea, mi cólera sube hasta la altura de su orgullo. Sois un insensato si abrigais la más mínima esperanza. (Cogiéndole del brazo.) ¿Sabeis qué mano es la que os aprieta? Oidme:—Vuestro padre hizo morir al mio, y os ódio; me habeis arrebatado mis bienes y mis títulos, y os ódio; amais á la mujer que amo, y os ódio con toda mi alma.

D. CÁR. Está bien.

HERN. Esta noche, sin embargo, que me olvidaba de vos, solo sentia el anhelo y la necesidad de ver á doña Sol. Anhelante y enamorado, acudo aquí y me encuentro con que íbais á robármela. Cuando os habia olvidado os interponeis en mi camino; os repito que sois un insensato. Habeis caido en vuestras propias redes; no podeis huir ni encontrar quien os socorra: qué vais á hacer?

D. CÁR. (Con altivez.) No consiento que me pregunteis.

HERN. No quise que os hiriera un desconocido, ni que escapárais á mi venganza. Defendeos. (Sacando la espada.)

D. CÁR. Soy vuestro rey y señor: matadme, pero no espereis que me defienda.

HERN. Pronto habeis olvidado que anoche se cruzaron nuestras espadas.

D. CÁR. Ayer la crucé con vos porque ignoraba quién érais y porque vos no conocíais mi gerarquía; hoy nos conocemos ambos.

HERN. No importa; defendeos.

D. CÁR. No acepto el duelo. Asesinadme.

HERN. ¿Creeis que para mí los reyes son sagrados?

D. CÁR. ¿Creeis, bandidos, que vuestras viles gavillas pueden extenderse impunemente por las ciudades? ¿Creeis que, llenos de sangre y de crímenes, podreis pasar por generosos, y que nosotros, víctimas de vuestras violencias, ennobleceremos vuestros puñales con el choque de nuestras espadas? Eso jamás; ya que el crímen os posee y lo arrastrais tras de vosotros, no podemos batirnos.

HERNANI, sombrío y pensativo, dá vueltas en la mano durante unos instantes al puño de la espada; despues se vuelve bruscamente hácia el rey y rompe la espada contra el suelo.

HERN. Idos; ya nos encontraremos.

D. CÁR. Está bien. Dentro de pocas horas volveré al palacio y llamaré al juez. Han puesto á precio vuestra cabeza.

HERN. Ya lo sé.

D. CÁR. Desde hoy sé que sois vasallo rebelde y traidor, y os aviso que os haré perseguir sin cesar. Os proscribiré del reino.

HERN. Ya está decretada mi proscripcion; por fortuna Francia está muy cerca y me servirá de asilo.

D. CÁR. Voy á ser emperador de Alemania, y entonces os proscribiré del imperio.

HERN. Me quedará el resto del mundo para desafiar vuestra cólera, y siempre encontraré algun asilo donde no alcance vuestro poder.

D. CÁR. Y si fuera mio el mundo?

HERN. Entonces siempre podria refugiarme en la tumba.

D. CÁR. Desbarataré tus insolentes maquinaciones.

HERN. La venganza es coja y camina lentamente, pero al fin llega.

D. CÁR. (Con desden.) ¡Verdaderamente es grave delito atreverse á la dama de un bandido!

HERN. Reflexionad que aun estais en mi poder, y pensad, futuro César, que si yo apretara esta mano leal, que es generosa para vos, aplastaria en su huevo vuestra águila imperial.

D. CÁR. A ver si os atreveis!

HERN. Idos! Huid de aquí, pero tomad antes mi capa.

(Se quita la capa y se la echa en los hombros del rey.)

Mi capa os librará de alguna puñalada; creerán que sois Hernani.

D. CÁR. Ya que me hablais de ese modo, no me pidais nunca gracia ni perdon.

Váse D. CÁRLOS embozado en la capa del bandido

ESCENA IV.

HERNANI y DOÑA SOL.

SOL. Ahora huyamos sin tardanza.

HERN. Veo que estás resuelta á aceptar mi desgracia y á compartir mi vida y mi muerte: noble propósito, digno de un corazon enamorado y fiel; pero para llevarme alegre á mi retiro el tesoro de hermosura que codicia un rey, para que me sigas y unas tu existencia á la mia, para arrastrarte conmigo, no es tiempo aun: veo la horca demasiado cerca.

SOL. Qué dices!

HERN. El rey, á quien he desafiado cara á cara, vá á castigarme porque le perdoné. Huyó y ha entrado ya quizá en palacio y ha llamado quizás á sus guardias, á sus criados, á sus caballeros y á sus verdugos.

SOL. Ah! ¡Me haces temblar, Hernani! Pues si eso es así, apresurémonos; huyamos.

HERN. Ha pasado ya la hora de huir juntos. Doña Sol, cuando te revelaste á mis ojos, tan bondadosa y tan enamorada, te ofrecí aquello de lo que yo disponia, las montañas, los bosques, el negro pan del proscripto, la mitad del lecho de musgo en que reposo; pero hoy solo puedo ofrecerte la mitad del cadalso, y... perdona, oh, Sol!, el cadalso es solo para mí.

SOL. Sin embargo, tambien me lo habias prometido.

HERN. (Arrodillándose á los piés de DOÑA SOL.) ¡Angel mio! En este instante en que quizás la muerte se me aproxima, declaro que, aunque proscripto y errante, soy feliz y soy digno de envidia porque me has amado, y porque amándome has bendecido mi frente maldita.

SOL. Hernani mio!

HERN. ¡Bendita mil veces la suerte que hizo nacer esta preciosa flor al borde de mi abismo! No te lo digo á tí, se lo digo al cielo que me oye, se lo digo á Dios.

SOL. Permíteme que te siga.

HERN. Cometeria un crímen arrancando la flor al caer en el abismo. He respirado su perfume y me basta. Vete. Anuda tu vida á otra vida; sé esposa del anciano; te desligo de tus juramentos.... déjame volver á mi oscuridad; y tú, olvídame y sé dichosa.

SOL. No, yo te sigo; quiero la mitad de tu mortaja; no me separo de tí.

HERN. (Abrazándola.) ¡Oh, déjame huir solo!

Despues de abrazarla se separa de ella bruscamente.

SOL. (Con sentimiento.) ¡Huyes de mí, despues de haberte entregado la vida! ¡Me rechazas, y á pesar de la pasion que me juras no me permites la dicha de morir á tu lado!

HERN. ¡Estoy desterrado, estoy proscripto, soy un hombre funesto!

SOL. Eres un ingrato!

HERN. Pues bien, me quedo; lo quieres y no me separo de tí. Ven, ven á mis brazos. Estaré á tu lado hasta que tú quieras y lo olvidaré todo. Siéntate en este banco.

Doña SOL se sienta y él se coloca á sus piés.

La luz de tus ojos ilumina los mios. Entóname algun cantar como otras noches, en que tus pestañas temblaban hasta dejar caer en mis labios las blancas perlas de tus lágrimas. Seamos felices! Bebamos, ya que la copa está llena. Esta hora nos pertenece; olvidémonos de todo lo demás. Háblame y embriágame. ¿No es verdad, sol de mi cielo, que es dulce amar y ser amados, ser dos, estar solos y requerirse de amores de noche, cuando todo duerme? ¡Déjame dormir y soñar en tu seno, vida de mi vida!...

Oyense tañidos de campanas desde lejos.

SOL. (Levantándose asustada.) Oyes? Tocan á rebato.

HERN. No, anuncian nuestra boda.

Arrecia el campaneo. Se oyen murmullos confusos; se ven antorchas en las calles y luces en las ventanas.

SOL. Huye! Sálvate! Gran Dios! ¡Parece que incendien á Zaragoza!

HERN. Tendremos boda con antorchas.

Se oyen gritos y choques de espadas.

SOL. Esa es la boda de los muertos, la boda de las tumbas.

HERN. (Reclinándose en el banco.) Volvamos á soñar.

UN MONTAÑÉS. (Corriendo con la espada en la mano.) Señor, los esbirros y los alcaldes desembocan en la plaza en tropel. Alerta, monseñor.

HERNANI se levanta.

SOL. (Pálida.) Ya te lo decia yo.

MONT. Socorro!

HERN. Aquí estoy; no temas.

GRITOS Á LO LEJOS. ¡Muera el bandido!

HERN. (Al montañés.) Dame la espada. Adios, doña Sol.

SOL. Ya te perdí! Dónde vas? Ven, huyamos por esta puerta.

HERN. No puedo abandonar á mis amigos.

Aumentan el tumulto y los gritos.

SOL. Esos clamores me aterran. (Reteniendo á HERNANI.) Piensa que si tú mueres, yo moriré tambien.

HERN. (Abrazándola.) Un beso...

SOL. Dueño mio! Esposo mio!

HERN. (Besándola en la frente.) El primero!

SOL. Y quizás el último!

Parte HERNANI y DOÑA SOL cae sobre el banco.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

El anciano.

EL CASTILLO DE SILVA EN LAS MONTAÑAS DE ARAGON

La galería de retratos de la familia de SILVA; salon, cuyo decorado lo forman dichos retratos, encuadrados con preciosas molduras, que coronan emblemas y escudos ducales.—En el fondo una puerta alta y gótica. – Entre los retratos hay colocadas grandes panoplias de varios siglos

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SOL, vestida de blanco, en pié junto á una mesa, y D. RUY GOMEZ DE SILVA, sentado en un sitial de roble.

RUY. Por fin llegó el dia! Dentro de una hora dejarás de ser mi sobrina para ser mi esposa y podré abrazarte como marido. Me has perdonado ya? Confieso que no tuve razon para ruborizarte y sospechar de tí á primera vista; no debí condenarte sin haberte oido; pero las apariencias engañan y obligan al hombre á ser injusto. Me encontré con dos mozos gentiles; no debí dar crédito á mis propios ojos... hija mia, pero cuando se llega á mi edad...

SOL. Siempre me lo recordais, y yo nunca os hablo de aquel suceso.

RUY. Pues yo sí; quiero confesar mi error. Nunca debí sospechar de una dama que se llama Doña Sol de Silva, por cuyas venas corre pura sangre castellana.

SOL. Eso sí.

RUY. Escucha: no es dueño de sí mismo el que está enamorado como lo estoy yo de tí, y además es viejo. Hay momentos en que es preciso ser celosos, y hasta perversos, porque somos viejos; porque la gracia, la belleza y la juventud de los demás nos causan miedo y parece que nos amenazan; porque los demás nos dan celos que nos hacen avergonzar de nosotros mismos. Cuando veo pasar á un pastor jóven, mientras canta por el verde prado, y yo sueño por mis sombrías avenidas, me digo á mismo muchas veces: "De buena gana daria yo mis almenadas torres, mi antiguo palacio ducal, mis bosques y mis sembrados, mis rebaños y mis títulos, todas mis ruinas, por su cabaña nueva y su frente juvenil. Daria todo lo que poseo por ser jóven y hermoso como tú. ¡Pero estoy delirando! Ya tengo un pié en el ataud.„

SOL. Quién sabe!

RUY. Sin embargo, créeme; los caballeros jóvenes aman frívolamente; la doncella que los ama se muere por ellos y ellos se rien de ella. Como los pajarillos de vistosas y ligeras alas, tienen mudable el plumaje del amor. Cuando un viejo ama, ama profundamente y conserva hasta la muerte jóven el corazon. Mi cariño no es como un juguete de cristal, que brilla y tiembla; es un cariño severo, arraigado, sólido y paternal, de madera de roble, como mi sillon ducal. Hé aquí cómo yo te amo, y además sé quererte de otros modos, como se ama á la aurora, á las flores y á los cielos. Al verte tan pura, tan brillante y tan hermosa, sonrío de júbilo y se engalana mi alma como para eterna fiesta.

SOL. (Ah!)

RUY. El mundo vé siempre con buenos ojos que cuando un hombre se extingue poco á poco, y vá á tropezar con las piedras del sepulcro, un ángel, una mujer pura vele por él, lo abrigue y se digne sufrir al inútil anciano, que pronto morirá. Serás para mí ese ángel con corazon de mujer, que regocije el alma del pobre anciano y soporte el peso de la mitad de sus últimos años; siendo su hija por el respeto y su hermana por la piedad.

SOL. Acaso en vez de precederme me sigais, señor, que no es razon para vivir ser jóven. Muchas veces los viejos se retardan y los jóvenes van delante.

RUY. No nos ocupemos más de estas ideas sombrías, y dime: ¿cómo es que no estás vestida para la ceremonia? Apresúrate á engalanarte con el traje de boda, que la hora se acerca ya.

SOL. Tiempo me queda.

Entra un paje.

RUY. Qué quieres?

EL PAJE. Señor, espera un peregri-

no á la puerta y os demanda hospitalidad.

RUY. Quien quiera que sea, siempre la dicha entra en la casa con el forastero que en ella se recibe. Que entre. ¿Se sabe algo del capitan de bandidos proscripto?

PAJE. Que todo acabó para Hernani, para ese leon de las montañas.

SOL. (Dios mio!)

RUY. Qué dices?

PAJE. Que la partida ha sido derrotada. Dicen que el mismo rey iba en su persecucion al frente de la tropa. La cabeza de Hernani ha sido pregonada por mil escudos reales. Pero se refiere que ha muerto en la pelea.

SOL. (Sin mí! Pobre Hernani!)

RUY. Gracias á Dios que al fin murió el rebelde. Alegrémonos, hija mia. Vé á ataviarte. Hoy debe ser para nosotros doble fiesta.

SOL. (Dia de luto para mí.) (Váse.)

RUY. (Al paje.) Que le lleven á su aposento el cofrecillo que yo le regalo. Quiero verla adornada como una vírgen, ante la que se arrodille el peregrino. Corre, dile que entre y guíale hasta aquí.

Vase el paje.

No debe hacerse esperar mucho tiempo á ningun huésped.

La puerta del fondo se abre y entra por ella HERNANI, disfrazado de peregrino. El duque se levanta y vá á su encuentro.

ESCENA II.

D. RUY GOMEZ, HERNANI.

HERN. ¡Paz y ventura al generoso duque!

RUY. ¡Paz y ventura al huésped recien llegado! (Siéntase en el sitial.) ¿Eres peregrino?

HERN. Sí.

RUY. Vienes de Armillas?

HERN. He seguido otro camino, porque por Armillas se estaban batiendo.

RUY. La partida del proscripto?

HERN. No lo sé.

RUY. Qué ha sido de su jefe Hernani?

HERN. Quién es ese hombre?

RUY. No le conoces? Peor para tí, porque has desperdiciado la ocasion de ganar la suma con que han tasado su cabeza. Hernani es un rebelde al rey, nuestro señor; un capitan de bandidos que gozó mucho tiempo de la impunidad. Si vas á Madrid verás cómo le ahorcan.

HERN. No voy allá.

RUY. Su cabeza pertenece al que la coja.

HERN. (Que vengan por ella!)

RUY. Adónde te diriges, peregrino?

HERN. A Zaragoza.

RUY. ¿A cumplir algun voto que hiciste á la Vírgen?

HERN. Sí, á la Vírgen del Pilar.

RUY. Deben cumplirse los votos hechos á los santos. Despues de cumplir el voto, ¿no te lleva otro deseo á Zaragoza que ver el Pilar?

HERN. No, señor.

RUY. Cómo te llamas? Yo soy Ruy Gomez de Silva.

HERN. Quereis saber mi nombre?... (Vacilando.)

RUY. Puedes callártelo si quieres; yo doy hospitalidad á todo el mundo que me la pide.

HERN. Gracias, señor.

RUY. Sé bien venido; quédate en mi casa y dispon de todo. Para mí te llamas huésped, y ese nombre me basta. Te acojo, seas quien fueres, que al mismo Satanás recibiria si Dios me lo enviara.

La puerta del fondo se abre de par en par. Entra DOÑA SOL con el traje nupcial. La siguen pajes, criados y dos damas, que llevan sobre un almohadon de terciopelo un cofrecito cincelado, que dejan sobre una mesa. El cofrecillo encierra una corona ducal, brazaletes, collares y perlas y brillantes amontonados. HERNANI, jadeante y azorado, mira con ojos fulgurantes á la novia, sin escuchar al duque.

ESCENA III.

Dichos, DOÑA SOL, pajes, criados y dos doncellas.

RUY. Aquí tienes á mi Vírgen del Pilar! Ora ante ella y te atraerás la felicidad. Acércate, doña Sol; ¿cómo es que no llevas todavía el anillo nupcial ni la corona?

HERN. (Con voz de trueno.) ¿Quién quiere ganarse mil carlos de oro? Yo soy Hernani.

Todos se vuelven sorprendidos y asombrados. HERNANI se desgarra el hábito de peregrino y aparece vestido de montañés.

SOL. (Con alegría.) (Cielos, vive!)

HERN. (A los criados.) Soy el proscripto que persiguen. (Al duque.) ¿Queríais saber mi nombre? Pues me llamo Hernani. Os entrego la cabeza puesta á precio. Vale bastante para pagar vuestra boda. Os la ofrezco á todos; tomadla, que os la pagarán bien. Atadme de piés y manos, aunque eso será inútil, porque estoy atado ya por una cadena que no puedo romper.

SOL. (Infeliz de mí!)

RUY. (Sin duda mi huésped está loco!)

HERN. Vuestro huésped es un bandido.

SOL. Señor, no le hagais caso.

HERN. Os digo la verdad.

RUY. Mil carlos de oro! Tan enorme es la cantidad, que no respondo de todos mis criados.

HERN. Basta con que uno solo me delate y me entregue.

RUY. Callaos! Os pueden tomar la palabra.

HERN. Amigos, la suerte os favorece; os aseguro que soy el rebelde Hernani.

RUY. Callad!

HERN. Soy Hernani!

SOL. Cállate por Dios! (Bajo á HERNANI.)

HERN. Aquí se casan; yo tambien quiero casarme; mi esposa tambien me espera. (Al duque.) Mi esposa no es tan hermosa como la vuestra, señor duque, pero es más fiel... Mi esposa es la muerte.

SOL. Por piedad! (Bajo á HERNANI.)

HERN. ¿Nadie quiere ganarse mil escudos de oro?

RUY. Es el mismo demonio.

HERN. Veo que estais temblando! Qué desgraciado soy!

RUY. Si se atrevieran á prenderte, en vez de entregar tu cabeza se expondrian á perder la suya. Aunque seas Hernani ú otro bandolero más ruin, y en lugar de oro por prenderte ofrecieran un imperio, dentro de mi casa te protegeria contra todos, hasta contra el mismo rey; porque á los huéspedes los envia Dios. Antes moriré yo que nadie se atreva á tocar un cabello de tu cabeza. Doña Sol, dentro de una hora serás mi esposa. Vuelve á tu aposento. Voy á poner en en armas todo el castillo y á cerrar las puertas.

Váse seguido de sus criados.

HERN. (Mirándose el cinto.) Ah! ¡No llevar ni un puñal!

Luego que ha desaparecido el duque, dá DOÑA SOL algunos pasos para seguir á sus doncellas, pero despues se detiene y retrocede cuando salen, acercándose con gran ansiedad hácia HERNANI.

ESCENA IV.

HERNANI y DOÑA SOL.

HERNANI contempla con miradas frias el cofrecillo nupcial que está sobre la mesa; despues menea la cabeza y le centellean los ojos.

HERN. Os doy mi parabien; me encanta, me enamora, me admira vuestro traje de bodas. (Acercándose al cofrecillo.) El anillo nupcial es de buen gusto... La corona ducal preciosa... el collar admirable... los brazaletes bellísimos; pero todo esto vale cien veces menos que la mujer hermosa que oculta un corazon infame. Con qué habeis comprado todo esto? Con un poco de amor? ¡Verdaderamente es muy barato! Dios mio! ¡Engañar de este modo y no tener vergüenza de vivir! (Examinando el cofrecillo.) Quizás las perlas sean falsas, el oro sea cobre, vidrio y plomo los diamantes, quizás estas joyas sean falsas. Si esto es así, duquesa, es falso tu corazon como estas joyas, y tú misma eres de oropel. Pero no, estas alhajas son de buena ley, son hermosas y buenas; no se atreveria á engañarte el hombre que tiene un pié en la tumba. El juego está completo; collar, brillantes, pendientes, corona, anillo nupcial... nada falta. Es el magnífico regalo que merece tu amor fiel, leal y profundo. Es precioso el cofrecillo.

SOL. (Registra el cofre y saca de él un puñal.) No has visto lo que contiene en el fondo. Este puñal, que arrebaté al rey Cárlos en el momento de ofrecerme el trono, que desprecié por tí, por tí, que ahora me ultrajas.

HERN. (Cayendo á sus piés.) Permíteme que de rodillas recoja las lágrimas que derraman tus bellísimos ojos. Despues te daré toda mi sangre por esas lágrimas.

SOL. (Enternecida.) Hernani, te amo y te perdono; pero no olvides nunca que mi amor es siempre para tí.

HERN. Me perdona y me ama! ¡Despues de lo que la he dicho, me ama y me perdona!

SOL. Hernani mio!

HERN. Debo serte odioso; pero dime otra vez que me amas, tranquiliza á un corazon que duda; dímelo por piedad, porque muchas veces las palabras que salen de los labios de una mujer curan profundas heridas.

SOL. (Absorbida y sin oirle.) ¡Creerme tan olvidadiza! ¡No comprender que ningun otro hombre puede entrar en el corazon que él llena!

HERN. He blasfemado de tí. En tu lugar yo, Doña Sol, me hubiera cansado ya de este loco furioso, que no sabe acariciar hasta despues de haber ofendido, y le hubiera hecho huir de mi lado. Recházame, que aunque me rechaces te bendeciré, porque has sido siempre tierna y bondadosa conmigo, porque me has soportado mucho tiempo, porque soy perverso, porque he oscurecido tus dias con mis noches. Tu alma es bella, noble y pura, y no es culpable de que yo sea perverso. Enlázate con el duque; es bue-

no y poderoso; sé dichosa con él. Sé esposa del anciano; él te merece más. ¿Cómo casar tu pura frente con mi cabeza proscripta? ¿Quién, viéndonos unidos, á tí tranquila y bella, á mí violento y fiero, á tí apacible y limpia como blanca azucena, á mí sombrío y azotado por tantas tempestades, quién dirá que nuestra suerte sigue la misma ley? Dios, que es la suprema sabiduría, no te creó para mí. No tengo derecho alguno para poseerte; poseer tu corazon seria un robo; yo se lo restituyo al que es más digno y debe poseerlo. Todo se acabó para mí; llego á estar avergonzado de no haber sabido vengarme ni ser feliz. Nací para el ódio y solo he sabido amar. Perdóname, huye de mí, te lo ruego.

SOL. Ingrato.

HERN. ¡Acarreo la desgracia á todo lo que me rodea! Montañas de Aragon, de Galicia y de Estremadura, os arrebaté vuestros mejores hijos, y sin remordimiento les hice pelear por defender mis derechos y los llevé á la tumba. Por mí murieron los hombres más bravos de la valiente España. ¡Esto es lo que yo proporciono á todo el que se me liga! No debes envidiar mi destino cruel; enlázate con el duque, con ese rey diabólico, con el infierno; todo eso será para tí mejor que yo. No me queda ni un amigo que me recuerde, todo me abandona; es preciso ya que te llegue este turno, porque yo debo vivir solo. Huye de mi contagio. Que no sea para tí el amor una religion; ten compasion de tí misma y huye de mí. Quizá me crees un hombre como los demás, un sér inteligente que vá recto á conseguir el objeto de sus sueños; pues no, no lo soy. Soy una fuerza que impulsan, soy el agente ciego y sordo de los misterios fúnebres, soy el alma de la desgracia impregnada de tinieblas. Dónde voy? No lo sé. Solo sé que me impulsa con soplo impetuoso un destino insensato; solo sé que descendo más cada vez, sin detenerme nunca. Si algunas veces, jadeante, me atrevo á volver la cabeza, oigo una voz que me grita: *Adelante!*, y el abismo es profundo, y veo su fondo rojo, ó de llama ó de sangre, y entre tanto, á una y á otra parte de mi vertiginosa carrera, todo se destroza, todo muere. Ay del que me toca! Huye de mí! Apártate de mi fatal camino.

SOL. Gran Dios!

HERN. Demonio terrible es el que me empuja, y darme la felicidad es el único prodigio que no puede realizar, porque mi felicidad eres tú... y tú no eres para mí. Busca otro señor... enlázate con el duque.

SOL. No te satisfaciste con desgarrarme el corazon, y quieres arrancármelo. Ah! No me amas.

HERN. Eres para mí el ardiente foco de donde nace mi única felicidad; si huyo de él no me aborrezcas, vida mia!

SOL. No puedo aborrecerte... pero moriré.

HERN. Morir por mí!

SOL. Moriré. (Llorando cae sentada en un sillon.)

HERN. (Sentándose cerca de ella.) ¡Lloras por mi culpa! ¿Quién me castigará, ya que tú siempre me perdonas? Pero... mis amigos han muerto, estoy loco y... perdóname otra vez. Quisiera saber amar y no sé; y sin embargo, la pasion que me domina es muy profunda. No llores! Quisiera tener un mundo para postrarlo á tus piés. Soy tan desgraciado!

SOL. (Abrazándole.) Oh! No; tú eres el leon soberbio y generoso que yo amo.

HERN. El amor seria el bien supremo si pudiéramos morir á fuerza de amar. Quién de los dos hubiera muerto antes?

LOS DOS A UN TIEMPO. Yo!

HERN. (Apoyando la frente en el seno de DOÑA SOL.) Pues bien, que Dios nos una. Tú lo quieres así, pues sea. Resistí cuanto pude.

Se contemplan extasiados; D. RUY, que entra por el fondo, los vé y se pára como petrificado.

ESCENA V.

Dichos y D. RUY.

RUY. (Inmóvil y con los brazos cruzados.) ¡Hé aquí el pago de mi buena hospitalidad!

SOL. Dios mio! El duque!

Los amantes se separan sobresaltados.

RUY. (Siempre inmóvil.) ¿Así me recompensa el huésped? Buen caballero, id á ver si la muralla está bien guarecida, las puertas cerradas y el arquero vigilando en la torre. Revisad el castillo, vestíos en el arsenal una fuerte armadura, ciñéndoos á los sesenta años un arnés de batalla. Volved y vereis con qué lealtad pagamos la vuestra. En los largos años que cuento de existencia he visto asesinos, traidores, monederos falsos, criados infieles que envenenan á sus señores; he visto á Sforza, á Borgia y á Lutero, pero nunca ví perversidad tan grande que no temiera hacer traicion al huésped. Este crímen no es de mi época; tan negra traicion petrifica al viejo en el umbral de su casa y le convierte en



HE AQUI EL PAGO DE MI BUENA HOSPITALIDAD

la estátua de su propia tumba. Moros y castellanos, quién es este hombre?

Levanta los ojos y pasea las miradas por los retratos que rodean la sala.

¡Ilustres antepasados mios, ilustres Silvas que me escuchais, perdonad si en mi cólera digo ante vosotros que la hospitalidad es mala consejera!...

HERN. Señor duque...

RUY. Silencio! Muertos sagrados! ¡Antepasados mios, hombres de hierro, que sabeis lo que viene del cielo y lo que viene del infierno, decidme quién es este hombre! Es Hernani ó Judas?

HERN. Señor duque...

RUY. Veis? ¡aun se atreve á hablarme el infame! Pero mejor que yo, vosotros leeis en su alma. Preveis acaso que mi brazo vá á ensangrentar mis lares, que mi corazon quizás engendra una venganza horrible... Antepasados mios, ya lo estais viendo, la culpa no es mia, es suya. Juzgadnos á los dos.

HERN. Duque de Silva, nunca se elevó hácia el cielo frente tan noble ni corazon tan grande como el vuestro. Soy culpable y no me defiendo, porque sé que merezco vuestra cólera. Quise robaros esta dama, vuestra futura esposa, y manchar vuestro lecho; sé que esto es infame, pero podeis derramar la sangre que por mis venas corre y despues limpiar la espada.

SOL. Señor, yo soy la única culpable; castigadme á mí sola.

HERN. Callad, doña Sol, porque esta hora es suprema y me pertenece por completo, porque ya no tendré otra. Dejadme hablar al duque. Os juro, señor, que soy culpable; pero no esteis intranquilo, porque os juro que doña Sol es pura. Ella es pura y yo culpable; merece que la consagreis vuestro cariño, y yo merezco que me deis una puñalada.

SOL. Yo soy la causa de todo, porque yo le amo.

D. RUY retrocede sorprendido al oir estas palabras y fija terribles miradas en DOÑA SOL; ella se arrodilla á sus piés.

Perdonadme, señor! ¡Perdonadme, pero le amo!

RUY. Le amas! (A HERNANI.) Tiembla, pues!...

Se oyen fuera sonar trompetas; entra un paje.

Que es ese ruido? (Al paje.)

PAJE. Señor duque, viene el rey con su cuerpo de arqueros, y su heraldo es el que ha tocado la trompeta.

SOL. Gran Dios, el rey!

PAJE. Pregunta el rey por qué está cerrado el castillo y manda abrir la puerta.

RUY. Abrídsela. (Váse el paje.)

SOL. (Está perdido!)

D. RUY se dirige á un cuadro, que es su propio retrato, y que es el último de la izquierda, toca un resorte y se abre una puerta, dejando ver un escondrijo practicado en la pared. Luego se vuelve hácia HERNANI y le dice:

RUY. Entrad aquí.

HERN. Mi cabeza es vuestra. Entregádsela, señor, que soy vuestro prisionero y estoy decidido á morir.

Entra en el escondrijo, que vuelve á cerrar D. RUY.

SOL. Señor, tened compasion de él!

PAJE. (Entrando.) Su alteza el rey!

DOÑA SOL se baja precipitadamente el velo. Abrese de par en par la puerta del fondo y entra por ella D. CÁRLOS en traje de guerra, seguido de multitud de gentiles-hombres y de arcabuceros.

ESCENA VI.

Dichos, D. CÁRLOS y su séquito.

D. CÁRLOS avanza lentamente, con la mano izquierda en el pomo de la espada y la derecha en el pecho, mirando al duque con expresion de desconfianza y de cólera. D. RUY sale á recibirle y le saluda con profunda reverencia.

D. CÁR. ¿Por qué hoy, amado primo, tienes tan cerradas las puertas del castillo? Creia que estaba más enmohecida tu espada, é ignoraba que tuviese deseos de relucir en tu mano cuando venimos á verte. Te empeñas algo tarde en echarla de mozo. ¿Tenemos acaso moros en campaña? Me llamaré Boabdil ó Mahoma y no Cárlos de Austria, para que me levantes el puente y me bajes el rastrillo?

RUY. Señor...

D. CÁR. (A sus caballeros.) Tomad las llaves y apoderaos de las puertas. (Vánse dos de los caballeros.) ¡Tratais de despertar las rebeliones dormidas! ¡Vive Dios, señores duques, que si pretendeis hombrearos con el rey, el rey se colocará en su sitio y sentireis que es vuestro amo y señor. A las cumbres más altas de los montes, donde teneis los nidos, iré á destruir por mis propias manos vuestros señoríos.

RUY. (Irguiéndose.) Los Silvas siempre fueron vasallos leales y...

D. CÁR. (Interrumpiéndole.) Contéstame sin rodeos, duque; contéstame, ó hago arrasar tus once torres. Del incendio apagado queda una chispa encendida, de los rebeldes muertos en la refriega se salvó el caudillo: se salvó huyendo. Tú eres quien le encubre, tú ocultas en tu castillo á Hernani.

RUY. Señor, es verdad.

D. CÁR. Pues bien, quiero su cabeza ó la tuya.

RUY. (Inclinándose.) Quedareis satisfecho.

DOÑA SOL se deja caer en un sillon, con la cabeza entre las manos.

D. CÁR. Vé á traer al bandido.

El duque cruza los brazos, baja la cabeza y queda algunos momentos pensativo. El rey y DOÑA SOL le observan en silencio, agitados por emociones distintas. Por fin, el duque levanta la cabeza, se dirige al rey, le coge la mano y le lleva con lentitud ante el retrato más antiguo, que está á la derecha del espectador.

RUY. Este es el más antiguo de los Silvas, el abuelo, el principio de la raza, *Silvius*, que fué tres veces cónsul de Roma. El segundo es Galcerán de Silva, otro Cid, cuyos sagrados restos se guardan en Toro, en dorado féretro. El fué quien libró á la ciudad de Leon del tributo de las cien doncellas. El tercero es D. Blas, que por su voluntad se desterró del reino por haber aconsejado mal al rey. El cuarto es D. Cristóbal: en el combate de Escalona, cuando huia el rey D. Sancho á pié, y su blanco penacho servia de puntería á los tiros enemigos, ¡Cristóbal! gritó, llamándole en su ayuda. Cristóbal le quitó el penacho y le dió su caballo. El quinto es D. Jorge, el que pagó el rescate del rey de Aragon, D. Ramiro.

D. CÁR. (Cruzando los brazos y mirándole de piés á cabeza.) D. Ruy Gomez, os admiro; continuad.

RUY. Este es Ruy Gomez de Silva, gran maestre de Santiago y de Calatrava: tomó trescientas banderas, ganó treinta batallas, y despues de reconquistar para el rey á Motril, á Antequera, Suez y Nijar, murió pobre. Saludadle, señor. A su lado está D. Gil de Silva, su hijo, que fué espejo de leltad. Este otro es D. Gaspar de Mendoza y de Silva, honor de su progenie. Todas las casas nobles tienen algo que ver con la de Silva. Sandoval nos teme y se nos enlaza, Manrique nos envidia, Lara nos respeta y Alencastre nos ódia. Tocamos á la vez con los piés á los duques y con la frente á los reyes.

D. CÁR. Os estais burlando!

RUY. Este es D. Vazquez, llamado el Sábio. Este es D. Jaime el Tuerto, que contuvo él solo un dia á Zamit y á otros cien moros.

Al ver la impaciencia del rey, pasa de largo por entre algunos retratos y se dirige á los tres últimos de la izquierda.

Este es mi noble abuelo: vivió sesenta años y guardó siempre la fé jurada hasta á los judíos. Este otro anciano de venerable aspecto es mi padre. Fué grande, aunque nació el último. Los moros de Granada habian hecho prisionero á su amigo el conde Alvar Giron, pero mi padre reunió, para ir á buscarle, seiscientos hombres de guerra; hizo tallar en piedra un conde Alvar Giron, que llevó consigo, jurando por su patrono no desistir de su empeño hasta que el conde de piedra menease la cabeza. Combatió por el conde y consiguió salvarle.

D. CÁR. Entregadme al bandido.

El duque se inclina ante el rey y se lo lleva de la mano hasta el retrato que sirve de puerta al escondrijo de HERNANI.

RUY. Este retrato es el mio. Rey don Cárlos, os estoy agradecido, porque quereis conseguir que este retrato diga á los venideros que le contemplen: "El último Silva, hijo de una raza nobilísima, fué un traidor, que vendió la cabeza de su huésped.„

Alegría de DOÑA SOL. Movimiento de estupor en los circunstantes. Desconcertado el rey, se aleja con cólera del duque; despues permanece algunos instantes en silencio, con los labios temblorosos y los ojos llameantes.

D. CÁR. Duque, tu castillo me estorba y lo haré derribar.

RUY. Para vengaros de mí?

D. CÁR. Por tanta audacia arrasaré tus torres, y en el solar del castillo haré sembrar cáñamo.

RUY. Prefiero, señor, ver crecer el cáñamo en el solar de mis torres, que ver caer una mancha en el blason de los Silvas.

D. CÁR. En conclusion, duque, me has prometido entregarme esa cabeza...

RUY. Señor, os he prometido la mia ó la suya; os entrego la mia: tomadla.

D. CÁR. Bien, duque, pero yo pierdo en el cambio. La cabeza que necesito es la de un jóven, que cuando se corte pueda cogerse por los cabellos, lo que el verdugo no podria hacer con la tuya.

RUY. No me afrenteis, señor; mi cabeza es ilustre y, aunque vieja, vale más que la de un rebelde.

D. CÁR. Entrégame á Hernani.

RUY. Os dije lo que tenia que deciros, señor.

D. CÁR. (A los suyos.) Registrad todo el castillo, sin perdonar rincon ni agujero.

RUY. Mi castillo es tan fiel como yo: solo los dos sabemos este secreto, y los dos lo guardaremos.

D. CÁR. Piensa que soy el rey.

RUY. Hasta que demolido mi castillo piedra á piedra me sirva de sepulcro, no encontrareis lo que buscais.

D. CÁR. ¡Son inútiles mis ruegos y mis amenazas! Entrégame á Hernani ó derribo tu cabeza y tu castillo.

RUY. Haced lo que os plazca.

D. CÁR. Pues en lugar de una ten-

dré dos cabezas. (Al duque de ALCALÁ.) Prended al duque de Silva.

SOL. (Levantándose el velo é interponiéndose.) Don Cárlos de Austria, sois un rey perverso.

D. CÁR. Gran Dios, Doña Sol!

SOL. Bien se vé que no sois español.

D. CÁR. (Turbado.) Sois muy severa al juzgarme. (Se acerca á DOÑA SOL y le dice en voz baja.) Vos sois la causa de mi cólera, porque al hombre que se os acerca le convertís en ángel ó en demonio; vuestros desdenes y vuestros enojos me convirtieron en tigre. Sin embargo, no quedareis descontenta de mí. (En voz alta.) Amado primo, comprendo al fin que tus escrúpulos son legítimos; sé leal á tu huésped y desleal á tu rey. Soy mejor que tú y te perdono; pero me llevo en rehenes á tu sobrina.

RUY. Qué oigo!

SOL. A mí, señor!

D. CÁR. Sí, á vos.

RUY. Vuestra generosidad y vuestra elocuencia perdonan la cabeza para torturar el corazon.

D. CÁR. Elige entre tu sobrina ó el rebelde. Necesito uno de los dos.

RUY. Sois el rey...

D. CÁRLOS se aproxima á DOÑA SOL para llevársela y ésta se refugia en brazos de D. RUY GOMEZ.

SOL. Salvadme, señor. (Separándose de su tio.) (Desgraciada de mí! Debo sacrificarme!) Os seguiré (Al rey.)

D. CÁR. (Me ocurrió una magnífica idea.)

DOÑA SOL se dirige al cofrecillo, lo abre y toma el puñal que hay dentro y se lo esconde en el seno. D. CÁRLOS se dirige hácia ella y le presenta la mano.

Qué habeis tomado de ahí?

SOL. Nada, señor.

D. CÁR. Acaso alguna joya?

SOL. Sí.

D. CÁR. Veámosla.

SOL. Ya la vereis.

DOÑA SOL le dá la mano y se dispone á seguirle. D. RUY, que se ha quedado inmóvil y como asombrado, de pronto grita:

RUY. ¡Señor, dejadme á Doña Sol, dejadme á mi esposa, dejadme á mi hija! No tengo á nadie más en el mundo!

D. CÁR. Pues entregadme al bandido.

El duque vacila; mira su retrato, se vuelve hácia el rey y le dice:

RUY. Insistís en vuestro propósito?

D. CÁR. Sí.

El duque, temblando, lleva la mano al resorte.

SOL. (Dios mio!)

RUY. No! (Se arrepiente y se arrodilla á los piés del rey.) ¡Por compasion, señor, tomad mi cabeza!...

D. CÁR. Me llevo á Doña Sol.

RUY. Felizmente no os podeis llevar mi honor.

D. CÁR. (Tomando la mano á DOÑA SOL.) Adios, duque.

RUY. Dios os guarde, señor.

El duque vuelve hácia el proscenio jadeante é inmóvil, sin ver ni oir nada, con las miradas fijas y los brazos cruzados sobre el pecho; entre tanto el rey sale con DOÑA SOL y con todo su séquito.

RUY. Rey Cárlos, mientras que sales alegre del castillo, mi antigua lealtad llorando sale del corazon.

Levanta la cabeza, pasea la vista á su alrededor y se encuentra solo. Se acerca á una de las panoplias, saca de ella dos espadas, las mide y las deja sobre la mesa. Despues se dirige al retrato, toca el resorte y se abre la puerta secreta.

ESCENA VII.

D. RUY GOMEZ y HERNANI.

HERNANI sale por la puerta secreta. D. RUY le señala las dos espadas que hay sobre la mesa.

RUY. Sal y elige. D. Cárlos abandonó ya el castillo. Ajustemos pronto nuestras cuentas pendientes. ¿Te tiembla la mano?

HERN. Me proponeis un duelo? Pues no podemos batirnos.

RUY. ¿No puedes batirte porque tienes miedo ó porque no eres noble? Noble ó plebeyo, para cruzar la espada conmigo todo el que me ultraja es bastante gentil-hombre.

HERN. Anciano!

RUY. Ven á matar ó á morir.

HERN. A morir estoy dispuesto: á mi pesar me salvásteis la vida y os pertenezco; tomadla, pues.

RUY. Eso es lo que quieres? (Dirigiéndose á los retratos.) Ya veis que me obliga. (A HERNANI.) Encomiéndate á Dios.

HERN. A vos he de dirigir el último ruego.

RUY. Dirígelo al Supremo Señor.

HERN. A vos; matadme con espada, daga ó puñal, como querais, pero concededme por última gracia que la vea antes de morir.

RUY. Verla!

HERN. O á lo menos que oiga su voz por última vez.

RUY. Oirla!

HERN. Comprendo, señor, lo que son celos; pero ya que estoy en brazos de la muerte, no debeis temer de mí. Permitidme que la oiga, aunque no la vea, y moriré contento. Ni siquiera la hablaré; estareis presente y despues me mataréis.

RUY. ¿Pero ese escondrijo es tan sor-

do y tan profundo que nada has oido?

HERN. Nada, señor.

RUY. Pues me ví obligado á entregar á doña Sol ó á tí.

HERN. A quién?

RUY. Al rey.

HERN. Anciano estúpido! El rey la ama.

RUY. El rey? (Asombrado.)

HERN. ¡Es nuestro rival y nos la ha robado!

RUY. Maldicion! ¡Vasallos mios, á caballo, á caballo; persigamos al raptor!

HERN. Escuchadme: os pertenezco y podeis matarme cuando querais; ¿pero quereis antes emplearme en vengar á vuestra sobrina y su virtud ultrajada? Deseo tener parte en esta venganza, y os suplico que me concedais esta gracia. Persigamos los dos al rey; seré vuestro brazo y os vengaré. Despues matadme.

RUY. ¿Podré siempre disponer de tu vida?

HERN. Siempre, os lo juro.

RUY. Por quién lo juras?

HERN. Por la memoria de mi padre.

RUY. ¿No te olvidarás nunca de lo que ahora prometes?

HERN. (Presentándole la bocina que se quita del cinto.) Guardad esta bocina. Suceda lo que suceda, cuando querais, señor duque, en cualquier lugar, á cualquier hora que os ocurra que deba yo morir, tocad la bocina y yo mismo me mataré.

RUY. (Tendiéndole la mano.) Estamos convenidos.

Los dos se estrechan la mano. D. RUY se dirige á los retratos.

Todos vosotros sois testigos!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

El sepulcro.

AQUISGRAN

Subterráneo que encierra el sepulcro de Carlo-Magno, en Aquisgran.—Grandes bóvedas de arquitectura lombarda; gruesos pilares bajos, arcos, capiteles con relieves de pájaros y de flores.—A la derecha el sepulcro de Carlo-Magno, al que se entra por una portezuela de bronce, baja y cintrada. Una sola lámpara, suspendida de la clave de la bóveda, alumbra esta inscripcion: CAROLUS MAGNUS.—Es de noche.—No se vé el fondo del subterráneo, y la vista se pierde en las arcadas, en las escaleras y en los pilares que se entrecruzan en la oscuridad.

ESCENA PRIMERA.

D. CÁRLOS, D. RICARDO DE ROJAS, conde de Casapalma, con una linterna en la mano.

RIC. (Con el sombrero en la mano.) Aquí es.

D. CÁR. Aquí se reune la Liga y voy á copar juntos á todos sus miembros. El elector de Tréveris les ha ofrecido este sitio... que es muy á propósito. Cierta clase de rebeliones las hace prosperar el aire de las catacumbas; bueno es aguzar los estiletes en las piedras de los sepulcros, pero este juego es muy arriesgado; en él se arriesga la cabeza. Bien hicieron en elegir un sepulcro para sus reuniones; así tendrán menos que andar.—¿Se extienden mucho estos subterráneos?

RIC. Hasta la fortaleza.

D. CÁR. Más de lo necesario.

RIC. Otros de los subterráneos corren por este lado hasta el monasterio de Altenheims.

D. CÁR. Donde Rodolfo exterminó á Lotario-Bieu.—Repetidme otra vez, conde, los nombres y los agravios, dónde, cómo y por qué.

RIC. El duque de Gotha...

D. CÁR. Sé por qué ese duque conspira; quiere que un aleman ocupe el imperio de Alemania.

RIC. Hohemburgo...

D. CÁR. Ese, segun me han referido, preferiria ir al infierno con Francisco I que ir al cielo conmigo.

RIC. Don Gil Tellez Giron.

D. CÁR. Ira de Dios! ¡Ese infame conspira contra su rey!

RIC. Dicen que os encontró una noche en la alcoba de su señora, poco despues que le nombrásteis baron, y quiere vengar el honor de su cara mitad.

D. CÁR. Entonces que se rebele contra España entera. Quién más?

RIC. Citan tambien al reverendo Vazquez, obispo de Avila.

D. CÁR. ¿Tambien por vengar la virtud de su mujer?

RIC. Además está descontento Guzman de Lara, porque desea conseguir el collar de vuestra órden.

D. CÁR. Si no desea más que el collar... lo obtendrá.

RIC. El duque de Lutzelburgo. En cuanto á los planes que se le atribuyen...

D. CÁR. Ese duque tiene la cabeza demasiado grande.

RIC. Juan de Haro, que quiere obtener á Astorga.

D. CÁR. Los Haros siempre han dado mucho que hacer al verdugo.

RIC. Ya no hay más, señor.

D. CÁR. Pues no están todos, conde. No me has citado más que siete, y son más segun mi cuenta.

RIC. Porque no os he hablado de algunos bandidos, comprados por Tréveris y por la Francia. Esos son hombres sin escrúpulos, cuyo puñal se inclina siempre al oro como la aguja al polo. Sin embargo, entre ellos ví dos muy audaces, recien llegados, un jóven y un viejo...

D. CÁR. Sus nombres, su edad...

RIC. Ignoro cómo se llaman; en cuanto á la edad, uno podrá contar veinte años...

D. CÁR. Qué lástima!

RIC. Y el otro lo menos sesenta.

D. CÁR. El primero no tiene edad aun para conspirar, y el otro no la tiene ya; peor para ellos. En caso de necesidad, el verdugo puede contar con mi ayuda. En vez de ser mi espada benigna para las facciones se la prestaré, si su hacha se embota, y para ensanchar el patíbulo coseré si es preciso mi púrpura imperial al paño del cadalso.—¿Pero llegaré á ser emperador?

RIC. Reunido ya el Colegio, delibera en estos momentos.

D. CÁR. ¿Nombrará á Francisco I ó al sajon Federico el Sábio?—Lutero tiene razon: Todo vá mal!—Esos fautores de majestades sagradas solo hacen caso de razones deslumbradoras. ¡Un sajon herético! Un conde palatino imbécil! Un privado de Tréveris libertino! Esos son mis contrincantes. Al rey de Bohemia lo tengo de mi parte. Los príncipes de Hesse son más pequeños aun que sus Estados, son mozos idiotas ó viejos libertinos, y forman un ridículo concilio de enanos que yo podria llevar bajo mi piel de leon como Hércules.—Me faltan tres votos, conde, y todo me falta. Por esos tres votos daria yo á Gante, á Toledo y á Salamanca, las tres ciudades que eligieran de Castilla ó de Flandes... Las daria... para recobrarlas más tarde. ¿Lo oyes?

D. RICARDO se inclina saludando y se pone el sombrero.

Os cubrís?

RIC. Señor, me habeis tuteado y ya soy grande de España.

D. CÁR. (¡Me causa lástima su frívola ambicion!)

RIC. Abrigo la esperanza de que proclamen emperador á vuestra alteza.

D. CÁR. (Alteza! ¡Si no pudiera pasar de rey!)

RIC. (Sea ó no emperador, yo ya soy grande de España.)

D. CÁR. En cuanto esté elegido el emperador de Alemania, ¿qué señal anunciará á la ciudad su nombre?

RIC. Si eligen al duque de Sajonia dispararán un cañonazo; dos si eligen al rey Francisco; tres si nombran á D. Cárlos de Austria, rey de España.

D. CÁR. Doña Sol me contraría, conde; si por casualidad me nombran emperador, corre á buscarla... quizás me corresponda si vé que soy César.

RIC. (Sonriendo.) Vuestra alteza es demasiado bueno y...

D. CÁR. (Interrumpiéndole.) Sobre eso no pronuncies ni una palabra más.—¿Cuándo sabremos el nombre del elegido?

RIC. Dentro de una hora lo más tarde.

D. CÁR. Por tres votos!...—Aplastemos antes á esa turba que conspira, que despues ya veremos de quién será el imperio. Cornelio Agripa sabe mucho, y en el océano celeste ha visto venir trece estrellas desde el Norte hasta la mia. Pero tambien dicen que el abad Juan Triteno ha prometido el imperio al rey Francisco. Debí, para ver brillar con más claridad mi fortuna, fortificar la profecía con algun armamento. Las predicciones del más hábil hechicero se realizan mejor cuando un buen ejército con cañones y picas, peones y caballos, prepara el camino á la suerte que se espera. Quién vale más de los dos, ¿Cornelio Agripa ó Juan Triteno? El que tenga su sistema apoyado por un buen ejército y ponga la punta de una lanza al cabo de lo que dice, ó el filo de una espada, para cortar cualquier dificultad á gusto del profeta. —Dejadme solo, que se acerca la hora en que se han de reunir los conjurados. Ah!... Dame la llave del sepulcro.

RIC. (Entregándosela.) Señor, os ruego que no os olvideis del conde de Limburgo, que es el custodio capitular que me la ha confiado, y que se esfuerza por complaceros.

D. CÁR. (Despidiéndole.) Bien... Haz todo cuanto te dije.

RIC. Sin demora, señor.

D. CÁR. Conque tres cañonazos, eh?

RIC. Sí, señor; tres.

Se inclina y se vá. Cuando D. CÁRLOS se queda solo, se abisma en meditacion profunda. Despues levanta la cabeza y se vuelve hácia el sepulcro.

ESCENA II.

D. CÁRLOS solo.

D. CÁR. Carlo-Magno, perdona! Estas bóvedas solitarias solo debian repetir palabras austeras, y sin duda te indignará el zumbido de nuestras ambiciones que suena alrededor de tu monumento. Aquí reposa Carlo-Magno! ¿Cómo puedes, sepulcro sombrío, contenerle sin estallar? ¿Estás bien ahí, gigante de un mundo creador, y puedes extender en tu sepulcro toda tu altura? ¡Magnífico espectáculo ofreció á la Europa forjada por sus manos, tal como él la dejó al morir! Un edificio con dos hombres en en la cúspide; dos jefes elegidos, á los que se someten todos los reyes legítimos; casi todos los Estados, feudos militares, reinos, marquesados, son hereditarios; pero el pueblo suele tener su Papa ó su César; todo marcha y el azar corrige al azar. De esto nace el equilibrio, que impone el órden. Electores revestidos de tisú de oro, cardenales envueltos en mantos de escarlata, Senado doble y sacro que conmueve la tierra, les sirven de ostentacion: surge una idea, segun las necesidades de las épocas se agranda, corre, se mezcla en todo, se hace hombre y posee los corazones. Hay muchos reyes que la pisotean y la amordazan; pero llega un dia en que entra en la Dieta, en el Cónclave, y todos ven surgir de repente sobre sus cabezas la idea esclava con el globo en la mano y la tiara en la frente; y el Papa y el emperador lo son todo. Nada existe en la tierra más que por ellos y para ellos. En ellos vive el misterio supremo, y el cielo, que les concede todos los derechos, les dá un gran festin de pueblos y de reyes; los sienta á la mesa, y Dios, bajando de las nubes donde brama el trueno, les sirve el mundo. Frente á frente los dos están sentados, y arreglan, recortan y mandan en el universo. Los reyes están á la puerta, respirando el vapor de los manjares, mirando tras de los vidrios y contemplando lo que pasa dentro, levantándose y apoyándose en la punta de los piés. El mundo bajo los reyes se escalona y se agrupa; los dos que se sientan á la mesa, el uno desata y el otro corta; uno representa la verdad y el otro la fuerza. Llevan en sí mismo su razon de ser, y existen porque existen. Cuando salen del santuario, iguales los dos, uno con la púrpura y el otro con sus blancas vestiduras, el universo deslumbrado contempla con terror esas dos mitades de Dios, el Papa y el emperador.—Ser emperador! (Con alegría.) ¡Pero no serlo, y sentirse con valor para ocupar esas alturas!... ¡Qué dichoso fué el que duerme en este sepulcro! Y qué grande! En su época ocupar ese sitio era aun más deslumbrador. El Papa y el emperador no eran ya dos hombres, eran Pedro y César, uniendo las dos Romas, fecundando una y otra en místico himeneo, dando forma y alma nuevas al género humano, fundiendo pueblos y reinos para hacer una Europa nueva, poniendo los dos en el molde por sí mismos el bronce que quedaba del viejo mundo romano. ¿Y éste es el sepulcro de Carlo-Magno? ¿Es todo tan poco en el mundo que viene á parar en esto? ¡Haber sido príncipe, rey y emperador, haber sido la espada y la ley, haber sido gigante que tuvo por pedestal la Alemania, por título César y por nombre Carlo-Magno, haber sido más grande que Anibal, que Atila, tan grande como el mundo... y venir á parar aquí! ¡Ambicionar un imperio, para ver luego el polvo que queda de un emperador! ¡Hacer ruido en el mundo, elevar muy alto el edificio imperial, para que quede luego reducido á estas piedras; y el título y la fama universal, para dejar nada más algunas letras que deletreen los niños; y por alto que sea el fin á que aspire el orgullo humano, acabar por estrellarse en una tumba, es una demencia! Sin embargo, el imperio... el imperio... estoy tocándolo y me fascina. Una voz interior me dice: "Lo obtendrás!„ ¿Lo conseguiré?... Si lo consiguiera... ¡Pero ascender á esa cúspide, sintiéndose simple mortal, teniendo á los piés el abismo y pudiendo sentir el vértigo!... ¿En quién me apoyaré? ¡Si desfalleciera sintiendo extremecerse el mundo bajo mis plantas y moverse la tierra!... ¿Podré soportar el peso del globo? Quién me hará grande? Quién será mi guia? ¿Quién me aconsejará? Tú, Carlo-Magno, tú! (Cae de rodillas ante el sepulcro.) Ya que Dios vence todos los obstáculos y pone nuestras dos majestades frente á frente, vierte desde tu sepulcro en mi corazon algo de tu grandeza. Muéstrame la pequeñez del mundo; enséñame tus secretos para vencer y para regirle, y dime si vale más castigar que perdonar. Si es cierto que en su tumba solitaria despierta á veces á una gran sombra el ruido del mundo, y entreabriendo la tumba, alumbra como un

relámpago la oscuridad del universo; dime, emperador de Alemania, qué puede hacerse despues de Carlo-Magno. Déjame entrar en tu santuario, déjame que, incorporándome, te contemple en tu marmóreo lecho. Aunque tu voz fatídica me haga temblar, habla; ó si nada me dices, deja que Cárlos de Austria estudie tu cabeza, que goza de paz profunda; deja ¡oh, gigante! que te mida á su placer. Entremos. (Vá á abrir el sepulcro y retrocede.) Gran Dios! Si me hablase al oido! ¡Si estuviera él de pié dentro del sepulcro andando á pasos lentos! ¡Si saliera de su tumba con el cabello blanco! De todos modos, entremos. (Ruido de pasos.) Alguien viene. ¿Quién se atreve á estas horas á turbar la paz de tan augusto muerto, exceptuando Cárlos de Austria? (Se aproxima el ruido.) Me habia olvidado ya... Son mis asesinos; entremos.

Abre la puerta del sepulcro, que cierra tras sí; en seguida aparecen algunos encubiertos.

ESCENA III.

LOS CONJURADOS.

Se acercan unos á otros y se dan las manos, cambiando algunas palabras en voz baja.

CONJURADO 1.° (Con una antorcha encendida.) *Ad augusta.*

CONJ. 2.° *Per augusta.*

CONJ. 1.° Los santos nos protejan.

CONJ. 3.° Los muertos nos sirven.

CONJ. 1.° Dios nos guarde!

Entran otros CONJURADOS.

CONJ. 2.° Quién vive?

VOZ EN LA OSCURIDAD. *Ad augusta.*

CONJ. 2.° *Per augusta.*

CONJ. 1.° Bien, ya estamos todos.—Gotha, habla.—Amigos; la sombra espera la luz.

Los CONJURADOS se sientan en semicírculos en los sepulcros. El primer CONJURADO vá de uno á otro, y en su antorcha todos los demás encienden cirios. Despues se sienta en el sepulcro más alto, que está en el centro del círculo.

DUQUE DE GOTHA. (Levantándose.) Amigos, Cárlos de España, que es extranjero por parte de su madre, aspira al sacro imperio.

CONJ. 1.° Conseguirá la tumba.

GOTHA. (Tirando al suelo su antorcha y pisándola.) Que hagan con él lo que yo hago con esta antorcha.

TODOS. Así sea.

CONJ. 1.° Muera Cárlos!

GOTHA. Muera!

TODOS. Muera!...

JUAN DE HARO. Su padre es aleman.

DUQUE DE LUTZELBURGO. Su madre es española.

GOTHA. De modo que ni es español ni aleman.

CONJ. 4.° ¡Si los electores le nombrasen emperador!...

CONJ. 5.° No lo creo.

GIL TELLEZ. Hiriéndole en la cabeza no le coronarán.

CONJ. 1.° Si consigue el sacro imperio, será tan augusto é inviolable que solo Dios pueda tocarle.

GOTHA. Lo más seguro es que espire antes que sea augusto.

CONJ. 1.° No le elegirán.

TODOS. No obtendrá el imperio.

CONJ. 1.° ¿Cuántos brazos se necesitan para meterle en el ataud?

TODOS. Uno solo.

CONJ. 1.° Quién ha de dar ese golpe?

TODOS. Yo.

CONJ. 1.° Echemos suertes.

Los CONJURADOS escriben sus nombres en pequeños pergaminos, que rollan y depositan uno tras otro en la urna de un sepulcro.

CONJ. 1.° Oremos.

Todos se arrodillan, menos el CONJURADO 1.°

Que el elegido crea en Dios, hiera como un romano y muera como un hebreo; que tenga valor para arrostrar la rueda y las tenazas, para cantar en el potro, para reir en el fuego; en una palabra, que se resigne á matar y á morir.

Saca de la urna uno de los pergaminos.

TODOS. A quién le toca? Quién es?

CONJ. 1.° (Leyendo el pergamino.) Hernani.

HERN. (Saliendo de entre los conjurados.) Yo he ganado. (Por fin voy á conseguir mi venganza.)

RUY. (Aparte á HERNANI.) Cédeme tu sitio.

HERN. No; no debeis envidiarme mi buena suerte. Es la primera vez que la alcanzo.

RUY. Eres pobre, y porque me cedas ese sitio, te daré feudos, castillos, cien mil siervos de mis trescientas villas, todo lo que poseo.

HERN. No cedo el puesto de honor.

GOTHA. Anciano, tu brazo no daria un golpe tan certero y tan firme.

RUY. Si el brazo me faltara, me sobraria el alma. (A HERNANI.) Recuerda que me perteneces.

HERN. Mi vida es vuestra, pero la suya es mia.

RUY. Te entregaré la mano de Doña Sol y te devolveré la bocina.

HERN. (Vacilando.) Doña Sol y la vida!.. No, no; antes es mi venganza. Tengo tambien que vengar á mi padre y acaso algo más.

RUY. Piénsalo bien.

HERN. Señor duque, dejadme mi presa.

RUY. Maldita tenacidad! (Separándose de él)

CONJ. 1.° (A Hernani.) Hernani, bueno seria acabar con Cárlos antes de que le elijan emperador.

HERN. No temais; sé bien cómo se quita la vida á un hombre.

CONJ. 1.° ¡Que la traicion recaiga sobre el traidor y Dios te guarde! Todos nosotros, si el elegido perece sin matar, juremos desempeñar su papel sin escusa alguna, porque hemos condenado á muerte á Cárlos.

TODOS. (Sacando las espadas.) Juremos!

GOTHA. Por qué juramos?

RUY. Por esta cruz.

Tomando la espada por la punta y levantándola en alto.

TODOS. (Levantando las espadas.) ¡Que muera impenitente!

Se oye un cañonazo lejano. Todos se paran y callan. La puerta del sepulcro se entreabre. D. CÁRLOS aparece en el umbral pálido y escuchando. Suena otro cañonazo y despues otro. Entonces se abre del todo la puerta del sepulcro, en la que permanece D. CÁRLOS sin dar un paso, de pié é inmóvil.

ESCENA IV.

Dichos, D. CÁRLOS, despues D. RICARDO, señores y guardias; el REY DE BOHEMIA, el DUQUE DE BABIERA y despues DOÑA SOL.

D. CAR. Señores, alejaos un poco de aquí, que el emperador os oye.

De pronto apagan todas las luces. Silencio profundo.

D. CAR. (Avanza en la oscuridad, pudiendo distinguir apenas á los conjurados, inmóviles y mudos.) ¿Creeis que porque os rodea el silencio y la oscuridad vá á pasar esto como un sueño y os he de tomar por hombres de piedra sentados en sus sepulcros? Para ser estátuas hablábais demasiado. Ea, levantad las frentes abatidas, que aquí está Cárlos V. Dad un paso y heridme... heridme. No os atreveis! Vuestras sangrientas antorchas llameaban bajo estas bóvedas, y bastó mi aliento para apagarlas; pero si apago algunas, enciendo otras.

Pega con la llave en la puerta de bronce del sepulcro, y al hacer esta señal, todas las profundidades del subterráneo se pueblan de soldados con antorchas y partesanas: al frente de ellos aparecen el duque de Alcalá y el marqués Almuñan.

Venid, halcones mios, que me he apoderado del nido. (A los conjurados.) Tambien yo alumbro á mi vez. ¡Mirad cómo llamea el sepulcro!...

HERN. (Mirando á los soldados.) Al verle solo me pareció grandioso; creí ver salir á Carlo-Magno, pero salió Cárlos V.

D. CAR. Condestable de España, almirante de Castilla, desarmadlos.

El duque de Alcalá y el marqués de Almuñan cercan á los conjurados y los desarman.

RIC. Augusto emperador...

D. CAR. Te nombro mayordomo de palacio.

RIC. Dos electores, en nombre de la Cámara dorada, vienen á cumplimentar á la sacra majestad.

D. CAR. Que entren. (Bajo á D. RICARDO.) (Que venga Doña Sol.)

D. RICARDO saluda y se vá. Entran, precedidos de antorchas y de músicas, el DUQUE DE BABIERA y el REY DE BOHEMIA, con mantos reales y las coronas ceñidas y con numeroso séquito de señores alemanes, que llevan la bandera del imperio, que tiene el águila de dos cabezas y el escudo de España en el centro. Los soldados se separan, dejando paso á los dos electores, que avanzan hasta el emperador y le saludan ceremoniosamente; éste les devuelve el saludo, quitándose el sombrero.

DUQUE DE BABIERA. Cárlos, rey de los romanos, majestad sacratísima y emperador: el mundo está desde ahora en vuestras manos, porque poseeis el imperio. Vuestro es el trono á que todo monarca aspira; fué elegido para ocuparle Federico, duque de Sajonia, pero juzjándoos más digno, no ha querido aceptarlo. Venid, pues, á recibir la corona y el globo: el sacro imperio os reviste de púrpura, os ciñe la espada y os hace poderoso.

D. CAR. Iré á mi vuelta á dar las gracias al Colegio. Gracias, hermano mio, rey de Bohemia, y primo mio, duque de Babiera; yo mismo iré.

REY DE BOHEMIA. Nuestros abuelos, Cárlos, eran amigos; nuestros padres tambien; quieres que seamos hermanos? Te he visto pequeñuelo y no puedo olvidar...

D. CAR. Sí, rey de Bohemia, eres casi de mi familia.

CÁRLOS les presenta la mano para que la besen los dos electores, que le saludan profundamente y se van.

LA MULTITUD. Vivan! Vivan! (Al ver salir á los electores con su séquito.)

D. CAR. (Soy emperador... por renuncia de Federico el Sábio.)

Sale DOÑA SOL.

SOL. Soldados!... El emperador!... Qué golpe tan imprevisto!... Hernani!...

HERN. Doña Sol!

RUY. (Que está al lado de HERNANI.) (No me ha visto.)

HERN. Señora...

SOL. (Sacando el puñal del pecho.) Aun guardo su puñal.

HERN. (Tendiéndola los brazos.) Vida mia!

D. CAR. Silencio! Lara el de Castilla y Gotha el sajon, y todos vosotros, ¿qué haceis aquí? Hablad.

HERN. (Dando un paso.) Señor, os lo voy á decir: grabábamos en la pared la sentencia de Baltasar. Queríamos dar al César lo que debíamos al César.

Agitando el puñal.

D. CAR. Silencio. ¿Vos tambien traidor, Silva?

RUY. ¿Quién de los dos lo ha sido, señor?

HERN. (A los conjurados.) Se apoderó de nuestras cabezas y del imperio; logró lo que deseaba. (Al emperador.) El manto azul de los reyes podia haceros tropezar; la púrpura os sienta mejor; en ella no se vé la sangre.

D. CAR. (A RUY GOMEZ.) Primo Silva, has cometido una felonía que merece que se borren tus títulos del blason. Sois reo de alta traicion, señor duque.

RUY. Los reyes Rodrigos tienen la culpa de que haya condes D. Julianes.

D. CAR. (Al duque de Alcalá.) Prended solo á los duques y á los condes; á los demás no.

El duque de Alcalá obedece las órdenes del emperador.

SOL. (Se ha salvado!)

HERN. (Saliendo del grupo que ha quedado libre.) Pretendo que se me cuente entre los nobles. (A D. CÁRLOS.) Se trata de subir al cadalso, y Hernani, que es pobre pastor, quedaria impune; ya que es preciso ser grande para morir, reclamo mis derechos. Dios, que dá los cetros y que concede el imperio á Cárlos, me concedió á mí ser duque de Segorbe y de Cardona, marqués de Monroy, conde de Albatera, vizconde de Gor y señor de lugares cuyo número no recuerdo. Soy Juan de Aragon, gran maestre de Aviz, que nací en el destierro, por ser hijo proscripto de un padre que condenó á muerte una sentencia del tuyo, rey de Castilla. Vosotros usais del cadalso y nosotros del puñal. El cielo me hizo duque y el destino montañés, y ya que somos grandes de España, cubrámonos. (Se cubre, se dirige á los nobles y estos le imitan.) Si nuestras cabezas cubiertas tienen derecho á la cuchilla, nobles de título y de raza, quiero ocupar mi sitio entre vosotros. Criados y verdugos, paso á D. Juan de Aragon.

Se mete en el grupo de los señores presos.

SOL. Cielos!

D. CAR. Verdaderamente habia olvidado ya esa historia.

HERN. El que es víctima de ella la recuerda bien; la afrenta que el ofensor olvida, se renueva todos los dias en el corazon del ofendido.

D. CAR. ¡Luego sois hijo de padre que decapitó el mio!... Pues este título os basta.

SOL. (Arrodillándose á los piés del rey.) ¡Perdon, señor! Sed clemente con él ó heridnos á los dos, porque es mi amante, es mi esposo, solo por él vivo. Perdonadle! (D. CÁRLOS la mira inmóvil.) ¿Qué idea siniestra os absorbe?...

D. CAR. Vamos; levantaos ya de ahí, duquesa de Segorbe, condesa de Albatera, marquesa de Monroy... ¿qué otros títulos teneis, D. Juan?

HERN. Quién habla así? El rey?

D. CAR. No; el emperador.

SOL. (Levantándose con regocijo.) Gran Dios!

D. CAR. (A HERNANI.) Duque, hé aquí tu esposa.

HERN. (Estrechando entre sus brazos á DOÑA SOL y levantando la vista al cielo.) Justo Dios!

D. CÁR. (A D. RUY GOMEZ.) Primo mio, comprendo que esté celosa tu antigua nobleza, pero un Aragon puede unirse con un Silva.

RUY. La celosa no es mi nobleza.

HERN. Consiguió apagar mi ódio. (Tira el puñal.)

RUY. (Mirando abrazados á DOÑA SOL y á HERNANI.) (Mi loco amor sufre indecible tormento; debo callar y padecer en secreto.)

SOL. Duque mio!

HERN. Ya solo me queda amor en el alma.

SOL. Qué felicidad!

D. CÁR. (Extínguete, corazon ardiente y juvenil, y deja reinar á la cabeza que me turbaste. Desde hoy en adelante tus amores serán Alemania, España y Flandes. (Mirando una bandera imperial.) El emperador, como el águila su compañera, en el sitio del corazon solo debe tener el escudo.)

HERN. Sois verdaderamente César!

D. CÁR. D. Juan, tu corazon es digno de tu raza y merece á Doña Sol. De rodillas, duque. (HERNANI se arrodilla; D. CÁRLOS se quita el Toison y se lo cuelga del cuello á HERNANI.) Recibe el collar. (D. CÁRLOS saca la espada y la golpea tres veces en la espalda.) Sé fiel. Por San Estéban, duque, te armo caballero de esta órden. (Lo levanta y le abraza.) Pero tú posees collar más precioso, el que yo no tengo, el que falta al poder, el que forman los brazos de una mujer amada y amante. Vas á ser muy feliz... yo... yo seré emperador. (A los conjurados.) Ignoro vuestros nombres, señores, y así tambien quiero olvidar el ódio y el rencor. Idos en paz; os perdono. (Los conjurados caen de rodillas.)

LOS CONJ. Gloria al emperador!

RUY. (A D. CÁRLOS.) Yo soy aquí el único castigado.

D. CÁR. (A D. RUY.) Y yo.
RUY. (Pero yo no perdono como él.)
HERN. (Feliz mudanza.)
TODOS. Viva Alemania! ¡Honor á Cárlos V!
D. CÁR. (Volviéndose hácia el sepulcro.) ¡Honor á Carlo-Magno! Dejadnos solos á los dos. (Vánse todos.)

ESCENA V.

D. CÁRLOS solo.

D. CÁR. (Inclinándose ante el sepulcro.) ¿Estás satisfecho de mí, Carlo-Magno? Ya has visto que supe despojarme de las miserias de rey, y que al ser emperador me convertí en otro hombre; ¿puedo emparejar mi yelmo de batalla con tu tiara papal? Puedo gobernar el mundo? ¿Tengo el pié bastante firme para marchar por el sendero sembrado de vandálicas ruinas, que tú hollaste con tus anchas sandalias? ¿Encendí mi antorcha en tu llama inextinguible? ¿He comprendido la voz que me hablaba desde tu sepulcro? Me encontraba solo, perdido, solo ante un imperio: todo un mundo me amenazaba y conspiraba contra mí; tenia que castigar á Dinamarca, tenia que pagar al Santo Padre, eran mis contrarios Venecia, Soliman, Lutero y Francisco I. Puñales enemigos centelleaban contra mí en la oscuridad; me rodeaban asechanzas y escollos, y veinte pueblos que harian temblar á cien reyes; todo esto era premioso y requeria rápida y simultánea solucion: te llamé para preguntarte: Carlo-Magno, ¿cómo inauguraré mi imperio? Y tú me respondiste: Siendo clemente.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

La boda.

EN ZARAGOZA

Galería del palacio de Aragon.—En el fondo una escalera que desciende hasta el jardin.—A la derecha y á la izquierda dos puertas, que dan á la galería que cierra una balaustrada de dos filas de arcadas moriscas; por encima y á través de ellas se ven en el fondo los jardines del palacio, con luces que van y vienen, y en último término los remates góticos y árabes de dicho palacio, que está iluminado.—Es de noche.—Se oye música lejana.—Máscaras vestidos de dominó, aislados ó en grupo, pasean por el fondo.—En el proscenio, un grupo de jóvenes disfrazados, que llevan las caretas en la mano, hablan y rien ruidosamente.

ESCENA PRIMERA.

D. SANCHO SANCHEZ DE ZÚÑIGA, conde de Monterey; D. MATÍAS CENTURION, marqués de Almuñan; D. RICARDO DE ROJAS, conde de Casapalma; D. FRANCISCO DE SOTOMAYOR, conde de Bellalcázar; D. GARCI-MARQUEZ DE CARVAJAL, conde de Peñalver.

GARCI. ¡Viva la novia y viva la alegría!
MAT. Zaragoza entera se asoma esta noche á los balcones.
GARCI. Hace bien, porque jamás vió boda tan rica, novios tan gallardos ni noche tan hermosa.
MAT. Esa boda se debe al emperador.
SAN. ¿Os acordais, marqués, de cierta noche que íbamos los dos con él en busca de aventuras? ¡Quién nos habia de haber dicho entonces que aquello habia de acabar así!
RIC. Yo fuí de la partida y os contaré lo que nos sucedió. Tres galanes, un bandido, un duque y un rey, sitiaban al mismo tiempo el corazon de una mujer: dieron el asalto y ganó el bandido.
FRAN. Eso es muy natural. El amor y la fortuna, en España, como en todas partes, juegan con dados falsos y hacen ganar al fullero.
RIC. Yo hice carrera presenciando esos amoríos, que me hicieron ser primero conde, luego grande de España y despues mayordomo de palacio. No he perdido el tiempo.
SAN. El secreto de vuestra encumbracion consiste siempre en encontraros en el camino del rey...
RIC. Y en hacer valer mis derechos y mis servicios.
GARCI. Y en aprovecharos de sus distracciones.
MAT. ¿Y qué se ha hecho el duque de Silva? ¿Estará preparándose el ataud?
SAN. No os burleis de él, marqués; el duque era hombre de buen temple y amaba á Doña Sol. Sesenta años tardó en empezar á encanecer, y un solo dia ha bastado para que encaneciera del todo.
GARCI. No ha regresado á Zaragoza?
SAN. ¿Para presenciar la boda habia de regresar?
FRAN. Y qué hace el emperador?

SAN. El emperador está muy triste: Lutero le tiene pensativo.

RIC. Buen cuidado me daria á mí Lutero. Acabaria con él muy pronto con cuatro soldados.

MAT. Soliman tambien le hace sombra.

GARCI. ¿Pero qué diablos nos importan á nosotros Lutero ni Soliman? Las mujeres son hermosas, el baile de máscaras está muy animado; vamos á divertirnos.

SAN. Eso es lo esencial.

RIC. Tiene razon Garci-Suarez. Yo soy otro cuando estoy en una fiesta; en cuanto me pongo el antifaz me parece que me pongo otra cabeza.

FRAN. (Indicando la puerta de la derecha.) ¿Esa es la habitacion de los desposados?

GARCI. Sí, y pronto vendrán.

FRAN. Vendrán?

GARCI. Sin duda alguna.

FRAN. Tanto mejor.

SAN. La novia es bellísima.

RIC. Y el emperador demasiado bondadoso: no contento con perdonar al rebelde Hernani, le colma de títulos y le une en matrimonio con Doña Sol. Si yo hubiera sido el emperador, hubiera destinado para él un lecho de piedra y para ella un lecho de pluma.

SAN. (Bajo á D. MATÍAS.) De buena gana le daria una estocada á ese necio presumido.

RIC. Qué estais diciendo?

MAT. (Bajo á D. SANCHO.) No armeis contienda ahora. Me recita un soneto del Petrarca.

GARCI. ¿Habeis observado, señores, entre las flores, las mujeres y los trajes de colores, un espectro con dominó negro, que permanecia de pié apoyado contra una balaustrada?

RIC. Sí.

GARCI. Quién es?

RIC. Por su talla y por su aire me parece que es D. Pancracio, general del mar.

FRAN. No.

GARCI. No se ha quitado aun la máscara.

FRAN. Debe ser el duque de Loma, que se satisface con que todo el mundo le mire.

RIC. No es, porque el duque me ha hablado.

GARCI. Entonces, ¿quién es ese máscara? Callad, aquí está.

Entra un enmascarado con dominó negro, que cruza lentamente por el fondo. Todos se vuelven á mirarle y le siguen con la vista, sin que él lo note.

SAN. Si los muertos andan, deben andar así.

GARCI. (Corriendo hácia el enmascarado.) ¡Máscara! (El dominó negro se pára; GARCI retrocede.) Por vida mia, señores, que he visto que sus ojos echan llamas.

SAN. Pues si es el diablo, ha encontrado ya con quien hablar. Mala sombra, vienes del entierro?

EL MÁSCARA. No vengo, voy.

Sigue su camino y desaparece por la escalera del fondo. Todos le siguen con la vista, mirándole con extrañeza.

MAT. Su voz es verdaderamente sepulcral.

GARCI. Sí, pero lo que causa espanto en otra parte hace reir en un baile.

SAN. Será algun chusco de mal género.

GARCI. Y si es Lucifer que viene á vernos bailar, mientras llega la hora de ir al infierno, bailemos.

SAN. Eso será alguna bufonada.

MAT. Mañana lo sabremos.

SAN. Por dónde ha desaparecido?

MAT. Por aquella escalera.

GARCI. (A una dama que pasa.) Marquesa, sereis tan bondadosa? (La saluda y le ofrece la mano.)

LA DAMA. Mi querido conde, ya sabeis que mi marido cuenta las veces que bailo con vos.

GARCI. Mejor que mejor; si se divierte así, él contará y nosotros bailaremos.

SAN. (Verdaderamente esto es singular.)

MAT. Los novios! Silencio!

Entran HERNANI y DOÑA SOL, dándose la mano; ella viste magnífico traje nupcial; él traje de terciopelo negro, y lleva puesto el Toison. Detrás de ellos salen multitud de damas y caballeros enmascarados. Cuatro pajes les preceden y dos alabarderos les siguen.

ESCENA II.

Dichos, HERNANI, DOÑA SOL y máscaras.

HERN. (Saludando.) Amigos mios!

RIC. Vuestra felicidad hace la nuestra, ilustre duque.

FRAN. (¡Vive Dios, que es hermosa como Vénus.)

MAT. (A Sancho.) ¿Hay algo más feliz que un dia de bodas?

SAN. Sí, la noche.

FRAN. Ya es tarde. Nos retiramos?

Todos van á saludar á los novios, y unos se van por una de las puertas y los otros por la escalera del fondo.

HERN. (Despidiéndolos.) Dios os guarde.

SAN. (Estrechándole la mano.) Sed dichosos!

Quedan solos HERNANI y DOÑA SOL. Las luces se van apagando, y poco á poco domina el silencio y la oscuridad.

ESCENA III.

HERNANI Y DOÑA SOL.

SOL. Por fin se fueron.

HERN. (Atrayéndosela.) Amor mio!

SOL. (Ruborizándose y retrocediendo.) Es que... me parece que es ya muy tarde.

HERN. Siempre es tarde para estar solos y juntos.

SOL. Me ha fatigado tanto ruido. ¿No es verdad que esa alegría aturde y ahuyenta la felicidad?

HERN. Dices bien. La felicidad es grave y busca corazones de bronce para grabarse en ellos lentamente. El placer la asusta, echándola flores, y su sonrisa está más cerca de llorar que de reir.

SOL. En tus ojos esa sonrisa es para mí la luz del dia.

HERN. Vámonos?

Sol. Luego, luego.

HERN. Solo soy tu esclavo y permaneceré aquí hasta que tú me digas; reiré ó cantaré, lo que tú quieras, pero mi alma arde. Dile al volcan que apague sus llamas, y el volcan cerrará el cráter y volverá á cubrir su falda de verde musgo y de flores: has vencido al Vesubio, que es ya tu esclavo, y nada te importa que la lava encienda su corazon. Deseas que se cubra de flores? Pues forzoso será que el volcan ardiendo florezca ante tu vista.

SOL. ¡Qué bondadoso eres, Hernani de mi alma!

HERN. No vuelvas á pronunciar ese nombre, porque me haces recordar todo lo que he olvidado. En otro tiempo existió un Hernani, cuyos ojos brillaban como un puñal, un proscripto que solo respiraba ódio y venganza, pero yo no conozco á ese Hernani. Yo amo los prados, las flores, los bosques; yo soy Don Juan de Aragon, esposo feliz de Doña Sol de Silva.

SOL. Tambien yo soy dichosa.

HERN. Nada me importan ya los andrajos, que al entrar dejé á la puerta. Volví á mi palacio y un ángel del Señor me esperaba en el umbral. Entré y puse en pié sus derribadas columnas, volví á encender el hogar, abrí las ventanas, arrasé la yerba que crecia en las losas del patio y respiré la alegría y el amor. Que se me devuelvan mis torres y castillos, mi penacho, mi asiento en el Consejo de Castilla, que me entreguen á Doña Sol ruborizada y pura, y que nos dejen solos á los dos, y nada quiero saber ya de mi pasado. Nada ví, nada dije, nada hice. Vuelvo á empezar la vida, borro mi ayer, y todo lo olvido; tú sola bastas para mi felicidad.

SOL. ¡Qué bien sienta ese collar de oro sobre el terciopelo negro!

HERN. Antes que á mí, viste al rey con este traje.

SOL. Ni lo noté siquiera. ¡Qué me importan los demás hombres! Además, eso no consiste en el terciopelo ni en el raso, porque es tu cuello el que sienta bien al collar. Lo ves? Estoy alegre y lloro. Qué feliz soy! Ven conmigo á respirar un poco y á contemplar esta noche hermosa.

Lo acerca á la balaustrada.

Ya se han extinguido las antorchas y la música de la fiesta; solos nos hemos quedado la noche y nosotros. Mientras todo duerme, vela cariñosamente la naturaleza por nosotros, y como nosotros la luna reposa en el cielo, sola y respirando el aire embalsamado de las flores. Hace poco, mientras hablabas, el trémulo brillo de la luna y el timbre de tu voz llegaban juntos á mi corazon; me sentia tan alegre y tan tranquila, que hubiera querido morir en aquel momento.

HERN. ¡Quién no se olvidará de todo al oir tu voz celeste! Tu palabra es un canto sobrehumano.

SOL. Este silencio es demasiado lúgubre y este sosiego demasiado profundo. Dime, amor mio, ¿no quisieras ver el fondo de una estrella? ¿No quisieras que una voz nocturna, tierna y cariñosa, cantara de repente?

HERN. No hace mucho huias de la luz y de los cantos.

SOL. Huia del baile, pero no de un pájaro que cante en el campo, ni de un ruiseñor perdido en la oscuridad, ni de alguna flauta oida desde lejos. La música dulcifica, hace que el alma sea armoniosa y despierta mil voces que cantan en el corazon. Oir lo que te digo seria delicioso.

Oyese el sonido lejano de un bocina.

HERN. Ah!

SOL. Dios me ha oido.

HERN. (Extremeciéndose.) (Desdichada!)

SOL. Un ángel ha comprendido mi pensamiento; será tu ángel bueno.

HERN. Sí, mi ángel bueno... (Con amargura.)

Oyese por segunda vez el sonido de la bocina.

Otra vez!

SOL. D. Juan, ¿has dispuesto tú esa serenata?

HERN. (El tigre aulla y reclama su presa.)

SOL. Esa armonía llena el corazon de júbilo. Verdad, D. Juan mio?

HERN. (Levantándose con aspecto terrible.) ¡Llámame Hernani, llámame Hernani, que todavía me persigue ese nombre fatal!

SOL. (Temblando.) Qué tienes?

HERN. Ese anciano...

SOL. Me espantan tus miradas! ¿Qué tienes?

HERN. ¡Ese anciano que se está riendo en las tinieblas!... No lo ves?

SOL. Estás desvariando! ¿Quién es ese anciano?

HERN. El anciano.

SOL. Te ruego de rodillas que calmes mi inquietud; ¿qué secreto es ese que te atormenta?

HERN. Se lo he jurado.

SOL. Qué le has jurado?

DOÑA SOL sigue todos los movimientos de HERNANI con ansiedad. De pronto éste se pasa la mano por la frente.

HERN. (Qué le iba á decir!) ¿De qué te hablaba?

SOL. Me decias...

HERN. No, no te decia nada... sufria mi espíritu, pero no te inquietes.

SOL. Necesitas que te traiga algo? Manda á tu esclava.

Vuelve á sonar la bocina.

HERN. ¡Me lo exige, me lo exige y yo se lo he jurado!) (Buscando en el cinto espada ó puñal, que no lleva.) (Estoy desarmado!)

SOL. ¿Pero qué es lo que te hace sufrir?

HERN. Una herida antigua, que creí cerrada y que vuelve á abrirse. (Alejémosla de aquí.) Sol de mi vida, escucha: en aquella cajita que en dias menos felices llevaba siempre conmigo...

SOL. Sé cuál es... ¿qué quieres que haga?

HERN. Encontrarás en ella un pomo de elixir, que podrá terminar mi sufrimiento. Vé y tráemelo.

SOL. En seguida.

Váse DOÑA SOL por la puerta de la cámara nupcial.

ESCENA IV.

HERNANI solo.

HERN. ¡Aparece para destruir mi felicidad! Hé aquí el dedo fatal que brilla en la pared de mi destino.

Queda sumido en profunda y convulsiva abstraccion; despues se yergue bruscamente.

Pero calla... No oigo la bocina... No veo venir á nadie... ¡Si habrá sido una ilusion mia!

El máscara del dominó negro aparece en el fondo. HERNANI se queda como petrificado.

ESCENA V.

HERNANI y el MÁSCARA.

EL MÁSCARA. "Suceda lo que suceda, cuando querais, señor duque, en cualquier lugar, á cualquier hora que os ocurra que deba yo morir, tocad la bocina y yo mismo me mataré." Este pacto tuvo por testigos á los retratos de mis antepasados. ¿Estás dispuesto á cumplirlo?

HERN. (Gran Dios!)

MÁSC. Acudo á tu palacio á decirte que ha llegado ya la hora, y veo que la retardas.

HERN. No: ¿qué es lo que quieres que haga?

MÁSC. Puedes elegir entre el puñal y el veneno; traigo las dos cosas y nos las partiremos.

HERN. Bien.

MÁSC. Qué eliges?

HERN. El veneno.

MÁSC. Pues toma; bebe y acabemos.

Preséntale un pomo, que coge la mano temblorosa de HERNANI.

HERN. (Llevándoselo á los labios y apartándoselo en seguida.) Te suplico que me dejes vivir hasta mañana. Si tienes corazon, si no eres un réprobo, un fantasma ó un demonio, si sabes lo que es gozar la dicha suprema de estar enamorados, de tener veinte años y de ir á casarse, permíteme vivir hasta mañana.

MÁSC. Mañana! Mañana! ¡Te burlas de mí! Y qué haria yo esta noche? Moriria, y mañana no habria quién te hiciera cumplir la palabra. No quiero bajar solo á la tumba y necesito que me acompañes.

HERN. Pues me libraré de tí; no te obedeceré.

MÁSC. Bien me lo temia. Me lo juraste por la memoria de tu padre... puedes olvidarlo.

HERN. Ah! Padre mio!... ¡Voy á perder la razon!

MÁSC. Vas á cometer un perjurio y un sacrilegio.

HERN. Duque!

MÁSC. Ya que los primogénitos de las familias castellanas se burlan de los juramentos... Adios!

Dá un paso para marcharse.

HERN. No te vayas.

MÁSC. Entonces...

HERN. Eres un hombre desalmado que me persigues hasta las puertas del cielo...

Sale DOÑA SOL sin ver al encubierto.

ESCENA VI.

Dichos, DOÑA SOL.

SOL. No he encontrado la caja.

HERN. (Dios mio, ella!)

SOL. (Qué tiene? ¡Se asusta de verme! Horrible sospecha!) ¿Qué tienes en la mano? Contéstame.

El enmascarado se quita el antifaz. DOÑA SOL reconoce á D. RUY GOMEZ y lanza un grito.

Es un veneno!

HERN. Gran Dios!

SOL. Me engañabas, D. Juan!

HERN. He debido ocultártelo. Prometí morir al duque cuando me salvó, y Aragon debe cumplir la promesa que hizo á Silva.

SOL. No eres suyo, sino mio. ¿Qué me importan á mí los demás juramentos? Duque, el amor me convierte en heroina y defenderé á D. Juan contra vos y contra todo el mundo.

RUY. Defiéndele, si puedes, contra un juramento sagrado.

SOL. Qué juramento?

HERN. Juré...

SOL. Nada, nada te obliga á morir, eso no puede ser; eso seria un crímen y una locura.

RUY. Vamos, D. Juan.

HERNANI vá á llevarse el pomo á los labios, pero DOÑA SOL se lo impide.

HERN. Déjame, Doña Sol, es preciso. Empeñé al duque mi palabra y juré por mi padre que me está mirando desde el cielo.

SOL. Antes arrancareis á un tigre sus cachorros, que á la mujer amante el objeto de su cariño. No conoceis aun á Doña Sol. Mucho tiempo, compadecida de vuestros sesenta años y respetando vuestras canas, fuí sumisa y tímida; pero ahora, ved mis ojos encendidos de dolor y de rabia y ved este puñal. (Saca un puñal del seno.) Viejo insensato, cuando os amenacen mis ojos, recordad que soy de vuestra raza, y ¡ay de vos si atentais contra la vida de mi esposo! (Tira el puñal y cae de rodillas ante el duque.) Vedme arrodillada á vuestros piés para pediros que tengais piedad de nosotros. Perdon, señor; soy una débil mujer, y cuando quiero ser brava, la fuerza aborta en mi corazon y flaqueo. Os lo ruego de rodillas; tened piedad de nosotros.

RUY. Doña Sol!

SOL. Perdonadme! A nosotras las españolas nos arrastra el dolor á decir palabras ofensivas; bien lo sabeis. No sois perverso y debeis compadecernos; tocarle á él es matarme á mí. ¡Le amo tanto!...

RUY. Le amas demasiado.

HERN. No llores.

SOL. No quiero que mueras, amor mio; no, no quiero. Perdonadle, señor, y os amaré tambien á vos.

RUY. Me amarás en segundo lugar, con los restos de tu cariño; ¿crees apagar así la sed que me devora? Rujo de cólera. Él poseeria tu alma por completo. No, no; es preciso que esta situacion termine. Bebe.

HERN. Empeñé mi palabra y debo cumplirla.

RUY. Vamos!

HERNANI vuelve á acercar el pomo á los labios; DOÑA SOL le vuelve á detener.

SOL. Todavía no! Oidme antes los dos.

RUY. El sepulcro está ya abierto y yo no puedo esperar.

SOL. Un instante, D. Juan. ¡Sois muy crueles los dos! No os pido más que un instante. Permitidme que esta mujer os diga sus últimas palabras; dejadme hablar.

RUY. Tengo prisa.

HERN. (Su voz me desgarra el corazon.)

SOL. Comprended que tengo muchas cosas que deciros.

RUY. (A HERNANI.) Acabemos!

SOL. Don Juan, cuando termine yo de hablar, obra como quieras. (Le arrebata el pomo.) Ya lo tengo. (Enseñándolo á los dos hombres, que se quedan sorprendidos.)

RUY. Ya que tengo que habérmelas con dos mujeres, D. Juan, es preciso que vaya á otra parte á buscar hombres. Adios.

Dá algunos pasos y HERNANI le detiene.

HERN. Deteneos, duque. (A DOÑA SOL.) ¿Quieres que sea pérfido, perjuro y sacrílego? ¿Quieres que lleve por todas partes en el mundo escrita la traicion en la frente? Pues si no lo deseas, devuélveme ese veneno, por nuestro amor, por nuestra alma inmortal.

SOL. (Sombría.) Insistes?

HERN. Sí.

DOÑA SOL bebe del pomo.

SOL. Tómale ahora.

RUY. Ha bebido!

SOL. Te repito que lo tomes.

HERN. ¡Ves lo que has conseguido, viejo miserable!

SOL. No me reconvengas, que en el pomo te he reservado tu parte.

HERN. (Tomando el pomo.) Bien.

SOL. Tú no me hubieras reservado la mia, tú no posees el corazon de la esposa cristiana, tú no sabes amar como ama una descendiente de los Silvas. Bebiendo la primera estoy ya tranquila. Ahora tú, si quieres, bebe.

HERN. Qué has hecho, desdichada!

SOL. Lo que tú has querido.

HERN. Condenarse á espantosa muerte!

SOL. Espantosa! por qué?

HERN. Porque ese filtro lleva al sepulcro.

SOL. Debíamos dormir juntos esta noche; el lecho es indiferente.

HERN. Padre mio! ¡Te vengas de mí porque te he olvidado!

Se lleva el pomo á la boca; DOÑA SOL le vuelve á detener.

SOL. Lanza lejos de tí ese filtro funesto, que causa dolores extraños y que extravía mi razon. Detente, D. Juan; ese veneno es muy activo y engendra en el corazon una hidra de mil dientes que lo roen y lo devoran. Lo enciende en fuego horrible. No bebas, que padecerás mucho.

HERN. Eres inhumano: ¿no podias haber elegido otro veneno para ella?

Bebe y tira el pomo.

SOL. Qué has hecho!

HERN. Lo que hiciste tú.

SOL. Ven, ven, amor mio, ven á mis brazos.

Sentándose uno al lado del otro.

¿No es verdad que hace sufrir horriblemente?

HERN. No...

SOL. Hé aquí que empieza nuestra noche de bodas y que palidece tu prometida.

HERN. Ah!

RUY. Se cumplió la fatalidad.

HERN. Me desespera verla sufrir tanto!

SOL. Cálmate, me encuentro mejor. Hácia nuevas claridades vamos en seguida á abrir juntos nuestras alas, y con vuelo igual volaremos á un mundo mejor. Un beso! Dame un solo beso.

Se abrazan.

RUY. (Oh, rabia!)

HERN. Bendito sea el cielo que me concedió una vida rodeada de abismos y llena de espectros, pero que me permitió descansar de tan ruda carrera acariciando á la mujer querida.

RUY. Son dichosos!...

HERN. (Desfalleciendo.) Ven... ven... Sol de mi alma... todo está oscuro... sufres?

SOL. (Desfalleciendo tambien.) Nada... nada ya.

HERN. Ves dos luces en la sombra?

SOL. Todavía no.

HERN. Yo sí... (Dá un suspiro y cae.)

RUY. (Levantándole la cabeza, que vuelve á caer.) Está muerto!

SOL. (Desgreñada é incorporándose un poco.) Muerto no... es que dormimos... es mi esposo. Nos amamos y nos hemos acostado: aquí se celebra nuestra noche de bodas. No le desperteis, que está cansado... (Vuelve la cara hácia HERNANI.) Amor mio... aquí estoy... más cerca... más aun...

Cae al suelo muerta.

RUY. Ha muerto! Estoy condenado! (Se mata con el puñal.)

FIN DE HERNANI.

MARION DE LORME.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PREFACIO.

Esta obra, que se representó diez y ocho meses despues que *Hernani*, la escribí tres meses antes. Compuse los dos dramas en 1829, Marion de Lorme en Junio y *Hernani* en Setiembre.

Cambiando algunos detalles, que en nada modifican la parte fundamental de la obra, ni la naturaleza de los caractéres, ni el valor respectivo de las pasiones, ni la marcha de la accion, ni aun la distribucion de las escenas, el autor entrega al público este drama en el mes de Agosto de 1831, como lo escribió en Junio de 1829.

Este drama permaneció dos años alejado del teatro, y los motivos de esta suspension los conoce el público, que sabe que el autor se ha visto obligado á ello. Impidió su representacion el *veto* de la censura, y esta prohibicion fué sucesiva en los ministerios Martignac y Polignac, segun la voluntad expresa del rey Cárlos X. La suspension del segundo año de Marion de Lorme fué voluntaria: el autor se abstuvo de llevarla al teatro. Despues de esa época, habiéndole preguntado varias personas, que él no tenia el honor de conocer, por medio de cartas, si existian aun obstáculos para representarse dicha obra, el autor, despues de darles las gracias por haberles manifestado este interés, les debe una explicacion y se la vá á dar.

Despues de la admirable revolucion de 1830, habiendo conquistado el teatro su libertad, como Francia conquistó la libertad política, las piezas dramáticas que la censura de la restauracion habia enterrado vivas se desparramaron, haciendo mucho ruido, por los teatros de París, á los que el público acudió á aplaudirlas. Esto era justo. Los dramas prohibidos por la censura se representaron durante muchas semanas con gran satisfaccion del público. El teatro de la Comedia Francesa pensó en representar Marion de Lorme. Personas influyentes en la empresa fueron á hablar al autor con este objeto. En aquellos momentos de animadversion contra Cárlos X, el acto cuarto, que prohibió dicho rey, les pareció que podia provocar un éxito de reaccion política. El autor debe confesar aquí francamente, como lo declaró entonces en el seno de la intimidad á los que solicitaban su drama, y sobre todo á la eminente actriz que tan brillantemente habia desempeñado el papel de

Doña Sol, que precisamente por la razon de tener alguna probabilidad de provocar un éxito de reaccion política se decidia á no entregar su obra al teatro. Comprendia el autor que se encontraba en un caso particular.

Aunque formaba desde bastantes años atrás en las filas, si no más ilustres, más trabajadoras, de la oposicion; aunque se consagraba desde que fué hombre al progreso y á la libertad, se acordó de que, arrojado á los diez y seis años en el mundo literario por las pasiones políticas, sus primeras opiniones, ó por mejor decir, sus primeras ilusiones fueron realistas y vendeanas; recordó haber escrito una oda á la consagracion de Cárlos X, cuando este rey era popular y respondia á las aclamaciones del pueblo: *Ni quiero censura ni alabarderos*. El autor no quiso que un dia le reprochasen su pasado, pasado erróneo indudablemente, pero hijo de la conviccion, de la conciencia y del desinterés, como espera que sea siempre su proceder toda la vida. Comprendió el autor que un éxito político á propósito de la caida de Cárlos X era lícito á cualquiera menos á él; que no le convenia ser uno de los respiraderos por donde saliese la cólera pública, y que en presencia de la deslumbradora revolucion de Julio, podia mezclar su voz á las de los que aplaudian al pueblo, pero no á las de los que maldecian al rey. Obrando así creia cumplir un deber, y obró como en su caso hubiera hecho cualquier hombre de corazon. No quiso autorizar la representacion del drama. Por otra parte, no le gustan los éxitos que producen las alusiones políticas; porque estos éxitos tienen poco valor y su duracion es efímera. Quiso pintar á Luis XIII con la buena fé del artista, pero no á ninguno de sus descendientes. Además, precisamente cuando se suprime la censura es cuando los autores deben censurarse á sí mismos con más severidad, para colocar de este modo á gran altura la dignidad del arte. Cuando se goza de completa libertad no deben traspasarse sus límites.

Hoy, que nos separan ya de la caida del rey trescientos sesenta y cinco dias, que en esta época significan trescientos sesenta y cinco acontecimientos; hoy, que el oleaje de la indignacion popular ya no bate los pasados años de la restauracion, como mar que se retira de playa desierta; hoy, que Cárlos X está más olvidado que Luis XIII, el autor entrega su drama al público y el público lo recibe como el autor se lo dá; esto es, sin ver en él segunda intencion y juzgándole como obra de arte, mala ó buena. Comprende el autor que es algo, que es mucho, que es todo para los hombres de arte, en los momentos de preocupaciones políticas, que un drama solo se examine literariamente. El autor tiene que hacer notar aquí además que si hubiera seguido reinando en Francia la primera rama de los Borbones, esta obra se hubiera excluido del teatro absoluta y eternamente. Si no hubiese sobrevenido la revolucion de Julio, nunca se hubiera representado. Si esta obra fuese de muchísimo mayor mérito, podria someterse, como prueba, contra los que afirman que la revolucion de Junio ha sido perjudicial para el arte. Fácil será demostrar que esta sacudida de emancipacion no solo no ha sido perjudicial para el arte, sino útil; no solo útil, sino necesaria. En efecto, en los últimos años de la restauracion, el espíritu de novedad del siglo diez y nueve habia penetrado en todas partes, reformándolo todo, reconstruyéndolo todo; historia, poesía, filosofía, habia penetrado en todas partes menos en el teatro. Este fenómeno se debia á que la censura le impedia la entrada. No habia medio posible de traducir fiel y francamente en la escena, con la imparcialidad y con la severidad del artista, ni á los reyes, ni á los sacerdotes, ni á los señores, ni á la Edad Media, ni á la historia, ni al pasado. La censura era indulgente para las obras de escuela y de convencion, que no hacen más que adular y por consecuencia disfrazarlo todo; y era implacable para el verdadero arte, que es concienzudo y sincero. De esta regla general habia muy pocas excepciones; apenas tres ó cuatro obras verdaderamente históricas y dramáticas pudieron deslizarse en la escena, durante los pocos momentos en que la policía, ocupada en otra parte, se dejó la puerta entornada. De este modo la censura tenia al arte en jaque en el teatro. Vidocq bloqueaba á Corneille. La censura formaba parte integrante de la restauracion, y no podia desaparecer la una sin desaparecer la otra. Fué preciso que se completase la revolucion social para que se completase la revolucion del arte. El mes de Julio de 1830 no solo es una fecha política, sino que es tambien una fecha literaria.

Ahora el arte es libre; solo le falta ya permanecer siendo digno. El público es como debia ser, mejor que nunca, ilustrado y grave. Las revoluciones tienen

la ventaja de que maduran con rapidez y á un mismo tiempo todos los espíritus y por todos lados. En dos años, el instinto de las masas se convirtió en gusto. Las miserables clasificaciones de clásico y romántico cayeron en el abismo de 1830. El arte solo quedó permanente. Al artista que estudia al público y debe estudiarlo sin cesar, debe darle gran ánimo ver desarrollarse de dia en dia en el fondo de las masas la inteligencia cada vez más séria y profunda de lo que conviene á este siglo, tanto en literatura como en política. Ofrece hermoso espectáculo ver el público, combatido por tantos intereses materiales, reunirse en multitud para presenciar las primeras transformaciones del arte que se renueva, hasta cuando son tan incompletas y tan defectuosas como las actuales. Se le vé atento, simpático, benévolo, ya se le enseñe, en una escena de la historia, una leccion del pasado; ya se le enseñe, en un drama de pasion, una leccion de todos los tiempos. Segun nuestro criterio, no se ha presentado jamás en la historia momento tan propicio para el drama. Este es el momento, para el que Dios haya dotado de génio, de crear un teatro vasto, sencillo y variado, nacional para la historia, popular para la verdad, humano, natural y universal para la pasion.

Desde los siglos pasados hasta el presente se ha dado un paso inmenso. El teatro ahora puede conmover á las multitudes y agitarlas hasta en sus últimas profundidades; ayer, el pueblo solo era una inmensa pared, en la que el arte solo podia pintar al fresco.

Hay capacidades, y algunas muy ilustradas, que aseguran que hoy la poesía ha muerto y que hoy el arte es imposible. Por qué? Todo es siempre posible en momentos dados, y jamás fueron posibles tantas cosas como en la época en que vivimos. Todo puede esperarse de las generaciones nuevas, llamadas á gozar del magnífico porvenir que vivifica el pensamiento elevado que sostiene la fé tan legítima que tienen de sí mismas. El autor de este drama está orgulloso de pertenecer á sus filas y se vanagloría de que algunas veces sus compañeros hayan pronunciado su nombre, á pesar de ser el último de dichos jóvenes; el autor de este drama todo lo espera de ellos; hasta espera que surja un gran poeta. Que ese génio desconocido aun, si existe, no se deje descorazonar por los defensores de la aridez, de la sequedad y del prosaismo actual. Que deje que crean que los tiempos están tan ilustrados que ya no es posible en ellos un génio primitivo. Si alguno hubiera dicho, al terminar el siglo diez y ocho, que despues del Regente, despues de Voltaire, despues de Beaumarchais, despues de Luis XV, despues de Cagliostro y despues de Marat eran posibles los Carlo-Magnos, grandiosos, poéticos y casi fabulosos, todos los escépticos entonces, es decir, la sociedad entera, se hubiera mofado incrédulamente del que tal hubiera creido. Pues bien; al empezar el siglo diez y nueve ha sido posible establecer un imperio y reinar un emperador. Del mismo modo podria ahora nacer un poeta que igualara á Shakespeare, como nació un Napoleon que igualó á Carlo-Magno.

Agosto de 1831.

MARION DE LORME.

PERSONAJES

MARION DE LORME.
DIDIER.
LUIS XIII.
EL MARQUÉS DE SAVERNY.
EL MARQUÉS DE NANGIS.
L' ANGELY.
EL MARQUÉS DE BRICHANTEAU.
EL CONDE DE GASSÉ.
EL VIZCONDE DE BOUCHAVANNES.
EL CABALLERO DE ROCHEBARON.
EL CONDE DE VILLAE.
EL CABALLERO DE MONTPESAT.
} Oficiales del regimiento de Anjou.

M. DE LAFFEMAS.
M. DE BELLEGARDE.
EL ABATE DE GOUDI.
EL CONDE DE CHARNACÉ.
ESCARAMOUCHE.
EL GRACIOSO.
TAILLEBRAS.
} Cómicos de la legua.

UN CONSEJERO DE LA ALTA CÁMARA.—EL PREGONERO.—UN CAPITAN DEL CASTILLO DE BLOIS.—UN CARCELERO.—UN ESCRIBANO.—EL VERDUGO.—TRES TRABAJADORES.—UN CRIADO.—LA SEÑORA ROSA.—CÓMICOS DE LA LEGUA, GUARDIAS, PUEBLO, GENTILES-HOMBRES Y PAJES.—1638.

ACTO PRIMERO

La cita.

EN BLOIS

Un dormitorio.—En el fondo una ventana abierta con balcon.—A la derecha una mesa con una lámpara; al lado de la mesa un sillon.—A la izquierda una puerta, sobre la que cae un portier de tapicería.—En el fondo y en parte oscura de la escena se vé una cama.

ESCENA PRIMERA.

MARION DE LORME en elegante negligé, sentada cerca de la mesa y bordando un tapiz; el MARQUÉS DE SAVERNY, jóven, rubio y sin bigote; vá vestido segun la moda de 1638.

SAVERNY. (Aproximándose á MARION y queriendo abrazarla.) Reconciliémonos, mi idolatrada María.

MARION. (Rechazándole.) Bien; reconciliémonos, pero no desde tan cerca.

SAV. (Insistiendo.) Un beso nada más!

MAR. (Con cólera.) Señor marqués!

SAV. Ahora se incomoda!... Otras veces teneis caprichos más cariñosos.

MAR. Os olvidais...

SAV. No, no, me acuerdo.

MAR. (Fastidioso!)

SAV. Referidme, María, por qué habeis salido tan bruscamente de París y por qué motivo, cuando os buscaba en la plaza Real, os encuentro escondida en Blois. ¿Qué haceis aquí desde hace dos meses?

MAR. Hago lo que quiero y lo que debo. Soy libre.

SAV. Tambien son libres los hombres de cuya alma os habeis apoderado; como por ejemplo, yo, Goudi, Nesmoud, Pressigny, Arquien, los dos Caussades...

MAR. Y Veauvillain.

SAV. Sí; tambien os ama.

MAR. Y Cereste.

SAV. Os adora tambien.

MAR. Y Pons?

SAV. Ese os detesta.

MAR. (Ese es el único que está enamorado.) ¿Y el anciano presidente Leloup?

SAV. Tambien os ama, pero mientras os espera, posee vuestro retrato y escribe muchas elegías.

MAR. Hace ya dos años que me ama en efigie.

SAV. Él prefiriera amaros personalmente. Por qué huís de tantos amigos?

MAR. Precisamente, marqués, si os he de hablar con franqueza, ellos son la causa de mi fuga. Esos brillantes placeres, que me sedujeron mientras fuí jóven, me han dejado en el corazon muchas pesadumbres. Por eso quiero en el retiro, y quizás en un convento, expiar una vida impura y licenciosa.

SAV. Apostemos á que vuestro retiro lo ocasiona algun amorío.

MAR. Creeis...

SAV. Creo que el velo y el claustro no sientan bien á vuestros negros y brillantes ojos. Sin duda amais en este pueblo, y es lástima que termineis la interesante novela de vuestra vida con un desenlace tan vulgar.

MAR. Pues os equivocais.

SAV. Apostemos algo á que acierto.

MAR. Rosa, qué hora es?

ROSA. (Desde fuera.) Van á dar las doce.

MAR. (Van á dar las doce ya!)

SAV. Eso es una indirecta sutil para decirme que me vaya...

MAR. Como vivo tan retirada... y no recibo á nadie... y como además temo que os suceda alguna desgracia... Habeis de saber que esta calle es muy solitaria y en ella suelen salir ladrones.

SAV. No importa; me robarán.

MAR. Es que á veces tambien asesinan.

SAV. Pues me matarán.

MAR. Pero...

SAV. Sois divina!... pero estoy decidido á no salir de aquí hasta que me digais quién es el dichoso mortal que nos ha sucedido en conseguir vuestros favores.

MAR. Nadie.

SAV. Os guardaré el secreto. Se cree que los cortesanos tenemos la cabeza ligera, que somos curiosos, indiscretos y maldicientes; pero aunque charlamos mucho, sabemos guardar un secreto.— No quereis decírmelo?... Pues me quedo.

Se sienta.

MAR. Pues bien; amo á álguien y le estoy esperando.

SAV. Eso es hablar en plata. ¿Dónde esperais á vuestro amante?

MAR. Aquí.

SAV. Y á qué hora?

MAR. De un momento á otro. Quizás ya está aquí. (Asomándose al balcon.) No. (Volviendo hácia el proscenio.) Gracias á Dios que ya estais contento.

SAV. No mucho.

MAR. Hacedme el favor de marcharos.

SAV. Sí; pero antes decidme cómo se llama el galan que me arroja de aquí y por qué me despedís de este modo.

MAR. Solo sé que se llama Didier, así como él solo sabe que me llamo María.

SAV. (Riendo.) De veras?

MAR. De veras.

SAV. (Continúa riendo.) Pues eso son amores enteramente pastoriles; estilo de Racan puro: ¿entrará aquí escalando las paredes?

MAR. Quizás. Ahora que estais enterado, idos ligero. (Me fastidia!)

SAV. Sabeis si es gentil-hombre?

MAR. No sé nada.

SAV. Qué haceis? (Al ver que Marion le empuja hácia la puerta.) Ya me voy... permitidme que os diga una sola palabra. Un autor que sabe mucho ha escrito para vos este libro. (Saca un libro del bolsillo y se lo dá á MARION.) Este libro hace mucho ruido en la corte.

MAR. (Leyendo el título.) "*La Guirnalda de amor; á Marion de Lorme.*„

SAV. No se habla en París de otra cosa: este libro y el *Cid* son los dos grandes éxitos del dia.

MAR. (Tomando el libro.) Buenas noches. (Despidiéndole.)

SAV. (¿De qué sirve ser ilustre para venir á Blois á disputar el amor á un rústico?)

MAR. Rosa, acompañad al señor marqués hasta la puerta.

SAV. Gracias, no os incomodeis...

Saluda y váse.

ESCENA II.

MARION y despues DIDIER.

MARION cierra la puerta por la que ha salido SAVERNY.

MAR. ¡Gracias á Dios que se ha ido ese posma! Temia que se encontrara con Didier.

Se oyen dar las doce.

Las doce dan! Debia estar ya aquí.

Se asoma al balcon.

No viene nadie!

Vuelve al proscenio y se sienta en el sillon.

Pronto empieza á hacerse esperar.

Un jóven sube por los hierros del balcon, salta á la habitacion y deja en un sillon la capa y la espada. Viste de negro. Vá á avanzar y se pára al ver á MARION sentada y con los ojos inclinados al suelo. MARION se vuelve y le vé.

Ah! Sois vos? Os esperaba hace rato.

DIDIER. Vacilaba en subir.

MAR. Por qué?

DID. Hace poco, al pié de esas paredes, sentí que la compasion agitaba mis entrañas, compasion por vos.—Yo, que

soy hombre funesto y maldito, antes de llegar á un punto donde no pueda retroceder me dije á mí mismo: "Allá arriba, allá arriba vela, confiando en su virtud sin tacha y en su inocente beldad, un ángel de luz, un sér casto y cándido; ¿qué significo yo para ella, yo, que me arrastro entre la multitud? ¿Por qué he de turbar esa agua que fluye tan pura del manantial? ¿Por qué he de coger ese lirio? ¿Porque ella se fie cándidamente de mi lealtad, tengo derecho á aceptar el don de su cariño y de mezclar la oscuridad de mi noche con la claridad de su dia?

MAR. (Teología es esa que no comprendo. Será hugonote?)

DID. Pero la dulce mágia de vuestra voz, que oí desde la calle, ha triunfado de mi duda y me ha conducido hasta vos.

MAR. Me habeis oido hablar? Pues es extraño.

DID. Oí vuestra voz y otra.

MAR. Sí... la de la señora Rosa; ¿es verdad que parece que tenga voz de hombre? Habla muy alto y con rudeza. —Pero ya que habeis venido, vuelve la alegría á mi corazon. Sentaos.

Se sienta lejos de ella; MARION le indica un sillon que está mucho más próximo.

Sentaos aquí.

DID. No, á vuestros piés.

Se sienta en un taburete á los piés de MARION y se queda contemplándola en silencio algunos instantes.

Escuchadme, María; no tengo más nombre que Didier, porque no conocí nunca padre ni madre. Cuando nací me depositaron desnudo en el pavimento de una iglesia. Una mujer vieja, hija del pueblo, que me vió, se apiadó de mí y se me llevó, sirviéndome de nodriza y de madre y educándome como cristiano; más tarde murió, dejándome por toda herencia nuevecientas libras de renta, que es con lo que vivo. Para el que se vé solo á los veinte años, la vida es muy amarga, muy triste, y me dediqué á viajar. Conocí á los hombre, y odié á unos y desprecié á los otros, porque por todas partes encontré orgullo, miseria y dolores en ese espejo turbio que se llama faz humana. A pesar de que me veis jóven, soy ya viejo y estoy cansado ya del mundo, porque todo con cuanto he chocado me ha ido desengañando, y si encuentro malo el mundo, encuentro al hombre peor. Seguia viviendo así sombrío y aislado, cuando se me aparecísteis para consolarme; no os conocia. En París, al volver la esquina de una calle, una tarde os presentásteis ante mi vista; despues os encontré algunas veces, y siempre han sido para mí cariñosos vuestros ojos y tiernas vuestras palabras; temia amaros y huí. Por extraña casualidad os volví á encontrar aquí, por todas partes, y al fin, temblando de amor, irresoluto, indeciso, me atreví á hablaros, y vos me lo permitísteis. Ahora disponed de mi corazon y de mi vida. ¿Qué es lo que deseais que pueda yo proporcionaros? ¿Existe algun objeto ó algun hombre que os importune? ¿Necesitais que mate á álguien? Hablad, mandadme, dispuesto estoy á serviros.

MAR. (Sonriendo.) Sois muy singular, pero quizá porque sois así os amo.

DID. Me amais! Meditad bien lo que decís. Semejantes palabras no se pueden pronunciar frívolamente. ¿Sabeis lo que es el amor? El amor se convierte en nuestra sangre, en el objeto único de la vida; el amor, ahogado mucho tiempo, se enciende, y sus llamas crecen sin cesar y purifican el alma; y solo, en el fondo del corazon, donde le encerramos, quema las ruinas de todas las demás pasiones; el amor sin esperanza y sin límites, que sobrevive hasta á la felicidad, permanece siendo profundo y sombrío. ¿Sentís el amor así?

MAR. (Conmovida.) Verdaderamente...

DID. No sabeis el entusiasmo de mi cariño; desde el dia en que os ví, mi vida sombría se iluminó, alumbrada por vuestros ojos; desde entonces todo ha cambiado para mí. Brillais á mi vista como un sér desconocido, como un sér celeste; habeis embellecido mi existencia, porque hasta el momento de veros, viviendo solo, errante y oprimido, no hice más que luchar y sufrir... porque aun no habia amado.

MAR. Pobre Didier!

DID. María!

MAR. Pues bien; os amo tanto como vos me amais, quizá más. Desde que os conocí seguí vuestros pasos, y creo que desde entonces os pertenezco.

DID. (Cayendo de rodillas á sus piés.) Ah! ¡no me engañeis! Si corresponde vuestro cariño á mi pasion pura, seré el más feliz de los mortales; pero si me engañais...

MAR. ¿Qué necesitais para creer en mi amor?

DID. Una prueba.

MAR. Qué prueba?

DID. Sin duda sois libre?

MAR. (Con embarazo.) Sí...

DID. Pues quiero ser vuestro herma-

no, vuestro apoyo, vuestro desposado.

MAR. (Si no fuera indigna de él!...)

DID. Contestadme.

MAR. Pero...

DID. Comprendo. Os importuna la audacia de un huérfano sin nombre... dejadme, pues, en mi soledad y en mi abandono; adios!

Dá un paso para salir y MARION le retiene.

MAR. Didier! Didier! ¿Qué es lo que decís?

MARION llora.

DID. (Volviendo.) Perdonadme.... pero como titubeábais.... —María, mi único deseo es que seamos el uno del otro y formar los dos un mundo, una pátria y un cielo; vivir ignorados en un lugar solitario y ocultar en él nuestra felicidad á las miradas del mundo.

MAR. Ah, eso seria el paraiso!

DID. Lo deseas como yo?

MAR. (Desventurada!) No, no puedo desearlo.

MARION se aparta de los brazos de DIDIER y cae en el sillon.

DID. (Con frialdad.) La oferta es poco generosa de mi parte; basta, no os hablaré más de esto.

MAR. (¡Maldito sea el dia en que me amó!) Me estais desgarrando el alma... yo os explicaré...

DID. (Con frialdad.) ¿Qué estábais leyendo cuando entré?

Toma el libro que hay sobre la mesa y lee.

"*La Guirnalda de Amor, á Marion de Lorme.*„—La belleza del dia!

Echa el libro al suelo con violencia.

Está dedicado á la vil criatura que es la más impura de las mujeres.

MAR. (Temblando.) Didier!...

DID. ¿Cómo es que teneis aquí estos libros infames?

MAR. Por casualidad...

DID. ¿Sabeis quién es Marion de Lorme? Una mujer de hermoso cuerpo y de alma degradada, una Friné que vende su amor al hombre que lo quiere comprar.

MAR. (Llevándose las dos manos á la cabeza.) (¡Gran Dios!)

Se oye á la parte de fuera ruido de pasos, chocar espadas y gritos.

UNA VOZ. (En la calle.) Al asesino!

DID. (Asombrado.) Qué será ese ruido?

LA VOZ. Socorro! socorro!

DID. (Mirando al balcon.) Tratan de matar á un hombre.

Toma la espada, sale al balcon y pasa una pierna por encima de los hierros. MARION corre hasta él y trata de impedirle salir.

MAR. Si me amais no bajeis á la calle... os van á matar... permaneced aquí...

DID. A mí no; van á matar á otro hombre. (Salta á la calle.) Deteneos! (Desde la calle.) Manteneos firme, caballero!

Se oye el choque de las espadas.

Miserable!

MAR. Oh cielos! Seis contra dos!

LA VOZ. Este hombre es el demonio!

El ruido de las espadas disminuye poco á poco hasta que cesa. Aparece DIDIER escalando el balcon.

DID. (Hablando á alguno que está en la calle.) Ya está terminado este asunto. Seguid vuestro camimo.

SAV. (Desde fuera.) No me iré sin estrecharos la mano y sin daros las gracias, si me lo permitís.

DID. Os lo dispenso.

SAV. Pues yo quiero daros las gracias.

Escala el balcon.

DID. Podíais habérmelo agradecido desde la calle.

ESCENA III.

MARION, DIDIER y SAVERNY.

SAV. (Con la espada en la mano.) ¡Es extraña tiranía salvarme la vida y dejarme á la puerta de la calle!... Pero no quiero que se diga que un noble como yo, á quien valientemente libran de la muerte, se vá sin decir á su salvador: Marqués... ¿vuestro nombre?

DID. Didier.

SAV. Didier y qué más?

DID. Didier y nada más; lo importante para vos es que os iban á matar y os he socorrido. Podeis marcharos.

SAV. (Vaya unos modales!) Verdaderamente no hubiera podido escapar sin vuestra ayuda; vinieron seis ladrones contra mí. ¡Seis grandes puñales contra una espada!

Vé á MARION, que ha tratado hasta entonces de ocultarse á su vista.

Ahora os comprendo: estábais aquí sabrosamente ocupado y he venido á turbar una cariñosa entrevista. (Veamos la dama.)

Se acerca á MARION y la reconoce.

(En voz baja.) Ah, sois vos!... Entonces es él.

MAR. (Tambien en voz baja.) ¡Me vais á perder!

SAV. María!...

MAR. Es la primera vez que amo.

DID. (Vive Dios! ¡Ese hombre la mira con ojos atrevidos!)

Dá un puñetazo á la lámpara y la tira al suelo.

SAV. Habeis apagado la lámpara!



AH! DESPRECIABLE CRIATURA IMPURA ENTRE LAS MUGERES!

DID. Sí, porque conviene que los dos salgamos juntos.

SAV. Os sigo. Adios, señora. (A MARION.)

DID. (Me molesta este pisaverde.) Seguidme.

SAV. Aunque sois brusco, os debo la vida y os prometo agradecimiento eterno; soy el marqués de Saverny, vivo en París, hotel de Nesle.

DID. Bien. (No quiero que un fátuo la esté mirando.)

Salen por el balcon. DIDIER dice desde la calle:

Vuestro camino es por allá y el mio por aquí.

ESCENA IV.

MARION y la SEÑORA ROSA.

MAR. Rosa! Cerrad ese balcon.

ROSA cierra el balcon. Al volver vé á MARION sentada, que se enjuga una lágrima.

ROSA. (Juraria que ha llorado!) Señora, me parece que ya es hora de dormir.

MAR. Sí; para tí. Ven á desnudarme.

ROSA. (Deshaciéndola el cabello.) ¿El caballero de esta noche se ha portado bien? ¿Es rico?

MAR. No.

ROSA. Es galante?

MAR. Tampoco. Ni siquiera me ha besado la mano.

ROSA. Eso por qué?

MAR. (Pensativa.) Porque le amo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

El encuentro.

EN BLOIS

La puerta de una taberna.—Una plaza.—A lo lejos se vé en el fondo la ciudad de Blois en forma de anfiteatro y las torres de San Nicolás sobre la colina que ocupan las casas.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE GASSÉ, EL MARQUÉS DE BRICHANTEAU, EL VIZCONDE DE BOUCHAVANNES, EL CABALLERO DE ROCHEBARON, están sentados en mesas delante de la puerta de la taberna; fuman, juegan á los dados y beben. – Despues EL CABALLERO DE MONTPESAT y EL CONDE DE VILLAE; luego L' ANGELY, y despues EL PREGONERO y gente del pueblo.

BRICHANTEAU. (Levantándose á recibir á GASSÉ, que entra.) Hola, conde! ¿vienes á Blois á reunirte con el regimiento? Te felicitamos porque te van á enterrar aquí.

Examinándole el traje que lleva.

Bonito traje!

GASSÉ. Esta es la moda; color de naranja y azul.—¿Sabeis que Blois dista cuarenta leguas de París?

BRICH. Es como estar en la China.

GASSÉ. Por eso dicen nuestras mujeres que seguirnos es espatriarse.

BOUCHAVANNES. ¿Este caballero llega de París?

ROCHEBARON. Decidnos qué novedades hay en la gran ciudad.

GASSÉ. Ninguna. Corneille sigue yendo por los espacios imaginarios; Giche está á la órden del dia. Ast es duque. Han ahorcado á treinta hugonotes y el número de desafíos es infinito.

BRICH. ¡Dichoso París, donde todo el mundo se desafía!

GASSÉ. Está en moda desafiarse.

BRICH. Allí puede uno divertirse y vivir, disfrutando de festines, de amores y de combates; pero aquí somos víctimas del fastidio.

GASSÉ. (Examinando las mangas de ROCHEBARON.) Estais muy atrasado, amigo mio; ya no se llevan agujetas ni botones; se llevan cintas y lazos.

BRICH. ¿Qué dice el rey al ver que menudean tanto los desafíos?

GASSÉ. El cardenal está furioso y trata de atajar pronto el mal.

BRICH. Y qué hace la córte? ¿El rey está bien de salud?

GASSÉ. No muy bien; el cardenal tiene fiebre y gota y solo sale en litera.

BRICH. Eres muy original! Te hablamos del rey y nos contestas con el cardenal.

GASSÉ. Porque esa es la moda.

BOUCH. ¿De modo que no hay nada nuevo?

GASSÉ. No... porque ya no es nuevo el milagro, el prodigio, que preocupa á París desde hace dos meses; esto es, la fuga, la partida, la desaparicion...

BRICH. De quién?

GASSÉ. De Marion de Lorme, de la hermosa entre las hermosas.

BRICH. Pues yo voy á darte una noticia. Marion está aquí.

GASSÉ. Está en Blois?

BRICH. Está de incógnito.

GASSÉ. (Levantando los hombros.) ¡Os quereis burlar de mí! ¡Marion, que imponia la moda en París, estar en Blois, que es su antípoda! Mirad, aquí todo es feo, viejo

y mal construido; hasta los campanarios tienen el aire cursi y provincial.

ROCH. Eso es verdad.

BRICH. Pues no dudeis que Saverny la ha encontrado aquí oculta y provista de un amante, cuyo amante ha salvado á Saverny de seis ladrones que quisieron asesinarle.

GASSÉ. Pues eso es una verdadera novela.

ROCH. (Bajo á BRICHANTEAU.) ¿Estais seguro de que eso es verdad?

BRICH. Tan seguro como que tengo seis besantes de plata en campo de azur en mi escudo. Tanto es así, que Saverny vá buscando por todas partes al hombre que le ha salvado la vida.

BOUCH. Pues si fuera á casa de Marion allí le encontraria.

BRICH. No, porque desde entonces ella ha cambiado de casa y de nombre y ha perdido su pista.

MARION y DIDIER atraviesan lentamente el fondo del teatro, sin que los vean los interlocutores, y entran en una de las casas laterales. Entran VILLAE y MONTPESAT hablando en voz alta y disputando.

VILLAE. Te digo que no.

MONTPESAT. Te digo que sí.

VILL. Corneille es malo.

MONT. Es indigno tratar de ese modo al autor del *Cid* y de *Mélite*.

VILL. Soy el primero en confesar el mérito de *Mélite*, pero desde que Corneille escribió esa obra ha ido decayendo, como todos. Háblame de *Mélite* y de la *Galería del palacio*, pero no me hables del *Cid*.

MONT. El *Cid* es una obra excelente.

VILL. Perversa. Ya ves como Scudery la pone de vuelta y media.

ROCH. Corneille es un infeliz.

BOUCH. Monseñor Godeau, el obispo, me ha dicho que tiene mucho talento.

MONT. ¡Es verdad que tiene mucho talento!

VILL. Si escribiera de otro modo que escribe, si siguiera á Aristóteles y el buen método...

GASSÉ. Caballeros, dejaos de disputas. Corneille está en moda. Ha sucedido á Garnier, como en nuestros dias los sombreros de fieltro han sustituido á los de terciopelo.

MONT. Pues yo estoy por Corneille y por los sombreros de fieltro.

GASSÉ. (A VILLAE.) Garnier vale mucho y Corneille tambien vale mucho algunas veces.

VILL. Estamos de acuerdo.

ROCH. Es un jóven de génio que yo estimo mucho.

Entra L' ANGELY, que vá á sentarse en una mesa solo y en silencio. Vá vestido de negro.

VILL. Si el público gusta de esas rapsodias, es porque no le dan tragicomedias; y el teatro está perdido desde que Richelieu...

GASSÉ. Llamadle monseñor ó hablad más bajo.

BRICH. ¡Cargue el diablo con su eminencia! No le basta disponer de los soldados y de nuestro bolsillo y mandar en todo, que hasta quiere mandar en nuestra lengua.

BOUCH. ¡Abajo ese hombre de mano sangrienta y de traje de escarlata!

ROCH. ¿Si él manda para qué sirve el rey?

BRICH. Los pueblos, en la oscuridad de la noche, caminan fijando la vista en una luz que brilla. Esta luz es él, y el rey es la linterna que impide que el viento la apague, proporcionándola su vidrio turbio.

BOUCH. ¡Ojalá llegue pronto el dia en que el viento de nuestras espadas apague esa luz!...

ROCH. Si todos pensaran como yo...

BRICH. Entonces nos reuniríamos...

BOUCH. Y le daríamos la estocada Jarnac.

L'ANGELY. (Levantándose y con voz lúgubre.) ¡Jóvenes, acordaos de Marillac!

Todos se extremecen; vuelven la cabeza y callan, mirando á L'ANGELY, que vuelve á sentarse silenciosamente.

VILL. (Llevándose aparte á MONTPESAT.) Ahora mismo, á propósito de Corneille, me has hablado con tono ofensivo, y yo á mi vez quiero decirte en ese tono dos palabras.

MONT. Con la espada?

VILL. Sí.

MONT. O prefieres la pistola?

VILL. Me es igual.

MONT. Pues ven y busquemos un sitio solitario.

L'ANG. (Poniéndose en pié.) ¿Quereis batiros? Acordaos de Bouteville!

Quedan consternados otra vez los asistentes. VILLAE y MONTPESAT se separan.

ROCH. ¿Quién es ese hombre vestido de negro que me asusta?

L'ANG. Soy L'Angely; soy el bufon del rey.

BRICH. Pues ya no extraño que el rey esté tan triste.

BOUCH. (Riendo.) Digno bufon de un cardenal.

L'ANG. Cuidado con lo que hablais; el ministro es poderoso y puede derramar á torrentes vuestra sangre, porque des-

pues la empapa en su sotana roja y ya no se conoce.

GASSÉ. Vive Dios!

ROCH. Dice bien.

BRICH. Comparado con este bufon, Pluton hace reir.

Aparecen multitud de hombres y mujeres del pueblo que salen de las calles y de las casas y llenan la plaza. En el centro de ella se vé al PREGONERO á caballo, con cuatro dependientes del Municipio; uno de ellos toca la trompeta y otro el tambor.

GASSÉ. ¿A qué viene aquí tanta gente? Ah, un pregon!

EL PREGONERO. (En alta voz.) ¡Silencio, vecinos! "Ordenamiento.—Luis, por la gracia de Dios...„

BOUCH. (Bajo á BRICHANTEAU.) El rey es la capa flordelisada que oculta á Richelieu.

L'ANG. Atencion, señores.

EL PREGOERO. (Siguiendo.) "Rey de Francia y de Navarra, á todos los presentes, salud. Teniendo en consideracion que muchos reyes han querido concluir con el duelo, imponiendo con este objeto penas severas, y que á pesar de los edictos publicados por los reyes nuestros antepasados, los desafíos son hoy más numerosos que nunca, ordenamos y mandamos que de hoy en adelante los duelistas, que nos privan de nuestros vasallos, ya sobreviva uno solo, ya sobrevivan los dos, sean traidos á la corte y llevados á la horca, ya sean nobles, ya sean villanos. Y para que este edicto sea lo más eficaz posible, renunciamos á usar por este crímen nuestro derecho de indulto. Firmado, LUIS.—RICHELIEU.„

Indignacion entre los gentiles-hombres.

BRICH. Quieren ahorcarnos!

BOUCH. Como si fuéramos truhanes ó asesinos.

EL PREGONERO. De órden del preboste, para que todo el mundo sepa lo que se acaba de leer, se vá á fijar en la plaza este edicto.

Colocan el cartel en un hierro que sale de la pared, á la derecha del teatro.

GASSÉ. Por de pronto empiezan por colgar el cartel.

BOUCH. Sí, conde, hasta que cuelguen al que lo ha redactado.

El PREGONERO se vá con su cortejo.—El pueblo se retira. —Entra SAVERNY.—El dia empieza á declinar.

ESCENA II.

Dichos y el MARQUÉS DE SAVERNY.

BRICH. ¿Has encontrado ya, mi querido primo, al hombre que te salvó de los ladrones?

SAV. No, y eso que he recorrido toda la ciudad. Los ladrones, el jóven y Marion de Lorme se han desvanecido, como si fueran los personajes de un sueño.

BRICH. Pero tú debes conocerle.

SAV. No, porque de un puñetazo apagó la luz.

BRICH. ¿Y no le conocerias si le encontrases?

SAV. Creo que no; ni siquiera le ví la cara.

BRICH. Sabes cómo se llama?

SAV. Didier.

ROCH. Eso no es nombre de hombre. Eso es nombre de villano.

SAV. Pues se llama así. Hay muchos que son de raza noble y que cuentan con grandes títulos, que indudablemente no son tan valientes como él. Yo me encontré con seis ladrones. Él estaba con Marion de Lorme; la dejó y vino á salvarme. He contraido con él una gran deuda, y os juro que se la pagaré, aunque sea á costa de mi sangre.

VILL. Marqués, ¿desde cuándo pagais vuestras deudas?

SAV. Siempre he satisfecho las que se pagan con sangre; esta es mi única moneda.

Empieza á anochecer. Las ventanas de la ciudad se van alumbrando unas tras otras. Entra un alumbrador, que enciende un reverbero que está colocado encima del cartel y se vá. La puerta de la casa donde entraron MARION y DIDIER se abre, y sale éste pensativo, andando con lentitud y con los brazos cruzados debajo de la capa.

ESCENA III.

Dichos y DIDIER.

DID. (Sin ser visto de los demás.) (Quisiera volver á encontrar al marqués de Saverny, que estuvo tan descarado con ella. Ese hombre se me ha atravesado.)

BOUCH. (Llamando á su primo, que está hablando con BRICHANTEAU.) Saverny!

DID. (Ah, aquí está!)

Avanza mirando á los gentiles-hombres y se sienta en una mesa que está bajo el reverbero que alumbra el cartel cerca de L'ANGELY, que continúa inmóvil y silencioso.

BOUCH. Conoceis este edicto?

SAV. Qué edicto?

BOUCH. El que nos obliga á renunciar á batirnos.

SAV. Eso es muy prudente.

BRICH. Pero nos lo prohiben bajo pena de horca.

SAV. Os estais burlando? Eso no puede ser. Que ahorquen á los villanos me parece bien.

BRICH. Pues léelo tú mismo; ahí tienes el cartel.

SAV. Ese hombre descolorido que está ahí sentado me lo puede leer. (Dirigiéndose á DIDIER.) Eh! Hombre de la capa! ¡Amigo mio!... Parece que esté sordo.

DID. (Que no ha dejado de mirarle, levantando lentamente la cabeza.) Hablais conmigo?

SAV. Sí, y en recompensa de este honor, quiero que me leais este edicto que está sobre vuestra cabeza.

DID. Yo?

SAV. Sí; sabeis leer?

DID. (Levantándose.) Ese edicto castiga con la pena de la horca al noble y al villano.

SAV. Os equivocais; no se debe colgar nunca á ningun gentil-hombre; eso se queda para los villanos. No sabeis leer. Quizás teneis la vista demasiado baja. Quitaos el sombrero y leereis mejor.

DID. (Derribando al suelo la mesa y levantándose.) Me estais insultando y eso no lo permito: ahora que os he leido el cartel, en recompensa de tanto honor necesito vuestra sangre.

SAV. (Sonriendo.) Tenemos bien adquiridos nuestros dos títulos: yo adivino al pueblo y vos olfateais á los marqueses.

DID. Los hijos del pueblo y los marqueses pueden agarrarse por el cuello, y no tardaremos mucho en confundir nuestras sangres.

SAV. Vais demasiado lejos, y es menester hablar á palmos. Me llamo Gaspard y soy marqués de Saverny.

DID. Eso no me importa.

SAV. Aquí tengo mis dos padrinos; el conde de Gassé y el caballero de Villae, los dos nobles. ¿Vos sois noble tambien?

DID. Eso no os importa. Me abandonaron siendo niño dentro de la puerta de una iglesia, y no tengo nombre; pero para batirnos basta que tenga sangre que derramar en cambio de la vuestra.

SAV. No, eso no basta; pero como un expósito puede llegar á ser gentil-hombre, prefiero ennoblecerle á degradarme, y me batiré con vos. A qué hora?

DID. En seguida.

SAV. Como querais.

DID. Que me den una espada.

SAV. Lástima es que no la tengais. Quereis la mia? Es de buen temple y fiel.

L' ANGELY se levanta, saca la espada y se la dá á DIDIER.

L' ANG. Para cometer una locura debeis serviros de la espada de un loco. Sois hombre bravo y la honrareis.

DID. La acepto. (Tomándola. A SAVERNY.) Ahora pedid á Dios que os favorezca.

BRICH. Voy á presenciar un duelo y ya estoy en mis glorias.

SAV. Dónde nos batimos?

DID. Debajo de este reverbero.

GASSÉ. Pero estais locos? Ahí no se vé.

DID. Se vé bastante para cortarse el cuello.

SAV. Bien dicho.

VILL. Estareis casi á oscuras.

DID. Se verá bastante claro, porque cada espada en la oscuridad será un relámpago. Vamos, marqués.

Los dos arrojan las capas y los sombreros; despues sacan las espadas.

SAV. Estoy á vuestras órdenes.

DID. En guardia!

Cruzan las espadas silenciosamente y con furor. De repente sale MARION de la casa misma que poco antes salió DIDIER.

ESCENA IV.

Dichos y MARION.

MAR. Qué es ese ruido? (Viendo á DIDIER á la luz del reverbero.) Ah, es Didier! (A los combatientes.) Deteneos. (Gritando.) A la guardia!

SAV. Quién es esta mujer?

DID. Es ella!

BOUCH. Estais perdidos! El grito de esa mujer vá á traer aquí fuerza armada.

Entran arqueros con antorchas encendidas y con ellos el capitan del castillo.

BRICH. (A SAVERNY.) Hazte el muerto, porque sino te van á ahorcar.

SAV. (Dejándose caer en tierra.) Ay! (Tiene razon.)

EL CAPITAN DEL CASTILLO. ¡De órden del rey!

BRICH. (A los gentiles-hombres.) Salvemos al marqués, porque si le cogen vivo le ahorcan.

CAP. Deteneos! ¡Vive Dios, que es insolencia venirse á batir debajo del edicto que lo prohibe! Rendíos! (A DIDIER.)

Los arqueros se apoderan y desarman á DIDIER.

¿Quién es ese otro que está tendido en tierra?

BRICH. Es el marqués de Saverny, pero esta muerto.

CAP. Está muerto? Ha hecho bien. Así há terminado pronto su proceso. Vale más morir así que de otra manera.

MAR. (Asustada.) Qué es lo que dice?

CAP. Esa otra clase de muerte os cor-

responde á vos. Venid conmigo. (A DIDIER.)

Los arqueros se llevan á DIDIER por una parte; los gentileshombres se llevan á SAVERNY por la otra.

DID. Adios, María, olvidadme! Adios!

ESCENA V.

MARION y L'ANGELY.

MAR. (Corriendo hácia él.) Didier, ¿por qué te despides de mí para siempre? ¿Por qué te he de olvidar?

Los soldados le rechazan; angustiada, vuélvese hácia L' ANGELY.

Decidme, qué es lo que ha hecho? ¿Y con qué castigo le amenazan?

L' ANG. (Señalando el edicto.) Leed.

MAR. (Leyendo y retrocediendo con horror.) ¡Dios mio! Le matarán! ¡Haber gritado yo le ha perdido! Pero es imposible que por un duelo le maten. Verdad que no?

L'ANG. Le ahorcarán.

MAR. Pero si él se escapa de la cárcel...

L'ANG. Las murallas son demasiado altas para eso.

MAR. Mis faltas le han obligado á cometer un crímen y por mí le castiga Dios. Didier mio! (A L'ANGELY.) Por él sufriria yo vivir en un calabozo, padecer en el tormento, morir bendiciendo á Dios.

L'ANG. Pues no veo el medio de salvarle.

MAR. Me aventuraré á ver al rey. El corazon del rey es verdaderamente real y sabe perdonar.

L'ANG. El rey sí, pero el cardenal no.

MAR. Qué hacer!

L'ANG. Será preciso que ruede por la pendiente fatal.

MAR. Eso es horrible! ¿Quién sois vos que me aterrais? (A L' ANGELY.)

L'ANG. Soy el bufon del rey.

MAR. Didier mio! Soy indigna, soy vil, soy infame; pero todo lo que pueda hacer una mujer, lo haré por tí. Ahora te sigo.

Se vá por la misma parte que salió DIDIER.

L' ANG. ¡Dios sabe dónde le seguirás!...

Recogiendo la espada que ha dejado en tierra DIDIER.

¿Quién dirá, al presenciar esta escena, que yo soy el loco?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La comedia.

EN EL CASTILLO DE NANGIS

Un parque á la moda de Enrique IV.—En el fondo, sobre una altura, se distingue el castillo de Nangis, que consta de una parte antigua y de otra moderna.

ESCENA PRIMERA.

M. DE LAFFEMAS, con traje de magistrado de su época, y el MARQUÉS DE SAVERNY, disfrazado de oficial del regimiento de Anjou, con bigotes y perilla negros y un emplasto encima del ojo.

LAFFEMAS. Lo presenciásteis vos?

SAV. Tuve el honor de ser su compañero.

LAF. ¿Pero es verdad que el marqués de Saverny...?

SAV. Murió en el duelo.

LAF. En seguida?

SAV. Casi en seguida; poco le duró el martirio. Yo presencié cómo tras del delirio le sobrevino el pasmo, despues del pasmo un horrible tétanos y despues el improstathonos y el opistathonos.

LAF. Diablo!

SAV. En cuanto ví esto calculé que es falso que la sangre pase por las venas yugulares, y que debian castigar á Pequet y á los sábios, que abren á los perros vivos para ver cómo respiran los pulmones.

LAF. Pobre marqués!

SAV. Una estocada produce la muerte.

LAF. Sois doctor en medicina?

SAV. No.

LAF. Pero la habeis estudiado?

SAV. Un poco... en Aristóteles.

LAF. Ah, por eso hablais así!

SAV. Os confieso que tengo mucha malicia en el corazon y que me complace hacer daño: por eso, al cumplir los veinte años, tuve el deseo de ser soldado ó médico, y despues de muchas vacilaciones elegí la espada. Es carrera menos segura, pero más rápida. Despues me preocupé en ser ya actor, ya poeta, ya domador de osos; pero como me gusta comer y cenar todos los dias, arrojé á los infiernos los versos y los osos.

LAF. ¿De modo que habreis tambien aprendido poesía?

SAV. Un poco... en Aristóteles.

LAF. Y os conocia el marqués?

SAV. Era yo soldado sencillo cuando él era ya subteniente. Estuve al servicio del señor de Caussade, el que me traspasó al servicio del coronel del marqués; cada uno dá lo que tiene. Luego me nombraron oficial; me dejé crecer el bigote negro, que vale tanto como otro cualquiera, y hé aquí mi historia.

LAF. ¿Os han hecho el encargo de que vengais al castillo á participárselo á su tio?

SAV. Vine con su primo Brichanteau, arrastrando el ataud en una carroza, para que al pobre marqués lo entierren aquí.

LAF. ¿Cómo ha recibido el viejo marqués de Nangis la noticia de la muerte de su sobrino?

SAV. Sin llorar y sin hacer exclamaciones.

LAF. Pues yo sé que le queria mucho.

SAV. Como amamos la vida y á los hijos; él no tenia otro amor, otros deseos ni otra esperanza que su sobrino, que idolatraba, á pesar de hacer cinco años ya que no le ha visto.

Pasa por el fondo el viejo MARQUÉS DE NANGIS, que marcha lentamente. Nueve guardias vestidos de luto, con la alabarda en el hombro derecho y el mosquete en el izquierdo, le siguen en tres filas y á alguna distancia, parándose cuando él se pára y andando cuando él anda.

LAF. (Viéndole pasar.) Pobre hombre!

SAV. (Mi querido tio!)

Entra BRICHANTEAU, que se dirige á SAVERNY.

ESCENA II.

Los mismos y BRICHANTEAU.

BRICH. Me alegro de verte.

SAV. Mira á mi tio! ¿Por qué le has hecho creer que yo habia fallecido? ¡Me dá lástima! Confesémosle la verdad.

BRICH. Guárdate bien! Es menester que llore y que su dolor sea sincero para que todos crean mejor en tu muerte.

SAV. Pobre tio!

BRICH. ¡Calla, que pronto te volverá á ver!

SAV. Y entonces si no se ha muerto de dolor se morirá de alegría; esos golpes son demasiado fuertes para un anciano.

BRICH. ¿Quién es aquel hombre que vá vestido de negro? (Por LAFFEMAS.)

SAV. No sé, algun amigo de casa.

ESCENA III.

Dichos y el MARQUÉS DE NANGIS.

Entra el MARQUÉS DE NANGIS con el cabello blanco y sumido en honda tristeza; camina lentamente sin ver á nadie y se sienta en un banco de césped. LAFFEMAS, que le ha salido al encuentro, le acompaña hasta el banco.

LAF. Hemos tenido, señor marqués, la desgracia de haber perdido á vuestro apreciable sobrino, que tan agradable os hubiera hecho la vejez. Uno mis lágrimas á las vuestras, porque bien lo merece un jóven tan leal servidor de Dios, tan reservado con las mujeres, tan justo en sus actos y tan prudente en sus palabras.

El MARQUÉS deja caer la cabeza entre sus manos.

SAV. (Bajo á BRICHANTEAU.) El diablo le está haciendo mi oracion fúnebre; elogiándome, aumenta su tristeza; habla, pues, tú mal de mí á mi tio para consolarle.

BRICH. (A LAFFEMAS.) Os equivocais, caballero; Saverny era mi camarada y tenia la misma graduacion que yo; pero era un mal compañero, un ruin sugeto, que se echaba á perder más cada dia; en fin, ya veis cómo murió.

LAF. ¡Un desafío no es un gran crímen!

BRICH. Era quisquilloso, embustero, ingrato, libertino y loco.

SAV. Así, así.

BRICH. Además, era indócil con los jefes, jugador, tan jugador, que era capaz de jugarse el alma á los dados.

SAV. Basta, que ya consuelas demasiado á mi tio.

LAF. No me parece prudente hablar así de un amigo difunto.

BRICH. Preguntádselo al señor y vereis como digo la verdad.

SAV. Oh, yo no sé nada de eso!

LAF. En fin, señor marqués, os vengaremos; ha caido en nuestras manos su matador, y le ahorcarán. No comprendo por qué el marqués de Saverny aceptó semejante duelo; hay desafíos que no se pueden rechazar, pero irse á batir con un villano llamado Didier...

SAV. (Didier!)

El MARQUÉS, que ha permanecido durante toda la escena inmóvil y mudo, se levanta y se vá con lentitud por el lado opuesto al que entró. Los guardias le siguen.

LAF. (Me conmueve su verdadero dolor.)

Sale un criado corriendo y vá á hablar al MARQUÉS de NANGIS. BRICHANTEAU se lo impide.

UN CRIADO. Monseñor!

BRICH. No incomodeis á vuestro señor.

CRIADO. Es que necesitaba saber á qué hora ha de ser el entierro del marqués de Saverny.

BRICH. Ya lo sabrás más tarde.

CRIADO. Además, los cómicos que vienen de la ciudad piden hospitalidad por una noche en el castillo.

BRICH. ¡Mal dia han elegido los cómicos! Pero á nadie debe negarse la hospitalidad. Que descansen en la granja.

CRIADO. (Sacando una carta.) Ha venido esta carta urgente para el señor de Laffemas.

LAF. Dádmela, es para mí.

BRICH. (Bajo á SAVERNY.) Vámonos en seguida á prepararlo todo para tu entierro.

SAV. (Pensativo.) Didier!

BRICH. En qué piensas?

SAV. En nada... vamos.

ESCENA IV.

LAFFEMAS solo.

Esta carta lleva el sello del Estado, el sello de cera roja. Veamos de qué trata. (Abre y lee.) "Os participamos que Didier, el asesino del difunto marqués de Saverny, se ha escapado de la cárcel...„ ¡Dios mio, qué desgracia! "Una mujer, conocida por Marion de Lorme, le acompaña. Veníos en seguida.„ ¡En seguida voy! Yo, que creia tenerle seguro! Ha sido un desgraciado asunto este; uno de los criminales ha muerto y el otro ha huido... pero yo le atraparé.

Váse. Entra un grupo de cómicos de la legua, compuesto de hombres, mujeres y niños, extrañamente vestidos. Entre ellos vienen MARION y DIDIER con trajes á la española; DIDIER lleva un gran sombrero y vá envuelto en una gran capa. El criado los introduce.

ESCENA V.

Los cómicos, MARION, DIDIER y el CRIADO.

EL CRIADO. Os vais á alojar en casa el señor marqués de Nangis, pero os advierto que os calleis, que no movais ruido, porque aquí tenemos un muerto que se ha de enterrar mañana; sobre todo no mezcleis vuestras canciones con los cantos que por su alma entonarán esta noche.

EL GRACIOSO. Haremos menos ruido que vuestros perros de caza, que se arrojan á las piernas de los transeuntes ladrando.

CRIADO. Pero los perros no son histriones.

TAILLEBRAS. (Al GRACIOSO.) Cállate! Sino nos arrojarán de aquí.

ESCARAMOUCHE. (A MARION y á DIDIER, que hasta entonces han permanecido inmóviles en un rincon.) Ahora que estamos solos, hablemos. Ya sois de la compañía, y nada me importa que seais dos esposos ó dos amantes tiernos que os habeis escapado á la grupa burlando á la policía; eso no me importa. Lo que á mí me interesa saber es qué papeles habeis de representar. Tú representarás el papel de doña Gimena. (A MARION.)

MAR. Bien.

DID. (¡Ver que la habla así un saltimbanqui!)

ESC. Nos falta un precioso papel, que tú puedes representar: el papel de Matamoros. Tienes que hacer la voz hueca y andar á grandes pasos. Es un papel trágico.

DID. Lo declamaré, si quereis.

ESC. Bien, pero no nos hables de vos, de tú. Salud, Matamoros. (Haciéndole una profunda reverencia.)

DID. (Estos necios!)

ESC. Dicho esto, vamos á hacer la cena y á repasar nuestros papeles.

Entran todos en la granja, excepto MARION y DIDIER.

ESCENA VI.

MARION, DIDIER, luego el GRACIOSO y SAVERNY y despues LAFFEMAS.

DID. (Despues de una pausa y con risa amarga.) ¡María! Hé aquí el abismo profundo adonde yo te he conducido por quererme seguir. Mi destino ha empeorado el tuyo.

MAR. Didier, esto es un reproche?

DID. Que me maldiga el cielo y me proscriban los hombres si de mi corazon, donde tú sola reinas, sale jamás un reproche contra tí. Tú me has salvado, tú eres mi única esperanza y tú mi único refugio. Engañaste al carcelero, quebraste mis cadenas y descendiste del cielo para seguirme al infierno, queriendo ser, además, cautiva del preso y huir con el fugitivo. Nadie como tú posee la astucia y el amor, que dan libertad, que sostienen y que consuelan á la vez. ¿No has tenido compasion del pobre oprimido? ¿No has amado al infeliz que todo el mundo aborrecia?

MAR. (Llorando.) Mi dicha consiste en amarte y en seguirte.

DID. ¡Oh, deja que me embriague contemplando tus hermosos ojos!

MAR. ¡Eres, Didier, mi señor y mi dueño!

DID. Tu esposo! No es verdad?

MAR. (Ay de mí!)

DID. Será para mí la única felicidad, cuando vivamos lejos de este pais, presentarte á los ojos del mundo como mi dama y como mi esposa. ¿Lo deseas tambien?

MAR. Didier, seremos hermanos.

DID. No me rehuses el inmenso placer de poseerte ante Dios y ante los hombres.

MAR. (Ay de mí!)

DID. Ahora mismo me atormentaba verte tutear por un saltimbanqui, como me está haciendo sufrir verte confundida en estos momentos con hombres y con mujeres impuras. ¡Tú, que eres para mí la pureza y la castidad!

MAR. Didier, sé prudente.

DID. Dios sabe que he tenido que refrenar mi cólera.

MAR. De vivir en paz con estos cómicos unos cuantos dias depende tu vida y acaso la mia.

DID. María, tienes razon: cada vez que vá á renacer mi mala suerte, para dominarla me prestas tu corazon, tu felicidad y tu juventud. Los prodigios que en mí operas los pagaria un rey á costa de su reino, y yo no puedo pagártelos más que con mi desgracia. El cielo te entrega á mí y el infierno te ata. Para merecer los dos esa participacion desigual, ¿qué bien he hecho yo y qué mal has hecho tú?

MAR. Lo ignoro; solo sé que mi dicha únicamente dimana de tí.

DID. Escucha: cuando me hablas de ese modo, aunque quizá lo sabes, debo participarte que mi estrella es fatal. Ignoro de dónde vengo y no sé dónde voy. Mi cielo está oscuro. Te suplico, María, por última vez, ahora que es tiempo aun, que retrocedas; déjame seguir solo mi infausto camino. Cuando esté rendido del penoso viaje, sé que me espera un lecho frio y estrecho, en el que no habrá bastante sitio para los dos. ¡Huye de mí!

MAR. Pues bien, yo quiero en él reposar contigo.

DID. Me das lástima, porque ese porvenir me asusta; vete.

MAR. Mátame, pero no me hables así.

Llorando.

DID. Lloras, María! ¡Soy tan miserable que te hago derramar muchas lágrimas, cuando soy capaz de derramar toda mi sangre por una sola! Haz lo que quieras; sígueme, sé mi fortuna, mi gloria, mi amor y mi virtud. ¿No me respondes?

MAR. Me has hecho mucho daño.

DID. (Arrodillándose y tocándole una mano.) ¡Yo, que soy capaz de morir por ella!

MAR. (Sonriendo y llorando.) Eres tan perverso que me has hecho llorar.

DID. Eres tan hermosa! (Se sienta en el banco á su lado.) Recibe este beso en la frente, que es tan puro como nuestros amores.

La besa en la frente. Los dos se miran con embriaguez.

Mírame, María... así... mírame siempre.

GRAC. (Entrando.) En la granja llaman á Doña Gimena.

MARION se levanta precipitadamente del banco. Al mismo tiempo que el GRACIOSO entra SAVERNY, que se pára en el fondo y que se queda contemplando á MARION, sin ver á DIDIER, que permanece sentado en el banco, pero que le oculta á los ojos de SAVERNY un matorral.

SAV. (Diablo! es Marion! ¡Vaya una extraña aventura! Gimena! (Riendo.)

GRAC. (A DIDIER.) Vos quedaos ahí, señor celoso.

DID. Vive Dios!

MAR. Refrenaos.

DIDIER se vuelve á sentar. MARION entra en la granja.

SAV. (¿Quién la obliga á viajar de ese modo? ¿Será acaso su amante Didier el que me salvó la otra noche?)

Sale LAFFEMAS en traje de viaje y dice á SAVERNY:

LAF. Voy á partir y me despido de vos.

SAV. Ah! conque nos dejais!...

Riendo.

LAF. De qué os reís?

SAV. (Riendo.) De una desconocida que acabo de descubrir entre los cómicos de la legua que acaban de llegar.

LAF. Entre los cómicos?

SAV. Sí. A Marion de Lorme.

Riendo más fuerte.

LAF. A Marion de Lorme!

DID. (Qué dice!) (Incorporándose en el banco para oir.)

SAV. Es preciso que entere de esto á todo Paris. Vais allí, caballero?

LAF. Sí, y relataré el hecho. Pero estais seguro...

SAV. Llevo encima su retrato, que me dió en recuerdo de su cariño, y que hizo pintar expresamente al pintor del rey.

Saca del bolsillo un medallon, que entrega á LAFFEMAS.

Podeis comparar este retrato con Ma-

rion. Desde la puerta abierta de la granja la podeis ver. Es la que vá vestida de española.

LAF. (Dirigiéndose á la puerta de la granja.) ¡Es ella! Es Marion de Lorme! ¿Vá con algun compañero?

SAV. Os aseguro que sí, sin haberlo visto. Esa clase de mujeres nunca viajan solas.

LAF. (Pondré centinelas á la puerta. Debe acompañarla Didier.)

Váse LAFFEMAS.

SAV. (Sospecho que he hecho una tontería... pero qué más dá?...)

Se llega hasta el GRACIOSO, que está en un rincon gesticulando y aprendiendo su papel.

¿Quién es esa dama que vá vestida de española?

EL GRACIOSO. La Gimena? No sé cómo se llama. (Le señala á DIDIER.) Preguntádselo á ese caballero que la acompaña. (Váse.)

ESCENA VII.

DIDIER y SAVERNY.

SAV. Caballero, quereis decirme... (pero me mira de un modo extraño... me parece que es él...) Si no estuviera en la cárcel, diria que érais un amigo mio, tanto os pareceis á él.

DID. Como yo diria que érais otro amigo mio, si éste no hubiera muerto.

SAV. Silencio! Sois Didier?

DID. Sois el marqués de Saverny?

SAV. Yo soy el que encontrásteis en cierta casa cierta noche... yo soy el que salvásteis de unos ladrones...

DID. No extrañeis que me sorprenda, marqués.

SAV. Al contrario. Os debo la vida, pero en el duelo no me matásteis. Por eso os digo que si necesitais de un amigo ó de un hermano, estoy dispuesto á serviros; disponed de mis bienes y de mi persona.

DID. No necesito nada de eso; me contento con que me entregueis ese retrato de mujer que teneis en la mano.

SAVERNY se lo entrega; él lo contempla.

Sí, es ella, con su frente cándida, con sus ojos negros, con su cuello blanco, y sobre todo con su aire cándido... está muy parecido

SAV. Verdaderamente.

DID. ¿Dijísteis que por vos se hizo retratar?

SAV. En otros tiempos; hoy os prefiere y habeis sido elegido entre sus muchos amantes. Sois el hombre feliz!

DID. ¿No es verdad que soy muy dichoso?

SAV. Os felicito. Es una notabilidad que solo se enamora de los hijos de familia, y honra tener una querida como esa. Todos os envidiarán, y los que lo sepan irán diciendo por todas partes: "Ese es el amante de Marion de Lorme„.

DIDIER le devuelve el retrato; SAVERNY rehusa recibirle.

No... conservadlo. Siendo ella vuestra, teneis derecho á poseer el retrato.

DID. Gracias. (Se lo esconde en el pecho.)

SAV. Está hermosísima vestida de española. Sois mi sucesor, pero... me sucedeis de tan lejos, como el rey Luis XIII ha sucedido á Faraon. Entre medio ha habido muchísimos amantes... hasta el mismo cardenal... En su corazon encontrareis buena compañía.

DID. (Gran Dios!)

SAV. Ya lo ireis sabiendo... para no ocultaros nada, debo deciros que aquí paso por muerto y que mañana me entierran. Habeis engañado á los esbirros y á los carceleros; Marion habrá hecho que os abran la cárcel; os habreis escapado juntos, juntándoos en el camino con una compañía ambulante de cómicos de la legua. Esa debe ser vuestra historia.

DID. Esa es mi historia.

SAV Por salvaros habrá estado cariñosa con algun arquero.

DID. (Con voz de trueno.) Ira de Dios! ¿Eso creeis?

SAV. Calla! Sois celoso! ¡Y celoso de Marion de Lorme! No seais inocente y no le echeis ningun sermon.

DID. Estad tranquilo. (Dios mio! ¡El ángel era un demonio!)

Salen LAFFEMAS y el GRACIOSO. DIDIER se vá y SAVERNY le sigue.

ESCENA VIII.

LAFFEMAS y el GRACIOSO.

GRAC. Señor, no sé lo que quereis decir. (Este hombre debe pertenecer á la justicia.)

LAF. (Sacando una bolsa.) Mirad lo que tengo aquí.

GRAC. (Acercándose.) Os tiene receloso nuestra dama Gimena y quereis saber...

LAF. Quiero saber quién es D. Rodrigo.

GRAC. Su amante?

LAF. Sí.

GRAC. El que gime por ella?

LAF. Está aquí?

GRAC. Aquí está.

LAF. Enséñamelo.

GRAC. (Haciendo una profunda reverencia.) Soy yo, que estoy enamorado de ella como un loco.

LAF. (Se aleja de él con despecho, despues se vuelve á aproximar y hace sonar la bolsa á los oidos del GRACIOSO.) Sabes tú lo que son genoveses?

GRAC. Monedas que suenan muy bien.

LAF. (Ya he encontrado á Didier.) Sabes lo que contiene esta bolsa?

GRAC. No.

LAF. Veinte genoveses de oro.

GRAC. Sopla!

LAF. Los quieres?

GRAC. Vengan.

LAF. Pero me has de decir...

GRAC. (Tomándolos y metiéndoselos en el bolsillo.) Me embolsaré la cantidad y os diré gracias; sois un hombre excelente.

LAF. (Es un pillastre!) Pues si no hablas vuélveme la bolsa.

GRAC. (Con entonacion trágica.) ¿Por quién me tomais, señor? ¡Qué diria de nosotros el mundo si vos me propusiérais y yo aceptara venderos por dinero mi alma y la cabeza de otro!

Quiere salir y LAFFEMAS le retiene.

GRAC. He conservado el honor y no tengo que rendiros ninguna cuenta.

Saluda y se vá á la granja.

ESCENA IX.

LAFFEMAS solo.

Me ha chasqueado ese histrion, pero si un dia cae en mis manos no se librará de ir á la horca. ¿Cómo descubriré á Didier?... Es difícil! Yo no puedo presentarme al cardenal sin llevarle mi presa. Oh, qué idea! ¡Ya ha caido en mi poder. (Llamando á la puerta de la granja.) Comediantes, salid aquí á oir dos palabras.

ESCENA X.

Dicho, los cómicos, MARION y DIDIER, luego SAVERNY y despues el MARQUÉS DE NANGIS.

ESC. Para qué se nos llama?

LAF. Os lo diré en dos palabras. Me ha comisionado el cardenal para que le busque, para representar las piezas que escribe, en los momentos de ócio que le deja el príncipe, los cómicos buenos que le encuentre en provincias. Porque á pesar de sus esfuerzos, su teatro está en decadencia, y esto hace poco honor al cardenal-duque.

Los cómicos se acercan con alegría. Entra SAVERNY, que observa con curiosidad lo que pasa.

GRAC. (Contando las monedas.) (¡No hay más que doce y me dijo que habia veinte! Es un ladron!)

LAF. Recitadme por turno cada uno un pedazo de cualquier papel, para que yo pueda juzgar y elegir. (Hábil será Didier si se escapa de ésta.)

MARION se acerca á DIDIER y quiere llevárselo á su lado, pero éste retrocede y la rechaza.

GRAC. Venid aquí con nosotros!

DIDIER deja á MARION y se confunde con los comediantes. Ella le sigue.

MAR. (Qué será esto!)

GRAC. Habeis tenido mucha suerte en afiliaros á nuestra compañía, porque gastareis trajes nuevos, tendreis regalos todos los dias, y por las noches recitareis versos del cardenal.

Todos los cómicos, incluyendo en ellos á MARION y á DIDIER, se alinean delante de LAFFEMAS.

LAF. (Al GRACIOSO.) Empieza tú. ¿Qué papel desempeñas?

GRAC. Soy el gracioso de la compañía, y hé aquí una de las cosas que sé cantar:

(Cantando.) Los magistrados ahora
llevan cubierta la nuca
con una deslumbradora
y magnífica peluca.
La peluca de más peso
se la pone el Presidente,
y es como un árbol espeso
que le brota de la frente.

LAF. Cantas en falsete! Cállate!

GRAC. (Riendo.) Cantaré en falsete, pero la cancion es verdadera.

LAF. Ahora tú. (A ESCARAMOUCHE.)

ESC. Señor, yo soy Escaramouche, y empiezo así una escena en *La dueña honrada:*

(Declamando.) "Decia una reina de España que nada es tan agradable de ver como un obispo ante el altar y un gendarme corriendo por los campos, si no es una dama en el lecho y un ladron en la horca.„

LAFFEMAS le interrumpe haciendo un gesto, y hace un signo á TAILLEBRAS de que hable. Éste saluda profundamente y se pone muy erguido.

TAIL. Yo soy Taillebras, que acabo de llegar del Thibet, donde he castigado al gran Khan y me he apoderado del rebelde Mogol.

LAF. Dí otra cosa. (Bajo á SAVERNY.) (Verdaderamente Marion es muy hermosa.)

TAIL. Pues es lástima, porque eso es muy bueno.—Si quereis, os declamaré el papel de Carlo-Magno, emperador de Occidente.

Declamando:

"Qué extraño destino! Oh, cielo! Sé

testigo de mi pena cruel; tengo que despojarme de mi tesoro y entregar á otro un amor que es mio, llenándome el estómago de tristeza amarga.„

LAF. Basta. (A SAVERNY.) (Esos son versos del *Bradamante*, del desdichado poeta Garnier.) (A MARION.) A vos os toca, preciosísima dama. Cómo os llamais?

MAR. (Temblando.) Gimena.

LAF. Pues si sois Gimena, debeis tener un amante que mata en duelo á un hombre.

MAR. (Asustada.) Yo!

LAF. (Sonriendo.) Mata á un hombre en un desafío, pero luego se salva... ¡tengo buena memoria!

MAR. (Dios mio!)

LAF. Declamadnos esa historia.

MAR. (Declamando y mirando á DIDIER.) "Ya que para impedirte correr á la muerte son débiles obstáculos tu vida y tu honor, ya que tanto te amé, mi querido Rodrigo, en cámbio defiéndete ahora para librarme de D. Sancho; combate para librarme de caer en manos del sér que me inspira aversion. Piensa en tu defensa para forzar mi deber, para imponerme silencio; y si todavía siente tu corazon cariño hácia mí, sal vencedor del combate, cuyo premio es Gimena.„

LAF. No hay voz como la vuestra para llegar á las fibras secretas del corazon. Sois encantadora! (A SAVERNY.) (No puede negarse que Corneille no vale tanto como Garnier.) (A MARION.) Con vuestro talento y con vuestros hermosos ojos no debeis enterraros en un rincon del mundo; no es ese vuestro sitio. Sentaos aquí.

Se sienta y hace signo á MARION de que se siente á su lado; ella retrocede, diciéndole en voz baja á DIDIER:

MAR. Quiero estar siempre á tu lado!

LAF. (Sonriendo.) Venid aquí.

DIDIER rechaza á MARION, que cae asustada en el banco cerca de LAFFEMAS.

MAR. (Estoy temblando.)

LAF. (A DIDIER.) A vos os toca. ¿Cómo os llamais?

DIDIER dá un paso hácia LAFFEMAS y arroja al suelo la capa, diciendo con tono grave:

DID. Me llamo Didier.

MAR. LAF. SAV. Didier!

Momento de estupor y de asombro.

DID. Podeis despedirlos ya á todos, porque se ha presentado vuestra víctima reclamando sus cadenas.

MAR. (Corriendo hácia él.) Didier!

DID. (Con frialdad.) No intenteis volver á salvarme.

MARION retrocede y cae desvanecida sobre el banco.

LAF. ¿No representais un trozo de papel de cualquier obra?

DID. Tú sí que lo has representado.

LAF. No, yo lo declamaria mal; pero estoy escribiendo una tragedia con el cardenal, en la que os destino un papel.

MAR. (Lanza un grito.) Ah! Ah!

En aquel momento el MARQUÉS DE NANGIS pasa por el fondo y se pára; al oir los gritos que lanza MARION, se vuelve hácia los asistentes pálido, mudo é inmóvil. Vá con su escolta de alabarderos.

LAF. Señor marqués de Nangis, os reclamo el auxilio de la fuerza armada y os suplico que me presteis vuestra escolta. El asesino del marqués de Saverny, que se habia fugado, ha vuelto á caer en nuestras manos.

MAR. (Arrojándose á las rodillas de LAFFEMAS.) ¡Señor, tened piedad de él!

LAF. (Con galantería.) ¡Vos á mis piés, señora, cuando yo debia estar á los vuestros!

MAR. Señor juez, tened piedad de los demás, si quereis que un dia el Juez inflexible tenga piedad de vos.

LAF. (Sonriendo.) Me estais sermoneando! Señora, sed reina en los bailes, brillad en las fiestas, pero no prediqueis. Quisiera complaceros, pero este hombre ha cometido un homicidio...

DID. (A MARION.) Levántate de ahí!

MARION se levanta temblando.

Mientes! (A LAFFEMAS.) Le maté en un duelo.

LAF. Caballero...

DID. Te repito que mientes.

LAF. Silencio. (A MARION.) La sangre pide sangre, y aunque este rigor me aflige, mató al marqués de Saverny, sobrino de este digno anciano, que era un apreciable jóven, cuya pérdida ha sido grande para la Francia y para el rey. Si no le hubiera muerto... mi corazon no es de roca... y quizás...

SAV. (Adelantando.) Pues el muerto resucita, y aquí está.

Asombro general.

LAF. (Extremeciéndose.) ¡Esto es un prodigio! No está encerrado en el ataud?

SAV. (Arrancándose los bigotes postizos, el emplasto y la peluca negra.) Me reconoceis ahora?

NANGIS. (Como despertando de un sueño, lanza un grito y se arroja en los brazos de SAVERNY.) ¡Mi querido sobrino! Hijo mio!

Se abrazan cariñosamente.

MAR. (Se ha salvado Didier! ¡Dios es justo!)

DID. (Friamente á SAVERNY.) ¿Para qué habeis hecho ese sacrificio? Yo queria morir.

MAR. (Dios le protege!)

DID. Desde hoy en adelante la muerte es el único bien que envidio; sobre deberme la vida, me recompensais muy mal.

MAR. (Qué dice!)

LAF. No todo está terminado; no estoy seguro de que ese hombre sea el marqués de Saverny.

MAR. Es indudable.

LAF. Esto es lo que hay que averiguar.

MAR. Mirad á ese anciano cómo llora y se rie abrazándole; ese espectáculo debe disipar vuestras dudas.

NANG. ¡Es mi sobrino, es mi hijo, es mi vida!...

LAF. ¿Lo afirmais, señor marqués de Nangis?

NANG. Sí; lo afirmo.

LAF. Despues de esa confesion, os arresto en nombre del rey, señor marqués de Saverny. Entregad la espada.

Todos quedan asombrados y consternados.

NANG. Hijo mio!

MAR. Cielos!

DID. El cardenal romano necesita dos cabezas.

NANG. Y con qué derecho?

LAF. Pedid esas explicaciones á su eminencia, que ordenó castigar á todos los que sobrevivieran en los desafíos. Entregadme la espada.

SAV. (Sacándola y presentándosela.) Aquí la teneis.

NANG. Espera. Aquí en mi casa nadie manda. Unicamente yo en mi castillo tengo derecho á la justicia alta y á la justicia baja; y aunque entrase aquí el rey, solo seria mi huésped. (A SAVERNY.) No entregues tu espada á nadie más que á mí.

SAVERNY se la entrega á su tio.

LAF. Monseñor, debo deciros que ese derecho feudal está en desuso, y que el señor cardenal podrá reconvenirme; pero por no afligiros...

DID. Infame!

LAF. Condesciendo. En cámbio en este momento os suplico que me presteis vuestra escolta y vuestra cárcel.

NANG. (A sus guardias.) Vuestros padres han sido vasallos de mis antepasados, y os prohibo que le obedezcais.

LAF. (Con voz tonante.) Soy juez del tribunal secreto de monseñor el cardenal. Encerrad á los dos en un calabozo y custodiad las puertas. Si os atreveis á desobedecerme, si vacilais, es que os habeis cansado de vivir.

Los guardias, consternados, se llevan en silencio á los dos prisioneros. El MARQUÉS DE NANGIS, indignado, oculta el rostro entre las manos.

MAR. (Todo se ha perdido!) (A LAFFEMAS.) Si vuestro corazon fuera generoso...

LAF. (Bajo á MARION.) Esta noche os diré dos palabras si venís á verme.

MAR. (¿Qué querrá indicarme su sonrisa fúnebre?)

Arrojándose sobre DIDIER para abrazarle.

DID. (Con frialdad.) Adios!

MAR. Qué te he hecho? ¡Soy muy desgraciada! (Dejándose caer en el banco.)

DID. En efecto, eres una desgraciada!

Entra el criado y se dirige al MARQUÉS DE NANGIS.

CRIADO. Están dispuestos ya los funerales de monseñor el marqués de Saverny, y vengo á saber á qué hora y qué dia quereis que se celebren.

LAF. Volved dentro de un mes.

Los guardias se llevan á DIDIER y á SAVERNY.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

El rey.

EN CHAMBORD

La sala de los guardias en el castillo de Chambord.

ESCENA PRIMERA.

El DUQUE DE BELLEGARDE, en traje de córte, y el MARQUÉS DE NANGIS, de luto riguroso, siempre seguido por sus guardias. Atraviesan la sala y se encuentran en el fondo.

BELLEGARDE. Le han condenado?

NANG. Sí.

BELL. Pero el rey puede indultarle; este derecho pertenece al trono, y es un deber de su raza. Estad tranquilo. Luis XIII es hijo de Enrique IV, no solo por el título, sino tambien por el corazon.

NANG. Yo fuí compañero de su padre.

BELL. Y yo tambien le serví... pero ahora el único señor aquí es el cardenal de Richelieu...

Abre una puerta lateral.

Vá á venir en seguida, y si os he de hablar francamente, debo deciros que vuestro traje es tan antiguo que hará reir á la corte.

NANG. Se reirá de mi luto!

BELL. Los cortesanos son burlones;

creedme y ocultaos allí. El rey no tardará en venir, y yo le prepararé contra el cardenal; cuando pegue con el pié en el suelo, salid.

NANG. (Estrechándole la mano.) ¡Dios os lo pagará!

BELL. (A un mosquetero que se pasea por delante de una puertecilla dorada.) Qué hace el rey?

MOSQUETERO. Señor duque, su majestad está trabajando... con un hombre vestido de negro.

BELL. (Creo que está firmando en este momento una sentencia de muerte.) ¡Vamos, valor! (Al marqués, estrechándole la mano é introduciéndole en la galería inmediata por la puerta lateral que antes abrió.) Esperando que os llame, entreteneos en admirar los techos, que son obra maestra.

Salen los dos. Entra MARION, vestida de luto, por la puerta grande del fondo, en la que hay alabarderos de guardia.

ESCENA II.

MARION y los guardias.

ALABARDERO. Señora, no se puede entrar.

MAR. Pero...

ALABARDERO. No se puede. (Poniendo la alabarda al través de la puerta.)

MAR. Pues es preciso que hable un instante al señor duque de Bellegarde.

ALABARDERO. (Bajando la alabarda.) (Siempre ha de haber en palacio viejos verdes.)

MOSQUETERO. Entrad, señora.

ALABARDERO. El duque no es tan viejo como parece; no hace mucho el rey le hizo encerrar en la torre del Louvre por haber dado una cita en palacio.

MOSQUETERO. Callad! La puerta se abre.

La puerta dorada se abre; por ella sale LAFFEMAS llevando en la mano un pergamino rollado, del que pende un sello de cera roja con cordones de seda.

ESCENA III.

MARION y LAFFEMAS.

Los dos se sorprenden al encontrarse.

LAF. Qué haceis aquí?

MAR. Y vos?

LAFFEMAS desdobla el pergamino y lo pone ante los ojos de MARION.

LAF. Leed; está firmado por el rey.

MAR. (Despues de leer rápidamente.) Dios mio!

LAF. (Inclinándose al oido de MARION.) Quereis? Quieres?

MAR. (Rechazándole.) Tentador, déjame.

LAF. No quieres?...

MAR. No te temo. El rey puede perdonarle, y el rey es el que manda.

LAF. Pues bien; prueba.

Se vá. Entra el DUQUE DE BELLEGARDE.

ESCENA IV.

MARION y el DUQUE DE BELLEGARDE.

MAR. Señor duque, aquí sois el capitan.

BELL. Ah! sois vos, preciosísima? Qué deseais, reina mia?

MAR. Ver al rey.

BELL. Cuándo?

MAR. En seguida.

BELL. La órden es terminante. ¿Para qué?

MAR. Porque necesito hablarle.

BELL. (Riendo.) ¡Cree que es cosa facilísima hacer venir al rey!...

MAR. Es que me lo negais?

BELL. Pero si yo os pertenezco; ¿nos hemos rehusado nada nunca el uno al otro?

MAR. Bien, pero... ¿Hablaré con el rey?

BELL. Primero hablad con el duque. Os prometo que no tardareis mucho en ver al rey cuando pase por aquí; mientras, hablemos. Me extraña mucho veros vestida de negro como una dama de honor, y además tan séria, cuando tan aficionada érais á reir antes.

MAR. Monseñor, ya no rio nunca.

BELL. Pardiez! ¡Si creo que estais llorando!

MAR. (Enjugándose las lágrimas.) Señor duque, necesito hablar con el rey en seguida.

BELL. Con qué objeto?

MAR. Para...

BELL. ¿Para hablarle tambien contra el cardenal?

MAR. Sí, duque.

BELL. (Abriéndole la puerta de la galería.) Entrad aquí; en esta galería escondo á todos los descontentos. No salgais antes de que yo os avise.

MARION entra en la galería y él cierra. La sala se vá llenando de cortesanos, que llegan hablando en grupos; el DUQUE DE BELLEGARDE vá de unos á otros. Viene tambien L' ANGELY.

ESCENA V.

LOS CORTESANOS.

BELL. (A BEAUPREAN, despues de saludarse.) ¿Qué se murmura hoy?

BEAUPREAN. Se habla del nombramiento de un nuevo cardenal.

BELL. ¿De quién, del arzobispo de Arlés?

BEAU. No, del obispo de Antun. Todo Paris cree que ha conseguido el capelo. Al abate de Goudi le corresponde de derecho, porque estuvo mandando la artillería en el sitio de la Rochela.

BELL. Es verdad.

L'ANG. Apruebo que nombre Su Santidad un cardenal que sepa manejar cañones.

GOUDI. (Riendo.) ¡Este loco de L'Angely!

L'ANG. (Saludándole.) El señor conoce todos mis nombres.

Entra LAFFEMAS y todos los cortesanos le rodean. El DUQUE DE BELLEGARDE lo vé desde lejos con disgusto.

BELL. (A L'ANGELY.) Bufon, ¿quién es ese hombre?

L'ANG. ¿Ese hombre á quien todos le hacen buena cara?

BELL. Sí, no le he visto nunca en palacio. ¡Tiene ínfulas de grande de España!

L'ANG. Se llama Laffemas, y es acusador del Tribunal secreto.

BELL. ¿A ese hombre le llaman el verdugo del cardenal?

L'ANG. Sí, ese es.

BELL. ¿Y ese hombre viene á la corte?

L'ANG. Por qué no ha de venir? ¿Qué significa un gato-tigre más en la casa de fieras? Os le presentaré.

BELL. Cállate, bufon!

L'ANG. Pues yo no le despreciaria si fuera un gran señor; creedme y sed amigo suyo. Ya veis cómo todo el mundo le festeja... y... si no os toma la mano, quizás os tome la cabeza.

BELL. Bah!...

EL VIZCONDE DE ROHAN. (Riendo en el fondo de la sala entre un grupo de cortesanos.) Es delicioso!

L'ANG. El qué?

ROHAN. Que Marion esté en esa galería.

L'ANG. Marion está ahí?

ROHAN. Sí, está sentada en la habitacion de Luis el Casto. ¡Eso es delicioso!

L'ANG. Verdaderamente.

BELL. (Al CONDE DE CHARNASÉ.) Conde, ¿habeis tenido suerte en la caza?

EL CONDE DE CHARNASÉ. No... no he podido encontrar ningun lobo. Bufon, ¿no nos cuentas ninguna novedad alegre?

L'ANG. No hace reir nada de lo que sucede. Solo sé que van á ir á la horca dos hombres por haberse batido.

GOUDI. Por tan poca cosa!...

Se abre la puertecilla dorada y aparece un ujier.

EL UJIER. El rey! (Anunciando.)

Entra el REY vestido de negro. Los cortesanos se descubren. Los guardias bajan las alabardas ó presentan los mosquetes.

ESCENA VI.

Dichos y el REY.

El REY se coloca en el proscenio y los cortesanos se retiran al fondo de la sala.

EL REY. (Todo vá de mal en peor!...) Dios os guarde, señores. (Se sienta en un gran sillon y suspira profundamente.) Duque, esta noche he dormido muy mal.

BELL. Quién puede dormir?

REY. No es cierto? Mientras, el Estado se hunde poco á poco en el abismo.

BELL. Pero señor, le maneja una mano hábil y fuerte...

REY. Es una carga demasiado pesada para el cardenal-duque, y quisiera aligerarle de su peso...

BELL. Señor... el cardenal no es viejo todavía...

REY. Bellegarde, ahora que nadie nos oye, decidme francamente qué pensais de él.

BELL. De quién, señor?

REY. De él.

BELL. De su eminencia?

REY. Sí.

BELL. Señor, apenas me he fijado...

REY. Exijo que me hableis francamente. El rey quiere saber qué opinais del cardenal.

BELL. Os lo diré ingénuamente.

REY. Eso deseo.

BELL. Pues bien... creo que es un gran hombre.

REY. En caso necesario iríais á decírselo á Roma, lo oís? Pero el Estado sufre entre él que lo hace todo y yo que no hago nada.

BELL. Ah!...

REY. Dispone de la paz, de la guerra, del Tesoro; decreta leyes, edictos y ordenanzas; es el verdadero rey. Disolvió por medio de una traicion á la Liga católica, ofende á la casa de Austria, que me quiere, y de la que desciende la reina...

BELL. En cámbio, señor, os deja hacer un soto en el Louvre...

REY. Conspira con el rey de Dinamarca...

BELL. En cámbio os deja que fijeis á los joyeros el peso de la plata...

REY. Hace la guerra á Roma...

BELL. Os dejó en otro tiempo redactar un edicto, en el que prohibíais que los trabajadores hicieran más de un escudo de gasto por cabeza en la taberna, aunque quisieran gastar más.

REY. Celebra tratados, ocultándomelo. Él lo hace todo; yo soy para los franceses una sombra nada más.

BELL. Pero...

REY. Me tienen disgustado todos los suyos.

BELL. Señor, la envidia...

REY. Su sobrina, la Combalet, lleva una vida desgarrada.

BELL. La maledicencia...

REY. Tiene doscientos guardias de infantería.

BELL. Pero solo tiene cien de caballería.

REY. Esto es un escándalo!

BELL. Señor, él salva á la Francia.

REY. Él busca la perdicion de mi alma; con una mano hace la guerra á los paganos y con la otra firma un pacto con los hugonotes suecos. Además, ha hecho cortar muchas cabezas en la plaza de la Grève. Todas las de mis amigos.

BELL. No trata mejor á los suyos. Perdonó acaso á Saint-Preuil?...

REY. Tiene un modo extraño de querer... ha desterrado á mi madre. Le ódio, me oprime y me domina, y no puedo ser libre ni señor.

Pausa.

Ese hombre hace lo bueno malo y lo malo peor. El Estado, como yo, que estaba enfermo, en sus manos empeora cada dia. Soy digno de compasion.

BELL. Sufre vuestra majestad?

REY. Me fastidio.

Pausa.

Yo, que debia ser el primero en Francia, soy el último; cambiaria mi suerte por la de cualquier trabajador. Estoy cansado de ver siempre ante mí á ese hombre rojo, grave é imponente, diciéndome: "Señor, es menester hacer esto.„ Esto es una irrision! Ese hombre me roba al pueblo.

BELLEGARDE pega con el pié en el suelo y entran el MARQUÉS DE NANGIS y MARION.

ESCENA VII.

Los mismos, MARION y el MARQUÉS DE NANGIS.

El MARQUÉS con su acompañamiento avanza hasta cerca del rey y pone una rodilla en el suelo; MARION se arrodilla á la puerta.

NANG. Justicia!

REY. Contra quién?

NANG. ¡Contra el tirano que se llama cardenal-ministro!

MAR. Perdon!

REY. En favor de quién?

MAR. De Didier.

NANG. Justicia para el marqués de Saverny.

REY. Yo he oido pronunciar esos dos nombres en alguna parte.

NANG. Señor, os pedimos perdon y justicia.

REY. Con qué título lo pedís?

NANG. Soy tio de uno de los dos.

REY. Y vos?

MAR. Yo soy hermana del otro.

REY. Tio y hermana, decidme vuestra pretension.

NANG. Yo, Guillermo, marqués de Nangis, capitan de cien lanzas, baron del monte y de la llanura, os pido que me hagais justicia en nombre de mi sobrino el marqués de Saverny, contra Armando Duplessis, cardenal de Richelieu.

MAR. Monseñor, hablad por los dos. (Bajo al MARQUÉS DE NANGIS.)

NANG. El mes pasado tuvieron un lance de honor mi sobrino y un capitan llamado Didier, de dudosa nobleza, pero que los dos se portaron como bravos. El ministro habia apostado espías y...

REY. Basta... Conozco ese lance. Qué teneis que decirme?

NANG. (Poniéndose en pié.) Vengo á deciros que ya es hora, señor, de que atajeis los sombríos proyectos del cardenal-duque, que os privan de vuestros mejores vasallos. Vuestro padre Enrique, de feliz memoria, no hubiera entregado así á su leal nobleza; sabia conservarla, y comprendia que con la gente de armas, tan útil para la guerra, no debia concluir. Aquella época fué muy próspera para la Francia; viví en ella y me honro recordándolo; la señoría palpitaba aun entonces en la nacion. Os prevengo, señor, que no os aventureis en tan peligroso juego, ya que sois rey de Francia y ha de llegar un dia en que esteis en la presencia de Dios. Antes de que sea tarde, os aconsejo que mediteis que vale más un combate que un suplicio, que no dá contento ni honor á las naciones necesitar más verdugos que soldados, que es un pastor irresistible para la Francia ese sacerdote que le hace pagar el diezmo de sus cabezas, y que ese sacerdote, ilustre entre los inhu-

manos, que toca vuestro cetro, lo toca con las manos manchadas de sangre.

REY. El cardenal es mi amigo, y el que me quiera le ha de querer.

NANG. Señor...

REY. Basta: el cardenal es mi otro yo. Basta de discursos que me hacen encanecer.

NANG. Oid, señor, á un viejo y á una mujer que llora, y que vienen á hablaros de un asunto de vida ó de muerte para ellos.

REY. Pero qué me pedís?

NANG. El perdon de Saverny.

MAR. El perdon de Didier.

REY. Lo que el rey malgasta en gracias se lo roba á la justicia.

MAR. ¡Ah, señor, sed compasivo, tened piedad de dos jóvenes insensatos que un lance de honor arrastra al abismo, á los que condenan á morir infamemente en la horca! Soy una infeliz mujer, que ignoro cómo se debe hablar á los reyes; solo sé llorar, y esto agrava la causa ante vuestro cardenal, que no sé por qué ódia á esos dos jóvenes... A Didier nunca le ha visto, y el que le vé le ama. ¡Morir los dos tan jóvenes y por haberse batido! Lances de esa clase se presencian todos los dias; todos estos señores lo saben; preguntádselo, señor. Con que pronuncieis una sola palabra, podeis salvar dos vidas; y os negais á pronunciarla! Perdon, perdon! Si yo supiera hablar, os convenceria y me contestaríais diciendo: Es preciso consolar á esta pobre mujer, que no tiene en el mundo más cariño que el de Didier. Tened piedad de mí!

REY. Quién es esta dama?

MAR. La hermana de Didier, que se postra temblando á vuestras plantas. Debeis proteger á vuestro pueblo.

REY. Sí; pero el duelo no ha causado nunca tan grandes estragos como ahora.

MAR. El rey necesita tener piedad.

REY. Necesita hacer escarmientos.

NANG. ¡Con dos jóvenes de veinte años, señor!

MAR. Si teneis madre, mujer, hijo, alguno que ameis, un hermano... tened piedad de una hermana.

REY. Marqués de Nangis, ¿qué es esa escolta que os acompaña? ¿Estamos en estado de sitio? ¿Para que os sigan vuestras guardias hasta mi presencia, sois duque ó par?

NANG. No, señor; soy más que duque y par, soy baron breton de cuatro baronías.

BELL. (Su orgullo en esta ocasion es inoportuno.)

REY. Bien; pues encerrad ese derecho en vuestros dominios, que en los nuestros no debe prevalecer.

NANG. Señor, en nombre de vuestros padres, tened presente la tierna edad de los dos jóvenes y el orgullo de un viejo que se abate á vuestros piés.

El REY hace una señal brusca de rehusar el perdon con cólera.

(Levantándose.) Del rey Enrique vuestro padre fuí compañero, y aquí estaba yo cuando el regicida le hundió el puñal... hasta la noche custodié al rey muerto, como era mi deber. Señor, he visto á mi padre y á mis seis hermanos morir peleando con las facciones contrarias, y perdí tambien á la mujer que me amaba; ahora, al viejo que aquí veis, el Señor se lo ha arrebatado todo, todo, hasta la fuerza y la salud, y este último golpe me matará. ¡Señor, Dios os conserve la vida muchos años!

Saluda profundamente y se vá. María se levanta penosamente y vuelve á caer desfallecida en el umbral de la puertecilla dorada del gabinete del REY.

REY. (Secándose una lágrima y siguiéndola con la vista.) Para no convencerme he tenido que sacar fuerzas de flaqueza; hacer bien es muy fácil... ese anciano me ha conmovido... duque, antes que ese anciano me dijísteis cosas muy atrevidas que podrán perjudicaros cuando refiera al cardenal la conversacion que hemos tenido. Lo siento por vos. De hoy en adelante sed más prudente... Señores, dejadnos solos. (A los cortesanos.) Tú quédate. (A L'ANGELY.)

Todos salen excepto MARION, que el REY no vé. El DUQUE DE BELLEGARDE la percibe acurrucada en el umbral de la puerta y se dirige á ella.

BELL. No podeis permanecer en el umbral de esa puerta. Idos de ahí.

MAR. Espero que vengan y que me maten.

L'ANG. (Bajo al DUQUE.) Dejadla, duque. Quedaos ahí. (A MARION.)

L'ANGELY se acerca al REY, que está sentado en el sillon y profundamente pensativo.

ESCENA VIII.

El REY, L' ANGELY y MARION.

REY. (Suspirando.) L' Angely, ven; tengo el corazon enfermo y lleno de amargura; mis labios no rien y mis ojos no lloran; ven, tú que eres el único que puedes alegrarme.

L' ANG. ¿No es verdad, señor, que la vida es amarga?

REY. Así es.

L' ANG. ¿Y que el hombre es un soplo efímero?

REY. Un soplo y nada más.

L' ANG. ¿No es verdad que es una desgracia ser hombre y ser rey?

REY. Es una doble carga.

L' ANG. ¿No es verdad que vale más estar en la tumba que en el mundo?

REY. Siempre lo he creido así.

L' ANG. Despues de encerrarnos en la tumba, ¿creeis que se puede salir de ella?...

REY. Más tarde lo sabremos.

Pausa.

Bufon, soy muy desgraciado.

L' ANG. Me voy convenciendo de ello.

REY. Cómo me he de reir? Conmigo pierdes el trabajo y te es completamente inútil vivir. Es un mal oficio ser bufon del rey.

L' ANG. Vivo por curiosidad; pero vos, para qué quereis vivir? Os compadezco; para ser rey como vos valdria más ser mujer. Yo solo soy un polichinela, de cuyo hilo vos tirais; pero vuestro manto real oculta un hilo más sutil, del que tira una mano más fuerte que la vuestra, y yo prefiero ser polichinela en manos del rey que en las de un sacerdote.

REY. Te burlas, pero dices la verdad. Es infernal ese hombre. Pudiera bien Satanás haberse encarnado en el cardenal y poseerme el alma. ¿No te parece?

L' ANG. Esa idea me ha ocurrido ya algunas veces.

REY. Consuélame.

L' ANG. Teneis por gran mérito y con razon poseer el arte de dirigir los aletos para cazar las perdices. El buen cazador, como vos sois, debe hacer mucho caso del halconero.

REY. El halconero es Dios!

L' ANG. Hay dos perdices que van á morir á sus piés.

REY. A un mismo tiempo?

L' ANG. Sí.

REY. Quiénes son?

L' ANG. Dos jóvenes, en cuyo nombre acaban de pediros el perdon.

REY. Saverny y Didier?

L' ANG. Sí.

REY. Vaya una calamidad! Por morir dos halconeros no se vá á morir el arte. Es menester castigar el duelo. ¿Por qué se batieron?

L' ANG. Por cualquier cosa.

REY. Richelieu quiere que mueran.

L' ANG. Y vos quereis, señor?

REY. (Despues de reflexionar y en voz más baja.) Morirán.

L' ANG. Así me lo figuro.

REY. Pobre cetrería!

L' ANG. (Yendo á la ventana.) Mirad, señor.

REY. Qué?

L' ANG. Os suplico que mireis.

El REY se levanta y vá á la ventana.

REY. Qué he de mirar?

L' ANG. Ved cómo acaban de relevar al centinela.

REY. Y qué?

L' ANG. ¿Quién es aquel hombre que lleva galones amarillos?

REY. El cabo.

L' ANG. Sustituye á un centinela por otro. Qué le dice en voz baja?

REY. La consigna. Bufon, ¿dónde vas á parar?

L' ANG. A esto: como esos hombres, los reyes hacen tambien centinela en el mundo; y en vez de llevar una pica en la mano, llevan un cetro. Cuando han terminado el tiempo que deben estar de vigilantes, la muerte, que es el cabo de los reyes, le sustituye por otro porta-cetro, y de parte de Dios le dá al oido la consigna, que consiste en esta palabra: *Clemencia.*

REY. No; consiste en esta otra: *Justicia.* No debemos llorar la pérdida de dos halconeros. Morirán.

L' ANG. Como vos y como yo. La muerte devora lo mismo á los grandes que á los pequeños. Llegará el dia menos pensado en que nosotros tres, el bufon, el rey y el señor, dormiremos el sueño eterno, y por grandes y orgullosos que hayamos sido, no ocuparemos más de seis piés de extension en el ataud. El cardenal ya solo puede salir en litera...

REY. Verdaderamente la vida es sombría, y en la tumba reina la tranquilidad, y si yo no te tuviera á mi lado para distraerme un poco...

L'ANG. Precisamente, señor, entré á despedirme de vos.

REY. Qué dices?

L'ANG. Que os dejo.

REY. Eso es una locura. Solo la muerte libra de servir á los reyes.

L'ANG. Entonces será que debo morir.

REY. Estás loco de veras?

L'ANG. Me condenais vos, rey de Francia.

REY. Te estás burlando, bufon?

L'ANG. He tomado parte en el duelo de esos dos jóvenes que se batieron, porque en el duelo intervino mi espada, y os la devuelvo.

Saca la espada y se la presenta al rey, poniendo una rodilla en tierra.

REY. (Tomándola y examinándola.) ¿Quién te ha dado derecho á llevar esta espada?

L'ANG. Señor, soy gentil-hombre, pero ya que no habeis querido perdonar á los culpables, yo soy culpable tambien.

REY. Déjame, pobre loco, que te abrace el cuello antes de que te lo corten.

Abraza á L'ANGELY.

L'ANG. (Lo ha tomado en sério.)

REY. El verdadero rey jamás se opone á lo que es justo; ¡pero cardenal, sois muy cruel queriendo causar tres víctimas por un solo desafío!

El REY se pasea agitado; despues se vuelve hácia L'ANGELY, que está inquieto.

Pero en fin, consuélate, ya que la vida es amarga, y más vale morir, ya que el hombre no es más que un soplo efímero.

L'ANG. (Diablo!)

REY. Crees que te ahorcarán?

L'ANG. (Estoy sudando!...) A menos que vos no os opongais...

REY. Si te matan, ¿quién me hará reir? Gran triunfo para el cardenal!

Pausa.

¿Crees que si yo quisiese podria mandar?

L'ANG. Montaigne hubiera dicho: *Quién sabe?* Y Rabelais hubiera dicho: *Quizás*.

REY. Bufon, trae aquel pergamino.

L'ANGELY le presenta rápidamente un pergamino que hay en una mesa, cerca de un escritorio. El REY escribe en él con rapidez algunas palabras, y despues entrega el pergamino á L'ANGELY.

Os perdono á todos.

L'ANG. A los tres?

REY. Sí.

L'ANG. Señora, venid, arrodillaos y dad las gracias al rey.

MAR. Le han perdonado?

L'ANG. Yo he sido el que...

MAR. ¿Qué rodillas debo abrazar, las vuestras ó las suyas?

REY. (Asombrado y contemplando á MARION.) (¿Qué es esto? ¿Me han tendido una red?)

L'ANG. Tomad este pergamino.

MARION lo toma, lo besa y se lo esconde en el seno.

REY. (Me habrán engañado?) Señora, devolvedme ese pergamino.

MAR. (Gran Dios!) Señor, venid á tomarlo y arrancadme con él el corazon.

L'ANG. (Bajo á MARION.) (No lo entregueis, que el rey no meterá ahí la mano.)

REY. Os digo que me lo entregueis.

MAR. Tomadlo.

REY. (Bajando la vista.) (¿Quién será esta sirena?)

L'ANG. (Bajo á MARION.) (El rey no se atreveria á sacarlo del corsé de la reina.)

REY. Pues bien, marchaos.

MAR. Corro á salvar á los prisioneros.

Se vá.

L'ANG. Esa sirena es la hermana de Didier.

REY. Será lo que será, pero es extraño que me haya hecho bajar los ojos á mí, que soy hombre.

Pausa.

Bufon, te has divertido conmigo y tendré necesidad de concederte otro perdon.

L'ANG. Concedédmelo, señor, que cada gracia que otorga un rey es un peso que se quita del corazon.

REY. Es verdad. Me han hecho sufrir mucho los dias que han habido ejecuciones en la plaza de la Grève, y Nangis tiene razon, hemos abusado de la horca.

Paseándose á grandes pasos.

Es cometer una traicion venir cara á cara á suprimir al hijo del rey Enrique el derecho de indultar. No, no quiero que esos dos hombres mueran; vivir es un grato don que nos concede el cielo. Dios, que sabe dónde vamos los mortales, puede abrir la tumba, pero un rey no. Los devuelvo los dos á sus familias y que vivan; de ese modo me bendecirán el anciano y la jóven. Yo, que soy el rey, he firmado su perdon; el cardenal estará furioso, pero tanto mejor; esto alegrará al duque de Bellegarde.

L'ANG. (¡Gracias á Dios que ha sido una vez rey por inadvertencia!)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

El cardenal.

La torre de Beaugency. – El patio de la cárcel. – En el fondo la torre, rodeada de alta muralla.—A la izquierda una puerta grande, ojiva; á la derecha una puerta pequeña, formando arco, y en la muralla, cerca de ésta, una mesa, situada delante de un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

VARIOS TRABAJADORES.

Se ocupan en derribar el ángulo de la muralla que está á la izquierda del fondo: han abierto ya bastante brecha.

TRABAJADOR 1.° (Cavando.) ¡Qué dura está esta piedra!

TRAB. 2.° No sé por qué nos hacen derribar este trozo de muralla.

TRAB. 3.° Pedro, has visto la horca?

TRAB. 1.° Sí. (Vá á la puerta grande y la mide.) La puerta es estrecha y la litera del señor cardenal no podrá pasar por ahí.

TRAB. 3.° Entonces será tan grande como una casa.

TRAB. 1.° Sí; y tiene grandes cortinajes... La tienen que llevar veinticuatro hombres.

TRAB. 2.° Yo ví cómo andaba esa máquina una tarde.

TRAB. 3.° ¿Y qué viene á hacer aquí su eminencia?

TRAB. 1.° Vendrá á presenciar la ejecucion de esos dos jóvenes; como está enfermo, necesita distraerse.

TRAB. 2.° Terminemos nuestra faena.

Continúan trabajando y el lienzo de muralla queda demolido.

TRAB. 3.° Has visto la horca negra? Esa es para el noble.

TRAB. 1.° Para ellos es todo.

TRAB. 2.° Seguro; no levantarian para nosotros una horca negra.

TRAB. 1.° ¿Qué habrán hecho esos señores que los van matando unos tras otros?...

TRAB. 3.° No lo sé, ni lo comprendo.

Continúan trabajando, y cuando ven entrar á LAFFEMAS, callan. Llega por el fondo, se pára ante los trabajadores, examina la brecha y les dá algunas instrucciones. Concluida esta operacion, hace que tiendan sobre la brecha un paño negro que la tapa por completo, y despues los despide.—Casi al mismo tiempo aparece MARION, vestida de blanco y con velo: entra por la puerta grande, atraviesa rápidamente el patio y llama en el postigo de la puerta pequeña. LAFFEMAS se dirige tambien al mismo sitio, el postigo se abre y aparece el CARCELERO.

ESCENA II.

MARION, LAFFEMAS y el CARCELERO.

MAR. (Enseñando el pergamino al CARCELERO.) Es una órden del rey.

CARCELERO. Señora, no se puede entrar.

MAR. Cómo!

LAF. (Presentándole otro pergamino al CARCELERO.) Está firmado por el cardenal.

CARC. Entrad.

LAFFEMAS, al momento de entrar, se vuelve, contempla un instante á MARION y se dirige hácia ella. El CARCELERO cierra la puerta.

LAF. Os vuelvo á encontrar todavía y aquí; el sitio es equívoco.

MAR. Vengo porque he conseguido su perdon.

LAF. Y yo la órden que lo revoca.

MAR. (Sobresaltada.) La gracia está firmada desde esta mañana.

LAF. Y la revocacion que yo traigo desde esta noche.

MAR. Dios mio! ¡Perdí mi última esperanza!

LAF. La esperanza solo es un relámpago que brilla y pasa; y no debe fiarse en la clemencia de los reyes, que viene á pasos lentos y que huye con piés ligeros.

MAR. El rey mismo se conmovió y quiso salvarles...

LAF. El rey no puede querer lo que el cardenal no quiera.

MAR. Oh, Didier mio! ¡Se extinguió mi última esperanza!

LAF. La última no.

MAR. Qué decís?

LAF. Teneis á vuestro lado un hombre, al que una palabra vuestra puede hacer más feliz que el mismo rey y tambien más poderoso.

MAR. Oh, márchate de aquí!

LAF. Es esta tu última palabra?

MAR. La última.

LAF. Las mujeres son muy caprichosas; otras veces habeis sido fácilmente cariñosa, y hoy que se trata de salvar á vuestro amante...

MAR. ¡Si para salvarte, Didier mio, es preciso ser infame, no te salvaré! Tu pureza ha contaminado mi alma; no conservo en mí nada de mi pasado, tu amor me ha devuelto la virginidad.

LAF. Amadle, pues. Aun puedo, sin embargo, prestaros un servicio.

MAR. Qué servicio?

LAF. Os puedo hacer entrar á que le veais... esta noche.

MAR. Le veré esta noche!

LAF. Sí; esta noche vendrá en su litera el cardenal para ver lo que aquí sucede.

MARION queda pensativa durante unos momentos: de repente se pasa las manos por la frente y se vuelve hácia LAFFEMAS.

MAR. Podríais hacer que se fugasen?

LAF. Sí... si vos quereis...—Entonces, para que vigilasen esa brecha, por la que llegará su eminencia, pondria dos hombres adictos á mí.

Poniéndose á escuchar en la puerta pequeña.

Oigo ruido... creo que vienen.

MAR. Le salvareis?

LAF. Sí.—Aquí pueden oirnos. En otra parte...

MAR. (Con desesperacion.) Venid!

LAFFEMAS se dirige hácia la puerta grande haciéndola señal de que le siga. Ambos desaparecen por dicha puerta.—El postigo de la puerta pequeña se abre y salen por él SAVERNY y DIDIER, custodiados por guardias.

ESCENA III.

DIDIER y SAVERNY.

Un CARCELERO y dos alabarderos les conducen; el CARCELERO coloca á los dos alabarderos de centinela cerca del paño negro.—DIDIER se sienta silenciosamente en el banco de piedra.

SAV. Gracias. (Al CARCELERO.) Aquí se respira.

CARC. (Llevándose aparte á SAVERNY.) Permitidme, monseñor, que os diga dos palabras.

SAV. Decidme todas las que querais.

CARC. (En voz baja.) Quereis escaparos?

SAV. Por dónde?

CARC. Eso es asunto mio.

SAV. ¿Pero me lo prometeis verdaderamente?

CARC. Os lo prometo.

SAV. Cuándo?

CARC. Esta noche, muy tarde.

SAV. Os aseguro que tengo muchas ganas de perder de vista esta torre. ¿De dónde me viene la salvacion?

CARC. Del marqués de Nangis.

SAV. De mi buen tio!—A propósito, nos salvareis á los dos.

CARC. No puedo salvar más que á uno.

SAV. Dándoos doble recompensa...

CARC. Os repito que no puedo salvar más que á uno.

SAV. Entonces... salvareis á mi compañero.

CARC. Os estais burlando?

SAV. No; quiero que salveis á Didier.

CARC. Pero monseñor, vuestro tio se expone por vos, pero por otro no.

SAV. Pues en ese caso, que preparen dos ataudes.

Se vuelve de espaldas al CARCELERO, que se vá asombrado. Entra un ESCRIBANO.

Bien; no nos dejarán solos un instante.

EL ESCRIBANO. Un consejero de la Alta Cámara del rey vá á llegar.

SAV. Que venga. (El ESCRIBANO saluda á los presos y se vá.)

DID. (Con el retrato en la mano y mirándole con contemplacion profunda.) Mírame bien; fija tus ojos en mis ojos. ¡Parece una mujer con frente de ángel! Dios, dando candor á sus miradas, si las dió mucha llama, tambien las dió mucha pureza. Su boca infantil, que se entreabre, sonrie con inocencia... (De pronto arroja al suelo el retrato.) ¡Por qué mi nodriza, cuando me encontró recien nacido, no me estrelló en el pavimento de la iglesia!

SAV. Mirad, amigo mio, con qué bajo vuela esa golondrina... no tardará en llover.

DID. (Sin oirle.) ¡No hay sér tan infiel y tan loco como la mujer; es sér inconstante, amargo y tempestuoso como el agua del mar! ¡y en ese mar expuse la vela de mi nave! Navegué, y al naufragar, abordé á la tumba. Sin embargo, yo nací bueno, el porvenir me sonreia... Desdichada mujer! ¿No te extremecias al mentirme de ese modo, á mí, que de buena fé te entregaba el alma?

SAV. (No se aparta Marion de su pensamiento.)

DID. (Sin oirle, recoge el retrato y vuelve á contemplarlo.) Debo arrojarte en el monton de los séres degradados, mujer que me engañaste. (Acercándose á SAVERNY.) ¡He presenciado un verdadero prodigio! Este retrato está vivo... Te digo que está vivo... Mientras tú dormias, silenciosamente, sin ruido, me ha estado royendo el corazon toda la noche.

SAV. Pobre amigo mio!

DID. Qué me preguntas? No te he oido. Despues que sé su verdadero nombre, estoy tan aturdido, que no me acuerdo de nada, que me olvido de todo.

SAV. Hablemos de otra cosa.

DID. ¿Habeis dormido bien esta noche?

SAV. Muy mal; esas camas se hacen para no dormir.

DID. Cuando esteis muerto, amigo mio, vuestro lecho será más duro aun, pero dormireis mejor. Aunque vayais al infierno estareis mejor que viviendo.

SAV. Entonces ya no le temo; pero, diablo! me tiene de mal humor el que me ahorquen.

DID. Lo mismo dá morir de un modo que de otro.

SAV. Cada cual tiene sus gustos. No temo morir, pero me disgusta morir en la horca.

Entra un CONSEJERO, seguido y precedido de alabarderos.

ESCENA IV.

Los mismos, un CONSEJERO DE LA GRAN CÁMARA. CARCELEROS y guardias.

CARC. (Anunciando.) El señor consejero del rey.

EL CONSEJERO. Señores, mi ministerio es penoso y la ley es tan severa...

SAV. Que no debemos esperar clemencia; hablad.

CONS. (Desdobla un pergamino y lee.) "Nos, Luis, rey de Francia y de Navarra, atendiendo al fondo de la solicitud que los reos han presentado al rey, les conmutamos la pena de horca, á que han sido condenados, por la pena de cortarles la cabeza.„

SAV. (Con alegría.) Verdaderamente me alegro.

CONS. Así es que, señores, debeis prepararos, porque la ley se ha de ejecutar hoy.

DID. Estaba yo pensando, que á cualquier clase de muerte horrible que se condene el cuerpo, aunque se le rompan los brazos y se le trituren los huesos, el alma, inmortal, escapa siempre de él sin mancha y sin herida.

CONS. Ocupaos en dar dignamente el último paso.

DID. No sé por qué me interrumpís.

SAV. (Alegremente á DIDIER.) ¡Ya no nos ahorcan!

DID. Ya lo he oido. Han cambiado de espectáculo. El cardenal paga á su corta-cabezas, y es menester que le dé ocupacion.

SAV. Mirais este cambio con frialdad; yo no: os doy las gracias por esta buena noticia. (Al CONSEJERO.)

CONS. Quisiera dárosla mejor, pero...

SAV. A qué hora?

CONS. A las nueve de esta noche.

DID. Me alegro, porque así el cielo estará negro como mi corazon.

SAV. Dónde nos ejecutarán?

CONS. Aquí en este mismo patio; monseñor el cardenal vendrá.

El CONSEJERO sale con su séquito. Los prisioneros quedan solos. El dia empieza á declinar.

ESCENA V.

DIDIER y SAVERNY.

DID. En este momento supremo conviene pensar en la suerte que nos espera. Somos casi de la misma edad, pero esto no obstante soy más viejo que vos: á mí, pues, me corresponde ser vuestro guía hasta el fin y exhortaros, con tanto más motivo, cuanto que yo soy la causa de vuestra perdicion. El desafío nació de mí, vos vivíais dichoso, y bastó que yo me interpusiera en vuestra vida para causar vuestra desventura. Y ya que los dos vamos á entrar juntos en la noche de la tumba, entremos cogidos de la mano.

Se oyen dos martillazos.

SAV. Qué es ese ruido?

DID. O es que construyen las horcas ó que clavan nuestros ataudes. Con frecuencia al dar el último paso desmaya el corazon del hombre, y la vida nos atrae aun por no sé qué lazos secretos.

Dá una campanada un reloj.

Creo que nos llaman... Oís?

Dá otra campanada el reloj.

SAV. No nos llaman, es un reloj que dá las horas.

Tercera campanada.

DID. Ah! sí, dan horas.

Cuarta campanada.

SAV. En el reloj de la capilla.

Dá cuatro campanadas más.

DID. Pues ese reloj es una voz que nos llama.

SAV. Aun nos queda una hora.

SAVERNY, sentado en el banco de piedra, apoya los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos. Relevan á los alabarderos que están de guardia.

DID. Amigo, no os descorazoneis al pasar el último umbral que nos conduce al sepulcro, donde nos espera el verdugo. Pasemos con la frente alta. Valor! (Se aproxima á SAVERNY, que permanece inmóvil; le tira del brazo y se apercibe de que está durmiendo.) ¡Duerme! Y yo que queria infundirle valor!... (Se sienta á su lado.) ¡Duerme, ya que eres tan dichoso que puedes dormir! Pronto me tocará á mí el turno. ¡Ojalá todo muera, y cuando la tumba encierre el corazon, no viva éste para odiar lo que inmerecidamente amó!...

Es de noche. Mientras DIDIER está absorbido en sus pensamientos, penetran por la brecha del fondo MARION y el CARCELERO. El CARCELERO la precede, llevando una linterna sorda y un paquete; deja en el suelo ambas cosas. Despues avanza hácia MARION, que sin dar un solo paso se ha quedado inmóvil y como petrificada.

ESCENA VI.

Dichos, MARION y el CARCELERO.

CARC. (A MARION.) Os encargo que salgais antes de la hora indicada.

Se separa de ella, y durante el resto de la escena se pasea por el fondo. MARION avanza absorbida en un pensamiento que la desespera; de vez en cuando se pasa la mano por la cara, como si tratase de borrar algo.

MAR. (Creo que sus labios me han marcado como un hierro encendido.)

De repente vé á DIDIER, lanza un grito y se precipita hácia él, arrodillándose á sus piés.

Didier! Didier!

DID. (Despertándose con sobresalto.) Ella aquí! Dios mio! Sois vos? (Con frialdad.)

MAR. Quién quieres que sea!... ¡Deja que bese tus manos... deja que bese tus cadenas... ya que por fin he conseguido llegar hasta donde tú estás!...

Solloza y llora.

DID. Por qué llorais?

MAR. No, no, no lloro... rio de placer... porque vamos á escapar de aquí... porque estoy contenta... porque tú vivirás.

DID. Señora...

MAR. (Se levanta y acerca un paquete que ha traido.) Aprovechemos estos supremos instantes; ponte este disfraz... he ganado á los carceleros y podremos salir de aquí sin que nos vean, tomando una callejuela que está al extremo de la muralla. Richelieu vá á venir á ver cómo se ejecutan sus órdenes y no tenemos ni un minuto que perder; cuando venga dispararán un cañonazo, y si nos encuentran aquí ya no podré salvarte.

DID. ¿Decís que hay una callejuela cerca de la muralla?

MAR. Sí; por ella he venido hasta aquí y el camino es muy seguro. Vamos, date prisa; vístete este traje y huyamos.

DID. (Rechazando el disfraz.) No corre prisa.

MAR. ¡No corre prisa y tienes la muerte encima! Huyamos, Didier, que he venido á salvarte.

DID. Los hombres á veces somos muy insensatos.

MAR. Vamos, que el tiempo apremia y los caballos están á punto. Despues me dirás todo lo que quieras; ahora huyamos.

DID. El carcelero nos está mirando.

MAR. Le tengo comprado, lo mismo que á la guardia.

DID. ¿Y no esperais que esos hombres os vendan?

MAR. No; vamos, vamos.

DID. (Señalando á SAVERNY, que está dormido.) Dime, ¿á cuál de los dos has venido á salvar?

MAR. ¿Qué te he hecho, Didier, que me hablas de ese modo?

DID. Levanta la cabeza y mírame fijamente.

MARION, temblando, le mira.

Está muy parecido!

MAR. Huyamos!

DID. Quieres mirarme otra vez?

MAR. (Aterrada.) (¿Conocerá en mi rostro los besos?...) Escúchame, Didier; tú me ocultas un secreto que acaso me ultraja y que no me quieres decir; no te portabas conmigo así otras veces. ¿No me amas ya? No te acuerdas de Blois? ¿No te acuerdas del aposento donde ayer nos amábamos tranquilamente, olvidándonos del mundo?.... Hice mucho tiempo lo que tú quisiste, y ahora te llega el turno de que cumplas mi voluntad. Ahora quiero que me obedezcas y que me sigas; ahora quiero que me hables y que me llames María.

DID. María ó Marion?

MAR. (Cayendo al suelo desvanecida.) ¡Didier, ten compasion de mí!

DID. (Con voz terrible.) Es muy difícil penetrar en la cárcel, que está vigilada de dia y de noche, cuyas puertas son de hierro, cuyas murallas son muy altas: para conseguir que os abran la puerta de la prision, ¿á quién os habeis prostituido?

MAR. Didier, quién te ha dicho?...

DID. Lo he adivinado...

MAR. Ha sido por salvaros la vida.

DID. Muchas gracias! (Cruzándose de brazos.) Me avergüenzo, señora, de que me presenteis desnudo tanto impudor. (Recorre á grandes pasos el patio dando gritos.) ¿Dónde está el infame mercader que á ese precio ha comprado mi cabeza? Que venga aquí! Quiero hacerle pedazos! ¡Quiero estrellarle como al retrato. (Echa al suelo el retrato.) Marion, corre á buscarle!

MAR. No me trates de ese modo! Si me dices otra palabra despreciativa, caeré muerta á tus piés. Si alguna vez sintió alguna mujer una pasion ardiente y profunda, esa mujer he sido yo, y si algun hombre ha sido querido é idolatrado, Didier, ese hombre eres tú.

DID. Cállate! Si yo por desgracia hubiera nacido mujer y hubiera sido tan vil y tan infame que hubiera comerciado con mi belleza con todo el mundo y se me hubiera dirigido un hombre cándido y de buena fé, un hombre honrado é imbécil que creyera en mi honor; antes que ocultarle mi vida pasada, antes que ser con él falsa, ingrata y pérfida, me hubiera quitado la vida con mis propias manos.

MAR. Ah!

DID. ¡Cómo te reirias de mi candidez si hubieses podido ver cómo se reflejaba tu imágen en mi corazon, que has conseguido romper! En él te reflejabas cándida, pura y casta... ¿qué daño te habia hecho el hombre inocente que, arrodillado, te consagraba el culto de su amor puro, el culto que se consagra á una vírgen? (Pausa.)

(Recogiendo el retrato del suelo.) En estos últimos momentos de mi vida debo devolveros esta alhaja, este recuerdo de un amor fiel y tierno. (Entregándole el retrato.)

MAR. Dios mio!

DID. ¿No le hicistes pintar expresamente para mí? (Riendo violentamente y arrojándolo al suelo.)

CARC. (Acercándose á MARION.) Que os queda poco tiempo.

MAR. Ah, las horas vuelan! Didier, no tengo derecho á pronunciar ni una sola palabra; me has rechazado y maldecido, he merecido tu ódio y tu cólera, pero llega tu hora suprema y quiero que huyas... dispuesto está todo para tu fuga... Sabes á qué precio la he conseguido; humíllame, lléname de oprobio, recházame, no me vuelvas á mirar, pero huye, salva la vida!...

DID. No tengo que huir de nada ni de nadie en el mundo más que de tí; pero de tí me librará la tumba.

CARC. Que vá á dar la hora.

MAR. Vamos! Huye!

DID. Inútilmente te empeñas.

MAR. Ya que no tienes cariño á la vida, ya que me desprecias, al menos cumple por última vez los deseos de la mujer á quien en mejores dias llamaste esposa.

DID. Esposa! (Avergonzado.)

Se oye un cañonazo á lo lejos.

Ese cañonazo anuncia que vais á ser viuda.

MAR. Didier!...

CARC. Ya es tarde para huir.

Se oye el redoble de tambores.—Entra el CONSEJERO DE LA ALTA CÁMARA, acompañado de penitentes que llevan antorchas encendidas y del VERDUGO, y seguido de soldados y de gente del pueblo.

MAR. Ah!

ESCENA VII.

Dichos, CONSEJERO, el VERDUGO, pueblo y soldados.

CONS. Está ya todo dispuesto.

DID. Nosotros tambien estamos preparados.

CONS. ¿Quién es el marqués de Saverny?

DIDIER se lo señala con el dedo.

Dispertadle! (Al VERDUGO.)

EL VERDUGO. Eh, monseñor!

SAV. (Frotándose los ojos.) No me han dejado continuar el sueño.

DID. No han hecho más que interrumpirlo.

SAV. Calla! Marion! Precisamente estaba soñando en vos.

CONS. ¿Habeis recomendado á Dios vuestra alma?

SAV. Sí.

CONS. Pues bien, dignaos firmar este papel. (Presentándole un pergamino.)

SAV. (Leyéndolo rápidamente.) Es el proceso verbal. He encontrado tres faltas de ortografía. (SAVERNY firma.)

CONS. Didier, firmad tambien. (Presentándole la pluma.)

MAR. Dios mio!

DID. (Firmando.) Nunca firmé con tanta alegría.

Salen de las filas guardias que se ponen á un lado y á otro de DIDIER y de SAVERNY.

DID. (A SAVERNY.) Ya que por mí os veis en este trance, abracémonos. (Se abrazan.)

MAR. ¡Y á mí no me abrazais, Didier! ¡A mí, que he pedido de rodillas al juez y al rey que os perdonasen!

DID. (Precipitándose hácia MARION y llorando.) Te he amado demasiado y no puedo dejarte de este modo. No es fácil manifestar frialdad cuando enciende el cariño el corazon. Ven á mis brazos.

Se abrazan convulsivamente.

Voy á morir y te amo!

MAR. Didier!

DID. Ven aquí, desdichada mujer. Decidme si hay alguno entre vosotros que en semejantes momentos rehuse abrazar á la pobre desgraciada que se le entregó por completo. Ven, que quiero que sepa todo el mundo que tú eres la única mujer que yo amo, porque fuiste buena, porque supiste sacrificarte por mí. Además, que harto has expiado tu caida... quizás tu madre te olvidara en la cuna como á mí... acaso siendo niña aun, venderian tu inocencia... ¡Ah, levanta la frente, que yo te perdono!

MAR. (Ahogada en lágrimas.) ¡Gracias, Dios mio!

DID. Ahora, á tu vez, perdóname tú. (Se arrodilla ante ella.)

MAR. Didier!...

DID. Perdóname, ya que Dios te castiga enamorándote de mí; perdóname, porque he causado tu desgracia, y esto es para mí un remordimiento.

MAR. Ah!...

DID. Ni una palabra: pon las manos en mi frente, y si tu corazon está demasiado lleno, si no puedes hablar, hazme una señal, porque voy á morir, y necesito que me consueles.

MARION le impone las manos sobre la frente; él se levanta y la abraza con cariño.

Ahora, señores, marchemos.

MAR. (Lanzándose entre él y los soldados.) ¡No lo

consiento! Quieren matarte, pero se olvidan de que estoy yo aquí. Señores, perdonadle, perdonadnos, y si teneis corazon, y ese corazon es capaz de conmoverse al ver una mujer desesperada, no le matareis!... Didier, ellos saben que es preciso que te siga, y si quieren que yo viva no te matarán.

DID. No pidas imposibles; acostúmbrate á la idea de perderme y abrázame. Cuando deje de existir me reservarás en tu memoria un sitio sagrado. Si continuara viviendo cerca de tí, mi alma ulcerada no dejaria de llorar recordando tu pasado, y tú sufririas y serias desdichada. Es mejor que yo muera.

CONS. Dentro de un momento pasará por aquí el cardenal y podreis todavía implorar su perdon.

MAR. Es verdad; puede que lo consiga de él. Ya oirás, Didier, lo que le voy á decir. No es posible que un excelente cardenal, viejo y cristiano, deje de perdonar.

Dan las nueve. DIDIER hace señal á todos de que se callen. MARION escucha con terror. DIDIER se apoya en el brazo de SAVERNY.

DID. (Al pueblo.) Vosotros, los que acudís á presenciar cómo mueren dos hombres, podreis atestiguar cuando os pregunten, que los dos sin palidecer hemos visto llegar la última hora de la vida.

Se oyen cañonazos á la puerta de la torre. Cae el paño negro que ocultaba la brecha de la muralla. Aparece la gigantesca litera del cardenal, que llevan veinticuatro guardias, rodeada con otros veinticuatro con la alabarda y antorchas. La litera es de color de escarlata, y está blasonada con las armas de la casa de Richelieu. Lleva las cortinas tiradas y atraviesa lentamente por el fondo. MARION, arrastrándose de rodillas hasta la litera y retorciéndose los brazos.

MAR. ¡En nombre de Jesucristo, en nombre de vuestra raza, monseñor, perdonad á los dos reos!

UNA VOZ. (Saliendo de la litera.) No es posible perdonarlos.

MARION cae en tierra. La litera pasa y el cortejo de los dos reos se pone en marcha detrás de ella. La multitud se precipita detrás.

MAR. (Sola y levantándose.) Qué ha dicho? Dónde están? Didier! Didier! ¡Se los han llevado! Y el pueblo?... ¿Estaré soñando ó estaré loca?

Vuelve el pueblo en desórden. La litera reaparece en el fondo, por el mismo lado por donde desapareció. MARION se levanta y lanza un grito terrible.

Ah! Vuelve!

LOS GUARDIAS. (Separando al pueblo.) Plaza! Plaza!

MAR. (De pié, desmelenada y enseñando la litera al pueblo.) ¡Mirad, mirad al hombre sangriento que pasa!...

Cae desvanecida al suelo.

FIN DE MARION DE LORME.

EL REY SE DIVIERTE.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PREFACIO.

La aparicion de este drama en el teatro dió motivo á un acto ministerial inaudito.

Al dia siguiente de su estreno remitió al autor, Jouslin de la Salle, director de escena del *Teatro Francés*, el siguiente oficio, cuyo original conserva:

"En este momento, que son las diez y media, acabo de recibir la órden de suspender las representaciones de EL REY SE DIVIERTE, que me comunica M. Taillor en nombre del ministro.

Hoy 23 de Noviembre.„

Lo primero que le ocurrió al autor fué dudar de lo que estaba leyendo, porque el acto era arbitrario hasta lo increible.

En efecto, la Constitucion, llamada *La Carta*, dice: "Los franceses tienen derecho de publicar...„ El texto no solo concede *el derecho de imprimir*, sino *el derecho de publicar*. El teatro, pues, no es más que un medio de publicacion como la prensa, como el grabado y como la litografía. La libertad del teatro está implícitamente consignada en la Constitucion como las demás libertades del pensamiento. La ley fundamental añade: "La censura no podrá restablecerse nunca.„ No dice el texto la censura de los periódicos, la censura de los libros; habla de la censura en general, de la del teatro como de la de los escritos. Las obras dramáticas no pueden ser, pues, legalmente censuradas. En otra parte la Constitucion dice: "Queda abolida la confiscacion.„ Pues la supresion de una obra, despues de haberse representado, no solo es un acto de censura y de arbitrariedad, sino que es además una verdadera confiscacion, porque usurpa violentamente al autor y al teatro su legítima propiedad.

En una palabra, para que todo sea claro, para que los cuatro ó cinco grandes principios sociales que la Revolucion francesa grabó en bronce queden intactos en sus pedestales de granito, la Constitucion deja abolido expresamente en su último artículo todo lo que sea contrario á su letra y á su espíritu en nuestras leyes anteriores.

Esto es lo formal. El decreto ministerial que prohibe la representacion de un drama, por medio de la censura atenta á la libertad y por medio de la confiscacion á la propiedad. Todo nuestro derecho público se subleva contra semejante hecho de fuerza.

El autor no se decidia á creer en tanta insolencia y en tanta locura, y se pre-

sentó en el teatro, donde le confirmaron lo ocurrido. El ministro, por sí y ante sí, redactó la susodicha órden, sin fundarse en razon alguna. El ministro usurpó la obra á su autor, su derecho y su propiedad; no le faltó más que encerrarlo en la Bastilla.

La *Comedia Francesa*, estupefacta y consternada, quiso dar algunos pasos cerca del ministro para obtener la revocacion de tan extraña órden, pero fueron inútiles. El Consejo de ministros se habia reunido aquel dia, y la órden del ministro del dia 23 pasó á ser el dia 24 una órden de todo el ministerio. El 23 *suspendieron* la representacion del drama, el 24 lo *prohibieron*, conminando á la empresa á que borrara de los carteles el pavoroso título EL REY SE DIVIERTE. Intimaron además al *Teatro Francés* á que se abstuviera de quejarse. Acaso hubiera sido conveniente resistir este despotismo asiático, pero á eso no se atreven los teatros, pues el temor de que les retiren las subvenciones los convierte en siervos y en vasallos, en eunucos y en mudos.

El autor permaneció y debió permanecer extraño á estos manejos del teatro. Es poeta y no depende de ningun ministro. Los ruegos y las solicitudes que acaso le aconsejaban su interés, le prohibia entablarlas su deber de escritor libre. Pedir favor al poder era reconocerlo: la libertad y la propiedad no deben pedirse en las antesalas, y un derecho no debe solicitarse como un favor; para conseguir el favor se acude al ministro, para lograr un derecho se le pide al pais. Al pais, pues, se dirige el autor. Existen dos caminos para obtener la justicia: el de la opinion pública y el de los tribunales. El autor recurre á ambos.

Ante la opinion pública el proceso está ya juzgado y ganado. Por eso el autor dá las más sinceras gracias á todos los individuos graves é independientes de la literatura y de las artes, que en esta ocasion le han dado tantas pruebas de simpatía y de cordialidad. Contaba con su apoyo, porque sabe que cuando se trata de luchar por la libertad de la inteligencia y del pensamiento no irá nunca solo al combate.

Por mezquinos cálculos, el gobierno se vanagloriaba de contar como auxiliares hasta con los hombres que forman en las filas de la oposicion y con las pasiones literarias sublevadas hace tiempo contra el autor; el gobierno se habia imaginado que los ódios literarios serian más tenaces aun que los ódios políticos, fundándose en que los primeros nacen del amor propio y los segundos de los intereses. El poder se equivocó: su acto brutal indignó á los hombres honrados de todas las opiniones. El autor vió con gran satisfaccion aliarse á él, para afrontar la arbitrariedad y la injusticia, á muchos de los que con más violencia le atacaban el dia anterior. Si por casualidad algunos ódios inveterados persisten contra él, sienten ahora el auxilio momentáneo que prestaron entonces al poder. Cuantos enemigos honrados y leales cuenta el autor se le han ofrecido, tendiéndole la mano, sin perjuicio de que vuelvan al combate literario tan luego como acabe el combate político. El que es perseguido en Francia no tiene otro enemigo que su perseguidor.

Si despues de sentar que el acto ministerial es odioso é incalificable y contra derecho, descendemos por un momento á discutirlo como hecho material, la primera cuestion que se nos presenta es la siguiente: ¿Por qué motivo se dictó semejante medida?

Hay que decirlo, porque así es, y porque si el porvenir se ocupa un dia de la pequeñez de nuestros hombres, no será este detalle el menos curioso de este curioso acontecimiento. Parece que los encargados de censurar se han escandalizado, ofendidos en su moralidad, de EL REY SE DIVIERTE; este drama ha ofendido el pudor de los gendarmes: la brigada Leotand presenció la primera representacion y la encontró *obscena;* la oficina de las buenas costumbres se ha tapado la cara y Vidocq se ha ruborizado. En una palabra, la consigna que la censura dió á la policía es la siguiente: *El drama es inmoral*. Veamos si tienen razon.

Daremos explicaciones, no á la policía, á la que yo, como hombre honrado, prohibo hablar de estas materias, sino al escaso número de personas respetables y concienzudas, que por lo que han oido decir, ó por no haberlo comprendido en la primera representacion, se las ha impulsado á pronunciar tan injusto fallo. El drama corre ya impreso: si no lo habeis visto representar, leedlo, y si lo habeis visto en el teatro, leedlo tambien. Recordad que su estreno, más que representacion, fué una especie de batalla de Montlhery (y perdonadme esta vanidosa comparacion), fué una batalla en la que los parisienses y los borgoñones creyeron, ambos por su parte, *ha-*

berse embolsado la victoria, como dice Matthieu.

Que la obra es inmoral? Vamos á verlo. Veamos primero si es inmoral en el fondo. Triboulet es deforme, está enfermo, es bufon de palacio, y esta triple miseria que le envuelve le convierte en malvado. Triboulet ódia al rey, porque es rey, á los señores porque son señores y á los hombres porque no han nacido con una joroba en la espalda como él. Su único pasatiempo consiste en trabajar para que choquen los señores contra el rey, y que perezca el más débil víctima del más fuerte. Deprava al rey, le corrompe, le embrutece y le empuja hácia la tiranía, hácia la ignorancia y hácia el vicio; le introduce en medio de las familias de los nobles, señalándole con el dedo la esposa que puede seducir, la hermana que puede robar, la hija que puede perder. El rey, en manos de Triboulet, no es más que un polichinela todopoderoso, que amarga todas las existencias que el bufon se empeña en deshonrar. Un dia, en medio de una fiesta, cuando Triboulet induce al rey á robar á la mujer de M. de Cossé, llega hasta el monarca Saint-Vallier y le reprocha en alta voz la deshonra de Diana de Poitiers: Triboulet insulta y escarnece á este padre, á quien el rey ha robado la hija. De aquí arranca todo el asunto del drama. Su verdadero asunto es la maldicion de Saint-Vallier. Llegamos al segundo acto, y vamos á ver sobre quién recae la maldicion de Saint-Vallier. Triboulet es hombre, es padre, y tiene una hija que ama con todo su corazon. Todo el interés del drama estriba en que Triboulet tiene una hija, que oculta á todo el mundo en un barrio desierto y en una casa solitaria. Cuanto más hace que corra por la ciudad el contagio del escándalo y del vicio, tanto más aislada y oculta tiene á su hija, á la que educa en la inocencia, en la fé y en el pudor. Le inquieta el temor de que se pervierta, porque él, que es perverso, sabe lo que sufre el que no es bueno. Pues bien, la maldicion del anciano alcanzará á Triboulet en la única cosa que ama en el mundo, en su hija. El rey, á quien Triboulet induce á robar mujeres, robará al bufon su hija, y éste se verá castigado por la Providencia del mismo modo que Saint-Vallier. Cuando verá á su hija deshonrada y perdida, tenderá al rey un lazo para vengarla, pero tambien en este lazo caerá su hija. Triboulet tiene dos discípulos, el rey y su hija: al rey lo arrastra al vicio y á Blanca la encamina hácia la virtud. El uno pierde al otro: el bufon quiere robar para el rey la esposa de M. de Cossé, y roba su propia hija; quiere asesinar al rey para vengarla y es su hija la que recibe la puñalada. El castigo no se detiene en la mitad del camino; la maldicion del padre de Diana cae de lleno sobre el padre de Blanca.

No nos toca á nosotros decidir si este enredo encierra interés dramático; pero es claro, es evidente, es indudable que entraña una idea moral. En el fondo de algunas obras del autor se vé la fatalidad, pero en el fondo de ésta se vé la Providencia.

Repetimos que no discutimos aquí con la policía, á la que no queremos hacer tanto honor, sino con la parte del público á la que pueda parecer necesaria esta discusion.

¿Si el drama en su parte de inventiva es moral, será inmoral en su ejecucion? Propuesta la cuestion de este modo, ella misma se defiende: probablemente nadie encontrará nada inmoral en los actos primero y segundo. ¿Parecerá acaso inmoral la situacion del tercero? Leed ese tercer acto, y luego nos direis con probidad que la impresion que os causa es profundamente casta, virtuosa y honrada.

Será inmoral el cuarto acto? ¿Desde cuándo no es permitido á un rey cortejar en la escena á una moza de posada? Esto no es nuevo, ni en la historia, ni en el teatro: os diremos más; hasta la misma historia nos autorizaba para presentar en público á Francisco I, ébrio en los tabucos de la calle del Pelícano. Llevar el rey á una casa pública no seria tampoco nuevo; esto se vé en el teatro griego, que es clásico; esto se vé en Shakespeare, que representa el teatro romántico; pero esto no pasa en EL REY SE DIVIERTE. El autor del drama conoce todo lo que se refiere de la casa de Saltabadil; pero, ¿por qué quieren hacerle decir lo que no ha dicho? ¿Por qué se le hace traspasar á la fuerza un límite que no traspasa? La Magdalena, tan calumniada, de su obra, no es tan descarada como las Lisetas y las Martas del teatro antiguo. La cabaña de Saltabadil es una hostería, una taberna sospechosa, una madriguera, pero no es un lupanar. Es un lugar siniestro, terrible y espantoso, pero no es un lugar obsceno.

Quedan, pues, por juzgar los detalles del estilo. El autor acepta por jueces de la austera severidad de su estilo á los mismos que se escandalizan de las pala-

bras que pronuncia la nodriza de Julieta y el padre de Ofelia, á los que se escandalizan de Beaumarchais y de Regnard en la *Escuela de las mujeres* y en el *Anfitrion*. Pero donde el autor ha creido necesario ser franco, ha creido que debia serlo de su cuenta y riesgo, aunque siempre con gravedad y con mesura, pues le gusta el arte casto, pero no el arte gazmoño.

He aquí la obra contra la que el ministerio intentó sublevar tantas prevenciones, acusándola de inmoralidad. El gobierno tenia motivos secretos para concitar contra EL REY SE DIVIERTE la mayoría posible de preocupaciones, y hubiera deseado que el público la ahogase sin conocerla, como para vengar un agravio imaginario; hubiera querido ahogarla como Otelo ahoga á Desdémona; pero como esto no sucedió, Yago tuvo que arrojar la máscara y encargarse de ello. Al dia siguiente del estreno se prohibió de órden superior la representacion de la obra.

Si por un instante aceptamos la hipótesis ridícula de que en esta ocasion, únicamente el celo por la moral pública mueve á nuestros gobernantes, que, escandalizados al ver el desenfreno de ciertos teatros, desean hacer un escarmiento contra ley y contra derecho con una obra y con un escritor, seria extraña la eleccion de la obra, y mucho más la eleccion del autor. En efecto; ¿á quién el poder míope ataca tan extrañamente? A un escritor cuyo talento es discutible, pero no su carácter; á un hombre de bien á toda prueba, sér raro y venerable en esta época; á un poeta á quien indigna la licencia en los teatros, y que hace diez y ocho meses, al susurrarse que iba á establecerse la censura, fué con otros poetas dramáticos á advertir al ministro qu viera lo que hacia, pero reclamando en voz alta una ley represiva para los excesos del teatro, á la vez que protestaba contra la censura, como seguramente recordará el ministro. El autor de EL REY SE DIVIERTE es un artista que se ha consagrado al arte, que jamás ha buscado éxitos por medios indignos, y que se ha acostumbrado toda su vida á mirar al público cara á cara; es un hombre sincero, que ha combatido más de una vez por la libertad y contra todo lo arbitrario; que en 1829 rechazó la indemnizacion que el gobierno de entonces le prometia, por haberle prohibido representar *Marion de Lorme*; y que despues de 1830, esto es, despues de la Revolucion de Julio, se negó contra su propio interés á permitir la representacion del susodicho drama.

Ahora juzgad con conocimiento de causa: á una parte están el autor y su obra, y á la otra el ministerio y sus actos. Despues de destruir la supuesta moralidad de esta obra, vamos á señalar el verdadero motivo de prohibir sus representaciones, motivo de antesala de corte y secreto, motivo que no se revela por pudor. Pero ha transpirado ya hasta el público, y como el público lo ha adivinado, no seremos más esplícitos. Acaso sea útil á nuestra causa dar á nuestros adversarios ejemplo de cortesía y de moderacion, y que los particulares den al gobierno lecciones de dignidad y de prudencia y el perseguido al que le persigue. Nosotros no somos de los que tratan de curar las propias heridas emponzoñando las agenas. Realmente hay en el tercer acto de este drama un verso en el que la torpe sagacidad de algunos familiares de palacio ha descubierto una alusion, en la que el público ni el autor habian pensado hasta entonces, pero que despues de denunciarle como á tal se convierte en sangrienta y cruel injuria. Ese solo verso ha sido suficiente para que el *Teatro Francés* recibiera la órden de no presentar ya á la curiosidad del público la frasecilla sediciosa EL REY SE DIVIERTE. Ese verso, que es un hierro candente, no le vamos á citar, ni aun nos ocuparemos de él en otra parte más que en el último extremo, en el caso de que se coartase nuestra defensa.

No queremos hacer revivir antiguos escándalos históricos, ahorrando en lo posible á una persona de altísima gerarquía las consecuencias de aturdimientos palaciegos. Hasta á un rey puede hacérsele la guerra generosamente, y así la hacemos; pero piensen los poderosos lo inconveniente que es tener por amigo al que solo puede aplastar con la censura las alusiones que se le dirigen.

Tampoco sabemos si seremos indulgentes hasta con el ministerio. El gobierno de Julio es un recien nacido, solo cuenta treinta meses de vida, está en la cuna, por decirlo así, y le acometen rabietas infantiles. No merece que se gaste con él mucha cólera viril. Cuando crezca veremos.

Mirando la cuestion desde el punto de vista privado, la confiscacion de la obra de que se trata inspira quizás más lástima al autor de este drama que á cual-

quier otro. En efecto, hace catorce años que escribe, y casi todas sus obras han merecido el malhadado honor de escogerse para campo de batalla en cuanto aparecen en la escena. No ha escrito obra que no haya desaparecido más ó menos pronto, moviendo ruido y haciendo polvo y humo. Por lo tanto, cuando dá una obra al teatro, lo que le importa, viendo que no debe esperar que el auditorio se entere el dia del estreno, es que obtenga una série de representaciodes. Si el primer dia ahoga su voz el tumulto y no puede comprender el público el pensamiento del drama, los dias siguientes puede rectificar la impresion del primer dia. *Hernani* consiguió cincuenta y tres representaciones, *Marion de Lorme* sesenta y una, pero EL REY SE DIVIERTE, gracias al atropello oficial, solo se representó una vez. El perjuicio ocasionado al autor es considerable, porque nadie es ya capaz de ofrecerle, intacta y bajo el punto de vista en que estaba colocada, esta tercera experiencia dramática, tan importante para él.

Es curioso el momento de transicion política en que nos encontramos; es uno de esos instantes de fatiga general, en los que los actos más despóticos son posibles en esta sociedad, tan penetrada de ideas de emancipacion y de libertad. Francia corrió mucho y de prisa en 1830, haciendo tres buenas jornadas, tres grandes etapas en el camino de la civilizacion y del progreso. Ahora hay ya muchos fatigados y que, faltos de aliento, piden que se haga alto, pretendiendo detener á los espíritus generosos que no se cansan y que se empeñan en seguir adelante. Quieren esperar á los rezagados que se quedaron atrás y darles tiempo para que les alcancen. De esto nace un temor singular á todo lo que anda, á todo lo que se menea, á todo lo que habla, á todo lo que piensa. Es situacion extraña, fácil de comprender, pero difícil de definir.

En nuestra opinion el gobierno abusa de la predisposicion al reposo y del miedo á nuevas revoluciones; nos tiraniza en pequeña escala, y se equivoca para él y para nosotros. Si cree que ahora son indiferentes para los espíritus las ideas de libertad, se engaña; lo que tienen es cansancio, y llegará un dia en que se le pida estrecha cuenta de los actos ilegales que acumula contra nosotros de algun tiempo á esta parte. Hace dos años podia temer que se turbase el órden, pero hoy debe temer coartar la libertad. Verdaderamente causa profundo dolor ver cómo termina la Revolucion de Julio: *Mulier formosa suyerne.*

Considerando la poca importancia que tienen el autor y la obra, la medida ministerial de que se trata no debia tener gran importancia. Solo fué un desdichado golpe de Estado literario, que no tiene otro mérito que el de no desemparejar la coleccion de actos arbitrarios que le han precedido; pero si elevamos la cuestion, comprenderemos que aquí no se trata solo de un drama y de un poeta, sino de la libertad y de la propiedad, y las dos están muy interesadas en esta cuestion. Se ventilan, pues, en ella altos y sérios intereses, y aunque el autor se vea obligado á entablar este importante litigio por un sencillo proceso comercial contra el *Teatro Francés*, no pudiendo atacar directamente al ministerio, que se ha parapetado detrás del *no há lugar* del Consejo de Estado, espera que su causa aparecerá á los ojos de todo el mundo como una gran causa, el dia en que la presente en la barra del tribunal consular, llevando la libertad en su mano derecha y la propiedad en su mano izquierda. El autor personalmente abogará por la independencia de su arte, y defenderá con energía su derecho, sin ódio á nadie, pero tambien sin temor. Cuenta con el apoyo de todos, con el auxilio franco de la prensa, con la justicia de la opinion y con la equidad de los tribunales. No duda que triunfará y que se levantará el estado de sitio en la ciudad literaria lo mismo que en la ciudad política.

Cuando el autor reivindique intacta, inviolable y sagrada su libertad de poeta y de ciudadano, volverá pacíficamente á consagrarse al trabajo de toda su vida, del que se le arranca con violencia, y del que no hubiera querido separarse ni un instante. Desde luego tiene que representar su papel político, que, aunque no lo buscó, se vé obligado á aceptar. En realidad el poder que nos atropella no ganará mucho con que nosotros, hombres de arte, abandonemos nuestro trabajo tranquilo y solitario y vayamos á confundirnos, indignados, ofendidos y severos, con el público irreverente y burlon, que hace quince años vé pasar entre silbidos á pobres diablos políticos, que creen haber edificado un edificio social porque todos los dias van y vienen, sudando y jadeantes, á llevar y traer multitud de proyectos de ley desde las Tullerías al palacio de Borbon y desde el palacio de Borbon al Luxemburgo.

30 de Noviembre de 1832.

EL REY SE DIVIERTE.

PERSONAJES

El rey Francisco I.
Triboulet.
Blanca.
M. de Saint-Vallier.
Saltabadil.
Magdalena.
Clemente Marot.
M. de Pieune.
M. de Gordes.
M. de Pardaillau.
M. de Brion.
M. de Montchenu.
M. de Montmorency.
M. de Cossé.
M. de La Tour-Landry.
Madame de Cossé.
Madame Berarda.
Un gentil-hombre de la reina.
Un paje del rey.
Un médico.
Señores, pajes, gente del pueblo.

ACTO PRIMERO

M. de Saint-Vallier.

Fiesta nocturna en el Louvre.—Sala magnífica y muy alumbrada, que ocupan muchos caballeros y damas en traje de baile. —Sirvientes traen y llevan platos de oro y vajilla de esmalte. — Grupos de damas y caballeros.—La fiesta toca á su fin.— El alba blanquea ya las vidrieras.—La arquitectura, los muebles y los trajes son del gusto del Renacimiento.

ESCENA PRIMERA.

El Rey, vestido como lo retrató el Ticiano, y M. de La Tour-Landry.

El rey. Me propongo seguir hasta el fin esta aventura, conde; indudablemente es mujer de oscuro linaje, de la clase media, pero encantadora.

La Tour. ¿Y la encontrais en la iglesia?

Rey. En San German, donde voy todos los domingos.

La Tour. ¡Pues la estais encontrando ya dos meses!

Rey. Sí.

La Tour. Y dónde vive?

Rey. En el callejon de Bussy.

La Tour. Cerca del palacio de Cossé?

Rey. Sí, cerca de sus altas paredes.

La Tour. Y la perseguís, señor?

Rey. La persigo inútilmente, porque siempre vá con ella una vieja adusta que la vigila.

La Tour. De veras?

Rey. Lo curioso es que por la noche entra en la casa un hombre misterioso, embozado en la capa.

La Tour. Pues haced vos lo mismo.

Rey. No es eso muy fácil.

La Tour. Cuando vuestra majestad sigue á la dama, ¿notais en algo que os corresponda?

Rey. Por ciertas miradas comprendo que no le inspiro ódio.

La Tour. Sabe que la ama el rey?

Rey. No, porque yo la sigo disfrazado.

La Tour. Entonces...

Entran Triboulet y muchos señores.

Rey. (A La Tour.) Vienen, mucho silencio. En amor hay que saber callar para conseguir. (A Triboulet, que ha oido estas últimas palabras.) No es verdad?

Triboulet. El misterio es la única envoltura donde las intrigas amorosas están seguras.

ESCENA II.

El Rey, Triboulet, M. de Gordes y muchos caballeros. El Rey contempla un grupo de damas que pasan.

La Tour. Es divina la señora Vendome.

GORDES. No lo son menos la de Alba y la de Montchevreuil.

REY. Pero la de Cossé las aventaja á todas.

GORD. Bajad la voz señor, que su esposo lo está oyendo.

Indicándole á M. COSSÉ, que pasa por el fondo.

REY. Nada me importa.

GORD. Irá á decírselo á Diana.

REY. Que vaya!

Vá al fondo á hablar con otras damas que pasan.

TRIB. (A GORDES.) Acabará por enojar á Diana de Poitiers, á la que no vé hace ocho dias.

GORD. ¿Si querrá remitírsela á su marido?

TRIB. Creo que no.

GORD. Ha pagado el perdon de su padre y en paz.

TRIB. A propósito de Saint-Vallier: ¿qué capricho tuvo ese viejo estrafalario de casar su hija Diana, que es hermosa y angelical, con un senescal jorobado?

GORD. Porque su padre es un viejo loco. Me encontraba yo al pié del cadalso en el momento mismo en que el rey le perdonó, y le oí decir estas palabras: "Dios guarde al rey!„ Pero ahora está loco de remate.

REY. (A MAD. DE COSSÉ.) ¿Sois tan cruel que vais á partir?

MAD. COSSÉ. (Suspirando.) Voy á Soissons, donde me lleva mi esposo.

REY. ¿No es lástima que cuando vuestros hermosos ojos inflaman los corazones de los grandes señores de Paris, cuando deslumbrais en la corte con el resplandor de vuestra hermosura, os vayais como astro humilde á brillar en un cielo de provincia, despreciando señores y príncipes?

MAD. COSSÉ. Calmaos.

REY. Es original capricho apagar la luz en medio del baile. (Entra M. COSSÉ.)

MAD. COSSÉ. Aquí viene mi celoso.

(Se aparta del REY.)

REY. El diablo se lo lleve! (A TRIBOULET.) (No por eso he dejado de echar muchas flores á su mujer.) ¿Te ha enseñado Marot los últimos versos que he compuesto?

TRIB. No leo nunca vuestros versos: los versos de los reyes siempre son malos.

REY. Eres muy chusco!

TRIB. Dejad que escriba versos la plebe... Vos cortejad á las mujeres hermosas y Marot que las dedique coplas.

REY. Si no estuviera viendo ahora á Mad. de Coislin, mandaba que te dieran azotes.

Corre hácia la COISLIN, á la que dirige algunas galanterías.

TRIB. (Todas le gustan!)

GORD. Mira en aquella puerta á la Cossé. Apuesto cualquier cosa á que vá dejar caer un guante para que el rey lo recoja.

TRIB. Observemos.

MAD. DE COSSÉ, que vé con despecho que el REY habla con la COISLIN, deja caer el ramo que lleva en la mano; el REY lo recoge y entabla con la dama un diálogo al parecer tierno.

GORD. No te lo dije?

TRIB. Sí, sí; la mujer es un diablo perfeccionado.

El REY besa la mano á la dama; mientras habla, entra su esposo por la puerta del fondo. M. DE COSSÉ se detiene mirando el grupo que forman su esposa y el Rey.

GORD. El marido!

MAD. COSSÉ. (Separémonos.)

TRIB. ¿Qué vendrá á hacer aquí ese barrigudo?

COSSÉ. (Qué se estarian diciendo?)

LA TOUR. (A COSSÉ.) ¿Sabeis que vuestra esposa es bellísima?

GORD. (A COSSÉ.) ¿En qué estais pensando? Por qué mirais de reojo?

TRIB. ¿Por qué estais tan cariacontecido? (Suelta éste una carcajada y dá las espaldas al desdichado marido, que se vá furioso.)

REY. A mi lado, Hércules y el mismo Júpiter Olímpico son fátuos ridículos. Estoy entre mujeres bellísimas y soy dichoso. Y tú? (A TRIBOULET.)

TRIB. Yo? Yo estoy entre bastidores y me rio de la funcion; vos gozais y yo critico. Vos sois dichoso como rey y yo como jorobado.

REY. (Mirando á M. de COSSÉ, que acaba de entrar.) Solo ese agua la fiesta. Qué te parece?

TRIB. Un mentecato.

REY. Excepto ese celoso, todo lo demás me gusta, Triboulet; soy muy dichoso y es cosa excelente vivir.

TRIB. Ya lo creo, señor; estais ébrio!

REY. Allá á lo lejos descubro los hermosos ojos y los bellísimos brazos...

TRIB. De la señora de Cossé?

REY. Sí; ven, me guardarás las espaldas.

ESCENA III.

GORDES, PARDAILLAU, PAJE, VIC, CLEMENTE, MAROT, AYUDA DE CÁMARA DEL REY. Despues PIEUNE. De vez en cuando COSSÉ se pasea sério y pensativo.

MAROT. Qué se dice por ahí?

GORD. Nada... que la fiesta es magnífica y que el rey se divierte.

MAROT. Pues que el rey se divierte es una gran noticia.

COSSÉ. Gran desgracia, digo yo, porque es peligroso que el rey se divierta. (Pasa adelante.)

GORD. Ese pobre gordinflon lleva la muerte en el alma.

MAROT. Parece que el rey acosa mucho á su mujer.

Entra M. DE PIEUNE.

GORD. Aquí está nuestro duque.

PIEUNE. (Con misterio.) Noticia, amigos mios. Oid una cosa capaz de marear á cualquiera; oid una noticia risible, admirable, inverosímil...

GORD. Qué noticia?

PIEU. Silencio! ¡Venid aquí, Marot!

MAR. Qué hay, señor?

PIEU. Que no creia que érais necio!

MAR. Por qué lo decís?

PIEU. He leido en vuestra composicion sobre el sitio de Pesquiere que decís á Triboulet: "Loco de cabeza desmochada, tan necio á los treinta años como el dia en que nació.„ Repito que sois un necio.

MAR. Que me maldiga Cupido si os comprendo.

PIEU. Pues que os maldiga. Amigos mios, adivinad si podeis el caso extraordinario que le ocurre á Triboulet.

PARDAILLAU. Se le ha caido la joroba?

COSSÉ. ¿Le han nombrado condestable?

MAR. ¿Le han servido asado en la mesa?

PIEU. Algo más gracioso que todo eso. Si es increible! Tiene...

GORD. Un desafío con Gargantúa?

PIEU. No.

PARD. Un mono más feo que él?

PIEU. No.

MAR. El bolsillo lleno de escudos?

PIEU. Apuesto ciento contra diez á que no lo adivinais. Triboulet el bufon tiene algo exorbitante, que es...

MAROT. Una joroba.

PIEU. No, una querida.

Todos se echan á reir.

MAROT. Qué chistoso está el duque!

PARD. Es una noticia muy graciosa!

PIEU. Señores, os juro que os he de enseñar la casa de la dama. Todas las noches vá allí, embozado en la capa, con aspecto sombrío y altivo, como un poeta en ayunas. Al rondar yo cerca del palacio de Cossé he descubierto este secreto y os suplico que lo guardeis.

MAROT. ¡Triboulet transformado por la noche en Cupido!

PARD. Triboulet tiene una mujer! (Riendo.)

Todos se rien.

¿Sabeis decirme por qué el rey sale todos los dias al oscurecer y solo en busca de aventuras?

PIEU. Vic nos dirá eso.

VIC. Lo único que puedo afirmar es que el rey se divierte.

COSSÉ. No hableis de eso!

VIC. Pero no sé á qué parte el viento empuja sus caprichos, ni si sale de noche disfrazado, ni si entra ó no por alguna ventana; no estando casado, amigos mios, eso no me importa.

COSSÉ. (Moviendo la cabeza.) Los veteranos en la corte, señores, saben que el rey toma en casa agena cuanto le place. Debe guardarse de él el que tenga hermana, esposa ó hija. El poderoso que está de buen humor no piensa más que en perjudicar, y hay motivos para temerle; la boca que rie enseña los dientes.

VIC. (Bajo á los otros.) ¡Qué miedo tiene al rey!

PARD. No le tiene tanto su mujer.

MAROT. Por eso se espanta el marido.

GORDES. No teneis razon, Cossé. Es conveniente que el rey se mantenga alegre, contento, y que sea pródigo.

PIEU. Soy de tu opinion, conde. El rey que se fastidia es como una doncella vestida de negro ó como un verano lluvioso.

PARD. O como un amor sin querellas.

MAROT. El rey viene hácia aquí con Cupido Triboulet.

Entran el REY y TRIBOULET. Los cortesanos se apartan respetuosamente.

ESCENA IV.

Dichos, el REY y TRIBOULET.

TRIB. (Continuando una conversacion.) Es una rara monstruosidad que haya sábios en la corte.

REY. Eso puedes decírselo á mi hermana la reina de Navarra, que quiere rodearme de sábios.

TRIB. Debo deciros, señor, que he bebido menos que vuestra majestad; por lo que para juzgar con acierto de las causas y de los resultados de todo, os llevo una ventaja, ó por mejor decir dos: no estar alegre y no ser rey. Antes que

sábios, señor, traed aquí la peste y la fiebre amarilla.

REY. Poco me halaga ese consejo.

TRIB. Porque vuestra hermana os aconseja mal al deciros que traigais sábios; no os hace falta más que lo que teneis; placeres, poder, conquistas y mujeres aéreas que perfumen vuestras fiestas.

REY. Mi hermana Margarita me dijo una noche en voz baja que las mujeres no me satisfacerán siempre, y que cuando me hastíe de ellas...

TRIB. ¡Es una absurda medicina recetar sábios al que se hastía! Ya sabeis que la reina Margarita está siempre por los remedios radicales.

REY. Pues bien, no traeré sábios; traeré cinco ó seis poetas...

TRIB. Señor, si yo fuera lo que sois vos, tendria más miedo á un poeta que teme Belcebú á un hisopo rociado con agua bendita.

REY. Cinco ó seis nada más.

TRIB. Cinco ó seis es tener una academia. Nos basta con Marot para envenenarnos á todos.

MAROT. Muchas gracias.

TRIB. Las mujeres, señor, son lo único bueno que hay en el cielo y en la tierra; y ya que poseeis las que se os antojan, no volvais á acordaros de los sábios.

REY. No creas que esa idea me roba el sueño.

Se rie el grupo de los cortesanos que está en el fondo.

Creo que aquellos galanes se rien de tí.

TRIB. Creo que se rien de otro loco.

Se acerca á ellos el bufon y luego vuelve hácia el REY.

REY. De quién se rien?

TRIB. Del rey.

REY. Y qué dicen?

TRIB. Que sois un avaro, y que los favores y el dinero van á parar á Navarra; que no haceis nada por ellos.

REY. Veo que están allí Montchenu, Brion y Montmorency.

TRIB. Pues esos son los que murmuran.

REY. Son insaciables: al uno le nombré lamirante, al otro condestable y á Montchenu mayordomo de palacio. ¡Todavía no están contentos!...

TRIB. Todavía con justicia podríais proporcionarles algo.

REY. Qué?

TRIB. La horca.

PIEU. (A los tres aludidos.) ¿Habeis oido lo que dice Triboulet?

BRION. Sí.

MONTM. Me la pagará.

MONT. Es un miserable.

TRIB. Señor, debeis encontrar en el alma un vacío, que debe causarlo no tener á vuestro alrededor una mujer cuyas miradas os digan que no, pero cuyo corazon os diga que sí.

REY. Qué sabes tú de eso!

TRIB. Que nos amen corazones deslumbrados, no es ser verdaderamente amados.

REY. ¿Qué sabes tú si hay ó no hay mujer que me ame por mí mismo?

TRIB. Sin conoceros?

REY. Sin conocerme. (No comprometeré á mi beldad del callejon de Bussy.)

TRIB. Es villana?

REY. Por qué no?

TRIB. Desconfiad de las villanas y no os arriesgueis á amarlas. Los hombres de esta clase suelen ser feroces romanos, que en cuanto se pone la mano en su tesoro, nos dejan en la mano las señales; los locos y los reyes debemos concretarnos á las esposas y á las hermanas de los cortesanos.

REY. Me daria por satisfecho con conseguir el cariño de la señora de Cossé.

TRIB. Tomáosle.

REY. Eso es fácil de decir y difícil de lograr.

TRIB. Robémosla esta misma noche.

REY. Y el conde?

TRIB. Le encerraremos en la Bastilla.

REY. Oh, no!

TRIB. Pues para que no se queje, ascendedle á duque.

REY. Es celoso como un plebeyo y rechazaria el título.

TRIB. Es un hombre que nos incomoda mucho, porque no se puede pagarle ni desterrarle.

M. DE COSSÉ, que se ha acercado por detrás, escucha la conversacion. TRIBOULET se dá una palmada en la frente y dice con alegría:

Hay un medio sencillo, cómodo y fácil que no sé cómo no se me ha ocurrido antes. Cortarle la cabeza.

M. DE COSSÉ retrocede asustado.

Finjamos que está metido en una conspiracion con España ó con Roma.

COSSÉ. Jorobado de Satanás!

REY. (Riendo, halagando á COSSÉ.) Por mi fé de caballero, qué has dicho? ¿Cortarle la cabeza?

COSSÉ. Cortarme la cabeza!

TRIB. Y qué?

REY. (Bajo.) No le desesperes.

TRIB. Qué diablos! ¿para qué sirve

ser rey, si no se puede satisfacer el menor capricho?

COSSÉ. (Estoy consternado.) Yo te castigaré, tunante.

TRIB. No os temo. Me rodean poderosos, á los que hago la guerra, y la hago impunemente, porque todo lo que puedo arriesgar es una cabeza de loco. Lo único que temo es que la joroba me entre en el cuerpo, ó que me caiga en la barriga, como á vos, porque me afearia mucho.

COSSÉ. (Echando mano de la espada.) Miserable!

REY. Deteneos, conde. Ven, bufon.

GORD. El rey se desternilla de risa.

PARD. Poco necesita para eso.

MAROT. Es muy curioso un rey que se divierte.

En cuanto se alejan el REY y el bufon, se acercan los cortesanos al proscenio y persiguen á TRIBOULET con miradas de ódio.

BRION. Venguémonos del bufon.

TODOS. Sí, sí.

MAROT. Está acorazado y no sé por dónde le podamos herir.

PIEU. Yo os lo diré. Todos tenemos con él algun resentimiento y todos nos vengaremos. Esta tarde al anochecer acudid armados al callejon de Bussy, junto al palacio de Cossé... y no hablemos ya más de él.

MAROT. Ya comprendo.

PIEU. Estamos de acuerdo?

TODOS. Sí.

PIEU. Vienen, silencio!

Vuelven TRIBOULET y el REY rodeado de damas.

TRIB. (¿A quién jugaré una mala pasada? ¿Al rey?)

Entra un ujier.

UJIER. (Bajo á TRIBOULET.) Un anciano vestido de negro, que dice que se llama Saint-Vallier, desea ver al rey.

TRIB. Pardiez! déjale entrar. Que entre, que dará aquí un buen escándalo.

Ruido y tumulto en la puerta principal del fondo.

UNA VOZ. (Dentro.) ¡Quiero hablar al rey!

REY. Quién se atreve á tanto?

VOZ. Quiero hablar al rey!

Un anciano vestido de luto se abre paso y se presenta delante del REY; los cortesanos, sorprendidos, se apartan.

ESCENA V.

Dichos y SAINT-VALLIER.

VALLIER. Vengo á hablaros. (Al REY.)

REY. Caballero de Saint-Vallier!

VALL. Efectivamente, ese soy yo.

El REY, colérico, dá un paso hácia él: el bufon le detiene.

TRIB. Permitidme, señor, que yo le eche un discurso. (Tomando una actitud dramática.) Monseñor, habeis conspirado contra Nos, y Nos, como rey bondadoso y clemente, os hemos perdonado. ¿Por qué deseais ahora tener nietos, hijos de vuestro yerno, que está mal conformado, que es tuerto, velludo, descolorido, y que tiene tanta barriga como M. Cossé y tanta joroba como yo? El que vea á su lado á vuestra hija, de seguro se burlará de él. Si el rey no interviniera en este asunto, seríais tan desgraciado, que tendríais nietos deformes, ridículos, barrigudos como este caballero y jorobados como yo.

El señor COSSÉ está sumamente indignado; los cortesanos aplauden al bufon y rien á carcajadas.

VALL. (Sin mirar al bufon.) ¡Eso es un insulto más!—Escuchadme, señor, como debeis, ya que sois rey.—Un dia me hicísteis conducir descalzo á la plaza de la Grève, y al ir á subir á la horca me enviásteis el perdon: os bendije entonces, ignorando lo que en su fondo ocultaba vuestro perdon, ignorando que en él escondíais mi deshonra. Sin respetar á una raza antiquísima, á la raza de los Poitiers, noble desde hace mil años, mientras yo regresaba de la Grève, rogando á Dios que os concediera muchos años de vida, vos, Francisco de Valois, sin temor, sin piedad y sin pudor, deshonrásteis y envilecísteis á Diana de Poitiers, condesa de Brezé. Mi casta Diana, mientras yo esperaba la muerte, corria al Louvre á comprar mi perdon; y el rey, consagrado caballero por Bayardo, puso precio á su honor, y el tablado horrible que levantó el verdugo aquella mañana, tenia que servir de patíbulo al padre ó de lecho á la hija. ¡Oh, Dios, que nos juzgais! ¿Qué os pareció desde el cielo, ver revolcarse, ensangrentada y súcia, la lujuria real disfrazada de clemencia?... Mal obrásteis, señor: en buen hora que me hubiérais sacrificado; sabiendo que yo pertenecia al bando del condestable, merecia castigo y me resignaba á sufrirlo; pero sacrificar á una jóven inocente y tímida, es una hazaña impía que ha de castigar el cielo. El padre os pertenecia, pero la hija no. ¿Soy acaso ingrato porque no me resigno á aceptar vuestro perdon? Si en vez de abusar de Diana hubiérais entrado en mi calabozo á proponérmelo, os hubiera contestado: "Matadme, pero respetad á mi hija y respetad mi honor. Prefiero la muerte á la afrenta; aunque tambien es decapitar á un cristiano, á un conde y á un caballero, arrebatarle el honor.„ Esto os hu-

hubiera contestado. Entonces, aquella misma noche, en la iglesia, sobre mi ensangrentado féretro, mi honrada hija Diana hubiera podido orar por un padre honrado. No vengo á pediros á mi hija; el que no tiene honor no tiene ya familia. Que os ame ó no con amor insensato, nada me importa ya; despues de que la habeis hecho perder la vergüenza, retenedla en vuestro poder. Pero me propongo venir á turbar todos vuestros festejos; y hasta que un padre, un hermano ó un marido me vengue de vos, lo que tarde ó temprano sucederá, me vereis penetrar en todos vuestros banquetes y deciros siempre: "Habeis obrado mal.„ Y me tendreis que escuchar avergonzado hasta que yo termine. Para obligarme á callar, pensareis en entregarme al verdugo; pero no os atrevereis: tendreis miedo de que venga á hablaros mi espectro con la cabeza en la mano.

REY. (Sofocado de cólera.) ¡Es inverosímil tanta audacia y tanto delirio! (A PIEUNE.) Duque, prended á ese lenguaraz.

El duque hace una seña y dos alabarderos se colocan á uno y otro lado de SAINT-VALLIER.

VALL. (Levantando los brazos.) Malditos seais los dos. (AL REY.) Haceis mal en soltar un perro contra el leon moribundo. (A TRIBOULET.) Y tú, bufon viperino, que has escarnecido el dolor de un padre, ¡maldito, maldito seas!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Saltabadil.

El rincon más desierto del callejon sin salida de Bussy.—A la derecha una casita de reservada apariencia, con un pequeño patio, rodeado de pared, que ocupa una parte del teatro.—En el patio hay algunos árboles y un banco de piedra. En la pared una puerta que dá á la calle, y encima de la pared una galería con arcadas del estilo del Renacimiento.—La puerta del primer piso de la casa dá á la terraza, que se comunica con el patio por medio de una escalera.—A la izquierda del teatro se ven las altas tapias del jardin del palacio de Cossé.—En el fondo casas lejanas y el campanario de San Severo.

ESCENA PRIMERA.

TRIBOULET y SALTABADIL.—A su tiempo PIEUNE y GORDES por el foro.

TRIBOULET, embozado, aparece en la calle y se dirige hácia la puerta de la pared de la casa. SALTABADIL, vestido de negro y embozado tambien, y con espada cuya punta asoma por debajo de la capa, vá siguiéndole los pasos.

TRIB. ¡Cómo me maldijo aquel anciano!

SALT. (Acercándosele.) Caballero!...

TRIB. Ah! (Registrándose los bolsillos.) No llevo dinero.

SALT. Qué diablo! Tampoco os lo pido.

TRIB. Entonces, alejaos de aquí.

Salen PIEUNE y GORDES, que se quedan en el foro observando.

SALT. Me habeis juzgado mal; soy hombre de armas.

TRIB. (Será algun ladron?)

SALT. No temais nada. Veo que rondais por aquí todas las noches, y presumo que vigilais á alguna mujer.

TRIB. No acostumbro á revelar á nadie mis secretos.

Quiere marcharse y SALTABADIL le retiene.

SALT. Por vuestro propio interés me inmiscuyo yo en los vuestros. Si me conociérais me trataríais mejor.

Acercándosele más.

¿Ha puesto acaso algun fátuo los ojos en vuestra mujer? Estais celoso?

TRIB. Acabemos. ¿Qué es lo que quereis?

SALT. Si me dais una buena propina hago desaparecer á vuestro rival.

TRIB. Ah! Bien, muy bien.

SALT. Ya veis que soy hombre honrado.

TRIB. Pardiez!

SALT. Y que os sigo con buenas intenciones.

TRIB. En efecto, sois un hombre útil.

SALT. Soy el guardian del honor de las damas de la ciudad.

TRIB. ¿Y cuánto cobrais por matar á un rival?

SALT. Segun sea éste y segun la habilidad que se necesite.

TRIB. Por despachar á un gran señor.

SALT. Los grandes señores van muy bien armados; por consiguiente, hay que dar y recibir. Un gran señor es caro.

TRIB. Caro! ¿Que acaso los villanos se dejan matar?

SALT. Pero matar á un gran señor es cosa de lujo, y por regla general solo se lo permiten los hombres bien nacidos. Hay quien, gastando una buena cantidad, quiere echársela de caballero y se vale de mí, dándome la mitad antes y despues la otra mitad.

TRIB. Como os exponeis á ir á la horca...

SALT. No... porque pagamos nuestros derechos á la policía.

TRIB. A tanto por hombre?

SALT. Pues... A menos que... no mate uno al mismo rey.

TRIB. Y cómo te lo arreglas?

SALT. Mato en la ciudad ó en mi casa, segun me exigen.

TRIB. Eres muy considerado.

SALT. Para trabajar fuera de casa tengo un estoque agudo y muy bien templado, me escondo, acecho á la víctima y...

TRIB. Y dentro de casa?

SALT. Tengo allí á mi hermana Magdalena, que es una moza tan gentil como fuerte y atrevida, que baila en las calles y en las plazas, y que atrae el galan á casa y...

TRIB. Ya comprendo.

SALT. Pero esto se hace sin ruido, decentemente. Hacedme el encargo y os juro que quedareis contento. No soy hombre de puñal, como los bandidos, que se juntan ocho ó diez para no hacer nada. Ved el instrumento que yo gasto.

Saca una espada desmesuradamente larga.

TRIB. (Retrocediendo.) Por ahora no la necesito; mil gracias.

SALT. (Envainando la espada.) Pues cuando me necesiteis me encontrareis siempre á medio dia paseándome por la fonda del Maine. Me llamo Saltabadil.

TRIB. Sois gitano?

SALT. Y borgoñon.

GORD. (Tomando nota.) Es un hombre que no tiene precio y apunto su nombre.

SALT. No por eso penseis mal de mí.

TRIB. No! Qué diablo! Es preciso tener algun oficio.

SALT. O ser un mendigo, un holgazan ó un miserable. Tengo cuatro hijos.

TRIB. Que debeis educar... Ea, adios. (Despidiéndole.)

PIEU. (A GORDES.) (Aun hay bastante luz y temo que Triboulet nos vea. (Se van GORDES y PIEUNE.)

TRIB. Buenas tardes.

SALT. Estoy siempre á vuestras órdenes. (Váse.)

TRIB. Nos parecemos los dos; yo tengo la lengua acerada y él la espada puntiaguda. Yo soy el hombre que rie y él es el hombre que mata.

ESCENA II.

TRIBOULET solo.

El bufon abre cautelosamente la puerta que dá al patio, despues quita la llave y la vuelve á cerrar por dentro, dando algunos pasos por el patio, preocupado é inquieto.

Cómo me maldijo el anciano!... ¡Mientras me maldecia me estuve burlando, pero interiormente me espantó su maldicion. (Se sienta en el banco, junto á la mesa de piedra.) La naturaleza y los hombres me han hecho perverso, cruel y cobarde. Me pone rabioso ser bufon y ser deforme, y este pensamiento nunca me abandona, ni cuando velo ni cuando duermo. ¡Ser el bufon de la córte, y sin querer y sin ganas tener la obligacion de hacer reir! Esto es un exceso de oprobio y de miseria. Ni siquiera tengo el derecho de que pueden usar los soldados reunidos alrededor de su bandera; ni el derecho que tiene el mendigo español, y el esclavo de Túnez, y el forzado en la galera, y todo hombre que respira: el derecho de llorar cuando quiere; cuando, triste y despechado y con el disgusto que me causa mi deformidad, adusto y solitario, quiero recogerme para llorar mi desgracia, se me aparece de improviso mi señor, mi señor omnipotente, mi señor dichoso, el hermoso rey de Francia, que me dá un puntapié y me dice bostezando: "Bufon, hazme reir.„ Odio al rey y á los señores; les hago pagar caros sus desprecios y busco bien mis desquites. Soy el demonio familiar que aconseja, que tienta á su amo, y que en cuanto puede agarrar entre sus uñas un corazon lo destroza ó lo mata. Vosotros me hicísteis perverso y me vengo de vosotros. Pero no es vivir mezclar la hiel en el vino con que los otros se embriagan, pasar como génio maléfico en los festines, turbar la dicha de los que gozan, desear el mal ageno y guardar y esconder tras de la burlona sonrisa un ódio eterno que me envenena el corazon. (Levantándose del banco de piedra.) Pero al llegar aquí me olvido de todo: soy otro hombre al pasar esa puerta. Se me borra de la memoria el mundo de donde salgo. Aquí no debo traer nada de él. ¡Cómo me maldijo el anciano!... ¿Por qué me perseguirá con tal insistencia este pavoroso recuerdo? ¡Con tal de que no me suceda ninguna desgracia! Bah! Soy un necio.

Se acerca á la puerta de la casa y llama: abren y aparece una jóven vestida de blanco, que le abraza con alegría.

ESCENA III.

TRIBOULET, BLANCA y en seguida la SEÑORA BERARDA.

TRIB. Hija mia! Abrázame bien. A tu lado todo me sonríe. ¡Qué feliz soy contigo! Eres más hermosa cada dia. No careces de nada, es verdad? ¿Estás bien aquí?

BLANCA. Qué bueno sois, padre mio!

TRIB. Es porque tú eres para mí la vida y la felicidad; si tú no existieras, qué seria de mí?

BLAN. Estais suspirando! ¿Teneis pesares secretos? Confiádselos á vuestra hija. Ah! Aun no sé quién es mi familia.

TRIB. No tienes familia, hija mia.

BLAN. Ignoro hasta vuestro nombre.

TRIB. ¿Qué te importa cómo me llamo si te adoro?

BLAN. Los vecinos de la pequeña aldea donde me crié me creian huérfana antes de que viniéseis á recogerme.

TRIB. Lo más prudente hubiera sido que te hubieras quedado allí. Pero yo no podia vivir lejos de tu lado, y tenia necesidad de que un sér me amase. Mira, no salgas de casa.

BLAN. En los dos meses que hace que estoy en esta casa, apenas he ido ocho veces á la iglesia.

TRIB. Bien.

BLAN. Padre mio, habladme de mi madre.

TRIB. Por compasion no despiertes en mí tan amargo pensamiento, no me recuerdes que en otro tiempo encontré una mujer distinta de las otras mujeres, que tuvo lástima de mí al verme solo, aborrecido y despreciado, y me amó por mi miseria y por mi deformidad. Murió llevándose consigo á la tumba el secreto de un amor fiel, que pasó por la vida para mí como un relámpago. ¡Séale la tierra ligera! Desde entonces tú sola me quedas en el mundo.

BLAN. Padre mio, si llorais me partís el corazon.

TRIB. (Amargamente.) ¿Pues qué te sucederia si me vieras reir?

BLAN. Qué teneis, padre mio? Depositad en mi pecho todas vuestras penas.

TRIB. No... no. Soy tu padre y basta. Fuera de aquí, unos me temen, otros me desprecian, y hasta hay quien me maldice. ¿Qué conseguirias con saber mi nombre? Quiero al menos en este rincon del mundo, á tu lado, aquí donde habita la inocencia, ser solo para tí padre cariñoso y augusto.

BLAN. Padre mio!

TRIB. (Abrazándola.) Te amo tanto como ódio á todos los demás. Siéntate á mi lado y hablemos. ¿Quieres mucho á tu padre? Tú, mi querida Blanca, eres la única felicidad que el cielo me ha concedido: otros tienen padres, hermanos, amigos, esposas, vasallos, muchos hijos, ¿qué sé yo? Yo solo tengo á mi hija. Otros son ricos y tú eres mi riqueza. ¡Oh, si llegara á perderte... no podria soportarlo!... Mírame y sonríete: cuando te sonríes te pareces á tu madre, que tambien era muy hermosa.

BLAN. Quisiera poderos hacer feliz.

TRIB. Si soy muy feliz contigo! ¡Qué hermosos son tus cabellos negros! (Acariciándolos.) Cuando niña eras rubia. ¡Quién lo habia de decir!

BLAN. Una tarde, antes de oscurecer, quisiera salir un poco para ver Paris.

TRIB. (Con ímpetu.) Eso jamás! ¿Has salido alguna vez con Berarda?

BLAN. No, no.

TRIB. Cuidado!

BLAN. Solo he ido á la iglesia.

TRIB. (Si la vieran, la seguirian y quizás me la robaran. La hija de un bufon no inspira respeto, y causaria risa deshonrarla.) Te suplico, Blanca mia, que permanezcas viviendo encerrada aquí. Respirar el aire de Paris es malsano para las mujeres. ¡Si supieras cuántos libertinos hay en la ciudad, sobre todo entre los señores!

BLAN. No os hablaré más de salir. No lloreis por eso, padre mio.

TRIB. Esto me alivia. (Lloro porque reí mucho anoche... pero ya anochece y es tiempo de ir á ponerme el collar. (Levantándose.) Adios.

BLAN. Volvereis pronto?

TRIB. Sí... aunque yo no soy dueño de hacer lo que quiero. Berarda! (Llamando.)

Aparece en la puerta de la casa una dueña vieja.

BER. Señor...

TRIB. ¿Habeis notado si cuando vengo me vé álguien entrar?

BER. Nadie, señor. ¡Si esto es un desierto!

Es casi de noche. En la calle, y á la otra parte de la tapia, aparece el REY disfrazado con traje oscuro y sencillo, y examina la altura de la pared y la puerta cerrada, dando muestras de impaciencia y de despecho.

TRIB. Adios, hija mia. (Abrazándola.) ¿Habeis cerrado bien la puerta que dá al terraplen? (A la dueña.)

BER. Sí, señor.

TRIB. A espaldas de San German me han dicho que hay otra casa más retirada que esta todavía. Mañana iré á verla.

BLAN. Padre mio, ésta me gusta por la terraza, desde la que se ven jardines.

TRIB. ¡Por Dios, no subas á la terraza! (Escuchando.) Parece que andan por fuera de la puerta.

Vá á la puerta del patio, la abre y mira á la calle con inquietud. El REY se ha ocultado en un hueco que hay cerca de la puerta, que deja entreabierta TRIBOULET.

BLAN. ¿No puedo salir por las tardes á respirar un rato en la terraza?

TRIB. Te podrian ver, y no pongais nunca luz en la ventana, Berarda.

El REY, á espaldas del bufon, por la puerta entreabierta se desliza en el patio y se esconde tras un árbol.

BER. ¿Y cómo quereis que entre aquí ningun hombre?

BERARDA se vuelve y apercibe al REY detrás de ella. Al momento que vá á gritar, el REY le tapa la boca y le pone en la mano una bolsa, que ella aprieta.

BLAN. ¿Para qué tomais tantas precauciones? Qué temeis, padre mio?

TRIB. Por mí nada, por tí todo. Adios, hija mia.

Un rayo de luz de la linterna que tiene la dueña en la mano alumbra al padre y á la hija.

REY. (Es Triboulet! ¡Y mi desconocida es su hija! Curiosa historia!)

TRIB. (Volviendo desde la puerta.) Decidme: ¿cuando vais á la iglesia os sigue alguno?

BLANCA inclina los ojos al suelo.

BER. Jesús! Nadie.

TRIB. Si os siguiera alguno pedid auxilio.

BER. Desde luego.

TRIB. Y si llaman á la puerta no abrais nunca.

BER. Aunque fuese el rey?

TRIB. Sobre todo si es el rey.

Abraza por última vez á su hija y sale, cerrando tras sí la puerta.

ESCENA IV.

BLANCA, BERARDA y el REY, escondido detrás del árbol.

BLAN. Tengo así como un remordimiento...

BER. De qué?

BLAN. ¡Como mi padre de todo se alarma y se espanta!... Debia haberle dicho que los domingos cuando vamos á misa nos sigue un galan. Aquel gallardo mozo que tú sabes.

BER. Niña, esas cosas no se deben referir á los padres, y más cuando son, como el vuestro, huraños y raros. ¿Pero os es antipático ese mozo?

BLAN. Al contrario... desde que le ví estoy siempre pensando en él. Desde el dia que sus ojos hablaron á los mios, le tengo siempre presente y me parece que soy suya... Ilusiones infantiles! Me parece que es más alto que los demás hombres, y muy altivo y muy arrogante.

BER. Realmente es un buen mozo.

Pasa cerca del REY, que le dá un puñado de monedas.

BLAN. El hombre debe ser así.

BER. Parece caballero y noble.

Tendiendo la mano al REY, que vuelve á darle dinero.

BLAN. A sus ojos se asoma un gran corazon.

BER. Verdaderamente que es así.

A cada palabra que dice tiende la mano al REY, que le sigue dando monedas.

BLAN. Debe ser valiente.

BER. Temerario.

BLAN. Tierno.

BER. Y generoso. (Alargando la mano.)

REY. (Como la vieja me admira al pormenor, me ha dejado exhausto.)

BER. Se conoce que es un gran señor.

BLAN. Pues yo, en vez de un noble ó un príncipe, quisiera que fuera un pobre estudiante... así me amaria más...

BER. Es posible! (¡Qué mal gusto tienen estas jóvenes! Pues que ya debe haberse quedado sin blanca, no le elogio más.)

BLAN. ¡Cuánto tardan en venir los domingos! Cuando no le veo estoy triste. El otro dia, al llegar la misa al Ofertorio, creí que me iba á hablar, y el corazon me saltaba de alegría en el pecho. Creo que mi amor tambien le absorbe, y estoy cierta de que lleva mi imágen grabada en el alma. Creo que para él no existen juegos ni diversiones... creo que no piensa más que en mí. Hay noches que sueño en él y que creo tenerlo aquí, delante de mis ojos...

Sale el REY de su escondite y se arrodilla á sus piés, mientras ella mira al otro lado.

Y que le digo: Estate contento, sé feliz... porque yo te a...

Se vuelve, vé al REY y se pára petrificada.

REY. Te amo! Acaba de decirlo. Nada temas. ¡Suenan tan bien esas palabras, pronunciadas por tus graciosos labios!

BLAN. (Asustada, buscando con la vista á la dueña que ha desaparecido.) Berarda! No está! ¡Oh Dios!

REY. (Siempre de rodillas.) Los amantes dichosos deben estar solos.

BLAN. (Temblando.) De dónde salís?

REY. Del infierno ó del cielo. Que yo sea Satanás ó Gabriel, nada debe importaros si os amo.

BLAN. ¡Oh Dios, tened compasion de mí! Creo que nadie os habrá visto entrar, pero salid, porque si mi padre...

REY. ¡Que salga de aquí cuando te tengo en mis brazos, cuando te pertenezco y me perteneces! Me has dicho que me amas.

BLAN. (Confundida.) (Lo ha oido!)

REY. ¿Qué armonía más divina hubiera podido oir?

BLAN. Pues ahora que habeis conseguido hablarme, os suplico que salgais de aquí.

REY. No debo salir, porque mi suerte está ligada á la tuya, porque vengo á despertar tu corazon de niña, y el cielo me ha elegido para que abra al amor tu alma virginal y tus ojos á la luz, porque el amor es el sol del alma. No hay en la tierra, donde todo es efímero, más que una cosa durable y divina, el amor. ¡Oh Blanca! Tu rendido amante te trae la felicidad que tímidamente esperabas. Oh, amémonos, vida mia!

Quiere abrazarla y ella le rechaza.

BLAN. Dejadme por Dios.

El REY la estrecha al fin en sus brazos y la besa.

BER. (Desde el fondo.) (Esto vá viento en popa.)

REY. Dime que me amas.

BER. (Truhan!)

BLAN. (Inclinando los ojos al suelo.) Ya lo habeis oido, ya lo sabeis.

REY. Soy dichoso!

BLAN. Estoy perdida!

REY. No; eres feliz conmigo.

BLAN. Sois un extraño para mí; decidme cómo os llamais.

BER. (Ya es tiempo de que lo sepa.)

BLAN. No sereis un gran señor; ¡mi padre les teme tanto!

REY. No lo soy; me llamo Gaucher Mahiet; soy un pobre estudiante.

BER. (Embustero!)

Entran en la calle PIEUNE y PARDAILLAU, embozados y con una linterna sorda en la mano.

PIEU. Aquí es.

BERARDA baja precipitadamente de la terraza y avisa á BLANCA.

BER. Hablan en la calle.

BLAN. (Espantada.) Quizá sea mi padre.

BER. Partid, caballero.

REY. ¡Si pudiera apoderarme del que así me estorba!

BLAN. (A BERARDA.) Hazle salir por la puerta que dá al muelle.

REY. Separarme de tí tan pronto! ¿Me amarás mañana?

BLAN. Y vos?

REY. Toda la vida.

BLAN. Me engañareis, porque engaño yo á mi padre.

REY. Nunca. Ahora, Blanca, un beso de despedida.

BER. (Es muy besucon.)

BLAN. No, no.

El REY la besa y sigue á la dueña; BLANCA los sigue con la vista. Entre tanto aparecen en la calle varios caballeros armados y con máscaras. Noche oscurísima. Los caballeros, que han ocultado la linterna sorda bajo las capas, se entienden por señas. Les sigue un criado llevando una escala.

ESCENA V.

LOS CABALLEROS, luego TRIBOULET y despues BLANCA.

BLANCA aparece en la puerta del primer piso, en la terraza; lleva en la mano una luz, que alumbra su rostro.

BLAN. Se llama Gaucher Mahiet el hombre que yo adoro.

PIEU. Señores, allí está.

PARD. Es verdad.

GORD. Será alguna beldad vulgar.

PIEU. Te gusta, conde?

MAROT. No es fea la villana.

GORD. Es una hada, un ángel, una diosa.

PARD. Pues es la manceba del hipócrita bufon.

GORD. Es un tunante.

MAROT. La más hermosa siempre le toca al más feo, porque Júpiter se complace en cruzar las razas.

BLANCA se retira por donde ha salido y se vé la luz al través de la ventana.

PIEU. Señores, no perdamos el tiempo. Resolvimos castigar á Triboulet, y con ese objeto hemos venido aquí provistos de una escala. Escalemos, pues, las paredes y robémosle á su compañera; llevémosla al Louvre, y que al levantarse mañana el rey se la encuentre en palacio.

COSSÉ. Si el rey interviene en esto...

MAROT. El diablo desenredará la trama.

PIEU. Pues ea, manos á la obra.

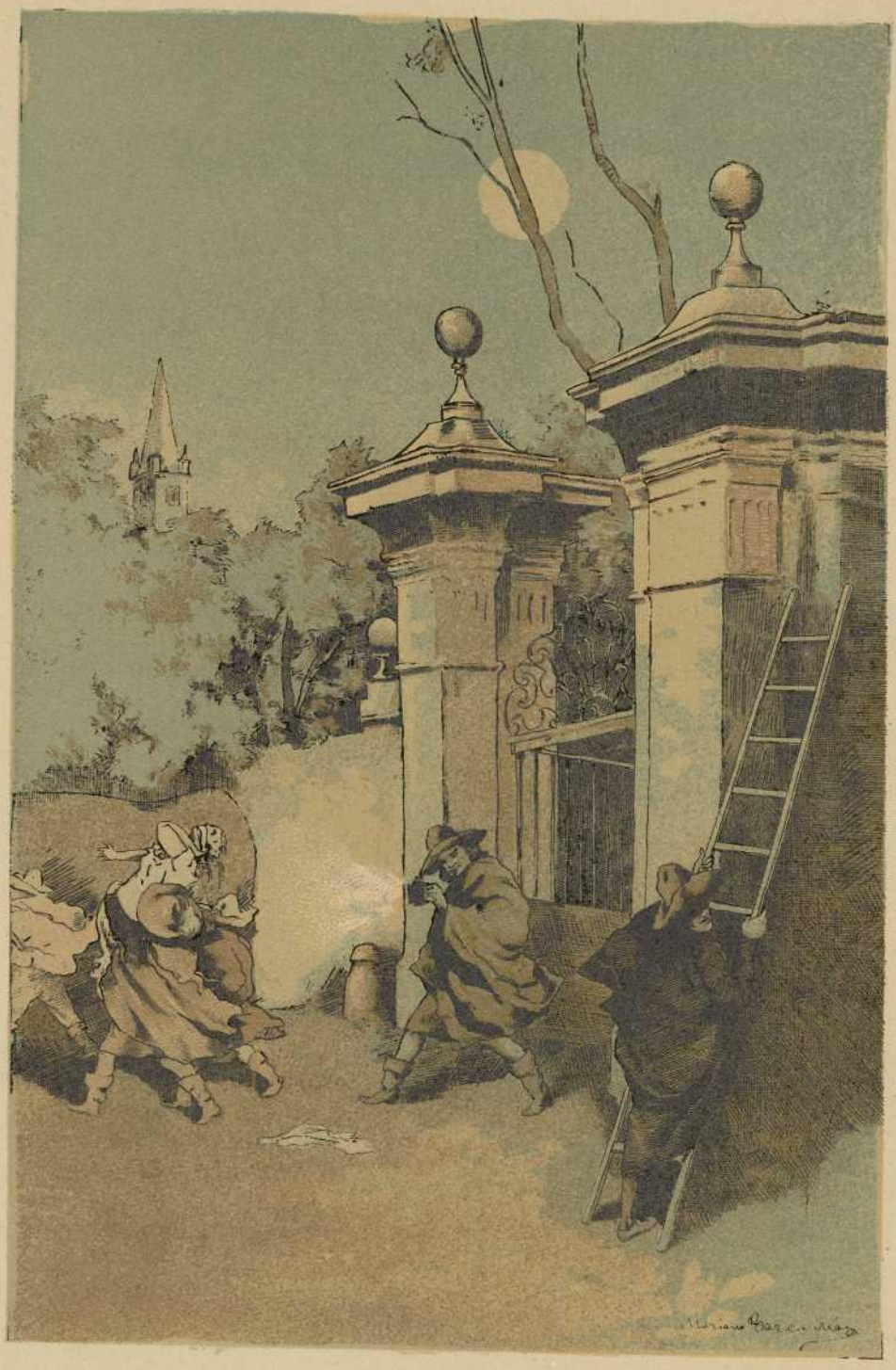
GORD. Verdaderamente esa mujer es bocado de rey.

Sale TRIBOULET.

TRIB. (Vuelvo... á qué? No sé por qué vuelvo.)

COSSÉ. (A los otros.) ¿Señores, decidme si os parece bien que el rey sople la dama á todo el mundo? Querria yo saber lo que diria si alguno le escamotease la reina.

TRIB. (No puedo olvidarme de la



¡PADRE! ¡PADRE MIO! ¡SOCORRO!

maldicion del anciano... ¡estoy perturbado!)

La oscuridad es tan densa que no vé á GORDES, con el que tropieza al pasar.

Quién es?

GORD. Es Triboulet, señores!

COSSÉ. Doble victoria; matemos al traidor.

PIEU. Eso no.

COSSÉ. Está en nuestro poder.

PIEU. Sí; pero ¿quién nos divertirá mañana?

GORD. Nos estorbará.

MAROT. Yo le hablaré y lo arreglaré todo.

TRIB. (Parece que hablan en voz baja.)

MAROT. (Acercándosele.) Triboulet?

TRIB. Quién es?

MAROT. No te asustes; soy yo.

TRIB. Quién eres tú?

MAROT. Marot.

TRIB. Como está tan oscuro!... ¿Qué ocurre?

MAROT. Venimos... no lo adivinas?

TRIB. No.

MAROT. Pues venimos á robar para el rey á la esposa del señor Cossé.

TRIB. (Respirando.) Ah! Magnífica idea!

COSSÉ. (¡Estoy por romperle la cabeza!)

TRIB. ¿Cómo os arreglareis para llegar hasta su aposento?

MAROT. (A COSSÉ.) (Dadme la llave de vuestra casa.)

COSSÉ se la entrega á MAROT y éste la trasmite á TRIBOULET. El bufon tienta la llave y reconoce en ella el cincelado blason del conde.

TRIB. Sí, esta es; tiene tres hojas de sierra, que constituye su blason. (Soy tan necio, que me habia imaginado otra cosa.) Pues si venís á robarla, ahí teneis el palacio de su marido.

MAROT. Con ese objeto venimos todos enmascarados.

TRIB. Pues dadme tambien una mascarilla.

MAROT le pone una máscara, añadiéndole una venda que le ata sobre los ojos y sobre las orejas.

Y ahora qué vamos á hacer?

MAROT. Ahora nos sostendrás la escala.

Los caballeros suben por la escala, fuerzan la puerta del primer piso que dá á la terraza y penetran en la casa. Poco despues uno de ellos aparece en el patio y abre la puerta; luego el grupo de los caballeros baja al patio y franquea dicha puerta, llevándose á BLANCA, desceñida y despeinada, que resiste todo lo que puede.

BLAN. Padre, padre mio! Socorro!...

LOS CABALLEROS. Victoria!

Desaparecen llevándose á BLANCA.

TRIB. (Que se ha quedado solo al pié de la escalera.) ¡Me están haciendo pasar aquí el purgatorio! Deben haber acabado ya.

Suelta la escala, se lleva la mano á la mascarilla y se encuentra con la venda.

¡Los tunantes me han vendado los ojos!

Se arranca la venda y la mascarilla. A la luz de la linterna sorda que han dejado olvidada en el suelo vé un objeto blanco, lo recoge y reconoce que es el velo de su hija. Se vuelve y vé que la escala está apoyada en la pared de su terraza y la puerta de su casa abierta. Entra en la casa como un loco, y reaparece un momento despues, arrastrando á la dueña amordazada y casi desnuda. La contempla con estupor, luego se mesa los cabellos lanzando gritos inarticulados, y al fin recobra la palabra y grita sordamente:

¡Ha caido sobre mí la maldicion del anciano!

Cae sin sentido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

El rey.

Antecámara del REY en el Louvre, decorada segun el gusto del Renacimiento.—En primer término una mesa, un sillon y una silla de tijera.—En el fondo una gran puerta dorada.—A la izquierda la puerta del dormitorio del REY.—A la derecha un aparador lleno de vajilla de oro y de esmalte.

ESCENA PRIMERA.

LOS CABALLEROS.

GORD. Vamos á preparar el desenlace de la aventura. Es preciso que Triboulet se atormente y se desespere, sin dejarle sospechar que hemos traido aquí á su adorada.

COSSÉ. Que la busque es muy natural... pero si los porteros han visto cómo la introducíamos esta noche...

MONT. Hemos mandado ya á todos los ujieres de palacio que digan que no han visto entrar esta noche á ninguna mujer.

PARD. Además, uno de mis lacayos, muy hábil en esta clase de intrigas, ha ido á desorientar al bufon diciéndole que á media noche él vió que llevaban á la fuerza á una mujer al palacio de Haltefort.

COSSÉ. (Riendo.) Pues ese palacio está muy lejos del Louvre.

GORD. Apretémosle la venda que le ciega.

MAROT. Yo le he escrito esta mañana este billete: (Saca un papel y lee.) "Acabo de robarte tu beldad, amigo Triboulet, y para que sepas de ella, te participo que la saco de Fracia.„

Todos se rien.

GORD. Quién lo firma?

MAROT. Juan de Nivelles.

Nuevas carcajadas.

PARD. La buscará como un desesperado.

COSSÉ. Pensándolo me divierto ya.

GORD. El maldito bufon nos vá á pagar en un dia todas sus deudas atrasadas.

Abrese la puerta lateral y entra el REY con PIEUNE. Todos los cortesanos se descubren y abren paso. El REY y PIEUNE vienen riendo á carcajadas.

REY. Está ahí la hermosa?

PIEU. La manceba de Triboulet?

REY. En verdad que soplarle la dama á mi bufon es cosa que causa risa. (No le creia padre de familia.)

PIEU. Quiere verla vuestra majestad?

REY. Ya lo creo!

Váse el duque y vuelve sosteniendo á BLANCA, velada y vacilante. El REY se sienta.

PIEU. Entrad, hermosa mia, y no tembleis, que os encontrais en presencia del rey.

BLAN. Aquel jóven es el rey!

Con rapidez se arrodilla á sus piés; al oir la voz de BLANCA el REY se extremece y hace señal á todos de que salgan.

ESCENA II.

EL REY y BLANCA.

En cuanto se quedan solos, el REY la levanta el velo.

REY. Blanca!

BLAN. Es Gaucher Mahiet!

REY. (Riendo.) A fé de caballero que estoy muy contento de mi invencion. Blanca, amor mio, ven á mis brazos.

BLAN. (Retrocediendo.) El rey! El rey! Dejadme, señor. Ya no sé cómo hablaros ni qué os he de decir. ¡Tened compasion de mí!

REY. ¿Que te tenga compasion, yo que te adoro? Lo que te dijo Gaucher Mahiet te lo repite el rey Francisco. Me amas y te adoro y seremos felices. Ser rey no nos priva de estar enamorados. Eras una inocente, que creias que era yo un estudiante; pero porque la casualidad me haya hecho nacer más alto, porque sea rey, no es motivo para que me rechaces y me aborrezcas. Nada importa que yo no haya nacido patán para quererte.

BLAN. (¡Parece que se burle, Dios mio! Quisiera morir en este instante!)

REY. Tu porvenir y el mio serán de hoy en adelante las fiestas, las danzas, los torneos, los diálogos de amor en el fondo de los bosques, y cien y cien placeres que las sombras cubrirán con sus alas. Seremos dos amantes felices. La vida, Blanca, se reduce á muy poco: toda la sabiduría humana se reduce á honrar á Dios Padre, á amar, comer, beber y gozar.

BLAN. (Aterrada y retrocediendo.) ¡Qué diferente es del ideal de mis sueños!

REY. ¿Me suponias acaso amante tímido y tembloroso, uno de esos hombres frios y lúgubres, que creen que basta para cautivar los corazones de las mujeres exhalar suspiros y exclamaciones?

BLAN. (Rechazándole.) Dejadme! ¡Desdichada de mí!

REY. ¿No sabes que yo soy la Francia entera, que represento quince millones de almas, la riqueza, el honor, el placer y el poder sin cortapisa? Pues todo eso es mio; soy el rey, y tú, Blanca, serás la reina.

BLAN. La reina! Y vuestra esposa?

REY. (Riendo.) Virtud de la inocencia! Mi mujer no es mi favorita.

BLAN. Vuestra favorita! ¡Oh, qué vergüenza!

Tapándose la cara con las manos.

REY. Eres orgullosa!

BLAN. No soy vuestra, soy de mi padre.

REY. Tu padre es mi bufon; es mi esclavo, y no puede querer más que lo que yo quiera.

BLAN. (Llorando amargamente.) ¡Pobre padre mio!

REY. Blanca, te juro que te adoro y no quiero que llores más. Quiero estrecharte contra mi corazon.

BLAN. (Resistiendo.) Eso jamás.

REY. ¡Ingrata, no me has repetido que me amas!

BLAN. Ni lo repetiré ya.

REY. Te ofendí sin querer; perdóname. No solloces como una mujer abandonada. Antes que arrancar lágrimas á tus ojos, quisiera morir y que mis vasallos me tuvieran por un rey débil y sin honor. Es un cobarde el rey que hace llorar á una mujer.

BLAN. ¿No es cierto que esto ha sido una broma? Sabeis que mi padre me buscará llorando, y si sois rey, haced que en seguida me acompañen á su casa. Vi-

vimos junto al palacio Cossé, demasiado lo sabeis. No comprendo nada de lo que me sucede. Varios enmascarados me han arrebatado lanzando gritos de alegría, y este acontecimiento extraño rueda confuso por mi cerebro. (Llorando.) Ni siquiera sé ya si os amo. Cuando creo que sois rey, me causais miedo.

REY. (Queriendo tomarla en brazos.) ¡Os causo miedo, ingrata!

BLAN. (Rechazándole.) Dejadme.

REY. Un beso para que sepa que me perdonais.

BLAN. No.

REY. (Riendo.) (Qué extraña mujer!)

BLAN. Dejadme...—Esta puerta...

Vé la puerta de la cámara del REY abierta, se precipita por ella y la cierra con violencia.

REY. (Sacando una pequeña llave de oro de su cintura.) Yo tengo la llave.

Cierra con llave dicha puerta.

MAROT. (Que ha estado observando desde el fondo.) (La pobre muchacha, huyendo, se refugia ella misma en la cámara del rey.)

ESCENA III.

MAROT, los CABALLEROS y despues TRIBOULET.

GORD. (A MAROT.) Qué ha sucedido?

MAROT. Que el leon ha arrastrado á la oveja á su madriguera.

PARD. (Con alegría.) Pobre Triboulet!

PIEU. Silencio, que viene.

GORD. Mucho disimulo.

MAROT. A mí solo me puede reconocer, porque no habló más que conmigo.

PIEU. Hagamos como que no sabemos nada.

Entra TRIBOULET. Nada ha cambiado en él; únicamente está muy pálido.

PIEU. (Como continuando una conversacion.) Entonces fué, señores, cuando inventaron esta copla:

Cuando Borbon fué á Marsella
dicen que dijo á su séquito:
¿Qué capitan, Dios bendito,
en la ciudad hallaremos?

TRIB. (Continuando la cancion.)

Del monte de la Colomba
es el paso muy estrecho,
y subieron todos juntos,
mas soplándose los dedos.

Risas y aplausos irónicos.

TODOS. Bravo!

TRIB. (Adelantando hácia el proscenio.) (¡Pobre hija mia! Dónde estará?...) (Cantando.)

Y subieron todos juntos,
mas soplándose los dedos.

GORD. (Aplaudiendo.) Muy bien!

TRIB. (No hay duda que entre todos ellos me la robaron.)

COSSÉ. (Riendo y dándole una palmada en el hombro.) Qué hay de nuevo, bufon?

TRIB. Este gentil-hombre se rie lúgubremente. (Remedándole.) ¿Qué hay de nuevo, bufon?

COSSÉ. (Riendo.) Tú nos lo dirás.

TRIB. Que no la echeis de gracioso, porque aun estais más horrible. (¿Dónde la habrán escondido?... Si se lo preguntase, se burlarian de mí.) (Acercándose á MAROT.) Me alegro que no te hayas constipado esta noche.

MAROT. Esta noche!

TRIB. Ha sido una buena tostada.

MAROT. Qué tostada?

TRIB. Bah!

MAROT. Te aseguro que al toque de Animas estaba ya en la cama, y que cuando me desperté habia ya algunas hora de sol.

TRIB. ¿No has salido de casa esta noche? Entonces es que lo he soñado.

Vé un pañuelo en una mesa y se echa encima de él.

PARD. Mira, duque, cómo registra la marca de mi pañuelo.

TRIB. (Dejando caer al suelo el pañuelo.) (¡No es el suyo! Dónde estará?)

PIEU. (A GORDES.) Por qué te ries tanto?

GORD. Porque tú nos haces reir.

TRIB. Están todos hoy muy risueños. El rey no se ha levantado aun?

PIEU. No lo sé.

TRIB. Parece que se oye ruido en su habitacion.

Vá hácia allí y PARDAILLAU le detiene.

PARD. No quiero que vayas á despertar á su majestad.

GORD. Este diablo de Marot nos está refiriendo un cuento muy gracioso. Al volver los tres Guy, no sé de dónde, encontraron á sus tres mujeres...

MAROT. Con otros tres que no eran sus maridos.

TRIB. ¡La moral ahora está muy relajada!

COSSÉ. ¡Son tan traidoras las mujeres!...

TRIB. Cuidado con lo que decís!

COSSÉ. Por qué?

TRIB. Porque no hay que mentar la soga...

COSSÉ. Qué dices?

TRIB. (Burlándosele en las narices.) Es una aventura enteramente igual.

COSSÉ. Hum!

TRIB. Señores, acertad cuál es el animal que cuando está furioso dice: Hum!

Todos se rien. Entra VANDRAGON.

PIEU. Qué ocurre, Vandragon?

VANDRAGON. La reina, mi señora, desea ver al rey para hablarle de un asunto urgente.

PIEUNE le hace señal de que es imposible, pero el gentil-hombre insiste.

Sin embargo, no está con el rey la señora de Merze.

PIEU. Es que el rey no se ha levantado todavía.

VAN. No se ha levantado? Hace un instante estaba hablando con vosotros.

PIEU. (Haciéndole señas que él no comprende.) El rey está de caza.

VAN. No se caza sin pajes y sin monteros.

PIEU. A ver si ahora me entendeis: el rey no quiere ver á nadie en estos momentos.

TRIB. (Con voz de trueno.) ¡Entonces está aquí! Entonces está con el rey!

Se asombran todos los caballeros.

GORD. El bufon está delirando.

TRIB. Bien sabeis todos á lo que me refiero: la mujer que anoche robásteis en mi casa está aquí y la recobraré.

PIEU. (Riendo.) ¡Triboulet ha perdido su querida! Pues, sea fea ó sea hermosa, búscala en otra parte.

TRIB. He perdido á mi hija.

TODOS. Su hija!

Momento de sorpresa.

TRIB. (Cruzando los brazos.) Es mi hija, y... reíos ahora. ¡Os habeis quedado mudos, os habeis sorprendido de que un bufon sea padre y de que tenga una hija!... Los lobos y los señores tienen familia; tambien yo la puedo tener. Basta de burlas.

Con voz terrible.

Sé que está aquí mi hija y quiero que me la devolvais.

Los caballeros se colocan delante de la puerta y le impiden que pase.

MAROT. Su locura ha entrado en el período de la furia.

TRIB. (Retrocediendo con desesperacion.) ¿Es verdad que estos cortesanos, que estos bandidos, que esta raza de demonios me han robado á mi hija? Una mujer á sus ojos no vale nada: cuando el rey es un rey disoluto, las mujeres de los grandes señores, si son hábiles, les hacen á estos hacer carrera... El honor de una doncella es para ellos un lujo inútil, un tesoro oneroso. Una mujer debe ser un campo productivo, una heredad, cuyo real colono paga cada plazo, y por eso llueven sobre ellos favores, de no se sabe dónde; hoy un gobierno, mañana el collar del Toison, y una porcion de gracias que van en aumento cada dia.

Mirándoles cara á cara.

¿Hay alguno entre vosotros que se atreva á desmentirme? No; porque todo lo venderíais, si no lo habeis vendido ya, por un título ó por una vanidad cualquiera. Tú, Brion, á tu mujer; tú, Gordes, á tu hermana; tú, Pardaillau, á tu madre.

Pausa.

¡Quién me habia de decir que los más ilustres personajes de la nacion se juntarian para robarle la hija á un pobre hombre! Son indignos de nobles razas corazones tan viles; sin duda vuestras madres se prostituyeron á sus lacayos y todos sois bastardos.

GORD. Es muy chusco!

TRIB. ¿Cuánto os ha dado el rey por haberle vendido mi hija? (Mesándose el cabello.) ¡Yo, que no tenia en el mundo más tesoro que ella! ¿Creerá el rey que puede hacer algo por mí? ¿Darme un título como los vuestros? ¿Puede convertirme en gallardo, en hermoso como los demás? No puede, y todo me lo ha quitado!... Señores, devolvedme mi hija al momento. Abridme esa puerta.

Corre á pasar por la puerta otra vez y los cortesanos se lo vuelven á impedir. Lucha porfiadamente con ellos hasta caer de rodillas en el suelo.

Todos juntos contra mí! ¡Diez contra uno! No me avergüenzo de llorar... (Arrastrándose á los piés de los cortesanos.) Ved cómo me arrastro á vuestras plantas pidiéndoos perdon... Estoy enfermo... ¡Tened piedad de mí! Es mi único tesoro! ¡Oh, fatalidad! No sabeis más que reir ó callar.

Abrese de repente la puerta de la real cámara y aparece BLANCA, despavorida y desgreñada.

BLAN. Padre mio!

TRIB. Ah, es mi hija! (Recibiéndola en sus brazos.) Señores, es toda mi familia, es mi ángel tutelar, y eran legítimos mis arrebatos y justas mis lágrimas. (A BLANCA.) No temas ya nada... es una broma que te gastaron y que te habrá asustado mucho; pero estos señores son buenos, han conocido ya cuánto te amo, y desde hoy en adelante nos dejarán vivir en paz. ¡Qué dicha es volverte á abrazar, hija mia! Pero... por qué lloras?

BLAN. (Tapándose la cara avergonzada.) ¡Somos muy desgraciados los dos!

TRIB. (Extremeciéndose.) Qué dices!

BLAN. (En voz baja á su padre.) No lo diré delante de nadie; solo quiero ruborizarme ante vos.

Cayendo á los piés de su padre.

TRIB. (El infame! Ella tambien!)

Dando tres pasos y despidiendo á los desconcertados caballeros.

Idos de aquí, y si el rey de Francia se atreviera á entrar, decidle que no entre, porque se encontrará conmigo.

PIEU. No he visto nunca un loco semejante.

GORD. Con los locos y con los niños es preciso transigir. Estemos, sin embargo, á la mira por lo que pueda suceder.

Se van los caballeros.

TRIB. (Sentándose en el sillon del REY y con voz siniestra y tranquila.) Vamos, habla, dímelo todo.

ESCENA IV.

BLANCA y TRIBOULET.

TRIB. Habla.

BLAN. (Entre sollozos.) Padre mio... Ayer se deslizó dentro de casa... Hace mucho tiempo que debia habéroslo dicho... un jóven que me seguia....

TRIB. Sí, el rey.

BLAN. Me seguia todos los domingos cuando iba á la iglesia...

TRIB. Sí, á oir misa.

BLAN. Nunca me habia hablado, pero para llamarme la atencion movia una silla cuando pasaba... anoche consiguió introducirse en casa...

TRIB. Quiero ahorrarte la angustia que debe causarte decirme lo demás, porque ya lo adivino. (Se levanta.) Oh rabia! Ha echado el oprobio y la vergüenza sobre tu frente pura, y su aliento corrompido, impregnando el aire que respiras, ha deshojado brutalmente tu virginal corona. ¡Y ha perdido, ha hundido en el barro inmundo la única alhaja que yo poseia en la tierra! ¡Qué será de mí despues de esta fatal desgracia, de mí, que solo veia en esta tierra prostituida el impudor, el vicio, el adulterio, la infamia y la crápula, y al levantar los ojos al cielo, solo reposaba mi vista recreándome en tu virginidad! ¡Pero ya está derribado el ídolo y el altar!... Esconde la frente; llora, hija mia, llora. Parte de los dolores á tu edad algunas veces los arrastra el llanto.

Pausa.

Blanca, cuando ya haya cumplido con mi deber, nos iremos de París... Si escapo con vida.

Pausa.

¡Quién me hubiera dicho que en un solo dia habia de cambiar mi suerte! Rey Francisco I! ¡Plegue á Dios que me escucha, que pronto tropieces y caigas en la pendiente que sigues y por ella ruedes hasta el sepulcro.

BLAN. (Levantando los ojos al cielo.) (Oh Dios! No le escucheis, porque yo le amo!)

Ruido de pasos por el foro. Aparecen en la galería exterior soldados y gentiles-hombres, á cuya cabeza vá PIEUNE.

PIEU. Caballero Montchenu, mandad que abran la verja al señor de Saint-Vallier, al que conducen á la Bastilla.

El grupo de soldados desfila á dos de fondo, y al pasar SAINT-VALLIER, á quien custodian, éste se detiene en la puerta del fondo.

VALL. (En alta voz.) Ya que á pesar de los ultrajes con que el rey me ofende sin cesar, mi maldicion no encuentra, ni arriba ni abajo, una voz que la responda; ni un rayo en el cielo, ni un hombre vengador en la tierra, no espero ya nada. Ese rey continuará causando víctimas.

TRIB. (Levantando la frente y mirándole faz á faz.) Conde, os habeis equivocado. Vive un hombre en el mundo que os vengará.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

Blanca.

Playa desierta á las orillas del Sena.—A la derecha una casucha miserablemente amueblada, en cuyo primer piso se vé por la ventana una cama pobre.—La fachada, que dá al público, está descubierta y permite ver todo el interior; en él hay una mesa, una chimenea, y en el fondo una escalera de caracol que sube al granero. -La fachada de la izquierda tiene una puerta que se abre por dentro. Las grietas de las paredes permiten ver desde fuera lo que pasa dentro de la casa. Hay en la puerta un postigo enrejado y encima una muestra de posada.—Lo demás del teatro es playa.—A la izquierda hay un parapeto arruinado, á cuyos piés corre el Sena, en el que está asegurado el sustentáculo de la campana de aguas.

ESCENA PRIMERA.

TRIBOULET y BLANCA fuera, SALTABADIL dentro de la casa.

TRIBOULET está inquieto y preocupado; SALTABADIL, sentado junto á la mesa, se ocupa en limpiar su tahalí.

TRIB. Y tú le amas?

BLAN. Le amo y no le puedo olvidar.

TRIB. En vano dejé que pasara el tiempo para que te curara de ese amor insensato.

BLAN. En vano, padre mio.

TRIB. Explícame al menos por qué le amas.

BLAN. No lo sé.

TRIB. Porque es rey?

BLAN. No, no, no es por eso. Hay hombres que salvan las vidas á sus esposas, maridos que las hacen opulentas, pero no por eso les aman. Ese hombre solo me ha causado daño, y sin embargo, le quiero sin saber por qué. Y llega á tal punto mi locura, que á pesar de ser vos tan tierno para mí y él tan cruel, lo mismo moriria por él que por vos.

TRIB. Eres muy niña y te perdono.

BLAN. Pero él tambien me ama.

TRIB. No lo creas, hija mia.

BLAN. Me lo dijo y me lo juró. Además, sus palabras convencen y avasallan el corazon, ¡porque es tan hermoso, tan gallardo!...

TRIB. Es un infame y no se jactará de robarme impunemente mi tesoro.

BLAN. Le habíais perdonado ya, padre mio.

TRIB. No; solo dí treguas á mi venganza, mientras le tendia el lazo que le tengo ya preparado.

BLAN. Desde hace un mes creí que habíais concluido por querer al rey.

TRIB. Lo aparentaba, pero te vengaré, Blanca, te vengaré.

BLAN. Perdonadle, padre mio!

TRIB. Estarias como yo colérica contra él si te convencieras de que te está engañando.

BLAN. No, no puedo creer que me engañe.

TRIB. Si te convencieras por tus propios ojos, le seguirias amando?

BLAN. No lo sé... ayer mismo me repitió que me adora.

TRIB. Cuándo? (Amargamente.)

BLAN. Por la noche.

TRIB. Pues ven aquí: mira si ves algo.

Indicándole á BLANCA una grieta de la pared, por la que ella se pone á observar.

BLAN. Solo veo á un hombre.

TRIB. Espera un poco y sigue mirando.

Aparece el REY vestido de simple oficial en la sala baja de la hostería, saliendo por la puertecilla de un aposento inmediato.

BLAN. (Extremeciéndose.) Padre, es él!

Sigue observando.

ESCENA II.

Los mismos, el REY y MAGDALENA.

El REY le dá una palmada en el hombro á SALTABADIL, que se vuelve de repente.

SALT. Qué se os ofrece?

REY. Quiero dos cosas en seguida.

SALT. Qué cosas?

REY. Tu hermana y un vaso de vino.

TRIB. Ya ves sus costumbres: se mete en los tugurios, y el vino que más le gusta y más le alegra es el que le escancían impúdicas taberneras.

REY. (Cantando.)

"La mujer es movible
cual pluma al viento;
¡ay del que en ella fija
su pensamiento!...„

SALTABADIL, mientras trae de la pieza inmediata una botella y un vaso, que pone en la mesa, dá dos golpes en el techo con el pomo de la espada, y baja dando saltos en la escalera una moza vestida de gitana, ligera y risueña. En cuanto aparece, el REY quiere abrazarla, pero ella huye.

REY. Amigo mio, si limpiaras el tahalí al aire libre quedaria mejor.

SALT. Comprendo.

Se levanta, saluda y se vá, abre la puerta de la calle y la cierra tras sí. Reconoce á TRIBOULET y se dirige á él; mientras cambian algunas palabras, MAGDALENA hace al REY algunas zalamerías, que BLANCA observa con terror.

SALT. El hombre ha caido en nuestras manos. ¿Quereis que viva ó que muera?

TRIB. Volved dentro de un poco.

SALTABADIL se vá.

MAGDALENA. Digo que no.

REY. Pues ya hemos adelantado algo. Ven aquí, no huyas y hablemos. Hace ocho dias que me llevó Triboulet á la posada de Hércules, y allí fué donde por primera vez ví tus hermosos ojos; pues desde entonces te adoro y no amo á nadie más que á tí.

MAGD. Y á veinte más; teneis trazas de ser un gran libertino.

REY. Es verdad; he causado la desgracia de más de una... soy un mónstruo...

MAGD. Sois un fátuo!

REY. Pero te digo la verdad: en fin, me has traido esta mañana á esta maldita hostería, en la que se come y bebe muy mal, pero en la que deseo pasar la noche.

MAGD. Claro está!

El REY quiere abrazarla.

Dejadme; os digo que no quiero.

REY. Pues eres poco esquiva!

MAGD. Sed prudente.

REY. La prudencia consiste en amar, comer beber y gozar; esta fué toda la sabiduría de Salomon.

MAGD. Me parece que vais menos al sermon que á la taberna.

REY. (Tendiéndola los brazos.) Magdalena!

MAGD. Mañana.

REY. La mujer hermosa no debe decir nunca mañana.

MAGD. (Sentándose por fin al lado del REY.) Pues hagamos las paces.

REY. (Cogiéndole una mano.) ¡Qué hermosa mano! Mejor recibiria bofetones de esta que halagos de otra.

MAGD. No os burlais?

REY. Hablo de veras.

MAGD. Si soy fea!

REY. Pardiez! No digas eso; haz más justicia á tus atractivos. Reina de las desdeñosas, estoy ardiendo como un volcan.

MAGD. (Riendo.) ¿Eso lo habeis leido en algun libro?...

REY. (Es posible.) Ea, déjate querer.

MAGD. Vamos, estais ébrio.

REY. Ebrio de amor.

MAGD. Os estais burlando de mí.

REY. No, no.

Quiere abrazarla otra vez.

MAGD. Basta.

REY. Quiero casarme contigo.

MAGD. (Riendo.) Palabra de honor?

REY. (Esta mujerzuela es deliciosa!)

El REY la sienta en sus rodillas y hablan en voz baja. BLANCA no puede soportar ese espectáculo y se acerca, pálida y temblorosa, á TRIBOULET, que permanece inmóvil.

TRIB. ¿Ves cómo necesitamos vengarnos?

BLAN. ¡No me esperaba del ingrato esa inícua traicion! Cómo me engañaba! ¡Es abominable que diga á esa mujer lo mismo que me ha dicho á mí! ¡Dios mio, á una mujer tan desvergonzada! Oh!

Ocultando la frente en el seno de su padre.

TRIB. Calla y no llores, que yo te vengaré.

BLAN. Haced lo que querais.

TRIB. Así te queria ver.

BLAN. Pero estais terrible. ¿Qué plan meditais?

TRIB. Todo lo tengo dispuesto; no te opongas á nada y obedéceme. Vé á casa, disfrázate de hombre, toma el dinero que necesites y un caballo y parte sin detenerte hasta Evreux, donde te alcanzaré yo mañana. En el cofre que hay bajo del retrato de tu madre está el traje de hombre que hice para tí; el caballo lo tienes ensillado. Cumple todas mis órdenes; parte y no vuelvas, porque aquí vá á pasar algo terrible.

BLAN. Venid conmigo, padre mio.

TRIB. Ahora no puedo.

BLAN. Estoy temblando!

TRIB. Mañana nos veremos; haz lo que te he dicho.

BLANCA se aleja con paso vacilante; TRIBOULET se acerca al parapeto de la playa, hace una señal y sale SALTABADIL. Está oscureciendo.

ESCENA III.

TRIBOULET, SALTABADIL, MAGDALENA y el REY.

TRIB. Me pides veinte escudos; aquí tienes diez adelantados. ¿Pasará aquí la noche?

SALT. Creo que sí; se vá cubriendo mucho el tiempo.

TRIB. (No siempre duerme en palacio.)

SALT. Estad tranquilo, porque lloverá antes de una hora y la tempestad y mi hermana le detendrán toda la noche.

TRIB. A las doce volveré.

SALT. No os molesteis; me basto y me sobro para echar al Sena un cadáver.

TRIB. Es que quiero echarlo yo.

SALT. Eso es diferente; os lo entregaré cosido en un saco.

TRIB. Bien... á media noche os daré el resto.

SALT. Pues os cumpliré fielmente. Cómo se llama el galan?

TRIB. Quieres saber su nombre?

SALT. Si no teneis inconveniente...

TRIB. Te diré su nombre y el mio: él se llama *Crímen* y yo *Castigo*.

ESCENA IV.

Los mismos menos TRIBOULET.

SALT. La tempestad se acerca y no tardará en descargar. (Relampaguea.) Tanto mejor; de ese modo la playa estará completamente solitaria.

REY. Magdalena... (Queriendo cogerla por el talle.)

MAGD. Esperad.

REY. Maldita!

MAGD. (Cantando.)

Sarmiento que brota
en el mes de Abril,
poquísimo vino
echa en el barril.

REY. Qué hombros! Qué brazos!

Se oye un trueno lejano.

MAGD. Tened formalidad, que sube mi hermano.

REY. Nada me importa que tu hermano suba.

Oyese otro trueno.

MAGD. Ay, qué miedo!

SALT. (Entrando.) Vá á llover á cántaros.

REY. Que lluevan lanzas de punta, que yo estoy bajo techado, y no me disgustará pasar la noche aquí.

MAGD. Pero, señor, vuestra familia estará con cuidado...

REY. No tengo abuelas, ni hijas, ni apego á nada.

SALT. Tanto mejor.

Empieza á llover muy fuerte y la noche está ya completamente cerrada.

REY. (A SALTABADIL.) Tú te acostarás en el establo, en el infierno ó donde quieras.

SALT. Muchas gracias.

MAGD. (Al REY en voz baja y con rapidez mientras enciende una luz.) Vete!

REY. Está lloviendo! ¿Dónde quieres que vaya?

El REY se asoma á la ventana.

SALT. (Enseñando á MAGDALENA el dinero que acaba de recibir.) (Me ha dado diez escudos de oro y luego me dará otros diez.) (Al REY.) Tengo el placer de ofrecer á monseñor mi aposento, para que pase en él la noche; si quereis verlo...

REY. Veámoslo.

SALTABADIL toma la luz, el REY sigue al asesino al piso superior y MAGDALENA se queda donde estaba.

MAGD. Pobre jóven! (Se asoma á la ventana.) Qué oscuro está todo!

SALT. Aquí teneis, monseñor, la cama, la silla y la mesa.

REY. Magnífico. (Acercándose á la ventana, cuyos vidrios están rotos.) Además, aquí se tiene la ventaja de dormir al aire libre, porque las ventanas no tienen vidrios ni pasadores. En fin, buenas noches.

SALT. Dios os guarde! (Deja la luz y baja.)

REY. (Quitándose el tahalí.) ¡Estoy muy rendido! Voy á ver si puedo dormir un poco mientras espero ser afortunado.

Deja en la silla el sombrero y la espada, se quita las botas y se echa en la cama.

Magdalena está muy frescota, es muy alegre y muy lista... me parece que ha dejado la puerta abierta... Claro está!

Al poco rato se queda dormido. MAGDALENA y SALTABADIL están los dos en la sala de abajo. Ha estallado la tempestad. Ambos guardan silencio durante algun tiempo, como preocupados por una idea grave.

MAGD. Es buen mozo ese militar!

SALT. Tampoco á mí me disgusta, porque me hace ganar veinte escudos de oro.

MAGD. Cuántos?

SALT. Veinte.

MAGD. Pues vale mucho más.

SALT. No seas niña! Sube á ver si duerme; tómale la espada y bájamela.

MAGDALENA obedece. Aparece BLANCA por el foro, vestida de hombre con traje de montar; avanza hácia la casa, mientras SALTABADIL bebe y MAGDALENA contempla al REY dormido.

MAGD. Qué confiado duerme! ¡Pobre jóven!

Le quita la espada.

ESCENA V.

El REY en el granero, SALTABADIL y MAGDALENA en la sala baja y BLANCA fuera de la casa.

BLAN. Me hace perder el juicio pensar que vá á pasar la noche en esta casa, y no sé por qué creo que se acerca para mí el instante supremo. Perdóname, padre, si te desobedezco; si vuelvo aquí es porque no he podido resistir á la tentacion... ¿Qué quiere hacer aquí y cómo terminará esto? Yo que vivia con los ojos cerrados, en completa ignorancia del mundo, me veo lanzada de repente en los tortuosos y difíciles caminos de la vida!... ¡Ay de mí, todo lo he perdido; virtud y felicidad! El ingrato ya no me ama... Qué espantosa noche!... A todo se arriesga una mujer desesperada; á todo me arriesgo, yo que me asustaba de mi propia sombra. ¡Qué sucederá ahí dentro! Matarán á alguno! (Se pone á observar.)

MAGD. ¡Qué modo de llover y de tronar!

SALT. Sin duda en el cielo está riñendo el matrimonio; el uno rabia y la otra llora.

BLAN. (¡Si mi padre supiera dónde estoy! Creo que hablan.)

MAGD. Sabes lo que estoy pensando?

SALT. No lo sé.

MAGD. A ver si lo aciertas.

SALT. No estoy ahora para acertijos.

MAGD. Pues pienso que ese jóven es un buen mozo, que se ha enamorado de mí segun parece, y que, confiando en nuestra hospitalidad, se ha dormido. ¡No le matemos!

BLAN. (Cielos! Qué oigo!)

SALT. (Sacando del baul un saco de lona y dándoselo á su hermana.) Recose en seguida ese saco.

MAGD. Para qué?

SALT. Para meter en él el cadáver de ese buen mozo y echarlo al rio.

MAGD. Pero...

SALT. Si yo hiciera caso de tí no matariamos á nadie; compón el saco.

BLAN. (Vaya un par de demonios.)

MAGD. (Cosiendo el saco.) Te obedeceré, pero hablemos.

SALT. Hablemos.

MAGD. Odias á ese caballero?

SALT. No; es capitan, y yo aprecio

mucho á los hombres de espada, porque á ellos pertenezco.

MAGD. Pues es una necedad matar á un gallardo mozo por dar gusto á un repugnante jorobado.

SALT. Pero he recibido del jorobado por matar al buen mozo diez escudos de oro á toca-teja, y recibiré otros diez cuando le entregue el cadáver.

MAGD. Pues puedes matar al jorobado cuando te venga á traer los otros diez escudos, y te sale la misma cuenta.

BLAN. (Pobre padre mio!)

MAGD. No te parece bien?

SALT. ¿Me tomas por algun bandido ó por algun ladron, que quieres que mate al cliente que me paga?

MAGD. Pues mete en el saco ese haz de leña que hay ahí, y como está oscuro, el jorobado creerá que encierra el cadáver.

SALT. Eso es un disparate. No se lo puedo hacer creer.

MAGD. Quiero que le perdones.

SALT. Pues es preciso que muera.

MAGD. Pues no morirá, porque le despertaré y se fugará.

BLAN. (Tiene buen corazon!)

SALT. Y los diez escudos de oro?

MAGD. Eso es verdad.

SALT. No seas niña y déjame obrar.

MAGD. Quiero salvarle!

Se coloca resuelta al pié de la escalera para cerrar el paso á su hermano, que, vencido por esta resistencia, vuelve al proscenio, como tratando de encontrar un medio de conciliarlo todo.

SALT. El otro vendrá á media noche á buscarme. Si de aquí á entonces viene un viajero cualquiera á pedirme posada, lo mato y lo meto en el saco en vez del militar. Estando tan oscura la noche, el jorobado no lo conocerá, y se dará por satisfecho con echar al rio un cuerpo muerto. Esto es todo lo que puedo hacer por tí.

MAGD. Te lo agradezco; ¿pero quién ha de venir á la posada en semejante noche?

SALT. Pues no hay otro medio de salvar al oficial.

BLAN. (Oh Dios! Sin duda quereis que yo muera. No debo hacer tan cruel sacrificio por un ingrato. Oh Dios! No me impulseis á sacrificarme.)

Truena.

MAGD. Verás como no se atreve nadie á pedirnos hospitalidad.

SALT. Pues si no la pide nadie, no puedo faltar á mi palabra.

BLAN. (Estoy por avisar á la ronda... pero dónde la he de encontrar? Y si la encontrara, ese hombre denunciaria á mi padre.)

Suenan las doce menos cuarto.

SALT. Oyes? Ya está la hora muy próxima... no tengo tiempo que perder: solo me queda un cuarto de hora.

MAGD. Espera un momento más.

BLAN. (¡Esa mujer está llorando y yo la puedo socorrer!... Ya que él no me ama... Para qué quiero vivir? Moriré por él, pero esto es horrible!)

SALT. No puedo esperar más.

BLAN. (¡Si supiera que me mataran sin hacerme sufrir! Oh, Dios mio!)

SALT. Es preciso que suba ya.

BLAN. (¡Morir sin haber cumplido diez y seis años! Es preciso, sin embargo...)

Llama á la puerta débilmente.

MAGD. Han llamado.

SALT. Me parece que es el viento que hace crugir el techo.

BLANCA vuelve á llamar.

MAGD. No, no, están llamando.

Corre á abrir el postigo y mira afuera.

SALT. Es muy extraño!

MAGD. Quién es? Es un jóven. (A SALTABADIL.)

BLAN. ¿Puedo quedarme en la posada esta noche?

MAGD. Sí.

SALT. Y dormirá bien.

BLAN. Abrid.

SALT. Espera un instante. Dame el puñal y lo afilaré un poco.

Le dá el puñal, que lo afila en un hierro.

BLAN. (Gran Dios! ¡Afilan el arma homicida!)

MAGD. Pobre jóven! Llama á la puerta de su tumba.

BLAN. (Estoy temblando! (Cayendo de rodillas.) ¡Dios mio, al presentarme ante tí, perdono á todos los que me han hecho daño; perdónales tú tambien... desde el rey, á quien amo y compadezco, hasta ese demonio que me espera en la oscuridad para asesinarme! Voy á morir por un ingrato. (Levantándose. Vuelve á llamar á la puerta.)

MAGD. Date prisa, que se cansa.

SALT. (Probando el filo en la mesa.) Ya está bien. Espera que me esconda detrás de la puerta.

BLAN. (Oigo todo lo que dicen.)

MAGD. Espero la señal.

SALT. (Detrás de la puerta con el puñal en la mano.) Abre.

MAGD. (Abriendo.) Entrad.

BLAN. (Retrocede un paso.) (¡Dios me ampare!)

MAGD. Pasad adelante.

BLAN. (¡La hermana ayuda al her-

mano! ¡Perdónales, Dios, y tú perdóname, padre mio!)

Entra y se vé á SALTABADIL levantar la mano con el puñal. Telon rápido.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

Triboulet.

La misma decoracion que el acto anterior, pero tiene cerradas todas las puertas y ventanas. Reina en ella oscuridad completa.

ESCENA PRIMERA.

TRIBOULET solo.

Avanza lentamente por el foro embozado en la capa. Ha cesado la lluvia y vá alejándose la tempestad. De vez en cuando relampaguea y truena.

Por fin voy á vengarme; quizás me habré vengado ya. Pronto hará un mes que espero y que espío, representando mi papel de bufon, devorando mi rabia interior y llorando lágrimas de sangre detrás de mi máscara burlona. Esta es la puerta... por aquí lo deben sacar... pero aun no debe ser hora. (Truena.) Noche es esta horrible, y horrible misterio el que oculta una tempestad en el cielo y un asesinato en la tierra; ¡mi cólera esta noche relampaguea como la de Dios!... Inmolo á un rey, del que dependen veinte reyes, un rey que mantiene el peso del mundo entero, y que se conmoverá en cuanto el rey no exista. Cuando prive á Europa del equilibrio, cuando eche al rio el cadáver del rey, la Europa se desquiciará. Si Dios mañana preguntase á la tierra: "¿Qué volcan acaba de abrir el cráter? ¿Quién agita al cristiano y al turco? ¿A Clemente, á Doria, á Cárlos V y á Soliman? ¿Qué César, que guerrero, que apóstol mueve las naciones á la lucha?„ La tierra contestaria: "¡Triboulet!„ La venganza de un loco vá á hacer oscilar al mundo.

Pausa. Dan las doce en un reloj lejano.

Las doce!

Corre á la puerta y llama.

UNA VOZ. (Dentro.) Quién es?

TRIB. Yo.

LA VOZ. Bien.

Abrese el tablero de bajo de la puerta.

TRIB. Vamos pronto.

LA VOZ. No entreis.

SALTABADIL sale arrastrándose por la abertura inferior de la puerta, y por ella arrastra algo pesado y metido en un saco, que apenas se distingue en la oscuridad.

ESCENA II.

TRIBOULET y SALTABADIL.

SALT. Pesa mucho. Ayudadme.

TRIBOULET, agitado por alegría convulsiva, le ayuda á llevar el saco, que al parecer contiene un cadáver.

Vuestro enemigo está metido en el saco.

TRIB. Quiero verlo! Traed una luz!

SALT. Eso no.

TRIB. Temes que álguien nos vea?

SALT. Los arqueros y los vigilantes nocturnos: ya estamos haciendo bastante ruido... vengan los diez escudos.

TRIB. Toma. (Entregándole un bolsillo.) La venganza tiene momentos de verdadera fruicion.

SALT. ¿Quereis que os ayude á arrojarlo al Sena?

TRIB. No; para eso no necesito ayuda.

SALT. Pero entre los dos lo haríamos más pronto.

TRIB. El enemigo muerto que se lleva arrastrando pesa poco.

SALT. Como querais! Despachad pronto y buenas noches.

Entra y cierra la puerta.

ESCENA III.

TRIBOULET contemplando fijamente el saco.

Aquí está!... Muerto. Quisiera verlo; pero es igual; lo reconozco al través del saco, al ver sus espuelas que atraviesan la lona. (Se endereza y pone el pié encima del saco.) Ahora puedo decir al mundo: Yo soy un bufon y este es un rey; míralo á mis piés; un saco le sirve de sudario y el Sena le servirá de sepulcro. ¿Quién ha conseguido esta victoria? Yo, yo solo. ¡Pobre hija mia, ya estás vengada! Tenia sed de derramar su sangre. (Inclinándose sobre el cadáver.) ¡Eres un malvado que me robaste mi hija, que valia más que tu corona y que no habia hecho daño á nadie! No te agradezco que me la devolvieras, porque la trajiste á mis brazos deshonrada. Ahora, en cámbio, rey de la crápula, soy yo el que te venga, ahora soy yo el que se rie. Aparenté olvidarlo todo, y creias que no recordaba nada; pero en la lucha que provocaste entre el débil y el fuerte,

el vencedor ha sido el débil, y el que te lamia los piés es ahora el que te roe el corazon. ¡Cómo gozaria yo si pudiera oir lo que le digo! (Inclinándose hácia el saco.) ¿Me oyes? Te aborrezco! Prueba á ver si en la profundidad del rio donde te vas á hundir encuentras alguna corriente que te arrastre hasta tu palacio. ¡Rey Francisco, al agua!

Tira del saco por un extremo y lo arrastra hasta la orilla del agua. Al dejarlo en el parapeto se entreabre la puerta baja de la casa. MAGDALENA, con precaucion, mira á su alrededor; despues vuelve á entrar en la casa y reaparece en seguida con el REY, al que indica por señas que no hay nadie en la playa y que puede marcharse. MAGDALENA vuelve á cerrar la puerta y el REY atraviesa la playa en la direccion que ésta le indicó. En este instante TRIBOULET se dispone á arrojar el saco al Sena.

TRIB. Al agua.

REY. (Cantando por el foro.)

"La mujer es movible
cual pluma al viento...„

TRIB. (Extremeciéndose.) Cielos! Esa voz!

Escucha y se espanta. El REY ha desaparecido, pero se le oye cantar á lo lejos.

REY. (Cantando.)

"Ay del que en ella fija
su pensamiento!...„

TRIB. Maldicion! ¡No es él el cadáver que encierra el saco! ¡Alguien le protegió y se escapa! ¡Me ha engañado ese bandido! ¿A qué inocente habrá asesinado por él?

Desgarra el lienzo con el puñal y mira con ansiedad:

¡Esta horrible oscuridad me impide ver! Esperaré la luz de un relámpago!

Queda un instante con la vista fija en el saco entreabierto.

ESCENA IV.

TRIBOULET y BLANCA.

TRIB. (Brilla un relámpago y retrocede.) Mi hija! Condenacion! Es mi hija! ¡Tengo la mano manchada con la sangre caliente de mi hija! ¡Esto es una vision aterradora, un prodigio horrible; esto no puede ser, esto es imposible! Blanca debe encontrarse á estas horas en Evreux.

Cae de rodillas cerca del cuerpo de su hija, y un segundo relámpago se la hace reconocer.

Es ella! No puedo dudarlo; es ella! ¡La han asesinado esos bandidos!

BLAN. (Reanimándose al oir los gritos de su padre y entreabriendo los ojos con desfallecimiento.) ¿Quién me llama?

TRIB. Habla! Se mueve! ¡Aun late su corazon! Vive aun, Dios mio!

BLAN. (Incorporándose un poco.) ¿Dónde estoy?

TRIB. (Abrazándola.) Hija mia, mi único bien en la tierra, reconoces mi voz? ¿Me oyes?

BLAN. Padre mio!

TRIB. Qué te han hecho? ¿Has sido víctima de algun misterio infernal? Temo hacerte daño si te toco; estás herida?

BLAN. El puñal indudablemente me ha tocado en el corazon... porque allí lo he sentido.

TRIB. ¿Quién te ha dado esa puñalada cruel?

BLAN. Yo sola tengo la culpa... os he engañado... le adoraba... y muero... por él.

TRIB. ¡Has caido en las redes de mi propia venganza! ¡Eso es que Dios me castiga! Cómo ha sido eso? Dímelo, hija mia.

BLAN. (Moribunda.) No me hagais hablar...

TRIB. (Besándola.) Perdóname... pero perderte sin saber cómo! ¡Oh, tu cabeza se desploma!...

BLAN. Me ahogo!

TRIB. (Levantándola con angustia.) Blanca, hija mia, no te mueras. (Gritando con desesperacion.) Socorro! Socorro! ¡No hay nadie aquí y van á dejar que se muera de este modo mi hija!... Socorro! Socorro! ¡Esa casa es una tumba!

BLANCA agoniza.

Oh! no te mueras, hija mia! Si tú me faltas, nada me queda ya en el mundo.

BLAN. Oh!

TRIB. Quizás mi brazo te está lastimando; déjame mudar de postura. ¿Estás así mejor? Procura respirar hasta que venga álguien á asistirnos... ¡Nadie nos socorre!

BLAN. (Con voz extinguida.) Padre mio, perdonadle... Adios!

Le cae la cabeza sobre el pecho.

TRIB. (Mesándose los cabellos.) ¡Está espirando! (Corre á la campana y la sacude con furor.) Socorro! Asesinos! Fuego! (Volviendo hácia donde está BLANCA.) Procura, hija mia, pronunciar una palabra, una sola; háblame por piedad. ¡Dios mio, no he de volver ya á oir su voz!

Van acudiendo gentes del pueblo con hachas encendidas.

El Señor no tuvo piedad de mí cuando me concedió la felicidad de poseerte; ¿por qué no te arrebató de la vida antes de darme á conocer la belleza de tu alma? ¿Por qué en la niñez no te llevó al cielo para que acompañases á los otros ángeles? Hija mia! Hija mia!

ESCENA V.

Dichos, hombres y mujeres del pueblo.

UNA MUJER. Su dolor me llega al alma.

TRIB. (Volviéndose.) Ahora venís? ¡A buen tiempo llegais!

Agarra del cuello á un carretero que lleva la fusta en la mano.

Debes tener carro y caballos?

EL CARRETERO. Sí. (Está furioso!)

TRIB. Pues bien; cójeme la cabeza y ponla debajo de las ruedas. (Volviéndose hácia BLANCA.) Hija mia!

HOMBRE. Este asesinato desespera á un padre infeliz; separémoslos.

Quieren separar á TRIBOULET de su hija; éste se resiste.

TRIB. No os empeñeis; quiero quedarme aquí; quiero verla. No os he hecho ningun daño para que querais quitármela; no os conozco. (A una mujer.) Señora, vos que sois buena, tan buena que llorais conmigo, decidles que no me separen de mi hija.

Intercede la mujer y TRIBOULET vuelve al lado de BLANCA, cayendo de rodillas ante el cadáver.

¡De rodillas, de rodillas, miserable, y muere á su lado!

MUJ. Tranquilizaos, buen hombre; si gritais tanto, os echarán de aquí.

TRIB. No, no, dejadme. (Cogiendo á BLANCA en sus brazos.) Creo que respira aun y que me necesita. Id en seguida á pedir socorro en la ciudad; dejadla en mis brazos y yo me quedaré tranquilo. Pero no; está muerta: tan hermosa y muerta! No, no. Dadme algo para secar su frente... Sus labios aun están sonrosados... Cuando era pequeña era rubia, y la tenia yo en brazos como ahora; y cuando se despertaba era un ángel... Yo no le parecia repugnante y se sonreia mirándome con sus ojos divinos, mientras yo le besaba las dos manos. No está muerta, está durmiendo y pronto la vereis abrir los ojos. Ya estais viendo que hablo con mucho juicio, que estoy tranquilo, que no ofendo á nadie; y ya que no hago nada de lo que me prohibís, bien podeis dejar que contemple á mi hija. No tiene ni una arruga en la frente. Ya he conseguido calentar sus manos entre las mias. Venid aquí, tocádselas y os convencereis.

Entra un MÉDICO.

MUJ. Ahí teneis á un cirujano.

TRIB. (Al MÉDICO, que se acerca.) Venid, examinadla, que yo no lo impediré. ¿Verdad que no está más que desmayada?

EL MÉDICO. (Reconociendo á BLANCA.) Está muerta.

TRIB. Muerta!

MÉDICO. Tiene en el costado izquierdo una herida muy profunda, y la sangre la ha muerto, ahogándola.

TRIB. (Con desesperacion.) ¡He matado á mi hija! He matado á mi hija!

Cae al suelo sin sentido.

FIN DE EL REY SE DIVIERTE.

LUCRECIA BORGIA.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PREFACIO.

El autor, en cuanto cumplió la promesa que hizo en el prólogo de su último drama, volvió á consagrarse á la exclusiva ocupacion de toda su vida, al arte. Dar á luz otro drama seis semanas despues de la prohibicion de *El Rey se divierte*, era otro modo de manifestar al gobierno su manera de pensar; era manifestarle que era inútil que se empeñara en ahogar el pensamiento.

El Rey se divierte y LUCRECIA BORGIA no se parecen ni en el fondo ni en la forma, y estas dos obras tienen tan diferente objeto, que una de ellas será quizás un dia la principal fecha política y la otra la principal fecha literaria de la vida del autor. Sin embargo, estas dos obras, que tan diferentes son, por su fondo, por su forma y por su destino, se hermanan perfectamente en el pensamiento del que las ha concebido. La idea que produjo *El Rey se divierte* y la idea que produjo LUCRECIA BORGIA, han nacido al mismo tiempo en el pensamiento del autor; son dos ideas gemelas. La idea que ocultan las varias siluetas concéntricas que se dibujan en *El Rey se divierte* es la siguiente: Apoderaos de la deformidad física más vergonzosa, más repugnante y más completa; colocadla donde pueda resaltar mejor, en el sitio más ínfimo y más subterráneo del edificio social; alumbrad á esta miserable criatura por todas partes con la luz siniestra de los contrastes, dotadla de corazon, y poned en este corazon el sentimiento más puro que conoce el hombre, el sentimiento paternal: sucederá entonces que este sentimiento sublime, excitado por condiciones especiales, transformará á vuestros ojos á la criatura degradada, y el sér miserable se convertirá en grande y el sér deforme llegará á ser bello. Esto es lo que sucede en *El Rey se divierte*. Veamos ahora lo que sucede en LUCRECIA BORGIA. Apoderaos de la deformidad moral más vergonzosa y más repugnante, colocadla donde pueda resaltar mejor, esto es, en el corazon de una mujer, con todas las condiciones de belleza física y de grandeza real, que dan más brillo al crímen, y mezclad con esa deformidad moral un sentimiento puro, el más puro que la mujer puede sentir, el sentimiento maternal, y ese mónstruo que sea una madre; y el mónstruo interesará, y el mónstruo hará llorar, y el sér que aterraba os dará compasion, y el alma deforme llegará á ser casi hermosa á vuestros ojos. *El Rey se divierte* es la

paternidad santificando la deformidad física, y LUCRECIA BORGIA es la maternidad purificando la deformidad moral. En el pensamiento del autor, estos dos dramas forman una biología *sui generis*, que podria titularse *El padre y la madre*. Nada importa que la suerte los haya separado, ni que el uno haya tenido vida próspera y al otro lo haya muerto la censura; la idea que constituye el fondo del primero quedará quizás bastante tiempo aun velada por muchas prevenciones y por muchas consideraciones; la idea que engendró el segundo parece cada dia mejor comprendida y aceptada por la multitud inteligente y simpática; pero cualquiera que sea la suerte que quepa á estos dos dramas, son dos hermanos gemelos, que han nacido unidos, uno coronado y otro proscripto, como Luis XIV y *El hombre de la máscara de hierro*.

Corneille y Moliere tenian por costumbre contestar detalladamente á las críticas que se escribian de sus obras, y es cosa curiosa hoy dia ver cómo esos gigantes del teatro se escapaban en sus prólogos de las intrincadas redes de objeciones que la crítica contemporánea tendia contra ellos. El autor de este drama no se cree con méritos suficientes para imitar tan grandes ejemplos, y no contestará á las críticas. Lo que está bien á hombres tan autorizados como Moliere y Corneille, no está bien á los demás. Además, quizás únicamente Corneille en el mundo puede permanecer siendo grande y sublime, arrodillándose ante Scuderi y ante Chapelain: el autor está muy lejos de ser Corneille, y no tiene tampoco que luchar con Chapelain ni con Scuderi. La crítica, con raras excepciones, ha sido generalmente leal y benévola con él; pero sin embargo, podria contestar á algunas objeciones. A los que creen, por ejemplo, que Genaro se deja envenenar con demasiada candidez por el duque en el acto segundo, podria preguntarle si Genaro, personaje que ideó la fantasía del poeta, necesita ser más verosímil y más desconfiado que el histórico Drusus de Tácito. A los que le reprochan haber exagerado los crímenes de Lucrecia Borgia, el autor les podria contestar: "Leed á Tomasi, leed á Guicciardini, y sobre todo leed el *Diarium*." A los que le critican de haber acogido respecto á la muerte de los maridos de Lucrecia ciertos rumores populares, casi fabulosos, el autor podria contestar que con frecuencia las fábulas que inventa el pueblo constituyen la verdad de los poetas, y citaria sobre esto á Tácito; y el historiador está más obligado á fundarse en la realidad de los hechos que el poeta dramático: *Quamvis fabulosa et inmania credebantur, atrociore semper fama ergo dominantium exitus*. Podria en el detalle de estas explicaciones ir mucho más adelante y examinar una á una todas las objeciones de la crítica, pero le complace más darle las gracias que contradecirla, y comprende, despues de todo, que es mejor que el lector vea en el drama la contestacion que pueda darse á las objeciones de la crítica, porque es más convincente que se encuentren en el drama que en el prólogo.

No insiste más en la parte estética de su obra, porque comprende que existe otro órden de ideas no menos importantes, que quisiera tener tiempo de remover y de profundizar á propósito del drama LUCRECIA BORGIA, porque á sus ojos surgen muchas cuestiones sociales de las cuestiones literarias; sobre este punto se extenderia voluntariamente si no le faltasen espacio y tiempo. El teatro, volvemos á repetir, ha adquirido en nuestros dias importancia inmensa, importancia que sin cesar la civilizacion misma le hace adquirir. El teatro es una tribuna. El teatro es un púlpito. El teatro habla con voz robusta y muy alta. Cuando Corneille dice: *Pour etre plus qu' un roi tu te crois quelque chose*, Corneille es Mirabeau; cuando Shakespeare dice: *To die, to sleep*, Shakespeare es Bossuet.

El autor de este drama conoce la gran importancia del teatro, y sabe que el drama, sin salir de los límites imparciales del arte, tiene que cumplir una mision nacional, social y humana. Cuando vé que el pueblo inteligente y civilizado, que convierte á Paris en la ciudad central del progreso, llena todas las noches el teatro, antes de levantarse el telon, comprende lo poco que es ante la gran espectativa de curiosidad, y conoce que si es pobre su talento debe ser grande su probidad, y pregúntase severamente á sí mismo sobre el alcance filosófico de su drama, porque carga con la responsabilidad y no quiere que el público pueda un dia echarle en cara lo que le haya enseñado. El público debe salir del teatro llevándose la impresion de alguna moralidad austera y profunda, por lo que espera, con la ayuda de Dios, desenvolver siempre en el teatro argumentos de los que se deduzcan lecciones y buenos consejos, para lo que hará que aparezca siempre el ataud en la sala de los festi-

nes, las oraciones de los muertos junto á las canciones báquicas de la orgía y la cogulla al lado de la máscara. Conoce que el arte, el arte puro, no exige todo esto del poeta; pero el autor cree que en el teatro sobre todo no debe satisfacerse con llenar únicamente las condiciones indispensables del arte. En cuanto á las llagas y á las miserias de la humanidad, siempre que las enseñe en los dramas cubrirá todo lo que tengan de repugnante esas desnudeces con el velo de una idea consoladora y grave. No sacará á la escena á *Marion de Lorme* antes que el amor haya purificado á la cortesana, ni sacará á escena al deforme *Triboulet* sin dotarle de corazon de padre, ni á la monstruosa LUCRECIA sin hacerla tener corazon de madre, y de este modo su conciencia descansará tranquila y serena al emprender el trabajo. El drama que acaba de escribir tocará todos los extremos sin mancharse en ninguno. Haciendo circular en todo él un pensamiento moral y compasivo, no resultará nada repulsivo ni deforme. Combinad con la idea más repugnante una idea religiosa, y aquella llegará á ser santa y pura.

12 Febrero 1853.

LUCRECIA BORGIA.

PERSONAJES

LUCRECIA BORGIA.
D. ALFONSO DE ESTE.
GENARO.
YUBETA.
MAFEO ORSINI.
JACOBO LIBERETO.
APÓSTOLO GACELLA.
ASCANIO PETRUCI.
LUDOVICO VITELOZO.
RUSTIGUELO.
ASTOLFO.
LA CONDESA NEGRONI.
UN UJIER.
DISCIPLINANTES, DAMAS, PAJES, GUARDIAS Y ESBIRROS.

La escena pasa en Venecia y en Ferrara en el año 15...

ACTO PRIMERO

El teatro representa un jardin del palacio Barbarigo en Venecia. Es de noche. Varias máscaras atraviesan el teatro. A los dos lados del jardin se vé el palacio, magníficamente iluminado; dentro de él se oye música. Se supone que al pié del jardin corre el canal del Zueca, por el que se ven pasar á cada instante góndolas llenas de máscaras y de músicos é iluminadas. Cada una de estas góndolas atraviesa el fondo del teatro, y dentro de ellas se oye cantar. En el fondo se vé la ciudad de Venecia al reflejo de la luna.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen varios jóvenes caballeros vestidos con ricos trajes, con mascarillas en la mano y conversando en el jardin. YUBETA, GENARO, vestido de capitan; APÓSTOLO, MAFEO, ASCANIO, LUDOVICO y JACOBO.

LUDOVICO. Vivimos en un tiempo tan fecundo en maldades, que esa ya se ha olvidado; pero fué un suceso horrible y misterioso.

ASCANIO. Accion infernal, consumada, no por hombres, sino por demonios.

JACOBO. Señores, sé bien esa historia por mi primo el cardenal Carriale, que estaba muy al corriente de ella. Ya sabeis que el cardenal Carriale tuvo una ruidosa contienda con el cardenal Riario, con motivo de la guerra contra Cárlos VIII, rey de Francia.

GENARO. (Bostezando.) El buen Jacobo ya nos vá á referir cuentos; por mi parte ofrezco no oirlos; estoy rendido de sueño.

MAFEO. Es muy natural que esto no te interese, Genaro. Eres un bravo capitan de aventureros, famoso por tu valor, pero que te llamas como te dá la gana. No has conocido padre ni madre; y aunque nadie duda de que fueron nobles, porque se conoce que tú lo eres, sin embargo, solo sabemos acerca de tu hidalguía que te bates como un leon. Somos compañeros de armas, y lo que te digo no te puede ofender; me salvaste la vida en Rímini y yo te salvé en el puente Vicenzia; juramos ayudarnos mútuamente en los peligros de la guerra y en los del amor, y que todos tus enemigos serian mios y los mios tuyos. Nos predijo un astrólogo que moriríamos en el mismo dia, y le dimos diez cequíes de oro por nuestro horóscopo; en una palabra, somos, más que amigos, hermanos, y tu tienes la felicidad de poderte llamar Genaro á secas, de no depender de nadie y de no arrastrar á todas partes una de esas fatalidades hereditarias que acompañan á los apellidos históricos. ¿Qué te importa á tí lo pasado ni lo presente, si tienes hombres con quienes batirte y mujeres con quienes gozar? Nosotros no estamos en el mismo caso: tenemos derecho á interesarnos en las catástrofes de nuestra época. Nuestros padres participaron de sus tragedias, y las heridas que recibie-

ron brotan aun sangre en nuestras familias. - Cuéntanos lo que sepas, Jacobo.

GEN. (Echándose en un sillon como para dormir.) Ya me despertareis cuando acabe esa historia.

JAC. Pues os referiré lo que sé. El año 1483...

YUBETA. Ochenta y siete.

JAC. Es verdad, el ochenta y siete: una noche de invierno... me parece que era jueves.

YUB. Era martes ó miércoles.

JAC. Lo mismo dá.—Aquella noche estaba un batelero del Tíber en su barca guardando el cargamento, cuando presenció un suceso espantoso. Un poco más abajo de la iglesia de San Gerónimo, á la una de la noche, de una noche muy oscura, se presentaron dos hombres por el camino que está á la izquierda del templo, dando vueltas de un lado á otro; luego aparecieron otros dos, en seguida tres; total, siete. Uno solo iba á caballo. De las casas que miran al rio solo habia luz en una ventana. El que iba á caballo volvió las ancas de éste á la parte del rio, y entonces el batelero pudo distinguir á la grupa del ginete dos piernas que colgaban por un lado y una cabeza y dos brazos que colgaban por el otro. Esto es, que llevaba un hombre muerto. Mientras los compañeros hacian centinela en las esquinas de las calles inmediatas, ellos cogieron el cadáver por la cabeza y las piernas, le bambolearon con fuerza dos ó tres veces y le lanzaron al Tíber. En cuanto cayó el cadáver en el rio, el ginete hizo una pregunta, á la que contestaron los otros: "No lo dude vuecencia.„ Entonces el ginete, adelantándose hácia el Tíber, vió una cosa negra que sobrenadaba; preguntó lo que era y le respondieron: "Es la capa de su excelencia que se le ha desprendido del cuerpo al caer en el agua.„ En seguida uno de ellos tiró unas piedras á la capa, hasta que la hizo hundir. Despues se fueron todos juntos por el camino que se dirige á Santiago. Esto es lo que presenció el gondolero.

MAF. En esa lúgubre aventura debió ser un personaje el que arrojaron al rio. Me hace un efecto horrible el asesino cabalgando con el asesinado á la grupa.

YUB. El caballo llevaba dos hermanos.

JAC. Así es; el cadáver era de Juan de Borgia y el que lo llevaba era César Borgia.

MAF. Los Borgias son una familia de demonios. ¿Sabeis, Jacobo, por qué César mató á su hermano?

JAC. El motivo fué tan abominable, que solo ocuparse de él es estar en pecado mortal.

YUB. Si no quereis decirlo, yo lo diré: César Borgia, cardenal de Valentinois, mató á Juan, duque de Gandía, porque los dos hermanos amaban á la misma mujer.

MAF. Quién era esa mujer?

YUB. Su hermana Lucrecia Borgia.

JAC. Basta: no pronuncieis delante de nosotros el nombre de esa furia. No hay una de nuestras familias á quien ella no haya herido de muerte.

MAF. Se dijo que en ese suceso habia un niño de por medio.

JAC. Ese niño era hijo del difunto Juan Borgia.

MAF. Si viviera seria ya hombre.

LUD. Pero desapareció.

JAC. No se sabe cierto si César Borgia logró separarlo de su madre ó si ésta se lo pudo quitar á César Borgia.

APÓSTOLO. Si la madre le tiene oculto, hace bien. Desde que César Borgia trocó la púrpura por el ducado de Valentinois, despachó al otro mundo, además de su hermano Juan, á sus dos sobrinos los hijos del príncipe de Esquilache y á su primo el cardenal Francisco Borgia. A ese mónstruo le dá por matar á sus parientes.

JAC. Quiere ser el único Borgia y poseer todos los bienes del Papa.

ASC. Decidme, Jacobo, ¿su hermana, que vos no quereis nombrar, no desapareció por aquella época y fué á encerrarse durante algunos meses en el monasterio de San Sixto?

JAC. Sí; queria separarse de su segundo esposo Juan Esforcia.

MAF. ¿Cómo se llamaba el gondolero que presenció lo que acabais de decir?

JAC. No lo sé.

YUB. Yo sí; se llamaba Jorge Schiavone y se dedicaba á conducir leña por el Tíber hasta Ripeta.

MAF. (En voz baja á ASCANIO.) (Este diablo de español conoce nuestros sucesos mejor que nosotros.)

ASC. (Desconfio de él tanto como tú.)

JAC. ¡Horribles tiempos son estos en que vivimos! Entre las guerras, las pestes y los Borgias, nadie tiene segura la vida! Pobre Italia!

APÓST. Hablando de otro asunto, señores, creo que todos nosotros hemos sido designados para acompañar á los embajadores que la República de Venecia en-

via al duque de Ferrara, para felicitarle por haber recuperado á Rímini, que habia caido en poder de los Malatestas. Cuándo vamos á Ferrara?

JAC. Pasado mañana. Ya sabeis que han nombrado los dos embajadores, que son el senador Tiópolo y el general de las galeras, Grimani.

APÓST. ¿Vendrá con nosotros el capitan Genaro?

MAF. Ya lo creo; Genaro y yo somos inseparables.

ASC. Tengo que advertiros una cosa importante, y es que ahí dentro están bebiendo vino de España sin contar con nosotros.

MAF. Pues entremos en el palacio. Eh! Genaro! (Despertándole.) Se habia dormido verdaderamente.

JAC. Pues dejadle dormir.

Vánse todos menos YUBETA.

ESCENA II.

YUBETA, despues LUCRECIA; GENARO, dormido.

YUB. Verdaderamente sé mucho más que ellos de los acontecimientos de su pais; así se lo decian en voz baja. Tienen razon; sé más que ellos, pero Lucrecia sabe más que yo, Valentinois sabe más que Lucrecia, el diablo sabe más que Valentinois, y el papa Alejandro VI sabe más que el diablo. (Observando á GENARO.) Qué bien duermen los jóvenes!

Entra LUCRECIA disfrazada y con mascarilla. Vé á GENARO dormido y le contempla con éxtasis y con respeto.

LUCRECIA. (Duerme! La fiesta le habrá fatigado. Qué hermoso es!) Yubeta! Llamándole.

YUB. Hablad más bajo, señora. Aquí no me llamo Yubeta, sino conde de Belverana, y soy gentil-hombre español, así como vos sois la marquesa de Pontecuadrato, dama napolitana. Debemos hacer como si no nos conociéramos, obedeciendo las órdenes de vuestra alteza; no estais en vuestra córte, estais en Venecia.

LUC. Es verdad, Yubeta; pero aquí estamos solos, porque ese jóven duerme y podemos hablar unos instantes.

YUB. Como plazca á vuestra alteza, pero debo aconsejaros que no os quiteis la mascarilla, porque pudieran conoceros.

LUC. No me importa: si no saben quién soy, no debo temer; si lo saben, los que deben temblar son ellos.

YUB. Estamos en Venecia, señora, y aquí teneis enemigos, y enemigos libres. Indudablemente la República de Venecia no permitirá que se os atropelle, pero podrian insultaros.

LUC. Tienes razon; sé que mi nombre horroriza.

YUB. Aquí no solo hay venecianos, sino tambien romanos, napolitanos, romanenses y lombardos; hay hijos de todos los pueblos de Italia.

LUC. Y me ódia Italia entera! Es preciso que esto no suceda de hoy en adelante. Ahora más que nunca conozco que yo no nací para hacer daño á nadie, pero el ejemplo de mi familia me arrastró á ser lo que he sido. Yubeta!

YUB. Señora...

LUC. Haz que comuniquen inmediatamente las órdenes que voy á darte respecto á mis Estados de Espoleto.

YUB. Dictádmelas, que yo siempre tengo cuatro mulas ensilladas y cuatro postillones dispuestos á partir.

LUC. Qué es de Galeazo Caioli?

YUB. Sigue preso, esperando que le mandeis ahorcar.

LUC. Y Jofré Buondelmonte?

YUB. En el calabozo; no me habeis dicho aun que se le dé garrote.

LUC. Y Manfredo Curzola?

YUB. Lo mismo: vive todavía.

LUC. Y Spadacappa?

YUB. Siguiendo vuestras órdenes, no se le debe envenenar hasta el dia de Pascua; esto es, hasta dentro de seis semanas... estamos ahora en Carnaval...

LUC. Y Pedro Capra?

YUB. En la actualidad aun es obispo de Pésaro y regente de la Cancillería, pero dentro de poco solo será un monton de polvo. Por vuestras súplicas, el Santo Padre le hizo prender y le tiene encerrado en los subterráneos del Vaticano.

LUC. Escribe en seguida al Santo Padre que le pido que perdone á Pedro Capra. Que pongan inmediatamente en libertad á Caioli, á Curzola, á Buondelmonte y á Spadacappa.

YUB. Extraño, señora, las órdenes que me acabais de dictar. ¡Qué lluvia de misericordia y de indultos! ¡Me habeis sumergido en el mar de vuestra clemencia! ¿A qué viene ese diluvio de buenas acciones?

LUC. Para tí debe ser indiferente que sean buenas ó malas, si te las pago bien.

YUB. Pero una buena accion es más difícil de realizar que una accion mala. ¿Qué será de mí si os dá la humorada de ser misericordiosa? Qué será de mí?

LUC. Tú eres el más antiguo y el más fiel de mis confidentes.

YUB. Efectivamente, hace quince años que tengo la honra de ser vuestro colaborador.

LUC. Pues bien; mi antiguo amigo y cómplice, ¿no empiezas á sentir la necesidad de cambiar de vida? ¿No darias todo lo que posees porque nos bendijeran á tí y á mí tanto como nos han maldecido? ¿No te hastía ya tanto crímen?

YUB. Veo que llevais camino de llegar á ser una alteza virtuosa.

LUC. ¿Pero no te pesa la celebridad que nos rodea á los dos?

YUB. No. Cuando paso por las calles de Espoleto oigo á algunos canallas que murmuran al verme pasar: Ahí vá Yubeta, esto es, el puñal, el veneno y la picota; pero yo los oigo como quien oye llover. Me he acostumbrado á mi mala reputacion, como los soldados del Papa á ayudar á misa.

LUC. Pero no conoces que el menosprecio, el ódio y la animadversion con que nos tratan podria llegar á contaminar el corazon que tú desearas que te quisiera? ¿No amas á nadie en el mundo, Yubeta?

YUB. Que acaso, señora, vos amais?

LUC. Tú qué sabes! Siempre he sido franca contigo, y no voy á hablarte de mi padre, de mi hermano ni de mi marido; no voy á hablarte tampoco de ninguno de mis amantes...

YUB. Pues yo no sé que se pueda amar más que de esos modos.

LUC. Hay un amor más tierno y más imperioso que esos amores.

YUB. Como no llegueis á ser virtuosa por amor á Dios...

LUC. Si existiese hoy en Italia un corazon noble y puro, un corazon de ángel oculto bajo la coraza del soldado; si solo me quedase, desdichada mujer que abominan y maldicen los hombres y que condena el cielo, si solo me quedase como apoyo único la esperanza halagüeña de merecer y de conseguir antes de mi muerte un sitio en dicho corazon altivo y generoso, ¿extrañarias, Yubeta, que me apresurase á enmendar mi pasado, á lavar los borrones de mi inícua fama, y á trocar por una idea de gloria, de penitencia y de virtud, la idea infame y sanguinaria que en Italia despierta mi nombre?

YUB. Acaso sentís remordimientos?

LUC. Hace ya tiempo que lucho con estas ideas, aunque nunca te lo he revelado. Cuando nos arrastra la corriente del crímen, no podemos detenernos cuando queremos. El ángel bueno y el ángel malo luchan por enseñorearse de mí... Creo que vencerá el primero.

YUB. Entonces, *¡Te-Deum laudamus magnificat anima mea dominum!* ¿Sabeis, señora, que no os comprendo, y que hace algun tiempo que sois indescifrable para mí? El mes pasado os decidísteis á marchar á Espoleto, os despedís de monseñor Alfonso de Este, vuestro esposo, que es un buen hombre y que está enamorado de vos como un tórtolo y celoso como un tigre; salimos de Ferrara y nos dirigimos secretamente á Venecia, casi los dos solos, vos con un falso título napolitano y yo con un falso título español. En cuanto llegamos á Venecia, vuestra alteza se separa de mí, mandándome que no la conozca. Os dedicais á correr todas las tertulias y diversiones, aprovechándoos de ser Carnaval para ir siempre enmascarada y que nadie os conozca: solo me hablais un momento de noche y de paso, y toda esta mojiganga viene á parar en predicarme un sermon. Habeis metamorfoseado vuestro nombre y vuestro traje, y ahora quereis metamorfosear el alma; esto es ya llevar demasiado lejos el Carnaval. No os puedo comprender. ¿Qué causa en vuestra alteza este cambio de conducta?

LUC. (Cogiéndolo con fuerza del brazo y acercándole á donde está GENARO dormido.) Ves ese jóven?

YUB. No me es desconocido, y sé tambien que correis tras él enmascarada desde que entramos en Venecia.

LUC. Qué te parece ese jóven?

YUB. Que es un jóven que duerme profundamente acostado en un banco, y que se hubiera dormido de pié si hubiera participado de la conversacion moral y edificante que acabo de tener con vuestra alteza.

LUC. Verdad que es hermoso?

YUB. Más hermoso seria si no tuviera los ojos cerrados, porque una cara sin ojos es como un palacio sin ventanas.

LUC. Si supieras cuánto le quiero!

YUB. Eso es cuenta de vuestro real marido, el duque de Ferrara; pero debo advertir á vuestra alteza que está perdiendo el tiempo. Se dice que ese jóven está enamorado de una hermosa doncella que se llama Fiameta.

LUC. Y ella le corresponde?

YUB. Me han asegurado que sí.

LUC. Tanto mejor; deseo que sea feliz.

YUB. Extraño vuestro modo de ver las cosas; antes érais muy celosa.

LUC. (Contemplando á Genaro.) ¡Qué fisonomía tan hermosa y tan noble!

YUB. Se me antoja que se parece á...

LUC. No me digas á quién se parece y déjame.

Váse YUBETA. LUCRECIA permanece un instante en éxtasis ante GENARO, sin apercibirse de que han entrado dos hombres enmascarados que la observan desde el fondo.

LUC. Es él, y al fin puedo verle un instante sin peligro. En mis sueños no le podia desear más hermoso. ¡Dios mio, presérvame de la agonía de que me ódie ó de que me desprecie! ¡Es lo único que amo en el mundo! No me atrevo á quitarme la mascarilla, y tengo, sin embargo, que enjugarme las lágrimas.

Se quita el antifaz para secarse los ojos. Los dos hombres enmascarados hablan en voz baja, mientras ella vuelve á sumirse en la muda contemplacion de GENARO.

HOMBRE 1.° Con esto me basta y ya puedo regresar á Ferrara. Solo vine á Venecia para asegurarme de su infidelidad... y ya he visto bastante. No puedo estar ausente de Ferrara mucho tiempo. Ese jóven es su amante. ¿Cómo se llama, Rustiguelo?

HOM. 2.° Se llama Genaro. Es un capitan de aventureros, un bravo, que no ha conocido padre ni madre; en estos momentos está al servicio de la República de Venecia.

HOM. 1.° Arréglate de modo que venga á Ferrara.

HOM. 2.° Así lo hará, monseñor, sin que yo ponga nada de mi parte. Pasado mañana irá á vuestra corte con otros amigos suyos, agregados á los embajadores Tiópolo y Grimani.

HOM. 1.° Me alegro. Las noticias que yo tenia eran exactas. Bastante hemos visto, y vámonos á Ferrara. (Vánse.)

LUC. (Juntando las manos y casi arrodillada ante GENARO.) ¡Dios mio, que sea tan feliz como yo he sido desdichada!...

Deposita un beso en la frente de GENARO, que se despierta sobresaltado.

GEN. Un beso! Una mujer!—Os juro, señora, que si fuérais reina y yo fuera poeta, hubiérais copiado la aventura de Alain-Chartier, el versificador francés; pero aquí no cabe copia, porque ignoro lo que vos sois, y yo solo soy un soldado.

Echándole los brazos á LUCRECIA.

LUC. Soltadme por Dios, Genaro!

GEN. Eso no, he de saber...

LUC. Viene gente.

Huye LUCRECIA; GENARO la sigue.

ESCENA III.

JACOBO, despues MAFEO.

JAC. No hay duda! No hay duda! Es ella. Está en Venecia.—Mafeo....

Al verle entrar.

MAF. Qué quieres?

JAC. Referirte un extraño encuentro que acabo de tener.

Le habla al oido un instante.

MAF. Estás seguro?

JAC. Segurísimo.

MAF. ¿Y estaba galanteando con Genaro?

JAC. Sí.

MAF. Pues es preciso librar á Genaro de sus redes.

JAC. Vamos á avisar á los amigos.

Vánse. Durante algun tiempo la escena permanece sola. De vez en cuando se ven cruzar algunas góndolas. Entran GENARO y LUCRECIA enmascarada.

ESCENA IV.

GENARO y LUCRECIA.

LUC. El jardin está desierto y oscuro. Puedo quitarme la mascarilla. Deseo que me conozcais, Genaro. (Se quita el antifaz.)

GEN. Sois hermosísima!

LUC. Mírame bien, Genaro, y dime si te causo horror.

GEN. ¡Por qué me habíais de causar horror! Al contrario, siento en el fondo del corazon algo que me atrae hácia vos.

LUC. ¿Luego crees que me podrás amar?

GEN. Por qué no? Como soy sincero, os debo confesar que hay en el mundo una mujer á quien querré más que á vos.

LUC. A Fiameta, ya lo sé.

GEN. Os equivocais.

LUC. Pues á quién?

GEN. A mi madre.

LUC. ¡Conque tanto quieres á tu madre!

GEN. La quiero sin haberla visto nunca. ¿Verdad que esto os parece singular? No sé por qué me siento inclinado á confiaros un secreto que no he confiado á nadie, ni á mi compañero de armas Mafeo Orsini. Es extraño entregarse de este modo á la mujer que se vé por primera vez, pero no sé por qué, creo que os he visto otras veces. Soy un capi-

tan de aventureros que nunca he conocido á mi familia. Hasta la edad de diez y seis años creia ser hijo de un pescador de Calabria, en cuya casa me crié; pero cuando cumplí esa edad, el pescador me confesó que no era mi padre. Poco tiempo despues se presentó allí un personaje que me armó caballero, y que se fué sin descubrirse y sin levantar siquiera la visera del almete. Más tarde llegó otro hombre vestido de negro á traerme una carta. La abrí y ví que era de mi madre, de mi madre á quien yo no conocia; de mi madre, á quien me imaginaba buena, cariñosa y bella como vos; de mi madre, á quien adoraba con todo el cariño de mi alma. Esa carta me hizo saber, sin revelarme mi nombre ni mi apellido, que yo era de noble linaje y de alta raza y que mi madre era muy infeliz. ¡Pobre madre mia!

LUC. Sigue, Genaro.

GEN. Desde ese dia me dediqué á ser aventurero, porque siendo algo por mi nacimiento, queria ser tambien algo por medio de la espada, y recorrí toda la Italia. Pero el primer dia de cada mes, en cualquier parte que me encuentre, se me presenta siempre el mismo mensajero. Me entrega una carta de mi madre, recibe mi respuesta y se vá; nada me dice ni yo le digo... parece que sea sordo y mudo.

LUC. ¿De modo que no sabes nada de tu familia?

GEN. Solo sé que tengo madre y que es desgraciada y que daria mi vida por verla llorar y mi eternidad por verla sonreir. Esto es todo lo que sé.

LUC. Guardas sus cartas?

GEN. Las llevo siempre conmigo, sobre el corazon. Nosotros, gente de guerra, arriesgamos contínuamente el pecho á las espadas enemigas, y las cartas de una madre son una buena coraza para preservarle.

LUC. Eres tan noble como hermoso!

GEN. Quereis ver cómo escribe? Hé aquí una de sus cartas. (Saca una del pecho, y despues de besarla, se la entrega á LUCRECIA.) Leedla.

LUC. (Leyendo.) "No te empeñes en conocerme, Genaro mio, antes del dia que yo te designe. Ten lástima de mí, que estoy rodeada de parientes desapiadados, que te matarian como asesinaron á tu padre. Solo yo debo saber el secreto de tu nacimiento. Si tú le conocieras, siendo como es tan infausto y tan ilustre, no podrias callártelo; la juventud es confiada, y tú ignoras los peligros que te rodean; querrias afrontarlos con todo el empuje de la juventud, revelarias tu nacimiento ó dejarias que lo adivinasen, y tú no vivirias dos dias quizás. Conténtate con saber que tienes una madre que te adora y que vela por tu vida de dia y de noche. Hijo mio, tú eres lo único que amo en el mundo, y mi corazon se destroza cuando pienso en tí.„

Las lágrimas no la dejan continuar.

GEN. Con qué ternura sabeis leer! Parece que esteis declamando!... ¡Estais llorando! ¡No sabeis cuánto agradezco esa ternura!

Recoge la carta y la guarda en el pecho, despues de besarla.

Tengo entendido que el crímen rodeó mi cuna... por eso podeis comprender, señora, que no me han de llamar la atencion galanteos ni amoríos, porque mi pensamiento se concentra en una idea fija; la de libertar á mi madre, la de servirla, la de vengarla y la de ser su consuelo. No deseo otra felicidad. Cuanto hago es por ser digno de ella. Hay aventureros sin escrúpulo, que lo mismo pelean en favor del diablo que en favor de Dios; pero yo solo defiendo las causas justas. Quiero depositar un dia á los piés de mi madre mi espada sin mancilla y noble como la de un emperador. No hace mucho he rechazado la gran asignacion que me ofrecian por servir á la infame Lucrecia Borgia.

LUC. Genaro! Genaro! ¡Ten compasion de los malvados! No sabes tú los tormentos que sufren.

GEN. No puedo tener compasion de los que no compadecen á nadie. Ahora que ya sabeis quién soy, enteradme de quién sois vos.

LUC. Una mujer que te quiere, Genaro.

GEN. Cómo os llamais?

LUC. No me preguntes más.

ESCENA V.

Dichos, MAFEO, JACOBO, ASCANIO, LUDOVICO, APÓSTOLO, damas y pajes con antorchas.

LUCRECIA se pone el antifaz.

MAF. (Con una antorcha en la mano.) Genaro, ¿quieres saber quién es la mujer que estás galanteando?

LUC. (Qué oigo!)

GEN. Amigos mios sois todos; pero juro que si alguno toca la máscara de esta mujer, se ha de arrepentir. El antifaz de la mujer debe ser tan sagrado como el rostro del hombre.

MAF. Tienes razon, cuando la mujer

es mujer. No tratamos de insultarla; solo queremos decirla quiénes somos nosotros. (A LUCRECIA.) Yo soy Mafeo Orsini, hermano del duque de Gravina, al que vuestros satélites ahogaron de noche mientras dormia en su lecho.

JAC. (A LUCRECIA.) Yo soy Jacobo Libereto, sobrino de Libereto Viteli, al que hiciste matar á puñaladas en los subterráneos del Vaticano.

ASC. Yo soy Ascanio Petruci, primo hermano de Pandolfo Petruci, señor de Siena, asesinado por órden vuestra para apoderaros de su ciudad.

LUD. Yo soy Ludovico Vitelozo, sobrino de Diego Apiani, al que envenenásteis en una fiesta, despues de despojarle alevosamente de su castillo de Piombino.

APÓST. Hicísteis subir al cadalso á D. Francisco Gacella, tio materno de D. Alfonso de Aragon, vuestro tercer marido, al que vuestros alabarderos mataron en la meseta de la escalera de San Pedro. Yo soy Apóstolo Gacella, primo del uno é hijo del otro.

LUC. (Dios mio!)

GEN. Quién es esta mujer!...

MAF. Ahora que sabeis nuestros nombres, os vamos á decir el vuestro.

LUC. No, no, por compasion! ¡No lo digais delante de él!

MAF. (Arrancándole la careta.) ¡Fuera esa máscara! ¡A ver si sois capaz de sonrojaros!

APÓST. Genaro, esta mujer que enamorabas, es envenenadora y adúltera.

JAC. Ha recorrido todos los grados del incesto: fué incestuosa con sus dos hermanos, que se mataron por ella.

LUC. Tenedme compasion!...

ASC. Ha sido incestuosa con su padre, que es Papa.

LUC. Ah! (Tapándose la cara con las manos.)

LUD. Y hubiera sido incestuosa con sus hijos, si los hubiera tenido; pero el cielo se los niega á los mónstruos.

LUC. Basta! Basta!

MAF. ¿Quieres saber su nombre, Genaro?

LUC. Oh, no, no!

MAF. Quieres saber su nombre?

LUC. (Arrastrándose de rodillas ante GENARO.) ¡Dí que no quieres, dí que no quieres!

MAF. (Extendiendo el brazo hácia ella.) Es Lucrecia Borgia.

GEN. (Rechazándola.) Qué horror!...

TODOS. Es Lucrecia Borgia!

LUCRECIA cae sin sentido á los piés de GENARO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Una plaza en Ferrara.—A la derecha el palacio ducal, con celosías en el balcon y una puerta baja. Debajo del balcon hay un gran escudo de piedra blasonado, que contiene esta palabra, escrita en letras gruesas y salientes de cobre dorado: «BORGIA.» A la izquierda una casa pequeña con puerta que dá á la plaza. En el fondo casas y campanarios.

ESCENA PRIMERA.

LUCRECIA y YUBETA.

LUC. ¿Está todo preparado para esta noche?

YUB. Todo está dispuesto.

LUC. Vendrán los cinco?

YUB. Los cinco.

LUC. Me ultrajaron cruelmente!

YUB. Si yo hubiera estado allí!

LUC. No me tuvieron compasion!

YUB. ¿Pronunciaron vuestro nombre en voz alta?

LUC. No solo lo pronunciaron, sino que me escupieron en la cara.

YUB. En el baile!

LUC. Y delante de Genaro!

YUB. No sé cómo esos aturdidos se atrevieron á salir de Venecia y á venir á Ferrara; verdad es que no podian hacer otra cosa, habiéndoles designado el Senado para acompañar á los embajadores.

LUC. ¡Genaro me desprecia ahora por culpa de ellos! Pero yo me vengaré.

YUB. Así me gusta oiros hablar. Gracias á Dios que ya no os asaltan ideas de misericordia y de perdon. Me encuentro más en mi centro cuando vuestra alteza piensa así; porque es preciso conocer que un lago es lo contrario de una isla; una torre, lo contrario de un pozo; un acueducto, lo contrario de un puente, y yo soy lo contrario de un hombre virtuoso.

LUC. Genaro ha venido con ellos; ten cuidado de que no sufra el menor daño.

YUB. Nada le sucederá.

LUC. ¡Cuánto daria por volverle á ver!

YUB. ¡Pero si vuestra alteza le vé todos los dias! Está alojado por disposicion vuestra en la casucha miserable que enfrenta con vuestros balcones, y vos, detrás de las celosías de palacio, podeis disfrutar la inefable dicha de verle entrar y salir.

LUC. Sí, pero quisiera hablar con él,

YUB. Tampoco es muy difícil. Enviadle con Astolfo el recado de que le esperais en palacio á la hora que se os antoje.

LUC. No se negará á venir?

YUB. Pues no ha de venir! Pero retiraos, porque si no me engaño, viene con sus amigos hácia aquí.

LUC. ¿Siguen creyendo que eres el conde de Belverana?

YUB. Me creen español y que soy uno de sus mejores amigos. Hasta les presto dinero.

LUC. Para qué?

YUB. Pardiez, porque les hace falta.

LUC. Calla! Aquí están. No olvides nada de lo que te he dicho.

Entra en palacio por la pequeña puerta que hay debajo del balcon.

ESCENA II.

YUBETA solo.

¿Quién será Genaro y para qué diablos lo querrá? No me fia todos sus secretos, y precisamente éste excita mi curiosidad. Pues ya que no tiene confianza conmigo en esta ocasion, que se lo averigüe como pueda, que yo no pienso ayudarla. Es extraño este modo de querer á un hombre en la hija de Rodrigo Borgia y de la Vanozza, en una mujer por cuyas venas corre la sangre de la cortesana y la del Papa... ¡Lucrecia Borgia convertirse en amante platónica! De hoy en adelante ya no me asombraré de nada. (Pausa.) Ya están aquí los locos del Carnaval de Venecia; han tenido la peregrina ocurrencia de abandonar un país neutral y libre para venir á Ferrara, despues de ofender mortalmente á la duquesa. Si yo estuviera en su lugar, no hubiera venido acompañando á los embajadores de Venecia, no me hubiera metido en la garganta del lobo.

ESCENA III.

Dicho, GENARO, MAFEO, JACOBO, ASCANIO, APÓSTOLO y LUDOVICO.

Entran dichos señores sin ver á YUBETA, que para observarles se ha arrimado á uno de los pilares que sostienen el balcon. Hablan en voz baja é inquietos.

MAF. Ha sido una verdadera temeridad venir á Ferrara despues de haber ofendido á Lucrecia Borgia.

APÓST. No podíamos hacer otra cosa, despues que nos designó el Senado; porque no hay medio de eludir las órdenes del serenísimo Senado de Venecia. Comprendo, sin embargo, que hemos venido á ponernos enfrente de una enemiga temible que gobierna despóticamente.

JAC. Qué daño puede causarnos? Servimos á la República de Venecia, formamos parte de la embajada, y por lo tanto nuestras personas son sagradas é inviolables. Tocarnos un solo cabello seria declarar la guerra al Dux, y Ferrara no está en el caso de medir sus fuerzas con Venecia.

GEN. (En un rincon del teatro, sin tomar parte en la conversacion y abstraido.) (Madre de mi alma! Dónde la encontraré!)

MAF. Sin tocarnos un solo cabello de la cabeza pueden tendernos en la sepultura. Los Borgias poseen venenos que matan silenciosamente y mejor que el hacha y el puñal. Acuérdate de qué modo Alejandro VI hizo desaparecer del mundo al sultan Zizimi, hermano de Bayaceto.

LUD. Y á otros muchos.

APÓST. El lance del hermano de Bayaceto es curioso y siniestro. El Papa le persuadió que el rey de Francia le habia envenenado una noche que hicieron colacion juntos; Zizimi lo creyó, y recibió de las blancas manos de Lucrecia Bordia un supuesto contraveneno, que en el espacio de dos horas le mató.

JAC. Parece que ese bravo turco entendia poco de política.

MAF. Los Borgias poseen venenos que matan en un año ó en un dia, como ellos quieren; venenos infames, que hacen el vino más grato al paladar y que excitan á beber. Os creeis ébrio y estais muerto. Otras veces causan debilidad y languidez, hacen arrugar la piel y hundirse los ojos, convierten al jóven en decrépito, y despues de hacerle agonizar lentamente, le hacen morir en dia determinado. Entonces recuerdan los demás que hace seis meses ó un año, el hombre que acababa de morir bebió un vaso de Chipre en casa de un Borgia. (Señalando al foro de la plaza.) Precisamente, señores, ahí pasa Montefeltro, á quien quizá conoceis, y que está en el caso que acabo de indicar. Miradle.

Se vé pasar por el foro del teatro á un hombre con el cabello blanco, flaco, tembloroso y apoyado en un baston.

ASC. Pobre Montefeltro!

APÓST. Qué edad tiene?

MAF. Mi edad, veintinueve años.

LUD. El año pasado yo le ví jóven y fresco como vos.

MAF. Pero hace tres meses cenó con el Papa en su viña de Belvedere.

ASC. Eso es horrible!

MAF. Se cuentan lances extraños en esas cenas de los Borgias. ¡Ved qué desierta está esta plaza! El pueblo no se atreve á aventurarse como nosotros cerca del palacio ducal; teme que el vapor de los tósigos que en él se preparan transpire por las paredes y se derrame en la atmósfera.

ASC. Los embajadores se han presentado hoy al duque y han despachado su comision; nuestro encargo casi está terminado. La comitiva de la embajada se compone de cincuenta caballeros, y aunque nosotros desapareciéramos, nadie lo notaria. Creo que lo más prudente seria que saliéramos de Ferrara.

MAF. Cuanto más pronto mejor.

JAC. Mañana partiremos. Estoy convidado á cenar esta noche en casa de la princesa Negroni, de la que estoy enamorado ciegamente, y no quisiera que creyera que huia por miedo la mujer más hermosa de Ferrara.

LUD. ¿Estais convidado á cenar en casa de la princesa de Negroni?

JAC. Sí.

LUD. Y yo tambien.

ASC. Y yo.

APÓST. Y yo.

MAF. Y yo.

YUB. (Saliendo y presentándose.) Y yo tambien, señores.

JAC. Aquí está el conde de Belverana. Pues bien, iremos todos juntos y pasaremos una noche divertida. ¿No es cierto, señor conde?

YUB. Mucho espero divertirme.

MAF. (Bajo á Jacobo.) (Si me creyérais no asistiríamos á la cena; el palacio Negroni está junto al del duque, y ese español me parece sumamente falso.)

JAC. (Bajo á MAFEO.) (No tengais manías, Mafeo; la Negroni es una mujer preciosísima de la que estoy enamorado; el conde de Belverana es un excelente hombre, y tengo los mejores informes de él y de su familia. Su padre y el mio estuvieron juntos en el sitio de Granada.)

MAF. (¿Quién os asegura que éste es hijo del que estuvo con vuestro padre?)

JAC. (Si no te atreves á venir al convite no vengas.)

MAF. (Iré si vosotros vais.)

JAC. Nos acompañareis, Genaro?

ASC. No os ha convidado la Negroni?

GEN. No por cierto; creerá que no siendo noble no puedo cenar con ella.

MAF. Entonces podrás acudir á alguna cita amorosa...

JAC. A propósito de amores; cuéntanos lo que te pasó con Lucrecia Borgia la noche del baile. Parece que está enamorada de tí, y por lo tanto te debió decir cosas muy halagüeñas, aprovechándose de la libertad que dan los bailes. Las mujeres se disfrazan el cuerpo para descubrir con osadía el alma; ya se sabe: cara tapada, corazon desnudo.

Desde hace unos instantes ha aparecido en el balcon LUCRECIA, abriendo un poco la celosía para escuchar mejor lo que hablan.

MAF. Lo cierto es que has venide á alojarte frente á frente de sus balcones.

APÓST. Pues eso es peligroso, porque se dice que el duque de Ferrara es muy celoso.

LUD. Decidnos á qué altura se hallan vuestros amores con Lucrecia Borgia.

GEN. Si volveis á hablarme de esa horrible mujer, habrán de salir á relucir las espadas.

LUC. (Ay de mí!)

MAF. No te ofendas, Genaro; esto es una chanza, y por otra parte, no debes extrañar que te hablemos de esa dama cuando vistes sus colores.

GEN. Qué estás diciendo?

MAF. Esa banda...

JAC. Es, efectivamente, de los colores de Lucrecia Borgia.

GEN. Me la ha regalado Fiameta.

MAF. Lo crees así? La que te la envió y la que te la bordó es Lucrecia Borgia.

GEN. Estás cierto? ¿Por dónde lo sabes?

MAF. Me lo ha dicho tu criado, que recibió la banda de sus manos y una buena cantidad.

GEN. Condenacion!

Se arranca la banda, la destroza y la patea.

LUC. (Ah!) (Cierra la celosía y se vá.)

MAF. Esa mujer es muy hermosa!

JAC. Sí, pero tiene no sé qué sello siniestro impreso en la fisonomía.

MAF. Es un ducado de oro que tiene grabada la efigie de Satanás.

GEN. Maldita sea Lucrecia Borgia! Decís que me ama? Pues bien; ese será su castigo, porque me causa horror. Esto es lo que sucede siempre: cuando una mujer nos ama, es preciso amarla ó aborrecerla, no nos puede ser indiferente; pero á esa mujer no es posible amarla. ¡Qué delito he cometido para que me ame Lucrecia Borgia! Desde la noche en que me la dísteis á conocer de un modo tan terrible, no podeis imaginaros

cuánto ódio á esa mujer malvada. Hasta entonces solo veia á Lucrecia Borgia de lejos, al través del espacio, como un fantasma terrible de pié sobre Italia, como el espectro del mundo. Pero ahora es mi propio espectro que no me deja respirar, que me persigue en todas partes, que me ama, que se sienta á la cabecera de mi lecho y que quiere acostarse á mi lado. Asesinó al duque de Gravina, asesinó á tu pobre hermano, Mafeo; pues bien, yo os vengaré á entrambos. Hé aquí el abominable palacio de la lujuria, de la traicion, del asesinato y de todos los crímenes; hé aquí el palacio de Lucrecia Borgia. La marca de infamia que yo no puedo imprimir en la frente de esa mujer, la imprimiré en el escudo de armas de su palacio.

Sube sobre un banco de piedra que está debajo del balcon, y con la punta del puñal hace saltar la primera letra del nombre de BORGIA, de modo que queda la palabra siguiente: ORGIA.

MAF. Qué haces, Genaro?

JAC. Esa letra que has arrancado del apellido de Lucrecia, quizás haga que nos arranquen la cabeza de los hombros.

YUB. Por ese calembour quizá pongan en el tormento mañana á la mitad de la ciudad.

GEN. Si buscan al culpable, yo me presentaré.

YUB. (Me alegraria, para ver el gesto que hacia Lucrecia Borgia.)

Hace pocos momentos han entrado en la plaza ASTOLFO y RUSTIGUELO, vestidos de negro, que observan á los forasteros.

MAF. Fijaos en aquellos dos hombres, que nos examinan con curiosidad y cuyo aspecto es alarmante. Creo prudente que nos separemos. No cometas más locuras, Genaro.

GEN. Vete tranquilo, Mafeo. Deseo que os divirtais mucho esta noche.

Entra en su casa. Los caballeros desaparecen.

ESCENA IV.

ASTOLFO y RUSTIGUELO, vestidos de negro.

ASTOLFO. Qué haces ahí, Rustiguelo?

RUSTIGUELO. Estoy esperando que te vayas, Astolfo.

AST. De veras?

RUST. Y tú qué haces aquí?

AST. Tambien espero que te vayas.

RUST. A quién buscas, Astolfo?

AST. A un indivíduo que ha entrado en esa casa. Y tú á quién buscas?

RUST. Al mismo.

AST. Diablo!

RUST. Para qué le buscas?

AST. Para llevarle á la habitacion de la duquesa. Y tú?

RUST. Para llevarle á la habitacion del duque.

AST. Diablo!

RUST. ¿Qué es lo que le espera en el aposento de la duquesa?

AST. Presumo que el amor. ¿Y en el del duque?

RUST. Probablemente la horca.

AST. ¡Pues no sé cómo nos lo vamos á arreglar! No puede estar á la vez en el aposento del duque y en el de la duquesa, ni ser amante feliz y estar en la horca.

RUST. Aquí tengo un ducado. Juguémonos á cara ó á cruz el apoderarnos de ese hombre.

AST. Juguémonoslo.

RUST. Te prometo que si pierdo le diré al duque que he encontrado el nido sin el pájaro. Tira.

Arroja el ducado al aire.

AST. Cara.

RUST. (Mirando á tierra.) Pierdes, ha salido cruz.

AST. Ahorcarán á ese hombre, porque á tí te pertenece. Adios.

RUST. Buenas noches.

ASTOLFO desaparece y RUSTIGUELO abre la puerta que hay bajo el balcon, entra y vuelve á salir poco despues acompañado de cuatro esbirros, con los que vá á llamar á la puerta de la casa donde vive GENARO. Cae el telon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Una sala en el palacio ducal de Ferrara, entapizada y amueblada como se estilaba en aquella época. - Un sillon forrado de terciopelo encarnado, que tiene bordadas las armas del duque, y al lado una mesa cubierta con tapete de terciopelo del mismo color.—En medio una gran puerta, á la derecha una pequeña, á la izquierda otra igual á ésta, pero disimulada.

ESCENA PRIMERA.

DON ALFONSO, ricamente vestido. RUSTIGUELO, llevando los mismos colores que el duque, pero con traje de tela ordinario.

RUST. Monseñor, he ejecutado vuestras órdenes y espero que me mandeis lo que querais.

ALFONSO. Toma esta llave, vé á la galería de Numa, cuenta una por una

todas las divisiones de madera que cubren la pared, desde la hermosa figura pintada que representa á Hércules de Este, hijo de Júpiter y uno de mis antepasados: cuando llegues á la décimaquinta division, verás el agujero de una cerradura que está escondida en la boca de una serpiente de bronce. Mete la llave en el agujero y abre; la tabla dará vueltas sobre sus goznes como una puerta; te enseñará un armario secreto, y dentro de él encontrarás una salvilla de cristal, un frasco de oro y otro de plata y dos copas esmaltadas. En el frasco de plata hay agua clara; en el de oro, vino preparado; llévalo todo conforme está al gabinete inmediato á esta sala, y si alguna vez has visto algun hombre tiritar y sentir sudor frio, oyendo hablar del famoso veneno de los Borgias, te guardarás muy bien de tocar el frasco de oro.

RUST. Qué más, monseñor?

ALF. Desnuda tu mejor espada y escóndete en el gabinete detrás de esa puerta, de modo que oigas todo lo que pase aquí y puedas entrar á la primera señal que yo haga con esta campanilla de plata, cuyo sonido ya conoces. (Señalándole la campanilla que está sobre la mesa.) Si sencillamente te llamo Rustiguelo, entrarás trayéndote la bandeja con las copas y con los frascos; y si te llamo sacudiendo la campanilla, entrarás con la espada desnuda.

RUST. Así lo haré.

ALF. Vete.

Váse RUSTIGUELO por la puerta pequeña; entra un ujier por la puerta del centro.

UJIER. La señora duquesa pide permiso para hablar á monseñor el duque.

ALF. Que entre.

ESCENA II.

DON ALFONSO y LUCRECIA.

LUC. (Entrando con ímpetu.) Vengo á pediros justicia, D. Alfonso, de una infamia que se acaba de cometer. —¿Lo sabeis ya, señor duque?—Acaban de mutilar el apellido de vuestra mujer, grabado bajo las armas de su familia y en la puerta de vuestro propio palacio. Ignoro quién ha sido el temerario que me ha injuriado de ese modo en pleno dia. ¡Y ese infame populacho, que siempre me ha aborrecido, llena toda la plaza, mofándose de mi deshonra! Puede leerse en sus feroces ojos que no tengo la vida segura, y que el que hoy me ha deshonrado, mañana me asesinará. Preparaos á hacerme justicia: creed que yo estimo mucho el aprecio de los hombres, y que mi esposo no está dispensado de ser mi caballero; no, monseñor; el que se casa debe proteger á su esposa; el que le dá la mano, debe darle el brazo; cumplid, pues, con vuestro deber; cada dia recibo nuevas injurias, que veo que no os conmueven. ¿Creeis que el fango que á mí me cubra no os ha de salpicar, D. Alfonso? Si es cierto que me amais, como siempre me estais diciendo, debeis desear mi buena fama, y si estais celoso de mí, debeis manifestar celo por mi gloria. Si con mi dote he hecho crecer vuestros dominios patrimoniales; si os he aportado al matrimonio, no solo la Rosa de Oro y la bendicion de Roma, sino tambien los Estados de Siena, Rímini, Cesena, Espoleto y Piombino, más ciudades y ducados que castillos y baronías poseíais antes de ser mi esposo, esto es un motivo más que suficiente para que vuestros vasallos no me insulten y para que no me traten peor que á la más vil esclava. Os declaro, monseñor, que quiero que este crímen se castigue de un modo espantoso, y que si así no lo haceis, recurriré al Papa, recurriré al duque de Valentinois, que se encuentra en Forli al frente de quince mil hombres puestos en pié de guerra, y estoy segura de que no me desampararán.

ALF. El crímen de que os quejais ya ha llegado á mi noticia.

LUC. ¡Lo sabeis, monseñor, y aun no habeis descubierto al criminal!

ALF. Lo he descubierto ya.

LUC. ¡Si lo habeis descubierto, estará ya preso!

ALF. Está ya en mi poder.

LUC. ¿Cómo es que no le habeis castigado aun?

ALF. Pronto recibirá el castigo. He querido consultaros antes de castigarle.

LUC. Habeis hecho bien, monseñor. Dónde está?

ALF. Aquí.

LUC. Tanto mejor. Es preciso hacer un escarmiento. Se trata de un delito de lesa majestad, y esta clase de delitos cuestan siempre la cabeza á los que los aconsejan y á los que los ejecutan. Quisiera verle.

ALF. Pues es fácil. Bautista! (El ujier aparece.)

LUC. Oid dos palabras antes de que traigan al culpable. Dadme vuestra palabra de duque soberano de que ese hombre, sea quien fuere, vasallo, criado,

pariente ó amigo vuestro, no saldrá vivo de aquí.

ALF. Os doy mi palabra, ¿lo habeis oido? Os doy mi palabra.

LUC. Pues bien; que le traigan. Quiero interrogarle yo misma.

ALF. Que traigan aquí al preso. (Al ujier.)

Se abre la puerta del foro y aparece GENARO desarmado entre dos soldados con mosquetes.

ESCENA III.

Dichos y GENARO.

LUC. (Genaro!)

ALF. (En voz baja y sonriendo irónicamente.) ¿Conoceis á este hombre?

LUC. (Qué fatalidad, Dios mio!)

Le mira con angustia y él aparta la vista de ella.

GEN. Monseñor, aunque solo soy un capitan de aventureros, no os faltaré al respeto con que debo hablaros al dirigiros la pregunta siguiente: ¿Por qué me habeis hecho prender esta mañana en mi propio alojamiento?

ALF. Señor capitan, se ha cometido un crímen enfrente de la casa que habitais. Han mutilado insolentemente en la puerta del palacio ducal las armas de mi muy amada esposa y prima Lucrecia Borgia. Estamos buscando al culpable.

LUC. Esto debe ser una equivocacion, D. Alfonso; este jóven no puede ser el culpable.

ALF. Por qué lo creeis así?

LUC. Estoy segura de ello; este jóven es veneciano, no es hijo de Ferrara.

ALF. Eso no es una prueba.

LUC. Además, el delito se ha cometido esta mañana, y yo sé que ha pasado la mañana en casa de una jóven que se llama Fiameta.

GEN. No he visto á Fiameta desde ayer.

ALF. Han informado mal á vuestra alteza. Yo le preguntaré. Capitan Genaro, ¿sois vos el que ha cometido el crímen?

LUC. Me ahogo aquí! Necesito aire! Necesito respirar!

Se dirige á una ventana, y al pasar por el lado de GENARO le dice en voz baja y con rapidez:

(Dí que no eres tú.)

ALF. (Le ha hablado al pasar.)

GEN. Señor duque, los pescadores de Calabria que me educaron, y que me bañaban en el mar mientras fuí niño, para que llegase á ser hombre vigoroso y osado, me enseñaron que se debe aventurar frecuentemente la vida, pero nunca el honor:—Haz lo que prometas y dí lo que hagas.—Señor duque, yo soy el hombre que buscais.

ALF. (Volviéndose hácia LUCRECIA.) Recordad que os dí mi palabra de duque soberano.

LUC. Necesito deciros antes dos palabras, monseñor.

El duque hace señas al ujier y á los soldados que custodian á GENARO de que lo saquen á la sala inmediata.

ESCENA IV.

LUCRECIA Y D. ALFONSO.

ALF. Qué teneis que decirme?

LUC. Que no quiero que ese jóven muera.

ALF. Hace un instante entrásteis aquí como la tempestad, llorando de rabia, quejándoos del agravio mortal que habíais recibido y exigiéndome entre injurias y gritos la cabeza del culpable. Exigísteisme la palabra ducal de que no saldria vivo de aquí, os la otorgué lealmente, y ahora no quereis que muera. Vive Dios que no os comprendo!

LUC. Os repito que no quiero que muera ese jóven.

ALF. Señora, los caballeros como yo no empeñan nunca en vano una palabra; la cumplen siempre: os juré que el que os ofendió moriria, y morirá. Dejo á vuestra eleccion la clase de muerte.

LUC. (Aparentando jovialidad y ternura.) Alfonso, esposo mio, ¿no es verdad que parecemos locos los dos? Confieso que yo á veces tengo poco juicio. Mi padre me mimó tanto, que desde la infancia soy víctima de mis caprichos. Lo que queria hace un cuarto de hora ya no lo quiero despues: ya sabeis que siempre he sido así. Sentaos aquí cerca, junto á mí, y hablemos tierna y cordialmente como marido y mujer que se quieren bien, como dos íntimos amigos.

ALF. (Aparentando galantería.) Aunque sois mi esposa, no habeis dejado nunca de ser mi dama, y me creo feliz cuando me permitís ponerme á vuestros piés.

Se sienta cerca de ella.

LUC. ¡Es una dicha que los esposos vivan bien! Sabeis, Alfonso mio, que os amo tanto como el dia que nos casamos, como aquel dia que entrásteis deslumbrador en Roma entre César Borgia, mi hermano, y vuestro hermano el cardenal Hipólito de Este. Recuerdo todavía el hermoso caballo blanco que montábais, con arneses cuajados de filigrana de oro;

pero sobre todo recuerdo vuestra apostura ilustre y régia, que no permitia que os confundiérais con ninguno de la comitiva.

ALF. Recuerdo tambien que vos estábais bellísima y majestuosa debajo del dosel de brocado de plata.

LUC. No hableis de mí, monseñor, cuando me ocupo de vos. Lo cierto es que todas las princesas de Europa me envidian por haberme desposado con el más apuesto caballero de la cristiandad, y yo os amo como si tuviera diez y ocho años, bien lo sabeis, Alfonso. A veces os pareceré fria y distraida, pero esto dimana de mi carácter, no de mi corazon. Si me reprendiérais con suavidad, pronto me corregiria. ¡Es muy agradable quererse como nos queremos!... ¿No se os antoja una ridiculez que un príncipe y una princesa como nosotros, que se sientan en un trono ducal y que se quieren como nosotros nos queremos, hayan estado á punto de desazonarse por un triste capitanzuelo veneciano? Echémosle de aquí y no nos ocupemos ya de semejante hombre. ¿Sabeis, Alfonso, que si la corona que heredásteis se hubiera de adjudicar al caballero más galan de Ferrara, no os la podria disputar nadie? Antes que se me olvide, voy á decir de vuestra parte á Bautista que haga salir al instante de Ferrara á ese capitancillo.

ALF. No corre prisa.

LUC. (Aparentando jovialidad.) Quisiera no ocuparme ya de él. Vamos, esposo, dejadme que termine este asunto á mi modo.

ALF. No puede ser.

LUC. Pues no teneis razon para querer que muera ese hombre.

ALF. Y la promesa que os hice? La palabra de un caballero es sagrada.

LUC. Eso es bueno para decírselo al pueblo, pero nosotros ya sabemos eso lo que significa. El Papa prometió á Cárlos VIII de Francia no atentar contra la vida de Zizimi, y esto no obstante Su Santidad le hizo morir. El duque de Valentinois se entregó en rehenes bajo palabra de honor al hijo de Cárlos VIII, y en el momento que pudo se fugó del campamento francés. Vos mismo prometísteis á Petruci devolverle su feudo de Siena y no se lo habeis devuelto. La historia de este pais está llena de estos ejemplos.

ALF. Sin embargo, una palabra empeñada...

LUC. No me deis tan fútiles razones. Decidme que teneis algun motivo para odiar á Genaro, y si no es así, salvadle la vida. No debeis oponeros á ello si á mí me place perdonarle, siendo como soy la ofendida.

ALF. Precisamente porque sois la ofendida no le quiero perdonar.

LUC. Si me amais, no me negueis lo que os pido. Quiero probar á ser clemente, para ver si consigo que no me aborrezcan vuestros vasallos: ser misericordiosos es imitar á Jesús. Demasiados tiranos oprimen ya á la pobre Italia. Os suplico que deis libertad á Genaro; será un capricho mio si quereis, pero el capricho de la mujer se convierte en sagrado y augusto cuando tiene por objeto salvar la vida de un hombre.

ALF. No os puedo complacer.

LUC. Por qué no podeis?

ALF. Quereis que os sea franco?

LUC. Sí; quiero saber por qué.

ALF. Porque ese capitan es vuestro amante.

LUC. Cielos! Qué decís!...

ALF. Porque fuísteis tras él á Venecia, y le iríais á buscar hasta el infierno; porque seguí vuestros pasos, mientras seguíais los suyos; porque os he visto enmascarada y sin aliento abalanzaros á él, como la loba contra su presa; porque hace poco queríais devorarle con los ojos, encendidos y arrasados en llanto; porque sin duda os habeis prostituido á él: y bastá ya de oprobio, de infamia y de adulterio. Es hora ya de que vengue mi honor y que haga correr arroyos de sangre alrededor de mi lecho.

LUC. D. Alfonso!

ALF. Silencio! Vigilad desde ahora á vuestros amantes; colocad un ujier á la puerta de vuestro cuarto por donde entren, que á la puerta por donde salgan yo colocaré un portero... el verdugo.

LUC. Monseñor, os juro...

ALF. No jureis en vano; los juramentos sirven para hacérselos creer al pueblo; no me alegueis esas fútiles razones.

LUC. Si supiérais...

ALF. A pesar de abominar á toda vuestra familia, á la familia de los Borgias, os he amado locamente; pero es preciso que sepais que ha sido una cosa vergonzosa é inaudita aliar nuestras dos personas; la casa de Este con la familia de los Borgias, que ni siquiera puede llevar legítimamente este apellido. Me causa horror vuestro hermano César, que tiene manchas de sangre naturales en el rostro y que asesinó á vuestro hermano Juan; me causa horror vuestra madre

Rosa Vanozza, la mujer española de vida alegre, que despues de escandalizar á Roma escandalizó á Valencia, y vuestros supuestos sobrinos, los duques de Sermonets y de Nepi, señores de ducados robados.—Dejadme concluir. Me causa horror vuestro padre, que, siendo Papa, tiene un serrallo; vuestro padre, que es el Antecristo; vuestro padre, que llena los presidios de hombres ilustres y el Sacro Colegio de bandidos.

LUC. Monseñor, os pido perdon arrodillada, en nombre de Jesús y de María, en nombre de vuestro padre y de vuestra madre, os pido perdon para el capitan Genaro.

ALF. Mucho le amais! Os permito que hagais de su cadáver lo que os plazca. Dentro de una hora ya no existirá.

LUC. Perdonadle!

ALF. Si pudiérais comprender el firme propósito que me anima, no me importunaríais más.

LUC. (Levantándose.) Entonces, temblad, Alfonso, duque de Ferrara, mi cuarto esposo.

ALF. No cometais la locura de amenazarme; no os temo, porque conozco vuestras mañas. No me dejaré envenenar como vuestro primer marido; no dejaré que me echeis de mis Estados como el imbécil Juan Esforcia, señor de Pésaro, vuestro segundo esposo; no me dejaré asesinar en el tramo de una escalera, como vuestro tercer marido D. Alfonso de Aragon; yo soy, señora, más varonil. El nombre de Hércules ha sido muy comun en mi familia, y mis soldados llenan la corte y todos mis dominios. Soy soldado tambien, y por fortuna no he vendido aun, como el infeliz rey de Nápoles, mis cañones al Papa, vuestro padre.

LUC. Os arrepentireis de esas palabras, D. Alfonso.

ALF. Sé quién sois, pero tambien sé dónde estais; sé que sois hija del Papa, pero no estais en Roma; gobernais en Espoleto, pero no vivís allí, y sois la mujer, la súbdita y la sierva de Alfonso, duque de Ferrara, y estais en Ferrara, de donde no volvereis á salir.

LUCRECIA, pálida de terror y de cólera, mira fijamente al duque y retrocede lentamente hasta caer en un sillon exánime y desfallecida.

Os asombrais y me teneis miedo? Hasta ahora lo he tenido yo de vos; pero de hoy en adelante se han trocado nuestros papeles, y para empezar, éste será el primero de vuestros amantes que vá á morir.

LUC. (Con voz apagada.) Reflexionemos un poco, D. Alfonso: si ese hombre cometió contra mí el delito de que se le acusa, no puede creerse que sea mi amante.

ALF. Por qué no? Pudo cometerlo en un acceso de despecho, de cólera ó de celos. De todos modos, es mi irremisible voluntad que muera. He llenado el palacio de soldados fieles, que no le dejarán escapar, y vos no lo podreis impedir. Dejé á vuestra eleccion el género de muerte que se le debia dar; decidíos, pues.

LUC. Dios mio! Dios mio!

ALF. No os decidís? Pues voy á mandar que le maten á cuchilladas.

Vá á salir y ella le coge por el brazo.

LUC. Deteneos!

ALF. ¿Quereis servirle vos misma un vaso de vino de Siracusa?

LUC. Pobre Genaro!

ALF. Es preciso que muera.

LUC. Pero no á cuchilladas.

ALF. Pues elegid otro género de muerte.

LUC. El otro.

ALF. Pues no os equivoqueis, y servidle vino del frasco de oro... estaré yo presente... no creais que me voy á alejar de aquí.

LUC. Cumpliré vuestra voluntad.

ALF. Bautista! (Aparece el ujier.) Traed al preso.

LUC. Sois hombre feroz!

ESCENA V.

Dichos, GENARO y guardias.

ALF. He sabido que lo que hicísteis esta mañana fué una calaverada sin intencion y sin malicia, por lo que mi querida esposa la duquesa os perdona, porque simpatiza con los valientes. Siendo esto así, podeis volver sano y salvo á Venecia; no quiero privar á la República de tan buen servidor y á la cristiandad de un brazo fuerte y fiel que la defienda, cuando cruzan las aguas de Candía y de Chipre tantos idólatras y turcos.

GEN. Confieso que no me esperaba este desenlace, y doy las gracias á vuestra alteza. La clemencia es virtud propia de príncipes, y Dios perdonará en el cielo al que perdona á sus enemigos en la tierra.

ALF. ¿Paga bien la República al que le sirve? ¿Cuánto ganais cada año, capitan?

GEN. Mantengo una compañía de

cincuenta lanzas y la serenísima República me dá dos mil cequíes al año, además del botin y de los gajes.

ALF. ¿Os pasaríais á mi servicio si os ofreciera cuatro mil cequíes?

GEN. No puedo, señor; estoy ligado por ocho años, bajo juramento, al servicio de la República, y todavía me faltan cinco.

ALF. En ese caso no hablemos más de esto.

GEN. Sabeis que no me he valido de ninguna cobardía para que me concedierais la vida; pero ya que me habeis perdonado, voy á revelar á vuestra alteza un secreto. Recordareis que se verificó hace dos años el sitio de Faenza, en el que el duque de Hércules, vuestro padre, se vió muy apurado; dos escopeteros del duque de Valentinois iban á matarle y un soldado aventurero le salvó la vida.

ALF. Lo sé, y nunca pude encontrar á ese soldado.

GEN. Fuí yo.

ALF. Pues esa accion merece recompensa, capitan. Aceptad esta bolsa que contiene cequíes de oro.

GEN. Cuando nos alistamos bajo las banderas de la República, juramos no tomar nunca dinero de los príncipes extranjeros; sin embargo, si me lo permitís, recibiré la suma y la repartiré entre estos bravos soldados.

Señalando á los guardias que le custodian.

ALF. Me parece bien.

GENARO toma el bolsillo.

Ya que no aceptais el dinero, me hareis al menos el favor de beber un vaso de vino de Siracusa conmigo, en señal de buena amistad, como era usanza entre nuestros antepasados.

GEN. Eso, monseñor, lo acepto.

ALF. Para honraros, como se debe honrar al que salvó la vida de mi padre, deseo que la duquesa sea vuestra escanciadora.

GENARO se inclina en señal de asentimiento y se vá al fondo del teatro á repartir el dinero á los soldados que están allí formados.

Rustiguelo!

Sale RUSTIGUELO con la bandeja y las copas.

Déjalo todo ahí.

RUSTIGUELO deja lo que trae sobre la mesa.

(Rustiguelo, vuelve á colocarte detrás de la puerta con la espada desenvainada; si oyes sonar la campanilla, entra al instante.) (Se vá RUSTIGUELO.)

(A LUCRECIA.) (Ya habeis oido, señora, lo que le acabo de decir; escanciareis la bebida al capitan, del frasco de oro.)

LUC. (Sí... Si supiérais lo que haceis en este momento, os extremeceríais, á pesar de ser hombre sin corazon.)

ALF. (No os equivoqueis de frasco.) No venís, capitan?

GENARO, despues de repartir el dinero á los soldados, se acerca á la mesa. El duque llena una de las copas esmaltadas con el frasco de plata y hace ademan de beber.

GEN. Me confunden vuestras bondades, monseñor.

ALF. Duquesa, echad vino al capitan. Qué edad teneis?

GEN. (Tomando la otra copa y presentándosela á LUCRECIA.) Veinte años.

ALF. (Bajo á la duquesa, que intenta tomar el frasco de plata.) (El frasco de oro, señora.)

LUCRECIA lo toma temblando.

ALF. Debeis estar enamorado!

GEN. A mi edad lo está todo el mundo.

ALF. Sabeis, duquesa, que hubiera sido cruel quitar la vida al capitan á los veinte años, no dejarle gozar del bello sol de Italia, de los banquetes, de los bailes, de los alegres carnavales de Venecia... pero... ¿no echais vino al capitan? (En voz baja.) (Si titubeais, mando entrar á Rustiguelo.)

LUCRECIA echa vino á GENARO en la copa sin decir palabra.

GEN. Os agradezco que me hayais perdonado la vida, sobre todo por mi pobre madre.

LUC. (Oh, qué horror!)

ALF. (Bebiendo.) ¡A vuestra salud, capitan Genaro!

GEN. (Bebiendo.) A la vuestra, señor duque, y á la de la señora duquesa.

LUC. (Cielos!)

ALF. (Hemos terminado este asunto.) Ahora que ya hemos brindado, os dejo, capitan, y podeis volver á Venecia cuando querais. (En voz baja á LUCRECIA.) (Os dejo sola con él; aprovechaos de mi ausencia para despediros; ya sabeis el tiempo que le queda de vida.)

ESCENA VI.

LUCRECIA y GENARO.

Se vé durante la escena á RUSTIGUELO inmóvil detrás de la puerta.

LUC. Genaro, estás envenenado!

GEN. Envenenado!

LUC. Sí, no lo dudes.

GEN. Deberia haberlo sospechado, sirviéndome vos el vino de Siracusa.

LUC. No me desesperes, Genaro, quitándome las pocas fuerzas que me quedan y que necesito conservar durante algunos instantes. El duque está celoso

de tí, el duque cree que eres mi amante. El duque me ha puesto en la alternativa de que te matase Rustiguelo á estocadas ó de que te envenenase yo, y corre por tus venas el más activo de los tósigos, cuya idea hace extremecer á todos los italianos que saben la historia de los veinte años últimos.

GEN. Será el veneno de los Borgias?

LUC. Ese es el que bebiste; solo conocemos el contraveneno que impide sus estragos mi padre, mi hermano y yo. Esta redoma que llevo encima de mí es la salud y es la vida; en cuanto caiga en tus labios una gota, estás salvado.

Saca la redoma y quiere hacerle beber.

GEN. (Retrocediendo y clavando en ella las miradas.) ¿Quién me asegura que no es ese el verdadero veneno?

LUC. Dios mio! (Cayendo abatida en el sillon.)

GEN. Os llamais Lucrecia Borgia, y yo no ignoro la historia del hermano de Bayaceto. Al infeliz le aseguraron que le habia envenenado el rey de Francia, y le dieron un contraveneno que le quitó la vida. La mano que esto hizo es la misma que me presenta la redoma, y la boca que le dijo que bebiera es la misma que me habla.

LUC. Miserable de mí!

GEN. No imagineis, señora, que doy crédito á vuestro aparente amor; creo, por el contrario, que teneis sobre mí algun designio siniestro y que debeis saber quién soy yo. Estoy leyendo en vuestra fisonomía que lo sabeis, y comprendo que alguna razon poderosísima os impide revelármelo. Quizás vuestra familia conoce á la mia, quizás me habeis envenenado, no para vengaros de mí, sino de alguno de mis deudos: tal vez de mi madre.

LUC. De tu madre! Quizás Genaro sueñas que es una mujer virtuosa; ¿y si fuese criminal como yo?

GEN. No la calumnieis, señora. Mi madre no debe parecerse á Lucrecia Borgia. La siento dentro de mi corazon y me la represento sin duda como es; no la idolatraria si no fuera digna de mí; el corazon de un hijo no se equivoca respecto á su madre. La odiaria si se os pareciese; pero no, es imposible. Estoy seguro de ello: si existe una mujer inocente, virtuosa y santa, es mi madre. Vos, que debeis conocerla, no me desmentireis.

LUC. No, Genaro, no conozco á esa mujer ni á esa madre.

GEN. No sé por qué os hablo de esto. ¿Qué os importan las penas y los placeres de una madre? Segun se dice, nunca habeis tenido hijos; fuísteis afortunada, porque si tuviérais hijos renegarian de vos. ¡Quién querria ser hijo de Lucrecia Borgia!

LUC. Genaro, estás envenenado, el duque te cree muerto, pero puede volver aquí de un momento á otro. Solo debiera pensar en salvarte, pero me has dicho cosas tan terribles, que al oirlas me quedé petrificada.

GEN. Os ofendí á mi pesar, pero...

LUC. Acabemos, el tiempo vuela; despréciame y aborréceme, pero estás envenenado y quiero que bebas en seguida este contraveneno.

GEN. Estoy dudando á quién he de creer; el duque es leal y salvé la vida de su padre; á vos os he ofendido y querreis vengaros de mí.

LUC. Vengarme de tí! Si fuera posible dar mi vida por añadir una hora á la tuya, si fuera posible derramando toda mi sangre impedir que vertieses una sola lágrima, si fuera necesario que yo subiera al cadalso para que te sentases tú en el trono, no titubearia un solo instante y me sacrificaria por tí. Nunca adivinarás lo que pasa en mi pobre corazon, ni que le posees exclusivamente. Pero Genaro, el tiempo vuela, el veneno vá haciendo su camino, y dentro de pocos instantes ya no habrá remedio para tí. Ten en mí confianza, ten lástima de tí mismo y de mí. ¡En nombre del cielo, bebe!

GEN. Beberé; si en mí cometeis algun crímen, que caiga sobre vuestra cabeza. De todos modos, la vida no merece la pena de disputarla tanto. Dadme. (Toma la redoma y bebe.)

LUC. Se salvó! Ahora es preciso que vuelvas á Venecia á escape. ¿Te hace falta dinero?

GEN. No, tengo.

LUC. Como el duque te cree muerto, será fácil ocultarle tu fuga. Parte, pero toma esta redoma, guárdala y llévala siempre encima. En estos tiempos el veneno es el plato de todas las mesas. Y tú corres más peligro que los demás. (Abriendo la puerta secreta y enseñándosela.) Baja por esta escalera, que sale al patio del palacio Negroni, y desde allí á la calle. No esperes á mañana; inmediatamente sal de Ferrara. Huye, sin volver la vista atrás. Vete, pero antes oye mis últimas palabras.

GEN. Hablad, señora.

LUC. Me despido para siempre de tí, porque ya no es posible que nos veamos nunca. Verte era mi única felicidad, pero



SE SALVÓ

renuncio á ella por no arriesgar tu vida. ¿No me dirás, pues, Genaro mio, alguna palabra cariñosa antes de separarnos uno de otro por toda una eternidad?

GEN. Señora... (Bajando los ojos.)

LUC. Ya ves que acabo de salvarte la vida...

GEN. Vos lo decís... pero no veo claro nada de lo que me sucede... y no sé qué creer... todo os lo perdono, excepto una cosa.

LUC. Qué cosa?

GEN. Juradme por lo más sagrado que haya para vos en el mundo, por mi propia existencia, ya que decís que me idolatrais, juradme por la salvacion de mi alma que vuestros crímenes no han contribuido á la desgracia de mi madre.

LUC. Genaro, no sé mentirte; no te lo puedo jurar.

GEN. ¡Entonces, madre mia, esta es la mujer horrible que ha causado tu infortunio!

LUC. Genaro!

GEN. Me lo habeis confesado! ¡Maldita seais!

LUC. Dios te bendiga, Genaro!

Cae desmayada en el sillon.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

La decoracion del segundo acto.—La plaza de Ferrara con el palacio ducal á una parte y la casa de GENARO á la otra; es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON ALFONSO y RUSTIGUELO, embozados.

RUST. Eso es lo que ha sucedido, monseñor; le dió á beber no sé qué filtro, que le volvió la vida, y le hizo escapar por la puerta secreta que sale al patio del palacio Negroni.

ALF. Por qué lo permitiste?

RUST. No lo pude impedir; la duquesa pasó el cerrojo á la puerta donde estaba yo vigilando y me encerró.

ALF. Debiste haber hecho pedazos la puerta.

RUST. No era empresa fácil romper una puerta de encina, forrada de hierro.

ALF. Debiste despasar los cerrojos, entrar y matarle.

RUST. Suponiendo que yo hubiera podido forzar la puerta, debeis comprender que la duquesa se hubiera puesto delante del capitan, cubriéndole con su cuerpo, y quizás hubiera sido indispensable matarla.

ALF. Bien, y qué?

RUST. No tenia yo órden para tanto.

ALF. Pues los buenos servidores son los que saben adivinar los pensamientos íntimos de sus señores.

RUST. Además, hubiera temido comprometeros con el Papa.

ALF. Sin matarla, podias haber llamado, pedir auxilio é impedir que se escapase su amante.

RUST. Sí, monseñor, y mañana vuestra alteza se hubiera reconciliado con su esposa, y pasado mañana vuestra esposa me hubiera hecho ahorcar.

ALF. Basta. Dices que nada se ha perdido...

RUST. Lo digo y me afirmo en ello. La luz que veis en la ventana de casa del capitan indica que éste no ha salido aun de Ferrara. Su criado, que habia sobornado la duquesa, ahora le he sobornado yo y me ha enterado de todo. En este instante está esperando á su señor detrás de la ciudadela con dos caballos ensillados. El capitan saldrá de su casa en seguida para ir á reunirse con el criado.

ALF. Entonces embosquémonos en esta esquina. Como la noche es muy oscura, no es posible que nos vea, y cuando pase lo matas.

RUST. Como querais.

ALF. ¿Es buena la espada que llevas?

RUST. Excelente.

ALF. Llevas tambien algun puñal?

RUST. Hay dos cosas que no se encuentran fácilmente en el mundo: un italiano sin puñal y una italiana sin amante.

ALF. Pues bien; que no se escape.

RUST. Pero señor duque, ¿por qué no mandais que la justicia le prenda y le ahorque?

ALF. Porque es vasallo de Venecia, y eso equivaldria á declarar la guerra á la República. Una puñalada no se sabe de dónde sale y no compromete á nadie. Mejor hubiera sido que hubiese muerto envenenado, pero no ha podido ser.

RUST. En ese caso iré á buscar tres ó cuatro esbirros, y le despacharemos sin que vuestra alteza se tome la molestia de mezclarse en este asunto.

ALF. Maquiavelo dice que en ca-

sos semejantes es mejor que los príncipes mismos despachen sus asuntos.

RUST. Monseñor, me parece que oigo pasos.

ALF. Pues arrimémonos bien á la pared.

Se ocultan en el sitio más oscuro debajo del balcon. MAFEO, vestido para ir al convite, sale y llama á la puerta de casa de GENARO.

ESCENA II.

MAFEO y GENARO, ALFONSO y RUSTIGUELO escondidos.

MAF. Genaro! (Llamando.)

GENARO abre la puerta.

GEN. Eres tú? Quieres entrar?

MAF. No; solo vengo á decirte dos palabras. ¿Decididamente no vienes á cenar con nosotros en casa de la princesa Negroni?

GEN. No estoy convidado.

MAF. Yo te presentaré.

GEN. Tengo además otro motivo que no quiero ocultarte. Voy á salir en seguida de Ferrara.

MAF. Te vas de aquí?

GEN. Dentro de un cuarto de hora.

MAF. Por qué motivo?

GEN. Te lo diré en Venecia.

MAF. Es cuestion de amores?

GEN. Sí... cuestion de amores.

MAF. Te portas mal conmigo, Genaro; juramos no separarnos nunca, vivir siempre juntos y como hermanos, y te vas y me dejas aquí solo.

GEN. Vente conmigo.

MAF. Al contrario; vale mucho más pasar la noche cenando con hermosas mujeres y con alegres convidados, que galopando por el camino real y expuestos á encontrar ladrones y precipicios.

GEN. Esta mañana no tenias gran confianza en la princesa Negroni.

MAF. He adquirido noticias y sé que Jacobo tenia razon. Es una mujer alegre y encantadora y muy apasionada á la música y á los versos. Vamos, ven conmigo.

GEN. No puedo.

MAF. Haces mal en partir en noche tan oscura, en la que pueden asesinarte en el camino.

GEN. No tengas cuidado. Adios y diviértete mucho.

MAF. No sé por qué auguro mal de tu viaje.

GEN. Y yo no sé por qué auguro mal de tu banquete.

MAF. Si te sucediese alguna desgracia no estando yo...

GEN. ¿Quién sabe si no me reprocharé mañana haberte abandonado esta noche?

MAF. Lo mejor es que no nos separemos. Cedamos un poco cada uno. Ven conmigo esta noche al palacio de Negroni, y mañana, al rayar el dia, saldremos juntos de Ferrara. Convenido?

GEN. Será preciso que te refiera los motivos de mi súbita partida, para que me des completamente la razon.

Se acerca mucho á MAFEO y le habla al oido.

RUST. (Bajo al duque.) (Le acometo?)

ALF. (Espera, veamos en qué pára esto.)

MAF. (Riendo despues de haber oido la relacion de GENARO.) Genaro, se están burlando de tí! En esa aventura no existe ni veneno ni contraveneno; todo es pura farsa. En el fondo yo solo veo que Lucrecia está enamorada de tí, y que te ha hecho creer que te salvaba la vida para que se lo agradezcas y para que la ames. El duque es un buen hombre, incapaz de envenenar ni de asesinar á nadie; además, de que sabe que te debe la vida de su padre. La duquesa quiere que te ausentes, pero eso no es extraño, porque en Venecia podreis veros con menos riesgo que en Ferrara; un marido siempre estorba algo. La cena de la princesa de Negroni debe ser deliciosísima, y es preciso que vengas. Qué diablo! Se debe raciocinar un poco y no exagerar nada. Porque en dos ó tres banquetes famosos los Borgias hayan envenenado con excelentes vinos á algunos de sus mejores amigos, no debemos dejar de asistir á las cenas; no debemos creer que en todas las botellas de Siracusa han echado sus filtros, y que todas las princesas de Italia sean Lucrecias Borgias. Vamos, Genaro, acompáñame al banquete.

GEN. En realidad, hay algo de bochornoso en huir de noche, como si tuviese miedo; y por otra parte, si hay peligro en quedarse en Ferrara, no debo abandonarte y no te abandonaré. Esto será correr un azar como otro cualquiera y debemos arrostrarle juntos. Me presentarás á la princesa Negroni. Voy contigo.

MAF. (Abrazándole.) ¡Eso se llama ser un buen amigo!

Se alejan en la plaza hasta el foro; DON ALFONSO y RUSTIGUELO salen de su escondite.

RUST. (Con la espada desnuda.) ¿Qué esperamos, monseñor? Son dos; acometed á uno y yo me encargo del otro.

ALF. No, Rustiguelo. Me he enterado

de que van á cenar en casa de la princesa Negroni y...

Se interrumpe, calla un instante y despues se echa á reir.

Pardiez! De este modo será mejor y más graciosa la aventura. Esperemos hasta mañana.

Entran en el palacio.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

Salon magnífico en el palacio de NEGRONI. A la derecha una puerta falsa. En el fondo otra grande y ancha de dos hojas. En el medio de la escena una mesa de comer, soberbiamente arreglada segun la moda del siglo XVI. Dos pajecillos negros, vestidos de brocado de oro, dan vueltas alrededor de la mesa. — Cuando se levanta el telon aparecen cenando catorce convidados, entre ellos JACOBO, ASCANIO, MAFEO, LUDOVICO, APÓSTOLO, GENARO y YUBETA, y siete hermosas damas lujosamente vestidas. Todos comen, beben y rien á carcajadas, menos GENARO, que está pensativo y silencioso.

ESCENA PRIMERA.

APÓSTOLO, MAFEO, ASCANIO, JACOBO, YUBETA, la princesa NEGRONI, LUDOVICO, GENARO, convidados y convidadas y pajes.

APÓST. Viva el vino de Jerez! Jerez de la Frontera es una ciudad que debia estar en el paraiso.

MAF. (Con la copa en la mano.) El vino que bebemos vale más que las historias que nos cuenta Jacobo.

ASC. A Jacobo le acomete la manía de referir historias cuando está gris.

APÓST. Así lo hizo en Venecia en el palacio del serenísimo dux Barbarigo, y así lo hace en Ferrara en casa de la divina princesa de Negroni.

JAC. Pero el otro dia relaté una historia lúgubre, y hoy refiero una historia alegre.

MAF. La historia de D. Silíceo, caballero, buen mozo y de treinta años, que perdió su patrimonio en el juego y se casó con la opulenta marquesa Calpurnia, que ella misma confesaba haber cumplido cuarenta y ocho primaveras. Es acaso alegre?

YUB. Es triste y comun; es la historia de un hombre arruinado, que se casa con las ruinas de una mujer; eso lo estamos viendo todos los dias.

De vez en cuando algunos de los convidados se levantan de la mesa y van á hablar con los de la otra parte, mientras que la orgía continúa.

NEGRONI. (A MAFEO, señalándole á GENARO.) Conde Orsini, parece que esté muy triste el amigo que está á vuestro lado.

MAF. Siempre está así. Perdonadme, señora, que le haya traido á vuestro palacio sin que le hubiéseis invitado; es mi querido compañero de armas; me salvó la vida en el asalto de Rímini, y yo recibí en el ataque del puente de Vicenzia un mandoble que iba destinado á él. No nos separamos nunca y vivimos juntos. Un gitano nos pronosticó que moriríamos el mismo dia.

NEG. (Riendo.) ¿No os dijo si moriríais de dia ó de noche?

MAF. Nos predijo que seria por la mañana.

NEG. (Riendo más fuerte.) Pues ese gitano no supo lo que se decia. ¿Quereis mucho á ese jóven?

MAF. Cuanto puede querer un hombre á otro.

NEG. Si no necesitais más que ese cariño, sereis muy dichoso.

MAF. La amistad no puede llenar todo el corazon.

NEG. ¿Que hay algo que llene todo el corazon?

MAF. El amor.

NEG. ¡Siempre teneis el amor en los labios!

MAF. Y vos en los ojos.

NEG. Sois muy singular!

MAF. Sois muy hermosa!

Cogiéndola por el talle.

NEG. Conde Orsini, dejadme.

MAF. Permitidme besar vuestra mano.

NEG. No, no.

Se le escapa.

YUB. (A MAFEO.) Parece que vais bien con la princesa.

MAF. Al contrario, siempre me dice que no.

YUB. En la boca de la mujer, *no* es hermano mayor de *sí*.

JAC. (Abordando á MAFEO.) ¿Qué te parece la princesa Negroni?

MAF. Que es una mujer adorable y que empieza á hacerme cosquillas en el corazon.

JAC. Y el banquete?

MAF. Que es una orgía completa.

JAC. La princesa es viuda.

MAF. Bien se conoce en su carácter alegre.

JAC. Creo que ya no desconfiarás de su cena...

MAF. De ningun modo; estaba yo loco.

JAC. (A YUBETA.) Conde de Belverana,

¿creereis que Mafeo tenia miedo de venir á cenar en casa de la princesa?

YUB. Por qué tenia miedo?

JAC. Porque el palacio Negroni está pegado al de los Borgias.

YUB. ¡Vayan al diablo los Borgias y bebamos!

JAC. (En voz baja á MAFEO.) (Me complace que Belverana no pueda ver á los Borgias.)

MAF. (En efecto, está siempre maldiciéndolos, pero sin embargo...)

JAC. (Qué?)

MAF. (Estoy observando que ese buen español no ha bebido todavía más que agua.)

JAC. (Ya vuelves á sospechar? Tienes el vino muy monótono.)

MAF. (Quizás me equivoque; no hagas caso de ello.)

JAC. (Bajo á MAFEO.) (Creo que no dudarás de que es español; lo menos tiene veinte nombres de pila.)

YUB. (Es preciso buscar un pretexto para que las damas salgan de aquí. No sé cómo conseguirlo.)

Vuelve á ocupar su asiento en la mesa.

LUD. (Bebiendo.) Os aseguro, señores, que no he pasado nunca una noche tan deliciosa. Probad este vino, señoras; es más dulce que el Lacrima-Christi y más ardiente que el vino de Chipre. Es vino de Siracusa.

YUB. (Parece que Ludovico está ébrio.)

LUD. Señoras, deseo recitaros unos versos que acabo de componer. Desearia ser un verdadero poeta para celebrar dignamente tan admirables festines.

YUB. Yo quisiera ser muy rico para dar á mis amigos banquetes como este.

LUD. Nada es tan agradable como cantar á una mujer hermosa y á una buena cena.

YUB. Como no sea abrazar á la primera y comerse la segunda.

LUD. Quisiera ser un gran poeta para remontarme hasta el cielo, quisiera tener alas...

YUB. Y yo dos alones de faisan en el plato.

LUD. Sin embargo, os recitaré un soneto.

YUB. Señor marqués, guardad el soneto para mejor ocasion y dejadnos beber en paz.

LUD. Me dispensais de recitarlo?

YUB. Como dispenso á los perros de que me muerdan.

LUD. ¡Vive Dios que me estais insultando!...

YUB. No os insulto, pero no tengo ganas de oir sonetos. Más apetece mi garganta un vaso de vino de Chipre que mis oidos una poesía.

LUD. Si seguís así, os arranco las orejas y os las clavo en los talones.

YUB. Sois un hombre absurdo; no he visto nunca ningun zopenco que se embriague con vino de Siracusa y que parezca que se ha emborrachado con cerveza mala.

LUD. Si me seguís insultando, os voy á partir en cuatro pedazos.

YUB. Eso sí que yo no lo haré; no sé trinchar pajarracos como vos; señora, quereis un poco de faisan?

LUD. (Apoderándose de un cuchillo.) ¡Vive Dios que voy á sacarle las tripas á ese bellaco, aunque sea más ilustre que el mismo emperador!

LAS DAMAS. (Levantándose de la mesa asustadas.) Cielos, van á batirse!

LOS CABALLEROS. Refrenaos, Ludovico.

Desarman á LUDOVICO, que quiere arrojarse sobre YUBETA. Entre tanto las damas han desaparecido por la puerta lateral.

LUD. (Forcejeando.) Vive Dios!

YUB. Versificais tan bien, mi querido poeta, que habeis hecho huir á las damas.

JAC. Es verdad; ¿por qué se habrán ido?

MAF. Porque se asustaron.

ASC. Ya volverán.

LUD. Mañana nos veremos las caras, condesillo de Belverana.

YUB. Mañana ó cuando querais.

JAC. Basta, señores; pasemos la noche en paz, que mañana ya os dareis de estocadas si esto os place; mañana podreis reñir como caballeros, con la espada y no con el cuchillo.

ASC. A propósito, ¿qué ha sido de nuestras espadas?

APÓST. ¿Te has olvidado que nos las hicieron dejar en la antesala?

YUB. Y fué hábil precaucion, porque de otro modo nos hubiéramos batido delante de las damas, suceso que hubiera avergonzado hasta á los carreteros flamencos, que se emborrachan mascando tabaco.

GEN. Ha sido buena precaucion.

MAF. (¡Gracias á Dios que dices una palabra! Ni has hablado desde que principió la cena ni has bebido. Qué tienes? Estás pensando en Lucrecia Borgia? Por más que lo niegues, comprendo que estás enamorado de ella.)

GEN. Echame vino, Mafeo; ni en la

mesa ni el juego abandono yo á mis amigos.

UN PAJE. (Con dos botellas en las manos.) Señores, ¿quereis vino de Chipre ó de Siracusa?

MAF. De Siracusa es mejor. (El paje llena todas las copas.)

JAC. Por Ludovico quizás las damas hayan resuelto no volver.

Se acerca sucesivamente á las dos puertas y las empuja.

Señores, nos han cerrado las puertas por fuera.

MAF. ¡Ahora os toca tener miedo á vos, Jacobo! Pero esto es muy sencillo; las han cerrado porque no quieren que las sigamos.

GEN. Bebamos, señores!

Chocan las copas unas con otras.

MAF. A tu salud, Genaro! ¡Para que encuentres pronto á tu madre!

GEN. Dios te oiga!

Todos beben, excepto YUBETA, que echa el vino al suelo.

MAF. (Bajo á JACOBO.) (Ahora lo he visto bien.)

JAC. (Qué has visto?)

MAF. (Que el español no ha bebido y que ha echado en tierra el vino.)

JAC. (Está borracho y tú tambien.)

MAF. (Es posible.)

YUB. Una cancion para hacer boca, señores. El vino requiere música. Os voy á cantar una cancion que valdrá más que el soneto de Ludovico. Se dirige á San Pedro, célebre portero del paraiso, y encierra la idea delicada de que el cielo pertenece á los bebedores.

JAC. (A MAFEO.) (Él sí que está borracho.)

TODOS. Que cante, que cante!

YUB. (Cantando.)

Abre, San Pedro, la puerta
al pertinaz bebedor,
que quiere entrar en el cielo
á cantar con plena voz:
Gloria al Señor!

TODOS. (Menos GENARO.)

Gloria al Señor!

YUB. Abre, San Pedro, la puerta
al chistoso capiscol,
que os alegrará cantando
hasta arrojar el pulmon:
Gloria al Señor!

TODOS. Gloria al Señor!

Chocan las copas riendo á carcajadas. De repente se oyen de lejos voces lejanas que cantan con tono lúgubre.

VOCES. (Fuera.) *Sanctum et terribile nonem ejus. Initium sapientiæ timor Domini.*

JAC. (Riendo.) Mientras entonamos canciones alegres, el eco nos responde cantando vísperas.

TODOS. Escuchemos.

VOCES. (Fuera y acercándose.) *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

Todos se echan á reir.

JAC. Eso es canto llano puro.

MAF. Alguna procesion que pasará por la calle.

GEN. A media noche?

JAC. Seguid cantando, conde de Belverana.

VOCES. (Fuera y cada vez más cerca.) *Oculos habent, et non videbunt, nares habent et non odorabunt aures habent et non audient.*

Todos vuelven á reir.

JAC. ¡Si se burlarán esos monges de nosotros!

MAF. Mira, Genaro, cómo las lámparas se apagan; vamos á quedarnos á oscuras.

Las luces se amortiguan efectivamente como si les faltase aceite.

VOCES. (Más cerca.) *Manus habent, et non palpabunt; pedes habent, et non ambulabunt; non clamabunt in guture suo.*

GEN. Parece que las voces se acercan.

JAC. Parece que la procesion pasa por debajo de las ventanas.

ASC. Será algun entierro.

MAF. Pues bebamos á la salud del que van á enterrar.

YUB. ¿Qué sabeis si será uno ó muchos?

JAC. Pues á la salud de todos.

APÓST. Bebamos y continuemos invocando á San Pedro.

YUB. Sigo cantando. (Canta.)

Si los santos en el cielo
tienen al mosto aficion,
deben beber al compás
del canto del bebedor:
Gloria al Señor!

TODOS. (Chocando las copas y riendo.)

Gloria al Señor!...

La puerta grande del fondo se abre silenciosamente y deja ver un espacioso salon tapizado de negro, alumbrado por hachas y con una cruz de plata en el fondo. Una larga fila de penitentes blancos y negros, á los que solo se ven los ojos por los agujeros de la caperuza y con hachas en las manos, entran por la puerta grande cantando con tono lúgubre y en alta voz:

De profundis clamavi ad te, Domine.

En seguida se colocan á los dos lados del teatro, donde permanecen inmóviles como estátuas; los jóvenes los miran con estupor.

MAF. Qué significa esto?

JAC. (Afectando reirse.) Esto debe ser una broma. Apuesto cualquier cosa á que son las condesas que han cenado con nosotros que se disfrazan de ese modo para asustarnos. Voy á probarlo.

Riendo levanta á uno de los penitentes el capuchon, y al ver el rostro lívido del disciplinante, le vuelve á dejar caer la capucha y retrocede asustado.

Esto es sorprendente!

MAF. No sé por qué la sangre se me cuaja en las venas.

LOS PENITENTES. (Con voz terrible.) *Conquassabit capita interra multorum.*

JAC. Esto es un horrible lazo! ¡Venga la espada, que nos hemos metido en el infierno!

ESCENA II.

Dichos y LUCRECIA.

LUCRECIA, vestida de negro, aparece de repente en el umbral de la puerta.

LUC. Estais en mi casa!

TODOS. Lucrecia Borgia!

Esta exclamacion la lanzan todos menos GENARO, que está en un rincon del teatro, donde LUCRECIA no le vé.

LUC. Hace pocos dias los que estais aquí pronunciábais mi nombre con desprecio, y hoy lo pronunciais con espanto. Motivo teneis para mirarme con ojos desencajados. Soy yo, señores, que vengo á noticiaros que estais todos envenenados y que apenas os queda una hora de vida. Es inútil que deis el menor paso, porque el aposento contiguo está lleno de lanzas. Ahora me toca á mí levantar la voz y aplastaros. Jacobo Libereto, vé á acompañar á tu tio Viteli, á quien hice matar á puñaladas en los subterráneos del Vaticano. Ascanio Petruci, vé á juntarte con tu primo Pandolfo, al que asesiné por robarle su feudo. Ludovico Vitelozo, tu tio te espera. Mafeo Orsini, vete á murmurar de mí en el otro mundo con tu hermano Gravina. Apóstolo Gacella, vé á juntarte con tu padre Francisco y con tu primo Alfonso de Aragon. Creo que ya he solventado mi deuda: me dísteis un baile en Venecia y os pago dándoos una cena en Ferrara. Fiesta por fiesta.

JAC. Terrible despertar, Mafeo!

MAF. ¡Hora es de pensar en Dios, Jacobo!

LUC. (A los penitentes.) Hermanos, acompañad á esos gentiles-hombres á la sala inmediata, en donde encontrarán los auxilios espirituales que necesitan en esta ocasion, y que aprovechen los pocos instantes que les quedan. Vosotros, señores, dejaos guiar por ellos, que son monges regulares de San Sixto, antigua cofradía de agonizantes que ayuda á bien morir. No solo he cuidado de vuestras almas, sino que tambien he atendido al decoro de vuestros cuerpos. Volved la vista y lo vereis.

Los penitentes se apartan y dejan ver cinco ataudes, cubierto cada uno con un paño negro.

Vuestros cinco ataudes están prevenidos. Destrozásteis las entrañas de una desgraciada mujer, y creísteis que ésta no se vengaria; pues ahí teneis los sitios donde os vá á encerrar, Jacobo, Mafeo, Ludovico, Apóstolo y Ascanio.

GEN. (Saliendo del rincon y aproximándose á LUCRECIA.) Falta un ataud, señora.

LUC. (Sorprendida.) Cielos!

GEN. El del capitan Genaro.

LUC. ¡Salid todos de aquí, dejadnos solos! Yubeta, suceda lo que suceda, aunque oigais ruido en este aposento, que nadie entre aquí.

YUB. Nadie entrará.

Los monges salen procesionalmente, llevando entre sus dos filas á los cinco gentiles hombres.

ESCENA III.

GENARO y LUCRECIA.

Solo alumbra la escena la escasa luz de alguna lámpara que está apagándose. Las puertas han vuelto á cerrarse. LUCRECIA y GENARO, solos, se miran algun tiempo de reojo sin atrever á hablarse, como si no supieran por dónde empezar. Los monges cantan fuera.

Nisi Dominus œdificaverit domun, in vanum laboraverunt qui œdificant eam.

LUC. ¡Otra vez, Genaro, te presentas cuando voy á descargar un golpe! ¿Cómo es que estás aquí?

GEN. Porque el corazon me anunciaba una catástrofe.

LUC. Estás envenenado por segunda vez, y vas á morir.

GEN. Si quiero, porque tengo aquí el contraveneno.

LUC. Loado sea Dios!

GEN. Todo dependerá de lo que me contesteis á esta pregunta: ¿Habrá suficiente elixir en esta redoma para salvar la vida á los cinco gentiles-hombres que acaban de salir de aquí?

LUC. Apenas hay bastante para salvar la tuya.

GEN. ¿No podeis facilitarme más cantidad de contraveneno?

LUC. Te dí la que me quedaba.

GEN. Está bien.

LUC. Apresúrate, Genaro, á tomar ese contraveneno, ya que has cometido la imprudencia de venir aquí. Asegura la vida, que yo te haré salir luego por una puerta secreta y todo podrá remediarse aun. Es de noche, se ensilla un caballo pronto, y mañana puedes estar lejos de Ferrara. Es preciso que te salves y que vivas.

GEN. (Tomando un cuchillo de la mesa.) Preparaos, señora, á morir.

LUC. Qué es lo que dices!

GEN. Digo que habeis envenenado infamemente á mis mejores amigos, entre ellos á Mafeo Orsini, á quien debo yo vengar como él me vengaria. Digo y repito que vais á morir.

LUC. Dios mio!

GEN. Rogadle que os perdone, pero pronto, que estoy envenenado y no puedo esperar mucho tiempo.

LUC. ¡No es posible que me mate Genaro!

GEN. Pues lo será, señora.

LUC. Te digo que es imposible. Jamás me hubiera ocurrido esta idea, á pesar de ocurrírseme ideas espantosas. Baja el cuchillo! Espera, Genaro, que tengo que hablarte.

GEN. Pues pronto.

LUC. Suelta ese cuchillo, infeliz! ¡Si supieras!... Genaro, ni presumes ni sabes quién eres ni quién soy yo. Ignoras que corre por nuestras venas la misma sangre, y que tu padre fué Juan Borgia, duque de Gandía.

GEN. Vuestro hermano! Entonces soy sobrino vuestro...

LUC. (Sobrino!)

GEN. ¡Mi madre fué entonces la desventurada duquesa de Gandía, que los Borgias hicieron tan desgraciada! Mi madre me habla de vos en sus cartas, contándoos en el número de los parientes desnaturalizados que mataron á mi padre. Ahora, además del objeto de vengar á mi padre, me impulsa el motivo de salvar á mi madre de vuestro poder. Sois mi tia y yo soy un Borgia! ¡Voy á perder la razon! Habeis vivido mucho tiempo, y vuestra vida, que es un tejido de crímenes, debe pareceros odiosa y abominable; estareis cansada de vivir; pues bien, morireis. En familias como las nuestras, en las que el crímen es hereditario y pasa de padres á hijos, como el nombre y el patrimonio, esta fatalidad termina comunmente con un asesinato, con un asesinato de familia, último crímen que venga todos los anteriores. Por eso nunca se vitupera al hombre ilustre que corta una rama podrida del árbol de su linaje. El español Mudarra mató á su tio Rodrigo de Larra por menos de lo que vos habeis hecho, y le alaba la posteridad por haber muerto á su tio. Conque... encomendad vuestra alma á Dios, si creeis en él.

LUC. ¡Genaro, ten compasion de tí mismo! Eres inocente aun y no debes cometer un crímen.

GEN. Mi cabeza se trastorna y se estravía. Mataros es cometer un crímen? Pues aunque lo sea le cometeré, porque soy un Borgia. Arrodillaos, arrodillaos.

LUC. Genaro, vuelve en tí! ¿Así pagas el inmenso cariño que te profeso?

GEN. Cariño!...

LUC. Voy á salvarte de tí mismo; voy á llamar, voy á pedir socorro.

GEN. No abrireis esa puerta, y aunque diérais voces tampoco os salvaríais. Acabais de mandar que no entre nadie aquí, suceda lo que suceda.

LUC. Genaro, no serás capaz de la cobardía de matar á una mujer que no puede defenderse, no. Tus sentimientos son más nobles. Escúchame, que despues me matarás si quieres. No me halaga vivir, pero antes quiero desahogar el corazon que has angustiado al tratarme de este modo. Eres jóven todavía, y la juventud es demasiado severa. Por último, si he de morir, no quiero que tú me mates, es imposible que yo muera por tu mano; eso seria horroroso! Conozco por otra parte que no ha llegado aun mi hora. He cometido acciones perversas, he sido malvada, pero se me debe dejar tiempo para que me reconozca y para que me arrepienta.

GEN. Sois hermana de mi padre; decidme, dónde está mi madre?

LUC. Dios mio! No puedo decírtelo todo, porque si te lo dijera, quizás me mirarias con más desprecio y con más horror. Quisiera que me dejases arrodillarme á tus piés y demostrarte mi arrepentimiento. Me perdonarás la vida? Quieres que me encierre en un claustro? Si te dijeran: esa miserable mujer se ha cortado el cabello, duerme sobre ceniza, pasa los dias y las noches en la oracion rogando á Dios, no por ella, que lo necesita, sino por tí, para que seas dichoso y para que la perdones; si te dijeran todo esto, Genaro, podrias rechazarme? ¡Perdóname, Genaro, y no me mates! Vivamos los dos, tú para perdonarme y yo para arrepentirme. Compadécete de mí. ¿Por qué no has de tratar con misericordia á la miserable mujer que te pide que la compadezcas? Te pido que me concedas la vida, porque te idolatro, porque cometerias la mayor de las infamias matándome y serias la víctima de un crímen espantoso. No, no lo cometerás.

GEN. Señora... (Conmovido.)

LUC. He conseguido tu perdon! ¡Lo

leo en tus ojos! ¡Déjame llorar postrada á tus piés!

UNA VOZ. (Desde fuera.) Genaro!

GEN. Quién me llama?

LA VOZ. Genaro, hermano mio!

GEN. Es Mafeo!

LA VOZ. Muero, pero véngame!

GEN. (Levantando el cuchillo.) Es muy justo; ya no oigo nada más.

LUC. (Defendiéndose y deteniéndole el brazo.) ¡Perdóname! Perdóname!

GEN. No.

LUC. Escúchame!

GEN. No.

LUC. En nombre del cielo!

GEN. No. (La hiere.)

LUC. Ah!... Me has muerto!... ¡Genaro, soy tu madre!

FIN DE LUCRECIA BORGIA.

MARÍA TUDOR.

DRAMA EN TRES JORNADAS.

PREFACIO.

Hay dos maneras de apasionar al público en el teatro: por lo grandioso y por lo verdadero. Lo grandioso conmueve á las masas y lo verdadero al indivíduo.

El objeto del poeta dramático, bajo cualquier punto de vista que mire el arte, debe ser siempre conseguir lo grandioso como Corneille y lo verdadero como Moliere, ó un objeto más alto, que está en la cumbre á donde puede remontarse el génio; esto es, conseguir al mismo tiempo lo grandioso y lo verdadero, como lo ha logrado Shakespeare. Lo que constituye la soberanidad del génio de Shakespeare es la facultad de que estaba dotado, de conciliar, de unir y de amalgamar incesantemente en sus obras la verdad y la grandeza, cualidades casi opuestas, ó por lo menos tan distintas, que el defecto de cada una de ellas constituye el contrario de la otra. El escollo de lo verdadero es la pequeñez, y el escollo de lo grandioso es lo falso. En todas las obras de Shakespeare se encuentra lo grandioso verdadero y lo verdadero grandioso. En todas sus creaciones se distingue el punto de interseccion de la grandeza y de la verdad, y en las partes en que lo verdadero y lo grandioso se entrecruzan, el arte está completo. Shakespeare y Miguel Angel parece que hayan sido creados para resolver este extraño problema, cuya simple enunciacion parece absurda: permanecer siempre dentro de la naturaleza, saliendo algunas veces de ella. Shakespeare exagera las proporciones, pero mantiene las relaciones. Admirable poder del poeta! Consigue que las cosas más elevadas que nosotros vivan como nosotros. Hamlet, por ejemplo, es tan verdadero como nosotros y mucho más grandioso; es colosal, y sin embargo, es real; porque Hamlet no es nadie y es todos; Hamlet no es un hombre, es el hombre en general.

Sacar perpétuamente lo grandioso de lo verdadero y lo verdadero de lo grandioso es el objeto del poeta en el teatro. Las dos palabras *grandioso* y *verdadero* encierran todo su objeto. La verdad contiene la moralidad y la grandeza lo bello.

No se le supondrá al autor de este drama que abrigue la presuncion de creer haber conseguido este objeto ó de poder conseguirlo, pero sí que se le debe hacer la justicia de creer que hasta hoy ha buscado siempre en el teatro el modo de alcanzarle. Este drama que acaba de dar

á la escena es otro de sus esfuerzos que lo prueba. El objeto que ha intentado conseguir en el drama MARÍA TUDOR es el siguiente: presentar una reina que sea mujer, grande como reina y verdadera como mujer.

Ya lo ha dicho el autor en otras partes. El drama como él lo concibe, como quisiera que le crease un hombre de génio; el drama que corresponde al siglo diez y nueve no es la tragicomedia altiva, desmesurada, española y sublime de Corneille. No es la tragedia abstracta, amorosa, ideal y elegíaca de Racine; no es la comedia profunda, sagaz, penetrante, pero implacablemente irónica, de Moliere; no es la tragedia con intencion filosófica de Voltaire; no es la comedia con la accion revolucionaria de Beaumarchais; es más que todo eso, pero con todo eso. No exponer por una sola cara sistemáticamente las cosas á la misma luz, como hacian esos grandes hombres; es mirarlas completas á la vez por todas sus partes y con todas sus luces. Si existiera hoy un hombre que pudiera realizar el drama como nosotros le comprendemos, su drama seria la expresion del corazon, de la cabeza, de la pasion y de la voluntad humanas; resucitaria el pasado en beneficio del presente; confrontaria la historia de nuestros padres con nuestra historia; mezclaria en la escena todo lo que está mezclado en la vida. A este drama, que serviria á la multitud de perpétua enseñanza, todo le seria lícito, porque por su misma esencia no abusaria de nada. Trasporaria tal lealtad, serian tan notorias su elevacion, su utilidad y su recta conciencia, que nunca le acusarian de buscar los efectos, sino de buscar una moralidad ó una enseñanza. Podria presentar á Francisco I en casa de Magdalena sin ser sospechoso; podria, sin alarmar á los hombres más severos, hacer que el enamorado Didier se compadeciese de Marion; podria, sin ser tachado de enfático y de exagerado, como lo ha sido el autor de MARÍA TUDOR, clavar durante el tiempo necesario en la escena, con su terrible realidad, el formidable triángulo que aparece frecuentemente en la historia: una reina, un favorito y un verdugo.

El hombre que crease semejante drama necesitaria dos cualidades: conciencia y génio. El autor de esta obra sabe muy bien que solo posee la primera, pero no por eso dejará de continuar el camino emprendido, deseando que otros vayan más adelante que él. En la actualidad un público inmenso, cada dia más inteligente, simpatiza con las tentativas sérias que se hacen en el arte. En la actualidad la crítica elevada ayuda y anima al poeta. El autor de este drama, seguro de que el progreso es el porvenir; seguro de que á falta de talento, su perseverancia se le tendrá en cuenta un dia, dirige sus miradas serenas, confiadas y tranquilas á la multitud que todas las noches presencia sus obras incompletas, curiosa, atenta y con ansiedad. Ante la multitud, conoce la responsabilidad que pesa sobre él y la acepta tranquilo. En sus trabajos para la escena no pierde ni un solo dia de vista al pueblo que el teatro civiliza, á la historia que el teatro explica, ni al corazon humano que el teatro aconseja. Mañana abandonará la obra terminada por la obra que irá á comenzar; saldrá de entre el público para volver á su soledad, soledad profunda, á la que no llega ninguna influencia nociva del mundo exterior, en la que su amiga la juventud entra alguna vez á estrecharle la mano, en la que se encuentra solo y cara á cara con su pensamiento, con su independencia y con su voluntad. Entonces, más que nunca, le complacerá esta soledad, porque en ella puede trabajar tranquilamente en favor de la muchedumbre; entonces, más que nunca, alejará su pensamiento de la sociedad, porque conoce que hay algo superior á la reunion de gentes, y este algo superior son los partidos; algo superior á los partidos, y este algo superior es el pueblo; algo superior al pueblo, y este algo superior es la humanidad.

17 Noviembre 1833.

MARÍA TUDOR.

PERSONAJES

MARÍA, REINA DE INGLATERRA.
JUANA, HIJA Y HEREDERA DE LORD TALBOT.
GILBERTO, SU AMANTE.
FABIANO FABIANI, FAVORITO DE MARÍA.
SIMON RENARD, EMBAJADOR DE ESPAÑA.
JOSUÉ FARNABY, LLAVERO DE LA TORRE DE LÓNDRES.
UN JUDÍO.
LORD CLINFON.
LORD CHANDOS.
LORD MONTAGÚ.
ENEAS DULVERTON, CONDESTABLE.
LORD GARDINER, CANCILLER.
UN CARCELERO.—CORTESANOS.—PAJES.—GUARDIAS.—EL VERDUGO.

La escena es en Lóndres, año de 1553.

JORNADA PRIMERA.

El hombre del pueblo.

Plaza solitaria á orillas del Támesis: un viejo paredon arruinado oculta la orilla del rio; á la derecha se vé una casa de pobre apariencia; en el ángulo que forma esta casa hay una pequeña estátua de la Vírgen, á cuyos piés arde una lámpara dentro de una reja de hierro. En el fondo, y mas allá del Támesis, se vé Lóndres, en el que se distinguen dos grandes edificios, la Torre y el palacio de Westminster. Empieza á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

Varios grupos de hombres en la playa, entre los que están SIMON RENARD, el BARON CHANDOS, LORD CLINFON y LORD MONTAGÚ.

CHANDOS. Teneis razon, milord. Preciso es que ese maldito italiano haya hechizado á la reina: no puede pasar sin él; para él solo vive, solo para él está alegre, solo á él escucha. El dia que no le vé, sus ojos se amortiguan y está triste como en la época que amaba al cardenal Polus.

SIMON. Está tan apasionada y tan celosa como entonces.

CHAN. No hay duda de que el italiano la ha hechizado.

MONTAGÚ. A propósito de eso; se dice que los de su nacion preparan filtros para que las mujeres se enamoren.

CLINFON. Los españoles son hábiles para componer filtros que matan y los italianos para componer filtros que hacen amar.

CHAN. Fabiani es á la vez español é italiano; la reina está enamorada y enferma, y debe haberla hecho beber los dos filtros.

MONT. ¿Pero ese hombre es italiano ó español?

CHAN. Parece que nació en Italia, pero que se educó en España, y pretende pertenecer á una ilustre familia española.

CLIN. Ese aventurero ni es español ni es italiano, pero mucho menos inglés, á Dios gracias; esos hombres que no tienen pátria, no tienen nunca compasion del pobre pais en el que llegan á ser poderosos.

MONT. Decíais, milord Chandos, que la reina está enferma; pero esto no es obstáculo para que pase la vida alegre con su favorito.

CLIN. Es verdad. Mientras ella rie el pueblo llora, y el favorito está harto de riquezas y de honores. La reina le ha dado posesion de los bienes de lord Talbot, le ha hecho conde de Clanbrasil y baron de Dinarmonddy; pero ese Fabiano ó Fabiani, que se dice descender de la

familia española de Peñalver, miente. Es par de Inglaterra como nosotros; está condecorado con la órden de la Jarretiera, como el infante de Portugal y como el rey de Dinamarca, y es un tirano que nos gobierna desde el lecho de la reina. Jamás Inglaterra sufrió yugo tan pesado. Soy viejo, milores, he visto mucho y puedo hablar. En Tiburn hay setenta horcas nuevas; las hogueras están siempre ardiendo y nunca se apagan; el hacha del verdugo se afila todas las mañanas, y por la tarde ya está embotada; cada dia cortan la cabeza á algun gentilhombre. Milores, es una vergüenza y una ignominia que tantos ingleses honrados y nobles mueran por el capricho de un miserable aventurero que ni siquiera es hijo de este pais. Decís que pasan los dos la vida alegre; yo diria que pasan una vida infame. ¡Se divierten mientras el verdugo hace viudas y huérfanos! ¡Su guitarra italiana suena al compás del ruido de las cadenas! La reina hace venir cantores de la capilla de Avignon; todos los dias dá en palacio funciones musicales, comedias y bailes... Los ingleses deseamos que haya menos alegría en las habitaciones de la reina y menos duelos en nuestras casas; menos farsantes en palacio y menos verdugos en Lóndres; menos teatros en Westminster y menos cadalsos en Tiburn.

MONT. Cuidado con lo que decís, lord Clinfon, que nosotros somos vasallos leales y no queremos ir contra la reina, sino contra Fabiani.

SIM. (Poniendo la mano en el hombro de LORD CLINFON.) Paciencia, milord.

CLIN. Fácil es que la tengais vos, Simon Renard, que sois bailío de Amont, en el Franco-Condado, súbdito del emperador y su legado en Lóndres; vos que representais aquí al príncipe de España, futuro marido de la reina, y vuestra persona es sagrada para el favorito, pero las nuestras no lo son. (Anochece.)

SIM. No ódio menos á ese hombre que vosotros. Vosotros temeis por vuestra vida y yo por mi crédito. Obro y callo, manifiesto menos cólera, pero le aborrezco más. Yo destruiré al favorito.

MONT. Es difícil empresa! Todos los dias estoy pensando en eso.

SIM. No es de dia cuando se levantan y caen los favoritos de la reina, sino de noche.

CHAN. Pues ésta es oscura y borrascosa.

SIM. A mí me parece á propósito para lo que yo quiero intentar.

CHAN. Qué proyectos teneis?

SIM. Ya lo sabreis. Milord Chandos, cuando reina la mujer, el capricho es el que reina, y entonces la política no está sujeta al cálculo, sino á la casualidad. No es posible contar con nada; por el dia de hoy no se puede deducir lo que sucederá mañana, y los negocios no se juegan al ajedrez, sino á cara ó cruz.

CLIN. Decís bien; pero vamos al caso. Es muy urgente que nos libreis del favorito. Mañana van á decapitar á Tirconnel.

SIM. Si consigo encontrar esta noche á un hombre que busco, Tirconnel mañana por la noche cenará con nosotros.

CLIN. Qué dices! Y Fabiani?

SIM. Teneis buena vista, milord?

CLIN. Tengo buena vista, á pesar de ser viejo y de estar la noche oscura.

SIM. ¿Veis á Lóndres á la otra parte del rio?

CLIN. Sí.

SIM. Pues fijaos. Desde aquí se descubre la cumbre y la sima de todos los favoritos; esto es, Westminster y la Torre de Lóndres.

CLIN. Y qué?

SIM. Que si Dios me ayuda, el hombre que en este momento está todavía en palacio, mañana á estas horas estará encerrado en la Torre.

CLIN. Pues Dios os proteja!

MONT. El pueblo le aborrece tanto como nosotros, y estoy seguro que festejará el dia de su caida.

CHAN. Nos ponemos á vuestra disposicion, señor bailío. Disponed de nosotros: qué hay que hacer?

SIM. (Señalando la casa pobre.) Fijaos bien en esa casa. La ocupa el cincelador Gilberto; no la perdais de vista. Dispersaos con vuestros amigos, pero sin separaros mucho de la casa. Sobre todo no hagais nada sin contar conmigo.

CHAN. Convenido. (Se van por varios lados.)

SIM. No es fácil encontrar un hombre como el que yo necesito.

Se vá. Entran GILBERTO y JUANA, apoyada en el brazo de éste y en direccion á su casa. JOSUÉ los acompaña y vá embozado.

ESCENA II.

JUANA, GILBERTO y JOSUÉ FARNABY.

JOSUÉ. Me separo de vosotros; tengo

que volverme á la Torre á cumplir con mi obligacion de llavero. No soy libre como vosotros; el carcelero es una especie de preso. Adios, Juana; adios, Gilberto. Me complace mucho veros tan dichosos: cuándo se celebra la boda?

GILB. Dentro de ocho dias.

JOSUÉ. Al dia siguiente de Navidad; el dia de los deseos y de los aguinaldos. Yo no tengo nada que desearos, porque es imposible que la prometida sea más hermosa, ni que la quiera más su prometido. Sois muy felices!

GILB. Tú no lo eres Josué?

JOSUÉ. Ni soy dichoso ni desgraciado, porque yo he renunciado ya á todo. Mira, Gilberto. (Se desemboza y deja ver un manojo de llaves que cuelga de su cintura.) Llevo las llaves de las prisiones, que hacen ruido sin cesar y que me sugieren toda clase de pensamientos filosóficos. Mientras fuí jóven era como los demás; estaba enamorado todo un dia, tenia ambicion un mes entero, y estaba loco todo el año. Fuí jóven en la época de Enrique VIII, que era un hombre tan singular, que cambiaba de mujeres como las mujeres cambian de vestidos. Repudió á la primera, hizo cortar la cabeza á la segunda, hizo abrir el vientre á la tercera, á la cuarta la perdonó, es verdad, pero la arrojó del trono, y en desquite de esto hizo decapitar á la quinta. No creais que lo que digo son cuentos de Barba Azul, sino la historia verdadera de Enrique VIII. En aquella época me comprometí en las guerras de religion, y me batia por unos ó por otros, segun me convenia: la cuestion era muy delicada, porque se trataba nada menos que de ir en pró ó en contra del Papa. Los partidarios del rey ahorcaban á los que iban en favor de aquel y éstos quemaban á los que iban en contra. A los indiferentes, esto es, á los que no iban en favor ni en contra de uno ó de otro, indistintamente se les quemaba ó se les ahorcaba. Yo mismo he sentido la chamusquina muy de cerca, y no estoy muy seguro de que no me hayan ahorcado dos ó tres veces. Era una gran época, igual á la de ahora, con corta diferencia; yo me batia, y que me lleve el diablo si sabia por qué. Ahora, si me vinieran hablando otra vez de Lutero ó del papa Paulo III, me encogeria de hombros. Cuando uno es ya viejo no se debe recordar por qué se batió, como tampoco debe acordarse de las mujeres que enamoraba á los veinte años; porque las preocupaciones y las mujeres de ayer nos parecerian ridículas y viejas. Esta es mi historia. Ahora me he retirado de la vida activa, y ni soy soldado del rey ni del Papa; me concreto á ser carcelero de la Torre de Lóndres. No me bato ya por nadie, y meto á todo el mundo bajo llave. Ahora tengo un pié en el calabozo y otro en el sepulcro, y recojo todos los pedazos de los ministros y favoritos que se rompen en el cuarto de la reina. Esto es muy divertido: tengo además una hija tierna á quien amo, y á vosotros que os quiero mucho, y si sois dichosos, yo tambien lo soy.

GILB. Entonces tambien lo eres; ¿no es verdad, Juana? (JUANA está distraida.)

JOSUÉ. Nada puedo hacer para procurarte la felicidad, pero Juana puede hacerlo todo, porque tú la amas. Creo que tampoco te podré prestar nunca ningun servicio, porque felizmente tú no eres un gran señor y nunca necesitarás al llavero de la Torre de Lóndres. Juana te pagará mi deuda al mismo tiempo que la suya, porque los dos te lo debemos todo: ella era una pobre criatura huérfana y abandonada; tú la recogiste y la educaste, y á mí, un dia que me ahogaba en el Támesis, me sacaste del agua.

GILB. Para qué me recuerdas eso?

JOSUÉ. Para decirte que por gratitud debemos quererte Juana y yo; yo como un hermano y ella...

JUANA. Como una esposa. Os comprendo, Josué. (Queda abstraida.)

GILB. (Bajo á JOSUÉ.) Mírala; ¿no es verdad que es preciosísima y que mereceria casarse con un rey? Si tú supieses... ¡No puedes figurarte cuánto la idolatro!

JOSUÉ. Pues ten cuidado y sé prudente; á una mujer no se la debe amar tanto como á una hija.

GILB. Qué quieres decir?

JOSUÉ. Nada.—Dentro de ocho dias vendré á la boda.—Espero que los negocios de Estado me dejarán alguna libertad, y que entonces todo habrá terminado.

GILB. ¿Qué es lo que habrá terminado?

JOSUÉ. Tú no debes ocuparte de estas cosas; estás enamorado y eres un hombre del pueblo. ¿Qué te importan las intrigas de allá arriba cuando aquí bajo eres tan dichoso? Pero ya que me lo preguntas, te diré que se espera que dentro de ocho dias, ó quizá de aquí á veinticuatro horas, la reina reemplace con otro á Fabiano Fabiani.

GILB. Quién es Fabiano Fabiani?

JOSUÉ. El amante de la reina, un fa-

vorito célebre y hermoso, que hace cortar la cabeza á cualquiera por quítame allá esas pajas; el mejor favorito que de diez años á esta parte habrán entregado al verdugo de Lóndres. Ya sabes que éste percibe diez escudos de plata por cada cabeza de gran señor que corta, y á veces doble, cuando es muy ilustre. Figúrate cómo deseará la caida de Fabiani. Verdad es que por las funciones que desempeño en la Torre solo oigo hablar de esto á gentes que tienen muy mal humor y á las que han de cortar la cabeza dentro de pocos dias; quiero decir, á los descontentos.

GILB. Dejemos que los lobos se devoren unos á otros, que á nosotros nada nos importa de la reina ni de su favorito. No es verdad, Juana?

JOSUÉ. Han armado una terrible conspiracion contra Fabiani, y milagro será que pueda escaparse de ella. No me sorprenderia que esta noche tuviese algun mal encuentro; acabo de ver muy pensativo y rondando por cerca de aquí á Simon Renard.

GILB. Quién es Simon Renard?

JOSUÉ. No lo sabes? Es el brazo derecho del emperador en Lóndres. La reina debe casarse con el príncipe de España, y Simon Renard es su legado cerca de ella; la reina le aborrece, pero le teme, y no puede ir contra él. Ya ha acabado con tres ó cuatro favoritos; parece que tenga el instinto de destruirlos, y limpia de vez en cuando el palacio. Es un hombre muy sagaz y muy malicioso, que sabe todo lo que sucede y que interviene en las intrigas subterráneas de todos los acontecimientos. En cuanto á lord Paget...—¿No me has preguntado quién era lord Paget?—Pues es un gentil-hombre muy despejado y gran amigacho de Enrique VIII; es miembro del Consejo privado y tiene allí tanto influjo, que los otros ministros no se atreven á respirar delante de él, excepto el canciller lord Gardiner, que le detesta. Este lord es un hombre de genio violento, pero de muy noble cuna. Paget, al revés, es hijo de un zapatero, y le nombraron baron Paget de Beandesert en Sttaford.

GILB. ¡Sabeis de memoria todas esas cosas!

JOSUÉ. Ya lo creo; las aprendo á fuerza de oírselas decir á los presos de Estado.

SIMON aparece en el foro del teatro.

Porque has de saber, Gilberto, que el hombre que sabe mejor la historia de estos tiempos es el llavero de la Torre de Lóndres.

SIMON. (Que ha oido las últimas palabras.) Os engañais, amigo mio; el que la sabe mejor es el verdugo.

JOSUÉ. (Bajo á GILBERTO y á JUANA.) Retirémonos de aquí... es Simon Renard.

SIMON se aleja lentamente.

GILB. Me disgustan esas gentes que están rondando mi casa.

JOSUÉ. ¿Qué diablos vendrá á hacer aquí? Me voy en seguida, porque me parece que me está preparando ocupacion. Adios, Gilberto; adios, Juana.

GILB. Adios, Josué. Pero dime, ¿qué es lo que escondes bajo la capa?

JOSUÉ. Es que yo tambien tengo mi complot.

GILB. Qué complot?

JOSUÉ. Los enamorados de todo se olvidan; os acabo de recordar que pasado mañana es el dia de las estrenas y de los regalos. Los cortesanos preparan una sorpresa á Fabiani, y yo tambien preparo una. La reina vá á tomar un nuevo favorito, y yo voy á regalar una muñeca á mi hija, nueva tambien. Veremos cuál de los dos rompe más pronto su juguete. Adios, amigos mios.

GILB. Adios, Josué.

JOSUÉ se vá alejando. GILBERTO toma la mano de JUANA y la besa apasionadamente.

JOSUÉ. (Ya en el fondo.) La Providencia es muy sábia y dá á cada uno su juguete; la muñeca á la niña, la niña al hombre, el hombre á la mujer y la mujer al diablo. (Se vá.)

ESCENA III.

GILBERTO y JUANA.

GILB. Tambien es preciso que yo me vaya. Adios, Juana; dormid bien.

JUANA. ¿No entrais conmigo esta noche como otras veces?

GILB. Esta noche no puedo; tengo que concluir en el taller un trabajo; tengo que cincelar el mango de un puñal para lord Clanbrasil, á quien no conozco, pero que quiere tenerlo para mañana por la mañana.

JUANA. Entonces buenas noches.

GILB. Esperad un instante, que me cuesta mucho esfuerzo separarme de vos, aunque sea por pocas horas. Sois mi vida y mi alegría, pero necesito trabajar porque somos muy pobres, y sin embargo, no tengo fuerzas para irme. Sentémonos un momento en el banco de la puerta,

que así no me será tan difícil marcharme, como si entrase en vuestra casa ó en vuestro cuarto. (Se sientan y coge la mano á JUANA.) Juana, me amas?

JUANA. Sé que todo os lo debo, aunque me lo habeis ocultado durante mucho tiempo. Siendo niña mis padres me abandonaron y vos me recogísteis. Hace diez y seis años que trabajais por mí como si fuérais un padre y que me vigilais como si fuérais una madre. ¡Qué seria de mí sin vos, Dios mio! Todo cuanto poseo vos me lo habeis dado.

GILB. Juana, me amas?

JUANA. Trabajais noche y dia por mí: ahora mismo os vais á separar y velareis toda la noche, quizás para satisfacer mis frívolos deseos y mis vanos caprichos. Mientras vos careceis algunas veces de pan, á mí nunca me faltan cintas y adornos.

GILB. Me amas?

JUANA. Quisiera besar la tierra que pisais.

GILB. Todo eso no quiere decir que me ames. Tengo necesidad de que pronuncies esa palabra; no me satisface el reconocimiento ni la gratitud; quiero amor ó nada... quiero tu amor ó la muerte. Hace diez y seis años que eres mi hija. Pero ahora vas á ser mi esposa: te adopté, quiero casarme dentro de ocho dias, y tú me amabas cuando me lo prometiste. Tiempo atrás, cuando te lo preguntaba, levantando los ojos al cielo, me decias: "Te amo!„ Quiero que seas siempre así. De algunos meses á esta parte me parece que has cambiado, sobre todo desde que el trabajo me obliga á ausentarme por las noches. Tú, que eras antes tan alegre, estás ahora triste y preocupada, y si no te encuentro indiferente, es porque haces lo posible para no estarlo; pero comprendo que las frases cariñosas no brotan espontáneamente de tus labios como antes. Qué tienes? No me amas ya? Indudablemente soy un hombre honrado y un buen trabajador, pero quisiera ser un ladron y un asesino si así habia de conseguir que me amases. ¡Si supieras cuánto te adoro!

JUANA. Lo sé, Gilberto, y eso me hace llorar. (Llorando.)

GILB. ¿Lloras de alegría, no es cierto? Necesito creerlo así, porque no hay felicidad en el mundo como la de ser amado. No me retraigas lo que he hecho por tí; dime una sola palabra de cariño y no te acuerdes de la gratitud. Serás mi esposa, no es cierto? Me amas, ¿no es verdad?

JUANA. Qué noble corazon!

GILB. Búrlate lo que quieras de mí, llámame celoso y loco, pero no te ofendas por lo que voy á decirte. Hace ya algun tiempo que veo que rondan esta casa algunos señores: sé que he cumplido treinta y cuatro años, y que es una desgracia para un pobre artesano, que ya no es jóven, que vá mal vestido y que carece de atractivos físicos, amar á una jóven de diez y siete y hermosísima, que atrae á los brillantes caballeros de la corte, como la luz á las mariposas. Esto me hace sufrir mucho, pero nunca te he ofendido ni en la imaginacion, porque sé que eres honrada y pura, porque sé que solo mis labios se han posado en tu frente. Solo me apesadumbra que te guste demasiado ver pasar algunas veces la comitiva y las cabalgatas de la reina y los hermosos trajes de raso y de terciopelo, debajo de los que se encuentran tantos corazones vacíos. ¿Por qué vienen hasta aquí tantos gentiles-hombres? ¿Por qué no he de ser como ellos, jóven, hermoso, rico y noble? ¿Por qué he de ser Gilberto el cincelador? Envidio á todos esos caballeros.

JUANA. Gilberto!....

GILB. Perdóname, Juana, pero el amor hace á los hombres perversos.

JUANA. Al contrario; ¡os hace á vos tan bueno, tan noble!...

GILB. Te adoro de tal modo, que quisiera morir por tí. Estoy loco! Perdóname todo lo que te he dicho. Es tarde ya y es preciso que te deje. ¡Qué triste es separarse de tí! —Entra en casa. ¿No llevas la llave?

JUANA. No; hace algunos dias que se me ha perdido.

GILB. Toma la mia. Hasta mañana. Piensa que hoy todavía soy tu padre, pero que dentro de ocho dias seré tu esposo.

La besa en la frente y se vá.

JUANA. Mi esposo! No cometeré ese crímen. El pobre Gilberto me ama... y el otro... ¡Si yo no hubiese preferido la vanidad al amor, no seria tan desgraciada como soy! ¡Soy desgraciada y culpable! Pero álguien viene; que no me vean. (Entra en la casa.)

ESCENA IV.

GILBERTO y el JUDÍO embozado en una capa, con gorro amarillo y trayendo á aquel de la mano.

GILB. Sí que te conozco; eres el pordiosero judío que hace dias anda por

estos alrededores; pero, ¿por qué me coges de la mano y me traes aquí?

JUDÍO. Porque solo aquí puedo revelaros lo que me propongo que sepais.

GILB. Pues bien; revélamelo pronto, porque tengo prisa.

JUDÍO. Escuchadme. Hace diez y seis años, la noche en que decapitaron á lord Talbot, acusado de papismo y de alta traicion, fueron destruidos sus partidarios en Lóndres por los soldados de Enrique VIII; el fuego que hicieron contra ellos duró en las calles toda la noche. Un artesano jóven, que se ocupaba más de su trabajo que de la guerra, velaba en la tienda... en la primera que está á la entrada del puente de Lóndres, que tiene una puerta baja á la derecha, en cuya pared aun quedan restos de pintura colorada... Serian las tres de la mañana; se estaban batiendo, y las balas, silbando, atravesaban el Támesis. De pronto llamaron á la puerta de casa del artesano, por cuyas rendijas se veia desde fuera claridad; abrió éste y entró en la tienda un hombre desconocido. Llevaba el desconocido en brazos una criatura de pañales, que estaba asustada y llorando. El desconocido la depositó en la mesa y dijo: "Ahí teneis una criatura que no tiene padre ni madre.„ El artesano, que tambien era huérfano, adoptó á la criatura. Cuidó de ella, la alimentó, la vistió, la educó, concentrando en ella todo su cariño. Olvidó por ella su juventud y sus placeres... De esto hace ya diez y seis años. Gilberto, vos sois el artesano, y la criatura...

GILB. Es Juana. Es verdad lo que me has referido. ¿Pero dónde vas á parar?

JUDÍO. Me olvidé de decir que en los pañales de la niña habia un papel prendido con un alfiler, que decia: "*Tened piedad de Juana.*„

GILB. Estaba escrito con sangre: he conservado ese papel y lo llevo siempre encima de mí, pero... ¿para qué me recuerdas todo eso?

JUDÍO. Para que sepais que estoy enterado de vuestros secretos y para que vigileis esta noche, Gilberto.

GILB. Qué quieres decir?

JUDÍO. Nada más. No vayais á trabajar; permaneced en estas cercanías y velad. Ni soy amigo ni enemigo vuestro, pero os doy este aviso. Ahora, para no estorbaros, dejadme. Idos por este lado, y acudid si oís que pido socorro.

GILB. Qué significa esto?

Se vá lentamente.

ESCENA V.

El JUDÍO solo.

Ahora ya estoy preparado; tengo el hombre que necesito; un hombre jóven y robusto, para que me auxilie en un caso de apuro, y Gilberto es á propósito. Me parece que oigo en el rio ruido de remos y los sonidos de una guitarra... Sí.

Vá al paredon. Se oye una voz lejana que canta al compás de la guitarra; la voz se vá acercando más cada vez á la escena.

VOZ. (Cantando.)

Cuando de noche en mis brazos,
mientras yo te mezo, cantas,
¿oyes lo que mi cariño
te contesta en voz muy baja?
Tu cántico me recuerda
las alegrías pasadas
de nuestros dias mejores.
Canta, vida mia!
canta, canta, canta.

JUDÍO. (Es el hombre que estoy esperando.)

VOZ. (Cantando.)

Cuando sonrien tus labios,
que son preciosos rubíes,
el amor queda encantado
de la gracia que despiden.
Tu franca y sonora risa
tu alma ingénua describe.
Rie, vida mia!
rie, rie, rie.

—

Cuando te duermes tranquila
y de noche voy á verte,
oigo que en sueños murmuras
frases tiernas con voz débil,
mientras de tus formas bellas
se vé el tentador relieve.
Duerme, vida mia!
duerme, duerme.

—

Cuando me dices: "Te amo„,
indispensable es quererte,
porque lo dices de un modo
que al incrédulo convences,
pues chispean tus miradas
el fuego de amor que sientes.
Ama, vida mia!
ámame siempre.

JUDÍO. Ya desembarca... ya despide al gondolero. Perfectamente. Ya está aquí.

El JUDÍO vá al proscenio; FABIANI entra embozado y se dirige á la casa. El JUDÍO le detiene.

ESCENA VI.

El Judío y Fabiani.

Judío. Una palabra, caballero.

Fabiani. Quién eres?

Judío. El que vos querais, señor.

Fab. Este farol alumbra mal, pero llevas un gorro amarillo y debes ser judío.

Judío. Soy un judío que tiene que hablaros.

Fab. Cómo te llamas?

Judío. Sé vuestro nombre y vos ignorais el mio. Ya que os llevo esta ventaja, permitidme que la conserve.

Fab. Sabes mi nombre?

Judío. En Nápoles os llamais signor Fabiano, en Madrid D. Fabian y en Lóndres lord Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil.

Fab. El diablo cargue contigo!

Judío. Y Dios os guarde á vos!

Fab. Cuida de que no te haga dar de palos, porque no me gusta que sepan quién soy cuando voy solo por la noche.

Judío. Sobre todo cuando os dirigís adonde ahora vais.

Fab. Qué quieres decir?

Judío. Si la reina lo supiese!...

Fab. No voy á ninguna parte.

Judío. Sí, milord, vais á casa de Juana, la prometida esposa de Gilberto el cincelador.

Fab. (Diablo! Este es un hombre peligroso.)

Judío. Os diré más; sé que habeis seducido á esa jóven y que en un mes os ha recibido dos noches en su casa; esta es la tercer noche que os vá á recibir y os espera.

Fab. Cállate, cállate! ¿Con qué cantidad se compra tu silencio?

Judío. De eso ya hablaremos luego. Ahora, milord, ¿quereis que os diga por qué habeis seducido á esa jóven?

Fab. Porque estoy enamorado de ella.

Judío. No, no estais enamorado.

Fab. No estoy enamorado de Juana?

Judío. Lo mismo que de la reina; eso no es amor, eso es cálculo.

Fab. Creo que no eres un hombre, creo que eres mi conciencia convertida en judío.

Judío. Voy á hablaros como vuestra conciencia, milord. Sois favorito de la reina, que os ha condecorado con la órden de la Jarretiera, que os hizo conde y os dió la señoría, cosas huecas que halagan la vanidad; necesitábais algo más positivo, necesitábais buenas tierras, extensas posesiones, magníficos palacios y cuantiosas rentas. El rey Enrique VIII confiscó las propiedades de lord Talbot, decapitado hace diez y seis años; conseguísteis que la reina os las traspasase, pero para que la donacion real fuera válida, era indispensable que lord Talbot hubiera muerto sin sucesion. Si existiera algun heredero de lord Talbot, como éste murió por la reina María y no por su madre Catalina de Aragon, siendo papista como la reina, es indudable que la reina María os volveria á quitar esos bienes, á pesar de ser su favorito, y se los devolveria al heredero ó heredera de lord Talbot por deber, por gratitud y por religion. Respecto á esto estábais tranquilo, porque lord Talbot solo tuvo una hija, que desapareció en la cuna en la época de la ejecucion de su padre, y que todos en Inglaterra creian muerta; pero vuestros espías descubrieron no hace mucho que la noche en que Enrique VIII exterminó á lord Talbot y á sus partidarios, depositaron misteriosamente una criatura en casa de un cincelador en el puente de Lóndres, y que era probable que esta niña, llamada Juana, fuese Juana Talbot, que desapareció en la época de la muerte de su padre. Las pruebas auténticas de su nacimiento faltaban, es cierto, pero podian encontrarse algun dia, y este incidente os tenia inquieto y disgustado. Verdaderamente es doloroso tener que desprenderse de grandes propiedades, de grandes dominios. ¿Cómo evitar este contratiempo? Encontrando un medio de destruir y de anular á esa jóven: otro hombre la hubiera hecho envenenar ó dar de puñaladas; vos lo habeis hecho mejor, la habeis deshonrado.

Fab. Insolente!

Judío. No hablo yo, habla vuestra conciencia, milord. Otro hombre hubiera arrebatado la vida á Juana, vos le arrebatais el honor, es decir, su porvenir. La reina es gazmoña, y aparenta virtud que no tiene...

Fab. (Este hombre se vá al fondo!)

Judío. La reina goza de poca salud, puede morir, y entonces vos, que sois su favorito, caeríais bajo su tumba. Las pruebas materiales de la existencia de esa jóven pudieran encontrarse, y entonces, si la reina hubiera muerto, á pesar de haber vos deshonrado á Juana, se la reconoceria como heredera de lord Tal-

bot. Tambien habeis previsto este caso; sois un caballero jóven y simpático, habeis conseguido que ella os ame y que se os entregue, y en último caso os casaríais con ella. No me negueis, milord, la astucia de este plan, que me parece sublime. Si yo no fuese yo, querria ser vos.

FAB. Gracias.

JUDÍO. Habeis manejado hábilmente la intriga; ocultándola á ella vuestro nombre, habeis impedido que esta aventura llegue á oidos de la reina. La pobre jóven cree que la ha seducido un caballero del pais de Sommerset, que se llama Amyas Pawlet.

FAB. (Todo lo sabe!) Vamos, dime, cuánto vale tu silencio?

JUDÍO. Milord, si alguno tuviera en su poder los documentos en donde constan el nacimiento, la existencia y el derecho de la heredera de lord Talbot, os dejaria por entregároslos pobre, tan pobre como mi ascendiente el patriarca Job; no os quedarian otros palacios más que los que os dibujara la fantasía.

FAB. Sí, pero nadie tiene esos documentos.

JUDÍO. Los tengo yo.

FAB. Tú, miserable! Eso no es verdad. Judío, habla y no mientas.

JUDÍO. Tengo esos documentos.

FAB. Dónde?

JUDÍO. En el bolsillo.

FAB. No te creo... Están en regla? Nada les falta?

JUDÍO. Nada.

FAB. Entonces entrégamelos.

JUDÍO. Poco á poco.

FAB. Judío, entrégamelos.

JUDÍO. Simon Renard y lord Chandos me los pagarian á peso de oro.

FAB. Simon Renard y lord Chandos son dos bribones, entre los que te haré ahorcar.

JUDÍO. Pues ya que no me proponeis otra cosa, me voy.

FAB. Ven aquí, judío. ¿Qué quieres por esos documentos?

JUDÍO. Una cosa que llevais encima.

FAB. La bolsa?

JUDÍO. Quereis vos la mia?

FAB. Pues qué es lo que quieres?

JUDÍO. Un pergamino que no abandonais nunca, que tiene en blanco la firma de la reina, en el que jura por su corona conceder al que se lo presente la gracia que le pida. Dadme esa firma en blanco y os entrego los títulos de Juana Talbot. Documento por documento, milord.

FAB. Para qué quieres tú esa firma?

JUDÍO. Yo juego por tabla, milord. Os he dicho vuestros proyectos y ahora voy á comunicaros los mios. Soy uno de los principales plateros judíos de la calle de Kantersten de Bruselas; dejo el dinero á préstamo, ese es mi negocio. Doy diez y me devuelven quince. Presto á todo el mundo. Hace dos meses murió uno de mis deudores sin haberme pagado; este deudor era un antiguo criado de lord Talbot, que consiguió emigrar, y que al morir solo dejó cuatro harapos, de los que yo me apoderé; entre ellos encontré una caja y en la caja documentos: estos papeles eran los de Juana Talbot, y encerraban toda su historia escrita circunstanciadamente y apoyada en pruebas. Precisamente entonces la reina de Inglaterra acababa de daros posesion de los bienes de la huérfana, y precisamente yo necesitaba á la reina de Inglaterra para hacer un préstamo de diez mil marcos de oro. Pensé que por vos lo conseguiria y he venido á Inglaterra disfrazado, y yo mismo he espiado durante algunos dias vuestros pasos y los de Juana. Así lo he sabido todo, y aquí me teneis. Tendreis los documentos de Juana Talbot si me dais la firma en blanco de la reina, encima de la que escribiré que me entregue diez mil marcos de oro. Algo debia cobrar por el corretaje, pero no hago caso de esa futeza: no os pido á vos la indicada suma, porque solo es capaz de pagarla una testa coronada. No os quejareis de que no os hablo con franqueza. Hombres tan hábiles como nosotros no deben engañarse mútuamente.

FAB. Es imposible lo que me pides. No puedo darte esa firma en blanco, porque quieres que te valga diez mil marcos de oro; qué diria la reina! Además, puedo caer en desgracia mañana, y esta firma en blanco puede salvarme la vida.

JUDÍO. A mí eso nada me importa.

FAB. Pídeme otra cosa.

JUDÍO. No quiero otra cosa.

FAB. Entrégame los documentos de Juana Talbot.

JUDÍO. Entregadme, pues, la firma en blanco.

FAB. (Será preciso ceder.)

Saca un pergamino del bolsillo.

JUDÍO. Veamos si contiene en blanco la firma de la reina.

FAB. Veamos los documentos de Juana Talbot.

JUDÍO. Despues.

Se acercan al farol. FABIANI, que se ha colocado detrás del

JUDÍO, le presenta con la mano izquierda el pergamino delante de los ojos; el JUDÍO lo examina.

"Nos, María, Reina...„ Está bien. Ya veis que soy de vuestra escuela; todo lo he calculado y todo lo he previsto.

FAB. (Sacando el puñal con la mano derecha y hundiéndolo en la garganta al JUDÍO.) Menos esto.

JUDÍO. Traidor!... Socorro! Socorro!

Cae al suelo, pero al caer arroja á mucha distancia detrás de él un paquete cerrado, sin que se aperciba de ello FABIANI.

FAB. (Inclinándose sobre él.) Creo que le he muerto; voy á apoderarme de sus documentos. (Le registra.) Nada encuentro! No lleva encima ningun papel! Me queria engañar ese infame viejo. Le he matado sin motivo. Preciso es sacar de aquí el cadáver; no puedo dejarle delante de la puerta de casa de Juana. Voy á ver si está el barquero para que me ayude á arrojarlo al Támesis.

Se vá por el fondo y desaparece detrás del paredon.

GILB. (Entrando por el lado opuesto.) Por aquí me parece que pedian socorro. (Vé el cuerpo del JUDÍO debajo del farol.) Dios mio! ¡Aquí hay un hombre muerto! Es el mendigo!

JUDÍO. (Incorporándose.) Habeis llegado demasiado tarde, Gilberto. (Señala con la mano el sitio donde tiró el paquete.) Recoged ese paquete: son los documentos que prueban que Juana vuestra prometida es hija y heredera de lord Talbot. Mi asesino es Fabiani, el favorito de la reina... Ah!... ¡Me ahogo! Gilberto, véngame y véngate!... (Muere.)

GILB. Ha muerto ya. ¿Qué quiere decir que me vengue?... ¡Juana es hija de lord Talbot!... ¡A este hombre le ha matado el favorito de la reina!... Ah! mi cabeza se extravía...

ESCENA VII.

GILBERTO y FABIANI.

FAB. Quién está ahí?

GILB. Acaban de asesinar á un hombre.

FAB. A un hombre no, á un judío.

GILB. Y quién le ha matado?

FAB. Vos ó yo.

GILB. Caballero!

FAB. Aquí no hay testigos; solo hay un cadáver en tierra y dos hombres á su lado. Cuál de ellos es el asesino? Nada prueba que sea el uno ó el otro.

GILB. El asesino sois vos.

FAB. Pues bien, yo soy... y qué?

GILB. Voy á dar aviso á la justicia.

FAB. Vais á ayudarme á arrojar este cadáver al agua.

GILB. Voy á haceros prender y á que os castiguen.

FAB. Os digo que me ayudeis.

GILB. Sois un imprudente!

FAB. Creedme, buen hombre, borremos las huellas del delito; estais más interesado que yo en ello.

GILB. Vaya un empeño!

FAB. Yo soy un gran señor, un noble lord; vos sois un cualquiera, un transeunte, un hombre del pueblo. El gentil-hombre que mata á un judío solo paga cuatro sueldos de multa; pero el plebeyo que mata á otro vá á la horca.

GILB. Y os atreveríais...

FAB. Si me denuncias, yo te denunciaré tambien. Me creerán; pero si no me creen, me es igual; pagando cuatro sueldos, me dejan libre, mientras que á tí te cortarán la cabeza.

GILB. Y no hay testigos ni pruebas! Este miserable se ha apoderado de mí!

FAB. Te ayudaré á echar el cadáver al rio.

GILB. Sois el demonio!

GILBERTO coge el cuerpo del JUDÍO por la cabeza, FABIANI por los piés, y le llevan hasta el paredon.

FAB. Os aseguro, amigo mio, que ya no sé cuál de los dos ha muerto á ese hombre.

Se van por detrás del paredon.

FAB. (Reapareciendo.) Ya está.—Buenas noches, compañero.—Idos á vuestros asuntos.

Se dirige hácia la casa y se vuelve al ver que GILBERTO le sigue.

¿Es que quereis que os recompense vuestro trabajo? En conciencia nada os debo, pero tomad.

Dá una bolsa á GILBERTO, cuyo primer movimiento es de rehusarla, pero luego la toma.

Idos. Qué esperais?

GILB. Nada.

FAB. Pues quedaos si quereis y Dios os guarde.

Se dirige á la puerta de la casa, disponiéndose á abrirla.

GILB. Dónde vais?

FAB. Pardiez! A mi casa.

GILB. A vuestra casa!

FAB. Sí.

GILB. ¡No sé quién de los dos es el que sueña! Hace poco me digísteis que yo habia matado al judío, y ahora me decís que esa es vuestra casa.

FAB. O la de mi querida, que es lo mismo.

GILB. Repetidme lo que acabais de decir.

FAB. Ya que os empeñais, os diré que en esa casa vive una linda muchacha que se llama Juana, que es mi manceba.

GILB. Y yo te digo, milord, que mientes; que eres un impostor y un asesino; que acabas de pronunciar palabras tan fatales, que causarán la muerte de los dos; la tuya por pronunciarla .y la mia por haberlas oido.

FAB. ¿Quién será este diablo de hombre?

GILB. Soy Gilberto el cincelador, y Juana es mi prometida.

FAB. Y yo soy el caballero Amyas Pawlet, y Juana es mi manceba.

GILB. Te repito que mientes. Eres lord Clambrasil, favorito de la reina. ¡El imbécil cree que no le conozco!

FAB. (Todo el mundo me conoce esta noche. Este es otro hombre peligroso, del que hay que deshacerse.)

GILB. Dime en seguida que me has mentido como un cobarde y que Juana no es tu manceba.

FAB. Si conoces su letra, lee. (Saca una carta.)

Mientras GILBERTO, temblando, desdobla el papel, dice:

(Me interesa que entre en la casa y arme querella con Juana, para dar tiempo á que lleguen mis agentes.)

GILB. (Leyendo.) "Estaré sola esta noche; podeis venir.„ Maldicion! Has deshonrado á mi prometida y eres un infame. Me darás una satisfaccion.

FAB. Estoy pronto; saca la espada.

GILB. Oh rabia! ¡Los hombres de la plebe no podemos llevar espada ni puñal! ¡Pero yo te esperaré por la noche á la esquina de una calle y te ahogaré, miserable!

FAB. Eres un hombre muy violento!

GILB. Te juro que me vengaré de tí!

FAB. ¡Quieres vengarte de mí estando yo tan alto y tú tan bajo! Eres un loco y te desafío.

GILB. Me desafías?

FAB. Sí.

GILB. Pues no te olvides de que me retas.

FAB. (¡Es preciso que el sol no salga mañana para este hombre!) Créeme y entra en tu casa. Me disgusta que hayas descubierto esta aventura, pero te dejo en posesion de la jóven. Mi intencion verdaderamente no era ir tan lejos. Entra en casa, y si no tienes llave, ahí tienes esta. (Se la arroja á los piés.) Si te parece mejor, dá cuatro golpecitos en la ventana; Juana creerá que soy yo y te abrirá. Buenas noches. (Váse.)

ESCENA VIII.

GILBERTO solo.

Se fué! Se fué! ¡Sin que yo le pulverizara bajo mis piés! ¡Me he visto precisado á dejarle huir por no tener un arma miserable!

Pausa. Vé en este momento el puñal con que FABIANI ha muerto al JUDÍO y le recoge con ansiedad y furor.

Encontré demasiado tarde este puñal; pero venga del cielo ó del infierno, lo bendigo. Juana me ha hecho traicion, Juana se ha entregado á ese infame, Juana es la heredera de lord Talbot... Oh! la he perdido para siempre!

Pausa.

Quiero vengarme de ese hombre! Si me presento en palacio, los criados de la reina me echarán á puntapiés como á un perro. Estoy loco! ¡Tengo un infierno en la cabeza. Me es indiferente morir, pero no quiero morir sin vengarme. Daria la vida por conseguir la venganza. ¿No hay quién quiera celebrar conmigo este convenio? Al que me vengue de Fabiani le entrego la vida.

ESCENA IX.

GILBERTO y SIMON RENARD.

SIM. Acepto ese convenio.

GILB. Y quién eres tú?

SIM. El hombre que deseabas encontrar.

GILB. Sabes quién soy?

SIM. El hombre que necesito.

GILB. No tengo más que una idea, una sola idea: vengarme de Fabiani y morir despues.

SIM. Te vengarás de él y morirás.

GILB. Pues me entrego á tí.

SIM. Te vengarás como deseas, pero con la condicion que has propuesto; con la condicion de perder la vida.

GILB. Tuya es si me vengo.

SIM. Estamos convenidos?

GILB. Convenidos.

SIM. Sígueme.

GILB. Adónde?

SIM. Ya lo sabrás.

GILB. Acuérdate de que has prometido vengarme.

SIM. Y tú no olvides que me has prometido morir.

JORNADA SEGUNDA.

La reina.

Cámara de la reina.—Un libro de Evangelios abierto encima de un reclinatorio; la corona real sobre un taburete.—Puertas laterales y una grande en el foro; parte de éste está cubierto de rica tapicería.

ESCENA PRIMERA.

La REINA, expléndidamente vestida, recostada en un ancho y cómodo canapé, y FABIANI, á su lado, sentado en una silla de tijera y vestido con el rico traje de la órden de la Jarretiera.

FAB. (Cantando y tocando la guitarra.)

Cuando te duermes tranquila
y de noche vengo á verte,
oigo que en sueños murmuras
frases tiernas con voz débil,
mientras de tus formas bellas
veo el tentador relieve.
Duerme, vida mia!
Duerme, duerme.

—

Cuando me dices: "Te amo„
indispensable es creerte,
porque lo dices de modo
que al incrédulo convences,
pues chispean tus miradas
el fuego de amor que sientes.
Ama, vida mia!
Amame siempre.

Deja la guitarra.

FAB. (Declamando.) No puedo expresar cuánto os amo, pero tanto como os adoro, aborrezco á Simon Renard, que en Inglaterra es más poderoso que vos misma.

REINA. Respecto á ese hombre, ya sabeis, milord, que soy impotente, porque es aquí el delegado del príncipe español, mi futuro esposo.

FAB. Vuestro futuro esposo!

REINA. No hablemos más de esto. Sabeis que os amo y nada teneis que desear. Os advierto que es hora ya de que os vayais.

FAB. María, un instante más.

REINA. Es ya la hora en que el Consejo privado debe reunirse; y si hasta aquí he sido mujer, desde ahora es preciso que me convierta en reina.

FAB. Pues deseo que la mujer haga esperar á la puerta á la reina.

REINA. Lo deseais? Lo quereis? Miradme bien, milord. ¡Qué interesante es vuestro rostro!...

FAB. Vos, señora, sois tan divina, que os basta vuestra belleza para ser todopoderosa. Hay en vuestra fisonomía algo que indica que sois reina, y esto se vé mejor en vuestra cara que en vuestra corona.

REINA. Me adulais!

FAB. Os amo.

REINA. ¿Es verdad que no amas á nadie más que á mí? Repítemelo, mirándome como tú sabes mirar. Nosotras, las mujeres, no sabemos nunca lo que pasa exactamente en el corazon del hombre; estamos obligadas á creer á vuestros ojos, y los más hermosos son muchas veces los que más mienten. Pero en los tuyos hay tanta lealtad, tanto candor y tanta buena fé, que no pueden mentir. No es verdad? Tu mirada es pura é ingénua. Tener ojos celestiales y engañar, seria cosa horrible, porque tus ojos son los de un ángel ó los de un demonio.

FAB. Pues no soy demonio ni ángel; soy un hombre que os adora.

REINA. Que ama á la reina.

FAB. No, que ama á María.

REINA. Escucha, Fabiani; yo te amo tambien de ese modo, pero eres jóven y sé que hay muchas mujeres que te miran tiernamente, y sé además que una reina puede hastiar como cualquier otra mujer.—No me interrumpas.—Si alguna vez te enamoras de otra, quiero que me lo confieses; quizás si me lo digeras te perdonaria. No sabes hasta qué extremo te amo, porque yo misma no lo sé. Es verdad que hay momentos en los que preferiria verte antes muerto que feliz con otra, pero tambien hay momentos en que preferiria verte dichoso en agenos brazos. Dios mio! ¡No sé por qué se empeñan en formarme reputacion de mujer perversa!

FAB. Solo puedo ser feliz contigo, María, porque no amo á nadie más que á tí.

REINA. De veras? Mírame otra vez. Hay instantes en que estoy muy celosa; algunas veces me figuro que me engañas. Quisiera ser invisible y seguirte y saber siempre lo que haces, lo que dices y dónde estás. En los cuentos de hadas nos hablan de una sortija que hacia invisibles á los que la poseian; daria la corona por esa sortija. ¡Serias un infame si me engañases!

FAB. Ahuyentad esas ideas de la imaginacion. Para engañar á mi dama y á

mi reina era preciso que fuese el más ingrato y el más miserable de los hombres, y yo no os he dado motivo para que lo creais. Os amo, os adoro y no puedo mirar á ninguna otra mujer. ¡No conoceis en los ojos mi cariño! Cuando el hombre engaña á la mujer pronto se conoce, y las mujeres rara vez se equivocan cuando lo creen. Precisamente habeis elegido para estar celosa el dia que os amo quizás más que nunca, y ahora no estoy hablando á la reina, de cuyo poder me burlo. Me burlo, porque la reina solo podria mandar que me cortasen la cabeza, pero María puede destrozarme el corazon. No amo á vuestra majestad, sino á tí; beso tu mano blanca y suave, pero no vuestro cetro real.

REINA. Gracias y adios... Vuelve dentro de una hora.

FAB. Lo que vos llamais una hora yo llamo un siglo. (Váse.)

En cuanto sale, la REINA se levanta rápidamente, se dirige á una puerta secreta, la abre y entra SIMON RENARD.

ESCENA II.

La REINA y SIMON RENARD.

REINA. Entrad, señor Bailío. ¿Le habeis oido?

SIM. Todo lo que dijo.

REINA. ¡Entonces es el más falso y el más inícuo de los hombres! ¿Qué me contestais á esto?

SIM. Os contesto que se conoce que lleva un apellido que acaba en *i*.

REINA. ¿Estais seguro que vá de noche á casa de esa mujer? ¿Le habeis visto entrar?

SIM. Sí, y como yo le han visto Chandos, Clinfon, Montagú y diez testigos más.

REINA. Eso es infame!

SIM. El hecho puede comprobarse en seguida. La jóven está aquí, como acabo de decir á vuestra majestad. La hice prender esta noche en su casa.

REINA. ¿Pero ese crímen no basta para quitarle la vida á ese hombre?

SIM. No es suficiente motivo haber estado por la noche en casa de una mujer hermosa: vuestra majestad hizo juzgar á Trogmoton por un hecho como ese y salió absuelto.

REINA. Por eso castigué á sus jueces.

SIM. Tendríais que hacer lo mismo con los jueces de Fabiani.

REINA. ¡Cómo me vengaré del traidor!

SIM. Vuestra majestad solo quiere vengarse de cierto modo...

REINA. Del modo que sea digno de mí.

SIM. No hay otro medio que el que he indicado á vuestra majestad. Valerse del hombre que está allí.

REINA. Hará todo lo que yo quiera?

SIM. Todo, si haceis lo que él desea.

REINA. Me entregará la vida?

SIM. Si aceptais sus condiciones, os la entregará.

REINA. Y qué es lo que desea?

SIM. Lo mismo que vuestra majestad; vengarse.

REINA. Decidle que entre y quedaos donde podais oirnos. Decid á milord Chandos que permanezca en la cámara inmediata con seis hombres de mi guardia, dispuestos á entrar aquí cuando se les llame. La jóven que esté tambien preparada para entrar.

Váse SIMON.

Seré terrible!

Abrese una de las puertas laterales y entran GILBERTO y SIMON RENARD.

ESCENA III.

La REINA, GILBERTO y SIMON RENARD.

GILB. Dónde estoy?

SIM. Delante de la reina.

GILB. La reina!

REINA. Sí, soy la reina, pero no tenemos tiempo para perderlo en admiraciones. Sé que os llamais Gilberto, que sois un trabajador, que vivís á la otra parte del rio, con una jóven que se llama Juana, que es vuestra prometida, que os engaña, y que ésta tiene un amante, que se llama Fabiani, que me engaña á mí. Quereis vengaros y yo tambien. Para que lo consigais necesito disponer á mi antojo de vuestra vida. Necesito que digais lo que yo os mande decir cuando yo quiera; necesito que desde ahora no haya para vos nada falso ni verdadero, nada bueno ni malo, nada justo ni injusto, y que solo os sujeteis á mi venganza y á mi voluntad. ¿Consentís en lo que os propongo?

GILB. Señora...

REINA. Te prometo que te vengarás. Pero es preciso que mueras. Ahora proponme tus condiciones: si tienes madre anciana y pobre, yo la enriqueceré. Véndeme la vida tan cara como quieras.

GILB. No estoy ya decidido á morir.

REINA. Qué dices!

GILB. Perdóneme vuestra majestad,

pero he estado reflexionando toda la noche, y veo que este asunto no está bien probado. Oí á un hombre vanagloriarse de ser el amante de Juana, pero ¿quién me asegura que no ha mentido? He visto que me dió la llave de la casa, pero quién me dice que no la ha robado? He leido una carta, pero ¿quién me prueba que no se la han hecho escribir á la fuerza? Además, de que no estoy seguro de que aquella fuese su letra; era de noche y estaba tan turbado que no veia. No quiero entregar mi vida por vanas sospechas. Además, no he vuelto á ver á Juana.

REINA. Se conoce que sabes amar! Eres como yo, y te resistes á creer en las pruebas. Si vieras á Juana, si ella te confesase su traicion, ¿me entregarias tu vida?

GILB. Sí, pero con una condicion.

REINA. Luego me la dirás. (A SIMON.) Que entre en seguida esa jóven. Ocúltate ahí, Gilberto.

Hace que éste se esconda detrás de un tapiz. JUANA entra pálida y temblando.

ESCENA IV.

La REINA, JUANA y GILBERTO tras del tapiz.

REINA. Acércate, jóven. Me conoces?

JUANA. Sí, señora.

REINA. ¿Sabes quién es el hombre que te sedujo?

JUANA. Sí, señora.

REINA. ¿Te engañó, haciéndote creer que era un gentil-hombre que se llamaba Amyas Pawlet?

JUANA. Sí, señora.

REINA. ¿Sabes ya que es Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil?

JUANA. Sí, señora.

REINA. Esta noche, cuando fueron á prenderte, ¿le habias dado una cita y le esperabas?

JUANA. Dios mio!

REINA. Responde.

JUANA. Sí... (Con voz débil.)

REINA. Sabes que ni él ni tú no debeis esperar...

JUANA. Más que la muerte.

REINA. Refiéreme toda la aventura. ¿Dónde viste á ese hombre la primera vez?

JUANA. La primera vez que le ví fué... Pero esto qué importa? Soy una desgraciada hija del pueblo, pobre y vanidosa, loca y coqueta, que me enamoré de oropeles y del aspecto de un gran señor. Me sedujo, me deshonró y me perdí. Esto es todo y no necesito añadir más, porque cada palabra que pronuncio me atraviesa el corazon.

REINA. Está bien.

JUANA. Sé que vuestra cólera es terrible, pero desde ahora me someto al castigo que me impongais.

REINA. Castigarte yo! ¿Que acaso me ocupo de tí, insensata? Me ocupo solo de Fabiani; en cuanto á tí, otro se encargará de castigarte.

JUANA. Pues bien, señora, cualquier castigo sufriré, si teneis la bondad de concederme lo que voy á pediros. Existe un hombre que me recogió siendo niña y huérfana, que me crió, que me amó y que me ama todavía; un hombre para quien he sido muy criminal, y cuya imágen veo en el fondo de mi alma, augusta y sagrada como la de Dios; un hombre que quizás en este instante encuentra su casa vacía y devastada, y no comprende nada de lo que le sucede, y estará sumido en la desesperacion. Pues suplico á vuestra majestad que no llegue nunca á saber todo esto que ha sucedido, que yo desaparezca sin que él sepa cómo ni dónde, ni lo mal que me he portado con él, ni el castigo que me impongais. El aprecio de este hombre lo estimo más que la vida, y esta desgracia le causaria horrible pesadumbre. Tened piedad de él y de mí! Ya que él no os ha ofendido, que ignore todo esto; que ignore que soy culpable, porque es capaz de matarse; que no sepa que he muerto, porque moriria de dolor.

REINA. Ese hombre está allí, os escucha, os juzga y os vá á castigar.

Sale GILBERTO.

JUANA. Cielos! Gilberto!

GILB. (A la REINA.) Mi vida es vuestra, señora.

REINA. ¿Teneis algunas condiciones que proponerme?

GILB. Sí, señora.

REINA. Os doy mi palabra real de cumplirlas.

GILB. Mi única condicion consiste en una deuda de gratitud que trato de pagar á un caballero de vuestra corte que me ha hecho trabajar mucho en mi oficio de cincelador.

REINA. Esplicaos.

GILB. Dicho gentil-hombre mantiene relaciones ocultas con una mujer con la que no puede casarse, porque pertenece á una familia proscripta. La mujer á que me refiero, desconocida hasta hoy, es la hija única y la única heredera de lord Talbot, á quien decapitó Enrique VIII.

REINA. Es verdad lo que dices? ¿Juan

Talbot, excelente y católico lord, leal defensor de mi madre, ha dejado una hija? Te juro por mi corona que si eso es cierto, esa hija tendrá en mí una madre, y lo que Talbot hizo por la madre de María de Inglaterra, María de Inglaterra lo hará por la hija de Juan Talbot.

GILB. ¿De modo que será para vuestra majestad una verdadera satisfaccion devolver esos legítimos bienes á la que le pertenecen?

REINA. Será un placer para mí devolvérselos y tambien arrebatárselos á Fabiani. ¿Pero existen las pruebas de que esa heredera vive?

GILB. Existen.

REINA. Y si no las encontramos las inventaremos.

GILB. Pues si devuelve vuestra majestad á la heredera de lord Talbot los bienes, los títulos y los honores, si la garantiza la vida, si la desposa con ese gentil-hombre, podeis disponer de mi libertad y de mi vida como os plazca.

REINA. Así lo haré.

GILB. ¿La reina de Inglaterra se lo jura al cincelador Gilberto, poniendo una mano sobre la corona y otra sobre los Evangelios?

REINA. Te lo juro por la corona y sobre los Evangelios.

GILB. Pues el pacto está terminado; mandad que preparen el lecho nupcial para los esposos y la tumba para mí. El gentil-hombre de quien yo hablo es Fabiani, conde de Clambrasil, y la heredera de Talbot es esta jóven.

JUANA. Qué dice!

REINA. Estais loco! ¿Qué significa esto? ¡Es demasiada audacia burlarse de la reina de Inglaterra! En los salones régios deben medirse las palabras, porque en ellos hay ocasiones en que la boca puede hacer derribar la cabeza.

GILB. La mia os pertenece señora, pero á mí me pertenece vuestro juramento.

REINA. Pero es cierto lo que decís?... Fabiani!... Juana!... Es imposible!

GILB. Juana es hija y heredera de lord Talbot.

REINA. Eso es una quimera, una locura. Dónde están las pruebas?

GILB. (Sacando un paquete.) Aquí están. Examinad esos documentos.

REINA. Ahora no tengo tiempo para leer documentos... Qué me importan! ¿Os los he pedido acaso? (GILBERTO los deja sobre la mesa.) Si en ellos existen las pruebas, los arrojaré al fuego y desaparecerán.

GILB. Y vuestro juramento?

REINA. Mi juramento!... ¿Pero qué quieres de mí? Estás loco?

GILB. Quiero que restituyais á Juana sus bienes, su nobleza y su honor perdido. Proclamadla hija de lord Talbot y esposa de lord Clambrasil, y luego disponed de mi vida.

REINA. Para qué me sirve tu vida! Solo la queria para vengarme de Fabiani. Ni te comprendo ni me comprendes. Querias vengarte, y ¡así es como te vengas! Estos villanos son estúpidos! ¿Te figuras que creo en esa ridícula historia de una heredera de Talbot? Ni siquiera leeré esos documentos que me has entregado. Te engaña una mujer y luego te portas con ella generosamente; yo no soy así. ¡El ódio y la rabia despedazan mi corazon! Me vengaré y tú me ayudarás!

GILB. Me habeis empeñado vuestra palabra de reina católica. Lord Clambrasil sedujo á Juana y se casará con ella.

REINA. Y si no quiere?

GILB. Le obligareis.

REINA. ¡Oh, no, tened piedad de mí, Gilberto!

GILB. Pues bien; si ese infame rehusa este matrimonio, vuestra majestad hará de él y de mí lo que le plazca.

REINA. (Con alegría.) Eso es lo que yo deseo.

GILB. Si llega ese caso, despues de haber ceñido la reina de Inglaterra en la frente de Juana Talbot la corona de condesa de Wateford, yo haré todo lo que la reina me mande.

REINA. Todo? ¿Dirás todo lo que yo quiera que digas? ¿Morirás del modo que sea preciso?

GILB. Sí.

JUANA. Dios mio!

REINA. Lo juras?

GILB. Lo juro.

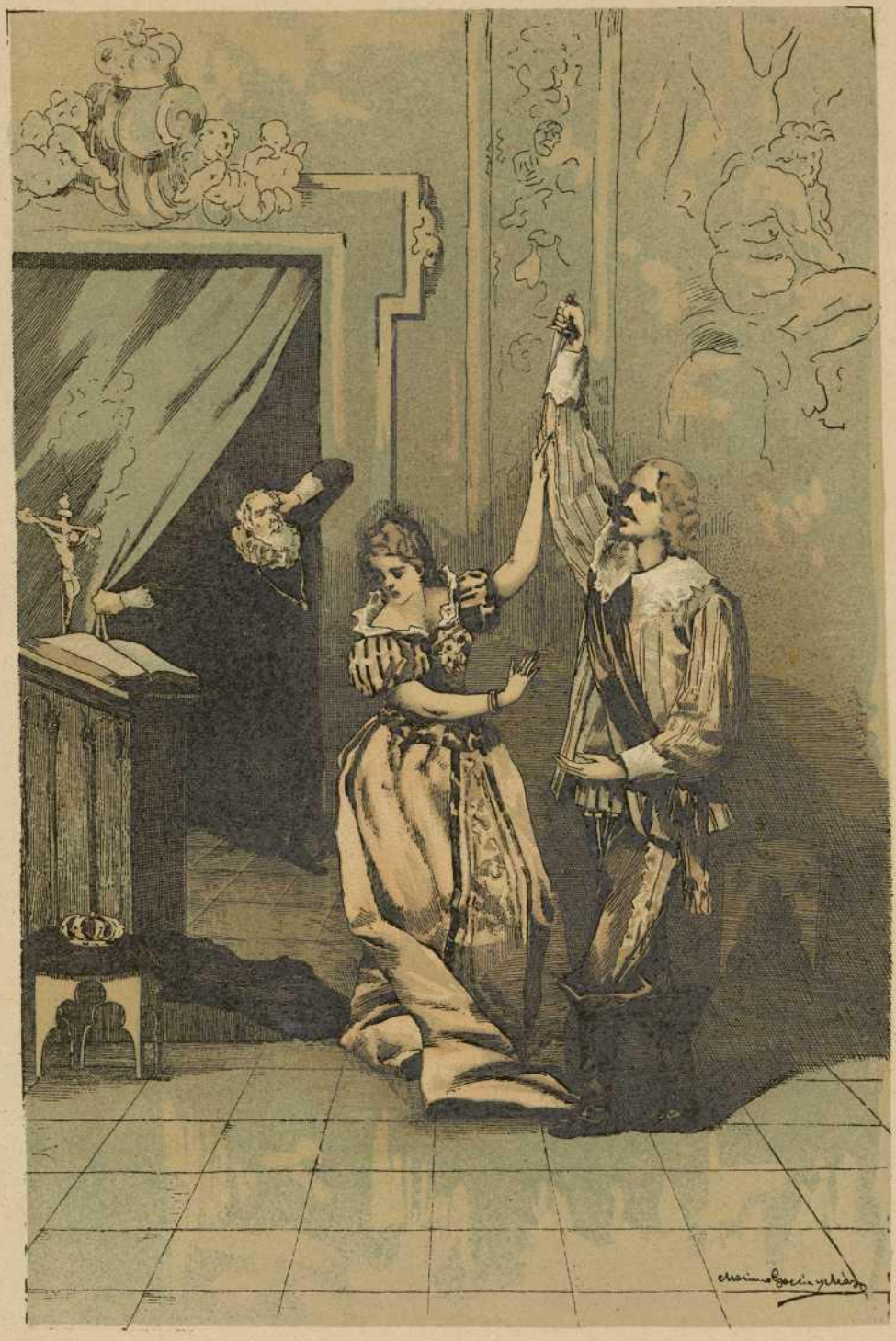
REINA. De este modo todo puede arreglarse. Me empeñas tu palabra y yo te empeñé la mia. (A JUANA.) Es ya inútil que esteis aquí; os llamaré cuando os necesite.

JUANA. (Al salir.) (¡Qué habeis hecho, Gilberto! ¡Soy una miserable, que no me atrevo á levantar los ojos en vuestra presencia, y vos sois un ángel.) (Váse.)

ESCENA V.

LA REINA, GILBERTO, despues SIMON RENARD, LORD CHANDOS y guardias.

REINA. ¿Llevas alguna arma, algun cuchillo, algun puñal?...



ASEGURAD A ESTE HOMBRE

GILB. Un puñal.

Sacando del pecho el puñal de FABIANI.

REINA. Bien; consérvale en la mano. (Le coge con fuerza el brazo y grita.) Señor Bailío! Lord Chandos! (Entran precipitadamente con los guardias.) Asegurad á este hombre. Ha intentado asesinarme y he podido detenerle el brazo en el momento que levantaba el puñal para herirme

GILB. Señora...

REINA. (Bajo á GILBERTO.) (Este ha sido nuestro pacto.) Sois testigos de que le habeis encontrado con el puñal en la mano. ¿Señor Bailío, quién es el verdugo de la Torre de Lóndres?

SIM. Un irlandés llamado Mac Dermofti.

REINA. Que venga, tengo que hablarle.

SIM. Vos!

REINA. Yo.

SIM. La reina hablar al verdugo!

REINA. La reina hablará al verdugo; la cabeza hablará á la mano. Obedeced. (Se vá un guardia.) Milord Chandos, y vos, señores, me respondeis de este hombre. Custodiadle bien, porque aquí vá á pasar algo que es preciso que él presencie. Señor Bailío, ¿está en palacio lord Clambrasil?

SIM. Está en la antecámara esperando que vuestra majestad le permita entrar.

REINA. Nada sospecha?

SIM. Nada.

REINA. (A CHANDOS.) Que entre.

SIM. La corte tambien está esperando. No entrará nadie antes que él?

REINA. ¿Quiénes son los cortesanos que más le aborrecen?

SIM. Todos.

REINA. ¿Pero quiénes le aborrecen más?

SIM. Montagú Sommerset, el conde de Derby, Clinfon, Gerard Fitz, Gerard, lord Paget y lord Canciller.

REINA. (A lord CHANDOS.) Introducid á todos esos señores, menos al lord Canciller.

CHANDOS se vá.

(A SIMON RENARD.) El obispo Canciller no puede ver á Fabiani más que los otros, pero es un hombre escrupuloso. Voy á dar una ojeada á estos documentos.

Mientras examina los documentos que dejó GILBERTO en la mesa, se abre la puerta del fondo y van entrando los caballeros que antes designó SIMON RENARD.

ESCENA VI.

Dichos, LORD CLINFON y los demás caballeros.

REINA. Dios os tenga en su santa guarda, milores. (A MONTAGÚ.) No olvido nunca que os opusísteis á Juan de Montmorency y al señor de Toulouse en mis complicadas y difíciles negociaciones con el emperador mi tio. Lord Paget, hoy recibireis los títulos de baron de Paget de Beandesert en Sttaford. Me alegro de veros, lord Clinfon, que siempre he sido vuestra buena amiga, y nunca olvido que en la llanura de Saint-James exterminásteis al rebelde Tomás Wyat.

CLIN. (A SIMON.) (Seis meses hace que la reina no me habia hablado. ¡Qué amable está hoy!)

SIM. (A CLINFON.) (Dentro de poco la encontrareis más amable todavía.)

REINA. (A CHANDOS.) Puede entrar milord Clambrasil. En cuanto esté aquí algunos momentos... (A SIMON.)

SIM. Os comprendo, señora.

ESCENA VII.

Dichos y FABIANI.

REINA. (Ah, ya está aquí!) (Se pone á hablar en voz baja con SIMON RENARD.)

FAB. (Qué quiere decir esto? Aquí no hay más que enemigos mios, y la reina habla en voz baja con Simon Renard; se rie, mala señal.)

REINA. (Con ironía.) ¡Dios os guarde, milord!

FAB. (Tomándole la mano y besándola.) Señora... (Me ha sonreido; no corro riesgo.)

REINA. Tengo que hablaros.

FAB. Y yo tengo que reconveniros por desterrarme tanto tiempo de vuestra presencia. Esto no sucederia si pensáseis en mí tanto como pienso en vos.

REINA. Sois injusto, milord; desde que nos separamos no he pensado en otra cosa.

FAB. De veras?

REINA. Os lo juro: vos mismo lo creereis cuando veais la sorpresa que voy á proporcionaros.

FAB. Qué sorpresa?

REINA. Un encuentro que os causará regocijo.

FAB. No os comprendo...

REINA. Adivinadlo. Mirad hácia aquella puerta.

FABIANI vuelve la cabeza y con sorpresa vé á JUANA en el umbral de la puerta del foro.

FAB. (Juana!)

JUANA. (Es él!)

REINA. Conoceis á esa jóven?

FAB. No, señora.

REINA. Y tú, jóven, conoces á milord?

JUANA. Diré la verdad, aunque me cueste la vida: sí, señora.

REINA. ¿No conoceis á esta mujer, milord?

FAB. Señora... tratan de perderme; estoy rodeado de enemigos y esa mujer está coligada sin duda con ellos. Ni la conozco ni sé quién es.

REINA. (Levantándose y pegándole en la cara con un guante.) Eres un cobarde! ¡Engañas á la una y reniegas de la otra! Ya que no la conoces, yo te diré quién es. Esa jóven se llama Juana Talbot, es hija de Juan Talbot, lord católico, que murió en el cadalso por defender á mi madre. Esa jóven es mi prima Juana Talbot, condesa de Sherwsbury, de Wateford y de Wexford, paresa de Inglaterra. Lord Paget, sois comisario del Sello privado; tened en cuenta mis palabras y tomareis acta de lo que voy á decir. La reina de Inglaterra reconoce solemnemente á esta jóven por Juana, hija y única heredera del conde de Wateford. (Indicando los documentos.) Y es nuestra voluntad que autoriceis con nuestro gran sello los títulos y las pruebas que teneis ahí. (A FABIANI.) ¡Está probado que es la condesa de Wateford, y tú le devolverás sus bienes, miserable! No conoces á esa mujer? Pues ya sabes quién es. (En voz baja y con furor reconcentrado.) (¡Infame! Es tu querida!

FAB. Señora...

REINA. Eso es ella, y ahora oye lo que eres tú.—Tú eres un hombre sin alma, sin corazon, falso y miserable; tú eres... Señores, no teneis necesidad de separaros... no me importa que oigais lo que le digo, y por eso no bajo la voz.—Eres un miserable, que has sido traidor para mí y cobarde para ella; un impostor, el más vil y el último de los hombres. Cuando te nombré conde de Clambrasil y baron de Dinasmonddy y de Darmouth estaba loca, señores, y os pido perdon por haberos hecho alternar con él. ¡Tú, caballero, tú, hidalgo, tú, noble; compara tus hechos con los de los gentiles-hombres aquí presentes y muérete de vergüenza! Sí, señores, este noble de nuevo cuño es hijo de un mediero; yo lo sabia y lo ocultaba, y aparentaba creerlo cuando me hablaba de su nobleza, porque las mujeres somos así. Este miserable engaña á la una y reniega de la otra. ¡Le estoy hablando y no se me arrodilla! De rodillas, miserable! Milores, hacedle arrodillar á la fuerza.

FAB. Vuestra majestad...

REINA. Silencio. Debia esperar que se portase así el hombre vil y despreciable que colmé de beneficios, el lacayo napolitano que hice caballero y conde libre de Inglaterra. ¡Hé aquí, Juana, al hombre que te has entregado! Pero yo te vengaré. Debia saber hace mucho tiempo que del bolsillo del italiano solo se puede sacar un estilete y del alma una traicion.

FAB. Señora, yo os juro...

REINA. ¡Ahora quiere ser perjuro tambien, y hacernos ruborizar á nosotras, pobres mujeres, que hemos tenido la flaqueza de amarle! Pero no levantará la cabeza.

FAB. Sí, señora, la levantaré, porque sé que estoy perdido, que habeis decretado mi muerte, que emplearéis contra mí todos los medios, el puñal, el veneno...

REINA. (Cogiéndole las manos con viveza y arrastrándole al proscenio.) No emplearé, señor italiano, ni el veneno ni el puñal. Morireis al medio dia, en la plaza pública, cortándoos la cabeza el hacha del verdugo, y ante cien mil testigos; quiero que imponga tu castigo y que digan: Ha ultrajado á una mujer, pero la reina la ha vengado. Al favorito que todos envidiaban, al jóven insolente que yo vestí de raso y terciopelo, quiero verle atravesar las calles de Lóndres temblando, despavorido, con las manos atadas, silbado por el pueblo y maniatado por el verdugo. En su cuello, donde yo colgué el collar, quiero ver la soga. Ya que me complacia ver el efecto que hacia Fabiani sobre el trono, quiero ver el efecto que hace sobre el cadalso.

FAB. Señora...

REINA. Silencio. Subirás al patíbulo, como Suffolk y Northumberland. Es un espectáculo que quiero dar á la ciudad de Lóndres, ya que ella te aborrece. Es grato, cuando hay necesidad de vengarse, ser María, reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y dueña de cuatro mares. (A SOMMERSET.) Milord duque, como condestable de la torre de Lóndres, haced que ese hombre os entregue la espada.

FAB. Tomadla, pero protesto; porque aun admitiendo que se pruebe que he seducido ó engañado á una mujer...

REINA. Eso no me importa, ni me ocu-

po de eso: estos señores son testigos de que eso me es indiferente.

FAB. Seducir á una mujer no es un crímen capital, señora. Vuestra majestad no pudo conseguir que condenaran á Trogmorton por una acusacion semejante.

REINA. Aun nos desafía! ¡Aun quiere el gusano convertirse en serpiente! Quién te ha dicho que te acuso de eso?

FAB. Entonces de qué se me acusa? No soy inglés, y por lo tanto no soy súbdito de vuestra majestad; soy súbdito del rey de Nápoles y del Santo Padre. Requeriré á su delegado el cardenal Polus para que me reclame, y me defenderé. Soy extranjero, y no se me puede formar causa sin haber cometido un verdadero crímen. ¿Qué crímen he cometido yo?

REINA. Y lo preguntas!...

FAB. Quiero saberlo.

REINA. Ya oís, señores, lo que me pregunta; oid ahora lo que voy á contestarle. Pensad y tened en cuenta que no tengo más que herir el suelo con el pié para hacer brotar un cadalso. Lord Chandos, abrid esa puerta de par en par y que entre toda la córte.

ESCENA VIII.

Dichos, el LORD CANCILLER y toda la córte.

REINA. Entrad, milores; tengo gran placer en veros hoy. Que vengan cerca de mí los ministros de justicia y los reyes de armas de la Cámara de los Lores, que saquen las espadas y que se coloquen á derecha é izquierda de Fabiani, encargándose desde ahora de custodiarle.

FAB. ¿Podré saber de qué crímen se me acusa?

REINA. Milord Gardiner, Canciller de Inglaterra, os mandamos que reunais de oficio á los doce lores comisarios de la Cámara Estrellada, que sentimos no ver aquí en este instante. Suceden cosas extrañas en palacio. Elisabet ha suscitado enemigos de nuestra corona, como lo prueba el complot de Pietro Caro, que produjo la sedicion de Exeter, y que mantenia correspondencia secreta con Elisabet. Además, se ha realizado la traicion de Tomás Wigat, que sublevó el condado de Kent, y la rebelion del duque Suffolk. Pues hoy debo daros cuenta de un nuevo atentado. Esta mañana he dado audiencia á un hombre, el que, despues de pronunciar algunas palabras, sacó el puñal é intentó asesinarme; afortunadamente pude detener á tiempo su brazo, y lord Chandos y el señor Bailío de Amont se han apoderado de ese hombre, que ha confesado que le impelió al crímen de lesa majestad lord Clambrasil.

FAB. Eso es falso! ¡Es una horrible impostura! Ese hombre no existe. ¿Quién es? Dónde está?

REINA. Aquí.

GILB. (Saliendo de entre los guardias y adelantándose hasta el proscenio.) Yo soy.

REINA. Oidas las declaraciones de este hombre, Nos, María, reina de Inglaterra, acusamos ante la Cámara á Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil, del crímen de alta traicion y de atentado de regicidio contra nuestra sagrada persona.

FAB. Yo regicida! ¡Eso es monstruoso! (¡Qué lazo es este que se me ha tendido!) (A GILBERTO.) ¿Te atreves, miserable, á afirmar que es verdad lo que la reina dice?

GILB. Sí.

FAB. Te impulsé yo al regicidio?

GILB. Sí.

FAB. Maldicion! ¡Es falso lo que dice este miserable, que ha abortado el infierno! ¡Me pierdes, infeliz, pero te pierdes tú al mismo tiempo! ¡Podrás conseguir que yo muera, pero te arrastraré conmigo al cadalso.

GILB. Ya lo sé.

FAB. Milores, este es un hombre pagado...

GILB. Pagado por vos: hé aquí la bolsa de oro que me dísteis por el crímen; vuestras iniciales y vuestro blason están grabados en ella.

Arroja la bolsa al suelo.

FAB. (Justicia de Dios!) Pero no presenta el puñal con que se dice que quiso asesinar á la reina.

CHAN. Aquí está.

GILB. Es el vuestro. Con ese objeto me lo dísteis.

GAR. Conde de Clambrasil, ¿qué teneis que objetar? ¿Conoceis á este hombre?

FAB. No.

GILB. No es extraño, porque solo me vió de noche. Dejadme que le diga dos palabras al oido para ayudar su memoria. (Se acerca á él y le dice en voz baja.) (Hoy no conoces á nadie, ni al hombre que has ultrajado, ni á la mujer que sedujiste, pero la reina se venga de tí y el hombre del pueblo tambien. Me desafiaste y te

he hecho caer entre dos venganzas: soy Gilberto el cincelador.)

FAB. (Os he reconocido.) Reconozco á este hombre, milores, y nada tengo que añadir á lo que él ha declarado.

REINA. Ya lo oís, milores.

GARD. (A GILBERTO.) Segun la ley normanda y segun el estatuto vigésimoquinto de Enrique VIII, la confesion no salva al cómplice cuando se comete el delito de lesa majestad. Tened presente que en este caso la reina no tiene derecho de indultar, y que morireis en el cadalso, lo mismo que el hombre á quien acusais. Reflexionad, pues, si confirmais ó no vuestra declaracion.

GILB. A pesar de que sé que he de morir, la confirmo.

JUANA. (Qué horrible realidad!)

GARD. ¿Repetireis vuestras declaraciones poniendo la mano sobre los Evangelios?

Se los presenta y GILBERTO pone la mano sobre ellos.

GILB. Juro que este hombre es un asesino, que ese puñal es suyo y sirvió para cometer el crímen, que esta bolsa es suya y que se me dió por ese motivo: así Dios me asista como he confesado la verdad.

GARD. (A FABIANI.) Milord, ¿qué teneis que alegar?

FAB. Nada. (Estoy perdido!)

SIM. (Bajo á la REINA.) (Vuestra majestad mandó llamar al verdugo y ahí está.)

REINA. (Bien, que entre.)

Los gentiles-hombres se separan para dejar paso al VERDUGO, que se presenta vestido de rojo y negro, llevando en la espalda una espada muy larga.

ESCENA IX.

Dichos y el VERDUGO.

REINA. Duque de Sommerset, que conduzcan á estos dos hombres á la Torre. Milord Canciller, que comience su proceso desde mañana, ante los doce pares de la Cámara Estrellada, y que Dios ayude á la antigua Inglaterra. Queremos que esos hombres sean juzgados antes de marchar á Oxford, donde abriremos el Parlamento, y antes de ir á Windsor, donde pasaremos las Pascuas. (Al VERDUGO.) Acércate, que me alegro de verte. Eres un buen servidor ya viejo, y has visto pasar tres reinados. Es costumbre de los soberanos de estos reinos concederte un dón, el más magnífico posible, cuando suben al trono. Mi padre Enrique VIII te regaló el broche de diamantes de su capa; mi hermano Eduardo VI una copa de oro cincelada. Ahora me toca el turno de regalarte. Acércate. (Señalándole á FABIANI.) ¿Ves esa cabeza, ves esa fisonomía tan hermosa y tan jóven, que esta mañana era para mí el dón más precioso del mundo? Pues bien... yo te la regalo.

JORNADA TERCERA.

Cuál de los dos?

CUADRO PRIMERO

Sala interior de la Torre de Lóndres, con bóveda gótica que sostienen pilares gruesos: á derecha é izquierda dos puertas pequeñas de dos calabozos.—A la derecha una claraboya que dá al Támesis y otra á la izquierda que dá á la calle: á cada lado una puerta disimulada en la pared: al fondo una especie de galería con un balcon cerrado por vidrieras y que cae á los patios exteriores de la Torre.

ESCENA PRIMERA.

GILBERTO y JOSUÉ.

GILB. ¿Conque no hay esperanza, Josué?

JOSUÉ. Ninguna.

GILBERTO vá á asomarse á la ventana.

No verás nada por ahí.

GILB. Pero tú te has enterado?

JOSUÉ. Estoy muy seguro.

GILB. Es para Fabiani?

JOSUÉ. Para Fabiani.

GILB. Qué feliz es ese hombre!

JOSUÉ. Pobre Gilberto! Ya te llegará el turno; hoy él y mañana tú.

GILB. Veo que no nos entendemos. De qué me hablas?

JOSUÉ. De la horca que están levantando en este momento.

GILB. Pues si yo te estoy hablando de Juana.

JOSUÉ. De Juana!

GILB. Sí; todo lo demás no me importa. ¿No recuerdas qne desde hace un mes que pegado á la rejilla del calabozo la veo rondar, pálida y vestida de luto, alrededor de la Torre donde estamos encerrados Fabiani y yo? ¿No recuerdas mi angustia y mi duda por ignorar por cuál de los dos viene? De dia y de noche no dejo de preguntármelo á mí mismo; ayer tarde me prometiste hablarla y averiguarlo.

JOSUÉ. Desde que supe que hoy habian de decapitar á Fabiani y á tí mañana, te confieso, Gilberto, que se me ha trastornado el juicio. El cadalso ha hecho que me olvide de Juana. Tu muerte...

GILB. ¿Qué entiendes tú por mi muerte? Mi muerte consiste en que Juana no me ama, y estoy muerto desde el dia que dejó de amarme: lo que desde ese dia sobrevive en mí no merece la molestia que mañana se tomarán. Josué, tú no puedes comprender lo que es el hombre que ama. Si hace dos meses me hubieran dicho: Juana, la pura Juana, que era tu amor, tu orgullo y tu tesoro, se entregará á otro, y me hubieran preguntado: la querrás despues? Hubiera respondido: No, no la querré, prefiero que muera mil veces, y hubiera despreciado al que me hablase de ese modo. Pues hoy, Juana ya no es la jóven pura objeto de mi adoracion, Juana se ha entregado á un miserable, y yo lo sé, y sin embargo la amo todavía. Josué, así es el corazon del hombre que ama. ¿Crees que es capaz de matar á la mujer que le engaña? Al contrario, se arrodillará ante ella ahora como antes, pero vivirá mucho más triste. Quizás te parezca que soy débil; pero ¿qué hubiera conseguido con matar á Juana? ¡Tengo lleno el corazon de ideas insoportables! Si aun me amase, nada me importaria lo sucedido; pero ella ama á Fabiani, y por Fabiani ronda los alrededores de la Torre. ¡Ten compasion de mí, Josué!...

JOSUÉ. Sin embargo, hoy decapitarán á Fabiani.

GILB. Y á mí mañana. Hoy me vengaré de él, pero él mañana se vengará de mí.

JOSUÉ. Silencio! Aquí viene Eneas Dulverton, condestable de la Torre, y es preciso que vuelva á encerrarte en el calabozo: esta tarde nos veremos.

GILB. Morir sin ser amado! Juana! Juana!

Entra en el calabozo.

JOSUÉ. ¡Pobre Gilberto, quién lo hubiera creido! (Váse.)

ESCENA II.

SIMON RENARD y ENEAS DULVERTON.

SIM. Es singular lo que me estais diciendo, pero no lo extraño; la reina está loca y no sabe lo que quiere. No se puede contar con ella para nada: es mujer, y el corazon de la mujer es un enigma. Ya que somos antiguos amigos, es preciso que hoy termine todo esto. Todo depende de vos. Si os encargan... (Le habla al oido.) Diferidlo todo, para que su plan salga fallido: si puedo yo disponer de dos horas, esta noche se hará lo que yo quiero. Mañana no existirá el favorito, y valiéndome de todo mi influjo, ascendereis á baronet y á teniente de la Torre. Me habeis entendido?

ENEAS. Perfectamente.

SIM. Oigo pasos; no conviene que nos vean juntos: salid por allí, mientras yo voy á recibir á la reina.

ESCENA III.

Un CARCELERO, que entra con precaucion, y que luego introduce en la sala á LADY JUANA.

CARCELERO. Ya habeis entrado donde queríais, milady; esas son las puertas de los dos calabozos; ahora si gustais recompensarme...

JUANA. (Se desata un brazalete de diamantes y se lo dá.) Toma.

CARC. Gracias, y cuidad de no comprometerme.

Se vá.

JUANA. (Sola.) Cómo podré conseguirlo! Yo que le he perdido debo salvarle, pero me será imposible. ¡La mujer nada puede! Es horrible que suba al patíbulo! Dios mio, tened piedad de mí! Oigo voces y pasos... Reconozco una de esas voces... es la de la reina... ¡todo se ha perdido!

Se esconde detrás de un pilar.

ESCENA IV.

La REINA, SIMON RENARD y JUANA, escondida.

REINA. Os asombra mi mudanza y decís que parezco otra mujer; nada me importa: ahora no quiero que muera.

SIM. Vuestra majestad decretó ayer, sin embargo, que la ejecucion se verificara hoy.

REINA. Como decreté anteayer que seria ayer, y el domingo que seria el lunes, y hoy he decretado que sea mañana.

SIM. En efecto, desde el segundo domingo de Adviento, que fué el dia que la Cámara Estrellada pronunció la sentencia de muerte, esto es, desde hace tres semanas, vuestra majestad difiere la ejecucion siempre para el dia siguiente.

REINA. Pues bien: podreis compren-

der lo que eso significa, sin que sea preciso decíroslo claro y sin que una mujer descubra su corazon delante de vos, porque la infeliz es reina y porque vos representais al príncipe español, su futuro marido. Los hombres no quereis comprender que el corazon de la mujer guarda secretos que el pudor le impide revelar. Pero ya que es preciso que os hable claro, tened entendido que difiero siempre la ejecucion de Fabiani para el dia siguiente, porque cada dia voy perdiendo las fuerzas al presentárseme á la imaginacion la idea de que la campana de la Torre de Lóndres vá á anunciarme la muerte de Fabiani, y desfallezco al pensar que se afila para él la cuchilla, y agonizo al imaginar que se le prepara el ataud; porque soy mujer, porque soy débil, porque estoy loca y porque le amo. Me comprendeis ahora?

SIM. Ya es tiempo que vuestra majestad rompa para siempre con Fabiani, porque vais á casaros con mi real señor, el infante de España.

REINA. Pues si está descontento de mí, que lo diga y me casaré con otro; no me faltan pretendientes. Desean mi mano el hijo del rey de los romanos, el príncipe del Piamonte, el infante de Portugal, el cardenal Polus, el rey de Dinamarca y lord Courtenay, que son tan buenos gentiles-hombres como él.

SIM. Quién es lord Courtenay?

REINA. Un baron inglés que vale tanto como un príncipe español. Desciende de los emperadores de Oriente.

SIM. En Lóndres todos aborrecen á Fabiani.

REINA. Menos yo.

SIM. En esto los plebeyos piensan como los nobles, y si hoy no muere, como vuestra majestad ha prometido...

REINA. Qué?

SIM. Habrá alguna conmocion en el pueblo.

REINA. Para eso tengo mis soldados.

SIM. Los cortesanos os fraguarán alguna conspiracion.

REINA. Para eso tengo al verdugo.

SIM. Vuestra majestad ha jurado sobre el devocionario de vuestra madre que no le perdonaria.

REINA. Pero en cámbio tengo en mi poder una firma en blanco que me ha hecho entregar, en la que juro por mi corona imperial que sí que le perdonaré. La corona de mi padre vale tanto como el devocionario de mi madre. Un juramento destruye el otro.

SIM. Ha engañado audazmente á vuestra majestad.

REINA. Todos los hombres hacen lo mismo. Yo no quiero que muera, ¿lo entendeis, milord?... Señor Bailío, quise decir. Tengo tan turbada la razon, que ya no sé con quién hablo. Sé todo lo que podeis decirme; que es vil, infame y despreciable. Que me avergüenza, lo sé, pero le amo. No tomeis ante mí ese aspecto de candor y de buena fé, porque estoy enterada de todas vuestras intrigas; porque no ignoro que sabeis tan bien como yo que no ha cometido el crímen por el que se le castiga. He decidido que no muera porque soy la reina. Hablemos, pues, de otro asunto.

SIM. Entonces, señora, me retiro, no sin deciros que os he hablado en nombre de la nobleza inglesa.

REINA. Qué me importa la nobleza!

SIM. (Veremos si el pueblo puede más.)

Se vá, saludando á la REINA con profundo respeto.

REINA. ¡Se ha marchado de un modo singular! Este hombre es capaz de promover una sedicion. Es preciso ir sin tardanza á la Municipalidad. ¿No hay aquí nadie? (Llamando.)

ESCENA V.

Dichas, ENEAS y JOSUÉ.

REINA. Es preciso, Eneas, que vos y ese hombre os encargueis de que el conde de Clambrasil se escape en seguida de la prision.

ENEAS. Señora...

REINA. Pero no debo fiarme de vos, que ahora recuerdo que sois enemigo suyo. ¡Estoy rodeada de enemigos del hombre que amo! Y apostaria cualquier cosa que ese llavero, que no conozco, le aborrece tambien.

JOSUÉ. Es verdad.

REINA. ¡Dios mio, Simon Renard puede más que yo! A nadie puedo encargar que dejen escapar á Fabiani.

JUANA. Sí, señora, á mí.

JOSUÉ. (Juana!)

REINA. Tú? Ah! ¿Sois vos lady Juana? Cómo os encontrais aquí? Pero no me importa cómo habeis entrado, ya que venís á salvar á Fabiani. Debia aborreceros y estar celosa de vos, pero os quiero porque le quereis. A la vista del cadalso no debe haber celos, solo debe haber amor. Veo que sois como yo y que le perdonais... los hombres no

comprenden esto. Estoy segura de que hareis que Fabiani se salve. Vosotros dos obedecereis á lady Talbot en todo lo que os mande y me respondereis con vuestra cabeza de la ejecucion de sus órdenes.

JUANA. (A ENEAS.) El Támesis baña por este lado el pié de la Torre, y sé que en esa parte hay una salida secreta; conducid allí una barquilla, y por el rio se evadirá con más seguridad.

ENEAS. Es imposible que llegue allí la barquilla antes de una hora.

JUANA. Eso seria tardar mucho.

ENEAS. Una hora se pasa pronto; entonces será ya de noche y esto valdrá más, ya que su majestad desea que sea secreta la evasion.

REINA. Dices bien; prepárala para dentro de una hora. Lady Juana, salvad á Fabiani.

JUANA. Idos tranquila.

Se vá la REINA.

JOSUÉ. (¡Tenia razon el pobre Gilberto; todo es para Fabiani!)

ESCENA VI.

Los mismos menos la REINA.

JUANA. (A ENEAS.) Ya sabeis lo que desea la reina: buscad el barquichuelo que haya de ir al pié de la Torre, las llaves de los pasadizos secretos, un sombrero y una capa.

ENEAS. Todo esto no lo podemos tener preparado hasta dentro de una hora.

JUANA. Pues bien, id á prepararlo. Dejadme sola con este hombre.

JOSUÉ. (Con este hombre!... Pero no es extraño que la que se olvida de Gilberto no reconozca á Josué.)

Se dirige al calabozo de FABIANI y vá á abrirlo.

JUANA. Qué haceis?

JOSUÉ. Anticiparme á vuestros deseos, milady; voy á abrir esta puerta.

JUANA. De dónde es esa puerta?

JOSUÉ. Del calabozo de milord Fabiani.

JUANA. Y esa otra?

JOSUÉ. La del calabozo de otro preso.

JUANA. Quién es ese otro preso?

JOSUÉ. Un hombre sentenciado á muerte y que no conoceis; un trabajador que se llama Gilberto.

JUANA. Pues abrid esa puerta.

JOSUÉ. (Abriendo y llamando.) Gilberto!

ESCENA VII.

JUANA, GILBERTO y JOSUÉ.

GILB. (Desde dentro del calabozo.) ¿Quién me llama? (Sale.) Juana! Lady Juana Talbot!

JUANA. Gilberto, vengo á salvaros.

Se arrodilla ante él.

GILB. A salvarme!

JUANA. Tened compasion de mí y no me reconvengais, por más que sea justo todo lo que me podais decir. Quiero salvaros y todo está preparado para vuestra evasion. Permitidme que os salve como lo haria cualquier desconocido, no os pido otra cosa; despues no me perdoneis si no quereis.

GILB. Os lo agradezco, pero mi salvacion es inútil. ¿Para qué quiero la vida si no me amais?

JUANA. (Con alegría.) ¿Es eso lo que deseais de mí, Gilberto? ¿Os ocupais aun de lo que sucede en el corazon de la infeliz Juana? Creia que os era indiferente y que me despreciábais tanto, que ya no os ocupábais de mí. ¡Si supiérais el efecto que vuestras palabras han causado en mi alma! Si me atreviese á acercarme á vos y á levantar mis ojos hácia los vuestros, como otras veces, ¿sabeis lo que os diria de rodillas, regando vuestros piés con mis lágrimas? Os diria: ¡Gilberto, yo te amo!

GILB. Tú me amas!

Estrechándola apasionadamente en sus brazos.

JUANA. Te amo.

GILB. Dios mio, me ama! ¡Es Juana la que me lo dice!

JUANA. Gilberto mio!

GILB. Ya que lo has preparado todo para mi fuga, quiero escaparme pronto, quiero vivir, porque tú me amas. Esta bóveda me aplasta y me abruma; aquí me ahogo, necesito respirar aire libre. Huyamos pronto de aquí, Juana mia!

JUANA. No es tiempo aun; debemos esperar á que anochezca y á que llegue el barquichuelo; pero tranquilízate; dentro de una hora estaremos fuera de la Torre.

GILB. ¡Hemos de esperar una hora, cuando tanta prisa tengo de recobrar la vida y la felicidad!... ¿Pero es cierto que me amas?

JUANA. Te aseguro que te digo la verdad, como si me encontrara en mi lecho de muerte; hasta cuando cometia el crímen, te amaba en el fondo de mi corazon; y en cuanto caí en los brazos del

demonio que me perdió, lloré por el ángel á quien yo abandonaba.

GILB. Todo lo he olvidado y todo te lo perdono. No hablemos ya de esto, Juana. Nada me importa lo pasado. El fondo del amor es la indulgencia y el perdon. Los celos y la desesperacion han secado las lágrimas en mis ojos, pero te perdono, y te doy las gracias, porque tú eres el único astro que resplandece en el cielo de mi vida.

JUANA. ¡Siempre eres generoso, mi querido Gilberto!

GILB. Quisiera ya estar fuera de aquí, libre, y huir contigo. Tardan mucho la noche y el barco. Antes de que amanezca saldremos de Lóndres, nos ausentaremos de Inglaterra, iremos á Venecia, y allí se gana mucho con mi oficio. Tú serás mia... pero... ¡Soy un insensato! Me olvidaba de que eres noble, de que eres hija de lord Talbot.

JUANA. Prefiero ser la esposa del cincelador Gilberto.

GILB. Juana!

JUANA. No te pido tanto, no abusaré hasta ese extremo de tu generosidad; el cincelador Gilberto no debe deshonrarse casándose con la condesa de Wateford; pero te seguiré donde vayas, te ayudaré en todo lo que me necesites, seré para tí una sirvienta; si te casas con una mujer pura, te serviré tambien, si ella me lo permite; y si no te casas, quiero seguir viviendo y morir á tu lado.

GILB. No, Juana; tú serás mi mujer.

JUANA. Tu mujer! Gilberto, tú, como Dios, perdonas purificando.

GILBERTO la estrecha en sus brazos, y mientras están abrazados, JOSUÉ se acerca y dice, cogiendo á JUANA la mano:

JOSUÉ. Soy Josué.

JUANA. Es el buen Josué! No le habia conocido. Perdonadme.

GILB. Ahora soy verdaderamente feliz.

Oyese fuera lejano ruido, tumulto y gritos confusos. Vá anocheciendo.

JOSUÉ. Qué será eso?

Se asoma á la ventana.

JUANA. ¡Quiera Dios que no nos suceda algun contratiempo!

JOSUÉ. A lo lejos se vé multitud de gente, picos, azadones y hachas de viento. Los pensionarios de la reina, montados y formados en batalla, se dirigen hácia aquí. Se oyen muchos gritos; parece que haya estallado un motin popular.

JUANA. Como no sea contra Gilberto!

GRITOS FUERA. Muera Fabiani! ¡Muera Fabiani!

JUANA. Oís?

JOSUÉ. Sí.

JUANA. Qué es lo que dicen?

JOSUÉ. No lo oigo bien.

JUANA. Dios mio! Dios mio!

ESCENA VIII.

Los mismos, ENEAS y un barquero. Vienen por la puerta secreta.

ENEAS. (Dirigiéndose á GILBERTO.) Milord Fabiani, no podeis perder un momento: han sabido que la reina quiere salvaros, se ha alborotado el populacho de Lóndres, y si tardais un cuarto de hora en salir de aquí, os van á arrastrar. Tomad esta capa, este sombrero y estas llaves; aquí teneis al barquero; salvaos rápidamente, y no olvideis que á mí me lo debeis todo.

JUANA. (A JOSUÉ, poniéndole la capa y el sombrero á GILBERTO.) ¡Dios quiera que no le conozcan!

ENEAS. (Reconociendo á GILBERTO.) ¡Este hombre no es lord Clambrasil! ¿Por qué no ejecutais, milady, las órdenes de la reina?

JUANA. (Todo se ha perdido! ¡Debí prever esto!) ¡Amigo mio, compadeceos de mí!

ENEAS. Haced lo que querais; yo nada sé.

Se retira con indiferencia hácia el foro.

JUANA. La Providencia nos protege! Todos quieren salvar á Gilberto!

JOSUÉ. No es eso; es que todos quieren perder á Fabiani.

Durante esta escena crecen el tumulto y los gritos.

JUANA. Vamos pronto, huyamos, Gilberto.

JOSUÉ. Dejadle partir solo.

JUANA. No me separo de él.

JOSUÉ. Creedme; si quereis salvarle no le acompañeis, porque aun es de dia y vais vestida de blanco. En cuanto pase el peligro ya os reunireis. Venid conmigo por aquí y él que vaya por allá.

JUANA. Teneis razon. ¿Dónde nos reuniremos, Gilberto?

GILB. Debajo del primer arco del puente de Lóndres.

JUANA. Pues vete pronto, que crece el tumulto y quisiera que estuvieras ya muy lejos.

JOSUÉ. Tomad las llaves; hay que abrir y cerrar doce puertas desde aquí hasta la orilla del rio, y para esto necesitais un cuarto de hora.

JUANA. Dios mio!

GILB. (Abrazándola.) Adios, Juana: estare-

mos separados poco tiempo, para estar luego juntos toda la vida.

JUANA. Y toda la eternidad.

ENEAS. (Al barquero.) No te apresures, para que no te suceda alguna desgracia.

Se van GILBERTO y el barquero.

JOSUÉ. (Se ha salvado. Ahora es preciso cerrar este calabozo. (Lo cierra.) Venid conmigo por aquí.)

Se vá con JUANA por la otra puerta.

ENEAS. Fabiani ha quedado cogido en la trampa. Simon Renard hubiera pagado á peso de oro una jóven tan discreta como esta. Veremos qué efecto le hace á la reina este *quid pro quo*. ¡Con tal de que yo no le pague!

SIMON y la REINA entran precipitadamente por la galería. El tumulto exterior aumenta sin cesar.—Es casi de noche.—Se oyen mueras á FABIANI, rumor que forman las oleadas de la multitud, galope de caballos, tiros, etc. etc. Muchos gentileshombres, con la daga desenvainada, acompañan á la REINA; entre ellos sale el heraldo de Inglaterra, CLARENCE, con el estandarte real, y el heraldo de la Jarretiera, llevando la bandera de su órden.

ESCENA IX.

La REINA, SIMON RENARD, ENEAS, LORD CLINFON, los dos HERALDOS, señores y pajes.

REINA. (A ENEAS.) (¿Se ha evadido Fabiani?)

ENEAS. Todavía no.

REINA. Todavía no! (Mirándole con aire terrible.)

ENEAS. (Mala cara me ha puesto!)

GRITOS FUERA. Muera Fabiani!

SIM. Es preciso que vuestra majestad se decida al momento: el pueblo desea que muera ese hombre, Lóndres se subleva, quiere asaltar la Torre y el motin será terrible. Los guerreros de la nobleza han sido batidos en el puente de Lóndres; los pensionarios de vuestra majestad se sostienen aun en la casa del Municipio; los partidarios de Elisabet, confundidos con el pueblo, fomentan la sedicion. A ver qué dispone vuestra majestad para que termine esta situacion violenta.

GRITOS FUERA. Muera Fabiani!

REINA. Ya oís, milores, cómo ruge el pueblo; tiene apetito, y es menester saciarle: es preciso arrojarle un hombre.

SIM. Qué dispone vuestra majestad?

REINA. Parece que tembleis, milores! ¡Parece que es preciso que una mujer os enseñe vuestro deber! A caballo, milores, si es que la canalla no os intimida.

SIM. No contribuyais, señora, á que el incendio se propague: no llameis canalla á los que gritan, porque quizás dentro de una hora os veais obligada á llamarles pueblo.

REINA. Dentro de una hora!

SIM. Mucho más pronto, porque han forzado ya el primer recinto de la Torre, y muy pronto quizás entrarán hasta aquí.

GRITOS FUERA. A la Torre! ¡A la Torre! Muera Fabiani!

REINA. ¡Es una indignidad que no os movais ninguno de vosotros! En nombre del cielo, defendedme.

CLINF. Defenderemos á vuestra majestad, pero á Fabiani, no.

REINA. Pues habeis de saber que Fabiani es inocente y no ha cometido el crímen por el que le condenan. Entre el cincelador Gilberto y yo hemos inventado esa farsa, y el señor Bailío no me desmentirá. Os juro que es inocente. Lord Clinfon, defendedle, destruid ese populacho, como destruísteis á Tom Wyat, porque es falso que Fabiani intentara asesinar á la reina.

CLINF. Pero queria asesinar á otra reina, á la Inglaterra.

REINA. Abrid, abrid el balcon, que quiero probar yo misma al pueblo que Fabiani no es culpable.

SIM. Más fácil es que le probeis que no es italiano.

REINA. Vamos, abrid la puerta de ese calabozo; Fabiani está ahí, quiero verle, quiero hablarle.

SIM. Hasta por su propio interés es inconveniente que sepan todos dónde está preso.

GRITOS FUERA. Muera Fabiani! ¡Viva Elisabet!

SIM. Oís, señora? Ya os quieren destronar.

REINA. Dios mio! Dios mio!

SIM. Escoged, señora: ó entregar al pueblo la cabeza de Fabiani, ó vuestra corona á Elisabet.

GRITOS FUERA. Viva Elisabet!

Una piedra rompe los cristales del balcon.

SIM. Vuestra majestad se pierde sin remedio. Ya han forzado el segundo patio. Qué resolveis?

REINA. Que me abandoneis todos, ya que no salís en mi defensa, atacando á ese pueblo que quisiera pulverizar. Sé que hay ocasiones en que una reina solo es una mujer; pero os juro, señores, que os acordareis de mí.

SIM. Qué resolveis?

REINA. Que dispongais lo que os parezca, ya que sois un asesino.

SIM. Clarence, Jarretiera, venid conmigo. Eneas, abrid el mirador.

Abren el mirador: SIMON se presenta en él, entre CLARENCE y JARRETIERA. Se oye fuera inmensa gritería.

PUEBLO FUERA. Muera Fabiani!

SIM. En nombre de la reina!

Desde el balcon y de cara al pueblo.

LOS HERALDOS. ¡En nombre de la reina!

Profundo silencio fuera.

SIM. Habitantes de Lóndres, la reina os hace saber que esta noche, una hora despues del toque de Oraciones, el conde Fabiani, cubierto con un velo negro y amordazado, será conducido desde la Torre de Lóndres al Mercado Viejo de la ciudad, para ser allí públicamente decapitado, en reparacion de sus crímenes de alta traicion y de atentado de regicidio contra el primer jefe del Estado.

Muestras de aprobacion y palmoteo fuera.

VOCES. Viva la reina! ¡Muera Fabiani!

SIM. Para que todos lo sepan en la ciudad de Lóndres, la reina manda que durante el tránsito del sentenciado, desde la Torre de Lóndres al Mercado Viejo, la campana grande de la Torre anuncie este acontecimiento. En el momento de la ejecucion se dispararán tres cañonazos; el primero cuando suba al cadalso, el segundo cuando se acueste en el paño negro y el tercero cuando caiga su cabeza.

Aplausos fuera.

Esta noche la Torre y la ciudad de Lóndres se iluminarán en señal de regocijo. Dios proteja á la antigua Inglaterra!

Se repiten los aplausos.

HERALDOS. ¡Dios proteja á la antigua Inglaterra!

PUEBLO. (Fuera.) Muera Fabiani! ¡Viva la reina María!

Cierran el balcon y SIMON baja hasta donde está la REINA.

SIM. La princesa Elisabet nunca me perdonará lo que acabo de hacer.

REINA. Ni la reina María tampoco. Dejadme todos.

SIM. (Bajo á ENEAS.) Eneas, cuidad que esté todo á punto para la ejecucion.

ENEAS. Confiad en mí.

SIMON se vá; al ir á salir ENEAS, la REINA le detiene, cogiéndole violentamente por el brazo.

ESCENA X.

La REINA y ENEAS.

GRITOS FUERA. Muera Fabiani!

REINA. ¿Cuál de las dos cabezas crees tú que vale más en este momento, la de Fabiani ó la tuya?

ENEAS. Señora...

REINA. Eres un traidor!

ENEAS. Señora, yo...

REINA. No te disculpes. Te juro por la memoria de mi madre que si Fabiani muere, tú morirás tambien.

ENEAS. Pero, señora...

REINA. Solo puedes salvarte salvando á Fabiani.

ENEAS. Pero si es imposible! El pueblo está pidiendo su cabeza... y no encuentro medio de...

REINA. Búscalo.

ENEAS. No sé qué hacer.

REINA. Haz por él lo que harias por tí mismo.

ENEAS. El pueblo estará con las armas en la mano hasta que vea terminar la ejecucion; para desarmarle es preciso que se decapite á alguno.

REINA. Decapita á quien quieras.

ENEAS. Al que yo quiera!... Pues bien, señora, la ejecucion se verificará de noche; el reo irá tapado con velo negro y con mordaza en la boca; los soldados separarán al pueblo á bastante distancia del patíbulo, y el pueblo se dará por satisfecho con tal de que vea caer una cabeza: todo podria arreglarse. (Con tal que esté aun allí el barquero, al que encargué que no se diera prisa.)

Se asoma á la ventana que dá al Támesis.

Aun está allí; es tiempo todavía.

Se asoma á la claraboya, con una antorcha en la mano y agitando el pañuelo; despues se vuelve hácia la REINA.

Bien. Os respondo de milord Fabiani, señora.

REINA. Con tu cabeza?

ENEAS. Con mi cabeza.

CUADRO SEGUNDO

Una sala, en la que terminan dos escaleras, una que sube y otra que baja. La entrada de cada una de las dos ocupa una parte del foro del teatro; la que sube se pierde en el friso y la que baja se pierde en el suelo; no se vé de dónde vienen ni á dónde van estas escaleras. La sala está enlutada de un modo particular; la pared de la derecha, la de la izquierda y el techo están cubiertos de paño negro, recortado con una gran cruz blanca; y el fondo, que está frente al espectador, de paño blanco, recortado con una cruz negra. La colgadura negra y la colgadura blanca se prolongan cada una por su lado hasta perderse de vista en las dos escaleras. A la derecha y á la izquierda hay un altar con colgaduras blancas y negras, decorado como para celebrar funerales, con grandes cirios; algunas lámparas fúnebres, colgadas de las bóvedas aquí y allá, alumbran la sala y las escaleras, pero lo que realmente alumbra la sala escasamente es el paño grande y blanco del fondo, al través del que pasa una luz rojiza, como si detrás hubiera un horno ardiendo. La sala está pavimentada con losas sepulcrales. —

Al levantarse el telon se vé destacarse en negro sobre dicho paño trasparente la sombra inmóvil de la reina.

ESCENA PRIMERA.

JUANA y JOSUÉ.

Entran con precaucion por una puerta secreta, levantando uno de los paños negros.

JUANA. Dónde estamos, Josué?

JOSUÉ. En la meseta grande de la escalera, por la que bajan los sentenciados al suplicio, que construyó é hizo adornar así Enrique VIII.

JUANA. ¿Y no podemos de ningun modo salir de la Torre?

JOSUÉ. El pueblo custodia todas las salidas; esta vez quiere asegurarse de que le entregan su presa, y nadie podrá salir de aquí antes de que termine la ejecucion.

JUANA. La proclama que hizo Simon Renard desde el balcon aun está resonando en mis oidos. ¡Todo lo que sucede es horrible, Josué!

JOSUÉ. Yo he presenciado muchas cosas como esta.

JUANA. ¡Con tal que Gilberto haya conseguido evadirse! ¿Creeis que se habrá salvado?

JOSUÉ. Estoy seguro.

JUANA. Estais seguro de veras?

JOSUÉ. Sí, porque la Torre no ha sido asaltada por la parte del rio; además, cuando él debió salir empezaba el motin y no era tan imponente como ahora.

JUANA. Si se ha salvado estoy tranquila.

JOSUÉ. Sin duda á estas horas os estará ya esperando debajo del arco del puente de Lóndres, donde os reunireis con él antes de media noche.

JUANA. ¡Dios mio, qué inquieto estará!

Apercibiéndose de la sombra que hace la REINA.

De quién es esa sombra, Josué?

JOSUÉ. Silencio! Es la leona que acecha.

Mientras JUANA contempla la sombra con terror, se oye una voz lejana que parece venir de arriba y que pronuncia lenta y distintamente estas palabras:

UNA VOZ. El hombre que viene detrás de mí, cubierto con un velo negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil, baron de Dinasmonddy, de Darmouth en Devonshire, que vá á ser decapitado en la plaza de Lóndres por el crímen de regicidio y de alta traicion. ¡Dios tenga misericordia de él!

OTRA VOZ. Rogad por su alma!

JUANA. (Temblando.) Oís, Josué?

JOSUÉ. Eso estoy acostumbrado á oirlo todos los dias.

Aparece en lo alto de la escalera un acompañamiento fúnebre que se vá viendo pasar á medida que baja. Delante vá un hombre vestido de negro, que lleva una bandera blanca con cruz negra; despues sigue ENEAS, con la capa negra y el baston blanco de condestable; despues un grupo de alabarderos vestidos de encarnado; luego el verdugo con la cuchilla á la espalda; detrás un hombre tapado enteramente con un velo negro, que le arrastra por el suelo, que solo descubre un brazo desnudo y que lleva en la mano una hacha de cera amarilla. A su lado vá un sacerdote vestido como para los oficios del dia de Difuntos; luego otro grupo de alabarderos vestidos de rojo, y al fin un hombre vestido de blanco, que lleva una bandera negra con cruz blanca. A la derecha y á la izquierda van dos filas de alabarderos con hachas encendidas.

JUANA. Veis, Josué?

JOSUÉ. Eso estoy acostumbrado á verlo todos los dias.

Al desembocar en el teatro se pára el acompañamiento.

ENEAS. El hombre que viene detrás de mí, cubierto con un velo negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil, baron de Dinasmonddy, de Darmouth en Devonshire, que vá á ser decapitado en la plaza de Lóndres por el crímen de alta traicion. Dios tenga misericordia de él!

LOS DOS PORTABANDERAS. ¡Rogad por su alma!

El acompañamiento atraviesa lentamente por el fondo del teatro.

JUANA. Ese es un espectáculo terrible que me hiela la sangre en las venas.

JOSUÉ. Sí, pero Fabiani es un miserable.

JUANA. No le guardes rencor ya, Josué. Fué un miserable, pero ahora es un desgraciado.

El acompañamiento llega á la otra escalera. SIMON RENARD, que hace poco ha aparecido á la entrada de dicha escalera, y que todo lo ha observado, se aparta para dejar pasar á la comitiva, que se vá hundiendo por dicha escalera, por la que desaparece poco á poco. Despues de ver desaparecer el acompañamiento, SIMON RENARD exclama:

SIM. Qué significa esto? ¿Ese hombre es Fabiani? Me parece más alto... Será que Eneas... La reina estuvo hablando con él en voz baja unos instantes... Cerciorémonos.

Desaparece por la escalera, detrás del acompañamiento.

VOZ. (Lejos.) El hombre que viene detrás de mí, cubierto con un velo negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clambrasil, baron de Dinasmonddy, de Darmouth en Devonshire, que vá á ser decapitado en la plaza de Lóndres por el crímen de alta traicion. ¡Dios tenga misericordia de él!

OTRA VOZ. Rogad por su alma!

JOSUÉ. La campana grande vá á anunciar su salida de la Torre y pronto os será posible escaparos. Voy á buscar el medio de que salgais de aquí... esperadme; vuelvo al momento.

JUANA. ¡No me dejeis aquí sola, Josué! Voy á pasar mucho miedo!

JOSUÉ. No podríais recorrer conmigo toda la Torre sin peligro, y necesito ver por dónde salís. Tened presente que Gilberto os espera.

Váse JOSUÉ.

JUANA. Pues bien, todo lo sufriré por él. ¡Cuando pienso que Gilberto hubiera podido encontrarse en esa situacion!

Se arrodilla en las gradas de uno de los altares.

(¡Gracias, Dios mio, por haber salvado á Gilberto!)

La colgadura del fondo se entreabre y aparece la REINA, que se adelanta rápidamente hasta el proscenio sin ver á JUANA.

La reina!

ESCENA II.

JUANA y la REINA.

JUANA se arrima junto al altar aterrada; la REINA permanece unos instantes abstraida; despues lanza un profundo suspiro.

REINA. Oh, el pueblo!... ¡Quién está ahí! (Fijándose en JUANA.) Eres tú! Ven aquí y no temas. Eneas nos ha vendido, ¿lo sabes ya? Ya te he dicho que no me temas. Lo que hace un mes podia perderte, ahora te salva. Amas á Fabiani, y tú y yo quizás somos las únicas que le queremos en el mundo. Somos, pues, hermanas.

JUANA. Señora...

REINA. Todos los demás le aborrecen; están en contra suya la ciudad de Lóndres, el pueblo y todo el mundo, y es lucha muy desigual la del amor contra el ódio; el amor en este caso lo representan dos mujeres vestidas de luto, llorando junto á una tumba. El ódio allí está.

Descorre con violencia el cortinaje blanco del fondo y se vé un balcon; más allá la ciudad, de noche, pero iluminada. JUANA fija los asombrados ojos en dicho espectáculo resplandeciente, cuya reverberacion ilumina el teatro.

Allí está la ciudad infame, revoltosa y maldita, que empapa en sangre su traje de fiesta y que alumbra al verdugo. ¿No crees como yo que se nos burla indignamente y que mira con ojos centelleantes á dos débiles mujeres que lloran junto á un sepulcro? ¡Ciudad de Lóndres, quisiera poder trocar tus hachas en blandones, tus luces en llamas y tu iluminacion en un incendio!

VOCES FUERA. Ahí está! Ahí está! Muera Fabiani!

Gritos, aplausos y silbidos.

JUANA. ¡Ya sale el desgraciado de la Torre!

Se oye sonar la campana grande de la Torre de Lóndres; al oirla, la REINA se rie sarcásticamente.

Os reís, señora?

REINA. Me rio, y tú te reirias tambien. Voy á dejar caer esta colgadura, porque estando descorrida me parece que la ciudad nos vé y nos oye. (Deja caer la colgadura.) Ahora que ya ha salido de la Torre y que no corre ningun peligro, te lo descubriré todo. Burlémonos las dos de ese pueblo execrable que tiene sed de beber sangre. No tiembles por la vida de Fabiani; tranquilízate y ríete conmigo. El hombre que van á decapitar no es Fabiani.

JUANA. No es Fabiani!

REINA. No.

JUANA. Pues quién es?

REINA. Es el otro.

JUANA. Qué otro?

REINA. Aquel trabajador que tú conoces, aquel hombre...

JUANA. (Temblando.) Gilberto?

REINA. Sí, Gilberto.

JUANA. Eso seria horroroso! Pero no es posible. Gilberto se ha fugado!

REINA. Se iba á fugar, cuando se apoderaron de él y le hicieron ocupar el sitio de Fabiani, cubriéndole con el velo; y como la ejecucion se verifica de noche, el pueblo no conocerá que le engañan. Tranquilízate.

JUANA. (Aterrada.) ¡Es que yo amo á Gilberto!

REINA. Qué dices! ¿O desvarías ó me engañabas tambien? Amas á Gilberto! Pues bien; nada me importa.

JUANA. (Echándose á los piés de la REINA y sollozando.) Señora, tened compasion de mí! ¡Os lo suplico de rodillas en nombre del cielo! ¡Amo á Gilberto, le idolatro con todo mi corazon; salvadle! Él constituye mi vida, es mi prometido esposo. Acabo de deciros que me recogió siendo niña, que me crió, y que desde la niñez fué para mí un padre. La nueva que acabais de darme ha destrozado de tal modo mi corazon, que no sé cómo tengo fuerza para hablaros. Mandad que suspendan la ejecucion, que se difiera hasta mañana, para que tengamos tiempo de reflexionar: el pueblo esperará hasta mañana y entre tanto pensaremos lo que hemos de ha-

cer. No quiero tampoco que peligre la vida de Fabiani; yo iré á la horca por él cubierta con el velo negro, pero salvad á Gilberto. (Se oye sonar la campana durante toda esta escena.) A vos os debe ser igual que muera él ó que muera yo, y yo quiero sacrificarme por él. Cada sonido de esa horrorosa campana me marca que dá un paso hácia el patíbulo, y me dá una puñalada en el corazon. ¡En nombre del cielo, para compadeceros de mí, poneos en mi lugar! Suponed que yo soy la reina y vos la desventurada Juana; lloraríais como yo lloro, y yo perdonaria á vuestro amante. Perdonadle, señora!

REINA. (Enternecida y levantándola del suelo.) Quisiera poder perdonarle, porque veo que lloras como yo lloraba; veo que sientes lo que yo he sentido, y mis pasadas angustias hacen que me compadezca de tu actual tormento. Ya lo ves, estoy llorando tambien. Hubiera podido sustituir á Gilberto con otro, con Tyrconnel por ejemplo, pero este hombre es muy conocido; era preciso poner en lugar de Fabiani un hombre que nadie conociese. ¿Lo comprendes ahora?

JUANA. Sí, señora; á esto yo os podria replicar, os replicaria si la órden de suspender la ejecucion estuviese ya firmada y el portador de ella hubiera ya salido de aquí. Dios mio! ¡Esa campana me asesina!

REINA. Lo que me pides es imposible, lady Juana.

JUANA. Sí es posible: la lleva un hombre á caballo; para llegar allí hay un camino más corto que el del muelle; yo misma iré; os digo que no solo es posible, sino fácil.

REINA. El pueblo no lo consentiria, y penetraria en la Torre para asesinar á Fabiani, que aun no ha salido de ella. Estás temblando y yo tambien! No puedo hacer nada por tí. No pienses más en Gilberto, y ya que no hay otro remedio, resígnate.

JUANA. Hay remedio mientras esa horrible campana no cese de tocar. No puedo resignarme á que muera Gilberto. Creeis que le dejaré morir así? No, no. Si mis lágrimas no os enternecen, si la reina no me oye, el pueblo me oirá. Mirad. El pueblo está aun en el segundo patio de la Torre; iré hasta él y le diré que le engañan, que el que van á ejecutar es Gilberto y no el favorito Fabiani, como ellos creen.

Vá á marcharse y la REINA la detiene por el brazo.

REINA. Detente! Detente! ¡Lo tomas de ese modo, cuando soy para tí buena y cariñosa, cuando lloro contigo, y estás contra mí loca y furiosa! Pues has de saber que mi amor es tan inmenso como el tuyo, y mis manos más fuertes que las tuyas, y no te menearás de aquí. ¿Qué me importa á mí de tu amante? Salvo al mio como puedo, á despecho del pueblo, y lo demás no me importa.

JUANA. Dejadme! ¡Sois una mujer infame!

REINA. Silencio!

JUANA. No, no quiero callarme; me está ocurriendo en este instante la idea de que no es Gilberto el que vá al patíbulo.

REINA. Qué dices?

JUANA. No estoy segura, pero al verle pasar cubierto con el velo, si hubiera sido él, algun grito interior hubiera sonado en mi corazon, que me hubiera dicho: "Es Gilberto!„ Pero ni he oido esa voz, ni mi corazon se conmovió al verle pasar: no, no es él.

REINA. Eres una insensata; es una locura lo que dices, pero que, sin embargo, me horroriza y viene á despertar la dormida inquietud en mi corazon. ¿Por qué no me habré encargado yo misma de salvar á Fabiani? ¡Eneas es un traidor y Simon Renard quizás esté de acuerdo con él! Ah! ¡Si me habrán vendido por segunda vez los enemigos de Fabiani! Hola! ¡No hay aquí nadie! (Salen dos carceleros.) Tú, toma mi anillo real, corre y haz que suspendan la ejecucion. ¿Decias, Juana, que hay un camino más corto?

JUANA. Sí, por el muelle.

REINA. Toma un caballo y vé por el muelle. (Váse un carcelero.) Tú, llégate inmediatamente á la torrecilla de Eduardo el Confesor: en uno de sus dos calabozos hay encerrado un hombre; que salga y lo traes aquí al momento. (Váse el segundo carcelero.) ¡Estoy temblando y se me doblan las rodillas! No tendria fuerzas para sacarle yo misma del calabozo. Desvario ahora como tú! ¿Llegará á tiempo ese hombre? Qué horrible ansiedad! (Se oye una campana.) ¿Por quién tocará esa campana, por Gilberto ó por Fabiani? (Pausa.)

JUANA. Ya ha dejado de tocar.

REINA. Es que ha llegado el acompañamiento á la plaza de la ejecucion. Es imposible que el carcelero esté ya allí.

Se oye un cañonazo lejano.

JUANA. Cielos!

REINA. Ya sube al patíbulo.

Se oye el segundo cañonazo.

Ahora se arrodilla.

JUANA. Dios mio!

Se oye el tercer cañonazo.

LAS DOS. Ah!

REINA. Ya no vive más que uno de los dos; poco tardaremos en saber quién queda vivo. Dios mio, que sea Fabiani!

JUANA. Dios mio, que sea Gilberto!

Separan el cortinaje del fondo y aparece SIMON RENARD conduciendo á GILBERTO por la mano.

GILB. Juana!

JUANA. Gilberto!

Se precipita el uno en los brazos del otro.

REINA. Y Fabiani?

SIM. Murió.

REINA. Quién se ha atrevido á tanto?

SIM. Yo; así he salvado á la reina y á Inglaterra.

FIN DE MARÍA TUDOR.

ÁNGELO, TIRANO DE PÁDUA.

DRAMA EN TRES JORNADAS.

PREFACIO.

En el estado que alcanzan hoy dia todas las cuestiones profundas que se rozan con los fundamentos de la sociedad, ha creido el autor de este drama que podria ser útil y conveniente desarrollar en el teatro la siguiente idea:

Poner frente á frente, en una accion que desarrolle el sentimiento, dos graves y dolorosas figuras; la mujer en la sociedad y la mujer fuera de la sociedad; es decir, dos tipos vivos de la mujer. Presentar dos mujeres que todo lo reasuman en ellas, que sean generosas algunas veces y desgraciadas siempre; defender á la una contra el despotismo y á la otra contra el desprecio; manifestar á qué pruebas resiste la virtud de una y con qué lágrimas se lava la mancha de la otra; dar la culpa á quien la tiene, esto es, al hombre, que es fuerte, y al hecho social, que es absurdo; y hacer que venzan en estas dos almas escogidas, la compasion de la hija á los resentimientos de la mujer, el amor de la madre al cariño del amante, el sacrificio al ódio y el deber á la pasion. Alrededor de dos mujeres de esa naturaleza colocar dos hombres; el marido y el amante, el soberano y el proscripto, y resumir en ellos, por medio de acciones secundarias, todas las relaciones regulares é irregulares que el hombre puede mantener con la mujer por una parte y con la sociedad por la otra, y presentar despues, debajo de ese grupo que goza, que posee y que sufre, al envidioso, al testigo fatal que la Providencia aposta en lo más bajo de todas las sociedades, de todas las gerarquías, de todas las prosperidades, de todas las pasiones humanas; á ese eterno enemigo de todo lo que está arriba, y que cambia de forma segun los tiempos y los lugares, pero que en el fondo siempre es el mismo; que es espía en Venecia, eunuco en Constantinopla y difamador en Paris; colocarle, como la Providencia le coloca, en la oscuridad, haciendo muecas á todas las sonrisas y viviendo solo para perjudicar; y por último, encima de esos tres hombres y entre esas dos mujeres, colocar como un lazo, como un símbolo y como un intercesor, á Jesús muerto en la cruz, clavando todo el sufrimiento humano por el reverso del crucifijo.

De todos esos elementos componed un drama; que no sea drama real, por miedo de que la posibilidad de la aplicacion no desaparezca ante la grandeza de las proporciones; que el drama no sea tampoco plebeyo, por miedo de que la pequeñez

de los personajes perjudique á la grandeza de la idea. Un drama de príncipes y doméstico, porque se necesita que el drama sea grande y doméstico á la vez para que sea verdadero. Se debe además mezclar en esta obra, para satisfacer la necesidad del espíritu que desea conocer el pasado por el presente y el presente por el pasado, el elemento eterno con el elemento humano, y el elemento social con el elemento histórico. Pintar, al desarrollar esta idea, no solo al hombre y á la mujer, no solo las dos mujeres y los tres hombres del drama, sino un siglo, un clima, una civilizacion y un pueblo. Inventar sobre este pensamiento y bajo los puntos especiales de vista de la historia un argumento tan sencillo y tan verdadero, tan vivo y tan palpitante, sin dejar de ser real, que á los ojos de la multitud pueda ocultar la idea de la obra, como la carne oculta los huesos.

Hé aquí lo que el autor del drama ha intentado hacer; solo siente que esta idea no le haya ocurrido á un autor de más ingenio que él.

Hoy, ante un éxito debido á este pensamiento, éxito que ha sobrepujado á todas sus esperanzas, siente la necesidad de explicar esta idea al público simpático é ilustrado que acude todas las noches á ver representar su obra con una curiosidad de que el autor es responsable.

No estará de sobra repetir que opinan cuantos se dedican á meditar sobre las necesidades de la sociedad, á las que deben siempre corresponder las tentativas del arte, que hoy más que nunca el teatro debe suministrar enseñanzas. El drama, como el autor de esta obra lo concibe y como lo podria escribir un hombre de génio, debe dar á la multitud una filosofía, á las ideas una fórmula, á la poesía músculos, sangre y vida; á los que piensan una explicacion desinteresada, á las almas asustadas un cordial, á las llagas secretas un bálsamo, á cada uno un consejo y á todos una ley.

Inútil es decir que antes que todo, el drama debe estar escrito segun las condiciones del arte. Debe escitar antes que todo curiosidad é interés, divertir ó hacer llorar; debe observar perpétuamente la naturaleza y escribirse en estilo propio; el drama debe tener todas esas condiciones, sin las que no seria drama; pero para ser completo es menester que se vea en él la voluntad de enseñar, al mismo tiempo que la voluntad de entretener. Que os entusiasme el drama, pero que encierre una leccion, y que se pueda encontrar en su fondo, cuando se quiera disecar, el esqueleto vivo, poético y apasionado, revestido de oro, de seda ó de terciopelo. Dentro del drama más hermoso debe encerrarse siempre una idea severa, como la mujer más hermosa encierra un esqueleto.

Como se vé, el autor no rehuye nunca ninguno de los deberes austeros del poeta dramático. Quizás algun dia, y en una obra especial, explique detalladamente lo que se propuso hacer en cada uno de los diferentes dramas que ha publicado durante siete años. Ante la dificultad inmensa de escribir para el teatro en el siglo diez y ocho, conoce su insuficiencia, pero no por eso retrocederá en el trabajo que ha emprendido; aunque su ingenio es escaso, no debe retroceder, porque le dan ánimo la adhesion de talentos selectos, los aplausos del público y la leal simpatía de los hombres eminentes que se dedican hoy á la crítica. Continuará siempre en su camino, y cada vez que crea necesario que todos examinen hasta en sus menores detalles la idea útil, social ó humana que le ocurra, pondrá encima de ella el teatro, como un vidrio de aumento.

En el siglo en que vivimos, el horizonte del arte es inmenso: ayer el poeta decia: el público; hoy dia el público dice: el pueblo.

7 de Mayo 1835.

ÁNGELO, TIRANO DE PÁDUA.

PERSONAJES

ANGELO MALIPIERI, PODESTÁ.
CATALINA BRAGADINI.
LA TISBE.
RODOLFO.
HOMODEI.
ANAFESTO GALEOFA.
REGINELLA.
DAFNE.
UN PAJE NEGRO.
ORDELAFO.
ORFEO.
GABOARDO.
UN UJIER.
EL DEAN DE SAN ANTONIO DE PÁDUA
EL ARCIPRESTE.

La escena es en Pádua en 1549, siendo Dux de Venecia Francisco Donato.

JORNADA PRIMERA.

La llave.

Jardin alumbrado para una funcion nocturna. A la derecha un palacio, tambien iluminado, donde suena una orquesta; palacio que tiene puerta al jardin y una galería con arcos en el piso bajo, por la que circulan los asistentes á la fiesta. Un banco de piedra junto á la puerta. A la izquierda otro banco, en el que se vé un hombre dormido. En el fondo y por encima de los árboles se destaca la negra silueta de Pádua en el siglo décimosexto. Empieza á amanecer al finalizar el acto.

ESCENA PRIMERA.

LA TISBE con rico traje de gala; ANGELO MALIPIERI con traje ducal; HOMODEI dormido, con túnica de lana parda, cerrada por delante, y calzones encarnados: tiene á su lado una guitarra en el banco.

TISBE. Sí, monseñor, sois el magnífico podestá, el dueño absoluto de Pádua, que con pleno y libre poderío dispone de la vida ó de la muerte. Como enviado de Venecia, cuantos os ven creen hallarse cara á cara con la majestad de la serenísima República, y cuando pasais por una calle se cierran las ventanas, se apartan los transeuntes y tiemblan los vecinos en el interior de sus casas. Los pobres paduanos, cuando se ven delante de vos, tienen tan poca serenidad como los habitantes de Constantinopla en la presencia del gran turco. Pues bien, aunque seais el señor de todos y pretendais ser el mio, prestadme atencion, monseñor, que os voy á hablar con franqueza, no de los negocios de Estado, sino de los vuestros. Sois un hombre tan particular que no hay quien os descifre, y no comprendo cómo podeis estar enamorado de mí y tener celos de vuestra mujer.

ANGELO. Tambien tengo celos de vos, señora.

TISBE. No es preciso que me lo digais, y sin embargo no teneis derecho, porque no soy vuestra. Todos me tienen por vuestra dama, por vuestra poderosa manceba, pero bien sabeis que no lo soy.

ANGELO. Esta funcion es magnífica!

TISBE. Soy una pobre cómica á la que se permite dar fiestas á los senadores y divertir á nuestro poderoso señor, lo que no sé si habré conseguido hoy, porque está tan sombrío vuestro rostro como mi máscara, y nada consigue hacerle sonreir. La fiesta que os doy deberíais pagármela estando alegre; vamos, monseñor, reíos.

ANGELO. Sí, rio!... ¿Digísteis que era hermano vuestro aquel jóven que vino con vos á Pádua?

TISBE. Sí, monseñor.

ANGELO. Ví que le habeis hablado hace poco. ¿Quién es el otro que le acompañaba?

TISBE. Un amigo suyo de Vicenza que se llama Anafesto Galeofa.

ANGELO. ¿Y cómo se llama vuestro hermano?

TISBE. Se llama Rodolfo, monseñor; os lo he dicho ya muchas veces. ¿No teneis nada más importante que decirme?

ANGELO. No os importunaré haciéndoos más preguntas. Ayer representásteis el papel de Rosmunda con admirable gracia. Esta ciudad es dichosa poseyéndoos, y la Italia entera envidia á los paduanos. Ay Tisbe! Los aplausos que os prodigan son amargos para mí, porque me abraso de celos cuando pienso que tantos ojos gozan de vuestra hermosura. Decidme, Tisbe: ¿quién era aquel enmascarado que os habló esta noche?

TISBE. Me acabais de prometer no importunarme más preguntándome, pero quiero satisfacer vuestra curiosidad. El que me hablaba era Virgilio Tasca.

ANGELO. Mi lugarteniente?

TISBE. Vuestro esbirro.

ANGELO. Y de que hablábais?

TISBE. Buen chasco os llevaríais si se me antojase decíroslo.

ANGELO. Tisbe!

TISBE. Calmaos; soy condescendiente y voy á referíroslo. Sabeis que yo soy una mujer de la plebe, una cómica, un juguete que hoy os entretiene y que mañana rompereis; pues á pesar de lo poco que soy, he tenido madre. ¿Sabeis lo que es tener una madre? Pues tener una madre es poseer el único cariño del mundo; es concentrar en él todos los cariños. Mi madre era una pobre mujer viuda, que cantaba canciones morlacas en las plazas públicas de Brescia. Yo la acompañaba, nos daban algunas monedas, y este fué el principio de mi carrera. Mi madre acostumbraba á sentarse al pié de la estátua de Gata Melata. Parece que los versos que cantaba sin comprenderlos contenian alusiones ofensivas á la señoría de Venecia, y esto hacia reir extrepitosamente á los criados de un embajador que nos estaban escuchando. Acertó á pasar entonces un senador, oyó los versos que recitaba mi madre y dijo á un capitan que le seguia: "Llevad á la horca á esa mujer.„ En Venecia no tardan en ser ejecutadas semejantes órdenes. Se apoderaron de mi madre, que no habló una sola palabra; me abrazó, me besó llorando, tomó su crucifijo y se dejó maniatar. Lo recuerdo como si lo viese aun: era un crucifijo de cobre bruñido, que tenia mi nombre groseramente esculpido en la parte inferior con la punta de un puñal. Entonces tenia yo diez y seis años, y contemplaba inmóvil y petrificada cómo los sayones ataban á mi madre. Todos los que lo presenciaban callaban tambien. El senador llevaba de la mano á una niña, que era su hija sin duda, y que se compadeció de nosotros. La hermosísima niña se abrazó á las rodillas del senador, lloró y suplicó tanto, que llegó á conseguir el perdon de mi madre. Cuando mi madre se vió libre, tomó el crucifijo y se lo entregó á la hermosa niña, diciéndola: "Guardad este crucifijo, que os atraerá la felicidad.„ Poco tiempo despues murió mi madre; luego yo me he enriquecido, y quisiera volver á encontrar á aquella niña, á aquel ángel que la salvó la vida y que ahora ya será mujer, y por lo tanto desventurada. Tal vez yo pudiera servirla de algo. A todas partes donde voy refiero siempre este suceso, y al que encuentre á dicha mujer ofrezco siempre darle diez mil cequíes de oro. Esto es lo que estaba contando á vuestro esbirro Virgilio Tasca.

ANGELO. Diez mil cequíes de oro? ¿Pues qué daríais á esa mujer si la encontráseis?

TISBE. Mi vida si la quiere.

ANGELO. ¿Y creeis que podreis reconocerla?

TISBE. Sí, por el crucifijo que le dió mi madre.

ANGELO. Y si lo ha perdido?

TISBE. No se pierde lo que se gana de ese modo.

ANGELO. (Reparando en HOMODEI.) ¿Sabeis, señora, quién es ese hombre que está dormido ahí en el banco?

TISBE. (Riendo.) Sí, monseñor; ese hombre duerme, y duerme profundamente. No os incomodeis, que es mi pobre Homodei.

ANGELO. Quién es Homodei?

TISBE. Homodei es un histrion, como la Tisbe es una cómica; es un pobre guitarrista que el señor primiciero de San Marcos me ha recomendado en una carta que os enseñaré, á cuya carta acompañaba un regalo.

ANGELO. Un regalo!

TISBE. Un verdadero regalo veneciano; una cajita que encerraba dos redomas, una blanca y otra negra. Contiene la blanca un narcótico muy activo, que durante doce horas infunde un sueño semejante á la muerte; contiene la negra un veneno terrible, el veneno que Malaspina dió al Papa en una píldora de ací-

bar, como ya sabeis. Me escribe el señor primiciero que su regalo me puede ser útil en algun caso, añadiendo que el pobre guitarrista, portador de la carta y del regalo, es un verdadero idiota. Quince dias hace que se encuentra aquí, y pudiérais haberle visto, porque come en mi casa, duerme al aire libre, donde le viene á mano, y anda por ahí tocando y cantando. Viene de Venecia y pasa la vida de pueblo en pueblo como mi madre. Estará conmigo todo el tiempo que quiera. Esta noche ha entretenido algun rato á los convidados, pero como debe gustarle poco la fiesta, se ha dormido.

ANGELO. ¿Me respondeis de ese hombre?

TISBE. ¡Vaya un motivo para estar celoso! Os digo que es un guitarrista, un idiota y un hombre que se duerme en una fiesta. Decidme por Dios, señor podestá, qué temeis ó que os inquieta. De todos sospechais. ¿Teneis celos ó teneis miedo?

ANGELO. Las dos cosas.

TISBE. Los celos los comprendo, aunque no comprendo que esteis celoso de dos mujeres; pero el miedo es incomprensible, porque vos sois aquí el señor y todos os temen.

ANGELO. Pues eso es lo que me hace temblar.

Se aproxima á TISBE y la habla en voz más baja.

Oidme, Tisbe. Como acabais de decir, soy el señor, el déspota, el soberano de la ciudad, soy el podestá con que Venecia sujeta á Pádua; pero á pesar de ser tan absoluto, impera sobre mí un poder grande, terrible y tenebroso. El poder de Venecia. Sabeis lo que es Venecia? Pues Venecia es la inquisicion de Estado, es el Consejo de los Diez. Esto hay que decirlo en voz baja. Componen ese Consejo hombres que nadie conoce, pero que nos conocen á todos; hombres invisibles en las ceremonias y visibles en los cadalsos; hombres que tienen en su poder todas las cabezas, desde la más insignificante hasta la del dux; que no llevan toga, ni corona, ni estola, ni nada que los haga conocer; lo más que usan es una señal misteriosa; en todas partes tienen agentes, esbirros y verdugos. Hombres que denuncien. Despues de la denuncia viene la prision, despues de la prision la muerte. En Venecia todo se ejecuta misteriosa y secretamente. Se condena y se ejecuta sin que nadie lo vea, sin que nadie lo diga; el paciente lleva una mordaza y el verdugo una máscara. Así desaparecen muchos hombres en Venecia. Si falta de repente un hombre en una familia y no se sabe qué ha sido de él, preguntádselo á los plomos, á los pozos, al canal Orfano. Cuando de noche oigais caer algo en el agua, no os detengais, seguid vuestro camino. Pero como contraste, Venecia rie en sus bailes, en sus festines, en sus iluminaciones, en sus góndolas, en sus músicas, en sus teatros, en su carnaval de cinco meses. Ese es el aspecto de Venecia que conoceis, mi querida Tisbe, mientras que yo, como senador, conozco el otro. Estoy oprimido, Tisbe; domino á Pádua, pero á mí me domina Venecia; ésta me prescribe el rigor y me ordena que sea tirano. No me pidais nunca ningun perdon, porque yo, que nada os niego, os lo tendria que negar; para castigar tengo todos los poderes, pero no para perdonar. Soy tirano de Pádua y esclavo de Venecia. El paje que me sirve me espía, me espía el amigo que me saluda, el sacerdote que me aconseja y la mujer que me dice "te amo„, me espían tambien.

TISBE. Monseñor, qué decís!

ANGELO. No me refiero á vos, Tisbe, que jamás me habeis dicho que me amais. Todo cuanto me mira es un ojo del Consejo de los Diez, todo cuanto me escucha es un oido del Consejo de los Diez, todo cuanto me toca es una mano del Consejo de los Diez; pero mano tremenda, que empieza por tantear y agarra despues de repente. Soy el magnífico podestá, pero no estoy libre de que aparezca mañana en mi cámara un miserable esbirro que me mande seguirle, y que le tenga que seguir á un sitio secreto y profundo del cual él saldrá solo. Estar en Venecia es vivir pendiente de un hilo, y es mi posicion sombría estar inclinado sobre el horno ardiente que llamais Pádua, con la cara cubierta siempre con la máscara, representando el papel de tirano, rodeado de peligros, de precauciones y de terrores, temiendo sin cesar alguna explosion y que me mate mi propia obra, como mata al alquimista su veneno. Compadecedme, pues, Tisbe, y no me pregunteis por qué tiemblo.

TISBE. Terrible es vuestra posicion.

ANGELO. Soy el instrumento con que un pueblo tortura á otro, instrumento que puede gastarse y romperse; solo una cosa grata existe para mí en el mundo, y ésta sois vos, aunque conozco que no me amais. ¿Pero verdad que no amais á otro?

TISBE. No, no, tranquilizaos.

ANGELO. ¡Me decís que no con tanta frialdad!

TISBE. Os lo digo como sé.

ANGELO. Consiento en que no seais mia, con tal de que no seais de otro. Que nunca llegue yo á saber que otro...

TISBE. ¿Os figurais estar hermoso cuando me hablais así?

ANGELO. Pero Tisbe, ¿cuándo me amareis?

TISBE. Cuando en Pádua os quieran todos.

ANGELO. Pues bien, deseo que os quedeis en esta ciudad; lo oís? Si os vais de aquí os llevais mi vida. Hace ya tiempo que estamos hablando, y si se han fijado en nosotros podia dar sospechas á Venecia. Os dejo. (Parándose y señalando á HOMODEI.) ¿Me habeis dicho que me respondeis de ese hombre?

TISBE. Como de un niño que duerme.

ANGELO. Viene vuestro hermano; os dejo con él.

ESCENA II.

LA TISBE, RODOLFO, con traje negro y pluma del mismo color en el sombrero; HOMODEI, que sigue dormido.

TISBE. Ah, Rodolfo, Rodolfo! ¡A tí sí que te amo! (Mirando hácia donde salió ANGELO.) Tirano imbécil, no es mi hermano, es mi amante. Ven, Rodolfo, mi bravo soldado, mi noble proscripto, mi generoso doncel; mírame cara á cara; eres hermoso y te amo.

RODOLFO. Tisbe...

TISBE. ¿Por qué quisiste venir á Pádua? Aquí hemos perdido la libertad; no podemos salir de aquí y hemos de fingir que eres mi hermano. El podestá se ha enamorado de tu Tisbe, nos tiene presos y no quiere soltarnos. Temo á cada momento que descubra la verdad; pero de todos modos nada conseguirá de mí ese tirano. Veo que no tienes celos; extraño que no estés celoso de mí.

ROD. Eres bella y generosa.

TISBE. Es porque te adoro. Angelo Malipieri se atrevia á hablarme de celos; cree que está celoso y piensa al mismo tiempo en otras cosas. El que está celoso no se acuerda de Venecia, no piensa en el Consejo de los Diez, en los esbirros, en los espías, ni en el canal de Orfano; solo piensa en los celos. Por mí lo comprendo, Rodolfo, que no puedo verte hablar con otras mujeres, porque me ofende hasta que las hables. ¿Qué derecho tienen ellas á tus palabras? Guárdate de que tenga una rival, porque la mataria. Yo te amo, eres el único hombre que he amado en mi vida triste y monótona, que ahora rebosa de gloria y de placer. Quisiera haberte conocido diez años antes. Estoy loca de alegría cuando consigo hablarte á solas. Ves qué loca estoy? ¿Y tú me amas?

ROD. Quién podria no amaros, Tisbe?

TISBE. Si no me tuteas me incomodo. Estoy pensando que es preciso que vaya á atender algo á mis convidados... Pero dime antes; me parece que estás triste desde hace algun tiempo. ¿Es verdad que estás triste?

ROD. No, Tisbe.

TISBE. Tienes alguna pesadumbre?

ROD. Ninguna.

TISBE. Estás celoso?

ROD. No.

TISBE. Pues yo quiero que lo estés, porque sino creeré que no me quieres. Vamos, fuera pesares. ¿Hay alguno que sepa que no eres mi hermano?

ROD. Anafesto y nadie más.

TISBE. Es tu amigo, y de ese no hay nada que temer. (Entra ANAFESTO GALEOFA.) Aquí viene. Voy á dejarte con él un rato. Señor Anafesto, os encargo que no le dejeis hablar con ninguna mujer. (Riendo.)

ANAFESTO. (Sonriendo.) Cumpliré el encargo.

Váse LA TISBE.

ESCENA III.

RODOLFO, ANAFESTO GALEOFA y HOMODEI, durmiendo.

ANAF. Es muy hermosa! ¡Eres muy feliz porque te ama semejante mujer!

ROD. Anafesto, no soy feliz, porque yo no la amo.

ANAF. Qué dices?

ROD. (Reparando en HOMODEI.) ¿Quién es ese hombre que está durmiendo?

ANAF. Un pobre músico; no lo sabes?

ROD. Ah! Sí, el idiota.

ANAF. ¡Pero es posible que no ames á la Tisbe!

ROD. Ya que he tenido la franqueza de confesártelo, olvídalo.

ANAF. Es una mujer divina!

ROD. Lo conozco, pero no la amo.

ANAF. Pero por qué?

ROD. No me lo preguntes.

ANAF. Un amigo como yo...

LA TISBE entra y corre hácia RODOLFO sonriéndose.

TISBE. Vengo corriendo para decirte que te amo, y me vuelvo á marchar. (Váse corriendo.)

ANAF. Pobre Tisbe!

ROD. Existe en el fondo de mi vida un secreto que yo solo conozco.

ANAF. Algun dia me lo confiarás, ¿no es verdad? Hoy estás muy sombrío, Rodolfo.

ROD. Sí; déjame solo un momento.

Váse ANAFESTO. RODOLFO se sienta en el banco inmediato á la puerta, apoyando la cabeza en las manos. En cuanto desaparece ANAFESTO, HOMODEI abre los ojos, se levanta del banco y vá á colocarse lentamente detrás de RODOLFO, que sigue embebido en su meditacion. Poco despues pone la mano en el hombro de RODOLFO; éste se vuelve y le mira con espanto.

ESCENA IV.

RODOLFO y HOMODEI.

HOMODEI. Vos no os llamais Rodolfo, os llamais Ezzelino de Romana; perteneceis á una antigua familia que reinó en Pádua y que está proscripta desde hace dos siglos. Vagais de ciudad en ciudad con nombre supuesto, y os atreveis á pasar alguna vez á los Estados de Venecia. En dicha ciudad, y en la iglesia de San Jorge, cuando teníais veinte años, vísteis una mujer muy hermosa. No la seguísteis, porque sabíais que seguir en Venecia á una mujer es ir á buscar una puñalada; pero volvísteis muchas veces á la iglesia y la jóven tambien; os enamorásteis de ella y ella de vos. Sin saber quién era, porque hasta ahora lo ignorais, y sabiendo solo que se llamaba Catalina, encontrásteis medio de escribirla y de recibir contestacion, consiguiendo además que os diese citas en casa de una mujer llamada la beata Cecilia, y llegó al más alto grado la pasion de ambos, pero sin menoscabo para la virtud de Catalina. No pudísteis averiguar de ella sino que era noble, y la veneciana noble solo puede casarse con un patricio ó con un rey; vos sois veneciano y vuestra familia proscripta ha dejado de imperar. Catalina faltó un dia á la cita, y la beata Cecilia os dijo que la habian casado, y fuísteis tan poco afortunado, que os quedásteis tambien sin saber el nombre del marido. Salísteis de Venecia y desde entonces habeis corrido toda la Italia, sin poder olvidar al ídolo de vuestros amores, y os entregásteis inútilmente á los placeres, á las distracciones, á las locuras y á los vicios; en vano os habeis empeñado en amar á otras mujeres, á esta cómica, por ejemplo; el amor antiguo renace cada vez más para vos. Hace tres meses que vinísteis á Pádua con la Tisbe, fingiéndoos hermano suyo; el podestá se ha enamorado de ella, y os ha sucedido lo que vais á oir. Una tarde, el 16 de Febrero, pasó junto á vos en el puente del Molino una mujer que os cogió de la mano y os condujo á la calle de San Pedro. En dicha calle quedan las ruinas del antiguo palacio Magaruffi, que demolió vuestro antecesor Ezzelino III; en las ruinas hay una cabaña, y en la cabaña vísteis á la mujer de Venecia que amais y os ama hace siete años. Desde entonces la seguíais, viéndola tres veces por semana en la misma cabaña, y hasta hoy se ha mantenido fiel á su amor y á su honor, á vos y á su esposo. Continúa ocultando su nombre. El mes pasado se interrumpió de repente vuestra felicidad, porque Catalina dejó de ir un dia á la cabaña, pues su marido empezó á desconfiar y no la permite salir de casa. En vano la buscareis por todas partes; ni la habeis encontrado ni la encontrareis. ¿Quereis verla esta misma noche?

ROD. (Mirándole con fijeza.) Pero quién sois?

HOM. No me pregunteis, porque no os responderé: quereis verla esta noche?

ROD. Sí, sí, quiero verla; quiero verla un instante, aunque tenga que morir.

HOM. La vereis.

ROD. Dónde?

HOM. En su casa.

ROD. Pero decidme quién es, cómo se llama.

HOM. En su casa os lo diré.

ROD. Sois un ángel que me envia el cielo.

HOM. No lo sé. Esta noche al salir la luna, á media noche, estad en la esquina del palacio de Alberto Baon, en la esquina de la calle de San Urbano. Allí estaré yo y os guiaré. Os espero á la media noche.

ROD. Os lo agradezco en el alma, pero decidme quién sois.

HOM. Quién soy? un idiota.

Váse.

ROD. Quién será este hombre!... ¡A media noche la veré! ¡Catalina mia, en cámbio de la hora que me prometen hubiera dado la vida!

ESCENA V.

LA TISBE y RODOLFO.

TISBE. Soy yo otra vez, que no puedo pasar mucho tiempo sin verte. No puedo separarme de tí y te sigo por todas partes. Soy la sombra de tu cuerpo y tú eres el alma del mio.

ROD. Pues te advierto, Tisbe, que mi familia vive sujeta á una fatalidad; pesa sobre nosotros una prediccion, un destino, que se ha cumplido casi inevitablemente de padres á hijos: damos la muerte á las personas que nos aman.

TISBE. Pues bien, me matarás; con tal de que me ames...

ROD. Tisbe...

TISBE. Luego me llorarás; con eso me contento.

ROD. Tisbe, mereceis el amor de un ángel.

Le besa la mano y se vá lentamente.

TISBE. Y se vá! Y me deja! ¿Qué es lo que le pasa? (Mirando hácia el banco.) Ya se ha despertado Homodei.

ESCENA VI.

TISBE y HOMODEI, que sale por el fondo.

HOM. (Hablándose á sí mismo.) Rodolfo se llama Ezzelino; el aventurero es príncipe, el idiota tiene ingenio, el hombre que duerme es un gato que acecha. Ojos cerrados, oidos abiertos.

TISBE. Qué está diciendo!

HOM. (Enseñando la guitarra.) Esta guitarra tiene cuerdas que suenan como se quiere. El corazon del hombre y el corazon de la mujer tienen cuerdas que tambien se pueden hacer sonar.

TISBE. ¿Qué me quieres dar á entender con eso?

HOM. Que si casualmente perdeis hoy un buen mozo, que lleva pluma negra en el sombrero, yo sé dónde le podreis encontrar esta noche.

TISBE. En casa de alguna mujer?

HOM. En casa de una mujer rubia.

TISBE. Qué dices! Quién eres?

HOM. No lo sé.

TISBE. No eres lo que yo creia, como opinaba el podestá; eres un hombre peligroso. ¿Rodolfo estará esta noche en casa de una mujer?

HOM. No lo sé.

TISBE. Mientes, es imposible; Rodolfo me ama.

HOM. No lo sé.

TISBE. Mientes, miserable; eres un hombre pagado. ¡Tambien tengo yo enemigos! Pero Rodolfo me ama y no conseguirás alarmarme. Te llevas chasco, porque no me hacen efecto tus palabras.

HOM. Habreis observado sin duda que monseñor Angelo Malipieri lleva pendiente de la cadena del cuello una joya de oro primorosamente trabajada; la joya es una llave: fingid deseos de conseguirla y pedídsela, sin decirle el uso á que la vais á destinar.

TISBE. Dices que es una llave? No se la quiero pedir. Márchate de aquí, no quiero oirte más.

HOM. Precisamente aquí viene el podestá. Cuando consigais que os entregue la llave os explicaré cómo teneis que serviros de ella esta noche: dentro de un cuarto de hora volveré.

TISBE. ¿Pero no me has entendido, miserable? Te digo que para nada quiero la llave, que tengo confianza en Rodolfo, y que no hablaré de esto al podestá. Es inútil que vuelvas, porque no te creo.

HOM. Hasta dentro de un cuarto de hora.

Váse.

ESCENA VII.

La TISBE y ANGELO.

TISBE. Otra vez aquí, monseñor? ¿A quién buscais?

ANGELO. A Virgilio Tasca, al que necesito hablar.

TISBE. Estais celoso todavía?

ANGELO. Lo estoy siempre.

TISBE. A qué vienen esos celos? No los comprendo. Yo amaria mucho á un hombre, pero no estaria celosa de él.

ANGELO. Eso lo decís porque no amais á nadie.

TISBE. Sí; amo.

ANGELO. A quién?

TISBE. A vos.

ANGELO. Será posible! ¡No os burleis de mí! Repetid lo que me habeis dicho.

TISBE. Os amo.

Se acerca jovialmente al podestá y le coge la cadena que lleva al cuello.

¡Qué joya tan preciosa y tan bien trabajada! No me habia fijado en ella nunca... Debe ser obra de Benvenuto Cellini. Parece á propósito para una mujer.

ANGELO. Una sola palabra vuestra ha inundado mi corazon de alegría.

TISBE. Me alegro; pero ¿no me direis qué es esta joya?

ANGELO. Es una llave.

TISBE. Nunca lo hubiera acertado. Pero es verdad; es una llave.

ANGELO. Sí, Tisbe mia.

TISBE. Ya que es una llave, para nada la quiero; quedaos con ella.

ANGELO. Pero la deseábais, Tisbe?

TISBE. Como está tan bien cincelada...

ANGELO. Tomadla.

Quita la llave del collar.

TISBE. Si hubiera sabido que era una llave, no os hubiera hablado de ella. No, no la quiero, que os puede hacer falta.

ANGELO. Raras veces. Además, tengo otra; podeis tomarla.

TISBE. ¡Pero si no me ha de servir para nada! Parece imposible que se puedan abrir puertas con esta llave tan pequeña.

ANGELO. Estas llaves son para cerraduras secretas. Con esta se abren muchas puertas, entre otras la de un dormitorio.

TISBE. Ya que lo exigís absolutamente, la tomo.

ANGELO. Os agradezco que hayais aceptado un recuerdo mio.

TISBE. Ahora recuerdo que el embajador de Francia en Venecia, el mariscal Mondere, tenia una llave semejante. Pero monseñor, me parece que Virgilio Tasca os vá buscando por esa galería.

ANGELO. Sí, pero...

TISBE. No teníais que hablarle?

ANGELO. Sí, pero me sabe mal que venga, porque viene á arrancarme de vuestro lado.

TISBE. (Señalándole la galería.) Por allí...

ANGELO. (Besándola la mano.) ¿Conque me amais, Tisbe?

TISBE. Id, que os aguarda Tasca.

Sale ANGELO. HOMODEI aparece en el fondo del teatro y LA TISBE corre hácia él.

ESCENA VIII.

LA TISBE y HOMODEI.

TISBE. Tengo la llave.

HOM. Veamos. (Examinándola.) Esta es. En el palacio del podestá hay una galería que cae al puente del Molino; ocultaos allí esta noche detrás de una cortina, donde querais. Despues de las dos iré á buscaros.

TISBE. Te recompensaré bien. (Dándole una bolsa.) Ahora toma este bolsillo.

HOM. Como querais; pero dejadme concluir. A las dos de la noche iré á buscaros. Os indicaré la primera puerta que debeis abrir con esta llave. Despues me retiraré, porque para nada me necesitareis; no teneis otra cosa que hacer más que seguir siempre adelante.

TISBE. ¿Qué encontraré despues de la primera puerta?

HOM. Otra puerta que tambien abre esta llave.

TISBE. Y despues?

HOM. Otra puerta; esta llave las abre todas.

TISBE. Y despues de la tercera puerta?

HOM. Ya lo vereis.

JORNADA SEGUNDA

El crucifijo.

Una cámara cubierta de tapices de color de escarlata, bordados de oro. En un ángulo á la izquierda una cama magnífica sobre un estrado, con pabellon de cortinas que puedan correrse y ocultarla enteramente. En el ángulo de la derecha un balcon abierto; más acá una puerta oculta en la tapicería, y al lado un reclinatorio; encima, y colgado en la pared, un crucifijo de metal bruñido. En el fondo una puerta de dos hojas; entre esta puerta y la cama otra puerta pequeña y muy adornada. Mesa, sillones, candeleros y un aparador; sobre la primera una guitarra.

ESCENA PRIMERA.

DAFNE, REGINELLA; despues HOMODEI.

REGINELLA. Es cierto, Dafne; me lo ha referido Troilo, que sabes que es el ujier de noche. Eso ha sucedido en el ultimo viaje que la señora hizo á Venecia. Un esbirro, un infame esbirro, se atrevió á amarla, á escribirla y á pedirla una cita. La señora le hizo echar á la calle. Hizo muy bien.

DAFNE. Hizo bien; pero no te olvides que la señora está esperando el libro de devociones.

REG. (Arreglando algunos libros, sobre la mesa.) La otra aventura es tan cierta como esa, pero mucho más terrible. Solo por haber avisado á su señor de que habia encontrado un espía dentro de la casa, el pobre Palinuro murió de repente aquella misma noche... por supuesto, de veneno. Te aconsejo que seas muy prudente y que mires lo que hables, porque en este palacio las paredes oyen.

DAFNE. Bien, despacha pronto, que la señora está esperando.

REG. Si tanta prisa tienes, vé delante, que allá voy yo. (Váse DAFNE y vuelve á cerrar la puerta sin que lo advierta REGINELLA.) Sobre todo te encargo, Dafne, que guardes silencio en este maldito palacio; solo en este aposento se puede hablar con seguridad; únicamente aquí es donde una está segura de que nadie le oye.

Mientras pronuncia estas últimas palabras, se abre el aparador, que deja pasar á HOMODEI sin que lo advierta REGINELLA; en seguida vuelve á cerrarse el aparador.

HOM. Este es el único sitio donde estamos seguros de que nadie nos oye.

REG. Cielos! (Asustada al ver á HOMODEI.)

HOM. Silencio.

Abre la túnica y deja ver su jubon de terciopelo negro, en el que están bordadas de plata las tres iniciales C. D. X., que lee aterrada REGINELLA.

Cuando se llega á ver á uno de nosotros y se nos delata á alguno, aunque no sea más que por señas, el que nos delata no acaba el dia sin morir.

REG. ¿Pero por qué puerta ha entrado?

HOM. Por ninguna.

REG. Jesús!

HOM. Contesta á mis preguntas y ten cuidado de engañarme... que te vá en ello la vida. A dónde dá esta puerta?

Señalando la puerta del fondo.

REG. Al dormitorio de monseñor.

HOM. Y ésta?

Señalando la puerta pequeña que está junto á la grande.

REG. A una escalera secreta que comunica con las galerías de palacio. Solo tiene la llave de ella monseñor.

HOM. Y ésta?

Señalando la puerta que hay junto al reclinatorio.

REG. Al oratorio de la señora.

HOM. Tiene salida ese oratorio?

REG. No; el oratorio está en una torrecilla, y solo tiene una ventana con reja.

HOM. (Asomándose al balcon.) Estará al nivel del balcon... bien. Ochenta piés de pared perpendicular y abajo el rio Brenta. La reja está puesta por puro lujo. En el oratorio hay una pequeña escalera. ¿A dónde sube?

REG. A mi cuarto, que es tambien el de Dafne.

HOM. Tiene alguna salida ese cuarto?

REG. No, monseñor; solo tiene una ventana enrejada y la puerta que conduce al oratorio.

HOM. En cuanto entre tu señora, te subes á tu cuarto y permaneces allí sin oir y sin decir nada.

REG. Obedeceré.

HOM. Dónde está tu señora?

REG. En el oratorio rezando.

HOM. Viene en seguida aquí?

REG. Sí, monseñor.

HOM. Tardará aun media hora?

REG Creo que no tanto.

HOM. Pues bien, vete, y sobre todo silencio. Nada te importa lo que aquí pueda suceder. Nada digas, porque tú no me has visto ni sabes quién soy yo. Si aventuras una palabra, yo la oiré; si haces un guiño con el ojo, yo lo veré. Vete.

REG. ¡Dios mio, quién estará destinado á morir!

HOM. Tú, si hablas. (A una seña de HOMODEI se vá por una puerta pequeña que hay al lado del reclinatorio. HOMODEI se acerca al aparador, lo abre y dice:)

HOM. Monseñor Rodolfo, ya podeis subir; teneis que ascender nueve escalones.

ESCENA II.

HOMODEI y RODOLFO embozado en la capa.

HOM. Entrad.

ROD. Dónde estoy?

HOM. Dónde estais? Tal vez en la escalera del patíbulo.

ROD. Qué quereis decir?

HOM. ¿Habeis oido hablar de una cámara que existe en Pádua, cámara perfumada, llena de flores y quizá de amor, en la que no puede penetrar ningun hombre, porque poner los piés en ella es un crímen que se castiga con la pena capital?

ROD. He oido hablar de esa cámara; es la de la mujer del podestá.

HOM. Precisamente.

ROD. Y qué?

HOM. Que estais en esa cámara.

ROD. En la de la mujer del podestá?

HOM. Sí.

ROD. En la de la mujer que yo amo!

HOM. La mujer que amais se llama Catalina Bragadini, y es esposa de Angelo Malipieri, podestá de Pádua.

ROD. ¡Catalina es la esposa del podestá!

HOM. Si teneis miedo, es tiempo aun. La puerta está abierta; marchaos.

ROD. No tengo miedo por mí, sino por ella; quién me responde de vos?

HOM. Os lo diré. Hace ocho dias que á hora bastante avanzada de la noche pasábais por la plaza de San Prodocino. Ibais solo. Oísteis ruido de espadas y gritos detrás de la iglesia y acudísteis allí corriendo.

ROD. Acudí y libré á un hombre enmascarado de tres asesinos que querian matarle.

HOM. Ese hombre, sin descubrirse y sin daros las gracias, se fué; ese enmascarado era yo, monseñor Ezzelino, y desde aquella noche os estoy agradecido. Por gratitud quiero acercaros á la mujer que amais. Os fiais ahora de mí?

ROD. Sí, y os lo agradezco en el alma. Temí alguna traicion respecto á ella, y me acabais de quitar un peso del corazon. Deseo ser vuestro amigo toda la vida, porque habeis hecho más por mí que yo por vos. Me era imposible vivir más tiempo sin ver á Catalina.

HOM. Conque os quedais?

ROD. No me he de quedar! Me fio de vos enteramente. Quiero verla, una hora, un minuto... Dónde está?

HOM. En su oratorio.

ROD. Y dónde la veré?

HOM. Aquí.

ROD. Cuándo?

HOM. Antes de un cuarto de hora.

ROD. Oh, Dios mio! Vendrá sola?

HOM. Oid lo que os digo. (Señalándole todas las puertas.) La puerta del fondo es la del dormitorio del podestá; allí está durmiendo, y como nadie vela en palacio más que Catalina y nosotros, no correis ningun peligro. El sitio por donde hemos entrado es un secreto que no puedo comunicaros, pero al amanecer os será muy fácil salir de aquí. No os aconsejo que salgais por el balcon, porque la pared de la casa es perpendicular y tiene ochenta piés y cae recta al rio. Ahora tengo que dejaros.

ROD. ¿Me habeis dicho que la veré dentro de un cuarto de hora?

HOM. Sí.

ROD. Vendrá sola?

HOM. Tal vez no, y mejor será que os escondais.

ROD. Dónde?

HOM. En el balcon, y así podreis salir cuando os parezca... Creo que ya menean las sillas en el oratorio; Catalina vá á venir y es hora de que nos separemos.

ROD. (Despidiéndose.) Quien quiera que seais, sabed que cuanto poseo es vuestro, incluso la vida. (Se esconde en el balcon.)

HOM. (Esa ya no os pertenece.)

Deja una carta encima de la mesa y desaparece por el aparador. Salen por la puerta del oratorio CATALINA y DAFNE.

ESCENA III.

CATALINA, DAFNE y RODOLFO en el balcon.

CATALINA. Hace ya más de un mes que no le veo, Dafne, y me parece una eternidad. Si pudiese conciliar el sueño, quizás soñando le veria. Pero no puedo dormir. Dónde está Reginella?

DAFNE. Se ha subido á su cuarto y está rezando. ¿Quereis que la llame, señora, para que os sirva?

CAT. Dejadla servir á Dios, dejadla que rece.

DAFNE. Quereis que cierre el balcon?

CAT. No, no... nada puede distraerme; sufro mucho, Dafne. Hace cinco semanas que no le veo. No cierres el balcon, que la cabeza me arde. Es imposible que le vea; estoy encerrada, estoy presa, y entrar en esta cámara es incurrir en pena de muerte. ¡Si se atreviese á entrar aquí temblaria por su vida! Dios mio! ¿por qué no he ahogado este culpable amor, por qué él ha venido á Pádua, por qué hemos dado pábulo á una pasion que deberia morir tan pronto? Solo le veia una hora, pero esta hora tan corta me daba fuerzas para vivir y para esperar. Dafne, crees que volveré á verle?

DAFNE. Señora...

CAT. Conozco que no soy como las demás mujeres, pues me repugnan las distracciones, los placeres y las fiestas: hace cerca de siete años que solo vivo para el amor, que solo vivo para un hombre, para Rodolfo. Era tan niña cuando empecé á quererle, y como luego me casaron contra mi voluntad... ¿Crees que así puede ser feliz alguna mujer? ¡Oh, si hubiera vivido mi madre!...

DAFNE. Desechad esas tristes ideas, señora...

CAT. ¡Qué horas tan dulces hemos pasado juntos algunas veces!... Veo, Dafne, que mi tristeza te aflige, y yo no sé hablar de otra cosa... Vete á dormir, que te estará esperando Reginella.

DAFNE. ¿Quereis que os desnude, señora?

CAT. No, vete.

DAFNE. Que os guarde el cielo, señora.

Váse por la puerta del oratorio.

ESCENA IV.

CATALINA y RODOLFO.

CAT. Recuerdo que me cantaba una cancion sentado á mis piés y con voz melodiosa. Cancion escrita para mí. (Toma la guitarra.) Si no me engaño, ésta era la música de aquella melodía. Quisiera acordarme de la letra. Daria la vida por oírsela cantar otra vez.

ROD. (Cantando desde el balcon.)

Con la lazada de los amores
unió á mi alma tu corazon
nuestro destino, que en hora aciaga,
que en dia horrible nos separó.
Yo soy la lira, tú eres el canto,

yo soy la planta, tú eres la flor,
yo soy la boca, tú eres la risa,
tú la belleza y yo el amor.

CAT. Cielos! Rodolfo!

ROD. (Saliendo y dejando caer la capa.) Catalina! Se arrodilla á sus piés.

CAT. Cómo estás aquí, Dios mio? ¡Me muero de placer y de espanto! ¿No sabes, Rodolfo, que entrando aquí aventuras la cabeza?

ROD. Nada me importa. Sin verte hubiera muerto más pronto; prefiero morir despues de haberte visto.

CAT. Sí; has hecho bien en venir: tambien yo me arriesgo, pero te vuelvo á ver y no me importa lo demás. Si paso una hora contigo, aunque se desplome sobre mí el cielo, nada me importa.

ROD. El cielo nos protegerá; todos duermen en palacio y podré salir con tanta seguridad como entré.

CAT. Cómo has podido entrar?

ROD. Me introdujo un hombre á quien salvé la vida... Ya te lo referiré... He entrado sin correr ningun riesgo.

CAT. Entonces estoy tranquila. Ahora mírame bien y déjame que te contemple.

ROD. Catalina!

CAT. No pensemos más que en nosotros mismos. Me encontrarás muy cambiada, porque hace cinco semanas que estoy llorando contínuamente. ¿Qué has hecho tú en ese tiempo? Estabas triste? Te afligió nuestra separacion? Quiero que me lo digas.

ROD. Catalina, estar separado de tí es tener los ojos cerrados y el corazon vacío, es morir á pausas, es vivir en una cárcel sin luz, ó por mejor decir, no es vivir, es no pensar, es no saber nada. Me preguntas qué he hecho? Lo ignoro; solo sé lo que he sentido.

CAT. Lo mismo me ha sucedido á mí; veo que nuestros corazones no se han separado nunca. He de referirte muchas cosas y no sé por dónde empezar. Me encerraron aquí y no me dejan salir... ¡He sufrido mucho!... Cuando oí tu voz no supe lo que me pasaba, y por eso no debes admirarte de que no haya saltado á tus brazos ébria de amor. Siéntate aquí como otras veces; hablemos en voz baja... Permanecerás aquí hasta que amanezca... Dafne te proporcionará la salida. Tu presencia me ha quitado el miedo. ¡Qué contenta estoy de volver á verte! ¿Cómo has descubierto quién soy yo? Cuando has llegado hasta aquí debes saberlo... Dime: podrás volver otras noches?...

ROD. Sí, porque de lo contrario no podria vivir. Te estoy oyendo enagenado de gozo. Nada temas.

CAT. Nada temo, porque en la vida hay instantes en que nos olvidamos de todo. Los que son tan felices como nosotros no se acuerdan de nada. Cuando estoy separada de tí, solo soy una pobre mujer presa y tú solo eres un pobre proscripto; pero cuando nos juntamos, pueden envidiarnos los ángeles. Rodolfo, no se muere de alegría, porque si no yo ya estaria muerta. Tengo trastornada la cabeza; acabo de hacerte mil preguntas, y ya no recuerdo una palabra de lo que te he dicho. Te acuerdas tú? Esto es un sueño ó una realidad? ¿Es cierto que estás aquí?

ROD. Catalina mia!

CAT. Calla, no me hables; déjame que recoja las ideas, deja que me recree mirándote, deja que piense que estás aquí. Despues te responderé á todo lo que quieras. Hay momentos, como este, en los que se desea mirar al objeto de nuestro cariño y decirle: Cállate, que te estoy mirando: cállate, que te adoro: cállate, que soy feliz.

RODOLFO se inclina para besarle la mano, y al apartarse ella repara en la carta que hay sobre la mesa.

Qué es eso? Una carta! ¿Quién la ha dejado ahí?

ROD. Sin duda el hombre que me ha acompañado.

CAT. El hombre que vino contigo? Veamos qué significa esta carta. (La abre y lee.) "Hay personas que solo se embriagan con vino de Chipre; pero tambien las hay que se vengan terriblemente. El esbirro que ama es un sér insignificante, pero el esbirro que se venga es un hombre terrible.„

ROD. Qué significa esto?

CAT. Conozco la letra; es del infame que se atrevió á amarme, que se atrevió á declarárseme y á presentarse un dia en mi casa estando yo en Venecia, y yo le hice echar á la calle. Es de un hombre que se llama Homodei.

ROD. Conozco á Homodei.

CAT. Es un espía del Consejo de los Diez.

ROD. Cielos!

CAT. Estamos perdidos! Hemos caido en el lazo que nos tendió. (Se asoma al balcon, y mira.) Oh Dios!

ROD. Qué es eso?

CAT. Apaga esa luz, aprisa.

ROD. (Apagando la luz.) Qué es eso?

CAT. En la galería que cae sobre el puente del Molino...

ROD. Qué?

CAT. Acabo de ver aparecer y desaparecer una luz.

ROD. ¡Soy un miserable que he causado tu perdicion!

CAT. Yo me hubiera aventurado á buscarte como me has buscado tú.

Aplicando el oido á la puerta pequeña del fondo.

Silencio. Escuchemos. Me parece que oigo ruido en el corredor... Abren una puerta... Oigo pasos... ¿Por dónde entraste?

ROD. Por una puerta secreta que ese demonio volvió á cerrar.

CAT. Qué haremos?

ROD. Esta puerta...

CAT. Dá al dormitorio de mi esposo.

ROD. El balcon...

CAT. Dá á un precipicio.

ROD. Esta otra puerta...

CAT. Es la de mi oratorio, que no tiene salida. ¡No puedes huir por ninguna parte!... Pero entra en el oratorio. (Abre dicha puerta y RODOLFO se vá por ella precipitadamente; en seguida la cierra.) La cerraré con llave. (Así lo hace y se guarda la llave en el pecho.) Más vale que se quede aquí. Si saliese querria auxiliarme y se perderia. (Se acerca á la pequeña puerta del foro.) Oigo pasos que se acercan... Ahora se paran... Estarán escuchando. ¡Dios mio, protegedme! Fingiré que estoy durmiendo. (Se quita la ropa de encima y se acuesta.) ¡Estoy temblando! Ponen una llave en la cerradura... No quiero ver al que entre.

Corre las cortinas de la cama y abren la puerta.

ESCENA V.

CATALINA y LA TISBE.

Entra LA TISBE con una lámpara en la mano. Adelanta lentamente mirando á su alrededor. Al llegar á la mesa examina la luz que acaban de apagar.

TISBE. Esta luz aun humea. (Se vuelve, vé la cama y corre las cortinas.) Está sola y finge dormir. (Recorre la cámara y examina las puertas y la pared.) Esta es la puerta que dá al dormitorio del podestá. (Tanteando encuentra la puerta del oratorio que oculta el tapiz.) Aquí hay otra puerta.

CAT. (Incorporándose y mirando estupefacta lo que hace LA TISBE.) Quién está ahí?

TISBE. Voy á deciros quién está aquí. La favorita del podestá, que tiene en su poder á la esposa.

CAT. Cielos!

TISBE. Soy una cómica, una mujer de teatro, que tiene en su poder, como acabo de decíroslo, á una gran señora, á una mujer casada y respetable, á una mujer que pasa por virtuosa, y puede hacer lo que le plazca de esta gran dama y de su virtud de oropel. No sé lo que sucederá, pero tengo á mis piés á una señorona y no la soltaré, y más la valdria que un rayo la hiciera cenizas que yo fije mis ojos en los suyos. ¿Cómo os atreveis á mirarme cara á cara, cuando teneis en vuestra cámara encerrado un amante?

CAT. Señora!

TISBE. Lo teneis escondido.

CAT. Os engañais.

TISBE. No me lo negueis: aquí estaba hace poco; así lo indican esos dos sillones... debiérais haberlos dejado en su lugar. Y os diríais frases cariñosas, como yo te amo, yo te adoro...

CAT. No sé á qué viene todo eso...

TISBE. Vosotras las mujeres nobles no valeis más que nosotras; lo que nosotras decimos á un hombre sin rebozo en pleno dia, vosotras se lo decís vergonzosamente por la noche. Nosotras nos atraemos á vuestros esposos, y vosotras nos robais nuestros amantes. Ya que estamos empeñadas en esta lucha, luchemos. Vosotras sois más hipócritas y más falsas que nosotras; porque nosotras no engañamos nunca y vosotras engañais al mundo, á la familia, al esposo, y si pudiérais engañaríais á Dios; pero todo eso nada me importa. Soy la querida del podestá y vos la esposa, y yo quiero perderos.

CAT. Por Dios, señora!

TISBE. Dónde está?

CAT. Quién?

TISBE. Él.

CAT. Estoy sola aquí, enteramente sola; no sé por quién me preguntais. Aunque no os conozco, vuestras palabras me llenan de terror; no sé en qué haya podido ofenderos, ni supongo que tengais interés alguno en todo esto.

TISBE. Pues tengo mucho interés, no lo dudeis. ¡Son singulares las mujeres virtuosas! ¿Os hablaria como os hablo si la rabia no me despedazara el corazon? Nada me importa que seais una alta dama y que yo sea una cómica; eso me es igual, porque soy tan hermosa como vos. Estoy rabiosa y os insulto. Dónde está ese hombre? Quiero verle. Cuando pienso que os fingíais dormida!

CAT. (Qué vá á ser de mí, Dios mio!) Si supiérais...

TISBE. Lo que sé es que aquí hay una puerta, y estoy segura de que él está ahí dentro.

CAT. Es mi oratorio, señora, os lo aseguro. Os han engañado. Yo aquí vivo sola, retirada y presa, y en mi oratorio no se encuentra más que el recli-

natorio y el devocionario: no hay aquí ningun hombre.

TISBE. Sin duda estais trastornada cuando me hablais así, y el miedo que teneis denuncia vuestro delito. Ni aun me replicais con firmeza. Vamos, levantaos, encolerizaos si os atreveis, pero no os hagais la inocente. (De pronto vé la capa que se quedó en el suelo, cerca del balcon. Vá y la recoge.) Señora, de quién es esta capa?...

CAT. Cielos!

TISBE. Por una capa no se puede reconocer á su dueño, porque todas las capas se parecen. Decidme pues, ¿cómo se llama ese hombre?

CAT. No os comprendo.

TISBE. Pues ya que no me lo quereis decir, abridme un momento el oratorio.

CAT. Para qué?

TISBE. Porque quiero rezar.

CAT. He perdido la llave.

TISBE. Abrid pronto.

CAT. Ya os dije que es imposible, que no tengo la llave.

TISBE. Puede que la tenga vuestro marido. Monseñor Angelo!

Quiere dirigirse á la puerta del fondo. CATALINA la detiene y se interpone.

CAT. No os dejaré llegar hasta esta puerta; ningun daño os he hecho y no sé por qué os quejais de mí... no sé por qué quereis perderme. Esperad un momento y os desengañareis cuando yo os lo explique todo. Desde que entrásteis estoy tan extremecida y atemorizada, que ni sé lo que me habeis hablado, ni he comprendido la mayor parte de vuestras palabras. Solo he comprendido que habeis dicho que sois una cómica y yo soy una gran dama, pero creedme, aquí no hay nadie más que yo. No me habeis hablado del esbirro, que es el culpable de todo esto, que es un malvado que os engaña, que es un espía. No debe creerse á los espías. Oidme un solo instante; sois demasiado hermosa para tener mal corazon, y si os dijera quién es ese perverso, quién es ese espía, luego tendríais remordimientos de haber sido causa de mi muerte. No desperteis á mi esposo, porque me mataria. Compadecedme, que soy muy desgraciada. Retiraos de aquí; yo os lo suplico.

TISBE. Es inútil que me lo supliqueis, porque nada oigo. ¡Monseñor, monseñor!

Gritando.

CAT. Ya que os empeñais en que muera, concededme siquiera unos instantes para pedir á Dios misericordia. Dejadme que me postre ante ese Señor crucificado.

Señala el crucifijo, que TISBE mira con atencion.

Orad tambien conmigo, y si despues de rezar os empeñais en que muera, si Dios no ahuyenta de vos ese mal pensamiento, haced de mí lo que querais.

TISBE. (Se arroja al crucifijo y lo quita de la pared.) Cómo está aquí este crucifijo? ¿Cómo lo habeis adquirido? Quién os lo dió?

CAT. De nada os servirá saberlo.

TISBE. Decidme al instante cómo es que está en vuestro poder.

La luz habrá quedado en el velador inmediato al balcon. TISBE se acerca á ella y examina el crucifijo. CATALINA la sigue.

CAT. Me lo regaló una mujer; al pié de la cruz está grabado su nombre: dice TISBE, pero yo no la conozco. Era una pobre mujer que querian matar; pedí su indulto á mi padre, y mi padre me lo concedió. Esa mujer era de Brescia, y yo entonces era una niña. Compadeceos de mí y no me perdais. Entonces aquella mujer me regaló el crucifijo, diciéndome que lo guardase, que me traeria felicidad. Esto no os importa, pero os lo digo porque os habeis empeñado en saberlo.

TISBE. (Cielos! ¡El crucifijo de mi madre!)

Se abre la puerta del fondo y aparece ANGELO.

CAT. (Llegándose hasta el proscenio.) (¡Mi esposo! Estoy perdida!)

ESCENA VI.

CATALINA, TISBE y ANGELO.

ANGELO. (Sin ver á TISBE, que permanece junto al balcon.) Qué sucede aquí, señora? ¡He oido ruido en vuestro aposento!

CAT. Señor...

ANGELO. ¿Por qué no estais acostada á estas horas?

CAT. Porque...

ANGELO. Estais temblando! Aquí ha entrado alguno.

TISBE. (Acercándose.) Yo, monseñor.

ANGELO. Vos aquí, Tisbe!

TISBE. Sí, yo.

ANGELO. A media noche! ¿Cómo habeis podido penetrar en esta cámara y...?

TISBE. Vais á saberlo. Voy á explicároslo... no os sobresalteis.

CAT. (Soy perdida!)

TISBE. Os lo diré en pocas palabras; supe que debian asesinaros mañana por la mañana.

ANGELO. A mí!

TISBE. Sí, cuando saliérais de palacio para ir á mi casa, solo, como acostumbrais. Recibí el aviso esta misma noche y no he sosegado hasta venir á advertírselo á vuestra señora, para que mañana no os dejara salir de palacio. Ya veis por qué he venido aquí á estas horas y por qué tiembla vuestra esposa.

CAT. (¡Quién será esta mujer misteriosa!)

ANGELO. En lo posible cabe, y no me admira; ya veis que tenia razon cuando os describia los peligros que me rodean. Quién os dió el aviso?

TISBE. Un desconocido, que me exigió la palabra de dejarle huir y que se la cumplí.

ANGELO. Mal hecho: debísteis hacerle la promesa y mandarle prender. ¿Cómo pudísteis entrar en palacio?

TISBE. Con la llave que vos me dísteis.

ANGELO. Pero yo no os dije que la llave abriese esta habitacion.

TISBE. Vaya! Es que no lo recordais.

ANGELO. Y esa capa de quién es?

TISBE. Es la que me prestó el desconocido para entrar en palacio; tambien me dió su sombrero, y por cierto que no sé donde lo he dejado.

ANGELO. Es triste pensar que hay hombres desconocidos que entran en mi casa cuando se les antoja! Decidme Tisbe...

TISBE. Monseñor, dejad las preguntas para mañana; esta noche debeis daros por satisfecho con que os hayamos salvado la vida, y debíais darnos las gracias á vuestra esposa y á mí.

ANGELO. Perdonadme, Tisbe.

TISBE. A la puerta me está aguardando mi litera. ¿Quereis darme la mano hasta llegar allí? Así dejaremos dormir á vuestra esposa.

ANGELO. Estoy á vuestra disposicion; pasaremos por mi cuarto y tomaré la espada. (Asomándose á la puerta del fondo.) Hola! Luces!

TISBE. (Haced que salga en seguida por donde yo he venido. Ahí teneis la llave.)

Aparte á CATALINA, que le entrega la llave.

ANGELO. Cuando querais, señora.

TISBE. (Si pudiera verlo salir! ¡Es imposible!) Vamos, monseñor.

CAT. (Viéndolos salir.) Es esto un sueño?

JORNADA TERCERA.

El blanco por el negro.

CUADRO PRIMERO

Interior de una casucha; algunos muebles rústicos. Una cesta de junco á medio hacer en un rincon. En el fondo una puerta. En el ángulo de la izquierda una ventana medio cerrada; á la misma parte otra ventana más larga cerrada completamente. A la otra parte una puerta y una chimenea alta que ocupa la esquina de la derecha. Al lado de la ventana grandes cuerdas, cañizos de mimbres colocados en la pared y un monton de piedras grandes.

ESCENA PRIMERA.

HOMODEI y ORDELAFO.

ORDELAFO. Mira, Homodei, por esta ventana. El rio pasa por debajo. Cada vez que el podestá quiere deshacerse de alguno, le traen aquí muerto ó vivo, le atan en un cañizo de mimbres, le ponen cuatro piedras en los extremos y despues lo arrojan por la ventana; el rio se encarga de lo demás. En Venecia teneis el canal Orfano y en Pádua tenemos el rio Brenta. No conocias tú esta casa?

HOM. Soy recien venido á esta ciudad y no conozco aun todas sus costumbres. Esta casa está bien situada para lo que yo deseo; está situada en un lugar desierto y en el camino que ha de seguir Reginella al volver de palacio.

ORD. Quién es Reginella?

HOM. No quiero que me preguntes, sino que me respondas. ¿Quién habita esta casa?

ORD. Dos especies de perros con rostro humano; el uno se llama Orfeo y el otro Gaboardo. En seguida entrarán.

HOM. ¿Qué hacen aquí esos dos hombres?

ORD. Las ejecuciones que se verifican de noche; se ocupan en que desaparezcan los cuerpos muertos. Me decias antes que ese asunto no te habia salido bien.

HOM. Sí.

ORD. Fué una locura dejar allí dentro una mujer.

HOM. No sabes lo que te dices. Cuando se medita el modo de matar á alguno, el mejor cuchillo que se puede empuñar son los celos de una mujer, porque ordinariamente las mujeres se vengan. No

puedo comprender cómo esa ha obrado de otra manera. Que no me digan ya nunca que las cómicas sirven para dar una puñalada; no hacen tragedias más que en el teatro.

ORD. Si yo hubiera estado en tu sitio me hubiera dirigido al podestá y le hubiera dicho: Vuestra mujer...

HOM. En mi sitio tú no te hubieras dirigido al podestá, ni le hubieras dicho *vuestra mujer*.... porque sabes, tan bien como yo, que el ilustre Consejo de los Diez nos prohibe á tí y á mí, á todos, tener relacion alguna con el podestá, hasta el dia que nos encarguen prenderle. Sabes tambien que no puedo hablar ni escribir al podestá bajo pena de muerte, y que me están vigilando... y quizás seas tú el que me vigile.

ORD. Nosotros somos amigos, Homodei.

HOM. Razon de más para que no me fie de tí.

ORD. Pues me parece que no tienes ningun motivo.

HOM. Ninguno; lo digo porque me has hecho preguntas tontas, y por nada más. Estoy de mal humor. Estrechémonos las manos.

ORD. ¿De modo que renuncias á vengarte?

HOM. Antes renunciaria á la vida. Tú no sabes lo que es amar á una mujer y que ésta te humille, y que te arroje de su casa, y que te llame espía, cuando eres espía; entonces el amor que se siente por esa mujer se cambia en aborrecimiento, viene á ser un amor que ódia; viene á ser una pasion terrible y ardiente, cuya sed solo aplaca la copa de la venganza. Me vengaré de esa mujer, la arrastraré por los piés hasta el sepulcro.

ORD. ¿Cómo lo conseguirás despues que ha fracasado tu plan?

HOM. Ya he concebido otro.

Vá á la ventana del fondo y llama á ORDELAFO.

Ven aquí, que necesito que me ayudes. ¿Ves allá bajo una mujer cubierta con manto rojo, que se dirige hácia nosotros?

ORD. Sí.

HOM. Pues sal con disimulo, y cuando estés cerca de ella, la dejas pasar y la sigues sin que lo note. Cuando esté cerca de la casa, la lanzarás bruscamente contra la puerta, que al salir dejarás entornada, y yo te ayudaré á hacerla entrar en la casa. Lo demás queda á mi cargo.

ORD. Lo haré así.

HOM. (Asomándose.) Hay completa soledad, no pasa nadie; si grita, que grite. Sal.

Váse ORDELAFO.

Verdaderamente esta casa está muy bien situada.

Ruido de pasos á la puerta; se abre y aparece REGINELLA, amordazada con un pañuelo, y ORDELAFO la empuja dentro de la casa.

ESCENA II.

HOMODEI, ORDELAFO y REGINELLA.

ORD. La he amordazado por precaucion.

HOM. (Quitándole el pañuelo.) Has hecho bien.

REG. Qué quereis de mí, señores? (Asustada.)

HOM. No te asustes; tranquilízate y respóndeme. Conociéndome, no me debes tener miedo. Ya sabes que anoche hablé contigo y que no te hice ningun daño. Sé que te llamas Reginella y que acompañabas al señor Rodolfo á las citas que le daba tu señora en el antiguo palacio Magaruffi. Esta mañana, hace una hora, Rodolfo te ha encontrado cerca del puente de Altima, cerca de aquí, y te ha entregado una carta para tu señora.

REG. Es verdad.

HOM. Dame esa carta.

REG. Tomad. (Se la dá.)

HOM. Bien. (Abre la carta.)

REG. ¡Habeis roto el sobre, monseñor!

HOM. No sé por qué me llamas monseñor, sabiendo que soy un espía. El miedo te hace aduladora. (Lee la carta para sí.) Con esto basta. Lástima es que no haya firmado. Necesitaré encontrar un medio de que sepa su nombre el podestá.

Se oye el ruido de una llave que meten en una cerradura. Entra un hombre vestido de gris y con la faz terrosa.

Quién es ese hombre?

ORD. Es uno de los dos perros de que antes te hablé; se llama Orfeo; el otro no tardará en venir. Como velan de noche, duermen de dia. (El hombre se aproxima á HOMODEI y le mira con aire feroz.) Dáte á conocer. (HOMODEI se entreabre el jubon, y al ver las tres letras que ya sabemos, el desconocido se lleva la mano á la gorra.) Vete á dormir.

El desconocido se retira á un rincon sin decir una palabra.

HOM. Tiene otra salida la casa?

ORD. Sí; por allá se sale á la calle de Escalona.

HOM. Sal, pues, por allí con esta mujer y paséala durante mucho tiempo.

Se van ORDELAFO y REGINELLA por la indicada puerta.

HOM. (He conseguido dar un gran

paso; pero ignoro cómo hacer llegar á manos de Angelo Malipieri esta carta, ni cómo hacer que sepa que es Rodolfo el amante de Catalina. Mientras consigo eso, no debo llevarla encima. ¿Dónde podré guardarla que esté segura? (Viendo una mesa que tiene un cajon.) En este cajon que se puede cerrar; bien está ahí.) (Mete la llave en el cajon, cierra y la quita.) Orfeo! (El desconocido se acerca.) Voy á salir. A la noche estad en vela tú y tu compañero, porque es posible que tengais que hacer que desaparezca una muerta.

ORFEO. Velaremos.

Se vuelve al rincon.

HOM. (Si pudiera escribir ó hablar al podestá, mi venganza era segura; pero esto lo tengo prohibido.)

RODOLFO se asoma, mirando por la ventana del fondo.

ROD. (Aquel hombre que está de espaldas se le parece mucho... no me equivoco... es él!... ¡es el miserable Homodei, que está ahí!)

HOM. (Es preciso que encuentre el medio de prevenir al podestá.)

Sale por la puerta del fondo, que se cierra tras él. Ruido de voces fuera.

VOZ 1.ª Defiéndete, miserable!

VOZ 2.ª Pero qué es lo que quereis?

VOZ 1.ª Que te defiendas.

VOZ 2.ª Señor Rodolfo!

VOZ 1.ª Si no te defiendes, te mato como á un perro.

Se oye choque de espadas.

ORFEO. Me parece que fuera matan á alguno.

VOZ 2.ª Ah!...

VOZ 1.ª Ya que me debes la vida, Homodei, págamela.

VOZ 2.ª Ah!... (Cesa el ruido; se oyen pasos de alguno que se aleja.)

ORFEO. Me parece que han muerto á alguno. (Dan golpes violentos á la puerta.) Quién es?

UNA VOZ FUERA. Soy yo; abre.

ORFEO. Voy á abrirte, Gaboardo.

Abre y entra GABOARDO, conduciendo á HOMODEI, cuyas piernas van arrastrando por el suelo.

ESCENA III.

ORFEO, GABOARDO y HOMODEI.

ORFEO. Este es el hombre que estaba aquí antes.

GABOARDO. Le ha muerto un jóven gentil-hombre, que huia cuando yo llegué.

ORFEO. Pero está muerto?

GAB. Me parece que sí.

ORFEO. Dale una sacudida. Casi no le sale sangre de la herida.

GAB. Eso no importa.

HOM. (Abriendo los ojos.) Dónde estoy? ¡Me ahogo!... Ah! Eres tú, Orfeo...? ¿Y éste será tu compañero?... Tomad la bolsa que llevo en la faltriquera; para vosotros.

ORFEO le registra.

GAB. (A ORFEO.) No te tomes ese trabajo, que yo ya se la he quitado.

HOM. Parece que eres muy listo, y ya que tienes mi dinero, voy á explicarte lo que vas á hacer. En mi bolsillo encontrarás una llave... tómala... es la llave de ese cajon que vas á abrir... Cómo te llamas?

GAB. Gaboardo.

HOM. Pues, Gaboardo, abre el cajon. Encontrarás allí una carta... tráemela.

GABOARDO abre el cajon, saca la carta y se la entrega.

Hay que entregar esta carta al podestá... me muero!... ¿teneis aquí algo para poder escribir?

ORFEO. Qué es escribir?

GAB. No tenemos nada para escribir.

HOM. Ah! (Cae al suelo y luego se incorpora.) Escúchame bien, Gaboardo. Irás á ver al podestá, le entregarás esa carta y él te dará cien cequíes de oro. Le dirás que la carta se dirige á su mujer, que su mujer tiene un amante que se llama Rodolfo... Me estoy ahogando! Retén bien ese nombre, Rodolfo... Moriré... pero moriré vengándome. Se llama Rodolfo. ¿Lo has comprendido bien? Repíteme ese nombre.

GAB. ¿Decís que me dará cien cequíes de oro?

HOM. No, no es eso. Sostenme la cabeza, que aun tengo que hablarte... Escúchame bien... No te dará los cien cequíes de oro el podestá si no le dices... Me ahogo!... que su mujer tiene un amante... que le escribe... y que se llama Rodolfo... lo oyes?... Rod... Rod...olfo...

Cae muerto.

GAB. Ya ha acabado de respirar. Me voy á casa del podestá á ver si me entrega los cien cequíes de oro. Aquí tengo la carta. ¿No es verdad, Orfeo, que me ha dicho que su mujer tiene un amante que le ha escrito una carta y que se llama... cómo ha dicho que se llama?

ORFEO. Ha dicho que se llama Rodrigo.

GAB. No, ha dicho que se llama Pandolfo.

CUADRO SEGUNDO

La cámara de CATALINA; están corridas las cortinas de la cama.

ESCENA PRIMERA.

ANGELO, el DEAN y el ARCIPRESTE.

ANGELO. (Al DEAN.) Señor Dean de San Antonio de Pádua, disponed que cubran inmediatamente de negro la nave, el coro y el altar mayor de vuestra iglesia. Dentro de dos horas celebrad un oficio solemne por el reposo del alma de una persona ilustre que estará muriendo entonces. Oficiareis vos mismo con la asistencia de todo el cabildo. Mandad que se descubra la urna del cuerpo del Santo y que enciendan trescientas hachas de cera blanca como para el funeral de una reina; deseo que concurran seiscientos pobres, y dareis á cada uno un ducado de plata y un cequí de oro. El paño de la tumba no ha de llevar más adorno que las armas de los Malipieri y las de los Bragadini: el escudo de los Malipieri lleva en campo de oro una garra de águila, y el de los Bragadini tiene una faja de azur y de plata, con cruz roja.

DEAN. Magnífico podestá...

ANGELO. Se me olvidaba... Hareis venir á todo el clero, con cruz y ciriales, y bajareis al panteon de este palacio ducal donde fueron sepultados los romanos. Allí vereis una caja vacía y una sepultura abierta; bendecidla. No perdais el tiempo, y orad tambien por mí.

DEAN. ¿Se trata, monseñor, de alguno de vuestra familia?

ANGELO. Idos.

El DEAN se inclina profundamente y se vá por el fondo; el ARCIPRESTE quiere seguirle, pero ANGELO le detiene.

Quedaos, señor Arcipreste, que os necesito. Aquí cerca, en ese oratorio, hay una persona que vais á confesar ahora mismo.

ARCIPRESTE. ¿Algun hombre sentenciado á muerte?

ANGELO. No, una mujer.

ARC. ¿La he de preparar á bien morir?

ANGELO. Sí; voy á introduciros en el oratorio.

UN UJIER. Ha llegado la señora que monseñor mandó llamar.

ANGELO. Que entre y que me espere aquí un momento.

Váse el UJIER.

Señor Arcipreste, perdereis la vida si cuando salgais de aquí decís á alguno el nombre de la mujer que vais á confesar.

Entran ambos en el oratorio; se abre la puerta del foro y el UJIER introduce á LA TISBE.

EL UJIER. Esperad aquí á monseñor.

Váse.

ESCENA II.

LA TISBE sola.

¿Para qué me habrá mandado llamar el podestá? Estoy en la misma cámara que anoche, pero hoy tiene este palacio aspecto sombrío. Me causa conmocion ver de dia esa puerta y pensar que encerraria á Rodolfo. Pero... ¿tengo acaso la seguridad de que fuera él? No he vuelto á ver al espía. Si fuera él, seria hombre perdido, porque le denunciaria al podestá, por vengarme de esta mujer. Pero no... primero me mataria. Segura de haber perdido el amor de Rodolfo, de que me habia engañado, de que amaba á otra, para qué querria vivir?

ESCENA III.

LA TISBE y ANGELO.

TISBE. Me llamásteis, monseñor?

ANGELO Sí, Tisbe; tengo que hablaros de cosas muy graves. Ya os lo dije; en mi azarosa existencia no hay dia que no me armen un lazo ó me preparen una traicion; no hay dia que no me vea expuesto á recibir una puñalada ó á tener que darla; en una palabra, Tisbe, mi mujer tiene un amante.

TISBE. Cómo se llama?

ANGELO. Estaba con ella en ese cuarto anoche, cuando nos vimos aquí.

TISBE. Cómo se llama?

ANGELO. Ved cómo lo he descubierto: uno de los espías del Consejo de los Diez ha sido encontrado esta mañana cosido á puñaladas en la orilla del agua cerca del puente de Alfiña. Mis dos vigías nocturnos dieron con él, sin poder saber si la referida muerte ocurrió en desafío ó en emboscada, pues por desgracia el esbirro pudo pronunciar pocas palabras. A pesar de estar moribundo, conservó bastante serenidad para entregar á los vigías una carta que acababa de interceptar, encargándoles que la pusieran en mis manos. Me la dieron, y ví que era una carta escrita á mi mujer por su amante.

TISBE. Cómo se llama?

ANGELO. No puedo decíroslo, porque la carta no tiene firma, y dudo de quién sea. El espía asesinado se lo dijo á los vigías, pero estos imbéciles no han podido recordar bien su nombre; uno de ellos me dijo que se llamaba Rodrigo y el otro Pandolfo.

TISBE. Teneis ahí la carta?

ANGELO. Sí; precisamente os hice venir para enseñárosla y para ver si por casualidad conoceis la letra. (Saca la carta.)

TISBE. A ver.

ANGELO. (Arrollando la carta entre las manos.) ¡Mi agitacion es horrible, Tisbe! Sé que hay un hombre que se ha atrevido á poner los ojos en la esposa de un Malipieri, que se ha atrevido á echar una mancha en el Libro de Oro de Venecia, en la línea donde está escrito mi nombre; un hombre que estuvo anoche aquí, en esta cámara, un miserable que ha escrito esta carta!... ¡Y ese hombre no caerá en mi poder, y no lavaré mi infamia con su sangre! Por conocer al que ha escrito esta carta daria la espada de mi padre y diez años de vida.

TISBE. Permitidme que la vea.

ANGELO. Tomadla. (Se la dá.)

TISBE. (Es de Rodolfo!)

ANGELO. Conoceis la letra?

TISBE. Dejádmela leer. (Lee.) "Mi amada Catalina: Ya ves que Dios nos favorece. Por un milagro nos hemos salvado de tu esposo y de aquella mujer. *(¡De aquella mujer!)* Yo te amo, Catalina, y eres la única mujer que he amado en mi vida. No temas por mí, que estoy libre de todo riesgo.„

ANGELO. Conoceis la letra?

TISBE. (Devolviéndole la carta.) No, monseñor.

ANGELO. Debe haberla escrito algun hombre recien venido á Pádua, y su lenguaje denota que es un amor antiguo. Haré que registren toda la ciudad para que no se escape. ¿Qué me aconsejais, Tisbe?

TISBE. Que le busqueis.

ANGELO. Dí órden de que nadie entre hoy en palacio, exceptuándoos á vos y á vuestro hermano, por si me necesitais. Entre tanto tengo en mis manos la mitad de la venganza y la voy á realizar.

TISBE. De qué modo?

ANGELO. Acabando con la mujer.

TISBE. Con vuestra esposa?

ANGELO. Todo lo tengo ya preparado, y no pasará una hora sin que sea decapitada Catalina Bragadini.

TISBE. Decapitada!

ANGELO. Y aquí mismo.

TISBE. En esta cámara?

ANGELO. Sí: la mancha que ha caido en mi lecho lo convierte en sepulcro. Esa mujer ha de morir; y tan imperturbablemente lo he decidido, que es irrevocable mi resolucion. Como no estoy colérico, será inútil que me supliqueis. Mi mejor amigo, si yo le tuviese, que intercediera por ella, me inspiraria desconfianza. Podeis hablarme de esto si quereis, porque no me afecta. Por otra parte, Tisbe, aborrezco á esa mujer, con la que me casé por conveniencias de familia, porque siempre en mi presencia la he visto triste y descontenta y nunca me ha dado sucesion. El ódio es inherente á mi familia, á mi sangre y á mis tradiciones; los Malipieri tienen necesidad de aborrecer á alguno. Tal vez yo valga menos que ella, pero ella morirá. Es necesario y está resuelto.

TISBE. Acaso la serenísima señoría de Venecia no os lo permita.

ANGELO. No me permite perdonar, pero soy dueño de castigar siempre que quiera.

TISBE. Pero la famila Bragadini, los parientes de vuestra mujer...

ANGELO. Me darán las gracias.

TISBE. Comprendo que vuestra resolucion es irrevocable; pero ya que nada se ha traslucido hasta ahora, ya que se ignora el nombre de su amante, ¿no podríais evitarla el suplicio, dejar de manchar de sangre el palacio, evitar la censura pública y las murmuraciones del pueblo? El verdugo es un testigo que sobra en este caso.

ANGELO. Mejor seria que tomase un veneno activo, pero no poseo ningun veneno.

TISBE. Yo tengo uno.

ANGELO. Dónde?

TISBE. En mi casa.

ANGELO. Qué veneno es?

TISBE. El de Malaspina. Recordareis que os referí que me lo regaló dentro de una caja el primiciero de San Marcos.

ANGELO. Ahora lo recuerdo. Es un veneno seguro y rápido, y me habeis aconsejado prudentemente que este secreto no salga de nosotros. Ya veis que deposito en vos toda mi confianza, y podeis comprender que la accion á que me veo obligado es legítima y que cualquiera obraria lo mismo en mi lugar. Su pronta ejecucion y su secreto nos interesan á esa mujer y á mí; espero que me ayudareis, porque os necesito y os lo suplico.

TISBE. Os ayudaré.

ANGELO. Deseo que desaparezca esa mujer sin que se sepa cómo ni por qué. La sepultura está abierta y el oficio de difuntos se celebrará, pero nadie sabrá por quién. Haré que saquen el cadáver los dos vigías que tengo encerrados en palacio, y siguiendo vuestro consejo, todo quedará sumido en la oscuridad. Enviad á buscar el veneno.

TISBE. Iré yo misma, porque nadie sabe dónde está.

ANGELO. Pues id, que aquí os espero.

Váse TISBE.

Prefiero que el castigo sea tan secreto como el crímen.

Se abre la puerta del oratorio, sale el ARCIPRESTE con los brazos cruzados y con los ojos bajos, atraviesa lentamente la cámara y se detiene en la puerta del fondo cuando le pregunta ANGELO:

Está preparada?

ARC. Sí, monseñor.

ESCENA IV.

ANGELO y CATALINA.

CAT. Preparada para qué?

ANGELO. Para morir.

CAT. Pero es eso cierto? ¿Es eso posible? No, monseñor, no estoy preparada.

ANGELO. ¿Cuánto tiempo necesitais para prepararos?

CAT. No lo sé.

ANGELO. Acaso os falta valor?

CAT. Por qué he de morir? ¿Qué delito he cometido para merecer la muerte? Concededme un dia, un dia nada más, permitidme que viva y me encerraré en un claustro.

ANGELO. Os puedo permitir que vivais, pero ya os dije que con una condicion.

CAT. Con qué condicion? No la recuerdo.

ANGELO. Con la condicion de que me declareis quién ha escrito esta carta, con la condicion de que me entregueis al hombre que me deshonra.

CAT. (Con desesperacion.) Dios mio!

ANGELO. Si me entregais á ese hombre, vivireis. Me daré por satisfecho si él sube al patíbulo y vos entrais en un convento. Decidíos.

CAT. Dios mio!

ANGELO. No me respondeis?

CAT. ¡Me he helado de frio en el oratorio! estoy temblando!

ANGELO. Quiero ser complaciente con vos hasta el último minuto. Os concedo una hora para que os decidais á lo que os propongo; os dejo sola para que reflexioneis que esto es lo que más os conviene. Os dejo la carta sobre la mesa, y si la firmais con el nombre y apellido del culpable, salvareis vuestra vida. Catalina Bragadini, os es indispensable descubrirle ó morir. Podeis disponer de una hora para decidiros.

CAT. Concededme un dia siquiera.

ANGELO. Solo os concedo una hora.

Váse.

ESCENA V.

CATALINA sola.

Esa puerta... (Vá á salir por ella.) ¡Oh, le ha pasado el cerrojo! Este balcon... (Asomándose á él.) Dios mio, está tan alto! (Se deja caer en un sillon.) ¡Es terrible la idea de la muerte cuando nos asalta de repente, en un momento inesperado! Estoy inquieta, desazonada... quizás podré reposar en el lecho. (Vá hácia la cama, descorre las cortinas y retrocede aterrada. En vez de la cama se encuentra con una hacha y con un tajo cubierto con un paño negro.) Qué es lo que veo! Eso es espantoso! (Corre las cortinas con movimiento convulsivo.) ¡Esa hacha y ese tajo son horribles! Y serán para mí! ¡Perdon, Dios mio!

Se abre la puerta del fondo y aparece RODOLFO.

ESCENA VI.

CATALINA y RODOLFO.

CAT. Rodolfo!

ROD. Sí, Catalina, yo soy, que vengo á verte un instante nada más. Es una dicha haberte podido encontrar sola. Pero te veo pálida y turbada!

CAT. Porque es muy imprudente que te arriesgues á venir aquí de dia.

ROD. ¡Estoy tan inquieto que no puedo vivir sin verte!

CAT. ¿Qué es lo que causa tu inquietud?

ROD. Voy á decírtelo, Catalina. Soy feliz al verte tan tranquila.

CAT. Cómo has podido entrar?

ROD. Con la llave que me enviaste.

CAT. Pero y en palacio?

ROD. Pues eso precisamente es lo que causa mi inquietud. Entré tan fácilmente que temo la salida.

CAT. Por qué?

ROD. Porque el capitan de la guardia me ha avisado que á nadie se permitirá salir hasta la noche.

CAT. Dios mio, no podrá huir!

ROD. Todo el palacio está lleno de

esbirros, está custodiado como si fuera una cárcel. Logré introducirme en la galería grande y pude llegar hasta aquí. Aquí debe suceder algo extraordinario.

CAT. No, no, sosiégate, Rodolfo; aquí pasa lo mismo que siempre. Ya ves que en mi cámara todo está en su sitio. Pero vete pronto, que temo que entre el podestá.

ROD. No temas por esa parte, Catalina. El podestá se encuentra ahora en el puente del Molino interrogando á gentes que acaban de prender. Estoy inquieto porque hoy presentan extraño aspecto la ciudad y el palacio; cuadrillas de arqueros y de alabarderos venecianos recorren las calles, y la iglesia de San Antonio está colgada de negro, y cantan en ella el oficio de difuntos. Todos ignoran por quién: lo sabes tú?

CAT. Yo no.

ROD. No he podido penetrar en la iglesia; la poblacion está aterrorizada y las gentes hablan en voz baja. No lo dudes, algo extraordinario está sucediendo, pero tú en tu aislamiento no sabes lo que pasa, porque no sucede nada aquí.

CAT. No...

ROD. Pues no nos importa lo demás. Dime: ¿te has repuesto ya del sobresalto de anoche? Fué aquel un lance que aun no me he podido explicar; pero ya te he librado de aquel infame esbirro, que no volverá á incomodarte.

CAT. Qué dices?

ROD. Que el esbirro ha muerto ya, pero... te veo muy afectada. ¿Qué es lo que te sucede?

CAT. Nada... nada... quisiera que te marcharas al instante... tu presencia aquí me hace temblar.

ROD. Esta mañana te escribí una carta; encontré á Reginella y se la dí; no deben haberla interceptado... ¿La has recibido?

CAT. Ahí la tienes.

Indicándole la carta que ANGELO dejó sobre la mesa.

ROD. Cuando se escriben ciertas cartas no estamos tranquilos hasta saber que se han recibido.

CAT. Pues bien; me has visto, me has hablado, debes estar tranquilo, porque aunque ves que en la ciudad hay desasosiego, aquí no hay novedad; por lo tanto, Rodolfo mio, en nombre del cielo, vete en seguida. Vete y vive precavido; y si por casualidad te proponen que escribas algo, busca una escusa cualquiera, pero no escribas.

ROD. Por qué me previenes eso?

CAT. Porque no quiero que nadie conozca tu letra. Ya sabes que las mujeres tenemos presentimientos... te agradezco mucho que hayas venido, que hayas entrado, que haya podido verte, porque así me quedo tranquila, alegre y contenta, y tengo para distraerme la guitarra y tu carta. Vamos, vete en seguida. Oye antes una palabra.

ROD. Díla.

CAT. Ya sabes que nunca te he concedido ningun favor.

ROD. Por qué me lo dices?

CAT. Porque hoy te lo voy yo á pedir. Rodolfo, un beso.

ROD. (Abrazándola.) Me haces ascender al cielo.

CAT. Tambien se abre para mí!

ROD. Oh, felicidad!

CAT. Eres feliz? Pues adios!...

ROD. Adios. (Se vá y al llegar á la puerta se detiene.)

CAT. Adios, Rodolfo. Te amo!

Váse RODOLFO.

ESCENA VII.

CATALINA sola.

Hubo un instante en que me ocurrió la idea de huir con él, pero en seguida comprendí que era imposible. ¡Dios quiera que salga sano y salvo de palacio! (Abrese la puerta grande.) Cielos!

Por ella entran ANGELO y TISBE.

ESCENA VIII.

CATALINA, ANGELO y TISBE.

CAT. (Esta es la mujer de anoche!)

ANGELO. ¿Lo habeis meditado bien, señora?

CAT. Sí, monseñor.

ANGELO. ¿Estais dispuesta á decirme quién es el culpable?

CAT. Ni un solo momento he pensado en denunciarle.

TISBE. (Es noble y valiente Catalina.)

ANGELO hace señas á TISBE y ésta le entrega una redomita de plata, que él deja sobre la mesa.

ANGELO. Entonces, bebed de ese frasco.

CAT. Es un veneno?

ANGELO. Lo acertásteis. El proveedor Urfeolo, un Bragadini, un ascendiente vuestro, hizo morir á Marcela Galbay del mismo modo y por el mismo delito.

CAT. Hablemos francamente; aquí no se trata de los Bragadini, sino de vos, que sois un infame, que venís con frialdad á proponerme que tome un veneno,

acusándome de ser culpable, siéndolo mucho menos de lo que vos pensais. No me rebajaré á justificarme, porque como vos mentís siempre, no me creeríais, y además, porque os desprecio. Os casásteis conmigo por mi opulencia y por pertenecer á mi familia el derecho sobre el agua de las cisternas de Venecia. Os casásteis conmigo por asegurar cien mil ducados de renta cada año. ¿Qué vida me habeis hecho llevar durante los cinco años que hace que me casé con vos? Sin amarme, estais celoso de mí, y mientras me teneis encerrada en esta cámara como en una cárcel, disfrutais de las mancebas que quereis, porque para vos todo es lícito. Conmigo habeis sido siempre taciturno, áspero y poco amable. ¿Creeis que es éste el modo de hacer feliz á una mujer? Preciso es haber sufrido lo que yo sufrí para conocer la suerte desgraciada de las mujeres. Y ya que me he decidido á hablaros con franqueza, os confieso que antes de conoceros amé á un hombre y que le amo aun: este es mi crímen, y si teneis derecho para castigarlo con la muerte, es preciso confesar que vivimos en una época detestable. Para vos debe ser una satisfaccion haber sorprendido esa carta, ser mi juez y mi verdugo en la oscuridad, ya que la fuerza está de vuestra parte, pero tambien la cobardía. (Dirigiéndose á TISBE.) ¿Qué concepto os merece este hombre, señora?

ANGELO. Cuidado con lo que decís!

CAT. (A TISBE.) Y vos quién sois? ¿Qué quereis de mí y qué conducta es la vuestra? Sois la dama pública de mi esposo y os interesa perderme; me espiais; descubrís mis secretos y tratais de aplastarme; ayudais á mi esposo en su proyecto abominable, y quizás, quizás le habeis proporcionado el veneno. (A ANGELO.) ¿Qué concepto os merece esta mujer, señor?

ANGELO. Señora!

CAT. Los tres pertenecemos á un pais detestable, á una odiosa República, en la que se permite que el hombre pueda oprimir impunemente á la mujer desdichada, como vos lo habeis hecho conmigo, y en la que los demás os aplauden. Fóscari hizo morir á su hijo, Loredano á su mujer, Bragadini... ¡no es esto una infamia! Venecia se encuentra ahora representada en esta cámara. Ahí está su déspota y aquí su cortesana.

ANGELO. (Cogiéndola por el brazo.) Vamos, señora, terminemos pronto.

CAT. (Aproximándose hácia la mesa.) Voy á cumplir vuestra voluntad, ya que es preciso. (Alarga la mano hácia el pomo y luego retrocede.) Pero no; esto es horroroso! Ni quiero, ni puedo. Reflexionad que soy una mujer sola en el mundo, desamparada, indefensa, sin parientes y sin amigos, y que quereis envenenarla miserablemente en un rincon de su casa. Madre! Madre mia!

TISBE. Pobre mujer!

CAT. Habeis dicho pobre mujer! Luego teneis compasion de mí; sí, compadecedme; ya veis que me quieren asesinar, y esto no es posible que lo aprobeis. Perdonad si mis anteriores palabras os ofendieron, que ya veis que no me avergüenzo de ser una mujer débil y digna de lástima, y que lloro porque la muerte me aterra.

ANGELO. No puedo esperar ya más tiempo.

CAT. No me interrumpais! (A TISBE.) Ya veis cómo me interrumpe, y esto no es justo. Ha comprendido que principiábais á conmoveros, y no me deja hablar y me corta la palabra. (A ANGELO.) ¡Sois un mónstruo!

ANGELO. Esto ya es demasiado. Catalina Bragadini, el crímen cometido reclama su castigo, la sepultura abierta un cadáver y el marido ultrajado la mujer muerta. ¡Es inútil cuanto digais, os lo juro! Tomais el veneno?

CAT. No.

ANGELO. Pues bien, realizaré mi primer pensamiento. Yo mismo iré por los esbirros.

Sale violentamente por la puerta del fondo, que se oye cerrar con estrépito.

ESCENA IX.

CATALINA y LA TISBE.

TISBE. Solo podemos disponer de un instante; no perdamos tiempo y oidme lo que os tengo que decir. Obedeced al podestá ó sois perdida. No tengo tiempo para explicarme más claro, porque en el estado que estais no sois razonable. Obedeced y bebed de esa redoma, porque si os decapitan, la muerte es segura, pero os salvais bebiendo. No podeis comprenderme, y sin embargo, os hablo con el corazon en la mano.

CAT. Señora...

TISBE. Bebed sin pronunciar ni una sola palabra, y procurad que no pierda la confianza que en mí ha depositado vuestro esposo. Ahora no os puedo decir nada más; pero sabed que de nosotras dos una ha de morir, pero esa no sois vos.

CAT. Os obedeceré, señora.

TISBE. Bien... ya vuelve... callad.

TISBE vá á la puerta del foro cuando ésta se abre.

Entrad solo, monseñor.

Se ven algunos esbirros con las espadas desnudas en la pieza inmediata. Entra ANGELO y cierra la puerta.

ESCENA X.

CATALINA, TISBE y ANGELO.

TISBE. Se resigna á tomar el veneno.

ANGELO. Pues en seguida.

CAT. (Tomando la redoma.) Sé que sois la dama de mi esposo, y si intentais perderme, si vuestro deseo es usurpar mi puesto, cometeríais una accion abominable, y por triste que sea morir á los veintidos años, prefiero morir á cometer semejante accion.

TISBE. (Cuánta palabra inútil!)

CATALINA bebe. ANGELO se dirige á la puerta del fondo y entreabriéndola dice á los esbirros:

ANGELO. Marchaos.

CAT. Esta bebida me hiela la sangre! Ya estareis contento... Ahora que voy á morir y que ya no os temo, confesaré á mi verdugo, como confesaré á Dios, que he amado á un hombre, pero que he conservado intacta mi virtud.

ANGELO. No os creo, señora.

TISBE. (Yo sí.)

CAT. Me siento desfallecer... no... no quiero sentarme en ese sillon... no me toqueis; ya os he dicho que sois un infame.

Se dirige vacilando hácia el oratorio.

Quiero morir arrodillada ante mi altar, sola, tranquila, sin veros. Quiero morir rezando á Dios.

Entra en el oratorio.

ANGELO. Troilo!

Sale el UJIER.

Saca de mi escarcela la llave de mi sala secreta; en ella encontrarás á dos hombres; hazlos venir aquí sin decirles una palabra.

Váse el UJIER.

Ahora voy á interrogar á los que hice prender; pero antes tengo que dar mis órdenes á mis dos vigías, y luego quedará á vuestro cargo disponer todo lo demás. Tisbe, os encargo el secreto.

Salen los dos vigías introducidos por el UJIER, que se retira.

ESCENA XI.

ANGELO, LA TISBE, ORFEO y GABOARDO.

ANGELO. Diferentes veces habeis intervenido en las ejecuciones nocturnas de este palacio, y conoceis el subterráneo donde están los sepulcros.

GAB. Sí, monseñor.

ANGELO. ¿Conoceis algun pasadizo oculto por el que podais bajar al subterráneo y salir de palacio sin que nadie os vea?

GAB. Entraremos y saldremos sin que nos vea nadie.

ANGELO. Eso quiero. (Entreabre la puerta del oratorio y la señala á los vigías.) Ahí hay una mujer muerta; teneis que llevarla secretamente al subterráneo: en él hallareis una losa removida; y bajo una sepultura abierta... colocad allí á la mujer y en seguida tapadla con la losa. ¿Lo habeis comprendido?

GAB. Sí, monseñor.

ANGELO. Os vereis obligado á pasar por mi cuarto; voy á hacer salir á los que en él están. (A TISBE.) Cuidad de todo.

Váse.

TISBE. (Sacando un bolsillo y dirigiéndose á los dos vigías.) Doscientos cequíes de oro contiene esta bolsa... son para vosotros, y os daré doble mañana si me obedeceis.

GAB. (Tomando la bolsa.) Haremos todo lo que querais. ¿Dónde quereis que vayamos?

TISBE. Al subterráneo en seguida.

CUADRO TERCERO

Un dormitorio y en el fondo una cama con colgaduras. Una puerta á cada lado; la de la derecha la cubre un tapiz. Mesas, sillones y sillas ocupadas por máscaras, abanicos, estuches medio abiertos y trajes de teatro.

ESCENA PRIMERA.

LA TISBE, GABOARDO, ORFEO, un PAJE negro y CATALINA amortajada y tendida en la cama, sosteniendo en el pecho el crucifijo de cobre. LA TISBE toma un espejo y lo aplica al rostro de CATALINA.

TISBE. (Al PAJE.) Acerca la luz... así... ya estoy tranquila! (Corre las cortinas de la cama.) ¿Estais seguros de que nadie os ha visto venir del palacio aquí?

GAB. Sí, porque la noche es oscurísima y á estas horas la ciudad está desierta. No hemos encontrado á nadie, señora. Vos misma presenciásteis cómo metimos el ataud en la sepultura y vísteis que le cubrimos con la losa. Nada temais. Ignoramos si esa mujer está muerta, pero para todo el mundo está enterrada en la tumba.

TISBE. Está bien. (Al PAJE.) ¿Has arreglado los vestidos de hombre que te mandé disponer?

PAJE. Allí están, señora. (Señalando un envoltorio que hay sobre una silla.)

TISBE. ¿Están ya en el patio á punto los caballos que te mandé preparar?

PAJE. Están ya ensillados y embridados.

TISBE. Son buenos?

PAJE. Excelentes, señora.

TISBE. Bien. Decidme: ¿cuánto tiempo se necesita con buenos caballos para salir del territorio de Venecia?

GAB. Segun: si os dirigís á Montebacco, que pertenece ya al dominio del Papa, solo se necesitan tres horas; hay muy buen camino.

TISBE. Basta; podeis iros ya, y os encargo que me guardeis el secreto. Volved mañana por la mañana y os daré la recompensa que os prometí. (Vánse los vigías. Al PAJE.) Tú cierra la puerta de la calle y no dejes entrar á nadie.

PAJE. ¿Cerraré tambien la entrada particular del señor Rodolfo?

TISBE. No, que quiero que entre, pero él solo. Vete.

ESCENA II.

TISBE y CATALINA narcotizada.

TISBE. Creo que ya poco tardará en volver á la vida. No queria morir y lo comprendo. Sabia que era amada! Si la hubieran despreciado como á mí, hubiera muerto con júbilo. Me arde la cabeza! He pasado tres noches sin dormir; anteayer la fiesta, ayer la cita en que los sorprendí, hoy... esta noche dormiré.

Dá una ojeada á los trajes de teatro.

Las cómicas somos muy felices! Nos aplauden en el teatro, nos admiran, nos llaman divinas, nos cubren de flores, pero nuestro corazon gotea sangre. Rodolfo, creer en tu amor me era necesario para vivir; cuando creia en él pensaba muchas veces que cuando muriera espiraria á su lado, de modo que le fuera imposible arrancar mi imágen de su pecho. ¡La muerte no es nada, pero el olvido es horrible!

Se acerca á la cama, separa los cortinajes, fija las miradas en la inmóvil CATALINA y toma el crucifijo.

¡Madre mia, si este crucifijo ha proporcionado á alguno la felicidad en el mundo, no se la proporcionó á tu hija!..

Deja el crucifijo sobre la mesa, se abre la puerta secreta y aparece RODOLFO.

ESCENA III.

Dichas y RODOLFO.

TISBE. Sois vos? Mucho me alegro, porque tenia precision de hablaros; oidme.

ROD. Tambien á hablaros vengo y vos sois la que me habeis de oir.

TISBE. Rodolfo!

ROD. Estais sola?

TISBE. Sola.

ROD. Dad la órden de que nadie entre.

TISBE. Ya la dí.

ROD. Permitidme cerrar estas dos puertas.

Echa los cerrojos.

TISBE. Escucho ya lo que teneis que decirme.

ROD. De dónde venís? ¿Por qué estais tan pálida? ¿En qué habeis pasado las execrables horas de este dia? No me contesteis, que yo os lo diré. Todo lo sé, todo lo sé, señora. A dos pasos de vos, en el oratorio, estaba Dafne escondida, y todo lo presenció y todo lo ha oido. El podestá decia: "No tengo ningun veneno„; vos le contestásteis: "Yo sí.„ Pues si vos teneis un veneno, yo tengo un puñal.

Lo desenvaina.

TISBE. Rodolfo!

ROD. Un cuarto de hora os doy para prepararos á morir.

TISBE. Me quereis matar! ¿Aquí, en este momento, sin tener paciencia para esperar, sin tener la seguridad de cómo yo he procedido? ¡Con tanta facilidad tomais esa resolucion! ¡Me quereis matar porque amais á otra! Rodolfo, deseo que me digais vos mismo que nunca me habeis amado.

ROD. Nunca.

TISBE. Esa palabra es la que me mata, no tu puñal.

ROD. Amaros yo? Jamás os quise; siempre me inspirábais compasion.

TISBE. No te creia tan ingrato! ¡Amabas mucho á Catalina!

ROD. Si la amaba! Quiero que lo sepais, ya que así os atormento: era para mí una mujer casta y sagrada, era para mí la vida, mi tesoro, mi consuelo, mi único pensamiento.

TISBE. Entonces he obrado bien.

ROD. Conque obrásteis bien?

TISBE. Ni siquiera podrás comprenderlo.

ROD. Lo sé, porque esta es la segunda vez que me lo decís. Además, aun resuena en mi oido la declaracion de



AH! QUE ES LO QUE HE HECHO

Dafne, por la que supe que en su cámara solo estaban Catalina, Angelo y La Tisbe. Sé que fuísteis á buscar el veneno y que la persuadísteis á que lo bebiera. Vuestro es este pañuelo que he encontrado en la cámara de Catalina y suyo es el crucifijo que encuentro sobre esa mesa. ¡Aun pretendeis que no esté seguro de vuestro delito!

TISBE. Rodolfo!

ROD. Decidme pronto lo que tengais que decir para justificaros.

TISBE. Nada, Rodolfo: es verdad lo que te han dicho; créelo. Llegas á tiempo, porque estaba deseando morir y buscaba el medio de espirar á tus plantas. Nunca me hubiera podido esperar la dicha de morir á tus manos: así estoy segura de que oirás mis últimas palabras y de que recibirás mi último aliento. No quiero vivir ya que no me amas; mátame, por favor, que yo te daré las gracias.

ROD. Señora...

TISBE. Escucha un solo instante lo que tengo que decirte. Siempre fuí digna de lástima. Te hablo así porque esas palabras rebosan de mi corazon, lleno de amargura. El mundo no tiene compasion de nosotras las cómicas, porque raras veces sabe hasta el extremo que llegan nuestro valor y nuestra virtud. Qué apego puedo tener á la vida! Empecé á mendigar desde la niñez; á los diez y seis años me moria de hambre; me recogieron señores poderosos en las calles, y desde un cieno caí en otro cieno. Amé cuando ya era tarde; por mi posicion necesitaba una alma que comprendiese á la mia; creí hallarla y me equivoqué. Seis meses hace que te conocí, seis meses que eres para mí la delicia y el único objeto de mi existencia; pero en estos seis meses no he estado nunca completamente segura de que me amases, y te atormentaba con mis celos: me acabas de desengañar; pero no te ódio por esto, que no es culpa tuya. Me convenzo ahora de que esa mujer llenaba tu vida por completo y de que yo te servia de distraccion y de pasatiempo. Pero vivir sin tu amor me es imposible. Veo que ni te dignas escucharme. Soy tan desgraciada, que el que nos oyera me compadeceria.

ROD. Mientras el podestá fué á buscar los cuatro esbirros, le diríais palabras tan terribles, que la obligaron á tomar el veneno. Mi razon se extravía! ¿Es cierto que la habeis muerto, que la habeis envenenado? ¿Dónde está Catalina? ¿No sabeis que es la única mujer que he amado, la única? Lo oís?

TISBE. Es demasiada crueldad darme tantas puñaladas. Por compasion, mátame de una vez.

ROD. Lo confesais! ¡Vos misma lo confesais!

TISBE. Sí; como obré volveria á obrar. Mátame.

ROD. (Exasperado.) Señora!

TISBE. La he asesinado, mátame.

ROD. Miserable! (La hiere.)

TISBE. Me has herido en medio del corazon. Gracias, Rodolfo. Dame la mano. Me has librado de padecer. Ya que voy á espirar, sé indulgente conmigo y dime algunas frases de compasion.

ROD. Señora...

TISBE. Accedes?

CAT. (En la cama y tras de las cortinas.) ¿Dónde estoy?

ROD. Qué oigo! Es su voz!

Se vuelve y vé que CATALINA ha descorrido los cortinajes.

CAT. Rodolfo!

ROD. (Se dirige á la cama y la saca en brazos.) ¡Catalina! Tú aquí! Tú viva! Cómo es esto? (Volviéndose hácia LA TISBE.) ¡Ah, qué es lo que he hecho!

TISBE. (Arrastrándose á él y sonriéndose.) Nada; yo tengo la culpa de todo; deseaba morir é impulsé tu mano.

ROD. Catalina, quién te ha salvado?

TISBE. Yo la salvé para tí.

ROD. Tisbe! Socorrámosla! ¡He sido un miserable!

TISBE. Es inútil que me socorras; lo conozco y te lo agradezco. Entrégate al júbilo como si yo no estuviera delante. No quiero molestarte. Engañé al podestá, haciendo que Catalina bebiera un narcótico en vez de un veneno. Todos la creyeron muerta, pero estaba aletargada. En el patio teneis caballos preparados para huir, y en esa silla un traje de hombre para ella... huid inmediatamente... en tres horas podeis salir del territorio de Venecia. Sed felices, ya que he desatado el lazo que la ligaba á otro hombre. Murió para el podestá y vive para tí.

ROD. Catalina!... Tisbe!...

Cae de rodillas ante ésta, que está espirando.

TISBE. (Con voz cada vez más apagada.) Voy á morir... pensarás alguna vez en mí y dirás... Me queria mucho la pobre Tisbe!... Estas palabras me harán temblar de gozo en la tumba... permitidme, señora... que por última vez... le diga... adios, Rodolfo mio... Huid pronto... muero... bendiciéndote.

Muere.

LA ESMERALDA.

LIBRETO DE ÓPERA EN CUATRO ACTOS

PREFACIO.

Cuando el que lea este libreto de ópera recuerde una novela que escribió el autor, debe éste advertirle que, para que quepa en la escena lírica algo del argumento de *Nuestra Señora de Paris*, ha sido preciso modificar, no solo la accion, sino tambien los caractéres. Por ejemplo, el carácter de Febo de Chateaupers ha sufrido variacion, lo mismo que el desenlace, que es diferente del de la novela. Aunque el autor, al escribir este libreto, se separa lo menos posible, cuando las condiciones de la música lo exigen, de las condiciones indispensables á toda obra, cree que ofrece á los lectores, ó mejor dicho, á los oyentes, una pauta de ópera mejor ó peor dispuesta para el trabajo musical; cree haber presentado un cañamazo para que borde con facilidad el arte divino que se llama música.

El autor suplica al lector que únicamente vea en las anteriores líneas lo que materialmente quieren decir; esto es, un pensamiento personal sobre este libreto en particular, y no desprecio injustificado y de mal gusto hácia esta clase de poemas. El autor conoce que es una nulidad en este género, pero no por eso desprecia á los que en él se han distinguido, entre los que se encuentran ilustres poetas. En 1671 se representó con toda la pompa que la escena lírica requiere una tragedia-baile, titulada *Fsyquis*: el libro de dicha ópera lo compusieron dos autores célebres: Poquelin de Moliere y Pedro Corneille.

14 Noviembre 1836.

LA ESMERALDA.

PERSONAJES

La Esmeralda.
Febo de Chateaupers.
Claudio Frollo.
Quasimodo.
Flor de Lis.
Eloisa de Goudelaurier.
Diana de Lis.
Berenguela.
El vizconde de Gif.
Chevreuse.
Morlaix.
Clopin Trouilleffon.
El pregonero.
Pueblo, hampones, arqueros, etcétera, etc.—Paris, 1482.

ACTO PRIMERO

La Córte de los Milagros.—Es de noche.—Multitud de hampones bailando desenfrenadamente. Mendigos y mendigas en diversas actitudes de pedir limosna. El rey de Tunia sentado sobre un tonel. Hachas encendidas y diversas iluminaciones. En el centro del teatro se ven viejas casuchas sumidas en la oscuridad.

ESCENA PRIMERA.

Claudio Frollo, Clopin Trouilleffon, hampones, despues la Esmeralda, luego Quasimodo.

Coro de hampones. ¡Viva Clopin, rey de Tunia! ¡Vivan los mendigos de Paris! Hagamos nuestros negocios en la oscuridad, cuando todos los gatos son pardos. Bailemos! Burlémonos del Papa y de las Bulas y dejemos que llueva el mes de Abril y que abrase el mes de Junio. Sepamos con nuestros puñales y con nuestros estoques conseguir que el transeunte nos vacíe la bolsa, y á la luz de la luna bailemos como endemoniados. ¡Viva Clopin, rey de Tunia! ¡Vivan los mendigos de Paris!

Claudio Frollo está escondido en una casa en un rincon del teatro y envuelto en una larga capa que oculta su traje de sacerdote.

Claudio. (A la gente que forma ese corro infernal, ¿qué le importa que yo suspire y que sufra? ¡Mi alma se enciende en llama, como un volcan oculta su fuego!)

Entra la Esmeralda bailando.

Coro. Aquí está ya la Esmeralda!

Clau. (Es ella! ¡Por qué el destino cruel quiso crearnos, á ella tan hermosa y á mí tan desventurado!)

La Esmeralda se coloca en el centro del teatro; los hampones, admirándola, forman círculo á su alrededor. Ella baila y canta.

Esmeralda. Soy una huérfana, hija de la desgracia, que al que la contempla arroja flores; en mi embriagador delirio, suspiro con frecuencia, enseño mis sonrisas y oculto mis lloros. Bailo sin saber por qué á la orilla de un arroyo y balbuceo mis cantos como un pajarillo jóven. Soy la paloma que hiere el cazador y cae; en la oscuridad y en el misterio se ha mecido mi cuna.

Coro. Baila, hermosa niña; danos ese regocijo, que nosotros en cámbio seremos tu familia, y ya que no tienes padres, nosotros te protejeremos.

Clau. (Tiembla, hermosa gitana, porque el sacerdote está celoso.)

Claudio quiere acercarse á la Esmeralda, ella le vé y huye azorada. Entra la procesion del papa de los locos con antorchas, linternas y músicas; detrás de todo el acompañamiento llevan sobre una anda con cirios encendidos á Quasimodo, revestido con hábitos pontificales.

Coro. ¡Saludad, mendigos, saludad, hampones, saludad, vasallos del rey de Tunia, al papa de los locos, que aquí viene!

CLAU. (Apercibiendo á QUASIMODO, se lanza hácia él colérico.) (Están haciendo representar ridículo papel á Quasimodo! ¡Eso es una profanacion!) Ven aquí, Quasimodo!

QUASIMODO. (Gran Dios, qué veo!)

CLAU. Te digo que vengas aquí.

QUAS. (Saltando desde el anda á tierra.) Aquí estoy.

CLAU. Mereces ser anatematizado.

QUAS. (Es mi amo el arcediano!)

CLAU. De rodillas, traidor!

QUAS. Perdonadme.

CLAU. Eso es una audacia increible.

CLAUDIO FROLLO arranca los ornamentos pontificales á QUASIMODO y los patea; los hampones, que mira CLAUDIO con ira, empiezan á murmurar y van formando grupos amenazadores á su alrededor.

LOS HAMPONES. Compañeros, nos amenaza, y eso no lo debemos consentir en este sitio, donde nosotros reinamos.

QUAS. (Son audaces estos ladrones, pero se verán conmigo como le lleguen á amenazar.)

CLAU. ¡Impura raza de ladrones y de judíos, guardaos bien de amenazarme!

Aumenta la cólera de los hampones.

CORO. ¡Que muera ese miserable que viene á turbar nuestras fiestas! ¡Que pague con la vida su audacia!

QUAS. Respetadle, ó convierto la fiesta en sangriento combate.

CLAU. (¡Poco me importa la vida; el verdadero combate, la verdadera tempestad ruge en mi corazon!)

En el momento en que el furor de los hampones llega á su colmo, CLOPIN aparece en el fondo del teatro.

CLOPIN. ¿Quién se atreve á atacar en esta inmunda madriguera al arcediano mi señor, y á Quasimodo, el campanero de Nuestra Señora?

LOS HAMPONES. (Retrocediendo.) ¡Es nuestro rey Clopin!

CLOP. Retiraos, ganapanes!

LOS HAMPONES. Es preciso obedecerle.

CLOP. Dejadnos.

Los hampones se retiran á las casas. La Córte de los Milagros queda desierta. CLOPIN se acerca misteriosamente á CLAUDIO.

ESCENA II.

CLAUDIO, QUASIMODO y CLOPIN.

CLOP. ¿Por qué habeis venido á mezclaros en esta orgía? ¿Teneis algo que mandarme, monseñor? Me habeis enseñado la mágia, soy vuestro discípulo, y estoy dispuesto á obedecer cuanto me mandeis.

CLAU. (Arrastrando vivamente á CLOPIN hasta el proscenio del teatro.) Vengo decidido á terminar este asunto; escúchame.

CLOP. Hablad, monseñor.

CLAU. La amo más que nunca; estoy enamorado, loco. Necesito que sea mia esta noche.

CLOP. Pasará por aquí dentro de un instante; este es el camino de su casa.

CLAU. (¡El infierno se ha apoderado de mi!) Pasará pronto?

CLOP. En seguida.

CLAU. Vendrá sola?

CLOP. Sola.

CLAU. Eso es lo que yo deseo.

CLOP. La esperais?

CLAU. La espero. Quiero conseguirla ó morir.

CLOP. Puedo serviros de algo?

CLAU. No, vete.

Dá un bolsillo á CLOPIN, el que se vá. CLAUDIO queda solo con QUASIMODO y le dice:

Ven, que te necesito.

QUAS. Estoy á vuestras órdenes.

CLAU. Te necesito para un acto impío, sacrílego. Nos exponemos á todo, hasta á ir á la horca.

QUAS. Contad conmigo.

CLAU. Voy á robar á la gitana.

QUAS. Contad conmigo.

A una señal que le hace CLAUDIO, se retira al fondo del teatro.

CLAU. Despues de profundizar con mi pensamiento los abismos, estudiando la mágia, y haber caido más bajo que el infierno, tener que espiar en la oscuridad á una mujer para robarla, y pensar que Dios me está mirando!... ¡Ah, soy impotente! La mano irresistible del destino me arrastra; es más fuerte que yo y tengo que ceder á su empuje... ¡Demonio que me embriagas y que mis libros evocan, si me la entregas, me entrego á tí! El infierno con ella será para mí el paraiso.

QUAS. (Acercándose.) Ya vá á venir.

CLAU. Sí; la hora es solemne. Cállate, que mi suerte está decidiéndose.

CLAU. } La noche es sombría; se oyen
QUAS. } pasos de alguno que avanza en la oscuridad.

La ronda pasa por cerca de las casas.

LA RONDA. Silencio y vigilancia; prestemos el oido á cualquier ruido que oigamos en el silencio de la noche.

QUAS. Se vá ya la ronda.

CLAU. Gracias á Dios que se vá.

QUAS. El amor aconseja y la esperanza mantiene al que vela cuando todos están durmiendo. Ya adivino, ya

entreveo á la hermosa gitana que tranquilamente vá á pasar.

CLAU. El amor aconseja y la esperanza mantiene al que vela cuando todos están durmiendo. Ya adivino, ya entreveo á la hermosa gitana que vá á pasar tranquila y que será mia.

Sale la ESMERALDA; CLAUDIO y QUASIMODO se arrojan sobre ella y se la quieren llevar; ella forcejea para escaparse.

ESM. Socorro! Socorro!

CLAU. Cállate!

QUAS. Cállate!

ESCENA III.

La ESMERALDA, QUASIMODO, FEBO y los arqueros de la ronda.

FEBO. De órden del rey!

CLAUDIO se escapa entre el tumulto; los arqueros se apoderan de QUASIMODO.

FEBO. Sujetadle, atadle bien, sea el criado ó sea el señor, y en seguida vamos á encerrarle en la cárcel del Chatelet.

Los arqueros llevan á QUASIMODO hasta el fondo del teatro; la ESMERALDA, vuelta en sí de su pasado susto, se aproxima á FEBO con curiosidad mezclada de admiracion y le atrae al proscenio.

ESM. Deseo saber cómo se llama mi salvador.

FEBO. Me llamo Febo de Chateaupers, hermosa niña.

ESM. Sois capitan?

FEBO. Sí, reina mia.

ESM. No soy reina.

FEBO. Mereces serlo por tu hermosura.

ESM. Estoy enamorada de vuestro nombre.

FEBO. Pues has de saber que, además de mi nombre, mi espada es famosa.

ESM. Toda mi vida he soñado en un hermoso capitan, de rostro altivo y valiente; esta imágen me ha sonreido en todos mis sueños.

FEBO. (Un hermoso capitan puede ofrecer á una jóven hermosa amor brillante, pero pasajero; porque nosotros deseamos coger todas las flores que vemos, gozar sin sufrir y amar sin padecer.) La felicidad radiante parece que me sonrie en tus hermosos ojos.

ESM. (Poniéndose delante del capitan y admirándole.) Febo, permitidme que os contemple y que os admire, porque me habeis deslumbrado. ¡Qué hermosa es esa banda de seda con franjas de oro que llevais!

FEBO se la quita y se la ofrece.

FEBO. Si te gusta...

Se la ofrece y ESMERALDA la toma.

ESM. Qué bonita es!

FEBO. Permíteme...

Se acerca á ella y quiere abrazarla.

ESM. (Huyendo.) No, eso no.

FEBO. Quiero abrazarte.

ESM. No lo consiento.

FEBO. (Riendo.) Me encanta una mujer hermosa que es tan rebelde y tan cruel.

ESM. No, hermoso capitan. Debo rechazaros: ¿qué sé yo á dónde me arrastraria un beso?

FEBO. ¿Por qué rehusas, preciosa gitana, un beso al hermoso capitan? Dámele ó me lo tomo.

ESM. Dejadme, no hablemos más de eso.

FEBO. Un beso nada significa.

ESM. Para vos es nada, pero para mí es mucho.

FEBO. Mírame y comprenderás cuánto te amo.

ESM. Temo miraros.

FEBO. Es porque el amor quiere entrar en tu corazon.

ESM. El amor quiere entrar ahora, pero la desgracia querrá entrar mañana.

La ESMERALDA se desprende de los brazos de FEBO y huye. Éste, al ver que se ha marchado la gitana, contrariado, se vuelve hácia QUASIMODO, que los arqueros tienen atado en el fondo del teatro.

FEBO. Se me resistió y ha huido de mí. Desgraciada ha sido esta aventura; de las dos aves nocturnas solo he podido detener la más desagradable; el ruiseñor voló y me he quedado con el buho.

Se pone al frente de los arqueros y sale, llevándose á QUASIMODO.

RONDA. Silencio y vigilancia; prestemos el oido á cualquier ruido que oigamos en el silencio de la noche.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA.

La plaza de la Grève. QUASIMODO atado á la picota. El pueblo en la plaza.

CORO DE PUEBLO. Acaba de robar á una jóven, y por eso le han azotado en la picota; bien lo merece Quasimodo el jorobado, el campanero infernal de Nuestra Señora.

UNA MUJER DEL PUEBLO. Le pasarán por mi calle cuando le bajen de la picota, y tendré el gusto de ver la cara que pone ese mónstruo.

EL PREGONERO. Por órden del rey, que Dios guarde, el hombre que veis en la picota permanecerá ahí durante una hora y con buena custodia.

CORO. Bien castigado está ese jorobado, ese sordo, ese tuerto, ese barrabás, ese brujo.

QUAS. Tengo sed!

CORO. Que le cuelguen en la horca.

QUAS. Tengo sed!

CORO. Pues aguántate.

Sale la ESMERALDA y atraviesa la multitud; contempla á QUASIMODO, primero con sorpresa y despues con compasion. De repente, en medio de los gritos del pueblo, sube á la picota, saca una pequeña calabaza que lleva en la cintura y dá de beber á QUASIMODO.

CORO. Qué haces, hermosa gitana? No te acerques á Quasimodo, no calmes la sed de ese brujo endiablado.

ESMERALDA baja de la picota. Los arqueros desatan y se llevan á QUASIMODO.

CORO. Acaba de robar á una jóven, y por eso le han azotado en la picota; bien lo merece Quasimodo el jorobado; el campanero infernal de Nuestra Señora.

ESCENA II.

Una sala magnífica preparada para una fiesta.

FEBO, FLOR DE LIS y ELOISA GOUDELAURIER.

ELOISA. Febo, mi futuro yerno, ya que os vais á casar con mi hija, sed el maestro de ceremonias de la casa y sustituidme. Cuidad de que todos se diviertan. Tú, hija mia, prepárate, y ya que serás la más hermosa de la reunion, quiero que estés más contenta que todas.

Se vá hácia el fondo y dá órdenes á los criados.

FLOR DE LIS. Desde la semana pasada apenas te he visto dos veces, y ha sido para mí una dicha que la fiesta de boda te atraiga.

FEBO. Te suplico que no me riñas.

FLOR. Me has olvidado, Febo!

FEBO. Te juro que no.

FLOR. No jures; no se jura más que cuando se miente.

FEBO. Es una locura creer que puedo olvidarte, porque eres muy hermosa y sabes que yo soy amante fiel. (Mi prometida me riñe porque sospecha de mí, y esto me fastidia. Cuando se riñe á los amantes, éstos se van á otra parte; se consigue más de ellos estando alegres, que reconviniéndoles y llorando.)

FLOR. (¡Engañarme siendo su prometida, á mí, que no vivo y no pienso más que en él! Me hace sufrir estando presente y estando ausente; cuando está en mi presencia, apenas me hace caso, y cuando se ausenta, me hace llorar.) Febo, ¿qué has hecho de la banda que he festoneado para tí? ¿Cómo es que no la llevas?

FEBO. (Turbado.) La banda? No lo sé... (Diablo!)

FLOR. Te has olvidado de ponértela! (A quién se la habrá regalado? ¿Por quién me abandonará?)

ELOISA. (Acercándose á ellos y tratando de ponerlos acordes.) Dios mio, casaos primero y despues ya reñireis.

FEBO. No, no me he olvidado de ponerme la banda; ahora recuerdo que la guardé muy bien plegada en un cofre de esmalte que he comprado para guardarla. No esteis desazonada: os juro que os amo.

FLOR. No jureis, no jureis, que no se jura más que cuando se miente.

ELOISA. Vamos, basta de querella, que esta noche aquí todo el mundo debe estar alegre. Hija mia, es hora ya de que salgas á recibir á los convidados. (A los criados.) Encended las luces y que principie el baile; que cada cosa esté en su sitio; que nada falte.

FEBO. Estando Flor de Lis, nada faltará á la fiesta.

FLOR. Sí, Febo, faltará el amor. (Vánse las dos mujeres.)

FEBO. Dice la verdad, porque hasta al lado de mi prometida recuerdo á la preciosa gitana: la que yo verdaderamente amo no está aquí. Preciosa niña, bailarina ligera, luz que alumbra mi esperanza, aunque estás ausente de mí, no puedo olvidarte. Veo siempre tu imágen, unas veces brillante y otras sombría; pero ya te aparezcas á mi vista como astro ó como nube, siempre te veo en el cielo de mi vida. Preciosa niña, bailarina ligera, luz que alumbra mi esperanza, aunque estás ausente de mí, no puedo olvidarte.

Salen muchos caballeros y muchas damas vestidos de baile.

ESCENA III.

Dicho, EL VIZCONDE DE GIF, MORLAIX, CHEVREUSE, ELOISA, FLOR DE LIS, DIANA, BERENGUELA, convidados.

GIF. Salud, ilustres damas!

ELOISA. Salud, noble caballero! De-

seamos que encontreis placer al abrigaros bajo este techo hospitalario.

CORO. Venid todos al baile; pajes, damas y caballeros, acudid todos á la fiesta con trajes vistosos y con el corazon alegre.

Los convidados hablan unos con otros. Varios criados circulan por la sala, llevando bandejas cargadas de flores y de frutas. Forman un grupo algunas señoras jóvenes, cerca de una ventana, á la derecha del teatro. De repente una de ellas llama á las demás y las hace asomar á la ventana y mirar á la calle.

DIANA. Ven, ven aquí, Berenguela.

BERENGUELA. (Mirando á la calle.) ¡Qué viva y qué ligera es esa gitana!

DIANA. Es una sílfide, es una hada.

GIF. Sí; una sílfide que baila en las plazuelas.

CHEVREUSE. Es tu hechicera, Febo; es la bohemia que la otra noche salvaste valerosamente de las manos de los ladrones.

GIF. Es aquella gitana!

MORLAIX. Es preciosa, preciosísima.

DIANA. (A FEBO.) Si la conoceis, decidla que venga, que suba aquí y que nos divierta un rato.

FEBO. Puede que sea.... ¿sabes tú cómo se llama? (A GIF.)

FLOR. Si la habeis salvado, debe recordaros: haced que suba. (Así conoceré si es verdad lo que me han referido de ella.)

FEBO. Si lo deseais, veré si puedo conseguir que venga á divertirnos.

Se asoma á la ventana y hace señas á ESMERALDA.

LAS DAMAS JÓVENES. Vá á venir!

CHEV. Ya ha entrado en el pórtico.

DIANA. Ha dejado al público con la boca abierta.

GIF. Vais á ver á una preciosa ninfa.

FLOR. (¡Pronto ha comprendido la seña de Febo!)

ESCENA IV.

Dichos y la ESMERALDA.

Entra la gitana, tímida, confusa y radiante. Movimiento general de admiracion. Todos la rodean.

CORO. Su hermosura resalta entre las otras hermosuras, como resalta la luna entre las estrellas.

FEBO. (En este precioso baile, esta divina criatura será la reina coronada por su belleza.)

CHEV. Es una hermosa vision, una de esas visiones que flotan en la oscuridad de la noche y salpican de claridades la sombra.

ESM. (Mirando fijamente á FEBO.) (Estaba segura de que era Febo el que me llamaba; siempre á mis ojos se presenta resplandeciente, ya le cubra la armadura, ya se vista de seda.)

FLOR. (Estaba segura de que era hermosa, y debo tener de ella terribles celos, si los he de medir por su belleza.)

ELOISA. (Es extraño que sea tan preciosa criatura una infeliz gitana; ¡caprichos incomprensibles de la suerte!...)

TODOS. Posee esa niña la serenidad y la belleza que ostenta el cielo en las hermosas tardes del estío.

ELOISA. (A la ESMERALDA.) Vamos, niña, baila; danos á conocer alguna danza nueva.

La ESMERALDA se prepara á bailar y saca del pecho la banda que le regaló FEBO.

FLOR. Mi banda! Febo me está engañando, y esta gitana es mi rival.

FLOR DE LIS arranca de las manos la banda á la ESMERALDA y cae al suelo desmayada. Reina desórden en el baile y los convidados se lanzan contra la gitana, que se refugia al lado de FEBO.

TODOS. ¿Será verdad que Febo la ama? ¡Infame, sal de aquí, ya que has tenido la audacia y la impudencia de presentarte en este baile! Vuelve á las calles y á las plazuelas á que admiren cómo bailas la gente de las casas bajas. Que salga de aquí en seguida! Una mujer de tan baja esfera no debe atreverse á mirar tan alto.

ESM. Defiéndeme, Febo, defiéndeme! La pobre gitana no tiene otro protector.

FEBO. La amo y me corresponde: yo sabré defenderla; yo la defenderé. Mi brazo debe corresponder á la que dí mi corazon; quien la injurie, me injuria.

TODOS. El capitan la ama; pero fuera de aquí, á la calle, porque no es justo que nos deshonre defendiendo á una gitana. Sois demasiado insolente (A FEBO.) y tú demasiado descarada. (A ESMERALDA.)

FEBO y sus amigos protegen á ESMERALDA, á la que amenazan todos los convidados: ésta se dirige vacilante hácia la puerta. Cae el telon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Una pradera reducida, á cuya derecha se vé una taberna y á la izquierda árboles. En el fondo una puerta y una tapia que cierra la pradera, en donde se distingue la cúpula de Nuestra Señora, con sus dos torres, y la silueta sombría del antiguo Paris, que se destaca sobre el fondo rojizo del sol poniente; por bajo de la ciudad se vé correr el Sena.

ESCENA PRIMERA.

FEBO, el VIZCONDE DE GIF, MORLAIX, CHEVREUSE y otros amigos de FEBO, sentados en varias mesas, bebiendo y cantando.

TODOS. Dá salud y sé propicia, Nuestra Señora de Paris, á los que vivimos en el mundo odiando el agua y adorando el vino.

FEBO. Dá al hombre bravo en todas partes buena cueva y hermosos ojos; haz que allí donde vaya encuentre siempre hermosas jóvenes y vino viejo.

CORO. Dá salud y sé propicia, Nuestra Señora de Paris, á los que vivimos en el mundo odiando el agua y adorando el vino.

Sale CLAUDIO FROLLO, que vá á sentarse en una mesa lejos de la que ocupa FEBO, y se queda tan absorto, que no observa nada de lo que pasa á su alrededor.

GIF. ¿A qué altura están tus amores con la hermosa gitana?

CLAUDIO, al oir hablar de la gitana, presta atencion.

FEBO. Esta noche, dentro de una hora, tendré con ella la primera cita.

TODOS. De veras?

FEBO. De veras.

GIF. Dentro de una hora?

FEBO. Sí. El amor es la suprema voluptuosidad; es ser dos con un solo corazon; es poseer á la mujer que se ama, es ser esclavo y vencedor al mismo tiempo. Es poseer su alma y sus encantos, es secar sus ojos llenos de lágrimas con las caricias de los besos.

TODOS. La dicha suprema ha sido siempre beber á la salud de la que amamos y amar el vino que bebemos.

FEBO. Voy á poseer la gitana más hermosa que he visto en mi vida. Será mia esta noche.

CLAU. (El infierno me arrastra y no lo he de consentir.)

FEBO. Ya que el placer nos convida, agotemos la juventud en un instante de amor; despues nada importa morir: se pueden dar cien años por una hora y la eternidad por un dia.

Se oye el toque de Oraciones. Los amigos de FEBO se levantan de las mesas, toman las espadas, los sombreros y las capas y se disponen á partir.

TODOS. Ya es hora de que te vayas, Febo; corre á encontrarte con la preciosa gitana y Dios te haga feliz.

FEBO. Sí, ya es hora de que parta; voy á buscar á la preciosa gitana, y espero que Dios me hará feliz.

Se van los amigos de FEBO.

ESCENA II.

CLAUDIO FROLLO y FEBO.

CLAUDIO detiene á FEBO al ir á marcharse.

CLAU. Capitan!

FEBO. (Quién será este hombre!)

CLAU. Escuchadme.

FEBO. Tengo prisa.

CLAU. ¿Sabeis cómo se llama la mujer que os ha citado esta noche y que os espera?

FEBO. Es una mujer que se ha enamorado de mí; una mujer que baila y que canta en las calles, la Esmeralda.

CLAU. No se llama la Esmeralda; se llama la muerte.

FEBO. En primer lugar os voy á decir que estais loco, y en segundo lugar que os vayais al infierno.

CLAU. Escuchadme.

FEBO. Nada me importa lo que me podais decir.

CLAU. Si pasais del umbral de esta puerta...

FEBO. Cuando digo que estais loco!

CLAU. Morireis. Temblad!... Esa mujer es una gitana, y las gitanas no tienen ningun freno ni conocen los remordimientos; con la máscara del amor disfrazan su ódio, y su lecho de amor es una tumba.

FEBO. (Riéndose.) Amigo mio, podeis volver al hospital de locos, de donde parece que os hayais escapado, y que Dios ó el diablo os acompañen; dejadme en paz.

CLAU. Creedme; esas mujeres infieles, segun pública fama, se rodean de tinieblas y de misterio; si vais á la cita, creedme, morireis.

La insistencia de CLAUDIO FROLLO turba á FEBO, que contempla con curiosidad á su interlocutor.

FEBO. (A mi pesar hace nacer en mí alguna sospecha, porque la ciudad no está tranquila, y con frecuencia hay en ella muchas traiciones.)

CLAU. (A su pesar hago nacer en él alguna sospecha. El imbécil siempre cree que la ciudad está llena de traiciones.) Creedme, huid de la sirena que os está tendiendo un lazo, que no será esa la primera gitana que ha dado de puñaladas al corazon que se le entrega palpitante de amor.

FEBO. (Casi, casi le he creido; ¿estaré loco yo tambien? Cuando se ama á una mujer, lo mismo nos importa que sea mora, judía ó gitana; el amor no se fija en eso. Si ella me arrastra á la muerte, quiero dejarme arrastrar, porque será muy dulce morir en sus brazos.)

CLAU. (Reteniéndole.) Detente! No cometas la locura de ir tras una gitana; no corras á tu perdicion segura.

FEBO se vá, á pesar de las instancias de CLAUDIO FROLLO; éste permanece un momento sombrío é indeciso; despues se vá siguiendo á FEBO.

ESCENA III.

Casa pobre con una ventana que dá al rio. CLOPIN entra con una antorcha encendida, acompañado de algunos hombres, á los que hace señal de inteligencia, y se introducen en un corredor oscuro, en el que desaparecen; despues llama con la mano á CLAUDIO FROLLO.

CLOP. Desde aquí vereis sin que os vean al capitan y á la gitana.

Indicándole un escondite.

CLAU. ¿Has apostado á los hombres que te dije?

CLOP. Están apostados ya.

CLAU. Guarda secreto profundo sobre todo esto; toma esta bolsa y mañana te daré otro tanto.

CLAUDIO se oculta en el escondite. CLOPIN se vá con precaucion. Salen la ESMERALDA y FEBO.

CLAU. (Esa hermosa jóven, víctima de su destino, entra vestida de gala y saldrá vestida de luto.)

ESM. Mi querido Febo, ante vos me encuentro avergonzada y orgullosa.

FEBO. Ya he cerrado la puerta, no estés inquieta y ruborizada; desecha todo temor y siéntate aquí.

FEBO hace sentar á la ESMERALDA en un banco y á su lado.

Me amas?

ESM. Te adoro.

CLAU. (Oh, rabia!)

FEBO. ¡Niña hechicera, eres una criatura divina!

ESM. ¡No me adules, que me avergüenzas! No te acerques tanto...

CLAU. (Los envidio!)

ESM. Febo mio, te debo la vida.

FEBO. Y yo, reina mia, te debo la felicidad.

ESM. Sé juicioso y respeta á la pobre niña que está palpitante y desarmada ante tí.

FEBO. Reina mia, mi sirena, tú no sabes con qué fuego tan ardiente enciende el amor mi corazon.

CLAU. (Oir cómo se arrullan, ver cómo al cielo los transporta el amor, es martirio del que solo puede compensarme su muerte.)

FEBO. Mujer ó hada, has de ser mia, porque de dia y de noche me enloqueces y te deseo con irresistible afan.

ESM. Soy mujer, y mi alma tambien se enciende en loco amor; tambien suspiro por tu cariño de dia y de noche.

CLAU. (Yo soy hombre, y como vosotros siento abrasarme en irresistible amor; y pues privado estoy de gozarle, me entregaré á la venganza, que es el único goce de que puedo disfrutar.)

FEBO. Gocemos de nuestra suerte feliz. Tus labios me prometen goces del paraiso; mi alma quiere posarse en ellos, mi alma quiere penetrar en la tuya por el hálito cariñoso del beso.

ESM. Te amo entrañablemente, nada puedo rehusarte; pero sé que mi virtud y mi felicidad harán huir de mí para siempre el hálito de tus besos.

CLAU. (No quiero que sean dichosos; mis celos se despiertan y con ellos mi venganza, mientras el amor los adormece. Yo haré que la muerte se interponga entre los dos, y que la vida de Febo desaparezca con el hálito de sus besos.)

CLAUDIO se arroja sobre FEBO y le dá una puñalada; abre la ventana del fondo y se arroja al rio. FEBO cae herido al suelo y la ESMERALDA cae sobre su cuerpo, lanzando un grito horrible. Entran tumultuosamente los hombres apostados y se apoderan de ella. Cae el telon.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

Un calabozo; en el fondo una puerta. Aparece ESMERALDA atada con cadenas y acostada sobre un monton de paja.

ESCENA PRIMERA.

ESMERALDA sola.

Febo está en el sepulcro y yo en el abismo; yo presa, y él ha sido la víctima que yo ví morir. Es infame que me acu-

sen de ese crímen, que yo no he cometido, que era imposible que cometiese. Al marcharse Febo, me indica el camino que debo seguir: ayer se abrió su fosa, mañana se abrirá la mia. ¿No habrá en el mundo ningun poder propicio á los que en la tierra se adoran? ¿No hay filtros ni encantos para secar las lágrimas y para abrir los ojos cerrados? ¡Dios mio, te ruego de dia y de noche que me quites la vida ó que me quites el amor! Abramos, Febo, las alas y volemos á las esferas eternas donde el amor es inmortal. Vayamos donde vá todo: caigan juntos nuestros cuerpos en la tumba; vuelen juntas al cielo nuestras almas. ¡Dios mio, te ruego de dia y de noche que me quites la vida ó que me quites el amor!

Se abre la puerta del foro y entra CLAUDIO FROLLO con una lámpara encendida y llevando la cabeza oculta en un capuchon. Se coloca frente á frente de ESMERALDA y se queda inmóvil.

ESM. (Levantándose sobresaltada.) Quién sois?

CLAU. Un sacerdote.

ESM. Un sacerdote!

CLAU. Estais preparada?

ESM. A qué?

CLAU. A morir.

ESM. Sí.

CLAU. Me alegro.

ESM. Cuándo será?...

CLAU. Mañana.

ESM. Y por qué no hoy?

CLAU. Tanto sufrís?

ESM. Sufro mucho.

CLAU. Yo, que viviré mañana aun, quizá sufra más que vos.

ESM. Vos! Quién sois?

CLAU. Una tumba nos separa.

ESM. Quién sois?

CLAU. Quereis saberlo?

ESM. Sí.

CLAUDIO se deja caer la capucha; la ESMERALDA le reconoce con sobresalto.

ESM. El sacerdote! Reconozco su frente helada y su mirada de fuego; es el demonio que me persigue sin cesar, el que ha matado á Febo, único objeto de mi cariño. Mónstruo, miserable asesino, ¡tanto me odiais!...

CLAU. Te amo. Para mi condenacion te amo con un amor que me inspiró Satanás, que me hace caer arrodillado á tus plantas y preferir tu amor al paraiso. Compadéceme, porque te amo y tú me maldices.

ESM. ¡Semejante amor me espanta, es horrible!

CLAU. Solo viven en mí el amor y el dolor. Aquí yo te he conducido; puedo hundirte en la tumba, y sacarte de aquí para que goces de la libertad y de la dicha: si me sigues, vivirás.

ESM. Huid de mi presencia, que no quiero vivir desde que Febo ha muerto.

CLAU. Acepta lo que te propongo: ten compasion de mí y de tí misma. Huyamos de aquí los dos.

ESM. Vuestra proposicion me injuria.

CLAU. Prefieres morir?

ESM. Morirá el cuerpo, pero el alma es inmortal.

CLAU. Morir es muy horrible.

ESM. La muerte es preferible á vuestro cariño.

CLAU. Elige, pues, entre Claudio ó la muerte.

ESM. Vive tú con el crímen que te tortura, que yo quiero que Febo me conduzca ante Dios; que el cielo me abra su luminosa morada y que el infierno te envuelva en su profunda noche.

Aparece un carcelero. CLAUDIO hace señal de que se lleve á ESMERALDA y se vá, mientras aquel arrastra á la gitana.

ESCENA II.

La plaza de Nuestra Señora. En el fondo la fachada de la iglesia. Se oyen tocar las campanas.

QUASIMODO solo.

Campanas gruesas y frágiles, sonad, sonad siempre; mezclad vuestros sonidos roncos y vuestros sonidos agudos. Con vuestra ayuda las fiestas de Nuestra Señora serán espléndidas.

Volviéndose hácia la fachada de la iglesia.

He visto en la capilla colgaduras negras; algun desgraciado van á traer aquí... tengo un presentimiento... no, no puedo creerlo.

Entran CLAUDIO FROLLO y CLOPIN sin ver á QUASIMODO.

Es el arcediano... voy á espiarle... ¡está tan sombrío como yo! ¡Patrona mia, Nuestra Señora, tomad mi vida, pero salvad á la Esmeralda!...

ESCENA III.

QUASIMODO escondido, CLAUDIO y CLOPIN.

CLAU. ¿Dices que Febo está en Montfort?

CLOPIN. Sí, monseñor, pero no ha muerto.

CLAU. ¡Con tal de que no se presente aquí!

CLOP. No hay cuidado: está muy débil todavía para emprender camino tan largo é indudablemente moriria si



¡ASILO! ¡ASILO! ¡ASILO!

se atreviese á venir, porque volveria á abrírsele la herida.

CLAU. Me basta con que ella esté hoy en mi poder y que dependa de mi voluntad que viva ó que muera. Ahora la van á traer aquí... acuérdate de todo lo que te he encargado... acude á la plaza con todos los tuyos.

CLOP. No haremos falta.

CLAU. Estad escondidos, y si yo grito... ¡A mí! sales.

CLOP. Saldré.

CLAU. Venid muchos.

CLOP. Cuando griteis: ¡A mí! nos apoderaremos de ella y se la robaremos á los partidarios del rey.

CLAU. Eso es. Rodeadlos por todas partes; pero antes de que esto suceda, ocultad las armas para no excitar sospechas.

CLOP. Nada temais, monseñor, y contad conmigo para todo.

Se van los dos con precaucion. El pueblo vá llenando la plaza.

ESCENA IV.

El pueblo, QUASIMODO, á poco la ESMERALDA con toda la comitiva, despues CLAUDIO, FEBO, CLOPIN, sacerdotes, arqueros y agentes de la justicia.

CORO DE PUEBLO. Venid á ver en Nuestra Señora á la jóven que hoy van á ahorcar. Es una gitana que dió de puñaladas á un capitan de arqueros. Es muy hermosa, pero es muy cruel; su aspecto es candoroso, pero su alma es negra. Venid á ver en Nuestra Señora á la jóven que hoy van á ahorcar.

Siniestro cortejo desemboca en la plaza de la iglesia, compuesto de dos filas de penitentes negros, con hachas; de arqueros, de agentes de justicia y de soldados de la ronda. Aparece la ESMERALDA en camisa, con una soga al cuello, con los piés descalzos y cubierta con un crespon negro. A un lado vá un monge con un crucifijo en la mano. Detrás de ella el verdugo y una escolta. QUASIMODO, apoyado en el pórtico de la iglesia, lo observa todo con atencion. Al momento en que la ESMERALDA llega ante la fachada, se oye salir del interior de la iglesia, cuyas puertas están cerradas, un canto grave y lejano.

CORO EN LA IGLESIA.

Omnes fluctus fluminis
Transierut super me
In imo voraginis
Ubi plorant animæ.

El canto se aproxima lentamente, hasta que llega á las puertas de la iglesia, que se abren de par en par y dejan ver en su interior una procesion larga de sacerdotes con traje de ceremonia y precedidos por banderas. CLAUDIO FROLLO, con vestiduras sacerdotales, vá al frente de la procesion y avanza hasta la ESMERALDA.

EL PUEBLO. Vive aun hoy la que morirá mañana; Señor, interceded por ella.

ESM. (Febo me llama desde la eterna morada; voy á reunirme con él y bendigo mi suerte fatal: moriré en la tierra, pero renaceré en el cielo.)

CLAU. (Condenarla á muerte, siendo tan jóven y tan inocente, me ha de causar remordimiento eterno. Esta infeliz gitana, por culpa mia, morirá para el mundo; pero yo he muerto ya para el cielo.)

La procesion se aproxima. CLAUDIO se acerca á la ESMERALDA.

ESM. (Sobrecogida de terror al reconocer á CLAUDIO.) El sacerdote!

CLAU. (En voz baja.) (Sí, yo soy; te amo y vengo á suplicarte. Puedo salvarte aun si quieres; pronuncia una sola palabra: Te amo!)

ESM. (Yo te aborrezco: ¡vete, ó te denuncio!)

CLAU. (Entonces, muere.) Pueblo, al brazo secular entregamos esta mujer. ¡Quiera el Señor misericordioso apiadarse de su alma en este instante supremo!...

En el momento en que los agentes de la justicia se encargan de custodiar á la ESMERALDA, QUASIMODO llega hasta ellos, rechaza á los arqueros, coge á la ESMERALDA en sus brazos y corriendo se mete en la iglesia con ella.

QUAS. Asilo! Asilo! Asilo!

EL PUEBLO. Asilo! Asilo! Asilo! ¡Dios la salva! ¡Dios no quiere que vaya á la horca! La proteje la ley divina contra la ley humana.

CLAU. (Con voz de trueno.) Esa mujer es gitana, y la iglesia de Nuestra Señora solo puede salvar á los cristianos; los paganos no pueden salvarse aunque se abracen á los altares. En nombre de monseñor el arzobispo de Paris os entrego á esta mujer impura.

QUAS. (A los arqueros.) Pues yo juro defenderla, y os prohibo que os acerqueis.

CLAU. (A los arqueros.) No esteis indecisos y obedecedme al instante. Sacad á la gitana de ese lugar sagrado.

Los arqueros avanzan, QUASIMODO se coloca entre ellos y la ESMERALDA.

QUAS. No lo consentiré.

FEBO. (Gritando desde fuera.) Deteneos!

La multitud se separa y FEBO aparece á caballo, pálido, jadeante, como hombre que acaba de hacer un largo viaje.

Deteneos!

ESM. Febo!

CLAU. (Aterrado.) (¡Todo se vá á descubrir!)

FEBO. (Apeándose.) ¡Loado sea Dios que me ha hecho llegar á tiempo! Esta mujer es inocente y ese hombre es mi asesino.

Señala á CLAUDIO.

TODOS. Cielos!

FEBO. Ese hombre es el único culpable y yo lo probaré. Arrestadle.

PUEBLO. Qué sorpresa!

Los arqueros rodean á CLAUDIO.

CLAU. (Soy perdido!)

ESM. Febo!

FEBO. Esmeralda!

Se lanzan uno en brazos de otro.

ESM. Viviremos los dos!

FEBO. Tú vivirás.

ESM. Seremos felices.

PUEBLO. Sed felices los dos!

ESM. Ves cómo el pueblo se alegra? Pero... palideces, cierras los ojos... ¿qué tienes?

FEBO. Me muero. (Cae en los brazos de ESMERALDA. El pueblo le contempla con ansiedad.) Cada paso que he dado hácia tí me ha ido abriendo más la herida, que apenas estaba cerrada; he querido morir por salvarte, y voy á espirar, voy á saber si el cielo equivale á tu angelical amor. Adios!

Muere.

ESM. Ha muerto mi Febo! ¡La muerte ha cambiado mi destino en un instante! Te seguiré á la eternidad!

Cae sobre el cuerpo de FEBO.

CLAU. Fatalidad!

PUEBLO. Fatalidad!

FIN DE LA ESMERALDA.

RUY BLAS.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PREFACIO.

Tres especies de espectadores componen lo que se ha convenido en llamar público: las mujeres, los pensadores y la multitud propiamente dicha. Lo que la multitud exige casi exclusivamente en las obras dramáticas es el argumento; las mujeres quieren que tenga ante todo pasion, y los pensadores lo que buscan especialmente son caractéres. Si estudiamos alternativamente estas tres clases de espectadores, notaremos que la multitud está tan encariñada con el argumento, que no hace caso de las pasiones ni de los caractéres; las mujeres, aunque les interesa el argumento, se absorben tanto en el desarrollo de la pasion, que no se ocupan de los caractéres; y los pensadores, gustan tanto de los caractéres, esto es, de ver que los hombres viven en el teatro, que solo consideran la pasion como incidente natural en las obras dramáticas y casi les fastidia algunas veces el argumento: esto consiste en que la multitud quiere tener sensaciones en el teatro, la mujer emocionarse y el pensador meditar. Todos buscan en él un placer; los primeros el placer de los ojos, las segundas el placer del corazon y los terceros el placer del pensamiento: por eso se ven en la escena tres especies de obras diferentes; una que es vulgar é inferior, y las otras dos ilustres y superiores, pero que las tres satisfacen una necesidad: para la multitud se escribe el melodrama; para las mujeres la tragedia, que analiza la pasion, y para los pensadores la comedia, que pinta á la humanidad.

Digámoslo de paso: no tratamos de establecer nada absoluto, y suplicamos al lector que restrinja nuestro pensamiento donde le parezca. Las generalidades admiten siempre las excepciones, y no ignoramos que en la multitud se encuentra todo. El instinto de lo bello y el gusto por lo mediocre, el amor á lo ideal como el apetito á lo comun: tampoco ignoramos que para que el pensador sea completo, debe tener la delicadeza del corazon de la mujer, y que, merced á la ley misteriosa que liga los dos sexos uno á otro, así por el cuerpo como por el espíritu, con frecuencia en la mujer se encuentra el pensador. Dicho esto, y despues de pedir al lector que no dé un sentido demasiado absoluto á lo que acabamos de sentar, continuemos.

Cualquiera que se fije en las tres clases de espectadores que acabamos de enumerar, comprenderá que las tres tie-

nen razon de ser. Las mujeres necesitan conmoverse, los pensadores aprender y la multitud divertirse. De esta evidencia se deduce la ley que debe regir al drama. En efecto, el objeto del drama, esto es, de la barrera que separa el teatro del mundo real y del mundo ideal, es crear y dar vida, combinando las condiciones del arte y las de la naturaleza á los caractéres, es decir, á los hombres; poner en juego pasiones que desarrollan éstos y que modifican aquellas, y del choque de estos caractéres y de estas pasiones con las leyes providenciales, hacer salir la vida humana, es decir, los acontecimientos grandes ó pequeños, dolorosos, cómicos ó terribles, que producen en el corazon el placer que se llama interés y en el pensamiento la leccion que se llama moral. El drama saca de la tragedia la pintura de las pasiones y de la comedia la pintura de los caractéres. El drama es la tercera gran forma del arte que comprende, encierra y fecunda las dos primeras. Corneille y Moliere existirian independientes el uno del otro si Shakespeare no estuviera entre ellos, dando á Corneille la mano izquierda y á Moliere la derecha. De esta manera las dos electricidades opuestas de la comedia y de la tragedia se encuentran, y la chispa que producen es el drama.

Solo podemos poner al frente de este libro algunas líneas, y nos falta espacio para desarrollarlas convenientemente. Por lo que se nos debe permitir pasar desde las ideas generales que acabamos de exponer á las ideas particulares del drama Ruy Blas, que pueden llamar la atencion de pensadores reflexivos.

Tomando por una de sus partes la cuestion, esto es, bajo el punto de vista de la filosofía de la historia, vamos á explicar el sentido de este drama.

En el momento en que vá á derrumbarse una monarquía se observan varios fenómenos. En primer lugar la nobleza tiende á disolverse; ved aquí de qué manera:

La monarquía vacila, la dinastía se extingue, las leyes caen en desuso; se rompe la unidad política á fuerza de tirar de ella, la intriga degenera y se envilece la alta sociedad; cunde por todas partes mortal desaliento, se derrumba lo grande y queda en pié lo pequeño; los negocios públicos presentan un estado lastimoso; no hay policía, ni ejército, ni hacienda; todo el mundo prevé el cercano fin de la situacion. Preocupa á todos los espíritus el tedio del dia anterior, el temor del dia siguiente, la desconfianza de los hombres, el descorazonamiento y el disgusto profundo. Localizada en la cabeza del Estado la enfermedad que lo consume, la nobleza que está más inmediata á él es la primera que se resiente. ¿Qué la sucede entonces? La parte de gentiles-hombres menos honrada y menos generosa permanece en la córte, en la que, al ver á la pátria próxima á hundirse, se apresura á enriquecerse, aprovechándose de las circunstancias; no piensa más que en su propio engrandecimiento á costa del infortunado pais. Todos quieren ser cortesanos ó ministros, todos quieren ser poderosos y felices; los mayores talentos se depravan por hacer fortuna. Las órdenes del Estado y los destinos se toman como por asalto; no se vive más que para la ambicion y para la concupiscencia, y como esta clase de vida, que se encarniza en las vanidades y en los goces del orgullo, hace olvidar todos los sentimientos, el que la lleva llega á ser feroz; cuando llega para esa clase de cortesanos el dia de la desgracia, algo monstruoso se desarrolla en ellos, y el hombre entonces se convierte en demonio.

La restante parte de la nobleza, la mejor nacida, la más sana, sigue otro rumbo; se retira á sus palacios, á sus castillos y señoríos, aborreciendo los asuntos públicos, ya que no puede remediar el daño, y trata de aturdirse entregándose á la vida disipada, deseando aprovechar el poco tiempo que le queda de vida. El noble aumenta su servidumbre, compra caballos y enriquece á sus damas, dá festines, disipa su patrimonio, acude á pedir prestado á los usureros, y se arruina antes de que caiga la monarquía. Arruinado el noble, le abandonan todos, menos sus acreedores; se convierte en vagabundo, en espadachin y en aventurero. Se confunde y desaparece entre la muchedumbre, que hasta entonces solo vió hormigueando de lejos á sus piés, y se refugia en ella. A falta de dinero, le queda el sol, que es el tesoro de los pobres. Hasta entonces habitó en la cúspide de la sociedad, y desde entonces tiene que vivir en la sima; se conforma á esto y se burla de sus parientes ambiciosos que gozan del poder y de las riquezas, convirtiéndose en filósofo, y compara los cortesanos á los ladrones. Pero siempre conserva cierto fondo de bondad, de valor, de lealtad y de inteligencia; viene á ser una mezcla de poeta, de príncipe y

de pordiosero; se rie de todo, hace que apaleen sus camaradas, como antes apaleaban sus criados, á los agentes de policía, pero sin intervenir en ello, y sus modales ostentan el descaro de un marqués y la impudencia de un gitano, presentándose con un exterior repulsivo, pero con interior generoso, sin conservar de su antiguo estado más que el pundonor, el nombre que oculta y la espada que enseña.

Si alguna vez la historia de las monarquías, en momentos dados, presenta este doble cuadro que acabamos de describir, indudablemente lo presentó la monarquía española á fines del siglo diez y siete. El autor ha intentado personificar en D. Salustio la mitad de la nobleza de aquella época y la otra mitad en D. César; en dos primos, como le convenia al desarrollo de su plan.

En el croquis que acabamos de trazar de la nobleza española de 1695, no vacilamos en afirmar que hubo raras y respetables excepciones.

Al examinar la monarquía en la referida época, por debajo de la nobleza, dividida, como acabamos de decir, y que puede personificarse bien en D. Salustio y en D. César, se mueve y se agita en la oscuridad algo grande, sombrío y desconocido: el pueblo. El pueblo, que poseerá el porvenir, pero que no posee el presente; el pueblo, huérfano, pobre, inteligente y fuerte, colocado muy bajo y aspirando á estar muy alto, manifestando las señales de la servidumbre en la espalda y en el corazon las premeditaciones del genio; el pueblo, criado de los grandes señores y enamorado en medio de su abyeccion de la única figura que en el desquiciamiento de la sociedad que se hunde representa para él radiante la autoridad, la caridad y la fecundidad; el pueblo, personificado en esta obra en Ruy Blas.

Sobre estos tres personajes, que, considerados de este modo, harán revivir á los ojos de los espectadores tres hechos, y en estos tres hechos toda la monarquía de España en el siglo diez y siete; sobre estos tres hombres se cierne una criatura pura y luminosa, una mujer, una reina. Desgraciada como mujer, porque es casada y vive como si no tuviera marido; desgraciada como reina, porque vive como si no tuviera rey; inclinada á sus súbditos por compasion régia y por su instinto y sensibilidad de mujer, dirige la vista hácia abajo, mientras Ruy Blas, ó sea el pueblo, dirige la vista hácia arriba.

En el concepto del autor, y sin perjuicio de lo que los personajes de segundo órden puedan contribuir á la verdad del conjunto, esas cuatro figuras, agrupadas como están en el drama, representan lo más sobresaliente que encuentra el historiador filósofo en la monarquía española de dicha época. A esos cuatro personajes puede añadirse un quinto personaje; el rey Cárlos II; pero en la historia, lo mismo que en el drama, Cárlos II no es una figura, sino la sombra de una figura.

Despues de esto solo nos resta añadir que lo que acabamos de exponer no es la explicacion completa del Ruy Blas, sino uno de sus aspectos. Es la impresion particular que dejaria el drama, si valiera la pena de ser estudiado, en los hombres graves y concienzudos que le examinasen bajo el punto de vista de la fisolofía de la historia.

Pero por insignificante que sea esta obra, como otras muchas, presenta diversos aspectos y puede examinarse en distintos sentidos. Descendiendo de su punto de vista más elevado á otro más insignificante, el drama cuyo sentido histórico acabamos de indicar puede considerarse bajo el aspecto puramente humano. Considerado así, D. Salustio es la representacion absoluta del egoismo, del hombre inquieto y sin reposo; y por el contrario, D. César representa el desinterés y el descuido; y se verá en Ruy Blas que la sociedad le comprime el genio y la pasion, y que se levanta á tanta mayor altura cuanta con más violencia los comprime, y, en fin, se verá en la reina que representa la virtud mimada por el fastidio.

Considerado el drama bajo el punto de vista estrictamente literario, Ruy Blas cámbia otra vez de aspecto; puede decirse que en él están representadas y reasumidas las tres formas soberanas del arte: el drama en D. Salustio, la comedia en D. César y la tragedia en Ruy Blas. El drama liga el argumento, la comedia lo enreda y la tragedia lo desenlaza. Estos tres aspectos son verdaderos, pero ninguno de ellos es completo; la verdad absoluta solo se encuentra en el conjunto de la obra. El poeta habrá conseguido su objeto si cada cual encuentra en el drama lo que busca. El objeto filosófico de Ruy Blas es presentar el pueblo aspirando á subir á las regiones elevadas; el objeto humano es presentar un hom-

bre enamorado de una mujer, y el objeto dramático es presentar á un lacayo enamorado de una reina.

Quizás la muchedumbre no verá en RUY BLAS más que este último objeto, el objeto dramático, y quizás tenga razon.

Lo que acabamos de decir de esta obra es evidente que puede decirse de muchas. Las obras venerables de los maestros ofrecen de notable que presentan muchos más aspectos que estudiar que las obras inferiores. Tartuffe hace reir á unos y temblar á otros. Tartuffe ya es la serpiente doméstica, ya es el hipócrita, ó ya es la hipocresía: puede tomársele como á un hombre ó como á una idea. Otelo, para unos es un negro que ama á una blanca; para algunos es un muerto de hambre que se casa con una patricia; para otros es un celoso, y para muchos representa los celos: esta diversidad de aspectos no quita valor á la unidad fundamental de la composicion; son multitud de ramas que nacen de un tronco único.

Si el autor insiste en la significacion histórica de RUY BLAS, es porque, solo por el sentido histórico, se parece algo á *Hernani*. El hecho de la nobleza se presenta como en *Hernani* en RUY BLAS, al lado del hecho de la monarquía; pero en el primero, como aun no se ha entronizado la monarquía absoluta, la nobleza lucha todavía contra el rey con su orgullo y con su espada, siendo medio feudal y medio rebelde. En 1519 los señores viven lejos de la córte, en la montaña, siendo bandidos como Hernani ó patriarcas como Ruy Gomez. Doscientos años más tarde renace la misma cuestion, pero los vasallos se han convertido ya en cortesanos, y si el señor siente todavía la necesidad de ocultar su nombre no es para huir de la cólera del rey, es para huir de los acreedores, y entonces no se convierte en bandido, sino en bohemio, y se comprende que el gobierno absoluto ha oprimido durante largos años las cabezas nobles, inclinando al suelo las unas y destrozando las otras. Además, para terminar, diremos que entre *Hernani* y RUY BLAS han mediado dos siglos en España, dos grandes siglos, durante los que ha cabido la gloria á los descendientes de Cárlos V de dominar el mundo; dos siglos que la Providencia no quiso alargar ni una hora más, haciendo nacer á Cárlos V en 1500 y morir á Cárlos II en 1700. En 1700 Luis XIV heredó á Cárlos V, como en 1800 Napoleon heredó á Luis XIV. Estas grandes apariciones de dinastías, que iluminan en momentos dados la historia, son, para el autor de este libro, hermoso y melancólico espectáculo, en el que fija las miradas con frecuencia, tratando muchas veces de transportar á sus obras algo de ese espectáculo. Por eso llenó á *Hernani* con las luces brillantes de una aurora y cubre á RUY BLAS con la claridad vaga del crepúsculo. En *Hernani* sale el sol de la casa de Austria, y en RUY BLAS se pone.

Paris 25 Noviembre 1838.

RUY BLAS.

PERSONAJES.

RUY BLAS.
DON SALUSTIO DE BAZAN.
DON CÉSAR DE BAZAN.
DON GURITÁN.
EL CONDE DE CAMPOREAL.
EL MARQUÉS DE SANTA-CRUZ.
EL MARQUÉS DEL BASTO.
EL CONDE DE ALBA.
EL MARQUÉS DE PRIEGO,
DON MANUEL ARIAS.

COVADONGA.
GUDIEL.
DOÑA MARÍA NEUBOURG, reina de España.
LA DUQUESA DE ALBURQUERQUE.
CASILDA.
UNA DUEÑA. - UN LACAYO.—UN ALCALDE.—UN UJIER.—UN ALGUACIL.—UN PAJE.—DAMAS.—SEÑORES.—CONSEJEROS.—PAJES.—DUEÑAS.—ALGUACILES.—GUARDIAS Y UJIERES.

Madrid 169...

ACTO PRIMERO

Don Salustio.

El salon de *Danáe* en el palacio real de Madrid, amueblado magníficamente, segun el gusto flamenco del tiempo de Felipe IV. A la izquierda una ventana grande que se abre con bastidor dorado, y á cada lado una puerta de comunicacion con las habitaciones interiores. Grandes y doradas vidrieras en el fondo, y una puerta vidriera, tambien dorada, que se abre sobre una larga galería. Esta galería, que atraviesa todo el teatro, está oculta por grandes cortinajes, que se corren de arriba á bajo por detrás de las vidrieras. Una mesa con utensilios para escribir y un sillon. D. SALUSTIO entra por la puerta pequeña de la izquierda, seguido de RUY BLAS y de GUDIEL: este último trae una caja y algunos líos, como preparativos de viaje. D. SALUSTIO viste de terciopelo negro, que era el traje de córte del tiempo de Cárlos II; lleva el collar de la órden del Toison de Oro y ferreruelo de terciopelo verde claro, bordado de raso negro, espada larga con ancha empuñadura y sombrero con plumas. GUDIEL viste tambien de negro y lleva espada. RUY BLAS lleva librea de lacayo, calzones y justillo de color oscuro y capote con galones de oro; vá sin espada y con la cabeza descubierta.

ESCENA PRIMERA.

D. SALUSTIO, GUDIEL, en seguida RUY BLAS.

SALUSTIO. Ruy Blas, cierra esa puerta y abre la ventana.

RUY BLAS obedece; D. SALUSTIO le hace una señal y sale por la puerta del fondo; D. SALUSTIO se asoma á la ventana.

Aquí duermen aun todos. Vá á amanacer.

Volviéndose bruscamente hácia GUDIEL.

Esta impensada desgracia acaba de repente con mi poder; Gudiel, me han despedido, me han desterrado, me despojan en un dia de toda mi grandeza. Mi caida es un secreto aun; no lo descubras. ¿Cómo habia yo de imaginar que por un devaneo con una camarera hubiera de sucederme esto? Por seducir á una doncella que vino con la reina de Neubourg y que pertenece á su servidumbre, y que ha presentado al rey el fruto ilícito de estos amores, el rey me mandó tomarla por esposa, y porque yo me negué, me destierra. Me destierran, Gudiel, despues de pasar veinte años de trabajos y de afanes, cuando mi nombre infundia espanto á los alcaldes de la córte, y veo mi representacion, mi poder y mis ilusiones desvanecerse en un instante como el humo y desplomarse el edificio que en veinte años construyó mi ambicion, entre los sarcasmos de la multitud.

GUDIEL. Nadie lo sabe aun, señor.

SAL. Pero lo sabrán mañana... Entonces ya no estaremos aquí; quiero

desaparecer, no quiero que vean que caigo. Voy á construir una contramina profunda y subterránea... ¡Desterrarme á mí!

GUD. De dónde ha venido ese golpe?

SAL. De la reina; pero me vengaré, me vengaré. Soy tu discípulo Gudiel; por espacio de veinte años me has ayudado y servido en todo; sabes cómo desenvuelvo mis planes en la oscuridad y en el misterio, y que, como hábil arquitecto, de una ojeada penetro en la profundidad de la sima que yo abro. Me voy á mis posesiones y allí fraguaré un plan... Todo por una mujer! Haz los preparativos para el viaje, porque tengo prisa de partir; mientras, quiero hablar al bribon que tú sabes, porque creo que podrá serme útil. Hasta la noche mando todavía aquí... Te repito que me vengaré, y aunque no sé cómo, quiero que mi venganza sea ruidosa. Apresúrate á prepararlo todo para el viaje; vendrás conmigo. Silencio y vete.

GUDIEL saluda y se vá.

Ruy Blas!

RUY BLAS. (Presentándose á la puerta del foro.) Me llama vuestra excelencia?

SAL. Voy á abandonar este palacio y es menester que cierres todas las puertas y que dejes las llaves puestas.

RUY. Está bien.

SAL. Dentro de un instante pasará la reina por esta galería para ir á oir misa á su cámara de honor; vuelve en seguida, porque quiero que estés aquí cuando pase.

RUY. Estaré.

SAL. (Asomado á la ventana.) ¿Ves en la plaza un hombre que enseña un papel á los soldados de la guardia? Baja y dile que puede subir por la escalera angosta. Antes de separarnos, observa en esta cámara si se han despertado ya los tres alguaciles que están de servicio.

RUY BLAS entreabre la puertecilla de la derecha, asoma por ella la cabeza y vuelve.

RUY. Duermen, señor.

SAL. Habla en voz baja y no te alejes, porque te necesito; cuida entre tanto de que no entre ningun importuno.

Sale D. CÉSAR DE BAZAN con sombrero viejo, con capa andrajosa, con medias rotas y zapatos agujereados. Al entrar se encuentra con RUY BLAS y ambos se miran con sorpresa.

SAL. (Se han sorprendido al verse! Se conocerán?)

RUY BLAS se vá.

ESCENA II.

D. SALUSTIO y D. CÉSAR.

SAL. Conque estás aquí, bandido?

CÉSAR. Primo mio, aquí estoy.

SAL. Es para mí una satisfaccion verte tan andrajoso.

CÉSAR. Muchas gracias...

SAL. Sé muchas proezas tuyas.

CÉSAR. Y te complacen?

SAL. Sí, son muy meritorias. La otra noche robaron á D. Cárlos de Mina la espada de vaina cincelada y la casaca de piel de búfalo; pero como es caballero de la órden de Santiago, los bandidos no le robaron la capa.

CÉSAR. Por qué?

SAL. Por llevar bordado en ella el distintivo de la órden. ¿Qué te parece ese lance?

CÉSAR. Que vivimos en mala época: ¿qué vá á ser de nosotros si Santiago proteje á los ladrones?

SAL. Pues tú ibas con ellos.

CÉSAR. Confieso que es verdad, pero ni siquiera toqué á D. Cárlos; iba con ellos para darles consejos.

SAL. Mejor todavía. Anoche, cuando se escondió la luna, salieron de un inmundo garito de la plaza Mayor unos cuantos perdidos, que atacaron á una patrulla; tambien ibas con ellos.

CÉSAR. Primo mio, siempre he desdeñado batirme con alguaciles: estaba allí, pero nada más; mientras llovian estocadas me paseaba por bajo los arcos de la plaza componiendo versos.

SAL. Pues aun sé más.

CÉSAR. Veamos qué más sabes.

SAL. Se os acusa en Francia á tí y á tus compañeros de que os sublevais contra las leyes, de haber abierto sin llaves la caja de las gabelas.

CÉSAR. No digo que no... pero la Francia es enemiga nuestra.

SAL. En Flandes os encontrásteis con D. Pablo Bartolomé, que llevaba á Mons el producto de la venta de unos viñedos que habia cobrado por órden del noble Cabildo, y pusísteis la mano en los bienes del clero.

CÉSAR. En Flandes? Puede ser... Como he viajado tanto! Qué más sabes?

SAL. D. César, cuando pienso en tí, me ruborizo.

CÉSAR. Ruborízate.

SAL. Nuestra familia...

CÉSAR. No padece el nombre de nues-

tra familia; en Madrid tú solo sabes cómo me llamo. No me hables, pues, de la familia.

SAL. El otro dia, una marquesa, al salir del templo, me preguntó: ¿Quién es ese bandido que allá bajo se cuadra y mira de reojo, que vá más destrozado que Job y más soberbio que el duque de Braganza?

CÉSAR. (Mirándose el traje.) Y tú le habrás contestado que se llama Zafari.

SAL. No le contesté; el rubor me lo impidió.

CÉSAR. La dama se reiria; pues mira, es muy conveniente hacer reir á las mujeres.

SAL. Solo te tratas con espadachines infames.

CÉSAR. Con estudiantes y con gente alegre.

SAL. No te se vé más que entre mujeres perdidas.

CÉSAR. Con mujeres hermosas, que tú tratas mal y á las que yo celebro en mis versos.

SAL. Matalobos, el célebre ladron de Galicia, que se burla de los que le persiguen y que llena de terror á Madrid, ¿es tambien amigo tuyo?

CÉSAR. Hablemos con formalidad si te place. Es menester que sepas que sin su amistad iria yo desnudo, y eso seria muy feo. Me vió casi en camisa en la calle en el mes de Diciembre, y se conmovió al verme en ese estado. La preciosa ropilla de seda que robaron al necio y perfumado conde de Alba hace un mes...

SAL. Qué?

CÉSAR. La tengo yo; me la regaló Matalobos.

SAL. La ropilla del conde! ¿No te avergüenzas de...?

CÉSAR. No puedo avergonzarme de vestir una ropilla buena y bordada, que me calienta en invierno y que puedo lucir en el verano.

Se desemboza y enseña una soberbia ropilla de raso, de color de rosa, bordada de oro.

Todavía los bolsillos están llenos de billetes amorosos dirigidos al conde. A veces, como soy pobre y enamorado y no tengo nada que comer, me acerco al respiradero de una cocina, y el vapor de lo que guisan se me sube á las narices; me siento allí y leo los billetes amorosos del conde, y engañando al mismo tiempo al estómago y al corazon, me entretengo olfateando el festin y el amor.

SAL. D. César...

CÉSAR. Primo mio, basta de reproches. Es verdad que soy un gran señor y uno de tus más próximos parientes, que me llamo D. César y que soy conde de Garofa; pero la suerte me hizo ser loco de nacimiento. Fuí rico, poseí palacios y vastas haciendas y fuí espléndido con las hermosas; así es que al cumplir los veinte años me habia comido mis bienes, sin que me quedara de mi prosperidad más que un monton de acreedores, que corren tras de mí aullando y royéndome los zancajos. Puse piés en polvorosa, tomé otro nombre, y en la actualidad soy un pícaro de buen humor; me llamo Zafari, y tú solo sabes mi verdadero nombre. Como tú no me dás dinero, yo tampoco te lo pido, y me paso sin él. Hace nueve años que mi cama es el duro suelo y mi techo el firmamento, y así me creo feliz. Todos se figuran que estoy en las Indias ó que he muerto y que me estoy abrasando en el infierno. Entre tanto el agua clara de la fuente apaga mi sed, me paseo satisfecho, voy á ver mi antiguo palacio, que hoy es propiedad de Espínola, Nuncio de Su Santidad, y hasta doy mi opinion á los trabajadores que se ocupan en esculpir una figura de Baco encima de la puerta.—¿Podrias prestarme diez escudos?

SAL. Tengo que hablarte.

CÉSAR. (Cruzando los brazos.) Veamos qué es lo que tienes que decirme.

SAL. Te hice subir para favorecerte. César, soy rico, no tengo hijos, soy tu pariente más viejo, y veo con sentimiento que vas á caer en un abismo, del que quiero librarte. A pesar de tus bravatas eres desgraciado. Quiero pagar tus deudas, hacerte recobrar los palacios, conseguir que vuelvas á vivir en la corte y que vuelvas á ser lo que fuiste. Quiero que muera Zafari y que nazca César; quiero que tomes dinero de mis arcas, porque es muy natural que cada uno favorezca á sus parientes.

Mientras D. SALUSTIO habla, se vá retratando el asombro en la fisonomía de D. CÉSAR, y dice sonriendo:

CÉSAR. Siempre has sido diabólico, y es muy elocuente lo que me estás diciendo. Continúa.

SAL. Te daré todo esto con una sola condicion, que te explicaré. Entre tanto toma esta bolsa.

CÉSAR. (Pesando la bolsa, que está llena de oro.) ¡Es un regalo magnífico!

SAL. Además te daré quinientos ducados.

CÉSAR. (Con asombro.) Marqués!

SAL. Los tendrás hoy mismo.

CÉSAR. Pues soy tuyo, cualquiera que sea la condicion que me impongas.

Dispon de mi espada, pues desde ahora me convierto en esclavo tuyo.

SAL. No, César, no; ni acepto tu espada, ni se trata de ella.

CÉSAR. Entonces de qué se trata? No puedo ofrecerte otra cosa.

SAL. (Acercándose y hablándole en voz baja.) Debes conocer á todos los pordioseros de Madrid.

CÉSAR. Me cabe ese honor.

SAL. Sé que siempre van detrás de tí un sinnúmero de ellos, y comprendo que en caso de necesidad podríais promover un motin, y quizás esto pueda servirme.

CÉSAR. (Riendo.) Parece que estés componiendo una comedia. ¿Qué papel me destinas en ella? Yo tengo mucha aficion á los graciosos.

SAL. (Con gravedad.) Estoy hablando á D. César y no á Zafari. (Bajando la voz.) Escucha. Necesito, para conseguir un resultado sombrío, que alguno trabaje á mi lado en la oscuridad y me ayude á realizar un gran designio. No soy malvado, pero hay casos y ocasiones en las que el hombre más delicado debe desechar los escrúpulos y obrar como le convenga. Serás rico, pero es menester que me ayudes silenciosamente á tender un lazo oculto con el brillo de un espejo, como hacen los cazadores de alondras: en una palabra, necesito desarrollar un plan ingenioso y terrible, un plan de venganza.

CÉSAR. Quieres vengarte?

SAL. Sí.

CÉSAR. De quién?

SAL. De una mujer.

CÉSAR. (Toma un ademan altivo y mira fijamente á D. SALUSTIO.) Basta; no pases adelante: voy á decirte mi opinion sobre lo que acabas de proponerme. El hombre que ciñe espada y emplea medios tortuosos y rastreros para vengarse de una débil mujer; el hombre que nació caballero y obra como un infame, aunque sea noble y grande de España, no es á mis ojos más que un pícaro redomado, un pícaro cobarde, á quien quisiera ver colgado de la horca.

SAL. César!...

CÉSAR. No me ultrajes hablándome más de esto. (Arroja la bolsa á los piés de D. SALUSTIO.) Guarda tu oro y tu secreto. Comprendo que se robe, que se mate, que se asalte una cárcel en una noche oscura al frente de cien valientes decididos, porque en ese caso luchan hombres contra hombres, y el peligro es igual por ambas partes; pero destruir traidoramente á una mujer, abrir á sus piés una trampa, abusar acaso de su honor y enredar á una inocente avecilla en pegajosa liga, eso no; y te juro que antes de llegar á tal indignidad y á tal vileza prefiero que me ahorquen.

SAL. César!...

CÉSAR. No necesito tus beneficios, mientras en mi vida independiente encuentre agua en las fuentes, en los campos aire, en la ciudad un ladron que me vista y el olvido de mi antigua prosperidad y la sombra que hacen vuestros palacios para dormir las siestas en el verano. Adios, pues; Dios sabe quién obra mejor de los dos. Te dejo, D. Salustio, con la gente de la córte, que son tus semejantes, y me vuelvo á vivir con mis ganapanes; prefiero vivir con lobos á vivir con serpientes.

SAL. Espera, César...

CÉSAR. Abreviemos. Si quieres que me aguarde para llevarme á la cárcel, manda que me lleven pronto.

SAL. Te creia, César, más envilecido; te he probado y has salido victorioso de la prueba: quiero estrecharte la mano.

CÉSAR. Qué es lo que dices?

SAL. Que todo ha sido una pura broma que usé contigo para probarte.

CÉSAR. Luego esa mujer, ese plan y esa venganza...

SAL. No existen. Lo he imaginado todo.

CÉSAR. Me alegro. ¿Y la promesa de pagar mis deudas y los quinientos ducados tambien han sido imaginarios?

SAL. No, voy á entregarte esa cantidad.

Se dirige á la puerta del foro y hace seña á RUY BLAS para que entre.

CÉSAR. (Desde el proscenio y mirando de soslayo á D. SALUSTIO.) (¡Tiene cara de bribon y corazon de traidor!)

SAL. (A RUY BLAS.) Quédate aquí. (A D. CÉSAR.) Vuelvo al instante.

Sale por la puerta de la izquierda; en cuanto desaparece, se acercan RUY BLAS y D. CÉSAR el uno al otro con viveza.

ESCENA III.

D. CÉSAR y RUY BLAS.

CÉSAR. No me habia equivocado. Eres tú, Ruy Blas!

RUY. ¿Y tú, Zafari, á qué vienes á este palacio?

CÉSAR. Vengo de paso, pero ya me voy. Soy un pájaro y me gusta la liber-

tad. Pero tú qué haces con esa librea? Vas disfrazado?

RUY. (Con sentimiento.) No, no voy disfrazado.

CÉSAR. Qué dices?

RUY. Deja que estreche tu mano como en aquellos tiempos de alegría y de miseria, como en aquellos felices tiempos en los que no tenia dónde comer ni dónde acostarme, pero en los que era libre. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? Entonces aun era hombre; ambos salíamos de la plebe, y nos parecíamos tanto, que todos nos creian hermanos; pasábamos los dias cantando juntos y las noches tendidos uno al lado de otro á campo raso, partiendo todo lo que teníamos, hasta que llegó la hora fatal de separarnos y cada uno se fué por su lado. Te encuentro despues de cuatro años, y veo que siempre eres el mismo, alegre como un niño y libre como un bohemio, siempre rico á pesar de ser pobre, porque careces de todo y nada deseas. Pero en mí ha habido gran mudanza. Era yo un pobre huérfano, que por compasion alimentaron en un colegio, llenándome de ciencia y de orgullo, en el que, en vez de dedicarme al trabajo, me llenaron de deseos ambiciosos. Bien lo sabes, porque cuando me conociste pudiste ver expresados mis deseos en versos insensatos. Yo oponia cien razones á tus burlas, y me dejé seducir por la ambicion. De qué sirve trabajar? me decia á mí mismo, caminando hácia un objeto invisible, que yo creia alcanzar, esperándolo todo de la fortuna. Sabes tambien que soy uno de aquellos ociosos que pasan un dia entero delante de un palacio observando cómo entran y salen las duquesas y las condesas, aunque con frecuencia no tenia para comprar pan; pero sumido en la miseria y la holgazanería, pasaba las horas muertas meditando sobre el destino de la humanidad; y compadeciendo la suerte de la triste España, me creia que podia ser el salvador de un mundo, y hé aquí el resultado que me han dado las meditaciones... ser lacayo.

CÉSAR. Sí, ya lo sé; el hambre es una puerta baja, y cuanto más alto es el que por ella ha de pasar, más tiene que encorvarse...; pero la fortuna tiene su flujo y su reflujo; no pierdas la esperanza.

RUY. (Moviendo la cabeza.) Sirvo al marqués de Finlas.

CÉSAR. Le conozco. ¿Vives acaso en este palacio?

RUY. Hasta esta mañana, hasta hace un momento, nunca habia pisado sus umbrales.

CÉSAR. De veras? Tu amo, sin embargo, para desempeñar su cargo vive aquí.

RUY. Sí, porque á cada momento le llama la córte. Pero tiene una habitacion desconocida, á la que nunca vá de dia; un secreto retiro, que está á cien pasos de este palacio, y allí vivo yo. Algunas veces el marqués vá allí por la noche y entra por una puerta secreta, de la que solo él tiene la llave; le acompañan hombres enmascarados. Hablan misteriosamente, se encierran y nadie sabe lo que pasa entre ellos. Hay en dicha casa dos negros mudos, para quienes soy el amo y que no saben siquiera cómo me llamo.

CÉSAR. Sí, allí es donde recibe á todos los alcaldes que son sus espías, y desde allí dirige sus emboscadas. Es un hombre intrigante que lo maneja todo.

RUY. Ayer me dijo: Mañana, antes de amanecer, te encontrarás en palacio y entrarás por la verja dorada. En cuanto llegué aquí me hizo vestir esta librea: hoy es la primera vez que gasto este traje repugnante.

CÉSAR. (Estrechándole la mano.) No pierdas la esperanza.

RUY. Nada puedo esperar! No sabes aun todo lo que me sucede. Vestir este traje deshonroso, haber perdido la alegría y el orgullo, no es nada en comparacion de lo que vas á oir. Escúchame. No me pesa la esclavitud á que estoy condenado, porque siento dentro del pecho que una hidra con dientes de llama me muerde el corazon... Si mi exterior te asusta, qué seria si me vieras por dentro!

CÉSAR. Qué quieres decir?

RUY. Inventa, imagina, piensa en tu fantasía lo más extraño, lo más insensato y lo más desconocido; figúrate que te deslumbre una fatalidad, compon un veneno activo, cava un abismo más sordo que la locura y más negro que el crímen, y todavía no tendrás una idea de lo que es mi secreto. No lo adivinas? ¡Quién lo ha de adivinar! Ciega el abismo á donde mi destino me arrastra: estoy enamorado de la reina.

CÉSAR. Qué oigo!

RUY. Bajo el dosel que adorna un globo imperial se sienta en el Escorial, en Aranjuez ó en este mismo palacio, un hombre que apenas se vé desde el suelo, cuyo nombre se pronuncia con terror; para el que, como para Dios, todos los hombres son iguales; al que se

mira temblando, al que servimos de rodillas; que puede hacer caer nuestras cabezas á una sola señal; que vive solo, soberbio y envuelto en su terrible majestad; que hace sentir el peso de su voluntad á más de medio mundo; pues bien, ese hombre me dá celos, á mí, que soy un miserable lacayo.

CÉSAR. Estás celoso del rey!

RUY. Estoy celoso porque amo á su esposa.

CÉSAR. Desdichado!

RUY. Escucha. Todos los dias la espero por verla pasar; creo que estoy loco. Esa infeliz mujer vive condenada á eterno fastidio: pienso en ella todas las noches. Vive en esta corte falsa y corrompida, casada con un rey que pasa el tiempo cazando, que es un imbécil y un viejo á los treinta años; un hombre tan inhábil para vivir como para reinar. ¡Es terrible desgracia para una mujer hermosa y jóven haber entregado la mano á Cárlos II! Todas las tardes la veo cuando vá á las monjas del Rosario... No sé cómo nació en mí esta pasion insensata, pero juzga hasta dónde llega. Ando diariamente una legua de camino, voy hasta Carabanchel para coger flores azules de Alemania, que le gustan en extremo; hago un ramillete, y por la noche me descuelgo como un ladron en el jardin real y lo dejo en el banco favorito de mi soberana. Ayer, compadécete de mí, ayer me atreví á meter entre las flores una carta. Te advierto que para llegar al banco predilecto de la reina es preciso escalar las altas tapias del parque, coronadas de puntas de hierro, con las que quizás me destrozaré algun dia. ¿Encontró ella mis flores y mi carta? No lo sé. ¡Te habrás convencido ya de que soy un insensato!...

CÉSAR. Pues esa aventura está erizada de peligros; ándate con piés de plomo. El conde de Oñate tambien la ama; guárdate de él, porque pudieran ahorcarte antes de que tus ramos se marchiten. ¡Nunca me hubiera imaginado que te pudiese ocurrir amar á la reina! ¿Cómo diablos ha sido eso?

RUY. Lo ignoro. Venderia mi alma al demonio por ser uno de esos jóvenes gentiles-hombres, lujosos, ricos y orgullosos, porque así podria acercarme á la reina. ¡Pero cómo me he de acercar con esta vil librea, siendo un miserable lacayo!... (Aproximándose á D. CÉSAR.) ¿Me preguntas por qué la amo y desde cuándo? Desde cierto dia... pero esto, qué te importa! Siempre has tenido la manía de martirizar preguntando. La amo locamente, con delirio; basta que te diga esto.

CÉSAR. Bien; no te incomodes.

RUY. (Cayendo abatido en un sillon.) Sufro mucho; perdóname, ó mejor dicho, vete, huye de mí. Abandona á este miserable loco, que con espanto siente pasiones de rey, vistiendo la librea de lacayo.

CÉSAR. ¡Abandonarte yo, que no he sufrido porque no he amado nunca; yo, que soy un pobre cascabel al que le falta dentro lo que suena; que soy un pordiosero, que voy mendigando amor, no sé dónde, y á quien de vez en cuando el destino le arroja una moneda de cobre; yo, que tengo el alma apagada y el corazon insensible; yo que te envidio tanto como te compadezco... ¡No puedo abandonarte, Ruy Blas!

Momentos de silencio, durante los que permanecen con las manos estrechadas y mirándose los dos con tristeza y afecto. Sale D. SALUSTIO; avanza lentamente, contemplando á D. CÉSAR y á RUY BLAS, que no le ven. Lleva en la mano un sombrero y una espada, que deja sobre un sillon, y en la otra una bolsa, que deposita sobre la mesa.

SAL. Ahí tienes el dinero.

Al oir á D. SALUSTIO, RUY BLAS se levanta, sobresaltado, se queda de pié con los ojos inclinados al suelo y en actitud de respeto.

CÉSAR. (¡Que me lleve el diablo si este hombre no nos ha estado oyendo desde la puerta!) D. Salustio, muchas gracias.

Abre la bolsa y derrama el dinero encima de la mesa, arreglándolo en montones; entre tanto D. SALUSTIO vá al fondo de la habitacion, abre la puertecilla de la derecha, hace una señal y salen tres alguaciles con espadas y vestidos de negro. D. SALUSTIO les señala á D. CÉSAR. RUY BLAS, que permanece de pié cerca de la mesa como una estátua, no vé ni repara en nada de lo que sucede.

SAL. (A los alguaciles.) Cuando salga ese hombre que está contando el dinero, le seguireis y os apoderareis de él sin usar de la violencia, y por el camino más corto le conducireis á Denia.

Les entrega un pergamino sellado.

Aquí os entrego la órden escrita y firmada por mí. Sin hacer caso de sus lamentos ni de lo que os diga, cuando llegueis á alta mar lo vendereis á los corsarios de Africa. Os ganareis mil piastras.

Los tres alguaciles saludan y se van.

CÉSAR. (Acabando de arreglar las pilas de ducados.) Es muy divertido formar en columnas escudos propios.

Hace dos partes, y volviéndose hácia RUY BLAS, le dice:

La mitad de estos escudos es para tí.

RUY. Cómo!

CÉSA. Tómala, y así puedes ser libre.

SAS. (Que los observa desde el foro.) (Diablo!)

RUY. No; mi corazon es lo que deseo que sea libre. Mi destino es permanecer aquí, y aquí me quedo.

CÉSAR. Bien; sigue los caprichos de tu fantasía. ¡Si eres loco ó eres sábio, solo Dios lo sabe!

Recoge el dinero en la bolsa y se lo mete en el bolsillo.

SAL. (Se parecen bastante; tienen el mismo aire, la misma fisonomía.)

CÉSAR. (A RUY BLAS.) Adios.

RUY. Dame la mano y adios.

Se estrechan las manos y D. CÉSAR sale sin ver á D. SALUSTIO, que se oculta al ver que se despiden.

ESCENA IV.

RUY BLAS y D. SALUSTIO.

SAL. Ruy Blas!

RUY. Señor!

SAL. Cuando has venido esta mañana no recuerdo si habia ya amanecido.

RUY. Todavía no, señor; silenciosamente entregué vuestro pase al portero, y me dejó subir.

SAL. Ibas embozado en la capa?

RUY. Sí, señor.

SAL. ¿Nadie en palacio te ha visto entrar con esa librea?

RUY. Nadie me ha visto ni en el palacio ni en Madrid.

SAL. Bien. Cierra aquella puerta. (Señalando la puerta por donde salió D. CÉSAR.) Quítate esa casaca. (RUY BLAS obedece.) A ver si tienes buena letra; escribe: (Hace sentar á RUY BLAS en la mesa, en la que hay recado de escribir.) Me vas á servir de secretario, y para que empieces á ocuparte de este cargo, voy á dictarte una carta amorosa. Como no quiero ocultarte nada, te diré que es para la reina de mi corazon, para la hermosa doña Práxedes. Escribe, que voy á dictarte: "Amenaza mi vida inminente peligro; solo vos, reina mia, podeis librarme de él, viniendo esta noche á mi casa; si no os aventurais á eso, sin remedio estoy perdido. Mi vida y mi corazon pongo á vuestros piés, que beso.„ (Declamando.) Inventar un riesgo es una buena estratagema para hacerla venir á mi casa; pues es sabido que las mujeres desean salvar al que las pierde. Sigue escribiendo: "Entrareis de noche, sin que nadie os vea, por la puerta de la calle, que os abrirá una persona de toda mi confianza.„ (Declamando.) Me gusta esta estratagema! Ahora firma el billete.

RUY. ¿Con vuestro nombre y apellido?

SAL. No, firma solo: *César*. Es mi nombre de guerra.

RUY. ¿Esa dama no extrañará la letra?

SAL. No... le escribo con diferentes letras. Ruy Blas, esta noche voy á salir de Madrid, y te dejo aquí, porque he formado sobre tí proyectos que indudablemente te halagarán. Vas á cambiar muy pronto de posicion, pero es necesario que me obedezcas en todo. Como en tí he visto un servidor discreto, fiel y reservado...

RUY. (Inclinándose.) De ello puede estar seguro vuestra excelencia.

SAL. Pues bien, deseo hacer tu fortuna.

RUY. Dónde he de llevar esta carta?

SAL. De eso yo me encargaré. ¡Voy á hacerte feliz! (Pausa. Indica á RUY BLAS que se siente otra vez junto á la mesa.) Escribe: "Yo, Ruy Blas, lacayo, que estoy al servicio del señor marqués de Finlas, en todas ocasiones, secreta ó públicamente, me comprometo á servirle como un buen criado.„ Fírmalo con tu nombre y apellido y pon la fecha. (Pausa.) Dame lo que has escrito. (Dobla el papel y la carta que acaba de escribir RUY BLAS y los mete en su cartera.) Me acaban de devolver una espada; la he dejado en ese sillon. (Señala el sillon en que dejó la espada y el sombrero, va allí y toma la espada.) ¿Qué te parece esta flor que tiene la empuñadura? Es obra del mejor cincelador de España. (Ciñe á RUY BLAS una banda bordada, de la que pende la espada.) A ver cómo te sienta... Muy bien. Nadie dirá que no eres un caballero... Oigo pasos... pronto debe pasar ya la reina... es el marqués del Basto.

Se abre la gran puerta vidriera del fondo. D. SALUSTIO se quita la capa y se la pone á RUY BLAS antes de aparecer el MARQUÉS DEL BASTO. Despues se vá recto hasta éste, arrastrando tras sí al estupefacto RUY BLAS.

ESCENA V.

Dichos, EL MARQUÉS DEL BASTO, luego EL MARQUÉS DE SANTA-CRUZ, despues EL CONDE DE ALBA y toda la corte.

SAL. Permitidme, marqués, que os presente á mi primo D. César, conde de Garofa.

Señalando á RUY BLAS.

RUY. (Qué oigo!)

SAL. (Silencio.) (A RUY BLAS.)

BASTO. Celebro infinito, señor conde... (Le dá la mano á RUY BLAS, el que se la toma confuso y aturdido.)

SAL. (Sigue la farsa y salúdale.) (A RUY BLAS.)

BASTO. Profesé mucho afecto á

vuestra madre. (Bajo á D. SALUSTIO.) Ha cambiado mucho, y no le hubiera conocido.

SAL. (Al MARQUÉS.) ¡Tantos años de ausencia!...

BASTO. Es claro!

SAL. Pues ya está aquí. Ya recordareis que era un derrochador y que vivia con un lujo que deslumbraba á todo Madrid; por eso en menos de tres años devoró su fortuna. Ahora acaba de llegar de las Indias.

RUY. Señor...

SAL. Llámame primo, que parece que te hayas olvidado de que lo somos; ya sabes que los Bazanes fueron nuestros ascendientes.

RUY. (Dónde irá á parar todo esto?)

Mientras D. SALUSTIO está hablando, se les acercan el MARQUÉS DE SANTA-CRUZ y D. ALVARO BAZAN, que es un anciano con bigote blanco y con gran peluca.

SANTA-CRUZ. No conozco muy bien esa genealogía; pero si es primo vuestro, tambien lo es mio.

SAL. Cierto, pues provenimos del mismo tronco. Aquí teneis á D. César. (Presentándole á RUY BLAS.)

SANTA. ¿No será el que creíamos muerto?

SAL. Sí, ese es.

SANTA. Pues de dónde viene?

SAL. De las Indias.

SANTA. (Examinando á RUY BLAS.) Efectivamente, es el mismo.

SAL. Lo reconoceis?

SANTA. Ya lo creo! ¡Le he visto nacer! Dame la mano, primo mio. (Alargando la mano á RUY BLAS.)

RUY. (Inclinándose.) Señor...

SANTA. ¡Mucho me alegro de volverte á ver!

SAL. (Lleva aparte al MARQUÉS y le dice en voz baja.) (Voy á pagar á todos sus acreedores. En la posicion que ocupais tambien podeis serle útil, y si hubiera vacante algun empleo cerca del rey ó de la reina...)

SANTA. (No lo olvidaré, y mucho menos siendo como es de la familia.)

SAL. (Os lo recomiendo, ya que teneis tanta influencia en el Consejo de Castilla.)

Se separa del MARQUÉS DE SANTA-CRUZ y se dirige á otros caballeros, á los que presenta á RUY BLAS, entre ellos al CONDE DE ALBA, que lleva un traje riquísimo y muchas condecoraciones.

Señores, este jóven es mi primo César, conde de Garofa.

Los caballeros saludan á RUY BLAS, que corresponde asombrado.

SAL. Es preciosa esa ropilla, señor conde.

ALBA. Pues tenia otra más preciosa aun, pero me la robó Matalobos.

Sale un UJIER y anuncia desde el fondo.

UJIER. La reina se acerca, señores.

SAL. (Bajo á RUY BLAS.) ¿Es que cuando crece tu fortuna mengua tu alma? Despierta, Ruy Blas. Salgo de Madrid, pero te dejo mi casa reservada; de ella no me llevo nada más que las llaves de las puertas secretas. De todo lo demás dispon. No tardarás en recibir órdenes mias; me encargo de hacer tu fortuna, con la condicion de que cumplas siempre mi voluntad. Sube muy alto y nada temas. Aprovéchate de esta ocasion propicia. La corte es un pais que recorremos sin ver nunca claro, andando siempre con los ojos vendados; pero yo me encargo de ver por tí.

EL UJIER. (Desde el fondo.) La reina!

RUY. (La reina!)

La REINA atraviesa por el foro rodeada de camareras y de gentiles-hombres de cámara, bajo un pálio de terciopelo de color de escarlata, que llevan cuatro nobles que van descubiertos. RUY BLAS, aturdido y deslumbrado, la contempla estático. Se cubren los grandes de España, MARQUÉS DEL BASTO, CONDE DE ALBA, MARQUÉS DE SANTA-CRUZ y D. SALUSTIO: éste último vá al sillon donde dejó el sombrero y se lo pone en la cabeza á RUY BLAS.

SAL. ¿En que estais pensando, D. César? Cubríos, que os olvidais que sois grande de España.

RUY. (¿Qué me mandais que haga, señor?) A D. SALUSTIO.)

SAL. (Señalándole la REINA, que atraviesa lentamente la galería.) Te mando que enamores á esa mujer y que consigas ser su amante.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La reina de España.

Salon contiguo al dormitorio de la REINA, con una pequeña puerta á la izquierda que comunica con él, y con otra á la derecha que dá á los departamentos exteriores. En el fondo grandes ventanas abiertas. Una gran mesa, sillones, un altar con una imágen, á cuyo pié se lee: *Santa María Esclava*; en el lado opuesto una Vírgen, ante la cual arde una lámpara de oro, y junto á ésta un retrato de cuerpo entero de Cárlos II. Es una hermosa tarde de verano.—La REINA DOÑA MARÍA aparece sentada al lado de CASILDA, jóven y hermosa camarista. La REINA lleva vestido blanco recamado de plata; está bordando é interrumpe á menudo su tarea. Al lado opuesta está sentada DOÑA ANA DE ALBURQUERQUE, camarera mayor, trabajando en una tapicería; es anciana y viste de negro. Varias dueñas á su alrededor se ocupan en labores mu-

jeriles. En el fondo se pasea D. GURITAN, conde de Oñate, mayordomo, flaco y alto y de bigotes canosos; de aspecto militar, pero vestido con exagerada elegancia.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, la DUQUESA DE ALBURQUERQUE, D. GURITAN, CASILDA y dueñas.

REINA. Ahora que salió ya de Madrid el marqués de Finlas y que debiera estar tranquila, me pesa haberle desterrado de la corte.

CASILDA. ¿Fué desterrado por vuestra voluntad?

REINA. Sí; pero ese hombre me detesta.

CAS. Vuestra majestad...

REINA. Ese marqués, Casilda, ha sido para mí el ángel malo. El otro dia, á pesar de que tenia que partir á la siguiente mañana, asistió como ordinariamente al besamanos. Todos los grandes se adelantaban por órden hácia el trono, y cuando yo, triste, pero tranquila, les presentaba la mano para que la besasen, ví que él se me acercaba con pasos lentos, con ademan grave y con miradas siniestras, se bajó para besarme la mano y me pareció sentir en ella la baba ponzoñosa de la víbora.

CAS. Asistió al besamanos cumpliendo con su deber.

REINA. Aquella fué la última vez que le ví, pero desde entonces me tiene preocupada. Muchas veces me digo á mí misma: Ese hombre es perverso y yo soy una débil mujer. Se me presenta en sueños besándome la mano, lanzándome miradas de ódio y de venganza, y siento que su beso glacial, corriendo por las venas, me llega al corazon. ¿Qué dices á esto, Casilda?

CAS. Que esos son pensamientos imaginarios.

REINA. Sufro otros pesares más reales. (Debo callar lo que más me atormenta.) ¿Se han ido esos mendigos que no se atrevian á acercárseme?

CAS. Todavía están en la plaza.

REINA. Pues toma, échales este bolsillo.

CASILDA toma la bolsa que le dá la REINA y por la ventana se la arroja á los pobres.

CAS. Ya que prodigais las limosnas con tanta liberalidad, ¿por qué no concedeis la limosna de una palabra afectuosa al conde de Oñate, á ese anciano valiente...?

REINA. Es un hombre muy fastidioso.

CAS. Es verdad. Pero habladle.

REINA. (Volviéndose hácia D. GURITAN.) Buenas tardes, conde de Oñate. (D. GURITAN se acerca á la REINA, haciendo tres cortesías, y suspirando le besa la mano; luego se vuelve al lado de la camarera mayor.)

GURITAN. (A CASILDA.) (Hoy está hermosísima la reina.)

CAS. (Con poco se satisface el pobre conde.)

REINA. (Calla!)

CAS. (Para ser feliz le basta veros y contemplaros.)

(Se fija en una cajita que hay encima de una rinconera.)

Qué preciosa caja!

REINA. Aquí tengo la llave.

CAS. Es de madera exquisita.

REINA. (Entregando la llave á CASILDA.) Abrela y verás que contiene varias reliquias que voy á enviar á mi padre á Neuburgo. Vé á mi gabinete y tráeme un libro... ¡pero estoy loca! No hay allí un libro aleman, todos son españoles. El rey está cazando... Siempre está ausente! ¡Esto es un fastidio! ¡En seis meses apenas le he visto doce dias!

CAS. ¡No vale la pena de casarse con un rey para vivir así!

LA REINA queda pensativa. Despues de una larga pausa exclama:

REINA. Quiero salir!

Al decir esto con tono imperioso, la DUQUESA DE ALBURQUERQUE se levanta.

ALBURQUERQUE. Para que pueda salir la reina, segun el ceremonial de etiqueta, deben abrir las puertas los grandes de España que sean caballeros de la Llave, y ahora no hay ninguno en palacio.

REINA. Entonces estoy encerrada! ¿Se proponen, duquesa, que me muera aquí de fastidio?

ALBUR. Soy la camarera mayor y cumplo con los deberes de mi cargo.

Se vuelve á sentar.

REINA. Entonces venga un *lansquenete*; acérquense aquí mis damas y vamos á jugar.

ALBUR. (A las dueñas.) No os movais de vuestros sitios, señoras. (Vuelve á levantarse y dice.) Segun la antigua costumbre de España, su majestad la reina no puede jugar más que con reyes ó con parientes del rey.

REINA. Pues que vengan esos parientes.

CAS. (Maldita vieja!)

ALBUR. (Haciendo la señal de la cruz.) Señora, Dios no se los ha concedido al actual soberano, que desde la muerte de la reina madre ha quedado solo en la real familia.

REINA. Entonces que me traigan algo que comer.

CAS. Eso será mejor.

REINA. Te convido, Casilda.

CAS. (Veremos qué dice ahora la respetable vieja.)

ALBUR. (Levantándose.) Cuando no está el rey, es costumbre que la reina coma sola.

REINA. Entonces de nada soy dueña! Ni puedo salir, ni jugar, ni comer cuando tengo gana; verdaderamente esto es insoportable. Qué haremos, Casilda? A ver si te ocurre alguna idea.

CAS. Ved si esta os complace: ya que en ausencia del rey gobernais el reino, haced que vengan los ministros, y quizás así os distraigais.

REINA. Vaya una distraccion! No tengo gana de ver ante mí ocho caras siniestras que me hablen de Francia, de su rey, de Roma ó del retrato del archiduque, que pasean procesionalmente por Burgos bajo pálio. Piensa otra cosa.

CAS. ¿Por qué no haceis que suba algun escudero jóven que disipe vuestro tedio?

REINA. Casilda!

CAS. Deseo ya, señora, ver algun rostro jóven; estoy ya cansada y aburrida de no ver en la corte más que caras viejas, y parece que se envejece más pronto viviendo entre ancianos.

REINA. Rie como una loca, hasta que llegue para tí el dia en que el corazon se reconcentre y pierdas el sueño y la alegría. Toda mi felicidad consiste hoy en llegar á un rincon del parque, á donde se me permite ir sola.

CAS. Ni eso me parece felicidad, ni el sitio hermoso.

REINA. Pues quisiera ir á él con mucha frecuencia.

CAS. (En voz baja.) (Quereis salir? pues bien, hablemos en voz baja. No hay como estar encerradas en sombrías prisiones para pensar en el medio de librarse del encierro; meditando sobre esto, encontré y poseo una alhaja llamada la llave de los campos: cuando gusteis podremos salir de noche, sin que nadie nos lo impida, y dar una vuelta por la villa y córte. Cuándo saldremos?)

REINA. (Nunca! Cállate por Dios!)

CAS. (Pues es muy fácil.)

REINA. (Silencio.) (Se separa de CASILDA y vuelve á sumirse en sus meditaciones.) (Ojalá en vez de encontrarme entre estos grandes que me amedrentan, estuviera con mis queridos padres en Alemania, corriendo con mi hermana por los campos y hablando con los labriegos. Llevaba allí una vida deliciosa, hasta que una tarde se me apareció un hombre vestido de negro, que me dijo con tono profético: "Señora, vais á ser reina de España.„ Mi padre no cabia en sí de gozo, pero mi madre lloraba... ¡Ahora llorarán los dos, ahora soy reina, pero antes era libre!... Voy á enviarles esa cajita y se alegrarán... Me muero de fastidio!) (Oyese un canto lejano.) Quién canta?

CAS. Son las lavanderas que pasan.

El canto se va aproximando y la REINA lo escucha con atencion.

VOCES DESDE FUERA.

¿Para qué quiero ir al bosque
á oir cantar al ruiseñor,
si no hay pájaro que cante
como tu preciosa voz?

—

¿Para qué de las estrellas
quiero admirar el fulgor?
Más que las estrellas, niña,
brillantes tus ojos son.

—

¿Para qué mirar que en Mayo
se abre en el jardin la flor,
cuando veo que florece
tu amoroso corazon?

—

El pájaro que en tí canta,
la estrella que en tí irradió,
la flor que se abrió en tu alma,
se llama, niña, el Amor.

REINA. (Pensativa.) El amor!... ¡Esas pobres mujeres son felices! Su cancion me consuela y me entristece al mismo tiempo.

ALBUR. (A las dueñas.) Que hagan alejar á esas mujeres, que están importunando á la reina.

REINA. No, no... Quiero, duquesa, que las dejen en paz. (A CASILDA, señalándole la ventana del foro.) Por allí el bosque es menos espeso, y quizá podremos verlas.

Dirígese con CASILDA á la ventana.

ALBUR. (Poniéndose en pié.) La reina de España no debe asomarse á la ventana.

REINA. (Retrocediendo.) ¡No puedo disfrutar de lo que disfruta cualquiera! Para mí no existe el mundo, y no puedo contemplar las obras de Dios ni las maravillas de la naturaleza.

ALBUR. Salid todos, que hoy es el dia de los Santos Apóstoles.

REINA. (A CASILDA, que se marcha.) ¿Tambien tú te vas?

CAS. Señora, como nos mandan salir de aquí...

ALBUR. Debemos dejar á la reina sola para que se entregue á sus devociones.

Se van todas haciendo profundas reverencias.

ESCENA II.

La REINA sola.

¿Para que me entregue á mis devociones? Mejor hubiera dicho para que me entregue á mis pensamientos. ¡Cómo huir de ellos ahora que estoy sola! (Pausa.) Veo siempre ante mí la huella sangrienta de una mano impresa en la pared... Se habrá herido, Dios mio! Pero él tiene la culpa; ¿por qué escala una tapia tan alta? ¿Por qué se arriesga por traerme las flores que aquí no me quieren dar? Debe haberse herido con las puntas de hierro que coronan el cercado, porque de una de ellas ví que colgaba un giron de encaje. Una sola gota de sangre que haya derramado por mí merece todas mis lágrimas. (Quédase pensativa. Pausa.) ¡Cada vez que me dirijo al banco á buscar los ramilletes, me prometo no volver, y siempre vuelvo! ¿Pero qué le habrá sucedido que no ha acudido al parque hace tres dias?... Quizás esté herido... Desconocido jóven, quien quiera que seas, que así arriesgas la vida por traer flores á la reina, sin pedirle nada y sin tener esperanza, ¡deseo que te ame tu madre como yo te bendigo! (Llevándose la mano al corazon.) ¡Su carta me abrasa! (Pausa.) ¡No puedo desechar de la imaginacion al implacable Don Salustio! La suerte al mismo tiempo me proteje y me persigue: me siguen al mismo tiempo un ángel y un espectro horrible, y sin verles, me agitan, para conducirme quizás á algun acontecimiento supremo, el hombre que me ódia y el hombre que me ama. ¿Me salvará el uno del otro? Lo ignoro; solo sé que dos vientos opuestos impelen la nave de mi destino. ¡Dios mio, qué débil es una reina!... Voy á orar. (Se arrodilla delante de la Vírgen.) Socorredme, Señora, que no me atrevo á levantar los ojos hasta vos. (Interrumpiéndose.) ¡Dios mio, el encaje, la flor, la carta, todo me abrasa! (Saca del pecho un billete, un ramillete de flores secas y un giron de encaje, los pone encima de la mesa y vuelve á arrodillarse.) ¡Socorredme, Vírgen Santa! (Interrumpiéndose otra vez.) No puedo separar la vista de esa carta que me fascina... pero no, no quiero leerla otra vez. (Se arrodilla.) ¡Oh cariñosa Reina, amparo de los desgraciados, os invoco; venid á socorrerme! (Se levanta, camina hácia la mesa, luego se pára, hasta que por fin se precipita sobre la carta, cediendo á un irresistible impulso.) Voy á leerla por última vez y en seguida la rasgaré... ¡hace un mes que estoy diciendo lo mismo!... (Desdobla la carta y lee.) "Señora, á vuestros piés, envuelto en las sombras del misterio, se agita un hombre que sufre, vil gusano que se ha enamorado de una estrella; que por vos perderia, si fuera necesario, la vida y el alma, y que muere en la tierra mientras vos estais brillando en el cielo.„ (Deja el billete sobre la mesa.) Cuando el alma está sedienta, tiene que apagar su sed aunque sea con un veneno. (Esconde el billete y el encaje en el pecho.) No tengo á nadie en el mundo, y necesito amar á alguno: si el rey hubiera querido, le hubiera amado; pero me abandona y me priva de su cariño.

Se abre la puerta grande de dos hojas del foro y aparece un UJIER.

EL UJIER. (En voz alta.) ¡Una carta del rey!

REINA. (Como despertando sobresaltada y lanzando un grito de alegría.) Del rey! Me he salvado!

ESCENA III.

La REINA, la DUQUESA DE ALBURQUERQUE, CASILDA, DON GURITAN, damas de la REINA, pajes y RUY BLAS.

Entran y avanzan lentamente. RUY BLAS se queda en el foro; vá magníficamente vestido. Dos pajes llevan la carta del rey encima de un almohadon de brocado de oro, y se arrodillan delante de la REINA á cierta distancia.

RUY. (Qué hermosa está! ¡Cómo he podido llegar hasta aquí!)

REINA. Dadme pronto esa carta.

Volviéndose hácia el retrato del rey.

Gracias, señor. ¿De dónde viene la carta?

ALBUR. De Aranjuez, donde está cazando su majestad.

REINA. Le doy las más sinceras gracias, porque ha comprendido que podia disipar mi aburrimiento con algunas frases cariñosas. ¿Por qué no me entregais esa carta?

ALBUR. Requiere la costumbre que yo la abra y la lea.

REINA. Tambien esto!... Pues leedla.

CAS. (Será algun billete amoroso.)

ALBUR. (Leyendo.) "Señora: Reina un viento muy fuerte; pero esto no obstante, he matado seis lobos.—CÁRLOS.„

REINA. (Dios mio!)

GUR. No dice nada más?

ALBUR. Nada más, señor conde.

CAS. (No encuentra mejor medio de curar á un corazon aburrido y enamorado que hacerle saber que ha muerto seis lobos.)

ALBUR. (Presentándole la carta á la REINA.) Si la quiere conservar vuestra majestad...

REINA. (Desechando la carta.) No, duquesa.

CAS. Pero no contiene otra cosa?

ALBUR. Qué más ha de contener? Nuestro soberano está cazando y en el camino escribe lo que mata y el tiempo que hace... Digo escribe? Pues lo dije mal; debí decir, dicta.

REINA. (Tomando la carta á la DUQUESA.) Efectivamente, la letra no es suya; solo ha escrito la firma.

Examinando la letra y, con asombro, dice aparte:

(No es ilusion! ¡Esta misma es la letra de la otra carta!)

Indicando la que se escondió en el pecho.

(Qué será esto?) ¿Dónde está el portador de esta carta? (A la DUQUESA.)

ALBUR. Ahí está. (Señalando á RUY BLAS.)

REINA. (Volviéndose hácia él.) Es ese jóven?

ALBUR. El la ha traido; es un nuevo escudero que proporciona su majestad á la reina, y que el marqués de Santa-Cruz me recomienda de parte del rey.

REINA. Cómo se llama?

ALBUR. D. César de Bazan, conde de Garofa: si hemos de creer lo que de él se dice, es un perfecto gentil-hombre.

REINA. Bien; deseo hablarle. Señor conde... (A RUY BLAS.)

RUY. (Extremeciéndose.) (¡Me quiere hablar, Dios mio! estoy temblando!)

ALBUR. (A RUY BLAS.) Conde, acercaos.

GUR. (Mirando de reojo á RUY BLAS.) (¡Jóven y escudero!... Esto no me conviene!)

REINA. (A RUY BLAS.) ¿Venís de Aranjuez?

RUY. (Inclinándose.) Sí, señora.

REINA. ¿Ha dictado el rey para mí estos renglones?

RUY. Montado á caballo, dictó esa carta á los que estábamos más cerca.

REINA. (Sus miradas me llegan al corazon sin saber por qué.) Bien... ¿Podeis decirme si habia allí muchos caballeros y quiénes eran? (No sé por qué me conmuevo mirando á ese jóven.)

RUY. No sé quiénes son, porque he estado muy poco tiempo entre ellos; solo hace tres dias que he salido de Madrid.

REINA. (Tres dias!)

RUY. (¡Pertenece á otro; los celos me despedazan el corazon!)

GUR. (Acercándose á RUY BLAS.) Sois escudero de la reina y conocereis las obligaciones de vuestro cargo; sabreis que esta noche debeis permanecer en la cámara contigua, para poder abrir al rey cuando venga á visitar á su esposa.

RUY. (Abrir yo al rey!) Sí... pero ahora está ausente.

GUR. Puede llegar de improviso.

RUY. (Ah!)

GUR. (Observándole.) (Qué tiene?)

REINA. (Que tiene fijas las miradas en RUY BLAS.) (Ha perdido el color!)

RUY BLAS, desfallecido, apoya el brazo en un sillon.

CAS. (A la REINA.) Me parece que ese caballero se siente mal.

RUY. (Pudiendo apenas tenerse en pié.) No, no; sin duda el aire... el sol... el largo camino... (Abrir yo al rey!)

Cae sin fuerzas en el sillon; al caer se desabrocha el ferreruelo y deja ver una mano vendada y ensangrentada.

CAS. Está herido!

REINA. Herido!

CAS. Pierde el conocimiento! Hagámosle aspirar alguna esencia.

REINA. (Registrando su gorguera.) Aquí debo tener un frasco... (Se fija en la manga de encaje que lleva RUY BLAS en el brazo derecho.) (El encaje es igual.)

Al sacar con precipitacion el frasco, saca tambien el giron de encaje; lo vé RUY BLAS, y ya no aparta la vista de la REINA.

RUY. (Ah!)

REINA. (Es él!)

RUY. (Lo guardaba.)

REINA. (Es él!)

RUY. (¡Quisiera morir en este momento!)

En el desórden y confusion que reina en las mujeres que rodean á RUY BLAS, nadie nota lo que sucede entre la REINA y él.

CAS. (Haciendo aspirar el frasco á RUY BLAS.) ¿Dónde os heristeis? ¿Es reciente la herida ó se os ha abierto en el camino? ¿Por qué os encargásteis de traer el mensaje á su majestad?

REINA. Acabareis de preguntar?

ALBUR. (A CASILDA.) Todo eso nada le importa á la reina.

REINA. Pudiendo escribir la carta, bien pudo traerla.

CAS. No ha dicho que la haya escrito.

REINA. (A CASILDA.) Silencio!

CAS. Estais mejor?

RUY. Acabo de recobrar la vida.

REINA. (A las damas.) Es hora de que nos retiremos de aquí. Ya que se ha restablecido el conde, que le conduzcan á su habitacion. (A los pajes que están en el fondo de la escena.) Ya sabeis que el rey no vendrá esta noche y que pasará cazando toda la estacion.

(Se vá con su séquito á las habitaciones interiores.)

CAS. (La reina está preocupada.)

Se vá por donde se fueron las demás, llevándose la caja de reliquias. RUY BLAS, al quedarse solo, coge el pedazo de encaje que dejó caer la REINA al suelo, lo mira, lo besa y exclama:

RUY. ¡Dios quiera que no me vuelva loco de alegría! (Se lo esconde en el pecho. Entra DON GURITÁN por la misma puerta que salió acompañando á la REINA. Se acerca á RUY BLAS sin hablarle, compara la espada que lleva con la de RUY BLAS y éste le mira con asombro.)

ESCENA IV.

RUY BLAS y D. GURITAN.

GUR. Traeré dos espadas iguales.

RUY. ¿Quereis decirme qué significa esa pantomima?

GUR. (Gravemente.) El año 1650 vivia yo en Alicante y estuve perdidamente enamorado. Un jóven apuesto y buen mozo perseguia al objeto de mis amores en la calle y en la iglesia; era muy altivo, aunque bastardo, y se llamaba Vazquez. Pues lo maté. (RUY BLAS quiere interrumpirle, pero D. GURITÁN le hace un gesto que le obliga á callar.) Más tarde, el año 1670, un caballero, el conde Guiscola, tuvo la osadía de enviar un billete amoroso á otra mujer que yo amaba y que se llamaba Angélica; ella me lo enseñó y el conde murió tambien á mis manos.

RUY. Señor conde de Oñate...

GUR. Posteriormente, en 1680, creí que una mujer que me correspondia otorgaba sus favores á un buen mozo, que se llamaba D. Tirso Gamonal; pues bien, tambien maté á D. Tirso.

RUY. Qué significa todo esto?

GUR. Esto significa, señor conde, que mañana sale el sol á las cuatro de la madrugada, que conozco detrás de la capilla un sitio desierto y separado de los caminos, muy á propósito para que se encuentren en él dos valientes, y que si vos sois un caballero, yo tambien lo soy, y me llamo D. Gaspar de Guritan Tarsis y Guevara, conde de Oñate.

RUY. (Con frialdad.) Pues bien; no faltaré.

Hace pocos instantes, CASILDA ha aparecido silenciosamente en la puerta del foro, atraïda por la curiosidad, y ha oido las últimas palabras.

CAS. (Eso es un duelo! Voy á participárselo á la reina.)

Váse.

GUR. (Imperturbable.) Debo participaros que me disgustan los mequetrefes afeminados, que gastan el tiempo en vestirse y en rizarse el bigote, que se introducen en las casas y enamoran á las damas dirigiéndolas miradas tiernas, pero que se desmayan en cuanto reciben un simple rasguño.

RUY. No os comprendo!

GUR. Pues fácil es entenderme: los dos deseamos lo mismo; por lo tanto, uno de los dos sobra en palacio. Vos sois escudero y yo mayordomo; tenemos iguales derechos, pero nuestra posicion no es la misma: yo tengo el derecho de la antigüedad y vos el de la juventud; en una palabra, me estorbais. Sois demasiado jóven, demasiado gallardo y demasiado tierno, y es preciso que os mate.

RUY. Si podeis.

GUR. Conde de Garofa, mañana al salir el sol, en el sitio que os he indicado, sin criados ni testigos, nos batiremos, si os parece, con espada y daga, como corresponde á dignos gentiles-hombres, descendientes de ilustres familias. (Dá la mano á RUY BLAS y éste la acepta.) Que nada se sepa de cuanto hemos hablado.

RUY. Nada se sabrá. Hasta mañana.

Váse.

GUR. (No le tiembla la mano; y no le tiembla, estando seguro de que ha de morir: debe ser bravo ese jóven.)

Abren con llave la puerta del cuarto de la REINA.

Abren esa puerta.

Sale la REINA y corre hácia D. GURITAN, llevando en la mano la caja de las reliquias.

ESCENA V.

D. GURITAN y la REINA.

REINA. (Sonriendo.) Os voy buscando.

GUR. No me esperaba tanto honor.

REINA. (Dejando la caja sobre la mesa, sonriendo.) Pues os buscaba, porque me estaba apostando Casilda hace pocos momentos—las mujeres somos locas—que érais capaz de hacer por mí todo cuanto yo quisiera.

GUR. Ha dicho la verdad.

REINA. Pues, amigo mio, yo sostenia lo contrario.

GUR. Casilda estaba en lo cierto.

REINA. Decia que por mí verteríais la sangre y perderíais la vida.

GUR. Decia bien.

REINA. Yo afirmaba lo contrario.

GUR. Estoy dispuesto á perderlo todo por vuestra majestad.

REINA. Todo?

GUR. Todo.

REINA. Pues jurad que por complacerme hareis al instante lo que yo os pida.

GUR. Os obedeceré; mandad.

REINA. Pues saldreis inmediatamente de Madrid, os llevareis esa caja, que para mí es sagrada, y se la entregareis á mi padre, el elector de Neuburgo.

GUR. (Me ha cogido en la trampa.) He de ir á Neuburgo? ¡A seiscientas leguas de aquí!

REINA. No hay más que quinientas

cincuenta. Cuidad de que no se echen á perder durante el camino las franjas azules de la cubierta que envuelve la caja.

GUR. Cuándo he de partir?

REINA. En seguida.

GUR. ¡Si fuera posible esperar hasta mañana!

REINA. Quiero que sea al instante.

GUR. Pero...

REINA. Partid al momento, que os he cogido la palabra.

GUR. Cierto asunto...

REINA. No consiento la menor dilacion.

GUR. Permitidme que difiera el viaje solo un dia.

REINA. Ni una hora.

GUR. Es que...

REINA. Cumplid mi voluntad.

GUR. Pero...

REINA. Partid y contad con mi afecto, porque de lo contrario...

GUR. Os obedeceré, señora. (Dios hizo al hombre y el demonio á la mujer.)

REINA. (Indicando la ventana.) Bajo os espera una carroza.

GUR. (Todo lo tenia previsto!) (Escribe de prisa unas líneas. Toca la campanilla, sale un paje y le entrega lo que ha escrito, diciéndole:) Lleva esta carta al instante á D. César de Bazan. (Tengo que aplazar el duelo hasta mi regreso, pero pronto volveré.) Voy á obedecer las órdenes de vuestra majestad.

REINA. Así conservareis mi afecto.

D. GURITAN toma la caja y besa la mano á la REINA, la saluda profundamente y se vá.

REINA. (Dejándose caer en un sillon.) Así no le matará.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Ruy Blas.

Sala llamada de Gobierno del palacio real de Madrid, en el foro de la que hay una pequeña gradería y encima de ésta una gran puerta. A la derecha una ventana. A esta misma parte una mesa cuadrada, cubierta con tapete de terciopelo verde y rodeada de ocho ó diez taburetes, correspondientes á otros tantos pupitres que hay en la mesa; al lado de ésta un sillon cubierto con paño de oro y un dosel con las armas de España, que rematan con la corona real. Al lado del sillon una silla. La Junta del despacho universal ó Consejo privado del rey se encuentra en el acto de empezar la sesion.

ESCENA PRIMERA.

D. MANUEL ARIAS, presidente del Consejo de Castilla; el CONDE DE CAMPOREAL, el MARQUÉS DE PRIEGO, ANTONIO UBILLA, MONTAZGO, COVADONGA y otros consejeros: D. MANUEL ARIAS y el CONDE DE CAMPOREAL hablan en voz baja junto al proscenio; los demás consejeros forman varios grupos en distintos puntos del salon.

ARIAS. ¡Tan rápido encumbramiento es misterioso!

CAMPOREAL. Ha obtenido el Toison de Oro, es secretario universal, ministro y duque de Olmedo.

ARIAS. Todo eso lo ha conseguido en seis meses.

CAMP. Alguno le dá la mano detrás de la cortina.

ARIAS. (Misteriosamente.) La reina.

CAMP. Como el rey está enfermo de cuerpo y alma y pasa casi todo el tiempo junto al sepulcro de su primera esposa, encerrado en el Escorial, abdica; y en realidad la reina es quien gobierna.

ARIAS. Nos gobierna á nosotros, pero D. Cesar gobierna á la reina.

CAMP. D. César vive de un modo especial; no vé á la reina, parece que huya de ella. Quizás no deis crédito á lo que digo, pero les estoy espiando hace seis meses, y puedo afirmar que es así. Además, D. César tiene el extraño capricho de habitar en una casa sin puerta visible, con las ventanas eternamente cerradas, y haciéndose servir por dos criados negros, que si no fueran mudos sabríamos cosas muy curiosas.

ARIAS. Son mudos?

CAMP. Los negros son mudos y sus demás criados viven en la habitacion que él ocupa en palacio.

ARIAS. Eso es muy extraño.

UBILLA. (Que hace poco se ha acercado á ARIAS y á CAMPOREAL.) Al fin y al cabo pertenece á una nobilísima familia.

CAMP. Lo más extraño es que se jacta de ser hombre íntegro y probo. Santa-Cruz le ha protegido, porque es primo suyo y tambien de D. Salustio, que cayó del poder el año pasado. D. César fué en otros tiempos un calaveron, un loco; y los que le conocieron entonces aseguran que gastó su patrimonio en toda clase de vicios y de locuras, y que se vió tan acosado por sus acreedores, que de pronto desapareció de Madrid, y hasta hace poco nadie tuvo noticias de él.

ARIAS. La edad ha convertido al loco alegre en cuerdo adusto.

CAMP. Las mujeres públicas, cuando llegan á viejas, se hacen devotas.

UBILLA. Pues yo lo tengo por hombre probo.

CAMP. (Sonriendo.) No seais cándido y no os dejeis deslumbrar por las apariencias. El gasto de palacio, el gasto ordinario y civil, ascienden al año á seiscientos sesenta y cuatro mil sesenta y dos ducados. En ese mar oscuro se pueden echar las redes con mucha facilidad y pescar mucho.

PRIEGO. (Acercándoseles.) No lo tomeis á mal, pero me parece imprudente que sostengais aquí semejante conversacion. Mi difunto abuelo, que servia al Conde-Duque, decia con frecuencia:—"Morded al rey, pero besad la mano al favorito." Señores, vamos á ocuparnos de los negocios públicos.

Todos se sientan alrededor de la mesa; unos toman plumas, otros hojean papeles, y algunos hablan con los que tienen al lado.

MONTAZGO. (A UBILLA.) Necesito que me deis la cantidad necesaria para que mi sobrino pague su destino de alcalde.

UBILLA. (A MONTAZGO.) Me prometísteis nombrar pronto á mi primo Melchor de Elba bailío del Ebro.

MONT. Hemos dotado á vuestra hija y no se ha casado aun... ¡tenemos tantos compromisos!...

UBILLA. Pues bien, os concederé la alcaldía.

MONT. Y yo os daré el bailío.

COVADONGA. (Poniéndose en pié.) Señores consejeros de Castilla, es necesario, para que ninguno de nosotros salga de su esfera, arreglar nuestros derechos y hacer partes para todos. El presupuesto de España se reparte entre una infinidad de manos, y esto es una calamidad pública que es preciso que termine; unos tienen demasiado, mientras otros no tienen lo suficiente. Vos, Ubilla, teneis arrendado el tabaco, y vos, marqués de Priego, el añil y el almizcle. Camporeal percibe el impuesto de los ocho mil hombres, el almojarifazgo, la sal y otros productos. Vos, Montazgo, habeis acaparado el impuesto sobre el arsénico, el derecho sobre la nieve, el de las cartas, el de las multas de los habitantes de la villa y no sé qué más. Yo, señores, no tengo nada arrendado, conque cededme algo.

CAMP. (Riendo.) ¡Pues es poco avaro este viejo! Acapara los productos más limpios, y, exceptuando la India, esplota las islas de ambos mares; de modo que mientras extiende una garra en Mallorca, apoya la otra en el pico de Tenerife.

PRIEGO. Además tiene negros.

COVAD. (A PRIEGO.) Cededme el arsénico y yo os cederé los negros.

Hace algunos instantes que RUY BLAS ha entrado por la puerta del foro y ha escuchado lo que hablaban sin que le vieran los interlocutores. Viste de terciopelo negro con ferreruelo de color de escarlata, pluma blanca en el sombrero y en el cuello el Toison de Oro. Se presenta de repente á los consejeros, cuando más acalorados están disputando.

ESCENA II.

Dichos y RUY BLAS.

RUY. Celebro que tengais tan buen apetito.

Todos se vuelven. Silencio de sorpresa y de inquietud. RUY BLAS se cubre, cruza los brazos y sigue hablando, mirándolos descaradamente.

Integros ministros, virtuosos consejeros, como los criados que se ocupan en saquear la casa de su amo moribundo, buscais la hora sombría para saquear la España agonizante. Veo que el Estado no os inspira otro interés que el de llenar los bolsillos y huir despues de robarle. Dios os castigue ante la pátria moribunda, ¡enterradores, que quereis robarla en el sepulcro! Ni siquiera teneis el pudor de respetar la grandeza y la virtud de España, próximas á desaparecer. Desde el reinado de Felipe IV hemos perdido, casi sin combatir, Portugal, el Brasil, Brisach en la Alsacia y Steinfort en el Luxemburgo, Rosellon, Ormuz, Goa, cinco mil leguas de costa, Fernambuco y las Montañas Azules. Ved desde Levante á Poniente cómo la Europa nos odia y se rie de nuestra decadencia, al ver que nuestro rey solo es un fantasma. La Holanda y la Inglaterra se reparten nuestro reino, Roma nos engaña. Solo podemos arriesgar un medio ejército en el Piamonte, aunque es pais amigo, porque la Saboya y su duque nos amenazan. La Francia espera una ocasion propicia para caer sobre nosotros, y el Austria nos acecha. Nos acaban de perder nuestros vireyes; Medina, loco de amor, escandaliza á Nápoles; Vaudemont vende á Milán y Legañez pierde nuestros territorios de Flandes. El Estado ha quedado exhausto de soldados y de caudales, y ha perdido trescientos bajeles, sin contar las galeras. ¿Todavía quereis saquear más al pueblo? El pueblo hace veinte años que soporta enorme carga, para que vosotros os entregueis á los placeres y á la disi-

pacion; el pueblo ha pagado en esos veinte años cuatrocientos treinta millones; quereis estrujarle más aun? Me avergüenzo por vosotros. El interior del reino está plagado de bandidos que arruinan la nacion y arrasan las cosechas, y como si no bastase la guerra entre los reyes, entre los conventos y entre las provincias, cada ciudadano quiere arrebatar los bienes ajenos. A España acude la escoria de las demás naciones; cada grande mantiene cien holgazanes que hablan otras tantas lenguas; genoveses, sardos, flamencos; Madrid se ha convertido en una torre de Babel. La justicia se vende, el ejército no se paga, y nosotros, que hemos vencido en dos mundos, apenas contamos con seis mil soldados, que andan descalzos. Pero en cambio abundan los pordioseros, los judíos, los bandidos, que apenas anochece siembran el terror por todas partes. Matalobos tiene á sueldo más gente que un baron, ¡y un bandolero se atreve á hacer la guerra al rey de España! Los aldeanos insultan al pasar la carroza del rey, y el monarca, vestido de luto y lleno de espanto, se encierra en El Escorial con sus antepasados difuntos é inclina la frente bajo el peso de la monarquía que se derrumba. ¡Y aun vosotros os estais disputando sus miserables restos! ¡Sombra gloriosa de Cárlos V! ¿por qué no vienes en auxilio de tu pueblo, que necesita de tu invencible brazo? Pero no; descansa en paz, porque de ese modo no tendrás el sentimiento ni pasarás por la vergüenza de ver que se pierden unos tras otros todos tus dominios, y de que se empequeñece hasta el extremo de anonadarse tu imperio, donde nunca se ponia el sol.

Los consejeros se quedan consternados: únicamente el MARQUÉS DE PRIEGO y el CONDE DE CAMPOREAL se atreven á mirar coléricos á RUY BLAS. CAMPOREAL, despues de decir dos palabras á PRIEGO, se acerca á la mesa, escribe, firma y le dá el escrito para que lo firme al MARQUÉS DE PRIEGO.

CAMP. Señor duque, en nombre del marqués de Priego y en mi nombre, aquí teneis la dimision de nuestros empleos.

RUY. (Tomándola.) Muy bien, marqués; ireis á vivir con vuestra familia á Andalucía, y vos, conde, á vuestras posesiones de Castilla: partid mañana.

Los dos señores se inclinan y se van.

Los otros consejeros que no procedan rectamente les seguirán tambien.

Silencio entre los asistentes. RUY BLAS se sienta y se ocupa en abrir y en leer la correspondencia: mientras, COVADONGA, ARIAS y UBILLA hablan lo siguiente en voz baja:

UBILLA. Ya tenemos quién se nos imponga; D. César crecerá mucho.

ARIAS. Si tiene tiempo.

COVAD. Y si no se pierde por querer ser demasiado recto.

UBILLA. Llegará á ser un Richelieu.

ARIAS. Quizás no pase de ser un conde-duque de Olivares.

RUY. (Fijándose en una carta.) Se está fraguando una conspiracion, señores... (Leyendo.) "Duque de Olmedo, estad alerta, que se prepara un complot para robar á un personaje muy elevado de Madrid." No dicen á quién; la carta es anónima... pero yo lo averiguaré.

Entra un UJIER que se aproxima á RUY BLAS, haciéndole una profunda cortesía.

UJIER. Vengo á anunciar á vuestra excelencia que le espera el embajador de Francia.

RUY. Harcourt ahora! No puedo en estos momentos.

UJIER. El Nuncio imperial tambien espera á vuestra excelencia en la cámara de honor.

RUY. No puedo recibirles.

El UJIER se inclina y sale. En seguida llega un PAGE con librea encarnada y galoneada de plata, que se acerca á RUY BLAS.

PAJE. Señor...

RUY. No estoy visible para nadie.

PAJE. (En voz baja.) Es que es el conde D. Guritan, que vuelve de Neuburgo.

RUY. Ah!... entonces indícale dónde está mi casa del arrabal y que vaya allí mañana.

Váse el PAJE.

Dentro de dos horas trabajaremos juntos; volved, señores consejeros. (Se van todos.)

RUY BLAS se queda solo y pensativo; de repente, de un ángulo del salon se levanta un tapiz y aparece la REINA; viste de blanco y vá coronada. Manifiesta alegría y vá hácia RUY BLAS; éste la vé y se queda petrificado.

ESCENA III.

RUY BLAS y la REINA.

REINA. Os doy las gracias.

RUY. Cielos!

REINA. Me ha complacido ver que les hablábais de ese modo; no pude resistir el deseo de estrechar vuestra mano leal y vengo para que sepais cuánto aprecio vuestra conducta.

Dirígese á RUY BLAS y le toma la mano, sin que éste pueda evitarlo.

RUY. (¡Huir de su presencia durante seis meses y verla luego de repente!) ¿Estábais escuchando, señora?

REINA. Sí, duque, todo lo he oido.

RUY. No podia sospechar que en ese gabinete...

REINA. Nadie sabe que existe: es un pasadizo oscuro que hizo formar entre dos paredes D. Felipe III, desde el que puede oir el monarca sin ser visto cuanto se diga en esta estancia. Algunas veces he visto á mi esposo Cárlos II sombrío y triste presidir los Consejos, en los que se robaban los bienes del Estado.

RUY. Y qué decia?

REINA. Nada.

RUY. Nada! Y qué hacia?

REINA. Ir á cazar... mientras que vos, duque... Todavía resuenan en mi oido vuestras palabras amenazadoras; los tratásteis como se merecen. Al oiros levantaba algo el tapiz, y veia que vuestros brillantes ojos les lanzaban fulminantes rayos, acompañados de incontestables verdades. Dónde aprendísteis todo eso? ¿Cómo habeis penetrado en los efectos y en las causas? ¿Cómo pudísteis hablar como debian hablar los reyes?

RUY. Porque os amo; porque conozco que todos me aborrecen, y porque sé que el edificio que tratan de derribar se desplomaria sobre vos; porque por salvaros salvaria al mundo entero. Soy un desgraciado que me atrevo á amaros con delirio; pero pienso en vos como el ciego piensa en la luz del sol; por eso os amo desde lejos y en silencio, como se adora á un sér celeste. ¡Si supiérais lo que he sufrido, señora, en estos seis meses que os estoy ocultando mi cariño, huyendo siempre de vuestro lado y teniéndoos siempre fija en la imaginacion!... Os amo, y tengo la osadía de decíroslo cara á cara; pero castigadme, mandadme morir y moriré.

REINA. Seguid, seguid, que vuestras palabras me consuelan y me conmueven. Necesito ver vuestros ojos y oir vuestra voz. Tambien he sufrido yo mucho en estos seis meses, en los que habeis evitado mi presencia... No me es lícito expresarme con más claridad y callo.

RUY. No, hablad, hablad, que soy feliz oyéndoos.

REINA. Pues bien, voy á decíroslo todo. Es esto acaso un crímen? Cuando el corazon se desgarra, es preciso que enseñe todo lo que ocultaba. ¿Huíais de la reina? Pues la reina os buscaba. Todos los dias venia aquí á ese secreto gabinete á escuchar cuanto decíais y á contemplaros con tierno éxtasis. Como me pareceis rey y señor, en los seis meses os he encumbrado sucesivamente hasta el alto destino que ocupais, y en el que Dios debió colocar vuestra cuna. Veo que os interesais por todo cuanto me interesa; ayer por una flor y hoy por una monarquía. Ayer fuísteis para mí bueno y hoy sois grande. Débil mujer, no os he podido resistir; y si he obrado mal, ¿por qué, Dios mio, me habeis encerrado en esta tumba, como á una paloma en jaula dorada, sin esperanza, sin cariño, sin luz y sin libertad? Cuando estemos despácio os diré todo lo que he sufrido, viviendo siempre sola, olvidada y sufriendo mil humillaciones, siendo una verdadera esclava. Es preciso, duque, ya que el cielo os envia para que goberneis á España, que salveis el Estado, que vá á perecer, al pueblo que trabaja y á mí que os amo, y que soy muy desgraciada.

RUY. (Cayendo de rodillas á sus piés.) Señora...

REINA. D. César, os entrego mi alma, y si para los demás soy reina, para vos seré mujer y os perteneceré por amor y por gratitud. Me fio en vuestro honor, y estoy convencida de que sabreis respetar el mio. Cuando deseeis verme, llamadme y me vereis. Adios.

Levanta el tapiz y desaparece por donde vino.

ESCENA IV.

RUY BLAS solo.

Paréceme que el cielo se ha abierto ante mí y que me inunda la luz del paraiso. Me embriaga el éxtasis, el misterio, el orgullo, el poderío y el amor. La reina me ama y esto no es un sueño. Me deslumbra, soy feliz, soy el vencedor, me ama. El duque de Olmedo tiene á sus piés la España y el corazon de la reina. No, no sueño; ella me ha hablado y me lo ha dicho; me lo ha dicho vestida de blanco y llevando ceñida la corona; yo la examinaba mientras me lo estaba confesando... aun me parece que la estoy viendo... Llevaba un brazalete de oro con una águila cincelada, y me dijo que se entregaria á mí confiando en mi honor. ¡Dios mio, si es cierto que el hombre al ser amado une su ternura á su grandeza, yo que con este amor puedo causar envidia á los reyes, te juro que como reina puede confiar en mi brazo y como mujer con mi corazon, y que si es preciso derramaré por ella toda mi sangre.

Hace algunos instantes que ha entrado por el foro un hombre embozado en la capa y con sombrero con galones de plata. Avanza lentamente hasta RUY BLAS sin que éste le vea, hasta que le pone bruscamente la mano sobre el hombro. RUY BLAS se vuelve, el hombre deja caer la capa y aquel reco-

noce que es D. SALUSTIO. Éste vá vestido como el paje de RUY BLAS.

ESCENA V.

RUY BLAS y D. SALUSTIO.

SAL. Buenos dias.

RUY. (Estupefacto.) (El marqués! ¡Estoy perdido.)

SAL. (Sonriendo.) Apuesto cualquier cosa á que ya no te acordabas de mí.

RUY. Verdaderamente me sorprende vuestra aparicion. (¡Renace mi desgracia! ¡Mientras miraba al ángel, me asaltaba el demonio!)

SAL. Te va bien?

RUY. Pero esa librea que llevais?...

SAL. (Sonriendo.) Necesitaba entrar en palacio, y con este traje se penetra en todas partes. Escogí tu librea, que me gusta mucho.

Se cubre. RUY BLAS permanece descubierto.

RUY. Temo por vos...

SAL. La palabra temer me hace reir.

RUY. Como estais desterrado...

SAL. Ya lo sé.

RUY. Si os conociesen en palacio á la luz del dia...

SAL. Los cortesanos felices no se acuerdan de la cara que tiene el hombre que ha caido en la desgracia; además, nadie mira el rostro á un lacayo. (Se sienta en un sillon y RUY BLAS permanece en pié.) ¿Qué se dice por Madrid? ¿Será verdad que, interesándote demasiado por el Tesoro público, has desterrado al marqués de Priego, que es grande de España y pariente tuyo? Su madre es de la familia de Sandoval, como la tuya; así no se debe tratar á los parientes: un lobo no muerde á otro.

RUY. (Ya repuesto.) Permitidme que os diga que el marqués de Priego se ha portado muy mal, agravando las cargas del Estado. Es preciso poner un ejército en pié de guerra; las arcas están exhaustas y necesitamos dinero. Pronto va á morir el heredero bávaro: ayer el conde de Harcourt, á quien vos conocereis, me lo referia por encargo del emperador, y si el archiduque quiere sostener sus derechos, estallará la guerra.

SAL. Aquí corre un aire demasiado sutil: tómate la molestia de cerrar aquella ventana.

RUY BLAS palidece, vacila un momento, despues hace un esfuerzo y va lentamente á cerrar la ventana.

RUY. (Siguiendo la conversacion.) Ya sabeis lo mucho que cuesta una guerra, y que no puede hacerse sin mucho dinero. Yo creo que la salvacion de España depende de nuestra probidad, y he mandado decir al emperador, como si tuviese ya el ejército puesto en pié de guerra, que me opondria á sus proyectos con todas mis fuerzas.

SAL. (Interrumpe á RUY BLAS y le indica el pañuelo que dejó caer al suelo cuando entró.) Disimúlame, pero haz favor de darme el pañuelo que se me ha caido.

RUY BLAS lo recoge con visible esfuerzo. D. SALUSTIO se lo mete en el bolsillo.

Conque decias...

RUY. Que la salvacion de España y el interés público exigen que sean íntegros los encargados de administrar nuestra Hacienda. Es preciso desenmascarar á los intrigantes y castigar á los bribones.

SAL. Efectivamente, son malos compañeros; pero es quijotesco é inoportuno poner el grito en el cielo porque se gaste un millon más ó menos. Amigo mio, los grandes de España no pueden ser unos mendigos, y han de vivir con el relumbrante esplendor que requiere la nobleza. Comprendo que te ha dado la humorada de querer ser popular y de querer corregir abusos; pero no debes tener ese capricho, y debes pensar antes en tu interés que en el interés público. La popularidad es una palabra hueca; la virtud, la fé y la probidad, nada significan desde los tiempos de Cárlos V. Tú, que eres listo, debes curarte de semejantes tonterías. Cuando aun eras niño de teta, ya pronunciábamos nosotros discursos llenos de esas frases sacramentales.

RUY. Sin embargo...

SAL. Bien, dejemos esa conversacion y ocupémonos de asuntos sérios. (Con tono breve é imperioso.) Mañana me esperarás hasta el medio dia en la casa que te cedí. El plan que desarrollé está próximo á su desenlace. No conserves en la casa más criados que los dos negros mudos; prepara un coche que esté dispuesto para partir y ocúltalo entre los árboles del jardin. Haz lo que te mando inmediatamente; si necesitas dinero, te lo enviaré.

RUY. Os obedeceré, señor, en cuanto me mandeis; pero prometedme antes que en vuestra intriga no se mezcla para nada á la reina.

SAL. No debes meterte en mis asuntos.

RUY. Me haceis temblar, porque conozco que me arrastrais á un abismo invisible: conozco que acariciais proyectos

monstruosos, y que es preciso que os diga que adoro á esa mujer.

SAL. (Con frialdad.) Sí, ya lo sé.

RUY. Lo sabeis?

SAL. Sí, pero eso no me importa.

RUY. (¡Sin duda este hombre tiene el proyecto de atormentarme!)

SAL. Te has quedado pensativo! Es ridículo que tomes estas cosas en sério. Voy caminando hácia el fin de mi plan, que yo solo conozco, y tiene desenlace más feliz para tí de lo que te imaginas. Tranquilízate y obedéceme; te dije y te repito que deseo tu felicidad. Los asuntos de amor solo son asuntos de un dia, y tratándose del destino de una monarquía, el tuyo debe ser insignificante. Voy á hablarte con franqueza; procura entenderme. Soy bueno y condescendiente; pero ¡qué diablo! Un lacayo es un hombre que debo tener á mi disposicion. Tu amo te pone un disfraz cuando le place; pues lo mismo puede quitártelo cuando se le antoje. Te he hecho representar á un gran señor, y aunque el papel es algo fantástico, estás admirablemente vestido; pero quiero que no olvides nunca que eres mi criado y que te encuentras aquí galanteando á la reina por casualidad, como pudieras encontrarte encima de la trasera de mi coche. Sé, pues, razonable.

RUY. (Que ha oido á D. SALUSTIO asombrado y casi sin dar crédito á sus palabras.) (Dios mio, ¿qué falta he cometido para que me castigueis así? Me encuentro involuntariamente en situacion fatal y despedazais mi corazon, que rebosa lealtad y amor, solo por realizar una venganza!... Porque esto es una venganza que indudablemente se dirige contra la reina. Qué debo hacer? Participárselo?... Ah! no, no.) Señor, tened compasion de mí, y sobre todo compadeceos de ella. Os consta que soy un fiel y leal servidor y obedeceré todo lo que me mandeis.

SAL. ¡Me impacienta que este hombre no me quiera comprender!

RUY. Perdon, señor, para ella!

SAL. Abreviemos. (Volviéndose hácia la ventana.) Por allí sigue entrando aire; creo que has cerrado mal la ventana.

(Se levanta y la cierra.)

RUY. (Con resolucion.) ¡Esto ya es demasiado! Sabed que soy duque de Olmedo, que soy ministro poderoso y que estrellaré al que quiera aplastarme.

SAL. Qué has dicho! Repítemelo. ¡Dices que Ruy Blas es duque de Olmedo! Tienes una venda en los ojos: solo D. César de Bazan posee ese título.

RUY. Os haré prender.

SAL. Y yo descubriré que tú no eres D. César de Bazan.

RUY. Pero...

SAL. Me acusarás? Esto ya lo he previsto, y por eso en mi plan arriesgo nuestras dos cabezas. Tu aire de triunfo es intempestivo.

RUY. Lo negaré todo.

SAL. Eres un niño!

RUY. No teneis pruebas.

SAL. Y tú no tienes memoria. Estate seguro de que haré lo que digo, y que si tú eres el guante, yo soy la mano. (En voz baja, acercándose á RUY BLAS.) Si no me obedeces, si mañana no preparas en tu casa lo que te he mandado, si revelas una sola frase de nuestra conversacion, desde luego haré pública tu loca aventura y quedará deshonrada la mujer que quieres salvar. Despues dicha dama recibirá bajo sobre unas líneas, que yo guardo en lugar seguro, escritas y firmadas por un amigo tuyo, que dicen: "Yo, Ruy Blas, lacayo del señor marqués de Finlas, me obligo á servirle, como buen criado, pública y secretamente.

RUY. (Con voz apagada.) Basta. Haré cuanto me mandeis.

Se abre la puerta del foro y entran los consejeros. D. SALUSTIO se emboza y dice á RUY BLAS en voz baja:

SAL. (Vienen.) Señor duque, contad siempre con vuestro fiel criado.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

Don César.

Cámara sombría, con muebles suntuosos, pero viejos y de forma antigua. En el fondo una puerta de dos hojas. A la izquierda una gran chimenea con esculturas del tiempo de Felipe II. En el lado opuesto una pequeña ventana enrejada y á gran altura, semejante á la de las cárceles. En las paredes se ven colgados algunos retratos ahumados: armarios con espejos de Venecia; sillones del tiempo de Felipe III; una alacena y una mesa cuadrada con recado de escribir. Es el amanecer. Al levantarse el telon, RUY BLAS, vestido de negro, sin capa y sin Toison, con inquietud, se pasea por la cámara. En el fondo está de pié su PAJE, inmóvil y esperando sus órdenes.

ESCENA PRIMERA.

RUY BLAS y el PAJE.

RUY. Qué haré? Ante todo ocuparme

de ella; es preciso que la salve. ¿Pero cómo conseguirlo? ¿Cómo destruir la horrible trama que ni siquiera puedo comprender? Es indispensable que adivine el complot de D. Salustio. Ese hombre sale de repente de la oscuridad, y luego vuelve á ocultarse en la sombra y en el misterio: no hay duda, ¡es un malvado! Esta intriga debe tener antiguo orígen... ¡Despues que quizás medio ha devorado su presa, ese demonio la abandona sin compasion á su criado!... No podré hacer desistir á esa fiera... pero tengo obligacion de salvar á la reina, ya que ese hombre me ha tomado por el instrumento de su pérdida... ¡Desde la cumbre he caido en el abismo! ¿Por qué escondrijo le veré aparecer? Es el dueño de mi secreto, es el dueño de esta casa que me cedió, conserva las llaves de sus puertas, y puede entrar y salir misteriosamente en todas las habitaciones. ¿Cómo librarme de él, Dios mio, y como salvarla á ella? Hay que impedir que la reina salga de palacio, porque indudablemente el lazo debe estar tendido aquí. No veo á mi alrededor más que tinieblas y abismos... ¡Si pudiera enviarla un aviso para que no salga de palacio!... (Despues de unos momentos de pausa, dice de repente:) Ya sé cómo; D. Guritan la ama y es hombre muy leal... (Hace una seña al PAJE; éste se acerca.) Corre á casa D. Guritan; discúlpame, dile que en seguida vaya á ver á la reina, y que la suplique que no salga de palacio durante tres dias, por más que la insten. (Saca de su cartera papel y lápiz y escribe.) Dile que entregue este papel á la reina, y que la vigile. (Entrega al PAJE el papel que acaba de escribir.) En cuanto al duelo, le dices que le daré pública satisfaccion, que me compadezca, que graves disgustos me impiden batirme ahora. Haz lo que te encargo, sé discreto y que nadie trasluzca lo que te acabo de decir.

PAJE. En mí tendreis el leal servidor de siempre.

RUY. Corre.

PAJE. Voy en seguida. (Váse.)

RUY. (Se deja caer en un sillon.) Parece que renazca la calma en mi espíritu; ese medio me parece seguro. ¿Debo esperar aquí á D. Salustio? No quiero esperarle; mi aviso paralizará su intriga lo menos por un dia. Luego Dios me inspirará! (Toma el sombrero y toca una campanilla. Salen los dos criados negros.) Voy á salir; dentro de poco quizás entre aquí un personaje, y aunque le veais obrar como si fuera dueño de la casa, dejadle obrar como quiera... Si viniera alguno más... dejadle entrar tambien. (Despide á los negros, que se retiran.) Si viene, que se encuentre solo aquí.

Váse.

Apenas RUY BLAS acaba de cerrar la puerta, se oye gran ruido en la chimenea y por ella cae en la estancia D. CÉSAR, envuelto en una capa vieja.

ESCENA II.

D. CÉSAR solo.

(Aturdido, con el vestido y el cabello en el mayor desórden.) No ha sido mala la caida. (Sin levantarse del suelo y sin mirar á ninguna parte.) Perdonad, señores; no os fijeis en mí, que vengo de paso; continuad vuestra conversacion. Verdad es que me he introducido de un modo algo irregular... pero... ¡No hay nadie aquí! Cuando estaba suspendido en el techo hubiera jurado que oia voces. (Se levanta y se sienta en un sillon.) No, no hay nadie. Meditemos. ¡Qué multitud de acontecimientos han caido sobre mí! Primero los malditos alguaciles que me echaron el guante, luego el inesperado embarque, despues los corsarios, y aquella gran ciudad en que me molieron á palos; en seguida aquella jóven que tentó mi virtud, mi fuga de la mazmorra, mis viajes y últimamente el regreso á España, donde por la más rara de las casualidades me encuentro, el dia que llegué á Madrid, con los mismos alguaciles que me prendieron: huyo, me persiguen, veo una casa confundida entre los árboles, me encaramo por éstos sin que los alguaciles me vean, y me descuelgo por una chimenea y caigo dentro de esta casa. Lo que siento es que llevo la capa menos vieja que tengo. (Mirándose en un espejo.) ¡Vaya, que D. Salustio es un bribon de cuatro suelas! La ropilla me ha acompañado en todas mis expediciones, pero la pobrecilla está agonizando. Me he lastimado una pierna al caer y me duele más de lo que yo quisiera. (Abre uno de los cajones del armario, en el que encuentra la capa de terciopelo bordada de oro que D. SALUSTIO dió á RUY BLAS. Se fija en ella y la compara con la que lleva.) Esta capa está más decente que la mia. (Se la pone y mete en el cajon la suya, despues de doblarla. Coloca encima de ella su sombrero y vuelve á cerrar el cajon.) Ahora parece que esté vestido de nuevo; así voy bien! Ya que habeis querido, querido primo, desterrarme á África, en cuanto almuerce tomaré mi verdadero nombre, iré á tu casa acompañado de todos los vagabundos que conozco, te entregaré á su furor y además al de todos mis acreedores. (Vé un magnífico par de botas que hay en un rincon de la cámara, se quita los zapatos viejos que lleva y se las pone.) Voy á ente-

rarme á dónde he venido á parar huyendo de la persecucion. (Examina la habitacion por todas partes.) Esta casa es misteriosa y propia para aventuras trágicas; están cerradas todas las puertas, todas las ventanas tienen rejas de hierro; es un verdadero calabozo. Se entra por arriba como el vino se mete en las botellas. (Suspirando.) Ay! No hay nada como el buen vino! (Vé que está entreabierta la puertecilla de la derecha, se vá por ella y vuelve en seguida haciendo gestos de admiracion.) ¡Estoy maravillado! ¡Ese cuarto no tiene salida y todo está cerrado dentro de él! (Vá á la puerta del fondo, la entreabre y se asoma hácia fuera.) Pues señor, no hay nadie en esta casa... Dónde he caido? ¿Qué importa si me libré de las garras de los alguaciles? (Repara en una alacena que hay en la pared á mano izquierda.) Esto quizá será alguna biblioteca. (La abre y la encuentra abastecida de manjares.) Esto es precisamente lo que me hacia falta. Aquí tengo para comer y para beber. (Examina las etiquetas de las botellas.) Los vinos están bien escogidos y la alacena es digna de un canónigo. (Saca todo lo que encuentra en la alacena, pone sobre la mesa la comida, las botellas y el servicio, se sienta y empieza por llenar un vaso de vino.) ¡Excelente néctar! Es de Jerez de los Caballeros. Esto me pone en caja. (Sigue bebiendo.) Probemos ahora un bocado. ¡Perros alguaciles, os he hecho perder la pista! Si ahora llegase el dueño de la casa... Le convidaria. Pero echémonos pronto la comida al coleto, no venga el dueño y me arroje de aquí. (Come con voracidad.) Cuando yo revele que soy D. César de Bazan, primo de D. Salustio, ¡no moveré en Madrid mala zambra! No moveré poco ruido! ¡Qué papel tan magnífico voy á representar! Lo peor es que no tengo dinero! (Óyese ruido á la puerta.) Alguno viene... y bien, ¿qué le hemos de hacer? Que entre el que quiera. (Se emboza con la capa hasta los ojos; se abre la puerta del foro y entra un LACAYO con librea, llevando un saquito de cuero al hombro.)

ESCENA III.

D. CÉSAR y un LACAYO.

CÉSAR. Qué buscais en esta casa? (Necesito tener mucho aplomo, porque estoy en peligro.)

LACAYO. Busco á D. César de Bazan.

CÉSAR. (Desembozándose.) Yo soy. (Hé aquí un lance sorprendente.)

LACAYO. ¿Sois vos el señor D. César de Bazan?

CÉSAR. Tengo el honor de ser el único, el verdadero D. César de Bazan, conde de Garofa.

LACAYO. (Dejando el saquito de cuero encima de un sillon.) Pues dignaos examinar si está bien esa cuenta.

CÉSAR. (Deslumbrado.) (¡Ahí debe haber mucho dinero!) Pero...

LACAYO. Hacedme el obsequio de contar esa suma, que me han mandado que os entregue.

CÉSAR. Ya lo comprendo... (¡Lléveme el diablo si sé de lo que se trata!) Se ha de firmar recibo?

LACAYO. No, señor.

CÉSAR. Pues deja ese dinero encima de la mesa. Esto viene de...

LACAYO. Ya lo sabeis, señor.

CÉSAR. Estoy muy enterado, pero...

LACAYO. Este dinero os lo envia la persona que sabeis, y es para lo que sabeis tambien.

CÉSAR. Sí, sí... comprendido.

LACAYO. Hemos de ser los dos discretos, hemos de guardar gran reserva, conque así, chiton!

CÉSAR. Sí, sí, chiton!

LACAYO. A mí solo me corresponde obedecer; en cuanto á lo demás, yo no entiendo...

CÉSAR. No importa.

LACAYO. Pero vos sí que lo entendereis.

CÉSAR. Perfectamente.

LACAYO. Pues bastante hemos hablado.

CÉSAR. Lo comprendo y lo acepto, pues recibir dinero siempre es una cosa clara y...

LACAYO. Silencio!

CÉSAR. Sí, callaré; no quiero cometer alguna indiscrecion.

LACAYO. Ved si está la suma completa.

CÉSAR. No faltaba más! ¿Por quién me tomas?

LACAYO. Contadla.

CÉSAR. Me fio de tí.

LACAYO. Ahí está completa en monedas de oro y de plata de buena ley.

D. CÉSAR abre el saquito y saca varias bolsas de oro y de plata, derramando las monedas sobre la mesa con el mayor asombro; luego las coge á puñados y se llena los bolsillos.

CÉSAR. (¡Esto es una novela inverosímil! Esto es una felicidad!)

LACAYO. Ahora, señor, espero vuestras órdenes.

CÉSAR. Para qué?

LACAYO. Con el objeto de ejecutar pronto lo que vos sabeis y yo ignoro; sé que median en el asunto grandes intereses...

CÉSAR. Sí, intereses públicos y privados.

LACAYO. Por eso me encargan que se haga todo sin dilacion.

CÉSAR. (Dándole golpecitos en el hombro.) Te lo agradezco; veo que eres un servidor leal.

LACAYO. Con la idea de que no se retarde el asunto, mi amo me pone á vuestra disposicion para que os ayude.

CÉSAR. Tu amo es muy oportuno; voy á cumplir lo que desea. (Que me ahorquen si sé lo que he de decirle.) Ante todo acércate, amigo mio, y bébete este vaso de vino.

LACAYO. Qué decís, señor?

CÉSAR. Bebe, hombre, bebe.

El lacayo bebe, y á sus instancias se sienta á su lado.

Es vino de Oropesa! Bebe más y hablemos un rato. (Me parece que ya le chispean los ojos.) El hombre, amigo mio, no es más que el humo que sale de las pasiones.

Le llena otra vez el vaso y le vuelve á hacer beber.

Pero el humo que pasa por una chimenea sube hasta los cielos, y el hombre pesa como plomo.

Vuelve á llenar los dos vasos.

Bebamos, que prefiero el canto de un hombre ébrio que pase por la calle á todos los doblones que me has traido. Pero ya sabes que debemos ser prudentes; el carro que está demasiado cargado rompe el eje; la pared que no tiene cimientos se desploma... arréglame un poco el cuello de la capa.

LACAYO. (Con altivez.) Señor, no soy ayuda de cámara.

Toca la campanilla que hay sobre la mesa.

CÉSAR. (Asustado.) (Qué diablos hace! Va á venir el dueño de la casa y va á echarme á la calle.)

Sale uno de los negros. D. CÉSAR le vuelve la cara.

LACAYO. (Al negro.) Arregladle al señor el cuello de la capa.

El negro se acerca á D. CÉSAR, que, admirado, se deja servir; el negro saluda y se va.

CÉSAR. (Parece que esté en un palacio encantado.) (Se levanta de la mesa y se pasea por el proscenio.) (Pero qué le voy á hacer? ¡Hay que tomar las cosas como vienen! Felizmente tengo los bolsillos llenos de oro y de plata. Quizá, quizá consiga pagar mis deudas.) Oh!

LACAYO. (Bebiendo.) Qué me mandais?

CÉSAR. Nada, estoy reflexionando; tú sigue bebiendo. (El LACAYO apura vaso tras vaso; D. CÉSAR continúa pensativo, hasta que al fin se dá un golpe en la frente y dice como si le ocurriera una idea repentina.) Levántate al instante y llénate los bolsillos de dinero. (El LACAYO, embriagado, obedece á D. CÉSAR, que le ayuda en esta operacion.) Vete al callejon que hay en el extremo de la plaza Mayor, y entra en una casa estrecha, número 9, que seria una hermosa habitacion si la ventana de la derecha no tuviera papeles en lugar de cristales.

LACAYO. Es una casa tuerta.

CÉSAR. No, bizca; como es fácil desnucarse subiendo la escalera, es preciso que subas con cuidado.

LACAYO. ¿Entonces habrá que subir una escala?

CÉSAR. Casi, casi. En el último piso vive una hermosa, que reconocerás fácilmente cuando la veas con papalina de seis sueldos y con el pelo despeinado; es rubia, pero es preciosa. Trátala con respeto, porque es mi amante. Es la hermosa Lucinda, que en otros tiempos bailaba el fandango en las casas principales: vas allí y le entregas de mi parte cien ducados. Al lado, en un camaranchon, encontrarás á un pobre diablo, que tiene la nariz encarnada como una remolacha, y le darás de mi parte seis ducados.

LACAYO. Y despues?

CÉSAR. Despues te quedas con los restantes. Por último...

LACAYO. ¿Qué más me mandais, señor?

CÉSAR. Irás á la taberna y allí rompes vasos y botellas, pero no vuelvas á tu casa hasta mañana despues de anochecer.

LACAYO. Así lo haré, príncipe.

Se va hácia la puerta bamboleándose.

CÉSAR. Está borracho como una cuba. (Se va el LACAYO, en cuanto D. CÉSAR se queda solo, se sienta, apoyando el codo sobre la mesa, y se queda reflexionando.) Debemos hacer uso prudente y cristiano del dinero, cuando lo tenemos... Sin embargo, no me atrevo á creer que lo tengo, porque á mí me lo han entregado por equivocacion ó por error.

Se abre la puerta del foro y sale una DUEÑA con cabello cano, basquiña, mantilla negra y abanico.

ESCENA IV.

D. CÉSAR y la DUEÑA.

DUEÑA. D. César de Bazan?

CÉSAR. (Otra vez! Ahora es una hembra.)

La DUEÑA avanza hasta él.

(O el diablo ó D. Salustio intervienen en lo que me sucede, y creo que el instante menos pensado se me va á aparecer mi primo.) Yo soy D. César. ¿Qué deseais?

DUEÑA. (Haciendo una cortesía y la señal de la cruz.) Señor, os saludo hoy, que es dia de ayuno, en nombre del Hijo de Dios.

CÉSAR. (A secreto galanteo, principio devoto.) Amén y buenos dias.

DUEÑA. Dios os conserve la alegría. (Con misterio.) ¿Habeis dado una cita secreta á la persona que me envia?

CÉSAR. Soy capaz de ello.

DUEÑA. (Saca del guardainfante un billete cerrado, que enseña á D. CÉSAR, pero sin dárselo.) ¿Sois vos el que acaba de remitir este escrito á la persona que os ama, dándola una cita para esta noche?

CÉSAR. Debo ser yo.

DUEÑA. Bien. La dama, que sin duda está casada con un viejo celoso, necesita tomar exquisitas precauciones, y me encargó que me procurase toda la seguridad posible. No la conozco, pero vos la conoceis, y la camarera me ha hablado mucho de ello.

CÉSAR. Me parece bien.

DUEÑA. Es claro; la dama recibe una cita de parte del dueño de su corazon, pero como recela caer en algun lazo, y como nunca sobran las precauciones, me envia á que confirmeis de palabra lo que la dijísteis por escrito.

CÉSAR. (¡Qué terrible habladora es esta maldita vieja!) Cuando os digo que soy yo...

DUEÑA. (Deja el billete cerrado sobre la mesa y D. CÉSAR lo mira con curiosidad.) Pues si sois vos, tendreis la bondad de escribir en el reverso de la carta estas palabras: *Podeis venir*, pero no de vuestra letra, para evitar compromisos.

CÉSAR. (¡No se llevará el diablo á esta bruja!) Cumplís bien vuestros encargos.

Tiende la mano para coger la carta, que está cerrada, y la DUEÑA no se la deja tocar.

DUEÑA. No debeis abrirla; ya debeis conocerlo por la señal.

CÉSAR. Vaya que lo conozco! (Reviento de curiosidad, pero tengo que representar el papel.) (Hace sonar la campanilla y sale uno de los negros.) Ven acá; sabes escribir? (El negro hace una señal afirmativa.) (¡Responde por señas!) Acaso eres mudo? (El negro hace otra señal afirmativa. D. CÉSAR queda admirado.) (¡Pues señor, esto es gracioso!) (Señala al mudo la carta y le dice:) Escribe ahí "Podeis venir„. (D. CÉSAR hace una seña á la vieja de que recoja la carta y otra al mudo para que se vaya; éste se vá.) (¡Es muy obediente!)

DUEÑA. (Guardando la carta.) Esta noche la vereis. Es hermosa?

CÉSAR. Hermosísima.

DUEÑA. La camarera á lo menos sí que lo es; me llamó aparte á la mitad del sermon, pero el ama siempre suele ser más hermosa que la criada, como la sultana lo es más que la esclava, de lo que deduzco que la señora que os ama debe ser bellísima.

CÉSAR. Ya lo creo!

DUEÑA. (Haciendo una cortesía.) Caballero, bésoos la mano.

CESAR. (Dando dinero á la DUEÑA.) Y yo os unto la vuestra; tomad.

DUEÑA. (Metiéndose el dinero en el bolsillo.) ¡Son muy divertidos los jóvenes del dia!

CESAR. Id con Dios.

DUEÑA. (Haciéndole muchas cortesías.) Me llamo la señora Oliva; cuando necesiteis utilizar mis servicios, buscadme en el convento de San Isidro. Esta noche la vereis. Felicidades.

CESAR. Gracias á Dios que se ha ido esa bruja. Por fin voy á tomar la resolucion de no admirarme de nada de lo que me suceda.

Abrese la puerta del foro y aparece D. GURITAN, que trae bajo del brazo dos largas espadas.

ESCENA V.

D. CÉSAR y D. GURITAN.

GUR. (Desde el foro.) D. César de Bazan?

CESAR. Aquí está, señor; pasad adelante y tomad asiento como si estuviérais en vuestra casa. Me alegro muchísimo de veros. Qué se dice por Madrid? Ponedme al corriente de lo que suceda, porque yo acabo de llegar de los paises más extraños del mundo.

GUR. Sois recien llegado á Madrid? Pues yo tambien.

CESAR. De dónde venís?

GUR. Del Norte.

CÉSAR. Yo del Mediodía.

GUR. He venido furioso.

CÉSAR. Y yo rabiando.

GUR. He andado mil doscientas leguas.

CÉSAR. Yo dos mil: he visto mujeres amarillas, azules, verdes y negras; he visitado paises tan agradables como Argel y Túnez, en los que se ven infinitos hombres empalados y colgados á las puertas.

GUR. Se han burlado de mí!

CÉSAR. Y á mí me han vendido.

GUR. Casi me desterraron.

CÉSAR. Y á mí me ahorcaron casi.

GUR. Figuraos que me enviaron á Neuburgo, de un modo rastrero, escribiendo dentro de la caja que yo llevaba estas palabras: "Detened todo el tiempo que os sea posible á ese viejo loco.„

CÉSAR. Eso es chistoso!

GUR. Por eso quiero retorcer el pescuezo á D. César de Bazan.

CÉSAR. (Qué es lo que dice?)

GUR. Para colmar su descaro, me acaba de enviar un lacayo presentándome sus escusas; pero yo no solo no quise verle, sino que le mandé encerrar en un calabozo, y vengo en seguida á buscar al desvergonzado D. César de Bazan. Decidme dónde está, que me urge mucho despacharle al otro mundo.

CÉSAR. Yo soy.

GUR. Dejad las chanzas á un lado.

CÉSAR. Yo soy D. César.

GUR. Insistís todavía?

CÉSAR. Repito que yo soy.

GUR. No la echeis de gracioso, porque me estais fastidiando.

CÉSAR. Y vos me divertís. Me parece que tengo ante mí á un celoso y me causais verdadera lástima, porque el mal que nos causan nuestros propios vicios es peor que el que procede de los agenos; y os confieso con franqueza que mejor quisiera ser pobre que avaro, que prefiriera que me burlase mi mujer á ser celoso: podeis estar, pues, seguro de que espero que venga á visitarme esta noche vuestra esposa.

GUR. Mi esposa!

CÉSAR. Sí.

GUR. Si yo no soy casado!

CÉSAR. Pues qué significa esto? Desde que entrásteis teneis el aire de un marido rabioso, que me obligó á daros un consejo, y ahora salís con la pata de gallo de no estar casado. Pues entonces, ¿con qué derecho habeis llegado á tal extremo de ridiculez?

GUR. ¿Sabeis que me estais exasperando la bilis?

CÉSAR. No sé por qué.

GUR. ¿Sabeis que me irritan vuestras palabras y que me teneis que dar una satisfaccion al instante?

CÉSAR. Lo creeis así?

GUR. No sois D. César, pero como me habeis insultado, empezaré por batirme con vos.

CÉSAR. Pues cuidado con que no acabeis en vez de principiar.

GUR. No seais fanfarron y vamos á batirnos.

Presentándole una espada.

CÉSAR. (Tomándola.) Tanto me gustan los desafíos, que nunca desperdicio ninguno.

GUR. Me alegro. Dónde nos batimos?

CÉSAR. En la calle desierta que hay detrás de las paredes de esta casa.

GUR. (Probando la punta de la espada en el suelo.) Espérate, D. César, que luego iré á buscarte.

CÉSAR. (Tambien la prueba en el suelo doblándola.) Morirá uno de los dos.

GUR. Salgamos.

Se van y se oye el ruido de sus pasos que se vá alejando. Luego se abre una puerta oculta en la pared á la derecha y sale D. SALUSTIO, vestido de color verde casi negro. Parece preocupado y mira á todas partes con inquietud.

ESCENA VI.

D. SALUSTIO solo.

No ha hecho ningun preparativo. (Viendo los restos de la comida.) Qué significa esto? (Oye el ruido de los pasos de D. CÉSAR y D. GURITAN.) ¿De qué provendrá ese ruido? (Pausa.) Esta mañana Gudiel vió salir de aquí al paje, le siguió y le vió entrar en casa de don Guritan. No veo en ninguna habitacion á Ruy Blas, ni al paje... Vive Dios!... Si me habrá preparado alguna contramina... puede que encargara á D. Guritan que avisase á la reina... Nada puedo saber por los criados, porque desgraciadamente son mudos; debe ser lo que yo presumo... ¡No haber previsto que Don Guritan!...

Sale D. CÉSAR con la espada desnuda en la mano y la deja en un sillon.

ESCENA VII.

D. SALUSTIO y D. CÉSAR.

CÉSAR. ¡Estaba muy seguro de que se me apareceria el demonio de mi primo!

SAL. (Se vuelve, ve á D. CÉSAR y se queda asombrado.) D. César!

CÉSAR. (Cruzándose de brazos y riéndose.) ¿Estábais sin duda tramando alguna horrible intriga, que mi aparicion inesperada va á evitar?

SAL. (Mi plan ha fracasado!)

CÉSAR. Toda la mañana me ocupo en destruir uno á uno vuestros proyectos, en desenredar uno á uno los hilos de la trama, y esto no deja de ser divertido.

SAL. (¿Qué habrá hecho este demonio?)

CÉSAR. (Riendo.) ¿Y el hombre que trajo el dinero para quien sabeis y para lo que sabeis?

SAL. Y qué?

CÉSAR. Que lo he emborrachado.

SAL. Pero el dinero que traia...?

CÉSAR. Se lo he regalado á diferentes personas. Cada uno tiene sus amigos...

SAL. Sin razon sospechas de mí...

CÉSAR. Lo primero que hice fué llenarme los bolsillos. (Riendo.) En cuanto á la dama...

SAL. Qué?

CESAR. (Viendo la ansiedad de D. SALUSTIO.) La dama que ya conoceis me envió una horrible dueña, de barba floreciente y de nariz encarnada... para cerciorarse de si era verdad que D. César la esperaba esta noche.

SAL. (Cielos!) Qué le contestaste?

CESAR. Le he respondido que viniera, que yo la esperaba.

SAL. (Entonces quizás no se ha perdido todo.)

CESAR. Y el fátuo espadachin que se llama Guritan, que esta mañana se negó á recibir el paje que le enviaba D. César con cierto mensaje, y que vino á pedirme una satisfaccion...

SAL. Qué le ha sucedido?

CESAR. Que le he tendido en el suelo.

SAL. Qué dices!

CESAR. Que está espirando detrás de las paredes de esa casa.

SAL. ¿Tienes seguridad de que haya muerto?

CESAR. Lo creo así.

SAL. (Respiremos. No ha desbaratado mi plan. La pérdida del dinero poco me importa. Es preciso ahuyentarle de aquí.) Es singular la historia que me has referido. No has visto á nadie más?

CESAR. No, pero veré; porque voy á seguir esta aventura, porque me he propuesto que mi nombre haga mucho ruido y mover un escándalo en Madrid. Estate tranquilo.

SAL. (Maldito!) Quédate el dinero, pero sal de esta casa.

CESAR. Sí, para que me hagas perseguir; ya sé las tretas de que te vales, y no tengo ganas de volver á contemplar las olas azules del Mediterráneo.

SAL. Créeme.

CESAR. No te creo; además, conozco que en esta casa, ó en esta cárcel, se está maquinando una traicion contra alguno: las intrigas de la córte constituyen una doble escala, en la que por una parte sube el paciente atado, abatido y silencioso, y por la otra parte sube el verdugo, y en este caso, necesariamente tú debes ser el último.

SAL. No lo creas, César.

CESAR. Pues bien, yo doy un puntapié á la escala y la echo en el suelo.

SAL. Te juro...

CESAR. En fin, quiero quedarme para desconcertarlo todo: sé que tienes bastante poder y bastante astucia para matar de un tiro dos ó tres pájaros, pero aunque sea yo uno de los que caigan, no me muevo de aquí.

SAL. Pero escucha...

CESAR. Nada escucho, que me has vendido á los piratas africanos, que has inventado un nuevo D. César y has comprometido mi nombre.

SAL. Eso ha sido una casualidad.

CESAR. No me fio de tus casualidades. No te ha de valer semejante disculpa: desconcertaré tus maquinaciones, salvaré á los que quieres perder y me subiré á los tejados á pregonar mi nombre á voz en grito.

Vá á la ventana y mira á la calle.

Precisamente pasan alguaciles por debajo de la ventana. ¡Eh! ¡Eh! Subid, señores.

SAL. (Si saben quién es, desbarata mi plan.)

Entran los alguaciles precedidos por un alcalde. D. SALUSTIO se queda perplejo, mientras D. CÉSAR se dirige al alcalde con aire de triunfo.

ESCENA VIII.

Dichos, un ALCALDE y alguaciles.

CESAR. (Al ALCALDE.) Señor alcalde, vais á consignar en un proceso verbal...

SAL. (Interrumpiéndole.) Que está aquí el famoso ladron Matalobos.

CESAR. (Estupefacto.) Cómo!

SAL. (Triunfo ganándome veinticuatro horas.) Apoderaos, señor alcalde, de ese ladron, que se atreve á introducirse en las casas en la mitad del dia.

Los alguaciles se apoderan de D. CÉSAR.

CESAR. (Furioso.) Mentís villanamente!

ALCALDE. ¿Quién nos ha llamado, pues?

SAL. Yo.

CESAR. Esto ya es demasiado!

ALC. Silencio: dejad que se defienda.

CESAR. Señor alcalde, soy D. César de Bazan.

SAL. Dice que es D. César, pero examinad la capa y vereis que tiene escrito en el cuello mi nombre, el nombre de SALUSTIO; pues acaba de robármela.

Los alguaciles le quitan la capa á D. CÉSAR y el ALCALDE la examina.

ALC. En efecto, tiene escrito ese nombre.

SAL. Examinad su ropilla.

CESAR. (Maldito seas!)

SAL. Se la robó al conde de Alba, y tiene bordado su blason entre los adornos de la manga.

CESAR. (Este hombre es un demonio!)

ALC. (Examinando el escudo.) Es verdad.

D. CÉSAR hace esfuerzos por desasirse de los que le sujetan y le caen algunas monedas de los bolsillos.

SAL. Ved si llevan de ese modo el dinero los hombres honrados.

ALC. (Meneando la cabeza.) No, no...

CESAR. (No me podré escapar.)

Los alguaciles registran los bolsillos de D. CÉSAR y se apoderan del dinero.

UN ALGUACIL. Señor alcalde, tomad estos papeles.

CESAR. (Billetes amorosos, que salvo de todas mis calamidades.)

ALC. Cartas? Y de diferentes letras? Qué será esto?

SAL. (Haciéndole observar los sobrescritos.) Ved que todos van dirigidos al conde de Alba.

ALC. Efectivamente.

CESAR. Pero...

ALGUACIL. (Que viene de la calle.) Señor alcalde, junto á las paredes de esta casa hay un hombre asesinado.

ALC. Y el asesino?

SAL. (Señalando á D. CÉSAR.) Aquí lo teneis.

CESAR. (Maldito desafío!)

SAL. Entró aquí llevando en la mano la espada desnuda, y ahí está.

ALC. (Tomando la espada y examinándola.) ¡Está manchada de sangre! (A los alguaciles.) Llevad á este hombre á la cárcel.

SAL. (A D. CÉSAR.) Adios, Matalobos.

CESAR. (A D. SALUSTIO.) (¡Eres un miserable!)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

El tigre y el leon.

La cámara del acto anterior. Es de noche y hay una lámpara sobre una mesa. Al levantarse el telon está solo RUY BLAS. Lleva una vestidura larga que le oculta la librea de lacayo.

ESCENA PRIMERA.

RUY BLAS solo.

Todo ha terminado! Se desvaneció el sueño y se disiparon las visiones. Hasta el anochecer he ido vagando á la ventura por esas calles. Ahora espero y estoy ya más sosegado. Nada veo hasta aquí que pueda alarmarme: los muebles están en su sitio, las llaves en los armarios, los mudos arriba durmiendo; la casa está tranquila. Mi paje habrá desempeñado bien su comision; tratándose de la reina me puedo fiar de D. Guritan; por lo tanto debe estar avisada y debo haber desconcertado los planes de D. Salustio. ¿No es verdad, Dios mio, que está ya salvada y puedo ya morir? (Saca del pecho una pequeña redoma y la deja en la mesa.) Muere ahora, cobarde, y cae en el abismo; muere como debe morir el que expía un crímen; muere en esta casa, miserable y solo. Muere vestido con tu librea de lacayo, que te sirva de mortaja. Si ese hombre infernal viene á contemplar su víctima muerta, no quiero que entre por esa puerta horrible. (Atranca la puerta secreta con un mueble.) Mi paje debe haber encontrado á D. Guritan en casa; para que le encontrase le envié á las ocho de la mañana. (Fijando la vista en la redoma.) Yo me he dictado á mí mismo la sentencia de muerte, y nadie podrá impedirme que muera. Mi caida es irremediable. (Cae en un sillon.) ¡Ella me ama, sin embargo! ¡Que Dios me dé el valor que necesito! (Solloza.) ¡Debiera habernos dejado á los dos vivir en paz! La cabeza se me abrasa! Los hombres son perversos, y yo he encontrado uno bastante malvado para que me vendiera ese veneno. ¡Ella me amaba y no he de volver á verla! Será posible, Dios mio?

Alarga la mano para coger la redoma, y en el mismo momento se abre la puerta del foro y aparece la REINA vestida de blanco, con manto de color oscuro y con la capucha echada á la espalda. Saca una linterna sorda, la deja en el suelo y corre hácia RUY BLAS.

ESCENA II.

RUY BLAS y la REINA.

REINA. D. César!

RUY. Dios mio! (Por fin ha caido en el lazo!)

REINA. ¿Por qué os sobresaltais, Don César?

RUY. Quién os hizo venir aquí?

REINA. Vos mismo.

RUY. Yo!

REINA. Recibí una carta de parte vuestra.

RUY. De mi parte!

REINA. Escrita por vuestra mano.

RUY. Hay para volverse loco! ¡Señora, yo no os he escrito!

REINA. (Saca del pecho un billete y se lo presenta á RUY BLAS.) Leed.

RUY. (Leyendo.) "Inminente peligro me amenaza, y solo mi reina puede conjurar la tempestad...„

REINA. (Prosigue leyendo.) "Viniendo esta noche á mi casa, sino soy perdido.„

RUY. (Con voz desfallecida.) ¡Esto es una horrible traicion! ¡Yo no he escrito ese billete!

REINA. (Continúa leyendo.) "Entrareis por la puerta que dá á la avenida, de noche y tarde, para que nadie os conozca. Una persona de toda mi confianza os abrirá.„

RUY. (¡No recordaba ya ese fatal billete!) Salid de aquí pronto, señora.

REINA. ¿Por qué me tratais así, Don César?

RUY. No quiero que os perdais.

REINA. Qué es lo que decís!

RUY. No puedo explicároslo, pero huid, huid pronto.

REINA. Por precaucion y por seguridad he enviado esta mañana una dueña.

RUY. Cada instante que tardais en salir de aquí temo más por vuestra vida.

REINA. El cariño que os profeso me impone el sacrificio; os amenaza un peligro y quereis alejarme para que no participe de él; pues bien, no me voy.

RUY. Quedaros en este sitio y en semejante hora...

REINA. La carta es vuestra, por lo tanto...

RUY. Dios mio!

REINA. No trateis de alejarme de aquí.

RUY. Bien podeis comprender que yo...

REINA. Todo lo adivino: en los primeros momentos me escribísteis, pero luego...

RUY. No os he escrito; huid, señora, que os han hecho caer en un lazo diabólico. Os amo, ya lo sabeis; para salvaros me dejaria arrancar el corazon; os amo, pero partid.

REINA. D. César!...

RUY. Partid... ¿Os han abierto la puerta?

REINA. Sí.

RUY. Sin duda Satanás...

REINA. Un hombre enmascarado.

RUY. Enmascarado!

En este instante aparece un embozado en el foro y dice:

EMBOZADO. Yo. (Se desemboza y se vé que es D. SALUSTIO, al que reconocen aterrados la REINA y RUY BLAS.)

ESCENA III.

Dichos y D. SALUSTIO.

RUY. Huid, señora.

SAL. Es tarde para huir. La señora de Neuburgo ya no es reina de España.

REINA. (Aterrada.) D. Salustio!

SAL. Desde hoy en adelante sereis la compañera de este hombre. (Señalando á RUY BLAS.)

REINA. ¡Verdaderamente se me tendia un lazo horrible!

RUY. (Con desesperacion.) ¡Lo comprendeis!...

SAL. Estais en mi poder, señora; pero voy á hablar con calma á vuestra majestad, porque estoy muy tranquilo. Escuchadme y no nos alborotemos. Os acabo de encontrar sola con D. César, en su cámara y á las doce de la noche. Este hecho, tratándose de una reina, si se publicase, bastaria para anular en Roma vuestro matrimonio, porque llegaria en seguida á los oidos del Santo Padre; pero todo puede arreglarse sin escándalo, y con vuestro consentimiento todo puede quedar secreto. (Saca del bolsillo un pergamino, lo desarrolla y lo presenta á la REINA.) Poned la firma en esta carta, dirigida al rey nuestro señor: me encargaré de que se la remitan al escribano mayor, y en seguida, un coche, en el que he hecho colocar grandes sumas, y que os espera á la puerta, se os llevará á los dos. Contando con mi auxilio, sin que nadie os moleste podeis ir por Toledo y por Alcántara hasta Portugal, hácia donde querais; el punto me es indiferente, y á todo cerraré los ojos. Obedeced: os juro que hasta ahora solo yo conozco esta aventura; pero si os negais á firmar la carta, mañana lo sabrá todo Madrid. Os dige y os repito que estais en mi poder. Ahí teneis recado de escribir, señora. (Señalando la mesa.)

La REINA, aterrada, cae en un sillon.

Solo reclamo vuestro consentimiento para enviárselo al rey.

Aparte á RUY BLAS, que permanece aterrado.

Estoy trabajando, amigo mio, para hacerte feliz. (A la REINA.) Firmad.

REINA. (Temblando.) Qué haré?

SAL. ¿Qué os importa perder una corona? Perdiéndola ganais la felicidad. Mis criados se han quedado fuera, y solo nosotros tres sabemos lo que aquí dentro pasa. (Le presenta la pluma, se la pone entre los dedos, y ella ni la toma ni la rechaza.) Si no firmais, os perdeis; os esperan el escándalo y el claustro.

REINA. (Abatida.) Dios mio!

SAL. (Señalando á RUY BLAS.) César os ama, y es digno de vos; os aseguro que desciende de una nobilísima familia, es casi un príncipe, es duque de Olmedo y se llama Bazan, por lo que es grande de España.

La REINA vá á firmar, y RUY BLAS dice de repente, como despertando de un sueño:

RUY. Señora, miente. Me llamo Ruy Blas y soy un lacayo. No firmeis. (Arranca la pluma de las manos de la REINA y hace el pergamino en mil pedazos.) No debo seguir engañándoos.

REINA. D. César!

RUY. (Se abre el abrigo y deja ver su librea de lacayo.) Me llamo Ruy Blas y soy criado de este hombre. Basta de traicion y de infamia; no quiero ser feliz á ese precio. No os puedo seguir ya en esta inmensa farsa; no quiero formar con vos una pareja infame. (A D. SALUSTIO.) Yo visto la librea del lacayo, pero vuestra alma es más ruin y más inferior que la del último de los criados del verdugo.

SAL. (A la REINA, con frialdad.) Efectivamente, este hombre es uno de mis criados. (A RUY BLAS, con imperio.) Ni una palabra más.

REINA. (Exhalando un grito de desesperacion.) ¡Justo cielo!

SAL. Lo ha confesado demasiado pronto... pero no importa, porque ya puedo hablar claro, habiendo satisfecho mi venganza. (A la REINA.) ¿No os parece chusco este lance? Cuando lo sepa Madrid, se mofará al veros en ridículo. Me desterrásteis y yo os destrono, y os destierro tambien; me ofrecísteis por esposa á vuestra doncella, yo os doy mi lacayo por amante, y si quereis por esposo, porque ya no podeis contar con el rey. Su corazon será vuestra única riqueza, y le habreis nombrado duque para ser vos duquesa. ¡Me perdísteis, me humillásteis y podíais dormir tranquila! ¡Sois una inocente!

Mientras D. SALUSTIO habla á la REINA, RUY BLAS se dirige lentamente á la puerta del foro y pasa el cerrojo; luego, sin hacer ruido, por detrás de D. SALUSTIO y con rapidez le coge la espada por el puño y la desenvaina, al pronunciar éste sus últimas palabras.

RUY. (Con la espada en la mano.) ¡Creo que acabais de insultar á vuestra reina! (D. SALUSTIO se precipita hácia la puerta, pero RUY BLAS le ataja el paso.) No os tomeis la molestia de querer salir por aquí, porque he pasado el cerrojo. Hasta ahora, marqués, te ha protegido el demonio, pero será preciso que se presente él mismo si quiere arrancarte de mis manos. Ahora me toca decirte que no entrará aquí ninguno de tus criados y que voy á aplastarte como una víbora que encuentro al paso. Este hombre os ha hablado con insolencia, porque es un malvado que se complacia jugando con nuestros dos corazones. (A D. SALUSTIO.) Hace poco nos referíais vuestros agravios; ni los entendí ni los contesto. Pero os atrevísteis, estando yo delante, á ultrajar á una reina y á una mujer, y os he de castigar por esa villanía. Cuando un traidor, cuando un malvado comete acciones monstruosas y criminales, cualquiera, noble ó plebeyo, tiene el derecho de escupirle á la cara su sentencia y de acometerle con espada, hacha ó puñal; yo fuí lacayo y ahora seré verdugo.

REINA. Vais á matar á este hombre?

RUY. Siento que sea ante vos, señora, pero este hombre no puede salir de aquí. (Empuja á D. SALUSTIO hácia el gabinete.) Id allí dentro á encomendar á Dios vuestra alma.

SAL. Esto es un asesinato!

RUY. (Con ironía.) Lo creeis así?

SAL. (Mirando á todas partes.) ¡No haber por aquí una arma, ni siquiera una espada!

RUY. Para qué la quieres, marqués? ¿Acaso soy gentil-hombre para poderme batir contigo? Soy criado tuyo, pertenezco á la chusma de esos séres que su señor puede castigar á latigazos; pero ahora voy á matarte, como á un cobarde, como á un infame, como á un perro.

REINA. Perdonadle.

RUY. Señora, aquí cada cual se venga como puede, y el ángel no puede salvar al demonio.

SAL. Socorro! Me asesinan! Socorro!

RUY. No te asesinan, te castigan.

Le empuja hácia el gabinete, desaparece tras él y la puerta queda cerrada.

REINA. Dios mio!

Cae desvanecida en el sillon. Momentos de silencio. Luego sale RUY BLAS, pálido y sin espada.

ESCENA IV.

La REINA y RUY BLAS.

RUY. (Dá algunos pasos vacilantes hácia la REINA, con los ojos fijos en el suelo y sin atreverse á mirarla.) Ahora necesito, sin acercarme á vos, hablaros con franqueza. No soy tan culpable como creereis, pero comprendo que debe pareceros horrible mi traicion. No es fácil que me sincere, y, sin embargo, no soy vil, soy hombre honrado; pero este amor me ha perdido. Bien sé que es inútil que me defienda, porque he consumado mi falta; no obstante, comprendereis que os amo con delirio.



CREO QUE ACABAIS DE INSULTAR A VUESTRA REINA

REINA. Caballero...

RUY. (Arrodillado.) No temais, no me acercaré; pero debo revelárselo todo á vuestra majestad. Creedme, no soy vil. Hoy he corrido por la villa y corte como un loco, llamando la atencion de todos los transeuntes. Cerca del hospital que vos habeis fundado, al través del delirio, sentí vagamente que una mujer del pueblo enjugaba las gotas de sudor que caian de mi frente. ¡Tened piedad de mí, Dios mio, que mi corazon se desgarra!

REINA. Qué es lo que deseais de mí?

RUY. Que me perdoneis.

REINA. Nunca.

RUY. Nunca! Decís que nunca?

REINA. Lo repito, nunca.

RUY. (Se levanta, se acerca á la mesa, toma la redoma y se sorbe el veneno.) ¡Desventurada llama, apágate!

REINA. (Levantándose y corriendo hácia RUY BLAS.) Qué habeis hecho!

RUY. Terminar mis sufrimientos. Me maldecís y yo os bendigo.

REINA. (Fuera de sí.) D. César!

RUY. ¡Cuando recuerdo que me habeis amado!...

REINA. ¿Qué es ese filtro que habeis bebido? Decídmelo, D. César, que yo os perdono, os amo y os creo.

RUY. Me llamo Ruy Blas.

REINA. Repito que os perdono; pero decidme, contenia veneno esa redoma?

RUY. Sí, veneno; pero mi corazon rebosa de alegría. (Abraza á la REINA y eleva los ojos al cielo.) Permitidme, Dios mio, que un infeliz lacayo bendiga á la reina, porque ella ha consolado mi corazon desgarrado, viviendo, con su amor, y muriendo, con su piedad.

REINA. Veneno! ¡Yo soy quien le ha matado! Os amo, y si os hubiese perdonado antes...

RUY. (Desfalleciendo.) Hubiera obrado lo mismo. (Su voz se vá extinguiendo; la REINA le sostiene en los brazos.) No podia vivir ya. Adios! (Señalando la puerta á la REINA.) Huid de aquí y todo el mundo ignorará lo sucedido... Muero...

REINA. Ruy Blas!

Al espirar en sus brazos, la REINA le dá un beso.

RUY. (Muriendo.) Gracias!

FIN DE RUY BLAS.

LOS BURGRAVES.

TRILOGIA EN TRES PARTES.

PREFACIO.

En tiempo de Esquilo, la Tesalia era un lugar siniestro, poblado de fantasmas, que anteriormente estuvo poblado de gigantes. El viajero que se aventuraba á pasar más allá de Delfos, y atravesaba los bosques vertiginosos del monte Cnemis, creia ver por la noche en todas partes abrirse y centellear el ojo de los Cíclopes, sepultados en los pantanos del Espergnio. Las tres mil oceánidas llorosas se le aparecian en tropel entre las nubes, sobre la cumbre del Pindo; encontraba en los cien valles del Eta el surco profundo y los codos horribles de los cien brazos de los hecantonchiras, caidos en otro tiempo sobre las rocas, y contemplaba con religioso estupor la huella de las uñas crispadas de Encélado en uno de los flancos del Pelion. No veia en el horizonte al inmenso Prometeo, recostado, como una montaña sobre otra, en las cimas tempestuosas, porque los dioses le habian hecho invisible á los ojos mortales; pero, al través del ramaje de las añosas encinas, llegaban hasta él los gemidos del coloso, y oia por intervalos cómo el monstruoso buitre se limpiaba el pico de bronce en los sonoros granitos del monte Otrys. A cada instante salia del Olimpo el sordo ruido del trueno, y el viajero, espantado, veia surgir al Norte, de entre las hendiduras de los montes Cambunianos, la deforme cabeza del gigante Hades, dios de las tinieblas interiores; al Oriente, más allá del monte Ossa, oia mugir á Ceto, la mujer-ballena; y al Occidente, por encima del monte Calidromo y al través del mar de los Alciones, un viento lejano, que venia de Sicilia, le traia el viviente y terrible aullido del abismo Scila. Los geólogos no ven hoy, en la asolada Tesalia, más que la sacudida de un temblor de tierra y el paso de las aguas diluvianas; pero para Esquilo y sus contemporáneos, aquellas llanuras devastadas, aquellos peñascos arrancados y rotos, aquellos lagos convertidos en pantanos, aquellas montañas derribadas y hechas pedazos, fueron algo más formidable todavía que una region azotada por un diluvio ó removida por los volcanes, fueron el campo de batalla en el que los Titanes lucharon con Júpiter.

Lo que la fábula inventó, la historia lo reproduce algunas veces. La ficcion y la realidad suelen sorprender nuestro espíritu por los paralelismos singulares

con que se presentan. Así, no buscando en paises y en sucesos que pertenecen á la historia impresiones sobrenaturales, abultamientos quiméricos que el ojo de los visionarios presta á los hechos puramente mitológicos; admitiendo el cuento y la leyenda, pero conservando el fondo de realidad humana de que carecen las gigantescas ficciones de la fábula humana, así, repetimos, existe hoy en Europa un sitio, que es para nosotros, bajo el punto de vista poético, lo que fué la Tesalia para Esquilo, un campo de batalla, memorable y prodigioso. Nos referimos á las orillas del Rhin. Allí tambien, como en la Tesalia, todo está devastado, destruido y aniquilado; todo allí presenta las huellas de una guerra encarnizada é implacable. No hay roca que no sea una fortaleza, ni fortaleza que no esté arruinada; por allí ha pasado sin duda el exterminio, pero exterminio tan inmenso, que el combate ha debido ser colosal. Efectivamente, hace seis siglos que en aquellas montañas lucharon otros Titanes y otro Júpiter, los burgraves y el emperador de Alemania.

El que escribe estas líneas ha entrevisto hace tiempo lo que hay de nuevo, de extraordinario y de interesante para nosotros, pueblos nacidos de la Edad Media, en esa guerra de los modernos Titanes, menos fantástica, pero no menos grandiosa que la de los Titanes antiguos. Los Titanes eran mitos, pero los burgraves eran hombres. Entre nosotros y los Titanes, hijos de Urano y de Ghé, media un abismo: entre nosotros y los burgraves solo media una série de generaciones; las naciones ribereñas del Rhin provienen de ellos. De aquí nace que entre ellos y nosotros haya esa cohesion íntima, aunque lejana, por la cual, al par que los admiramos porque son grandes, los comprendemos porque son reales. Así, pues, con la realidad que despierta el interés, con la grandeza que engendra la poesía y con la nobleza que apasiona á la muchedumbre, se puede presentar á la imaginacion del poeta la lucha del emperador y de los burgraves.

Preocupaba al autor de estas páginas este asunto, cuando la casualidad le condujo á las orillas del Rhin hace algunos años.

La vida que llevaba el autor en aquellos lugares, llenos de recuerdos, es fácil de imaginar. Vivia allí mucho más entre las ruinas del pasado que entre los hombres actuales. Cada dia exploraba algun antiguo edificio derruido, porque la sola idea que le preocupaba era arrancar de aquellas ruinas todo lo que pueden enseñar á un pensador.

Fácilmente se comprenderá que los burgraves se apareciesen al autor de este drama en medio de sus contemplaciones, porque repetimos que lo que hemos dicho de la Tesalia puede decirse del Rhin, y hubo en otro tiempo en esta region gigantes, que hoy son ya fantasmas, y estos fantasmas se le aparecieron al autor. De los derrumbados castillos que permanecen en aquellas colinas, su pensamiento pasó á los castellanos, de los que se ocupan las crónicas, la leyenda y la historia. Teniendo á su vista los edificios, trató de imaginarse á los hombres: por la concha puede imaginarse el molusco; por la casa puede adivinarse al habitante. Eran casas dignas de estudiarse los *burgos* del Rhin, así como sus habitantes los burgraves. Aquellos fornidos caballeros tenian tres armaduras: la primera se la daba su valor, era su corazon; la segunda era de acero, consistia en su armadura; la tercera era de granito, consistia en su fortaleza.

Un dia, al regresar el autor de visitar las ciudadelas derrumbadas que erizan el Wisperthal, pensó en sacar una obra de su viaje y extraer un poema de la poesía que allí habia aspirado. Le ocurrió la idea siguiente.

Reconstruir por medio del pensamiente, con toda su amplitud y con todo su poder, uno de los castillos en que los burgraves, semejantes á príncipes, llevaban una vida casi régia; describir en el burgo las tres cosas que encerraba, fortaleza, palacio y caverna, y despues de enseñarlo en toda su realidad á los atónitos espectadores, instalar en él y hacer vivir juntas y á un tiempo cuatro generaciones. Al abuelo, al padre, al hijo y al nieto; presentar á toda esta familia como símbolo palpitante y completo de la expiacion: imprimir en la frente del abuelo el sello de Cain, en el corazon del padre los instintos de Nemrod, en el alma del hijo los vicios de Sardanápalo, dejando entrever que el nieto podrá algun dia cometer un crímen por pasion como su bisabuelo, por ferocidad como su abuelo y por corrupcion como su padre: presentar al abuelo sometido á Dios y al padre sometido al abuelo; realzar al primero por el arrepentimiento y al segundo por la piedad filial, de modo que el abuelo pueda llegar á ser augusto y el padre grande,

mientras que las dos generaciones que le siguen, empequeñecidas por sus crecientes vicios, van hundiéndose cada vez más en las tinieblas: hacer visible de este modo á la muchedumbre la gran escala moral de la degradacion de las razas, que debiera servir de ejemplo vivo á los hombres, y que solo han visto hasta ahora los soñadores y los poetas; dar forma dramática á esta leccion de los sábios; hacer de esta abstraccion filosófica una realidad palpable, conmovedora y útil. Esta fué la primera parte, y por decirlo así, la primera faz de la idea que le ocurrió al autor.

En la referida familia, presentada de este modo, debian intervenir, para que la enseñanza fuese completa, dos grandes y misteriosos poderes: la Providencia y la fatalidad; la fatalidad que castiga y la Providencia que perdona. Cuando el autor concibió la idea que acaba de desarrollar, pensó desde luego que era necesaria esta doble intervencion para la moralidad de la obra. Pensó que era preciso que en aquel palacio lúgubre, inexpugnable, bullicioso y omnipotente, poblado de hombres de guerra y de hombres de placer, rebosando de príncipes y de soldados, debia verse vagar, entre las orgías de los jóvenes y los sombríos ensueños de los ancianos, la figura de la esclavitud, y que esta figura debia personificarse en una mujer, porque solo la mujer ajada de cuerpo y de alma puede representar la esclavitud completa; y que personificase la fatalidad esta esclava, vieja, lívida, encadenada, salvaje como la naturaleza que contempla, feroz como la venganza que medita á todas horas, con el corazon lleno de las tinieblas, es decir, con el ódio y con el espíritu lleno de la ciencia de las tinieblas, es decir, con la mágia. Pensó tambien el autor que si era preciso que la esclavitud se arrastrase á los piés de los burgraves, no lo era menos que la soberanía viniese á estallar contra sus cabezas, y que en medio de aquellos príncipes bandidos debia aparecer un emperador. Pensó tambien que en una obra de este género, si tenia derecho, para pintar la época, á tomar de la historia lo que ella enseña, lo tenia igualmente para emplear y para poner en movimiento sus personajes, lo que las leyendas inventan; y que seria bello quizás despertar por un momento y hacer salir de las profundidades misteriosas en que está sepultado al glorioso Mesías guerrero que Alemania espera todavía, al durmiente imperial de Kanserslautern, y arrojar terrible y fulminante, en medio de los gigantes del Rhin, al Júpiter del siglo doce, á Federico Barbaroja.

Pensó, por fin, que resultaria alguna grandeza de que una esclava representase la fatalidad y de que un emperador personificase á la Providencia. Germinaron las ideas en el espíritu del autor, y dispuso las figuras de modo que se tradujese su pensamiento y que se dedujese del desenlace, como filosófica y moral conclusion, que la fatalidad se estrella ante la Providencia, la esclava ante el emperador y el ódio ante el perdon.

Como todo cuadro, por sombrío que sea, necesita un rayo de luz, es decir, un rayo de amor, creyó el autor que no bastaba bosquejar el contraste de los padres con los hijos, la lucha del emperador con los burgraves y el choque de la fatalidad con la Providencia; sino que era preciso además describir dos corazones amantes, y que fuera el alma de toda la accion dramática una pareja casta y abnegada, pura y cariñosa, colocada en el centro del cuadro y que irradiase en toda la obra.

Porque, segun el autor de estas líneas, esta es la condicion suprema de toda obra dramática, ya encierre una leyenda, ya una historia, ya un poema; porque ante todo debe ajustarse á la naturaleza y á la humanidad. Presentad si quereis en los dramas, porque tal es el derecho soberano del poeta, estátuas que se muevan ó tigres que se arrastren; pero mezclad hombres entre los tigres y las estátuas; usad del terror, pero tambien de la piedad; bajo las garras de acero, bajo los piés de piedra, haced que salga el corazon humano.

Despues que se bosquejó en el pensamiento este poema al que escribe las presentes páginas, se preguntó á sí mismo qué forma le daria. Segun su opinion, el poema debe tener la misma forma que el argumento. La regla *Neve minor neu sit quinto*, etc., solo tiene para él un valor secundario. Los griegos no la conocian, y las más importantes obras maestras de la tragedia, propiamente dicha, han nacido fuera de las condiciones de esta regla. La verdadera ley debe ser la siguiente: Toda obra de arte debe nacer con el corte particular y las dimensiones especiales que lógicamente le dá la idea que encierra. Lo que trataba el autor de pintar y de describir en el punto culminante de su obra, entre Barbaroja y Guanhumara, entre la Provi-

dencia y la fatalidad, era el alma del burgrave centenario, era Job el Maldito, que al llegar al borde de la tumba mezcla en su melancolía incurable este triple sentimiento: la casa, la Alemania y la familia. Pues estos tres afectos dan á la obra su division natural. Sustituyendo por un instante en la imaginacion los títulos de los tres actos de que consta, que solo expresan el hecho exterior, por otros más metafísicos que revelan el pensamiento íntimo del poeta, se verá que cada una de esas tres partes corresponde á uno de los tres sentimientos fundamentales del decrépito caballero aleman: casa, Alemania y familia. La primera parte podria llamarse la *Hospitalidad*, la segunda la *Pátria* y la tercera la *Paternidad*.

Determinadas ya la division y la forma del drama, el autor resolvió escribir en el frontispicio de la obra la palabra *trilogia*. Aquí, como en otros casos, trilogia significa única y esencialmente poema en tres cantos, ó drama en tres actos. Pero el autor queria que esta palabra despertase un gran recuerdo, y glorificar en cuanto le fuera posible, con este tácito homenaje, al viejo poeta de la *Orestia*, que, desconocido de sus contemporáneos, decia con altiva tristeza: *Consagro mis obras al tiempo*; y significar tambien al público, por medio de esta asimilacion, que lo que el gran poeta Esquilo hizo con los Titanes, él, poeta por desgracia muy inferior á tan magnífica empresa, se atrevia á hacerlo con los burgraves.

Una palabra más y concluimos. Los BURGRAVES no son, como han creido algunos, con la mejor intencion sin duda, una obra de pura fantasía, ni el producto de un vuelo caprichoso de la imaginacion. Nada de eso. Si una obra tan incompleta mereciese la pena de discutirse hasta ese extremo, muchos quizás se sorprenderian al saber que estaba muy lejos del pensamiento del autor, al elegir este asunto, que fuese un mero capricho de su imaginacion, como no lo ha sido ninguno de los que ha tratado hasta ahora. Hoy existe una nacionalidad europea, como existia una nacionalidad griega en los tiempos de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides. Toda la region de la civilizacion, cualquiera que ésta haya sido y cualquiera que sea, ha constituido siempre la gran pátria del poeta. Para Esquilo lo era Grecia, para Virgilio el mundo romano y para nosotros la Europa. Donde quiera que hay civilizacion, la inteligencia se encuentra en sus dominios. Así, en la proporcion de vida, y suponiendo que sea permitido comparar lo pequeño con lo grande, si Esquilo, al cantar la lucha de los Titanes, escribia en su tiempo una obra nacional para la Grecia, el poeta que relata hoy la lucha de los burgraves escribe una obra igual para la Europa, con el mismo sentido y con la misma significacion. Cualesquiera que sean las antipatías momentáneas y las querellas sobre las fronteras, todas las naciones cultas pertenecen al mismo centro y están indisolublemente enlazadas entre sí por secreta y profunda unidad. La civilizacion nos dá á todos el mismo corazon, el mismo espíritu, el mismo objeto y el mismo porvenir. Por otra parte, la Francia, que presta á la civilizacion su lengua universal y su iniciativa soberana, aun cuando nos una á Europa una especie de nacionalidad comun, no por eso deja de ser nuestra primera pátria, como Atenas fué la de Esquilo y la de Sófocles. Los dos grandes trágicos de la antigüedad eran atenienses, como nosotros somos franceses, y nosotros somos europeos como ellos eran griegos.

Esta idea merece desarrollarse. Quizás el autor lo haga algun dia, abarcando así mejor en su conjunto las obras que hasta aquí ha producido, dando mejor á conocer así su cohesion y el pensamiento que las anima. Entre tanto, se complace en repetir que la civilizacion entera es la pátria del poeta, y esta pátria no tiene otra frontera que la línea sombría y fatal donde empieza la barbarie. Debemos esperar que llegue el dia en que el globo entero esté civilizado, y entonces se realizará el magnífico sueño de la inteligencia: el sueño de tener por pátria al mundo y por nacion á la humanidad.

25 de Marzo de 1843.

LOS BURGRAVES.

PERSONAJES

El conde Job, burgrave de Heppenheff.
Magnus, hijo de Job.
Haffo, hijo de Magnus.
Federico Barbaroja.
Ofberto, capitan de arqueros.
Guanhumara, esclava.
La condesa Regina.
Eduvigis.
El capitan del burgo.
Esclavo primero.
Esclavo segundo.
Caballero primero.
Caballero segundo.
Caballeros.—Esclavos.—Soldados.—Escuderos.—Heraldos.—Músicos, etc. etc.
Heppenheff (Alemania), siglo XIII.

PRIMERA PARTE.

El abuelo.

Antigua galería de retratos señoriales del castillo de Heppenheff. Esta galería, que era circular, se desarrollaba alrededor de la gran torre del Homenaje y comunicaba con el resto del castillo por cuatro puertas grandes, situadas en los cuatro puntos cardinales. Una parte de la misma, que dá la vuelta, se vé perderse tras el muro redondeado de dicha torre. A la izquierda se vé una de las cuatro grandes puertas de comunicacion. A la derecha otra alta y ancha, que comunica con el interior de la torre del Homenaje, á la que se llega por una escalera de tres gradas, junto á la que hay una puerta de escape. En el fondo una galería romana abovedada con pilares bajos y capiteles rasos que sostienen un segundo piso practicable, que se comunica con la galería por una gran escalera de seis gradas. Al través de estas ámplias arcadas se vé el cielo y el resto del castillo, en cuya más alta torre flota inmensa bandera negra. A la izquierda de la puerta grande de dos hojas una ventanilla cerrada con vidriera de colores, y allí cerca una poltrona. Toda la galería tiene aspecto ruinoso é inhabitable. Los retratos colgados en las paredes de la galería están todos vueltos del revés, es decir, cara á la pared. Al levantarse el telon es el caer de la tarde. La parte del castillo que se vé por las archivoltas del fondo parece iluminada interiormente por la luz del dia. Oyese hácia esta parte del burgo sonar trompetas y clarines y por intervalos canciones entonadas por voces robustas al choque de las copas. Más cerca suena ruido de hierros, como si gente encadenada fuera y viniera por la parte no visible de la galería. Una mujer vieja, tapada con un largo velo negro, vestida con un sayal pardo lleno de girones, llevando una cadena que se ata por un doble anillo á su cintura y á su pié descalzo, y con collar de hierro en el cuello, se apoya de espaldas en la puerta grande y está escuchando las risas y los cantos de la sala inmediata.

ESCENA PRIMERA.

Guanhumara sola.

Canto fuera.

De las civiles guerras
nuestro poder nació,
y reyes y ciudades
nuestro ludibrio son.

—

Prosperan los burgraves
del exterminio en pos:
fisguémonos del Papa
y del emperador.

—

A hierro y fuego entre
siempre nuestro pendon;
fisga hagamos, burgraves,
de Satanás y Dios.

Suenan trompetas y clarines.

Guanhumara. Los príncipes están alegres y el festin dura todavía; los cautivos, recibiendo latigazos, trabajan desde que amanece; allí se oye el ruido de la orgía y aquí el ruido de las cadenas. Allí el padre y el abuelo, pensativos y cargados de años, buscan la sombría huella de todo lo que han hecho, meditando en su vida y en su raza, contemplando, solos y lejos de las triunfantes risas, sus crímenes, menos repugnantes que sus hijos. En sus prosperidades, hasta hoy completas, esos burgraves son grandes: los marqueses de las fronteras,

los condes soberanos, los duques, hijos de los reyes godos, se inclinan ante ellos, como si fueran sus iguales. El burgo, lleno de tocatas, de canciones y de gritería, se eleva inaccesible hasta las nubes. Millares de soldados y bandidos de ojos centelleantes vigilan por todas partes con el arco en una mano, la lanza en la otra y la espada entre los dientes. Todo protege y defiende este antro inabordable. La pobre esclava, vieja y débil, con la cadena al pié y con la argolla al cuello, se arrastra sola en un rincon del formidable castillo; pero, ¡temblad, príncipes! porque esta esclava representa el ódio.

Se retira al fondo y sube las gradas de la galería. Entra por la derecha una cuadrilla de esclavos con cadenas, que llevan las herramientas del trabajo. Apoyada en el pilar, GUANHUMARA los mira pensativa.

ESCENA II.

Los ESCLAVOS.

Se adelantan lentamente por grupos separados: los esclavos estudiantes van con los otros estudiantes; los mercaderes y los artesanos se juntan, etc. etc.; los viejos parecen abrumados de fatiga y de dolor. Durante toda esta escena y las dos siguientes se oyen de vez en cuando los gritos y los cánticos de la sala contigua. Dejan las herramientas que llevan y algunos se sientan en las gradas de piedra que hay delante de la puerta del torreon.

ESCLAVO 1.° Por fin llegó la hora del descanso; estoy rendido!

ESC. 2.° Ay! yo era libre y rico, pero ahora...

Agitando la cadena.

ESC. 1.° (Señalando á GUANHUMARA.) ¿A quién espiará esa mujer?

ESC. 2.° Lo ignoro; solo sé que la apresaron con unos mercaderes de San Galo.

ESC. 1.° Eso es indiferente; pero mientras á nosotros nos sujetan, á ella la dejan andar libre.

ESC. 2.° Dicen que ha curado de una fiebre maligna á Haffo, el mayor de los nietos de Job.

ESC. 1.° Al burgrave Rollon le mordió el otro dia una serpiente en el pié y tambien lo curó.

ESC. 2.° De veras?

ESC. 1.° Creo que es hechicera.

ESC. 2.° No lo creas... está loca.

ESC. 1.° La verdad es que posee secretos curativos y que ha restablecido la salud á Rollon y á Haffo y á tres leprosos, de los que huia todo el mundo.

ESC. 2.° Algo grave maquina esa mujer. Creo que trae algun negro proyecto entre cejas, combinado con los tres leprosos, que la quieren mucho. En todos los rincones se les vé juntos, como si fueran tres perros que siguieran á una loba.

ESC. 1.° Ayer estaban los cuatro en el cementerio, en el osario de los leprosos: ellos construian un ataud y ella, arremangada, agitaba un vaso, mientras cantaba y componia un filtro con huesos de muerto.

ESC. 2.° Esta noche pasada, que era muy clara, iban vagando los tres leprosos enmascarados y la vieja con su largo velo; yo, que no dormia, los ví pasar sobresaltado.

ESC. 1.° Me figuro que tienen algun escondrijo en los subterráneos. El otro dia se dirigian á una muralla, taciturnos y malhumorados los cuatro; me separé de allí para no estorbarles, y cuando volví á mirar habian desaparecido, hundiéndose en el muro.

ESC. 2.° Esos leprosos hechizados me importunan.

ESC. 1.° Lo que te cuento fué en la Cueva Perdida.

ESC. 2.° Encuentro natural que los leprosos sirvan á la que los ha curado.

ESC. 1.° Sí; pero esa vieja endemoniada, en vez de curarlos, debió hacer que recuperase la salud la cariñosa niña prometida de Haffo, la sobrina del anciano Job, que tan enferma está en el castillo.

ESC. 2.° Dios asista á Regina! ¡Esa niña es un ángel!

ESC. 1.° Se está muriendo.

ESC. 2.° Es una lástima! La mata el horror que le causa Haffo.

ESC. 1.° Pobre niña!

GUANHUMARA reaparece en el fondo del teatro y lo atraviesa.

ESC. 2.° Aquí vuelve la vieja que me espanta. Cada vez que la veo me dá miedo.

ESC. 1.° Maldito sea este burgo!

ESC. 2.° Calla por Dios!

ESC. 1.° A esta galería no vienen nunca nuestros amos; ahora están lejos y divirtiéndose. Quién ha de oirnos?

ESC. 2.° (Bajando la voz é indicando la puerta del torreon.) Allí están los dos.

ESC. 1.° Quiénes?

ESC. 2.° Los dos viejos, el padre y el hijo. Excepto Regina, que reza con ellos algunas veces, segun me ha dicho la nodriza Eduvigis, excepto Ofberto, ese jóven aventurero que vino el año pasado á prestar servicio en el castillo y que el abuelo aprecia mucho porque es muy

leal, nadie abre esa puerta ni entra aquí. El anciano está solo en su antro: en otro tiempo enviaba carteles de desafío á todo el mundo, y veinte condes y veinte duques, con sus hijos y sus nietos, rodeaban como un rey al patriarca bandido; pero la edad le ha quebrantado y está ya fuera de combate. Así vive triste y solitario bajo un dosel de brocado. Su hijo el viejo Magnus, de pié y respetuoso ante él, le sostiene su antigua lanza. Pasa las semanas y hasta los meses callando, y por la noche entra, pálido y abrumado de pesares, en un corredor secreto, cuya llave él solo tiene. Dónde irá?

Esc. 1.° Pesares extraños le atormentan.

Esc. 2.° Sus hijos le atormentan como demonios.

Esc. 1.° Por eso le llaman el Maldito.

Esc. 2.° Quizás sea por eso.

Esc. 1.° El último hijo lo tuvo siendo ya muy viejo y queria con idolatría al rapazuelo, pero aun no habia cumplido un año cuando se lo robaron.

Esc. 2.° Se lo robó una gitana.

Esc. 1.° En una senda de un campo de trigo.

Esc. 2.° Me han referido que se construyó este burgo sobre una cumbre, y que despues, por haber abrigado un gran crímen, quedó mucho tiempo desierto, y luego le demolió la órden Teutónica; pero que al fin el olvido borró este recuerdo, y un dia el dueño del burgo, que era hombre fantástico, cambiando de nombre como se cámbia de máscara, volvió: desde entonces está enarbolada en el castillo esa bandera negra.

Esc. 1.° ¿Has observado, por bajo del torreon redondo que domina el torrente, una ventana estrecha abierta á pico sobre los fosos, donde se ven tres barrotes torcidos y casi arrancados?

Esc. 2.° Allí está la Cueva Perdida de que te he hablado antes.

Esc. 1.° En esa guarida sombría dicen que habita un fantasma.

Esc. 2.° Bah!

Esc. 1.° Cualquiera diria que en otro tiempo por allí corrió sangre.

Esc. 2.° Lo cierto es que nadie puede entrar; no se sabe por dónde se entra, y la ventana es lo único que se vé.

Esc. 1.° Pues yo, que paso algunas noches por allí cerca, oigo pasos dentro.

Esc. 2.° Estás seguro?

Esc. 1.° Segurísimo.

Esc. 2.° Variemos de conversacion, que lo más prudente es callar.

Esc. 1.° Lo cierto es que este burgo está lleno de misterios.

Esc. 2.° Qué le vamos á hacer! Lo que debe sucedernos solo Dios lo sabe.

Esc. 1.° Pues oye lo que á mí me han referido de esa cueva. Cierta noche penetró en ella sin saberlo el conde Max, y, gracias á una luz fosforescente, vió de pronto sentado en un sitial de mármol á un anciano venerable, majestuoso é imponente. Sabes quién era?

Esc. 2.° Quién era?

Esc. 1.° Me extremezco solo al pensarlo: era el César Federico.

Esc. 2.° Barbaroja!

Esc. 1.° Sí, era el emperador Federico Barbaroja. Estaba durmiendo: su barba, que fué de oro en otro tiempo y entonces era blanca, daba tres vueltas á la mesa de piedra; sus largas pestañas cerraban sus pesados párpados, y sobre su rojo escudo, el traspasado corazon manaba sangre: de vez en cuando, inquieto y en medio del sueño, acercaba la mano á la espada.

Esc. 2.° Has terminado ya?

Esc. 1.° Voy á terminar. Al oir los pasos del conde Max en el sombrío corredor, se despertó el dormido César, levantó la calva frente, y fijando en el conde las miradas siniestras, le dijo: "Caballero, ¿se han marchado ya los cuervos?„ "No, señor„, le contestó el conde Max Edmond. Sin pronunciar más palabras volvió el anciano á inclinar la cabeza, y Max, espantado, vió que se durmió otra vez el fantasma emperador.

Esc. 2.° Vaya un cuento chistoso! Aseguran, sin embargo, que hace veinte años se ahogó en el rio Cyduns, al frente de su ejército imperial.

Esc. 1.° Eso no es seguro, porque no se ha podido encontrar el cadáver.

Esc. 2.° Lo arrastrarian las olas.

Esc. 1.° Puede... No sé si sabrás lo que un monge auguró á Federico Barbaroja en el momento de nacer.

Esc. 2.° No.

Esc. 1.° Le predijo lo siguiente: "Ese niño, que dictará leyes al mundo, se le creerá muerto dos veces y revivirá las dos.„

Esc. 2.° Es posible!

Esc. 1.° Cuentan que á su padre el duque Fritz preocupó mucho esta prediccion. Por eso, al poco tiempo de nacer Barbaroja, le encerró en una torre de su palacio, queriéndole ocultar á todo el mundo. Tenia el duque Fritz otro hijo, que no engendró en el tálamo nupcial, y que creia que se llamaba su padre Othon

de Wistelbach. Este bastardo ilustre poseia, entre otros feudos, un castillo señorial cerca del Rhin, y el duque lo escogió por asilo, para tener allí á Barbaroja más seguro. Visitó al bastardo, y dándole un abrazo paternal, le confió la tutela del niño, diciéndole: "Es tu hermano y debes quererle fraternalmente.„ El duque se separó del bastardo, creyendo de este modo asegurado el secreto, pues el mismo Barbaroja nada sabia respecto á su orígen. El niño llegó á cumplir veinte años sin salir del castillo; pero un dia, al pié de una alta roca, entre las malezas y al borde de un arroyo torrencial que lamia el castillo, unos pastores que pasaron por allí al despuntar el alba se encontraron dos cuerpos, que manaban sangre y palpitaban aun, de dos hombres de diferente calidad, que tenian el pecho atravesado á puñaladas.

ESC. 2.° Quiénes eran?

ESC. 1.° Barbaroja y su leal escudero, que el duque Fritz puso de guardian á su hijo.

ESC. 2.° Pero quién los mató?

ESC. 1.° Dicen que el bastardo y Barbaroja querian á un mismo tiempo á la misma mujer, y que el primero se libró de este modo de su rival. Curáronse por fin el señor y el escudero, fueron á buscar asilo en el hogar paterno, y desde entonces consideró ya el duque Fritz como hijo á Barbaroja y le retuvo á su lado. Pasado algun tiempo, aquel mancebo llegó á ocupar el trono de Alemania, y en Aquisgran le nombró la Dieta emperador y César, y aunque entonces estaba en situacion de satisfacer su rencor, no solo le ahogó en su pecho, probando su grandeza de alma, sino que, á ruegos de su mismo padre, juró no revelar al bastardo que existia, ni vengarse de él hasta cumplir los cien años, ó lo que es lo mismo, nunca.

ESC. 2.° Ahora recuerdo que he oido referir algo de esa historia, hasta con los nombres de sus héroes. Si no recuerdo mal, Barbaroja se llamaba en el castillo Donato y el bastardo Fosco.

ESC. 1.° Así se llamaban.

Entra un soldado con un látigo en la mano.

SOLDADO. Esclavos, al trabajo! Pronto van á venir á visitar esta parte del castillo con su dueño los convidados de Haffo; no quiero que os vean; despejad.

Los esclavos recogen las herramientas y salen á parejas silenciosamente seguidos por el soldado. Luego entran por la gran puerta REGINA, EDUVIGIS y OFBERTO.

ESCENA III.

OFBERTO, REGINA y EDUVIGIS, que aparece y desaparece durante la escena.

OFBERTO. Apoyaos en mí y andad poco á poco. Podeis sentaros en esta poltrona. (La hace sentar.) Cómo os sentís?

REGINA. Mal; tengo frio. Ese banquete fatal me ha hecho daño. (A EDUVIGIS.) Veas si viene álguien.

(EDUVIGIS se retira al fondo.)

OFB. No vendrán; estarán bebiendo hasta el amanecer. ¿Por qué habeis asistido al festin?

REGINA. Haffo...

OFB. Haffo!...

REGINA. Hablad más bajo. Puede obligarme... Soy su prometida.

OFB. Hubiérais debido quejaros al conde Job; Haffo le teme.

REGINA. Para qué?... ¡si voy á morir!...

OFB. No digais eso...

REGINA. Soñar, sufrir y desaparecer es el destino de la mujer.

OFB. (Señalando á la ventana.) Ved qué hermosa es la luz del dia.

REGINA. Sí, el sol se inflama en su ocaso: estamos en el otoño y la tarde muere; caen las hojas de los árboles y el bosque queda sombrío.

OFB. Las hojas se renovarán.

REGINA. Eso sí; pero es triste ver huir á las golondrinas, que van á buscar el ardiente sol del Mediodía.

OFB. Ya volverán.

REGINA. Sí, pero yo ya no veré ni volver esos pájaros, ni renacer las hojas.

OFB. Regina!...

REGINA. Colocadme más cerca de la ventana. Arrojad esta bolsa á los pobres prisioneros.

Dá un bolsillo á OFBERTO y éste la obedece.

Los últimos rayos del sol poniente ciñen como una corona la frente del Tauno, el rio brilla y el bosque se llena de resplandores. Es hermoso este espectáculo. La naturaleza entera es una onda de vida y de luz. A mí, que carezco de padre y de madre, nadie puede salvarme, nadie me puede curar; estoy sola en el mundo y conozco que voy á morir.

OFB. Sola en el mundo! ¿Y yo que os adoro?

REGINA. Eso es un delirio! La noche se me vá á aparecer y á sepultarme, y vos me olvidareis al poco tiempo.

OFB. ¡Por vos perderia la vida y la

eternidad! Y creeis que no os amo! Hace un año, desde el dia en que os ví en esta guarida, entre tantos bandidos, os adoro. Mis ojos os han contemplado desde entonces en este sombrío castillo, lleno de crímenes, como un lirio al borde de un abismo, como un astro brillando en la oscuridad. Tuve el atrevimiento de amaros, condesa del Rhin, á pesar de ser la prometida de Haffo, el conde de corazon de bronce, y os confesé que solo era un pobre capitan, que empuñaba valiente espada, pero que era de orígen incierto, quizás menos que siervo ó quizás tanto como un rey; pero sea mi orígen el que sea, soy vuestro enteramente. Si me abandonais, moriré. A dos personas amo en este castillo: á vos en primer lugar, luego á ese anciano, al que abruma el peso de un pasado espantoso. Progenitor triste de una familia horrible, en vos cifra toda su alegría: vos sois su única estrella, su último culto y el alba que blanquea el umbral de su tumba. Yo os bendigo á los dos, porque á vuestro lado lo olvido todo, y mi alma, oprimida por ley fatal, á su lado adquiere grandeza y se siente pura al lado de vos. Os he descubierto mi corazon: lloro, estoy celoso, sufro. Hace poco Haffo os miraba cariñosamente; vos le correspondíais con las miradas; yo sentia hervir la sangre en mis venas y subir desde el corazon á la cabeza todo mi ódio y toda mi cólera. Me contuve, porque debia hacerlo. Decís que no os amo, y por un beso vuestro daria toda mi sangre. Perdonadme; estais enferma y solo me ocupo de mí, cuando deberia de rodillas hablaros, no contrariar vuestra fiebre y vuestro delirio y besaros las manos sin contradeciros.

REGINA. Mi destino, como el vuestro, Ofberto, es aciago. Yo soy huérfana, como vos sois huérfano. Uniéndonos el cielo por nuestro comun dolor, hubiera podido constituir una felicidad de nuestros dos infortunios; pero...

OFB. (Cayendo de rodillas ante ella.) Yo os serviré de rodillas, y si morís, moriré, y mataré á Haffo si se atreve á disgustaros; yo reemplazaré á vuestro padre y á vuestra madre, á los dos; porque, como vuestro padre, tengo brazo, y como vuestra madre, tengo corazon.

REGINA. Veo con complacencia que vuestra alma posee la voluntad de un gigante y la ternura de la mujer: pues, Ofberto mio, con todo vuestro poder nada podeis hacer por mí.

OFB. (Levantándose.) Sí.

REGINA. Nada; no teneis que disputarme á Haffo: mi prometido me obtendrá sin oposicion y sin lucha, y vos, que sois tan bravo, no le podreis vencer, porque mi prometido es el sepulcro. Antes de entrar en él haré dos partes de lo mejor que poseo en el mundo; la una para el Señor, la otra para vos. Posad la mano sobre mi frente, que quiero deciros en el umbral de la tumba que entrego mi alma á Dios y á vos mi corazon, porque os amo.

EDUVIGIS. (Entrando.) Vienen.

REGINA. Ven aquí.

Se apoya en la nodriza y en su amante y se dirige hácia la puerta de escape; al llegar allí se detiene, se vuelve y dice:

¡Es horrible morir á los diez y seis años, cuando hubiéramos podido vivir juntos y ser dichosos! Ofberto mio, ahora quiero vivir, porque la muerte me causa horror. Podrás salvarme?

OFB. Vivirás.

Salen REGINA y EDUVIGIS.

Te juro que vivirás, aunque tenga que luchar con el demonio.

Viendo á GUANHUMARA, que está inmóvil en el fondo del teatro.

Precisamente aquí viene.

ESCENA IV.

OFBERTO y GUANHUMARA.

OFB. Guanhumara, acércate; te necesito.

GUAN. Sigue tu camino.

OFB. Escúchame.

GUAN. ¿Me quieres preguntar otra vez por tu pátria y por tu familia? Pues no lo sé. ¿Quieres saber si verdaderamente te llamas Ofberto? ¿Por qué has pasado tu vida en el destierro? ¿Si fué en Córcega ó en Moldavia donde te encontré niño, desnudo y abandonado? ¿Por qué te hice venir á este castillo, prohibiéndote decir que me conocias? ¿Por qué, aunque Regina haya enamorado á mi señor, sigo arrastrando la cadena? ¿Por qué en todo tiempo y lugar, cumpliendo un voto, conservo esta argolla en el pié? No puedo responderte, no puedo satisfacer tu curiosidad. Denúnciame si quieres, sé que eres incapaz de hacer traicion á la nodriza que te crió á sus pechos y te sirvió de madre; pero si me denuncias... Tampoco temo á la muerte.

Quiere irse y OFBERTO la detiene.

OFB. No quiero hablarte de mí; tú que lo sabes todo, dime; Regina...

GUAN. Morirá antes de un mes.

OFB. Puedes salvarla?

GUAN. Qué me importa á mí eso! (Pensativa y hablando consigo misma.) Sí; cuando yo estaba en la India, en el fondo de sus bosques, estudiando las yerbas, los venenos y los filtros poderosos que tienen la virtud de resucitar al muerto y de que parezca muerto el vivo...

OFB. Contéstame: puedes salvarla?

GUAN. Sí.

OFB. Por compasion, por mí, por Dios, cúrala, sálvala.

GUAN. Si ahora mismo, cuando estabas aquí hablando con Regina, hubiera entrado de repente Haffo, furioso como una tempestad; si la hubiera asesinado á tu vista y arrojado su cuerpo al torrente, que brama como un tigre; si se hubiera apoderado de tí y te hubiese llevado á la ciudad inmediata, imponiéndote la argolla del esclavo para venderte en el mercado; ó si te hubiera vendido para que te condenaran al remo los barcos del Tíber, y despues de arrastrarte de playa en playa, volvieras viejo de tan larga y ruda esclavitud, ¿qué te quedaria en el corazon?

OFB. La venganza.

GUAN. Pues bien, á mí me queda el ódio sanguinario y la venganza. ¿Qué me pides? ¿Que tenga compasion, que tenga la virtud de salvar á los vivos? Esa idea me hace sonreir. Dices que tienes necesidad de mí; y si helando de espanto tu corazon yo te dijera que te necesito, si te confesara que te eduqué para que me sirvieras en mis proyectos y que retrocedo ante tu inocencia, qué dirias? Retrocede tú, pues, ante mi soledad y ante mi desventura. Acabo de referirte mi historia, pero en ella solo mataron al amante; la mujer... era yo; fué vendida y sobrevivió; el asesino vive aun, y tú puedes realizar mi designio. He gemido ya bastante tiempo; me he vuelto repugnante y espantosa á fuerza de sufrir. He vivido durante sesenta años de lo que los demás mueren, de dolor, de hambre y de miseria; he visto el Nilo, el Indo, el Océano, la tempestad y las largas noches estrelladas de los polos; han marcado mis carnes duras argollas de hierro; veinte amos diferentes por enferma me han arrojado de sus casas á latigazos. Me han hecho perder todo sentimiento humano y ya no late mi corazon. Soy una estátua y habito en una tumba. Un dia del mes pasado llegué al caer la tarde á este castillo. Pues bien, mi ódio, que nunca duerme, si yo quisiera me entregaria á mi enemigo; le tengo en mi poder, y bastará con que yo marque su última hora con una sola palabra para que caiga, y bastará con que yo dé un solo paso para que muera. Pero tú eres el único que puede facilitarme la venganza. Sin embargo, al ir á realizarla me he dicho á mí misma: No, eso seria horrible. Debes comprender que seria cosa horrible cuando me hace vacilar; pero no me busques, pero no me tientes, porque si entramos en tratos, te exigiria una promesa horrible. ¿Eres capaz de ser asesino y de ser verdugo? ¡Veo que te extremeces! ¡Eres débil de corazon y débil de brazo! Vete y déjame en paz.

OFB. (Bajando la voz.) ¿Qué exigirias de mí?

GUAN. Nada... permanece siendo inocente... vete.

OFB. Por salvarla derramaria toda mi sangre.

GUAN. Vete.

OFB. Hasta cometeria un crímen.

GUAN. ¡Me tienta este demonio, me tienta!... Pues te tomo la palabra y vas á pertenecerme. Desde hoy en adelante, suceda lo que suceda, no me pidas que tenga compasion. Te dije y te lo repito, no tengo piedad ni remordimiento; solo los tendria si volviera á ver vivo al hombre de mi cariño. ¡A Donato, que tanto amé!... Ahora escucha: antes de que emprendas el camino que te voy á trazar, te participo que es preciso matar á alguno, matar sin piedad y sin perdon á quien yo quiera y como quiera.

OFB. Prosigue.

GUAN. Cada momento que pasa empuja á Regina hácia el sepulcro; morirá irremisiblemente si yo no la salvo. Toma este frasco: que beba cada noche una gota de lo que hay dentro y vivirá.

OFB. No me engañas? Vivirá?

GUAN. Te lo prometo: si la salva este licor y la ves radiante de salud y de alegría, harás lo que te mande?

OFB. Te lo prometo.

GUAN. Júramelo.

OFB. Te lo juro.

GUAN. Regina me responderá de tí, porque pagaria con la vida tu perjurio. Conozco de este castillo todos sus secretos, y á todas horas puedo penetrar en él.

OFB. ¿Me aseguras que ese licor la salvará?

GUAN. Sí; pero asegúrame tambien que me pertenece tu alma.

OFB. Dame ese licor y tómala.

GUAN. (Entregándole el frasco.) Hasta mañana.

OFB. Hasta mañana. (Váse la vieja.) Cua-

lesquiera que sean tus proyectos, los acepto por salvar á Regina.

Se vá por la puerta de escape. En aquel momento se oyen por la parte opuesta risas y cantos que se acercan. La puerta se abre de par en par, y entran, precedidos por HAFFO, varios príncipes y burgraves, vestidos con sedas y oro y con cotas de malla, todos con los vasos en la mano. Entre ellos circulan pajes con botellas y bandejas llenas de frutas. En el fondo permanecen inmóviles los partesaneros. Músicos, trompetas y heraldos de armas.

ESCENA V.

HAFFO y varios príncipes, burgraves y caballeros.

UN CABALLERO. (Cantando.)

El viento es fuerte y el invierno es crudo,
la nieve cubre las montañas ya.
Qué nos importa? Estamos bajo techo;
á beber y á gozar.

—

Con séquito espantoso de demonios
llamando á nuestra puerta está Satán.
Qué nos importa? No le haremos caso;
á beber y á gozar.

CAB. 1.° Diablo de cancion!

HAF. Me gusta mucho!

CAB. 1.° Es una cancion famosa.

CAB. 2.° Y la cantas muy bien, Gilisa.

HAF. Venid por aquí; solo nos falta recorrer esta ala del castillo, que es la antigua galería que antes sirvió de entrada.

CAB. 1.° Está ya muy vetusta.

HAF. (Acercándose á la ventana.) Desde aquí podeis ver, por entre la espesura del bosque, la puerta del recinto amurallado y el sendero escarpado por donde se llega á ella.

Los caballeros se acercan á la ventana y miran.

CAB. 2.° Qué es esa torre?

HAF. La torre del Homenaje, que habita mi abuelo.

CAB. 1.° La ocupa él solo?

HAF. No, con mi padre: se necesitan el uno al otro.

CAB. 2.° ¿Cómo conseguiste, Haffo, emanciparte de los dos?

HAF. Los dos son muy viejos y se mueren de tedio. Creo que tienen trastornado el juicio: el abuelo hace un mes que no habla.

CAB. 1.° Rara mudez!

UN CAPITAN. (Que entra, dirigiéndose á HAFFO.) Señor!

HAF. Qué quieres?

CAPITAN. El judío que está preso se niega á dar su rescate.

HAF. Ya que es tan perro, que le cuelguen.

CAPITAN. Las mujeres del Linz piden cuartel para sus maridos.

HAF. Que no se les dé: entrad allí á saco.

CAPITAN. Y en Rhea?

HAF. Entrad tambien á saco; esa es la ley de los vencidos.

Váse el CAPITAN.

CAB. 1.° Tienes escelente vino.

HAF. Me lo regala la villa de Bingen para que yo le sea propicio.

CAB. 2.° ¿Es cierto que te casas con Regina?

HAF. Eso pretendo: es ahijada y hasta pariente de mi abuelo.

CAB. 1.° Es gallarda.

HAF. Y rica.

CAB. 2.° Pero siempre está triste y llorosa.

HAF. Eso son melindres de mujer.

Entra el CAPITAN.

CAPITAN. Mañana al amanecer pasarán unos mercaderes.

HAF. Buen negocio: ¡emboscaos y á ellos!

CAPITAN. Está bien. (Váse.)

HAF. Mi padre pelearia con ellos, pero yo no. Antes se luchaba, ahora nos dedicamos á los festines y al amor; antes todo lo decidia la fuerza, hoy lo decide la astucia; por eso los villanos nos maldicen á mis hermanos y á mí, porque dicen que los oprimimos. Pero me rio de ellos, y desde aquí desafío al mundo entero: lanzo por estos alrededores á mis bandidos, como el cazador lanza sus perros, y ya veis que paso una vida escelente. Te parece hermosa mi prometida y me alegro; pero díme, ¿qué es de la tuya, conde?

CAB. 1.° De quién hablas?

HAF. De aquella condesita, á la que robaste sus tierras, y en el colmo de tu amor...

CAB. 1.° Quién se acuerda ya de eso!

HAF. No juraste enlazarte con ella?

CAB. 1.° Sí, me lo hicieron jurar, pero... abandoné á la jóven y conservé sus posesiones.

HAF. En ese asunto habrá intervenido la Dieta...

CAB. 1.° La Dieta, hasta ahora, no ha dicho esta boca es mia.

HAF. Pero tu juramento...

CAB. 1.° Bah!...

Se abre la torre del Homenaje y dá paso á dos personajes, á MAGNUS, que tendrá unos cincuenta y cinco años y el cabello y la barba gris, y á JOB, que es mucho más viejo, calvo, con barba larga y blanca; ambos van vestidos de malla, espada al cinto, y encima del traje de batalla lleva JOB un gaban grande y blanco, forrado de paño de oro, y MAGNUS una piel de lobo, cuya cabeza se ajusta sobre la suya. JOB apoya la mano derecha

en el hombro izquierdo de MAGNUS y éste los dos brazos juntos en la extremidad del mango de una hacha grande de Escocia. OFBERTO sale detrás de ellos, y les siguen dos escuderos viejos. Estos dos escuderos llevan en cojines de terciopelo de color de escarlata los cascos de sus amos, cuyas cimeras figuran cabezas de animales fantásticos. Los convidados no se han apercibido de la presencia de los nuevos personajes, que han oido las últimas palabras de la escena.

ESCENA VI.

Dichos, JOB, MAGNUS y OFBERTO.

MAGNUS. En otros tiempos, los juramentos que se pronunciaban en la vieja Alemania eran de acero, como nuestras armaduras; lo recuerdo con orgullo. Pero hoy la fé, el honor y las palabras empeñadas son ya variables como las modas; un juramento dura como un traje, se gasta pronto y se desecha.

Al oir las palabras de MAGNUS, todos se vuelven estupefactos.

HAF. Padre mio... padre mio...

MAG. Jóvenes, estais moviendo mucha algazara: dejadnos á los viejos soñar en un rincon; la luz de los festines deslumbra nuestros ojos. Los viejos antes chocábamos las espadas, y ya que la gente moza choca ahora los vasos, que sea lejos de nosotros.

HAF. Bien, padre mio...

Fijándose en que los retratos están vueltos del revés.

¿Quién ha tenido la audacia de poner los retratos cara á la pared?

MAG. Yo.

HAF. Vos!

MAG. Yo.

CAB. 1.° Se nos burla!

HAF. Pero, padre...

MAG. Los puse así para que no vieran la deshonra de sus hijos.

HAF. Por mucho menos Barbaroja mató al duque Luis su tio, y si me irritan...

MAG. Me parece que has hablado de Barbaroja y alabándole; que nadie delante de mí vuelva á pronunciar su nombre.

CAB. 1.° No comprendo por qué.

MAG. ¡Antecesores nuestros, no nos mireis ni nos oigais! ¿Eres tú el que lo preguntas, conde de Monts? Desciende por las orillas del Rhin, desde el lago hasta los siete montes, y cuenta, si puedes, los castillos destruidos á una y á otra parte. Preguntas lo que ha hecho Barbaroja? Cautivar á nuestras hermanas y á nuestras hijas, levantar patíbulos sobre nuestros peñascos con las piedras de nuestras torres; hemos sufrido sus asaltos, su pillaje y su carnicería; hemos pasado treinta años bajo el poder del César, que triunfaba siempre, sufriendo el incendio, el destierro, los calabozos y los tormentos. Como esclavones, hemos pasado por aquella grande afrenta, por aquella gran victoria suya, y nuestros degenerados hijos ni siquiera la conocen. Cuando Federico Barbaroja, surgiendo bajo una brecha inflamada, arrojaba su guantelete á nuestro ejército, éste temblaba, cedia y huia de él espantado. Solo un dia, mi padre, cortándole el paso en un sitio estrecho, le marcó el brazo derecho con un hierro candente. Todo eso pasó y se ha desvanecido: el rayo se apagó en nuestras miradas, los barones sucumbieron, los burgos cubren de ruinas las llanuras, de todo el bosque incendiado no queda más que un roble, ¡y ese roble sois vos, venerado padre! Dios maldiga al aborrecido Barbaroja, que deslustró nuestros blasones y que hizo correr al Rhin deshonrado entre ruinas. Pero yo, séres débiles, os vengaré; yo ilustraré mi escudo y esa será mi gloria: lo juro por mi espada, os vengaré, sin tregua y sin compasion, en él, si no ha muerto, y si murió, en su raza. ¡Dios quiera que no muera sin haber satisfecho mi venganza!

Se abisma en su pensamiento: poco á poco renace la alegría entre los convidados, vuelven á beber y á reir. Los dos ancianos se quedan como dos estátuas.

HAF. ¡La edad le ha trastornado el juicio!

CAB. 1.° Llegará un dia en que mi padre estará como ellos y yo haré lo mismo que él.

HAF. Dejémosle que desbarre á su antojo.

CAB. 2.° Ya empezaba á importunarnos.

HAF. Hay que tener paciencia con él, porque nuestros soldados le son fieles en cuerpo y alma.

CAB. 1.° (Asomado á la ventana.) Allí viene un viejo con barba blanca.

CAB. 2.° Camina con gran lentitud.

CAB. 1.° Quizás venga á pedir albergue en el castillo.

CAB. 2.° Parece que sea un mendigo.

HAF. Quizás sea algun espía. (Gritando á los de fuera.) Echad de aquí á ese villano á palos ó á pedradas.

MAG. (Como despertando.) ¡En qué tiempos vivimos, que quieres apedrear á un anciano que pide hospitalidad! En mis tiempos cometíamos las locuras de los jóvenes, pero cuando un hombre decrépito y hambriento tendia la mano yerta en un banquete, le dábamos buenas

monedas y un vaso de vino. Despues, con júbilo, volvíamos á nuestra fiesta, porque habíamos socorrido y fortalecido al anciano.

JOB. (Enderezándose y tocando á MAGNUS en el hombro.) Calla, jóven. En mi época, cuando bebíamos en los festines, cantando con voces más fuertes que las vuestras, alrededor de un buey entero, servido en la mesa, si pasaba por nuestra puerta un anciano, pobre, andrajoso y mendicante, iba á buscarle una escolta. Cuando entraba en la casa, tocaban los clarines, se levantaban los barones, los mozos se inclinaban sin hablar, sin cantar, sin sonreir siquiera, aunque fueran príncipes del Sacro Imperio, y los ancianos tendian la mano al recien venido, diciéndole: "Señor, bien venido seais„. Haffo, que entre ese anciano.

HAF. Pero...

JOB. Silencio!

A un gesto imperativo de JOB, HAFFO obedece y sale.

CAB. 2.° Le quereis hacer baron?

JOB. ¿Quién habla cuando he mandado callar? Quién se atreve?...

Todos callan.

OFB. (Bien por Job; que tasquen el freno, y si se atreven á rebelarse, que humille su altivez su maza férrea.)

HAF. (Entrando.) Señor, ya llega el huésped.

JOB. Que toquen los clarines como si fuera el mismo emperador. ¡Descubríos todos! Venid á mi lado mis descendientes!

Suenan los clarines. Los burgraves y los príncipes se colocan á la izquierda todos con la cabeza descubierta. El hijo y los nietos de JOB á su alrededor. Los partesaneros en el fondo con la bandera levantada. Entra por la galería del foro un mendigo, que parece tan viejo como el conde JOB; la barba blanca le llega hasta la cintura. Viste larga túnica de paño tosco y manto de la misma tela, destrozado y con capuchon. Vá descubierto: de su cintura cuelga un rosario de cuentas gruesas y calza sandalias que dejan ver sus piés desnudos. Se detiene en lo alto de la escalera de seis gradas y permanece allí inmóvil, apoyado en un cayado nudoso. Los partesaneros le saludan agitando la bandera y tocan los clarines. GUANHUMARA aparece en el piso superior y asiste á la escena.

ESCENA VII.

Dichos y el emperador FEDERICO BARBAROJA, disfrazado de mendigo.

JOB. Quien quiera que seais, decidme si habeis oido referir que existe en el Tauno, entre Colonia y Spira, un castillo famoso entre todos los castillos, y un burgrave famoso entre todos los burgraves. ¿Habeis oido referir que ese hombre, sin piedad ni freno, cargado de atentados y de hazañas, excluido del Sacro Imperio por la Dieta de Francfort y de la Santa Iglesia por el Concilio de Pisa, está excomulgado y vive todavía en la montaña, persigue, provoca y bate al conde Palatino y al arzobispo de Tréveris, y hace sesenta años rechaza la escala del imperio que quieren poner en sus murallas? ¿Habeis oido decir que protege á todos los valientes, que hace al rico pobre y al amo esclavo, y que á pesar de los duques, reyes y emperadores, á pesar de la Alemania entera, enarbola en su torre, como fúnebre llamamiento á los encadenados pueblos, una bandera negra que agitan los vientos de las tempestades? ¿Os han referido que casi cuenta un siglo y que reta al mundo á lid sangrienta desde lo alto de su roca, sin que le hayan podido domar ni la guerra que arrasa las ciudades, ni el César omnipotente, ni Roma, ni los años?... ¿Sabeis todo eso?

EMPERADOR. Sí; lo sé.

JOB. Pues yo soy ese hombre, y estais en su casa; yo soy Job el Maldito. Bien venido seais, señor! Aquí teneis á mi alrededor á los hijos de mi hijo, que valen menos que nosotros y que han burlado mis esperanzas. Conservé de mi padre la espada que heredé; por ella conquisté nombre siniestro, y mi madre me legó esta morada: pues bien, pongo á vuestra disposicion nombre, espada y castillo. Ahora podeis hablar libremente todo lo que querais.

EMP. Príncipes, condes, señores, yo os saludo, y tambien os saludo á vosotros, esclavos. Me llego hasta vosotros y os digo que si vivís tranquilos en el fondo de la conciencia, si al recordar vuestras acciones pasadas nada turba vuestros corazones y permaneceis siendo puros, vivid, reid y cantad; pero si no os sucede esto, pensad en Dios. Jóvenes, viejos de azarosa historia, unos coronados de flores y otros coronados de años, si vivís para hacer daño, sin compasion alguna, mirad hácia el porvenir y reflexionad. Breves, efímeras son las horas que el cielo nos concede; los años acaban con unos y la tumba prematura se abre para los otros: jóvenes, que os enorgulleceis de ser poderosos y fuertes, pensad en lo que llegan á ser los viejos; y vosotros, ancianos, pensad en la muerte y sed hospitalarios, que esta es la ley más grata de la humanidad. El que rechaza á un pasajero no sabe á quién rechaza, porque ignora quién es y de dónde viene; por lo que el pobre debe ser para vosotros

sagrado, aunque seais reyes. Algunas veces Dios, que de un solo soplo arranca los robles centenarios, llena de acontecimientos, de relámpagos y de truenos la mano que un mendigo esconde entre sus andrajos.

SEGUNDA PARTE.

El mendigo.

La sala de las panoplias. A la izquierda una puerta; en el fondo una galería almenada que permite ver el cielo; paredes de basalto desnudas; armaduras completas en los pilares. Al levantarse el telon, el MENDIGO está de pié en el proscenio, apoyado en el báculo y poseido de dolorosos pensamientos.

ESCENA PRIMERA.

El EMPERADOR solo.

Ha llegado el momento de dar el golpe decisivo. Todo podria evitarse, pero es preciso arriesgarlo todo; veremos si Dios me ayuda. Alemania, pátria mia, mucho han degenerado tus hijos, y te encuentro muy maltratada despues de mi largo destierro. Han matado á Felipe, han expulsado á Ladislao, han envenenado á Enrique y han vendido á Ricardo, Corazon de Leon. Qué afrenta! Perdida la unidad, se deshacen los nudos de tus Estados. Veo en este pais, que en otro tiempo fué pátria de valientes, loreneses, flamencos, sajones, moravos, franceses, bávaros, pero no veo alemanes. El fraile canta, predica el sacerdote, el paje lleva la lanza de su señor, el baron saquea y el rey duerme. Son feroces ó cobardes, viles ó malvados. Todos aspiran á engrandecerse; en todas partes impera la fuerza, el horror y la violencia. Los vándalos se han apoderado de Berlin, los paganos de Dantzick y los mogoles de Breslau. Todo está muerto, pais, ciudades, aldeas y recursos. Sostenian al imperio, como inmensos pilares, Holanda, Luxemburgo, Tréveris, Gueldres y Juliers, y esos pilares cayeron. Qué fué de Polonia? ¿Qué fué de la Lombardía? Para defendernos de una invasion solo nos quedan las poblaciones de Ulm y de Auxburgo, cerradas con estacas: la obra de Carlo-Magno y de Othon el piadoso no existe ya. En el Occidente se borra nuestra frontera, porque la alta Lorena pertenece á los condes de Alsacia y la baja pertenece á los condes de Lovaina. A un mismo tiempo amenaza Dinamarca, Inglaterra agita á güelfos y gibelinos, hace traicion la Lorena, ruge el Brabante, se enciende Turin, Felipe Augusto crece, Génova pide dinero, continúa el entredicho, el Padre Santo vacila, y no hay un solo caudillo que pueda hacer frente á tantas complicaciones. Los electores dispersos ahondan más y más la herida; coronan cada uno por su parte á quien mejor le paga, y como el que muere descuartizado por cuatro caballos, tiran del imperio cuatro emperadores desde Amberes á Ratisbona y desde Lubeck á Spira. ¡Pobre Alemania!...

Inclina la cabeza sobre el pecho y sale lentamente por el foro. OFBERTO, que ha entrado poco antes, le sigue con la vista y vé cómo desaparece entre las arcadas de la galería. REGINA, radiante de salud y de felicidad, aparece por el lado opuesto por donde se marchó el MENDIGO, y avanza apresuradamente hácia OFBERTO.

ESCENA II.

OFBERTO y REGINA.

OFB. Regina! Sois vos? ¡Qué cambiada estais!

REGINA. Sí, Ofberto, soy yo, que puedo ya hablar, respirar y vivir; cesaron mis sufrimientos, soy dichosa y os amo.

OFB. Qué felicidad!

REGINA. Esta noche he dormido ya sin tener fiebre, pronunciando contínuamente vuestro nombre, y cuando me despertó la luz del sol, me pareció que nacia á nueva vida. El licor que me hicísteis beber me ha salvado; me dísteis la salud y me arrancásteis de la tumba.

OFB. Yo sabré terminar mi obra. Vivís y soy feliz; vivís y me parece que siento en mí otra alma. No padeceis ya?

REGINA. No, no padezco.

OFB. Bendito seais, Dios mio!

REGINA. ¡Bendito sea tambien Ofberto! (Se abrazan y permanecen unos momentos silenciosos. De pronto se desprende REGINA de los brazos de su amante y dice:) Me olvidaba de que el conde Job me está esperando; adios, bien mio. Solo vine á decirte que te amo.

OFB. Volverás?

REGINA. En seguida.

OFB. ¡Gracias, Dios mio, porque Regina vive!

Váse REGINA y aparece en el foro GUANHUMARA.

ESCENA III.

OFBERTO y GUANHUMARA.

GUAN. Estás contento?

OFB. Soy feliz.

GUAN. Ya ves qué pronto te cumplí la promesa.

OFB. Te cumpliré tambien mi juramento.

GUAN. Sin tener compasion?

OFB. Sí. (Despues me suicidaré.)

GUAN. Te esperarán á media noche.

OFB. Dónde?

GUAN. Delante de la torre de la bandera negra.

OFB. Ese es un sitio temible, por el que nadie pasa. Dicen que las rocas conservan allí siniestra huella.

GUAN. Sí, de un rastro de sangre que desciende por el muro hasta la orilla del torrente.

OFB. (Con horror.) De sangre! Pues la sangre mancha y quema.

GUAN. La sangre tambien lava y apaga la sed.

OFB. Manda á tu esclavo. ¿A quién encontraré en ese sitio?

GUAN. A un hombre solo y enmascarado.

OFB. Y qué he de hacer?

GUAN. Seguirle.

OFB. Le seguiré.

GUANHUMARA coge con rapidez el puñal que OFBERTO lleva en el cinto; fija en él una mirada terrible, y alzando los ojos hácia el cielo, exclama:

GUAN. ¡Vastas profundidades de los cielos, triste serenidad de las bóvedas azules, nocturna y majestuosa oscuridad, y tú, antigua argolla de mi cadena, servidme de testigos! ¡Muros, torres, encinas que dais sombra al cansado viajero, oidme: condeno á morir con el filo de este cuchillo vengador á Fosco, baron de los bosques, de las rocas y de las llanuras!

OFB. Quién es Fosco?

GUAN. El hombre que tú has de matar. (Le devuelve el puñal.) A media noche; no faltes.

Sale por la galería del foro, sin ver á JOB ni á REGINA, que entran por el lado opuesto.

ESCENA IV.

OFBERTO, REGINA y JOB.

REGINA. Ved cómo ya puedo correr, señor.

Esto se lo dice á JOB; corre y se acerca á OFBERTO, que pensando en lo que le acaba de decir GUANHUMARA, no les vé entrar.

Somos nosotros, Ofberto.

OFB. Señor... condesa...

JOB. Esta mañana tuve más tristeza que de costumbre. No podia olvidar lo que aquel mendigo me dijo cuando entró en el castillo; luego me afligia tu salud, hija mia, creyendo que ibas á morir; y por fin se me apareció la sombra de tu madre, ceñida de aureola inmortal. (A OFBERTO.) De repente ví entrar á Regina en mi aposento, ligera, lozana y alegre... ¡Parece un milagro que haya recobrado la salud! Al verla, reia y lloraba á un mismo tiempo, y ella me condujo hasta aquí para darte las gracias, Ofberto. Cómo has podido salvarla?

OFB. Por medio de un filtro, por medio de un bálsamo prodigioso que me dió una esclava vuestra.

JOB. Pues á esa esclava le concederé la libertad; le daré cien libras de oro y tierras y viñedos; perdonaré á todos los presos que gimen en los calabozos del castillo y daré la libertad á mil siervos, que Regina escogerá. Quiero que se conozca el júbilo que me causa el verla restablecida. Me complace ver que sois felices, aunque estoy maldito; soy viejo y vivo aislado en el castillo que habitaron mis mayores. Bastantes tristezas y melancolías me devoran. Tiendo la vista á lo lejos sobre Alemania, y no veo en ella más que envidiosos, tiranos y verdugos, que compiten en hacer locuras y en cometer crímenes: este desdichado pais se vé empujado hácia el abismo por cien brazos, y al fin caerá en él, si Dios no envia algun gigante que le tienda la mano. Miro con afliccion á mi raza, á mi casa y á mis hijos: solo encuentro ódio, bajeza y procacidad. Haffo se revuelve contra su abuelo y contra su padre; Gorlois contra su padre Haffo; es natural que al lobo imite el lobezno. Mi raza me dá miedo. Todo está oscuro para mí; solo veo demonios en mi pátria, mónstruos en mi familia y espectros en mi alma. Por eso necesito veros cerca de mí, como dos rayos puros, como dos apariciones en el infierno, á vosotros dos, en cuya frente brilla tanta claridad, y que os convertís en mi presencia en dos ángeles clementes inclinados sobre Satanás.

OFB. Señor...

REGINA. Por Dios...

JOB. Quiero estrecharos entre mis brazos. Tus miradas son sinceras, Ofber-

to; se vé en tí al caballero fiel á su palabra, como el águila al sol, como el acero al imán. Cumple todo lo que ofrece. ¿No es verdad, Regina?

REGINA. Prometió curarme, y me salvó la vida.

JOB. Antes de mi fatal caida, yo era como él; grave, puro, casto y altivo, como una vírgen ó como una espada. Su noble semblante me recuerda á mi último hijo. Cuando Dios me lo concedió, creí que me habia perdonado. Tendria veinte años ya. Figuraos qué alegría me daria un hijo en la vejez. Sin cesar iba yo á su cuna y le hablaba muchas veces hasta cuando estaba durmiendo, porque los viejos volvemos á ser niños. Por la noche le sentaba sobre mis rodillas y le hablaba de otros tiempos. Cuando cumplió un año, balbuceaba ya graciosamente algunas palabras. Era inteligente y me conocia muy bien. Trataba yo de que fuese un héroe y le puse el nombre de Jorge. Un dia... estaba el niño jugando en el campo y me lo robaron... Cuando seas madre no dejes que jueguen tus hijos lejos de tí. Me lo robaron unos judíos y una gitana, sin duda para degollarlo en alguno de sus aquelarres. Hace veinte años que lloro su pérdida lo mismo que el primer dia. ¡Le queria con tanto delirio! Ahora tendria tu edad, y seria hermoso é inocente como tú. Muchas veces cuando te miro exclamo: "Es él!„

Le abraza. GUANHUMARA aparece en el fondo y observa con cautela; JOB llora.

OFB. Señor conde...

JOB. Tú serás, pues, mi hijo. ¿Sabes qué quiero decirte con esto? Pues quiero decirte... que pasar toda la vida junto á un anciano, que vá á hundirse en el sepulcro, seria muy triste para un mancebo gallardo y para una niña angelical, si á hurtadillas no pudieran verse y amarse, y adivinándolo el pobre viejo, no los casara.

REGINA! (Cielos!)

JOB. (A REGINA.) Quiero completar tu curacion.

OFB. Qué decís, señor!

JOB. (A REGINA.) Tu madre era sobrina mia, y cuando murió te dejó encargada á mi custodia. Como ella, he visto desaparecer siete hijos, acaso los más valientes, entre ellos Jorge, mi última mujer y todos mis séres queridos. Tú á lo menos puedes ser feliz. Te doy mi bendicion paternal y quiero que te enlaces con Ofberto, porque Haffo te deshojaria, delicada flor. Cuando iba á espirar tu madre, la dije: "Muere tranquila; desde ahora tu hija es mi hija, y si fuera preciso, derramaria por ella mi sangre.„

REGINA. Cariñoso padre!

JOB. Se lo juré. Tú, hijo mio, vé á la guerra, vé á ganar en ella con tu espada honra y hacienda: nada posees; pero te doy en dote mi feudo de Kammerberg, dependiente de mi burgo de Heppenheff. Como Aníbal, como César y como Carlo-Magno, marcha á tu objeto sin vacilar. Yo he tenido dos nodrizas, mi madre y mi espada; soy bastardo de un conde, pero hijo legítimo de mis hazañas. Haz lo que yo hice (sin cometer mi crímen). Hace tiempo que quiero que emparente el arquero Ofberto, el franco arquero Ofberto, con el franco caballero Job. Los viejos no son tan malos como se cree. Ya veis, deseo arreglar vuestro enlace; pero temo á Haffo, que apelaria al puñal y... callemos. En mi aposento hay una puerta que dá á los fosos del castillo, y que tiene una llave especial que yo guardo. Esta noche huireis por allí disfrazados... despues, Ofberto, ya dispondrás tú.

OFB. Pero...

JOB. Rehusas?

Sonriendo.

OFB. ¿Cómo he de rehusar, señor, al paraiso?

JOB. Entonces ya está todo arreglado. Ya sabes... al declinar el dia... Yo impediré que Haffo os siga... Huís y os casais en Caub.

GUANHUMARA, que lo ha oido todo, se vá.

Ahora, hijos mios, que os proporciono la felicidad, me quedaré aquí solo.

REGINA. Dios soberano!

JOB. Qué será de mí cuando partais! No lloreis... Si llorais, me privareis del escaso valor que me queda... conque esperadme aquí. Ya sabes la puerta á que me refiero, y voy á traerte la llave.

Se vá por la puerta de la izquierda.

ESCENA V.

OFBERTO y REGINA.

OFB. (Justo cielo! Todo se confunde en mi conturbado espíritu! Huir con Regina y salir de este siniestro castillo; si esto es un sueño, no quiero despertar.) Conque es verdad que me perteneces? Huyamos, pues, sin aguardar á la noche; huyamos en seguida... Si supieras!... Allá lejos está el edén radiante... pero detrás de mí está el abismo. Huyo hácia la felicidad y huyo del crímen.

REGINA. Qué dices?

OFB. Nada temais, huiré... ¿Y mi juramento? Lo he jurado!... Qué importa! Huiré y Dios me juzgará. Ese anciano es tan augusto como bondadoso y debo obedecerle. Ven, partamos; todo nos favorece y nada impedirá nuestra fuga.

Durante los últimos versos ha vuelto á entrar GUANHUMARA por la galería del fondo, conduciendo á HAFFO, al que siguen los príncipes, los burgraves y los soldados. GUANHUMARA señala á los dos amantes y desaparece.

ESCENA VI.

OFBERTO, REGINA, HAFFO, MAGNUS, los burgraves, soldados, luego el EMPERADOR y despues JOB.

REGINA. Haffo!

OFB. Cielos!

HAF. (A los arqueros.) Apoderaos de ese hombre y de esa mujer.

OFB. (Tirando de la espada y con voz de trueno.) Te conozco, marqués de Haffo, y á pesar de la altivez de tu linaje, sé que solo eres un infame, un traidor y un vil; quiero saber ahora si se encuentra en tu corazon el miedo, ese fango vil que deja el vicio. Sospecho que eres un cobarde, y espero que todos estos caballeros van á tener ocasion de convencerse. Represento aquí, por su eleccion soberana, á Regina, baronesa del Rhin y condesa de Bravante, que te rechaza, que me corresponde y que quiere casarse conmigo. Te desafío, pues, á toda clase de armas, en campo cerrado, sin dilacion, sin cuartel, á cara descubierta, á la orilla del rio, donde se arrojará al vencido. Mata ó muere. (REGINA cae desmayada y se la llevan sus doncellas. OFBERTO detiene á los arqueros, que intentan apoderarse de él otra vez.) Atrás, que estoy hablando con esos señores. Escuchadme todos: en vuestra presencia abofeteo el rostro abominable de Haffo, y como arquero franco, ante los condes francos le arrojo el guante. (Le tira el guantelete.)

Entra el EMPERADOR, que se confunde entre los asistentes.

HAF. Te he dejado hablar, y ahora contéstame. ¿Quién eres para estar tan arrogante? ¿Eres hijo de rey, de duque, de conde ó de margrave para atreverte á retarme de ese modo? Dime cómo te llamas; pero acaso tú mismo lo ignoras. Te llamas el arquero Ofberto, pero mientes llamándote así. Yo voy á decirte quién eres y de dónde sales. Te llamas Jorghi Spadaceli, y no solo no eres noble, sino que es tu orígen tan bajo y despreciable, que te dió á luz una esclava y naciste con el dogal al cuello. Quieres compararte conmigo! Si entre vosotros los caballeros y hombres de linaje quiere alguno batirse por él, acepto el desafío; pero tú, esclavo vil, vé á arrojar tu guante á los criados. (Dá un puntapié al guantelete de OFBERTO.)

OFB. Miserable! (Vá á arrojarse sobre HAFFO, y el EMPERADOR se adelanta y se interpone entre ellos.)

EMP. Haffo, tengo noventa y dos años, pero me batiré por él. Voy á tomar una espada. (Tira el báculo y toma de la panoplia una espada.)

HAF. (Riendo.) Faltaba un bufon en la fiesta y aquí está, señores. Paso del bohemio al mendigo. ¿Quién eres tú, bergante?

EMP. Federico de Suavia, emperador de Alemania.

MAG. Barbaroja!

Asombro y estupor general. Todos se separan con respeto, formando un gran círculo alrededor del EMPERADOR, que saca del pecho una cruz, que lleva pendiente del cuello, y la levanta con la mano derecha, mientras tiene la izquierda apoyada en el puño de la espada, clavada en el suelo.

EMP. Hé aquí la cruz de Carlo-Magno. (Pausa.) Yo, Federico, señor del monte en que nací, rey electo de los romanos, emperador coronado, porta-estandarte de Dios, rey de Borgoña y de Arlés, profané el sepulcro en que duerme Carlo-Magno; pero hice penitencia, pasé veinte años en el desierto orando y gimiendo de rodillas, viviendo del agua del cielo y de las yerbas de las rocas. El mundo entero me creia muerto; pero oí la voz de la pátria que me llamaba, y salgo de la oscuridad á la que voluntariamente me desterré. Hora es ya de que levante la cabeza. Me reconoceis?

MAG. (Acercándosele.) Enséñame el brazo.

EMP. ¿Buscas la marca del hierro candente que me hicísteis en él? Aquí está.

Presenta el brazo desnudo á MAGNUS, que lo examina.

MAG. Declaro que es efectivamente el emperador Federico Barbaroja.

El estupor de los asistentes llega á su colmo; el círculo que forman éstos se ensancha.

EMP. Yo soy: en otros tiempos me oíais pasar por estos valles haciendo sonar la espuela de oro, y no ignorábais lo que mi espada valia. ¿Me reconoceis, burgraves? Yo soy vuestro señor, el que hizo temblar la Europa y renacer pujante la Alemania de Othon; el que aceptaron por soberano y juez inapelable dos Papas y tres príncipes rivales; el que concedió la corona á Suenon y la tiara á Víctor; el que derribó el viejo tronco de Herman y venció sucesivamente en Tracia y en Icona al emperador Isaac y al califa Arlan; el que domó la Italia con sus cien ciudades; el que surge ante vos-

otros, apareciendo altivo y arrogante. ¿Me reconoceis ahora, bandidos? Vengo á deciros que veo con dolor las desventuras del imperio; que voy á borraros del número de los vivientes y á aventar vuestras cenizas á los cuatro vientos. (Volviéndose hácia los arqueros.) Vosotros me obedecereis; cuento con vuestra ayuda, porque antes de que os condenaran á la vergüenza, me seguíais, á mí, que os conducia á la gloria. Muchos de vosotros recordareis á vuestro antiguo emperador. ¿No es verdad, veteranos? ¿No es verdad, camaradas? (A los burgraves.) A vosotros, incrédulos traidores, que oprimís á los pueblos, mi muerte os hizo renacer; pero gracias á Dios, vivo. Sin duda creeis ser caballeros por haber nacido de padres ilustres; pero imitais á vuestros padres? No. Vuestros padres luchaban con nobleza, acometian siempre cara á cara y frente á frente, arrostraban con impavidez, al són de los clarines, el empuje de huestes formidables; retaban á la luz del dia á las armas imperiales sin contar el número, esperando intrépidos que se presentase el mismo emperador: en franca lid ganaban tierras, castillos y villas, y fueron tan notables sus hazañas, que al cabo de treinta años de guerras y de batallas, los pequeños llegaban á duques y los grandes á príncipes. ¿Y vosotros qué haceis? Como los chacales y como los quebrantahuesos, ocultos entre los matorrales, viles, mudos, acurrucados, con el puñal en la mano, á orillas de un camino, espiais en la oscuridad de la noche el paso de un viajero, y salís ciento para sorprender á un hombre solo. Dais el golpe y huís apresuradamente á vuestras madrigueras. ¡Y os atreveis á hablar de vuestros padres, de vuestros nobles padres, que eran conquistadores, mientras que vosotros sois facinerosos! (Los burgraves bajan la cabeza con expresion sombría de abatimiento, de indignacion y de espanto.) Precisamente elegís para desempeñar el oficio de bandidos la hora infausta en que Alemania espira. Hijos malvados de la pátria, saqueais á vuestra madre en la agonía, y ésta, anegada en llanto, alza los brazos al cielo y con voz débil os maldice. Lo que la pátria os dice en voz baja, yo os lo digo en alta voz: soy vuestro emperador, no vuestro huésped, y voy á ejercer mis derechos para castigaros. (Encarándose con determinados caballeros.) Marqués de Moravia y marqués de Lusacia, marchad á las orillas del Rhin; este no es vuestro sitio. Mientras estos bandidos os festejan, se oyen relinchar caballos hácia el Oriente, y las hordas de Levante están á las puertas de Viena. Pronto á las fronteras! Y tú qué haces aquí, Gianílaro? Vuélvete á Génova, tu pátria. Villgillisa, vete tambien, que aquí no hacen falta aventureros. Tú, Lupo, tan jóven como perverso, ya no eres nada aquí; anulo el homenaje de tus vasallos y los declaro libres. Y tú, conde Gerardo, que robaste el condado y el castillo á la condesa Isabel, sin replicarme, vete á Basilea, donde convocaremos la Cámara imperial para que te juzgue. (A los arqueros.) Soldados, al instante poned en libertad á los esclavos, y que con sus manos aten sus propias cadenas al cuello de esos burgraves. (A éstos.) No esperábais que el festin terminase así: con el vaso en la mano cantábais alegres vuestra corrupcion, mientras clavábais las uñas en vuestra presa, desgarrando á mi pueblo y repartiéndoos su carne y su sangre; pero de repente aparece en el antro inaccesible el vengador indignado; el emperador pone el pié en vuestra fortaleza y el águila se posa en medio de los buitres.

Todos se quedan sobrecogidos de consternacion. MAGNUS es el único que escucha al EMPERADOR sin turbarse y le mira con fijeza mientras habla; cuando termina, la fisonomía de MAGNUS adquiere la expresion de la alegría y del furor. JOB entró cuando empezó á hablar el EMPERADOR y está confundido entre los asistentes.

MAG. Sí, él es... Vive! (Aparta con gesto formidable á los soldados y á los burgraves, se dirige hácia el foro, salta la escalera de seis gradas, sube á la galería almenada y grita al exterior con voz de trueno:) ¡Triplicad los centinelas! Al torreon los arqueros! ¡A las murallas los honderos! ¡Armad la catapulta! Mil hombres á los fosos! ¡Dos mil en las almenas! ¡Arrancad el granito y los árboles y ese monte que aterra al mundo, y levantad un patíbulo digno de un emperador. (Bajando hasta el proscenio.) El mismo se entrega y queda preso en sus propias redes. (Se cruza de brazos y mira al EMPERADOR con insolencia.) Te admiro! ¿Pero dónde están los tuyos? ¿Dónde los secuaces del imperio? ¿Van á atronar la atmósfera tus clarines? ¿Van á tremolar en los aires tus pendones de guerra? Estás solo, César; ya no tienes ejército. Sé que sin ejército, solo, con la espada en la mano, tomaste á Tarso y á Cori, y un paso, un grito te bastaron para forzar á Génova, á Utrech y á Roma, y Como se te entregó y tembló la Lombardía cuando tu soplo infernal hizo que se extremeciese en Milán el árbol de hojas férreas. Eso lo sabemos; ¿pero sabes tú quiénes somos nosotros? Hace poco llamabas á los arqueros *veteranos* y *camaradas*, pero ni uno

solo se ha movido. Es que aquí nada significas; aquí solo temen, aquí solo quieren á mi padre: aquí se sacrifican al conde Job antes que á Dios mismo. Aquí solo el huésped es sagrado para el bandido, y tú acabas de declarar que no eres nuestro huésped. (Indicando á JOB.) Este anciano es mi padre, que te marcó con el hierro candente, y que te conoce mejor por las huellas de tu humillacion que por el óleo sagrado con que ungieron tu frente: el ódio entre vosotros es ya antiguo: pusiste á precio su cabeza, y él puso la tuya, y aquí se la has traido. ¡Federico de Hohenstanten, míranos bien á todos y tiembla!

Mientras que MAGNUS habla, el círculo de los burgraves se ha ido estrechando lentamente alrededor del EMPERADOR: detrás de éstos se ha alineado silenciosamente una triple línea de soldados armados y con la bandera del burgo. El EMPERADOR, sin retroceder ni un paso, tiene la multitud á raya. Cuando MAGNUS concluye de hablar, uno de los burgraves saca la espada.

UN BURGRAVE. ¡Devuélvenos nuestras fortalezas y nuestros burgos!

HAF. ¡Devuélvenos nuestros amigos muertos!

MAG. (Empuñando el hacha.) Ya que te atreves á salir de la tumba, volveré á precipitarte en ella, para que cuando el mundo diga: "Vive„, el eco responda: "Ha muerto„.

Los burgraves, con las espadas levantadas, dan gritos formidables. JOB sale de entre la multitud y levanta la mano. Entonces todos callan.

JOB. (Al EMPERADOR.) Silencio! Señor, mi hijo Magnus os ha dicho la verdad; sois mi enemigo: irritado yo en la pelea, marqué en otro tiempo con un hierro á vuestra majestad. Os ódio, pero quiero que Alemania renazca. Veo que se hunde en el abismo y que podeis salvarla, y me postro de rodillas ante el emperador que Dios conduce á mi castillo. (Se arrodilla ante BARBAROJA; despues dice á los príncipes y á los burgraves:) ¡Todos de rodillas y rendid al suelo las espadas! (Todos obedecen menos MAGNUS.) Sois necesario para la salvacion de la Alemania, ya que en sus vastos Estados hoy solo se encuentran dos alemanes; vos y yo. Pero somos bastantes. Reinad, señor. A estos caballeros les he dejado hablar; pero perdonadles, que son jóvenes. ¡De rodillas, Magnus! (MAGNUS vacila y al fin obedece. Él se levanta y dice á los arqueros:) Poned en libertad á los cautivos. (Los soldados obedecen silenciosamente y desatan las cadenas de los prisioneros, que durante esta escena han venido á agruparse en la galería.) Vosotros, burgraves, ataos sus cadenas, que el César lo manda, y yo seré el primero en obedecer. (Hace seña á un soldado para que le ponga una cadena al cuello. El soldado se resiste, pero JOB se lo manda y obedece. Los demás burgraves se dejan encadenar.) Ya ves que te obedecemos, augusto emperador. En su mismo palacio el anciano Job queda tu esclavo y te ofrece la cabeza; pero si las frentes que el destino abate merecen alguna consideracion, cuando vayais á la guerra concedednos la gracia de poder seguir vuestros pendones y de afrontar á vuestros más fieros enemigos.

El capitan de los arqueros del burgo se adelanta hácia JOB y se inclina para recibir sus órdenes.

CAPITAN. Conde...

El CONDE le hace seña con la mano de que se dirija al EMPERADOR; el CAPITAN le obedece.

Señor...

EMP. (Señalando á los burgraves.) Llevadlos á las prisiones.

Los soldados se llevan á los burgraves, exceptuando á JOB. Cuando se queda solo con el EMPERADOR, éste se acerca á JOB y le quita la cadena. JOB queda estupefacto. El EMPERADOR le dice misteriosamente:

EMP. Fosco!

JOB. (Extremeciéndose.) Cielos!

EMP. (Poniéndose el dedo en la boca.) Silencio.

JOB. (Gran Dios!)

EMP. Vé á esperarme hoy donde vas todas las noches.

TERCERA PARTE.

La Cueva Perdida.

Subterráneo sombrío, de bóveda baja y arqueada, de aspecto húmedo y repugnante. Penden de las paredes algunos tapices roidos y viejos. A la derecha una ventana con reja, que tiene tres hierros rotos. A la izquierda un banco y una mesa de piedra toscamente tallados. En el fondo, y en parte oscura, una especie de galería, de la que se entreven los pilares que sostienen los nacimientos de las archivoltas. Es de noche. Un rayo de la luna entra por la ventana y dibuja una forma recta y blanca en la pared opuesta. Al levantarse el telon, JOB está solo en la cueva, sentado en un banco de piedra y sumido en profunda meditacion. Tiene una linterna encendida á los piés.

ESCENA PRIMERA.

JOB solo.

Qué es lo que me dijo el emperador? Qué es lo que yo le contesté? Sin duda no le comprendí. Desde ayer dudo y tiemblo, ando vacilante y como á la ventura; bajo mis plantas se borra mi camino, y veo los objetos tras un velo de niebla, y tiemblan ante mí como si estuviera soñando. El demonio juega con

los desgraciados. En nuestro corazon, cuando la virtud duerme, el crímen nos hace soñar, cuando somos jóvenes, en los triunfos, y cuando somos viejos, en el castigo; dos sueños colocados en los dos extremos de la suerte. El primero miente, el segundo no sé si me dice la verdad. (Pausa.) Lo único que sé cierto es que Federico Barbaroja es mi señor, es el dueño de mi castillo: en cambio he salvado á Alemania. (Pausa.) El emperador y yo éramos fantasmas el uno para el otro, y nos mirábamos deslumbrados como dos gigantes de un mundo desvanecido. Quedamos solos los dos sobre el abismo; constituimos la doble y sombría cima del pasado; el nuevo siglo todo lo ha sumergido, pero sus olas aun no han cubierto nuestras frentes, por estar muy erguidas y muy altas. Uno de los dos vá á caer: ese seré yo. Mañana el Rhin, mi padre, referirá al mundo aleman este prodigio y este hundimiento, y cómo acabó el gran duelo entre Job y Barbaroja. Mañana no tendré ya hijos ni vasallos. (Pausa.) ¿Y ha de sucumbir el conde Job?... Cállate, orgullo, cállate, ya que estás al borde de la tumba. (Pausa.) Bajo esta bóveda, desde aquel dia nefasto, ha trasporado mi crímen, gota á gota, el sudor de sangre que se llama remordimiento. Aquí hablo al oido de los muertos. Desde entonces el insomnio se ha apoderado de mí todas las noches, y las paso viendo circular ante mis ojos dos sombras chorreando sangre. (Pausa.) El mundo me juzga grande, y ha tenido fijas sus miradas la Europa en esta cumbre que ocupa el bandido, que cede agobiado al peso de los años. Los pueblos me creian ébrio de mis triunfos; pero de noche, durante sesenta años, doblaba aquí las rodillas, haciendo penitencia, y en este escondite los pueblos no veian la falsedad de mi grandeza. Sonaban los clarines, y yo, con la bandera alzada, era conde del imperio y leon en mis montañas; pero en mi interior mi crímen, mordiéndome el corazon, me gritaba: Miserable! Donato! Ginebra! No me ha bastado orar y arrepentirme: conozco que no me han perdonado, porque me siento condenado y maldito. Nada me queda ya en el mundo: mis hijos están degradados; perdí á mi Benjamin, me separaré de Otberto y de Regina... mi único recurso es morir. (Saca un puñal del cinto.) En esta hora suprema te suplico que me perdones, Donato. Job no existe ya: solo vive Fosco. ¡Perdon para Fosco!

UNA VOZ. (Desde fuera.) Cain!

JOB. (Turbado.) Parece que me contesta el eco. El que me habla será del otro mundo, porque nadie más que yo sabe cómo se entra en esta cueva. Los que lo sabian murieron hace sesenta años. ¡Perdon para Fosco!

LA VOZ. Cain!

JOB. (Extremeciéndose.) ¡Esto es asombroso! ¡Sombra ó fantasma, seas quien fueres, hiéreme! Deseo morir antes que oir otra vez el eco horrible de este oscuro subterráneo, que me contesta cada vez que nombro á Fosco.

LA VOZ. Cain! Cain! Cain!

JOB. Gran Dios! ¡Me flaquean las rodillas! ¡Mi dolor, trocándose en locura, acaba por embriagarme con vino del infierno! Oigo dentro de mí la amarga risa del remordimiento. ¿Quién eres, fantasma? Háblame si quieres, que yo te contestaré.

Una mujer, con velo y vestida de negro, sale por detrás del pilar de la izquierda y aparece en el fondo con una lámpara en la mano.

ESCENA II.

JOB y GUANHUMARA.

GUAN. ¿Qué has hecho de tu hermano?

JOB. Quién es esta mujer?

GUAN. Una esclava en el castillo y una reina aquí. Conde, á cada cual le llega su turno. Sabes que es doble este castillo y que en sus cimientos se encuentran muchos antros: te pertenece todo lo que el sol ilumina, pero á mí me pertenece todo lo que la sombra oculta. Te tengo, pues, en mis manos y no te puedes escapar.

JOB. Pero quién eres?

GUAN. Voy á contarte una breve historia. Era el año... muchísimo tiempo ha pasado desde entonces... los que ahora cuentan cien años tenian entonces treinta; estaban allí dos amantes... (Indicando un ángulo de la cueva.) Era una noche de Setiembre, como ésta. Un rayo de la luna, penetrando allí dentro, proyectaba en el muro sus sombras, como ahora. De pronto, con la espada en la mano...

JOB. Basta! Basta!

GUAN. Sabes la historia? Pues bien; el sitio en que Donato cayó muerto es éste, Fosco. (Indica el banco de piedra.) El brazo del asesino es éste. (Coge el brazo á JOB.)

JOB. Mátame, pero calla.

GUAN. Por esta ventana arrojaron al

torrente al escudero Sfrondati y á Donato su señor; y para que pudieran pasar los cuerpos, uno de los verdugos rompió tres barrotes con su mano de acero. Aquella mano es ésta.

Cogiéndole la mano á JOB.

JOB. Ten piedad de mí!

GUAN. Tambien entonces pedia piedad una mujer, mesándose el cabello entre agonías de muerte; pero el asesino, sordo á su lloro y riendo con satánica alegría, le puso en el pié el anillo de sierva.

Asoma el pié desnudo y enseña el anillo remachado en él.

JOB. Ginebra!

GUAN. Ese es mi nombre, que el destino me cambió por el de Guanhumara; y la edad, viento que hiela y arruga, convirtió á la hermosa jóven en espectro lívido. (Levantándose el velo.) Vás á morir.

JOB. Eso es lo que deseo y te doy las gracias.

GUAN. No me lo agradezcas tan pronto. Tu hijo Jorge vive.

JOB. Es cierto lo que dices?

GUAN. Yo fuí la que te lo robó.

JOB. Tú!

GUAN. Sí; llevaba este collar al cuello.

Saca del pecho y arroja al suelo un pequeño collar de oro y de perlas, que JOB recoge y besa con transporte.

JOB. Te suplico de rodillas que me permitas verle antes de morir.

GUAN. Le verás; él vendrá á clavar el puñal en tu corazon.

JOB. (Horrorizado.) ¿Le has convertido en algun mónstruo para confiar en que un hijo mate á su padre?

GUAN. Tu hijo es Ofberto.

JOB. Ofberto! Entonces bendigo mi desgracia. Es noble y generoso y encierra la virtud en su alma: no cuentes con él para ninguna accion vil.

GUAN. Escucha. Gozabas tú de la luz del dia mientras yo avanzaba hácia tí en la oscuridad; y ahora despiertas, Fosco, preso en los anillos de la serpiente. Mientras hablabas con el emperador hace poco, estaba yo con Regina y la dí á beber un filtro de poderosa virtud.

Por el fondo de la galería pasan dos enmascarados llevando un ataud cubierto con un paño negro; JOB corre á su encuentro; ellos se paran

JOB. Un ataud! (Levanta el paño y exclama sorprendido.) Regina! (A GUANHUMARA.) ¡La has asesinado, fiera!

GUAN. No; está muerta para todos, pero para mí dormida. Cuando yo quiera despertará.

JOB. Qué pides por despertarla?

GUAN. Tu vida. Ya lo sabe Ofberto, y él tiene que elegir. (Extendiendo la mano derecha sobre el féretro.) ¡Juro por el eterno rencor que nos deja el agravio, por Córcega, por el frio esqueleto que yace en el torrente, que este ataud no saldrá vacío de aquí.

Los encubiertos que llevan el ataud se van por la izquierda.

El ha de elegir entre tu vida ó la suya.

JOB. (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Qué horror!

GUAN. Si tú mueres, Regina vivirá.

JOB. No temo morir, pero no obligues á un inocente á que cometa un crímen; satisfácete con una sola víctima. ¿Pretendes que entre aquí Ofberto puro y sin mancha y que salga marcado con la horrenda señal de Cain, que llevo yo en la frente? No, eso no es posible: satisfágate el habérmelo robado para servir tus planes de venganza, á mí, que no tenia otro consuelo en el mundo, y cuando mi vida caminaba á su ocaso. Tú le criaste. Tú viste abrir sus ojos de águila interrogando á la vida, viste cómo su frente buscaba el calor de tu seno, y es tan hijo tuyo como mio. Con lo que su pérdida me ha hecho sufrir, Ginebra, estoy ya harto castigado. No cometas otra maldad peor que la que yo cometí: no manches una alma limpia y pura. Si en tu pecho late el corazon...

GUAN. No tengo corazon ya: tú me lo arrancaste.

JOB. Quiero morir, pero no por su mano.

GUAN. Aquí el hermano mató al hermano; aquí el hijo matará al padre.

JOB. (Arrastrándose de rodillas á sus piés.) ¡Concédeme, por Dios, lo que te pido!

GUAN. Tambien yo te rogaba; tambien yo, de rodillas, llorando y desesperada, te suplicaba que perdonaras á mi pobre Donato; pero tú me rechazaste, diciéndome con sarcástica sonrisa: "Véngate de mí si puedes„. Pues ya ha llegado la hora de mi venganza.

JOB. Véngate de mí, pero no deshonres á mi hijo, ya que solo yo fuí el culpable. Sabes que te amaba con locura, y que el demonio de los celos me mordia el corazon.

GUAN. Calla! Es impío que entre tantos crímenes te atrevas á invocar el sagrado nombre del amor. Si quieres que no me vengue, fratricida, devuélveme á tu hermano.

JOB. (Levantándose con sombría resignacion.) ¿Ofberto sabe que vá á matar á su padre?

GUAN. No; solo por salvar la vida de

Regina te herirá, sin saber á quién hiere; cúbrete el rostro si te place. (Se quita el velo y se lo arroja.) Esto es todo lo que te permito.

JOB. (Recogiéndolo.) Gracias.

GUAN. Oigo pasos. Encomiéndate á Dios, que es él. Me retiro, pero oiré todo lo que hableis. Tengo á Regina en mi poder, conque terminad pronto.

Se vá en la misma direccion que llevó el ataud.

JOB. Justos cielos!

Cae de rodillas junto al banco de piedra. Se cubre la cabeza con el velo y permanece inmóvil en actitud de orar. Entra por la galería de la derecha un hombre vestido de negro y enmascarado, con una antorcha en la mano. Hace una seña para que entre alguno que le sigue, y aparece OFBERTO, pálido y espantado. El hombre que le guió hasta allí desaparece en seguida.

ESCENA III.

JOB y OFBERTO.

OFB. A dónde me han traido? ¿Qué lugar sombrío es este? Desapareció el enmascarado. Me extremezco y se apodera de mí el vértigo... Allí en la oscuridad distingo un sér viviente... Me hiela el sudor del crímen... Será esa la víctima? ¿Será ese el desgraciado Fosco á quien he de inmolar?—Quien quiera que seas, contéstame. Sabed que yo no os aborrezco, que yo mismo me espanto de la accion que voy á cometer, y que todo lo que me sucede es para mí incomprensible arcano. Por qué permaneceis silencioso? Responded: ¿acaso sabeis que yo no soy asesino y que mi brazo sirve de instrumento á una venganza horrible? ¿Conoceis á mi amada Regina? Ahí está inerte, envuelta en una mortaja, pero viva si os hiere mi mano, y muerta si no os hiere. Tened piedad de mí! Decidme que perdonais á vuestro verdugo el bárbaro sacrificio que os prepara. ¡Infeliz anciano, perdonadme!

JOB. (Levantándose y arrojando el velo.) ¡Ofberto! Hijo mio! (Le abraza.)

OFB. El conde Job!

JOB. (No puedo resistir á esta emocion; el alma se me vá tras él; soy un viejo flaco y débil y no quiero morir sin abrazarle.) (Le abraza.) ¡Ofberto, ven á mis brazos! Hace seis meses que estás siempre á mi lado y aun no te he visto bien... Lo creerás?—Qué gallardo es! ¡Tiene ya veinte años!—Déjame besar tu frente y moriré resignado. En mi aposento encontrarás la espada que yo siempre usé. Te la lego; y serán para tí mi hacha, mi escudo y mi lábaro victorioso. ¡Bendito seais, Dios mio! Colmadle de beneficios; que goce de larga, pero de tranquila vida, y que numerosos hijos sean el báculo de su vejez.

OFB. Señor...

JOB. Ya no tengo vasallos, ni familia; ya no soy padre ni soberano; por salvar la Alemania he entregado al emperador todo lo que poseia; soy viejo y quiero morir; espero que me prestes este supremo servicio.

OFB. (Espantado.) Yo! No os he dicho que voy buscando en este subterráneo á un hombre...

JOB. Buscas á Fosco, que soy yo.

OFB. (Retrocediendo.) Vos! ¡Fantasmas pálidos, demonios que me cercais, es Fosco el amo noble á quien sirvo, á quien venero y á quien respeto! ¡Guerrero indomable, semi-dios del Rhin, tu cabeza es sagrada para mí!

JOB. Al contrario, es preciso que me allanes la entrada del sepulcro; porque has de saber que soy un malvado y que allí te está esperando Regina, tu futura esposa, á la que has jurado salvar. ¿Consentirás que tu tálamo se convierta en tumba? No serás tan inhumano; sálvala.

OFB. (Extraviado.) ¿Creeis que debo salvarla?

JOB. No lo dudes ni un momento. Yo soy ya decrépito, próximo á morir, más bandido que héroe, y ella es la inocencia, la virtud, la juventud y el amor, que esperan de tí la felicidad.

OFB. Gran Dios!

JOB. Si me matas, nos libras á los dos.

OFB. (Cogiendo el puñal.) Pues bien...

Retrocede.

JOB. Qué te detiene?

OFB. (Envainando el puñal.) Me ocurre una idea horrible. Vos mismo me habeis referido que en la vejez Dios os concedió un hijo, que os robó una gitana: tambien á mí me robó una mujer en la edad infantil... Si fuérais vos mi padre!...

JOB. (Cielos!) El dolor te extravía; no eres aquel niño, no, te lo aseguro.

OFB. Vos, sin embargo, me llamais siempre hijo.

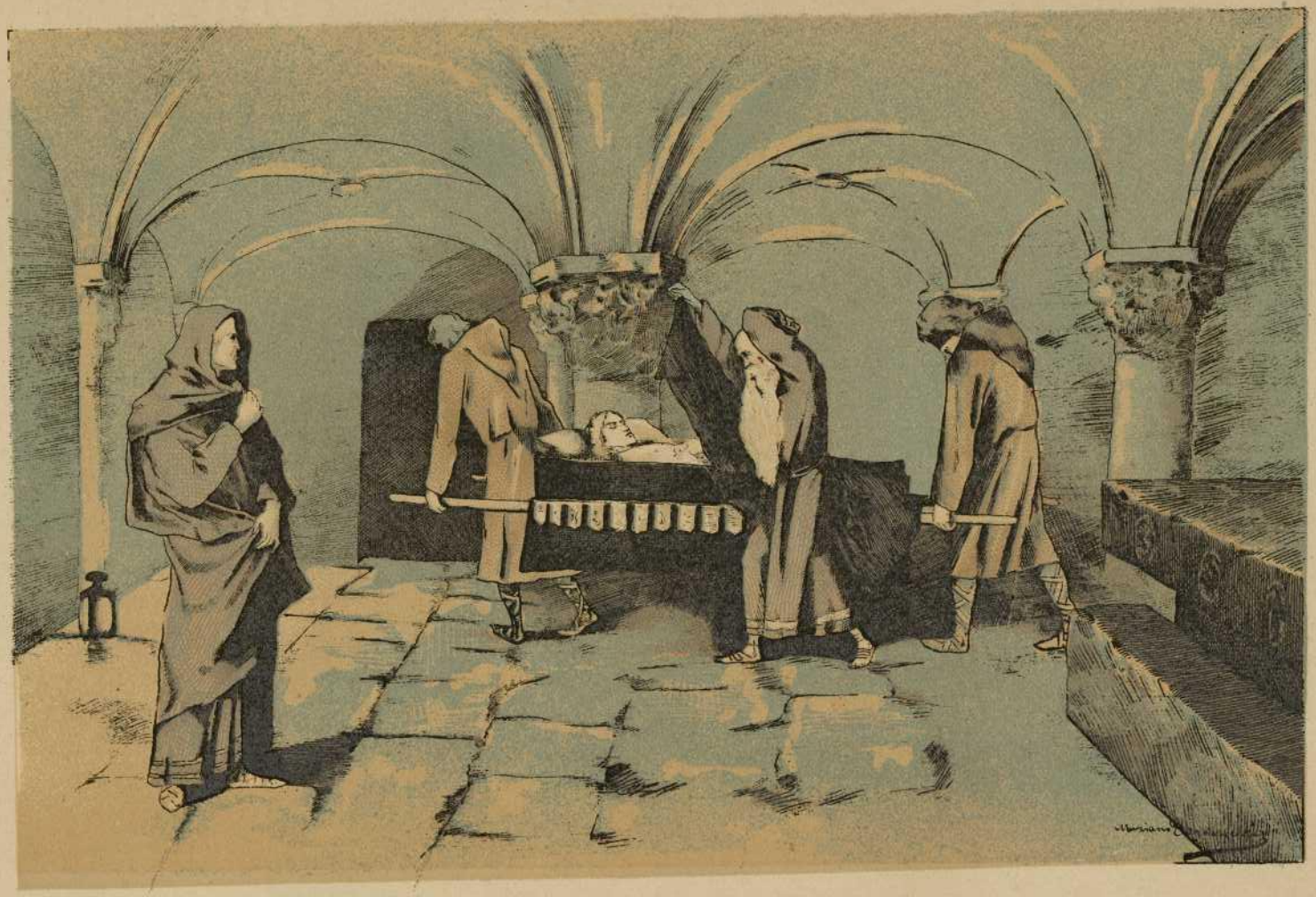
JOB. La costumbre... Y como esa palabra es tan tierna... y yo te profeso tan gran cariño...

OFB. Dentro de mí oigo una voz que me dice...

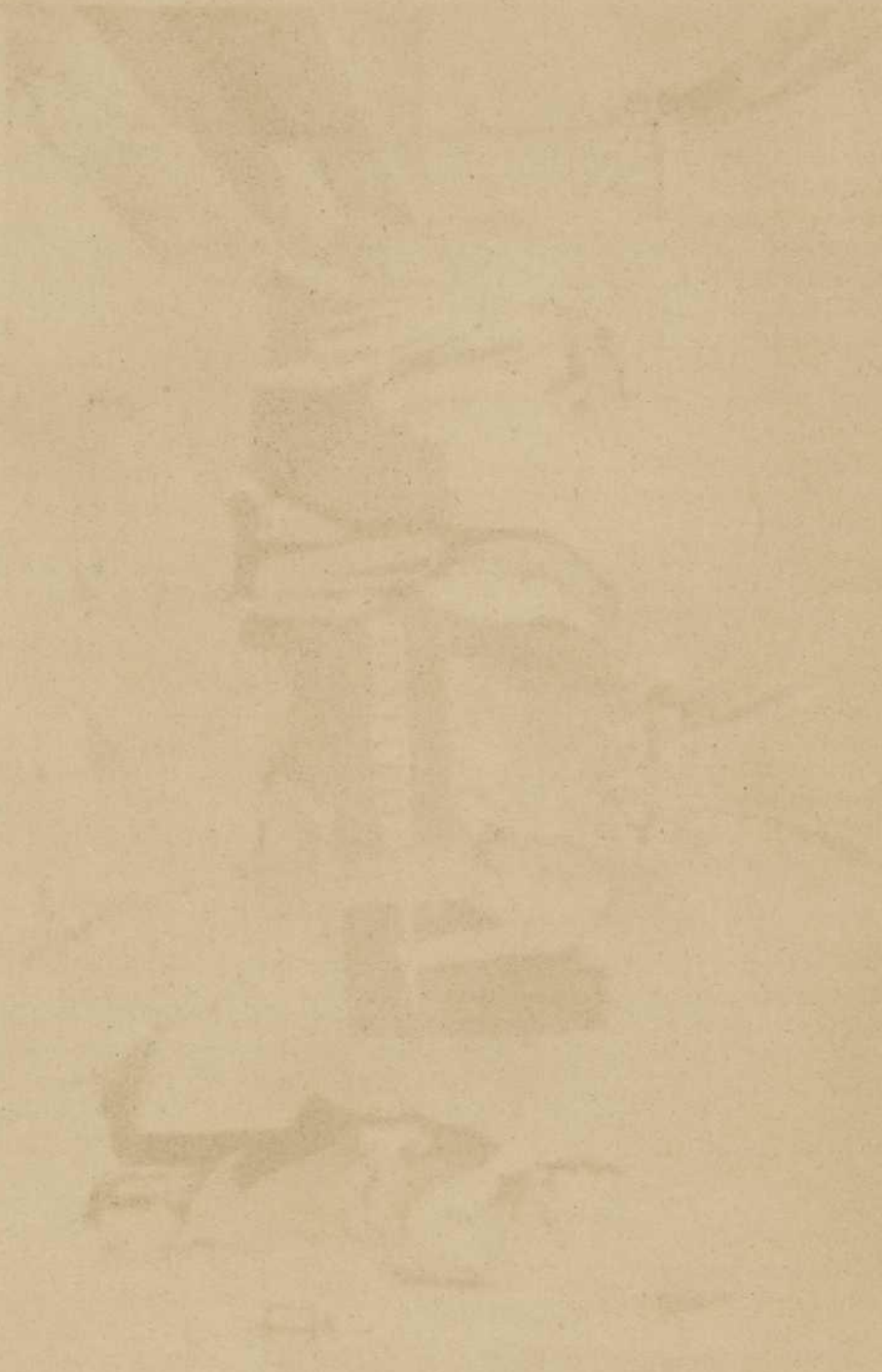
JOB. Esa voz miente, esa voz te engaña.

OFB. Si yo fuera vuestro hijo!

JOB. Unos judíos mataron á mi hijo en un festin, y se atrevieron á presen-



¡REGINA!



tarme su cadáver. Te lo he dicho esta mañana.

OFB. No.

JOB. Recuérdalo y créeme. Tranquilízate, hijo mio... te llamo hijo por costumbre... Si fueras mi hijo no me prestaria á este sacrificio.

VOZ FUERA. Regina no puede esperar más de un cuarto de hora.

OFB. Regina!

JOB. Quieres que ella muera?

OFB. Callad, callad; mi frente arde, tengo fiebre; en este antro fatal se respira el aire infecto del crímen. ¿Tendrá todavía sed de sangre?

JOB. (Poniéndole el puñal en la mano.) Sí.

OFB. No me tenteis! Ved que mi juicio se trastorna; ved que mis piés se resbalan en el abismo; un solo paso me separa de sus bordes, y si lo doy...

JOB. Dalo; castiga al culpable y salva al inocente.

OFB. ¿No veis que arma mi mano el puñal y que esa pantera está acechando á la víctima?

JOB. Es hora ya de que expíe mi crímen: Donato tambien me suplicaba, y fuí impío con él. Ofberto, no tengas de mí compasion, que yo no tuve piedad de él.

OFB. (Levantando el puñal.) Entonces...

JOB. (Arrodillándose.) Fuí un mónstruo; mátame, que yo tambien maté á puñaladas á mi hermano.

OFBERTO, fuera de sí, al ir á descargar el golpe, siente que le detienen el brazo: se vuelve y reconoce al EMPERADOR.

ESCENA VI.

Dichos y el EMPERADOR, luego GUANHUMARA y despues REGINA.

EMP. Que soy yo.

OFBERTO deja caer al suelo el puñal. JOB se levanta y contempla al EMPERADOR; GUANHUMARA asoma la cabeza por detrás de un pilar y está en acecho.

JOB. Vos!

OFB. El emperador!

EMP. Nuestro padre y rey me ocultó al mundo en tu propio castillo, ignoro con qué objeto.

JOB. Sois mi hermano!

EMP. Ensangrentado, mal herido, pero con vida, me suspendiste fuera de esos barrotes y me digiste: "Tú á la tumba y yo al infierno„. Oí en el aire esas palabras y caí en el abismo.

JOB. Es verdad. ¡El cielo desbarató mi crímen!

EMP. Me salvaron unos pastores.

JOB. (Cayendo á los piés del EMPERADOR.) Estoy á tus plantas y confieso mi iniquidad: castígame, véngate.

EMP. No, hermano mio, abracémonos. Es lo mejor que se puede hacer á las puertas del sepulcro. Te perdono! (Lo levanta y lo abraza.)

JOB. Dios misericordioso!

GUAN. (Avanzando.) El puñal cae de mis manos desde el momento en que Donato vive y puedo espirar á sus piés. Os devuelvo los séres que mi mano queria arrebataros. A tí, Job, tu hijo Jorge; á tí, Ofberto, tu esposa Regina.

Hace una señal y aparece REGINA, vestida de blanco, en el fondo de la galería de la izquierda, sostenida por dos enmascarados. Vé á OFBERTO, dá un grito y corre hasta él, cayendo en sus brazos.

REGINA. Cielos! (OFBERTO, REGINA y JOB se abrazan estrechamente.)

OFB. Padre mio!

JOB. Dios clemente!

GUAN. (En el foro.) A mí me toca morir: sepulcro, ábrete! (Se lleva una redoma á los labios: el EMPERADOR se acerca á ella rápidamente.)

EMP. Que haces?

GUAN. Juré que el ataud no saldria vacio de aquí y cumplo mi juramento.

EMP. Ginebra!

GUAN. (Cayendo á los piés del EMPERADOR.) Donato, adios. Este veneno es muy activo. (Muere.)

EMP. Yo parto tambien. Job, quiero que reines en el Rhin.

JOB. Quedaos aquí, señor.

EMP. No; miro próximo el fin de mi vida, y tengo ya un sucesor. Ahora mismo un heraldo del imperio me acaba de anunciar que las provincias de Spira han elegido emperador á mi nieto Federico. Le dejo libre el trono y vuelvo á mi soledad. Adios! Vive, reina y sufre, que los tiempos son difíciles. Solo quise, antes de morir abrazado á la cruz, extender mi mano suprema y tutelar otra vez, como rey, sobre mi pueblo, y como hermano, sobre tí. Cualquiera que haya sido nuestra suerte en el mundo, cuando vá á sonar nuestra última hora, es dichoso el que puede bendecir.

JOB. Y grande el que sabe perdonar.

Todos caen de rodillas ante el EMPERADOR, que los bendice. Cae el telon.

FIN DEL TOMO III

ÍNDICE

EL NOVENTA Y TRES.

PRIMERA PARTE.—En el mar.

Páginas

LIBRO PRIMERO.—El bosque de la Sandraie. . . 1

LIBRO SEGUNDO.—La corbeta «Playmore».

I.—Inglaterra y Francia barajadas. 6
II.—La noche del buque y del viajero. 8
III.—Mezcla de nobles y de plebeyos. 9
IV.—Tormentum belli. 11
V.—Vis et vir. 12
VI.—Los dos platillos de la balanza. 15
VII.—El que se dá á la vela juega á la lotería. . . . 16
VIII.—9—380. 17
IX.—Alguno se escapa. 19
X.—Se escapará?. 20

LIBRO TERCERO.—Halmalo.

I.—La palabra es el verbo. 21
II.—Memoria de campesino equivale á ciencia de capitan. 23

LIBRO CUARTO.—Tellmarch.

I.—La cumbre de la duna. 27
II.—Tienen oidos y no oyen. 28
III.—Utilidad de las letras grandes. 29
IV.—El Caimand 30
V.—Firmado: Gauvain. 33
VI.—Peripecias de la guerra civil. 34
VII.—Guerra sin perdon (consigna del municipio). Guerra sin cuartel (consigna de los príncipes). . . 36

SEGUNDA PARTE.—En París.

LIBRO PRIMERO.—Cimourdain.

I.—Las calles de París en aquel tiempo. 39
II.—Cimourdain. 42
III.—Un talon no mojado en la Estigia. 45

LIBRO SEGUNDO.—La taberna de la calle del Pavo Real.

I.—Minos, Baco y Radamanto. 46
.—Magna testantur voce per umbras. 47
II.—Extremecimiento de fibras profundas. 54

Páginas

LIBRO TERCERO.—La Convencion.

I.—La Convencion. 57
II.—Marat en los corredores. 68

TERCERA PARTE.—En la Vendée.

LIBRO PRIMERO.—La Vendée.

I.—Las selvas. 71
II.—Los hombres. 72
III.—Connivencia de los hombres con las selvas. . . 73
IV.—La vida vendeana bajo tierra. 74
V.—La vida de los vendeanos en la guerra. 74
VI.—El alma de la tierra se trasmite al hombre. . . 77
VII.—La Vendée concluyó con la Bretaña. 78

LIBRO SEGUNDO.—Los tres niños.

I.—Plus quam civilia bella. 79
II.—Dol. 82
III.—Pequeños ejércitos y grandes batallas. 84
IV.—Por segunda vez. 87
V.—La gota de agua fria. 88
VI.—Pecho curado y corazon herido. 90
VII.—Los dos polos de la verdad. 92
VIII.—Dolorosa. 95
IX.—Una Bastilla de provincias. 95
I.—La Tourgne. 95
II.—La brecha. 96
III.—El calabozo del Olvido. 96
IV.—El puente del castillejo. 97
V.—La puerta de hierro. 98
VI.—La biblioteca. 99
VII.—El granero. 99
X.—Los rehenes. 100
XI.—Terrible como los antiguos. 102
XII.—Bosquéjase el salvamento. 103
XIII.—Lo que hacia el marqués. 104
XIV.—Lo que hacia el Imano. 105

LIBRO TERCERO.—El martirio de San Bartolomé. . 106

LIBRO CUARTO.—La madre.

I.—La muerta pasa. 112
II.—La muerta habla. 113
III.—Murmuraciones de los aldeanos. 115
IV.—Un error. 116
V.—Vox in deserto. 117
VI.—Situacion. 118

Páginas

VII.—Preliminares. 119
VIII.—La palabra y el rugido. 121
IX.—Titanes contra gigantes. 122
X.—El sargento Radoub.. 124
XI.—Los desesperados. 127
XII.—El salvador.. 128
XIII.—El verdugo. 129
XIV.—Tambien el Imano se escapa. 130
XV.—No deben ponerse en el mismo bolsillo el reloj y la llave.. 131

LIBRO QUINTO.—In Dæmone Deus.

I.—Hallados, pero perdidos.. 132
II.—De la puerta de piedra á la de hierro.. 135
III.—Se despiertan los niños que dormian. 136

LIBRO SEXTO.—Despues de la victoria el combate.

I.—Lantenac preso. 138
II.—Gauvain pensativo. 139
III.—El capuchon del jefe. 144

LIBRO SÉPTIMO.—Feudalismo y revolucion.

I.—El abuelo.. 145
II.—El Consejo de guerra. 148
III.—Los votos. 149
IV.—Cimourdain juez y poder supremo. 151
V.—El calabozo. 152
VI.—Entre tanto el sol sale. 155

NAPOLEON EL PEQUEÑO.

LIBRO PRIMERO.—El hombre.

I.—El 20 de Diciembre de 1848. 161
II.—Juramento de los representantes. 164
III.—El precio de la instalacion.. 164
IV.—Ya se despertará! 166
V.—Biografía. 167
VI.—Retrato. 168
VII.—Haciendo coro á los panegíricos.. 171

LIBRO SEGUNDO.—El Gobierno.

I.—La Constitucion. 174
II.—El Senado.. 175
III.—El Consejo de Estado y el Cuerpo legislativo. . . 176
IV.—Las rentas del Estado. 177
V.—La libertad de imprenta. 177
VI.—Proyectos de ley. 178
VII.—Los adherentes. 179
VIII.—Mens agitat molem. 181
IX.—El Todopoderoso. 183
X.—Los dos aspectos de M. Bonaparte. 184
XI.—Recapitulacion. 186

LIBRO TERCERO.—El crímen.

Extracto de un libro inédito, titulado «El Crímen del 2 de Diciembre», por Víctor Hugo.. 189

LIBRO CUARTO.—Los otros crímenes.

I.—Cuestiones siniestras.. 205

Páginas

II.—Continuacion de los crímenes.. 208
III.—Lo que habria sido 1852. 214
IV.—El Jacobinismo. 215
LIBRO QUINTO.—El parlamentarismo.. 218

LIBRO SEXTO.—La absolucion.

Los siete millones quinientos mil votos.. 225

LIBRO SÉPTIMO.—La absolucion.

I.—A juramento, juramento y medio. 233
II.—Diferencia de los precios. 236
III.—Juramento de los literatos y de los sábios. . . . 237
IV.—Curiosidades. 238
V.—El 5 de Abril de 1852. 239
VI.—Juramento en todas partes.. 241

LIBRO OCTAVO.—El progreso incluido en el golpe de Estado. 242

CONCLUSION.—PRIMERA PARTE.

Pequeñez del amo; abyeccion de la situacion. 247

SEGUNDA PARTE.

Luto y fé. 254

HISTORIA DE UN CRÍMEN.

PRIMERA JORNADA.—La alevosía.

I.—Seguridad. 265
II.—Paris duerme, campanillazo. 267
III.—Lo que sucedió durante la noche.. 267
IV.—Otros hechos nocturnos. 274
V.—Oscuridad del crímen. 275
VI.—Los carteles. 276
VII.—Calle Blanche, número 70. 278
VIII.—Violacion de la sala. 281
IX.—Un fin peor que la muerte. 285
X.—La puerta negra. 286
XI.—El Tribunal Supremo. 287
XII.—La Alcaldía del 10.° distrito. 291
XIII.—Luis Bonaparte de perfil. 300
XIV.—El cuartel Orsay. 301
XV.—Mazas. 304
XVI.—El incidente del boulevard Saint-Martin. . . . 306
XVII.—Contragolpe del 24 de Junio contra el 2 de Diciembre. 310
XVIII.—Los representantes cercados. 313
XIX.—Un pié en la sepultura. 316
XX.—Entierro de un gran aniversario. 320

SEGUNDA JORNADA.—La lucha.

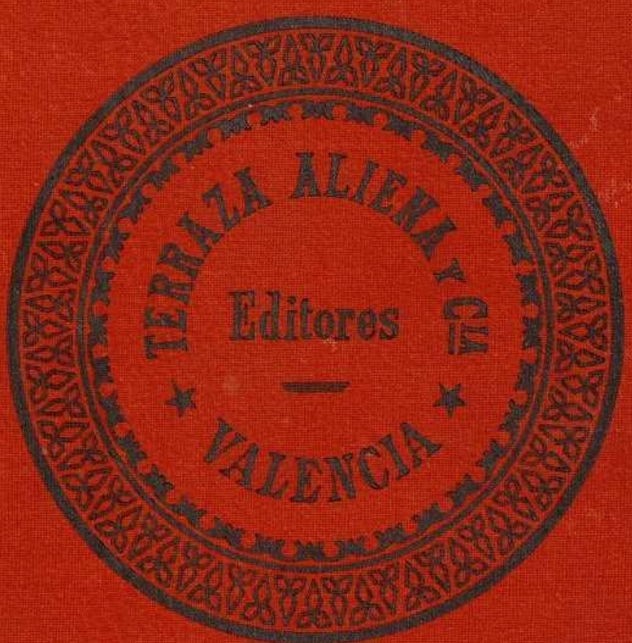
I.—Vienen á prenderme. 320
II.—Desde la Bastilla á la calle de Cotte. 323
III.—La barricada de San Antonio. 325
IV.—Las asociaciones obreras nos piden una órden de combate.. 331
V.—El cadáver de Baudin. 333

	Páginas
VI.—Decretos de los representantes que quedaron libres.	335
VII.—El arzobispo.	342
VIII.—En el monte Valerien.	345
IX.—El pueblo empieza á relampaguear.	346
X.—Lo que Fleury iba á hacer en Mazas.	349
XI.—Fin de la segunda jornada.	351
TERCERA JORNADA.—La matanza.	
I.—Los que duermen y el que está despierto.	352
II.—El interior del comité.	353
III—El Elíseo por dentro.	356
IV. Los familiares	358
V.—Un auxiliar indeciso.	360
VI.—Dionisio Dessoubs.	361
VII.—Noticias y encuentros.	361
VIII.—Situacion.	363
IX.—La puerta de San Martin.	365
X.—Visita á las barricadas.	366
XI.—La barricada de la calle Meslay.	367
XII.—La barricada de la Alcaldía del 5.° distrito.	369
XIII.—La barricada de la calle de Revenot.	370
XIV.—Ossian y Escipion.	371
XV.—La cuestion se plantea.	373
XVI.—La matanza.	375
XVII.—La cita con las sociedades obreras.	378
XVIII.—Confirmacion de las leyes morales.	379
CUARTA JORNADA.—La victoria.	
I.—Hechos de la noche.—La calle Tiquetonne.	381
II. Hechos de la noche.—El barrio de los Mercados.	382
III.—Hechos de la noche.—El Petit Carreau.	386
IV.—Hechos de la noche.—El Pasaje Saumon.	390
V.—Otros sucesos desagradables.	393
VI.—La comision consultiva.	395
VII.—La otra lista.	396
VIII.—David d' Angers.	396
IX.—Nuestra última reunion.	398
X.—El deber puede tener dos aspectos.	399
XI.—Terminado el combate empieza la prueba.	403
XII.—Los expatriados.	403
XIII.—Comisiones militares y comisiones mixtas.	409
XIV.—Detalle religioso.	410
XV.—Cómo salieron de Ham.	411
XVI.—Mirada retrospectiva.	415
XVII.—La conducta de la izquierda.	415
XVIII.—Página escrita en Bruselas.	418
XIX.—Bendicion infalible.	419
CONCLUSION.—La caida.	420
DRAMAS	
Cromwell.	431
Mernani.	525
Marion de Lorme.	559
El rey se divierte.	591
Lucrecia Borgia.	619
María Tudor.	647
Angelo, tirano de Pádua.	677
La Esmeralda.	703
Ruy-Blas.	715
Los Burgraves.	749

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO III.

Biblioteca Pública de Soria

71644449 DR 10012 (V.3)


TERRAZA ALIENA Y Cía
Editores
VALENCIA

OBRAS
COMPLETAS
DE
VICTOR HUGO

TOMO III

DR
10012

H. MIRALLES BARCELONA